

MENSAJEROS DE LA GRAN LOGIA PLANETARIA

BIBLIOTECA



ISIS SIN VELO (en un solo tomo)

Helena Petrovna Blavatsky

ISIS SIN VELO



H. P. Blavatsky



ISIS SIN VELO

CLAVE DE
LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA Y TEOLOGÍA
ANTIGUA Y MODERNA

Helena Petrovna Blavatsky



Hiperbórea

© 2013 HIPERBÓREA

Traducción del inglés:
Federico Climent Terrer

OBRA ORIGINAL EN INGLÉS EN DOS TOMOS, Nueva York, 27 Septiembre 1877

OBRA ORIGINAL EN CASTELLANO EN CUATRO TOMOS, Barcelona, 1912

OBRA EN DIGITAL EN UN SOLO TOMO, Noviembre 2013

Cecy Est Un Livre De Bonne Foy
(Montaigne)

La autora dedica esta obra a la SOCIEDAD TEOSÓFICA.
Fundada en el año 1875, en Nueva York, para estudiar las materias de que se trata.

PRIMERA PARTE - CIENCIA

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Siete lustros hace que la cofundadora de la Sociedad Teosófica publicó esta obra, y todavía exhalan sus páginas el aroma de sinceridad en que embebió su pluma. Durante los treinta y cinco años transcurridos desde entonces, ha evolucionado el pensamiento occidental hasta el extremo de confirmar gran número de los vaticinios que con maravillosa intuición formuló Blavatsky respecto al porvenir de la ciencia y de la teología. Por una parte, las academias y universidades han cejado en sus empeños materialistas, y por otra, las iglesias de todas las confesiones han mitigado no poco las crudezas de la intolerancia religiosa. Así es que desde este punto de vista y en cuanto a su aspecto polemístico, resulta hoy *ISIS SIN VELO* algún tanto anticuada, pero no por ello decrece su mérito, antes bien se acrecienta al considerar el triunfo cada vez más decisivo de las ideas sustentadas por la ilustre teósofa frente al escepticismo dominante en la época en que se valió de su pluma como de ariete para batir brecha en las hasta entonces inexpugnables murallas del materialismo científico. Con todo, hay en esta obra pasajes enteros de inmarcesible frescura y perpetua actualidad que entrañan copiosas enseñanzas, igualmente valederas para el teósofo convencido que para el principiante ávido de conocimientos sobre qué fundamentar sus orientaciones mentales.

La prodigiosa erudición de que en el transcurso de la obra alardea sin arrogancias ni presunciones la abnegada apóstol del espiritualismo trascendental, nos ofrece inagotable acopio de datos, fechas, citas, referencias, pruebas documentales y demás elementos de razonadora investigación, que sin hipérbole pueden considerarse como el arranque y punto inicial de la literatura teosófica contemporánea.

Helena Blavatsky golpeó con su mágica pluma la dura roca del materialismo que orgullosamente se erguía en el desierto de la ciencia atea, y de las entrañas de tan árida peña brotaron las límpidas y salutíferas aguas del oculto manantial en que, sin temor al fango de la superstición ni al cieno del fanatismo, apagan sus ansias de verdad y su sed de conocimiento cuantos se abrasaban entre las ascuas del dogmatismo a la par teológico y científico.

Los descubrimientos realizados por las ciencias experimentales desde la primera edición de esta obra, han corroborado plenamente la coexistencia del espíritu y de la materia, de la vida y de la forma en todas las manifestaciones del universo, tal como desde los orígenes de la raza humana enseñaron los iniciados en la sabiduría esotérica. Precisamente, el tema dominante en *ISIS SIN VELO* es el reiterado cotejo de la ciencia antigua con las especulaciones modernas para demostrar, según demuestra cada día más incontrovertiblemente el progreso de los tiempos, que toda teoría, toda hipótesis, toda novedad atribuida a los modernos tuvo su precedente invención entre los antiguos.

La arqueología, la lingüística y la mitología comparada aducen diariamente nuevas y más que sobradas pruebas de los conocimientos científicos de aquellas civilizaciones, cuyo espíritu siguió flotando en el ambiente de la humanidad durante los prolongados períodos en que estuvo eclipsada la verdad por las tinieblas de la ignorancia.

En cuanto al ordenamiento de la obra, no la encontrará el lector sujeta al plan rígidamente cuadrulado de los expositores, porque se escribió en días de acerba lucha cuyos fragores no podían dar al ánimo la sosegada placidez que requiere el eslabonado enlace de las materias. Pero entre la aparente incoherencia de los temas, palpita la sinceridad de un

espíritu crítico de insuperable potencia que suaviza el rigor inflexible de la lógica con la dúctil amenidad de la sátira, y arremetiendo gallardamente contra el adversario, le hiere con sus propias armas.

Por lo que atañe a la traducción, no hemos alterado en lo más mínimo el pensamiento de la autora, cuyos conceptos quedan fielmente vertidos con el mismo espíritu e intención del original, aunque acomodando la forma a la índole peculiar de nuestro idioma, de modo que las ideas no aparezcan envueltas en inútiles amplificaciones que dificultarían su comprensión. Al efecto hemos libado, por decirlo así, en el texto inglés, el pensamiento de la autora párrafo por párrafo, para expresarlo después lo más clara y concisamente posible en el idioma de la versión, como si las ideas asumieran nueva forma expresiva sin el más leve detrimento de su prístina originalidad.

Federico Climent Terrer

PREFACIO

La obra que sometemos al juicio público es fruto de nuestro trato con los Adeptos orientales y del estudio de su ciencia. La dedicamos a cuantos estén dispuestos a aceptar la Verdad, doquiera que la encuentren, y a defenderla sin temor a vulgares preocupaciones. Su objeto es ayudar al estudiante a descubrir los principios vitales que subyacen en los antiguos sistemas filosóficos.

Este libro es sincero. Hemos procurado que en él resplandezca siempre la justicia, junto a la verdad expuesta sin mala intención ni idea preconcebida. Nos mostramos inexorables frente al error entronizado y no guardamos la más mínima consideración a la autoridad usurpada. Reclamamos para el pasado el honor de sus ejecutorias que se le negó desde hace mucho tiempo; exigimos la restitución de prestadas vestiduras y vindicamos reputaciones tan calumniadas como gloriosas. En este espíritu de crítica están considerados los cultos y credos religiosos y las hipótesis científicas. Hombres, partidos, sectas y escuelas son efímeras de un día. Tan sólo la VERDAD, asentada en diamantina roca, es eterna y suprema.

No creemos en magia alguna que trascienda a la capacidad de la mente humana ni en «milagro» alguno, divino o diabólico, si por tal se entiende la transgresión de las eternas leyes naturales. No obstante, aceptamos la opinión del sabio autor de *Festus* cuando dice que el corazón humano no se ha revelado todavía completamente a sí mismo ni hemos abarcado ni siquiera comprendido la amplitud de sus poderes. ¿Será exagerado creer que el hombre pueda desplegar nuevas facultades sensitivas y relacionarse mucho más íntimamente con la naturaleza? La lógica de la evolución nos lo dirá si la llevamos hasta sus legítimas conclusiones. Si en la línea ascendente, desde el vegetal o el molusco hasta el hombre más perfecto, ha evolucionado el alma y adquirido sus elevadas facultades intelectuales, no será irrazonable inferir y creer que también en el hombre se está desarrollando una facultad perceptiva que le permita indagar hechos y verdades más allá de los límites de nuestra ordinaria percepción. Así no vacilamos en admitir con Biffé, que «lo esencial es siempre lo mismo, ora procedamos cercenando hacia dentro el mármol para descubrir la estatua oculta en su masa, ora hacia fuera levantando piedra sobre piedra hasta terminar el templo. Nuestro NUEVO resultado no es más que una *idea antigua*. La última eternidad encontrará en la primera su alma gemela».

Hace años, cuando en mi primer viaje por Oriente visité sus desiertos santuarios, me preocupaban dos cuestiones que sin cesar oprimían mi mente: ¿Dónde está, QUIÉN y QUÉ es DIOS? ¿Quién vió jamás el ESPÍRITU *inmortal del hombre, para asegurar la inmortalidad humana*?

Precisamente cuando con más ansia pretendía resolver tan embarazosos problemas, trabé conocimiento con ciertos hombres que por sus misteriosos poderes y profunda ciencia merecen, sin disputa alguna, el calificativo de sabios de Oriente. Viva atención presté a sus enseñanzas. Me dijeron que, combinando la ciencia con la religión, pueden demostrarse la existencia de Dios y la inmortalidad del espíritu humano tan fácilmente como un postulado de Euclides. Por vez primera adquirí la seguridad de que la filosofía oriental sólo cabe en la fe absoluta e inquebrantable en la omnipotencia del Yo inmortal del hombre. Aprendí que esta omnipotencia procede del parentesco del espíritu del hombre con Dios o Alma Universal. Este, dicen ellos, sólo puede demostrarlo aquél. El espíritu del hombre es prueba del Espíritu de Dios, como una gota de agua es prueba de la fuente de donde procede. Si a un hombre que nunca haya visto agua, le decís que existe el océano, deberá creerlo por la fe o rechazarlo por completo. Pero dejad que caiga una gota de agua en su mano, y ya tendrá un hecho, del cual infiera lo demás, y podrá luego comprender poco a poco la existencia de un océano ilimitado e insondable. La fe ciega dejará de ser una necesidad para él, pues la habrá substituido con el CONOCIMIENTO. Cuando un

hombre mortal despliega facultades inmensas, domina las fuerzas de la naturaleza y dirige la vista al mundo del espíritu, la inteligencia reflexiva queda abrumada por la convicción de que si a tanto alcanza el Yo espiritual de un hombre, las facultades del ESPÍRITU PADRE han de ser comparativamente tan inmensas en magnitud y potencia como el océano respecto a una simple gota de agua. *Ex nihilo nihil fit*. ¡Demostrad la existencia del alma humana por sus maravillosas facultades y demostraréis la existencia de Dios!

En nuestros estudios, aprendimos que los misterios no son tales y nos cercioramos de la realidad de nombres y lugares que los occidentales diputan por fabulosos. Devotamente nos dirigíamos en espíritu al interior del templo de Isis, en Sais, para levantar el velo de «la que fue, es y será»; para mirar a través de la desgarrada cortina del *Sancta Sanctorum* en Jerusalén y a interrogar a la misteriosa Bath-Kol en las criptas del sagrado edificio. La *Filia-Vocis*, la hija de la voz divina, respondía tras el velo desde el propiciatorio (NOTA: Lightfoot asegura que esta voz, tenida antiguamente por testimonio del cielo, «se debía al arte mágico». Este último término se usa como expresión supersticiosa, porque ha sido y es todavía mal comprendido. El objeto de esta obra es corregir las opiniones erróneas, en lo que se refiere al arte mágico. FINAL NOTA), y la ciencia, la teología y toda hipótesis humana nacida de conocimientos imperfectos, perdían para siempre ante nuestros ojos su carácter autoritario. El Dios vivo habló por medio del hombre su único oráculo. Estábamos satisfechos. Semejante saber es inapreciable y sólo ha permanecido oculto para quienes lo desdeñaban, ridiculizaban o negaban.

De éstos recibimos críticas, censuras y quizás hostilidad, aunque ninguno de los obstáculos encontrados en nuestro camino surge de la validez de las pruebas ni de la autenticidad de hechos históricos ni de la falta de sentido común de aquellos a quienes nos hemos dirigido. El pensamiento moderno va impelido hacia el liberalismo, tanto en religión como en ciencia. Se acerca el día en que los reaccionarios resignen la despótica autoridad que durante tanto tiempo disfrutaron y ejercieron sobre la conciencia pública. Cuando el Papa anatematiza la libertad de la prensa y de la palabra, la supremacía del poder civil y la enseñanza laica (NOTA: Encíclica de 1864. FINAL NOTA), el portavoz de la ciencia del siglo diez y nueve, Tyndall, le responde diciendo: «Las posiciones de la ciencia son inexpugnables y hemos de libertar del dominio teológico las teorías cosmológicas» (NOTA: *Fragmentos de Ciencia*. FINAL NOTA). No es por lo tanto difícil de prever el final.

Siglos de esclavitud no logran helar la sangre del hombre, alrededor del núcleo de la fe ciega; y el siglo XIX es testigo de los esfuerzos del gigante para romper las cuerdas de los liliputienses y andar por sus pies. Las mismas comuniones protestantes de Inglaterra y América, ocupadas ahora en revisar el texto de sus *Oráculos*, habrán de demostrar el origen y valor de este texto. Acaban ya los tiempos en que el dogma dominaba al hombre.

Esta obra es, por lo tanto, un alegato en pro de que la filosofía hermética y la antigua y universal Religión de la Sabiduría son la única clave posible de lo Absoluto en ciencia y teología. En prueba de que no se nos oculta la dificultad de nuestra empresa, decimos desde luego que no será extraño que los sectarios arremetan contra nosotros.

Los cristianos verán que ponemos en tela de juicio la pureza de su fe. Los científicos advertirán que medimos sus presunciones con el mismo rasero que las de la Iglesia romana, y que, en ciertos asuntos, preferimos a los sabios filósofos del mundo antiguo.

Los sabios postizos nos atacarán furiosamente desde luego. Los clericales y librepensadores verán que no admitimos sus conclusiones, sino que queremos el completo reconocimiento de la Verdad.

También tendremos enfrente a los literatos y *autoridades* que ocultan sus creencias íntimas por respeto a vulgares preocupaciones.

Los mercenarios y parásitos de la prensa, que prostituyen su poderosa eficacia y deshonran tan noble profesión, se burlarán fácilmente de cosas demasiado sorprendentes para su inteligencia, pues dan más valor a un párrafo que a la sinceridad. Algunos criticarán honradamente; los más con hipocresía; pero nosotros dirigimos la vista al porvenir.

La lucha entre el partido de la conciencia pública y el de la reacción ha desarrollado una saludable tónica de pensamiento, que en último resultado determinará el triunfo de la verdad sobre el error. Lo repetimos de nuevo. Trabajamos para el alboreante porvenir.

Y al considerar la acerba oposición que ha de darnos en rostro, creemos que el mejor mote para nuestro escudo, al entrar en el palenque, es la frase del gladiador romano: *¡Ave César! Morituri te salutant.*

Nueva York, Septiembre 1877

ANTE EL VELO

*Juan. Arbolemos en los muros nuestras ondulantes
banderas. Rey Enrique VI. Act. IV. –He consagrado mi
vida al estudio del hombre, de su destino y de su felicidad.
J.R. BUCHANAN, M.D., Bosquejos de Conferencias sobre
Antropología.*

Según se nos dice, hace diez y nueve siglos que la divina luz del cristianismo disipó las tinieblas del paganismo, y dos siglos y medio que la refulgente lámpara de la ciencia moderna empezó a iluminar la obscura ignorancia de los tiempos. Se afirma que el verdadero progreso moral e intelectual de la raza se ha realizado en estas dos épocas. Que los antiguos filósofos eran suficientemente sabios para su tiempo, pero poco menos que letrados en comparación de nuestros modernos hombres de ciencia. La moral pagana bastó a las necesidades de la inculta antigüedad, hasta que la luminosa «Estrella de Bethlehem» mostró el camino de la perfección moral y allanó el de la salvación. En la antigüedad, el embrutecimiento era regla, la virtud y el espiritualismo excepción. Ahora, el más empedernido puede conocer la voluntad de Dios en su palabra revelada; todos los hombres desean ser buenos y mejoran constantemente.

Tal es la proposición: ¿qué nos dicen los hechos? Por una parte, un clero materializado, dogmático y con demasiada frecuencia corrompido; una hueste de sectas y tres grandes religiones en guerra; discordia en lugar de unión; dogmas sin pruebas; predicadores efectistas; sed de placeres y riquezas en feligreses solapados e hipócritas, por exigencias de la respetabilidad. Esta es la regla del día; la sinceridad y verdadera piedad la excepción. Por otra parte, hipótesis científicas edificadas sobre arena; ni en la más sencilla cuestión, acuerdo; rencorosas querellas y envidias; impulso general hacia el materialismo; lucha a muerte entre la ciencia y la teología por la infalibilidad: «Un conflicto de épocas».

En Roma, que a sí propia se llama centro de la cristiandad, el putativo sucesor de Pedro mina el orden social con su invisible pero omnipotente red de astutos agentes, y les incita a revolucionar la Europa en favor de su supremacía espiritual y temporal. Vemos al que se llama *Vicario de Cristo*, fraternizar con los musulmanes, contra una nación cristiana, invocando públicamente la bendición de Dios para las armas de quienes por siglos resistieron a sangre y fuego las pretensiones del Cristo a la Divinidad. En Berlín, uno de los mayores focos de cultura, eminentes profesores de las modernas ciencias experimentales han vuelto la espalda a los tan encomiados resultados del progreso en el período posterior a Galileo, y han apagado tranquilamente la luz del gran florentino, con intento de probar que el sistema heliocéntrico y la rotación de la tierra son sueños de sabios ilusos: que Newton era un visionario y todos los astrónomos pasados y presentes, hábiles calculadores de fenómenos improbables.

Entre estos dos titanes en lucha, ciencia y teología, hay una muchedumbre extraviada que pierde rápidamente la fe en la inmortalidad del hombre y en la Divinidad, y que aceleradamente desciende al nivel de la existencia animal. ¡Tal es el cuadro actual iluminado por la meridiana luz de esta era cristiana y científica!

¿Fuera de estricta justicia condenar a lapidación crítica al más humilde y modesto autor, por *rechazar enteramente la autoridad de ambos combatientes*? ¿No deberíamos más bien tomar como verdadero aforismo de este siglo, la declaración de Horacio Greeley: «No acepto sin reserva la opinión de ningún hombre, vivo o muerto?» (NOTA: *Recuerdos de una vida ocupada*, p. 147. FINAL NOTA).

Suceda lo que suceda, ésta será nuestra divisa, y tomaremos este principio por lema y guía constante en la presente obra.

Entre los muchos frutos fenoménicos de nuestro siglo, la creencia de los llamados espiritistas ha brotado de entre las vacilantes ruinas de la religión revelada y de la filosofía materialista; porque al fin y al cabo es la única que depara posible refugio, a manera de transacción entre ambas. No es maravilla que nuestro soberbio y positivo siglo haya mal acogido a los inesperados espectros de la época anterior al cristianismo. Los tiempos han cambiado de manera extraña, y no ha mucho, un conocido predicador de Brooklyn, decía acertadamente en un sermón que si de nuevo Jesús viniera y hablara en las calles de Nueva York, como en las de Jerusalén, lo llevarían a la cárcel (NOTA: Henry Ward Beecher. FINAL NOTA). ¿Qué acogida había de esperar, pues, el espiritismo? Lo misterioso y extraño no atrae ni seduce a primera vista. Raquíptico como niño amamantado por siete nodrizas, llegará a la adolescencia lisiado y mutilado. Sus enemigos son legión y sus amigos puñado. ¿Por qué así? ¿Cuándo fue aceptada una verdad *a priori*? Los campeones del espiritismo exageraron fanáticamente sus cualidades, y no echaron de ver sus indudables imperfecciones. La falsificación es imposible sin modelo que falsificar. El fanatismo de los espiritistas prueba la ingenuidad y posibilidad de sus fenómenos. Nos dan hechos que debemos investigar; no afirmaciones que debemos creer sin pruebas. Millones de personas razonables no sucumben fácilmente a colectivas alucinaciones. Y así, mientras el clero interpreta tendenciosamente la *Biblia*, y la ciencia promulga *Códigos* acerca de lo posible en la naturaleza, sin dar oídos a nadie, la verdadera ciencia *real* y la verdadera religión caminan con majestuoso silencio hacia su futuro desarrollo.

Todo lo referente a los fenómenos descansa en la correcta comprensión de la filosofía antigua. ¿Adónde acudir en nuestra perplejidad sino a los antiguos sabios, desde el momento en que, so pretexto de superchería, los modernos nos niegan toda explicación? Preguntémosles qué conocen de la verdadera ciencia y religión, no en lo concerniente a meros pormenores, sino respecto a los amplios conceptos de estas dos gemelas, tan fuertes cuando unidas como débiles cuando separadas. Además, mucho nos aprovechará comparar la tan encomiada ciencia moderna con la antigua ignorancia, y la teología perfeccionada con la «Doctrina Secreta» de la antigua religión universal. Quizás encontremos así un campo neutral donde relacionarnos ventajosamente con ambas.

La filosofía platónica es el más perfecto compendio de los abstrusos sistemas de la antigua India, y la única que puede ofrecernos terreno neutral. Aunque Platón murió hace veintidós siglos, los intelectuales todavía se ocupan de sus obras. Platón fue, en la plena acepción de la palabra, el intérprete del mundo, el filósofo más grande de la era precristiana, que reflejó fielmente en sus obras el espiritualismo y la metafísica de los filósofos védicos, que le precedieron millares de años. Vyasa, Jaimini, Kapila, Vrihaspati y Sumantu influyeron indeleblemente al través de los siglos en Platón y su escuela. Con esto probaremos que Platón y los sabios de la India tuvieron la misma revelación de la verdad. ¿No prueba su pujanza, contra las injurias del tiempo, que esta sabiduría es divina y eterna?

Platón enseña que la justicia permanece en el alma de su poseedor, y que es su mayor bien. «Los hombres admitieron sus derechos trascendentes en proporción de su inteligencia». Y sin embargo, los comentadores de Platón desdeñan casi unánimemente los pasajes probatorios de que su metafísica tiene sólidos cimientos y no se funda en especulaciones.

Platón no podía aceptar una filosofía sin aspiración espiritual. Ambas cosas se armonizan en él. El antiguo sabio griego tiene por único objeto de logro el REAL CONOCIMIENTO. Sólo consideraba como filósofos sinceros, o estudiantes de verdad, a quienes poseían la ciencia de las realidades en oposición a las apariencias; de lo *eterno* en oposición a lo transitorio; de *lo permanente* en oposición a cuanto alternativamente crece, mengua, nace y perece. «Más allá de las existencias finitas y causas secundarias de las leyes, ideas y principios, hay una INTELIGENCIA o MENTE (*νοῦς*, *nous*, el espíritu),

principio de los principios; Idea Suprema en que se apoyan las demás ideas; monarca y legislador del universo; substancia primordial de que todas las cosas proceden y a que deben su existencia; Causa primera y eficiente de todo orden, armonía, belleza, excelencia y bondad, que hiende el universo, a la que llamamos el Supremo Bien, el Dios ($\theta\epsilon\delta\varsigma$) de los dioses ($\acute{o}\ \acute{\epsilon}\pi\iota\ \pi\acute{\alpha}\nu\tau\omega\nu\ \theta\epsilon\delta\varsigma$) (NOTA: Coker, *El Cristianismo y la Filosofía Griega*, XI, p. 377. FINAL NOTA)» No es la verdad ni la inteligencia, sino «Padre de ambas». Aunque nuestros sentidos corporales no pueden percibir esta eterna esencia de las cosas, pueden comprenderla cuantos por no ser completamente obtusos quieran comprenderla. «A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos ($\pi\omicron\lambda\lambda\acute{\alpha}$) no les es dado... Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden» (NOTA: S. Mateo, XIII, II, 13. FINAL NOTA).

Asegura el neoplatónico Porfirio, que en los MISTERIOS se enseñaba y comentaba la filosofía de Platón. Muchos han puesto en tela de juicio y aun han negado los misterios; y Lobeck, en su *Aglaophomus*, llega al extremo de decir que estas sagradas ceremonias sólo servían para cautivar la imaginación. ¿Cómo Atenas y Grecia hubieran acudido durante más de veinte siglos cada cinco años a Eleusis, si los misterios fueran farsa religiosa? Agustín, obispo de Hipona, declara que las doctrinas neoplatónicas son las esotéricas y originales doctrinas de los primeros discípulos de Platón, y diputa a Plotino por un Platón resucitado. También explica los motivos que tuvo el gran filósofo para encubrir el sentido interno de sus enseñanzas (NOTA: «Las acusaciones de ateísmo, de adorar a divinidades extranjeras y corromper a la juventud ateniense, lanzadas contra Sócrates, justifican plenamente que Platón encubriera el verdadero sentido de sus enseñanzas. La peculiar jerigonza de los alquimistas tuvo indudablemente el mismo objeto. Los cristianos de toda secta, y especialmente los católico-romanos, emplearon la cárcel, el tormento y la hoguera contra cuantos enseñaban las ciencias naturales en contradicción con las teorías ortodoxas. El Papa Gregorio el Grande prohibió por pagano el uso gramatical del latín. El crimen de Sócrates fue descubrir a sus discípulos la doctrina secreta en lo que a los Dioses se refería. Esta doctrina se enseñaba en los Misterios, y era un crimen capital revelarla. También le acuso Aristófanes de introducir en la republica el nuevo dios Dinos, al que presentaba como Demiurgos o Artífice y señor del Sistema solar. El sistema heliocéntrico era también doctrina de los Misterios; y por esto cuando el pitagórico Aristarco lo enseñó públicamente, declaró Cleanto que los griegos debían haberle condenado por blasfemar contra los dioses» (Plutarco). Pero Sócrates no fue iniciado, y, por lo tanto, no quebrantó el sigilo de los Misterios. FINAL NOTA).

Respecto de los *Mitos*, declara Platón en el *Gorgias* y en el *Phædon* que son vehículos de grandes verdades muy dignas de aprender; pero los comentadores conocen tan poco al gran filósofo que se ven obligados a confesar que no saben dónde «termina lo doctrinal y empieza lo mítico». Platón desvanecía la popular superstición de la magia y los demonios, y enunciaba las exageradas ideas de su tiempo en teorías racionales y concepciones metafísicas que tal vez no se acomoden al método de raciocinio inductivo establecido por Aristóteles; pero que satisfacen cumplidamente a cuantos se percatan de la elevada facultad del hombre, llamada intuición, que nos da el criterio para conocer la Verdad.

Fundando sus doctrinas en la Mente Suprema, enseña Platón que el *nous*, espíritu, o alma racional del hombre, fue «engendrado por el Padre Divino», y es de naturaleza semejante y homogénea a la Divinidad, y, por lo tanto, capaz de percibir las eternas realidades. La facultad de contemplar la realidad directa e inmediatamente, sólo es propia de Dios, y la aspiración a este conocimiento es la filosofía propiamente dicha, o amor a la sabiduría. El amor a la verdad es inherentemente el amor al bien, y si predomina sobre todo deseo del alma y la purifica por su asimilación con lo divino y dirige las acciones del hombre, le eleva a participar de la Divinidad y le ensalza a semejanza de Dios. «Esta

ascensión», dice Platón en el *Theætetus* «consiste en llegar a parecerse a Dios, y la asimilación se efectúa cuando, por medio de la sabiduría, el hombre es justo y santo».

La base de esta asimilación es siempre la preexistencia del espíritu o *nous*. La alegoría del carro con caballos alados del *Phædrus*, presenta a la naturaleza psíquica doblemente compuesta del *thumos* o parte *epithumética*, formada de substancias pertenecientes al mundo de los fenómenos, y el *θυμοειδές thumoeides*, la esencia enlazada con el mundo eterno. La actual vida terrena es caída y castigo. El alma habita en «la sepultura que llamamos *cuerpo*» y en su estado de encarnación, antes de recibir la disciplina educativa, el elemento espiritual o noético está «dormido». La vida es más bien sueño que realidad. Como los cautivos de la subterránea caverna descrita en *La República*, percibimos únicamente, con la espalda vuelta a la luz, las sombras de los objetos y creemos que son realidades actuales. ¿Acaso no es ésta la idea de *Maya*, o ilusión de los sentidos durante la vida física, rasgo característico de la filosofía budista? Si en la vida material no nos entregamos absolutamente a los sentidos, estas ilusiones despiertan en nosotros la reminiscencia del mundo superior en que ya hemos vivido. «El espíritu interno conserva un vago y oscuro recuerdo del anterior estado de bienaventuranza de que gozara y anhela instintivamente volver a él». Incumbencia de la Filosofía es libertarle de la esclavitud de los sentidos, por medio de la disciplina, y elevarle al empyreo del puro pensamiento, a la visión de la verdad, bondad y belleza eternas. Dice Platón en el *Theætetus* que «el alma no puede encarnar en cuerpo humano, si antes no ha contemplado la verdad o sea el conjunto de todo cuanto el alma veía cuando habitaba en la Divinidad, con desprecio de las cosas que decimos que *son*, y la mira puesta en lo que REALMENTE ES. Por lo tanto, sólo el *nous*, o espíritu del filósofo (o amante de la suprema verdad) está dotado de alas, porque con su elevada capacidad retiene estas cosas en su mente, y al contemplarlas diviniza, por decirlo así, a la misma Divinidad. El debido uso de las reminiscencias de la vida primera y el perfeccionamiento en los perfectos misterios lleva al hombre a la verdadera perfección. Entonces está iniciado en la sabiduría divina».

Así comprenderemos por qué las más sublimes escenas de los Misterios eran siempre nocturnas. La vida del espíritu interno es la muerte de la naturaleza externa, y la noche del mundo físico es el día del espiritual. Por esto se adoraba a Dionisio, el sol nocturno, con preferencia a Helios, el sol diurno. Los Misterios simbolizaban la preexistente condición del espíritu y del alma, la caída de ésta en la vida terrena y en el Hades, las miserias de esta vida, la purificación del alma y su restitución a la divina bienaventuranza o reunión con el espíritu. Theón de Esmirna compara acertadamente la disciplina filosófica con los ritos místicos: A este propósito, dice que podemos considerar la filosofía como la iniciación en los verdaderos arcanos y la instrucción en los genuinos Misterios. La iniciación abarca cinco grados: 1º, la purificación previa; 2º, la admisión en los ritos secretos; 3º, la revelación epóptica; 4º, la investidura o entronización; 5º, en consecuencia de los anteriores, la amistad íntima, comunión con Dios y la felicidad dimanante de la comunicación con seres divinos...

Platón llama *epopteia*, o visión personal, la perfecta contemplación de lo aprendido intuitivamente o sean las verdades e ideas absolutas. También considera la coronación como símbolo de la autoridad recibida de los instructores para conducir a otros a la misma contemplación. El quinto grado es la mayor felicidad terrena y, según Platón, consiste en asimilarse a la Divinidad, tanto como cabe en los seres humanos (NOTA: Tomás Taylor: *Misterios báquicos y eleusinos*, p. 47. Nueva York. J.W.Bouton, 1875. FINAL NOTA).

Tal es el platonismo. Dice Emerson que «de Platón arranca cuanto los pensadores escriben y discuten». En él se resumía la ciencia de su época: la de Grecia, de Filolao a Sócrates; la de Pitágoras en Italia; y la que derivó de Egipto y Oriente. Era una inteligencia tan vasta, que toda la filosofía europea y asiática está comprendida en sus doctrinas, y a su cultura y poder de contemplación añadía temperamento y cualidades de poeta.

Los discípulos de Platón aceptaron, en general, sus teorías psicológicas. Algunos, como Xenócrates, aventuraron atrevidas especulaciones. Espeusipo, sobrino y sucesor del eminente filósofo, fue autor del *Análisis numérico*, o tratado de los números pitagóricos. Algunas de sus especulaciones no están en los *Diálogos* escritos; pero como era oyente de las conferencias orales de Platón, tiene mucha razón Enfield al decir que sus opiniones no debían diferenciarse de las de su maestro. Él es, sin duda, el antagonista que Aristóteles critica sin nombrarlo cuando cita el argumento de Platón contra la doctrina de Pitágoras, de que todas las cosas son en sí mismas números, o, mejor dicho, inseparables de la idea de número. Insistía especialmente en demostrar que la doctrina platónica de las ideas difería esencialmente de la pitagórica en que los números y magnitudes existen independientemente de las cosas. También aseguraba que Platón enseñó que no puede existir conocimiento real, si el objeto de conocimiento no trasciende a una región superior a lo sensible.

Pero Aristóteles no es testimonio fidedigno, pues adulteró a Platón y casi puso en ridículo las ideas de Pitágoras. Hay una regla de interpretación que debe guiarnos en el examen de toda opinión filosófica. «La inteligencia humana, bajo la necesaria acción de sus propias leyes, está impelida a mantener las mismas ideas fundamentales, y el corazón del hombre a alimentar los mismos sentimientos en toda época». Cierto es que Pitágoras despertó la más profunda simpatía intelectual de su tiempo y que sus doctrinas ejercieron poderosa influencia en Platón. Su idea fundamental es que en las formas, mudanzas y fenómenos del Universo subyace un principio permanente de unidad. Aristóteles asegura que Pitágoras creía y enseñaba que «los números son los principios primordiales de toda entidad». Ritter opina que la fórmula de Pitágoras se ha de tomar simbólicamente, y así es sin duda. Aristóteles trata de asociar estos números a las «formas» e «ideas» de Platón y atribuye a éste la afirmación de que «las formas son números, y las ideas existencias substanciales o entidades reales». Platón no enseñaba tal cosa. Decía que la causa final era la Bondad Suprema (*το ἀγαθόν*). «Las ideas son objeto de pura concepción para la razón humana, y atributos de la Razón Divina» (NOTA: Cousin, *Historia de la Filosofía*, I, IX. FINAL NOTA). No decía que «las formas son números», sino que, como se lee en el *Timeo*: «Dios formó por primera vez las cosas, según formas y números».

Reconoce la ciencia moderna que las leyes superiores de la naturaleza asumen la forma de enunciado cuantitativo. Esto es quizás una más explícita afirmación de la doctrina pitagórica. Los números se consideran como la mejor representación de las leyes de armonía que regulan el Cosmos. Sabemos que la teoría atómica y las leyes de combinación están hoy, por decirlo así, arbitrariamente definidas por números. W. Archer Butler dice a este propósito:

«El mundo es, en todas sus partes, una aritmética viva en su desarrollo y una verdadera geometría en su reposo».

La clave de los dogmas pitagóricos es la fórmula general de unidad en la variedad; lo uno desenvuelve y por completo penetra lo múltiple. Tal es, en compendio, la antigua doctrina de la emanación. El apóstol Pablo la aceptaba asimismo como verdadera. «Ἐξ αὐτοῦ, καὶ δι' αὐτοῦ, καὶ εἰς αὐτὸν τὰ πάντα».

De Aquél, por Aquél y en Aquél son y están todas las cosas. Esto es puramente indo y brahmánico.

Cuando la disolución (Pralaya) llega a su término, el Ser inmenso, Para-Atma, o Para-Purusha, el Señor existente por sí mismo y del cual y por medio del cual todas las cosas fueron son y serán..., quiso emanar de su propia substancia la variedad de criaturas. (*Manava-Dharma-Shastra*, libro I, dísticos 6 y 7)

La Década mística $1 + 2 + 3 + 4 = 10$ expresa esta idea. El 1 simboliza a Dios; el 2 la materia; el 3 la combinación de la Mónada y la Duada que participan de la naturaleza de ambas en el mundo fenomenal; el 4, o forma de perfección, simboliza el vacío; y el 10, o suma de todas las cosas, comprende la totalidad del Cosmos. El universo es la combinación de miles de elementos y sin embargo es la expresión de un sólo espíritu: un caos para los sentidos, un cosmos para la razón.

Todo es induísta en esta combinación y progresión de números en la idea de la creación. Único es el Ser existente por sí mismo, Swayambhu o Swayambhuva, como también se le llama. De sí mismo emana la *facultad creadora*, Brahmâ o Purusha (varón divino), y el *Uno* se convierte en Dos; de esta Duada, unión del principio puramente intelectual con el de la materia, procede un tercero, Viradj; el mundo fenomenal. De esta invisible e incomprensible trinidad, la Trimurti brahmánica, procede la segunda triada, que representa las tres facultades: creadora, conservadora y transformadora, representadas por Brahmâ, Vishnu y Siva, aunque siempre reunidas en una. Brahmâ, o Tridandin, como se le llama en los *Vedas*, es la *Unidad*, el dios trino y manifestado que da origen al simbólico *Aum*, o Trimurti compendiada. Sólo por medio de esta trinidad, siempre activa y perceptible a nuestros sentidos, puede la invisible y desconocida Mónada manifestarse en el mundo de los mortales. Cuando se convierte en *Sharira*, esto es, cuando asume forma visible, simboliza los principios de la materia y los gérmenes de vida. Entonces es Purusha, el dios trifáceo, o del trino poder, la esencia de la triada Védica. «Conozcan los brahmanes la sagrada sílaba (Aum), las tres palabras del Savitri, y lean diariamente los *Vedas*». (*Manu*, libro IV, dístico 125).

Después de crear el universo, Aquel cuyo poder es incomprensible, se desvaneció absorbido en el Alma Suprema... Restituida a su primera obscuridad la gran Alma, permanece en lo desconocido y carece de forma...

Cuando de nuevo reúne los sutiles principios elementarios y penetra en algún germen animal o vegetal, asume en cada uno nueva forma».

Así es, que por alternativa de reposo y actividad, el Ser inmutable hace que eternamente revivan y mueran todas las criaturas existentes, activas e inertes (*Manu*, libro I, dístico 50 y siguientes).

Quien haya estudiado a Pitágoras y sus teorías respecto de la Mónada que, después de emanar la Duada, se restituye al silencio y a la obscuridad y crea la Triada, puede descubrir la fuente de dónde manan la filosofía del eminente filósofo de Samos, la de Sócrates y la de Platón.

Espeusipo parece haber enseñado que el alma física o thumética era inmortal como el espíritu o alma racional. Más adelante expondremos sus razones. También, como Filolao y Aristóteles en sus disquisiciones sobre el alma, dice que el éter es un elemento y supone cinco elementos principales, correspondientes a las cinco figuras regulares geométricas. Esta enseñanza está tomada de la escuela alejandrina (NOTA: «*Theol. Arithme*», p. 62.– *Sobre los Números Pitagóricos*. FINAL NOTA). Hay en las doctrinas de los *filaleteos* mucho que no aparece en las obras de los más antiguos platónicos, porque sin duda las enseñaba el maestro con sigilosas reservas, como arcanos que no debían publicarse. Espeusipo y Xenócrates sostuvieron después que el *anima mundi* o (alma del mundo) no era la Divinidad, sino su manifestación. Estos filósofos jamás atribuyeron al *Uno naturaleza animada* (NOTA: Platón: *Parménides*, 141. E. FINAL NOTA). El *Uno* originario no *existe* en la acepción que damos a la palabra, pues hasta que se desdobló en lo múltiple (existencias emanadas, la mónada y la duada), no tuvo existencia. El *τίμιον*, el algo manifestado mora igualmente en el centro que en la circunferencia, pero sólo el *Alma del Mundo* es reflejo de la Divinidad (NOTA: Véase *Stoboeus*, «Ecl.». I, 862. FINAL NOTA). En esta doctrina aletea el espíritu del budismo esotérico.

La idea que tiene de Dios el hombre es la deslumbradora luz que ve reflejada en el cóncavo espejo de su propia alma, pero esta imagen no es en realidad la de Dios, sino su reflejo. Su gloria está allí, pero el hombre ve a lo sumo la luz de su propio espíritu, que es cuanto puede ver. *Cuanto más limpio esté el espejo, más resplandecerá la imagen divina.* Pero el mundo exterior no puede permanecer allí al mismo tiempo. Para el estático yogui, para el profeta iluminado, el espíritu brilla como el sol del mediodía; para la viciosa víctima de los atractivos terrenos, el resplandor desaparece, porque el grosero aliento de la materia empaña el espejo. Tales hombres reniegan de Dios y quisieran de un golpe privar de alma a la humanidad.

¿Ni Dios ni ALMA? ¡Horrible y aniquilador pensamiento! Delirante pesadilla del lunático ateo, ante cuya alucinada vista pasa una horrible e incesante serie de chispas de materia cósmica, por *nadie* creadas, que aparecen, existen y se desenvuelven por sí mismas, es decir, por *nada* ni *nadie* y no proceden de *ninguna* parte ni van a *parte alguna*, sin que ninguna Causa las impela en un círculo eterno, ciego, inerte y SIN CAUSA. ¡Qué comparación cabe con el erróneo concepto del nirvâna búdico! El nirvâna va precedido de innumerables transformaciones espirituales y reencarnaciones durante las cuales la entidad no pierde ni por un segundo el sentimiento de su propia individualidad, que persiste durante millones de edades antes de llegar a la *nada* final.

Aunque muchos, tienen a Espeusipo por inferior a Aristóteles, el mundo le debe la definición de varios conceptos que Platón dejó confusos en su doctrina acerca de lo sensible y lo ideal. Decía Espeusipo:

Conocemos lo inmaterial por medio del pensamiento científico y lo material por la científica percepción (NOTA: *Sextus. Math. VII, 145. FINAL NOTA*).

Xenócrates expuso muchas teorías y enseñanzas no tratadas por su maestro. Tiene en gran estima la doctrina pitagórica y su matemático sistema de números. Sólo admite tres grados de conocimiento: *pensamiento, percepción e intuición*, y dice que el pensamiento se emplea en lo que hay *más allá* de los cielos; la percepción, en las cosas del cielo; y la intuición, en los cielos mismos.

Vemos estas teorías, y casi el mismo lenguaje, en el *Manava-Dharma-Shastra*, cuando habla de la creación del hombre: «Él (el Supremo) exhaló su propia esencia, el soplo inmortal, que *no perece en el ser*, y a esta alma del ser, le dió el Ahankâra (conciencia del *Ego*) o guía soberano. Después dió a aquella alma del ser (hombre), la inteligencia compuesta de tres *cualidades y cinco* sentidos de percepción externa».

Estas tres cualidades son: entendimiento, conciencia y voluntad, análogas al pensamiento, percepción e intuición de Xenócrates. Expuso más completamente que Espeusipo la relación entre números e ideas, y aventajó a Platón en su doctrina de las *magnitudes indivisibles*. Redujo a sus primitivos elementos ideales las formas y figuras para demostrar que proceden de la indivisible línea. Es evidente que Xenócrates sostiene las mismas teorías de Platón en lo concerniente al alma humana (suponiéndola número), aunque Aristóteles contradiga todas las enseñanzas de este filósofo (NOTA: *Metaph., 407, a. 3. FINAL NOTA*). Esto nos demuestra que Platón expuso oralmente la mayor parte de sus doctrinas y que Xenócrates, y no Platón, fue el autor de la teoría de las magnitudes indivisibles. Deriva el alma de la primera Duada y la llama número semoviente (NOTA: *Apéndice a Timeo. FINAL NOTA*). Teofrasto dice que Xenócrates aventajó a los demás platónicos en la exposición de la teoría del alma, sobre la que se basa su doctrina cosmológica, demostrando la necesidad de que en cada punto del espacio universal exista una serie progresiva de seres espirituales animados e inteligentes (NOTA: *Stob. Ecl., I, 62. FINAL NOTA*). El alma humana es, según él, un conjunto de las más espirituales propiedades de la Mónada y de la Duada con los principios más elevados de ambas. Como Platón y Prodicó, considera potestades divinas a los elementos

y los llama dioses, pero ni él ni otros suponen con ello idea alguna antropomórfica. Observa Krische que Xenócrates llama dioses a los elementos para no confundirlo con los demonios del mundo inferior (NOTA: Krische: *Forsch.*, p. 322. FINAL NOTA) o espíritus elementarios. Como el alma del Mundo penetra todo el Cosmos, los animales han de tener algo divino (NOTA: Clem: *Alex. Stro.* V. 590. FINAL NOTA). Lo mismo enseñan los budistas y los herméticos, y Manu concede también alma a las plantas, aun a la más tenue hoja de césped.

De acuerdo con esta teoría, los demonios son seres intermedios entre la perfección divina y la maldad humana (NOTA: Plutarco: *De Isid*, cap. 25, p. 360. FINAL NOTA). Los clasifica en diversas categorías y afirma que el alma individual de cada hombre es su demonio protector y guía y que ningún demonio tiene más poder sobre nosotros que nosotros mismos. Así, el *daimonión* de Sócrates es la entidad divina que le inspiró durante toda su vida. Del hombre únicamente depende el abrir o cerrar su percepción a la voz divina. A semejanza de Espeusipo, concede inmortalidad al $\psi\upsilon\chi\eta$, cuerpo psíquico o alma irracional; pero algunos filósofos herméticos han enseñado que el alma únicamente tiene existencia separada y continua cuando, a su paso al través de las esferas se le incorporan algunas partículas terrenas y materiales que, luego de purificada en absoluto, se aniquilan y la quintaesencia del alma se identifica con el espíritu *divino y racional*.

Asegura Zeller que Xenócrates proscribía la carne de animales, no porque en ellos viese, en semejanza con el hombre, una vaga e imperfecta conciencia divina, sino, al contrario, porque «la irracionalidad del alma animal podía influir en el hombre- (NOTA: *Plato und die Alt. Akademie.* FINAL NOTA). Pero nosotros creemos que más bien era porque, como Pitágoras, había tenido a los sabios indos por maestros y modelos. Cicerón dice que Xenócrates lo desdeñaba todo, excepto la virtud más elevada (NOTA: *Tusc.* v. 18, 51. FINAL NOTA), y nos lo pinta como hombre de austero carácter (NOTA: *Idem.* cf. p. 559. FINAL NOTA). «Nuestro más arduo negocio es redimirnos de la esclavitud de la vida senciente y vencer los titánicos elementos de nuestra naturaleza carnal por medio de la divina». Zeller cita este pasaje (NOTA: *Plato und die Alt. Akademie.* FINAL NOTA): «El deber capital es mantenernos puros aun en los más íntimos anhelos de nuestro corazón, y únicamente la filosofía y la iniciación en los Misterios nos lo permitirán cumplir».

Crantor, otro filósofo de la primera época de la academia platónica, derivaba el alma humana de la substancia raíz de todas las cosas, la Mónada o *Uno*, y la Duada o *Dos*. Plutarco habla extensamente de este filósofo, quien, como su maestro, creía que las almas encarnaban por castigo en los cuerpos.

Aunque algunos críticos opinan que Heráclides no siguió del todo las doctrinas de Platón (NOTA: Ed. Zeller: *Philos der Griech.* FINAL NOTA), enseñaba la misma ética. Zeller dice que con Hicetas y Ecfanto admitía la doctrina pitagórica de la rotación de la tierra alrededor de su eje y la inmovilidad de las estrellas fijas, pero que ignoraba la revolución anual de la tierra alrededor del sol y el sistema heliocéntrico (NOTA: *Plato und die Alt. Akademie.* FINAL NOTA). Sin embargo, hay pruebas de que en los Misterios se enseñaba este sistema, y que Sócrates fue condenado a muerte por divulgar éstas santas enseñanzas, que sus compatriotas tildaron de ateas. Heráclides opinaba lo mismo que Pitágoras y Platón en lo concerniente a las facultades y potencias del alma humana, que describe como esencia luminosa y en alto grado etérea, residente en la vía láctea antes de descender a la generación o existencia sublunar. Los demonios o espíritus son para él seres con cuerpos vaporosos y aéreos.

La doctrina pitagórica de los números, en relación con las cosas creadas, está plenamente expuesta en el *Epinomis*. Como buen platónico, su autor afirma que sólo es posible alcanzar sabiduría por la sagaz investigación de la oculta naturaleza de la creación, pues sólo así aseguraremos feliz existencia después de la muerte. Trata extensamente de la inmortalidad del alma y dice que únicamente podemos inferirla de la perfecta

comprensión de los números. El hombre incapaz de distinguir una línea recta de una curva, jamás tendrá el necesario conocimiento para demostrar matemáticamente lo *invisible*, por lo que debemos asegurarnos de la existencia objetiva de nuestro cuerpo astral, antes de tener conciencia de que poseemos un espíritu divino e inmortal. Jámblico declara lo mismo y añade que todo esto es un secreto de la más elevada iniciación. «Al Poder-Divino, dice, le indignan todos cuantos revelan la formación del *icostagonus*, o sea el método de inscribir un dodecaedro (NOTA: Uno de los cinco cuerpos geométricos regulares. FINAL NOTA) en una esfera.

La idea de que los números por su gran virtud producen siempre el bien y nunca el mal, se refiere a la justicia, ecuanimidad y armonía. Cuando el autor dice que cada estrella es un alma individual, repite lo que los iniciados indos y los herméticos enseñaron antes y después de él; o sea, que cada astro es un planeta independiente, con alma propia, y que todos los átomos de materia están henchidos del divino flujo del alma del mundo, de modo que respiran, viven, sienten, sufren y gozan de la vida a su manera. ¿Qué físico puede negarlo con pruebas? Por lo tanto, debemos considerar los cuerpos celestes como imágenes de dioses que participan substancialmente de los poderes divinos; y aunque su alma-entidad no es inmortal, su influencia en la economía del universo les da derecho a honores divinos, tales como los que tributamos a los dioses menores.

La idea es clara, y de mala fe procedería quien equivocadamente la expusiese. Si el autor de *Epinomis* coloca a estos ígneos dioses muy por encima de los animales, plantas y hombres a quienes, como criaturas terrenas, les señala ínfimo lugar, ¿quién le probará lo contrario? Preciso es sumergirse en las profundidades de la abstracta metafísica de la antigüedad, para comprender las varias formas de sus conceptos que, después de todo se fundan en la adecuada comprensión de la naturaleza, atributos y método de la *Causa Primera*.

Además, cuando el autor de *Epinomis* interpone entre los dioses superiores y los inferiores (almas encarnadas) *tres clases de demonios*, y puebla el universo de seres invisibles, es más racional que nuestros modernos sabios, que colocan entre ambos extremos un vacío inmenso donde sólo operan las ciegas fuerzas de la Naturaleza. De estas tres clases de demonios, la primera y la segunda son invisibles y sus cuerpos están formados de puro éter y fuego (*espíritus planetarios*); los de la tercera clase son generalmente invisibles, pero algunas veces, al concentrarse en sí mismos, son visibles durante pocos segundos. Éstos son los espíritus terrenos, o nuestras almas astrales.

Estas doctrinas, estudiadas analógicamente y por correspondencia, condujeron paso a paso a los antiguos, así como a los modernos filaleteos, a la comprensión de los más grandes misterios. Al borde del negro abismo que separa el mundo espiritual del material, está la ciencia moderna con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia atrás, pareciéndole infranqueable y sin fondo, aunque tiene en la mano una antorcha que con sólo bajarla a sus profundidades, la sacaría de su error. Pero el tenaz estudiante de filosofía hermética ha tendido un puente a través del abismo.

En sus *Fragmentos de Ciencia*, Tyndall confiesa tristemente: «Si me preguntan si la ciencia ha resuelto, o si es probable que en nuestros días resuelva el problema del universo, dudo al responder». Y cuando impulsado por un pensamiento posterior, se rectifica después, asegura que la prueba experimental le ha conducido a descubrir en la vilmente calumniada materia, la esperanza y la potencia de los atributos de la vida. Sería tan difícil para Tyndall dar una prueba plena e irrefutable de lo que asegura, como lo hubiera sido para Job clavar un anzuelo en el hocico del leviatán.

Pocas palabras bastarán para evitar al lector la confusión dimanante del uso frecuente de ciertos términos en sentido diverso del acostumbrado. Deseamos no dar lugar a error ni falsedad. La Magia puede tener para unos lectores una significación y distinta para otros. Nosotros le daremos la significación que tiene para los sabios y prácticos orientales, y lo

mismo haremos respecto de las palabras *ciencia hermética, ocultismo, hierofante, adepto, brujo*, etc., que por otra parte son de fácil comprensión. Aunque las diferencias entre los términos sean frecuentemente insignificantes, conviene saber su significado, que vamos a dar por orden alfabético.

AKÂSA: Literalmente en sánscrito significa *firmamento*; pero en su místico sentido, significa el cielo *invisible*, ó, como dicen los brahmanes en el sacrificio del Soma (*Gyotishtoma Agnishtoma*), el dios Akâsa, o dios Firmamento. De los Vedas se infiere que los indos de cincuenta siglos atrás le atribuían las mismas propiedades que los lamas tibetanos de hoy, quienes le consideran como fuente de vida, depósito de toda energía y propulsor de todo cambio en la materia. En estado latente, coincide el Akâsa con nuestra idea del éter universal; en estado de actividad, es el Dios omnipotente y director de todo. En los sacrificios y misterios brahmánicos desempeña el papel de Sadasya, o presidente de los mágicos efectos de las ceremonias religiosas, y tiene su sacerdote propio (Hotar) que toma su nombre. Los sacerdotes de la India y otros países eran antiguamente representantes en la tierra de distintos dioses, y cada uno de ellos tomaba el nombre de la divinidad en cuyo nombre obraba.

El Akâsa es indispensable agente de toda *krityâ* u operación mágica, ya religiosa, ya profana. La expresión brahmánica «excitar el Brahmâ» (*Brahmâ jinivati*), significa despertar el poder latente en el fondo de las operaciones mágicas, pues los sacrificios védicos son magia ceremonial. Este poder es el Akâsa o electricidad *oculta*, el *alkahest* de los alquimistas o disolvente universal, la misma *anima mundi*, como luz astral. En el momento del sacrificio está embebida en el espíritu de Brahmâ y mientras aquel se lleva a cabo es el mismo Brahmâ. Este es evidentemente el origen del dogma cristiano de la transubstanciación. En lo que se refiere a los efectos generales del Akâsa, el autor de una de las obras más modernas de filosofía oculta: *Arte Mágico*, da por vez primera una muy inteligible e interesante explicación del Akâsa, en conexión con los fenómenos atribuidos a su influencia por fakires y lamas.

ALMA: Es el *nephesh* de la Biblia; el principio vital, el soplo de vida que todos los animales, incluso los infusorios, comparten con el hombre. En las traducciones de la Biblia se interpreta indistintamente por vida, sangre y alma. El texto original del Génesis dice: «No matemos su nephesh» (**NOTA: XXXVII, 21. FINAL NOTA**). La Vulgata lo traduce por: «No le matemos». Así en los demás pasajes.

ALQUIMISTAS: De *Al* y *Chemi*, el fuego o dios *Kham* de que tomó nombre el Egipto. Los rosacruces medievales como Roberto Fludd, Paracelso, Tomás Vaughan (Eugenio Filaleteo), Van-Helmont y otros, fueron alquimistas que buscaban el *espíritu oculto* en la materia inorgánica. Muchos han acusado a los alquimistas de charlatanería y presunción; pero no cabe tratar de impostores y mucho menos de insensatos a hombres como Rogerio Bacon, Agrippa, Enrique Kunrath, y el árabe Geber, el primero que reveló en Europa algunos secretos químicos. Los sabios de hoy reedifican las ciencias físicas sobre la base de la teoría atómica de Demócrito, restablecida por John Dalton, sin recordar que Demócrito de Abdera era alquimista de talento bastante para profundizar los secretos de la naturaleza y llegar a ser filósofo hermético. Olaus Borrichias dice que el origen de la Alquimia se pierde en remotísimos tiempos.

ANTROPOLOGÍA: La ciencia del hombre, subdividida en:

Fisiología, que descubre los misterios de los órganos, y su funcionamiento en el hombre, animales y plantas.

Psicología, que estudia el alma como entidad distinta del espíritu, en sus relaciones con el espíritu y con el cuerpo. La ciencia moderna relaciona generalmente el alma con las condiciones del sistema nervioso, sin atender a su esencia y naturaleza psíquica. Los

médicos llaman a la *Psicología* ciencia de la locura, y, en las escuelas de medicina dan el nombre de *lunática* a la cátedra de esta ciencia.

CALDEOS o *kasdimos*: Al principio una tribu y después una casta de sabios cabalistas. Eran los sabios y magos de Babilonia, astrólogos y adivinos. El famoso Hillel, precursor de Jesús en filosofía y ética, era caldeo. Frank, en su *Kabbala*, hace notar la estrecha semejanza de la «doctrina secreta» del *Avesta*, con la metafísica religiosa de los caldeos.

DACTYLOS (*daktulos*, dedo): Nombre dado a los sacerdotes consagrados al culto de *Kybelé* (Cibeles). Algunos arqueólogos derivan este nombre de *δάκτυλος*, dedo, porque los dactylos eran diez, como los dedos de las manos, pero no consideramos correcta esta hipótesis.

DEMIURGOS o Demiurgo: Artífice; el Poder Supremo que ha construido el universo. Los francmasones derivan de esta palabra su frase de «Gran Arquitecto». El magistrado principal de algunas ciudades griegas llevaba este título.

DEMONIOS: Nombre dado en los pueblos antiguos, y especialmente por los filósofos alejandrinos, a toda clase de espíritus, buenos y malos, humanos o de otra naturaleza. Con frecuencia este nombre es sinónimo de dioses o ángeles; pero algunos filósofos distinguen entre las diversas clases.

DERVICHES, o «encantadores danzantes»: Aparte de la austeridad de vida y de las prácticas de oración y meditación, los santones mahometanos se parecen muy poco a los fakires indos. Estos pueden llegar a ser *sannyâsis* o santos mendicantes; los primeros jamás irán más allá de las fases secundarias de las manifestaciones ocultas. El derviche puede ser también potente hipnotizador, pero jamás se someterá voluntariamente a las abominables y casi increíbles mortificaciones que el fakir se inflige con creciente avidez hasta morir entre lentos y crueles tormentos. Las más horribles operaciones, como desollarse vivo, cortarse los dedos de pies y manos, amputarse las piernas, sacarse los ojos, enterrarse hasta el cuello y pasar así muchos meses, son para ellos juegos de niños. Uno de los tormentos más frecuentes es el *tshiddy-parvâday* (NOTA: O más comúnmente, *chârkh pûjâ*. FINAL NOTA). Consiste en suspender al fakir de uno de los brazos móviles de una especie de horca que suele verse en las cercanías de los templos. En el extremo de cada uno de estos brazos, hay una polea a la que está arrollada una cuerda con un garfio de hierro pendiente, que se clava en la desnuda espalda del fakir, cuya sangre inunda el suelo, y levantado en alto se le hace girar alrededor de la horca. Desde el primer momento de tan cruel operación, hasta que por su propio peso el cuerpo cede rasgado por el garfio y cae sobre las cabezas de la multitud ni un solo músculo del rostro del fakir se contrae en lo más mínimo y queda tan tranquilo, grave y reposado como si saliera de un refrigerante baño. El fakir se goza en despreciar los mayores tormentos, porque está convencido de que cuanto más mortifique su cuerpo material, más brillante y santo será su cuerpo espiritual. El derviche no es capaz de infligirse tales torturas.

DIOSES PAGANOS: El vulgo confunde lastimosamente los dioses con los ídolos del paganismo. Sin embargo, el verdadero concepto expresado en la palabra *dioses*, nada tiene de objetivo ni antropomórfico, pues o bien se refiere a las entidades planetarias y a los espíritus desencarnados de hombres puros, o bien representa para los iniciados de todas las religiones y escuelas la manifestación visible de una potestad ordinariamente invisible. Cada una de estas ocultas potestades tenía por símbolo el dios bajo cuyo nombre se la invocaba, de suerte que los múltiples dioses de los panteones indio, griego y egipcio son sencillamente representaciones de las potestades invisibles del universo. Cuando en los oficios religiosos invoca el brahmán a la diosa Aditya, representación femenina del sol,

actualiza la potencia del espíritu residente en el sol mediante la palabra de poder (*Vâch*) contenida en el mantra empleado en la invocación.

Las potestades espirituales son los *hotares* o vicarios del supremo Ser, mientras que a su vez el brahmán es, en el momento de officiar, el vicario o embajador en la tierra de la invocada potestad celestial.

DRUIDAS: Casta sacerdotal que floreció en las Galias y Gran Bretaña.

ESENIOS: De *asa*, el que sana. Secta de judíos que, según Plinio, vivieron cerca del mar Muerto *per millia sæculorum*, durante miles de siglos. Han supuesto algunos si serían fariseos ultra radicales, y otros, lo que parece más cierto, los tienen por descendientes de los *benim-nabim* de la *Biblia*, o sean los *kenitas* y *nazaritas*. Tenían muchas ideas y prácticas budistas, y es digno de mención que los sacerdotes de la *Gran Madre* en Éfeso, la Diana-Bhavani de múltiples pechos, llevaban también este nombre. Eusebio y De Quincey dicen que eran los cristianos primitivos y esto es muy probable. El título de *hermano*, usado en la Iglesia primitiva, es de origen esenio. Constituían una comunidad o *koinobión* análoga a la de los primeros conventos. Conviene advertir que únicamente los saduceos o *zadokitas*, la casta sacerdotal y sus partidarios, perseguían a los cristianos, pues los fariseos eran por lo general indulgentes y con frecuencia se declaraban a favor de aquéllos. Jaime el justo fue fariseo hasta su muerte; pero Pablo, o *Aber*, fue tenido por hereje.

ESPÍRITU: Mucha confusión ha producido la discrepancia de los escritores en el empleo de esta palabra, que por regla general se considera sinónima de alma, sin que los lexicógrafos se preocupen de separar su respectiva acepción. Esto es consecuencia natural de la ignorancia corriente, y de haber desdeñado la distinción adoptada por los antiguos. Más adelante dilucidaremos la importantísima diferencia entre *espíritu* y *alma*. Baste decir, por ahora, que el espíritu es el *nous* de Platón, el principio inmortal, inmaterial, purísimo y divino del hombre, el coronamiento de la *triada* humana.

ESPÍRITUS ELEMENTALES: Criaturas que evolucionan en los cuatro reinos elementales de: tierra, aire, fuego y agua. Los cabalistas los llaman respectivamente: gnomos, sílfides, salamandras y ondinas. Podemos llamarlos fuerzas de la naturaleza, como agentes serviles de la ley general, y también suelen valerse de ellos los espíritus desencarnados, ya puros o impuros, los Adeptos encarnados, ya blancos, ya negros, para producir los fenómenos que deseen. Los espíritus elementales nunca llegan a ser hombres (NOTA: A las personas que creen en la clarividencia, pero no en los espíritus de la naturaleza, sino tan sólo en los espíritus humanos desencarnados, les interesarán las observaciones de una clarividente publicadas en *Londres Espiritista* de 29 Junio 1877. A venir una tempestad, vió la vidente «un espíritu luminoso que salía de una negra nube y pasaba rápido y deslumbrante al través del cielo, acompañado pocos minutos después por una línea diagonal de espíritus oscuros en las nubes». Estos son los *Marutes* de los *Vedas* (Véase *Rig-Veda Samhita* de Max Muller). La conocida conferenciante, escritora y vidente, Mrs. Emma Hardinge Britten, ha publicado relaciones de sus frecuentes experiencias con los espíritus elementales. FINAL NOTA).

Bajo la denominación general de hadas y duendes, los espíritus de los elementos aparecen en los mitos, fábulas, tradiciones y poesías de todas las naciones antiguas y modernas. Sus nombres son muchísimos: peris, devas, dijinos, silvanos, sátiros, faunos, elfos, enanos, trasgos, espectros, sombras, duendes, ondinas, salamandras, damas blancas, etc. Han sido vistos, temidos, bendecidos, exorcizados e invocados en todo el mundo y en toda época. ¿Será posible que estuvieran alucinados cuántos los vieron?

Los elementales son los principales agentes de los espíritus desencarnados, y aunque nunca aparecen en las sesiones, producen todos los fenómenos objetivos.

ESPÍRITUS ELEMENTARIOS: Propiamente hablando, son las almas desencarnadas de los depravados que poco antes de la muerte se separaron de su divino espíritu y no pueden aspirar a la inmortalidad. Eliphaz Levi y otros cabalistas, apenas distinguen entre los espíritus elementarios que fueron hombres, y los demás seres que pueblan los elementos y son fuerzas ciegas de la naturaleza. Una vez separadas del cuerpo estas almas (también llamadas cuerpos astrales) de personas materializadas, quedan irresistiblemente atraídas a la tierra, donde experimentan una vida temporal y finita en las condiciones que más armonizan con su naturaleza inferior; y como durante la vida no cultivaron su espiritualidad, sino que la subordinaron a lo material y grosero, son incapaces de seguir el elevado camino del ser puro y desencarnado que se aleja de la sofocante y mefítica atmósfera de la tierra. Después de un período de tiempo más o menos largo, estas almas materiales empiezan a desintegrarse, hasta que, a semejanza de la niebla, se disuelven, átomo por átomo, en los elementos circundantes.

ETROBACIA: Nombre griego, que significa pasear o levantar en el aire los espiritistas modernos la llaman *levitación*. Puede ser consciente o inconsciente. En el primer caso es magia; en el segundo, desequilibrio, enfermedad o un poder cuya significación se dilucida en pocas palabras.

En un manuscrito siriaco, traducido por Malchus, alquimista del siglo XV, se lee una explicación simbólica de la etrobacia con respecto a Simón el Mago. Dice así:

Simón, con el rostro en tierra, murmuró: «¡Oh madre Tierra, ruégote me concedas algo de tu aliento, y yo te daré el mío! ¡Suéltame, oh madre, y llevaré tus palabras a las estrellas y fielmente volveré después a ti!». Y la tierra, vigorizando sin detrimento su condición, envió a su genio a infundir algo de su aliento en Simón, mientras él *respiraba en ella*; y las estrellas se regocijaron a la vista del Potente».

Para comprender esto, es preciso recordar que las electricidades del mismo signo se repelen y las de signo contrario se atraen. «El más elemental conocimiento de la química», dice el profesor Crooke, «nos enseña que mientras los cuerpos de opuesta naturaleza se combinan enérgicamente, apenas hay afinidad entre dos metales o dos metaloides de propiedades análogas».

La tierra es un cuerpo magnético o un gran imán, como afirmó ya Paracelso hace 300 años. Está cargada de electricidad positiva, que genera continua y espontáneamente en su centro de movimiento. Los cuerpos humanos y todos los objetos materiales están cargados de electricidad negativa, lo cual equivale a decir que los cuerpos orgánicos e inorgánicos generan y se cargan constante e involuntariamente por sí mismos de electricidad contraria a la de la tierra. Ahora bien: ¿qué es el peso? Sencillamente la atracción de la tierra. «Sin la atracción de la tierra nada pesarían nuestros cuerpos», dice el profesor Stewart (**NOTA: *El sol y la tierra. FINAL NOTA***), «y si pesáramos doble, experimentaríamos doble atracción». ¿Cómo podemos librarnos de esta atracción? Según la ley antes enunciada, la atracción de nuestro planeta retiene a los cuerpos en la superficie terrestre; pero ¿cómo explicar que la ley de gravitación haya sido infringida muchas veces por levitaciones de personas y de objetos inanimados? La condición de nuestro sistema fisiológico, al decir de los filósofos teúrgicos, depende en gran parte de nuestra voluntad, que bien regulada puede operar entre otros «milagros» el cambio de polaridad eléctrica, de negativa en positiva, de modo que el imán-tierra repela el objeto o cuerpo y no ejerza la gravedad acción ninguna. Será entonces tan natural para el hombre lanzarse al espacio, hasta que la fuerza repulsiva pierda su eficacia, como antes permanecer sobre la tierra. La elevación de su vuelo dependerá de la mayor o menor habilidad en cargar su cuerpo de electricidad positiva. Obtenido este dominio sobre las fuerzas físicas, la levitación es cosa tan sencilla como el respirar.

El estudio de las enfermedades nerviosas ha demostrado que, tanto en el sonambulismo ordinario, como en el hipnótico, parece disminuir el peso del cuerpo. El profesor Perty cita el caso del sonámbulo Kochler, que flotaba sobre el agua. La vidente de Provorst no podía permanecer sentada en la bañera, porque sobrenadaba en el agua del baño. Dice además que Ana Fleiser, enferma de epilepsia, se mantenía con frecuencia en el aire, según la vió varias veces el superintendente del hospital, y en otra ocasión se levantó hasta más de dos metros por encima de su cama, en presencia de testigos fidedignos, entre los cuales había dos eclesiásticos. En su *Historia de las brujerías de Salem* cita Uphame el caso parecido de Margarita Rule. «La levitación, dice el profesor Perty, ocurre con mayor frecuencia en los sujetos estáticos que en los sonámbulos». Estamos acostumbrados a considerar la gravitación como ley absoluta e inalterable, y nos parece inadmisibles la idea de una completa o parcial levitación que la contraríe. Sin embargo, en estos fenómenos la gravitación queda anulada por fuerzas materiales. En muchas enfermedades, como por ejemplo en las calenturas nerviosas, el peso del cuerpo humano parece aumentar, pero en los éxtasis disminuye. Por lo tanto, pueden haber fuerzas físicas contrarias a la gravedad.

La revista de Madrid: *Criterio Espiritista* cita el interesante caso de una joven labradora de cerca de Santiago, que se suspendía en el aire al colocar horizontalmente sobre ella, a una distancia de medio metro, dos barras de hierro magnetizadas.

Si los médicos observasen a estos individuos levitados, verían que están electrizados en el mismo signo que el suelo, el cual, según la ley de gravedad, debería atraerlos, o al menos evitar su levitación. Y si los desequilibrios físico-nerviosos o los éxtasis espirituales producen inconscientemente los mismos efectos, tendremos que esta fuerza puede ser dirigida y regulada a voluntad.

EVOLUCIÓN: Desarrollo de los órdenes de animales superiores procedentes de los inferiores. La ciencia moderna sólo estudia la evolución física y nada sabe de la espiritual, que obligaría a los contemporáneos a confesar su inferioridad respecto de los antiguos filósofos y psicólogos. Los sabios de la antigüedad se elevaban hasta el INCOGNOSCIBLE, para tomar por punto de partida la primera manifestación del invisible, el inevitable, que por razonamiento estrictamente lógico, es el Ser creador, necesario en absoluto, el Demiurgos del Universo. La evolución comienza, según ellos, en el espíritu puro, que desciende gradualmente hasta tomar forma visible y tangible de materia. Llegados a este punto, discurren conforme a la teoría de Darwin, pero sobre más amplias y extensas fases.

El *Rig-Veda-Sambhita* (NOTA: Traducido por Max Müller, Profesor de Filología comparada en la Universidad de Oxford (Inglaterra). FINAL NOTA) el libro más antiguo del mundo, al que nuestros más prudentes eruditos asignan dos o tres mil años de antigüedad sobre la era cristiana, dice en el «Himno de los Marutes»:

El No Ser y el Ser están en el supremo cielo, en la cuna de Daksha, en el regazo de Aditi (Mandala I, versículo 166).

En la primera época de los dioses, el Ser (la Divinidad comprensible) nació del No-ser (la Divinidad incomprensible) Después nacieron las Regiones invisibles y de ellas, Uttânapada.

De Uttânapada nació la Tierra, y de ella las Regiones visibles. Daksha nació de Aditi, y Aditi de Daksha (*Idem*).

Aditi es el Infinito, y Daksha es *daksha-pitarah*, que significa literalmente el *padre de los dioses*; pero Max Müller y Roth dicen que significa *padres de la fuerza* que «conservan, poseen y conceden las facultades». De todos modos, es fácil ver que «Daksha, nacido de Aditi, y Aditi de Daksha», significa lo que los modernos llaman «correlación de fuerzas». Así se infiere del siguiente párrafo traducido por Müller:

Considero a Agni como el origen de toda existencia, o padre de la fuerza (III, 27, 2).

Esta misma idea, clara y evidente, prevaleció en las doctrinas de los zoroastrianos, magos y filósofos del fuego de la Edad Media. Agni es el dios del fuego, del Éter Espiritual, la verdadera substancia de la esencia divina, del Dios Invisible presente en cada átomo de *Su* creación, y llamado por los Rosacruces «Fuego Celestial». Si cuidadosamente comparamos los versos de este mandala, uno de los cuales dice:

El Cielo es su padre, la Tierra su madre, Soma su hermano y Aditi su hermana (I, 191, 6)
(NOTA: *Dyarih vah pitâ, prithivi mââtâ sômah bhrâtâ âdithi svâsâ. FINAL NOTA*)

con la *Tabla Esmeraldina* de Hermes, hallaremos el mismo substrato metafísico y filosófico en idéntica doctrina:

Como todas las cosas han sido producidas por medio de un Ser, así también todas las cosas han sido producidas de esta única cosa por adaptación: «Su padre es el sol; su madre la luna—... etc. Separa la tierra del fuego, *lo sutil de lo grosero*... Lo que he dicho sobre la operación del *sol* es completo». (Tabla Esmeraldina) (NOTA: *Como quiera que en los capítulos siguientes estudiaremos la perfecta identidad de las antiguas doctrinas religiosas y filosóficas, no damos más explicaciones por ahora. FINAL NOTA*).

El Profesor Max Müller ve en este *mandala*, «algo parecido a una teogonía, aunque llena de contradicciones» (NOTA: *Rig-Veda-Shambhita, p. 234. FINAL NOTA*). Los alquimistas, cabalistas y estudiantes de filosofía mística encontrarán una perfecta definición del sistema de Evolución en esta cosmogonía de un pueblo que existió millares de años antes de nuestra era. Advertirán, además, perfecta identidad de pensamiento entre la filosofía hermética y las doctrinas de Pitágoras y Platón.

La evolución, tal como ahora se entiende, supone en la materia un impulso para tomar forma más elevada, y así lo manifestaron claramente Manu y otros filósofos indos de la antigüedad. Ejemplo de ello nos da el árbol de los filósofos en el caso de la disolución del cinc. La controversia entre los partidarios de la evolución y los de la emanación, puede resumirse en que el evolucionista detiene toda investigación en las fronteras del *Incognoscible*, mientras que el emanacionista cree que nada puede evolucionar ni nacer, si antes no ha sido involucionado por la potencia espiritual de la vida que prevalece sobre todo.

FAKIREs: Devotos religiosos de la India. Están generalmente adscritos a las pagodas brahmánicas y siguen las leyes de Manu. Van desnudos con sólo un faldellín de lino, llamado *dhoti*, en la cintura. Llevan el pelo muy largo, y en él guardan como si fuera bolsillo la pipa, la flauta llamada *vagudah*, cuyo sonido entorpece catalépticamente a las serpientes, y el bambú de *siete nudos*. Esta vara mágica la recibe el faquir de su gurú el día de la iniciación, con los tres *mantras* que le comunica al oído. Ningún fakir prescinde de esta poderosa insignia de su profesión, por cuya divina virtud obran prodigiosos fenómenos (NOTA: *Filostrato asegura que en su tiempo eran capaces los brahmanes de llevar a cabo maravillosas curaciones, con solo pronunciar ciertas palabras mágicas. «Los brahmanes indos llevan una varilla y un anillo, por cuya medio obran muchas cosas». Orígenes asegura lo mismo (Contra Celso). Pero sin el poderoso fluido magnético proyectado por la vista, sin ninguna clase de contacto, serían inútiles las palabras mágicas. FINAL NOTA*). El fakir brahmánico es completamente distinto de los mendigos musulmanes de la India, también llamados fakires en algunos puntos del territorio británico.

HERMÉTICO: De Hermes, dios de la Sabiduría, adorado en Egipto, Siria y Fenicia con los nombres de Thoth, Tat, Adad, Seth y Satán (NOTA: *No debe tomarse este*

último nombre en el sentido que le dan los cristianos y musulmanes. FINAL NOTA), y en Grecia con el de Kadmos. Los kabalistas lo identifican con Adam *Kadmon*, primera manifestación del Poder Divino, y con Enoch. Hubo dos Hermes: el *Trismegistus*, y el amigo e instructor de Isis y Osiris, segunda emanación o «permutación» de sí mismo. Hermes y Mazeo son los dioses de la sabiduría sacerdotal.

HIEROFANTE: Revelador de enseñanzas sagradas. Llevaba este título el jefe de los Adeptos, que en las iniciaciones explicaba los arcanos a los neófitos. En hebreo y caldeo se le llamaba *Pedro*, que significa el que abre o descubre. De aquí que el Papa, como sucesor del hierofante de los antiguos misterios, ocupe la pagana silla de «San Pedro». El odio de la Iglesia católica a la alquimia y ciencias ocultas y astrológicas, se explica porque tales conocimientos eran antes prerrogativa del hierofante o representante de Pedro, quien guardaba los misterios de vida y muerte. Bruno, Galileo, Kepler y Cagliostro se opusieron a las pretensiones de la Iglesia y por ello perdieron la vida.

Toda nación tuvo misterios y hierofantes. Los judíos tenían su Pedro, Tanaim o Rabino, como Hillel, Akiba (NOTA: Akiba era amigo de Aher, que se presume si fue el apóstol Pablo del cristianismo. De ambos se dice que visitaron el paraíso. Aher cogió ramas del árbol de la ciencia, y por esto se separó de la religión judía. Akiba continuó en paz su camino. Véase 2ª Epístola a los Corintios, cap. XII. FINAL NOTA), y otros cabalistas famosos, únicos que podían comunicar los terribles secretos de la *Merkaba*. En India hubo y hay diseminados por las principales pagodas muchos hierofantes, conocidos con el nombre de brahmatmas. En el Tíbet el principal hierofante es el Dalay o Taley-Lama de Lha-sa (NOTA: Taley significa océano o mar. FINAL NOTA). Entre las naciones cristianas sólo los católicos han conservado esta pagana costumbre en la persona del Papa, aunque han desfigurado tristemente la majestuosa dignidad de tan sagrado cargo.

INICIADOS: Los que en la antigüedad aprendían en los Misterios los secretos conocimientos de boca de los hierofantes. En nuestros días, los aleccionados por los adeptos a la mística doctrina de las ciencias del misterio, que a pesar de los siglos transcurridos, tienen pocos, pero verdaderos devotos.

KABALISTA: De קבלה (*kabala*). Tradición oral. El cabalista es el estudiante de la «ciencia secreta»; el que interpreta el oculto y verdadero sentido de las Escrituras, por medio de la simbólica *kabala*. Los tanaim fueron los primeros cabalistas judíos que florecieron en Jerusalén a principios del siglo III antes de J.C. Los libros de Ezequiel, Daniel, Enoch y el Apocalipsis son genuinamente cabalísticos. La doctrina secreta de la *Kabala* es idéntica a la de los caldeos y tiene mucho de magia o sabiduría de los parsis.

LAMAS: Monjes budistas que profesan la religión lamaica dominante en el Tíbet, análogos a los frailes del catolicismo. Están bajo la obediencia del Dalai-Lama o Sumo Pontífice budista Tibetano, que reside en Lhasa y es para los lamas una reencarnación del Buddha.

LUZ ASTRAL: Es la *luz sideral* de Paracelso y de otros filósofos herméticos. Físicamente es el éter de la ciencia moderna, y metafísicamente, en su espiritual y oculto sentido, es algo más de lo que comúnmente se entiende por éter. La física y alquimia ocultas demuestran que sus ilimitadas ondulaciones abarcan, no sólo «la esperanza y potencia de toda cualidad de vida», según afirma Tyndall, sino también la actualización de la potencia de cada una de las cualidades del espíritu. Los alquimistas y herméticos creen que el éter astral o sideral, con las propiedades del azufre y las magnésias blanca y roja o *magnes*, es, tanto espiritual como materialmente, el *Anima mundi*, el laboratorio de la Naturaleza y del Cosmos. El «Gran Magisterio» se manifiesta por sí mismo en

los fenómenos del hipnotismo, en la levitación del hombre y de objetos inertes, y puede llamarse éter en el aspecto espiritual.

La denominación *astral* es antigua, y ya la usaban algunos neoplatónicos. Porfirio dice que el cuerpo celestial está siempre unido al alma y es «inmortal, luminoso y semejante a una estrella». La raíz de la palabra astral es tal vez la voz escita *aist-aer* (estrella), o la asiria *istar*, que significa lo mismo. Como los rosacruces consideraban lo real directamente opuesto a lo aparente y enseñaban que la luz para la *materia* era obscuridad para el *espíritu*, decían que éste moraba en el océano astral de invisible fuego que rodea al mundo y pretendían haber descubierto el origen del también invisible espíritu divino, que desde el trono del invisible y desconocido Dios cobija a todo hombre y equivocadamente se le llama *alma*. Como la Causa primera es invisible e imponderable, únicamente podían los alquimistas probar sus afirmaciones por los efectos que, dimanantes del universo invisible, se manifiestan en el mundo físico. Demuestran los alquimistas que la luz astral penetra la totalidad del Cosmos y late hasta en la más ínfima partícula de roca, diciendo que la chispa del pedernal es el perturbado espíritu de esta Piedra, que, al tiempo de brotar, desaparece inmediatamente en las regiones de lo desconocido.

Paracelso la llamaba *luz sideral* y consideraba los astros (incluso nuestra tierra) como porciones *condensadas* de luz astral, «caídas en la generación y en la materia», pero cuyas emanaciones magnéticas o espirituales conservaban incesante comunicación con el origen patrio de la luz astral. A este propósito dice: «Los astros nos atraen hacia ellos; y nosotros los atraemos hacia nosotros. Madera es el cuerpo y fuego la vida que, como la luz, viene de las estrellas y los cielos. La magia es la filosofía de la alquimia (NOTA: *De Ente Spirituali*, lib. IV; *De Ente Astrorum*, lib. I; y *Opera Omnia* vol. I, págs. 634 y 699. FINAL NOTA). Todo lo del mundo espiritual, ha de llegarnos a través de las estrellas, y si estamos en armonía con ellas, obtendremos inmensos efectos *mágicos*.

«Así como el fuego pasa a través de una estufa de hierro, así también los astros pasan a través del hombre y le comunican sus propiedades, del mismo modo que la lluvia fertiliza la tierra en que penetra. Los astros *rodean* a la tierra, como el *cascarón al huevo*. A través del cascarón pasa el aire y penetra hasta el centro del mundo». El cuerpo humano, lo mismo que la tierra, los planetas y las estrellas, está sujeto a la doble ley de atracción y repulsión y saturado del influjo doblemente magnético de la luz astral. Todo es doble en la naturaleza: el magnetismo es positivo y negativo, activo y pasivo, masculino y femenino. La noche descansa al hombre de la actividad del día y restablece el equilibrio, tanto de la naturaleza humana como de la cósmica. Cuando el hipnotizador aprenda el secreto de polarizar la acción y dar a su fluido fuerza bisexual, será el mayor de los magos vivientes. Así, pues, la luz astral es andrógina porque el equilibrio resulta de dos fuerzas que eternamente actúan una sobre otra. El resultado de esta acción es la VIDA. *Cuando las dos fuerzas se gastan y permanecen largo tiempo inactivas, equilibrándose una con otra en reposo completo, sobreviene la condición de MUERTE*. Un ser humano puede expirar aliento caliente o frío, e inspirar aire frío o caliente. Todo niño sabe cómo regular la temperatura de su aliento; pero ningún fisiólogo ha explicado satisfactoriamente la manera de protegerse uno mismo del aire frío o caliente. La luz astral, principal agente de magia, puede únicamente descubrirnos los secretos de la naturaleza. La luz astral es idéntica al *akâsa* indo.

MÁGICO: Antiguamente era título de nombradía y distinción, pero hoy se ha corrompido su verdadero significado. En otro tiempo fue sinónimo de honroso, respetable, instruido y docto. El clero ha convertido este título en epíteto degradante que el vulgo supersticioso aplica a los brujos embusteros, impostores y charlatanes que «venden el alma al diablo» y abusan de sus facultades psíquicas, sin advertir que Moisés fue mágico y al profeta Daniel se le llamó «príncipe de los magos, de los encantadores y agoreros» (NOTA: *Profecía de Daniel*, cap. V. vers. II. FINAL NOTA).

La palabra mágico se deriva etimológicamente de *magh*, *mah* o *mahâ* que significa grande y se aplicó a los sacerdotes versados en la ciencia esotérica.

MAGO: Palabra derivada de *Mag* o *Maha*, que significa grande. El Mahatma (gran alma) tenía en la India sacerdotes en los tiempos prevédicos.

Los magos eran sacerdotes del fuego, en Asiria, Babilonia y Persia. Los tres reyes magos que, según se dice, ofrecieron al niño Jesús oro, incienso y mirra, adoraban al fuego y eran también astrólogos, pues vieron la estrella de Belén. Al Sumo sacerdote parsi, residente en Surat, se le llama *Mobed*, palabra que algunos derivan de *Megh* o *Meh-ab* y significa grande y noble. Según Kleuker, a los discípulos de Zoroastro se les llamó *meghestom*.

MANTICISMO: Frenesí mántico o estado en que se actualiza el don de profecía, sinónimo de manticismo, pues tan honroso es el título de mántico como el de profeta. Pitágoras y Platón lo tuvieron en mucha estima y Sócrates aconsejó a sus discípulos el estudio del manticismo. Los Padres de la Iglesia, que tan severamente condenaron el frenesí mántico de los sacerdotes paganos y de las pitonisas, no tuvieron reparo en aprovecharse de él para sus fines particulares. Los montanistas (**NOTA: Prosélitos de Montano, obispo de Frigia, a quien se le atribuyó inspiración divina. FINAL NOTA**) emulaban a los manteis o profetas. El autor de la obra *Profecías antiguas y modernas*, dice que Tertuliano, San Agustín y los mártires de Cartago estuvieron dotados de frenesí mántico y que los montanistas se parecían a las bacantes en el salvaje entusiasmo que caracterizaba, sus orgías.

Mucho discrepan las opiniones en lo concerniente al origen de la palabra *manticismo*. En tiempos de Melampo, rey de Argos, floreció el famoso vidente Mantis de cuyo nombre se derivaría la palabra, pero también pudo arrancar de la profetisa Manto, hija del profeta de Tebas.

Cicerón define el don de profecía o frenesí mántico, diciendo que en lo más recóndito de la mente está ocultamente recluida la profecía divina, el divino impulso cuya actuación parece furor, frenesí y locura.

Sin embargo, es posible que la palabra *mantis* tenga mucho más antigua etimología, no advertida por los filólogos, pues las dos copas empleadas en los ritos del misterio Soma, denominadas conjuntamente *grahâs*, se llamaban cada una de por sí *sukra* y *manti* (**NOTA: Aitareya brâhmana, 3, I. FINAL NOTA**). En esta copa *manti* se dice que «despierta Brahmá». Al beber sobriamente un sorbo del sagrado zumo, el «espíritu» de Brahmá, personificado en el dios Soma, se infunde en el cuerpo del iniciado y se posesiona de él. De aquí el éxtasis, la clarividencia y el don de profecía. El Soma estimula dos linajes de adivinación: la natural y la artificiosa. La copa *sukra* despierta las congénitas cualidades del hombre, e identifica el alma con el espíritu que, por ser de naturaleza divina, conoce lo futuro representado en sueños, visiones y presentimientos. El *manti* o zumo contenido en la copa *mantis* «despierta a Brahmâ», es decir, comunica al alma no sólo con los dioses menores (**NOTA: Espíritus veraces de sabiduría, aunque no omniscientes. FINAL NOTA**), sino también con la suprema esencia divina. El alma recibe iluminación directamente irradiada de la presencia de su «dios»; pero como queda ignorante de lo que únicamente saben los cielos, le acomete al iniciado una especie de frenesí, del que, al recobrase, sólo recuerda cuanto se le permite recordar.

Respecto a los adivinos o profetas que abusan de sus facultades para hacer de ellas un modo de vivir, dícese que están poseídos de un *gandharva*, divinidad escasamente venerada en la India.

MANTRA: Palabra sánscrita equivalente a «nombre inefable». Cantados con la entonación prescrita en el *Atarva-Veda* producen algunos mantras instantáneo y maravilloso efecto. Generalmente, es el mantra una plegaria a los dioses y potestades

celestiales, según enseñan los libros brahmánicos de acuerdo con Manú; pero también suele ser una fórmula mágica. En sentido esotérico, la frase mística o palabra del mantra es el *vâch* de los brahmanes. En sentido literal, significa el mantra la revelación directa y divina (*sruti*) de los libros sagrados.

MARABUTO: Musulmán que ha cumplido la peregrinación a la Meca. Santo sepultado en un sarcófago abierto de propósito en las calles o plazas de las ciudades populosas de los países mahometanos. El Cuerpo del marabuto se coloca en la única tumba o hueco del sarcófago, y la devoción de los transeúntes mantiene perpetuamente encendida una lámpara a la cabecera del enterramiento. En El Cairo se ven hoy día muchos de estos sarcófagos, construidos de albañilería. Algunos sepulcros de marabuto tienen entre los musulmanes muchísima fama por los milagros que se atribuyen al santo allí enterrado.

MATERIALIZACIÓN: Palabra con que los espiritistas expresan el fenómeno por el cual toma un espíritu forma material. Moisés Stainton propuso que a estos fenómenos se les diese el nombre menos discutible de «manifestación formal». Cuando se comprenda mejor la verdadera naturaleza de las materializaciones, se les dará seguramente un nombre más adecuado. No es propio llamarlas espíritus materializados, porque tan sólo son fotografías o esculturas animadas.

MAZDEÍSTAS: De Ahura-Mazda (**NOTA: Véase el *Yasna* de Spiegel, XL. FINAL NOTA**). Nombre dado a los antiguos persas que adoraban a Ormazd y prohibían el culto de las imágenes. De los mazdeístas tomaron los judíos el horror que tuvieron a toda representación plástica de la Divinidad.

Según parece, en tiempo de Herodoto prevalecieron contra ellos los magos y sus prosélitos, entre quienes se cuentan con toda probabilidad los parsis y geberines a que alude el *Génesis* (**NOTA: VI, X, 8. FINAL NOTA**). Por una extraña confusión etimológica identifican algunos eruditos a Zoroastro con Zarathustra (**NOTA: El nombre de Zoroastro se deriva de *Zero*, que significa círculo, hijo o sacerdote, y de *aster, ishtar* o *astarté*, estrella, en dialecto ariano. Era el título del Sumo Sacerdote de los magos, a quienes también se les llamaba *Surya-ishtaras* o adoradores del sol. Zarathustra fue el famoso apóstol del mazdeísmo. FINAL NOTA**).

METEMPSÍCOSIS: El progreso del alma en los sucesivos grados de existencia. Para el vulgo era el renacimiento en cuerpos de animales. Por regla general, aun muchos que se precian de eruditos adulteran el significado de esta palabra. El *Mânava-dharma-zâstra* y otros libros brahmánicos interpretan el axioma cabalístico que dice: «La piedra se convierte en planta, la planta en animal, el animal en hombre, el hombre en espíritu y el espíritu en dios».

MISTERIOS: En griego *teletai* (perfección) y por analogía *teleuteia* (muerte). Eran reglas secretas que desconocían los profanos y los no iniciados. Por medio de representaciones dramáticas y otros procedimientos se enseñaba en los misterios el origen de las cosas, la naturaleza del espíritu humano, sus relaciones con el cuerpo y el modo de purificarse para alcanzar la vida superior. Por el mismo método se enseñaban las ciencias naturales, la medicina, la música y la adivinación. El juramento hipocrático no era más que una obligación mística. Hipócrates fue sacerdote de Asclepios y algunas de sus obras vieron fortuitamente la luz pública. Los asclepiadeos estaban iniciados en el culto de la serpiente de Esculapio, como las bacantes en el de Dionisio, y ambos ritos quedaron con el tiempo incorporados a los misterios de Eleusis. Más adelante hablaremos con mayor extensión de los Misterios.

MÍSTICOS: Los iniciados. Sin embargo, desde la Edad Media se dió esta denominación a cuantos, como el teósofo Böehme, el quietista Molinos, Nicolás de Basilea y otros, creían en la directa comunicación del alma con Dios, análogamente a la inspiración profética.

NABIA: Lo mismo que videncia y vaticinio. El más antiguo y respetado fenómeno místico. La *Biblia* llama *nabia* a la profecía, y sin reparo se puede incluir esta facultad espiritual entre las de adivinación, visiones, éxtasis y oráculos. Pero así como los encantadores, adivinos y aun los astrólogos están explícitamente condenados en los libros de Moisés, la *nabia* o profecía y visión sobrenatural se consideran dones especiales del cielo. En un principio, todas estas facultades se comprendían colectivamente en el nombre de *epoptai* (profeta o vidente) y más tarde se les llamó *nevim*, plural de Nebo, dios babilonio de la sabiduría. Los cabalistas distinguen entre *nebirah* o vidente y *nebipoel* o mago. El primero es pasivo y tan sólo ve claramente el porvenir; el segundo es activo y posee facultades mágicas. Sabemos que Elijah y Apolonio se envolvían en un manto de lana para aislarse de las perturbadoras influencias del ambiente, y tal vez recurrían a este medio por ser la lana muy mala conductora de la electricidad.

OCULTISTA: El que estudia las diversas ramas de la ciencia oculta. Es término empleado por los cabalistas franceses, según se advierte, en las obras de Eliphas Levi. El ocultismo abarca todos los fenómenos psíquicos, biológicos, físicos, cósmicos y espirituales. Es sinónimo de *escondido o secreto y comprende* también el estudio de la cábala, astrología y alquimia.

PITRIS: Es opinión general que esta palabra sánscrita significa colectivamente los espíritus de nuestros antepasados, y de aquí arguyen los espiritistas diciendo que los fakires y otros taumaturgos orientales son sencillamente *mediums*, pues ellos mismos confiesan que no podrían obrar tales prodigios sin el auxilio de los *Pitris*, de quienes son obedientes instrumentos. Esto es erróneo en muchos aspectos. Los *Pitris* no son los antepasados de la generación viviente, sino de toda la raza adámica, es decir, los espíritus de los hombres que constituyeron razas humanas muy superiores, tanto en lo físico como en lo espiritual, a nuestra raza de pigmeos. El *Mánava-dharma-zástra* los llama *Pitris lunares*.

PITONISA: Al definir Webster esta palabra, sale muy pronto del paso diciendo que era la mujer que daba los oráculos en el templo de Delfos y, por extensión, toda mujer que presuma de adivina, como por ejemplo las brujas y hechiceras. Esta definición es inexacta, apasionada e injusta.

Según Plutarco, Jámblico, Lamprías y otros filósofos, las pitonisas eran jóvenes delicadamente sensibles, de costumbres puras y familia humilde, que estaban adscritas a su respectivo templo, donde se les destinaba habitación rigurosamente aislada del mundo, en la que sólo podían entrar los sacerdotes y los videntes; de modo que la vida de las pitonisas superaba en ascetismo a la de las actuales monjas de clausura. Para ejercer su ministerio se sentaba la pitonisa en un trípode de bronce, colocado sobre una grieta del suelo que comunicaba con un subterráneo, en donde se quemaban ciertas drogas cuyos vapores subían por la grieta hasta envolver a la pitonisa en una atmósfera excitante que determinaba el frenesí *mántico*; y en tal estado daba el oráculo. También llamaban a la pitonisa *ventrilocua vates* o sea *profetisa ventrilocua* (NOTA: Pantheon, *Mitos*, 31.–Aristófanes, *Vestas*, I, 28. FINAL NOTA).

Los brahmanes colocaban la conciencia astral (*ψυχή*) en el ombligo, y lo mismo creyeron Platón y otros filósofos. El versículo cuarto del segundo himno del *Nábhânedishtha* dice así: «Oíd, ¡oh hijos de los dioses!, al que habla por su ombligo (*nábhâ*) y os saluda en vuestras viviendas». Muchos orientalistas convienen en que ésta es una de las más antiguas creencias induistas. Los modernos fakires, lo mismo que los

antiguos gimnósofos, concentran su pensamiento en el ombligo y permanecen inmóviles en la contemplación para identificarse con Âtmân y unirse a la Divinidad.

El moderno sonambulismo también considera el ombligo como «el círculo del sol y asiento de la divina luz interna» (NOTA: El oráculo de Apolo estaba en Delfos cuyo nombre deriva de *δελφος* (útero o abdomen) y al recinto del templo se le llamaba *omphalos* (ombligo). Los símbolos eran femeninos y de significación lunar, lo cual nos recuerda que los arcadianos o prehelénicos fueron anteriores a la época en que se introdujo en la Jonia el culto lunar. FINAL NOTA). Muchos sonámbulos ven, oyen y huelen por el ombligo, y esto no es simple coincidencia con las primitivas prácticas, sino prueba evidente de que los sabios antiguos superaban a los modernos académicos en conocimientos de psicología y fisiología. Hoy día los hipnotizadores persas, a quienes el vulgo sigue llamando magos, manipulan sobre el ombligo para ponerse en estado de clarividencia y responder a las consultas que las gentes les hacen sobre robos, objetos perdidos y asuntos de intrincada resolución. Dice un traductor del *Rig-Veda* que los modernos parsis creen que los adeptos de su religión tienen en el ombligo una llama, cuyo resplandor disipa toda oscuridad y les muestra las cosas lejanas del mundo físico y las invisibles del mundo espiritual. Llaman a esta llama la lámpara del *deshtur* (sumo sacerdote) y también la luz del *dikshita* (iniciado), con otras varias denominaciones.

SAMANOS: Categoría sacerdotal de los budistas tártaros de Siberia, análogos, con toda probabilidad, a los filósofos llamados antiguamente *brachmanes*, que muchos han confundido con los brahmanes (NOTA: Según Estrabón y Megasteno, que estuvieron relacionados con Palibothras, los llamados por éste samanos o brachmanes eran sencillamente sacerdotes budistas. A este propósito dice upham: «La singular sutileza de las réplicas de los filósofos samanos en su conferencia con el conquistador denota el espíritu de las enseñanzas budistas».- Véase la «Historia y Doctrina del Budismo» de Upham y la «Cronología» de Hale», III, 238. FINAL NOTA). Todos ellos eran *mágicos*, o, mejor dicho, *mediums* que desarrollaban artificiosamente sus facultades. Hoy día los sacerdotes y sacerdotisas samanos de Siberia son muy ignorantes y ni en cultura ni en saber pueden compararse con los fakires.

SAMOTRACIOS: Dioses adorados en los misterios de Samotracia. Eran idénticos a los kabeiris, dioskuri y koribantes, y se les daban los nombres míticos de Plutón, Ceres, Proserpina, Baco, Esculapio y Hermes.

SOMA: Bebida sagrada de la India, análoga en virtud y significado al néctar o ambrosia de los griegos. En el acto de la iniciación en los misterios eleusinos, el *mista* apuraba una copa de *kikeón* con intento de alcanzar fácilmente el *bradhna* o región del esplendor (mundo celeste).

El soma que han gustado los orientalistas europeos no es el auténtico, que sólo pueden beber los sacerdotes iniciados, sino un brebaje sucedáneo que consumen los no iniciados y los mismos rajás cuando sacrifican en aras de los dioses. Confiesa Hang, en su *Aitareya Brahmana*, que la bebida cuyo sabor le fue tan ingrato no era el *Soma*, sino el zumo de las raíces de un arbusto llamado *nyagradha*, que medra en las colinas de Poona. Sabemos con toda seguridad que la mayoría de los sacerdotes del Dekkan han olvidado la receta del verdadero soma, cuya confección no señalan los libros ritualísticos ni es posible adquirir por informe oral. Quedan ya muy pocos induistas ortodoxos de la primitiva religión védica que se consideren descendientes de los *Rishis*, legítimos agnihôtris o iniciados en los misterios mayores. En el Panteón indio se llama a esta bebida el Rey-Soma, porque quien la bebe se identifica con el Rey celestial, de la propia suerte que los apóstoles cristianos estaban llenos del Espíritu Santo por cuya virtud perdonaban los pecados. El Soma regenera al iniciado y le transforma en otro hombre, como si naciera de nuevo;

sobrepone la naturaleza espiritual a la física; infunde el divino poder de la inspiración y actualiza en grado máximo la clarividencia.

Según la explicación exotérica, es el Soma a un tiempo planta y ángel, pues une íntimamente el angélico Yo del hombre con su alma irracional o cuerpo astral, por virtud de la mágica bebida, y así unidos prevalecen contra la naturaleza física y beatíficamente participan, aun en vida, de la inefable gloria de los cielos. Por lo tanto, bajo todos aspectos tiene el Soma indio la misma significación mística que la Eucaristía de los cristianos. La palabra sagrada de los mantras pronunciados en el acto del sacrificio, convierte el licor contenido en la copa, en el verdadero Soma angélico, esto es, en el mismo Brahmâ.

Muchos misioneros se han indignado al presenciar esta ceremonia, porque, por regla general, emplean los brahmanes en el sacrificio *un licor espirituoso* en substitución del verdadero Soma, sin advertir que también los cristianos creen en la transustanciación del vino, más o menos espirituoso, en la sangre de Cristo. ¿No es idéntico el símbolo? Sin embargo, dicen los misioneros que Satanás está oculto en la copa del sacrificio induísta y se regocija cuando el sacerdote bebe el Soma (NOTA: En cambio, los brahmanes pudieran muy bien preguntar a los misioneros qué especie de diablo se ocultaba dentro del cáliz en que los sacerdotes de una misión cristiana pusieron cerveza en vez de vino para decir misa, según relato de un viajero inglés publicado por *El Independiente*, diario evangélico de Nueva York. Parece que las circunstancias modifican las costumbres. FINAL NOTA).

TEÓSOFO: Nombre dado en el siglo XVI a los discípulos de Paracelso, que también se llamaban *philosophia per ignem* (filósofos del fuego). Como los platónicos, consideraban el alma (*ψυχή*) y el espíritu (*νοῦς*) partículas del gran Archos, o chispas emitidas por el eterno océano de luz.

La Sociedad Teosófica, a la que en prueba de cariñosa consideración está dedicada esta obra, se fundó en Nueva York el año 1875 con objeto de estudiar experimentalmente los poderes ocultos de la naturaleza y difundir por Occidente el conocimiento de las religiones de Oriente al par que extender por los países calificados de «gentiles e incultos» verídicos informes sobre el cristianismo, sobre todo en las comarcas donde actúan los misioneros. A este propósito, la Sociedad Teosófica se ha puesto en relación con varias asociaciones e individuos de Oriente a quienes transmite informes auténticos de la conducta del clero, cismas, herejías, controversias, disputas, revisiones e interpretaciones de la Biblia, con otros datos publicados por la prensa mundial. En los países cristianos se da por válido que el hinduismo, budismo y shintoísmo han degradado y embrutecido a los pueblos orientales, y precisamente en estos falsos informes se apoyan los misioneros para recabar pingües subvenciones. La Sociedad Teosófica desea restablecer la justicia en este punto, procurando que en todos los países de Oriente se conozca la verdad, tergiversada y fingida por la parcialidad de los informes referentes a las enseñanzas cristianas. También pudiéramos decir algo sobre la conducta de los misioneros a cuantos contribuyen al sostenimiento de las misiones.

TEURGO: Palabra compuesta de *θεός* (dios) y *εργον* (obra). Jámblico fundó la primera escuela experimental de teurgia entre los neoplatónicos alejandrinos, en los albores del cristianismo; pero ya desde muy remotos tiempos se llamaban *teurgos* los sacerdotes egipcios, asirios y babilonios que invocaban a los dioses en los Misterios con propósito de dar manifestación visible a las entidades espirituales. Los teurgos conocían las ciencias ocultas enseñadas en los templos. A los discípulos de la escuela neoplatónica de Jámblico se les llamaba teurgos, porque practicaban la magia ceremonial y evocaban los espíritus de los héroes, dioses y demonios *δαιμόνια* (NOTA: *Daimonia* o entidades de naturaleza divina. FINAL NOTA). Cuando era preciso que un espíritu se manifestase visible y *tangiblemente*, el teurgo había de suministrar de su propio cuerpo la materia suficiente para la materialización, por el misterioso procedimiento llamado *theopæa*, que

conocen perfectamente los fakires modernos y los brahmanes iniciados. Esto mismo dice el *Libro de las Evocaciones* que se conserva en las pagodas, como demostración de que los ritos y ceremonias de la teurgia alejandrina eran idénticos a los de la antiquísima teurgia brahmánica.

Del *Libro de las Evocaciones* copiamos el siguiente pasaje:

El grihastha (brahmán evocador) ha de purificarse de toda mancha antes de evocar a los pitris. Arregla el pebetero con sándalo, incienso y otros perfumes para trazar los círculos mágicos que su maestro le enseñara, y ahuyenta a los espíritus malignos. Hecho esto, detiene la respiración y solicita la ayuda del *fuego* para que disgregue su cuerpo». Después pronuncia cierto número de veces la palabra sagrada y «su alma sale del cuerpo, el cuerpo desaparece y el alma del espíritu evocado, se infunde en el doble y lo anima.

Vuelve luego el alma del grihastha a entrar en su cuerpo cuyas partículas sutiles se han agregado nuevamente, después de formar con sus emanaciones un cuerpo áreo para la manifestación del evocado espíritu.

El cuerpo del pitri queda constituido de este modo por las más puras y tenues partículas del cuerpo del evocador, y entonces puede éste, una vez cumplidas las ceremonias del sacrificio comunicarse verbalmente con las almas de los difuntos y de los pitris y preguntarles acerca de los misterios del *Ser* y de las transformaciones del *imperecedero*.

Antes de salir del santuario ha de apagar el pebetero y otra vez encenderlo para poner en libertad a los espíritus malignos que ahuyentó al trazar los círculos mágicos. La escuela neoplatónica de Jámblico discrepaba de la de Plotino y Porfirio en que si bien éstos creían en la teurgia, repugnaban su práctica por peligrosa.

Dice Bulwer-Lytton: «Tanto la magia blanca o *teurgia*, como la negra o *goética*, estuvieron en mucho predicamento durante el primer siglo de la era cristiana» (NOTA: *El último día de Pompeya*, 147. FINAL NOTA). Los filósofos cuya fama ha llegado hasta nuestros días sin la más tenue mancha, nunca practicaron otra magia que la blanca o teúrgica.

A este propósito, dice Porfirio: «El que conoce la naturaleza de las *divinas y luminosas apariciones* (*ψασματα*) sabe cuanto importa abstenerse de comer aves (alimentación animal), sobre todo para quienes anhelan libertarse de las cosas terrenas y reunirse con los dioses celestiales» (NOTA: *Obras escogidas*, 159. FINAL NOTA). Aunque Porfirio repugnaba las prácticas teúrgicas, nos cuenta, en su *Vida de Plotino*, que un sacerdote egipcio materializó al demonio familiar, ó, como ahora se dice, ángel custodio de Plotino, en presencia de éste y a instancias de un amigo suyo que, según opina Taylor, sería tal vez el propio Porfirio.

En definitiva, podemos dejar sentado que los teurgos evocan los espíritus de los héroes y los dioses y obran otros prodigios por virtud sobrenatural.

YAJNA: Dicen los brahmanes que el *Yajna* existe desde la eternidad y procede del Ser Supremo (*Brahmâ-Prajâpati*), en quien está latente «sin principio». Es el *Yajna* la clave de la *traividya* (ciencia tres veces sagrada), que contiene los versículos del Rig-Veda, donde se enseñan *los yaajs* (misterios del sacrificio). «El *Yajna* existe en todo tiempo tan invisible como la energía almacenada en un acumulador eléctrico, cuya actualización requiere únicamente el debido manejo del aparato. Suponen los brahmanes que el *Yajna* se dilata desde el *ahavaniya* (fuego del sacrificio) hasta los cielos, en forma de puente o escala por la cual puede el sacrificador comunicarse con el mundo espiritual y aun elevarse en vida hasta las moradas de los dioses» (NOTA: *Aitareya Brahmana*.— Introducción. FINAL NOTA).

El *Yajna* es una modalidad del akâsha, y para actualizarla es preciso que el sacerdote pronuncie mentalmente la *Palabra perdida* bajo el impulso del *Poder de la voluntad*.

ADVERTENCIA: Conviene anteponer a la conclusión de este capítulo preliminar, unas cuantas palabras explicativas del plan de la obra, que en modo alguno lleva por objeto revolucionar el mundo científico ni tampoco imbuir en la mente del lector las opiniones y juicios personales de la autora, sino que más bien es un compendio de las religiones, filosofías y tradiciones del género humano en toda época, y su exégesis desde el punto de vista de las enseñanzas esotéricas, que los países cristianos no conocen ni siquiera en fragmentos que atestigüen su valía. Los infortunados filósofos de la Edad Media fueron los últimos que publicaron tratados sobre la doctrina secreta cuyo conocimiento asumían, y desde entonces, poquísimos autores se han atrevido en sus obras a ponerse enfrente de los prejuicios y arrostrar las persecuciones, pues tuvieron por norma no escribir para el público, sino tan sólo para quienes poseyeran la clave de su lenguaje. Pero como la muchedumbre del vulgo no comprendía sus enseñanzas, los motejó a *todos* ellos de charlatanes y visionarios. De aquí el creciente desdén con que se ha venido mirando la nobilísima ciencia del espíritu.

En lo tocante a la pretendida infabilidad de la ciencia y teología, la autora se ha visto en la precisión, aun a riesgo de parecer difusa, de comparar repetidamente las ideas, conclusiones y alegatos de los científicos y teólogos modernos con las de los antiguos filósofos y sacerdotes, porque la única manera de fijar con certeza la prioridad de los descubrimientos científicos y de las enseñanzas religiosas es yuxtaponer paralelamente las ideas más alejadas en el tiempo. Para el presente estudio nos han servido de base los fracasos de la ciencia moderna en sus investigaciones experimentales y la facilidad con que los científicos eluden la explicación de cuantos fenómenos no les consiente comprender su ignorancia de las leyes del mundo causal.

Como quiera que el estudio de la psicología ha estado tan descuidado en occidente como atendido en oriente, donde dicha ciencia ha llegado a una altura que pocos investigadores europeos podrían alcanzar aunque allá mismo fueren a estudiarla, examinaremos también la actitud en que conspicuas autoridades científicas se han colocado respecto de los modernos fenómenos psíquicos que, desde Rochester, se han difundido por el mundo entero. Queremos demostrar cuán inevitables fueron sus numerosos fracasos y que reincidirán en ellos mientras no recurran a los brahmanes y lamas del lejano oriente, en solicitud de que *les enseñen el alfabeto de la verdadera ciencia*. Ningún cargo hacemos a los científicos que forzosamente no se infiera de sus propias opiniones; y si nuestras citas y referencias de la antigua sabiduría les despojan de laureles que creyeron bien ganados, no será culpa nuestra, sino de la verdad. Ningún filósofo digno de este nombre es capaz de ufanarse con ajenos merecimientos.

La titánica lucha, hoy más empeñada que nunca, entre el materialismo y el espiritualismo, nos ha determinado con preocupación constante a recopilar en los capítulos de esta obra, como armas en arsenal, el mayor número posible de hechos favorables al triunfo del espiritualismo.

El materialismo de hoy, niño enfermizo y deforme, ha nacido del brutal ayer, y si no le atajamos los pasos, podría erigirse en nuestro dueño. Es el materialismo la bastarda progenie de la Revolución francesa, promovida por la mojigatería, la intolerancia y las persecuciones religiosas. Para evitar que se amortigüen las aspiraciones espirituales, que se desvanezca toda esperanza y se disipe la intuición que tenemos de Dios y la vida futura, es preciso dejar en completa desnudez la falsedad de la teología moderna y distinguir escrupulosamente entre la religión divina y los dogmas humanos.

Nuestra voz se levanta en pro de la libertad espiritual y en contra de toda tiranía científica o teológica.

Hemos de añadir ahora que en el transcurso de la obra llamaremos *arcaica* la época anterior a Pitágoras; *antigua* la comprendida entre Pitágoras y Mahoma; y *medieval* la que transcurre entre Mahoma y Lutero. Sin embargo, también llamaremos antigua la época prehistórica.

CAPÍTULO I

EGO SUM QUI SUM.

Axioma de la Filosofía hermética.

Empezamos las investigaciones en donde las modernas conjeturas pliegan sus engañosas alas. Y con nosotros están los elementos científicos que los sabios del día desdeñan por quiméricos o con prevención los miran como arcanos insondables.

BULWER, *Zanoni*

Hay en un lugar de este mundo un libro de tan remota antigüedad que los arqueólogos lo atribuirían a una época de incalculable cómputo y no acertarían a ponerse de acuerdo sobre la materia de que está compuesto. Es el único ejemplar manuscrito que de dicho libro se conserva. El más antiguo tratado hebreo de ciencia oculta, el *Siphra-Dzeniuta* es una compilación de aquel manuscrito, hecha en época en que ya se le consideraba como reliquia literaria. Uno de los dibujos que lo ilustran representa la Esencia divina al emanar de *Adam* (NOTA: Tiene aquí este nombre el significado de la palabra griega *αἰθρωπος*. FINAL NOTA) en traza de arco luminoso que tiende a cerrarse en circunferencia y, luego de llegado al culminante punto de la gloria inefable, retrocede hacia la tierra, envolviendo en su torbellino un tipo superior de humanidad. A medida que va acercándose a nuestro planeta, la Emanación es más sombría y al tocar en él es negra como la noche.

En toda época han tenido los filósofos herméticos el convencimiento, basado en *sesenta mil* años de experiencia (NOTA: Los cabalistas orientales afirman por tradición que su ciencia es todavía más antigua. Los eruditos modernos tal vez rechacen o pongan en duda esta afirmación, pero no probarán que sea falsa. FINAL NOTA), de que a través del tiempo, y por efecto del pecado, fue densificándose más groseramente el cuerpo físico del hombre cuya naturaleza era en un principio casi etérea y le permitía percibir claramente las cosas hoy invisibles del universo. Desde la caída del género humano, la materia es un espeso muro interpuesto entre el mundo terrestre y el mundo de los espíritus.

Las más antiguas tradiciones esotéricas enseñan asimismo que antes del Adam mítico existieron sucesivamente varias razas humanas. ¿Eran tipos más perfectos? ¿Perteneían a alguna de estas razas los hombres alados que menciona Platón en *Fedro*? A la ciencia le incumbe resolver este problema, tomando por punto de partida las cavernas de Francia y los restos de la edad de piedra.

A medida que avanza el cielo se van abriendo los ojos del hombre hasta conocer el «bien y el mal» tan acabadamente como los mismos *Elohim*. Después de alcanzar el punto culminante comienza a descender el cielo. Cuando el arco llega al punto situado al nivel de la línea fija del plano terrestre, la naturaleza proporciona al hombre vestiduras de piel y el Señor Dios «le viste con ellas».

En las más antiguas tradiciones de casi todos los pueblos se descubre la misma creencia en una raza de espiritualidad superior a la actual. El manuscrito quiché *Popol-Vuh*, publicado por Brasseur de Bourbourg, dice que el primer hombre pertenecía a una raza dotada de raciocinio y de habla, con vista sin límites, que conocía todas las cosas a un tiempo. Según Filo Judeo, el aire está poblado de multitud de invisibles espíritus, inmortales y libres de pecado unos; y perniciosos y mortales otros. «De los hijos de EL descendemos, e hijos de EL, volveremos a ser». La misma creencia se trasluce en el pasaje del *Evangelio de San Juan*, escrito por un anónimo agnóstico, que dice: «Más a cuantos le recibieron les dió poder de ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre» (NOTA: *San Juan, I, 12. FINAL NOTA*); es decir, que cuantos practicaran la doctrina esotérica de Jesús, se convertirían en hijos de Dios. «¿No sabéis que sois dioses?», dice Cristo a sus discípulos. Platón describe admirablemente, en *Fedro*, el estado primario del hombre al cual ha de

volver de nuevo. «Antes de perder las alas vivía entre los dioses y él mismo era un dios en el mundo aéreo». Desde la más remota antigüedad enseñó la filosofía religiosa que el universo está poblado de divinos y espirituales seres de diversas razas. De una de éstas surgió con el tiempo ADAM, el hombre primitivo.

Los kalmucos y otros pueblos de Siberia describen también en sus leyendas, razas anteriores a la nuestra y dicen que aquellos hombres poseían conocimientos casi ilimitados, de lo que se engrieron hasta la audacia de rebelarse contra el Gran Espíritu, quien, para humillar su presunción y castigar su arrogancia, los encerró en *cuerpos* que limitaron sus facultades. Únicamente pueden salir de este encierro por medio de un perseverante arrepentimiento, de la purificación y desenvolvimiento interior. Creen que sus *shamanos* pueden ejercer a veces las divinas facultades que un tiempo poseyeron todos los hombres.

En la biblioteca Astort, de Nueva York, hay el facsímile de un tratado egipcio de medicina escrito en el año 1552 antes de J.C., cuando, según la cronología corriente, contaba Moisés veintiún años de edad. Los caracteres están trazados sobre una corteza interna del *Cyperus papyrus*, y el profesor Schenk, de Leipzig, no sólo atestigua su autenticidad, sino que lo diputa por el más perfecto de cuantos se conocen. Es una sola hoja de excelente papiro amarillento obscuro, de tres decímetros de ancho y más de veinte metros de largo, arrollado en ciento diez páginas cuidadosamente numeradas. Lo adquirió en 1872 el arqueólogo Ebers de manos de un árabe de Luxor. El periódico *La Tribuna*, de Nueva York, dijo, a propósito de este asunto, que del examen del papiro se infiere con toda probabilidad que es uno de los seis *Libros herméticos de Medicina* citados por Clemente de Alejandria. Dice el mismo periódico: «El año 363, en tiempo de Jámblico, los sacerdotes egipcios enseñaban cuarenta y dos libros atribuidos a Hermes (Thuti). Según Jámblico, de estos libros, treinta y seis trataban de todos los conocimientos humanos y los seis restantes se ocupaban especialmente en anatomía, patología, oftalmología, quirúrgica y terapéutica (NOTA: Afirma Clemente de Alejandría que en su tiempo poseían los sacerdotes egipcios cuarenta y dos libros canónicos. FINAL NOTA). El Papiro de Ebers es seguramente uno de estos tratados herméticos».

Si el fortuito encuentro del arqueólogo alemán y del árabe de Luxor ha iluminado con tan viva luz la antigua ciencia de los egipcios, no cabe duda de que sí se repitiera el caso con un egipcio tan servicial como el árabe, se esclarecerían muchos puntos tenebrosos de la historia antigua.

Los descubrimientos de la ciencia moderna no invalidan en modo alguno las remotísimas tradiciones que atribuyen increíble antigüedad a la raza humana. La geología, que hasta hace pocos años no había descubierto las huellas del hombre más allá de la época terciaria tiene hoy pruebas incontrovertibles de que el hombre existía ya sobre la tierra mucho antes del último período glacial que se remonta a 250.000 años. Es un cómputo muy duro de roer para los teólogos. Sin embargo, así lo creyeron los antiguos filósofos.

Por otra parte, junto con restos humanos se han encontrado utensilios, en prueba de que en aquella remota época se ejercitaba ya el hombre en la caza y sabía edificar chozas. Pero la ciencia se ha detenido en su investigadora marcha, sin dar otro paso para descubrir el origen de la raza humana cuyas pruebas ulteriores han de aducirse todavía. Desgraciadamente, los antropólogos y psicólogos modernos son incapaces de reconstruir con los fósiles hasta ahora descubiertos el trino hombre físico, mental y espiritual. El hecho de que cuanto más hondas son las excavaciones arqueológicas, más toscos y groseros resultan los utensilios prehistóricos, parece una prueba científica de que el hombre es más salvaje y semejante a los brutos a medida que nos acercamos a su origen. ¡Extraña lógica! ¿Acaso los restos hallados, por ejemplo, en la cueva de Devon, demuestran que no existieran entonces otras razas superiormente civilizadas?

Cuando hayan desaparecido los actuales pobladores de la tierra y los arqueólogos de la raza futura hallen en sus excavaciones los utensilios pertenecientes a los indios o a las

tribus de las islas de Andamán, ¿podrían afirmar con razón que en el siglo XIX comenzaba la humanidad a salir de la Edad de piedra?

Hasta hace muy poco estaba de moda hablar de «los insostenibles conceptos de un pasado inculto», ¿como si fuera posible ocultar tras un epigrama las canteras intelectuales en que se labraron tantas reputaciones científicas! Así como Tyndall propende fácilmente a mofarse de los antiguos filósofos con cuyas ideas se han pavoneado muchos sabios modernos, así también se inclinan de día en día los geólogos a suponer que las razas arcaicas estaban sumidas en profunda barbarie. Sin embargo, no todos los orientistas son de esta opinión, pues algunos sostienen lo contrario, como, por ejemplo, Max Müller que dice: «Hay todavía muchas cosas incomprensibles para nosotros, y el lenguaje jeroglífico de los antiguos tan sólo expresa la mitad de los pensamientos. Sin embargo, la imagen del hombre se nos aparece cada vez más pura y noble en todos los países, según nos acercamos a su origen y comprendemos sus errores e interpretamos sus ensueños. Por lejanas que estén las huellas del hombre, aun en los más apartados confines de la historia, descubrimos desde un principio el divino don de la vigorosa y razonable inteligencia, de suerte que es imposible sostener que la raza humana haya surgido lentamente de las profundidades de la brutalidad animal» (NOTA: *Chispas de un taller alemán*, II, 7.- *Mitología comparada*. FINAL NOTA).

Como se ha dicho que no es filosófico inquirir las causas primeras, los sabios se ocupan tan sólo en estudiar los efectos físicos, y el campo de investigación científica no va más allá de la naturaleza física, en cuyos límites se detienen los investigadores para recomenzar su tarea y dar vueltas y más vueltas a la materia, como ardillas enjauladas, dicho sea con todo el respeto debido a los eruditos. Somos demasiado pigmeos para poner en tela de juicio la valía potencial de la ciencia; pero los científicos no encarnan la ciencia, como tampoco los habitantes del planeta son el planeta mismo. Ninguno de nosotros tiene autoridad ni derecho para forzar a los modernos filósofos a que acepten sin reparo la descripción geográfica del hemisferio de la luna oculto a las miradas de los astrónomos; pero si un cataclismo lunar lanzase a alguno de sus habitantes a la esfera de atracción de nuestro globo, de modo que sano y salvo cayera ante la puerta del doctor Carpenter, no podría éste, sin mengua de sus deberes profesionales, considerar el hecho más que desde el punto de vista físico. Pero el investigador científico no debe rehuir el estudio de ningún nuevo fenómeno, así fuera éste tan insólito como la caída de un hombre de la luna o la aparición de un espectro en su alcoba. Tanto da investigar por el método aristotélico como por el platónico; pero lo cierto es que los antiguos antropólogos conocían perfectamente las dos naturalezas interna y externa del hombre. A pesar de las vacilantes hipótesis de los geólogos empezamos a tener casi diariamente pruebas de las aseveraciones de aquellos filósofos, quienes *dividían la existencia del hombre sobre la tierra en dilatados ciclos, durante cada uno de los cuales alcanzaba gradualmente la humanidad el pináculo de la civilización para ir sumiéndose paulatinamente en la más abyecta barbarie*. De los maravillosos monumentos de la antigüedad todavía existentes y de la descripción que hace Herodoto de otros ya desaparecidos, puede inferirse, aunque no por completo, el eminente arado de progreso a que llegó la humanidad en cada uno de sus pasados ciclos. Ya en la época del célebre historiador griego eran montones de ruinas muchos templos famosos y pirámides gigantescas a que el padre de la historia llama «venerables testigos de las glorias de nuestros remotos antepasados». Elude Herodoto tratar de las cosas divinas y se contrae a describir, según referencias llegadas a sus oídos, los maravillosos subterráneos del laberinto que sirvieron de sepulcro a los reyes iniciados cuyos restos yacen todavía en lugares ocultos.

Sin embargo, los relatos históricos de la época de los Ptolomeos nos proporcionan elementos bastantes para juzgar de las florecientes civilizaciones de la antigüedad, pues ya entonces habían decaído las ciencias y las artes con pérdida de muchos de sus secretos. En

las excavaciones recientemente efectuadas en Mariette-Bey, al pie mismo de las Pirámides, se han encontrado estatuas de madera y otros objetos artísticos cuyo examen muestra que muchísimo antes de las primeras dinastías habían llegado ya los egipcios al refinamiento de la perfección artística, hasta el punto de maravillar a los más entusiastas partidarios del arte helénico.

En una de sus obras describe Taylor dichas estatuas diciendo que es verdaderamente inimitable la belleza plástica de aquellas testas con ojos de piedras preciosas y párpados de cobre.

A mucha mayor profundidad de la capa de arena en que yacían los objetos existentes hoy en el Museo Británico y en las colecciones de Lepsius y Abbott se encontraron posteriormente las pruebas tangibles de la ya referida doctrina hermética de los ciclos.

El entusiasta helenista doctor Schliemann halló en las excavaciones efectuadas no há mucho en el Asia menor, notorias huellas del progreso gradual de la barbarie a la civilización y del también gradual regreso de la civilización a la barbarie. Así, pues, si el hombre antediluviano era mucho más docto que nosotros en ciencias profanas y mucho más hábil en ciertas artes que ya damos por perdidas, ¿por qué no admitir que pudiera igualmente aventajarnos en el conocimiento de la psicología? Esta hipótesis debe prevalecer mientras no se aduzcan pruebas evidentes en contrario.

Todo sabio digno de este nombre reconoce que muchas ramas de la ciencia están todavía en mantillas. ¿Será porque nuestro ciclo haya principiado hace poco tiempo? Sin embargo, según la filosofía caldea, *los ciclos de evolución no abarcan a un tiempo a toda la humanidad*, y así lo corrobora espontáneamente Draper al decir que los períodos en que a la geología le plugo dividir los progresos del hombre, no son tan exabruptos que comprendan simultáneamente a toda la humanidad, pues cabe poner por ejemplo los indios nómadas de América que en nuestros días están trascendiendo la para ellos Edad de piedra.

Los cabalistas versados en el sistema pitagórico de números y líneas saben perfectamente que las doctrinas metafísicas de Platón se fundan en rigurosos principios matemáticos. A este propósito, dice el *Magicón*: «Las matemáticas sublimes están relacionadas con toda ciencia superior; pero las matemáticas vulgares no son más que falaz fantasmagoría cuya encomiada exactitud dimana del convencionalismo de sus fundamentos».

Algunos filósofos de nuestra época ponderan el aristotélico método inductivo en perjuicio del deductivo de Platón, porque se figuran que aquél consiste tan sólo en ir a rastras de lo particular a lo universal. Draper lamenta (**NOTA: Conflictos entre la Religión y la Ciencia. FINAL NOTA**) que los místicos especulativos como Amonio Saccas y Plotino suplantaran a los rigurosos geómetras de las escuelas antiguas; pero no tiene en cuenta que la geometría es entre todas las ciencias el más acabado modelo de síntesis y en toda su trama procede de lo universal a lo particular o sea el método platónico. Ciertamente que no fallarán las ciencias exactas mientras, recludas en las condiciones del mundo físico, se contraigan al método aristotélico; pero como el mundo físico es limitado aunque nos parezca ilimitado, no podrán las investigaciones meramente físicas transponer la esfera del mundo material.

La teoría cosmológica de los números, que Pitágoras aprendió de los hierofantes egipcios, es la única capaz de conciliar la materia y el espíritu demostrando matemáticamente la existencia de ambos principios por la de cada uno de ellos.

Las combinaciones esotéricas de los números sagrados del universo resuelven el arduo problema y explican la teoría de la irradiación y el cielo de las emanaciones. Los órdenes inferiores proceden de los espiritualmente superiores y evolucionan en progresivo ascenso hasta que, llegados al punto de conversión, se reabsorben en el infinito.

La fisiología, como todas las ciencias, está sujeta a la ley de evolución cíclica, y si en el actual ciclo va saliendo apenas del arco inferior, algún día tendremos la prueba de que en época muy anterior a Pitágoras estuvo en el punto culminante del ciclo. Por de pronto, Pitágoras aprendió fisiología y anatomía de boca de los discípulos y sucesores del sidonio Mochus, que floreció muchísimos años antes que el filósofo de Samos, cuya solicitud por conservar las enseñanzas de la antigua ciencia del alma le hacen digno de vivir eternamente en la memoria de los hombres.

Las ciencias enseñadas en los santuarios estaban veladas impenetrablemente por el más sigiloso arcano. Esta es la causa del poco aprecio en que hoy se tiene a los filósofos antiguos, y más de un comentador acusó de incongruentes a Platón y Filo Judeo, por no advertir el propósito que se trasluce bajo el laberinto de contradicciones metafísicas cuya aparente absurdidad tan perplejos deja a los lectores del *Timeo*. Pero ¿qué comentador de los clásicos supo leer a Platón? Esto nos mueve a preguntar los juicios críticos que sobre el insigne filósofo encontramos en las obras de Stalbaum, Schleiermacher, Ficino, Heindorf, Sydenham, Buttman, Taylor y Burges, por no citar otros de menos autoridad. Las veladas alusiones de Platón a las enseñanzas esotéricas han puesto en extrema confusión a sus comentadores, cuya atrevida ignorancia llegó al punto de alterar muchos pasajes del texto, creídos de que estaban equivocadas las palabras. Así tenemos que respecto a la alusión órfica en que el autor exclama:

Del canto el orden de la *sexta raza* cierra,

cuya interpretación sólo cabe dar en el sentido de la aparición de la *sexta raza* en la consecutiva evolución de las esferas (NOTA: Más adelante explicaremos detenidamente la doctrina secreta de la evolución de las esferas y sus diversas razas. FINAL NOTA), opina erróneamente Burges que el pasaje «está sin duda tomado de una cosmogonía, según la cual fue el hombre el último ser creado» (NOTA: Burges: *Las obras de Platón*, p. 207, nota. FINAL NOTA). El que edita una obra ¿no tiene la obligación de por lo menos entender lo que dice el autor?

Es opinión, general, aun entre los críticos más serenos, que los sabios de la antigüedad no tuvieron de las ciencias experimentales el profundo conocimiento que tanto engríe a nuestro siglo.

Algunos comentadores han sospechado que ignoraban el fundamental apotegma filosófico: *ex nihilo nihil fit*, y dicen que si algo sabían de la indestructibilidad de la materia, no era por deducción de principios firmemente establecidos, sino por intuición y analogía. Sin embargo, nosotros opinamos lo contrario, pues aunque las enseñanzas de los filósofos antiguos en lo concerniente a las cosas materiales fuesen públicas y estén sujetas a la crítica, sus doctrinas sobre las cosas espirituales fueron profundamente esotéricas, y movidos por el juramento de mantener en absoluto sigilo cuanto se refiriese a las relaciones entre el espíritu y la materia, rivalizaban unos con otros en ingeniosas trazas para encubrir sus verdaderas opiniones.

La doctrina de la metempsícosis, tan acerbamente ridiculizada por los científicos y con no menos dureza combatida por los teólogos, es un concepto sublime para quienes desentrañan su esotérica adecuación a la indestructibilidad de la materia e inmortalidad del espíritu. ¿No sería justo mirar la cuestión desde el punto de vista en que los antiguos se colocaron, antes de burlarnos de ellos? Ni la superstición religiosa ni el escepticismo materialista pueden resolver el magno problema de la *eternidad*. La armónica variedad en la matemática unidad de la dual evolución del espíritu y de la materia está comprendida tan sólo en los números universales de Pitágoras, enteramente idénticos al «lenguaje métrico» de los Vedas, según ha demostrado el celoso orientalista Martín Haug en su por desgracia demasiado tardía traducción del *Aitareya Brâhmana* del *Rig-Veda*, hasta ahora desconocido de los occidentales. Tanto el sistema pitagórico como el brahmánico

entrañan en el número el significado esotérico. En el primero depende de la mística relación entre los números y las cosas asequibles a la mente humana; en el segundo, del número de sílabas de cada versículo de los mantras.

Platón, ferviente discípulo de Pitágoras, siguió con tal fidelidad las enseñanzas de su maestro que sostuvo que el Demiurgos se valió del dodecaedro para construir el universo.

Algunas figuras geométricas tienen especial y profunda significación, como, por ejemplo, el cuadrado, emblema de la moral perfecta y la justicia absoluta, pues sus cuatro lados o límites son exactamente iguales. Todas las potestades y armonías de la naturaleza están inscritas en el cuadrado perfecto cuyo número 4 es la tercera parte del número 12 del dodecaedro, de suerte que el inefable nombre de Aquél se simboliza en la sagrada *Tetractys*, por quien juraban solemnemente los antiguos místicos.

Si después de estudiarla como es debido comparáramos las enseñanzas pitagóricas de la Metempsícosis con la moderna teoría de la evolución, hallaríamos en ella todos los eslabones perdidos en esta última; Pero ¿qué sabio se avendría a desperdiciar el tiempo en lo que llaman quimeras de los antiguos? Porque, a pesar de las pruebas en contrario, dicen que, no ya las naciones de las épocas arcaicas, sino que ni siquiera los filósofos griegos tuvieron la más leve noción del sistema heliocéntrico. San Agustín, Lactancio y el venerable Beda desnaturalizaron con su ignorante dogmatismo las enseñanzas de los teólogos precristianos; pero la filología, apoyada en el exacto conocimiento del sánscrito, nos coloca en ventajosa situación para vindicarlos. Así, por ejemplo, en los Vedas encontramos la prueba de que 2.000 años antes de J.C., los sabios indos conocían la esfericidad de la tierra y el sistema heliocéntrico que tampoco ignoraba Pitágoras, por haberlo aprendido en la India, ni su discípulo Platón.

A este propósito copiaremos dos pasajes del *Aitareya Brâhmana* (NOTA: *Rig-Veda*, V, II, 23. FINAL NOTA):

El *Mantra-Serpiente* es uno de los que vió *Sarparâjni* (la reina de las serpientes). Porque la tierra (*iyam*) es la reina de las serpientes puesto que es madre y reina de todo cuanto se mueve (*sarpat*). En un principio, la tierra era una enorme cabeza calva (NOTA: Significa que era redonda y estaba desprovista de vegetación. FINAL NOTA).

Entonces vió la tierra este *Mantra* que confiere a quien lo conoce la facultad de asumir la forma que desee. La tierra «entonó el Mantra», esto es, sacrificó a los dioses y por ello tomó jaspeado aspecto y fue capaz de producir diversidad de formas y *mudaras unas en otras*.

Este *Mantra* comienza con las palabras: *Ayam gaûh pris'nîr akramît* (X-189).

La descripción de la tierra en forma de cabeza calva, al principio dura y después blanda, cuando el dios del aire (Vayu) sopló en ella, demuestra que los autores de los Vedas, no sólo conocían la esfericidad de la tierra, sino también que en un principio era una masa gelatinosa que con el tiempo se fue enfriando por la acción del aire. Veamos ahora la prueba de que los indos conocían perfectamente el sistema heliocéntrico unos 2.000 años por lo menos antes de J.C.

El *Aitareya Brâhmana* enseña cómo ha de recitar el sacerdote los *shâstras* y explica el fenómeno de la salida y puesta del sol. A este propósito dice: «Agnisthoma es el dios que abrasa. El sol *no sale ni se pone*. Las gentes creen que el sol se pone, pero se engañan, porque no hay tal, sino que llegado el fin del día, deja en noche lo que está debajo y en día lo del lado opuesto. Cuando las gentes se figuran que sale el sol, es que llegado el fin de la noche, deja en día lo que está debajo y en noche lo del lado opuesto. Verdaderamente, nunca se pone el sol para quien esto sabe» (NOTA: *Aitareya Brâhmana*, III, V, 44. FINAL NOTA).

El pasaje transcrito es tan concluyente, que el mismo traductor del Rig-Veda llama la atención sobre su texto diciendo que en él se *niega* la salida y la puesta del sol, como si el autor estuviese convencido de que el astro conserva constantemente su elevada posición (NOTA: *Aitareya Brâhmana*, II, 242. FINAL NOTA).

En uno de los *nividas* más antiguos, el rishi Kutsa, que floreció en muy remotos tiempos, explica alegóricamente las leyes a que obedecen los cuerpos celestes. Dice que «por hacer lo que no debió» fue condenada Anâhit (NOTA: *Anaitis o Nana, la Venus persa que simboliza la tierra en la leyenda inda. FINAL NOTA*) a girar alrededor del sol. Los *sattras*, o sacrificios periódicos, prueban, sin dejar duda, que diez y nueve siglos antes de la era cristiana estaban ya los indos muy adelantados en astronomía. Duraban estos sacrificios un año y correspondían a la aparente carrera del sol.

Según dice Haug «se dividían en dos períodos de seis meses de treinta días, con intervalo de un día llamado *vishuvan* (ecuador o día central) que partía el *sattras* en dos mitades» (NOTA: *Instituciones Septenarias*, 20. FINAL NOTA).

Aunque Haug remonta la antigüedad de los *Brâhmamas* tan sólo a unos 1.200 o 1400 años antes de J.C., reconoce que los himnos más antiguos corresponden al comienzo de la literatura védica, entre los años 2.400 Y 2.000 antes de J.C., pues no ve razón para considerar los Vedas menos antiguos que las Escrituras chinas. Sin embargo, como está probado de sobra que el *Sku-King* (Libro de la Historia) y los cantos sacrificiales del *Shi-King* (Libro de las Odas) datan de 2.200 años antes de J.C., los filólogos modernos se verán forzados a confesar la superioridad de los indos en conocimientos astronómicos.

De todos modos, estos hechos demuestran que ciertos cálculos astronómicos de los caldeos eran tan exactos en tiempo de julio César como puedan serlo en nuestros días. Cuando el conquistador de las Galias reformó el calendario, las estaciones habían perdido toda correspondencia con el año civil, pues el verano se prolongaba a los meses de otoño y el otoño a los de invierno.

Las operaciones científicas de la corrección estuvieron a cargo del astrónomo caldeo Sosígenes, quien retrasó noventa días la fecha del 25 de Marzo para que coincidiese con el equinoccio de primavera y dividió el año en los doce meses distribuidos en días tal como aún subsisten.

El calendario de los aztecas mexicanos dividía el año en meses de igual número de días con tan escrupulosa exactitud calculados, que ningún error descubrieron las comprobaciones efectuadas posteriormente en la época de Moctezuma, al paso que al desembarcar los españoles el año 1519, advirtieron que el calendario Juliano, por el cual se regían, adelantaba once días con relación al tiempo exacto.

Gracias a las inestimables y fieles traducciones de los libros védicos y a los trabajos de investigación del doctor Haug, podemos corroborar las afirmaciones de los filósofos herméticos y reconocer la indecible antigüedad de la época en que floreció el primer Zoroastro. Los *Brâhmanas*, cuya fecha remonta Haug a 2.000 años, describen los combates entre los indos prevédicos simbolizados en los *devas* y los iraníes en los *asuras*. ¿En qué época levantaría su voz el primer profeta iraní contra lo que llamaba la idolatría de los brahmanes a quienes calificó de *devas* o, según él, demonios?

A ello responde Haug que estas luchas debieron parecerles a los autores de los *Brâhmanas* tan legendarias como les parecen las proezas del rey Arturo a los historiadores ingleses del siglo XIX.

Los más conspicuos filósofos reconocen que tanto los brahmanes como los budistas y los pitagóricos enseñaron esotéricamente, en forma más o menos inteligible, la doctrina de la metempsícosis, profesada asimismo por Clemente de Alejandría, Orígenes, Sinesio, Calcidio y los agnósticos, a quienes la historia diputa por los hombres más exquisitamente cultos de su tiempo (NOTA: *Gibbon: Decadencia y caída del Imperio romano. FINAL*

NOTA). Pitágoras y Sócrates sostuvieron las mismas ideas y ambos fueron condenados a muerte en pena de enseñarlas, porque el vulgo ha sido igualmente brutal en todo tiempo y el materialismo ofuscó siempre las verdades espirituales.

De acuerdo con los brahmanes, enseñaron Pitágoras y Sócrates que el espíritu de Dios anima las partículas de la materia en que está infundido; que el hombre tiene *dos almas* de distinta naturaleza, pues una (alma astral o cuerpo fluídico) es corruptible y perecedera, mientras que la otra (*augoeides* o partícula del Espíritu divino) es incorruptible e imperecedera. El alma astral, aunque invisible para nuestros sentidos por ser de materia sublimada, perece y se renueva en los umbrales de cada nueva esfera, de suerte que va purificándose más y más en las sucesivas transmigraciones. Aristóteles, que por motivos políticos se muestra muy reservado al tratar cuestiones de índole esotérica, declara explícitamente su opinión en este punto, afirmando que el alma humana es emanación de Dios y a Dios ha de volver en último término. Zenón, fundador de la escuela estoica, distinguía en la naturaleza dos cualidades coeternas: una activa, masculina, pura y sutil, el Espíritu divino; otra pasiva, femenina, la materia que para actuar y vivir necesita del Espíritu, único principio eficiente cuyo soplo crea el fuego, el agua, la tierra y el aire. También los estoicos admitían como los indos la reabsorción final. San Justino creía en la emanación divina del alma humana, y su discípulo Taciano afirma que «el hombre es inmortal como el mismo Dios» (**NOTA: Véase Turner y el Anacalipsis de Higgins. FINAL NOTA).**

Es muy importante advertir que el texto hebreo del *Génesis*, según saben los hebraístas, dice así: «A todos los animales de la tierra y a todas las aves del aire y a cuanto se arrastra por el suelo les di *alma viviente*» (**NOTA: Génesis, I, 30. FINAL NOTA).** Pero los traductores han adulterado el original substituyendo la frase subrayada por la de: «*allí en donde hay vida*».

Demuestra Drummond que los traductores de las Escrituras hebreas han tergiversado el sentido del texto en todos los capítulos, falseando hasta la significación del nombre de Dios que traducen por *El* cuando el original dice אל *Al* que, según Higgins, significa Mithra, el Sol conservador y salvador. Drummond prueba también que la verdadera traducción de *Beth-El* es *Casa del Sol* y no *Casa de Dios*, pues en la composición de estos nombres cananeos, la palabra *El* no significa *Dios*, sino Sol (**NOTA: Drummond: *Edipo Judío*, 250. FINAL NOTA).**

De esta manera ha desnaturalizado la teología a la teosofía antigua y la ciencia a la filosofía (**NOTA: Los Padres de la Iglesia y los teólogos de épocas posteriores hubieron de valerse de estos piadosos fraudes para que no se trasluciese la identidad del Sol con el Jehovah mosaico, como sin duda se hubiera evidenciado al dejar la palabra *Al* como estaba en el texto hebreo. El vulgo, ignorante de que los iniciados consideraban el sol físico visible, como emblema del espiritual é invisible, hubiera acusado a Moisés de sabeísmo, según le han acusado ya muchos comentaristas contemporáneos. FINAL NOTA).**

El desconocimiento de este capital principio filosófico invalida los métodos de la ciencia moderna por seguros que parezcan, pues no sirven para demostrar el origen y fin de las cosas. En lugar de deducir el efecto de la causa inducen la causa del efecto. Enseña la ciencia que los tipos superiores proceden evolutivamente de los inferiores, pero como en esta laberíntica escala va guiada por el hilo de la materia, en cuanto se rompe no puede adelantar un paso y retrocede con espanto, y se confiesa impotente ante el *Incomprensible*. No procedían así Platón y sus discípulos, para quienes los *tipos inferiores eran imágenes concretas de los abstractos superiores*. El alma inmortal tiene un principio aritmético y el cuerpo lo tiene geométrico. Este principio, como reflejo del *Arqueos* universal, es semoviente y desde el centro se difunde por todo el cuerpo del microcosmos.

La triste consideración de esta verdad mueve a Tyndall a confesar cuán impotente es la ciencia aun en el mismo mundo de la materia, diciendo: «El primario ordenamiento

de los átomos a que toda acción subsiguiente está subordinada, escapa a la penetración del más potente microscopio. Después de prolongadas y complejas observaciones, sólo cabe afirmar que la inteligencia más privilegiada y la más sutil imaginación *retroceden confundidas ante la magnitud del problema*. No hay microscopio capaz de reponernos de nuestro asombro, y no sólo dudamos de la valía de este instrumento, sino de si en verdad la mente humana puede inquirir las más íntimas energías estructurales de la naturaleza».

La fundamental figura geométrica de la cábala, que según la tradición, de acuerdo con las doctrinas esotéricas recibió Moisés en el monte Sinaí (NOTA: *Éxodo, XXV, 40. FINAL NOTA*), encierra en su grandiosamente sencilla combinación la clave del problema universal. Esta figura contiene todas las demás y los capaces de comprenderla no necesitan valerse de la imaginación ni del microscopio, porque ninguna lente óptica supera en agudeza a la percepción espiritual. Para los versados en la *magna ciencia*, la descripción que un niño psicómetra pueda dar de la génesis de un grano de arena, de un pedazo de cristal o de otro objeto cualquiera, es mucho más fidedigna que cuantas observaciones telescópicas y microscópicas aleguen las ciencias experimentales.

Más verdad encierra la atrevida pangenesis de Darwin, a quien llama Tyndall «especulador sublime», que las cautas y restringidas hipótesis de este otro sabio, quien, como todos los de su linaje, recluyen su imaginación entre las, según ellos, «firmes fronteras del raciocinio». La hipótesis de un germen microscópico con suficiente vitalidad para contener un mundo de gérmenes menores, parece como si se remontara a lo infinito y trascendiendo al mundo material se internara en el espiritual.

Si consideramos la darviniana teoría del origen de las especies, advertiremos que su punto de partida está situado como si dijéramos frente a una puerta abierta, con libertad de atravesar o no el dintel a cuyo otro lado vislumbramos lo infinito, lo incomprendible, ó, por mejor decir, lo *inefable*. Si el lenguaje humano es insuficiente para expresar lo que vislumbramos en el *más allá*, algún día *habrá* de comprenderlo el hombre que ante sí tiene la inacabable eternidad.

No sucede lo propio en la hipótesis de Huxley acerca de los fundamentos fisiológicos de la vida. Contra las negaciones de sus colegas alemanes admite un *protoplasma* universal que al formar las células origina la *vida*. Este protoplasma es, según Huxley, idéntico en todo organismo viviente, y las células que constituye entrañan el principio vital, pero excluye de ellas el divino influjo y deja sin resolver el problema. Con habilísima táctica convierte las *leyes* y *hechos* en centinelas cuyo santo y seña es la palabra *necesidad*, aunque al fin y a la postre desbarata toda la hipótesis calificándola de «vano fantasma de mi imaginación». «Las doctrinas fundamentales del espiritualismo, continúa diciendo Huxley, trascienden toda investigación filosófica» (NOTA: *Huxley: Conferencia sobre los «Fundamentos fisiológicos de la vida»*. FINAL NOTA). Sin embargo, nos atreveremos a contradecir esta afirmación observando que mejor se avienen las doctrinas espiritualistas con las investigaciones filosóficas que con el protoplasma de Huxley, pues al menos ofrecen pruebas evidentes de la existencia del *espíritu*, mientras que *una vez muertas* las células protoplásmicas, no se advierte en ellas indicio alguno de que sean los orígenes de la vida, como pretende el eminente pensador contemporáneo.

Los cabalistas antiguos no formulaban hipótesis alguna hasta que podían establecerla sobre la firmísima roca de comprobadas experiencias.

Pero la exagerada subordinación a los hechos físicos ocasiona la pujanza del materialismo y la decadencia del espiritualismo. Tal era la orientación dominante del pensamiento humano en tiempos de Aristóteles, y aunque el precepto délfico no se había borrado de la mente de los filósofos griegos, pues todavía algunos afirmaban que para conocer lo que es el hombre se necesita saber lo que fué, ya empezaba el materialismo a corroer las raíces de la fe. Los mismos *Misterios* estaban adulterados hasta el punto de ser especulaciones

sacerdotales y fraudes religiosos. Pocos eran los verdaderos adeptos e iniciados, legítimos sucesores de los que dispersara la espada conquistadora del antiguo Egipto.

Ciertamente había llegado ya la época vaticinada por el gran Hermes en su diálogo con Esculapio; la época en que impíos extranjeros reconviniere a los egipcios de adorar monstruosos ídolos, sin que de ella quedara más que los jeroglíficos de sus monumentos como increíbles enigmas para la posteridad. Los hierofantes andaban dispersos por la haz de la tierra, buscando refugio en las comunidades herméticas llamadas más tarde *esenios*, donde sepultaron a mayor hondura que antes la ciencia esotérica. La triunfante espada del discípulo de Aristóteles no dejó vestigio de la un tiempo pura religión, y el mismo Aristóteles, típico hijo de su siglo, aunque instruido en la secreta ciencia de los egipcios, sabía muy poco de los resultados dimanantes de milenarios estudios esotéricos.

Lo mismo que los que florecieron en los días de Psamético, los filósofos contemporáneos «alzan el velo de Isis» porque Isis es el símbolo de la naturaleza; pero sólo ven formas físicas y el alma interna escapa a su penetración. La Divina Madre no les responde. Anatómicos hay que niegan la existencia del alma, porque no la descubren bajo las masas de músculos y redes de nervios y substancia gris que levantan con la punta del escalpelo. Tan miopes son éstos en sus sofismas como el estudiante que bajo la letra muerta de la cábala no acierta a descubrir el vivificador espíritu. Para ver el hombre real que habitó en el cadáver extendido sobre la mesa de disección, necesita el anatómico ojos no corporales; y de la propia suerte, para descubrir la gloriosa verdad, cifrada en las escrituras hieráticas de los papiros antiguos, es preciso poseer la facultad de intuición, la vista del alma, como la razón lo es de la mente.

La ciencia moderna admite una fuerza suprema, un principio invisible, pero niega la existencia de un Ser supremo, de un Dios personal (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*. FINAL NOTA). Lógicamente es muy discutible la diferencia entre ambos conceptos, porque, en *fuerza* y *esencia* son idénticas. La razón humana no puede concebir una fuerza suprema e inteligente sin identificarla con un *Ser* también supremo e inteligente. Jamás el vulgo tendrá idea de la omnipotencia y omnipresencia de Dios sin atribuirle, en gigantescas proporciones, cualidades humanas; sin embargo, para los cabalistas, siempre fue el invisible *En-Soph* una Potestad.

Vemos, por lo tanto, que los filósofos positivistas de nuestros días tuvieron sus precursores hace miles de años. El adepto hermético proclama que el simple sentido común excluye toda contingencia de que el universo sea obra del acaso, pues equivaldría este absurdo a suponer que los postulados de Euclides los dedujo un mono entretenido en jugar con figuras geométricas.

Muy pocos cristianos comprenden la teología hebrea, si es que algo saben de ella. El *Talmud* es profundamente enigmático, aún para la mayor parte de los mismos judíos; pero los hebraístas que lo han descifrado, no se engríen de su erudición. Los libros cabalísticos son todavía menos comprensibles para los judíos, y a su estudio se dedican, con mayor asiduidad que éstos, los hebraístas cristianos. Sin embargo, ¡cuán menos conocida todavía es la cábala universal de Oriente! Pocos son sus adeptos; pero estos privilegiados herederos de los sabios que «descubrieron las deslumbradoras verdades que centellean en la gran Shemaya del saber caldeo» (NOTA: Bulwer: *Zanoni*. FINAL NOTA) han solucionado lo «absoluto» y descansan ahora de su fatigosa tarea. No pueden ir más allá de la línea trazada por el dedo del mismo Dios en este mundo, como límite del conocimiento humano. Sin darse cuenta, han topado algunos viajeros con estos adeptos en las orillas del sagrado Ganges, en las solitarias ruinas de Tebas, en los misteriosamente abandonados aposentos de Luxor, en las cámaras de azules y doradas bóvedas cuyos misteriosos signos atraen sin fruto posible la atención del vulgo. Por doquiera se les encuentra, lo mismo en las desoladas llanuras del Sahara y en las cavernas de Élefanta, que en los brillantes salones la aristocracia europea; pero sólo se dan a conocer

los desinteresados estudiantes cuya perseverancia no le permite volver atrás. El insigne teólogo e historiador judío Maimónides, a quien sus compatriotas casi divinizaron, para después acusarle de herejía, afirma que lo en apariencia más absurdo y extravagante del *Talmud*, encubre precisamente lo más sublime de su significado esotérico. Este eruditísimo judío ha demostrado que la magia caldea profesada por Moisés y otros taumaturgos, se fundaba en amplios y profundos conocimientos de diversas y hoy olvidadas ramas de las ciencias naturales, pues conocían por completo los recursos de los reinos mineral, vegetal y animal, aparte de los secretos de la química y de la física, con añadidura de las verdades espirituales que les daban tanta idoneidad en psicología como tuvieron en fisiología. No es maravilla, pues, que los adeptos educados en los misteriosos santuarios de los templos, obraran portentos en cuya explicación fracasaría la infatuada ciencia contemporánea. Es denigrante para la dignidad humana motejar de imposturas la magia y las ciencias ocultas, pues si hubiera sido posible que durante miles de años fuesen unas gentes víctimas de los fraudes y supercherías amañados por otras gentes, necesario sería confesar que la mitad de los hombres son idiotas y la otra mitad bribones. ¿En qué país no se ha practicado la magia? ¿En qué época se olvidó por completo?

Los Vedas y las leyes de Manú, que son los documentos literarios más antiguos, describen muchos ritos mágicos de lícita práctica entre los brahmanes (NOTA: Véase el *Código de Manú* traducido por W. Jones, IX. II. FINAL NOTA). Hoy mismo se enseña en el Japón y en China, sobre todo en el Tíbet, la magia caldea, y los sacerdotes de estos países corroboran con el ejemplo las enseñanzas relativas al desenvolvimiento de la clarividencia y actualización de las potencias espirituales, mediante la pureza y austeridad de cuerpo y mente, de que dimana la mágica superioridad sobre las entidades elementales, naturalmente inferiores al hombre. En los países occidentales es la magia tan antigua como en los orientales. Los druidas de la Gran Bretaña y de las Galias la ejercían en las reconditeces, de sus profundas cavernas, donde enseñaban ciencias naturales y psicológicas, la armonía del universo, el movimiento de los astros, la formación de la tierra y la inmortalidad del alma (NOTA: En varios pasajes de su *Historia Natural* se ocupa Plinio extensamente de los conocimientos de los druidas, y Pomponio asegura que estaban muy versados en las ciencias superiores. FINAL NOTA). En las naturales academias edificadas por mano del invisible arquitecto, se congregaban los iniciados al filo de la media noche para meditar sobre lo que es y lo que ha de ser el hombre (NOTA: Julio César: *De Bello gallico*, III, 14. FINAL NOTA). No necesitaban de iluminación artificial en sus templos, porque la casta diosa de la noche hería con sus rayos las cabezas coronadas de roble y los sagrados bardos de blancas vestiduras sabían hablar con la solitaria reina de la bóveda estrellada (NOTA: Plinio: *Historia Natural*, XXX. FINAL NOTA).

Pero aunque el ponzoñoso hábito del materialismo haya consumido las raíces de los sagrados bosques y secado la savia de su espiritual simbolismo, todavía medran con exuberante lozanía para el estudiante de ocultismo, que los sigue viendo cargados del fruto de la verdad tan frondosamente como cuando el archidruída sanaba mágicamente a los enfermos y tremolando el ramo de muérdago segaba con su dorada segur la rama del materno roble. *La magia es tan vieja como el hombre* y nadie acertaría en señalar su origen, de la propia suerte que no cabe computar el nacimiento del primer hombre. Siempre que los eruditos intentaron determinar históricamente los orígenes de la magia en algún país, desvanecieron sus cálculos investigaciones posteriores. Suponen algunos que el sacerdote y rey escandinavo Odín fue el fundador de la magia unos 70 años antes de J.C.; pero hay pruebas evidentes de que los misteriosos ritos de las sacerdotisas *valas* son muy anteriores a dicha época (NOTA: Munter: *Sobre la antigua religión del Norte de Europa antes de Odín.*— *Memorias de la Sociedad de Anticuarios de Francia*, II, 230. FINAL NOTA).

Otros eruditos modernos atribuyen a Zoroastro las primicias de la magia apoyados en que fue el fundador de la religión de los magos; pero Amiano Marcelino, Arnobio,

Plinio y otros historiadores antiguos, prueban concluyentemente que tan sólo se le debe considerar como reformador de la magia, ya de muy antiguo profesada por los caldeos y egipcios (NOTA: Amiano Marcelino, XXVI, 6. FINAL NOTA).

Los más eminentes maestros de las cosas divinas convienen en que casi todos los libros antiguos están escritos en lenguaje sólo entendido de los iniciados, y ejemplo de ello nos da el bosquejo biográfico de Apolonio de Tyana, que, según saben los cabalistas, es un verdadero compendio de filosofía hermética con trasuntos de las tradiciones relativas al rey Salomón. Lo mismo que éstas, parece el bosquejo biográfico de Apolonio fantástica quimera, porque los acontecimientos históricos están cubiertos bajo el velo de la ficción. El viaje a la India, allí descrito, simboliza las pruebas del neófito, y sus detenidas conversaciones con los brahmanes, sus prudentes consejos y sus diálogos con el corintio Menipo, equivalen en conjunto, debidamente interpretados, a un catecismo esotérico. En su visita al país de los sabios, en la plática que sostuvo con el rey Hiarkas y en el oráculo de Anfiarao, se simbolizan muchos dogmas secretos de Hermes, cuya explicación revelaría no pocos misterios de la naturaleza. Eliphaz Levi indica la sorprendente analogía entre el rey Hiarkas y el fabuloso Hiram, de quien recibió Salomón el cedro del Líbano y el oro de Ofir. Curioso fuera averiguar si los modernos masones, por mucha que sea su elocuencia y habilidad, saben quién es el *Hiram* cuya muerte juran vengar.

Si prescindiendo de las enseñanzas puramente metafísicas de la cábala, atendiéramos tan sólo al ocultismo fisiológico, podríamos obtener resultados beneficiosos para algunas ramas de la moderna ciencia experimental, tales como la química y la medicina. A este propósito, dice Draper: «A menudo descubrimos *ideas que orgullosamente disputábamos por privativas de nuestra época*». Esta observación a que dió pie el examen de los tratados científicos de los árabes, puede aplicarse con mucho mayor motivo a las obras esotéricas de los antiguos. La medicina moderna sabe de seguro más anatomía, fisiología y terapéutica, pero ha perdido el verdadero conocimiento por su encogido criterio, inflexible materialismo y dogmatismo sectario. Cada escuela médica desdeña saber lo que otras opinan y todas ellas desconocen el grandioso concepto que de la naturaleza y el hombre sugieren los fenómenos hipnóticos y los experimentos de los norteamericanos sobre el cerebro, cuyos resultados son la más acabada derrota del estúpido materialismo. Sería conveniente convocar a los médicos de las distintas escuelas para demostrarles que muchas veces se estrella su ciencia contra la rebeldía de enfermedades, vencidas después por saludadores hipnóticos o mediumnismos. Quienes estudien la antigua literatura médica, desde Hipócrates a Paracelso y Van Helmont, hallarán multitud de casos fisiológicos y psicológicos, perfectamente comprobados, con medicinas y tratamientos terapéuticos cuyo empleo desdeñan los médicos contemporáneos (NOTA: Los sabios modernos pueden compararse en muchos aspectos con aquel sagaz, erudito y cumplido caballero de quien dice Hipócrates: «Me encontré con él un día y me participó que había descubierto cierta planta hasta entonces desconocida, cuyas maravillosas propiedades curativas vencían toda enfermedad aguda o crónica por maligna que fuese. Deseoso yo de corresponder a su confianza, le rogué me acompañara al herbario donde conservaba tan prodigiosa planta y allí pude ver que era el ajo, vulgarísima en toda Grecia y una de las menos empleadas en terapéutica».- Hipócrates: *De óptima predicandi ratione item iudicii operum magni*, I. FINAL NOTA). De la propia manera, los cirujanos del día confiesan su inferioridad respecto de la admirable destreza de los antiguos en el arte de vendar. Los más notables cirujanos parisienses han examinado el vendaje de las momias egipcias, sin verse capaces de imitar el modelo que ante sí tenían.

En el museo Abbott, de Nueva York, hay numerosas pruebas de la habilidad de los antiguos en varias artes, entre ellas, la de blondas y encajes y postizos femeninos. El periódico de Nueva York, *La Tribuna*, en su crítica del *Papiro de Ebers*, dice: «... verdaderamente no hay nada nuevo bajo el sol... Los capítulos 65, 66, 79 y 89 demuestran

que los regeneradores del cabello, los tintes y polvoreras eran ya necesarios hace 3.400 años».

En su obra *Conflictos entre la religión y la ciencia*, reconoce el eminente filósofo Draper, que a los sabios antiguos corresponde legítimamente la paternidad de la mayoría de descubrimientos que los modernos se atribuyen, y al efecto cita unos cuantos hechos que admiraron a toda Grecia. Calístenes envió a Aristóteles una serie de observaciones astronómicas computadas por los babilonios, que se remontaban a mil novecientos tres años. Ptolomeo, rey de Egipto y notable astrónomo, tenía una tabla de eclipses, también computada en Babilonia, en la que se predecían los de más de siete siglos antes de la era cristiana. A este propósito, dice muy oportunamente Draper: «Pacientes y precisas observaciones se necesitaron para obtener estos resultados astronómicos, cuya valía han corroborado nuestros tiempos. Los babilonios computaron el año tropical con veintisiete segundos de error, y el sideral con dos minutos de exceso. Conocieron la precesión de los equinoccios y predijeron y calcularon los eclipses con auxilio de su cielo llamado *saros*, que constaba de 6.585 días, con un error de diez y nueve minutos y treinta segundos. Todos estos cálculos son prueba incontrovertible de la paciente habilidad de los astrónomos caldeos, pues con imperfectos instrumentos lograron tan precisos resultados. Habían catalogado las estrellas y dividido el zodiaco en doce signos, el día en doce horas y la noche en otras tantas. Durante mucho tiempo estudiaron las ocultaciones de las estrellas detrás de la luna, según frase de Aristóteles, conocieron la situación de los planetas respecto del sol, construyeron cuadrantes, clepsidras, astrolabios y horarios y rectificaron los erróneos conceptos que sobre la estructura del sistema solar predominaban por entonces. El mundo permanente de las verdades eternas que interpenetra el transitorio mundo de ilusiones y quimeras no ha de ser descubierto por las tradiciones de los hombres que vivieron en los albores de la civilización ni por los *ensueños de los místicos que presumían de inspiración, sino que han de descubrirlo las investigaciones de la geometría y la práctica interrogación de la naturaleza*».

Estamos del todo conformes con esta conclusión que no podía inferirse más acertadamente. Parte de la verdad nos dice Draper en el pasaje transcrito, pero no *toda*, porque desconoce la índole y extensión de los conocimientos que en los Misterios se enseñaban. Ningún pueblo tan profundamente versado en geometría como los constructores de las Pirámides y otros titánicos monumentos antediluvianos y postdiluvianos, y ninguno tampoco que tan prácticamente haya interrogado a la naturaleza. Prueba de ello nos da el significado de sus innumerables símbolos, *cada uno de los cuales es plasmada idea que combina lo divino e invisible con lo terreno y visible*, de suerte que de lo visible se infiere lo invisible por estricta analogía, según el aforismo hermético: «como lo de abajo es lo de arriba». Los símbolos egipcios denotan profundos conocimientos en ciencias naturales y muy prácticos estudios de las fuerzas cósmicas.

Respecto a la eficacia de las investigaciones geométricas, ya no han de contraerse los estudiantes de ocultismo a nuevas conjeturas, sino que pueden seguir la orientación señalada en nuestros días por el insigne geómetra norteamericano Jorge Felt, quien apoyado en los antecedentes sentados por los antiguos egipcios, ha inferido las siguientes consecuencias:

- 1.^a Determinar el diagrama fundamental de la geometría plana y del espacio.
- 2.^a Establecer proporciones aritméticas en forma geométrica.
- 3.^a Inferir la norma geométrica que de tan maravillosa y exacta manera siguieron los egipcios en todas sus construcciones arquitectónicas y escultóricas.
- 4.^a Comprobar que de esta misma norma geométrica se valieron los egipcios para los cálculos astronómicos sobre que fundaron casi todo su simbolismo religioso.

5.^a Descubrir las huellas de la norma geométrica de los egipcios en el arte y arquitectura de Grecia y en las Escrituras hebreas, cuya derivación egipcia resulta de ello evidente.

6.^a Demostrar que después de investigar durante miles de años las leyes de la naturaleza, llegaron los egipcios a conocer el sistema del universo.

7.^a Determinar con toda precisión problemas de fisiología, hasta hoy, tan sólo sospechados.

8.^a Que la primitiva ciencia y la primitiva religión, que serán también las últimas, estuvieron comprendidas en la filosofía masónica.

A esto podemos añadir por testimonio ocular que los escultores y arquitectos egipcios no forjaban en el yunque de su fantasía las admirables estatuas de sus templos, sino que de modelo les servían las «invisibles entidades del aire» y otros reinos de la naturaleza, cuya visión atribuían ellos, como atribuye también Felt, a la eficacia de alquímicos y cabalísticos procedimientos. Schweigger demuestra el fundamento científico de todos los símbolos mitológicos (NOTA: Schweigger: *La mitología en la Historia Natural*. FINAL NOTA).

El descubrimiento de las energías electromagnéticas ha permitido a hipnotólogos tan eminentes como Ennemoser, Schweigger y Bart, en Alemania, Du Potet, en Francia, y Regazzoni, en Italia, señalar casi exactamente la analogía entre los mitos divinos y las energías naturales. El dedo *ideico*, que tanta importancia tuvo en la magia médica, significa un dedo de hierro, atraído y repelido alternativamente por las fuerzas magnéticas. En Samotracia se empleó con admirables resultados en la curación de enfermedades orgánicas.

Bart aventaja a Schweigger en la interpretación de los mitos antiguos que estudia bajo el doble aspecto espiritual y físico. Trata extensamente de los teurgos, cabires y dáctilos, de Frigia, que fueron magos saludadores. A este propósito, dice: «Cuando tratamos de la estrecha relación entre los dáctilos y las fuerzas magnéticas, no nos referimos tan sólo a la piedra imán y a nuestro concepto de la naturaleza, sino que consideramos el magnetismo en conjunto. Así se comprende cómo los iniciados que se dieron el nombre de dáctilos asombraron a las gentes con sus artes mágicas y realizaron prodigiosas curaciones. A esto añadieron la preceptuación del cultivo de la tierra, la práctica de la moral, el fomento de las ciencias y de las artes, las enseñanzas de los Misterios y las consagraciones secretas. Si todo esto llevaron a cabo los sacerdotes cabires, ¿no recibirían auxilio y guía de los misteriosos espíritus de la naturaleza?» (NOTA: Ennemoser: *Historia de la Magia*, I, 3. FINAL NOTA)? De la misma opinión es Schweigger, quien demuestra que los antiguos fenómenos teúrgicos derivaban de fuerzas magnéticas «guiadas por los espíritus».

No obstante su aparente politeísmo, los antiguos, por lo menos los de las clases ilustradas, eran ya monoteístas muchísimos siglos antes de Moisés. Así lo comprueba el siguiente pasaje entresacado de la primera hoja del *Papiro de Ebers*: «De Heliópolis vine con los magnates de Hetaat, los Señores de Protección, los dueños de la eternidad y de la salvación. De Sais vine con la Diosa-Madre que me otorgó su protección. El *Señor del Universo* me enseñó a librar a los dioses de toda enfermedad mortal». Conviene advertir que los antiguos daban título de dioses a los hombres eminentes, y por lo tanto, la divinización de los mortales y considerarlos como dioses no prueba que fuesen politeístas, de la propia suerte que tampoco sería justo calificar de politeístas a los cristianos porque veneran las imágenes de sus santos. Los norteamericanos de hoy día no merecen ciertamente que de aquí a tres mil años les tilde la posteridad de idólatras, por haber levantado estatuas a Washington. Tan secreta era la filosofía hermética, que a Volney le pareció que los antiguos adoraban como divinidades los símbolos materiales y groseros, siendo así que eran meras representaciones de principios esotéricos. También Dupuis, no obstante haber estudiado detenidamente este problema, equivoca la significación de los símbolos religiosos y los atribuye exclusivamente a la astronomía. Eberhart y otros autores alemanes de los siglos XVIII y XIX tratan de la magia con menores escrúpulos y la derivan de los

mitos platónicos del *Timeo*. Pero ¿cómo era posible que estos eruditos, sin la agudísima intuición de un Champollión, descubrieran el significado esotérico de cuanto el velo de Isis no dejaba traslucir sino a los adeptos? Nadie regatea la valía de Champollión como egiptólogo. A su juicio, todo comprueba que los antiguos egipcios fueron esencialmente monoteístas, y gracias a sus indagaciones está demostrada en los más nimios pormenores la exactitud de los escritos de Hermes Trismegisto, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos. Sobre ello dice también Ennemoser: «Herodoto, Tales, Parménides, Empedocles, Orfeo y Pitágoras aprendieron en Egipto y demás países orientales filosofía natural y teología». Por nuestra parte recordaremos que en Egipto se instruyó Moisés y pasó Jesús los años de su primera juventud.

En aquel país se daban cita todos los estudiantes del mundo conocido antes de la fundación de Alejandría. A este propósito, pregunta Ennemoser: ¿Por qué se sabe tan poco de los Misterios al cabo de tanto tiempo y a través de tantos países? Por el universal y riguroso sigilo de los iniciados, aunque igualmente puede atribuirse a la pérdida de las obras esotéricas de la más remota antigüedad. Los libros de Numa, encontrados en la tumba de este monarca y descritos por Tito Livio, trataban de filosofía natural, pero se mantuvieron en secreto a fin de no divulgar los misterios de la religión dominante. El senado romano y los tribunos del pueblo mandaron quemarlos en público» (NOTA: Ennemoser: *Historia de la Magia*, I, 9. FINAL NOTA).

La magia era una ciencia divina cuyo conocimiento conducía a la participación en los atributos de la misma Divinidad. Dice Filo Judeo que «descubre los secretos de la naturaleza y facilita la contemplación de los poderes celestes» (NOTA: Filo Judeo: *De Specialibus Legibus*. FINAL NOTA). Con el tiempo degeneró por abuso en hechicería y se atrajo la animadversión general; pero nosotros hemos de considerarla tal como fue en los tiempos de su pureza, cuando las religiones se fundaban en el conocimiento de las fuerzas ocultas de la naturaleza. En Persia no introdujeron la magia los sacerdotes como vulgarmente se cree, sino los magos, cuyo nombre indica la procedencia. Los mobedos o sacerdotes parsis, los antiguos géberes, se llaman hoy día *magois* en dialecto pehlvi (NOTA: *Zend-Avesta*, II, 506. FINAL NOTA). *La magia es coetánea de las primeras razas humanas.* Casiano menciona un tratado de magia muy conocido en los siglos IV y V que, según tradición, lo recibió Cam, hijo de Noé, de manos de Jared, cuarto nieto de Seth, hijo de Adán (NOTA: Casiano: *Conferencia*, I, 21. FINAL NOTA).

Moisés fue deudor de sus conocimientos a la iniciada Batria, esposa del Faraón y madre de la princesa egipcia Termutis, que lo salvó de las aguas del Nilo (NOTA: *De Vita et Morte Mosis*, 199. FINAL NOTA). De él dicen las escrituras cristianas: «Y fue Moisés instruido en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en palabras y obras» (NOTA: *Los Hechos de los Apóstoles*, VII, 22. FINAL NOTA). Justino Mártir, apoyado en la autoridad de Trogo Pompeyo, afirma que José, hijo de Jacob, aprendió muchas artes mágicas de los sacerdotes egipcios (NOTA: Justino, XXXVI, 2. FINAL NOTA).

En determinadas ramas de la ciencia, sabían los antiguos más de lo que hasta ahora han descubierto los modernos. Aunque muchos repugnen confesarlo, así lo reconocen algunos sabios. El doctor A. Todd Thomson, que publicó la obra *Ciencias ocultas*, escrita por Salverte, dice a este propósito: «Los conocimientos científicos de los primitivos tiempos de la sociedad humana eran mucho mayores de lo que los modernos suponen, pero estaban cuidadosamente velados en los templos a los ojos del vulgo y tan sólo a disposición de los sacerdotes». Al tratar de la cábala, dice Baader que «no sólo debemos a los judíos la ciencia sagrada, sino también la profana».

Origenes, discípulo de la escuela platónica de Alejandría, afirma que además de la doctrina enseñada por Moisés al pueblo en general, reveló a los setenta ancianos algunas «verdades ocultas de la ley» con mandato de no transmitir las más que a los merecedores de conocerlas.

San Jerónimo dice que los judíos de Tiberiades y Lida eran singulares maestros en hermenéutica mística. Por último, Ennemoser se muestra firmemente convencido de que las obras del areopagita Dionisio están inspiradas en la cábala hebrea, lo cual nada tiene de extraño si consideramos que los agnósticos o cristianos primitivos fueron continuadores, con distinto nombre, de la escuela de los esenios. Molitor reivindica la cábala hebrea y dice sobre este punto: «Ha pasado ya el tiempo en que la teología y las ciencias eran esclavas de la vulgaridad y la incongruencia; pero como el racionalismo revolucionario no ha dejado otro rastro que su propia ineficacia con estropeamiento de las verdades positivas, hora es de reconvertir la mente a la misteriosa revelación de donde, como de vivo manantial, brota nuestra salvación... Los antiguos misterios de Israel, que contienen todos los secretos de hoy, debieran servir para establecer la teología sobre profundos principios teosóficos y dar *base firme* a las ciencias especulativas. De esta suerte se abrirían nuevos caminos en el laberinto de mitos, símbolos y organización política de las sociedades primitivas. Las tradiciones antiguas encierran el método de enseñanza seguido en las escuelas de profeta que Samuel no fundó, sino que tan sólo restauró, y cuyo objeto era instruir a los candidatos en conocimientos que les hicieran dignos de la iniciación en los Misterios mayores, una de cuyas enseñanzas era la magia distintamente separada en dos opuestos linajes: la blanca o divina y la negra o diabólica. Cada una de estas ramas se subdivide a su vez en dos modalidades: activa y contemplativa. Por la magia divina se relaciona el hombre con el mundo para conocer las cosas ocultas y realizar *buenas obras*. Por la magia diabólica se esfuerza el hombre en adquirir dominio sobre los espíritus y perpetrar diabólicas fechorías y delitos de lesa naturaleza» (NOTA: Molitor: *Filosofía de la historia y de la tradición*. Traducida por Howitt, 285. FINAL NOTA).

El clero de las tres principales iglesias cristianas, la griega, la romana y la protestante, se desconcierta ante los fenómenos espiritistas producidos por los médiums. Todavía no hace mucho tiempo, papistas y protestantes condenaban a la hoguera y a la horca, o cuando no, mandaban asesinar a los infelices médiums por cuyo organismo se comunicaban las entidades astrales y a veces las desconocidas fuerzas de la naturaleza. En esta persecución sobresalía la iglesia romana, cuyas manos están tintas en sangre de inocentes víctimas sacrificadas a un Moloch implacable, que tal parece el Dios de sus creencias. Ansía la iglesia romana reanudar tan cruenta labor, pero la ligan de pies y manos el espíritu del siglo y el universal sentimiento de libertad religiosa contra el que diariamente prorrumpe en invectivas. La iglesia griega es, por el contrario, de benigna condición y más conforme con las enseñanzas de Cristo por su sencilla aunque ciega fe; pero si bien hace muchos siglos que ocurrió el cisma de Oriente y no hay relación alguna entre las iglesias griega y latina, los pontífices romanos fingen ignorar este hecho y se arrojan audazmente la jurisdicción en todos los países de religión griega o protestante. A este propósito dice Draper: «La Iglesia insiste en que el Estado no debe inmiscuirse en la jurisdicción eclesiástica, y como el protestantismo es una rebeldía, no le cabe derecho alguno, ni siquiera en las diócesis de países protestantes donde *el prelado católico es el pastor legítimo y la única autoridad espiritual*» (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 329. FINAL NOTA).

A pesar de no haber hecho caso ninguno los protestantes de los decretos y encíclicas del papa ni de las invitaciones a los concilios ecuménicos ni de las excomuniones despectivamente recibidas, persiste la iglesia romana en su temeraria conducta, que llegó a grado máximo de insensatez cuando en 1864 excomulgó Pío IX con público anatema al emperador de Rusia por cismático indigno de pertenecer al gremio de la Iglesia católica (NOTA: *Gazette du Midi y Le monde*, 3 de Mayo de 1864. FINAL NOTA). Sin embargo, desde la conversión de los eslavos al cristianismo, no han consentido ni los zares ni el pueblo ruso unirse a la iglesia de Roma. ¿Por qué no alega también el papa jurisdicción eclesiástica sobre los budistas tibetanos o sobre los espectros de los antiguos *hyk-sos*?

Los fenómenos mediumnísticos ocurren en todas partes sin distinción de religiones, nacionalidades e individuos, y la fuerza que los produce puede manifestarse igualmente en el monarca y en el mendigo. Ni siquiera el vicario de Dios, el pontífice Pío IX, logró rehuir la visita del incómodo huésped, pues desde los cincuenta años de su edad se vió acometido de frecuentes arrebatos y transportes, que en el Vaticano atribuían a *visiones divinas* y los médicos diagnosticaban de ataques epilépticos, no faltando entre el pueblo quienes los achacasen a la obsesión espectral de Peruggia, Castelfidardo y Menfana.

Se le podía aplicar la famosa execración de Shakespeare:

Brillan las azuladas luces. Ya es media noche y frío temblor estremece mis carnes. Hacia mí llegan las almas de mis víctimas (NOTA: *Ricardo III*. FINAL NOTA).

El príncipe de Hohenlohe tuvo mucha fama a principios del siglo XIX por sus dotes saludadoras, y era muy notable médium. Ciertamente, las aptitudes mediumnísticas y los fenómenos por su virtud producidos no son privativos de ninguna época ni país, sino cualidades inherentes a la naturaleza psicológica del microcosmos.

Los que en Rusia llaman *klikuchy* (energúmenos) y *yourodevoy* (semiidiotas) se ven asaltados frecuentemente por perturbaciones nerviosas que el clero y el populacho atribuyen a posesión diabólica. Estos infelices se agolpan a las puertas de las catedrales sin atreverse a entrar por temor de que el demonio que les posee no los derribe al suelo. En Voroneg, Kiew, Kazan y en todas las poblaciones donde se veneran reliquias de santos milagrosos, abundan este linaje de médiums inconscientes de repugnante aspecto, que se agrupan en los vestíbulos y atrios de los templos. Durante la celebración del oficio divino, en el acto de alzar, o cuando el coro entona el *Ejey Cheruvim*, todos aquellos maniáticos empiezan a dar voces semejantes a aullidos, cacareos, ladridos, rebuznos y rugidos entre espantosas convulsiones. El clero y el vulgo explican piadosamente este fenómeno diciendo que el *espíritu inmundo* no puede resistir la santidad de la oración. Algunas almas caritativas acuden en socorro de aquellos infelices, con pócimas calmantes y oportunas limosnas. A menudo solicita el público la intervención de un sacerdote para exorcizar a los poseídos, y así lo hace aquél, unas veces por caridad y otras mediante el estipendio de unas cuantas monedas de plata. Sin embargo, entre los supuestos energúmenos hay tal o cual clarividente y vaticinador, aunque por lo general trafican con sus aptitudes, sin que nadie les moleste al ver el lastimero estado en que les pone el arrebato. Mas, por otra parte, ¿qué razón habría para que el clero concitase contra ellos los ánimos de las gentes diciendo que son brujos? Es de sentido común y al par de justicia, que en todo caso el culpable no es la víctima poseída, sino el demonio poseedor. Si el exorcismo no tiene otras consecuencias que proporcionar al paciente un fuerte resfriado, entonces se le abandona en manos de Dios y de la caridad pública. Sin embargo, por muy ciega y supersticiosa que sea la fe conducente a semejantes extravíos, no entraña ofensa para el hombre ni para el *verdadero* Dios. No sucede lo mismo en los cleros romano y protestante, de los que nos ocuparemos en el transcurso de esta obra, con excepción de algunos eminentes pensadores de ambas confesiones. Necesitamos saber en qué se fundan para tratar como infieles predestinados al infierno eterno a los indos, chinos, espiritistas y cabalistas.

Lejos de nosotros el intento, no ya de blasfemia, sino ni siquiera de irreverencia contra el divino Poder, por el que existen todas las cosas visibles e invisibles y ante cuya majestad y perfección absoluta se abisma la mente. Nos basta el convencimiento de que El existe y que El es la sabiduría infinita. Nos basta tener como las demás criaturas una centella de su esencia. Reverenciamos al supremo infinito e ilimitado poder, al *céntrico* SOL ESPIRITUAL, cuya luz nos ilumina y cuya voluntad nos circunda. Es el Dios de los profetas antiguos y de los profetas modernos; el Dios cuya naturaleza sólo cabe vislumbrar en los mundos evocados a la existencia por su potente FIAT; el Dios cuya revelación está

cifrada por su propia mano en los imperecederos símbolos de la armonía universal del Cosmos. El es el único evangelio *infallible*.

Dice Plutarco en el *Teseo*, que los geógrafos antiguos llenaban las márgenes de sus mapas con el trazado de comarcas desconocidas cuyos epígrafes advertían que más allá sólo había arenales poblados de fieras y quebrados por ciénagas infranqueables. Poco menos hacen los modernos científicos y teólogos, pues mientras éstos pueblan el mundo invisible de ángeles y demonios, aquéllos afirman sentenciosamente que *nada* hay más allá de la *materia*.

Sin embargo, muchos de nuestros empedernidos escépticos pertenecen a las logias masónicas. Todavía existen, aunque sólo de nombre, los rosacruces que tanto sobresalieron en las artes curativas durante la Edad Media. Podrán derramar lágrimas sobre la tumba de su respetable maestro Hiram Abiff, pero en vano buscarán el sitio donde estuvo la rama de acacia. Sólo queda la letra muerta; el espíritu se desvaneció. Parecen coristas ingleses o alemanes que en el cuarto acto de *Hernani* bajan a la cripta de Carlomagno para entonar el coro de la conspiración en lengua extraña. Así los modernos caballeros del sagrado Arco, aunque bajen todas las noches «por los nueve arcos a las entrañas de la tierra», jamás descubrirán el sagrado Delta de Enoch. Los caballeros del Valle del Norte y del Valle del Sur, tal vez se figuren que la iluminación despunta en su mente y que según adelanten en la masonería irá rasgándose el velo de la superstición, la tiranía y el despotismo; pero todo esto serán vanas palabras mientras renieguen de su madre la magia y desconozcan a su hermano gemelo el espiritismo. En verdad que podéis dejar vuestros sitiales, ¡oh Caballeros de Oriente!, y sentaros en el suelo con la cabeza entre las manos en apostura triste, porque valor os sobra para deplorar vuestra suerte. Desde que Felipe el Hermoso de Francia abolió la orden de los Templarios, nadie ha venido a resolver vuestras dudas, no obstante tantas pretensiones en contrario. Verdaderamente, venís errantes de Jerusalén en busca del perdido tesoro del lugar santo. ¿Lo hallasteis? ¡Ay!, no; porque el lugar santo está profanado y abatidas cayeron las columnas de sabiduría, fuerza y belleza. En adelante vagaréis en tinieblas y caminaréis humildemente por selvas y montes en busca de la palabra perdida. ¡Andad! No la encontraréis mientras reduzcáis vuestras jornadas a *siete* ni aún a siete veces siete, porque camináis en tinieblas que sólo puede disipar la fulgurante antorcha de la verdad, sostenida por los legítimos descendientes de Ormazd. Tan sólo ellos pueden enseñaros a pronunciar correctamente el nombre revelado a Enoch, Jacob y Moisés. ¡Pasad! Hasta que vuestro R.S.W. sepa multiplicar 333 de modo que resulten 666, el número de la bestia apocalíptica, debéis ser prudentes y manteneros *sub-rosa*.

Para demostrar que no estaban desprovistas de fundamento científico las nociones de los antiguos respecto de los ciclos humanos, concluiremos este capítulo con una de las más remotas tradiciones referentes a la evolución de nuestro planeta.

Al término de cada «año máximo», como llamaron Censorino y Aristóteles al período de siete saros (NOTA: *Supone erróneamente Webster que los caldeos llamaban saro al ciclo de los eclipses cuya duración era de unos 6.586 años solares equivalentes a la revolución de un nodo lunar. Sin embargo, el astrónomo Berosio, sacerdote del templo de Belo en Babilonia, dice que el saro tiene 3.600 años. El nero 600 y el soso 60.— Berosio de Abideno: De los reyes caldeos y el diluvio.— Véase también Eusebio y el Manuscrito de Cary. Ex. Cod. reg. gall. gr. N° 2.360, fol. 154. FINAL NOTA*), sufre nuestro planeta una total revolución física. Las zonas glaciales y tórrida cambian gradualmente de sitio; las primeras se mueven poco a poco hacia el Ecuador y la segunda con su exuberante vegetación y su copiosa vida animal, reemplaza los helados desiertos polares. Esta alteración de climas va necesariamente acompañada de cataclismos, terremotos y otras perturbaciones cósmicas (NOTA: *Antes de que los geólogos rechacen esta teoría fundada en la traición, han de explicar satisfactoriamente por qué al fin del período terciario descendió en el hemisferio*

septentrional la temperatura hasta el grado de convertir la zona tórrida en un clima siberiano. Conviene recordar que *los antiguos indos conocían ya el sistema heliocéntrico y de ellos lo aprendió Pitágoras junto con los fundamentos de la astronomía. Mientras no se demuestre matemáticamente lo contrario, tan lícito es admitir esta hipótesis como otra cualquiera. FINAL NOTA*). Como quiera que cada diez milenios y cerca de un nero, se altera el lecho del océano, sobreviene un diluvio análogo al del tiempo de Noé. Los griegos daban a este año el sobrenombre de heliaco, pero únicamente los iniciados conocían su duración y demás condiciones astronómicas. Al invierno del año heliaco le llamaban *cataclismo* o *diluvio*, y al verano le denominaban *epirosis*. Según tradición popular, la tierra sufría alternativamente catástrofes plutónicas (por el agua) y volcánicas (por el fuego) en estas dos estaciones del año heliaco. Así consta en los fragmentos *Astronómicos* de Censorino y Séneca; pero tanta incertidumbre hay entre los comentaristas acerca de la duración del año heliaco, que ninguno se aproxima a la verdad excepto Herodoto y Lino, quienes respectivamente lo computan en 10.800 y 13.984 años (*NOTA: Censorino: De Natal Die. Séneca: Nat. Quaest. III, 29. FINAL NOTA*). En opinión de los sacerdotes babilonios, corroborada por Eupolemo (*NOTA: Eusebio: Prep. Evan: De la torre de Babel y de Abraham. FINAL NOTA*), la ciudad de Babilonia fue fundada por los que se salvaron del diluvio, quienes eran hombres de gigantesca talla y edificaron la torre llamada de Babel (*NOTA: Esto contradice evidentemente el relato bíblico, según el cual, sólo, Noé y su familia escaparon del diluvio enviado precisamente para castigo de los gigantes. Los sacerdotes babilónicos no tenían interés alguno en falsear la verdad. FINAL NOTA*). Estos gigantes, que eran expertos astrónomos y además habían recibido enseñanzas secretas de sus padres «los hijos del Dios», instruyeron a su vez a los sacerdotes y dejaron en los templos recuerdos del cataclismo que habían presenciado. De este modo computaron los sacerdotes la duración de los años máximos. Por otra parte, según dice Platón en el *Timeo*, los sacerdotes helenos reconviniéron a Solón por ignorar que aparte del gran diluvio de Ogyges, habían ocurrido otros igualmente copiosos, lo cual demuestra que en todos los países tenían los sacerdotes iniciados conocimiento del año heliaco.

Los períodos llamados *yugas*, *kalpas*, *nerosos* y *vrihaspatis* son arduos problemas de cronología que ponen cejijuntos a eminentes matemáticos. El *Sâtya-yuga* y los ciclos budistas nos asustan con sus cifras. El mahakalpa o edad máxima se remonta mucho más allá de la época antediluviana y su duración es de 4.320.000.000 de años solares, que se distribuyen como vamos a ver:

En primer lugar tenemos los cuatro yugas siguientes:

1.º Sâtya-yuga:	1.728.000 años
2.º Trêtya-yuga:	1.296.000 años
3.º Dvâpa-yuga:	864.000 años
4.º Kali-yuga:	432.000 años
Total:	<hr/> 4.320.000 años

Estos cuatro yugas constituyen un mahâ-yuga o yuga máximo y setenta y un mahâ-yugas comprenden, por lo tanto, $4.320.000 \times 71 = 306.720.000$ años. A este cómputo hay que añadir un *sandhyâ* o duración de los crepúsculos matutino y vespertino, en todo este tiempo, equivalente a un sâtya-yuga o 1.728.000 años, con lo que tendremos: $306.720.000 + 1.728.000 = 308.448.000$ años o sea el período llamado *manvântara* (*NOTA: Por error de imprenta aparece el manvântara en los cálculos de Coleman con sesenta millones de años más, o sea por haber puesto un seis en vez del primer cero. FINAL NOTA*). Catorce manvântaras componen $308.448.000 \times 14 = 4.318.272.000$ años y añadiendo un *sandhya* tendremos $4.318.272.000 + 1.728.000 = 4.320.000.000$ años o sea el Mahâkalpa o edad máxima, según vimos al principio de este cómputo.

Como quiera que nos hallamos en el kali-yuga de la época vigésimo-octava del séptimo manvántara, aún nos falta algún trecho que recorrer antes de llegar siquiera a la mitad de la vida del planeta. Estos guarismos no son fantásticos, sino que, por el contrario, derivan de cálculos astronómicos según ha demostrado Davis (NOTA: Davis: *Ensayo de investigaciones asiáticas.*– Higgins: *Anacalipsis.*– Coleman: *Mitología de los indos.* Prefacio, XIII. FINAL NOTA). Muchos eruditos, entre ellos Higgins, no pudieron averiguar, no obstante sus indagaciones, cuál era el *ciclo secreto*. Bunsen ha demostrado que los sacerdotes egipcios mantenían en el más profundo misterio las rotaciones cíclicas (NOTA: Bunsen: *Egipto*, I. FINAL NOTA). Tal vez provenga la dificultad de que los antiguos lo mismo aplicaban el cálculo al progreso espiritual que al material de la humanidad, y así no será difícil descubrir la íntima relación establecida por los antiguos entre los ciclos cronológicos y los de la humanidad, si recordamos la suma importancia que daban a la constante y omnipotente influencia de los planetas en el destino de los hombres. Higgins acertó al suponer que el cielo indo de 432.000 años es la verdadera clave del ciclo secreto, pero bien se echa de ver que no fue capaz de descifrarlo, pues este cielo es el más impenetrable de todos, porque atañe al misterio de la creación. Está representado con guarismos simbólicos en el *Libro de los Números* de los caldeos, cuyo texto original no se halla en biblioteca alguna, si acaso se conserva, ya que era uno de los tantos libros de Hermes (NOTA: Los cuarenta y dos libros sagrados egipcios que según Clemente de Alejandría había en su tiempo, eran tan sólo una parte de la colección hermética. Jámblico, apoyado en la autoridad del sacerdote egipcio Abammon atribuye a Hermes 1.200 de estos libros y Manethon afirma que fueron 36.000. Sin embargo, la crítica moderna desdeña el testimonio de Jámblico por neoplatónico, y respecto del de Manethon, vale advertir que Bunsen lo disputa por el más insigne historiador de su país, pero le cae del concepto en cuanto sus ideas se oponen a los prejuicios de la ciencia moderna contra la sabiduría de los antiguos. A pesar de todo, ningún arqueólogo duda ya de la increíble antigüedad de los libros herméticos. Champollión está seguro de su autenticidad, corroborada por los más antiguos monumentos, y Bunsen aduce pruebas irrefutables de su antigüedad. Las investigaciones de este sabio demuestran que antes de Moisés hubo en Egipto sesenta y un reyes que mantuvieron la civilización del país durante miles de años, y por lo tanto resulta evidente que las obras de Hermes Trismegisto son muy anteriores al nacimiento del legislador judío. En los monumentos de la cuarta dinastía se han encontrado los estilos y tinteros más antiguos del mundo, según atestigua Bunsen, quien no obstante rechazar el período de 48.863 años antes de Alejandro, a que Diógenes Laercio remonta la existencia del antiguo Egipto, no tiene más remedio que confesar que de los resultados de las observaciones astronómicas se infiere que éstas abarcan un período de 10.000 años. Reconoce, además, que uno de los mas antiguos tratados de cronología demuestra que las tradiciones referentes al período mitológico comprenden miríadas de años. (*Egipto*, I, p. 15). FINAL NOTA).

Algunos cabalistas matemáticos y arqueólogos, desconocedores de los cómputos secretos, amplían de 21.000 a 24.000 años la duración del año máximo, pues estaban creídos de que el último período de 6.000 años sólo debía aplicarse a la renovación de nuestro globo. Explica Higgins este error de cómputo, diciendo que la precesión de los equinoccios se efectuaba en 2.000 años y no en 2.160 para cada signo, de lo que suponían en 24.000 años la duración del año máximo dividido en cuatro períodos de 6.000. De aquí debieron proceder, en opinión de Higgins, los prolongadísimos ciclos de los antiguos astrónomos, porque el año máximo, como el año común, estaba trazado por la circunferencia de un inmenso círculo. Esto supuesto, computa Higgins los 24.000 años de la manera siguiente: «Si el ángulo que el plano de la eclíptica forma con el plano del ecuador fue decreciendo gradualmente, como se supone que ocurrió hasta hace poco, ambos planos hubieron de haber coincidido al cabo de 6.000 años. Transcurridos otros 6.000 años, el sol hubiera estado situado respecto del hemisferio sur como ahora lo está

respecto del septentrional; después de 6.000 años más, volverían a coincidir los dos planos, y al término de otros 6.000 años se situaría el eje de la tierra en la posición actual. Todo este proceso representa un transcurso de 24.000 años. Cuando el sol llegó al ecuador finalizaría el período de 6.000 años y el mundo quedaría destruido *por el fuego*, mientras que al llegar al punto meridional, lo habría sido por el agua. De esta suerte tendríamos un cataclismo total cada 6.000 años, o sean diez nerosos» (NOTA: Higgins: *Anacalypsis*. FINAL NOTA).

Este sistema de computación, prescindiendo del secreto en que los sacerdotes tenían sus conocimientos, está expuesto a gravísimos errores y tal fue la causa de que los judíos y algunos cristianos neoplatónicos vaticinaran el fin del mundo a los 6.000 años. También se origina de ello que la ciencia moderna menosprecie las hipótesis de los antiguos, y que se formen algunas sectas, que, como la de los adventistas, viven en continua espera del fin del mundo.

Así como el movimiento de rotación de la tierra determina cierto número de ciclos comprendidos en el ciclo mayor del movimiento de traslación, análogamente cabe considerar los ciclos menores comprendidos en el saros máximo. La rotación cíclica del planeta es simultánea con las rotaciones intelectual y espiritual, igualmente cíclicas. Así vemos en la historia de la humanidad un movimiento de flujo y reflujo semejante a la marea del progreso. Los imperios políticos y sociales ascienden al pináculo de su grandeza y poderío para descender de acuerdo con la misma ley de su ascensión, hasta que llegada la sociedad humana al punto ínfimo de su decadencia, se afirma de nuevo para escalar las próximas alturas que por ley progresiva de los ciclos son ya más elevadas que las que alcanzó en el cielo anterior.

Las edades de oro, plata, cobre y hierro no son ficción poética. La misma ley rige en la literatura de los diversos países. A una época de viva inspiración y espontánea labor literaria, sigue otra de crítica y raciocinio. La primera proporciona materiales al espíritu analítico de la segunda.

Así, todos aquellos caracteres que gigantescamente despuntan en la historia de la humanidad, como Buda y Jesús en el orden espiritual y Alejandro y Napoleón en el material, son reflejadas imágenes de tipos humanos que existieron miles de años antes, reproducidos por el misterioso poder regulador de los destinos del mundo, y por ello no hay personaje histórico eminente sin su respectivo antecesor en las tradiciones mitológicas y religiosas, entreveradas de ficción y verdad, correspondientes a pasados tiempos. Las imágenes de los genios que florecieron en épocas antediluvianas se reflejan en los períodos históricos, como en las serenas aguas del lago la luz de la estrella que centellea en la insondable profundidad del firmamento.

Como lo de arriba es lo de abajo. Como en el cielo, así en la tierra. Lo que fué, será.

Siempre ha sido el mundo ingrato con sus hombres insignes. Florencia ha levantado una estatua a Galileo, y apenas si se acuerda de Pitágoras. Al primero le sirvieron de segura guía las obras de Copérnico, que hubo de luchar contra la general preocupación del sistema de Ptolomeo; pero ni Galileo ni los astrónomos modernos han descubierto la verdadera posición de los planetas, porque miles de años antes la conocían los sabios del Asia central, de donde trajo Pitágoras el definido conocimiento de esta verdad demostrada. Dice Porfirio que los números de Pitágoras son símbolos jeroglíficos de que se valía el ilustre filósofo para explicar las ideas relativas a la naturaleza de las cosas (NOTA: *Vida de Pitágoras*. FINAL NOTA). De esto se infiere que para investigar su origen, hemos de recurrir a la antigüedad. Así lo corrobora acertadamente Hargrave Jennings en el siguiente pasaje:

¿Sería razonable deducir que los *apenas creíbles* fenómenos físicos llevados a cabo por los egipcios fueron efecto del error en una época de tan floreciente sabiduría y de facultades prodigiosas en comparación de las nuestras? ¿Acaso cabe suponer que los numerosos pobladores de las márgenes del Nilo laboraron estúpidamente en tinieblas, que la magia de sus hombres eminentes era impostura y que sólo nosotros, los que menospreciamos su poderío, somos los sabios? ¡No por cierto! Hay en aquellas antiguas religiones mucho más de lo que pudiera suponerse, a pesar de las audaces negaciones del escepticismo de estos descreídos tiempos... Así vemos que es posible conciliar las enseñanzas paganas con las clásicas, las de los gentiles con las de los hebreos y las cristianas con las mitológicas en la común creencia basada en la Magia, cuya posibilidad informa la moral de esta obra (NOTA: Hargrave Jennings: *Los Rosacruces*. FINAL NOTA).

Verdaderamente es posible la conciliación. Hace treinta años que los primeros fenómenos psíquicos de Rochester llamaron la dormida atención de las gentes hacia la realidad del mundo invisible, y cuando la menuda lluvia de golpes se convirtió en torrente cuya impetuosidad estremeció al mundo, los espiritistas hubieron de contender con dos adversarios: la teología y la ciencia. Pero los teósofos han de combatir con todas las preocupaciones del mundo, y más acerbamente todavía con la de los espiritistas.

Por una parte, los teólogos cristianos anatematizan a quien no cree en la existencia del Dios *Personal* y del diablo también personal, mientras que para los materialistas no hay más Dios que la substancia gris del cerebro, y tienen por tres veces idiotas a cuantos creen en el diablo. Entretanto, los ocultistas y filósofos merecedores de este nombre perseveran en su labor sin hacer caso de unos ni de otros. Ninguno de ellos tiene de Dios el absurdo, pasional y veleidoso concepto que la superstición forjara, pero todos distinguen entre el bien y el mal. La razón humana, emanada de nuestra finita mente, no alcanza a comprender la infinita inteligencia de la ilimitada entidad divina, y como lógicamente no puede existir para nosotros lo que cae más allá de nuestro entendimiento, de aquí que la razón finita coincida con la ciencia en negar a Dios. Pero por otra parte, el *Ego* que piensa, siente y quiere independientemente de la envoltura mortal en que alienta, no sólo *crea*, sino además *sabe* que existe Dios, la vida de nuestras vidas en Quien todos vivimos y El vive en nosotros. Ni la fe dogmática es capaz de robustecer este convencimiento, ni las demostraciones físicas logran quebrantarlo una vez nacido en la recatada intimidad de la conciencia.

La naturaleza humana tiene el mismo horror al vacío que los experimentadores del Renacimiento supusieron en la naturaleza física. La humanidad advierte instintivamente la presencia del Poder supremo, porque sin Dios poseería el universo un cuerpo sin alma. Como quiera que las multitudes desconocían el único camino donde hubieran podido hallar las huellas de Dios, llenaron el desolador vacío con el personal Dios plasmado de propósito por la teología con materiales exotéricamente entresacados de mitos y filosofías paganas. ¿Cómo, sino, se hubieran derivado tantas sectas, de las cuales llegaron algunas al último extremo del absurdo? El género humano anhela satisfacer sus necesidades espirituales con una religión que pueda relevar ventajosamente a la dogmática e indemostrable teología cristiana, y le dé pruebas de la inmortalidad del alma. A este propósito dice Sir Thomas Browne: «El más ponzoñoso dardo con que el escepticismo puede atravesar el corazón del hombre es decirle que no hay otra vida más allá de la presente ni otro estado, con posibilidades de ulterior progreso, que perfeccione su actual naturaleza». La religión que probara científicamente la inmortalidad del alma pondría a las dominantes en la alternativa de reformar sus dogmas en este sentido, o de perder la adhesión de sus prosélitos. Muchos teólogos cristianos se han visto en la precisión de reconocer que no hay ninguna *prueba auténtica* de la vida futura; y sin embargo, ¿cómo se explica la continuidad de esta creencia a través de los siglos y en todos los países civilizados o salvajes, sin *pruebas* que la demostraran? ¿Acaso la universalidad de esta creencia, no es

ya por sí misma una prueba de que tanto el eminente pensador como el inculto salvaje se han visto impulsados a reconocer el testimonio de sus sentidos? Si los fenómenos espectrales pudieron ser, en algunos casos aislados, ilusiones derivadas de causas físicas, ¿es justo achacar a mentes enfermizas los innumerables casos en que, no ya una sola, sino varias personas a la vez, vieron y hablaron a los aparecidos?

Los más eminentes pensadores de Grecia y Roma no dudaron de la realidad de las apariciones que clasificaban en *manes*, *ánima* y *umbra*. Los *manes* descendían al mundo inferior; el *ánima* o espíritu puro, subía a los cielos; y el *umbra* vagaba alrededor del sepulcro, atraído por su afinidad con el cuerpo físico.

Terra legit *carnem* tumulum circumvolet *umbra*,
Orcus habet *manes*, *spiritus* astra petit.

Así dice Ovidio al tratar de la trina naturaleza del alma humana. Sin embargo, todas estas definiciones han de someterse al escrupuloso análisis de la filosofía, porque, por desgracia, muchos eruditos olvidan que la modificación de los idiomas y la terminología simbólica empleada por los antiguos místicos han inducido a error a gran número de traductores e intérpretes que leyeron literalmente las frases de los alquimistas medioevales, del mismo modo que los modernos eruditos no advierten el simbolismo de Platón. Algún día lo comprenderán debidamente y echarán de ver que la filosofía antigua, como también la moderna, se valió del método de extrema necesidad, y que desde los orígenes de la especie humana estuvo la verdad bajo la salvaguarda de los adeptos del santuario. Entonces se convencerán de que tan sólo eran aparentes las diferencias de credos y ceremonias, pues los depositarios de la primitiva revelación divina; que habían resuelto cuantos problemas caen bajo el dominio de la mente humana, formaban una comunidad universal, científica y religiosa, que en continua cadena circuía el globo. A la filosofía y a la psicología les toca buscar los eslabones extremos, y luego de hallados, siquiera uno solo, seguir escrupulosamente el encadenamiento que nos eleve a desentrañar el misterio de las antiguas religiones.

La negligencia en el examen de estas pruebas condujo a hombres de tan preclaro talento, como Hare y Wallace, al redil del moderno espiritismo, mientras que a otros les llevó, por falta de espiritual intuición, a las diversas modalidades del grosero materialismo. Pero ya no es necesario insistir en este punto, porque ni valor ni esperanza han de faltarnos, aunque la mayoría de los eruditos contemporáneos opinen que sólo ha habido en el mundo una época de florecimiento intelectual, a cuyos albores pertenecen los filósofos antiguos y en cuyo cenit brillan los modernos, y aunque los científicos del día pretendan invalidar el testimonio de los pensadores de otro tiempo, como si la humanidad hubiera empezado a existir el primer año de la era cristiana y todo cuanto sabemos fuese de época reciente. El momento es más propicio que nunca para la restauración de la filosofía antigua, pues arqueólogos, fisiólogos, astrónomos, químicos y naturalistas se acercan al punto en que hayan de recurrir a ella. Las ciencias físicas tocan ya los límites de la investigación, y la teología dogmática ve agotadas las fuentes de que en otro tiempo bebiera. Si no mienten las señas, se acerca el día en que el mundo tenga pruebas de que únicamente las religiones antiguas estuvieron en armonía con la naturaleza, y de que la ciencia de los antiguos abarcaba todo conocimiento asequible a la mente humana. Se revelarán secretos durante largo tiempo velados; volverán a ver la luz del día olvidados libros de épocas remotas y perdidas artes de tiempos pretéritos; los pergaminos y papiros arrancados de las tumbas egipcias andarán en manos de intérpretes que los descifren, junto con las inscripciones de columnas y planchas cuyo significado aterrorice a los teólogos y confunda a los sabios. ¿Quién conoce las posibilidades del porvenir?

Pronto ha de empezar, o mejor dicho, ha empezado ya la era restauradora. El ciclo está por terminar su carrera, y vamos a entrar en el siguiente. Las páginas de la historia futura

contendrán pruebas evidentes de que si en algo hemos de creer a los antiguos es en que los espíritus descendieron de lo alto para conversar con los hombres y enseñarles los secretos del mundo oculto.

CAPÍTULO II

¡Orgullo! Cuando la razón desfallezca, acude en nuestro auxilio y llena hasta los bordes el enorme vacío de la mente.

POPE

Pero ¿á qué alterar las obras de la naturaleza? La filosofía más profunda será la que nos revele los Secretos de la naturaleza y nos permita penetrar en ella sin trastornarla.

BULWER

¿Le basta al hombre con saber que existe? ¿Le basta tener forma humana para engalanarse con el título de hombre? Estamos en la firme convicción de que para llegar a ser una entidad genuinamente espiritual en el verdadero significado de ésta palabra, debe el hombre regenerarse eliminando de su mente toda impureza egoísta y con ellas la superstición y las preocupaciones, que conviene distinguir de las *simpatías* y *antipatías*. Al principio nos vemos arrastrados dentro del negro círculo de la poderosa oleada magnética que emana así de los objetos materiales como de las ideas, y de esta suerte nos invaden los respetos humanos y el temor a la opinión de las gentes.

Raramente acepta el hombre una idea por la libre acción del propio juicio, sino que, al contrario, se inclina a la opinión dominante en la colectividad. Así tenemos, por ejemplo, que un devoto no pagará exorbitantemente un asiento cómodo en una función religiosa, ni un materialista irá dos veces a escuchar las conferencias de Huxley sobre la evolución porque tal sea su voluntad definida, sino porque tanto a uno como a otro acto asisten personas distinguidas en sociedad, con las que el buen ver exige alternar. Lo mismo sucede en todo lo demás. Si la psicología hubiese tenido su Darwin, de seguro considerara la descendencia moral del hombre invariablemente paralela a su descendencia orgánica, pues en sus serviles manías de remedo ofrece el hombre más semejanza con el mono que en los rasgos exteriores señalados por el insigne antropólogo. Las múltiples variedades de cuadrumanos, burlescas imitaciones del hombre, parecen haber evolucionado con objeto de proporcionar a las gentes de buena ropa los materiales necesarios para el trazado de su árbol genealógico.

La ciencia se enriquece de día en día con nuevos descubrimientos químicos, físicos, fisiológicos y antropológicos. Los eruditos y doctos han de estar libres de toda preocupación y prejuicio; pero no obstante la libertad de que actualmente disfrutan el pensamiento y las opiniones, los científicos no han modificado su temperamento intelectual. Utópico es presumir que el hombre cambie por la evolución y desenvolvimiento de nuevas ideas. Podemos abonar un campo para que cada año dé más copiosos y sazonados frutos; pero si cavamos en lo hondo, encontraremos la misma clase de tierra que al abrir el primer surco.

No hace todavía muchos años era anatematizado por hereje quien dudaba de los dogmas teológicos. La ciencia ha vencido *Vae victis!*... Pero el vencedor se atribuye a su vez la misma infalibilidad que debelara en el vencido, si bien tampoco puede probar su derecho a ella. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis*, dijo Lotario con apropiada aplicación a este caso. Sin embargo, nos creemos con algún derecho para interrogar a los pontífices de la ciencia.

Durante muchos años hemos seguido de cerca la marcha del espiritismo moderno, familiarizándonos con sus dos literaturas, europea y norteamericana, presenciando sus interminables controversias y comparando sus contradictorias hipótesis. Muchos espiritistas disidentes, que quisieron profundizar las causas de los fenómenos llegaron a la conclusión de que, ya fuese por ineptitud de los investigadores, ya por lo misterioso de

las fuerzas actuantes, cuanto más frecuentes y diversas eran las manifestaciones psíquicas, más impenetrablemente oculta quedaba su causa.

Los fenómenos psíquicos, que erróneamente sin duda se llaman espiritistas, están hoy perfectamente comprobados y fuera inútil negarlos. Aún prescindiendo de los casos de fraude e impostura, todavía queda mucho para las investigaciones de la ciencia. No es necesario el valor de Galileo para lanzar al rostro de los académicos el famoso e pur si muove, porque los fenómenos psíquicos han tomado ya la ofensiva.

Opinan los modernos científicos que, si bien son para ellos un misterio los fenómenos médiumnimos, nada prueba que no deriven de anormales condiciones nerviosas de los médiums, y hasta tanto que no se dilucide esta cuestión, es inadmisibles atribuirlos a espíritus humanos. Verdaderamente, quienes afirman la intervención de los espíritus han de probar su afirmación; pero si los científicos quisieran estudiar el asunto de buena fe, con sincero deseo de esclarecer tan hondo misterio, en vez de desdenarlo, no habrían de temer censura alguna. Ciertamente, la mayoría de las comunicaciones médiumnimas parecen dadas a propósito para despertar recelos en los investigadores menos sagaces, porque, aun en los casos en que no hay impostura, suelen ser vulgares y chabacanas. En los últimos veinte años vimos escritas, de mano de distintos médiums, comunicaciones dictadas, al decir del comunicante, por Shakespeare, Byron, Franklin, Pedro el Grande, Napoleón, Josefina y Voltaire; pero nos causaron el efecto de que Napoleón y su esposa habían olvidado la ortografía, de que Shakespeare y Byron eran unos fatuos y Voltaire un imbécil. Disculpable es, por lo tanto, juzgar del aparente embaucamiento, que si tan palpable es el fraude en la superficie, no será fácil hallar la verdad en el fondo. La ridícula suplantación de personajes célebres, cuyos nombres aparecen al pie de vulgarísimas comunicaciones, ha empachado de tal modo a los científicos, que no pueden digerir la verdad subyacente en los fenómenos psíquicos, como si juzgaran del fondo del océano por la superficie de las aguas cubiertas de espuma y escorias. Pero si por una parte no cabe vituperar a quienes al primer indicio de falsedad entran en recelo, tenemos el derecho de censurarlos por no llevar adelante sus investigaciones. Tan neciamente proceden estos tales, como si un buzo repugnara tomar una concha al verla sucia y viscosa, sin tener en cuenta que con sólo abrirla encontraría la perla. Ni siquiera las negaciones de las eminencias científicas valen en este caso, pues la repugnancia que sienten hacia un asunto tan impopular, parece como si hubiera contagiado a la generalidad de las gentes. *Los fenómenos ahuyentan a los científicos y los científicos rehúyen los fenómenos*, dice Aksakof en un notable artículo sobre médiumnidad, de acuerdo con la comisión científica de San Petersburgo, encargada de investigar los fenómenos psíquicos, cuyo informe estaba tan poco meditado y lleno de prejuicios, que aun los mismos escépticos protestaron despectivamente contra su notoria parcialidad.

El profesor Fisk delata en su obra *El Mundo invisible*, la falta de lógica de sus colegas científicos al criticar la filosofía genuinamente espiritualista, diciendo que según las exactas definiciones de los conceptos de *materia y espíritu*, la existencia del espíritu es indemostrable por los sentidos, y que por lo tanto, no es posible fundamentar la filosofía espiritualista en *pruebas científicas*. A este propósito transcribiremos el siguiente pasaje de la citada obra:

El testimonio de la existencia del espíritu es inasequible en las condiciones de la vida terrena, puesto que escapa a toda experimentación, y por numerosas que sean sus pruebas, no cabe esperanza de hallarlas. Por lo tanto, nuestro fracaso en este empeño no es seguramente de valía contra la existencia del espíritu. En este concepto, la creencia en la vida futura carece de base científica, porque en manera alguna lo necesita ni es posible someterla a la crítica de los científicos. Los adelantos de la ciencia física, por rápidos que sean, no podrán en lo futuro impugnar esta creencia, que lejos de ser contraria a la razón, en nada afecta a la mentalidad científica ni para nada influye en las conclusiones de las ciencias experimentales.

Si los científicos reconocieran que el espíritu no es materia ni está regido por las leyes de la materia, y refrenaran las especulaciones a que les mueve su conocimiento de las cosas materiales, eliminarían la principal causa de disgusto que solivianta los sentimientos religiosos de las gentes.

Pero no harán tal, seguramente, porque por una parte les ha exasperado la noble, franca y leal rendición al espiritualismo de un hombre tan eminente como Wallace, y por otra repugnan adoptar una conducta de prudente expectativa como la de Crookes.

Contra las opiniones expuestas en la Presente obra, se levanta la única objeción de que están basadas en el sostenido estudio de la magia antigua y de su moderna forma el espiritismo. Aun ahora que se han vulgarizado los fenómenos de análoga naturaleza, confunden muchos la magia con la prestidigitación y el ilusionismo. En cuanto a los fenómenos espiritistas, va que no sea posible negarlos por su abrumadora evidencia, se los tiene por alucinación de cuantos los presencian. Al cabo de muchos años de fomentar el trato de magos, ocultistas, hipnotizadores y demás profesores del arte en sus dos modalidades blanca y negra, nos creemos con sobrada idoneidad en tan controvertido y complejo asunto. Nos hemos relacionado con los fakires de la India y hemos presenciado sus comunicaciones con los pitris. Hemos observado los procedimientos y actuaciones de los derviches de la danza aullante; hemos tenido amistoso trato con los marabutos o santones musulmanes y con los encantadores de serpientes de Damasco y Benares, cuyos secretos pudimos sorprender. Por consiguiente, nos apena que científicos desconocedores de todos estos fenómenos y sin oportunidad para estudiarlos, los achaquen a meras habilidades de prestidigitación. Debieran suspender todo juicio hasta analizar por completo las fuerzas de la naturaleza, pues resulta de manifiesta incongruencia, por no decir mala fe, desdeñar asuntos que al fin y al cabo son de índole psicológica o fisiológica y rechazar sin más ni más la posibilidad de tan sorprendentes fenómenos.

No cejaremos en nuestro empeño, aunque hubiese de repetirse en nuestros días el insulto lanzado por Faraday, al decir con más espontaneidad que cultura cívica: «muchos perros aventajan en lógica a algunos espiritistas» (NOTA: Crookes: *Investigación de los fenómenos espiritistas*. FINAL NOTA). Los insultos no son argumentos y mucho menos pruebas. Porque hombres como Huxley y Tyndall califiquen el espiritismo de «creencia degradante» y la magia de «prestidigitación», no por ello dejará la verdad de serlo. El escepticismo, ya dimane de un ignorante o de un erudito, es incapaz de invalidar la inmortalidad del alma. «La razón está sujeta a error», dice Aristóteles, y así puede ocurrir que la opinión del más ilustre filósofo sea más equivocada que el vulgar sentido común de su analfabeto cocinero. En los *Cuentos del Califa impío*, el sabio árabe Barrachias-Hassan-Oglu, dice prudentemente: «Guárdate, ¡oh hijo mío!, de la alabanza propia, porque embriaga con deleite. Aprovechate de tu saber, pero respeta asimismo la sabiduría de tus padres. Y acuérdate, ¡oh amado mío!, de que la luz divina de la verdad de Allah alumbra a veces más fácilmente una mente rasa que otra que, por estar repleta de conocimientos, no da cabida al argentino rayo... Tal es el caso de nuestro sapientísimo cadí».

Cuando Crookes emprendió en Londres la investigación de los fenómenos mediumnísticos, recrudecieron las acritudes y desdenes de los científicos europeos y americanos hacia tan misterioso problema. El insigne físico fue el primero en presentar al público uno de aquellos supuestos centinelas que guardaban las puertas cuyo dintel estaba prohibido atravesar. Después de Crookes, hubo otros científicos que tuvieron el heroico valor, dada la impopularidad del asunto, de ocuparse en serio de los fenómenos psíquicos.

Mas por desgracia la flaqueza de la carne no correspondió a la voluntad del espíritu, y retrocedieron ante la pesada carga del ridículo, que cayó por entero sobre los hombros de Crookes. En cuanto al provecho obtenido por este sabio de sus investigaciones y al

agradecimiento de sus propios colegas, basta leer las *Investigaciones de los fenómenos espiritistas*.

Al cabo de algún tiempo, los individuos designados para comprobar los experimentos de Crookes, hubieron de atestiguar, de acuerdo con éste, las siguientes conclusiones:

1.^a Que los fenómenos presenciados personalmente por ellos mismos, eran auténticos y de imposible simulación, por lo que no había más remedio que admitir la actuación de una fuerza desconocida.

2.^a Que no les era posible afirmar si los fenómenos tenían por causa la acción de espíritus desencarnados, o entidades análogas; pero que eran innegables y contrariaban muchas hipótesis establecidas, así como también las leyes naturales (NOTA: Muchos de estos fenómenos habían ocurrido entre las propias familias de los dictaminadores. FINAL NOTA).

3.^a Que no obstante la combinación de esfuerzos para invalidar los fenómenos, hubieron de cerciorarse de su indisputable realidad, vislumbrando en ellos una fuerza natural, de ley todavía ignorada (NOTA: Crookes: *Experimentos de la fuerza psíquica*, 25. Puede aplicárseles la frase del conde de Gabalis diciendo que: «no encontraron la cabeza ni la cola del asunto». FINAL NOTA).

Esto es precisamente lo que no satisfizo a los escépticos, porque antes de publicar el informe se había vaticinado la derrota de los espiritistas, y tal confesión por parte de los comisionados, hería en lo más vivo el amor propio de cuantos rehuyeron timoratamente las investigaciones. Era ya demasiado que burlasen las pesquisas de tan expertos físicos, unos vulgares y nefandos fenómenos tenidos hasta entonces, en opinión general de los doctos, por consejas de ayas o entretenimiento de criadas histéricas, y relegados al olvido por el Instituto de Francia. Una oleada de indignación cubrió el informe de los comisionados, según el mismo Crookes relata en su folleto *La fuerza psíquica*, encabezado muy hábilmente con la siguiente cita de Galvani: «Dos opuestas sectas me combaten: la de los que saben algo y la de los que no saben nada; pero estoy seguro de haber descubierto una de las mayores fuerzas naturales».

Después dice Crookes:

Tenían por seguro que el resultado de mis experimentos coincidiría con sus prejuicios y no deseaban la *verdad*, sino la corroboración de sus preconcebidas afirmaciones; pero al ver que los hechos resultantes de mis experiencias diferían de su opinión, se retractaron de sus anteriores excitaciones para la investigación de los fenómenos, diciendo: «Home es un hábil hechicero que nos ha engañado a todos». «De la misma manera podía Crookes investigar las artimañas de un prestidigitador indo». «Crookes debiera presentar testigos más fidedignos para que le creyéramos». «La cosa es demasiado absurda para tomada en serio». «Si es imposible, no puede ser». (Nunca declaré yo que fuera imposible, sino que era cierto). «A los investigadores se les ha sugestionado y por ello imaginaron ver lo que jamás hubo». Así otros subterfugios por el estilo (NOTA: Crookes: «El espiritismo a la luz de la ciencia moderna». FINAL NOTA).

Todos cuantos de este modo se expresaron, redarguyeron además con hipótesis tan pueriles como la «cerebración inconsciente», la contracción muscular involuntaria y la archirridícula del «chasquido de la rótula», ansiosos de quitar toda importancia «la aparición de la nueva fuerza, hasta que al cabo de ignominiosos tropiezos se resolvieron al silencio, envueltos en el manto de la dignidad, no sin sacrificar a sus colegas en el altar de la opinión pública; pero al salir del palenque de la investigación, donde quedan campeones no tan temerosos, es muy posible que no vuelvan a entrar en él estos infortunados experimentadores (NOTA: Aksakof: *Fenómenos mediumnísticos*. FINAL NOTA).

Es mucho más cómodo negar la realidad de los fenómenos psíquicos desde abrigadas posiciones, que señalarles lugar apropiado entre los fenómenos naturales clasificados por las ciencias de observación. ¿Pero cómo podrán lograrlo si dichos fenómenos corresponden a la psicología que con sus ocultas y misteriosas fuerzas es país desconocido para la ciencia moderna? Así es que impotentes para explicar cuanto directamente procede de la naturaleza del alma humana, cuya existencia niegan los más de ellos, e incapaces por otra parte de confesar su ignorancia, arremeten vengativamente los científicos contra quienes sin presumir de sabios creen en el testimonio de sus sentidos.

«Un puntapié tuyo, ¡oh Júpiter!, es suave», dice el poeta Tretiakowsky en una antigua tragedia rusa. Lo mismo podemos decir respecto de los vastos conocimientos de los dioses mayores de la ciencia, en cuestiones menos abstrusas; mas aunque no imitemos su conducta, tampoco hemos de desconceptuarlos ante la opinión pública. Pero por desgracia, no son los dioses quienes más alto claman.

El elocuente Tertuliano llama a Satán y sus retoños «monos de Dios», porque remedan las obras del Creador. Suerte tienen los filosofastros del día que no haya un nuevo Tertuliano para inmortalizarlos despectivamente como los «monos de la ciencia».

Pero volvamos a los verdaderos científicos. Dice Aksakof: «Los fenómenos de carácter meramente objetivo demandan la investigación de científicos que los expliquen; pero los pontífices de la ciencia quedan desconcertados ante una cuestión tan sencilla a primera vista, pues parece como si al tratar de ella se vieran en la precisión de faltar, no sólo a la suprema ley moral: la verdad, sino a la suprema ley científica: la experimentación... Advierten que algo muy importante hay en el fondo de todo ello, pues los casos de Hare, Crookes, Morgan, Varley, Wallace y Butleroff sembraron entre ellos el pánico y temen que, de retroceder un paso, se vean precisados a abandonar todo el terreno. Los principios consagrados por el tiempo, las especulativas contemplaciones de toda una vida, de toda una generación, dependen de un sencillito vuelco de la suerte» (NOTA: Aksakof: *Fenómenos médiumnísticos*. FINAL NOTA). Ante experimentos tales como los de Crookes, Wallace, Hare y de la Sociedad Dialéctica, ¿qué cabe esperar de las lumbreras de erudición? La actitud respecto de fenómenos innegables es ya, por sí misma, otro fenómeno sencillamente incomprensible, a menos que admitamos una enfermedad psíquica tan contagiosa como la hidrofobia que, sin exigir nada por el descubrimiento, llamaríamos *psicofobia científica*. Deben de haber aprendido ya a estas horas en la amarga escuela de la experiencia, que las ciencias experimentales tienen su límite, pues mientras haya en la naturaleza un solo misterio inexplicado, es muy peligroso pronunciar la palabra *imposible*.

En su *Investigación de los fenómenos del espiritismo*, somete Crookes a sus lectores las ocho hipótesis siguientes, respecto de los fenómenos observados:

1.^a Los fenómenos son resultado de tretas, fraudes, combinaciones mecánicas y juegos de manos. Los médiums son impostores, y los concurrentes imbéciles.

2.^a Los concurrentes son víctimas de alucinación e imaginan presenciar fenómenos sin realidad objetiva.

3.^a Los fenómenos son resultado de la acción cerebral, ya consciente, ya inconsciente.

4.^a El espíritu del médium se compenetra con el de todos o parte de los concurrentes.

5.^a El espíritu maligno asume la personalidad que le place, con propósito de perjudicar a la religión y perder las almas de los hombres (NOTA: *Esta es la hipótesis de los teólogos*. FINAL NOTA).

6.^a Los fenómenos resaltan de la acción de entidades no pertenecientes a la especie humana, pero que viven en la tierra y son capaces de manifestar su presencia en algunas ocasiones. En todo tiempo, y según la época, recibieron estas entidades los diversos

nombres de gnomos, hadas, salamandras, sílfides, ondinas, ogros, duendes, trasgos, genios, diablos, enanos, etc. (NOTA: Esta es la hipótesis de los cabalistas. FINAL NOTA).

7.^a Los fenómenos se deben a la acción de las almas de los difuntos (NOTA: Hipótesis de los espiritistas. FINAL NOTA).

8.^a La energía psíquica opera, por medio de las entidades aludidas, en las cuatro hipótesis inmediatamente precedentes.

La primera hipótesis sólo es válida en casos, por desgracia demasiado frecuentes, pero no tiene importancia alguna con relación a los fenómenos de por sí. Las segunda y tercera son los últimos reductos en que se guarecen los escépticos y materialistas, a quienes puede aplicarse el aforismo jurídico: *Adhuc sub judice lis est*. Por lo tanto, sólo hemos de analizar las otras cuatro hipótesis en las que podremos incluir la octava.

En prueba de lo muy expuesta a error que está toda opinión científica, compararemos los diversos artículos que sobre los fenómenos espiritistas escribió Crookes desde 1870 a 1875. De uno de ellos entresacamos el siguiente pasaje:

El perfeccionamiento y difusión de los métodos científicos facilitarán la exactitud de las observaciones, con estímulos de mayores anhelos de verdad, en los investigadores futuros, cuyos descubrimientos lanzarán los vanos residuos del espiritismo al desconocido antro de la magia y de la nigromancia.

Sin embargo, en 1875 describía el mismo Crookes, con profusión de pormenores, los fenómenos producidos por el materializado espíritu llamado Catalina King (NOTA: Crookes: *Lo más reciente acerca de Catalina King*, folleto núm. 3, pág. 119. FINAL NOTA). No cabe suponer que durante dos o tres años seguidos estuviera Crookes sujeto a alguna sugestión extraña o alucinado por completo, pues la materializada forma de Catalina King se le aparecía en su propio despacho en circunstancias incompatibles con todo fraude, y la vieron y oyeron centenares de testigos. Sin embargo, dice Crookes que jamás creyó que Catalina King fuera un espíritu desencarnado. Aun admitiendo la afirmación de Crookes bajo su sola palabra, tendríamos que la materializada forma había de ser forzosamente una de las entidades enumeradas en la sexta hipótesis, según opina el mismo Crookes (NOTA: Crookes: *Lo más reciente acerca de Catalina King*, folleto núm. 1, 7. FINAL NOTA). Y por cierto, que tan sólo a una hada pudiera aplicarse la poética descripción del insigne físico cuando de ella dice:

Aparece rodeada de un ambiente de vida, y sus dulces y serenos ojos, tan bellos como los pensamientos celestiales, acrecientan con su mirada la diafanidad del aire. Ante su avasalladora presencia, sentimos que no fuera idolatría hincarnos de rodillas (NOTA: Crookes: *Lo más reciente acerca de Catalina King*, folleto núm. 3, 112. FINAL NOTA).

Así es que después de haber escrito en 1870 tan acerbas frases contra el espiritismo y la magia, después de declarar que todo le parecía cosa de superstición, o por lo menos de inexplicable fraude o alucinación de los sentidos, dice Crookes cinco años más tarde:

Mayor repugnancia siente mi razón, por contrario al sentido común, a creer que la Catalina King de estos tres pasados años, sea ilusorio efecto de fraudes e imposturas que creer que sea lo que ella afirma ser (NOTA: Crookes: *Investigación de los fenómenos espiritistas*, 45. FINAL NOTA).

Esta observación demuestra concluyentemente:

1.º Que si bien Crookes tenía el pleno convencimiento de que la forma materializada Catalina King era una entidad, no creía que fuese el médium, ni difunto alguno, sino, por el contrario, una desconocida fuerza de la naturaleza, propensa a las expansiones del amor y de la alegría retozona.

2.º Que a pesar de su absoluta certeza de la existencia de aquella nueva fuerza, no variaba el eminente investigador su escéptica actitud respecto de la cuestión. En una palabra: creía firmemente en el fenómeno, pero negaba que lo produjera la acción del espíritu de un difunto.

Nos parece que por lo concerniente a los *prejuicios del vulgo*, esclarece Crookes un misterio para sumir a las gentes en otro todavía mayor, es decir, que le resulta el *obscurum per obscurius*, pues al rechazar los *despreciables residuos del espiritismo*, se sumerge temerariamente el audaz científico en el *desconocido limbo de la magia y la nigromancia*.

Las leyes hasta ahora conocidas de las ciencias físicas, apenas intervienen en los fenómenos espiritistas, por muy objetivos que sean, y aunque de ellos se infieran visiblemente los efectos de una fuerza desconocida, no han podido todavía los científicos comprobarlos a su sabor ni descubrir las condiciones necesarias y suficientes para su producción, porque ello requiere un estudio tan profundo de la trina naturaleza física, psíquica y espiritual del hombre, cual en otro tiempo lo hicieron los magos, teurgos y taumaturgos.

Hasta ahora, aun los mismos que, a ejemplo de Crookes, han investigado atenta e imparcialmente los fenómenos psíquicos, prescindieron de la causa como si de antemano la diputaran por investigable y les conturbase lo mismo que la causa primera de los fenómenos cósmicos, cuyos infinitos efectos tan cachazudamente observan y clasifican. Sus procedimientos de investigación igualan en insensatez a aquel que para encontrar las fuentes de un río, caminase hacia la desembocadura.

Tan mezquino concepto tienen de la posible acción de las leyes naturales, que, o niegan aun las más sencillas modalidades de fenómenos psíquicos, o han de atribuirlos a milagros que la ciencia rechaza por absurdos, resultando de todo ello desprestigiados los científicos. Si éstos hubieran estudiado los llamados «milagros», en vez de negarlos, de seguro que ya conocerían muchas leyes naturales que los antiguos conocieron. Como dice Bacon: «El convencimiento no dimana de los argumentos, sino de la experimentación».

Los antiguos, y sobre todo los magos y astrólogos caldeos, se distinguieron siempre por su ardiente anhelo de inquirir la verdad en las diversas ramas de la ciencia, pues se esforzaban en penetrar los secretos de la naturaleza, por los mismos métodos de observación y experimentación a que recurren los modernos investigadores; y si éstos se resisten a creer que aquéllos ahondaran mucho más en los misterios del universo, no por ello es justo negar que poseyeran vastos conocimientos, ni tampoco acusarles de superstición, pues lejos de haber prueba de estas imputaciones, cada nuevo descubrimiento arqueológico es un testimonio a su favor. Nadie les ha superado aún en conocimientos químicos, y a este propósito dice Wendell en su famosa conferencia acerca de *Las Artes perdidas*, que «la química llegó en tiempos antiguos a una altura *no alcanzada ni siquiera bordeada por nosotros*». Conocieron el vidrio maleable que, suspendido de un extremo, se iba distendiendo por su propio peso, hasta adelgazarse en forma de cinta flexible que podía arrollarse a la muñeca, y cuyo secreto de fabricación fuera para nosotros tan difícil como volar hasta la luna. Está históricamente comprobado, que un extranjero llevó a Roma, en tiempo de Tiberio, una copa de cristal que al caer sobre el pavimento de mármol no se rompía, sino que tan sólo se abollaba y era fácil restituirle su primitiva forma a martillazos. Si los modernos dudan de ello es porque no saben hacerlo. En Samarcanda y en algunos monasterios del Tíbet, pueden verse hoy día copas y otros objetos de cristal maleable, con añadidura de haber allí quienes afirman que pueden fabricarlos, gracias a su conocimiento del tan ridiculizado *alkahest* o disolvente universal que, según Paracelso y Van Helmont, es un agente natural «capaz de reducir todos los cuerpos sublunares, así homogéneos como heterogéneos, a su *ens primum* o substancia primaria, convirtiéndolos en un licor uniforme y potable, que aun mezclado con agua ú otro zumo cualquiera no pierde su virtud, y si otra vez se mezcla consigo mismo se convierte en agua pura y elemental». ¿Qué

inconveniente hay en admitir la posibilidad de todo esto? ¿Por qué ha de ser utópico este disolvente? ¿Acaso porque los químicos modernos no lo han descubierto? Sin mucho esfuerzo podemos concebir que todos los cuerpos dimanen de una substancia primaria que de acuerdo con la astronomía, geología y física, debió de ser flúida en su originario estado. ¿Por qué no puede el oro, cuya génesis desconocen los químicos modernos, haber sido primitivamente una *substancia básica del oro*, un flúido pesado que, como dice Van Helmont, «por su propia naturaleza y por la firme cohesión de sus partículas tomó el estado sólido»? No es, por lo tanto, despropósito creer que haya una *substancia* universal que reduzca todos los cuerpos a su *genérica substancia*. Van Helmont la califica de «la sal más poderosa y principal que en su grado máximo de simplicidad, pureza y sutilidad, no se altera al reaccionar sobre otras materias, y tiene suficiente energía para disolver el cuarzo, las piedras preciosas, el vidrio, la sílice, el azufre y los metales, formando una sal roja de peso equivalente, al de las materias disueltas con tanta facilidad como el agua caliente disuelve la nieve».

Este es el fluido que aún hoy se emplea para sumergir el vidrio común y darle maleabilidad.

Tenemos una prueba palpable de semejantes posibilidades. Un corresponsal extranjero de la Sociedad Teosófica, famoso médico que hace más de treinta años se dedica al estudio de las ciencias ocultas, ha obtenido el primario elemento del oro al que llama *legítimo aceite de oro*, que analizado por muchos químicos, se han visto precisados a confesar que no acertaban con el procedimiento de obtención. No debe extrañarnos que este médico se resista a publicar su nombre, pues el ridículo y las preocupaciones vulgares son a veces más peligrosas que la Inquisición antigua. La *tierra adámica* es de linaje emparentado con el *alkahest y uno* de los más importantes secretos alquímicos, que ningún cabalista divulgará, pues como dice muy bien en lenguaje simbólico: «daría explicación de las águilas de los alquimistas y las águilas tienen las alas cortadas». Es un secreto que Tomás Vaughan (Eugenio Filaleteo), tardó veinte años en aprender.

A medida que la aurora de las ciencias físicas fue acrecentándose en luz diurna, las ciencias espirituales se sumergieron en cada vez más densas sombras, hasta el punto de negarlas muchos muy rotundamente. A los eminentes psicólogos de otras épocas se les tiene hoy por ignorantes y supersticiosos, cuando no por saltimbanquis y prestidigitadores, pues el sol de la ciencia brilla en nuestros días con tal esplendor, que parece axiomático que los antiguos nada sabían y estaban envueltos en las brumas de la superstición. Pero olvidan sus detractores que el sol de nuestro tiempo será oscura noche en comparación del luminar futuro, y que así como los científicos de nuestro siglo tildan de ignorantes a sus antepasados, tal vez sus descendientes digan de ellos que *nada sabían*.

La marcha del mundo es cíclica. Las razas futuras serán reproducción de otras hace siglos desaparecidas, mientras que la nuestra acaso reproduce la existente diez mil años atrás. Tiempo ha de llegar en que reciban su merecido cuantos hoy detractan públicamente a los herméticos, pero que en privado consultan sus polvorientos volúmenes para plagiar sus ideas. A este propósito exclama honradamente Pfaff:

¿Quién ha tenido tan claro concepto de la naturaleza como Paracelso? fue el audaz fundador de la química médica y de innovadoras escuelas, victoriosas en la controversia, y uno de los pensadores que dieron más acertada orientación al estudio de la naturaleza de las cosas. Lo que en sus obras dice acerca de la piedra filosofal, de los pigmeos y gnomos, de los homúnculos, del elixir de larga vida y demás temas hoy aducidos por sus detractores para regatearle méritos, no puede debilitar nuestro agradecimiento y admiración por sus obras y por su noble vida (NOTA: Pfaff: *Astrología*. FINAL NOTA).

Muchos médicos, químicos y magnetizadores nutrieron su mente en las obras de Paracelso. De él tomó Hufeland su teoría de las enfermedades infecciosas, a pesar de

que Sprengel le llama «el charlatán de la Edad Media», si bien en cambio reivindica Hemman la teoría del insigne filósofo diputándole noblemente por el químico más ilustre de su época» (NOTA: *Ensayos médico-quirúrgicos. FINAL NOTA*). Lo mismo dicen Molitor (NOTA: *Filosofía de la Historia. FINAL NOTA*) y el eminente psicólogo alemán Ennemoser (NOTA: *De Teofanía. Magia de Paracelso. FINAL NOTA*), de cuyos estudios sobre Paracelso se infiere que este hermético fue «el más admirable talento de su tiempo». Pero las lumbreras modernas presumen de aventajarle en sabiduría, y han hundido en el «limbo de la magia» las ideas de los rosacruces acerca de los espíritus elementales, duendes y hadas como si fueran cuentos infantiles (NOTA: *Dice Kemshead en su Química inorgánica, que Paracelso menciona por vez primera el hidrógeno cuya existencia apenas se sospechaba. Pero ¿por qué no confesar al mismo tiempo con franqueza que Paracelso redescubrió el hidrógeno así como también las propiedades del imán y con ellas el magnetismo animal? Es fácil comprender que el obligado sigilo de los rosacruces alquimistas, impedía a Paracelso divulgar sus conocimientos. No fuera tarea muy ardua para un químico versado en las obras de Paracelso demostrar que los alquimistas conocieron el oxígeno cuyo descubrimiento se atribuye a Priestley. FINAL NOTA*).

Concedemos de buen grado a los escépticos que en la mitad y más de los fenómenos psíquicos interviene el fraude más o menos hábilmente dispuesto, según prueban recientes manifestaciones de médiums materializados; pero quedan todavía muchísimos otros fenómenos perfectamente auténticos, en espera de comprobación por parte de los científicos que se verán precisados a efectuarla con toda sinceridad, cuando los espiritistas sean lo suficientemente razonables para no proporcionar armas a sus adversarios.

¿Qué concepto formarán los espiritistas sensibles del espíritu guía que después de haberse servido año tras año, de un pobre médium, lo abandona de repente cuando más necesita de su auxilio? Tan sólo seres sin *alma ni conciencia* pueden hacerse reos de tamaña injusticia. ¿Es acaso por la fuerza de las circunstancias? Mero sofisma. ¿Qué espíritus son esos que no convocan si es necesario un ejército de espíritus amigos para salvar al inocente médium del abismo abierto bajo sus plantas? Lo que sucedió en pasados tiempos puede también suceder en los nuestros. *Apariciones hubo antes del espiritismo moderno y fenómenos análogos a los de hoy se produjeron en toda época*. Si las presentes manifestaciones psíquicas son ciertas e indudables, también debieron serlo los milagros y proezas taumatúrgicas de la antigüedad, porque los de ayer no tienen mejor testimonio que los de hoy. Pero aun cuando admitamos la impostura de los dos tercios de manifestaciones psíquicas que torrencialmente van derramándose de uno a otro extremo del globo, ¿qué decir de las indudablemente auténticas? Entre los fenómenos comprobados, hay sublimes, magnas y divinas comunicaciones dadas por médiums, ya profesionales, ya espontáneos. A veces son niños y personas sencillas de cuya boca recibimos enseñanzas, máximas filosóficas, poesías, oraciones inspiradísimas, composiciones musicales y obras pictóricas dignas de los comunicantes. Con frecuencia se han cumplido sus vaticinios, y a veces se elevaron a disquisiciones morales de positiva eficacia. ¿Quiénes son estos espíritus, estas inteligentes potestades, externas sin duda alguna al médium, y con entidad *per se*. Verdaderamente, son *inteligencias* tan distintas de los trasgos y duendes, como el día de la noche.

Reconocemos la gravedad del caso. Cada vez va generalizándose más la sujeción de los médiums a esos «espíritus» falaces con *apariencia* diabólica, cuyos efectos se multiplican perniciosamente. Algunos de los mejores médiums se han retirado de las sesiones públicas y el movimiento espiritista toma cariz de iglesia. Nos atrevemos a pronosticar que si los espiritistas no aprenden en la filosofía a distinguir de espíritus y precaverse de los de mala índole, antes de veinticinco años se habrán refugiado en la iglesia romana huyendo de los «guías y directores a que por tanto tiempo estuvieron aficionados». Ya empiezan a manifestarse las señales de esta catástrofe. En el reciente Congreso de Filadelfia hubo

quienes propusieron fundar una secta de espiritistas *crístianos*. Esto se deriva de que, separados de la Iglesia e ignorantes de la filosofía de los fenómenos y de la naturaleza de las entidades espirituales, están sumidos en un mar de incertidumbres como buque sin timón ni brújula. No pueden substraerse al dilema: o con Porfirio o con Pío IX.

Aunque científicos tan legítimos como Wallace, Crookes, Wagner, Butlerof, Varley, Buchanan, Hare, Reichenbach, Thury, Perty, Morgan, Hoffmann, Goldschmidt, Gregory, Flammarion, Cox y algunos otros creen firmemente en los fenómenos psíquicos, hay entre ellos quienes rechazan la hipótesis de que tengan por causa los espíritus de los difuntos. Por lo tanto, es lógico suponer que si la Catalina King, de Londres, de tan notoria autenticidad, no es el espíritu de un difunto, había de ser forzosamente el condensado fantasma astral de alguna entidad, o bien uno de los duendes de los rosacruces ó, en último término, una fuerza natural todavía desconocida. Pero poco importa que sea espíritu angélico o maligno desde el momento en que, según rigurosas comprobaciones, no era una forma sólida y densa, sino una aparición, un *aliento*, un espíritu. Es una inteligencia que actúa externamente al organismo del médium y, por lo tanto, forzoso es reconocerle existencia, aunque invisible. Pero ¿qué es este alguien impalpable que piensa y habla, si no es persona humana?; ¿cómo manifestaría emoción, remordimiento, temor, alegría y demás afectos anímicos si de por sí no sintiese?; ¿por qué algunas de estas misteriosas manifestaciones se gozan en burlar al investigador sincero y menosprecian los más nobles sentimientos humanos? Tan sólo el verdadero psicólogo es capaz de desentrañar este misterio si cuida de consultar las polvorientas obras de los desdeñados herméticos y teurgos.

Dice el famoso platonista (NOTA: Dícese de los comentaristas e intérpretes de las obras de Platón, así como en España llamamos cervantista al versado en las obras de Cervantes.— *El Traductor*. FINAL NOTA) Enrique More al replicar a un escéptico de su época llamado Webster, que negaba los fenómenos psíquicos:

Respecto a la opinión sustentada por la mayor parte de los predicadores reformados, de que el demonio tomó la figura de Samuel al aparecerse a Saúl, no merece tenerla en cuenta. Sin embargo, yo creo que en muchas de estas apariciones nigrománticas intervienen *espíritus burlones, pero de ningún modo se aparecen las almas de los difuntos*. Respecto de la aparición del alma de Samuel, y lo mismo en otros casos de nigromancia, creo que pueden ser debidos a espíritus como los que Porfirio describe, los cuales asumen las más variadas formas y aspectos, de modo que unos aparecen en figura de demonios y otros en la de ángel o en la de algún difunto. Un espíritu de este linaje pudo muy bien *personificar* a Samuel, por más que Webster lo niegue con burdos y endeblés argumentos.

Cuando tan insigne filósofo como Enrique More da semejante testimonio, bien vale decir que fundamos sólidamente nuestra opinión. Investigadores muy eruditos, pero también muy escépticos en lo referente a los espíritus en general y a los de los difuntos en particular, se han devanado los sesos durante los últimos veinte años para dar nombres nuevos a una idea antiquísima. Según Crookes, Sergeant y Cox, la causa de los fenómenos es la «fuerza psíquica»; Thury la llama *psícoda* o fuerza *ecténica*; Balfour Stuart, fuerza electro-biológica; Faraday, tan insigne físico como torpe psicólogo, «acción muscular inconsciente» y «cerebración inconsciente», con otras denominaciones por el estilo; Hamilton, un pensamiento latente; Carpenter, «idea motora capital». Tantos científicos, tantos nombres.

Hace años, el filósofo alemán Schopenhauer afirmó la coexistencia de la materia y de la fuerza, diciendo que el universo es la voluntad manifestada en fuerzas cuyas modalidades corresponden a los diferentes grados de objetividad. Esta doctrina aceptó Wallace al convertirse al espiritualismo, y fue precisamente la expuesta por Platón al decir que «todas las cosas visibles proceden de la invisible y eterna voluntad que las modela, y que los cielos están plasmados en el eterno modelo del «mundo ideal» contenido

en el dodecaedro o arquetipo geométrico de la Divinidad» (NOTA: *Timeo*. FINAL NOTA). Según Platón, la substancia primaria emanó de la mente demiúrgica (*nous*) donde desde la eternidad reside la *idea del mundo que ha de ser* y que *es* en cuanto la idea emana de la divina mente (NOTA: *Movers: Interpretaciones*. FINAL NOTA). Las leyes de la naturaleza no son ni más ni menos que las relaciones entre la idea demiúrgica y sus diversas formas de manifestación (NOTA: *Para Schopenhauer las formas fundamentales son tres: tiempo, espacio y causalidad*. FINAL NOTA) cuyo número cambia de continuo dentro del tiempo y del espacio.

Sin embargo, distan mucho de ser estas enseñanzas originales de Platón, pues en los *Oráculos caldeos* se lee:

Las obras de la naturaleza coexisten con la intelectual (*νοέρω*) y espiritual luz del Padre. Porque el alma (*ψυχή*) adorna el inmenso cielo y lo embellece según voluntad del Padre (NOTA: *Cory: Oráculos Caldeos*, 243. FINAL NOTA).

Por su parte dice Filón, a quien erróneamente se le supone discípulo de Platón:

El mundo incorpóreo estaba ya entonces fundamentado en la mente divina (NOTA: *Filo Judeo: De la Creación*. FINAL NOTA).

La *Teogonía* de Mochus admite dos principios: el éter y el aire, de los que procede el Dios *manifestado* (*νοητός*) el dios Ulom o universo material y visible (NOTA: *Movers: Phoinizer*, 282. FINAL NOTA).

En los *Himnos Orficos*, el *Eros-Phanes* nace del huevo espiritual fecundado por el viento etéreo, símbolo del «espíritu de Dios» que desde toda eternidad cobija la *ideación* divina (NOTA: *K.O. Müller*, 236. FINAL NOTA).

En el *Kathopanishada*, el Espíritu divino (*Purusha*) es preexistente a la substancia primordial con la que se une para engendrar el *Mahâ-Atmâ* o *Brâhmâ*, es decir, el *Espíritu de vida* (NOTA: *Weber: Akd. Vorles*, 213 y sig. FINAL NOTA), el *Anima Mundi*, equivalente a la *Luz Astral* de los teurgos y cabalistas.

Pitágoras aprendió sus doctrinas en los santuarios de Oriente, encubriéndolas bajo simbolismos numéricos; pero su discípulo Platón las expuso en forma más inteligible, de modo que las comprendieran los no iniciados, aunque manteniendo todavía las fórmulas esotéricas. Así dice que el *Pensamiento* divino es el padre, la *Materia* la madre y el Cosmos el hijo (NOTA: *Plutarco: Isis y Osiris*, I-VI. FINAL NOTA).

Según afirma Dunlap (NOTA: *Historia del espíritu del hombre*, p.88. FINAL NOTA), en la religión egipcia había un Horus mayor, hermano de Osiris, y un Horus menor, hijo de Osiris y de Isis. El primero simbolizaba la *idea* del universo, contenida en la mente demiúrgica, la idea «surgida en la obscuridad antes de la creación del mundo»; y el segundo era la misma *idea* ya emanada del Logos, revestida de materia y actualizada en existencia (NOTA: *Movers: Phoinizer*, 268. FINAL NOTA).

Dicen los *Oráculos Caldeos*:

El Dios del mundo es eterno, ilimitado, joven y viejo y de forma sinuosa (NOTA: *Cory: Fragmentos*, 240. FINAL NOTA).

La frase «forma sinuosa» es símbolo de la vibración de la luz Astral que los sacerdotes de la antigüedad conocían perfectamente, aunque no tuvieran del éter el mismo concepto que los modernos, pues por éter significaban la *Idea* eterna, compenetrada en el universo, es decir, la *Voluntad* que actualizada en *energía* organiza la *materia*.

Dice Van Helmont:

La voluntad es la potencia capital y superior de todas. La voluntad del Creador puso en movimiento todas las cosas. La voluntad es atributo de todas las entidades espirituales y se desenvuelve con tanta mayor actividad cuanto más libre está de la materia.

Y Paracelso, por sobrenombre «el divino», añade: «La fe ha de ser la corroboradora de la imaginación, pues por la fe se establece la voluntad... En todas las obras mágicas, es requisito indispensable la firmeza de voluntad... Las artes no tienen reglas fijas y ciertas, porque los hombres no saben imaginar ni creer en el resultado eficaz de lo que imaginan». La negativa energía de la incredulidad y el escepticismo, aplicada en la misma dirección, pero en sentido contrario y con igual intensidad, es la única potencia capaz de resistir a la positiva energía del espiritualismo y de equilibrarla dinámicamente. No les ha de maravillar, por lo tanto, a los espiritistas que la presencia de escépticos empedernidos o de quienes asistan a las sesiones con preconcebida animosidad, sea impedimento para la manifestación fenoménica, pues si no hay en la tierra ningún poder *consciente* sin otro opuesto a su acción, ¿qué tiene de extraño que el poder *inconsciente* de un médium quede paralizado de pronto por otro poder opuesto y también inconscientemente ejercido? Tyndall y Faraday se engrieron de que no ocurriera fenómeno alguno mientras estuvieron presentes en las sesiones. Sin embargo, esto debiera haber demostrado a tan eminentes físicos la existencia de una fuerza merecedora de su atención, pues si las manifestaciones hubiesen sido fraudulentas en grado bastante para engañar a los concurrentes, no se librara del engaño ni el mismo Tyndall, a pesar de su valía científica, no acorde por cierto con su falta de maliciosa observación. Nadie ha superado en obras milagrosas a Jesús, y sin embargo, la corriente de su voluntad tropezó a veces con el escepticismo de las gentes, según corrobora aquel pasaje que dice: «Y no obró allí prodigios a causa de la incredulidad de las gentes».

En la filosofía de Schopenhauer se vislumbran estos mismos conceptos, y no harían mal los modernos investigadores si la estudiaran, pues en ella encontrarían singulares hipótesis basadas en ideas antiguas, aparte de especulaciones acerca de los *nuevos* fenómenos psíquicos que les ahorraran el trabajo de pergeñar otras. Las fuerzas psíquica, ecténica y electro-biológica, el pensamiento latente, la cerebración inconsciente y todas las hipótesis forjadas por los modernos investigadores, pueden resumirse en dos palabras: la *luz astral* de los cabalistas.

Los valientes conceptos de Schopenhauer difieren completamente de los de la mayoría de experimentadores. Dice el ilustre filósofo: «En realidad no cabe distinguir entre *materia* y *espíritu*. La gravitación de una piedra es tan inexplicable como el pensamiento en el cerebro humano. Si no sabemos *por qué* cae al suelo un objeto material, tampoco sabremos si este objeto es o no capaz de pensar... Aun en las mismas ciencias físicas, tan pronto como pasamos de lo experimental a lo especulativo, de lo físico a lo metafísico, nos atajan el paso las enigmáticas fuerzas de cohesión, afinidad, gravitación, etc., cuyo misterio es para nuestros sentidos tan profundo como la voluntad y el pensamiento humanos. Entonces nos vemos frente a frente de las inescrutables fuerzas de la naturaleza. ¿Dónde esta, pues, esa *materia* que presumís de conocer tan bien y con la que os creéis familiarizados hasta el punto de deducir de ella todas vuestras teorías y de atribuirle cuanto os parece? Nuestra razón y nuestros sentidos sólo son capaces de conocer lo superficial, pero jamás penetrarán en la íntima substancia de las cosas. Tal era la opinión de Kant. Si admitís algo *espiritual* en el hombre, forzosamente habéis de admitirlo también en la piedra. Si vuestra muerta y pasiva materia tiene la propiedad de gravitar, atraer, repeler y fulgurar, no es razón negarle la de pensar como piensa el cerebro. En suma: cada partícula del llamado espíritu puede substituirse equivalentemente por otra de materia, y cada partícula de materia, por otra de espíritu... Así resulta que la cartesiana división de las cosas en materia y espíritu es filosóficamente inexacta, y conviene diferenciarlas en *voluntad* y *manifestación*, con la ventaja de espiritualizar todas las cosas, pues lo real y objetivo, los cuerpos y la materia de

la división cartesiana, los consideramos como manifestación dimanante de la voluntad» (NOTA: *Parerga*, II, 111 y 112. FINAL NOTA).

Estas opiniones corroboran lo que ya dijimos acerca de las diversas denominaciones dadas a una misma cosa, como si los adversarios disputaran sobre palabras. Llámese fuerza, energía, electricidad, magnetismo, voluntad o potencia espiritual a la causa del fenómeno, siempre será la parcial manifestación del *alma*, encarnada o desencarnada, de una partícula de la inteligente, omnipotente e individual *Voluntad* que llena la naturaleza toda y a que, por insuficiencia de lenguaje humano para expresar los conceptos psicológicos, llamamos Dios.

Las ideas que sobre este punto exponen algunos filósofos modernos son erróneas en muchos aspectos, desde el punto de vista cabalístico. Hartmann califica sus propias opiniones de *prejuicio instintivo* y afirma que la experimentación no ha de tener por objeto la materia propiamente dicha, sino las fuerzas que en ella actúan, de lo cual infiere que la llamada materia es tan sólo agregación de fuerzas atómicas, pues de lo contrario sería la materia una palabra sin sentido científico. Mas a pesar de su sincera confesión, de que nada saben con seguridad acerca de ella (NOTA: *Huxley: Fundamentos físicos de la vida*. FINAL NOTA), los experimentadores físicos, fisiólogos y químicos *divinizan la materia*. Todo fenómeno con cuya explicación no aciertan, sirve de incienso en el altar de la diosa predilecta de la ciencia.

Nadie trata tan magistralmente este asunto como Schopenhauer en su *Parerga*. Estudia detenidamente el magnetismo animal, la terapéutica simpática, la profecía, la magia, las agüeros, las apariciones espectrales y otros fenómenos psíquicos, respecto de lo cual dice:

Todas estas manifestaciones son ramas del mismo árbol y prueban irrefutablemente la existencia de una categoría de seres pertenecientes a un orden de la naturaleza muy distinto del que se basa en las leyes del espacio, del tiempo y de la adaptación. Este otro orden es mucho más profundo porque es el originario y directo, y de nada valen las comunes leyes de la naturaleza que tan sólo atañen a la forma. Por lo tanto, bajo el régimen de este orden superior, ni el tiempo, ni el espacio pueden separar a las entidades individuales, y la separación determinada por las formas corpóreas no son barreras infranqueables para el intercambio de pensamientos y la inmediata acción de la voluntad. De este modo pueden ocurrir cambios por procedimientos completamente diferentes de la causalidad física, es decir, mediante la voluntad manifestada en acción, externamente al individuo. Así resulta que el carácter peculiar de las antedichas manifestaciones es la *visión y acción a distancia*, tanto respecto del tiempo como del espacio. Esta acción a distancia es precisamente la característica fundamental de la llamada magia, porque es la acción inmediata de nuestra voluntad, una acción independiente de las condiciones causales de la acción física, es decir, del contacto material.

Además, estas manifestaciones contradicen lógicamente y esencialmente el materialismo, y aún el naturalismo, porque de ellas se infiere que el orden de cosas consideradas por estas dos últimas escuelas como absolutas y exclusivamente legítimas, resultan, por el contrario, superficiales y fenoménicas, en cuyo fondo hay algo *aparte y del* todo independiente de sus propias leyes. Por lo tanto, estas manifestaciones psíquicas son las más importantes de cuantas se han ofrecido al estudio de observación, por lo menos desde el punto de vista puramente filosófico, y todo científico está obligado, a conocerlas (NOTA: *Schopenhauer: Parerga. – La Voluntad en la Naturaleza*. FINAL NOTA).

La comparación entre los filosóficos conceptos de Schopenhauer y las superficiales generalidades de algunos académicos franceses, nos servirá tan sólo para acreditar la valía intelectual de ambas escuelas. Ya hemos visto que la alemana trata profundamente las cuestiones filosóficas y ahora podemos cotejarla con lo mejor de cuanto el astrónomo Babinet y el químico Boussingault nos dicen de los fenómenos psíquicos. En el curso de

1854 a 1855, presentaron estos dos distinguidos intelectuales a la Academia de Ciencias de París, una memoria en la que corroboraban y al mismo tiempo aclaraban la demasiado compleja hipótesis con que el doctor Chevreuil explicaba el fenómeno de las mesas rotatorias, investigado por la comisión científica de que formaba parte. Dice así:

Respecto a los supuestos movimientos y oscilaciones de ciertas mesas no puede atribuírseles otra causa que las *invisibles e* involuntarias vibraciones del sistema muscular del experimentador, de modo que la continuada contracción de los músculos acaba por establecer una serie de vibraciones que determinan un *temblor visible* cuyo efecto es la rotación de la mesa, con energía bastante para acelerar el movimiento y para transmutarlo en resistencia cuando se le quiere detener. De aquí que no ofrezca dificultad alguna la clara explicación física del fenómeno (NOTA: *Revista de ambos mundos*, 15 de Enero de 1885, p.108. FINAL NOTA).

Ciertamente que esta hipótesis resulta tan clara como una nebulosa de las observadas por el astrónomo Babinet en noche de niebla. Pero, no obstante su claridad, le falta la importantísima condición del sentido común. No sabemos si Babinet acepta o no como último recurso la afirmación de Hartmann respecto a que «los *visibles electos* de la materia son *efectos de la fuerza*», y que para tener claro concepto de la materia debemos tenerlo previamente de la fuerza. La escuela a que pertenece Harmann, cuyos principios aceptan en parte los sabios alemanes, enseña que el problema de la materia sólo puede resolverlo aquella fuerza a cuyo conocimiento llama Schopenhauer «ciencia mágica» o «acción de la voluntad». Por lo tanto, es preciso saber ante todo si las «vibraciones involuntarias del sistema muscular del experimentador» que al fin y al cabo son «efectos de la materia» están determinadas por una voluntad *externa* al experimentador o *propia* de él. Si lo primero, sería un epiléptico inconsciente, según Babinet; si lo segundo, atribuye las respuestas inteligentes de la mesa parlante a un «ventriloquismo inconsciente». Sabemos que, según la escuela alemana, toda acción de la voluntad se manifiesta en fuerza, y las manifestaciones de las fuerzas atómicas son acciones individuales de la voluntad, que dan por resultado la espontánea precipitación de los átomos en imágenes concretas, ya forjadas subjetivamente por la voluntad. De acuerdo con su maestro Leucipo, enseñaba Demócrito que los átomos *en el vacío* fueron el principio de todas las cosas existentes en el universo, entendiéndolo por *vacío*, en sentido cabalístico, la Divinidad *latente* cuya primera manifestación es la *voluntad* que comunica el primer impulso a los átomos que, al cohesionarse, constituyen la materia. Sin embargo, el nombre de *vacío* es menos apropiado que su sinónimo caos, porque, según los peripatéticos, «la naturaleza tiene horror al vacío».

Las alegorías, aparte de otros elementos de juicio, demuestran que, mucho antes de Demócrito, estaban ya familiarizados los antiguos con la idea de la indestructibilidad de la materia. Movers define el concepto fenicio de la ideal luz solar, diciendo que era la espiritual influencia emanada del supremo Dios, *Iao*, la luz tan sólo concebible por la mente, el principio así físico como espiritual de todas las cosas del cual emana el alma. Es la esencia masculina o sabiduría, mientras que el caos es la esencia femenina. Así tenemos, que la materia y el espíritu eran ya para los fenicios los dos principios coeternos e infinitos. Esta teoría es tan antigua como el mundo, y no fue Demócrito su autor, pues la intuición del hombre precedió al ulterior desenvolvimiento de su razón. Las escuelas materialistas son incapaces de explicar los fenómenos ocultos, porque niegan a Dios, en quien reside la Voluntad. Su desconocimiento de los fenómenos psíquicos, y lo absurdo de las hipótesis con que pretenden explicarlos, dimanar de que *a priori* desdeñan cuanto puede empujarles a transponer los límites de las ciencias experimentales y entrar en los dominios de la psicología o de la que no fuera incongruente llamar fisiología metafísica. Los filósofos antiguos afirmaban que todas las cosas visibles e invisibles surgían a la existencia por

manifestación de la Voluntad, a que Platón llamó *Idea divina*, y que así como esta Idea da existencia objetiva a la materia con sólo enfocar su voluntad en un centro de fuerzas localizadas, así también el hombre, el microcosmos respecto del macrocosmos, da forma objetiva a la materia en proporción del vigor de su voluntad. Los átomos imaginarios (NOTA: Figura de dicción empleada por Demócrito y tomada al pie de la letra por los materialistas. FINAL NOTA) son como operarios movidos automáticamente a influjo de la Voluntad universal que en ellos se enfoca y, manifestada en fuerza, los pone en actividad. El proyecto del futuro edificio está en la mente del Arquitecto y es reflejo de su voluntad que, abstracta desde el momento de concebirlo, se concreta en cuanto los átomos imaginarios obedecen a los puntos, líneas y formas trazadas en la mente del divino geómetra.

Como Dios crea, así crea el hombre. Dadle voluntad lo suficientemente vigorosa y subjetivará las formas mentales, que muchos llaman alucinaciones, aunque para quien las forja sean tan reales como los objetos tangibles. Si aumenta el vigor de la voluntad e inteligentemente la dirige, condensará las formas en objetos visibles. Este es el secreto de los secretos, y quien lo aprende, merece el título de *magó*.

Los materialistas nada pueden argüir contra esto, desde el punto en que para ellos es materia el pensamiento. Si tal supusiéramos, tendríamos que el ingenioso mecanismo proyectado por el inventor, las encantadoras escenas surgidas de la mente del poeta, los soberbios lienzos pintados por la viva imaginación del artista, la incomparable estatua cincelada en el pensamiento del escultor, los palacios y castillos planeados por el arquitecto, debieran existir objetivamente, a pesar de ser subjetivos e invisibles, porque el pensamiento, según los materialistas, es materia plasmada en forma. ¿Cómo negar entonces que haya hombres de voluntad lo bastante potente para transportar al mundo visible estas creaciones mentales y revestirlas de materia tangible?

Si los científicos franceses no han cosechado laureles en el nuevo campo de investigación, tampoco los cosecharon los científicos ingleses hasta que Crookes se ofreció en holocausto por los pecados del mundo científico. Al cabo de veinte años de desdenes, consiente Faraday en hablar un par de veces de este asunto, no obstante servir su nombre de conjuro contra los hechizos del espiritismo entre cuantos discuten los fenómenos psíquicos, y de ser ya notorio que en su vida vió una mesa giratoria el ilustre físico, que se avergonzaba de haber publicado sus investigaciones sobre tan degradante creencia. No tenemos más que desdoblar unos cuantos olvidados números del *Journal des Debats*, correspondientes a la época en que actuaba en Inglaterra un notable médium escocés, para restituir a pasados acontecimientos su primitiva lozanía. En uno de dichos números se erige Foucault en campeón del famoso físico inglés, diciendo: «No vaya a creerse que el insigne físico se ha olvidado de sí mismo hasta el extremo de sentarse prosaicamente junto a una mesa rotatoria». Entonces, ¿de qué se avergonzaba el caudillo de la filosofía experimental? Aprovecharemos esta coyuntura para hablar del indicador de Faraday, el famoso aparato que inventó para *atrapar a los médiums*, es decir, para sorprender los fraudes médiumnámicos, según describe el marqués de Mirville, en *La cuestión de los espíritus*, esta complicada máquina cuyo recuerdo turba el sueño de los médiums impostores.

Para comprobar la impulsión del médium, colocaba Faraday varios discos de cartón adheridos tangencialmente uno con otro por medio de cola, que se desprendían por efecto de una presión continuada. Ahora bien: luego de girar la mesa, si es que a tanto se había atrevido en presencia de Faraday, lo cual no deja de ser significativo, se examinaban los discos y al ver que habían resbalado en la misma dirección que el giro de la mesa, resultaba de ello la prueba incontrovertible de que el médium había *empujado* el mueble.

Otro aparato de comprobación de los fenómenos psíquicos consistía en un pequeño dinamómetro que delataba el más leve impulso del médium, o, según decía el mismo Faraday, «indicaba el paso del estado pasivo al activo». Este dinamómetro, indicador del

impulso, demostraba tan sólo la acción de una fuerza que emanaba de los observadores o los dominaba. Pero ¿quién ha negado jamás la existencia de una fuerza en estos fenómenos? Todos admitimos que esta fuerza pasa a través del médium, como generalmente sucede o actúa con entera independencia del mismo, según ocurre bastantes veces. A este propósito, dice de Mirville: «El verdadero misterio está en la desproporción entre la fuerza desplegada por los médiums (que empujaban porque a ello se veían forzados) y los efectos de rotación cuya índole es realmente prodigiosa. En presencia de tan pasmosos efectos, ¿cómo suponer que las liliputienses experiencias de esta índole tengan valor alguno en la tierra de gigantes hace poco descubierta?» (NOTA: La cuestión de los espíritus. FINAL NOTA),

Con mayor mala fe procedió el profesor Agassiz, cuya reputación científica corría parejas en América con la de Faraday en Inglaterra. El notable antropólogo Buchanan, que ha tratado mejor que nadie en América del espiritismo, habla de Agassiz con justa indignación, pues no tenía motivo para escarnecer los fenómenos que en sí mismo había experimentado. Pero como Faraday y Agassiz están ya *desencarnados*, vale más ocuparnos de los vivos que de los muertos.

Resulta, por lo tanto, que los modernos escépticos niegan una fuerza del todo familiar a los antiguos tiempos. En épocas antediluvianas tal vez jugarían con esta fuerza los chiquillos, como los que describe Bulwer Lytton en *La raza futura*, juegan con el tremendo *vril* o *agua de Phtha*. Los antiguos llamaron a la antedicha fuerza *Anima mundi* y los herméticos medioevales le dieron los nombres de *luz sidérea*, *leche de la Virgen*, *magnes* y otros varios. Pero los modernos eruditos repudian tales denominaciones, porque tienen sabor de magia, que, según ellos, es grosera superstición.

Apolonio y Jámblico afirman que el poderío del hombre que anhela superar a los demás, «no consiste en el conocimiento de las cosas *externas*, sino en la perfección del alma interna» (NOTA: Bulwer-Lytton: *Zanoni*. FINAL NOTA).

Así llegaron ellos al conocimiento de sus almas divinas cuyos poderes emplearon con toda la sabiduría alcanzada por el estudio esotérico del hermético saber heredado de sus antecesores. Pero los filósofos del día no pueden o no se atreven a llevar sus tímidas miradas más allá de lo *comprensible*. Para ellos no hay vida futura ni divinos ensueños, que desdeñan por contrarios a la ciencia. Para ellos los antiguos son «ignorantes antepasados», y miran con despectiva compasión a todo autor que crea inherentes al ser humano las misteriosas ansias de ciencia espiritual.

Dice un proverbio persa: «Cuanto más oscuro está el cielo, más brillan las estrellas». Así, en el negro firmamento de la Edad Media aparecieron los misteriosos Hermanos de la Rosa Cruz, que no organizaron asociaciones ni instituyeron colegios, porque, acosados por todas partes como fieras, los tostaba sin escrúpulo la iglesia católica en cuanto caían en sus manos. A este propósito dice Bayle: «Como la religión prohíbe el derramamiento de sangre en su máxima *Ecclesia non novit sanguinem*, quemaban a las víctimas, cual si al quemarlas no vertiesen su sangre».

Varios de estos místicos, guiados por las enseñanzas aprendidas en manuscritos secretamente conservados de generación en generación, llevaron a cabo descubrimientos que no desdeñarían hoy las ciencias experimentales. El monje Rogerio Bacón, vituperado de charlatán y tenido por aprendiz de artes mágicas, pertenece de derecho, sino de hecho, a la Fraternidad de los estudiantes de ocultismo. Floreció en el siglo XIII con Alberto el Magno y Tomás de Aquino, y sus descubrimientos de la pólvora, de las lentes ópticas y varios mecanismos, fueron atribuidos a hechicería por pacto demoníaco, y de ellos se aprovechan hoy mismo quienes más le escarnecen.

En un drama de la época de Isabel de Inglaterra, escrito por Roberto Green y basado en la historia legendaria de Rogerio Bacón, se dice, que habiendo sido presentado al rey, le pidió éste que demostrase algo de su saber ante la reina, y que él entonces movió la mano

y oyóse al punto una música tan armoniosa como jamás la oyera ninguno de cuantos la escuchaban. fue la música en crescendo y de pronto aparecieron cuatro figuras que danzaron un buen espacio, hasta desvanecerse en el aire. Movi6 de nuevo el monje la mano y súbitamente se difundió por la estancia tan exquisito perfume que parecía hábilmente preparado con los más finos y delicados aromas del mundo. Asegur6 después Bac6n a uno de los caballeros allí presentes, que iba a presentarle la mujer de quien andaba enamorado, y recorriendo las cortinas de la c6mara regia, apareci6 a los ojos de los circunstantes una cocinera cuchar6n en mano que desapareci6 con igual presteza. Encolerizado el orgulloso caballero por aquella humillaci6n, amenaz6 al monje con su venganza, pero 6l repuso tranquilamente: «No me amenace vuestra gracia, porque mayor pudiera ser su vergüenza, y ande alerta en decir otra vez que los letrados mienten».

Un historiador moderno (NOTA: T. Wright: *Narraciones de brujería y magia*. FINAL NOTA) comenta este relato, diciendo: «Puede considerarse esto como ejemplo de la clase de manifestaciones resultantes, sin duda, de un *conocimiento profundo* de las ciencias naturales». Nadie ha dudado nunca que resultaran de semejantes conocimientos, y no otra cosa dijeron los herméticos, magos, astr6logos y alquimistas. A la verdad, no es culpa suya que las masas ignorantes, excitadas sin escrúpulo por el clero fanático, hayan atribuido a diab6licas influencias los fenómenos psíquicos; y por otra parte, las terribles torturas inquisitoriales retrajeron de la manifestaci6n de sus facultades a los filósofos ocultistas, quienes dijeron en sus obras esotéricas, que da magia es la aplicaci6n de causas naturales y activas a las cosas pasivas, para determinar efectos prodigiosos, pero completamente naturales».

El fenómeno de la música y de los aromas que Rogerio Bac6n oper6 en la corte de Inglaterra, se ha repetido con frecuencia en nuestra 6poca. Prescindiendo de nuestras personales experiencias, diremos que, segun informes de los corresponsales ingleses de la Sociedad Teos6fica, hubo casos en que oyeron músicas y percibieron fragancias, sin que nada señalase su procedencia, por cual motivo atribuyeron el fenómeno a la influencia de los espíritus. Uno de dichos corresponsales inform6 diciendo, que en cierta ocasi6n la casa donde se celebraban reuniones espiritistas de carácter íntimo qued6 impregnada durante muchas semanas de intenso aroma de sándalo. Otro corresponsal describe el fenómeno que llama *toque musical*. Las mismas potencias capaces de producir hoy estos fenómenos debieron existir y tener idénticas facultades en la 6poca de Bac6n. Respecto a las apariciones espectrales, baste decir que también hoy ocurren en las sesiones espiritistas y, por lo tanto, no cabe dudar de los prodigios atribuidos a Bac6n en este punto.

En su tratado de *Magia Natural*, enumera Bautista Porta un cat6logo de fórmulas secretas para obtener extraordinarios efectos de las fuerzas ocultas de la naturaleza, pues aunque los magos creían tan firmemente como los espiritistas de hoy en los espíritus invisibles, no fiaban las operaciones mágicas a su entera direcci6n y auxilio, pues de sobra sabían cuán difícil es ahuyentar a los elementales una vez se les hayan abierto las puertas de par en par. Aun la misma magia de los antiguos caldeos consistía tan sólo en el profundo conocimiento de las propiedades químicas de las sustancias minerales, y únicamente se comunicaban, mediante ceremonias religiosas, con las puras entidades espirituales, cuando el teurgo requería el divino auxilio en asuntos de moral o material interés. Pero tan sólo *subjetivamente* y por efecto de su pureza de vida y continuadas oraciones podían evocar los espíritus invisibles que despiertan los extáticos sentidos de clarividencia y clariaudiencia. Producían los fenómenos psíquicos mediante la aplicaci6n de las fuerzas naturales y en modo alguno por las artes de prestidigitaci6n de que se valen hoy día los hechiceros.

Quienes conocen las secretas fuerzas naturales y emplean con paciente parsimonia las facultades dimanantes de tal conocimiento, laboran por algo superior a la deleznable gloria de una fama efímera, pues sin apetecerla logran la inmortalidad reservada a cuantos

olvidándose de sí mismos se entregan por entero al bien del género humano. Iluminados por la luz de la verdad eterna, aquellos rico-pobres alquimistas iban más allá de la común penetración, y sólo diputaban por inescrutable la Causa primera. Su norma constante estaba trazada de consuno por la intrepidez, el deseo de saber, la firme voluntad y el *absoluto sigilo*. Sus espontáneos impulsos eran la beneficencia, el altruismo y la moderación. La sabiduría era para ellos de mayor estima que el logro mercantil, el lujo, riqueza, pompa y poderío mundano, al paso que no les asustaban ni hambres ni pobreza ni fatigas ni desprecios humanos, con tal de llevar a cabo su tarea. Pudieron haber reposado en blandos lechos de aterciopeladas colchas, y prefirieron morir en los hospitales y en las márgenes de los caminos, antes que envilecer sus almas cediendo a la nefanda concupiscencia de quienes intentaban hacerles quebrantar sus sagrados votos. Ejemplo de ello nos dan las vidas de Paracelso, Cornelio Agripa y Filaleteo.

Si los espiritistas quieren mantener la recta noción del mundo espiritual, no deben consentir que los científicos investiguen fenómenos con estricto propósito de experimentación, pues seguramente daría por resultado un parcial redescubrimiento de la magia de Moisés y Paracelso. Bajo la engañosa belleza de sus apariciones espectrales, podrían encubrirse las sílfides y ondinas de los rosacruces, jugueteando en las corrientes de fuerza *psíquica* y de fuerza *ódica*.

Crookes reconoce que la aparición espectral de Catalina King es una *entidad*, pero recela que *no tenga alma* y esté animada aquella figura de hermoso cutis por el médium y los concurrentes. También los eruditos autores de *El universo invisible* dan de mano a su hipótesis electrobilógica y vislumbran la *posibilidad* de que el éter universal sea el álbum fotográfico de *En-Soph*, el infinito Ser.

Muy lejos estamos de asegurar que todos los espíritus comunicantes de las sesiones espiritistas pertenezcan a los órdenes de elementales y elementarios, pues muchos de ellos, sobre todo los que hablan por boca y escriben por mano del médium, aparte de otras operaciones, son espíritus de difuntos cuya bondad o malicia depende del carácter moral del médium, del ambiente colectivo de los circunstantes y, mucho más todavía, de la intensidad e índole del propósito. Nada serio puede esperarse cuando la sesión no tiene otro objeto que satisfacer la curiosidad y pasar el tiempo; pero tampoco crea nadie que un espíritu sea capaz de materializarse en carne y hueso, pues lo más que pueden hacer es proyectar su imagen etérea en las ondas atmosféricas, de modo que tanto el cuerpo como el traje cansarán al tacto una sensación semejante a la brisa y no la de un objeto densamente material. Es inútil atribuir naturaleza humana a los «espíritus materializados» en quienes se advertían los latidos del corazón, y que hablaban con voz sonora, unas veces valiéndose de trompetilla y otras sin haber de recurrir a este instrumento. Difícilmente se olvidan una vez oídas las voces, si cabe darles este nombre, de las apariciones espectrales. La voz de los espíritus puros semeja el trémulo murmullo de una lejana arpa eólica. La voz de un espíritu en pena, y por lo tanto impuro, si no maligno, puede compararse a la voz humana que saliese del fondo de un tonel vacío.

Esta filosofía no es *nuestra*, sino la de muchísimas generaciones de magos y teurgos que la fundaron en la experiencia. El testimonio de la antigüedad es irrecusable en este punto: *Δαιμονίων ψωναὶ ἄναρθροὶ εἰσὶ* (NOTA: Dea Mousseaux: *Dodone – Dios y los dioses*, 326. FINAL NOTA). Las voces de los espíritus son inarticuladas. La voz de los espíritus consiste en una serie de sonidos de efecto semejante al de una columna de aire comprimido que, ascendiendo de abajo arriba, se derramara en torno del oyente. En el caso de Isabel Eslinger, todos cuantos presenciaron la aparición (NOTA: *Entre los testigos de vista se cuentan: el alcalde de la carcel de Weinsberg, los señores Mayer, Eckhart, Theurer, Knorr, Düttenhöfer y el matemático Kapff. FINAL NOTA*), atestiguaron que habían visto como una *columna de nubes*. Durante once semanas seguidas observaron diariamente esta aparición, el doctor Kerner y sus hijos, varios sacerdotes luteranos, el abogado Fraas,

el grabador Düttenhöfer, los dos médicos Siefer y Sicherer, el juez Heyd, el barón de Hugel y muchas otras personas. Mientras se manifestaba el espectro, permanecía Isabel en su celda orando sin cesar en voz alta, y como al propio tiempo hablaba la aparición, no podía ser un caso de ventriloquismo, aparte de que, según los testigos, nada tenía aquella voz de humana ni nadie era capaz de imitar su timbre.

Más adelante daremos copiosas pruebas entresacadas de autores antiguos acerca de esta evidente verdad. Por ahora repetiremos que ningún espíritu de los llamados humanos por los espiritistas ha demostrado suficientemente su condición. Los espíritus *desencarnados* pueden comunicar su influencia *subjetivamente* a los médiums y producir manifestaciones *objetivas* a través de éstos, pero no por sí mismos. Pueden disponer del cuerpo del médium y expresar sus conceptos y deseos por los diversos procedimientos del fenomenalismo psíquico, pero no *materializar* lo inmaterial, es decir, su *divina esencia*. Así es que toda materialización genuina está determinada o por la voluntad del espíritu aparecido, o por los espíritus duendísticos que son generalmente demasiado groseros para merecer el nombre de diablos. Rara vez son capaces los espíritus de dominar a estos seres sin alma, siempre dispuestos a tomar nombres pomposos, pero cuando los dominan, quedan sujetos como polichinelas a cuanto les dicta el alma inmortal. Sin embargo, este dominio requiere condiciones generalmente desconocidas aún de los espiritistas más asiduos concurrentes a las sesiones, pues no a todo el que quiere le es dable evocar espíritus humanos. Uno de los más poderosos estímulos de los difuntos, es el intenso amor a sus deudos en la tierra, que irresistiblemente los empuja hacia la corriente de luz astral, cuyas vibraciones enlazan el alma del ser amado con el alma universal. Otro requisito importantísimo es la armonía y pureza mental de los circunstantes.

Si este razonamiento es erróneo, si las formas materializadas que aparecen en oscuros aposentos, salidas de estancias aún más oscuras, fuesen espíritus de difuntos, ¿á qué establecer diferencias entre ellas y los fantasmas que de súbito aparecen sin gabinete de preparación ni médium comunicante? ¿Quién no ha oído hablar de las *almas en pena* que vagan por los lugares donde se perpetró algún crimen o vuelven movidas de irresistibles ansias de necesidad no satisfecha y cuyas manos tienen el tacto de la *carne viva* de modo que apenas cabe distinguirlas de los vivos?

Conocemos casos auténticos de súbitas apariciones espectrales, sin analogía alguna con las incipientes materializaciones de nuestros días. El periódico *Medium and Day Break*, del 8 de Septiembre de 1876, publicó una carta de una señora que durante sus viajes por el continente presenció un fenómeno en una casa encantada. Dice uno de sus párrafos: «En el oscuro rincón de la biblioteca resonó un extraño ruido y al volver la vista eché de ver una nube de vapor luminoso... el espíritu apegado a la tierra vagaba por el lugar maldito de sus fechorías».

Este espíritu era indudablemente un elemental auténtico que por espontánea determinación se hizo visible, como lo son todos los espectros, pero impalpable, ó, a lo sumo, dando al tacto una sensación como si se metiera de pronto la mano en el agua o se palpara una nube de vapor acuoso. Según la descripción, era luminoso y vaporoso, por lo que bien podemos colegir que sería la *sombra* personal del espíritu apegado a la tierra por el remordimiento de crímenes propios, o a consecuencia de los ajenos. La muerte encierra profundos misterios y las modernas materializaciones sólo sirven para ridiculizarlos a los ojos de los indiferentes. A esto pueden replicar los espiritistas diciendo que, por declaración explícitamente pública, hemos presenciado personalmente dichas *formas materializadas*. No tenemos reparo en reiterar el testimonio y decir que en tales formas reconocimos la representación visible de conocidos, amigos y aun parientes, y escuchamos de ellos palabras en idiomas orientales desconocidos del médium y de todos los circunstantes, excepto de nosotros mismos. Nadie dejó de considerar este hecho como prueba concluyente de las facultades del médium, un zafio labriego llamado Vermont;

pero aquellas formas no eran de las personalidades que aparentaban ser, sino sencillamente simulaciones suyas, plasmadas vívidamente por espíritus elementales y elementarios. No habíamos tocado hasta ahora este punto, porque la masa general de espiritistas no estaba preparada ni para escuchar siquiera, cuanto menos para creer en los espíritus elementales y elementarios. Desde entonces se ha discutido públicamente este punto y ya no resulta tan aventurado entregar a la voracidad de la crítica la canosa filosofía de los antiguos, porque la cultura general ha evolucionado lo bastante para tomarla en consideración y estudiarla sin apasionamiento. Dos años de agitación mental han mejorado notablemente la mentalidad colectiva.

Asegura Pausanias que cuatro siglos después de la batalla de Maratón, se oían en el campo los relinchos de los caballos y el vocerío de los combatientes. Suponiendo que vagasen por aquel lugar los espíritus de los soldados muertos en la batalla, resultaría que aparecieron en figura espectral o fantástica, y no en forma materializada. Pero ¿qué causa tenían los relinchos? ¿Eran los espíritus de los caballos? Si admitimos, contra toda verdad, que los caballos no tienen alma, habremos de confesar que el alma inmortal de los soldados muertos relinchaba para reproducir con mayor y más dramática viveza la bélica escena. Repetidas veces se han visto aparecer fantasmas de animales domésticos, y el testimonio en este caso es tan fidedigno como el referente a las apariciones de espectros humanos. ¿Quién simula entonces la figura espectral de estos animales? ¿Los espíritus humanos? La cuestión está encerrada en un dilema: o los animales tienen alma y espíritu como el hombre, o forzosamente hemos de aceptar con Porfirio la existencia en el mundo invisible de una especie de demonios maliciosos y embusteros, una clase de seres intermedios entre el hombre y los dioses, que se complacen en asumir cuantas formas les viene bien remedar, desde la del hombre a la de los animales (NOTA: Porfirio: *De Abstinencia*, etc. FINAL NOTA).

Pero antes de resolver la cuestión de si los espectros zoóticos, con tanta frecuencia aparecidos, están animados por el espíritu del animal, conviene examinar cuidadosamente su manera de conducirse. ¿Proceden estos espectros en armonía con las costumbres, instintos y características de sus congéneres en vida? ¿Muestran los fieros su natural acometividad y los mansos su peculiar timidez, o bien se descubre en éstos contrariamente a su índole la maligna disposición de molestar al hombre en vez de rehuir su presencia? Muchas víctimas de estas obsesiones, como por ejemplo en el caso de Salem y otros hechizos igualmente comprobados, afirmaron haber visto entrar en sus aposentos fantasmas de perros, gatos, cerdos y otros animales, que se les subían a la cama y *les hablaban incitándoles al suicidio y otros crímenes*. En el auténtico caso de Isabel Eslinger, descrito por Kerner, el espectro del cura de Wimmenthal (NOTA: Crowe: *De las apariciones*, p. 398. FINAL NOTA) iba acompañado de un enorme perro negro, que, según declaración de numerosos testigos, saltaba a las camas de los presos. En cierta ocasión se apareció el cura con un cordero y en otra con dos. Además, la mayor parte de los acusados en el proceso de Salem confesaron que por encargo de la hechicera habían hecho sortilegios y maquinado maldades valiéndose de unos pájaros amarillos que se les posaban en los hombros y en las vigas del techo (NOTA: Upham: *Brujerías de Salem*. FINAL NOTA).

Por lo tanto, so pena de invalidar los múltiples testimonios de todo país y época y atribuir el monopolio de la clarividencia a los modernos médiums, hemos de reconocer que los espectros de animales denotan los peores rasgos de la más depravada naturaleza humana, a pesar de no ser en modo alguno humanos. ¿Qué serán, entonces, sino elementales? Descartes fue uno de los pocos que se atrevieron a decir que a la medicina oculta se le deberían descubrir destinos destinados a dilatar los dominios de la filosofía; y Brierre de Boismont, no sólo compartía esta esperanza, sino que explícitamente manifestaba sus simpatías por el supernaturalismo a que llamaba el «magnó credo universal». Dice a este propósito: «Creo, de acuerdo con Guizot, que la existencia de la sociedad está

íntimamente ligada a lo sobrenatural y es inútil que el racionalismo moderno lo rechace por no saber explicar las íntimas causas de los fenómenos a pesar del *positivismo* de que alardea. Lo sobrenatural está universalmente arraigado en el fondo de todos los corazones. Los hombres de mayor talento son sus más ardorosos discípulos» (NOTA: Brierre de boismont: *De las alucinaciones*, p. 60. FINAL NOTA).

Colón descubrió el continente americano, y Américo Vespucio le usurpó la nombradía del descubrimiento. Paracelso redescubrió las secretas propiedades del imán (el hueso de Horus, como le llamaban los antiguos, que doce siglos atrás se valían de él en los Misterios, teúrgicos) y fundó la escuela teúrgico-magnética de la Edad Media. Sin embargo, Mesmer, que tres siglos después de Paracelso continuó su escuela, usurpó la fama al insigne filósofo ígneo, que acabó sus días en un hospital. Tal es el mundo. Los nuevos descubrimientos son hijos de la ciencia antigua. Los hombres se suceden sin alteración de la naturaleza humana.

CAPÍTULO III

El espejo del alma no puede reflejar a la vez la tierra y el cielo. La tierra desaparece de la superficie tan luego como el cielo se retrata en el fondo.

ZANONI

¿Quién te dió el encargo de anunciar al pueblo que no hay Dios? ¿Qué ventaja hallas en convencer a las gentes de que una fuerza preside sus destinos y al azar igualmente flagela el crimen y la virtud?

ROBESPIERRE, Discurso del 7 de Mayo de 1794

Creemos que muy pocos de estos fenómenos, cuando son auténticos, pueden atribuirse a espíritus humanos, y aun los derivados de las ocultas fuerzas naturales a través de verdaderos médiums y de los fakires de la India y Egipto, requieren cuidadosa y detenida comprobación científica, sobre todo desde que respetables autoridades atestiguan la imposibilidad de fraude en muchos casos. Nadie niega que haya hechiceros de oficio cuya destreza alcance a producir fenómenos más estupendos que todos los «John King» habidos y por haber. Sirva de ejemplo Roberto Houdin, que tenía habilidad para ello y, no obstante, se burlaba luego en la misma cara de los académicos, porque le instaban a declarar con su firma en los periódicos que para hacer girar una mesa o que respondiera *sin contacto de manos*, era indispensable prepararla convenientemente para ello con la debida antelación (NOTA: Mirville: *La cuestión de los espíritus.*— Gasparín: *Fenómenos espiritistas.* FINAL NOTA). Prueba del erróneo juicio que atribuye a impostura todo fenómeno psíquico, nos la da el no haber aceptado un famoso prestidigitador londinense la apuesta de mil libras esterlinas con que Algernón Joy (NOTA: *Secretario honorario de la «Asociación nacional de espiritistas de Londres».* FINAL NOTA) le incitó a producir los fenómenos psíquicos en las mismas condiciones que los médiums, bajo la vigilancia de una comisión nombrada al efecto. Por hábil que sea un prestidigitador no podrá llevar a cabo en *igualdad de circunstancias* los fenómenos operados por los más vulgares fakires indos. Entre los requisitos de prueba habrían de constar indispensablemente: por una parte, que la comisión investigadora designase el lugar del experimento, en el mismo instante de empezar el acto, sin que el fakir tuviera el más leve indicio de la designación; y por otra, que el experimento se efectuase en pleno día, sin otro ayudante que un chiquillo en cueros vivos, cuyo traje sería también, o poco más, el del fakir. En estas condiciones escogeríamos las tres suertes más repetidas por los fakires y presenciadas no hace mucho por varios personajes del séquito del príncipe de Gales, conviene a saber:

1º Convertir en serpiente cobra, de mordedura mortal, una rupia fuertemente retenida en la mano cerrada, por un circunstante escéptico.

2º. Lograr que en menos de quince minutos brote, crezca, fructifique y madure una simiente escogida arbitrariamente por los espectadores y plantada en el tiesto que ellos mismos proporcionen.

3º. Tenderse el fakir sobre tres espadas hincadas por el puño en el suelo, punta arriba, y al deshincarlas una tras otra, quedarse el fakir tendido en el aire a un metro del suelo. Cuando hagan lo mismo los prestidigitadores, empezando por Houdin y acabando por el último impostor que recabó éxitos con sus ataques al espiritismo, entonces, y sólo entonces, creeremos que el género humano procede de la pezuña del *orohippus* eocénico de Huxley.

Nuevamente afirmamos con entera seguridad que no hay en los otros tres puntos cardinales hechicero profesional capaz de emular a los desastrados e incultos fakires de

Oriente, que no necesitan estancias egipcias ni preparación ni ensayo para realizar sus experimentos, pues siempre están prontos a invocar en su auxilio a las ocultas fuerzas de la naturaleza, que son libro de siete sellos tanto para los prestidigitadores como para los científicos europeos. Acertadamente dice Elihu: «No siempre son sabios los hombres eminentes, ni la edad es prueba de discernimiento» (NOTA: *Job. FINAL NOTA*). Repetiremos a este propósito lo que dice el teólogo inglés More: «A la verdad, si los hombres no hubiesen perdido la modestia, los relatos bíblicos les probarían plenamente la existencia de espíritus y ángeles... Me parece providencial que los recientes casos de apariciones despierten en nuestras entorpecidas y aletargadas mentes el convencimiento de que hay otros seres inteligentes, además de los revestidos de grosera arcilla... Porque si estas pruebas nos demuestran la existencia de espíritus malignos, forzosamente hemos de creer en los espíritus buenos, y por lo tanto en Dios». El ejemplo ya citado entraña una lección moral, no sólo para los científicos, sino también para los teólogos. Tanto los predicadores como los catedráticos delatan continuamente su incompetencia en psicología, menospreciando las coyunturas de estudio que se les ofrecen y poniéndose en ridículo a los ojos del estudiante sincero. La opinión pública, en este punto, está amañada por impostores e ignorantes indignos de consideración.

Tardíamente ha evolucionado la psicología, más bien por el ridículo en que se pusieron sus profesores, que por dificultades propias de su estudio. El huero desdén de los sabios en mantillas y de los necios a la moda ha contribuído a mantener al hombre en la ignorancia de sus latentes facultades, con mayor fuerza que las tenebrosidades, riesgos e impedimentos propios del asunto. Este es precisamente el caso de los fenómenos espiritistas cuya investigación ha estado hasta ahora en manos profanas, a causa del temor que los científicos tenían de las burlas, dicerios y preocupaciones de gentes indignas de atarles la correa del zapato, pues también anida la poquedad de ánimo en las universidades.

La vitalidad del espiritismo moderno resiste victoriosamente al desprecio de la ciencia y a la bulliciosa jactancia de sus presumidos expositores. Desde los padres graves de la ciencia, como Faraday y Brewster, hasta los informes del afortunado imitador de los fenómenos de Londres, no encontramos ni el más leve argumento sólido contra la autenticidad de los fenómenos espiritistas. El imitador aludido dice en su titulado informe: «Mi opinión es que Williams simulaba las personalidades de John King y Peter. Nadie podrá demostrar lo contrario». A pesar de la arrogancia de la afirmación, no pasa de ser una hipótesis, por lo que los espiritistas pueden exigir a su vez del informante la prueba de cuanto dice.

Pero los más inveterados y acerbos enemigos del espiritismo pertenecen a una clase por fortuna poco numerosa, pero que alzan mucho la voz para publicar sus opiniones con estrépito digno de mejor causa. Son los eruditos a la violeta que, en la América del Norte, presumen de sabios por tener una máquina eléctrica en su despacho o haber publicado tal o cual memoria pueril sobre la locura y la mediummanía. Se creen estos hombres pensadores profundos y fisiólogos eminentes, y desdeñan la para ellos absurda metafísica, porque son positivistas de la escuela de Augusto Comte, cuyo más vivo anhelo es levantar a la ilusa humanidad del negro abismo en que la superstición la tiene sumida, y reconstruir el Cosmos sobre mejores fundamentos. Su irascible psicofobia llega al extremo de considerar imperdonable ofensa que les supongan dotados de espíritu inmortal, y si les hubiéramos de hacer caso, los hombres sólo pueden tener alma *científica* o alma *anticientífica*, según su grado de mentalidad (NOTA: *Marvin: Conferencias sobre la mediummanía y la locura. FINAL NOTA*).

Unos treinta o cuarenta años atrás, Augusto Comte, alumno de la *Escuela Politécnica* de París y auxiliar de las cátedras de Cálculo diferencial e integral y Mecánica racional en el mismo establecimiento docente, se despertó una mañana con la ventolera de ser profeta. En los Estados Unidos se encuentra un profeta en cada esquina, y en Europa escasean como cisnes negros; pero Francia es país de novedades y Comte fue profeta con tanto

éxito, que aun la grave Inglaterra lo diputó durante algún tiempo por el Newton del siglo XIX. Difundióse el contagio mental hasta invadir cual devorador incendio Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. La flamante filosofía ganó algunos prosélitos en Francia, cuyo entusiasmo no fue duradero, porque se negaron a proporcionar los recursos que necesitaba el profeta, y el fervoroso entusiasmo despertado en un principio por aquella religión sin Dios se entibió con rapidez igual a su enfervoramiento. De los ardientes apóstoles del profeta sólo quedó uno notable: el famoso filólogo Littré, miembro del Instituto de Francia y candidato perpetuo a la Academia Imperial de Ciencias, cuya entrada le obstruía maliciosamente el obispo de Orleáns (NOTA: Vapereau. *Biografías contemporáneas. Artículo: Littré: Des Mousseaux. Los fenómenos de la magia superior, cap. 6. FINAL NOTA*).

El matemático-filósofo, el sumo pontífice de la «religión» del porvenir, predicaba su doctrina al estilo de todos los profetas contemporáneos. Divinizaba a la mujer y la ponía sobre un altar, pero la «diosa» quedaba en la obligación de pagarse la peana. Los racionalistas que tanto se burlaron de las extravagancias de Fourier y de Saint Simón y con tanto desprecio ridiculizaron el espiritismo, se vieron presos como incautos gorriones en la liga retórica del nuevo profeta. Como ni los más empedernidos ateos son extraños al anhelo congénito en el hombre de reconocer una Divinidad, al ansia de lo desconocido, los discípulos de Comte le siguieron atraídos por el aparente brillo de este fuego fatuo, hasta hundirse en un pantano sin fondo. Encubiertos bajo la máscara de una falsa erudición, los positivistas se propusieron acabar con el espiritismo, mientras por otra parte alardeaban de investigar sin prejuicio alguno los fenómenos psíquicos. Demasiado tímidos para arremeter contra las iglesias cristianas, procuraron minar la fe del hombre en Dios y en la inmortalidad del alma, principios fundamentales de toda religión. Su táctica consiste en ridiculizar el espiritismo fenoménico, que tantas pruebas suministra de la supervivencia del alma, y para atacarlo en su punto más flaco, se apoyan por un lado en la falta de método inductivo y en las exageraciones de las doctrinas espiritistas, y por otro en la prevención con que las gentes miran el fenomenalismo. De esta suerte se muestran quijotescos y benéficos debeladores de la tan, según el vulgo, monstruosa superstición.

Veamos hasta qué punto aventaja al espiritismo la ponderada religión del porvenir instituida por Comte, y nos percataremos de que con mayor motivo merecen sus prosélitos el manicomio, donde aconsejaban recluir a los médiums con quienes se habían mostrado tan solícitos. Ante todo conviene advertir que por lo menos las tres cuartas partes de los rasgos repulsivos del espiritismo moderno derivan de los materialistas que aventureramente se pasaron al campo contrario. Comte ha descrito repugnantemente la fecundación artificial de la mujer del porvenir, hermana mayor del venusto ideal de los partidarios del amor libre. Las futuristas enseñanzas de los lunáticos discípulos de Comte han contagiado a algunos pseudo-espiritistas hasta el punto de inducirles a formar comunidades societarias, aunque ninguna duradera, pues su carácter distintivo era una especie de animismo materialista recubierto de una tenue capa de filosofía similar, esmaltada de enrevesados nombres griegos.

Propuso Platón (NOTA: *República, V. FINAL NOTA*) que para mejorar la especie humana se eliminaran los individuos enfermizos y deformes, y se fomentasen los matrimonios entre los más robustos ejemplares de la raza. No era de esperar que el «genio de nuestro siglo», no obstante sus presunciones de profeta, forjase nuevos planes en su cerebro y, como buen matemático, combinó hábilmente unas cuantas utopías antiguas, dióles matiz plástico, y apoyado en el pensamiento de Platón, engendró la mayor monstruosidad nacida de cerebro humano.

Es preciso advertir que no atacamos a Comte como filósofo, sino tan sólo como innovador. En la notoria confusión de sus ideas sociales, filosóficas y religiosas, resplandecen con frecuencia algunas observaciones y juicios tan lógicos en el fondo, como brillantes

en la forma, cuyo fulgor, parecido al del relámpago en noche tenebrosa, acrecienta las tinieblas luego de extinguido. De sus obras podría entresacarse un volumen de aforismos verdaderamente originales, que definen con sumo acierto la mayor parte de los males de la sociedad; pero ni en su pesado *Curso de filosofía positiva* ni en su paródico *Catecismo de la religión positivista* se encuentra la más ligera insinuación del posible remedio. Los discípulos de Comte vienen a suponer que las doctrinas de su maestro son demasiado sublimes para que las comprenda el vulgo; pero comparando los dogmas del positivismo con la interpretación que les dan sus apóstoles, se echan de ver las contradicciones del fondo, pues mientras el pontífice dice que «la mujer ha de dejar de ser la *hembra* del hombre» (NOTA: Comte: *Sistema de política positiva*, I, 203 y sigs. FINAL NOTA) y los legisladores positivistas afirman que en el matrimonio y en la familia debe ser la mujer «consocia del hombre, dispensada de toda función materna» (NOTA: *Idem*. FINAL NOTA), a cuyo efecto proyectan una futura institución en que las funciones de la maternidad queden substituidas por «la aplicación a la casta esposa de una fuerza latente» (NOTA: *Idem*. FINAL NOTA), no faltan sacerdotes laicos del positivismo que preconizan la poligamia y aseguran que sus doctrinas contienen la quinta esencia de la filosofía espiritualista.

Según los teólogos católicos cuya eterna pesadilla es el demonio, la mujer futura, descrita por Comte, caerá en poder de los incubos (NOTA: Des Mousseaux: *Fenómenos de la Magia Superior*, cap. 6. FINAL NOTA); pero a juicio de más zumbones autores, la *Divinidad* del positivismo será una yegua de dos patas. También Littré hace prudentes restricciones al aceptar el apostolado de tan maravillosa religión. Decía así en 1859:

Asegura Comte que no sólo ha establecido los principios, trazado los perfiles y descubierto el método, sino también las consecuencias necesarias para levantar el edificio social y religioso del porvenir. En esta segunda parte nos reservamos la opinión, al propio tiempo que aceptamos sin reparo en herencia el conjunto de la primera (NOTA: Littré: *Algo de Filosofía positiva*. FINAL NOTA).

Pero más adelante añade:

En su magistral obra: *Sistema de filosofía Positiva*, establece Comte las bases de una filosofía que, con el tiempo, ha de suceder a la teología y a la metafísica. En esta obra expone, como no podía menos, su directa aplicación al gobierno de las sociedades. Como quiera que no advierto nada arbitrario en estas doctrinas, y en cambio encuentro verdadera ciencia, mi adhesión a los principios se extiende a sus esenciales consecuencias.

Littré se ha mostrado digno discípulo del profeta, pues todo el sistema de Comte nos parece basado sobre equívocos. Donde dice *positivismo* se ha de leer *nihilismo*; donde *castidad*, leed *impudicia*, y así de lo demás. Como quiera que es una religión fundada sobre bases negativas, difícilmente pueden llevarla sus prosélitos a la práctica, sin decir que lo negro es blanco. Sigue Littré: «La filosofía positiva no acepta el ateísmo, porque el ateo no tiene la mente emancipada, sino que, a su modo, es un teólogo que explica como le place la esencia de las cosas; y presume conocer su origen... El ateísmo es sinónimo de panteísmo y este sistema también es todavía enteramente teológico y pertenece a la escuela antigua» (NOTA: Littré: *Algo de Filosofía positiva*, VII, 57. FINAL NOTA).

Perderíamos el tiempo si prosiguiéramos citando más pasajes de estas paradójicas disertaciones. Comte llegó al colmo del absurdo al dar el nombre de religión a su nueva filosofía y, como suele acontecer en estos casos, sus discípulos sobrepusieron el absurdo. Filósofos postizos que brillan en las academias positivistas de Norte América, como una luciérnaga en comparación de una estrella, delatan con toda amplitud sus opiniones al cotejar «el sistema de pensamiento y vida» planeado por el apóstol francés con «las

necesidades del espiritismo» que, por supuesto, sale malparado del cotejo. «Para destruir es necesario reedificar», exclama Comte citando a Cassaudiere, sin conformarse con su pensamiento; y sus discípulos explanan el aborrecible sistema con que pretenden substituir el cristianismo, el espiritismo y aun los métodos científicos. Uno de ellos dice: «El positivismo es una doctrina integral que repudia por completo toda creencia teológica y metafísica, toda modalidad sobrenatural y, por consiguiente, el espiritismo. El verdadero criterio positivista substituye el estudio de las leyes invariables de los fenómenos por el de sus causas inmediatas. En este concepto también repudia el ateísmo, porque al fin y al cabo *el ateo es un teólogo en el fondo*, pues no difiere de los teólogos en el planteamiento, sino en la solución del problema, y por lo tanto, es inconsecuente. Los positivistas rechazamos todo problema inaccesible a la mente humana, pues de lo contrario malgastaríamos nuestras fuerzas en la imposible indagación de las causas primeras. Por lo tanto, el positivismo da satisfactoria explicación del mundo y de los deberes del destino del hombre» (NOTA: *Espiritismo y Charlataneria. FINAL NOTA*).

Mitiguemos el brillo de este programa con el juicio crítico del insigne Hare, quien dice a este propósito:

La filosofía positivista de Comte es, en último término, puramente negativa, pues afirma la inutilidad de perder tiempo en indagar los inescrutables orígenes de las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, esta doctrina se funda en la ignorancia de las causas y medios de las leyes en que forzosamente ha de permanecer el hombre, a pesar de las pruebas referentes al mundo espiritual. Así es que, mientras el ateísmo queda recluido en los dominios de la materia, el espiritismo se mueve en un campo de tan dilatado espacio como la eternidad con relación a una vida humana y como las insondables regiones sidéreas respecto al, área habitable de nuestro planeta (NOTA: Hare: *Del Positivismo*, 20. FINAL NOTA).

En suma, el positivismo arremete igualmente contra la teología, la metafísica, el espiritismo, el ateísmo, el materialismo y la ciencia, con amenaza de invalidarse a sí mismo. Opina De Mirville que, según la filosofía positivista, «la mente humana no logrará equilibrarse hasta que la psicología se considere como un *laxante cerebral* y la historia como un *laxante social*». El Mahoma moderno empieza por despojar al hombre del alma y de la fe en Dios, para hundir, después inadvertidamente en las entrañas de su propia doctrina la afiladísima espada de la metafísica, cuyos golpes presumiera evitar. De este modo no quedan en su sistema ni vestigios de filosofía.

De un discurso pronunciado en 1864 por Pablo Janet, miembro del Instituto de Francia, sobre el positivismo, entresacamos el siguiente párrafo:

Hay algunos talentos educados y nutridos en las ciencias exactas y experimentales, que sienten instintiva inclinación a la filosofía, pero sin que puedan satisfacerla más que con elementos ajenos, y su ignorancia de las ciencias psicológicas les lleva precisamente a combatirlas, con lo cual presumen haber fundado una nueva filosofía positiva que, bien mirada, no es ni más ni menos que una incompleta y mutilada hipótesis metafísica. Se arrojan la infalible autoridad, propia tan sólo de las ciencias de experimentación y cálculo, siendo así que su defectuoso sistema es del mismo orden mental que los que combaten. De aquí lo deleznable de su posición y el descrédito de sus ideas, que muy luego serán esparcidas a cuatro vientos (NOTA: *Journal des Débats*, 1864.– *Des Mousseaux: Fenómenos de la magia superior. FINAL NOTA*).

Los positivistas norteamericanos se han esforzado incesantemente en derrumbar el espiritismo. Para que se vea hasta dónde llega su imparcialidad, recordaremos que preguntan si los dogmas de la Inmaculada Concepción, de la Trinidad y la Eucaristía, resisten al examen de la fisiología, de las matemáticas y de la química, para decir después

que más absurdas todavía son las quimeras del espiritismo. Perfectamente. Pero ¿hay absurdo teológico ni quimera espiritista que aventaje en depravada imbecilidad al positivista concepto de la fecundación artificial? Por una parte declaran incognoscibles las causas primeras, y por otra suplantán en el porvenir la vívida e inmortal compañera del hombre con un tipo de mujer imposible, semejante, al fetiche indio de Obéah, día tras día repleto de huevos de serpiente para que el sol los empolle.

En nombre del sentido común cabe preguntar por qué ha de motejar de supersticiosos a los místicos cristianos y de orates a los espiritistas una titulada *religión* que con tan repulsivos absurdos tiene partidarios entre los mismos académicos y pone en boca de su propio fundador, para admiración de sus discípulos, rapsodias tan extravagantes como la siguiente:

Me admira cada día más la creciente coincidencia entre el advenimiento social del *misterio femenino* y la disminución de la fe en el sacramento de la Eucaristía. La Virgen ha suplantado a Dios en la mente de los católicos meridionales. El positivismo realizará la utopía medioeval que consideraba la raza humana nacida de una *virgen madre*. Después de exponer el *modus operandi*, prosigue Comte diciendo: «La difusión del nuevo procedimiento produciría muy luego una raza sin los inconvenientes de la herencia y más a propósito que la procreación vulgar para el nacimiento de caudillos espirituales y aun temporales, cuya autoridad dimanara de un origen verdaderamente superior *que no retrocedería ante ninguna investigación* (NOTA: Comte: *Filosofía positiva*, IV, 279. FINAL NOTA).

Cabe preguntar, después de leído esto, si en las «quimeras» del espiritismo, o en los «misterios» del cristianismo, hay algo tan descabellado como esa descripción de la humanidad futura. Si los positivistas que predicán públicamente la poligamia no desmienten con su conducta la tendencia de la escuela al materialismo, mucho tememos que, haya o no haya una estirpe sacerdotal así engendrada, no veamos los vástagos de las vírgenes madres.

Natural es que una filosofía entre cuyos ideales está la procreación de semejante casta de doctores íncubos, mueva la pluma de uno de sus más gárrulos tratadistas, para escribir lo siguiente: «Estamos en una muy triste época abundante en creencias muertas o moribundas, y llena de frívolos devotos que en vano ruegan los caídos dioses. Pero también es una época gloriosamente iluminada por los áureos rayos del nascente sol de la ciencia. ¿Qué tenemos que ver con quienes, *perdida la fe y extraviado el entendimiento*, se refugian en el *espejuelo del espiritismo*, en los engaños del trascendentalismo o en las *abulias* del hipnotismo» (NOTA: Marvin: *Conferencia sobre la locura*. FINAL NOTA)?

El *fuego fatuo*, como se complacen hoy en llamar los filósofos pigmeos al fenomenalismo psíquico, ha tenido que luchar para darse a conocer. No hace mucho tiempo, los ya familiares fenómenos psíquicos tuvieron enérgica negativa en boca de un corresponsal de *The Times*, de Londres, cuya opinión subsistió como valedera hasta que dirimió la cuestión la obra de Phipson, apoyada en el testimonio de Beccaria y Humboldt (NOTA: Howitt: *Historia de lo sobrenatural*, II. FINAL NOTA).

Los positivistas debieron exigir otro símil más feliz y al mismo tiempo estar mejor enterados de los descubrimientos científicos, pues en cuanto al hipnotismo lo practican con éxito, en algunos hospitales de Alemania, eminencias médicas cuya fama y sabiduría está muy lejos de igualar el presuntuoso conferenciante sobre la mediumnidad y la locura. Pocas palabras diremos antes de acabar este enojoso asunto. Hay positivistas que se vanaglorian de contar por correligionarios a los más ilustres científicos de Europa. Sin embargo, no entran en este número Huxley ni Mausley, de nombradía universal. Por lo que toca a Huxley, en una conferencia dada en 1868 en Edimburgo, sobre *Los fundamentos fisiológicos de la vida*, se muestra muy sorprendido de la ligereza con que

el arzobispo de York le atribuyó filiación positivista, y dice: «Por lo que a mí toca, bien pudiera el respetable prelado desmenuzar polémicamente a Comte como un nuevo Agag, sin que yo le detenga la mano. Mi examen de la filosofía positivista me ha convencido de que poco o nada tiene de valía científica, pues en su mayor parte *es tan opuesta a la verdadera ciencia, como pueda serlo el catolicismo ultramontano*. En la práctica, la filosofía positivista es un *catolicismo despojado del espíritu del cristianismo*». Más adelante se indigna Huxley con los filósofos escoceses, y les reconviene por haber consentido que el arzobispo de York atribuyese a Comte la fundación de la escuela filosófica de Hume, y a este propósito exclama: «Bastaba para remover en su tumba los huesos de David Hume, que, no lejos de ella, un auditorio parcial escuchara sin protesta cómo se atribuían sus doctrinas a un escritor francés de hace cincuenta años, en cuyas verbosas y áridas páginas se echa de menos el vigor de pensamiento y la claridad de expresión» (NOTA: Huxley: *Fundamentos fisiológicos de la vida*. FINAL NOTA).

¡Pobre Comte! Ahora resulta que, por lo menos en los Estados Unidos, sus más conspicuos discípulos quedan reducidos a un físico, un médico y un abogado, a quienes un crítico socarrón motejó de «triumvirato anómalo cuyas arduas tareas no les dejan tiempo para aprender a escribir» (NOTA: Alude el crítico a un remitido publicado tiempo atrás en un periódico de Nueva York con la firma de los antedichos físico, médico y abogado, manifestando estar comisionados desde dos años antes para investigar los fenómenos espiritistas. La crítica de este remitido apareció en la revista ilustrada: *New Era*. FINAL NOTA).

Los positivistas no perdonan medio de combatir al espiritismo en provecho de su religión. Sus prelados soplan sin cesar las trompetas como si a su estrépito hubieran de caer los muros de la nueva Jericó; pero ni con sus singularísimas paradojas ni con sus deleznales ataques al espiritismo lograrán su propósito. Para muestra de estos ataques, basta entresacar de una reciente conferencia (NOTA: Marvin: *Conferencia sobre la locura*. FINAL NOTA) el párrafo que sigue: «La exclusiva satisfacción del instinto religioso es incentivo de lujuria. Sacerdotes, frailes, monjas, santos, *médiums*, místicos y devotos han sido siempre famosos por sus concupiscencias».

Nos complacemos en observar que mientras el positivismo se erige alborozadamente en religión, el espiritismo no ha pretendido jamás ser otra cosa que una ciencia, una filosofía incipiente ó, más bien, el estudio indagativo de las fuerzas naturales. Los verdaderos científicos reconocen la realidad de los fenómenos psíquicos, que sólo se atreven a negar los monos remedadores de la ciencia. Los positivistas se burlan del fenomenalismo psíquico y en cambio no saben abrir la boca sin que, como al retórico Butler, no se les escape un tropo. Quisiéramos contraer las censuras al círculo de necios y pedantes que usurpan el título de científicos; pero es innegable que cuando las eminencias tratan algún nuevo punto, pasan sus decisiones sin réplica, aun cuando la merezcan. La cautela propia de los hábitos de investigación experimental, los prejuicios establecidos y el peso de la autoridad científica contribuyen paralelamente a petrificar el pensamiento en dogmas intangibles, y con demasiada frecuencia la ciencia progresa a costa del martirio o del ostracismo del innovador. Los experimentadores de laboratorio deben, por decirlo así, tomar a la bayoneta el reducto de la preocupación y la rutina, pues no será fácil que una mano amiga deje entornada la poterna. No han de hacer caso de las ruidosas protestas y la impertinente crítica de los publicistas de quinta fila que se arremolinan en la antesala de la ciencia, pues deben reservar sus fuerzas para dar en rostro a la hostilidad de los conspicuos y vencerla. La ciencia progresa rápidamente, pero los científicos no se percatan del progreso, pues casi siempre arremeten contra los nuevos inventos. El triunfo es de quien valerosa y perseverantemente resiste la embestida parapetado en su intuición. Pocas son las leyes naturales cuya primera enunciación no suscitara burlas y fuera generalmente tenida por absurdamente contraria a la ciencia. Pero no obstante el orgullo de quienes

nada descubren, no es posible desoir por mucho tiempo el clamoreo de los innovadores que, desgraciadamente para la pobre y egoísta humanidad, se convierten a su vez en rémoras de cuantos indagan nuevamente la acción de las leyes naturales. Así, poco a poco, va pasando la humanidad por sucesivos ciclos de conocimientos cuyos errores corrige de continuo la ciencia para rehabilitar hoy las hipótesis desechadas por erróneas ayer. Esto ha sucedido no sólo en cuestiones psicológicas, tales como el hipnotismo desde el doble punto de vista fisiológico y psíquico, sino también en descubrimientos relativos a las ciencias de observación.

¿Qué hemos de hacer? ¿Evocar un pasado desagradable? ¿Decir que los científicos medioevales negaban con el clero el sistema heliocéntrico por temor de oponerse a las enseñanzas de la Iglesia? ¿Recordaremos que algunos naturalistas del siglo XVIII negaron autenticidad zoológica a las conchas fósiles, diciendo que tan sólo eran simulaciones artificiosas, mientras otros sostenían acaloradamente lo contrario en discusiones salpicadas de insultos, hasta que Buffón sentenció el pleito con prueba plena en favor de los segundos? Seguramente que si tan discordes andan los científicos respecto al origen y naturaleza de las conchas fósiles, tan fácilmente observables, a duras penas cabe esperar que crean en las formas espectrales de las sesiones espiritistas, cuando el médium es genuinamente sincero.

Los escépticos podrían entretener provechosamente los ratos de ocio en la lectura de la obra de Flourens, secretario perpetuo de la Academia francesa, titulada: *Historia de las investigaciones de Buffón*, en la que describe cómo el insigne naturalista desbarató la hipótesis de la simulación artificial, cuyos partidarios persistieron en negar todo cuanto no comprendían y se mofaron sarcásticamente de los experimentos eléctricos de Franklin, de las tentativas de Fulton, de los proyectos ferroviarios de Perdonnet, de las nuevas orientaciones de Harvey y de las heroicas pruebas de Palissy.

En la ya citada obra: *Conflictos entre la religión y la ciencia*, se muestra Draper algo distanciado de la justicia, al achacar tan sólo al clero los impedimentos con que tropieza el progreso de las ciencias; pero sin menoscabo de la admiración debida al insigne escritor, observaremos que, aparte de la enemiga mostrada por el clero a los descubrimientos enumerados en la obra, no debió pasar por alto la oposición que todo inventor hubo de encontrar en los científicos. Dice bien Draper en pro de la ciencia, que «saber es poder»; pero los abusos del poder son igualmente perniciosos, ya provengan del extravío de la sabiduría, ya de las obcecaciones de la ignorancia. Además, el clero no tiene hoy la fuerza que tuvo en otras épocas, y sus protestas no harían mella en el mundo científico. Sin embargo, mientras los teólogos se mantienen tras cortina, los científicos han empuñado a dos manos el cetro del despotismo y lo blanden como espada del querubín puesto a la entrada del Edén, para alejar a los hombres del árbol de vida mortal, y retenerlos en el mundo de perecedera materia.

El periódico londinense *El Espiritista*, en su réplica a la crítica de Gully sobre la hipótesis de Tyndall, llamada de la neblina ígnea, dice que, gracias a la ciencia, no mueren hoy todos los espiritistas en las hogueras inquisitoriales. Admitamos esta gracia, aun teniendo en cuenta que ya pasaron de moda los autos de fe, y preguntemos si en el caso de que Faraday, Tyndall, Huxley, Agassiz y otros dispusieran del poder de la Inquisición, se encontrarían los espiritistas tan seguros como están hoy día; pues mueve a preguntarlo la actitud de dichos científicos respecto del espiritismo, ya que a falta de hogueras donde abrasar a quienes creen en el mundo de los espíritus, les llaman locos, maniáticos, alucinados, fetichistas y demás vituperios por el estilo.

A la verdad, no acertamos a descubrir las razones que habrá tenido el director de *El Espiritista*, de Londres, para mostrarse tan agradecido a la benevolencia de los científicos, pues el reciente proceso Lankester-Donkin-Slade, seguido en Londres, debiera haber abierto los ojos a los espiritistas demasiado confiados, para darles a entender que el

materialismo pertinaz es mucho más refractario a la razón que el fanatismo religioso. Uno de los mejores escritos de Tyndall es el folleto titulado: *Martineau y el Materialismo*, aunque tal vez con el tiempo enmiende el autor algunos excesos de lenguaje. Pero dejando por de pronto esto aparte, fijémonos en lo que dice sobre la ciencia. En boca de Martineau pone la pregunta siguiente: «Cuando un hombre piensa, siente y quiere, ¿cómo actúa la conciencia?». Y responde: «No es posible concebir el transporte del funcionamiento cerebral a los correspondientes hechos de conciencia. Suponiendo que un pensamiento definido coincida simultáneamente con una acción molecular en el cerebro, no poseemos, ni rudimentariamente siquiera, el órgano intelectual que nos permita descubrir por el raciocinio el enlace entre el pensamiento y la acción cerebral que coinciden *sin que sepamos por qué*. Aun cuando nuestra mente y nuestros sentidos fuesen capaces de percibir las moléculas cerebrales, de atisbar todos sus movimientos, agrupaciones y descargas eléctricas, si acaso las hay; aunque conociéramos perfectamente su correspondencia con los pensamientos y emociones, no podríamos resolver el problema de cómo el proceso fisiológico se enlaza con los hechos de conciencia. La hondonada entre ambos fenómenos quedaría tan intelectualmente infranqueable como antes» (NOTA: Tyndall: *Fragmentos de Ciencia*. FINAL NOTA).

Esta hondonada, que a Tyndall le parece tan infranqueable como la neblina ígnea en que envuelve la causa agnoscible, no es obstáculo alguno para la intuición espiritual. El profesor Buchanan, en sus *Bosquejos de conferencias sobre el sistema neurológico en Antropología*, escritos en 1854, señala el modo de echar un puente sobre tan temerosa hondonada. Aquí tenemos una de aquellas trojes donde se almacena parcamente la semilla mental de futuras y copiosas cosechas. Pero el edificio del materialismo se basa enteramente sobre los toscos sótanos de la razón. *Cuando los maestros de la ciencia hayan llegado al límite extremo de su capacidad, podrán a lo sumo revelarnos un mundo de moléculas animadas por secreto impulso*. El más acertado diagnóstico de la enfermedad que aqueja a los científicos, lo encontraremos con sólo una ligera substitución de palabras, en la crítica a que Tyndall somete la mentalidad del clero ultramontano. En vez de «sacerdotes» pongamos «científicos»; en lugar de «pasado precientífico» leamos «presente materialista», y reemplacemos «ciencia» por «espíritu». El pasaje siguiente nos traza un vivo retrato, pintado por mano maestra, del científico moderno:

...Sus sacerdotes viven tan apegados al precientífico pasado, que aun los más poderosos talentos son refractarios a las verdades recientes. Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen; porque ojos y oídos se convierten a visiones y sonidos de otros tiempos. Desde el punto de vista científico, el cerebro de los ultramontanos es poco menos que infantil. Pero no obstante ser tan niños en conocimiento científico, tienen suficiente poderío espiritual entre los ignorantes para inducirles a prácticas que sonrojan a los de más claro juicio (NOTA: Tyndall: *Fragmentos de Ciencia*, Prefacio. FINAL NOTA).

El ocultista les dice a los científicos que se miren en este espejo.

Desde los albores de la historia, todos los pueblos exigieron en su legislación el testimonio de, por lo menos, dos testigos para aplicar la pena de muerte. «Por boca de dos o tres testigos sea condenado el reo de muerte» (NOTA: *Deuteronomio*, XVII, 6. FINAL NOTA) dice el legislador del pueblo hebreo. «Las leyes que condenan a un hombre a muerte por la declaración de un solo testigo son contrarias a la libertad. La razón exige, por lo menos, dos testigos» (NOTA: Montesquieu: *Espíritu de las leyes*, I, XII, 3. FINAL NOTA). Todos los pueblos han aceptado, por lo tanto, el valor de la prueba, pero los científicos rechazarían un millón de testimonios contra uno. En vano doscientos mil testigos dan fe de los hechos. Los científicos tienen ojos y no ven, como si persistieran en ceguera y sordera. Treinta años de pruebas irrecusables y el testimonio de algunos millones de creyentes en Europa y América tienen derecho a que se les considere y respete,

sobre todo cuando el veredicto de un jurado compuesto de doce espiritistas, influido por las pruebas aducidas por los testigos, pudiera condenar a muerte a un científico que hubiere perpetrado un crimen por efecto de la conmoción de las moléculas cerebrales, no refrenadas por el convencimiento de una futura retribución moral.

La ciencia, en síntesis considerada como divina meta, es digna de que el mundo entero la respete y venera, porque sólo por la ciencia podemos comprender a Dios en sus obras.

Según Webster, «la ciencia es la comprensión de la verdad ante los hechos, la investigación de la verdad en sí misma, la adquisición del conocimiento puro». Si la definición es exacta, tendremos que la mayoría de los científicos modernos han falseado a su diosa. ¡La verdad en sí misma! ¿Pues dónde hemos de buscar la clave de las verdades de la naturaleza sino en los inescrutados misterios de la psicología? Desgraciadamente muchos experimentadores sólo escogen los hechos más a propósito para cohonestar sus prejuicios.

La psicología no tiene peores enemigos que los médicos de la escuela alopática. No es preciso recordar que, entre las ciencias de experimentación, es la medicina la menos merecedora de este calificativo, pues prescinde del estudio de la psicología, que debiera ocupar gran parte de su atención para que el ejercicio de la medicina no degenera en tanteador empirismo de dudoso éxito. Todo cuanto discrepa de las doctrinas establecidas, se repudia por herético, y aunque un nuevo sistema terapéutico haya salvado miles de vidas, se aferran a las prescripciones tradicionales para condenar al innovador y la innovación, hasta que les place darle sello oficial. Entretanto, pueden morir miles de enfermos, con tal de que el honor profesional quede a salvo.

Teóricamente parece la medicina la ciencia más benéfica, pero ninguna otra ha dado tantas muestras de materialismo y obstinada preocupación. Pocas veces han patrocinado los médicos famosos un descubrimiento útil. La sangría, las ventosas y la lanceta tuvieron su época de popularidad, hasta caer en desuso. A los calenturientos se les deja beber hoy el agua que antes se les negara, los baños fríos han suplantado a los calientes, y durante algún tiempo fue la hidroterapia una verdadera manía. La corteza de quina que Warring, el defensor de la autoridad de la Biblia, identifica con el paradisiaco «árbol de la vida», fue importada en España el año 1632 y estuvo en olvido durante mucho tiempo. La Iglesia demostró, por una vez al menos, más penetración que la ciencia, pues a instancias del cardenal de Lugo, patrocinó Inocencio X el nuevo medicamento.

El autor de una obra antigua titulada: *Demonología*, cita muchas medicinas que volvieron a emplearse después de largos años de olvido, de suerte que la mayor parte de los descubrimientos terapéuticos vienen a ser sencillamente la rehabilitación de antiguos remedios. En el siglo XVIII, una curandera llamada Nouffleur encomiaba las virtudes que para la expulsión de la tenia posee la raíz del helecho macho, y vendió el secreto a Luis XV por una cuantiosa suma; pero los médicos averiguaron que ya lo había empleado Galeno en el tratamiento de la misma enfermedad. Los famosos polvos del duque de Portland, contra la gota, eran el *diacentauréon* de Celio Aureliano, y luego se vió que ya lo mencionaron los primitivos médicos en sus obras, tomándolo de los autores griegos. Lo mismo sucede con el agua medicinal de Husson, famoso remedio de la gota, que, no obstante su nuevo disfraz, es el *Colchicum autumnale*, o villorita, muy semejante a una planta llamada *Hermodactylus*, cuyas propiedades antigotosas ponderaron Oribario, famoso médico del siglo IV y Etio Amideno, que floreció en el siglo V. Después cayó en desuso tan sólo porque era medicamento demasiado *antiguo* para tenido en cuenta por los médicos del siglo XVIII.

El sabio fisiólogo Magendie no descubrió nada que ya no conocieran los médicos de la antigüedad. Su específico contra la tisis, en que entraba como ingrediente el ácido prúsico, está descrito en las obras de Lumeo (NOTA: *Amenitates Academica*, IV. FINAL NOTA), donde afirma que la infusión de laurel se empleaba con excelentes resultados en

el tratamiento de tan terrible enfermedad. Plinio asegura que el extracto de almendras y huesos de cereza curaba las toses más pertinaces. Concluye diciendo el autor de *Demonología*, que puede afirmarse con toda seguridad, que las diversas preparaciones secretas a base de opio, tenidas por descubrimientos de la moderna farmacopea, están descritas en las obras de los autores antiguos, tan desdeñados en nuestros días.

Nadie niega ya que, desde tiempo inmemorial, estuvo concentrada en el lejano Oriente la sabiduría humana, hasta el punto de que ni en Egipto se cultivaban las ciencias naturales tan asiduamente como en el Asia central. El mismo Sprengel, no obstante su cautelosa prevención contra todo indicio, lo reconoce así en su *Historia de la Medicina*, y cuando discute los puntos relacionados con la magia, deja a salvo la de la India por menos conocida que la de cualquier otro país de la antigüedad, pues entre los indios era más esotérica, si cabe, que entre los egipcios, y por tan sagrada se la tenía que el vulgo apenas sospechaba su existencia y sólo se ejercía públicamente en las graves crisis nacionales o en circunstancias de temerosa trascendencia. Era la magia una ciencia divina que más intensamente resplandecía en los ascetas gimnósofos, cuya austeridad de vida, pureza de costumbres y desprendimiento de las cosas mundanas aventajaba a la de los más ejemplares hierofantes egipcios y eran tenidos en mayor veneración que los magos caldeos. Vivían solitarios (NOTA: Amiano Marcelino, XXIII, 6. FINAL NOTA) en yermo, mientras que los sacerdotes egipcios formaban comunidades y, no obstante las preocupaciones históricas contra magos y adivinos, poseían valiosos secretos médicos y sobresalían insuperablemente en el arte de curar, según se infiere de los numerosos tratados que todavía se conservan en los monasterios de la India. No nos detendremos a dilucidar si los gimnósofos fueron los primeros magos de la India o si recibieron este conocimiento en herencia de los *rishis* (NOTA: Los rishis eran siete y florecieron en el período prevédico. Tenían fama de sabios y se les reverenciaba como a semidioses. Demuestra Hang que los rishis ocupan en la religión induista el mismo lugar de los doce hijos de Jacob en la religión judaica. Los brahmanes se consideran descendientes directos de los rishis. FINAL NOTA), porque los científicos experimentales lo tendrían por estéril especulación.

Un autor moderno dice al hablar de los gimnósofos: «Les honra sobremanera el celo con que educaban a los jóvenes en la virtud, despertando en sus corazones generosos, sentimientos; y sus máximas y pláticas, transmitidas por los historiadores, demuestran lo muy versado que estaban en filosofía, astronomía, religión y moral. Mantuviéronse dignamente independientes de la soberanía temporal de los príncipes más poderosos, cuyo favor jamás solicitaban ni tampoco iban a lisonjearles con visitas de adulación, y cuando el príncipe necesitaba de sus oraciones o de consejos, no tenía más remedio que ir en persona a consultarles o enviar mensajeros en su busca. Conocían las propiedades útiles de minerales y plantas, pues estaban familiarizados con los secretos de la naturaleza, y tanto la fisiología como la psicología eran para ellos libros abiertos en que libaban la ciencia mágica llamada entonces *machagiotia*.

Es muy extraño que los cristianos estén obligados a creer como artículo de fe los milagros bíblicos, y no sólo no crean, sino que se mofen de los prodigios relatados en el *Atharva Veda* y los atribuyan al demonio. Sin embargo, contra la malévola opinión de algunos sanscritistas, podemos demostrar, bajo varios aspectos, la identidad esencial entre ambas taumaturgias, con la particularidad de que no pueden haber plagiado los Vedas a la Biblia, puesto que las escrituras hebreas son muy posteriores a las indas.

Primeramente, la cosmogonía induista desvanece el error, durante tanto tiempo sustentado por los occidentales, de que Brahmâ era la divinidad suprema de los indos, cuando tan sólo es un aspecto inferior, análogo al Jehovah hebreo, «el espíritu semoviente sobre las aguas», el dios creador, el demiurgo, el arquitecto del mundo, cuya imagen simbólica tiene cuatro rostros correspondientes a los cuatro puntos cardinales.

A este propósito dice Polier:

En el principio, el embrionario universo reposaba sumergido en las aguas, en el seno del Eterno. De las caóticas tinieblas surgió Brahmâ, el arquitecto del universo, y sobre una hoja de loto flotaba entre las aguas y las tinieblas (NOTA: *Mitología inda*. FINAL NOTA).

Idéntico es el relato de la cosmogonía egipcia, en que *Athtor*, la *Madre Noche*, símbolo de las tinieblas, cubría en un principio la inmensidad del abismo de las aguas sobre que flotaba el espíritu del Eterno. También las Escrituras hebreas hablan del espíritu de Dios, y de su emanación creadora simbolizada en otra divinidad (NOTA: *No aludimos a la vulgar interpretación de la Biblia sinó a la verdadera Biblia judía de los kabalistas*. FINAL NOTA).

Pero continuemos el relato de la cosmogonía inda: «Al ver el caótico estado de las cosas, se pregunta Brahmâ a sí mismo lleno de consternación: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? Entonces oye una voz que le dice:

Eleva tus plegarias a Bhagavad» (NOTA: *El señor Eterno o Parâbrahm*. FINAL NOTA). Brahmâ se sentó en la hoja de loto en actitud contemplativa, con la mente enfocada en el Eterno, quien, complacido de aquella muestra de piedad, disipa las tinieblas y descorre el velo de su mente. Al punto surge el radiante Brahmâ del huevo del universo, y henchido del divino espíritu que le ha despertado la mente, empieza a actuar y se *mueve* sobre las aguas. Es *Narayana*.

El loto, la flor sagrada de indos y egipcios, simboliza a Brahmâ entre los primeros y a Horus entre los segundos. Todos los templos del Tíbet y del Nepal ostentan la flor de loto, cuyo sugestivo significado es idéntico al del lirio que el arcángel Gabriel ofrece a María en las representaciones pictóricas de la Anunciación (NOTA: *Jones: Disertaciones sobre Asia*. FINAL NOTA). Para los indos es el loto emblema de la potencia creadora de la naturaleza, por la compenetración del fuego (espíritu) con el agua (materia). Un versículo del *Bhagavad Gîtâ*, dice: «¡Oh Eterno! Entronizado en ti veo al creador Brahmâ sobre el loto». Según Jones, la simiente del loto contiene ya antes de germinar el embrión de las futuras hojas; y como dice Gross (NOTA: *La Religión pagana*, 195. FINAL NOTA), la naturaleza nos da en el loto un ejemplo de la anteformación de sus productos, pues la simiente de todas las plantas fanerógamas contiene la futura planta con su propia configuración.

Lo mismo significa el loto para los budistas. El Bodhisat (Espíritu del Buddha) se aparece con el loto en la mano junto al lecho de Mahâmayâ o Mahâdeva, la madre de Gautama Buddha, y le anuncia el nacimiento de su hijo. De la propia suerte, la flor de loto estaba invariablemente unida en Egipto a todas las representaciones de Osiris y Horus.

Todo esto demuestra el común parentesco del símbolo en las religiones induista, egipcia y judía, pues en todas ellas la flor de loto o lirio de agua simboliza el tránsito de lo subjetivo a lo objetivo, del pensamiento abstracto de la Divinidad desconocida a las formas concretas y visibles de la creación. Disipadas las tinieblas, surgió la luz y Brahmâ vió en el mundo ideal, hasta entonces sumido en la mente divina, los arquetipos de las cosas que habían de tomar forma visible en la manifestación del universo. Porque, como arquitecto del universo, ha de dar existencia objetiva a los tipos ideales ocultos en el seno del Eterno, del mismo modo que en la simiente del loto se ocultan las futuras hojas de la planta. A esto se refiere el versículo del Génesis que dice: «Produzca la tierra árbol de fruto que dé fruto, según su especie, y cuya *semilla esté en él*». En todas las religiones antiguas el «Hijo del Padre» es el Dios creador, es decir, su manifiesto y visible pensamiento. Antes de la era cristiana, desde la Trimurti inda hasta la triada de las Escrituras hebreas, según la interpretación cabalística, todas las naciones velaron simbólicamente la trina naturaleza

de su Divinidad suprema. En la religión cristiana, el misterio de la Trinidad no es ni más ni menos que el artificioso injerto de una rama nueva en tronco viejo, y el mismo significado simbólico que el loto tiene el lirio de la Anunciación en las iglesias latina y griega.

Por otra parte, como el loto se cría en el agua al calor del sol, los antiguos lo consideraron hijo del fuego y del agua; de aquí que simbolice también la dualidad de espíritu y materia. Brahmâ, Jehovah, Adam-Kadmon y Osiris o más bien Pymander, representan la segunda persona de la Trinidad. Por esta razón es Pymander, en la teogonía egipcia, el progenitor de todos los dioses solares. El Eterno es el espíritu ígneo que educa, plasma y desenvuelve todo cuanto al calor de Brahmâ nace en las aguas, de suerte que Brahmâ es el universo y el universo es Brahmâ. Tal es la filosofía de Spinoza aprendida de Pitágoras y también la de Giordano Bruno que, por sostenerla, murió en la hoguera. Para demostrar los extravíos de la teología cristiana, baste advertir que Giordano Bruno murió a manos del fanatismo intolerante por la explicación del mismo símbolo que expusieron los apóstoles y aceptaron los primitivos cristianos. El lirio del Bodhisat y de Gabriel, que simboliza el agua y el fuego o el concepto de la creación, se pone de manifiesto en el primitivo sacramento del bautismo.

Las doctrinas de Bruno y Spinoza son virtualmente idénticas, aunque éste las exponga de un modo más cauto y velado que el autor de *Causa Principio et Uno* o sea *Infinito Universo e Mondì*. Pero tanto Bruno, que declara haberse inspirado en Pitágoras, como Spinoza, que sin declararlo lo deja traslucir, tienen el mismo concepto de la Causa primera. Según ellos, Dios es entidad *per se*, el infinito Espíritu, el único Ser independiente de toda otra causa y efecto, que por su voluntad produjo todas las cosas y estableció las leyes del universo cuya ordenada existencia mantiene perpetuamente. De acuerdo con los *swâbhâvikas* indos, erróneamente tildados de ateos, quienes dicen que todas las cosas y todos los seres, hombres dioses y espíritus proceden del *Swabhâva* o su propia naturaleza (NOTA: Brahmâ no creó la tierra, como tampoco el resto del universo, sino que surge del alma del mundo luego de emanar de la Causa primera y emana de sí a su vez la naturaleza toda. No queda independiente, sino entremezclado con ella, de modo que Brahmâ y el universo forman un solo ser y cada partícula del universo es en esencia el propio Brahmâ, quien procede de sí mismo. Burnouf: *Introducción*, 118. FINAL NOTA), Spinoza y Bruno afirman que *es preciso buscar a Dios en la naturaleza y no fuera de ella*. Porque siendo la creación proporcional al poder del creador, el universo ha de ser tan infinito y eterno como el creador, y cada forma engendra de su propia esencia otra forma. Los críticos modernos afirman que Giordano Bruno prefirió dar la vida a ceder en sus convicciones, porque *no le sostenía la esperanza en otro mundo mejor*, de lo que parece inferirse que Giordano Bruno no creía en la inmortalidad del alma, y así lo asegura Draper al decir con referencia a la multitud de víctimas de la intolerancia clerical: «El tránsito de esta vida a la otra, aun en circunstancias afflictivas, era entonces el paso de temporánea pena a eterna felicidad... El mártir cree que una mano invisible le conduce a través del tenebroso valle... Bruno no cree en semejante auxilio. Las opiniones filosóficas porque sacrificó su vida no podían prestarle consuelo alguno» (NOTA: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 180. FINAL NOTA). Sin embargo, Draper demuestra conocer muy superficialmente la doctrina de Bruno, dejando de lado a Spinoza cuya cautelosa exposición de ideas las encubre a quien no sepa descifrar la metafísica pitagórica. Pero desde el momento en que Bruno declaraba explícitamente su conformidad con las doctrinas pitagóricas, por fuerza había de creer en la inmortalidad del alma y no verse privado de la consoladora esperanza de mejor vida. Su proceso, referido por Berti en la *Vida de Bruno*, en vista de documentos originales recientemente publicados, no deja duda respecto de las verdaderas doctrinas del ilustre filósofo. De conformidad con los neoplatónicos y los cabalistas, sostenía que Jesús era mago, en el sentido que Porfirio, Cicerón y Filo Judeo dan a la palabra magia, o sea de *sabiduría divina*, capaz de investigar los secretos de la naturaleza. Según Filo Judeo, los magos son hombres de santidad que, apartados de las cosas de este mundo,

contemplan las virtudes divinas, comprenden claramente la naturaleza de los dioses y los espíritus e inician a otros hombres en los misterios cuyo conocimiento les permite relacionarse continuamente en vida con los seres invisibles.

Pero mejor se inferirán las ideas de Giordano Bruno de la acusación entablada contra él por Mocenigo, que dice así:

Yo, Zuanio Mocenigo, hijo del muy ilustre señor Marco Antonio, pongo en vuestro conocimiento, reverendísimos padres, por impulso de mi conciencia y mandato de mi confesor, que oí decir muchas veces a Giordano, conversando con él en mi casa, que era blasfemia afirmar la transubstanciación del pan en carne; que no le satisfacía ninguna religión; que era contrario a la misa; que Cristo era un pobre hombre cuyas perversas obras para seducir a las gentes justificaban su crucifixión; que en Dios no puede haber distinción de personas, so pena de tenerle por imperfecto; que el mundo es eterno y que hay infinitos mundos que Dios crea continuamente, porque puede hacer cuanto quiere; que Cristo hizo milagros tan sólo aparentes, pues era mago como lo fueron los apóstoles, y que él, es decir, Bruno, tiene poder sobrado para hacer más de cuanto ellos hicieron; que Cristo repugnaba la muerte e hizo cuanto pudo para evitarla; que no hay castigo para los pecados, y que las almas creadas por obra de la naturaleza pasan de un animal a otro; y que así como los brutos animales han nacido de la corrupción, así también los hombres han de nacer otra vez después de morir (NOTA: No obstante la insidia de esta acusación, se revela en este párrafo la creencia de Giordano Bruno en la metempsícosis pitagórica que, bajo la grosera forma de expresión, encubre la idea de la supervivencia del alma. FINAL NOTA).

Ha expresado Bruno su deseo de propagar una secta con el título de *Nueva Filosofía*. Dice que la Virgen no pudo haber parido sin dejar de serlo y que la fe católica está llena de blasfemias contra la majestad de Dios; que los frailes han de ser despojados de sus bienes y del derecho de controversia, porque corrompen el mundo y son unos borricos en todas sus opiniones; que los católicos no tenemos prueba alguna de que nuestra fe sea meritoria a los ojos de Dios; que el no querer para los demás lo que no queremos para nosotros es suficiente a la buena conducta, y que se ríe de los demás pecados y se admira de que Dios consienta tantas herejías en los católicos. Dice que quiere dedicarse al arte de la adivinación y lograr que todo el mundo le siga; que Santo Tomás y todos los doctores de la Iglesia, nada saben comparados con él, pues podría preguntar a los más insignes teólogos del mundo cosas a que ninguno fuera capaz de responder.

A esta acusación respondió Giordano Bruno con la siguiente profesión de fe, idéntica a la de los antiguos maestros:

Creo que el universo es infinito como obra del divino e infinito poder, porque hubiera sido indigno de la omnipotencia y de la bondad de Dios crear un solo mundo finito pudiendo crear, además de este mundo, infinitos otros. Por lo tanto, declaro que hay infinitos mundos parecidos al nuestro, el cual, de acuerdo con el sentir de Pitágoras, creo que es una estrella de naturaleza análoga a la luna, a los otros planetas y demás astros, cuyo número es infinito, y que todos estos cuerpos celestes son mundos innumerables que constituyen el universo infinito en el espacio infinito, y esto es lo que llamo universo infinito con innumerables mundos; y así tenemos dos linajes de grandeza infinita en el universo y una multitud de mundos. Esto parece a primera vista contrario a la verdad, si se compulsa con la fe ortodoxa.

Además, en este universo hay una providencia universal por cuya virtud todos los seres viven, se mueven y perseveran en su perfeccionamiento. Esto lo entiendo en dos sentidos: primero, a la manera como el alma está en todo el cuerpo y en cada una de sus partes, a lo que llamo la naturaleza, sombra o huella de la Divinidad; y segundo, a la manera como está Dios en todo y sobre todo, por esencia, presencia y potencia, no como parte ni como alma, sino de modo inefable.

Además, creo que todos los atributos de Dios son uno solo y el mismo. De acuerdo con los más eminentes teólogos y filósofos concibo tres atributos principales: poder, sabiduría y bondad, ó, mejor dicho, voluntad, conocimiento y amor. La voluntad engendra todas las cosas; el conocimiento las ordena; y el amor las concierta y armoniza. Así comprendo la existencia de todas las cosas, pues nada hay que no participe de la existencia ni ésta es posible sin esencia, de la propia manera que nada es bello sin belleza, y por lo tanto nada puede escapar a la divina presencia. Así es que por raciocinio y no por verdad substancial entiendo distinción en Dios.

Creo que el universo con todos sus seres procede de una Causa primera, por lo que no debe desecharse el nombre de creación a que, según colijo, se refiere Aristóteles al decir que Dios es aquello de que el universo y la naturaleza dependen. Así es que, según el sentir de Santo Tomás, sea o no eterno el universo, considerado en razón de sus seres, depende de una Causa primera y nada hay en él independiente.

Con respecto a la verdadera fe, prescindiendo de la filosofía, ha de creerse en la individualidad de las divinas personas, y que la sabiduría, el Hijo de la Mente, llamada por los filósofos inteligencia y por los teólogos Verbo, tomó carne humana. Pero a la luz de la filosofía, dudo de estas enseñanzas ortodoxas, aunque no recuerdo haberlo dado a entender explícitamente, ni de palabra ni por escrito, sino de un modo indirecto, al hablar de otras cosas que con toda sinceridad creo que pueden demostrarse por natural juicio. Así, en lo referente al Espíritu Santo o tercera persona, no lo comprendo de otra manera que como lo entendieron Salomón y Pitágoras, es decir, como Alma del universo compenetrado con el universo, pues según Salomón: «El espíritu de Dios llena toda la tierra y contiene todas las cosas». Y esto concuerda asimismo con la doctrina pitagórica expuesta por Virgilio en el texto de la *Eneida*, cuando dice:

Principio coelum ac terras camposque liquentes,
Lucentemque globum Lunæ, Titaniaque astra
Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem...

De este Espíritu, vida del universo, procede, a mi entender, la vida y el alma de todo cuanto tiene alma y vida. Además, creo en la inmortalidad del alma lo mismo que en la del cuerpo, pues en lo que a su substancia se refiere también el cuerpo es inmortal, ya que no hay otra muerte que la disgregación, según parece inferirse de la sentencia del *Ecclesiastes*, que dice: «Nada hay nuevo bajo el sol. Lo que es será».

Tenemos, por lo tanto, que Bruno no comprende el dogma de la Trinidad ni el de la Encarnación, según la fe ortodoxa, pero cree firmemente en los milagros de Cristo, de conformidad con las enseñanzas pitagóricas. Si bajo la implacable férula de la inquisición se retractó como Galileo, implorando clemencia de sus verdugos, hemos de considerar que la naturaleza física flaquea en el tormento ante la perspectiva de la hoguera.

Sin la oportuna publicación del valioso trabajo de Berti, hubiésemos seguido venerando a Giordano Bruno como un mártir, cuyo busto, coronado de laureles por mano de Draper, había de ocupar preferente lugar en el panteón de la ciencia experimental; pero bien vemos que el héroe de una hora no fue ateo ni materialista ni positivista, sino sencillamente un filósofo de la escuela pitagórica, que profesaba las doctrinas del Asia Central y poseía las facultades mágicas tan menospreciadas por la escuela de Draper. Es verdaderamente jocoso que les haya sobrevenido a los científicos este contratiempo, después de haber descubierto arqueólogos poco reverentes, que la estatua de San Pedro era nada menos que la de Júpiter Capitolino, y que el Josafat de los católicos es el mismo Buda. Resulta, por lo tanto, que ni aun escudriñando los escondrijos de la historia, encontraremos ni un ápice de filosofía moderna, sea de Newton, Descartes o Huxley, que no esté entresacado de las antiguas enseñanzas orientales. El positivismo y el nihilismo tienen su prototipo en la

filosofía exotérica de Kapila, según observa Max Müller. La inspiración de los sabios indos desentrañó los misterios del *Prajñâ Paramitâ* (perfecta sabiduría) y sus manos mecieron la cuna del progenitor de ese débil pero bullicioso niño, a que llamamos *ciencia moderna*.

CAPÍTULO IV

Prefiero la noble conducta de Emerson cuando tras varios desengaños exclama: «Anhele la verdad». Quien realmente es capaz de hablar así, siente en su corazón el gozo del verdadero heroísmo.

TYNDALL

Para que un testimonio sea suficiente se requieren las siguientes condiciones:

- 1.^a Gran número de testigos muy perspicaces que convengan en haber visto bien lo que han visto.
- 2.^a Que los testigos estén sanos de cuerpo y mente.
- 3.^a Que sean imparciales y desinteresados.
- 4.^a Que haya entre ellos asentimiento unánime.
- 5.^a Que solemnemente atestigüen el hecho.

VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*

El fervoroso protestante Agenor de Gasparín ha sostenido larga y porfiada lucha con Des Mousseaux, De Mirville Y otros fanáticos que atribuyen todos los fenómenos espiritistas a la influencia de Satanás. El resultado de esta contienda han sido dos volúmenes de más de mil quinientas páginas, en que se prueban los *efectos* y se niega la *causa* de los fenómenos, tras sobrehumanos esfuerzos para explicarlos.

Toda Europa leyó la severa réplica enviada por Gasparín al *Journal des Débats* (NOTA: *Des Tables*, I, 213. FINAL NOTA) cuando este periódico motejó de locos rematados a cuantos después de leer el estudio sobre las «alucinaciones espiritistas» publicado por Faraday, persistiesen en dar crédito a los fenómenos que Gasparín había descrito minuciosamente como testigo presencial. Dice Gasparín en su réplica: «Hay que andar con cuidado, porque los representantes de las ciencias de experimentación van en camino de convertirse en *inquisidores* modernos. Los hechos son más poderosos que las academias y no dejan de ser hechos, aunque se les menosprecie, niegue y ridiculice» (NOTA: *Des Tables*, I, 216. FINAL NOTA).

Además, en la misma obra da Gasparín la siguiente descripción de los fenómenos por él observados en compañía del profesor Thury. Dice así:

Vimos con frecuencia que los pies de la mesa quedaban fuertemente pegados al suelo, sin que bastaran a levantarla los esfuerzos aunados de todos los circunstantes. En otras ocasiones presenciábamos un fenómeno de vigorosa y perfectamente definida levitación, así como hemos oído golpes unas veces tan violentos que amenazaban romper la mesa en pedazos y otras tan tenues que era preciso escuchar con cuidado para percibirlos... Respecto a las *levitaciones sin contacto* hubo medio de obtenerlas fácilmente, con buen éxito, y no en casos aislados, sino unas *treinta* veces (NOTA: *Id.*, I, 48. FINAL NOTA).

En cierta ocasión la mesa continuó volteando y levantando los pies a pesar de haberse sentado encima un hombre que pesaba ochenta y siete kilogramos. Otra vez la mesa quedó inmóvil, sin que nadie la pudiera menear, no obstante el poco peso de la persona, que apenas llegaba a diez y seis kilogramos (NOTA: *Id.* 24. FINAL NOTA). Un día volteó del revés con los pies al aire sin que nadie la tocara (NOTA: *Id.* 35. FINAL NOTA).

A este propósito, dice De Mirville:

Ciertamente que un hombre que repetidas veces ha presenciado el fenómeno, no puede aceptar el sutil análisis del físico inglés (NOTA: *De los espíritus*, 26. FINAL NOTA).

Desde el año 1850, Des Mousseaux y De Mirville, católicos a macha martillo, han publicado muchas obras de títulos muy a propósito para llamar la atención pública, que revelan la no disimulada alarma de sus autores, pues si los fenómenos no hubiesen sido auténticos no se tomara de seguro la iglesia romana la pena de combatirlos.

La opinión pública, escépticos aparte, se dividió en la manera de apreciar los fenómenos. El solo hecho de que la teología temiese mucho más a las posibles revelaciones obtenidas por medio de este misterioso agente, que a cuantos conflictos pudieran suscitarle las negaciones de la ciencia, debiera haber abierto los ojos a los más escépticos. La iglesia romana no ha sido nunca crédula ni cobarde, como de sobras lo prueba el maquiavelismo peculiar de su política. Además, nunca le han preocupado los prestidigitadores, porque sabe hasta dónde pueden llegar sus artimañas, y así deja dormir tranquilos a Roberto Houdin, Comte, Hamilton y Bosco, mientras que persigue a los filósofos herméticos, a los místicos, a Paracelso, Cagliostro y Mesmer, y se deshace de los médiums para entorpecer manifestaciones que considera peligrosas.

Los incapaces de creer en Satanás y en los dogmas de la Iglesia deben recordar que el clero es lo suficientemente astuto para no comprometer su reputación ocupándose de manifestaciones fraudulentas. Pero uno de los más valiosos testimonios de la realidad de los fenómenos psíquicos es el del famoso prestidigitador Roberto Houdin, quien nombrado perito por la Academia de Ciencias para informar sobre las maravillosas facultades clarividentes que, entremezcladas de ocasionales equivocaciones, demostraban los movimientos de una mesa, dijo: «Los prestidigitadores no nos equivocamos nunca y hasta ahora no ha fallado mi segunda vista».

El distinguido astrónomo Babinet no tuvo mejor fortuna al elegir al célebre ventrílocuo Comte como perito para informar sobre un caso de voces y golpes, pues se echó a reír delante del mismo Babinet por haber éste supuesto que el fenómeno tenía por causa el *ventriloquismo inconsciente*, hipótesis dignamente gemela de la *cerebración inconsciente* que, por lo evidentemente absurda, sonrojó a académicos más escépticos.

A este propósito dice Gasparín:

Nadie niega la suma importancia y magnitud del problema de lo sobrenatural, según se planteó en la Edad Media y está planteado hoy día... Todo en él es profundamente serio: el mal, el remedio, la recrudescencia de la superstición y el fenómeno físico que ha de extirparla (NOTA: Prefacio, 12 y 16. FINAL NOTA).

Mas adelante expone su definición sobre la materia, convencido por las manifestaciones presenciadas, según él mismo afirma. Dice así:

Son ya tan numerosos los hechos sacados a la luz de la verdad, que de hoy más se ha de dilatar el campo de las ciencias naturales o se extenderá el de lo sobrenatural más allá de todo límite (NOTA: Tomo I, 244. FINAL NOTA).

De las muchas obras escritas por los autores católicos y protestantes en contra del espiritismo, ningunas causaron tan tremendo efecto como las de De Mirville y Des Mousseaux (NOTA: Las principales son: *La Magia en el siglo XIX; Costumbres y prácticas de los demonios; Fenómenos de la Magia superior, Los Medianeros de la magia; De los espíritus y sus manifestaciones.* FINAL NOTA) que constituyen una verdadera enciclopedia biográfica del diablo y sus retoños, para íntima delectación de los buenos católicos desde los tiempos medioevales. Según estos dos autores, «el espíritu maligno, embustero y asesino desde un principio, es el instigador de los fenómenos espiritistas, que después de haber presidido durante miles de años la teurgia pagana, ha reaparecido en nuestro siglo a favor del incremento de las herejías, de la incredulidad y del ateísmo».

La Academia francesa lanzó al oír esto un grito de indignación y Gasparín lo tuvo por insulto personal, diciendo:

Esto es una declaración de guerra, un llamamiento a las armas. La obra de De Mirville es un verdadero manifiesto. Me hubiera alegrado de ver en ella la expresión estricta de personales opiniones; pero es imposible, porque el éxito de la obra, las explícitas adhesiones recibidas por el autor, la reproducción de su tesis en los periódicos católicos, la solidaridad de los ultramontanos en esta materia, todo contribuye a dar a la obra el carácter de un acto y de una labor colectiva. Por consiguiente, me considero en el deber de recoger el guante e izar la bandera del protestantismo contra el estandarte ultramontano (NOTA: Tomo II, 524. FINAL NOTA).

Como era de esperar, los médicos, asumiendo el papel de los coros griegos, asentían a cuantas reconvenções se lanzaban contra los dos escritores demonólogos. La revista *Anales Médico-Psicológicos*, dirigida por Brierre de Boismont y Cerise, publicó un artículo en el que se leía el siguiente párrafo: «Dejando aparte las luchas políticas, jamás se había atrevido un escritor en nuestro país a tan agresivas acometividades contra el sentido común. Entre ruidosas carcajadas por una parte y encogimiento de hombros por otra, el autor se presenta resueltamente ante los miembros de la Academia para entregarles lo que modestamente titula: *Memoria sobre el Diablo* (NOTA: *Anales médico-psicológicos*, 1º Enero de 1854. FINAL NOTA).

No cabe dada de que esta *Memoria* era un punzante insulto a los académicos, ya acostumbrados desde 1850 a excesivas humillaciones. ¡Peregrina idea fue llamar la atención de los inmortales sobre las travesuras del diablo! Juraron vengarse unánimemente forjando una hipótesis que aventajase, en lo absurda, a la misma demonología de De Mirville. Dos médicos famosos, Royer y Jobart de Lamballe, presentaron al Instituto un alemán cuyas habilidades daban la clave de los fenómenos psíquicos.

A este propósito dice De Mirville:

Nos sonroja decir que todo el fraude consistía en la dislocación de uno de los tendones de la pierna, según se demostró ante el Instituto de Francia en pleno, cuyos miembros agradecieron tan *interesante* comunicación, y pocos días después un catedrático de la Facultad de Medicina daba públicas seguridades (NOTA: *El Constitucional*, 16 de Junio 1854. FINAL NOTA) de que, puesto que los académicos habían expuesto su opinión, ya estaba descubierto el misterio (NOTA: *De Mirville: De los espíritus*. FINAL NOTA).

Pero estas *científicas* explicaciones no entorpecían el curso de los fenómenos psíquicos ni embarazaban la pluma de los dos escritores católicos en la exposición de sus ortodoxas teorías demonológicas. Des Mousseaux dijo que la Iglesia nada tenía que ver con sus libros, y al propio tiempo presentaba a la Academia un trabajo (NOTA: *Costumbres y prácticas de los demonios*, X. FINAL NOTA) del que entresacamos el siguiente párrafo:

El diablo es la principal columna de la fe. Su historia está íntimamente relacionada con la de la Iglesia y seguramente no hubiese caído el hombre sin las sugestivas palabras que pronunció por boca de su medianera la serpiente. De modo que a no ser por el diablo, el Salvador, el Redentor, el Crucificado, hubiese sido un ente ridículo y la cruz un agravio al sentido común.

Conviene advertir que este autor es eco fiel de la Iglesia, que igualmente anatematiza a quien niega la existencia de Dios que la del diablo.

Pero el marqués De Mirville lleva más allá las relaciones entre Dios y el diablo, considerándolas como una sociedad mercantil en que Dios accede resignadamente a

cuanto el diablo le propone con miras de exclusivo provecho. Así parece inferirse del siguiente pasaje:

Al sobrevenir la irrupción espiritista de 1853, con tanta indiferencia mirada, nos atrevemos a decir que era síntoma amenazador de una catástrofe. Bien es verdad que el mundo está en paz, pero no todos los desastres tienen los mismos antecedentes, y presentimos el cumplimiento de la ley expresada por Goërres al decir que «estas misteriosas apariciones han precedido invariablemente a los castigos de Dios (NOTA: De Mirville: *De los Espíritus*, 4. FINAL NOTA).

Estas escaramuzas entre los campeones del clero y la materialista Academia de Ciencias demuestran la poca eficacia de los esfuerzos de la docta corporación para desarraigar el fanatismo, aun de los mismos que presumen de cultos. *La ciencia no ha vencido, ni siquiera ha refrenado a la teología*, y tan sólo prevalecerá contra ella cuando reconozca en los fenómenos psíquicos algo más que alucinación y charlatanería. Pero ¿cómo lograrlo si no se los investiga? Si por ejemplo, hubiese padecido Oersted de *psicofobia y receloso* de que las gentes supersticiosas empleaban las agujas magnéticas para hablar con los espíritus, no se hubiera detenido a observar las variaciones de dichas agujas en sentido perpendicular a la corriente eléctrica que pasaba por un alambre colocado junto a ella, de seguro que no enriqueciera el sabio danés las ciencias experimentales con los principios referentes al electro-magnetismo. Babinet, Royer y Jobert de Lamballe son los tres miembros del Instituto que más se han distinguido, aunque sin lauro, en la contienda entre el escepticismo y el supernaturalismo. Babinet, el famoso astrónomo, se aventuró imprecavidamente en el campo de los fenómenos y quiso explicarlos científicamente; pero aferrado a la vana opinión tan general en los científicos, de que las manifestaciones psíquicas no resistirían más allá de un año a un examen minucioso, cometió la imprudencia de exponerlo así en los artículos que, como acertadamente observa De Mirville, apenas llamaron la atención de sus colegas y en modo alguno la del público.

Babinet admite desde luego sin dudar en lo más mínimo la rotación de las mesas, que según dice «es capaz de manifestarse enérgicamente con movimiento velocísimo, que ofrece vigorosa resistencia cuando se intenta detenerlo» (NOTA: *Revista de Ambos mundos*, 15 Enero 1854, 108. FINAL NOTA).

El insigne astrónomo explica el hecho del modo siguiente: «Los débiles y concordados impulsos de las manos puestas encima de la mesa la empujan suavemente hasta oscilar de derecha a izquierda... Cuando al cabo de un rato se inicia en las manos un estremecimiento nervioso y se armonizan los impulsos individuales de los experimentadores, empieza la mesa a moverse» (NOTA: Esta hipótesis es una variación de la de Faraday. FINAL NOTA).

Babinet considera esta explicación muy sencilla, «porque el esfuerzo muscular obra como en las palancas de tercer orden, en que el punto de apoyo está muy cerca de la potencia que comunica gran velocidad al objeto, a causa de la corta distancia que ha de recorrer la fuerza motora... Algunos se maravillan de que una mesa sujeta a la acción de varios individuos sea capaz de *vencer poderosos obstáculos* y que se rompan las patas cuando se la detiene bruscamente; pero esto nada de particular tiene en comparación de la energía desarrollada por la *armonía y concordancia de los impulsos individuales*... Repetimos que no ofrece dificultad alguna la explicación física del fenómeno» (NOTA: *Revista de Ambos mundos*, 410. FINAL NOTA).

De este informe se infieren claramente dos conclusiones: la realidad del fenómeno y lo ridículo de su explicación. Babinet dió con ello motivo a que alguien se riera de él, pero como buen astrónomo sabe que también el sol tiene manchas.

Además, aunque Babinet lo niegue, hemos de tener en cuenta la levitación de la mesa sin contacto. De Mirville dice que la tal levitación es «sencillamente imposible, tan imposible como el movimiento continuo» (NOTA: *Revista de Ambos mundos*, Enero 1854, 414. FINAL NOTA).

¿Quién se atreverá después de esto a creer en las *imposibilidades* científicas?

Pero las mesas no se contentan con oscilar, bailar y voltear, sino que también resuenan con golpes, a veces tan fuertes como pistoletazos. Sin embargo, la explicación científica no llega más que a suponer *ventrílocuos* a los testigos y a los investigadores.

Babinet publicó a este propósito, en la *Revista de Ambos Mundos*, un soliloquio dialogado a la manera del En Soph de los cabalistas. Dice así:

–¿Qué podemos inferir en definitiva de los fenómenos sometidos a nuestra observación?
¿Se producen tales golpes?

–Sí.

–¿Responden a preguntas?

–Sí.

–¿Quién produce estos golpes?

–Los médiums.

–¿Cómo?

–Por el ordinario método acústico del ventriloquismo.

–¿Pero no podrían proceder estos golpes del crujido de los dedos de manos y pies?

–No, porque entonces procederían siempre del mismo punto, y no sucede así (NOTA: *Revista de Ambos mundos*, 1º Mayo 1854, 531. FINAL NOTA).

A este propósito dice De Mirville:

Ahora bien, ¿qué pensar de los norteamericanos y de sus *millares de médiums*, que producen los mismos golpes ante millares de testigos? De seguro que Babinet lo achacará a ventriloquismo. Pero ¿cómo explicar semejante imposibilidad? Oigamos a Babinet, para quien es la cosa más fácil del mundo: «La primera manifestación observada en los Estados Unidos, se debió en resumen a un muchacho callejero que golpeó la puerta de un vecino, atraído tal vez por una bala de plomo pendiente de un hilo; y si el señor Weekman, el primer creyente de América, al notar por tercera vez los golpes, no oyó risas en la calle, fue por la esencial diferencia entre un francés medio árabe y un inglés aquejado de lo que llamamos *alegría fúnebre* (NOTA: *Revista de Ambos mundos*, 1º Mayo 1854, 511. FINAL NOTA).

En su famosa réplica a los ataques de Gasparín, Babinet y otros escritores, dice De Mirville:

Según los insignes físicos que han informado sobre el particular, las mesas voltean rápida y vigorosamente, ofrecen resistencia y, como ha demostrado Gasparín, *se levantan sin que nadie las toque*. Así como un juez decía que le bastaban tres palabras de puño y letra de un hombre para condenarlo a muerte, del mismo modo con las anteriores líneas nos empeñamos en confundir a los más famosos físicos del mundo y aun a revolucionar el globo, a menos que Babinet no hubiese tomado la precaución de indicar, como Gasparín, alguna ley o fuerza todavía desconocida. Porque esto zanjaría definitivamente la cuestión (NOTA: De Mirville: *De los Espíritus*, 33. FINAL NOTA).

Pero en las notas relativas a los fenómenos e hipótesis físicas llega a su colmo la insuficiencia de Babinet para explorar el campo del espiritismo.

Parece que De Mirville se muestra muy sorprendido de la maravillosa índole del fenómeno ocurrido en el *Presbiterio de Cideville* (NOTA: De Mirville: *De los Espíritus*, 33. FINAL NOTA) hasta el punto de rehusar la responsabilidad de su publicación, no obstante haber sido presenciado por jueces y testigos. Consistió dicho fenómeno en que en el preciso instante pronosticado por un hechicero, se oyó un ruidoso trueno encima de la casa rectoral, y al punto penetró en ella un flúido a manera de rayo que derribó por el suelo a cuantos allí estaban al amor de la lumbre, tanto a los que creían como a los que no en el poder del hechicero. Después de llenar el aposento de animales fantásticos, subió por la chimenea y desapareció, no sin producir un estruendo tan espantoso como el primero. Sin embargo, añade De Mirville que como ya tenía sobradas pruebas de los fenómenos psíquicos, no quiso añadir esta nueva enormidad a otras tantas (NOTA: De Mirville: *De los Espíritus. Notas*, 38. FINAL NOTA).

Pero Babinet que con sus eruditos colegas tanto se había mofado de los dos demonólogos, y que por otra parte estaba resuelto a demostrar la falsedad de semejantes relatos, no quiso dar crédito al fenómeno de Cideville y en cambio relató otro mucho más inverosímil, según comunicación dirigida a la Academia de Ciencias, el 5 de julio de 1852, reproducida sin comentario alguno y tan sólo como ejemplo de *rayo esférico*, en las obras de Arago (NOTA: Tomo I, 52. FINAL NOTA).

Dice así literalmente:

Un aprendiz de sastre, que vivía en la calle de Saint-Jacques, estaba acabando de comer cuando oyó un fortísimo trueno y poco después vió que caía la pantalla de la chimenea como empujada por el viento, e inmediatamente salió pausadamente del interior de la chimenea un globo de fuego del tamaño de la cabeza de un niño, que dió la vuelta por la habitación sin tocar al suelo. El aspecto de este globo era como de un gato que anduviese sin patas, y parecía más bien brillante y luminoso que caliente e inflamado, porque el aprendiz no notaba sensación de calor. Se aproximó el globo a los pies del muchacho, a manera de los gatos cuando se restriegan contra las piernas de una persona; pero el aprendiz se apartó para evitar el contacto con aquel meteoro, aunque pudo examinarlo a su sabor mientras se fue moviendo alrededor de sus pies. Después de vacilar en opuestas direcciones, desde el centro de la habitación se elevó el globo hasta la altura de la cabeza del aprendiz, quien se echó hacia atrás para que no le diese en la cara. Al llegar a cosa de un metro del suelo, se dilató el globo ligeramente, tomando una dirección oblicua hacia un agujero de la pared, a un metro de altura sobre la campana de la chimenea, con la particularidad de que este agujero se había practicado para dar paso al cañón de la estufa en invierno, y como estaba entonces empapelado como el resto de la pared no podía verlo el globo, según dijo ingenuamente el aprendiz. Sin embargo, el globo se dirigió directamente al agujero, despegó el papel sin estropearlo y salióse por la chimenea, hasta que al cabo de buen rato llegó al extremo superior del tiro, a una altura de diez y ocho metros sobre el nivel del suelo, y produjo un estallido todavía más espantoso que el primero, que derribó parte de la chimenea.

A este propósito, observa De Mirville en su crítica: «Podemos aplicar a Babinet lo que cierta señora muy mordaz le dijo en una ocasión a Raynal: Si no es usted cristiano no será por falta de fe» (NOTA: De Mirville: *Fenómenos e hipótesis físicos*, 46. FINAL NOTA).

Aparte de los polemistas católicos, el doctor Boudin se maravillaba de la credulidad de Babinet en lo tocante al llamado meteoro que cita con toda seriedad en un estudio que sobre el rayo publicaba a la sazón, donde dice: «Si estos pormenores son exactos como parecen serlo, desde el momento en que los admiten Babinet y Arago, difícilmente podremos seguir llamando a dicho fenómeno rayo esférico. Sin embargo, dejaremos que otros expliquen, si pueden, la naturaleza de un globo de fuego que no da calor y tiene aspecto de un gato que se pasea tranquilamente por la habitación y halla medios de escapar por el tubo de la chimenea a través de un agujero tapado con el papel de la pared

que despega sin estropearlo» (NOTA: Boudin: *Del rayo considerado desde el punto de vista de la Medicina legal y la Higiene pública*. FINAL NOTA).

Añade De Mirville:

Somos de la misma opinión que el erudito médico, en cuanto a la dificultad de definir exactamente el fenómeno, pues de la misma manera podríamos ver algún día rayos en forma de perro o de mono. Verdaderamente espeluzna la idea de toda una meteorológica colección de fieras que, gracias al rayo, se metieran sin más ni más en nuestras habitaciones para pasearse a su antojo.

Dice Gasparín en su enorme volumen de refutaciones:

En cuestiones de testimonio no puede haber certidumbre desde que atravesamos los límites de lo sobrenatural (NOTA: Gasparín: Tomo I, 288. FINAL NOTA).

Como quiera que no están suficientemente determinados estos límites, ¿cuál de ambos antagonistas reúne mejores condiciones para emprender tan difícil tarea?; ¿cuál de los dos ostenta mayores títulos para erigirse en árbitro público?; ¿no será acaso el bando de la llamada superstición, que cuenta con el apoyo de miles de testigos que durante dos años presenciaron los prodigiosos fenómenos de Cideville? ¿Daremos crédito a este múltiple testimonio o asentiremos a lo que dice la ciencia, representada por Babinet, quien, por el aprendizaje de sastrero, admite el rayo esférico, o *meteoro felino*, y lo considera como uno de tantos fenómenos naturales?

En un artículo periodístico (NOTA: *Revista trimestral de Ciencia*, 1º de Octubre de 1871. *Fuerza física*, 26. FINAL NOTA) cita Crookes la obra de Gasparín titulada: *La ciencia hacia el espiritismo*, y dice a este propósito: «El autor concluye por afirmar que todos estos fenómenos derivan de causas naturales, sin que haya en ellos milagro alguno ni tampoco intervención de espíritus ni diabólicas influencias. Gasparín considera comprobado por sus experimentos, que en determinadas condiciones fisiológicas la voluntad puede actuar a distancia sobre la inerte materia, y la mayor parte de su obra está dedicada a determinar las leyes y condiciones bajo las cuales se manifiesta dicha acción».

Ciertamente es así; pero en cambio, hay en la obra de Gasparín muchos otros puntos, como contestaciones, réplicas y memorias demostrativas de que, aunque pío calvinista, no cede en fanatismo religioso a Des Mousseaux ni a De Mirville, católicos ultramontanos. El mismo Gasparín denota su espíritu de partido al decir: «Me considero en el deber de izar la bandera protestante frente al estandarte ultramontano» (NOTA: Gasparín: *La ciencia hacia el espiritismo*, I, 313. FINAL NOTA). En lo tocante a los fenómenos psíquicos, sólo pueden ser válidos los testigos serenos e imparciales y el dictamen de los científicos que no tengan determinado interés en el asunto. La verdad es una, e innumerables las sectas religiosas que presumen de poseerla por entero; y si para los ultramontanos el diablo es el más firme sostén de la iglesia católica, para Gasparín ya no ha vuelto a haber milagros desde el tiempo de los apóstoles. Pero Crookes cita asimismo a Thury, profesor de Historia Natural en la Universidad de Ginebra y colaborador de Gasparín en la investigación de los fenómenos de Valleyres, aunque contradice terminantemente las afirmaciones de su colega. Dice Gasparín que «la principal y más necesaria condición para producir el fenómeno es la voluntad del experimentador, pues sin voluntad nada podrá lograrse, aunque se mantenga formada la cadena durante veinticuatro horas seguidas» (NOTA: Gasparín: *La ciencia hacia el espiritismo*, I, 313. FINAL NOTA). Esto demuestra que Gasparín no distingue entre los fenómenos psíquicos y los simplemente magnéticos, dimanantes de la persistente voluntad de los experimentadores, entre quienes tal vez no haya uno solo con aptitudes mediumnísticas desenvueltas ni latentes. Los fenómenos magnéticos resultan siempre de la acción conscientemente voluntaria de quienes se esfuerzan en obtenerlos, al

paso que los fenómenos psíquicos obran sobre el sujeto receptivo independientemente de él y muchas veces contra su propia voluntad. El hipnotizador logra cuanto está al alcance de su fuerza volitiva. El médium, por el contrario, será instrumento tanto más a propósito para la producción del fenómeno cuanto menos ejercite su voluntad, y las probabilidades de logro estarán en razón inversa del ansia que sienta de producirlo. El hipnotizador requiere temperamento activo y el médium pasivo. Esto es el abecé del espiritismo y lo saben todos los médiums. Dijimos que Thury discrepaba de Gasparín en lo referente a la hipótesis de la voluntad, y así lo demuestra la siguiente carta dirigida a su colega en respuesta a la súplica que éste le hizo para que rectificara la última parte de su informe. Dice así: «Comprendo la justicia de vuestras observaciones referentes a la última parte de mi informe, que acaso concite contra mí la animadversión de los científicos; pero no obstante lo mucho que deploro que mi resolución le haya disgustado tanto, persisto en ella porque la considero hija del deber a que sin traición no puedo faltar.

Por lo que a la ciencia se refiere, declaro que *todavía no está demostrada científicamente la imposibilidad de la intervención de los espíritus en estos fenómenos*, pues tal es la conclusión de mi informe, y si así no lo dijese me expondría a empujar por vías de múltiples y equívocas salidas, en el caso de que contra toda esperanza hubiese algo de verdad en el espiritismo, a cuantos después de leído mi informe quisieren estudiar estos fenómenos.

Sin salirme de los fenómenos de la ciencia, según yo la entiendo, cumpliré mi deber por completo sin segundas intenciones de amor propio, y como a vuestro juicio puede ocasionar esto un escándalo mayúsculo, no quiero avergonzarme de ello. Además, insisto en que *mi opinión es tan científica como otra cualquiera*. Aunque quisiera demostrar la hipótesis de la intervención de espíritus desencarnados no podría hacerlo por insuficiencia de los fenómenos observados; pero estoy en situación de resistir victoriosamente todas las objeciones. Quieran o no, han de aprender los científicos por experiencia propia y por sus propios errores a suspender su juicio en cosas que no hayan examinado suficientemente. Conviene que no se pierda la lección que les disteis sobre este particular.

Ginebra, 21 de Diciembre de 1854.

Analicemos esta carta para ver si descubrimos, no precisamente lo que el autor opina, sino lo que no opina acerca de la nueva fuerza. Por lo menos es indudable que el distinguido físico y naturalista demuestra científicamente la realidad de algunas manifestaciones psíquicas; pero, de acuerdo con Crookes, no las atribuye a los espíritus de los difuntos, pues no ve demostración de esta hipótesis, ni tampoco cree en los diablos del catolicismo (NOTA: El mismo De Mirville, al citar esta carta como prueba contraria a la hipótesis naturalista de Gasparín, dice que *tal vez no fueran producidos por el diablo los fenómenos de Valleyres, aunque sí todos los demás, con lo cual denota que Thury negaba esta intervención. FINAL NOTA*).

Pena nos causa decir que Gasparín cae en muchas contradicciones y absurdos, pues mientras por una parte vitupera acerbamente a los adictos a Faraday, por otra atribuye a causas naturales fenómenos que llama mágicos. Dice a este propósito: «Si no hubiéramos de tener en cuenta otros fenómenos que los explicados por el ilustre físico, cerraríamos los labios; pero nosotros hemos ido aún más allá, y ¿de qué han de servirnos esos aparatos que todo lo explican por la *presión inconsciente*? Sin embargo, la mesa resiste a la presión y al impulso, y a pesar de que nadie la toca, sigue el movimiento de los dedos que hacia ella señalan, sé levanta sin contacto alguno y gira de arriba abajo» (NOTA: *Des Tables, I, 213. FINAL NOTA*).

Pasa después Gasparín a explicar los fenómenos por su cuenta y dice: «Las gentes los atribuirán a milagro y no faltará quien los crea obra de magia. Cada nueva ley les parece un prodigio. Pero yo me encargo de calmar los ánimos, porque en presencia de semejantes

fenómenos no hemos de transponer los límites de las leyes naturales» (NOTA: *Des Tables*, I, 217. FINAL NOTA).

Por nuestra parte no los hemos transpuesto. Pero ¿están seguros los científicos de poseer la clave de estas leyes? Gasparín presume poseerla, como vamos a ver. Dice así:

No me arriesgo a dar explicación alguna, porque no es asunto de mi incumbencia. Mi propósito no va más allá de atestiguar los hechos y sostener una verdad que la ciencia intenta sofocar. Sin embargo, no puedo resistir a la tentación de manifestar a quienes nos confunden con los iluminados o con los brujos, que las manifestaciones en cuestión pueden explicarse de acuerdo con los principios generales de la ciencia.

En efecto; si suponemos que de los experimentadores, y más particularmente de algunos de ellos, emana un fluido cuya dirección esté determinada por la voluntad del individuo, no será difícil comprender cómo gira o se levanta la mesa por la acción del fluido acumulado sobre ella. Supongamos también que el vidrio es mal conductor de dicho fluido y tendremos explicado el por qué un vaso puesto en medio de la mesa interrumpe la rotación, mientras que si lo ponemos a un lado, se acumula todo el fluido en el opuesto, que por esta razón la levanta en alto.

Aparte de algunos pormenores no desdeñables, podríamos aceptar esta explicación si todos los circunstantes fuesen hábiles hipnotizadores, y mucho también pudiéramos admitir respecto a la intervención de la voluntad, de acuerdo con el erudito ministro de Luis Felipe; pero ¿qué decir de la inteligencia denotada por la mesa en sus respuestas? Con seguridad que estas respuestas no podían ser colectivo reflejo cerebral de los circunstantes, según opina Gasparín, porque las ideas de ellos discrepaban no poco de la en extremo liberal filosofía expuesta por la maravillosa mesa. Sobre esto nada dice Gasparín, como si a cualquier explicación recurriera con tal de no admitir la influencia de los espíritus, ni humanos, ni satánicos, ni elementales.

Resalta, por lo tanto, que la «simultánea concentración del pensamiento» y «la acumulación de fluido» no son más satisfactorias explicaciones que la «fuerza psíquica» de otros científicos. Preciso es buscar nuevas soluciones que de antemano calificamos de insuficientes, por numerosas que sean, hasta que la ciencia reconozca por causa de los fenómenos psíquicos una fuerza externa a los circunstantes y más inteligente que todos ellos.

El profesor Thury rechaza a un tiempo la hipótesis de los espíritus desencarnados, la de las influencias diabólicas y la de los teurgos y herméticos sintetizada en la sexta de Crookes (NOTA: Véase pág. 111. FINAL NOTA) y expone otra, a su entender, más prudente, con desconfianza respecto de las demás, si bien admite hasta cierto punto «la acción inconsciente de la voluntad», de acuerdo con Gasparín. A este propósito dice Thury: «Respecto a los fenómenos de levitación sin contacto y el empuje de la mesa de un sitio a otro por manos invisibles, no cabe demostrar *a priori* su imposibilidad, y en consecuencia, nadie tiene derecho a calificar de absurdas las pruebas efectuadas».

Por lo que toca a la hipótesis de Gasparín, la juzga Thury muy severamente, según puede colegirse del siguiente pasaje de De Mirville: «Admite Thury que en los fenómenos de Valleyres estaba la *fuerza en el individuo*, mientras que nosotros decimos que era a un tiempo intrínseca y extrínseca y que, por regla general, es precisa la acción de la voluntad. Después de todo repite Thury lo que ya había dicho en el prefacio de su obra, conviene a saber: «El barón de Gasparín nos presenta hechos escuetos de cuyas explicaciones no responde, tal vez por ser tan endebles que *se desvanecen de un soplo* sin que apenas quede nada de ellas. Respecto a los hechos *no es posible dudar en adelante de su autenticidad*».

Según nos dice Crookes, el profesor Thury «refuta las explicaciones de Gasparín y atribuye los fenómenos psíquicos a una substancia fluídica, a un agente que, como el

éter lumínico de los científicos, interpenetra todos los cuerpos materiales orgánicos e inorgánicos. A este agente le llama *psícodo*, y después de discutir las propiedades de este estado o forma de materia, propone que se denomine *fuerza ecténica* a la ejercida cuando la mente actúa a distancia por influencia del psícodo» (NOTA: Crookes: *Fuerza psíquica*, I, 26-27. FINAL NOTA). Más adelante observa Crookes que la fuerza ecténica de Thury es idéntica a la fuerza psíquica por él apuntada.

Fácilmente podríamos demostrar que tanto la fuerza ecténica como la fuerza psíquica, además de ser iguales entre sí, lo son a la luz astral o sidérea de los alquimistas (NOTA: Esta mismo concepto mantiene Eliphas Levi en su obra *Dogma y ritual de la alta magia*. FINAL NOTA) y al *akâsha* o principio de vida, la omnipenetrante fuerza que desde hace miles de años conocieron los gimnósofos, los magos indos y los adeptos de todos los países, y aun hoy se valen de ella los lamas del Tíbet, los fakires taumaturgos y algunos prestidigitadores indos.

En muchos casos de raptó provocado artificialmente por sugestión hipnótica, es posible y aun probable que el «espíritu» del sujeto actúe influido por la voluntad del hipnotizador; pero cuando el médium permanece consciente mientras se producen fenómenos psíquicofísicos que denoten una dirección inteligente, el agotamiento físico se traducirá en postración nerviosa, a menos que el médium sea mago capaz de proyectar su doble. Por lo tanto, parece concluyente la prueba de que el médium es pasivo instrumento de entidades invisibles que disponen de fuerzas ocultas. Pero no obstante la identidad de la fuerza *ecténica* de Thury y la psíquica de Crookes, sus respectivos mantenedores discrepan en cuanto a las propiedades que les atribuyen, pues mientras Thury admite que los fenómenos son producidos con frecuencia por voluntades *no humanas*, corroborando con ello la sexta hipótesis de Crookes, éste se reserva su opinión respecto a la causa de los fenómenos, cuya autenticidad no pone en duda. Así vemos que ni Gasparín y Thury, que investigaron los fenómenos psíquicos en 1854, ni Crookes, que se convenció de su realidad en 1874, les han dado explicación definitiva, a pesar de sus conocimientos en ciencias físico-químicas y de haber dedicado toda su atención a tan arduo problema. El resultado es que en veinte años ningún científico ha dado ni un paso en la solución del enigma que sigue tan inexpugnable como castillo de hadas.

¿Sería impertinencia sospechar que los científicos modernos se mueven en un círculo vicioso? Agobiados sin duda por la pesadumbre del materialismo y la insuficiencia de las llamadas ciencias experimentales para demostrar tangiblemente la existencia del mundo espiritual, mucho más poblado que el visible, no tienen otro remedio que arrastrarse por el interior del círculo vicioso, sin querer, más bien que sin poder, salir del hechizado recinto para explorar lo que fuera de él existe. Sus preocupaciones son el único embarazo que les impide reconocer la causa de hechos innegables y relacionarse con hipnotizadores tan expertos como Du Potet y Regazzoni.

Preguntaba Sócrates:

¿Qué engendra la muerte? –La vida– le respondieron (NOTA: Platón: *Fedro*. 44. FINAL NOTA)... ¿Puede el alma, puesto que es inmortal, dejar de ser impercedera?» (NOTA: *Id.* 128. FINAL NOTA) El profesor Lecomte dice: «La semilla no puede germinar sin que en parte se consuma.

Y San Pablo exclama:

Para que la simiente se avive es preciso que muera.

Se abre la flor, se marchita y muere; pero deja tras sí el aroma que perdura en el ambiente cuando ya sus pétalos están hechos polvo. Nuestros sentidos corporales no lo advierten y sin embargo existe. El eco de la nota emitida por un instrumento perdura eternamente.

Jamás se extingue por completo la vibración de las invisibles ondas del mar sin orillas del espacio. Siempre viven las energías transportadas del mundo de la materia al mundo del espíritu. Y el hombre, preguntamos nosotros, el hombre, entidad que vive, piensa y razona, la divinidad residente en la obra maestra de la naturaleza, ¿habría de abandonar su estuche para no vivir jamás? ¿Cómo negar al hombre cuyas cualidades fundamentales son la conciencia, la mente y el amor, el principio de continuidad que reconocemos en la llamada inorgánica materia del flotante átomo? No cabe más descabellada idea. Cuanto mayor es nuestro conocimiento, mayor es también la dificultad de concebir el ateísmo científico. Se comprende que un hombre ignorante de las leyes de la naturaleza, sin noción alguna de las ciencias físico-químicas, pueda caer funestamente en el materialismo, empujado por la ignorancia o por la incapacidad de comprender la filosofía de la ciencia, ni de colegir ninguna analogía entre lo visible y lo invisible. Un metafísico por naturaleza, un soñador ignorante, pueden despertar bruscamente y atribuir a ilusión y ensueño todo cuanto imaginaron sin pruebas tangibles; pero un científico familiarizado con las modalidades de la energía universal no puede sostener que la vida es tan sólo un fenómeno de la materia, so pena de confesar su incapacidad para analizar y debidamente comprender el alfa y el omega de la misma materia.

El escepticismo sincero respecto a la inmortalidad del alma es una enfermedad, una deformación cerebral, que ha existido en toda época. Así como algunas criaturas nacen envueltas en el omento, así también hay hombres incapaces de desprenderse durante toda su vida de la membrana que embota sus espirituales sentidos. Pero la *vanidad* es el verdadero sentimiento que les mueve a rechazar los fenómenos mágicos y espirituales, sin otro argumento que el siguiente: «Nosotros no podemos producir ni explicar estos fenómenos; por lo tanto, *no existen ni nunca han existido*. Hace unos treinta años, Salverte sorprendió a los «crédulos» con su obra: *Filosofía de la magia*, en la que pretendía explicar la causa operante de los milagros bíblicos y de los santuarios paganos. En resumen, los atribuye a largos años de observación, aparte de un profundo conocimiento de las ciencias físicas y metafísicas, en cuanto lo permitía la ignorancia de la época, con su secuela de imposturas, prestidigitación, ilusiones ópticas y fantasmagoría, que a fin de cuentas, convierten, según el autor, a los taumaturgos, profetas y magos, en pícaros y bribones, y al resto de los mortales en necios y bobos.

De la índole y valía de las pruebas podrá colegir el lector por la que aduce el pasaje siguiente: «Aseguraban los entusiastas discípulos de Jámblico, que al orar se levantaba a diez codos del suelo, y engañados por esta metáfora han tenido los cristianos la candidez de atribuir el mismo milagro a Santa Clara y a San Francisco de Asís» (**NOTA: *Filosofía de la Magia*. Traducción inglesa, 47. FINAL NOTA**). Según Salverte, los centenares de viajeros que atestiguan haber visto idéntico fenómeno en los fakires, serían todos unos embusteros o estarían alucinados. Sin embargo, hace poco tiempo, el eminente Crookes atestiguó un fenómeno de esta índole en condiciones que imposibilitaban todo fraude; y de la propia suerte habían aseverado lo mismo mucho tiempo antes infinidad de testigos, a quienes sistemáticamente se les niega crédito.

Paz a tus científicas cenizas ¡oh crédulo Salverte! ¿Quién sabe si antes de concluir el presente siglo la sabiduría popular habrá inventado este nuevo proverbio: «Tan increíblemente crédulo como un científico».

¿Por qué ha de parecer imposible que una vez separado el espíritu del cuerpo pueda animar una forma imperceptible, creada por la fuerza mágica, psíquica, ecténica o etérea, como quiera llamársela, con el auxilio de entidades elementarias que al efecto proporcionen la sublimada materia de un cuerpo? La única dificultad está en no darse cuenta de que el espacio no está vacío, sino repleto de los arquetipos de cuanto fué, es y será, y poblado de seres pertenecientes a diversas estirpes distintas de la nuestra.

Muchos científicos han reconocido la autenticidad de fenómenos en apariencia sobrenaturales, porque como el citado caso de levitación, contrarían la ley de la gravedad; pero al investigarlos, se enredaron en inextricables dificultades por su desgraciado intento de darles explicación con hipótesis basadas en las leyes conocidas de la naturaleza.

En el resumen de su obra, concreta De Mirville la argumentación de los científicos adversarios del espiritismo en cinco paradojas a que llama confusiones, conviene a saber:

Primera confusión: La de Faraday, quien explica el fenómeno de la mesa diciendo que ésta *empuja* al experimentador a causa de la resistencia que *la hace retroceder*.

Segunda confusión: La de Babinet, quien explica los golpes diciendo que de buena fe y con perfecta conciencia los producen *ventrílocuos*, cuya facultad implica necesariamente *mala fe*.

Tercera confusión: La de Chevreuil, quien explica la facultad de mover los muebles sin tocarlos, por la previa adquisición de esta facultad.

Cuarta confusión: La del Instituto de Francia, cuyos miembros aceptan los milagros con tal que no contraríen las conocidas leyes de la naturaleza.

Quinta confusión: La de Gasparín, que supone fenómenos sencillos y elementales, los que todos niegan porque nadie vió otros iguales (NOTA: De Mirville: *De los Espíritus*, 159. FINAL NOTA).

Mientras los científicos de fama admiten tan fantásticas hipótesis, algunos neurópatas de menor cuantía explican los fenómenos psíquicos por medio de un efluvio anormal, dimanante de la epilepsia (NOTA: Gerry Fairfield: *Diez años con médiums espiritistas*. Nueva York, 1875. FINAL NOTA). Otro hay que quisiera tratar a los médiums (y suponemos que también a los poetas) con asafétida y amoníaco (NOTA: Marvin: *Conferencia sobre la Mediummancia*. FINAL NOTA), y califica de lunáticos o de místicos alucinados a cuantos creen en las manifestaciones psíquicas. A este médico y conferenciante, se le podría aplicar la frase del Nuevo Testamento: «Sánate a ti mismo»; porque, en verdad, ningún hombre de cabal juicio se atrevería a tachar de locos a los cuatrocientos cuarenta y seis millones de personas que en las cinco partes del mundo creen en las relaciones de los espíritus con los hombres.

Considerando todo esto, maravilla la osadía de los presumidos pontífices de la ciencia al clasificar fenómenos que en absoluto desconocen. Seguramente, los millones de compatriotas a quienes de tal manera engañan, les merecen tanta consideración como si fueran gorgojos de patata o cigarrones, porque el Congreso norteamericano, a instancia de la Asociación americana para el progreso de las ciencias, promulga estatutos constituyentes de comisiones nacionales para el estudio de los insectos; los químicos se ocupan en cocer ranas y chinches; los geólogos entretienen el ocio en la observación de ganoides cónquidos y en discutir el sistema dentario de las diversas especies de dinictios; y los entomólogos llevan su entusiasmo hasta el extremo de cenarse saltamontes cocidos, fritos y en salsa (NOTA: *Revista Scientific American*, 1875. FINAL NOTA). Entretanto, millones de americanos quedan abandonados «á la confusión de locas ilusiones», según frase de los ilustres enciclopedistas, o sucumben a los «desórdenes nerviosos» dimanantes de la «diatesis mediumnística».

Tiempo hubo en que cabía esperar que los científicos rusos se tomaran el trabajo de estudiar atenta e imparcialmente los fenómenos psíquicos. La Universidad de San Petersburgo nombró una comisión presidida por el insigne físico Mendeleyeff, con objeto de poner a prueba en cuarenta sesiones consecutivas a los médiums que quisieran someterse a experimentación. La mayor parte rehusaron la invitación temerosos de alguna celada, y al cabo de ocho sesiones, cuando los fenómenos iban siendo más interesantes, la comisión prejuzgó el caso con frívolos pretextos y dió informe contrario a los médiums. En vez de proceder digna y científicamente, se valieron de espías que atisbaban por los

ojos de las cerraduras. El presidente de la comisión declaró en una conferencia pública que el espiritismo, como cualquiera otra creencia en la inmortalidad del alma, era una mezcla de superstición, alucinaciones e imposturas, y que las manifestaciones de esta índole, tales como la adivinación del pensamiento, el rapto y otros fenómenos psíquicos, se producían con el auxilio de ingeniosos aparatos y mecanismos que los médiums llevaban ocultos entre las ropas. Ante semejante prueba de ignorancia y prejuicio, el doctor Butlerof, catedrático de química de la Universidad de San Petersburgo, y el señor Aksakof, consejero de Estado que habían sido invitados a las sesiones, evidenciaron su disgusto en la protesta publicada bajo su firma en los periódicos, cuya mayoría se puso en contra de Mendeleýeff y de su oficiosa comisión, al paso que más de ciento treinta personas de la aristocracia sanpetersburguense, sin determinada filiación espiritista, avalaron con su firma la protesta.

El resultado fue que la atención pública se convirtiera hacia el espiritismo, constituyéndose en todo el imperio numerosos círculos. La prensa liberal empezó a discutir el asunto, y se nombró otra comisión encargada de proseguir las interrumpidas investigaciones.

Pero tampoco es fácil que la nueva comisión cumpla con su deber, pues tiene oportunísimo pretexto en el informe dado por el profesor Lankester, de Londres, acerca del médium Slade, quien, contra las prejuiciosas y circunstanciales aseveraciones de Lankester y de un amigo de éste llamado Donkin, opuso el testimonio de gran número de investigadores entre los que se contaban Wallace y Crookes. A este propósito, el *London Spectator* publicó un artículo del que extractamos los siguientes párrafos:

Es pura superstición el presumir de tan completo conocimiento de las leyes de la naturaleza, que hayamos de repudiar por falsos unos fenómenos cuidadosamente examinados por detenidas observaciones, sin otro fundamento que su aparente discrepancia con principios ya establecidos. Asegurar, como según parece asegura el profesor Lankester, que porque en algunos casos haya habido fraude y credulidad en estos fenómenos, como también los hay en las enfermedades nerviosas, forzosamente haya de haberlos contra toda escrupulosidad de las investigaciones, equivale a aserrar las ramas del árbol del conocimiento en que arraigan las ciencias inductivas y demoler toda la fábrica del edificio científico.

Pero ¿qué les importa esto a los doctores? El torrente de superstición que, a su decir, arrastra a millones de inteligencias claras, no puede alcanzarles; el nuevo diluvio llamado espiritismo, no es capaz de anegar sus robustas mentes; y las cenagosas oleadas de la corriente han de romper la furia sin ni siquiera mojar la correa de su zapato. Tal vez la tradicional terquedad del Creador les impide confesar el poco éxito que sus milagros tienen en nuestros días contra la ceguera de los profesionales de la ciencia, aunque de seguro sabe que desde hace tiempo resolvieron poner en el frontispicio de sus colegios y universidades, el siguiente aviso:

De orden de la ciencia se le prohíbe a Dios hacer milagros en este sitio (NOTA: Paráfrasis de un pasquín puesto en las tapias de un cementerio de Francia en tiempo de los milagros jansenistas prohibidos por la policía, el cual era de este tenor: *De par le roi defense a Dieu/ De faire miracle en ce lieu. FINAL NOTA*).

Espiritistas y católicos parecen haberse coligado contra los iconoclasticos intentos del materialismo, y al incremento del número de escépticos ha correspondido otro incremento proporcional del número de creyentes. Los campeones de los milagros «divinos» de la Biblia emulan a los panegiristas de los fenómenos psíquicos, y la Edad Media revive en el siglo XIX. De nuevo vemos a la Virgen María ponerse en correspondencia epistolar con los fieles hijos de su iglesia, mientras que por conducto de los médiums garrapatean mensajes los espíritus amigos. El santuario de Lourdes se ha convertido en gabinete de

materializaciones espiritistas, al paso que los gabinetes de los más famosos médiums norteamericanos parecen santuarios a donde Mahoma, el obispo Polk, Juana de Arco y otros espíritus de nota acuden desde la «negra orilla», para materializarse a la luz del día. Y si a la Virgen María se la ha visto pasear cotidianamente por las cercanías de Lourdes, ¿por qué no creer también al fundador del islamismo y al difunto prelado de la Luisiana? No cabe otro remedio que admitir o rechazar por igual la posibilidad o la impostura de entrambas manifestaciones milagrosas: las divinas y las espiritistas. Al tiempo ponemos por testigo. Pero mientras la ciencia no quiera alumbrar con su mágica lámpara la obscuridad del misterio, irán las gentes dando tropezones con riesgo de caer en el lodo.

A consecuencia de la desfavorable opinión sustentada por la prensa londinense acerca de los recientes «milagros» de Lourdes, monseñor Capel publicó en *The Times* el criterio de la Iglesia romana sobre el particular, en los siguientes términos:

Por lo que toca a las curaciones milagrosas, pueden consultar los lectores la juiciosa obra: *La Gruta de Lourdes*, escrita por el doctor Dozous, eminente facultativo de la localidad, inspector de higiene del distrito y médico forense, quien enumera al pormenor varios casos de curaciones milagrosas estudiadas por él con cuidadosa detención, para concluir diciendo: «Declaro que todo hombre de buena fe ha reconocido el carácter sobrenatural de las curaciones logradas en el santuario de Lourdes, sin otra medicina que el agua de la fuente. Debo confesar que mi entendimiento, nada propenso a la credulidad en milagros de ninguna clase, difícilmente se hubiese convencido de la verdad de una aparición tan notable bajo varios aspectos, a no ser por las curaciones que presencié personalmente y me dieron luz bastante para estimar la importancia de las visitas de Bernardita a la Gruta y la realidad de las apariciones con que se vió favorecida.

Digno de respetuosa consideración, por lo menos, es el testimonio del distinguido médico que desde un principio observó cuidadosamente a Bernardita y tuvo ocasión de presenciar las curaciones. A esto he de añadir que acuden a la gruta infinidad de gentes para arrepentirse de sus culpas, acrecentar su piedad, rogar por la regeneración de su patria y dar público testimonio de su fe en el Hijo de Dios y en su inmaculada Madre. Muchos van a curarse de sus dolencias corporales, y algunos vuelven curados según aseveran testigos oculares. El achacar falta de fe, como hace vuestro artículo, a los que después se van a tomar las aguas de los Pirineos, es tan poco razonable como si tacháramos de incrédulos a los magistrados que penan la negligencia en la prestación de auxilios médicos. Quebrantos de salud me forzaron a pasar en Pau el invierno durante los años de 1860 a 1867, y con ello tuve coyunturas de investigar minuciosamente cuanto se relacionaba con las apariciones de Lourdes. Después de haber observado con todo detenimiento a Bernardita y de estudiar algunos de los milagros ocurridos, me he convencido de que *si el testimonio humano es válido para comprobar la realidad de un hecho, forzosamente se ha de admitir la autenticidad de las apariciones de Lourdes*. Al fin y al cabo no es dogma de fe este punto, que cualquier católico puede aceptar o negar sin esperanza de elogio ni temor de censura.

Si el lector se fija en las frases subrayadas, advertirá como al clero católico, a pesar de la infabilidad pontificia y de su franquicia postal con el cielo, le satisface el testimonio humano para avalar los milagros *divinos*. Ahora bien, si atendemos a las conferencias dadas recientemente por Huxley, en Nueva York, acerca de la evolución, oiremos que dice: «La mayor parte de nuestro conocimiento de los hechos pasados se basa en las pruebas históricas del testimonio humano». Y en otra conferencia sobre biología añade: «Todo hombre que de corazón anhele la verdad, no ha de temer, sino desear la crítica serena y justa; pero es esencial que el crítico sepa de qué habla». Esto mismo debiera tener en cuenta su autor al tratar de asuntos psicológicos, pues si lo añadiese a sus antedichos conceptos ¿qué mejor pedestal sobre que alzarlo?

Vemos como el materialista Huxley y el prelado católico coinciden en considerar suficiente el testimonio humano para la comprobación de hechos que cada cual puede o no creer según sean sus preocupaciones. Por lo tanto, ¿no es razón que así el ocultista como el espiritista se encastillen en el argumento tan perseverantemente sostenido de que no cabe negar la autenticidad de los fenómenos psíquicos de los antiguos taumaturgos probados de sobra por el testimonio humano? Si la Iglesia y las Academias han aducido pruebas humanas, no pueden negar a los demás el mismo derecho. Uno de los frutos de la reciente agitación notada en Londres, con motivo de los fenómenos mediumnísticos, es que la prensa seglar ha expuesto ideas liberales. El *Daily News*, de Londres, decía en 1876: «En todo caso, nos parece que debemos considerar el espiritismo como una de tantas creencias tolerables, y dejarle, por lo tanto, en paz, pues tiene muchos prosélitos tan inteligentes como quien más, que hace tiempo hubiesen echado de ver cualquier superchería palpable y notoria. *Algunos hombres eminentes por su sabiduría han creído en las apariciones* y continuarían creyendo, aunque unos cuantos se entretuvieran en amedrentar a las gentes con fingidos fantasmas».

No es la primera vez en la historia que el mundo invisible ha tenido que luchar contra el materialista escepticismo de la ceguera espiritual de los saduceos. Platón deplora en sus obras y alude más de una vez a la incredulidad de ciertas gentes. Desde Kapila, el filósofo indio que muchos siglos antes de J.C. dudaba ya de que los yoguis en éxtasis pudiesen ver a Dios cara a cara y conversar con las más elevadas entidades, hasta los volterianos del siglo XVIII que se burlaban de lo más sagrado, en toda época hubo Tomases incrédulos. Pero ¿han conseguido atajar los pasos de la verdad? Tanto como los ignorantes e hipócritas jueces de Galileo lograron detener el movimiento de la tierra. No hay teoría capaz de influir decisivamente en la estabilidad e inestabilidad de una creencia heredada de las razas primitivas que, si tenemos en cuenta el paralelismo entre las evoluciones espiritual y física del hombre, recibieron la verdad de labios de sus antepasados, *los dioses de sus padres* que «estaban al otro lado de las aguas». Algún día se demostrará la identidad de los relatos bíblicos con las leyendas indas y la cosmogonía de distintos países, para ver cómo *las fábulas de las edades míticas son alegorías de los fundamentales principios geológicos y antropológicos*. A esas fábulas de tan ridícula expresión habrá de recurrir la ciencia para encontrar los «eslabones perdidos».

Por otra parte, ¿qué denotan las raras coincidencias observadas en la historia respectiva de pueblos tan distantes? ¿De dónde proviene la identidad de los conceptos primitivos que se advierten en las llamadas fábulas y leyendas, donde se encierra el meollo de los sucesos históricos, de una verdad profundamente encubierta bajo la capa de poéticas ficciones populares, pero que no deja de ser verdad? Comparemos, por ejemplo, el *Génesis* con los *Vedas* en los pasajes siguientes:

Y habiendo comenzado los hombres a multiplicarse sobre la tierra y engendrado hijas, viendo los hijos de Dios las hijas de los hombres que eran hermosas, tomáronse mujeres, las que escogieron entre todas... Y había *gigantes sobre la tierra en aquellos días...* (NOTA: *Génesis*, VI, 1-2-4. FINAL NOTA)

El primer brahmán se queja de estar *solo* y sin mujer entre sus hermanos. A pesar de que el Eterno le aconseja que dedique sus días al estudio de la ciencia sagrada, el primer nacido insiste en la queja. Enojado por tamaña ingratitud, el Eterno da al brahmán una mujer de la estirpe de los *daityas* o *gigantes*, de quien todos los brahmanes descienden por generación materna. Así es que la casta sacerdotal desciende por una línea de las entidades *superiores*, los hijos de Dios, y por otra, de *Daintany*, la hija de los gigantes de la tierra, los hombres primitivos (NOTA: Polier: *Mitología inda*. FINAL NOTA).

Y ellas les dieron hijos a ellos y llegaron a ser hombres poderosos del tiempo viejo; varones de nombradía (NOTA: *Génesis*, VI, 4. FINAL NOTA).

La misma alegoría encierra el pasaje análogo de la cosmogonía del *Edda* escandinavo. Har, compañero de Jafuhar y Tredi, describe a Gangler la formación del primer hombre llamado Bur, padre de Bör, quien tomó por mujer a Besla, hija del gigante Bölthara, de la estirpe de los *primitivos* gigantes (NOTA: El pasaje íntegro se encuentra en la obra de Mallet: *Antigüedades del Norte*, edición de Bohn, 401-405. FINAL NOTA).

El mismo fundamento tienen las fábulas griegas de los titanes y la leyenda mexicana de las cuatro estirpes sucesivas del *Popol-Vuh*. Esta alegoría de los gigantes es uno de los cabos de la enredada y al parecer inextricable madeja de la psicología del género humano, pues de otro modo no cupiera explicar la creencia en lo sobrenatural, ya que decir que ha brotado, crecido y desarrollado a través de las edades sin base de sustentación, cual frívola fantasía, fuera equiparable al absurdo teológico de que Dios creó el mundo de la nada.

Es demasiado tarde para negar la evidencia que se manifiesta con luz meridiana. Los periódicos, así religiosos como seculares, protestan ya unánimemente contra el dogmatismo y los estrechos prejuicios de la erudición apócrifa. El *Christian World* une su voz a la de sus escépticos colegas y dice:

Aun cuando pudiera demostrarse que todos los médiums son impostores, todavía censuraríamos la propensión de algunas autoridades científicas a mofarse y estorbar las investigaciones de índole semejante a las expuestas por Barrett ante la Asociación Británica. Si los espiritistas han caído en muchos absurdos, no por ello deben diputarse por indignos de examen sus fenómenos. Sean hipnóticos, clarividentes o como quiera, que digan los científicos qué son en vez de tratarnos como a muchachos preguntones a quienes se les da la cómoda pero poco satisfactoria respuesta: «los niños no preguntan nada (NOTA: En la *Revista Trimestral* de 1859 publica Graham un singular informe acerca de algunas ciudades de Oriente, hoy deshabitadas, cuyas puertas tienen piedras enormes en frecuente desproporción con la fábrica arquitectónica, como si llevaran la huella de una antiquísima raza de gigantes. FINAL NOTA).

Parece que en nuestra época no le cuadra a ningún científico aquel verso de Milton: «¡Oh, tú que por atestiguar la verdad sufriste universal vituperio!» La decadencia presente trae a la memoria las palabras de aquél físico que después de escuchar la historia del tambor de Tedworth y de Ana Walker, exclamó: «Si eso es cierto, estuve hasta ahora engañado y he de abrirme cuenta nueva» (NOTA: Dr. More: *Carta a Glanvil*, el autor de *Saducismus Triumphatus*. FINAL NOTA).

Pero en nuestro siglo, a pesar de la valía reconocida por Huxley al testimonio humano, hasta el mismo Enrique More se ha convertido en entusiasta visionario, cualidades que fuera desvarío ver reunidas en una persona (NOTA: J.S.Y: *Demonología o Ciencia natural revelada*, 219. - 1827. FINAL NOTA).

No han faltado hechos, pues los hay en abundancia, para que la psicología pudiera dar a comprender sus misteriosas leyes y aplicarlas a los casos ordinarios y extraordinarios de la vida. Hubiera sido necesario que idóneos observadores científicos los ordenaran analíticamente. Desgracia fue para las gentes, y baldón para la ciencia que el error prevaleciese y la superstición anduviera desenfrenada entre los pueblos cristianos durante tantos siglos. Las generaciones se suceden unas a otras con su tributo de mártires de la conciencia y del denuedo moral, de modo que ya se comprende la psicología algo mejor que cuando el férreo guante del Vaticano sentenciaba inicua y cruelmente a los desgraciados héroes cuya memoria infamaba con el estigma de nigrománticos y herejes.

CAPÍTULO V

Yo soy el espíritu que siempre niega.
Mefistófeles, en FAUSTO

El espíritu de verdad a quien el mundo no pudo recibir porque no le vió ni conoció.
SAN JUAN, XIV-17.

Millones de seres espirituales recorren la tierra y no los vemos ni cuando estamos
dormidos ni cuando despiertos.
MILTON

La mente no basta por sí sola para abarcar lo espiritual. De la propia manera que el sol
ofusca la luz de una llama, así el espíritu ofusca la luz de la mente.
W. HOWITT

Infinidad de nombres se han dado a las manifestaciones o efectos de la misteriosa energía que anima la materia. Es el *caos* de los antiguos; el *antusbyrum* o fuego sagrado de los parsis; el *fuego* de Hermes; el *elmes* de los antiguos germanos; el *rayo* de Cibeles; la *antorcha* de Apolo; el *fuego sagrado* de los altares de Pan y Vesta; la *centella* (πῦρ ἄσβεστος) del yelmo de Plutón, del capacete de Dioscuri, de la cabeza de Gorgona, del casco de Palas y del caduceo de Mercurio; el *phtha* o *ra* egipcio; el Ἀρχαῖος y el Zeus *cataibates* (el que descende) (NOTA: Pausanias: *Elie*, I, XIV. FINAL NOTA) de los griegos; las *lenguas de fuego* de la Pentecostés; la *zarza ardiente* de Moisés; la *columna de fuego* del Éxodo; la *lámpara ardiente* de Abraham; el *fuego eterno* del abismo sin fondo; los *vapores* del oráculo délfico; la *luz sidérea* de los rosacruces; el *akâsha* de los adeptos indos; la *luz astral* de los cabalistas; el *fluido nervioso* de los magnetizadores; el *od* de Reichenbach; el *globo ígneo* de Babinet; el *psicodo* y la *fuerza étnica* de Thury; la *fuerza psíquica* de Cox y Crootes; el *magnetismo atmosférico* de algunos físicos; el *galvanismo*; y finalmente la *electricidad*.

Bulwer Lytton en su *Raza futura* le llama *vril* (NOTA: Contracción de la palabra latina *virile*. FINAL NOTA) y supone ficciosamente que se valían de ella las poblaciones subterráneas. Dice, al efecto, que estas gentes creen que el *vril* unifica y resume la energía de todos los agentes naturales y demuestra después como Faraday presintió ya la unidad de las fuerzas en el siguiente pasaje:

Hace mucho tiempo que estoy convencido, y conmigo muchos otros amantes de la naturaleza, de que las diversas modalidades de las fuerzas de la materia *tienen origen* común, es decir, que están relacionadas con tan directa interdependencia que pueden transmutarse una en otra con equivalente potencia de actuación.

Por absurdo y anticientífico que parezca, sólo cabe, en verdadera definición de la energía primaria de Faraday y del *vril* de Lytton, identificarlos con la luz astral de los cabalistas, según van corroborando uno tras otro los descubrimientos de la ciencia.

Hace poco tiempo anunciaron los periódicos que Edison había descubierto una fuerza de modalidad distinta a la eléctrica, excepto en la conductibilidad. Si la noticia se confirma veremos cómo, no obstante las denominaciones científicas que se le den, resultará al fin y al cabo uno de tantos hijos engendrados desde el origen del tiempo por nuestra cabalística madre la *Virgen Astral*. En efecto, el descubridor asegura que la nueva fuerza es tan distinta y obedece a tan regulares leyes como el calor, el magnetismo y la electricidad. El periódico que primeramente publicó la noticia añade que Edison supone

la nueva fuerza relacionada con el calor, aunque también pudiera generarse por medios independientes *y no conocidos todavía*.

Otro reciente y admirable descubrimiento es la posibilidad de hablar desde muy lejos por medio de un aparato llamado *teléfono* que acaba de inventar Graham Bell. La nueva invención tuvo por precedente los tubos acústicos, consistentes en dos pequeñas bocinas de estaño recubiertas de terciopelo y enlazadas por un bramante. Entre Boston y Cambridgeport se ha sostenido por teléfono una conversación durante la cual se oyeron distintamente todas las palabras con la peculiar modulación de voz. Las ondas sonoras recibidas por un imán, se transmiten eléctricamente a lo largo del alambre en cooperación con dicho imán. El buen funcionamiento del aparato depende de la regularidad de la corriente eléctrica y de la potencia del imán que ha de cooperar a su acción.

El aparato –dice un periódico– consiste en una especie de bocina con una membrana muy delicada en la que repercuten las ondas sonoras cuando se aplica el habla a la bocina. Al otro lado de la membrana hay una pieza metálica que al vibrar aquélla se pone en contacto con un imán y éste con el circuito eléctrico gobernado por el operador. No se sabe cómo, pero lo cierto es que la corriente eléctrica transmite con toda exactitud de uno a otro aparato la voz del que habla sin pérdida de la más leve modulación.

Ante los prodigiosos descubrimientos de nuestra época, tales como la nueva fuerza de Edison y el teléfono de Graham Bell, aparte de las posibilidades todavía latentes en el reino sin límites de la naturaleza, no será exagerado suplicar a cuantos intenten combatir nuestra afirmación que esperen a ver si los nuevos descubrimientos la invalidan o la corroboran.

La invención del teléfono dará tal vez alguna insinuación tocante a lo que las historias antiguas dicen del secreto poseído por los sacerdotes egipcios, quienes durante la celebración de los misterios podían comunicarse instantáneamente de un templo a otro, aunque fuese de ciudad distinta. La leyenda atribuye estos mensajes a las «invisibles tribus del aire». El autor de *El hombre preadámico* cita un ejemplo que no sabe a punto fijo si lo da Macrino ú otro autor, pero que podemos, considerar por lo que valga. Dice que «durante su estancia en Egipto, una de las Cleopatras mandó noticias por un alambre a todas las ciudades del alto Nilo, desde Heliópolis a Elefantina» (NOTA: P.B. Randolph: *El hombre preadámico*, 48. FINAL NOTA).

No hace mucho tiempo nos reveló Tyndall un nuevo mundo poblado de hermosísimas figuras aéreas. Según dice, el descubrimiento consiste en «someter los vapores de ciertos líquidos volátiles a la concentrada acción de la luz solar o a los enfocados rayos de la eléctrica». Los vapores de algunos yoduros, nitratos y ciertos ácidos se sujetan a la acción de la luz en un tubo de ensayo colocado horizontalmente, de modo que su eje coincida con los rayos paralelos dimanantes de la lámpara. Los vapores forman nubes de soberbios matices y se agrupan en forma de vasos, botellas, conos, conchas, tulipanes, rosas, girasoles, hojas y volutas. Dice Tyndall que «la nubecita toma en breve rato la forma de cabeza de sierpe con su boca y lengua».

Por último, como remate de tantas maravillas, dice que en cierta ocasión tomaron los vapores figura de pez, con sus ojos, aletas y escamas, *tan estrictamente simétrico que no había señal en un lado que no estuviese también en el otro*.

Este fenómeno puede explicarse en parte por la acción mecánica de los rayos lumínicos, según Crookes ha demostrado recientemente, pues cabe suponer que el haz horizontal de rayos luminosos disgregue las moléculas de los vapores y vuelva a agruparlos en forma de globos y husos. Pero ¿cómo explicar la formación de vasos, flores y conchas? Esto es para la ciencia tan enigmático como el meteoro felino de Babinet, aunque no sospechamos que Tyndall dé a aquel fenómeno la absurda explicación que Babinet al suyo.

Quienes no hayan estudiado el asunto, tal vez se sorprendan de ver lo mucho que en la antigüedad se conocía del omnipenetrante y sutilísimo principio hace poco bautizado con el nombre de éter universal.

Pero antes de pasar adelante, conviene enunciar, según insinuamos ya, dos categóricas proposiciones, que para los antiguos teurgos fueron leyes demostradas.

1.º Los llamados milagros, empezando por los de Moisés y acabando por los de Cagliostro, estuvieron en perfecta concordancia con las leyes naturales, como acertadamente dice Gasparín, y por lo tanto, no fueron tales milagros. La electricidad y el magnetismo intervinieron sin duda alguna en muchos de estos prodigios; pero tanto ahora como entonces cabe admitir que las personas suficientemente sensitivas sirvan de *conductores inconscientes y actúen* en virtud de estos flúidos tan poco conocidos todavía por las ciencias. Esta fuerza posee infinidad de atributos y propiedades en su mayor parte ignoradas de los físicos.

2.º Los fenómenos de magia natural, presenciados en Siam, India, Egipto y otros países de Oriente, no tienen nada de común con la prestidigitación, pues los primeros son efecto de fuerzas naturales ocultas, y la segunda es artificio ilusionante obtenido por medio de hábiles manipulaciones en connivencia con otras personas (NOTA: Por lo menos en este punto estamos en terreno firme, pues el testimonio de Crookes corrobora nuestras aserciones. Dice en su obra: *Espiritismo fenoménico*: «Los centenares de hechos que estoy en disposición de atestiguar y cuyo remedo por artificios mecánicos desafiaría la habilidad y destreza de un Houdin, un Bosco o un Anderson, ocurrieron en mi propia casa, a horas fijadas por mi mismo y en circunstancias que imposibilitaban absolutamente el empleo del más sencillito instrumento. FINAL NOTA).

Los taumaturgos de toda época obraban prodigios por estar familiarizados con las ondulaciones imponderables en sus efectos, pero perfectamente tangibles, de la luz astral, cuyas corrientes guiaban con la fuerza de su voluntad. Los prodigios tenían doble carácter físico y psíquico, con sus correspondientes efectos materiales y mentales. Estos últimos son de índole análoga a los producidos por Mesmer y sus sucesores, entre quienes se cuentan en nuestros días dos hombres de no común cultura, Du Potet y Regazzoni, cuyas maravillosas facultades les dieron bien atestiguada nombradía en Francia y otros países. El hipnotismo es la más importante modalidad de la magia, cuyos efectos tienen por causa el agente universal propio de las obras mágicas que en todo tiempo se denominaron milagros.

Los antiguos llamaron *caos* a este agente; Platón y los pitagóricos el *alma del mundo*, y según los indos la Divinidad en forma de éter penetra todas las cosas. Es un flúido invisible, y sin embargo, sumamente tangible. A este universal Proteo, a que De Mirville llama burlescamente el *omnipotente nebuloso*, lo denominaron los teurgos *fuego viviente* (NOTA: Esta denominación nos descubre el significado de la enigmática frase del Zendavesta que dice: «por el fuego se sabe lo futuro y se adquiere ciencia y elocuencia» pues, en efecto, da extraordinaria facilidad de palabra a las personas muy receptivas. FINAL NOTA), *espíritu de luz y magnes*, cuya denominación denota sus propiedades magnéticas y naturaleza mágica, porque, como dice uno de nuestros adversarios, *μάγος* y *μάγνης* son dos ramas de un mismo tronco que dan iguales frutos.

Para averiguar la etimología de la palabra magnetismo, hemos de remontarnos a época inconcebiblemente remota. Muchos creen que la piedra imán deriva su nombre del de la ciudad de Magnesia, en Tesalia, donde abunda en extremo; pero diputamos por única acertada la opinión de los herméticos. La palabra mago se deriva del sánscrito *mahaji*, que significa *grande* o *sabio*, el ungido con la sabiduría divina. A este propósito dice Dunlap: «Eumolpo es el mítico fundador de los eumólpidos o sacerdotes que atribuían su saber a la inteligencia divina» (NOTA: *Misterios de Musah*, III. FINAL NOTA). Las cosmogonías de los diversos pueblos identificaban el *alma árquea universal* con

la mente del Demiurgo, la *Sophía* de los agnósticos o el *Espíritu Santo* en su aspecto fenoménico; y como los magos derivaban su nombre de este principio, se llamó a la piedra imán *magnes*, en honor de los que primeramente descubrieron sus maravillosas propiedades. Los templos de los magos abundaban en todas partes y entre ellos había algunos dedicados a Hércules (NOTA: A Hércules se le llamaba rey de los musianos (Schwab, II-44) y *musiana* era la fiesta del «espíritu y la materia» simbolizados por Adonis y Venus, Baco y Ceres. (Dunlap, Misterio de Adonis, 95). Dice Dunlap que Juliano y Anthon identificaban a Esculapio «el Salvador de todas las cosas» con Phtha (Mente creadora, sabiduría divina), Apolo, Baal, Adonis y Hércules. Phtha es el «Anima Mundi» de Platón, el Espíritu santo de los egipcios y la luz astral de los cabalistas. Sin embargo, Michelet opina que el Heracles griego era el adversario de las orgías báquicas con sus consiguientes sacrificios humanos. FINAL NOTA), por cual razón se le dió a la piedra imán el nombre de magnesiana o heráclea, cuando se supo que los sacerdotes la empleaban en sus operaciones terapéuticas y mágicas. Sobre este particular dice Sócrates: «Eurípides la denomina piedra magnesiana, pero el vulgo la llama heráclea» (NOTA: Platón: «Ion» (Burgess), tomo IV, 294. FINAL NOTA). De modo que los magos dieron nombre a la comarca tesalonicense de Magnesia y a la piedra imán que allí abundaba y no al contrario. Plinio dice que los sacerdotes romanos magnetizaban el anillo nupcial antes de la ceremonia. Los historiadores paganos guardan cuidadoso silencio acerca de los misterios mágicos, y Pausanias declara que en sueños le conminaron a no revelar los sagrados ritos del templo de Demetrio y Perséfone en Atenas (NOTA: Atica, I, XIV. FINAL NOTA).

Laciencia moderna no ha tenido más remedio que admitir el magnetismo animal después de negarlo durante mucho tiempo; pero aunque nadie lo pone en duda como propiedad del organismo animal, todavía lo combaten las Academias más encarnizadamente que nunca, en cuanto a su secreta influencia psicológica. Es deplorablemente asombroso que las ciencias experimentales no acierten a dar una hipótesis razonable sobre la potencia magnética. Diariamente aparecen pruebas de que esta modalidad energética intervenía en los misterios teúrgicos y por su influencia se explican fácilmente las secretas facultades de los taumaturgos para realizar tantos prodigios. De esta índole fueron los dones otorgados por Jesús a sus discípulos, pues en el momento del milagro sentía el Nazareno una fuerza dimanante de él. En su diálogo con Theages (NOTA: Platón: «Theages». Cicerón traduce la palabra *δαιμόνιον* por *quid divinum*, algo divino y no personal. FINAL NOTA), habla Sócrates de su *daimon* o dios familiar y de la facultad que poseía de transmitir o retener los conocimientos y virtudes de modo que las gentes de su trato recibiesen o no beneficio de su compañía, y al efecto cita el siguiente ejemplo, para corroborar sus palabras, con estas otras puestas en boca de Arístides: «He de declararte, Sócrates, una cosa increíble, pero que por los dioses te aseguro cierta. Allego mucho beneficio cuando estoy contigo en la misma casa; y el beneficio es todavía mayor si estamos *en el mismo aposento* y todavía más si *te veo a mi lado*, pero sube de punto cuando *me pongo en toque contigo*».

Este es el moderno magnetismo e hipnotismo de Du Potet y otros experimentadores, que luego de someter al sujeto a su influencia fluídica pueden transmitirle el pensamiento desde cualquier distancia y moverle irresistiblemente a obedecer sus mandatos mentales. Sin embargo, los antiguos filósofos conocían mucho mejor esta energía psíquica, según se infiere de los informes bebidos sobre el particular en las primitivas fuentes. Pitágoras enseñaba que la *Mente* divina está difundida e infundida en todas las cosas, de modo que por su universalidad cabe transportarla de un objeto a otro y servir de instrumento a la voluntad para formar todas las cosas. Según Platón la *Mente* divina o *Nous* es el *Kurios* de los griegos. A este propósito, dice: «*Kurios* simboliza la pura y simple naturaleza de la mente, la sabiduría» (NOTA: *Cratilo*, 79. FINAL NOTA). Así tenemos que *Kurios* es Mercurio o sabiduría divina y Mercurio es el Sol (NOTA: *Arnobio*, VI. XII.

FINAL NOTA), de quien Thot o Hermes recibió la sabiduría transmitida al mundo por mediación de sus obras. Hércules es también el Sol, considerado como depósito celeste del magnetismo universal (NOTA: Según veremos en los capítulos siguientes, los antiguos no consideraban el sol como directo manantial de luz y calor, sino tan sólo como agente transmisor de la luz. Por esta razón los egipcios le llamaban «el ojo de Osiris», o sea del Logos, del unigénito o luz manifestada al mundo, la Mente del Absoluto. Esta luz nos da a conocer el demiurgo, el Creador de nuestro planeta y de cuantas cosas contiene. Los dioses solares o Logos no tienen nada que ver con el invisible y desconocido universo diseminado por el espacio. Los «Libros de Hermes» expresan claramente este concepto. FINAL NOTA) o, mejor dicho, Hércules es la luz magnética que transmitida a través del «ojo abierto en los cielos» penetra en las regiones de nuestro planeta para convertirse en el Creador. El valeroso titán Hércules ha de sufrir doce pruebas. Se le llama «Padre de todas las cosas» «el nacido por sí mismo» (*autophues*) (NOTA: Hermann: *Himnos órficos*, XII.– Dunlap: *Misterios de Musak*, 91. FINAL NOTA). El diablo Tifón (NOTA: Movers, 525.– Dunlap: *Misterios de Adonis*, 94. FINAL NOTA) mata a Hércules, identificado en este caso con Osiris, padre y hermano de Horus (NOTA: Conviene tener en cuenta que al imán se le llamaba «hueso de Horus» y al hierro «hueso de Tifón». FINAL NOTA). Se le da el epíteto de *Invicto* cuando desciende al Hades (jardín subterráneo) y después de arrancar las «manzanas de oro» del «árbol de la vida», mata al dragón (NOTA: Preller, II, 153.– Este es el origen del dogma cristiano de la bajada de Cristo a los infiernos. FINAL NOTA). El rudo poder titánico, bajo el que se encubre el dios solar, se opone en forma de materia ciega al divino y magnético espíritu que propende a la armonía de la naturaleza.

Los dioses solares simbolizados en el sol visible son los creadores de la naturaleza física, pues la naturaleza espiritual es obra del Supremo Dios, del oculto y céntrico Sol espiritual, por mediación de su Demiurgo, la Mente divina de Platón, la Sabiduría divina de Hermes Trismegisto (NOTA: Este simbolismo explica admirablemente el grosero politeísmo de las masas y el refinado y filosófico concepto de la *unidad* de Dios, que se enseñaba tan sólo en los santuarios de los templos llamados paganos. FINAL NOTA), la sabiduría dimanante de Ulom o Kronos. Según dice Anthon (NOTA: *Cabeiria*. FINAL NOTA), en los Misterios de Samotracia, después de la distribución del fuego puro, empezaba una nueva vida. Este era el nuevo nacimiento a que Jesús aludía en su plática con Nicodemo. Y sobre lo mismo, dice Platón: «Iniciaos en el más bendito misterio y sed puros... para llegar a ser justos y santos con sabiduría» (NOTA: *Fedro*: Traducción de Cary. FINAL NOTA). A lo cual añade el Evangelista: «Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo» (NOTA: *San Juan*, XX, 22. FINAL NOTA).

Este simple acto de la voluntad bastaba para transmitir el don de profecía en su más alta modalidad, si tanto el iniciador como el iniciado eran dignos de ello. A este propósito dice el reverendo Gross: «Sería tan injusto como antifilosófico menospreciar este don, cual si en su presente modalidad fuese corrompido retoño o consumida reliquia de una época de ignorante superstición. En todo tiempo intentó el hombre levantar el velo que oculta a sus ojos lo futuro y, por lo tanto, siempre se tuvo la profecía por don concedido por Dios a la mente humana... Zwinglio, el reformador suizo, daba por fundamento a su fe en la providencia del Ser Supremo, la cosmopolita enseñanza de que el Espíritu Santo inspiraba también a la más digna porción del mundo pagano. Admitida esta verdad, no es posible suponer que los paganos dignos de él no pudieran recibir el don de profecía» (NOTA: *Religión pagana*, 104. FINAL NOTA).

Ahora bien; ¿qué es esta mística y primordial substancia? El Génesis la simboliza en «la haz de las aguas sobre que flotaba el espíritu de Dios». El libro de Job (NOTA: XXVI, 5. FINAL NOTA), dice que «abajo de las aguas fueron formadas las cosas sin alma que habitan allí»; pero en el texto original, en vez de «cosas inanimadas» se lee los «muertos *rephaim*» (NOTA: Gigantes poderosos, hombres primitivos en quienes la

evolución descubrirá algún día el origen de nuestra raza. FINAL NOTA). En la mitología egipcia el Absoluto está simbolizado por una serpiente enroscada alrededor de una vasija, sobre cuyas aguas planea la cabeza en actitud de fecundarlas con su aliento. La serpiente es, en este caso, emblema de la eternidad y representa a *Agathodaimon* o espíritu del bien, cuyo opuesto aspecto es *Kakothodaimon* o espíritu del mal. *Los Eddas* escandinavos dicen que durante la noche, cuando el ambiente está impregnado de humedad, cae el rocío de miel, alimento de los dioses y de las creadoras abejas *yggdrasillas*. Esto simboliza el pasivo principio de la creación del universo *sacado de las aguas*, y el rocío de miel es una modalidad de la luz astral con propiedades creadoras y destructoras. En la leyenda caldea de Berosis, el hombre pez, Oannes o Dagón, instruye a las gentes y les muestra el niño-mundo recién salido *de las aguas* con todos los seres procedentes de esta primera substancia. Moisés enseña que sólo la tierra y el agua pueden engendrar alma viviente, y en las Escrituras hebreas leemos que las hierbas no crecieron hasta que el Eterno derramó lluvia sobre la tierra. En el *Popol-Vuh* de los americanos, se dice que el hombre fue formado del limo de las aguas. Según los Vedas, Brahmâ sentado en el loto forma a Lomus (el gran muni o primer hombre) de agua, aire y tierra, después de dar existencia a los *espíritus* que, por lo tanto, tienen prelación sobre los mortales. Los alquimistas enseñaban que la tierra primordial o preadámica (*alkabest*) **(NOTA: Palabra inventada por Paracelso para denotar el disolvente de todas las substancias. FINAL NOTA)** es como el agua clara, en la *segunda* etapa de su transmutación en substancia primaria, que contiene todos los elementos constitutivos del hombre, no solo por lo que atañe a su naturaleza orgánica, sino también el latente «soplo de vida» dispuesto a la actuación vital ó, lo que es lo mismo, «el Espíritu de Dios flotante sobre las aguas» o «el caos», que de este modo se identifica con la substancia primaria. Por esta razón aseguraba Paracelso que era capaz de formar homúnculos, y el insigne filósofo Thales decía que el agua es el principio de todas las cosas de la naturaleza.

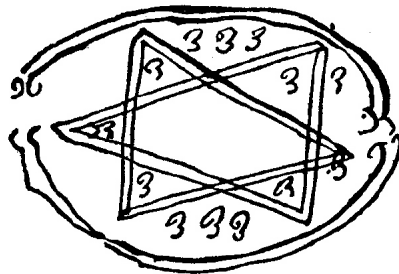
¿Qué es el caos primordial sino el éter de los físicos modernos tal como lo conocieron los filósofos antiguos mucho antes de Moisés? El caos es el éter de ocultas y misteriosas propiedades que contiene en sí mismo los gérmenes de la creación universal; el éter es la virgen celeste, madre espiritual de todas las formas y seres existentes, de cuyo seno, fecundado por el Espíritu Santo, surgen a la existencia la materia y la fuerza, la vida y la acción. A pesar de los recientes descubrimientos que van ensanchando los límites del saber humano, todavía se conocen muy incompletamente la electricidad, el magnetismo, el calor, la luz y la afinidad química. ¿Quién presume dónde termina la potencia o cuál es el origen de ese proteico gigante llamado éter? ¿Quién no echará de ver el espíritu que en él actúa y de él arranca las formas visibles?

Fácil tarea es demostrar que todas las cosmogonías se fundan en los conocimientos de nuestros antepasados, en las ciencias que hoy día parecen haberse coligado en pro de la doctrina de la evolución; y tampoco es difícil demostrar que los antiguos conocían mucho mejor que nosotros la evolución en sus dos órdenes, físico y espiritual. Para los antiguos filósofos, la evolución era una doctrina axiomática, un principio que abarcaba el conjunto del universo, mientras que los científicos modernos aceptan la evolución bajo hipótesis especulativas de carácter *particular* cuando no *negativo*. Es inútil que los jerarcas de la ciencia moderna rehuyan el debate diciendo que la enigmática fraseología del relato mosaico no concuerda con la definida exégesis de las ciencias experimentales.

Por lo menos está fuera de duda que todas las cosmogonías contienen el símbolo de las aguas y del espíritu que las fecunda, cuyo significado está de acuerdo con el concepto científico de que el mundo no ha podido ser creado de la nada. Todas las leyendas cosmogónicas dicen que en el principio los vapores nacientes y las tinieblas cimerianas reposaban sobre las aguas dispuestas a ponerse en actividad apenas recibido el soplo del Irrevelado, a quien los sabios primitivos presentían, aunque no viesen, porque su

espiritual intuición no estaba tan entenebrecida como ahora, por sutiles sofismas. Si no determinaban con toda precisión el tránsito del período silúrico al de los mamíferos, pongamos por caso, y si la época cenozoica estaba representada por las diversas alegorías del hombre primitivo, del Adán de nuestra raza, no por ello hemos de inferir que los sabios de entonces y los caudillos de pueblos no supieran tan bien como nosotros la sucesión de las épocas geológicas.

En los días de Demócrito y Aristóteles, ya había comenzado el descenso del ciclo, por lo que si estos dos filósofos expusieron tan acertadamente la teoría atómica, y fijaron el punto físico del átomo, bien pudieron llegar sus antecesores más lejos todavía, y transponer en la génesis del átomo los límites donde Tyndall y otros parecen haberse atascado sin atreverse a cruzar la frontera de lo incomprensible. Las *artes perdidas* prueban suficientemente que si cabe hoy duda respecto a los progresos de nuestros primitivos antepasados en ciencias naturales, a causa de lo deficiente de sus tratados, eran mucho más expertos que nosotros en el aprovechamiento útil de plantas y minerales. Además, es probable que en aquellos tiempos de misterios religiosos conocieran a fondo la física del globo y no divulgaran su saber entre las ignorantes muchedumbres.



Sin embargo, no sólo de los libros mosaicos podemos extraer pruebas en apoyo de ulteriores argumentos, porque los judíos tomaron su ciencia sagrada y profana de los pueblos con quienes desde un principio estuvieron en contacto. Su más antigua ciencia, la cábala o doctrina secreta, descubre en todos los pormenores su origen de la primitiva fuente del Turkestán, donde ya se cultivaba mucho antes de la época en que se deslindaron las naciones arias de las semitas. El rey Salomón, tan celebrado por su sabiduría y ciencia mágica (NOTA: Josefo: *Antigüedades*, VIII, 2-5. FINAL NOTA), recibió este saber de la India por conducto de Hiram rey de Ofir y de la reina de Saba. Igualmente de origen indio es el anillo o «sello de Salomón», al que las leyendas populares atribuyen potísima influencia en los genios y demonios. El reverendo Samuel Mateer, individuo de la «Sociedad Misionera de Londres», al tratar de la presuntuosa y abominable habilidad de los «adoradores del diablo», de Travancore, dice que posee un antiquísimo manuscrito en lengua malaya con infinidad de fórmulas e invocaciones mágicas para obtener gran variedad de resultados, en su mayoría de tenebrosa maldad.

En la misma obra publica Mateer el facsímil de varios amuletos con trazos y figuras mágicas, uno de los cuales lleva inscrita la siguiente fórmula:

Para quitar el temblor de la posesión diabólica, dibuja esta figura en una planta que tenga jugo lechoso, atraviésale un clavo y cesará el temblor (NOTA: *La tierra de caridad*, 210. FINAL NOTA).

La figura de que se habla es idéntica al sello de Salomón o doble triángulo de los cabalistas, por lo que cabe preguntar si éstos lo recibieron en herencia de Salomón, quien a su vez lo tomó de los indos, o si éstos se lo apropiaron de los judíos cabalistas (NOTA: *Las exploraciones de los misioneros cristianos corroboran sin darse cuenta la opinión de los adeptos que contra el parecer de los cabalistas judíos asignan origen indio a la doctrina secreta. De India pasó este conocimiento a Caldea y de aquí a los hebreos tanaímes.*

Los piadosos y eruditos misioneros han venido en nuestro auxilio. El doctor Caldwell (*Gramática comparada de las lenguas dravidianas*, p. 66) y el doctor Mateer (*Tierra de caridad*, p. 83) están de completo acuerdo con nosotros en que el sabio rey Salomón derivó de la India toda su ciencia cabalística, según comprueba la anterior figura mágica. Dice Caldwell que el árbol llamado baobab, originario según parece, no de la India, sino de África, donde medra en comarcas frecuentadas por los mercaderes extranjeros entre ellas Travancore, fue importado en la India por los vasallos de Salomón. La prueba que aduce Mateer es todavía más concluyente. Dice este misionero al describir la comarca de Travancore bajo el aspecto de las ciencias naturales: «Hay un hecho muy curiosamente relacionado con las Escrituras respecto al nombre del pavo real. El rey Salomón envió sus naves a Tarsis (I Reyes X, 22), de donde regresaron al cabo de tres años trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales. Ahora bien; la Biblia designa el pavo real con la palabra *tukki*, pues los judíos no tenían palabra propia para un ave que no conocían; y así resulta indudable la similitud entre el *tukki* de la Biblia y la voz del antiguo idioma tamil *toki* que significa pavo real. Por otra parte, los hebreos llamaban *koph* al mono, cuyo nombre indio es *kaphi*. El marfil abunda en la India meridional y el oro en los ríos que desembocan en la costa occidental, de lo que se infiere que esta costa era la Tarsis de la Biblia y que las naves de Salomón iban tripuladas por indos. En consecuencia, cabe asegurar que además del oro, plata, monos y pavos reales, el rey Salomón y su amigo Hiram, de masónica nombradía, recibieron de la India la sabiduría y la magia. FINAL NOTA). Pero no emprendamos esta frívola discusión y continuemos tratando de la luz astral cuyas desconocidas propiedades revisten mucho mayor interés.

Admitiendo que este mítico agente es el éter, veamos que sabe de él la ciencia moderna.

Roberto Hunt, de la «Sociedad Real de Londres», dice a propósito de la acción de los rayos solares: «Los rayos amarillos y anaranjados, que son los de *mayor* potencia lumínica, no alteran el cloruro argéntico, mientras que los rayos azules y violetas, cuya potencia lumínica es *menor*, alteran dicha sal en poco tiempo... El cristal amarillo apenas se opone al paso de la luz; pero el azul, si la intensidad de color es mucha, sólo admite muy corta cantidad de rayos lumínicos» (NOTA: *Investigaciones sobre las propiedades químicas de la luz*. FINAL NOTA). Además, vemos que la vida se manifiesta lozana bajo la influencia de los rayos azules y languidece bajo la de los amarillos. Por lo tanto, no cabe explicar estos fenómenos sino por la hipótesis de que la vida orgánica queda diversamente modificada bajo la influencia electro-magnética, cuya índole aún desconoce la ciencia.

Hunt echa de ver que la teoría de las ondulaciones no concuerda con el resultado de sus experimentos. Sir David Brewster demuestra (NOTA: *Tratado de óptica*. FINAL NOTA) que los colores de las plantas se deben a la específica atracción ejercida por las partículas del vegetal sobre los diversos rayos lumínicos y que la luz solar elabora los coloreados jugos de las plantas, así como también determina el cambio de color de los cuerpos. Al propio tiempo expone el mismo autor que no es fácil admitir que estos efectos provengan tan sólo de las vibraciones del éter, y por lo tanto, se ve precisado a creer que la luz es *materia*. El profesor Cooke de la Universidad de Harvard, disiente de los que aceptan definitivamente la teoría de las ondulaciones (NOTA: *Nueva Química*, 22. FINAL NOTA). Si es cierto el principio de Herschel, según el cual la intensidad de la luz en cada ondulación está en razón inversa del cuadrado de las distancias, contraría si acaso no invalida la teoría de las ondulaciones. La verdad de este principio se ha demostrado repetidas veces por medio del fotómetro, y sin embargo todavía subsiste la teoría de las ondulaciones, aunque algún tanto quebrantada.

El general Pleasanton, de Filadelfia, es uno de los más resueltos adversarios de esta anti-pitagórica teoría, según puede ver el lector en su obra *De los rayos azules*, contra cuya argumentación habrá de defenderse Tomás Young, quien, según refiere Tyndall, consideraba inmutablemente establecida la teoría de las ondulaciones.

Eliphaz Levi, el mago moderno, concreta el concepto de la luz astral en la siguiente frase: «Para adquirir facultades mágicas se necesitan dos cosas: redimir la voluntad de toda servidumbre y ejercitarse en regularla».

La voluntad soberana está simbolizada por la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente y por el arcángel que mata bajo sus pies al dragón infernal. Las antiguas teogonías representaron en figura de serpiente con cabeza de toro, carnero o perro, el agente mágico, la doble corriente lumínica, el *fuego* viviente y astral de la tierra, cuyos símbolos diversos son: la doble serpiente del caduceo; la serpiente del paraíso; la serpiente de bronce de Moisés enroscada en el *tau* o *lingam* generador; el macho cabrío de los aquelarres sabatinos; el *bafomete* de los templarios; el *hylé* de los agnósticos; la doble cola de serpiente del gallo solar de Abraxas; y finalmente el diablo de los católicos. Pero en su verdadero significado es la fuerza ciega contra la cual ha de prevalecer el alma para libertarse de las ligaduras terrenas, porque si su voluntad no las libra de «esta *fatal atracción*, quedarán absorbidas en la corriente de fuerza que las produjo y *volverán al juego central y eterno*».

Esta cabalística figura de dicción, no obstante su extraño lenguaje, es la misma que empleaba Jesús, para quien no podía tener significado distinto del que le daban agnósticos y cabalistas; pero los teólogos cristianos lo desvirtuaron para forjar el dogma del infierno. Literalmente significa dicho fuego la luz astral o principio generador y destructor de las formas. A este propósito dice Levi:

Todas las operaciones mágicas consisten en desprenderse de los anillos de la serpiente y ponerle el pie encima de la cabeza para dominarla a voluntad. En el mito evangélico dice la serpiente: «Te daré todos los reinos de la tierra si postrado me adoras». A lo que responde el iniciado: «No me postraré, antes bien tú caerás a mis pies. Nada puedes darme y haré de ti lo que me plazca. *Porque yo soy tu señor y dueño*». Este es el verdadero significado de la ambigua respuesta de Jesús al tentador... Así, pues, el diablo no es una entidad, sino una fuerza errática como su nombre indica; una corriente óptica o magnética formada por una cadena de voluntades malignas, productora del espíritu diabólico, llamado *legión* en el Evangelio, que animaba a la piara de cerdos precipitados en el mar. Este pasaje es una alegoría de cómo las fuerzas ciegas del error y el pecado arrastran precipitadamente a la naturaleza inferior (NOTA: Eliphaz Levi: *Dogma y ritual de la alta magia*. FINAL NOTA).

El filósofo y naturalista alemán Maximiliano Perty ha dedicado a las modernas formas de la magia un capítulo entero de su extensa obra acerca de las manifestaciones místicas de la naturaleza humana. Dice en el prefacio: «Las manifestaciones de la magia tienen parcial fundamento en un orden de cosas completamente distinto del que conocemos por el tiempo, espacio y causalidad. Estas manifestaciones apenas pueden someterse a experimentación, ni cabe provocarlas arbitrariamente, pero sí es posible observarlas con cuidadosa atención, siempre que ocurran en presencia nuestra, para agruparlas por analogía en determinadas clases e inducir de ellas sus leyes y principios generales».

Tenemos, por lo tanto, que para el profesor Perty, afiliado sin duda a la escuela de Schopenhauer, son perfectamente posibles y naturales, por ejemplo, los fenómenos producidos por el fakir Kavindasami y descritos por el orientalista Jacolliot. Este fakir era hombre que por el completo dominio de su naturaleza inferior había llegado a purificarse hasta aquel punto en que casi del todo libre de su prisión puede el espíritu obrar verdaderas maravillas (NOTA: Platón alude a una ceremonia de los Misterios en que se les enseñaba a los neófitos que el hombre está en esta vida como en una cárcel y se les declaraban los medios a propósito para *escapar temporáneamente de ella*. Según costumbre, los eruditísimos traductores desfiguran este pasaje, porque en parte no pueden y en parte no quieren comprenderlo. Véase *Fedon*, 16 y los comentarios del famoso místico platónico Enrique More. FINAL NOTA). Su voluntad y aun su solo anhelo eran potencia creadora capaz de gobernar los elementos y fuerzas de la naturaleza. El cuerpo no le servía ya de

estorbo para hablar de «espíritu a espíritu» y alentar de «vida a vida». Este fakir, con sólo extender las manos hizo germinar una semilla (NOTA: El mismo Jacolliot escogió esta semilla de entre las muchas que había en un saco y después de marcada la plantó por su propia mano en una maceta. FINAL NOTA), de la que brotó una planta que en menos de dos horas creció prodigiosamente en presencia de Jacolliot, contra todas las aceptadas leyes fitológicas, hasta una altura que en circunstancias ordinarias hubiese requerido algunas semanas. ¿Fue milagro? Ciertamente lo fuera con arreglo a la definición de Webster, según la cual es milagro todo suceso contrario a la *establecida* constitución y marcha de las cosas, en pugna con las leyes *conocidas* de la naturaleza. Pero ¿están seguros los naturalistas de que lo *establecido* por la observación es inmutable o de que conocen todas las leyes de la naturaleza? El caso del fakir resulta algo más notablemente milagroso que los experimentos llevados a cabo en Filadelfia por el general Pleasanton, pues si éste lograba acrecentar la lozanía y fertilidad de sus viñas hasta puntos increíbles, por los rayos violetas de luz artificial, el fluido magnético que emanaba de las manos del fakir estimuló el más rápido crecimiento de la semilla índica, concentrando en ella el *akâsa* o principio vital (NOTA: *Akâsa* es una palabra sánscrita que significa firmamento y también designa el imponderable e incoercible principio de vida o combinación de las luces astral y celeste que engendran el *anima mundi* de que nacen el alma y espíritu del hombre. La luz celeste forma el *nous*, *pneuma* o espíritu divino; la astral el *ψυχή* o alma. Las partículas más groseras de esta alma astral forman el cuerpo externo. *Akâsa* es el misterio fluido que los escolásticos llamaban «omnipenetrante éter» y entra en todas las operaciones mágicas de la naturaleza así como también en los fenómenos psíquicos. En Siria, Palestina e India la palabra *As* significa a un tiempo *cielo, vida y sol* y este último era considerado por los antiguos como el gran manantial magnético del universo. Dice Dunlap que la pronunciación suavizada de esta palabra era *Ah* porque de Grecia a Calcuta la *s* iba suavizándose gradualmente hasta convertirse en *h*. Así *Ah* es lo mismo que *Iah*, *Ao* y *Iao*. Moisés dice de Dios «Yo soy quien soy» (*Ahiah* reduplicativo de *Ah* o *Iah*). La palabra *As*, *Ah* o *Iah* en su significado de *vida y existencia* es evidentemente la raíz de la voz *akâsa* que en el Indostán se pronuncia *ahasa* y designa el principio o sea el soplo divino que da la vida. Es el *ruah* de los hebreos cuyo significado, según el Léxico de Parkhurst, es viento, soplo, *aire en movimiento*, espíritu moviente, o espíritu de Dios flotante sobre las aguas. FINAL NOTA) cuya corriente pasaba en flujo continuo de las manos del fakir a la planta, cuyas células avivaba con estupenda actividad, hasta terminar su crecimiento.

El principio de vida es una fuerza ciega y sumisa a la influencia capaz de dominarla. Con arreglo al ordinario curso del crecimiento vegetal, el protoplasma hubiera concentrado este principio para desenvolverse, según la norma establecida, con sujeción a las circunstancias atmosféricas (luz, calor, humedad), de las cuales hubiesen dependido su más o menos rápido crecimiento y su mayor o menor altura. Pero el fakir, con su poderosa voluntad y su espíritu purificado de los contactos materiales (NOTA: Conviene advertir que el fakir Kavindasami exigió de Jacolliot juramento de no acercársele mientras le viera en trance, pues el más leve contacto material hubiese paralizado la actuación del libre espíritu, como, con perdón del símil, un caracol que se esconde en la concha apenas se le tocan los cuernos. A veces la brusca interrupción del éxtasis y el repentino reingreso del espíritu en el cuerpo puede matar al sujeto por rompimiento del tenue enlace entre ambos elementos. Véanse a este propósito las obras de Du Potet y Puysegur. FINAL NOTA), auxilia la acción de la naturaleza y condensando, por decirlo así, en el germen el principio de vida vegetal acelera su desenvolvimiento. Esta fuerza vital obedece ciegamente a la voluntad del fakir, quien hubiera podido convertir la planta en un monstruo con sólo forjarlo mentalmente, pues la forma plástica y concreta se ajusta con invariable exactitud al tipo subjetivamente trazado en la mente del fakir, de la propia suerte que la mano y el pincel del pintor reproducen la imagen ideada por el artista. La voluntad del fakir en éxtasis delinea una matriz invisible, pero perfectamente objetiva, que sirve de necesario

molde a la materia vegetal de la planta. La voluntad crea, porque, puesta en actuación, es *fuerza* que engendra *materia*.

Si alguien objetara diciendo que el fakir no podía trazar en su mente el modelo de la planta, pues ignoraba la especie de semilla escogida por Jacolliot, responderíamos que el espíritu humano es semejante al del Creador en omnisciencia. Por lo tanto, si bien el fakir en estado de vigilia no podía saber qué especie de semilla era, en estado de trance, o sea muerto corporalmente con relación al mundo exterior, no tuvo su espíritu dificultad alguna de espacio ni de tiempo para conocer la especie de simiente plantada en la maceta o reflejada en la mente de Jacolliot. Las visiones, prodigios y demás fenómenos psíquicos existentes en la naturaleza corroboran nuestra afirmación.

Tal vez se arguya en otro sentido, contra el hecho de referencia, diciendo que lo mismo, y tan bien como el fakir, hacen los prestidigitadores indos, si hemos de creer a los informes de la prensa y a los relatos de los viajeros. Indudablemente hacen lo mismo los vagabundos prestidigitadores a pesar de sus licenciosas costumbres que no les dan reputación de santidad ni entre los naturales ni entre los extranjeros, antes al contrario, sus compatriotas les *temen* y menosprecian porque los miran como brujos y nigrománticos. Pero éstos llaman en su auxilio a los espíritus elementales, mientras que los hombres de la santidad de Kavindasami tienen bastante con la valía de su espíritu divino, íntimamente unido al alma astral, para recibir auxilio de los puros y etéreos *pitris* que asisten a su encarnado hermano. Cada ser atrae a su semejante, y la sed de riquezas, los impuros deseos y las ambiciones egoístas sólo pueden atraer a los espíritus que los cabalistas hebreos llaman *klipboth*, pobladores del cuarto mundo (*Asiah*) y los magos orientales designaban con el nombre de *afrites* o *deus*, es decir, los espíritus elementarios del error.

Oigamos cómo describe un periódico inglés la prodigiosa suerte del rápido crecimiento de una planta, llevada a cabo por los prestidigitadores indos:

El prestidigitador colocó en el suelo una maceta vacía y pidió permiso para que su secretario fuese a buscar tierra de jardín. Volvió a poco el secretario con una porción de tierra envuelta en la punta de su capote, que puso en el tiesto comprimiéndola ligeramente. Tomó entonces una pepita de mango y, después de enseñarla a los circunstantes, la plantó en el tiesto cubriéndola cuidadosamente de tierra y regándola con un poco de agua. Hecho esto, tapó el tiesto con un lienzo tendido sobre un pequeño triángulo, y al poco rato, entre vocerío y redobles de tambor germinó la simiente, según pudieron ver los circunstantes al descorrer el lienzo, notando que habían brotado dos hojas de color gris oscuro. Vuelta a tapar la maceta con la sábana y levantada por segunda vez al cabo de poco, vieron todos que a las dos primeras hojas habían sucedido, varias otras de color verde, de unos veinticinco centímetros de alto. La tercera vez apareció la planta con más frondoso follaje, hasta doble altura, y a la cuarta operación llevaba ya pendientes de sus ramas una docena de mangos, tamaños como nueces, con altura total de cuarenta y cinco centímetros. Al destapar por última vez la maceta aparecieron los frutos en completo desarrollo y cercanos a la madurez, pues muchos espectadores probaron su sabor agridulce.

A esto añadiremos que hemos presenciado el mismo experimento en la India y en el Tíbet, con la particularidad de haber proporcionado un bote vacío de extracto de carne Liebig, que sirvió de maceta rellena de tierra con nuestras propias manos, en *nuestra misma habitación*, para plantar una raicilla que el fakir nos había dado al efecto, sin que apartáramos ni un instante la vista del bote hasta la terminación del experimento, cuyo resultado fue idéntico al ya descrito. ¿Sería capaz un prestidigitador de hacer lo mismo en igualdad de circunstancias?

El ilustrado Orioli, miembro correspondiente del Instituto de Franciá, cita muchos ejemplos en demostración de los maravillosos efectos de la voluntad cuando actúa sobre el invisible Proteo de los hipnotizadores. Dice a este propósito: «He visto algunas personas

que con sólo pronunciar ciertas palabras paraban en seco la precipitada carrera de toros y caballos y detenían en su trayectoria la flecha que hendía los aires!» . Lo mismo afirma Tomás Bartholini. Y Du Potet, dice: «Cuando trazo en el suelo con yeso o carbón esta figura..., se fija allí algo como un *fuego* o una *luz* que atrae a la persona que se acerca y la detiene fascinada hasta el extremo de impedirle cruzar la línea. Un poder *mágico* la fuerza a quedarse parada hasta que al fin retrocede entre sollozos. La causa *no está en mí*, sino toda por completo en el signo cabalístico, contra el cual de nada vale la violencia» (NOTA: *La Magia revelada*, 147. FINAL NOTA).

El 18 de Mayo de 1856 efectuó Regazzoni una serie de notables experimentos ante muy famosos médicos franceses. Trazó con el dedo en el pavimento de la estancia una imaginaria línea cabalística sobre la cual dió algunos pasos. Se había convenido en que los mismos médicos escogerían los sujetos de experimentación y los introducirían en la estancia con los ojos vendados, guiándolos hacia la línea sin decirles ni una palabra de lo que de ellos se esperaba. Los sujetos echaron a andar sin el menor recelo, hasta que llegados a la invisible barrera quedaron como *clavados en el suelo*, mientras que por efecto del impulso adquirido caían de bruces sobre el pavimento, con rigidez semejante a si estuvieran helados (NOTA: *La Magia en el siglo XIX*, 268. FINAL NOTA).

En otro experimento se convino en que a una señal dada por uno de los médicos, el sujeto, que era una muchacha e iba vendada de ojos, debía caer al suelo como herida por un rayo en cuanto sintiera el flúido magnético emitido por la voluntad del magnetizador. Así ocurrió, apenas el médico guiñó el ojo, que era la señal convenida, y al ir uno de los circunstantes a sostener a la muchacha exclamó Regazzoni con voz de trueno: «No la toquéis, dejad que caiga, porque un sujeto magnetizado jamás se lastima en la caída». Des Mousseaux, al relatar este experimento, dice: «No es tan rígido el mármol como lo era su cuerpo; la cabeza no tocaba al suelo; tenía un brazo extendido al aire, una pierna levantada y la otra horizontal. En esta posición violenta permaneció indefinidamente como estatua de bronce» (NOTA: *La Magia en el siglo XIX*, 268. FINAL NOTA).

Todos los resultados obtenidos en las sesiones públicas de hipnotismo, los producía Regazzoni a la perfección, sin pronunciar palabra para prevenir al sujeto de lo que había de hacer, pues silenciosamente determinaba con su voluntad pasmosos efectos en el organismo de personas que le eran del todo desconocidas. Las órdenes que los circunstantes comunicaban en voz baja al oído de Regazzoni tenían inmediato cumplimiento por parte de sujetos con los oídos algodónados y vendas en los ojos, y en algunas ocasiones ni siquiera era necesaria esta comunicación, porque las preguntas mentales de los propios circunstantes hallaban cumplida respuesta.

En Inglaterra llevó a cabo Regazzoni análogos experimentos a trescientos pasos de distancia del sujeto que al efecto se le proporcionaba.

El mal de ojo no es más que la emisión del flúido magnético cargado de odiosa malevolencia y dirigido con malignas intenciones a otra persona, aunque también puede dirigirse con buen propósito. En el primer caso es *hechicería* y en el segundo *magia*.

¿Qué es la *voluntad*? ¿Pueden responder a esta pregunta las ciencias experimentales? ¿Cuál es la naturaleza de ese algo inteligente, incoercible y poderoso que prevalece con augusta soberanía sobre la materia inerte? La Idea universal quiso y el Cosmos brotó a la existencia. Yo *quiero*, y mis miembros obedecen. Yo *quiero*, y mi pensamiento atraviesa el espacio que para él no existe, envuelve el cuerpo de otro individuo, que no es parte de mí mismo, penetra en sus poros y cohibiendo sus facultades, si son flacas, le determina a una acción preconcebida. Actúa de modo semejante al flúido de una batería galvánica sobre un cadáver. Los misteriosos efectos de atracción y repulsión son los agentes *inconscientes* de la voluntad.

La fascinación, tal como la ejercen las serpientes con los pájaros, es una acción *consciente* que dimana del pensamiento. El lacre, el vidrio y el ámbar atraen por el roce

cuerpos ligeros y actualizan de este modo, aunque inconscientemente, la *voluntad*, porque tanto la materia organizada como la inorgánica, poseen una partícula de la esencia divina por indefinidamente pequeña que sea. ¿Y cómo no? Desde el momento en que, durante el proceso de su evolución, ha pasado del principio al fin por millones de formas diversas, debe retener el punto germinal de la *materia preexistente*, emanada en primera manifestación de la misma Divinidad. ¿Qué ha de ser entonces esta inexplicable fuerza atractiva sino una porción del *akâsa*, de aquella esencia en que tanto los sabios como los cabalistas reconocieron el «principio de vida?» Admitamos que la atracción ejercida por los cuerpos inorgánicos es ciega; pero según ascendemos en la escala de los seres, vemos que este principio de vida se desenvuelve a cada paso en más determinados atributos y facultades. El hombre, como ser más perfecto, en quien la materia y el espíritu, o sea la *voluntad*, alcanzan mayor desenvolvimiento, es el único capaz de comunicar impulso consciente al principio de vida que de él emana. Sólo el hombre puede comunicar al flúido magnético varios y opuestos impulsos de ilimitada dirección. Como dice Du Potet: «El hombre quiere y la materia organizada obedece. En él *no hay polos*».

Brierre de Boismont, en su tratado sobre *Alucinaciones*, examina una prodigiosa variedad de visiones, éxtasis y apariciones a que vulgarmente se llaman alucinaciones. Dice a este propósito: «No podemos negar que en ciertas enfermedades se sobreexcita extraordinariamente la sensibilidad que da prodigiosa agudeza de percepción a los sentidos, hasta el punto de que algunos individuos ven desde considerable distancia y otros anuncian la llegada de personas antes de que nadie pueda verlas ni oírlas» (NOTA: Brierre de Boismont: *Alucinaciones e Historia razonada de las apariciones, sueños, visiones, éxtasis y magnetismo*, 1845, 301. Véase también Fairfield: *Diez años entre los médiums*. FINAL NOTA).

Bierre de Boismont llama *alucinación* a la facultad que algunos enfermos lúcidos tienen de *ver a través de las paredes* y anunciar la llegada de una persona cuya venida se desconoce. Nosotros creíamos cándidamente, tal vez por ignorancia, que las *alucinaciones* han de ser subjetivas y de quimérica existencia en el delirante cerebro del enfermo; pero si éste anuncia la llegada de una persona que se halla muy lejos, y la persona llega en el preciso momento vaticinado por el *profeta*, su visión no es *subjetiva*, sino perfectamente *objetiva*, puesto que ve como va viniendo la persona. Por lo tanto, resulta incontrovertible que para ver un objeto a través de cuerpos opacos y de distancias inaccesibles a la vista corporal, es preciso la visión espiritual pues no cabe suponer coincidencia alguna de la casualidad.

Cabanis dice que en ciertos desórdenes nerviosos, los enfermos distinguen a simple vista los infusorios y microbios que las personas sanas no pueden ver sin auxilio del microscopio. Algunas personas, añade el mismo autor (NOTA: Cabanis: *De la influencia de las enfermedades en la formación de las ideas*. FINAL NOTA), entre ellas un respetable miembro del Congreso Legislativo de Nueva York, eran capaces de ver en las tinieblas tan distintamente como en un aposento iluminado; y otras seguían por el olfato el rastro de las gentes y acertaban quien había siquiera tocado un objeto con sólo olerlo. Así es en efecto; porque la razón, que según dice Cabanis, se vigoriza a expensas del instinto natural, es una especie de muralla de la China, levantada sobre sofismas, que acaba por embotar en el hombre la percepción espiritual cuya más importante modalidad es el instinto. Al llegar a cierto grado de debilidad orgánica, cuando las facultades mentales flaquean a causa de la depauperización corporal, el instinto, o sea la espiritual *unidad* que resume los cinco sentidos corporales, no halla obstáculo alguno, ni en tiempo ni en espacio. ¿Conocemos acaso los límites de la actividad mental? ¿Cómo es posible que un médico distinga las percepciones reales de las quiméricas en un enfermo cuyo enflaquecido y exhausto cuerpo deje escapar al alma de su cárcel para vivir tan sólo espiritualmente?

La divina luz que a despecho de la materia enfoca sus rayos de modo que el alma ve como en un, espejo lo pasado, lo presente y lo futuro; la mortífera flecha disparada por la cólera o el odio reconcentrados; la bendición salida de benévolos y agradecidos corazones; la maldición lanzada contra quienquiera que sea, víctima o verdugo; todo tiene su vibración en el agente universal que en determinada modalidad es el aliento de Dios y bajo la opuesta, la ponzoña del diablo (NOTA: El barón de Reichenbach presumió haber *descubierto este universal agente al que dio el nombre de od* y aunque no sabemos si fue un plagio, lo cierto es que el mismo nombre le dan los más antiguos libros cabalísticos. FINAL NOTA).

El lector tal vez pregunte: ¿Qué es ese invisible *todo*? ¿Por qué los científicos, a pesar del perfeccionamiento de sus métodos, no han descubierto ninguna de sus propiedades mágicas? Responderemos a esto que si los científicos lo desconocen no es razón bastante para negar las propiedades reconocidas en dicho agente universal por los sabios antiguos. La ciencia repudia hoy muchas cosas que mañana se verá en la precisión de aceptar. Poco menos de un siglo ha transcurrido desde que el Instituto de Francia negaba posibilidad científica a los experimentos eléctricos de Franklin, y apenas hay hoy edificio de importancia sin su correspondiente pararrayos. Los modernos científicos, gracias a su pertinaz escepticismo, escupen muchas veces al cielo y así les cae la saliva en la cara.

Dice la cosmogonía egipcia:

Emepht, el principio supremo engendró un huevo y después de incubarlo impregnándolo de su propia esencia, se desenvolvió el germen del cual nació *Phtha*, el activo y creador principio que dió comienzo a su obra. De esta ilimitada expansión de materia cósmica (NOTA: También se la puede llamar luz astral, éter, niebla inflamada o principio de vida, pues poco importa el nombre. La filosofía moderna la denomina ley de evolución. FINAL NOTA), que El mismo había engendrado con su soplo (voluntad), puso en actividad las potencias latentes y formó los soles, planetas y satélites en armónica e inmutable ordenación y los pobló de todas y cada una de las formas y cualidades de vida.

El mito de las cosmogonías orientales dice que en el principio sólo había agua (el padre) y limo prolífico (*Ilus* o *Hylé*, la madre), del que surgió la mundana serpiente (materia), símbolo del dios *Phanes*, el manifestado, la Palabra o Logos.

Veamos ahora cuán fácilmente remedaron este mito los compiladores del Nuevo Testamento. *Phanes*, el dios manifiesto, está representado en el símbolo de la serpiente en forma de *protogonos*, es decir, con cuatro cabezas respectivas de hombre, águila, toro y león, y alas en ambos costados. Las cabezas aluden al zodíaco y simbolizan las cuatro estaciones, pues la serpiente mundanal es el año terrestre, mientras que la serpiente por sí misma simboliza a *Knepk*, el Dios inmanifestado, el Padre. La serpiente es alada como el tiempo, y todo este simbolismo nos explica la razón de que las iglesias latina y griega acostumbren a representar a los cuatro evangelistas con los respectivos animales simbólicos cuyas cabezas lleva el *Protogonos*, así como también se ven dichos animales agrupados junto al sello de Salomón, en el pentágono de Ezequiel y en los querubines del Arca de la Alianza. También se explica la insistencia de Ireneo, obispo de Lyon, en que necesariamente había de haber un cuarto evangelio, pues cuatro eran las zonas del mundo y cuatro los puntos cardinales (NOTA: Ireneo, libro III, cap. II, sec. 8. FINAL NOTA). Dice un mito egipcio que la fantástica configuración de la isla de Chemmis (NOTA: *Chemi*, antiguo nombre de Egipto. FINAL NOTA), que flota en las etéreas ondas del empíreo, fue puesta en existencia por obra de Horus-Apolo, el dios-sol que la sacó del huevo del mundo.

En el poema cosmogónico de *Völuspa* (cántico de la profetisa), que contiene las leyendas escandinavas relativas a la aurora de los tiempos, el fantástico germen del universo yace en la *ginnungagap* (copa de ilusión), símbolo del abismo vacío y sin límites, el *nebelheim*

o paraje de las tinieblas. En esta tenebrosa y desolada matriz del mundo cae un rayo de cálida luz (éter), que llena la copa hasta los bordes y en ella se congela. Entonces el Invisible levantó con un soplo un viento abrasador que derribó las heladas aguas y disipó la niebla. Las aguas (corrientes de *Elivágar*), cayeron en vivificantes gotas de que surgió la tierra con el gigante Imir (principio masculino), quien sólo tenía « semejanza de hombre ». Al mismo tiempo nació la vaca *Audhumla* (NOTA: La vaca es símbolo de la generación prolífica y de la naturaleza intelectual. En Egipto estaba consagrada a Isis y en la India a Krishna y muchos otros dioses y dioses que personificaban las diversas fuerzas productoras de la naturaleza. En resumen, la vaca era el símbolo de la Madre suprema de todas las cosas y de todos los seres, así dioses como hombres; el emblema de la generación espiritual y física. FINAL NOTA) (principio femenino) de cuyas ubres fluyeron cuatro ríos de leche que se derramaron por el espacio (NOTA: Según el Génesis, el Paraíso terrenal estaba cruzado por un río dividido en cuatro brazos. (Gén. II, 5). FINAL NOTA) (emanación pura de luz astral). La vaca *Audhumla* engendra un potente y bello ser superior, llamado *Bur*, que lamía las piedras cubiertas de *sales minerales*.

Comprenderemos con mayor facilidad el oculto sentido de la alegoría de la creación del hombre, si tenemos en cuenta que los antiguos filósofos consideraban universalmente la sal como uno de los más importantes principios constituyentes de la creación orgánica, y que los alquimistas la tenían por el ménstruo universal extraído del agua, aparte de que tanto la ciencia moderna como el concepto popular la diputan por elemento indispensable para el hombre y los animales. Paracelso llama a la sal « centro de agua en que han de morir los metales »; y Van Helmont dice que el alkahest es *summum et felicissimum omnium salium* (la sal más superior y afortunada).

Cuando Jesús dijo a sus discípulos:

Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?.. Vosotros sois la luz del mundo. (*San Mateo*, V. 14)

Con estas palabras significaba directa e inequívocamente la doble naturaleza del hombre físico y espiritual, demostrando por otra parte su conocimiento de la doctrina secreta cuyos vestigios se descubren en las más antiguas y populares tradiciones de ambos Testamentos, así como en las obras de los místicos y filósofos antiguos y medioevales. Pero volvamos a la cosmogonía escandinava expuesta en los *Eddas*. El gigante Imir se queda dormido y suda copiosamente. La transpiración engendra de su sobaco izquierdo un hombre y una mujer, a quienes del pie del gigante les nace un hijo. Así tenemos que mientras la mítica « vaca » produce una raza de hombres superiores y espirituales, el gigante Imir engendra una raza de hombres malos y depravados, los *brimthursen* (gigantes helados). Salvo ligeras modificaciones, vemos la misma leyenda cosmogónica en los *Vedas* de la India. Tan luego como Brahmâ recibe de Bhagavâd, el Supremo Dios, la potestad creadora, engendra seres animados puramente espirituales los *déjotas*, que por residir en el Svarga (región celeste), no están dispuestos a morar en la tierra, y en consecuencia engendra Brahmâ a los *daityas*, de gigantesca estatura, que habitan en el Pâtala (región inferior del espacio) y tampoco están en condiciones de poblar el *Mirtloka* (la tierra). Para remediar este mal, Brahmâ engendra *de su boca* al primer brahmán, progenitor de nuestra raza; de su brazo derecho engendra a Raettris, el primer guerrero; de su brazo izquierdo a Shaterany, esposa de Raettris; del pie derecho nace su hijo Bais y del izquierdo su mujer Basany. Así como en la leyenda escandinava, *Bur*, el espiritual hijo de la vaca *Audhumla*, se casa con *Besla*, de la depravada estirpe de los gigantes, también en la leyenda inda el primer brahmán se casa con *Daintary*, de raza de gigantes. Igualmente nos dice el Génesis que los hijos de Dios tomaron por esposas a las hijas de los hombres, de cuya unión nacieron poderosos linajes. Resulta de ello evidente la originaria identidad entre el Génesis y las leyendas de la Escandinavia y el Indostán, a pesar de que se les niega a éstos

la inspiración atribuida al primero. Examinadas detenidamente, conducen a idéntico resultado las tradiciones de casi todos los demás países.

¿Qué cosmólogo moderno sería capaz de resumir en símbolo tan sencillo como la serpiente egipcia tal cúmulo de significados? En la serpiente se compendia toda la filosofía del universo. La materia está vivificada por el espíritu y ambos elementos desenvuelven del caos (energía) cuanto ha de existir. El *nudo* en la cola de la serpiente simboliza la íntima latencia de los elementos en la materia cósmica.

Otro símbolo aún más importante es la muda de la piel de la serpiente, que según se nos alcanza no han acertado hasta ahora a interpretar los simbolistas. Así como el reptil al despojarse de la piel se libra de una envoltura de grosera materia, demasiado enojosa ya para su cuerpo, y entra en un nuevo período de actividad, así también *el hombre al desprenderse de su cuerpo grosero y material pasa a un nuevo estado de existencia con mayores facultades y más enérgica vitalidad*. Por el contrario, los cabalistas caldeos dicen que cuando el hombre primitivo (NOTA: En discrepancia con la teoría de Darwin, los hombres primitivos fueron más puros, sabios y espirituales que la raza de Adán, según enseñan los mitos del *Bur* escandinavo, los *dejotas* indos y los «hijos de Dios» del *Génesis*. FINAL NOTA) se despiritualizó por su contacto con la materia, le fue dado por vez primera *cuerpo carnal*, y así lo simboliza aquel significativo versículo: «Hizo también el señor Dios a Adán y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió» (NOTA: *Génesis*, III, 21. FINAL NOTA). A menos que los intérpretes quieran convertir a Dios en sastre celeste, ¿qué otra cosa significan estas frases aparentemente absurdas, sino que el hombre espiritual en el curso de su involución había llegado al punto en que el predominio de la materia le transformó en hombre de carne? (NOTA: El segundo Adán a que se refiere el capítulo segundo del *Génesis*. FINAL NOTA)

Esta cabalística doctrina está más acabadamente expuesta en el *Libro de Jasher* (NOTA: Capítulo VII: Se supone que este es uno de los libros del Canon sagrado de los judíos y a él se alude en los de Josué y Samuel. Fue hallado por Sidras, oficial del ejército de Tito cuando el saqueo de Jerusalén y publicado en Venecia en el siglo XVII, según dice el prefacio del Consistorio de rabinos; pero tanto la edición americana como la inglesa las repudian por apócrifas los rabinos modernos, diciendo que reproducen una falsificación hecha en el siglo XII. FINAL NOTA), donde se dice que Noé heredó estas túnicas de Matusalem y Enoch, quien a su vez las había recibido de manos de Adán y su mujer. Cain se las hurtó a su padre que las había puesto en el arca y las dió secretamente a Cus, quien, a escondidas de sus hermanos e hijos, las transmitió a Nemrod.

Algunos cabalistas y aun arqueólogos dicen que Adán, Enoch y Noé son nombres distintos de un mismo personaje (NOTA: Cita de Higgins en el «*Anacalypsis*» referente a Faber. FINAL NOTA); pero otros sostienen que entre Adán y Noé transcurrieron varios ciclos, lo que equivale a decir que cada patriarca antediluviano representaba una raza existente en la sucesión de los ciclos, y que cada una de estas razas fue menos espiritual que la precedente. Así tenemos, que si bien Noé fue varón justo, no podía parigualarse en bondad con su ascendiente Enoch, que fue arrebatado al cielo en vida. De aquí la alegoría de que Noé heredó del segundo Adán y de Enoch la túnica de piel, aunque no la llevaba puesta, pues de lo contrario no se la hurtara su hijo Cam. Pero como Noé y sus hijos se salvaron del diluvio, resulta que el primero pertenecía a la antediluviana raza espiritual y fue escogido de entre todos los hombres por su pureza, mientras que sus descendientes fueron postdiluvianos. La túnica de piel que Cus llevó en secreto, es decir, cuando la materia contaminó su naturaleza espiritual, pasó a Nemrod, el hombre más poderoso y fuerte de los posteriores al diluvio y último vástago de los gigantes antediluvianos (NOTA: Cory: *Fragmentos antiguos*.— Beroso. FINAL NOTA).

Veamos de entresacar el oculto significado de la leyenda diluviana.

En la cosmogonía escandinava, los hijos de Bur matan al gigante Imir, y tan caudalosos ríos de sangre brotaron de sus heridas, que sumergieron a toda la raza de fríos y helados gigantes, salvándose únicamente Bergelmir y su mujer, refugiados en una barca, por lo que fueron padres de una nueva raza de gigantes, nacida del mismo tronco. Todos los hijos de Bur se salvaron del diluvio (NOTA: Para más pormenores véase el *Prose Edda* en las «Antigüedades del Norte», de Mallet. FINAL NOTA).

El gigante Imir simboliza la primitiva y ruda *materia* orgánica, las ciegas fuerzas cósmicas en estado caótico, antes de recibir el inteligente impulso del divino Espíritu que reguló su movimiento en leyes inmutables. La prole de Bur son los «hijos de Dios» o los dioses menores a que alude Platón en su *Timeo*, a los cuales fue encomendada la creación del hombre, pues sacan del caótico abismo (*el ginnungagap*) los mutilados restos del gigante Imir y se sirven de ellos para crear el mundo. Su sangre forma los ríos y los mares; sus huesos las montañas; sus dientes las rocas y peñascos; sus cabellos los árboles; su cráneo la bóveda celeste sustentada en las cuatro columnas de los puntos cardinales, y sus cejas formaron el Edén, la futura morada del hombre. Para tener correcta idea de esta morada (la tierra), dicen los *Eddas* que es preciso concebirla *redonda como un anillo* o como un disco flotante en la neblina del océano celeste (éter). Está circuida por Yörmungand, el gigantesco Midgard o serpiente que se muerde la cola, la culebra mundanal, símbolo de la materia dimanante de Imir, compenetrada con el espíritu de los hijos de Dios, que produjeron y modelaron todas las formas. Esta emanación es la luz astral de los cabalistas y el hipotético éter de los físicos modernos.

La misma leyenda escandinava de la creación del hombre nos da a entender cuán convencidos estaban los antiguos de la trínica naturaleza humana. Según el *Völuspá*, Odin, Hönir y Lodur, los progenitores de nuestra raza, mientras paseaban por la orilla del mar vieron dos palos que inertes y sin utilidad alguna flotaban en el agua. Odin les infundió el soplo de vida. Hönir dióles alma y movimiento. Lodur les dotó de belleza, palabra, vista y oído. Al hombre le llamaron *Askr* (fresno) (NOTA: Es digno de atención que en el *Popol-Vuh* de los mexicanos brote el primer hombre de una caña y Hesiodo lo describa nacido de un fresno, como en la leyenda escandinava. FINAL NOTA) y a la mujer *Embla* (aliso). Pusieron a esta primera pareja en el Edén y recibieron de sus creadores materia o vida inorgánica, mente o alma y espíritu puro. La primera procedía de los restos del gigante Imir; la segunda de los *Æsires* (dioses descendientes de Bur) y el tercero de *Vanr* (representación del puro espíritu).

Según otra versión del *Edda*, el universo visible surgió del centro de las frondosas ramas del *Iggdrasil* (árbol mundanal de tres raíces). Por debajo de la primera raíz corre el manantial de vida (*Urdar*) y debajo de la segunda, está el famoso pozo de Mimer, en cuyo fondo se ocultan la inteligencia y la sabiduría. Odin pide un vaso de agua de este pozo y lo consigue con la condición de dejar un ojo en prenda. Este ojo es el símbolo de la Divinidad, porque Odin lo deja en el fondo del pozo. Del árbol mundanal cuidan tres doncellas (nornas o parcas), llamadas Urdhr, Verdandi y Skuld, símbolos del pasado, el presente y el futuro. Todas las mañanas, mientras computan la duración de las vidas humanas, sacan agua de la fuente de Urdar para regar las raíces del árbol mundanal. Las emanaciones del fresno (*Iggdrasil*), al condensarse y caer en suelo, dan existencia y forma a la materia inanimada. Este árbol simboliza la vida universal, así orgánica como inorgánica; sus emanaciones significan el espíritu que vivifica las formas de la creación; y de sus tres raíces, una se extiende hacia el cielo, otra hacia la morada de los magos (gigantes de las altas montañas), y la otra, bajo la cual mana la fuente Hvergelmir, la roe el monstruo Nidhög, que constantemente induce a los hombres al mal.

También los tibetanos tienen su árbol mundanal en la antiquísima leyenda cosmogónica de su país. Le llaman *Zampun*, y tiene asimismo tres raíces, de las cuales la

primera se extiende hacia el cielo hasta la cima de las más altas montañas, la segunda hacia las regiones inferiores y la tercera llega a Oriente.

Los indos llaman *Ashvatta* (NOTA: Kanne: *Panteón de las filosofías antiguas. FINAL NOTA*) al árbol mundanal. Sus ramas son los componentes del mundo visible, y sus hojas los himnos védicos que tanto bajo el aspecto intelectual como del moral simbolizan el universo.

Quien cuidadosamente estudie los mitos cosmogónicos de las religiones antiguas advertirá, sin duda, la sorprendente similitud de concepto esotérico y de forma exotérica, hasta el punto de que no puede resultar de meras coincidencias, sino de un plan único en demostración de que en aquellos primitivos tiempos, velados por la densa niebla de las tradiciones, el pensamiento religioso de la humanidad se desenvolvía acordemente en todas las comarcas del globo. Los cristianos llaman panteísmo a la veneración que inspiran las recónditas verdades de la naturaleza; pero entre el panteísmo adorador de Dios en la naturaleza que, como única manifestación objetiva de la divinidad, la revela y recuerda sin cesar al hombre, y una religión dogmática que encubre y vela el verdadero concepto de Dios, no es difícil discernir cuál de los dos satisface más cumplidamente las necesidades del género humano.

La ciencia moderna acepta la teoría de la evolución, de acuerdo en este punto con la doctrina secreta y el significado oculto de los mitos cosmogónicos de la antigüedad, sin excluir la Biblia. Lentamente brota de la semilla el tallo y del tallo el capullo y del capullo la flor; pero ¿qué fuerza *espiritual* preside todas estas transformaciones que acaban por dar a la flor su forma, colores y perfume?

A esto responde la palabra *evolución*. El germen de la actual raza humana debió preexistir en su progenitor, como la semilla en que late la futura flor existe oculta en el ovario materno. La nueva planta podrá tener mucha semejanza con su progenitora, pero será algo distinta de ella. Si los antediluvianos predecesores del elefante y del lagarto fueron el mamut y el plesiosaurio, ¿por qué no ser progenitores de nuestra raza los gigantes a que aluden los *Vedas*, el *Völuspa* y el *Génesis*?

La transformación de las especies, tal como la exponen los materialistas, es tan absurda como lógica resulta la evolución sucesiva de las formas animales de un originario tipo inferior. Aun concediendo que las especies animales procedan tan sólo de cuatro o cinco tipos (NOTA: Darwin: *Origen de las especies*, 484. FINAL NOTA), y aunque todos los seres orgánicos que viven o han vivido en la tierra procedan de una forma primaria (NOTA: *Id*: No podemos admitir esta «forma primaria», a menos que por ella se entienda la primera forma en donde se manifestó la Divinidad *revelada*. FINAL NOTA), no parece sino que únicamente los empedernidos materialistas y los faltos de intuición sean capaces de prever «el futuro establecimiento de la psicología sobre las nuevas bases de la evolución gradual de las facultades y fuerzas mentales» (NOTA: *Id.*, 488. FINAL NOTA).

El origen físico del hombre y todo cuanto se refiere a su evolución orgánica cae bajo el dominio de las ciencias experimentales; pero negamos a los materialistas toda competencia en lo concerniente a la evolución psíquica y espiritual del hombre, porque no hay ni mucho menos pruebas evidentes de que las facultades superiores del ser humano procedan de la evolución como la planta más humilde y el más miserable gusano (NOTA: *Conferencia de Huxley sobre Darwin y Hæckel*. FINAL NOTA).

Veamos ahora la teoría evolucionista de los antiguos brahmanes simbolizada en el árbol mundanal llamado *Ashvatta*, aunque de distinto modo que los escandinavos. El *Ashvatta* tiene las ramas hacia abajo y las raíces hacia arriba. Las raíces simbolizan el mundo físico, el universo visible, y las segundas el invisible mundo espiritual, porque las raíces arrancan de las celestes regiones en donde desde la creación del mundo colocó la humanidad a su invisible Dios. Los símbolos religiosos de todo país son corroboraciones

diversas de la doctrina, según la cual, la energía creadora emanó de un punto primario, y así lo enseñaron Pitágoras, Platón y otros filósofos. A este propósito, dice Filón: «Los caldeos opinaban que el Kosmos es un punto entre las cosas existentes, bien que este punto sea el mismo Dios (*Theos*) o bien que en él esté Dios abarcando el alma de todas las cosas (NOTA: *Emigracion de Abraham, 32. FINAL NOTA*).

Las pirámides de Egipto simbolizan la misma idea que el árbol mundanal. El vértice es el místico eslabón entre cielo y tierra, análogo a la raíz del árbol, mientras que la base representa las ramas extendidas hacia los cuatro puntos cardinales del universo material. La idea simbólica de las pirámides es que todas las cosas dimanen del espíritu por evolución descendente (al contrario de lo que supone la teoría darviniana), es decir, que las formas han ido materializándose gradualmente hasta llegar al máximo de materialización. En este punto entra la moderna teoría evolutiva en el palenque de las hipótesis especulativas y no causa extrañeza que Haeckel trace en su *Antropogenia* la genealogía del hombre «desde la raíz protoplásmica existente en el limo oceánico, mucho antes de sedimentar las más antiguas rocas fosilíferas», según expone Huxley. Podemos creer que el hombre descienda de un mamífero semejante al mono, sobre todo cuando, según afirma Berossio, esta misma teoría enseñó, sino tan elegante, más comprensiblemente, el hombre pez, Oannes o Dagón, el semidemonio de Babilonia (NOTA: *Cory: Fragmentos antiguos. FINAL NOTA*). Conviene advertir que esta antigua teoría de la evolución, no sólo se encierra en los símbolos y leyendas, sino que también se ve representada en pinturas murales de los templos indos y se han encontrado fragmentos descriptivos en los templos egipcios y en las losas de Nimrod y Nínive excavadas por Layard. Pero ¿qué hay tras la descendencia del hombre según Darwin? Por muy allá que vaya nuestro examen, sólo encontramos hipótesis de imposible demostración, porque el famoso naturalista dice que «todas las especies descienden en línea recta de unos cuantos individuos existentes mucho tiempo antes de formarse la primera capa silúrica» (NOTA: *Origen de las especies, 448-449, 1ª edición. FINAL NOTA*). Aunque Darwin no se toma el trabajo de decirnos quiénes fueron estos «unos cuantos individuos», basta que para admitir su existencia haya de solicitar la corroboración de los antiguos, de modo que el concepto tenga carácter científico. En efecto, sería verdaderamente temerario afirmar que la ciencia moderna contradice la antigua hipótesis del hombre antediluviano, después de las modificaciones sufridas por nuestro globo en cuanto a temperatura, clima, suelo y aun nos atrevemos a decir que en sus condiciones electro-magnéticas. Las hachas de pedernal encontradas por Boucher de Perthes en el valle de Sôme son prueba de que la antigüedad del hombre sobre la tierra excede a todo cómputo. Según Büchner, el hombre existía ya en el período glacial correspondiente a la época cuaternaria y probablemente más allá todavía. Pero ¿quién es capaz de sospechar lo que nos tienen reservado los futuros descubrimientos?

Si hay pruebas incontrovertibles de que el hombre existió en tan remota antigüedad, forzosamente se ha de haber alterado su organismo de modo admirable, por razón de las mudanzas atmosféricas y climatológicas.

En consecuencia, también cabe suponer por analogía, remontándonos a esas lejanísimas épocas, que el organismo de los remotos ascendientes de los «helados gigantes», les permitiera convivir con los peces devónicos y los moluscos silúricos. Verdad que no han dejado sus huesos ni sus hachas de sílex en las cavernas; pero si es fidedigno el testimonio de los antiguos, en los primitivos tiempos no sólo hubo gigantes ú «hombres de famoso poderío», sino también «hijos de Dios». Si a cuantos creemos en la evolución del espíritu, tan firmemente como los materialistas en la de la *materia*, se nos acusa de sostener «hipótesis indemostrables», bien podemos echar en cara a los acusadores que, según ellos mismos confiesan, su teoría de la evolución física no está demostrada y tal vez sea indemostrable (NOTA: *Huxley: Conferencia sobre Darwin y Hæckel. FINAL NOTA*). Nosotros podemos por lo menos inferir pruebas de los mitos cosmogónicos cuya pasmosa

antigüedad reconocen filólogos y arqueólogos, mientras que nuestros adversarios en nada pueden apoyarse, *a no ser que recurran a parte de las antiguas inscripciones con caracteres ideográficos y supriman el resto.*

Afortunadamente, mientras las obras de algunos reputados científicos parecen contradecir nuestras teorías, las corroboran por completo otros no menos eminentes, como Wallace, quien defiende la idea del «lento proceso evolutivo» de las especies a partir de una época remotísima en innumerable sucesión de ciclos (**NOTA: Distribución geográfica de los animales. FINAL NOTA**). Y si esto admite en los animales, ¿por qué no admitirlo en el hombre cuyos lejanísimos ascendientes fueron los seres puramente espirituales llamados hijos de Dios?

Volvamos ahora al simbolismo antiguo con su mitología físico-religiosa. Más adelante esperamos demostrar la íntima relación de estos mitos con los adelantos de las ciencias naturales, pues las emblemáticas imágenes y la peculiar fraseología de los sacerdotes antiguos encubren conocimientos todavía ignorados en nuestro ciclo.

Por muy experto que sea un erudito en las escrituras hierática y jeroglífica de los egipcios, ha de analizar cuidadosamente las inscripciones y no aventurarse a interpretarlas sin estar antes seguro, compás y regla en mano, de que el jeroglífico se ajusta a las figuras y líneas geométricas que dan la clave.

Sin embargo, hay mitos de espontánea interpretación, como por ejemplo los bisexuales creadores en todas las cosmogonías. El griego Zeus-Zën (Éter) con sus esposas Chthonia (tierra caótica) y Metis (agua); Osiris (también el Éter) primera emanación de Amun, la Suprema Deidad y primaria fuente de luz, con Isis-Latona (tierra y agua); Mithras (**NOTA: Los persas llamaban a Mithras Theos ek petros, el dios de la roca. FINAL NOTA**), el dios nacido de la roca, símbolo del fuego mundanal masculino o personificación de la luz primaria, y su a la par esposa y madre Mithra, la diosa del fuego, que representaban el puro elemento igneo (principio activo masculino), considerado como luz y calor, en conjunción con la tierra y el agua (principios pasivos femeninos de la generación cósmica). Mithras es hijo de Bordj (la montaña mundanal de los persas) (**NOTA: Bordj es un volcán que por lo tanto contiene fuego (elemento activo masculino) y piedra, tierra y agua (elementos pasivos femeninos). Este mito es muy significativo. FINAL NOTA**) de la que surge como resplandeciente rayo de luz. La cosmogonía inda nos habla de Brahmâ, el dios del fuego, y de su prolífica consorte Unghi, la refulgente deidad de cuyo cuerpo brotan mil rayos de gloria y siete lenguas de fuego (**NOTA: Los Brahmanes sagnikus mantienen hoy día el fuego perpetuo en honor de Unghi. FINAL NOTA**). Siva, personificado en el Meru (los Himalayas o montaña mundanal de los indos), descendió del cielo, como el Jehovah judío, en una columna de fuego. Todas estas divinidades y otras tantas de ambos sexos que pudiéramos citar revelan claramente su significación esotérica. Y ¿qué otra cosa sino el principio físico-químico de la creación primordial significarían estos mitos duales? Son símbolo de la primera y trina manifestación de la Causa Suprema en espíritu, fuerza y materia; de la divina *correlatividad* en el punto inicial de la evolución representada por la cópula del fuego y del agua o unión del principio activo masculino con el pasivo femenino, emanados ambos del electrizante espíritu y procreadores de su telúrico hijo, la materia cósmica o *substancia primaria*, vivificada por el éter o luz astral.

Tenemos, por lo tanto, que las montañas, huevos, árboles, serpientes, columnas y demás símbolos mundanales encubren verdades de filosofía natural científicamente demostradas. Las montañas simbólicas describen con ligeras variantes la creación primaria; los árboles mundanales denotan la evolución del espíritu y de la materia; la serpiente y las columnas aluden a los diversos atributos de esta doble evolución en su interminable correlatividad de fuerzas cósmicas. En los misteriosos repliegues de la montaña, matriz del universo, las divinas potestades disponen los atómicos gérmenes de la vida orgánica y el licor de vida que despierta el espíritu humano en la materia humana.

Este sagrado licor es el Soma, la bebida sacrificial de los indos; porque las partículas más densas de la *substancia primera* formaron el mundo físico, y las más sutiles lo envolvieron en sus etéreas e invisibles ondulaciones, como a niño recién nacido, estimulando su actividad a medida que surgía lentamente del eterno caos.

Los mitos cosmogónicos pasaron de la idea poéticamente abstracta al simbolismo plástico, tal como los halla hoy la arqueología. La serpiente, que tan importante papel representa en la pintura y escultura antiguas, perdió después su verdadera significación a causa de las absurdas interpretaciones del *Génesis*, que la identifican con Satanás, cuando por el contrario es el mito de más diversos e ingeniosos emblemas. Entre ellos se cuenta el de *agathodaimon* (arte de curar e inmortalidad del alma) y, por esta razón, es obligado atributo de todas las divinidades patronímicas de la salud y de la higiene. En los Misterios egipcios la copa de la salud estaba rodeada de serpientes. También es este reptil emblema de la materia, pues como el mal es la oposición al bien, cuanto más se aparte la materia de su espiritual fuente, tanto más quedará sujeta al mal. En las más antiguas imágenes de los egipcios y en las alegorías cosmogónicas de Kneph simboliza la materia una serpiente dentro de un círculo hemisférico cuyo ecuador cruza en línea recta para dar a entender que si el universo de luz astral envuelve al mundo físico que de él emanó, queda a su vez envuelto y limitado por *Emepht* (Causa Primera). *Phtha* engendra a *Ra* con las miríadas de formas que vivifica, y ambos salen del huevo mundanal porque el huevo es la más común modalidad generativa de los seres vivientes. La eternidad del tiempo y la inmortalidad del espíritu están simbolizadas en la serpiente que circuye el mundo y se muerde la cola sin dejar solución de continuidad. También simboliza entonces la luz astral.

Los filósofos de la escuela de Ferécides enseñaban que el éter (Zeus o Zën) es el cielo superior o empíreo donde está el mundo superior cuya luz (astral) es la concentración de la substancia primaria.

Tal es el símbolo de la serpiente identificada más tarde con Satán por los cristianos. Es el *Od, Ob* y *Aûr* de Moisés Y de los cabalistas. Cuando la luz astral en estado pasivo actúa sobre quienes sin darse cuenta se ven arrastrados por su corriente es el *Ob* o pitón. Moisés se resolvió al exterminio de cuantos cedían a la influencia de las siniestras entidades que por todas partes nos rodean y se mueven en las ondas astrales como el pez en el agua, a las que Lytton llama «moradores del umbral». Pero se transmuta en *Od* tan pronto como la vivifica el *flujo consciente* de un alma inmortal, porque entonces las corrientes astrales actúan bajo la dirección de un adepto o un hipnotizador cuya espiritual pureza les capacite para dominar las fuerzas ciegas. En este caso, desciende temporáneamente a nuestra esfera una elevada entidad planetaria de las que nunca encarnaron (aunque entre ellas las haya que han vivido en nuestro mundo) y purificando el ambiente circundante abre los ojos espirituales del sujeto y le infunde el don de profecía. Por lo que atañe al *Aûr* designa ciertas propiedades ocultas del agente universal, que únicamente interesan a los alquimistas y en modo alguno al público en general.

Anaxágoras de Clazomene, fundador del sistema filosófico homoiomeriano, creía firmemente que los elementos y arquetipos espirituales de todas las cosas procedían del éter sin límites, al cual se restituían desde la tierra. Los indos divinizaron el éter (*akâska*) y los griegos y latinos lo identificaron con Zeus o Magnus, a quien Virgilio (NOTA: *Geórgicas*, II. FINAL NOTA) llama *pater omnipotens æter*.

Las entidades astrales o habitantes del umbral a que hemos aludido son los espíritus elementarios de los cabalistas (NOTA: Porfirio y otros filósofos discurren sobre la naturaleza de estas entidades moradoras en el umbral. Generalmente son malévolos y falaces, aunque algunos hay inofensivos y dóciles, pero tan endeble que les cuesta mucho trabajo comunicarse con los mortales, cuyo trato apetece constantemente. La malignidad de los primeros es inconsciente, porque como la ley de evolución espiritual no ha transmutado su instinto en inteligencia, tienen todavía latente la razón cuyas más

elevadas luces son propias tan sólo del espíritu inmortal. Pero la Iglesia latina contradice a los cabalistas en este punto. San Agustín, en su contienda con el neoplatónico Porfirio sobre el particular, dice: «Estos espíritus no son engañosos por condición natural, como afirma el teurgo Porfirio, sino por malicia, pues se fingen dioses y simulan las almas de los difuntos, de modo que no es que aparezcan como diablos, sino que en verdad lo son» (*Ciudad de Dios*, X, 2). Entonces, ¿en qué especie hemos de clasificar a los *hombres sin cabeza* que San Agustín asegura haber visto y a los sátiros que según San Jerónimo se exhibieron durante mucho tiempo en Alejandría? Dicen que estos sátiros tenían piernas y rabo de cabrío y que a uno de ellos ¡lo pusieron en salmuera para enviarlo en un barril al emperador Constantino! FINAL NOTA) o los diablos de la iglesia cristiana.

Dice Des Mousseaux muy gravemente, al tratar de los diablos, que ya Tertuliano descubrió a las claras el secreto de sus astucias. ¡Precioso descubrimiento! Pero ahora que tanto conocemos de las tareas mentales de los Padres de la Iglesia y de sus descubrimientos en antropología astral, ¿habremos de extrañar que en su afán de exploraciones espirituales se hayan olvidado de nuestro planeta hasta el punto de negarle, no solo movimiento, sino también esfericidad?

Dice Langhorne en su traducción de Plutarco: «Opina Dionisio de Halicarnaso que Numa mandó edificar el templo de Vesta en forma de rotonda para representar la redondez de la tierra simbolizada en dicha diosa». Además, Filolao, de acuerdo con los pitagóricos, sostiene que el elemento fuego está en el centro de la tierra; y Plutarco, al tratar de este asunto, atribuye a los pitagóricos la opinión de que «la tierra no está quieta ni situada en el centro del universo, sino que gira en torno de la esfera de fuego, sin ser la más valiosa ni la principal parte de la gran máquina». De la misma manera opinaba Platón. Por lo tanto, no cabe duda de que los pitagóricos se anticiparon al *descubrimiento* de Galileo.

Muchos fenómenos, hasta ahora misteriosos e inexplicables, serán fáciles de comprender una vez admitida la existencia del universo invisible (NOTA: *Así es de presumir si todos los científicos aceptan las conclusiones de sus colegas, los autores de la obra. – El Universo invisible. FINAL NOTA*) que satura el organismo de los sujetos hipnotizados, ya por la poderosa voluntad de un magnetizador, ya por entidades invisibles cuya acción produce el mismo resultado. Una vez hipnotizado el sujeto, sale su cuerpo astral de la paralizada envoltura de carne y cruzando el espacio sin límites se detiene en el borde de la misteriosa frontera. Pero las puertas de entrada a la «ciudad silencios» tan sólo están entornadas y no se le abrirán de par en par hasta el día en que su alma, unida a la sublime e inmortal esencia, deje su cuerpo de carne. Entretanto, el vidente sólo puede atisbar por la mirilla, y de su agudeza perceptiva dependerá la extensión del campo visual.

Todas las religiones antiguas tuvieron el mismo concepto de la trinidad en la unidad simbolizada en los tres Dejotas de la Trimurti inda y en las tres cabezas de la cábala judía esculpidas una en otra y encima una de otra (NOTA: «*Tria capita exsculpta sunt, una intra alterum, et alterum supra alterum*» (Sohar; *Idra suta, sectio VII*). FINAL NOTA). La Trinidad de los egipcios y la de los griegos simbolizaban análogamente la emanación primaria y trina con sus dos principios: masculino y femenino. La unión del *Logos* (sabiduría, principio masculino, Dios manifestado) con el *Aura* (principio femenino, Anima mundi, Espíritu Santo, Sefira de los cabalistas y Sofía de los agnósticos) engendra todas las cosas visibles e invisibles. La verdadera interpretación metafísica de este dogma universal quedó reservada en el recinto de los santuarios; pero los griegos la personificaron en poéticos mitos. En las *Dionysíacas* de Nonnus aparece Baco enamorado de la suave y juguetona brisa *Aura Plácida* (Espíritu Santo o céfiro plácido). A este propósito dice Higgins: «El céfiro plácido dió origen a dos santos del calendario compuesto por los *ignorantes* Padres de la Iglesia: Santa Aura y San Plácido, con añadidura de convertir al jovial dios en San Baco, cuyo sepulcro y reliquias se enseñan todavía en Roma. La fiesta

de Santa Aura y San Plácido se celebra el 5 de Octubre, poco antes de la de San Baco» (NOTA: Higgins: *Anacalypsis*: véase también «Dupruis». FINAL NOTA). Mucho más sublime y poético es el espíritu religioso del mito escandinavo. En el insondable abismo del mundo (*Ginnungagap*) luchan con ciega y rabiosa furia la materia cósmica y las fuerzas primarias, cuando el Dios inmanifestado envía el benéfico soplo del deshielo desde la ígnea esfera del empíreo (*Muspellheim*), entre cuyos refulgentes rayos mora mucho más allá de los límites del mundo. El alma del Invisible, el Espíritu flotante sobre las negras aguas del abismo, hace surgir del caos el orden y después de dar el impulso a la creación toda, queda la CAUSA PRIMERA *instatu abscondito* (NOTA: Mallet: *Antigüedades del Norte*, 401-406. Canto del Völuspa en los *Eddas*. FINAL NOTA).

La religión y la ciencia se hermanan en los cantos del paganismo escandinavo. Cuando Thor, el Hércules del Norte, hijo de Odin, ha de empuñar la terrible maza de donde brota el rayo, se calza guanteletes de *hierro*. Lleva además el *cinto de fuerza* o cinturón mágico que acrecienta su celeste poderío. Monta un carro con lanza de hierro, cuyas ruedas giran sobre nubes preñadas de rayos, tirado por dos carneros con frenos de plata y su temerosa frente está coronada de estrellas. Esgrime Thor su clava con fuerza irresistible contra los rebeldes gigantes helados a quienes vence, derrite y aniquila. Cuando los dioses han de celebrar asamblea en la fuente de Urdar para decidir los destinos de la humanidad, todos se encaminan allá montados menos Thor, que va por su pie, temeroso de que al atravesar el Bifrost (arco-iris) o puente Æsir de variados colores, lo incendie con su fulgurante carro y hiervan las aguas de Urdar.

Lisa y llanamente ¿qué interpretación cabe dar a este mito sino que el autor de la leyenda conocía no poco la electricidad? Thor, personificación de la energía eléctrica, para manejar el flúido se pone guanteletes de hierro, es decir, del metal conductor. El cinturón de fuerza es el circuito cerrado por donde fluye la corriente eléctrica. El carro cuyas chispeantes ruedas giran sobre las cargadas nubes simboliza la electricidad en actuación. La puntiaguda lanza sugiere la idea del pararrayos y el tiro de carneros representan el principio masculino con el femenino en los frenos de plata, puesto que éste es el metal de Astarté o Diana (la luna). En el carnero y el freno vemos combinados en oposición los principios activo y pasivo de la naturaleza. El carnero impulsa y el freno retiene, pero ambos están sujetos a la omnipenetrante energía eléctrica que los mueve. De esta energía primaria y de las múltiples y sucesivas combinaciones de ambos principios masculino y femenino dimana la evolución del mundo visible, gloriosamente cifrado en el sistema planetario que simboliza el círculo de estrellas que ornan su frente. Los terribles rayos de Thor (electricidad activa) prevalecen contra las fuerzas titánicas representadas en los gigantes; pero al reunirse con los dioses menores, ha de atravesar a pie el Bifrost o puente del arco iris y bajar del carro (pasar al estado latente), pues de otro modo aniquilaría todas las cosas con su fuego. Respecto a que Thor teme poner en ebullición las aguas de la fuente Urdar, no comprenderán los físicos modernos el significado de este mito hasta que se determinen completamente las recíprocas relaciones electromagnéticas de los elementos del sistema planetario, que ahora tan sólo se presumen, según vemos en los recientes ensayos de Mayer y Hunt. Los filósofos antiguos creían que los volcanes y los manantiales de agua termal dimanaban de subterráneas corrientes eléctricas, que también eran causa de los sedimentos minerales de diversa índole que originan las fuentes medicinales. Si se objeta que los autores antiguos no expresan claramente estos hechos porque, según los modernos, nada sabían de electricidad, redargüiremos diciendo que nuestra época no conoce todas las obras de la sabiduría antigua. Las claras y frescas aguas de Urdar regaban diariamente el místico árbol del mundo, y si las hubiese enturbiado Thor (electricidad activa), las convirtiera de seguro en aguas minerales ineficaces para el riego.

Estos ejemplos corroboran la antigua afirmación de los filósofos de que *en todo mito hay un Logos* y un fondo de verdad en toda ficción.

CAPÍTULO VI

Hermes, el portador de mis órdenes, tomó la varilla con que a su arbitrio cierra los párpados de los mortales y a su arbitrio también despierta a los dormidos.

Odisea, Libro V

Yo vi saltar los anillos samotracios y bullir las limaduras de acero en un plato de bronce, apenas pusieron debajo la piedra imán. Y con pánico terror parecía huir de ella el hierro con acerbo odio.

LUCRECIO, Libro VI

Pero lo que especialmente distingue a la Fraternidad, es su maravilloso conocimiento de los recursos del arte médico. Operan por medio de simples y no por hechizos.

(Manuscrito. Informe sobre el origen y atributos de los verdaderos rosacruces)

Pocas verdades tan profundas han dicho los científicos como la expuesta por Cooke en su obra *Nueva Química*, al decir: «La historia de la ciencia nos demuestra que para arraigar y desarrollarse una verdad científica, es preciso que la época esté debidamente dispuesta a recibirla, pues muchas ideas no dieron fruto por haber caído en suelo estéril; pero tan luego como el tiempo puso el abono, la simiente echó raíces y más tarde frutos...

«Todo estudiante se sorprende al ver el escaso número de verdades que aun los más preclaros talentos añadieron al acopio científico». La transformación operada recientemente en la química es muy a propósito para llamar la atención de los químicos sobre el particular, que no causaría extrañeza si antelativamente se hubiesen estudiado con imparcial criterio las enseñanzas alquímicas. El puente que salva el abismo abierto entre la *nueva* química y la *vieja* alquimia es pequeño en comparación del tendido más audazmente al pasar de la teoría dualística, a la unitaria.

Así como Ampère fue fiador de Avogadro entre los químicos modernos, así también se verá algún día que la hipótesis del *od*, sustentada por Reichenbach, abre camino para estimar la valía de Paracelso. Hace tan sólo cincuenta años, se consideraba la molécula como el tipo unitario de las combinaciones químicas, y acaso no transcurra tanto tiempo sin que se reconozca el eminente mérito del místico suizo, quien dice en una de sus obras: «Conviene tener en cuenta que el imán es aquel espíritu de vida en el hombre sano, a quien el enfermo busca, y ambos están unidos al caos externo. De esta suerte, el enfermo inficiona al sano por atracción magnética».

Las obras de Paracelso describen las causas de las enfermedades que afligen a la humanidad, las ocultas relaciones entre la fisiología y la psicología, que en vano se esfuerza en descubrir especulativamente la ciencia moderna, y los específicos y remedios de cada una de las dolencias corporales. También conoció Paracelso el electro-magnetismo tres siglos antes de que CErsted presumiera haberlo descubierto, según puede inferirse del examen crítico de su peculiar terapéutica. En cuanto a sus descubrimientos químicos, no hay necesidad de enumerarlos, puesto que muchos autores imparciales le tienen por uno de los más insignes químicos de su época (**NOTA: Hemmann: *Ensayos médico-quirúrgicos*. Berlín, 1778. FINAL NOTA**). Brierre de Boismont le llama genio, y de acuerdo con Deleuze dice que abrió una nueva era en la historia de la medicina. El secreto de sus felices y mágicas curaciones (como las llamaron entonces), consistía en el soberano menosprecio con que miraba a las tituladas autoridades científicas de su tiempo. A este propósito, dice: «Al investigar la verdad, me he preguntado que de no haber en este mundo maestros de medicina, ¿cómo me las hubiera yo arreglado para aprender este arte? Pues en ningún otro libro que en el siempre abierto de la naturaleza, escrito por el dedo de Dios... Me acusan de no haber entrado en el templo del arte por la puerta principal; pero ¿quién

tiene razón? ¿Galeno, Avicena, Mesue, Rhasis o la honrada naturaleza? Yo creo que la naturaleza, y por sus puertas entré guiado por la luz de la naturaleza sin necesidad de candiles de boticario».

Su desdén por la rutina docente y el formulismo científico, el anhelo de identificarse con el espíritu de la naturaleza, que era para él la única fuente de salud, el único sostén y luz de la verdad, concitaron contra el alquimista y filósofo del fuego, las implacables iras de los pigmeos de la época. No debe maravillarnos de que le acusaran de charlatán y aun de beodo, si bien Hemmann le defiende denodadamente de esta última imputación, demostrando que fue calumnia de un tal Oporino, quien estuvo con él durante algún tiempo para sorprender sus secretos, y al no lograr su intento, se desataron las malas lenguas de sus despechados discípulos, coreadas por los boticarios. Fundó Paracelso la escuela del magnetismo animal, y descubrió las propiedades del imán. Sus contemporáneos menoscabaron su reputación tachándole de hechicero, en vista de las maravillosas curas que obtenía, como tres siglos después se vió también acusado el barón Du Potet, de brujería y demonolatría, por la Iglesia romana, y de charlatanería por los académicos de Europa.

Según dijeron los filósofos del fuego, no hay químico capaz de considerar el «fuego viviente» distintamente de sus colegas, y a este propósito dice Fludd: «Olvidaste lo que tus padres te enseñaron sobre ello, o mejor dicho, nunca lo supiste porque es *demasiado elevado* para ti» (NOTA: Roberto Fludd. – *Tratado III. FINAL NOTA*).

Quedaría incompleta esta obra si no relatáramos, siquiera brevemente, la historia del magnetismo animal desde que Paracelso asombró con sus experimentos a los sabios de la segunda mitad del siglo XVI. Sucintamente expondremos algo relativo a los trabajos de Antonio Mesmer, que importó de Alemania el magnetismo animal, y al desvío con que lo recibieron los académicos, después de haber rechazado consecutivamente cuantos descubrimientos se hicieron de Galileo acá, según consta en los documentos casi convertidos en polvo de la Academia de Ciencias de París, cuyos miembros cerraban las puertas de entrada a los sublimes misterios de los mundos físico y psíquico. A su alcance estaba el alkahest, el gran disolvente universal, y lo menospreciaron para confesar al cabo de un siglo que, «más allá de los límites de la observación no es infalible la química, y aunque nuestras hipótesis y teorías *puedan* contener un fondo de verdad, sufren frecuentes alteraciones, que las revolucionan por completo» (NOTA: Cooke: *Nueva Química. FINAL NOTA*).

No es lícito afirmar sin pruebas que el magnetismo animal y el hipnotismo sean puras alucinaciones. Pero ¿en dónde están las pruebas que den el único valor posible a la afirmación? Miles de ocasiones desaprovechadas tuvieron los académicos para cerciorarse de la verdad, y en vano magnetizadores e hipnotizadores invocan el testimonio de los sordos, lisiados, enfermos y moribundos a quienes devolvieron la salud sin otra medicina que sencillísimas manipulaciones y la apostólica imposición de manos. Cuando el hecho es innegable por lo evidente, lo achacan a mera coincidencia, sino dicen nuestros numerosos tomases que todo son visiones, charlatanería y exageración. El célebre saludador norteamericano Newton ha efectuado más curas instantáneas que enfermos tendrán en toda su vida los más famosos médicos neoyorkinos, y el mismo éxito ha tenido en Francia el zuavo Jacobo. ¿Será posible entonces tachar de alucinaciones o de confabulación de charlatanes y lunáticos los testimonios acopiados durante los últimos cuarenta años? Quien tal hiciera se confesaría mentecato.

A pesar de la reciente condena de Leymarie, de las mofas de los escépticos y de muchos médicos y científicos, de la impopularidad del asunto y de la tenaz persecución del clero romano que combate en el magnetismo al tradicional enemigo de la mujer, es tan evidente la verdad de los fenómenos psíquicos, que hasta los mismos tribunales franceses, si bien con repugnancia, no han tenido más remedio que reconocerlos. La famosa clarividente,

señora Roger, y su hipnotizador el doctor Fortin, fueron acusados de estafa. La sujeto compareció el 18 de Mayo de 1876 ante el tribunal correccional del Sena, acompañada del barón Du Potet, en calidad de testigo, y del famoso abogado Julio Favre, en la de defensor. Por una vez al menos prevaleció la verdad, quedando desestimada la acusación. ¿Se debió este resultado a la vibrante elocuencia del defensor o a las incontrovertibles pruebas aducidas? Sin embargo, también Leymarie, editor de la *Revue Spirite*, adujo pruebas favorables, aparte de las declaraciones de un centenar de respetables testigos, entre los que se contaban reputaciones europeas de primer orden. Esta incongruencia no tiene otra explicación sino que los magistrados no se atrevieron a discutir los fenómenos hipnóticos. En las fotografías espiritistas, golpes, escrituras, levitaciones, voces y materializaciones, cabe simulación y difícilmente se hallará un fenómeno espiritista que no pueda remedar un hábil prestidigitador con sus artificios; pero las maravillas del hipnotismo y los fenómenos psíquicos de índole subjetiva desafían las imposturas de los médiums farsantes, las burlas de los escépticos y los rigorismos de la ciencia. No es posible fingir la catalepsia. Los espiritistas que anhelan ver sus ideas científicamente reconocidas, se dedican al fenomenismo hipnótico. Si colocamos en el tablado de la *Sala Egipcia* a un sujeto hipnotizado, el hipnotizador podrá transportarle el libre espíritu a cuantos parajes indique el público y poner a prueba su clarividencia y clariaudiencia. En las partes del cuerpo afectadas por los pases del hipnotizador, se le podrán clavar alfileres y agujas aunque sea en sitio tan delicado como los párpados, cauterizar sus carnes y herirle con armas de filo, sin que se le cause el menor daño ni sienta el más leve dolor. Bien dicen Regazzoni, Du Potet, Teste, Pierrard, Puysegur y Dolgoruky, que *no es posible dañar* a un sujeto hipnotizado. Después de esto invitemos a someterse al mismo experimento a cualquier hechicero vulgar de los que rabian por cobrar celebridad y presumen de hábiles en el remedo de los fenómenos espiritistas. De seguro que rehusará poner *su* cuerpo en semejantes pruebas (NOTA: En el *Boletín de la Academia de Medicina de París* (tomo I, 343, año 1837) consta el informe del doctor Oudet, diciendo que para comprobar la insensibilidad de una sujeto hipnotizada le introdujo un largo alfiler entre cuero cabelludo y carne y le acercó un dedo durante algunos segundos a la llama de una bujía. En otra ocasión se hipnotizó a una señora, de apellido Plaintain, para extirparle un cáncer de la mama derecha. La operación duró doce minutos y en todo este tiempo la paciente estuvo conversando tranquilamente con el hipnotizador, sin notar el más ligero dolor (*Boletín de la Academia de Medicina*, tomo II, 370). FINAL NOTA).

Cuentan que el alegato de Julio Favre mantuvo en suspenso durante hora y media a los magistrados y al público; pero sin regatearle méritos, que por haberle oído en otras ocasiones reconocemos, valga señalar que el último párrafo de su defensa encerraba una afirmación prematura y al propio tiempo errónea. Dijo así: «Estamos en presencia de fenómenos que la *ciencia admite*, aunque sin explicarlos. El vulgo *podrá reírse de ellos*, pero son la preocupación de físicos ilustres. La justicia no debe ignorar por más tiempo lo que *la ciencia reconoce*».

El vulgo no se hubiera reído del hipnotismo si la gratuita afirmación del defensor se basara en numerosas investigaciones científicas de imparciales experimentadores, en vez de limitarse a una exigua minoría verdaderamente anhelosa de interrogar a la naturaleza. El vulgo es dócil y sumiso como un niño que va fácilmente adonde su aya le lleva. Escoge para la adoración los ídolos y fetiches que más le deslumbran y después se vuelve en redondo por ver con aduladora mirada si está satisfecha esa vieja aya que se llama opinión pública.

Aseguraba Lactancio, que ningún escéptico de su época se hubiera atrevido a negar la inmortalidad del alma delante de un mago, «porque éste le hubiera demostrado al punto lo contrario, evocando las almas de los muertos para que se manifestasen visiblemente a los vivos y predijesen acontecimientos futuros» (NOTA: Wilder: *Profecías antiguas y*

modernas.— *Diario Frenológico. FINAL NOTA*). Cosa parecida ocurrió en la causa de la señora Roger, pues los magistrados se amedrentaron al ver que el barón Du Potet la hipnotizaba en su presencia, como prueba testifical en favor de la acusada.

Volviendo ahora a Paracelso, diremos que sus obras escritas en estilo enigmático, aunque vigoroso, han de leerse como los rollos de Ezequiel, *por dentro y por fuera*. Había en aquellos tiempos mucho riesgo en exponer doctrinas heterodoxas, pues la Iglesia estaba en toda su pujanza y menudeaban los autos de fe. Por esta razón vemos que Paracelso, Agrippa y Filaletes fueron tan notables por la piedad de sus declaraciones públicas, como famosos por sus hazañas alquímicas y mágicas. La opinión de Paracelso sobre las propiedades ocultas del imán se halla expuesta en sus obras: *Archidaxarum*, *De Ente Dei* y *De Ente Astrorum*, en la primera de las cuales describe la maravillosa tintura medicinal extraída del imán y denominada *magisterium magnetis*. Sin embargo, la exposición está en lenguaje no entendido de los profanos y a este propósito dice: «Cualquier campesino echa de ver que el imán atrae al hierro; pero el sabio debe preguntarse por qué... Yo he descubierto que además de esta notoria propiedad de atraer al hierro, tiene el imán otra propiedad oculta».

Más adelante demuestra Paracelso que en el hombre late una «fuerza sidérea» emanada de los astros, que constituye su forma astral. Esta fuerza sidérea, que pudiéramos llamar espíritu de la materia cometaria, permanece directamente relacionada con los astros de que procede y así quedan los hombres en mutua atracción magnética. Considera también Paracelso, que el cuerpo humano tiene la misma composición química que la tierra y los demás astros, y dice así: «El cuerpo procede de los elementos y el alma de los astros... De los elementos saca el hombre en comida y bebida lo necesario para sustentar su carne y sangre; pero de las estrellas le viene el sustento de la mente y pensamientos de su alma». Vemos corroboradas hoy estas afirmaciones de Paracelso, por cuanto el espectroscopio demuestra la identidad química, entre el cuerpo humano y el sistema planetario, y los físicos enseñan desde la cátedra la magnética atracción del sol y de los planetas (**NOTA: La hipótesis de que el sol es un globo incandescente, está ya algo pasada de moda, según dijo hace poco una *Revista Ilustrada*, pues si el sol fuese un témpano de hulla, con la suficiente cantidad de oxígeno para arder, quedaría consumido en menos de cinco mil años. A pesar de este cómputo, aún hay quien sostiene que el sol es un depósito de metales en estado gaseoso. FINAL NOTA**).

Entre los elementos constitutivos del cuerpo humano, se han descubierto ya en el sol, el hidrógeno, sodio, calcio, magnesio y hierro; y en los centenares de estrellas observadas se ha encontrado el hidrógeno, excepto en dos. Por lo tanto, si el espectroscopio ha confirmado al menos una de las afirmaciones de Paracelso, es de esperar que con el tiempo queden corroboradas las demás, no obstante el menosprecio en que le han tenido astrónomos y químicos por sus teorías sobre la idéntica composición química del hombre y los astros, y por sus ideas acerca de las afinidades y atracciones entre unos y otros.

Pero ocurre preguntar: ¿cómo pudo Paracelso presumir la constitución de los astros, cuando hasta el descubrimiento del espectroscopio nada supieron las academias de química sidérea? Aún hoy día, a pesar de los novísimos procedimientos de observación, sólo se ha logrado indicar la presencia en el sol de unos cuantos elementos y de una cromoesfera hipotética, pues todo lo demás continúa en el misterio. ¿Hubiese podido Paracelso estar tan seguro de la constitución natural de los astros, si no dispusiera de medios como la filosofía hermética y la alquimia, no sólo desconocidos, sino menospreciados por la ciencia?

Además, conviene tener en cuenta que Paracelso descubrió el hidrógeno y conocía perfectamente su naturaleza y propiedades, mucho tiempo antes de que los científicos ortodoxos sospecharan su existencia; que había estudiado astrología y astronomía, como

todos los filósofos del fuego, y no se equivocaba al asegurar la directa afinidad del hombre con los astros.

También expuso Paracelso, y a los fisiólogos toca comprobarlo, que el cuerpo no sólo se alimenta por medio del estómago, «sino también, aunque imperceptiblemente, de la natural fuerza magnética de que cada individuo extrae su nutrición específica...; pues de los elementos en equilibrio atrae el hombre la salud y de los perturbados la enfermedad». La ciencia admite que los organismos vivientes están sujetos a leyes de afinidad química, y la propiedad más notable de los tejidos orgánicos, según los fisiólogos, es la absorción. Por lo tanto, nada de extraño tiene la afirmación de Paracelso de que el cuerpo humano, a causa de su naturaleza química y magnética, absorbe las influencias siderales. ¿Qué puede objetar la ciencia a la afirmación de que los astros nos atraen y a nuestra vez los atraemos? Así lo prueba el descubrimiento del barón de Reichenbach, de que las emanaciones ódicas del hombre son idénticas a las de los minerales y vegetales.

Paracelso afirmó la unidad constitutiva del universo, al decir, que «el cuerpo humano contiene materia cósmica», pues el espectroscopio no sólo ha demostrado la existencia en el sol y demás estrellas, fijas de los mismos elementos químicos de la tierra, sino también que cada estrella es un sol de constitución similar al nuestro (NOTA: Youmans: *La Química, según el nuevo sistema de análisis espectral*. FINAL NOTA). Según Mayer (NOTA: Profesor de física del Instituto Tecnológico Stevens.– *Discurso que sobre el tema: La tierra es un enorme imán*, pronunció en el Centro Científico de Yale, en 1872.– Véase también la conferencia de Balfour Stewart, sobre *El sol y la tierra*. FINAL NOTA), las condiciones magnéticas de la tierra dependen de las variaciones que sufre la superficie solar a cuyas emanaciones está sujeta, por lo que si las estrellas son soles, también han de influir proporcionalmente en la tierra.

Sigue diciendo Paracelso: «Durante el sueño nos parecemos a las plantas que también tienen cuerpo elementario y vital, pero no espíritu. Entonces el cuerpo astral queda libre y gracias a su elástica índole puede vagar en torno del vehículo dormido o lanzarse al espacio y conversar con sus padres astrales y con sus hermanos, desde lejanas distancias. Los sueños proféticos, la presciencia y los presentimientos son facultades del cuerpo astral negadas al grosero cuerpo físico, que al morir se restituye a los elementos de la tierra, mientras que los distintos espíritus vuelven a los astros. También los animales tienen presentimientos, porque asimismo poseen cuerpo astral».

Van Helmont, discípulo de Paracelso, repite en gran parte los conceptos de su maestro, aunque expone más acabadamente las teorías del magnetismo y atribuye el *magnale magnum* o propiedad de mutuo afecto entre dos personas a la simpatía universal entre todas las cosas de la naturaleza. La causa produce el efecto, el efecto reacciona sobre la causa y ambos se influyen recíprocamente. A este propósito dice: «El magnetismo es una fuerza desconocida, de naturaleza celeste, sumamente semejante a la de los astros, que no está impedida por límite alguno de espacio o tiempo... Toda criatura tiene su peculiar potencia celeste y está íntimamente relacionada con el cielo. Esta mágica potencia del hombre permanece latente en el interior hasta que se actualiza en el exterior. Esta sabiduría y poder mágicos están dormidos, pero la sugestión los pone en actividad y se acrecientan a medida que se reprimen las tenebrosas pasiones de la carne... Esto lo consigue el arte cabalístico, que devuelve al alma aquella mágica y sin embargo natural energía y la despierta del sueño en que se hallaba sumida» (NOTA: Van Helmont: *De Magnetica Vulner Curatione*, 722. FINAL NOTA).

Paracelso y Van Helmont reconocen el gran poder de la voluntad durante los éxtasis y dicen que «el espíritu es el medio del magnetismo y está difundido por todas partes», por lo que la pura y primieval magia no ha de consistir en prácticas supersticiosas ni ceremonias vanas, sino en la imperiosa voluntad del hombre; pues «el alma y el espíritu

que en él se ocultan, como el fuego en el pedernal, y no los espíritus celestes ni infernales, dominan la naturaleza física».

Todos los filósofos medioevales profesaron la teoría de la influencia sidérea en el hombre. A este propósito, dice Cornelio Agrippa: «Las estrellas constan de los mismos elementos que los cuerpos terrestres y por esta razón se atraen recíprocamente las ideas... Las influencias se ejercen tan sólo con auxilio del espíritu difundido por todo el universo en armonía con los espíritus humanos. El que anhele adquirir facultades sobrenaturales debe tener *fe, esperanza y amor*... En todas las cosas hay un oculto y secreto poder de que dependen las maravillosas facultades mágicas».

Las modernas teorías del general Pleasanton (**NOTA: Influencia de los rayos azules. FINAL NOTA**) coinciden con las opiniones de los filósofos del fuego; sobre todo la referente a las electricidades positiva y negativa del hombre y de la mujer y a la atracción y repulsión mutuas de todas las cosas de la naturaleza, que parece tomada de Roberto Fludd, gran maestro de los rosacruces ingleses, quien dice a este propósito: «Cuando dos hombres se acercan uno a otro, su magnetismo es pasivo-negativo o activo-positivo. Si las emanaciones de ambos chocan y se repelen, nace la antipatía; pero cuando se interpenetran sin chocar, el magnetismo es positivo, porque los rayos proceden del centro de la circunferencia, y en este caso, no sólo influyen en las enfermedades, sino también en los sentimientos. Este magnetismo simpático se establece, además de entre los animales, entre éstos y las plantas» (**NOTA: Ennemoser: Historia de la Magia. FINAL NOTA**). Veamos ahora cómo acogieron los físicos el gran descubrimiento psicológico y fisiológico del magnetismo orgánico, cuando Mesmer llevó a Francia su sistema de cubeta, fundado totalmente en las doctrinas paracélsicas. Esto demostrará cuanta ignorancia, superficialidad y prejuicios puede haber en una corporación científica apegada a sus tradicionales teorías. Conviene insistir en el asunto porque a la negligencia de los académicos franceses de 1784, se debe la actual orientación materialista de las gentes y también los lunares que, según confiesan sus más fervorosos maestros, existen en la teoría atómica. La junta académica encargada en 1784 de examinar los fenómenos mesméricos estaba constituida por eminencias tales como Borie, Sallin, D'Arcet, Guillotin, Franklin, Leroi, Bailly, De Borg y Lavoisier. Por muerte de Borie le sucedió Magault. No cabe duda de que la Junta estaba dominada de hondos prejuicios al comenzar sus tareas por apremiantes órdenes de Luis XVI, y que se colocó en actitud mezquina y parcial para el examen. En su informe, redactado por Bailly, se trataba de dar el golpe de gracia a la nueva teoría, y al efecto se repartió profusamente por los establecimientos de enseñanza y entre el público en general, logrando concitar contra Mesmer la animosidad de gran parte de la nobleza y de ricos comerciantes que antes le patrocinaban por haber presenciado sus admirables curaciones. El distinguido académico Jussieu, que con el ilustre D'Eslon, médico de cámara, había observado cuidadosamente los fenómenos, publicó un minucioso contrainforme en que abogaba por la conveniencia de que la Facultad de Medicina estudiara los efectos terapéuticos del flúido magnético y publicase su parecer sobre el asunto. Esta moción determinó la salida de numerosas memorias, folletos, tratados didácticos y obras polemísticas en que se exponían nuevos hechos, y entre todas aquellas publicaciones sobresalió la muy erudita obra de Thouret titulada: *Dudas e investigaciones sobre el magnetismo animal*, cuya lectura fue estímulo para la rebusca de antecedentes en la historia de todos los países, cuyos fenómenos magnéticos, desde la más remota antigüedad, llegaron a conocimiento del público.

Las teorías de Mesmer eran sencillamente las mismas de Paracelso, Van Helmont, Santanelli y Maxwell, hasta el punto de que no faltó quien acusara al famoso médico de haber plagiado trozos enteros de una obra de Bertrand (**NOTA: El Magnetismo animal en Francia.- París, 1826. FINAL NOTA**). El profesor Stewart dice (**NOTA: La conservación de la energía.- Nueva York, 1875. FINAL NOTA**) que el universo está

compuesto de átomos conectados entre sí como los órganos de una máquina accionada por las leyes de la energía, y aunque el profesor Youmans califique de «moderno» este concepto, lo vemos expuesto ya un siglo antes por Mesmer en sus *Cartas a un médico extranjero*, que entre otras proposiciones contienen las que siguen:

1.^a Hay recíproca influencia entre los astros, la tierra y los seres vivos.

2.^a El medio transmisor de esta influencia es un fluido universal y unitónicamente difundido por todas partes, de modo que no consiente vacío alguno, cuya sutilidad excede a toda ponderación y que por su naturaleza es capaz de recibir, propagar y transmitir todas las vibraciones de movimiento.

3.^a Esta influencia recíproca está sujeta a leyes dinámicas desconocidas por ahora.

Resulta, en consecuencia, que Stewart no dijo nada nuevo al decir que el universo era semejante a una enorme máquina.

El profesor Mayer corrobora la opinión de Gilbert acerca de que la tierra es un gigantesco imán, y supone que su potencial depende de las emanaciones del sol, pues varía misteriosamente en función de los movimientos terrestres de rotación y traslación y en simpatía con las inmensas oleadas ígneas que agitan la superficie del astro solar, añadiendo que entre el sol y la tierra hay un sucesivo flujo y reflujo de influencias.

Pero la obra citada nos da los mismos conceptos en las siguientes proposiciones de Mesmer:

4.^a De esta acción dimanar alternados efectos que pueden considerarse como flujo y reflujo.

6.^a Por este medio operante, el más universal de cuantos la naturaleza nos presenta, se establecen las relaciones de actividad entre los astros, la tierra y sus partes constituyentes.

7.^a De esta operación dependen las propiedades de la materia así inorgánica como organizada.

8.^a El cuerpo animal experimenta los alternados efectos de este agente por conducto de la substancia nerviosa que transmite su acción (NOTA: Entre las obras publicadas de 1798 a 1824, cuando la Academia francesa nombró la segunda comisión investigadora de los fenómenos mesméricos, puede el lector consultar provechosamente los *Anales del magnetismo animal*, por el barón de Henin de Covillier, teniente general del ejército, caballero de la orden de San Luis, individuo de la Academia de Ciencias y socio correspondiente de varias sociedades europeas. FINAL NOTA).

El eminente astrónomo Laplace, miembro del Instituto, que estudió por su cuenta los fenómenos mesméricos, dice a este propósito:

«Los nervios, sobre todo cuando excepcionales influencias acrecientan su sensibilidad, son los más delicados instrumentos para conocer los imperceptibles agentes de la naturaleza... Los singulares fenómenos resultantes de la extraordinaria excitación nerviosa de ciertos individuos han suscitado diversas opiniones acerca de la existencia de un nuevo agente, al que se le denomina magnetismo animal... Estamos tan lejos de conocer todos los agentes naturales, que fuera lógico negar sus fenómenos por la sola consideración de ser inexplicables en el actual estado de nuestros conocimientos. Tenemos el deber de examinarlos con tanta mayor escrupulosidad cuanto mayores dificultades se opongan a su admisión.» (NOTA: *Ensayo filosófico sobre las probabilidades*. Obra publicada a consecuencia de haber ofrecido en 1820 la Academia de Berlín trescientos ducados, y la Real Sociedad Científica de Francia, presidida por S.A.R. el duque de Angulema, una medalla de oro para presumir la mejor memoria sobre el mesmerismo. FINAL NOTA)

El marqués de Puysegur realizó experimentos muy superiores a los de Mesmer, sin necesidad de aparato alguno, y llevó a cabo admirables curaciones entre los labriegos

de sus tierras de Busancy. La fama de estos hechos estimuló a otros hombres ilustrados a la repetición de los experimentos con parecido éxito, y en 1825 propuso Foissac a la Academia de Medicina otra investigación sobre el particular. Se comisionó al efecto a los académicos Adelon, Parisey, Marc, Burdín y Husson en calidad de ponente, quienes confesaron que «en cuestiones científicas no es posible dictar sentencias irrevocables» y reconocieron la escasa valía del informe de la comisión de 1784 al decir que dos experimentos de prueba en aquel entonces se llevaron a cabo sin estar presentes todos los comisionados y *con cierta predisposición de ánimo*, que, dada la índole de los fenómenos sometidos a su examen, *había de motivar el fracaso*».

Respecto a las propiedades terapéuticas del magnetismo informó la comisión diciendo: «La Academia tiene el deber de estudiar experimentalmente el magnetismo y prohibir su empleo a personas que, por extrañas al arte, abusan de él y lo convierten en materia de especulación y lucro». Igual criterio han sustentado los más respetables tratadistas del moderno espiritismo.

El informe de la Comisión promovió largos debates en el seno de la Academia, que dieron por resultado el nombramiento (Mayo 1826) de otra compuesta de médicos tan ilustres como Leroux, Bourdois de la Motte, Double, Magendie, Guersant, Husson, Thillaye, Marc, Itard, Fouquier y Guéneau de Mussy. Durante cinco años prosiguió esta nueva comisión sus tareas, resumidas en un informe redactado por Husson. Decía el informe: «Ni el contacto de manos ni el roce ni los pases son necesarios en absoluto, pues bastan a veces la voluntad y la fijeza de mirada para producir el fenómeno magnético, aun sin el consentimiento de la persona magnetizada... Hemos comprobado que ciertos efectos terapéuticos dependen exclusivamente del magnetismo y no pueden obtenerse sin él... El estado sonambúlico es indudable y desenvuelve las nuevas facultades llamadas clarividencia, intuición y previsión íntima... El sueño magnético ha sobrevenido en circunstancias tales, que los magnetizados no podían ver absolutamente nada e ignoraban por completo los medios empleados para provocarlo... El magnetizador puede poner al sujeto en estado sonambúlico sin que lo sepa ni le vea, a determinada distancia y a través de puertas cerradas... Parece como si se embotaran los sentidos corporales del magnetizado y que actuara una segunda entidad... Los sujetos dormidos no se dan cuenta de los ruidos externos, aunque resuenen junto a ellos insólitamente y de tanto estrépito como el golpeteo de vasijas de cobre, caída de objetos pesados y golpes fortísimos... También se les puede inhalar ácido clorhídrico o amoníaco, sin daño alguno y sin que se percaten de ello... Pudimos cosquillarles con una pluma las plantas de los pies, las ventanas de la nariz y los ojos, sin la menor señal de sensación y fue posible, además, pellizcarles hasta acardenalar la piel y meterles astillas entre uña y carne sin el más leve estremecimiento. Cierta sujeto permaneció insensible a una dolorosa operación quirúrgica, sin que se le descompusiera el semblante ni se alterasen el pulso ni la respiración... Mientras el sujeto se halla en estado sonambúlico conserva las mismas facultades que en el de vigilia y aun la memoria parece más fiel y amplia... Vimos dos sonámbulos que con los ojos cerrados distinguían cuantos objetos se les ponían delante y acertar sin tacto alguno el palo y valor de los naipes, leer palabras manuscritas y líneas enteras de libros abiertos al acaso, aun cuando para mejor comprobación se les oprimiesen los párpados con la mano... Uno predijo, con algunos meses de anticipación, el día, hora y minuto en que le sobrevendrían los ataques epilépticos y cuando habían de cesar; y otro vaticinó la época de su curación. Ambas previsiones tuvieron exacto cumplimiento... Hemos reunido y comunicado pruebas suficientes para que la Academia estimule las investigaciones sobre el magnetismo como rama curiosísima de la psicología y de las ciencias naturales... Los fenómenos son *tan extraordinarios* que tal vez la Academia repugne admitirlos, pero nos han guiado exclusivamente impulsos de tan elevado carácter como el amor a la ciencia y la necesidad de corresponder a las esperanzas que la Academia había fundado en nuestro celo y diligencia» (NOTA: Como quiera que no entra en nuestros propósitos tratar

extensamente del magnetismo animal, nos hemos limitado al extracto de los párrafos más importantes del informe de la comisión, de los que se infiere que hay alguna diferencia entre el hombre y el protoplasma de un carnero. FINAL NOTA).

Estos temores se vieron confirmados en parte, pues un individuo de la comisión, el fisiólogo Magendie, que no había presenciado los experimentos, se negó a firmar el informe y expuso una especie de voto particular en su tratado de *Fisiología Humana*, en que después de resumir los fenómenos a su manera, dice: «El respeto propio y la dignidad de la profesión demandan que se proceda muy circunspectamente en estos asuntos. Los médicos ilustrados recordarán con cuánta facilidad degenera lo misterioso en charlatanería y cuán propensa es la profesión a degradarse aun en manos de respetables titulares». Nada deja traslucir, en las cuatro páginas de su obra dedicadas al mesmerismo, que Magendie formase parte de la comisión elegida por la Academia en 1826 ni que se hubiera excusado de asistir a sus reuniones, faltando así a su deber, pues no quiso inquirir la verdad de los fenómenos mesméricos, y, sin embargo, dió particular informe sobre ellos. El «respeto propio y la dignidad profesional» exigían por lo menos su silencio.

Treinta y ocho años más tarde, el ilustre físico Tyndall, cuya reputación iguala si no supera a la de Magendie, repugnó imitar tan insidiosa conducta y no quiso aprovechar la oportunidad de investigar los fenómenos espiritistas y arrebatarlos de entre manos de ignorantes o poco escrupulosos indagadores, aunque en su obra *Fragmentos de ciencia* incurre en las descortesías a que ya nos referimos. Sin embargo, algo intentó Tyndall, y ello basta. Dice en la citada obra que cierta noche se metió debajo del trípode para observar el fenómeno de los golpes y salió de allí con un sentimiento de compasión hacia la humanidad cual nunca hasta entonces lo sintiera. Para apreciar el valor del insigne físico al buscar a tientas la verdad en esta ocasión recurriremos al ejemplo de Israel Putnam, que se desliza a gatas para sorprender a la loba en su madriguera y matarla; pero Tyndall cayó entre los dientes de su loba y bien pudiera ostentar por mote de su escudo: *Sub mensa desperatio*.

El doctor Alfonso Teste, distinguido científico contemporáneo, al tratar de la comisión de 1824, dice que su informe conmovió profundamente a todos los académicos, aunque pocos quedaron convencidos, y añade: «Nadie podía dudar de la veracidad de los comisionados cuya competencia y buena fe eran innegables, pero se sospechaba de que les hubieran engañado. Realmente hay verdades tan infortunadas que comprometen a quien las cree y más todavía a quien cándidamente las confiesa en público». Así lo corrobora la historia desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Cuando Hare publicó los primeros resultados de su investigación de los fenómenos espiritistas, todos le tuvieron por víctima de un engaño, aunque era uno de los más insignes físico-químicos de su tiempo, y al demostrar que no había semejante engaño le calificaron los profesores de Harvard de «chocha y visionariamente adherido a la enorme patraña del espiritismo».

Al iniciar Hare sus investigaciones en 1853, declaró que le movía a ello el humanitario deber de oponerse con todas sus fuerzas al flujo de insania popular que, a despecho de la razón y de la ciencia, acrecentaba rápidamente la *grosera ilusión* llamada espiritismo; y aunque esta declaración estaba en completa coincidencia con la hipótesis de la mesa giratoria de Faraday, tuvo la grandeza propia de los príncipes de la ciencia para investigar la cuestión y decir después toda la verdad. En una memoria publicada en Nueva York refiere el mismo Hare qué premio le dieron sus compañeros de profesión. Dice así: «Durante más de medio siglo me dediqué a investigaciones científicas cuya exactitud y precisión nadie puso en duda hasta que me convertí al espiritismo, y nadie tampoco atacó mi personal integridad hasta que los profesores de Harvard se declararon en contra de lo que yo *sabía que era verdad* y ellos no *sabían* que no lo fuese».

¡Cuán patética amargura encierran estas palabras! ¡Un anciano de setenta y seis años, con medio siglo de labor científica, vituperado por decir la verdad! Aún hoy mismo se

trata con despectiva compasión al ilustre sabio inglés Wallace, por haberse manifestado favorable al espiritismo. También los científicos rusos menosprecian ofensivamente al eximio zoólogo Nicolás Wagner, de San Petersburgo, por la candorosa declaración de sus ideas psicológicas. Pero preciso es distinguir entre los sabios y los científicos, pues si las ciencias ocultas, y entre ellas el moderno espiritismo, sufren maliciosa persecución de los segundos, tienen y han tenido en toda época leales defensores entre los primeros. Ejemplo de ello nos da Newton, antorcha de la ciencia, que creía en el magnetismo según lo enseñaron Paracelso, Van Helmont y demás filósofos del fuego. Nadie negará que la teoría newtoniana de la gravitación universal tiene su raíz en el magnetismo, pues él mismo nos dice que fundaba todas sus especulaciones científicas en el «alma del mundo», en el universal y magnético agente a que denominó *divinum sensorium*. A este propósito añade: «Hay un espíritu sutilísimo que penetra todas las cosas, aun los cuerpos más duros, y está oculto en su substancia. Por virtud de la actividad y energía de este espíritu, se atraen recíprocamente los cuerpos y se adhieren al ponerse en contacto. Por él los cuerpos eléctricos se atraen y repelen desde lejanas distancias, y la luz se difunde, refleja, refracta y colora los cuerpos. Por él se mueven los animales y se excitan los sentidos. Pero esto no puede explicarse en pocas palabras, porque nos falta la necesaria experiencia para determinar las leyes que rigen la actividad operante de este agente» (NOTA: Newton: *Principios fundamentales de filosofía natural*. FINAL NOTA).

Dos linajes hay de magnetización: la simplemente *animal* y la trascendente. Esta última depende, por una parte, de la voluntad y aptitud del magnetizador, y por otra, de las cualidades espirituales del sujeto y de su receptibilidad a las vibraciones de la luz astral. Pero no se tardará en reconocer que la clarividencia requiere mucha mayor voluntad en el magnetizador que receptividad en el sujeto, ya que éste, por positivo que sea, habrá de rendirse al poder de un adepto (NOTA: Ejemplo de este caso es el magnetizador Du Potet. FINAL NOTA).

Si el magnetizador, mago o entidad espiritual dirige hábilmente la vista del sujeto, la luz astral iluminará sus más hondos arcanos, pues si bien es libro cerrado para quienes miran y no ven, está en cambio siempre abierto para los que *quieran* leer en él. Allí está anotado cuanto fué, es y será, y aun los más insignificantes actos de nuestra vida y nuestros más escondidos pensamientos quedan fotografiados en sus páginas eternas. Es el libro abierto por mano del ángel del Apocalipsis, el «libro de la vida» que sirve para juzgar a los muertos según sus obras. Es la *memoria de Dios*.

Dice Zoroastro, que en el éter están figuradas las cosas sin figura y aparecen impresos los pensamientos y caracteres de los hombres, con otras visiones divinas (NOTA: Cory: *Oráculos Caldeos*. FINAL NOTA).

Vemos, por lo tanto, que así la antigua como la moderna sabiduría, los vaticinios y la ciencia corroboran unánimemente las enseñanzas cabalísticas. En las indelebles páginas de la luz astral se estampan nuestros pensamientos y acciones y aparecen delineados con pictórica vividez, a los ojos del profeta y del vidente, los acontecimientos futuros y los efectos de causas echadas hace tiempo en olvido. La memoria, cuya naturaleza funcional es desesperación del materialista, enigma para el psicólogo y esfinge para el científico, es para el estudiante de filosofía antigua la potencia compartida con muchos animales inferiores, mediante la cual, inconscientemente, ve en su interior iluminadas por la luz astral las imágenes de pasados pensamientos, actos y sensaciones. El estudiante de ocultismo no ve en los ganglios cerebrales «micrografos de lo vivo y de lo muerto, de lugares en que hemos estado y de sucesos en que hemos intervenido» (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*. FINAL NOTA), sino que acude al vasto receptáculo donde por toda la eternidad se almacenan las vibraciones del cosmos y los anales de las vidas humanas.

La ráfaga de memoria que según tradición representa a los náufragos las escenas de su vida pasada, como el fulgor del relámpago descubre momentáneamente el paisaje a los

ojos del viajero, no es más que la súbita ojeada que el alma, en lucha con el peligro, da a las silenciosas galerías en que está pintada su historia con impalidecibles colores.

Por la misma causa suelen ser familiares ciertos parajes y comarcas en que hasta entonces no habíamos estado y recordar conversaciones que por vez primera oímos o escenas acabadas de ocurrir, según de ello hay noventa por ciento de testimonios. Los que creen en la reencarnación aducen estos hechos como otras tantas pruebas de anteriores existencias, cuya memoria se aviva repentinamente en semejantes circunstancias. Sin embargo, los filósofos de la antigüedad y de la Edad Media opinaban que si bien este fenómeno psicológico es uno de los más valiosos argumentos en favor de la inmortalidad y preexistencia del alma, no lo es en pro de la reencarnación, por cuanto la memoria anímica es distinta de la cerebral. Como elegantemente dice Eliphas Levi: «la naturaleza cierra las puertas después de pasar una cosa e impele la vida hacia delante», en más perfeccionadas formas. La crisálida se metamorfosea en mariposa, pero jamás vuelve a ser oruga. En el silencio de la noche, cuando el sueño embarga los corporales sentidos y reposa nuestro cuerpo físico, queda libre el astral, según dice Paracelso, y deslizándose de su terrena cárcel, se encamina hacia sus progenitores y platica con las estrellas». Los sueños, presentimientos, pronósticos, presagios y vaticinios son las impresiones del cuerpo astral en el cerebro físico, que las recibe más o menos profundamente, según la intensidad del riego sanguíneo durante el sueño. Cuanto más débil esté el cuerpo físico, más vívida será la memoria anímica y de mayor libertad gozará el espíritu. Cuando después de profundo y reposado sueño sin ensueños se restituye el hombre al estado de vigilia, no conserva recuerdo alguno de su existencia nocturna y, sin embargo, en su cerebro están grabadas, aunque latentes bajo la presión de la materia, las escenas y paisajes que vió durante su peregrinación en el cuerpo astral. Estas latentes imágenes pueden revelarse por los relámpagos de anímica memoria que establecen momentáneos intercambios de energía entre el universo visible y el invisible, es decir, entre los ganglios micrográficos cerebrales y las películas escenográficas de la luz astral. Por lo tanto, un hombre que nunca haya estado personalmente en un paraje ni visto a determinada persona, puede asegurar que ha estado y la ha visto, porque adquirió el conocimiento mientras actuaba en «espíritu». Los fisiólogos sólo pueden objetar a esto diciendo que en el sueño natural y profundo está la voluntad inerte y es incapaz de actuar, tanto más cuanto no creen en el cuerpo astral y el alma les parece poco menos que un mito poético. Blumenbach afirma que durante el sueño queda en suspenso toda comunicación entre cuerpo y mente; pero Richardson, de la Sociedad Real de Londres, redarguye acertadamente al fisiólogo alemán, diciéndole que se ha excedido en sus afirmaciones, pues no se conocen todavía a punto fijo las relaciones entre cuerpo y mente. Añadamos a esta opinión la del fisiólogo francés Fournié y la del eminente médico inglés Allchin, quien confiesa con entera franqueza que no hay profesión científica de tan insegura base como la medicina, y veremos que no sin justicia deben oponerse las ideas de los sabios antiguos frente a las de la ciencia moderna.

Nadie, por grosero y material que sea, deja de vivir en el universo invisible al par que en el visible. El principio vital que anima su organismo físico reside principalmente en el cuerpo astral, cuyas partículas densas quedan inertes, mientras las sutiles no reconocen límite ni obstáculo. Bien sabemos que tanto los sabios como los ignorantes preferirán mantenerse en el prejuicio de que no es posible saber de donde dimana el agente vital, antes de conceder ni un momento de atención a lo que llaman rancias y desprestigiadas teorías. Algunos objetarán desde el punto de vista teológico que el alma de los brutos no es inmortal, pues tanto teólogos como legos *confunden erróneamente el alma con el espíritu*. Pero si estudiamos a Platón y otros filósofos antiguos, advertiremos que mientras el cuerpo astral (NOTA: Llamado por Platón *alma irracional* o *porción más etérea de la naturaleza material*. FINAL NOTA) no pasa de tener una existencia más o menos larga después de la muerte física, el espíritu divino (impropiamente llamado *alma* por los teólogos) es esencialmente inmortal (NOTA: Los hebraístas cultos comprenderán

fácilmente la diferencia entre las dos palabras, רוח (*ruah*) ונפש (*nepheesh*). FINAL NOTA). Si el principio vital fuese algo independiente del cuerpo astral, no estaría de seguro la clarividencia en tan directa relación con la debilidad física del sujeto. Cuanto más profundo sea el sueño hipnótico y menos signos de vida se noten en el cuerpo físico, tanto más clara será la percepción espiritual, y tanto más penetrante la vista del alma que desprendida de los sentidos corporales actúa con incomparablemente mayor potencia que cuando le sirve de vehículo un cuerpo sano y vigoroso. Brierre de Boismont nos da repetidos ejemplos de ello en demostración de que los cinco sentidos son mucho más agudos en estado hipnótico que en el de vigilia. Estos fenómenos prueban incontrovertiblemente la continuidad de la vida siquiera por algún tiempo después de muerto el cuerpo físico.

Aunque durante nuestra breve estancia en la tierra pueda compararse el alma a una luz puesta debajo del celemín, no deja de brillar por ello y de recibir la influencia de espíritus afines, de modo que todo pensamiento bueno o malo atrae vibraciones de su misma naturaleza, tan irresistiblemente. como el imán atrae las limaduras de hierro, en proporción a la intensidad de las vibraciones etéreas del pensamiento; y así se explica que un hombre se sobreponga imperiosamente a su tiempo y que su influencia se transmita de una a otra época por medio de las recíprocas corrientes de energía entre los mundos visible e invisible, hasta afectar a gran parte del género humano. Difícil sería determinar las lindes que en este punto han puesto a su pensamiento los autores de la famosa obra *El Universo invisible*, pero del siguiente pasaje podemos inferir que *no dijeron todo* cuanto pensaban. Dice así:

Sea como quiera, no cabe duda de que las propiedades del éter son en el campo de la naturaleza muy superiores a las de la *materia tangible*. Y como la índole de ésta, salvo en algunos pormenores de poca importancia, se halla *mucho más allá* de la penetración de las lumbreras científicas, no llevaremos adelante nuestras disertaciones. Basta a nuestro propósito conocer los efectos del éter *cuya potencialidad supera a cuanto nadie ha osado decir*.

Uno de los más notables descubrimientos de los tiempos modernos, es la facultad que algunas personas receptivas poseen de describir el carácter y aspecto de una persona o los sucesos ocurridos, con tal de retener en la mano y pasárselo por la frente un objeto cualquiera relacionado con la persona o el suceso, por mucho que sea el tiempo transcurrido. Así, una piedra ruinoso le representará la historia del edificio a que perteneciera, con las escenas ocurridas en su interior y alrededores; un pedazo de mineral despertará en su alma la visión retrospectiva de la época de su formación. Esta facultad fue descubierta por el profesor Buchanan de Louisville (Kentucky), quien le dió el nombre de psicometría. A este sabio debe el mundo tan importante complemento de las ciencias psicológicas, y de seguro que merecerá ser honrado en estatua cuando la frecuencia de los experimentos psicométricos acaben de una vez con el escepticismo. Al publicar su descubrimiento se contrajo Buchanan a la utilidad de la psicometría para bosquejar el carácter de las personas, y dice a este propósito:

Parece que es indeleble la influencia mental y fisiológica que recibe un manuscrito, pues los más antiguos ejemplares de que me valí en las experiencias revelaban precisa y vigorosamente sus impresiones, apenas debilitadas por el tiempo. Por virtud de la psicometría fue posible leer, sin dificultad alguna, manuscritos antiguos cuya ordinaria interpretación hubiese requerido el auxilio de los paleólogos. Pero no únicamente los manuscritos retienen las impresiones mentales, sino que también los dibujos, pinturas y cualquier otro objeto que haya recibido el contacto mental y volitivo de una persona, le pueden servir a otra de medio de descripción psicométrica... Este descubrimiento tendrá incalculables consecuencias en su aplicación a las artes y a la historia (NOTA: Buchanan:

Bosquejos de Conferencias sobre el sistema neurológico de antropología. Acaso no presentía Buchanan todo el valor de sus proféticas palabras. FINAL NOTA).

Los primeros experimentos de psicometría se llevaron a cabo en 1841, y desde entonces los han repetido muchísimos psicómetros en todo el mundo, demostrando con ellos que cuanto ocurre en la naturaleza mental, por mínimo e insignificante que sea, queda indeleblemente impreso en la naturaleza física, y como no se advierte alteración molecular en ella, forzosamente se infiere que las imágenes psicométricas provienen del éter o luz astral.

En su hermosa obra: *El alma de las cosas*, trata de esta cuestión el geólogo Denton y cita multitud de ejemplos de las notables facultades psicométricas de su esposa. Entre ellos refiere que, puesto sobre la frente un pedazo de piedra de la casa de Cicerón en Túscolo, pero sin saber de donde procedía, describió no sólo el ambiente físico del gran orador romano, sino el del dictador Sila, a quien antes había pertenecido aquella casa. Un trozo de mármol del primitivo templo cristiano de Smirna, le representó a los fieles en oración y a los sacerdotes oficiantes. Otros fragmentos de objetos procedentes de Asiria, Palestina, Grecia, el monte Ararat y otros puntos, le permitieron describir sucesos de la vida de personajes muertos miles de años antes. Un hueso o un diente de animales antediluvianos le daban a la psicómetra, por breves momentos, la visión del animal vivo con todas sus sensaciones. En muchos de estos casos, comprobó Denton las descripciones de su esposa, cotejándolas con los relatos históricos. La psicometría descubre los más recónditos secretos de la naturaleza y los acontecimientos remotos se reproducen con tan vívida impresión como los de ayer.

Añade Denton en la misma obra: «No se mueve una hoja ni se levanta una onda ni se arrastra un insecto; sin que registren sus movimientos mil fieles escribanos en infalibles e indelebles escrituras. Así ocurre con lo sucedido en pasados tiempos. Continuamente ha estado la naturaleza fotografiándolo todo, desde que brilló la luz sobre la tierra, cuando sobre la cuna del recién nacido planeta flotaban vaporosas cortinas, hasta el momento actual. ¡Y qué fotografías!»

Nos parece el colmo de la imposibilidad que en la materia atómica hayan quedado grabados los hechos ocurridos en la antigua Tebas o en algún templo prehistórico. Sin embargo, las imágenes de estos hechos están saturadas de aquel agente universal que todo lo penetra y todo lo retiene, llamado por los filósofos «alma del mundo» y por el geólogo Denton el «alma de las cosas». Al aplicarse el psicómetro a la frente un objeto determinado, relaciona su yo interno con el alma del objeto (NOTA: Está ya admitido que el éter interpenetra toda clase de materia, aun la más densa, y ya empieza a admitirse que retiene las imágenes de cuanto ha sucedido. FINAL NOTA) y se pone en contacto con la corriente de luz astral que, relacionada con dicho objeto, retiene las descripciones de los sucesos concernientes a su historia los cuales, según Denton, pasan ante la vista del psicómetro con la velocidad del rayo, en vertiginosa sucesión de escenas que tan sólo con mucha fuerza de voluntad es posible detenerlas en el campo visual para describirlas.

El psicómetro es clarividente, pues ve con la vista interna; pero su visión de personas, lugares y sucesos resultará confusa, a menos que con potente fuerza de voluntad haya educado la percepción visual. Sin embargo, en los casos de hipnotismo, la clarividencia del sujeto depende de la voluntad del hipnotizador, quien, por lo tanto, puede detener la atención de aquél en determinada imagen todo el tiempo necesario para describirlo en sus más prolijos pormenores. Por otra parte, el sujeto sometido a la influencia de un hábil hipnotizador aventaja al psicómetro espontáneo en la clara y distinta predicción del porvenir.

Si alguien objeta diciendo que no es posible ver lo que «todavía no existe», le responderemos que tan posible es ver lo futuro como se ve lo pasado, que ya no existe.

Según las enseñanzas cabalísticas, lo futuro está en embrión en la luz astral, como también lo presente estaba en embrión antes de serlo. El hombre es libre de obrar a su albedrío, pero desde el origen de los tiempos está previsto el uso que hará de este albedrío, sin que tal previsión suponga fatalismo ni hado, sino que resulta de la inmutable armonía del universo, así como de antemano se conocen las vibraciones peculiares de cada nota que se haya de pulsar. Además, la eternidad del tiempo no tiene pasado ni futuro, sino tan sólo presente, de la propia manera que la inmensidad del espacio no tiene en rigor puntos cercanos ni lejanos. En el mezquino campo de nuestras experiencias, nos esforzamos en concebir, si no el fin, por lo menos el principio del tiempo y del espacio, que en realidad no tienen principio ni fin, pues de tenerlo, ni el tiempo sería eterno ni ilimitado el espacio. Como hemos dicho, no hay pasado ni futuro; pero nuestra memoria refleja las imágenes grabadas en la luz astral, como el psicómetro las emanaciones astrales de los objetos palpados. Al tratar de la influencia de la luz en los cuerpos y de la formación de imágenes fotográficas, dice el profesor Hitchcock: «Parece como si esta influencia interpenetrara la naturaleza toda sin detenerse en puntos definidos. No sabemos si la luz puede retratar en los objetos circundantes nuestras facciones demudadas por la emoción y dejar de esta suerte fotografiadas en la naturaleza nuestras acciones... Posible es también que haya procedimientos superiores a los del más hábil fotógrafo, por cuyo medio revele y fije la naturaleza estas fotografías de modo que, con sentidos *más agudos* que los nuestros, se vean como en un inmenso lienzo extendido sobre el universo material. *Quizás* no se borren nunca estas fotografías del lienzo, sino que perduren en el vasto museo pictórico de la eternidad» (NOTA: Hitchcock: *La religión según la geología*. FINAL NOTA).

La duda manifestada en el quizás de Hitchcock se ha trocado en triunfadora certeza por valimiento de la psicometría. Sin embargo, cuantos hayan observado la cualidad psíquica de clarividencia advertirán que Hitchcock no debiera haber supuesto la necesidad de más agudos sentidos para ver las imágenes, sino decir que habían de superar en penetración a los corporales, porque *para el espíritu humano, dimanante del inmortal y divino Espíritu, no hay pasado ni futuro, sino que todo lo tiene presente* (NOTA: *Las fotografías a que se refiere Hitchcock en el pasaje citado tienen por placa la luz astral donde se registra todo cuanto ha sido, es y será, según afirman las enseñanzas herméticas ya corroboradas en parte por la ciencia*. FINAL NOTA).

De algún tiempo a esta parte han comenzado los científicos a estudiar este asunto hasta hoy difamado con nota de superstición. Discurrieron primero acerca de los hipotéticos mundos invisibles y a todos se adelantaron los autores de la obra: *El Universo invisible*, a quienes siguió el profesor Fiske con la suya: *El mundo invisible*. Esto prueba que el terreno del materialismo se hunde bajo los pies de los científicos, quienes se disponen a capitular honrosamente en caso de derrota. Jevons corrobora las opiniones de Babbage y ambos afirman que los pensamientos ponen en vibración las partículas del cerebro y las difunden por el universo, de suerte que «cada partícula material es una placa registradora de cuanto ha sucedido» (NOTA: *Principios científicos*, II, 45. FINAL NOTA). Por otra parte el doctor Young, en sus conferencias sobre filosofía natural, apunta «la posibilidad de que haya mundos *invisibles y desconocidos* en aislada independencia unos, en *recíproca interpretación* otros, y algunos cuya existencia no requiera por modalidad el espacio».

Si los científicos discurren de esta suerte, partiendo del principio de continuidad según el cual la energía se transmite al universo invisible, no se les ha de negar el mismo discurso a los ocultistas y espiritualistas. La ciencia admite hoy que las imágenes especulares quedan impresas indefinidamente sobre una superficie pulimentada, y a este propósito dice Draper: «La sombra proyectada sobre una pared deja allí una huella que puede revelarse mediante manipulaciones convenientes... Los retratos de nuestros amigos o las imágenes de la campiña quedan ocultos bajo la superficie sensible de nuestros ojos, hasta que las revelamos por adecuados medios. Una imagen espectral está encubierta bajo

una superficie de plata bruñida o de cristal pulido, hasta que la nigromancia la revela al mundo visible. En las paredes de nuestros más retirados aposentos, al abrigo de indiscretas miradas, en la soledad de nuestro apartamento inaccesible a los extraños, están las huellas de nuestros actos y las siluetas de cuanto hicimos» (NOTA: Draper: *Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, 132, 133. FINAL NOTA).

Si tan indelebles impresiones puede recibir la materia inorgánica y nada se aniquila en el universo, no cabe rechazar la hipótesis de que «el pensamiento actúe en la materia de otro universo al par que en la del nuestro y prever de esta suerte lo futuro» (NOTA: *El Universo invisible*, 159.– Contra los autores de esta obra suscitaron una injustificada campaña los científicos de la época. FINAL NOTA).

A nuestro entender, si la psicometría es valiosa prueba de la indestructibilidad de la materia, que retiene eternamente las impresiones recibidas, también es la clarividencia psicométrica no menos valiosa prueba de la inmortalidad del espíritu humano. Puesto que la facultad psicométrica es capaz de describir sucesos ocurridos hace centenares de miles de años, ¿por qué no aplicar la misma facultad al conocimiento de un porvenir sumido en la eternidad, que no tiene pasado ni futuro, sino tan sólo el presente sin límites?

No obstante haber confesado los científicos su ignorancia en muchas cuestiones, todavía niegan la misteriosa fuerza espiritual que escapa a las leyes físicas y pretenden aplicar a los seres vivos las mismas que rigen la materia muerta. Han descubierto las energías de la luz, calor, electricidad y movimiento (NOTA: Los cabalistas llamaban «purgas groseras del éter», a estas modalidades energéticas. FINAL NOTA), cuyas vibraciones contaron en las vibraciones del espectro solar y engraidos con tan próspera fortuna, se niegan a seguir adelante. Algunos reflexionaron sobre la índole de este proteico agente que no podían pesar ni medir con sus aparatos, y dijeron que era «un medio *hipotético* sumamente elástico y sutil que se supone ocupa los espacios intersidiales e interatómicos y sirve de medio transmisor del calor y de la luz». Otros, a quienes llamaríamos los fuegos fatuos o hijos espurios de la ciencia, se tomaron la molestia de observar el éter con lentes de mucho alcance, según nos dicen; pero al no ver espíritus ni espectros, ni descubrir entre sus alevos ondulaciones nada de más científica índole, viraron en redondo para tachar con lastimero acento de «mentecatos y lunáticos visionarios» (NOTA: Marvin: *Conferencia sobre la Mediummanía*. FINAL NOTA), no sólo a los espiritistas en particular, sino a cuantos creen en la inmortalidad. Dicen sobre este particular los autores de *El Universo invisible*: «Han estudiado en el universo objetivo ese misterio que llamamos *vida*. El error consiste en creer que todo cuanto desaparece de la observación, desaparece también del universo. Sin embargo, no hay tal, porque únicamente desaparece del *pequeño círculo de luz* a que podemos llamar universo de *observación científica*. Es un trínico misterio en la materia, en la vida y en Dios; pero los tres misterios son *uno solo*» (NOTA: *El Universo invisible*, 183. FINAL NOTA). En otro pasaje añaden: «El universo visible debe seguramente tener un límite de energía transformable y probablemente el mismo límite en su materia; pero como el principio de continuidad repugna toda limitación, ha de haber sin duda *algo más allá* de lo visible, de modo que el mundo visible no es el universo total sino tan sólo una pequeña parte de él» (NOTA: *El Universo invisible*, 64. FINAL NOTA). Además, atendiendo los autores al concepto del origen y fin del universo visible, dicen que si fuese *todo* cuanto existe, habría ruptura de continuidad tanto en la súbita manifestación primaria de él como en su ruina final... (NOTA: *El Universo invisible*, Art.85. FINAL NOTA). Ahora bien; ¿no es lógico suponer que el universo invisible, en cuya existencia razonablemente creemos, esté en condiciones de recibir la energía del visible? Cabe, por lo tanto, considerar el éter o medio transmisor como un puente (NOTA: Es curioso que los insignes científicos del siglo XIX corroboren la sabiduría del mito escandinavo a que nos referimos en el capítulo anterior. Hace miles de años, la relación entre ambos universos tuvo su alegoría en el puente a que alude el canto édico de Völuspa.– *Visión*

de la Profetisa Vala, es decir, el puente de Bifröst, el radiante arco-iris que atraviesan los dioses para unirse en asamblea junto a la fuente de Urdar. Es el mismo concepto que al estudiante pensador ofrecen los autores de *El Universo invisible*. FINAL NOTA) entre ambos universos, que de esta manera quedan conglomerados en uno solo. En fin, lo que generalmente se llama éter puede ser, además de un medio transmisor, el orden de cosas invisibles, de modo que los movimientos del universo visible se comunican al éter y éste los transmite como por un puente al invisible, que los recibe, transforma y almacena. Podemos decir, por lo tanto, que cuando la energía se transmite de la materia al éter, pasa del mundo visible al invisible y cuando del éter va a la materia se transfiere del mundo invisible al visible» (NOTA: *El Universo invisible*, Art. 198. FINAL NOTA).

Precisamente es así. Cuando la ciencia adelante algunos pasos más en este camino y estudie detenidamente el «hipotético medio transmisor» podrá salvar sin peligro el abismo que Tyndall ve abierto entre el cerebro físico y la conciencia.

Algunos años antes, en 1856, el por entonces famoso doctor Jobard de París expuso acerca del éter el mismo concepto sustentado después por los autores de *El Universo invisible*. Con asombro del mundo científico, dijo el doctor Jobard a este propósito: «Acabo de hacer un descubrimiento que me asusta. Hay dos modalidades de electricidad: una ciega y ruda, dimanante del contacto de los metales con los ácidos (purga grosera), y otra racional y *clarividente*. La electricidad se ha bifurcado en manos de Galvani, Nobili y Matteuci. La corriente ruda tomó la dirección señalada por Jacobi, Bonelli y Moncal, mientras que la corriente lúcida quedó en manos de Bois-Robert, Thilorier y Duplanty. La esfera eléctrica o electricidad globular entraña un pensamiento que desobedece a Newton y a Mariotte para moverse a su antojo... En los anales de la Academia hay mil pruebas de la *inteligencia del rayo eléctrico*... Pero noto que voy siendo en demasía indiscreto. A poco más doy la clave que ha de llevarnos al descubrimiento del espíritu universal» (NOTA: *El Amigo de las Ciencias*, 2 de Marzo de 1856, pág. 67. FINAL NOTA).

Todas las citas iluminan con nueva luz la sabiduría de los antiguos. Ya vimos que los *Oráculos caldeos* (NOTA: Cory: *Fragmentos antiguos*. Cita de la pág. 139 de este mismo volumen. FINAL NOTA) exponen en parecido lenguaje el mismo concepto del éter que los autores de *El Universo invisible*, pues dicen que «del éter proceden todas las cosas y a él han de volver y que en él están indeleblemente grabadas las imágenes de todas las cosas, porque es almacén de ideas y troje de los gérmenes y de los residuos de las formas visibles». Esto corrobora nuestra afirmación de que todo descubrimiento moderno tuvo su parigual hace miles de años entre nuestros *cándidos* antepasados. Vista, en el punto en que estamos, la actitud de los escépticos respecto de los fenómenos psíquicos, cabe asegurar que aunque la clave referida por Jobard estuviera en el borde del «abismo», no habría ningún Tyndall capaz de agacharse a recogerla.

¡Cuán limitadas han de parecerles a algunos cabalistas estas tentativas para escrutar el hondo misterio del éter universal! Porque por muy superiores que respecto a las de la ciencia contemporánea sean las ideas de los autores de *El Universo invisible*, resultan por demás familiares para los maestros de la filosofía hermética, quienes no sólo consideraban el éter como el puente tendido entre el universo visible y el invisible, sino que osadamente recorrían todos sus tramos hasta llegar a las misteriosas puertas que los científicos no quieren o tal vez no pueden abrir.

Cuanto más ahondan los investigadores modernos en sus observaciones, tanto más frecuentemente les dan en rostro los descubrimientos antiguos. Expone el geólogo francés Beaumont una teoría sobre los movimientos internos del globo en relación con la corteza terrestre, y echa de ver que se le habían adelantado los antiguos en la exposición. Preguntamos cuál es la más novísima hipótesis acerca de la formación de los yacimientos minerales, y nos dice Hunt que el agua es el *disolvente universal*, según ya afirmó Tales de Mileto veinticuatro siglos atrás al enseñar que el agua es el originario elemento de

todas las cosas. El mismo Hunt, apoyado en la autoridad de Beaumont, trata de los movimientos del globo y de los fenómenos psíquicos del mundo material, diciendo por una parte que «no está dispuesto a conceder que los espiritualistas posean *el secreto de la vida orgánica*», mientras que por otra confiesa, a nuestra completa satisfacción, lo que leemos en el pasaje siguiente: «Bajo muy diversos aspectos están relacionados los fenómenos del reino orgánico y los del reino mineral, cuya recíproca dependencia ofrece tan vivo interés que nos concita a vislumbrar la verdad subyacente en las opiniones de los filósofos antiguos que atribuían fuerza vital a los minerales y consideraban el globo terráqueo como organismo vivo, cuyo proceso biológico se manifestaba en las alteraciones de la atmósfera, de las aguas y de las rocas».

Todo es empezar. Los prejuicios científicos han llegado últimamente a tales extremos que parece imposible la justicia hecha a la sabiduría antigua en el anterior pasaje. Hace tiempo que se arrinconaron los cuatro elementos, y los químicos del día acuden desolados en busca de nuevos cuerpos simples con que alargar la lista de los ya descubiertos, como polluelo aumentado a la cría pronta a salir del nido. Por su parte el químico Cooke (NOTA: *Nueva Química*, pág. 113. FINAL NOTA) niega la denominación de elementos a los cuerpos simples, porque «no son principios primordiales o sustancias existentes por sí mismas y distintas de la de que fue formado el universo... La antigua filosofía griega pudo tener el concepto que de los elementos tuvo, pero las ciencias experimentales no han de admitir otros elementos que los que pueda ver, oler o gustar». Según esto, la ciencia sólo acepta lo que le entra por ojos, narices y boca. Lo demás, para los metafísicos.

Así es que habríamos de tachar a Van Helmont de ignorante o por lo menos de estacionario discípulo de las escuelas griegas, porque nos dice que si artificialmente cabe convertir una porción de tierra en agua, no es posible que esta alteración la produzca la naturaleza por sí sola, pues los elementos permanecen siempre los mismos. Si Van Helmont y su maestro Paracelso vivieron y murieron en la bendita ignorancia de los futuros sesenta y tres cuerpos simples ¿qué podían hacer, según los científicos del día, sino ocuparse en *metafísicas* y quiméricas especulaciones expuestas en la ininteligible jerigonza de los alquimistas medioevales? Sin embargo, en su ya citada obra, dice Cooke: «El estudio de la química ha revelado cierto número de sustancias de las cuales no ha sido posible extraer otras distintas por ninguno de los procedimientos conocidos. Así, por ejemplo, del hierro no es posible extraer más que hierro... Hace tres cuartos de siglo, no distinguían los químicos entre cuerpos simples y compuestos, porque los antiguos alquimistas no concibieron que *el peso es la medida de la materia* y que la materia no se aniquila en peso; antes al contrario, creyeron que en las manipulaciones se transformaban misteriosamente las sustancias... En suma, se desperdiciaron algunos siglos en vanas tentativas para transmutar en oro los metales viles» (NOTA: Cooke: *Nueva Química*, 106, 110-111. FINAL NOTA).

No tenemos ni de mucho la seguridad de que el profesor Cooke, tan versado en química, lo esté igualmente en cuanto supieron o dejaron de saber los alquimistas, ni tampoco en la interpretación de su simbólico lenguaje. Pero comparemos sus anteriores opiniones con las de Paracelso y Van Helmont, según las traducciones inglesas de sus obras. Dicen que el *alkahest* determina los efectos siguientes:

1.º «Nunca extingue las propiedades virtuales de los cuerpos disueltos en él. Por ejemplo, si el oro se trata por el *alkahest* se forma una sal de oro; si el antimonio, una *sal* de antimonio, etc.

2.º El cuerpo manipulado se descompone en tres principios: sal, azufre y mercurio; pero después queda únicamente la sal volátil, que por último se convierte en agua clara.

3.º Todo cuanto el *alkahes* disuelve se puede convertir en volátil mediante el baño de arena, y si luego de volatilizado el disolvente se destila la sustancia soluble, se convierte en agua pura e insípida, pero siempre en *cantidad equivalente al original*».

Por su parte dice Van Helmont que el *alkahest* disuelve los cuerpos más rebeldes en sustancias de las mismas propiedades virtuales *de peso idéntico al cuerpo disuelto...* Destilada repetidas veces esta sal (a que Paracelso llama *sal circulatum*), pierde toda su fijeza y acaba por convertirse en un agua insípida *en cantidad equivalente a la sal de que procede*» (NOTA: Wenderfelt: *De los secretos de los adeptos.*– Filaleteo, Van Helmont y Paracelso. FINAL NOTA).

Las alegaciones de Cooke en pro de la ciencia moderna con respecto a la fraseología hermética, podrían aplicarse también a la escritura hierática de Egipto que encubre todo cuanto convenía encubrir. Si Cooke trata de aprovecharse de la labor del pasado, ha de recurrir a la criptografía y no a la sátira. Paracelso, como los demás alquimistas, exprimía su ingenio en la transposición literal y abreviatura de palabras y frases; y así, por ejemplo, escribe *sufratur* en vez de *tártaro*, *nutrin* por *nitro*, etcétera. Son innumerables las interpretaciones supuestas de la palabra *alkahest*. Unos creen que era una doble sal de *tártaro*; otros le daban la misma significación que a la voz alemana antigua *algeist*, equivalente a *espirituoso*. Paracelso llama a la sal «centro de agua donde han de morir los metales»; de lo que algunos, como por ejemplo, Glauber, infieren que el *alkahest* era espíritu de sal. Se necesita mucha osadía para decir que Paracelso y sus colegas ignoraban la distinción entre los cuerpos simples y sus combinaciones, pues aunque no les diesen los mismos nombres que hoy les dan los químicos, obtenían resultados imposibles de lograr sin conocer la índole de las sustancias manipuladas. Nada importa el nombre que Paracelso dio al gas resultante de la reacción del hierro y el ácido sulfúrico, si las autoridades en química reconocen que descubrió el hidrógeno (NOTA: Youmans: *Química*, 169.– Kemshead: *Química inorgánica*. FINAL NOTA). Su mérito es el mismo. Y nada tampoco importa que Van Helmont encubriera bajo la denominación de «virtudes seminales» las propiedades inherentes a los elementos químicos que, al combinarse, las modifican temporáneamente sin perderlas en modo alguno, pues no por su enigmático lenguaje dejó de ser el químico más ilustre de su época en parigualdad de mérito con los del día. Afirmaba Van Helmont, que el *aurum potabile* podía obtenerse por medio del *alkahest*, salificando el oro de suerte que sin perder sus «virtudes seminales» se disolviera en el agua. Cuando los químicos sepan, no lo que Van Helmont decía que entendía, ni lo que se supone entendía, sino lo que en realidad entendía por *aurum potabile*, *alkahest*, sal y virtudes seminales, podrán definir su actitud respecto a los filósofos del fuego y a los antiguos maestros cuyas místicas enseñanzas respetuosamente siguieron. De todos modos, este lenguaje de Van Helmont, aun tomado en sentido exotérico, demuestra que conocía la solubilidad de las combinaciones metálicas en el agua, en lo que basa Hunt su hipótesis acerca de los yacimientos metalíferos. A este propósito dice en una de sus conferencias: «Los alquimistas buscaron en vano el disolvente universal; pero nosotros sabemos hoy que el agua, a favor de la presión y la temperatura, y en presencia de ciertos cuerpos muy abundantes en la naturaleza, tales como el ácido carbónico y los carbonatos y sulfatos alcalinos, disuelve las sustancias al parecer más insolubles y obra como el *alkahest* o *menstruo universal* durante tanto tiempo buscado» (NOTA: *Orígen de los yacimientos metalíferos*. FINAL NOTA).

Esto tiene todo el aire de una paráfrasis de Van Helmont o Paracelso, pues ambos alquimistas conocían las propiedades disolventes del agua tan bien como los químicos modernos, y ni siquiera velaban esotéricamente este conocimiento, de lo cual se infiere que no era el agua el disolvente universal a que aludían. Entre las muchas obras de comentario y crítica que sobre la alquimia se conservan todavía, hay una de tonos satíricos de la que entresacamos el siguiente pasaje: «Podrá darnos alguna luz sobre esto la observación de que, para Van Helmont y Paracelso, el agua era el instrumento universal de la química y la filosofía natural, y diputaban el fuego por causa eficiente de todas las cosas. Creían, además, que la tierra entrañaba virtudes seminales, y que el agua, al disolver y fermentar las sustancias térreas, como sucede con el fuego, produce todas las cosas y origina los

reinos mineral, vegetal y animal» (NOTA: Bumpus: *La alquimia y el alkahest*. Ed. 1820. FINAL NOTA).

Los alquimistas conocían por completo la universal potencia disolvente del agua, y en las obras de Paracelso, Van Helmont, Filaleteo, Pantatem, Taquenio y Boyle, se establece explícitamente la propiedad por excelencia del alkahest, esta es, la de «disolver y transmutar todos los cuerpos sublunares *excepto el agua*». No cabe suponer, por lo tanto, que hombre de tan irreprochable conducta y de tan vasto saber como Van Helmont, asegurara formalmente poseer el secreto si únicamente hubiese sido mera presunción de poseerlo (NOTA: Véanse las obras de Boyle. FINAL NOTA).

Acerca de la validez del testimonio humano, que podremos aplicar a este caso dijo Huxley en una conferencia dada no ha mucho en Nashville: «Forzosamente ha de estar nuestra conducta más o menos influida por las opiniones que nos sugiere el estudio de la historia. Una de estas influencias es el testimonio humano en sus varias modalidades de ocular, tradicional y escrito... Al leer, por ejemplo, los *Comentarios* de Julio César, daremos crédito a los relatos de sus batallas contra los galos y aceptaremos su testimonio en este punto, pues comprendemos que César no hubiera hecho tales afirmaciones de no ser ciertas». En consecuencia, es lógico aplicar esta regla de investigación a los casos en que César habla de los augures, adivinos y otros fenómenos psíquicos. Lo mismo debemos decir de Herodoto y demás historiadores antiguos, pues si no fueron espontáneamente verídicos, tampoco se les ha de creer en asuntos meramente profanos, porque *falsus in uno, falsus in omnibus*. Y por igual razón, si se les da crédito en los asuntos mundanos, también se lo hemos de dar en los espirituales, pues, según dice Huxley, la naturaleza humana fue en la antigüedad lo mismo que es ahora. Los hombres de honrado talento no mienten por el placer de engañar o pervertir a la posteridad.

Una vez determinadas por Huxley las probabilidades de error en el testimonio humano, ya no hay necesidad de discutir la cuestión con respecto a Van Helmont y a su ilustre y calumniado maestro Paracelso. Su comentador Deleuze dice que las obras de Van Helmont tienen mucho de mítico e ilusorio (acaso por que no las entendió debidamente), pero en cambio reconoce que fue hombre de vasta cultura, penetrante juicio y descubridor de grandes verdades, pues dió por vez primera el nombre de *gases* a los flúidos aeriformes y dejó abierto el camino para las futuras aplicaciones del acero (NOTA: Deleuze: *Opiniones de Van Helmont, sobre la causa, naturaleza y efectos del magnetismo*. FINAL NOTA). No es posible, por lo tanto, suponer que los experimentadores alquimistas desconociesen los cuerpos simples desde el momento en que combinaban, recombinaban, disolvían y descomponían los ingredientes químicos tal como hoy día se sigue efectuando en los laboratorios. Si tan sólo hubiesen tenido fama de teóricos, nada valdrían nuestros argumentos; pero como ni sus mismos enemigos se atreven a negar los descubrimientos que hicieron, todavía cupiera emplear más enérgico lenguaje si no lo impidiera la imparcialidad. Y como quiera que las facultades morales e intelectuales del hombre han de aquilatarse psicológicamente, puesto que creemos en la elevada naturaleza espiritual, no vacilamos en afirmar que si Van Helmont aseguró formalmente que poseía el secreto del *alkahest*, nadie tiene derecho a tacharle de farsante ni de visionario sin saber cual era su verdadero concepto del *menstruo universal*.

Habla Wallace (NOTA: *Los milagros y el espiritismo moderno*. Prefacio. FINAL NOTA) de la «obstinación de los hechos» y, por lo tanto, en los hechos hemos de apoyarnos para exponer los «milagros» de ayer y los de hoy. Los autores de *El Universo invisible* han demostrado científicamente la posibilidad de ciertos fenómenos psíquicos mediante la acción del éter universal; y Wallace por su parte ha refutado con estricta lógica las objeciones que Hume, entre otros, levantó contra la posibilidad de dichos fenómenos (NOTA: Wallace: *Refutación de los argumentos de Hume, Lecky y otros, contra los milagros*. FINAL NOTA). Crookes ofreció a los escépticos sus experiencias continuadas durante

tres años, hasta que se convenció de la verdad por sí mismo. Flammarión, el popular astrónomo francés, añade su testimonio al de Wallace, Crookes y Hare, y corrobora nuestros asertos en el siguiente pasaje:

Tengo la firme convicción, basada en personales experiencias, de que no saben de qué hablan cuantos niegan la posibilidad de los fenómenos magnéticos, sonambúlicos, mediumnísticos y otros no explicados todavía por la ciencia, pues todo científico habituado a la observación puede cerciorarse absolutamente de la realidad de dichos fenómenos, con tal de que su mente no esté velada por el prejuicio ni sumida en el engaño demasiado frecuente de que *conocemos todas las leyes de la naturaleza* y es imposible transponer los límites actualmente establecidos.

Crookes nos refiere la explicación (NOTA: *Notas de investigación de los fenómenos llamados espiritistas, 101. FINAL NOTA*) que en los siguientes términos da Sergeant Cox de la fuerza psíquica: «Puesto que el organismo corporal está animado interiormente por una fuerza supeditada o no al espíritu, alma, mente o lo que quiera que constituya el ser individual llamado hombre, es lógico inferir que todo movimiento externo al cuerpo tiene por causa *la misma fuerza* que produce el movimiento en el interior del cuerpo. Y así como esta fuerza externa suele estar dirigida por la inteligencia, también esta inteligencia dirige la fuerza interna».

Para mejor comprender el pensamiento de Sergeant Cox en esta hipótesis, la dividiremos en cuatro proposiciones:

1º La fuerza productora de los fenómenos psíquicos procede del médium y por consiguiente dimana de él.

2º La inteligencia que dirige la fuerza productora del fenómeno podría ser distinta de la inteligencia del médium; pero como no hay prueba suficiente de ello, es muy probable que la inteligencia directora sea la del médium (NOTA: *A esto le llama Sergeant Cox «conclusión lógica».* FINAL NOTA).

3º La fuerza que mueve la mesa es idéntica a la que mueve el cuerpo del médium.

4º Los espíritus de los difuntos para nada intervienen en la producción de los fenómenos psíquicos.

Antes de examinar estas opiniones de Cox conviene advertir que nos vemos situados entre dos opuestas parcialidades: los que creen y los que no creen en la intervención de los espíritus de los difuntos, pues mientras la masa vulgar de espiritistas atribuye con enormes tragaderas a los espíritus desencamados el más leve ruido y el más ligero movimiento que notan en las sesiones del centro, los escépticos niegan toda manifestación de los espíritus, por la sencilla razón de que no creen en ellos. Así, pues, ni unos ni otros están dispuestos a estudiar el asunto con la serenidad que su importancia requiere.

Ciertamente, la fuerza productora de los movimientos internos es la misma que la productora de los movimientos externos; pero la identidad no pasa de aquí, como se advierte considerando, por ejemplo, que el principio vital que anima el cuerpo de Cox es el mismo que anima el del médium, y sin embargo, ni éste es aquél ni aquél es éste.

Esta fuerza que lo mismo da llamar psíquica como quieren Cox y Crookes, o darle cualquier otro nombre, no procede del médium, sino que se actualiza por mediación de él. Es imposible que dimane del médium en los casos de levitación sin contacto y demás fenómenos que denotan actuación inteligente. Saben los espiritistas que cuanto más pasivo es el médium más activas son las manifestaciones, y por lo tanto no cabe negar la intervención de una deliberada y consciente voluntad en los casos en que la fuerza psíquica levanta del suelo masas inertes, las mueve en determinadas direcciones por el aire y las vuelve a dejar en el suelo, evitando todo obstáculo. Esta fuerza no puede dimanar del médium, que permanece en pasividad durante el experimento, pues si dimanase

de él, sería éste un mago consciente y no pasivo instrumento de invisibles entidades inteligentes. Tan absurdo es suponer que la fuerza psíquica dimanara del médium, como que el vapor encerrado en una marmita fuese capaz de levantarla, a menos de estallar, o que la electricidad acumulada en una botella de Leyden, la moviese de sitio. Todo indica que la fuerza operante sobre los objetos externos en presencia del médium tiene su fuente más allá de él. Podemos compararla con el hidrógeno que vence la inercia del aerostato. El gas acumulado en el interior del globo, por la inteligente dirección del aeronauta, llega a prevalecer sobre la gravedad de su masa. Análogamente produce la fuerza psíquica los fenómenos de levitación, y aunque de naturaleza idéntica a la materia astral del médium, no es su misma materia astral, porque durante el experimento permanece aquél en sopor cataléptico, si tiene verdaderas facultades mediumnísticas. Por lo tanto, el primer extremo de la hipótesis de Cox es erróneo, porque se funda en un falso principio de mecánica, al paso que nuestros argumentos se apoyan en la observación de los fenómenos levitantes.

Para admitir la hipótesis de la fuerza psíquica, es preciso que explique satisfactoriamente los movimientos y levitaciones de los cuerpos sólidos.

Acerca del segundo extremo, negamos que no haya prueba suficiente de que la fuerza productora de los fenómenos esté dirigida algunas veces por inteligencia distinta de la del médium. Al contrario, hay multitud de testimonios comprobatorios de que en la mayoría de los casos ninguna influencia tiene la mente del médium en los fenómenos, por lo que no puede pasar sin reparo la temeraria afirmación de Cox en este punto.

También nos parece ilógico el tercer extremo; porque si el cuerpo del médium no genera, sino que tan sólo transmite la fuerza productora de los fenómenos dirigida por su espíritu, alma o mente (cuestión que no han dilucidado ni mucho menos las investigaciones de Cox), no hay razón para inferir que este mismo espíritu, alma o mente deba también levantar muebles y golpear el alfabeto. Del cuarto extremo, o sea que si los espíritus de los difuntos intervienen o no en las manifestaciones psíquicas, trataremos más extensamente en otro capítulo.

Los filósofos iniciados en los Misterios decían que el alma astral es el incoercible duplicado del cuerpo denso, el *periespíritu* de los espiritistas kardecianos, o la forma-espíritu de los no reencarnacionistas. Sobre este duplicado o molde interno, se cierne el espíritu divino que lo ilumina como el sol a la tierra y fecunda el germen de las cualidades latentes. El cuerpo astral está contenido en el físico, como el éter en una botella o el magnetismo en el imán. Es un mecanismo alimentado por el depósito universal de fuerza y sujeto a las mismas leyes que rigen todos los fenómenos de la naturaleza. Su inherente actividad produce las incesantes operaciones biológicas del organismo carnal, y cuando éste se desgasta por el uso, sale de él, porque es prisionero y no voluntario morador del cuerpo físico. La universal fuerza externa le atrae tan poderosamente que al gastarse la cáscara escapa de ella. Cuanto más robusto, denso y grosero es el cuerpo físico, más largo es el encarcelamiento del astral; pero algunos nacen con organización a propósito para abrir la puerta que comunica con la luz astral, de modo que su alma se asome al mundo astral y se restituya después a su encierro. Los conscientes y voluntariamente capaces de ello, se llaman magos, hierofantes, videntes, profetas y adeptos, y los que sin voluntad ni conciencia propia tienen predisposición a actuar en el mundo astral por la influencia de un hipnotizador o de una entidad espírita se llaman medianeros o médiums. Cuando el cuerpo astral se libra de obstáculos, queda tan poderosamente atraído por la imánica fuerza universal, que a veces levanta consigo el estuche de carne y lo mantiene suspendido en el aire hasta que recobra su acción la gravedad de la materia.

Todo movimiento, sea de un cuerpo vivo o de un cuerpo inorgánico, requiere tres condiciones: voluntad, fuerza y materia, que pueden transmutarse de conformidad con el principio de la conservación de la energía dirigida, o mejor dicho, cobijada por la Mente divina de que tan insidiosamente se empeñan los escépticos en prescindir, pero sin cuya

presidencia no se moverían los gusanillos en la tierra ni al beso de la brisa las hojas del árbol. Los científicos llaman leyes cósmicas a las modalidades de energía y de materia y las consideran inmutables e invariables en su acción; pero más allá de estas leyes hemos de inquirir la causa inteligente que al establecer el régimen infundió en ellas su conciencia. No es posible concebir una causa primera, una voluntad universal, Dios en suma, si no le atribuimos inteligencia.

Ahora bien: ¿cómo se manifestaría la voluntad a un tiempo consciente o inconscientemente, es decir, con inteligencia y sin ella? La mente no puede estar separada de la conciencia, entendiéndose por tal, no la conciencia física, sino una cualidad del principio senciente del alma, que puede actuar aun cuando el cuerpo físico esté dormido o paralizado. Si, por ejemplo, levantamos maquinalmente el brazo, creemos que el movimiento es inconsciente porque los sentidos corporales no aprecian el intervalo entre el propósito y la ejecución. Sin embargo, la vigilante voluntad generó fuerza y puso el brazo en movimiento. Nada hay, ni siquiera en los más vulgares fenómenos mediumnímicos, que confirme la hipótesis de Cox; pues si la inteligencia denotada por la fuerza no prueba que lo sea de un espíritu desencarnado, menos todavía podrá serlo del inconsciente médium. Crookes refiere algunos casos en que la inteligencia manifestada en el fenómeno, no podía atribuirse a ninguno de los circunstantes. Por ejemplo, cuando después de tapar con el dedo una palabra impresa que ni él mismo sabía cuál era, apareció correctamente escrita en la tablilla (NOTA: Crookes: *Investigaciones*, pág. 96. FINAL NOTA). Si negamos la intervención de una entidad espírita, no cabe explicar este caso de otro modo que por clarividencia; pero como los científicos niegan esta facultad, han de verse cogidos en el otro término del dilema, so pena de admitir la clarividencia, según la entienden los cabalistas, a no ser que prefieran entercarse en el hasta hoy vano empeño de forjar una hipótesis que explique satisfactoriamente el fenómeno. Pero aun admitiendo que la palabra en cuestión hubiese sido leída por clarividencia, ¿cómo explicar las comunicaciones mediumnímicas de tan adivinatorio carácter? ¿Qué hipótesis esclarece el misterio de las facultades proféticas del médium que vaticina sucesos ignorados de él y de cuantos le escuchan? Verdaderamente habrá de recomenzar Cox sus investigaciones.

Según ya dijimos, la fuerza psíquica de los modernos, de naturaleza idéntica al flúido terrestre o sidéreo de los antiguos oráculos, es en sí una fuerza ciega. Cuando, por ejemplo, dos interlocutores sostienen un diálogo, su voz se transmite por las vibraciones de la misma masa de aire y en esto se conoce que están hablando. De la propia suerte, cuando el médium y la entidad espírita se comunican a través de un mismo agente, inferimos que hay allí una inteligencia en actuación, pues así como el aire es necesario para la transmisión del sonido, así también se necesitan corrientes etéreas o de luz astral, inteligentemente dirigidas, para la producción de los fenómenos psíquicos. En el vacío neumático no podrían los interlocutores comunicarse sus pensamientos de viva voz, porque allí no hay aire que vibre. Análogamente tampoco podrá producirse manifestación alguna cuando un experto y potente hipnotizador haga el vacío psíquico en torno del médium, a no ser que otra inteligente voluntad, más poderosa todavía, venza la inercia astral establecida por el hipnotizador. Los antiguos acertaron a distinguir entre la actuación ciega y la actuación inteligente de una misma fuerza.

Plutarco, sacerdote de Apolo, insinúa la dual modalidad del flúido oracular (gas subterráneo mezclado con sustancias intoxicantes de propiedades magnéticas), en el siguiente apóstrofe: «¿Quién eres tú? Sin que Dios te hubiese creado y puesto en vigor; sin el espíritu que por orden de Dios te rige y gobierna, serías impotente. Nada podrías hacer porque por ti mismo eres vano soplo» (NOTA: Lucano: *Farsalia*, libro V. FINAL NOTA). Así también, sin la inteligencia dominante fuera vano soplo la fuerza psíquica.

Afirma Aristóteles, que las emanaciones astrales del interior de la tierra son *causa suficiente* para vivificar por intususcepción plantas y animales. A este mismo propósito,

movido Cicerón de justa cólera contra los escépticos de su tiempo, les redarguye diciendo: «Hay algo más divino que las exhalaciones de la tierra que conmueven el alma humana hasta el punto de consentirle la predicción del porvenir. ¿Podrá la mano del tiempo desvanecer tal virtud? ¿Creéis que os hablo de algún vino exquisito o de algún manjar sabroso?» (NOTA: *De la Adivinación*, I. FINAL NOTA) No creemos que los modernos investigadores presuman de más sabios que Cicerón y aseguren que se ha desvanecido la fuerza eterna y agotado las fuentes de la profecía.

Según parece, los profetas de la antigüedad explayaban su inspirada sensibilidad por el directo efluvio de la emanación astral, o bien por una especie de flujo húmedo que surgía de la tierra, con el que se daba a entender la materia astral de que en esta luz forman las almas su temporánea envoltura. El mismo concepto expresa Cornelio Agripa cuando dice que los fantasmas son de naturaleza vaporosa y húmeda: «*in spirito turbido humidoque*» (NOTA: *Filosofía oculta*, 355. FINAL NOTA).

Hay dos linajes de profecía: la consciente, propia de los magos, capaces de ver en la luz astral, y la inconsciente, debida a la inspiración. A esta segunda clase pertenecen los profetas bíblicos y los mediumnísticos. Sobre el particular dice Platón: «Ningún hombre tiene inspiración profética cuando está en sus propios sentidos, sino que es necesario para ello que su mente se halle poseída por algún espíritu... Hay quien presume de profeta y no es más que repetidor, por lo que de ningún modo se le debe llamar profeta, sino transmisor de visiones y profecías» (NOTA: *Timeo*, II, 563. FINAL NOTA).

Insistiendo en sus argumentos, dice Cox: «Los más ardientes espiritistas admiten la fuerza psíquica bajo la impropia denominación de magnetismo (con el cual no tiene analogía alguna), porque afirman que los espíritus de los difuntos sólo pueden realizar los actos que se atribuyen valiéndose del magnetismo (fuerza psíquica) del médium» (NOTA: *Crookes: Investigaciones*, 101. FINAL NOTA).

Con otra mala inteligencia tropezamos aquí al dar nombres distintos a la misma energía. Si hasta el siglo XVIII no formaron cuerpo de ciencia los estudios sobre la electricidad, ¿diremos que esta energía no existió antes de entonces, cuando bien pudiera demostrarse que ya la conocieron los hebreos? Pues de la propia suerte han sido siempre idénticos el magnetismo y la electricidad, por más que las ciencias experimentales no advirtieran esta identidad hasta el año 1819. Si una barra de acero puede imanarse por la acción de una corriente eléctrica, cabe admitir también que en las sesiones espiritistas es él médium el *conductor* de una corriente, de modo que la inteligencia directora de la fuerza psíquica determina flujos eléctricos en las ondas etéreas, y valiéndose del médium, como conductor, actualiza el magnetismo latente en la atmósfera del salón de sesiones. La palabra *magnetismo* es tan propia como otra cualquiera, mientras la ciencia descubre algo más que un agente hipotético dotado de propiedades problemáticas.

A este propósito dice Cox: «La diferencia entre los partidarios de la fuerza psíquica y los espiritistas, consiste en que para nosotros no hay todavía suficiente prueba de un agente director distinto de la inteligencia del médium, ni hay tampoco prueba alguna de la actuación de los espíritus de los muertos» (NOTA: *Crookes: Investigaciones*, 101. FINAL NOTA).

De completo acuerdo estamos con Cox en cuanto a la falta de pruebas de la intervención de los espíritus de los muertos, pero en lo que al otro extremo atañe no deja de ser extraña la negativa desde el momento en que abogan por la contraria un caudal de hechos, según se infiere de las siguientes palabras de Crookes: «En mis notas hallo tal superabundancia de pruebas y un sin fin de testimonios tan aplastantes, que podría llenar con ellos varios números de la revista trimestral» (NOTA: *Crookes: Investigaciones*, 83. FINAL NOTA).

Pero veamos alguna de esas pruebas abrumadoras:

1.º El movimiento de cuerpos muy pesados, sin contacto ni esfuerzo mecánico.

- 2.º La percusión y otros sonidos.
- 3.º Alteración del peso de los cuerpos.
- 4.º Movimiento de los cuerpos pesados a distancia del médium.
- 5.º Levitación de muebles sin contacto.

6.º Levitación de personas (NOTA: A este propósito, decía en 1854 el eminente físico Foucault, miembro del Instituto y adversario de Gasparín: «Me horrorizaría si alguna vez pudiera mover ni una brizna de paja por la sola acción de mi voluntad». Ciertamente son pesimistas estas palabras. Por la misma época escribía el astrónomo Babinet en un artículo de la *Revista de Ambos mundos*: «La levitación de un cuerpo sin contacto es tan imposible como el movimiento continuo, pues si tal sucediera se desquiciaría el mundo». Afortunadamente no hay indicio alguno de tan espantoso cataclismo, a pesar de que la levitación es un fenómeno de incontrovertible realidad. FINAL NOTA).

7.º Apariciones luminosas (NOTA: Sobre esta particular, dice Crookes en su ya referida obra: «En rigurosas condiciones de observación, he visto un cuerpo luminoso del tamaño y forma de un huevo de pava, que después de flotar silenciosamente por la habitación hasta una altura donde nadie podía llegar, ni aún alargando el brazo de puntillas, fue cayendo suavemente al suelo. Duró el fenómeno más de diez minutos y antes de desvanecerse golpeó tres veces la mesa, con ruido semejante al de un cuerpo duro». Parece que este ovoide era de la misma índole del meteoro de Babinet, citado entre otros fenómenos naturales en las obras de Arago. FINAL NOTA).

8.º Aparición de manos luminosas o visibles a la luz astral.

9.º Escritura directa por manos luminosas, aisladas y movidas inteligentemente.

10.º Apariciones y figuras espectrales (NOTA: Cita Crookes un caso de éstos en que la forma espectral apareció en un ángulo de la estancia y dio vueltas por toda ella tocando un acordeón que había cogido al paso. Entretanto estuvo el médium Home a la vista de los circunstantes. FINAL NOTA).

Todos estos fenómenos presencié y comprobé Crookes en su propia casa, con la suficiente escrupulosidad de observación para dar cuenta de ellos a la Sociedad Real de Londres, sin que el resultado correspondiera a sus convicciones, según confiesa en la citada obra.

Además de los fenómenos enumerados, refiere Crookes otros especiales en que le parece advertir la intervención de una *inteligencia externa*.

Dice a este propósito: «He visto a la médium, señorita Fox, dar una comunicación escrita y simultáneamente otra por golpes alfabéticos, mientras conversaba con un tercero sobre asuntos del todo distintos de los anteriores... En otra sesión en que el médium era Home, estando la sala a toda luz, atravesó por el aire una regla de escritorio que se vino hacia mí derecha para darme una comunicación. Iba yo pronunciando una tras otra las letras del alfabeto y al llegar a la necesaria para componer la palabra, me golpeaba la regla en la mano sin que el médium pudiera moverla, pues se hallaba a bastante distancia. Entonces pregunté si la misma regla podría golpearme la mano para dar la comunicación según el alfabeto Morse, y en efecto, así lo hizo, con la particularidad de que nadie había allí que conociese el alfabeto Morse y aun yo no lo dominaba por completo. Esto me convenció de que forzosamente daba la comunicación un experto manipulador del aparato Morse, quienquiera que fuese... Poco después, en mi propio aposento y a plena luz, manifesté el deseo de que la misma regla diese otra comunicación. Había sobre la mesa un lápiz, una regla de madera y varias hojas de papel. De pronto, se mueve el lápiz a saltos inseguros hacia el papel y cae sobre éste. Nuevamente vuelve a levantarse y a caer por tres veces, hasta que la regla de madera se levantó unos cuantos centímetros sobre la mesa y se movió hacia el lápiz, que entonces se levantó de nuevo y advertí que regla y lápiz en recíproco apoyo se esforzaban en escribir sobre el papel sin conseguirlo; pero

tras dos infructuosas tentativas, observé que la regla regresaba a su sitio y el lápiz caía sobre la mesa. Acto continuo recibí una comunicación alfabética que decía: «Hemos intentado hacer lo que pedíais, pero se nos han agotado las fuerzas». El plural *hemos* se refería evidentemente a los aliados esfuerzos inteligentes del lápiz y la regla, de lo que se infiere la intervención de *dos* fuerzas psíquicas.

En este caso, nada denota que el agente director fuese la inteligencia del médium, antes al contrario, hay indicios de que espíritus de difuntos, o entidades inteligentes e invisibles, movían la regla y el lápiz. Ciertamente que tan impropio es llamar magnetismo como fuerza psíquica a la causa de este fenómeno, pero es más aplicable la primera denominación, porque los fenómenos del magnetismo o hipnotismo trascendental son de la misma índole que los espíritas. El *círculo encantado* del barón Du Potet y de Regazzoni está tan en pugna con la fisiología, como la levitación de objetos sin contacto pueda estarlo con la mecánica. En el círculo encantado, los experimentadores, entre los cuales había algunos académicos, no pudieron atravesar la curva trazada con yeso en el pavimento por el barón Du Potet; y un general ruso, famoso por su escepticismo, que quiso atravesarla, cayó presa de violentas convulsiones. Este fenómeno es análogo al de la mesa de poco peso que no pueden levantar varios hombres fornidos, y antes la rompen con sus esfuerzos. En ambos casos, el flúido magnético o fuerza psíquica de Cox opone resistencia a la incursión en el círculo limitado por la circunferencia de yeso, y comunica extraordinaria pesantez a la endeble mesa. Por lo tanto, de la analogía de efectos se infiere lógicamente la analogía de causas, sin que en buen juicio valga objeción alguna contra ello, pues aunque se negaran los hechos, subsistiría la verdad del principio. Tiempo hubo en que todas las corporaciones académicas de la cristiandad negaban la existencia de las montañas lunares, y de loco tacharan los académicos a quien se hubiese atrevido a decir que la vida alienta con mayor profusión en las profundidades oceánicas que en las alturas atmosféricas.

El piadoso abate Almignana solía decir en presencia de las mesas semovientes: «si el diablo afirma, de seguro miente». Tal vez podamos parafrasear el aforismo diciendo: «si los científicos niegan, verdad segura».

CAPÍTULO VII

¡Oh Tú, Causa primera, la menos comprendida!

POPE

¿Por qué esta placentera esperanza, este hondo deseo, este ardiente anhelo de inmortalidad? ¿Por qué el secreto temor, el íntimo espanto de caer en la nada? ¿Por qué se encoge el alma en sí misma y tiembla a la sola idea de aniquilación? Es la divinidad que en nuestro interior se agita. Es el cielo que señala nuestro porvenir y revela la inmortalidad del hombre. ¡Oh eternidad! Encantadora y pavorosa idea.

ADDISON

Hay otro mundo mejor.

KOTZEBUE, *El Extranjero*

Después de conceder tanto espacio a las encontradas opiniones de los científicos respecto de los fenómenos psíquicos, justo es atender a las teorías de los alquimistas medioevales, quienes, salvo raras excepciones, profesaban en este punto las mismas doctrinas que los antiguos filósofos, resumidas en la alquimia, la cábala caldeo-hebraica, los sistemas esotéricos de los magos y de los pitagóricos, y posteriormente las enseñanzas de los neoplatónicos y teurgos. Más adelante examinaremos las ideas de los gimnósofos indos y de los astrólogos caldeos, sin descuidarnos de poner de manifiesto las capitales verdades subyacentes en las mal comprendidas religiones de la antigüedad. Los cuatro elementos de nuestros antepasados: tierra, aire, agua y fuego, significan para el estudiante de alquimia y magia o psicología antigua, algo que jamás sospecharon los filósofos modernos. Conviene advertir que la llamada *nigromancia* o *espiritismo*, en cuanto atañe a la evocación de los difuntos, es práctica universalmente difundida en todos los países desde la más remota antigüedad.

Enrique More, catedrático de la universidad de Cambridge, que no era alquimista ni mago ni astrólogo, sino sencillamente un insigne filósofo, gozaba de universal aprecio por su profundo saber y creía firmemente en sortilegios y hechicerías. Sus ingeniosos argumentos en pro de la inmortalidad del espíritu humano, se fundan en la filosofía pitagórica aceptada por Cardan, Van Helmont y otros místicos. Según sus enseñanzas, todas las cosas proceden del increado espíritu a que llamamos Dios, la substancia suprema, por *emanación causativa*. Dios es la substancia primaria y todo lo demás la secundaria. Dios emanó la materia dotándola de poder semoviente, por lo que si bien es Dios la causa de la materia y del movimiento, podemos decir, sin embargo, que la materia se mueve por sí misma. El espíritu de Dios es, por lo tanto, una substancia indiscernible que puede moverse, infundirse, contraerse, dilatarse y también penetrar, mover y alterar la materia, su tercera emanación (**NOTA: More: *Antídoto*, libro I, cap.4. FINAL NOTA**). Creía More en las apariciones y afirmaba resueltamente la individualidad del alma humana cuya memoria: y conciencia persisten en la vida futura. Dice que «el cuerpo astral consta, al dejar el físico, de dos distintos vehículos: el aéreo y el etéreo. Mientras el espíritu desencarnado actúa en el vehículo aéreo está sujeto al hado, esto es, a la culpa y a la tentación, pues le queda el apego a los intereses terrenos y no es completamente puro hasta que desecha este vehículo, propio de las bajas esferas, y se eterifica, pues sólo entonces se convence de su inmortalidad, porque un cuerpo tan transparentemente luminoso como el etéreo, no proyecta sombra alguna. Cuando el alma llega a esta condición se substrahe al hado y a la muerte. Esta trascendente condición de divina pureza era el único anhelo de los pitagóricos».

A los escépticos de su tiempo los trata More con despectivo rigor. De Scot, Adie y Webster, dice que son «santos de nuevo cuño y fiscales jurados de las brujas que contra toda razón, a pesar de los intérpretes y de la misma Escritura, ven en Samuel un bribón redomado». Y termina diciendo: «¿A quién hemos de creer? ¿A la Escritura o a esos payasos henchidos de orgullosa ignorancia y vanidosa y estúpida incredulidad? Que cada cual juzgue como le parezca» (NOTA: *Carta a Ganvil: 25 de Mayo de 1678. FINAL NOTA*).

¿Qué lenguaje hubiera empleado este eminente teólogo contra los escépticos de nuestros días?

Descartes, aunque adorador de la materia, era ardiente partidario de la teoría magnética y hasta cierto punto de la alquimia. Su concepto del universo tenía no poca semejanza con el de otros insignes filósofos. Según él, está lleno el infinito espacio de una materia flúida elemental, única fuente de toda vida, que envuelve a los astros y los mantiene en continuado movimiento. Los vórtices de Descartes entrañan el mismo concepto que las corrientes magnéticas de Mesmer, y sobre esto dice Ennemoser, que la semejanza entre ambas hipótesis es más notable de lo que presumen quienes no han estudiado cuidadosamente el asunto (NOTA: *Historia de la Magia, II, 272. FINAL NOTA*).

El conspicuo filósofo Poiret-Naudé profesó asimismo la teoría magnética y fue uno de sus primeros propagadores (NOTA: *Apología de los personajes falsamente acusados de magia, 1679. FINAL NOTA*). En sus obras está plenamente vindicada la filosofía mágico-teosófica.

El conocido doctor Hufeland dejó escrita una obra sobre magia (NOTA: *Berlin, 1817. FINAL NOTA*) en que expone la teoría de la atracción magnética entre los hombres, los animales, las plantas y los minerales, corroborando el testimonio de Campanella, Van Helmont y Servio, en lo referente a la simpatía entre las diversas partes de los cuerpos orgánicos e inorgánicos.

Estas mismas ideas declara Tenzel Wirdig en sus obras, con mayor claridad, lógica y vigor que cuantos místicos trataron del mismo asunto. En su famosa obra: *Nueva medicina espiritual*, demuestra que la naturaleza entera está *animada*, fundándose en la magnética atracción universal a que da el nombre de «armonía de los espíritus». Según él, cada cosa atrae a su semejante y propende hacia las de índole simpática con la suya. De las mutuas simpatías y antipatías se origina el continuado movimiento del universo, y la incesante comunión entre cielos y tierra engendra la armonía universal. Todas las cosas viven y mueren por efecto del magnetismo y se influyen recíprocamente a pesar de la distancia, de modo que la fuerza de atracción y repulsión determina el estado normal o morbo de los congéneres (NOTA: *Cuenta Hufeland, que en cierta ocasión le arrancaron a un hombre un trozo de cuero cabelludo cuyo pelo fue encanecido al par del de la cabeza. – Ennemoser: Historia de la Magia. FINAL NOTA*).

Kepler, el precursor de Newton en el descubrimiento de fundamentales principios científicos, entre ellos el de la gravitación universal (NOTA: *Muy acertadamente atribuía Kepler la atracción universal a la fuerza magnética, no obstante haber llamado a la astrología «hija loca de madre cuerda», aludiendo en lo de madre a la astronomía. FINAL NOTA*), aceptaba la enseñanza cabalística de que los espíritus planetarios son entidades inteligentes residentes en los planetas, que están habitados por seres espirituales cuya influencia se deja sentir en los moradores de los planetas más densamente groseros, y en particular de nuestro globo (NOTA: *Sería prolijo detenernos en la defensa de la teoría de Kepler sobre la relación entre los cinco cuerpos geométricos regulares y las órbitas de los cinco planetas principales. Aunque Draper se burla de esta teoría, vemos que los descubrimientos modernos van corroborando muchas teorías antiguas y cabe esperar que a todas les llegue el turno de vindicación. FINAL NOTA*). Pero así como esta hipótesis de las planetarias influencias espirituales quedó suplantada por la de los vórtices

del materialista Descartes, algún día prevalecerán sobre esta última las de las corrientes magnéticas inteligentemente dirigidas por el ánimo mundi.

El erudito filósofo italiano Juan Bautista Porta recibió de la crítica el mismo trato que sus colegas, no obstante haber demostrado el ningún fundamento de las imputaciones que de superstición y hechicería se lanzaban contra la magia. Este célebre alquimista dice en su obra: *Magia natural*, que los fenómenos de ocultismo tienen por fundamento el alma del mundo que solidariza todas las cosas. Añade que el espíritu humano es de la esencia de la luz astral, y que como ésta actúa en simpática armonía con la naturaleza toda, nuestros cuerpos sidéreos alcanzan a operar mágicas maravillas con tal de conocer los elementos a propósito. Declara que la piedra filosofal, de cuya posesión se han jactado muchos para asombrar a las gentes, *la encontraron felizmente unos pocos*, e insinúa algo de la significación espiritual de esta piedra.

El monje Kircher, de la escuela mística, expuso en 1654 una completa teoría del magnetismo universal (NOTA: *Magnes sive de arte magnetici opus tripartitum. – Colonia, 1654. FINAL NOTA*), basada en muchos puntos insinuados por Paracelso. Define el magnetismo en oposición al concepto de Gilbert, que considera la tierra como un enorme imán, y arguye en contra, diciendo que si bien toda partícula terrestre y toda fuerza invisible e incoercible son magnéticas, no es ello razón bastante para afirmar que la tierra sea un imán, pues en el universo solo hay un imán, del que procede el magnetismo de cuanto existe. Este imán es, por supuesto, lo que los cabalistas llaman sol espiritual, esto es, Dios. Afirmaba Kircher que el sol, la luna, los planetas y las estrellas son sumamente magnéticos, pero por inducción, por efecto de moverse en el fluido magnético del universo o sea en la luz espiritual. Demuestra, además, la misteriosa simpatía entre los seres de los tres reinos de la naturaleza, con infinidad de ejemplos comprobados, algunos posteriormente, aunque la mayor parte no sólo no lo han sido, sino que se les ha negado posibilidad gracias a la tradicional cautela y equívoca lógica de los científicos. Establece Kircher la distinción entre el magnetismo mineral y el animal o zoomagnetismo, diciendo que excepto en el caso de la piedra imán, todos los minerales han de estar magnetizados por la mayor potencia del magnetismo animal, que a su vez recibe esta virtud de la primera causa creadora. Por ejemplo, una aguja puede quedar magnetizada en la mano de un hombre de recia voluntad, y el ámbar adquiere esta potencia más por el frote de la mano humana que por otro medio cualquiera; y así es que el hombre puede comunicar su propia vida y animar hasta cierto punto los cuerpos inanimados. A esto llaman hechicería los necios. El sol es el cuerpo más magnético de todos (NOTA: *En este concepto se anticipó Kircher de dos siglos a la teoría del general Pleasonton. FINAL NOTA*) y así lo entendieron los filósofos antiguos, pues echaron de ver que las emanaciones del sol atraían todas las cosas que por su influencia reciben el poder de atracción. En prueba de ello cita algunas plantas que denotan mayor atracción hacia el sol y otras hacia la luna. Entre las primeras tenemos la llamada *githymal*, que sigue fielmente al sol aun cuando esté nublado. La flor de acacia abre los pétalos al salir el sol y los cierra a la puesta. Lo mismo hacen el loto egipcio y el girasol de Europa. La hierbamora ofrece análoga particularidad respecto de la luna.

Como ejemplo de las simpatías y antipatías entre los planetas, cita Kircher la aversión de la vid por las berzas y su amor al olivo; la simpatía del ranúnculo por el lirio y la de la ruda por la higuera. En prueba de antipatía cita los renuevos del granado mexicano, cuyos trozos, al cortarlos, se repelen como movidos de implacable hostilidad. Opina Kircher, por otra parte, que los sentimientos y emociones son mudanzas de la condición magnética del individuo, es decir, que la ira, los celos, la amistad, el amor y el odio provienen de la alteración del ambiente que constituye nuestro campo de emanaciones magnéticas. El amor es uno de los sentimientos que ofrecen tan diversos aspectos como el amor maternal y el del artista por su arte. Tanto el amor como la amistad son manifestaciones de simpatía

entre naturalezas congeniantes. Para Kircher, el magnetismo de amor puro es la causa eficiente de todas las cosas creadas. El amor sexual es de naturaleza eléctrica y lo llama *amor febris species*, la fiebre de la especie. Distingue Kircher dos clases de atracción magnética: la simpatía y la fascinación; una santa y natural; otra siniestra y artificiosa. A esta última atribuye el poder del sapo que sólo con abrir la boca atrae a la víctima que se precipita en sus fauces. El ciervo y otros rumiantes menores se ven impelidos irresistiblemente hacia la boa que los fascina, y el pez torpedo entorpece el brazo del pescador con sus descargas.

El provechoso ejercicio de la facultad magnética, requiere tres condiciones:

- 1.º Nobleza de alma.
- 2.º Voluntad robusta e imaginación intensa.
- 3.º Un sujeto más débil que el magnetizador.

El hombre inmune a las tentaciones del mundo y de la carne puede curar magnéticamente enfermedades tenidas por incurables y adquirir clarividencia profética. Hasta aquí las teorías de Kircher.

Un raro libro del siglo XVII nos da curioso ejemplo de la magnética atracción universal en las notas de viaje y relato oficial enviado al rey de Francia por su embajador el señor de Loubère, acerca de lo que había visto en el reino de Siam. Dice así: «En Siam hay dos peces de agua dulce, llamados *pal* y *cadí* que cuando se les pone a cocer en la olla siguen el movimiento de la marea subiendo y bajando en relación con el flujo y reflujo» (NOTA: Loubère: *Notas para un nuevo informe histórico del reino de Siam, 1692. FINAL NOTA*). Loubère hizo varios experimentos con estos peces, en compañía del ingeniero Vincent, cuyo testimonio da visos de certeza a este fenómeno que algunos tachan de patraña. Precisamente en los países incultos debemos interrogar con mayor solicitud a la naturaleza y observar los efectos de la sutilísima energía a que los antiguos llamaron alma del mundo. Tan sólo en las comarcas de Oriente, en las vastas e inexploradas regiones asiáticas, encontrará el estudiante de psicología alimento bastante para satisfacer su hambre de verdad; porque la atmósfera de las ciudades populosas está viciadísima por el humo de las fábricas, locomotoras y vapores, aparte de las miasmáticas exhalaciones de vivos y muertos. La naturaleza, lo mismo que el hombre, está influida en su actuación por el medio ambiente, y el poderoso aliento de la correlación de fuerzas puede ser aminorado, impedido y contrarrestado en determinadas ocasiones como si fuese un ser humano. No tan sólo el clima, sino las ocultas influencias que cotidianamente recibe, modifican la naturaleza psicofísica del hombre, de la propia suerte que la constitución de la materia llamada inorgánica, hasta extremos no sospechados por la ciencia. Así resulta, que el *Diario Médico-Quirúrgico* de Londres aconseja a los cirujanos que no lleven lancetas a Calcuta, pues se sabe por personales experiencias que el acero inglés no resiste el clima de la India. Análogamente, un manojito de llaves de fabricación inglesa o norteamericana se enmohecen a las veinticuatro horas de estar en Egipto, al paso que los objetos de acero del país no se oxidan. También se ha visto que un samano de Siberia, que había ejercido notablemente sus facultades psíquicas entre sus compatriotas, las fue perdiendo hasta quedar sin ellas en el nebuloso y humeante Londres. Si el organismo humano no es menos sensible que un pedazo de acero a las influencias climatológicas, ¿á qué dudar del testimonio de los viajeros que vieron al samano realizar cotidianamente asombrosos fenómenos en su país natal, y a qué negar la posibilidad de estos fenómenos tan sólo porque no pudo realizarlos en París y Londres? Wendell demuestra en su conferencia sobre las *Artes perdidas*, que el cambio de clima influye en la naturaleza psíquica del hombre, y que los orientales superan en agudeza de sentidos a los europeos. Dice Wendell que los tintoreros de Lyon, tan excelentes en su arte, sospechan que hay un delicado matiz azul, invisible para los europeos, al paso que en Cachemira elaboran las muchachas chales de 150.000 pesetas con trescientos matices distintos, que los europeos no sólo son incapaces de obtener, sino ni siquiera de distinguir. Si tan enorme es la diferencia entre la agudeza

sensoria de ambas razas, bien pudiera ocurrir lo mismo en cuanto a facultades psíquicas. Además, las muchachas de Cachemira ven objetivamente matices que los europeos no pueden ver y, sin embargo, existen; por lo tanto, posible es también que las personas dotadas de la misteriosa facultad de la doble vista vean lo que ven, tan objetivamente como la muchacha de Cachemira, y en vez de ser sus visiones imaginativas quimeras, sean, por el contrario, reflejos de personas y cosas reales impresas en el éter astral, según enseñaron los antiguos filósofos y los *Oráculos Caldeos*, y lo sospecharon algunos investigadores modernos como Babbage, Jevons y los autores de *El Universo Invisible*. A este propósito, dice Paracelso: «Tres espíritus actúan en el hombre y tres mundos lanzan sobre él sus luminosos rayos; pero los tres son imagen y eco de un solo principio productor. El primer espíritu es el de los elementos (NOTA: **Cuerpo terrestre y fuerza vital en su condición grosera. FINAL NOTA**); el segundo es el de las estrellas (NOTA: **Cuerpo astral o sidéreo. FINAL NOTA**); el tercero es el espíritu divino (NOTA: **Augoeides. FINAL NOTA**)». Como nuestro cuerpo físico contiene «substancia terrestre primaria», según la denomina Paracelso, podemos convenir con los investigadores científicos, en que las vidas de los organismos vegetal y animal se contraen a un mero proceso físico-químico. Esta opinión corrobora la de los antiguos filósofos y de la Biblia mosaica, según la cual, el cuerpo del hombre es de polvo y en polvo se ha de convertir, aunque el *memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris*, nada tiene que ver con el alma.

El hombre es un mundo minúsculo, un microcosmos en el macrocosmos, de cuya matriz le tienen suspendido sus *tres espíritus*; pero mientras el cuerpo terrestre está en constante armonía con su madre tierra, el cuerpo astral actúa en consonancia con el alma del mundo. Uno está en otra como estotra en aquél, porque el omnipenetrante elemento universal llena el espacio y es el mismo espacio ilimitado e infinito. El tercer espíritu, el espíritu divino, es un rayo infinitesimal, una de las innumerables radiaciones de la Causa suprema, de la Luz espiritual del mundo. Tal es la trinidad de la naturaleza, así orgánica como inorgánica, espiritual y física, que son tres en una. A este propósito dice Proclo que la primera mónada es el Dios eterno; la segunda la eternidad, y la tercera el paradigma o modelo del universo. Las tres constituyen la Triada inteligible. Todas las cosas del universo manifestado proceden de esta Triada microcósmica en sí misma y se mueven en majestuosa procesión por los campos de la eternidad en torno del sol espiritual, como los planetas se mueven alrededor del sol visible. La Mónada pitagórica que «reside en soledad y tinieblas» es en este mundo, invisible, impalpable e indemostrable para la ciencia experimental. Sin embargo, el universo entero seguirá gravitando en su torno como desde el origen del tiempo, y a cada segundo que transcurre, el hombre y el átomo se acercan más y más al solemne momento de la eternidad en que la invisible Presencia aparezca clara a su vista espiritual. Cuando hasta la más sutil partícula de materia quede eliminada de la última forma constitutiva del postrer eslabón de la doble cadena que a través de millones de edades, en sucesivas transformaciones, impelió a la entidad evolucionante, y ésta se revista de su primordial esencia idéntica a la del Creador, entonces el impalpable átomo orgánico terminará su jornada, y los hijos de Dios prorrumpirán en exclamaciones de júbilo por la vuelta del peregrino.

Dice Van Helmont:

El hombre es el espejo del universo y su trina naturaleza está relacionada con todas las cosas. Todo ser viviente participa de la voluntad del Creador que dió el primer impulso a lo creado; pero al hombre, por su adicional espiritualidad, le corresponde mayor participación, y de su grado de materialidad depende la conciencia o inconciencia en el ejercicio de sus facultades mágicas aplicadas a los demás seres que con él comparten la potencialidad divina. El consciente y pleno ejercicio de estas facultades le capacita para dominar y guiar el alma universal (*magnale magnum*); pero en la mayor parte de los hombres y en los animales, vegetales y minerales, obra por sí mismo el flúido etéreo que en todo penetra y

los mueve con directos impulsos. Las criaturas sublunares, formadas del *magnale magnum*, se mantienen en relación con este flúido. El hombre está aliado con los cielos y posee la virtud celeste que en menor grado poseen asimismo los animales y quizás todas las cosas del universo, pues todas están en relación recíproca ó, lo que es lo mismo, que Dios está en todas las cosas, según acertadamente dijeron los antiguos. Es preciso que la potencia mágica se actualice, lo mismo en el hombre externo que en el interno... Y si llamamos a esto poder mágico, el ignorante se asustará de la denominación, por lo que podremos llamarle poder espiritual (*spirituale robur vocitaveris*). Este poder mágico late en el hombre interno, pero por la relación de éste con el externo, ha de difundirse a través del hombre completo (NOTA: Van Helmont: *Opera omnia*, 1682. FINAL NOTA).

En su extensa descripción de los ritos y costumbres religiosas de los siameses, dice Loubère: «Los talopines o monjes budistas ejercen maravillosa influencia sobre las fieras, y pasan días seguidos en el bosque bajo una toldilla de ramas y hojas de palmera sin encender fuego por la noche, como es costumbre en el país para ahuyentar a las fieras; y las gentes tienen por milagro que nunca perezca devorado ningún talopín, sino que, al contrario, las fieras los respeten y aun se acerquen a lamerles cuando están dormidos, según observaron algunos viajeros desde parajes seguros. Todos los talopines ejercen la magia, y creen que la naturaleza toda está animada, así como también en la existencia de genios tutelares. Pero lo más notable es la opinión tan generalizada entre los siameses, de que tal como es el hombre en esta vida, así ha de ser después de la muerte. Cuando el tártaro que ahora reina en China mandó que todos los chinos se afeitaran el pelo a estilo tártaro, muchos prefirieron la muerte a la obediencia, por no comparecer rasurados ante sus ascendientes en el otro mundo. Sin embargo, me parece incongruente en esta absurda opinión, que los siameses atribuyan al alma figura humana. A pesar de su fama de sabios, hace tres o cuatro mil años que los chinos creen en la piedra filosofal, en cuya busca dilapidó el padre del actual rey de Siam sobre dos millones de libras, y además quieren encontrar el elixir de larga vida que les libre de la muerte. Se apoyan en que, según tradición, hubo quien logró hacer oro y vivió siglos; y aparte de esto, es opinión común entre los chinos siameses y otros orientales que algunos hombres, de quienes cuentan maravillas, hallaron medio de no morir sino de muerte violenta, y se escondieron del mundo para disfrutar de pacífica y libre vida» (NOTA: Loubère: *Obra citada*. FINAL NOTA).

No es extraño que los orientales creyeran en el elixir de larga vida, cuando el mismo Descartes tuvo por cierto su descubrimiento y le atribuía virtud para prolongarla hasta quinientos años. Los fisiólogos occidentales no han resuelto aún el capital problema de la vida y de la muerte, pues ni siquiera en las causas del sueño concuerdan sus opiniones. ¿Cómo, entonces, se empeñan en poner límites a lo posible y definir lo imposible?

Desde la más remota antigüedad se percataron los filósofos de la singular influencia de la música en algunas enfermedades, sobre todo en las nerviosas. Kircher recomienda la música como medicina, pues en sí mismo experimentó sus curativos efectos valiéndose de un tímpano compuesto de cinco vasos de muy delgado cristal, dispuestos en fila y llenos de dos distintas clases de vino los dos primeros, de aguardiente el tercero, de aceite el cuarto y de agua el quinto, con los que producía cinco notas golpeando los bordes con el dedo. Los sonidos musicales tienen una propiedad de atracción que expelle y se lleva en sus vibraciones la dolencia. Veinte siglos atrás ya se valía Asclepiades del sonido de una trompeta para curar la ciática, cuyo dolor cesaba por la vibración de las fibras nerviosas. Análogamente afirma Demócrito, que muchas enfermedades se curan al son de la flauta, y Mesmer empleaba en sus curas magnéticas el tímpano de Kircher.

A este propósito acude espontáneamente a la memoria aquel pasaje de la Biblia, en que David aliviaba al son del arpa la melancolía de Saúl. Dice así:

Y con esto, cuando por permisión de Dios arrebatada a Saúl el espíritu maligno, tomaba David el arpa y la tañía con su mano, y Saúl se recobraba y se sentía mejor porque el espíritu maligno se iba de él (NOTA: *I Reyes XVI, 23. FINAL NOTA*).

El famoso filósofo escocés Maxwell se comprometió, ante varias facultades de Medicina, a curar magnéticamente las más pertinaces calenturas, así como la epilepsia, impotencia, locura, lisiadura, hidropesía y otras enfermedades incurables.

Este mismo filósofo apunta en su *Medicina Magnética*, los siguientes aforismos entresacados de las enseñanzas cabalísticas y alquímicas.

Lo que los hombres llaman alma del mundo es una vida tan ardiente, espiritual, veloz, brillante y etérea, como la misma luz. Es un espíritu vital que está en todas partes y por doquiera es el mismo... La materia no puede actuar si no está vivificada por este espíritu que mantiene todas las cosas en su peculiar condición. En la naturaleza está libre este espíritu de todo obstáculo, y quien sabe infundirlo en un cuerpo a propósito, posee un tesoro superior a toda riqueza.

Este espíritu es el lazo común entre todos los ámbitos de la tierra y alienta en todo y a través de todo (*adest in mundo quid commune omnibus mextis, in quo ipsa permanent*).

Quien conoce este universal espíritu de vida y sus aplicaciones evita todo daño.

Si puedes aprovecharte de este espíritu e infundirlo en determinado cuerpo llevarás a cabo los misterios de la magia.

Quien sepa actuar en los hombres por medio de este espíritu universal curará las enfermedades a la distancia que le plazca.

Quien sepa vigorizar el espíritu particular, por medio del universal, podrá prolongar su vida hasta la eternidad.

Los espíritus se comunican entre sí por sus emanaciones, aunque estén distantes unos de otros. Esta comunión recíproca es la eterna e incesante radiación de un cuerpo a otro. Pero no es posible hablar de esto sin peligro, porque motivaría abominables abusos.

Veamos ahora cómo abusan de las facultades magnéticas algunos médiums saludadores. Para que la curación merezca este nombre, requiere confianza en el enfermo o salud robusta y voluntad enérgica en el saludador. La esperanza fortalecida por la fe basta para que uno mismo venza toda condición morbosa. La tumba de un santo, una reliquia, un talismán, un pedazo de papel o una prenda de ropa que haya estado en manos del saludador, un remedio secreto, una penitencia o ceremonia, la imposición de manos o una fórmula pronunciada de intento, producen los mismos efectos curativos, pues todo depende del temperamento, de la imaginación y de la confianza en recobrar la salud. En infinidad de ocasiones el médico, el sacerdote o la reliquia cobraron la fama de curaciones debidas exclusivamente a la fe del paciente. A la enferma de flujo de sangre que tocó su túnica, le dijo Jesús: «Tu fe te ha salvado».

La influencia de la mente sobre el cuerpo físico es tan poderosa, que en todas épocas realizó prodigios. A este propósito dice Salverte: «¡Cuán inesperadas, súbitas y portentosas curaciones ha realizado la imaginación! Las obras de medicina rebosan de ejemplos de esta índole, que se disputarían por milagrosos» (NOTA: *Filosofía de las Ciencias ocultas. FINAL NOTA*). Si el enfermo no tiene fe y es físicamente pasivo y negativo, pero en cambio el saludador es enérgico, sano, positivo y resuelto, la enfermedad puede quedar vencida por la imperiosa voluntad con que consciente o inconscientemente atrae el flúido universal de la naturaleza y restablece el perturbado equilibrio del aura del paciente. Para ello puede auxiliarse de un crucifijo, como hizo Gassner, o imponer las manos, como el zuavo Jacob y el norteamericano Newton, o dar el mandato de viva voz como Jesús y

algunos apóstoles; pero el procedimiento es el mismo en todos los casos, y determina la curación efectiva sin dejar reliquias morbosas.

En cambio, cuando quien está físicamente enfermo intenta curar, no sólo fracasa en el empeño, sino que agrava la dolencia y le quita al paciente las pocas fuerzas que pueda tener. Gracias al saludable magnetismo de Abigail restauró su decaído vigor el anciano rey David (NOTA: *I Reyes*, I. 1-4, 15. FINAL NOTA) y los tratados de medicina refieren que una señora inglesa se vigorizó a expensas de dos jovencitas. Los sabios antiguos, cuyo ejemplo en este punto siguió Paracelso, según él mismo nos dice en sus obras, curaban las enfermedades aplicando un organismo sano a la parte afectada. Si una persona enferma intenta curar a otra, podrá tener suficiente fuerza para modificar, remover o transformar la dolencia en otra que aparecerá poco tiempo después de creerse curado el enfermo.

Pero si el saludador está moralmente enfermo, serán los resultados incomparablemente peores, porque mucho más fácil es curar las enfermedades del cuerpo que las del ánimo. Los misteriosos fenómenos de Morzine, Cevennes y de los jansenistas son todavía tan incomprensibles para los fisiólogos como para los psicólogos. Si el don de profecía, el histerismo y las convulsiones pueden comunicarse por contagio, otro tanto ocurre con los vicios, y en este caso el saludador comunica al paciente, o mejor dicho, a la víctima la ponzoña moral de que tiene inficionados corazón y mente, pues contamina con su fuerza magnética y profana con su mirada al infeliz sujeto pasivamente receptivo que está bajo el poder del saludador, como pajarillo fascinado por la serpiente. Incalculable es el daño que pueden acarrear tales médiums saludadores, cuyo número pasa de centenares.

Pero hay saludadores virtuosos que contra el malicioso escepticismo de sus adversarios allegaron histórica nombradía, como, entre otros, los clérigos de Ars, Lyon y Klorstele, Jacob, Newton, Gassner y el palurdo irlandés Valentín Greatrakes, protegido de Roberto Boyle, presidente de la Real Sociedad de Londres, en 1670 (NOTA: *En nuestros tiempos hubiera sido encerrado Greatrakes en un manicomio con sus colegas, de intervenir en el asunto el presidente de la real Sociedad, o sin duda le hubiera demandado judicialmente el profesor Lankester por vago, por intruso en medicina, por quiromancia o cualquier otro pretexto. FINAL NOTA*).

Indefinidamente podríamos prolongar la lista de testimonios que desde Pitágoras a Eliphaz Levi, sin distinción de categorías, declaran que *el vicioso es incapaz de poderes mágicos*, pues únicamente «los limpios de corazón verán a Dios», o lo que tanto vale, recibirán el divino don de curar las dolencias corporales bajo la segura guía de las entidades invisibles para apaciguar el conturbado ánimo de sus hermanos, porque no pueden manar aguas salutíferas de emponzoñada fuente ni los dorados racimos maduran entre espinas ni los cardos dan regalado fruto. Para los limpios de corazón nada tiene de sobrenatural la magia, sino que es una ciencia de cuyas ramas no es la menor el exorcismo de malignos espíritus, tan cuidadosamente aprendido por los iniciados. A este propósito dice Josefo, que «la virtud de expeler los demonios del cuerpo humano es ciencia útil y saludable para los hombres» (NOTA: *Antigüedades.*— VIII-2. FINAL NOTA).

Los precedentes bosquejos nos inducen a preferir las enseñanzas antiguas a las teorías modernas, respecto a las leyes de relación entre los mundos y de las facultades potenciales del hombre. Si bien los fenómenos de índole psíquico-física despiertan el interés de los materialistas y dan, si no prueba plena, por lo menos vehemente indicio de la supervivencia del alma, es muy discutible la conveniencia o inconveniencia de dichos fenómenos en cuanto a sus beneficiosos o nocivos efectos, porque fanatizan a los ansiosos de comprobar la inmortalidad, y como dice Stow, los fanáticos están dominados por la imaginación y no por el juicio.

Indudablemente, los aficionados al fenomenismo pueden alabarse de no pocas dotes, pero carecen de discernimiento espiritual. El famoso clarividente norteamericano A.J. Davis descubrió en sus exploraciones por la *tierra vernal* unos seres llamados *diakas*, de

quienes dice que se complacen extraordinariamente en las simulaciones, imposturas y trampas; que desconocen los sentimientos de justicia, filantropía, ternura y gratitud, y lo mismo son para ellos las palabras sagradas que las profanas, el amor que el odio, aparte de su loca afición a los lirismos y un egoísmo desenfrenadísimo que les mueve a considerar la aniquilación como el término de toda vida que no sea la suya. En reciente ocasión, uno de estos diakas se comunicó con el nombre de *Swedenborg* por mediación de una señora, y dijo: «Todo cuanto ha sido, es, será o puede ser, eso soy yo. La vida individual es tan sólo el conjunto de latidos pensantes que en su progresiva ascensión se precipitan en el corazón de la eterna muerte» (NOTA: El diaka y sus víctimas. Explicación del aspecto falso y repulsivo del espiritismo. FINAL NOTA).

Porfirio habla en sus obras (NOTA: Un apasionado por los fenómenos dice que las obras de Porfirio se están apolillando como trastos viejos en los rincones del olvido. FINAL NOTA) de estos seres, y dice: «Con el directo auxilio de estos malvados demonios se llevan a cabo toda clase de hechicerías, y los hombres que con hechicerías dañan a sus semejantes tributan mucho honor a esos malvados demonios y especialmente a su caudillo (NOTA: El diaka que según Davis se comunicó con el nombre de *Swedenvorg*, atribuyéndose el *yo soy*, se parece muy mucho a este caudillo de que habla Porfirio. FINAL NOTA). Pasan estos espíritus el tiempo engañándonos con multitud de ilusorios prodigios, pues ambicionan que se les tenga por dioses y a su caudillo por el supremo dios» (NOTA: Porfirio: *De los buenos y malos demonios*. FINAL NOTA).

No pocos médiums degradan hoy la antigua teurgia por no advertir que, como dice Jámblico, no es lícito entregarse a operaciones fenoménicas sin previos y prolongados ejercicios de purificación moral y física bajo la guía de un experto teurgo, pues con rarísimas excepciones, siempre que una persona enflaquece o engruesa en demasía o se levanta en el aire, está de seguro obsesa por espíritus malignos (NOTA: Jámblico: *Misterios egipcios*, III-5. FINAL NOTA).

Todo en este mundo tiene su coyuntura de lugar y tiempo, y aunque una verdad esté apoyada en las más incontrovertibles pruebas, no arraigará en las mentes a menos que se exponga en tiempo oportuno, como planta sembrada en la estación conveniente, y así dice con acierto Cooke que «la época ha de estar dispuesta». Hace treinta años hubiera muerto esta modesta obra en el vacío por la índole de las materias en ella tratadas; pero hoy merece alguna atención lo que entonces se consideraba absurdo, porque los modernos fenómenos están comprobados científicamente y se reproducen con cada día mayor frecuencia, no obstante sus deficiencias y las burlas de los materialistas. Por desgracia, si las manifestaciones psíquicas aumentan en su aspecto fenoménico, nada adelantan en el orden espiritual e intelectual, pues el discernimiento filosófico sigue siendo entre los amigos del fenómeno tan nulo como siempre.

De los autores espiritistas contemporáneos, ninguno tan estimable por su sinceridad y cultura como el norteamericano Sargent, cuya monografía: *Prueba palpable de la inmortalidad*, sobresale entre las obras de su índole; mas no obstante su indulgencia y buena disposición para con los médiums, se expresa en los siguientes términos: «La habilidad con que los espíritus suplantán en sus comunicaciones a personas difuntas, nos mueve a preguntar hasta qué punto podemos asegurarnos de la identidad del comunicante, cualesquiera que sean las pruebas aducidas. No tenemos el suficiente grado de conocimiento para responder con entera seguridad a esta pregunta... Muchos enigmas hay todavía en las palabras y actos de los espíritus materializados, cuya inmensa mayoría son de tan embotada inteligencia como sus congéneres de este mundo».

Ahora preguntaremos nosotros cómo se explica esa falta de inteligencia si son espíritus humanos, pues o los espíritus humanos inteligentes *no pueden* materializarse, o los espíritus que se materializan no son humanos, sino, como insinúa Sargent, espíritus elementarios o aquellos demonios que, según Platón, de acuerdo con los magos persas,

ocupan un lugar intermedio entre los dioses y los mortales. Buen número de testimonios, entre ellos el de Crookes, aseveran que los espíritus materializados hablan con voz perceptible al oído; pero los antiguos atestiguan que la voz de los espíritus humanos no es ni puede ser articulada, sino un profundo suspiro. Por lo tanto, más crédito merecen los antiguos con su secular experiencia en las prácticas teúrgicas, que los modernos espiritistas sin otra prueba para fundamentar su opinión, que las comunicaciones de espíritus difíciles de identificar. Algunos médiums han provocado la aparición de esas supuestas formas humanas, que ni una sola vez dejaron de expresar en sus comunicaciones ideas vulgarísimas, cual circunstancia debiera llamar la atención de aun los más incultos espiritistas. Si es posible que hablen los espíritus (y lo mismo pueden hablar los sabios que los ignorantes) ¿por qué no hay espíritu cuya comunicación oral se aproxime siquiera en valía a las comunicaciones recibidas por escritura directa? Bien dice Sargent que todavía no sabemos hasta qué punto está limitada la actuación del espíritu por las condiciones psíquico-físicas del médium (NOTA: *Pruebas palpables de la inmortalidad*, 45. FINAL NOTA).

Si los espíritus que se materializan fuesen los mismos que dan comunicaciones escritas, no desbarrarían como desbarran en el primer caso, mientras nos dan sublimes enseñanzas filosóficas en el segundo, pues en ambos se comunican por médiums cuyas condiciones psíquicas debieran influir igualmente en ellos. El nivel intelectual de los médiums materializantes no es mayor ni menor que el de los campesinos y obreros cuya congénita inspiración puso en sus labios sublimes y profundas ideas, como por ejemplo los casos de Boehme, Davis y los niños de Cevennes. Puestos que los espíritus se valen de los órganos vocales del médium para la comunicación oral, no les habría de ser difícil expresarse según conviene al talento, educación y cultura del personaje cuya personalidad se atribuyen, en vez de incurrir en vulgaridades y no pocas veces en despropósitos. Dice Sargent, alentado por la esperanza, que la ciencia espírita está todavía en mantillas, pero que promete esclarecer con el tiempo esta cuestión. Sin embargo, no creemos que la luz brote de las tinieblas de los gabinetes mediumnísticos (NOTA: Véase el *Evangelio de San Mateo*, XXIV-26. FINAL NOTA).

Es ridículo exigirles a los investigadores psíquicos título de bachilleres en artes y ciencias, pues la experiencia enseña que los intelectuales científicos no siempre aciertan en cuestiones de franca sinceridad y buen sentido. Nada ciega tanto como el fanatismo, que todo lo mira unilateralmente, y ejemplo de ello tenemos en lo concerniente a los fenómenos psíquicos y mágicos de tiempos antiguos y modernos. Miles de testigos fidedignos llegados de Oriente afirman haber presenciado las maravillas obradas por rudos fakires, cheikos, derviches y lamas, sin valerse de aparato alguno ni estar en connivencia con nadie, cuales fenómenos contradecían los principios científicos de suerte que indicaban la existencia de muchas fuerzas naturales todavía ignoradas, pero indudablemente dirigidas por entidades superiores al hombre. Sin embargo, los científicos contemporáneos, las inteligencias cultas, han repugnado tan numerosos testimonios y ni siquiera rindieron su escepticismo ante las investigaciones de Hare, Morgan, Crookes, Wallace, Gasparín, Thury, Wagner, Butlerof y otros. Las personales experiencias de Jacolliot en los fakires indos y las dilucidaciones psicológicas del profesor ginebrino Perty no quebrantaron su incredulidad, como tampoco les conmueve el anhelante clamoreo de las gentes en demanda de pruebas de la existencia de Dios, del alma y de la eternidad. A tan vehementes súplicas responden los científicos con el intento de borrar el menor vestigio de espiritualidad, pero nada levantan ni edifican. Dicen que puesto que no encuentran en sus retortas y crisoles huella alguna inmaterial, todo cuanto no sea materia forzosamente ha de ser ilusorio y quimérico. La misma iglesia cristiana se ve precisada a demandar auxilio a la ciencia en estos prejuiciosos tiempos de frío raciocinio. Credos edificadas sobre arena y aparatosos dogmas sin fundamento sólido se derrumban arrastrando en su caída a la verdadera religión; pero el ansia de demostrar la existencia de Dios y la vida

futura sigue tan tenaz como siempre en el corazón del hombre. En vano intentarán los sofismas científicos acallar la voz de la naturaleza, aunque hayan emponzoñado las puras aguas de la fe sencilla y removido el fango del manantial en que corno en un espejo se miraba la humanidad. Al Dios antropomórfico de nuestros antepasados han sucedido monstruos antropomórficos, y lo que todavía es peor, el reflejo de la humanidad en las cenagosas aguas cuyas ondas restituyen las falseadas imágenes de la verdad. Dice el reverendo Brooke Herford, que no necesitamos milagros, sino pruebas palpables del espíritu, y estas pruebas las pide más bien la humanidad a la ciencia que a los profetas, porque presiente como si con el tiempo hayan de descubrir los investigadores las señales de la Divinidad en los más recónditos escondrijos de la creación. Allí están las señales y, frente a ellas, los titanes científicos que han depuesto a Dios de su escondido trono para poner en su lugar un protoplasma.

En la Asamblea celebrada en Edimburgo por la Sociedad Británica el año 1871, dijo Sir William Thomson: «La ciencia está obligada por las eternas leyes del honor a afrontar sin miedo cuantos problemas demanden solución». A su vez Huxley dice que «en lo concerniente a los milagros, la palabra imposible no tiene aplicación en los problemas filosóficos». Por su parte, el insigne Humboldt opina que «más nocivo que la misma incredulidad es el presuntuoso escepticismo que rechaza los hechos sin detenerse a examinar si son o no verdaderos».

Los científicos han delatado la falsedad de sus propias enseñanzas, al desdeñar la coyuntura que las comunicaciones con Oriente les deparaban de investigar personalmente los fenómenos aseverados por los viajeros. Jamás se atreverán los fisiólogos a resolver tan trascendental cuestión del pensamiento humano, observando en el Tíbet o la India las maravillas de los fakires; y si alguno se aventurase allá como solitario peregrino, para presenciar los más estupendos prodigios de la creación, de seguro que sus colegas no darían crédito a sus palabras.

Ocioso fuera enumerar de nuevo los hechos tan sólidamente establecidos por otros autores. Wallace y Howitt (NOTA: Wallace: *Los milagros y el espiritismo moderno.*—Howitt: *Historia de lo sobrenatural*, II. FINAL NOTA) han expuesto repetidas veces los mil errores en que por su escepticismo incurrieron las sociedades científicas de Francia e Inglaterra. Así Cuvier no dió importancia al fósil exhumado en 1828 por el geólogo francés Boué, creído de que era imposible hallar esqueletos humanos a veinticinco metros de profundidad en el limo del Rhin. La Academia Francesa rechazó en 1846 las aserciones de Boucher de Perthes, respecto al hallazgo de armas de pedernal en los terrenos de aluvión del Norte de Francia, confirmado en 1860 por los geólogos. También se recusó en 1825 el testimonio de Mac Enery, referente al descubrimiento de instrumentos de sílex y fósiles en la caverna llamada *Agujero del Kent* (NOTA: Wallace: *Memoria leída ante la Sociedad Dialéctica*, en 1871: *Réplica a Hume*. FINAL NOTA). En 1840 corrieron igual suerte las afirmaciones de Godwin Austen sobre el mismo punto. Todas estas burlonas demasías del escepticismo científico se revolviéron contra sus autores cuando en 1865 quedaron confirmados plenamente los testimonios de cuarenta años, demostrando que los hechos excedían en maravilla a la misma realidad. Después de esto, ¿quién será tan cándido que crea en la infabilidad de la ciencia? No hemos de maravillarnos de la falta de valor moral de algunos recalcitrantes miembros de la colectividad científica.

De este modo se fueron desacreditando uno tras otro los hechos aducidos. Por doquiera se escuchan quejumbrosas exclamaciones de los académicos que dicen: «Muy poco conocemos de psicología». «Preciso es confesar que apenas sabemos nada, si acaso sabemos algo, de fisiología». «No hay ciencia de tan incierta base como la medicina». «Nada sabemos aún del supuesto fluido nervioso». Entretanto se repudian por ilusorios o se desdeñan por inútiles los fenómenos más interesantes de la naturaleza, cuya explicación sólo puede darnos la psicofísica; y lo que todavía es peor, cuando un sujeto hipnótico ofrece

los más culminantes caracteres de las naturales, aunque ocultas, facultades psíquicas, en vez de servir honradamente de experimentación y de estudio, tropieza con los obstáculos que le opone algún pseudo sabio para enredarle entre las mallas de la justicia. No es ciertamente este procedimiento el más a propósito para estimular las investigaciones.

Así se explica, por ejemplo, que no tenga crédito en 1876 el testimonio dado en 1731 acerca de un hecho ocurrido durante el pontificado de Paulo III. Si a los científicos se les dice que los romanos mantenían encendidas por muchos años las lámparas sepulcrales, alimentadas con la *oleaginosidad del oro*, y que una de estas lámparas se encontró ardiendo todavía al cabo de mil quinientos cincuenta años (NOTA: «*Φιλόλογος*» Bayley.- 2ª edición. FINAL NOTA) en la tumba de Julia, hija de Cicerón, no querrán creerlo hasta convencerse por sus propios ojos de la posibilidad del hecho, con lo que también pueden recusar el testimonio de los filósofos antiguos y medioevales. Les parecerá asimismo sospechosa la resurrección de los fakires después de treinta días de haber sido enterrados vivos, y tendrán por patraña el hecho de que algunos lamas se infieran heridas de mortal apariencia hasta el punto de enseñar las entrañas, y sin embargo, se las curen casi instantáneamente.

No es extraño que las gentes recelosas del testimonio de sus propios sentidos, en cuanto a fenómenos realizados en su mismo país, repugnen los relatos de los viajeros y las narraciones contenidas en obras clásicas; pero no se concibe la terquedad de las Academias, que después de las lecciones recibidas persisten en ofuscar sus dictámenes con palabras enemigas de la verdadera ciencia. La magia puede replicar a los científicos con la voz de Dios que le decía a Job desde el torbellino: «¿En dónde estabas tú cuando eché los cimientos de la tierra? Responde si comprendiste. Y ¿quién eres tú para atreverte a decir a la naturaleza: de aquí no pasarás?»

Pero nada importa que nieguen, porque ni aun cuando su escepticismo fuese mil veces más mordaz, impedirían la efectuación de fenómenos en todos los ámbitos del mundo, y seguirán los fakires levantándose de sus temporáneas tumbas y los lamas no tendrán reparo en herirse y mutilarse el cuerpo sin dolor y continuarán ardiendo perpetuamente las lámparas de los sepulcros indos, japoneses y tibetanos. Tampoco dejarán por ello de servir de testimonio las maravillas presenciadas en Egipto por el capitán Lane, los experimentos de Napier y Jacolliot, en Benarés, y las levitaciones de personas en pleno día (NOTA: Véase en el glosario la explicación de la palabra *Ethrobacia*. FINAL NOTA).

Entre las tachadas de quimeras alquimistas se encuentran las lámparas perpetuas (NOTA: El misionero inglés Mateer refiere haber visto una de estas lámparas en el templo de Trevandrum (reino de Travancore, India meridional). Dice que en el interior del templo hay un profundo pozo al que anualmente se echan valiosos tesoros, y en otro paraje del mismo templo hay una gruta en cuyo recinto arde una lámpara de oro encendida ciento veinte años atrás. El misionero anglicano refiere el hecho sin comentario, pero los misioneros católicos lo atribuyen, como es de suponer, a diabólicas artes. Además, el abate Huc, así como otros viajeros que lograron simpatizar con los lamas, pudieron examinar detenidamente dichas lámparas. FINAL NOTA) de cuya autenticidad podemos dar personal testimonio. Tal vez alguien pregunte en qué nos fundamos para afirmar la perpetua ardencia de estas lámparas, puesto que sólo nos fue posible examinarlas durante tiempo limitado; pero a esto responderemos que afianza nuestra afirmación el conocimiento de la ley natural aplicable a este caso, aparte de la manera de construirlas y de los ingredientes empleados en el combustible de alimentación. Por lo que toca a las explicaciones del lugar y modo de adquirir este conocimiento, será preciso que los críticos se tomen para ello el trabajo que nos tomamos nosotros. Conviene advertir, sin embargo, que ninguno de los ciento setenta y tres autores que trataron de este asunto afirmó la duración *eterna* de las lámparas, sino su duración por tiempo indefinido, que en algunos casos alcanzó a muchos siglos; pues si hay ley natural que permita la ardencia de una lámpara durante diez años,

sin necesidad de alimentarla, asimismo, por virtud de la propia ley, puede seguir ardiendo cien mil años (NOTA: De los 173 autores que atestiguan la existencia de lámparas que arden sin renovación de combustible, mientras no se estropeen por accidente, citaremos los que siguen: Clemente de Alejandría, Hermolao, Barbaro, Apiano, Plinio, Buratino, Citesio, Celio, Focio, Costeo, Casalio, Cedreno, Delrio, Ericio, Gesner, Jacobono, Leandro, Libavio, Lacio, Pico de la Mirandola, Filaleteo, Liceto, Maiolo, Maturancio, Luis Vives, Volaterano, Porta, Pancirolo, Ruscelio, Escardonio, Paracelso, Solino, Kircher y Alberto el Magno. FINAL NOTA).

Los egipcios, padres de la química (NOTA: El Salmo CV de David, vers. 23, habla de la «Tierra de Ham» (הַמֵּן, Chem, χημη), de donde se derivan los nombres de alquimia y química. FINAL NOTA), se atribuyen la invención de estas lámparas, no sin fundamento, pues en dicho país fue mucho más frecuente su empleo a favor de su religiosa creencia en que el alma astral del difunto vagaba alrededor de la momia durante los tres mil años del cielo de necesidad, ligada por el hilo magnético que sólo podía romper su propio esfuerzo, y así confiaban los supervivientes en que la siempre encendida lámpara, símbolo del incorruptible e inmortal espíritu, favorecería la ruptura de los lazos que sujetaban al alma astral a los mortales despojos y la impelería a reunirse con el divino Yo.

Generalmente se colocaban estas lámparas en los sepulcros de las familias acomodadas, y dice Liceto que en su época se encontraron encendidas al abrir las tumbas, pero se apagaban al punto a consecuencia de la *profanación*. Tito Livio, Buratino y Schatta (NOTA: *Œdipi Ægyptiaci Theatrum Hieroglyphicum*, 544. FINAL NOTA) refieren el hallazgo de muchas lámparas en los subterráneos de Menfis. Por su parte nos dice Pausanias que en el templo de Minerva, de Atenas, había una lámpara, obra maestra de Calímaco, que ardía todo el año. Plutarco afirma (NOTA: *Defectu oraculorum*. FINAL NOTA) que en el templo de Júpiter Amón vio otra lámpara que, según le aseguraron los sacerdotes, ardía durante años enteros, a pesar del viento y de la lluvia. San Agustín menciona también otra lámpara existente en el templo de Venus, que ofrecía las mismas singularidades. Cedreno, dice a su vez que en Edessa se encontró una lámpara oculta en el vano de una puerta, que estuvo ardiendo durante quinientos años. Pero de todas estas lámparas, la más prodigiosa es la que, según refiere Olivio Máximo de Padua, se encontró cerca de Ateste y que Escardonio describe en los términos siguientes: «En una urna de alfarería estaba contenida otra menor y dentro de ésta ardía una lámpara que con un licor purísimo encerrado en dos frascos, uno de oro y otro de plata, por todo alimento, mantenía su luz durante 1.500 años. Los frascos pasaron para su custodia a manos de Francisco Maturancio, quien los estima de subidísimo precio» (NOTA: *Libro I. – Clase 3ª, cap. último*. FINAL NOTA). Dando de mano a exageraciones y prescindiendo de la gratuita negación de la ciencia moderna acerca de la posibilidad de estas lámparas, cabe preguntar si en el caso de haberse conocido en la época de los «milagros», debe distinguirse entre las encendidas ante los altares cristianos y las que ardían ante las imágenes de Júpiter, Minerva y otras divinidades paganas. Según algunos teólogos, las lámparas de los altares cristianos tenían virtud milagrosamente divina, al paso que las paganas debían su luz a los artificios del diablo, y en estas dos agrupaciones se clasificaban las lámparas, según dicen Kircher y Liceto. La de Antioquía, que durante 1.500 años ardió al aire libre en la plaza pública, sobre la puerta de una iglesia, se mantenía, al decir de los teólogos, por el *poder de Dios* que había dado perpetua luz a tan infinito número de estrellas, mientras que las lámparas paganas, según asevera San Agustín, eran obra del demonio que trata de engañar al hombre por diversidad de medios; como si nada fuese más fácil para Satanás que deslumbrar con un relámpago de luz o una brillante llama a quienes entran por vez primera en una cripta sepulcral. Así lo aseguraba el vulgo de los cristianos cuando en el reinado de Paulo III, al abrir una tumba de la vía Apia, se encontró el cadáver de una doncella flotante sobre un terso licor que la había preservado de la corrupción hasta el punto de aparecer como dormida. A los pies del cadáver ardía una lámpara que se apagó

al abrir la tumba, de cuya inscripción pudo colegirse que el enterramiento era de la hija de Cicerón, muerta 1.500 años antes (NOTA: La ampliación de este relato se halla en la obra de Erasmo Francisco, quien la tomó de Flomero, Panciolo y otros. FINAL NOTA).

Niegan los químicos la posibilidad de las lámparas perpetuas, alegando que toda combustión requiere consumo de combustible; pero los alquimistas replican diciendo que no siempre el fuego procede de las combustiones químicas, pues hay sustancias que no sólo resisten la ardencia de la llama sin consumirse, sino que ni aire ni agua las extinguen. El autor de un tratado de química, impreso en 1700 con el título de NEKROKJLEIA, refuta las afirmaciones de los alquimistas, y aunque niega la posibilidad de las lámparas *perpetuas*, se inclina a creer que ardan algunas durante siglos. Por otra parte, tenemos el testimonio de multitud de alquimistas cuya prolongada experiencia les convenció de la posibilidad del fuego perpetuo.

Conocieron los alquimistas preparaciones especiales de oro, plata y mercurio, de índole parecida a las de nafta, petróleo y otros minerales combustibles, así como los aceites de alcanfor y de ámbar, el amianto (*lapis asbestos*), el ciprio (*lapis carystius*) y el creteo (*linum vivum*), que emplearon como combustibles de las lámparas perpetuas. Según los alquimistas, el oro es el mejor pábulo por su maravillosa llama, aparte de que entre todos los metales es el que menos se gasta al fundirse y reabsorbe su misma destilación aceitosa, según va ésta exhalándose, para alimentar de tal suerte su propia llama. Aseguran los cabalistas que Moisés aprendió este secreto de los egipcios y que la lámpara del tabernáculo era perpetua, según se infiere del siguiente pasaje:

Manda a los hijos de Israel que te traigan el aceite más puro de los árboles de olivas, sacado a mortero, para que arda siempre la lámpara (NOTA: *Éxodo*, XXVII, 20. FINAL NOTA).

También niega Liceto que las lámparas perpetuas contuvieran preparaciones metálicas, pero en cambio dice en la misma obra que un compuesto de mercurio, filtrado siete veces por arena blanca puesta al fuego, sirvió para fabricar lámparas que ardían continuamente. Por otra parte, tanto Maturancio como Citesio afirman que este resultado puede obtenerse por procedimientos químicos, pues el licor de mercurio fue ya conocido de los alquimistas, que le dieron los nombres de *aqua mercurialis*, *materia metallorum*, *perpetua dispositio*, *materia prima artis* y *oleum vitri* (NOTA: Tritenheim y Korndorf dieron las siguientes recetas para la confección de los combustibles perpetuos que habían preparado: 1.º Se toman cuatro onzas de sulfuro y alumbre y se subliman en flores hasta dos onzas. Añádase una onza de polvo de borax cristalino de Venecia y sobre estos ingredientes se vierte espíritu de vino muy rectificado, para que se dirigieran en él. Se evapora después en frío y se repite la operación hasta que puesto el sulfuro sobre un plato de bronce se ablande como cera sin despedir humo. Así se obtendrá el pábulo. En cuanto al pábulo se prepara como sigue: Tómense hebras de amianto del grueso del dedo del corazón y largo del meñique y pónganse en un vaso de Venecia recubriéndolas con el pábulo. Déjese el vaso durante 24 horas dentro de arena lo bastante caliente para que el pábulo hierva todo este tiempo, y una vez embadurnado así el pábulo se le pone en un vaso de forma de concha, de manera que el extremo de las hebras sobresalga de la masa del pábulo. Colóquese entonces el vaso sobre arena caliente para que, derretido el pábulo, se impregne el pábulo y una vez encendido éste arderá con llama perpetua que se podrá llevar a cualquier sitio. 2.º Tómese una libra de *salis tostis* y viértase sobre ella vinagre fuerte de vino. Concéntrese después hasta que tome consistencia el aceite, y se echa entonces en vinagre fresco donde se macera, y luego se destila repitiendo la operación por cuatro veces consecutivas. Se pone después en este vinagre una libra de *vitri. antimonii subtilis lævigat* y todo ello se coloca en un vaso cerrado puesto sobre la ceniza por espacio de seis horas, al cabo de las cuales se extrae la tintura, se decanta el licor, se deja enfriar, se extrae de nuevo y se repite la operación hasta sacar todo

el color encarnado. Se concentran los extractos hasta que tomen consistencia oleaginoso y se rectifican al bañomaría. Tómese después el antimonio de que se ha extraído la tintura y redúzcase a polvo sutilísimo que se pone dentro de un recipiente de vidrio. Viértase encima el aceite rectificado, que ha de concentrarse y destilarse siete veces, hasta que el polvo haya embebido todo el aceite y quede enteramente seco. Se extrae otra vez con espíritu de vino y se repite la operación hasta que desaparezca toda la esencia. Póngase entonces en un matraz de Venecia, dispuesto para el caso con papel quíntuplo, destílese hasta desaparecer la esencia y quedará en el fondo un aceite inconsumible que puede arder con un pabilo como el sulfuro antes descrito. Libavio, comentador de Tritenheim, dice sobre el particular: «Estas son las luces eternas de Tritenheim, que si bien no tan fijas como la de nafta, pueden auxiliarse unas con otras de modo que aunque la nafta no tenga tanta duración al arder porque exhala y deflagra, da llama perpetua si se le añade jugo de amianto. He visto una lámpara así preparada que, según se nos aseguró, fue encendida el 2 de Mayo de 1871 y aún seguía ardiendo». Como el experimentador es digno de toda confianza y muy perito en la indagación hermética, no hay motivo alguno para dudar de sus aseveraciones. FINAL NOTA).

El asbesto llamado *Ασβεστω* (inextinguible) por los griegos, es una piedra que, según dicen Plinio y Solino, no puede apagarse una vez encendida. Alberto el Magno la describe diciendo que es del color del hierro y se la encuentra principalmente en Arabia, cubierta de una capa oleaginoso apenas perceptible, que se inflama en cuanto se le acerca una luz. Los químicos han intentado en vano extraer dicho aceite del asbesto, pero de ello no cabe inferir que la operación sea imposible, y si se lograra no habría duda alguna de si dicho aceite puede dar llama continua. Justamente se vanagloriaron los antiguos de poseer este secreto, por cuanto en nuestros mismos días han obtenido el mismo resultado algunos experimentadores. Dicen unos químicos que el líquido extraído de la piedra en sus pruebas es de consistencia acuosa más bien que oleaginoso, incapaz de combustión, al paso que otros aseguran que tan pronto como dicho líquido se exponía al aire libre quedaba tan espeso que difícilmente se liquidaba y al encenderlo otra vez se convertía en humo sin dar llama. En cambio, las lámparas de los antiguos ardían con pura y brillante llama sin la más mínima traza de humo. Kircher indica la posibilidad de extraer y purificar dicho aceite, aunque por lo difícil de la operación cree únicamente que pueden llevarla a cabo los adeptos superiores de la alquimia.

Luis Vives refuta la opinión de San Agustín en cuanto a los artificios del diablo y demuestra (NOTA: *Comentarios a La ciudad de Dios, de San Agustín. FINAL NOTA*) que las operaciones mágicas, por estupendas y prodigiosas que parezcan, son resultado de la industria humana y del profundo estudio de los secretos de la naturaleza. Por otra parte, Podocataro (NOTA: *Caballero cipriota, autor de Cosas de Chipre, 1566. FINAL NOTA*) tenía una tela fabricada con otra especie de asbesto que Porcacio (NOTA: *Libro de los antiguos funerales. FINAL NOTA*) dice haber visto en casa de aquél. Plinio llama a esta clase de tela *linum vinum*, y también lino de la India, diciendo que se fabrica con una especie de lino (asbeston o asbestinum), que una vez tejido puede limpiarse con sólo echarlo en el fuego. Añade este autor que el asbesto es tan valioso como las perlas y los diamantes, porque además de su escasez resulta de muy difícil textura a causa de sus cortas fibras. Una vez aplanado con un martillo se le macera en agua caliente, y luego de secó pueden hilarse y tejerse sus fibras como las del lino. Plinio asegura haber visto muchas telas fabricadas de esta materia y presenciado un experimento en que se las limpió por medio del fuego. También dice Porta que cierta señora cipriota, residente en Venecia, tenía una tela de esta clase y califica de *secretum optimum* estas manipulaciones alquímicas.

En su descripción de las curiosidades del Colegio Gresham, en el siglo XVII, dice el doctor Grew que se perdió el procedimiento textil de las telas de asbesto; pero esto no parece probable por cuando en el Museo Septalio hay hilos, cuerdas, laminillas y otras

labores de asbesto correspondientes al año 1726, y algunos de dichos objetos los elaboró el mismo Septalio, según afirma Greenhill, quien dice a este propósito: «Parece opinión de Grew que el *lapis asbestinus* y el *amianthus* son una misma materia, y la llama piedra filamentosa porque su masa está compuesta de hilos paralelos, de un cuarto de pulgada a pulgada de longitud, tan lustrosos y finos como los del capullo de seda y tan flexibles como los del lino o del cáñamo (NOTA: Greenhill: *Arte de embalsamar*, 361. FINAL NOTA). El secreto no se ha perdido enteramente, pues todavía se guarda en algunos monasterios budistas de la China y del Tíbet. En un convento de religiosas talapinas vimos una túnica amarilla, por el estilo de las de los monjes budistas, que al cabo de dos horas de estar en un gran brasero la sacaron tan limpia como si la hubiesen lavado con jabón.

Después de numerosos ensayos se le han podido dar a esta materia diversas aplicaciones industriales, entre ellas la de telas incombustibles, uno de cuyos principales centros de comercio es Nueva York, que suministra el mineral en haces parecidos a madera seca. La variedad más fina de asbesto es la que los antiguos llaman ámiantoç (inmaculado) a causa de su blanco y sedoso lustre.

También hacían los antiguos el pabilo de las lámparas perpetuas con la piedra *lapis carystius*, muy abundante en la ciudad de Carystos, cuyos habitantes, según dice Mateo Radero (NOTA: Comentario al Epigrama 77.º del Libro IX de Marcial. FINAL NOTA), bataneaban e hilaban esta piedra filamentosa para tejer mantos, manteles y otras prendas por el estilo, que se echaban al fuego para limpiarlos cuando estaban sucios, en vez de lavarlos con agua. Pausanias (NOTA: *Atico*. FINAL NOTA) y Plutarco (NOTA: *De Defectu oraculorum*. FINAL NOTA) aseguran que de esta piedra se fabricaban los pabilos de las lámparas; pero dice el segundo que en su tiempo ya no se encontraban piedras de asbesto. Liceto opina que las lámparas perpetuas de los antiguos sepulcros carecían por lo general de pabilo, si bien Luis Vives afirma que, por el contrario, vio muchas con él.

Por otra parte, Liceto se muestra firmemente convencido de que los pabilos pueden ser de tal naturaleza, que duren muchísimo tiempo y resistan el fuego, de modo que en vez de consumirse queden retenidos como por una cadena.

Tomás Brown, al hablar de las lámparas perpetuas (NOTA: *Errores vulgares*, 124. FINAL NOTA), colocadas en angostísimos recintos, dice que deben su virtud a la pureza del aceite sin emanaciones fuliginosas capaces de sofocar la llama, pues si las hubiese alimentado el aire, de seguro se consumiera el comburente. A este propósito pregunta dicho autor: «¿se ha perdido el arte de preparar este aceite inconsumible?». No por cierto, y el tiempo lo probará, aunque todo cuanto sobre ello escribimos ahora desapareciera como otras muchas verdades.

Dice la ciencia que la observación y el experimento son sus únicos medios de investigación. Concedido. Pero ¿no son bastantes tres mil años de observación de hechos para demostrar las facultades ocultas del hombre? Y en cuanto a la experiencia, ¿qué mejor coyuntura que la deparada por los fenómenos modernos? En 1869, la Sociedad Dialéctica de Londres invitó a varias eminencias científicas a la investigación de los fenómenos. Véase cómo respondieron algunos de ellos:

Huxley: «No tengo tiempo para semejante investigación, que me sería muy molesta y trabajosa, a menos que difiriese de las de su género. No me interesa el asunto, ni aun suponiendo que los fenómenos fuesen verdaderos».

Lowes: «Quien diga que estos fenómenos dependen de leyes físicas desconocidas, se confiesa desde luego conocedor de esas mismas leyes».

Tyndall: «Dudo del éxito de los fenómenos en la sesión a que yo asistiese, pues mi presencia parece como si produjera confusión en todo».

Carpentier: «Por experiencia personal estoy convencido de que entre los fenómenos espiritistas hay muchas imposturas y no pocas ilusiones, aunque también los hay del todo

legítimos y dignos de estudio... Sin embargo, la causa de estos fenómenos no es externa, sino que depende de la condición subjetiva del individuo, quien actúa de acuerdo con ciertas leyes fisiológicas ya conocidas. La modalidad a que llamo *cerebración inconsciente* interviene de manera muy principal en la producción de los fenómenos espiritistas» (NOTA: Estas cuatro citas están tomadas del Informe sobre el Espiritismo por la Sociedad Dialéctica de Londres. De este modo ha sabido el mundo que la *cerebración inconsciente* tiene la virtud de hacer volar las guitarras y mover los muebles con cabriolas dignas de un volatinero. FINAL NOTA).

Esto por lo que a los sabios ingleses se refiere. Los norteamericanos no llegaron a más. En 1857, la Universidad de Harvard previno al público contra las investigaciones psíquicas, por corruptoras de la moralidad y degradantes de la mente, por su contaminadora influencia que menoscaba la veracidad en el hombre y la pureza en la mujer. Posteriormente, cuando el insigne químico Hare, arrostrando la preocupación general estudió el espiritismo y abrazó sus doctrinas, fue descalificado por sus colegas. En 1874 un periódico neoyorquino invitó a los más notables científicos del país a la investigación de los fenómenos espiritistas; pero todos se excusaron en connivencia, como visitante que rehúsa quedarse a comer cuando el dueño de la casa le convida. Sin embargo, a pesar de la indiferencia de Huxley, de la socarronería de Tyndall y de la *cerebración inconsciente* de Carpenter, no faltaron científicos de igual valía que se rindieron a la evidencia de los testimonios en esta debatida materia de investigación. A este propósito, un autor tan distanciado del espiritismo como Draper, dice: «En todos los países y en todas las épocas creyeron no solamente los labriegos, sino también las personas cultas, que los espíritus de los difuntos vienen algunas veces a visitar a los vivos y a frecuentar sus antiguas moradas... Si de algo ha de valer el testimonio humano en este punto, tenemos desde los tiempos más remotos hasta nuestros días un cúmulo de pruebas tan numerosas e irrecusables cual pudieran apetecerse para invalidar todo intento de refutación» (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 121. FINAL NOTA).

Desgraciadamente, el escepticismo científico tiene tal resistencia, que no le conmueven las pruebas por evidentes que sean, y a lo sumo admite únicamente las que convienen a su propósito. Digamos con el poeta:

¡Oh vergüenza para la humanidad! Los diablos se entienden entre ellos. Tan sólo los hombres discrepan de las criaturas racionales. (NOTA: Milton: *El Paraíso perdido*. FINAL NOTA)

¿Cómo explicar tal divergencia de opiniones entre hombres que estudiaron en los mismos libros y bebieron en las mismas fuentes? Bien es verdad que no hay dos hombres que vean una misma cosa de igual manera, y así lo expone admirablemente el doctor Wilkinson en su carta a la Sociedad Dialéctica de Londres, cuando dice: «Mi experiencia en la investigación de varias doctrinas heterodoxas, que después se convirtieron en ortodoxas, me ha convencido de que casi todas las verdades dependen de nuestra disposición de ánimo, de nuestros afectos e íntimos sentimientos, por lo que la discusión y las investigaciones no dan otro resultado que alimentar dicha disposición de ánimo». A esto podría añadirse la famosa máxima de Bacon: «Poca ciencia aleja de Dios y mucha ciencia acerca a Dios».

Carpentier pondera los progresos de la filosofía en nuestros tiempos, diciendo que nada repudia, por extraño que parezca, si está apoyado en pruebas válidas, mientras que se muestra inclinado a negar, toda competencia filosófica y científica a los antiguos, no obstante las pruebas que la abonan tan válidamente como las aducidas por los científicos contemporáneos en pro de su mayor conocimiento.

Si, por ejemplo, nos fijamos en la electricidad y magnetismo, que tan famosos hicieron los nombres de Franklin y Morse, veremos que, seiscientos años antes de nuestra era,

descubrió Tales de Mileto las propiedades eléctricas del ámbar, sin contar con que las investigaciones de Schweigger sobre simbología demuestran plenamente que los mitos antiguos se apoyaban en la filosofía natural, y que ya conocían la electricidad y el magnetismo los teurgos de Samotracia, cuyos misterios eran los más antiguos de que hay noticia, según nos dicen Diodoro de Sicilia, Herodoto y Sanchoniaton (NOTA: Tenemos prueba del conocimiento de los antiguos en un notabilísimo grabado de la obra de Rochette: *Monuments d'Antiquité figurés*, en que todas las figuras aparecen con los cabellos erizados como el dios Pan, menos la central figura del Kabir Demetrio, de quien emana la fuerza, y otra figura que representa un hombre arrodillado. Véanse a este propósito: Ennemoser, *Historia de la Magia*, II; Schweigger, *Introducción a la mitología según la historia natural*. En opinión de Schweigger, dicho grabado simboliza una escena de las ceremonias de la iniciación; sin embargo, no hace tanto tiempo que en las obras de filosofía natural empezaron a intercalarse dibujos cuyas figuras aparecían con la cabellera erizada en todas direcciones, bajo la acción del flúido eléctrico. FINAL NOTA).

Demuestra Schweigger que las principales ceremonias religiosas de la antigüedad entrañaban conocimientos hoy perdidos de filosofía natural, y que la magia se entremezclaba en los misterios hasta el punto de que los milagros de los teurgos gentiles, judíos o cristianos, indistintamente, derivaban de sus secretos conocimientos físico-alquímicos (NOTA: En otro capítulo de esta obra, dedicado por completo a los admirables descubrimientos de los antiguos, demostraremos, bajo testimonio de fidedignos autores de la época, que mucho antes de la guerra de Troya los sacerdotes conocían el pararrayos. FINAL NOTA).

Por otra parte, Schweigger y Ennemoser han descubierto la simbólica identidad de los gemelos *Dioskuris* con los polos eléctricos y magnéticos, demostrando con ello el conocimiento que de las propiedades magnéticas tenían los sacerdotes antiguos. Según Ennemoser (NOTA: *Historia de la Magia*, II. FINAL NOTA), se ha demostrado que muchos mitos, cuya significación antes no se comprendía, son ingeniosas al par que profundas expresiones de principios genuinamente científicos.

Los modernos experimentadores se deshacen en alabanzas a nuestro siglo por sus descubrimientos, y poco les falta para emular en sus floridas lecciones de cátedra a los trovadores medioevales. Los Petrarca, Dantes y Tassos del día, al glorificar la materia, cantan la amorosa unión de los errantes átomos y el afectuoso intercambio de protoplasmas, y lamentan la casquivana veleidad de las fuerzas que tan provocativamente juegan al escondite con los científicos en su dramática correlación. Proclaman a la materia única y autocrática soberana del infinito universo y la elevan al trono de la naturaleza del que depusieron al espíritu, su divorciado consorte. Pero olvidan que, sin el legítimo monarca, es el trono de la naturaleza como sepulcro blanqueado donde la corrupción anida. La materia, purgación grosera del espíritu que la vivifica, es de por sí masa inerte cuyo movimiento demanda un manipulador inteligente de esa batería galvánica llamada vida.

¿En qué rama de conocimientos aventajan los modernos a los antiguos? Conviene advertir que entendemos por conocimiento la acabada expresión de las verdades de la naturaleza y de ningún modo las brillantes definiciones de los científicos, ni los minuciosos pormenores que dan nombres particulares a los nervios, arterias, fibras y células de hombres, animales y plantas.

Los modernos echan en cara a los antiguos su ignorancia de estos pormenores, y así los comentadores de Platón dicen que carecía de conocimientos anatómicos y se entretuvo en especular vanamente sobre la fisiología del cuerpo humano, cuyas funciones ignoraba, sin saber ni una palabra respecto a la transmisión nerviosa de las sensaciones. La idea platónica de que el cuerpo humano es un Microcosmos o universo en miniatura, y por lo tanto ha de estar formado como éste de triángulos, es en extremo trascendental para que la

comprendan los científicos escépticos, y no es extraño que parezca ridículamente absurda a sus traductores, con excepción de Jowett, quien en el prólogo puesto al *Timeo* advierte sinceramente que los científicos modernos no tienen en cuenta que las ideas de Platón les han servido de apoyo para elevarse a superiores conocimientos, y además, olvidan lo mucho que la metafísica antigua ha contribuido al progreso de la física moderna (NOTA: Jowett: *Diálogo de Platón*, II, 508. FINAL NOTA).

Si en vez de disputar sobre la falta de precisión científica del lenguaje de Platón, analizáramos detenidamente sus obras, encontraríamos sin ir más allá del *Timeo* el germen de todos los descubrimientos modernos. Allí se vislumbran la circulación de la sangre y la ley de gravedad, pues sabía Platón que la sangre es un fluido en constante movimiento, aunque, como dice Jowett, ignorara que sale del corazón por las arterias para regresar a esta entraña por las venas. Platón empleó el método sintético cuyo más acabado modelo es la geometría. En vano la ciencia moderna busca entre las alteraciones moleculares aquella Causa primera que Platón infirió del majestuoso movimientos de los mundos que le revelaban el vasto plan de la creación. Apenas atendían los filósofos antiguos a los minuciosos pormenores que han agotado la paciencia de los científicos modernos; y de ello resulta que si un alumno de segunda enseñanza sabe más que Platón en los pormenores, en cambio el menos aprovechado discípulo de este filósofo dejaría tamañito al más sabiondo académico moderno en lo concerniente a las leyes cósmicas y las fuerzas que tras ellas laten.

No echan de ver esto los traductores de Platón, porque están demasiado engraidos los modernos a expensas de los antiguos, cuyos errores fisiológicos y anatómicos se exageran para lisonjear el amor propio de nuestra época, obscureciendo el esplendor mental de pasados tiempos, como si con la imaginación agrandáramos las manchas del sol para eclipsarlo.

La poca eficacia de las investigaciones modernas está comprobada por la circunstancia de que, no obstante la multitud de pormenorizadas denominaciones científicas en los minerales, vegetales, animales y en el mismo organismo humano, nada pueden decir en concreto los más eminentes fisiólogos acerca de la fuerza vital que ocasiona las transformaciones en los reinos de la naturaleza. Para ello es preciso beber en fuentes distintas de las que alimentan a los científicos contemporáneos. Mucho valor profesional necesita quien reconoce la profundidad de conocimiento de los antiguos, en contra del corriente prejuicio tan inclinado a regatearles méritos, y gustosamente laureamos a científicos como Jowett (NOTA: Director del colegio Baliol y catedrático de lengua griega en la universidad de Oxford. FINAL NOTA) quien en su traducción de las obras de Platón reconoce que en la filosofía natural de los antiguos, considerada en armónico conjunto, se echa de ver:

1.º Que los filósofos de la antigüedad aceptaban la teoría de las nebulosas. Por lo tanto, no puede derivarse, como asegura Draper (NOTA: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 240. FINAL NOTA), de los descubrimientos astronómicos de Herschel.

2.º Que Anaximenes sostuvo en el siglo VI antes de Jesucristo la teoría de la evolución, diciendo que los animales descendían de los primeros reptiles aparecidos en la tierra y que el hombre descendía de los animales, según enseñaban también los caldeos antes del diluvio.

3.º Que los pitagóricos afirmaban la analogía de la tierra con los demás cuerpos celestes (NOTA: Plutarco. Traducción de Langhorne. FINAL NOTA).

Así resulta que Galileo expuso una teoría astronómica ya conocida en la India desde la más remota antigüedad. Según ha demostrado Reuchlin, el astrónomo florentino estudió fragmentos de obras pitagóricas que todavía se conservaban en su época (NOTA: Aseguran algunos eruditos cabalistas que en tiempo de Galileo existía en un convento de Florencia el hoy perdido original griego de las *Máximas pitagóricas de Sexto*, que

pudo leer el famoso astrónomo. Añaden que éste poseía, además, un manuscrito de Arquitas, discípulo oral de Pitágoras, cuyo texto trataba de astronomía, con exposición de las más importantes enseñanzas de la escuela pitagórica. Si algún mal intencionado se hubiese apoderado de este manuscrito, seguramente lo adulterara, como hizo el clérigo Ruffinas con las antecitadas *Máximas de Sexto*, que suplantó con una versión fraudulenta atribuida por él a un supuesto obispo Sexto. Véase la «Introducción» de Taylor, a la *Vida de Pitágoras*, de Jámblico. FINAL NOTA).

4.º Opinaban los antiguos que las plantas tienen sexo como los animales. Con ello vemos que los naturalistas modernos han seguido las huellas de sus predecesores.

5.º También enseñaban que las notas musicales están sujetas a número en dependencia de la tensión de la cuerda vibrante.

6.º Que las leyes matemáticas rigen el universo entero y aun suponían que del número se originaban las diferencias cualitativas.

7.º Negaban la aniquilación de la materia y sostenían que se transformaba en diversidad de aspectos (NOTA: Jowett: *Introducción al Timeo*, II, 508. FINAL NOTA).

Añade a esto Jowett que aunque algunos de los referidos descubrimientos no pasen de felices conjeturas, en modo alguno cabe atribuirlos a meras coincidencias (NOTA: Jowett: *Introducción al Timeo*, II, 508. FINAL NOTA). En resumen, la filosofía platónica se distinguía por el orden, sistema y proporción de sus enseñanzas. Abarcaba la evolución de los mundos y de las especies, la transformación y conservación de la energía, la transmutación de las formas materiales y la eternidad de la materia y del espíritu. Desde este último punto de vista, la filosofía platónica supera de mucho a la ciencia moderna y corona la bóveda de su sistema con perfecta e incommovible clave. Si tan cierto es que la ciencia ha progresado rápidamente en estos últimos tiempos, y si el moderno concepto de la naturaleza es más claro y preciso que el de los antiguos, ¿cómo quedan sin respuesta nuestras preguntas acerca del origen y condicionalidad de la vida? Si en los modernos laboratorios se acopia el fruto de la investigación experimental, que no conocieron los antiguos, ¿cómo no hemos adelantado un paso sino en caminos ya trillados antes de la era cristiana?; ¿cómo desde el punto culminante a que hemos llegado sólo vemos confusamente a lo lejos del alpino sendero del saber humano las gigantescas huellas de los primitivos exploradores?

Si tanto sobrepujan los modernos a los antiguos artífices, que nos devuelvan las perdidas artes de nuestros antepasados y con ellas los inalterables colores de Luxor y la púrpura de Tiro, el indestructible cemento de las Pirámides, las hojas de Damasco, las vidrieras de colores y el vidrio maleable. Y si la química industrial apenas rivaliza ni siquiera con los artífices de los comienzos de la Edad Media, ¿á qué alardear de descubrimientos que, según toda probabilidad, se conocían hace miles de años? Cuanto más progresan la arqueología y la filología, tanto más humillantes son para nuestra época sus descubrimientos y tanto más glorioso el testimonio en favor de los antiguos sabios, acusados hasta ahora de ignorantes y supersticiosos.

Muchísimo antes de que las carabelas del audaz genovés hendiesen las aguas del océano, ya habían dado las naves fenicias la vuelta al mundo para civilizar regiones hoy desiertas. La misma mano que trazó los planos de las pirámides de Egipto y otras obras hoy ruinosas en las márgenes del Nilo, erigió sin duda, según inferen los arqueólogos, el monumental Nagkon de Cambodge y grabó los jeroglíficos de los obeliscos y puertas de la población inda, recientemente descubierta en la Colombia británica por lord Dufferin, o en las ruinas de Palenque y Uxmal, en Centro América. Los restos que de las artes perdidas atesoramos en nuestros museos, hablan elocuentemente en favor de la civilización antigua y comprueban, vez tras vez, que las pasadas gentes enterraron con ellas diversidad de ciencias y artes no reavivadas en las retortas de la Edad Media ni en los crisoles de los laboratorios contemporáneos.

Draper reconoce magnánimamente que los antiguos no dejaron de tener algunos conocimientos de óptica, y dice que las lentes convexas halladas en Nimrod prueban que conocían los instrumentos de amplificación (**NOTA: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 14. FINAL NOTA**). En cambio, otros escritores les niegan rotundamente este conocimiento. Sin embargo, el testimonio de los autores clásicos confirma la opinión de Draper, pues Cicerón dice que vio toda la *Iliada* escrita en una vitela que arrollada cabía en una cáscara de avellana. Además, Plinio asegura que Nerón llevaba un anillo con un cristalito a cuyo través veía desde lejos a los gladiadores. Mauricio poseía un instrumento llamado *nauscópito* con el cual columbraba las costas de África desde el promontorio de Sicilia. Wendell habla de un amigo suyo que tenía una sortija antiquísima con la imagen de Hércules tan minuciosamente esculpida, que con lentes de aumento se distingue el entrelace de los músculos y se pueden contar los pelos de las cejas. Rawlinson tenía una piedra de unos cinco centímetros de largo por dos de ancho, en que estaba grabado un tratado de matemáticas cuyo texto era imposible leer sin lentes. En el museo Abbott se conserva un anillo procedente de Cheops, que según cómputo de Bunsen data del año 500 antes de J.C., y cuyo sello, del tamaño de un cuarto de dólar, tiene un grabado imperceptible a simple vista. También hay en Parma la piedra de una sortija perteneciente a Miguel Ángel, con un grabado de dos mil años de antigüedad, en que valiéndose de poderosas lentes se distinguen siete figuras de mujer.

Todos estos hechos nos ponen en la alternativa de acusar de mendaces a los autores o reconocer que los antiguos conocían la óptica algo más de cuanto pudiera presumirse y que, como dice un notable crítico, el microscopio moderno es hermano menor del bíblico. Por lo tanto, en contra de la opinión que Fiske expone al criticar la ya citada obra de Draper, creemos que el único defecto de este autor estriba en mirar la historia a través de lentes inapropiadas, pues mientras echa mano de las convexas para descubrir el ateísmo del pitagórico Giordano Bruno, se vale de las cóncavas para explorar la sabiduría de los antiguos.

Es muy singular la escrupulosidad con que tanto los autores clericales como los ateos intentan trazar el límite entre lo que debemos aceptar y lo que debemos rehuir de los escritores antiguos o por lo menos ponerlo en duda. Si, por ejemplo, nos dice Estrabón que el perímetro de Nínive medía cuarenta y siete millas, y admitimos su testimonio en este punto, ¿por qué recusarlo cuando asevera el cumplimiento de las profecías sibilinas? No es de sentido común honrar a Heródoto con el título de padre de la historia y tachar después de necia jerigonza el relato de los maravillosos fenómenos que personalmente presenció. Acaso necesiten los científicos de toda su cautela en este particular para que las gentes no salgan de su engaño. Sin embargo, se sabe que siglos antes de nuestra era ya emplearon los chinos para desmontes y voladura de rocas la pólvora, cuya invención se había atribuido a Schwartz y Bacon. Según dice Draper (**NOTA: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 311. FINAL NOTA**), en el museo de Alejandría se conservaba una máquina de vapor inventada por el matemático Hero, un siglo antes de J.C., cuya forma era parecida a la de las actuales colipilas, por lo que añade el mismo autor que nada tiene de casual la invención de las modernas máquinas de vapor. Se engríe Europa de los descubrimientos de Galileo y Copérnico, y sin embargo, las observaciones astronómicas de los caldeos datan de un siglo después del diluvio, cuya fecha computa Bunsen en 10.000 años antes de la era cristiana (**NOTA: *Bunsen: Lugar de Egipto en la Historia Universal*, V, 88. FINAL NOTA**). Por otra parte se sabe que 2.000 años antes de J.C. un emperador chino sentenció a muerte a los dos astrónomos de la corte por no haber vaticinado un eclipse de sol.

Ejemplo de las presunciones científicas de nuestro siglo y del falso concepto de su valer, nos lo ofrecen las alharacas con que se recibió el descubrimiento de la transformación de la materia y la conservación de la energía, considerado como el más importante del

siglo por Guillermo Arimstrong, presidente de la Sociedad Británica. Sin embargo, no merece tal nombre de descubrimiento, porque desde tiempos remotísimos se conocía ya este principio, cuyos primeros vislumbres aparecen en la doctrina védica de la emanación y la absorción (NOTA: Este mismo comentario se lee en la obra *De Divisione Naturae*, escrita por Juan Erigena, filósofo del siglo VIII. FINAL NOTA). El griego Demócrito expuso también la teoría de la indestructibilidad de la materia, que nuestros físicos se han visto precisados a extender a la fuerza, diciendo que así como no se aniquila ni un átomo de materia, tampoco se desvanece fuerza alguna de la naturaleza, porque la fuerza es igualmente indestructible y se manifiesta en reversibles aspectos, de cuya modalidad depende el movimiento de la materia. Tal es el principio de la conservación de la energía, según los modernos científicos que de nuevo la han descubierto. Ya el año 1842 sospechaba Grove la reversibilidad del calor, luz, electricidad y magnetismo, capaces de ser causa en determinado momento y efecto en el siguiente (NOTA: Grove: *Prefacio a la correlación de fuerzas físicas*. FINAL NOTA). Pero la ciencia nada dice ni sabe del origen de estas fuerzas ni de su modo de transformación; conoce los efectos e ignora la causa, porque no acierta a señalar el alfa y omega del fenómeno. Difícil es superar en este punto a Platón cuando pone en boca de Timeo estas palabras: «Dios conoce las cualidades originales de las cosas, pero al hombre sólo le cabe la posibilidad de conocerlas» (NOTA: Platón: *Timeo*, 22. FINAL NOTA). Lo mismo dicen Tyndall y Huxley en sus obras, con la diferencia de no consentir que ni el mismo Dios les aventaje en sabiduría, y tal vez en esto fundan sus alardes de superioridad. Los antiguos induistas derivaron del principio de la conservación de la energía su doctrina de la emanación y la absorción, según la cual, el punto primario (Tó 'Ov) del inmenso círculo, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, emana de sí todas las cosas manifestadas en el universo visible bajo diversas formas que se transmutan y combinan recíprocamente en gradual transformación, desde el espíritu puro (la *nada* de los budistas) hasta la más densa materia, que se restituye a su primario estado o sea la absorción en el nirvana (NOTA: Desde Higgins a Müller, cuantos arqueólogos y filólogos han estudiado imparcialmente las religiones antiguas, convienen en que pueden extraviar a quien las tome en sentido literal. El doctor Lardner, con intención o sin ella, adulteró groseramente las doctrinas antiguas. Según las enseñanzas esotéricas del budismo, el *pravritti* es la naturaleza existente en actividad, y el *nivritti* es la naturaleza en reposo. La «nada absoluta», el «no ser», en sentido esotérico significa el «Espíritu puro», el INNOMINADO, incomprendible para la inteligencia humana, como si no fuese *nada*. Ya hablaremos de esto más adelante. FINAL NOTA). ¿Qué significa esto sino la conservación de la energía?

Demuestra la ciencia que el calor puede transformarse en electricidad y la electricidad en magnetismo y recíprocamente, de modo que el movimiento engendra indefinidamente el movimiento (NOTA: Esto es el abecé del ocultismo y de la alquimia. FINAL NOTA). Para los científicos materialistas, queda resuelto el problema de la eternidad una vez demostrada la conservación de la materia y de la energía, como si con ella quedara también demostrada científicamente la inutilidad del espíritu.

Puede afirmarse, por lo tanto, que los modernos filósofos no han dado un paso más allá de los sacerdotes de Samotracia, los indos y los agnósticos cristianos. La parigualdad de la materia y de la fuerza está simbolizada en el mito samotrasiense de los gemelos Dioskuros, hijos del cielo, a que alude Schweigger, que mueren y resucitan juntos, siendo absolutamente necesario que *uno muera para que el otro viva*. Conocían los sacerdotes de Samotracia, tan bien como los físicos modernos, la transformación de la energía, y aunque los arqueólogos no hayan encontrado aparato alguno a propósito para esta transformación, se infiere fundadamente por analogía, que casi todas las religiones antiguas se apoyan en el principio de coeternidad de la materia y de la fuerza y en la doctrina según la cual todo emana del sol central y espiritual, del espíritu de Dios, en el conocimiento de cuya potencialidad se funda la magia teurgia. A este propósito dice Proclo: «De la propia

manera que el amante se eleva poco a poco de la belleza plástica a la belleza divina así los antiguos sacerdotes establecieron una ciencia basada en la mutua simpatía y semejanza que echaron de ver en las cosas subsistentes en el todo universal con las internas potencias que algunas de ellas manifiestan. De este modo descubrieron lo supremo en lo ínfimo y lo ínfimo en lo supremo, es decir, las cualidades terrenas en su celeste condición causal y las cualidades celestes adaptadas a la condición terrena» (NOTA: *Comentario sobre la magia. FINAL NOTA*).

Señala después Proclo las misteriosas propiedades de algunos minerales, plantas y animales, conocidas pero no explicadas por los naturalistas modernos. Tales son los movimientos rotatorios del girasol, heliotropo y loto (NOTA: *Poco antes de salir el sol, repliega los pétalos de la flor de loto y luego los va desplegando a medida que el sol avanza en su carrera, para después replegarlos de nuevo según descende el astro hacia el ocaso. FINAL NOTA*) y las particularidades observadas en las piedras solares y lunares, en el *helioselenio* y en el gallo, león y otros animales. Sobre el particular dice así: «Al observar los antiguos esta mutua simpatía entre las cosas celestes y las terrestres, aplicaron estas últimas a ocultos propósitos de naturaleza, tanto celestial como terrena, y en virtud de dicha simpatía, atrajeron cualidades divinas a esta miserable morada... Todas las cosas están llenas de divinas propiedades y las terrenas reciben su plenitud de las celestiales y éstas de las supercelestiales, pues la ordenación natural arranca de lo supremo para descender gradualmente hasta lo ínfimo (NOTA: *Concepto diametralmente opuesto a la moderna teoría de la evolución. FINAL NOTA*). Porque cualesquiera que sean las cosas resumidas en otra de superior categoría se explayan al descender y quedan distribuidas varias almas bajo la acción de sus gobernadoras divinidades» (NOTA: *Ficino: Excerpta y Disertación sobre la magia.— Taylor: Platón, I, 63. FINAL NOTA*). Proclo no aboga aquí por la superstición, sino por la ciencia, pues la magia no deja de ser ciencia que, aunque oculta y desconocida de los científicos contemporáneos, se funda sólidamente en las misteriosas afinidades entre los seres orgánicos de los cuatro reinos de la naturaleza, y en las invisibles potencias del universo. Los herméticos antiguos y medioevales llamaban magnetismo, atracción y afinidad a la fuerza que hoy la ciencia llama gravitación. Esta ley universal está enunciada por Platón en el *Timeo*, diciendo que los cuerpos mayores atraen a los menores y cada cual a su semejante (NOTA: *La atracción entre los semejantes deriva más bien de la fuerza magnética que de la gravedad. El conocido principio físico, según el cual todos los cuerpos caen con la misma velocidad en el vacío, cualquiera que sea su masa, indica la intervención de un agente desconocido, que acaso sea el magnetismo, cuya atracción se relaciona más bien con la substancia que con la masa. FINAL NOTA*). Los fundamentos de la magia *fueron y son* el perfecto conocimiento de las ocultas propiedades de las cosas visibles e invisibles de la naturaleza y de sus mutuas atracciones, repulsiones y enlaces, cuya causa es el principio *espiritual* que todo lo penetra y anima, de suerte que dicho conocimiento permite establecer las condiciones necesarias y suficientes para la manifestación de ese principio. Todo esto encierra el profundo y completo conocimiento de las leyes naturales.

Refiriéndose Wallace a uno de los casos de apariciones que relata Owen, exclama: «¿Cómo es posible negar o repudiar prueba tan evidente? Centenares de casos análogos están igualmente comprobados sin que nadie se tome el trabajo de explicarlos». A lo cual replica Ricardo A. Proctor, diciendo que «como los filósofos aseguraron hace muchísimo tiempo que todas esas historias de aparecidos son puras ilusiones y no se ha de hacer caso de ellas, les sabe a rejalgar que se aduzcan ahora nuevas pruebas de apariciones que han determinado la conversión de algunos hasta el extremo de, como si hubieran perdido el juicio, pedir nueva información so pretexto de error en el primer veredicto. Todo esto evitará acaso el ridículo de los *convertos*; mas para que los filósofos se avengan a la demandada investigación, es preciso representarles que el *bienestar de la especie humana depende en gran parte de las condiciones materiales*, mientras que los mismos *convertos*

reconocen la frivolidad con que se conducen los aparecidos» (NOTA: Proctor: *Notas sobre los duendes y aparecidos y examen de los hechos alegados por Morgan, Owen, Wallace y otros defensores de los fenómenos psíquicos*. FINAL NOTA). La señora Hardinge Britten ha entresacado de la prensa diaria y científica gran número de notas comprobatorias de la clase de asuntos con que los intelectuales reemplazan el, para ellos, tan desagradable de duendes y apariciones. Copia la señora Britten de un diario de Washington el acta de la solemne sesión de la Sociedad Científica Americana (NOTA: El título oficial de esta entidad es «Asociación Americana para el Fomento de las Ciencias». FINAL NOTA) celebrada el 29 de Abril de 1854, en la que el insigne químico Hare, profesor de la universidad de Filadelfia, tan venerado por su profunda ciencia como por su irreprochable conducta, no pudo hablar de los fenómenos espiritistas por oponerse a ello el profesor Henry con aquiescencia de la mayoría de socios (NOTA: Britten: *El moderno espiritismo norteamericano*, 119. FINAL NOTA).

El periódico *Spiritual Telegraph*, al extractar esta sesión académica la comenta como sigue: «Parece que el tema presentado por el profesor Hare hubiera debido considerarse del dominio de la ciencia, pero la Asociación Americana para el Fomento de las Ciencias creyó, al contrario, que no era digno de su atención aquel tema y por mayoría de votos quedó sobre la mesa... No podemos desaprovechar la ocasión de advertir que la Asociación Americana para el Fomento de las Ciencias discutió extensa, grave y profundamente en la misma sesión el tema de ¡por *qué cantan los gallos a media noche!* Es una cuestión verdaderamente digna de filósofos, que sin duda afecta en grado superlativo al bienestar de la especie humana».

Aunque se expone al ridículo quien manifieste su creencia en la misteriosa simpatía entre el hombre y ciertas plantas, se ha comprobado en muchos casos. Se sabe de personas que murieron poco después del arranque de un árbol plantado el mismo día en que nacieron; y en cambio, han ocurrido casos en que un árbol plantado en análogas circunstancias enfermó y murió simultáneamente con la persona de quien, por decirlo así, era gemelo (NOTA: Proctor diría que lo primero es «efecto de imaginación» y lo segundo «curiosa coincidencia». FINAL NOTA).

Max Müller refiere varios casos de la misma naturaleza (NOTA: *Ensayo sobre los usos y costumbres*. FINAL NOTA) y demuestra que esta creencia popular se halla extendida por muchas comarcas de Europa, Centro América, India, Nueva Zelanda y Guyana inglesa. Por su parte, Tyler dice sobre el particular: «Si sólo echáramos de ver esta creencia en la India y en Alemania, podríamos atribuirle origen ario, pero al hallarla asimismo en la América Central no hay más remedio que admitir relaciones precolombianas entre los pobladores de Europa y América o averiguar si en efecto tiene fundamento racional esa supuesta simpatía entre la vida de las plantas y la de los hombres» (NOTA: Tyler: *Investigaciones de la historia primitiva de la humanidad*. FINAL NOTA).

La actual generación, que sólo cree en el superficial testimonio de sus sentidos, no admitirá la atracción simpática entre animales, vegetales y aun minerales, porque el velo que entorpece su visión interna únicamente les permite percibir lo que no pueden negar. A esta incrédula generación tal vez le convenga el siguiente pasaje de Plotino: «Los hombres se despojan lamentablemente de su divinidad desde el momento en que desdeñan todo cuanto a los cielos se refiere y nada creen de lo que es digno del cielo. Así forzosamente enmudecen las voces divinas» (NOTA: Taylor: *Traducción de las obras selectas de Plotino*, 553. FINAL NOTA). Esto mismo significa el emperador Juliano al decir: «el alma mezquina del escéptico es en verdad aguda, pero nada percibe con perfecta y sana visión».

Estamos a fines de un ciclo y en época notoriamente transitoria. Platón divide el progreso mental del universo en cada ciclo en dos períodos: fértil y estéril. Dice a este propósito que en las regiones sublunares permanecen los diversos elementos en perfecta armonía con la

naturaleza divina, pero los seres que de dichos elementos participan, están unas veces en armonía y otras en discrepancia con la naturaleza divina, a causa de su entreveración con la materia terrena en los reinos del mal. Cuando las corrientes del éter universal (NOTA: Llamadas «corrientes de luz astral», por Eliphas Levi. FINAL NOTA), que en sí entraña los elementos de todas las cosas, están en armonía con el espíritu divino, nuestro planeta y cuanto contiene disfrutan del período fértil. Las ocultas potencias de los animales, vegetales y minerales simpatizan mágicamente con las naturalezas superiores, y el yo inferior del hombre se armoniza perfectamente con el Yo superior. Pero durante el período estéril, el yo inferior agota su mágica simpatía y se entenebrece la visión espiritual de la mayoría de las gentes hasta el punto de perder toda noción de las elevadas potencias de su divino espíritu. Actualmente estamos en un período estéril. El siglo XVIII padeció altísima fiebre de escepticismo, cuya enfermedad heredó el siglo XIX. La mente divina está eclipsada en los hombres que razonan tan sólo con su cerebro físico.

Antiguamente era la magia una ciencia universal que tan sólo profesaban los sacerdotes ilustrados; pero aunque el foco de esta ciencia estaba celosamente custodiado en el santuario, sus rayos iluminaban el mundo. Si así no fuera, ¿cómo explicar la sorprendente identidad de tradiciones, leyendas, costumbres, creencias y adagios populares, que lo mismo se encuentran entre los lapones y tártaros del norte, que en los pueblos meridionales de Europa, en las estepas rusas y en las pampas americanas? A este propósito dice Taylor que la máxima pitagórica «no remuevas fuego con espada», es popular entre gentes sin relación alguna étnica ni geográfica; pues según refiere Carpini, ya en 1246 la observaban los tártaros que en modo alguno consentirían en remover el fuego con arma de filo, por temor de «cortar la cabeza del fuego». Del mismo temor participan los kalmucos, y los abisinios preferirían meter los brazos desnudos hasta el codo entre brasas, antes que removerlas con hacha o cuchillo. Tyler dice que todos estos hechos son simples aunque curiosas coincidencias, y Max Müller opina, por el contrario, que entrañan en su fondo la doctrina pitagórica.

Las máximas de Pitágoras, como las de muchos autores antiguos, tienen doble significado, pues además del literal encubren un precepto, según explica Jámblico en su *Vida de Pitágoras*. La máxima: «no remuevas el fuego con espada» es el noveno símbolo de los *Protrépticos* que exhorta, a la prudencia y enseña cuán conveniente es no avivar con duras palabras al encolerizado. También corrobora Heráclito la verdad de este símbolo diciendo que «es difícil luchar contra la cólera, pero todo debe hacerse para redimir el alma. Y ciertamente es así, porque muchos, por satisfacer su cólera, han transmutado la condición de su alma y preferido la muerte a la vida. En cambio, quien refrena la lengua y permanece tranquilo, trueca en amistad la contienda, extingue el fuego de la cólera y da pruebas de buen juicio» (NOTA: Jámblico: *Vida de Pitágoras*. – Notas adicionales de Taylor. FINAL NOTA).

Habíamos dudado algunas veces de si nuestro juicio sería lo bastante imparcial y amplio para analizar respetuosamente las obras de filósofos tan insignes en nuestros tiempos como Tyndall, Huxley, Spencer, Carpenter y muchos otros. Nuestro vehemente amor a los hombres de la antigüedad, a los sabios primitivos, nos inspiraba el recelo de transponer los límites de la justicia y negársela a quienes la merecen; pero gradualmente se ha ido desvaneciendo toda duda y recelo al observar que somos eco débil de la opinión pública, manifestada en artículos periodísticos tan hábiles como el publicado en la *Revista Nacional*, correspondiente a Diciembre de 1875, con el título: *Los filósofos del día*, en el que se pone valientemente en tela de juicio la paternidad de los descubrimientos que los científicos modernos se atribuyen respecto a la naturaleza de la materia y del espíritu, a la formación del universo, a las peculiaridades de la mente y otros puntos igualmente interesantes. Dice a este propósito el autor del artículo que el mundo religioso se ha sorprendido y excitado ante las ideas de Spencer, Tyndall, Huxley, Proctor y otros de la misma escuela,

quienes, no obstante sus innegables servicios a la ciencia, no han efectuado ningún descubrimiento, pues nada hay hasta ahora en sus más atrevidas especulaciones que no se haya enseñado en una u otra forma desde hace miles de años... Los científicos no exponen sus hipótesis como descubrimientos propios; pero dejan que así lo suponga la opinión pública que, alimentada por los periódicos, acepta como artículo de fe cuanto le dicen y se maravilla de las consecuencias. Pero cuando alguien ataca en la prensa a los presuntos autores de tan sorprendentes hipótesis, tratan éstos de defenderse personalmente, sin que a ninguno se le ocurra decir: «Caballeros, no se incomoden ustedes, porque nosotros no hacemos otra cosa que remendar teorías tan viejas como los montes». Sin embargo, científicos y filósofos tienen la debilidad de dar importancia a cuanto creen que ha de allegarles nombradía inmortal. Huxley, Tyndall y aun el mismo Spencer se han erigido últimamente en infalibles pontífices y seguros oráculos de los dogmas del protoplasma, de las moléculas y formas y átomos primordiales, alcanzando con estos descubrimientos más palmas y laureles que pelos en la cabeza tuvieron Lucrecio, Cicerón, Plutarco y Séneca, no obstante el conocimiento que del protoplasma de los átomos primordiales y demás supuestas novedades se vislumbra en las obras de estos últimos autores. Precisamente a Demócrito se le llamó el *filósofo atómico* por su teoría de los átomos.

De la misma *Revista Nacional* entresacamos la siguiente curiosa denuncia: «¿Qué cándido no se admiró hace un año de los sorprendentes efectos obtenidos del oxígeno? Con las mismas teorías que de Liebig hemos citado, Huxley y Tyndall lograron conmover los ánimos hasta la excitación... Otro descubrimiento que no ha dejado de alarmar a los timoratos es que cada pensamiento va acompañado de una alteración de la substancia cerebral. Para estas cosas y otras por el estilo no han tenido las dos eminencias otro trabajo que hojear las páginas de Liebig, quien dice en una de sus obras (NOTA: *Fuerza y Materia*, 151. FINAL NOTA): «La fisiología puede afirmar con suficientes indicios que *todo pensamiento y toda sensación* alteran constitutivamente la *substancia cerebral*; y que todo movimiento y manifestación de fuerza resulta de esa mudanza de la estructura o de la substancia del cerebro».

Así es que en las emocionantes conferencias de Tyndall echamos de ver las mismas ideas de Liebig, que a su vez son repetición de las de Demócrito y otros filósofos paganos. En suma, una mezcolanza de antiguas hipótesis expuestas con apariencias de fórmulas demostradas en la pintoresca, melosa e insinuante fraseología de este autor.

Análogamente, la citada *Revista Nacional* demuestra la coincidencia entre los descubrimientos de Tyndall y Huxley y las ideas expuestas por Priestley en sus *Disquisiciones sobre la materia y el espíritu* y por Herder en su *Filosofía de la Historia*. Dice a este propósito el articulista: «No sufrió Priestley persecución alguna, porque se abstuvo de alardear de sus opiniones ateas. Este químico, descubridor del oxígeno, escribió ochenta volúmenes donde expuso teorías idénticas a las que tan asombrosas y audaces se consideran en boca de los científicos modernos... Nuestros lectores recordarán la sensación producida por las opiniones de algunos filósofos contemporáneos respecto del origen y naturaleza de las ideas. No obstante, nada tienen de nuevo dichas opiniones, porque, como dice Plutarco (NOTA: *De Placitio Philosophorum*.— Cita de la *Revista Nacional*. FINAL NOTA), «las ideas son incorpóreas y sin subsistencia por sí mismas; pero dan figura y forma a la materia amorfa cuyas manifestaciones determinan». Verdaderamente que ningún ateo moderno, ni siquiera Huxley, superará en materialismo a Epicuro, sino que tan sólo podrán remedarle. Y el protoplasma de Huxley no es ni más ni menos que una repetición del concepto de los panteístas indos llamados *swâbhâvikas*, quienes afirman que todos los seres, dioses, hombres y animales nacen del *swâbhâva* o sea de su propia naturaleza» (NOTA: Burnouf: «*Introducción*», 118. FINAL NOTA).

En cuanto a Epicuro, escuchemos lo que en sus labios pone Lucrecio: «El alma así engendrada ha de ser material porque material es su origen y de alimentos materiales se

nutre y con el cuerpo crece, madura y decae, de modo que, sea de hombre o de bruto, ha de morir con él (NOTA: Conviene advertir que Epicuro se refiere en este pasaje al cuerpo astral y no al divino espíritu. De lo expuesto se infiere que el protoplasma de Huxley fue conjeturado por Epicuro. FINAL NOTA).

Nuestro propósito es refrescar en el público inteligente y culto la memoria de los progresivos pensadores de la antigüedad, de modo que no se les eche en olvido. Deben recordarlos especialmente todos los que desde la cátedra, la tribuna y el púlpito aleccionan a las gentes. Si así lo hicieran, no habría tantas persecuciones infundadas ni tanta charlatanería ni, sobre todo, tanto plagio (NOTA: *Revista Nacional*, Diciembre, 1875, pág. 96. FINAL NOTA).

Acertadamente dice Cudworth que lo que más vituperan los científicos de hoy en los sabios antiguos es su creencia en la inmortalidad del alma, pues les asusta pensar que dé creer en los espíritus y las apariciones han de creer también en Dios, y nada hay para ellos tan absurdo como la existencia de Dios. Sin embargo, muy diversamente opinaban los materialistas antiguos a pesar de los escépticos que nos parecen. Epicuro creía en Dios sin creer en la inmortalidad del alma y Demócrito no negaba en modo alguno las apariciones. La mayor parte de los antiguos sabios admitían la preexistencia del espíritu humano semejante a Dios, y en este conocimiento apoyaban los magos de Persia y Babilonia la doctrina de la *machagistia* atestiguada en los *Oráculos caldeos* que tanto comentaron Pletho y Psello. Entre los antiguos sabios que afirmaron rotundamente la inmortalidad del alma humana se cuentan Zoroastro, Pitágoras, Epicarmo, Empedocles, Kebes, Eurípides, Platón, Euclides, Filón, Boecio, Virgilio, Cicerón, Plotino, Jámblico, Proclo, Psello, Sinesio, Orígenes y Aristóteles (NOTA: Dice Aristóteles en su tratado *De Anima*, libro I, cap. 3º, que el alma racional es distinta, aunque de la misma esencia del alma del mundo y debe preexistir antes de difundirse en el cuerpo. FINAL NOTA).

Algunos años han pasado desde que el conde de Maistre escribió las siguientes frases que si oportunas en su volteriana época, no lo son menos en nuestros escépticos días:

He leído y escuchado mil chocarrerías sobre la ignorancia de los antiguos, porque en todas partes veían espíritus. Pero me parece que nosotros somos aún más imbéciles que nuestros antepasados, porque nunca vemos ninguno en parte alguna (NOTA: De Maistre: *Veladas de San Petersburgo*. FINAL NOTA).

CAPÍTULO VIII

No creas que en mis mágicas maravillas me ayuden los ángeles de la Estigia evocados del infierno y malditos por quienes quisieron dominar a los tenebrosos divis y afrites, sino que me ayuda la percepción de los secretos poderes de las fuentes minerales, de las íntimas células de la naturaleza, de las hierbas colgantes en verde cortina y de los astros que voltean sobre torres y montes.

TASSO, XIV, 13

Como a las puertas del infierno, detesto a quien se atreve a pensar una cosa y decir otra.

POPE

Si el hombre cesara de existir al bajar a la tumba, de confesar sin remedio que es la única criatura a quien la naturaleza o la providencia se han complacido en defraudar concediéndole cualidades que carecen de objeto de aplicación en la tierra.

BULWER-LYTTON, *Una historia singular*

Del prefacio de la obra de Proctor titulada: *Nuestro lugar en el infinito*, entresacamos el siguiente párrafo: «La ignorancia en que los antiguos estaban del lugar de la tierra en el espacio les indujo a suponer influencias favorables o adversas de los astros en el destino de los individuos y de las naciones, así como a formar el grupo de siete días dedicados a los siete planetas de su sistema astrológico».

Dos distintas afirmaciones sienta Proctor en el párrafo citado:

1.^a Que los antiguos ignoraban el verdadero lugar de la tierra en el espacio.

2.^a Que creían en la influencia favorable o adversa de los astros en el destino de los individuos y de los pueblos (NOTA: No es necesario ir muy lejos para convencerse de que lo mismo creyeron astrónomos tan eminentes como Kepler, quien opinaba que los astros y la misma tierra están animados por espíritus inteligentes. FINAL NOTA).

Sin embargo, hay poderosos motivos para suponer que los sabios de la antigüedad conocían la posición, movimientos y relaciones de los astros, según se infiere del testimonio de Plutarco, ampliado con los de Draper y Jowett. Además, si tan ignorantes eran los antiguos astrónomos, ¿cómo es que en los fragmentos de sus obras se descubren bajo el enigmático lenguaje muchos conceptos corroborados por recientes descubrimientos? En su citada obra expone Proctor la teoría de la formación de la tierra y describe las sucesivas fases por que pasó antes de ofrecer morada al hombre, pintando con vivos colores el gradual agrupamiento de la materia cósmica en esferas gaseosas, rodeadas de una inconsistente capa líquida, que fueron condensándose hasta la solidificación de la corteza externa, seguida del lento enfriamiento de la masa, con los resultados químicos de la acción del intenso calor sobre la primitiva materia del globo, que determinaron la formación y distribución de las partes firmes, los cambios en la constitución de la atmósfera, la aparición de vegetales, animales y por último del hombre.

Pero veamos ahora el hermético *Libro de los Números* (NOTA: No creemos que esta obra figure en los catálogos de las bibliotecas, pero es uno de los «*Libros de Hermes*» y entre otros autores lo citan en sus obras Arnaldo de Vilanova (*Rosarium philosophicum*), Francisco Arnolfo (*Lucensis opus de lapide*) y Raimundo Lulio (*Ab angelis opus divinum de quinta essentia*). Además se dan referencias de dicha obra en las también atribuidas a Hermes Trismegisto: *Tractatus de transmutatione metallorum* y *Tábula smaragdina*. FINAL NOTA) escrito, según tradición caldea, por Hermes Trismegisto. Dice así: «En el principio del tiempo el gran Invisible tenía sus santas manos llenas de materia celeste que esparció por el infinito y, ¡oh pasmo!, se convirtió en esferas de fuego y en esferas de arcilla que, como el inquieto metal (NOTA: Azogue o mercurio. FINAL NOTA),

se disgregaron en esferas menores que empezaron a voltear incesantemente. Y algunas, que eran esferas de fuego, se convirtieron en esferas de arcilla y las de arcilla en esferas de fuego, porque las de fuego esperaban a que llegase el tiempo de convertirse en de arcilla y las otras las envidiaban en espera de convertirse en de puro y divino fuego».

No creemos que nadie se atreva a pedir más claro compendio de las fases cósmicas tan elegantemente descritas por Proctor.

Vemos en el pasaje de Hermes la difusión de la materia, su agrupamiento en esferas de las que se disgregan otras menores, la rotación axial, la paulatina transición de la materia incandescente a materia terrosa y por fin la pérdida de calor con que se inicia el período de la muerte planetaria.

El tránsito de las esferas de arcilla a esferas de fuego explicará a los materialistas algunos fenómenos astronómicos, tales como la súbita aparición de una estrella en la constelación de Casiopea el año 1572 y de otra en el Serpentario en 1604, según observaciones de Kepler. Verdaderamente demuestran los caldeos en el citado pasaje más profunda filosofía que los astrónomos modernos, pues la conversión en esferas de «puro y divino fuego» simboliza la subsiguiente existencia planetaria análoga a la que más allá de la muerte corporal tiene el espíritu del hombre. Si, como ya admite la astronomía, nacen, crecen, se desarrollan, decaen y mueren los astros, ¿por qué no han de tener, como el hombre, la subsiguiente existencia etérea o espiritual? Así lo afirman los magos al decir que la fecunda madre tierra está sujeta a las mismas leyes que sus hijos y en oportunidad de tiempo engendra de su seno todas las cosas hasta que, llegada la plenitud de su tiempo, cae en la tumba de los mundos. La materia densa de la tierra se disgregará poco a poco en átomos que, con arreglo a la inexorable ley, formarán nuevas combinaciones; pero su espíritu quedará atraído por el céntrico sol espiritual de que originariamente emanara (NOTA: La palabra Dios expresa vagamente el concepto del céntrico sol espiritual.FINAL NOTA). Según dice Hermes: «Y el cielo era visible en siete círculos, y los planetas aparecieron con todos sus signos en forma de estrellas que quedaron separadas y numeradas con los gobernadores residentes en ellas, y su carrera giratoria está limitada por el aire en una órbita circular donde se mueven bajo la acción del divino espíritu» (NOTA: Hermes, IV, 6.– La palabra espíritu tiene aquí el significado de Pneuma o la divinidad: θεός.FINAL NOTA).

Nadie hallará en las obras de Hermes ni el más leve indicio del enorme absurdo sostenido después por la iglesia romana, diciendo que los astros habían sido creados para recreo del hombre, puesto que el unigénito Hijo de Dios bajó a este ínfimo mundo para redimir nuestras culpas.

Proctor nos habla de una capa inconsistente de materia no condensada todavía, que recubre un océano de consistencia viscosa en el cual gira un núcleo sólido. Pero también esta hipótesis tiene su precedente en la siguiente referencia: «Asegura Hermes que en el principio era la tierra una especie de limo o gelatina temblorosa compuesta de agua condensada por la incubación y calor del divino espíritu o, según la letra del texto: *cum adhuc terra tremula esset, lucente sole compacta esto*» (NOTA: Filaleteo: *Magia adámica*, 12; edición 1650. FINAL NOTA).

De la misma obra de Filaleteo entresacamos el siguiente pasaje: «Por mi alma afirmo que la tierra es invisible, y no sólo esto, sino que el ojo del hombre no ve jamás la tierra ni puede ésta ser vista sin arte. El mayor secreto de la magia es hacer invisible este elemento... y este cuerpo feculento y grosero sobre que andamos, es un compuesto, y no la tierra, sino que en él está la tierra. En una palabra, que todos los elementos son visibles menos la tierra, y cuando alcancemos la necesaria perfección para saber por qué Dios ha puesto la tierra in abscondito, tendremos una excelente traza para conocer a Dios y saber cómo es visible y cómo invisible» (NOTA: Filaleteo: *Magia adámica*, II.– Sin prueba alguna se da por cierto que los antiguos ignoraban la sfericidad de la tierra; pero no obstante el desconocimiento en que este hecho estuvieron los escritores exotéricos, no cabe duda de

que, según atestigua Plutarco, ya en tiempo de Pitágoras se enseñaba secretamente en las escuelas y por declararlo públicamente fue Sócrates condenado a muerte. Además, como hemos repetido varias veces, la ciencia estaba por entonces refugiada en los santuarios y tan sólo se comunicaba a los iniciados. Prueba de que éstos conocían la esfericidad de la tierra, es la representación simbólica de *Kneph* (espíritu primordial), con un huevo en los labios para dar a entender que anima la tierra con su soplo. Y si los críticos no hallan ocasión de consultar *el Libro de los Números*, les remitiremos a la autoridad de Diógenes Laercio, quien afirma que Maneto enseñaba que la tierra tiene la figura de una bola. El mismo autor, refiriéndose probablemente al *Compendio de filosofía natural*, da las siguientes explicaciones de la doctrina egipcia: «El principio es materia *Αρχὴν ζεῦ εἶναι ὕλην*, de la que se separan los cuatro elementos. La verdadera forma de Dios es desconocida, pero como el mundo tuvo principio ha de ser perecedero... La luna se eclipsa cuando cruza la sombra de la tierra (Diógenes Laercio. –«Præin», §§ 10, II). Por otra parte se sabe que Pitágoras enseñaba la redondez de la tierra, que tenía movimiento de rotación y era un planeta como los demás. (Fenelon: «Vidas de los filósofos»). El profesor Jowett, en la Introducción al *Timeo* de Platón, no obstante sus dudas al traducir la palabra *ἴλλεσθαι* que bien puede significar «circuyendo» o «compacto», se inclina a creer que Platón conocía el movimiento rotatorio de la tierra, según se infiere del siguiente pasaje: «La tierra, nuestra nodriza, describe un círculo alrededor del polo que se extiende a través del universo». Pero en opinión de Proclo y Simplicio, entendía Aristóteles que dicha palabra del *Timeo* significa *voltear* o *girar* (*De Cælo*). El mismo Jowett admite más adelante que Aristóteles atribuía a Platón la enseñanza del movimiento giratorio de la tierra («Diálogo de Platón».- Introducción al *Timeo*, 501, 502). Sería una enormidad decir que Platón ignorase tan elemental principio astronómico, siendo como era admirador de Pitágoras é iniciado en las secretas enseñanzas del insigne filósofo de Samos. FINAL NOTA).

Muchos siglos antes de nacer los científicos contemporáneos había ya dicho Salomón: «Tu poderosa mano hizo el mundo de *materia informe*» (NOTA: *Libro de la sabiduría*, XI, 17. FINAL NOTA). Esta frase encierra cuanto pudiéramos decir; pero añadiremos que tal vez la materia informe, la tierra preadámica entrañe una «potencia» cuyo hallazgo regocijaría a Tyndall y Huxley.

Al descender de lo universal o lo particular, de la antigua teoría de la evolución planetaria a la evolución de la vida vegetal y animal, tan opuesta a las creaciones individuales de los seres, vemos anticipada la moderna teoría de la transformación de las especies en el siguiente pasaje de Hermes: «Cuando Dios hubo llenado sus potentes manos de cuanto en la naturaleza existe y la limita, exclamó sin abrirlas: «¡Oh tierra bendita! Sé la madre de todo para que nada necesites. Entonces abrió las manos derramando de ellas todo lo necesario para la formación de las cosas». Aquí tenemos simbolizada la materia primaria en que latén potencialmente todas las futuras formas de vida y que la tierra es la madre de cuanto desde entonces brota de su seno.

Más explícito es todavía Marco Antonio en su *Soliloquio*: «La naturaleza se complace en mudar todas las cosas y revestirlas de nuevas formas. La materia es para ella como cera con que moldea toda clase de figuras, y si hace un *pájaro* lo *convierte* después en *cuadrúpedo*, o de una flor hace una *rana*, de suerte que se deleita en sus operaciones mágicas, como los hombres en las obras de su propia imaginación» (NOTA: *Filaleteo: Magia adámica*. FINAL NOTA).

Antes de que los modernos científicos pensaran en la teoría evolutiva, había dicho ya Hermes que nada hay truncado en la naturaleza, pues todas sus obras rebosan de suave armonía sin saltos ni transiciones violentas ni aun en las muertes súbitas.

Los rosacruces iluminados profesaban la doctrina del lento desenvolvimiento de las formas preexistentes. Las *Tres Madres* enseñaron a Hermes el misterioso proceso de sus obras antes de revelarlo a los alquimistas medioevales. En lenguaje hermético las *Tres*

Madres significan la luz, el calor y el magnetismo, transmutables según el principio de la correlación de fuerzas o transformación de la energía. Dice Sinesio que en el templo de Menfis encontró unos libros de piedra con la siguiente máxima esculpida: «Una naturaleza se deleita en otra; una naturaleza vence a otra; una naturaleza prevalece contra otra; pero todas ellas son *una sola*».

La continua actividad de la materia está expresada en el siguiente aforismo de Hermes: «La acción es la vida de Phta». Por su parte Orfeo llama a la naturaleza «la madre que hace muchas cosas» Πολυμήχανος μάτηρ ο «madre ingeniosa que imagina e inventa».

En su ya citada obra dice Proctor: «Todo cuanto existe, así en la superficie como en el interior de la tierra, las formas vegetales y animales y nuestro organismo corporal, están constituidos por materia atraída de las profundidades del espacio que por todas partes nos rodea». Los herméticos y rosacruces sostuvieron que todas las cosas, así visibles como invisibles, dimanaban de la lucha entre la luz y las tinieblas y que toda partícula material entraña una chispa luminosa (*espíritu*) cuya propensión a volver a su divino origen, librándose del obstáculo impediendo, determina el movimiento de los átomos que a su vez engendra las formas. Sobre el particular dice Hargrave Jennings con referencia a Roberto Fludd: «Todos los minerales tienen en esta centella de vida la potencialidad rudimentaria de las plantas y otros organismos de más en más perfeccionados. Asimismo, todas las plantas tienen rudimentarias sensaciones que, con el tiempo, pueden ponerlas en estado de transformarse en otras criaturas capaces de moverse de acá para allá con funciones de orden más o menos elevado. De suerte que el reino vegetal ha de pasar por ignorados caminos a otros más altos senderos por donde irse perfeccionando hasta el punto de que su divina luz se explaye con mayor y más impelente fuerza y con más pleno y consciente propósito, por la planetaria influencia de los invisibles operarios del gran Arquitecto» (NOTA: Hargrave Jennings: *Los rosacruces*. FINAL NOTA).

La luz (primera creación según el Génesis) es la *Sephira* de los cabalistas; la Mente divina, la madre de los Sefirotes cuyo padre es la *Sabiduría oculta*. La luz es la primera emanación del Supremo y luz es vida según el Evangelista. Luz y vida son electricidad, el principio vital, el *anima mundi* que interpenetra el universo y vivifica todas las cosas. La luz es el mágico Proteo cuyas diversas ondulaciones, movidas por la divina voluntad del Arquitecto, originan las formas vivientes. De su turgente y eléctrico seno brotan la *materia* y el *espíritu*. Sus rayos entrañan la virtud de las acciones físico-químicas y de los fenómenos cósmicos y espirituales. La luz organiza y desorganiza; da y quita la vida; y de su punto primordial surgen gradualmente a la existencia miríadas de visibles e invisibles mundos. Dice Platón (NOTA: *Timeo*. FINAL NOTA) que en un rayo de esta trina madre *primaria* encendió Dios el fuego que llamamos sol y no es causa de luz y calor, sino únicamente el foco, o mejor dicho la lente que concentra y enfoca sobre nuestro sistema solar los rayos de la luz primordial de cuyas diversas vibraciones dimana la correlación de fuerzas.

La obra de Proctor, que motiva estos comentarios, consta de doce tratados, de los cuales el último se titula: *Ideas acerca de la Astrología*. El autor estudia esta materia con mayor respeto del acostumbrado entre los científicos, en prueba de que puso en ella toda su atención. Dice a este propósito: «Si consideramos debidamente el asunto, hemos de convenir en que de cuantos errores sufrieron los hombres en su ansia de escrutar el porvenir, la astrología es el más digno de respeto y aun pudiéramos decir que el más razonable... pues los cuerpos celestes regulan inequívocamente el destino de los individuos y de las naciones, ya que sin las benéficas y reguladoras influencias del sol, que es entre todos el principal, perecerían las criaturas vivientes sobre la tierra... También tiene influencia la luna, y no es extraño que los antiguos infiriesen por analogía que si estos dos astros

influyen tan poderosamente en la tierra, también tengan su especial influencia los demás astros» (NOTA: *Nuestro lugar en el Infinito*, 313- 314. FINAL NOTA).

Por otra parte, no cree Proctor infundada su sospecha de que los planetas de más lento movimiento ejerzan influencia superior al mismo sol, y opina que «la astrología fue formándose tras repetidas tentativas en que los astrólogos se guiaron por la observada relación entre ciertos sucesos de monta en la vida de reyes, caudillos o magnates y la posición de los astros el día de su nacimiento. Sin embargo, también pudieron algunos astrólogos imaginar influencias en que creyeron las gentes por haberlas confirmado alguna *curiosa coincidencia*».

Conviene advertir que aun los tratadistas formales recurren a palabras de tan vago sentido como la de *coincidencia*, para encubrir lo que les repugna aceptar. Pero los sofismas no son axiomas ni mucho menos demostraciones matemáticas en que por lo menos los astrónomos debieran apoyar sus afirmaciones. La astrología es ciencia tan *exacta* como la astronomía, con tal de que las observaciones sean también exactas, pues sin esta condición sinecuanónica una y otra ciencia incurrirán en error. La astrología es a la astronomía como la psicología a la fisiología, y tanto en astrología como en psicología es preciso ir más allá del mundo visible y entrar en los dominios del trascendente espíritu. Tal fue la vieja lucha entre las escuelas platónica y aristotélica; pero en nuestro siglo de escepticismo saduceico no prevalecerá aquélla contra ésta. Proctor parece como si viera la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, pues si apuntáramos los errores y despropósitos de los astrónomos, seguramente excederían de mucho a los de los astrólogos (NOTA: *Las actuales circunstancias políticas de Europa, vindican a Nostradamus y otros astrólogos, del ridículo de que les han encubierto los escépticos. En un libro de profecías publicado en 1453, se lee, entre otras, la siguiente predicción: «De aquí a dos veces doscientos años, el Oso arremeterá contra la Media Luna, pero si se alían el Gallo y el Toro no ha de ganar el Oso. Y dos décadas más tarde (sépalos el Islam y tiemble) la Cruz se afirmará y se irá debilitando la Media Luna hasta desvanecerse y desaparecer».* Precisamente a los cuatrocientos años justos de la profecía estalló la guerra de Crimea en que la alianza de Francia (*Gallo*) e Inglaterra (*Toro*) dio al traste con los proyectos de Rusia (*Oso*). Terminó la guerra en 1856, con grave riesgo de la desaparición de Turquía (*Media Luna*). En el año actual (1876), *dos décadas* después de firmada la paz, han ocurrido inesperados sucesos que parecen confirmar el cumplimiento de la predicción, pues Turquía se va debilitando de año en año y cabe presumir que dentro de no largo tiempo quede borrada del mapa de Europa, para resolver de este modo la cuestión de Oriente. Un ejemplar del mencionado libro de profecías está en la biblioteca de un pariente nuestro, con texto francés antiguo de difícil lectura, por lo que hemos tomado la cita de una traducción inglesa perteneciente, según se dice, a un caballero del Somersetshire (Inglaterra). FINAL NOTA).

Sigue exponiendo Proctor en su obra cuanto de heterodoxo ha encontrado en sus investigaciones científicas y se asombra más de una vez de tan «curiosas coincidencias» como, por ejemplo, la que refiere en estos términos: «No me detendré en la curiosa coincidencia de si efectivamente conocían los astrólogos caldeos el anillo de Saturno, pues representaban al Dios de este nombre dentro de un *triple* anillo... Del hallazgo de algunos instrumentos ópticos en las ruinas asirías, se infiere que pudieron descubrir los anillos de Saturno y los satélites de Júpiter... Belo, el Júpiter asirio, estaba algunas veces representado con cuatro alas esmaltadas de estrellas; pero es muy posible que esto fuesen meras *coincidencias*».

Sin embargo, esta serie de coincidencias a que se refiere Proctor serían más milagrosas que la realidad de los hechos y no parece sino que los escépticos anden anhelosos de coincidencias. Bastantes pruebas dimos en el capítulo anterior de que los antiguos disponían de instrumentos ópticos tan excelentes como los del día. Según infiere Rawlinson de las inscripciones de los ladrillos asirios, el templo de Borsippa (Birs-

Nimrud) tenía siete pisos dispuestos en círculos concéntricos de ladrillo y metal, del color correspondiente al planeta cuyas órbitas simbolizaban, y por lo tanto no cabe suponer que los instrumentos de Nabucodonosor fuesen de poco alcance ni de escasa monta los conocimientos de sus astrónomos. Tampoco es posible achacar a coincidencia que los caldeos diesen a cada planeta el color que en efecto han distinguido en ellos las recientes observaciones telescópicas (NOTA: Obras de Rawlison: Tomo XVII, 30-32 (edición revisada). FINAL NOTA). Asimismo no puede ser coincidencia que Platón aludiera en el *Timeo* a la indestructibilidad de la materia, transmutación de fuerzas y conservación de la energía, de modo que su comentador Jowett dice a este propósito: «La última palabra de la filosofía moderna es continuación y desarrollo de los principios fundamentales de la ciencia que dejó sentados Platón» (NOTA: Introducción al *Timeo*: Diálogos de Platón, I, 509. FINAL NOTA).

Las antiguas religiones fueron esencialmente *sabeístas*, y cuando lleguen a interpretarse con exactitud sus mitos y alegorías, no sólo se verá que no discrepan lo más mínimo de los modernos conceptos astronómicos, sino que casi todos los principios de esta ciencia están encubiertos en las ingeniosas trazas de sus fábulas. Alegorizaban el movimiento de los astros, personificaban la índole de los fenómenos y en la conducta y temperamento de las divinidades olímpicas simbolizaban los principios de las ciencias físico-químicas. La electricidad atmosférica en su estado latente está representada por los semidioses, cuya acción se limita a la tierra, pero que en sus eventuales vuelos a las regiones divinas despliegan energía eléctrica *estrictamente proporcionada a la distancia a que se elevan*. Las mazas de Hércules y Thor eran mucho más mortíferas cuando los dioses se cernían entre las nubes. Júpiter olímpico concentraba en su persona y atributos las fuerzas cósmicas antes de que el genio de Fidias le diese forma humana a propósito para que las multitudes le adorasen con el nombre de *Máximus* o Dios de los dioses. El mito de Júpiter, menos metafísico y complicado en un principio, era elocuentísima expresión de filosofía natural. Según dicen Porfirio y Proclo, al elemento masculino (*Zeus*) de la creación se le llamaba cabeza de los seres vivientes (*Zōōη-οκ-Zōōη*) cuyos femeninos principios eran Vesta (tierra) y Metis (agua). En la teoría órfica, que desde el punto de vista metafísico es la más antigua de todas, representa Zeus a la vez la *potencia* y el *acto*, la *Causa* inmanifestada y el Demiurgo o Creador, emanado de la invisible Potencia. Las esposas de Zeus, considerado como Demiurgo, simbolizan los agentes de la evolución cósmica, es decir, las afinidades químicas y las atracciones y repulsiones magnéticas y la electricidad atmosférica. De estos simbolismos físicos se infiere cuán versados estaban los antiguos en las ciencias físicas tal como ahora se conocen.

Posteriormente, en tiempo de Pitágoras representa Zeus la metafísica trinidad o sea la *Mónada* que de sí misma educa la *Tetractis* de voluntad, mente y acción. Más adelante todavía, los neoplatónicos se abstienen de filosofar sobre la *Mónada* primaria, por inaccesible al entendimiento humano, y tratan tan sólo de la *Triada demiúrgica* o manifestación visible y tangible de la Divinidad desconocida.

Plotino, Porfirio, Proclo y otros filósofos admitieron la misma Triada de Zeus Padre, Zeus Hijo (*Poseidón* o *Dunamis*) y de Zeus Espíritu (*Nous*). Este mismo concepto siguió enseñándose durante el siglo II de la era cristiana en la escuela de Ireneo, pues no hubo entre los neoplatónicos y cristianos otra discrepancia que la violenta confusión establecida por los últimos entre la *Mónada* incomprensible y la *Triada* creadora.

Desde el punto de vista astronómico, Zeus-Dionisio tiene su origen en el Zodíaco o antiguo año solar. En Libia lo representaban bajo forma de carnero y su concepto era idéntico al Amun egipcio que engendró a Osiris (dios-toro), quien a su vez es una personificada emanación del Padre-Sol o Sol en Tauro, mientras que el Padre-Sol del cual emana esta personificación es Sol en Aries. Según sabemos, el toro simboliza la potencia creadora; y precisamente uno de los principales expositores de la cábala, Simón-Ben-Iochai

que floreció en el siglo I de la era cristiana, nos explica el origen de esta extraña adoración de toros y vacas. Más adelante nos referiremos a las enseñanzas de los cabalistas sobre este símbolo, según las expone Simón-Ben-Iochai, y veremos que ni Darwin ni Huxley, fundadores de la teoría de la evolución y transformación de las especies, encontrarían en él nada opuesto a la razón y sí tan sólo la contrariedad de ver que los antiguos se les hayan anticipado en el descubrimiento.

Sin dificultad puede probarse que Saturno o Kronos (cuyo anillo descubrieron con toda seguridad los astrólogos caldeos) estuvo considerado desde tiempo inmemorial como padre de Zeus, antes de que éste alcanzara la suprema categoría de padre de los dioses. Es Saturno el Belo o Baal de los caldeos, que tomaron su culto de los acadianos, y aunque Rawlinson insiste en que estos últimos procedían de Armenia, no cabe admitir esta hipótesis por cuanto Belo es la variedad babilónica del Siva o Bala indo, el destructor dios del fuego que en muchos aspectos sobrepaja al mismo Brahmâ.

A este propósito dice un himno órfico: «Zeus es el primero y el último, la cabeza y las extremidades. De él proceden todas las cosas. Es hombre y ninfa inmortal (NOTA: Elementos masculino y femenino. FINAL NOTA), alma de las cosas, motor principal del fuego, sol y luna, fuente del océano, demiurgo del universo, divina potestad creadora y gobernadora del cosmos. Zeus lo es todo. Es fuego, agua, tierra, éter, noche, cielos, Metis (la arquitecta primieval) (NOTA: La *Sophia* de los agnósticos y la *Sephira* de los cabalistas. FINAL NOTA), Eros y Cupido. Todo está comprendido en las vastísimas dimensiones de su glorioso cuerpo» (NOTA: Estobeo: *Eglogas*. FINAL NOTA).

Este breve himno laudatorio abarca el fundamento de todo concepto mítico. La imaginación de los antiguos era, según parece, tan inagotable como las visibles manifestaciones de la Divinidad que les deparaban los temas de sus alegorías siempre referentes, no obstante su copiosa variación, a las dos ideas capitales que bajo las sacras representaciones se ajustaban paralelamente a los aspectos físico y espiritual de las leyes naturales. Los metafísicos conceptos de los antiguos no estaban jamás en contradicción con las verdades científicas, y sus credos religiosos se basan en las ideas físico-psíquicas de los sacerdotes y filósofos, que las derivaron de las tradiciones primievales, confirmadas por la experiencia propia con auxilio de la sabiduría acopiada en épocas intermedias.

La misión de los rayos de Júpiter estaba simbolizada en Diana, la esplendente virgen Artemisa, llamada en antiquísimos tiempos *Diktynna* (NOTA: Literalmente significa rayo emitido, de la raíz *dikein*. FINAL NOTA). La luna es opaca y su brillo es reflejo de la luz solar. Su símbolo era la diosa Astarté o Diana que, como la cretense *Diktynna*, está coronada de una guirnalda de la mágica y siempre verde planta *diktammon* o *dictamnus*, cuyo contacto, según se dice, provoca el sonambulismo en quien no lo tiene. Análogamente a Eilithya y Juno Pronuba, presidía Diana los nacimientos y se la consideraba como divinidad esculápica. La guirnalda de *dictamnus* en las figuras de Diana nos demuestra una vez más la profunda observación de los antiguos, pues por una parte esta planta tiene muy eficaces virtudes sedantes y medra abundantemente en el monte Dicte de la isla de Creta; y por otra parte, la luna, según las más notables autoridades en magnetología, influye en los humores del cuerpo y en las células nerviosas, que tan importante papel desempeñan en la hipnotización. Así es que los cretenses ponían manojos de esta planta sobre el cuerpo de las parturientas y con las raíces hacían un brebaje que aliviaba los dolores del parto y mitigaba la peligrosa irritabilidad del organismo en este período. También solían colocar a las parturientas en el recinto sagrado del templo de Diana, expuestas a los rayos de la esplendente hija de Júpiter, la brillante y serena luna del cielo oriental.

Los induistas y budistas tienen muy complejo concepto de la influencia del sol y de la luna considerados como elementos masculino y femenino, que son respectivamente los principios positivo y negativo de la polaridad magnética. Todos los autores indos que

trataron del magnetismo reconocieron la influencia de la luna en las mujeres, y tanto Ennemoser como Du Potet corroboran acabadamente las teorías de los videntes indos.

En todos los países de la antigüedad estaba consagrado el zafiro a la Luna, y los budistas tenían esta preciosa piedra en muchísimo respeto, no derivado de la superstición, sino con sólido fundamento científico. Atribuyen los budistas al zafiro virtudes mágicas, por cuanto su color azul oscuro determina fenómenos sonambúlicos, según puede observar cualquier estudiante de hipnotismo. Esto se deriva de la hasta hace poco tiempo no advertida influencia de los colores del prisma y especialmente del azul en el crecimiento de las plantas. Según ha demostrado el general Pleasonton, después de muchas discusiones académicas sobre la potencia calorífica de los rayos solares, los azules son los más eléctricos y su influencia favorece en mágicas proporciones el crecimiento de plantas y animales. Por otra parte, las investigaciones de Amoretti sobre la polaridad eléctrica de las piedras preciosas demuestran que el diamante, el granate y la amatista son electro-negativos, al paso que el zafiro es electro positivo (NOTA: Kieser: *Archivos*, IV, 62.– **Realmente muchos símbolos antiguos eran equívocos o juegos de palabras. FINAL NOTA**). Todo esto nos mueve a reconocer que las modernas ciencias experimentales corroboran cuanto acerca del particular conocían los sabios de la India, muchísimo antes de la fundación de las academias europeas.

Dice una antiquísima leyenda inda, que enamorado Brahmâ Prajâpati de su propia hija Ushâs (NOTA: **Los cielos. Algunas veces la aurora. FINAL NOTA**), tomó la forma de ciervo (*ris'ya*) y la convirtió a ella en cierva, de modo que así se cometió el primer pecado de que fue culpable el mismo Brahmâ. Ante tamaña profanación, se aterrorizaron de tal manera los dioses, que asumiendo su más horrible aspecto, pues los dioses pueden tomar cuantas figuras quieran, formaron a Bhûtavan, el espíritu del mal, con propósito de aniquilar la *encarnación* del primer pecado, cometido por el mismo Brahmâ. Al ver esto, Brahmâ-Hiranyagarbha (NOTA: **Los induistas dan también a Brahmâ el sobrenombre de Hiranyagarbha, que significa alma unitaria, mientras que Amrita es el alma suprema, la primera emanación del Brahmâ creador. FINAL NOTA**) se arrepintió profundamente y empezó a recitar los mantras de purificación. De su llanto cayó una lágrima, la más ardiente de cuantas de ojos brotaron, que al tocar en el suelo se convirtió en el primer zafiro» (NOTA: **Rig-Veda: Aitareya Brâhmana. FINAL NOTA**). Esta semipopular y semisagrada leyenda denota que los indos, no sólo sabían que el azul era el color más eléctrico, sino que también conocían la influencia del zafiro y de otros minerales. Aparte de esto, dice Orfeo que con una piedra imán es posible influir en muchas personas reunidas; Pitágoras atribuye secreta importancia al color y naturaleza de las piedras preciosas; y Apolonio de Tyana enseñaba a sus discípulos las ocultas virtudes de estas piedras, y cada día del mes llevaba una sortija de distinta piedra, con arreglo a las leyes de la astrología judiciaria. Según los budistas, el zafiro tranquiliza el espíritu, serena el ánimo, aleja los malos pensamientos y tonifica el cuerpo, que son precisamente los efectos atribuidos por la moderna electroterapia a la acción de una corriente eléctrica con acierto dirigida. A este propósito dicen los budistas: «El zafiro abre puertas y casas cerradas para el espíritu del hombre; despierta el deseo de orar y entraña mayor paz que cualquiera otra alhaja. Pero quien la lleve ha de vivir pura y santamente» (NOTA: **Marbod: Liber lapid (edición Beekman). FINAL NOTA**).

Diana es hija de Zeus y Proserpina (NOTA: **Símbolo de la actividad de la tierra. FINAL NOTA**); pero Hesiodo la llama Diana Eilythia-Lucina y dice que es hija de Júpiter y Juno (NOTA: **La diosa Juno simboliza también la tierra, cuando devorada por Kronos o Saturno, le devuelve la vida la oceánica Metis. La evolución del tiempo está simbolizada en saturno que devora a la tierra en los cataclismos prehistóricos; y cuando Metis (las aguas), se retira a descansar en sus múltiples lechos, es decir, cuando se restaura el curso normal de las aguas y aparecen los nuevos continentes en seco, resucita Juno a nueva vida**

en su primera forma. Esta misma idea se expresa en el *Génesis*, I, 9 y 10. FINAL NOTA). En las frecuentes querellas conyugales entre Júpiter y Juno, su hija Diana se vuelve de espaldas a su madre y sonríe a su padre, aunque reconviniéndole por sus devaneos. Esto es símbolo de los eclipses de luna, durante los cuales, se dice que los magos de Tesalia y Babilonia convertían hacia la tierra sus hechizos y encantos hasta lograr que se reconciliase la irritada pareja. Entonces Juno sonreía orgullosa a la brillante Diana que, circuyéndose de su creciente, volvía al secreto retiro de las montañas.

Parece que esta fábula alude a las fases de la luna. Los habitantes de la tierra sólo vemos un hemisferio de la luna y esto significa que Diana *le vuelve la espalda* a su madre Juno.

Las posiciones respectivas del sol, la tierra y la luna cambian continuamente, y la fase de luna nueva coincide siempre con variaciones atmosféricas, aparte de que las tempestades pudieron muy bien sugerir la idea de una lucha entre el sol y la tierra, sobre todo cuando aquél está oculto por rugientes nubes. Además, la luna no brilla en su fase de nueva, porque el hemisferio visible desde la tierra no está iluminado por el sol; pero después de la *reconciliación*, va mostrándose gradualmente iluminado el disco de la luna, y de aquí que los astrólogos caldeos y los magos de Tesalia, cuyo conocimiento del curso de los astros igualaba al de cualquier astrónomo moderno, se esforzaran en aplacar las iras de la luna y moverla a mostrar de nuevo su semblante, después de haber recibido la «radiante sonrisa» de su madre la tierra, cuando a su vez se refleja la luz del sol en la luna. Por esto decía la fábula que tan luego como Diana se ciñe el creciente, se marcha otra vez a cazar a la montaña.

No hemos de negar la intrínseca sabiduría de los antiguos juzgando por las, en apariencia, *supersticiosas* fábulas con que velaron la explicación de los fenómenos naturales, pues a tanto equivaldría que, por ejemplo, dentro de quinientos años nuestros descendientes tacharan de *antiguos* ignorantones a los discípulos del profesor Balfour Stewart y de filósofo superficial a su maestro, por haber llevado éste a cabo experimentos con propósito de averiguar, como en efecto averiguó, que las manchas del sol están relacionadas con las enfermedades de algunas plantas y que influyen poderosamente en las condiciones de la tierra (NOTA: Balfour Stewart: *El sol y la tierra*. FINAL NOTA). Si la ciencia moderna llega a este punto, no hay motivo para tratar de locos o de bellacos a los astrólogos de la antigüedad. Entre la astrología natural y la judiciaria hay la misma relación que entre la fisiología y la psicología o entre lo físico y lo moral. Si posteriormente decayeron estas ciencias en pura charlatanería, gracias a unos cuantos impostores ávidos de ganancia, no es justo acusar de ello a los insignes astrólogos cuyo amor al estudio y santidad de vida inmortalizaron los nombres de Caldea y Babilonia. Seguramente que no merecen el dicitario de impostores quienes desde el observatorio de Belo, rodeado de nubes, como dice Draper, remontaron sus exactas observaciones astronómicas hasta cien años acá del diluvio. Aunque se hayan ridiculizado los procedimientos que seguían los caldeos para divulgar las verdades astronómicas, cabe la duda de si aventajaban a los modernos procedimientos de enseñanza, pues en su tiempo la ciencia estaba hermanada con la religión y la idea del Creador era inseparable de las obras de la creación. El vulgo de Babilonia y de Grecia sabía que Urano (NOTA: Aunque los europeos descubrieron el planeta Urano en 1781, cabe inferir que ya lo conocían los astrólogos caldeos. FINAL NOTA) era el padre de Saturno y Saturno el de Júpiter, a quienes, así como a sus satélites, diputaban por divinidades; mientras que en nuestros tiempos apenas habrá entre las multitudes el uno por diez mil que conozca la respectiva posición y movimiento de los planetas del sistema solar.

Basta abrir cualquier tratado de astrología y comparar la *Fábula de las doce mansiones* con los modernos descubrimientos astronómicos respecto a la constitución de los planetas, para advertir que los antiguos la conocían perfectamente sin necesidad del espectroscopio, pues las simbólicas representaciones de los dioses del Olimpo y los doce

signos del Zodíaco con sus especiales cualidades, nos indican hasta cierto punto las proporciones de calor y luz recibidas del sol por cada planeta. Las diosas que simbolizan la tierra son idénticas en naturaleza física a los demás dioses y diosas, dando a entender con ello que aquellos astrónomos que día y noche velaban en la cúspide de la torre de Belo, (comunicándose continuamente con las divinidades personificadas, habían echado de ver la unidad física del universo y la analogía química entre la tierra y los demás planetas. La astrología representa al sol en Aries (Júpiter) como signo masculino, diurno, cardinal, equinoccial, oriental, cálido y seco, en perfecta correspondencia con el carácter atribuido al «Padre de los dioses».

Cuando Zeus-Akrios arranca colérico de su ardiente cinto los rayos que desde los cielos fulmina, rasga las nubes y desciende convertido en Júpiter *Pluvius*, en torrentes de lluvia. Es el mayor y más encumbrado dios y se mueve con tanta velocidad como el mismo rayo. Ahora bien; el planeta Júpiter gira sobre su eje con velocidad ecuatorial de unos 720 kilómetros por minuto. Tan excesiva fuerza centrífuga ha sido al parecer la causa de su gran aplanamiento en los polos y sin duda por ello representaban los cretenses a Júpiter sin orejas. El disco del planeta está cruzado por fajas oscuras de amplitud variable, relacionadas, según parece, con la rotación sobre su eje producidas por perturbaciones atmosféricas. De aquí que el rostro del padre Zeus se inflamara de ira al ver la rebelión de los titanes.

En la obra de Proctor aparecen los astrónomos como destinados por la Providencia a topar con toda suerte de curiosas coincidencias, porque entresaca muchos casos de los *miles* que pudiera citar. A esta lista podemos añadir el ejército de egiptólogos y arqueólogos favorecidos por la *señora casualidad*, que suele escoger a los «árabes complacientes» y otros caballeros orientales para representar el papel de genios benéficos en las dificultades con que tropiezan los orientalistas. Ebers fue uno de los recientemente favorecidos, y por otra parte se sabe que cuando Champollion necesitaba alguna malla en la cadena de sus investigaciones, no le era difícil encontrarla de singular e inesperada manera.

Voltaire, el «impío» mayor del siglo XVIII, decía que si no existiese Dios fuera preciso inventarlo. Volney, también tachado de materialista, no niega a Dios en ninguno de sus libros; antes al contrario, afirma repetidas veces que el universo es obra del *Omnisciente* y está convencido de la existencia de un agente supremo, un artífice universal llamado Dios (NOTA: Volney: *La ley natural*. FINAL NOTA).

Al fin de sus años admite Voltaire las doctrinas pitagóricas Y concluye diciendo: «He consumido cuarenta años de mi peregrinación en busca de la piedra filosofal llamada verdad. Consulté con los filósofos desde Platón a Epicuro y desde Agustín a Malebranche y sigo en la misma ignorancia... Todo cuanto he podido inferir de la comparación y cotejo de los sistemas de Platón, Aristóteles, Pitágoras y los orientales, es que la *casualidad es palabra sin sentido*, pues el mundo está regido por leyes matemáticas» (NOTA: Voltaire: *Diccionario filosófico*. Art. *Filosofía*. FINAL NOTA).

Conviene advertir que Proctor tropieza con la misma piedra de escándalo que los autores materialistas, cuyas opiniones comparte, confundiendo las operaciones físicas con las espirituales de la naturaleza. Prueba de las orientaciones de su mente nos da la suposición por él mantenida de que tal vez los sabios de la antigüedad infirieron la influencia sutilísima de los astros por analogía con la ya conocida del sol y de la luna, pues dice que si según la ciencia el sol es manantial de calor y luz y la luna influye en las mareas, necesariamente habían de atribuir a los demás astros la misma influencia en el organismo y destino de los hombres (NOTA: Proctor: *Conferencias de Boston*, Diciembre, 1875. FINAL NOTA).

Pero permítasenos ahora una digresión. Difícilmente descubrirá el concepto que de los astros tenían los antiguos, quien desconozca el significado esotérico de sus doctrinas, pues si bien la filología y la teología comparadas han emprendido una ardua tarea de

análisis, sus resultados son hasta ahora de poca importancia, a causa de que las alegorías del lenguaje han extraviado a los comentadores hasta el punto de tomar los efectos por causas y las causas por efectos. En el complejo fenómeno de la correlación de fuerzas, no es capaz de señalar el sabio más eminente cuál de ellas es la causa y cuáles son los efectos, ya que todos son recíprocamente transmutables. Por lo tanto, al preguntar a los físicos si la luz engendra calor o si inversamente el calor engendra luz, responderían probablemente que la luz engendra calor. Pero ¿cómo?, ¿hizo el gran artífice primero la luz y después el sol, o formó desde luego el sol que, según se dice, es el único manantial de luz y por consiguiente de calor? Esta pregunta tal vez parezca pueril a primera vista, pero mudará de aspecto si detenidamente la examinamos. Según el *Génesis*, el Señor hizo la luz tres días antes de hacer el sol, la luna y las estrellas. Tan enorme despropósito científico ha regocijado a los materialistas, que en verdad podrían aprovecharse dialécticamente de él si fuera cierta su hipótesis de que la luz y el calor dimanen del sol. A falta de otra mejor, todo el mundo acepta esta hipótesis que, según expresión de un predicador, prevalecía soberanamente en el reino de las especulaciones. Los antiguos helióltras identificaban el Supremo Espíritu con la naturaleza y veneraban al sol como divinidad «en quien reside el Señor de la vida». Según la teoría induísta, Gama es el sol, la fuente de las almas y de *toda vida* (NOTA: Weber: *Estudios induístas*, I, 290. FINAL NOTA). También la divinidad inda Agni, el *fuego divino*, está identificada con el sol (NOTA: Wilson: *Rig-Veda Samhita*, II, 143. FINAL NOTA); Ormazd es la luz, el dios-sol, donador de vida. Según la filosofía induísta, las almas emanan del alma del mundo y a su origen vuelven como las chispas al fuego (NOTA: Duncker, II, 162. FINAL NOTA); y otro pasaje dice que el sol es el alma de todas las cosas, que todo salió del sol y al sol ha de volver (NOTA: Wultke, II, 262. FINAL NOTA), de lo cual se infiere que el sol físico es símbolo del invisible sol central y espiritual, es decir, de Dios cuya primera manifestación es *Sephira*, la Luz emanada de *En-soph*.

Dice el profeta Ezequiel: «Y miré y he aquí que venía del Aquilón un viento de torbellino y una grande nube envuelta en *fuego* y en su torno un resplandor y de en medio de él, esto es, de en medio del fuego, como apariencia de *electro*» (NOTA: *Profecía de Ezequiel*, I, 4. FINAL NOTA).

Y dice Daniel:

...sentóse el Anciano de días... (NOTA: El *En Soph* de los cabalistas. FINAL NOTA) en su trono de llamas de *fuego* con ruedas de fuego encendido... Un impetuoso río de fuego salía de su faz. (NOTA: *Profecía de Daniel*, 9, 10. FINAL NOTA). Como el Saturno pagano que tenía su castillo de llamas en el séptimo cielo, así el Jehovah judío tiene su «castillo de fuego sobre el séptimo cielo (NOTA: *Libro de Enoch*, XIV, 7. FINAL NOTA).

Si la falta de espacio no lo impidiese, fácilmente probaríamos que los antiguos helióltras consideraban el sol visible como emblema del invisible y metafísico sol espiritual y no creían que, según dice la ciencia moderna, la luz y el calor dimanen del sol físico ni que este astro infunda la vida en la naturaleza visible. A este propósito dice el *Rig-Veda*: «Su radiación es perpetua. Los intensamente brillantes, continuos, inextinguibles y omnipenetrantes rayos de Agni no cesan de irradiar ni de día ni de noche». Esto se refiere sin duda alguna al sol central y espiritual, al eterno e infinito donador de vida cuyos rayos son omnipenetrantes y continuos. El sol espiritual es el *centro* (que está en todas partes) de la *circunferencia* (que no está en ninguna); es el fuego etéreo y espiritual; el alma y espíritu del omnipenetrante y misterioso éter; el desesperante enigma de los materialistas, quienes algún día se convencerán de que la electricidad ó, mejor dicho, el *magnetismo* divino es causa de la diversidad de fuerzas cósmicas manifestadas en correlación perpetua y que el sol físico es uno de los miles y miles de *imanes* esparcidos por el espacio, un reflector (NOTA: Tal es la opinión del general norteamericano Pleasonton, cuyas

observaciones han corroborado la antigua y al parecer ridícula doctrina pitagórica que, según la autoridad de Platón (*Introducción al Timeo*, Jowett), consideraba el sol como un imán que embebe el magnetismo y como una lente universal que enfoca la luz también universal. El general Pleasonton califica de falacia la gravitación universal con sus fuerzas centrípeta y centrífuga, y arremete revolucionariamente contra la ciencia moderna frente a los Tyndall y Huxleys de nuestros días. Mucho nos complace encontrar tan ilustrado defensor de una de las más antiguas enseñanzas herméticas que nuestra época diputa por *absurdas alucinaciones* (Véase la obra del general Pleasonton. – *Influencia de los rayos azules y del azul del cielo en la vida orgánica*). FINAL NOTA) sin más luz propia que la de cualquier astro opaco. Día ha de llegar en que varíe el concepto científico de la gravitación según la entendía Newton y se eche de ver que los planetas giran atraídos por la potente fuerza magnética del sol y no por su peso o gravitación. Esto y mucho más podrán aprender algún día; pero entretanto démonos por satisfechos con que se burlen de nosotros en vez de tostarnos por herejes o recluirmos en un manicomio por orates.

Las leyes de Manu no son ni más ni menos que las doctrinas de Platón, Filo, Judeo, Zoroastro, Pitágoras y los cabalistas que explican el esoterismo de todas las religiones. El concepto cabalístico del Padre y del Hijo (Πατήρ y Λόγος) es idéntico al de las enseñanzas fundamentales del budismo. Moisés no podía revelar al pueblo los sublimes secretos de las doctrinas religiosas y cosmogónicas veladas bajo la *Ilusión* induista, que encubría hábilmente el *Sancta Sanctorum* cuyo significado extravió a tantos comentadores (NOTA: En ningún país se confiaban a la escritura las doctrinas genuinamente esotéricas. La induista Brahmâjñâna se ha transmitido oralmente de una a otra generación, y por el mismo procedimiento comunicó a Moisés las doctrinas cabalistas a sus discípulos. El primitivo agnosticismo oriental quedó enteramente corrompido y adulterado por las distintas sectas que lo sucedieron. Filo Judeo, en su obra *De Sacrificis Abeli et Caini*, alude a misterios que no es posible revelar a los profanos. Platón pasa por alto muchos puntos y sus discípulos advierten repetidamente este sigilo del maestro. Quien haya leído, siquiera superficialmente, a los filósofos antiguos, echará de ver su analogía con las leyes de Manû hasta el punto de inferir que todos bebieron en las mismas fuentes. Dice Manû: «En la mente divina existía en un principio este universo como envuelto en tinieblas, no manifestado, imperceptible, indefinible, inrevelado, inaccesible a la razón, cual si estuviera profundamente dormido. Después la única Potestad existente por sí misma y que a sí misma no se conocía, apareció radiante de gloria y, disipando las tinieblas, actualizó su idea». Así habla el código fundamental de la sabiduría. La *Idea* de Platón es el *Logos*, la *Voluntad* divina, manifestada por sí misma, la eterna *Luz* de que *emana* toda luz visible y física. FINAL NOTA).

Las heterodoxas teorías del general Pleasonton vienen a corroborar las enseñanzas cabalísticas. Según este experimentador (cuyas conclusiones se apoyan en hechos mucho más sólidos que los aducidos por la ciencia ortodoxa), el espacio comprendido entre el sol y la tierra está ocupado por un medio transmisor de naturaleza física (NOTA: De la descripción que de este medio hace Pleasonton, inferimos su identidad con la luz astral de los cabalistas. FINAL NOTA). El enorme roce de la luz al atravesar este medio ha de producir necesariamente electricidad que, transmutada en magnetismo, engendra las enormes fuerzas naturales cuya acción determina las variaciones de la vida planetaria. Demuestra Pleasonton que el calor terrestre *no* deriva directamente del sol, porque el calor *asciende*. Dice que por ser la fuerza productora del calor repelente y electropositiva, queda atraída por la electricidad negativa de las capas superiores de la atmósfera. Aduce en prueba de ello que cuando la nieve cubre el suelo y estorba la acción de los rayos del sol, está más caliente en los puntos donde mayor es la capa de nieve, a causa de que el calor electropositivo irradiante del interior del globo queda atraído por la electricidad negativa de la nieve.

De todo esto concluye Pleasonton que la luz es un elemento independiente del sol, creado por el divino *fiat*, cuyo roce con el medio de transmisión engendra el calor (NOTA: En el fondo, el concepto que de la luz expone Pleasonton, es idéntico al *Sephira* (inteligencia divina y principio femenino), que en unión de *En-Soph* (sabiduría divina o principio masculino), engendraron todas las cosas visibles é invisibles. FINAL NOTA). Afirma por otra parte, contra la hipótesis de la constitución gaseosa e incandescente del sol, que las irradiaciones de la fotosfera producen enormes cantidades de electricidad y magnetismo al atravesar el espacio, de suerte que la combinación de electricidades contrarias engendra calor y transmite el magnetismo a todas las substancias capaces de recibirlo. Así, cada astro y cada nebulosa es un imán.

Si Pleasonton evidenciara esta su hipótesis, no les quedarían a las futuras generaciones muchas ganas de burlarse de la luz sideral de Paracelso ni de su doctrina de las magnéticas influencias ejercidas por los astros en animales, vegetales y minerales (NOTA: Por otra parte, si posteriores observaciones confirmaran la hipótesis de Pleasonton, quedaría algún tanto eclipsada la gloria de físicos como Tyndall, quien atribuyó a la acción del sol el calor sufrido en cierta ocasión al bajar del monte Blanco con nieve hasta las rodillas. Pleasonton sostuvo en contra del ilustre físico, que el calor del sol hubiera derretido la nieve, y por lo tanto, la sofocación que sintió Tyndall derivaba probablemente de que por la acción eléctrica de la luz solar las oscuras prendas de lana con que se abrigaba el físico quedaron electrizadas positivamente, en contraposición a la electricidad negativa de las altas regiones atmosféricas, lo cual determinó aumento de calor. (*Influencia de los rayos azules*, etc., pág. 39 y sig.). FINAL NOTA).

El prevalecimiento de tan revolucionarias ideas nos mueve a preguntar a los científicos si sabrían decirnos *por qué* el movimiento de las mareas está relacionado con el de la luna. Seguramente que no acertarían a explicar este conocido fenómeno tan satisfactoriamente como lo hiciera un neófito en magia o alquimia, ni tampoco nos dirían por qué los rayos de la luna producen funestos efectos en determinadas personas hasta el punto de volverse loco quien a su luz se duerme en algunos parajes de la India y de África; ni por qué las crisis de ciertas enfermedades coinciden con las fases lunares y los sonámbulos están mucho más excitados en el plenilunio. Los jardineros, labradores y leñadores creen firmemente en la influencia de la luna en la vegetación, y entre otras pruebas de ello tenemos que diversas especies de mimosas abren y cierran sucesivamente los pétalos de sus flores, según la luna llena aparece o se oculta entre nubes (NOTA: Los indos de Travancore tienen un significativo proverbio que dice: «Las palabras dulces son mejores que las ásperas. El mar es atraído por la luna fría y no por el sol ardiente». Con seguridad que el autor del proverbio sabía mucho más que nosotros acerca de las mareas. FINAL NOTA).

Si la ciencia no sabe explicar estas influencias físicas, en mayor ignorancia estará todavía acerca de la influencia de los astros en el destino del hombre; y por lo tanto carecen los científicos de autoridad para contradecir lo que con pruebas no pueden impugnar. Desde el momento en que las fases de la luna influyen tan notoriamente en la tierra, que en todo tiempo estuvieron familiarizadas las gentes con sus efectos, no resulta irrazonable afirmar la posibilidad de que determinada, combinación de influencias siderales produzca sus correspondientes efectos.

Si recordamos lo que dicen los ilustrados autores de *El Universo invisible*, acerca de los efectos resultantes en el éter universal de una causa tan nimia como la vibración del pensamiento en el cerebro humano, más lógico nos ha de parecer todavía que el tremendo impulso dado al éter por la rotación de millones de astros influya en la tierra y sus habitantes. Si los astrónomos desconocen la oculta ley de formación de los mundos que incesantemente voltean en torno de un punto céntrico de atracción, ¿cómo se atreven a decir que no puedan actuar en el espacio ciertas influencias cuya acción se deje sentir en los planetas? No se sabe apenas nada respecto a los agentes imponderables ni de sus

efectos en el cuerpo y mente del hombre; y aun lo poco que se conoce por demostración, se achaca a la casualidad de curiosas coincidencias (NOTA: A nuestro entender lo más curioso de estas «coincidencias», es que los científicos recurran a esta palabra para eludir la explicación de ciertos hechos cuya singularidad les asombra. FINAL NOTA). Pero gracias a estas coincidencias sabemos que ciertas enfermedades, inclinaciones, dichas e infortunios de la humanidad son más intensas y prevalecientes según la época, pues hay epidemias tanto en lo físico como en lo moral. En unos tiempos la controversia religiosa excita las más acerbadas pasiones de la animalidad humana, provocando enconadas persecuciones y sangrientas guerras, al paso que en otros el espíritu de rebelión se propaga por medio mundo como virulenta epidemia (NOTA: Ejemplo de ello nos da el año 1848. FINAL NOTA).

Además, el *pensamiento colectivo* va acompañado de anómalas condiciones psíquicas que invaden a millones de individuos hasta el punto de moverles a obrar automáticamente, corroborando con ello la vulgar opinión de las obsesiones diabólicas justificadas por las satánicas emociones y actos que dimanen de semejante estado mental. En ciertas épocas predomina la tendencia colectiva al retiro y la contemplación, y de aquí el incalculable número de postulantes a la vida ascética y monástica. Otras épocas propenden, por el contrario, a la *acción* manifestada en caballerescas aventuras que llevan a miles de gentes en busca de *Eldorados* o las empeñan en crueles guerras por la posesión de míseros y áridos territorios (NOTA: Carlos Elam: *Problemas de un médico*, p. 159. Londres, 1869. FINAL NOTA). Dice a este propósito Carlos Elam que «la semilla del vicio germina en el subsuelo social y brota y fructifica incesantemente con espantosa rapidez».

En presencia de tan chocantes fenómenos, la ciencia permanece muda sin conjeturar siquiera su causa, y natural es que así proceda por cuanto no ve más allá de este globo de arcilla y de su pesada atmósfera, sin percatarse de las ocultas influencias que a cada instante recibimos. Pero los antiguos, a quienes también Proctor trata de ignorantes, sabían que las relaciones interplanetarias son tan perfectas como las establecidas entre los glóbulos de la sangre que, flotantes en el mismo fluido, reciben las combinadas influencias de todos los demás, al par que cada uno de ellos influye en todos. Así como los planetas difieren en magnitud, distancia y movimiento, asimismo es distinto no sólo el impulso que cada cual comunica al éter o luz astral, sino también las sutiles fuerzas que irradian según su posición en el espacio. La música es combinación modulada de sonidos y el sonido es vibración etérea en el aire. Ahora bien; si los impulsos comunicados al éter por los astros pueden compararse a las notas de un instrumento musical, fácilmente concebiremos la realidad de la «Música de las esferas» a que aludía Pitágoras, y que en determinadas posiciones puedan perturbar los astros el éter en que se baña la tierra, al paso que en otras posiciones puedan armonizarlo sosegadamente. Ciertas clases de música nos ponen frenéticos, mientras que otras hinchen nuestra alma de fervor religioso. Apenas hay creación humana que no responda a determinadas vibraciones de la atmósfera. Lo mismo ocurre con los colores, que unos nos excitan y otros nos sosiegan. La monja viste de negro para denotar el desaliento de una fe apesadumbrada por el pecado original; la desposada se atavía de blanco; el rojo aviva la furia de algunos animales. Y si vemos que tanto el hombre como los animales son sensibles a tan débiles vibraciones, ¿cómo no han de recibir también la potísima influencia de las combinadas vibraciones estelares?

Dice sobre ello el doctor Elam:

Sabemos que ciertas condiciones patológicas se convierten fácilmente en epidémicas bajo la influencia de *causas no investigadas todavía*... Vemos cuán poderoso es el contagio mental, pues no hay idea ni quimera alguna, por absurda que sea, que no asuma carácter de pensamiento colectivo. También observamos el notable fenómeno de que *reaparecen* en una época las ideas de otra ya pasada... y por horrendo que sea un crimen (homicidios,

infanticidios, envenenamientos), toma a veces epidémicos caracteres de perpetración... La causa de la propagación de las epidemias *sigue envuelta en el misterio*.

Este pasaje traza en pocas líneas, de mano maestra, un innegable hecho psicológico, al par que una ingenua confesión de ignorancia, pues en vez de decir: *causas no investigadas todavía*, debiera agregar el autor con entera franqueza: de *imposible* investigación con los actuales métodos científicos.

A propósito de una epidemia de manía incendiaria, entresaca el doctor Elain de los *Anales de Higiene Pública* dos casos: el de una muchacha de diez y siete años convicta y confesa de haber prendido fuego a la casa por *irresistible impulso*; y el de un joven de la misma edad que cometió varias veces igual crimen, sin que pasión alguna le moviera a ello sino el deleite que experimentaba al ver surgir las llamas.

Continuamente encontramos en la prensa diaria relatos de crímenes sangrientos que los mismos culpables atribuyen a *irresistibles obsesiones*, diciendo que *alguien* les incitaba secretamente a perpetrarlos. Los médicos suelen achacar estos crímenes a trastornos cerebrales e impulsos transitorios de locura homicida; pero ¿qué psicólogo es capaz de definir la locura, ni acaso se ha establecido hipótesis alguna que la explique victoriosamente contra la investigación imparcial? Respondan las obras de los alienistas contemporáneos.

Reconoce Platón que el hombre es juguete de la necesidad a que está sometido desde su entrada en el mundo de la materia; la externa influencia de las causas es semejante a la del *daimonia* de Sócrates.

Según Platón, feliz es el hombre corporalmente puro, pues la pureza del cuerpo físico determina la del astral (NOTA: Al cuerpo astral le llama Platón *alma mortal superior*. FINAL NOTA) que si bien expuesta a extraviarse por su propio impulso, siempre servirá a la razón en sus empeños contra las animálicas propensiones del cuerpo físico. La sensualidad y otras pasiones dimanan del cuerpo carnal; y aunque opina que hay crímenes *involuntarios*, porque provienen de causas externas, distingue Platón entre ellas. El fatalismo no excluye la posibilidad de vencer dichas causas, porque si bien las pasiones son *necesarias* en el hombre, cabe dominarlas para vivir rectamente y quien no las domina vive en extravío (NOTA: Jowett: *Traducción del Timeo*. FINAL NOTA). El hombre *dual*, es decir, aquel de quien se ha separado el divino e inmortal espíritu dejando tan sólo los cuerpos astral y físico, es presa de todos los vicios e instintos propios de la materia, por lo que se convierte en dócil instrumento de las invisibles entidades de materia sublimada que vagan por la atmósfera y están siempre en acecho de obsesionar a cuantos quedaron abandonados por su inmortal consejero, el divino espíritu a que Platón llama *genio* (NOTA: Jowett: *Traducción del Timeo*. FINAL NOTA). Según este insigne filósofo e iniciado, quien haya vivido rectamente en la tierra volverá a morar en *su astro* para tener allí existencia de felicidad proporcionada a sus merecimientos; pero si no hubiese vivido rectamente será *mujer* (NOTA: Significa esto que renacerá en condiciones de flaqueza como una mujer. Según la teoría de Pleasonton, en todo fenómeno cósmico, psíquico o físico concurren las electricidades positiva y negativa. El abuso de los estimulantes alcohólicos convierte al hombre en mujer y a la mujer en hombre por el cambio de sus electricidades. El beodo adquiere cualidades femeninas y se vuelve irascible, insensato, violento y pronto a chocar con la electricidad positiva de su mujer, por lo que se repelen, injurian y riñen con escándalo bastante para dar asunto a la crónica criminalista de la prensa diaria. ¿Quién creería que estos altercados tienen por causa las exhalaciones cutáneas del criminal? Sin embargo; se ha demostrado ya científicamente que la transpiración estimulada por las bebidas alcohólicas determina cualidades femeninas en el beodo, a causa de mudarse en positiva su natural electricidad negativa. (*Influencia de los rayos azules*, 119). FINAL NOTA) en la otra generación, y si aún así tampoco se aparta del mal, quedará convertido en bruto de índole ajustada a sus perversos instintos, sin que cesen sus

penas y transmigraciones hasta que, identificándose con el divino principio en su interior existente y venciendo con auxilio de la razón a los turbadores e irracionales elementos (espíritus elementales) compuestos de agua, aire, fuego y tierra, asuma nuevamente su primaria y superior naturaleza (NOTA: Platón: *Timeo*. FINAL NOTA).

Pero el doctor Elam opina diversamente y dice (NOTA: *Problemas de un médico*, 194. FINAL NOTA) que sigue siendo un misterio la causa de la propagación de las epidemias; en cambio nada misterioso encuentra en el incremento de la manía incendiaria. ¡Singular contradicción! Lo mismo ocurre con la manía homicida de que trata De Quincey (NOTA: *El asesinato bajo el aspecto de refinamiento artístico*. FINAL NOTA), sin explicar la causa de aquella epidemia de asesinatos sobrevenida entre los años de 1588 a 1635, en que murieron a mano armada siete personajes de la época.

Si apremiáramos a estos presuntos filósofos para que nos explicaran estos fenómenos sociales, responderían que es mucho más *científico* atribuirlos a perturbaciones de la mente, excitaciones políticas, movimientos impulsivos, espíritu de imitación, ociosidad, neurastenia e histerismo, que darles por quimérico fundamento la absurda hipótesis de la luz astral. Sin embargo, creemos que si por designio providencial dejara de afligir a la especie humana el histerismo, se verían apuradísimos los médicos para explicar los fenómenos que ahora atribuyen a las condiciones patológicas de los centros nerviosos. El histerismo ha sido hasta ahora tabla de salvación para los patólogos escépticos. Histérica llaman a la ruda campesina que sin causa determinante habla idiomas extranjeros y compone poesías. A «desarreglo de los centros nerviosos seguido de alucinación histérica colectiva» atribuyó Littré (NOTA: *Revista de Ambos mundos*. FINAL NOTA) la levitación de un médium que en presencia de doce testigos salió por una ventana del tercer piso de la casa y volvió a entrar en el aposento por otra distinta. Des Mousseaux (NOTA: *Obras de los demonios*. FINAL NOTA) califica de *alucinación canina* el caso de un perro de caza que acertó a entrar en la sala durante una manifestación y fue lanzado al aire por una mano invisible con tal empuje, que después de hacer pedazos al chocar con ella la araña pendiente del techo a cinco metros de altura, cayó muerto en el suelo.

Dice Bulwer-Lytton, por boca del doctor Fenwick (NOTA: *Una historia extraña*. FINAL NOTA), que «la verdadera ciencia no se aferra a ninguna opinión, pues sólo admite tres estados mentales: negación, afirmación y la suspensión de juicio que media dilatadamente entre ambas». Acaso fuese ésta la verdadera ciencia en los días del doctor Fenwick; pero en nuestros tiempos, la ciencia, o niega rotundamente sin tomarse trabajo alguno de investigación preliminar, o bien colocándose a prudente distancia entre la afirmación y la negación recurre al diccionario greco-latino para inventar neologismos con que poner nombre a modalidades histéricas que jamás tuvieron realidad.

No es muy raro que poderosos videntes y expertos hipnotizadores hayan descrito las manifestaciones patológicas de carácter físico (aunque inaccesibles a la visión ordinaria) que la ciencia achaca a desórdenes epilépticos y hemático-nerviosos, pero que en modo alguno pueden tener origen *orgánico*, puesto que la lúcida visión las observaba en la luz astral, cuyas vibraciones eléctricas, según testimonio de videntes e hipnotizadores, estaban violentamente perturbadas con notoria influencia en la epidemia morbosa o mental a la sazón dominante. Pero la ciencia no ha hecho caso de ellos y ha proseguido en su tarea de dar nombres nuevos a cosas viejas.

Du Potet, el príncipe de los hipnotizadores franceses, dice a este propósito: «La historia mantiene demasiado vivo el recuerdo de la nigromancia, que se presta con harta facilidad a *monstruosos abusos*... Pero ¿cómo descubrí yo el arte hipnótico? ¿En dónde lo aprendí? ¿En mis pensamientos? No. La misma naturaleza me reveló el secreto. ¿Cómo? Ofreciendo a mi vista, sin necesidad de buscarlos, indisputables fenómenos de hechicería y magia. ¿Qué es, después de todo, el sueño sonambúlico? *Resultado del poder mágico*. ¿Qué determina esas atracciones, esos *impulsos repentinos*, esas epidemias asoladoras,

pasiones, antipatías, esas crisis y convulsiones sociales, en fin, que *vosotros podéis hacer duraderas*? Pues las determina el *genuino principio* que nosotros empleamos, el agente que *sin duda alguna conocían también los antiguos*. Lo que vosotros llamáis fluido nervioso o *magnetismo* lo llamaron los antiguos potencia oculta del alma, yugo y MAGIA. La magia está fundada en la existencia de un complejo mundo situado *fuera* y no *dentro* de nosotros, con el cual nos ponemos en comunicación mediante ciertas prácticas y artes... Un elemento *natural*, pero desconocido de la mayoría de las gentes, invade a una persona y la doblega y abate como junco al soplo del huracán; dispersa a los hombres a largas distancias, los hiere *en mil puntos a un tiempo* sin que descubran al invisible enemigo ni puedan protegerse a sí mismos... Este elemento escoge amigos y *favoritos* a cuyo pensamiento obedece, responde a sus voces y comprende el significado de ciertos signos. Todo esto es incomprendible para muchas gentes que lo repudian en nombre de la razón; y sin embargo, está demostrado y yo lo *veo* y porque lo veo lo digo muy alto, pues ya es para mí verdad demostrada incontrovertiblemente... Si entrase en pormenores, se comprendería fácilmente que tanto a *nuestro alrededor* como en *nosotros mismos*, entidades misteriosas de *potencia y forma* entran y salen a voluntad, no obstante estar las puertas bien cerradas» (NOTA: Du Potet: *La Magia sin velo*, 51 y 147. FINAL NOTA). En otra de sus obras nos dice el gran hipnotizador: «La facultad de dirigir este fluido requiere determinada complejión fisiológica... Pasa este fluido a través de todos los cuerpos, pues todos son sus conductores y a la vez medios de actuación (NOTA: *Esta es la enseñanza de todos los filósofos herméticos*. FINAL NOTA)... Ninguna fuerza química ni física es capaz de contrarrestarlo, pues hay muy poca analogía entre este fluido magnético animal y los que los físicos conocen con el nombre de imponderables» (NOTA: Du Potet: *Curso de Magnetismo*, 17, 108. FINAL NOTA).

Si volvemos la vista a la Edad Media encontraremos las mismas ideas en las obras de varios autores, entre ellos Cornelio Agripa que dice: «El alma del mundo es la fuerza universal siempre cambiante que puede fecundar un objeto cualquiera y comunicarle sus propiedades celestes, de modo que mediante las debidas preparaciones de la *ciencia* pueda transmitirnos su virtud. Basta llevar estos objetos encima para sentir inmediatamente su acción tanto en el espíritu como en el cuerpo. El alma humana, esencialmente idéntica a toda la creación, tiene *maravilloso poder*. Quien este secreto conoce es capaz de alcanzar sabiduría superior a cuanto le quepa presumir, con la necesaria condición de permanecer unido a esta fuerza universal... La verdad y el porvenir pueden presentarse continuamente a la vista del alma, según demuestran las profecías y vaticinios rigurosamente cumplidos... El tiempo y el espacio se desvanecen ante la mirada de águila del alma inmortal...; su poder no tiene límites..., pues le cabe lanzarse a través del espacio y envolver con su presencia a un hombre *cualquiera que sea la distancia a que se halle* e infundirse en él y hablarle como si personalmente estuviese a su lado» (NOTA: Agripa: *Filosofía oculta*, 332, 358. FINAL NOTA).

Pero aún podemos remontarnos a tiempos más antiguos y escoger entre los filósofos precristianos a Cicerón, como menos sospechoso de superstición y credulidad. Dice el famoso orador: «Sabemos que de todos los seres vivientes, el hombre es el mejor formado y, como los dioses (NOTA: *Entiende Cicerón por dioses los espíritus humanos y elementales*. FINAL NOTA) también son seres vivientes, deben tener forma humana, aunque no quiero decir con esto que estén provistos de carne y sangre, sino que parece como si tuvieran cuerpo de carne y sangre... Epicuro, para quien las cosas ocultas eran tan palpables cual si las tocara con las manos, nos enseña que dos dioses no son ordinariamente visibles pero sí *inteligibles*, pues aunque carecen de cuerpo denso, podemos reconocerlos por sus *pasajeras* imágenes, ya que en el espacio infinito hay átomos suficientes para formar las imágenes que al aparecerse nos dan idea de lo que son esos seres felices e inmortales» (NOTA: Cicerón: *De Natura Deorum*, I-XVIII. FINAL NOTA).

A su vez dice Eliphaz Levi: «Un iniciado que posea completa *lucidez* puede dirigir y comunicar a voluntad las vibraciones magnéticas en la masa de la luz astral... En el momento de la concepción se transforma en luz humana, de que se reviste el alma como de primer envoltorio y, combinada con los más sutiles flúidos, forma el cuerpo etéreo o fantasma sideral, que ya no se desprende por completo del cuerpo de carne hasta el momento de la muerte». El gran secreto del adepto mágico consiste en proyectar este cuerpo etéreo a cualquier distancia y condensar en él oleadas del mismo flúido que lo constituye, a fin de hacerlo visible y tangible.

La magia teúrgica es la más acabada expresión de la psicología oculta. Los científicos la desdeñan como alucinación de cerebros calenturientos o la denigran con el estigma de charlatanería; pero nosotros les negamos el derecho de juzgar un asunto que jamás investigaron. Tanto valiera reconocerle a un indígena de las islas Fiji el derecho de criticar las obras de Agassiz o Faraday. Todo lo más que pueden hacer los científicos es enmendar hoy su tarea de ayer. Tres mil años atrás, antes de la época de Pitágoras, afirmaban los filósofos que la luz era materia ponderable y al propio tiempo fuerza. La teoría corpuscular fue desechada a causa de los errores en que incurriera Newton al exponerla, pero en cambio aceptó el mundo científico la teoría de las ondulaciones lumínicas. Sin embargo, ahora se sorprenden los físicos al ver que Crookes *pesa* la luz en su radiómetro. Los pitagóricos sostenían, contrariamente a los modernos científicos, que la luz es un agente que no dimana directamente del sol ni de las estrellas. Lo mismo puede decirse respecto de la ley de gravedad. De acuerdo con las enseñanzas pitagóricas, sostenía Platón que la gravedad no era tan sólo la atracción magnética de las masas menores por las mayores, sino también la atracción de los cuerpos semejantes y la repulsión de los contrarios. A este propósito dice: «Si se ponen juntas cosas de naturaleza contraria, luchan y se repelen mutuamente» (NOTA: Platón: *Timeo*. En esto se apoya Jowett en su introducción para decir que Platón enseñaba que los cuerpos similares se atraen mutuamente. Sin embargo, semejante aserto equivaldría a negarle al insigne filósofo el rudimentario conocimiento de las leyes de polaridad magnética. FINAL NOTA).

Esto no debe tomarse en el sentido de que se repelan los cuerpos de propiedades contrarias, sino tan sólo los que están juntos y son de naturaleza antagónica. Las investigaciones de Bart y Schweigger han disipado las dudas que pudieran haber acerca de si los antiguos conocían debidamente la atracción del hierro por el imán, así como las modalidades positiva y negativa de la electricidad, aunque dieran a todo ello distintos nombres. Entre los antiguos era opinión general que los planetas estaban relacionados magnéticamente, porque todos son imanes, y así, no sólo llamaban piedras magnéticas a los aerolitos, sino que se valían de ellos en los Misterios para los mismos usos en que nosotros empleamos hoy el imán. A este propósito dice Mayer: «La tierra es un enorme imán y todo súbito trastorno de la superficie del sol altera profundamente el equilibrio magnético de la tierra, ocasionando el temblor de las brújulas de los observatorios con luces polares cuyas vaporosas llamas parecen danzar al compás de la inquieta aguja» (NOTA: Mayer: Conferencia dada en el Círculo Científico de Yale, 1872. FINAL NOTA).

Cuando esto enseñaba Mayer, no hacía más que repetir en inglés lo que se enseñó en lengua dórica muchos siglos antes de nacer el primer filósofo cristiano.

Los prodigios realizados por los sacerdotes teurgos son tan auténticos y se apoyan en tan sólidas pruebas (si de algo vale el testimonio humano), que Brewster les reconoce piadosamente profundos conocimientos de ciencias físicas y filosofía natural, por no confesar que sobrepusieron en maravilla a los taumaturgos cristianos. Los modernos científicos están enredados en los términos de un dilema: o confiesan que los antiguos sabían más física que ellos o han de admitir en la naturaleza algo más allá de las ciencias físicas, es decir, que el *espíritu* posee facultades no sospechadas por nuestros filósofos. Sobre esto dice Bulwer-Lytton: «Los errores en que caemos respecto de la ciencia de

nuestra especialidad, sólo los advertimos a la luz de otra ciencia especialmente cultivada por el estudio ajeno» (NOTA: *Una historia extraña. FINAL NOTA*).

Nada de más fácil explicación que las superiores posibilidades de la magia. La radiante luz del universal océano magnético, cuyas eléctricas ondulaciones interpenetran en su incesante movimiento los átomos de la creación entera, revelan a los estudiantes de hipnotismo el alfa y el omega del gran misterio, a pesar de la deficiencia de sus experimentos. Tan sólo el estudio de este agente, soplo divino, descubre los secretos de la psicología y de la fisiología y de los fenómenos cósmicos y espirituales.

A este propósito dice Psello: «La magia era la parte superior de la ciencia sacerdotal y tenía por objeto investigar la naturaleza, potencias y cualidades de todas las cosas sublunares; de los elementos y sus compuestos; de los animales; de las plantas y sus frutos; de las piedras y hierbas; en una palabra, inquiría la esencia y potencia de todas las cosas. Los efectos de esta ciencia se resolvían en esculpir estatuas magnetizadas que tocaban los enfermos para recobrar la salud y en fabricar figuras y talismanes que lo mismo servían para provocar la enfermedad que para curarla. También por medio de la magia se hace aparecer frecuentemente fuego celestial que enciende las lámparas y hace sonreír a las estatuas» (NOTA: Taylor: Pausanías. Psello.— *Manuscrito del Tratado de los demonios. Tratado de los misterios báquicos y eleusinos. FINAL NOTA*).

No es extraño que los antiguos sacerdotes animaran mágicamente estatuas de piedra y metal, según aseguran fidedignos testimonios, cuando en nuestros tiempos es posible, gracias al descubrimiento de Galvani, mover las patas de una rana muerta y alterar los rasgos fisonómicos de un cadáver, de modo que sucesivamente denote alegría, ira, horror y las más variadas emociones.

El puro y celeste fuego del altar pagano era electricidad derivada de la luz astral, y por consiguiente, si las estatuas estaban preparadas al efecto, bien podían, sin sospecha de superstición, provocar la enfermedad o restituir la salud mediante contacto, como sucede hoy con los cinturones eléctricos.

Los escépticos, así doctos como ignorantes, se han burlado a su sabor en estos dos últimos siglos de los absurdos atribuidos a Pitágoras por su biógrafo Jámblico. Dice éste que el filósofo de Samos disuadió a una osa de comer carne; logró que un águila bajara de las nubes a posarse sobre su cuerpo, de modo que pudo domesticarla acariciándola con la mano y dirigiéndola suaves palabras; y por fin, persuadió a un buey a que no comiese habas, sin más exhortaciones que unas cuantas frases inusitadas a la oreja. Todo esto parecen ridiculeces de ignorancia y superstición a los ojos de las cultísimas generaciones del día; pero si analizamos estos supuestos absurdos veremos que no lo son tanto como el en que incurren los detractores de Pitágoras al creer literalmente que Josué detuvo el sol en su carrera. Con frecuencia vemos hombres de escasa cultura y aun jovencitas de complexión delicada que a copia de paciencia y voluntad lograron domar los ferocísimos animales que exhiben sin temor alguno en sus colecciones zoológicas. El mismo resultado obtienen algunos hipnotizadores que, con su mágica sugestión, dominan no sólo a los animales, sino también a las personas, como hizo, por ejemplo, el famoso magnetizador Regazzoni, cuyos experimentos (mucho más increíbles que cuanto se haya podido atribuir a Pitágoras) tanta admiración causaron en París y Londres. No es justo, por lo tanto, acusar de inveraces o supersticiosos hasta el absurdo a los biógrafos de hombres tales como Pitágoras y Apolonio de Tyana. Al ver que la mayoría de quienes tan escépticos se muestran en lo tocante a las facultades mágicas de los antiguos y se burlan de sus míticas teogonías creen sin embargo firmemente en la *Biblia*, no podemos por menos de asentir al oportuno apóstrofe de Higgins, que dice: «Cuando encuentro hombres instruidos que toman el *Génesis* al pie de la letra, siendo así que los antiguos, no obstante sus defectos, tuvieron sobrado buen criterio para tomarlo en sentido alegórico, casi llego a dudar de si

realmente ha progresado la mentalidad humana » (NOTA: Higgins: *Anacalipsis*, I, 807. FINAL NOTA).

Taylor es uno de los pocos comentaristas que han reconocido con justicia el talento de los autores griegos y latinos. En su traducción de la *Vida de Pitágoras*, de Jámblico, dice Taylor: «Puesto que según nos informa Jámblico estuvo Pitágoras iniciado en los misterios de Byblus y Tiro, en las ceremonias religiosas de los sirios, en la sagrada ciencia de los magos de Babilonia y en los secretos de los santuarios egipcios, donde pasó veintidós años de su vida, nada tiene de maravilloso que conociera la teurgia y fuese capaz de operar prodigios superiores al ordinario alcance de la virtud humana, que al vulgo le parecen increíbles».

El éter universal no era para los antiguos un desierto extendido por las inmensidades cerúleas, sino que lo consideraban como mar sin orillas, en cada una de cuyas moléculas latía un germen de vida, poblado, a semejanza de los mares terrenos, de diversidad de criaturas monstruosas unas y menores otras. Así como los animales de branquias se encuentran, según la especie, en mares altos o charcas bajas, así también cada linaje o casta de las entidades etéreas (*espíritus elementales*) moran habitualmente en los parajes más adecuados a su índole y unas se muestran amigas y otras enemigas del hombre; cuáles son de agradable y cuáles de repulsivo aspecto; algunas se refugian en apacibles retiros y varias se complacen en planear sobre las aguas.

Si recordamos que el movimiento de los astros ha de perturbar el éter más hondamente todavía que los proyectiles el aire o las naves el agua, no será difícil inferir que determinadas posiciones respectivas de los astros puedan originar corrientes etéreas más caudalosas en una dirección que en otra y arrastrar, por lo tanto, en el mismo sentido grandes masas de elementales amigos o enemigos que, al ponerse en contacto con la atmósfera de la tierra, ocasionen efectos de notoria realidad.

Opinaron los antiguos que los espíritus elementales, no dotados de alma, emanaron del incesante movimiento de la luz astral, que es fuerza engendrada por la *voluntad*. Pero como esta voluntad procede de una inteligencia infalible (porque es purísima emanación del Padre y no está sujeta a los órganos físicos del pensamiento humano), desde el principio del tiempo comenzó a desenvolverse, con arreglo a leyes inmutables, la materia elemental indispensable para la generación de las razas humanas que, ya pertenezcan a nuestro planeta, ya a cualquiera de los miles que voltean en el espacio, tienen todas sus cuerpos físicos formados según matriz de los cuerpos de cierta especie de entidades elementales que pasaron a los mundos invisibles. En el encadenamiento de la filosofía antigua no faltaba eslabón alguno de cuantos pudiera forjar una «imaginación experta», como dice Tyndall, ni quedaba la menor laguna que pudiera colmarse con hipótesis materialistas, pues nuestros «ignorantes» antepasados trazaban la línea de evolución de uno a otro extremo del universo, sin que, como absurdamente han hecho los modernos científicos, intentaran resolver ecuaciones de un solo miembro. De la propia suerte que en la serie de evolución física no falla término alguno desde la nebulosa estelar hasta el cuerpo humano, así tampoco dejaron los antiguos ningún punto interrumpido en la línea de evolución espiritual que abarca desde el éter cósmico hasta el encarnado espíritu del hombre.

Según los antiguos, la evolución procedía del mundo del espíritu al de la materia, para ascender desde éste al punto originario. La evolución de las especies era para ellos el descenso del espíritu a la materia y las entidades elementales tienen en esta línea un punto tan señalado como el eslabón que Darwin juzga perdido entre el hombre y el mono.

Nadie ha descrito más poética y acabadamente los seres elementales que Bulwer-Lytton, en su obra *Zanoni*, pues cuando los pinta como «algo inmaterial que da idea de alegría y luz», parecen sus palabras más bien eco fiel de la memoria que exuberante engendro de la imaginación. Dice uno de los personajes de la mencionada obra: «El hombre es tanto más presuntuoso cuanto más ignorante. Durante muchos siglos sólo vio lucecitas encendidas

por Dios para alumbrarle por la noche en los innumerables mundos que centellean en el espacio como burbujas en un océano sin límites... La astronomía ha desvanecido esta ilusión de la vanidad humana, y, aunque con repugnancia, confiesa el hombre que los astros son otros tantos mundos mayores y mejores que el suyo... Por doquiera descubre la ciencia nuevas vidas en esta inmensa ordenación... Procediendo, pues, por rigurosa analogía, si no hay brizna de hierba ni gota de agua que no sea, como la estrella más lejana, un mundo palpitante de vida, y si el hombre es un mando para los millones de seres vivientes que pueblan su carne y su sangre, basta el sentido común para inferir que los infinitos espacios interplanetarios están cuajados de entidades vivientes adaptadas a dicho medio. ¿No es absurdo admitir la vida en una brizna de hierba y negarla en las inmensidad es del espacio? La ley reguladora del sistema universal no consiente el vacío ni en un punto siquiera, ni tampoco permite lugar alguno donde no aliente la vida. ¿Cómo cabe concebir, entonces, que el espacio esté vacío, inanimado, y tenga en el ordenamiento de la creación menor utilidad que la brizna de hierba o la gota de agua poblada de miles de infusorios? El microscopio descubre los parásitos que habitan en la brizna, pero no se ha inventado todavía un telescopio de suficiente alcance, para descubrir los nobilísimos y superiores seres que pueblan los inmensos espacios etéreos. Sin embargo, entre estos seres y el hombre hay misteriosa y terrible afinidad... Mas para recorrer este velo es preciso que el alma rebose de vivo entusiasmo y se desprenda de todo deseo mundano... Dispuesto así el hombre, vendrá en su auxilio la ciencia para que su vista sea más aguda, su ingenio más vivo, su sensibilidad más exquisita y aun el mismo éter, por virtud de ciertos secretos de química sublime, será más tangible y manifiesto. Después de todo, esto no es magia como se figuran los crédulos, pues no hay magia contra naturaleza, sino que únicamente la ciencia es capaz de dominar a la naturaleza. Ahora bien: existen en el espacio millones de seres no *precisamente espirituales*, porque todos tienen, como los infusorios, ciertas formas de materia, si bien tan delicada, vaporosa y tenue, que es a manera de película o vello que envuelve el espíritu... A la verdad, estas razas difieren entre sí completamente, pues unas son de extrema sabiduría y otras de horrible malignidad; unas hostiles como enemiga implacable hacia el hombre y otras benéficas como medianeras entre cielo y tierra... Entre los habitantes de los umbrales hay uno que excede en malicia y perversidad a todos los de su linaje; uno cuya mirada arredra al hombre más intrépido y cuyo poder se acrecienta en proporción del temor que inspira» (NOTA: Bulwer-Lytton: *Zanoni*. FINAL NOTA).

Tal es el esbozo que de los elementales no dotados de espíritu traza un autor, de quien se supone fundadamente que sabía mucho más de cuanto condescendiera a declarar ante un público escéptico.

Más adelante trataremos de explicar algunas enseñanzas esotéricas acerca del pasado, presente y porvenir del hombre. Estas enseñanzas son la fuente de que brotó el Antiguo y parte del Nuevo Testamento, y contienen los más sublimes conceptos de moral y de religión *revelada*. Las clases fanáticas e ignorantes de la sociedad tomaban la doctrina en sentido literal, pero las clases superiores, constituidas en su mayoría por iniciados, estudiaban en el solemne silencio de los santuarios y adoraban al único Dios del cielo.

Las enseñanzas que, en el *Banquete* expone Platón acerca de la creación del hombre, y su teoría cosmogónica declarada en el *Timeo*, deben tomarse en sentido alegórico para aceptarlas por completo. Los neoplatónicos se aventuraron a exponer, sin violación de sigilo, las interpretaciones pitagóricas contenidas en el *Timeo*, *Cratylus*, *Parménides* y algunos otros diálogos y trilogías. Los conceptos capitales de estas enseñanzas, en apariencia incongruentes, son el de la inmortalidad del alma y el de Dios como *mente universal infundida en todas las cosas*. La piedad de Platón y el respeto con que siempre habla de los Misterios son prenda suficiente de su discreción para no quebrantar el profundo sentimiento de responsabilidad inherente a todo adepto. A este propósito dice el insigne

filósofo: «El hombre sólo puede llegar a ser verdaderamente perfecto, perfeccionándose en los perfectos misterios» (NOTA: Platón: *Fedro.*– Traducción Cory, I, 328. FINAL NOTA).

No disimulaba Platón su disgusto por la divulgación que en su tiempo empezaba ya a darse a las enseñanzas de los misterios, pues opinaba que en vez de profanarlos en oídos de la multitud, debían reservarse exclusivamente a los más dignos y celosos discípulos (NOTA: Así lo corrobora el mismo Platón al decir: «Os quejáis de que en mi anterior discurso no expliqué suficientemente la naturaleza del *Primero*. De intento usé un lenguaje *enigmático* para que si la tablilla sufriera algún accidente, ya por mar ya por tierra, *nadie* que no *conociera el asunto* pudiera comprender su contenido».– (Platón: *Ep.II.* 312; Cory: *Fragmentos antiguos*). FINAL NOTA). Si bien menciona Platón frecuentemente a los dioses en sus obras, no cabe dudar de su fe monoteísta, pues por dioses entiende seres de jerarquía muy inferior a la divinidad y tan sólo superiores en un grado al hombre. El mismo Josefo, no obstante los prejuicios de raza, reconoce la creencia monoteísta de Platón, y a este propósito dice en su famosa diatriba contra Apión: «Los filósofos griegos que discurrían de acuerdo con la verdad no ignoraban cosa alguna... ni dejaban de notar la aparente frivolidad de las alegorías mitológicas que con justicia desdeñaban... Por este motivo se inclina Platón a creer que son inconvenientes los poetas en la república y no obstante rendir homenaje a Homero, le inculpa de haber quebrantado con sus mitos la *ortodoxa creencia en un solo Dios*».

Quienes descubran el verdadero espíritu de la filosofía platónica, difícilmente se contentarán con los comentarios de Jowett, quien dice que la influencia ejercida en la posteridad por el *Timeo* deriva en parte de la equivocada interpretación que los neoplatónicos dieron a las doctrinas de su autor, hasta el punto de estar las aclaraciones neoplatónicas de los Diálogos en «completo desacuerdo con el espíritu de Platón». Esto equivaldría a suponer que Jowett ha penetrado acertadamente este espíritu; pero sus comentarios no lo denotan así. Dice Jowett que los cristianos encuentran en el *Timeo* las ideas de la Trinidad, el Verbo, la Creación y la Iglesia, aunque bajo el concepto judaico. Sin embargo, no es extraño que encuentren estas ideas, porque realmente están expuestas literalmente en dicha obra, aunque haya volado el espíritu que animaba las enseñanzas del insigne filósofo y fuera en vano que lo buscáramos en los áridos dogmas de la teología cristiana. La esfinge es hoy la misma que cuatro siglos antes de nuestra era, pero Edipo murió de muerte violenta por haber revelado al mundo lo que el mundo no estaba en disposición de recibir. Platón encarnaba la verdad y necesario era que muriese como han de morir las verdades trascendentales antes de que renazcan cual Fénix de sus cenizas. Todos los comentadores de Platón han advertido la vivísima semejanza entre las esotéricas enseñanzas del ilustre filósofo y la doctrina cristiana; pero cada cual trató de explicar esta semejanza desde el punto de vista de sus personales creencias religiosas. Así, Cory (NOTA: *Fragmentos antiguos*. FINAL NOTA) opina que la semejanza es tan sólo superficial y prefiere el Dios antropomórfico a la Mónada pitagórica. Taylor, por el contrario encarama la Mónada muy por encima del Dios mosaico. Zeller ridiculiza el atrevimiento de los Padres de la Iglesia que, sin respeto a la historia ni a la cronología ni a la opinión pública, insisten en que la escuela platónica copió de la religión cristiana sus conceptos fundamentales (NOTA: *Afortunadamente para nosotros y por desdicha para los ultramontanos, no es hoy tan fácil escamotear datos y fechas y adulterar textos como lo fue para Eusebio, obispo de Cesarea. A pesar de las tergiversaciones de este autor cristiano, nadie podrá impedir que mientras la historia exista, se sepa que Platón floreció seis siglos antes de ocurrírsele a Ireneo exponer una doctrina derivada de las reliquias de la escuela platónica.* FINAL NOTA).

Todas las filosofías antiguas enseñan que Dios es la mente universal difundida en todas las cosas. Las religiones induista, budista (NOTA: *La filosofía pitagórica es fiel reflejo de*

la religión budista. FINAL NOTA) y cristiana se fundan en este concepto. En cuanto a la metempsícosis o proceso purificador de las transmigraciones, que tan groseramente se antropomorfizó más tarde, fue dogma subalterno que los sofismas teológicos adulteraron con intento de ridiculizar lo a los ojos de los fieles. Pero ni Gautama el Buddha ni Pitágoras tomaron al *pie de la letra* esta alegoría puramente metafísica, cuya explicación nos da el *Misterio de Kunbum* (según veremos más adelante), con referencia a las peregrinaciones espirituales del alma humana. No esperen los eruditos encontrar en la letra muerta de las Escrituras budistas la aclaración de estas sutilezas metafísicas que abisman el pensamiento en la insondable profundidad de su significado, hasta el punto de que nunca está el investigador más lejos de la verdad que cuando presume descubrirla. Las abstrusas enseñanzas budistas sólo pueden comprenderse con auxilio del método platónico, que procede de lo universal a lo particular y cuya clave hallamos en el sutilmente místico influjo espiritual de la vida divina. Así dice el Buddha: «Quien desconoce mi ley y muere en tal estado ha de volver a la tierra hasta que se convierta en perfecto samano. Para ello ha de sofocar en sí mismo la trinidad de *Maya* (NOTA: La ilusión de la materia en sus tres aspectos: físico, astral y mental. FINAL NOTA), extinguir sus pasiones, identificarse con la *Ley* (NOTA: Doctrina esotérica. FINAL NOTA) y comprender la religión del *aniquilamiento*» (NOTA: Por aniquilamiento se entiende aquí la desintegración de la materia, tanto visible como invisible, es decir, del cuerpo físico y del cuerpo astral o *periespíritu*, que también es materia, aunque sutil. La misma obra de donde hemos entresacado el pasaje, dice que por aniquilamiento o aniquilación, significa el Buddha la «eternidad é inmutabilidad de la substancia primaria», cuyo prístino estado es el puro y luminoso éter que llena el espacio y entraña anteriormente a ellas el origen de todas las formas. Pero sigue diciendo el libro: «las formas son creación de *Maya* y nada valen ante el increado ESPÍRITU en cuyo seno cesa para siempre todo movimiento». Así pues, aniquilación en el concepto budista significa desintegración de las *formas* o *apariencias* materiales, porque todo cuanto tiene forma ha sido formado, y tarde o temprano ha de perecer, o sea mudar de forma. Por lo tanto, toda forma es ilusoria o *mayávida*, ya que como la eternidad no tiene principio ni fin, por mucho que dure una forma, una vez pericada es como luz de relámpago. De aquí que sea ilusorio nuestro cuerpo astral, formado de éter, aunque conserve los contornos del físico. Este último se muda según los méritos o deméritos del hombre durante su vida terrena, y en esto consiste la metempsícosis budista. Cuando la *entidad* espiritual rompe para siempre los lazos que la sujetaban a la materia, entra en el eterno e inmutable nirvana. Existe en espíritu, pero toda forma aparente está aniquilada, pues el espíritu es la única REALIDAD entre las ilusorias formas que continuamente se suceden. FINAL NOTA).

En este concepto budista se apoya la filosofía pitagórica, que en este punto concreto expone Whitelock Bulstrode, como sigue: «¿Puede convertirse en *no entidad* aquel Espíritu que da la vida e impulsa el movimiento y participa de la naturaleza de la luz? ¿Puede el espíritu senciente de los brutos volver a la nada, a pesar de tener memoria, que es facultad racional? Si decís que los brutos exhalan su espíritu en el aire y allí se desvanece, lo niego. Verdaderamente es el aire lugar a propósito para recibir el espíritu de los brutos, porque, según Laercio, está poblado de almas y, según Epicuro, lleno de átomos originarios de todas las cosas; porque hasta este lugar donde nos movemos y en donde vuelan las aves participa de la naturaleza espiritual de modo que es invisible, y por lo tanto, muy bien puede ser el receptor de las formas, puesto que en él están todas las formas. Nosotros tan sólo podemos conocer este lugar por sus efectos. Y si aun el mismo aire es demasiado sutil para comprender su naturaleza, ¿qué será el éter de las regiones superiores y qué formas e influencias descenderán de allí?»

Opinaban los pitagóricos que los espíritus de las criaturas no son *formas* sino emanaciones del éter sublimado, es decir *soplos*. Todos los filósofos convienen en que el éter es incorruptible y por lo tanto inmortal y exento de aniquilación. Pero ¿qué es lo

invisible e indivisible que no tiene cuerpo ni forma ni peso, que *es* y no *existe*? El nirvana, responden los budistas. La NADA, que no es un lugar, sino un estado. En el nirvana queda el hombre libre de los efectos de las «cuatro verdades», porque todas las causas engendradoras de efectos se *aniquilan* en el estado nirvánico. La doctrina budista del nirvana se funda en estas «cuatro verdades» que, según el libro de la sabiduría (*Prajñá Paramitá*), son las siguientes:

- 1.º Existencia del dolor.
- 2.º Causa del dolor.
- 3.º Extinción del dolor.
- 4.º Medio de extinguir el dolor.

¿De donde dimana el dolor? De la existencia. Al nacimiento siguen decrepitud y muerte, porque doquiera hay *forma* hay *causa* de dolor. Tan sólo el *espíritu* no tiene forma alguna y por lo tanto no *existe* aunque *es*. El hombre interno que alcanza completamente la espiritualidad sin forma alguna, entra en la perfecta bienaventuranza. El hombre externo y objetivo se aniquila, pero la subjetiva espiritualidad vive eternamente, porque el espíritu es incorruptible e inmortal.

En el fondo de las enseñanzas de Buda y Pitágoras se descubre su identidad. La omnipenetrante *anima mundi* es el nirvana y la *mónada* encarnada de Pitágoras es el *buddha* de los budistas, que silenciosamente mora en los arcanos de la bienaventuranza final. También se identifican la *mónada* pitagórica y el *buddha* budista con el *Brahm* arúpico, la sublime e incognoscible Divinidad que llena el universo entero. Cuando el *buddha* se manifiesta en forma carnal es un *avatar*, *mesías*, *cristo*, *logos* o *verbo*, esto es, una *transmutación* del divino espíritu, el *Padre* que está en el Hijo y el *Hijo* que está en el *Padre*. El inmortal espíritu cobija al hombre mortal y desciende a infundirse en la morada de carne. Todo hombre es capaz de convertirse en *buddha*, dice la doctrina. Así es que en la interminable sucesión de los tiempos vemos de cuando en cuando hombres que alcanzaron más o menos completamente la *unión* con Dios, que equivale a la unión consigo mismos. Los budistas llaman *arhates* a estos hombres que están ya próximos a ser *buddhas* y nadie les aventaja en ciencia infusa y virtudes taumáticas (NOTA: Según ha demostrado Jacolliot, algunos fakires son prueba viviente de esta doctrina. FINAL NOTA). La misma identidad con las doctrinas secretas de Pitágoras nos descubren los relatos, tenidos por *fabulosos*, de ciertos libros budistas, una vez desnudos de toda alegoría. Los *Jâtakâs*, escritos en lengua páli, relatan las 550 encarnaciones o metempsícosis del Buddha y describen las formas que tuvo en cada vida animal, pasando del insecto al ave y al cuadrúpedo hasta llegar al hombre, imagen microscópica de Dios en la tierra. Sin embargo, no vale tomar estos relatos en sentido literal ni acomodarlos a las existencias de un solo espíritu que sucesivamente animó diversas formas de seres orgánicos, sino entender, de acuerdo con la metafísica budista, que el sinnúmero de espíritus humanos individuales son colectivamente un solo espíritu, como las gotas de agua del océano constituyen una sola masa líquida, a pesar de su posible separación. Cada espíritu humano es un destello de la luz que penetra el universo todo, y por lo tanto, lógico es creer que el divino espíritu anima el grano de arena, la flor, al león y al hombre. Los hierofantes egipcios, los brahmanes, los budistas del Este y algunos filósofos griegos sostuvieron siempre que el mismo espíritu latente en el átomo de polvo, anima al hombre, en quien se manifiesta plenamente activo. También fue general en otro tiempo la doctrina de la gradual absorción del alma humana en la esencia del paterno espíritu; pero jamás implicó esta doctrina la aniquilación del Ego, sino tan sólo la desintegración de las *formas* que al hombre verdadero envuelven en el mundo físico y después de la muerte. Nadie más a propósito para revelarnos los misterios de ultratumba (tan equivocadamente tenidos por impenetrables), que aquellos hombres favorecidos de algunos vislumbres de la verdad suprema por haber logrado, mediante su firmeza de propósito y pureza de vida, la unión

con Dios (NOTA: Porfirio atestigua que su maestro Plotino estuvo unido con Dios seis veces durante su vida, y deplora que él por su parte no lo lograra sino tres veces tan sólo. FINAL NOTA). Todos estos videntes nos dan singulares descripciones de las diversas formas asumidas por las entidades astrales que reflejan concretamente los pensamientos del hombre durante su vida terrena.

Es sencillamente absurdo tachar de atea y materialista la filosofía budista, porque el nirvana es *aniquilación* y el svabhâvat es la *nada* o la *impersonalidad*. También el *En* del En-soph judaico significa *nihil*, lo que no existe (*quo ad nos*), y sin embargo, a nadie se le ha ocurrido acusar de ateos a los judíos. En ambos casos la palabra *nada* o *aniquilación* expresa la idea de que Dios no es *cosa* ni *persona* visible y concreta a la cual pueda aplicarse propiamente el nombre de *algo* conocido en la tierra.

CAPÍTULO IX

No calificques de locura aquello de que has probado no saber nada.

TERTULIANO, *Apología*

Esto no es cosa de hoy ni de ayer, sino de todo tiempo. Y nadie nos ha dicho todavía de dónde ni cómo viene.

Sófocles

La creencia en lo sobrenatural se ha manifestado espontáneamente desde un principio en todos los pueblos de la raza humana. La incredulidad en lo sobrenatural conduce al materialismo, el materialismo a la sensualidad y la sensualidad a las catástrofes sociales entre cuyas convulsiones aprende el hombre otra vez a creer y orar.

GUIZOT

Si alguien no cree en estas cosas, guarde para sí su opinión y no contradiga a quienes por ellas se ve inclinado a la práctica de la virtud.

JOSEFO

De los pitagóricos y platónicos conceptos de la materia y de la fuerza, vayamos ahora a la cabalística teoría sobre el origen del hombre y comparémosla con la de la selección natural expuesta por Darwin y Wallace, pues tal vez hallemos tantas razones para atribuir a los antiguos la originalidad en este punto como en los que hasta aquí hemos considerado. A nuestro entender, la teoría de la evolución cíclica deriva su más valiosa prueba del cotejo entre las enseñanzas antiguas y las de los padres de la Iglesia respecto a la figura de la tierra y al movimiento del sistema planetario. Aun cuando no cupiera esperar otra prueba, la ignorancia de Agustín y Lactancio en estas materias, que extravió a la cristiandad hasta la época de Galileo, bastaría para evidenciar los eclipses que de tiempo en tiempo sufren los conocimientos humanos.

Algunos filósofos antiguos dicen que las «vestiduras de piel» que, según el Génesis (NOTA: Cap. III, vers. 21. FINAL NOTA), proporcionó Dios a Adán y Eva, significan los cuerpos carnales de que en la sucesión de los ciclos se vieron revestidos los progenitores de la raza humana. Sostenían dichos filósofos que la forma física, de semejanza divina al principio, se fue densificando gradualmente hasta que descendiendo al punto ínfimo del que pudiéramos llamar postrer ciclo espiritual, entró la humanidad en el arco ascendente del primer ciclo terreno. De entonces arranca una no interrumpida serie de ciclos (*yugas*) cuyo exacto número de años se mantuvo secreto en los santuarios sin revelarlo más que a los iniciados. En cada ciclo, edad o yuga, el género humano alcanza la mayor perfección posible en aquel ciclo; pero después decae antes de entrar en el nuevo ciclo con todos los residuos de su precedente civilización social y mental. Así se suceden los ciclos en transiciones imperceptibles que llevan al pináculo el poderío de los imperios, para de allí decaer hasta extinguirse. En el límite del arco inferior de cada ciclo, la humanidad queda sumida de nuevo en la barbarie. Desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, cuenta la historia el poderío y decadencia de las naciones que ascendieron a la cumbre para hundirse en el llano. Draper observa que no cabe incluir en cada ciclo a toda la especie humana, sino que, por el contrario, mientras la humanidad decae en algunos países, progresa y asciende en otros.

Esta teoría de la evolución cíclica es muy semejante a la ley reguladora del movimiento de los astros, que además de girar sobre su eje volteam en diversidad de sistemas alrededor de sus respectivos soles.

Vida y muerte, luz y tinieblas, día y noche se suceden alternativamente en el planeta mientras gira sobre su eje y recorre el círculo zodiacal, el menor de los ciclos máximos (NOTA: Dícese que Orfeo asignaba 120.000 años de duración al ciclo máximo, y Casandro 136.000. Véase Censorino: *De Natal Die*. Fragmentos cronológicos y astronómicos. FINAL NOTA). Recordemos el axioma hermético:

Como es arriba así es abajo; así en la tierra como en el cielo.

Con profunda lógica arguye Wallace diciendo que el hombre ha progresado mucho más en organización mental que en física, y opina que el hombre difiere de los animales en su fácil adaptación a los medios circundantes sin notables alteraciones en su forma y estructura corporal. Advierte Wallace que la variedad de climas está en correspondencia con la variedad de trajes, moradas, armas, aperos y utensilios. Según el clima, puede el cuerpo humano estar más erguido y menos cubierto de pelos con diversa proporcionalidad de miembros y pigmentación de la piel. «El cráneo y el rostro están íntimamente relacionados con el cerebro, que cambia al par de la evolución mental, puesto que es el medio de expresión de los más refinados impulsos de la naturaleza humana». Continúa diciendo Wallace que «cuando el hombre tenía apariencia de tal, sin que apenas participara de la naturaleza humana, no poseía el don de la palabra ni sentimientos de moralidad y simpatía ni tampoco el cerebro tan maravillosamente dispuesto para órgano de la mente, que aun en los más atrasados individuos, le da innegable superioridad sobre los brutos». El hombre debió de constituir en otro tiempo una raza homogénea (sigue diciendo Wallace). y poco a poco ha casi desaparecido el pelo que cubría su cuerpo... «La anchura del rostro y el enorme desarrollo de la rama ascendente del maxilar inferior denotan en el hombre de las cavernas de Les Eyzies poderosa musculatura y costumbres brutalmente salvajes».

Tales son los vislumbres que la antropología nos da acerca de unos hombres que llegados al término de un ciclo entraban en el siguiente. Veamos hasta qué punto los corrobora la psicometría clarividente. El profesor Denton dió a su esposa para que lo psicometrizarase un pedazo de hueso fósil sin advertirla de lo que era. Inmediatamente evocó aquel pedazo de hueso visiones de gentes y sucesos que Denton asigna a la Edad de piedra. Vió la psicómetra hombres muy parecidos al mono, con el cuerpo tan cubierto de pelo que parecía vestido. Preguntóle su marido si aquellos hombres tenían las caderas conformadas para mantenerse en posición bípeda, y respondió que no podían, pero que se echaba de ver en cierta parte del cuerpo menos pelo que en las otras, con la piel algo más coloreada. La cara parece achatada con mandíbulas salientes, la frente hundida en el centro y abultada por encima de las cejas. También vió la psicómetra un rostro muy semejante al del hombre, pero de líneas parecidas al del mono. Todos aquellos seres le parecieron de una misma especie y todos tenían el cuerpo peludo y los brazos muy largos (NOTA: Denton: *El alma de las cosas*, I. FINAL NOTA).

Acepten o no los científicos que la teoría hermética de la evolución atribuye al hombre origen espiritual, ellos mismos nos enseñan cómo ha ido progresando la raza desde el más bajo punto a que alcanza la observación antropológica, hasta su actual estado evolutivo. Y si por todas partes se descubren analogías en la naturaleza, ¿será improcedente afirmar que a la misma ley de evolución obedecen los pobladores del universo invisible? Si en nuestro minúsculo e insignificante planeta la evolución derivó del mono el tipo humano dotado de intuición y raciocinio, ¿cómo es posible que en las regiones sin fin del espacio moren tan sólo las *angélicas* formas desencarnadas? ¿Por qué no señalar sitio en estas regiones a las formas astrales del simiesco hombre, primitivo y de cuantas generaciones le han sucedido hasta nuestros días? Claro está que la forma astral de los hombres primievales sería tan grosera e imperfecta como la física.

Los científicos modernos no se toman el trabajo de computar la duración del «ciclo máximo»; pero los herméticos sostenían que por virtud de la ley cíclica, el género humano ha de ascender al mismo nivel del punto en que al descender tomara «vestiduras de piel», es decir, que con arreglo a la ley de evolución, el hombre ha de *espiritualizar* su cuerpo físico. No cabe impugnar tan lógica deducción, a menos que Darwin y Huxley demuestren que el astral *Homo sapiens* ha llegado al pináculo de su perfección física, intelectual y moral.

Dice Wallace a propósito de la selección natural: «Las razas superiores en inteligencia y moralidad han de prevalecer inevitablemente contra las razas inferiores y degeneradas, al paso que por la influencia de la selección en la mentalidad, evolucionarán las facultades psíquicas de modo que se adapten con mayor justeza a las condiciones del medio ambiente y a las exigencias del estado social. Aunque la forma externa tal vez no altere sus contornos, ganará, sin embargo, en nobleza y hermosura, por la incesante vigorización de las facultades mentales y el refinamiento de las emociones, hasta que todos los hombres formen una sola y homogénea raza, de cuyos individuos ninguno sea inferior a los más elevados tipos de la actual humanidad» (NOTA: Wallace: *La selección natural en el hombre*. FINAL NOTA).

En este pasaje del eminente antropólogo, se advierte por una parte sobriedad en el método científico y por otra circunspección en las hipótesis, de suerte que sus opiniones no chocan en manera alguna con las enseñanzas cabalísticas. Más allá del punto donde se detiene Wallace, veremos que la siempre progresiva naturaleza, obediente a la ley de adaptación, nos promete, o mejor dicho, nos asegura en el porvenir una raza semejante a la *vrilya*, descrita por Bulwer-Lytton (NOTA: *La raza futura*. FINAL NOTA) como reproducción atávica de los «Hijos de Dios».

Conviene advertir que la teoría de los cielos, simbolizada por los hierofantes egipcios en el «círculo de necesidad», explica al propio tiempo la alegoría de la «caída del hombre». Según la descripción que de las pirámides de Egipto (NOTA: *Indudablemente son las Pirámides el más grandioso símbolo cósmico nacido del genio humano*. FINAL NOTA) dan los autores arábigos, cada una de las siete cámaras de estos monumentos llevaba el nombre de un planeta. Su peculiar arquitectura denota ya de por sí la metafísica alteza del pensamiento de los constructores. La cúspide, perdida en el claro azul del cielo faraónico, simboliza el punto primordial, perdido en el universo invisible, de donde surgieron los espirituales tipos de la primera raza humana. En cuanto la momia quedaba embalsamada, perdía, por decirlo así, su individualidad física y simbolizaba la raza humana. Ponían los egipcios la momia en la actitud más favorable a la salida del «alma», que estaba obligada a pasar por las siete cámaras planetarias antes de recobrar su libertad por la simbólica cúspide. Las cámaras simbolizaban a un tiempo las siete esferas y los siete superiores tipos físico-espirituales de la humanidad futura. De tres en tres mil años, el alma, símbolo de la raza, había de regresar al punto de partida para de allí emprender nueva peregrinación hacia un mayor perfeccionamiento físico y espiritual. Verdaderamente es preciso ahondar en la abstrusa metafísica de los místicos orientales para percatarnos de la multiplicidad de temas que a un tiempo abarcaba su majestuosa mente.

No satisfecho el Adán edénico (NOTA: *El segundo Adán o Adán de barro descrito en el Génesis, II, 7*. FINAL NOTA) de las condiciones en que le puso el Demiurgos (NOTA: *Equivalente al Adán-Kadmon o primogénito*. FINAL NOTA) intentó orgullosamente ser creador. Este segundo Adán, salido de manos del andrógino Kadmon, es también andrógino, pues según las antiquísimas enseñanzas encubiertas alegóricamente por Platón (NOTA: *Timeo*. FINAL NOTA) los arquetipos de las razas humanas estaban contenidos en el árbol microcósmico que creció y se desarrolló dentro y debajo del gran árbol mundanal o macrocósmico. Por diversos e innumerables que sean los rayos del sol

espiritual, todos emanan de la unidad divina en cuya lumínica fuente tuvieron su origen las formas orgánicas e inorgánicas y también la forma humana.

Aun cuando repudiáramos la primitiva androginidad del hombre en lo concerniente a su evolución física, no cambiaría el sentido espiritual de la alegoría. Mientras el Adán edénico, el primer dios-hombre, encarnación de los elementos masculino y femenino, se mantuvo en estado de inocencia sin idea del bien y del mal, no sintió apetencia de «mujer» porque ella estaba en él y él en ella (NOTA: Fíjese el lector en que el Génesis no le da a Eya el nombre de mujer hasta después de la caída. En estado de inocencia la llaman varona y no hembra, como dando a entender con ello la naturaleza andrógina del mito edénico.– *El Traductor. FINAL NOTA*): Adán asume la distinción masculina separada de la femenina cuando la maligna serpiente (NOTA: Símbolo de la materia densificada en el hombre espiritual por su contacto con los elementos. FINAL NOTA) mostró el fruto del árbol mundanal o árbol de la ciencia. En aquel punto cesa la integración andrógina y el hombre y la mujer se diferencian en dos distintas entidades con ruptura del enlace entre el espíritu puro y la materia pura.

Desde entonces dejó el hombre de *crear espiritualmente* por el poder de su voluntad, limitado en adelante al orden físico hasta reconquistar el reino espiritual tras larga prisión en la cárcel de carne. Tal es el significado del *Gogard*, el helénico árbol de la vida, el sagrado roble en cuyas frondosas ramas anida una serpiente que *no es posible* expulsar de allí (NOTA: *Fecides: Cosmogonía. FINAL NOTA*). Esta serpiente mundana reptaba fuera del *ilus* primordial y a cada evolución acrecienta su corpulencia, fuerza y poderío.

El primer Adán o Adán Kadmon, el Logos de los místicos judaicos, equivale tanto al Prometeo helénico que intentó parigularse con la sabiduría divina como al Pimander (NOTA: Poder de la MENTE divina en su aspecto superior, pues los egipcios no hipostatizaron este símbolo como lo estuvieron los otros dos. FINAL NOTA) hermético. Los tres crearon hombres pero fracasaron en su obra (NOTA: Esto explica por qué Jehová se arrepiente de haber creado al hombre (Génesis, VI, 6 y 7).– *El Traductor. FINAL NOTA*). Prometeo quiere dotar al hombre de espíritu inmortal trino y uno, para que sin perder la individualidad pueda recobrar su primitivo estado espiritual; pero fracasa en su intento de robar el fuego del cielo y en castigo se ve encadenado a la roca Kazbeck.

Los griegos antiguos simbolizaban el *Logos* indistintamente en Prometeo y Heracles. El *Código de los Nazarenos* dice que Bahak-Zivo desertó del cielo de su padre confesando que aunque progenitor de genios no se ve capaz de plasmar criaturas porque no conoce el orco (NOTA: *Abismo sin fondo. FINAL NOTA*) ni tampoco el «fuego consumidor que no está en la luz». Entonces Fetahil, una de las potestades, se posa en el «barro» (NOTA: *Símbolo de la materia. FINAL NOTA*) y se maravilla de que así haya cambiado el fuego viviente.

Las mitologías antiguas representan castigados severamente por su osadía a los *Logos* que intentaron dotar al hombre de espíritu inmortal. Los Padres de la Iglesia que, como Orígenes y Clemente de Alejandría, fueron filósofos paganos antes de convertirse al cristianismo, no pudieron por menos de reconocer en los antiguos mitos el fundamento de sus nuevas doctrinas con arreglo a las cuales, el Verbo o Logos se había encarnado para señalar al género humano la senda de la inmortalidad y, deseoso de infundir en el mundo la vida eterna por medio del paráclito fuego, sufrió castigo de muerte como sus predecesores.

Los teólogos cristianos esquivan la dificultad dimanante de estas analogías y cohonestan la semejanza de las figuras diciendo que la misericordia divina concedió aun a los mismos paganos el don de profetizar el drama del Calvario. Pero los filósofos redarguyen con inflexible lógica que los Padres de la Iglesia se aprovecharon de ya forjadas alegorías, para revestir de ellas sus nuevas doctrinas, de modo que las multitudes vulgares las hallaran semejantes, por lo menos en apariencia, a las paganas.

Los mitos de la caída del hombre y del fuego de Prometeo se refieren también a la rebelión del orgulloso Lucifer precipitado en el insondable oreo. En la religión induista, Mahâsura (el Lucifer indo), envidioso de la refulgente luz del Creador, se sublevó contra Brahmâ al frente de una cohorte de ángeles rebeldes. Pero así como en la mitología griega acude el fiel titán Hércules en defensa de Júpiter y le mantiene en el trono celeste, así en la mitología induista vence Siva (la tercera persona de la Trimurti) a los rebeldes, y de la mansión celestial los precipita en el Honderah o abismo de eternas tinieblas, donde arrepentidos por fin de su culpa se les abre el camino de perfección.

En la fábula griega, el dios solar Hércules desciende al Hades y acaba con los sufrimientos de las almas, como también en el credo cristiano desciende Cristo a los infiernos para librar a las almas que esperaban el advenimiento. Los cabalistas, por su parte, explican más científicamente esta alegoría. El segundo Adán (NOTA: Símbolo de la primera raza humana equivalente a los «dioses» de Platón y a los «Elohim» de la Biblia. FINAL NOTA) no era de naturaleza trina, es decir, no estaba formado de cuerpo, alma y espíritu, sino que tan sólo tenía cuerpo astral sublimado y espíritu infundido en él por el Padre. El espíritu pugnaba por librarse de aquella sutil pero aprisionante envoltura, y los esfuerzos que en este sentido hicieron los «hijos de Dios» trazaron el bosquejo de la futura ley cíclica. Según Platón (NOTA: *Timeo*. FINAL NOTA) la fábula refiere que «el Creador no quiso que el hombre fuera semejante a los elohim encargados de plasmar las formas de los animales inferiores»; y así, cuando los hombres de la primera raza llegaron al punto culminante del primer ciclo perdieron el equilibrio, y la densificación de su envoltura astral les hizo descender por el arco opuesto.

El *Código de los Nazarenos* da esta misma versión cabalística de los «Hijos de Dios» o «Hijos de la Luz» Bahak-Zivo, «padre de los genios», recibe el encargo de «formar criaturas»; pero como nada sabe del orco», fracasa en su empeño y solicita la ayuda de Fetahil, espíritu más puro, que todavía fue menos afortunado en la tarea emprendida. Entonces aparece en la escena de la creación el *anima mundi* (NOTA: Dice Dunlap, apoyado en la autoridad de Ireneo, Justino mártir y el mismo *Código*, que los nazarenos consideraban el *alma* humana como potencia femenina y maligna. Ireneo al inculpar de herejía a los agnósticos dice que el Hijo y el Espíritu Santo son el *par agnóstico* que engendra los eones.— (Dunlap: *Sod, el Hijo del hombre*, p. 52, nota). FINAL NOTA) y al ver que por culpa de Fetahil (NOTA: Según los nazarenos, es Fetahil el creador, el rey de la luz; pero en este pasaje es el infortunado Prometeo que, por desconocer el nombre secreto, fracasó en su empeño de arrebatarse el fuego del cielo para infundir en el hombre el espíritu divino. FINAL NOTA) había menguado dañosamente el esplendor (la luz), despertó a Karabtanos (NOTA: Personificación de la materia y la concupiscencia. FINAL NOTA) que estaba frenético y no tenía sentido ni juicio, y le dijo: «Levántate y mira cómo el esplendor (luz) del nuevo hombre (Fetahil) ha fracasado en la formación de hombres. El esplendor ha menguado. Levántate y ven con tu madre (NOTA: El alma. FINAL NOTA) para rebasar los límites que te rodean en mayor amplitud que el mundo entero». Unida la frenética y ciega materia con el alma astral (no el soplo divino) nacieron «siete figuras» (NOTA: Ireneo cree que estas figuras simbolizan los siete planetas; pero representan los siete *pecados capitales*, o sea la progenie del alma astral (separada del divino espíritu) y de la materia ciega y concupiscente. FINAL NOTA) y al verlas Fetahil extendió la mano hacia el abismo de materia y dijo: «Exista la tierra como existió la mansión de las fuerzas». Y sumergiendo la mano en el caos lo condensa y crea la tierra (NOTA: Franck: *Código de los nazarenos*.— Dunlap: *Sod, el Hijo del hombre*. FINAL NOTA).

Relata después el *Código* como Bahak-Zivo quedó separado del alma astral y los ángeles malos de los buenos (NOTA: *Código de los nazarenos*, II, 233. FINAL NOTA). Entonces, el gran *Mano* (NOTA: El Mano de los nazarenos se parece sorprendentemente al Maná indo u hombre celeste del *Rig-Veda*. FINAL NOTA), que mora con el gran *Ferho*, llama

a Kebar-Zivo (NOTA: Llamado también Nebat-Iabar bar Iufin-lfafin, la *tercera vida*, el timón y la vid («Yo soy la vid y mi Padre el viñador», *San Juan*, XV). FINAL NOTA) y compadecido de los insensatos genios rebelados por su desmesurada ambición, le dice: «¡Señor de los genios! (NOTA: Equivalentes a los eones. FINAL NOTA): mira lo que hacen los ángeles rebeldes y lo que están maquinando (NOTA: *Código de los nazarenos*, I, 135. FINAL NOTA). Dicen ellos: «Evoquemos el mundo y pongamos en existencia las fuerzas. Los genios son *príncipes*, hijos de la luz; pero tú eres el *Mensajero de Vida*» (NOTA: *Código de los nazarenos*, I, 135. FINAL NOTA).

Para frustrar la influencia de la progenie del alma astral o siete principios malignos, el potente señor de la Luz (Kebar-Zivo) engendra otras siete figuras (NOTA: *Las virtudes capitales*. FINAL NOTA) que resplandecen «desde lo alto» (NOTA: *Código de los nazarenos*, III, 61. FINAL NOTA) en su propia luz y forma y así se restablece el equilibrio entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas.

Pero estas criaturas carecían del puro y divino soplo (NOTA: El «fuego viviente» de los cabalistas. FINAL NOTA) y estaban formadas tan sólo de materia y luz astral (NOTA: La luz astral o *anima mundi* es dual y bisexual. El elemento masculino es espiritual y divino, *Sabiduría*; pero el elemento femenino (espíritu astral de los nazarenos) está contaminado de la materia que desde luego lo malea. Este elemento femenino del *anima mundi* constituye la forma astral o periespíritu del hombre y de toda criatura viviente, aunque en los animales está embrionario el elemento masculino o espíritu inmortal que al cabo de innumerables etapas ha de constituir el tercer principio de la naturaleza trina. La teoría de esta evolución se resume en el cabalístico aforismo que dice: «la piedra se convierte en planta, la planta en bestia, la bestia en hombre, el hombre en ángel y el ángel en dios». FINAL NOTA). Tales fueron los animales precursores del hombre sobre la tierra. Los espíritus (hijos de la Luz) que se mantuvieron fieles al gran Ferho (causa primera) constituyen la jerarquía celestial de los *Adonim* y las legiones de hombres espirituales que no *encarnaron jamás*. Los espíritus rebeldes y sus secuaces, con los descendientes de las siete «necias» figuras engendradas por Karabtanos en su unión con el espíritu astral, constituyeron andando el tiempo los «hombres terrenos» (NOTA: *Eleazar: Comentarios sobre el Idra Suta*. FINAL NOTA) después de pasar por *todas* las creaciones de cada elemento. De este punto de la evolución arranca la teoría de Darwin que demuestra cómo las formas superiores proceden de las *inferiores*. Sin embargo, la antropología no se atreve a seguir el metafísico vuelo de la cábala *más allá* de nuestro planeta, y muy dudoso es que los antropólogos tengan el valor de buscar en los viejos manuscritos cabalísticos el eslabón perdido.

Puesto en movimiento el *primer ciclo*, su rotación descendente trajo a nuestro planeta de barro una porción infinitesimal de las criaturas *vivientes*. Llegada al punto inferior del arco cíclico, es decir, al punto inmediatamente precedente a la vida en la tierra, la chispa divina, suspensa todavía en el Adán, pugna por separarse del alma astral porque «el hombre iba cayendo poco a poco en la generación» y la vestidura de carne se densificaba paralelamente a la actividad.

Ahora se nos ofrece al estudio un *sod* (NOTA: *Sod* significa misterio religioso que, según Cicerón, formaba parte de los del monte Ida cuyos sacerdotes se llamaban *sodales*.— Freund: *Diccionario latino*, cita de Dunlap. FINAL NOTA) que el rabino Simeón (NOTA: Autor del *Zohar*, la gran obra cabalística del siglo I antes de J.C. FINAL NOTA) comunicó a muy pocos iniciados, pues sólo se revelaba de siete en siete años en los misterios de Samotracia y sus recuerdos están espontáneamente impresos en las hojas del misterioso *Kunbum*, el árbol sagrado de la comunidad de lamas adeptos (NOTA: *Obras del abate Huc*. FINAL NOTA).

En el mar sin orillas del espacio refulge el invisible y céntrico sol espiritual cuyo cuerpo es el universo en que infunde su alma y su espíritu. Todas las cosas están formadas según

este ideal arquetipo. El cuerpo, alma y espíritu del invisible sol manifestado en el universo son las tres emanaciones, las tres vidas, los tres grados del *Pleroma* agnóstico, los tres rostros cabalísticos. El *Anciano de los Días*, el *Santo* de las edades, el supremo *En Soph* «tiene forma y después no tiene forma» (NOTA: **Expresión esotérica de los conceptos de la Divinidad manifestada en sus obras y la Divinidad inmanifestada o el Absoluto.** – *El Traductor*. FINAL NOTA). Así dice el Zohar (Libro del Esplendor): «El Invisible tomó forma al poner el universo en existencia» (NOTA: *Zohar*, III, 288. – *Idra Suta*. FINAL NOTA). El alma del Invisible es la *primera luz*, el infinito y eterno soplo que mueve el universo e infunde la vida inteligente en toda la creación. La *segunda luz* condensa la materia cometaria en formas que pueblan el círculo cósmico, ordena los innumerables mundos que flotan en el espacio etéreo en todas las formas e infunde vida *no inteligente*. La *tercera luz* produce el universo físico y según se aleja de la divina luz céntrica va palideciendo su brillo hasta convertirse en *tinieblas* y *mal*, es decir, en materia densa, a que los herméticos llamaron «purgaciones groseras del fuego celeste».

Al ver el Señor Ferho (NOTA: **El invisible y céntrico sol espiritual**. FINAL NOTA) los esfuerzos de la chispa divina para recobrar su libertad y no hundirse todavía más en la materia, emanó de Sí mismo una *Mónada* a la que unida la chispa por sutilísimo hilo debía *vigilar* durante su continuada peregrinación de forma en forma. Así, la mónada quedó infundida en la piedra (NOTA: **Símbolo del reino mineral.** – *El Traductor*. FINAL NOTA); y al cabo de tiempo, por la combinada acción del *fuego* y del *agua* viviente, que lanzaban a la par su brillante *reflejo* sobre la piedra, salió la mónada suavemente de su prisión convertida en liquen (NOTA: **Símbolo del reino vegetal.** – *El Traductor*. FINAL NOTA). A través de sucesivas transformaciones fue ascendiendo la mónada y asimilándose cada vez mayor brillo de la paterna chispa a la que va aproximándose a medida que pasa por las formas. Por este orden quiso proceder la Causa primera, de modo que la mónada vaya ascendiendo lentamente hasta que su forma física recobre el estado que tuvo en el Adán de *barro* a semejanza del Adán Kadmon; pero antes de llegar a esta última transformación terrestre, la envoltura externa de la mónada pasa de nuevo en el período embrionario de la gestación por las fases de los diversos reinos de la naturaleza y asume vagas configuraciones de planta, reptil, ave y cuadrúpedo hasta metamorfosearse en feto humano (NOTA: *Everard: Misterios fisiológicos*, 132. FINAL NOTA).

En el acto del nacimiento queda la mónada *inconsciente* (NOTA: **Platón: *Timeo***. FINAL NOTA), es decir, pierde todo recuerdo del pasado hasta que gradualmente recobra la conciencia cuando al instinto de la niñez sucede la razón y el juicio. Luego de separada la vida (alma astral) del cuerpo físico, la libertada mónada se reúne gozosa con su progenitor espíritu, el refulgente *augoeides*; e identificados ambos, forman, con gloria proporcionada a la pureza espiritual de su pasada vida terrena, el Adán que ha recorrido por completo ya el «círculo de necesidad» y desechado hasta el último vestigio de su envoltura física. Desde entonces aumenta gradualmente su esplendor a cada paso que da en el brillante sendero cuyo punto terminal coincide con el del que partió para recorrer el ciclo máximo.

Los seis primeros capítulos del *Génesis* encierran toda la darwiniana teoría de la selección natural. El *hombre* mencionado en el capítulo primero es radicalmente distinto del *Adán* del capítulo segundo, porque el *hombre* fue creado a imagen de Dios, macho y hembra o sea bisexual, mientras que *Adán* fue formado del barro de la tierra y se convirtió en «ánima viviente» cuando el Señor le infundió por las ventanillas de la nariz el soplo de vida. Además, este *Adán* era masculino y no le encontraba Dios digna compañera. Los *adonai* son puras entidades espirituales y por lo tanto no tienen sexo ó, mejor dicho, reúnen en sí los dos sexos como el Creador. Tan acertadamente comprendían los antiguos este concepto, que representaban a la par masculinas y femeninas a muchas divinidades.

Quien lea detenidamente el texto del *Génesis* no tiene más remedio que interpretarlo según hemos expuesto, so pena de ver en ambos pasajes contradicciones absurdas.

El texto literal dió motivo a los escépticos para ridiculizar el relato mosaico, y precisamente de la letra muerta dimana el materialismo de nuestra época; pero no sólo alude el *Génesis* con toda claridad a las dos primeras razas humanas, sino que extiende la alusión a la tercera y cuarta simbolizadas en los «hijos de Dios» y en los gigantes (NOTA: En el momento de escribir estas líneas, da cuenta el periódico norteamericano *The Kansas City Times*, de haberse descubierto restos fósiles de una prehistórica raza de gigantes que conjuntamente corroboran las afirmaciones cabalísticas y mosaicas. Por la importancia del descubrimiento transcribiremos el informe de dicho periódico que dice así: «En sus exploraciones por los bosques del Missouri occidental, el magistrado E.P. Wert ha descubierto unos montículos cónicos, parecidos a los de Ohio y Kentucky, en las escarpadas alturas que dan al río Missouri. Los más elevados se encuentran en Tennessee, Mississipi y Luisiana. Nadie sospechaba que esta región hubiese sido en tiempos prehistóricos la patria de los constructores de estos montículos; pero ahora se ha descubierto que estos montículos levantados sobre las alturas de *Clay Country* son sepulcros de la extinguida raza que un tiempo poblara la comarca». En uno de dichos montículos encontró hace poco el magistrado Wert un esqueleto de cuyo hallazgo dió cuenta a los demás individuos de la asociación, quienes acudieron al paraje y excavaron el montículo hasta encontrar a poca profundidad huesos humanos de tamaño gigantesco, por lo menos doble del ordinario. Había una mandíbula inferior muy bien conservada con dientes profundamente arraigados en cuya corona se advierte el desgaste de la masticación. Las inserciones del maxilar denotan robustísimos músculos maseteros. El fémur es tan grande como el de un caballo y también revela poderosa musculatura. Pero el hueso más extraño del esqueleto es el frontal, que está muy deprimido y difiere de los ordinarios, pues en contraste con la depresión se ve un resalto longitudinal de una pulgada de ancho que cruza por las cejas y se dirige hacia atrás determinando el aplastamiento de la cabeza. En opinión de los sabios que se ocupan en este hallazgo, los huesos son de hombres pertenecientes a una raza prehistórica muy distinta de los indios actuales, cuyos montículos difieren de los de referencia. Los esqueletos hallados en los sepulcros estaban en posición sedente y junto a ellos había cuchillos y otros objetos de pedernal, de hechura diferente de las armas y utensilios de los aborígenes americanos. «Los fósiles están depositados en casa del doctor Foe, con propósito de llevar a cabo nuevas y más minuciosas investigaciones en los montículos é informar a la Academia de Ciencias. De todos modos puede anticiparse que los esqueletos son de una raza de hombres no existente en la actualidad». FINAL NOTA).

El autor de la recién publicada obra: *Religión sobrenatural e investigación acerca de la realidad de la revelación divina*, se burla de la unión de los «hijos de Dios» con las «hijas de los hombres» que eran hermosas, según dice no sólo el *Génesis* sino también el maravilloso *Libro de Enoch*. Pero es lástima que los doctos librepensadores de nuestra época no empleen su implacable lógica en rectificar sus partidistas y unilaterales opiniones, desentrañando el verdadero espíritu de las antiguas alegorías, mucho más científicas de cuanto pudieran suponer los escépticos. Sin embargo, de año en año vendrán nuevos descubrimientos a corroborar el significado de estas alegorías, hasta que la antigüedad en peso quede vindicada.

Del texto hebreo se infiere claramente que hubo una raza de criaturas puramente carnales y otra de seres puramente espirituales. Dejemos a la competencia de los antropólogos la evolución y selección de las especies y limitémonos a repetir, de acuerdo con la filosofía antigua, que de la unión de estas dos razas nació la raza adámica, que por participar de la naturaleza de sus progenitoras es igualmente apta para vivir en el mundo físico y en el espiritual. Con la naturaleza física está aliada la razón que le da señorío y predominio

sobre los demás seres de la tierra, y con la naturaleza espiritual está aliada la *conciencia*, que le guía entre las falacias de los sentidos para discernir instantáneamente entre lo justo y lo injusto.

Este discernimiento es privativo del espíritu absoluto, puro y sabio por naturaleza, como emanación de la pureza y sabiduría divina. Las decisiones de la conciencia no dependen de la razón, pues sólo podrá manifestarse plenamente cuando se haya abstraído a la servidumbre de la naturaleza inferior.

La razón no es facultad inherente al espíritu, porque tiene por instrumento el cerebro físico y sirve para deducir el consecuente del antecedente y la conclusión de las premisas, de conformidad con las pruebas suministradas por los sentidos. El espíritu *sabe* de por sí y no necesita argumentar ni discutir, pues como emanación del eterno espíritu de sabiduría, ha de poseer los mismos atributos esenciales que el todo de que procede. Por lo tanto, no discurrían desacertadamente los antiguos teurgos al decir que el elemento espiritual del hombre no se infundía plenamente en su cuerpo, sino que tan sólo cobijaba al alma astral, medianera entre el espíritu y el cuerpo. El hombre que ha subyugado su naturaleza inferior lo bastante para recibir directamente la esplendorosa luz de su *augoeides*, conoce por intuición la verdad y no puede errar en sus juicios a pesar de cuantos sofismas arguya la fría razón. Entonces alcanza la ILUMINACIÓN, cuyos efectos son la profecía, clarividencia e inspiración divina.

De acuerdo con las místicas doctrinas de los filósofos herméticos, escribió Swedenborg varios volúmenes, deseoso de interpretar el sentido esotérico del *Génesis*. Era Swedenborg congénitamente mago iluminado, pero no *adepto*; y así, no obstante haber seguido el mismo método de interpretación empleado por los alquimistas, fracasó en su propósito, porque tomó por modelo a Eugenio Filaleteo, que, si bien eximio alquimista, no llegó jamás a la «suprema pirotecnia», según frase alegórica de los mismos filósofos místicos. Sin embargo, aunque ni uno ni otro lograron abarcar todos los pormenores de la verdad, dió Swedenborg al primer capítulo del *Génesis* esencialmente la misma interpretación que los filósofos herméticos, demostrando que en sus versículos se encubre la *regeneración* o nuevo nacimiento del hombre y en modo alguno la creación de nuestro universo con el hombre por remate y corona.

Que Swedenborg substituyera los términos *sal, azufre y mercurio*, que emplearon los alquimistas, por los de *fin, causa y efecto* (NOTA: Arcanos celestes. FINAL NOTA), en nada se opone a la interpretación del texto mosaico por el único método posible, o sea el de las correspondencias, que emplearon los herméticos y fue también el de los pitagóricos y cabalistas, resumido en el famoso apotegma: «como es arriba, así es abajo».

Este mismo método siguen los filósofos budistas, que en su todavía más abstracta metafísica invierten la definición corriente entre los modernos científicos y consideran como única realidad los arquetipos invisibles y como *ilusión* los prototipos visibles o efectos de las causas.

Por muy contradictorias que parezcan las interpretaciones del *Pentateuco* en las obras de Swedenborg, demuestra con ellas que las literaturas sagradas de todos los países, sean los *Vedas*, la *Biblia* o las *Escrituras* budistas, sólo pueden interpretarse a la luz de la filosofía hermética. Los más eminentes sabios antiguos y medioevales fueron herméticos, como también lo son los místicos contemporáneos; y ya les ilumine la verdad por medio de su intuición, ya reciban esta luz en premio del estudio y de la ordinaria iniciación, todos aceptan el método y siguen el sendero trazado por instructores como Moisés, Gautama el Buddha y Jesús. *El rocío del cielo*, en que simbolizaban los alquimistas la verdad, baña su corazón, porque en *las cumbres de las montañas* extendieron *limpias telas de lino* para recogerlo. De esta suerte, cada cual a su manera, se adueñaron del *disolvente universal*.

Muy distinta cuestión es inquirir hasta qué punto estaban facultados para divulgar las verdades poseídas. El Maestro no puede quitarse arbitrariamente aquel velo, que, según

el Éxodo, cubría el rostro de Moisés al descender del Sinaí para comunicar al pueblo la palabra de Dios, sino que depende de si los oyentes quieren descorder el velo que «encubre sus corazones». Así lo significa claramente el apóstol Pablo en su epístola a los corintios, cuando les dice que si sus entendimientos están cegados por el fulgor que rodea a la verdad divina, no podrán ver la luz hasta que descorran el velo de sus corazones y *vuelvan al Señor* (NOTA: No se entiende por *Señor* en este pasaje la Trinidad antropomórfica, sino el Señor que a un tiempo es vida y hombre según el concepto de Swedenborg y los herméticos. FINAL NOTA), aunque el maestro descorra o no el que cubre su faz.

El eterno conflicto entre las diversas religiones del mundo, tales como la cristiana, judía, pagana, induista y budista, proviene de que muy pocos de sus respectivos fieles conocen la verdad, y la mayoría se obstinan en no descorder el velo de su corazón creyendo que el ciego es su prójimo. La divinidad exotérica de todas las religiones, incluso la cristiana, no obstante sus presunciones de misterio, es un ídolo, una ficción y no puede ser otra cosa. Cubierto el rostro con *tupido velo* habla Moisés a la muchedumbre y les representa al cruel y antropomórfico Jehovah como el Dios más sublime; pero oculta en lo más íntimo de su corazón aquella verdad que no puede decirse ni revelarse». Kapila hierde con la punzante espada del sarcasmo a los yoguis que afirmaban ver a Dios en sus éxtasis. Gautama el Buddha encubre la verdad bajo impenetrable capa de sutilezas metafísicas y la posteridad le tilda de ateo. A Pitágoras le tienen muchos por hábil impostor a causa de su alegórico misticismo y de la doctrina de la metempsícosis. Apolonio y Plotino sufren injusta acusación de visionarios y charlatanes. Muchos traductores y comentaristas de Platón, cuyas obras tan sólo han leído superficialmente la mayor parte de nuestros *eminentes* eruditos, le echan en cara absurdos y puerilidades, con más el desconocimiento de su propio idioma (NOTA: Burges: *Prefacio*.— Probablemente dió aparente motivo a esta inculpación que el filósofo dijera en su *Carta séptima*, refiriéndose al Ser supremo, que un concepto tan sublime no podía expresarse con palabras como otras materias de estudio. FINAL NOTA).

Podría llenarse todo un libro con los nombres de sabios cuyas mal comprendidas obras se disputan por un tejido de absurdos místicos, tan sólo porque los críticos escépticos son incapaces de levantar el velo que encubre su verdadero significado. Esto deriva principalmente de que la mayoría de los lectores tienen la inveterada costumbre de juzgar de una obra por los aparentes conceptos del texto, sin detenerse a penetrar su espíritu. Aun hoy mismo, los filósofos de las distintas escuelas se valen de exposiciones diversamente figuradas y algunas obscuras y metafóricas, no obstante tratar del mismo asunto. A la manera como los rayos emanan todos de un foco central, así también los filósofos místicos, ya píos y devotos como Enrique More, ya irascibles y groseros como su contrincante Eugenio Filaleteo, o bien con apariencias de ateos como Spinoza, todos tienen por único punto de mira y objeto de estudio al HOMBRE.

Spinoza es tal vez el filósofo que nos da la más segura clave de este simbolismo, pues mientras Moisés se limita a prohibir al pueblo que esculpa imágenes de aquel cuyo nombre no debe tomarse en vano, Spinoza va más allá y declara terminantemente que nadie es capaz de describir a Dios ni es posible en lenguaje humano dar idea del único Ser. El lector juzgará si en esto estuvo más acertado Spinoza que los teólogos cristianos. Todo cuanto se aparte de la infabilidad del concepto de Dios dará por resultado que el vulgo antropomorfice a la Divinidad, y así pudo decir Swedenborg que en vez de crear Dios al hombre a su imagen y semejanza, ha creado el hombre a Dios a la suya (NOTA: *La verdadera religión cristiana*. FINAL NOTA).

¿En qué consiste, pues, el secreto a que tanto aluden los herméticos? Jamás dudarán de este secreto los estudiantes sinceros de ocultismo, pues de seguro que hombres de tanto talento como fueron los herméticos no se hubieran dejado llamar locos ni contagiar con su locura a otros durante miles de años. Siempre se ha sospechado que la «piedra

filosofal» encubría secreta significación a un tiempo espiritual y física. El autor de la obra: *Observaciones sobre la alquimia y los alquimistas* dice muy acertadamente que el arte hermético tiene por sujeto al hombre y por objeto la perfección del hombre (NOTA: Hitchcock: *El hermético Swendenborg*. FINAL NOTA); pero no estamos de acuerdo con él cuando dice que aquellos a quienes llama «estúpidos avaros», no pensaron jamás en conciliar el aspecto moral con el físico, pues prueba de que en efecto consideraron también la cuestión desde el punto de vista físico es que dividieron la trinidad humana en tres elementos: *sol*, *mercurio* y *azufre* o *fuego oculto* que simbolizan respectivamente el *espíritu*, el *alma* y el *cuerpo*. Espiritualmente es el hombre la piedra filosofal o como dijo Filaleteo: una *trinidad*, esto es, *trino* en *uno*.

Pero el hombre físico tiene también por símbolo la piedra filosofal, ya que su causa es el divino espíritu o disolvente universal. El hombre es una correlación de fuerzas físico-químicas, paralela a otra correlación de fuerzas espirituales que reaccionan sobre aquéllas en proporción del desarrollo alcanzado por el hombre terreno. Así dijo un alquimista: «Se perfecciona la obra según la virtud de cuerpo, alma y espíritu, porque el cuerpo no es penetrable sino por el espíritu, ni persistiría el tinte *pluscuamperfecto* del espíritu si no fuese por el cuerpo, ni tampoco podrían comunicarse espíritu y cuerpo sin la relación del alma, porque el espíritu es invisible y necesita de la vestidura del alma para manifestarse».

Dice Roberto Fludd, jefe de los filósofos del fuego, que la luz engendra simpatía y las tinieblas antipatía. Enseñaban además estos filósofos, de conformidad con otros cabalistas, que «las antinomias de la naturaleza derivan de la esencia o raíz eterna de todas las cosas», con lo cual tendremos que de la causa primera dimanar igualmente el bien y el mal. El Creador (que conviene distinguir del supremo Dios) es el padre de la materia, vehículo del mal, y padre también del espíritu que emanado de la causa primera y agnoscible se difunde a través de Él por todo el universo. A este propósito dice Fludd: «Es indudable que así como en la máquina universal hay infinidad de seres *visibles*, también hay infinidad de seres *invisibles* de diversa naturaleza. Según el texto bíblico, Moisés ansiaba conocer el misterioso nombre de Dios, cuando Dios le dijo: «*Jehovah es mi sempiterno nombre*; pero ni con éste ni con ningún otro nombre es posible articular en lenguaje humano la simple y pura naturaleza de Dios, pues todo nombre está comprendido en Dios porque en Dios hay *voluntad e involuntad*, negación y afirmación, muerte y vida, maldición y bendición, mal y bien (aunque idealmente nada malo hay en Dios), concordia y discordia, simpatía y antipatía» (NOTA: Fludd: *Filosofía mosaica*, 173, ed. 1659. FINAL NOTA).

Los seres invisibles que los cabalistas llaman espíritus elementarios ocupan el ínfimo peldaño en la escala de la creación. Hay tres clases de espíritus elementarios:

1.º Espíritus terrestres que aventajan a las otras dos clases en sutileza e inteligencia. Son las sombras o larvas de cuantos durante la vida terrena repugnaron toda luz espiritual y vivieron y murieron tan profundamente hundidos en el cieno de la materia, que de sus almas pecadoras se fue separando poco a poco el espíritu inmortal (NOTA: En otras partes de esta obra nos ocuparemos con mayor detención en los espíritus terrestres. FINAL NOTA).

2.º Prototipos de hombres que todavía han de nacer. Ninguna forma, por elevada que sea, puede surgir a la existencia objetiva sin que la preceda la idea abstracta de la misma forma o lo que Aristóteles llama su *ideación*. Antes de pintar un cuadro es preciso que el pintor lo bosqueje en su mente y antes de construir un reloj es indispensable que ya lo haya construido idealmente el relojero. Así sucede con los hombres.

Según Aristóteles, en los cuerpos físicos concurren tres elementos: ideación, materia y forma. Si aplicamos este principio al caso particular del cuerpo humano, tendremos que la ideación del niño por nacer está en la mente del Creador, pues aunque la ideación no es substancia ni forma ni cualidad ni especie, *es* algo abstracto que ha de existir en forma objetiva y concreta. En consecuencia, tan pronto como la ideación se enfoca en el

éter universal queda plasmada etéreamente la forma. Si la ciencia moderna admite que el pensamiento *humano* puede actuar en la materia de otros sistemas planetarios al par que en la del nuestro, ¿cómo dudar de la actuación del pensamiento *divino* en el alma del mundo o éter universal? Por lo tanto, hemos de inferir que la energía de la mente divina plasma las ideaciones, pero no crea la materia en que se plasma, porque esta materia es coeterna con el espíritu y a impulsos de la evolución quedó preparada para formar un cuerpo humano. Las formas son transitorias; las ideas que crean las formas y la materia en que se plasman son permanentes. Los prototipos no provistos todavía de espíritu inmortal pueden considerarse como *embriones psíquicos* que, cuando les llega la hora, *mueren* en el mundo invisible y *nacen* al mundo visible en forma de fetos de término que reciben *in transitu* aquel divino soplo llamado espíritu que completa al hombre. Esta clase de elementales no pueden comunicarse objetivamente con los hombres.

3.º Espíritus elementales que nunca alcanzan el reino humano, sino que ocupan un peldaño especial en la escala de los seres, es decir, que cada especie de esta clase está confinada a su propio elemento sin jamás incurrir en el de las demás especies. Son los espíritus o agentes de la naturaleza, llamados por Tertuliano «príncipes de las potestades aéreas». Se cree que estos seres no tienen espíritu inmortal ni cuerpos físicos, sino tan sólo formas astrales en cuya etérea materia predomina la del elemento en que residen. Pueden considerarse estos espíritus elementales como la infusión de una inteligencia rudimentaria en un cuerpo sublimado. Algunos de ellos son inmutables, pero ninguno es capaz de actuar individualmente, sino en colectividad. Otros mudan de forma con arreglo a las leyes cuya explicación dan los cabalistas; y por más que aun los de más denso cuerpo escapan a nuestra ordinaria percepción visual, no se substraen a la clarividencia. Todos ellos viven en el éter y pueden, además, manipularlo para efectos físicos con tanta facilidad como nosotros comprimir el aire y el agua por medio de aparatos neumáticos o hidráulicos. En estas manipulaciones suelen ayudarles los elementales terrestres. Por otra parte pueden plasmar en el éter cuerpos objetivos para cuyas formas toman por modelo los retratos estampados en la memoria de las personas a que se acercan. No es necesario que el circunstante esté pensando en aquel momento en la persona cuyo retrato copia el elemental, pues lo mismo ocurre aunque su recuerdo se le haya borrado de la memoria, ya que la mente, semejante a placa fotográfica, recibe en pocos segundos de exposición la huella de cuanto se pone a su alcance, aun la fisonomía de las personas que sólo vemos una vez en la vida.

Según Proclo, las diversas jerarquías de espíritus planetarios residen en las regiones que se dilatan desde el cenit de la tierra hasta la luna. La jerarquía superior es la de los doce *uperuranoi* (dioses supercelestes) que tienen a sus órdenes huestes enteras de espíritus subalternos. Sigue después la jerarquía de los *egkosmioi*, o dioses intercósmicos, que disponen de gran número de espíritus a quienes comunican su poder transfiriéndolo de unos a otros según les place. Estos elementales personifican evidentemente las correlativas fuerzas de la naturaleza, cuyos agentes son la tercera clase de elementales.

También dice Proclo, de conformidad con el principio hermético de tipos y prototipos, que las esferas inferiores están igualmente pobladas por diversas jerarquías de seres subordinados a los de las esferas superiores y, de acuerdo con Aristóteles, sostiene que nada hay vacío en el universo, pues los cuatro elementos están poblados de demonios (espíritus) de naturaleza flúida, etérea y semicorpórea que desempeñan el papel de agentes medianeros entre los dioses y los hombres. Aunque estos seres son inferiores en inteligencia a la *sexta* jerarquía de espíritus elevados, influyen directamente en los elementos y en la vida orgánica, y presiden el crecimiento, florecencia y variaciones de las plantas, además de personificar las propiedades virtuales infundidas desde el celeste *ulé* en la materia inorgánica. Pero como quiera que el reino vegetal es de un grado superior al mineral, las emanaciones de los dioses celestes asumen en los vegetales una condición

peculiar que constituye el alma de la planta. Esto es lo que Aristóteles llama la *forma*, que con la ideación y la materia son los tres principios de los cuerpos naturales. Según la filosofía aristotélica, la naturaleza trina de los cuerpos requiere, además de la materia constituyente, otro principio invisible aunque substancial, en la acepción ontológica de la palabra, pero realmente distinto de la materia plasmada. Así tendremos que además de los huesos, músculos, sangre y nervios en los animales y de la celulosa y savia en los vegetales, ha de existir distintamente de la fuerza vital y de la energía química, una forma substantiva que Aristóteles llamaba *alma* y Proclo el *demonio* de minerales, plantas y animales, y los filósofos medioevales denominaban *espíritus elementarios* de los cuatro reinos.

Todo esto se disputa en nuestro siglo por grosera superstición metafísica; y sin embargo, si nos atenemos estrictamente a los principios ontológicos echaremos de ver en estas viejas hipótesis visos de probabilidad, con el hilo que nos permita hallar los «eslabones perdidos» que tan perpleja ponen a la ciencia clásica, cuyo dogmatismo tiene por ilusorio cuanto escapa a su inducción. Así dice el profesor Le Conté que algunas eminencias científicas califican de «supersticiosa reminiscencia el concepto de la fuerza vital» (NOTA: Le Conte: *Correlación de la fuerza vital y de las físico-químicas*. FINAL NOTA). De Candolle propuso que se llamase «movimiento vital» a la «fuerza vital» (NOTA: *Archivo de las Ciencias*, XIV, 345; Diciembre 1872. FINAL NOTA) y con ello predispuso a la ciencia para convertir al hombre inmortal y pensante en autómatas movidos por un mecanismo de relojería. Sin embargo, a esto arguye Le Conté diciendo: «¿Pero es posible concebir movimiento sin fuerza? Y si el movimiento es peculiar al organismo también debe serlo la *modalidad de fuerza*». La cábala judía llama *shedim* a los espíritus de la naturaleza y los divide en cuatro clases. Los persas les llamaban *devas*, los griegos demonios, los egipcios *afrites* y algunas tribus de África *yowahoos*. Según Kaiser, los antiguos mexicanos creían que los espíritus moraban en numerosas mansiones. Una de ellas para los niños muertos en estado de inocencia, que allí esperaban su definitivo destino; otra situada en el sol para los héroes; y los pecadores empedernidos quedaban condenados a vagar sin esperanza por cavernas hundidas en los confines de la atmósfera terrestre, de donde no les era posible salir y pasaban el tiempo comunicándose con los mortales e infundiendo terror en cuantos acertaban a verlos.

En el Panteón indio hay no menos de trescientos treinta millones de linajes de espíritus, incluyendo los elementales a que los brahmanes llaman *daityas*. Según aseguran los adeptos, estos espíritus elementales van atraídos hacia determinadas regiones celestes por una fuerza análoga a la que dirige la brújula hacia el norte y preside los movimientos de algunas plantas. También dicen que las diversas especies de elementales tienen respectiva preferencia por los hombres, según el temperamento fisiológico de éstos sea bilioso, linfático, nervioso o sanguíneo, por lo que las personas de cada uno de estos temperamentos se verá favorable o desfavorablemente afectada por ciertas condiciones de la luz astral en correspondencia con la relativa posición de los astros. Gracias a este principio fundamental, descubierto al cabo de larguísimos siglos de observaciones, pueden los adeptos astrólogos trazar muy aproximadamente el horóscopo de una persona, con sólo computar la posición de los astros en el instante de su nacimiento. La exactitud del horóscopo dependerá, por consiguiente, no tanto de la erudición del astrólogo como de su conocimiento de las fuerzas ocultas y seres invisibles de la naturaleza.

Eliphas Levi expone con muy racional fundamento la ley de las recíprocas influencias de los planetas y sus combinados efectos en los reinos mineral, vegetal, animal y humano. Afirma, además, que la atmósfera astral está en tan incesante movimiento como la aérea, y se muestra conforme con Paracelso en que todo hombre, animal y planta lleva señales externas e internas de las influencias predominantes en el momento de la concepción germinal. También admite con los cabalistas, que nada hay inútil o indiferente en la naturaleza, pues hasta un suceso al parecer tan insignificante como el nacimiento de un niño

en nuestro diminuto planeta influye en el universo, al par que recíprocamente el universo influye en él. Dice a este propósito: «Los astros están solidarizados por atracciones que los mantienen en equilibrio y les impelen a moverse regularmente en el espacio. Los rayos de luz se intercambian y entrecruzan de globo a globo, sin que haya en ningún planeta punto alguno que no forme parte de esta sutilísima pero indestructible red. El adepto astrólogo ha de computar exactamente el lugar y hora del nacimiento e inferir luego de las influencias planetarias las facilidades ú obstáculos que haya de encontrar el niño en la vida y las congénitas disposiciones para cumplir su destino. Asimismo ha de tener en cuenta la energía individual de la persona cuyo horóscopo se estudia, por cuanto indica su potencialidad para vencer las dificultades y dominar las propensiones siniestras, de modo que con ello labre su ventura, o bien sufrir las consecuencias si no tiene energía bastante para mudar su destino» (NOTA: *Levi: Dogma y ritual de la alta magia. FINAL NOTA*). Considerada esta materia desde el punto de vista de los antiguos, resulta muy distinta del concepto expuesto por Tyndall en el siguiente párrafo de su famoso discurso de Belfast: «El ordenamiento y gobierno de los fenómenos naturales está encomendado a ciertos seres, imperceptibles por los sentidos, que no obstante su poder son *criaturas humanas*, nacidas acaso del seno de la humanidad con todas las pasiones y concupiscencias propias del hombre» (NOTA: En corroboración de su aserto, aduce Tyndall el siguiente pasaje de Eurípides citado por Hume: «Los dioses todo lo revuelven y confunden, y mezclan cada cosa con su contraria, para que en nuestra ignorancia les prestemos mayor adoración y reverencia». Sin embargo, Eurípides fue escritor heterodoxo entre los de su época, a pesar de que en su obra: *Chrysippus* expone algunas enseñanzas pitagóricas. Así resulta que la cita tomada de este filósofo no robustece en modo alguno el argumento de Tyndall. FINAL NOTA).

Respecto al *humano* espíritu, coinciden en conjunto las opiniones de los filósofos antiguos y de los cabalistas medioevales, aunque difieran en los pormenores, y así podemos considerar la doctrina de cada uno de ellos como propia de todos. La discrepancia más notable estriba en cómo se infunde y reside el espíritu inmortal en el cuerpo humano. Los neoplatónicos sostenían que el *augoeides* no se une jamás hipostáticamente al ser humano, sino que cobija e ilumina con su resplandor al alma astral; pero los cabalistas medioevales afirmaban que el espíritu se separaba del océano de luz para infundirse en el alma astral del hombre, que como una cápsula lo envolvía durante la vida terrena. Dimanaba esta discrepancia de que los cabalistas cristianos tomaban al pie de la letra el relato de la caída del hombre. Decían a este propósito: «A consecuencia de la caída de Adán quedó el alma contaminada por el mundo de la materia, personificado en Satán, y era preciso que en las tinieblas eliminase toda impureza antes de comparecer en presencia del Eterno con el divino espíritu aprisionado. El espíritu está en la cárcel del alma como una gota de agua presa en una cápsula de gelatina en el seno del Océano; mientras no se rompa la cápsula permanecerá aislada la gota, pero en cuanto la envoltura se quiebre, se confundirá la gota con la masa total de agua perdiendo su existencia individual. Lo mismo sucede con el espíritu. Mientras está encarcelado en el alma, su medianero plástico, existe individualmente; pero si se desintegra la envoltura a consecuencia de las torturas de una conciencia marchita, de crímenes nefandos o enfermedades morales, el espíritu se restituye a su morada primera. La individualidad se separa».

Por otra parte, los filósofos que interpretaban genésicamente la «caída en la generación» creían que el espíritu era completamente distinto del alma a la que iluminaba con sus rayos. El cuerpo y el alma habían de lograr la inmortalidad ascendiendo hacia la Unidad con la que al fin quedaban identificados y, por decirlo así, absorbidos. La individualización del hombre después de la muerte depende del espíritu y no del alma ni del cuerpo; y aunque en rigor el espíritu no tiene *personalidad*, es una entidad distinta, inmortal y eterna *per se*, aun en el caso de los criminales impenitentes de cuyo cuerpo y alma se aparta, dejando que la entidad inferior se desintegre gradualmente en el éter. Entonces el espíritu separado

se convierte en ángel; porque los *dioses* de los paganos o los *arcángeles* de los cristianos, a pesar de la atrevida afirmación de Swedenborg, son emanaciones directas de la Causa primera y *nunca fueron ni serán hombres*, por lo menos en nuestro planeta.

Esta cuestión ha sido en todo tiempo piedra de escándalo para los metafísicos. En esta misteriosa enseñanza se basa todo el esoterismo de la filosofía budista, que tan pocos comprenden y que tantos científicos eminentes adulteraron. Aun los mismos metafísicos propenden a confundir el efecto con la causa. Un hombre puede haber alcanzado la inmortalidad y continuar siendo eternamente el mismo *yo interno* que era en la tierra; pero esto no supone que dicho hombre haya de conservar la *personalidad* que tuvo en la tierra, so pena de perder su *individualidad*. Por consiguiente, los cuerpos astral y físico del hombre pueden quedar absorbidos en sus respectivos receptáculos cósmicos de materia y cesar de ser residencia del *ego* si este *ego* no merecía ascender más allá; pero el divino espíritu continuará siendo entidad inmutable, aunque las experiencias terrestres se desvanezcan por completo en el instante de separarse de su indigno vehículo.

Si como enseñaron Orígenes, Sinesio y otros filósofos cristianos, es el espíritu individualmente persistente en la eternidad, por fuerza ha de ser eterno. Por lo tanto, nada importa que el hombre sea bueno o malo en la tierra, porque jamás puede perder su individualidad. Esta doctrina parece de tan perniciosas consecuencias como la de la redención por ajenos merecimientos; pero si el mundo desentrañara su verdadero significado, hubiese contribuido a mejorar a la humanidad apartándola del vicio y del crimen, no por temor a la justicia humana ni a un infierno ridículo, sino por el arraigadísimo e interno anhelo de la vida individual en el más allá, que sólo podemos alcanzar «conquistando a viva fuerza el reino de los cielos», es decir, que ni por humanas oraciones ni por sacrificio ajeno podemos salvarnos del aniquilamiento de nuestra individualidad, sino tan sólo uniéndonos íntimamente durante la vida terrena con nuestro espíritu o sea con nuestro *Dios*.

Pitágoras, Platón, Timeo de Locris y los alejandrinos enseñaban que el alma humana deriva del alma del mundo o éter, que por su naturaleza sutilísima sólo puede percibir la visión interna. Por consiguiente, el alma humana no es la esencia monádica de que como efecto dimana el *anima mundi*. El espíritu y el alma son preexistentes; pero el primero tiene *ab eterno* individualidad distinta, y la segunda preexiste como partícula material de un todo inteligente. Ambos dimanaron originariamente del eterno océano del Luz; pero, como dicen los teósofos, hay un espíritu de fuego visible y otro invisible, que establecen la distinción entre el *alma animal* y el *alma divina*. Empedocles creía firmemente que los hombres y animales tienen dos almas, y de la misma opinión era Aristóteles, que las llamaba respectivamente alma animal ($\psi\upsilon\chi\eta$) y alma racional ($\nu\omicron\upsilon\tilde{\zeta}$).

Según estos filósofos, el alma racional procede de *fuera* y la animal de *dentro* del alma universal. La superior y divina región en que colocaban a la suprema e invisible Divinidad era para ellos un quinto elemento puramente espiritual y divino, mientras que concebían el *anima mundi* de naturaleza sutil, ígnea y etérea, difundida por todo el universo.

Los estoicos, que en la antigüedad constituyeron la escuela materialista, abstraían al Dios invisible y al espíritu humano o alma divina de toda forma corpórea, y en esto se apoyan sus modernos comentadores para suponer que los estoicos negaban la existencia de Dios y del alma.

Sin embargo, el mismo Epicuro, que aventajaba en materialismo a los estoicos, pues no creía que los dioses intervinieran para nada en la creación y gobierno del mundo, enseña que el alma es de tenue y delicada esencia, constituida por los más sutiles, suaves y refinados átomos, o sean los átomos etéreos. Arnobio, Tertuliano, Ireneo y Orígenes, no obstante sus creencias cristianas, afirmaban que el alma es material, si bien de sutilísima naturaleza.

La doctrina de que el hombre puede perder su alma y por lo tanto la personalidad, está en pugna con las teorías de ininterrumpida progresión que profesan algunos espiritistas, aunque Swedenborg la acepta por completo. Se resisten a comprender la enseñanza cabalística, según la cual sólo cabe lograr en el más allá la vida individual por la observancia de la ley de armonía durante la vida terrena.

Pero mientras que los espiritistas y los teólogos cristianos no conciben la extinción de la personalidad humana por la disociación del espíritu, los discípulos de Swedenborg están conformes con esta doctrina. El reverendo Chauncey Giles, de Nueva York, la ha dilucidado no ha mucho en un discurso, del que extractamos el párrafo siguiente: «La muerte del cuerpo es una ordenación divina para facilitar al hombre el logro de sus superiores destinos. Pero hay otra muerte que interrumpe la ordenación divina y destruye los elementos de la naturaleza humana con las posibilidades de su felicidad. Es la muerte espiritual que puede sobrevenir antes de la disolución del cuerpo físico. Cabe que la mente humana se desarrolle en alto grado sin que la acompañe la más leve chispa de amor a Dios ni de inegoísta amor al prójimo. El que se deja dominar por el egoísmo y el amor al mundo y sus placeres, sin amar a Dios ni al prójimo, se precipita de la vida en la muerte y desecha de sí los principios superiores de su naturaleza, de modo que aunque físicamente exista, está espiritualmente tan muerto para la vida superior como ha de estarlo su cuerpo para la terrena cuando deje de alentar. Esta muerte espiritual es el resultado de la desobediencia a las leyes de la vida espiritual, que acarrea el correspondiente castigo, ni más ni menos que si se tratara de las leyes de la vida social. Sin embargo, el hombre espiritualmente muerto no deja de tener sus goces ni pierde sus dotes intelectuales ni su poder y actividad. No hay placer animal del que no puedan participar y en su goce estriba para ellos el más elevado ideal de felicidad humana. El incesante afán con que los ricos apetece las diversiones de la vida mundana, la elegancia en el vestir, los honores y distinciones sociales, trastorna a estas criaturas, que con todas sus gracias y atavíos están muertas a los ojos de Dios, sin más vida que los esqueletos cuya carne se hizo polvo. La poderosa inteligencia no es prueba de vida espiritual. Muchas eminencias científicas son cadáveres animados de donde huyó el espíritu. Por lejos que nos remontemos en la historia de la sociedad mundana, encontraremos siempre y en todas partes hombres *espiritualmente muertos*».

Enseñaba Pitágoras que el universo es en conjunto un vasto sistema de exactas combinaciones matemáticas y Platón ve en Dios el supremo geómetra. El mundo está regido por la misma ley de equilibrio y armonía que presidió a su formación. La fuerza centrípeta no podría actuar sin la centrífuga en las armoniosas revoluciones de las esferas, pues todas las formas requieren fuerzas duales. Así, para la mejor comprensión del caso de que vamos tratando podemos considerar el espíritu como la fuerza centrífuga y el alma como la centrípeta en el sistema suprafísico. Cuando actúan armónicamente ambas fuerzas producen el mismo efecto; pero si se perturba el movimiento del alma que centrípetamente tiende al centro que la atrae, o si se la abruma con mayor peso de materia del que puede soportar, quedará rota la armonía del conjunto y, por consiguiente, la vida espiritual cuya continuidad requiere el concurso de ambas fuerzas, que si se perturban dañan a la individualidad humana y si se destruyen la aniquilan.

Los perversos y depravados que durante la vida interceptaron con su grosera materialidad el rayo del divino espíritu y estorbaron su íntima unión con el alma, se encuentran al morir magnéticamente retenidos en la densa niebla de la atmósfera material, hasta que, recobrada la conciencia, se ve el alma en aquel lugar que llamaron *Hades* los antiguos. La aniquilación de estas entidades desprovistas de espíritus no es nunca instantánea, sino que a veces tarda siglos, pues la naturaleza nunca procede a saltos ni por bruscas transiciones, y los elementos constituyentes del alma requieren más o menos tiempo para desintegrarse. Entonces se cumple la temerosa ley de compensación a que llaman *yin-yuan* los budistas. Estas entidades son los elementarios terrestres, que los orientales designan

con el alegórico nombre de «hermanos de la sombra». Su índole es astuta, ruin y vengativa, hasta el punto de qué no desperdician ocasión para mortificar a la humanidad en desquite de sus sufrimientos, y antes de aniquilarse se convierten en vampiros, larvas y simuladores (NOTA: Los vampiros son las entidades sin espíritu que, según creencia oriental, chupan la sangre humana; las larvas son las que se alimentan de cadáveres; y los simuladores las que toman aspecto de vivos o difuntos.— *El Traductor*. FINAL NOTA) que desempeñan los principales papeles en el gran teatro de las materializaciones espiritistas, con ayuda de los elementales genuinos, quienes se complacen en prestársela.

El eminente cabalista alemán Enrique Kunrath representa, en una lámina de su hoy rarísima obra *Amphitheatri Sapientæ Æternæ*, las cuatro variedades de «espíritus terrestres». El hombre está en riesgo de perder su espíritu y convertirse en una de estas entidades elementarias hasta que cruza el dintel del santuario de la iniciación y levanta el VELO DE ISIS. Entonces ya no ha de sentir temor.

Aristóteles atribuía a la mente humana naturaleza material, anticipándose con ello a los fisiólogos modernos; y aunque ridiculizaba a los hilozoicos (NOTA: De *hyle* (materia) y *zoein* (vivir). Nombre de una escuela antigua que consideraba la vida como cualidad inherente a la materia, o lo que es lo mismo, que reconocía la coeternidad de la materia.— *El Traductor*.— Extractada del *Diccionario etimológico de Barcia*. FINAL NOTA), admitía la distinción entre alma y espíritu (NOTA: Aristóteles: *De la generación y de la corrupción*, II. FINAL NOTA); pero discrepaba de Estrabón en no creer, como cree éste, que toda partícula de materia tiene en sí misma la suficiente energía vital para desenvolver gradativamente un mundo tan multiforme como el nuestro (NOTA: Aristóteles: *De Part*, I-I. FINAL NOTA),

La sublime moral que campea en la *Ética Nicomaqueana* de Aristóteles está entresacada de los *Fragmentos Éticos* de Pitágoras, según se infiere de la lectura de ambos textos, aunque el filósofo de Estagira no «jurase por el fundador de la tetractys» (NOTA: Juramento pitagórico. Los discípulos de Pitágoras juraban por su maestro. FINAL NOTA). Después de todo, ¿qué sabemos en verdad de Aristóteles? Su filosofía es tan abstrusa, que continuamente ha de ir llenando la imaginación del lector las lagunas que interrumpen la ilación de sus deducciones. Además, nos consta que las obras de este filósofo no han llegado íntegras a manos de los eruditos que hoy se deleitan en los al parecer ateísticos argumentos en pro de la teoría del destino expuesta por el autor. Los manuscritos de Aristóteles quedaron en poder de Teofrasto, de quien los heredó Neleo, cuyos sucesores los tuvieron olvidados en unos sótanos (NOTA: Lemprière: *Diccionario clásico*. FINAL NOTA) durante siglo y medio hasta que los copió Apellicón de Theos, sin reparo en completar a su arbitrio los párrafos medio borrados por el tiempo e interpolar otros que no estaban en el original. Los eruditos nonocentistas podrían observar hechos y fenómenos, tan cuidadosamente como Aristóteles, cuyo ejemplo anhelan seguir, en vez de ponderar su método inductivo y sus teorías materialistas frente a la filosofía platónica y de negar hechos que por completo desconocen.

Lo que en anteriores capítulos dijimos acerca de los médiums y de la mediumnidad, no se funda en conjeturas, sino en directas observaciones y personales experiencias llevadas a cabo durante los últimos veinticinco años en la India, Tíbet, Borneo, Siam, Egipto, Asia Menor y ambas Américas, donde vimos variadísimos aspectos de los fenómenos mediumnísticos y mágicos. La experiencia nos ha convencido profundamente en diversas lecciones de dos importantísimas verdades: 1.^a, que el ejercicio de los poderes mágicos requiere indispensablemente pureza personal y voluntad recia; 2.^a, que los espiritistas jamás podrán estar seguros de la autenticidad de los fenómenos mediumnísticos, a no ser que se produzcan en pleno día y en tan

rigurosas condiciones de comprobación que no consientan la más mínima tentativa de fraude.

A mayor abundamiento, añadiremos que, si bien por regla general las manifestaciones mediúnicas de orden físico son obra de los espíritus de la naturaleza, sin otra finalidad que satisfacer su capricho, hay casos en que espíritus desencarnados de bondadosa índole se manifiestan, aunque *nunca se materializan personalmente*, cuando un motivo excepcionalmente poderoso, como por ejemplo, el anhelo de un corazón puro o el remedio de una necesidad urgentísima, les impele a dejar su radiante mansión para volver a la pesadísima atmósfera de la tierra.

Los magos y los teurgos se oponían resueltamente a la evocación de las almas. A este propósito dice Psello: «No evoques las almas, no sea que al mancharse retengan algo, ni tampoco posés en ellas los ojos antes de iniciarlos, pues con repetidos halagos seducen a los profanos» (NOTA: *Oráculos Caldeos*. FINAL NOTA).

Por su parte corrobora Jámblico esta opinión diciendo que «es sumamente difícil distinguir los demonios buenos de los malos». Por otra parte, si un espíritu desencarnado penetra en la para él sofocante atmósfera terrestre, corre el riesgo de que «al salir *retenga* algo de ella», es decir, que se mancille su pureza y le sobrevengan más o menos graves sufrimientos. Así, pues, el verdadero teurgo se guardará muy mucho de exponer a los espíritus desencarnados a nuevos sufrimientos, como no lo requieran en absoluto los intereses de la humanidad. Tan sólo los nigrománticos evocan a las impuras almas de cuantos, por haber llevado en la tierra una vida perversa, están prontos a ayudarles en sus egoístas propósitos.

Para ahuyentar a los espíritus malignos se valían los teurgos de ciertas sustancias químico-minerales, entre las que sobresalía por su eficacia la piedra llamada *mnizurin* (Μνίζουριν). Dice un oráculo zoroastriano: «Cuando se te acerque algún espíritu terrestre, levanta el grito y sacrifica la piedra mnizurin» (NOTA: *Psello*, 40. FINAL NOTA).

Pero descendamos de las poéticas altezas de la magia teúrgica a la prosaica e inconsciente magia de nuestros días y oigamos a los modernos cabalistas. De una carta anónima inserta en un periódico parisiense (NOTA: *El Journal du Magnetisme* que publicaba el doctor Morin cuando el fenómeno de las mesas giratorias cautivaba la atención de Francia entera. FINAL NOTA), entresacamos el siguiente pasaje:

Crea usted que no hay espíritus ni duendes ni ángeles ni demonios *encerrados en la mesa*: pero unos y otros pueden estar allí por efecto de *nuestra voluntad* o de nuestra imaginación... Este *mensambulismo* (NOTA: *De mensa, mesa, y ambulare* andar. Esta curiosa carta está íntegramente copiada en «*La ciencia de los espíritus*», de Eliphas Levi. FINAL NOTA) es fenómeno antiguo, que aunque mal comprendido por los modernos, no tiene nada de sobrenatural y cae bajo el doble dominio de la física y la psicología. Pero desgraciadamente no era posible comprenderlo mientras no se descubriesen la electricidad y la heliografía, pues para explicar un fenómeno de orden espiritual hemos de apoyarnos en otro análogo de orden físico. Como todos sabemos perfectamente, la placa fotográfica no sólo es sensible a los objetos, sino también a sus imágenes. Ahora bien: el fenómeno en cuestión, que pudiéramos llamar *fotografía mental*, reproduce, además de las *realidades*, los sueños de la imaginación, con tal fidelidad, que solemos confundir la copia de un *objeto real* con el negativo obtenido de una *imagen*...

Lo mismo puede magnetizarse una mesa que a una persona, pues consiste en saturar un cuerpo extraño de electricidad vital e *inteligente*, o del pensamiento del magnetizador y de los circunstantes.

A este respecto nada puede dar más exacta idea que la comparación con una máquina eléctrica que acumula el fluido en el colector para transmutarlo en fuerza ciega. La

electricidad acumulada en un cuerpo aislado adquiere una potencia de reacción igual a la acción para emitir sus vibraciones en efectos visibles de la electricidad inconsciente, mediante un acumulador también inconsciente que, en el caso de que vamos tratando, es la mesa giratoria. Pero no cabe duda de que el cerebro humano es una pila productora de *electricidad anímica*, o sea el éter espiritual que es el medio ambiente del universo *metafísico* o, por mejor decir, del universo *incorpóreo*; y, por lo tanto, forzosamente ha de estudiar la ciencia esta modalidad eléctrica antes de admitirla y comprender el capital fenómeno de la vida.

Parece que la electricidad cerebral requiere para manifestarse el concurso de la ordinaria electricidad estática, de modo que cuando hay escasa electricidad atmosférica o el ambiente está muy húmedo, apenas puede obtenerse nada de las mesas ni de los médiums.

No hay necesidad de que el pensamiento se fije con mucha precisión en el cerebro de los circunstantes, pues la mesa lo revela y expresa exactamente por *sí misma*, unas veces en prosa y otras en verso, después de borrar, corregir y enmendar el escrito lo mismo que hacemos nosotros. Si entre los circunstantes reina cordialidad y simpatía, la mesa torna parte en sus juegos y regocijos, cual lo hiciera una persona de carne y hueso; pero en cuanto a las cosas del mundo exterior, se limita a meras conjeturas, lo mismo que nosotros, e inventa, discute y defiende sus teorías filosóficas como el más consumado retórico. En una palabra, adquiere conciencia y raciocinio con los elementos que de entre los circunstantes se asimila...

Los norteamericanos creen que los espíritus de los muertos producen estos fenómenos; pero otros opinan más razonablemente que son obras de espíritus no humanos, y algunos los atribuyen a los ángeles, sin faltar quienes los achaquen al diablo que remeda las opiniones e ideas de los circunstantes, como les sucedía a los iniciados de los templos de Serapis, Delfos y otros, cuyos sacerdotes, a un tiempo médicos y teurgos, nunca quedaban defraudados en sus esperanzas cuando de antemano estaban convencidos de que iban a ponerse en comunicación con sus dioses.

Pero conozco demasiado bien el fenómeno para no estar seguro de que, después de saturada la mesa de efluvios magnéticos, adquiere inteligencia humana y libre albedrío, hasta el punto de conversar y discutir con los circunstantes mucho más lúcidamente que cualquiera de ellos, pues siempre es el todo mayor que la parte y la resultante mayor que cada una de las componentes... No debemos acusar a Heródoto de embustería cuando relata hechos ocurridos en circunstancias extraordinarias, pues son tan ciertos y exactos como cuantos refieren los demás autores de la antigüedad pagana.

Sin embargo, este fenómeno es tan antiguo como el mundo... Los sacerdotes de India y China lo conocieron antes que los egipcios y griegos, y aun hoy en día lo practican algunos pueblos salvajes, entre ellos los esquimales. Es el fenómeno de la fe, única determinante de todo prodigio, que «os será concedido en proporción de vuestra fe». Quien así habló era, en efecto, la encarnada palabra de Verdad que ni se engañaba ni podía engañar a los demás; y exponía un axioma que nosotros repetimos ahora sin muchas esperanzas de aceptación.

El hombre es un microcosmos o mundo diminuto que lleva en sí un estado caótico, una partícula del *Todo* universal. La tarea de los semidioses consiste en ir sistematizando su partícula por medio de un continuo esfuerzo mental y físico. Han de producir sin cesar nuevos resultados, nuevos efectos morales para completar la obra de la creación, creando a su vez con los informes y caóticos elementos suministrados por el Creador a Su propia imagen. Cuando el todo se perfeccione hasta el punto de parecerse a Dios y se sobreviva a sí mismo, entonces quedará completada la obra de la creación. Pero todavía estamos muy lejos de este momento final, porque puede decirse que en nuestro mundo está todo por hacer: instituciones, instrumentos y resultados. *Mens non solum agitat sed creat molem.*

Vivimos en este mundo en un ambiente mental que mantiene necesaria y perpetua solidaridad entre todos los hombres y todas las cosas. Cada cerebro es un ganglio, una estación del universal *telégrafo neurológico*, relacionada con las demás estaciones y con la central por medio de las ondas del pensamiento. El sol espiritual ilumina las almas, así como el sol físico ilumina los cuerpos, porque el universo es dual y obedece a la ley de los pares. El telegrafista torpe no interpreta bien los telegramas divinos y los transmite errónea y ridículamente. Así pues, la verdadera ciencia es el único medio a propósito para extirpar las supersticiones y desatinos divulgados por los ignorantes intérpretes de las enseñanzas en todos los pueblos de la tierra. Estos ciegos intérpretes del *Verbo*, de la PALABRA, han exigido siempre de sus discípulos juramento *in verba magistri* sin el más leve examen.

No deseáramos otra cosa si fuesen fidelísimo eco de las voces *internas* que sólo engañan a quienes están poseídos del *falaz espíritu*. Pero dicen: «nuestro deber es interpretar los oráculos, pues nadie más que nosotros recibió del cielo esta misión. *Spiritus flat ubi vult* y no sopla más que hacia nosotros». Sin embargo, el espíritu sopla en *todas* direcciones y los rayos del sol espiritual iluminan todas las conciencias. Cuando todos los cuerpos y todas las mentes reflejen por igual esta doble luz, el mundo verá mucho más claro (NOTA: Hemos transcrito estos párrafos de la carta por sus originales conceptos que entrañan completa verdad. Conocemos a su autor, hombre honrado y varón con fama de cabalista según saben sus amigos. FINAL NOTA).

El autor de esta carta demuestra conocer a fondo la índole versátil de las entidades actuantes en las sesiones espiritistas, que sin duda alguna son del mismo linaje de las descritas por los autores antiguos, como los hombres de hoy son de la misma raza que los coetáneos de Moisés. En circunstancias armónicas, las manifestaciones subjetivas proceden de los seres llamados en la antigüedad «demonios buenos». Algunas veces las producen los espíritus planetarios (que no pertenecen a la raza humana), otras los espíritus de los difuntos o bien elementales de toda categoría; pero por lo general son los elementarios terrestres o entidades anímicas de hombres perversos ya desencarnados (NOTA: Estas entidades son los *diakkas* de Jackson Davis. FINAL NOTA).

No olvidemos lo dicho acerca de los fenómenos mediumnísticos *subjetivos* y *objetivos* ni perdamos jamás de vista esta distinción. En ambos linajes de fenómenos los hay buenos y malos. Un médium impuro atraerá las influencias viciosas, depravadas y malignas tan inevitablemente como el puro atraiga las virtuosas y benéficas (NOTA: Ejemplo de pura y noble mediumnidad nos ofrece la baronesa Adelma de Vay, hija de los condes de Wurmbandt, que empleaba sus facultades en curar a los enfermos y consolar a los afligidos. Para los ricos fue la baronesa un fenómeno, mas para los pobres fue un ángel bienhechor y la llamaron «providencia del prójimo». Durante muchos años estuvo en relación con los espíritus de la naturaleza o elementales cósmicos, quienes siempre se mostraron complacientes con ella a causa de su pureza y bondad. Otros miembros correspondientes de la sociedad Teosófica no fueron tan afortunados al tropezar con estas frívolas entidades, como ocurrió en el caso de la Habana a que nos referimos en otro pasaje. FINAL NOTA). Aunque los espiritistas no crean en ellos, es indudable la existencia de los espíritus de la naturaleza, pues si en tiempo de los rosacruces hubo gnomos, sílfides, salamandras y ondinas, también debe haberlos en nuestros días. El *morador en el umbral*, de Bulwer-Lytton, es un concepto modernamente derivado del *sulanuth* de los hebreos y egipcios a que alude el *Libro de Jasher* (NOTA: Y cuando los egipcios se escondieron en sus casas y cerraron tras ellos las puertas para huir de la plaga de cínifes, ordenó Dios al *sulanuth* que saliera del mar donde a la sazón se hallaba y fuese a Egipto... Y tenía el *sulanuth* los brazos de diez codos de largo y se subió a las techumbres para descuajar las vigas y metiendo por allí los brazos levantó pestillos y dió vuelta a las cerraduras, de

modo que abiertas las puertas entró la plaga de cínifes y puso en extrema desazón a los egipcios.– (*Libro de Jasher*, cap. LXXX, 19, 20). FINAL NOTA).

Los cristianos llaman «diablos», «engendros de Satanás» y otros nombres por el estilo a los espíritus elementales que no son nada de esto, sino entidades de materia etérea, irresponsables y ni buenas ni malas a no ser que reciban la influencia de otra entidad superior. Extraño es que los devotos llamen diablos a los espíritus de la naturaleza, cuando uno de los más ilustres Padres de la Iglesia, San Clemente de Alejandria, neoplatónico y tal vez teurgo, afirma apoyado en fidedignas autoridades, que es un absurdo llamar diablos a estos espíritus (NOTA: *Strom*: VI, 17, 159. FINAL NOTA) pues no pasan de ser ángeles inferiores o «potestades que moran en los elementos, mueven los vientos y distribuyen las lluvias como agentes de Dios a quien están sujetos» (NOTA: *Strom*: VI, 3, 30. FINAL NOTA).

De la misma opinión era Orígenes, que había militado en la escuela neoplatónica antes de convertirse al cristianismo, y Porfirio describió estos espíritus más minuciosamente que ningún otro autor.

Cuando se estudie más a fondo la naturaleza de las entidades manifestadas fenoménicamente, que los científicos identifican con la «fuerza psíquica» y los espiritistas con los espíritus de los difuntos, entonces recurrirán unos y otros a los filósofos antiguos para saber a qué atenerse en este punto.

La prensa espiritista ha relatado casos de aparición de formas espectrales de perros y otros animales domésticos; pero aunque en nuestra opinión dichas apariciones no sean otra cosa que jugarretas de los espíritus elementales, admitiendo el testimonio espiritista de que se aparezcan los «espíritus» de animales, tendríamos, por ejemplo, que un orangután desencarnado, una vez franqueada la puerta de comunicación entre el mundo terrestre y el astral, podría producir sin dificultad fenómenos físicos análogos a los que produjeron las entidades humanas, con la posibilidad de que aventajaran en perfección y originalidad a muchos de los que se ven en las sesiones espiritistas.

El orangután de Borneo tiene el cerebro menos voluminoso que el tipo ínfimo de los salvajes; pero, no obstante, poco le falta para igualar a éstos en inteligencia; y según afirman Wallace y otros eminentes naturalistas, está dotado de tan maravillosa perspicacia, que únicamente se echa en él de menos la palabra para entrar en la ínfima categoría de la especie humana. Estos orangutanes apostan centinelas alrededor de sus campamentos, edifican chozas para guarecerse, prevén y evitan los peligros, eligen caudillos y en el ejercicio de sus facultades demuestran que bien pueden parigualarse con los australianos de cabeza achatada, pues como dice Wallace, «las necesidades de los salvajes y su potencia mental apenas superan a las de los orangutanes».

Ahora bien; es opinión común que en el otro mundo no puede haber orangutanes porque no tienen alma; pero si algunos orangutanes igualan en inteligencia a muchos hombres, ¿por qué han de tener éstos y aquéllos no, espíritu inmortal? Los materialistas dirán que ni unos ni otros lo tienen, sino que toda vida acaba con la muerte; pero los espiritualistas han estado siempre conformes en afirmar que el hombre ocupa en la escala de los seres el peldaño inmediatamente superior al del animal, y que desde el más rudo salvaje al más profundo filósofo posee algo de que el animal carece. Según hemos visto, enseñaron los antiguos que el hombre consta trínicamente de cuerpo, alma y espíritu, mientras que el animal está dualmente constituido de cuerpo y alma; los fisiólogos no descubren diferencia alguna de constitución entre el cuerpo del hombre y el del bruto, y los cabalistas convienen con ellos al decir que el cuerpo astral (el principio vital de los fisiólogos), es esencialmente idéntico en el hombre y en los animales. El hombre físico no es ni más ni menos que la culminación de la vida animal; y si, como también afirman los materialistas, es materia el pensamiento que en opinión de los audaces autores de *El Universo Invisible* «afecta a la materia de otros universos simultáneamente a la del

nuestro» y no hay sensación placentera o dolorosa ni deseo emocional que no ponga en vibración el éter, ¿por qué las groseras vibraciones mentales del animal no se han de transmitir al éter y asegurar la continuación de la vida después de la muerte del cuerpo?

Sostienen los cabalistas que no es lógico creer por una parte en la supervivencia del cuerpo astral del hombre y por otra en la desintegración inmediata del de los animales. Después de la muerte del cuerpo físico sobrevive como *entidad* el cuerpo astral llamado por Platón (NOTA: *Timeo*; *Gorgias*. FINAL NOTA) *alma mortal*, porque según la filosofía hermética renueva sus partículas constituyentes en cada una de las etapas que recorre el hombre para alcanzar más elevada esfera. Pone Platón en boca de Sócrates, en su coloquio con Callicles (NOTA: *Gorgias*. FINAL NOTA), que «el alma mortal retiene todas las características del cuerpo físico luego de muerto éste, con tal exactitud, que si un hombre sufrió en vida la pena de azotes tendrá el cuerpo astral con las mismas equimosis y cicatrices». El cuerpo astral es calcada reproducción del físico bajo todos sus aspectos, por lo que sería absurdo y blasfemo creer que recibe premio o castigo el espíritu inmortal, la llama encendida en la inagotable céntrica fuente de luz e idéntica a esta luz en atributos y naturaleza. El espíritu inmortaliza la entidad astral según las disposiciones en que ésta le reciba. Mientras el hombre dual, cuerpo y alma, observen la ley de continuidad espiritual y permanezca en ellos la chispa divina, por débilmente que resplandezca, estará el hombre en camino hacia la inmortalidad de la futura vida; pero si se apegan a la existencia puramente material y refractan el divino rayo emanante del espíritu desde los comienzos de su peregrinación y desoyen las inspiraciones de la avizora conciencia donde se enfoca la luz espiritual, no tendrán más remedio que someterse a las leyes de la materia.

Ciertamente que la materia es tan eterna e indestructible como el mismo espíritu, pero solamente en esencia, no en sus formas. El cuerpo carnal de un hombre groseramente materialista queda abandonado por el espíritu aun antes de la muerte física, y al sobrevenir ésta, el cuerpo astral moldea su plástica materia, con arreglo a las leyes físicas, en el molde que se ha ido elaborando poco a poco durante la vida terrena. Como dice Platón, «asume entonces la forma del animal con quien más le asemejó su mala conducta» (NOTA: *Timeo*. FINAL NOTA). Dice además, que, «según antigua creencia, las almas van al Hades al salir de la tierra y vuelven de allí otra vez para ser *engendradas de los muertos*... (NOTA: Cory: Traducción de *Fedro*, I, 69. FINAL NOTA). Pero quienes vivieron santamente llegan a la pura mansión superior y habitan en las más elevadas regiones de la tierra» (NOTA: La región etérea.– Cory: *Fedro*, I, 123. FINAL NOTA). También dice Platón en el *Fedro* que al término de su primera vida (NOTA: La terrena. FINAL NOTA) van algunos hombres a los lugares de castigo situados *debajo* de la tierra (NOTA: *Fedro*. Cory: Platón, 325. FINAL NOTA).

De todos los modernos tratadistas acerca de las aparentes incongruencias del *Nuevo Testamento*, tan sólo los autores de *El Universo invisible* han percibido un vislumbre de la cabalística verdad encubierta en la palabra *gehenna* (NOTA: Véase *El Universo invisible*, pág. 205-206. Los cabalistas no creen que este lugar *inferior* esté en el centro de la tierra, sino que es una esfera mucho más material y menos perfecta que la tierra. FINAL NOTA) con la cual significaban los ocultistas la *octava* esfera (NOTA: *Enumeradas en orden inverso*. FINAL NOTA), o sea un planeta como la tierra y relacionado con ella de modo que le sigue en la *penumbra*. Es una especie de caverna sepulcral, un «sitio en donde se consume todo desperdicio e inmundicia» y se regeneran las escorias y residuos de materia cósmica procedente de la tierra.

Enseña la doctrina secreta que si el hombre logra la inmortalidad continuará siendo trino como era en vida y trino será en todas las esferas, porque él cuerpo astral que durante la vida física está envuelto por el físico, se convierte después de la muerte carnal en envoltura de otro cuerpo más etéreo, que empieza a desarrollarse en el momento de la muerte

terrena y culmina su desarrollo cuando a su vez muere y se desintegra el cuerpo astral. Este proceso se repite en cada nuevo tránsito de esfera; pero el espíritu inmortal, la «argentina chispa» que el *doctor Jenwick* halla en el cerebro de *Margrave* (NOTA: Personajes de la novela de Bulwer-Lytton: *Una historia extraña*.— No conocemos en literatura nada que aventaje en vívida belleza a la descripción de la diferencia entre el principio vital del hombre y los animales que se contiene en el citado pasaje. FINAL NOTA) y no en el de los animales, es inmutable y jamás se altera «aunque se desmorone su tabernáculo». Muchos clarividentes, fidedignos por lo lúcidos, corroboran las descripciones que Porfirio, Jámblico y otros autores hacen de los espíritus de los animales. Algunas veces los espectros animales se densifican hasta el punto de hacerse visibles a los circunstantes de una sesión espiritista. El coronel Olcott (NOTA: Habitantes del otro mundo. FINAL NOTA) relata el caso del densificado espectro de una ardilla que acompañó a una forma de mujer a la vista de los espectadores, desapareciendo y reapareciendo varias veces hasta entrar con la forma mujeril en el gabinete.

Pero prosigamos la argumentación. Si después de la muerte del cuerpo persiste la vida, ha de obedecer necesariamente esta vida a la ley de evolución, que desde la cúspide de la materia eleva al hombre a superior esfera de existencia. Pero ¿cómo es posible que esta ley de elevación sólo rija para el hombre y no para los demás seres de la naturaleza? ¿Por qué habían de quedar eliminados de ella animales y plantas, puesto que en las formas de unos y otras alienta el principio vital hasta que, como a la forma humana, las destruye la muerte? ¿Por qué el cuerpo astral de los animales no habría de sutilizarse en las otras esferas lo mismo que el del hombre? También los animales proceden evolutivamente de la materia cósmica y ninguna diferencia encuentran los naturalistas entre los principios orgánicos de los reinos animal, vegetal y mineral a los que el profesor Le Conte añade el reino elemental.

La materia evoluciona continuamente de cada uno de estos reinos al inmediato superior y, de conformidad con Le Conte, no hay en la naturaleza fuerza capaz de transportar la materia del reino elemental al vegetal o del mineral al animal sin pasar por los intermedios.

Ahora bien; nadie se atreverá a suponer que de entre las moléculas primariamente homogéneas, animadas por la energía evolutiva, tan sólo unas cuantas alcancen en su progresivo desenvolvimiento los confines superiores del reino animal, donde culmina el hombre, y las demás moléculas, dotadas de la misma energía, no pasen más allá del reino vegetal. ¿Por qué razón no han de estar todas estas moléculas sujetas a la misma ley de modo que el mineral evolucione en vegetal, el vegetal en animal y el animal en hombre, ya que no en *este nuestro planeta* en alguno de los innumerables astros del espacio? No hubiera en el universo la armonía que descubre la matemática astronómica, si la evolución se contrajera al hombre sin extenderse a los reinos inferiores. La psicometría corrobora las deducciones de la lógica y tal vez llegue tiempo en que los científicos honren la memoria de Buchanan, el moderno expositor de aquella ciencia. Un trozo de mineral, un fósil vegetal o animal, representan viva y exactamente sus condiciones pasadas a la vista del psicómetra, como un hueso humano le sugiere determinadas peculiaridades del individuo al que perteneciera; y por lo tanto, es lógico inferir de todo esto que la naturaleza entera está animada del mismo espíritu que sutilmente anima así la materia orgánica como la inorgánica.

Antropólogos, fisiólogos y psicólogos se ven perplejos ante las causas primarias y finales sin comprender la analogía de las diversas formas materiales en contraste con los abismos de diferencia que advierten en el espíritu. Sin embargo, esta perplejidad proviene de que sus investigaciones se contraen a nuestro globo visible y no se atreven o no pueden ir más allá. Cabe en lo posible que la mónada universal, vegetal o animal, empiece a tomar forma en la tierra y haya de llegar al término de su evolución al cabo de millones de siglos en otros planetas conocidos y visibles, o desconocidos e invisibles para los astrónomos. La

misma tierra, según antes dijimos, después de su muerte cósmica y desintegración física se convertirá en eterificado planeta astral. La armonía es ley fundamental de la naturaleza. Como es arriba, así es abajo.

Pero la armonía en el universo material es justicia en el mundo espiritual. La justicia engendra armonía y la injusticia discordia, que en el orden cósmico equivale a caos y aniquilación.

Si el hombre tiene espíritu ya evolucionado, el mismo espíritu debe alentar, por lo menos potencialmente, en los demás seres, con promesa de ir también evolucionando con el tiempo, pues fuera inconcebible injusticia que el depravado criminal pudiera redimirse por el arrepentimiento y gozar de felicidad eterna, mientras que el inocente caballo hubiese de sufrir y trabajar a latigazos para que la muerte aniquile su ser. Semejante absurdo sólo cabe entre quienes creen que el hombre es el absoluto soberano del universo, y para quien fueron creadas todas las cosas, no obstante haber sido necesario que en satisfacción de sus culpas muriese nada menos que el mismo Dios y creador del universo, cuya cólera no se hubiera aplacado con ningún otro sacrificio.

Si, por ejemplo, un filósofo ha tenido que pasar por sucesivas etapas de civilización para llegar a serlo, y el salvaje es en cuanto a organización cerebral no muy inferior al filósofo (NOTA: Wallace: *La selección natural en el hombre*. FINAL NOTA) ni tampoco muy superior al orangután, no será despropósito inferir que el salvaje en este planeta y el orangután en otro, poblado por seres también semejantes a *cualquier otra imagen de Dios*, hallarán su respectiva oportunidad de llegar a las alturas de la filosofía.

Al tratar del porvenir de la psicometría dice Denton: «La astronomía no desdeñará el concurso de este poder, pues así como a medida que nos remontamos a los primitivos períodos geológicos, descubrimos diversas formas orgánicas, así también cuando la penetrante mirada del psicómetra explore los cielos de aquellas remotas edades, descubrirá que hubo constelaciones ya extinguidas. El exacto y minucioso mapa del firmamento en el período silúrico nos revelaría muchos Arcanos imposibles hoy de escudriñar. Hay fundados motivos para creer que no han de faltar psicómetras lo bastante hábiles para leer la historia cósmica, y tal vez la humana, de los cuerpos celestes» (NOTA: Denton: *El alma de las cosas*, 273. FINAL NOTA).

Cuenta Heródoto que en la octava torre de Belo, en Babilonia, residencia de los sacerdotes astrólogos, había un santuario donde las profetisas quedaban en trance para recibir las comunicaciones del dios. Junto al lecho de las profetisas paraba una mesa de oro y sobre ella varias piedras que, según refiere Maneto, eran aerolitos cuyo contacto despertaba la visión profética. Lo mismo sucedía en Tebas y Patara (NOTA: Heródoto, I, 181. FINAL NOTA).

Esto parece indicar que los antiguos conocían y practicaban extensamente la psicometría hasta el punto de que los profundos conocimientos astronómicos que reconoce Draper en los sacerdotes caldeos, antes dimanaban de la psicometrización de los aerolitos que de directas observaciones con instrumentos a propósito. Estrabón, Plinio y Helancio aluden al poder electromagnético del *betylo* o piedra meteórica que desde la más remota antigüedad tuvieron en suma veneración los egipcios y samotracios, quienes creían que los aerolitos tenían alma caída con ellos del cielo. En Grecia, los sacerdotes de la diosa Cibeles llevaban siempre consigo un pedazo de aerolito.

Es verdaderamente curiosa la coincidencia entre las prácticas de los sacerdotes de Belo y los experimentos del profesor Denton. Observa muy acertadamente Buchanan que la psicometría facilitará el esclarecimiento de los crímenes misteriosos, pues ningún acto criminal, por oculto que esté, puede escapar a la investigación del psicómetra cuyas facultades hayan sido debidamente educidas (NOTA: *Antropología*, 125. FINAL NOTA).

A propósito de los espíritus elementarios, dice Porfirio: «Estos seres invisibles han recibido de los hombres adoración de dioses, y la creencia vulgar los tiene por capaces de transmutarse en entidades maléficas cuyas iras descargan sobre cuantos no los adoran» (NOTA: Porfirio: *De los sacrificios a los dioses y a los demonios*, cap. II. FINAL NOTA).

Por su parte Homero describe como sigue a los espíritus elementarios: «Nuestros dioses se nos aparecen cuando les ofrecemos sacrificios y se sientan a la mesa con nosotros para tomar parte en nuestros festines. Si encuentran algún fenicio que viaje solo, le sirven de guía y de una ú otra manera manifiestan su presencia. Puede afirmarse que nuestra piedad nos aproxima tanto a ellos como el crimen y la efusión de sangre unieron a los cíclopes con la feroz raza de los gigantes» (NOTA: *Odisea*, VII. FINAL NOTA).

Esto demuestra que los dioses a que alude Homero eran entidades amables y benéficas, ya fuesen espíritus desencarnados o espíritus elementarios, pero en modo alguno *diablos*.

Porfirio, discípulo personal de Plotino, es todavía más explícito al tratar de la naturaleza de los espíritus elementarios y dice a este propósito: «Los demonios son invisibles pero saben *revestirse* de variadísimas formas y figuras, a causa de que su índole tiene, mucho de corpórea. Moran cerca de la tierra, y cuando logran burlar la vigilancia de los demonios buenos, no hay maldad que no se atrevan a perpetrar, ya por fuerza, ya por astucia... Es para ellos juego de niños excitar en nosotros las malas pasiones, imbuir en las gentes doctrinas perturbadoras y promover guerras, sediciones y revueltas de que solemos culpar a los dioses... Pasan el tiempo engañando a los mortales y burlándose de ellos con toda suerte de ilusorios prodigios, pues su mayor ambición es que se les tenga por dioses o por espíritus desencarnados» (NOTA: Porfirio: *De los sacrificios a los dioses y demonios*, cap. II. FINAL NOTA).

Jámblico el insigne teurgo de la escuela neoplatónica, trata también de esta materia diciendo: «Los buenos demonios se nos aparecen en realidad, al paso que los malos sólo pueden manifestarse en *quiméricas y fantásticas formas*... Los buenos demonios *no temen la luz* mientras que los malos *necesitan tinieblas*... Las sensaciones que despiertan en nosotros nos hacen creer en la realidad de cosas verdaderamente ilusorias» (NOTA: Jámblico: *Misterios egipcios*. FINAL NOTA). Aun los más expertos teurgos se exponen a error en su trato con los elementarios, y así nos lo demuestra el mismo Jámblico cuando dice: «Los dioses, los ángeles, los demonios y las almas de los muertos quedan obligados por medio de la evocación y las oraciones; pero es preciso tener mucho cuidado con no equivocarse en las prácticas teúrgicas, pues pudiera suceder que os figuraseis comunicar con divinidades benéficas que responden a vuestra fervorosa plegaria y ser, por el contrario, malignos demonios con apariencia de buenos. Porque los elementarios asumen frecuentemente semejanza de dioses y fingen categoría muy superior a la que realmente les corresponde. Sus mismas fanfarronadas los delatan» (NOTA: Jámblico: *Sobre la diferencia entre demonios, almas, etc.* FINAL NOTA).

Veinte años atrás, el barón Du Potet desahogó su indignación contra los científicos que achacaban a superchería los fenómenos psíquicos, diciendo: «Sobradas razones tengo para asegurar que estoy en camino del país de las maravillas y pronto pasmaré a las gentes de modo que se muevan a risa los más encopetados científicos, porque tengo el convencimiento de que *externamente* a nosotros hay agentes de *incalculable potencia* que pueden *infundirse en nosotros* y disponer de nuestro cuerpo a su antojo. Así lo creyeron nuestros antepasados y todas las religiones admiten la existencia de *seres espirituales*... Al recordarlos innumerables fenómenos que he producido a la vista de miles de personas y al ver la estúpida indiferencia de la ciencia oficial ante un descubrimiento que eleva la mente a regiones desconocidas, no sé si hubiera sido mejor para mí participar de la común ignorancia, pues ya me siento viejo, precisamente en la época en que debí haber nacido. Se me ha calumniado impunemente, porque unas veces hablaba la ignorancia presumida, a que respondí con el silencio, y otras fluctué entre si contestar o no a las bravatas de gentes

vulgares. ¿Es ello desidia o indiferencia? ¿Tiene el temor fuerza bastante para amedrentar mi espíritu? Nada de esto mella mi ánimo, sino que reconozco la necesidad de probar mis afirmaciones y aquí me detengo porque, si tal hiciera, *sacaría del recinto del templo la sagrada inscripción que ningún ojo profano debe leer*. ¿Dudáis de la hechicería y de la magia? ¡Oh verdad! Eres abrumadora carga» (NOTA: Du Potet: *La Magia revelada*. FINAL NOTA).

Con mojigatería que en vano buscáramos fuera de la iglesia a que sirve, cita Des Mousseaux el pasaje transcrito en prueba, según él, de que tanto Du Potet como cuantos comparten sus creencias están influidos por el espíritu maligno.

El engreimiento es el más grande obstáculo con que tropiezan los espiritistas modernos para estudiar y aprender, pues treinta años de experiencias fenoménicas le parecen suficientes para asentar sobre incommovibles bases las relaciones intermundanas, por haberles convencido, no sólo de que los muertos se comunican en prueba de la inmortalidad del espíritu, sino de que todo cuanto del otro mundo puede saberse se sabe por intervención de los médiums.

Los espiritistas desdeñan los recuerdos de la historia por insignificantes en comparación de su personal experiencia; y sin embargo, los problemas que tanto les preocupan quedaron resueltos hace miles de años por los teurgos que pusieron la clave a disposición de cuantos debida y conscientemente deseen estudiarlos. No es posible que se haya alterado, el ordenamiento de la naturaleza ni que los espíritus y las leyes de hoy en nada se parezcan a las leyes y espíritus de la antigüedad. Tampoco cabe que los espiritistas presuman conocer los fenómenos mediumnámicos y la naturaleza de los espíritus, mejor que toda una casta sacerdotal cuyos individuos estudiaron y ejercieron la teurgia en innumerable sucesión de siglos. Si son fidedignos los relatos de Owen, Hare, Edmonds, Crookes y Wallace, ¿por qué no han de serlo los de Heródoto, padre de la historia, Jámblico, Porfirio y cien más autores antiguos? Si los espiritistas han observado los fenómenos en rigurosas condiciones de comprobación, también los observaron en igualdad de condiciones los antiguos teurgos, que podían producirlos y modificarlos a su albedrío. El día en que se esclarezca esta verdad y las estériles especulaciones de los investigadores modernos retrocedan ante el detenido estudio de las obras teúrgicas, despuntará la aurora de nuevos e importantes descubrimientos en el campo de la psicología.

CAPÍTULO X

Τῆς δὲ γὰρ ἐκ τριάδος πᾶν πνεῦμα πατήρ—ἐκέρασε.

TAY., *Lyd de Mens*, 20

Las más potentes almas perciben intuitivamente la verdad y son de más Ingenua índole. Según el oráculo, estas almas se salvan por su propio esfuerzo.

PROCLO

Puesto que el alma evoluciona perpetuamente y en determinado tiempo *pasa a través de todas las cosas*, se ve luego precisada a retroceder por el mismo camino y a proceder por el mismo orden de generación en el mundo, porque tantas cuantas veces se repiten las causas, otras tantas han de repetirse los efectos.

FICIN, *Oráculos caldeos*

Sin un fin peculiar es el estudio artificiosa frivolidad de la mente.

YOUNG

La ciencia escolástica nada ha comprendido de cuanto precede al momento en que se forma el embrión ni de lo que sigue después que el hombre baja a la tumba, pues ignora las relaciones entre espíritu, alma y cuerpo antes y después de la muerte. El mismo principio vital es intrincado enigma en cuya solución agotó infructuosamente el materialismo sus energías mentales. Ante un cadáver enmudece el escéptico si su discípulo le pregunta de dónde vino y adónde fue el morador de aquel cuerpo inerte. Por lo tanto, no tiene el discípulo más remedio que satisfacerse con la explicación de que el hombre procede del protoplasma o abandonar escuela, libros y maestro, para encontrar la explicación del misterio.

En ciertas ocasiones resulta tan interesante como instructivo observar de cerca las frecuentes escaramuzas entre la ciencia y la teología. Pero no todos los hijos de la Iglesia son tan desdichados en defenderla como el abate Moigno de París, quien, a pesar de sus buenas intenciones, fracasó en el empeño de refutar los librepensadores argumentos de Huxley, Tyndall, Du Bois-Raymond y otros tantos, para recibir en recompensa la inclusión de su obra en el índice de libros prohibidos por Roma.

Es muy peligroso aventurarse sin ayuda en una polémica con los científicos sobre cuestiones evidenciadas por la experimentación, porque en los asuntos que conocen (mientras no los mudan por otros), son invulnerables como Aquiles, a menos que su contrincante les hiera en el talón. Sin embargo, ni aun en el talón se creen los científicos vulnerables.

Antes de entrar de lleno en la materia de este capítulo, demostraremos una vez más la incapacidad de la ciencia moderna para explicar cuanto no cae bajo el dominio de crisoles y retortas. Al efecto entresacaremos algunos pasajes de las conferencias que con el título de *Misterio y ciencia* dió el P. Félix en Nuestra Señora de París (**NOTA: El templo se llenó de bote en bote durante las conferencias, que despertaron extraordinario interés en la sociedad parisiense. FINAL NOTA**), inspiradas en el mismo espíritu predominante en la presente obra. El ingenioso predicador hirió en el talón a los científicos modernos, según puede colegirse de estas sus mismas frases:

Una temerosa palabra, la palabra CIENCIA, se nos echa encima para poner en pugna el progreso con el cristianismo. Con esta formidable evocación se intenta aterrarnos. A todo cuanto podamos decir nosotros para fundamentar el progreso en el cristianismo,

replican ellos invariablemente diciendo: «esto no es *científico*». Si hablamos de revelación, la revelación no es científica; si de milagros, no es científico el milagro. Así pretende la impiedad, fiel a sus tradiciones, matarnos con el arma de la ciencia. Es principio de tinieblas y presume ser luz y promete iluminarnos...

Cien veces me pregunté qué viene a ser esa terrible ciencia que amenaza devorarnos. ¿Es la ciencia matemática? Pues nosotros también tenemos nuestros matemáticos. ¿Son la física, la astronomía, la fisiología y la geología? Pues también el catolicismo cuenta con físicos, astrónomos, fisiólogos y geólogos (NOTA: Suponemos que el P. Félix no incluirá en este número a San Agustín, Lactancio y el venerable Beda. FINAL NOTA) que no desempeñan mal papel en el mundo científico, que tienen sillón en las academias y nombradía en la historia. Según parece, lo que ha de acabar con nosotros no es tal o cual ciencia sino la ciencia en general.

¿Y por qué vaticinan la debelación del cristianismo por la ciencia? Pues porque enseñamos misterios y los misterios cristianos están en oposición con la ciencia moderna... Según ellos, el misterio es la negación del sentido común; la ciencia lo repugna; la ciencia lo condena; la ciencia ha hablado: ¡anatema!

Si el misterio cristiano fuese como pensáis, tendríais razón, y en nombre de la ciencia habría de recibir vuestro anatema, pues nada tan incompatible como la ciencia con el absurdo y la contradicción. Pero en gloria y honor de la verdad, los misterios del cristianismo son cosa muy diferente de lo que suponéis, pues si lo fueran ¿cómo explicar que durante cerca de dos mil años los hayan venerado tantos y tan esclarecidos talentos y genios sin que se les ocurriera renegar de la ciencia ni abdicar de la razón (NOTA: No creemos que cite el P. Félix por ejemplo a Copérnico, Bruno y Galileo. A mayor abundamiento, véase el «Index Expurgatorius». Bien dice el popular adagio que «de audaces es la fortuna». FINAL NOTA)? Por mucho que encomiéis la ciencia moderna y el pensamiento moderno y el genio moderno, lo cierto es que antes de 1789 había ya sabios. Si tan manifiestamente absurdos y contradictorios fuesen nuestros misterios, ¿cómo se comprende que tan poderosos genios los aceptaran sin asomo de duda? Pero libreme Dios de insistir en la demostración de que el misterio no contradice a la ciencia. ¿De qué serviría probar con abstracciones metafísicas que la ciencia puede conciliarse con el misterio, cuando la creación entera demuestra incontrovertiblemente que el misterio por doquiera confunde a la ciencia? Yo declaro resueltamente que la ciencia no puede eludir el misterio, porque el misterio es la fatalidad de la ciencia.

¿Qué pruebas aduciremos? Miremos primeramente en torno del mundo material, desde el diminuto átomo al sol inmenso; y para formular la ley de la unidad en la diversidad a que armónicamente obedecen los cuerpos y movimientos siderales, pronunciáis la palabra *atracción* que compendia la ciencia de los astros. Decís vosotros que estos astros se atraen unos a otros en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias. Hasta ahora todo confirma esta ley que impera soberanamente en *los dominios de la hipótesis* y ha entrado en la categoría de axioma. Con toda mi alma rindo científico homenaje a la soberanía de la atracción y no seré yo quien intente eclipsar en el mundo de la materia una luz que se refleja en el del espíritu. El imperio de la atracción es evidente; es soberano; nos da en rostro. Pero ¿qué es la atracción? ¿quién la ha visto? ¿quién la ha palpado? ¿Cómo es que estos cuerpos mudos, sin sensibilidad ni inteligencia, ejercen inconsciente y recíprocamente la acción y reacción que los mantiene en equilibrio y armonía? La fuerza que atrae un sol a otro sol y un átomo a otro átomo ¿es acaso un medianero invisible que va de unos a otros? Pero entonces ¿quién es este medianero? ¿de dónde dimana esta fuerza intermediaria que todo lo abarca y cuya acción no pueden eludir ni el sol ni el átomo? ¿Es o no esta fuerza algo distinto de los elementos recíprocamente atraídos? ¡Misterio! ¡Misterio!

Sí, señores; esa atracción que tan esplendorosamente se manifiesta a través del mundo material es para vosotros misterio impenetrable; y sin embargo, ¿negaréis por ello su palpable realidad y su dominio?...

Por otra parte, advertid que los principios fundamentales de toda ciencia son tan misteriosos, que si negáis el misterio habréis de negar la ciencia misma. Imaginad la ciencia que os plazca, seguid al majestuoso vuelo de sus inducciones y en cuanto lleguéis a sus orígenes os encontraréis frente a frente de lo *desconocido* (NOTA: De seguro que ni Spencer ni Huxley se atreverán a contradecir esta afirmación; pero el P. Félix parece olvidar la deuda contraída con la ciencia, pues si hubiese dicho esto en 1600, ciertamente sufriera la misma suerte del infeliz Giordano Bruno. FINAL NOTA).

¿Quién es capaz de sorprender el secreto de la formación de un cuerpo o de la generación de un simple átomo? ¿Qué hay, no ya en el centro de un sol, sino en el centro de un átomo? ¿Quién ha sondeado el abismo de un grano de arena? Sin embargo, la ciencia estudia desde hace cuatro mil años el grano de arena, le da mil vueltas, lo divide y lo subdivide, lo tortura en sus experimentos, lo agobia a preguntas y le dice: ¿podré dividirte hasta lo infinito? Entonces, suspendida sobre el abismo, la ciencia titubea, vacila, se turba y confunde y desesperadamente exclama: *nada sé*. Pues si tan ignorantes estáis de la génesis e íntima naturaleza de un grano de arena ¿cómo podréis tener ni siquiera un vislumbre del ser viviente? ¿De dónde dimana la vida? ¿Cuándo empieza? ¿Qué la engendra y qué la mantiene?

¿Pueden los científicos redargüir al elocuente clérigo? Sin duda alguna el misterio les cerca por todos lados y el último reducto de Spencer, Tyndall o Huxley tiene grabadas en el frontis las palabras INCOMPRESIBLE, AGNOSCIBLE.

La ciencia es comparable a un astro de brillante luz cuyos rayos atraviesan por entre una capa de negras y densas nubes. Si los científicos no aciertan a definir la atracción que mantiene unidas en concreta masa las partículas materiales de un guijarro, ¿cómo serán capaces de deslindar lo posible de lo imposible?

Además, ¿por qué habría de haber atracción en la materia y no en el espíritu? Si del éter densificado proceden por el incesante movimiento de sus moléculas las formas materiales, no es despropósito suponer que del éter sublimado dimanen las entidades espirituales, desde la monádica hasta la humana, en sucesiva evolución de perfeccionamiento. Basta la lógica para inferirlo así, aun prescindiendo de toda prueba experimental.

Nada importa el nombre que los físicos den al principio que anima la materia, pues resulta algo distinto de la materia cuya sutileza escapa a la observación; y si admitimos que la materia está sujeta a la atracción, no es razonable abstraer a la atracción el principio que la anima. Al colectivo testimonio de la humanidad en pro de la supervivencia del alma se añade el más valioso todavía de gran número de pensadores, en corroboración de que hay una ciencia del espíritu, no obstante la terquedad con que los escépticos le niegan dicho título. La ciencia del espíritu penetra los arcanos de la naturaleza mucho más hondamente que pueda presumir la filosofía moderna, nos enseña la manera de hacer visible lo invisible y nos revela la existencia de espíritus elementarios y la naturaleza y propiedades de la luz astral, por cuyo medio pueden comunicarse los hombres con dichos espíritus. Analicemos experimentalmente las pruebas y no podrán negarlas ni la ciencia ni la iglesia en cuyo nombre tan persuasivamente hablaba el P. Félix.

La ciencia moderna está en el dilema de o reconocer la legitimidad de nuestras hipótesis o admitir la posibilidad del milagro. Pero el milagro supone, según los científicos, la infracción de las ordinarias leyes de la naturaleza, que si una vez se quebrantan, también pueden quebrantarse varias otras en sucesión indefinida, destruyendo la inmutabilidad de dichas leyes y el perfecto equilibrio del universo. Por lo tanto, no cabe negar, so culpa imperdonable de obstinación, la presencia entre nosotros de seres incorpóreos que en distintas épocas y países vieron no miles sino millones de personas, ni tampoco cabe

achacar dichas apariciones a milagros, sin desbaratar los fundamentos de la ciencia. ¿Qué pueden hacer los científicos cuando despierten de su orgulloso ensimismamiento sino dilatar con nuevos hechos su campo de experimentación?

La ciencia niega la existencia del espíritu en el éter, al paso que la teología afirma la existencia de un Dios personal; pero los cabalistas sostienen que ni la ciencia ni la teología hablan con razón, sino que los elementos representan en el éter las fuerzas de la naturaleza y el espíritu es la inteligencia que las rige y gobierna. Las doctrinas cosmogónicas de Hermes, Orfeo, Pitágoras, Sanchoniaton y Berocio, se fundan en el axioma de que el éter (inteligencia) y el caos (materia) son los primordiales y coeternos principios del universo. El éter es el principio mental que todo lo vivifica; el caos es un principio fluídico sin forma ni sensibilidad. De la unión de ambos nace la primera divinidad andrógina cuyo cuerpo es la materia caótica y cuya alma es el éter (NOTA: Según el *Fragmento de Hermias* «el caos fue *sensible* después de unido al éter y se estremeció de placer». Así nació el Protogonos (el primer actuante, la luz, el primogénito). Damascio le llama *Dis* u ordenador de todas las cosas.– Cory: *Fragmentos antiguos*, 314. FINAL NOTA). Tal es la universal trinidad según el metafísico concepto de los antiguos que, discurriendo por analogía, vieron en el hombre, formado de materia e inteligencia, el microcosmos o minúscula reproducción del Cosmos.

Si comparamos esta doctrina con las especulaciones de la ciencia que se detiene en las lindes de lo desconocido y no tolera que nadie vaya más allá de sus pasos, o bien con el dogma teológico de que Dios creó el mundo de la nada como juego de prestidigitación, no podemos por menos de reconocer la superioridad lógica y metafísica de la doctrina hermética. El universo existe y existimos nosotros; pero ¿cómo apareció el universo y cómo aparecimos nosotros en él? Puesto que los científicos no responden a esta pregunta y los usurpadores del solio espiritual anatematizan por blasfema nuestra curiosidad, no tenemos más remedio que recurrir a los sabios cuya atención se empleó en este estudio siglos antes de que se condensaran las moléculas corporales de los filósofos modernos.

Dice la antigua sabiduría que el visible universo de espíritu y materia es la concreción plástica de la abstracción ideal, con arreglo al modelo trazado por la IDEA divina. Así pues, nuestro universo estaba latente de toda eternidad, animado por el céntrico sol espiritual o Divinidad suprema. Pero esta Divinidad suprema no plasmó su idea sino que la plasmó su primogénito (NOTA: Dice Platón en el *Timeo* que la ideación divina estaba fundamentada en el dodecaedro y por ello computa la cosmogonía tirrena (Suidas, *Tyrrhenia*) en 12.000 años el período de la creación, afirmando que el hombre fue creado en el sexto milenario. Esto concuerda con el ciclo egipcio de los 6.000 años y con el cómputo hebreo, entendiendo por años lo mismo que épocas y no simples períodos de doce revoluciones lunares. Refiere Sanchoniaton en su *Cosmogonía* (traducción griega por Filo Biblio), que cuando el viento (espíritu), se enamoró de su propio principio (caos) se enlazaron ambos en unión llamada *pothos*, de que brotó la semilla de todo lo existente. El caos no tenía conciencia de su propia producción porque era insensible; pero de su enlace con el viento nació el *ilus* (lodo) (Cory: *Fragmentos antiguos*) de que dimanaron los esporos de la creación y la existencia objetiva del universo. FINAL NOTA).

Los antiguos sólo contaban cuatro elementos, pero consideraron el éter como el medio transmisor entre el mundo visible y el invisible y creyeron que su esencia estaba sutilizada por la presencia divina. Decían, además, que cuando las inteligencias directoras se apartaban del reino que respectivamente les correspondía gobernar, quedaba aquella porción de espacio en poder del *mal*. El adepto que se disponga a entrar en comunicación con los invisibles ha de conocer perfectamente el ritual y estar muy bien enterado de las condiciones requeridas por el equilibrio de los cuatro elementos de la luz astral. Ante todo ha de purificar la esencia y equilibrar los elementos en el círculo de comunicación, de modo que no puedan entrar allí los elementarios. Pero ¡ay del curioso impertinente que sin

los debidos conocimientos ponga los pies en terreno vedado! El peligro le cercará en todo instante por haber evocado poderes que no es capaz de dominar y por haber despertado a centinelas que únicamente dejan pasar a sus superiores. A este propósito dice un famoso rosacruz: «Desde el momento en que resuelvas convertirte en cooperador del Dios vivo, cuida de no entorpecer su obra, porque si tu calor excede de la proporción natural, excitarás la cólera de las *naturalezas húmedas* (NOTA: Empleamos las mismas frases y estilo de este insigne cabalista que floreció en el siglo XVII y fue famoso alquimista entre los filósofos herméticos. FINAL NOTA), que se revelarán contra el fuego central y éste contra ellas, de lo que provendría una terrible escisión en el caos (NOTA: El materialista más recalcitrante conviene en que todo cuanto existe procede del éter. Por lo tanto, los cuatro elementos de los antiguos o sea: aire, agua, tierra y fuego, así como los fluidos llamados imponderables deben proceder también de la primera *Duada*, es decir, de la unión del éter y el caos. Ahora bien; si en la materia hay una esencia espiritual que la obliga a plasmarse en millones de formas individuales, no es despropósito afirmar que los reinos espirituales de la naturaleza están poblados por seres que evolucionaron también del éter. La química biológica nos enseña que en el cuerpo humano entran como componentes los elementos constitutivos del aire en sus tejidos, del agua en sus humores, de la tierra en sus huesos y del fuego en su sangre. El cabalista sabe por experiencia que los espíritus elementales están constituidos por uno solo de los cuatro elementos y cada reino tiene sus peculiares espíritus elementales, por lo que estando el hombre constituido por los cuatro elementos es superior a los elementales y se confirma en él la ley de evolución. FINAL NOTA). Tu mano temeraria perturbará la armonía y concordia de los elementos y las corrientes de fuerza quedarán infestadas de innumerables criaturas de materia e instinto (NOTA: Los demonios de la teurgia y los diablos de la teología. FINAL NOTA). Los gnomos, salamandras, sílfides y ondinas te asaltarán, ¡oh imprudente experimentador!, y como son incapaces de inventar cosa alguna, escudriñarán las más íntimas reconditeces de tu memoria (NOTA: De aquí la depresión mental y agotamiento nervioso de algunos médiums espiritistas. FINAL NOTA) para refrescar ideas, formas, imágenes, reminiscencias y frases olvidadas de mucho tiempo, pero que se mantienen indelebles en las páginas astrales del indestructible LIBRO DE LA VIDA».

Todos los seres organizados, así del mundo visible como del invisible, existen en el elemento más apropiado a su naturaleza. El pez vive y respira en el agua; el vegetal aspira ácido carbónico que asfixia al animal. Unas aves se remontan hasta las más enrarecidas capas atmosféricas y otras no alcanzan su vuelo más allá de las densas. Ciertos seres necesitan la plena luz del sol y otros prefieren las penumbras crepusculares o las nocturnas sombras. De este modo, la sabia ordenación de la naturaleza adapta las formas vivientes a cada una de sus diversas condiciones y por analogía podemos inferir, no sólo que no hay en el universo punto alguno inhabitado y que cada ser viviente crece y vive en condiciones apropiadas a la índole y necesidades de su especialidad orgánica, sino además que también el universo invisible está poblado de seres adaptados a peculiares condiciones de existencia, pues desde el momento en que existen seres suprafísicos, forzoso es reconocer en ellos diversidad análoga a la que echamos de ver en los seres físicos y más distintamente entre los hombres encarnados, cuyas personalidades subsisten diferenciadas al desencarnar.

Suponer que todos los seres suprafísicos son iguales entre sí y actúan en un mismo ambiente y obedecen a las mismas atracciones magnéticas, fuera tan absurdo como pensar que todos los planetas tienen la misma topografía o que todos los animales pueden vivir anfibiamente y que a todos los hombres les conviene el mismo régimen dietético.

Muchísimo más razonable es creer que las entidades impuras moran en las capas inferiores de la atmósfera etérea cercanas a la tierra, mientras que las puras están a lejanísima distancia de nosotros. Así es que, a menos de contradecir lo que en ocultismo pudiéramos llamar *psicomática*, tan despropósito fuera suponer que todas las entidades

extraterrenas están en las mismas condiciones de existencia, como que dos líquidos de diferente densidad indicaran el mismo grado en el hidrómetro de Baumé.

Dice Görres que durante su permanencia entre los indígenas de la costa de Malabar, les preguntó si se les aparecían fantasmas, a lo que ellos respondieron: «Sí se nos aparecen; pero sabemos que son *espíritus malignos*, pues los buenos sólo pueden aparecerse raras veces. Los que se nos aparecen son espíritus de suicidas, asesinados y demás víctimas de muerte violenta, que constantemente revolotean a nuestro alrededor y aprovechan las sombras de la noche para aparecerse, embaucar a los tontos y tentar de mil maneras a todos» (NOTA: Görres: *Mística*, lib. III, pág. 63. FINAL NOTA).

Porfirio relata algunos hechos repugnantes de autenticidad corroborada experimentalmente por los estudiantes de ocultismo. Dice así: «El alma (NOTA: Por regla general los autores antiguos llamaban *almas* a las entidades humanas desencarnadas y malignas. También les daban el nombre de *larvas*. Los buenos se convertían en *dioses* al morir. FINAL NOTA) se pega después de la muerte al cuerpo en proporción a la mayor o menor violencia con que se separó de éste, y así vemos que muchas almas vagan desesperadamente en torno del cadáver y a veces buscan ansiosas los putrefactos restos de otros cadáveres y se recrean en la sangre recientemente vertida que parece infundirles por un momento vida material» (NOTA: Porfirio: *De los sacrificios*. (Capítulo sobre el verdadero culto).— Si algún espiritista dudare de las aseveraciones de este teurgo, no tiene más que ensayar los efectos de la sangre humana recién vertida, en una sesión de materializaciones. FINAL NOTA).

Por su parte dice Jámblico: «Los dioses y los ángeles se nos aparecen en paz y armonía. Los demonios malignos lo revuelven todo sin orden ni concierto. En cuanto a las *almas ordinarias* se nos aparecen muy raramente» (NOTA: Jámblico: *Misterios egipcios*. FINAL NOTA).

A esto añadiremos el siguiente pasaje de Apuleyo: «El alma humana (NOTA: El cuerpo astral en este sentido. FINAL NOTA) es un demonio al que en nuestro lenguaje podemos llamar genio. Es un *dios inmortal*, aunque ha nacido en cierto modo al mismo tiempo que el cuerpo en que habita. Por consiguiente, podemos decir que muere en el mismo sentido que decimos que nace. El alma nace en este mundo después de salir de otro mundo (*anima mundi*) en que tuvo precedente existencia. Así los dioses juzgan de su comportamiento en todas las fases de sus varias existencias y algunas veces la castigan por pecados cometidos en una vida anterior. Muere luego de separada del cuerpo en que ha cruzado la vida como en frágil barquichuelo y ésta es, según creo, la oculta significación de aquel epitafio tan comprensible para el iniciado: *A los dioses manes que vivieron*. Pero esta especie de muerte no aniquila al alma, sino que la transforma en *larva*, es decir, los manes o sombras llamados lares en quienes honramos a las divinidades protectoras de la familia cuando se mantienen en actitud benéfica; pero cuando sus crímenes los condenan a errar se convierten en larvas y son el azote de los malos y el vano terror de los buenos» (NOTA: Apuleyo: *Del Dios de Sócrates*, 143 a 145. FINAL NOTA).

Tan explícitamente se expresa Apuleyo en este punto, que los reencarnacionistas apoyan en su autoridad la doctrina de que el hombre pasa por sucesivas existencias en este mundo hasta eliminar todas las escorias de su naturaleza inferior. Dice Apuleyo claramente que el hombre viene a este mundo procedente de otro cuyo recuerdo se ha borrado de su memoria. Así como de conformidad con el principio económico de la división del trabajo pasa un reloj de operario en operario hasta completar todas las piezas de su máquina en acabado ajuste, según el plan previamente trazado en la mente del mecánico, así también nos dice la filosofía antigua que el hombre concebido en la mente divina va tomando forma poco a poco en los diversos talleres de la fábrica del universo hasta culminar su perfección.

La misma filosofía nos enseña que la naturaleza nunca deja nada imperfecto, y si fracasa en el primer intento, lo reitera hasta triunfar. Cuando se desenvuelve un embrión humano, el plan de la naturaleza es que produzca un hombre físico, intelectual y espiritualmente perfecto. El cuerpo ha de nacer, crecer y morir; la mente ha de educirse, robustecerse y equilibrarse; el espíritu ha de iluminar mente y cuerpo de modo que con él se identifiquen. Todo ser humano ha de recorrer el «círculo de necesidad» para llegar al término de su perfección. Así como los rezagados en una carrera se afanan tan sólo al principio, mientras que el vencedor no para hasta alcanzar la meta, así también en la carrera del perfeccionamiento hay espíritus que se adelantan y llegan a la meta cuando los demás quedan detenidos por los obstáculos que les opone la materia. Algunos desdichados caen para no volverse a levantar y pierden toda esperanza de vencimiento, pero otros se levantan y empiezan de nuevo la carrera.

Los indos temen sobremanera la transmigración y reencarnación en formas inferiores, pero contra esta contingencia les dió Buda remedio en el menosprecio de los bienes terrenos, la mortificación de los sentidos, el dominio de las pasiones y la contemplación espiritual o frecuente comunión con Âtmâ. El hombre reencarna a causa de la concupiscencia y de la ilusión que nos mueve a tener por reales las cosas del mundo. De los sentidos proviene la alucinación que llamamos contacto, del contacto el deseo, del deseo la sensación (también ilusoria), de la sensación la concupiscencia, la generación, y de la generación la enfermedad, la decrepitud y la muerte. Así, a la manera de las vueltas de una rueda se suceden alternativamente los nacimientos y las muertes cuya causa determinante es el apego a las cosas de la tierra y cuya causa eficiente es el karma o fuerza de acción moral en el universo de que deriva el mérito y demérito. Por esto dice Buda: «Quien anhele librarse de las molestias del nacimiento, mate el deseo para invalidar así la causa determinante o sea el apego a las cosas terrenas». A los que matan el deseo les llama Buda *arhates* (NOTA: *Monaquismo oriental, 9. FINAL NOTA*) que en virtud de su liberación poseen facultades taumatúrgicas. Al morir el arhat ya no vuelve a reencarnar y entra en el nirvana (NOTA: *Tanto los teólogos como los escépticos han adulterado el concepto y significación de esta palabra. FINAL NOTA*) o mundo de las causas, la suprema esfera asequible, en que se desvanece toda ilusión sensoria. Los filósofos budistas creen que los pitris (NOTA: *Espíritus de los hombres preadámicos. FINAL NOTA*) están reencarnados en grado y condiciones muy superiores a las del hombre terrestre, pero nada nos dicen acerca de las vicisitudes de sus cuerpos astrales.

La misma doctrina que enseñó Buda en India seis siglos antes de J.C., enseñó Pitágoras un siglo después en Grecia. Gibbon demuestra lo muy penetrados que los fariseos judíos estaban de esta doctrina de la transmigración de las almas (NOTA: *Decadencia y caída del imperio romano, IV, 385. FINAL NOTA*). El círculo de necesidad de los egipcios está indeleblemente grabado en los antiquísimos monumentos de aquel país. Jesús, al sanar a los enfermos les decía siempre: «Tus pecados te son perdonados». Esta expresión encierra la doctrina del mérito y demérito, análoga al concepto budista de que el enfermo sana cuando se le perdonan los pecados (NOTA: *Hardy: Manual del budismo: Dunlap: Las religiones del mundo. FINAL NOTA*). Los judíos le dijeron al ciego: «¿Naciste del todo cargado de culpas y pretendes enseñarnos?»

Las opiniones de Dupuis, Volney e Higgins sobre la significación secreta de los ciclos, kalpas y yugas de induistas y budistas no merecen tenerse en cuenta porque dichos autores carecían de la clave necesaria para desentrañarla. Ninguna filosofía consideró a Dios en abstracto, sino en sus diversas manifestaciones. La «Causa Primera» de las escrituras hebreas, la Mónada pitagórica, la «Esencia Única» de los induistas y el «En Soph» de los cabalistas expresan idéntico concepto. El Bhagavad indio no es creador, sino que se infunde en el huevo del mundo y de allí emana bajo el aspecto de Brahm, del mismo modo que la Duada pitagórica procede de la única y suprema Mónada (NOTA: *Dice Lemprière*

(*Diccionario clásico*, Art. *Pitágoras*) que hay poderosas razones para dudar de cuanto se afirma acerca del viaje de Pitágoras a la India y de sus relaciones con los gimnósofos. De ser así, no se explica la mucha mayor analogía de la metempsicosis pitagórica con la de los indos que con la de los egipcios, ni tampoco podríamos explicarnos que MONAS sea también el nombre sánscrito de la Causa primera. Cuando se publicó el *Diccionario clásico* de Lemprière (1792-1797), no se conocía el sánscrito en Europa y hasta medio siglo después no tradujo Haug el *Aitareya-Brâhmana* en que aparece la palabra *Monas* en la acepción referida. Antes de publicarse esta traducción y de quedar computada en 2.000 a 2.400 años antes de J.C., la antigüedad del original, cupo la sospecha (como en el caso de los símbolos cristianos) de si los indos habrían tomado de Pitágoras la palabra *Monas*, Pero mientras la filosofía no demuestre que el vocablo griego es etimológicamente distinto del sánscrito, estamos en el derecho de aseverar la estancia de Pitágoras en la India y que allí aprendió filosofía de boca de los gimnósofos. La innegable filiación que respecto del sánscrito tienen el griego y el latín a juicio de Max Müller, no basta para explicar la idéntica significación metafísica de la palabra *Monas* en sánscrito y griego. La palabra sánscrita *deva* (dios) se convirtió en la latina *deus*; pero en el *Zend-Avesta* de Zoroastro la misma palabra *deva* tiene la diametralmente opuesta significación de espíritu maligno, llamado más tarde *daeva* de donde se deriva la palabra inglesa *devil* (diablo). FINAL NOTA). El *Monas* del filósofo de Samos es idéntico al induista *Monas* (mente) que no tiene *apúrva* (causa material) ni está sujeto a aniquilación (NOTA: Haug: *Aitareya-Brâhmana*. FINAL NOTA). En calidad de Prajâpati se diversifica Brahmâ desde un principio en doce dioses manifestados, cuyos símbolos son:

- 1.º Fuego.
- 2.º Sol.
- 3.º Soma (omnisciencia).
- 4.º Vida (conjunto de seres vivientes).
- 5.º Vâyû (aire; éter denso).
- 6.º Muerte (soplo destructor).
- 7.º Tierra.
- 8.º Cielo.
- 9.º Agni (fuego inmaterial).
- 10.º Aditi (aspecto femenino del sol invisible).
- 11.º Mente.
- 12.º Cielo sin fin (cuya rotación jamás se detiene) (NOTA: Haug: *Aitareya-Brâhmana*. FINAL NOTA).

Después de esta duodécupla diversificación, se infunde Brahmâ en el universo visible y se identifica con cada uno de sus átomos. Entonces la Mónada inmanifestada, indivisible e indefinida, se retrae en el majestuoso y sereno apartamiento de su unidad y se manifiesta primero en la Duada y después en la Tríada, de que sin cesar emanan fuerzas espirituales que se individualizan en dioses (almas) para constituir seres humanos cuya conciencia ha de desenvolverse en una serie de nacimientos y muertes.

Un artista oriental ha simbolizado la doctrina de los cielos en una muy significativa pintura mural que se conserva en un templo subterráneo situado en las cercanías de una pagoda budista. Trataremos de, describirla según la recordamos.

Un punto céntrico simboliza el punto primordial del espacio. Tomando por centro este punto, se traza a compás una circunferencia cuyos comienzo y término simbolizan la coincidencia de la emanación y la reabsorción. La circunferencia está compuesta de multitud de circulitos a estilo de los troces de una pulsera, cuyas circunferencias representan el cinturón de la diosa pletóricamente figurada en su respectivo circulito. El artista colocó

la figura de nuestro planeta en el nadir del círculo máximo, y a medida que el arco se acerca a este punto, los rostros de las diosas van siendo más hoscas y horribles, como no fueran capaces de imaginar los europeos. Cada círculo está cubierto de figuras de planetas, animales y hombres representativos de la flora, fauna y étnica correspondiente a aquella esfera, y entre cada una de éstas hay una separación marcada de propósito para significar que después de recorrer los distintos círculos en sucesivas transmigraciones, tiene el alma un periodo de reposo o nirvana temporal en que âtmâ olvida los pasados sufrimientos. El espacio entre los círculos simboliza el éter y aparece poblado de seres extraños, de los cuales los que están entre el éter y la tierra son los de «naturaleza intermedia» o espíritus elementales o elementarios, como los cabalistas los llaman algunas veces.

Dejamos a la sagacidad de los arqueólogos la dilucidación de si esta pintura es copia o es el mismo original debido al pincel de Berosio, sacerdote del templo de Belo, en Babilonia; pero advertiremos que los seres figurados en ella son precisamente los mismos que Berosio describe por boca de Oannes, el hombre-peze caldeo, diciendo que son horribles criaturas engendradas por la luz astral y la materia grosera (NOTA: Berosio: *Fragmento conservado por Polyhistor.*— Cory: *De la cosmogonía y el diluvio.* FINAL NOTA).

Hasta ahora los paleólogos desdeñaron el estudio de las ruinas arquitectónicas correspondientes a las razas primitivas y hasta hace muy poco tiempo no les llamaron la atención las cuevas de Ajunta que se abren en las montañas de Chandor, a doscientas millas de Bombay, y las ruinas de la ciudad de Aurungabad, cuyos derruidos palacios y curiosos sepulcros fueron durante muchos siglos guarida de fieras (NOTA: El periódico *Observer* describió recientemente bastante al pormenor estas notables ruinas, antiqüísimas predecesoras de Herculano y Pompeya, lamentando de paso que las autoridades locales se hayan satisfecho con «instalar una posada para abrigo y seguridad del viajero». Dice así la descripción inserta en el citado periódico: «En un profundo valle que se extiende al pie de la montaña hay un grupo de maravillosas cavernas que sirvieron de templos. Ya se han explorado veintisiete de estas cuevas, pero hay motivos para presumir que su número sea mucho mayor. No cabe imaginar el fatigoso esfuerzo que supone la excavación de estos templos en la roca viva, en una extensión lineal de 500 pies, con artísticas esculturas que denotan el exquisito gusto y rara habilidad de los artífices indos. Pero si admirables son los decorados exteriores, les aventajan los interiores, y no obstante el inevitable deterioro causado en esculturas y pinturas por la mano del tiempo, todavía conservan los colores su brillo y frescura en animadas y festivas escenas pictóricas, así como no han perdido su delineación las figuras talladas en la roca, que representan comitivas nupciales y escenas de la vida doméstica, sin que ni pinturas ni esculturas estén afeadas por la más leve obscenidad ni grosería tan frecuentes en las alegorías induistas, antes al contrario, las figuras de mujer son por su hermosura, delicadeza y perfección artística émulas del cincel helénico. A estos templos se les atribuye origen budista y los están visitando buen número de arqueólogos que se ocupan en descifrar los jeroglíficos grabados en las paredes y computar la antigüedad de las excavaciones. No muy lejos de aquel paraje se encuentran las ruinas de Aurungabad, famosa ciudad murada cuyos derruidos palacios revelan todavía la solidez y magnificencia de su fábrica y de los restos de las murallas se colige que eran tan firmes y estables como roca. Cerca de las ruinas de Aurungabad se ven también restos de templos tallados en la peña, muchos de ellos rodeados de vallas con estatuas y columnas, siendo muy común la figura del elefante a la entrada del templo en actitud de centinela. Abiertas en la roca hay miles de primorosas hornacinas con sendas imágenes de florido estilo escultórico, pero desgraciadamente mutiladas por los mahometanos con el deliberado propósito de estorbar la devoción de los indos que en modo alguno se prosternarían ante una imagen estropeada. Esta profanación despertó en los indígenas vehemente y hereditaria animosidad contra los musulmanes, que no han logrado desvanecer los siglos. Asimismo se encuentran en aquella comarca otras ruinas de ciudades cuyos despedazados palacios sirven de madriguera a las alimañas, y

muchos trozos de la vía férrea están contruidos con materiales tomados de estas ruinas, mientras que hay enormes piedras asentadas desde hace miles de años en el mismo paraje, donde permanecerán de seguro otros tantos. Así los templos tallados en la roca como las mutiladas estatuas denotan arte no igualado por los modernos indígenas y justifican la feliz expresión de un escritor al decir que los indos antiguos edificaban como cíclopes y pulían como orfebres. Evidentemente estas colinas estaban hace siglos animadas por numerosos gentíos; pero ahora están desoladas é incultas sin más compañía que las fieras, y constituyen por lo tanto excelente cazadero para los ingleses cuya afición a la caza les mueve a preferir que tan monumentales ruinas sigan en el mismo estado». Hasta aquí la información del *Observer*. Por nuestra parte deseamos vehementemente que no continúen las cosas de este modo, pues bastantes actos de vandalismo se cometieron en otras épocas para no consentir en nombre de la arqueología y de la filología que acaben de perderse los preciosos y graníticos documentos históricos en cuya conservación están interesados moralmente los exploradores científicos de nuestro siglo. FINAL NOTA).

Pero examinemos ahora la doctrina de la reencarnación como filosofía variante de la metempsícosis, según la expone una de las primeras autoridades en la materia. Estriba la reencarnación en la repetida existencia de una misma individualidad en sucesivas personalidades, en un mismo planeta. Esta reiteración de la existencia terrena es forzosamente ineludible cuando por una modalidad cualquiera, la muerte violenta o prematura, queda la individualidad descarrilada del círculo de necesidad. Así tenemos que en los casos de aborto, mortalidad infantil, locura, imbecilidad e idiotismo, se entorpece la evolución del ser humano, cuya individualidad ha de revestirse de nueva personalidad para continuar la interrumpida obra, de conformidad con la ley de la evolución o sea con el plan divino. También es necesaria la reencarnación mientras los tres aspectos de la mónada no alcancen la unidad, de suerte que se identifiquen definitivamente el alma y el espíritu al llegar al término de la evolución espiritual paralela a la física. Conviene tener presente que no hay en la naturaleza fuerza alguna espiritual ni material capaz de transportar a la mónada de un reino a otro no inmediatamente superior, y así resulta naturalmente imposible que después de trascender la mónada el reino animal y entrar en el humano, salte de súbito al espiritual. Ni la individualidad de un feto abortado que no respiró en este mundo ni el de un niño muerto antes del uso de razón ni el del idiota de nacimiento cuya anormalidad cerebral (NOTA: Según dice Malacorne en su *Anatomía cerebral*, las circunvoluciones de un idiota oscilan del veinte al treinta por ciento del número de las de una persona sana. FINAL NOTA) le exime de toda culpa, pueden recibir premio o castigo en la otra vida. Esta conclusión no es, después de todo, tan ridícula como otras sancionadas por la ortodoxia, pues la fisiología no ha esclarecido aún estos misterios y no faltan médicos que, como Fournié, le nieguen a dicha ciencia la posibilidad de progresar fuera del campo de la hipótesis.

Por otra parte, dicen las enseñanzas ocultas de Oriente, que algunas aunque raras veces el desencarnado espíritu humano cuyos vicios, crímenes y pasiones le hayan sumido en la octava esfera (NOTA: El *hades* de los griegos y el *gehenna* de la Biblia ósea el subplano astral en inmediata vecindad con la esfera terrestre. FINAL NOTA), puede por un relampagueante esfuerzo de su voluntad elevarse de aquel abismo, como náufrago que sube a la superficie del agua (NOTA: En sus *Preceptos mágicos y filosóficos* dice Psello: «No te hundas, porque debajo de la tierra hay un precipicio al que se baja por siete peldaños y en el último está el trono de la horrible necesidad».- Cory: *Oráculos Caldeos*. FINAL NOTA). El ardiente intento de eludir sus sufrimientos, un anhelo vehemente de cualquier índole podrán llevarle de nuevo a la atmósfera de la tierra, ansioso de ponerse en contacto con los hombres. Estas entidades astrales son los vampiros magnéticos, no perceptibles por la vista, pero sí por sus efectos; los *demonios* subjetivos de las monjas, frailes, clarividentes y hechiceros medioevales (NOTA: El *Martillo de los hechiceros* dió celebridad a estas entidades. FINAL NOTA); los demonios sanguinarios de Porfirio; y

las larvas de los autores antiguos. Obsesas por estas entidades penaron en el tormento y subieron al patíbulo débiles y desdichadas víctimas.

Afirma Orígenes, que los malignos espíritus de cuya posesión habla el *Nuevo Testamento* eran espíritus humanos. Moisés conocía perfectamente la índole de estas entidades y las funestas consecuencias a que se exponían cuantos se prestaban a su maligna influencia, por lo que promulgó severas leyes contra los endemoniados. Pero Jesús, henchido de divino amor al género humano, *curaba* a los poseídos en vez de *matarlos*, como más tarde, prefiriendo la ley de Moisés a la de Cristo, mató la intolerancia clerical en las hogueras inquisitoriales a un sin número de estos infelices acusados de brujos y hechiceros.

¡Hechicero! Nombre potente que en pasados tiempos fue segura sentencia de muerte ignominiosa y en los nuestros es promesa cierta de sarcasmo y ridículo. Sin embargo, en todo tiempo hubo varones doctos que, sin menoscabo de su honradez científica ni mengua de su dignidad personal, atestiguaron públicamente la posibilidad de que existiesen «hechiceros» en la recta acepción de esta palabra. Uno de estos intrépidos confesores de la verdad fue el erudito profesor de la Universidad de Cambridge, Enrique More, que floreció en siglo XVII y cuya ingeniosa manera de tratar este asunto demanda nuestra atención.

Según parece, allá por los años de 1678, el teólogo Juan Webster publicó una obra titulada: *Críticas e interpretaciones de la Escritura en contra de la existencia de hechiceros y otras supersticiones*. Enrique More juzgó esta obra muy «endeble y no poco impertinente», como así lo declaraba en una carta dirigida a Glanvil (NOTA: Autor de *Sadducismus Triumphatus*. FINAL NOTA) a la que acompañó un tratado de hechicería (NOTA: Son rarísimos los ejemplares de este tratado, del que conocemos unos cuantos fragmentos manuscritos. Una obra de poco mérito titulada: *Apariciones, que se publicó en 1820, alude al tratado de More. FINAL NOTA*) con aclaraciones y comentarios explicativos de la palabra hechicero, de cuya etimología inglesa infiere More su equivalencia con la palabra sabio (NOTA: Las palabras inglesas *witch* (bruja) y *wizard* (brujo, encantador o hechicero) se derivan indudablemente de *wit* (ingenio) de cual nombre se formaron los adjetivos *wittigh*, *witty* y *wittich* (ingenioso) cuya contracción dió origen a la palabra *witch* (bruja). Además, el nombre *wit* (ingenio) provino a su vez del verbo *to weet* (conocer, saber) sinónimo de *to wit* y de *to wis* del que deriva el nombre *wisard*, transformado después por el uso en *wizard* (hechicero). Así tenemos que las brujas y los hechiceros son personas que *saben* más que el común de las gentes. La misma acepción da Festus a la palabra latina *saga* en la siguiente frase: *sage dictæ anus que multa sciunt* (se llaman brujas las viejas que saben mucho). La explicación que de la palabra hechicero da Enrique More, corresponde exactamente al significado etimológico de las palabras rusas *vyédma* (bruja) y *vyedmak* (hechicero) derivadas del verbo *vyedât* (conocer, saber) cuya raíz es seguramente sánscrita. Lo mismo ocurre en lengua eslava con los vocablos *znâhâr* (brujo) y *znâkarka* (bruja) derivados del verbo *znât* (conocer, saber). Dice Max Müller (*Discurso sobre los Vedas*) que la palabra *veda* significa etimológicamente sabiduría, ciencia, conocimiento y equivale a la voz griega *οἶδα* (yo sé), en que se ha omitido la *v* o *feól*ica, y a la inglesa *to wit* (conocer, saber), así como la palabra sánscrita *vidma* significa exactamente *nosotros sabemos*. Resulta por consiguiente perfectamente correcta y de acuerdo con la moderna filología la explicación que de la palabra brujo o hechicero dió Enrique More en 1678. FINAL NOTA), y añade que sin duda el uso dilataría su acepción a la clase de sabiduría que se aparta de los conocimientos comunes y tiene algo de extraordinario, pero sin significar con ello *nada en oposición a la ley*. Sin embargo, con el tiempo se restringió de tal modo el concepto de las palabras brujo y hechicero, que sirvieron para denominar respectivamente a la mujer y al hombre capaces de hacer cosas extraordinarias y fuera de lo común, en virtud de pacto expreso o convenio tácito con los *espíritus malignos*.

La ley promulgada por Moisés contra la hechicería enumera diversos linajes de hechiceros, según se colige del siguiente pasaje: «No haya entre vosotros quien practique la adivinación ni sea agorero, encantador o hechicero, ni haga sortilegios ni consulte a los espíritus familiares, ni sea brujo o nigromántico».

Más adelante expondremos el motivo de tamaña severidad. Por ahora diremos que después de definir cada uno de los nombres enumerados en el anterior pasaje con su verdadera significación en la época de Moisés, señala More la profunda diferencia entre brujo y las demás modalidades comprendidas en la ley mosaica, cuya diversidad enumerativa requiere la precisa significación de cada nombre para no contradecirlos unos con otros. El brujo no es en modo alguno el vulgar prestidigitador que en ferias y mercados embauca con sus suertes a los lugareños, sino tan sólo quien evoca espectros ilusorios con ayuda del *maligno espíritu* de que está poseído, por lo cual usaba la ley mosaica de extrema severidad con ellos hasta el punto de ordenar: «No consentirás que viva ningún brujo (מכשפה, *macashephah*)». Verdaderamente hubiera sido tiranía emplear tamaño rigor con los infelices prestidigitadores y así tenemos que la ley mosaica sólo condenaba a muerte a los brujos (שואל אוב, *shoel obh*) (NOTA: En la versión de los setenta se traduce esta palabra por *Εγγαστρι μῦθος* (poseído del demonio). Los griegos llamaban a este demonio *pytho* o espíritu familiar y los hebreos le dieron el nombre de *obh* o sea la serpiente, símbolo de la concupiscencia, personificada por los cabalistas en los elementarios humanos. More opina que *shoel obh* equivale a «brujo poseído de un espíritu familiar» al que consultaba y cuya voz parecía salir de un cavernículo, por lo que se les llamó también ventrílocuos. *Obh* equivale aceptivamente a *pytho* y esta palabra se deriva de *pythii vates* o espíritu que vaticina lo futuro y revela lo oculto. Así lo corroboran las palabras del apóstol Pablo cuando volviéndose indignado contra la «muchacha que tenía espíritu de *pytho* y daba mucho que ganar a sus amos adivinando, le dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de ella. Y en la misma hora salió» (*Hechos de los Apóstoles* XVI, 16, 17, 18). Por lo tanto las palabras *obseso* y *poseído* son sinónimas de brujo, pues el *pytho* de la muchacha a que alude el anterior pasaje no hubiese podido salir de su cuerpo si no fuera distinto del de ella. Así lo corrobora además aquel otro pasaje del Pentateuco que dice: «Hombre o mujer en quienes hubiere espíritu pythonico o de adivinación mueran de muerte: los matarán a pedradas. Su sangre sea sobre ellos» (*Levítico*, XX, 27). FINAL NOTA), esto es, el que evoca y consulta a los espíritus familiares, pues respecto a los demás linajes de hechicería, la ley se limita a prohibir el trato y concierto con ellos por ser idólatras.

Esta ley era cruel o injusta sin duda alguna, y de su texto se infiere cuán desencaminados andaban los médiums de las sesiones espiritistas de la América del Norte al decir, en comunicación recibida, que la ley de Moisés no condenaba a muerte a los brujos, sino que el sentido de las palabras «no consentirás que un brujo viva» se contrae a que no viva del producto de su arte. Esta interpretación es en extremo peregrina y denota la pobreza filológica de las entidades que la inspiraron (NOTA: En prueba de la autenticidad de la cita copiaremos íntegro el texto de la comunicación, para que se vea cuán poco de fiar es el enfático lenguaje de ciertas entidades que, sean humanas o elementales, no pueden considerarse en modo alguno por los ocultistas como guías infalibles en filosofía, ciencias y moral. Dijo a este propósito la señora Cora V. Tappan en una conferencia pública acerca de la *Historia del ocultismo y de sus relaciones con el espiritismo* publicada en el periódico: *La Bandera de la Luz*, fecha 26 de Agosto de 1876: «El ejercicio de la brujería estaba prohibido entre los hebreos tan sólo en el sentido de que no vivieran de la práctica de su arte o que no debían convertirlo en profesión; pero los piadosos inquisidores interpretaron literalmente el texto de la Escritura y sin testimonio alguno condenaron a muerte a gran número de personas inteligentes y sinceras bajo la inculpación de brujería». Por nuestra parte preguntaremos a la celebrada conferenciante en qué autoridad se apoya para colegir

la interpretación que da a la ley mosaica contra los brujos, cuando tan claro y terminante aparece su texto. FINAL NOTA).

Dice la cábala: «Cierra la puerta a la faz del demonio y echará a correr huyendo de tí, como si le persiguieses». Esto significa que no debemos consentir la influencia de los espíritus de obsesión, atrayéndolos a una atmósfera siniestra.

Estos espíritus obsesionantes procuran infundirse en los cuerpos de los mentecatos e idiotas, donde permanecen hasta que los desaloja una voluntad pura y potente. Jesús, Apolonio y algunos apóstoles tuvieron la virtud de expulsar los espíritus malignos, purificando la atmósfera interna y externa del poseído, de suerte que el molesto huésped se veía precisado a salir de allí. Ciertas sales volátiles les son muy nocivas, como lo demostró experimentalmente el electricista londinense Varley colocándolas en un plato puesto debajo de la cama para librarse de las molestias que por la noche le asaltaban (NOTA: *El Espiritista*, de Londres, publicó en su número del 14 de Abril de 1876, el resultado de las observaciones efectuadas a este propósito por el señor Cromwell F. Varley, electricista de la compañía del cable Trasatlántico. Opina Varley que los vapores de ácido nítrico bastan para ahuyentar a los que llama «espíritus molestos» y aconseja a cuantos se vean perturbados por estas entidades, que viertan una onza de vitriolo sobre dos de nitro finamente pulverizado, puesto en una vasija debajo de la cama. Es curioso que un técnico como Varley dé una receta para ahuyentar a los espíritus malignos y, sin embargo, se diputan generalmente por supersticiosos los inciensos y hierbas que con el mismo propósito emplean los indos, chinos y muchos pueblos del África. FINAL NOTA).

Los espíritus humanos de placentera e inofensiva índole, nada han de temer de estas manipulaciones, pues como se han desembarazado ya de la materia terrena, no pueden afectarles en lo más mínimo las combinaciones químicas, como afectan a los espíritus elementales y a las entidades apegadas a la tierra.

Los cabalistas antiguos opinaban que las larvas o elementales humanos tienen probabilidad de reencarnación en el caso de que, por un impulso de arrepentimiento bastante poderoso, se liberten de la pesadumbre de sus culpas con auxilio de alguna voluntad compasiva que le infunda sentimientos de contrición. Pero cuando la mónada pierde por completo su conciencia ha de recomenzar la evolución terrestre y seguir paso a paso las etapas de los reinos inferiores hasta renacer en el humano. No es posible computar el tiempo necesario para que se cumpla este proceso, porque la eternidad desvanece toda noción de tiempo.

Algunos cabalistas y otros tantos astrólogos admitieron la doctrina de la reencarnación. Por lo que a los últimos se refiere observaron que la posición de los astros, al nacer ciertos personajes históricos, se correspondía perfectamente con los oráculos y vaticinios relativos a otros personajes nacidos en épocas anteriores. Aparte de estas observaciones astrológicas, corroboró la exactitud de esta correspondencia, por algunos atribuida a curiosas coincidencias, el «sagrado sueño» del neófito durante el cual se obtenía el oráculo, cuya trascendencia es tanta que aun muchos de cuantos conocen esta temerosa verdad, prefieren no hablar ni siquiera de ella, lo mismo que si la ignorasen. En la India llaman a esta sublime letargia «el sagrado sueño de ***» y resulta de provocar la suspensión de la vida fisiológica por medio de ciertos procedimientos mágicos en que sirve de instrumento la bebida del soma. El cuerpo del letárgico permanece durante algunos días como muerto y por virtud del adepto queda purificado de sus vicios e imperfecciones terrenas y en disposición de ser el temporal sagrario del inmortal y radiante augeoides. En esta situación el aletargado cuerpo refleja la gloria de las esferas superiores como los rayos del sol un espejo pulimentado. El letárgico pierde la noción del tiempo y al despertar se figura que tan sólo ha estado dormido breves instantes, jamás sabrá qué han pronunciado sus labios, pero como los abrió el espíritu, no pudo salir de ellos más que la verdad divina. Durante algunos momentos el inerte cuerpo se convertirá en infalible oráculo de la

sagrada Presencia, como jamás lo fueron las asfixiadas pitonisas de Delfos; y así como éstas exhibían públicamente su frenesí mántico, del sagrado sueño son tan sólo testigos los pocos adeptos dignos de permanecer en la manifestada presencia de ADONAI.

A este caso podemos aplicar la descripción que hace Isaías de cómo ha de purificarse un profeta antes de ser heraldo del cielo. Dice en su metafórico lenguaje: «Entonces voló hacia mí un serafín con un ascua que había tomado del altar y la puso en mi boca y dijo: He aquí que al tocar esto en tus labios se han borrado tus iniquidades».

En *Zanoni* describe Bulwer-Lytton, en estilo de incomparable belleza, la invocación del purificado adepto a su augoeides, que no responderá a ella mientras se interponga el más ligero vestigio de pasión terrena. No solamente son muy pocos los que logran éxito en esta invocación, sino que aun éstos lo consiguen únicamente cuando han de instruir a los neófitos ú obtener conocimientos de excepcional importancia.

Sin embargo, la generalidad de las gentes no se percata de la valía de los conocimientos atesorados por los hierofantes, pues como dice un autor: «Hay una recopilación de tratados y tradiciones, llamado *Kabalah*, que se atribuye a los sabios orientales; pero como para estimar el valor de esta obra sería necesario tener la clave *que sólo pueden proporcionar las Fraternidades orientales*, ninguna utilidad allegaría su traducción a la masa general de lectores» (NOTA: *Arte mágico*, 97. FINAL NOTA). Así se explica que cualquier viajante de comercio, de los que a caza de pedidos recorren la India, escriba sentenciosamente a *The Times* dando por única norma de sus observaciones sobre la magia oriental los artificiosos engaños de titiriteros y prestidigitadores.

A pesar de esta demostración de ignorancia o mala fe, los habilísimos prestidigitadores Roberto Houdin y Moreau-Cinti dieron público y honrado testimonio en favor de los médiums franceses, pues cuando la Academia les pidió informe sobre el particular declararon que únicamente los médiums podían producir los fenómenos de golpeteo y levitación sin preparación a propósito ni aparatos especiales. También aseveraron que la «levitación sin contacto era fenómeno muy superior a la habilidad de todos los prestidigitadores profesionales, a menos de disponer de mecanismos ocultos y espejos cóncavos en un aposento adecuado. Añadieron, por otra parte, que la aparición de una mano diáfana, con absoluta imposibilidad de fraude por el previo registro del médium, era prueba plena de la causa *no humana* del fenómeno» (NOTA: *Le Siècle* y otros periódicos franceses se apresuraron a manifestar sospechas de que Houdin y Moreau-Cinti se hubiesen confabulado con los spiritistas. FINAL NOTA).

El profesor Pepper, director del Instituto Politécnico de Londres, inventó un ingenioso aparato para producir apariciones espectrales en público (NOTA: *Vendió la patente de invención, en 1863, por 20.000 francos. FINAL NOTA*). Los fantasmas parecían reales y se desvanecían a voluntad del operador, pues todo el artificio consistía en el reflejo de una figura intensamente iluminada, sobre un espejo plano, tan hábilmente dispuesto, que producía la ilusión óptica del fantasma con todos sus movimientos en el escenario del teatro. A veces el fantasma se sentaba en un banco y fingía arremeter contra él uno de los actores, hasta que agarrando éste una pesada hacha forjaba en los espectadores la ilusión de que decapitaba al espectro o le partía el cuerpo de alto abajo. El artificio funcionó admirablemente, a pesar de que se necesitaba mucha tramoya escénica con sus correspondientes tramoyistas, y el espectáculo atrajo todas las noches numeroso público. Sin embargo, algunos periódicos se aprovecharon de estas exhibiciones para ridiculizar a los spiritistas, sin percatarse de que nada tenía que ver una cosa con otra. Lo efectuado ilusoriamente por los espectros de Pepper pueden efectuarlo también en realidad los espíritus humanos desencarnados, cuando los elementales materializan su reflejo, hasta el punto de que los atravesarán con una espada o con un proyectil de arma de fuego sin la más leve herida. Pero sucederá lo contrario cuando se trate de espíritus elementarios, tanto cósmicos como humanos, porque cualquier arma o instrumento cortante o punzante

bastará para que el terror los desvanezca. Esto les parecerá increíble a quienes ignoren de qué clase de materia están constituidos dichos elementarios, pero los cabalistas lo saben perfectamente y está corroborado por los anales de la antigüedad y de la Edad Media, aparte del testimonio jurídico de los fenómenos de Cideville en nuestros días.

Los escépticos, y aun no pocos espiritistas desconfiados, han acusado, con tanta frecuencia como injusticia, de impostores a los médiums cuando no se les consintió comprobar por sí mismos la realidad de las apariciones. En cambio, en otros muchos casos los espiritistas han sido crédulas víctimas de charlatanes y farsantes, al paso que menospreciaban las legítimas manifestaciones mediumnísticas por ignorar que cuando un médium sincero está poseído de una entidad astral, humana o no, deja de ser dueño de sí mismo y mucho menos puede gobernar a su gusto las acciones de la entidad a que sirve de medianero convertido en fantoche movido por hilos invisibles. El médium impostor puede fingir éxtasis y, sin embargo, poner entretanto en juego todo linaje de fraudes, mientras que el médium sincero puede estar despierto en apariencia, cuando en realidad está automáticamente dirigido por su guía, o también quedarse extático en el gabinete en tanto que el cuerpo astral se manifiesta en la sala animado por otra entidad.

De todos los fenómenos psíquicos, el más notable es el de la repercusión, íntimamente relacionado con los de ubicuidad y traslación aérea que en tiempos medioevales se tuvieron por arte de brujería. Gasparín se ocupó extensamente en este asunto al refutar el carácter milagroso de los fenómenos de Cideville; pero De Mirville y Des Mousseaux rebatieron a su manera las explicaciones del conde atribuyendo dichos fenómenos al diablo, con lo que, después de todo, les reconocían origen espiritual.

Dice sobre este particular Des Mousseaux: «Ocurre el fenómeno de repercusión cuando el golpe inferido al cuerpo astral desdoblado de una persona viviente produce herida incisa o contusa, según el caso, en el cuerpo físico y en el mismo punto vulnerado en el astral. Debemos suponer, por lo tanto, que el golpe repercute como si rebotase del espectro (NOTA: Lytton da el nombre de *Scin Lecca* a esta modalidad espectral: *Historia extraña*. FINAL NOTA) al cuerpo vivo de la persona en cualquier paraje donde ésta se halle. Así, por ejemplo, si una entidad se me aparece en actitud hostil o sin aparecerse me amenaza con obsesionarme, no tengo más que herir al fantasma en el primer caso, o asestar el golpe hacia donde yo presuma que ha de estar el invisible obsesionador, para que brote sangre en aquel sitio y se oiga a veces el grito de angustia que la entidad profiere al sentirse mortalmente herida (NOTA: Al tratar del mágico poder del espíritu humano, dice Paracelso: «Es posible que mi espíritu, sin arma alguna, tan sólo por medio de la fuerza de voluntad, hiera y aun mate a una persona. También cabe condensar en imagen el espíritu del adversario y herirle en ella, pues ya sabemos que la concentración de la voluntad es de suma importancia en medicina. Todo pensamiento del hombre pasa a través del corazón, que es el sol del microcosmos, de donde trasciende al mundo superior del éter universal, porque el pensamiento humano es un principio material. (Así lo han corroborado en nuestros días Babbage y Jevons). El pensamiento es, por lo tanto, un medio para alcanzar un fin; la magia es sabiduría oculta, y la razón es una insensatez colectiva. No hay escudo eficaz contra la magia que ataca al *interno* espíritu de vida».- Paracelso: *Obras*, Ed. Estrasburgo, 1603. FINAL NOTA). Pero sin embargo de que en el momento de asestarle el golpe estaba en otro sitio la persona cuyo espectro herí, repercutió la herida en el mismo punto del cuerpo físico vulnerado en el espectro. Por lo tanto, resulta evidente el íntimo parentesco de los fenómenos de repercusión con los de ubicuidad y desdoblamiento».

El caso de las brujerías de Salem, tal como lo refieren las obras de Cotton Mather, Calef, Upham y otros autores, corrobora de curiosa manera la realidad de los desdoblamientos, así como la inconveniencia de consentir la antojadiza acción de los elementarios. Sin embargo, este trágico capítulo de la historia de los Estados Unidos no se ha escrito

verídicamente todavía. Hacia el año 1704, cinco muchachas norteamericanas que frecuentaban la compañía de una india dedicada al nefando culto del *Obeah*, adquirieron facultades mediumnámicas y empezaron a notar dolores en diversas partes del cuerpo con señales de pinchazos, golpes y mordiscos causados, al decir de las muchachas, por los fantasmas de ciertas personas cuyas señas dieron. Dió publicidad a este suceso el famoso relato de Deodato Lawson (Londres 1704), por quien se supo que, según confesaron algunos de los acusados, eran en efecto autores de las lesiones inferidas a las muchachas, y al preguntárseles de qué modo se valían para ello, respondieron que pinchaban, golpeaban y mordían unas figuras de cera con vehementísimo deseo de que la lesión se produjera en la correspondiente parte del cuerpo de las muchachas. Una de las brujas, llamada Abigail Hobbs, confesó que había hecho pacto con el diablo, quien se le aparecía en figura de hombre y le mandaba atormentar a las muchachas, y al efecto le traía imágenes de madera cuyas facciones eran parecidas a las de la víctima señalada. En estas imágenes clavaba la bruja alfileres y espinas cuyas punzadas repercutían en el mismo sitio del cuerpo de las muchachas» (NOTA: Upham: *Brujerías de Salem*. FINAL NOTA).

La autenticidad de estos hechos, evidenciada por el irrecusable testimonio de los tribunales de justicia, corrobora acabadamente la doctrina de Paracelso; y por otra parte resulta curioso que un científico tan escrupuloso como Upham no se diera cuenta de que, al recopilar en su obra tal número de pruebas jurídicas, demostraba la intervención en dichos fenómenos de los maliciosos espíritus elementarios y de las entidades humanas apegadas a la tierra.

Hace siglos puso Lucrecio en boca de Enio los versos siguientes:

Bis duo sunt hominis, manes, caro, *spiritus* umbra;
 Quatuor ista loci bis duo suscipient;
 Terra tegit camem; – tumulum circumvolat umbra,
 Orcus habet manes.

Pero en este caso, lo mismo que en todos sus análogos, los sabios eluden la explicación diciendo que son completamente *imposibles*.

Sin embargo, no faltan ejemplos históricos en demostración de que los elementarios se intimidan a la vista de un arma cortante. No nos detendremos a explicar la razón de este fenómeno, por ser incumbencia de la fisiología y la psicología, aunque desgraciadamente los fisiólogos, desesperanzados de descubrir la relación entre el pensamiento y el lenguaje, dejaron el problema en manos de los psicólogos que, según Fournié, tampoco lo han resuelto por más que lo presuman. Cuando los científicos se ven incapaces de explicar un fenómeno, lo arrinconan en la estantería, después de ponerle marbete con retumbante nombre griego del todo ajeno a la verdadera naturaleza del fenómeno.

Le decía el sabio Mufti a su hijo, que se atragantaba con una cabeza de pescado: «¡Ay, hijo mío! ¿Cuándo te convencerás de que tu estómago es más chico que el océano?» o como dice Catalina Crowe: «¿Cuándo se convencerán los científicos de que su talento no sirve de medida a los designios del Omnipotente?» (NOTA: *Aspecto tenebroso de la naturaleza*. FINAL NOTA)

En este particular es más sencilla tarea citar no los autores antiguos que refieren, sino los que no refieren casos de índole aparentemente sobrenatural. En la *Odisea* (NOTA: V. 82. FINAL NOTA) evoca Ulises el espíritu de su amigo el adivino Tiresias para celebrar la fiesta de la sangre, y con la desnuda espada ahuyenta a la multitud de espectros que acudían atraídos por el sacrificio. Su mismo amigo Tiresias no se atreve a acercarse mientras Ulises blande la cortante arma. En la *Eneida* se dispone Eneas a bajar al reino de las sombras, y tan luego como toca en los umbrales, la sibila que le guía le ordena desenvainar la espada para abrirse paso a través de la compacta muchedumbre de espectros que a la entrada se

agolpan (NOTA: Virgilio. *Eneida*, VI-260. Tuque invade viam, vaginaque eripe ferrum. FINAL NOTA). Glanvil relata maravillosamente el caso del tamborilero de Tedworth ocurrido en 1661. El doble del brujo tamborilero se amedrentaba de mala manera a la vista de una espada.

Psello refiere extensamente (NOTA: *De Dæmon*, cap. Quomodo dæm occupent. FINAL NOTA) cómo su cuñada fue poseída de un elementario y el horrible estado en que la sumió el poseedor hasta que la curó un exorcizador extranjero, llamado Anafalangis, expulsando al maligno espíritu a fuerza de amenazarle con una espada. A este propósito da Psello una curiosa información de demonología que, según recordamos, es como sigue:

Los cuerpos de los espíritus son vulnerables con espada ú otra arma cualquiera. Si les disparamos un objeto duro les causará dolor, y aunque la materia de sus cuerpos no sea sólida ni resistente, tienen sensibilidad, por más que no tengan nervios, pues también siente el espíritu que los anima; y así el cuerpo de un espíritu puede ser sensible tanto en conjunto como en cada una de sus partes, de suerte que sin necesidad de organismo fisiológico el espíritu ve, oye y siente todo contacto. Si partís por la mitad el cuerpo de un espíritu, sentirá dolor como si residiera en cuerpo de carne, porque dicho cuerpo no deja de ser material, si bien de tan sutil naturaleza que no lo perciben nuestros ojos... Sin embargo, cuando amputamos los miembros de un cuerpo carnal no es posible reponerlos, en su prístina disposición, mientras que inmediatamente de hendir a un demonio de arriba abajo vuelve a quedar tan entero como antes, como sucede cuando un cuerpo sólido atraviesa el aire o el agua sin dejar la más leve lesión. Mas a pesar de ello, los rasguños, heridas o golpes con que se vulnera el cuerpo de un espíritu le ocasionan dolor, y ésta es la razón de que a los elementarios les intimide la vista de una espada o cualquier arma cortante. Quien desee ver cómo huyen estos espíritus no tiene más que probar lo que decimos.

El demonólogo Bodin, uno de los científicos más eruditos de nuestra época, es también de opinión que a los elementarios, así cósmicos como humanos, les aterroriza hondamente la vista de espadas y dagas. De igual parecer son Porfirio, Jámblico, Platón y Plutarco, quien trata repetidas veces de este particular. Los teurgos estaban perfectamente enterados de ello y obraban en consecuencia, pues sabían que el más leve rasguño lesionaba los cuerpos de los elementarios.

A este propósito refiere Bodin (NOTA: *De los demonios*, 292. FINAL NOTA) que en 1557, un elementario de la clase de los *relampagueantes* entró con un rayo en casa del zapatero Poudot e inmediatamente empezaron a caer piedras en el aposento sin dañar a ninguno de los circunstantes. La dueña de la casa recogió tal cantidad de piedras que pudo llenar un arcón, y aunque tomó la providencia de cerrar herméticamente puertas y ventanas y el mismo arcón, no cesó por ello la lluvia de piedras. Avisado del caso el alcalde del distrito fue a ver lo que ocurría, pero apenas entró en la habitación, el trasco le arrebató el sombrero sin que se pudiera averiguar su paradero. Seis días hacía que duraba el fenómeno, cuando el magistrado Morgnes invitó a Bodin a presenciarlo, y al entrar en la casa se enteró de que le habían aconsejado al dueño que, después de encomendarse a Dios de todo corazón, recorriese el aposento espada en mano. En efecto, desde aquel punto no se volvieron a oír los estrépitos que en los siete días precedentes no habían cesado ni un instante (NOTA: Los tratados medievales de hechicería abundan en relatos de esta índole. La interesante y rarísima obra de Glanvil: *Sadducismus Triumphatus* es una de las mejores en su género y digna de figurar al lado de la de Bodin. FINAL NOTA).

En cuanto a los autores antiguos, Proclo aventaja a todos en relatos de casos sorprendentes, apoyados en testimonios de nota y algunos de esclarecida fama. Refiere varios casos en que la posición de los cadáveres en el sepulcro se había mudado de horizontal en bípeda unas veces y en sedente otras, lo cual atribuye a que estos difuntos eran *larvas* como, según dicen otros autores de la época, lo fueron Aristio, Epiménides

y Hermodoro. Por su parte cita Proclo cinco casos de muerte aparente, tomados de la historia de Clearco, discípulo de Aristóteles y ocurridos en las siguientes personas:

1.º El ateniense Cleónimo.

2.º El conspicuo eolio Policrito quien, según testimonio de los historiadores Nomaquio y Hiero, resucitó a los nueve meses de fallecido.

3.º Un vecino de Nicópolis llamado Eurino, que resucitó a los quince días de su muerte y vivió todavía algún tiempo con ejemplar conducta.

4.º El sacerdote Rufo, de Tesalónica, que resucitó al tercer día de su muerte para cumplir la promesa de ciertas ceremonias sagradas, después de lo cual murió definitivamente.

5.º Una mujer llamada Filonea, hija de Demostrato y Carito, vecinos de Anfípolis, en tiempo del rey Filipo. Murió poco después de haberse casado a disgusto con un tal Krotero, y a los seis meses de su muerte resucitó movida por el amor al joven Macates quien, de paso en la ciudad, se hospedaba en casa de los padres de la resucitada, donde ésta, o mejor dicho, el elemental que había tomado su apariencia corporal, visitó durante algunas noches al joven hasta que, al verse sorprendida, cayó exánime su cuerpo diciendo que obraba de aquella manera por obediencia a los demonios humanos. Todos los habitantes de la ciudad acudieron a ver el cadáver de Filonea después de su segunda muerte en casa de los padres, y al abrir el sepulcro para enterrarla lo encontraron vacío (NOTA: Tan extraordinario suceso está corroborado por las cartas de Hiparco y las de Arrideo a Filipo, aparte de que intervinieron en su comprobación oficial, el prefecto de la ciudad y el procónsul de la provincia, quien informó de todo al monarca. Así lo refiere Catalina Crowe en su obra: *Aspecto tenebroso de la naturaleza*, 335. FINAL NOTA).

Dice textualmente Proclo:

Muchos otros autores antiguos refieren también casos de muertes seguidas más o menos pronto de resurrección. El filósofo naturalista Demócrito, al tratar del Hades, afirma que la muerte no es en algunos casos el cese completo de la vida orgánica, sino una suspensión causada por algún golpe o herida, de modo que el alma continúa ligada al cuerpo y en el corazón subsiste el empireuma de la vida que puede reanimar al cuerpo... El alma se separa algunas veces del cuerpo para infundirse nuevamente en él o en otro distinto, según experimentó Clearco en un niño dormido cuya alma atrajo por virtud de una varilla mágica, conduciéndola hasta cierta distancia con propósito de demostrar que el cuerpo permanecía inmóvil sin sufrir daño alguno y que infundida de nuevo en él daba el niño al despertar razón de todo cuanto le había pasado. Con esta experiencia convenció Clearco a Aristóteles de que el alma puede separarse temporalmente del cuerpo.

Tal vez se tilde de absurda la insistencia, en pleno siglo XIX, en los fenómenos de brujería; pero el siglo es ya algo viejo y empieza a chochar, pues no sólo repudia la infinidad de casos de brujería perfectamente comprobados en la Edad Media, sino también los que durante los últimos treinta años han acaecido en el mundo entero. Tras un intervalo de muchos miles de años cabría dudar del mágico poder de los sacerdotes tesalonicenses y sus hechicerías, según las relata Plinio (NOTA: Plinio, XXX. FINAL NOTA); podríamos poner en tela de juicio lo que Suidas nos dice acerca del viaje aéreo de Medea y echar en olvido que la magia era el superior conocimiento de la filosofía natural; pero ¿cómo negar los repetidos viajes aéreos que hemos presenciado y corroboré el testimonio de centenares de personas de cabal juicio? Si la universalidad de una creencia prueba su verdad, pocos fenómenos tienen fundamento tan sólido como los de hechicería.

Tomás Wright, miembro del Instituto de Francia y adscrito a la escuela escéptica, se maravilla del misterioso florecimiento de la magia en diversas partes de Europa, y distingue entre la hechicería y la magia, diciendo al efecto:

En toda época y todos los pueblos, desde el más inculto al más refinado, han creído en la especie de agente sobrenatural conocido con el nombre de magia, fundada en la universalmente extendida creencia de que, además de nuestra visible vida, vivimos en un invisible mundo de seres espirituales que suelen guiar nuestras acciones y *aun nuestros pensamientos*, y que tienen cierto poder sobre los elementos y el ordinario curso de la vida orgánica. El mago se diferencia del brujo en que éste es ignorante instrumento de los demonios y aquél es señor y dueño de ellos, con el potente valimiento de la ciencia mágica, que muy pocos dominan (NOTA: Wright: *Hechicería y Magia*, III.— Esta distinción, ya establecida desde la época de Moisés, la deriva el autor de fuentes auténticas. FINAL NOTA).

Si no basta la opinión de este escéptico veamos lo que dice sobre el particular el anónimo autor del *Arte Mágico*:

El lector podrá preguntar en qué se diferencia el mago del médium. Este último es instrumento pasivo de que se valen las entidades astrales para manifestarse fenoménicamente, mientras que el mago, por el contrario, puede atraer y repeler a los espíritus según su voluntad y llevar a cabo por sí mismo muchos actos de oculta potencia, así como someter a su servicio a entidades de jerarquía inferior a la suya y efectuar transformaciones en los seres orgánicos e inorgánicos de la naturaleza (NOTA: *Arte Mágico*, 159-160. FINAL NOTA).

Este erudito autor olvida un rasgo distintivo que de seguro no desconoce. Los fenómenos físicos resultan de la actuación de las fuerzas a través del organismo del médium, manipuladas por entidades invisibles de diversa especie; y por lo tanto, la mediumnidad es una aptitud dimanante del peculiar temperamento orgánico, así como la magia con sus fenómenos subjetivamente intelectuales depende del temperamento espiritual del mago. De la propia suerte que el alfarero fabrica con una masa de barro toscas vasijas o artísticos jarrones, así también la materia astral de unos médiums puede ser a propósito para fenómenos psíquicos de muy distinta índole que la de otros. Una vez afirmado el temperamento peculiar del médium, es tan difícil alterar sus características como lo fuera dar al hierro en frío forma distinta de la que se le dió en la fragua. Por regla general, los médiums cuyas aptitudes se desarrollaron con aplicación a una clase de fenómenos no sirven para la manifestación de otros.

La psicografía o escritura directa de comunicaciones es común a las dos modalidades de mediumnidad. La escritura en sí misma es un fenómeno físico, pero las ideas expresadas por medio de este sistema gráfico pueden ser de elevadísimo carácter espiritual, cuyo grado dependerá del estado anímico del médium. No es preciso que tenga mucha cultura para transcribir conceptos filosóficos dignos de Aristóteles, ni que sea poeta para componer poesías emuladoras de las de Byron o Lamartine; tan sólo se requiere que, por lo pura, sirva el alma del médium de vehículo a la sublimidad conceptiva de los espíritus superiores.

El autor del *Arte Mágico* describe un muy curioso caso de mediumnidad, cuyo sujeto fue una muchacha que, sin pluma ni tinta ni lápiz, transcribió en un período de tres años cuatro volúmenes dictados por los espíritus en sánscrito antiguo. Bastaba colocar el papel en blanco sobre un trípode cuidadosamente resguardado de la luz y que la niña sentada en el suelo reclinara la cabeza sobre él y lo abrazara por el pie, para que fueran apareciendo los caracteres escritos en las hojas de papel. Este caso de mediumnidad es tan notable y corrobora tan acabadamente el principio antes expuesto, que no podemos resistir al deseo de extractar un pasaje de dichos manuscritos, sobre todo por tratarse en él del estado prenatal del hombre, a que ya nos hemos referido, aunque incompleta mente. Dice así:

El hombre vive en muchas tierras antes de llegar a ésta. En el espacio hormiguean miríadas de mundos donde el alma embrionaria recorre las etapas de su peregrinación hasta que alcanza el vasto y luminoso planeta llamado Tierra, cuya gloriosa función es

despertar la egoencia (NOTA: **Conciencia del yo soy yo. FINAL NOTA**). Entonces adquiere el alma la característica humana, pues hasta entonces, en las precedentes etapas de su larguísima, y trabajosa peregrinación, residió en fugaces formas de materia sin explayar más que tenues aspectos de su esencial naturaleza en sucesivas muertes y nacimientos de transitoria y rudimentaria existencia espiritual, pero siempre con más vehementes ansias de progreso, cual mariposa que rompe la crisálida para tejerse nuevo capullo y volver a romperlo en escabrosa y áspera serie de elaboraciones y vuelos hasta que despierta en cuerpo humano (NOTA: *Arte Mágico*, 28. FINAL NOTA).

Diremos por nuestra parte que en la India fuimos testigos oculares de una porfía de habilidad psíquica entre un fakir y un prestidigitador. Se había discutido antes acerca de las facultades propias de los pitris (espíritus preadámicos) del fakir y los invisibles cooperadores del prestidigitador, y se convino en que ambos pusieran a prueba su habilidad respectiva, bajo nuestro juicio arbitral, por designación de los circunstantes. Era la hora del asueto meridiano y estábamos a orillas de un lago de la India Septentrional, sobre cuyas límpidas aguas flotaban multitud de flores acuáticas de anchas y brillantes hojas. Cada contendiente tomó una hoja. El fakir se la puso en el pecho con las manos cruzadas sobre ella, y tras breve éxtasis la colocó en el agua con el reverso hacia arriba. El prestidigitador al propio tiempo tomó su hoja, y después de algunas palabras de encantamiento la arrojó al lago, con intento de recabar del «espíritu de las aguas» que impidiera en su elemento toda acción de los pitris del fakir. La hoja del prestidigitador se agitó al punto violentamente, mientras que la del fakir permanecía quieta. Al cabo de pocos momentos uno y otro recogieron su hoja respectivamente, y en la del fakir apareció una especie de dibujo simétrico de caracteres blancos como la leche, cual si la savia de la hoja hubiese servido de corrosivo jugo para trazarlos. De esto se enojó airadamente el prestidigitador, y cuando la hoja del fakir estuvo seca pudimos ver todos que los caracteres eran sánscritos y expresaban una profunda máxima moral, con la particularidad de que el fakir era analfabeto. En la hoja del prestidigitador apareció dibujado un rostro de lo más horriblemente repulsivo. Así es que cada hoja quedó estigmatizada según el carácter respectivo de los contrincantes y la índole de las entidades espirituales que a uno y a otro servían.

Pero con profunda pena hemos de dejar la India de cielo azul y misterioso pasado, de místicos devotísimos y habilidosos prestidigitadores, para respirar de nuevo la pesada atmósfera de la Academia francesa.

La obra de Figuier titulada: *Historia de lo maravilloso en los tiempos modernos*, abunda en citas de las más conspicuas autoridades en fisiología, psicología y medicina (NOTA: **El doctor Calmeil, director del manicomio de Charentón, aparece frecuentemente citado en esta obra. FINAL NOTA**), que denotan cuán tímida, prejuiciosa y superficialmente trataron las cuestiones psicológicas. Impelido el autor por el turbulento espíritu de la ciencia, forma el propósito de acabar con la superstición y el espiritismo, ofreciéndonos un resumen de los más notables fenómenos mediumnísticos ocurridos en los dos últimos siglos. Abarca este resumen los casos de los profetas de Cevennes, camisardos, jansenistas, abate París y otros ya descritos por cuantos autores se han ocupado en este asunto durante los pasados veinte años, por lo que en vez de discutir la verdad o falsía de los hechos, nos contraeremos a la crítica de las explicaciones que de ellos dieron los científicos que los examinaron. Así verá el lector cuán poco puede esperar el ocultismo de la ciencia oficial, pues si los más famosos fenómenos psíquicos de la historia se tratan con tanta ligereza, mucha menor atención prestarán los científicos a otros fenómenos igualmente interesantes, aunque no tan ruidosos. La obra de Figuier está basada en informes académicos, procesos jurídicos y sentencias de tribunales que cualquiera puede consultar como documentos de comprobación; pero contra todo ello se revuelve el autor con peregrinos argumentos que merecen acerbos comentarios del demonólogo Des Mousseaux (NOTA: *Costumbres y*

prácticas de los demonios. FINAL NOTA). El estudiante de ocultismo podrá escoger entre el escéptico y el mojigato.

Comencemos por los fenómenos ocurridos en Cevennes a fines de 1700. Una masa de dos mil personas, entre hombres, mujeres y niños, animados de espíritu profético resistieron año tras año a las tropas del rey que con las milicias del país llegaron a reunir un ejército de sesenta mil hombres. Esta inconcebible resistencia es ya de por sí un prodigio. Entre los informes oficiales que se dieron sobre el caso, se conserva el enviado a Roma por el abate Chayla, prior de Laval, quien declara en estos términos: «Es tan poderoso el espíritu maligno, que ni tortura ni exorcismo alguno bastan para expulsarlo del cuerpo de los cevenenses. Mandé que algunos poseídos pusieran las manos sobre ascuas y no sufrieron ni la más leve chamuscadura. A otros se les envolvió el cuerpo en algodones empapados de aceite y después se les prendió fuego sin levantar la más ligera ampolla. Otras veces los proyectiles de arma de fuego que contra ellos se disparaban se aplastaron entre ropa y piel sin ocasionarles el menor daño».

En este y otros informes se apoya Figuiet para argumentar según vamos a ver:

A fines del siglo XVII una vieja llevó a Cevennes el espíritu de profecía comunicándolo a unos cuantos jóvenes de ambos sexos que a su vez lo difundieron por todo el pueblo, siendo mujeres y niños los más fáciles al contagio, de suerte que todos los poseídos, aun las tiernas criaturas de un año hablaban por inspiración en correcto y puro francés desconocido de ordinario en aquella comarca cuya habla natural era el patués. Ocho mil profetas se derramaron por la comarca, y a presenciar tan maravilloso fenómeno acudieron muchos médicos de las Facultades de Francia, entre ellas la renombrada de Montpellier, quienes se admiraron de escuchar de labios de analfabetas criaturas discursos sobre materias de que no entendían ni una palabra. Sin embargo, los médicos no se daban cuenta de lo que veían, aunque muchos profetizantes comunicaban vigorosamente su espíritu a quienes intentaban romper el hechizo. Los discursos duraban a veces horas enteras, de modo que hubieran fatigado en estado normal a los diminutos oradores. Pero todos estos fenómenos no fueron ni más ni menos que efecto de una transitoria exaltación de las facultades intelectuales, según suele observarse en muchas afecciones del cerebro (*NOTA: Figuiet: Historia de lo Maravilloso en los tiempos modernos. – Extracto del tomo II, págs. 261, 262 y 400 a 402. FINAL NOTA*).

Escuchemos ahora los comentarios de Des Mousseaux:

No se concibe cómo Figuiet atribuye a exaltación momentánea una tan prodigiosa serie de fenómenos como los que refiere en su obra, pues semejante *exaltación momentánea* dura muchas horas en cerebros de criaturas de un año, no destetadas todavía que hablan en correcto francés antes de aprender ni una sílaba de su nativo patués. ¡Oh milagro de la fisiología! Debiéramos llamarte *prodigio*.

Dice Figuiet en su ya citada obra que el doctor Calmeil, al ocuparse en su tratado sobre la locura de la *teomanía* extática de los calvinistas, afirma que esta enfermedad debe atribuirse en los casos más benignos al histerismo, y en los más graves a la epilepsia. Pero Figuiet opina por su parte que era una enfermedad característica a la que llama *convulsión* de Cevennes (*NOTA: Figuiet: Historia de lo Maravilloso, I, 397. FINAL NOTA*).

Otra vez tropezamos con la *teomanía* y el *histerismo*, como si las corporaciones médicas estuviesen aquejadas de *atomomanía* incurable, pues de otro modo no se comprende que incurran en tamaños absurdos y esperen que haya de aceptarlos la ciencia.

Prosigue diciendo Figuiet que tan furibunda era el ansia de exorcisar y achicharrar, que los frailes veían poseídos en todas partes para cohonestar milagros con que poner más en

claro la omnipotencia del diablo o asegurar la pitanza monacal (NOTA: Figuiet: *Historia de lo Maravilloso*, I, 26, 27. FINAL NOTA).

Des Mousseaux agradece a Figuiet este sarcasmo, en gracia a que es uno de los pocos tratadistas franceses que no niegan la autenticidad de fenómenos realmente innegables, y además desdén el método empleado por sus predecesores de cuyo camino declaradamente se aparta, diciendo a este propósito:

No repudiaremos por indignos de crédito determinados hechos tan sólo porque se oponen a nuestro sistema. Antes al contrario, recopilaremos todos cuantos la historia compruebe y en ellos nos apoyaremos para darles *explicación natural* que añadiremos a las de los sabios que nos precedieron en el examen de esta cuestión (NOTA: Figuiet: *Historia de lo Maravilloso*, I, 238. FINAL NOTA).

Después dice Des Mousseaux (NOTA: *La Magia en el siglo XIX*, 452. FINAL NOTA) que Figuiet pasa a ocuparse de los convulsionarios de San Medardo e invita a sus lectores a examinar bajo su dirección los prodigiosos fenómenos que, según él, son simples efectos de la naturaleza.

Pero antes de seguir analizando por nuestra parte las opiniones de Figuiet, veamos en qué consistieron los milagros de los jansenistas, según comprobación histórica.

El año 1727 murió el abate jansenista París, en cuya tumba empezaron a observarse de allí a poco sorprendentes fenómenos que acudían a presenciar multitud de curiosos. Exasperados los jesuitas de que en el sepulcro de un hereje se operaran tales prodigios, recabaron de la autoridad la prohibición de acercarse a la tumba del abate; pero no obstante, continuaron repitiéndose los fenómenos durante unos veinte años, y el obispo Douglas pudo convencerse de ellos por sí mismo cuando con este solo propósito fue a París en 1749. En vista de lo infructuoso de sus tentativas para invalidar estos hechos, no tuvo el clero católico otro remedio que reconocerlos, aunque, como de costumbre, los achacó al diablo. A este propósito dice Hume:

Seguramente no se habrán atribuido jamás a taumaturgo algunos tantos milagros como los que se dice ocurrieron últimamente en París, junto al sepulcro del abate París. Los sordos oyen, los ciegos ven y los enfermos sanan apenas tocan la tumba, según testimonio de personas ilustradas... Ni los mismos jesuitas, á. pesar de su cultura, del apoyo que reciben del poder civil y de su enemiga a los jansenistas cuya doctrina profesaba el difunto abate, han sido capaces de negarlos ni de dar satisfactoria explicación de ellos (NOTA: Hume: *Ensayos filosóficos*, pág. 195.— Además de este testimonio tenemos el del doctor Middleton quien en su obra: *El libre examen*, escrita cuando ya los milagros no eran tan frecuentes, dice que su autenticidad iguala a la de los prodigios atribuidos a los apóstoles. Por otra parte, Carré de Montgerón, miembro del Parlamento de París y estrechamente relacionado con los jansenistas relata los milagros del sepulcro del abate París en su obra titulada: *La verdad de los milagros operados por intercesión del abate París, demostrada en contra del arzobispo de Sens. Obra dedicada al rey por el señor de Montgerón, consejero en el Parlamento*. El autor cita gran número de testigos particulares y oficiales en prueba de cada uno de los casos que refiere. La obra produjo su efecto, pero Montgerón fue encerrado en la Bastilla por el poco miramiento con que trataba al clero católico. FINAL NOTA).

Pero escuchemos ahora el algún tanto minucioso extracto que de los procesos verbales levantados con ocasión de las insólitas ocurrencias de Cevennes hace Figuiet en su ya citada obra. Dice así:

Una convulsionaria se colocó pecho arriba, doblada en arco, sin otro apoyo que una estaca hincada en el suelo cuya punta libre sostenía el cuerpo por la región lumbar. Puesta

de este modo la joven, en mitad del aposento, le dejan caer, a su misma instancia, sobre el abdomen, una piedra de cincuenta libras de peso, luego de levantada en alto por medio de una cuerda arrollada a una carrucha fija en el techo. Los circunstantes, entre quienes se contaba Montgerón, atestiguaron que la punta de la estaca no penetró en la carne ni siquiera dejó señal en la piel a pesar de la violencia del golpe que, por otra parte, no molestó en lo más mínimo a la muchacha, quien lejos de quejarse, decía gritando que la golpearan con más fuerza. Otro caso es el de Juana Maulet, joven de veinte años, que puesta de espaldas a la pared recibió en la boca del estómago cien martillazos descargados por un robusto hombretón a cuyos golpes retemblaba la pared. Para comprobar la violencia percusora de los martillos, el mismo Montgerón golpeó con la maza de un jansenista la pared contra que se apoyaba la joven, y a los veinticinco golpes abrió un boquete de mas de medio pie. También refiere Montgerón que en otras ocasiones se hizo la prueba golpeando una barrena apoyada sobre la boca del estómago de convulsionarios de uno y otro sexo, en cuyo semblante se reflejaba el deleite que, según confesión propia, les causaba una tortura capaz de atravesarles las entrañas hasta el espinazo... A mediados del siglo XIX, ocurrieron en Alemania fenómenos de posesión en la persona de unas monjas que daban saltos mortales, trepaban ágilmente por las paredes y hablaban sin dificultad idiomas extranjeros (NOTA: La relación oficial de estos prodigios añade que las poseídas acertaban, según después se supo, cuanto estaba sucediendo en parajes muy distintos y en las mismas casas de los encargados de comprobar la realidad de los fenómenos. Además, se mantenían suspendidas en el aire sin que esfuerzo humano pudiera volverlas al suelo. FINAL NOTA). Sin embargo, el remedio de todo ello consistía en que las poseídas recurriesen al matrimonio (NOTA: En este punto lleva Des Mousseaux la mejor parte contra su adversario al observar que ciertamente hubieran sido muy extrañas las propiedades del matrimonio en aquella época si bastaran para quitarles la posesión que les permitía trepar por las paredes desnudas a manera de moscas y hablar lenguas extranjeras. Verdaderamente es muy extraño que después de acoger cariñosamente el ilustre crítico todos estos fenómenos en su obra, nos dé al fin y al cabo una explicación de tan poca enjundia cuando cabía esperar que asombrara a sus lectores con argumentos cuya solidez formaría época en los todavía blancos anales de la psicología experimental. FINAL NOTA)... He de añadir que los fanáticos de San Medardo tan sólo recibían los golpes durante las crisis convulsivas y, por consiguiente, como indica el doctor Calmeil, el estado de turgencia, contracción, erotismo, espasmo o dilatación en que, según los casos, quedaba el organismo de los convulsos, pudo muy bien amortiguar y aun resistir la violencia de los golpes. La asombrosa insensibilidad de la piel y del tejido adiposo en casos que debieran haberlos desgarrado, se explica por la consideración de que en momentos de extrema emotividad, como los paroxismos de ira, temor y cólera, también queda insensible el organismo... Por otra parte, dice asimismo el doctor Calmeil, que para golpear los cuerpos de los convulsivos se empleaban instrumentos muy voluminosos de superficie plana y redondeada o bien de forma cilíndrica y punta roma, cuyo efecto vulnerante es muchísimo menor que si se hubieran empleado cordeles o instrumentos punzantes de mucha elasticidad. Así es que los golpes producían en el organismo de los convulsivos el mismo efecto que un saludable masaje, al paso que aminoraban los dolores propios del histerismo (NOTA: Figuiet: Extractado de la *Historia de lo Maravilloso*. FINAL NOTA).

Conviene advertir ahora que cuanto precede no es burla socarrona, sino la explicación que de los fenómenos da por pluma de Figuiet una de las eminencias médicas de Francia en aquel entonces, el doctor Calmeil, director del manicomio de Charentón, lo cual infunde la sospecha de si al cabo de tantos años de trato no le contagiarían sus pupilos. Además, no tiene en cuenta Figuiet que en otro pasaje de su obra (NOTA: Tomo I, 409. FINAL NOTA) describe gráficamente la resistencia que el cuerpo de la convulsa Elia Marión opuso, como si fuese de hierro, a la afilada punta de un cuchillo, así como también dice

que en varias ocasiones se emplearon puntiagudas barras de hierro, espadas y hachas y otras armas punzantes y cortantes.

Al comentar el pasaje que acabamos de transcribir exclama Des Mousseaux:

¿Estaba en sus cabales el ilustrado médico cuando escribió esto? Si los doctores Calmeil y Figuiet quisieran sostener sus afirmaciones, les replicaríamos diciendo que ningún inconveniente tendríamos en creerles, con tal de que para demostrarlas más prácticamente nos permitieran despertar en su ánimo una violenta y terrible emoción de cólera o ira. Al efecto, en interés de la ciencia y con el previo consentimiento de ambos doctores, les diríamos, ante un concurso no sabedor de nuestro trato, que sus escritos son una asechancia a la verdad, un agravio al sentido común, una ignominia que tal vez soporte el papel, pero que no debe aguantar el público. Añadiremos que falsifican la ciencia y embaucan a los ignorantes bobalicones agrupados a su alrededor, como el gentío en torno de un frívolo sacamuelas... Y cuando henchidos de cólera, revuelta la bilis y encendido el rostro lleguéis al paroxismo de la ira, golpearemos vuestros *turgentes* músculos y descargaremos lluvias de piedras en las partes que como más insensibles nos indiquen vuestros amigos, pues el mismo trato recibieron los cuerpos de las convulsas mujeres que parecían complacerse en el dolor. Mas para que no os veáis privados de la saludable satisfacción de ese masaje a que aludís, contundiremos vuestros cuerpos con instrumentos cilíndricos de superficie lisa como, por ejemplo, rígidos garrotes y estacas primorosamente torneadas, si lo preferís... En todo caso podemos llevar nuestra generosidad al no de permitirnos poner en substitución de vuestras personas, las de vuestras hermanas, esposas e hijas, pues habéis advertido que el sexo débil demuestra mayor fortaleza en estas desconcertadas pruebas.

Inútil es decir que el reto de Des Mousseaux no obtuvo respuesta.

CAPÍTULO XI

De extraña condición es la inteligencia humana, pues antes de alcanzar la verdad parece como si necesitara obstinarse durante largo tiempo en el error.

MAGENDIE

La verdad que proclamo está esculpida en los monumentos antiguos. Para comprender la historia es preciso estudiar el simbolismo de pasadas épocas, los sagrados signos del sacerdocio y el arte de curar de los tiempos primitivos, ya olvidado hoy día.

BARÓN DU POTET

Es axiomático que todo cúmulo de hechos desordenados requieren una hipótesis para su ordenamiento.

SPENCER

Para encontrar fenómenos análogos a los expuestos en el capítulo precedente es preciso recurrir a la historia de la magia. En todas las épocas y países se ha conocido el fenómeno de la insensibilidad del cuerpo humano en grado suficiente para resistir sin dolor golpes, pinchazos y aun disparos de arma de fuego; pero si la ciencia no se ve capaz de explicar satisfactoriamente este fenómeno, con ninguna dificultad tropiezan para ello los hipnotizadores que conocen las propiedades del fluido. Poca admiración han de causar los milagros de los jansenistas a hombres que mediante unos cuantos pases magnéticos logran anestesiar determinadas partes del cuerpo hasta el punto de dejarlas insensibles a las quemaduras, incisiones y pinchazos. Los magos de Siam y de la India están sobradamente familiarizados con las propiedades del misterioso fluido vital (*akâsha*) para que les extrañe la insensibilidad de los convulsivos, porque saben comprimir dicho fluido alrededor del sujeto, de modo que forme como una coraza elástica absolutamente invulnerable a los contactos físicos, por violentos que sean.

En la India, Malabar y algunas comarcas del África central no tienen los magos inconveniente en que cualquier viajero les descerraje un tiro sin ninguna prevención por su parte. Según refiere Laing (**NOTA: Viaje por el país de los timanos, kurankos y sulimas. FINAL NOTA**), el primer europeo que visitó la tribu de los sulimas, cerca de las fuentes del río Dalliba, pudo presenciar cómo unos soldados dispararon contra el jefe de la tribu sus bien cargadas armas, sin que le causaran daño alguno, a pesar de que por toda defensa sólo llevaba unos cuantos talismanes. Caso parecido relata Salverte (**NOTA: Filosofía de las ciencias ocultas. FINAL NOTA**) diciendo que en el año 1586 el príncipe de Orange mandó que arcabucearan a un prisionero español en Juliers. El piquete disparó contra el reo que previamente había sido atado a un árbol, pero resultó ileso, y en vista de tan sorprendente suceso le desnudaron, por ver si llevaba alguna armadura oculta y tan sólo le descubrieron un amuleto, despojado del cual cayó muerto a la primera descarga.

De muy diversa índole fue lo que el famoso prestidigitador Roberto Houdin llevó a cabo en Argelia, preparando unas balas de sebo, teñidas de negro de humo, que con imperceptible disimulo puso en vez de las balas con que unos indígenas habían cargado sus pistolas. Como aquellas sencillas gentes no conocían otra magia que la verdadera, heredada de sus antepasados, cuyos fenómenos realizan ingenuamente, creyeron que Houdin era un mago muy superior a ellos, al ver ¡os aparentes prodigios que llevaba a cabo.

Muchos viajeros, entre cuyo número nos contamos, han presenciado casos de invulnerabilidad sin asomo de fraude. No hace muchos años vivía en cierta aldea de Abisinia un hombre con fama de hechicero, quien se prestó mediante un mezquino

estipendio a que una partida de europeos, de paso para el Sudán, disparase sus armas contra él. Un francés llamado Langlois le disparó a quemarropa cinco tiros seguidos, cuyas balas caían sin fuerza en el suelo después de describir temblorosamente una corta parábola en el aire. Un alemán de la comitiva, que iba en busca de plumas de avestruz, ofreció al abisinio cinco francos si le permitía disparar tocándole el cuerpo con el cañón de la pistola. El hechicero rehusó de pronto, pero consintió después de hacer ademán de conversar brevemente con alguna invisible entidad que parecía estar junto a él. Entonces cargó el alemán cuidadosamente el arma y colocándola en la posición convenida disparó, no sin titubear algún tanto. El cañón se hizo pedazos y el abisinio no recibió el menor daño.

El don de invulnerabilidad pueden transmitirlo, ya los adeptos vivientes, ya las entidades espirituales. En nuestros días ha habido médiums que, en presencia de respetables testigos, no sólo manosearon ascuas de carbón y aplicaron la cara al fuego sin que se les chamuscase ni un pelo, sino que también pusieron las ascuas en cabeza y manos de los espectadores, como sucedió en el caso de lord Lindsay y lord Adair. De igual índole es el ocurrido a Washington en la batalla de Braddock, donde, según confesión de un jefe indio, disparó contra él diez y siete tiros de fusil sin tocarle. Ciertamente que muchos generales como, por ejemplo, el príncipe Emilio de Sayn-Wittgenstein, del ejército ruso, tuvieron en concepto de sus soldados el don de que «les respetasen las balas».

El mismo poder por cuya virtud comprime un mago el fluido etéreo de modo que forme invulnerable coraza alrededor del sujeto, sirve para enfocar, por decirlo así, un rayo de dicho fluido en determinada persona o cosa con resultados indefectibles. Por este procedimiento se han llevado a cabo misteriosas venganzas en que las indagatorias forenses tan sólo vieron muertes súbitamente sobrevenidas a consecuencia de ataques cardíacos o apopléticos, sin atinar en la verdadera causa de la muerte. General es en todo el Mediodía de Europa la creencia en el mal de ojo (**NOTA: Dícese que Pío IX tenía, sin saberlo, este siniestro don. FINAL NOTA**) contra personas y animales, hasta el punto de que matan con la mirada, como rayo mortífero en que sus malignos deseos acumulan maléfica energía que se dispara cual si fuese un proyectil (**NOTA: En la aldea de Brignoles (Var-Francia), vivía en 1864 un campesino llamado Jacobo Pelissier que se ganaba la vida cazando pájaros sin otro artificio que la fuerza de su voluntad. El doctor D'Alger invitó a varios colegas a presenciar el curioso fenómeno que relata como sigue: «Señalé a Jacobo una hermosa alondra que se había posado a veinte pasos de nosotros y él extendió en seguida la mano derecha hacia el ave, acercándose con sumo cuidado. La alondra movió ligeramente la cabeza y desplegó las alas con intento de volar, pero no pudo y se dejó cazar por Jacobo. Observé el pájaro y vi que tenía los ojos cerrados y el cuerpo rígido como si estuviera muerto, aunque latía el corazón. El estado cataléptico de la alondra denotaba evidentemente una acción magnética. En una hora cazó Jacobo catorce pájaros por el mismo procedimiento, y todos quedaron en el mismo estado cataléptico, que cesaba a voluntad del cazador cuya sugestión esclavizaba a los pájaros. A solicitud mía dejó Jacobo repetidas veces en estado de vigilia a sus alados sujetos para volverles a sumir en catalepsia, y en una ocasión mató con sólo la mirada, desde treinta pasos de distancia, dos pájaros que había yo designado de antemano en comprobación del fenómeno. (Villegre: *El doctor H. D'Alger*). Curioso pormenor de este caso es que el poder sugestivo de Jacobo no alcanzaba más que a los gorriones, pitirrojitos, jilgueros y alondras, pues las demás especies escapaban con frecuencia a su influjo. FINAL NOTA**).

Este mismo poder ejercen más enérgicamente todavía los domadores de fieras. Los indígenas ribereños del Nilo fascinan a los cocodrilos con un melodioso y suave silbido que los amansa hasta el punto de dejarse manosear tranquilamente. Otros domadores fascinan de análoga manera a serpientes en extremo ponzoñosas, y no faltan viajeros

que han visto a estos domadores rodeados de multitud de serpientes que gobiernan a su albedrío.

Bruce, Hasselquist y Lemprière (NOTA: Bruce: *Exploración de las fuentes del Nilo*, X, 402, 447.– Hasselquist: *Viaje a Levante*, I, 92, 100.– Lemprière: *Viaje al imperio de Marruecos en 1790*, 42, 43. FINAL NOTA) aseguran haber visto respectivamente en Egipto, Arabia y Marruecos que los indígenas no hacen caso alguno de las mordeduras de víboras ni de las picaduras de escorpiones, pues juegan con estos animales y los sumen a voluntad en sueño letárgico

A este propósito dice Salverte:

Aunque así lo aseguran autores griegos y latinos, no creían los escépticos que desde tiempo inmemorial tuviesen ciertas familias el hereditario don de fascinar a los reptiles ponzoñosos, según de ello dieron ejemplo los Psilas de Egipto, los Marsos de Italia y los Ofiózenos de Chipre. En el siglo XVI había en Italia algunos hombres que presumían descender de la familia de San Pablo y eran como los Marcos, a las mordeduras de las serpientes. Pero se desvanecieron las dudas sobre el particular cuando la expedición de Bonaparte a Egipto, pues según observaron varios testigos, los individuos de la familia de los Psilas iban de casa en casa para exterminar las serpientes de toda especie que anidaban en ellas, y con admirable instinto las sorprendían en el cubil y las despedazaban a dentelladas y arañazos, entre furiosos aullidos y espumarajos de ira. Aun dejando aparte como exageración del relato lo de los aullidos, preciso es convenir en que el instinto de los Psilas tiene fundamento real (NOTA: En las Antillas descubren los negros a las serpientes por el olor tan sólo.– Thibaut de Chanvallon: *Viaje a la Martinica*. FINAL NOTA). Cuantos en Egipto gozan por herencia de este don descubren el paradero de las serpientes desde distancias a que nada percibiría un europeo. Por otra parte, está del todo averiguada la posibilidad de amansar a los animales dañinos con sólo tocarlos, pero tal vez no lleguemos nunca a descubrir la causa de este fenómeno ya conocido en la antigüedad y reiterado hasta nuestros días por gentes ignorantes (NOTA: *Filosofía de la magia*. FINAL NOTA).

La tonalidad musical produce efecto en todos los oídos, y por lo tanto, un silbido suave, un canto melodioso o el toque de una flauta fascinarán seguramente a los reptiles, como así lo hemos comprobado repetidas veces. Durante nuestro viaje por Egipto, siempre que pasaba la caravana, uno de los viajeros nos divertía tañendo la flauta; pero los conductores de los camellos y los guías árabes se enojaban contra el músico porque con sus tañidos atraía a diversidad de serpientes que, por lo común, rehuyen todo encuentro con el hombre. Sucedió que topamos en el camino con otra caravana entre cuyos individuos había algunos encantadores de serpientes, quienes invitaron a nuestro flautista a que luciera su habilidad mientras ellos llevaban a cabo sus experimentos. Apenas empezó a tocar el instrumento, cuando estremeciéndose de horror al ver cerca de sí una enorme serpiente que, con la cabeza erguida y los ojos clavados en él, se le acercaba pausadamente con movimientos ondulantes que parecían seguir el compás de la tonada. Poco a poco fueron apareciendo, una tras otra, por diversos lados, buen número de serpientes cuya vista atemorizó a los profanos hasta el punto de que los más se encaramaron sobre los camellos y algunos se acogieron a la tienda del cantinero. Sin embargo, no tenía fundamento la alarma, porque los tres encantadores de serpientes hubieron recurso a sus encantos y hechizos, y muy luego los reptiles se les enroscaron mansamente de pies a cabeza alrededor del cuerpo, quedando en profunda catalepsia con los entreabiertos ojos vidriosos y las cabezas inertes. Una sola y corpulenta serpiente de lustrosa y negra piel con motas blancas quedó ajena al influjo de los encantadores, y como melómana del desierto bailaba derechamente empinada sobre la punta de la cola al compás de la flauta, y con cadenciosos movimientos se fue acercando al flautista que al verla junto a sí huyó despavorido. Entonces uno de los encantadores sacó del zurrón un manojito de hierbas mustias con fuerte olor a menta, y tan pronto

como la serpiente lo notó fuese en derechura hacia el encantador, sin dejar de empinarse sobre la cola hasta que se enroscó al brazo del encantador, también aletargada. Por fin los encantadores decapitaron a las serpientes cuyos cuerpos echaron al río.

Muchos se figuran que los encantadores se valen de artificios con serpientes previamente amansadas por habérseles arrancado las glándulas ponzoñosas o cosídoles la boca; pero aunque algunos prestidigitadores de ínfima categoría hayan recurrido a este fraude, no cabe imputarlo a los verdaderos encantadores, cuya nombradía en todo el Oriente no necesita recurrir a tan burdo engaño. A favor de estos encantadores milita el testimonio de gran número de viajeros fidedignos y de algunos exploradores científicos que hubieran desdeñado hablar del asunto si no mereciera su atención. A este propósito dice Forbes: «Por haber cesado la música o por cualquier otra causa, la serpiente que hasta entonces había estado bailando dentro de un amplio corro de gente campesina, se abalanzó de pronto contra una mujer dándole un mordisco en la garganta, de cuyas resultas murió a la media hora» (NOTA: Forbes: *Memorias orientales*, I, 44, y II, 387. FINAL NOTA).

Según relatan varios viajeros, las negras de la Guayana holandesa y las de la secta del *Obeah* sobresalen por su habilidad en la domesticación de las serpientes llamadas *amodites* o *papas*, a las que a voces las fuerzan a bajar de los árboles y seguirlas dócilmente.

Hemos visto en la India un monasterio de fakires situado a orillas de un estanque repleto de enormes cocodrilos que, de cuando en cuando, salían del agua para tomar el sol casi a los pies de los fakires, quienes, no obstante, seguían absortos en la contemplación religiosa. Pero no aconsejaríamos a ningún extraño que se acercara a los enormes saurios, porque sin duda les sucedería lo que al francés Pradin, devorado por ellos (NOTA: Véase *Revista Edimburgo*, LXXX, 428 y sig.— Los indos llaman *mudela* a esta especie de cocodrilos cuyo nombre equivale al de *nikang* o *ghariyâl*. FINAL NOTA).

Jámblico, Heródoto, Plinio y otros autores antiguos refieren que los sacerdotes de Isis atraían desde el ara a los áspides, y que los taumaturgos subyugaban con la mirada a las más feroces alimañas; pero en esto les tachan los críticos modernos de ignorantes, cuando no de impostores, y el mismo vituperio lanzan contra los viajeros que en nuestra época nos hablan de análogas maravillas llevadas a cabo en Oriente.

Mas a pesar del escepticismo materialista, el hombre tiene el poder demostrado en los anteriores ejemplos. Cuando la psicología y la fisiología merezcan verdaderamente el título de ciencias, se convencerán los occidentales de la formidable potencia mágica inherente a la voluntad y entendimiento del hombre, ya se actualicen consciente, ya inconscientemente. Fácil es convencerse de este poder por la sola consideración de que todo átomo de materia está animado por el espíritu cuya esencia es idéntica en todos ellos, pues la menor partícula del espíritu es al mismo tiempo el todo, y la materia no es al fin y al cabo más que la plasmación concreta de la idea abstracta. A mayor abundamiento daremos algunos ejemplos del poder de la voluntad, aun inconscientemente actualizada, para crear las formas forjadas en la imaginación (NOTA: Se entiende por imaginación, en este caso, la facultad de discernir las imágenes en la luz astral. FINAL NOTA).

Recordemos ante todo los estigmas (*nevi materni*) o señales congénitas que resultan de la sobreexcitada e inconsciente imaginación de la madre durante el embarazo. Este fenómeno psicofísico era ya tan conocido en la antigüedad, que las griegas de posición acomodada tenían la costumbre de colocar estatuas de singular belleza junto a su cama, para contemplar perfectos modelos de configuración humana. La vigencia de esta ley en los animales está comprobada por el ardid de que se valió Jacob para sacar las crías de las ovejas listadas o manchadas, según fuese lo que convenía con su tío Labán. Por otra parte, nos dice Aricante que en cuatro sucesivas camadas de gozquejos nacidos de perra sana, unos estaban bien conformados al par que otros tenían el hocico hendido y les faltaban las patas delanteras. Las obras de Geoffroi Saint-Hilaire, Burdach, Elam y Lucas (NOTA: De la herencia natural. FINAL NOTA), abundan en ejemplos de esta índole, entre

ellos el que, citándolo de Pritchard, da Elam del hijo de un negro y una blanca nacido con manchas blancas y negras en la piel (NOTA: Elam: *Problemas de un médico*, 25.– Comenta el autor el ejemplo diciendo que no es posible explicar estas singularidades en el actual estado de la ciencia. ¡Lastima que no confiesen lo mismo otros científicos! FINAL NOTA). Análogos fenómenos relatan Empedocles, Aristóteles, Plinio, Hipócrates, Galeno, Marco Damasceno y otros autores de la antigüedad.

More (NOTA: *La inmortalidad del alma*, Londres, 1659. FINAL NOTA) arguye poderosamente contra los materialistas diciendo que el poder de la mente humana sobre las fuerzas naturales está demostrado en que el feto es lo bastante plástico para recibir las impresiones mentales de la madre, de suerte que a ellas corresponda agradable o desagradablemente su configuración y parecido, aunque se grave en él o se *astrografe* cualquier objeto muy vivamente imaginado por ella. Estos efectos pueden ser voluntarios o involuntarios, conscientes o inconscientes, intensos o débiles, según el mayor o menor conocimiento que de los profundos misterios de la naturaleza tenga la madre. En general, los estigmas del feto son más bien eventuales que deliberados, y como el aura de toda madre está poblada de sus propias imágenes o las de sus cercanos parientes, la epidermis del feto, comparable a una placa fotográfica, puede quedar impresionada por la imagen de algún ascendiente desconocido de la madre, pero que en un instante propicio apareció enfocada en el aura.

Acerca de este particular dice Elam: «Cerca de mí está sentada una señora venida de su país. De la pared pende el retrato de una de sus antepasadas del siglo anterior. La fisonomía de mi visitante no puede tener más exacto parecido con la del retrato, a pesar de que la antepasada jamás salió de Inglaterra y la visitante es norteamericana».

Muy diversamente cabe demostrar el poder de la imaginación en el organismo físico. Los médicos inteligentes atribuyen a este poder tanta eficacia terapéutica como a las medicinas, y le llaman *vis medicatrix nature*, por lo que procuran ante todo inspirar confianza al enfermo, y a veces esta sola confianza basta para vencer la enfermedad. El miedo mata con frecuencia y el pesar influye de tal modo en los humores del cuerpo, que no sólo trastorna las funciones, sino que encanece súbitamente el cabello. Ficino menciona estigmas fetales en figura de cerezas y otras frutas, aparte de manchas coloradas, pelos y excrescencias, y afirma que la imaginación de la madre puede dar al feto apariencias fisionómicas de mono, cerdo, perro y otros cuadrúpedos. Marco Damasceno cita el caso de una niña nacida enteramente cubierta de pelo y, como la moderna Julia Pastrana, con barba poblada. Guillermo Paradino habla de un niño cuya piel y uñas eran como de oso. Balduino Ronseo alude a otro que nació con un colgajo nasal parecido a moco de pavo. Pareo nos dice que un feto de término tenía cabeza de rana; y Avicena refiere el caso de unos polluelos salidos del huevo con cabeza de halcón. En este último ejemplo, que demuestra la influencia de la imaginación en los animales, el feto debió quedar estigmatizado en el momento de la concepción, coincidente sin duda con la presencia de un halcón frente al gallinero. A este propósito, dice More que como el huevo en cuestión pudo muy bien empollarlo otra clueca en paraje lejano de la madre, la diminuta imagen del halcón, grabada en el feto, fue agrandándose según crecía el polluelo, sin que en ello influyera la madre.

Cornelio Gemma refiere el caso de un niño que nació con una herida en la frente chorreando sangre, a consecuencia de que durante el embarazo amenazó el marido a la madre con una espada dirigida a la misma parte del rostro. Senercio cuenta que una mujer encinta vió como un matarife separaba del tronco la cabeza de un cerdo, y al llegar el parto nació la criatura con una hendidura que abarcaba el paladar y la mandíbula y labio superiores hasta la nariz.

Van Helmont refiere (NOTA: *De Infectis materialibus*. FINAL NOTA) algunos casos realmente asombrosos, de entre los cuales entresacamos los siguientes:

1.º En Mechlín, la mujer de un sastre estaba sentada a la puerta de su casa, cuando frente a ella sobrevino una reyerta entre varios soldados, uno de los cuales quedó con la mano amputada. Tan vivamente le impresionó este espectáculo, que dió a luz antes de tiempo un niño manco, de cuyo muñón manaba sangre.

2.º El año 1602, la esposa de un mercader de Amberes, llamado Marco Devogeler, vió como le cortaban el brazo a un soldado, y al punto le acometieron dolores de parto, dando a luz una niña con el brazo cortado, cuya herida chorreaba sangre como en el caso anterior.

3.º Una mujer presenció la decapitación de treinta rebeldes flamencos por orden del duque de Alba, y de tal manera la sobrecogió el horroroso espectáculo, que en aquel mismo punto parió un niño acéfalo, pero con el cuello sangrante como si acabaran de decapitarlo.

Si en la naturaleza hubiere milagros, de tales pudieran diputarse los casos anteriores; pero los fisiólogos no aciertan a explicar satisfactoriamente estos fenómenos estigmáticos y o bien los atribuyen a lo que llaman «variaciones espontáneas del tipo» y a «curiosas coincidencias» por el estilo de las de Proctor, o bien delatan ingenuamente su ignorancia, como por ejemplo Magendie que confiesa cuán poco se sabe de la vida intra-uterina, a pesar de las investigaciones científicas, y dice sobre este punto:

En cierta ocasión se observó que el cordón umbilical, después de roto, se había cicatrizado de modo que no se comprendía como circulaba por él la sangre... Nada sabemos hasta ahora respecto de la función digestiva en el feto, ni tampoco de lo tocante a su nutrición, pues los tratados de fisiología solo dan vagas conjeturas sobre este punto... Por alguna causa desconocida, los órganos del feto se desarrollan preternaturalmente...; pero no hay motivo alguno para admitir la influencia de la imaginación de la madre en el engendro de estas monstruosidades, pues los mismos fenómenos se observan a diario en animales y plantas (NOTA: Magendie: *Compendio de Fisiología elemental*, 518 y sig. FINAL NOTA).

Este extracto nos ofrece acabada muestra de los métodos empleados por los científicos, quienes en cuanto transponen el círculo de sus observaciones desvían el criterio y deducen consecuencias mucho menos lógicas que los argumentadores de segunda mano. La literatura científica nos depara continuas pruebas de cuán torcidamente discurren los materialistas al observar fenómenos psicológicos, pues la mente obcecada es tan incapaz de distinguir entre las causas psíquicas y los efectos físicos como el ciego de colores.

Sin embargo, hay científicos sinceros como Elam, que aunque materialista, confiesa que es verdaderamente inexplicable la recíproca actuación de la inteligencia y la materia. Todos reconocen la imposibilidad de penetrar este misterio, que probablemente nadie será capaz de esclarecer en lo sucesivo.

Sobre este mismo punto dice Aitken:

Las patrañas y despropósitos a que hasta ahora se habían atribuido supersticiosamente los vicios de conformación, se van desvaneciendo ante las luminosas explicaciones de embriólogos como Muller, Rathke, Bischoff, St. Hilaire, Burdach, Allen Thompson, Vrolick, Wolff, Meckel, Simpson, Rokitansky y Ammon, cuyos estudios son suficiente promesa de que los esplendores de la ciencia disiparán las tinieblas de la ignorancia y la superstición (NOTA: Aitker: *Ciencia y práctica de la medicina*. – El doctor Aitker es profesor de patología en la Academia de Sanidad Militar de Inglaterra, donde se le considera como uno de los más ilustres tratadistas sobre los vicios de conformación. De igual nombradía científica goza en los Estados Unidos, donde el doctor Meredith Clymer, catedrático de la Universidad de Pennsylvania ha editado la Obra citada. FINAL NOTA).

Parece inferirse del tono de satisfacción en que se expresa tan eminente autoridad médica, que si no posee la clave del problema está en seguro camino de resolverlo; pero

no obstante, manifiesta los mismos recelos y dudas que Magendie treinta años atrás, y en 1872 se expresaba en los siguientes términos:

A pesar de todo, la causa de los vicios de conformación continúa envuelta en profundo misterio. Para investigarla conviene preguntar: ¿se debe a viciosa conformación original del germen, o por el contrario resulta la deformidad de accidentes sobrevenidos durante el desarrollo del embrión? Respecto al primer extremo se conjetura que la deformidad original del germen puede provenir de la *influencia del padre o de la madre*, cuyas deformaciones se transmiten en este caso por herencia... Sin embargo, no hay pruebas bastantes para admitir que las deformidades del feto provengan de excitaciones mentales de la madre durante el embarazo, y los lunares, las manchas cutáneas y demás estigmas se atribuyen a estados morbosos de las cubiertas del óvulo... Una de las más notorias deformaciones es el desarrollo cohibido del feto, *cuya causa queda oculta* las más de las veces... Las formas transitorias del embrión humano son análogas a las formas definitivas de los animales, y esto explica que cuando se suspende o cohibe el desarrollo del feto presenta éste el aspecto de alguno de dichos animales.

Estamos conformes en el hecho; pero ¿por qué no lo explican los embriólogos? La observación basta para convencerse de que el embrión humano tiene, durante cierto período de la vida uterina, el mismo aspecto que un renacuajo; pero la investigación de los embriólogos no acierta a descubrir en este fenómeno la esotérica doctrina pitagórica de la metempsícosis, tan erróneamente interpretada por los comentadores.

Ya explicamos el significado del axioma cabalístico: «la piedra se convierte en planta, la planta en bruto y el bruto en hombre», con respecto a las evoluciones física y espiritual de la humanidad terrestre. Añadiremos ahora algo más para esclarecer el concepto.

Según algunos fisiólogos, la forma primitiva del embrión humano es la de una simiente, un óvulo, una molécula, y si pudiéramos examinarlo con el microscopio, veríamos, a juzgar por analogía, que está compuesto de un núcleo de materia inorgánica depositado por la circulación en la materia organizada del germen ovárico. En resumen, el núcleo del embrión está constituido por los mismos elementos que un mineral, es decir, de la tierra donde ha de habitar el hombre.

Los cabalistas se apoyan en la autoridad de Moisés para decir que la producción de todo ser viviente necesita del agua y de la tierra, lo cual viene a corroborar la forma mineral que originariamente asume el embrión humano. Al cabo de tres o cuatro semanas toma configuración vegetal, redondeado por un extremo y puntiagudo por el otro, a manera de raíz fusiforme, con finísimas capas superpuestas cuyo hueco interior llena un líquido. Las capas se aproximan convergentemente por el extremo inferior, y el embrión pende del filamento, como el fruto del pedúnculo. La piedra se ha convertido en planta por ley de metempsícosis. Después aparecen miembros y facciones. Los ojos son dos puntillos negros; las orejas, la nariz y la boca son depresiones parecidas a las de la piña, que más tarde se realzan, y en conjunto ofrece la forma branquial del renacuajo que respira en el agua (NOTA: Dicen los cabalistas que la mónada no entra en el reino humano hasta la «cuarta hora». FINAL NOTA). Sucesivamente va tomando el feto características humanas, hasta que se mueve impelido por el inmortal aliento que invade todo su ser. Las energías vitales le abren el camino y por fin le lanzan al mundo a punto que la esencia divina se infunde en la nueva forma humana donde ha de residir hasta que la muerte le separe de ella.

Los cabalistas llaman «ciclo individual de evolución» el misterioso proceso nonimensual del embarazo. Así como el feto se desenvuelve en el seno del líquido amniótico, en la matriz femenina, así también la tierra germinó en el seno del éter, en la matriz del universo. Los gigantescos astros, al igual que sus pigmeos moradores, son primitivamente núcleos que, transformados en óvulos, poco a poco crecen y maduran

hasta engendrar formas minerales, vegetales, animales y humanas. El sublime pensamiento de los cabalistas simboliza la evolución cósmica en infinidad de círculos concéntricos que, desde el centro, dilatan sus radios hacia lo infinito. El embrión se desenvuelve en el útero; el individuo en la familia; la familia en la nación; la nación en la humanidad; la humanidad en la tierra; la tierra en el sistema planetario; el sistema planetario en el Cosmos; el Cosmos en el Kosmos; y el Kosmos en la Causa primera, ¡limitada, infinita, incognoscible. Tal es la teoría cabalística de la evolución resumida en el siguiente aforismo:

Todos los seres son parte de un todo admirable cuyo cuerpo es la naturaleza y cuya alma es Dios. Innumerables mundos descansan en su seno como niños en el regazo materno.

Mientras que unánimemente admiten los fisiólogos que en la vida y crecimiento del feto influyen causas físicas, como golpes, accidentes, alimentación inadecuada, etc., y causas morales, como miedo, terror súbito, pesar hondo, alegría extremada y otras emociones, muchos de ellos convienen con Magendie en que la imaginación de la madre no puede influir en los estigmas y vicios monstruosos de conformación, porque «estos mismos fenómenos se observan a diario en los animales y aun en las plantas».

Aunque Geoffroi St. Hilaire dió el nombre de teratología a la ciencia de las monstruosidades uterinas, valiése para fundarla de los acabadísimos experimentos de Bichat, fundador de la anatomía analítica. Uno de los tratados más importantes de teratología es el del doctor Fisher (NOTA: *Diploteratología: Ensayo sobre la formación de los monstruos humanos.*— De acuerdo con St. Hilaire, divide Fisher la historia de la teratología en tres períodos: fabuloso, positivo y científico. FINAL NOTA) quien agrupa los monstruos fetales en géneros y especies y comenta algunos casos de particular interés científico. Parte Fisher del principio de que la mayoría de las monstruosidades pueden explicarse por la hipótesis de la suspensión y retardo del desarrollo, sin que en nada influyan las condiciones mentales de la madre, y dice a este propósito:

El atento estudio de las leyes del desarrollo genético y del orden en que aparecen los distintos órganos del cuerpo en formación, nos da a conocer que los monstruos por suspensión o deficiencia de desarrollo son en cierto modo embriones inmetamorfoseables, pues los órganos monstruosos responden sencillamente a las originarias condiciones del embrión (NOTA: *Tareas de la Sociedad de Medicina de Nueva York*, 6, 7, 1865. FINAL NOTA).

En vista del caótico estado en que hoy por hoy se halla la fisiología, no es fácil que ningún teratólogo, por muy versado que esté en anatomía, histología y embriología, se atreva a negar bajo su responsabilidad la influencia de la madre en el feto, pues aunque las observaciones microscópicas de Haller, Prolik, Dareste y Laraboulet hayan descubierto interesantes aspectos de la membrana vitelina, todavía queda mucho por estudiar en el embrión humano. Si admitimos que las monstruosidades resultan de la suspensión del desarrollo y que las trazas vitelinas permiten pronosticar la morfología del feto, ¿cómo indagarán los teratólogos la causa psicológica que *antecede* al fenómeno? Fisher pudo creerse con suficiente autoridad para agrupar en géneros y especies los centenares de casos que estudió minuciosamente; pero fuera del campo de la observación científica hay numerosos hechos comprobados por nuestra experiencia personal y al alcance de todos, por los cuales se demuestra que las violentas emociones de la madre ocasionan frecuentemente las deformaciones de la criatura. Por otra parte, los casos observados por Fisher parecen contradecir su afirmación de que los engendros monstruosos derivan de las primitivas condiciones del embrión. Citaremos al efecto dos curiosos casos de éstos.

El primero es el de un magistrado ruso de la Audiencia de Saratow (Rusia), que llevaba constantemente el rostro vendado para ocultar un estigma de relieve, sobre la mejilla

izquierda, en forma de ratón cuya cola cruzaba la sien y se perdía en el cuero cabelludo. El cuerpo del ratón era lustroso y gris con toda apariencia de naturalidad. Según contaba el magistrado, su madre tenía invencible horror a los ratones, y el parto fue prematuro de resultas de haber visto saltar un ratón del costurero.

El otro caso, del que fuimos testigos oculares, se refiere a una señora que dos o tres semanas antes del alumbramiento vió un tarro de frambuesas de que no le permitieron comer. Excitada por la negativa se llevó la mano derecha al cuello en actitud un tanto dramática, diciendo que le era preciso probarlas. Tres semanas después nació la criatura con un estigma de frambuesa perfectamente dibujada en el mismo punto del cuello que su madre se había tocado, con la particularidad que en la época del año en que maduran las frambuesas tomaba el estigma un color carmesí oscuro; al paso que palidecía durante el invierno.

Muchos casos como éstos que las madres conocen, ya por personal experiencia, ya por la de sus amigas, establecen el convencimiento de la influencia materna, a pesar de cuanto digan todos los teratólogos de Europa y América. La escuela de Magendie arguye contra esta influencia diciendo que si en los animales y plantas ocurren monstruosidades no debidas a la influencia materna, tampoco deben serlo en la especie humana, puesto que, para estos fisiólogos, las causas físicas que producen determinados efectos en plantas y animales han de producirlos también en el hombre.

El profesor Armor, de la Escuela de Medicina de Long Island, expuso recientemente ante la Academia de Detroit una hipótesis muy original en la que, en oposición a Fisher, atribuye los vicios de conformación a defecto propio de la materia generativa en que se desenvuelve el feto, o bien a las influencias morbosas que pueda éste recibir. Sostiene Armor que la materia generativa consta de elementos de todos los tejidos y estructuras morfológicas, por lo que si estos elementos tienen originalmente tales o cuales peculiaridades morbosas, no será capaz la materia generativa de dar de sí un engendro sano y normalmente desarrollado. Pero por otra parte también cabe que la perfecta condición de la materia generativa quede adulterada por influencias morbosas durante la gestación y el engendro sea necesariamente monstruoso.

Sin embargo, esta hipótesis no basta para explicar los casos diploteratológicos (**NOTA: Monstruos con dos cabezas o miembros duplicados. FINAL NOTA**), pues aunque admitiéramos que el defecto de constitución de la materia generativa consistiera en la falta o en el exceso de las partes correspondientes al carácter de la monstruosidad, parece lógico que toda la progenie habría de adolecer de los mismos vicios de conformación, mientras que por lo general la madre alumbraba varios hijos bien conformados antes de concebir al monstruo. Fisher cita varios casos de esta índole (**NOTA: Revista trimestral de ciencias médicas.— Dublín, XV, 263, 1853. FINAL NOTA**) entre ellos el de una mujer llamada Catalina Corcoran, de treinta años de edad y complexión sana, que tuvo cinco hijos perfectamente conformados y ninguno mellizo, antes de dar a luz un monstruo de doble cabeza, tronco y extremidades, aunque la duplicidad no aparecía en todos los órganos, como en los casos de mellizos soldados durante la gestación. Otro ejemplo (**NOTA: Investigaciones de anatomía patológica.— París, 1832. FINAL NOTA**) es el de María Teresa Parodi, que después de ocho partos felices y normales, dió a luz una niña con el cuerpo doble de cintura para arriba.

Este orden de monstruosidades invalida la hipótesis de Armor, sobre todo si admitimos la identidad entre la célula ovárica del hombre y la de los demás mamíferos, de que resultan análogas monstruosidades en los animales, como argumento contra la opinión popular que atribuye las humanas a la influencia mental de la madre.

Ya hemos visto que, para algunos teratólogos, tanto montan las monstruosidades en los brutos como en la especie humana, y así lo da a entender el doctor Mitchell en un artículo sobre las serpientes de dos cabezas, del que extractamos el siguiente párrafo:

Los cazadores de serpientes mataron en cierta ocasión a una hembra con todo su nidal, en número de 120 crías, entre las que se encontraron tres monstruos: una con dos cabezas; otra con dos cabezas y tres ojos; y la tercera con doble cabeza, tres ojos y una sola mandíbula, la inferior dividida en dos porciones (NOTA: *Revista de Ciencia y Arte de Silliman*, X, 48. FINAL NOTA).

Seguramente que la materia generadora de estos tres monstruos era de origen idéntico a la de las demás serpientes del nidal, y así resulta la hipótesis de Armor tan insuficiente como la de sus colegas.

Estos errores provienen de emplear inapropiadamente el método de inducción, que no sirve para inferir consecuencias, pues tan sólo permite razonar dentro del limitado círculo de hechos y fenómenos experimentalmente observados, cuyas conclusiones han de ser forzosamente limitadas porque, como dice el autor de la *Investigación filosófica*, no pueden extenderse más allá del campo de experimentación. Sin embargo, los científicos rara vez confiesan la insuficiencia de sus observaciones, sino que sobre ellas levantan hipótesis con aires de axiomas matemáticos, cuando a lo sumo no pasan de simples conjeturas.

Pero el estudiante de filosofía oculta ha de repudiar por deficiente el método inductivo y valerse del deductivo apoyado en la platónica clasificación de las causas, conviene a saber: eficiente, formal, material y final. De este modo podrá analizar toda hipótesis desde el punto de vista de la escuela neoplatónica, cuyo principio fundamental se encierra en el dilema: la cosa *es o no es* como se supone.

Por lo tanto, podemos preguntar: «¿El éter universal a que los cabalistas llamaron luz astral, *es o no es* idéntico a la electricidad y, por consiguiente, al magnetismo?». La respuesta ha de ser afirmativa porque las mismas ciencia experimentales nos enseñan que la electricidad está diluida en el espacio y en determinadas condiciones se transmuta en magnetismo y recíprocamente.

Presupuesta esta verdad, examinemos ahora los efectos de la energía eléctrica en sí misma y respecto de los objetos de actuación, así como también las circunstancias que acompañan a estos efectos, y veremos:

1.º Que en favorables condiciones la electricidad, latente por doquiera, se actualiza unas veces bajo el aspecto eléctrico y otras bajo el magnético.

2.º Que unas substancias atraen y otras repelen la electricidad, según sean o no afines a este agente.

3.º Que la atracción eléctrica es directamente proporcional a la conductibilidad de la materia.

4.º Que la energía eléctrica altera en ciertos casos la disposición molecular de los cuerpos orgánicos o inorgánicos en que actúa, disgregándolos unas veces o restableciéndolos si están perturbados (como en los casos de electroterapia). También puede ser pasajera la perturbación producida por el agente eléctrico y dejar fotografiada en el objeto la imagen de otro en que previamente actuara.

Apliquemos ahora estas proposiciones al caso que vamos examinando. Según reconoce la patología tocológica, la mujer se halla durante el embarazo en estado sumamente emocionable, con las facultades mentales algo débiles, y por lo que toca al orden físico la transpiración cutánea difiere de la normal y pone a la embarazada en condiciones a propósito para recibir las influencias exteriores. Los discípulos de Reichenbach afirman que en tal estado es la mujer intensamente ódica, y Du Potet recomienda que no se la someta a experiencias hipnóticas. Las dolencias que aquejan a la embarazada afectan también al feto, y la misma influencia se advierte en lo tocante a las emociones, ya placenteras, ya dolorosas, que repercuten en el temperamento y complexión del futuro vástago. Por eso se dice con acierto que los hombres insignes tuvieron por madre a mujeres también

insignes; y el mismo Magendie, no obstante negarlo en otro pasaje de su obra, confiesa que «la imaginación de la madre tiene cierta influencia sobre el feto y que el terror súbito puede ocasionar el aborto o retardar el proceso de la gestación» (NOTA: *Compendio de fisiología elemental*, 520. FINAL NOTA).

Las imágenes mentales de la madre se transmiten al feto análogamente a las impresiones fotográficas producidas por la chispa eléctrica (NOTA: *La prensa norteamericana refirió no hace mucho el caso de un niño muerto por el rayo mientras estaba asomado a la ventana de su casa. Al efectuarse la autopsia, vióse que tenía fotografiada en el pecho la exacta imagen de un árbol cercano a la ventana, que también fue herido por el rayo. FINAL NOTA*). Como quiera que la transpiración cutánea de la embarazada es muy activa, el fluido magnético sale por los poros de la piel y se transmuta en electricidad, cuya corriente forma circuito con la electricidad etérea que, según admiten Jevons, Babbage y los autores de *El Universo invisible*, es la materia plasmante de toda forma e imagen mental. Las corrientes magnéticas de la madre atraen la electricidad etérea en que se ha plasmado instantáneamente la imagen del objeto que impresionó la mente de la madre, y como dicha corriente eléctrica, con la respectiva forma mental, penetra por los poros del cuerpo de la embarazada para cerrar el circuito, resulta afectado por ella el feto, según la misma ley que rige en las emociones y sensaciones.

Esta enseñanza cabalística es más científica y racional que la hipótesis teratológica de Geoffroi St. Hilaire calificada por Magendie de «cómoda y fácil por su misma vaguedad y confusión, pues pretende nada menos que fundar una nueva ciencia basada en leyes tan hipotéticas como la de la *suspensión y retardo*, la de la posición *similar y excéntrica* y especialmente de la que llama de los *congéneres*» (NOTA: *Compendio de fisiología elemental*, 521. FINAL NOTA).

El erudito cabalista Eliphas Levi, dice a este propósito:

Las embarazadas están mucho más sujetas que las otras mujeres a la influencia de la luz astral, que coopera a la formación del feto y les presenta constantemente las reminiscencias de las formas que pueblan dicha luz astral. Así sucede que muchas mujeres virtuosas dan aparente motivo a la murmuración de los maliciosos, porque el hijo tiene parecido fisionómico con alguna persona extraña cuya imagen vio la madre en sueños. Así también se van reproduciendo los rasgos fisionómicos de siglo en siglo. Por lo tanto, mediante el empleo cabalístico del pentagrama, puede una embarazada determinar las facciones del hijo que ha de tener, de modo que según piense en uno u otro personaje, salga parecido a Nereo o Aquiles, a Luis XV o Napoleón (NOTA: *Dogma y ritual de la alta magia*, 175. FINAL NOTA).

No podrá quejarse Fisher si los hechos no corroboran su hipótesis, pues se contradice en el siguiente pasaje:

Uno de los más formidables obstáculos en que tropieza el progreso de las ciencias es la ciega sumisión a la autoridad magistral, de cuyo yugo no hay más remedio que emanciparse para dar campo libre a la investigación de los fenómenos y leyes de la naturaleza, como indispensable antecedente de los descubrimientos científicos.

Si la imaginación de la madre puede influir en el crecimiento y aún en la vida del feto, igualmente podrá influir en su conformación corporal; pero aunque algunos cirujanos indagaron con ahínco la causa de las monstruosidades, concluyeron por atribuir las a meras coincidencias. Por otra parte, no cabe lógicamente negar imaginación a los animales, y aunque parezca exagerado no faltan quienes también la conceden, rudimentariamente por supuesto, a ciertas plantas como las mimosas y las atrapamoscas (NOTA: *Estas plantas encogen y doblan la hoja en que se posa un insecto y segregan un jugo que disuelve*

el cuerpo de la víctima.– *El Traductor. FINAL NOTA*). Porque si científicos de la valía de Tyndall se confiesan incapaces de salvar el abismo que en el hombre separa la inteligencia de la materia y de medir la potencia de la imaginación, mucho más misteriosa ha de ser la actuación cerebral de un bruto sin palabra.

Los materialistas confunden la imaginación con la fantasía; pero los psicólogos afirman que es la potencia creadora y plasmante del espíritu (*NOTA: En el prefacio de sus *Baladas líricas* expone perfectamente Wordsworth la radical diferencia entre la imaginación y la fantasía. FINAL NOTA*). Pitágoras la define diciendo que es el recuerdo de precedentes estados espirituales, mentales y físicos, mientras que considera la fantasía como el desordenado funcionamiento del cerebro físico. Desde cualquier punto de vista que examinemos el asunto, nos encontramos con el concepto que de la materia tuvieron los antiguos, quienes la consideraron fecundada por la ideación o imaginación eterna, que trazó en abstracto el modelo de las formas concretas. De no admitir esta enseñanza, resulta absurda la hipótesis de que el cosmos se fuera desarrollando gradualmente del caos, porque no cabe inferir en buen sentido, que la materia animada por la fuerza y dirigida por la inteligencia formara sin plan preconcebido un cosmos de tan admirable armonía. Si el alma humana es verdaderamente una emanación del alma universal, una partícula infinitesimal del primario principio creador, debe tener inherentes en mayor o menor grado los atributos del poder demiúrgico. Así como el Creador plasmó en formas concretas y objetivas la inactiva materia cósmica, también le cabe el mismo poder creativo al hombre que tenga conciencia de él. De la propia suerte que Fidias plasmó en la húmeda arcilla la sublime idea forjada por su facultad creadora, así también la madre consciente de su poder es capaz de modelar según su pensamiento y su voluntad el fruto de su vientre. Pero el escultor plasma una figura inanimada, aunque hermosamente artística, de materia inorgánica, mientras que la madre proyecta vigorosamente en la luz astral la imagen del objeto cuya sensación recibe y la refleja fotográficamente sobre el feto.

Respecto del particular dice Fournié:

Admite la ciencia con arreglo a la ley de gravitación que cualquier trastorno sobrevenido en el centro de la tierra repercutiría en todo el universo, y lo mismo cabe suponer respecto de las vibraciones moleculares que acompañan al pensamiento... La energía se transmite por medio del éter en cuya masa quedan fotografiadas las escenas de cuanto sucede en el universo, y en esta reproducción se consume gran parte de dicha energía... Ni con el más potente microscopio es posible advertir la más leve diferencia entre la célula ovárica de un cuadrúpedo y la del hombre... La ciencia no conoce todavía la naturaleza esencial del óvulo humano ni echa de ver en él características que lo distingan de los demás óvulos, y sin pecar de pesimista presumo que nada se sabrá jamás de cierto sobre ello, pues hasta el día en que nuevos métodos de investigación le permitan descubrir la secreta intimidad entre la energía y la materia, no conocerá la ciencia la vida ni será capaz de producirla (*NOTA: Fournié: *Fisiología del sistema cerebro-espinal*, París, 1872. FINAL NOTA*).

Si Fournié leyera la conferencia del P. Félix podría responder *amén* al doble epifonema de ¡misterio!, ¡misterio!, con que el conferenciante epilogaba sus razonamientos.

Consideremos ahora el argumento contra la influencia de la imaginación de la madre en el feto, en que funda Magendie las monstruosidades animales. Si así fuera, ¿cómo explicar la cría de polluelos con cabeza de halcón, sino admitiendo que la presencia de esta rapaz hirió tan vivamente la imaginación de la clueca que reflejó la imagen del halcón en la materia germinativa del huevo? Otro caso análogo nos proporciona cierta señora de nuestro trato, una de cuyas palomas se espantaba siempre que veía al papagayo de la casa, y en la empolladura siguiente al mayor espanto, salieron del cascarón dos palominos con cabeza y plumaje de papagayo. A mayor abundamiento podríamos alegar la autoridad de Columella, Youatt y otros tratadistas, aparte de la experiencia acopiada por cuantos

se dedican a la avicultura, en prueba de que si se excita la imaginación de la madre puede modificarse en gran parte el aspecto de la cría. Estos ejemplos nada tienen que ver con la ley de la herencia, pues las modificaciones del tipo resultan de causas accidentales.

Catalina Crowe trata con mucha extensión de la influencia de la mente en la materia, y en apoyo de su tesis aduce varios casos de indudable autenticidad (**NOTA: Crowe: *Aspecto tenebroso de la naturaleza*, 434 y sig. FINAL NOTA**), entre ellos el de los estigmas o señales que aparecen en el cuerpo de las personas cuya imaginación se exalta superlativamente. La extática Catalina Emmerich mostraba con perfecta apariencia de naturalidad las llagas de la Crucifixión. Una señora cuyo nombre corresponde a las iniciales B. de N. soñó cierta noche que otra persona le ofrecía dos rosas, encarnada y blanca respectivamente, de las cuales escogió esta última. Al despertar sintió dolor de quemadura en el brazo, y poco a poco fue señalándose en la parte dolorida una rosa perfectamente configurada, con el blanco matiz de la corola cuyos pétalos se dibujaban con algo de relieve sobre la piel. Aumentó paulatinamente la intensidad de la señal, hasta que a los ocho días empezó a debilitarse y a los catorce había desaparecido por completo.

Otro caso es el de dos señoritas polacas que estando asomadas a una ventana en día de tempestad, cayó allí cerca un rayo que volatilizó el collar de oro de una de ellas, quedando indeleblemente impresa en la piel la perfecta imagen de la alhaja. Al cabo de poco apareció en el cuello de su compañera una señal idéntica que tardó algunos años en desaparecer.

Todavía más sorprendente es el caso que el autor alemán Justino Kerner refiere como sigue:

En la época de la invasión napoleónica, un cosaco que perseguía a un soldado francés lo acorraló en un callejón sin salida, y el perseguido revolvióse allí contra el perseguidor, trabándose una terrible lucha de la que resultó gravemente herido el francés. Una persona que a la sazón se hallaba en aquel paraje se sobrecogió de tal modo, que al llegar a su casa vió en su cuerpo la señal de las mismas heridas que el cosaco había inferido a su enemigo.

Verdaderamente se vería Magendie en aprieto para atribuir estos fenómenos a causa distinta de la imaginación; y si fuese ocultista, como Paracelso y Van Helmont, descubriría el misterio que encierran, por el poder consciente de la voluntad e inconsciente de la imaginación, para dañar no sólo deliberadamente a los demás, sino también a sí mismo. Porque según los principios fundamentales de la magia, cuando a una corriente magnética no se le da impulso suficiente para llegar al punto de alcance, reaccionará sobre quien la haya admitido, como al chocar contra la pared retrocede una pelota en la misma dirección pero en inverso sentido de su trayectoria. En apoyo de este principio pueden aducirse muchos casos de intrusos en hechicería que fueron víctimas de su atrevimiento, porque, según dice Van Helmont, la potencia imaginativa de una mujer vivamente excitada engendra una idea que sirve de enlace entre el cuerpo y el espíritu y se transfiere a la persona con quien aquella está más inmediatamente relacionada, sobre la cual queda impresa la imagen que la había excitado.

Deleuze ha recopilado (**NOTA: *Biblioteca de magnetismo animal*. FINAL NOTA**) gran número de casos referidos por Van Helmont, entre los cuales tiene el siguiente mucha analogía con el ya expuesto del cazador Pelissier:

Cuenta Rousseau que, durante su estancia en Egipto, mató varios sapos con sólo mirarlos fijamente durante un cuarto de hora. Sin embargo, la última vez que hizo en Lión esta prueba, se hinchó el sapo y se quedó mirando de hito en hito a Rousseau de tan feroz manera, que el experimentador estuvo a punto de desmayarse de debilidad y creyó llegada su última hora.

Volviendo a las cuestiones teratológicas a citaremos el caso, referido por Wierus (NOTA: *De Prestigiis Demonum*. FINAL NOTA), de una mujer a quien poco antes del parto amenazó su marido de muerte por creer que tenía los demonios en el cuerpo. Tan profundo fue el terror de la madre, que la criatura nació normalmente conformada de cintura abajo, pero de medio cuerpo arriba cubierta de manchas rojinegruzcas, los ojos en la frente, boca de sátiro, orejas de perro y cuernos de cabra.

En su tratado de *Demonología* cita Peramato el caso, corroborado por el duque de Medina Sidonia, de un niño nacido monstruosamente en San Lorenzo (Indias Occidentales), con boca, orejas y nariz deformes, cuernos de cabrito y piel velluda con una doble rugosidad carnosa en la cintura de la que pendía una masa a manera de bolsa. En la mano izquierda aparecía el estigma en relieve de una campanilla, como las que para bailar usan algunas tribus de indios americanos, y en las piernas llevaba unas botas también carnosas con dobleces hacia abajo. Ofrecía el niño un aspecto por demás horrible, y cabe achacar la monstruosidad a que la madre se asustaría tal vez al presenciar una danza india (NOTA: More: *La Inmortalidad del alma*.- Fischer repudia todos estos ejemplos por apócrifos. FINAL NOTA).

Pero no queremos fatigar al lector con más casos teratológicos que pudiéramos entresacar de las obras clásicas, pues bastan los expuestos para demostrar que las monstruosidades derivan de la acción de la mente materna en el éter universal, que a su vez reacciona sobre la madre.

El principio vital o *arqueo* de Van Helmont (NOTA: Para que nadie dude de la autoridad científica de Van Helmont copiaremos el Juicio que de él forma el célebre fisiólogo Fournié en el siguiente pasaje de su ya citada obra, que dice así: «Van Helmont fue un químico eminente que estudió con sumo cuidado los fluidos aeriformes a que dió el nombre de gases, y al propio tiempo acendró su piedad hasta el misticismo que le transportaba a la contemplación de la Divinidad... Van Helmont se distinguió de sus predecesores en haber relacionado directa y experimentalmente el *principio vital* con los más insignificantes movimientos del cuerpo al que anima, no por asociación con sus materiales componentes, sino como entidad distinta del cuerpo, aunque no podamos comprender su actuación. Este principio vital es el fundamento de la escuela alquímica». FINAL NOTA) es idéntico a la luz astral de los cabalistas y al éter de la ciencia moderna. Si aun los más leves estigmas del feto no provinieran de la imaginación de la madre cuya influencia niega Magendie, ¿á qué causa atribuirá este fisiólogo la formación de excrescencias córneas y el pelaje de bestia que caracterizaba los monstruosos engendros antes referidos? Seguramente que el embrión no tenía latentes estas modalidades del reino animal, capaces de actualizarse por impulso de la fantasía materna, y así hemos de buscar la explicación del fenómeno en las ciencias ocultas.

Antes de terminar el examen de esta materia diremos algo respecto de los casos en que la cabeza, brazos o manos del feto se desintegran de repente, no obstante haber sido normalmente formados todos sus miembros. La química biológica nos dice que el cuerpo de un recién nacido se compone elementalmente de carbono, nitrógeno, agua, calcio, fósforo, sodio, magnesio y algún otro elemento. Pero ¿de dónde proceden y cómo se reúnen y combinan estos componentes? ¿Cómo moldean un ser humano estas partículas atraídas, según dice Proctor, de las profundidades del espacio circundante? Inútil fuera solicitar respuesta de la escuela materialista, uno de cuyos más conspicuos jefes, el ilustre Magendie, confiesa su ignorancia respecto de la fisiología embriológica. Sin embargo, sabemos experimentalmente que mientras el óvulo está contenido en la vesícula de Graaf, forma parte integrante del organismo materno; pero en cuanto se rompe la vesícula, el óvulo cobra, por lo que a su desenvolvimiento se refiere, tanta independencia como el huevo de la gallina después de la puesta. Casi todas las observaciones embriológicas

corroboran la idea de que el embrión respecto de la madre está en la misma relación que el inquilino respecto de la morada que le resguarda de la intemperie.

Según Demócrito, el alma (NOTA: Los filósofos antiguos entendían por alma el cuerpo astral a que Platón llama siempre alma mortal. FINAL NOTA) está compuesta de átomos, y Plutarco dice al tratar de este asunto:

Hay infinito número de substancias indivisibles, imperturbadas, homogéneas, sin diferencias ni cualidades, que, diseminadas por el espacio, se atraen recíprocamente y se unen, combinan y forman agua, fuego, una planta o un hombre. Estas substancias son los átomos, así llamados porque no pueden dividirse ni cambiarse ni alterarse. Pero nosotros no podemos lograr que el color sea incoloro ni convertir en substancia anímica lo que no tiene alma ni cualidad.

Dice Balfour Stewart que, apoyado en esta teoría, descubrió Dalton las leyes de las combinaciones químicas que permitieron forjar hipótesis de cuanto en ellas ocurre; y después de declararse conforme con Bacon respecto de que el perpetuo anhelo de los científicos es llegar a los límites extremos de la naturaleza, afirma que se ha de ir con mucha cautela antes de repudiar por inútil ningún orden de ideas (NOTA: Balfour Stewart: *La conservación de la energía*, 133. FINAL NOTA).

¡Lástima que los colegas de Stewart no ajusten su conducta científica a tan excelente regla!

Los modernos astrónomos, de acuerdo con la teoría atómica expuesta por Demócrito de Abdera, nos enseñan que los átomos cohesionados forman los mundos y los seres que los pueblan. Si a este supuesto añadimos aquel otro según el cual puede la madre con la fuerza combinada de su voluntad y de su mente cohesionar los átomos etéreos y plasmar con ellos la concebida criatura, también cabe admitir que por reversible efecto de su voluntad disperse las corrientes atómicas antes concentradas y se desvanezca todo o parte del cuerpo ya formado del hijo todavía no nacido.

Estas consideraciones nos llevan a tratar de los falsos embarazos que tan en confusión ponen a los tocólogos como a las pacientes. Si en el caso citado por Van Helmont se desvanecieron la cabeza, brazo y mano de los tres niños por efecto de una terrible emoción, no será despropósito afirmar que la misma análoga causa determine la total disgregación del feto en los casos de falsa preñez que por su rareza burlan la capacidad de los fisiólogos, pues no hay disolvente ni corrosivo alguno que destruya el organismo del feto sin destruir también el de la madre. Recomendamos este asunto al estudio de las Facultades de Medicina que corporativamente no estarán conformes de seguro con la conclusión de Fournié, quien dice sobre el particular que «en esta sucesión de fenómenos, debemos contraernos al oficio de historiadores, pues tropezamos en ellos con los inescrutables misterios de la vida que ni siquiera intentaríamos explicar; y según avancemos en nuestra tarea, nos veremos en la precisión de reconocer que aquel terreno nos está vedado» (NOTA: Fournié: *Fisiología del sistema nervioso*, 16. FINAL NOTA). Sin embargo, el verdadero filósofo no ha de considerar ningún terreno vedado para él ni suponer inescrutable misterio alguno de la naturaleza.

Tanto los estudiantes de ocultismo como los espiritistas están de acuerdo con Hume en la imposibilidad del *milagro* que requeriría en el universo leyes especiales y no generales. Aquí tropezamos con una de las más graves contradicciones entre la ciencia y la teología, pues mientras la primera afirma la continuidad del orden de la naturaleza, la segunda supone que Dios puede suspender o derogar sus leyes vencido por las súplicas de quien impetra insólitos y extraordinarios favores. Dice a este propósito Stuart Mill:

Si no creyéramos en potestades suprafísicas, no nos demostrarían los milagros en modo alguno su existencia. Considerado el milagro como un hecho insólito, podemos

comprobarlo por testimonio propio o ajeno; pero ninguna prueba tendremos de que sea milagro. Aun cabe atribuir los milagros a una causa natural desconocida, y esta suposición no puede desecharse tan en absoluto que no quede otro remedio que admitir la intervención de un ser sobrenatural (NOTA: Stuart Mill: *Un sistema de lógica*, II, 165; 8ª edición, 1872. FINAL NOTA).

Sobre este punto hemos de llamar la atención de los científicos, pues como dice el mismo Stuart «no es posible admitir una ley de la naturaleza y creer al mismo tiempo en hechos que la contradigan». En apoyo de su opinión aduce Hume «la firme e inalterable experiencia de la humanidad respecto de las leyes cuya actuación imposibilita todo milagro. Sin embargo, no estamos conformes con el calificativo de *inalterable* que da Hume a la experiencia humana, como si no hubiesen de mudar jamás los elementos de observación de que se deriva y todos los filósofos se vieran precisados a reflexionar sobre unos mismos fenómenos. Asimismo equivaldría esta misma inalterabilidad a negar la conexión y enlace entre las especulaciones filosóficas y los experimentos científicos que durante tanto tiempo quedaron aislados. La destrucción de Nínive y el incendio de la biblioteca de Alejandría privaron al mundo durante muchos siglos de los necesarios documentos para estimar en su verdadero valor la sabiduría exotérica y esotérica de los antiguos. Pero desde hace algunos años, el descubrimiento de la piedra de Rosetta, de los papiros de Ebers, Aubigny y Anastasi, y de los volúmenes escritos en hojas de barro cocido, han dilatado el campo de las investigaciones arqueológicas, que sin duda prometen alterar los resultados de la experiencia humana, pues como muy acertadamente dice el autor de *La religión sobrenatural*, «quien cree en algo contrario a la inducción de los hechos, tan sólo por que así lo presuma sin que pueda probarlo, es sencillamente crédulo; pues tal presunción en nada prueba la realidad del hecho a que se refiere».

Hiram Corson se revuelve a este propósito gallardamente contra la ciencia diciendo:

Hay algo que jamás podrá realizar la ciencia, aunque orgullosa lo intente. Tiempo hubo en que el dogmatismo religioso se extralimitó de sus naturales dominios para invadir el campo de la ciencia y someterla a oneroso vasallaje; pero en nuestros tiempos la ciencia parece haber tomado el desquite transponiendo sus propias fronteras para invadir el campo de la religión, de suerte que al sacudir el yugo del pontificado religioso, nos vemos en riesgo de caer bajo el del pontificado científico. Y así como en el siglo XVI se levantaron voces de protesta contra el despotismo eclesiástico y en pro de la libertad de pensamiento, así también los eternos intereses espirituales del hombre demandan en el siglo XIX otra protesta contra el avasallador despotismo científico, para que los experimentadores no sólo se mantengan en los límites de lo fenoménico, sino que examinen de nuevo sus acopiadas reservas, a fin de cerciorarse de que las barras de oro bajo cuya fianza tanto y tanto papel han emitido, son verdaderamente del oro puro de la Verdad. De lo contrario, los científicos podrían exagerar el valor de su capital e inducirnos a muy arriesgadas empresas.

El discurso pronunciado por Tyndall en Belfast, que suscitó tantas réplicas, demuestra que el capital de la escuela evolucionista no es tan cuantioso como habían supuesto los intelectuales de afición, cuya sorpresa sube de punto al enterarse de que son puramente hipotéticas las conquistas de que tanto se envanecen los profesionales de la ciencia (NOTA: De la Conferencia dada en julio de 1875 a los alumnos del Colegio de San Juan, de Annapolis, por Hiram Corson, catedrático de literatura inglesa en la Universidad Cornell, de Ithaca. N.Y. FINAL NOTA).

En verdad es así; pero todavía hay más, porque niegan a sus adversarios el mismo derecho que ellos se arrogan e igual desdén muestran por los milagros de la iglesia que por los fenómenos psíquicos. Ya es hora, por lo tanto, de que las gentes no juzguen imposible lo maravilloso porque a su parecer contradiga las leyes universales, sobre todo desde que

autoridades como Youmans reconocen que la ciencia está en un período de transición. Hay en nuestra época no pocos hombres de buena voluntad que deseosos de vindicar la memoria de los mártires de la ciencia, de Agrippa, Palissy y Cardán, por ejemplo, fracasan en su propósito, faltos de medios para comprender sus ideas pues creen que los neoplatónicos prestaban mayor atención a la filosofía trascendental que a las ciencias experimentales. Dice Draper sobre esto que «los frecuentes errores de Aristóteles no prueban falta de seguridad en su método, sino más bien su eficacia, pues dichos errores provienen de la insuficiencia de los hechos observados» (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 22. FINAL NOTA).

Mas no cabe esperar que los científicos entresaqueen estos hechos de la ciencia oculta, puesto que no creen en ella; sin embargo, el porvenir esclarecerá esta verdad. Aristóteles estableció el método inductivo; pero mientras los científicos del día no lo complementen con el deductivo de Platón incurrirán en errores todavía más graves que los del maestro de Alejandro. Los universales de la escuela platónica son materia de fe tan solo mientras la razón no los demuestre y la experiencia no los confirme; ¿pero qué filósofo moderno podría probar por el método inductivo que los antiguos no sabían demostrar los universales a causa de sus conocimientos esotéricos? Las negaciones sin pruebas de los modernos evidencian que no siempre siguen el método inductivo del que tanto se ufanan; y como quieras que no han de basar sus hipótesis en las enseñanzas de la antigüedad, sus modernos descubrimientos son brotes nacidos de la simiente sembrada por los filósofos de aquellas épocas, y aun así resultan incompletos si no abortados, pues mientras la causa permanece envuelta en la obscuridad, nadie puede prever sus últimos efectos. Sobre este particular dice Youmans: «No debemos desdeñar las teorías antiguas como si fuesen desacreditados y risibles errores, ni tampoco admitir como definitivas las teorías modernas. El vivo y siempre creciente cuerpo de la verdad ha cubierto bajo los pliegues de un manto sus viejos tegumentos para proseguir el camino hacia un más alto y vigoroso estado» (NOTA: Youmans: *Texto de Química*, 4. FINAL NOTA). Estas consideraciones, aplicadas a la química moderna por uno de los más conspicuos científicos del día pueden extenderse a las demás ciencias en prueba de la transición por que todas ellas atraviesan.

Desde la aparición del espiritismo se muestran físicos y fisiólogos más inclinados que nunca a calificar de supersticiosos, embaucadores y charlatanes, a filósofos tan eminentes como Paracelso y Van Helmont (NOTA: En su *Historia de la Medicina* atribuye Sprengel a Van Helmont sentimientos de animadversión contra Paracelso a quien, según dicho autor, calificó de presumido, charlatán é ignorante. Así se infiere del siguiente pasaje de la obra de Sprengel: «Las obras de Paracelso que Van Helmont había leído detenidamente, despertaron en su ánimo anhelos de reforma, pero no le satisficieron del todo porque era incomparablemente más erudito y tenía muchísimo más talento que Paracelso, a quien calificaba despectivamente de egoísta, ignorante y ridículo vagabundo con venas de loco». Esta afirmación es falsa en absoluto, según comprueban las mismas obras de Van Helmont y sobre todo aquel episodio de su vida en que con motivo de la polémica suscitada entre el profesor Glocenio de Marburgo y el jesuita Roberto acerca de la eficacia o malignidad del unguento confeccionado por Paracelso para curar las heridas, intervino Van Helmont con ánimo de cortar la controversia diciendo que le apenaba ver llevado y traído el nombre de Paracelso cuya reputación consideraba como propia por ser *discípulo suyo* (*De Magnética Vulner*, 705). FINAL NOTA), con escarnio de su concepto del *arqueo* o *ánima mundi* y de la importancia que dieron al conocimiento de la mecánica celeste. Sin embargo, pocos progresos positivos ha realizado la medicina desde que Bacon la clasificó entre las ciencias de observación.

Hubo autores antiguos, como Demócrito, Aristóteles, Eurípides, Epicuro, Lucrecio, Esquilo y otros a quienes los materialistas de hoy consideran adversarios de la escuela platónica, que fueron tan sólo especuladores teóricos, pero no adeptos, porque éstos

habían de escribir en lenguaje tan sólo entendido de los iniciados, so pena de ver sus obras quemadas por manos de las turbas. ¿Quién de sus modernos detractores puede vanagloriarse de saber lo que ellos sabían?

El emperador Diocleciano quemó bibliotecas enteras de obras ocultistas y alquímicas, sin dejar ni un solo manuscrito de los que trataban del arte de hacer oro y plata. La cultura de las épocas antiguas, según nos dan a entender las investigaciones de Champollión, había cobrado tanto esplendor, que Athothi, segundo monarca de la primera dinastía, escribió un tratado de anatomía, y el rey Neko otros dos de astronomía y astrología. Antes de Moisés florecieron los eruditos geógrafos Blantaso y Cincro, y según dice Eliano, perduró por muchos siglos la fama del egipcio Iaco, cuyos descubrimientos en medicina causaron general asombro, pues logró cortar varias enfermedades epidémicas por medio de fumigaciones desinfectantes. Teófilo, patriarca de Antioquía, menciona la obra titulada: *Libro divino* en que su autor Apolónides, llamado por sobrenombre Orapios, expone la biografía esotérica y el origen de los dioses de Egipto; y Amiano Marcelino alude a una obra ocultista en que se declaraba la *edad exacta del buey Apis*, o sea la clave numérica del cómputo cíclico y otros misterios. ¿Quién fuera capaz de presumir los tesoros de sabiduría que guardaban tantos y tan valiosos libros? Sólo sabemos con seguridad que los paganos por una parte y los cristianos por otra destruían todo libro de esta clase que daba en sus manos; y el emperador Alejandro Severo anduvo por Egipto saqueando los templos en busca de libros místicos y mitológicos.

A pesar de la antigüedad del pueblo egipcio en el estudio de las ciencias y en el ejercicio de las artes, todavía les aventajaron un tiempo los etíopes, que antes de pasar a África florecieron en la India desde muy primitivos tiempos. Se sabe también que Platón aprendió en Egipto muchos secretos no revelados jamás en sus obras, pero transmitidos oralmente a sus discípulos, entre los que se contaba Aristóteles, cuyos tratados deben lo bueno que tienen, según opina Champollión, a las enseñanzas de su *divino* maestro. Los secretos de escuela pasaron de una a otra generación de adeptos, de modo que éstos sabían seguramente mucho más que los científicos modernos acerca de las fuerzas ocultas de la naturaleza.

También podemos mencionar las obras de Hermes Trismegisto, que nadie ha tenido oportunidad de leer tal como se conservaban en los santuarios egipcios. Jámblico (**NOTA: Misterios egipcios. FINAL NOTA**) atribuye a Hermes 1.100 obras, y Seleuco acrecienta este guarismo hasta 20.000, escritas antes de la época de Menes. Por su parte, dice Eusebio que en su tiempo quedaban todavía cuarenta y dos tratados de Hermes con seis libros de medicina, de los que el sexto exponía las reglas de este arte según se practicaba en remotísimas edades. Diodoro dice que Mnevis, el primer legislador de pueblos y tercer sucesor de Menes, recibió estos tratados de mano de Hermes. La mayor parte de los manuscritos que han llegado hasta nosotros son copias de traducciones latinas de otras traducciones griegas que los neoplatónicos hicieron de los originales conservados por algunos adeptos. Marcilio Ficino publicó el año 1488, en Venecia, un extracto de estas copias con omisión de todo cuanto hubiera sido arriesgado dar a luz en aquella época de intolerancia inquisitorial. Y así tenemos hoy que cuando un cabalista que ha dedicado toda su vida al estudio del ocultismo y descubierto el hondo arcano, se aventura a declarar que únicamente la cábala da el conocimiento de lo Absoluto en el Infinito y lo Indefinido en lo Finito, se mofan de él cuantos convencidos de que en matemáticas es problema insoluble la cuadratura del círculo, creen que la misma imposibilidad debe oponerse a la solución metafísica.

No hay ciencia alguna entre las profanas que haya llegado a la perfección. La psicología es de ayer; la fisiología apenas sabe nada del cerebro ni del sistema nervioso, según confiesa el mismo Fournié (**NOTA: Fisiología del sistema nervioso. Prefacio. FINAL NOTA**); la química se ha reconstituido recientemente y no anda todavía muy segura; la geología

no ha sabido averiguar aún la antigüedad del hombre; la astronomía, no obstante su exactitud, sigue embrollándose en la cuestión de la energía cósmica y otras no menos importantes; la antropología, según dice Wallace, fluctúa entre diversidad de opiniones sobre la naturaleza y origen del hombre; y la medicina es, según confesión de sus mismos profesores, un amasijo de conjeturas.

Al ver que los científicos buscan afanosos a tientas en la obscuridad los perdidos eslabones de la rota cadena, nos parece como si por diversos puntos bordearan todos el mismo abismo cuya profundidad son incapaces de sondear, no sólo por falta de medios, sino porque celosos guardianes les atajan el intento. Así es que están siempre en acecho de las fuerzas inferiores de la naturaleza para embobar de cuando en cuando a las gentes con sus *grandes* descubrimientos. Ahora mismo se ocupan en correlacionar la fuerza vital con las demás fuerzas físico-químicas; pero si les preguntamos de dónde dimana la fuerza vital, recurrirán, para responder, a la opinión sustentada hace veinticuatro siglos por Demócrito (NOTA: Enseñaba este filósofo que no es posible sacar nada de la nada, y por lo tanto, que nada puede aniquilarse o reducirse a la nada. FINAL NOTA), a pesar de haber creído hasta no ha mucho en la aniquilación de la materia. Sobre este particular dice Le Conte que la ciencia se limita a los cambios y modificaciones de la materia, prescindiendo de su creación y destrucción, que caen fuera del dominio científico (NOTA: *Correlación de la fuerza vital con las físico-químicas. Apéndice.— Podemos replicar a esto diciendo que la creación y destrucción de la materia escapan tan sólo al conocimiento de los científicos materialistas pero no al dominio de la ciencia. FINAL NOTA*).

Cuando afirman que sólo puede aniquilarse una fuerza por la misma causa que la engendró, reconocen implícitamente la existencia de esta *causa* y, por lo tanto, no tienen derecho alguno a entorpecer el camino de quienes, más intrépidos, prosiguen adelante para descubrir lo que sólo puede verse al levantar el VELO DE ISIS. Pero entre las ramas de la ciencia tal vez haya alguna en pleno florecimiento, dirán los científicos. Ya nos parece oír aplausos fragorosos como rumor de aguas caudales con motivo del descubrimiento del protoplasma por Huxley, quien dice a este propósito: «En rigor, la investigación química nada o muy poco puede decirnos acerca de la composición de la materia viva, pues tampoco sabemos nada tocante a la constitución íntima de la materia». Verdaderamente es esta muy triste confesión y no parece sino que el método aristotélico fracase en algunas ocasiones, y así se explica que el famoso filósofo, no obstante su exquisita inducción, enseñara el sistema geocéntrico, mientras que Platón, a pesar de las fantasías pitagóricas que sus detractores le echan en cara y de valerse del método deductivo, estaba perfectamente versado en el sistema heliocéntrico, aunque no lo enseñara en público por impedirselo el voto *sodaliano* de sigilo que guardaba todo iniciado en los misterios (NOTA: *Dice Champollión que el sueño de Platón era escribir una obra en que exponer las enseñanzas aprendidas de los hierofantes egipcios, pero reprimía su deseo por respeto al solemne juramento. FINAL NOTA*).

Ciertamente, que considerados los científicos colectivamente, es decir, todos en *general* y no cada uno en particular, les vemos animados de mezquinos sentimientos contra los filósofos de la antigüedad, como si tuvieran empeño en eclipsar el sol para que brillen las estrellas.

A un académico francés, hombre de vastos conocimientos, le oímos decir que sacrificaría gustoso su reputación a trueque de borrar hasta el recuerdo de los errores y fracasos de sus colegas. Pero estos tropiezos no pueden sacarse a colación demasiadas veces en pro de la causa que defendemos. Tiempo vendrá en que la posteridad científica se avergüence del degradante materialismo y mezquino criterio de sus progenitores, quienes, como dice Howit, «odian toda nueva verdad como las lechuzas y los ladrones odian el sol, pues la inteligencia por sí sola no puede conocer lo espiritual, ya que así como el sol apaga el brillo de la llama, así también el espíritu ofusca la vista de la mera intelectualidad».

Es ya muy antiguo vicio, Desde que el instructor dijo: «el ojo no se satisface con ver ni el oído con oír», los científicos se han portado como si estas palabras expresaran su condición mental. El racionalista Lecky describe con toda fidelidad, aun a su pesar, la inclinación de los científicos a burlarse de las nuevas ideas y el desdén que muestran hacia los fenómenos llamados vulgarmente milagrosos, y dice a este propósito que su burlona incredulidad en tales casos les dispensa de toda comprobación. Por otra parte, tan saturados están del escepticismo dominante, que luego de sentarse en el sillón académico se convierten en perseguidores, como de ello nos cita Howit un ejemplo en el caso de Franklin, quien, después de sufrir el escarnio de sus compatriotas al demostrar la naturaleza eléctrica del rayo, formó parte de la comisión científica que el año 1778 calificó en París de imposturas los fenómenos hipnóticos de Mesmer.

Si los científicos se contrajeran a desdeñar únicamente los nuevos descubrimientos podría disculparles su temperamento conservador favorecido por el hábito; pero no sólo se arrojan una originalidad no corroborada por los hechos, sino que menosprecian todo argumento aducido en demostración de que los antiguos sabían tanto o más que ellos. En el testero de sus gabinetes debieran estar grabadas estas sentencias:

No hay cosa nueva debajo del sol, ni puede decir alguno: Ved aquí, esta cosa es nueva; porque ya precedió en los siglos que fueron antes de nosotros. No hay memoria de las primeras cosas (NOTA: *Eclesiastés*, I, 10, II. FINAL NOTA).

Podrá engréirse Meldrum de sus observaciones meteorológicas sobre los ciclones en la isla Mauricio; podrá tratar Baxendell, con sólido conocimiento, de las corrientes telúricas; podrán Carpenter y Maury diseñar el mapa de la corriente ecuatorial, y señalarnos Henry el ciclo del vapor acuoso que del río va al mar y del mar vuelve de nuevo a la montaña; pero escuchen lo que dice el rey sabio:

El viento gira por el Mediodía y se revuelve hacia el Aquilón; andando alrededor en cerco por todas artes, vuelve a sus rodeos. Todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa. Al lugar de donde salen tornan los ríos para correr de nuevo (NOTA: *Eclesiastés*, I, 6, 7. La teoría de las corrientes térmicas y acuosas entre el ecuador y los polos, es de exposición moderna; pero, según vemos, ha permanecido insinuada en el libro del *Eclesiastés* durante cerca de tres mil años. Sin embargo, conviene recordar que Salomón era cabalista y en su libro no hizo más que transcribir enseñanzas ya expuestas en otros de mayor antigüedad. FINAL NOTA).

Ajenos como están a la observación de los fenómenos que ocurren en la más importante mitad del universo, los modernos científicos son incapaces de trazar un sistema filosófico en concordancia con dichos hechos. Son como los mineros que trabajan durante el día en las entrañas de la tierra y no pueden apreciar la gloria y belleza de la luz solar. La vida terrena es para ellos el límite de la actividad humana y el porvenir abre ante su percepción intelectual un tenebroso abismo.

No tienen esperanza en otra vida que con los goces del éxito mitigue las asperezas de la presente, y como única recompensa de sus afanes les satisface el pan cotidiano y la ilusión de perpetuar su nombre más allá de la tumba. Es para ellos la muerte la extinción de la llama vital cuya lámpara se esparce en fragmentos por el espacio sin límites. El ilustre químico Berzelius, exclamaba en su última hora: «No os maraville mi llanto ni me juzguéis débil ni creáis que me asuste la muerte. Estoy dispuesto a todo, pero me aflijo al *despedirme de la ciencia*» (NOTA: *Siljeström: Minnesfest öfver Berzelius*, 79. FINAL NOTA).

Verdaderamente debe apenar a cuantos como Berzelius estudian con ahínco la naturaleza, verse sorprendidos por la muerte cuando están engolfados en la ideación

de un nuevo sistema o a punto de esclarecer algún misterio que durante siglos burló las investigaciones de los sabios.

Echad una mirada al mundo científico de hoy día y veréis cómo los partidarios de la teoría atómica remiendan las andrajosas vestimentas que delatan los defectos de su respectiva especialidad. Vedles restaurar los pedestales sobre que han de alzarse nuevamente los ídolos derribados antes de que Dalton exhumase de la tumba de Demócrito esta revolucionaria teoría. Echan las redes en el mar de la ciencia materialista con riesgo de que algún pavoroso problema rompa las mallas, pues son sus aguas, como las del Mar Muerto, de sabor acre y tan densas que apenas les consienten la inmersión y mucho menos el sondeo, porque ni en fondo ni en orillas hay respiradero de vida. Es una soledad tétrica, repulsiva y árida que nada produce digno de estima.

Hubo época en que los científicos de las academias se burlaban regocijadamente de algunos prodigios de la naturaleza que los antiguos aseguraron haber observado por sí mismos. La cultura de nuestro siglo les tenía por necios si no les acusaba de embusteros, porque dijeron que había cierta especie de caballos con patas parecidas a los pies del hombre. Sin embargo, estas especies a que se refieren los autores antiguos, no son ni más ni menos que el *protohippus*, el *orohippus* y el *equus pedactyl*, cuyas analogías anatómicas con el hombre ha descrito sabiamente Huxley en nuestros días. La fábula se ha convertido en historia y la ficción en realidad. Los escépticos del siglo XIX no tienen más remedio que confirmar las *supersticiones* de la escuela platónica (NOTA: Antes de Huxley había ya descrito Geoffroi St. Hilaire una especie de solípedos con los dedos enlazados por membranas. (Sesión de la Academia de Ciencias de París del 13 de Agosto de 1807). FINAL NOTA).

Otro ejemplo de estas tardías corroboraciones tenemos en la imputación de embusteros hecha durante largo tiempo a los autores antiguos que dieron por cierta la existencia de un pueblo de pigmeos en el interior de Africa, a pesar de lo cual se ha visto confirmada en nuestros días esta aseveración por los viajeros y exploradores del continente negro (NOTA: El explorador francés Mollien vió a los pigmeos de África durante su viaje por las orillas del río Grande en 1840. (Mollien: *Viaje por el interior de África*, II, 210). También da noticia de ellos Bayard Taylor, que en 1874 vió alguno de estos pigmeos en El Cairo. Por su parte, el señor Bond, jefe de la oficina trigonométrica de la India, descubrió en el Calitz occidental, hacia el sudoeste de los montes Palini, una raza pigmea de la cual dice: «Es una nueva raza pigmea parecida en estatura, aspecto y costumbres, a los obongos africanos que describe Du Chaillu, a los akkas de Schweinfurth y a los dokos de Krapf». (The Popular Science Monthly. – Mayo, 1876, 110). FINAL NOTA).

De lunático tacharon a Heródoto por decir que había oído hablar de unas gentes que dormían durante toda una noche de seis meses (NOTA: Maltebrun: *Heródoto*, págs. 372-373. – Si tomamos la palabra: *dormían* en sentido figurado, cual corresponde tomarla en este caso, tendremos una manifiesta alusión a las noches de los polos. FINAL NOTA). Plinio relata en sus obras multitud de hechos que hasta hace poco tiempo se tuvieron por ficciones. Entre otros casos igualmente curiosos, cita el de una especie de roedores en que el macho amamanta a los pequeñuelos. De esta referencia hicieron no poca chacota los científicos; y sin embargo, Merriani describe (NOTA: Informe del Servicio Geológico de los Territorios de la Unión (1872). Publicado en *The Popular Science Monthly*. Diciembre de 1874, pág. 252; Nueva York. FINAL NOTA) por vez primera una rarísima y admirable especie de conejo (*Lepus bairdi*) que habita en los bosques cercanos a las fuentes de los ríos Wind y Yellowstone, en Wyoming. Los cinco ejemplares presentados por Merriam ofrecían la particularidad de que las mamás de los machos tenían igual actividad glandular que las de las hembras, de modo que alternadamente con la madre amamantaba el padre a las crías. Uno de los machos cazados por Merriani tenía húmedos y pegajosos los pelos próximos al pezón, como indicio de que acababa de amamantar al hijuelo.

El periplo de Hanón describe circunstanciadamente un pueblo salvaje de cuerpos muy pilosos que los intérpretes llamaban *gorille* y Hanón denomina textualmente: *ἄνθρωποι ἄγριοι*; dando con ello a entender que eran los monos gorilas cuya autenticidad no reconoció la ciencia hasta estos últimos tiempos, pues todos los naturalistas tuvieron el relato por fabuloso y aun hubo quienes, como Dodwell, negaron la autenticidad del texto de Hanón (NOTA: El original se conservaba en el templo de Saturno en Cartago. Falconer y Bougainville remontan su antigüedad al siglo VI, antes de J.C. Véanse: *Fragments antiguos*, de Cory. FINAL NOTA).

La famosa *Atlántida* de Platón es una «noble mentira» a juicio de su moderno traductor y comentador Jowett, no obstante de que el insigne filósofo alude en el *Timeo* a la tradición subsistente en la isla de Poseidonis, cuyos habitantes habían oído hablar a sus antepasados de otra isla de prodigioso tamaño llamada Atlántida.

De entre el vulgo de las gentes sumidas en la ignorancia medioeval sobresalieron tan sólo unos cuantos estudiantes a quienes la antigua filosofía hermética permitió columbrar descubrimientos cuya gloria se atribuye nuestra época, mientras que los científicos de entonces, los antecesores de cuantos hoy ofician de pontifical en el templo de *Santa Molécula*, creían ver la pezuña de Satanás en los más sencillos fenómenos de la naturaleza.

Dice Wilder (NOTA: Alquimia o filosofía hermética. FINAL NOTA) que el franciscano Rogerio Bacon dedica la primera parte de su obra: *Admirable poder del arte y de la naturaleza* al estudio de los fenómenos naturales e insinúa el uso de la pólvora como explosivo y el empleo del vapor de agua como fuerza motora, además de pergeñar la prensa hidráulica, la campana de buzos y el calidoscopio.

También hablaron los antiguos de aguas convertidas en sangre y de lluvias y nieves sanguinolentas formadas por corpúsculos carmesíes que, según la moderna observación, son fenómenos naturales que han ocurrido en toda época, pero cuya causa no se conoce todavía. Cuando en 1825 tomaron las aguas del lago Morat consistencia y color de sangre, uno de los más conspicuos botánicos de este siglo, el ilustre De Candolle atribuyó el fenómeno a la propagación por miríadas del infusorio *Oscillatoria rubescens*, cuyo organismo es como el anillo de tránsito del reino vegetal al reino animal (NOTA: *Revista enciclopédica*, XXXIII, 676.— Más adelante hablaremos de la nieve roja, observada por el capitán Ross en las regiones árticas. FINAL NOTA). Muchos naturalistas han tratado de estos fenómenos y cada cual les da causa distinta, pues unos los atribuyen al poder de cierta especie de coníferas y otros a nubes de infusorios, sin faltar quien, como Agardt, confiese francamente su ignorancia sobre el particular (NOTA: *Boletín de la Sociedad geográfica*, VI, 209, 220. FINAL NOTA).

Si el unánime testimonio del género humano es prueba de verdad, no puede aducirla mayor la magia en que durante miles de generaciones creyeron todos los pueblos así cultos como salvajes. La magia es para el ignorante una contravención de las leyes naturales; y si deplorable es tal ignorancia en las gentes incultas de toda época, lo es más todavía en las actuales naciones que de tan fervorosas cristianas y de tan exquisitamente cultas se precian. Los misterios de la religión cristiana no son ni más ni menos incomprensibles que los milagros bíblicos, y únicamente la magia en la verdadera acepción de la palabra nos da la clave de los prodigios operados por Moisés y Aarón en presencia y en oposición a los que operaban los magos de la corte faraónica, sin que la virtud de éstos fuese intrínsecamente distinta de la de aquéllos ni que en caso alguno hubiera milagrosa contravención de las leyes de la naturaleza. Entre los muchos fenómenos mágicos que relata el Éxodo, de cuya veracidad no cabe dudar, analizaremos el de la conversión del agua en sangre, según expresa el texto:

Toma tu vara y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto... para que se conviertan en sangre (NOTA: *Éxodo*, 19. FINAL NOTA).

Repetidas veces hemos presenciado la operación de este fenómeno, aunque no con la amplitud propia de aguas fluviales. Desde Van Helmont que ya en el siglo XVII conocía el secreto de producir anguilas, ranas e infusorios de varias clases, de que tanto se burlaron sus contemporáneos, hasta los modernos campeones de la generación espontánea, todos admitieron la posibilidad de vivificar gérmenes de vida sin milagro alguno contra la ley natural. Los experimentos de Spallanzani y Pasteur y la controversia entre los panespermistas y los heterogénicos, discípulos éstos de Buffon, entre ellos Needham, no dejan duda de que hay gérmenes vivificables en determinadas circunstancias de aireación, luz, calor y humedad. Los anales de la Academia de Ciencias de París (**NOTA: Revista Enciclopédica, XXXIII, 676 y XXXIV, 395. FINAL NOTA**) mencionan diversos casos de lluvias y nieves rojosanguíneas, a cuyas gotas y copos llamaron *lepra vestuum* y estaban formadas por infusorios. Este fenómeno se observó por primera vez en los años 786 y 959, en que tuvo caracteres de plaga. No se ha podido averiguar todavía si los corpúsculos rojos son de naturaleza vegetal o animal, pero ningún químico moderno negará de seguro la posibilidad de avivarlos con increíble rapidez en apropiadas circunstancias. Por lo tanto, si la química cuenta hoy por una parte con medios para esterilizar el aire y por otra para avivar los gérmenes que en él flotan, lógico es suponer que lo mismo pudiesen hacer los magos con sus llamados encantamientos. Es mucho más racional creer que Moisés, iniciado en los misterios egipcios, según nos dice Manethon, operara fenómenos extraordinarios pero naturales, en virtud de la ciencia aprendida en el país de la *chemia*, que atribuir a Dios la violación de las leyes reguladoras del universo.

Por nuestra parte, repetimos que hemos visto operar a varios adeptos orientales la sanguificación del agua, de dos maneras distintas. En un caso, el experimentador se valía de una varilla intensamente magnetizada que sumergía en una vasija metálica llena de agua, siguiendo un procedimiento secreto cuya revelación nos está vedada. Al cabo de unas diez horas, se formó en la superficie del agua una especie de espuma rojiza, que dos horas después se convirtió en un líquen parecido al *Lepraria kermasina* de Wrangel, y luego en una gelatina, roja como sangre, que veinticuatro horas más tarde quedó saturada de infusorios.

En el segundo caso, el experimentador esparció abundantemente por la superficie de un arroyo de corriente mansa y fondo cenagoso, el polvo de una planta secada primero al sol y después molida. Aunque al parecer la corriente arrastró este polvo vegetal, parte del mismo quedaría sin duda depositado en el fondo, porque a la mañana siguiente apareció el agua cubierta de infinidad de infusorios (*Oscillatoria rubescens*) que, en opinión de De Candolle, es el anillo de tránsito entre la forma vegetal y la animal.

Esto supuesto, no hay razón para negar a los químicos y físicos (**NOTA: De intento los llamamos así. FINAL NOTA**) de la época mosaica, el conocimiento y la facultad de vivificar en pocas horas miríadas de esos gérmenes que esporádicamente flotan en el aire, en el agua y en los tejidos orgánicos. La vara en manos de Moisés y Aarón tenía tanta virtud como en la de los medioevales magos cabalistas a quienes se vitupera hoy de locos, supersticiosos y charlatanes. La vara o tridente cabalístico de Paracelso y las famosas varas mágicas de Alberto el Magno, Rogerio Bacon y Enrique Kunrath, no merecen mayor ridículo que la varilla graduadora de los modernos electroterapas. Cuanto necios y sabios del pasado siglo diputaron por imposible y absurdo, va tomando en nuestros tiempos visos de posibilidad y aun en algunos casos de innegable evidencia.

Eusebio nos ha conservado un fragmento de la *Carta a Anebo*, de Porfirio, en que éste llama a Cheremón «hierogramático» para demostrar que las operaciones mágicas cuyos adeptos eran capaces de «infundir pavor en los dioses» estaban patrocinadas por los sabios egipcios (**NOTA: Porfirio: Epístola ad Anebo, según Eusebio.— Véase también Jámblico: Misterios egipcios. FINAL NOTA**). Ahora bien, según la regla de comprobación histórica expuesta por Huxley en su discurso de Nashville, inferimos de todo ello dos

incontrovertibles conclusiones: 1ª Que Porfirio era incapaz de mentir, pues gozaba fama de hombre veracísimo y honrado; 2ª Que su erudición en todas las ramas del humano saber, le ponía a salvo de todo engaño y más particularmente en lo relativo a las artes mágicas (NOTA: Según el *Diccionario clásico* de Lemprière, fue Porfirio hombre de universal erudición que, a juicio de los críticos antiguos, aventajó a sus contemporáneos en conocimientos de historia, matemáticas, música y filosofía. FINAL NOTA). Por lo tanto, la misma regla de criterio de Huxley nos induce a creer en la realidad de las artes mágicas que profesaron los magos y sacerdotes egipcios (NOTA: El mismo David Brewster confiesa que los sacerdotes egipcios fueron varones de profunda ciencia. FINAL NOTA).

CAPÍTULO XII

Los defensores verdaderamente filosóficos de la doctrina de la uniformidad jamás hablan de las imposibilidades de la naturaleza ni dicen que el Constructor del universo no puede alterar su obra... Expónganse las más disolventes hipótesis con la corrección propia de caballeros y les darán en rostro.

TYNDALL, *Conferencia sobre el empleo científico de la imaginación*

El mundo tendrá una religión de la especie que sea, aunque para ello haya de recurrir al *lupanar* intelectual del espiritismo.

TYNDALL, *Fragmentos de ciencia*

Pero como vampiro enviado a la tierra, arrancarán tu cadáver de la tumba y chuparán la sangre de toda tu raza.

LORD BYRON, *Giaour*

Nos acercamos al santo recinto de aquel dios Jano que se llama el molecular de Tyndall. Entremos descalzos. Al atravesar el sagrado atrio del templo de la sabiduría, nos aproximamos al resplandeciente sol del sistema huxleyocéntrico. Volvamos la vista; no sea que ceguemos.

Hemos tratado con la mayor moderación posible los asuntos hasta ahora expuestos, teniendo en cuenta la actitud en que ciencia y teología se colocaron durante siglos respecto a aquellos de quienes recibieron los amplios fundamentos de su actual sabiduría. Cuando a manera de imparciales espectadores vemos lo mucho que los antiguos sabían y lo no menos que los modernos presumen saber, nos asombra que pase inadvertida la mala fe de los científicos contemporáneos, que diariamente admiten nuevas teorías bajo la crítica de observadores legos aunque bien informados.

En corroboración de lo que decimos, copiaremos el siguiente párrafo de un artículo periodístico:

Es curiosa la diversidad de opiniones que entre los científicos prevalecen respecto de algunos de los más comunes fenómenos naturales, como, por ejemplo, la aurora boreal. Descartes la consideraba un meteoro procedente de las regiones superiores de la atmósfera. Halley y Dalton la atribuían al magnetismo de la tierra. Coates la suponía resultado de la fermentación de una materia emanada de la superficie del globo. Marion afirmaba que provenía del contacto de la brillante atmósfera del sol con la de nuestro planeta. Euler sostenía que dimanaba de la vibración del éter entre las partículas de la atmósfera terrestre. Canton y Franklin dicen que es un fenómeno puramente eléctrico, y Parrat le daba por causa la conflagración del hidrógeno carburado que la tierra exhala a consecuencia de la putrefacción de las materias vegetales, conflagración promovida por las estrellas fugaces. De la Rive y Oersted indujeron que era un fenómeno electro-magnético, pero simplemente terrestre. Olmsted suponía que alrededor del sol giraba un astro de constitución nebulosa, que al ponerse periódicamente en vecindad con la tierra entremezclaba sus gases con los de nuestra atmósfera y producía la aurora boreal.

Análogas hipótesis encontramos en las demás ramas de la ciencia, de modo que ni aun en los más ordinarios fenómenos de la naturaleza están de acuerdo los científicos. Tanto éstos como los teólogos inscriben las sutiles relaciones entre la mente y la materia en un círculo a cuya área llaman *terreno vedado*. El teólogo llega hasta donde su fe le consiente,

porque, como dice Tyndall: «no carece del amor a la verdad (elemento positivo), si bien le domina el miedo al error (elemento negativo). Pero el mal está en que los dogmas religiosos sujetan el entendimiento del teólogo como la cadena y el grillete al preso».

En cuanto a los científicos, no adelantan como pudieran, por su consuetudinaria repugnancia al aspecto espiritual de la naturaleza Y su temor a la opinión pública. Nadie ha flagelado tan airadamente a los científicos como el mismo Tyndall (NOTA: *Sobre el empleo científico de la imaginación. FINAL NOTA*) al decir: «en verdad, no están los mayores cobardes de nuestros días entre el clero, sino en el gremio de la ciencia». Si cupiera duda acerca de la justicia de tan deprimente epíteto, la desvanecería el mismo Tyndall cuando tras declarar (NOTA: *Discurso pronunciado en Belfast como presidente de la Asociación Británica. FINAL NOTA*) no sólo que la materia contiene potencialmente toda forma y cualidad de vida, sino que la ciencia ha expulsado a la teología de sus dominios cosmogónicos, se asustó de la hostilidad mostrada a su discurso por la opinión pública, y al imprimirlo de nuevo substituyó la frase: *toda forma y cualidad de vida* por la de: *toda vida terrestre*. Más que cobardía supone esto la ignominiosa abjuración de la fe científica.

En el discurso de Belfast delata Tyndall su doble aversión a los teólogos y a los espiritistas. Respecto a los primeros, ya hemos visto cómo los trató; pero al verse acusados por ellos de ateísmo protestó de semejante imputación y quiso entablar la paz. Sin embargo, los centros «nerviosos» y «las moléculas cerebrales» del ilustre físico necesitaban calmar su agitación en demanda de equilibrio, y nada más a propósito que emprenderlas con los pobres espiritistas, ya pusilánimes de suyo, calificando de degradante su doctrina y diciendo que «el mundo habrá de profesar una religión de tal o cual especie, aunque para ello haya de caer en el *lupanar intelectual* del espiritismo» (NOTA: *Tyndall: Fragmentos de ciencia. – Es verdaderamente anómalo que millones de personas de sano juicio se vean injuriadas de tal modo precisamente por un pontífice de la ciencia que, sin embargo, truena contra el dogmatismo científico. No queremos discutir el valor etimológico de la injuriosa frase, porque nos parece una genialidad de Tyndall, quien, como dice el erudito y respetable espiritista Epes Sargent en su folleto: ¿Lo hace todo la Materia?, demostró con ello su escaso respeto a las opiniones ajenas. Al fin y al cabo la injuria de Tyndall no conviene tanto a los espiritistas de buena fe y sincera convicción, como al científico ateo que, a estímulos del personal provecho, se desprende de los brazos del materialismo para arrojarlo despedido en los del deísmo. FINAL NOTA*).

Ya vimos que Magendie y Fournié confiesan sin rebozo la ignorancia de los fisiólogos respecto a los capitales problemas de la vida, al par que Tyndall reconoce la insuficiencia de la evolución para esclarecer el misterio final. También hemos analizado, según nuestro leal entender, la famosa conferencia de Huxley sobre *Las bases fisiológicas de la vida*, a fin de hablar con fundamento de las modernas orientaciones científicas. La teoría de Huxley sobre este particular puede compendiarse en las siguientes conclusiones: «Todas las cosas han sido creadas de la materia cósmica, de cuyos cambios y combinaciones resultan las distintas formas. La materia ha eliminado al espíritu, pues no hay tal espíritu y el pensamiento es una propiedad de la materia. Las formas perecen y otras les suceden. Toda vida tiene un mismo protoplasma y la diferencia de los organismos proviene de la variable acción química de la materia viva». Nada deja que desear esta teoría de Huxley en cuanto alcanzan las reacciones químicas y las observaciones microscópicas, por lo que se comprende la profunda emoción que despertó en el mundo científico; pero tiene el defecto de que no se echa de ver ni el comienzo ni el término de su ilación lógica. Se ha servido Huxley de la mejor manera posible de los materiales de que disponía; y dando por supuesto que el universo está henchido de moléculas dotadas de energía y latente en ellas el principio vital, resulta muy fácil deducir que su inherente energía las impele a cohesionarse para formar los mundos y los organismos vivientes. ¿Pero de dónde proviene la energía que mueve estas moléculas y les infunde el misterioso principio de

vida? ¿Por qué secreta fuerza se diferencia el protoplasma para formar el organismo del hombre, del cuadrúpedo, del ave, del reptil, del pez o de la planta, de modo que cada cual engendra a su semejante y no a su diverso? Y cuando el organismo, sea hongo o roble, gusano ú hombre, devuelve al receptáculo común sus elementos constitutivos ¿á dónde va la vida que animó aquella forma? ¿Es la ley de evolución tan restrictiva que en cuanto las moléculas cósmicas llegan al punto de formar el cerebro humano ya no pueden constituir entidades más perfectas? No creemos que Huxley demuestre la imposibilidad de que después de la muerte pase el hombre a un estado de existencia en que vea a su alrededor otras formas animales y vegetales resultantes de nuevas combinaciones de la entonces sublimada materia (NOTA: Dice a este propósito el insigne zoólogo Luis Agassiz: «La mayor parte de los argumentos aducidos en pro de la inmortalidad del alma humana convienen con igual lógica a los demás seres vivientes, y en verdad fuera lástima que el hombre se viera privado en la vida futura de aquella fuente de goce y de progreso moral é intelectual que dimana de contemplar la armonía del mundo orgánico. ¿Y no cabe considerar el concierto espiritual de los mundos y de sus habitantes en presencia de su Creador como el concepto más elevado del paraíso?» (Ensayos de clasificación, sec. XVII, 97, 99). FINAL NOTA). Confiesa que nada sabe acerca de la gravitación, sino que puesto las piedras faltas de apoyo caen al suelo, no habrá piedra alguna que deje de caer en igualdad de circunstancias. Pero esto es para Huxley una posibilidad, no una necesidad, y a este efecto dice: «Rechazo toda intrusión, porque conozco los hechos y conozco la ley. Por lo tanto, esta necesidad es una vana sombra del impulso de mi propia mente».

Sin embargo, todo cuanto sucede en la naturaleza obedece a la ley de necesidad, y toda ley, desde el momento en que actúa, continuará actuando indefinidamente hasta que la neutralice otra ley opuesta de potencia equivalente. Así, es natural que la piedra caiga al suelo atraída por una fuerza y también es natural que no caiga, o que luego de caer se eleve, en obediencia a otra fuerza igualmente poderosa, aunque no la conozca Huxley. Es natural que una silla no se mueva del sitio donde esté, y también es natural que, según testimonio de centenares de personas fidedignas, se levante en el aire sin que visiblemente nadie la toque. Huxley debiera, en primer término, cerciorarse de la realidad de este fenómeno, para luego dar nuevo nombre científico a la fuerza que lo produce. Dice Huxley que conoce los hechos y conoce la ley; pero ¿de qué medios se ha valido para llegar a este conocimiento? Sin duda alguna de sus propios sentidos que, como celosos servidores, le permitieron descubrir suficientes verdades para trazar un sistema que, según él mismo confiesa, «parece como si chocara con el sentido común». Si su testimonio, que al fin y al cabo queda en hipótesis, ha de servir de fundamento a la renovación de las creencias religiosas, igual respeto merece el testimonio de millones de personas respecto a la autenticidad de fenómenos que minan por su base esas mismas creencias. A Huxley no le interesan estos fenómenos, pero sí a los millones de personas que han reconocido el carácter de letra de sus íntimos, trazado por manos espirituales, y han visto la espectral aparición de sus difuntos amigos y parientes, mientras Huxley digería el protoplasma para cobrar fuerzas con que remontarse a mayores alturas metafísicas, sin advertir que los desdeñados fenómenos desmentían su hipótesis predilecta.

La ciencia no tendrá derecho a dogmatizar mientras declare que sus dominios están limitados por las transformaciones de la materia, que al pasar del estado sólido al aeriforme pasa de la condición visible a la *invisible*, sin que se pierda ni un solo átomo. Entretanto, es la ciencia incompetente para afirmar y para negar, y debe ceder el campo a quienes tengan más intuición que sus representantes. Huxley inscribe en el panteón del nihilismo, con capitales caracteres, el nombre de David Hume, a quien agradece el gran servicio que prestó a la humanidad al fijar los límites de la investigación filosófica, fuera de los cuales están las básicas doctrinas «del espiritismo y otros ismos». Lo cierto es que Hume pronosticó (NOTA: *Investigaciones acerca de la comprensión humana*, cap. X. FINAL NOTA) que los «científicos y los eruditos se opondrían perpetuamente a toda

falacia supersticiosa», con lo que significaba la creencia en fenómenos desconocidos a que arbitrariamente llamaba milagros. Pero, como muy acertadamente observa Wallace, no se pone Hume en razón al afirmar que «el milagro es una transgresión de las leyes de la naturaleza»; pues equivale esto, por una parte, a suponer que las conocemos todas, y por otra, a considerar como milagroso todo fenómeno extraordinario. Según Wallace, es milagro el hecho que requiere necesariamente la intervención de inteligentes entidades sobrehumanas. Ahora bien, dice Hume que una experiencia continuada equivale a una prueba y Huxley añade, en su famoso ensayo sobre este punto, que todo cuanto podemos saber acerca de la ley de la gravedad es que puesto que la experiencia enseña que los cuerpos abandonados a sí mismos caen al suelo sin excepción alguna, no hay razón para dudar de que siempre ha de ocurrir lo mismo en idénticas circunstancias.

Si fuera imposible ensanchar los límites de la humana experiencia, tendría visos de verdad la afirmación de Hume, según la cual conocía todo cuanto está sujeto a las leyes de la naturaleza, y no nos extrañaría el tono despectivo con que Huxley alude siempre al espiritismo; pero como de las obras de ambos filósofos se infiere notoriamente que desconocen la posibilidad de los fenómenos psíquicos, no conviene reconocer autoridad a sus dogmáticas afirmaciones. Cabe suponer que quien tan acerbamente arremete contra los espiritistas fundamente su crítica en detenidos estudios; pero lejos de ello, delata Huxley su ligereza en carta dirigida a la Sociedad Dialéctica de Londres, en que después de decir que le falta tiempo para un asunto que no despierta interés, añade: «El único caso de espiritismo que he tenido ocasión de presenciar era una impostura tan enorme cual no cabía otra mayor».

No sabemos qué pensaría este protoplásmico filósofo de un espiritista que tras una sola observación telescópica, malograda por mala intención de algún empleado del observatorio, calificase de «ciencia degradante» la astronomía. Esto demuestra que los científicos en general sólo sirven para recopilar hechos de experimentación física e inducir de ellos generalizaciones mucho más endebles e ilógicas que las de los profanos, a causa de su errónea interpretación de las enseñanzas antiguas.

Balfour Stewart rinde sincero tributo a la intuición de Heráclito (**NOTA: Filósofo griego que floreció en Efeso cinco siglos antes de la era cristiana. FINAL NOTA**), el audaz filósofo que consideró el fuego como la causa primera y dijo que «todas las cosas estaban en continua transformación»; y expone a este propósito que «Heráclito debió tener sin duda del continuado movimiento del universo animado por la energía, un concepto, si bien menos preciso, tan claro como el de los modernos filósofos que consideran la materia esencialmente dinámica». Añade Balfour Stewart, no tan escéptico como otros de sus colegas, que le parece muy vaga la expresión *fuego*, y muy natural es que así le parezca, pues los científicos contemporáneos ignoran el sentido que los antiguos dieron a la palabra fuego.

Opinaba Heráclito lo mismo que Hipócrates acerca del origen de las cosas y ambos admitían una potestad suprema (**NOTA: Diog. in Vita. FINAL NOTA**), por lo que no cabe decidir si su concepto del fuego primordial, como energía de la materia, algo semejante al *dinamismo* de Leibnitz, era o no «menos preciso» que el de los filósofos modernos. Por el contrario, sus ideas metafísicas sobre el fuego eran mucho más racionales que las defectuosas y fragmentarias hipótesis de los científicos del día, pues coincidieron con las de los parsis, de los *filósofos del fuego* y de los rosacruces, quienes sin discrepancia afirmaban que el divino Espíritu, el Dios omnipotente y omnisciente alienta en el fuego del cual creó el universo. La ciencia ha venido a corroborar esta opinión en el aspecto físico.

La filosofía esotérica consideró en todo tiempo el fuego como elemento trínico. De la propia suerte que el agua es un fluido visible con gases invisiblemente disueltos en su masa y subyacente en ella el espiritual principio de la energía dinámica, así también reconocían

los herméticos en el fuego tres principios: la llama visible, la llama invisible (NOTA: Fuego astral o energía molecular en sus diversas vibraciones de calor, luz, electricidad y afinidad química. FINAL NOTA) y el espíritu. A todos los elementos aplicaban la misma regla y sostenían la trínica constitución de los compuestos inorgánicos y orgánicos, incluso el hombre. En opinión de los rosacruces, legítimos sucesores de los teurgos, es el fuego origen no sólo de los átomos materiales, sino también de las fuerzas dinámicas. Al extinguirse la visible llama del fuego, ya no la ve más el materialista; pero el filósofo hermético la sigue viendo más allá del mundo físico, de la propia suerte que sigue la estela del espíritu desencarnado o «chispa vital de la llama celeste» en su tránsito al mundo etéreo a través de la tumba (NOTA: Jennings: *Los rosacruces: Tratado de Roberto Fludd sobre los rosacruces. FINAL NOTA*).

Tiene este punto demasiada importancia para dejarlo sin comentario. El grosero concepto que del fuego tienen las ciencias físicas revela su desdeñosa ignorancia de la espiritual mitad del universo. Las mismas autoridades científicas, con sus humillantes confesiones, nos inducen a creer que la filosofía positiva se mueve sobre un tablado de tan carcomidos y endeblés postes, que cualquier descubrimiento o invención puede dar al traste con los puntales del armatoste. Al afán que les domina de eliminar de sus conceptos todo elemento espiritual, podemos oponer la siguiente confesión de Balfour Stewart:

Se advierte la tendencia a dejarse llevar hacia los extremos y atender en demasía al aspecto puramente material de los fenómenos. Hemos de ir con cuidado en este punto, no sea que al huir de Scila caigamos en Caribdis, porque el universo ofrece más de un aspecto y posible es que haya en él comarcas inexplorables para los físicos tan sólo armados de pesas y medidas..., pues nada o muy poco sabemos de la constitución y propiedades íntimas de la materia ya organizada ya inorgánica (NOTA: *La conservación de la energía. FINAL NOTA*).

Respecto a la supervivencia del espíritu nos da Macaulay una todavía más explícita declaración en el siguiente pasaje:

En cuanto al destino del hombre después de la muerte, no acierto a ver por qué el europeo culto, pero sin otro valimiento que su propia razón, ha de estar más en lo cierto que el indio salvaje, pues ni una sola de las muchas ciencias en que aventajamos a los salvajes da la más leve insinuación sobre el estado del alma después de extinguida la vida animal. Lo cierto es, según nos parece, que cuantos filósofos antiguos y modernos, desde Platón a Franklin, quisieron demostrar sin auxilio de la revelación la inmortalidad del hombre fracasaron deplorablemente en su intento.

Sin embargo, hay percepciones espirituales muchísimo más fáciles de probar que los sofismas del materialismo; pero lo que Platón y sus discípulos veían patentemente verdadero, es para los científicos modernos superfluo error de una filosofía espuria. Se han invertido los métodos científicos con menosprecio del testimonio y demostraciones de los antiguos filósofos, que estaban más cercanos a la verdad por su mayor conocimiento del espíritu de la naturaleza reveladora de la Divinidad. Para los modernos pensadores, la sabiduría antigua es un cúmulo heterogéneo de redundancias sin método ni sistema, a pesar de que contra tan despectivo juicio vemos que supeditaban la fisiología a la psicología, mientras que los modernos científicos posponen la psicología a la fisiología, en cuales ciencias no sobresalen gran cosa, según ellos mismos confiesan.

Por lo que toca al último extremo de la objeción de Macaulay, dióle ya anticipada réplica Hipócrates al decir hace muchos siglos:

Todas las ciencias y todas las artes han de indagarse en la naturaleza que, si la interrogamos debidamente, nos revelará las verdades relativas, no sólo a ella, sino a nosotros mismos. La

naturaleza en acción no es ni más ni menos que la manifestada presencia de Dios. ¿Cómo hemos de interrogarla para que nos responda? Hemos de proceder con *fe*, firmemente convencidos de que al fin descubriremos la verdad completa. Entonces la naturaleza nos pondrá la respuesta en el *sentido íntimo* que, auxiliado por el conocimiento en ciencias y artes, nos revelará la verdad tan claramente, que sea imposible toda duda (NOTA: Cabanis: *Historia de la medicina*. FINAL NOTA).

Por lo tanto, en el caso de que tratamos está más en lo cierto el sentido íntimo del salvaje creyente en la inmortalidad, que el poderoso raciocinio del científico escéptico. Porque la intuición es universal dádiva del divino Espíritu y la razón deriva del lento desarrollo de nuestro cerebro físico. La intuición, que en su grado inferior e incipiente llamamos instinto, se oculta como chispa divina en el inconsciente centro nervioso del molusco, se manifiesta primariamente en las acciones reflejas del gran simpático, y se explaya en paridad con la dual evolución de la vida y la conciencia, hasta convertirse de automatismo en intuición. Pero aun en los animales cuyo instinto les mueve a la conservación del individuo y la propagación de la especie hay un algo inteligente que regula y preside los movimientos automáticos.

Lejos de estar en pugna esta teoría con la de la evolución, que tan eminentes defensores tiene hoy día, la simplifica y complementa, prescindiendo de si cada especie fue o no creada independientemente de las otras, porque la cuestión de materia y forma queda en lugar secundario cuando con preferencia se atiende al espíritu; y, por lo tanto, según vayan perfeccionándose las formas por evolución física, mejor instrumento de acción hallará en el sistema nervioso la mente directora, así como un pianista arranca de un magnífico piano armonías que no brotarían de una espineta. Por consiguiente, poco importa para el caso que el impulso instintivo quedara directamente infundido en el sistema nervioso del primer radiario o que, como opina más razonadamente Spencer, cada especie lo haya ido desarrollando poco a poco por sí misma. Lo importante es la evolución espiritual, sin la que no cabe concebir la física, pues ambas son igualmente indemostrables por experimentación y no es posible anteponer una a otra. De todos modos, hemos de volver a la antiquísima pregunta formulada en las *Symposiacas* de Plutarco sobre si fue primero el huevo o la gallina.

El método aristotélico ha cedido ya en toda la línea al platónico, y aunque los científicos no reconocen otra autoridad que la suya propia, la orientación mental de la humanidad se restituye al punto de partida de la filosofía antigua. Esta misma idea expresa acabadamente Osgood Mason en el siguiente pasaje:

Los dioses mayores y menores de las diversas sectas y cultos van perdiendo la veneración de las gentes; pero en cambio empieza a iluminar el mundo, como aurora de más serena y suave luz, el concepto, aunque todavía impreciso, de una consciente, creadora y omnipresente Alma de las almas, la Divinidad causal, no revelada por la forma ni por la palabra, pero que se infunde en toda alma viviente del vasto universo, según la capacidad receptiva de cada cual. El templo de esta divinidad es la naturaleza y su culto la admiración (NOTA: *Popular Science Monthly*. FINAL NOTA).

Coincide este concepto con el de los primitivos arios que deificaban la naturaleza, y concuerda con las enseñanzas budistas, platónicas, teosóficas, cabalísticas y ocultistas, así como con el pensamiento dominante en el ya citado pasaje de Hipócrates.

Pero volvamos al asunto. El niño no tiene todavía uso de razón, que está latente en él, y sin embargo, es en instinto muy inferior a los irracionales, pues se quemará o ahogará abandonado a sí mismo en cercanía del fuego o del agua, mientras que el gato cachorro huirá instintivamente de ambos riesgos. El débil instinto del niño se desvanece a medida que la razón se afirma gradualmente. Tal vez se objete contra la espiritualidad

del instinto, diciendo que es más vigoroso en los animales por que no tienen alma; pero este argumento carece de valor lógico, pues no conocemos por experiencia la naturaleza íntima del animal que no posee, como el hombre, el don de la palabra ni puede actualizar sus potencias psicológicas.

Pero ¿qué pruebas hay, aparte de esa negación gratuita, de que los animales no tienen alma superviviente por no decir inmortal? Desde el punto de vista rigurosamente científico pueden aducirse tantos argumentos en pro como en contra, pues no hay prueba científica en que apoyar la afirmación ni la negación de la inmortalidad del alma del hombre, cuanto menos de la del bruto, desde el momento en que no cabe someter a observación experimental lo que carece de existencia objetiva. Descartes y Bois-Raymond agotaron su talento en el estudio de esta materia, y Agassiz confiesa que no podría concebir la vida futura sin dilatarla a los animales y aun a los mismos vegetales. Porque fuera motivo sobrado para rebelarse contra la injusticia divina si dotara de espíritu inmortal a un bellaco sin entrañas y condenase a la aniquilación al leal amigo del hombre, al noble perro que defiende a su amo con desprecio de la muerte y suele dejarse morir de hambre junto a su tumba en prueba de la abnegación de que son incapaces la generalidad de los humanos. ¡Mal haya la razón culta que abone tan nefanda parcialidad! Es preferible el instinto en semejantes casos y creer, con el indio de Pope, «en un cielo donde se vea acompañado de su perro».

Nos faltan tiempo y espacio que dedicar a las especulaciones de algunos ocultistas antiguos y medioevales sobre este asunto. Baste decir que anticipándose a Darwin expusieron, aunque esbozadamente, la teoría de la selección natural y transformación de las especies y prolongaron por ambos extremos la cadena evolutiva. Además, exploraron tan intrépidamente el terreno de la psicología como el de la fisiología, sin desviarse jamás del sendero de paralelas vías que les trazara su insigne maestro Hermes en el famoso apotegma: «Como es arriba, así es abajo». De esta suerte simultanearon la evolución física con la espiritual.

Pero los biólogos modernos son al menos lógicos en este punto concreto, pues incapaces de demostrar que los animales tienen alma, se la niegan al hombre. La razón les lleva al borde del infranqueable abismo abierto, según Tyndall, entre la materia y la mente. Tan sólo la intuición podrá salvarlo, cuando se convenzan de que de otro modo han de fracasar siempre que intenten descubrir los misterios de la vida. A la intuición, es decir, al instinto consciente han recurrido Fiske, Wallace y los autores de *El Universo invisible* para atravesar intrépidamente el abismo. Perseveren sin temor en su propósito hasta advertir que el espíritu no reside forzosamente en la materia, sino que la materia se adhiere temporáneamente al espíritu que de eterna e imperecedera morada sirve a todas las cosas visibles e invisibles.

Según la filosofía esotérica, la materia es la densificación concreta y objetiva del espíritu. En la eterna Causa primera latén desde un principio el espíritu y la materia y esta idea expresan las palabras: «En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios» (**NOTA: San Juan, I, 1. FINAL NOTA**). Confiesan los esotéricos que el concepto absoluto de la Divinidad escapa a la razón humana; pero en cambio es asequible a la intuición como reminiscencia de una verdad inconcusa, aunque imperceptible por sensación física. La Causa primera, la Divinidad absoluta que, como tal, entrañaba potencialmente los principios masculino y femenino (activo y pasivo), se desdobra al emanar la primera idea y se manifiesta como energía creadora (principio activo o masculino) ó, mejor dicho, impulsora de la objetivada materia (principio pasivo o femenino).

Desde el punto en que se desdobra y manifiesta la Divinidad, hasta entonces neutra y absoluta, vibra la energía eléctrica instantáneamente difundida por los ámbitos del espacio sin límites.

Pero el raciocinio humano es incapaz de fijar el cómo ni el cuándo ni el dónde de la manifestación, es decir, del nacimiento del universo visible o actualización del espíritu-materia que eternamente *era*, aunque latente. A la finita inteligencia humana se le muestra este principio de la manifestación tan remoto, que no puede computarlo con números ni expresarlo en palabras, sino que se confunde con la misma eternidad. Enseñaba Aristóteles que el universo era eterno, sin principio ni fin deslindables por nuestra inteligencia, y que las generaciones humanas se iban sucediendo sin interrupción unas a otras. Sobre esto decía: «Si ha existido un primer hombre, debió nacer sin padre ni madre, lo cual es contrario a naturaleza, porque no pudo un huevo originario dar nacimiento al ave, sin ave que pusiera el huevo, puesto que el huevo nace del ave. El mismo razonamiento conviene a todas las especie, por lo que hemos de juzgar que antes de aparecer en la tierra, tuvieron forma mental todas las cosas».

Estas enseñanzas concuerdan esotéricamente con las de Platón, aunque esotéricamente parezcan contradictorias, según se ve en el siguiente pasaje del maestro: «Hubo un tiempo en que la humanidad no procreaba; pero después echaron los hombres en olvido las primievals enseñanzas y fueron degradándose más y más profundamente».

Tan sólo la esotérica teoría antes expuesta esclarece el misterio de la creación primordial, que siempre fue pesadilla de la ciencia; pero la importancia del asunto requiere alguna mayor explicación. Al decir que la materia es coeterna con el espíritu, no nos referimos a la materia objetiva y tangible, sino a la sublimación de la materia cuyo grado máximo e insuperable de sutilidad es el espíritu puro. No cabe concebir racionalmente otra hipótesis genésica de los seres animados, sino que el hombre emanó y ha ido evolucionando del primario espíritu-materia.

Darwin traza la evolución de las especies desde el organismo ínfimo hasta el hombre, donde inadvertidamente se detiene sin vislumbrar el mundo invisible que se dilata más allá del visible.

Los modernos filósofos positivistas no han comprendido el verdadero significado de la filosofía platónica. Y así lo da a entender Draper al decir que «los griegos y romanos atribuían al espíritu la forma y semblante del cuerpo, cuyas alteraciones y crecimiento seguía» (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, cap. V. FINAL NOTA). A esto responderemos que poco importa la opinión del vulgo ignorante, aunque nos parece que no profesaban dicha creencia *al pie de la letra*; y que los filósofos platónicos, así griegos como romanos, atribuyeron semejanza de contornos, figura y semblante, no al espíritu, sino al cuerpo astral llamado por ellos alma animal (NOTA: También Aristóteles distingue entre espíritu y alma cuando en su tratado: *Sobre los sueños* alude a la necesidad de averiguar *en qué porción del alma se representan los sueños*. Era común creencia entre los griegos que el alma humana tenía naturaleza trina. Asimismo distingue Homero entre el alma animal a que llama *thumos* (equivalente al cuerpo astral) y el espíritu a que, como Platón, llama *nous*. Véase, pues, el error de Draper al confundir el espíritu con el alma animal. FINAL NOTA).

Los jainos de la India opinan que el Ego, llamado por ellos *Jiva*, está identificado de toda eternidad con dos vehículos etéreos, uno de los cuales tiene por atributos las potencias de la mente superior y no está sujeto a mudanzas, al paso que el otro está constituido por las pasiones, emociones, deseos y afectos groseros y terrenales del hombre. Después de la muerte del cuerpo, purifica el Jiva su vehículo pasional y se une al *Vaycarica*, o divino espíritu, para convertirse en dios. La misma doctrina exponen los induistas en el *Vedanta*, que considera el Ego humano como partícula del universal espíritu divino o mente inmaterial, y, por lo tanto, capaz de identificarse con la esencia de la suprema entidad. Dice, además, explícitamente el *Vedanta* que quien llega al conocimiento de su interno *dios*, se convierte en dios, aunque viva en carne mortal, y tiene poderío sobre todas las cosas.

Opina Draper que las doctrinas budistas llegaron a la Europa oriental por conducto de Aristóteles, y se apoya en la analogía de los conceptos capitales de este filósofo con el versículo de los Vedas que dice: «Verdaderamente hay una sola Divinidad: el supremo Espíritu. De su misma naturaleza es el alma del hombre». Sin embargo, juzgamos equivocada la opinión de Draper, pues antes de Aristóteles enseñaron la misma doctrina Pitágoras y Platón; y si posteriormente admitieron los platónicos las teorías aristotélicas de la emanación, fue porque coincidían con las ya de ellos conocidas enseñanzas budistas acerca de este punto. La doctrina pitagórica de los números armónicos y la platónica de la creación son gemelas de la teoría budista sobre la emanación. La filosofía pitagórica tuvo por último término liberar al Ego de las ilusiones de los sentidos y de los lazos de la materia, de suerte que se identifique con la Divinidad. No puede ser más patente la coincidencia de esta doctrina con la del nirvana, cuyo verdadero significado vislumbran ya los modernos sanscritistas.

Por lo demás, las doctrinas aristotélicas para nada influyeron en la escuela neoplatónica, como supone Draper; y ni Plotino ni Porfirio ni Proclo aceptaron la opinión de Aristóteles en punto a los sueños y visiones proféticas del alma, pues mientras el filósofo de Estagira afirma que la mayor parte de los vaticinadores adolecen de insania (NOTA: *De Vatibus in problemate, sección 21. FINAL NOTA*) (de lo que se aprovechan algunos sofistas para tergiversar las ideas), la opinión de Porfirio y de Plotino era por completo opuesta. En las más importantes cuestiones metafísicas, las doctrinas neoplatónicas están en pugna con las aristotélicas. Por otra parte, el nirvana de los budistas no significa aniquilación ni los neoplatónicos lo tomaron jamás en este sentido; y si seguramente no se atrevería a decir Draper que los neoplatónicos negaban la inmortalidad del alma, tampoco debiera interpretar torcidamente sus doctrinas afirmando que consideraban el éxtasis como un anticipo de la final inmersión del alma humana en el alma del mundo. El nirvana no es, como a Draper y a la generalidad de sanscritistas les parece, la extinción, la aniquilación, el desvanecimiento definitivo (NOTA: Max Müller: *El significado del nirvana.* – Nadie, que sepamos, se ha tomado el trabajo de desentrañar el verdadero significado metafísico de la palabra *nirvana*, que también interpreta equivocadamente Burnouf en la traducción del *Lankâvatâra* (p. 514), al exponer las de los brahmanes *tîrthakas*. FINAL NOTA), sino el eterno descanso y la bienaventuranza eterna en el seno de la Divinidad. Tal como expone Draper el concepto en su obra, aparecen Plotino y Porfirio partidarios del *nihilismo*, lo cual denota que el erudito autor desconoce las genuinas opiniones de aquellos dos ilustres filósofos (NOTA: También se equivoca Draper al afirmar que Giordano Bruno era ateo. FINAL NOTA); pero como no cabe suponer este desconocimiento en filósofo tan culto, forzosamente, aunque con pena, nos inclinamos a creer que tuvo con ello el propósito de tergiversar las ideas religiosas de los neoplatónicos. Porque para los modernos filósofos que parecen empeñados en arrebatar de la mente humana las ideas de Dios y del espíritu inmortal, es muy violento juzgar con imparcialidad a los platónicos, pues se verían precisados a reconocer su sagaz penetración en las más arduas cuestiones filosóficas, su firmísima creencia en Dios, en los espíritus, en la inmortalidad del alma y en las apariciones; fenómenos todos de índole espiritual que repugnan a la idiosincrasia de los académicos.

La opinión expuesta por Lemprière (NOTA: *Diccionario clásico*. FINAL NOTA) es todavía de traza más burda que la de Draper, aunque produce el mismo efecto. Acusa a los antiguos filósofos de falsedad deliberada, impostura y superstición, después de ponderar las dotes de cultura, talento y moralidad de Pitágoras, Plotino y Porfirio, cuya abnegación en el estudio de las verdades divinas encomia sobremanera, para venir a parar en que Pitágoras era un impostor y Porfirio supersticioso, mentecato y fraudulento. La incongruencia crítica no puede ser más patente, como si cupiera que un hombre fuese a la par sincero e impostor, sabio y supersticioso, honrado y farsante, discreto y mentecato.

Ya sabemos que la doctrina esotérica no concede a todos los hombres por igual las mismas condiciones de inmortalidad. Dice Plotino que «el ojo no vería nunca el sol si no fuese de la naturaleza del sol»; y Porfirio añade que «únicamente por medio de la más exquisita pureza y castidad podremos acercarnos a Dios y recibir en la contemplación de Dios el verdadero conocimiento y la visión interna». Si el Ego negligencia durante la vida terrena la iluminación de su divino espíritu, del Dios interno, no sobrevivirá largo tiempo la entidad astral a la muerte del cuerpo físico, pues así como el deforme monstruo muere a poco de nacer, así también la entidad astral grosera y materializada en exceso se disgrega a poco de nacida al mundo suprafísico y queda abandonada por el Ego, por el glorioso augoeides. Durante el período de desintegración, la entidad astral vaga en torno del cadáver físico, alimentándose vampíricamente de las víctimas que ceden a su maligna influencia. Cuando el hombre rechaza los rayos de la divina luz, queda en tinieblas y se apega a las cosas de la tierra.

Todo cuerpo astral, aun el del hombre justo y virtuoso, es perecedero, porque de los elementos fue formado y a los elementos se ha de restituir; pero mientras la entidad astral del hombre perverso se desintegra sin dejar rastro, la de los hombres, no precisamente santos, sino tan sólo buenos, se renueva por asimilación en partículas más sutiles y no perece mientras en él arde la chispa divina,

Sobre esto dice Proclo:

Después de la muerte sigue el espíritu residiendo en el cuerpo aéreo (cuerpo astral) hasta que la desintegración le libra de él en una *segunda muerte* análoga a la del cuerpo físico. Por esto dijeron los antiguos que el espíritu está siempre unido a un cuerpo celeste, inmortal y luminoso como las estrellas.

Pero dejemos aquí esta digresión y volvamos al examen paralelo de la razón y el instinto. Según los antiguos, el instinto es don divino y la razón facultad humana. El instinto (*αἰσθητικόν*) es la íntima sagacidad propia de todos los animales, aun los más inferiores; la razón (*νοητικόν*) es resultado de las facultades reflexivas. Por lo tanto, el bruto, aunque carece de razón, está dotado del instinto que infaliblemente le guía y no es otra cosa que la divina chispa subyacente en toda partícula material que es a su vez espíritu densificado. La *Kabalah* hebrea dice que cuando el segundo Adán fue formado del barro de la tierra, era tal la densificación de la materia que todo lo dominaba. De sus lascivos deseos nace la mujer y Lilith se lleva lo más sutil del espíritu. El Señor Dios se pasea por el Edén a la hora del crepúsculo (**NOTA: Puesta del sol espiritual o eclipse de la divina luz por las sombras de la materia. FINAL NOTA**), y no sólo les maldice a ellos por el pecado cometido, sino también a la tierra, a los seres vivientes y con ira mayor a la tentadora serpiente, símbolo de la materia. Esta en apariencia injusta maldición a las cosas creadas, inocentes de todo crimen, sólo puede explicarse cabalísticamente. La materia entraña en sí la maldición, puesto que está condenada a purificarse de sus groserías, impelida por el irresistible anhelo que hacia lo alto lleva a la chispa divina en ella subyacente. La purificación requiere dolor y esfuerzo. No cabe duda de que si toda modalidad de materia tiene origen común, también deben ser comunes sus propiedades, y si la chispa divina alienta en el cuerpo del hombre, lógico es que asimismo se oculte en los animales inferiores cuyo instinto resplandece mucho más vivo que en el reino humano donde la razón lo eclipsa; y así vemos que en gran número de casos el instinto del animal se sobrepone en sus efectos a la razón, cuyo atributo confiere al hombre el cetro de la creación terrestre. Como quiera que el cerebro físico del hombre aventaja en perfección al de los animales, su funcionamiento mental, o sea la razón, ha de corresponder a esta superioridad; pero sólo en cuanto a la comprensión del mundo material objetivo y en modo alguno en lo tocante al conocimiento del espíritu. La razón es el alma grosera del científico; la intuición (**NOTA: Conviene advertir que la autora no establece distinción**

alguna de naturaleza sino tan sólo degradado entre el instinto y la intuición. En los animales inferiores, el instinto no está identificado con la conciencia y por eso no se llama todavía intuición, propia únicamente del hombre que ha trascendido las cualidades del manas inferior y actúa conscientemente en el plano del manas superior fronterizo con el plano búdico.— *El Traductor. FINAL NOTA*) es infalible guía del vidente. Por instinto procrean plantas y animales en la estación más favorable y por instinto busca y halla el bruto remedio a sus dolencias. En cambio, la razón no basta por sí sola para refrenar los ímpetus pasionales de la carne ni pone límites a los goces sensuales, y lejos de capacitar al hombre para ser su propio médico, frecuentemente le arrastra a la ruina con especiosas sofismas. No se necesita mucho esfuerzo para comprender que por obra del instinto va evolucionando la materia. El zoófito que pegado al arrecife abre la boca y sin otro movimiento se alimenta de las sustancias a su alrededor flotantes en el agua, denota en proporción a su tamaño corporal mejor instinto que la ballena. La hormiga en su república subterránea, donde a la observación del entomólogo ofrece maravillas de arquitectura, sociología y política, ocupa virtualmente en la escala zoológica un peldaño muy superior al del artero tigre en acecho de su presa (*NOTA: Dice Bois-Raymond que el naturalista debe observar con respetuosa admiración el microscópico centro nervioso que de asiento sirve a la metódica, laboriosa é intrépida alma de la hormiga. FINAL NOTA*).

Como todos los arcanos psicológicos, el instinto estuvo durante largo tiempo desdeñado por los científicos con olvido de lo que sobre él dijo Hipócrates en el siguiente pasaje:

El instinto enseñaba a las primitivas razas humanas el camino para hallar remedio a sus dolencias físicas cuando la fría razón no había entenebrecido aún la vista interna del hombre... No hemos de desoír jamás la voz del instinto que nos insinúa los primeros remedios de la enfermedad (*NOTA: Cabanis: Historia de la medicina. FINAL NOTA*).

Es la intuición (*NOTA: Recuérdese que intuición equivale a instinto consciente.— El Traductor. FINAL NOTA*) el espontáneo, súbito e infalible conocimiento resultante de la inteligencia omnisciente, y difiere, por lo tanto, de la finita razón cuyas tentativas y esfuerzos ensombrecen la naturaleza espiritual del hombre cuando no la acompaña aquella divina luz (*NOTA: A mi entender es la intuición la luz con que todo hombre viene a este mundo (Véase S. Juan, I, 9).— El Traductor. FINAL NOTA*) La razón se arrastra; la intuición vuela; la razón es potencia en el hombre; la intuición es presciencia en la mujer.

Plotino, discípulo del insigne fundador de la escuela neoplatónica, Amonio Saccas, nos dice que «el conocimiento humano pasa por tres etapas: opinión, ciencia e iluminación. Las opiniones se forman por medio de la percepción sensoria; la ciencia tiene por instrumento la razón; y la iluminación es hija de la intuición o conocimiento absoluto en que el conocedor se identifica con el objeto de conocimiento».

La oración es poderoso estímulo de la intuición, porque es anhelo y todo anhelo actualiza voluntad. Por otra parte, las emanaciones magnéticas del cuerpo, durante los esfuerzos físicos y mentales, determinan la autosugestión y el éxtasis. Plotino aconseja orar en soledad y apartamiento para mejor conseguir lo que se pide. Platón daba también el mismo consejo, diciendo que «la oración había de ser silenciosa en presencia de los seres divinos, hasta que aparten éstos la nube de los ojos del orante y le permitan ver con la luz que de ellos irradia». Apolonio de Tyana se retiraba en secreto para «conversar» con Dios, y siempre que sentía necesidad de contemplación se arrebujaba en su blanco manto de lana. También Jesucristo les dijo a sus discípulos:

Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto (*NOTA: S. Mateo. VI, 6. FINAL NOTA*).

Todo hombre viene a este mundo con el latente sentido interno (intuición) que por educación puede convertirse en la *segunda vista* de los filósofos escoceses. Plotino, Porfirio y Jámblico enseñaron esta misma doctrina cuya verdad conocían por experiencia, pues tuvieron viva intuición. A este propósito, dice Jámblico que «la facultad suprema de la mente humana nos permite unirnos a las inteligencias superiores, transportarnos más allá del escenario de este mundo y compartir la vida y potestad de los seres celestiales».

Sin la intuición no hubiesen tenido los hebreos su *Biblia* ni los cristianos su *Evangelio*. Moisés y Jesús dieron al mundo el fruto de su intuición; pero los teólogos que hasta el día les sucedieron, adulteraron dogmática y muchas veces blasfemamente su verdadera doctrina; porque creer que la Biblia es obra de la revelación divina e interpretar el texto al pie de la letra, es peor que un absurdo, es blasfemar de la divina majestad del «Invisible». Si hubiéramos de tener de Dios y del espíritu el concepto que les dan los humanos intérpretes de las Escrituras, seguramente que no tardaría la razón cien años en acabar con la creencia en lo espiritual, abatida por la intervención de la filología en el estudio comparado de las religiones; pero la sincera fe del hombre en Dios y en la vida futura se apoya en la intuición manifestadora del YO que noblemente desdeña las aparatosas e idolátricas ceremonias del sacerdote católico y del brahmán induista, tanto como las áridas jeremiadas del pastor luterano que a falta de ídolos fulmina amenazas de condenación eterna. Sin el sentido intuitivo, que jamás se pierde aunque emboten su agudeza las vibraciones materiales, fuera la vida una parodia y la humanidad una farándula. Esta inextinguible intuición de *algo* existente a la par *dentro* y *fuera* de nosotros, es de tal naturaleza que ni los razonamientos de la ciencia ni los dogmas de la religión ni el externo culto de las iglesias son poderosos a extirparla de la intimidad del hombre, por mucho que en ello se empeñen científicos y teólogos. Movido de esta percepción interna de la infinita e impersonal Divinidad, exclamó Gautama el Buddha, el Cristo de la India:

Así como los afluentes del Ganges pierden el nombre en cuanto sus aguas se juntan con las del río sagrado, así también cuantos creen en el Buddha dejan de ser al punto brahmanes, kshatriyas, vaisyas y sudras.

El *Antiguo Testamento* es una recopilación de tradiciones orales cuyo verdadero significado no conocieron jamás las masas populares de Israel, porque Moisés recibió la orden de no comunicar las «verdades ocultas» más que a los setenta ancianos en quienes el «Señor» infundió el espíritu del legislador hebreo.

Maimónides, cuya autoridad y erudición en historia sagrada no cabe recusar, dice a este propósito que «quienquiera descubra de por sí o con auxilio de otro el *verdadero significado del Génesis*, guárdese de divulgarlo, y cuando hable de ello sea obscura y enigmáticamente». Esto mismo declaran otros autores hebreos, como, por ejemplo, Josefo, quien dice que Moisés escribió el *Génesis* en estilo alegórico y figurado. Así resulta la ciencia cómplice del fanatismo clerical en consentir que la cristiandad en peso creyera en la letra muerta de la teología hebrea, sin cuidarse de interpretarla rectamente. No hay derecho para poner en ridículo el pensamiento de quienes compilaron las *Escrituras* muy ajenos a la errónea interpretación que con el tiempo habían de recibir. Triste distintivo del cristianismo es que haya revuelto los textos bíblicos contra sus propios autores, presentándolos como enemigos de la verdad. Los dioses existen –exclama Epicuro– aunque no son lo que el vulgo (*πολλοί*) cree». Y sin embargo, los críticos superficiales califican a Epicuro de materialista.

Pero ni la Causa primera ni el humano espíritu emanado de ella han quedado sin testimonio. Los fenómenos hipnóticos por una parte y los espiritistas por otra atestiguan las eternas verdades espirituales, obscurecidas paulatinamente desde que las brutales persecuciones de Constantino y Justiniano engendraron la ignorancia y fanatismo clerical. Las obras pitagóricas que daban el «conocimiento de las cosas que son»; el vastísimo saber de los agnósticos; las enseñanzas de los filósofos antiguos, todo fue pasto

de las llamas como nefando engendro del anticristiano paganismo. El reinado de la sabiduría acabó con la huída de los últimos neoplatónicos, Hermias, Prisciano, Diógenes, Eulalio, Damascio, Simplicio e Isidoro, que escaparon a Persia para eludir la persecución de Justiniano. Durante siglos quedaron en olvido y menosprecio los libros de Toth (Hermes Trismegisto) cuyas sagradas páginas encierran la historia espiritual y material de la creación y del progreso del mundo, porque no hubo en la Europa cristiana quien los interpretara con acierto. Ya no existían los filaleteos (amantes de la verdad) y ocupaban su lugar los monjes de la Roma pontificia que repugnan toda verdad contraria en lo más mínimo al dogma religioso.

En cuanto a los escépticos, oigamos lo que de ellos dice Wilder:

Un siglo ha transcurrido desde que los enciclopedistas franceses inocularon el escepticismo en la sangre del mundo civilizado apartándole de toda creencia no demostrable en las retortas de laboratorio o por razonamientos críticos. Aun hoy día se necesita tanta candidez como atrevimiento para tratar asuntos tenidos durante siglos en olvido y menosprecio por falta de acertada comprensión. Atrevido ha de ser en efecto quien, juzgando la filosofía hermética como algo más que un remedo de ciencia, reclame para su estudio los auxilios de una paciente investigación. Sin embargo, los profesores de esta ciencia descollaron en otro tiempo de entre el común de los hombres y fueron los príncipes del saber humano. Por otra parte, nada de cuanto los hombres creyeron sinceramente merece menosprecio, pues sólo son capaces de menospreciarlo los ignorantes y ruines (NOTA: Wilder: *Neoplatonismo y alquimia*. FINAL NOTA).

Animados ahora por esta opinión de un científico ni fanático ni conservador, relataremos algo de lo que presenciaron en el Tíbet y la India los viajeros, y guardan los naturales celosamente como evidentes pruebas de las verdades filosóficas y científicas heredadas de sus antepasados.

En primer lugar examinaremos aquel notable fenómeno de que en los templos del Tíbet fueron testigos presenciales (NOTA: *Por razones fáciles de comprender recusamos en este punto el testimonio de los misioneros católicos*. FINAL NOTA). Oigamos a un escéptico científico florentino, correspondiente del Instituto de Francia, que logró entrar a favor de un disfraz en el recinto sagrado de una pagoda, mientras se celebraba la más solemne ceremonia de aquel culto. Dice así:

Había en el recinto un altar dispuesto para recibir a un niño recién nacido que, según juzgaban por ciertos signos secretos los sacerdotes iniciados, era una reencarnación de Buda. En presencia de los fieles colocan los sacerdotes al niño sobre el altar y al punto yergue el cuerpo, se sienta en el ara y con varonil y robusta voz exclama: «Soy el espíritu de Buda; soy vuestro Dalai-Lama que abandoné mi decrepito cuerpo en el templo de... y escogí el cuerpo de este niño para morar de nuevo en la tierra». Los sacerdotes permitieron que con el debido respeto tomara al niño en mis brazos y me lo llevara hasta suficiente distancia de ellos para convencerme de que no se habían valido de ningún artificio de ventriloquia. El niño me miró gravemente con estremecedora mirada y repitió las mismas palabras.

El científico florentino envió al Instituto un autorizado relato de este suceso; pero los individuos de dicha corporación, lejos de reconocer la veracidad del testimonio, dijeron que en aquella circunstancia estaría el científico atacado de *insolación* o habría sido víctima de alguna ilusión acústica.

Este hecho de la reencarnación de Buda es en extremo raro, pues sólo sucede muy de tarde en tarde, a la muerte del Dalai-Lama cuya dilatada vida es proverbial entre los tibetanos. Por esta razón dice un texto chino:

Es tan difícil encontrar un Buddha como las flores del Udumbara y del Palâsa (NOTA: Traducción francesa de las escrituras chinas por Estanislao Julien. FINAL NOTA).

El abate Huc, cuyos viajes por la China y el Tíbet son tan conocidos, relata asimismo el hecho del renacimiento de Buda, con la curiosa circunstancia de que el niño-oráculo demostró plenamente ser un alma vieja en cuerpo joven, por cuanto a cuantos le conocieron en su anterior existencia les dió exactos pormenores de ella (NOTA: Conviene advertir que al ocuparse Des Mousseaux en este fenómeno cuya causa atribuye, por supuesto, al diablo, niega confianza al abate Huc por haberle sido retiradas las licencias. Sin embargo, esta circunstancia presta en nuestro humilde concepto mayor autoridad al relato del abate. FINAL NOTA).

Si este prodigioso caso fuese el único de su índole habría fundamento para repudiarlo; pero, por el contrario, los hubo y los hay tan semejantes como el niño de quince meses (NOTA: Dubois: *Historia de los profetas camisardos de 1707*. FINAL NOTA) que «hablaba en correcto francés cual si tuviera a Dios en los labios» y los niños de Cevennes cuyos proféticos discursos atestiguaron los más ilustres sabios de Francia; y en nuestros propios tiempos el recién nacido de Saar Louis (Francia) que después de profetizar con voz clara y distinta los sangrientos sucesos históricos de 1876, quedó muerto en el acto (NOTA: Tomamos este caso del *Lloyd's Weekly Newspaper* (Semanario de Loyd) correspondiente a Marzo de 1875, que lo refiere como sigue: «Inmediatamente después de dar a luz se metió la madre en cama mientras que la comadrona elogiaba la robustez de la criatura y los amigos de la familia colmaban de enhorabuenas al padre. En esto se le ocurrió a uno de los presentes preguntar qué hora era, cuando con el consiguiente pasmo oyeron todos que el recién nacido respondía con voz inconfundible: «¡las dos!»». Quedáronse los circunstantes mirando absortos a la criatura y su pasmo se convirtió en estupor al ver que abriendo desmesuradamente los ojos decía: «He sido enviado al mundo para pronosticaros que el año 1875 lo será de bienes, pero el de 1876 de sangre». Dicho esto volvióse de costado y expiró a la media hora de haber nacido. No sabemos si el caso tuvo confirmación oficial, pero desde luego no cabe pensar que se la diese el clero, pues no hubiera allegado de él honra ni provecho. Pero aunque el semanario que relata el caso no responda de su autenticidad, los sucesos se acomodaron en un todo al vaticinio, pues en los principados balcánicos las matanzas de cristianos por mano del fanatismo musulmán fueron tan horribles como las de indios americanos al furor del fanatismo católico y las de asiáticos al empuje de los anglicanos que cruzando lagos de sangre llegaron a Delhi. FINAL NOTA), y el niño Jenken que a los tres meses dió muestras de admirable precocidad mediumnímica (NOTA: Nació este niño en Londres (1873) Y fueron sus padres el abogado H.D. Jencken miembro del Instituto Real y la famosa médium Catalina Fox. Poco antes de cumplir los tres meses se oían golpes en la cuna y también los recibía su padre mientras en ausencia de la madre se ponía al niño sobre las rodillas. A los cinco meses dió por su propia mano una comunicación escrita de veinte palabras, sin firma, en presencia de un procurador de Liverpool llamado Wason, quien con la madre y la nodriza atestiguaron el hecho en un documento publicado en el periódico *Medium and Daybreak* (8 de Mayo de 1874). La categoría profesional y científica del abogado Jencken aleja toda sospecha de fraude é impostura, y por otra parte su calidad de miembro del Instituto Real daba a esta corporación propicia coyuntura de examinar y exponer su juicio acerca de un fenómeno psíquico cuya índole desdeñaron investigar. FINAL NOTA).

A la par que otros viajeros, el abate Huc describe el maravilloso árbol del Tíbet llamado *kunbum*, como sigue: «Todas las hojas de este árbol llevan escrita una máxima religiosa en caracteres sagrados, de tan acabada hechura, que no los trazarían mejores en la tipografía de Didot. Las hojas a punto de abrirse tienen ya a medio formar los admirables caracteres de este árbol único en su especie. Pero en la corteza de las ramas aparecen también otros caracteres y otros nuevos en las capas inferiores, de suerte que cada una de estas

capas superpuestas ofrece un tipo distinto sin que sea posible ni el más leve asomo de impostura». Este árbol no medra en ninguna otra latitud, pues ha fracasado todo intento de aclimatación, ni tampoco puede reproducirse por vástagos. Dice la leyenda que brotó de la cabellera del Lama Son-Ka-pa, una de las reencarnaciones de Buda. Añadiremos al relato del abate Huc que los caracteres trazados por la naturaleza en las diversas partes. del *kunbum* están compuestos en lengua senzar o idioma del sol (sánscrito antiguo) y relatan la historia de la creación y entrañan lo más substancial de la doctrina budista. Bajo este aspecto hay la misma relación entre los caracteres del *kunbum* y el budismo, que entre las pinturas del templo de Dendera y la religión faraónica.

Carpenter, presidente de la Sociedad Británica, dió en Manchéster una conferencia sobre el antiguo Egipto en la que consideraba el *Génesis* como expresión de las primitivas creencias hebreas, derivadas de dichas pinturas entre las cuales convivieron. Sin embargo, nada dice acerca de si las pinturas de Dendera y, por lo tanto, el relato mosaico, son alegoría o narración histórica. No se concibe que un egiptólogo como Carpenter, sin más fuente de estudio que una superficial investigación del asunto, se atreva a sostener que los antiguos egipcios tuvieron de la creación del mundo el mismo concepto ridículo que los primitivos teólogos cristianos. Aunque las pinturas de Dendera alegoricen las enseñanzas cosmogónicas de los antiguos egipcios, ¿qué sabe él si la escena de la creación se supone ocurrida en seis minutos o en seis millones de años? Lo mismo puede expresar alegóricamente seis épocas indefinidas (evos) que seis días. Por otra parte, los *Libros de Hermes* no son explícitos en este punto; pero el Avesta declara terminantemente seis períodos de miles de años cada uno. Los jeroglíficos egipcios rebaten la teoría de Carpenter, según demuestran las investigaciones de Champollion, quien ha vindicado a los antiguos en muchas ocasiones. De todo esto inferirá el lector que a la filosofía egipcia se le achacan equivocadamente tan groseras especulaciones, pues la cosmogonía de los hebreos consideraba al hombre como resultado de la evolución en prolongadísimos ciclos. Pero volvamos a las maravillas del Tíbet.

Describe el abate Huc una pintura que se conserva en cierta lamasería y bien puede clasificarse entre las más admirables que en aquel país existen. Es una tela sin el más insignificante mecanismo (según puede comprobar a su sabor el visitante), que representa un paisaje de luna en que la figura de este astro reproduce el mismo aspecto, movimientos y fases del natural con tan pasmosa exactitud que sale, brilla tras las nubes, se pone y es, en suma, el más fiel trasunto de la pálida reina de la noche a que tanta gente adoraba en pasadas épocas.

En otros puntos del Tíbet y en el Japón hay pinturas análogas que representan el aparente movimiento del sol; y en verdad que si alguno de nuestros infatuados académicos las viera, no se atrevería a declarar la verdad del caso a sus colegas, temeroso de que le arrojaran del sillón por farsante o lunático (NOTA: Esto nos recuerda la anécdota que de Tycho-Brahe refiere Humboldt, como sigue: «Una noche estaba el insigne astrónomo danés contemplando, según su costumbre, la bóveda celeste, cuando con indecible asombro vió brillar, cerca de la constelación de Casiopea, una radiante estrella de extraordinaria magnitud. No supo el astrónomo si dar crédito a sus propios ojos, hasta que algún tiempo después se enteró de que las gentes del pueblo habían echado de ver una insólita aparición en el cielo, de lo que tomaron pretexto los periódicos y el público para zaherir a los astrónomos que ya en anteriores ocasiones no acertaron a predecirla aparición de los cometas» (Humboldt: *Cosmos*, III, parte 1, pág. 168). FINAL NOTA).

Ya en muy remotos tiempos se les reconocieron a los brahmanes profundos conocimientos en artes mágicas. Desde Pitágoras que aprendió en la escuela de los gimnósofos y Plotino que fue iniciado en los misterios del Yoga (NOTA: *Unión del Yo con la Divinidad por medio de la contemplación abstracta*. FINAL NOTA) hasta los adeptos de hoy día, todos buscaron en la India las fuentes de la sabiduría oculta. A las

generaciones venideras corresponde restaurar esta capital verdad, que en nuestros tiempos está generalmente menospreciada como vil superstición.

Apenas tienen ni aun los más famosos orientalistas, noticias ciertas de la India, el Tíbet y la China, pues el más infatigable de todos ellos, Max Müller, confiesa que hasta hace cosa de un cuarto de siglo no había caído en manos de los investigadores europeos ni un solo documento auténtico de la religión budista, y que cincuenta años atrás no hubieran sido capaces los filólogos de traducir una línea siquiera de los *Vedas* induistas, del *Zend-Avesta* zoroastriano ni del *Tripitáka* budista, sin contar otros textos en diversos idiomas y dialectos orientales. Pero aun hoy mismo, los textos sagrados que andan en manos de los eruditos occidentales son ediciones fragmentarias en que no consta *absolutamente nada* de la literatura esotérica del budismo, pero que sin embargo van esclareciendo poco a poco las lobregueces del que Max Müller calificó de «yermo religioso donde los lamas hallarían su más solitario retiro» añadiendo que todo cuanto en el intrincado laberinto de las religiones del mundo parecía obscuro, erróneo o frívolo, empieza a variar de aspecto a los ojos de la investigación comparada. Dice a este propósito el ilustre sanscritista que los alborotados desvaríos de los yoguis indos y las desconcertadas blasfemias de los budistas chinos tienen deshonorosa traza para el nombre de religión; pero según el investigador adelanta por entre aquellas lóbregas galerías vislumbra un tenue rayo de luz que promete disipar las tinieblas (NOTA: Max Müller: *Discurso sobre los Vedas.*— Como ejemplo de los muchos yerros en que cayeron los eruditos de la pasada generación al hablar de las religiones induista, budista y parsi, puede citarse el título de una obra publicada en 1828 por el profesor Dunbar tratando de demostrar nada menos que el *sánscrito derivaba del griego*. Decía así el título: *Examen de la estructura y afinidad de las lenguas griega y latina con eventuales comparaciones entre el sánscrito y el gótico y un apéndice para demostrar que el sánscrito deriva del griego. Por Jorge Dunbar, miembro de la sociedad Real de Edimburgo y catedrático de lengua griega en la universidad de Edimburgo (Diccionario clásico, IV, 107, 348)*. Si Max Müller hubiese vivido entonces con toda su actual erudición, de seguro que le habrían anatematizado los académicos por afirmar que la lengua sánscrita es la más antigua expresión del lenguaje ario y hermana mayor de las griega y latina. Acaso en el año 1976 se aplique el mismo razonamiento de Durban a los descubrimientos científicos que hoy se tienen por definitivos y concluyentes. FINAL NOTA). Tiempo vendrá en que cuanto hoy se califica de salvaje y pagana jerigonza, suministre la clave de todas las religiones, porque, como dice San Agustín, tantas veces citado por Max Müller, «no hay religión falsa que no contenga algo de verdad». Sin embargo, el obispo de Hipona tomó esta máxima de las obras de Amonio Saccas, el insigne maestro alejandrino apellidado *Theodidaktos* (aleccionado por Dios) que floreció unos 140 años antes de San Agustín. Consideraba Amonio Saccas a Jesús como un superhombre amigo de Dios, que jamás se propuso abolir la comunicación con los dioses y los espíritus, sino sencillamente perfeccionar las antiguas religiones, pues los sentimientos religiosos de las multitudes habían ido par a par con las enseñanzas de los filósofos, que los habían corrompido y extraviado con supersticiones, falsedades y conceptos puramente humanos, por lo que convenía devolver a las religiones su original pureza, expurgándolas de escorias y armonizándolas con la verdadera filosofía. Así es que, según Amonio Saccas, sólo se propuso Cristo restaurar íntegramente la sabiduría antigua.

Amonio fue el primero en enseñar que todas las religiones tenían por común fundamento la verdad contenida en los *Libros de Toth* o *Hermes* (NOTA: Dice Wilder en su obra: *Neoplatonismo y alquimia* que la palabra *Toth* significa *colegio*, por lo que no parece improbable que estos libros se llamaran así por ser una recopilación de las enseñanzas tradicionales en la comunidad o colegio sacerdotal de Menfis. El rabino Wise ha expuesto análoga opinión acerca de todos los pasajes que la Escritura hebrea pone en boca de Dios; pero los autores indos afirman que en el reinado de Kansa, la tribu sagrada de los yadus (¿judíos?) emigró de la India hacia occidente llevándose los cuatro Vedas. Ciertamente

hay notable semejanza entre las doctrinas filosóficas y creencias religiosas de los egipcios y los indos budistas, pero nada podemos asegurar respecto a la identidad de los libros herméticos y los *Vedas*. FINAL NOTA), de que Pitágoras y Platón derivaron su filosofía. Puso también Amonio de manifiesto la identidad entre las enseñanzas pitagóricas y las de los primitivos brahmanes recopiladas en los *Vedas*.

Se sabe positivamente que antes de pronunciar Pitágoras por vez primera en la corte del rey de los filisianos la palabra «filósofo», era idéntica la «doctrina secreta» en todos los países. Por lo tanto, hemos de buscar la verdad en los textos cuya antigüedad les salvó de adulteración, y compulsarlos con la Biblia hebrea para que los filósofos decidan con estricta imparcialidad exenta de prejuicios científicos y teológicos, si la *sruti* (revelación primitiva) está en los *Vedas* o en el *Antiguo Testamento* y cuál de ambas *Escrituras* es la *smriti* (tradición).

Orígenes (NOTA: *Contra Celso*. FINAL NOTA) dice que los brahmanes fueron siempre famosos por las maravillosas curas que realizaban por medio de palabras mágicas.

Lo mismo atestigua Leonardo de Vair, autor del siglo XVI, al decir: «Hay personas que mediante ciertas frases de *encanto*, andan con los pies desnudos sobre ascuas y sobre cuchillos de punta, de modo que, sosteniéndose con un solo dedo del pie, levantan en el aire a un hombre o muy pesados objetos. Asimismo doman caballos salvajes y toros furiosos con una sola palabra» (NOTA: Leonardo de Vair, I, II, cap. II; *La Magia en el siglo XIX*, pág. 332. FINAL NOTA). Estas opiniones están corroboradas en nuestros días por Orioli (NOTA: *Fatti relativi al mesmerismo*, págs. 88, 93; 1842. FINAL NOTA), miembro correspondiente del Instituto de Francia.

La mágica palabra por cuya virtud se operan tales maravillas está en los *mantras* (himnos) de los *Vedas*, según afirman algunos adeptos; pero aunque el testimonio humano demuestre la realidad de dicha palabra, a los eruditos les toca indagarla en los *Vedas*.

Parece que los misioneros jesuitas presenciaron muchas de estas operaciones mágicas a cuya referencia presta Baldinger entero crédito. Entre ellas se cuenta la llamada *tschamping* (NOTA: Palabra indica que los ingleses han convertido en *Shampooing*. FINAL NOTA) o manipulación del fuego, que los jesuitas aprendieron de los hechiceros indígenas, quienes la efectúan todavía con éxito (NOTA: Refiere Camerario en su obra: *Horæ subsceivæ*, que hubo un tiempo enconada porfía de «milagros» entre agustinos y jesuitas. Sobre esto disputaron en cierta ocasión los generales de ambas órdenes; y el de los jesuitas, que era tan ignorante como erudito el de los agustinos, pero que en compensación estaba muy versado en artes mágicas, propuso dirimir la contienda poniendo ambos a prueba la obediencia de sus respectivos súbditos. El general de los jesuitas mandó en consecuencia a un padre que le trajera al instante de la cocina y en sus propias manos unas cuantas ascuas a cuyo arrimo pudieran calentarse los demás. Obedeció el padre al punto y trajo un puñado de ascuas que sostuvo en ambas manos hasta que todos los presentes se hubieron calentado y en seguida las volvió a poner en el hogar de la cocina. El general de los agustinos se quedó corrido en presencia del fenómeno, porque ninguno de los suyos se atrevió a obedecerle en este particular, y así fue completo el triunfo de los jesuitas. FINAL NOTA).

Sin embargo, la misma operación llevan a cabo los médiums en estado de trance, según el respetabilísimo y fidedigno testimonio de lord Adair y S.C. Hall. Los espiritistas atribuirán el fenómeno a los espíritus; pero conviene advertir que ni los magos conscientes ni los inconscientes o juglares tienen necesidad de ponerse en trance para manipular el fuego y objetos candentes, mientras que los médiums no son capaces de la misma operación en estado de vigilia. Hemos visto a un juglar indo tener las manos sobre el fuego de un horno hasta quedar las brasas en ceniza. Durante la ceremonia religiosa de Siva-Râtri (víspera de Siva), cuando el pueblo pasa la noche en vela y oración, un juglar de raza tamil operó ante los sivaitas muy prodigiosos fenómenos con auxilio de un gnomo a que llaman *kutti*

sâttan (demonio chico); mas para que las gentes no pensaran que el gnomo le dominaba, como pretendía un misionero católico allí presente, quien aprovechó la oportunidad para decir a los espectadores que «aquel mísero pecador había vendido el alma al diablo», metió las manos en el fuego como en refrigerante baño, y dirigiendo la vista al misionero exclamó con arrogante voz: «Mi padre y mi abuelo tuvieron a este espíritu a sus órdenes y desde hace dos siglos es el servidor de mi estirpe. ¿Cómo queréis que las gentes le crean mi amo? Pero todos saben muy bien a qué atenerse». Dicho esto sacó las manos del fuego e hizo otras habilidades no menos sorprendentes.

Todos los europeos residentes en la India saben de oídas que algunos brahmanes poseen maravillosas facultades proféticas y clarividentes, no obstante de que esos mismos europeos al regresar a sus «civilizados países» asienten a las incrédulas burlas con que se reciben sus relatos y aun llegan a desmentir su veracidad. Porque los brahmanes a que nos referimos moran hacia las costas occidentales de la India, en apartados lugares o en recintos de población cuya entrada está prohibida a los europeos, quienes, por esta circunstancia, es muy raro que logren trabar amistad con los videntes. Se supone como causa de este apartamiento la escrupulosa observancia de las leyes de casta; pero estamos firmemente convencidos de que muy otro es el verdadero motivo, cuyo esclarecimiento tardará muchísimos años y tal vez siglos.

En cuanto a las castas inferiores o masas populares de la India, no tienen del diablo el concepto dominante entre los cristianos, a pesar de que tanto los misioneros católicos como los protestantes acusan a la plebe inda de estar vendida al «tradicional y astuto enemigo del género humano». Sin embargo, las gentes de la India creen en la existencia de espíritus benéficos y malignos, pero no adoran ni temen al diablo, pues su culto religioso se contrae en este punto a la práctica de ceremonias a propósito para ahuyentar a los espíritus terrestres (NOTA: Recuérdese que la autora da este nombre a los «moradores en el umbral», elementarios, larvas o entidades humanas de cuya personalidad se retiró el Ego.— *El Traductor*. FINAL NOTA), que les infunden más temor que los elementales. A tal propósito entonan himnos, tañen instrumentos y queman perfumes cuyas vibraciones y emanaciones son pernicioso ambiente para los elementarios. Estas prácticas datan de miles de años entre aquellas, gentes que las heredan y transmiten de generación en generación (NOTA: No es justo ridiculizar estas ceremonias, pues en el fondo no difieren de la seguida por aquel científico espiritista que aconsejaba poner en el dormitorio vitriolo y nitro pulverizado para ahuyentar a los espíritus malignos. (A esto podemos añadir que no es otro el simbolismo del incienso y de las aspersiones en las ceremonias de la iglesia católica, sobre todo cuando en la misa mayor incienso el celebrante el altar.— *N. del T*). FINAL NOTA); y para demostrar que el intento va dirigido contra las entidades elementarias, valga la consideración de que cuando una familia inda infiere de la conducta de alguno de sus individuos que al morir se ha convertido en larva o entidad elementaria (NOTA: En este caso particular los indos las llaman *Kanni* (vírgenes malas). FINAL NOTA), se esfuerzan en mantenerla propicia ofreciéndole tortas, frutas y los manjares de que más gustó en vida, pues conocen por experiencia cuán terrible es la persecución de estas entidades. Así es que, generalizando la práctica, depositan en los sepulcros o cerca de las urnas cinerarias de los malvados, diversidad de manjares y bebidas con intento de retenerlos en el lugar de su enterramiento o incineración, según el caso, e impedir con ello que regresen a sus hogares. Hasta hace unos quince años, en que fue prohibida por el gobierno, subsistió en la India la costumbre de amputar los pies a los ajusticiados, pues creía el vulgo que de este modo no podría el alma, del criminal cometer nuevas maldades.

Varios misioneros, entre ellos el reverendo Lewis (NOTA: *The Tinnevelly Shanars*, 43. FINAL NOTA), han referido circunstanciadamente este hecho, aunque, como de costumbre, lo achaquen todo a la adoración del diablo, cuando nada hay en ello que ni por asomo se le parezca.

Otra prueba de que los indos no adoran al diablo, es que carecen de palabra expresiva de este concepto, pues a las entidades elementarias suelen designarlas, según su índole, con los nombres de *púttâm* (fantasma persecutorio), *pey* (espectro) y *pishâcha* (duende). Los más temibles para los induistas son los *púttâm*, pues creen que vuelven a la tierra para atormentar a los vivos y frecuentan el lugar de su enterramiento o incineración. Los espíritus del fuego o espíritus de Siva son entre los indos lo mismo que los gnomos y las salamandras de los rosacruces y, como éstos, los representan en figura de enanos de cuerpo ígneo, que moran en los abismos terrestres y entre las llamas del fuego (NOTA: La entidad llamada *dewel* en Ceilán, está representada en figura de mujer robusta y sonriente, con chaqueta roja y gorguera de lienzo. FINAL NOTA).

Observa Warton muy acertadamente que los dragones de las leyendas y fábulas son de puro origen oriental, pues encontramos este elemento simbólico en todas las tradiciones de la época primieval. Pero en documento alguno aparece tan definido el dragón como en los textos budistas que nos hablan de las *nâgas* o sierpes regias que habitan en cavernas subterráneas (NOTA: Las mansiones a que se refieren Tiresias y otros adivinos griegos. FINAL NOTA), entre cuyas misteriosas tinieblas flota el espíritu adivinatorio (NOTA: Este es el origen del símbolo de la serpiente *Python* a que en la mitología griega da muerte Apolo. FINAL NOTA). Pero tampoco los budistas creen en el diablo según el concepto cristiano que lo considera como entidad distinta y enemiga eterna de Dios, sino que, análogamente a los induistas, admiten la existencia de entidades inferiores que vivieron en la tierra o en otros planetas, pero que todavía *no han transpuesto el reino humano*. En cuanto a los *nâgas* creen que han sido en la tierra *brujos de índole ruin* que comunican a los hombres perversos el poder de secar los frutos con su mirada y aun el de herir de muerte a cuantos ceden a su influencia. Por esto se dice que un cingalés tiene la *nâga* en el cuerpo cuando con la mirada es capaz de secar un árbol y matar a una persona. Vemos, en consecuencia, que los espíritus malignos no son para los budistas lo que el demonio para los cristianos, sino más bien la encarnación de los diversos vicios, crímenes y pasiones humanas. Los devas azules, verdes, amarillos y escarlatas que, según las creencias budistas moran en el monte Jugandere, son genios tutelares de tan benéfica índole algunos como las divinidades llamadas *natas*, en cuyo número también se entremezclan gigantes y genios maléficos que moran igualmente en dicho monte.

Según las enseñanzas budistas, los espíritus malignos eran seres humanos cuando la naturaleza produjo el sol, la luna y las estrellas, pero que al pecar perdieron su estado de felicidad. Si persisten en el pecado, se agrava su castigo, y de este linaje son los condenados; pero aquellos *demonios que mueren* para nacer o encarnar en cuerpo humano y no vuelven a pecar, alcanzan la felicidad celeste. Según observa Upham (NOTA: *Historia y doctrina del budismo*. FINAL NOTA) esta creencia demuestra que, para los budistas, todos los seres así humanos como divinos están sujetos a la ley de la transmigración, en correspondencia con los actos morales de cada cual, de donde se deriva un código de ética muy digno de llamar la atención del filósofo.

Creen los indos en la existencia de las entidades llamadas vampiros, y la misma creencia está generalizada entre los servíos y los húngaros. El famoso espiritista e hipnotizador francés Pierart expuso hace cosa de doce años en forma doctrinal esta opinión popular, diciendo que «no es tan inexplicable como parece el hecho de que un espectro se alimente de sangre humana como los vampiros, pues según saben los espiritistas, la bicorporeidad o desdoblamiento de la personalidad es prueba evidente de lo mucho que pueden hacer los espectros astrales en circunstancias favorables» (NOTA: Pierart: *Artículo sobre el Vampirismo*, publicado en la *Revista Espiritista*. FINAL NOTA).

Pero Pierart funda su teoría en la de los cabalistas, quienes llamaban *shadim* a las entidades de ínfimo orden espiritual. Dice Maimónides que las gentes de su país se veían forzadas a mantener íntimas relaciones con los difuntos en la fiesta de sangre que al efecto

celebraban, cavando un hoyo donde vertían *sangre fresca* para colocar encima una mesa por cuyo medio respondían los espíritus a todas las preguntas (NOTA: Maimónides: *Abodah Sarak*, 12 Absh, II Abth. FINAL NOTA).

Pierart se indigna contra la supersticiosa costumbre que tenía el clero de atravesar con un puntiagudo palitroque el corazón de todo cadáver sospechoso de vampirismo, pues mientras el cuerpo astral no se haya desprendido por completo del físico, hay probabilidad de que vuelvan a unirse en virtud de la atracción magnética entre ambos. Algunas veces el cuerpo astral está todavía a medio salir del físico que ofrece apariencias cadavéricas, y en este caso vuelve el astral bruscamente a su envoltura de carne, determinando la asfixia del aparente difunto; o si éste estuvo en vida muy apegado a la materia, se convertirá en vampiro que desde entonces vivirá bicorporalmente, alimentándose de la sangre que en cuerpo astral absorba de las personas vivientes, pues mientras no se rompa el lazo que lo mantiene al cuerpo físico, podrá vagar de un lado a otro en acecho de su presa. Añade Pierart que, según todos los indicios, esta entidad, por un misterioso e invisible nexo, que tal vez se descubra algún día, transmite el producto de la absorción al sepulto cadáver, con lo que perpetúa el estado cataléptico. Brierre de Boismont cita algunos ejemplos, indudablemente auténticos, de vampirismo, aunque los califica, sin fundamento, de alucinaciones. A propósito de este asunto dice un periódico francés:

Según recientes investigaciones, se sabe que, el año 1871, por instigación del clero fueron sometidos dos cadáveres al nefando tratamiento de la superstición popular...; ¡oh ciega preocupación!

Pero a esto replica Pierart con valiente lógica:

¿Ciega decís? Tanto como queráis. Pero ¿de dónde derivan estas preocupaciones? ¿Por qué se han perpetuado, en tantísimos países a través del tiempo? Después de la infinidad de casos de vampirismo tan a menudo observados, ¿cabe suponer que no tuvieron fundamento? De la nada no sale nada. Las creencias y costumbres dimanar de una causa originaria. Si nunca hubiese ocurrido que los espectros chuparan sangre humana hasta matar a la víctima por exterminación, nadie hubiera desenterrado cadáveres ni fuera posible encontrar, como se encontraron varias veces, cadáveres todavía con las carnes blandas, los ojos abiertos, la tez sonrosada, la boca y narices llenas de sangre que también manaba de las heridas que, por asesinato o ajusticiamiento, les produjeron la muerte (NOTA: Pierart: *Revista Espiritista*, IV, 104.– En la correspondencia particular del marqués de Argens se cita uno de los más notables casos de vampirismo. En la *Revue Britanique* (Marzo de 1837), el viajero inglés Pashley describe otros casos de que tuvo noticia en la isla de Candía. Otros casos análogos atestiguan el librepensador científico doctor Jobard en su obra. (Véanse: *Fenómenos de la magia superior*, 199). FINAL NOTA).

El obispo Huet dice por su parte:

No quiero examinar si los casos de vampirismo de que tanto se habla son auténticos o resultado de alguna superstición popular; pero como quiera que los atestiguan autores competentes y fidedignos, aparte de numerosos testigos oculares, no es prudente dirimir esta cuestión sin antes estudiar detenidamente sus términos (NOTA: *Huetiana*, 81. FINAL NOTA).

También Des Mousseaux trata de este particular, y después de tomarse la molestia de recoger materiales con que forjar su teoría demonológica, cita varios casos notables de vampirismo para atribuirlos en conclusión a las mañas del diablo infundido en los cadáveres de los cementerios para chupar la sangre de personas vivas. Sin embargo, nos parece que podemos explicar este fenómeno sin necesidad de que intervenga tan siniestro

personaje, pues bastan para substituirlo la multitud de concupiscentes pecadores de todo linaje, cuya malicia iguala, si no supera, a la achacada al diablo en los mejores días de su quimérica dominación. Lógico es creer en las apariciones espectrales de entidades psíquicas, pero no en la personificación del diablo, a quien nadie vió nunca.

De todos modos, la universalidad de la creencia en el vampirismo nos ofrece particularidades dignas de tenerse en cuenta. Los naturales de los países balcánicos y también los griegos dudarían antes de la existencia de los turcos, sus tradicionales enemigos, que de la de los vampiros, a quienes llaman *brucolák* o *vurdalak* y son huéspedes demasiado frecuentes del hogar eslavo. Autores prestigiosos por su integridad y talento confiesan que el vampirismo no es conseja ni superstición, sino hecho cierto cuya más valiosa prueba está en el testimonio unánime de pueblos sin enlace étnico que, no obstante, coinciden en la descripción de este fenómeno tanto como discrepan en los pormenores de otras creencias igualmente tachadas de supersticiosas.

El escéptico benedictino Dom Calmet, que floreció en el siglo XVIII, dice a este propósito:

Dos medios hay de extirpar la creencia en esos presuntos fantasmas... O bien *explicar* los fenómenos del vampirismo por medio de causas puramente físicas, o bien, y esto fuera lo más prudente, *negar* en absoluto semejantes relatos (NOTA: *Apariciones. París, 1751, II, 47.— Fenómenos de la magia superior, 195. FINAL NOTA*).

El primer medio, o sea la explicación del fenómeno por causas físicas, aunque desconocidas, lo empleó la escuela hipnótica de Pierart y no debieran acogerlo, hostilmente los espiritistas. El segundo medio es el seguido por los científicos escépticos que niegan rotundamente el hecho, con aplauso de Des Mousseaux, para quien no hay medio más expedito que la negativa ni que requiera menos saber.

Según refiere Dom Calmet, un pastor de Kodom (Baviera) se apareció varias veces a algunos vecinos del lugar en que había muerto; y ya fuese a consecuencia del susto recibido, ya por otra causa cualquiera, lo cierto es que todos cuantos vieron el espectro fallecieron a los pocos días. Escamados por ello los lugareños desenterraron el cadáver y lo clavaron en el suelo con una estaca que le atravesaba el corazón; pero aquella misma noche volvió a aparecerse el espectro, de cuya visión cayeron en congoja no pocos lugareños y se aterrorizaron todos. En vista de ello, el gobernador del distrito mandó que por mano del verdugo fuese quemado el cadáver, y en el acto de la quema echaron de ver cuantos se atrevieron a presenciarse que pateaba entre lágrimas y aullidos, como si estuviera vivo, y al clavarle con otras estacas sobre la hoguera, manó abundante sangre de las heridas. Desde entonces no volvió a verse el espectro.

Siempre que por mandamiento judicial se desenterraron los cadáveres de personas cuyos espectros veían las gentes, se observó que el cuerpo sospechoso de vampirismo estaba más bien como dormido que como muerto, y que todos los objetos de uso personal del difunto se movían por la casa sin que nadie los tocara. No obstante, en todos los casos se procedió con el más riguroso formulismo legal, y únicamente después de oír a los testigos, cuando los cadáveres presentaban señales inequívocas de vampirismo, los quemaba el verdugo.

Respecto a la naturaleza del fenómeno, dice Dom Calmet que la principal dificultad está en saber cómo los vampiros pueden salir del sepulcro y volver a él sin dejar señales de remoción en el enterramiento, aparte de que se aparecen con los mismos vestidos que llevaban en vida y se mueven y aun *comen* cual si estuvieran vivos. Añade el benedictino que si todo esto fuera ilusión de quienes aseguran haber visto los espectros, no se encontrarían los cadáveres enteros, bien conservados y rebosando sangre, ni, lo que es más concluyente, tendrían los *pies manchados de barro* después de su aparición, sin que nada de esto se note

en los demás cadáveres del mismo cementerio (NOTA: *Fenómenos de la magia superior. – Véase también el testimonio colectivo y jurado de estos fenómenos en el informe oficial sobre las profecías de los camisardos. H. Blanch 1859. Plon, París. FINAL NOTA*). Por otra parte, continúa Calmet, es muy significativo que una vez quemado el cadáver no vuelva a verse el espectro, y que estos casos ocurran *con tanta frecuencia en este país* que no sea posible desarraigar la superstición, sino, por el contrario, afirmarla más y más en las gentes (NOTA: *Dom Calmet: Apariciones, II, XLIV, 212. FINAL NOTA*).

La muerte aparente es un fenómeno de naturaleza desconocida que, por esta circunstancia, niegan de consuno fisiólogos y psicólogos. Consiste en que a veces está ya muerto el cuerpo físico sin que el astral se haya separado de él; pero si por lo malvado perdió el difunto su individualidad, irá el astral separándose poco a poco hasta desligarse por completo del organismo en descomposición. Así resulta que la verdadera muerte, o sea el definitivo abandono del cuerpo físico, no ocurre precisamente cuando la declaran médicos que no creen o no comprenden la verdadera naturaleza del espíritu.

Pierart opina que es muy arriesgado enterrar apresuradamente a los difuntos, aun cuando el cuerpo presente indicios de descomposición, y dice a este propósito que «cuando se entierra a un cataléptico en lugar fresco y seco, donde el aparente cadáver no sufra influencias morbosas, el cuerpo astral, envuelto en el doble etéreo, sale del sepulcro con objeto de alimentar al físico a expensas de las personas vivas. La asimilación se efectúa por un medio transmisor que algún día descubrirán las ciencias psicológicas» (NOTA: *Pierart: Revista Espiritista, IV, 104. FINAL NOTA*). Hay numerosos testimonios judiciales de la aparición de estos espectros vampíricos que chupaban la sangre de sus víctimas hasta matarlas por consunción. En consecuencia, no hay más remedio que o negar de plano estos fenómenos, según piadosamente aconseja Calmet, o admitir la única explicación que satisfactoriamente les cabe.

Dice Glanvil que «hombres tan eminentes como Enrique More aseveran que las almas de los difuntos actúan en vehículos etéreos, según opinaron los filósofos de la antigüedad» (NOTA: *Sadducismus Triumphatus, II, 70. FINAL NOTA*). Sobre este mismo particular observa el filósofo alemán Görres que «Dios no formó al hombre con cuerpo muerto, sino con organismo animado, lleno de vida y dispuesto a recibir el divino soplo por cuya virtud salió de las creadoras manos como doble obra maestra. El misterioso soplo penetró en la misma entraña de la vida orgánica del primer hombre (de la primera raza) y desde aquel instante quedaron unidos el *alma animal* procedente de la evolución terrena y el espíritu emanado del cielo» (NOTA: *Görres: Obras completas, III, cap. VII, pág. 132. FINAL NOTA*).

Des Mousseaux repudia esta doctrina por opuesta a la católica; pero esto no es obstáculo para que esclarezca con la luz de la lógica muchos enigmas psicológicos. El sol de la filosofía brilla para todos, y si a los católicos, que forman escasamente la séptima parte de la población total del globo, no les satisface dicha teoría, tal vez satisfaga a los millones de gentes que profesan otras religiones (NOTA: *Para que sirva de ejemplo citaremos un caso referido por testigos de insospechada fidedignidad. A principios del siglo actual, gobernaba la provincia rusa de *** un militar de sesenta años de edad y carácter maligno, tiránico, cruel y receloso, que ejercía despóticamente su autoridad sin otra ley que el antojo brutal de sus bajos instintos. Se enamoró el gobernador de una preciosa joven, hija de un oficial subalterno, y a pesar de que ya estaba prometida al elegido de su corazón, fueron tales las coacciones del gobernador, que el padre se la dió por esposa. Muy luego se le mudaron al gobernador los sentimientos, porque hostigado por los celos maltrataba de palabra y obra a su mujer y la tenía recluida semanas enteras en su aposento sin permitirle ver a nadie en su ausencia. Cayó enfermo el gobernador y, como presintiera su próximo fin, exigió de su esposa juramento de permanecer viuda so pena, si volvía a casarse, de que se levantaría del sepulcro para matarla. Muerto el gobernador y enterrado*

su cadáver en el cementerio, que caía a la otra margen del río, quedó la viuda libre de aquella pesadumbre y poco a poco fue venciendo el temor que las amenazas del difunto le causarían, hasta que cedió a las reiteradas instancias de su primer novio con quien concertaron las familias el matrimonio. La noche de los esponsales, cuando ya se habían retirado los invitados, alborotaron la casa agudísimos gritos que salían del aposento de la novia. Acudieron los parientes y la encontraron desmayada en su propio lecho, a punto en que se oía el rodar de un coche por el patio. La joven tenía el cuerpo cubierto de cardenales y en el cuello se le pudo notar un ligerísimo pinchazo del que brotaban gotas de sangre. Al volver en sí declaró la viuda que su difunto marido se le había aparecido súbitamente en el aposento tal como era en vida, pero horriblemente pálido, y que después de echarle en cara su inconstancia la había cruelmente pellizcado. Nadie quiso creer este relato, pero al otro día el centinela del puente declaró que poco antes de media noche lo había cruzado con espantosa velocidad un carruaje negro con tiro de seis caballos sin que nadie respondiese a la voz de ¡alto! El nuevo gobernador de la ciudad, aunque dudaba de semejante aparición, puso dobles centinelas en el puente; pero no obstante se repitió el fenómeno noche tras noche, con la agravante de que la barrera del puente se levantaba por sí misma para dar paso al coche. Todas las mañanas aparecía la joven viuda con las mismas señales de maltrato, y no podían ni los criados ni su familia prevenir el accidente, porque se quedaban sumidos en sueño letárgico, así como también algunos sacerdotes que por encargo de la familia fueron a pasar la noche en oración. El mismo obispo de la diócesis fue en persona a exorcizar la casa, pero al día siguiente encontraron medio muerta a la pobre viuda. Alarmóse toda la ciudad por la persistencia del caso, y en vista de ello apostó el gobernador cincuenta cosacos a lo largo del puente con la rigurosa consigna de detener a toda costa el coche-fantasma. A la hora de costumbre se le oyó venir por el camino del cementerio. Adelantáronse entonces frente a la barrera el jefe de la patrulla y un sacerdote crucifijo en mano, gritando ambos a la par: «¡En nombre de Dios y del Czar!, ¿quién viene aquí?». En aquel punto asomóse a la ventanilla del coche la figura espectral del difunto gobernador y respondió: «¡El consejero de Estado y gobernador C...!». Inmediatamente el oficial, el sacerdote y los cosacos se vieron lanzados hacia atrás como a impulsos de una conmoción eléctrica y el fantástico vehículo cruzó veloz antes de que pudieran reponerse del insulto. Por último determinó el obispo valerse del procedimiento tradicional de exhumar el cadáver y clavarlo en el suelo por medio de una estaca que le atravesara el corazón. Llevóse a cabo la ceremonia con inusitada pompa religiosa en presencia de todo el pueblo, y según testigos oculares apareció el cadáver henchido de sangre que le rebosaba por la boca. Al clavar la estaca se oyó como una especie de gemido y la sangre manó en surtidor con violento ímpetu. El obispo rezó las preces del ritual exorcista y después volvieron a inhumar el cadáver. Desde entonces ya no se oyó hablar de este vampiro. No podemos determinar exactamente hasta qué punto desfiguró la tradición este relato; pero nosotros lo escuchamos de labios de un testigo presencial, y aun quedan en Rusia quienes recuerdan todas las circunstancias de tan espantoso caso. Respecto a los enterramientos de personas muertas en apariencia por catalepsia, no son raros los casos de que da cuenta la prensa de todos los países. El reverendo Haweis enumera en su obra: *Cenizas en cenizas*, escrita en defensa de la incineración, algunos casos de muerte aparente, y asegura que con frecuencia se hallaron, al remover los enterramientos, esqueletos cuya retorcida posición en el ataúd denotaba los desesperados esfuerzos del enterrado al volver en sí de la catalepsia. De los casos citados por Haweis entresacamos los siguientes: 1º En Bergerac (Dordogne), fue enterrado (1842) un sujeto después de tomar un narcótico que le produjo la muerte aparente, pero que los médicos la declararon real. Pasados unos días, los parientes abrieron la sepultura y notaron manifiestas señales de que el difunto había forcejeado por salir del ataúd. 2º El periódico Sunday Times (30 de Diciembre de 1838), refiere que en el pueblo de Tonneins (Bajo Garona), mientras el sepulturero enterraba a un difunto, se oyó dentro del ataúd un leve ruido, por lo que echó

a correr asustado. La familia mandó destapar el ataúd y todos vieron con espanto que el cuerpo presentaba descompuesta la faz, crispadas las manos, retorcidos los miembros y el sudario hecho jirones. Era demasiado tarde. 3º *The Times* (Mayo de 1874) relata que la madre de una señora fallecida en apariencia poco después de su matrimonio, resolvió al cabo del año, cuando el viudo había contraído ya segundas nupcias, trasladar los restos de su hija a Marsella. Al destapar el ataúd se encontró a la infeliz mujer en posición encogida, el cabello en desorden y la mortaja hecha pedazos (Véase para más pormenores la obra de Walker: *Hechos observados en los cementerios*, págs. 84, 193 y sig). Más adelante volveremos a tratar de este asunto cuando examinemos los milagros de la Biblia. FINAL NOTA).

Volúmenes enteros podríamos llenar con la descripción de los fenómenos que ocurren entre los adeptos de todos los países; pero baste considerar los que guardan relación con los modernos fenómenos oficialmente atestiguados.

Horst trató de dar idea de algunas entidades espirituales de la religión persa; pero no logró su intento por lo muy embrollado de la nomenclatura, en que figuran las numerosas clases de devas, los darvandas, sadimos, dijinos, duendes, elfos, etc., aparte de los serafines, querubines, iredas, amashpendas, sefirotos, malaquimes y elohimes de la religión judía, con los millones de entidades astrales y elementarias, espíritus intermedios y seres quiméricos de toda clase y coloración (NOTA: Horst: *Zauber Bibliothek*, V, 52. FINAL NOTA).

Sin embargo, la mayoría de estas entidades nada tienen que ver con los fenómenos deliberada y conscientemente producidos por los magos orientales que protestan contra la imputación de hechiceros, pues estos reciben ayuda de las entidades elementales y elementarias sobre las que el adepto tiene ¡limitado poder, aunque raras veces hace uso de él, ya que en los fenómenos psíquicos le sirven los espíritus de la naturaleza, no como inteligencias, sino como *fuerzas* sumisas y obedientes.

En corroboración de nuestros asertos transcribiremos el juicio que respecto de los fenómenos en general y de los médiums en particular expuso en *El Herald* de Boston un articulista, engañado por impostores sin conciencia. Dice así:

El médium de nuestros días tiene mucha más analogía con el hechicero medioeval que con ninguna otra modalidad del arte mágico, pues como luego veremos no difiere mucho de sus peculiares características. En 1615 una delegación de la compañía de Indias fue a cumplimentar al emperador Jehangire, y en aquella coyuntura presenciaron fenómenos tan prodigiosos que apenas creían lo que veían, ni remotamente siquiera acertaban a explicárselo. Una tropa de hechiceros y prestidigitadores bengaleses lucía sus habilidades ante el emperador, cuando éste les pidió que plantasen en el suelo diez simientes de morera, de modo que brotaran los árboles. Así lo hicieron los hechiceros con maravilla de todos los circunstantes que, sin apartar los ojos del sitio, vieron como aparecían los cotiledones y después los tallos, que en pocos minutos crecieron rápidamente hasta dar ramas, yemas, hojas, flores y frutos de exquisito sabor. De la propia suerte medraron una higuera, un almendro, un mango y un nogal con sus respectivos frutos. Pero no pararon aquí los prodigios, porque las ramas de todos aquellos árboles se vieron a poco pobladas de aves de hermoso plumaje que de una a otra saltaban cantando melódicamente hasta que al cabo de una hora se desvaneció todo aquel encanto sin dejar la señal más leve.

Otro hechicero llevaba un arco y cincuenta flechas con punta de acero. Disparó una y ¡oh maravilla! quedó como clavada en el aire a considerable altura, y las que sucesivamente disparó fueron clavándose en la varilla de la precedente, formando una cadena de flechas, hasta que la última deshizo el enlace y cayeron todas una tras otra.

Después levantaron los bengaleses dos tiendas iguales frente por frente a la distancia de un tiro de flecha. Los circunstantes examinaron a su sabor ambas tiendas para convencerse de que no había nadie en ellas, y después les invitaron los bengaleses a decir qué clase

de cuadrúpedos o aves querían que saliesen de las tiendas para combatir en el espacio intermedio. El emperador respondió con aire de incredulidad que le gustaría ver una pelea de avestruces, y a los pocos momentos salieron dos de estas zancudas, una de cada tienda, y tan encarnizadamente se acometieron que muy luego corrió la sangre en abundancia, aunque sin declararse la victoria por ninguno de los avestruces, pues eran muy iguales en ardor y denuedo. Por último los mismos encantadores separaron a los combatientes y los condujeron al interior de las tiendas. No satisfechos con esto, los hechiceros cumplieron el deseo de cuantos espectadores les pedían la salida de aves y cuadrúpedos.

Consistió otro prodigio en que trajeron un gran caldero lleno de arroz, que se coció sin lumbre alguna, y de él se colmaron un centenar de fuentes con una ave asada por remate. Los fakires subalternos llevan hoy a cabo el mismo fenómeno aunque en menores proporciones. Pero nos falta espacio para demostrar cómo la actuación de los médiums contemporáneos es mezquina y endeble si se compara con la de los hechiceros y encantadores de Oriente. No hay en las manifestaciones mediumnámicas ni una sola modalidad que no haya tenido y tenga reduplicada ventaja en las de los habilísimos manipuladores cuyas virtudes mágicas no cabe poner en duda.

No es cierto que los fakires y prestidigitadores indos recaben siempre el auxilio de los espíritus, pues si bien a veces evocan religiosamente a los pitris (antepasados) y otros espíritus puros (NOTA: Ejemplo de estas evocaciones son la que, según describe Jacolliot, efectuó el fakir Kovindswami en su presencia, cuando los circunstantes desearon manifestaciones verdaderamente espirituales. FINAL NOTA), en cambio hay muchísimos fenómenos debidos tan sólo a la voluntad del fakir (NOTA: No obstante la mísera condición de algunos de estos fakires, suelen ser iniciados de los templos y tan concededores del ocultismo como los fakires ricos. FINAL NOTA).

Los caldeos, a quienes Cicerón diputa por los más antiguos magos del mundo, fundaban la magia en las internas facultades anímicas del hombre y en el conocimiento de las propiedades secretas de minerales, vegetales y animales con cuyo auxilio llevaban a cabo asombrosos prodigios. La magia era entre los caldeos equivalente a religión o ciencia; pero los Padres de la Iglesia y otros expositores adulteraron los mitos mazdeístas en la repulsiva forma descrita por autores ultramontanos, como Des Mousseaux, quien afirma en una de sus obras la existencia de los demonios incubos y súcubos de la Edad Media, cuya abominable superstición, engendrada por el fanatismo epiléptico, tantas vidas humanas costó en aquella época. Estas quimeras no pueden tener realidad objetiva ni cabe atribuirles a la perversidad del diablo, so pena de suponer blasfemamente que Dios permite las malignidades del demonio.

En último término, la autenticidad de los fenómenos del vampirismo está apoyada en dos proposiciones fundamentales de la psicología esotérica, conviene a saber:

1ª El cuerpo astral es un vehículo o entidad distinta y completamente separable del Ego, de modo que puede moverse a gran distancia del cuerpo físico sin que se rompa el hilo de la vida.

2ª Mientras el cuerpo físico no muera del todo y pueda volver a infundirse en él su habitador, le será fácil a éste abstraer del aparente cadáver los elementos suficientes para materializar en lo posible su cuerpo astral y manifestarse en forma casi terrena. Pero hay muchísima distancia de estos lógicos conceptos a la sacrílega y mentecata creencia sostenida por Des Mousseaux y De Mirville, de que el diablo asume figuras de lobo, serpiente y perro para satisfacer su lujuria y procrear monstruos, atribuyéndole potestad equivalente a la de Dios. Estas supersticiones encubren gérmenes de demonolatría, y si la iglesia católica las admite como dogma de fe que sus misioneros enseñan, no ha de escandalizarse de que algunas sectas parsis e induistas tributen culto al demonio (NOTA: Este culto tiene su explicación en el siguiente proverbio de los vezidas de la India: «Hazte

amigo de los demonios; dales tu hacienda y tu sangre y préstales tus servicios. No tengas miedo de Dios, porque *no te dañará*». Precisamente aquí vemos la prueba de la reverente fe de este pueblo indo en el Ser supremo, pues creen lógicamente que el Autor del universo y de sus leyes no es capaz de dañarles; pero que, en cambio, pueden recibir daño de los demonios, que son *imperfectos*, y conviene, por lo tanto, tenerlos propicio. FINAL NOTA).

De consiguiente, el diablo y sus metamorfosis son pura quimera, y quien imagine verle y oírle, oye y ve el eco y reflejo de su perversa, depravada e impura naturaleza inferior. Como quiera que cada cosa atrae a su semejante, el cuerpo astral atraerá (cuando durante las horas de sueño se separe del cuerpo físico) entidades de condición análoga a los pensamientos, obras y trabajos de aquel día. De aquí la índole brutal y siniestra de unos ensueños al paso que otros son placenteros y agradables. Según el temperamento religioso de la persona que tuvo el mal ensueño, acudirá presurosa al confesionario o se reirá de ello con la mayor indiferencia. En el primer caso se le promete la salvación eterna mediante la compra de unas cuantas indulgencias o de algunos años de purgatorio. Pero ¿qué importa? ¿No está seguro el creyente de su inmortalidad? Ahuyentemos al diablo con el hisopo, la campanilla y el misal. Sin embargo, el diablo vuelve a la carga y el sincero creyente pierde la fe en Dios al ver que el diablo le aventaja en poderío, y al diablo se entrega por completo. Al morir, ya explicamos en capítulos precedentes cuáles son las consecuencias.

Ennemoser ha expresado acabadamente este concepto en el siguiente pasaje:

La religión no está en Europa y China tan profundamente arraigada como en la India... El espíritu de los griegos y persas era más voluble... El concepto filosófico de los principios de bien y del mal, así como del mundo espiritual, contribuyó en la tradición a forjar figuras celestes e infernales horriblemente contorsionadas... En la India el fanatismo entusiasta forjaba estas visiones mucho más apaciblemente, pues el vidente *recibía de cerca la luz divina*, mientras que en los países occidentales, identificaba la visión con multitud de objetos exteriores. Así es que en estos países fueron más frecuentes los convulsionarios, porque la mente era menos vigorosa y sobre todo menos espiritual.

También influyen en estas diferencias las causas externas del medio ambiente, situación geográfica, género de vida y otras circunstancias artificiales. El género de vida ha sido muy variable en Occidente y, por lo tanto, excitó la actividad de los sentidos de modo que en los sueños se reflejó la vida externa... Así es que los espíritus asumen infinidad de formas e incitan a los hombres a satisfacer sus pasiones, mostrándoles los medios más a propósito para ello con toda clase de pormenores, lo cual *está muy por debajo* de las elevadas naturalezas de los iluminados de la India.

Purifique el estudiante de ocultismo su naturaleza inferior de modo que sus pensamientos sean tan elevados como los de los videntes indos, y podrá dormir tranquilamente sin que le molesten vampiros ni demonios íncubos o súcubos. En torno del dormido cuerpo del hombre puro, el espíritu inmortal se escuda contra las malignas asechanzas tan poderosamente como tras un muro de cristal.

Hæc murus æneus esto; nihil conscire sibi, nulla pallascere culpa.

CAPÍTULO XIII

ALQUIMISTA: Siempre hablas por enigmas. Dime si eres aquella fuente de que habla Bernardo Trevigán.

MERCURIO: No soy la fuente, sino el agua. La fuente me rodea.

SANDIVOGIO, *Nueva luz de Alquimia*

Todo cuanto nos vanagloriamos de hacer es descubrir los secretos del organismo humano, saber por qué las partes se osifican y la sangre se cuaja y aplicar continuos remedios contra los efectos del tiempo. Esto no es magia, sino el arte de curar debidamente comprendido.

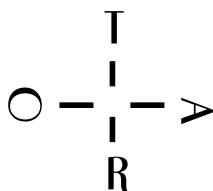
BULWER-LYTTON

Contempla, ¡oh guerrero! La roja cruz señala la tumba del poderoso muerto. Dentro arde maravillosa luz que ahuyenta a los espíritus de tinieblas. Esta lámpara arderá sin consumirse hasta que se haya cumplido la eterna sentencia... No hay llama terrena que tan brillante arda.

WALTER SCOTT

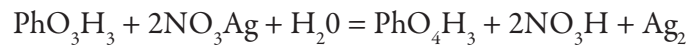
Hay gentes incapaces de apreciar la grandeza mental de los antiguos, aun en lo referente a las ciencias físicas, por más que se les demuestre con toda evidencia su profundo saber y admirables descubrimientos. A pesar de que la experiencia de insospechados inventos les debiera haber hecho más cautos, persisten en negar y, lo que todavía es peor, en ridiculizar cuanto no pueden probar. Así, por ejemplo, se burlarán de la eficacia de los talismanes y no sólo les parecerá incomprensible que los siete Espíritus del Apocalipsis simbolicen las siete ocultas potestades de la naturaleza, sino que se reirán convulsivamente si algún mago promete obrar prodigios mediante ciertos ritos cabalísticos. No conciben que nadie dotado de buen juicio atribuya secretas virtudes a una figura geométrica trazada en un papel o grabada en un pedazo de metal ú otra materia. Pero quienes se tomaron el trabajo de informarse de estos particulares saben que los antiguos llevaron a cabo notables descubrimientos en ciencias psíquicas y físicas, dejando poco por descubrir en sus investigaciones.

Por nuestra parte, cuando vemos que el pentáculo sintetiza una profunda verdad de la naturaleza, nos parece tan apropiada representación como en su caso las figuras de Euclides o las notaciones químicas. El profano tendrá por absurdo que la fórmula N_2CO_3 simbolice el carbonato sódico y la C_2H_6O el alcohol. Los alquimistas simbolizaban el *Azoth* o principio creador de la naturaleza (luz astral) en la figura



que abarca tres conceptos: 1º, la hipótesis divina; 2º, la síntesis filosófica; 3º, la síntesis física; lo que tanto vale: una creencia, una idea y una fuerza. Pero si este símbolo les parece estrambótico a los científicos, en cambio tienen por muy natural que la química

moderna exprese, por ejemplo, la reacción del ácido fosforoso con el nitrato argéntico, en la fórmula siguiente:



Si al profano se le puede dispensar que se quede con la boca abierta ante este abracadabra químico, bien valdría que los científicos reprimiesen la risa hasta conocer el significado filosófico del simbolismo antiguo. Al menos habrían de evitar la ridiculez en que incurrió De Mirville al confundir el *Azoth* de los herméticos con el ázoe de los químicos, diciendo muy formalmente que aquellos adoraban al gas nitrógeno (NOTA: Eliphaz Levi: *La ciencia de los espíritus*. FINAL NOTA).

Si ponemos un trozo de acero en contacto con un imán natural quedará imanado de modo que sin alteración de peso ni mudanza de aspecto comunique la imanación a otro pedazo de acero, porque en su masa habrá penetrado una de las más sutiles fuerzas de la naturaleza. De la propia suerte un talismán, que intrínsecamente es tan sólo un trozo de metal, un pedazo de papel o un fragmento de cualquier otra materia, recibe la influencia del imán superior a todos los imanes, de la voluntad humana, con energía para el bien o para el mal de tan reales efectos como la propiedad adquirida por el acero en su contacto con el imán natural. Dejad que el sabueso olfatee una prenda de ropa perteneciente a un fugado y seguirá su rastro a través de las quebraduras del terreno hasta descubrirle en el paraje donde se oculte. Dad al psicómetra un manuscrito por antiguo que sea y os describirá el carácter del autor y aun tal vez sus rasgos fisonómicos. Entregad al clarividente un rizo de pelo o cualquier objeto de la persona de quien se deseen informes, y podrá por virtud de la simpatía establecida seguir las huellas del ausente durante toda su vida.

Saben los ganaderos que las reses jóvenes no deben juntarse con las viejas y los médicos expertos prohíben a los padres dormir con sus hijos. Cuando David era de edad proveya y se hallaba extenuado y débil, cobró nuevas fuerzas por el vigor de la doncella Ábigail que compartía su lecho. La difunta emperatriz de Rusia, hermana de Guillermo I de Alemania, quedó tan débil en los últimos años de su vida que los médicos le aconsejaron formalmente que durmiese con una sana y robusta campesina. Según el doctor Kerner, la señora Hauffe, la vidente de Prevost, aseguraba que vivía gracias a las emanaciones magnéticas de las personas que la rodeaban. Esta vidente era sin duda un *vampiro* magnético que absorbía la vitalidad de cuantos eran lo suficientemente robustos para cedérsela en forma de *sangre volatilizada*. Kerner afirma que la sola presencia de la vidente de Prevost, avivaba las emanaciones magnéticas de los circunstantes, quienes se resentían de la pérdida de fuerzas.

Estos ejemplos de la transmisión fluídica de una a otra persona o a los objetos tocados por ellas, facilitan la comprensión de que concentrando la voluntad en un objeto adquiriera éste potencia benéfica o maligna, según el propósito del concentrador.

Las emánaciones magnéticas, inconscientemente producidas, quedan dominadas por otra de mayor intensidad y opuesto sentido; pero cuando la voluntad dirige conscientemente la fuerza magnética y la aplica a determinado punto, prevalece contra otra más intensa. El mismo efecto produce la humana voluntad en el *Ákâza*, con resultados físicamente objetivos (NOTA: *Cierta vez presenciarnos en Bengala un fenómeno comprobatorio del poder de la voluntad. Un mago hizo unos cuantos pases sobre una tapadera de estaño como si a puñados la impregnara de fluido. A los seis segundos la brillante superficie de la tapadera quedó cubierta de una especie de neblina y después aparecieron manchas oscuras hasta que al cabo de tres minutos vimos en la tapadera la fotografía del paisaje con todas sus líneas, colores y matices de pasmosa fidelidad. La impresión se mantuvo visible durante dos días hasta que poco a poco se fue desvaneciendo. Tiene este fenómeno su explicación en que la voluntad del mago condensó sobre la tapadera una película de *Ákâza* que sirvió de placa sensible a la influencia de la luz. FINAL NOTA) que se dilatan*

hasta la curación de las enfermedades por medio de objetos magnetizados puestos en contacto con el enfermo. Sin embargo, en nuestra época parece como si la erudición fuese compañera de mezquinas filosofías, y así vemos que psicólogos de la talla de Maudsley (NOTA: Véase su obra: *Cuerpo y mente*. FINAL NOTA) al relatar las maravillosas curas realizadas por el padre de Swedenborg (análogas a las mil que llevaron a cabo saludadores a quienes Maudsley llama fanáticos), se burla de la firmeza de su fe, sin detenerse a examinar si precisamente en la influencia de esta fe en las fuerzas ocultas estaba el secreto de su virtud saludadora.

Ciertamente no acertamos a ver que el moderno químico se diferencie en punto a facultades mágicas del teurgo antiguo sino en que, por conocer el dualismo de la naturaleza, disponía el segundo de un campo de observación doblemente vasto que el del primero. Los antiguos animaban las estatuas y los herméticos hacían visibles, en determinadas condiciones, los espíritus elementales en sus cuatro formas de gnomos, ondinas, sílfides y salamandras. De la combinación del oxígeno con el hidrógeno obtiene el químico agua cuyas diáfanas gotas sirven de ambiente a la vida orgánica y en cuyos intersticios moleculares se diluyen el calor, la electricidad y la luz lo mismo que en el cuerpo humano. Pero ¿de dónde dimana la vida atómica de la gota de agua?, ¿se han aniquilado las peculiares propiedades del oxígeno y del hidrógeno al transmutar su forma en la del agua? A esto responde la química moderna diciendo que ignora si los gases componentes del agua conservan o no su misma substancia en el compuesto, Y por lo tanto, bien podrían los científicos escépticos aplicarse lo que dice Maudsley de «permanecer tranquilamente resignados en la ignorancia hasta que brote la luz» (NOTA: Maudsley: *Límites de la investigación filosófica*. FINAL NOTA).

Los modernos investigadores tienen por patraña la aseveración de que Paracelso formó *homúnculos* mediante ciertas combinaciones desconocidas aún de las ciencias experimentales; pero aun suponiendo que Paracelso no los formara, se sabe que mil años atrás hubo adeptos versados en este linaje de magia que los formaron por análogos procedimientos a los que hoy emplean los químicos para producir animáculos.

Hace pocos años, el inglés Crosse llegó a obtener algunos acarias (NOTA: Para ello mezcló polvo de pedernal calentado al rojo con carbonato potásico y después de poner al fuego esta mezcla durante quince minutos, la vertió en un crisol de grafito colocado en horno de fragua. Pulverizada la mezcla cuando todavía estaba caliente, la hirvió en agua durante algunos minutos y luego la sobresaturó de ácido clorhídrico. Al cabo de veintiséis días de quedar sometida esta mixtura a una corriente voltaica, apareció un acario cuyo número llegó a cerca de cien en pocas semanas. Con igual resultado se repitió el experimento empleando otros ingredientes químicos. Un experimentador llamado Weeks produjo también acarias en el ferrocianuro potásico. Estos descubrimientos llamaron extraordinariamente la atención del mundo científico y no faltó quien acusara a Crosse de impiedad, pero él se defendió diciendo que en modo alguno pretendía crear seres orgánicos, puesto que *crear era formar algo de la nada* (*Scientific American*, 12 de Agosto de 1868). FINAL NOTA) y otro experimentador afirmaba la posibilidad de fecundar los huevos inertes por medio de una corriente de electricidad negativa que pase a su través.

A pesar de las contrarias opiniones, el fruto del amor que, según la Biblia, halló Rubén en el campo y excitó la imaginación de Raquel era la mandrágora cabalística (NOTA: Los versículos de la Biblia correspondientes a este pasaje son muy abstrusos en lo que atañe a su esotérico sentido. FINAL NOTA), que ofrece el aspecto de feto humano con cabeza, brazos y piernas, figuradas éstas por las raíces. Cree el vulgo que al arrancarla del suelo exhala un grito y esta superstición no carece de fundamento, pues en efecto, la substancia resinosa que cubre sus raíces produce al resquebrajarse por el arranque un sonido semejante al del grito humano (NOTA: Tiene la mandrágora propiedades ocultas

completamente desconocidas de los botánicos. El lector que desee estudiar más a fondo la conmutación de fuerzas y la analogía entre el principio vital de vegetales, animales y hombres, puede valerse provechosamente del folleto escrito sobre la correlación de las fuerzas nerviosas y mentales por Alejandro Bala catedrático de la Universidad de Aberdeen. FINAL NOTA). La mandrágora es la planta terrestre que parece formar el anillo de tránsito entre los reinos vegetal y animal, análogamente a lo que en la vida acuática sucede con los pólipos y zoófitos que confusamente participan de los caracteres del vegetal y del animal. A pesar de todo, tal vez haya quien no crea en la producción de homúnculos; pero ningún naturalista enterado de los progresos de las ciencias lo tendrá por imposible, pues, como dice Bain, nadie es capaz de limitar las posibilidades de la existencia.

Quedan todavía por escrutar muchos misterios de la naturaleza, y aun de aquellos que se presumen descubiertos, ni uno solo está perfectamente comprendido, pues no hay planta ni mineral cuyas propiedades todas conozcan los naturalistas. ¿Saben por ventura algo de la íntima naturaleza de los minerales y vegetales? ¿Están seguros de que además de sus descubiertas propiedades no haya otras ocultas en la constitución íntima de la planta o de la piedra, que únicamente se manifiesten en relación con otra planta o piedra de la manera que se llama «sobrenatural»? Sin embargo, los modernos escépticos desdeñan por absurdas las aseveraciones en que Plinio, Eliano y Diodoro de Sicilia, deslindando la verdad científica de la ficción supersticiosa, atribuyen a determinados vegetales y minerales virtudes desconocidas de los botánicos y mineralogistas contemporáneos.

Desde remotísimos tiempos se aplicaron los sabios a descubrir la naturaleza de la fuerza vital; pero a nuestro entender, tan sólo la doctrina secreta puede darnos la clave de este misterio. Las ciencias experimentales sólo ven cinco fuerzas en la naturaleza: una relativa a la masa y cuatro a la constitución molecular. En cambio los cabalistas reconocen *siete* fuerzas y en las dos adicionales subyace el secreto de la vida. Una de estas otras dos fuerzas es el espíritu inmortal invisiblemente reflejado en toda partícula de materia, así orgánica como inorgánica. En cuanto a la séptima fuerza, sólo cabe decirle al lector que procure descubrirla.

Sobre el particular dice Le Conte:

¿Cuál es la diferencia esencial entre un organismo vivo y un organismo muerto? En el orden físico-químico no echamos de ver *ninguna*, pues todas las fuerzas físicas y químicas entresacadas del común depósito para accionar el organismo vivo, subsisten en el muerto hasta la desintegración. Y sin embargo, la diferencia entre ambos es incalculable. ¿Qué fórmula tiene la ciencia experimental para expresar esta inmensa diferencia? ¿Qué se marchó del organismo y adónde fué? Algo hay aquí no averiguado todavía por la ciencia; y precisamente esto que del organismo vivo se escapa en el momento de la muerte es en su mas elevada significación la fuerza vital (NOTA: Le Conte: *Correlación entre las fuerzas físico-químicas y la fuerza vital*. FINAL NOTA).

Por imposible que le parezca a la ciencia explicar la naturaleza de la vida orgánica ni aun exponer una hipótesis razonable sobre ella, no hay tal imposibilidad para los adeptos y clarividentes, ni siquiera para quien, sin haber llegado a las alturas desde donde se contempla el universo visible reflejado como en límpido espejo en el invisible, tiene no obstante la divina *fe* arraigada en su íntimo sentido que le da el infalible convencimiento que no es capaz de darle la razón fría; porque entre las contradicciones de los falaces dogmas inventados por el hombre y la mutua repulsión de los sofismas teológicos con que cada credo rebate los argumentos del contrario, surge prevaleciente y triunfante la única verdad común a todas las religiones: Dios y el espíritu inmortal.

Por otra parte, también los irracionales alcanzan a percibir algo de lo que en la especie humana está reservado a los clarividentes. A este propósito hemos realizado numerosos

experimentos con gatos, perros, monos y cierta vez con un tigre domesticado, cuyas circunstancias no será ocioso referir. Un caballero indo, que residía por entonces en Dindigul y hoy en apartado lugar de las montañas del Ghaut occidental, hipnotizó intensamente un espejo mágico de figura redonda y luna relucientemente negra, y lo puso frente a la vista de un tigre que desde muy cachorro tenía domesticado y era tan sumiso y manso como un perro, hasta el punto de que los chiquillos le importunaban tirándole de las orejas sin más consecuencia que un quejumbroso gruñido. Pero al ponerle el espejo delante clavaba la vista en él como fascinado magnéticamente y daba frenéticos aullidos mientras en sus ojos se reflejaba el mismo terror que pudiera mover a un hombre, hasta dejarse caer por fin en el suelo presa de convulsivo terror, como si viese algo invisible para el ojo humano. Al apartar el espejo quedaba el tigre jadeante y caía en un estado de postración del que se recobraba pasadas dos horas. ¿Qué veía el tigre? ¿Qué fantástica visión del invisible mundo animal aterrorizaba a un bruto de índole naturalmente tan fiera? Quizás sólo pueda responder quien operó el fenómeno.

Los mismos efectos se observaron en una sesión espiritista a la que asistían varios mendicantes indos y un hechicero sirio semipagano, semicristiano, de Kunankulam. Éramos en suma nueve circunstancias, siete hombres y dos mujeres, indígena una de ellas. En el aposento estaba también el tigre del caso anterior, muy entretenido en roer un hueso, y además había un mono leonino de negro pelaje, perilla y patillas blancas y ojos chispeantes de penetrante mirada, en que se reflejaba la malicia cuya personificación poseía el ladino cuadrumano. Cerca de él se restregaba tranquilamente una oropéndola su dorada cola en una pértiga dispuesta junto al ventanal de la galería. La luz del día (NOTA: En la India no se efectúan las sesiones espiritistas a oscuras como en la América del Norte, ni se exige otra condición que completo silencio y perfecta armonía. FINAL NOTA) penetraba a raudales por las aberturas de la estancia, y de las selvas y bosques vecinos llegaba hasta nosotros el rumoroso eco de miríadas de insectos, aves y cuadrúpedos. Mas para no sofocarnos en el cerrado ambiente de la sala de sesiones, nos acomodamos en el jardín entre los racimos de la erythrina (árbol del coral), como el fuego rojos, y las flores de begonia, como la nieve blancas. Estábamos rodeados de luz, color y perfumes. Para adornar las paredes, cortarnos diversidad de ramos de flores y hojas de plantas sagradas, como la suave albahaca, la flor de Vislinú (NOTA: Es planta de riguroso ritual en todas las ceremonias religiosas de Bengala. FINAL NOTA) y las ramas de la higuera santa (*Ficus religiosa*), con cuyas hojas se entrelazaban las del loto sagrado y de la tuberosa indostánica.

Comenzada la sesión, uno de los mendicantes, muy sucio de ropas, pero verdaderamente santo, se puso en contemplación y operó algunos prodigios por su propia voluntad, sin que ni el mono ni la oropéndola mostrasen inquietud alguna, pues tan sólo el tigre temblaba de cuando en cuando y dirigía la vista de uno a otro lado, como si con los fosforescentes ojos siguiera los movimientos de algún ser invisible que se le apareciera objetivamente. El mono perdió su primitiva vivacidad y quedóse acurrucado e inmóvil, mientras la oropéndola se mostraba del todo indiferente. Oíase en la estancia como suave batir de alas y las flores cruzaban el espacio cual si manos invisibles las moviesen. Una de ellas, de azulada corola, cayó encima del mono, que asustado fue a refugiarse bajo la blanca túnica de su amo. Una hora duraron estas manifestaciones, hasta que habiéndose quejado alguien del calor, nos obsequiaron las entidades con una copiosa llovizna deliciosamente perfumada que nos refrigeró sin mojarnos.

Terminadas por el fakir las operaciones de magia blanca, el hechicero sirio se dispuso a manifestar su poder en aquel linaje de maravillas que los viajeros han divulgado por Occidente. Nos dijo que iba a demostrar la clarividencia de los animales con suficiente acierto para distinguir los buenos de los malos espíritus. Antes de comenzar sus operaciones quemó el hechicero un montón de ramaje resinoso, cuyos humos se levantaron en nube, y

poco después observamos todos manifiestas señales de indescriptible terror en el tigre, el mono y la oropéndola. Pusimos nosotros el reparo de que bien podían haberse asustado los animales a la vista de los tizones, por la costumbre tan frecuente en aquel país de encender hogueras para ahuyentar a las alimañas; pero el hechicero se adelantó entonces hacia el amedrentado tigre con una rama de bael (NOTA: *Manzano silvestre, consagrado a Siva. FINAL NOTA*) en la mano y se la pasó varias veces por la cabeza, mientras musitaba las fórmulas de encantamiento. El tigre dió al punto señales de profundo terror, pues los ojos se le salían de las órbitas como encendidos carbones, echaba espumarajos por la boca, aullaba horriblemente y empezó a dar brincos como si buscara un agujero donde meterse, con la curiosa particularidad de que desde los bosques y selvas vecinos respondían infinidad de ecos a su aullido. Por fin miró más fijamente al punto en que tenía clavados los ojos y, rompiendo de un salto la cadena que lo sujetaba, se lanzó al campo a través de la ventana de la galería, arrastrando tras sí un pedazo de bastidor. El mono se había escapado ya mucho antes y la oropéndola cayó inerte de la pértiga.

No les preguntamos ni al fakir ni al hechicero el secreto de sus operaciones, porque de fijo nos hubieran respondido poco más o menos como respondió cierto fakir a un viajero francés según relata éste como sigue en un periódico neoyorquino. Dice así:

Muchos prestidigitadores indos que viven retirados en el silencio de las pagodas dejan tamaños los juegos de Houdin, pues los hay que efectúan curiosos fenómenos de magnetismo en el primer hombre o animal con quien topan. Esto me ha movido a preguntar si la oculta ciencia de los brahmanes habrá resuelto muchos de los problemas que agitan a la Europa contemporánea.

En cierta ocasión estaba yo tomando café con otros invitados en casa de Maxwell, cuando éste ordenó a su criado que introdujera en el salón al hechicero. Era un indio flaco, de rostro macilento y tez bronceada que iba casi desnudo y llevaba enroscadas por todo el cuerpo hasta una docena de serpientes de diversos tamaños, todas ellas de la ponzoñosa especie obra indostánica. Al entrar nos saludó diciendo: «Dios sea con vosotros. Soy Chibh-Chondor, hijo de Chibh-Gontnalh-Mava»

Nuestro anfitrión exclamó entonces:

–Queremos ver qué sabéis hacer.

–Obedezco las órdenes de Siva que me envió aquí –respondió el hechicero sentándose a estilo oriental sobre el pavimento. Al punto irguieron las serpientes la cabeza y silbaron sin señal alguna de irritación. Después tomó el hechicero una especie de caramillo que llevaba pendiente del cabello e imitó con su tañido el canto del tailapaca (NOTA: *Ave doméstica de Bengala que se alimenta de coco machacado. FINAL NOTA*), a cuyo son desenroscáronse las serpientes y una tras otra se deslizaron por el pavimento con un tercio del cuerpo erguido, de modo que se balanceaban al compás de la tocata de su amo. De pronto dejó el caramillo e hizo varios pases sobre las serpientes, cuya mirada cobró tan extraña expresión que todos los circunstantes nos sentimos molestos hasta el punto de apartar de ellas la vista. El *chokra* (NOTA: *En el texto del relato significa el viajero con esta palabra un mono; pero se equivoca en ello, porque en la India llaman al mono *rúkh-charhá* y seguramente *chokra* significa paje. FINAL NOTA*), que en aquel momento llevaba un brasero con lumbre para encender los cigarros, cayó al suelo sin fuerzas, quedándose dormido, y lo mismo nos hubiera pasado a todos si el encanto hubiese proseguido algunos minutos más. Pero el hechicero hizo entonces unos cuantos pases sobre el muchacho y en cuanto le dijo: «da lumbre a tu amo» levantóse rápidamente para, sin la menor vacilación cumplir lo que se le había ordenado, a pesar de que continuaba dormido, según comprobaron los pellizcos, golpes y estirones que al efecto le dieron los circunstantes. Una vez servida la lumbre, no fue posible apartarle del lado de su amo hasta que se lo mandó el hechicero.

Entonces echamos de ver que, paralizadas por los efluvios magnéticos, yacían las serpientes en el suelo, rígidas como bastones, en completa catalepsia hasta que, despertadas por el hechicero, se le volvieron a enroscar por el cuerpo.

Le preguntamos si sería capaz de influir en nosotros, y por toda repuesta nos hizo pases en las piernas, que se nos quedaron paralizadas hasta que con la misma facilidad las repuso en su normal estado de movimiento.

Chibli-Chondor terminó la sesión apagando las luces con sólo dirigir hacia ellas las manos desde su asiento, moviendo los muebles incluso los divanes en que nos sentábamos, abriendo y cerrando puertas y por último deteniendo y volviendo a soltar la cuerda de un pozo del que en aquel instante sacaba agua el jardinero.

Por mi parte, le pregunté al magnetizador si empleaba el mismo procedimiento respecto de los objetos inanimados que de los seres animados, a lo cual me respondió diciendo que su único procedimiento era la voluntad, pues con ella puede el hombre dominar las fuerzas físicas y mentales, ya que es culminación y resumen de todas ellas. Añadió que ni los mismos brahmanes acertarían a responder más concretamente sobre el particular (NOTA: Del periódico neoyorkino: *El Franco-americano*. FINAL NOTA).

A mayor abundamiento refiere el coronel Yule (NOTA: *Libro de Marco Polo*, I, 306 y 307. FINAL NOTA) que, según testimonio de Sanang Setzen, los encantadores indos son capaces de operar con su *dharani* (encanto místico) maravillas tales como clavar estacas en la dura peña; resucitar muertos; transmutar en oro los más bajos metales; filtrarse a través de puertas y paredes; volar por los aires; tocar con la mano a las bestias feroces; adivinar el pensamiento; remontar el curso de las aguas; sentarse en el aire a pierna cruzada; tragarse ladrillos enteros y otros prodigios no menos inexplicables.

Análogos portentos atribuyen los escritores de la época a Simón el Mago, de quien dicen que animaba estatuas; se metía en el fuego sin quemarse; volaba como un pájaro; convertía las piedras en pan; mudaba de forma; presentaba dos caras al mismo tiempo; movía los objetos sin tocarlos; abría de lejos las puertas cerradas, etc. El jesuita Delsió se lamenta de que muy piadosos, pero en demasía crédulos príncipes, hubiesen permitido ejecutar en su presencia *diabólicas* habilidades, como, por ejemplo, «hacer saltar objetos pesados de uno a otro extremo de la mesa sin valerse para ello de imán alguno ni otro medio de contacto» (NOTA: Delrio: *Disquisiciones sobre la magia*, 34-100.— Por nuestra parte creemos que la fuerza de voluntad supera a todos los imanes, según lo demuestra la actuación de ciertas personas; pero nadie es capaz de demostrar la existencia del diablo. FINAL NOTA)

En la ya citada obra (NOTA: *Libro de Marco Polo*, I, 308. FINAL NOTA) refiere Yule por testimonio de un monje llamado Ricold, que «los tártaros honran sobremanera a los *baxitas* o sacerdotes de los ídolos, que proceden de la India y son varones de profundo saber, austera vida y rígida moralidad, muy versados en artes mágicas y hábiles en tramar ilusiones y predecir los sucesos hasta el punto de que, según se asegura, uno de ellos llegó a volar, aunque la verdad del caso es que no volaba sino que andaba con los pies levantados muy cerca del suelo y hacía además de sentarse sin apoyo ni asiento alguno donde sostenerse. De esto fue testigo ocular Ibn Batuta en presencia del sultán Mahomed Tughlak, quien a la sazón tenía la corte en Delhi».

No hace muchos años operaba públicamente este mismo fenómeno un brahman de Madrás, descendiente acaso de aquellos a quienes Apolonio vió andar a dos codos sobre el suelo. Igual prodigio describe Francisco Valentyn, diciendo que en sus días era cosa corriente en la India. Refiere a este propósito que el operante se sienta primeramente sobre tres pértigas dispuestas en forma de trípode, que se van quitando luego una tras otra de modo que el sujeto se quede sentado en el aire. En cierta ocasión, un amigo mío que presencié este fenómeno y no podía creerlo a pesar de verlo, quiso asegurarse de que no

había fraude y, al efecto, tanteó en varias direcciones con un palitroque muy largo todo el espacio comprendido entre el cuerpo y el suelo sin encontrar el más leve obstáculo (NOTA: En el primer torno dijimos que el príncipe de Gales fue el año pasado testigo presencial de este fenómeno. FINAL NOTA).

En la ya referida obra da cuenta Yule de lo que vió en sus viajes y dice a este propósito:

Todo cuanto hemos relatado no es nada en comparación de lo que llevan a cabo los prestidigitadores de oficio, y ciertamente que podría tomarse por patraña si no lo atestiguaran tan gran número de autores de muy distintas épocas y diferentes lugares. Uno de estos testigos es el viajero árabe Ibn Batuta que asistió en cierta ocasión a una fiesta de la corte del emir de Khansa. Reunidos los invitados en el patio de palacio, llamó el emir a un esclavo del emperador y le mandó que hiciera sus habilidades. Tomó entonces el hombre una bola de madera con muchos agujeros, por los cuales pasaban largas correas, y asiendo una de ellas lanzó la bola al aire con tal fuerza que la perdimos de vista. En manos del prestidigitador quedó tan sólo el extremo de la correa a la que, agarrándose uno de los muchachos ayudantes, desapareció también de nuestra vista. Llamóle entonces el prestidigitador por tres veces, y como nadie respondiese, fingió encolerizarse y desapareció asimismo con ademán de encaramarse por la correa en busca del muchacho. A poco rato fueron cayendo al suelo, desde invisible altura, primero una mano, luego un pie, después la otra mano y sucesivamente el otro pie, el tronco y la cabeza del ayudante. Por fin bajó el prestidigitador acalorado y jadeante, con las ropas tintas en sangre, y postrándose ante el emir hasta besar el suelo, díjole en lengua china algo a que el soberano pareció responder con una orden, pues al punto recogió el hechicero los esparcidos miembros, y después de colocarlos en su lugar respectivo dio un puntapié en el suelo, a cuya señal enderezóse el muchacho tan vivo, sano y entero como antes. fue tal la emoción que despertó en mí este fenómeno, que me sobrecogieron palpitaciones y se me hubo de administrar un cordial. El kaji Afkharuddin, que estaba cerca de mí, exclamó: «¡Vaya! Creo que aquí no ha subido ni bajado nadie por la correa ni tampoco se ha descuartizado ni recompuesto a nadie. Todo esto es juego de manos».

No hay duda de que todo aquello fue juego de manos, ilusión o *maya* como dicen los indos; pero cuando miles de personas son víctimas de semejante ilusión no debe desatender la ciencia el examen de los medios por los cuales se produce. Seguramente que ni Huxley ni Carpenter han de desdeñar por indigno de su atención el arte por cuyas misteriosas reglas desaparece un hombre de nuestra vista en un aposento de cuya cerrada puerta tenéis la llave y a pesar de no verle en parte alguna oís su voz que sale de diversos puntos de la estancia y la risa con que se burla de vuestra sorpresa. Este misterio es, por lo menos, tan digno de investigación como la causa de que los gallos canten a media noche. Yule copia asimismo el relato de Eduardo Melton, viajero holandés que hacia los años 1670 presenció en Batavia fenómenos análogos a los de que Ibn Batuta fue testigo en 1348. Dice así el relato:

Uno de los hechiceros tomó un ovillo de bramante y sosteniéndolo en la mano por un cabo lo lanzó al aire con tal violencia que se perdió de vista. Entonces trepó por el cordel con rapidez asombrosa, y aún estaba yo pensando en cómo habría desaparecido cuando uno tras otro fueron cayendo todos los miembros de su cuerpo, que otro hechicero de la cuadrilla recogía en un cesto que volcado después los dejó revueltos. Sin embargo, en aquel mismo instante vimos todos con nuestros propios ojos que los miembros se reunían de nuevo para formar el cuerpo del prestidigitador, tan vivo, sano y entero como si no hubiese sufrido el menor daño. Nunca en mi vida me maravillé como entonces, y no me cabe duda de que aquellos perversos hombres están ayudados por el diablo (NOTA: Eduardo

Melton: *Engelsh Edelmans Zeldzaame en Geden Kwaardige Zee en Land Reizen, etc.*; pág. 468. Arnsterdam, 1702. FINAL NOTA).

En las *Memorias* del emperador Jahangire se relatan las habilidades de siete prestidigitadores bengaleses que actuaron en presencia de este monarca: Dice así el texto:

Decapitaron y descuartizaron los prestidigitadores a un hombre cuyos miembros quedaron esparcidos por el suelo, hasta que a los pocos minutos los cubrió con una sábana uno de los prestidigitadores que, metiéndose por debajo, salió luego seguido del mismo sujeto a quien había visto descuartizar.

En otra ocasión tomaron una cadena de cincuenta codos de longitud y lanzándola al aire quedó como sujeta por el extremo opuesto a alguna anilla o gancho invisible. Trajeron luego un perro que se encaramó rápidamente por la cadena hasta desaparecer en los aires. El mismo camino siguieron un cerdo una pantera, un león y un tigre, sin que nadie supiera cómo desaparecían, pues los prestidigitadores guardaron por fin la cadena en un saco (NOTA: *Memorias del emperador Jahangire, 99-102. FINAL NOTA*).

Por nuestra parte hemos presenciado varias veces y en distintos países las suertes de estos prestidigitadores y tenemos el grabado representativo de la escena en que uno de nacionalidad persa tiene ante sí los esparcidos miembros de un hombre recién descuartizado.

Tratando ahora de fenómenos mucho más serios y sin olvidar que repugnamos el calificativo de «milagro», podríamos preguntar si cabe rebatir lógicamente la afirmación de que algunos taumaturgos devolvieron la vida a los muertos. La voluntad del hombre alcanza a veces suficiente poder para reanimar un cuerpo del que todavía no se haya separado por completo el alma. Muchos fakires consintieron en que los enterraran vivos ante miles de testigos, para resucitar algún tiempo después. Si los fakires poseen el secreto de este fenómeno biológico, análogo al aletargamiento de los animales e hibernación de las plantas, no hay razón para dudar de que también lo poseyeran sus antecesores los gimnósofos indos y taumaturgos como Eliseo, Apolonio de Tyana, Jesús, Pablo y otros profetas e iluminados cuyo conocimiento de ese *algo* (que confiesa Le Conte no comprende la ciencia todavía) de los misterios de vida y muerte inescrutables para los modernos científicos, les capacitaba para devolver la vida a los muertos cuyo cuerpo astral no se había separado por completo del físico.

Si, como afirma un fisiólogo (NOTA: J. Hughes Bennet: *Manual de Fisiología. Edición Lippincot, págs. 37 a 50. FINAL NOTA*), en las moléculas del cadáver están remanentes las fuerzas físico-químicas del organismo vivo, nada impide ponerlas nuevamente en acción, con tal de conocer la naturaleza de la fuerza vital y el modo de dirigirla y dominarla. Prescindimos en este argumento de los materialistas, porque para ellos es el cuerpo humano una locomotora que se paraliza en cuanto le faltan el calor y fuerza que la impulsan. Por otra parte, para los teólogos ofrece mayor dificultad el caso, porque a su entender la muerte rompe la unión de cuerpo y alma, de modo que un muerto sólo puede volver a la vida por operación milagrosa, así como tampoco es posible que una vez cortado el cordón umbilical regrese el recién nacido a la vida uterina. Pero el filósofo hermético se interpone victoriosamente entre los irreconciliables bandos de materialistas y teólogos, con su conocimiento de los vehículos sutiles del espíritu y de la fuerza vital que, dirigida por la voluntad, puede aplicarse en sentido positivo o negativo mientras no se desintegren los órganos vitales del cuerpo físico.

Hace dos siglos se tuvieron por absurdas las aseveraciones de Gaffarilo (NOTA: *Curiosidades inauditas, 1650. FINAL NOTA*), que posteriormente corroboró el insigne químico Duchesne, respecto a la persistencia de la forma en las cenizas y subsiguiente renacimiento de todo cuerpo natural luego de quemado. Kircher, Digby y Vallemont

demonstraron que las plantas conservan su forma en las cenizas y esto mismo afirma Oetinger (NOTA: *Ideas acerca de la generación y nacimiento de los seres. Obra examinada en el Congreso de ciencias naturales de Stuttgart de 1834. FINAL NOTA*) en el siguiente pasaje:

Al calentar en una redoma cenizas vegetales se formaba una nube oscura que según ascendía tomaba definitivamente la forma de la planta cuyas cenizas estaban en la redoma. La envoltura terrena queda en el fondo, mientras que la esencia sutil asciende como un espíritu que asume forma concreta, pero desprovista de substancia (NOTA: Citado por C. Crowe en su obra: *Aspecto tenebroso de la naturaleza*, pág. 111. FINAL NOTA).

Por lo tanto, si en las cenizas de una planta persiste la forma astral luego de muerto su organismo, no tienen los escépticos motivo para decir que el *Ego* humano se desvanezca con la muerte del cuerpo físico.

El mismo filósofo dice en otro pasaje de su obra:

En el momento de la muerte, el alma se exhala por ósmosis del cuerpo a través del cerebro y por efecto de la atracción psíquico-física flota alrededor del cadáver hasta que éste se desintegra, pero si antes se establecen condiciones favorables, puede el alma infundirse de nuevo en el cuerpo y reanudar la vida física. Esto es lo que ocurre durante el sueño y más definitivamente en los éxtasis y con mayor maravilla aún al mandato de un adepto. Jámblico declara que está lleno de Dios quien puede resucitar a un muerto, pues le obedecen los espíritus subalternos de las esferas superiores y tiene más de Dios que de hombre. Por otra parte, San Pablo, en su *Epístola a los Corintios*, dice que los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas.

Hay quienes por congénita o adquirida facultad pueden dejar a su albedrío el cuerpo físico y actuar y moverse en el astral hasta largas distancias y aparecerse visiblemente a otros. Numerosos e irrecusables testigos refieren multitud de casos de esta índole en que vieron y hablaron con el *duplicado* de personas residentes en lugares apartadísimos del en que ocurría el fenómeno. Según refieren Plinio (NOTA: *Historia Natural*, VII, 52. FINAL NOTA) y Plutarco (NOTA: *El dæmon de Sócrates. FINAL NOTA*), un tal Hermotina quedaba en éxtasis cuando quería y se trasladaba en su *segunda alma* a los sitios más distantes.

El abate Fretheim, que floreció en el siglo XVII, dice en su obra *Esteganografía*:

Puedo transmitir mis pensamientos a los iniciados, aunque se hallen a centenares de millas, sin palabras ni cartas ni cifras, valiéndome de cierto mensajero incapaz de traición, porque nada sabe y en caso necesario prescindo de él. Si alguno de los con quienes mantengo correspondencia estuviera encerrado en la más profunda mazmorra, podría comunicarle mis pensamientos tan clara y frecuentemente como yo quisiera, de la manera para mí más sencilla, sin supercherías ni auxilio de espíritus.

Cordano actuaba también a voluntad fuera del cuerpo y entonces, según el mismo dice, «parecía como si se abriera una puerta y pasara yo sin obstáculo por ella dejando el cuerpo tras mí» (NOTA: *De Res. Var*, V, III; I, VIII, C., 43. Plutarco: *Del dæmon de Sócrates. FINAL NOTA*).

Refiere una revista científica (NOTA: Nasse: *Gaceta de la Medicina psíquica*, 1820. FINAL NOTA) que el consejero de Estado, Wassermann, podía sugerir a otros que soñaran en lo que él quisiera o que viesan a un ausente desde lejanísimas distancias. Todo esto lo comprobaron en varias ocasiones científicos de valía, algunos de ellos materialistas a quienes les acertó una frase convenida entre ellos de antemano. Además, muchos vieron el doble de Wassermann en punto muy distante de donde a la sazón se hallaba.

Afirman diversos testigos (NOTA: Entre ellos Napier, Osborne, Lawes, Quenouillet y Nikiforovitch. FINAL NOTA) que mediante el conveniente entrenamiento de dieta y reposo se ponen los fakires el cuerpo en condición tal, que pueden permanecer enterrados por tiempo indefinido. El capitán Osborne refiere que durante la estancia de Sir Claudio Wade en la corte de Rundjit Singh, estuvo un fakir metido por tiempo de seis días en un ataúd colocado en una sepultura a un metro bajo el suelo de la estancia, con cuatro centinelas de vista que se relevaban cada dos horas día y noche, para evitar toda superchería. Según testimonio de Sir Claudio Wade, al abrir el ataúd apareció el cuerpo envuelto en un sudario de lino blanco atado con un cordón por la cabeza inclinada sobre el hombro. Tenía los miembros encogidos y el rostro natural. El sirviente roció el cuerpo con agua, y según reconocimiento del médico, no se movía el pulso en parte alguna, pues todo él estaba frío, notándose tan sólo *algo de calor en el cerebro*.

La falta de espacio nos impide pormenorizar las circunstancias de este caso, y así nos limitaremos a decir que el procedimiento de resurrección consistió en baños y fricciones de agua caliente, en quitar los taponés de algodón y cera que obstruían los oídos y ventanillas de la nariz, después de lo cual frotaron los párpados con manteca clarificada y, lo que parece más extraño, le aplicaron por tres veces una torta de trigo caliente en la coronilla. A la tercera aplicación de la torta estremeciéndose el cuerpo violentamente, se dilataron las ventanas de la nariz, restablecióse la respiración y los miembros recobraron su natural elasticidad, aunque las pulsaciones eran todavía muy débiles. Untaron entonces de grasa la lengua que la tenía vuelta hacia atrás de modo que obturase la garganta, se dilataron las pupilas con su natural brillo y el fakir reconoció a todos los circunstantes y rompió a hablar.

Durante nuestra permanencia en la India nos dijo un fakir que la obturación de los orificios tenía por objeto, no sólo evitar la acción del aire en los tejidos, sino también la entrada de gérmenes de putrefacción que, por estar en suspenso la vitalidad, descompondrían el organismo como sucede con la carne expuesta al aire. Por este motivo no se prestan los fakires a este experimento en aquellos puntos de la India meridional donde abundan las perniciosas hormigas blancas que lo devoran todo menos los metales. Así es que, por muy sólido que fuese el ataúd, quedaría expuesto a la voracidad de dichos insectos que pacientemente horadan toda clase de madera por densa que sea y aun los ladrillos y la argamasa.

En vista de tantos y tan bien atestiguados casos, la ciencia experimental no tiene más remedio que o recusar por inveraz el múltiple testimonio de personas incapaces de faltar a la verdad, o reconocer que si un fakir puede resucitar al cabo de cuarenta días de enterrado, lo mismo podrá hacer otro fakir; y no cabe, por lo tanto, poner en tela de juicio las resurrecciones de Lázaro, del hijo de la sunamita y de la hija de Jairo (NOTA: En su obra: *Aspecto tenebroso de la naturaleza* (pág. 118), describe Catalina Crowe el entierro de un fakir en presencia del general Ventura, el maharajah y varios cortesanos. Colocaron el ataúd en la hoya que después cubrieron con tierra apisonada, sobre la cual se sembró cebada, y apostaron centinelas de vista para guardar el paraje. El maharajah era tan desconfiado que por dos distintas veces mandó excavar la hoya para cerciorarse de que el ataúd estaba exactamente en el mismo sitio. Diez meses después desenterraron al fakir en presencia del gobernador de Soodhiana. FINAL NOTA).

No será ocioso preguntar ahora qué pruebas, aparte de las aparentes, pueden tener los médicos de que un cadáver lo es en realidad. Los más eminentes biólogos convienen en afirmar que la única segura es el estado de descomposición. El doctor Thomson (NOTA: *La Ciencia oculta*, Apéndice I. FINAL NOTA) dice que la inmovilidad, la rigidez, la falta de respiración y pulso, la vidriación de los ojos y la frigidez no son signos inequívocos de muerte real. En la antigüedad, Demócrito (NOTA: A. Cornel: *Cels.*, II, VI. FINAL NOTA) y Plinio (NOTA: *Historia Natural*, VII, LII. FINAL NOTA) opinaron que no

hay prueba infalible de si un cuerpo está o no muerto. Asclepiades afirmaba que la duda podía ser mayor en cuerpo de mujer que de hombre.

El ya citado doctor Thomson refiere varios casos de muerte aparente, entre ellos el del caballero normando Francisco de Neville, a quien por dos veces le tuvieron por muerto y estuvo a punto de que le enterraran vivo, pues volvió en sí en el momento de colocar el ataúd en la sepultura.

Otro caso es el de la señora Rusell, que al doblar las campanas en sus exequias, se levantó del ataúd exclamando: «Ya es hora de ir a la iglesia».

Diemberbroese refiere que un labriego estuvo tres días de cuerpo presente, pero al ir a enterrarlo volvió en su sentido y tuvo larga vida.

En 1836 un respetable ciudadano bruselense cayó en catalepsia y, creyéndole muerto, le amortajaron para enterrarlo; mas al atornillar la tapa del ataúd se incorporó el supuesto difunto y, como si despertara de dormir, pidió tranquilamente una taza de café y el periódico (NOTA: *Morning Herald*, 21 de julio de 1836. La prensa diaria refiere con frecuencia casos de muerte aparente. En el momento de escribir estas líneas (Abril de 1877) leemos en una correspondencia dirigida desde Londres al *The Times* de Nueva York, el siguiente párrafo: «La actriz Annie Goodale falleció hace tres semanas y ayer no estaba todavía enterrada porque conserva calor y no se le han descompuesto las facciones. Los médicos ordenaron mucha vigilancia, pues sin duda está aletargada, aunque no saben si volverá a la vida». FINAL NOTA).

La fisiología considera el cuerpo humano como un conjunto de moléculas temporalmente agregadas por la misteriosa fuerza vital. Para el materialista no hay entre un cuerpo vivo y otro muerto más diferencia que en el primer caso la fuerza vital es activa y en el segundo queda latente y las moléculas obedecen entonces a una fuerza mayor que las disgrega. Este fenómeno de disgregación es la muerte, si tal puede llamarse la continuación de la vida en las disgregadas moléculas, pues si la muerte es la paralización de la máquina funcional del organismo corpóreo, la muerte real no sobrevendrá hasta que la máquina se destruya y se descompongan sus partes, ya que mientras los órganos estén íntegros, la centrípeta fuerza vital prevalecerá contra la centrífuga fuerza de disgregación. Dice a este propósito Eliphas Levi:

El cambio supone movimiento y el movimiento es vida. El cuerpo no se descompondría si no hubiese vida en él. Las moléculas que lo constituyen están vivas y tienden a disgregarse. Por lo tanto, no es posible que el pensamiento, el amor, el espíritu se aniquilen cuando persiste la vida en la más grosera modalidad de la materia (NOTA: *La ciencia de los espíritus*. FINAL NOTA).

Dicen los cabalistas que un muerto no lo está del todo en el momento del entierro, pues nada hay de transición violenta en la naturaleza y así no puede ser repentina la muerte, sino gradual; porque del mismo modo que necesita preparación el nacimiento, ha de requerir cierto período la muerte, que, según dice Eliphas Levi, «no puede ser término definitivo como tampoco el nacimiento es principio originario. El nacimiento demuestra la preexistencia del ser, como la muerte es prueba de inmortalidad». Los cristianos no vulgares creen por una parte en la resurrección de la hija de Jairo, sin temer por ello la nota de supersticiosos, y en cambio califican de imposturas las resurrecciones de una mujer por Empedocles y de una doncella corintia por Apolonio de Tyana, según refieren respectivamente Diógenes Laercio y Filostrato, como si los taumaturgos paganos hubiesen de ser forzosamente impostores. Al menos los científicos escépticos son más lógicos, pues lo mismo los taumaturgos cristianos que los gentiles son para ellos o mentecatos o charlatanes.

Pero tanto fanáticos como escépticos debieran reflexionar en las circunstancias de los casos referidos y advertir que en el de la hija de Jairo dice Jesús que *no está muerta sino dormida*; y en el de la doncella corintia escribe Filostrato que «parecía muerta y como había llovido copiosamente al conducir el cuerpo a la pira, pudo muy bien el refrigerio devolverle el sentido» (NOTA: *Vida de Apolonio de Tyana*, libro IV, cap. XVI. FINAL NOTA). Este pasaje demuestra claramente que Filostrato no consideró milagrosa aquella resurrección, sino como efecto de la sabiduría de Apolonio, quien, lo mismo que Asclepiades, era capaz de distinguir a primera vista la muerte real de la aparente (NOTA: *Salverte: Ciencias ocultas*, II. FINAL NOTA).

Una vez rota la unión del espíritu y del alma con el cuerpo, es la resurrección tan imposible como la reencarnación en circunstancias distintas de las requeridas. Como dice Eliphaz Levi: «La crisálida se metamorfosea en mariposa, pero no la mariposa en crisálida. La naturaleza impele la vida hacia adelante y cierra las puertas tras cuanto por ella pasa. Perecen las formas y persiste el pensamiento sin recordar lo extinto» (NOTA: *La ciencia de los espíritus*. FINAL NOTA).

No hay en nuestros días ninguna Facultad de Medicina capaz de comunicar a sus alumnos el conocimiento que del estado de muerte poseían Asclepiades y Apolonio sin necesidad de dotes excepcionales. Además, las resurrecciones operadas por Jesús y Apolonio tienen en pro de su autenticidad testimonios irrecusables, y aunque en uno y en otro caso estuviese la vida en suspenso, resulta probado que ambos taumaturgos la reanudaron instantáneamente por su propia virtud a los en apariencia muertos (NOTA: *Muy beneficioso fuera para la humanidad que los médicos poseyesen hoy tan inestimable virtud, pues no habríamos de lamentar enterramientos en vida. Catalina Crowe, en su obra: Aspecto tenebroso de la naturaleza, cita cinco de estos casos ocurridos en Inglaterra en el siglo actual. Entre ellos refiere el del doctor Walker, de Dublin, y el de un caballero cuya madre política fue acusada de haberle envenenado y, en consecuencia, se procedió a la exhumación del cadáver que encontraron con la cara boca abajo.* FINAL NOTA).

¿Acaso niegan los médicos la posibilidad de estas resurrecciones porque no han dado todavía con el secreto que poseyeron los antiguos teurgos? El atraso de la psicología y la confusión dominante en la fisiología, según confiesan los más sinceros científicos, no son ciertamente muy favorables al redescubrimiento de las ciencias perdidas. Cuando nadie tenía a los profetas por charlatanes ni a los taumaturgos por impostores hubo colegios de vates donde se enseñaban las ciencias ocultas (NOTA: *De esta clase era el colegio de Samuel en Ramah, el de Elíseo en Jericó, la academia de Hillel y las enseñanzas de manticismo a que por mandato de su maestro se aplicaron los discípulos de Sócrates. En todo Israel fueron célebres las escuelas de videntes.* FINAL NOTA). La magia abonaba a la sazón todas las ciencias físicas y metafísicas, con el estudio alquímico del doble aspecto de la naturaleza; y, por lo tanto, no es maravilla que los antiguos llevaran a cabo descubrimientos insospechados de los físicos modernos, atentos únicamente a la letra muerta.

Así es que el toque no está en si es posible resucitar a un muerto, que equivaldría a un milagro de por sí absurdo, sino en saber si la biología tiene medios de puntualizar el momento de la muerte. Los cabalistas opinan que el cuerpo muere al separarse de él definitivamente el Ego con sus vehículos sutiles. Los fisiólogos materialistas, que niegan el espíritu y no admiten otra fuerza que la vital, dicen que la muerte sobreviene al punto de cesar aparentemente la vida, esto es, cuando el corazón cesa de latir y los pulmones de respirar y el cuerpo toma rigidez cadavérica. Sin embargo, los anales médicos abundan en casos de asfixia, catalepsia y letargo que presentan todos los signos aparentes de la muerte (NOTA: *El coronel Townshend se sumió en estado cataléptico en presencia de tres médicos quienes al cabo de mucho rato le dieron por definitivamente muerto, por lo que se disponían a salir del aposento, cuando el coronel recobró el conocimiento.*

Dijo entonces que a voluntad podía quedarse como muerto y después volver a la vida. En Moscú ocurrió hace pocos años un notable caso de muerte aparente en la mujer de un comerciante que permaneció diez y siete días en estado cataléptico. Las autoridades ordenaron varias veces la sepultura de la que creían cadáver, pero la familia alegó que no presentaba todavía señales de descomposición. En efecto, al cabo de dicho período volvió la señora en sí. FINAL NOTA) y prueban que ni el médico más experto es capaz de certificar la defunción con absoluta certeza. En dichos casos el cuerpo astral no se ha separado definitivamente del físico y puede volver a infundirse en éste mediante un esfuerzo propio o una influencia extraña que desentorpezca y reanude el funcionalismo orgánico. En resumen, mientras no se consume la separación de los cuerpos astral y físico, cabe dar cuerda al reloj y poner de nuevo en movimiento la máquina; pero cuando la separación es definitiva, entonces el organismo se desintegra y antes fuera posible el desquiciamiento del universo que la resurrección del cadáver. En el primer caso, la fuerza de vida está latente como el fuego en el pedernal; en el segundo, se ha extinguido la fuerza.

El hipnotizador Du Potet obtuvo casos de profunda clarividencia cataléptica (NOTA: Véanse las *Cartas sobre el magnetismo animal*, de William Gregory. FINAL NOTA) en que el alma estaba ya tan alejada del cuerpo que le hubiera sido imposible reinfundirse en él sin un poderoso esfuerzo volitivo del hipnotizador; y aun así es preciso que no se haya roto el cordón magnético que liga el cuerpo astral con el físico (NOTA: Los clarividentes ven este cordón como una línea fuliginosa que se destaca obscuramente en la brillantez de la atmósfera astral. FINAL NOTA). Refiriéndose Plutarco al caso de un tal Tespesio que cayó desde muy alto y estuvo tres días como muerto, dice que al volver en sí dió cuenta el accidentado de que se había visto durante aquel intervalo muy diferente de los demás difuntos, pues éstos estaban envueltos en un nimbo resplandeciente mientras que él llevaba tras de sí una estela de sombra. La minuciosa y puntualizada descripción que Plutarco pone en boca de Tespesio está corroborada por los clarividentes de toda época, lo que da mayor importancia al testimonio.

La opinión de los cabalistas en este punto aparece concretada en el siguiente pasaje de Eliphas Levi:

Cuando una persona cae en el último sueño queda como aletargada antes de tener conciencia de su nuevo estado. Al despertar se le presenta la hermosísima visión del cielo o la horrible pesadilla del infierno, según sus creencias durante la vida terrena. En el segundo caso, retrocede el alma impelida por el terror hacia el cuerpo de que acaba de salir, y éste es el motivo de que, algunas veces, vuelvan a la vida después de enterrado su cadáver.

A este propósito recordaremos el caso de un caballero que al morir dejó algunas mandas en favor de unos sobrinos huérfanos. El hijo, heredero y albacea del difunto, movido por el egoísmo, quemó el testamento la misma noche en que velaba el cadáver de su padre. El alma del muerto, que todavía flotaba alrededor del cuerpo, sintió tan intensamente los efectos de aquella felonía que se infundió nuevamente en su desechada envoltura y levantándose el muerto del túmulo maldijo a su heredero y volvió a caer para no levantarse más.

Dion Boucicault se vale de un incidente de esta naturaleza en su tremebundo drama *Luis oncenno*, cuyo protagonista representaba el actor Carlos Kean con profunda realidad, sobre todo en la escena en que el difunto monarca vuelve a la vida por un instante para asir la corona cuando va a ceñírsela el falso heredero.

Eliphas Levi opina que la resurrección no es imposible mientras el organismo esté íntegro y no se haya roto el cordón de enlace entre el cuerpo astral y el físico. Dice sobre este particular que como la naturaleza nunca procede a saltos, la muerte real ha de ir precedida de una especie de letargo o entorpecimiento del que puede sacar a la personalidad una violenta conmoción o el magnetismo de una voluntad poderosa. A esto atribuye Levi la

resurrección de un muerto al contacto de los huesos de Elíseo (NOTA: IV *Reyes*, XIII, 21. FINAL NOTA), diciendo sobre ello que «el alma del difunto se sobrecogería de terror cuando los ladrones arremetieron contra la fúnebre comitiva de su cadáver cuya profanación quiso evitar, reinfundiéndose en él. Nada de sobrenatural hallarán en este fenómeno cuantos crean en la supervivencia del alma; pero los materialistas dirán que es patraña a pesar de cuantos testimonios lo avalen; y en cambio, los teólogos que en todo ven la mano de la Providencia, lo diputan por milagro y atribuyen la resurrección del muerto al contacto con los huesos de Eliseo. Indudablemente data de esta época la veneración de las reliquias».

Razón tiene Balfour Stewart al decir que la ciencia apenas sabe nada de la estructura íntima ni de las propiedades de la materia tanto organizada como inorgánica.

Puesto que estamos en terreno firme, adelantaremos otro paso diciendo que el mismo conocimiento y dominio de las fuerzas ocultas, por cuya virtud deja el fakir su cuerpo para volver después a él y dió a Jesús, Apolonio y Elíseo el poder de resucitar muertos, facultaba a los hierofantes para infundir vida, movimiento y palabra en una estatua. Por este mismo conocimiento de las fuerzas ocultas, en cuyo número entra la vital, pudo Paracelso formar homúnculos y Aarón convertir su vara, ya en serpiente, ya en vástago florido, y Moisés afligir con plagas a Egipto y el teurgo egipcio de hoy vivificar la pigmea mandrágora. Los cínifes y las ranas de Moisés no son ni más ni menos maravillosas que las bacterias de los biólogos modernos.

Pero comparemos ahora la actuación de los antiguos taumaturgos y profetas con la de los modernos médiums que pretenden reproducir cuantas modalidades fenoménicas registra la historia de la psicología. Si nos fijamos en la levitación y sus condiciones manifestativas, echaremos de ver que en todo tiempo y país hubo teurgos, paganos, místicos, cristianos, fakires, indos, magos, adeptos y médiums espiritistas que en estado de trance o éxtasis permanecieron durante mucho rato suspendidos en el aire. Tan incontrovertiblemente está atestiguado este hecho, que no hay necesidad de nuevas pruebas, tanto de las manifestaciones inconscientes de los médiums irresponsables, como de las conscientes de los hierofantes y adeptos de magia superior. Cuando aun apuntaba la actual civilización europea, ya era antigua la filosofía oculta y los herméticos habían inferido los atributos del hombre por analogía con los del Creador. Posteriormente, algunos hombres eminentes cuyo nombre fulgura en la historia espiritual de la humanidad, dieron pruebas personales de la inconcebible alteza a que en su educación pueden llegar las divinas facultades del microcosmos.

Dice sobre esto Wilder.

Enseñaba Plotino que el amor impele al alma hacia la intimidad de su origen y centro, el eterno Bien. Los ignorantes no aciertan a descubrir la belleza que por sí misma atesora el alma, y la buscan en el mundo exterior; pero el sabio siente la belleza en lo íntimo de su ser, concentra la atención en sí mismo, y desenvolviendo la idea de belleza de dentro a fuera, se eleva hasta la divina fuente de su interno raudal. Lo infinito no puede comprenderse por la razón, sino por otra facultad superior cuyo ejercicio nos transporta a un estado en que dejando de ser hombres finitos, participamos directamente de la esencia divina. Tal es el estado de éxtasis (NOTA: Wilder: *Doctrinas de la escuela de Alejandría y sus principales maestros*. FINAL NOTA).

...Apolonio de Tyana veía lo pasado, presente y futuro como ante un límpido espejo, y esta facultad es la que pudiéramos llamar *fotografía espiritual*, pues el alma es la cámara que registra los sucesos pasados, presentes y futuros, de modo que todos por igual los abarque la mente. Más allá de nuestro limitado mundo, no hay sucesión de días, porque todo es como un solo día, y lo pasado y lo futuro coinciden con lo presente (NOTA: Wilder: *Neoplatonismo y alquimia*. FINAL NOTA).

Estos hombres divinos ¿eran médiums como pretenden los espiritistas de escuela? No por cierto, si se entiende por médium la persona cuyo organismo morbosamente receptivo facilita el desarrollo de condiciones subordinadas a la influencia de los espíritus elementarios y elementales.

En cambio eran médiums si entendemos por tales a cuantos cuya magnética aura sirve de medio actuante a las entidades espirituales de las esferas superiores. En este sentido toda persona humana puede ser médium (NOTA: **Conviene tener siempre en cuenta esta distinción para evitar deplorables confusiones. FINAL NOTA**).

La verdadera mediumnidad se educa en unos individuos espontáneamente, en otros necesita influencias extrañas que la eduzcan y en la mayoría de los casos queda en estado potencial. El aura del individuo está en función recíproca de sus facultades mediumnísticas. Todo depende del carácter moral del médium. El aura puede ser densa, turbia y mefítica de modo que repela a las entidades superiores para atraer únicamente a las de ínfima condición que allí se gocen como el cerdo entre inmundicias; o por el contrario puede ser sutil, diáfana, pura y reverberante como el rocío de la mañana. Estos celestiales nimbos circuían a hombres tales como Apolonio, Jámblico, Plotino y Porfirio cuyas almas, en perfecta identidad con sus espíritus por efecto de la santidad de vida, atraían las influencias benéficas e irradiaban efluvios de bondad que repelían las malignas. No sólo se asfixian las entidades inferiores en el aura de un taumaturgo, sino en las de cuantos reciben la influencia de él, sea por cercanía eventual o por voluntad deliberada. Esto es *mediación* y no *mediumnidad*. Un hombre tal no es *médium* sino *medianero* y templo del Dios vivo; pero si la pasión o los malos pensamientos y deseos profanan el templo, se convierte el *medianero* en *nigromántico*, porque se retiran entonces las entidades puras y acuden las malignas. Sin embargo, también en este caso hay *mediación* y no *mediumnidad*, pues tanto el *mago negro* como el *mago blanco* determinan conscientemente su aura y por su propio albedrío atraen a las entidades afines.

La mediumnidad, por el contrario, es inconsciente, pues el aura del médium puede modificarse por circunstancias independientes de su voluntad, de modo que provoque, favorezca o determine manifestaciones psíquico-físicas de carácter ya benéfico, ya maligno. La mediación y la mediumnidad son tan antiguas como el hombre. La segunda es sinónima de *obsesión* y *posesión*, pues el cuerpo del médium se somete al dominio de entidades distintas del Ego inmortal. Así lo demuestran los mismos médiums, que se enorgullecen de ser fieles esclavos de sus guías y rechazan indignados la idea de normalizar las manifestaciones. Esta mediumnidad está simbolizada en el mito de Eva, que cede a la sugestión de la serpiente; en el de Pandora, que abre la caja misteriosa y derrama los males sobre el mundo; en el bíblico episodio de la Magdalena, que después de haber estado poseída de siete espíritus malignos, se redime al triunfar de ellos por mediación de un adepto. La mediumnidad, benéfica o maléfica, es siempre *pasiva*, y felices, por lo tanto, los puros de corazón que gracias a su natural bondad repelen espontáneamente los espíritus malignos. La mediumnidad, tal como se practica en nuestros días, es un don menos apetecible que la túnica de Neso.

Por el fruto se conoce el árbol. En todo tiempo hubo pasivos médiums y activos medianeros. Los hechiceros, las brujas, los prestidigitadores y encantadores de serpientes, los adivinos y cuantos están poseídos de espíritu familiar hacen de sus facultades mercadería vendible, como, por ejemplo, la famosa pitonisa de Endor que, según la describe Enrique More, recibía estipendio de los consultantes (NOTA: **Con la pitonisa de Endor consultó Saúl para que evocara el espíritu de Samuel, como así lo hizo. Pero al saber que el consultante era el rey en persona, no quiso recibir la pitonisa estipendio alguno, sino que, por el contrario, mató un ternero para obsequiarle. (Véase el cap. XXVIII del libro I de los Reyes).– El Traductor. FINAL NOTA**).

En cambio, los medianeros y hierofantes dan pruebas de absoluto desinterés en el ejercicio de sus poderes. Gautama renunció a la herencia del trono para vivir de limosnas; el «Hijo del hombre» no tenía donde reclinar la cabeza; los discípulos del Cristo no habían de llevar oro ni plata encima; Apolonio de Tyana distribuyó su hacienda por mitad entre sus parientes y los pobres; Jámblico y Plotino tuvieron nombradía de caritativos y abnegados; los fakires indos viven de limosna (NOTA: Jacolliot ha descrito acabadamente la vida y costumbres de estos santos mendicantes. FINAL NOTA); los pitagóricos, esenios y terapeutas temían mancharse las manos con el contacto de las monedas; y finalmente, cuando al apóstol Pedro le ofrecen dinero en cambio de la potestad de infundir el Espíritu Santo por la imposición de manos, responde: «Tu dinero sea contigo en perdición porque has creído que el don de Dios se alcanzaba por dinero. No tienes tu parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazón no es recto delante de Dios» (NOTA: *Los Hechos de los Apóstoles*, VIII, 19, 20, y 21. FINAL NOTA). Así vemos que los mediadores fueron hombres identificados con su Yo superior, que recibían auxilio de los espíritus angélicos.

Muy lejos estamos de vituperar rigurosamente a los infelices médiums que, por efecto de las avasalladoras influencias que los dominan, se ven incapacitados física y mentalmente de dedicar su actividad a ocupaciones útiles y no tienen más remedio que convertir su mediumnidad en oficio retribuido y nada envidiable por cierto, según ha demostrado la experiencia de estos últimos años (NOTA: Mayor culpa que a los médiums cabe a los espiritistas fenoménicos, que les estimulan a la actuación perjudicial. FINAL NOTA).

Se cuenta de Plotino que habiéndosele pedido que tributara pública adoración a los dioses respondió muy dignamente: «Los dioses (NOTA: En este caso equivale a entidades espirituales de evolución superior. FINAL NOTA) han de venir a mí». Jámblico afirmaba, con la corroboración del personal ejemplo, que el alma humana puede comunicarse directamente con entidades espirituales de superior jerarquía; y ahuyentaba cuidadosamente de sus ceremonias teúrgicas (NOTA: Jámblico fundó la teurgia neoplatónica. FINAL NOTA) a los espíritus malignos cuya característica enseñaba a sus discípulos. Proclo (NOTA: Según dice Wilder en su *Bosquejo de la filosofía ecléctica de la escuela alejandrina*, Proclo ordenó las enseñanzas de su maestro Jámblico en un sistema completo. FINAL NOTA) creía también en que por la actualización de sus divinas potencias era capaz el hombre de subyugar su naturaleza inferior y convertirse en instrumento de la Divinidad mediante la «mística palabra» que abría la comunicación con las diversas jerarquías espirituales hasta llegar a la unión con Dios. Apolonio de Tyana tenía en menosprecio a los hechiceros y adivinos nigrománticos y afirmaba que la vida austera sutilizaba agudamente los sentidos y educía superiores facultades por cuyo medio era capaz de realizar maravillas. Jesús dijo que el hombre era *señor del sábado*, y a su voz huían despavoridos los espíritus elementarios que obsesionaban a sus víctimas (NOTA: El mismo poder de lanzar demonios tuvieron Apolonio de Tyana y muchos hermanos de las comunidades de esenios y del monte Carmelo. FINAL NOTA).

Indudablemente tuvieron los antiguos poderosas razones para perseguir a los médiums de oficio. Así se explica que en tiempo de Moisés y posteriormente en las épocas de Samuel y David fomentaran los israelitas el ejercicio de las legítimas profecías y adivinación, la astrología y el vaticinio en colegios a propósito para educir estas facultades, y en cambio desterraran del país o condenaran a muerte, según los casos, a los brujos, nigrománticos y pitonisas, y aun en tiempo de Jesús los médiums maléficos estaban desterrados de las ciudades. ¿Por qué perseguir y matar a los médiums pasivos y por qué consentir y respetar las comunidades de taumaturgos? Porque los antiguos supieron distinguir entre los espíritus angélicos y los diabólicos, entre los elementales y los elementarios, y además estaban seguros de que toda comunicación espiritual, no sujeta a las debidas condiciones, determinaba la ruina del comunicante y de la comunidad a que este perteneciera.

El análisis que de la mediumnidad vamos haciendo podrá parecer extraño y aun repulsivo a muchos espiritistas contemporáneos; pero nada decimos que no enseñara la filosofía antigua con la inmemorial corroboración de la experiencia.

Es impropio decir que un médium ha educido sus facultades, pues el médium pasivo no tiene facultad ninguna, sino a lo sumo cierta condición psíquico-física que engendra un aura a propósito para servir de vehículo a las entidades que de él se valen para manifestarse. Esta aura se muda con frecuencia dependiente de las causas internas que determinan su variación, según el estado moral del médium, cuyos sentimientos y emociones atraen inconscientemente entidades de naturaleza semejante, las cuales influyen a su vez física, mental y moralmente en el médium. Así es que la potencia mediumnímica está siempre en razón directa de la pasividad y de ésta depende consiguientemente el tanto del peligro. Si el médium es totalmente pasivo (NOTA: Esto sucede precisamente en los médiums de quienes se dice que ya están «desarrollados». FINAL NOTA) cabe en lo posible que le fueren al temporáneo abandono de su cuerpo físico, del que de esta suerte se apodera y en él se infunde un elemental, ó, lo que es todavía peor, un elemental de horrible malignidad. En estas obsesiones deben inquirirse los motivos de los crímenes trágicamente pasionales.

Como quiera que la mediumnidad inconsciente está en función de la pasividad, el único remedio eficaz contra ella es que el médium *deje de ser pasivo* y revierta su disposición de ánimo a la positiva actividad que resiste toda influencia extraña y contra cuya energía nada pueden las entidades obsesionantes, siempre en acecho de víctimas flacas de cuerpo y mente para arrastrarlas al vicio. Si los elementales milagrosos y los demoníacos elementarios fuesen verdaderamente ángeles custodios (NOTA: Por tales se les diputó durante los últimos treinta años. FINAL NOTA) ¿cómo no concedieron a sus fieles médiums la dicha terrena ó, por lo menos, la salud que pretendieron devolver a los demás en sus papeles de saludadores y curanderos? Los taumaturgos, apóstoles y profetas de la antigüedad eran hombres que por lo regular disfrutaban de robusta salud y su magnético influjo no envolvía jamás gérmenes morbosos de índole moral o física con que agravar la dolencia del enfermo ni tampoco les pudo poner nadie la nefanda nota de vampiros (NOTA: Esta calificación aplica muy justamente un periódico espiritista (*Medium and Daybreak*, 7 de Julio de 1876, pág. 428) a los médiums curanderos. FINAL NOTA).

Si relacionamos ahora los fenómenos de levitación con la mediumnidad por una parte y con la mediación por otra, veremos que en las sesiones espiritistas el pasivo médium queda levantado en alto, o sea levitado, por las entidades que lo dominan, mientras que el activo medianero se levanta en alto durante el éxtasis o el raptó por virtud de su propio anhelo.

Acaso se nos objete que hay fenómenos igualmente posibles de producir en presencia de un médium que de un medianero. Así parece inferirse de lo ocurrido con Moisés y los magos de la corte faraónica, pues aunque el caudillo hebreo se atribuya el vencimiento, lo más probable es que sus poderes y los de los magos egipcios fuesen de índole análoga, pero aplicados en sentido respectivamente opuesto que diferenció su eficacia.

La tutelar divinidad de los hebreos (NOTA: No tenían los hebreos del Señor a que tributaban culto el concepto del Supremo Dios. En otro lugar más adelantado de esta obra demostraremos que en el *Antiguo Testamento* se echa de ver cómo los israelitas no fueron rigurosamente monoteístas, sino que adoraron a más de una divinidad. El *Shadi* de Abraham y Jacob no es el *Jehovah* de Moisés, adorado durante la peregrinación por el desierto. También el *Dios de los ejércitos* a que alude el profeta Amós, difiere del concepto de la divinidad sinaítica, según podemos colegir del siguiente pasaje: «He aborrecido y desechado vuestras fiestas y no me será grato el olor de vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestros dones, no los recibiré ni miraré la enjundia de vuestras ofrendas... Por ventura me ofrecisteis hostias y sacrificios en el desierto durante

cuarenta años ¡oh casa de Israel! Y llevasteis la tienda para vuestro Moloch y la imagen de vuestros ídolos y la estrella de vuestro Dios: cosas todas que os hicisteis. Pues os haré transportar más allá de Damasco, dice el Señor cuyo nombre es el *Dios de los ejércitos*». (Profecía de Amós, cap. V., vers. 21 y 22; 25, 26 y 27). FINAL NOTA) prohibió estrictamente toda práctica de magia negra según estaba en boga entre gentiles (NOTA: «Cuando hubieres entrado en la tierra que te dará el Señor Dios tuyo, guárdate de imitar las abominaciones de aquellas gentes. Y que no se halle entre vosotros quien purifique a sus hijos pasándolos por el fuego o quien pregunte a adivinos y observe sueños ni agüeros ni que sea hechicero. Ni encantador ni quien consulte a los pitones o adivinos o busque de los muertos la verdad». (*Deuteronomio*, cap. XVIII, vers. 9, 10 y 11). FINAL NOTA). ¿Qué diferencia había, pues, entre las abominaciones de «aquellas gentes» y las otras de los profetas? Claramente nos la representa el apóstol San Juan cuando dice: «Carísimos, no queráis creer a todo espíritu; mas probad si los espíritus son de Dios, porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo» (NOTA: *Epístola I del apóstol San Juan*, cap. IV, vers. I. FINAL NOTA). Los espiritistas en general y particularmente los médiums no tienen a su alcance otro procedimiento de *prueba* de los espíritus, que juzgar de su índole:

1º Por sus palabras y acciones.

2º Por su prontitud o tardanza en manifestarse.

3º Por el motivo determinante de la manifestación (NOTA: Esto es, si lo justifica la aparición de un espíritu desencarnado que con ello interrumpe su reposo. A pesar de las gravísimas circunstancias que apremiaban a Saúl cuando fue a consultar con el espíritu de Samuel por medio de la pitonisa de Endor, el aparecido profeta le reconviene diciendo: «¿Por qué me has inquietado haciéndome aparecer?». Resulta, por lo tanto, muy extraño que las entidades frecuentativas de los centros espiritistas acudan a la demanda del primer desocupado que no sabe cómo distraer su aburrimiento. FINAL NOTA).

Un periódico espiritista (NOTA: *London Spiritualist* del 14 de julio de 1877. FINAL NOTA) publicó un largo artículo cuyo autor trataba de probar que «los prodigios del espiritismo moderno son de carácter idéntico al de las manifestaciones de los patriarcas y apóstoles de la antigüedad». No podemos por menos de comentar esta afirmación diciendo que dicha identidad se refiere únicamente a la naturaleza de las ocultas fuerzas productoras de los fenómenos; pero en modo alguno a la dirección y sentido en que las apliquen las diversas entidades que de ellas se valgan para manifestarse (NOTA: Las diferencias entre las entidades espirituales son todavía más profundas y numerosas que las existentes entre los hombres con su variedad de razas, naciones y costumbres, desde el blanco europeo al negro hotentote, del malvado al santo y del idiota al genio. El autor del artículo a que nos referimos equipara el caso del profeta Ezequiel, cuando «levantó el Espíritu» (*Profecía de Ezequiel*, cap. III, vers. 12 y 14), con el de las levitaciones mediumnísticas; el de los tres hebreos metidos en el horno con el de la prueba del fuego; la «luz espiritual» de la entidad John King con la lámpara encendida de Abraham, y la liberación de los hermanos Davenport, presos en la cárcel de Oswego, con la del apóstol San Pedro cuyas cadenas quebrantó un ángel. FINAL NOTA).

Excepto la aparición de Samuel a Saúl por arte de la pitonisa de Endor, no hay en la *Biblia* ningún otro caso de «evocación de los difuntos», pues esta práctica estaba condenada por los pueblos antiguos, y así tenemos que tanto el *Antiguo Testamento* como los poetas Homero y Virgilio la consideran arte nigromántico (NOTA: Moisés estableció pena de muerte contra cuantos «levantasen los espíritus de los Muertos» y Saúl expulsó del reino a los magos y adivinos. Sin embargo, alguno de éstos, como por ejemplo la pitonisa de Endor, ejercían clandestinamente su oficio.— *El Traductor*. FINAL NOTA). Era opinión general entre los antiguos que las «almas bienaventuradas» sólo vuelven a la tierra en rarísimas ocasiones, cuando demandan su aparición motivos poderosísimos en beneficio

de la humanidad; pero ni aun en este caso excepcional hay necesidad de evocarla, pues espontáneamente se manifiesta ya por espectración fantástica de sí misma, ya por medio de mensajeros cuyo aspecto objetivo reproduce fielmente la personalidad del difunto. En los demás casos tenían los antiguos por nocivo y peligroso el comunicarse con almas que acudieran fácilmente a la evocación, pues solían ser larvas (entidades elementarias o moradores del umbral) del *sheol* (NOTA: La octava esfera de los cabalistas, que no debe confundirse con el Hades de los griegos. FINAL NOTA). Horacio describe la ceremonia de la evocación de los espíritus entre los romanos (NOTA: Dice el insigne poeta latino: *Cruor in fossam conjusus, ut inde manes elicirent, animas responsa datura*. La hoya está llena de sangre para que acudan los espectros y las almas den oráculos. (Lib. I, Sat. 8). Por otra parte, dice Porfirio: «Hay almas que a todo prefieren la *sangre recientemente vertida*, que parece restituirles por breve tiempo las condiciones vitales» (*De Sacrificiis*). FINAL NOTA) y Maimónides la análoga entre los judíos; pero siempre se celebraban en parajes elevados y se vertía sangre humana para aplacar la vampírica voracidad de las larvas (NOTA: Howit: *Historia de lo sobrenatural*, II, cap. I. FINAL NOTA).

En cuanto a materializaciones sin evocación, hay muchos casos en el *Antiguo Testamento*, aunque no se efectuaban en las mismas circunstancias que hoy día en las sesiones espiritistas, pues por lo visto no era indispensable la obscuridad en aquellos tiempos para la realización del fenómeno. Los tres ángeles se le aparecieron a Abraham en plena luz del día (NOTA: «Y aparecióle el Señor en el encinar de Mambré, estando sentado a la puerta de su tienda en el *mayor calor del día*. Y habiendo alzado los ojos se le aparecieron tres varones puestos en pie junto a él...» (*Génesis*, XVIII, 1 y 2). FINAL NOTA) y en igualdad de circunstancias se aparecieron en el Tabor Moisés y Elías, pues no es probable que Jesús y los apóstoles subieran al monte por la noche. También Jesús se apareció a la Magdalena en el jardín a primera hora de la mañana y lo mismo la tercera vez que se mostró a los apóstoles (NOTA: «Mas cuando *vino la mañana se puso Jesús en la ribera, pero no conocieron los discípulos que era Jesús*» (San Juan, XXI, 4).- También en pleno día aparecíasele el ángel a Balaam. FINAL NOTA).

Estamos de acuerdo con el autor del artículo referido, que en la vida de Jesús, y aun añadiríamos en el *Antiguo Testamento*, se echan de ver una serie de manifestaciones psíquicas, pero ninguna de ellas mediumnímica, excepto la aparición de Samuel evocado por la pitonisa de Endor (NOTA: *Conviene fijarse en la importancia de esta distinción entre unos y otros fenómenos*. FINAL NOTA).

Cuando Jesús vaticinó a sus discípulos diciéndoles: «Mayores obras que éstas haréis vosotros», se refería indudablemente a las obras por mediación y el mismo significado tiene la profecía de Joel al decir: «Tiempo vendrá en que se difunda el espíritu divino y profeticen vuestros hijos e hijas y vuestros padres tengan ensueños y vuestros mozos vean cosas de visión». Parece que este tiempo ha llegado, pues aparte de la mediumnidad mal empleada, tiene el espiritismo sus videntes, sus mártires, sus profetas y sus saludadores que, como Moisés, David y Jeohram, reciben directas comunicaciones gráficas de los espíritus planetarios y desencarnados sin mira alguna de lucro (NOTA: *Leymarie, uno de los más salientes campeones del espiritismo en Francia, fue condenado a prisión celular de resultas de un proceso concerniente a sus opiniones*. FINAL NOTA).

En cambio hay muy pocos médiums parlantes que hablen por inspiración, y a la mayoría de ellos se les pueden aplicar aquellas palabras del profeta Daniel:

Y habiendo quedado yo solo, vi esta gran visión, y *no quedó fuerza en mí*... y oí la voz de sus palabras y oyéndola yacía postrado sobre mi rostro y mi cara estaba pegada con la tierra (NOTA: *Profecía de Daniel*, cap. X, vers. 8 y 9. FINAL NOTA).

Sin embargo, también hay médiums a quienes se les puede decir como le dijo Samuel el Saúl:

Y vendrá sobre ti el Espíritu del Señor y profetizarás con ellos (NOTA: Se refiere el texto a una compañía de profetas a quienes había de encontrar Saál.– *El Traductor*. FINAL NOTA) y serás mudado, en otro hombre (NOTA: Libro I de *Samuel*, cap. X, vers. 6. FINAL NOTA).

Pero en ningún pasaje de las escrituras hebreo-cristianas se lee nada referente a guitarras voladoras, tamboriles redoblantes y sonoras campanas que en tenebrosos gabinetes se nos presentan como pruebas irrecusables de la inmortalidad del alma. Cuando los judíos vituperaban a Jesús diciendo: «¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y que tienes demonio?»; les respondió Jesús: «Yo no tengo demonio; mas honro a mi Padre y vosotros me habéis deshonrado» (NOTA: *San Juan*, cap. VIII, 48 y 49. FINAL NOTA). En otro pasaje se lee que después de lanzar Jesús un demonio del cuerpo de un mudo y de recobrar éste el habla dijeron los judíos: «En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios». A lo que respondió Jesús: «Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿vuestrós hijos por quién los lanzan (NOTA: *San Lucas*, cap. XI, vers. 15 y 19. FINAL NOTA)?».

El autor del citado artículo equipara también los vuelos o levitaciones de Ezequiel y Felipe con los de la señora Guppy y otros médiums modernos; pero ignora ú olvida que siendo uno mismo el efecto era distinta la causa en cada caso, según explicamos anteriormente. El sujeto puede determinar consciente o inconscientemente la levitación. El prestidigitador determina de antemano la altura a que han de levantarlo y el tiempo que durará la levitación, y con arreglo a este cálculo gradúa las fuerzas ocultas de que se vale. El fakir produce el mismo efecto por la acción de su voluntad y conserva el dominio de sus movimientos, excepto cuando cae en éxtasis. Tal es el fenómeno de los sacerdotes siameses que en la pagoda se elevan hasta quince metros de altura cirio en mano y van de imagen en imagen encendiendo las lámparas de las hornacinas con tanta seguridad como si anduviesen por el suelo (NOTA: *Hay testigos oculares de este fenómeno de levitación*. FINAL NOTA).

Los oficiales de la escuadra rusa que recientemente realizó un viaje de circunnavegación y estuve anclada largo tiempo en puertos japoneses, vieron como unos prestidigitadores del país volaban de árbol en árbol sin apoyo ni artificio alguno (NOTA: *Informe directamente personal del marino N... ff, agregado al buque almirante Almaz, si mal no recordamos*. FINAL NOTA); y también vieron las suertes de la cucaña y de la escala de cinta (NOTA: *El coronel Olcott ha descrito este espectáculo en su obra: Gentes del otro mundo*, y aunque algunos médiums y espiritistas más celosos que instruidos dudaron de la realidad del fenómeno, está corroborado por el coronel Yule y otros autores. FINAL NOTA).

En la India, Japón, Tíbet, Siam y otros países llamados paganos en Europa, a nadie se le ocurre atribuir estos fenómenos a espíritus desencarnados, pues para los orientales nada tienen que ver los pitris (antepasados) con semejantes manifestaciones. Prueba de ello nos dan los nombres con que designan a las entidades elementales productoras de esta clase de fenómenos; y así llaman *madanés* (NOTA: *De mândan, que significa mirar como las vacas*. FINAL NOTA) a los areros elementales, mezcla de brutos y monstruos, de maliciosa índole, que infunden en los hechiceros el siniestro poder de herir a personas y animales domésticos con repentinas enfermedades seguidas muchas veces de muerte.

El *mândán shudâla* es el *vampiro* de los occidentales y vaga por los cementerios, por los lugares donde se han perpetrado crímenes y por los gólgotas (NOTA: *Paraje cercano a cada ciudad, donde es costumbre ejecutar a los reos de muerte*. FINAL NOTA) de las poblaciones. Dicen los orientales que el *mândán shudâla* tiene el cuerpo mitad de fuego, mitad de agua, por lo que actúa indistintamente en ambos elementos y por consentimiento de Siva puede asumir la forma que desee y metamorfosear las cosas. Por esta razón ayuda

al prestidigitador en todos los fenómenos de ilusionismo en que interviene el fuego y anubla la vista de los espectadores para que *vean* lo que en realidad no *hay* (NOTA: El *shudála* tiene por colaborador en esta tarea al *kutti shâttan* o diablillo juguetón. FINAL NOTA).

El *mâdân shûla* es un trago malévol, muy hábil en obras de alfarería y fumistería. A sus amigos no les hace daño alguno, pero persigue sañudamente a quien provoca su cólera. Gustan los *shûlas* de lisonjas y elogios, y corno su habitual morada son las cavidades subterráneas, de ellos ha de valerse el prestidigitador en las suertes de plantaciones y crecimientos rápidos de los vegetales. El *mâdân kumil* (NOTA: Significa hinchazón de burbujas. FINAL NOTA) es la *ondina* de los cabalistas o espíritu elemental del agua, de carácter alegre, que ayuda solícitamente a sus amigos en cuanto se relaciona con las lluvias y la hidromancia (NOTA: Adivinación por medio del agua. FINAL NOTA).

El *mâdân poruthû* es el elemental atléticamente forzado que interviene en los fenómenos de levitación, en la doma de fieras y en todos los que requieren esfuerzo muscular.

Resulta, por lo tanto, que cada modalidad de manifestación psíquico-física está presidida por un orden de entidades elementales.

Reanudando ahora el examen de la levitaciones producidas en los modernos círculos espiritistas (NOTA: Véase el art. *Etrobacia* del capítulo preliminar. FINAL NOTA), recordaremos que al tratar de Simón el Mago nos referimos a la explicación que de esta clase de fenómenos dieron los antiguos. Veamos, pues, cuál es la hipótesis más admisible respecto de los médiums que, según los espiritistas fenoménicos, actúan inconscientemente por intervención de los espíritus desencarnados. La etrobacia consciente, en condiciones electromagnéticas, es facultad primitiva de los adeptos cuya potente voluntad repele toda influencia extraña.

Así tenemos que la levitación ha de efectuarse siempre con arreglo a una ley tan inexorable como la de gravedad, pero que también deriva de la atracción molecular. Supone la ciencia que la energía eléctrica condensó primordialmente en torbellino la nebulosa materia todavía indiferenciada; y por otra parte la teoría unitaria de la química moderna se funda en las polaridades eléctricas de los átomos (NOTA: Aquí advertirá al lector algo familiarizado con la química, cuán completamente ha venido a corroborar estas conjeturas o, mejor dicho, vaticinios científicos, la hipótesis de los electrones, desconocida todavía cuando se escribió esta obra.— *El Traductor*. FINAL NOTA).

Los tifones, remolinos, tornados, ciclones y huracanes son meteoros causados indudablemente por la energía eléctrica (NOTA: Se han observado estos fenómenos desde diversos puntos y variadas alturas sobre los vórtices. FINAL NOTA) que favorecida por la sequedad del suelo y de la atmósfera puede acumularse en cantidad e intensidad suficientes para elevar enormes masas de agua y comprimir simultáneamente grandes masas atmosféricas con ímpetu más que poderoso para abatir bosques enteros, descuajar rocas, pulverizar edificios y asolar dilatadas comarcas (NOTA: Añadamos a esto que la máquina eléctrica de Wild produce corrientes bastante intensas para dar luz a cuyo reflejo pueden leerse impresos desde dos kilómetros de distancia.— Se refiere la autora a los reflectores eléctricos que hoy llevan los buques de guerra y se instalan en las cumbre, de algunas montañas, como por ejemplo en el Tibidabo de Barcelona.— *El Traductor*. FINAL NOTA).

Hace ya cerca de tres siglos expuso Gilbert (NOTA: *De Magnete*, 1600. FINAL NOTA) la opinión de que la tierra es un enorme imán. Hoy amplían algunos físicos esta opinión diciendo que también el hombre es un imán y que esta propiedad encubre el secreto de las mutuas atracciones y repulsiones personales. Prueba de ello tenemos entre los concurrentes a las sesiones espiritistas, y a este propósito dice Nicolás Wagner, catedrático de la universidad de San Petersburgo:

El calor o tal vez la *electricidad* de los concurrentes situados alrededor de la mesa debe concentrarse en el mueble y determinar el movimiento con el concurso de la fuerza psíquica, es decir, la resultante de todas las fuerzas del organismo, cuya magnitud e intensidad está en función de la índole de cada persona... Las condiciones de temperatura y humedad influyen en las manifestaciones fenoménicas cuyo poder de producción reside en el médium.

Esto supuesto y recordando que según los herméticos hay en la naturaleza modalidades todavía más sutiles de energía, cabe comparar al médium con el sistema de imanes de la máquina eléctrica de Wild y suponerlo, por lo tanto, capaz de engendrar una corriente astral bastante poderosa para levantar en su vórtice el peso de un cuerpo humano, aunque sin comunicarle movimiento giratorio, pues en este caso, al contrario de lo que sucede en los remolinos, la fuerza dirigida por la inteligencia impele al cuerpo rectilíneamente.

La levitación del médium es, según se ve, un fenómeno puramente mecánico, pues su inerte cuerpo queda impelido en ascenso por el vórtice que engendran las entidades elementales y a veces las elementarias, aunque también puede tener el fenómeno causas morbosas como en el caso de los sonámbulos del doctor Perty.

Por el contrario, la levitación del adepto es un fenómeno electromagnético dimanante del cambio de polaridad de su cuerpo, de modo que sea de signo igual a la de la tierra y contrario a la de la atmósfera, que lo elevará por atracción sin que el adepto pierda la conciencia (NOTA: También es posible la levitación electromagnética cuando por causa de enfermedad se despolariza el cuerpo; pero en este caso el individuo levitado no tiene conciencia del fenómeno. FINAL NOTA).

Seguramente dirán los científicos que las levitaciones producidas por los torbellinos (NOTA: Durante una serie de observaciones metereológicas efectuadas en 1859 en la cuenca de las montañas Roquizas sucedió que un papel de periódico voló hasta unos sesenta metros de altura oscilando bruscamente de un lado a otro mientras se elevaba. Así lo refiere J. W. Phelps, quien dice sobre el particular: «¿Qué fuerzas determinaban la oscilación del papel? ¿Acaso el rápido ascenso del aire caliente, el descenso del aire frío, el movimiento transversal de la brisa y el circular del torbellino? Pero en tal caso, ¿cómo se combinaban estas fuerzas para determinar la oscilación?» (Discurso sobre *Naturaleza eléctrica de la fuerza*). FINAL NOTA) no tienen punto de comparación con las levitaciones de personas, pues en un aposento no pueden formarse vórtices, sino que si un médium se levanta en el aire es por efecto de las leyes dinámicas de la naturaleza y del espíritu. Cuantos conocen estas leyes afirman que de una reunión de personas cuya excitación mental reaccione sobre el organismo físico se desprenden emanaciones electromagnéticas que, cuando suficientemente intensas, llegan a perturbar el ambiente circundante hasta el punto de producir un vórtice eléctrico de intensidad bastante para que ocurran fenómenos insólitos. Así se comprende que las vueltas de los derviches y las danzas salvajes, estremecimientos, gesticulaciones, músicas y gritería de los devotos tengan por finalidad la producción de fenómenos psíquico-físicos. También explica esta circunstancia la exacerbación del sentimiento religioso.

Pero todavía conviene examinar otro punto. Si el médium es un núcleo magnético al par que un conductor eléctrico, estará sujeto a las mismas leyes que los conductores metálicos y le atraerá el imán de donde deriva la fuerza. Por lo tanto, si las invisibles entidades que presiden las manifestaciones espiritistas concentran por encima del médium un núcleo magnético de potencia conveniente, fácil será que se vea atraído hacia dicho núcleo a pesar de la gravedad terrestre. Sabido es que cuando el médium no se da cuenta del proceso fenoménico es preciso admitir la intervención de una entidad directora que actúa según dejamos dicho. Huelgan mayores pruebas de ello que las suministradas, no sólo en nuestras personales investigaciones a que no damos autoridad alguna, sino en

las que Crookes y otros científicos desapasionados llevaron a cabo en distintas épocas y países, aunque los escépticos se resistan a reconocer la autenticidad de sus resultados.

No hace muchos años, el de 1836, llegaron a noticia del público ciertos fenómenos tan singulares si no más que las manifestaciones ocurridas en nuestros días. La publicación de la correspondencia entre los famosos hipnotizadores franceses Deleuze y Billot suscitó animadas discusiones en todos los círculos sociales. Billot creía firmemente en la aparición de espíritus porque los había visto, oído y tocado. Deleuze estaba tanto o más convencido de ello que el mismo Billot y aseguraba que no había verdad tan inconclusamente demostrada como la inmortalidad del alma y el retorno de los difuntos, pues en varias ocasiones le trajeron objetos materiales desde largas distancias y recibió comunicaciones sobre asuntos de excepcional importancia. Se extrañaba Deleuze de que los seres espirituales pudieran transportar objetos materiales, y aunque menos intuitivo que Billot, convenía con éste en que la cuestión del espiritismo no es de razones sino de hechos.

A esta misma conclusión vino a parar el profesor Wagner de San Petersburgo (**NOTA: Fenómenos mediumnimos, Diciembre de 1875. FINAL NOTA**), quien dice al refutar a su contrincante Shkliarevsky:

Mientras las manifestaciones espiritistas fueron esporádicas y de poca importancia, pudimos engañarnos los científicos con las hipótesis de la acción muscular inconsciente o de la cerebración también inconsciente, y desdeñar todo lo demás como si fuesen artificios de prestidigitación... Pero los fenómenos son ya demasiado sorprendentes y los espíritus se muestran en formas materializadas que, cualquier escéptico como vos mismo, puede palpar a su gusto y aún pesarlas y medirlas. No es posible resistimos a la evidencia por mas tiempo, so pena de frisar con la locura. Procurad, pues, convenceros humildemente de la posibilidad de hechos que parecen imposibles.

El médium es un sujeto magnetizado por el flujo de la luz astral, y de la intensidad de este flujo y de las condiciones orgánicas del médium dependerá la receptividad magnética de éste y su remanencia magnética, de la propia suerte que el acero conserva la imanación por mucho más tiempo que el hierro, a pesar de que el acero no es ni más ni menos que hierro carburizado. La receptividad magnética del médium puede ser congénita o haberse educido por procedimientos hipnóticos, por influencia de entidades psíquicas o también por esfuerzos de la propia voluntad. Además, dicha receptividad parece tan hereditaria como otras cualidades psicofísicas, pues los padres de la mayoría de médiums famosos manifestaron indicios de mediumnidad. Los sujetos hipnóticos se transportan fácilmente a las más altas modalidades de clarividencia y mediumnidad, según afirman de consuno los expertos hipnotizadores Gregory, Deleuze, Puysegur, Du Potet y otros.

Respecto de la saturación magnética por esfuerzo de la propia voluntad, basta atender a los relatos de los sacerdotes japoneses, chinos, siameses, indos, tibetanos y egipcios, así como de los místicos y ascetas del cristianismo, para convencernos de su realidad. La dilatada persistencia en el propósito de subyugar la materia determina una condición psicofísica en que, no sólo se anulan las sensaciones externas, sino que puede quedar el cuerpo con apariencias de muerte. El éxtasis fortalece de tal modo la voluntad, que el extático atrae a sí con la fuerza absorbente de los vórtices las entidades moradoras en la luz astral, que acrecientan todavía más su energía psíquica.

Los fenómenos hipnóticos no admiten otra hipótesis explicativa que la proyección de una corriente magnética desde el hipnotizador al sujeto; y por lo tanto, si la voluntad del primero es lo suficientemente poderosa para proyectar dicha corriente, no le será difícil invertir el sentido en que la dirige y atraerla hacia sí del depósito universal como algunos suponen. Pero aun admitiendo que la corriente magnética tenga por originario manantial el mismo cuerpo del hipnotizador, sin que pueda en consecuencia atraerla

de ningún punto externo, resultará que si es capaz de engendrar fluido bastante para saturar al sujeto o el objeto sobre que lo proyecte, tampoco ha de serle difícil proyectarla sobre sí mismo. Buchanan (NOTA: *Antropología. FINAL NOTA*) echa de ver que los movimientos del cuerpo están orientados por los órganos frenológicos, y así la agresividad tiende a bajar y retroceder, mientras que la firmeza retrocede elevándose y la esperanza se eleva adelantándose. Los ocultistas conocen tan bien este principio, que explican la involuntaria levitación de sus cuerpos diciendo que al fijar el pensamiento en muy alto punto, se satura el cuerpo de luz astral y sigue entonces la aspiración de la mente y se eleva en el aire con tanta facilidad como un corcho retenido en el fondo flota, una vez suelto, en la superficie del agua. La misma explicación conviene al vértigo de las alturas y a la atracción del abismo, pues en estos casos imaginamos temerosamente la caída, y el cuerpo propende a seguir la dirección del pensamiento, a menos que se rompa el hechizo fascinador. Por esto los niños cuya mente no está vigorizada todavía ni tienen experiencia de semejantes accidentes, no muestran emoción alguna en igualdad de circunstancias (NOTA: *En corroboración de que el vértigo es un efecto mental, aduciremos el hecho de que apenas lo sienten las personas de escasa potencia imaginativa. En 1858 vivía en París un caballero de cabeza tan firme que con espanto de los curiosos se quedaba cruzado de brazos y casi de puntillas en la cornisa del Arco de Triunfo; pero tiempo después se le acortó la vista y le avivó la imaginación de tal manera que no fue capaz de atravesar el patio de un bitel por una tabla que medía unos sesenta centímetros de ancho. Al mirar las losas del patio acometióle el vértigo y de seguro cayera de no sentarse rápidamente en la tabla. FINAL NOTA*).

Tan por imposible como el movimiento continuo tienen los científicos el elixir de larga vida que aseguraron los filósofos herméticos haber descubierto, aprovechándose de él para prolongar su existencia más allá de los ordinarios términos, e igualmente les parece quimera la transmutación de los metales en oro y la eficacia del disolvente universal. El movimiento continuo es para ellos una *imposibilidad física* (NOTA: *Tanto como para el astrónomo Babinet la levitación de cuerpos sin contacto. FINAL NOTA*); el elixir de larga vida, una extravagancia fisiológica; y el disolvente universal, un absurdo químico. A tanto llega el escepticismo de un siglo que ha coronado con la cúpula del protoplasma el edificio de la filosofía positivista.

Balfour Stewart considera «imposible el movimiento continuo mientras la ciencia no conozca acabadamente las leyes naturales de que todavía apenas sabe lo necesario para escudriñar el plan y sentir el espíritu de la naturaleza» (NOTA: *La conservación de la energía, pág. 140. FINAL NOTA*). Si esta negación de Stewart no tiene mejor fundamento que la de su colega Babinet, fácil será rebatirla con sólo considerar que el universo es prueba convincente del movimiento continuo y no lo es menor la teoría atómica que ha venido a vigorizar las agotadas mentes de los investigadores científicos. El telescopio, al dilatar el espacio, y el microscopio, al revelar el diminuto mundo contenido en una gota de agua, han demostrado igualmente la continuidad del movimiento, y si como es arriba es también abajo, nadie se atreverá a negar la posibilidad de que cuando los científicos comprendan mejor la conservación de la energía y admitan las dos modalidades energéticas de los cabalistas, sean capaces de construir un mecanismo sin rozamientos, que por sí mismo resarza el consumo de energía (NOTA: *Según dice el respetable señor de Lara, hace cincuenta años, al inaugurarse la primera línea férrea del mundo, entre Liverpool y Manchester, un periódico de Hamburgo calificó de paparrucha el relato de la inauguración diciendo en sus comentarios textualmente: hasta este extremo llega la credulidad de los ingleses. La moraleja del caso salta a la vista. Por otra parte, el reciente descubrimiento del lubricante llamado metalina por un químico norteamericano promete disminuir muchísimo los rozamientos. FINAL NOTA*).

Lo cierto es que el mecánico a quien se deba el hallazgo del movimiento continuo será capaz de comprender por analogía todos los secretos de la naturaleza, porque el progreso está en razón directa de la resistencia.

Lo mismo podemos decir del elixir de larga vida, de la vida física se entiende; pues el alma debe la inmortalidad a su divina unión con el inmortal espíritu. Pero el concepto de *continuo o perpetuo* no es equivalente al de *infinito*. Los cabalistas nunca afirmaron la posibilidad del movimiento interminable ni de la vida física sin fin. Según el axioma hermético, únicamente la Causa primera y sus directas emanaciones, nuestros espíritus (NOTA: Chispas del eterno sol central que en él han de reabsorberse al fin de los tiempos. FINAL NOTA) son incorruptibles y eternos; pero por el conocimiento de algunas fuerzas naturales, todavía ocultas a las miradas de los materialistas, aseguran los herméticos que es posible prolongar indefinidamente el movimiento mecánico y la vida física.

La piedra filosofal tiene más de una significación relacionada con su misterioso origen. Dice sobre esto el profesor Wilder:

El estudio de la alquimia era más universal de lo que suponen algunos tratadistas y auxiliaba si acaso no se identificaba con las ocultas ciencias de magia, necromancia (NOTA: Conviene no confundir la necromancia con la nigromancia. Esta última comprende todas las modalidades de la magia negra y es siempre vituperable. La primera se contrae a la evocación de los difuntos y, como en el caso de que trata el texto, es ciencia hermética.– *El Traductor*. FINAL NOTA) y astrología, tal vez porque en su origen todas eran modalidades del espiritualismo que siempre existió en la historia del género humano.

Lo más sorprendente es que los mismos que consideran el cuerpo humano como una «máquina de digerir» pongan objeciones a la idea de que esta máquina funcionaría sin rozamientos si fuera posible lubricar sus moléculas con un equivalente de la metalina. Según el *Génesis*, el cuerpo del hombre fue formado de barro o polvo de la tierra; pero esta alegoría contradice a los modernos investigadores que afirman haber descubierto los constituyentes inorgánicos del cuerpo humano. Si el autor del *Génesis* sabía esto y Aristóteles enseñó la identidad del principio vital de plantas, animales y hombres, parece que nuestra filiación de la madre tierra se estableció hace largo tiempo.

Elie de Beaumont ha reafirmado recientemente la antigua doctrina de Hermes, según la cual tiene la tierra circulación análoga a la de la sangre en el cuerpo humano. Pues si tan antigua como el tiempo es la enseñanza de que la naturaleza absorbe continuamente del depósito universal de energía la necesaria para reparar la consumida; ¿por qué ha de ser el hijo diferente del padre?; ¿por qué no ha de poder el hombre, por el descubrimiento de la fuente y naturaleza de esta restauradora energía, extraer de la misma tierra el elixir o quintesenciado jugo con que reparar sus fuerzas? Tal *pudo* haber sido el secreto de los alquimistas. Si se detiene la circulación de los flúidos terrestres resultará estancamiento, podredumbre y muerte; si se detiene la circulación de los humores en el cuerpo humano resultará la parálisis y demás dolencias propias de la edad senil seguidas de muerte. Si los alquimistas hubiesen descubierto alguna mixtura química de bastante eficacia para mantener expeditos los sistemas vasculares ¿no lograrán fácilmente todo lo demás? Por otra parte, si las aguas que a flor de tierra manan de ciertas fuentes minerales tienen virtud curativa y restaurante, no será despropósito decir que si en las entrañas de la tierra pudiéramos recoger las primeras gotas destiladas en el alambique de la naturaleza, nos convenceríamos de que después de todo no era un mito la fuente de juventud. Afirma Jennings que algunos adeptos extraían el elixir de larga vida de los secretos laboratorios químicos de la naturaleza; y Roberto Boyle menciona un vino medicinal de propiedades cordiales, que el doctor Lefevre ensayó con admirable éxito en una anciana. *La alquimia es tan antigua como la tradición*. «El primer documento histórico que sobre el particular tenemos, dice Guillermo Godwin, es un edicto de Diocleciano (año 300 de la era cristiana),

en el que mandaba entregar a las llamas cuantos tratados del arte de hacer oro y plata se encontraran en Egipto. Este edicto demuestra la antigüedad de dicho arte, entre cuyos más conspicuos adeptos cita la *fábula* a Salomón, Pitágoras y Hermes». Respecto al segundo agente alquímico, es decir el *alkabest* o disolvente universal, por cuya virtud se operaban las transmutaciones, ¿es idea tan absurda que no merezca la menor consideración en esta época de químicos descubrimientos? ¿Y qué valor daremos al histórico testimonio de alquimistas que fabricaron oro y lo pusieron en circulación? Prueba de ello nos dan Libavio, Gebero, Arnaldo, Tomás de Aquino, Bernardo Comes, Joannes, Penoto, el árabe Geber, patriarca de la alquimia europea, Eugenio Filaletes, Porta, Rubeo, Dornesio, Vogelio, Ireneo Filaletes y muchos otros alquimistas y herméticos medioevales. ¿Habremos de tener por locos y visionarios a tan insignes eruditos, filósofos y sabios?

Pico de la Mirándola, en su tratado: *De Auro* cita diez y ocho casos en que personalmente presencié la obtención artificial de oro. Tomás Vaughan (NOTA: De sobrenombre Eugenio Filaleteo o Filaletes. FINAL NOTA) fue una vez a la tienda de un orfebre para vender oro por valor de 1.200 marcos; pero como el orfebre advirtiera suspicazmente que el oro era demasiado puro para proceder de una mina, huyó despavorido sin recoger siquiera el dinero que ya tenía dispuesto para el pago (NOTA: En otro lugar de esta obra hemos aducido gran número de testimonios de la transmutación. FINAL NOTA).

Según Marco Polo, en unas montañas del Tíbet, a las que llama *Chingintalas*, hay vetas de la misma substancia constitutiva de las salamandras. Dice sobre el particular:

Porque en verdad, la salamandra no es ningún animal como se figuran las gentes, sino una substancia que se encuentra en la tierra... Un turco llamado Zurficar me dijo que durante tres años había estado en aquella comarca buscando salamandras para el gran Khan, y que para cogerlas cavaba en la montaña hasta encontrar cierta veta cuya substancia se dividía al machacarla en una especie de fibras por el estilo de las de la lana, que después de secas pueden batanearse, lavarse e hilarse para fabricar tejidos no muy blancos al principio, pero que después de echados al fuego y tenidos allí un rato aventajan a la misma nieve (NOTA: *Libro de Marco Polo*, I, 215. FINAL NOTA).

Esta substancia mineral es el *asbestos* (NOTA: Sage: *Diccionario de tejidos*, II, 1-12. FINAL NOTA), según atestiguan varios autores, entre ellos el Rdo. A. Williamson, quien dice que la hay en Shantung. Pero no tan sólo es materia textil, sino que también se extrae de él un aceite de propiedades verdaderamente extraordinarias cuyo secreto poseen algunos lamas tibetanos y adeptos indos. Al frotar el cuerpo con este aceite no deja señal ni mancha alguna, y aunque la parte frotada se friegue después con jabón y agua fría o caliente, no por ello pierde su virtud la untura, de modo que la persona así ungida puede permanecer impunemente entre el fuego más violento sin que, a menos de sofocarse, sufra daño alguno. Asimismo tiene dicho aceite la propiedad de que combinado con otra substancia (cuyo nombre no podemos revelar) y puesto después al relente de la luna en ciertas noches designadas por los astrólogos, engendra extraños seres que al principio parecen infusorios, pero que luego crecen y se desarrollan. Hoy día es Cachemira la comarca en donde hay mayor número de magos místicos (NOTA: Al tratar de Cachemira dice Marco Polo que los magos de esta comarca conocen asombrosamente el arte de los encantamientos *diabólicos*, hasta el punto de que *hacen hablar a los ídolos*. FINAL NOTA). Las diversas sectas religiosas de este país son plantel de sabios y adeptos y siempre se les atribuyeron sobrenaturales poderes (NOTA: Según cita del coronel Yule, nos dice Vambéry que «en nuestros días los derviches de Cachemira sobresalen entre los demás mahometanos por su *habilidad* en las artes secretas y son muy expertos en exorcismos y magia». (*Alquimia o Filosofía hermética*, 25). FINAL NOTA).

Pero no todos los químicos modernos son tan dogmáticos que nieguen le posibilidad de transmutar los metales en oro. Peisse, Desprez y el mismo Luis Figuier que lo niega todo, están, según parece, muy lejos de tenerla por absurda. Sobre este particular dice Wilder:

No consideran los físicos tan absurda como se ha querido inferir la posibilidad de transmutar los elementos en la primaria forma que se supone tuvieron en la masa ígnea, de cuyo enfriamiento resultó, según los geólogos, la corteza terrestre. Hay entre los metales analogías a veces tan íntimas, que parecen señalarles idéntico origen. Por lo tanto, bien pudieron los alquimistas haber dedicado su actividad a investigaciones de esta índole, así como Lavoisier, Davy, Faraday y otros contemporáneos se han aplicado

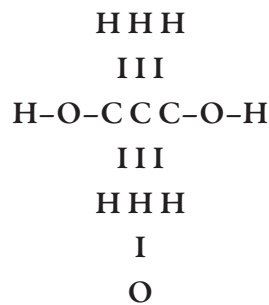
a descubrir los misterios de la química (NOTA: Wilder: *Alquimia o Filosofía hermética*, 25. FINAL NOTA).

Un erudito teósofo norteamericano que ejerce la medicina y ha estudiado ciencias ocultas y alquimia durante treinta años, logró reducir los elementos a su forma originaria, obteniendo lo que llama «tierra preadámica», porque da precipitado térreo en el agua destilada que, cuando se agita, presenta vivos y opalescentes colores.

Como si los alquimistas se divirtiesen con la ignorancia de los profanos, dicen que «el secreto de la obtención consiste en una amalgama de sal y azufre en triple combinación con el azoth (NOTA: Nombre hermético de la luz astral o *anima mundi*. – *El Traductor*. FINAL NOTA) después de sublimar y fijar por tres veces».

¡Qué ridículo absurdo!, exclamarán los químicos modernos. Pero los discípulos del insigne Hermes comprenden el significado de esta fórmula tan perfectamente como un alumno de química de la Universidad de Harvard entiende al catedrático, cuando por ejemplo éste le dice:

Con un grupo hidroxílico obtendremos únicamente compuestos monoatómicos; con dos grupos hidroxílicos podremos formar en el mismo núcleo combinaciones diatómicas; con tres grupos hidroxílicos obtendremos cuerpos triatómicos, entre los cuales se cuenta una substancia muy conocida, la glicerina:

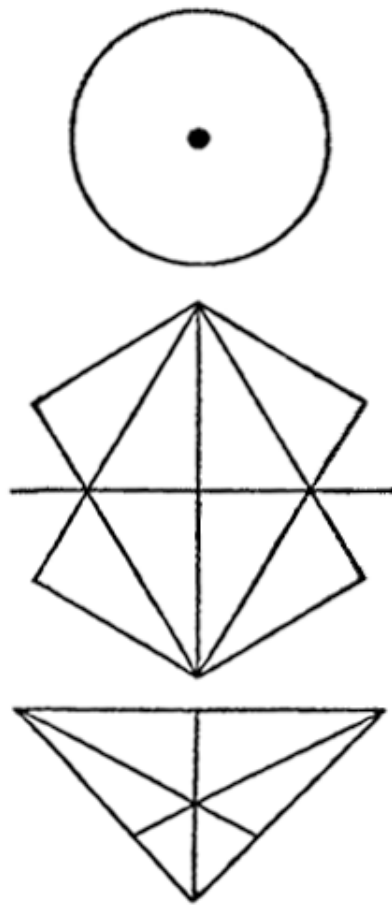


El alquimista dice por su parte:

Únete a las cuatro letras del tetragrama dispuestas de la manera siguiente: Las letras del nombre inefable están allí, aunque no las descubras a primera vista. Contienen, cabalísticamente, el incomunicable axioma. A esto llaman mágico arcano los maestros.

El arcano es la cuarta emanación del akâza, el principio de *vida*, que en su tercera transmutación está representado por el ardiente sol, el ojo del mundo o de Osiris, como le llamaron los egipcios, que vigila celosamente a su joven hija, esposa y hermana Isis, nuestra madre tierra, de la que dice Hermes Trismegisto que «su padre es el sol y su madre la luna». Primero la atrae y acaricia y después la repele con proyectora fuerza. Al estudiante hermético le toca vigilar sus movimientos y adueñarse de sus corrientes sutiles para guiarlas y dirigirlas con auxilio del *athanor* o palanca de Arquímedes de los alquimistas. ¿Qué es este misterioso *athanor*? ¿Pueden decírnoslo los físicos que diariamente lo ven y examinan? En verdad lo ven; ¿pero entienden los secretos y cifrados caracteres que el divino dedo trazó en las conchas del mar, en las hojas que tiemblan al beso de la brisa, en el resplandeciente astro cuyos rayos son para ellos rayas más o menos luminosas de hidrógeno? «Dios es el gran geómetra» decía Platón (NOTA: «Diogeniano tomó la palabra y dijo: Admitamos a Platón en la conferencia y preguntémosle qué quiere significar al decir, si es suya la frase, que *Dios es el gran geómetra*. Yo digo que si bien esta frase no aparece claramente expresada en ninguna de sus obras, hay poderosos motivos para creer que la frase es suya y muy probable que tal sea su significado. Tyndares repuso

diciendo: Platón encomia la geometría como ciencia que divierte a los hombres de los objetos sensorios y los convierte a la inteligible y eterna naturaleza, cuya contemplación es el fin de toda filosofía y un aspecto de la iniciación en los misterios del santo rito». (Pasaje extractado de las *Symposiacas* de Plutarco, VIII, 2). FINAL NOTA). Dos mil años más tarde ha dicho Oersted que «las leyes de la naturaleza son los pensamientos de Dios». Y el solitario estudiante de filosofía hermética sigue repitiendo: «Sus pensamientos son inmutables y, por lo tanto, hemos de buscar la verdad en la perfecta armonía y equilibrio de todas las cosas». Partiendo de la indivisible Unidad, advierte el estudiante hermético que de ella emanan dos fuerzas contrarias que por medio de la primera actúan equilibradamente de modo que las tres se resumen en una: la eterna Mónada pitagórica. El punto primordial es un círculo que se transforma en cuaternario o cuadrado perfecto, en uno de cuyos cardinales ángulos aparece una letra del mirífico nombre, el sagrado TETRAGRAMA. Son los cuatro *Buddhas* que llegan y se van; la *Tetractys* pitagórica absorbida por el único y eterno *No-Ser*.



Según tradición, el iniciado Isarim encontró en Hebrón sobre el cadáver de Hermes la llamada *Tabla Esmeraldina*, que comprendía en pocas máximas la substancia de la sabiduría hermética. Nada de nuevo ni de extraordinario dirán estas máximas a quienes las lea tan sólo con los ojos del cuerpo, pues empiezan por decir que no tratan de ficciones, sino de cosas ciertas y verdaderas. A continuación transcribimos algunas de dichas máximas:

Lo que está abajo es como lo que está arriba y lo que está arriba es como lo que está abajo para realizar las maravillas de una sola cosa. Así como todas las cosas han sido producidas por mediación de un solo ser, así también este ser produjo todas las cosas por *adaptación*.

Su padre es el sol; su madre, la luna.

Es causa de perfección en el universo mundo. Su poder es perfecto *si se transmuta en tierra*. Prudente y juiciosamente separa la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero.

Sube sagazmente de la tierra al cielo y baja después del cielo a la tierra para unir el poder de las cosas superiores al de las inferiores. De este modo tendrás la luz del mundo entero y las tinieblas se alejarán de ti.

Esta cosa es más fuerte que la misma fortaleza, porque *sobrepaja a las sutiles y penetra en las sólidas*.

De ella fue formado el mundo.

Esta cosa a que misteriosamente aluden las máximas herméticas es el mágico agente del universo, la luz astral cuya correlación de fuerzas produce el alkahest, la piedra filosofal y el elixir de larga vida. Los filósofos herméticos daban a este mágico agente los nombres de: *Azoth, Virgen Celeste, Magnes, Máximo y Anima Mundi*. Las ciencias físicas lo conocen tan sólo por sus vibratorias modalidades de *calor, luz, electricidad y magnetismo*; pero como los científicos ignoran las propiedades espirituales y la oculta potencia que el éter entraña, niegan todo cuanto no comprenden. La ciencia explica al pormenor las cristalinas formas de los copos de nieve en variadísimos prismas exagonales de que nacen infinidad de tenuísimas agujas divergentes recíprocamente en ángulos de 60°; pero ¿es capaz la ciencia de explicar la causa de esa infinita variedad de formas delicadamente exquisitas (NOTA: Youmans: *Química descriptiva*. FINAL NOTA) cada una de las cuales es de por sí una perfectísima figura geométrica? Estas níveas formas que parecen flores y estrellas cuajadas, tal vez son (sépalos la ciencia materialista) lluvia de mensajes que desde los mundos superiores dejan caer manos espirituales para que aquí abajo los lean los ojos del espíritu.

La cruz filosófica extiende opuestamente sus brazos en las respectivas direcciones horizontal y perpendicular; esto es: la anchura y altura divididas por el divino geómetra en el punto de intersección. Esta cruz es a un tiempo mágico y científico cuaternario que el ocultista toma por base cuando está inscrita en el cuadrado perfecto. En su mística área se halla la clave de todas las ciencias así naturales como metafísicas. Es símbolo de la existencia humana porque los puntos de la cruz inscrita en el círculo señalan el nacimiento, la vida, la muerte y la INMORTALIDAD. Todas las cosas de este mundo son una trinidad complementada por el cuaternario y todo elemento es divisible con arreglo a este principio. La fisiología podrá dividir al hombre *ad infinitum*, como las ciencias físicas han subdividido los cuatro elementos primordiales en varios otros, pero no jamás podrá alterar ninguno de ellos. El nacimiento, la vida y la muerte serán siempre una trinidad no completada hasta el término del cielo. Aun cuando la ciencia llegase a mudar en aniquilación la ansiada inmortalidad, subsistiría el cuaternario, porque Dios *geometriza*. Y algún día podrá la alquimia hablar desembarazadamente de su sal, mercurio, azufre y azoth, así como de sus símbolos y miríficos caracteres, y decir con un químico moderno que «las fórmulas no son juego de la fantasía, pues en ellas está poderosamente justificada la posición de cada letra» (NOTA: Cooke: *Nueva Química*. FINAL NOTA).

Sobre la materia de que vamos tratando, dice Peisse:

Dos palabras acerca de la alquimia. ¿Qué debemos pensar del arte hermético? ¿Cabe creer en la transmutación de los metales en oro? Los positivistas, los despreocupados del siglo xix saben muy bien que Luis Figuier, doctor en ciencias y en medicina y catedrático de análisis químico de la Escuela de Farmacia de París, vacila, duda y esta indeciso en esta cuestión. Conoce a varios alquimistas (pues sin duda los hay) que, apoyados en los modernos descubrimientos de la química, y sobre todo en la teoría de los equivalentes atómicos expuesta por Dumas, afirman que los metales no son cuerpos simples o elementos en el riguroso sentido de la palabra y que en consecuencia pueden obtenerse

por descomposiciones químicas... Esto me mueve a dar un paso adelante y a confesar ingenuamente que no me sorprendería de que alguien hiciese oro. Una sola pero suficiente razón daré de ello, y es que el oro no ha existido siempre, pues sin duda debió su formación a algún proceso químico o de otra índole en el seno de la materia ígnea del globo (NOTA: La hipótesis de Hunt acerca de los yacimientos metalíferos esta en contradicción con la apuntada; pero ¿acaso es verdadera? FINAL NOTA) y quizás hay actualmente oro en vías de formación. Los supuestos elementos químicos son, con toda probabilidad, productos secundarios en la formación de la masa terrestre. Así se ha demostrado respecto del agua que para los antiguos era uno de los más importantes elementos. Hoy día podemos hacer agua. ¿Por qué no podríamos hacer oro? El eminente experimentador Desprez ha logrado fabricar el diamante, y aunque este diamante sea un diamante científico, un diamante filosófico sin valor comercial acaso, no por ello flaquea mi posición dialéctica. Por otra parte, no se trata de simples conjeturas, pues todavía vive el adepto alquimista Teodoro Tiffereau, ex preparador de química en la *Escuela Profesional Superior* de Nantes, quien el año 1853 envió a las corporaciones científicas una comunicación en que subrayando las palabras decía: «He descubierto el procedimiento para obtener oro artificial. He obtenido oro» (NOTA: Peisse: *La medicina y los médicos*, I, 59-283, 1863. FINAL NOTA).

El cardenal de Rohán, la famosa víctima de la conspiración llamada del collar de diamantes, aseguró que había visto cómo el conde de Cagliostro fabricaba oro y diamantes. Suponemos que los partidarios de la hipótesis de Hunt no aceptarán la de Peisse, pues opinan que los yacimientos metalíferos son efecto de la vida orgánica. En consecuencia, nos atendremos a las enseñanzas de los filósofos antiguos dejando que unos y otros disputen hasta conciliar sus divergencias de modo que nos revelen la verdadera naturaleza del oro, diciéndonos si es producto de la interna alquimia volcánica o filtrada secreción de la superficie terrestre.

El profesor Balfour Stewart, a quien nadie se atreverá a calificar de retrógrado pues más fácil y frecuentemente que sus colegas admite los errores de la ciencia moderna, se muestra tan indeciso como otros en esta cuestión, diciendo que «la luz perpetua es tan sólo un nombre más del movimiento continuo y tan quimérica como éste, pues no disponemos de medio alguno para restaurar el consumo de combustible» (NOTA: Stewart: *Conservación de la energía*. FINAL NOTA). Añade Stewart que una luz perpetua ha de ser obra de mágico poder y, por lo tanto, no de esta tierra, en donde las modalidades de energía son transitorias; y al argumentar de esta suerte parece como si supusiera que los filósofos herméticos hubiesen afirmado que la luz perpetua fuese una de tantas luces terrestres producidas por la combustión de materias lucíferas. En este punto se han interpretado siempre torcidamente las ideas de los antiguos filósofos.

Muchos hombres de talento, que en un principio se aferraron a la incredulidad, advirtieron su error y mudaron de opinión después de estudiar la doctrina secreta. Pero resulta evidente la contradicción en que incurre Balfour Stewart cuando al comentar las máximas filosóficas de Bacón, a quien llama patriarca de las ciencias experimentales, dice que «es preciso ir con cautela *antes de menospreciar por inútil ninguna rama de conocimientos o modalidades de pensar*», para salir después desechando por *absolutamente imposibles* las afirmaciones de los alquimistas. Según Stewart, opinaba Aristóteles que la luz no es corpórea ni emanación de cuerpo alguno, sino energía actual; y aunque reconoce la poderosa mentalidad de los antiguos y su notorio genio, dice que flaqueaban en el conocimiento de las ciencias físicas y, por consiguiente, no fueron prolíficas sus ideas (NOTA: Stewart: *Conservación de la energía*. FINAL NOTA). Pero Stewart olvida que Demócrito estableció la teoría atómica muchos siglos antes de que la expusiera Dalton y que los antiquísimos Oráculos caldeos y posteriormente Pitágoras enseñaron que el éter es el agente universal.

Toda esta nuestra obra es una protesta contra el inicuo modo de juzgar a los antiguos cuyas ideas es preciso tener examinadas muy a fondo antes de criticarlas y convencerse por personal juicio de si se «acomodaban a los hechos».

No hay necesidad de repetir, por haberlo dicho muchas veces, lo que todo científico debe saber, esto es, que la esencia de los conocimientos antiguos estaba en poder de los sacerdotes, quienes nunca confiaban su ciencia a la escritura, sino que la transmitían oralmente a los iniciados (NOTA: Ejemplo de ello tenemos en Platón, que jamás osó publicar gráficamente las enseñanzas esotéricas. FINAL NOTA). Así pues, lo poco que referente al universo material y espiritual expusieron en sus tratados, no es bastante para que la posteridad pueda formar exacto juicio de su saber (NOTA: Subsistiría la falta de pruebas documentales para el debido juicio crítico de los antiguos filósofos aun cuando el vandalismo de los primitivos cristianos, de los últimos cruzados y el fanatismo medioeval no hubiesen destruido las tres cuartas partes de lo que aun quedaba de la biblioteca y escuelas póstumas de Alejandria. Dice Draper que el cardenal Cisneros mandó quemar en la plaza pública de Granada 80.000 manuscritos arábigos, muchos de ellos traducción de obras clásicas. En la biblioteca del Vaticano hay raros y preciadísimos tratados antiguos con enmiendas y raspaduras hechas adrede para interpolar absurdas salmodias. FINAL NOTA).

Por lo tanto, ¿quién de cuantos menosprecian la doctrina secreta por contraria a la filosofía e indigna de análisis científico, se atreverá a decir que ha estudiado a los antiguos y está al corriente de cuanto sabían? ¿Quién será capaz de afirmar con fundamento que sabe más que los antiguos porque los antiguos sabían muy poco si acaso sabían algo? La doctrina secreta abarca el *alpha* y el *omega* de la ciencia universal y en ella está la piedra angular y la clave de todos los conocimientos antiguos y modernos. Tan sólo esta doctrina, tildada de *antifilosófica*, encubre lo *absoluto* en la filosofía de los misteriosos problemas de la vida y de la muerte.

Dice Paley que únicamente por sus efectos conocemos las fuerzas de la naturaleza. Parafraseando este enunciado, diremos que únicamente por sus efectos conoce la posteridad los capitales descubrimientos de los antiguos. Si un profano lee en un tratado de alquimia las especulaciones de los rosacruces relativas al oro y a la luz, le causarán sorpresa, por no entender poco ni mucho pasajes tan en apariencia confusos como el siguiente:

El oro hermético es el producto de los rayos del sol o de luz invisible, mágicamente difundida por el cuerpo del mundo. La luz es oro sublimado y mágicamente extraído, por la imperceptible atracción estelar, de las profundidades de la materia. El oro es el depósito de la luz que de él mismo brota. La luz del mundo celeste es sutil, vaporosa, oro mágicamente sublimado o el *espíritu de la llama*. El oro atrae las naturalezas inferiores de los metales y con él las identifica por intensificación y multiplicación (NOTA: Extractos de Roberto de Fludd en *Los Rosacruces*. FINAL NOTA).

Sin embargo, los hechos son hechos y podemos aplicar al ocultismo en general y a la alquimia en particular lo que Billot dice respecto del espiritismo, conviene a saber, que no es cuestión de *opiniones* sino de *hechos*. Los científicos afirman la *imposibilidad* de las lámparas inextinguibles; pero no obstante, en toda época hubo y también hay en la nuestra quienes encontraron brillantes lámparas perpetuas en bóvedas cerradas hacía ya muchos siglos; y no falta quien posea el secreto de mantener vivas estas luces por centenares de años. También los científicos califican de charlatanería y farsa el espiritismo antiguo y moderno, la magia y el hipnotismo. Sin embargo, hay en la faz de la tierra ochocientos millones de personas en su cabal juicio que creen en dichos fenómenos. ¿Quiénes son más fidedignos? Dice Luciano (NOTA: *Philopseuda*. FINAL NOTA) que Demócrito no creía en milagros, pero se esforzaba en descubrir el procedimiento empleado por los

teurgos para operarlos. Esta opinión del «filósofo optimista» es de la mayor importancia para nosotros, puesto que fue discípulo de los magos establecidos en Abdera por Jerjes y además estudió durante muchos años magia entre los sacerdotes egipcios (NOTA: Diógenes Laercio: *Vida de Demócrito*. FINAL NOTA). De los ciento nueve años que vivió este filósofo, empleó noventa en experimentos, cuyos resultados fue anotando en un libro que, según Petronio (NOTA: *Satyric. Vitrus D. Architec*, libro IX, cap. III. FINAL NOTA), *trataba de la naturaleza*. Y además de negar Demócrito los *milagros*, afirmaba que cuantos fenómenos había presenciado personalmente, aun los más *increíbles*, eran efecto de *ocultas leyes naturales* (NOTA: Plinio: *Historia Natural*. FINAL NOTA).

Draper (NOTA: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*. FINAL NOTA) encomia a los aristotélicos en menoscabo de los pitagóricos y platónicos, diciendo que nunca se atreverá a negar nadie las proposiciones de Euclides. Sin embargo, verídicos autores, entre ellos Lemprière, afirman que no todos los quince libros de los *Elementos* son de Euclides, sino que éste, no obstante su talento geométrico, fue el *primero* que compiló en ordenación científica los teoremas y demostraciones debidos a Pitágoras, Thales y Eudoxio, interpolando algunos postulados de su invención. Si estos autores están en lo cierto, mayor gratitud han de sentir los modernos hacia aquel sol de la ciencia metafísica que se llamó Pitágoras, por haber salido de su escuela hombres como el universalmente famoso geómetra y cosmógrafo Eratóstenes, el no menos célebre Arquímedes y aun el mismo Ptolomeo, no obstante sus pertinaces errores. Sin la experimentación científica de estos sabios y sin los fragmentos de sus obras que sirvieron de base a las teorías de Galileo, los pontífices del siglo XIX tal vez se hallaran todavía sujetos al yugo de la Iglesia y supeditados a la cosmogonía de San Agustín y el venerable Beda, que consideraba la tierra como una majestuosa llanura en cuyo torno volteaba la bóveda celeste.

Nuestro siglo parece condenado a humillantes confesiones. La ciudad italiana de Feltre erige un monumento en memoria de Pánfilo Castaldi, *ilustre inventor de los caracteres movibles de imprenta*, a quien, según reza la inscripción, *rinde Italia este honroso tributo por largo tiempo diferido*. Mas apenas levantada la estatua, aconseja el coronel Yule a los feltranos que la conviertan en *honrosa cal*, demostrándoles que, además de Marco Polo, muchos viajeros habían traído de China caracteres movibles de madera y libros impresos con ellos (NOTA: Yule: *Libro de Marco Polo*, I, 133-135. FINAL NOTA). En las imprentas de las lamaserías Tíbetanas hemos visto estos caracteres movibles que allí se conservan por curiosidad, pues son antiquísimos y se emplearon hasta los primeros tiempos del budismo Tíbetano, por lo que debieron conocerse en China mucho antes de la era cristiana.

Digno de meditación es el siguiente pasaje del profesor Roscoe:

Es preciso desarrollar con fruto las verdades incipientes. No sabemos *cómo* ni *cuándo*, pero ningún científico duda de que ha de llegar día en que la humanidad pueda aprovecharse de los más recónditos secretos de la naturaleza. ¿Quién hubiera vaticinado que el movimiento de las patas del cadáver de una rara al contacto de dos metales distintos habría de llevarnos en pocos años al descubrimiento de la telegrafía eléctrica?

Dice el mismo Roscoe que hallándose en compañía de Kirchhoff y Bunsen, cuando estos dos insignes físicos investigaban la naturaleza de las rayas de Fraunhofer, les pasó a los tres como un *relámpago* la idea de que hay hierro en el sol. Esta es una prueba más que añadir a las muchas en pro de que la mayor parte de los descubrimientos no son hijos del raciocinio, sino de la intuición. El porvenir nos reserva no pocos relámpagos de esta índole. Advirtamos que uno de los últimos descubrimientos de la ciencia moderna, el magnífico espectro verde de la plata, no tiene nada de nuevo, pues no obstante «la escasez e inferioridad de sus instrumentos ópticos» ya lo conocían los antiguos químicos y físicos. Desde la época de Hermes estuvieron siempre asociados el metal plata y el

color verde. La luna o Astarté (plata hermética) es uno de los símbolos capitales de los rosacruces. Dice un axioma hermético que «las afinidades de la naturaleza son causa eficiente del esplendor y variedad de los colores que están misteriosamente relacionados con los sonidos». Los cabalistas colocan la «naturaleza media» en directa conexión con la luna; y precisamente la raya verde de la plata ocupa en el espectro el punto *medio* entre las demás. Los sacerdotes egipcios cantaban en honor de Serapis (NOTA: Cita de Dionisio de Halicarnaso. FINAL NOTA) un himno compuesto de las *siete* vocales, y al son de la *séptima* vocal y al *séptimo* rayo del sol naciente respondía la estatua de Memnon. Con esto coincide el naciente descubrimiento de las maravillosas propiedades del rayo violado, el *séptimo* del espectro prismático, que a todos supera en potencia química y corresponde a la *séptima* nota de la escala musical. La teoría de los rosacruces, que compara el universo con un instrumento musical, es análoga a la enseñanza pitagórica de la música de las esferas. Sonidos y colores son números espirituales; y así como los siete rayos prismáticos proceden de un punto de los cielos, así también las siete potestades de la naturaleza son cada una un número y las siete radiaciones de la Unidad o SOL céntrico y espiritual. ¡Feliz quien comprende los números espirituales y advierte su influencia!, exclama Platón. Y feliz, añadiríamos nosotros, quien en medio del laberinto de fuerzas correlacionadas descubre su origen en, el invisible sol.

Los experimentadores futuros lograrán la honra de demostrar que los sonidos musicales influyen maravillosamente en la lozanía de la vegetación. Y terminando el capítulo con esta quimera científica, pasaremos a recordarle al paciente lector algo que los antiguos sabían y que los modernos *presumen* saber.

CAPÍTULO XIV

Las sagradas escrituras contienen las crónicas de esta nuestra ciudad de Sais durante un periodo de 8.000 años.

PLATÓN, *Timeo*

Aseguran los egipcios que desde el reinado de Heracles al de Amasis transcurrieron 17.000 años.

HERÓDOTO, *lib. II, cap. 43*

¿Dejará el teólogo de vislumbrar la luz que de los jeroglíficos egipcios brota para evidenciar la inmortalidad del alma? ¿Echará de ver el historiador que las artes y ciencias florecieron en Egipto mil años antes de que los pelasgos tachonasen de templos y fortalezas las islas y cabos del Archipiélago?

GLIDDON

¿Cómo llegó a Egipto la ciencia? ¿Cuándo despuntó la aurora de aquella civilización cuya maravillosa pujanza nos revela la arqueología? ¡Ay! Mudos están los labios de Memnon y ya de ellos no salen oráculos. El silencio de la Esfinge es enigma todavía mayor que el propuesto a Edipo.

No aprendió ciertamente el antiguo Egipto cuanto a los demás pueblos enseñara, por intercambio de ideas y descubrimientos con los vecinos semitas. A este propósito dice el autor de un artículo publicado recientemente:

Cuanto mejor conocemos a los egipcios tanto más los admiramos. ¿De quién aprenderían aquellas artes pasmosas que con ellos murieron?... Nada prueba que la civilización y la ciencia naciesen y se desarrollaran allí de modo semejante a como en los demás pueblos, sino que todo parece derivarse en continuado perfeccionamiento de *las más remotas épocas*. La historia demuestra que ningún pueblo aventajó al egipcio en sabiduría (NOTA: Esta observación sólo puede cohonestarse por la circunstancia de que hasta hace muy poco tiempo nada se ha sabido de la antigua India ni del íntimo parentesco entre esta nación y el Egipto, pues de la India vinieron ya en completa civilización los etíopes orientales, habilísimos arquitectos, que tal vez poblarían las tierras vírgenes egipcias. Pero en otro lugar examinaremos más detenidamente este asunto. FINAL NOTA).

No comisionaba el Egipto a la juventud escolar para aprender novedades en las demás naciones; antes al contrario, de todas partes acudían los estudiantes a Egipto ansiosos de conocimiento. La hermosa reina del desierto se recluía arrogantemente en sus encantados dominios y forjaba maravillas como si se prevaliera de mágica varilla.

Dice Salverte que «la mecánica llegó entre los antiguos a un grado de perfección desconocido todavía entre los modernos; y ciertamente que tampoco los ha sobrepujado nuestra época en punto a invenciones, pues a pesar de cuantos medios han puesto en manos del mecánico los progresos científicos, hemos tropezado con insuperables dificultades en el intento de erigir sobre su pedestal uno de aquellos monolitos que cuarenta siglos ha erigían los egipcios numerosos ante sus edificios sagrados».

El reinado de Menes, el rey más antiguo de que nos habla la historia, ofrece diversas pruebas de que los egipcios conocían la hidráulica mucho mejor que nosotros. Durante el reinado de aquel monarca, cuya época se hunde en los abismos del tiempo como lejanísima estrella en las profundidades de la bóveda celeste, se llevó a cabo la gigantesca empresa de desviar el curso del Nilo ó, mejor dicho, de sus tres brazos principales, de modo

que bañase la ciudad de Menfis. A este propósito, dice Wilkinson que «Menes calculó exactamente la resistencia que era preciso vencer y construyó un dique cuya imponente fábrica y enormes muros de contención desviaron las aguas hacia el Este, dejando el río encauzado en su nuevo lecho».

Heródoto nos ha legado una poética y fiel descripción del lago Mœris, así llamado por el monarca egipcio a quien se debió aquella artificial sabana de agua. Dice el famoso historiador que el lago medía 450 millas de circuito por 300 pies de profundidad y lo alimentaba el Nilo mediante canales que derramaban parte de las aguas procedentes de las inundaciones anuales, con objeto de aprovecharlas para el riego en muchas millas a la redonda. Había en el lago, muy hábilmente construidas, sus correspondientes compuertas, presas, esclusas y máquinas hidráulicas.

Los romanos aprendieron posteriormente de los egipcios el arte de las construcciones hidráulicas; pero nuestros progresos en esta rama de la mecánica han revelado las muchas deficiencias de que adolecieron en varios pormenores, pues si bien conocían los principios y leyes generales de la hidrostática e hidrodinámica, no estaban tan familiarizados como los ingenieros modernos, con los enchufes y juntas de los tubos de conducción, según lo prueba que construyeran muy largos acueductos a flor de tierra, en vez de cañerías subterráneas de hierro.

Sin embargo, los egipcios emplearon indudablemente procedimientos de mayor perfección en sus canales y demás obras hidráulicas; y aunque los ingenieros encargados por Lesseps de las obras del canal de Suez habían aprendido su ciencia de los romanos, como éstos de los egipcios, recibieron con burlas la indicación de que tal vez en los museos del país hallarían medio de corregir algunas imperfecciones del proyecto. No obstante, los ingenieros lograron dar a aquella «larga y horrible zanja», como llamó Carpenter al canal de Suez, la suficiente resistencia para convertir en vía navegable lo que al principio parecía cenagosa trampa para aprisionar buques.

Los aluviones del Nilo han alterado por completo en treinta siglos el área de su delta, que paulatinamente se adelanta mar adentro y extiende con ello los dominios del Kediye. En la antigüedad, la boca principal del Nilo se llamaba *Pelusiana* y hasta ella llegaba desde Suez el canal de Necho, abierto por el rey de este nombre. Después de la derrota de Antonio y Cleopatra en Accio, una parte de la flota pasó al mar Rojo por este canal, lo que denota la profundidad que le dieron aquellos primitivos ingenieros.

Los colonos del Colorado y Arizona han fertilizado recientemente vastos terrenos, antes estériles, mediante un ingenioso sistema de riegos que mereció calurosos elogios de la prensa; pero no es tanto su mérito si consideramos que a unas 500 millas más arriba de El Cairo se extiende una faja de tierra que substraída a la aridez del desierto es, según Carpenter, el país más feraz del mundo. Dice sobre el particular este autor que «durante miles de años condujeron estos ramificados canales el agua dulce del Nilo para fertilizar aquella larga y angosta faja de tierra de la misma suerte que el delta, cuya peculiar red de canales data de los primitivos tiempos de la monarquía egipcia». La comarca francesa de Artois ha dado su nombre al pozo artesiano, como si allí se hubiese empleado por vez primera este procedimiento; pero los anales chinos dicen que estos pozos eran ya de aprovechamiento común algunos siglos antes de la era cristiana.

Si pasamos a la arquitectura, se despliegan a nuestra vista maravillas indescriptibles. Con referencia a los templos de Filoe, Abu-Simbel, Dendera, Edfu y Karnak, dice Carpenter:

Estas hermosas y estupendas construcciones..., estos gigantescos templos y pirámides admiran profundamente por su magnificencia y belleza a pesar de los miles de años transcurridos... Es sorprendente su fábrica arquitectónica, pues las piedras están sobrepuestas con tan pasmosa exactitud, que no dejan intersticio bastante para una hoja de

cuchillo... Es sumamente notable que no solo la creencia en la inmortalidad del alma, sino también la forma de expresión que los egipcios le dieron es anterior al cristianismo, pues en el *Libro de los Muertos*, esculpido en antiquísimos monumentos, se leen las mismas frases que en el *Nuevo Testamento* (NOTA: Esta es una de aquellas curiosas coincidencias que le interesaría conocer a S.S. el Papa. FINAL NOTA) en lo concerniente al Juicio final. Este hierograma data probablemente de 2.000 años antes de J.C.

Según Bunsen, cuyos cálculos se consideran los más exactos, la fábrica de la gran pirámide de Cheops mide 82.111.000 pies cúbicos con peso de 6.530.000 toneladas. La infinidad de piedras talladas que entraron en esta obra demuestran la incomparable habilidad de los canteros egipcios. Dice Kenrich al tratar de la pirámide de Cheops:

Apenas son perceptibles las juntas, no más anchas que el grueso de un papel de estaño, y el cemento es tan sumamente duro que aún permanecen en su primitiva posición los trozos de las piedras de revestimiento, no obstante los siglos transcurridos y la violencia con que fueron arrancados los trozos que faltan.

¿Qué químico, qué arquitecto moderno descubrirá el secreto del inalterable cemento de los constructores egipcios?

Por su parte dice Bunsen:

La habilidad de los antiguos canteros se echa de ver más declaradamente en los obeliscos de noventa pies de altura y colosales estatuas de cuarenta, talladas en monolitos o enormes bloques de piedra.

Tanto las estatuas como los obeliscos monolíticos abundaron en el antiguo Egipto, y para arrancar los bloques en que habían de tallarlos no emplearon barrenos de voladura ni pesadas cuñas de hierro, que hubiesen resquebrajado la piedra, sino que hacían en el bloque una ranura de unos 100 pies de longitud y ponían en ella, muy cerca unas de otras, gran número de cuñas de madera seca. Hecho esto, vertían agua en la ranura, y al aumentar con ello de volumen las cuñas, partían la mole tan nítidamente como el cristal queda partido por el diamante.

Varios geógrafos y geólogos modernos han demostrado que los egipcios transportaban estos monolitos a lejanísimas distancias, pero todos se han perdido en conjeturas acerca de cómo pudieron efectuar el transporte. Según dicen antiguos manuscritos, se valían para ello de carriles portátiles apoyados sobre unos cojinetes de cuero llenos de aire e inalterablemente curtidos por el mismo procedimiento empleado para la conservación de las momias. Estos ingeniosos cojinetes impedían que los carriles se hundieran en la arena (NOTA: Maneto cita estos cojinetes diciendo que por la excelente preparación del cuero podían durar muchos siglos. FINAL NOTA).

La ciencia moderna no es capaz de computar la antigüedad de los centenares de pirámides erigidas en el valle del Nilo. Según Heródoto, cada rey construía una en conmemoración de su reinado, para que le sirviese de sepulcro; pero el famoso historiador pasa en silencio el verdadero objeto de las pirámides, y a no impedírsele sus escrúpulos religiosos, hubiera podido decir que exteriormente simbolizaban el principio creador de la naturaleza y ponían de manifiesto las verdades geométricas, astrológicas y astronómicas. Interiormente eran las pirámides majestuosos templos en cuyo sombrío recinto se celebraban los Misterios en que con frecuencia eran iniciados algunos individuos de la familia real. Los cuencos de pórfido que el astrónomo escocés Piazzi Smyth toma despectivamente por graneros, eran las *fuentes bautismales* de cuyas aguas salía el neófito *nacido de nuevo* para llegar a ser un *adepto*. Sin embargo, Heródoto nos da exacta idea del enorme trabajo empleado en transportar una de aquellas colosales moles graníticas que medía 32 pies de largo, 21

de ancho y 12 de alto, con peso de 625 toneladas (NOTA: El original inglés dice 300 toneladas, pero hay en ello evidente errata de imprenta, pues el volumen del monolito en cuestión es de 235'8 metros cúbicos que si fuesen de agua destilada a la temperatura de 4º ya pesarían otras tantas toneladas. Como el peso específico de la piedra granítica de Egipto es de 2'654 Kg. por dm³ resulta en cálculo muy aproximado que el monolito pesaba unas 625 toneladas.– *El Traductor*. FINAL NOTA) y se necesitaron para ello dos mil hombres que siguiendo el curso del Nilo tardaron tres años en llevarlo desde Siena al Delta.

Gliddon (NOTA: Egipto antiguo. FINAL NOTA) copia la descripción que Plinio da de las operaciones efectuadas para el transporte del obelisco levantado en Alejandría por Tolomeo Filadelfo. Desde el Nilo hasta el punto en que estaba situado el obelisco se construyó un canal en el que se dispusieron dos embarcaciones lastradas con piedras de un pie de volumen, cuyo peso total era exactamente el mismo que el del obelisco, calculado de antemano por los ingenieros. Las embarcaciones calaban lo suficiente para estacionarse debajo del obelisco que estaba tendido a través del canal, y una vez allí, se fue arrojando poco a poco el lastre, con lo que subió la línea de flotación de las embarcaciones hasta cargar sin dificultad el obelisco, que de este modo fue transportado por el río.

En la sección egipcia, no recordamos a punto fijo si del museo de Berlín o de Dresde, hay un dibujo que representa un operario en actitud de subir a una pirámide en construcción con un cesto de arena a cuestas, y de ello han inferido algunos egiptólogos que los bloques empleados en las pirámides se fabricaban químicamente en el mismo lugar de la obra. No faltan arquitectos modernos para quienes el inalterable cemento de los egipcios era el mismo Portland (NOTA: Silicato doble de cal y de alúmina. FINAL NOTA) de hoy día; pero Carpenter opina que, excepto el revestimiento granítico, la mole de las pirámides es de lo que los geólogos llaman *caliza nummulítica*, de formación más reciente que la creta y constituida por las conchas fósiles de los diminutos moluscos denominados *nummulites*, del tamaño de un chelín. Sea de ello lo que quiera, resulta indudable que desde Heródoto y Plinio hasta el último arquitecto cuya mirada se haya posado en aquellos imperiales monumentos de dinastías hace siglos extinguidas, nadie ha podido explicarnos los medios de transporte y colocación de piedras tan enormes.

Bunsen computa en 20.000 años la antigüedad de Egipto; pero ni aun en este punto sacaríamos nada en claro si nos apoyásemos únicamente en las modernas autoridades incapaces de decirnos con qué ni para qué fueron construidas las pirámides ni fijar la dinastía en cuya época se erigió la primera de ellas.

A Smyth debemos la más acabada descripción matemática de la pirámide de Cheops; pero si bien acierta al señalar la orientación astronómica del monumento, se desvía en la interpretación del pensamiento de los egipcios, hasta el punto de suponer que el sarcófago de la cámara faraónica está trazado con las mismas medidas lineales que hoy rigen en Inglaterra y los Estados Unidos.

Uno de los *Libros de Hermes* dice que había algunas pirámides situadas a orillas del mar «cuyas olas se estrellaban furiosamente contra su base». De esta cita se infiere que la topografía del país ha sufrido alteración y que, por lo tanto, aquellos «graneros antiguos», «observatorios mágico-astrológicos» o «regios panteones», como según su gusto les llaman nuestros eruditos, son anteriores a la desecación del mar de Sahara. Esto denotaría una antigüedad algo mayor que los contados millares de años generosamente concedidos a las pirámides por los egiptólogos.

El arqueólogo francés Rebold da un vislumbre de la cultura dominante unos cinco mil años antes de la era cristiana, diciendo que a la sazón «había no menos de treinta o cuarenta colegios sacerdotales dedicados al estudio de las ciencias ocultas y al ejercicio de la magia».

Otro escritor añade:

Las excavaciones recientemente practicadas en las ruinas de Cartago han puesto al descubierto vestigios de una civilización cuyo refinamiento artístico y lujo social debieron eclipsar a los de Roma antigua; y cuando se pronunció el *delenda est Carthago*, bien sabía la señora del mundo que iba a destruir a su única émula, pues si una estremecía la tierra con el peso de sus armas, la otra era la postrer y perfeccionada representante de una raza que muchos siglos antes de Roma tuvo la hegemonía de la civilización, el saber y la mentalidad del género humano (NOTA: De la *National Quarterly Review*, tomo XXXII, n.º LXIII; Diciembre de 1875.— La ciudad de Cartago a que se refiere el articulista es la que, según Appiano, florecía ya el año 1234 antes de J.C. o sea 50 antes de la caída de Troya, y no la que, según se cree generalmente, fundó Dido, (Elisa o Astarte) cuatro siglos más tarde. FINAL NOTA).

Aquí hallamos otra prueba de la doctrina de los ciclos. Las afirmaciones de Draper, respecto a los conocimientos astronómicos de los antiguos egipcios, están corroboradas por un dato que J. M. Peebles cita del discurso pronunciado en Filadelfia por el astrónomo O.M. Mitchell. Sobre el ataúd de una momia existente en el museo Británico se ve dibujado el zodíaco con las exactas posiciones de los planetas en el equinoccio de otoño del año 1722 antes de J.C. El astrónomo Mitchell calculó la posición exacta que los astros de nuestro sistema solar debieron tener en dicha época y, según dice el mismo Peebles, «dió el cómputo por resultado que el 7 de Octubre de 1722 antes de J.C. la posición celeste de la luna y los planetas era precisamente la señalada en el ataúd del Museo Británico» (NOTA: Peebles: *Alrededor del mundo*. FINAL NOTA).

Al impugnar la obra de Draper titulada: *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*, arremete Fiske contra la doctrina de los ciclos, diciendo que «nunca hemos conocido ni el principio ni el fin de un ciclo histórico, por lo que no hay ninguna garantía para inferir que en la actualidad estemos pasando por un ciclo» (NOTA: *The North American Review*; julio de 1869.— Artículo de Fiske sobre las leyes de la historia. FINAL NOTA). Además, censura a Draper porque en su elocuente y razonada obra atribuye origen egipcio a lo mejor de la cultura griega y encarama las civilizaciones no europeas sobre las europeas. Pero opinamos nosotros que los más notables historiadores griegos corroboran el juicio de Draper; y bien podría Fiske leer de nuevo con mayor provecho a Heródoto para enterarse de que el padre de la historia reconoce repetidamente que Grecia lo debe todo a Egipto.

Respecto a la afirmación de Fiske de que los hombres no han conocido jamás ni el principio ni el fin de un ciclo histórico, basta para rebatirla echar una ojeada retrospectiva a las un tiempo gloriosas naciones que desaparecieron al llegar al término de su ciclo histórico. Comparemos el antiguo Egipto de refinada cultura artística, religiosa y científica, hermosas ciudades, magníficos monumentos y numerosos pobladores, con el actual Egipto donde los extranjeros predominan sobre una minoría de coptos que, entre ruinas guarecedoras de murciélagos y serpientes, son prueba superviviente de la pasada grandeza. Esta comparación demuestra axiomáticamente la teoría de los ciclos.

Sobre esta materia dice Gliddon (NOTA: *Asimismo impugnado por Fiske*. FINAL NOTA):

Filólogos, astrónomos, químicos, pintores, arquitectos y médicos debieran ir a Egipto para hallar el origen del lenguaje y de la escritura; del calendario y del movimiento solar; del arte de tallar el granito con cinceles de cobre y templar espadas de este metal; de fabricar vidrios de colores; de transportar por vía terrestre o marítima, a cualquier distancia, bloques de sienita pulimentada de *noviecintas toneladas*; de construir con dos mil años de anterioridad a la *Cloaca Magna* de Roma, arcos redondos y punteados cuya exactitud no han sobrepujado los modernos; de labrar columnas dóricas, mil años antes de que los

dorios aparecieran en la historia; de pintar frescos inalterables; de conocer prácticamente la anatomía; y de construir pirámides que se burlan del tiempo.

Artífices y artesanos pueden descubrir en los monumentos egipcios el perfeccionamiento de su respectivo oficio cuatro mil años atrás. Los grabados de Rossellini nos representan al carretero construyendo un carro; al zapatero tirando del bramante; al curtidor que empuña una cuchilla de modelo tenido hoy por inmejorable; al tejedor que mueve nuestra misma lanzadera; al herrero junto a la misma fragua que los nuestros tienen por la más útil; al grabador que esculpía en jeroglíficos el nombre de *Schooho* hace 4.300 años. Todo ello son asombrosas pruebas de la supremacía egipcia (NOTA: Por su parte, añade Peebles que los templos y sepulcros de Ramsés fueron tan admirables para Heródoto como lo son para nosotros. (*Alrededor del mundo*). FINAL NOTA).

Pero, a pesar de todo, la inexorable mano del tiempo descargó sobre los monumentos egipcios tan pesadamente que algunos de ellos hubieran quedado en eterno olvido a no ser por los *Libros de Hermes*. Monarca tras monarca y dinastía tras dinastía, desfilaron con ostentosa brillantez ante la posteridad, llenando el mundo con su nombre. Pero lo mismo que a los monumentos, los había cubierto el velo del olvido antes de que Heródoto nos conservara en minuciosa descripción el recuerdo del maravilloso Laberinto (NOTA: No sólo el clero, sino gran parte de científicos apenas emancipados del dogmatismo, se hallan tan influidos por la cronología bíblica, durante siglos aceptada, que recelan computar la antigüedad de las ruinas prehistóricas en más de los 6.000 años en que hoy fijan los teólogos la edad del mundo. FINAL NOTA) ya arruinado en la época del famoso historiador cuya admiración por el genio de sus constructores llegaba al punto de diputarlo por superior a las Pirámides.

Los egiptólogos han aceptado la situación que Heródoto señala al Laberinto y están conformes en la identificación de sus nobles ruinas, corroborando con ello la descripción que del monumento hizo el historiador griego, según el siguiente extracto:

Constaba de tres mil cámaras, mitad subterráneas, mitad a ras del suelo. Yo mismo pasé por estas últimas y pude examinarlas al pormenor; pero los guardianes del edificio no me permitieron entrar en las subterráneas (NOTA: Que quizás existen todavía, para que lo sepan los arqueólogos. FINAL NOTA) porque contenían los sepulcros de los reyes que mandaron construir el Laberinto, y también los de los cocodrilos sagrados. Vi y examiné con mis propios ojos las cámaras superiores y pude convencerme de que aventajaban en mérito a toda otra construcción humana... Los corredores a través de los edificios y las intrincadas revueltas entre los patios despertaron en mí admiración infinita, según pasaba de los patios a las cámaras y de las cámaras a las columnatas y de las columnatas a otros cuerpos de edificio que daban a nuevos patios. El techo era todo de piedra, así como las paredes, y uno y otras aparecían decorados con figuras primorosamente esculpidas. Los patios estaban circuidos de claustros con columnatas de piedra blanca de muy delicada escultura. En un ángulo de este Laberinto se alzaba una pirámide de 74 metros de altura con figuras colosales talladas en su mole, a la que se entraba por un amplio corredor subterráneo (NOTA: Rawlinson: Traducción de Heródoto. FINAL NOTA).

Si tal era el Laberinto cuando lo visitó Heródoto, ¿qué sería la antigua Tebas, destruida mucho antes de la época de Psamético, que reinó 530 años antes de la caída de Troya? Por entonces era Menfis la capital de Egipto, pues la gloriosa Tebas estaba ya en ruinas. Ahora bien; si nosotros sólo podemos juzgar por las ruinas de lo que ya lo eran tantos siglos antes de J.C. y sin embargo nos dejan atónitos de admiración, ¿cuál no sería el aspecto de Tebas en la época de su esplendor? Sólo quedan de ella las ruinas de Karnak (NOTA: Templo o palacio, comoquiera que lo llamen los arqueólogos. FINAL NOTA) que, no obstante su solitario abandono y secular olvido, atestiguan como fiel emblema de mayestático señorío el arte habilísimo de los antiguos. Verdaderamente ha de estar falto

de la espiritual percepción del genio quien no advierta la grandiosidad mental de la raza que levantó este monumento.

Champolión, el ilustre egiptólogo que ha pasado la mayor parte de su vida explorando restos arqueológicos, explana sus emociones en la siguiente descripción de Karnak:

El área ocupada por las ruinas es un cuadrado de 1.800 pies de lado. El explorador queda asombrado y *sobrecogido* por la grandiosidad de aquellas sublimes ruinas y la pródiga magnificencia que se advierte en todas las partes de la fábrica. Ningún pueblo antiguo ni moderno tuvo del arte arquitectónico tan sublime concepto como lo tuvo el pueblo egipcio; y la imaginación que se cierne sobre los pórticos europeos, *cae desmayada* al pie de las ciento cuarenta columnas del hipóstilo de Karnak, en una de cuyas salas cabría como un adorno central, sin tocar el techo, la iglesia de Nuestra Señora de París.

Un periódico inglés, del año 1870, publicó el relato de un viajero, del que entresacamos el siguiente párrafo:

Patios, salas, galerías, columnas, obeliscos, monolitos, estatuas y esfinges abundan de tal modo en Karnak, que su vista no es bastante para que la mente los abarque.

Por su parte, dice el viajero francés Denton:

Difícilmente puede creerse, ni aun viéndolos, que haya adosados en un solo paraje tantos edificios de colosales proporciones cuya construcción supone infatigable perseverancia y cuya magnificencia exigió incalculable dispendio, de modo que el espectador duda de si está despierto o si sueña al contemplar tanta grandeza... En el *recinto del Santuario* hay lagos y montañas. Escogemos estos dos edificios como ejemplo entre una lista *poco menos que interminable*. Todo el valle del Nilo y la comarca del Delta, desde las cataratas al mar, estaba cubierto de templos, palacios, sepulcros, pirámides, obeliscos y monumentos con esculturas cuyo mérito excede a toda ponderación. Los entendidos en el arte disputan por maravillosa la perfección con que los artistas egipcios labraban el granito, la serpentina, el mármol y el basalto... Los animales y plantas parecen arrancados del natural y los objetos de artefacto están primorosamente esculpidos. En los bajos relieves predominan escenas de batallas, combates navales y asuntos de la vida doméstica.

Savary añade sobre el particular:

La vista de los monumentos sugiere elevadas ideas a la mente del viajero que, ante los soberbios y colosales obeliscos cuya grandiosidad parece transponer los límites de la potencia humana no puede por menos de exclamar con ennoblecadora satisfacción ¡Esto fue obra de hombres! (NOTA: Savary: *Cartas sobre Egipto*, II, 67; Londres, 1786. FINAL NOTA).

A su vez, el doctor Richardson habla del templo de Dendera diciendo:

Las figuras femeninas están labradas con perfección tan exquisita, que únicamente les falta el don de la palabra, pues la dulce expresión de su rostro no ha sido aventajada hasta ahora por artista alguno.

Todas las piedras están cubiertas de jeroglíficos cuyo *cinzelado es más primoroso cuanto más antiguo*, en prueba de que las primeras noticias históricas de los egipcios corresponden a época en que ya las artes decaían rápidamente entre ellos.

Las inscripciones jeroglíficas de los obeliscos están grabadas con perfección insuperable hasta una profundidad de cincuenta milímetros y a veces todavía mayor (NOTA: Para

dar idea de la profundidad de las incisiones , baste decir que los árabes, por el echo de una módica propina, se encaraman descalzos a la punta de los obeliscos apoyando pies y manos en las incisiones de los jeroglíficos. FINAL NOTA). No cabe duda de que todas estas obras, cuya solidez iguala a su belleza, se construyeron en época anterior al Éxodo de los hebreos, y casi todos los arqueólogos convienen en que cuanto más nos remontamos en la historia, más perfecto y delicado aparece el arte egipcio. Sin embargo, Fiske disiente de la opinión general y se aventura a decir que «las esculturas de los monumentos del Egipto, Indostán y Asiria, denotan al fin y al cabo escasas facultades artísticas» (NOTA: Fiske: *Las leyes de la historia.*— Artículo publicado en la *Nortk American Reviv*, Julio de 1869. FINAL NOTA). Pero este erudito va todavía más allá en su empeño de negar la sabiduría de los antiguos (que de derecho corresponde a la casta sacerdotal) y dice despectivamente:

Lewis (NOTA: *Astronomía de los antiguos.* FINAL NOTA) ha refutado completamente la extravagante opinión de que los sacerdotes egipcios poseyeran desde la más remota antigüedad profundos conocimientos científicos que comunicaron a los filósofos griegos... Respecto a Egipto, India y Asiria, puede afirmarse que los colosales monumentos que desde los tiempos prehistóricos embellecieron estos países, atestiguan la primitiva influencia de un bárbaro despotismo incompatible con la elevación de la vida social y, por lo tanto, con el verdadero progreso (NOTA: Fiske: *Artículo citado.* FINAL NOTA).

No deja de ser peregrino el argumento. Porque si de la magnitud y proporciones de los monumentos públicos hubiera de inferir la posteridad el «atraso de la civilización», bien podrían los Estados Unidos de Norte América, que de tan cultos y libres presumen, reducir desde luego sus arañacielos a un solo piso; pues de lo contrario, con arreglo al criterio de Lewis, los arqueólogos del año 3877 al tratar de la «antigua América» de 1877 dirán que el país norteamericano fue un desmedido latifundio cultivado por los esclavos del presidente de la república. ¿Acaso la raza aria carece de aptitudes para la edificación y no pudo competir con los etíopes orientales (NOTA: *Oportunamente procuraremos demostrar que los antiguos etíopes no fueron de raza camita.* FINAL NOTA) o caucásicos de tez oscura? ¿Habremos de inferir de ello que los grandiosos templos y pirámides fueron forzosamente erigidos bajo el látigo de un déspota inhumano? ¡Extraña lógica! Sería sin duda mucho más prudente atenernos a los «rigurosos cánones de la crítica» promulgados por Lewis y Grote, confesando sinceramente de una vez que sabemos muy poco acerca de las naciones antiguas y no será posible salir de especulativas hipótesis hasta que nos orientemos en la dirección seguida por los sacerdotes antiguos. Los modernos eruditos sólo saben lo que se les permitía saber a los no iniciados; pero esto debiera bastar para convencerles de que, no obstante vivir en el siglo XIX con su presumida supremacía en ciencias y artes, serían completamente incapaces, no ya de construir algo semejante a los monumentos de Egipto, India y Asiria, sino ni siquiera de redescubrir la menor de las artes perdidas.

Por otra parte, Wilkinson insiste en que en los exhumados tesoros de la antigüedad no descubrió jamás vestigios de *vida primitiva* ni de costumbres bárbaras, sino una especie de estacionaria civilización que se remonta a remotísimas épocas. Así tenemos que la arqueología discrepa de la geología, pues atribuye esta última mayor barbarie al hombre cuanto mas antiguas son las huellas que de él descubre. Es dudoso que la geología haya explorado ya el campo de investigación ofrecido por las cavernas, y así es posible que las opiniones de los geólogos, derivadas de sus actuales experiencias, se modifiquen radicalmente cuando lleguen a descubrir los restos de los antepasados del hombre de las cavernas.

Acabada demostración de la teoría de los cielos tenemos en que 700 años de la era cristiana enseñaban las escuelas de Tales y Pitágoras el movimiento y figura de la tierra con

todo el sistema heliocéntrico; y 317 años después de J.C. vemos que Lactancio, preceptor de Crispo César, hijo de Constantino el Magno, enseña a su discípulo que la tierra es una llanura rodeada por el cielo, que a su vez está compuesto de fuego y agua, y le previene contra la *herética* doctrina de la esfericidad de la tierra.

Siempre que engréidos de un nuevo descubrimiento dirigimos la vista al pasado, encontramos para nuestro desencanto ciertos vestigios indicadores de la posibilidad, si no de la certidumbre, de que el presunto descubrimiento no era completamente desconocido de los antiguos.

Se afirma como indudable que ni los hebreos de la época mosaica ni las naciones más civilizadas del tiempo de los Ptolomeos conocían la electricidad; pero quien se aferre a esta opinión no será por falta de pruebas en contrario, y aunque desdeñemos indagar el profundo significado de algunos pasajes de Servio y otros autores, no podremos olvidarlos hasta el punto de que un día se nos revele toda la expresiva verdad de su real significado. Así dice:

Los primitivos habitantes de la tierra no ponían nunca fuego en los altares, sino que con sus preces atraían el fuego del cielo (NOTA: Servio: Virgilio, *égloga* V, VI, 42. FINAL NOTA)... Prometeo descubrió y reveló a los hombres el arte de atraer el rayo. Por este método atraían el fuego de la región superior.

Si después de reflexionar sobre estas palabras, persistimos en considerarlas como fraseología de fábula mitológica, será mayor aún nuestra confusión al volver la vista a Numa, el rey filósofo tan renombrado por sus conocimientos esotéricos. No podemos acusarle de ignorancia ni de superstición ni de credulidad; porque, según atestigua la historia, estaba firmemente resuelto a extinguir el politeísmo idolátrico de cuyo culto había disuadido tan bien a los romanos, que durante algunos siglos no se vieron imágenes ni estatuas en sus templos.

Por otra parte, los historiadores antiguos nos dicen que Numa poseía notables conocimientos de física y, según tradición, los sacerdotes etruscos le iniciaron e instruyeron en el secreto de obligar a Júpiter Tonante a que descendiese a la tierra (NOTA: Ovidio: *Fast.*, III, V, 285-346. FINAL NOTA). Ovidio dice también que por aquel tiempo empezaron los romanos a adorar a Júpiter Elicio. Por su parte opina Salverte que muchos siglos antes de los experimentos de Franklin, los había ya llevado a cabo Numa con excelente éxito, y que Tulio Hostilio fue la primera víctima del peligroso «huésped celeste». Tito Livio y Plinio cuentan el caso diciendo que como Tulio Hostilio encontrara en los *Libros de Numa* las instrucciones necesarias para ofrecer sacrificios a Júpiter Elicio, se equivocó al seguirlos y fue «herido por el rayo y consumido en su propio palacio» (NOTA: Tito Livio, I, cap. XXXI. Con este pasaje concuerda este otro de distinto autor: «Quiso Tulio invocar el auxilio de Júpiter, pero como ejecutara imperfectamente el rito, pereció herido por el rayo» – (Lucio; *Pisón*, Plinio: *Historia Natural*, Lib. XXVIII, capítulo II). FINAL NOTA).

Observa Salverte que en la exposición de los secretos científicos de Numa se vale Plinio de «excepciones que parecen indicar dos distintos procedimientos: uno para provocar el rayo (*impetrare*) y otro para obligarle a caer (*cogere*)» (NOTA: Plinio: *Historia Natural*, II, cap. LIII. FINAL NOTA).

Remontándonos a los conocimientos que del trueno y del rayo tenían los sacerdotes etruscos, vemos que Tarchon (NOTA: *Personaje muy anterior al sitio de Troya. FINAL NOTA*), el introductor de la teurgia entre ellos, deseoso de resguardar su casa del rayo, la rodeó de un seto de brionia blanca (NOTA: Columela, libro X, vers. 346 y sig. FINAL NOTA), planta trepadora que tiene la propiedad de alejar el rayo. Por lo tanto, el pararrayos de punta metálica que al parecer debemos a Franklin, es, según todo indicio,

un *redescubrimiento*, pues se conservan muchas medallas que demuestran muy claramente el conocimiento de este principio por los antiguos. El templo de Juno tenía la techumbre erizada de agudas hojas de espada (NOTA: *La Boissière: Noticia sobre las tareas de la Academia del Gard, part. I, 304-314. FINAL NOTA*).

Aunque haya muy pocas pruebas de que los antiguos conocían *todos* los efectos de la electricidad, bastan para demostrar que estaban familiarizados con esta modalidad de la energía. Sobre el particular, dice el autor de *Las ciencias ocultas* que, según Ben David, Moisés sabía algo referente a los fenómenos eléctricos, y de la misma opinión es el profesor berlinés Hirt. Por su parte, Michaelis expone las siguientes observaciones:

1ª Que no hay noticia de que durante mil años cayera rayo alguno en el templo de Jerusalén.

2ª Que según Josefo (NOTA: *Guerra de judíos y romanos, libro V, cap. XIV. FINAL NOTA*) estaba la techumbre cubierta de multitud de afiladas puntas de oro.

3ª Que esta techumbre comunicaba con el interior de la colina sobre que estaba edificado el templo, por medio de tubos conectados con la armadura exterior, por lo que las puntas servirían de conductores (NOTA: *Revista científica de Goetinga. Año III, n.º 5. FINAL NOTA*).

Amiano Marcelino, historiador del siglo IV, famoso por la veracidad y exactitud de sus relatos, dice que dos magos conservaban perpetuamente en sus hogares el fuego que milagrosamente habían arrebatado del cielo (NOTA: *Amiano Marcelino, libro XXIII, cap. VI. FINAL NOTA*). En el *Upnek-hat* indio se lee la siguiente máxima:

Quien conoce el fuego, el sol, la luna y el rayo, conoce las tres cuartas partes de la ciencia de Dios (NOTA: *Upnek-hat, Brahmana XI. FINAL NOTA*).

Por último, Salverte nos informa de que en tiempo de tesias «se conocía en la India el empleo de los pararrayos», pues dice este historiador que «el hierro colocado en el fondo de un pozo con la punta hacia arriba, aguzada en forma de espada, adquiriría tan pronto como se la clavaba en el suelo la propiedad de alejar las tormentas y los rayos» (NOTA: *Ktesias, in India ap. Photum, Bibl. cod. LXXII. FINAL NOTA*). ¿Cabe hablar más explícitamente?

Algunos autores modernos niegan que en el faro de Alejandria hubiese un gran espejo a propósito para descubrir las naves desde muy lejos; pero el célebre naturalista Buffon creía firmemente que hubo tal espejo en el faro, y por ello atribuía a los antiguos el honor de la invención del telescopio (NOTA: *Buffon: Historia natural de los minerales, Mem. 6.ª, art. II. FINAL NOTA*).

En su obra acerca de los países de Oriente, asegura Stevens que en el alto Egipto vió caminos con ranuras paralelas cubiertas de hierro a manera de carriles. Canova, Powers y otros famosos escultores contemporáneos tienen a mucha honra que se les compare con los Fidias de la antigüedad, aunque la justicia no consentiría tan extremada lisonja.

Jowet no cree lo que Platón dice en el *Timeo* acerca de la Atlántida y le parecen patraña los cálculos de 8.000 y 9.000 años; pero Bunsen dice sobre el particular que «no es exagerada la fecha de 9.000 años en los anales de Egipto, porque precisamente a esta época se remontan los orígenes de este país» (NOTA: *Bunsen: Lugar de Egipto en la Historia Universal, IV, 462. FINAL NOTA*). Así, pues ¿de qué tiempo datarán las ciclopeas construcciones de la antigua Grecia? ¿Serían las murallas de Tiro (NOTA: *Opinan los arqueólogos que aun en la antigüedad histórica se consideraban esas murallas como obra de ciclopes. FINAL NOTA*) anteriores a las Pirámides? No es posible atribuir a las razas históricas estas murallas de sólida mampostería de ocho metros de ancho por doce de alto formadas con bloques de roca de seis pies de arista (NOTA: *Equivalentes aproximadamente en volumen a seis metros cúbicos.- El Traductor. FINAL NOTA*),

algunos de ellos, y en su mayoría lo bastante pesados para que no pudiese transportarlos una yunta de bueyes.

Las investigaciones de Wilkinson han demostrado que los antiguos conocían mucho de cuanto los modernos se engríen de haber descubierto. El papiro recientemente hallado por el egiptólogo alemán Ebers, revela que no eran un secreto para los egipcios las pelucas, añadidos y postizos, ni los polvos para suavizar el cutis ni los dentífricos para conservar la dentadura. Más de un médico moderno, aun de entre los neurópatas, podría consultar provechosamente los herméticos *Libros de Medicina* que contienen prescripciones terapéuticas de indudable eficacia.

Según hemos visto, los egipcios sobresalían en todas las artes. Fabricaban un papel de tan excelente calidad que resistía la destructora acción del tiempo. Según dice un autor anónimo, para fabricarlo «extraían la medula del papiro, cortaban en pedazos la fibra y, machacándola luego por un procedimiento secreto, obtenían una pasta tan fina como la de nuestro papel vegetal, pero mucho más duradero. Algunas veces pegaban unas tiras con otras, según se ve en los papiros que en esta disposición se conservan». El papiro hallado en la «cámara de la reina» de la pirámide de Gizeh y otros junto a las momias regias son blancos y finos como la muselina, al par que consistentes como el más duradero pergamino.

Añade el mismo anónimo autor que «durante mucho tiempo creyeron los eruditos (como también se equivocaron en otras cosas) que el papiro fue introducido en Egipto por Alejandro Magno; pero Lepsius encontró rollos de papiro en tumbas y monumentos de la duodécima dinastía y representaciones escultóricas de papiro en los de la cuarta. Hoy día está probado que los egipcios conocían ya la escultura en los remotísimos tiempos de Menes, su primer monarca histórico» (NOTA: Posteriormente se ha descubierto que la escritura egipcia era ya completa y estaba perfeccionada desde *un principio*. FINAL NOTA).

A Champollión debemos la clave de la escritura jeroglífica (NOTA: El año 1799 se encontró en Roseta una tabla de granito negro (la famosa piedra de Roseta) sobre cuya superficie aparecían tres inscripciones una debajo de otra. La superior estaba escrita en lengua copta; la intermedia en caracteres jeroglíficos y la inferior en lengua griega. Por el texto de esta última inscripción se vino en conocimiento de que pertenecía la tabla a la época de los Ptolomeos, pues era un edicto del quinto monarca de este nombre, en el que se ordenaba la exacción de un impuesto por el aprovechamiento de las aguas del Nilo. Tampoco tropezaron los arqueólogos con mayores dificultades para interpretar la inscripción copta, cuyo texto era de contenido idéntico al griego. De esta identidad de significado infirieron los arqueólogos que también había de decir lo mismo el texto Jeroglífico, y esperanzado en tan fundada conjetura, emprendió Champollión la tarea de ir cotejando los textos superior é inferior con el jeroglífico, y al cabo de cinco años de penosos tanteos y hábiles inducciones, logró el ilustre egiptólogo establecer la clave general de la interpretación jeroglífica, cuyas inscripciones pueden leerse desde entonces como cualquier otro idioma conocido.— *El Traductor*. FINAL NOTA), sin cuyo hallazgo seguirían los modernos calificando de ignorantes a los antiguos, no obstante aventajarlos éstos en el conocimiento de las artes y ciencias.

Champollión fue el primero en conocer la maravillosa historia que los egipcios dejaron archivada en sus manuscritos y en la infinidad de inscripciones grabadas sobre toda superficie capaz de recibir los caracteres jeroglíficos que cincelaron y esculpieron en monumentos, rocas, piedras, paredes, tumbas y ataúdes y trazaron en papiros... A nuestra admirada vista revelan hoy día las pinturas hasta los más insignificantes pormenores de la vida doméstica de los egipcios, pues nada parece haberles pasado por alto... La historia de Sesostris nos demuestra lo muy versados que tanto él como su pueblo estaban en el arte de la guerra...

Las pinturas revelan cuán animosos eran los soldados egipcios en la pelea. Construían también máquinas de guerra y, según refiere Horner, en cierta ocasión salieron por cada una de las cien puertas de Tebas doscientos hombres en carros de guerra muy hábilmente contruidos y no tan pesados como nuestros feos e incómodos arzones de artillería.

Kenrich dice al describir estos carros de guerra que en ellos se echan de ver cuantos principios esenciales regulan la construcción y arrastre de carruajes, así como tampoco deja de hallarse en los monumentos de la décimo octava dinastía cuanto el gusto moderno aplica a la lujosa decoración de los vehículos. Los carros egipcios tenían muelles *metálicos* para evitar las bruscas sacudidas en sus rápidas carreras (NOTA: Así se ha demostrado a pesar de las incompletas investigaciones de Wilkinson en esta materia y de las inexactas descripciones que de ellos hace. FINAL NOTA). Los bajorrelieves representan batallas en todo su fragor y empeñadas peleas donde se advierten hasta en sus más leves pormenores las costumbres guerreras de los egipcios. Los combatientes llevaban cotas de malla y los infantes iban vestidos de túnicas acolchadas con yelmos de fieltro chapeado de metal para mejor resguardarse de los golpes (NOTA: El inventor italiano Muratori, que hace unos diez años construyó una coraza invulnerable, se inspiró seguramente en el sistema de los egipcios; pero el procedimiento de dar invulnerabilidad al cartón, fieltro y otras materias, es hoy una de tantas artes perdidas. Muratori logró preparar, aunque imperfectamente, dichas corazas de fieltro; más no obstante los tan encaramados descubrimientos de la química moderna, no pudo dar a su preparación aplicaciones prácticas. FINAL NOTA).

La química había alcanzado notable perfección entre los antiguos, según se infiere de un pasaje de las *Disertaciones* de Virey, en que este autor refiere que Asclepiadoto general de Mitrídates, obtenía químicamente las emanaciones deletéreas de la gruta sagrada (NOTA: Estas emanaciones, al igual que las de Cuma, infundían en las pitonisas el frenesí mántico. FINAL NOTA).

Las armas de los egipcios eran espadas de dos filos, dagas, dardos, lanzas y picos. La infantería llevaba dardos y hondas; los carreros mazas y hachas. En las operaciones de sitio eran consumados tácticos, pues según dice el ya referido autor anónimo, dos asaltantes avanzaban formados en larga y compacta fila, protegida por una especie de catapultas de tres caras, que se movía merced a un rodillo impulsado por un grupo de hombres ocultos. Conocían también los caminos cubiertos y las escalas, en cuyo manejo para el asalto eran muy expertos, así como en el empleo del ariete y otras máquinas de guerra. Su pericia en el arte de la cantería les capacitaba para minar los cimientos de las murallas... Nos es mucho más fácil enumerar lo que los egipcios *sabían* que lo que *ignoraban*, pues diariamente se van hallando nuevas pruebas de sus maravillosos conocimientos, y si nos encontráramos con que ya empleaban cañones por el estilo de los de Armstrong, no sería ello más asombroso que gran parte de lo hasta ahora descubierto.

La excelencia de los egipcios en ciencias exactas se revela en que los griegos, a quienes consideramos como fundadores de la matemática y en particular de la geometría, aprendieron en Egipto. Dice Smyth, citado por Peebles, que los «conocimientos geométricos de los constructores de las Pirámides principian donde los de Euclides acaban». Antes de que la historia engendrara a Grecia, ya eran viejas y perfectas las artes egipcias. La agrimensura, derivada de la geometría, se conocía prácticamente en aquel pueblo, pues, según dice la *Biblia*, Josué distribuyó proporcionalmente entre los hijos de Israel la recién conquistada tierra de Canaán. ¿Y cómo hubiera sido posible que los egipcios, tan versados en filosofía natural, no lo estuvieran igualmente en psicología y filosofía espiritual? El templo era plantel de la más refinada civilización y en él se guardaba el altísimo conocimiento de la magia que constituía la quinta esencia de la filosofía natural. Con celoso sigilo se enseñaba allí el empleo de las fuerzas ocultas de la naturaleza, y durante la celebración de los Misterios operaban los sacerdotes prodigiosas curas. Heródoto (NOTA: Libro II, cap. 50. FINAL NOTA) reconoce que los griegos

aprendieron de los egipcios cuanto sabían, incluso las ceremonias religiosas y el servicio de los templos, que por esta razón estaban principalmente dedicados a divinidades egipcias. El famoso Melampo, saludador y adivino de Argos, recetaba según el arte de los egipcios, de quienes lo había aprendido, siempre que deseaba que la cura fuese eficaz; y así curó a Ificlo de impotencia y debilidad por medio del *orín de hierro*, que al efecto le había indicado Mantis (NOTA: El oráculo o magnético sugestionador. Surengel cita muchas curaciones prodigiosas en su *Historia de la Medicina*, 119. FINAL NOTA).

Dice Diodoro (NOTA: *Tratado sobre los egipcios*, lib. I. FINAL NOTA) que la diosa Isis ha merecido la inmortalidad porque todas las naciones de la tierra tienen pruebas de su poder para curar las enfermedades, «según está demostrado, no por fábulas, como entre los griegos, sino por hechos auténticos». Por su parte Galeno menciona varias medicinas que se confeccionaban en los templos y alude a una panacea llamada *Isis* (NOTA: Galeno: *De composit. Medec.*, libro V. FINAL NOTA).

Las enseñanzas de los filósofos griegos que aprendieron en Egipto revelan el profundo saber de sus maestros. Orfeo (NOTA: Discípulo de Moisés, según Artapano.— Véase *Fragmentos antiguos. Capítulo sobre los primitivos reyes de Egipto*. FINAL NOTA), Pitágoras, Heródoto, Platón y Solón estudiaron en los mismos templos, de boca de los mismos sacerdotes. Refiere Plinio (NOTA: Libro VII, c. 56. FINAL NOTA) que, según testimonio de Antíclides, las letras del alfabeto fueron inventadas por el egipcio Menon, medio siglo antes de la época de Foroneo, el más antiguo rey griego. Jablonski demuestra que Pitágoras tomó de los sacerdotes egipcios el sistema heliocéntrico y la esfericidad de la tierra, pues lo conocían desde tiempo inmemorial por haberlo aprendido de los brahmanes de la India (NOTA: Jablonski: *Panteón de los egipcios*, II. Prolegómenos, 10. FINAL NOTA). También Fenelón, el ilustre arzobispo de Cambrai, afirma que Pitágoras tuvo estos conocimientos (NOTA: Fenelón: *Vidas de los filósofos antiguos*. FINAL NOTA) y enseñó a sus discípulos, no sólo la redondez de la tierra, sino la existencia de los antípodas, siendo además el primero en descubrir la identidad de la estrella matutina y vespertina (NOTA: Si tenemos en cuenta que Pitágoras floreció en la 16ª olimpiada, unos 700 años antes de la era cristiana, cabe conjeturar que otros le precedieran en estos conocimientos. Aristóteles, Laercio y otros autores afirman al hablar de Pitágoras que había aprendido de los egipcios la oblicuidad de la eclíptica, la composición estelar de la Vía láctea y que la luz de la luna es reflejo de la solar. FINAL NOTA).

Según Wilkinson, a quien posteriormente corroboran varios autores, dice que los egipcios conocían la división del tiempo, la verdadera duración del año y la precesión de los equinoccios. Del movimiento aparente de los astros infirieron las influencias dimanantes de su situación y conjunciones, de suerte que los sacerdotes, no tan sólo vaticinaban con igual acierto que los modernos meteorólogos los cambios atmosféricos, sino que también pudieron dar predicciones astrológicas. Así, pues, hemos de convenir en que los cómputos modernos no aciertan a determinar con exactitud la época en que la astronomía llegó al grado máximo de perfección, por más que el austero y elocuente Cicerón no deje de tener motivo para indignarse contra las exageraciones de los sacerdotes babilonios, que «afirmaban haber perpetuado en algunos monumentos las observaciones astronómicas correspondientes a un período de 470.000 años» (NOTA: Cicerón: *De Divinatione*. FINAL NOTA).

Dice un articulista científico:

Toda ciencia pasa por tres etapas evolutivas: 1ª La de observación, en que diversos investigadores observan y anotan los hechos en distintos puntos a la vez. 2ª La de generalización, en que las observaciones cuidadosamente comprobadas se ordenan, generalizan y clasifican metódicamente con objeto de inducir las leyes reguladoras. 3ª La de

vaticinio, en que el conocimiento de las leyes permite predecir con infalible exactitud los acontecimientos futuros.

Si los astrónomos chinos y caldeos pronosticaban los eclipses algunos miles de años antes de nuestra era, poco importa que se valiesen para ello del ciclo de Saros o de cualquier otro medio, pues lo cierto es que habían llegado a la tercera etapa de la ciencia astronómica y, por lo tanto, *pronosticaban*. El astrónomo Mitchell ha demostrado que en el año 1722 antes de J.C. trazaron los caldeos el zodíaco con las exactas posiciones de los planetas en el equinoccio de otoño, y de ello cabe inferir que conocían perfectamente las leyes reguladoras de los hechos «cuidadosamente comprobados» y las aplicaban con tanta seguridad como los modernos astrónomos.

Por otra parte, según dice un periódico profesional, «la astronomía es la única ciencia que en nuestro siglo ha llegado a la última etapa. Las demás ciencias están todavía en período de desenvolvimiento; y aunque, por ejemplo, la electricidad haya alcanzado en alguna de sus ramas la tercera etapa, en otras muchas está todavía en la infancia» (NOTA: *Telegraphic Journal. Art. Profecías científicas. FINAL NOTA*). Así lo corroboran las dolorosas confesiones de los mismos científicos en el siglo a que pertenecemos; pero no les sucedía tal a quienes vieron los gloriosos días de Caldea, Asiria y Babilonia. Respecto de los progresos que habían realizado en las ciencias *nada sabemos*, sino que en astronomía se hallaban a la altura de nuestra época, puesto que habían llegado también a la *tercera* etapa. Con mucho arte describe Wendell Phillips tal estado diciendo:

Parece como si nos figurásemos que la ciencia ha empezado con nosotros... y miramos compasivamente la mezquindad, ignorancia y oscurantismo de las épocas pasadas (NOTA: Phillips: *Conferencia sobre las Artes perdidas.*— Del todo conformes con la opinión del distinguido conferenciante, confesaremos que hemos escrito este capítulo (hasta cierto punto desglosado del plan de la obra) con el propósito de preguntarles a los científicos si están seguros de enorgullecerse con justo motivo. FINAL NOTA).

Oigamos ahora lo que dice Draper de un pueblo que, según Albrecht Müller (NOTA: *Primeros vestigios del hombre en Europa.* Afirma este autor que «la edad de bronce va más allá de los comienzos del período histórico en algunos países y abarca las dilatadas épocas de los imperios egipcio y asirio, cerca de 1.500 años antes de J.C., así como los principios de la inmediatamente siguiente edad de hierro». En la misma obra propone Albrecht Müller que a nuestra edad se la denomine «edad de papel»; pero disentimos en esto del autor, porque estamos firmemente convencidos de que las futuras generaciones la llamarán «edad de latón» o, en caso más desfavorable, «edad de oropel». FINAL NOTA), acababa de salir de la edad de bronce para entrar en la de hierro:

Si Caldea, Asiria y Babilonia nos ofrecen *estupendas y venerables antigüedades cuyo origen se pierde en las sombras del tiempo*, no le faltan a Persia maravillas de épocas posteriores. Los pórticos de Persépolis abundaban en portentosas esculturas, tallas, esmaltes, obeliscos, esfinges, toros colosales, anaqueles de alabastro y otras bellezas artísticas. Ecbatana, capital de los medos y residencia vernal de los monarcas persas, estaba defendida por siete muros circulares cuya altura aumentaba de exterior a interior y cuyas piedras talladas y pulidas eran de colores armonizados astrológicamente con los de los siete planetas. El palacio real tenía el *tejado de plata*, las vigas forradas de oro y a media noche multitud de lámparas de nafta emulaban en los patios la luz del sol. Parecía un paraíso plantado por el fausto de los monarcas orientales en el centro de la ciudad. El imperio persa era verdaderamente el jardín del mundo... Tras los estragos del tiempo y de los saqueos de tres conquistadores, todavía estaban en pie las murallas de Babilonia de sesenta millas de circuito y ochenta pies de altura (NOTA: Dimensiones correspondientes aproximadamente a 96 kilómetros de circuito y 25 metros de altura.— *El Traductor.* FINAL NOTA) y se veían las ruinas del templo de Belo

en cuya cúpula, que parecía hendir las nubes, se encontraba el observatorio en donde los sabios astrónomos caldeos se comunicaron nocturnamente con los astros. Aun quedaban vestigios de los palacios de jardines colgantes en que medraban plantas aéreas y se veían restos de la máquina elevadora de las aguas del río. También hubo un lago artificial en el que mediante una vasta red de acueductos y presas se recogía el agua procedente de la fusión de las nieves de las montañas de Armenia y la llevaban a la ciudad por entre los diques del Eufrates. Pero lo más admirable de todo era sin duda el túnel construido bajo el lecho del río (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*. FINAL NOTA).

Los comentaristas y críticos contemporáneos juzgan de la sabiduría de los antiguos tan sólo por el *exoterismo* de los templos y no quieren o no saben penetrar en el solemne *adyta* de la antigüedad, donde el hierofante enseñaba al neófito la verdadera significación del culto público. Ningún sabio antiguo pensó que el hombre fuese el rey de la creación ni que para él hubiesen sido creadas las estrellas del cielo y nuestra madre tierra. Prueba de ello nos da el siguiente pasaje:

No pongas tu atención en las vastas dimensiones de la tierra porque en su suelo no medra la planta de la verdad. Ni midas tampoco el tamaño del sol con sujeción a reglas, porque la voluntad del Padre lo mueve y *no para tu provecho*. No te fijas en el impetuoso curso de la luna, porque la necesidad la impele. El movimiento de los astros *no se ordenó para ti* (NOTA: Psello: *Oráculos Caldeos*, 4, CXIIV.– Preceptos mágicos y filosóficos de Zoroastro. FINAL NOTA).

Esta enseñanza es demasiado elevada para atribuir a sus autores la divina adoración del sol, de la luna y las estrellas; pero como la sublime profundidad de los conceptos mágicos trasciende a cuanto pueda alcanzar el moderno pensamiento materialista, cae sobre los filósofos caldeos la acusación de sabeísmo supersticioso, tan sólo imputable al vulgo de aquellas gentes, pues había enorme diferencia entre el culto público y oficial del Estado y el *verdadero* culto que únicamente se enseñaba a los dignos de aprenderlo.

Citaremos otro pasaje para demostrar lo infundado de la acusación de supersticiosos levantada contra los magos caldeos. Dice así:

No es verdad el amplio vuelo de las aves ni la disección de las entrañas de las víctimas. Todo ello son chucherías en que se apoya el *fraude venal*. Huye de estas cosas si quieres que para ti se abra el sagrado paraíso de la edad donde están hermanadas la virtud, la sabiduría y la justicia (NOTA: Psello: *Oráculos Caldeos*, 4. FINAL NOTA).

Ciertamente, que no merecen inculpación de fraude venal quienes contra este riesgo precaven a las gentes; y si operaban hechos al parecer milagrosos ¿quién negará con justicia que eran capaces de tales obras porque sus conocimientos de filosofía natural y psicología aventajaban a los de las escuelas contemporáneas? ¿Qué no sabían los magos caldeos? Está probado que determinaron correctamente el meridiano terrestre antes de la construcción de las pirámides. Se valían de relojes y cuadrantes para medir el tiempo y empleaban por unidad de longitud el codo (NOTA: *Equivalente a 1'707 pies ingleses o sea unos 0'526 m.* FINAL NOTA). También tenían unidad ponderal, según dice Heródoto, y en cuanto a monedas se servían de anillos de oro y plata evaluados a peso. Desde tiempos muy remotos emplearon los sistemas de numeración decimal y duodecimal y estaban muy adelantados en álgebra. A este propósito dice un autor anónimo: «¿cómo hubieran podido aplicar tan enormes fuerzas de no comprender perfectamente el secreto de lo que hoy llamamos energía mecánica?».

Según testimonio de la *Biblia*, también conocieron los egipcios el arte de tejer el lino y otras telas de sutil urdimbre. Cuando José compareció en presencia del Faraón, vestía una túnica de lino finísimo con cadena de oro y muchos otros aderezos. El lino de Egipto era

famoso en todo el mundo y los lienzos de esta tela en que aparecen envueltas las momias se conserva admirablemente. Plinio refiere que 600 años de la era cristiana, el rey Amasis envió a Lindo una vestidura cuyos hilos constaban de 360 cabos. Al hablar Heródoto (NOTA: Libro I. FINAL NOTA) de los misterios de Isis nos da idea de la «admirable suavidad de las vestiduras de lino que llevaban los sacerdotes» (NOTA: El calzado de los sacerdotes de Isis era de papiro y sus vestiduras de *lino finísimo*, porque la diosa enseñó el aprovechamiento de esta planta textil. Así es que a dichos sacerdotes se les llamaba indistintamente *isíacos* (sacerdotes de Isis) y *linígeros* (los que llevan lino). El tinte de estas telas era de aquellos magníficos y brillantes colores cuyo secreto pertenece a las «artes perdidas». En las túnicas de las momias se echan de ver con frecuencia hermosos bordados y abalorios de cuentas. En el museo de Bulak (Cairo) se conservan algunas de estas túnicas de exquisito dibujo, insuperable belleza y acabadísima labor. Los tan renombrados tapices de los Gobelinos resultan burdos en comparación de los bordados egipcios. FINAL NOTA).

Basta consultar el Éxodo para convencerse de la habilidad que suponían en los israelitas (discípulos de los egipcios), las labores del tabernáculo y el Arca de la Alianza. Josefo encomia la incomparable belleza y maravillosa labor de las vestiduras sacerdotales adornadas «con granadas y campanillas de oro» y la pedrería del *thummim* o pectoral del sumo pontífice; pero está ya fuera de duda que los hebreos tomaron de los egipcios los ritos y ceremonias del culto religioso, así como el traje de los levitas. Clemente de Alejandria confiesa, aunque con repugnancia, este remedo de los hebreos, y lo mismo reconocen Orígenes y otros Padres de la Iglesia, sin que, como es natural, falten de entre ellos quienes atribuyan la semejanza a estratagemas de Satanás cuya astucia preveía los acontecimientos. El astrónomo Proctor dice en una de sus obras que el pectoral de los pontífices israelitas era joya de directa procedencia egipcia, pues la misma palabra *thummim* es de notorio origen egipcio y se la apropió Moisés con todo lo demás de sus ritos, porque en las representaciones pictóricas del juicio de los muertos, el dios Horus (NOTA: Nos parece que Proctor se equivoca en la interpretación de esta figura. FINAL NOTA) guía al difunto mientras que Anubis coloca en uno de los platillos de la balanza el vaso de las buenas acciones, por ver si equilibra el peso de la diosa de la verdad (*Thmèi*) figurada en el otro platillo, así como también en el pectoral del juez» (NOTA: Proctor: *Saturno y el sábado de los judíos*, 309.— Wilkinson demuestra que el *thummim* hebreo es el plural de la palabra *Thmèi*. (*Usos y costumbres de los antiguos egipcios*). FINAL NOTA).

Los egipcios conocieron todas las artes decorativas. Labraban admirablemente el oro, la plata y las piedras preciosas que los lapidarios tallaban, pulían y engarzaban con primoroso estilo (NOTA: Sino recordamos mal, el anillo de una momia egipcia fue considerado como la más artística joya en la Exposición de Londres de 1851. FINAL NOTA). Las imitaciones en vidrio de toda clase de piedras preciosas y más particularmente de la esmeralda, superaban a cuanto en este artículo se hace hoy día.

Dice Wendell Phillips que en las ruinas de Pompeya se descubrió un aposento donde había vidrios opalinos, tallados, planos y de todos colores. Unos misioneros católicos que fueron a China hace dos siglos tuvieron ocasión de ver un vaso de cristal incoloro y diáfano, lleno de un licor acuoso fabricado por los chinos. «Mirando el vaso al través, parecía como si estuviese lleno de peces y lo mismo sucedía al volver a llenar el vaso cuantas veces se vaciaba». En Roma era objeto de curiosidad un trozo de vidrio transparente que, levantado en alto, no se notaba nada oculto en su interior, pero en el centro había una gota de vidrio del tamaño de un guisante, con vetas y motas de tan variados colores que no la hubiera excedido en perfección el más hábil miniaturista. Era evidente que «aquella gota de vidrio líquido se introdujo en el interior del trozo sólido» mediante una temperatura más elevada que la requerida por el temple del vidrio, pues el procedimiento empleado indica la presencia de un hueco, sin que se advierta juntura alguna. Respecto

al maravilloso arte de los egipcios para imitar la! piedras preciosas, dice Phillips que el «famoso cáliz de la catedral de Génova fue considerado durante muchos siglos como una esmeralda maciza que, según tradición, formó parte de los tesoros regalados a Salomón por la reina de Saba y en él bebió el Salvador la noche de la cena». Posteriormente se descubrió que era una esmeralda hábilmente imitada, pues cuando Napoleón se la llevó a París para someterla al examen de los miembros del Instituto, declararon éstos que no era esmeralda, aunque sin acertar cuál fuese la materia empleada en la imitación.

El mismo Phillips refiere, al tratar de la destreza de los antiguos en la elaboración de metales, que «cuando los ingleses saquearon el palacio de verano del emperador de China, se sorprendieron los artistas europeos al ver vasos de metal, tan exquisitamente labrados, que dejaban muy atrás la ponderada habilidad de los orfebres occidentales. Por otra parte, los viajeros han recibido de manos de las tribus del interior de África *mejores navajas* de las que ellos llevaban. Añade el mismo autor, que Jorge Thompson le refirió «haber visto en Calcuta como un hombre echaba al aire un puñado de seda en rama que un indio cortó con un sable fabricado en el país, a pesar de que los europeos consideran su acero como el mayor triunfo de la metalurgia y ésta como la gloria de la química».

Así vemos que las razas semíticas, a que pertenecían los antiguos egipcios, extrajeron el oro de la tierra y lo separaron de la escoria con asombrosa destreza. En las cercanías del mar Rojo se encontró abundancia de cobre, plomo y hierro.

Bajo el testimonio de algunos egiptólogos, afirma Pengelly (**NOTA: *Los hombres de las cavernas del Devonshire.* – Discurso pronunciado el año 1873 en la Real Sociedad de Londres. FINAL NOTA**) que el primer hierro empleado por los egipcios fue el *meteórico*, llamado *piedra del cielo* en un documento egipcio que por vez primera lo menciona. Esto inclina a suponer que en la antigüedad se empleó únicamente el hierro meteórico; pero aunque así ocurriera en los comienzos del período a que alcanzan las actuales investigaciones geológicas, nadie puede asegurar que no haya error de algunos centenares de miles de años, mientras no se compute, siquiera aproximadamente, la antigüedad de los restos arqueológicos. El coronel Howard Vyse ha demostrado en parte la ligereza con que los eruditos aseguraron que los caldeos y egipcios *nada sabían* en punto a minería y metalurgia, pues Homero y la Biblia hebrea mencionan piedras preciosas que únicamente se hallan en yacimientos muy profundos. ¿Acaso han averiguado los científicos la fecha exacta en que el hombre abrió la primera galería de mina?

Según el doctor Hamlin, las artes del orfebre y lapidario se conocieron en la India desde incomputable antigüedad. Por otra parte, los arqueólogos no tienen más remedio que admitir el temple del acero entre los egipcios desde los tiempos más remotos, o reconocer que poseían útiles más perfectos que los nuestros para la talla y cincelado de los materiales, pues, de lo contrario, ¿cómo hubieran podido cincelar y esculpir tan artísticas obras escultóricas? Si no emplearon para ello herramientas de acero exquisitamente templado, forzosamente habrían de valerse de algún otro medio para tallar la sienita, el granito y el basalto, con lo que tendríamos una nueva arte que añadir al catálogo de las pérdidas.

Dice Albrecht Müller sobre este asunto:

Podemos atribuir la introducción del bronce labrado a la poderosa raza aria que emigró del Asia hace unos seis mil años... La civilización, oriental precedió de muchos siglos a la occidental y hay pruebas de que ya desde un principio alcanzó notable grado de cultura, pues además del bronce *conocían también el hierro*. Empleaban el barro cocido, al que después daban en el tomo las diversas formas propias de la alfarería. Se han encontrado objetos de vidrio, plata y oro correspondientes a épocas muy primitivas y en algunas montañas se descubrieron montones de escorias y restos de hornos siderúrgicos... Cierto es que los

montones de escorias se han atribuido a la acción volcánica; pero esta hipótesis queda sin fundamento al advertir que precisamente no son aquellos terrenos de origen volcánico.

Pero la ciencia del admirable pueblo egipcio se manifiesta más esplendorosamente en el embalsamamiento y momificación de los cadáveres, aunque tan sólo quienes hayan estudiado especialmente este punto pueden apreciar la habilidad, paciencia y conocimientos químicos y anatómicos necesarios para llevar a cabo la incorruptible obra cuyo procedimiento requería algunos meses de labor. Las momias resisten indestructiblemente el seco clima de Egipto y aún persisten inalterables cuando se las remueve de los sepulcros donde durante milenios reposaron. Dice un autor anónimo que «primero inyectaban en el cadáver mirra, casia y otras resinas aromáticas, y después de saturarlo de natrón (NOTA: Carbonato sódico cristalizado en estado natural, con mezcla de sal marina y sulfato sódico.– *El Traductor*. FINAL NOTA), lo vendaban con tan insuperable destreza y artística perfección que maravilla a los modernos cirujanos».

Por su parte, añade Grandville que «la cirugía moderna no tiene forma alguna de vendaje que supere y exceda en ingeniosa habilidad al fajado de las momias egipcias, pues no se advierte añadido alguno en las vendas de lino que a veces miden *mil yardas* (NOTA: Unos 924 metros.– *El Traductor*. FINAL NOTA) de longitud».

Rosellini atestigua (NOTA: Véase Kenrik: *Egipto antiguo*. FINAL NOTA) la maravillosa variedad y destreza del entrelace y aplicación de los vendados, hasta el punto de que los sacerdotes y al par médicos de aquellas remotas épocas trataban con éxito toda clase de fracturas del cuerpo humano.

¿Quién no recuerda la emoción que despertó unos veinticinco años atrás el descubrimiento de la anestesia? El éter sulfúrico, el éter clórico, el cloroformo y el óxido nitroso (gas hilarante) con otras combinaciones derivadas de estas substancias fueron acogidas como bendición del cielo por la humanidad doliente y todos consideraron la anestesia como el más grande descubrimiento (NOTA: El verdadero descubridor de la anestesia fue el doctor Horacio Wells, de Hartford, en 1844; pero, como suele suceder en estos casos, se llevaron la fama dos años después sus colegas Morton y Jackson. FINAL NOTA), a pesar de los fatales resultados que en ocasiones dieron el famoso *letheon* (NOTA: Un compuesto a base de éter sulfúrico. FINAL NOTA) de Morton y Jackson, el cloroformo de Simpson y el óxido nitroso aplicado por Colton, Dunham y Smith, pues hubo enfermos que perdieron el conocimiento para no recobrarlo más. Pero ¿qué importaban estos fracasos en comparación de los éxitos? Los médicos aseguran que son ya rarísimos los accidentes mortales causados por la anestesia, acaso porque aplican los anestésicos con tanta parsimonia, que en la mitad de los casos no producen efecto alguno y el paciente queda impedido durante unos cuantos minutos en sus movimientos externos, pero tan sensible al dolor como en estado normal. Sin embargo, aunque generalmente considerado haya sido el descubrimiento de los anestésicos beneficioso para la humanidad, ¿no tuvo precedentes este descubrimiento?

Dioscórides nos describe la piedra de Menfis (*lapis menphiticus*), como una especie de guijarro redondo, pulimentado y muy brillante, que reducido a polvo y aplicado a manera de unta sobre la parte del cuerpo en que, ya con bisturí, ya con cauterio, había de operar el cirujano, anesthesiaba *aquella parte tan sólo*, de suerte que el enfermo no sentía dolor alguno, con la ventaja de conservar el conocimiento sin ulteriores perjuicios. Desleído el polvo de esta piedra en vino o agua, curaba toda clase de dolor (NOTA: Dioscórides: Περὶ Ὑλῆς Ἰατριχῆς, libro V, cap. CLVIII.– También Plinio describe minuciosamente esta piedra en su *Historia natural*, libro XXXVIII, cap. VII. FINAL NOTA).

Desde tiempo inmemorial poseyeron los brahmanes el secreto de la anestesia. Las viudas que por costumbre estaban obligadas al sacrificio del *sahamaranya* (NOTA:

Arrojarse a la pira que consumía el cadáver de su marido. FINAL NOTA) no habían de temer el más leve sufrimiento entre las llamas, porque previamente se las ungía con óleo sagrado de efectos anestésicos (NOTA: Llevaba la viuda una corona entretejida con las raíces de una planta sagrada que se arrancaba a media noche en la confluencia de los ríos Ganges y Yunuia. Además se le untaba todo el cuerpo, así como los vestidos y atavíos, con grasas y óleos sagrados. Tanto la corona como las unturas eran anestésicos mágicos. Según testimonio ocular del misionero Paulino de St. Barthelemy (*Viaje a las Indias orientales*, I, 358), en el acto de la cremación vertían en la pira la grasa que se inflamaba instantáneamente, y la aletargada viuda moría por *asfixia* antes de que la tocaran las llamas. Sin embargo, cuando la ceremonia se practicaba con arreglo al ritual establecido por la costumbre; no quedaban aletargadas las viudas en el sentido con que suele tomarse esta palabra, pues únicamente se tomaban las precauciones convenientes para evitarles la espantosa agonía de la muerte en hoguera. Sostenida por sus parientes, daba la viuda tres vueltas a la pira y después de despedirse de todos se arrojaba sobre el cadáver de su marido con la sonrisa en los labios, alentada por la firmísima esperanza en la vida futura, en la beatífica libertad que pronto iba a lograr. Su mente está despejada como en estado normal y tal vez más todavía, y si alguien ha de sufrir cuando suene la hora de la justicia, no es la ardiente esclava de su fe, sino los astutos brahmanes, quienes saben perfectamente que jamás estuvo prescrito tan horrible sacrificio. En cuanto a la víctima, después de su muerte, se convierte en *satí* (pureza trascendental) y recibe los honores de la canonización. Varios sanscritistas, entre ellos Max Müller, Wilson y Bushby, demuestran, según testimonio de algunos orientalistas indos y europeos, que las Escrituras induistas no sólo no sancionan, sino que prohíben severamente la cremación de la viuda (*La cremación de las Viudas*, p. 21.— Véase Max Müller: *Mitología comparada*). Dice Max Müller que Wilson fue el primero en advertir la falsificación del texto sagrado en este punto por medio del cambio de las palabras *yonim agre* en las de *yonim agne* (matriz del fuego)... Según los himnos del *Rig-Veda* y el ceremonial védico descrito en los *Grihya-Sûtras*, la esposa ha de acompañar el cadáver de su marido hasta la pira funeraria, donde después de escuchar la recitación de un versículo del *Rig-Veda* se le ordena que deje a su marido y vuelva al mundo de los vivos» (*Mitología comparada*, p. 35). FINAL NOTA).

Egipto fue la cuna de la química. Kenrick demuestra que esta palabra se deriva de *Chemí* o *Chem*, nombre primitivo del país (NOTA: *Salmo CV, 27*. FINAL NOTA), cuyos habitantes conocieron perfectamente la fabricación de colores. Los hechos, hechos son. ¿Qué pintor contemporáneo podría decorar las paredes de nuestros edificios con inalterables colores? Cuando nuestras deleznable construcciones se hayan convertido en montones de polvo y las ciudades en informes ruinas de mortero y ladrillos, sin que nadie se acuerde de sus nombres, todavía permanecerán en pie las piedras de Karnak y Luxor, y las espléndidas pinturas murales de este último monumento serán indudablemente tan vivas y brillantes dentro de cuatro mil años, como lo son hoy día y lo fueron cuatro mil años atrás. Dice el ya citado autor anónimo que «el embalsamamiento de las momias y la pintura al fresco no eran entre los egipcios artes debidas a la casualidad, sino que las establecieron por preceptos fijos y reglas tan definidas como cualquier inducción de Faraday».

Los museos italianos se enorgullecen hoy de sus pinturas y vasos etruscos, y las orlas decorativas de los vasos griegos admiran a los anticuarios, que las atribuyen a los artistas helénicos, cuando en rigor «son meras copias de las que ostentan los vasos egipcios», según se colige de los dibujos existentes en una tumba de la época de Amenoph I, antes de la población de Grecia.

¿Qué hay en nuestros días comparable a los templos de Ipsambul (Baja Nubia) abiertos en la roca? Allí se ven estatuas sedentes de setenta pies de alto (NOTA: 21,50 metros.— *El Traductor*. FINAL NOTA) talladas en la peña viva. El torso de la estatua de Ramsés II

en Tebas mide sesenta pies de contorno (NOTA: 18,50 metros.– *El Traductor. FINAL NOTA*) en proporción de las demás partes de la figura, con la que comparada nuestra estatuaria parece de pigmeos.

Los egipcios conocieron el hierro mucho antes de la construcción de la primera Pirámide, o sea hace unos 20.000, años, según cómputo de Bunsen, como lo prueba el hallazgo, por el coronel Howard Vyse, de *una pieza de hierro* oculta en un intersticio de la pirámide de Cheops, donde sin *duda alguna la colocaron los constructores*. Los egiptólogos han encontrado copiosos indicios de que ya en tiempos prehistóricos conocían los antiguos con mucha perfección la metalurgia, y aun hoy se ven en el Sinaí grandes montones de escorias procedentes de las fundiciones (NOTA: *Moisés construyó en el desierto la serpiente de bronce o seraph que los israelitas adoraron hasta el reinado de Ezequías. FINAL NOTA*). La práctica de la metalurgia y de la química se resumía en aquellos tiempos en la alquimia y formaba parte de la magia prehistórica (NOTA: *Moisés dió prueba de sus conocimientos alquímicos al pulverizar el becerro de oro y desleír el polvo en agua. FINAL NOTA*).

En cuanto a navegación, podemos probar, bajo testimonio de fidedignas autoridades, que Necho II armó en el mar Rojo una flota de exploración que navegó durante dos años, saliendo por el estrecho de Bab-el-Mandel y regresando por el de Gibraltar, aunque Heródoto no se muestra muy dispuesto a reconocerles esta proeza marítima, pues «le parece increíble la afirmación de aquellos navegantes respecto de que al volver a su país se levantaba el sol a su derecha».

Sin embargo, el autor a que estamos comentando dice sobre el particular:

No obstante, quienquiera que haya doblado el cabo de Buena Esperanza tendrá por incontrovertible la afirmación de los navegantes egipcios que tan inverosímil le parecía a Heródoto, quedando con ello demostrado que los egipcios realizaron la hazaña marítima repetida por Vasco de Gama muchos siglos después. De los navegantes egipcios se refiere que durante su viaje desembarcaron en dos puntos sucesivos de la costa donde, tras sembrar y cosechar trigo, se hicieron de nuevo a la vela para cruzar triunfantes por entre las columnas de Hércules en demanda de Egipto... Este pueblo mereció la denominación de *veteres* con mayor justicia que los griegos y romanos. La joven Grecia, neófita en conocimientos, los voceaba a cuatro vientos para llamar la atención del mundo entero. El viejo Egipto, encanecido en la sabiduría, confiaba tanto en su ciencia, que sin empeño alguno en excitar la admiración hacía el mismo caso de los petulantes griegos como el que hoy hacemos nosotros de un salvaje de las islas Fidji.

Un venerable sacerdote egipcio le dijo cierta vez a Solón:

«¡Ah Solón, Solón! Los griegos seréis siempre niños, porque desconocéis la sabiduría antigua y estáis faltos de duradera disciplina».

En efecto, quedó Solón en extremo sorprendido cuando los sacerdotes egipcios le dieron a entender que la mayor parte de las divinidades griegas eran remedo y copia disimulada de las egipcias. Así decía con mucha razón Zonaras: «Todas estas cosas vinieron de Caldea a Egipto y de aquí pasaron a los griegos».

David Brewster describe acabadamente la construcción de varios autómatas, por el estilo del *flautista de Vaucanson*, obra maestra de mecánica de que se enorgulleció el siglo XVIII; pero los pocos datos fidedignos que sobre el asunto proporcionan los autores antiguos, nos confirman en la opinión de que los mecánicos del tiempo de Arquímedes y aun algunos de sus antecesores, no eran ni más ignorantes ni menos ingeniosos que los modernos inventores. Archytas, natural de Tarento, preceptor de Platón y eminente filósofo, al par que profundo matemático y habilísimo mecánico, construyó una paloma

de madera que volaba y se mantenía por no poco tiempo en el aire (NOTA: También se le debe a Archytas la invención del tornillo, de la grúa y de varias máquinas hidráulicas. Floreció 400 años antes de la era cristiana. (A Gell: *Noet, Attic*, libro X, cap. XIII). FINAL NOTA).

Los egipcios sabían prensar la uva para convertir el zumo en vino por fermentación; y aunque esto nada tenga de particular, más notable es que, 2.000 años antes de J.C. fabricaran cerveza en grande escala, según demuestra el papiro de Ebers (NOTA: La cerveza egipcia debió de ser de mucha fuerza y exquisito sabor, como todo cuanto hacían. FINAL NOTA).

También sabían fabricar vidrios de toda clase, pues muchos relieves escultóricos representan escenas en que figuran botellas y sopletes de vidriero. Además, en las excavaciones arqueológicas se han encontrado pedazos de vidrio de magnífico aspecto. Según dice Wilkinson, los egipcios sabían cortar, pulir, deslustrar y grabar el vidrio, con el arte de interponer laminillas de oro entre las dos superficies de la masa. También se valían del vidrio para imitar a la perfección perlas, esmeraldas y todas las piedras preciosas.

Asimismo cultivaron los egipcios el arte musical y conocieron los secretos de la armonía y su influencia en el ánimo, por lo que en los sanatorios de los templos se empleaba la música para la curación de ciertas enfermedades (NOTA: En las tallas y relieves de las épocas más antiguas de Egipto se ven músicos que tañen diversos instrumentos, así como grupos orquestales cuyo director lleva el compás con la mano. Esto demuestra que conocían las leyes de la armonía. FINAL NOTA). La música de los egipcios abarcaba tres géneros principales: religiosa, cívica y militar. En los conciertos sacros tenían la lira, el arpa y la flauta; en las fiestas cívicas, la guitarra, las gaitas sencilla y doble y las castañuelas; en los ejercicios militares, la trompeta, tamboril, tambor y címbalo (NOTA: Inventaron los egipcios varias clases de arpas, entre ellas la *sambuca* y el *ashur*, que podían tener hasta veinte cuerdas de tripa, como las que empleamos nosotros. El armazón de estos instrumentos era de maderas preciosas muy raras, que venían de tierras lejanas. Su primorosa labra tenía incrustaciones de nácar y adornos de cuero de diversos colores o pinturas también policromas. FINAL NOTA). Pitágoras aprendió música en Egipto para establecer en Grecia el estudio metodizado de este arte, cuyos profesores más notables fueron egipcios, pues conocían la combinación de las cuerdas y la multiplicidad de tonalidades determinadas por su longitud (NOTA: Esta circunstancia denota muy señalado progreso en el arte musical. Las arpas encontradas en una tumba de Tebas han desvanecido, según observa Bruce, todo cuanto hasta ahora se había dicho acerca del estado rudimentario de la música y de los instrumentos musicales en Oriente, pues por su forma, tamaño y ornamentación constituyen una prueba evidentemente incontrovertible y más valiosa que mil citas griegas, de que la geometría, el dibujo, la mecánica y la música habían llegado al mayor grado de perfección cuando se construyeron dichas arpas, y que el período a que atribuimos el invento de estas artes fue tan sólo el comienzo de la era de su restauración. En la misma Tebas, en los frescos del palacio de Amenoph II aparece este monarca jugando al ajedrez con la reina. Amenoph II reinó mucho antes de la guerra de Troya. Sin embargo, se sabe que en la India se conocía ya el ajedrez hace lo menos cinco mil años. FINAL NOTA).

En cuanto al conocimiento de la medicina, basta leer uno de los *Libros de Hermes* hallado en estos últimos tiempos y traducido por Ebers. Parece seguro que conocían la circulación de la sangre, pues de las *manipulaciones curativas* de los sacerdotes se infiere que sangraban a los enfermos y sabían contener las hemorragias (NOTA: Así lo demuestra el atento examen de los relieves que representan escenas de los sanatorios de los templos. FINAL NOTA).

Había entre ellos dentistas y oculistas, sin que a ningún médico le estuviera permitido ejercer más de una especialidad, lo cual induce a suponer que se les morían menos enfermos

que a los médicos contemporáneos (NOTA: Aparte de la medicina, no faltan autores que atribuyan a los egipcios el establecimiento del juicio por jurados, pero esto lo ponemos en duda. FINAL NOTA).

Pero no fueron los egipcios el único pueblo antiguo cuya civilización merezca alto concepto de la posteridad. Aparte de otros cuya historia encubren las neblinas del tiempo (NOTA: Ejemplo de estos pueblos son las razas precolombianas, el cretense, los troyanos, las ciudades lacustres y las del sumergido continente de la Atlántida, tenida hoy por fabulosa. FINAL NOTA), tenemos que las hazañas de los fenicios les dan carácter poco menos que de semidioses.

Según dice un escritor (NOTA: El ya citado articulista de la *National Quarterly Review*. FINAL NOTA), los fenicios fueron los primitivos navegantes del mundo y, además de fundar la mayor parte de las colonias mediterráneas en el litoral español, visitaron con preferencia las regiones árticas, de donde trajeron el relato de los *días sin noche* a que Homero alude en la *Odisea* (NOTA: En las Islas Británicas descubrieron minas de estaño que beneficiaron para llevar el metal a África. FINAL NOTA). La descripción de Caribdis concuerda tan acabadamente con el maelstrón (NOTA: Remolino de agua en la costa de Noruega.– *El Traductor*. FINAL NOTA) que, en opinión de un autor, «es muy difícil suponer que haya tenido otro prototipo». Parece que los fenicios exploraron las costas en todos rumbos, pues sus quillas hendieron las aguas desde el Océano Indico hasta las acantiladas abras de Noruega (NOTA: Algunos autores atribuyen a los fenicios la fundación de colonias muy lejanas de las que tenían en el Mediterráneo y otros aseguran que el litoral de África fue poblado por los cananeos que Josué expulsó de la tierra de promisión; pues en la época en que floreció el escritor Procopio había en la Mauritania tingitana unas columnas con la siguiente inscripción: *Nosotros somos los que huimos ante el bandido Josué, hijo de Nun o Navé*. FINAL NOTA).

Algunos autores suponen que estos audaces navegantes de los mares árticos fueron los ascendientes de las razas que más tarde edificaron los templos y palacios de Palenque, Uxmal, Copán y Arica; pero *no* es tal nuestra opinión, pues con toda probabilidad los construyeron los atlantes.

Brasseur de Bourbourg nos proporciona muchos datos de los usos, costumbres, arquitectura, artes y especialmente de la magia y los magos de los antiguos mexicanos. Dice que el fabuloso héroe Votán (NOTA: Este Votán parece ser idéntico al temible Quetzalcohuatl que figura en las leyendas mexicanas. FINAL NOTA), el mago más eminente entre ellos, visitó al rey Salomón, de regreso de un largo viaje, mientras se estaba construyendo el templo de Jerusalén. Es muy curiosa la semejanza de las leyendas mexicanas en lo referente a los viajes y hazañas de los *hitim* con las narraciones bíblicas acerca de los *hivitas* o descendientes de Heth, hijo de Canaán. Cuenta la tradición que Votán proporcionó a Salomón operarios, maderas preciosas de occidente, oro, plantas y animales de mucho valor; pero que rehusó en absoluto dar indicio alguno tocante al derrotero que había seguido ni al camino del misterioso continente. El mismo Salomón relata esta entrevista en su *Historia de las maravillas del universo*, en que Votán aparece bajo la alegoría de la *sierpe navegante*.

Stephens conjetura que «llegará a descubrirse una clave más segura que la piedra de Roseta para interpretar los jeroglíficos americanos y dice que los descendientes de los caciques aztecas habitan todavía, según parece, en las fragosidades de los Andes no holladas por los blancos, con las mismas costumbres de sus antepasados, en edificios adornados con esculturas de yeso, de vastos patios y altas torres a que dan acceso escaleras de largos tramos, y continúan grabando en tablas de piedra los misteriosos jeroglíficos... Vuelvo a la vasta y desconocida comarca no cruzada por camino alguno, donde la imaginación se representa la misteriosa ciudad vista desde la cumbre de la cordillera con sus ignorados

pobladores aborígenes» (NOTA: *Incidentes del viaje por la América central, Chiapas y Yucatán*, II, 457. FINAL NOTA).

Aparte de que viajeros audaces han visto esta ciudad desde largas distancias, no resulta intrínsecamente improbable su existencia; porque, ¿quién puede decir qué se hizo aquel pueblo primitivo que huyó ante las rapaces huestes de Cortés y Pizarro? (NOTA: En su obra sobre el Perú, refiere Tschuddi una tradición del país según la cual conducían los naturales un convoy de diez mil llamas cargados de oro para rescatar al Inca de manos de los españoles, cuando al enterarse de su muerte escondieron entre las fragosidades de los Andes aquel inmenso tesoro, de suerte que no se ha podido hallar de él ni el más leve indicio. FINAL NOTA).

Dicen Tschuddi, Prescott y otros historiadores, que los indios peruanos conservan todavía sus antiguas tradiciones y su casta sacerdotal con secreta obediencia al jerarca religioso, aunque aparentemente profesen la religión católica y reconozcan la autoridad del gobierno peruano. Siguen practicando ceremonias mágicas y producen muchos fenómenos de esta índole con tan perseverante lealtad hacia el pasado, que a menos de recibir alientos de una autoridad superior en el orden espiritual, no se comprende cómo mantienen viva su fe. ¿No fuera posible que esta autoridad residiera en la misteriosa ciudad con la que se comunican en secreto? ¿O acaso todo cuanto dejamos dicho no pasaría de ser otra «curiosa coincidencia»? (NOTA: Un sacerdote español, por los años de 1838 a 1839, habló con Stephens de esta ciudad misteriosa, jurándole que la había visto con sus propios ojos y añadiendo los siguientes pormenores en su relato: «El cura de una aldea sita cerca de las ruinas de Santa Cruz del Quiché oyó hablar, mientras estuvo en Chajul, de la ciudad misteriosa... Era el cura muy joven y aunque con no poco trabajo trepó a la pelada cima del pico más elevado de los Andes en aquel paraje, a una altura de 3.700 metros, desde donde descubrió un vastísimo llano que se dilataba por el Yucatán hasta el golfo de México. A lo lejos columbró una gran ciudad cuyas blancas torrecillas refulgían a la luz del sol. Los habitantes de esta ciudad hablan la lengua maya, y según tradición ningún blanco ha podido todavía entrar en ella, porque sabedoras aquellas gentes de que los extranjeros se han apoderado del país, matan a todo blanco que intenta penetrar en su territorio. No tienen moneda ni ganado de ninguna especie sino tan sólo aves domésticas, aunque mantienen a los gallos en lugares subterráneos para que de lejos no se oiga su canto». Poco más o menos nos refirió personalmente hará cosa de veinte años un viejo sacerdote indígena del Perú, que había pasado la vida sin poder disimular su odio hacia los conquistadores a quienes llamaba «bandidos», aunque por el bien de su pueblo les fingía amistad y practicaba la religión católica; pero que en el fondo seguía tan fiel adorador del sol como sus antepasados lo fueron. Los blancos le tenían por indígena converso y en calidad de misionero había estado en Santa Cruz del Quiché, donde aseguraba haber visto una galería que comunicaba subterráneamente con la misteriosa ciudad. Dimos por cierto el relato en consideración a la avanzada edad del indio, que no le consentía entretenerse en tejer fábulas; y precisamente lo hallamos después corroborado en la obra de Stephens. Además, sabemos que hay otras dos ciudades completamente ignoradas de los viajeros, no por intencionado encubrimiento de sus habitantes, pues mantienen trato con los países budistas, sino porque no están indicadas en mapa ni itinerario alguno; y por otra parte, cuantos conocen su existencia se guardan de divulgarla recelosos de la intromisión y exagerado celo de los misioneros cristianos, o acaso movidos por razones que ellos solos saben. La naturaleza brinda recatados lugares a quienes saben amarla; pero, desgraciadamente, tan sólo muy lejos de los países civilizados puede el hombre adorar en espíritu a la Divinidad cual la adoraron sus antepasados. FINAL NOTA).

Aun el erudito y grave Max Müller no se puede librar a veces de las «coincidencias» cuando se le presentan en forma de inesperados descubrimientos. Por ejemplo, los mexicanos, cuyo misterioso origen, según las leyes de probabilidad, no tiene relación

alguna con los arios, representan los eclipses de luna en alegoría idéntica a la de los indios, esto es, el satélite devorado por un dragón (NOTA: Max Müller: *Virutas de un taller alemán. FINAL NOTA*). Y aunque Müller considera posible la conjetura de Humboldt acerca de que entre mexicanos e indios hubieron de haber relaciones históricas, añade que «la identidad entre ambas alegorías no ha de dimanar precisamente de relaciones históricas, pues el origen de los primeros pobladores de América es una cuestión en extremo ardua para cuantos estudian las corrientes migratorias de los pueblos». El mismo Brasseur de Bourbourg, a pesar de su erudita labor y esmerada traducción del *Popol-Vuh*, cuyo texto se atribuye a Ixtlilxochitl, queda confuso después de analizar el contenido de este poema mexicano.

Hemos leído la traducción del texto original y los comentarios de Max Müller. De la primera brota una luz de tan refulgente brillo, que no es extraño haya cegado a los científicos escépticos; pero Max Müller no lo es de mala fe, y raramente escapan a su atención los puntos de capital importancia. ¿Cómo explicar, por lo tanto, que un erudito de tal valía y tan acostumbrado a descubrir con su mirada de águila las costumbres, leyendas y supersticiones de los pueblos hasta en sus más ligeras analogías y leves pormenores, no advirtiera ni siquiera sospechara lo que, falta de erudición científica, echó de ver a primer examen la humilde autora de esta obra? Nos parece que la ciencia moderna pierde más que gana al desdeñar los restos de la literatura antigua y medioeval; pero quienes sinceramente se dedican al estudio de la arqueología, ven que muchas veces lo que parecen coincidencias son efectos naturales de causas demostrables. No se nos escapa el motivo de que al comentar Müller el texto del *Popol-Vuh* confiese que «de cuando en cuando hay pasajes inteligibles, pero que en la página siguiente todo vuelve a quedar caótico» (NOTA: Max Müller: *Popol-Vuh*, 327. FINAL NOTA); porque la mayor parte de los eruditos tan sólo se fijan en los hechos que les parecen históricos y desechan todo cuanto se les antoja vago, contradictorio, milagroso y absurdo. Por esto compara Müller la aparente incongruencia del *Popol-Vuh* a los cuentos de *Las mil y una noches*, no obstante reconocer que existe «un sedimento de conceptos elevados bajo la superposición de quimeras sin sentido».

Lejos de nosotros el ridículo intentó de vituperar al profundo erudito Max Müller; pero no podemos por menos de decir que aun en los fantásticos relatos de *Las mil y una noches* hallaríamos algo digno de atención si lo comparásemos con algún hecho histórico. La *Odisea* de Homero supera en lo quimérica y fantástica a los famosos cuentos árabes, y sin embargo, muchos de sus mitos no son engendro de la fantasía del poeta. Los lestrigones que devoraron a los compañeros de Ulises se refieren a la gigantesca raza de caníbales (NOTA: También puede ser alusión a los sacrificios humanos. FINAL NOTA) que en primitivos tiempos habitó en las cuevas de Noruega. Los descubrimientos geológicos han validado algunas aseveraciones de Homero que durante siglos se tuvieron por alucinaciones poéticas. El día perpetuo de que disfrutaban los lestrigones, según la *Odisea*, demuestra que este pueblo habitaba en las regiones árticas, donde durante el verano no se pone el sol. El mismo poema homérico (NOTA: *Odisea*, X, 110. FINAL NOTA) describe las acantiladas abras de Escandinavia (NOTA: En las cavernas de esta región europea se han hallado huesos humanos de tamaño descomunal que pertenecen, en opinión de los antropólogos, a una raza extinguida mucho antes de la época de las inmigraciones arias. Ya hemos visto que el Caribdis de los antiguos es nuestro moderno maelstrón y que las rocas errantes citadas en la *Odisea* (XII-71) corresponden a los enormes témpanos de hielo de los mares árticos. FINAL NOTA).

Es verdaderamente extraño que las alegorías de la creación del hombre expuestas en la *Cosmogonía Quiche* no hayan sugerido la comparación debida con las escrituras hebreas, las enseñanzas cabalísticas y los libros tenidos por apócrifos, pues aun el mismo *Libro de Jasher*, condenado por considerársele grosera impostura del siglo XII, puede

proporcionar diversas claves para descubrir las relaciones entre la ciudad de Ur de los caldeos, donde ya florecía la magia antes del nacimiento de Abraham, y las poblaciones precolombinas de América. Los divinos seres, rebajados al nivel de la naturaleza humana, operan prodigios parecidos y tan admirables como los de Moisés y los magos de Faraón. Además, la notabilísima semejanza entre los términos cabalísticos de ambos hemisferios debe tener por determinante algo más que la pura coincidencia, pues varios fenómenos tienen parentesco común. En muchos países del antiguo continente hallamos la leyenda americana de los dos hermanos que antes de emprender el viaje a Xibalba, plantan cada uno de ellos un vástago que según florezca o se marchite indicará si los hermanos viven o han muerto (NOTA: Max Müller: *Virutas de un taller alemán*, 268.— En los *Cuentos y tradiciones populares de Rusia*, por Sacharoff, se inserta una leyenda análoga; y sin embargo, estos cuentos de hadas eran populares en Rusia mucho antes del descubrimiento de América. FINAL NOTA).

Muy poco debe sorprendernos la identidad entre las divinidades de Stonehenge y las de Delfos y Babilonia. Belo y el Dragón, Apolo y Pitón, Osiris y Tifón son diversos nombres del mismo par de divinidades opuestas. El *Both-al* de Irlanda tiene estrecha semejanza con el *Batylos* griego y el *Beth-el* hebreo. A este propósito dice Villemar que:

La historia puede alegar ignorancia, porque no caen bajo su dominio épocas tan distantes; pero la lingüística ha soldado la rota cadena entre Oriente y Occidente (NOTA: *Nueva serie de colecciones*, 24, 570; 1863. Poesía de los claustros celtas. FINAL NOTA).

No menos natural es la semejanza entre los mitos orientales y las leyendas y tradiciones rusas, pues por su propia índole deriva de la analogía entre las creencias de los arios y de los semitas; pero llama la atención y no cabe atribuir a mera coincidencia la evidente paridad, aun en los más leves pormenores, entre los personajes de las leyendas mexicanas y el *Zarevna Militrissa* (tipo común de los cuentos rusos), que lleva la luna en la frente y siempre está en riesgo de que lo devore el *Zmey Gorenetch* (serpiente o dragón).

La leyenda del Dragón y del Sol (algunas veces substituido por la Luna) está difundida por todo el mundo y puede considerarse como el símbolo común de la heliolatría universal. Hubo un tiempo en que Asia, Europa, África y América estuvieron cubiertas de templos dedicados al Sol y al Dragón, cuyos sacerdotes tomaron el nombre de la divinidad a que servían (NOTA: En la *Arqueología*, XXV, 220, ed. de Londres, se dice que Belo y el Dragón iban siempre en pareja y que los sacerdotes tomaban el nombre de su dios. FINAL NOTA). Pero aunque, como supone Müller, sea el concepto originario tan natural e inteligible que no requiera relaciones históricas, la identidad de los símbolos y la extraordinaria semejanza de los pormenores exigen la acabada resolución del enigma. Desde el momento en que el origen de la heliolatría universal se pierde en la noche de los tiempos, fuera más fácil descubrirlo remontándonos hasta la misma fuente de las tradiciones. Pero ¿dónde hallarla? Kircher atribuye al egipcio Hermes Trismegisto el establecimiento del culto ofita, así como la forma cónica de los monumentos y obeliscos (NOTA: *Arqueología*, XXV, 292, ed. de Londres. FINAL NOTA). Por lo tanto, ¿dónde sino en los libros herméticos encontraremos los necesarios datos? ¿Acaso los modernos pueden saber acerca de los cultos y mitos antiguos tanto o más que los hombres que los enseñaron a sus coetáneos? Evidentemente se requieren dos condiciones: encontrar los perdidos *Libros de Hermes* y después la clave para interpretarlos, puesto que no basta leerlos. Faltos los científicos modernos de ambas condiciones, se embrollan en estériles conceptualismos, de la propia suerte que los geógrafos malgastan sus energías en investigar sin resultado las fuentes del Nilo. Verdaderamente es el Egipto la mansión del misterio.

Sin detenernos a discutir si Hermes fue el príncipe de la magia postdiluviana, como le llama Des Mousseaux, o de la antediluviana como es mucho más probable, no cabe duda de que Champollión el menor reconoce y Champollión-Figeac corrobora la autenticidad

de los fragmentos que se conservan de las treinta y seis obras atribuidas al mago egipcio, de cuyo universal depósito de sabiduría esotérica derivan los tratados cabalísticos en que encontramos los prototipos de muchos prodigios mágicos que operaron los quichés. Por otra parte, el texto original del *Popol-Vuh* nos proporciona suficientes pruebas de la casi identidad de las costumbres religiosas de México, Perú y otros pueblos precolombinos y las de los fenicios, babilonios y egipcios, pues la terminología religiosa descubre las mismas raíces etimológicas. Por lo tanto ¿cómo no creer que sean descendientes de los que «huyeron ante el bandido Josué hijo de Nun»? (NOTA: Núñez de la Vega dice que el Nin o Imos de los zendales era el Nino de los babilonios.– Brasseur de Bourbourg: *Cartas*, 52.– Sin embargo, no parece muy sólido el argumento en que se basa esta identificación. Añade Bourbourg que el príncipe Nino, y según otros autores su padre Belo o Baal, recibió como el Nin de los zendales adoración en forma de serpiente; pero esto no aparece corroborado en los anales babilónicos. Ciertamente es que los fenicios representaban el sol en figura de dragón y la misma representación le dieron los demás pueblos helióltras. Según Castor, citado por Eusebio, los asirios divinizaron a su primer monarca Belo después de muerto, y por lo tanto, ni él ni su hijo Nin o Nino pudieron en vida recibir adoración de sus vasallos en forma de serpiente, aunque así ocurriese entre los zendales. Los autores cristianos identifican a Belo con Baal y a éste con el diablo que para los profetas bíblicos era el inspirador de las divinidades extrañas al pueblo de Israel; y así opinan los escritores cristianos que el Belo y Nino de los asirios y el Nin de los zendales son demonios en figura de serpiente, cualquiera que sea el nombre con que la serpiente aparezca, pues el diablo puede asumir diversidad de formas. ¡Extraña lógica! ¿Por qué no decir que el asirio Nino, representado como esposo y víctima de la ambiciosa Semíramis, era a la par pontífice y rey del país y como tal llevaba en la tiara los sagrados emblemas del Dragón y del Sol? Además, los sacerdotes tomaban el nombre de su dios y por lo tanto no es raro que se atribuyese a los asirios la adoración de su pontífice-rey en figura de serpiente. La objeción es eminentemente clerical y tiene tan escasa importancia como todas sus invenciones. Si Núñez de la Vega estaba tan anheloso de identificar a los mexicanos con los bíblicos adoradores del sol y de la serpiente, bien podía buscar otras analogías sin necesidad de ponerles a los asirios y zendales las pezuñas y cuernos del diablo cristiano. Al efecto hubiera podido consultar las *Crónicas del virreinato de Guatemala*, de Fuentes, y el *Manuscrito* de don Juan Torres, nieto del último rey de los quichés. Este último documento estuvo en manos del lugarteniente general de Pedro Alvarado y en él se dice que los toltecas descendían de los israelitas que abandonados por Moisés luego del paso del mar Rojo cayeron en la idolatría y bajo la dirección de su caudillo Tanub anduvieron errantes hasta llegar al punto llamado de las Siete Cavernas en tierras de México, donde fundaron la famosa ciudad de Tula. (Véase Stephens: *Viajes por la América central*, etcétera). Si esta cita no ha obtenido más crédito del que merece, culpa es de haber pasado por manos del P. Francisco Vázquez, cronista de la orden de San Francisco; circunstancia que parafraseando a Des Mousseaux cuando trata de la obra del excomulgado abate Huc, «no es la más adecuada para robustecer nuestra confianza». Sin embargo, hay otra prueba, mucho más importante por haberse librado de la adulteración clerical, derivada de las tradiciones indias. Hubo un rey tolteca llamado Balam Acan (nombre notoriamente caldeo que recuerda el de Balaam con su burra parlante) cuya fama anda entremezclada con las leyendas de Utatlan, la derruida capital de aquel imperio indo. Aparte de la sorprendente semejanza entre las lenguas azteca y hebrea, que observó lord Kingsborough, es digno de nota que muchas figuras de los bajorrelieves de Palenque y los ídolos de barro cocido exhumados en Santa Cruz del Quiché llevan en la cabeza unas cintas con una protuberancia cuadrada en medio de la frente, muy parecidas a las filacterias (pedacitos de pergamino con un pasaje de la Sagrada Escritura.– *El Traductor*). que usaban los fariseos en sus oraciones y que todavía llevan algunos judíos polacos y

rusos. Pero como al fin y al cabo este pormenor podría ser tan sólo una suposición nuestra, no insistiremos sobre el particular. FINAL NOTA)

Por el testimonio de los antiguos, corroborado por los descubrimientos modernos, sabemos que en Egipto y Caldea hubo numerosas catacumbas o criptas, muy vastas algunas de ellas, entre las cuales gozaban de mayor fama las de Tebas y Menfis. Las de Tebas se abrían en la margen occidental del Nilo, dilatándose hacia el desierto de Libia y se las llamaba: *catacumbas de la Sierpe*. Allí tenían efecto los Misterios del *kúklos anágkés* (ciclo ineludible o ciclo de necesidad), esto es, la inexorable sentencia de toda alma después de haber sido juzgada, al morir el cuerpo, en la región del Amenti.

Según Bourbourg (NOTA: *Cartas*, 53; 7, 62. FINAL NOTA), el héroe o semidiós mexicano Votán, al relatar su expedición describe un pasaje subterráneo que terminaba en la raíz de los cielos y añade que este pasaje es un agujero de culebra (*ahugero de colubra*) y que le permitieron entrar en él porque «era hijo de las culebras» o, lo que es lo mismo, una serpiente.

Esto es verdaderamente muy significativo, porque el *agujero de culebra* se refiere a la cripta o catacumba egipcia ya antes mencionada. Además, los hierofantes egipcios y babilonios se llamaban «hijos de la divina Sierpe» o «hijos del Dragón», no porque, como apunta erróneamente Des Mousseaux, fuesen la progenie del incubo Satán o serpiente del Paraíso, sino porque la serpiente simbolizaba en los Misterios la SABIDURÍA y la inmortalidad.

Dice Movers que los sacerdotes asirios tomaban siempre el nombre de su dios (NOTA: *Los fenicios*, 70. FINAL NOTA). Los druidas celto-británicos se daban también el nombre de serpientes y exclamaban: «Soy una serpiente, soy un druida». El Karnak egipcio es gemelo del Karnak celta y este último significaba la montaña de la serpiente. En tiempos antiguos abundaron en todo el mundo conocido los templos de Dragón, símbolo del sol, idéntico al Elón o Elión fenicio que Abraham llamó El Elión (NOTA: *Génesis*, XIV.– Véase también *Sanchoniaton: Eusebio*, 36. FINAL NOTA). Además de «serpientes» se les dieron a los sacerdotes los nombres de «constructores» y «arquitectos» porque sus templos y monumentos eran de tan abrumadora magnificencia que, como dice Taliesin (NOTA: *Sociedad Arqueológica de Londres*, XXV, 220. FINAL NOTA), sus desmoronados restos «desafían el cálculo matemático de los arquitectos modernos».

Insinúa Bourbourg que los caudillos aztecas que llevaban los nombres de Votán o de Quetzcohuatl eran descendientes de Cam y Canaán y se titulaban «hivimes», pues decían: «Soy hivim y pertenezco a la excelsa raza del Dragón. Soy serpiente porque soy hivim» (NOTA: *Bourbourg: Cartas*, 51. FINAL NOTA).

Por otra parte, Des Mousseaux, ingenuamente creído de que la serpiente es el demonio, exclama con alborozo: «Según los más eruditos comentadores de las Sagradas Escrituras, los chivimes, hivimes o hevitás descienden de Seth, hijo de Canaán y nieto de Cam el *maldito*» (NOTA: *Fenómenos de la magia superior*, 50. FINAL NOTA).

Pero las modernas investigaciones han demostrado incontrovertiblemente que la tabla genealógica del capítulo décimo del *Génesis* se refiere a héroes imaginarios, y que los últimos versículos del capítulo nono son sencillamente un fragmento de la alegoría caldea de Sisuthrus y el diluvio, acomodado a la narración noética. Pero suponiendo que los descendientes de Canaán se ofendieran por el inmerecido epíteto que de *malditos* se les aplica sin más fundamento que la *fábula*, nada más fácil para ellos que responder al vituperio con un *hecho* comprobado por arqueólogos y simbologistas; esto es, que Seth, tercer hijo de Adán y progenitor del pueblo escogido por línea de Noé y Abraham, no es más ni menos que Hermes, el dios de la sabiduría, llamado también Thoth, Tat, Seth, Set y Sat-an (NOTA: *Considerado en su aspecto siniestro era Set idéntico al Tifón o Satanás egipcio*. FINAL NOTA). Poca importancia tiene este descubrimiento para los autores judíos que, excepto Filón y Josefo, consideran alegórico el texto bíblico; pero

muy distinto es el caso por lo que toca a los autores cristianos que como Des Mousseaux lo toman al pie de la letra.

Respecto a la filiación de los hevitás estamos conformes con este pío escritor y tenemos la seguridad de que, según transcurra el tiempo, habrá más pruebas de que algunos indígenas de la América central descienden de los fenicios y de los israelitas que profesaron después la heliolatría tan arduosamente como los mexicanos. La *Biblia nos* proporciona una prueba de ello en que tres de los doce hijos de Jacob (Judá, Leví y Dan) contrajeron matrimonio con mujeres cananeas cuya religión aceptaron. Además, el patriarca Jacob en su lecho de muerte bendice a sus hijos y al llegar a Dan exclama:

Sea Dan serpiente en el camino, ceraste (NOTA: Serpiente de color de arena que muerde la pata del caballo para que caiga el jinete. (Nota de la Vulgata latina añadida por el Traductor). FINAL NOTA) en la senda, que muerde las pezuñas del caballo para que caiga atrás su jinete (NOTA: Génesis, XLIX, 17. FINAL NOTA).

De Simeón y Leví dice el patriarca:

Simeón y Leví hermanos, instrumentos gueredores de iniquidad. No entre mi alma en el secreto de ellos (NOTA: Génesis, XLIX, 5 y 6. FINAL NOTA).

Ahora bien: el texto original dice *sod* (NOTA: En su introducción a *Sod o los Misterios de Adonis* da Dunlap a la palabra *sod* el significado de arcano o misterio religioso, apoyándose en la autoridad del *Pentaglot* de Shindler (1201).- «El secreto del Señor está en aquellos que le temen» (Salmo XXV, 14); pero es una falsa traducción de los hermenéuticos cristianos, porque la verdadera es: «*Sod* lhoh (los misterios de lhoh) son para quienes le temen» (Dunlap: *Misterios de Adonis*, XI) «Al (El) es terrible en el profundo *Sod* de los *Kedeshines* (sacerdotes, santos, iniciados) (Salmo LXXXIX, 7) (Id). FINAL NOTA) en vez de *secreto*; y *sod* era en los Misterios mayores el nombre común de los dioses solares de Baal, Adonis y Baco, que tenían la serpiente por símbolo. Los cabalistas explican la alegoría de las *serpientes de fuego* diciendo que este nombre era común a todos los levitas y que Moisés fue el jefe de los *sodales* (NOTA: *El Léxico latino* de Freund (IV, 448) dice que los sacerdotes colegiados se llamaban *sodales*. «Las *sodalidades* (colegios sacerdotales) se constituyeron en los Misterios ideanos de la POTENTE MADRE» (Cicerón: *De senectute*, 13); Dunlap: *Misterios de Adonis*. FINAL NOTA).

Veamos ahora de probar nuestras afirmaciones.

Aseguran varios historiadores antiguos que Moisés fue sacerdote egipcio. Según Maneto ejercía la dignidad de hierofante en Hierópolis con el sacerdocio del dios solar Osiris. Su nombre entre los egipcios fue el de Osarsiph. Los comentadores modernos que sin reparo aceptan que Moisés estaba instruido en la sabiduría de los egipcios, han de aceptar asimismo la legítima interpretación de la palabra sabiduría, que siempre se tuvo por sinónima de *iniciación* en los sagrados misterios de los *magos*. ¿No se les ha ocurrido alguna vez a los lectores de la *Biblia* la idea de que un extranjero no pudo ser admitido, no ya a la iniciación en los Misterios mayores, sino ni siquiera a la de los menores? Cuando los hermanos de José fueron a Egipto, ningún egipcio podía sentarse a comer pan con ellos, pues lo hubieran tenido por abominación, y así comían aparte con José (NOTA: Génesis, XLIII, 32. FINAL NOTA). Esto demuestra que José, al menos en apariencia, había aceptado la religión egipcia al casarse con la hija de un sacerdote, pues de lo contrario no hubieran consentido los egipcios comer con él.

Demuestra asimismo que si posteriormente no fue Moisés egipcio, se naturalizó como tal desde el momento en que le admitieron en la *sodalía* o colegio sacerdotal. El episodio de la «serpiente de bronce» (NOTA: *Caduceo de Mercurio o Asclepios, hijo del dios solar Apolo-Pitón*. FINAL NOTA) resulta lógico, pues, según Josefo, la princesa que salvó

a Moisés de las aguas y le prohijó en el palacio real se llamaba *Thermuthis*, nombre que en opinión de Wilkinson es el del áspid consagrado a Isis (NOTA: Wilkinson: *Antiguos egipcios*, V, 65. FINAL NOTA); y por otra parte se dice que Moisés pertenecía a la tribu de Leví (NOTA: En otro lugar de esta obra explicaremos las ideas cabalísticas de Moisés. FINAL NOTA).

Si tanto empeño tenían Brasseur de Bourbourg y Des Mousseaux en demostrar la identidad de mexicanos y cananeos, bien pudieran haber hallado pruebas más convincentes que la de presentar a uno y otro pueblo en común descendencia del «maldito» Cam. Por ejemplo, hubieran podido aducir la semejanza entre Nargal, jefe (*Rab-Mag*) de los magos caldeos y asirios, y Nagal, jefe de los hechiceros mexicanos, pues ambos nombres derivan del de la divinidad asiria Nergal-Sarezer y ambos tienen a sus órdenes un *demonio* con el que se identifican por completo. El Nargal asirio-caldeo guarda su *demonio* dentro del templo bajo la forma de algún animal sagrado. El Nargal mexicano guarda su demonio en donde mejor le conviene, en el lago vecino, en el bosque o en la casa bajo la figura de un animal doméstico (NOTA: Brasseur de Bourbourg: *México*, 135-574. FINAL NOTA).

El periódico titulado: *Mundo Católico* se dolía amargamente en uno de sus últimos números de que no parece haber muerto aún el sentimiento pagano entre los indígenas de América, pues hasta las tribus influidas desde hace muchos años por misioneros cristianos practican secretamente las ceremonias paganas, de modo que el rito de Nagal está hoy tan floreciente como en los días de Motezuma. A este propósito, el citado periódico dice que el nagualismo y el voodismo (como llama a estas dos extrañas sectas) son el *culto directo del diablo*. En corroboración de ello transcribe el informe presentado a las Cortes de Cádiz de 1812 por don Pedro Bautista Pino, del que entresaca los siguientes párrafos:

En todas las poblaciones hay *artufas* o sean criptas de una sola puerta donde se congregan para celebrar sus fiestas y asambleas religiosas, sin que jamás hayan podido entrar en ellas los españoles.

A pesar del influjo de la religión cristiana, no han olvidado estos indígenas la que heredaron de sus antepasados y cuidan de transmitir a sus descendientes. De aquí el culto que tributan al sol, la luna y las estrellas, el respeto que les infunde el fuego, etc.

Los jefes parecen ser al propio tiempo sacerdotes, pues practican varios ritos sencillos por los cuales se reconoce el poder del sol y de Motezuma, así como, según algunos relatos, el de la *Gran sierpe* a quien, por orden de Motezuma, han de adorar durante toda su vida. También offician en las ceremonias para impetrar lluvia. Hay representaciones pictóricas en que la Gran Serpiente aparece junto a la figura de un hombre deforme y pelirrojo que representa a Motezuma. En el pueblo de Laguna había en 1845 una grosera efigie idolátrica del emperador, que representaba la cabeza de la divinidad (NOTA: *El Mundo católico*, Enero de 1877, artículo sobre Nagualismo y voodismo. FINAL NOTA).

La perfecta identidad entre los ritos, ceremonias, tradiciones y terminología religiosa de los mexicanos y los de Asiria y Egipto es prueba suficiente de que la América fue poblada por una colonia que misteriosamente encontró la ruta del Atlántico. Pero ¿en qué época? Aunque la historia calla en este punto, todos cuantos descubren un fondo de verdad en toda tradición santificada por los siglos recuerdan la leyenda de *Atlantis*. Esparcidos por el mundo hay un puñado de sabios y solitarios pensadores que pasan la vida dedicados al estudio de los arduos problemas de los universos físico y espiritual.

Tienen estos sabios archivos secretos en que conservan el fruto de los trabajos de una larga serie de eremitas sus antecesores, los sabios indos, asirios, caldeos y egipcios, cuyas leyendas y tradiciones comentaron los maestros de Solón, Pitágoras y Platón en los mármóreos patios de Heliópolis y Sais, aunque ya en aquel tiempo brillaban muy débilmente a través del nebuloso velo del pasado. Todo esto y mucho más conservan

indestructibles pergaminos que con cuidadoso celo pasan de adepto en adepto. Estos sabios creen que la Atlántida no es fabulosa, sino que un tiempo hubo vastas islas y continentes donde ahora se dilata el Océano Atlántico. Si el arqueólogo pudiese escudriñar aquellos sumergidos templos, encontraría en sus bibliotecas documentos bastantes para llenar las páginas en blanco del libro *a que llamamos historia*. Dicen estos sabios que en época muy remota podía atravesar el viajero a pie firme lo que hoy es Océano Atlántico, con sólo cruzar en bote los angostos estrechos que separaban unas islas de otras.

Nuestras presunciones respecto del trato entre las razas de ambas orillas del Atlántico, se robustecen al leer los prodigios realizados por el mago mexicano Quetzcohuatl, cuya varita debió tener mucha analogía con la varita de zafiro de Moisés, que floreció en el jardín de su suegro Raguel-Jethro y sobre la cual estaba grabado el inefable nombre.

También ofrecen algunos puntos de semejanza con las enseñanzas esotéricas de la filosofía hermética, los «cuatro hombres» o «cuatro hijos de Dios» según la teogonía egipcia, a quienes se atribuye la procreación de la raza humana, pues «no fueron engendrados por los dioses ni nacieron de mujer», sino que «su creación fue una maravilla del Creador», porque fueron creados después de tres fracasadas tentativas en la formación del hombre (NOTA: Según Hesiodo, Zeus formó la *tercera* raza de hombres de las cenizas de los árboles. El *Popol-Vuh* dice que la *tercera* raza de hombres fue formada del árbol *tzite* y que la mujer fue hecha del meollo de una caña llamada *sibac*. También aquí notamos una extraña coincidencia. FINAL NOTA). La semejanza de este mito con la narración del *Génesis* no escapa ni al observador más superficial. Estos cuatro progenitores «podían razonar y hablar, su vista era ilimitada y sabían todas las cosas a un tiempo... Pero cuando hubieron dado gracias al Creador por haberles traído a la existencia, se atemorizaron los dioses y pusieron una nube en los ojos de los hombres para que sólo pudiesen ver hasta cierta distancia y no fueran semejantes a ellos... Mientras estaban dormidos, Dios les dió esposas» (NOTA: *Popol-Vuh*. Revisión de Max Müller. FINAL NOTA).

Este pasaje es notoriamente análogo al del *Génesis* que dice: «He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros y a conocer el bien y el mal; y ahora para que no alargue su mano y tome también del árbol de la vida, etc.».

Lejos de nosotros la intención de sugerir irrespetuosamente idea alguna a quienes por lo bastante sabios no las necesitan; pero conviene advertir que los tratados auténticos sobre la magia caldea y egipcia no están en las bibliotecas públicas ni se venden en las almonedas, aunque muchos estudiantes de filosofía hermética los han visto. ¿No sería importantísimo para los arqueólogos conocer siquiera superficialmente su contenido? Añade Max Müller:

Los cuatro progenitores de la raza tuvieron, al parecer, larga vida y, en vez de morir, desaparecieron misteriosamente, dejando a sus hijos la *majestad oculta* que nunca pueden abrir manos humanas. No sabemos qué era esta majestad.

Necesario sería negar toda otra prueba sobre ello si no descubriéramos relación alguna entre esta *majestad oculta* y la *oculta gloria* que, según la cábala caldea, dejó Enoch tras sí cuando fue arrebatado también misteriosamente. Pero ¿en sentido esotérico no simbolizarían estos «cuatro progenitores de la raza quiché los cuatro sucesivos progenitores de hombres que menciona el *Génesis*? (NOTA: El primer Adán es bisexual (macho y hembra los creó), lo que corresponde a las divinidades hermafroditas de las mitologías subsiguientes. El segundo, formado del «barro de la tierra», es unisexual en correspondencia a los «hijos de Dios» del capítulo VI. El tercer Adán simboliza los gigantes (*nephilim*) que en la Biblia tan sólo se mencionan, pero de quienes hablan extensamente otras Escrituras. El cuarto Adán simboliza «los hijos de los hombres cuyas hijas eran hermosas». FINAL NOTA)

Teniendo en cuenta que entre los mexicanos hubo magos desde los tiempos más remotos; que también los hubo en todas las regiones del mundo antiguo; que se advierte extraordinaria analogía, no sólo entre las formas del culto eterno, sino en la misma terminología mágica; y, por último, que han fracasado en la investigación todos los indicios basados en las inducciones científicas (tal vez por haber caído en el insondable abismo de las coincidencias), ¿por qué no recurrir a eminentes autoridades en magia por ver si bajo esta costra de insensata fantasía hay un fondo de verdad? No quisiéramos que se nos interpretara mal en este punto. No remitimos a los científicos a la cábala y obras herméticas, sino a los tratadistas de magia para encontrar materiales aprovechables en los estudios históricos y científicos. No deseamos incurrir en los iracundos anatemas de la Academia por una indiscreción como la del incauto Des Mousseaux, cuando presentó su demonológica Memoria con intento de que los académicos investigaran la existencia del diablo.

La *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, por Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés, nos da idea del extraordinario refinamiento y la vigorosa mentalidad de los aztecas; pero como las descripciones del historiador son demasiado extensas, diremos en extracto que los aztecas tenían algunos puntos de semejanza con los egipcios en punto a lo refinado de su civilización, pues ambos pueblos cultivaron superlativamente la magia. Si añadimos a esto que también la cultivó Grecia, considerada por los eruditos occidentales como cuna de las artes y de las ciencias y que todavía se cultiva en la India, cuna de las religiones, ¿quién se atreverá a negar la profundidad de esta ciencia ni a desconocer la digna importancia de su estudio?

Nunca hubo ni puede haber más que una religión universal, porque sólo una puede ser la verdad referente a Dios. Esta religión universal es a manera de inmensa cadena cuyo eslabón superior (alfa) emana de la inmanifestada Divinidad (*in statu abscondito*, como dicen las primitivas teologías) y dilatándose por la superficie de la tierra, toca en todos sus puntos antes de que el último eslabón (omega) se enlace con el inicial en el punto de emanación. Esta divina cadena engarza todos los simbolismos exotéricos cuya variedad de formas en nada afecta a la substancia y sobre cuyos diversos conceptos del universo material y de sus vivificantes principios permanece inalterable la inmaterial imagen del esencial Espíritu.

Hace muchos siglos que se dijo cuanto cabe decir acerca de lo que a la mente humana le es posible alcanzar en la interpretación del universo espiritual con sus fuerzas y leyes. Podrá el metafísico simplificar las *ideas* de Platón para mejor comprenderlas, pero no podrá alterar ni remover su espíritu substancial sin menoscabo de la verdad indestructible y eterna, por más que los humanos cerebros se torturen durante miles de años; aunque la teología embrolle y mutile la fe con dogmas metafísicamente incomprensibles; y a pesar de que la ciencia fomente el escepticismo y apague los últimos y vacilantes destellos de la intuición espiritual del género humano. La suprema expresión de la verdad en lenguaje hablado es el Logos persa, el *Honover o viva* y manifestada Palabra de Dios. El zoroastriano *Enoch-Verihe* es idéntico al hebreo *Yo soy quien soy*, y el *Gran Espíritu* del vulgo inculto de la India es el *Brahmâ* de los filósofos induistas.

El médico y filósofo indo Tcharaka, que, según referencias, floreció 5.000 años antes de J.C., dice en su tratado *Usa* sobre el origen de las cosas:

Nuestra tierra es, como todos los cuerpos luminosos, un átomo del inmenso todo del que daríamos ligera idea llamándole *Infinito*.

Dice un proverbio siamés que «no hay más que una luz y una sola oscuridad»; y según el apotegma cabalístico: *Dæmon est Deus inversus* (el demonio es la inversión o sombra de Dios). ¿Hubiera existido la luz sin las tinieblas primitivas? Él radiante universo tendió por vez primera sus infantiles brazos de entre los pañales del tenebroso y lúgubre

caos. Si según la revelación cristiana es cierta la *plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*, forzoso será admitir que en caso de que el diablo exista ha de estar incluido en esta *plenitud* y ha de ser una parte del que «todo lo llena en todo». Desde tiempo inmemorial se ha intentado justificar la existencia de Dios con entera separación del diablo, y así lo hizo la antigua filosofía oriental en su *theodiké*; pero este metafísico concepto del *espíritu caído* no estuvo jamás desfigurado por la antropomórfica representación del diablo, como hicieron posteriormente las lumbreras de la teología cristiana; porque en la tierra, entre los hombres, y no en el cielo, ha de buscarse ese eterno enemigo de Dios que embaraza los caminos de perfección.

Así es que todos los monumentos religiosos de la antigüedad, sin distinción de país ni clima, expresan idéntico pensamiento cuya clave da la doctrina secreta que es necesario estudiar para comprender los misterios ocultos durante largos siglos en los templos y ruinas de Egipto, Asiria, América Central, Colombia británica y Cambodge, todos los cuales fueron proyectados y construidos por los sacerdotes de su respectiva nación, aunque éstas no se relacionaran unas con otras. Pero no obstante la diversidad de ritos y ceremonias, todos los sacerdotes, fuesen del país que fuesen, habían sido iniciados en los Misterios que se enseñaban en todo el mundo.

Valiosos documentos ofrecen a la arqueología comparada las ruinas de Ellora en el Deccan (India), las de ChichenItza en el Yucatán, las de Copán en Guatemala y las de Nagkon-Wat en Cambodge, pues son de tan semejantes características que sugieren al convencimiento de la identidad de ideas religiosas y de nivel civilizador en artes y ciencias de los pueblos que construyeron estos monumentos.

No hay tal vez en el mundo entero ruinas (NOTA: No es muy apropiada la palabra «ruinas» porque en ninguna parte hay restos tan antiguos ni en tan buen estado de conservación como los edificios de Nagkon-Wat y el templo de Angkorthôm. FINAL NOTA) tan grandiosas como las de Nagkon-Wat que maravillan y confunden a los arqueólogos europeos. Dice el viajero Vincent:

En lo más apartado de la comarca de Siamrap (Siam oriental) en medio de lujuriosa vegetación tropical, de palmeras, cocoteros y beteles se yergue el sorprendente templo de romántica belleza.

Los que tenemos la dicha de vivir en el siglo XIX estamos acostumbrados a alardear de la superioridad de nuestra moderna civilización y de la rapidez de nuestros adelantos científicos, artísticos y literarios en comparación de los pueblos antiguos; pero no obstante, nos vemos en la precisión de reconocer que nos sobrepusieron en muchos aspectos y especialmente en pintura, arquitectura y escultura. Ejemplo de la superioridad de estas dos últimas artes entre los antiguos, nos da el incomparable Nagkon-Wat que en solidez, magnificencia y belleza aventaja a todas las modernas obras arquitectónicas. La vista de estas ruinas sobrecoge a quien por vez primera las contempla (NOTA: Vincent: *El país del elefante blanco*, pág. 209. FINAL NOTA).

Así vemos que la opinión de este viajero robustece la de sus predecesores, entre quienes se cuentan arqueólogos competentes que equiparan las ruinas de Nagkon-Wat a las más grandiosas de la civilización egipcia.

Pero fieles a nuestro sistema, dejaremos que el mismo Vincent describa el monumento de Nagkon-Wat, pues aunque lo visitamos en circunstancias excepcionalmente favorables, podría parecer nuestro testimonio algún tanto tendencioso en favor de los antiguos, cuya entusiasta vindicación es el principal objeto de la presente obra.

Dice así Vincent:

Entramos en una calzada de 725 pies de longitud (NOTA: 223,30 metros.– *El Traductor. FINAL NOTA*) cuyas baldosas miden cuatro de largo por dos de ancho (NOTA: 1m. 232, Xoni. 616.– *El Traductor. FINAL NOTA*) escalonada en rellanos flanqueados por seis enormes grifos monolíticos. A uno y otro lado se ven lagos artificiales de unos cinco acres de extensión (NOTA: 20.233 metros cuadrados.– *El Traductor. FINAL NOTA*) alimentados por fuentes naturales. La muralla exterior de Nagkon-Wat (NOTA: Significa este nombre «ciudad de los monasterios». FINAL NOTA) tiene diez pies de profundidad y abarca una milla cuadrada y en sus portales aparecen hermosas esculturas de dioses y dragones... Todo el edificio es de sillería, pero *sin mortero entre las piedras, cuyo ajuste es tan exacto que apenas se distingue*. La planta es cuadrilonga y mide 796 pies de largo (245 metros) por 588 de ancho (181 metros). En cada ángulo se alza una pagoda de 150 pies de altura (46 metros) y en el centro otra de 250 pies de elevación (77 metros) (NOTA: Este párrafo es muy significativo para los viajeros que han advertido y admirado la misma fábrica arquitectónica en las ruinas egipcias, de lo cual se infiere que si los templos de ambos países no fueron construidos por los mismos operarios, es de suponer por lo menos que los arquitectos de una y otra nación conocieran igualmente el secreto de este incomparable procedimiento constructivo. FINAL NOTA).

Prosiguiendo nuestra visita, subimos a una plataforma... y entramos en el recinto del templo por un atrio columnario cuyo frontis ostenta un admirable bajorrelieve de asunto mitológico. A uno y otro lado del pórtico se extiende a lo largo de la pared exterior del templo una galería de doble fila de columnas monolíticas, con techo abovedado en el que campean relieves escultóricos continuados en la pared, representando asuntos de la mitología inda y de la epopeya del *Râmâyana*, entre ellos las hazañas del dios Râma, hijo del rey de Ayodhya, así como los altercados entre el rey de Ceilán y el dios-mono Hanumâ (NOTA: La figura escultórica de Hanumâ mide cosa de un metro de alto y es negra como el carbón. El *Râmâyana* dice que Hanumâ era un poderoso caudillo muy amigo de a quién ayudó a encontrar a su esposa Sîtâ, raptada por Râvana, poderoso rey de los gigantes de Ceilán. Tras muchas vicisitudes fue Hanumâ a la capital de los gigantes, como espía de Rama, pero fue descubierto y preso por el rey Râvana, quien en castigo embadurnó de aceite la cola de Hanumâ y le prendió fuego. El dios-mono apresuróse a apagarlo; pero el humo le ennegreció de tal manera el rostro, que ya no le fue posible quitarse aquel color que heredaron sus descendientes. Según las leyendas indas, Hanumâ es el progenitor de los europeos, lo cual coincide con la científica teoría darviniana, aunque no estemos conformes ni con la leyenda ni con la teoría. Dice también la leyenda que en premio de los servicios prestados por los monos de su ejército, dióles Rama en matrimonio las hijas de los gigantes de Ceilán (rakshasas) y en heredad las comarcas occidentales del mundo, en donde vivieron felices con sus gigantes mujeres y de ellas engendraron numerosa descendencia que son los actuales europeos. En el occidente de Europa se conservan todavía algunas voces dravidianas de que se infiere la unidad de raza é idioma de sus primitivos pobladores. ¿No podría estimarse como indicio de ello la semejanza entre las tradiciones europeas de duendes y trasgos y las que respecto a los monos subsisten todavía en el Indostán? FINAL NOTA). El total de figuras en estos relieves llega a cien mil y una sola escena del *Râmâyana* ocupa un lienzo de pared de setenta metros de largo. La bóveda de estas galerías *carece de clave* y el número de columnas es de mil quinientas treinta y dos que, añadidas a las de las ruinas de Angkor, suman seis mil, casi todas ellas monolíticas y artísticamente esculpidas.

Pero ¿quién edificó el *Nagkon-Wat* y en qué época? Los arqueólogos no han acertado en el cómputo y aunque los historiadores indígenas le atribuyen 2.400 años de antigüedad, parece ser mucho más antiguo, pues habiéndole preguntado a un natural del país cuánto tiempo hacía que estaba construido el *Nagkon-Wat*, me respondió: «Nadie lo sabe. Debe de haber brotado de la tierra o lo construyeron los gigantes o tal vez los ángeles».

También cuando Stephens preguntaba a los indios de Guatemala quien había edificado el templo de Copán y trazado sus jeroglíficos y esculpido aquellos relieves emblemáticos, respondían invariablemente: *¡Quién sabe!* Por esto dice dicho viajero que todo es allí misterio más impenetrable todavía que en Egipto, donde las colosales ruinas de los templos aparecen en toda la desnudez de su desolación; pero en la América Central una selva inmensa encubre las ruinas a la vista de los exploradores (NOTA: Stephens: *Incidentes de un viaje a la América central, etc., I, 105. FINAL NOTA*).

Con todo, muchos pormenores han escapado a la observación de los arqueólogos desconocedores de las «necias y quiméricas leyendas antiguas», pues de lo contrario discurrirían de muy distinta suerte. Uno de estos detalles, al parecer frívolos, es la inevitable figura del mono en los templos de Egipto, Méjico y Siam. El cinocéfalo egipcio está representado en las mismas actitudes que el Hanumâ de India y Siam (NOTA: *En las ruinas de Copán encontró Stephens restos escultóricos de colosales cinocéfalos sumamente parecidos a los cuatro monstruos que adoraban los tebanos y cuyas figuras campeaban en el obelisco de Luxor, trasladado a París ya sin dichas figuras. FINAL NOTA*). En casi todos los templos budistas hay ídolos colosales en figura de mono y algunos indos tienen en sus casas un mono blanco con objeto de «ahuyentar a los espíritus malignos».

Pero volviendo a la antigüedad del Nagkon-Wat, dice Vincent que debe atribuirse su erección a un pueblo distinto de los antiguos siameses, aunque no hay tradición *digna de crédito* (pues todas son *absurdas fábulas o leyendas*) de la cual pueda inferirse quienes fueron sus constructores. Por su parte pregunta Luis de Carné (NOTA: *Véase: El País del elefante blanco, pág. 221. FINAL NOTA*) si la civilización de aquel pueblo correspondería en sus demás aspectos al nivel señalado por tales prodigios de arquitectura, considerando que la época de Fidias fue la de Sófocles, Sócrates y Platón y que al Dante sucedieron Miguel Ángel y Rafael, pues hay en la historia luminosos períodos en que la mentalidad humana se diversifica en multiplicidad de orientaciones y, triunfante en todo, crea obras maestras *al calor de una misma inspiración*.

Los viajeros y exploradores se descorazonan al no hallar en las leyendas populares de Siam clave alguna para el estudio de estas ruinas «tan imponentes pero más misteriosas todavía que las de Tebas», según dice un escritor citado por Vincent. Otro arqueólogo, Mouhot, opina que «Nagkon-Wat fue construido por algún Miguel Ángel de la antigüedad, pues sus ruinas superan en magnificencia a cuanto nos legaron Grecia y Roma». También cree Mouhot que pudo ser obra de alguna de las *diseminadas tribus de Israel* y en esta opinión le acompaña Miche, obispo de Cambodge, quien confiesa lo mucho que le sorprendieron los rasgos hebreos de no pocos salvajes del país. Añade Mouhot que, sin exageración, cabe computar en dos mil años la antigüedad de las primeras construcciones de Angkor.

Si admitiéramos este cómputo resultarían estas ruinas muy posteriores a las Pirámides; pero no es admisible en modo alguno, porque el decorado de las paredes pertenece a la antiquísima época en que Poseidón y los kabires eran adorados en todo el continente. Si, como supone Bastian (NOTA: *Presidente de la Sociedad Geográfica de Berlín. FINAL NOTA*), hubiese sido construído el Nagkon-Wat para recibir al sabio patriarca Buddhaghosha cuando desde Ceilán trajo los sagrados libros del *Trai-Pidok*; o si, como opina el obispo Pallegoix, se remontara su construcción al reinado de Phra Pathum Suriving, quien mandó traer de Ceilán los libros sagrados del budismo y estableció esta religión en el país, no fuera posible justificar la siguiente descripción:

Vemos en este mismo templo esculturas de Buda con cuatro y aun treinta y dos brazos, y divinidades con dos y aun diez y seis cabezas. También se ve el Vishnú induísta, dioses *alados*, cabezas birmanas, figuras indas y personajes de la mitología ceilana... Allí aparecen guerreros a lomos de elefantes o montados en carros, soldados de a pie con lanza y escudo, barcos, tigres, grifos, sierpes, peces, cocodrilos, novillos castrados... fornidos guerreros con yelmos y hombres barbudos, probablemente negros. Las figuras

están en posición algo parecida a la de los monumentos egipcios, con el costado un poco vuelto hacia adelante, aunque también observé cinco jinetes armados de lanza y espada que cabalgaban de frente, como los que se ven en las tablillas asirias del Museo Británico (NOTA: *El País del elefante blanco*, pág. 215. FINAL NOTA).

Por nuestra parte diremos que las paredes del templo ostentan repetidas figuras de Dagón (el hombre-pezu de los babilonios) y de los kabires de Samotracia con su padre Vulcano provisto de rayos y herramientas, cerca del cual aparece la figura de un rey con cetro análogo al de Queronea que Vulcano regaló al rey Agamemnon. Otra escultura representa también a Vulcano con martillo y tenazas, pero en figura de mono, como solían representarles los egipcios.

Ahora bien; si el templo de Nagkon-Wat fuese esencialmente budista ¿cómo hay en sus muros bajorrelieves de carácter asirio?; ¿cómo están representados los dioses kabires, cuyo antiquísimo culto se había perdido 200 años de la era cristiana con la tergiversación de los misterios de Samotracia?; ¿de dónde proviene la tradición popular en Cambodge relativa al príncipe Rama, a quien los historiadores del país atribuyen la fundación del templo?; ¿no sería posible que, según opinan algunos críticos, la famosa epopeya *Râmâyana* hubiese servido de modelo a la *Iliada* de Homero? El rapto de Helena por Paris tiene muchísima semejanza con el de Sîtâ por Râvana. La guerra de Troya es remedo de la guerra del Râmâyana. Además, asegura Heródoto que los dioses y héroes troyanos no se conocieron en Grecia hasta la época de la *Iliada*. Por lo tanto, el dios-mono Hanumâ sería el tipo de Vulcano, sobre todo si se tiene en cuenta que, según la tradición cambodgiana, el fundador de Angkor vino de Roma, sita en el extremo occidental del mundo, y que el indo Râma da el occidente en heredad a la estirpe de Hanumâ.

Por hipotética que pueda parecer esta indicación, conviene tenerla en cuenta, aunque sólo sea para refutarla. El abate Jaquenet, de las misiones católicas de Conchinchina, en su deseo de relacionar el menor destello de luz histórica con la revelación cristiana, dice a este propósito:

Ora consideremos las relaciones comerciales de los judíos, cuando, en el apogeo de su poder, las combinadas flotas de Hiram y Salomón iban en busca de los tesoros de Ofir; ora nos transportemos a época más moderna, cuando las diez tribus cautivas se dispersaron de las márgenes del Eufrates hasta las riberas del Océano..., no es menos incontrovertible el esplendor de la luz de la revelación en el remoto Oriente.

Verdaderamente parecerá «incontrovertible» si por inversión de términos admitimos que de ese «remoto Oriente» brotó la luz que iluminó a los israelitas después de pasar por Caldea y Egipto. Lo importante es averiguar primero quiénes fueron los israelitas. Muchos historiadores, apoyados en sólidas razones, los asimilan a los fenicios; pero está fuera de duda que éstos eran de raza etíope, pues aun hoy la raza del Punjab está mezclada con etíopes asiáticos. Heródoto coloca en el golfo Pérsico la cuna de los hebreos, vecinos por el sur de los himaritas (árabes), y más lejos moraban los caldeos y susinianos, expertos en el arte de la construcción. Esto parece demostrar su filiación etíope. Megastenes dice que los israelitas eran una secta inda llamada de los *kalani*, cuya teología se asemejaba a la induista. Otros autores suponen que los judíos (NOTA: *Los naturales del reino de Judea propiamente dicho. FINAL NOTA*) eran los *yadus* del Afganistán o India antigua (NOTA: *La Dido fenicia es el femenino de David (דודָה דוּר) que con el nombre de Astarte guiaba en sus viajes a los fenicios, quienes colocaban su imagen en la proa de los buques. Saúl y David son también nombres afganos. FINAL NOTA*). Eusebio dice que «los etíopes vinieron del río Indo a establecerse cerca de Egipto». Nuevas investigaciones podrían demostrar que los indos tamiles, a quienes los misioneros acusan de adorar al diablo (*Kutti-Sattan*), se limitan a rendir culto al *Seth* o *Satán* de los hetheos de la *Biblia*.

Pero si en los albores de la historia fueron los judíos fenicios, a éstos se les puede seguir la huella hasta llegar a las antiguas naciones de lengua sánscrita. Cartago era una ciudad fenicia como lo indica su nombre, pues a Tiro se le llamaba también *Kartha* (NOTA: En la *Biblia* se encuentran a menudo las palabras *Kir* y *Kirjath*. FINAL NOTA). Su dios tutelar era *Melkarta* (Baal o Mel) (NOTA: En sánscrito el municipio se llama *cúl* y su jefe o caudillo *heri*. Así Mel-Kartha es sinónimo de *hericúl*, de donde el adjetivo *her-cúleo*. El arqueólogo Wilder dice sobre el particular: «Las razas etíope, cusita y camítica son a mi juicio de artísticos constructores que rindieron culto a Baal o Bel (Siva), edificaron templos, grutas y pirámides y hablaron un idioma de peculiar estructura». Rawlinson cree que este idioma deriva del de los turanios del Indostán. FINAL NOTA).

Por otra parte, todas las razas ciclópeas fueron fenicias. En la *Odisea* los *kuklopes* (cíclopes) fueron pastores del Líbano, de quienes dice Heródoto que supieron abrir minas y levantar edificios. Según Hesiodo, forjaban los rayos de Júpiter, y la *Biblia* les llama *zamzumimes*, de Anakim o país de los gigantes.

De lo dicho se echa de ver fácilmente que si los constructores de Ellora, Copán, Nagkon-Wat y de los monumentos egipcios no fueron de una misma raza, profesaron al menos la misma religión o sea la que de muy antiguo se enseñó en los Misterios. Aparte de esto, notamos que las figuras de Angkor son arcaicas y nada tienen que ver con las imágenes e ídolos de Buda, cuya fecha es indudablemente más moderna. Sobre el asunto dice Bastian:

Sube de punto el interés de esta parte del monumento al considerar que el artífice representó tipos de diferentes naciones con sus rasgos característicos, desde el salvaje *pnom* de achatada nariz con atavío de borlas y el *Iao* de pelo ralo hasta el *rajput* de aguileña nariz armado de escudo y espada y el *negro* de largas barbas, en acabado conjunto de nacionalidades por el estilo del de la *columna de Trajano*, con la peculiar conformación física de cada raza, predominando los rasgos de la *helénica* en las facciones y perfiles de las figuras y en las elegantes actitudes de los jinetes, como si Jenócrates, después de terminada su labor en Bombay, hubiese echo una excursión a oriente.

Pero si admitimos que las tribus de Israel tuvieron parte en la construcción del Nagkon-Wat, no hemos de tomar por tales las que cruzaron al desierto en demanda de la tierra de Canaán, sino a sus primitivos antepasados que nada supieron de la revelación mosaica. Pero ¿dónde está la prueba documental de que las tribus de Israel hayan tenido personalidad histórica antes de la compilación del *Antiguo Testamento* por Esdras?

Algunos arqueólogos, y no les falta razón para ello, tienen por míticas a las doce tribus de Israel, pues los levitas eran casta y no tribu. Queda también pendiente de resolución el problema de si los hebreos habitaron en Palestina antes de Ciro. Todos los hijos de Jacob se casaron con cananeas excepto José, que tomó por esposa a la hija de un sacerdote egipcio; y con arreglo a esta costumbre, estuvo consentido entre los hebreos el matrimonio con extranjeras (NOTA: Habitaron, pues, los hijos de Israel en medio del cananeo y del heteo y del amorreo y del fereceo y del heveo y del jebuseo. Y tomaron por mujeres a las hijas de ellos y dieron sus hijas a los hijos de ellos y sirvieron a sus dioses. E hicieron lo malo delante del Señor y olvidáronse de su Dios sirviendo a los Baales y a Astaroth (*Jueces*, III, 5, 6, 7). Este Baal era Moloch, Melch-Karta o Hércules que recibía adoración en todos los países donde los fenicios dejaban su huella. ¿Cómo podían los israelitas mantener la unidad de sus tribus cuando por testimonio mismo de la Biblia periódicamente caían en manos de sus enemigos? «... y fue trasladado Israel de su tierra a los asirios hasta este día. Y el rey de los asirios llevó gentes de Babilonia y de Cuthah y de Ava y de Amath y de Sepharvaim y las puso en las ciudades de Samaria *en lugar* de los hijos de Israel». (*II Reyes*, XVII, 23, 24). FINAL NOTA).

La influencia asiria alteró en sentido semita el idioma de Palestina, porque los fenicios habían ya perdido la independencia en tiempo de Hiram y trocado su idioma camítico por el semítico.

Asiria es el país de Nemrod (NOTA: De la raíz *nimr*, salpicado. FINAL NOTA), equivalente a Baco, con su manchada piel de leopardo que, como accesorio ritualístico, se empleaba en los Misterios (NOTA: Lo mismo en los de Eleusis que en los egipcios. Esta piel aparece esculpida en los relieves de las ruinas centro-americanas sobre la espalda de los oficiantes. También la menciona el *Aytareya Brahmana* (véase traducción de Haug) al explicar el significado de las plegarias sacrificiales. Asimismo se emplea la piel de leopardo en el *agnishtoma* o ceremonia de la iniciación en el misterio del Soma. Al neófito se le cubre con una piel de leopardo, de entre la cual surge como del claustro materno para nacer de nuevo. FINAL NOTA).

Los kabires eran también dioses asirios, en número indeterminado, conocidos por el vulgo con los nombres de Júpiter, Baco, Aquioquerso, Asquieros, Aquioquersa y Cadmilo; pero en el «lenguaje sagrado» tenían otros nombres tan sólo conocidos de los sacerdotes. ¿Cómo explicar, entonces, que en Nagkon-Wat aparezcan en las mismas actitudes con que se les representaba en los Misterios de Samotracia, y que en Siam, Tíbet e India se les denomine, salvo ligeras modificaciones de pronunciación, tal como se les llamaba en lengua sagrada (NOTA: El centro cultural de estas divinidades radicaba en Hebrón, la ciudad de los *anakes* o gigantes. FINAL NOTA)?

El nombre de *Kabir* puede derivarse indistintamente de las palabras אכר (*abir*, grande), הכר (*ebir*, astrólogo) o הכר (*chabir*, asociado).

Según Wilder, el nombre de Abraham tiene mucho de cabírico, y por otra parte la palabra *heber* o *gheber* aplicada a Nemrod y a los gigantes, citados en el sexto capítulo del *Génesis*, puede ser la raíz etimológica de *hebreo*, aunque de todos modos es preciso buscar su origen en fecha muy anterior a Moisés. Prueba de ello es que los *fenicios*, a quienes Maneto llama Φοινικες o *Ph'anakes*, eran los *anakes* o *anakimes* de la tierra de Canaán con quienes los israelitas, aunque de raza distinta, entroncaron por medio de matrimonios. Opina también Maneto que los fenicios no son ni más ni menos que los problemáticos *hyk-sos* a quienes Josefo nos presenta como directos antecesores de los israelitas. Por lo tanto, en esta mezcolanza de autoridades y opiniones contradictorias, en este revoltijo histórico, hemos de buscar el esclarecimiento de tan misterioso punto. Mientras no se precise el origen de los *kyk-sos*, nada podremos saber de cierto en lo tocante al pueblo de Israel que voluntaria o involuntariamente enmarañó con tales confusiones su origen y cronología; pero si pudiera probarse que los *hyk-sos* fueron los pastores palis de las riberas del Indo, que segregados de las tribus nómadas de la India emigraron más hacia Oriente, tal vez hallaríamos la explicación de la entremezclada analogía de los mitos bíblicos y las divinidades de los Misterios asiáticos.

Dice Dunlap sobre este punto:

Los hebreos salieron de Egipto rodeados de cananeos y no hay necesidad de remontarnos más allá del Éxodo para descubrir sus *orígenes históricos*. Era muy fácil anteponer a este remoto suceso narraciones míticas que atribuyesen el origen del pueblo a los dioses bajo la figura de patriarcas.

Sin embargo, lo de más vital importancia para la ciencia y la teología, no es el origen *histórico*, sino el *religioso* del pueblo hebreo; y si podemos descubrirlo entre los *hyk-sos* (NOTA: Abarcando en esta denominación a los fenicios, etíopes y caldeos, tanto si éstos recibieron su saber de los indos como si los indos lo recibieron de los caldeos. FINAL NOTA), fácil será descubrir también el de las supuestas *revelaciones* dogmáticas de la *Biblia* en los albores de la historia, antes de la separación de las familias aria y semita. Para

ello no hay medios más a propósito que los suministrados por la arqueología. La escritura ideográfica salvada de la destrucción no puede mentir; y si en todos los monumentos del mundo antiguo encontramos los mismos mitos, ideas y símbolos esotéricos, muy anteriores al «pueblo escogido», podremos inferir, sin temor de equivocarnos, que en vez de ser el texto bíblico obra directa de la *revelación* divina, es incompleta tradición de una tribu que, desde siglos antes de Abraham, se había fundido con las razas aria, semítica y turania, si así hemos de llamar a las tres principales del mundo.

Los *terafines* de *Terah* (constructor de imágenes), padre de Abraham, eran los dioses kabires, adorados por Micah, los danitas y otros pueblos (NOTA: *Jueces*, XVII-XVIII. FINAL NOTA). Los *terafines* eran idénticos a los *serafines* o imágenes de serpientes (NOTA: Del sánscrito *sarpa*, serpiente. FINAL NOTA), el símbolo de inmortalidad en todas las divinidades. *Kiyun* (Kivan) adorado por los hebreos en el desierto es el Siva indo (NOTA: La *h* zéndica se transforma en *s* en la India. Así *hapta* equivale a *sapta* é *hindu* a *sindhaya* (Wilder). La *s* va suavizándose progresivamente en *h* desde Grecia a Calcuta, desde el Cáucaso a Egipto (Dunlap). Por lo tanto la letras *k*, *h* y *s* son intercambiables. FINAL NOTA) equivalente a Saturno (NOTA: Guignant: *Obra citada*, I, 167. FINAL NOTA). La historia de Grecia nos dice que el arcadio Dardano recibió en herencia los kabires, cuyo culto introdujo en Samotracia y Troya mucho antes de que floreciesen Tiro y Sidón (NOTA: A pesar de que la fundación de Tiro data de 2.760 años antes de J.C. FINAL NOTA). ¿De quién los recibiría Dardano? Es muy fácil fijar arbitrariamente la antigüedad de las ruinas sin más guía que el cálculo de las probabilidades, pero es mucho más difícil acertar en el cómputo. Lo cierto es que las obras roquizas de Ruad, Perytus y Marathos ofrecen analogías externas con las de Petra, Baalbek y otras de procedencia etíope. Además, al simbologista familiarizado con la interpretación de los jeroglíficos le importan muy poco las afirmaciones de ciertos arqueólogos que no descubren parecido alguno entre los templos centro-americanos y los egipcios y siameses, porque sabe leer la historia y filiación de estos monumentos y la misma doctrina en los signos misteriosos y caracteres indescifrables para el no iniciado (NOTA: Una tradición siamesa habla del último rey iniciado (quienes muy raras veces eran admitidos en los grados superiores de las Fraternidades orientales), que reinaba en 1670. Este monarca es el mismo a quien tanto ridiculizó el embajador de Francia, Loubère, pintándolo como un lunático que se había pasado la vida en busca de la piedra filosofal. FINAL NOTA).

Uno de estos signos misteriosos se descubre en la peculiar estructura de ciertos arcos de los templos. El autor de *El país del elefante blanco* observa como pormenor curioso «la falta de clave en los arcos del edificio y las inscripciones indescifrables que campean en los muros». En las ruinas de Santa Cruz de Quiché encontró Stephens una galería abovedada sin clave y lo mismo echó de ver en las desoladas ruinas de Palenque, por lo que supuso que «los constructores ignoraban evidentemente los principios constructivos del arco y así colocaban las dovelas en posición imbricada, según las iban montando, como en Ocosingo y en los restos ciclópeos de Grecia e Italia (NOTA: Stephens: *Incidentes de un viaje a Centro América*, etc. En otros edificios del mismo grupo encontró este explorador arcos con clave, lo cual prueba que su falta era *intencionada* y no por ignorancia. FINAL NOTA).

Tal vez nos diera el manual masónico la solución de este enigma, porque la clave tiene un significado esotérico que si no comprenden deben comprender los masones de grado superior. La historia de la masonería nos dice que Enoch fue el constructor del más importante edificio subterráneo. En una visión que tuvo este patriarca le guió Dios por el interior de *nueve* bóvedas y, en consecuencia construyó con ayuda de su hijo Matusalén en las entrañas de un monte del país de Canaán nueve aposentos según la traza que la visión le mostrara. Cada aposento tenía su correspondiente bóveda con *clave*, en que estaban inscritos los caracteres miríficos que representaban los nueve nombres atributivos que a la

Divinidad dieron los masones anteriores al diluvio. Después construyó Enoch dos deltas de oro purísimo, en cada uno de los cuales trazó dos caracteres misteriosos, colocando un delta en la bóveda más profunda y confiando el otro a Matusalén, a quien al mismo tiempo comunicó importantes secretos, *hoy perdidos para la masonería*. Estos secretos, desconocidos de los modernos masones, nos explicarían que las claves se empleaban tan sólo en ciertos arcos de los templos, en las partes destinadas a determinado objeto.

Los monumentos religiosos de todos los países ofrecen otro punto de semejanza en la estructura y dimensiones de las piezas arquitectónicas. Todos estos edificios corresponden a la época de Hermes Trismegisto, y aunque la obra parezca más o menos antigua o más o menos moderna, se advierte en sus proporciones matemática analogía con los templos egipcios, sobre todo en la disposición de los patios, galerías, atrios, corredores y pasadizos subterráneos, de los que se infiere la identidad de ritos religiosos allí celebrados, aunque discrepase el estilo arquitectónico de los templos. Al tratar del de Stonehenge dice Stukely:

Este edificio no fue construido con arreglo a medidas latinas, como lo demuestran la multitud de fracciones resultantes al aplicar las escalas europeas, al paso que la medición es exacta si se emplea por unidad lineal el codo que empleaban los hebreos hijos de Sem y los fenicios y egipcios hijos de Cam (NOTA: Ya expusimos nuestra opinión sobre la filiación de los fenicios. FINAL NOTA) quienes imitaron los monumentos de piedra sin labrar y los litos oraculares.

También son un dato muy importante los lagos artificiales y su peculiar disposición en los recintos sagrados, pues aparte de la analogía constructiva que ofrecen los de Karnak, Nagkon-Wat, Copán y Santa Cruz de Quiché, el área de todos ellos está computada con arreglo a cálculos cíclicos, por el estilo de los empleados en las construcciones drúidicas cuyos circuitos constan generalmente de doce, veintiuna o treinta y seis piedras y el punto céntrico corresponde a Assar o Azón, esto es, el nombre genérico de la divinidad del círculo, cualquiera que sea su nombre individual. Los trece dioses-sierpes de los mexicanos tienen remoto parentesco con las trece piedras de las ruinas drúidicas. La T (tau) y la ⊕ (cruz astronómica de Egipto) aparecen visiblemente en las ruinas de Palenque. En el jeroglífico de un bajorrelieve del palacio de Palenque, se ve una T debajo de la figura sedente sobre cuya cabeza extiende con la mano izquierda el velo de la iniciación otra figura en pie que señala al cielo con los dedos índice y medio de la derecha, o sea la actitud benediciente de los obispos cristianos y la en que suele representarse a Jesús en la Cena. También se encuentra en las ruinas de Palenque la figura de estuco, con cabeza de elefante, de Ganesha, el dios indo de la sabiduría o ciencia mágica. ¿Qué explicación pueden darnos de estas analogías los arqueólogos, los filólogos y, en suma, la lucida hueste de académicos? Ninguna absolutamente. Todo lo más podrán forjar hipótesis que se sucedan infructuosamente unas a otras. Los «eslabones perdidos» que tan perplejos ponen a los científicos, así como la clave de los milagros antiguos y de los fenómenos modernos y la solución de los problemas psicológicos y fisiológicos está en manos de las Fraternidades secretas. Algún día se *descubrirá* este misterio. Pero hasta entonces, el tenebroso escepticismo eclipsará con sus horribles sombras la verdad divina y anublará la visión espiritual de la humanidad. La multitud contagiada por la mortífera epidemia de nuestro siglo, el desesperante materialismo, dudarán angustiosamente de la supervivencia del hombre, aunque este punto haya sido resuelto por generaciones de sabios. Respuesta a toda pregunta nos dan las graníticas páginas de las criptas, las esfinges, los propileos y los obeliscos cuyas inscripciones no lograron borrar las injurias del tiempo ni los agravios recibidos de manos cristianas. En estos monumentos dejaron sus constructores la solución que, ¿quién es capaz de decirlo?, tal vez sus antepasados dieron a problemas que tanto conturban hoy a los no iniciados. La clave de la interpretación estuvo custodiada por quienes saben comunicarse con la invisible Presencia y escucharon la verdad de los

propios labios de la Naturaleza. De esta suerte son los monumentos antiguos a manera de silenciosos guardianes de las puertas del mundo *invisible* que sólo se abren para los elegidos.

A despecho del tiempo, de las estériles investigaciones de la ciencia profana y de las injurias de las religiones *reveladas*, sólo descifrarán estos monumentos sus enigmas a los herederos de los iniciados en los *Misterios*. Los fríos y pétreos labios del un tiempo parlante Memnon y de las intrépidas esfinges guardan rigurosamente sus secretos. ¿Quién romperá el sello que los cierra? ¿Qué pigmeo materialista moderno o qué saduceo incrédulo se atreverá a levantar el VELO DE ISIS?

CAPÍTULO XXV

STE: ¿Hay diablos aquí? ¿Venís a burlaros de nosotros con indios y salvajes?

La Tempestad, acto II, escena II

Hemos considerado la *naturaleza y funciones del alma* hasta donde era necesario para nuestro propósito, y hemos demostrado claramente que es una substancia distinta del cuerpo.

ENRIQUE MORE, *Inmortalidad del alma*, ed. de
1659

El conocimiento es poder; la ignorancia, imbecilidad.

Arte Mágico, El país de los espectros

Durante muchos siglos ha tenido la «doctrina secreta» notable semejanza con el «hombre de las aflicciones» a que alude el profeta Isaías. «¿Quién creyó nuestras palabras?», fueron repitiendo sus mártires de generación en generación. La doctrina se ha robustecido ante sus perseguidores «como tierna planta o raíz en tierra árida; no tiene forma ni belleza...; los hombres la rechazan y menosprecian y apartan de ella sus rostros... No la tienen en estima».

No es necesario discutir si esta doctrina concuerda o no con la iconoclasta tendencia de los escépticos contemporáneos. Concuerda con la verdad, y esto basta. Inútil fuera esperar que sus detractores creyesen en ella. Pero la tenaz vitalidad de que da muestras en cualquier parte del mundo donde haya un grupo de hombres dispuestos a luchar en su favor, es la mejor prueba de que la semilla plantada por nuestros padres «al otro lado de las aguas» era de vigoroso roble y no esporo de teológico hongo. Ninguna salpicadura de la ridiculidad humana puede caer en su campo, ni rayo alguno, aun forjado por los vulcanos de la ciencia, es bastante poderoso para abatir el tronco ni siquiera para chamuscar las ramas de este árbol mundanal del CONOCIMIENTO.

Si prescindimos de la letra que mata y penetramos el sutil espíritu que vivifica, hallaremos ocultas en los *Libros de Hermes* (modelo y dechado de los demás) las pruebas de una verdad y de una filosofía que *debe* estar basada en leyes eternas. Intuitivamente comprenderemos que por finitas que sean las facultades del hombre encarnado, han de estar en íntima relación con los atributos de la Deidad infinita, y apreciaremos mejor el oculto significado del don concedido por los *Elohim* a Adán cuando le dijeron: «He aquí que os he dado cuanto hay sobre la haz de la tierra. *Subyugadlo y tened dominio sobre TODO*».

No hubiera sido rechazada durante tanto tiempo la verdadera interpretación que al *Génesis* dieron los cabalistas, si se hubiesen comprendido mejor las alegorías de los primeros capítulos, siquiera en su sentido geográfico e histórico, que nada tiene de esotérico. Quien estudie la *Biblia* ha de tener presente que los capítulos I y II del *Génesis* no son de un mismo autor, pues las alegorías y parábolas (NOTA: «Las cuales cosas fueron dichas por alegorías». *Epístola de San Pablo a los Gálatas*, cap. IV, 24.— Véase también *San Mateo*, cap. XIII, vera. 10 y 15. FINAL NOTA) que forman el texto en lo referente a la creación y población de la tierra se contradicen opuestamente en lo relativo al orden, tiempo, lugar y método de la llamada *creación*. Quien tomara literalmente los relatos del *Génesis* rebajaría la dignidad de Dios al nivel del hombre, como si Dios tuviese necesidad de «descansar de sus labores», solazarse en la «frescura del día», sentir cólera y deseos de venganza y precaverse contra Adán «para que no pruebe el fruto del árbol de la ciencia» (NOTA: Dicho sea de paso, esto es una admisión tácita de que el hombre

podía probar el fruto a no impedírselo fuerza mayor. FINAL NOTA). Pero en cuanto reconocemos el sentido alegórico de la narración de los que pudiéramos llamar hechos históricos, nos encontramos en terreno firme.

El Edén no es mito, topográficamente considerado (*NOTA: Aquí tenemos una de aquellas ráfagas de luz que en el estudio de la historia descubren que no todo es en la Biblia mera alegoría. FINAL NOTA*), porque así se llamaba (*NOTA: En hebreo גן עדן (Gan-Edén), Jardín del Edén. FINAL NOTA*) de muy antiguo la comarca regada por el Eufrates y sus afluentes, que abarcaba desde la Armenia hasta el mar Eritreo. El *Libro de los Números* de Caldea señala numéricamente la posición topográfica del Edén, cuya acabada descripción está en el cifrado manuscrito rosacruz que legó el conde de San Germán. Las *Tablillas* asirias llaman al Edén *Gan-Duniyas* (*NOTA: Uno de los nombres de Babilonia, según Wilder. FINAL NOTA*).

Los אלהים (*Elohim*) del Génesis dicen: «He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros». Los *Elohim* pueden considerarse en un sentido como *dioses* o potestades, y en otro como *aleímes* o sacerdotes iniciados en todo lo bueno y malo de este mundo, porque había un colegio de sacerdotes llamados *aleímes*, cuyo jerarca supremo era el *Java-Aleim*. En vez de empezar por la categoría de neófito para obtener gradualmente por medio de regular iniciación los conocimientos esotéricos, el *Adán* (símbolo del hombre) ejerce sus facultades intuitivas, e instigado por la serpiente (la materia y la *mujer*) come indebidamente del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal (doctrina esotérica). Los sacerdotes de Hércules (*Mel-Karth* o Señor del Edén) llevaban «vestiduras de piel» (*NOTA: El texto dice: «Y Java-Aleim hizo para Adán y su mujer כהונה עור (Kitonuth ur)»*). De la palabra hebrea *Kitun* se derivó la griega *Kiton*, para significar prenda de ropa exterior, esto es, una especie de manteleta. FINAL NOTA).

Las *Escrituras* hebreas delatan su doble origen, a pesar de que en el fondo contienen tanta verdad como las demás cosmogonías primitivas. El *Génesis* es sencillamente una reminiscencia de la cautividad de Babilonia, pues los nombres de lugares, personajes y aun de cosas coinciden con los empleados por los caldeos y por sus antecesores y maestros, los acadianos de raza aria. Mucho se ha discutido acerca de si los acadianos de Caldea y Asiria tuvieron o no parentesco con los brahmanes del Indostán; pero hay más pruebas en pro de la afirmativa. Los asirios debieran llamarse con mayor propiedad turanios, y los mogoles, escitas; pero si, en efecto, existieron los acadianos, y no tan sólo en la imaginación de unos cuantos filólogos y etnólogos, no serían en modo alguno una tribu turania, como suponen varios asiriólogos sino sencillamente emigrantes que de la India, cuna de la humanidad, pasaron al Asia Menor, donde sus adeptos civilizaron a un pueblo bárbaro. Halevy ha demostrado que los acadianos, cuyo nombre se alteró muchas veces, no pudieron pertenecer a la raza turania, y otros orientalistas han demostrado que la civilización asiria no brotó en aquel país, sino que de la India la importaron los brahmanes.

Opina Wilder que de ser los asirios turanios y los mogoles escitas, las guerras de Irán y Turán y de Zohak y Jemshid o Yima hubieran sido tan notorias como la entre Persia y Asiria, que terminó con la destrucción de Nínive, «cuyo palacio de Afrasiab quedó en poder de las telarañas» (*NOTA: La verdadera definición de la palabra turania es: una raza de que los etnólogos no saben ni una palabra. FINAL NOTA*).

Añade Wilder que los turanios calificados de tales por Müller y su escuela son evidentemente los salvajes nómadas del Cáucaso, de quienes procedieron primero los constructores etíopes o camitas; después los semitas (mezcla tal vez de camita y ario); más tarde los arios (medos, persas e indos); y finalmente los pueblos góticos y eslavos de Europa. Supone también que los celtas eran, como los asirios, un pueblo cruzado de los arios que invadieron la Europa y los habitantes ibéricos (acaso etíopes) de esta parte del mundo.

Si así es, resulta válida nuestra afirmación de que los acadianos fueron una tribu de los primitivos indos; pero dejaremos que los filólogos del porvenir diluciden si pertenecieron a los brahmanes de la región propiamente brahmánica (40° latitud Norte), o del Indostán, o bien del Asia Central.

Por un procedimiento inductivo de nuestra especialidad, que a los científicos les parecerá deleznable y basado en una prueba que desdeñarían por circunstancial, hemos formado una opinión que para nosotros equivale a certidumbre. Durante muchos años estamos observando que en países sin la menor filiación histórica, en apariencia, hay idénticos símbolos y alegorías de una misma verdad. Hemos advertido que la *Kábala* y la *Biblia* remedan los «mitos» (NOTA: Véanse Berosio y Sanchoniaton; Cory: *Fragmentos antiguos; Movers y otros autores. FINAL NOTA*) babilónicos, y que las alegorías caldeas e índicas se reproducen formal y substancialmente en los antiquísimos manuscritos de los monjes talapines de Siam y en las no menos antiguas tradiciones populares de Ceilán.

En esta isla tenemos un antiguo, fiel y muy sabio amigo pali que posee una curiosa hoja de palmera (incorruptible gracias a ciertas manipulaciones químicas) y una enorme media concha. En la hoja de palmera está la figura del ciego gigante Somona el Menor (NOTA: Para distinguirlo de Somona Kadom, el Salvador siamés. Esta leyenda pali corresponde en todos sus pormenores a la bíblica de Sansón. FINAL NOTA) de cabellera larga hasta el suelo, que abrazado a las cuatro columnas centrales de una pagoda, la derriba sobre el numeroso concurso acudido a la fiesta. La concha ostentaba en su nacarada superficie un grabado díptico de labor y composición muchísimo más artística que los crucifijos y otras piadosas bagatelas del mismo material que se elaboran hoy en Jaffa y Jerusalén. En la primera división del grabado está representado el Siva indo con todos sus atributos, en actitud de sacrificar a su hijo (NOTA: No nos hemos detenido a indagar si es el unigénito o uno entre varios. FINAL NOTA), colocado sobre una pira. El padre aparece suspendido en el aire, con el arma levantada a punto de herir a la víctima, pero con el rostro vuelto hacia un árbol en cuyo tronco ha clavado profundamente los cuernos un rinoceronte, quedando allí preso. La otra división del díptico representa el mismo rinoceronte sobre la pira con el arma hundida en el costado, y el ya libre hijo de Siva ayudando a su padre a encender el fuego del sacrificio.

Para remontarnos al origen de este mito bíblico hemos de recordar que Siva, Baal, Moloch y Saturno son idénticos; que aun hoy mismo los árabes mahometanos consideran a Abraham como a Saturno en la Kaaba (NOTA: Movers, 86. FINAL NOTA); que Abraham e Israel eran distintos nombres de Saturno (NOTA: *Id.* FINAL NOTA); y que Saturno ofreció su hijo unigénito en sacrificio a su padre Urano y que se circunció a sí mismo y obligó a la circuncisión a sus parientes y aliados (NOTA: Sanchoniaton: *Fragmentos de Cory, 14.* FINAL NOTA). Pero este mito no es de origen fenicio ni caldeo, sino puramente indo, porque su modelo se halla en el *Mahâ-Bhârata*, y aun que fuese budista, remontaría su antigüedad más allá del *Pentateuco* hebreo, compilado por Esdras (NOTA: La Vulgata llama Esdras a este personaje.— *El Traductor.* FINAL NOTA) después de la cautividad de Babilonia y revisado por los rabinos de la Sinagoga Mayor.

Por consiguiente, nos atrevemos a discrepar en estos puntos del criterio de muchos científicos cuya superior erudición reconocemos. Una cosa es la inducción científica y otra el *conocimiento de hechos*, por muy contrarios a la ciencia que a primera vista parezcan. Pero las indagaciones científicas han bastado para demostrar que los originales sánscritos de Nepal fueron traducidos por los misioneros budistas a casi todas las lenguas asiáticas. Asimismo tradujeron al siamés los manuscritos palis que llevaron a Birmania y Siam, por lo que es muy fácil explicar la divulgación de las mismas leyendas y mitos religiosos en estos países.

Maneto nos habla de los pastores palis que emigraron a occidente; y así, las tradiciones ceilanesas que encontramos en la *Kábala* caldea y en la *Biblia* judaica nos inducen a

sospechar que, o bien los caldeos y babilonios estuvieron en Ceilán y la India, o bien que las tradiciones de los palis fueron gemelas de las de los acadianos, cuyo origen tantas dudas envuelven, aunque Rawlinson acierte al decir que vinieron de Armenia. Como el campo está actualmente abierto a todas las hipótesis, podemos admitir que los acadianos llegaron a Armenia por las orillas del mar Caspio (NOTA: Parte de este mar era territorio indo en otro tiempo. FINAL NOTA) y del Ponto Euxino, procedentes de allende el Indo o bien de Ceilán. Es imposible descubrir con seguridad las huellas de los arios nómadas, y por lo tanto, no cabe otro recurso que juzgar por inducción, previo el cotejo de sus mitos esotéricos. Tal vez, como sin duda no ignorarán los eruditos, el mismo Abraham fue uno de los pastores palis que emigraron a Occidente, pues le vemos salir con su padre Terah de Ur de los caldeos (NOTA: Rawlinson descubrió una inscripción en que se fijaba el emplazamiento de la ciudad fenicia Martu o Marathos, hacia *Ur*, es decir, hacia el Oeste. FINAL NOTA).

Aunque el estilo del *Génesis* no denote procedencia brahmánica, hay poderosas razones en pro de que sus alegorías derivan de las tradiciones acadianas, cuyo nombre tiene por raíz *ak-ad*, con morfología idéntica a la de *Ad-am*, *Ha-va* y *Ed-en* (NOTA: En el manuscrito de la leyenda de *Khristna* aparecen palabra por palabra los dos primeros capítulos del *Génesis* referentes a la creación del hombre llamado *Adima* (primer hombre), y de *Heva* (la que completa la vida). También se descubren analogías con el *Génesis* en el antiguo libro brahmánico *Profecías*, escrito por Ramutsariar. Según dice Jacolliot en su obra: *La Bible dans l'Inde*, *Khristna* fue personaje auténtico, cuya historia se escribió 3000 años antes de J.C. Por otra parte, supone Wilder que *Ad-am* significa «hijo de Ad». En lengua asiria, *Ak* significa creador, y *Ad* padre. En Idioma arameo, *Ad* quiere decir uno, y *Ad-ad*, el único. En la *Kábala*, *Ad-am* es el unigénito, la primera emanación del invisible Creador. En Siria, al Señor Dios le llamaban *Adon*, cuya esposa era *Adar-gat* o *Aster-t*, equivalente a Venus, Isis, Istar, Milita, etc., símbolos de la *Magna Mater* o *Madre de todo lo viviente*. FINAL NOTA).

Pero si los tres primeros capítulos del *Génesis* no son sino desfigurados remedos de otras cosmogonías, el capítulo IV desde el versículo 16, y todo el capítulo V, refieren hechos rigurosamente históricos, aunque mal interpretados, y recogidos palabra por palabra del *Libro de los Números* de la *Kábala* oriental. Enoch, el patriarca de la masonería, da comienzo a la genealogía de las familias turania, aria y semítica, si así pueden llamarse, en que cada mujer personifica un país o una ciudad, y cada patriarca una raza o subraza. Las mujeres de Lamech dan la clave del enigma que los verdaderos eruditos pudieran desentrañar aun sin auxilio de la ciencia esotérica, pues cada palabra tiene un sentido propio sin que entrañe revelación alguna (NOTA: Así se infiere del siguiente pasaje: «Y Ad-ah engendró a jabal, padre de los que moran en tiendas y poseen ganados (la raza aria nómada); y su hermano fue Jubal, padre de cuantos tañen arpa y órgano; y Zillah engendró a Tubalcain, maestro de los artífices en bronce y hierro, etc. FINAL NOTA), sino que todo el texto es una compilación de hechos históricos, aunque la historia no se decida a darles la importancia que merecen.

En el Euxino, Cachemira y allende estas comarcas, hemos de buscar la cuna de la humanidad y de los hijos de *Ad-ah*, dejando el *Ed-en* de las riberas del Eufrates al colegio de los sabios astrólogos y magos *aleímes* (NOTA: *Adah* en hebreo es אָדָה y Edén es עֵדֵן. El primer nombre es femenino y el segundo el de un país. Ambos nombres están íntimamente relacionados, pero no con *Adam* אָדָם, y *Akkad* אַכַּד, que están deletreados en *aleph*. FINAL NOTA). No es, pues, maravilla que Swedenborg, el vidente del Norte, aconsejara buscar la *palabra perdida* entre los hierofantes de Tartaria, China y Tíbet, porque únicamente allí se conserva en la actualidad, aunque la hallemos inscrita en los monumentos de las primitivas dinastías egipcias. Un mismo fundamento tienen los *Vedas* con su grandiosa poesía; los *Libros de Hermes*; el caldeo *Libro de los Números*; el *Código*

de los Nazarenos; la *Kábala* de los tanaímes; el *Sepher Jezira*; el *Libro de la Sabiduría* de Salomón; el tratado secreto sobre *Muhta y Badha* (NOTA: Estos dos términos corresponden a las dos palabras cabalísticas *macroposopos* (el macrocosmos absoluto e ilimitado), y *microposopos* (la cara menor o microcosmos finito y condicionado). El esotérico tratado sobre *Muhta y Badha* no está traducido a lengua vulgar ninguna, ni es probable que se traduzca. Los monjes del Tíbet afirman que contiene los verdaderos *sútras*. No comprendemos como algunos sanscritistas afirman que Kapila era ateo, siendo así que las tradiciones nos lo presentan como el místico ascético por excelencia, y fundador de la secta de los yoguis. FINAL NOTA) (atribuido por la *cábala budista* a Kapila, fundador del sistema de filosofía *sankhya*); los *Bráhmanas* (NOTA: Traducidos por Haug. Véase su *Aitareya Bráhmána*. FINAL NOTA) y el *Stan-gyur* de los tibetanos (NOTA: Esta obra contiene abundantes reglas de magia con el estudio de los poderes ocultos y su desenvolvimiento, así como también trata de los hechizos, encantamientos, etc. Sin embargo, los profanos lo interpretan tan erróneamente como el clero cristiano la Biblia hebrea y los rabinos europeos la *Kábala judía*. FINAL NOTA). Todos estos libros enseñan, bajo diversidad de alegorías, la misma doctrina secreta, que cuando acabe de pasar por el tamiz del estudio, aparecerá como el último término de la verdadera filosofía. Entonces se nos revelará la PALABRA PERDIDA.

No cabe esperar que los eruditos hallen en estas obras nada interesante, a no ser lo que directamente se relacione con la filología y mitología comparadas, pues aun el mismo Max Müller sólo ve «absurdos teológicos» y «desatinos quiméricos» en cuanto se refiere al misticismo y metafísica de la literatura sánscrita. Al hablar de los *Bráhmanas*, cuyos misterios le parecen absurdos, dice Max Müller:

La mayor parte de estos libros son pura charlatanería, y lo que es peor, *charlatanería teológica*. Nadie que de antemano conozca el lugar que los *Bráhmanas* ocupan en la historia del pensamiento indo, puede leer más de diez páginas sin aburrirse (NOTA: Conferencia de Max Müller sobre el *Aitareya Bráhmána*. FINAL NOTA).

No nos sorprende la severa crítica de este erudito orientalista, porque sin la clave de esa *charlatanería teológica*, ¿cómo juzgar de lo esotérico por lo exotérico?

Hallaremos respuesta a esta pregunta en otra de las interesantísimas conferencias del erudito alemán, que dice así:

Ni los judíos ni los romanos ni los brahmanes intentaron jamás propagar sus creencias religiosas entre los pueblos vecinos, pues para ellos era la religión algo inherente y privativo de la nacionalidad, que debía resguardarse de toda influencia extraña, y así mantenían en el mayor secreto los sacratísimos nombres de los dioses y las plegarias con que impetraban el favor divino. Ninguna religión era tan exclusivista como la brahmánica (NOTA: Max Müller: Conferencia sobre *Los peregrinos budistas*. FINAL NOTA).

Por esta misma razón, nos maravilla el engreimiento de los eruditos, que en cuanto aprenden de boca de un *srotriya* (NOTA: Sacerdote induista, iniciado en los misterios sacrificiales. FINAL NOTA) la significación de unos cuantos ritos esotéricos, ya se forjan la ilusión de interpretar todos los símbolos y de escudriñar las religiones de la India. Y si, como el mismo Müller reconoce, no sólo los brahmanes *dos veces nacidos*, sino ni siquiera la ínfima casta de los sudras, podía admitir en su seno a un extraño, mucho menos posible sería que revelaran los sagrados misterios de su religión, cuyo secreto tan celosamente preservaron de profanos oídos durante siglos sin cuento.

No; los eruditos no comprenden, o mejor dicho, no pueden comprender debidamente la literatura índica, pues para ello tropiezan con la misma dificultad que los escépticos para compartir los sentimientos de un iluminado o de un místico entregado de por vida

a la contemplación. Tienen los eruditos perfecto derecho de embelesarse con el suave arrullo de la propia admiración y ufanarse de su saber, pero no de engañar a las gentes diciendo que han descifrado el enigma de las literaturas antiguas, y que, tras su externa «charlatanería», nada hay que no conozcan los filósofos modernos, ni que el sentido literal de las voces y frases sánscritas encubran profundos pensamientos, oscuros para el profano e inteligibles para los descendientes de aquellos que lo velaron en los primitivos días del mundo.

No es maravilla que los escépticos y aun los mismos cristianos repugnen el licencioso lenguaje de las obras brahmánicas y sus derivantes: la *Kábala*, el *Codex* de Bardesanes y las *Escrituras* hebreas, que el lector profano juzga reñidas con el «sentido común». Pero si por ello no cabe vituperarles, pues, como dice Fichte, «indicio es de sabiduría no satisfacerse con pruebas incompletas», debieran tener en cambio la sinceridad de confesar su ignorancia en cuestiones que ofrecen dos aspectos y en cuya resolución tan fácilmente puede errar el erudito como el ignorante.

En su obra: *Desarrollo intelectual de Europa*, llama Draper «edad de fe» al tiempo transcurrido desde Sócrates, precursor de Platón, hasta Carneades; y «edad decrepita», al tiempo que media entre Filo Judeo y la disolución de las escuelas neoplatónicas por Justiniano. Pero esto demuestra, precisamente, que Draper conoce tan poco la verdadera tendencia de la filosofía griega, como el verdadero carácter de Giordano Bruno. Así es que cuando Müller declara por su propia autoridad que la mayor parte de los *Brahmanas* son pura «charlatanería teológica», suponemos con profunda pena que el erudito orientalista debe de estar mejor enterado del valor gramatical de los verbos y nombres sánscritos que del pensamiento indo, y deploramos que un erudito tan bien dispuesto siempre a hacer justicia a las religiones y sabios de la antigüedad, estimule en esta ocasión la hostilidad de los teólogos cristianos. Sin el significado esotérico de los textos, tendría razón Jacquemont (NOTA: Que por sí solo ha dicho más despropósitos que todos los orientalistas juntos. FINAL NOTA) al preguntar con aire de duda para qué sirve el sánscrito, porque si hemos de poner un cadáver en vez de otro, tanto da disecar la letra muerta de la *Biblia* hebrea como la de los *Vedas* indos. Quien no esté intuitivamente vivificado por el espíritu de la antigüedad, nada descubrirá más allá del «charlatanismo exotérico».

Al leer por vez primera que «en la cavidad craneal del Macroprosopos (la Gran Faz) se oculta la SABIDURÍA aérea que en parte alguna está abierta ni descubierta», o bien que «la nariz del *Anciano de los Días* es *vida* en todas partes», nos sentimos inclinados a diputar estas frases por incoherentes extravagancias de un orate. Y al leer en el *Codex Nazareus* que «Ella (el *Espíritu*) incitó a su frenético y mentecato hijo Karabtanos a cometer un pecado contra naturaleza con su propia madre», cerraríamos disgustados el libro. Pero ¿no hay en ello más que fruslerías sin sentido expresadas en lenguaje burdo y aun obsceno? En apariencia, no cabe juzgarlo ni más ni menos que, como en apariencia también, se juzgan profanamente los símbolos sexuales de las religiones induista y egipcia, la licenciosa expresión de la misma *Biblia*, llamada «santa», o la alegoría de la serpiente tentadora de Eva. El inquieto y siempre insinuante espíritu, luego de «caído en la materia», tienta a Eva o Hava (símbolo de la materia caótica «frenética y sin juicio»). De la propia suerte, Karabtanos (*materia*) es el hijo de *Sopkia-Achamoth* (el *Spiritus*, según los nazarenos), que a su vez es hija del espíritu puro y mental, o aliento divino. Cuando la ciencia descubra plenamente el origen de la materia y demuestre que tanto los ocultistas y filósofos antiguos como sus actuales sucesores se equivocan al considerar la materia correlativa del espíritu, entonces podrán los escépticos menospreciar la sabiduría antigua y acusar de obscenidad a las antiguas religiones.

Dice a este propósito la escritora Lidia María Child:

Desde tiempo inmemorial ha sido adorado en el Indostán el emblema de la creadora potencia originaria de la vida. Es el símbolo más frecuente de Siva (Bala o Mahâdeva), con cuyo culto está universalmente relacionado... Siva no es tan sólo entre los induistas el reproductor de la forma humana, sino que representa el principio fructificante y la potencia creadora que penetra el universo...

Hay pequeñas imágenes de este emblema talladas en marfil, oro o cristal, que se llevan colgantes del cuello a manera de adorno... El emblema maternal tiene asimismo carácter religioso y, los devotos de Vishnú se lo marcan en la frente en sentido horizontal... ¿Qué extraño es que miren con reverencia el profundo misterio de la generación? ¿Eran ellos los obscenos al hacerlo así, o lo somos nosotros por no hacerlo? Mucho camino hemos andado, y seguido senderos muy sucios desde que los antiguos anacoretas hablaron por primera vez de Dios y del alma en las solemnes profundidades primitivos santuarios. No nos riamos de su manera de indagar la Causa infinita e incomprensible a través de los misterios de la Naturaleza, pues acaso proyectaríamos la sombra de nuestra rudeza sobre su patriarcal sencillez (NOTA: Child: *Evolución de las ideas religiosas a través de las edades*, I, 17. FINAL NOTA).

Muchos eruditos intentaron con buena voluntad hacer justicia a la antigua India. Colebrooke, William Jones, Barthelemy St. Hilaire, Lassen, Weber, Strange, Burnouff, Hardy y Jacolliot han aportado su testimonio en pro de los adelantos de la India en jurisprudencia, ética, filosofía y religión. Nadie en el mundo aventajó todavía a los teólogos y metafísicos sánscritos en sus conceptos de Dios y el hombre. Jacolliot, que gracias a su larga residencia en la India y al estudio de la literatura del país, es testimonio de superior competencia, nos dice acerca del particular:

Al paso que admiro el profundo saber de muchos orientalistas y traductores, me quejo de ellos, porque *como no han vivido en la India*, no aciertan con la expresión exacta ni comprenden el simbólico sentido de los himnos, plegarias y ceremonias, por lo que frecuentemente caen en deplorables errores de traducción o de interpretación... La vida de varias generaciones apenas bastaría para leer siquiera las obras que la antigua India nos legó sobre historia, ética, poesía, filosofía, religión y ciencias (NOTA: Jacolliot: *La Biblia en la India*. FINAL NOTA).

Sin embargo, Jacolliot sólo podía juzgar por los escasos fragmentos que en sus manos puso la complacencia de unos cuantos brahmanes con quienes contrajo estrecha amistad. Pero ¿le enseñaron *todo* lo que atesoraban? ¿Le explicaron *todo* cuanto deseaba saber? Lo dudamos, porque de otra suerte no hubiese juzgado sus ceremonias religiosas con la ligereza en que incurre algunas veces, sin otro apoyo que lo que eventualmente pudo ver. Sin embargo, es Jacolliot el viajero más justo e imparcial en sus apreciaciones sobre India. La severidad que muestra respecto a la actual degradación del país, sube de punto cuando la descarga contra la casta sacerdotal que la determinó durante estos últimos siglos; pero sus apóstrofes están en relación con la intensidad en estimar las pasadas grandezas. Señala Jacolliot las fuentes de que manaron las antiguas creencias reveladas, incluso los *Libros de Moisés*, y considera la India como cuna de la humanidad, madre de las demás naciones y semillero de las artes y las ciencias, ya envueltas de mucho antes en las cimerianas tinieblas de las edades arcaicas.

Sigue diciendo Jacolliot:

Estudiar la india es inquirir los orígenes de la humanidad... La sociedad moderna tropieza a cada paso con la antigua. Nuestros poetas imitan a Homero, Virgilio, Sófocles, Eurípides, Plauto y Terencio; nuestros filósofos se inspiran en Sócrates, Pitágoras, Platón y Aristóteles; nuestros historiadores toman por modelo a Tito Livio, Salustio y Tácito; nuestros oradores

remedan a Demóstenes y Cicerón; nuestros médicos estudian a Hipócrates, y nuestros jurisperitos transcriben a Justiniano. Pero también la antigüedad tuvo a su vez otra anterior que le sirvió de dechado. ¿Hay algo más lógico y sencillo? ¿No se suceden los pueblos unos a otros? ¿Acaso la sabiduría penosamente adquirida por una nación ha de quedar recluida en su propio territorio y morir con la generación que la engendrara? ¿No cabe afirmar sin absurdo que la esplendente, culta y populosa India de hace seis mil años estampo en Egipto, Persia, India, Grecia y Roma tan indeleble sello y tan profundas huellas como en Occidente estamparon estas otras naciones? Hora es ya de desechar el prejuicio que nos representa a los antiguos como si espontáneamente hubiesen nacido en su entendimiento las más sublimes ideas filosóficas, religiosas y morales, o como si a la intuición de unos cuantos sabios se debiera todo en los dominios de la ciencia, del arte y de la literatura, y a la revelación se debiese remitir todo cuanto aparece en el orden religioso (NOTA: Jacolliot: *Obra citada*. FINAL NOTA).

Parece que no está lejano el día en que los adversarios de este sagaz erudito se vean confundidos por la irresistible fuerza de las pruebas; y cuando los *hechos* hayan confirmado cuanto dice, verá el mundo que a la desconocida e inexplorada India le debe sus idiomas, sus artes, leyes y civilización. El progreso de este país se atascó siglos antes de nuestra era (NOTA: Según Jacolliot, en tiempo de Alejandro Magno ya había traspuesto la India el periodo de su esplendor. FINAL NOTA), hasta paralizarse por completo en los siguientes; pero en su literatura hallamos la prueba irrefragable de sus pasadas glorias. Si no fuera tan espinoso el estudio del sánscrito, de seguro que se despertara la afición a la literatura indica, incomparablemente más rica y copiosa que ninguna otra. Hasta ahora, la generalidad de los intelectuales se ha relacionado incompletamente con el antiguo mundo oriental por mediación de unos cuantos eruditos que, no obstante su gran cultura y honrada sinceridad, discrepan en la interpretación y comentario de las pocas obras llegadas a sus manos de entre el sinnúmero de las que, no obstante el vandalismo de los misioneros, integran todavía la enorme masa de la literatura indica (NOTA: Aun para la tarea de traducir y comentar contadas obras, se necesita toda la vida de un erudito europeo. De aquí, que la premura de su labor les induzca a juzgar tan rápida como erróneamente. FINAL NOTA).

No ha mucho, en la ceremonia de la cremación del cadáver del barón de Palm, un teósofo pronunció un discurso diciendo que el *Código de Manú* se conocía ya mil años antes de Moisés. Contra esta afirmación, arguyó el reverendo Dunlop Moore, de Nueva Brighton, replicando en un periódico (NOTA: *Presbyterian Banner*. 20 de Diciembre de 1876. FINAL NOTA) que «todos los orientalistas de alguna importancia convienen hoy en atribuir a distintas épocas las *Instituciones de Manú*, cuya parte *más antigua* data probablemente del siglo VI *antes de la Era cristiana*». Pero el alarde de piedad e ingenio que supone esta discrepancia, no invalida la opinión de orientalistas tan doctos como William Jones y Jacolliot.

Dice el primero:

Resulta evidente que las *Leyes de Manú*, según las conocemos con sólo 680 dísticos, no pueden ser la obra atribuida a Sumati (el *Vridhdha Mánava* o *Antiguo Código de Manú*, según toda probabilidad), no reconstruida aún enteramente, si bien la tradición ha conservado muchos fragmentos que con frecuencia citan los comentadores.

Por su parte, dice Jacolliot:

En el prefacio de un tratado sobre legislación, de Nârada, escrito por uno de sus adeptos, copárticpe del poder brahmánico, leemos que Manú escribió las leyes de Brahma en cien mil dísticos que formaban veinticuatro libros con mil capítulos, y entregó después esta obra

a Nârada, el sabio entre los sabios, quien, para que las gentes pudieran aprovecharse de ella, la compendió en doce mil dísticos, que Sumati, hijo de Brighu, redujo a cuatro mil para su mejor comprensión... Entiendo, pues, que las leyes indas fueron codificadas por Manú *más de tres mil años antes de la Era cristiana*, y de ellas derivaron su legislación los pueblos antiguos y especialmente Roma, la única que nos ha legado un código escrito, el de Justiniano, sobre el cual se basan las legislaciones modernas (NOTA: Jacolliot: *La Biblia en la India*. FINAL NOTA).

El mismo autor añade en otra de sus obras (NOTA: *Khristna y Cristo*, 350. FINAL NOTA), al discutir con Textor de Ravisi (NOTA: Este piadoso y erudito escritor católico trataba de probar que la ortografía de nombre Khristna no corresponde a su pronunciación sánscrita. FINAL NOTA):

Ningún orientalista se atrevería a negarle a Manú el título de primer legislador del mundo, pues floreció en época que se pierde en la prehistoria de la India.

Pero Jacolliot no ha oído hablar del reverendo Dunlop Moore, sin duda porque con otros orientalistas está disponiéndose a demostrar que los textos védicos y los de Manú enviados a Europa por la «Sociedad Asiática de Calcuta», *no son auténticos*, sino amañados hábilmente por algunos misioneros jesuitas con deliberado propósito de extraviar a los comentadores y cubrir la historia de la India con una nube de incertidumbre que envuelva sospechas de superchería contra los modernos brahmanes. Termina diciendo Jacolliot que Europa debe conocer estos hechos, sobre los cuales ya ni siquiera se discute en la India (NOTA: *Khristna, y Cristo*, 347. FINAL NOTA).

Además, el *Código de Manú*, que los orientalistas europeos consideran como el comentado por Brighu, no forma parte del *Vriddha-Mânava*, que se conserva completo en los templos, aunque los eruditos sólo hayan descubierto de él pequeños fragmentos. Jacolliot demuestra que las copias enviadas a Europa difieren del original existente en las pagodas del Sur de la India. También podemos aducir el testimonio de William Jones, quien lamenta que Callouca no haya tenido en cuenta en sus comentarios, que «las leyes de Manú se contraen a las tres primeras épocas» (NOTA: *Traducción de Manú con sus comentarios*. FINAL NOTA).

Según los cálculos, estamos en el *Kali Yuga*, o tercera época a contar desde la Satya o Kritayuga, en que, conforme asegura la tradición, se establecieron las *Leyes de Manú*, cuya autenticidad acepta implícitamente William Jones. Aun admitiendo todo cuanto se diga acerca de la cronología inda (NOTA: *Mucho más conforme con la antropología y geología que el ridículo computo de 6000 años, expuesto en las Escrituras hebreas*. FINAL NOTA), tendremos que como han transcurrido unos 4500 años desde que comenzó la cuarta edad del mundo, o sea el *Kali Yuga*, hay razón para que uno de los más insignes orientalistas, y cristiano por añadidura, afirme que Manú es de muchos miles de años más antiguo que Moisés. Verdaderamente, nos encontramos ante un dilema: o bien se ha de reformar la historia de la India para uso exclusivo de quienes niegan la precedencia de Manú sobre todos los legisladores, o bien han de estudiar la literatura inda antes de arremeter en este punto contra los teósofos.

Pero dejando de lado la opinión de los reverendos redactores de *La Bandera Presbiteriana*, cuyo objeto muy poco nos importa, atendamos a lo que dice la *Nueva Enciclopedia Americana* respecto de la antigüedad e importancia de la literatura inda. Afirma uno de los articulistas, que las *Leyes de Manú* no datan más allá del siglo III antes de J.C. Esta afirmación es muy elástica, porque pudiera parecer verosímil si por *Leyes de Manú* se entiende el *compendio* que hicieron los últimos brahmanes en apoyo de sus ambiciosos proyectos; pero tan ilógico es equiparar dicho compendio al verdadero código de Manú, como si alguien afirmase que la *Biblia* no data más allá del siglo X de

la Era cristiana, porque no hay ningún manuscrito anterior a esta época; o bien suponer que la *Iliada* no es anterior al hallazgo de su texto original. No conocen los eruditos europeos ningún manuscrito sánscrito que se remonte a más de cuatro o cinco siglos (NOTA: Véase Max Müller: *Conferencia sobre los Vedas*. FINAL NOTA); y sin embargo, no vacilan en asignar a los Vedas cuatro o cinco mil años de antigüedad. Hay valiosas pruebas de la antigüedad de las *Leyes de Manú*; pero prescindiendo de las opiniones de los eruditos, por no haber dos que coincidan, aduciremos la nuestra en lo concerniente a la incomprobada afirmación de la *Nueva Enciclopedia*.

Si, como Jacolliot demuestra texto en mano, el *Código de Justiniano* es copia del de Manú, conviene indagar ante todo la antigüedad de aquél, no ya como código perfecto de leyes escritas, sino en su primitivo origen. Nos parece que la tarea no es difícil.

Según Varrón, Roma fue fundada el año 3961 de la Era juliana (754 años antes de J.C.) La recopilación que Justiniano hizo con el nombre de *Corpus Juris Civilis*, no era un código, sino un digesto de costumbres seculares. Aunque nada sabemos en la actualidad acerca de las primeras autoridades romanas en jurisprudencia, es indudable que la fuente principal del *jus scriptum* o ley escrita, fue el *jus non scriptum* o ley consuetudinaria, en la que precisamente hemos de apoyar nuestra argumentación sobre el caso. La *Ley de las Doce Tablas* se promulgó hacia el año 300 de la fundación de Roma; pero derivándola los legisladores de *fuentes aun más primitivas* que coinciden con las *Leyes de Manú*, cuya codificación remontan los brahmanes al *Kritayuga*, o sea la edad anterior a la actual *Kaliyuga*. Por lo tanto, es lógico inferir que las leyes consuetudinarias y tradicionales de que derivaron las *Doce Tablas*, son unos cuantos siglos anteriores a la promulgación de esta ley escrita, con lo que llegamos, por lo menos, a mil años antes de J.C.

El *Mánava Dharma Sâstra*, que contiene la cosmogonía inda, es en opinión general la obra más antigua después de los *Vedas*, cuyo origen remonta Colebrooke al siglo XV antes de J.C.; por lo que las *Leyes de Manú* han de datar de mucho más allá del siglo III antes de nuestra Era (NOTA: Tiene por base esta opinión la misma etimología del título *Mánava-dharma-zâstra*, que, literalmente, significa: *Instituciones o Deberes legislativos según Manú*. Por lo tanto, la obra más antigua después de los Vedas, ha de datar de mucho antes de lo que algunos suponen. FINAL NOTA).

Los brahmanes jamás pretendieron atribuir a revelación divina el *Código de Manú*, según lo demuestra la distinción establecida entre los *Vedas* y los demás libros sagrados. Al paso que todas las sectas induístas consideran los *Vedas* como la palabra directa de Dios o revelación divina (*sbruti*), el *Código de Manú* es tan sólo una recopilación de tradiciones orales (*smriti*), que todavía subsisten entre las más antiguas y veneradas de la India. Pero el argumento de mayor valía en pro de la antigüedad de las *Leyes de Manú* estriba tal vez en que los brahmanes refundieron estas tradiciones hace muchos siglos e interpolaron más tarde otras leyes con ambiciosas miras. Por consiguiente, esta interpolación debió ya efectuarse 2.500 años atrás, *cuando todavía no se practicaba la cremación de las viudas* (*sutti*), ni había barruntos de tan atroz costumbre, no estatuida en los *Vedas* ni en el *Código de Manú* (NOTA: Con motivo de haber prohibido el Gobierno inglés la horrible práctica de la cremación de las viudas, estuvo a punto de ocurrir un levantamiento de carácter religioso. FINAL NOTA).

Los brahmanes aducían, en apoyo de esta práctica, un versículo del *Rig-Veda*, pero recientemente se ha comprobado que era apócrifo (NOTA: Véanse: Roth: *El entierro en la India*.— Max Müller: *Conferencia sobre Mitología comparada*.— Wilson: *La supuesta autoridad védica en la cremación de las viudas indas*. FINAL NOTA). Si los brahmanes hubiesen sido los autores del *Código de Manú*, en lugar de adulterarlo con interpolaciones tendenciosas, no descuidaran de seguro un punto cuya omisión ponía en tan grave riesgo su autoridad. Esto es prueba suficiente de la remota antigüedad del *Código de Manú*.

La lógica y racional virtualidad de esta prueba nos mueve a afirmar que si Roma recibió la civilización de Grecia y Grecia de Egipto, el Egipto a su vez, en los ignotos tiempos de Menes (NOTA: Según Bunsen, el primer año del reinado de Menes corresponde al 3645 (*Lugar de Egipto en la Historia Universal*. V. 34). Según Maneto, al 3892 (*Clave*). FINAL NOTA), recibió de la India prevédica leyes, instituciones, artes y ciencias (NOTA: Así lo afirma también Jacolliot en su obra: *La Biblia en la India*. FINAL NOTA); y por consiguiente, en la antigua iniciadora de los sacerdotes y adeptos de todos los demás países, hemos de buscar la clave de los misterios de la humanidad. Pero no nos referimos a la India contemporánea, sino a la India arcaica (NOTA: En aquellos remotísimos tiempos se comprendían bajo la denominación de India, además del actual territorio indico, la Persia iránica, el Tíbet, la Mongolia y Gran Tartaria. Dividíase entonces la india en superior, inferior, y occidental o Persia iránica. FINAL NOTA), la reconocida cuna del género humano, sobre la cual vamos a referir una curiosa leyenda.

Según tradición explicada en los anales del *Gran Libro*, mucho antes de los días de Adam y de su curiosa mujer Heva, allí donde hoy sólo se ven lagos salados y áridos desiertos, se dilataba por el Asia central un vasto mar interior hasta las estribaciones occidentales de la majestuosa cordillera de los Himalayas. En aquel mar había una isla de insuperable belleza, habitada por los últimos restos de la raza anterior a la nuestra, cuyos individuos podían vivir indistintamente en el agua, en el aire o en el fuego, porque ejercían ilimitado dominio sobre los elementos. Eran los «hijos de Dios»; pero no los que se prendaron de las «hijas de los hombres», sino los verdaderos *Elohim*, aunque la *Kábala* oriental les dé otro nombre. Ellos revelaron a los hombres los secretos de la Naturaleza y les comunicaron la palabra «inefable», hoy día *perdida*. Esta palabra, que no es palabra, se difundió en otro tiempo por toda la redondez de la tierra, y todavía perdura como lejano y moribundo eco en el corazón de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los colegios sacerdotales (NOTA: Había en la antigüedad muchos de estos colegios, de que hablan los autores de la época. FINAL NOTA) conocían la existencia de esta isla, pero únicamente el *Java Aleim*, o presidente del colegio, conocía la palabra que, en el momento preciso de la muerte, comunicaba a su sucesor.

Ya vimos que, según tradición aceptada por todos los pueblos antiguos, existieron otras razas humanas anteriormente a la nuestra. Cada una de ellas fue distinta de la precedente, e iban desapareciendo al aparecer la que había de sucederla. En los *Libros de Manú* se habla explícitamente de seis sucesivas razas. Dice así:

De este Manú Swayambhuva (el menor, correspondiente a Adam Kadmon), emanado de Swayambhuva o Ser existente por si mismo, descendieron otros seis Manús (hombres símbolos de progenitores), cada uno de los cuales engendró *una raza* de hombres... Estos Manús todopoderosos, entre quienes Swayambhuva es el primero, han producido y gobernado, *cada cual en su respectivo período* (antara), este mundo compuesto de seres inmóviles y semovientes (NOTA: *Manú*, libro 1. FINAL NOTA).

En el *Siva Purana*, leemos: (NOTA: *Purana* significa tradición sagrada. Véanse la traducción del *Manú*, de Loiseleur Des Longchamps, y *La Génesis de la humanidad*, de Jacolliot. FINAL NOTA)

¡Oh Siva!, ¡dios del fuego! Consume mis pecados como consume el fuego la hierba seca de los yermos. Tu potente soplo dió vida a Adhima (el primer hombre) y a Heva (complemento de vida), los *antecesores de esta raza de hombres*, que poblaron el mundo con su descendencia.

La hermosa isla de que hemos hablado no tenía comunicación marítima con el continente sino por medio de pasadizos submarinos, conocidos únicamente de los jefes. La tradición señala entre el número de colegios sacerdotales, las majestuosas ruinas de Ellora, Elephanta y las cuevas de Ajunta (en la cordillera de Chandor), que comunicaban

con los pasadizos submarinos (NOTA: Algunos arqueólogos, como Fergusson, niegan la antigüedad de los monumentos de la India. En su obra: *Ilustraciones de los templos indos abiertos en la roca*, se aventura a suponer este autor la singular opinión de que el Egipto había ya perdido su nacionalidad antes de que se excavase el primer cavernículo de la India. No admite Fergusson ninguno de estos templos con anterioridad al reinado de Asoka, como si pretendiera demostrar que datan de los tiempos de este piadoso monarca budista, hasta la extinción de la dinastía Andhra de Maghada, a principios del siglo V. Consideramos completamente arbitraria esta pretensión, según demostrarán ulteriores descubrimientos. FINAL NOTA). ¿Quién puede decir si la desaparecida Atlántida (también mencionada en el *Libro Secreto*, aunque con el nombre sagrado), existía ya en aquella época? ¿No fuera acaso posible que el continente atlante se hubiese dilatado por el Sur de Asia, desde la India a la Tasmania (NOTA: Es singular coincidencia que algunas tribus americanas diesen al continente, en la época del descubrimiento el nombre de *Atlanta*. FINAL NOTA)? Si algún día llega a comprobarse la existencia de la Atlántida, que unos autores ponen en duda y otros niegan resueltamente, considerando esta hipótesis como una extravagancia de Platón, tal vez se convenzan entonces los eruditos de que no fue fabuloso el continente habitado por los «hijos de Dios», y de que la cautela de Platón al aludir a la Atlántida con supuesta atribución del informe a Solón y los sacerdotes egipcios, tenía por objeto comunicar prudentemente esta verdad al mundo, de modo que, combinando la verdad con la ficción, no quebrantase el sigilo a que le obligaba la iniciación. Por otra parte, Platón no pudo inventar el nombre de *Atlanta*, porque en la etimología de este nombre no entra ningún elemento griego (NOTA: Brasseur de Bourbourg trató hace años de la etimología de la palabra *Atlanta*, diciendo (según cita Baldwin en sus *Naciones prehistóricas de América*), que las palabras atlas y atlante no derivan de ningún idioma europeo, y por lo tanto, no pueden ser de origen griego. «En cambio (continúa Brasseur), en idioma tolteca o nahuatl encontramos las raíces *a* y *atl*, que significan agua, guerra y coronilla de la cabeza. De estas raíces derivan varias voces, como *atlan* (a orillas o en medio de las aguas), y *atlaca* (combatir). De *atlan* se formó el adjetivo atlántico. Cuando Colón descubrió el continente americano, existía a la entrada del golfo de Uraha, en la comarca del Darién, un excelente puerto, que hoy es la insignificante aldea de Aclo» (Hasta aquí Brasseur de Bourbourg, citado por Baldwin en *Naciones prehistóricas de América*). Verdaderamente, resulta muy extraño encontrar en América una ciudad cuyo nombre (de elementos filológicos puramente locales y extraños a todo otro país) coincide con el empleado en la supuesta ficción de un filósofo que floreció 400 años antes de J.C. Lo mismo cabe decir respecto del nombre de América, que tal vez algún día se vea relacionado con el sagrado monte Meru, que, según la tradición inda, se alza en el centro de los siete continentes. En nuestro concepto, el nombre de América no deriva, como generalmente se cree, de Américo Vespucio, va que el nombre de este navegante no era Américo sino Alberico, según han esclarecido las últimas investigaciones históricas, pues en una obra escrita algunos siglos antes del descubrimiento; aparece ya dicho personaje. (Véanse Notas de Wilder). En apoyo de nuestra opinión respecto de la etimología del nombre de América, presentaremos las siguientes pruebas: 1ª En Nicaragua se llama *Americ*, *Amerrique* o *Amerique* la montañosa comarca que se extiende entre Juigalpa y Libertad, en el departamento de Chontales, que linda por una parte con el país de los indios carcas y por otra con el de los ramas. 2ª En el idioma indígena, las terminaciones *ic* e *ique* significan grandeza, jefatura y dignidad, como por ejemplo *cacique*. 3ª En el relato de su cuarto viaje cita Colón el poblado de *Cariái* (probablemente *Carcai*), en donde abundaban los hechiceros saludadores, y estaba situado en la cordillera de *Amerrique*, a unos 920 metros sobre el nivel del mar. Sin embargo, Colón omite en su relato la palabra *Amerrique*. 4ª La denominación Provincia de América apareció por vez primera en un mapa publicado en Basilea el año 1522, cuando aun creían los geógrafos que aquellas tierras formaban parte de la India. El mismo año, Gil González de Avila conquistó Nicaragua.

(Véase Tornás Belt: *Los naturalistas en Nicaragua*; Londres, 1873). 5ª Los normandos, que arribaron al continente americano en el siglo X (véase Torfeo: *Historia de la antigua Finlandia*). dieron el nombre de markland (tierra de bosque) a una costa baja, cubierta de espesos bosques. Los normandos pronunciaban la r de esta palabra con sonido muy fuerte, parecido al de marrick. En las poblaciones himaláyicas hay una palabra de sonido semejante, y algunos dialectos de la India dan al monte Meru el nombre de Meruah, aspirando fuertemente la h. Vemos, pues, cómo dos pueblos distintos aceptaron una palabra de análoga fonética, que cada cual aplicó en su sentido propio a la denominación de su mismo territorio. Sobre esto dice Wilder: «Es muy probable que la cordillera nicaragüense de Amerique (gran montaña, como el monte Meru) diese su nombre a todo el continente, pues en caso de habérselo dado Vespucio, seguramente lo derivara del apellido y no del nombre. Si llega a comprobarse la etimología atribuida por Bourbourg a las palabras *atlas* y *atlántico*, con su raíz *atlan*, concordarán admirablemente ambas hipótesis. Como quiera que Platón no es el único autor que alude a un continente sito más allá de las columnas de Hércules, y teniendo en cuenta que el mar es poco profundo y abundante en algas en toda la región tropical del Atlántico, no es despropósito suponer que en aquellas latitudes existió un continente o un copioso archipiélago. También en el Pacífico se hallan indicios de que un tiempo existió un populoso imperio insular de raza malaya o javanesa, o tal vez un continente que se dilataba de Norte a Sur. Sabemos que el continente lemúrico es un sueño para los científicos, y que el desierto de Sahara y la comarca central de Asia fueron un tiempo mares». FINAL NOTA).

Pero, siguiendo nuestro relato, diremos que los hierofantes se clasificaban en dos categorías: los que instruidos directamente por los «hijos de Dios», residentes en la referida isla, estaban iniciados en la divina doctrina de la pura revelación, y los que pertenecientes a distinta raza habitaban en la desaparecida Atlántida y poseían la facultad de clarividencia a cualquier distancia y a pesar de los obstáculos materiales. Eran, en suma, la cuarta raza de hombres a que alude el *Popol-Vuh*, y sin duda tenían congénitas cualidades mediumnísticas, como ahora se dice, que les permitían adquirir los conocimientos sin sacrificio alguno; mientras que los hierofantes de la primera categoría hollaban el sendero trazado por sus divinos instructores y adquirían gradualmente los conocimientos hasta distinguir entre el bien y el mal. Los adeptos nativos de la Atlántida obedecían ciegamente las insinuaciones del invisible *Dragón* o rey *Thevetat* (NOTA: Es muy probable que equivalga a la serpiente del Génesis. FINAL NOTA), quien no había aprendido ciencia alguna, pero que, según dice Wilder, era «una especie de Sócrates que *sabía* sin haber sido iniciado». Así que, influida por las malignas insinuaciones de Thevetat, la raza atlante se convirtió en una nación de magos negros, por lo que se encendió una guerra, cuyo relato nos llevaría demasiado lejos (NOTA: Lo esencial de esta lucha aparece en las desfiguradas alegorías de la raza de los gigantes hijos de Cain, y en la de Noé y su virtuosa familia. FINAL NOTA). El conflicto terminó con la submersión de la Atlántida, que las tradiciones babilónica y mosaica simbolizaron en el diluvio. «Murió toda carne y todo hombre...», «los gigantes y los magos...»; todos, excepto Xisthrus y Noé, equivalentes típicamente al Padre de los thlinkithianos del *Popol-Vuh*, quien, como Vaisvasvata, el Noé indo, se salvó en un espacioso buque.

Si damos crédito a esta tradición, hemos de admitir también el posterior relato, según el cual, del enlace entre la progenie de los hierofantes de la isla y los descendientes del Noé atlante, nació una raza mixta de justos y de malvados. Por una parte, tiene el mundo a Enoch, Moisés, Buda, los salvadores y hierofantes insignes, y por otra parte, los magos *naturales*, que por no restringir su iluminación espiritual, y a causa de su debilidad física y mental, pervirtieron inadvertidamente sus dotes. Moisés no tiene ni una sola palabra de vituperio para los videntes y profetas educados en los colegios de sabiduría esotérica que menciona la Biblia (NOTA: II Reyes, XXII, 14; II Crónicas, XXXIV, 22. FINAL NOTA), sino que guarda su enojo contra quienes, con intención o sin ella, degradaban

los poderes recibidos de sus antecesores los atlantes, poniéndolos al servicio de espíritus malignos en perjuicio de la humanidad. Las iras de Moisés se encendían contra el espíritu de *Ob*, pero no contra el de *Od* (NOTA: Estando a punto de impresión este capítulo, recibimos por el amable conducto del honorable John L.O. Sullivan las obras completas de Jacolliot en veintiún volúmenes, que versan principalmente sobre las tradiciones, filosofía y religión de la India. Este infatigable escritor ha recopilado infinidad de datos entresacados de diversas y, en su mayoría, auténticas fuentes. Aunque no aceptamos su criterio en muchos puntos, reconocemos sinceramente el inmenso valor de sus numerosas traducciones de los libros sagrados de la India, sobre todo, porque corroboran punto por punto nuestras afirmaciones. Entre otros asuntos, trata de la sumersión de continentes en las épocas prehistóricas, y dice a este propósito: «Una de las más antiguas leyendas de la India que se conserva en los templos por tradición oral y escrita, refiere que hace cientos de miles de años se dilataba por el Océano Pacífico un vastísimo continente que destruyó un sacudimiento sísmico, y cuyos restos han de buscarse en Madagascar, Ceilán, Sumatra, Java, Borneo y las principales islas de la Polinesia. Según esta hipótesis, las elevadas mesetas del Asia hubieran sido en aquella remotísima época extensas islas adyacentes al continente central... Afirman los brahmanes que este país había llegado a un muy alto nivel de civilización, continuada después por las tradiciones de la península indostánica, que en la época del gran cataclismo quedó ensanchada por la separación de las aguas. Estas tradiciones llaman rutas a los habitantes de aquel dilatado continente equinoccial, de en yo idioma derivó al sánscrito. La tradición indo-helénica, conservada por el pueblo más culto que emigró de las llanuras de la India, alude también a la existencia de un continente llamado Atlántida, habitado por los atlantes, cuya situación fija en la parte del actual océano Atlántico, correspondiente a la zona septentrional de los trópicos. Los griegos no se atrevieron jamás a trasponer las columnas de Hércules por el temor que les infundía el misterioso océano, y además, aparecieron demasiado tarde en la historia para suponer que la referencia de Platón no sea eco de las tradiciones indas, a pesar de que la existencia del prehistórico continente en aquellas latitudes está insinuada geográficamente por los vestigios que se encuentran en las volcánicas islas de los Azores, Canarias y Cabo Verde. Por otra parte, del examen del planisferio terrestre se infiere, al ver el gran número de islas é islotes diseminados entre el archipiélago malayo y la Polinesia, desde el estrecho de la Sonda a la isla de Pascuas, que en aquellas latitudes existió el continente más vasto de cuantos precedieron al nuestro. Una tradición religiosa común a Malaca y Polinesia, esto es, a los dos opuestos extremos de Oceanía, afirma que todas las islas de esta parte del mundo formaron en otro tiempo dos vastísimos territorios habitados respectivamente por hombres amarillos y hombres negros que estuvieron constantemente en guerra, hasta que cansados los dioses de sus contiendas, ordenaron al océano que los pusiera en paz, lo cual cumplió tragándose ambos continentes con todos sus habitantes. Tan sólo se libraron de la inundación los picachos y mesetas de las montañas gracias a la influencia de los dioses, que advirtieron demasiado tarde el error cometido. Sea cual fuere el valor de estas tradiciones, y doquiera haya evolucionado una civilización precedente a las de la India, Egipto, Grecia y Roma, no cabe duda de que existió dicha civilización, y que importa muchísimo a la ciencia seguir sus huellas, por débiles é imperceptibles que sean». La tradición religiosa de Malaca y Polinesia, traducida por Jacolliot del original sánscrito, corrobora aquella otra tomada de los Anales de la Doctrina Secreta, según la cual lucharon los «hijos de Dios» (hombres amarillos con los «hijos de los gigantes» (hombres negros), o sean los magos atlantes. Jacolliot, que visitó personalmente todas las islas de la Polinesia, y durante años se dedicó al estudio de la religión, idioma y tradiciones de casi todos aquellos pueblos, dice en conclusión: «Son tan evidentes las pruebas de que la actual Polinesia fue un continente desaparecido a consecuencia de un cataclismo geológico, que ya no es posible dudar por más tiempo de su existencia. Las tres mayores eminencias de este continente, que son las islas Sandwich, Nueva Zelanda e isla de Pascua,

distan una de otra de 1.500 a 1.800 leguas, y los intermedios archipiélagos de Viti, Sarnoa, Tonga, Futuna, Uvea, Marquesas, Tahití, Pumuton y Gambieres, distan a su vez de dichos extremos culminantes, de 700 a 800 o 1000 leguas. Todos los navegantes convienen en que, dada la actual situación geográfica, los isleños de los extremos no hubieran podido comunicarse con los del centro por la insuficiencia de medios de que disponían, pues era materialmente imposible recorrer tan dilatadas distancias en canoa, sin brújula ni provisiones bastantes para una travesía de muchos meses. Por otra parte, los aborígenes de las islas Sandwich, Viti, Nueva Zelanda, Samoa, Tahití, etc., no se habían conocido unos a otros ni habían oído hablar unos de otros antes de la llegada de los europeos. No obstante, en todas las islas subsistía la tradición de haber formado en otro tiempo parte de un vasto continente, que se extendía hacia Occidente por el lado de Asia. Además, todos los isleños polinesios hablan el mismo idioma, tienen las mismas costumbres, profesan la misma religión, y cuando se les pregunta donde está la cuna de su raza, señalan con la mano hacia poniente». FINAL NOTA).

Las ruinas de que está sembrado el suelo americano y muchas islas adyacentes a la India occidental fueron obra de los sumergidos atlantes. Así como los hierofantes del continente antiguo podían comunicarse submarinamente con el nuevo, así también los magos atlantes dispusieron de análogas comunicaciones. A propósito de estas misteriosas catacumbas, referiremos una curiosa narración oída de labios de un peruano con quien íbamos de viaje, y que murió hace tiempo (NOTA: Algo de verdad ha de haber en esta narración, puesto que, posteriormente, nos la confirmó un viajero italiano que había visto el paraje en cuestión, aunque por falta de medios Y de tiempo sólo pudo comprobar en parte la referencia. El italiano recibió la noticia de un viejo sacerdote al que un indio peruano se la había revelado en secreto de confesión. Conviene advertir que el sacerdote quebrantó el secreto mientras se hallaba dominado por la influencia hipnótica del italiano. FINAL NOTA). Trata la narración de los famosos tesoros del último inca, y es como sigue:

Desde el célebre y miserable asesinato perpetrado por Pizarro en la persona del último inca, todos los indios conocían el paraje donde estaba escondido el tesoro, pero no así los mestizos, en quienes era imposible confiar. Al caer prisionero el inca, ofreció su esposa en rescate todo el oro que cupiese en una sala hasta la altura donde alcanzase el conquistador, debiendo efectuarse la entrega antes de la puesta de sol del tercer día. La esposa del inca cumplió su palabra, pero Pizarro faltó a ella, según costumbre en los aventureros españoles, porque maravillado a la vista de tan enorme riqueza, declaró que en modo alguno devolvería la libertad al prisionero, sino que le quitaría la vida, a menos que la reina revelase la procedencia del tesoro. Había oído decir Pizarro que los incas guardaban incalculables riquezas en un túnel o galería subterránea de muchas millas de largo. La infortunada reina pidió una prórroga y fue a consultar el oráculo. Durante el sacrificio, el sacerdote mayor le mostró en el sagrado espejo negro (NOTA: Estos «espejos mágicos», generalmente negros, son otra prueba de la universalidad de unas mismas creencias, pues se preparan o fabrican en la provincia inda de Agra, en el Tíbet, en la China y también en Egipto, de donde, según el historiador indígena citado por Bresseur de Bourboutg, los introdujeron en Méjico los antecesores de los quichés. Asimismo los empleaban los peruanos helióltras. Dice el referido historiador, que al desembarcar los españoles ordenó el rey de los quichés a sus sacerdotes que consultaran el espejo para inquirir el destino del país, y que el *demonio* reflejó en él lo presente y lo futuro. (Bourbourg: *México*, pág. 184). FINAL NOTA) la inevitable muerte de su esposo, tanto si entregaba como si no a Pizarro los tesoros de la corona. Entonces, la reina mandó tapiar la entrada del subterráneo que se abría en la rocosa margen de un barranco. El sacerdote mayor, acompañado de los magos, después de tapiar la abertura, llenaron el barranco de enormes piedras sobre las que extendieron una capa de tierra para disimular la obra. Los españoles asesinaron al inca y la desdichada reina se

suicidó, burlando así la codicia de los conquistadores, sin que nadie, excepto unos cuantos peruanos fieles, tuviese noticia del paraje donde el tesoro quedaba oculto.

A consecuencia de algunas indiscreciones, los gobiernos de distintos países enviaron agentes en busca del tesoro bajo pretexto de exploraciones científicas, pero no tuvieron éxito alguno en su propósito.

Los informes de Tschuddi y otros historiadores del Perú confirman esta narración, aunque hay algunos pormenores desconocidos del público antes de ahora.

Varios años después volvimos al Perú, y en un viaje por mar desde Lima a las costas meridionales, llegamos cuando ya se ponía el sol a un punto cercano a Arica, donde nos llamó la atención una enorme y solitaria roca cortada casi a pico y sin visible enlace con la cordillera de los Andes. Era la tumba de los incas. Con el auxilio de unos gemelos de teatro, distinguimos a los reflejos del sol poniente algunos curiosos jeroglíficos grabados en la superficie de la volcánica roca.

En Cuzco, capital del Perú, se alzaba el templo del Sol, famoso en todo el país por su magnificencia. Techo, paredes y cornisas estaban revestidos de planchas de oro, y en el muro occidental habían practicado los arquitectos una abertura dispuesta de tal modo, que enfocaba los rayos solares hacia el interior del edificio, en donde se difundían como dorada cadena alrededor de las paredes e iluminaban los torvos ídolos y descubrían ciertos signos místicos (NOTA: Idénticos a los que aun hoy en día pueden verse en la tumba de los incas. FINAL NOTA), de ordinario invisibles, en que se cifraba el secreto de las entradas a la galería subterránea. Una de estas entradas se abre en las inmediaciones del Cuzco (actualmente es imposible de descubrir), y da acceso a un largísimo subterráneo que conduce a Lima, y de esta ciudad tuerce hacia el Sur hasta Bolivia. En cierto punto del túnel hay un sepulcro regio a cuya cámara dan acceso dos puertas ingeniosamente dispuestas, o mejor dicho, dos enormes losas, que al girar sobre sus goznes cierran con tan perfecto ajuste, que sólo por medio de ciertas señales secretas pueden descubrir la juntura los fieles guardianes.

Una de estas losas intercepta la galería por la parte de Lima, y la otra por la de Bolivia. Esta última rama se dirige hacia el Sur y pasa por Trapaca y Cobijo, porque Arica no está muy lejos del riachuelo Payquina (NOTA: Payquina o Payaquina debe su nombre a que arrastra pepitas de oro. De un puñado de arena de este río que nos llevamos a Europa, recogimos unas cuantas pepitas. FINAL NOTA) que separa Perú de Bolivia.

No lejos de allí se yerguen tres picachos andinos, distanciados en forma de triángulo. Según tradición, en uno de estos picos se abre la única entrada expedita de la galería que va al Norte; pero sin conocer los puntos de referencia que a la entrada encaminan, fuera en vano que un ejército de titanes apartara las rocas con intento de descubrirla. Y aun suponiendo que alguien diese con ella y llegara por la galería hasta la losa que cierra la cámara sepulcral, resuelto a derribarla, nada conseguiría, porque las rocas de la bóveda están asentadas de modo que, en tal caso, cegarían la tumba con todos sus tesoros (NOTA: El misterioso peruano nos decía que aunque se empeñasen en el intento mil soldados, quedarían envueltos en las ruinas del derrumbamiento. FINAL NOTA). La cámara de Arica no tiene otra entrada que la abierta en la montaña inmediata al río Payquina. A lo largo de la galería que desde el Cuzco pasa por Lima hasta llegar a Bolivia, hay pequeños escondrijos, donde durante muchas generaciones acumularon los incas incalculables riquezas en oro y piedras preciosas (NOTA: Tenemos en nuestro poder un plano exacto de la galería con la situación de la cámara sepulcral. Nos lo entregó el viejo peruano al contarnos el relato. Si hubiéramos tratado de aprovecharnos del secreto, nos fuera indispensable la cooperación decidida de los gobiernos del Perú y Bolivia, pues aparte de los obstáculos materiales, sería preciso habérselas con los forajidos y contrabandistas que infestan aquella costa y están en connivencia con los habitantes. Por de pronto, costaría

no poco trabajo renovar la mefítica atmósfera de la galería en que nadie ha entrado desde hace siglos. De todos modos, allí está el tesoro, y allí estará, según tradición, hasta que en ambas Américas se borre todo vestigio de la dominación española. FINAL NOTA).

Los tesoros descubiertos en las excavaciones de Micenas por Schliemann despertaron la codicia de los aventureros, que desde entonces ponen la mira en las ruinas donde sospechan ha de haber criptas o cuevas subterráneas con escondidos tesoros. No hay paraje alguno, ni siquiera el Perú, del que se refieran tantas tradiciones como del desierto de Gobi, en la Tartaria independiente. Esta desolada extensión de movediza arena fue, si la voz popular no miente, uno de los más poderosos imperios del mundo. Se dice que el subsuelo esconde oro, joyas, estatuas, armas, utensilios y cuanto supone civilización, lujo y arte en cantidad y calidad superior a lo que pueda hoy hallarse en cualquier capital de la cristiandad. Las arenas del desierto de Gobi se mueven regularmente de Este a Oeste, impelidas por el huracanado viento que de continuo sopla. De cuando en cuando, dejan las arenas al descubierto parte de los tesoros ocultos, pero ningún indígena se atreve a echarles mano porque le herirían de muerte los *bahti*, espantosos gnomos a cuya fidelidad está confiada la custodia de aquellas riquezas, en espera de que la sucesión de los períodos cíclicos permita revelar la existencia de aquel pueblo prehistórico para enseñanza de la humanidad.

Según la tradición local, en las cercanías del lago Tabasun Nor está todavía la tumba del khan Ghengiz, donde el Alejandro mogol duerme para despertar dentro de tres siglos y conducir a su pueblo a nuevas victorias y más verdes laureles (NOTA: Aparte del concepto que pueda sugerir esta profética tradición, cabe afirmar que la tumba existe, y que no es exagerado cuanto se dice acerca de las maravillosas riquezas escondidas bajo el desierto de Gobi. FINAL NOTA).

El desierto de Gobi, así como toda la Tartaria independiente y el Tíbet, están celosamente guardados contra la intrusión de los extranjeros. Quienes obtienen licencia para atravesar dichos territorios, quedan sujetos a la vigilancia de los agentes de la suprema autoridad del país, con la restricción de no divulgar nada de lo referente a lugares y personas (NOTA: A no ser por esta restricción podríamos relatar exploraciones, aventuras y descubrimientos de emocionante interés. Sin embargo, día llegará en que las temibles arenas de Gobi revelen los secretos durante tanto tiempo celados, y entonces sufrirá no previstas mortificaciones la vanidad de la civilización moderna. FINAL NOTA).

Marco Polo, el audaz viajero del siglo XIII, dice que «las gentes de Pashai están muy versadas en brujerías y diabólicas artes» (NOTA: El coronel Yule, editor y traductor de *Marco Polo*, añade a este propósito: «Pashai o Udyana era el país natal de Pâdma Sambhava, uno de los principales apóstoles del lamaísmo o budismo tibetano y maestro eminente en hechizos. Las doctrinas de Sakya, tal como en *antiguos tiempos* prevalecieron en Udyana, estarían sin duda intensamente teñidas de magia sivaítica, pues los tibetanos consideran aún dicha localidad como el país clásico de los hechizos y brujerías» (*Viajes de Marco Polo*. I, 173). FINAL NOTA) Pero los tiempos antiguos son exactamente como los modernos en lo tocante al ejercicio de la magia, sin más diferencia que la reserva de los adeptos y el secreto de las prácticas aumenta en proporción de la curiosidad de los viajeros.

Hiuen-Thsang dice de los habitantes de dichos países que «los hombres son aficionados al estudio, aunque no se entregan a él con mucho ardor, y la *ciencia mágica es entre ellos una profesión ordinariamente mercantil*» (NOTA: *Viaje de los peregrinos budistas*, tomo I.—*Vida de Hiuen-Thsang*; traducción francesa de Estanislao Julien. FINAL NOTA) No queremos contradecir en este punto al venerable peregrino chino, y admitiremos sin reparo que en el siglo VII hubo quienes *lucraron* con la magia como también lucran algunos hoy día, aunque no seguramente los verdaderos adeptos. El piadoso e intrépido Hiuen-Thsang, que arriesgó cien veces la vida para contemplar la sombra de Buda en la

cueva de Peshawur, no se atrevería a acusar de mercaderes de magia a los santos lamas y monjes taumaturgos. Hiuen-Thsang debió tener presente la respuesta de Gautama a su protector el rey Prasenagit, que le había llamado para que obrase milagros. Díjole Buda: «¡Oh príncipe! Yo no enseño la ley a mis discípulos diciéndoles que a la vista de los brahmanes y de los padres de familia operen por sobrenatural poder milagros mayores que hombre alguno, sino que cuando les enseño la ley, les digo: Vivid de modo *que ocultéis vuestras buenas obras y mostréis vuestros pecados*». Sorprendido el coronel Yule por los relatos que de las manifestaciones mágicas hicieron los viajeros que en toda época visitaron la Tartaria y el Tíbet, dedujo que «los naturales debieron tener a su disposición la enciclopedia completa de los modernos espiritistas». Duhalde menciona, entre las diversas hechicerías de estas gentes, el arte de evocar la sombra espectral de Laotse (NOTA: **Célebre filósofo chino. FINAL NOTA**) y de las divinidades aéreas, así como el fenómeno de que *un lápiz escriba, sin tocarlo nadie, las respuestas a varias preguntas* (NOTA: **Libro de Marco Polo, I, 318. Este arte se practicaba ya en China y otros países siglos antes de la Era cristiana, y fue el abecé de la magia. FINAL NOTA**). Las evocaciones formaban parte de los misterios religiosos del santuario; pero estaban rigurosamente prohibidas, por hechiceras y nigrománticas, las de propósitos profanos o lucrativos.

Cuando Hiuen-Thsang deseaba adorar la sombra de Buda no recurría a los magos profesionales, sino que le bastaba el invocativo poder de su propia alma acrecentado por la fe, la plegaria y la contemplación. Pavorosas tinieblas rodeaban la cueva donde se dice que de cuando en cuando aparece la sombra de Buda. En ella entró Hiuen-Thsang y comenzó sus rezos con cien jaculatorias; pero como nada veía ni oía, creyóse demasiado pecador para recibir la suspirada merced y prorrumpió en dolientes y desesperadas voces. Iba ya a desalentarse, cuando advirtió en la pared oriental de la cueva un débil resplandor muy luego desvanecido. Recobrada con ello la esperanza, volvió a ver por un instante el resplandor, y entonces hizo voto solemne de que no saldría de la cueva sin la inefable dicha de ver la sombra del «Venerable de los Tiempos». No hubo de esperar mucho rato, porque apenas rezadas doscientas plegarias, iluminóse de repente la tenebrosa cueva, en cuyo muro oriental apareció blanco, majestuoso y resplandeciente, el espectro de Buda como *Montaña de Luz* tras desgarradas nubes. El rostro de la divina aparición deslumbraba con su brillo. Hiuen-Thsang, extático y absorto ante el prodigio que contemplaban sus maravillados ojos, no podía apartarlos de la sublime e incomparable visión. Añade Hiuen-Thsang en su diario Si-yu-ki, que sólo puede ver claramente el espectro de Buda, aunque sin gozar de su vista mucho tiempo, quien ora con sincera fe y recibe misterioso influjo de lo alto (NOTA: **Max Müller: Peregrinaciones budistas. FINAL NOTA**). A los que tan fácilmente acusan de irreligiosos a los chinos, les recomendamos la lectura del siguiente pasaje:

Por los años *Yuan-ye* del *Sung* (NOTA: **Correspondientes a los 1086 a 1093 de la Era cristiana. FINAL NOTA**), una piadosa matrona y sus dos criadas vivían en todo y por todo en el *País de la Iluminación*. Cierta día, una de las criadas le dijo a la otra: «Esta noche iré al reino de Amita» (NOTA: **Sobrenombre de Buda. FINAL NOTA**). Aquella misma noche llenóse la casa de balsámicos olores y la muchacha murió, sin que cupiera achacar a enfermedad su muerte. Al día siguiente, la otra criada le dijo a su ama: «Ayer se me apareció en sueños mi compañera declarándome estas palabras: «Gracias a las reiteradas súplicas de nuestra querida ama, estoy en el Paraíso con inefable bienaventuranza». La señora repuso: «Si se me apareciese también a mí, creería cuanto me dices». A la noche siguiente aparecióse la difunta a la señora, y ésta le preguntó: «¿Podría yo visitar por una vez siquiera el País de la Iluminación? –Sí– respondió el alma bienaventurada; –sígueme». La señora siguió en sueños a la aparecida, y muy luego descubrió un vastísimo lago cubierto de multitud de lotos blancos y rojos de varios tamaños, unos lozanos y otros ya marchitos. Preguntó la señora qué significaban aquellas flores, y la aparición respondió diciendo: «Son

los moradores de la tierra cuyo pensamiento se convierte al País de la Iluminación. El primer anhelo sincero por el paraíso de Amita, engendra en el celeste lago una flor, que crece más bella según adelanta en su perfeccionamiento quien la engendró. De lo contrario, se aja y marchita» (NOTA: El coronel Yule observa muy acertadamente acerca del misticismo chino: «Él año 1871 vi en *Bond street* una exposición de dibujos atribuidos a los llamados espíritus dibujantes, es decir, dibujos trazados por un médium bajo invisible y extraordinaria guía. Algunos de estos extraños dibujos (pues sin duda lo eran) representaban las *Flores Espirituales* de ciertas personas, cuya explicación, tal como aparecía en el catálogo, era, en substancia, exactamente la misma que la dada en el texto de Schott, sin posibilidad de que el dibujante lo conociese, por lo cual era todavía más sorprendente la coincidencia». (*El Libro de Marco Polo*, I, 444). FINAL NOTA). Quiso entonces la señora saber el nombre de un iluminado que reposaba en un loto con ondulantes y resplandecientes vestiduras. La aparecida respondió: «Es Yang-Kie». Preguntó el nombre de otro, y la criada le dijo: «Es Mahu». Volvió a preguntar la señora: «¿Dónde naceré en mi venidera existencia?». Entonces, el alma bienaventurada condujo a la señora más lejos todavía, y mostrándole una colina resplandeciente de oro y azul, le dijo: «He ahí vuestra morada futura. Seréis del primer coro de bienaventurados».

Al despertar de aquel sueño, mandó la señora inquirir noticias de Yang-Kie y Mahu. El primero había ya muerto. El otro gozaba aún de perfecta salud. Y así supo la señora que el alma del que adelanta en santidad sin retroceder en el camino, puede morar en el País de la Iluminación, aunque su cuerpo resida todavía en este transitorio mundo (NOTA: Schott: *Ensayos sobre el budismo en China y en el Asia superior*. FINAL NOTA).

En la misma obra traduce Schott otra leyenda china de índole análoga, que dice así:

Un hombre mató durante su vida a muchos seres vivientes, hasta que por fin murió de un ataque apoplético. Los sufrimientos que aguardaban a esta alma pecadora conmovieron mi corazón. Fui a verle y le exhorté a que invocase a Amita, pero no quiso en modo alguno. La perversidad le cegaba el entendimiento, pues las malas acciones le habían empedernido el corazón. ¿Qué porvenir esperaba a este hombre después de la muerte? Todos sabemos que en esta vida tras el día viene la noche y el invierno sigue al verano; pero, ¡oh ciega obstinación!, nadie repara en que después de la vida viene la muerte.

Estos dos modelos de la literatura china bastan para rebatir el cargo que de irreligiosidad y materialismo suele hacerse contra dicha nación. La primera leyenda rebosa encanto espiritual, y bien podría hallar lugar propio en cualquier devocionario cristiano. La segunda es digna de todo elogio, y sólo fuera necesario poner Jesús en vez de Amita, para darle carácter ortodoxo con respecto al sentimiento religioso y al código de la filosofía moral.

La leyenda siguiente es todavía más interesante, y la copiamos en beneficio de los cristianos restauradores:

Hoang-ta-tie era un herrero que vivía en T'anchen en la época del Sung. En el trabajo acostumbraba a invocar incesantemente el nombre de Amita Buda. Un día repartió entre sus vecinos para que los divulgasen, unos versos que decían:

¡Ding, dong! Vigorosos y rápidos martillazos caen sobre el hierro, que al fin se convierte en duro acero. Pronto amanecerá el largísimo día del reposo. La mansión de la bienaventuranza eterna me llama a sí.

El herrero murió en aquel punto, pero sus versos se divulgaron por todo el Honan, y muchos aprendieron a invocar el nombre de Buda.

Es del todo ridículo negar a los chinos y demás pueblos asiáticos el conocimiento y percepción de las cosas espirituales. De uno a otro confín abundan en aquellos países los místicos, los filósofos religiosos, los santos budistas y los magos. Es universal allí la creencia en un mundo espiritual poblado de seres invisibles, que en ciertas ocasiones se manifiestan objetivamente a los mortales. A este propósito dice I.J. Schmidt:

Crean los pueblos del Asia Central que las entrañas de la tierra, así como su atmósfera, están pobladas de seres espirituales que influyen, en parte benéfica, en parte maléfica, sobre la naturaleza orgánica e inorgánica. Crean también que los malignos espíritus prefieren por morada o punto de reunión los desiertos y comarcas despobladas, donde son terriblemente intensas las influencias de la Naturaleza. De aquí, que desde la más remota antigüedad se hayan considerado las estepas de Turán, y más particularmente el desierto de Gobi, como morada de seres maléficos.

En el relato de sus viajes alude repetidamente Marco Polo a los falaces espíritus de los desiertos. Durante muchos años, y más todavía en estos últimos, se tuvieron por fantásticas las narraciones del famoso explorador acerca de los prodigios que afirmó haber visto operar varias veces a los súbditos del khan Kublai y a los adeptos de otros países. En sus últimos momentos le pidieron con ahínco sus familiares a Marco Polo que se retractara de las supuestas falsedades, pero él juró solemnemente que, no sólo era verdad cuanto había dicho, sino que «únicamente refirió la mitad de lo que viera» (NOTA: Las ediciones Marsden y Yule de los *Viajes de Marco Polo* han desvanecido toda duda acerca de los relatos del famoso explorador, cuya veracidad y dotes de observación ha puesto de relieve el coronel Yule al aportar numerosos testimonios que corroboran los fenómenos referidos por el insigne viajero, y los explican de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. El coronel Yule defiende victoriosamente a Marco Polo de la imputación de falsario, y después de enumerar varios puntos del relato tenidos hasta ahora por dudosos, inverosímiles o falsos, acaba diciendo: «En los dos últimos años, han dado las investigaciones suficiente luz para esclarecer las sombras que envolvían los aun al parecer más extravagantes puntos del relato de Marco Polo. El profesor Owen posee en su gabinete los huesos de un *roc* de Nueva Zelanda». Conviene advertir que Webster llama *roc* a la monstruosa ave de *las Mil y una noches*, cuya existencia real se ha comprobado. Falta ahora *descubrir* que la mágica lámpara de Aladino tiene también algún derecho a la verosimilitud. FINAL NOTA).

Dice Marco Polo al describir su paso por el desierto de Lop:

Cuando los viajeros caminan durante la noche, oyen las voces de los espíritus que algunas veces les llaman por su propio nombre. También de día se oyen las voces de estos espíritus, y en ocasiones el son de instrumentos músicos y más frecuentemente el de tambores.

El traductor de la obra aduce, en apoyo de este relato, el siguiente pasaje del historiador chino Matwanlin:

Al atravesar este desierto se oyen unas veces cantos y otras gemidos. Con frecuencia se han extraviado o del todo perdido los viajeros que por curiosidad quisieron saber de dónde salían las voces, que de cierto eran de espíritus y duendes.

Añade Yule por su parte, que estos duendes no son privativos del desierto de Gobi, y aunque parece que aquel es un lugar preferido, *se congregan en otros desiertos al amparo del pavor que infunden las vastas soledades*.

Sin embargo, si aceptáramos con Yule que las misteriosas voces del desierto de Gobi tienen por causa el *pavor* que infunde el vasto desierto, ¿por qué han de ser de mejor condición los duendes del país de los gadarenos (NOTA: «Y navegaron al país de los gadarenos... y luego que Jesús saltó en tierra fue a él un hombre que tenía demonio hacia

largo tiempo... y luego que vió a Jesús, se postró delante de él exclamando: ¿Qué tienes que ver conmigo? Ruégote que no me atormentes... Porque mucho tiempo había que el espíritu inmundo arrebatara a aquel hombre, y acosado de él *huía a los desiertos*».- (*El Traductor*: glosada del *Evangelio de San Lucas*, VIII, vers. 26, 27, 28, 29). FINAL NOTA), y por qué no sería alucinación de Jesús el demonio que le tentó durante los cuarenta días de prueba en el desierto? Además, sea o no cierta la hipótesis de Yule, conviene aquí referirla por su imparcial aplicación a todos los casos. Plinio habla de fantasmas que aparecen y desaparecen en los desiertos de África (NOTA: Plinio, VII, 2. FINAL NOTA); Ético, cosmógrafo cristiano de los primeros tiempos, menciona, aunque sin darles crédito, los relatos acerca de los cantos y algazara que se oían en el desierto; Mas'udi alude a los espectros que en altas horas de la noche se aparecen a los viajeros que cruzan el desierto, y refiere que en cierta ocasión Apolonio de Tyana y sus compañeros vieron a la luz de la luna, en un desierto cercano al río Indo, un espectro (*empusa* o *ghúl*) que tomaba infinidad de formas y se desvaneció entre agudos chillidos en cuanto le increparon (NOTA: Filostrato, II, cap. IV. FINAL NOTA); y por último, Ibn Batuta relata parecidos casos respecto al Sahara occidental, diciendo que «si el viajero va solo, los demonios juegan con él y le fascinan para que se extravíe y perezca (NOTA: Filostrato, IV, 382. FINAL NOTA).

Ahora bien: si estos fenómenos admiten «explicación racional», como así nos parece en la mayoría de los casos, también han de entrar en la misma regla los demonios tentadores del desierto, según la Biblia, que serían asimismo efecto de *supersticiosos temores*, y por lo tanto, hubiéramos de disputar por falsos los relatos bíblicos, con lo que, habiendo falsedad siquiera en un solo versículo, pierden los demás el derecho a que se les considere de *revelación divina*. Y una vez admitido esto, los libros canónicos caen bajo el dominio de la crítica tan cumplidamente como cualquier colección de fábulas (NOTA: Algunos críticos timoratos niegan el derecho de juzgar la Biblia según las normas de deducción lógica, como cualquier otro libro. Ejemplo de ello es el articulista que al impugnar violentamente la *Cronología* del barón de Bunsen por no concordar con la bíblica, exclama: «Cumpliendo lo que nos proponíamos, hemos procurado rebatir con sus propias armas los argumentos de Bunsen contra la inspiración de la Biblia. Un libro inspirado, ni como expresión de sus enseñanzas ni como relato cronológico puede aportar testimonio alguno a falsas aseveraciones, sean de carácter dogmático o histórico. Porque si no es veraz en cuanto a la enseñanza, ¿cómo podrá serlo en cuanto a la historia?», *Diario de Literatura Sagrada y Anales Bíblicos*, 70. FINAL NOTA).

Hay en el globo muchos parajes donde ocurren fenómenos acústicos que, según se ha comprobado últimamente, son efecto de causas naturales. En varios puntos de la costa meridional de California, cuando se mueve la arena produce un ruido semejante al de campanas, que llaman allí *arena musical* y cuya causa se atribuye a la electricidad.

Sobre el particular, dice el coronel Yule:

Otra clase de fenómenos es el son de instrumentos músicos, principalmente de tambores, que se producen al agitar los montículos de arena... El monje Odoric relata un fenómeno de esta clase que atribuye a causas *sobrenaturales*, y he podido experimentar en el *Reg Ruwán* o arenas movedizas de Kabul. Además de este notable caso, observé igualmente el no menos famoso de la «Cuesta de la Camparí» (*Jibal Nakics*) (NOTA: *Gibalui-Thabúl* o «Cuesta de los tambores», como también se llama. FINAL NOTA) en el desierto del Sinaí... Una narración china del siglo X menciona este fenómeno y lo da por generalmente conocido con el nombre de «arenas cantoras» en las cercanías de Kwachau, en el límite oriental del desierto de Lop (NOTA: *Viajes de Marco Polo*, I, 206. Véase también Remusat: *Historia del Kkotan*, 74. FINAL NOTA).

No cabe duda de que estos fenómenos proceden de causas naturales; pero ¿qué decir de las preguntas y respuestas clara y distintamente dadas y recibidas?, ¿qué de las conversaciones de algunos viajeros con los *invisibles* espíritus o desconocidas entidades que suelen manifestarse objetivamente a toda una caravana? Si tantos millones de personas creen en la posibilidad de que los espíritus se materialicen tras la cortina de un médium y aparezcan en el *círculo*, no ha de negarse igual posibilidad en los espíritus elementales del desierto. Aquí del *ser o no ser* de Hamlet. Si los espíritus son capaces de llevar a cabo cuanto alegan los espiritistas, ¿por qué no han de poder aparecerse a los viajeros en las soledades del desierto? (NOTA: En un reciente artículo científico publicado en un periódico ruso, se atribuyen al *eco* las «voces de espíritus» que se oyen en el desierto de Gobi. Fuera satisfactoria esta explicación si las voces reprodujeran las de personas humanas. Pero desde el momento en que el «supersticioso» viajero recibe respuestas inteligentemente adecuadas a sus preguntas, el *eco* de Gobi denota cierta afinidad con el famoso del teatro parisiense de la Puerta de San Martín. «¿Cómo está usted, caballero?» exclama un actor desde el escenario. Y le responde el *eco* cortésmente: «Muy mal, hijo mío; gracias. Me voy haciendo viejo... muy viejo». FINAL NOTA):

¡Qué de increíbles burlas debieron provocar durante siglos las tildadas de absurdas y supersticiosas narraciones de Marco Polo acerca de las facultades «sobrenaturales» de los *abraiamanes*! (NOTA: Así llama Marco Polo a los encantadores, hechiceros e ilusionistas de la India. FINAL NOTA).

Al describir la pesca de perlas en Ceilán, según se efectuaba en su época, dice el famoso viajero:

Los mercaderes están obligados a pagar la vigésima parte de la pesca a los hombres que *encantan* a los peces grandes con objeto de que no devoren a los buzos. Estos encantadores de peces se llaman *abraiamanes* (NOTA: Podría ser este nombre una variante del de *brahmanes*. FINAL NOTA), cuya influencia sólo duraba mientras la pesca, pues por la noche rompían el hechizo y los peces recobraban su actividad. Estos *abraiamanes* saben también encantar cuadrúpedos, aves y todo ser viviente.

En las notas aclaratorias sobre esta llamada «degradante superstición» asiática, dice el coronel Yule:

El relato de Marco Polo en lo referente a las pesquerías de Ceilán, es exacto en el fondo... En las minas de diamantes del país de los circares, están los *brahmanes* encargados de mantener propicios a los genios tutelares. En lengua tamil, los encantadores de tiburones se llaman *kadal-katti* (atadores de mar), y en lengua indostánica *hai-banda* (atadores de tiburones). En Aripo estos encantadores son todos de una misma familia, en cuyos individuos se vinculan las facultades hechiceras. El jefe de los encantadores está, o por lo menos no hace muchos años estaba retribuido por el gobierno inglés, y recibía además diez madreporas diarias por cada embarcación que tomaba parte en la pesca. Al visitar Tennent aquellos lugares echó de ver que el jefe de los encantadores era católico de religión, sin que esta circunstancia afectase al ejercicio y validez de sus funciones. Es digno de notar que, desde la ocupación británica, *no haya ocurrido más que un solo accidente debido a los tiburones* (NOTA: *Viajes de Marco Polo*, II, 321. FINAL NOTA).

Conviene considerar dos puntos del pasaje anterior: 1º Que las autoridades británicas retribuyen a los encantadores de tiburones por el ejercicio de su profesión; 2º Que desde el establecimiento oficial del régimen británico sólo haya habido que deplorar una víctima devorada por los tiburones (NOTA: Falta saber si el accidente ocurrió mientras actuaba el *hechicero católico*. FINAL NOTA).

Podrá objetar alguien que el gobierno inglés se aviene a retribuir al hechicero por no romper con una «degradante superstición» arraigadísima en el país; pero aunque así fuera, ¿también están los tiburones subvencionados por el gobierno con el fondo de gastos secretos? Cuantoshan estado en Ceilán saben que en la costa perlera abundan los tiburones hasta el punto de ser muy peligroso bañarse en aquel paraje, y mucho más todavía bucear en sus aguas.

A mayor abundamiento podríamos nombrar a varios oficiales de graduación del ejército inglés de la India, que después de valerse de la influencia de los magos y hechiceros indígenas para encontrar objetos perdidos y resolver asuntos de índole escabrosa, se contentaron con manifestar *en secreto* su agradecimiento, y para colmo de villanía despotricaron a más y mejor en los areópagos mundanos contra las «supersticiones» indas, negando públicamente la verdad de la magia.

No hace muchos años tenían los científicos por *superstición* de la peor especie la creencia de que la imagen del asesino quedaba grabada en los ojos del asesinado, por lo que era posible descubrir al criminal previo atento examen de las retinas de la víctima, sobre todo si se sometía el cadáver a ciertas fumigaciones y fórmulas de hechicería. Pero he aquí que contra los prejuicios científicos, dice un periódico americano:

Desde hace algunos años llama la atención una hipótesis según la cual se materializa el postrer esfuerzo de la visión, de modo que la imagen del objeto queda grabada en el ojo después de la muerte. Así lo han comprobado las experiencias llevadas a cabo ante el profesor Bunsen y el doctor Gamgee, de la Real Sociedad de Birmingham. Sirvió de sujeto de experimentación un conejo colocado junto al agujero de una cerradura, de modo que forzosamente hubiera de fijar la vista en ella. Muerto al punto el conejo, quedó grabada en sus ojos la imagen de la cerradura (NOTA: 26 de Marzo de 1877.– (El texto original cita la fecha, pero no el nombre del periódico.– *El Traductor.*). FINAL NOTA).

Si del país de la ignorancia, la idolatría y la superstición, como algunos misioneros llaman a la India, nos trasladamos a París, el presuntuoso foco de la civilización, encontraremos la magia disimulada en forma de espiritismo oculto, según demuestra la siguiente carta del honorable John L. O'Sullivan, ex ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Lisboa, quien relata los curiosos incidentes de una sesión entremágica a que asistió no ha mucho tiempo en París con otras conspicuas personas. Dice así:

Nueva York, 7 de Febrero de 1877.

Con muchísimo gusto defiero a su deseo de poseer un informe escrito acerca de lo que, según ya expuse a usted de palabra, presencié en París el verano pasado en casa de un médico muy respetable cuyo nombre no debo revelar, pero a quien llamaré el doctor X.

Me presentó en la casa mi amigo el señor Gledstanes, un inglés muy conocido en los círculos espiritistas de Londres. Había en aquella ocasión unas diez o doce visitas más entre señoras y caballeros, acomodados todos en butacas que ocupaban la mitad del salón, cuya capacidad a agrandaba un espacioso jardín contiguo. En la otra parte del salón había un magnífico piano de cola, y entre éste y los circunstantes un par de butacas en espera de ocupante. Cerca de ambos sitios se abría la puerta de comunicación con los aposentos interiores.

Entró en el salón el doctor X y con fácil palabra nos estuvo hablando veinte minutos. Según colegí de lo que dijo, el doctor se había dedicado durante veinticinco años a la investigación ocultista, sobre que tiempo ha pensaba escribir un libro, y se disponía a provocar algunos fenómenos con el principal intento de que los presenciaran sus colegas científicos, aunque pocos o ninguno concurrían.

Acabado el discurso entraron en el salón dos señoras. La de menos edad era su esposa, y la otra (a quien llamaré señora Y) una médium en quien el doctor X había experimentado durante sus veinte años de estudios, gracias a la abnegación y espíritu de sacrificio con que ella se puso a su servicio para el caso.

Ambas señoras tenían los ojos cerrados como si estuvieran en trance. Colocólas el doctor X de pie a uno y otro lado del piano, cuya tapa estaba caída, y apenas puso él encima las manos de ellas, cuando resonaron en batalladora confusión las notas de marchas, galopes, tambores, cometas, descargas de fusilería y artillería, gritos y gemidos. Esto duró de cinco a diez minutos.

Se me olvidaba decir que por indicación del señor Gledstanes, ya conocedor de estos fenómenos, había yo escrito con lápiz en un papel sin que nadie lo supiera tres nombres: de un *músico* difunto, de una *flor* y de una *torta*. Escogí por músico a *Beethoven*, por flor la *margarita* y por torta la que los franceses llaman *plombières*. Anotados los tres nombres en el papel sin que nadie, ni aun mi amigo, supiese cuáles eran, hice con el papel una pelotilla que guardé en la mano. Terminada la tocata, el doctor X hizo sentar a la médium en una de las butacas desocupadas, mientras que su esposa se acomodaba en el otro extremo del salón. Me dijo entonces el doctor que entregase el arrugado papel a la médium, quien lo tomó, dejándolo sin abrir sobre la falda del vestido de merino blanco, cuyos amplios pliegues reverberaban a la luz de los candelabros. A poco, echó el papel al suelo, de donde yo lo recogí. El doctor mandó a la médium que se levantase para «evocar al muerto». Levantada que estuvo, apartó el doctor las dos butacas y puso en la mano de la señora Y una varilla de acero, cosa de metro y medio de larga, rematada por un extremo en una *tau* egipcia. Con esta varilla trazó la médium en torno suyo un círculo de unos dos metros de diámetro por el extremo de la cruz, y en seguida se la devolvió al doctor. Quedóse la médium todavía algún rato de pie, con las manos colgantemente cruzadas sobre el inmóvil cuerpo y la vista dirigida en alto hacia uno de los ángulos fronterizos del salón. Después empezó a mover los labios con leve murmullo al principio, y luego en frases brevemente entrecortadas a manera de letanía, pues reiteraba a intervalos algunas palabras con inflexión de nombres. Me sonaba aquello a lengua oriental. El rostro de la médium aparecía vivamente agitado, y de cuando en cuando ceñudo. De quince a veinte minutos duró esta misteriosa escena que todos los circunstantes presenciábamos con religioso silencio. De pronto, sus palabras fueron más vehementes y rápidas, hasta que extendiendo un brazo en dirección al punto donde tenía fija la vista, exclamó con voz que más bien semejaba alarido que grito: ¡BEETHOVEN!; y cayó postrada en el suelo.

Acudió presuroso el doctor X en socorro de la señora Y, dándole enérgicos pases después de acomodarle la cabeza sobre almohadones. Así quedó como si estuviera enferma, gimiendo y ladeándose de postura a cada punto, de suerte que parecía pasar por todas las fases de una dolencia de muerte; y así era en efecto, pues según después supe, reproducía la médium exactamente todas las incidencias de la muerte de Beethoven. Prolijo fuera describir los pormenores de esta escena, y así diré únicamente que cesó el pulso y fue enfriándosele gradualmente el cuerpo de extremidades a vísceras, e hinchándosele horriblemente pies y piernas.

El doctor nos invitó a todos a ver de cerca el fenómeno. Empezaron los estertores de la agonía en intervalos cada vez más largos y desmayados, hasta que en los últimos momentos inclinó la cabeza y dejó caer las manos con que arrugaba los pliegues del vestido. El doctor nos dijo que «estaba muerta», y en efecto lo parecía. Rápidamente sacó no sé de dónde dos áspides, que muy de prisa puso uno en el cuello y otro en el seno de la médium, a la que dió después enérgicos pases. Al cabo de un rato fue la médium recobrando gradualmente el sentido, y entonces el doctor y sus criados la trasladaron al gabinete, de donde no tardó en regresar aquél diciéndonos que el momento era verdaderamente crítico y que la menor tardanza daría lugar a que la muerte aparente se convirtiese en real.

No hay para qué decir el efecto que la descrita escena causó en los circunstantes ni necesito advertir que no fue artificio de prestidigitador contratado para ilusionar al público, pues la reunión era privada sin que nadie hubiera podido entrar en la casa a espaldas del dueño, aparte de que infinidad de pormenores de lenguaje, modales, actitud y expresión denotaban, con entera independencia del fenómeno en sí, aquella formalidad y buena fe que llevan el convencimiento al ánimo de los circunstantes con suficiente firmeza para transmitirlo de palabra o por escrito a otras personas.

Al poco rato entró de nuevo en el salón la señora Y, y sentada que estuvo en una de las butacas, me invitó el doctor a que ocupara la contigua. Guardaba yo todavía en mi mano el arrugado papel en que secretamente escribiera las tres palabras aludidas, de las cuales era «Beethoven» la primera. Permaneció la médium unos minutos con las manos apoyadas en la falda hasta que empezó a moverlas agitadamente, al punto que sus facciones se contraían con dolorosa expresión y exclamaba: «Me abraso, me abraso». A los pocos momentos levantó la mano mostrando una lozana y fresca *margarita*, esto es, la flor cuyo nombre había yo escrito en el papel. Me la dió, y la enseñé a los circunstantes antes de guardármela. Dijo el doctor que aquella margarita era de una variedad desconocida en París, pero se equivocaba en ello, porque días después vi la misma variedad en el mercado de flores de la Magdalena. No sé si la médium materializó la flor en sus manos o si fue un fenómeno de aporte como los de las sesiones espiritistas; pero forzosamente había de ser una de dos, porque la señora Y no tenía la flor cuando a plena luz del salón se sentó a mi lado.

La tercera palabra escrita en el papel era, según queda dicho, la de una torta de repostería llamada *plombières*. La médium hizo ademán de comer, aunque no había manjar alguno a la vista, y me preguntó si quería acompañarla a Plombières (NOTA: Población francesa, célebre en la historia por las conferencias entre Cavour y Napoleón III sobre la unidad italiana. De esta población tomaron su nombre las tortas.— *El Traductor*). FINAL NOTA). Esto pudo ser muy bien un caso de lectura del pensamiento.

Después de esto nos dijo el doctor que su señora estaba en aquel momento poseída del espíritu de Beethoven, y a ella se dirigió y él como si en efecto hablara con el insigne compositor. La señora X no oyó lo que su marido le decía hasta que éste hubo levantado la voz, y este pormenor daba verosimilitud a la escena, pues ya sabemos que Beethoven era muy sordo. Entonces la médium respondióle con exquisita cortesía, y después de un rato de conversación, instó el doctor a su mujer a que tocara el piano y aunque, según supe después, era en estado de vigilia menos que mediana pianista, interpretó magistralmente algunas obras de Beethoven e improvisó otras piezas de estilo inconfundiblemente beethoveniano.

Al cabo de media hora pasada en música y conversación con el espíritu de Beethoven infundido en el cuerpo de la señora X, cuyo rostro tomó notable parecido con el del famoso maestro, su marido el doctor le puso en las manos papel y lápiz, rogándole que dibujara las facciones de la entidad espectral a quien ante sí veía. La médium bosquejó rápidamente de perfil una cabeza parecida a los bustos de Beethoven, aunque más joven, y trazó debajo a manera de firma el nombre del compositor, sin que me sea posible decir hasta qué punto se parece al autógrafo. De todos modos, conservo este dibujo.

Ya muy tarde empezaron a despedirse los concurrentes, y como no era oportuno interrogar al doctor acerca de cuanto acababa de presenciar, fui a verle pocos días después en compañía del señor Gledstones, y me dijo que admitía la actuación de los espíritus, pero que era algo más que espiritista, pues había estudiado a fondo durante mucho tiempo los misterios de Oriente. Sin embargo, me pareció que el doctor eludía hablar de este punto, pues declaróme que aquel misino año iba a publicar un libro sobre la materia. Eché de ver encima de la mesa unas cuantas hojas sueltas con caracteres orientales, que yo no conocía, trazados por la señora X en estado de trance, según me dijo su marido, añadiendo que en tales casos se convertía en *una sacerdotisa egipcia*, o sea, a mi entender, que quedaba poseída del espíritu de la sacerdotisa. Ocurría esto porque un erudito amigo del doctor le había

regalado unas cuantas vendas de lino de la momia de una sacerdotisa, adquiridas en Egipto, y el contacto de esta tela, avalorada por tres mil años de antigüedad y por la abnegación con que estudiaba las relaciones ocultas, fue causa eficiente de las facultades de ambas médiums.

A la señora Y le oí hablar el sagrado idioma de los templos, no tanto por inspiración como por los repetidos ejercicios con que solemos aprender un idioma extranjero, hasta el punto de que la reprendían y aun castigaban cuando se mostraba desaplicada o perezosa. Me dijo el doctor que entre quienes la habían oído hablar en el sagrado idioma se contaba Jacolliot, cuya opinión fue de que, en efecto, pronunciaba palabras con la fonética propia del antiquísimo lenguaje sagrado que en los templos de la India se conserva desde época anterior, si mal no recuerdo, a la del sánscrito.

Respecto a los áspides o culebras de que el doctor se había valido para reanimar a la señora Y, o mejor dicho, tal vez para impedir que de veras muriese, me dijo que había en ello un profundo misterio relacionado con los fenómenos de vida y muerte; pero comprendí que los reptiles eran indispensables en la operación, aunque nada dejó traslucir el doctor sobre el particular, sino que por el contrario rechazaba enojado toda insinuación y me exigió profunda reserva de aquel pormenor. Únicamente podía explicar algo de los fenómenos durante la sesión, en lo cual hermanaba la elocuencia con la cultura, siendo inútil que fuera de este caso apuntáramos la conversación, pues nos remitía al libro cuando se publicara.

Me proponía concurrir alguna que otra tarde a estas sesiones, pero supe por mi amigo Gledstanes que el doctor X las había suspendido en vista del poco interés, de médicos y científicos por aquellos fenómenos.

Aparte de otros pormenores de escaso interés, esto es cuanto recuerdo de la extraña y misteriosa velada. Le he comunicado a usted confidencialmente el nombre y dirección del doctor X porque creo que también va por los mismos caminos de estudio que la Sociedad Teosófica; pero no estoy autorizado para publicarlos.

De usted, respetuoso amigo y obediente servidor,

J. L. O'Sullivan.

En este interesante caso traspone el simple espiritismo los límites de su rutina e invade el terreno de la magia. Se advierten los rasgos característicos de la mediumnidad, en que la señora Y cae en trance y actúa distintamente de su estado normal, subordinando la suya a una voluntad ajena para personificar el espíritu de Beethoven y de la sacerdotisa egipcia. En cambio, son fenómenos mágicos la influencia del doctor X en la médium, la forma de la varilla con que traza el místico círculo, la evocación del espíritu, la materialización de la flor y de los áspides y el aprendizaje idiomático de la señora Y. Esta clase de fenómenos son de interés y valía para la ciencia, pero expuestos al abuso cuando caen en manos de experimentadores menos escrupulosos que el conspicuo doctor X. Un verdadero cabalista oriental no aconsejaría la repetición de estos fenómenos.

Mundos desconocidos gravitan bajo nuestros pies y otros mundos más desconocidos todavía planean sobre nuestras cabezas. Entre unos y otros, un puñado de topos, ciegos a la brillante luz de Dios y sordos a los rumores del mundo invisible, presumen de guías de la humanidad. ¿Hacia dónde la guían? «Hacia adelante», responden ellos; pero nosotros tenemos motivos para dudarlos. El más eminente fisiólogo europeo quedaría frente a un analfabeto fakir indo, tan atontado como un escolar que no supiese la lección. Ni los vivisectores experimentos en pobres animales ni la hoja del escalpelo podrán demostrar jamás la existencia del alma. A este propósito pregunta Sergeant Cox, presidente de la Sociedad Psicológica de Londres:

¿Quién será tan mentecato que, sin saber nada de magnetismo ni de fisiología, ni haber presenciado jamás un fenómeno ni estudiado sus principios, niegue los hechos e impugne su teoría?

Podríamos responder cumplidamente a la pregunta diciendo que las dos terceras partes de los científicos modernos. Y si alguien calificara de impertinente la respuesta, creído de que en la verdad cabe impertinencia, le replicaríamos advirtiéndole que así respondió uno de los pocos científicos con suficiente valor y sinceridad para declarar las verdades por amargas que sean, quien añadió muy atinadamente:

El químico aprende electrotecnia del electricista; el fisiólogo aprende geología de los geólogos, y cada cual consideraría impertinencia de los demás que dogmatizaran en cuestiones de la especialidad ajena. Pero es tan extraño como cierto que no se tiene en cuenta tan razonable regla cuando se trata de psicología. *Los médicos se consideran competentes para juzgar sentenciosamente sobre psicología y sus derivados, sin haber presenciado ningún fenómeno psíquico ni conocer los principios de su experimentación* (NOTA: De un artículo de *El Espiritista*, de Londres, fecha 10 de Noviembre de 1876. Esperamos fundadamente que los eminentes fisiólogos Mendeleeff, de San Petersburgo y Ray Lankester, de Londres, soportarán esta invectiva tan sufridamente como sus víctimas las tajaduras del escalpelo vivisector. FINAL NOTA).

La universalidad de una creencia debe de basarse forzosamente en una abrumadora acumulación de hechos que la robustezcan de generación en generación. La más arraigada creencia universal es la magia o psicología oculta. Los que en nuestro tiempo se percatan de las formidables virtudes mágicas, aunque en los países cultos sean débiles sus efectos, ¿se atreverán a desmentir a Porfirio y Proclo que afirman la posibilidad de animar durante algunos momentos las estatuas de los dioses? No serán capaces de negarlo quienes bajo su firma aseguran haber visto moverse mesas y sillas y escribir lápices sin que nadie los toque. Cuenta Diógenes Laercio que el Areópago ateniense desterró al filósofo Estilpo por haberse atrevido a decir en público que la imagen de Minerva esculpida por Fidias no era más que un trozo de mármol; pero nuestro siglo, no obstante remedar a los antiguos en todo (NOTA: El prurito de imitación llega al punto de conservar inalterados muchos nombres de instituciones políticas, como *senado, prefecto, cónsul*, etc. El mismo Napoleón I al conquistar las tres cuartas partes de Europa, siguió las reglas de la guerra que enseñaron Alejandro y Julio César.FINAL NOTA), presume aventajarles en conocimientos psicológicos, hasta el extremo de que encerraría en un manicomio a cuantos creen en el fenómeno de las «mesas semovientes».

De todos modos, *la religión de los antiguos será la religión del porvenir*. Dentro de algunos siglos ya no habrá creencias dogmáticas en las religiones culminantes de la humanidad. Induismo y budismo, cristianismo e islamismo desaparecerán sepultados bajo el pujante alud de los *hechos*. «Infundiré mi espíritu en toda carne», dice el profeta Joel. «En verdad os digo que mayores obras que éstas haréis vosotros», prometió Jesús. Mas para ello es preciso que el mundo se reconvierta a la capital religión del pasado, al *conocimiento* de los majestuosos sistemas precedentes de mucho al brahmanismo y aun al monoteísmo de los antiguos caldeos.

Entretanto, hemos de recordar los efectos consiguientes a la revelación de los misterios. Para infundir en la obtusa mente del vulgo la idea de la CAUSA PRIMERA, de la omnipotente VOLUNTAD creadora, los sabios sacerdotes de la antigüedad no disponían de otro medio que el transporte aéreo de cuerpos pesados, la animación divina de la materia inerte, el alma en ella infundida por la potencial voluntad del hombre, imagen microcósmica del gran Arquitecto. ¿Por qué el católico piadoso ha de repugnar, por ejemplo, las prácticas, que llama paganas, de los indios tameses? El milagro de la sangre de San Jenaro, en Nápoles, lo hemos presenciado también en la población inda de Nângercoil. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro prodigio? La coagulada sangre de un santo del catolicismo hierve y humea en la redoma para satisfacción de rapazuelos devotos, y desde su magnífica hornacina lanza la imagen del mártir radiantes sonrisas de

bendición sobre el concurso de fieles cristianos. El sacerdote católico sacude la redoma y se opera el milagro de la sangre. Por otra parte; el sacerdote indio introduce una redoma de arcilla llena de agua en el abierto pecho del dios Suran y después le clava una flecha, a cuyo golpe brota la sangre en que se ha convertido el agua. Y tanto cristianos como indios quedan extasiados a la vista de semejantes prodigios. No hay entre ambos fenómenos la más leve diferencia; ¿y no pudiera ser que el mismo San Jenaro les hubiese enseñado la impostura a los indios?

Dice Hermes:

–Sabe, ¡oh Asclepio!, que así como el Altísimo es el padre de los dioses celestiales, del mismo modo es el hombre el *artífice de los dioses que están en los templos* y se complacen en la compañía de las gentes. Fiel a su origen y naturaleza, la humanidad persevera en esta imitación de los poderes divinos. Si el Padre creador hizo a su propia imagen los *dioses inmortales*, el hombre hace a los dioses a su propia imagen.

–¿Y hablas tú de las imágenes de los dioses?, ¡oh Trismegisto!

–Ciertamente que sí, Asclepio; y por mucha que sea tu desconfianza, ¿no adviertes que estas imágenes están dotadas de *razón*, animadas por un alma, y que pueden obrar los mayores prodigios? ¿Cómo negaríamos la evidencia, cuando estos dioses tienen don profético y vaticinan lo futuro, siempre que a ello les mueven las fórmulas mágicas de los sacerdotes?... Maravilla de maravillas es que el hombre haya inventado dioses... Verdaderamente, la fe de nuestros antepasados anduvo extraviada, y en su orgullo no supieron descubrir la real naturaleza de estos dioses..., sino que los identificaron consigo mismos. Impotentes para crear almas y espíritus, evocan los de ángeles y demonios para animar las imágenes sagradas de modo que presidan los Misterios, y comunican a los ídolos su propia facultad *de obrar bien o mal*.

Pero no únicamente los antiguos creyeron que las imágenes de los dioses manifiestan a veces inteligencia y se mueven de su lugar. En pleno siglo XIX nos informa la prensa periódica de los brincos que da la imagen de Nuestra Señora de Lourdes al escaparse de cuando en cuando á los bosques contiguos al templo, de suerte que más de una vez se ha visto el sacristán precisado a correr tras la fugitiva para restituirla a su altar. Además, se refieren multitud de «milagros», curas repentinas, profecías, cartas llovidas del cielo y otros muchos por el estilo. Millones de católicos, no pocos de las clases cultas, creen implícitamente en estos «milagros»; y por lo tanto, no hay razón para repugnar el testimonio que de fenómenos de la misma índole dan historiadores tan fidedignos como Tito Livio en el pasaje siguiente:

Después de la toma de Veii le pregunta un soldado romano a la diosa Juno: «¡Oh Juno! ¿Tendrás a bien salir de los muros de Veii y trocar esta morada por la de Roma?». La imagen mueve la cabeza en señal de asentimiento y responde: «Sí quiero». Además, al trasladarla a Roma pareció como si instantáneamente *perdiera su mucho peso* y siguiese a los portantes (NOTA: Tito Livio, V, dec. I; Valerio Máximo, I, cap. VII. FINAL NOTA).

Con ingenua fe rayana en lo sublime se atreve Des Mousseaux a peligrosas comparaciones en numerosos ejemplos de *milagros*, así cristianos como «paganos». Da una relación de imágenes de la Virgen y de santos que perdieron el peso y se movieron como pudiera hacerlo una persona viva, y aduce en pro de ello irrecusables pruebas entresacadas de los autores clásicos que describen tales *milagros* (NOTA: Véanse: *Fenómenos de Magia superior; La Magia en el siglo XIX, Dios y los dioses, etc.* FINAL NOTA). Este autor lo pospone todo al capital pensamiento de demostrar la realidad de la magia, y que el cristianismo la rindió por completo, aunque no porque los milagros de los taumaturgos cristianos sean más numerosos, sorprendentes y significativos que los de los paganos. En

lo referente a hechos y pruebas no cabe dudar de la fidelidad de Des Mousseaux como historiador; pero no ocurre lo mismo por lo que toca a comentarios y argumentos, pues, según él, unos milagros son obra de Dios y otros del diablo, de modo que Dios y Satán se encuentran frente a frente en porfiada lucha. Por lo demás, no expone ningún argumento valioso para demostrar la diferencia esencial entre ambas clases de prodigios.

¿Queremos saber la razón de que Des Mousseaux vea en unos milagros la mano de Dios y en otros los cuernos y pezuñas del diablo? He aquí la respuesta:

La santa Iglesia católica, apostólica, romana declara que los milagros obrados por sus fieles hijos son efecto de la voluntad de Dios, y que todos los demás lo son de espíritus infernales.

Pero ¿en qué se funda esta declaración? A la vista tenemos un largísimo catálogo de santos doctores que durante toda su vida lucharon contra el demonio, y a cuya palabra da la misma Iglesia tanta autoridad como a la de Dios. Dice a este propósito San Cipriano:

Vuestros ídolos e imágenes sagradas son habitación de *demonios*. Sí; estos espíritus inspiran a vuestros sacerdotes, animan las entrañas de vuestras víctimas, gobiernan el vuelo de las aves, y entremezclando continuamente lo verdadero con lo falso, dan oráculos y obran prodigios con intento de arrastraros invenciblemente a su adoración (NOTA: *De Idol. vanii., lib. I, pág. 452. FINAL NOTA*).

El fanatismo en religión, ciencia o cualquiera otra modalidad, degenera en manía y no puede por menos de obcecar los sentidos. Siempre será inútil discutir con un fanático. Al llegar a este punto, hemos de admirar una vez más el profundo conocimiento que demuestra Sergeant Cox en el siguiente pasaje del discurso a que antes aludimos:

No hay error más fatal que creer en el prevalecimiento de la verdad por sí misma o de que basta evidenciarla para recibirla. Muy pocas mentes anhelan la verdad real, y muchas menos todavía son capaces de discernirla. Cuando los hombres dicen que indagan la verdad, no hacen más que buscar una prueba evidente de tal o cual preocupación o prejuicio. Sus creencias se amoldan a sus deseos. Ven cuanto les parece estar de acuerdo con sus anhelos; pero son tan ciegos como topos respecto de lo que se oponga a su modo de pensar. Los científicos no están libres de este defecto.

Sabemos que desde remotísimas épocas la temible y pavorosa ciencia llamada *theopæa* enseñó a infundir temporánea vida inteligente en las imágenes de los dioses, cuya inerte materia vivificaba la poderosa voluntad del hierofante. El fuego robado del cielo por Prometeo cayó en la tierra durante la lucha para abarcar las regiones inferiores del firmamento y condensarse en las oleadas del éter cósmico. Era el potencial *akâsha* de los ritos induistas. Al respirar aire puro, se esponja en este fuego celeste todo nuestro organismo, que de él está saturado desde el instante de nuestro nacimiento, aunque sólo cabe actualizarlo por influjo de la VOLUNTAD y del ESPÍRITU.

Por espontáneo impulso, este fuego o principio vital obedece ciegamente las leyes de la Naturaleza, y según las circunstancias, engendra salud y exuberancia de vida o determina la muerte y disgregación. Pero cuando está dirigido por la voluntad del adepto, la obedece para restablecer el equilibrio del organismo, y sus corrientes llenan el espacio y operan los milagros psíquico-físicos perfectamente conocidos de los hipnotizadores. Infundido el principio akásico en la materia inorgánica, le da apariencias de vida, y por lo tanto de movimiento; pero como le falta inteligencia personal, el operador puede transmitirle su propio cuerpo astral (*scin-lecca*) o bien prevalerse de su influencia en los espíritus de la Naturaleza para que uno de ellos se infunda en la imagen de mármol, madera o metal. También puede valerse de espíritus elementarios por la identificación que entre estas entidades y las elementales establece la afinidad psíquica; pero estos seres (NOTA: *Después de la muerte física, los hombres de quienes la individualidad abandonó a la personalidad,*

se convierten en entidades elementarias y quedan planeando sobre las regiones inmediatas a la tierra en busca de la compañía y trato de los elementales más afines con la pasión o vicio predominante. Se identifican de tal modo los elementarios con los elementales, que pierden la noción de su propia personalidad como si se convirtieran en una parte de los segundos, de cuya mediación necesitan para comunicarse con los mortales. Pero así como los elementales no son *inmortales*, tampoco la existencia de los elementarios dura más de lo que tarda en desintegrarse su cuerpo astral. FINAL NOTA) inferiores sólo son capaces de dar apariencias de vida y movimiento a los objetos inanimados y no de infundir en ellos su esencia pasional cuando es de índole armónica y elevada el propósito del operador, quien entonces envía su influencia como rayo de luz divina, a través de las entidades interventoras. La condición necesaria para ello, según ley de la naturaleza espiritual, es la sinceridad del motivo, la pureza de la atmósfera magnética circundante y la pureza personal del operador. De este modo, un «milagro» pagano puede ser mucho más santo que otro cristiano.

Cuantos han presenciado los fenómenos de los fakires indos no dudan de que la *theopæa* se conoció ya en antiguos tiempos. Un escéptico tan empedernido como Jacolliot, que no desaprovecha ocasión de atribuir estos fenómenos a tretas de prestidigitadores, no puede por menos de atestiguar los hechos (NOTA: Diariamente puede presenciarlos el viajero en la India. FINAL NOTA), diciendo a propósito del fakir Chibh-Chondor de Jaffnapatnam:

No me atrevo a describir todas las suertes que hizo. Hay cosas que uno *no se atreve* a referir aun después de presenciarlas, por recelo de que le tilden de iluso. Sin embargo, diez y hasta veinte veces he visto y vuelto a ver cómo producía el fakir los mismos efectos en la materia inerte. Era para nuestro *hechicero* juego de chiquillos, que la luz de una vela colocada en un rincón de la estancia palideciese o se apagase a su albedrío; mover los muebles y aun el mismo sofá en que estábamos sentados; abrir y cerrar repetidas veces las puertas, y todo esto sin moverse de la esterilla sobre que se sentaba en el suelo.

Tal vez diga alguien que padecí ilusión. Es posible. Pero centenares y miles de personas vieron y ven lo que yo, y aun todavía más sorprendentes fenómenos. No obstante, ¿ha descubierto alguien el secreto ni logrado reproducirlos? Nunca me cansaré de repetir que esto no ocurría en el escenario de un teatro con tramoyas dispuestas para el servicio del operador, sino que un mendigo acurrucado en el suelo se burla de vuestra razón, de vuestros sentidos y de las que llamamos leyes inmutables de la Naturaleza que, según parece, domina a su antojo.

¿Altera el fakir estas leyes? No. Según dicen los creyentes, las actualiza mediante fuerzas que todavía no conocemos. Sea como fuere, asistí en persona a veinte sesiones de esta índole en compañía de profesores, médicos y oficiales del ejército, y todos convinieron en que los fenómenos eran abrumadores para la inteligencia humana. Cada vez que presencié el experimento de sumir a las serpientes en catalepsia de modo que parecían secas ramas de árbol, se convirtió mi pensamiento a la narración bíblica que atribuye a Moisés y a los magos de Faraón los mismos poderes (NOTA: Jacolliot: *Viaje al país de las perlas*. FINAL NOTA).

Seguramente que los músculos del hombre, del cuadrúpedo y del ave son tan susceptibles del magnético principio vital como la inerte mesa del médium moderno. O ambos fenómenos se han de admitir como verdaderamente posibles, o entrambos deben desecharse junto con los milagros de los tiempos apostólicos y los más recientes de la Roma pontificia.

Toda una biblioteca podría llenarse con las fehacientes pruebas de que disponemos en pro de nuestras aseveraciones. Si el papa Sixto V amenazó con excomulgar a quienes practicaran el arte de hechizar los talismanes a que estaban adscritos una legión de

espíritus, cabe suponer que su propósito fuese recluir este conocimiento en el recinto de la Iglesia católica. ¿Cómo podía ver con buenos ojos que cualquier hombre dotado de perseverancia y enérgico y positivo poder magnético, reprodujera con éxito los milagros *divinos*? Los recientes sucesos de Lourdes, si como es de suponer no hay exageración en el relato, demuestran que no se ha perdido totalmente el secreto, y a menos que haya algún poderoso hipnotizador oculto bajo sobrepelliz y sotana, la imagen de la Virgen se moverá a impulsos de la misma fuerza que mueve las mesas en las sesiones espiritistas, dependiendo de varias condiciones que la entidad interventora en la producción del fenómeno sea humana, elemental o elementaria. Quien sepa algo de hipnotismo y al mismo tiempo conozca el caritativo espíritu de la Iglesia católica, comprenderá fácilmente que las incesantes maldiciones de frailes y sacerdotes, así como los anatemas de Pío IX (NOTA: Que era a su vez un poderoso hipnotizador con fama de mal de ojo. FINAL NOTA), han acumulado legiones de elementarios y elementales bajo el poder de los desencarnados inquisidores. Precisamente, éstos son los «ángeles» que juegan con la imagen de la Reina del Cielo. Quienquiera que acepte el «milagro» y opine de manera distinta, blasfema.

Aunque parezca que ya hemos aducido pruebas suficientes en demostración del poco fundamento con que la ciencia moderna presume de originalidad, no estará de más añadir algunas con objeto de desvanecer toda duda en este punto. Para ello recapitularemos los supuestos inventos y novedades que tanto conmovieron al mundo en los dos últimos siglos. Ya señalamos los descubrimientos que en artes, ciencias y filosofía efectuaron los egipcios, griegos, caldeos y asirios. Citaremos ahora un pasaje de Jacolliot, que durante largos años estudió en la India la filosofía de este país, y en su obra: *Khristna y el Cristo* expone la siguiente tabla analítica:

Filosofía: A los antiguos indos se debe la fundación de las dos escuelas espiritualista y materialista, o sean la filosofía metafísica, y la filosofía positiva. Fundó la primera Vyâsa, jefe de la escuela vedantina. Fundó la segunda Kapila, jefe de la escuela sânkhya.

Astronomía: Los indos trazaron el calendario y el zodiaco, calcularon la recesión de los equinoccios, descubrieron las leyes generales de la mecánica celeste y predijeron y observaron los eclipses.

Matemáticas: Inventaron el sistema décuplo, el álgebra y el cálculo infinitesimal. Metodizaron la geometría y la trigonometría con demostración de teoremas *no conocidos* en Europa hasta los siglos XVII y XVIII. Los brahmanes fueron, indudablemente, los primeros en determinar el área del triángulo y establecer la relación entre la circunferencia y el diámetro. También se les debe el teorema y la tabla erróneamente atribuidos a Pitágoras. La tabla de multiplicar está esculpida en el *gôparama* de las principales pagodas.

Física: Enunciaron el concepto del universo como un todo armónico sujeto a leyes determinables por la observación y la experiencia. Fundaron la hidrostática y descubrieron el famoso principio (NOTA: Consiste este principio en que todo cuerpo sumergido en un fluido pierde una parte de su peso, equivalente al del volumen del fluido que desaloja. FINAL NOTA), también erróneamente atribuido a Arquímedes. Los físicos de las pagodas calcularon la velocidad de la luz y descubrieron las leyes de reflexión. A juzgar por los trabajos de Surya-Sidhenta, conocieron y calcularon la potencia expansiva del vapor de agua.

Química: Conocieron la composición del agua y enunciaron la ley de los volúmenes (NOTA: Según esta ley, el volumen de un gas es inversamente proporcional a la presión que sufre. FINAL NOTA), que en Europa hace muy poco que se conoce. Sabían preparar los ácidos sulfúrico, nítrico y clorhídrico; los óxidos de cobre, hierro, plomo, estaño y cinc; los sulfuros de hierro, cobre, mercurio, antimonio y arsénico; los sulfatos de cinc y de hierro; los carbonatos de hierro, plomo y sodio; el nitrato de plata y la pólvora.

Medicina: En esta ciencia fueron de todo punto asombrosos los conocimientos de los antiguos indos. Tcharaka y Susruta, los dos príncipes de la medicina indostánica, expusieron los aforismos que más tarde se asimiló Hipócrates. Susruta establece admirablemente los principios de la higiene o medicina preventiva, cuya importancia encomia sobre la medicina curativa, que califica de empírica en muchos casos. ¿Estamos hoy día más adelantados? No deja de ser interesante que los médicos árabes, tan famosos en la Edad Media, Averroes entre ellos, citan continuamente a los médicos indos, considerándolos como maestros de ellos y de los mismos griegos.

Farmacopea: Conocían los simples con todas sus propiedades y usos, de modo que todavía están dando lecciones a Europa en este punto. Hace poco tiempo que de ellos aprendimos el tratamiento del asma por medio del estramonio.

Cirugía: No fueron menos excelentes en este arte. Supieron extraer los cálculos urinarios, operaron las cataratas y tuvieron suma habilidad en obstetricia quirúrgica. Tcharaka describe los casos anormales y peligrosos con notable precisión científica.

Gramática: Cultivaron el sánscrito, que aventaja admirablemente a todo idioma humano, y del que derivan las lenguas indoeuropeas y la mayor parte de las orientales.

Poesía: Fueron consumados maestros en todos los géneros. Los dramas *Sakuntala*, *Avrita*, *Fedro*, *Saranga* y otros muchos superan a los de Sófocles, Eurípides, Corneille y Shakespeare. Nadie les ha igualado en poesía lírica. Para formar concepto del esplendor alcanzado por este género en la India, es preciso leer en el pasaje del *Megadata*, las lamentaciones del desterrado que suplica a una nube que lleve su recuerdo a la cabaña donde moran sus parientes y amigos a quienes nunca más verá. Las fábulas indas han suministrado en toda época argumento a todas las literaturas del mundo, sin que ni siquiera se hayan tomado el trabajo de darles alguna variedad modificativa.

Música: Inventaron la escala musical con tonos y semitonos mucho antes que Guido de Arezzo (NOTA: La escala o gama inda es: *Sa-Ri-Ga-Ma-Pa-Da-Ni*. FINAL NOTA).

Arquitectura: En este arte parece como si hubiesen agotado los indos cuanto puede concebir el genio del hombre. Cimborios de insuperable audacia; cúpulas cónicas; marmóreos minaretes; torres góticas; hemicírculos griegos; policromías; todos los estilos y todas las épocas tienen allí su cuna indicadora del origen y huellas de las colonias que al emigrar llevaron consigo los testimonios del arte indígena.

Tales fueron los frutos de la antigua e imponente civilización brahmánica. ¿Qué podemos nosotros presentar en equivalencia? Frente a la majestad de tales obras y de los descubrimientos del pasado, ¿qué pruebas podemos aducir de nuestras pretensiones de superioridad sobre una antigüedad que calificamos de ignorante? Comparados con los descubridores del álgebra y de la geometría, con los constructores del lenguaje hablado, con los patriarcas de la filosofía, con los primeros expositores de religión y los fundadores de las ciencias físicas y psíquicas, ¡cuán desmedrados parecen aún nuestros más eminentes científicos, filósofos y teólogos! No hay descubrimiento moderno sin su correspondiente prototipo en la civilización inda. La ciencia occidental está en el promedio de su período de transición, y todas nuestras ideas gravitan en torno de las hipótesis de correlación de fuerzas, selección natural, polaridad atómica y evolución de las especies. Mas, para baldón de nuestro orgullo, de nuestros plagios y nuestras infidencias, oigamos lo que dijo Manú diez mil años antes del nacimiento de Cristo:

El agua y el calor desarrollaron el primer germen de vida (NOTA: *Manú*, libro I, dístico 8. FINAL NOTA).

El agua sube hasta el cielo en forma de vapor. Del sol desciende en lluvia. De la lluvia nacen las plantas y de las plantas los animales (NOTA: *Manú*, libro I, dístico 8. FINAL NOTA).

Todo ser adquiere las cualidades del que inmediatamente le precede. Así es que cuanto más se asimila un ser del primitivo átomo de su serie, tantas más cualidades y perfecciones reúne (NOTA: *Manú*, libro I, dístico 20. FINAL NOTA).

El hombre ha de recorrer todo el universo en progresión ascendente, pasando por las piedras, plantas, gusanos, insectos, peces, serpientes, tortugas, fieras, seres pecuarios y animales superiores... Tal es el *grado inferior* (NOTA: *Id., id.* FINAL NOTA).

Estas son las metamorfosis que desde la planta hasta Brahmâ han de sucederse en este mundo (NOTA: *Id., id.* FINAL NOTA).

Según opina Jacolliot, el griego es un dialecto del sánscrito. Fidias y Praxiteles estudiaron en la India las obras maestras de Daonthia, Ramana y Aryavosta. Platón copia literalmente la filosofía de Dgeminy y Veda-Vyâsa. En el *Purva-Mîmânsâ* y el *Uttara-Mîmânsâ* está toda la filosofía aristotélica con diversidad de otras escuelas, desde el espiritualismo socrático y el escepticismo de Pirrón, Montaigne y Kant hasta el positivismo de Littré. Si alguien dudara de ello, atienda al siguiente pasaje textual del *Vedanta* de Vyâsa, quien, según la cronología brahmánica, floreció unos 10.400 años antes de la Era cristiana.

Dice así.

Podemos estudiar los fenómenos, comprobarlos e inferir su certeza; pero como ni la percepción ni la inducción ni los sentidos ni el raciocinio son capaces de demostrar la existencia de una Causa suprema creadora del universo, no debe la ciencia discutir la posibilidad ni la imposibilidad de esta Causa primera.

Poco a poco, pero seguramente, quedarán los antiguos vindicados por completo y la verdad limpia de toda exageración. Se demostrará la realidad de lo que hoy se tiene por ficción, al paso que los «hechos y leyes» de la ciencia moderna se verán encubiertos bajo menospreciados mitos. Algunos siglos antes de nuestra era, el astrónomo indo Bramaheupto afirmó que la bóveda celeste estaba fija y que el aparente movimiento de las estrellas confirmaba el de la tierra sobre su eje. Las mismas ideas sostuvieron Aristarco de Samos, 267 años antes de J.C., y el filósofo pitagórico Nicetas de Siracusa. No obstante, ¿quién admitió estas teorías hasta la época de Galileo y Copérnico? ¿Prevalecerá intangiblemente el sistema expuesto por estas dos eminencias científicas? Precisamente en estos momentos el profesor Shoëpfer ha dado en Berlín una conferencia pública con intento de restaurar el sistema de Týcho-Brahe en oposición al de Copérnico, diciendo que «alrededor de la tierra, fija en el centro del universo, voltea la bóveda estrellada en rotaciones de veinticuatro horas, y que el sol (cuyo verdadero tamaño es poco mayor del aparente) y la luna describen en torno de la tierra órbitas circulares, mientras que las de los planetas son epicicloides» (NOTA: Shoëpfer: *Las últimas deducciones de la ciencia. La tierra inmóvil*. Conferencia dada en Berlín.– (Tan sólo puede admitirse en nuestro concepto la cita de esta conferencia como una prueba de las vacilaciones, vaguedades, extravagancias y contradicciones a que conducen los alardes de originalidad y el espíritu de oposición sistemática. El sistema heliocéntrico y el doble movimiento de la tierra están hoy tan rigurosamente demostrados, que fuera no ya ignorancia, sino majadería, ponerlos en tela de juicio. – *El Traductor*. FINAL NOTA).

Pero no nos detendremos en analizar esta *novedad* que tanto parecido tiene con las *viejas* teorías astronómicas de Aristóteles y del venerable Beda. Dejaremos el pleito en manos de los científicos, para que laven en casa la ropa sucia, aunque hemos querido aprovechar la oportunidad ofrecida por la defección del conferenciante alemán para exigirle una vez más a la ciencia moderna el diploma de su infalibilidad. ¿Son éstos, ¡ay!, los frutos de su tan ponderado progreso?

Muy recientemente, la evidencia de algunos fenómenos observados por nosotros mismos y corroborados por multitud de testigos nos determinó a afirmar la posibilidad

de la levitación de cosas y personas, añadiendo que siquiera ocurriese este fenómeno una vez cada siglo, sin visible causa mecánica a qué atribuirlo, demostraría la actuación de una ley natural desconocida de la ciencia. Por ello se nos calificó de iconoclastas y de ignorantes de las leyes de gravedad. Sin embargo, jamás se nos hubiera ocurrido que la ciencia llegase a negar el movimiento de la tierra sobre su eje y alrededor del sol. Creíamos que por lo menos aquellos dos luminares habrían seguido ardiendo sin novedad en el fanal de las academias hasta la consumación de los siglos; pero he ahí que un profesor berlinés desvanece nuestra esperanza de que siquiera en un punto demostraría la ciencia su exactitud. El cielo está verdaderamente en su punto ínfimo y empieza una nueva era. ¡Curioso sería que la tierra estuviese fija para reivindicar a Josué!

El profesor Shoëpfer no admite la fuerza centrífuga ni la hipótesis de Newton que explica el achatamiento de los polos por el movimiento de rotación de la tierra, en que se fundan los geógrafos para creer que la mayor parte de la masa terrestre gravita hacia el ecuador, al paso que la fuerza centrífuga determina el abultamiento de la masa en dicha línea. Considera el profesor alemán que una de las pruebas más corrientes de la rotación terrestre ha sido la de la fuerza centrífuga, porque alegan sus defensores que sin ella no habría gravitación en las latitudes ecuatoriales, y esto es precisamente lo que dicho profesor niega, diciendo en conclusión:

¿No es ridículo que, confiados en lo que aprendimos en la escuela, hayamos admitido el movimiento de rotación de la tierra como verdad demostrada, cuando nada absolutamente hay que lo demuestre ni *puede* demostrarse? (NOTA: **Contra las gratuitas afirmaciones del profesor Shoëpfer, se levantan los experimentos efectuados con el péndulo de Foucault que prueban matemática y evidentemente la rotación de la tierra. – El Traductor. FINAL NOTA**). ¿No es maravilla que desde Copérnico y Keplero, los sabios de todo el orbe civilizado hayan aceptado apriorísticamente el movimiento de la tierra, y que tres siglos después se estén buscando todavía las pruebas? Pero ¡ay!, por más que busquemos, nada encontramos como era de esperar. ¡Todo es en vano!

¡Así, de golpe y porrazo, pierde la tierra su movimiento de rotación y el universo se ve abandonado de sus guardianes y protectores, las fuerzas centrífuga y centrípeta! Pero aún hay más. El mismo éter, arrebatado del espacio, es una quimera, un mito nacido de la mala costumbre de emplear palabras huecas; el sol presume de magnitudes que jamás le correspondieron; las estrellas son puntos centelleantes «dispuestos a considerable distancia unos de otros por el Creador del universo, probablemente con la intención de que iluminaran simultáneamente los vastos espacios en que se mira nuestro globo», según dice el profesor Shoëpfer (NOTA: **Es tan finamente delicada la ironía de que la autora alardea en este comentario, que conviene prevenir al lector contra toda confusión. – El Traductor. FINAL NOTA**).

Si tres siglos y medio no han bastado para que los científicos establecieran una hipótesis inatacable por ellos mismos; si la astronomía, la única ciencia asentada sobre los diamantinos fundamentos de las matemáticas, sufre tan rudos ataques a pesar de que las demás ciencias la consideran infalible e invulnerable como la verdad misma, ¿qué hemos logrado con denigrar a Platón en provecho de los Babinet? ¿Cómo osan mofarse del modesto experimentador que sinceramente atestigua la realidad de los fenómenos mediumnísticos y mágicos? ¿Cómo se atreven a fijar infranqueables límites a la investigación filosófica? A pesar de todo, los pendencieros partidarios de las hipótesis persisten en acusar de ignorantes y supersticiosos a los eminentes sabios de la antigüedad que manejaban las fuerzas naturales como titanes constructores de mundos y realizaban a la humanidad hasta el nivel de los dioses. ¡Extraño destino el de un siglo que, después de vanagloriarse de haber puesto a la ciencia en la *cumbre de la fama*, se ve conminado a retroceder para empezar de nuevo el abecedario!

Recapitulando cuanto llevamos expuesto en esta primera parte de nuestra obra, vemos que, desde los arcaicos e ignotos tiempos del hermético Pymander hasta la época presente (NOTA: Año 1876. FINAL NOTA), existió siempre la universal creencia en la magia. Hemos expuesto las ideas de Trismegisto en su diálogo con Asclepio; y prescindiendo de las mil pruebas del predominio de esta creencia en los primeros siglos del cristianismo, extractaremos para nuestro propósito citas paralelas de un autor antiguo y otro moderno.

Algunos miles de años después de la época de Hermes, decía el insigne filósofo Porfirio con respecto al escepticismo dominante en su siglo:

No es maravilla que el vulgo (*οἱ πολλοί*) vea en las imágenes tan sólo pedazos de piedra o madera. Lo mismo les sucede a quienes por desconocer los caracteres no ven más que piedra en las inscripciones estilísticas y tejido de papiro en los manuscritos.

Quince siglos después, declara Sergeant Cox a propósito del proceso incoado contra un médium:

Sea o no culpable el médium, resulta evidente que el proceso ha producido el inesperado efecto de llamar la atención pública hacia fenómenos cuya *realidad* han atestiguado gran número de competentes investigadores. Quienquiera puede convencerse personalmente de dicha realidad para desarraigar de una vez para siempre *las tristes y denigrantes doctrinas materialistas*.

De acuerdo con Porfirio y otros teurgos que distinguieron entre la naturaleza de las entidades manifestadas y la del espíritu humano, añade Sergeant Cox como opinión personal:

Verdaderamente hay y habrá siempre discrepancia de opiniones respecto a la causa eficiente de estos fenómenos; pero tanto si son efecto de la fuerza psíquica de los circunstantes como si son espíritus de difuntos, según otros afirman, o bien espíritus elementales, como asegura una tercera opinión, resulta evidente que el hombre no es del todo material, sino que su organismo está animado y movido por algo no material, esto es, no molecular, que además de tener inteligencia *puede actuar como fuerza sobre la materia*. A este algo le hemos llamado alma a falta de mejor nombre. Gracias al proceso de que vamos tratando, se han enterado de tan buenas nuevas miles de gentes cuya dicha en la vida presente y cuya esperanza en la futura habían tronchado los materialistas con sus insistentes predicaciones de que el alma era una superstición, el hombre un autómatas, el pensamiento una secreción, la vida terrena una mera serie de funciones fisiológicas y la futura... lo desconocido.

Por su parte, dice Pymander:

Únicamente la verdad es eterna e inmutable y el supremo bien. Pero la verdad no existe ni puede existir en la tierra. Cabe en lo posible que Dios conceda a unos pocos hombres la facultad de entender rectamente la verdad además de la de comprender las cosas divinas; pero nada hay verdadero en este mundo, porque todo contiene materia y está revestido de forma corpórea sujeta á mudanzas, alteraciones y corrupción. El hombre no es *la* verdad, porque únicamente es verdadero lo que de sí mismo toma la esencia y permanece inmutable. ¿Cómo puede ser verdadero lo que varía y cambia radicalmente? Por lo tanto, la verdad es únicamente lo inmaterial, lo que no está encerrado en corpórea envoltura, lo que no tiene color ni forma ni está sujeto a mudanza ni alteración, en una palabra: lo ETERNO. Todo cuanto parece es ilusorio. En la tierra no hay más que disolución y generación. Toda generación procede de disolución. Las cosas de la tierra son *apariencias* y remedos de la verdad, como lo pintado respecto de lo vivo. La muerte es para muchas personas un mal, puesto que la temen profundamente. Esto es ignorancia. La muerte es la disgregación del

cuerpo, pero el ser que mora en él *no muere*... El cuerpo material pierde su forma. Los sentidos que lo animaban se restituyen a su origen y recobran sus funciones; pero van desprendiéndose gradualmente las pasiones y deseos y el espíritu asciende a los cielos para convertirse en ARMONÍA. En la primera zona desecha la facultad de crecer y menguar; en la segunda, la malignidad y los fraudes de la pereza; en la tercera, los desengaños y la concupiscencia; en la cuarta, la ambición insaciable; en la quinta, la arrogancia, la osadía y la temeridad; en la sexta, la codicia; y en la séptima, la mendacidad. Purificado así el espíritu por influencia de las armonías celestes, vuelve de nuevo a su primitivo estado fortalecido por el mérito y la fuerza que adquirió por sí mismo y que legítimamente le pertenecen. Entonces empieza a convivir con los que eternamente loan al PADRE. Desde aquel punto mora entre las Potestades y alcanza, por lo tanto, la suprema bienaventuranza del conocimiento. Se ha convertido en Dios... No; las cosas de la tierra no son la verdad.

Después de emplear toda su vida en la egiptología, los hermanos Champollión declararon públicamente, contra los preconcebidos juicios de ciertos críticos superficiales e ignorantes, que los *Libros de Hermes* «acopian gran número de tradiciones egipcias continuamente corroboradas por los más antiguos y auténticos documentos egipcios» (NOTA: Año 1876. FINAL NOTA).

Al resumir las doctrinas psicológicas de los egipcios, las sublimes enseñanzas de los sagrados libros herméticos y los progresos en metafísica y filosofía práctica de los sacerdotes iniciados, pregunta Champollión en presencia de las pruebas logradas:

¿Existió jamás en el mundo otra corporación o casta de hombres que les hayan igualado en fama, poder, sabiduría y capacidad, tanto para el bien como para el mal? ¡Nunca! Y posteriormente fue esta casta maldita y anatematizada por quienes, supeditados a no sé qué clase de influencias modernas, la declararon enemiga de la humanidad y de la ciencia.

Cuando esto decía Champollión, el sánscrito era poco menos que desconocido en Europa, y por consiguiente no cabía comparar los méritos de los filósofos egipcios con los de los brahmanes. Pero posteriormente se ha descubierto que las doctrinas de los sacerdotes egipcios están entresacadas de las literaturas induísta y budista. El sistema filosófico basado en nuestros días por los metafísicos alemanes sobre el principio de la ilusión de los sentidos y de la irrealdad de las cosas mundanas, es una derivación de las doctrinas de Kapila y Vyâsa, así como de los dogmas cardinales de la filosofía budista expuestos por Buda en las *Cuatro verdades*. La expresión de Pymander: «se convierte en Dios», está resumida en la palabra *nirvana*, que los eruditos orientalistas confunden lastimosamente con *aniquilación*.

El juicio crítico de los hermanos Champollión es valiosísimo para nosotros, aunque no sea más que en réplica a nuestros adversarios. Los hermanos Champollión fueron los primeros orientalistas europeos que, tomando de la mano al estudiante de arqueología, le condujeron a las silenciosas criptas para demostrarle que la civilización no tuvo su cuna en Occidente, pues «aunque sean desconocidos los orígenes de Egipto, ha llegado la investigación histórica a estudiar sus leyes y costumbres, a reconstruir sus ciudades y catalogar sus reyes y dioses». Y yendo todavía más lejos, encontramos ruinas pertenecientes a civilizaciones de mayor esplendor en épocas de indecible antigüedad, pues como dice Champollión:

En Tebas hay ruinas que delatan restos de construcciones aún más antiguas, cuyos materiales sirvieron posteriormente para levantar los edificios que han permanecido en pie durante treinta y seis siglos... Todo cuanto refieren Heródoto y los sacerdotes egipcios ha sido corroborado por los arqueólogos contemporáneos (NOTA: Champollión: *Egipto*, 2 y II. – Más adelante veremos de dónde derivó la civilización egipcia, y advertiremos que,

aunque fundadas nuestras aseveraciones en la Doctrina Secreta, coinciden con las de los más respetables tratadistas. A este propósito citaremos el siguiente pasaje de la *Historia de la India*, por Colluca-Bata: «En el reinado de Viswamitra, primer rey de la dinastía de Somavanga, se libró una batalla de cinco días de duración, en la que Manú-Vina, descendiente de los antiguos reyes, al verse abandonado de los brahmanes, emigró con sus partidarios y después de cruzar el Arya y las comarcas de Barria, llegó a Masra». Es indudable la identidad de este Manú-Vina con Menes, primer rey de Egipto, porque Arya es Erau o Persia; Barria es Arabia, y Masra el nombre antiguo de El Cairo, que también se llama Masr, Musr y Misro. La historia fenicia da el nombre de Maser a uno de los antepasados de Hermes. FINAL NOTA).

Pero despedámonos ya de la taumatofobia y sus corifeos para considerar la taumatomanía en sus múltiples aspectos. Vamos a revisar los «milagros» del paganismo y pesarlos con los del cristianismo en la misma balanza. No ya inminente sino iniciado está el doble conflicto entre el materialismo científico y el espiritualismo trascendente, por una parte, y entre la teología y la antiquísima ciencia mágica, por otra. Hemos expuesto multitud de razonadas pruebas en pro de la magia, pero todavía no está agotada su defensa (NOTA: El pigmeo y miserable mundo, por cuyos gestos de aprobación porfían los científicos escépticos, los magistrados venales, los ultramontanos y el clero fanático, ha emprendido hace poco su última cruzada condenando a dos inocentes, uno en Francia y otro en Inglaterra, con escarnio de la ley y de la justicia. Como el apóstol San Pedro, están siempre dispuestos a renegar del amigo caído en desgracia, temerosos de que sus propios compañeros los condenen al ostracismo. FINAL NOTA). Psicománticos y psicóforos han de chocar necesariamente en fiero conflicto. A la ansiedad que los primeros mostraban de ver sancionados sus fenómenos por la investigación científica, ha sucedido glacial indiferencia. Disgustados de tanto prejuicio y mala fe, pierden todo miramiento a los segundos, quienes a su vez les responden con dicerios reñidos con la cortesía. El tiempo dirá cuál de ambos bandos tiene razón; pero por de pronto podemos predecir que el último reducto de los misterios de Dios con la clave para descifrarlos, no deben buscarse en el torbellino de las moléculas de Avogadro.

Los que juzgan superficialmente, o llevados de la impaciencia quisieran mirar el sol deslumbrador antes de que sus ojos puedan resistir la luz de una lámpara, tildan de ininteligibles las obras de los herméticos antiguos y sus sucesores por el obscuro lenguaje en que están escritas. Respecto a los de superficial criterio, no vale la pena de perder el tiempo; pero a los impacientes les regamos que moderen su ansiedad y recuerden la frase de Espagnet:

La verdad se esconde entre tinieblas... Nunca escriben los filósofos más engañosamente que cuando parecen claros, ni con más verdad que cuando se valen de enigmas.

Por otra parte, también hay quienes resultarían demasiado favorecidos si les dijéramos que no forman juicio alguno del asunto, sino que se contraen a anatematizar *ex cathedra*. Son los positivistas taumatófobos que presumen de monopolizar nada menos que la sabiduría espiritual y tildan de locos y soñadores a los antiguos sabios.

Responda por nosotros Eugenio Filaletes a este linaje de escépticos, diciendo:

Nuestros escritos serán entre el público como un cuchillo cuidadosamente afilado, que a unos sirve de buril en primorosas tallas y a otros no les vale más que para cortarse los dedos. Sin embargo, no merecemos vituperio, pues de antemano advertimos seriamente a cuantos intentaren esta tarea que es la de mayor empeño entre todas las de filosofía natural. Aunque escribimos en el nativo idioma, resultará nuestro tratado de tan difícil comprensión como si estuviera en griego para algunos que, no obstante interpretar pésimamente nuestros

conceptos, se figurarán que nos comprenden muy bien. Porque ¿cómo es posible que los locos en la naturaleza sean cuerdos en los libros que de testimonio sirven a la naturaleza?

A las pocas mentes elevadas que interrogan a la naturaleza en vez de señalar leyes para su ordenamiento, que no encierran toda posibilidad en los límites de sus facultades personales y que no identifican la incredulidad con la ignorancia, les recordaremos el apotegma del antiguo filósofo indo Nârada.

Nunca digas: yo ignoro esto, luego es falso. Para saber es preciso estudiar y saber para comprender y comprender para juzgar.

SEGUNDA PARTE - TEOLOGÍA

PREFACIO

Si en nuestra mano estuviese, impediríamos que leyera este libro los cristianos de pura y sincera fe e intachable conducta en quienes resplandece el glorioso ejemplo del profeta de Nazareth, por cuya boca habló tan alto a los hombres el Espíritu de Verdad. No lo escribimos para ellos. Siempre hubo creyentes de profunda fe a quienes la historia venera como héroes, filósofos, filántropos, mártires y santos; pero, aparte de los nombres perpetuados por la fama, ¡cuántos y cuántos vivieron y murieron ignorados del mundo y conocidos tan sólo de sus amigos íntimos y bendecidos únicamente por quienes de sus manos recibieron beneficio! Los que con su virtud glorificaron el cristianismo hubieran también sido, de seguro, ornamento de cualquiera otra fe que hubiesen profesado, porque su espiritualidad prevalecía sobre sus creencias. La bondad de Pedro Cooper e Isabel Thompson que no comulgan en la religión cristiana es, sin embargo, tan cristiana como la de la baronesa de Burdett-Coutts que pertenece a ella.

Pero los verdaderos cristianos fueron siempre exigua minoría entre los millones que nominalmente ostentan este título, y todavía los podemos descubrir en los púlpitos y en los bancos de las iglesias, en los palacios y en las chozas, aunque por la pujanza del materialismo, los intereses mundanos y la hipocresía social decrezca su número de día en día.

La ingenua fe con que el cristiano devoto cree en la infalibilidad de la Biblia, en los dogmas religiosos y en las predicaciones sacerdotales actualiza en toda su plenitud las virtudes que laten en lo íntimo de la naturaleza humana. Hemos conocido personalmente a clérigos temerosos de Dios, y siempre eludimos toda discusión con ellos por no lastimar sus sentimientos religiosos, ni tampoco quisiéramos quebrantar la ciega fe de un solo laico si le basta para vivir y morir santamente con ánimo sereno. Vamos a analizar todas las creencias religiosas en general, pero más particularmente la cristiana teología dogmática, que es el principal enemigo de la libertad del pensamiento. No diremos ni una sola palabra contraria a las puras doctrinas de Jesús, pero combatiremos inexorablemente su adulteración en perniciosos sistemas eclesiásticos que rompen todo freno moral y extinguen la fe en Dios y en la inmortalidad.

Arrojamos el guante a los dogmatizantes teólogos que pretenden esclavizar la historia y la ciencia. Arrojamos el guante con más firme determinación al Vaticano, cuyas despóticas arrogancias repugnan a la mayoría de cristianos cultos.

Aparte de los clérigos, sólo los polemistas e investigadores debieran leer este libro, porque, como zapadores de la verdad, tienen el valor de sus opiniones.

CAPÍTULO XVI

Y aun llegará tiempo en que cualquiera que os matare crea servir a Dios.
SAN JUAN, XVI, 2

Anatema sea quien diga que las verdades científicas han de admitirse con entero espíritu de libertad, aunque se opongan la verdad revelada.
Concilio Ecuménico del Vaticano

¡La Iglesia! ¿En dónde está?
GLOUC, *Rey Enrique VI*, acto I, escena I

En los Estados Unidos de América hay sesenta mil clérigos que reciben estipendio por enseñar la ciencia de Dios y sus relaciones con la criatura. A estos hombres está encomendada la tarea de definir la existencia, carácter y atributos del Creador, las leyes y gobierno del mundo, las doctrinas en que hemos de creer y los deberes que hemos de cumplir. Hay cinco mil profesores de teología que con mil doscientos setenta y tres auxiliares (NOTA: Datos tomados de la Estadística religiosa de los Estados Unidos, correspondiente al año 1871. FINAL NOTA) enseñan esta ciencia a cinco millones de personas, según la fórmula prescrita por el obispo de Roma. Cincuenta y cinco mil pastores y misioneros de quince sectas distintas (NOTA: Estas son: bautistas, congregacionistas episcopales, metodistas del Norte, metodistas del Sur, metodistas varios, presbiterianos del Norte, presbiterianos del Sur, presbiterianos unidos, hermanos unidos, hermanos en Cristo, holandeses reformados, alemanes reformados, presbiterianos reformados y presbiterianos de Cumberland. Hay también una secta que reconoce por jefe espiritual a una hija del difunto duque de Kent. La porfía entablada entre las diversas sectas con objeto de propagar sus doctrinas religiosas, las ha llevado a levantar más de sesenta y dos mil iglesias, capillas, oratorios y salas de asamblea, cuyo coste asciende a 354.485.581 dólares. Las casas parroquiales para habitación de los pastores y sus familias están evaluadas en 54.115.297 dólares, y el presupuesto de gastos ordinarios de las distintas sectas pasa de 16 millones. Un templo presbiteriano de Nueva York costó un millón de dólares, por lo que nada tiene de extraño que un solo altar católico costase 250.000 dólares. FINAL NOTA), en contradicción unas con otras respecto a puntos teológicos de mayor o menor importancia, instruyen en sus respectivas doctrinas a treinta y tres millones de fieles.

Aparte de estas sectas, se cuentan centenares de miles de judíos, algunos millares de fieles de diversas religiones orientales y escaso número de cismáticos griegos. Los mormones, noventa mil, tan politeístas como polígamos, creen que el jefe supremo de todos los dioses reside en un planeta llamado Colob, y reconocen por legislador espiritual a una especie de pontífice asentado en la ciudad del Lago Salado, a quien suponen en frecuente comunicación con los dioses, no obstante sus diez y nueve mujeres y más de cien hijos y nietos.

El Dios de los hermanos unitarios es célibe; el de los presbiterianos, metodistas, congregacionistas y otras sectas cristianas es un Padre sin esposa y con un Hijo idéntico a Él. Todo esto sin contar la infinidad de sectas menores y comunidades extravagantemente heréticas que brotan como hongos y mueren apenas nacidas. Tampoco nos detendremos a considerar los millones de espiritistas que hay, según se dice, porque la mayoría no tienen valor para romper con su secta religiosa. Estos son los Nicodemos de puerta trasera.

Y ahora, preguntemos con Pilatos: ¿Qué es la verdad? ¿Dónde hallarla entre tan diversas y opuestas sectas? Todas pretenden fundarse en la revelación divina y poseer las llaves del cielo. ¿Cuál de ellas asume la verdad? ¿O acaso habremos de confesar con el

filósofo budista, que la única e inmutable verdad en la tierra es que la verdad *no está* en la tierra?

Aunque no intentamos merodear en el campo ya escrupulosamente espigado por los eruditos que demostraron la filiación pagana de los dogmas cristianos, bueno será exponer nuevamente los hechos investigados desde la emancipación de la ciencia, con objeto de analizarlos desde el distinto o más bien nuevo punto de vista de las antiguas filosofías esotéricas, que hasta ahora tan sólo hemos ojeado rápidamente, y de ellas nos serviremos de tipo para comparar los dogmas y milagros del cristianismo con las doctrinas y fenómenos de la magia antigua y del espiritismo moderno. Por lo tanto, el estudio de los antiguos teurgos nos ayudará a esclarecer tan oscuro asunto desde el momento en que los materialistas niegan de plano los fenómenos sin tomarse la molestia de investigarlos, y que los teólogos, si bien los admiten, contraen su explicación a la desmedrada y absurda alternativa del milagro o el diablo.

Dice Butlerof a este propósito:

No es de nuestra incumbencia que los fenómenos espiritistas sean o no verdaderos ni de índole idéntica a los que en otro tiempo se atribuyeron a los sacerdotes egipcios y a los augures romanos, y que hoy operan los hechiceros samanos de Siberia. Lo cierto es que todo fenómeno natural cae bajo el dominio de la ciencia, que con su examen se enriquece en vez de empobrecerse. Si la humanidad aceptó en algún tiempo una verdad para después negarla obcecadamente, no es retroceso sino progreso el volver a reconocerla y aceptarla (NOTA: *Manifestaciones mediumnísticas.*— Folleto de A. Butlerof, catedrático de la Universidad imperial de San Petersburgo. FINAL NOTA).

Desde que la ciencia hirió mortalmente a la teología diciendo que la religión se basa en el misterio y que el misterio es incompatible con la ciencia, ha variado en curioso aspecto la mentalidad de las clases cultas, que parece como si se sostuviesen sobre un pie en una maroma tendida del universo visible al invisible, con el continuo temor de que el cabo prendido en la fe se soltara de pronto y cayeran todos en el abismo de la aniquilación.

La muchedumbre de cristianos nominales se puede clasificar en tres grupos: materialistas, espiritistas y clericales. Los dos primeros se oponen conjuntamente a las pretensiones dogmáticas del clero, que en desquite combate a unos y a otros con la misma acritud.

Los materialistas están en tan poca armonía como las sectas cristianas, pues los positivistas (NOTA: *Recuérdese que el positivismo es aquella «religión del porvenir» contra cuyo fundador tan indignado se muestra Huxley en su famosa conferencia: *Fundamentos fisiológicos de la Vida.* FINAL NOTA)* se ven atacados acerbamente por la escuela inglesa de Maudsley, quien dice de ellos lo que se lee en el siguiente pasaje:

No es maravilla que los científicos rechacen enérgicamente la autoridad de Comte, que los entusiastas discípulos de este filósofo tratan de imponerles infaliblemente, hasta el punto de que la opinión común calificaba ya de positivista a todo científico, sin advertir que Comte adulteró en muchos puntos el espíritu y la finalidad de la ciencia. Hacen muy bien los científicos en afirmar desde luego su independencia, porque más tarde les sería muy difícil obtenerla (NOTA: *Maudsley: *Cuerpo y mente.* FINAL NOTA).*

Cuando dos materialistas tan conspicuos como Huxley y Maudsley rechazan con tal firmeza el positivismo de Comte, ciertamente hemos de tenerlo por absurdo.

Más hondas todavía son las disensiones entre los cristianos, cuyas diversas sectas nos muestran todos los grados de la fe religiosa, desde la omnívora credulidad de la fe ciega hasta la devoción elegante, que accede a creer en Dios por encubrir de algún modo su presunción de sabiduría. Todas las sectas creen en la inmortalidad del alma humana;

algunas admiten la real comunicación entre los mundos visible e invisible; otras restringen esta comunicación al sentimiento; las más la niegan en absoluto, y unas cuantas se mantienen, respecto de esta creencia, en dudosa expectación.

La Iglesia romana, en su afán de censura y en su anhelo por la vuelta del oscurantismo, frunce el ceño ante los fenómenos que califica de *diabólicos*, y da a entender lo que haría con sus patrocinadores si tuviese el poderío de otro tiempo; pues a no ser porque se ve maniatada bajo el juicio de la ciencia, repetiría en el siglo XIX las irritantes y escandalosas escenas de pasados siglos. En cuanto al clero protestante, odia tan vivamente el espiritismo que, como dice un periódico profano, «socavaría gustoso la fe del pueblo en los milagros bíblicos, con tal de extirpar la pestilente herejía espiritista» (NOTA: *Boston Sunday Herald*, 5 de Noviembre de 1876. FINAL NOTA).

La Iglesia romana reverdece el recuerdo de la hace largo tiempo olvidada ley mosaica, y se declara su legítima y directa heredera para monopolizar los milagros y discernir su autenticidad. El *Antiguo Testamento*, desterrado por Colenso, sus predecesores y coetáneos, vuelve del ostracismo y se desempolvan y limpian los profetas, a quienes el Papa ha consentido ponerse, si no a su mismo nivel, por lo menos a respetuosa distancia (NOTA: Véase la autoglorificación del actual pontífice en la obra titulada: *Alocuciones del Papa Pío IX*, por Pascual de Francis, y el folleto que con el mismo título escribió el reverendo W. E. Gladstone, quien cita la siguiente frase del papa: «Deseo que todos los gobiernos me oigan hablar en este tono... Porque para hablar así tengo todavía más derecho que el profeta Nathán al rey David, y mucho más que San Ambrosio al emperador Teodosio». FINAL NOTA). De nuevo se renueva la memoria de los diabólicos abracadabras y se equiparan los fenómenos psíquicos a los *impíos horrores* del paganismo con su culto fálico, sus satánicos prodigios, sacrificios humanos, encantos, hechicerías y magias. Sin embargo, los modernos demonólogos descuidan algunos leves pormenores, entre los cuales se cuenta la presencia del falicismo pagano en los símbolos del cristianismo, como por ejemplo, en el misterio de la Encarnación que entraña un elemento fálico espiritual, así como el elemento fálico material aparece en el fetichista culto de los santos *miembros* de San Cosme y San Damián en Isernia, cerca de Nápoles (NOTA: Hasta hace cosa de cincuenta años, constituía este culto un lucrativo negocio para el clero de aquel templo, que traficaba con los exvotos de cera. FINAL NOTA).

No proceden muy cuerdamente los autores católicos al vaciar sus redomas de cólera sobre la antigüedad, diciendo que «en multitud de pagodas, la piedra fálica, a semejanza del *batylos* griego, toma la forma brutalmente obscena del *lingham*, o mahadeva» (NOTA: Véanse: *Gnósticos* de King y otros tratados. FINAL NOTA). Antes de desprestigiar un símbolo cuyo profundo significado metafísico no alcanzan a comprender, debieran los modernos campeones de la religión sensual por excelencia (el catolicismo romano), destruir sus iglesias y modificar las cúpulas de sus templos. El Mahody de Elefanta, la Torre redonda de Bhangulpore, los minaretes musulmanes, romos o puntiagudos, sirvieron de modelo al *Campanile* de Venecia, la catedral de Rochester y el *Duomo* de Milán. Los campanarios y cúpulas de los templos cristianos son diversificados remedos del primitivo *lithos* o falo erecto y, como dice Jennings, «la torre occidental de la catedral de San Pablo en Londres es uno de los dobles *lithos* que siempre fue costumbre colocar delante de todos los templos, así paganos como cristianos» (NOTA: Hargrave Jennings: *Los rosacruces*, 228, 241. FINAL NOTA). Además, en todos los templos cristianos, y más visiblemente en las capillas protestantes, aparecen las tablas de la ley mosaica sobre el altar dispuestas en díptico de bordes redondeados. La piedra de la derecha es *masculina*, y la de la izquierda, *femenina*. Por lo tanto, ni católicos ni protestantes pueden tachar de obscena la configuración arquitectónica de los templos paganos mientras adornen los suyos con los símbolos del *lingham* y del *yoni* y ostenten en ellos las tablas de Moisés.

Otro desdoro del clero cristiano es el recuerdo del Santo Oficio, que vertió torrentes de sangre en sacrificios humanos sin igual en los anales del paganismo. Tampoco habla muy en honor del clero el ejercicio de la magia negra, que en ningún templo gentil fue tan amplio como en el Vaticano (NOTA: *Es fácil probar que monjes y sacerdotes practicaron en gran escala los sortilegios y otras hechicerías hasta el siglo XVIII, y aun siguen practicándolos en parte. FINAL NOTA*). Sin embargo, la Iglesia ha anatematizado públicamente toda manifestación de la naturaleza oculta, que atribuyó a influencias diabólicas y artimañas de Satanás y de los ángeles caídos que se revuelven en el «abismo sin fondo», del que, según el *Apocalipsis* de San Juan, «se levanta un humo como el de un enorme horno».

Así dice Des Mousseaux (NOTA: *Fenómenos de la magia superior. FINAL NOTA*), que «embriagados por este humo se congregan diariamente millones de espiritistas en torno del abismo para tributar culto a Baal». Pero aunque la Iglesia latina haya aparentado tener la magia tan en poco como a los paganos, conservó la práctica ritual del exorcismo por el pingüe lucro que le allegaba.

A pesar del vigoroso empuje con que las investigaciones modernas han tambaleado a la Iglesia romana, se muestra más arrogante, obstinada y despótica que nunca y, no atreviéndose con los esforzados campeones de la ciencia, arremete en desquito contra los fenómenos espiritistas, porque el verdugo no lo es sin víctima ni puede mantener su prestigio quien no lo asegura con estudiados efectos. La Iglesia romana se resiste a caer en el olvido en que cayeron los mitos antiguos, y no consiente que se discuta muy de cerca su autoridad. De aquí que persista, en cuanto se lo consienten los tiempos, en su política tradicional y deplora la forzosa extinción del Santo Oficio, haciendo de la necesidad virtud. Las únicas víctimas que hoy tiene a su alcance son los espiritistas franceses (NOTA: *Recientes sucesos han demostrado que la dulce esposa de Cristo no repara en vengarse en víctimas indefensas. FINAL NOTA*) por la influencia solapadamente ejercida en los tribunales, que no tuvieron reparo en deshonorarse a favor de ella. Las mesas giratorias y los lápices semovientes del profano espiritismo sirven de púlpito a la iglesia para exhortar al mundo cristiano a que vuelva la vista hacia los «milagros» de Lourdes y, entretanto, las autoridades eclesiásticas preparan más fáciles éxitos con que sorberles el sentido a los supersticiosos. Obedientes a órdenes superiores, los obispos anatematizan, excomulgan y maldicen; pero al ver que el efecto de sus rayos en las testas coronadas es tan nulo como el de los que fulmina Júpiter en el *Calchas* de Offenbach, se revuelve Roma en impotente furia contra los infortunados búlgaros y servios, *protegidas víctimas* del emperador de Rusia. Sin que le conturben razones ni sarcasmos, el «cordero del Vaticano» reparte equitativamente sus iras entre los liberales italianos («esos impíos de aliento hediondo como un sepulcro») (NOTA: *Pascual de Francis: Alocuciones de S.S. el papa Pío IX, I, 34. FINAL NOTA*), los cismáticos griegos, los herejes y los espiritistas que «practican su culto junto al abismo sin fondo en donde acecha el Dragón».

El reverendo Gladstone se tomó el trabajo de enmanejar las «flores retóricas» diseminadas en las alocuciones del vicario de Aquel que dijo: «Quien te llamare *loco* estará en peligro de caer en el fuego del infierno». Veamos algunas de ellas. Los adversarios del Papado son «lobos, fariseos, ladrones, embusteros, hipócritas, engendros hidrópicos de Satanás, hijos de perdición y del pecado, sicarios del demonio, monstruos del averno, demonios en carne y hueso, cadáveres pestilentes, abortos del infierno, traidores, Judas endemoniados, etc.» (NOTA: *Epítetos entresacados de las alocuciones pontificias por Pascual de Francis, a quien el reverendo Gladstone califica con acierto de «cumplido maestro de servilismo clerical». FINAL NOTA*).

Puesto que Su Santidad el papa dispone de tan rico arsenal de dicterios, no es extraño que el obispo de Tolosa se desate sin escrúpulo en falsedades contra protestantes y espiritistas en las pastorales dirigidas a sus diocesanos, según vemos en este pasaje:

Nada más propio de una época de incredulidad que la falsa *revelación suplante a la verdadera*, y que los detractores de las enseñanzas de la Iglesia se entreguen a la práctica de la adivinación y al estudio de las ciencias ocultas... El espiritismo ha motivado en los Estados Unidos la sexta parte de casos de suicidio y locura... (NOTA: *Demuestra el obispo de Tolosa en este punto muy poco respeto a las estadísticas, y confunde lastimosamente a espiritualistas como Moody y Sankey con los vulgares defensores del fenomenalismo de gabinete. FINAL NOTA*) pues no es posible que de los mentirosos demonios salga palabra de verdad ni que enseñen ciencia de provecho, porque toda palabra de Satán es estéril corno el mismo Satán...

Está prohibida la lectura de todo escrito en defensa del espiritismo, y quien frecuenta los círculos espiritistas con intención de aceptar semejantes doctrinas, apostata de la santa Iglesia e incurre en excomunión... Las enseñanzas de los espíritus no prevalecerán contra la cátedra de San Pedro, que expone las verdades reveladas por el mismo Dios.

Sin embargo, las muchas falsas enseñanzas que la Iglesia romana atribuye a palabra de Dios invalidan esta última aserción de la extractada pastoral. El famoso teólogo católico Tillemont asegura que «los paganos ilustres de la antigüedad están en el infierno, porque vivieron antes de la venida de Cristo y no pudo alcanzarles el beneficio de la redención». También afirma dicho autor que la misma Virgen María corroboró esta verdad en una carta dirigida de su propia letra y firma a un santo. ¿Habremos de considerar también esto como enseñanza revelada por el mismo Dios?

Igualmente sugestiva es la descripción topográfica que del infierno y purgatorio explana, favorecido por visión divina, el cardenal Belarmino, de quien dice un crítico que «parece un experto agrimensor al deslindar los ocultos senderos y formidables estancias del «insondable abismo».

En una de sus obras, se aventuró San Justino mártir a opinar que Sócrates no podía estar en el infierno; pero un benedictino comentador suyo le vitupera severamente por su excesiva benevolencia (NOTA: *Quien dudare de los sentimientos de la Iglesia romana en este particular, puede leer la censura dada por la Sorbona al *Belisario* de Marmontel. Fulgura allí el odio teológico a modo de aurora boreal que, según los teólogos medioevales, presagiaba la cólera divina. FINAL NOTA*).

En la primera parte de esta obra procuramos demostrar con ejemplos históricos que los científicos, según decía de ellos el profesor Morgan, «se han puesto las vestiduras de que despojaron a los sacerdotes, pero tiéndolas antes de otro color». Análogamente, el clero cristiano se ha revestido con el ropaje de que despojó al sacerdocio pagano, y aunque su conducta es diametralmente opuesta a la ley de Dios, se ha erigido en tribunal competente para juzgar al mundo entero.

El «Varón de las tristezas» perdonó desde la cruz a sus verdugos y enseñó a sus discípulos el amor al enemigo; pero los sucesores de San Pedro, que se arrojan en la tierra la representación del dulce Jesús, maldicen sin reparo a cuantos se resisten a sus despóticos caprichos. Además, desde hace mucho tiempo han pospuesto el Hijo a la Madre porque, según enseñanzas también reveladas por «el mismo Dios», es la única mediadora entre cielo y tierra (NOTA: *El año 1854 definió Pío IX el dogma de la Inmaculada Concepción, que vino a puntualizar la intercesión de la Virgen, según las doctrinas católicas. La obra de Pascual de Francisic es terminante en este punto, pues dice que la Reina del cielo debe a Pío IX «el más preciado florón de su corona». Así es que, desde el momento en que le ha conferido el inesperado honor de convertirse súbitamente en inmaculada, nada puede negar el Hijo a la Madre en provecho de su Iglesia. (Véanse: *Alocuciones del papa Pío IX*, por Pascual de Francisic, el folleto del reverendo Gladstone sobre el mismo asunto, y *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, de Draper). (El texto inglés atribuye, por disculpable error de fecha, al Concilio Ecuménico de 1870 la declaración dogmática*

de la Inmaculada Concepción de la Virgen, siendo así que, según hemos rectificado, data del año 1854.– *El Traductor*.). Hace algunos años podían ver los viajeros en Bari (Italia) una imagen de la Virgen con falda de flecos rojos sobre hueco miriñaque. La misma indumentaria suelen lucir las imágenes de la Virgen en todo el Sur de Italia, en España y la América latina, la Virgen de Bari tenía su ermita en el campo, junto a una venta, y la última vez que la vió cierto viajero, se había intentado con mediano éxito vestir al Niño Jesús, calzándole unos pantalones sucios y remendados. Con motivo de haber regalado un viajero inglés a la imagen una sombrilla de seda verde, fueron los labriegos en procesión, presididos por el párroco, a colocarla entre la espalda del Niño y el brazo de la Virgen, celebrándose con toda solemnidad la ceremonia cuyo espectáculo era a propósito para avivar el sentimiento religiosos, pues la imagen aparecía como una diosa en su camarín, iluminada por multitud de lamparillas cuyas llamas, oscilantes al soplo de la brisa, inficionaban el puro aire de Dios con apestosos olores. Verdaderamente, sugería aquel altar la idea de que las imágenes de Madre e Hijo son los ídolos de una cristiandad que presume de monoteísta. Digno par del ídolo adorado por los pobres labriegos de Bari es la imagen de la Candelaria, que hace pocos años se veneraba en la rica ciudad de Río Janeiro. A un lado del templo se abre de largo a largo una capilla con extensa hilera de imágenes de santos adosados a la pared sobre sus correspondientes cepillos de limosnas, como peana más a propósito para el caso. En el centro de la hilera, bajo rico dosel de seda azul, aparecía la imagen de la Virgen apoyada en el brazo de Cristo. Lucía la imagen un traje de raso azul muy escotado, con mangas cortas, que descubría la exquisita configuración del cuello, hombros y brazos blancos como la nieve. La falda, recubierta de rico encaje con plegados de tul, era tan corta como la de las bailarinas, pues caía más arriba de la rodilla, dejando ver las piernas artísticamente torneadas, con medias de seda de color de carne y botas francesas de raso azul con altos tacones rojos. Tenía la imagen el cabello rubio y lo llevaba peinado a la última moda, con rizos y abultado moño. Estaba apoyada en el brazo de la imagen de Cristo, hacia quien volvía cariñosamente el rostro. También era de notar por lo extraño el indumento de la figura de Cristo, pues llevaba frac de corte, pantalón negro, chaleco blanco muy abierto, botas lustrosas y guantes de cabritilla con sortija, en que brillaba un al parecer riquísimo diamante brasileño. La cabeza de esta figura de hidalgo portugués tenía el cabello peinado a raya en medio, y en su triste y grave semblante diríase que los ojos reflejaban la amargura de aquel sarcasmo inferido a la majestad del Crucificado. También los egipcios representaban a la diosa Isis como Virgen Madre con el niño Horus en brazos, aunque en algunos relieves aparece sin niño; unas veces desnuda del todo y otras del todo velada, como en los Misterios, que de este modo simbolizaban la castidad materna. No estaría de más que tomáramos de los antiguos algo de la poesía de sus religiones y de la profunda veneración que les inspiraban los símbolos. FINAL NOTA).

Bien pudiéramos afirmar que con el último apóstol de Jesús murió el último cristiano *verdadero*. Pregunta a este punto Max Müller:

¿Cómo podrá un misionero desvanecer las dudas de sus catecúmenos a no ser que les represente el verdadero espíritu del cristianismo y les diga que, como las demás religiones, también tiene su historia, y que el del siglo XIX no es el de la Edad Media, y que el de la Edad Media no fue el de los primeros concilios, y que el de los concilios no fue tampoco el de los apóstoles, y que únicamente lo que Cristo dijo estuvo bien dicho? (NOTA: Müller: *Virutas de un taller alemán*, prefacio, 26. FINAL NOTA)

De esto cabe inferir que entre el cristianismo moderno y el paganismo antiguo no hay otra característica diferencial que la creencia en el diablo y en el infierno, imbuidas por el dogma cristiano.

Y añade Müller:

Las naciones arias no tienen diablo. Plutón, aunque de carácter sombrío, era personaje muy respetable, y el escandinavo Loki no era divinidad infernal, a pesar de su maligno temperamento. La diosa teutona Hell, como su equivalente Proserpina, vieron mejores días. Así es que cuando a los germanos se les hablaba del semítico Seth, Satán o el diablo, no les infundía temor ninguno.

Lo mismo cabe decir del infierno. El *hades* pagano era un lugar completamente distinto del infierno cristiano, pues lo consideraban los antiguos como un estado intermedio de purificación. El *hela* o *hel* tampoco era entre los escandinavos un lugar de eterno castigo (NOTA: En apoyo de esta opinión nos referiremos a lo que expone Mallet en su obra: *Antigüedades del Norte*, diciendo que cuando murió el blanco dios Bal-dur, su inconsolable madre Frigga envió a Hermod, hijo de Thor, en busca de su amado hijo que estaba en las tenebrosas regiones del *hela*. donde el mensajero de Frigga lo encontró tranquilamente sentado en una roca leyendo un libro. Además, el *hela* escandinavo es una región frigidísima, de ambiente totalmente opuesto al ardoroso infierno que la Iglesia romana puebla generosamente de pecadores. FINAL NOTA).

Tampoco pueden equipararse con el infierno cristiano el *amenti* egipcio, que era lugar de juicio y purificación, ni el *onderâh* o abismo de tinieblas de los indos, porque a los rebeldes ángeles sumidos en él por Siva les ofrece Parabrahma la posibilidad de redimirse por el arrepentimiento y la purificación.

El *gehenna* a que repetidas veces alude el *Nuevo Testamento* era un paraje extramuros de Jerusalén (NOTA: La referencia de este paraje en algunos pasajes del *Nuevo Testamento* es el único indicio que en él se halla del concepto católico del infierno. El valle de Gehenna o Hinnom se extiende por los alrededores de Jerusalén, y en él estaba situado el *tophet* o especie de lazareto donde ardía perpetuamente el fuego para consumir, por razones de higiene, los desperdicios y detritus de la población. Según el profeta Jeremías, en aquel lugar sacrificaban ocasionalmente los judíos a sus hijos al dios Moloch-Hércules, que por lo visto substituyeron más tarde los cristianos con el Dios de *misericordia*, cuyas iras es preciso aplacar mediante el sacrificio de los niños no bautizados y de los pecadores impenitentes en el altar de la ¡condenación eterna! FINAL NOTA), al que Jesús se refería valiéndose de una metáfora muy corriente entre los judíos de aquella época. ¿Cuál es, pues, el origen del terrorífico dogma del infierno, de esa arquímada palanca de la teología cristiana que durante diez y nueve siglos ha esclavizado el ánimo de millones de millones de cristianos? Seguramente no deriva de las *Escrituras hebreas*, como podría corroborar cualquier hebraísta idóneo. Conocen tan bien los teólogos las condiciones y circunstancias del infierno que han clasificado las penas allí sufridas en dos clases: pena de daño o privación de la beatífica vista de Dios y pena de sentido o tormento eterno en un hirviente lago de azufre.

Tal vez aduzcan los teólogos en pro de este dogma aquel pasaje de San Juan que dice:

Y el diablo que les engañó fue precipitado en un lago de fuego y azufre, en donde la bestia y el falso profeta son y serán atormentados por los siglos de los siglos (NOTA: *Apocalipsis*, XX, 9 y 10. FINAL NOTA).

Pero aun prescindiendo de que el diablo o demonio tentador simboliza esotéricamente nuestro propio cuerpo físico, que después de la muerte se desintegrará en los elementos ígneos o etéreos (NOTA: Según los alquimistas, el éter es fuego a la par puro e impuro. Este último abarca las diversas modalidades energéticas como luz, calor, electricidad, etc. El fuego puro es el *espíritu* del fuego. FINAL NOTA), tenemos que en lengua hebrea no hay palabra de significado equivalente a *eternidad* en el sentido de por los siglos de los siglos que le dan los teólogos, pues la voz *עלם* (*ulam*), según afirma Le Clerc, expresa tan sólo un período de tiempo sin principio ni fin conocidos. El arzobispo Tillotson confiesa

por una parte que la palabra *ulam* no significa duración *infinita*, y que la frase *por siempre jamás* del *Antiguo Testamento* indica tan sólo un largísimo período; pero por otra parte ha adulterado su verdadero sentido con respecto a la idea de los tormentos eternos, pues, en su opinión, si bien cuando decimos que Sodoma y Gomorra ardieron en fuego eterno, se sobreentiende que este fuego no se extinguió hasta consumir ambas ciudades, cuando nos referimos al fuego del infierno, tiene la palabra «eterno» el significado de perdurable, pues la pena del malvado ha de durar lo que dure el gozo del justo. Así lo ha dispuesto el sabio teólogo (NOTA: Dice a este propósito: «Los malvados irán εἰς Κόλασιν (penas eternas), y los justos al εἰς ζωὴν αἰώνιον (vida eterna)». FINAL NOTA).

El reverendo Surnden (NOTA: Investigaciones acerca de la naturaleza y situación del infierno. FINAL NOTA) comenta las teorías de sus predecesores y aduce argumentos, según él irrefutables, en demostración de que el infierno está situado en el sol. Esto nos lleva a sospechar que el reverendo Surnden habrá leído el *Apocalipsis* en la cama y le ocasionaría una pesadilla que distrajo de su mente la pitagórica y cabalística alegoría que entraña el siguiente pasaje:

Y el cuarto ángel derramó su redoma sobre el sol y le fue dado afligir a los hombres con ardor de fuego. Y los hombres estaban enardecidos por el gran calor y blasfemaban del nombre de Dios (NOTA: *Apocalipsis*, XVI, 8, 9. FINAL NOTA).

La idea no es original del apóstol San Juan ni del reverendo Surnden, pues ya Pitágoras situaba la «esfera de purificación» en el sol, centro del universo (NOTA: Aristóteles en su obra: *De Cælo*, libro II, dice que los pitagóricos llamaban cárcel de Júpiter a la esfera de fuego situada, según ellos, en el centro del sol. FINAL NOTA). Esta alegoría tiene doble significado. Por una parte, el sol físico simboliza la Divinidad suprema o céntrico sol espiritual; y en consecuencia, al llegar a esta región quedan las almas purificadas de sus culpas y se unen para siempre con el espíritu después de los sufrimientos pasados a través de las esferas inferiores. Por otra parte, al fijar Pitágoras la situación del sol visible en el centro del universo, insinuaba la enseñanza del sistema heliocéntrico, que era privativa de los Misterios y sólo se comunicaba en el grado superior de iniciación. El apóstol San Juan tiene del Verbo un concepto puramente cabalístico, que sólo comprendieron los Padres de la Iglesia versados en las doctrinas neoplatónicas. Orígenes lo comprendió perfectamente por haber sido discípulo de Ammonio Saccas, y así niega en absoluto la eternidad de los tormentos del infierno, diciendo que no sólo los pecadores, sino también los, diablos (NOTA: Denominación de los réprobos desencarnados. FINAL NOTA) alcanzarán remisión después de un castigo más o menos largo (NOTA: A causa de estas y otras proposiciones heréticas fue desterrado Orígenes. FINAL NOTA).

Muchas y muy ingeniosas hipótesis se han expuesto sobre la situación del infierno, pero la más conocida es la que lo coloca en el centro de la tierra. Sin embargo, la intromisión de los científicos en este punto suscitó algunas dudas que turbaron la plácida fe en tan consoladora creencia, pues, como advierte Swinden, contra ella se oponen tres principales razones, conviene a saber:

1ª Que no es posible que en el centro de la tierra haya suficiente combustible para mantener un fuego siempre vivo.

2ª Que se necesitaría abundancia de oxígeno para alimentar la combustión.

3ª Que puesto la tierra ha de tener fin como astro, no puede ser eterno el fuego que ha de consumirla (NOTA: *Demonología e infierno*, 289. FINAL NOTA).

Pero tal vez Swinden ha olvidado en su escepticismo, que hace siglos resolvió San Agustín esta dificultad diciendo que, no obstante las apariencias en contra, el infierno está situado en el centro de la tierra, pues Dios provee *milagrosamente* el aire necesario

para mantener el fuego siempre vivo (NOTA: *La ciudad de Dios*, I, XXI, 17.– Es tan poderoso este argumento que no nos atrevemos a rebatirlo. FINAL NOTA).

Los cristianos fueron los primeros en dar carácter de dogma religioso a la creencia en el diablo, y desde entonces se ha visto precisada la Iglesia a luchar contra la misteriosa fuerza que, por conveniencia propia, achacaba al diablo. Pero las manifestaciones de esta fuerza propenden a quebrantar la creencia en el diablo, gracias a la incompatibilidad entre los efectos y la supuesta causa, porque si el clero no ha podido medir debidamente el verdadero poder del diablo, forzoso es confesar que este archienemigo de Dios encubre muy hábilmente su carácter de príncipe de las tinieblas, cuya perpetua ocupación es poner asechanzas a los hombres (NOTA: Si las entidades espíritas fuesen diablos como asegura el clero, habrían de ser aquellos «pobres y estúpidos diablos» descritos por Max Müller que tan a menudo intervienen en los cuentos alemanes y escandinavos. FINAL NOTA).

No obstante, lo que más teme el clero es verse precisado a soltar la argolla con que viene agarrotando a la humanidad. No consiente que por el fruto se conozca el árbol, porque habría de someterse a enojosos dilemas, ni tampoco quiere confesar, como confiesan las mentes libres de prejuicios, que los fenómenos psíquicos han convertido y mejorado a más de un escéptico empedernido. Pero, según el mismo clero reconoce, ¿de qué serviría el Papa si no existiera el diablo?

Sin duda, por esto envía Roma a sus más hábiles plumas y lenguas en socorro de los que están en peligro de hundirse en el «insondable abismo», aunque nadie declara explícitamente el mandato (NOTA: En las obras del fecundo autor católico Des Mousseaux, el Tertuliano del siglo XIX, encontramos pruebas evidentes de todo esto, pues aparte de las copias de la censura eclesiástica, inserta en cada volumen una carta dirigida al piadosísimo autor por el universalmente célebre P.Ventura. de Ráulica, residente en Roma, una de las más firmes columnas de la Iglesia latina, ex general de la orden de los teatinos, asesor de la Sagrada Congregación de Ritos, definidor general, etc., etc. Esta carta es tan característica y denota tan descarada franqueza, que sin duda ha de asombrar a las futuras generaciones por su espíritu demonolátrico. Copiamos un fragmento con la esperanza de que, contribuyendo a su divulgación, mereceremos las bendiciones de la Iglesia. Dice así: «Muy señor mío y excelente amigo: Satanás obtuvo su mayor triunfo el día en que consiguió que negaran su existencia. Demostrar la existencia de Satanás, equivale a restablecer uno de los *dogmas fundamentales* de la Iglesia que sirve de base al cristianismo, y sin el cual Satanás sería tan solo un nombre... Magia, hipnotismo, magnetismo, sonambulismo, espiritualismo y espiritismo son otras tantas denominaciones del satanismo. Al poner de manifiesto esta verdad y mostrarla en su propia luz, desenmascaramos al enemigo, señalamos el inmenso peligro de ciertas prácticas diputadas por *inocentes* y merecemos bien a los ojos de la humanidad y de la religión. P. Ventura de Ráulica». ¡Amén! Es verdaderamente inesperado honor para los «directores» norteamericanos en general y los ingenuos «guías» indios en particular, verse tratados en Roma como príncipes del imperio de Eblis. No hubieran alcanzado de seguro semejante honor en otros países. FINAL NOTA).

Sin percatarse de que trabajaba en favor de sus enemigos, los espiritualistas y espiritistas, permitió la Iglesia unos veinte años atrás que Des Mousseaux y De Mirville hiciesen la biografía del diablo, confesando tácitamente con ello su colaboración en la tarea (NOTA: Tanto el caballero Gougenot Des Mousseaux, como su amigo y colaborador el marqués Eudes De Mirville, cuyos títulos indican abolengo de pura cepa aristocrática, son escritores de no escasa erudición y talento, y nada habría que objetar a su estilo si no fuese por los puntos de doble admiración que adornan los dicterios e invectivas lanzados contra Satanás y sus adoradores. Uno y otro autor han sostenido durante veinte años una terrible cruzada contra el enemigo del género humano. FINAL NOTA). Sin embargo, los espiritistas franceses han de quedar eternamente agradecidos por una parte a estos

dos escritores católicos que, tomando por prueba los fenómenos psíquicos, tratan de demostrar la existencia del diablo, y por otra parte al ex ministro de Luis Felipe, el conde de Gasparín, que basado en las mismas pruebas se propone evidenciar lo contrario. Con ello tendremos demostrada por unos y otros, sin lugar a duda, la existencia de un invisible universo espiritual poblado también de invisibles entidades. De los documentos históricos escudriñados en las bibliotecas, destiló la quinta esencia de las pruebas incontrovertibles. Desde Homero hasta nuestros días, todas las épocas han brindado selectos materiales de investigación a estos infatigables escritores que, al afirmar la autenticidad de los prodigios operados por Satán inmediatamente antes de la era cristiana y durante la Edad Media, dieron sólida base al estudio de los fenómenos psíquicos en los tiempos modernos.

A pesar de su apasionado e irreductible entusiasmo, representa Des Mousseaux el papel de demonio tentador o «serpiente del Génesis», como gusta de llamar al diablo, pues en su afán de achacar al espíritu maligno toda manifestación psíquica, concluye por demostrar que el espiritismo y la magia no son nuevos en el mundo, sino antiquísimos gemelos, cuya cuna mecieron los primitivos tiempos de India, Caldea, Babilonia, Egipto, Persia y Grecia. Demuestra Des Mousseaux la existencia de los espíritus angélicos y diabólicos con tan auténticas e irrefutables pruebas históricas, que muy pocas podrán añadir los autores que le sucedan (NOTA: Lástima es que los escépticos que no creen en Dios ni en el diablo ridiculicen las obras de Des Mousseaux sin haberlas leído, pues expone en ellas muchos hechos de profundo interés científico. Pero ¿qué cabe esperar de esta incrédula época cuando ya de lo mismo se quejaba Platón veintidós siglos atrás? Dice sobre ello el famoso filósofo en su *Euthyphron*: «Cuando en la asamblea pública digo algo concerniente a las cosas divinas y pronostico lo que va a suceder, me tildan de loco, a pesar de que *nada de cuanto predije dejó de cumplirse*. Sin embargo, el vulgo odia a los hombres de mi carácter, pero sea como sea, debemos seguir nuestro, camino sin hacerles caso». FINAL NOTA). Seguramente que Des Mousseaux y De Mirville tuvieron a su libre disposición los inagotables recursos literarios de la biblioteca del Vaticano y otras no menos nutridas (NOTA: Cuando se tienen a mano originales manuscritos, papiros, volúmenes sustraídos de las riquísimas bibliotecas paganas, tratados antiguos de magia y alquimia y los autos procesales de hechicería, resulta facilísimo llenar volúmenes y volúmenes de acusaciones contra el diablo. FINAL NOTA), donde se conservan centenares de valiosísimos tratados de ciencias ocultas, que tan sólo pueden consultar los privilegiados concurrentes a la biblioteca del Vaticano. De todos modos, las leyes de la Naturaleza lo mismo rigen para el hechicero pagano que para el taumaturgo católico, quienes, sin la menor intervención de Dios ni del diablo pueden operar los llamados «milagros».

Apenas empezaron los fenómenos psíquicos a llamar la atención de Europa, cuando el clero clamó diciendo que el eterno enemigo reaparecía en ellos con nombre distinto. Al propio tiempo, se oía hablar también de milagros o fenómenos «divinos» en oposición a los diabólicos. Al principio, los milagros fueron obra de individuos de condición humilde, que su decir los efectuaban por obra de la Virgen María, de los santos o de los ángeles. En cambio, también hubo quienes, según el clero, quedaron *obsesos* y *poseídos* del demonio, con quien, por lo visto, ha de compartir Dios la fama de su poder. Pero al advertir que, no obstante todas estas precauciones, iban en aumento los fenómenos psíquicos con amenaza de quebrantar los tan cuidadosamente forjados dogmas teológicos, quedaron las gentes sobrecogidas de asombro (NOTA: Especialmente los católicos se alarmaron cuando en 1864 toda una comunidad religiosa quedó poseída del demonio. A esto se añadieron los espeluznantes relatos de los endemoniados de Morzine y las innegables hechicerías de Valleyres y del presbiterio de Cideville. FINAL NOTA).

Por extraño que parezca, repetidas veces han preguntado los observadores: «¿Por qué, desde la Reforma acá, no ha ocurrido ni un solo milagro en los países protestantes?». Tal

vez respondan los clericales que Dios ha dejado de su mano a los herejes; pero ¿por qué tampoco ocurren milagros en Rusia que no es hereje, sino tan sólo cismática? (NOTA: La Iglesia cismática griega, por sus fieles llamada ortodoxa, profesa la misma doctrina, cree en los mismos dogmas y tiene ritos análogos a los de la iglesia latina, aunque no reconoce la autoridad suprema del pontífice romano, y difiere de la fe católica en el concepto de la procedencia del Espíritu Santo. Por lo demás, admite el culto de los santos y de las reliquias, y tiene imágenes milagrosas, como la de San Mitrofaníy de Voroneg, si bien sus milagros se contraen a la curación de enfermos. Y aunque centenares de éstos recobraron la salud por *eficacia de la fe*, y aunque los templos esten impregnados de efluvios magnéticos y sigan las gentes creyendo en las curas milagrosas que de cuando en cuando se operan, no se oye hablar en Rusia de milagros por el estilo de los paseos de la Virgen y de su correspondencia epistolar y de las imágenes parlantes de los países católicos. Pero en Rusia no ocurren milagros de esta índole, porque el emperador Pedro I el Grande prohibió terminantemente los falsos milagros de las imágenes de santos. (Véanse: *Conferencias sobre la iglesia de Oriente* por el Dr. Stanley, pág. 407). Desde entonces sólo ha ocurrido en Rusia algún que otro milagro aislado siendo el último el de la sangre que manó de la mejilla de una imagen de la Virgen, cuyo rostro partió un soldado francés cuando la invasión napoleónica de 1812. A partir de esta época, no obstante la piedad religiosa de los monarcas, dejaron de obrar milagros las imágenes de santos, aun en la ultramontana Polonia, donde la policía ha hecho abortar toda tentativa de milagro, pues un milagro en Polonia publicado por el clero significa generalmente revolución sangrienta. Durante la campaña de Hungría (1848) sucedió en el gobierno de Tambov un curioso caso en la familia de un rico hacendado, cuyo único sobrino e hijo adoptivo, a quien amaba en extremo, servía en las filas del ejército ruso. El hacendado y su mujer tenían á, la vista, sobre la mesa de comer y en el sitio del sobrino, un retrato de éste a la acuarela. Una tarde, mientras el matrimonio estaba tomando el te con algunos amigos de la casa, quedó hecho trizas el cristal del retrato, tras ruidoso estrépito, sin que nadie lo tocara. Al acercarse la señora del hacendado al retrato de su sobrino para ver qué había ocurrido, le notó manchas de sangre en la frente y cráneo. Los amigos, con deseo de tranquilizarla, le dijeron que sin duda se había hecho un corte en el dedo con algún pedazo de vidrio roto y manchado así el retrato; pelo del examen al efecto no se descubrió ni el más ligero rasguño, y por otra parte, nadie más que la señora de la casa había tocado el cuadro. Alarmado el marido por la sobreexcitación de su mujer, quiso calmarla, y con este propósito se hizo adrede un corte en el dedo para darle a entender que era de él la sangre caída en el retrato cuando, a raíz del accidente, lo había tocado sin que nadie lo notase. Pero de nada sirvió la estratagema, porque la señora tenía el firme convencimiento de la muerte de su sobrino Demetrio; y en consecuencia, se vistió de luto y mandó que diariamente se dijeran misas en la iglesia del pueblo por el alma del que presumía difunto, y en verdad lo era, como así lo confirmó semanas más tarde un oficio en que el coronel del regimiento participaba la muerte del joven Demetrio por un casco de granada que le había levantado la tapa de los sesos. FINAL NOTA) ¿No es lógico suponer que si en Rusia es posible prohibir los milagros por decreto imperial y jamás ocurren en otros países, han de atribuirse los fenómenos taumatúrgicos a causas naturales y en modo alguno a Dios ni al diablo? A nuestro entender, todo el secreto de la respuesta se reduce a que el clero ruso sabe muy bien cuán fácilmente quebrantarían los milagros apócrifos la sincera piedad y robusta fe del campesino ruso, en cuyo ánimo cualquier desengaño despertaría primero la desconfianza y después la duda y el ateísmo. Además, ni el clima del país ni el carácter de las gentes, *positivo* y sano, son propicios a la operación de fenómenos fraudulentos. En cuanto al clero de las otras naciones no católicas, como Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, no puede disponer de las obras secretamente conservadas en la biblioteca del Vaticano, y por este motivo nada saben de la magia de Alberto el Magno.

Por lo referente a la infinidad de médiums y sensitivos que hay en la América del Norte, cabe atribuirlos a la influencia del clima y a la idiosincrasia de la población. Desde la época de las brujerías de Salem, cuando los inmigrantes conservaban pura su sangre, hace dos siglos, hasta el año 1840, apenas se oyó hablar de «espíritus» ni de «médiums» en los Estados Unidos (NOTA: No hace todavía cien años se llevaron a cabo en algunos Estados de la Unión ejecuciones capitales a causa de hechicería. En Nueva Jersey fueran quemados vivos unos negros. En la Carolina del Sur, después de la guerra de Secesión (1865), estaba vigente todavía en el código la pena de muerte por hechicería. FINAL NOTA). Los primeros fenómenos se observaron en individuos de la secta llamada de los temblones, cuyo entusiasmo religioso, género de vida, pureza de alma y castidad de cuerpo favorecían la operación de fenómenos psíquico-físicos. Desde 1692, millones de inmigrantes de diversas razas, países, temperamento y costumbres, han invadido la América del Norte y determinado por el cruce la alteración del primitivo tipo étnico (NOTA: En ningún país del mundo es la mujer de complexión tan delicada, nerviosa y sensitiva como en los Estados Unidos. Una de las cosas que más nos llamaron la atención al llegar a dicho país fue la delicada finura casi transparente de la tez. Si comparamos el cutis de un niño o niña de las fábricas de Irlanda con otros de su edad y condición de las fábricas norteamericanas, observaremos que mientras las manos del irlandés al cabo de una hora de lavárselas con jabón tienen la piel como de caimán joven, las del norteamericano perduran blancas y finas, no obstante la rudeza de su labor. No es, pues, extraño que abunden en la América del Norte los sensitivos, ni que el clero heterodoxo del país, incapaz de toda operación teúrgica, achaque a fraudes e imposturas todo fenómeno psíquico. Tampoco es de extrañar que el clero católico los atribuya al diablo, pues sabe que la magia no es ficción y teme las consecuencias de los fenómenos espirituales que de ella se derivan. FINAL NOTA).

Permítasenos aducir otro argumento en pro de nuestra opinión. ¿En qué países abundaron más y causaron mayor asombro los milagros? Sin duda que en la católica España y en la Italia pontificia. ¿Y qué otra nación, aparte de estas dos, tuvo mejores coyunturas de iniciarse en las letras antiguas? Famosas fueron las bibliotecas españolas y de gran celebridad gozaron los árabes por sus profundos conocimientos en alquimia y otras ciencias. Por su parte, el Vaticano archiva incalculable número de manuscritos antiguos que, durante cerca de mil quinientos años, fueron acopiando los pontífices por confiscación de los bienes de las víctimas sentenciadas (NOTA: Tal vez repliquen los católicos diciendo que casi siempre se quemaban los libros de hechicería con sus abominables autores; pero si el Vaticano quisiera hablar nos diría lo contrario, pues conoce ciertos escondrijos cuya entrada está hábilmente disimulada entre el profuso decorado de las paredes de la biblioteca, hasta el punto de que muchos pontífices no sospecharon siquiera su existencia. Seguramente que estos papas no fueron Silvestre II ni Benedicto IX ni Juan XX ni los Gregorios VI y VII ni tampoco el famoso Borgia de toxicológica memoria. No fueron amigos de los hijos de Loyola quienes permanecieron ignorantes de la sabiduría oculta. FINAL NOTA).

Los anales de la magia señalan en las misteriosas soledades del claustro los más hábiles hechiceros, como Alberto el Magno, obispo de Ratisbona, insuperable en este arte, y su discípulo Tomás de Aquino, el franciscano Rogerio Bacon y el benedictino Trithemio, abad del monasterio de Spanheim y maestro, amigo y confidente de Cornelio Agrippa. Durante la época en que por toda Alemania florecieron las mancomunadas hermandades de teósofos, con el fin de adquirir conocimientos esotéricos, bastaba captarse el favor de ciertos monjes para adelantar en las más importantes ciencias ocultas.

Todo esto nos lo dice la historia y no puede negarse fácilmente. Hasta la época de la Reforma practicó el clero sin mucho rebozo las diversas modalidades de la magia, y aun también fue cabalista y ocultista el famoso Juan Reuchlin (NOTA: Autor de la

obra: *El mundo maravilloso*, amigo de Pico de la Mirándola y maestro de Erasmo, Lutero y Melancthon. En la portada de la traducción inglesa (Londres 1843) de la obra de Mayeroff: *Reuchlin und seine Zeit* (Reuchlin y su tiempo), Berlín 1830, el traductor Barham confiere a Reuchlin el dictado de *Padre de la reforma germánica*. FINAL NOTA). Tanto el clero regular como el secular practicaron extensamente el sortilegio de que ahora abominan (NOTA: Según se lee en la obra de lord Coke: *Instituciones*, pág. 44, el *Stat. 10 Jac.* calificaba el sortilegio de felonía y el *Stat. 12, Car. II*, lo exceptuaba de los indultos generales por considerarlo arte de brujería. Sin embargo, en la *Vida de San Gregorio de Tours* se lee que San Agustín no desapruaba el sortilegio como medio de descubrir lo futuro, con tal que no se le den fines mundanos, y él mismo confiesa haber practicado este procedimiento de adivinación. Por este motivo distinguía el clero dos linajes de sortilegio: el *sortes sanctorum*, cuya práctica se reservaba exclusivamente para sí, y el *sortes prænestinae*, a que siguieron el *sortes homericæ* y el *sortes virgilianæ*, que fueron diputadas por abominable paganismo y culto diabólico cuando lo practicaban los laicos. FINAL NOTA).

Refiere Gregorio de Tours que para practicar los sortilegios ponía el sacerdote la *Biblia* sobre el altar, y suplicaba al Señor que se dignase descubrir su voluntad y revelar lo futuro por medio de un versículo del texto. Gilberto de Nogent, autor del siglo XII, dice que en su época era costumbre recurrir al sortilegio de *sortes sanctorum* en la consagración de los obispos para conocer el porvenir del consagrado. En cambio, según otros escritores, el concilio de Agda, celebrado el año 506, condenó el sortilegio de *sortes sanctorum*, con lo que vemos quebrantado el infalible magisterio de la Iglesia; pues no se sabe si erró al prohibir una práctica ejercida nada menos que por San Agustín, o si el error estuvo en practicar públicamente el sortilegio en la consagración de los obispos, a no ser que en ambos casos, a pesar de lo contradictorio, recibiera el Vaticano la inspiración directa de Dios.

En prueba de que Gregorio de Tours practicó el sortilegio, entresacamos el siguiente pasaje de su *Vida*:

Noticioso de que Lendasto, conde de Tours, empeñado en indisponerme con la reina Fredegunda, venía a la ciudad con malas intenciones respecto de mi persona, me encerré en mi oratorio con el ánimo inquieto, y al abrir los Salmos tropezó mi vista con el versículo del LXXVII, que dice: «El Señor hizo que marcharan confiados, mientras el mar se tragaba a sus enemigos». De acuerdo con el espíritu del texto, nada resolvió contra mí el conde al entrar en la ciudad, de la que salió el mismo día para un puerto de embarque. La nave en que iba naufragó durante una tempestad; pero el conde salvó la vida a nado.

Confiesa el santo obispo en este pasaje haber practicado algún tanto la hechicería, y como *todo hipnotizador sabe cuán poderosa es la voluntad concentrada en determinado propósito*, el versículo del Salmo le sugirió el deseo de que su enemigo muriese ahogado. Poseído de este deseo, lo enfocó, acaso inconscientemente, sobre la persona del conde que a duras penas salvó la vida. Si, como por error creía el santo, hubiese sido voluntad de Dios el percance, de seguro que se ahogara el conde; pues un sencillo baño no podía modificar su animosidad contra San Gregorio si tan malévolamente fuese.

A mayor abundamiento, vemos que el concilio de Varres prohíbe a todos los eclesiásticos, bajo pena de excomunión, las suertes adivinatorias por medio de libros o escritos de cualquier índole. La misma prohibición decretaron los concilios de Agda (506), Orleans (511), Auxerre (595) y por último el de Aenham (1110), que anatematizaba a los brujos, hechiceros y adivinos que ocasionaban la muerte por medio de operaciones mágicas y vaticinaban el porvenir sobre pasajes de la Escritura señalados a la suerte. Además, el clero de la diócesis de Orleans elevó al pontífice Alejandro III una queja contra su obispo Garlande, que terminaba como sigue:

Que vuestras apostólicas manos tengan fuerza para poner de manifiesto la iniquidad de este hombre, de modo que le alcance la desgracia pronosticada el día de su consagración, cuando al abrir las Escrituras, *según costumbre*, salió por suerte aquel pasaje que dice: *...y despojándose el joven de sus vestiduras de lino se les escapó desnudo* (NOTA: Copia del documento original que se conserva en el Archivo de Orleáns.– Véanse también para el caso las obras: *Suertes y sortilegios y Vida de Pedro de Blois*. FINAL NOTA).

¿Por qué, pues, achicharraba la Iglesia a los seculares que ejercían el sortilegio y canonizaba a los eclesiásticos con igual ejercicio? Sencillamente, porque todo fenómeno psíquico, sea cual sea su método operante, rebate por una parte la afirmación católica de que únicamente los santos pueden obrar milagros en nombre de Dios y por mediación de los ángeles; y por otra parte, la aserción protestante de que desde los tiempos apostólicos no han vuelto a operarse milagros. Pero tanto si son como si no son de la misma naturaleza, los modernos fenómenos psíquicos denotan íntimo parentesco con los milagros bíblicos, hasta el punto de que los hipnotizadores y saludadores de nuestra época emulan francamente a los apóstoles del cristianismo. El zuavo Jacob ha sobrepujado al profeta Elías en la resurrección de personas difuntas en apariencia, y el sonámbulo Alexis (NOTA: Citado por Wallace en su obra: *Los milagros y el espiritismo moderno*. FINAL NOTA) demostraba incomparablemente mayor lucidez que los apóstoles, profetas y sibilas de la antigüedad. Desde la quema del último brujo, la grandiosa revolución francesa, cuidadosamente preparada por los agentes de la liga de sociedades secretas, sembró el terror en el seno de la clerecía europea, y cual devastador huracán arrastró en su empuje a la católica aristocracia romana, el más valioso aliado de la Iglesia, dejando firmemente establecida la individual libertad de opiniones contra la derrocada tiranía eclesiástica, y abriendo desembarazado paso a Napoleón el Magno, que dió el golpe de gracia a la Inquisición, aquel vasto matadero en que la Iglesia cristiana degollaba en nombre del Cordero a cuantas ovejas le parecían antojadizamente sarnosas. Desde entonces, quedó la Iglesia abandonada a su responsabilidad y sus recursos.

Mientras los fenómenos aparecieron esporádicamente, se sintió la Iglesia con fuerzas bastantes para reprimir las consecuencias. La supersticiosa creencia en el diablo estaba por entonces tan arraigada como siempre, y la ciencia no se había atrevido aún a medir públicamente sus fuerzas con la teología, que, entretanto, iba ganando terreno de un modo lento y seguro, hasta que, de repente, se manifestó con inopinada violencia. De su mística reclusión empezaron a salir los «milagros» a plena luz diurna, en donde la profana mano de la ciencia, sostenida por las leyes naturales, se disponía a arrancarles su clerical antifaz. Por algún tiempo se mantuvo la Iglesia todavía en sus posiciones, y con el potente auxilio del terror supersticioso logró detener los progresos del invasor; pero cuando más tarde reprodujeron hipnotizadores y sonámbulos el fenómeno psicofísico del éxtasis, hasta entonces atribuido exclusivamente a los santos; cuando las mesas giratorias exaltaron la curiosidad del mundo entero y la psicografía, tenida por espiritual, se convirtió de aliciente de curiosidad en misticismo religioso; cuando el eco de los golpes de Rochester repercutió a través de los mares por todos los ámbitos del mundo; entonces, y sólo entonces despertó la Iglesia latina al advertir la cercanía del peligro. Se derramó la voz de prodigios ocurridos en los círculos espiritistas y en los salones de los hipnotizadores. Sanaban los enfermos, veían los ciegos, andaban los lisiados y oían los sordos. En América J.R. Newton y en Francia el barón Du Potet curaban a las gentes sin haber recurso a la intervención divina. El gran descubrimiento de Mesmer reveló a los solícitos investigadores el mecanismo de la naturaleza y dominó como por mágico poder la materia inorgánica y orgánica.

Pero no fue esto lo peor, porque una adversidad más calamitosa todavía cayó sobre la Iglesia con la evocación de multitud de espíritus, tanto del mundo superior como del inferior, cuyas comunicaciones y procedimientos desmentían las más intencionadas y

lucrativas enseñanzas de la Iglesia. Estos espíritus se manifestaban como las desencarnadas personalidades de parientes, amigos y conocidos de los concurrentes a las sesiones, desvaneciendo de esta suerte la existencia objetiva del diablo, con hondo quebranto de los cimientos de la cátedra de San Pedro (NOTA: Hubo en Roma dos cátedras titulares de San Pedro. Alarmado el clero por las Continuas pruebas que suministra la investigación científica, se ha decidido por fin a dar en rostro al enemigo, y así vemos que el periódico ultramontano: *Crónica de las Artes* publica la más ingeniosa y al propio tiempo la más jesuítica explicación de la duplicidad de cátedras, diciendo: «Por el incremento de fieles determinóse Pedro a fijar en Roma el centro de su acción, porque el cementerio de Ostiano estaba demasiado distante y tampoco hubiera sido suficientemente capaz para las asambleas de los cristianos, cuya creciente número demandaba diversos lugares de reunión, y éste fue sin duda el motivo de que el apóstol Pedro confriese primero a Lino y después a Cleto la dignidad episcopal para que le ayudasen al cuidado de una Iglesia que prometía dilatarse ilimitadamente. Pedro estableció en el Viminal (una de las siete colinas de Roma) la misteriosa sede, símbolo del poder y de la verdad; pero sin trasladar el augusto solio de las catacumbas ostrianas que Pedro visitaba con frecuencia, y en donde sin duda ejercería su santo ministerio. En Cornelia se estableció otra sede con la misma significación, y ésta es la que a través de los siglos ha continuado hasta nosotros. Sin embargo, no es verosímil que existieran en Roma dos cátedras, sillas o sedes igualmente apostólicas, porque la mayoría de los críticos aducen numerosas e irrefutables pruebas en demostración de que San Pedro no estuvo jamás en Roma. Ejemplo de ello nos dan las obras de San Justino mártir, uno de los más ardorosos apologistas del cristianismo, que a pesar de residir en Roma durante el primer tercio del siglo II, no alude en lo más mínimo a la estancia de San Pedro en la Ciudad Eterna, como si ni siquiera supiese que había existido. Ningún otro autor de peso menciona a Pedro como cabeza de la Iglesia de Roma, hasta que Ireneo forjó en la fragua de su fantasía una religión enteramente nueva. Quienes deseen más pormenores sobre el particular pueden leer la excelente obra de Reber: *El Cristo de Pablo*, pues los argumentos de este autor son concluyentes. Hemos visto en el antes extractado artículo de la *Crónica de las Artes* que el número de los fieles era ya demasiado crecido para caber en el cementerio ostiano, contra lo que arguye Reber diciendo que si Pedro hubiera estado realmente en Roma, debería de ser por los años 65 a 69 de J.C., porque el 64 estaba en Babilonia, desde donde escribía a los fieles de Roma. Entre los años 65 a 69 (reinado de Nerón) o moriría mártir o tranquilo en su cama, porque, según Ireneo, legó la jefatura de la Iglesia al obispo Lino, promovido a esta dignidad el año 69, como dice Reber en la página 122 de su ya citada obra. Es verdaderamente asombroso que Ireneo se atreva a afirmar la mancomunidad de Pedro y Pablo en el gobierno de la Iglesia, cuando el primero persiguió al segundo y con él estuvo en pugna toda su vida. Más adelante nos ocuparemos en este asunto con mayor detenimiento; pero entre tanto preguntemos, en nombre del sentido común, que cómo podían aumentar de tal suerte los fieles cristianos cuando Nerón desató contra ellos cruelísima persecución, de que, según refiere la historia, huían escapados de Roma. Sigue diciendo el articulista de la *Crónica de las Artes*. «Quiso Cristo que también tuviese su parte de inmortalidad este signo visible (la silla de San Pedro) del magisterio de su vicario, que sin interrupción mencionan de siglo en siglo los documentos de la Iglesia romana, y cuya existencia atestiguan formalmente Tertuliano en la obra: *De Præscriptionibus*». Pero en nuestro anhelo de saber cuanto se relaciona con este interesante asunto, nos gustaría que se nos demostrase cuándo quiso Cristo lo que le atribuye el articulista, quien continúa diciendo sobre el particular: «En las partes de la silla construidas con madera de acacia, se pusieron adornos de marfil tanto por delante como por detrás. En el tablero frontal hay diez y ocho placas de marfil colocadas en tres filas superpuestas de seis cada una, que llevan grabados diversos asuntos, entre ellos las hazañas de Hércules. Algunas placas están mal colocadas, como si lo hubieran sido en época en que se aprovechaban los restos

artísticos de la antigüedad, sin cuidar de la congruencia de su aplicación». Este pasaje del artículo que vamos comentando sirvió indudablemente de hábil réplica a diversas observaciones de los eruditos sobre el particular. Bower refiere (*Historia de los Papas*, II, 7) que al limpiar el año 1662 una de las sillas, se descubrió el grabado de las doce hazañas de Hércules, por lo que fue substituida por otra. Pero en 1796, cuando las tropas del general Bonaparte ocuparon a Roma, se examinó de nuevo la silla y vióse en ella una inscripción que en caracteres arábigos decía: «No hay más Dios que Allah y Mahoma es su profeta». (Véase: *Apéndice al Antiguo Culto Simbólico*, por H. M. Westropp y C. Staniland Wake) Wilder observa muy acertadamente: «Presumimos que el apóstol de la circuncisión, como le llama su rival Pablo, no estuvo jamás en Roma ni tuvo allí sucesor alguno. Por lo tanto, la silla de San Pedro es más bien sagrada que apostólica, y su santidad deriva en todo caso de la religión esotérica de los primitivos tiempos de Roma. Tal vez el hierofante de los Misterios se sentaba en ella los días de iniciación, cuando mostraba a los candidatos la *Petroma* o tabla de piedra con las enseñanzas esotéricas propias del caso». FINAL NOTA). Ninguna entidad psíquica, a no ser los llamados espíritus burlones, se manifestarán en relación con Satanás ni concederán a este mito ni un palmo de soberanía. El clero siente quebrantado de día en día su prestigio y ve que las gentes rasgan la venda que durante tantos siglos les cegara. La fortuna se ha pasado al bando enemigo en el conflicto entre la teología y la ciencia. Pero si la ciencia ha contribuido inadvertidamente a la comprensión de los fenómenos psíquicos, éstos, por su parte, han favorecido los progresos de la ciencia, pues hasta que la renovada filosofía reclamó su lugar en el mundo, muy pocos científicos acometieron el difícil estudio de la teología comparada, en cuyos dominios han penetrado escasos exploradores por la necesidad de conocer para ello muy a fondo las lenguas muertas. Además, no se sentía imperiosamente la utilidad de este estudio, porque no era posible por entonces substituir la ortodoxia cristiana con más satisfactorias doctrinas; pues, según demuestra innegablemente la psicología, la generalidad de las gentes no pueden vivir sin religión formal, sea la que fuere, como no puede vivir el pez fuera del agua. Pero la verdad, con voz más poderosa que el trueno, habla al hombre de nuestro siglo como habló al del siglo XIX antes de Cristo. Entre la vida futura y la nada después de la muerte, no vacila la humanidad en la elección. Quienes, movidos de su amor al progreso humano, quisieran expurgar la fe de toda maleza supersticiosa y dogmática, han de repetir aquellas palabras de Josué:

Pero si os parece malo servir al Señor, se os da a escoger. Elegid hoy lo que os agrada, a quien principalmente debáis servir: si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres en la Mesopotamia, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; que yo y mi casa serviremos al Señor (NOTA: *Josué*, XXIV, 15. FINAL NOTA).

El orientalista Max Müller escribía en 1860:

La ciencia de la religión apenas está en su infancia... Durante los últimos cincuenta años se han descubierto, de *extraordinaria y casi milagrosa manera*, documentos auténticos de las principales religiones del mundo (NOTA: *Es muy extraño que los investigadores no hayan advertido la influencia de un plan premeditado en esos «extraordinarios y casi milagrosos» hallazgos de documentos históricos, precisamente en la época más favorable a su aprovechamiento. No sería, por lo tanto, quimérico afirmar que los custodios del saber llamado «pagano» pusieran al alcance del investigador más idóneo para el caso, el documento, libro o reliquia de cuyo, al parecer, eventual hallazgo consideraran llegada la ocasión propicia. Geólogos tan expertos como Humboldt y Tschuddi no lograron descubrirlos escondidos tesoros de los Incas, a pesar de constarle al segundo que los indígenas del país conocen el secreto. En 1839 el arqueólogo Perring ofreció al seique de una aldea árabe dos talegos de oro si le descubría la entrada del subterráneo, que conduce a las cámaras sepulcrales de la pirámide septentrional de Doshoor; pero aunque los árabes*

de aquella aldea andaban muy necesitados de trabajo y dinero, rehusó el seique la oferta diciendo que por nada del mundo «vendería el secreto de los muertos», prometiendo no obstante, revelarlo sin recompensa alguna *a su debido tiempo*. Por consiguiente, no es imposible que en otros países se mantengan ocultos los restos de la gloriosa literatura del pasado, fruto de su esplendente civilización. ¿Qué tiene de inverosímil esta conjetura? Puesto que la crueldad, codicia e intolerancia dogmática del clero cristiano ha engendrado por ley de reacción el librepensamiento, fuera de mucho provecho para el pensamiento colectivo apartarse de Jerusalén y convertirse a Ellora. Entonces se descubriría mucho de cuanto ahora permanece oculto. FINAL NOTA). Tenemos ya los libros canónicos del budismo, el *Zend-Avesta* de Zoroastro y los himnos del *Rig-Veda*, que han revelado la existencia de religiones anteriores a la mitología que en Homero y Hesiodo aparece como desmoronada ruina (NOTA: Müller: *Virutas de un taller alemán*, I, 373; Monoteísmo Semítico. FINAL NOTA).

En su vehemente deseo de dilatar los dominios de la fe ciega, los primeros teólogos cristianos ocultaron tanto como les fue posible las fuentes de su ciencia, y al efecto se dice que entregaron a las llamas cuantos tratados de cábala, magia y ocultismo hallaban a mano, creyendo equivocadamente que con los últimos gnósticos habían desaparecido los manuscritos más peligrosos de esta índole; pero algún día se echará de ver el error, y de «extraordinaria y casi milagrosa manera» aparecerán otros importantes documentos auténticos.

Los monjes de algunos puntos de Oriente, como por ejemplo los del monte Athos y del desierto de Nitria, así como los rabinos que en Palestina se pasan la vida comentando el *Talmud*, conservan una curiosa tradición, según la cual de los tres incendios de la biblioteca de Alejandria (el de julio César, el de las turbas cristianas y el del general árabe Omar) se salvaron muchísimos volúmenes, como puede inferirse del siguiente relato:

En el año, 51 antes de J.C., cuando se disputaban el trono la princesa Cleopatra y su hermano Dionisio Ptolomeo, estalló fortuitamente en la biblioteca de Alejandria un incendio que consumió unos cuantos volúmenes, por lo que fue preciso hacer algunas reparaciones en el edificio (*Bruckión*), que a la sazón contenía unos 700.000 volúmenes, encuadernados en madera o pergamino a *prueba de juego*. Con motivo de las reparaciones, fueron trasladados a casa de un empleado de la biblioteca los más valiosos manuscritos de ejemplar único que afortunadamente se libraron de las llamas. Cuando después de la batalla de Farsalia, quiso César deponer del trono de Egipto a Ptolomeo y colocar en él a Cleopatra; hubo de sitiar a Alejandria y durante el sitio mandó incendiar la flota egipcia fondeada en el puerto. El incendio se propagó a los edificios vecinos al muelle, y de allí a la parte de la ciudad donde estaba la famosa biblioteca. Pero como el fuego tardó algunas horas en prender en este edificio, pudieron entretanto los bibliotecarios, con ayuda de centenares de esclavos, poner en lugar seguro los más valiosos volúmenes. Además se salvaron de las llamas muchos manuscritos encuadernados en pergamino incombustible, al paso que se quemaron casi todos los encuadernados en madera. Un erudito oficinista de la biblioteca, llamado Theodas, dejó escritos en griego, latín y caldeo-siriaco todos los pormenores del suceso. Se dice que todavía se conserva en un monasterio griego una copia de este manuscrito, según pudo comprobar por sí misma la persona que nos refirió esta tradición, quien asegura, además, que cuando se cumpla cierta profecía, otros muchos podrán ver dicha copia y enterarse por ella de en dónde hallar importantísimos documentos de la antigüedad, que la mayor parte se conservan en Tartaria le India (NOTA: Esto nos ha esclarecido el significado del siguiente pasaje: «Los antiguos asiáticos y especialmente los indos, persas y caldeos, poseían cinco siglos antes de nuestra era gran número de tratados de historia y ciencias, en parte traducidos al griego y en parte plagiados por lo autores de esta última nacionalidad, sobre todo desde que los Ptolomeos fundaron la biblioteca de Alejandría y dieron estímulo

a los autores con su protección a las letras. Así vino a ser la lengua griega el vehículo del saber humano». (Moisés de Chorene: *Historia de Armenia*) Tenemos con ello que la mayor parte de los 700.000 volúmenes de la biblioteca de Alejandria, eran copia o traducción de obras de la India y países vecinos. FINAL NOTA).

Un monje del referido monasterio griego nos enseñó una copia del manuscrito, que apenas entendimos por no estar muy fuertes en lenguas muertas; pero el monje nos lo tradujo con tal fidelidad que recordamos perfectamente el siguiente pasaje: «Cuando la reina el sol (Cleopatra) regresó a la casi destruida ciudad donde el fuego había devorado la *gloria del mundo* y vió los montones de volúmenes de carbonizado foliaje e intacta encuadernación, lloró de rabiosa furia y maldijo la mezquindad de sus antepasados, que escatimaron en el texto de los manuscritos el pergamino que tan sólo emplearon en las encuadernaciones» Más adelante se burla delicadamente de la reina porque cree que se han quemado casi todos los volúmenes de la biblioteca, siendo así que cientos y aun miles de los más valiosos estaban seguros en casa de los empleados, bibliotecarios, estudiantes y filósofos.

Muchos y muy ilustrados coptos que residen en el Asia Menor, Egipto y Palestina están seguros de que tampoco se han perdido los volúmenes de otras bibliotecas posteriores a la famosa de Alejandría, y dicen sobre ello que se salvaron todos los de la de Atalo III de Pérgamo, regalada por Antonio a Cleopatra. Afirman también que cuando en el siglo IV empezaron los cristianos a preponderar en Alejandria, y Anatolio, obispo de Laodicea, se desató en invectivas contra la religión del país, los filósofos paganos y los teurgos expertos tomaron exquisitas precauciones para conservar el depósito de la sabiduría sagrada. El famoso teurgo y filósofo Antonino acusó al obispo Teófilo (hombre de villana y miserable reputación) de sobornar a los esclavos del Serapión (NOTA: *Biblioteca del templo de Serapis. FINAL NOTA*) para que substrajeran volúmenes que él vendía después muy caros a los forasteros. La historia nos enseña que en el año 389 este obispo Teófilo prevaleció contra los filósofos paganos, y que su no menos indigno sucesor Cirilo mandó asesinar a Hypatía.

Aunque el historiador Suidas da algunos pormenores acerca de Antonino (a quien llama Antonio) y de su elocuente amigo Olimpio, el defensor del Serapión, es muy deficiente la historia en lo tocante a los poquísimos libros que de siglo en siglo han llegado hasta el nuestro, ni tampoco se muestra explícita por lo que se refiere a lo acaecido durante los cinco primeros siglos del cristianismo, según relatan numerosas tradiciones populares de Oriente, que, no obstante su aparente inverosimilitud, descubren mucho y buen grano entre la paja del relato. No es extraño que los naturales repugnen comunicar estas tradiciones, pues fácilmente se revuelven contra ellos los viajeros, tanto escépticos como fanáticos.

Cuando algún arqueólogo que supo captarse la confianza de los indígenas adquirió documentos de inestimable valor, atribuyeron los comentadores el caso a pura «coincidencia». Sin embargo, es tradición muy generalizada que en las cercanías de Ishmonia (la ciudad petrificada) hay vastas galerías subterráneas donde se conservan infinidad de manuscritos antiguos. Ni por todo el oro del mundo se acercaría un árabe a aquel paraje, pues dicen que de las grietas y hendeduras de aquellas desoladas ruinas sepultadas entre la arena del desierto, se ven salir por la noche luces que de un lado a otro llevan manos no humanas. Creen los árabes que son los afrites ocupados en el estudio de la literatura antediluviana, y los dijinos que en los antiquísimos manuscritos aprenden la lección del porvenir (NOTA: *La Enciclopedia Británica, en un artículo sobre Alejandría, dice que los vacíos estantes de la biblioteca del templo de Serapis infundían tristeza veinte años después de la destrucción del templo y de la biblioteca; pero nada dice acerca del paradero de los Volúmenes. FINAL NOTA*).

A imitación de los fanáticos adoradores de la Virgen en el siglo IV, los modernos clericales, en su afán de perseguir el liberalismo y cuantas llaman herejías, encerrarían a todos los herejes con sus libros en algún moderno Serapión para quemarlos vivos (NOTA: Este espíritu de persecución se ha manifestado cumplidamente en Barcelona (España), donde, según leemos en el periódico *La Revelación* de Alicante, el obispo invitó a los espiritistas de la ciudad a presenciar una ceremoniosa quema de obras espiritistas. Añade juiciosamente dicho periódico, que la ceremonia fue una «parodia de los inquisitoriales autos de fe». FINAL NOTA).

Este odio es muy natural desde que las investigaciones científicas han revelado muchos secretos. Hace algunos años dijo ya el obispo Newton:

La adoración de los ángeles y santos es actualmente en todos conceptos de igual índole que la adoración de los demonios en tiempos primitivos. El nombre difiere, pero la cosa es exactamente la misma, con los mismos templos y las mismas imágenes que en otro tiempo fueron de Júpiter y demás demonios y son de la Virgen y los santos. El paganismo se metamorfoseó en papismo.

A fuer de imparciales, hemos de añadir a esto que las sectas protestantes han conservado también buena parte de ritos y ceremonias paganas.

El apostólico nombre de *Pedro* deriva de los Misterios, cuyo hierofante llevaba el título caldeo de *Peter* (פֶּתֶר), que significa intérprete (NOTA: De la misma raíz arrancan los nombres *Phthah*, *Peth'r* (residencia de Balaam), Patara y Patras (nombres de ciudades oraculares, *pateres* o *pateras*), y acaso el mismo nombre del Buddha, cuyas variaciones expone Pococke en su obra: *India en Grecia*, (Nota-Apéndice, 397), como sigue: *Bud'ha*, *Buddha*, *Booddha*, *Butta*, *Pout*, *Pote*, *Pto*, *Pte*, *Phle*, *Phtha*, *Phut* y otras. FINAL NOTA). Jesús dijo:

Sobre esta *pedra* edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno (NOTA: El hades o lugar inferior. FINAL NOTA) no prevalecerán contra ella.

Con la palabra *pedra* o *petra* significaba metafóricamente los Misterios cristianos, cuyos oponentes eran los dioses del mundo inferior adorados en los misterios de Isis, Adonis, Atys, Sabazio, Dionisio y Eleusis. El apóstol Pedro no estuvo nunca en Roma, pero los papas cristianos tomaron el cetro del *pontifex maximus*, las llaves de Jano y Kubelé y la tiara de la *Magna Mater* (NOTA: Copia de la del Dalai Lama del Tíbet, y también de la del Mahatma o sumo pontífice de los iniciados de la India antigua. FINAL NOTA), convirtiéndose de esta suerte en sucesores del sumo sacerdote pagano llamado *Petroma* o sea *Pedro Roma*.

Enemigos más poderosos de la Iglesia romana que los «infieles» y «herejes» son la mitología y filología comparadas (NOTA: Cuando vemos que teólogos tan eminentes como Freeman Clarke se esfuerzan en demostrar que la crítica teológica ha dado pruebas desde los tiempos de Orígenes y San Jerónimo, de «muy sutil y potente raciocinio» sin aceptar autoridades extrañas, deploramos que haya malogrado su erudición pretendiendo probar lo que el imparcial examen de la teología rebate a cada paso. En las controversias a que da motivo el juicio crítico de las doctrinas de la Iglesia, se echan de ver ciertamente «sutiles razonamientos», pero también sofismas todavía mucho más sutiles. FINAL NOTA). El cúmulo de pruebas ha ido aumentando recientemente de tal modo que no da ocasión a nuevas controversias. El juicio de los críticos es demasiado concluyente para dudar de que la India es la cuna no sólo de la civilización, del arte y de la ciencia, sino también de las principales religiones de la antigüedad, incluso el judaísmo y, por consiguiente, el cristianismo. Herder afirma que la India es la casa solariega del género

humano y que Moisés fue un hábil y relativamente moderno compilador de las tradiciones brahmánicas. Dice a este propósito:

El sagrado Ganges que baña la India es para Asia entera el río paradisíaco. También allí fluye el bíblico Gihon, que no es ni más ni menos que el Indo. Los árabes le llaman así en nuestros días; y los nombres de las comarcas regadas por sus aguas se conservan todavía entre los indos.

Jaccoliot tradujo los antiguos manuscritos de hojas de palmera que por fortuna le permitieron examinar los brahmanes de las pagodas; y una de dichas traducciones nos revela el *indudable origen de las llaves de San Pedro* y su simbólica adopción por los romanos pontífices. Apoyado en la autoridad del *Agruchada Parikshai* (Libro de los Pitris) demuestra Jaccoliot que siglos antes de nuestra era los iniciados del templo elegían un Consejo Supremo presidido por el brahmâtma, cuya dignidad recaía tan sólo en los brahmanes mayores de ochenta años (NOTA: También acostumbran los conclaves a elegir papa a uno de los cardenales de más edad. FINAL NOTA) y estaba encargado de custodiar la mística fórmula:

A
U M

en que se cifraba toda la ciencia y significaba

CREACIÓN CONSERVACIÓN TRANSFORMACIÓN

Únicamente el brahmâtma podía revelar esta fórmula a los iniciados del tercero y superior grado, y si alguno de éstos comunicaba a un profano el más insignificante secreto era condenado a muerte junto con quien había recibido la revelación.

Por último dice Jaccoliot:

Coronaba tan hábil sistema una palabra todavía superior al misterioso monosílabo AUM, y quien poseía su clave llegaba casi a igualarse con el mismo Brahma. Pero esta clave sólo la conocía el brahmâtma, quien al morir la legaba en una caja sellada a su sucesor.

Esta desconocida palabra, cuya revelación ningún poder humano fuera capaz de arrancar ni aun hoy día en que, a pesar de que la autoridad brahmánica padece bajo la dominación inglesa, cada pagoda tiene su brahmâtma (NOTA: No es exacta esta afirmación. FINAL NOTA), estaba grabada en un triángulo de oro y se conservaba en el sagrario del templo de Asgartha, cuyo brahmâtma tenía las llaves. Por esta razón este brahmâtma llevaba en la tiara dos llaves entrecruzadas, que de rodillas sostenían dos brahmanes, como símbolo del precioso depósito confiado a su custodia... Triángulo y palabra aparecían reproducidos en la piedra del anillo que el brahmâtma llevaba en insignia de su autoridad, y también estaban grabados en un sol de oro puesto sobre el altar donde todas las mañanas ofrecía el brahmâtma el *sarvameda* o sacrificio en honor de las fuerzas de la naturaleza (NOTA: Jaccoliot: *El espiritismo en el mundo*, 28. FINAL NOTA).

Este pasaje es bastante claro para que los tratadistas católicos se atrevan todavía a sostener que los brahmanes de cuatro mil años atrás remedaron el ritual, símbolos y vestiduras de los romanos pontífices. Sin embargo, no nos sorprendería que persistieran en su error.

Sin ir muy atrás en las comparaciones, basta detenernos en los siglos IV y V de nuestra era para establecer entre el llamado paganismo de la tercera escuela neoplatónica y el

entonces ya creciente cristianismo un paralelo del que no saldría muy bien librado este último, pues aun en aquellos primeros tiempos sobrepujaban los cristianos a los paganos en crueldad e intolerancia, a pesar de que, por una parte, la nueva religión no había definido aún sus vacilantes dogmas ni los discípulos del sanguinario Cirilo sabían si adorar a María como «madre de Dios» o abominar de ella como demonio compañero de Isis; y por otra parte subsistía amorosamente en todo corazón de veras cristiano el recuerdo del dulce y humilde Jesús, cuyas palabras de misericordia y compasión vibraban todavía en los oídos de las gentes.

Pero si buscamos ejemplos de verdadero *cristismo* en tiempos más remotos, cuando el budismo apenas prevalecía contra el indoísmo y el nombre de Jesús había de tardar aún tres siglos en pronunciarse, encontraremos paganos cuya hermosa tolerancia y noble sencillez aventaja incomparablemente a los más famosos ornamentos de la iglesia. Comparemos al indo Asoka, que floreció 400 años a. J.C., con el cartaginés San Agustín, que vivió en el siglo III de J.C.

He aquí la inscripción que, según descubrió Max Müller, está grabada en las rocas de Girnar, Dhauli y Kapurdigiri:

Piyadasi, el rey amado de los dioses, desea que los ascetas *de toda creencia* puedan residir libremente por doquiera; pues, como todo hombre debiera conseguir, se dominan a sí mismos con pureza de alma. Pero el vulgo de las gentes tienen distintas opiniones y gustos diversos.

En cambio, veamos lo que San Agustín escribió después de su conversión:

¡Oh mi Dios! Maravillosa es la profundidad de esas tus palabras con que invitas a los humildes. Me amedrenta tanta honra y me estremezco de amor ante profundidad tan maravillosa. A tus enemigos (**NOTA: Los paganos. FINAL NOTA**), ¡oh mi Dios!, les odio vehementemente. Dígnate atravesarlos con tu espada de dos filos para que dejen de ser tus enemigos, porque *me complacería su muerte* (**NOTA: Extractado de la obra de Draper: Conflictos entre la ciencia y la religión, libro XII. FINAL NOTA**).

No cabe mayor contradicción entre el espíritu del cristianismo y el que en el precedente pasaje denota un maniqueo convertido a la religión de quien desde la cruz perdonó a sus verdugos. Desde luego que para los cristianos al estilo de San Agustín eran enemigos de Dios cuantos no profesaban la fe de los que como nuevos hijos predilectos habían suplantado en el afecto del Señor al pueblo escogido. El resto de la humanidad era, según ellos, combustible del infierno, al paso que los pocos fieles de la comunión cristiana eran los únicos «herederos del cielo».

Pero si era justo abominar de los paganos, cuya sangre «olía suavemente en presencia del Señor», ¿por qué no abominar también de sus ritos y enseñanzas, en vez de beber en los pozos de sabiduría que abrieron y hasta el brocal llenaron los gentiles? ¿Acaso los Padres de la Iglesia, en su afán de imitar al pueblo escogido, cuyas gastadas sandalias se calzaban, se proponían repetir las expoliaciones del Éxodo y llevarse al salir del paganismo la rica simbología religiosa, como al salir de Egipto se llevó el pueblo escogido los ornamentos de oro y plata?

Verdaderamente, parece como si los primeros siglos del cristianismo reflejaran los sucesos relatados en el Éxodo. Durante los borrascosos tiempos de Ireneo, la filosofía platónica, con su mística absorción en la Divinidad, no se opuso a la nueva doctrina hasta el punto de impedir que los cristianos aceptaran en todos respectos su abstrusa metafísica; pues en unión de los ascetas saludadores (**NOTA: Precursores y dechado de los monjes y anacoretas cristianos. FINAL NOTA**) fundaron en Alejandria la escuela neoplatónica trinitaria, a que sucedió la neoplatónica filoniana, tal como ha llegado a nuestros días.

Platón consideraba la naturaleza divina en el trino aspecto de *Causa primera*, *Logos* y *Anima mundi*, y como dice Gibbon (NOTA: *Decadencia y caída del imperio romano. FINAL NOTA*): «la filosofía platónica simbolizaba los tres principios primarios en tres dioses, procedentes uno de otro por misteriosa e inefable generación». Los cristianos entremezclaron este concepto de la Trinidad con el cabalístico que Filón expuso del *Logos*, considerándolo como *Mestías*, *Enviado de Dios*, *Verbo encarnado* y *Medianero*, individualmente distinto del *Anciano de los Días* (NOTA: *Comentarios a Zohar, Gén., XI, 10; Kabbal. Denud., I, 528. FINAL NOTA*). Los cristianos invistieron con la mítica representación de mediador o redentor de la caída estirpe de Adán a Jesús, hijo de María, cuya personalidad desapareció casi por completo bajo este inopinado aspecto. El moderno Jesús de la Iglesia cristiana es figura forjada por la viva imaginación de Ireneo, pero no es el adepto esenio ni el oscuro reformador de Galilea. Ven los cristianos hoy a Jesús bajo el desfigurante disfraz filoniano; no como sus discípulos le oyeron predicar en la montaña.

Tenemos, pues, que de la filosofía pagana derivó el dogma fundamental del cristianismo; pero cuando abolidos los antiguos Misterios quisieron los teurgos de la tercera escuela neoplatónica conciliar las doctrinas de Platón y las de Aristóteles con añadidura de la cábala oriental, los cristianos se convirtieron de rivales en perseguidores. Porque en cuanto las místicas alegorías de Platón se hubiesen puesto a pública controversia bajo la dialéctica propia de los griegos, quedara seguramente desbaratada la sutil trama del dogma cristiano de la Trinidad, con notorio quebranto de los prestigios divinos. La escuela ecléctica substituyó el método inductivo al deductivo, y esto precisamente fue su mortaja, pues la nueva religión del misterio odiaba sobre todo los razonamientos lógicos que amenazaban descender el velo de la Trinidad y revelar a las gentes la doctrina de las emanaciones. No era posible consentirlo, y no se consintió. La historia refiere los *cristianos* medios de que para ello se valieron los Padres de la Iglesia al ver que la doctrina de las emanaciones, aceptada por las escuelas cabalística, neoplatónica y oriental, amenazaba destruir la unidad del sistema filosófico cristiano. En aquellos días de lucha contra la agonizante escuela neoplatónica, surgió el jesuítico espíritu de astucia clerical, que siglos después indujo a Parkhurst a suprimir en su *Léxicon hebreo* el verdadero significado de las primeras palabras del *Génesis*. Los Padres de la Iglesia resolvieron adulterar el sentido de las palabras *daimon* (NOTA: *Moisés llama ángeles a las entidades que los filósofos de otros pueblo denominan demonios.— Filo Judeo: De Gigant, I, 253. FINAL NOTA*), *rasit* y *asdt* (NOTA: *Esta última palabra significa emanaciones, aunque en la versión de los Setenta se traduce por santos, אֲשֵׁרָה por ley del fuego. (Deuteronomio, XXXIII, 2). FINAL NOTA*), por temor de que en cuanto las gentes llegasen a comprender su verdadero significado se derrumbara el misterio de la Trinidad, arrastrando en su caída a la nueva religión y arrinconándola junto a los antiguos Misterios. Tal es el motivo de que la teología cristiana haya mirado siempre con malos ojos a los dialécticos, sin excepción del mismo Aristóteles, el filósofo observador que siglos después se atraje, también la aversión de Lutero, no obstante haber este reformista reducido los dogmas a su más sencilla expresión (NOTA: *El cúmulo de injurias y dicterios lanzados por Lutero a la memoria del insigne lógico de Estagira, iguala, pero no sobrepaja al de anatemas e invectivas fulminadas por el Papa contra los liberales italianos. Si se recopilaran, podría formarse con ellos una enciclopedia de diatribas de clericales. FINAL NOTA*). Por supuesto, que el clero cristiano jamás podrá aceptar una doctrina basada en razonamientos rigurosamente lógicos, y es incalculable el número de clérigos que por esta razón dieron de mano a la teología, pues no se les toleraba objeción alguna, y de aquí las abjuraciones que precipitaban a algunos en la sima del ateísmo.

De la propia suerte fueron condenadas las enseñanzas órficas que consideraban el éter como el principal *medianero* entre Dios y la materia objetivada, pues el éter órfico se parecía demasiado al *arqueo* o *anima mundi*, que a su vez denotaba mucha semejanza con las emanaciones, ya que *Sephira* o *Luz divina* fue la primera emanación. ¿Y cuándo más temible que entonces la divina Luz?

Orígenes, Clemente de Alejandria, Calcidio, Methodio y Maimónides, apoyados en la mayor autoridad del *Targum* de Jerusalén, sostienen que las dos primeras palabras del *Génesis*: B-RASIT significan o *sabiduría* o *principio*; pero Beausobre y Godofredo Higgins han demostrado que la acepción de *en el principio* quedó para los profanos, a quienes no les fue permitido desentrañar el esotérico sentido de la frase.

Dice la Kábala:

Todas las cosas proceden del gran Principio, de la Divinidad *desconocida e invisible*. De Dios procede inmediatamente el poder substancial, imagen suya y fuente de todas las demás emanaciones. De este principio subalterno emanan por *energía* o *voluntad* otras naturalezas más o menos perfectas, según el peldaño que ocupan en la escala de la emanación, a partir de la Fuente primaria de existencia, y las cuales constituyen diversos mundos o jerarquías de seres relacionados con la eterna Potestad de que proceden. Así, pues, la *materia es el último término de la serie de emanaciones energéticas de la Divinidad*. El mundo material está modelado en formas por obra de Potestades muy inferiores a la Causa primera (NOTA: Véase: *Enciclopedia de Rees*, artículo Kábala. FINAL NOTA).

Beausobre (NOTA: *Historia de los maniqueos*, VI, I, 291. FINAL NOTA) cita el siguiente pasaje de San Agustín:

Si entendemos por *rasit* el *principio activo* de la creación, resulta claramente que Moisés jamás quiso significar con ello que los cielos y la tierra fuesen la primera obra de Dios, sino que Dios creó los cielos y la tierra por medio del *Principio*, o sea su Hijo. Por lo tanto, no se refiere allí *Moisés al tiempo*, sino al inmediato autor de la creación.

Según San Agustín, los ángeles fueron creados *antes* que el firmamento, y según la interpretación esotérica, los cielos y la tierra, posteriores al firmamento, se desarrollaron del *Principio* secundario, *Logos* o *Creador*.

A este propósito dice Beausobre:

La palabra *principio* no significa que los cielos y la tierra fuesen creados con anterioridad a cosa alguna, pues precedieron los ángeles, sino que Dios lo hizo todo por medio de su *Sabiduría*, de su *Verbo*, que la *Biblia* llama Principio (NOTA: Con esto adoptó el significado exotérico de la palabra vulgar. FINAL NOTA).

Tanto la *Kábala* oriental como la hebrea enseñan que de la Causa primera o primer *Principio* emanaron cierto número de principios secundarios (NOTA: Que los hebreos denominan *Sephirotes*. FINAL NOTA) presididos por la *Sabiduría* (NOTA: Equivalente en simbología comparada al *Logos* de Filo Judeo; al *Miguel* de los gnósticos; al *Ormuz* de los zoroastrianos; a la *Minerva* de los griegos (que brotó armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter), y a la *Segunda Persona* de la Trinidad cristiana. FINAL NOTA). Por lo tanto, no hubieron de torturar mucho su imaginación los Padres de la Iglesia para apropiarse una doctrina ya enseñada por todas las teogonías desde miles de años antes de nuestra era. La Trinidad cristiana es idéntica a los tres *Sephirotes* de los hebreos o a las tres *Luces* de los cabalistas (NOTA: De estas tres Luces, dice Moisés Nachmanides que *nadie las vió jamás* ni hay en ellas defecto alguno ni la más mínima disgregación. FINAL NOTA).

El primero y eterno número es el *Padre* (NOTA: Equivalente al primario, invisible e incognoscible Caos de los caldeos. FINAL NOTA) ininteligible, de quien emana por desdoblamiento el *Hijo* inteligible (NOTA: El *Phtah* de los egipcios que es el principio de Luz, no la Luz misma, y el principio de Vida, aunque no la misma Vida. También equivale a la *Sabiduría*, por cuyo mérito creó el Padre el universo; al andrógino, Adam Kadmon de los cabalistas, y a *Sephira*, o aspecto femenino de la Divinidad. FINAL NOTA), y de

esta dual entidad emana ternariamente la *Mente* o *Binah* (NOTA: El *Espíritu Santo* de la trinidad cristiana. FINAL NOTA).

Así, pues, tenemos en rigor la *Tetraktys* o cuaternario constituido por la agnoscible *Causa* o *Mónada* primera y las tres emanaciones componentes de la Trinidad simbólica. De esto se infiere, desde luego, que si los Padres de la Iglesia no hubiesen traducido e interpretado tendenciosamente el texto del *Génesis*, carecerían de fundamento, ni siquiera ficticio, los dogmas prevalecientes en la religión cristiana. Porque sabido que la palabra *rasit* significa principio en la acepción de *eficiencia* y no de *tiempo*, y comprendida también la anatematizada doctrina de las emanaciones, se desvanece el falso concepto que de la segunda Persona de la Trinidad expone la teología cristiana; porque si los ángeles fuesen las primeras emanaciones de la Esencia divina y hubieran existido *antes* del segundo *Principio*, tendríamos que el antropomorfizado Hijo fuera a lo sumo una emanación como los ángeles y no podría ser *hipostáticamente* Dios, de la propia suerte que nuestras obras visibles no son nosotros mismos.

Por supuesto que las metafísicas sutilezas del dogma cristiano jamás rindieron la honrada mente del sincero Pablo, quien, como todos los judíos cultos, conocía la doctrina de las emanaciones sin pensar en adulterarla. No cabe que Pablo identificase al Hijo con el *Padre*, pues dice que Dios hizo a Jesús «algo inferior a los ángeles» (NOTA: *Epístola a los hebreos*, II, 9. FINAL NOTA) y algo superior Moisés: «Porque este HOMBRE ha sido estimado digno de más gloria que Moisés» (NOTA: *Id*, III, 3. FINAL NOTA). Ignoramos el número y calidad de las falsedades interpoladas posteriormente por los Padres de la Iglesia; pero es evidente que Pablo consideró siempre a Jesús como un hombre «lleno del espíritu de Dios». «En el *Arqueo* era el *Logos* y el *Logos* era consanguíneo del *Theos*».

Tenemos, por lo tanto, que la palabra *rasit* (ראשית) del *Génesis* significa la *Sabiduría* (NOTA: Equivalente en simbología comparada al *Protogonos*; a la *Hipostasis*; al *Adam Kadmon* de los cabalistas; al *Brahma* de los induistas; al *Logos* de Platón, y al *Principio* de San Juan. FINAL NOTA) o primera emanación de *En Soph*. Así, debidamente interpretada, esta palabra cambia por completo, según hemos dicho, el artificioso sistema de la teología cristiana, pues se demuestra con ello que el *Creador* es el agente ejecutivo, la *Potestad* delegada por la *Suprema* Divinidad, que trazó arquitectónicamente el plan de la Creación. Sin embargo, los teólogos cristianos persiguieron a los gnósticos, asesinaron a filósofos y quemaron a cabalistas y masones. Pero cuando suene la hora de las supremas justicias y la luz disipe las tinieblas, ¿qué responderán al Creador esos supuestos monoteístas, falsos siervos y adoradores del único Dios vivo? ¿Cómo cohonestarán el haber perseguido durante tanto tiempo a los verdaderos discípulos del Megalistor o gran Maestro de los rosacruces y jerarca supremo de los masones? «Porque él es el Constructor y Arquitecto del templo del Universo. *El Verbum Sapienti*» (NOTA: El tinte místico del cristianismo armonizaba con el de las enseñanzas y vida de los esenios, por lo que no es improbable que Jesús y Juan el Bautista estuviesen iniciados en los Misterios esenios y de aquí provengan muchas fórmulas del ritual cristiano, pues la comunidad esenia de saludadores se incorporo muy luego al cristianismo (*Yost*, I, 411. Citado por Dunlap en *Sod, el Hijo del Hombre*). FINAL NOTA).

Dice Fausto, el conspicuo maniqueo del siglo III:

Sabido es que ni Jesús ni los apóstoles escribieron los Evangelios, sino que mucho tiempo después de su tiempo llevaron a cabo esta tarea algunos autores desconocidos que, recelosos con motivo del escaso crédito que iban a dar las gentes a relatos no presenciados por ellos, los encabezaron con el nombre de un apóstol o de un discípulo coetáneo de Jesucristo.

El erudito hebraísta Franck, miembro del Instituto y traductor de la *Kábala*, comenta en análogo sentido esta cuestión y dice:

Hay poderosas razones para considerar la *Kábala* como valioso resto de la filosofía religiosa de Oriente, cuya entremezcla en Alejandría con la neoplatónica formó un sistema que, atribuido fraudulentamente al areopagita Dionisio, obispo de Atenas, convertido y consagrado por San Pablo, influyó poderosamente en el misticismo medioeval (NOTA: Franck: *La Kábala*. FINAL NOTA).

Por su parte dice Jacolliot:

¿Qué es, entonces, esa filosofía religiosa de Oriente que nutrió el místico simbolismo cristiano? A esto responderemos que esta filosofía religiosa, cuyas huellas descubrimos entre los parsis, caldeos, egipcios, hebreos y cristianos, es la de los brahmanes de la India, discípulos de los *Pitris* o espíritus residentes en los invisibles mundos que nos rodean (NOTA: Jacolliot: *El espiritismo en el mundo*. FINAL NOTA).

Pero si las persecuciones acabaron con los gnósticos, todavía perdura la *Gnosis*, fundada en la secreta ciencia de las ciencias, y que como la simbólica mujer apoyada en la tierra, ha de abrir algún día las fauces para devorar al cristianismo medioeval, usurpador y falsario de las enseñanzas del gran Maestro. La antigua *Kábala*, *Gnosis* o tradicional doctrina *secreta*, ha tenido sus representantes en todo tiempo y época (NOTA: Se conservan los nombres de los triunviratos de iniciados, aunque no los mencione la historia. Entre estos triunviratos, citaremos.: Moisés, Aholiab y Bezaleel (hijo de Uri o Hur); Platón, Filo y Pitágoras; Jesús, Moisés y Elías (los tres trismegistos) y Pedro, Santiago y Juan (los tres cabalistas) de la escena de la Transfiguración; Zoroastro, Terah y Abraham en los albores de la historia judía; y posteriormente Henoah, Ezequiel y Daniel. El *Apocalipsis* de San Juan es la clave de toda sabiduría. FINAL NOTA).

Nadie que haya estudiado las filosofías antiguas y comprenda por intuición el grandioso y sublime concepto que tuvieron de la desconocida Divinidad, titubeará ni un instante en preferirlas a la enmarañada, dogmátizante y contradictoria teología de las cien ramas desgajadas del cristianismo. Quien haya leído a Platón y reflexionado sobre su concepto del *Tò ἴν* (a quien nadie ha visto sino el Hijo), no puede dudar de que Jesús compartía los secretos conocimientos de Platón derivados de las mismas enseñanzas (NOTA: Según hemos dicho varias veces, Platón no se atribuyó la originalidad de sus obras, sino que se apoyaba en la autoridad de Pitágoras, y éste a su vez declaraba que en Oriente aprendió su filosofía. Colebrooke demuestra que Platón confiesa en sus cartas haber entresacado sus enseñanzas de antiguas y sagradas doctrinas. (*Traducciones asiáticas*, I, 579) Además, es innegable que las teologías de las principales religiones coinciden de manera que denotan su común origen como partes de un todo asombroso. FINAL NOTA). Como los demás iniciados, se esfuerza Platón en encubrir el verdadero significado de sus alegorías, y recurre a enigmáticas expresiones siempre que trata de asuntos relacionados con los secretos cabalísticos acerca de la verdadera constitución del universo del preexistente mundo de las *ideas*. El texto del *Timeo* es tan sumamente confuso, que sólo pueden comprenderlo los iniciados (NOTA: Mosheim opina que Filo se contradijo de propósito en algunos pasajes de sus obras para encubrir la verdadera doctrina. Por fin vemos a un crítico juzgar con acierto. FINAL NOTA).

Pero ¿de dónde derivan el concepto de la Trinidad y la doctrina de las Emanaciones? Pues disponemos de todas las pruebas, fácil es responder que de la más sublime y profunda filosofía, de la universal «Religión de la sabiduría», cuyas primeras huellas descubre hoy la investigación histórica en las creencias prevédicas de la India (NOTA: Como en su obra: *Los iniciados de los templos antiguos*, dice el tantas veces citado Jacolliot: «El verdadero sentido de las ennoblecedoras y sublimes creencias de aquella época no ha de buscarse en las Escrituras religiosas de la antigüedad, tales como los *Vedas*, el *Zend-Avesta* y la *Biblia*». FINAL NOTA).

Dice Manú:

La sagrada y primaria sílaba compuesta de las tres letras A-U-M en que se cifra la Trimurti védica, ha de mantenerse tan secreta como los tres Vedas (NOTA: Libro XI, dístico 265. FINAL NOTA).

Swayambhuva es la Divinidad inmanifestada, el Ser existente *por Sí mismo y de Sí mismo*, el germen céntrico e inmortal de todo cuanto en el universo existe. De Swayambhuva emanan tres triadas (la trina Trimurti) que en Él forman la suprema *Unidad*, y son:

1ª Triada inicial: Nara, Vari y Víradyi

2ª Triada manifestada: Agni, Vaya y Surya.

3ª Triada creadora: Brahmâ, Vishnu y Siva.

El concepto de cada una de estas triadas va siendo sucesivamente menos metafísico y más asequible a la comprensión vulgar, de modo que la tercera es la más concreta y necesaria expresión del símbolo. Emanaciones de Swayambhuva son los diez *Sephirotes* de la cábala hebrea, equivalentes a los diez *Prajâpatis* indoístas (NOTA: El *En Soph* de la cábala equivale al *Desconocido* que el Induismo simboliza en la mística sílaba AUM. FINAL NOTA).

Dice Franck, el traductor de la *Kábala*:

Los diez Sephirotes se clasifican en tres categorías que respectivamente representan un aspecto distinto de la Divinidad, aunque en conjunto formen la indivisible Trinidad.

Los tres primeros Sephirotes son metafísicamente intelectuales, representan la absoluta identidad de la existencia y el pensamiento y forman lo que los modernos cabalistas llaman el mundo intelectual o primera manifestación de Dios.

El segundo grupo o categoría de Sephirotes representa en un aspecto la identidad del bien y de la sabiduría y en otro aspecto nos muestran la magnificente belleza de la Creación. Por esto se les llama virtudes y constituyen el mundo sensible.

El tercer grupo de Sephirotes identifica la Providencia universal del supremo Artífice con la Fuerza absoluta que genera cuanto existe. Constituye este grupo el mundo natural, o sea la naturaleza en su esencia y principio activo. *Natura naturans*.

Vemos, pues, que este concepto cabalístico es idéntico al de la filosofía induísta, y quien lea el *Timeo* de Platón advertirá que este filósofo repite el mismo concepto (NOTA: El voto de sigilo era tan riguroso entre los cabalistas como entre los iniciados del Adyta, los yoguis indos, según puede inferirse de los pasajes siguientes: «Cierra tu boca, no sea que hables de estas cosas, y cierra tu corazón, no sea que pienses en voz alta. Y si tu corazón se te escapa, vuélvelo a su sitio, porque así lo requiere nuestra alianza» (*Sepher Yetzireh: Libro de la Creación*). «Este secreto causa la muerte. Cierra tu boca, no sea que lo reveles al vulgo. Comprime tu cerebro, no sea que de él se escape algo y caiga afuera» (*Agruchada Parikshai*). FINAL NOTA).

Verdaderamente, pendió de un hilo el destino de la posteridad durante los siglos III y IV; porque si el año 389 no hubiese el emperador Teodosio publicado un edicto (a instigación de los cristianos) ordenando la destrucción de todos los ídolos de la ciudad de Alejandria, no hubiese tenido el Occidente su propio panteón mitológico cristiano. Jamás había alcanzado la escuela neoplatónica tanto esplendor como en sus postrimerías, pues armonizaba la mística teosofía del antiguo Egipto y la Kábala oriental con la exquisita filosofía griega; de modo que nunca como entonces estuvieron los neoplatónicos tan cercanos a los misterios de Tebas y Menfis por su excelencia en la profecía, adivinación y terapéutica, aparte de sus amistosas relaciones con los judíos más eminentes que

conocían muy a lo hondo las doctrinas de Zoroastro (NOTA: No obstante la traición de los cristianos, que por razones políticas se revolvieron contra sus mentores al verse triunfantes en los días de Constantino, se echa de ver la influencia de los neoplatónicos en los dogmas definidos por la iglesia cristiana, pues, aunque desfigurado el concepto, no ha perdido su indeleble filiación neoplatónica. FINAL NOTA).

Si el conocimiento de las fuerzas ocultas de la Naturaleza despierta la percepción espiritual del hombre, educe sus facultades intelectuales y le infunde más profunda veneración hacia el Creador, en cambio la ignorancia, el dogmatismo y el pueril temor de ahondar en las cosas, engendra inevitablemente el fetichismo y la superstición. Cuando Cirilo, obispo de Alejandría, transmutó la Isis egipcia en la Virgen María y empezaron las polémicas sobre el concepto de la Trinidad, dieron los cristianos mil interpretaciones a la doctrina egipcia según la cual el Creador era la primera emanación de *Emepht* (NOTA: Equivalente a la Divinidad absoluta e inmanifestada. FINAL NOTA), hasta que los concilios definieron el dogma en su concepto actual, que viene a ser la adulterada triada cabalística de Salomón y Filo. Pero como aun así se traslucía demasiado su origen, dieron el nombre de Cristo al *Hombre celeste*, al *Adam Kadmón*, al *Verbo*, al *Logos*, identificándole en esencia y existencia con el *Padre* o *Anciano de los Días*. La *oculta SABIDURÍA* fué, según el dogma cristiano, idéntica y coeterna con su emanación la *Mente divina*.

Con la misma facilidad podemos descubrir en el paganismo la raíz del dogma cristiano de la redención, pues las últimas investigaciones científicas declaran el origen gnóstico de esta fundamental enseñanza de una Iglesia que durante siglos se creyó edificada sobre incommovible roca. Sin embargo, aunque Draper (NOTA: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 224. FINAL NOTA) afirme que el dogma de la redención apenas se conocía en tiempo de Tertuliano, pues lo definieron los herejes gnósticos, conviene advertir que no fue éste su primitivo origen, como tampoco cabe atribuirles la paternidad de los conceptos de *Christos* y *Sophía*, ya que el primero lo copiaron del *Rey Mesías* (NOTA: *Aspecto masculino de la sabiduría*. FINAL NOTA) y la segunda del tercer sephirote de la *Kábala* caldea (NOTA: *Christos* y *Sophía* tienen sus equivalentes simbólicos en el *Brahma* y *Sarasvati* de los induistas, en el *Dionisio* y *Demetra* del paganismo y en el *Kurios* y *Kora* a que alude repetidamente Justino Mártir: Véanse a este propósito las obras siguientes: *Zohar*; *Kab Den*; *El Libro del Misterio* (la más antigua obra cabalística); Milman: *Historia del Cristianismo*, 212, 213 a 215 y 280. Por otra parte, está probado que el Nuevo Testamento no apareció con su texto actual hasta tres siglos después de la era apostólica, mientras que el *Zohar* y otros tratados cabalísticos pertenecen al siglo I antes de J.C., si no son más antiguos.— Véase sobre el particular la obra de Holzhausen: *Comentarios bíblicos sobre el texto completo del Nuevo Testamento*, II. FINAL NOTA). Además, los gnósticos compartían muchas ideas de los esenios, quienes tuvieron sus Misterios mayores y menores dos siglos por lo menos antes de nuestra era. Se denominaban también los esenios *isarim* (iniciados), y descendían de los hierofantes de Egipto, donde florecieron durante algunos siglos hasta que los misioneros del rey Asoka les persuadieron a adoptar el monaquismo budista. Últimamente se incorporaron a los primitivos cristianos; pero sin duda fueron anteriores a la profanación y ruina de los templos egipcios en las sucesivas invasiones de persas y griegos. Ahora bien; muchos siglos antes de los gnósticos y aun de los esenios, profesaban los hierofantes egipcios el dogma de la redención, simbolizada en el *bautismo de sangre*, cuya virtud no consistía en reparar la «caída del hombre» en el Edén, sino que era sencillamente expiatorio de las culpas pasadas, presentes y futuras de la ignorante y, sin embargo, mancillada humanidad. Al arbitrio del hierofante estaba ofrecerse él mismo en holocausto por la raza humana en el altar de los dioses con quienes esperaba reunirse, o bien sacrificar una víctima animal. En el primer caso, dependiente por completo de la libérrima voluntad del hierofante, transmitía éste en el supremo trance del «nuevo, nacimiento» la «palabra sagrada» al iniciado, quien al recibirla había de *herir con su espada de sacrificador* al hierofante (NOTA: *Entre los pueblos eslavos, y sobre todo en*

Rusia, está muy extendida la supersticiosa creencia de que los magos y hechiceros no pueden morir antes de comunicar la «palabra secreta» a su sucesor. Tan profundamente arraigada está esta creencia en Rusia que tal vez no la ignore nadie en aquel país. Es muy fácil descubrir el origen de esta superstición en los antiguos Misterios que durante siglos se practicaron en todo el mundo. Los *variagos* tuvieron sus Misterios difundidos por toda Rusia, y todavía hay vestigios de aquella primitiva fe en las comarcas regadas por el saurado Dnieper, el Jordán bautismal de los variagos. Según la creencia popular, si el mago (*znâchar*) o el hechicero (*koldur*) no halla ocasión de transmitir a otro la palabra secreta, el deseo de hallarla le atosiga y consume durante semanas y meses. Y aun en el caso de verse libre de este sufrimiento habrá de errar por la tierra sin descanso hasta encontrar quien le suceda después de su muerte. No sabemos si alguien ha corroborado la verdad de esta creencia; pero por lo que a nuestro personal testimonio se refiere, relataremos un caso cuyo trágico y misterioso desenlace sirve de comprobación a este asunto. Un viejo campesino ruso, de la época de la servidumbre, que contaba cien años de edad poco más o menos y tenía mucha fama de hechicero y saludador, cayó enfermo de muerte, sin que, a pesar de ello, acabara de morir. La noticia del caso cundió velozmente por la aldea y el pobre viejo se vió abandonado hasta por su propia familia, que temía las desagradables consecuencias de tan insólito suceso. Por fin se supo que a primera hora del día siguiente iba a llegar otro saludador, menos versado en el arte, que llamado por el moribundo acudía al llamamiento, aunque habitaba en un distrito muy distante. Hallábase a la sazón de visita en casa del señor de la aldea un joven médico nihilista, que se burlaba sin rebozo de todo aquello; pero el señor, que era muy piadoso varón y vacilaba en si creerlo o no creerlo, se sonreía a medio labio al oír las burlas del médico, quien por curiosidad fuese a ver al moribundo, y convencido de que no podía durar más allá de veinticuatro horas, se propuso evidenciar lo absurdo de la supersticiosa creencia, impidiendo la llegada del saludador a quien esperaban. Al día siguiente muy de mañanita fuimos a la choza del moribundo en compañía del médico, del maestro de escuela y de la hija de éste, para presenciar el anunciado triunfo del escepticismo. Hallábase el viejo muy angustiado por la tardanza del que había de determinar su liberación, y aunque representamos al médico la necesidad de que, si quiera por compasión, dejara llegar al saludador detenido por ardid en la aldea vecina, no quiso hacernos caso, y tomando el pulso reloj en mano al hechicero, pronosticó que todo habría acabado dentro de breves momentos. La escena era de aterradora solemnidad. De pronto abrióse la puerta de la choza y entró un muchacho con la noticia de que el *koldur* estaba borracho perdido en la aldea vecina y no podría llegar hasta el día siguiente. Turbóse el médico al ver descubierto su ardid, y se disponía a hablar al moribundo cuando éste, rápido como el rayo, se incorporo en la cama, soltándose del médico, que le tenía la mano. Centelleaban los hundidos ojos del anciano en la lívida faz terroríficamente encuadrada por la amarillenta barba y descompuesta cabellera. En un momento agarrotó al médico entre sus membrudos brazos y, a pesar de los esfuerzos del escéptico por desasirse, acercó a si la cabeza de éste de modo que pudo decirle algo al oído. Instantáneamente cayó el viejo de espaldas sobre la cama. Estaba muerto. Sus helados labios dibujaban extraña y horrible sonrisa de diabólico triunfo y venganza satisfecha. Sin embargo, más cadavérico todavía era el aspecto del joven doctor, que después de mirar en torno suyo con extraviados ojos, llenos de indescriptible terror, salió atropelladamente de la casa sin responder a nuestras preguntas. Despacháronse gentes en su busca, pues había escapado en dirección al bosque, pero en parte alguna se le pudo encontrar, hasta que al atardecer se oyó por aquellos alrededores una detonación de arma de fuego. Una hora después traían a la aldea el cadáver del médico, que se había levantado la tapa de los sesos. ¿Qué motivó el suicidio? ¿Qué mágico influjo recibió su mente de la «palabra» del hechicero moribundo? ¡Quién lo sabe! FINAL NOTA). Tal es el origen del dogma cristiano de la redención.

En verdad que muchos Cristos hubo antes del que recibió este nombre; pero murieron desconocidos del mundo tan sigilosamente como Moisés en la cumbre del Nebo (sabiduría oracular) después de la imposición de manos en Josué, que de este modo quedó «henchido del espíritu de sabiduría» o, lo que es lo mismo, iniciado.

Tampoco es privativo del cristianismo el dogma de la Eucaristía, pues, según demuestra Higgins, es anterior de muchos siglos a la «Cena pascual», ya que las naciones antiguas practicaron el sacrificio de pan y vino (NOTA: Higgins: *Anacalipsis*. – También dice lo mismo Tertuliano. FINAL NOTA) que Cicerón menciona en sus obras como rito cuya extrañeza le maravilla. En efecto, la Eucaristía es una de las más primitivas ceremonias de la antigüedad, pues desde el establecimiento de los Misterios tuvo su simbolismo, muy semejante al que posteriormente le dieron los Cristianos. Ceres era el *pan*, símbolo de la vida regenerada en la simiente, y Baco era el *vino*, la acumulación de conocimiento simbolizada en el racimo, con la fuerza y vigor que el conocimiento daba luego de la fermentación mental, alegorizada en la del vino. Este misterio estaba relacionado con el drama del Edén, y según se dice, lo enseñó por vez primera Jano, quien también introdujo en los templos el sacrificio de pan y vino en memoria de la «caída en la generación» como símbolo de la «semilla» (NOTA: «Yo soy la viña y mi Padre el viñador» – dice Jesús, aludiendo a los secretos conocimientos que podía comunicar. «No beberé más del fruto de la viña hasta el día en que de nuevo lo beba en el reino de Dios». FINAL NOTA).

Las fiestas de los Misterios eleusinos duraban siete días (NOTA: Aanhon: Artículo *Eleusinia*. FINAL NOTA), del 15 al 22 del mes de Boedromion (Septiembre), en la época de la vendimia. La fiesta hebrea de los Tabernáculos duraba del 15 al 22 del mes de Ethaním (NOTA: Según dice Dunlap (*Misterios de Musab*, 71), las variaciones derivativas de esta palabra son: *Adonim*, *Adonia*, *Attnim* y *Ethaním*. «Y concurrieron al rey Salomón todos los varones de Israel en el mes de Ethaním, que es el mes séptimo, en un día solemne». I *Reyes*, VIII, 2. FINAL NOTA), y el Éxodo (NOTA: XXIII, 16. FINAL NOTA) la llama también *fiesta de las mieses* o de las *cabañuelas*. Plutarco opina que la fiesta de los Tabernáculos pertenecía al rito báquico y no al eleusino, porque dice que «se invocaba directamente a Baco» (NOTA: El culto *sabeísta* era lo mismo que el *sabático* de los hebreos. Los nombres *evius* o *hevius* y *luaios* eran sinónimos de *hivita*, *heveo* y *levita*, así como el nombre francés de *Louis* deriva del *Levi* hebreo. *Iacchus* es lo mismo que *Iao* o *Jehovah*; y *Baal* o *Adon* era una divinidad tan fálica como *Baco*. FINAL NOTA).

Dice el rey David:

¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién permanecerá en el lugar de su *kadesh* (NOTA: La palabra *kadesh* en hebreo קדש (Salmo XXIV, 3) significa en un sentido consagrar, santificar o iniciar; pero igualmente se denominaban así las rameras y los ministros del culto de Venus. En esta acepción la emplean el *Deuteronomio*, XXIII, 17; *Oseas*, IV, 14, y *Génesis*, XXXVIII, 15, 21, 22. Las rameras «sagradas» de la *Biblia* eran idénticas en cuanto a los deberes de su oficio a las muchachas *nautch* de las pagodas indas. Las *kadeshim* hebreas vivían «en la casa del Señor», donde tejían colgaduras para la estatua de Venus Astarté, que estaba en el bosque (II *Reyes*, XXIII, 6, 7). FINAL NOTA)?

La danza de David delante del arca era la «danza cíclica» que, según se dice, establecieron las amazonas en los Misterios, y también la de las hijas de Silo (NOTA: *Jueces*, XXI, 21, 23. FINAL NOTA), así como los saltos de los sacerdotes de Baal (NOTA: I *Reyes*, XVIII, 26. FINAL NOTA). Era esta danza un rito característico del culto sabeísta, pues simbolizaba el movimiento de los planetas alrededor del sol y tenía evidentes trazas de frenesí báquico (NOTA: Para la danza cíclica se empleaban una especie de arpas llamadas sistros, y del carácter de ella nos da cuenta la burla que Michâl hizo de su esposo David al verle danzar delante del arca, según se infiere del siguiente pasaje: «Y volvió David a su

casa para bendecirla; y habiendo salido Michâl a recibir a David le dijo: ¡Qué honrado se ha mostrado hoy el rey de Israel descubriéndose delante de las criadas de sus siervos y desnudándose como si se desnudara un bufón! Y David respondió a Michâl: Delante del Señor... danzaré y me haré más vil de lo que me he hecho y seré bajo en mis ojos y me dejaré ver más honrado delante de las criadas de que has hablado» (II *Samuel*, VI, 20, 21, 22). FINAL NOTA); porque como David había vivido entre los sirios y los filisteos, cuyos ritos religiosos eran comunes, y en su empresa de conquistar el trono de Israel le ayudaron mercenarios de aquellos países, parece muy natural que introdujera en su reino el pagano rito de la danza. No tuvo en cuenta David la legislación mosaica, según se desprende de su conducta, sino que para él fue Jehovah una divinidad tutelar preferida, sin carácter monoteísta, a los demás dioses de las naciones vecinas.

Volviendo al juicio crítico del dogma cristiano de la Trinidad, que tan violentas polémicas suscitó hasta su definición, descubrimos sus huellas en las comarcas del Nordeste del río Indo y en todos los pueblos que profesaron religión estatuida. Las más antiguas escuelas caldeas reconocían la naturaleza trina de Mithra, su dios solar, y la tomaron de los acadios a cuya raza pertenecían, según afirma Rawlinson, aunque otros autores les dan filiación turania. Pero los acadios, sea cual sea su origen (NOTA: Hay diversidad de opiniones sobre el particular, pues unos asiriólogos les atribuyen la invención de los caracteres cuneiformes, otros los llaman sumerianos, y no faltan quienes digan que su lengua, de la cual no quedan vestigios, fue el kasdeo, caldeo, protocolcaldeo, kasdoscita, etc. FINAL NOTA), instruyeron a los babilonios en los Misterios, cuyo lenguaje sagrado les enseñaron. Los acadios eran una tribu aria de la casta de los brahmanes que hablaban el sánscrito védico (NOTA: Conviene recordar a este propósito que hace ya muchos años expuso el coronel Van Kennedy su opinión de que Babilonia fue un tiempo el foco de la influencia brahmánica y el asiento del idioma sánscrito. FINAL NOTA), y empleaban en los Misterios el mismo idioma sagrado que hoy usan los fakires e iniciados indos en sus evocaciones mágicas (NOTA: Según Jacolliot, el *Agruchada-Parikshai* revela algo de las fórmulas de iniciación, pero nada dice respecto de las de evocación, pues aseguran algunos brahmanes que jamás se escribieron estas fórmulas, sino que se transmiten al oído y en voz baja, como también acostumbran los masones (*El espiritismo en el mundo*, 108). FINAL NOTA).

Este es el idioma que, desde tiempo inmemorial y aún hoy en día, emplearon los iniciados de todos los países (NOTA: Dicen los lamas del Tíbet que en este idioma aparecen los misteriosos caracteres en las hojas y corteza del sagrado árbol *kunbum*. FINAL NOTA).

Dice sobre ello Jacolliot:

Aseguran también los brahmanes, sin que nos haya sido posible comprobar la aserción, que las evocaciones mágicas se pronunciaban en un idioma secreto que estaba prohibido traducir a las lenguas vulgares. Pudimos tomar al vuelo algunas palabras, tales como *l'rhóm*, *h'hom*, *shbrúm* y *sho'rhim*, que son en efecto muy raras y no descubren parentesco con ningún idioma conocido (NOTA: Jacolliot: *El espiritismo en el mundo*, 108. FINAL NOTA),

Quienes han visto a los fakires y lamas en el rezo de himnos y evocaciones, saben que no se les entiende ni siquiera la pronunciación de lo que dicen, sobre todo cuando se disponen a realizar algún fenómeno. Se les ve mover los labios sin oír palabra, y aún en el interior de los templos tan sólo dejan escapar un cauteloso cuchicheo (NOTA: A este idioma sagrado le dan los orientalistas los arbitrarios nombres de kasdeo-semítico, escita, protocolcaldeo y otros por el estilo. FINAL NOTA).

No están de acuerdo los sanscritistas en la interpretación del texto védico (NOTA: Esta discrepancia de opiniones se manifiesta siempre que uno de ellos publica un ensayo, discurso, tratado, traducción o diccionario sobre literatura sánscrita, pues al punto se

enzarzan los demás en polémicas con el autor y entre sí acerca del asunto. FINAL NOTA). El eminente orientalista americano Whitney dice que las observaciones de Müller sobre el *Rig-Veda Sânhita* «distan mucho del profundo, equilibrado y sobrio juicio que debe resplandecer en todo exégeta». En cambio, Müller se revuelve airado contra sus censores, diciéndoles que «el egoísmo, la malicia y aun la falsedad, no sólo acibaran el goce de toda obra llevada a cabo de buena fe, sino que entorpecen el verdadero progreso de las ciencias». Müller discrepa de la acepción que en su *Diccionario sânscrito* da Roth a muchas palabras sânscritas, y por su parte opina Whitney que «el tiempo enmendará el significado que uno y otro orientalista dan a buen número de frases y palabras».

Müller (NOTA: *Virutas de un taller alemán*, I. FINAL NOTA) califica los *Vedas* (excepto el *Rig*) de logomaquia teológica, mientras que Whitney encomia sobremanera el *Atharva* y lo coloca en mérito inmediatamente después del *Rig*.

Respecto a Jacolliot, se vió acusado por Whitney de embustero y falsario con asentimiento general de los críticos; pero el orientalista Ravisí juzgó favorablemente *La Biblia en la India* (NOTA: Cuando Jacolliot publicó esta obra quiso la «Sociedad Académica de San Quintín» que la juzgara Textor de Ravisí, erudito orientalista, gobernador que había sido durante diez años de Karikal (India), y, como ferviente católico, opuesto a las conclusiones con que Jacolliot desbarataba la revelación mosaica. Sin embargo, se vió precisado a confesar en su informe que «estaba escrita de buena fe, en estilo fácil, vigoroso y vehemente, con clara y copiosa argumentación, por lo que resulta un erudito e interesantísimo tratado de hechos indudables»). FINAL NOTA). Basta con este juicio para que Jacolliot goce del beneficio de la duda, sobre todo cuando tan conspicuas autoridades se declaran unas a otras incompetentes e ineptas (NOTA: En su obra: *Estudios orientales y lingüísticos*, dice Whitney que el aforismo según el cual es mucho más fácil destruir que construir, tiene preferente aplicación al caso de las investigaciones relativas a la historia y arqueología de la India. Estamos conformes con esta opinión; pero ¿lo estarán también los críticos europeos? FINAL NOTA).

Babilonia estaba situada en plena vía de la copiosa corriente emigratoria de la India, y por ello recibieron los babilonios las primicias del saber ario (NOTA: Jacolliot ha demostrado cumplidamente, al parecer, las absurdas contradicciones en que incurrieron los filólogos, antropólogos y orientalistas aquejados de la manía acadiana y semítica. Dice a este propósito: «Acaso no haya mucha buena fe en las negaciones de los asiriólogos que inventaron los pueblos turanios, pues saben muy bien que sólo en Manú hay más ciencia legítima que en todo cuanto el supuesto semitismo nos ha ofrecido hasta ahora. Pero esos orientalistas no quieren desviarse del camino que siguen desde hace treinta años. Nada esperamos, por lo tanto, de la labor de los eruditos contemporáneos, pues creemos que la India deberá su reconstitución a los orientalistas del porvenir» (*Génesis de la Humanidad*, 60, 61). FINAL NOTA). Aquellos caldeos (*khaldi*) adoraban a la Luna (*Deus Lunus*), y de esto cabe inferir que los acadios eran de la estirpe de los reyes de la Luna que, según tradición, reinaron en Pruyay, hoy Allahabad. Simbolizaban la naturaleza trina del *Deus Lunus* en las tres primeras fases lunares, y completaban el cuaternario con la cuarta fase. El intervalo comprendido entre el cuarto menguante y el nuevo ciclo lunar simbolizaba la muerte del dios Luna, ocasionada por el prevalecimiento del genio del mal contra el dios de la Luz (NOTA: Análogamente alegorizaron después los egipcios y más tarde los griegos la muerte de Osiris y Apolo a manos de Tifón y Pithón, al llegar el solsticio de invierno. Babel, Arach y Akkad son otros tantos nombres del sol. FINAL NOTA).

Los *Oráculos caldeos* tratan explícita y acabadamente de la Trinidad, diciendo a este propósito:

Desde esta Triada, en los profundos senos, están gobernadas todas las cosas.

El reverendo Maurice admite la expresión oracular, según la que «la divina Triada, cuya cabeza es la Mónada, brilla en toda la extensión del mundo». El *Phos*, *Pur* y *Phlox* a que alude Sanchoniathon (NOTA: *Cory: Fragmentos antiguos. FINAL NOTA*), significan *Luz*, *Fuego* y *Llama*. La Trinidad caldea está formada por Bel-Saturno, Bel-Júpiter y Bel-Chom, tres manifestaciones de Bel o el Sol uno y trino (NOTA: *Movers: Phoinizer, 263. FINAL NOTA*). Por su parte, dice Dunlap:

Los caldeos consideraban al dios Bel en el trínico, aspecto de Belitan, Bel-Zeus (mediador) y Bel-Chom (Apolo chomeo). Este era el trínico aspecto del supremo Dios, el Padre (NOTA: *Historia del hombre, 281. Añade Dunlap que, según Berosio, el nombre de Bel es equivalente a El y Mithra o Zervana. FINAL NOTA*).

En el templo de Gharipuri se ven representaciones de Brahma, Vishnu y Siva (NOTA: *Siva no es en rigor divinidad védica, pues cuando se escribieron los Vedas le adoraban los aborígenes como Maha-Deva o Bel. FINAL NOTA*) correspondientes al Poder, Sabiduría y justicia, que a su vez se relacionan con el Espíritu, la Materia y el Tiempo y con el Pasado, Presente y Futuro. Millares de brahmanes adoran estos atributos de la Divinidad védica, mientras que los austeros monjes y monjas budistas del Tíbet reconocen tan sólo la sagrada trinidad de las tres virtudes monásticas: *pobreza, castidad y obediencia* (NOTA: *Los votos del monaquismo cristiano, de los budistas y de algunos induistas. FINAL NOTA*).

Las personas de la Trinidad persa son: Ormazd, Mithra y Ahriman. Sobre esto, dice Porfirio que es «aquél principio al que, según el autor del *Sumario caldeo*, llaman los parsis *Principio de todas las cosas* y le declaran *uno y bueno*» (NOTA: *De Antro Nympharum. FINAL NOTA*).

El dios chino Sanpao está representado en triple imagen idolátrica (NOTA: *Navarette, II, X. FINAL NOTA*), y los peruanos, según dice Faber (NOTA: *Orígenes de la idolatría pagana. FINAL NOTA*), creían que su dios *Tanga-tanga* era tino en tres y tres en uno. La Trinidad egipcia constaba de las tres personas Emepht, Eicton y Phta (NOTA: *En el Museo de San Petersburgo se conserva una medalla tártara en que aparece el trino Dios egipcio sentado en el loto. FINAL NOTA*).

De todos los dogmas teológicos que en estos últimos años hubieron de quebrantarse a los golpes de la crítica orientalista, ninguno quedó tan al descubierto como el de la Trinidad, pues conocidos sus precursores y antecedentes, no cabe ya en modo alguno creer que fuese exclusivamente revelado a los cristianos por voluntad divina. Los orientalistas han señalado, mucho más precisamente de lo que convenía al Vaticano, las semejanzas entre el indoísmo, budismo y cristianismo. De día en día se va comprobando cuanto Draper dice en el pasaje siguiente:

El paganismo quedó modificado por el cristianismo y éste por aquél en mutua influencia. Los dioses del Olimpo tomaron distintos nombres, y las provincias más poderosas del imperio recabaron de Constantino la intangibilidad de los tradicionales principios religiosos. Así aceptó el cristianismo el dogma de la Trinidad según el concepto egipcio, y prosiguió el culto de Isis, metamorfoseada su imagen de pie sobre la media luna y con el niño Horus en brazos, en la conocida imagen de la Virgen y el Niño, que ha servido de asunto a tantas y tan hermosas creaciones artísticas (NOTA: *Según dicen las Escrituras egipcias, Osiris e Isis aparecieron (esto es, fueron adorados) en la tierra posteriormente a Thoth. el primer Hermes, llamado Trimegisto, quien, inspirado por revelación divina, escribió los libros sagrados. El compañero e instructor de Osiris e Isis fue el segundo Thoth o Hermes, encarnación del Hermes celeste. FINAL NOTA*).

Pero la figura de la Virgen como madre de Dios y reina del cielo tiene origen todavía más antiguo que el egipcio y caldeo, pues aunque también Isis era reina del cielo y se la representa generalmente con la cruz ansata (NOTA: Compuesta de la cruz mundanal y del *stauros* de los gnósticos. FINAL NOTA) en la mano, es muy posterior a Neith, la virgen celeste (NOTA: En la tumba de un Ramsés sita en el valle de Bibán-el-Moluk, cerca de Tebas, descubrió Champollión el menor una pintura que, a su juicio, era la más antigua de las halladas hasta entonces. Representa los cielos bajo la alegoría de una mujer circundada de estrellas. La salida del sol está representada por un infante que salta del seno de su «divina madre». FINAL NOTA).

En el *Libro de Hermes*, expone *Pymanther* inequívocamente el dogma cristiano de la Trinidad, según puede inferirse del siguiente pasaje:

Yo soy la luz; el pensamiento divino. Yo soy el *Nous*; la mente. Yo soy tu Dios. Soy muy anterior al principio humano que elude la sombra. Soy el germen del pensamiento; el *Verbo* resplandeciente; el *Hijo de Dios*. Sabe que lo que así ves y oyes en ti es la *Palabra* del Maestro, es el Pensamiento es el Dios Padre... El *ÆTHER*, océano celestial que fluye de Oriente a Occidente, es el aliento del Padre, el Principio donador de vida, el *Espíritu Santo*... Porque no están separados en modo alguno y su unión es VIDA.

Mas, por muy remoto que sea el origen de Hermes, cuyo nombre se pierde entre las brumas de la colonización de Egipto, tenemos otra profecía mucho más antigua en el *Khristna* indo. Resulta sumamente curioso que los cristianos fundamenten su religión en la supuesta promesa que de enviar un Salvador del género humano hizo Dios a Adán y Eva (NOTA: En ningún versículo de la *Biblia* se encuentra semejante promesa, pues el más indicado para ello dice textualmente: «Enemistades pondré entre ti y la mujer y entre tu linaje y su linaje. Ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas a su calcañar» (*Génesis*, III, 15). FINAL NOTA), pues en el pasaje anotado, ni la más aguda penetración es capaz de encontrar el más leve asomo de lo que han supuesto los cristianos. En cambio, según las tradiciones indas y los *Libros de Manú*, Brahma prometió a la primera pareja humana que les enviaría un Redentor para mostrarles el camino de salvación, según se declara en este pasaje:

Un mensajero de Brahma anunció que en Kurukshetra, en el país de Pantchola llamado también Kanya-Cubja (NOTA: *Montaña de la Virgen*. FINAL NOTA), nacería Matsya, de quien todos los hombres aprenderán a cumplir con su deber (NOTA: *Manú*, II, dísticos 19 y 20. FINAL NOTA).

Según Kingsborough (NOTA: *México antiguo*, 165. FINAL NOTA), las personas de la Trinidad mexicana son: *Izona* (Padre); *Bacab* (Hijo), y *Echvah* (Espíritu Santo). Añade el mismo autor que los mexicanos declaran haber recibido esta doctrina de sus antepasados.

En las naciones semíticas se remonta el dogma de la Trinidad a los fabulosos tiempos de Sesostri, que algunos asiriólogos identifican con Nemrod, el «esforzado cazador». A este propósito refiere Manetho que el rey Sesostri consultó al oráculo, preguntándole:

Dime, Tú, ¡oh poderoso en el fuego! ¿Quién antes de mí subyugó todas las cosas y quién las subyugará después de mí?

Y el oráculo respondió:

Primero *Dios*; luego el *Verbo*, y después el *Espíritu* (NOTA: *Ap. malal.*, I, IV. FINAL NOTA).

En las citas que hasta aquí hemos ido entresacando, se trasluce el motivo del enconado odio con que desde un principio miraron los teólogos cristianos a los teurgos y paganos, pues todos sus dogmas derivan de las antiguas religiones y de la escuela neoplatónica, hasta el punto de que durante muchos siglos anduvo en esto muy perpleja la crítica. Si no hubiesen quedado tan pronto olvidadas las antiguas creencias, de seguro que fuera imposible dar a la religión cristiana el carácter de nueva Ley revelada por el Padre mediante el Hijo y al influjo del Espíritu Santo.

Por conveniencias sociales transmutaron los Padres de la Iglesia en festividad cristiana la pagana del dios Pan (divinidad de los campos) con las mismas ceremonias hasta entonces celebradas, pues tal fue el deseo de los patricios conversos (NOTA: Payne Knight: *Culto fálico. FINAL NOTA*). Pero llegó el tiempo de romper todo miramiento al paganismo y abrogarlo para siempre con la teurgia neoplatónica, so pena de que los cristianos acabaran por identificarse con los neoplatónicos. No hay necesidad de insistir, por demasiado conocidas, en las violentísimas polémicas entre Ireneo y los gnósticos, que prosiguieron hasta dos siglos después de haber proferido el desahogado obispo de Lyon su última paradoja teológica. El neoplatónico Celso sembró la discordia entre los cristianos y aun les detuvo durante algún tiempo los pasos, demostrando que el concepto metafísico de sus dogmas estaba tomado de la filosofía platónica. Por otra parte, les acusaba Celso de admitir las más groseras supersticiones paganas y de interpolar en sus obras pasajes enteros de los libros sibilinos sin comprender su significado. Tan contundentes eran las acusaciones y tan notorios los hechos, que ningún autor cristiano se aventuró a la réplica hasta que apremiado Orígenes por las reiteradas instancias de su amigo Ambrosio, se encargó de la defensa como el más a propósito para ella, por haber pertenecido a la escuela neoplatónica. Sin embargo, la elocuencia de Orígenes fracasó en el empeño, y entonces no vieron los cristianos otro recurso que destruir las obras de Celso (NOTA: Este Celso floreció entre los siglos II y III y no ha de confundirse con el Celso de la escuela epicúrea, que durante el reinado de Adriano escribió varias obras contra la magia. FINAL NOTA), aunque ya entonces eran muchísimos los que las habían leído y estudiado (NOTA: Por efecto de esta persecución no ha llegado a manos de los eruditos actuales ningún ejemplar de las obras de Celso; pero se sabe que se conserva el único en un monasterio del monte Athos, cuyos monjes niegan poseerlo, tal vez por ignorancia de su valía. Así nos lo refiere un testigo fidedigno que no tenía ningún interés en mentir sobre el asunto. Al desembarcar este testigo, cayóse en el momento de saltar al bote y se quebró una pierna, por lo que le trasladaron al monasterio, donde los monjes le asistieron. A fuerza de dádivas logró, durante la convalecencia, captarse la confiada amistad de los monjes, y como pidiese leer algún libro, le condujo el prior a un espacioso desván donde guardaban los ornamentos sagrados. Había allí un cofre lleno de mohosos manuscritos y rollos antiquísimos, que el prior puso a disposición de nuestro amigo para que se *entretuviera* en su lectura. Pero el convaleciente no era persona vulgar, pues estaba muy versado en literatura griega y latina. En carta particular declara el testigo que se quedó asombrado y sin aliento casi al encontrar entre aquellos pergaminos valiosísimas obras de los primeros tiempos del cristianismo, que se disputaban por perdidas. Allí había, aunque muy deteriorado, un ejemplar del *Λόγος ἀληθείης* de Celso copiosamente citado por Orígenes. Tomó el viajero aquel día tantas notas como pudo; pero en cuanto propuso la compra de algunos de aquellos manuscritos, respondióle el prior que no los vendería por todos los tesoros del mundo, pues aunque ignoraban el contenido del texto ni les importaba saberlo, se habían ido transmitiendo de generación en generación con escrupuloso cuidado, porque era tradicional entre ellos que algún día servirían de poderosa arma para aplastar a la «bestia» del Apocalipsis, como llamaban a su legendaria enemiga la Iglesia de Roma. En sus incesantes querellas con los monjes católicos, se sentían auxiliados por la virtud de uno de los manuscritos de aquel montón, aunque *ignoraban cuál era*, y por esto no querían tocar ninguno. Advirtió entonces el prior su torpeza y arrepintióse de haber

sido tan amable con el huésped, a quien exigió juramento, prestado ante la imagen de la Patrona del país, de no revelar el secreto ni el nombre del convento. Poco después pidió de nuevo el convaleciente la llave del cofre para seguir «entreteniéndose» en la lectura, pero le respondieron con la mayor candidez que se «había perdido». Así, le fue preciso contentarse con las notas tomadas. FINAL NOTA).

Los cristianos anhelaban vehementemente la dispersión de la escuela neoplatónica, que por fin lograron los obispos de Alejandria Teófilo y su sobrino Cirilo, el asesino de la erudita e inocente joven Hipatia (NOTA: En la novela histórica: *Hipatia*, original de Canon Kingsley, se pinta con vivos colores el trágico fin de esta joven mártir. FINAL NOTA). Muerta la hija del matemático Theon, no pudieron los neoplatónicos mantener su escuela en Alejandria, pues perdieron la influencia que la mártir gozaba con Orestes, el gobernador de la ciudad, quien por ello les había protegido contra sus encarnizados enemigos (NOTA: Del mucho respeto con que a Hipatia miraban cuantos conocían su profunda erudición, alteza de carácter y nobles virtudes, podemos juzgar por los siguientes fragmentos de dos cartas que le escribió Sinesio, obispo de Tolemaida, el año 413 de J.C. Dice así: «Mí corazón anhela la presencia de vuestro divino espíritu, que más que nada podría endulzar mi amarga suerte. ¡Oh madre mía, hermana mía, maestra y bienhechora mía! Triste está mi alma. Me mata el recuerdo de mis perdidos hijos... Cuando reciba noticias vuestras y sepa, como espero, que sois más dichosa que yo, se aliviarán por lo menos la mitad de mis penas». Profundo hubiera sido el dolor de este ejemplarísimo obispo cristiano, que en aras de la nueva fe había sacrificado familia y hacienda, si una visión profética le revelara el próximo fin de la joven a quien llamaba «madre, hermana y bienhechora», cuyo cuerpo inocente iba a machacar la maza del lector Pedro; y después de raída la carne de los huesos con conchas de ostra, arrojado todo al fuego por mandato del obispo Cirilo, a quien tan bien conocía Sinesio, y que no obstante fue canonizado por la Iglesia. Conviene recordar que este obispo Cirilo confesó haber vendido los vasos sagrados del templo, y aunque trató de excusarse con pretexto de los pobres, no pudo probar su afirmación. Sabido es que Cirilo mostró duplicidad de ánimo hacia los arrianos. Así resulta que el definidor del dogma de la Trinidad y uno de los primitivos santos del cristianismo fué, según la historia, ladrón y asesino. FINAL NOTA).

No hay en el mundo religión de tan sangrientos anales como el cristianismo. Aun las mismas luchas intestinas del «pueblo escogido» palidecen ante el cruel fanatismo de los supuestos discípulos de Jesús. La rápida propagación del islamismo debióse al fin y al cabo a las enconadas luchas entre ortodoxos y nestorianos, pues en el monasterio de Bozrah sembró el monje nestoriano Bahira la simiente que más tarde había de germinar y convertirse en árbol que regado por ríos de sangre cobija a doscientos millones de creyentes (NOTA: Las recientes matanzas de Bulgaria son actual consecuencia del triunfo de Cirilo de Alejandria y de los idólatras de María. FINAL NOTA).

Como repulsivos ejemplos de la justicia humana, vemos glorificado con aureola de santidad al astuto, cruel e intrigante obispo de Alejandría, y en cambio proscritos y perseguidos a los gnósticos. Por una parte impetra el clero cristiano la maldición divina contra la teurgia y por otra practica durante siglos la nigromancia y hechicería (NOTA: En el capítulo siguiente citaremos algunos casos de hechicería clerical. FINAL NOTA). Vemos a Hipatia, la gloriosa filósofa, despedazada por las turbas cristianas, y frente a ella se alza triunfante el fanatismo o la impudicia de Catalina de Médicis, Lucrecia Borgia, Juana de Nápoles e Isabel de España, presentadas a la vista del mundo como fieles hijas de la Iglesia (NOTA: El Papa concedió recientemente a la reina Isabel de España la *Rosa de oro* como emblema de virtud y piedad. FINAL NOTA). Verdaderamente impío es el idolátrico culto de María como diosa inmaculada cuando le acompañan semejantes ejemplos. Más valiera abolir el culto idolátrico y fomentar en su lugar el de la virtud.

CAPÍTULO XVII

Quieren señalar a medida los límites, extensión y capacidad del infierno, donde las entumecidas almas cuelgan de tenebrosa mazmorra como jamones de Westfalia o lenguas de vaca, en espera de misas y responsos que las rediman.

OLDHAM, *Sátiras contra los jesuitas*

YORK: ¡Pero sois diez veces más inhumanos y crueles que un tigre de Hircania!

SHAKESPEARE, *Rey Enrique VI*. Parte tercera, acto

I, escena IV

WAR: Escuchad, señores. Puesto que es doncella, no escatiméis los haces de leña. Que haya bastantes. Y poned barriles de pez en la fatal hoguera.

SHAKESPEARE, *Rey Enrique VI*. Parte primera, acto V, escena IV

Refiere Bodin un espantoso sucedido de que fue protagonista Catalina de Médicis, la piadosa cristiana que tantos méritos había contraído a los ojos de la Iglesia con la horrenda e inolvidable matanza de San Bartolomé (NOTA: Bodin, erudito publicista que durante veinte años consultó auténticos documentos en los archivos de las principales ciudades de Francia, y compuso su famosa obra: *Demonomanía o Tratado sobre los hechiceros*, París. 1587. Dice Eliphaz Levi al examinar esta obra, que en ella se relatan casos espeluznantes de hechicería y superstición, aparte de las feroces persecuciones y suplicios de los reos sentenciados por el «Santo Oficio», cuyo lema parecía el de «quemar a todo el mundo», como si Dios ya distinguiera fácilmente a los suyos. Bodin pone de manifiesto que, mientras los monomaniacos, las histéricas y los idiotas acusados del crimen de magia morían en la hoguera, los verdaderos criminales eludían tan sanguinaria e injusta *justicia*. FINAL NOTA). Tenía esta reina a su servicio un apóstata ex dominico, que por lo muy versado en nigromancia se aquirió el favor de su señora, en cuyo provecho practicaba el nefando arte contra las víctimas a que desde lejos mataba, valido de imágenes de cera (NOTA: Se ha referido tantas y tantas veces este procedimiento, que sería ocioso repetirlo una vez más. FINAL NOTA). Estaba a la sazón gravemente enfermo el rey Carlos IX, hijo de Catalina, y temía ésta perder su influencia de reina madre si moría su hijo, por lo que determinó a consultar el oráculo de la «cabeza cortada» (NOTA: Consistió esta abominable ceremonia en decapitar a un hermoso e ingenuo niño en las mismas gradas del altar donde se celebraba la «misa negra», a fin de que por la boca de la cortada cabeza respondiese el «demonio» a las preguntas que sobre la enfermedad del rey se le hicieron. Eliphaz Levi describe la «misa negra» en el siguiente pasaje de una de sus obras: «Celebróse la misa negra ante la imagen del demonio, a cuyos pies aparecía una cruz invertida. El nigromántico consagró dos hostias, blanca una y negra otra. Con la blanca dió la comunión a un niño, vestido también de blanco, que inmediatamente fue decapitado al pie del altar y cuya cabeza puso el hechicero sobre la hostia negra, colocada a su vez en la patena, sobre una mesa en que ardían misteriosas lámparas. Hecho esto, evocó el celebrante al demonio para que por boca de la cortada cabeza respondiese a una pregunta que el rey le hizo en secreto y no había sido comunicada a nadie. En aquel momento se oyó salir de la muerta boca una débil voz que nada tenía de humana». Sin embargo, de nada sirvieron tan abominables ceremonias, pues Carlos IX murió de aquella incurable enfermedad, y Catalina de Médicis... siguió siendo fiel hija de la Iglesia. Es muy extraño que Des Mousseaux pase por alto este sucedido, cuando tan desembozadamente se vale de la documentación de Bodin para lanzar formidables acusaciones contra los espiritistas y hechiceros. FINAL NOTA).

Sabido es que el cardenal Benno inculpó públicamente de hechicería al papa Silvestre II por haber mandado construir una cabeza parlante por el estilo de la que poseyó Alberto

el Magno e hizo pedazos Tomás de Aquino (NOTA: Este célebre filósofo no destruyó la cabeza parlante porque creyese que el espíritu maligno hablara por su boca sino porque con su continua charla le estorbaba en el estudio y composición de sus obras. Las cabezas y estatuas parlantes de que se valían los clérigos nigrománticos, eran remedos de las imágenes animadas de los templos antiguos. FINAL NOTA). Se comprobó la acusación, así como también que siempre andaba en compañía de entidades diabólicas (NOTA: En el capítulo precedente dijimos que los papas Benedicto IX, Juan XX, Gregorio VI y Gregorio VII tuvieron fama de magos. De este último, conocido en la historia por su nombre personal de Hildebrando, se dice que sabía «sacar rayos de las mangas del hábito», y a esto atribuye el respetable escritor espiritista Howitt el origen de los «rayos del Vaticano». FINAL NOTA).

Demasiado conocidos son los fenómenos operados por el obispo de Ratisbona y el «doctor angélico» Tomás de Aquino para que nos detengamos a describirlos. Baste decir que si el prelado católico tuvo suficiente habilidad para sugerir en cruda noche de invierno la sensación de un caluroso día de verano y la idea de que los carámbanos colgantes de los árboles del jardín eran frutos tropicales, también los magos indos operan hoy en día parecidos portentos sin necesidad de auxilio divino ni ayuda diabólica, pues tanto unos como otros son actualización de la potencia inherente a todos los hombres.

Poco antes de estallar la Reforma se promovieron entre el clero escandalosos incidentes con motivo de su mucha afición a las prácticas mágicas y alquímicas. El cardenal Wolsey fue procesado por complicidad con el hechicero Wood, quien declaró explícitamente contra él (NOTA: Dijo así en su declaración: «Mi señor el cardenal tiene un anillo de tal virtud, que por su medio obtiene del rey cuantas gracias desea... Maese Cromwell, cuando estaba de criado en casa de mi señor cardenal, leía muchos libros, especialmente el libro de Salomón, según cuyas reglas estudiaba los metales y las virtudes que poseen»). Este y otros casos no menos curiosos se encuentran entre los documentos que, pertenecientes a Cromwell, conserva el Archivo Nacional de Inglaterra. FINAL NOTA).

El sacerdote Guillermo Stapleton fue procesado por hechicería en el reinado de Enrique VIII (NOTA: El proceso se conserva en el Archivo Nacional. FINAL NOTA).

Bienvenido Cellini alude a un sacerdote nigromántico, natural de Sicilia, que cobró fama por sus afortunadas hechicerías, sin que nadie le molestara en el ejercicio de este arte; y según saben los eruditos, refiere Cellini a este propósito que dicho sacerdote conjuró a toda una legión de diablos en el coliseo de Roma; y además, tuvo exacto cumplimiento el vaticinio de que pronto encontraría a su amante en el tiempo y lugar prefijados (NOTA: Por supuesto, que no faltará quien tome este caso por «curiosa coincidencia». FINAL NOTA).

A últimos del siglo XVI apenas había clérigo que no se aficionara al estudio de la magia y alquimia, movidos por el deseo de imitar a Cristo en el exorcismo contra los malignos espíritus (NOTA: Conviene advertir que Jesús no empleó jamás las fórmulas del exorcismo. FINAL NOTA), de modo que consideraron «sagradas» sus prácticas, al paso que acusaban de nigromancia a los magos laicos. Los ocultos conocimientos espigados siglos atrás en los feraces campos de la teurgia, se los reservaba la Iglesia romana como por privilegio exclusivo y enviaba al suplicio a cuantos se atrevían a cazar furtivamente en el coto de la teología, para ellos la *scientia scientiarum* (la ciencia de las ciencias), o bien a cuantos no podían encubrir sus culpas bajo el hábito monacal (NOTA: Con objeto de adelantarnos a las objeciones que pudiese oponer la crítica superficial, advertiremos que la autora se contrae en su juicio a los procesos inquisitoriales por brujería, hechicería y magia, pues en manto a los llamados delitos contra la religión o sean las herejías, fueron precisamente los clérigos, así regulares como seculares, los que más contingente dieron a las actuaciones del Santo Oficio, sin que se libranan de sospecha ni aun prelados de tanto

fuste como el arzobispo de Toledo fray Bartolomé Carranza.– *El Traductor*. FINAL NOTA).

La historia nos ofrece en prueba varios datos estadísticos, pues, según dice Tomás Wright (NOTA: Hechicería y magia. FINAL NOTA), en los quince años transcurridos entre 1580 y 1595, el inquisidor Remigio, presidente del tribunal de Lorena, sentenció a la hoguera a novecientos brujos (NOTA: En esta época escribió Bodin su obra. FINAL NOTA).

Así es que mientras el clero practicaba la hechicería y el arte de evocar legiones de «demonios» sin que el poder civil le molestase en lo más mínimo, se perseguía cruelmente a infelices extraviados y monomaniacos (NOTA: El año 1761 murió en la hoguera el jesuita portugués Gabriel Malagrida, anciano de ochenta años, acusado de hechicería y de ilícita comunicación con el demonio, quien le había «revelado el porvenir», apareciéndosele «bajo la figura de la Virgen» para decirle que escribiese la vida del Anticristo, pues él (Malagrida) era otro Juan Evangelista, pero más idóneo que el apóstol. Díjole también que habría tres Anticristos y que el último nacería en Milán el año 1920 de un fraile y una monja, y se casaría con Proserpina, una de las divinidades infernales» En la biblioteca de Ámsterdam hay una copia del proceso incoado y concluso en Lisboa. Si hemos de creer en la profecía, debe cumplirse de aquí a cuarenta y tres años. (Téngase en cuenta que esta obra se escribió de 1875 a 1877, y por lo tanto, faltaban en esta última fecha cuarenta y tres años para el de 1920. En la época de esta traducción (1912), faltan sólo ocho años para ver si se cumple o no el curioso vaticinio.– *El Traductor*). Ciertamente, que si todos los hijos de frailes y monjas llegaran a hombres y se convirtiesen en Anticristos, no fuera ello tan deplorable como los hallazgos realizados en los monasterios que por incendio o ruina fue preciso demoler hasta los cimientos. Refiere Lutero que junto a un convento de monjas de Roma había un estanque, en cuyo fondo se descubrieron unos seis mil cráneos de criatura, cuando se limpió por orden del papa. También había de un convento de monjas de Neinburg (Austria), en cuyos sótanos se hallaron las mismas pruebas de «celibato y castidad». FINAL NOTA). *Ecclesia non novit sanguinem*, exclaman melosamente los teólogos, y en justificación de este aforismo se instituyó sin duda la Santa Inquisición, bajo cuyo estandarte (NOTA: Si, como los ocultistas sostienen y la ciencia empieza a corroborar, nuestros más mínimos pensamientos y acciones quedan grabado indeleblemente en el eterno espejo de la luz astral, allí debe estar impreso un magnífico estandarte de damasco carmesí, en cuyo fondo aparece la cruz (símbolo del «Hijo de Dios que murió por amor al hombre») entre un ramo de *oliva* y una espada tinta hasta el puño en sangre humana, con la inscripción: *Exurge, Domine, et judica causam meam*. El estandarte ondea al viento bajo el «purísimo» trono del Todopoderoso, y así se ve en la copia fotográfica que poseemos del dibujo original existente en la biblioteca del Escorial. FINAL NOTA) el asesor de la reina Isabel I de Castilla e inquisidor general Tomás de Torquemada sentenció a la hoguera a diez mil reos y puso en el tormento a ochenta mil (NOTA: Una de estas víctimas fue el conocido escritor Orobio, que escapado de la hoguera tras largos años de encarcelamiento, refugióse en Holanda donde abrazó el judaísmo, sometiéndose a la ceremonia de la circuncisión. Allí escribió sus famosas obras sobre el Santo Oficio. Otro tratadista dice que en la Seo de Zaragoza está el sepulcro de un famoso inquisidor, rodeado de seis columnas, en cada una de las cuales se ve atado un moro en disposición de llevarle a la hoguera. Sobre el particular observa ingenuamente Saint Fox que «ninguna tumba más a propósito para un verdugo que pudiese costearse». Sin embargo, el constructor de este sepulcro no hubiera debido olvidarse de ornamentarlo con el famoso caballo que, según refiere Granger, fue quemado juntamente con su dueño acusado de hechicería, porque le enseñó al pobre animal a señalar con las patas los puntos del mapa y las horas del reloj. El Santo Oficio condenó a la hoguera al caballo y a su dueño, y ambos murieron en el solemne auto de fe que se efectuó en Lisboa el año 1601. De todos modos, esta famosa institución del catolicismo no dejó de tener un Dante que cantara

sus alabanzas, pues, según dice el autor de la obra: *Demonología*, el jesuita portugués Macedo descubrió el origen de la Inquisición nada menos que en el Paraíso terrenal, y afirma que el primer inquisidor fue el mismo Dios, al ejercer funciones de tal contra Caín y los edificadores de la torre de Babel. FINAL NOTA). En ningún país como en España y Portugal estuvieron tan difundidas entre el clero las artes de magia y hechicería, tal vez porque los árabes eran muy entendidos en ciencias ocultas, y en Toledo, Sevilla y Salamanca hubo escuelas superiores de magia. Los cabalistas salmantinos sobresalían en el dominio del saber abstruso, pues conocían las virtudes de las piedras preciosas y otros minerales y los más hondos secretos de la alquimia.

Entresaquemos ahora algunos casos demostrativos de la conducta del Santo Oficio en aquellos tiempos:

De los documentos originales del proceso incoado contra la mariscal D'Ancre, durante la regencia de María de Médicis, se infiere que murió en la hoguera por culpa de los clérigos, cuya compañía deseaba como buena italiana. En la Iglesia de los agustinos de París se exorcizó a sí misma por creerse embrujada, y como se sintiera con mucho quebranto de salud y violentos dolores de cabeza, le aconsejaron los clérigos italianos y el médico judío de la reina que se aplicara al cuerpo un gallo blanco recién matado. Por todo esto el pueblo de París la acusó de hechicera, y como a tal la procesaron y sentenciaron.

El párroco de Barjota, diócesis de Calahorra (España), que vivió en el siglo XVI, fue maravilla de todo el mundo por sus mágicos poderes, y, según aseguraba la voz pública, llegó a trasladarse a lejanos países para presenciar acontecimientos de importancia que sabía que iban a ocurrir y luego los vaticinaba en el pueblo. Cuentan las crónicas de este caso que el cura de Barjota tuvo muchos años a su servicio un demonio familiar, con quien últimamente se mostró ingrato y falaz, pues habiéndole revelado una conjuración que se estaba tramando contra la vida del papa, a consecuencia de una aventura de éste con cierta hermosa dama, transportóse el cura a Roma (en cuerpo astral, por supuesto) y descubrió la trama, salvando así la vida del pontífice. Arrepintiéndose entonces de cuanto hasta allí hiciera y confesóse con el galante papa, que le absolvió de toda culpa. De vuelta en su curato, fue preso por pura fórmula en la cárcel de la Inquisición de Logroño, de la que salió rehabilitado al poco tiempo.

En los archivos de la Inquisición de Cuenca está el proceso seguido en el siglo XIV contra el famoso doctor Eugenio Torralba, medico de la casa del almirante de Castilla. Del proceso resulta que un dominico llamado fray Pedro regaló al doctor un *demonio* llamado Zequiel, a quien vieron y hablaron los cardenales Volterra y Santa Cruz, pudiendo convencerse de que el tal demonio era un benéfico elemental que sirvió fielmente a Torralba hasta la muerte de éste. El tribunal de la Inquisición tuvo en cuenta todas estas circunstancias, y absolvió a Torralba en la vista del proceso, celebrada en Cuenca el 29 de Enero de 1530.

En Alemania, el odio entre católicos y protestantes motivó numerosas acusaciones de hechicería contra estos últimos, sin otro fundamento muchas veces que la enemistad personal o política. En Bamberg y Wurzburg, donde predominaban los jesuitas, eran más frecuentes los casos de hechicería, y los dignos hijos de Loyola mostraron su astuta labor en aquellas sangrientas tragedias, entre cuyas víctimas se contaron niños de edad temprana (NOTA: Para más pormenores sobre las secretas maquinaciones de que resultaron aquella infinidad de asesinatos jurídicos perpetrados por un clero que fingía creer en el diablo para que las gentes creyesen en él, puede consultarse la obra del doctor W. G. Soldan, de Stuttgart, titulada: *Geschichte der Hexen processe aus den Quellen dargestellt*, Stuttgart, 1843. Es el más completo tratado de hechicería del siglo XVI, y su fama fue en Alemania tan grande como la de la *Demonomanía* de Bodin en Francia. FINAL NOTA).

Sobre este asunto dice Wright:

El crimen de muchos de los sentenciados a la hoguera en Alemania por inculpación de hechicería, durante la primera mitad del siglo XVII, no fue otro que su adhesión a las doctrinas de Lutero... Los príncipes alemanes aprovechaban cualquier pretexto para procesar a gente rica, cuyos bienes confiscaban en personal provecho... Los obispos de Bamberg y Würzburgo eran al propio tiempo soberanos temporales de sus diócesis. El de Bamberg, llamado Juan Jorge II, después de infructuosas tentativas para desarraigar el luteranismo, deshonoró su reinado con una serie de sangrientos procesos por hechicería, de cuya sustanciación estuvo encargado el vicario general y canceller Federico Forner (NOTA: Autor del tratado contra herejes y hechiceros: *Panoplia armature Dei*. FINAL NOTA). Entre los años 1625 y 1630 los tribunales de Bamberg y de Zeil vieron unos novecientos procesos, y según las estadísticas oficiales, en la sola ciudad de Würzburgo murieron en la hoguera seiscientas personas acusadas de hechicería.

Había entre los hechiceros niñas de siete a diez años, de las que *veintisiete* murieron en la hoguera. Tantos fueron los reos y tan escasa consideración merecían al tribunal, que en vez de por sus nombres los designaban por números. Los jesuitas recibían en secreto las declaraciones de los acusados (NOTA: Tomás Wright: *Hechicería y Magia*, II, 185. En la *Bibioteca Mágica* de Hauber figura un catálogo de 162 reos que sufrieron la pena de muerte en hoguera en veintinueve grupos o autos, según se relata a continuación, aunque citando tan sólo las víctimas más notables de cada quema, conviene a saber: 1ª Viuda del anciano Ancker. Las respectivas esposas de Liebler, Gutbrodt y Höcker. 2ª Dos extranjeras desconocidas. La esposa de Beutler. 3ª El trovador Tengersleber. Cuatro esposas de ciudadanos. 4ª Un extranjero. 5ª Lutz, comerciante de nota. La esposa del senador Baunach. 6ª La mujer de un sastre apodado «el rico». Un extranjero. Una extranjera. 7ª Una extranjera de 12 años. Un extranjero. Cuatro extranjeras. Un juez municipal extranjero. 8ª El senador Baunach, el más opulento ciudadano de Würzburgo. Un extranjero y dos extranjeras. 9ª Un extranjero. Una madre con su hija. 10ª Steinacher, hombre muy rico. Un extranjero y una extranjera. 11ª Dos hombres y dos mujeres. 12ª Dos extranjeras. 13ª Una niña de 10 años y su hermana, todavía más pequeña. 14ª La madre de las dos niñas precedentes. Una joven de 24 años. 15ª Un niño de 12 años. Una mujer. 16ª Un niño de 10 años. 17ª Un niño de 11 años. Una madre con su hija. 18ª Dos niños de 12 años. La hija del Dr. Junge. Una muchacha de 15 años. Una extranjera. 19ª Un muchacho de 10 y otro de 12 años. 20ª La señorita Göbel, la joven más hermosa de Würzburgo. Dos muchachos de 12 años. La hija menor de Stepper. 21ª Un muchacho de 14 años. El hijo menor del senador Stolzenberger. Dos colegiales. 22ª El rico tonelero Stürman. Un muchacho extranjero. 23ª Un hijo de David Croten, de 9 años. Dos hijos del cocinero del príncipe; uno de 14 y otro de 10 años. 24ª Dos muchachos de hospital. Un rico tonelero. 25ª Un muchacho extranjero. 26ª El senador Weydenbush. La hija menor de Valkenberger. El hijo menor del alcalde de la ciudad. 27ª Una mujer y dos niños. 28ª La hija menor del Dr. Schütz. Una niña ciega. 29ª Una rica y noble señora. Un doctor en teología. En resumen: Extranjeros (nombre dado a los protestantes): 28. Hombres y mujeres de clase acomodada: 100. Muchachos, muchachas y criaturas: 34. En diez y nueve meses murieron en la hoguera: 162. Sobre las quemaduras efectuadas por aquel tiempo en Alemania en la persona de muchos miles de reos, dice Draper que «las familias de los reos quedaban en la miseria». Llorente en su *Historia de la Inquisición* calcula que en un período de ochenta años perecieron en la hoguera 10.220 víctimas, aparte de 6.860 quemadas en efigie y de 97.321 sentenciados a penas menores. Con indecible repugnancia e indignación supimos que el gobierno pontificio recaudó gruesas cantidades de la venta de dispensas para que a quien las comprase no le molestara la Inquisición. FINAL NOTA).

Mal se concilian con semejantes abominaciones perpetradas para satisfacer los apetitos del clero, aquellas dulces palabras de Jesús:

Dejad a los niños y no los estorbéis de venir a mí, porque de ellos es el reino de los cielos».- «Y el que escandalizare a uno de estos pequeñitos que en mí creen, mejor fuera que le colgasen del cuello una piedra de molino y lo echasen al mar».- «Así no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que perezca uno de estos pequeñitos (NOTA: *Mateo, XVIII, 6.- Mateo, XVIII, 14.- Mateo, XIX, 14. FINAL NOTA*).

Pero aquellos sacrificios en el altar de su Moloch no eran obstáculo para que los codiciosos de riquezas practicasen el negro arte, pues en ninguna clase social abundaron tanto como entre el clero los consultores de «espíritus familiares» durante los siglos XV, XVI y XVII. Cierto es que entre las víctimas se contaron algunos sacerdotes católicos; pero si bien se les acusaba de «prácticas nefandas» (NOTA: *En el catálogo original de las veintinueve quemas anteriormente extractadas, constan los nombres de doce vicarios, cuatro canónigos y dos doctores en teología. FINAL NOTA*), no había tal, sino que, según testimonio de los cronistas de la época, consistía su culpa en herejía anatematizable y, por lo tanto, más punible que el crimen de hechicería (NOTA: *Para más pormenores acerca de la manera cómo el clero católico combinaba el deber con el placer en punto a exorcismos, puede consultarse la obra de Howit: Historia de lo sobrenatural (tomo II, cap. I). En el libro titulado: Pneumatología occulta et vera, afirma este autor que están expuestas las fórmulas de juramentación y conjuro, cuyo modus operandi describe acabadamente. FINAL NOTA*).

Eliphas Levi, en su *Dogma y ritual de la alta magia*, tan menospreciado por Des Mousseaux, sólo revela de las ceremonias secretas lo que los clérigos medioevales practicaban con el consentimiento tácito, ya que no expreso, de la Iglesia. El exorcista penetraba en el círculo de actuación a media noche, revestido de sobrepelliz nuevo, estola sembrada de caracteres sagrados y gorro puntiagudo, en cuyo frente estaba escrito en hebreo, con una pluma nueva mojada en la sangre de una paloma blanca, el inefable nombre *Tetragrámmaion*. Anheloso el exorcista de ahuyentar a los miserables espíritus que *frecuentan los lugares donde hay tesoros escondidos*, rocía el círculo de actuación con las sangres de un cordero negro y de un pichón blanco, y después conjura a las potestades infernales (NOTA: *Aqueronte, Magoth, Asmodeo, Beetzebú y Belial. FINAL NOTA*) y almas condenadas, en los poderosos nombres de Jehovah, Adonai, Elohah y Sabaoth (NOTA: *El Dios de Abraham, Isaac y Jacob, cuyos sagrarios eran el urim y el thummim. FINAL NOTA*). Los malignos espíritus se resistían al conjuro, diciéndole al exorcista que era pecador y por lo tanto no podía contar con ellos para apoderarse del tesoro; pero él replicaba que, como «la sangre de Cristo había lavado todas sus culpas» (NOTA: *Podríamos añadir que volvieron a teñirse en la sangre no menos inocente de los niños hechiceros asesinados en su Nombre. FINAL NOTA*), les conjuraba de nuevo a salir de allí, porque eran fantasmas malditos y ángeles protervos. Una vez ahuyentados los espíritus malignos, el exorcista confortaba a la pobre alma en nombre del Salvador y la dejaba al cuidado de los ángeles buenos que, según parece, eran menos poderosos que el exorcista, pues el rescatado tesoro quedaba en manos del clero. Añade Howit que el calendario eclesiástico señalaba los días más favorables para la práctica del exorcismo, y en caso de que los demonios se resistiesen al conjuro, recurría el exorcista a zahumerios de azufre, asafétida, ruda y hiel de oso (NOTA: *Es de presumir que estos zahumerios «apestasen a demonios». FINAL NOTA*).

Tal es el clero y tal la Iglesia que en el siglo XIX sostiene en los Estados Unidos cinco mil sacerdotes para enseñar a las gentes la falibilidad de la ciencia y la infalibilidad del obispo de Roma. Ya dijimos que, según confesión de un eminente prelado, no es posible eliminar de los dogmas teológicos el concepto de Satanás, sin menoscabo de la perpetuidad de la Iglesia; pero aunque desapareciera el príncipe del pecado no desaparecería el pecado, pues quedarían la *Biblia* y los *Artículos de la fe*, es decir, la supuesta revelación divina y la necesidad de intérpretes que presuman de inspirados. Conviene, por lo tanto, investigar

la autenticidad de la *Biblia* y analizar sus páginas, por ver si en efecto contienen la palabra de Dios o si son simple compendio de antiguas tradiciones y rancios mitos. Hemos de interpretarlas con nuestro propio criterio, a ser posible, y aplicar a los presuntuosos maestros de hermenéutica aquellas palabras de Salomón:

Seis cosas aborrece el Señor y la séptima la detesta su alma: ojos altivos, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente, corazón que maquina designios pésimos, pies ligeros para correr al mal, testigo falso que profiere mentiras y aquel que siembra discordias entre los hermanos (NOTA: *Proverbios*, VI, 16 a 19. FINAL NOTA).

¿Cuál de estas acusaciones pueden rechazar los hombres que dejaron sus huellas en el Vaticano?

Dice San Agustín:

Cuando los demonios quieren insinuarse en las criaturas, comienzan por ceder a los deseos de ellas, pues con propósito de atraer a los hombres les fingen obediencia para seducirlos... Porque ¿cómo es posible saber, si los mismos demonios no lo dicen, que les gusta y qué les disgusta, y que evocación puede reducirlos a la obediencia; en una palabra, toda esa ciencia de los magos? (NOTA: San Agustín: *La Ciudad de Dios*, I, XXI, cap. VI, citado por Des Mousseaux en su obra: *Costumbres y hábitos de los demonios*. FINAL NOTA)

A esta expresiva disertación replicaremos que ningún mago negó jamás que hubiese aprendido su arte de los «espíritus», ya fuera un agente por cuyo medio actuaran, ya por haber sido iniciado en la ciencia por quienes la conocieron antes de él. Pero ¿de quién aprendía el exorcista?, ¿de quién aprende el sacerdote que autocráticamente se inviste de autoridad, no sólo sobre los magos sino también sobre los «espíritus», a quienes califica de demonios o diablos cuando obedecen a otro? En alguna parte debe de haber aprendido el arte de exorcizar, y de alguien recibido los poderes de que alardea. Sin duda responderán los teólogos que, en cuanto se refiere a los seculares, es preciso convenir con San Agustín que los mismos demonios han de enseñarles la evocación a propósito para someterlos a obediencia; pero que en cuanto a los clérigos, reciben el conocimiento por revelación y por el don del Espíritu Santo que descendió sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego, infundiéndoles a ellos y a sus sucesores la virtud del exorcismo, aunque lo practiquen por anhelo de fama o apetencia de lucro (NOTA: Según leemos en una correspondencia de *The Times*, de Londres, el 14 de Octubre de 1876, ocurrió en Barcelona un caso de exorcismo en la persona de una joven proletaria de diez y ocho años, a quien el rector de la capilla del Santo Espíritu, de Barcelona, se propuso curar de la aversión que desde largo tiempo sentía a las cosas santas. Se dispuso la ceremonia en presencia de unas cien personas, que se agolpaban ante el presbiterio donde, tendida sobre un banco, estaba la joven fuertemente sujeta por un pariente para evitar la violencia de sus histéricos estremecimientos. Al salir el capellán de la sacristía tomóle seguramente la muchacha por cosa santa, pues acometiéronle tan tremendos espasmos, que retorciendo el cuerpo entre los agudos chillidos de su contraída boca, venció la sujeción en que la tenía su pariente y se lanzó fuera del banco hasta caer en medio del presbiterio. Sujetóla de nuevo su pariente, ayudado de algunas mujeres del concurso, y la volvieron al banco. Entonces se adelantó el capellán, y para calmar el alboroto que el incidente había promovido, exclamó: «Prometedme, hijos míos, que seréis prudentes y os aseguro que veréis maravillas». Dicho esto, revistióse de estola y roquete para colocarse junto a la poseída y dirigir una plática previa a los concurrentes, diciendo: «Ya sabéis que la honda aversión de esta muchacha a las cosas santas y a mi propia persona la sobreexcita de manera que empieza a convolverse entre puntapiés, alaridos y contorsiones apenas dobla la esquina de esta calle (la calle Nueva de San Francisco, donde está situada la capilla del Santo Espíritu.— *El Traductor*),

y llega al paroxismo si por acaso la entran en esta santa capilla». Concluida la plática, volvióse el exorcista hacia la muchacha, que temblorosa yacía en el banco, y exclamó: «En nombre de Dios, del Santo Espíritu y de todos los Santos, te conjuro, Luzbel, a que salgas del cuerpo de esta muchacha». Entonces la poseída, presa de espantosas convulsiones, descompuesto el semblante y echando espumarajos por la boca, arrojóse al suelo y vociferó diciendo: «No quiero salir. Sois todos unos bandidos, tunantes y ladrones». Repetido el conjuro, dijo la muchacha con desmayada voz: «Saldrán los cien diablos, pero por la boca». El capellán objetó que con ello correría la muchacha riesgo de asfixiarse. Repuso el demonio, por voz de la muchacha, que había ésta de desnudarse para que los diablos saliesen, y como el capellán se negase a esta exigencia, dijo el demonio que saldrían por el pie derecho si la joven se quitaba las alpargatas. Así lo hicieron, y al punto dió la poseída con el pie de aquel lado una sacudida a manera de coz, por lo que el capellán, mirando triunfalmente en torno suyo, anunció con toda tranquilidad a los fieles que el demonio y sus esbirros acababan de salir del cuerpo de la poseída. El obispo de la diócesis no tenía conocimiento del caso; pero en cuanto se propagó por la ciudad, tomó el gobernador rigurosas medidas para que no se repitiera semejante escándalo). Y aunque se objete diciendo que el obispo de la diócesis no estaba enterado de la extravagancia de aquel capellán, seguramente que, de conocerla, no hubiese puesto coto a una ceremonia que desde los tiempos apostólicos se consideró privativa de la Iglesia romana. No hace muchos años, en 1852, el Vaticano confirmó estas ceremonias en el *Nuevo Ritual de Exorcismos*, extractado prolijamente por Des Mousseaux en sus obras, tan aplaudidas por el P. Ventura, general de la Orden de los teatinos. Dice dicho autor que la reforma del ritual exorcista tuvo por causa la restauración de la magia con el moderno nombre de espiritismo. A este objeto se puso en vigor la bula del papa Inocencio VIII, que dice en uno de sus pasajes: «Hemos oído que gran número de personas de ambos sexos no han reparado en ponerse en trato con los espíritus malignos, y que con sus hechicerías esterilizan los lechos conyugales, matan los gérmenes en el seno de las madres y dificultan la reproducción de los animales...» (Aquí siguen los anatemas y maldiciones contra la hechicería). FINAL NOTA).

Sin embargo, el concepto que de la hechicería difundieron los romanos pontífices por los países cristianos de tan ponderada cultura, no es ni más ni menos que el vulgar en la India, donde la gente inculta cree firmemente en las diabólicas artes de los brujos (*kangalines*) y hechiceros (*juglares*), quienes no obstante les inspiran profundo terror (NOTA: Entre los más temibles poderes que se atribuyen a estos hechiceros, se cuentan los siguientes: inspirar amor u odio contra determinada persona; atormentar por obsesión; expeler los espíritus malignos; provocar muertes repentinas y enfermedades incurables; estragar con epizootias el ganado o librarle de ellas; componer filtros para inspirar pasiones violentas o esterilizar los senos de las mujeres. FINAL NOTA)

Sobre esto, observa con mucho acierto Jacolliot:

En la India vemos la magia vulgar extendida por el opuesto extremo de las nobilísimas creencias de los adoradores de los *pitris*. Este linaje de magia fue un tiempo ejercicio favorito del ínfimo clero, que de este modo mantenía al pueblo en perpetuo temor. Así ocurre que en toda época y en todo país, se contraponen *la religión de la chusma* a los más elevados conceptos filosóficos (NOTA: Jacolliot: *El espiritismo en el mundo*, 162. FINAL NOTA).

En la India era la hechicería oficio del ínfimo clero, y en Roma lo fue de los sumos pontífices. De todos modos, para cohonestar las prácticas nigrománticas pueden alegar la autoridad de San Agustín, cuando dice que «quien no cree en los espíritus malignos, tampoco cree en la Sagrada Escritura» (NOTA: *La ciudad de Dios*. FINAL NOTA).

Alentado Des Mousseaux por la aprobación eclesiástica (NOTA: El P. Ventura de Ráulica, asesor de la Sagrada Congregación de Ritos, escribió en 1865 a Des Mousseaux

una carta inserta por este autor en su obra: *Costumbres y hábitos de los demonios*. De ella entresacamos los siguientes párrafos: «Estamos en plena magia disfrazada con diversos nombres. El espíritu de falacia e impudicia fulmina horribles imprecaciones. Lo más deplorable es que personas de sano criterio no dan la debida importancia a los extraños fenómenos que de día en día son más misteriosos, sorprendentes y funestos. Desde este punto de vista, nunca alabaría merecidamente el celo y valor que demostráis en vuestra obra. Los casos que habéis compilado bastan para iluminar y convencer al más escéptico, pues no cabe ya obcecación luego de leída una obra escrita con tanto talento y conciencia. Si algo pudiera sorprendernos, es la indiferencia con que los falsos científicos recibieron los fenómenos, para ridiculizar después un asunto tan serio con su pueril afán de forjar absurdas y contradictorias hipótesis en explicación de los hechos... P. Ventura de Ráulica». FINAL NOTA), discurre acerca de la necesidad del exorcismo sacerdotal, y apoyándose en la fe, como de costumbre, intenta demostrar que el poder de los espíritus malignos depende de ciertos ritos, fórmulas y signos externos. Dice sobre esto:

En el catolicismo diabólico, como en el catolicismo divino, la eficacia potencial depende de ciertos signos... El diablo *no se atreve a mentir* ante los santos ministros de Dios, y se ve forzado a someterse (NOTA: Des Mousseaux: *Indice de materias*. FINAL NOTA).

Parece con esto como si los poderes del sacerdote católico viniesen de Dios y los del pagano del diablo. Sin embargo, si nos fijamos en la frase subrayada veremos que hay multitud de casos, debidamente comprobados y de autenticidad reconocida por la misma Iglesia romana, en que los «espíritus» mintieron del principio al fin en cuestiones relativas a dogmas de capital importancia. Por otra parte, tenemos las apócrifas reliquias que se suponen legitimadas por apariciones de la Virgen y de los santos (NOTA: El ferviente católico Gilberto de Nogent escribió un tratado sobre las reliquias de los santos, en que se lamenta de la multitud de falsas reliquias y tradiciones acumuladas por los inventores de milagros apócrifos. Según afirma el autor de la obra: *Demonología* (Londres, 1827), escribió Nogent su tratado a causa de que los monjes de San Medardo de Soissons pretendían poseer *un diente* del Salvador, al que atribuían variedad de milagros. Nogent se opuso a esta superchería por creerla tan absurda como la de quienes decían poseer el ombligo y otras partes menos honestas del cuerpo de Cristo. FINAL NOTA).

Dice Stephens:

Durante su estancia en Jerusalén vió un monje de San Antonio varias reliquias, entre las cuales había: *un pedazo de dedo del Espíritu Santo*, que se conservaba incorrupto; la jeta del serafín que se le apareció a San Francisco; una uña de querubín; una costilla del *Verbo hecho carne*; unos cuantos rayos de la estrella de Belén; una redoma llena del sudor de San Miguel en su lucha con el diablo. Todo lo cual, dijo el monje que se lo había llevado a su hospedaje muy devotamente.

Y si por acaso alguien supusiera esto invenciones de protestantes, la historia de Inglaterra nos demostrará documentalmente la existencia de reliquias no menos apócrifas. El gran maestre de los templarios dió a Enrique III una redoma con sangre de Cristo, cuya autenticidad declaraban los sellos del patriarca de Jerusalén, que fue trasladada procesionalmente desde la catedral de San Pablo a la abadía de Westminster, donde, según refiere el historiador, «la recibieron dos monjes y desde entonces resplandeció de gloria la nación inglesa, dedicada a Dios y a San Eduardo».

Conocida es la historia del príncipe Radzivil, el noble polaco que, al verse engañado por los frailes y monjas que le rodeaban, así como por su propio confesor, se convirtió a la fe luterana, no obstante haber sido uno de los personajes que más se indignaron contra la difusión de la Reforma por la Lituania, hasta el punto de trasladarse a Roma

con objeto de rendir homenaje de simpatía y veneración al papa, quien le regaló una preciosa caja de reliquias. De vuelta en Polonia, su confesor le dijo que en sueños había visto cómo la Virgen bajaba del cielo para bendecir aquellas reliquias, en prueba de que eran auténticas. El prior de un monasterio vecino y la abadesa de otro tuvieron la misma visión, con añadidura de varios santos que, llenos del «Espíritu Santo», surgían de la caja de reliquias para proteger al príncipe. Con propósito de evidenciar la virtud de las reliquias, el clero exorcizó a un endemoniado, que apenas hubo tocado la caja quedó libre de la posesión y dió por ello gracias al Espíritu Santo y al papa. Pero al terminar la ceremonia, el tesorero del príncipe le confesó que al volver de Roma había perdido la caja de reliquias regalada por el papa, substituyéndola por otra semejante en que puso unos cuantos huesos de perro y gato, sin atreverse a decir nada, hasta entonces que prefería confesar su descuido antes de consentir que siguiesen engañando a su amo de tan burda manera. Por de pronto disimuló el príncipe, pues quiso ver en qué paraba aquella farsa, y convencido al fin de las groseras imposturas de los frailes y las monjas, se convirtió a la Iglesia reformada. Así lo relata la historia.

Dice Bayle que para cohonestar la Iglesia romana la existencia de reliquias apócrifas, recurre al sofisma, diciendo que estas reliquias pueden haber obrado milagros por virtud de la buena intención de los fieles, cuya fe premiaba Dios de esta suerte. El mismo Bayle demuestra con numerosos ejemplos que la Iglesia tiene por legítimos los múltiples brazos, piernas y cabezas que de un mismo santo se veneran en distintos puntos, pues asegura que Dios los multiplicaba milagrosamente para gloria de su santa Iglesia. Esto equivale a creer que el cuerpo de un santo adquiere después de la muerte las características fisiológicas del cangrejo.

Difícil fuera probar que las visiones y profecías de los santos han sido alguna vez más dignas de crédito que las de los modernos médiums. Las visiones de Andrés Jackson Davis, aunque los críticos escépticos se rían de ellas, son incomparablemente más lógicas y verosímiles que las especulaciones de San Agustín; y por otra parte, las visiones de Swedenboig, el más lúcido de los iluminados modernos, tienen mayor parentesco con la teología en los puntos en que más se apartan de la verdad científica. En modo alguno son las visiones de los seculares más inútiles a la ciencia y a la humanidad que las de los santos del catolicismo (NOTA: Se lee en la vida de San Bernardo que, estando en oración el día de Nochebuena en súplica de que le fuese revelada la hora exacta del nacimiento de Cristo, se le apareció el divino Infante en el pesebre en el mismo instante correspondiente a su nacimiento. Lástima fue que el divino Niño desperdiciase tan favorable coyuntura de fijar el año y día de su muerte para poner fin a las discrepancias de sus titulados historiadores, Tischendorf, Lardner y Colenso, así como de muchos teólogos católicos que han estado quintiesenciando los anales históricos, y su propio cerebro en inútiles investigaciones. Algo le hubieran tenido que agradecer con ello a San Bernardo. FINAL NOTA), por lo que debemos inferir que la mayor parte de las visiones referidas por los hagiógrafos, y lo mismo puede afirmarse de las de los perseguidos videntes, son obra de ignorantes y poco evolucionados espíritus, pero con desmedida afición a simular personajes históricos. Estamos de acuerdo con Des Mousseaux y demás adversarios de la magia y el espiritismo, en que las entidades comunicantes son con frecuencia espíritus mendaces, siempre dispuestos a lisonjear falazmente los gustos e ideas de los concurrentes a las sesiones; pero ¿cabe creer que Dios haya concedido al sacerdote los exorcizantes *poderes divinos* de que alardea? ¿Cómo admitir por cierto que al conjuro del exorcista se rinda el diablo, no para declarar *la verdad*, sino únicamente lo que *convenga a la comunión religiosa del exorcista*? Y esto es lo que sucede siempre. Compárense, por ejemplo, las respuestas que el diablo dió a Lutero con las que dió a Santo Domingo de Guzmán, y se verá que mientras en las primeras arguye contra la misa rezada y reconviene al reformador por haber antepuesto la Virgen y los santos a Cristo, postergando así al Hijo de Dios (NOTA: De Missa privata et

unctione sacerdotum. FINAL NOTA), los demonios exorcizados por Santo Domingo, al ver a la Virgen que había acudido en auxilio del santo, exclaman rugientes:

¡Oh enemiga nuestra! ¡Oh nuestra condenadora! ¿Por qué bajas del cielo para atormentarnos? ¿Por qué eres tan poderosa intercesora con los pecadores? ¡Oh tú, *el más seguro camino del cielo!*... Tú mandas, y nos vemos forzados a confesar que no se condena quien persevera en tu santa devoción... (NOTA: Véase *Vida de Santo Domingo; la Leyenda de Oro, y la Historia del milagroso Rosario. FINAL NOTA*)

Por otra parte, Satán le dice a Lutero que había estado adorando pan y vino mientras creyó en la transubstanciación; al paso que los diablos que se aparecen a los santos, aseguran la *condenación eterna* de quienes tan siquiera duden de ese dogma.

Pudiéramos llenar tomos enteros con pruebas innegables de la confabulación de exorcistas y demonios, cuya verdadera naturaleza descubre el engaño; pues en vez de ser independientes y astutas entidades que sólo se ocupan en perder a los hombres, son sencillamente los elementales de los cabalistas o criaturas sin mente, pero que reflejan el pensamiento y voluntad de quienes los evocan, dominan y dirigen.

No dejaremos este asunto sin extractar de la *Leyenda de Oro* (NOTA: Escrita por Jaime de Varasse, más conocido por el apellido latino de Veragine. Era vicario general de los dominicos y obispo de Génova en 1290. FINAL NOTA), plenamente aceptada por la Iglesia, el caso ocurrido a Santo Domingo de Guzmán, uno de los principales santos del catolicismo y fundador de la orden dominica, una de las primeras que confirmó la sede pontificia (NOTA: Siglo XIII. FINAL NOTA). fue Domingo de Guzmán aliado y consejero del infame Simón de Monfort, general pontificio que mandaba las tropas enviadas contra los albigenses, a quienes derrotó con espantosa matanza en las cercanías de Tolosa. Dice este santo, y la Iglesia lo aprueba, que recibió de la propia mano de la Virgen un rosario de tan estupenda virtud, que operaba milagros muy superiores a los de los apóstoles y aun del mismo Jesús. Ocurrió que cierto incrédulo puso en duda la eficacia del rosario dominico, y en castigo de su impiedad quedó desde luego poseído de quince mil espíritus malignos; pero compadecido el santo de los atroces sufrimientos del endemoniado, echó en olvido la injuria y determinóse a exorcizarle. De la ceremonia tomamos la siguiente plática entre el exorcista y los demonios:

Domingo: ¿ Cuántos sois y por qué os poseísteis de este hombre?

Demonios: Somos quince mil, y le poseímos por haber hablado irreverentemente del rosario.

Dom: ¿Por qué entrasteis tantos?

Dem: Porque el rosario de que se mofaba tiene quince decenas.

Dom: ¿Es verdad cuanto he dicho de la virtud del rosario?

Dem: ¡Sí, sí! (*Los demonios hacen salir llamaradas por las narices del poseído*) Sabed ¡oh cristianos! que nunca dijo Domingo sobre el rosario ni una palabra que no fuese verdad. Sabed también que si no le creéis os sobrevendrán grandes calamidades.

Dom: ¿Quién es el hombre más aborrecido del demonio?

Dem: Tú. (Aquí colman los demonios de cumplidos al santo).

Dom: ¿De qué clase son la mayoría de cristianos condenados?

Dem: Tenemos en el infierno mercaderes, prestamistas, usureros, judíos, boticarios, tenderos, etc.

Dom: ¿Hay frailes y sacerdotes en el infierno?

Dem: Sacerdotes muchos; pero frailes tan sólo los que quebrantaron la regla de su orden.

Dom: ¿Hay dominicos?

Dem: Desgraciadamente no tenemos todavía ninguno, pero esperamos una buena partida en cuanto se les entibie algún tanto la devoción... (NOTA: Hemos extractado el diálogo que en el texto de la *Leyenda de Oro* ocupa veintitrés páginas con la completa descripción de los bramidos de los demonios, el obligado panegírico del Santo y otros particulares por el estilo que no cabrían en este capítulo. Baste decir que el interrogatorio da por verídicas las afirmaciones incomprobadas, en interés de la Iglesia. El relato original es muy sugestivo, pues describe gráficamente la polémica entre el exorcista y la legión diabólica, exornada con las llamaradas de azufre que el endemoniado despidió por narices, boca, ojos y oídos; la súbita aparición de un centenar de ángeles con doradas armaduras, y finalmente el descenso de la Virgen en persona, que con una varita de oro azota al endemoniado para que los espíritus malignos confiesen la presencia de la Soberana del cielo. En el Concilio Ecuménico de 1870, el pontífice Pío IX declaró artículo de fe algunas de las manifestaciones de los diablos conjurados por Santo Domingo de Guzmán. FINAL NOTA)

Fácilmente se infiere de cuanto llevamos dicho, que la única diferencia esencial entre los médiums y los santos está en la relativa utilidad de los demonios si así pueden llamarse, pues mientras el demonio apoya fielmente al exorcista cristiano en sus *ortodoxas* opiniones, las entidades espíritas dejan a su médium en el atolladero, porque al mentir van contra sus propios intereses, ya que suscitan sospechas sobre la legitimidad de las comunicaciones. Si las entidades espíritas fuesen *diablos*, demostrarían algo más talento y astucia, e imitarían a los *demonios* del santo, que, forzados por éste merced a la eficacia «del nombre que les reduce a la obediencia», *mienten de conformidad con el interés personal* del exorcista y su comunión religiosa. Dejamos al sagaz juicio del lector la ejemplaridad de esta comparación.

Dice sobre esto Des Mousseaux:

Conviene advertir que algunos demonios dicen a veces la verdad. El exorcista debe ordenar al demonio que le diga si está retenido por arte mágica o por signos u objetos especiales en el cuerpo del endemoniado. Si el poseído se ha tragado estos objetos ha de vomitarlos, y si no, indicar el sitio en donde están para quemarlos (NOTA: *Ritual romano*, 475, 478; Parisii, 1852. FINAL NOTA).

...Así descubren algunos demonios que hay embrujamiento, y delatan al autor e indican los medios de romper el maleficio. Pero guardaos de recurrir en semejantes casos a magos, hechiceros o médiums, sino tan sólo a un sacerdote de vuestra Iglesia que, como podéis ver, cree en la magia desde el momento en que tan explícitamente la declara. Y cuantos *no creen en la magia* ¿cómo han de compartir la fe de la Iglesia? Nadie puede aleccionarles mejor que aquellos a quienes Cristo dijo: «Id y enseñad a todas las gentes... Con vosotros estaré hasta el fin» (NOTA: *Costumbres y hábitos de los demonios*, 177. FINAL NOTA).

Pero no hemos de creer que Jesús dirigiera estas palabras tan sólo a quienes visten las negras o purpúreas libreas de Roma, pues entonces resultaría la incongruencia de que Cristo confiriese, por ejemplo, este poder a San Simeón el Estilita (NOTA: Según refiere la *Leyenda de Oro*, llamóse así este santo porque se mantuvo durante treinta y seis años en lo alto de una columna (*stylos*) de sesenta pies de altura y tres de diámetro. Cerca de esta columna tenía su cubil un dragón tan ponzoñoso queapestaba desde muchas leguas a la redonda. Sucedió que este eremítico reptil se clavó una espina en un ojo, del que se quedó tuerto, y entonces reptó hasta la columna del santo, contra cuyo fuste oprimió el ojo enfermo durante tres días, sin moverse de allí en todo este tiempo. Por fin el bendito Simeón, desde lo alto de la columna, recetó una cataplasma de barro en el ojo del dragón, que al punto expelió una espina de un codo de largo. Entonces el reptil quedóse adorando a Dios durante dos horas antes de restituirse a su cueva, medio convertido a la fe, según cabe suponer. FINAL NOTA) con el único objeto de que sanase a un dragón, o bien a

San Francisco de Asís para que predicase a los pájaros (NOTA: También es de la *Leyenda de Oro* este relato en que, según advierte un misionero franciscano, es preciso creer, *so pena de arriesgar la propia salvación*. Predicaba San Francisco en el desierto, cuando de los cuatro puntos cardinales acudieron los pájaros a oírle y aplaudir con sus gorjeos cada frase del sermón. Después entonaron a coro la misa, y por fin tendieron el vuelo para derramar la buena nueva por todos los ámbitos del universo. Un saltamontes, aprovechándose de la ausencia de la Virgen, que por lo general acompañaba al santo, se posó en la cabeza de éste, y allí se mantuvo una semana entera. Posteriormente vióse Francisco atacado por un lobo, contra quien por toda defensa, hizo la señal de la cruz, y en vez de huirle le exhortó a reconocer los beneficios de la religión, con lo que el lobo se puso tan manso como un cordero, y aun derramó lágrimas de arrepentimiento por sus pasadas culpas, hasta el punto de tocar con las patas las manos del santo en señal de sumisión y seguirle a todas partes para escuchar sus sermones, de lo que hemos de colegir que casi se convertiría a la fe cristiana. ¡Prodigios de la zoología! Un caballo convertido en hechicero, y un dragón y un lobo en cristianos. FINAL NOTA). Estos dos episodios, entresacados sin rebusca de centenares de otros análogos, aventajan en patrañería a las más extravagantes consejas relativas a los teurgos paganos, magos y espiritistas. Sin embargo, la mayoría de católicos diputarán por impostura que Pitágoras domesticara animales salvajes con sólo su hipnótica influencia (NOTA: Las gentes supersticiosas no creerán que la osa, el águila y el toro (a quien se dice que Pitágoras disuadió de comer habas) respondiesen al filósofo en voz humana; pero en cambio creerán a ojos ciegos que el cuervo de San Benito, a quien este santo llamaba hermano, discutió con él como consumado casuista, y que en cierta ocasión en que el santo le ofreció medio pan envenenado, replicó el ave indignada, reconviniéndole por ello en tan correcto latín cual si acabara de graduarse en la Propaganda. FINAL NOTA), mientras que admiten sin reparo cuantas fábulas inventaron piadosamente los hagiógrafos.

Pero si se objeta que la Iglesia no tiene por artículo de fe cuanto aparece en la *Leyenda de Oro*, cuyo compilador aprovechó para ello vidas apócrifas de santos (NOTA: Jortin y Gibboiins han demostrado que los Padres de la Iglesia se valieron de narraciones de Ovidio, Homero y Tito Livio y aun de las leyendas populares paganas. FINAL NOTA), redargüiremos negando valor a la objeción, por lo menos en los casos que hemos referido; pues San Benito floreció en el siglo, XII y Santo Domingo en el primer cuarto del XIII, por lo que fue casi coetáneo de Veragine, compilador de la *Leyenda* y vicario general de la orden dominica, que murió en 1298, y tuvo por lo tanto a mano recientes y sobrados testimonios de los sucesos de la vida del fundador de su orden. No obstante, en algunos pasajes (NOTA: Para demostrar la tendenciosa insinceridad de Veragine al escribir la vida de Santo Domingo, bastará el siguiente pasaje: «Un día, mientras el santo estudiaba, empezó a impptunarle el demonio en figura de pulga, que retozonamente saltaba entre las páginas del libro, hasta que, no obstante su propósito de no dañar a nadie, ni aun al diablo, se le acabó la paciencia, y cerrando de golpe el libro, quedóse aplastada la diabólica pulga entre las páginas que él a la sazón leía. Otra vez se le apareció el diablo en figura de mono, que con horribles muecas trataba de intimidarle; pero el santo se sobrepuso al intento y mandó al mono que tomase la vela y le alumbrara en alto hasta terminar la lectura Así lo hizo el pobre diablo, quien, llegada la vela al cabo, quiso soltarla para no quemarse, a lo cual se opuso el santo, no obstante los lastimeros gritos con que el mono pedía perdón, y le forzó a sostenerla hasta quemarse los huesos de los dedos». ¡Basta con esto! FINAL NOTA) demuestra escasa escrupulosidad de comprobación y poquísimo respeto a la verdad que tampoco tuvo muy en cuenta la Iglesia al aprobar el libro y atribuirle especial virtud de santidad, cuando la quintaesencia del *Decamerón* de Boccaccio resulta gatzmoñería en comparación del nauseabundo naturalismo de la *Leyenda de Oro*.

No nos asombra demasiado el empeño que ponen los misioneros católicos en convertir al cristianismo a los indoístas y budistas, a quienes llaman «paganos», sin tener en cuenta

que por lo menos resplandece en ellos la hermosa cualidad de no abjurar de su heredada fe por el capricho de trocar unos ídolos por otros. Tal vez fuera para ellos una novedad el protestantismo, que reduce a la más sencilla expresión las creencias religiosas; pero ninguna necesidad tiene de apostatar el budista, a quien en vez del zapato de Dagón le enseñan la sandalia del Vaticano, o le prometen cambiar los ocho pelos y el diente milagroso de Buda por el mechón de pelo de cualquier santo y el diente de Jesús, no tan hábilmente taumaturgicos (NOTA: Según se dice, en su discurso a la «Soledad Literaria de Java» refirió sir T.S. Raffles el siguiente sucedido: «Cuando el comisario del gobierno inglés visitó el grandioso templo de las colinas de Nangasaki, recibióle con señaladas muestras de respeto el patriarca del Norte, venerable anciano de ochenta años, quien le agasajó espléndidamente. Al enseñarle uno de los patios, un oficial del séquito exclamó ingenuamente sorprendido ante una imagen: «¡Jesucristo!» Volvióse el patriarca, y con plácida sonrisa saludó al oficial diciéndole: «Ya conocemos a vuestro Jesús Cristo; pero no nos lo metáis en nuestros templos si queréis que sigamos siendo amigos». De este modo se despidieron con cordial apretón de manos aquellos dos antagonistas en religión. (*La Mitología de los indos*, por Charles Coleman). FINAL NOTA).

Apenas hay misionero residente en la India, Tíbet y China que no deplora la «obscenidad» de los ritos paganos, que, según Des Mousseaux, son «vehementes indicios del culto diabólico»; pero seguramente que la moralidad de los paganos mejoraría algún tanto si libremente pudiesen escudriñar la vida del rey poeta, autor de aquellos salmos que con tanta devoción repiten los cristianos. Entre la danza fálica de David delante del arca (símbolo del principio femenino) y el Vishnavita indo con el signo fálico en la frente, sólo podrán declararse a favor del primero quienes no conozcan las religiones antiguas ni la que dicen profesar. Bien harían los cristianos en no acusar de obscenidad a los gentiles desde el momento en que aceptan por modelo una religión cuya letra le consentía a David la entrega de doscientos prepucios de filisteos para ser yerno del rey Saúl (NOTA: I *Samuel*, XVIII, 25. FINAL NOTA). Han de acordarse del significativo aforismo de Jesús, y quitarse la viga del ojo antes de soplar la mota en el ajeno. El elemento sexual predomina en el cristianismo tanto como en cualquiera de las religiones llamadas «paganas», y de seguro que en ningún pasaje de los *Vedas* se encontraría la descocada obscenidad de lenguaje que los hebraístas contemporáneos descubren en la *Biblia*.

Todos estos puntos están magistralmente expuestos por el anónimo autor de *La religión sobrenatural*, que tantísimo éxito logró en Alemania e Inglaterra al publicarse hace un año; en la del doctor Inman quien arremete contra las formas exotéricas del cristianismo y desentraña el significado de los símbolos sin atacar a la religión de Cristo, sino al artificioso sistema teológico que la desnaturaliza (NOTA: En cuanto al punto particular que vamos considerando, no hay fuente tan copiosa como la obra: *Symbolismos paganos y cristianos*, del Dr. Inman, quien, aunque parcial y en muchos casos injusto con las antiguas religiones, expone hechos de todo punto incontrovertibles. Algunos críticos ingleses acusan a este autor de ataques al cristianismo, lo cual fuera verdad si entendiéramos por cristianismo el culto meramente externo, porque a sus ojos, lo mismo que a los de todo hombre de veras religioso y conocedor de la simbología antigua, el cristianismo es puro paganismo, y el catolicismo mucho más pernicioso, por su culto fetichista, que el aspecto idolátrico del Induismo. FINAL NOTA). Pero escuchemos las propias palabras del autor:

Cuando la sagacidad de algún observador descubrió la existencia de los vampiros, se trató de acabar con ellos atravesando el cadáver con una estaca puntiaguda; pero la práctica demostró que su extremada vitalidad les consentía reaparecer una y otra vez no obstante los reiterados empalamientos, hasta que se arrojaba el cadáver a una hoguera. De igual modo, el paganismo predominante entre los creyentes en Jesús de Nazareth reaparece una y otra vez, a pesar de haberle atravesado otras tantas de parte a parte. Muchos lo miman y pocos lo repudian. Entre otros, yo levanto mi voz contra el paganismo prevaleciente en

el cristianismo clerical, y haré cuanto me sea posible para poner de manifiesto semejante impostura... En una narración de asunto vampírico que se lee en el *Thalaba* de Southey, el vampiro toma la figura de una joven de la que se enamora tiernamente el héroe del relato, quien se ve precisado a matarla por su propia mano, aunque en el momento de herir se convence de que no es tal joven, sino un demonio. Asimismo, al atacar yo al paganismo revestido de ropaje cristiano, *no ataco a la verdadera religión (NOTA: Tampoco la atacamos nosotros si por verdadera religión se ha de entender algún día el interno culto tributado a la suprema, invisible y desconocida Divinidad con obras y acciones, no por la creencia en dogmas de invención humana. Pero nuestro propósito es todavía más trascendental, pues una vez demostrado el fetichismo del culto externo tendremos que los budistas y demás «paganos» han practicado más sinceramente que nadie los verdaderos principios del cristianismo apostólico. FINAL NOTA)*. Nadie vituperaría a un operario que limpiase una hermosa estatua. Habrá gentes demasiado pulcras para tocar inmundicias, pero que se alegrarán de que alguien las barra. Se necesita el barrendero (*NOTA: Inman: Simbolismos paganos y cristianos, prefacio, XVI. FINAL NOTA*).

Pero no son únicamente los paganos quienes sufren la persecución de los católicos, que con San Agustín exclaman: «¡Oh mi Dios! Así deseo que tus enemigos sean exterminados». Su odio se desata caínicamente contra sus próximos deudos en fe religiosa y contra sus cismáticos hermanos. La conspiración se fragua entre los mismos muros que albergaron a los Borgia asesinos. Las sombras de los pontífices infanticidas, fraticidas y parricidas han sido dignas consejeras de los caínes de Castelfidardo y Mentana. Ahora les llega la vez a los cristianos de raza eslava, a los cismáticos de Oriente, que son como los filisteos de la Iglesia griega.

Después de haber agotado Pío IX el caudal de epítetos laudatorios en alabanza propia para compararse con los profetas mayores, ha querido extender el símil al patriarca Jacob en «su lucha con el ángel del Señor». Y ciertamente que no le falta razón para ello, pues en estos momentos corona el edificio de la piedad católica simpatizando a rostro abierto con los turcos. El vicario de Cristo inaugura su infalibilidad alentando con espíritu verdaderamente cristiano al David musulmán, al moderno Bashi Bazuk, de quien sin duda recibiría gustoso algunos miles de prepucios búlgaros o servios. Fiel a su propósito de sacrificarlo todo en interés de la Iglesia romana, mira benévolamente las matanzas de búlgaros y servios, y tal vez maniobra en secreto con Turquía contra Rusia, como si antes de consentir que la Iglesia griega se establezca oficialmente en Constantinopla y en Jerusalén, prefiriera ver la un tiempo odiada media luna sobre el sepulcro de Cristo. A manera de achacoso y decrepito ex tirano en el destierro, está dispuesto el pontífice a contraer cualquier alianza que le asegure, si no la restauración del poder temporal, por lo menos el menoscabo de sus rivales. Secretamente se complace en el hacha que un tiempo blandieron los inquisidores, y prueba su filo contra toda esperanza. En sus buenos tiempos se había aliado la Santa Sede con príncipes heterodoxos, pero nunca se degradó como ahora hasta el punto de apoyar moralmente a quienes durante doce siglos le han estado escupiendo a la cara los dicterios de «infieles» y «perros cristianos» con que repugnaban la fe católica (*NOTA: La prensa conservadora de Francia se ha indignado con razón de semejante bajeza y acusa a los ultramontanos de favorecer a los musulmanes contra los griegos ortodoxos en la actual agitación balkánica. Sobre el particular, dice el corresponsal francés de un periódico neoyorquino: «Al hablar en la Cámara el ministro de Negocios extranjeros en favor de los griegos ortodoxos, le escucharon con frialdad los ultramontanos y tan sólo le aplaudieron los católicos liberales». Le Journal des Débats, órgano del partido conservador, publicó por entonces un artículo de su director Lemoine diciendo que la Iglesia romana simpatizaba con los musulmanes en contra de los cristianos, del mismo modo que prefería siempre un infiel a un protestante. Añadía el articulista que hay mucha afinidad entre el Syllabus y el Korán, así como entre los jefes*

de ambas religiones, pues ambos sistemas son de la misma índole y se apoyan en idéntica teoría. De la propia suerte el rey de Italia y el partido liberal simpatizan vivamente con los infelices cristianos ortodoxos, mientras que el partido ultramontano, con el papa al frente, se inclinan en favor de los musulmanes. FINAL NOTA).

El mundo civilizado puede esperar todavía que en el recinto del Vaticano se aparezca la Virgen en carne mortal, pues si la milagrosa aparición, tantas veces repetida en tiempos medioevales, se ha renovado hace poco en Lourdes, ¿por qué no repetirla una vez más para dar el golpe de gracia a los herejes, cismáticos e infieles? Preciso es que una religión se haya degradado hasta el último extremo para que sus clérigos se valgan de tan sacrílegas imposturas (NOTA: En Arras, capital de la comarca francesa del Artois, se conserva todavía el cirio milagroso que la Virgen en persona y con sus propias manos enciende en presencia del fanatizado concurso de fieles siempre que se cierne una calamidad sobre el país. Dice Worsley (*Discursos*, pág. 64, ed. 1676), al refutar a su manera las objeciones de Stillingfleet contra los milagros, que el cirio de Arras está reconocido por la Iglesia y nadie ha dudado jamás de él. Pero tampoco han dudado los supersticiosos de la correspondencia particular con que la benévola Señora favorece a sus devotos. Los archivos eclesiásticos conservan dos preciosas misivas de la Virgen: una en respuesta a la que le dirigió cierto devoto llamado Ignacio, y otra enviada al obispo, clero y fieles de la ciudad de Mesina. En la primera confirma la Virgen a su devoto corresponsal todo cuanto aprendió él del apóstol Juan, a quien ella da el título de amigo, y después de exhortarle a mantenerse fiel a sus votos, concluye diciendo: *Yo y Juan iremos a visitarte*. Esta carta se publicó en París el año 1495, precisamente cuando se estaba investigando la autenticidad del cuarto Evangelio, que tan a punto venía a confirmar la carta. Sin embargo, la impudencia llegó a su colmo en 1534, cuando el milagroso hallazgo en el altar mayor de la catedral de Mesina de una imagen de la Virgen con una carta escrita en correcto latín, pero de estilo parecido al de los confidentes policíacos, según puede colegirse de su contexto, que dice así: «María Virgen, Madre del Redentor del mundo, al obispo, clero y fieles de Mesina, salud y bendición de mi parte y de la de mi Hijo: Ya que os habéis mostrado discretos al establecer mi culto, conviene que sepáis cuánto mérito tiene esto a mis ojos. Durante mucho tiempo he considerado con pena el riesgo a que vuestra ciudad está expuesta por su cercanía al Etna, y con frecuencia le hablé de ello a mi Hijo, que estaba muy enojado con vosotros por el punible abandono en que teníais mi culto, y así no hacía caso alguno de mi intercesión. Pero como, vueltos ya en vuestro sentido, habéis comenzado a adorarme, estoy facultada por Él para ser vuestra perpetua protectora, con tal que miréis cuanto hagáis y no me deis motivo de arrepentirme de mi bondad con vosotros. Muchísimo me complacen las festividades instituidas y las oraciones compuestas en honor mío, y si perseveráis fielmente en mi culto y os oponéis con todas vuestras fuerzas a las herejías que se van extendiendo por el mundo con peligro de mi culto y del de los Santos, gozaréis de mi perpetua protección. En prenda de esta promesa os envío desde el cielo mi propia imagen modelada por angélicas manos, y si le tributáis la merecida honra, lo recibiré como prueba de vuestra obediencia y vuestra fe. Adiós. En los cielos, cerca del trono de mi Hijo, en el mes de Diciembre del año 1534 de la Encarnación: *Maria Virgen*». Habrá observado el lector que al principio de la carta se antepone la Virgen al mismo Dios. Por otra parte, este documento no es invención anticatólica, pues, según la *Nueva Era* (Julio de 1875) de Nueva York, de donde lo hemos tomado, atestiguaron juradamente su autenticidad el obispo de Mesina, el vicario general, el secretario y seis canónigos del cabildo. Después de todo esto, no tienen los católicos razón de recusar las materializaciones aseveradas por los espiritistas, pues si tan sin pruebas creen en las apariciones materiales de la Virgen en beneficio de sus devotos, no pueden negar en recta lógica las materializaciones de las entidades denominadas *Katie y John King*, que unánimemente atestiguaron multitud de testigos y comprobó con toda escrupulosidad el físico inglés Crookes. FINAL NOTA) y el pueblo las acepte sin reparo o finja aceptarlas.

Semejante concepto de la religión es incompatible con las íntimas aspiraciones del espíritu inmortal. Así lo entendieron siempre los verdaderos filósofos, gentiles o cristianos o judíos. Las enseñanzas de Buda se reflejan en las de Cristo. Las del apóstol Pablo y de Filo Judeo son fidelísimo eco de las de Platón. Unas y otras hermanaron Amonio y Plotino con inmortal fama de su nombre (NOTA: El lema de la escuela armónica fue: «Estudia todas las doctrinas y afirmarte en lo bueno de ellas. Tal es la norma de los hermanos en la tierra». FINAL NOTA). No sucede así con los intérpretes de la *Biblia*. La simiente de la Reforma quedó sembrada el día en que se echaron de ver las contradicciones entre el segundo capítulo de la Epístola del apóstol Santiago y el oncenno de la de San Pablo a los hebreos. Quien siga las enseñanzas de Pablo ha de repudiar las de Santiago, Pedro y Juan. Para mantener su fe cristiana han de dar en rostro los partidarios de Pablo a las enseñanzas de Pedro, quien si merecía vituperio y le faltaba razón, no podía ser infalible ni tampoco pueden sus sucesores alardear de infalibilidad. Todo reino dividido perecerá y toda casa minada se derrumbará. La pluralidad de maestros es tan funesta en religión como en política. Las doctrinas de Pablo eran las de los filósofos místicos, y por esto decía:

Permaneced firmes en la libertad que os dió Cristo, y no caigáis de nuevo en el yugo de la servidumbre... Pero si os mordéis unos a otros, cuidad de no devoraros (NOTA: Este último párrafo parece henchido de inspiración profética. FINAL NOTA)

Es evidentemente gratuita la acusación de demonolatría lanzada a veces contra los neoplatónicos, por cuanto la Iglesia romana adoptó sus mismas ceremonias teúrgicas palabra por palabra; de modo que el exorcista cristiano emplea hoy idénticas evocaciones y conjuros que el sacerdote pagano y el cabalista judío. Sobre esto dice Wilder:

A pesar de las diferencias entre los neoplatónicos y los cristianos de Pablo, muchos catequistas de la nueva de conservaban muy en lo hondo la levadura filosófica. Sinesio, obispo de Cirene, era discípulo de Hipatia. San Antonio reprodujo la teurgia de Jámblico. El *Logos* o *Verbo* del Evangelio de San Juan es concepto gnóstico. Clemente de Alejandria, Orígenes y otros Padres de la Iglesia bebieron copiosamente en los manantiales de la filosofía neoplatónica. El ascetismo aconsejado por la primitiva Iglesia era idéntico al de Plotino... Durante la Edad Media hubo filósofos que aceptaron las doctrinas enseñadas por el famoso maestro de la Academia (NOTA: Wilder: *Pablo y Platón*. FINAL NOTA).

En prueba de que la Iglesia romana se apropió los ritos y ceremonias mágicas de los mismos cabalistas y teurgos a quienes anatematizaba, cotejaremos las fórmulas de exorcismos empleadas por los cabalistas y por los cristianos, para inferir de su identidad que éste fue uno de los motivos por los cuales mantuvo siempre la Iglesia a sus fieles en la ignorancia del ritual, de modo que tan sólo los directamente interesados en el engaño tuvieron oportunidad de cotejar ambas fórmulas. El vulgo no entendía el latín, y aunque lo hubiese entendido estaba prohibida la lectura de los tratados de magia, so pena de excomunión. La ingeniosa estratagema de la confesión auricular imposibilitaba la consulta, siquiera clandestina, de lo que el clero llamaba «garabatos del diablo» o rituales de magia. Para mayor seguridad, la Iglesia empezó por ocultar todo cuanto referente al arte mágico pudo haber a mano.

He aquí el cotejo:

RITUAL CABALÍSTICO

(judío y pagano)

Exorcismo de la sal

El sacerdote bendice la sal y exclama: «*Criatura de sal* (NOTA: O de agua, aire o del objeto que sea ha de *hechizar* o *bendecir*. Es frase sacramental de magia, adoptada por el clero cristiano. FINAL NOTA), en ti permanezca la SABIDURÍA (Dios) y preserve de toda corrupción nuestra mente y nuestro cuerpo.

Por *Hochmael* (חכמאל) Dios de Sabiduría) y el poder⁴ de Ruach-Hochmael (Espíritu Santo) se alejen ante ti los espíritus de la materia (espíritus malignos). Amén».

Exorcismo del agua y cenizas

«Criatura del agua, yo te exorcizo en el nombre de Netsah, Hod y Jerod (Trinidad cabalística), en el principio y el fin, en el alfa y el omega que entran en el Espíritu Azoth (Espíritu Santo o Alma universal). Te exorcizo y conjuro. ¡Aguila errante!, el Señor tenga poder sobre ti por las alas del toro y su flamígera espada» (NOTA: El mago dice: *per alas tauri*. FINAL NOTA).

RITUAL ROMANO

Exorcismo de la sal

El sacerdote bendice la sal y exclama: «*Criatura de sal*, yo te exorcizo en nombre del Dios vivo... Sé salud del alma y del cuerpo. Doquiera que seas esparcida, ahuyenta al inmundo espíritu... Amén».

Exorcismo del agua

«Criatura del agua, en nombre de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo te exorcizo. Te conjuro en nombre del cordero (NOTA: El querubín colocado a la puerta del Edén. FINAL NOTA) que aplasto al basilisco y al áspid y tiene a sus pies el león y el dragón».

Exorcismo de un elemental

«Serpiente, en nombre del Tetragrámaton, el Señor que tiene poder sobre ti por el ángel y el león. Ángel de tinieblas, obedece y ahuyéntate por virtud de esta bendita agua. Aguila encadenada, obedece a esta señal y aléjate ante el soplo. Movable serpiente, arrástrate a mis pies o te atormentará este fuego sagrado y te aniquilará este bendito incienso. Que el agua vuelva al agua (NOTA: Alude al espíritu elemental del agua. FINAL NOTA). Que el fuego quemé y el aire oreé. Que la tierra vuelva a la tierra por virtud del Pentagrama, la Estrella matutina, y en nombre del Tetragrámaton grabado en el centro de la Cruz lumínica. Amén» (NOTA: El original dice: *Devictis gemitibus inferi*. FINAL NOTA).

Exorcismo del diablo

¡Oh señor! Haz que aquel que lleva consigo el terror huya herido por el terror y que de vencido. ¡Oh tú, vieja serpiente!..., tiembla ante la mano del que, triunfante de los tormentos del infierno (NOTA: *Ritual cabalístico*. FINAL NOTA) devolvió la luz a las almas. Cuanto más te perviertas, más terribles serán tus torturas... por aquel que reina sobre vivos y muertos y que juzgará el mundo por fuego (NOTA: *Sæculum per ignem*. FINAL NOTA)... En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén» (NOTA: *Ritual romano*, 421 y sigs., compuesto por Paulo V y revisado por Benedicto XIV. Se publicó en 1851 y 1852 en las diócesis de Malinas y París. Véase *La Magia en el siglo XIX*, 168. La analogía fuera todavía mayor si en vez de valernos para el cotejo del *Ritual* revisado, hubiésemos tomado el primitivo. Por otra parte, tampoco nos hemos servido del *Ritual cabalista* de la Edad Media que es, con raras excepciones, idéntico al romano, sobre todo en la creencia en la divinidad de Jesucristo. Sin embargo, la Iglesia introdujo una modificación en extremo fantástica, como puede verse en el siguiente apóstrofe al demonio: «Cede el lugar a Jesucristo, ¡oh sucia, hedionda y feroz bestia! ¿Te rebelas acaso? Escucha y tiembla, Satán, enemigo de la fe y del linaje humano, causante de la muerte, raíz de todo mal, engendrador del vicio, alma de la envidia, germen de la avaricia, tea de la discordia, príncipe del homicidio, inventor del incesto y del sacrilegio, fuente de toda obscenidad, profesor de nefandas acciones y maestro de herejes. ¡Qué! ¿Todavía estás ahí? ¿Osas resistir, sabiendo que Jesucristo Nuestro Señor se acerca?... Cede el lugar a Jesucristo, cede el lugar al Espíritu Santo, que por medio del santo apóstol Pedro te tumbó en público en la persona de Simón el Mago». A semejante granizada de dicitos no es capaz de resistir ningún diablo que bien se estime, pues tan sólo arrostrarían el chaparrón los liberales italianos o el mismo rey Víctor Manuel, que gracias a Pío IX están curados de anatemas. Añadiríamos otros ejemplos si no temiésemos apurar la paciencia del lector. FINAL NOTA).

Crueldad parece echar en cara a Roma la usurpada propiedad de sus símbolos; pero preciso es hacer justicia a los despojados hierofantes. Mucho tiempo antes de que los cristianos adoptaran la cruz por símbolo, la empleaban neófitos y adeptos como secreto signo de reconocimiento. A este propósito dice Eliphaz Levi:

El signo de la cruz, adoptado por los cristianos, no es privativo de esta religión, pues ya con anterioridad era cabalístico y simbolizaba el cuaternario equilibrio de opuestos elementos. Por el versículo esotérico del *Pater* (del que tratamos en otra obra) vemos que primitivamente hubo dos maneras de hacer el signo de la cruz o por lo menos dos fórmulas

muy distintas de significación: una exclusiva de sacerdotes e iniciados; otra común a neófitos y profanos. El iniciado hacía la señal de la cruz con la mano derecha extendida desde la frente al pecho y del hombro izquierdo al derecho, diciendo: *A ti-pertenece-el-reino-de-justicia-y-misericordia*. Después, con las manos juntas, añadía: *En los ciclos generadores: «Tibi sunt Malchut et Geburah et Chassed per æonas»*. Tal era el signo de la cruz, absoluta y hermosamente cabalístico, que la Iglesia oficial y militante perdió por completo al profanar el gnosticismo (NOTA: Levi: *Dogma y ritual de la alta magia*, II, 88. FINAL NOTA).

De esto podemos inferir cuán gratuitas son las siguientes afirmaciones del P. Ventura:

Mientras San Agustín fue maniqueo y estuvo ignorante de la augusta revelación cristiana, cuya sublimidad orgullosamente menospreciaba, nada supo ni comprendió acerca de Dios, del hombre y del universo, y permaneció ignorado, oscuro e inactivo, hasta que apenas convertido al cristianismo, se remontó a las cimas sublimes de la filosofía y la teología en alas de su mente iluminada por la antorcha de la fe... Así el genio de Agustín se explayó en toda su prodigiosa fecundidad y grandeza, y su entendimiento resplandeció con el vivísimo fulgor que, reflejado en sus obras inmortales, no ha cesado ni por un momento de iluminar durante catorce siglos a la Iglesia y al mundo (NOTA: P. Ventura: *Conferencias*, II, I, LVI, prefacio. FINAL NOTA).

Dejemos al P. Ventura el cuidado de averiguar lo que Agustín fuese como maniqueo; pero no cabe duda de que su ingreso en el cristianismo engendró perpetua enemistad entre la teología y la ciencia, pues mientras por una parte se veía precisado a confesar la posibilidad de que hubiese, «algo de divino y verdadero en las doctrinas de los gentiles», declaraba por otra parte que éstos eran «abominables por lo supersticiosos, idólatras y soberbios; y que, a menos de arrepentirse, les había de castigar la justicia divina». Aquí tenemos explicada la conducta que la Iglesia cristiana ha seguido desde entonces hasta nuestros días, negando validez a cuanto de divino y verdadero puedan tener las doctrinas de quienes no pertenecen a su comunión, mercedores tan sólo por ello de las iras celestes. Sobre el particular, dice Draper:

Nadie contribuyó tanto como este padre a suscitar el antagonismo entre la ciencia y la religión, pues desviando la *Biblia* de su verdadero objeto, que era una gula para la pureza de vida, la colocó en la arriesgada posición de árbitra del saber humano y tirana de la mente. Dado el ejemplo, no faltaron imitadores. Las obras de los filósofos griegos fueron repudiadas por profanas, y los timbres de gloria del Museo alejandrino quedaron oscurecidos por la nube de ignorancia y jerigonza mística, de cuyo seno brotaban con demasiada frecuencia los destructores rayos de la venganza eclesiástica (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 62. FINAL NOTA).

Agustín y Cipriano (NOTA: *De bautismo contra donatistas*, lib. VI, cap. XLIV. FINAL NOTA) reconocen que Hermes y Hostanes creían en el único y verdadero Dios invisible, incomprensible por la mente y tan sólo comprensible por el espíritu (NOTA: *En este concepto de Dios coinciden los dos filósofos cristianos con los dos paganos. FINAL NOTA*). En consecuencia, todo hombre de criterio no perturbado por el fanatismo religioso inferirá de las ideas de Agustín y Hermes acerca de la Divinidad, que el segundo aventajaba al primero en la exposición filosófica del concepto (NOTA: *De esta misma opinión es Draper, que califica las obras de San Agustín de «sueño incoherente» y «desaliñada conversación», con Dios. Ob. cit., pág. 37. FINAL NOTA*).

El P. Ventura coloca a San Agustín en las más «sublimes alturas de la filosofía», pavoneándose ante el asombrado mundo; pero Draper le sale al paso con las siguientes consideraciones críticas sobre la filosofía agustina:

¿Era posible desechar las obras de los filósofos griegos a cambio de un sistema, descabelladamente engendrado por la ignorancia y la osadía? Mucho más pronto debieron de haber venido los eminentes críticos de la Reforma a colocar las obras de San Agustín en su propio nivel, y enseñarnos a mirarlas con desprecio (NOTA: Draper: *Obra citada*, pág. 37. FINAL NOTA).

En cuanto a la acusación levantada contra Plotino, Porfirio, Jámblico, Apolonio y Simón el Mago (NOTA: No está rigurosamente comprobada la autenticidad histórica de esta figura; pero aunque no fuese engendro de la calenturienta imaginación de Pedro y demás apóstoles, no era peor que cualquiera de éstos. FINAL NOTA) de que tenían hecho pacto con el diablo, no merece por absurda los honores de la refutación ni aun suponiendo cierta la existencia del precito personaje. La diferencia de opiniones religiosas, por grande que sea, no alcanza *per se* a que unos vayan al cielo y otros al infierno. Semejantes dogmas, incompatibles con la caridad, pudieron prevalecer en tiempos medioevales; pero ya es demasiado tarde para que nos intimide el tradicional espantajo (NOTA: De las modernas investigaciones se colige algo que, una vez comprobado, cubrirá de eterno oprobio a la Iglesia romana cuya fundación sobre la piedra del apóstol Pedro no han podido demostrar ni demostrarán los autores católicos. FINAL NOTA).

El erudito autor de la *Religión sobrenatural* se esfuerza en demostrar la identidad de Simón el Mago con el apóstol San Pablo, cuyas Epístolas condenó públicamente San Pedro por contener enseñanzas heréticas. El apóstol de los gentiles era franco, elocuente, sincero y sabio. El apóstol de la circuncisión era por el contrario cobarde, receloso, falaz e ignorante. No cabe duda de que Pablo estaba iniciado, al menos parcialmente, en los misterios teúrgicos, como lo denotan su estilo con la terminología peculiar de los filósofos griegos y ciertas frases que únicamente empleaban los iniciados (NOTA: En su artículo *Pablo y Platón* publicado en un periódico de Nueva York, robustece Wilder esta opinión, diciendo que en sus dos *Epístolas* a los corintios empleaba San Pablo muchas frases propias de los misterios de Sabacio y Eleusis, así como términos peculiares de los filósofos griegos. Pablo se llama *idiotes*, esto es, ignorante por lo referente al Verbo, pero no así respecto de la *gnosis* o ciencia filosófica. FINAL NOTA). A mayor abundamiento, tenemos el siguiente pasaje del apóstol:

...entre los perfectos hablamos sabiduría; mas no sabiduría de este mundo ni de los arcontes de este mundo, sino que hablamos Sabiduría de Dios en misterio, la que está encubierta..., la que no conoció ninguno de los arcontes de este mundo (NOTA: I *Corintios*, II, 6, 7, 8. FINAL NOTA).

Inequívocamente da a entender el apóstol en estas palabras que estaba iniciado (que era de los *mystæ*), y aludía a enseñanzas propias de los Misterios (NOTA: La «divina sabiduría en misterio que ningún arconte de este mundo conoció» es evidentemente análoga al *basileo* (el que sabia) de la iniciación eleusina. El *basileo* pertenecía al *estado mayor*, digámoslo así, del supremo hierofante, y era *arconte* o magistrado celador de los misterios eleusinos, y por lo tanto uno de los pocos *mystoæ* o iniciados. También se llamaban arcontes los magistrados de Atenas, y a ellos alude San Pablo en su frase «arcontes de este mundo». FINAL NOTA). Pero si no bastara esta prueba, tendremos otra en que al apóstol «le cortaron el cabello a punta de tijera en Cencrea (NOTA: El mismo punto donde fue iniciado Lucio Apuleyo. FINAL NOTA) porque había hecho un voto» (NOTA: Los *nazarenos* (puestos aparte) a ente aluden las Escrituras indoístas se dejaban crecer el cabello sin que navaja alguna tocase su cabeza, hasta cortárselo con tijeras para ofrecerlo en el altar el día de la iniciación. Eran los nazarenos una ramificación de los teurgos caldeos, y a ellos perteneció Jesús como veremos más adelante. FINAL NOTA).

Dice Pablo:

Según la gracia de Dios que se me ha dado, eché el cimiento, como sabio maestro constructor (NOTA: I *Corintios*, III, 10. FINAL NOTA).

La frase maestro constructor, que tan sólo se lee *una sola vez* en toda la *Biblia*, puede considerarse como prueba incontrovertible, pues la tercera parte de los sagrados ritos se llamaba en los Misterios *epopteia* o revelación, esto es, el acto de comunicar el secreto, durante el cual se transportaba el iniciado a la divina clarividencia en que, suspendida la visión terrena, se unía con su Dios la ya libre y pura alma. Pero en su significado etimológico, la palabra *epopteia* (NOTA: De *epi* (por encima) y *optomai* (mirar adentro). Etimológicamente es, por lo tanto, sinónima de inspeccionar. El mismo significado tiene la palabra sánscrita *evâpto* (que también quiere decir *obtener*), pues ambas equivalen a revelación, no por medio de agente humano, sino por la «recepción de la bebida sagrada» que en la India era el *soma* y en Eleusis la copa epoptéyica. Ya hemos dicho que los Misterios griegos derivaban de los ritos védicos y éstos a su vez procedían de los Misterios prevédicos de la primitiva filosofía esotérica o búdica. (Conviene no confundir los adjetivos búdico y budista. El primero se aplica a todo lo concerniente al plano búdhico (principio de sabiduría), mientras que el segundo se aplica a todo lo relativo a la religión fundada por Gautama.– *El Traductor*). FINAL NOTA) equivale a vigilante o inspector, y también tiene la acepción de maestro constructor o arquitecto, de donde más tarde derivó el nombre francés de masón en el mismo sentido empleado en los Misterios. Así, pues, al llamarse Pablo «maestro constructor» emplea una frase genuinamente cabalística, teúrgica y masónica que ningún otro apóstol emplea, y se declara *iniciado* con derecho de iniciar a otros.

Si proseguimos por este camino con tan seguros guías como los *Misterios* y la *Kábala*, descubriremos la secreta razón de que Pedro, Juan y Santiago persiguiesen odiosamente a Pablo. El autor del *Apocalipsis* era cabalista judío de legítima estirpe, que como sus antepasados odiaba por juro de heredad los Misterios (NOTA: Inútil es advertir que el cuarto Evangelio no lo escribió el apóstol Juan, sino un neoplatónico. FINAL NOTA). Su recelo se extendió durante la vida de Jesús hasta el mismo Pedro (NOTA: El apóstol Pedro se adornó con la mitra y el efod de los rabinos judíos. FINAL NOTA), con quien se reconcilió después de la muerte de su común Maestro para predicar celosamente el rito de la circuncisión. Pedro reconocía no obstante la superioridad de Pablo en conocimientos de literatura y filosofía griega, por lo que debió de parecerle experto en artes mágicas y versado en la gnosis o sabiduría de los Misterios, o sea que tal vez le tuvo por Simón el Mago (NOTA: Aunque Pedro persiguiese con este nombre al apóstol de los gentiles, no es imposible que existiera otro Simón Mago. Pudo también ser esta denominación despectivamente común a todos los magos de nota. Teodoreto y el Crisóstomo, los primeros y más asiduos comentadores del gnosticismo en aquellos días, consideran a Simón como rival de Pablo y afirman que entre ambos se cruzaron algunos mensajes; pues el primero, activo propagador de lo que Pablo llama la antítesis de la Gnosis (Epístola a Timoteo), debió clavársele al apóstol como una espina en el costado. De todos modos, hay pruebas suficientes de la existencia histórica de Simón Mago. FINAL NOTA).

En cuanto a Pedro, la exégesis ha demostrado hace tiempo que en la fundación de la Iglesia romana no tuvo más parte que proporcionar el pretexto, tan hábilmente aprovechado por el astuto Ireneo, para cimentar la nueva Iglesia sobre la *Petra* o *Kiffa*, que mediante un sencillo juego de palabras se relacionaba con *Petroma* o doble tabla de piedra que el hierofante empleaba en el misterio final de la iniciación. Aquí se encierra acaso todo el secreto de las alegaciones del Vaticano. Sobre el particular, dice muy oportunamente Wilder:

En los países orientales se designaba al hierofante con el título de פֶּדֶר (Pedro), que en caldeo y fenicio significa intérprete. Hay en todo esto reminiscencias de la ley mosaica, así como respecto de las atribuciones que el papa se arroga para ser el hierofante o intérprete de la religión cristiana (NOTA: Wilder: *Misterios báquicos y eleusinos*, Introducción, p. X. Si no pudiéramos apoyarnos en una fidedigna tradición cabalística, tal vez nos viésemos precisados a preguntar si cabría atribuir la paternidad del Apocalipsis al apóstol Pedro, que parece haber tenido por verdadero nombre el de Juan el Teólogo. FINAL NOTA).

Hasta cierto punto hemos de concederle el derecho de interpretación, pues la Iglesia latina incorporó en sus ceremonias símbolos, ritos, templos y vestiduras sacerdotales las tradiciones del culto pagano y aun su culto público y externo. De lo contrario, sus dogmas serían más lógicos y no tan ofensivos a la majestad del supremo e invisible Dios.

En el sarcófago de la reina Mentuhept, de la oncenava dinastía (NOTA: 2250 años antes de J.C. FINAL NOTA), se encontró una inscripción jeroglífica copiada del *Libro de los muertos* (NOTA: Cap. XVII. Correspondiente al año 4500 antes de J.C. FINAL NOTA), cuya interpretación es como sigue:

PTR	RF	SU
Peter-	ref-	SU.

Bunsen entremezcla este sagrado formulario con toda una serie de interpretaciones glosadas de un monumento de cuarenta siglos de antigüedad, y dice sobre el caso:

Esto equivale a creer que la verdadera interpretación ya no era inteligible en aquella época... Conviene, por lo tanto, advertir que el sagrado texto de un himno compuesto por el espíritu de un difunto era, hace 4.000 años, del todo ininteligible para los copistas del rey (NOTA: Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, V, 90. FINAL NOTA).

Cierto es que era ininteligible para los copistas profanos, como lo demuestran las confusas y contradictorias interpretaciones de los comentadores, pues la palabra PTR (NOTA: Se interpretaba parcialmente esta palabra gracias a otra escrita de manera análoga en otro grupo de jeroglíficos, sobre una estela en forma de ojo abierto. Véase para ello la obra Rougé: *Stele*, p, 44.- A la palabra PTAR (*videus*) se le da en esta obra el significado de *aparecer*, aunque el autor duda de que sea exacto, pues añade un interrogante entre paréntesis en demostración de perplejidad. Bunsen dice que significa *iluminador*, lo cual nos parece más acertado (*Egipto*, V) También el mismo Bunsen colige que el significado de PTR pudiera ser *mostrar*. FINAL NOTA) la conocían únicamente los hierofantes de los santuarios, y la escogió Jesús para designar el cargo conferido a uno de sus apóstoles.

Sobre el significado de esta palabra, dice Bunsen:

Opino que PTR es literalmente el antiguo arameo y hebreo *Patar* que encontramos en la historia de José en significación específica de *interpretar*. De aquí que *pitrum* equivalga a interpretación de un texto o de un sueño (NOTA: Bunsen: *Egipto*, V, 90. FINAL NOTA).

En varios pasajes de un manuscrito cuyo texto es en parte griego y en parte demótico (NOTA: Este manuscrito estaba en poder de un místico con quien trabamos conocimiento en Siria. Pertenece al siglo I, y sin duda es uno de los pocos que afortunadamente se salvaron cuando el fanatismo cristiano arrojó tantos y tan preciosos manuscritos a las llamas. FINAL NOTA), tuvimos ocasión de leer frases que bien pudieran esclarecer la materia de que vamos tratando. Uno de los personajes de la narración, el *judio iluminador Teleiotes*, se comunica con su *Patar* (NOTA: En el manuscrito aparece esta palabra en caracteres caldeos, y a veces va unida al nombre de *Shimeon*. FINAL NOTA). Algunos pasajes representan al *iluminador* en una Κρόπη (cueva), donde sólo interrumpe su

contemplativo aislamiento para enseñar a los discípulos de afuera, no personalmente, sino por mediación del *patar*, que recibe las lecciones de sabiduría aplicando el oído a un agujero circular abierto en la cortina que oculta al maestro de la vista de los discípulos, a quienes el *patar* transmite oralmente las enseñanzas. Tal era, con leves variantes, el procedimiento seguido por Pitágoras, quien, según sabemos, jamás permitía que le vieran los neófitos, sino que les aleccionaba tras la cortina de separación entre la cueva y el auditorio.

No sabemos si el *judío iluminador* del manuscrito greco-demótico alude o no a Jesús; pero sea como fuese, subsiste la misteriosa denominación que más tarde aplicó la Iglesia católica al portero del cielo e intérprete de la voluntad de Jesucristo. La palabra *patar* o *peter* coloca a maestro y discípulo en la esfera de iniciación en la doctrina secreta. El sumo hierofante de los Misterios no permitía jamás que le viesen ni oyesen los candidatos, para quienes era el *Deus ex machina*, la invisible Divinidad, que presidía las ceremonias por medio de su vicario. Al cabo de dos mil años vemos que los Dalai-Lamas del Tíbet siguen todavía el mismo procedimiento en los misterios de su religión. Si Jesús conocía el secreto significado del nuevo nombre que dió a Simón, debió de ser iniciado, pues de lo contrario lo ignorara; y, por lo tanto, ya hubiese recibido la iniciación de los pitagóricos esenios, de los magos caldeos o de los sacerdotes egipcios, su doctrina no pudo ser ni más ni menos que una parte de la secreta enseñada por los hierofantes paganos a los pocos y escogidos adeptos que entraban en el sagrado adyta.

Más adelante discutiremos esta materia. Por ahora nos limitaremos a indicar someramente la extraordinaria semejanza o, mejor dicho, identidad de los ritos religiosos y vestiduras sacerdotales del clero cristiano con los de los asirios, fenicios, egipcios y otros pueblos de la antigüedad.

Las tablillas asirías nos muestran el modelo de la tiara pontificia, sobre la cual dice Inman:

Podemos decir de paso que así como los papas adoptaron la tiara de la maldita raza de Cam, así también adoptaron la cruz episcopal de los augures de Etruria y las representaciones angélicas de los pintores y escultores de Grecia e Italia (NOTA: Inman: *Simbolismos pagano y cristiano*. En la pág. 64 de la *Obra citada* aparecen los dioses y ángeles asirios con tiara igual a la pontificia, coronada por la cruz o emblema de la trinidad masculina. FINAL NOTA).

Los nimbos de los santos y las tonsuras de los sacerdotes y monjes católicos (NOTA: También iban tonsurados los sacerdotes de Isis. FINAL NOTA) son emblemas solares, a juzgar por las irrefutables pruebas que de ello encontramos. Knight (NOTA: *Ilustración pictórica de Inglaterra antigua*. FINAL NOTA) reproduce un dibujo de San Agustín con la figura de un primitivo obispo cristiano en traje probablemente idéntico al que él llevara. El palio episcopal es el signo femenino en las ceremonias del culto religioso, y en el dibujo de San Agustín está dicho palio adornado con cruces budistas y tiene la misma configuración de la egipcia, aunque levemente desviada en forma de «Y». Sobre el particular dice Inman:

El palo inferior de esta letra simboliza la triada masculina. La figura del obispo aparece con la mano derecha levantada y el índice extendido, en la misma actitud de los sacerdotes asirios cuando tributaban homenaje al bosque sagrado... Cuando el obispo lleva el palio en las ceremonias del culto, representa la Trinidad en la Unidad, esto es, el *Arba* o místico cuaternario (NOTA: Inman: *Creencias antiguas*, II, 915, 918. FINAL NOTA).

El culto de la Virgen María es a todas luces la sucesiva continuación del de Isis, cuyos sacerdotes al convertirse al cristianismo conservaron las vestiduras con el sobrepelliz, la tonsura y el celibato obligatorio, aunque por desgracia prescindieron de las frecuentes abluciones.

King (NOTA: Los gnósticos y sus huellas. FINAL NOTA) describe el letrero que circuye una doble imagen de Serapis e Isis, que aparece como sigue:

'H KYPIA ICIC AΓNH

y significa:

INMACULADA ES NUESTRA SEÑORA ISIS

La misma advocación se aplicó después a la Virgen María.

Dice también King:

Las Vírgenes Negras que se veneran en algunas catedrales francesas (NOTA: La imagen que se venera en el monasterio de Montserrat pertenece a esta clase, en opinión de algunos iconólogos.– *El Traductor*. FINAL NOTA) no son ni más ni menos que imágenes basálticas de Isis, según ha demostrado su detenido examen (NOTA: *Los gnósticos y sus huellas*, 71. FINAL NOTA).

Ante el altar de Júpiter Amón colgaban los sacerdotes sonoras campanas de cuyo timbre colegían sus augurios (NOTA: Los sacerdotes judíos llevaban por adorno en la orla de la túnica una campana de oro y una granada. FINAL NOTA). También los sacerdotes budistas invocan a los dioses a toque de campana para que desciendan sobre el altar (NOTA: En todas las pagodas y conventos budistas del Tíbet hay campanas. En Kuhama está la campana de la sagrada mesa de Siva. FINAL NOTA). Por lo tanto, los cristianos aprendieron el uso de las campanas (NOTA: Resulta de esto sin fundamento la tan generalizada creencia occidental que atribuye a San Paulino, obispo de Nolla (Italia), la invención de las campanas.– *El Traductor*. FINAL NOTA) de los budistas tibetanos y chinos. El mismo origen tienen los rosarios de cuentas que desde hace veintitrés siglos siguen usando los monjes budistas (NOTA: En las festividades solemnes se adornan las pagodas con las bayas, ensartadas en rosario, de un árbol consagrado a Mahadeva. FINAL NOTA).

Los egipcios tenían el sinónimo de nuestra palabra *monja* con la misma significación actual, y todavía se conserva introducida la *voz nonna* en la terminología cristiana.

Los artistas prenoeicos (NOTA: Anteriores a la sumersión de la Atlántida.– *El Traductor*. FINAL NOTA) de Babilonia circuían de una aureola o nimbo la cabeza de las figuras humanas a quienes querían tributar honores divinos, y este mismo nimbo reapareció siglos más tarde en la iconografía cristiana. Las representaciones pictóricas de Isis y Krishna, transmutadas después en María y Jesús (NOTA: En el famoso cuadro: *Devaki amamantando a Krishna*, aparece la Virgen inda sentada en una especie de butaca, amamantando a Krishna. El amplio velo, la cabellera tendida hacia atrás y las aureolas que circuyen las cabezas de la Madre y el Hijo, ofrecen inconfundible identidad iconográfica entre Devaki y Krishna por una parte, y María y Jesús por otra. (Véase el grabado correspondiente en la obra de Inman: *Simbolismos pagano y cristiano*, p. 273). En la entrada meridional (Indur Subba) de las cuevas de Ellora se ve hoy día la figura de Indrani (esposa de Indra) en actitud sedente, con el Niño en brazos indicando al cielo, según aparece en las *Madonnas* italianas. En su antes citada obra reproduce Inman una imagen de madera de la Edad Media (como las que a docenas hemos visto nosotros en los salterios) en que aparece la Virgen de pie sobre la media luna, emblema de la virginidad, con el Niño en brazos. El referido autor dice al describir esta imagen: «Los fulgores de la Virgen eclipsan casi la luz del sol, como dando a entender que es la *Reina del cielo*. En este aspecto se echa de ver más cumplidamente la identidad de la Madre e Hijo de la iconografía cristiana con Isis y Horus, Ishtar, Venus, Julio y otras diosas a quienes el

paganismo confirió los títulos de: *Reina del Cielo, Reina del Universo, Madre de Dios, Esposa del Espíritu Santo, Virgen celeste, Pacificadora celeste, etc.* FINAL NOTA), no son puramente astronómicas, sino que simbolizan las divinidades masculina y femenina en conjunción análoga a la del sol y la luna. Es la unión de la Triada y la Unidad (NOTA: El mismo significado tienen los cuernos de vaca que adornan la frente de Isis. FINAL NOTA).

Y como es arriba, así es abajo y fuera y dentro del simbolismo de la Iglesia cristiana, en cuyos ritos y ornamentos se descubre el sello del exoterismo pagano. En el vasto campo de los conocimientos humanos no hubo punto más ignorado de las gentes, o de propósito encubierto a sus miradas, como el que señala cuanto a la antigüedad se refiere con su pasado venerable y sus creencias religiosas estropeadas bajo los pies de la posteridad, cuya ceguera confundió a los hierofantes y profetas, iniciados (*miste*) y videntes (*epopte*) con los adoradores del diablo. El sacerdote cristiano, después de ataviarse con los despojos del vencido, le anatematiza valiéndose de las mismas fórmulas, ritos y ceremonias aprendidos de labios del anatematizado. La *Biblia* sirve de alma contra el pueblo cuya sagrada Escritura fue durante siglos. El adepto pagano escucha maldiciones bajo el mismo techo que presencié su iniciación, y el mono de Dios (NOTA: *Simia Dei. Así llamaba San Agustín al supuesto Satanás. – El Traductor.* FINAL NOTA) recibe exorcista aspersion de agua bendita (NOTA: Tertuliano dice que el diablo es el inventor de la magia teúrgica, a que llama ciencia de ilusiones y mentiras. FINAL NOTA) de las manos que empuñan el mismo *lituus* (NOTA: Báculo pastoral de que los augures se valían para impetrar el favor celeste y evocar en nombre del ALTÍSIMO al dios menor (luego confundido con el diablo) que le revelaba el porvenir y le ponía en disposición de vaticinar. FINAL NOTA) de los antiguos augures.

Por parte del clero y vulgo de los cristianos se advierte vergonzosa ignorancia y la despectiva soberbia que tan valerosamente flageló el clérigo Gross contra el prejuicio de sus colegas al decir:

La investigación es tarea inútil o criminoso cuando hay deliberado intento de menoscabar las religiones antiguas... Tan sólo este lamentable prejuicio pudo adulterar de tal manera la teología del paganismo y contrahacer o, mejor dicho, caricaturizar su culto religioso. Hora es ya de levantar la voz en vindicación de la verdad ultrajada, y de que los contemporáneos tengan más sentido común para no vanagloriarse hasta el punto de creer que la razón es privilegio exclusivo de los tiempos modernos (NOTA: Gross: *La religión pagana. – Este último párrafo conviene a los científicos, recelosos también de que la investigación desmorone sus erróneas teorías.* FINAL NOTA).

Todo esto denota la verdadera causa del odio que los cristianos primitivos y medioevales sintieron hacia sus hermanos y peligrosos émulos gentiles. Únicamente se odia lo que se teme. Los taumaturgos cristianos, una vez rota toda relación con los Misterios de los templos y las renombradas escuelas de magia a que San Hilarión alude (NOTA: *Los Padres del desierto en Oriente, II, 238.* FINAL NOTA), podían tener muy pocas esperanzas de rivalizar con los taumaturgos paganos. Ningún apóstol igualó en poder teúrgico a Apolonio de Tyana, excepto en las curaciones hipnóticas (NOTA: *El escándalo suscitado entre los apóstoles por los prodigios de Simón el Mago es demasiado conocido para que de nuevo lo repitamos.* FINAL NOTA). A este propósito, pregunta San Justino Mártir con evidente zozobra:

¿Cómo es que los talismanes (*τελέσματα*) de Apolonio tienen poder sobre los elementos, pues, según vemos, aplacan la furia de las olas y la violencia del viento y repelen las acometidas de las fieras? Mientras que los milagros de Nuestro Señor Jesucristo se conocen

tan sólo por tradición, los de Apolonio son muy numerosos y tan evidentes que extravía a cuantos los presencian (NOTA: Justino Mártir: *Quest.*, XXIV. FINAL NOTA).

A pesar de su perplejidad, acierta este autor al atribuir la virtud taumatúrgica de Apolonio a su profundo conocimiento de la ley reguladora de las simpatías y antipatías de la Naturaleza.

Incapaces los Padres de la Iglesia de negar la evidente superioridad taumatúrgica de sus émulos, recurrieron al viejo pero siempre eficaz procedimiento de la calumnia, y echaron en cara a los teurgos la misma imputación de los fariseos a Jesús cuando le decían: *Demonio tienes*. Los astutos Padres repitieron: *Diablo tienes*, frente a los teurgos paganos, logrando que como artículo de fe prevaleciese acusación tan calumniosa. Los actuales herederos de aquellos sofisticadores eclesiásticos achacan también a obra del demonio la magia, el espiritismo y aun el hipnotismo, sin tomarse el trabajo de leer a los autores antiguos. Ningún mojigato contemporáneo aventaja a los iniciados de la antigüedad en abominar de los abusos de la magia. No hubo ley medioeval ni la hay moderna más rigurosa en este punto que la de los Hierofantes, cuya justicia se mantenía inflexible contra los hechiceros que *conscientemente* empleaban sus facultades en daño de la humanidad, al paso que si bien expulsaban del sagrado recinto al hechicero *inconsciente*, al poseído y al obseso, le cuidaban en los hospitales anexos al templo hasta que recobraba la salud. Con arreglo a la ley, quedaban excluidos de los Misterios el criminal convicto y el mago negro (NOTA: Véase la obra de Taylor: *Misterios báquicos y eleusinos*. También Porfirio y otros autores. FINAL NOTA).

No necesita comentarios esta ley, que mencionan cuantos autores trataron de la antigua iniciación. Es absurdo suponer, como supuso San Agustín, que los neoplatónicos inventaran la explicación de su doctrina, porque el mismo Platón, más o menos encubiertamente, expone casi todas las ceremonias en su verdadero y sucesivo orden. Los Misterios son tan antiguos como el mundo, y quienquiera que esté versado en simbología puede seguir sus huellas hasta llegar a la época prevédica de la India. En este país se le exige al candidato (*vatu*) la virtud y pureza más excelentes antes de ser admitido a la iniciación, ya como mero fakir, va como *purohita* (sacerdote secular) o como *sannyâsi* (NOTA: Estado monacal o de segunda iniciación. FINAL NOTA). Después de triunfar de las tremendas pruebas que preceden a la admisión en el círculo interno de las criptas, el *sannyâsi* pasa su vida en el templo entregado a la observancia de las ochenta y cuatro reglas y diez virtudes prescritas a los yoguis. Dicen los libros indos de iniciación que «sin practicar durante toda la vida las diez virtudes ordenadas por el divino Manú, nadie puede ser iniciado en los misterios del consejo». Estas virtudes son resignación (NOTA: Devolver bien por mal. FINAL NOTA), templanza, probidad, castidad, continencia (NOTA: Subyugación de los sentidos. FINAL NOTA), veracidad, paciencia, conocimiento (NOTA: Por el estudio de las Sagradas Escrituras. FINAL NOTA), sabiduría (NOTA: Conocimiento del Yo superior. FINAL NOTA) y caridad. Estas virtudes han de resplandecer en el verdadero yogui, y ningún adepto indigno (NOTA: Pierde la dignidad de adepto quien quebranta cualquiera de las diez virtudes. FINAL NOTA) debe deshonorar las filas de los iniciados ni un día siquiera. Verdaderamente es preciso reconocer que el ejercicio de estas virtudes es de todo punto incompatible con las obscenidades del culto diabólico y con cualquier finalidad lasciva.

Uno de los principales objetos de la presente obra es demostrar que en todas las religiones populares subyace la antiquísima doctrina de sabiduría, una e idéntica, profesada prácticamente por los iniciados de todos los países, únicos que comprendían su importancia. Por ahora cae fuera de la posibilidad humana averiguar el origen de esta doctrina de sabiduría, ni tampoco colegir la época de su plenitud. Sin embargo, basta el simple examen para convencerse que fueron necesarios largos siglos para que alcanzara la maravillosa perfección que revelan los remanentes de los distintos sistemas esotéricos.

Tan profunda filosofía, tan sublime código de moral y tan concluyentes resultados prácticos no han podido derivarse de una sola generación ni de una sola época. fue preciso que multitud de preclaros entendimientos observaran fenómeno tras fenómeno en sucesivas inducciones para eslabonar las verdades conocidas y sistematizar esta antigua doctrina, cuya identidad en todas las religiones del pasado demuestra el común ritual de iniciación, las castas sacerdotales bajo cuya custodia estuvieron las místicas palabras de poder y las manifestaciones fenoménicas que, por su dominio sobre las fuerzas naturales, denotaban la intervención de seres superiores al hombre. Todo lo referente a los Misterios se celaba con riguroso sigilo en todas las naciones, y todas castigaban con pena de muerte al iniciado de cualquier categoría que divulgase los secretos recibidos. Así ocurría en los Misterios báquicos, eleusinos, caldeos, egipcios y aun en los indos, de donde derivaron los demás (NOTA: Prueba de ello nos da el *Agrushada Parikskai* al decir: «Cualquier iniciado, sea cual sea su categoría, que revele la suprema fórmula sagrada, sufra pena de muerte». FINAL NOTA). También regía la misma pena en la diversidad de comunidades desgajadas del común tronco en diferentes épocas. La vemos prescrita entre los esenios, gnósticos, neoplatónicos y rosacruces (NOTA: En nuestros días se descubren vestigios de esta severa ley en la amenaza de muerte que en el acto de la iniciación masónica se le dirige al neófito. La palabra del venerable maestro de una logia se comunica en «voz baja», lo mismo que hace siglos prescribieron el *Libro de los números* caldeo y la *Mercaba* judía. Otras analogías no menos curiosas se echan de ver entre las ceremonias de los Misterios y las de la masonería actual. Una vez admitido el candidato, se lo llevaba aparte un iniciado antiguo para revelarle *al oído* el secreto de la comunidad. También el neófito masón jura, so pena de tremendos castigos, no comunicar secreto alguno a los hermanos de grado inferior, en correspondencia con lo que dice el *Agrushada Parikshai*: «El iniciado de tercer grado que antes del tiempo prescrito revele a los de segundo las verdades superiores, sufra pena de muerte». El aprendiz masón promete que antes le arrancarán la lengua de raíz que divulgar los secretos recibidos. Por otra parte, el *Agrushada Parikshai* dice: «Al iniciado de primer grado que comunique los secretos de la iniciación a individuos de otras castas para quienes la ciencia ha de ser libro sellado, *córtesele la lengua* y sufra otras mutilaciones». FINAL NOTA).

Más adelante aduciremos otras pruebas de esta identidad de votos, fórmulas, ritos y doctrinas de las antiguas religiones, y echaremos de ver que perdura hoy tan floreciente y activa como en todo tiempo la secreta Fraternidad, cuyo sumo pontífice y hierofante (*brahmâtma*) está todavía visible para quienes *saben*, aunque se le dé otro nombre, y que su influencia se ramifica por el mundo entero.

Pero entretanto, volvamos a tratar del primitivo período del cristianismo.

Clemente de Alejandria, con el rencoroso fanatismo peculiar a los neoplatónicos renegados, pero muy extraño en tan culto y sincero Padre de la Iglesia, tilda los Misterios de obscenos y diabólicos, como si no supiera que todos los ritos y ceremonias externas tenían significado esotérico (NOTA: Los Misterios se dividían en menores, cuya sede era *Agræ*, y mayores, establecidos en Eleusis. Únicamente el malicioso prejuicio puede negar hondo significado espiritual a las ceremonias externas, no obstante las pruebas y ritos por que pasaba el neófito en el período de purificación (*katharsis*), cuyo aspecto exotérico y material podía despertar el calumnioso ánimo de quienes ignoraban su verdadero significado. FINAL NOTA).

Fuera absurdo juzgar a los antiguos desde el punto de vista de la civilización contemporánea, y no es precisamente la Iglesia la más indicada para arrojar contra ellos la primera piedra, pues según afirman los simbologistas, sin que nadie pueda refutarlos, se apropió los emblemas religiosos de la antigüedad en su aspecto más grosero. Si hombres tan austeros como Pitágoras, Platón y Jámblico tomaban parte en los Misterios de que

con tanta veneración hablaron, cuadra muy mal que los críticos modernos los juzguen a la ligera por sus manifestaciones exotéricas. Jámblico dice a este propósito:

Las representaciones de los Misterios acompañadas de *pavorosa santidad*, tenían por objeto deleitar la vista para distraer de la mente todo mal pensamiento y librarnos así de pasiones licenciosas (NOTA: *Misterios egipcios, caldeos y asirios. FINAL NOTA*).

Esta explicación basta para satisfacer a los entendimientos no esclavos del prejuicio, según lo comprende Warburton al añadir:

Los hombres más sabios y virtuosos del mundo pagano afirman unánimemente que la institución de los Misterios, siempre pura desde un principio, se proponía los más nobles fines por los medios más dignos (NOTA: *Delegación divina de Moisés; Misterios eleusinos. Cita de Taylor. FINAL NOTA*).

Aunque en las manifestaciones públicas de los Misterios tomaban parte personas de toda condición y de ambos sexos, pues era obligatoria la asistencia, muy pocos llegaban a recibir la primera iniciación y menos todavía la final.

Proclo (NOTA: *Teología de Platón, libro IV. FINAL NOTA*) nos informa de los diversos grados de iniciación, diciendo:

El rito purificador (*τελετή*) precede en orden al de la primera iniciación (*muesis*), y ésta a la iniciación final (*epopteia, apocalipsis o revelación*).

Theon de Esmirna (NOTA: *Mathematica. FINAL NOTA*) divide la iniciación en cinco grados y dice sobre él particular:

El primer grado es el de previa purificación, porque los Misterios no se comunican a cuantos desean conocerlos, pues hay algunos a quienes el voceador (*Κήρυξ*) niega la admisión. Los admitidos han de purificarse mediante ciertas prácticas que preceden a la iniciación... El tercer grado es la *epopteia* o revelación. El cuarto confiere la dignidad sacerdotal o hierofántica, cuyo símbolo es la coronación (NOTA: *No debe entenderse esta palabra en el sentido de ceñir la corona en las sienes del iniciado, sino que tiene la esotérica significación a que alude Pitágoras, cuando al describir su estado de ánimo después de la iniciación, declara: «Me coronaron los dioses, en cuya presencia bebí las aguas de vida» (en sánscrito â-bi-hayât, fuente de vida). FINAL NOTA*). El quinto grado, consecuencia de los cuatro anteriores, es la amistad e íntima comunicación con Dios (NOTA: *Esta era la última y más temerosa parte de los Misterios. FINAL NOTA*).

Algunos autores dudan y los cristianos niegan que los «paganos» pudieran lograr semejante «amistad y comunicación con Dios», pues afirman que únicamente los santos de la Iglesia católica son capaces de elevarse a tan excelso estado. En cambio, los escépticos extienden la negación a paganos y cristianos. Al cabo de largos siglos de materialismo religioso y parálisis espiritual, es muy difícil si no imposible esclarecer este punto. Ya no existen los atenienses que un tiempo se congregaban en la plaza pública de Atenas ante el altar dedicado al «desconocido Dios», y sus descendientes creen que la desconocida Divinidad es el Jehovah hebreo. A los divinos éxtasis de los primitivos cristianos han sucedido visiones de índole más adecuada a la civilización y progreso de los tiempos. La figura de Jesús es hoy menos fulgurante (NOTA: *El 15 de Abril de 1877 el reverendo Talmage pronunció en Brooklyn (Nueva York) un extravagante y prolijo sermón, diciendo: «Jesús visitaba todas la mañanas en Bethania a Marta y María para platicar con ésta mientras aquella guisaba en la cocina, de lo cual llegó a enojarse Marta hasta el extremo de presentarse ante los dos conversantes con el cántaro en una mano y*

las tenazas en la otra, y vituperar bruscamente a Jesús por consentir que María la dejase sola en la cocina. A esto respondió Jesús a la malhumorada Marta: «Bien; no te enfades y siéntate en el diván». Esta payasada del irreverente predicador recibió su merecido en las columnas del periódico *The Sun*, diciendo: «Las bufonadas de Talmage van demasiado lejos. Ni el más empedernido hereje haría tanto daño a la religión como el que le infieren las acostumbradas irreverencias de ese majadero charlatán». De todo corazón aplaudimos la réplica de *The Sun*, porque ¡medrado estaríamos si tal fuese la religión de Cristo! FINAL NOTA) que la del «Hijo del Hombre», a quien los primitivos cristianos representaban descendiendo del séptimo cielo sobre nubes de gloria, rodeado de ángeles y serafines.

Desde el grandioso concepto que de la Divinidad inmanifestada tuvieron los antiguos adeptos, hasta las grotescas representaciones de Aquel que murió en la cruz por amor a los hombres, han transcurrido largos siglos, cuya pesadumbre parece haber extinguido en el corazón de los cristianos todo sentimiento religioso puramente espiritual. No es maravilla, pues, que los cristianos nieguen a los paganos la posibilidad de «unirse y comunicarse amistosamente con Dios», según nos dice Proclo, y que por otra parte tengan los materialistas por quimérica esta aseveración, aunque, no obstante negarla, denotan menos impiedad y ateísmo que muchos clérigos.

Pero si bien ya no existen los Misterios eleusinos, todavía hay un pueblo muy anterior a los orígenes de Grecia donde perdura el ejercicio de las facultades llamadas sobrehumanas, tal como las ejercitaron sus antepasados siglos antes de la guerra de Troya. Este pueblo es la India, hacia la que debieran convertir su atención los filósofos y psicólogos occidentales, que en su mayor parte ni sospechan siquiera las profundidades de la secreta filosofía índica. Los orientalistas tratan con petulante aire de superioridad cuanto se refiere a la metafísica de los indos, como si la mente europea fuese la única capaz de pulir el bruto diamante de las antiguas obras sánscritas y separar lo bueno de lo malo en provecho de la posteridad. Así disputan los orientalistas unos con otros acerca de las externas formas de expresión, sin la menor idea de las supremas y vitalísimas verdades que encubren a la comprensión de los profanos.

Dice sobre esto Jacolliot:

Por regla general, los brahmanes pertenecen a la categoría de *grihasthas* (NOTA: Como si dijéramos en nuestro país curas de misa y olla. – *El Traductor*. FINAL NOTA) o *purohitas* (NOTA: Exorcistas, adivinos, augures y evocadores de espíritus. FINAL NOTA), es decir, el primer grado de iniciación, que no obstante poseen facultades educidas hasta un punto desconocido en Europa. En cuanto a los iniciados de segundo y tercer grado, afirman que no tienen limitación de tiempo ni espacio, y ejercen dominio sobre la vida y la muerte... Pero a estos iniciados no se les ve jamás ni siquiera en el interior de los templos, excepto en la solemne fiesta lustral del fuego. Entonces aparecen a media noche sobre una tribuna levantada en el centro del sagrado estanque, como espectros que con sus conjuros iluminan el espacio. En su torno se eleva una refulgente columna de luz que abarca de la tierra al cielo, mientras extraños sonidos cruzan el aire y seiscientos mil indos llegados de todos los ámbitos del país se tienden de bruces en el suelo e invocan los espíritus de sus antepasados (NOTA: Jacolliot: *El espiritismo en el mundo*, págs. 63, 75 y 79. FINAL NOTA).

La racionalista filiación de Jacolliot nos asegura que no dice en su obra ni más ni menos de lo que vió por sí mismo, y así lo corroboran otros escépticos. En cambio, los misioneros, después de pasar media vida en el país del «culto diabólico», como llaman a la India, o bien niegan maliciosamente cuanto no les conviene, aunque les conste su certeza, o bien atribuyen ridículamente al «diablo» la operación de fenómenos más prodigiosos todavía que los «milagros» de la época de los apóstoles.

No obstante su «empedernido racionalismo», según él lo llama, se ve precisado Jacolliot a confesar la autenticidad de cuantos prodigios describe, y la sincera actuación

de los fakires a cubierto de toda impostura, diciendo (NOTA: Cualquier conato de superchería hubiera bastado para poner en recelo sobre los informes de Jacolliot a quienes sin haber estado en la India se creen lo suficientemente cautos para sorprender los fraudes. FINAL NOTA):

Jamás eché de ver en los fakires ni el más leve intento de fraude... Sin titubear confieso que ni en la India ni en Ceilán encontré a un solo europeo, por larga que fuese su permanencia en el país, capaz de explicar el procedimiento empleado por los fakires en la operación de estos fenómenos... A pesar de mis diligentes indagaciones entre los purohitas, muy poco pude averiguar respecto de los invisibles iniciados de los templos..., y aun al leer los libros religiosos, tropecé con misteriosas fórmulas y combinaciones de letras mágicas cuyo sentido me fue imposible descubrir.

No es extraño que ningún europeo residente en India fuese capaz de explicarle a Jacolliot el procedimiento empleado por los fakires, cuando él mismo fracasó en el empeño, no obstante las favorables coyunturas que se le ofrecieron para conocer de primera mano los ritos y doctrinas de los brahmanes.

Aunque los fakires no pueden pasar más allá del primer grado de iniciación, son los únicos intermediarios entre los profanos y los iniciados de categoría superior, que rarísimas veces cruzan los dinteles de sus sagradas viviendas. Estos «silenciosos hermanos» se llaman yoguis *fukara*; y ¿quién sabe si tienen mayor intervención que los mismos pitris en los fenómenos psíquicos de los fakires tan gráficamente descritos por Jacolliot? ¿Quién sabe si el fluídico espectro del brahmán visto por Jacolliot era el doble etéreo de uno de estos misteriosos sannyâsis?

Pero oigamos al mismo Jacolliot en el siguiente relato:

Un momento después de la desaparición de las manos, prosiguió el fakir recitando con mayor fervor los mantras, cuando una nube parecida a la primera, pero de tinte más intenso y más opaca, vino a cernerse sobre el brasero que a instancias del indo había yo alimentado constantemente con ascuas de carbón. Poco a poco fue tomando la nube forma humana, y distinguí el espectro o fantasma, no sé cómo llamarlo, de un viejo brahmán que se arrodilló junto al brasero. Llevaba en la frente los atributos de Vishnú y ceñía el triple cordón privativo de los iniciados de la casta sacerdotal. Juntaba las manos sobre la cabeza como durante el sacrificio, y movía los labios cual si orase. A poco, tomó una pizca de polvo perfumado y lo echó en las brasas. Debía de ser un compuesto de mucha eficacia, porque al instante se levantó una espesa humareda que llenó los aposentos.

Luego de disipado el humo advertí que el espectro me tendía su vaporosa mano, y al estrecharla a modo de saludo, noté con asombro que daba la sensación de caliente y viva aunque ósea y dura. Entonces exclamé: ¿Fuiste verdaderamente habitante de este mundo? Apenas hecha la pregunta, apareció y desapareció alternativamente en el pecho del espectro la palabra AM (sí), escrita en caracteres luminosos de aspecto fosforescente.

—¿Me dejarás algo en recuerdo de tu visita? —volví a preguntarle.

El espectro se desciñó el triple cordón y me lo dió, al propio tiempo que se desvanecía de mi vista (NOTA: Jacolliot: *Fenómenos y manifestaciones*. FINAL NOTA).

En apoyo de este fenómeno, tenemos el pasaje siguiente:

¡Oh Brahma! ¿Qué misterio es éste que ocurre todas las noches?... Echado en la estera, con los ojos cerrados, el cuerpo se pierde de vista y el alma vuela a conversar con los pitris. Vela por ella, ¡oh Brahma!, cuando abandona el yaciente cuerpo y se cierne sobre las aguas para cruzar la inmensidad de los cielos y penetrar en los oscuros y misteriosos rincones de los valles y selvas del Hymavat (NOTA: *Agrushada Parikshai*. FINAL NOTA).

Los fakires adscritos a un templo particular obran siempre por mandato. Ninguno, excepto los que han alcanzado extraordinaria santidad, está libre de la dirección del *guru* o maestro que le inició en las ciencias ocultas, a cuya influencia no puede abstraerse por completo, como les sucede a los sujetos de hipnotizadores europeos. Después de dos o tres horas de solitaria oración y meditación en el recinto interno del templo, queda el fakir psíquicamente fortalecido y dispuesto a operar maravillas mucho más variadas y sorprendentes, porque el maestro *ha puesto las manos en él* y se siente fuerte.

La autoridad de los libros sagrados indoístas y budistas demuestra que siempre hubo honda diferencia entre los adeptos superiores y los sujetos puramente psíquicos, como por la mayor parte son los fakires, a quienes hasta cierto punto se les puede tener por médiums, pues aunque estén hablando siempre de los pitris, por ser sus divinidades protectoras, conviene dilucidar, según luego veremos, la cuestión de si los pitris son o no son espíritus desencarnados pertenecientes a nuestra actual raza humana.

Decimos que el fakir tiene determinadas características del médium, porque está bajo la directa influencia hipnótica de un adepto encarnado, o sea de su *sannyâsi* o *guru*, y cuando éste muere pierde el fakir todo su poder, a menos que le haya transmitido antes de morir el necesario acopio de energía psíquica. Si los fakires no fuesen sujetos hipnóticos de los adeptos, ¿por qué habría de negárseles el derecho de recibir el segundo y tercer grados de iniciación? En el transcurso de su vida dan prueba muchos fakires de abnegación personal y rectitud de conducta hasta puntos del todo inconcebibles para los europeos, que tiemblan al solo pensamiento de las horribles torturas que por su propia mano se infligen. Pero por muy abroquelado que esté el fakir contra la humillante influencia de las entidades ligadas a la tierra, y por mucha que sea la eficacia del bambú de siete nudos recibido de su *guru*, vive en el mundo de la materia y el pecado y es posible que las magnéticas emanaciones del vulgo contaminen su alma, todavía no dueña de sí misma, facilitando con ello la actuación de entidades extrañas. No es posible, por lo tanto, comunicar los pavorosos misterios e inestimables secretos de la iniciación a quien no esté seguro de dominarse a sí mismo en toda circunstancia, pues no sólo arriesgaría la seguridad de lo que a toda costa debe librarse de la profanación, sin que su mediumnímica irresponsabilidad pudiera quitarle la vida por cualquiera indiscreción involuntaria.

La misma ley vigente en los Misterios eleusinos antes de la era cristiana prevalece hoy en la India. Además de dominarse a sí mismo, debe el adepto dominar también a las entidades inferiores, es decir, a los elementales y entidades liadas a la tierra que pudieran ejercer influencia en el fakir. Algunos arguyen en contra, diciendo que ni los adeptos ni los fakires tienen de por sí poder ninguno, sino que operan por virtud de espíritus desencarnados. Pero cabe redargüir en este caso, apoyados en la autoridad del *Código de Manú*, el *Atharva Veda* y otros libros sagrados cuyo texto no desconocen los adeptos ni los fakires, así como tampoco ignoran el significado de la palabra pitris.

Dice el *Atharva Veda*:

Todo cuanto existe está bajo el poder de los dioses. Los dioses están bajo el poder de los conjuros mágicos. Los conjuros mágicos están bajo el poder de los brahmanes. Así, los dioses están bajo el poder de los brahmanes.

Por paradójico que esto parezca, tal resulta en la realidad de los hechos para explicar a cuantos no posean la clave (NOTA: Entre ellos *Jaccoliot*, según se infiere de la lectura de sus obras. FINAL NOTA) por qué el fakir queda relegado a la primera e ínfima iniciación, cuya superior categoría corresponde a los *sannyâsis*, adeptos o hierofantes del antiguo Consejo supremo de los Setenta.

Además, el *Libro de la creación* de Manú o *Génesis* índico, dice que los pitris son los antecesores *lunares* de la actual raza humana, que difieren de nosotros y no se les puede

llamar «espíritus desencarnados» en el sentido que los espiritistas dan a esta frase. Prueba de ello tenemos en el siguiente pasaje:

Después los dioses crearon a los yakshas, rakshasas, pishâchas (NOTA: Entidades del linaje de los gnomos, gigantes y vampiros. FINAL NOTA), gandharvas (NOTA: Músicos y cantores celestes. FINAL NOTA), apsaras, asuras (NOTA: Entidades rebeldes, análogas a los titanes de la mitología griega. FINAL NOTA), nagas, sarpas, suparnas (NOTA: Diversos linajes de serpiente. FINAL NOTA) y pitris o antecesores lunares de la raza humana (NOTA: *El Código de Manú* (libro I, dístico 37) llama a los pitris «progenitores de la humanidad»). FINAL NOTA).

Por lo tanto, tenemos que los pitris son espíritus de linaje correspondiente a la jerarquía mitológica, o mejor dicho, a la nomenclatura cabalística, y deben quedar comprendidos entre los genios benéficos (NOTA: *Los daimonia de los griegos*. FINAL NOTA) o dioses menores. Cuando el fakir atribuye al poder de los pitris los fenómenos que opera, da a entender con ello lo mismo que los antiguos teurgos al atribuir sus prodigios a la intervención de las entidades elementales o espíritus de la Naturaleza subordinados a la voluntad *del que sabe* (NOTA: *Los fakires llaman palit o chutnâ al espectro humano masculino, y pichhalpâi al femenino; pero ni a unos ni a otros los confunden con los pitris. Ciertamente es que pitara significa antecesores o antepasados y pitrâ-i quiere decir pariente; pero estas acepciones difieren de la que en los mantras tiene la palabra pitris. FINAL NOTA*).

Tanto los brahmanes como los fakires tendrían por blasfemia que alguien les supusiera en comunicación con los difuntos, pues esta suprema dicha está reservada a los sannyâsis, gurus y yoguis, según vemos en el siguiente pasaje:

Mucho antes de que finalmente desechen sus mortales vestiduras, las almas de quienes practicaron austeramente el bien, como las de los sannyâsis y vanaprasthas, adquieren la facultad de conversar con las almas que las precedieron en el Swarga (NOTA: *Mahâbhârata*. FINAL NOTA).

En este solo caso se entiende por pitris los egos residentes en el plano mental que únicamente podrán comunicarse con los mortales cuya aura sea tan pura como la suya, y respondan por ello a piadosas invocaciones (*kalassa*) sin riesgo de mancillar su pureza. Cuando el adepto logra el estado de *sayadyam* (NOTA: *Identificación con el alma universal*. FINAL NOTA) y subyuga por completo la materia, puede comunicar libremente a todas horas con los espíritus desencarnados que progresivamente se encaminan hacia el Paramâtma.

No es extraño que los Padres de la Iglesia se enojen al oír hablar de los ritos paganos, por cuanto se arrogan para sí y para los suyos el título de amigos de Dios, equivalente al de santos, que tomaron de la terminología de los templos. Su ignorancia no les permitió describir sus visiones beatíficas con la galana belleza de los clásicos del paganismo, como, por ejemplo, Proclo y Apuleyo al relatar lo poco que pudieron de la iniciación final con tan brillantes imágenes que ofuscan las narraciones relativas a los ascetas cristianos, cuyo plagio es notorio, no obstante sus pretensiones de originalidad (NOTA: *Según dice Arnolio, la leyenda de las tentaciones de San Antonio en el desierto por el diablo, que se le aparecía en figura de hermosísimas mujeres, es copia de una de las pruebas por que pasaba el neófito en los Misterios menores de Agrae, cuyos ritos, tan ridiculizados por San Clemente de Alejandria, representaban a Demeter en busca de la hija que le habían robado, con la bondadosa y hospitalaria Baubo*. FINAL NOTA).

Prescindiendo de que la Iglesia cristiana y más particularmente los católicos irlandeses, han conservado muchos ritos y costumbres antiguos de aparente obscenidad, examinemos las obras de Taylor, el denodado campeón de las religiones antecristianas (NOTA: *Aunque*

algunos helenistas rutinarios hayan echado de ver defectos en las traducciones de Taylor, todo buen platonista debe estarle agradecido por haber interpretado fidelísimamente el pensamiento íntimo del insigne filósofo. Sin duda que otros traductores han vertido con *literal exactitud* las *palabras* de Platón; pero Taylor nos descubre el *sentido* del texto como no lograron Zeller, Jovett y sus predecesores. Dice sobre este particular el profesor Wilder: «Los hombres pensadores aprecian en su justo valor las traducciones de Taylor que denotan su aguda intuición para desentrañar el íntimo significado de las materias que traducía. Pudieron otros conocer más a fondo el griego, pero Taylor conocía mejor a Platón» (Introducción a los *Misterios báquicos y eleusinos*, de Taylor). FINAL NOTA), que empleó su vida en la rebusca de antiguos manuscritos originales de iniciados, para corroborar en ellos su concepto personal de los Misterios.

Por la confianza que los autores del paganismo clásico nos merecen, podemos asegurar que no debió de parecer a los cristianos tan ridículamente licencioso el culto pagano como les parece a los críticos modernos, pues durante la Edad Media y algún tiempo después, adoptaron los ritos y ceremonias de las antiguas religiones sin comprender su interno significado, y satisfaciéndose con las incongruentes o más bien fantásticas interpretaciones del clero, que admitía la forma exotérica y adulteraba el sentido esotérico de las ceremonias culturales. justo es reconocer que, desde hace muchos siglos, el bajo clero cristiano, *a quien no le está permitido escudriñar los misterios del reino de Dios ni interpretar las enseñanzas de la Iglesia*, no tiene ni la más remota idea del simbolismo religioso; pero no sucede lo mismo respecto del Sumo Pontífice y de los magnates eclesiásticos, pues si bien estamos de acuerdo con Inman en que difícilmente cabe creer que los clérigos con cuya licencia se publicaron ciertas obras (NOTA: Se refiere Inman en esta cita al *Rosario ilustrado de la Bienaventurada Virgen María*, impreso en Venecia en 1524 con licencia de la Inquisición. Un grabado representa a la Virgen en un *bosque sacro* de Asiria que, según la *Biblia*, era *abominación los ojos del Señor*, y en las demás figuras se echa de ver notable semejanza con el emblema mesopotámico del *Ishtar*, con la mujer dentro en representación de Isis, símbolo de la Naturaleza. La figura del adorante es idéntica a la que se ve en las esculturas asirias, donde los varones ofrecen a la diosa *símbolos de sí mismo* (Véase *Simbolismos pagano y cristiano* de Inman, pág. 91, 2ª ed., Nueva York). FINAL NOTA), fuesen tan ignorantes como los modernos ritualistas, en cambio, no convenimos con el mismo autor en que si los clérigos hubiesen conocido el verdadero significado de los símbolos, *no* los hubiesen adoptado, pues al eliminar del culto católico todo lo referente al sexo y al culto de la Naturaleza, suprimiríamos el de las imágenes y nos acercaríamos a la reforma protestante. Este secreto motivo tuvo la declaración del dogma de la Inmaculada. La simbología comparada progresaba rápidamente por entonces, y era preciso que la fe en la infalibilidad del Papa y en la pureza original de la Virgen y de sus antepasados en línea femenina hasta cierto grado de parentesco, resguardasen la Iglesia de las indiscretas revelaciones de la ciencia. La definición de este dogma fue un hábil ardid del Vicario de Cristo, que al «conferir tal honor» a la Virgen, como ingenuamente dice Pascale de Francisicis, la ha convertido en olímpica diosa que, incapaz de pecar por naturaleza, carece del mérito de la virtud personal; y precisamente por esta carencia de merecimiento fue escogida entre todas las mujeres, según nos enseñaron a creer en la infancia. Pero si el Papa desposeyó a María de todo merecimiento personal por su pureza, en cambio, presume haberla dotado con un atributo físico del que no participan las demás diosas vírgenes. Con todo, este nuevo dogma, al que posteriormente se añadió el de la infalibilidad pontificia y que ha revolucionado el mundo cristiano, tampoco es privativo de la Iglesia de Roma, sino que es un retroceso a la ya casi olvidada herejía de los coliridianos, que en los primeros tiempos del cristianismo ofrecían a María *sacrificios de tortas* por creer que había nacido *sin mancha de pecado* (NOTA: Véanse: King: *Gnósticos*, 91-92; Fausto, obispo de Riez: *Genealogía de la Virgen María*. FINAL NOTA). Por lo

tanto, la nueva jaculatoria: «¡Oh María!, sin pecado concebida», es póstuma aceptación de la *blasfema* herejía condenada en un principio por la ortodoxia de los Padres.

Fuera inferir agravio a la erudición y maquiavelismo de los papas y sus dignatarios suponerles ignorantes del significado de los símbolos religiosos. Fuera olvidar que los agentes de Roma salvaron por medios de jesuítico artificio cuantos obstáculos les embarazaban el camino. Los misioneros de Ceilán sobresalieron en la política de adaptación al medio ambiente; pues, según afirma el erudito e idóneo abate Dubois (NOTA: Citado por Prinseps en la *Revista de Edimburgo*, Abril de 1851, pág. 411. FINAL NOTA), sacaban procesionalmente las imágenes de Jesús y la Virgen en la misma carroza del Juggernaut (NOTA: La adopción de esta carroza para ostentar procesionalmente el símbolo católico del principio femenino de la Naturaleza, denota completo conocimiento de la mitología antigua. FINAL NOTA), en la que los «perversos paganos» llevan el *lingham* de Siva, e introdujeron las danzas brahmánicas en las ceremonias culturales, al propio tiempo que daban representación cristiana a los conceptos indoístas de *Nara* (padre), *Nari* (madre) y *Virad* (hijo).

Dice Manú:

El Soberano Señor que existe por sí mismo divide su cuerpo en dos mitades, masculina y femenina. De la unión de estos dos principios nació Viradj, el Hijo (NOTA: *Manú*, libro I, dístico 32.– Wililam Jones traduce este dístico como sigue: «La suprema Potestad dividió su propia substancia y vino a ser mitad masculino con naturaleza activa, y mitad femenino con naturaleza pasiva. De su porción femenina engendró a Viradj». FINAL NOTA).

Los Padres de la Iglesia no ignoraron de seguro el significado material de estos símbolos, pues bajo este aspecto los pusieron al alcance del inculto vulgo; pero como ninguno de ellos, excepto el apóstol Pablo, estuvo iniciado en los Misterios, nada sabían de cierto en lo concerniente al verdadero significado de los ritos (NOTA: Según ya hemos dicho, el que, fuese cual fuese su sexo, nacionalidad o religión, quebrantaba el sigilo debido a los Misterios, era condenado a muerte. Por lo tanto, los Padres de la Iglesia no hubieran escapado a la ley común en caso de estar iniciados. FINAL NOTA), aunque todos tuvieron motivo de sospechar su oculto simbolismo.

Aun dando por supuesto que en los Misterios menores o iniciación preliminar (*aporreta*) se llevasen a cabo algunas ceremonias (NOTA: Dudamos que así sucediera, como afirman autores de litigiosa sinceridad. FINAL NOTA) ofensivas al pudor de los cristianos recién conversos, su místico simbolismo hubiera bastado a desvanecer toda sospecha de obscenidad (NOTA: El episodio de la matrona Baubo, cuyo excéntrico procedimiento de consolación inmortalizaron los Misterios menores, está explicado sin asomo de impudicia por cuantos estudiaron imparcialmente los Misterios antiguos. Las correrías de la diosa Demeter (Ceres) en busca de su hija, simbolizan uno de los conceptos psicológicos de mayor alteza metafísica. Son un velo para encubrir la celeste visión que en la hora postrera muestra a la libertada alma del iniciado, el descenso del alma a la materia en su primera encarnación. FINAL NOTA).

Dice Píndaro:

Bienaventurado el que ha visto los ordinarios negocios del mundo inferior, pues así sabe cuál es el fin de la vida que en Júpiter tiene su origen.

Prevalido de la autoridad de varios iniciados, dice Taylor:

Las representaciones dramáticas de los Misterios menores tuvieron desde un principio por objeto significar encubiertamente la condición del alma encarnada en el cuerpo físico, donde sufre la muerte hasta que la liberta la sabiduría.

El cuerpo es cárcel y sepulcro del alma, pues, como afirma Platón, y con él algunos Padres de la Iglesia, el alma recibe su *castigo* en la unión con el cuerpo. Tal es la doctrina básica de los budistas y también de muchos indoístas.

Sobre esto dice Plotino:

Quando el alma cae en la generación desde su estado casi divino, participa del mal y desciende a una condición distantemente opuesta a su primitiva integridad y pureza, hasta quedar completamente sumida en el negro lodazal (NOTA: *Eneades*, I, libro VIII. FINAL NOTA).

Esta misma enseñanza dió Gautama el Buddha.

Si hemos de creer a los antiguos iniciados, forzoso nos será admitir la interpretación que dieron a los símbolos, sobre todo si vemos que coincide con las enseñanzas de los más preclaros filósofos hasta el punto de representar la misma idea que los actuales Misterios de Oriente.

Demeter era el símbolo del vehículo astral que, no obstante su naturaleza sutil, se contaminaba con la materia a través de sucesivas evoluciones espirituales. De este símbolo podemos inferir el de la matrona Baubo, la hechicera que para adaptar el alma (Demeter) a su nueva situación se ve precisada a tomar forma infantil. Baubo es el cuerpo físico que proporciona al alma el único medio capaz de acostumbrarla a su terrena cárcel, previo el paso por la inocencia infantil. Hasta el momento de encarnar, Demeter o *Magna mater* (el alma) duda, vacila y se acongoja; pero en cuanto prueba el bebedizo preparado por la hechicera Baubo, calma su ansiedad y se infunde en el infantil cuerpo, donde durante algún tiempo pierde la conciencia de su precedente estado mental, que ha de recobrar tras nueva lucha iniciada con el uso de razón. El alma se halla entonces entre la materia (cuerpo físico) y el *Âtmâ* o espíritu inmortal (*nous*). ¿Quién vencerá? La triada superior recibirá el resultado de la batalla de la vida. Si prevalecen los placeres materiales con sus correspondientes abusos, a la muerte del cuerpo físico seguirá la desintegración del astral; pero, en caso contrario, si prevalece la naturaleza superior, en vez de desintegrarse el cuerpo astral se unirá con el supremo principio de la triada superior, único capaz de conferirle la inmortalidad. Entonces conoce el hombre las divinas verdades del más allá de la vida antes de la muerte del cuerpo. Los semidioses abajo; los dioses arriba.

Tal era el principal objeto de los Misterios que algunos simbologistas modernos ridiculizan y la teología nos representa de índole diabólica. La imputación de falsedad y locura contra puros y sabios hombres de la antigüedad y la Edad Media proviene de ignorar o no creer en las potenciales facultades que todo hombre lleva inherentes y que puede educir en muy superior grado, hasta llegar a ser un hierofante, para educirlas después en cuantos se sometan al mismo régimen disciplinario. Los hierofantes apenas insinuaron lo que vieron en su última hora terrena; pero Pitágoras, Platón, Plotino, Proclo y muchos otros aseveraron la insinuación.

Ya en el recinto interno del templo, ya por el particular estudio de la teurgia o por la austera espiritualidad de su vida, todos los iniciados adujeron en sí mismos evidente prueba de la posibilidad que tiene todo hombre de ganar la vida eterna tras ruda pelea en la vida temporal.

Platón alude vagamente a la *epopteia* o revelación final, diciendo:

Una vez iniciado en los Misterios que a todos superan por lo sagrados, me vi libre de males a que de otro modo hubiera estado expuesto en lo futuro. También por esta divina iniciación pude contemplar *benitas visiones* en el seno de la pura luz (NOTA: Platón: *Fedro*, 64. FINAL NOTA).

Este pasaje demuestra que los iniciados poseían la facultad de ver entidades espirituales; y según acertadamente observa Taylor, se colige de otros pasajes análogos de las obras escritas por los iniciados, que lo más sublime de la *epopteia* consistía en la contemplación de los dioses (NOTA: Los espíritus planetarios. FINAL NOTA) rodeados de refulgente luz. Inequívoca prueba de ello nos da el siguiente pasaje de Proclo:

En todas las iniciaciones y ceremonias de los Misterios se aparecen los dioses en diversidad de formas y variedad de aspectos, todos ellos luminosos, con resplandor que de la propia figura emana, y toma unas veces contornos humanos y otras asume configuración distinta (NOTA: Comentarios sobre la «República» de Platón, 380. FINAL NOTA).

Para demostrar de nuevo la identidad de las doctrinas esotéricas del mazdeísmo con las de los filósofos griegos, citaremos el siguiente pasaje del *Desatir* o *Libro de Seth*:

Todo cuanto en la tierra existe es *sombra* y semejanza de lo que en la esfera existe. Mientras el resplandeciente prototipo espiritual *no muda de condición*, tampoco muda su sombra. Pero cuando el resplandeciente se aleja de su sombra, también la vida se aleja a igual distancia de la sombra. Sin embargo, el resplandeciente no es sino la sombra de algo todavía más resplandeciente (NOTA: *Libro de Seth*, versículos 33-41. FINAL NOTA).

Las afirmaciones de Platón corroboran nuestra creencia de que los Misterios de la antigüedad pagana eran idénticos a la actual iniciación de los adeptos, indoístas y budistas, cuyas beatíficas y verdaderas visiones no son resultado de trances o éxtasis mediumnísticos, sino de la disciplinada y gradual educación de las internas facultades a través de sucesivas iniciaciones. Los *myste* (iniciados) intimaban con los «dioses resplandecientes» o «místicas naturalezas», según Proclo los llama. Así lo confirma Platón al decir:

Me veía puro e inmaculado en cuanto quedaba libre de esta vestidura que nos envuelve, llamada cuerpo, a la que estarnos en la tierra adheridos como la ostra a la concha (NOTA: *Fedro*, 64. FINAL NOTA).

Tenemos, por lo tanto, que la enseñanza de los pitris planetarios y terrestres sólo se revelaba enteramente en la antigua India, lo mismo que ahora, en el último grado de iniciación. Muchos fakires de irrepreensible conducta y pura y abnegada vida no han podido ver la forma astral de un *pitris* humano o antepasado terrestre, sino en el supremo instante de la iniciación, cuando el guru le entrega el bambú de siete nudos como insignia de su nueva dignidad. Entonces ve cara a cara a la desconocida entidad, a cuyos pies se postra; pero no recibe el poder de evocación, porque éste es el supremo misterio de la sagrada sílaba AUM (NOTA: Dicen los orientistas que la sílaba *Aum* sirve para evocar la Trinidad védica o *Trimurti* de Brahmâ, Vishnu y Siva; pero contradiciendo respetuosamente a tan ilustres sabios, diremos que la sílaba *Aum* simboliza la triada superior o Ego humano, con entera abstracción de los vehículos inferiores. Los budistas indos invocan a la teística triada *Buddha, Dharma y Sanga* con la siguiente fórmula: *Namo Buddhâya / Namô Dharmâyâ / Namô Sangâyâ / ¡Aum!* Los budistas tibetanos emplean esta otra fórmula: *Nan-won Fo-tho-ye / Nan-won Tha-ma-ye / Nan-won Seng-kia-ye / ¡Aan!* (Véase a este propósito el *Journal Asiatique*, VII, 286). FINAL NOTA), símbolo de la trínica individualidad humana, además de ser también de la abstracta *Trinidad* védica. Cuando el Ego o trínica individualidad anticipa transitoriamente en el momento de la iniciación aquella *unidad* que ha de lograr al vencer a la muerte, entonces se le permite al iniciado vislumbrar su Ego futuro (NOTA: El «resplandeciente» a que alude el *Libro de Seth* o *Desatir*; el *augoeides* (el que brilla con luz propia) de Platón; la bendita y luminosa visión de los iniciados griegos. Esto mismo da a entender Porfirio al decir que Plotino se unió con su «dios» seis veces en la vida. FINAL NOTA).

Dice Vrihaspati que en la antigua India estaba prohibido, bajo pena de muerte, revelar al vulgo el misterio de la Triada. Tampoco era lícito revelarlo en Eleusis y Samotracia, ni en la actualidad, pues debe seguir siendo un misterio confiado a los adeptos, mientras la ciencia materialista lo tenga por quimérico y la teología dogmática por diabólico.

La comunicación subjetiva con las entidades humanas de índole divina que nos han precedido en el logro de la bienaventuranza, comprende en la India tres grados; conviene a saber: *presenciente, auditivo y volitivo*.

Bajo la dirección espiritual del *guru* o *sannyâsi*, el neófito (*vatu*) acaba por tener el incipiente *presentimiento* de las entidades espirituales. Si no estuviese dirigido por un adepto, quedaría a merced de las entidades inferiores por no saber distinguir las de las superiores. ¡Feliz el sensitivo que sabe espiritualizar su ambiente!

Al cabo de algún tiempo progresa el neófito hasta el segundo grado de comunicación en que adquiere la clariaudiencia (NOTA: Es condición precisa que no se haya hecho sensitivo por procedimientos psíquicos. FINAL NOTA) y oye las voces del mundo superior; pero como todavía no es capaz de discernir, necesita quien le enseñe a precaverse de las astutas entidades malélicas del aire, que tratarían de engañarle con falaces voces si no estuviera protegido por la influencia del guru, que le pone en condiciones de consagrarse a los puros y celestiales pitris humanos.

En el tercer grado, el candidato presiente, oye y ve al mismo tiempo y puede determinar a voluntad el *reflejo* de los pitris en la luz astral. Todo depende de sus facultades psíquicas e hipnóticas, que a su vez están en función de la voluntad. Sin embargo, el fakir nunca llegará a dominar el Âkâsa (el principio de vida espiritual y omnipotente agencia de todo fenómeno) en el mismo grado que los adeptos, pues los fenómenos operados por la voluntad de estos últimos no sirven para embohar a los mirones en la plaza pública.

Los dogmas fundamentales de la religión de Sabiduría, que constituyen la base de todas las religiones culturales son: unidad de Dios, inmortalidad del espíritu y salvación por los personales merecimientos de las buenas obras. Estos dogmas alientan en el indoísmo, budismo y mazdeísmo, así como también en el antiguo sabeísmo, pues si dejamos la adoración del sol a la ignorancia del vulgo, veremos que dicen los *Libros de Hermes*:

El pensamiento se ocultaba tras el silencio y obscuridad del mundo... Después, el Señor que existe por Sí mismo y no pueden percibir los sentidos externos del hombre, dispuso las tinieblas y puso de manifiesto el mundo objetivo.

Por otra parte, corroboran esta enseñanza los siguientes pasajes:

Aquel que sólo el espíritu puede percibir y nadie puede comprender, que escapa a los órganos del sentido y no tiene partes visibles y es eterno y el alma de todos los seres, desplegó su propio esplendor (NOTA: *Manú*, libro I, dísticos 6 y 7. FINAL NOTA).

Tal es el concepto que de la suprema Divinidad tuvieron siempre los filósofos indos. En cuanto a la inmortalidad del espíritu, nos dice Manú:

El principal deber es adquirir la ciencia del alma suprema (el espíritu), porque es la única ciencia capaz de conferir la inmortalidad (NOTA: *Id.* libro XII, dístico 85. FINAL NOTA).

Después de esto, ya no pueden afirmar los eruditos que el *nirvana* de los budistas y el *moksha* de los indoístas equivalgan a la total aniquilación, interpretando torcidamente este pasaje:

Quien reconoce el alma suprema en su propia alma y en la de todos los seres, y con todos obra en justicia sean hombres o animales, alcanza la suprema felicidad de quedar *absorbido* en el seno de Brahma (NOTA: *Id. libro XII, dístico 125. FINAL NOTA*).

El concepto que del *moksha* y el *nirvana* tiene la escuela de Max Müller no resiste la confrontación con los numerosos textos que lo refutan, aparte de la documentación escultórica de muchas pagodas que abiertamente lo contradice. Si le preguntáis a un brahmán el significado del *moksha* y a un budista el del *nirvana*, ambos responderán que simbolizan la inmortalidad del espíritu, o sea aquel estado en que el espíritu individual se identifica con el Espíritu universal (NOTA: *Que de ningún modo debe concebirse como entidad antropomórfica, sino como estado de conciencia. FINAL NOTA*), de suerte que se convierte en *parte* integrante del *Todo*, pero sin perder su conciencia individual. En tan inefable estado, el espíritu del hombre que lo alcanza vive exento del temor a las modificaciones de la forma, pues queda definitivamente emancipado aun de las más sutiles formas de la materia.

La palabra *absorción* debe tomarse, por lo tanto, en el sentido de *unión íntima o identificación* y no como aniquilación, puesto que indoístas y budistas creen en la *inmortalidad* del espíritu. Vemos, pues, cuán sin razón les llaman idólatras los cristianos, a pesar de las recientes versiones de los libros sagrados de la India, y la manifiesta injusticia que cometen al tildar de disparatada la filosofía oriental y de orates a sus expositores. Con mayor razón podríamos acusar de *nihilistas* a los hebreos, pues ni en el *Pentateuco* ni en profeta alguno hay pasaje ni versículo de cuyo sentido literal se infiera con toda evidencia la inmortalidad del espíritu; y sin embargo, todo fervoroso judío espera reposar después de la muerte en el *seno de Abraham*.

Se inculpa a los hierofantes de administrar a los candidatos en el acto de la iniciación ciertas pócimas o bebedizas anestésicos, que producen las visiones anteriormente referidas. Ciertamente, emplearon y aun emplean bebidas sagradas como el *Soma*, con eficacia bastante para permitirle al candidato la temporánea actuación en el cuerpo astral; pero en estas visiones no hay ni más ni menos falacia que la que pueda haber en la observación del mundo infinitesimal con auxilio del microscopio. No es posible comunicarse conscientemente ni conversar con un espíritu puro mediante los sentidos físicos, pues sólo de espíritu a espíritu cabe la comunicación espiritual, de modo que se vean y hablen los espíritus; y aun el mismo cuerpo astral es demasiado grosero y tan contaminado está de materia física, que no puede percibir ni vislumbrar al espíritu.

El ejemplo de Sócrates nos representa los peligros de la mediumnidad ineducada. El célebre filósofo era médium de nacimiento y tenía por consejero a un espíritu familiar (*daimonia*) que al fin causó la muerte de su poseído (NOTA: *De este pasaje del texto, así como del correspondiente a la pág. 363 del tomo I, parece inferirse que el *daemonia* de Sócrates era una entidad astral menos elevada de lo que corresponde a la espiritual alteza de los Maestros. Sin embargo, apoyados en la indogmatizable libertad de investigación y crítica que la Teosofía reconoce en los estudiantes, recordaremos que, según otros tratadistas y comentadores, el *daimonia* de Sócrates no era espíritu familiar a manera del de las pitonisas y médiums, sino su Yo superior, el resplandeciente *augoeides* de Platón o sea el estado superior de la conciencia humana en la actual quinta raza a que, como nosotros, pertenecía Sócrates. El lector se inclinará libremente a la interpretación más conforme con su particular juicio, prescindiendo de las simpatías, no siempre favorables al recto criterio, que puedan inspirarle unos y otros tratadistas. – *El Traductor. FINAL NOTA*). Es común sentir que Sócrates no solicitó jamás la iniciación en los Misterios; pero los *Anales sagrados* nos dicen que no se le pudo admitir en los ritos por impedírsele su mediumnidad, pues la regla de los Misterios prohibía la admisión de cuantos deliberadamente profesaran la hechicería (NOTA: *Conviene fijar el sentido de esta palabra. La hechicería puede ser consciente e inconsciente, pero siempre es magia negra. El hechicero consciente da siniestra**

dirección a sus actualizadas facultades hipnóticas por inversión de su voluntad, mientras que el hechicero inconsciente produce los mismos resultados, no con sus propias fuerzas psíquicas, sino por las que suplantándole la voluntad le prestan las entidades malignas, y sobre todo, los temibles elementarios que se posesionan de los vehículos del hechicero. Muchos infelices, sin otra culpabilidad que su abulia, hallaron desastrosa muerte por las imposturas de los elementarios. FINAL NOTA) o tuviesen espíritu familiar. Esta regla era justa y lógica, porque todo médium es más o menos irresponsable (NOTA: FINAL NOTA) (NOTA: Así se explican ciertas extravagancias de Sócrates. FINAL NOTA) y forzosamente pasivo, que se deja gobernar por su guía sin atender a ninguna otra regla ni autoridad. Todo médium cae en trance al antojo de la entidad posesora, y por lo tanto no era posible confiar a un médium los secretos de la eopteia, cuya revelación estaba penada de muerte. El viejo filósofo dejóse arrebatar en un momento de descuido por la inspiración de su familiar, y reveló inaprendidos conceptos que sus compatriotas creyeron ateísticos y, en consecuencia, le condenaron a muerte.

Ante el ejemplo de Sócrates no cabe afirmar con verdad que los videntes y taumaturgos iniciados en los Misterios del recinto interior fuesen médiums por el estilo de los espiritistas. No lo fueron Pitágoras ni Platón ni Jámblico ni Longino ni Proclo ni Apolonio de Tyana, porque, de serlo, no se les hubiera admitido a la iniciación en los Misterios (NOTA: Taylor demuestra que Plotino corroboró la verdad de las divinas visiones de los Iniciados. FINAL NOTA). Las facultades espirituales de los iniciados eran propias de su ministerio sacerdotal, y la inquebrantable creencia de toda la antigüedad en estas facultades, muchísimo antes de aparecer la escuela neoplatónica, demuestra que, en contraposición de las mediumnísticas, puede educir el hombre facultades muy superiores con auxilio de una misteriosa ciencia que muchos discuten y pocos conocen.

El uso de estas facultades aviva en el hombre el anhelo de morar en su verdadera patria y de alcanzar la vida futura, con la vehemente aspiración de identificarse con el Yo superior. El abuso de las mismas facultades extravía al hombre por los yermos de la hechicería, brujería o magia negra.

Equidistante del adepto y el hechicero está el médium, cuyos inconsistentes vehículos dan materia a propósito para que de ellos se valgan como de instrumentos fenoménicos, ya los adeptos, ya los hechiceros, según el ambiente de atracción que haya formado por las circunstancias de su vida o por las condiciones de su herencia física y mental. En el primer caso será su destino una bendición, pero en el segundo será un precito hasta que se purifique de la terrena escoria.

El sigilo en que siempre se mantuvieron los Misterios (NOTA: Conviene también fijar el sentido etimológico de esta palabra, pues no significa precisamente algo secreto y encubierto a las ordinarias luces del entendimiento humano, sino representación corpórea y material de ideas, conceptos y principios metafísicos. Un misterio puede divulgarse a todos los vientos sin dejar de ser misterio, pues el secreto, el enigma está en la significación del símbolo material.— *El Traductor*. FINAL NOTA) obedecía a dos razones principales: la pena de muerte infligida a quien los quebrantara y las difícilísimas pruebas que tenía que sufrir el candidato antes de la iniciación final, con riesgo de perder el juicio. Pero a ninguno se exponía quien, por haber espiritualizado su mente, estaba prevenido contra todo linaje de visiones terroríficas. Nada ha de temer quien esté plenamente convencido del poder de su inmortal espíritu y ni por un momento dude de su omnimoda protección; pero ¡ay del candidato que por el más leve temor, hijo enfermizo de la materia, pierda la fe en la invulnerabilidad de su espíritu! Sentenciado está quien carezca de la suficiente preparación moral para recibir la carga de tan terribles secretos.

El Talmud relata la leyenda de los cuatro tanaímes que entraron en el jardín de delicias (NOTA: Alegoría de la iniciación final. FINAL NOTA). Dice así:

Según nos enseña nuestros santos maestros, los cuatro que entraron en el jardín de delicias, fueron: Ben Asai, Ben Zoma, Acher y el rabino Akiba,

Ben Asai miró y cegó.

Ben Zoma miró y enloqueció.

Acher estropeó las plantaciones (NOTA: Tergiversó las enseñanzas y fracasó. FINAL NOTA).

Pero Akiba que había entrado en paz, salió también en paz, porque el Santo, cuyo nombre sea bendito, dijo: «Este anciano es digno de servirme con gloria».

Según apunta Franck en su *Kábala*, los rabinos de la sinagoga, eruditos comentadores del *Talmud*, interpretan el jardín de delicias como la misteriosa ciencia de tan abstrusa profundidad que *debilita la mente con riesgo de llevar a la locura*.

Nada ha de temer el puro de corazón que emprende el estudio de esta ciencia con propósito de perfeccionarse y alcanzar más rápidamente la prometida inmortalidad. Quien ha de temblar es el que toma dicho estudio con el deseo puesto en logros mundanos. *Este último nunca podrá resistir las cabalísticas invocaciones de la suprema iniciación*.

De la propia manera que los comentadores tendenciosos vituperan las ceremonias de los Misterios antiguos, podrían vituperar las licenciosas ceremonias de las mil y una sectas del primitivo cristianismo. Pero no merecen los Misterios antiguos tal vituperio de los teólogos cristianos, si se tiene en cuenta que en España y Mediodía de Francia estuvieron siglos atrás muy en boga las representaciones teatrales de los misterios religiosos (NOTA: Se llamaban *Autos sacramentales*, y Calderón de la Barca compuso muchos de ellos.– *El Traductor*. FINAL NOTA), entre ellos el de la Encarnación, cuyos personajes eran María, José y el arcángel Gabriel (NOTA: Con el tiempo fueron decayendo en manos del vulgo estas representaciones, y no hace todavía muchos años, los teatros ambulantes de polichinelas representaban por Navidad en Polonia y la Rusia meridional los Larnarlos *Belenes* o escenas del nacimiento de Cristo con todos los misterios relativos a él. Estas representaciones se llamaban *kaliadovki*, palabra que tal vez derive del verbo *kaliadovât*, según podrán averiguar los filólogos. En nuestra infancia presenciamos este espectáculo, y aun recordamos los tres muñecos de empolvadas pelucas y ceñidos pantalones de color que figuraban los reyes magos. La piadosa concurrencia asistía al espectáculo con muestras de ingenua y honda devoción, que nos dió a comprender más tarde cuan acertadamente dice Taylor: «La profanación es hija de la ignorancia. Los hombres ridiculizan lo que no entienden debidamente... Las ocultas corrientes que impelen al mundo se dirigen hacia su final desembocadura, y en el fondo de la credulidad, o si se quiere debilidad humana, subyace el ilimitado poder de la fe, capaz de abarcar la suprema razón de la existencia». Nada hubiéramos dicho de todo esto si en la Iglesia oficial prevaleciese concretamente el abstracto sentimiento de la llamada caridad cristiana. En modo alguno atacamos a los cristianos de fe sincera, cuyas obras coinciden con sus creencias; pero respecto al soberbio, intolerante y taimado clericalismo, que tan rudamente combate a los filósofos antiguos, cuyas enseñanzas reanuda el espiritualismo moderno, hemos de defender y vindicar con todas nuestras fuerzas a la filosofía esotérica de modo que resplandezca su grandiosa suficiencia, al par que se consolide el inalienable derecho del criterio individual y arraigue más y más la enaltecida idea de la vida futura, basada en la responsable actividad del hombre. FINAL NOTA).

Por mucho que disientan de nuestra opinión, aplaudimos calurosamente a comentadores como Higgins, Inman, Knight, King, Dunlap y Newton por haber acopiado nuevas y numerosas pruebas de la filiación pagana de los símbolos cristianos. Sin embargo, la tarea de estos investigadores resulta infructuosa por lo incompleta, pues faltos de la verdadera clave de interpretación, sólo ven el aspecto material de los símbolos y es para ellos libro sellado el espiritualismo de la filosofía antigua, por desconocer la contraseña que pudiera

abrirles las puertas del misterio. Aunque su juicio respecto de las antiguas enseñanzas sea diametralmente opuesto al de los clericales (NOTA: También conviene fijar de una vez el sentido que la autora da, sin duda alguna, a esta palabra. Por clericales debemos entender el clero secular y regular en corporación eclesiástica sujeta por disciplina a las decisiones de los concilios y a la letra muerta de las Escrituras con la obstinada pretensión de la supremacía de la Iglesia sobre el Estado, de suerte que el Papa sea rey de reyes y tenga derecho de excomulgar y deponer del trono al monarca que incurra en sus iras, y que las leyes de todo país estén no ya en armonía con la eterna ley de Dios (que esto nadie lo rebate), sino subordinadas a la mudable y no siempre justa legislación eclesiástica. Podemos considerar el clericalismo como el conjunto de los fanáticos partidarios de la política teocrática, que con el *Syllabus* por programa y el *liberalismo es pecado* por lema adulteran el sentimiento religioso de las gentes sencillas en provecho de sus particulares y egoístas ambiciones, del todo antitéticas a la palabra de Cristo.— *El Traductor*. FINAL NOTA), no satisface las ansias de quienes buscan la verdad. Al contrario, sus trabajos de investigación favorecen el materialismo, así como las enseñanzas clericales fomentan la supersticiosa creencia en el diablo.

Aunque el estudio de la filosofía hermética no allegase otra ventaja, bastaría la de mostrarnos la perfecta justicia que gobierna el mundo. Cada página de la historia equivale a un discurso sobre este tema, y ninguno de tan profunda enseñanza moral como el caso de la Iglesia romana, que por singular imperio de la divina ley de compensación se ha visto privada de la clave de sus propios misterios religiosos (NOTA: Nos parece muy aventurada, o mas bien fantástica, la opinión de Higgins de que la Iglesia romana tiene dos doctrinas: la exotérica, para la masa general del vulgo, y la esotérica, para los «perfectos» o iniciados, como en los antiguos Misterios. FINAL NOTA), y en modo alguno pueden compararse sus sacerdotes con los antiguos hierofantes en el conocimiento de las fuerzas naturales.

Al quemar las obras de los teurgos, proscribir a cuantos se dedicaban a su estudio y tildar de demoníacas las operaciones mágicas, dió Roma motivo para que los librepensadores interpreten arbitrariamente los símbolos religiosos, que se tengan por obscenos los emblemas sexuales y que los sacerdotes, sin darse de ello cuenta, conviertan los exorcismos en invocaciones nigrománticas. La crueldad, hipocresía e injusticia del clero romano han sido las armas suicidas en que se manifestó la sanción de la divina ley distributiva.

La verdad divina es sinónima de la verdadera filosofía. Una forma religiosa enemiga de la luz no puede fundarse en la verdad divina ni en la filosofía verdadera, y por lo tanto, ha de ser forzosamente falsa. Los antiguos Misterios sólo eran tales para los profanos, pero no para los iniciados, pero a ningún hombre del talento de Pitágoras y Platón le hubieran satisfecho los no explicados misterios del dogma cristiano. La verdad no puede ser más que una, y si sobre un mismo asunto hay contradictorias opiniones, por entre ellas anda el error; pero vemos que, no obstante los opuestos cultos de las mil religiones exotéricas que unas con otras lucharon desde que los hombres pudieron comunicarse sus ideas, no hay una sola, ni la de la tribu más salvaje, que deje de creer en el alma inmortal del hombre y en el invisible Dios, Causa primera de las inmutables leyes de la Naturaleza. Ni opinión ni escuela ni fanatismo alguno han podido desvanecer esta universal creencia que, por lo tanto, ha de estar apoyada en la verdad absoluta. Por otra parte, las religiones exotéricas y las numerosas sectas de ellas desgajadas inculcan a sus fieles un concepto falso e incompleto de la Divinidad bajo un cúmulo de especulaciones teológicas a que llaman revelación; y como los dogmas definidos de cada religión por ser distintos no pueden ser verdaderos, ¿qué valor tienen si son falsos?

Dice a este propósito Inman:

Lo peor para un pueblo no es tener una religión defectuosa sino los obstáculos opuestos a la libre investigación y examen. Todo país dominado en la antigüedad por la teocracia cayó al fin bajo la espada de los conquistadores, que no paraban mientes en jerarquías... ni mayor peligro está en los clérigos, que toleran y estimulan los vicios como medio de mantener su predominio sobre lo fieles... Si cada cual se portase con los demás como quiere que los demás se porten con él, y nadie permitiese interposiciones de otro hombre entre él y Dios, habría de sobra para que todo fuese bien el mundo (NOTA: *Símbolos paganos y cristianos*, Prefacio, 34. FINAL NOTA).

CAPÍTULO XVII

EL REY: Oigamos este relato del principio al fin.
SHAKESPEARE, *Todo es bien si bien acaba*. Acto V, escena III

Él es el Uno engendrado por Sí mismo, de Quien todas las cosas proceden y en ellas actúa. Ningún mortal le ve, pero Él lo ve todo.

Himnos Órficos

Tuya es Atenas, ¡oh Atenea! Escucha. ¡oh gran diosa!, y en mi obscurecida mente derrama tu pura luz con ilimitada abundancia. Derrama, ¡oh Reina perfectísima!, aquella luz sagrada que eternamente irradia de tu serena faz. Con tu bendito e impelente fuego inspira a mi alma mientras vaga por la tierra.

PROCLO; TAYLOR, *A Minerva*

La fe es la substancia de las cosas... Por su fe no pereció con los incrédulos la ramera Rahab, que había ocultado compasivamente a los espías.

Hebreos, XI, I, 31

¿De qué aprovecharla, ¡oh hermanos míos!, la fe sin las obras? ¿Podrá la fe salvarle? La ramera Rahab quedó justificada por las obras al recibir a los espías y despedirlos después por seguro camino.

Santiago, II, 14, 25

Clemente de Alejandría nos presenta al gnóstico Basílides «dedicado a la contemplación de las cosas divinas». Esto mismo puede decirse de los fundadores de las primitivas sectas que acabaron por fundirse en la estupenda amalgama de intrincados dogmas con que Ireneo, Tertuliano y otros doctores definieron el actual cristianismo. Si se califican de *heréticas* aquellas sectas, también habríamos de considerar herético el primitivo cristianismo. Basílides y Valentino fueron anteriores a Ireneo y Tertuliano, quienes todavía tienen menos motivo que aquéllos para cohonestar sus heréticas doctrinas, cuyo triunfo se debió a la propicia suerte y no al derecho divino ni a la eficacia de la verdad. Cabe asegurar con todo fundamento que el judaísmo, la cábala y el cristianismo son brinquiños de las dos recias ramas (indoísmo y budismo) del robusto tronco de la prevédica religión universal a que pudiéramos llamar budismo prehistórico, posteriormente dogmatizado en el indoísmo para rebrotar más tarde en el budismo de Gautama.

Con esta última religión tiene íntimo parentesco la predicada por Jesús y difundida por los apóstoles. El buddha Gautama restauró la prístina pureza del sentimiento religioso estableciendo su doctrina ética sobre tres principios fundamentales, conviene a saber:

- 1º El origen natural de todas las cosas.
- 2º Qué la virtud lleva en sí misma el premio, y el vicio el castigo.
- 3º Que la vida terrena es de prueba para el hombre.

En estos tres principios se fundan todas las creencias religiosas, que pueden resumirse en Dios y la inmortalidad del espíritu. Por confusos que fueran los subsiguientes dogmas teológicos y por incomprensibles las metafísicas abstracciones que embarullaron las teologías de las diversas religiones, todas éstas, si exceptuamos el actual cristianismo (NOTA: Indudablemente, debe referirse la autora al conglomerado de ceremonias gentílico-judías en que, con olvido de la caridad o signo interior del cristiano y del espíritu evangélico, ha degenerado el cristianismo apostólico.– *El Traductor*. FINAL NOTA),

vivifican su filosofía con aquellos tres principios que resplandecieron múltiplemente en las doctrinas de Zoroastro, Pitágoras, Moisés (NOTA: También las doctrinas del legislador hebreo fueron posteriormente adulteradas. FINAL NOTA), Platón y Jesús.

Examinemos, pues, siquiera brevemente, las numerosas sectas que se llamaron cristianas por creer en un *Christos* (NOTA: Que significa *ungido*. Ya explicaremos esta denominación desde el punto de vista cabalístico. FINAL NOTA), y veamos hasta qué punto coincidieron los apóstoles Pedro y Pablo en la predicación de la nueva doctrina.

Otra vez hemos de referirnos al fraude capital de los doctores de la Iglesia, quienes con propósito de validar la supremacía de Roma, afirmaron contra toda prueba histórica que el apóstol Pedro sufrió el martirio en la ciudad eterna. Muy natural es que el clero romano se obstine en defender esta falsedad, porque una vez descubierta, quedaría sin apoyo alguno el dogma de la sucesión apostólica.

Recientemente se han publicado notables obras para refutar el supuesto martirio de Pedro en Roma, entre ellas *El Cristo de Pablo*, escrita por Reber, quien muy ingeniosamente demuestra:

1º Que la Iglesia de Roma no se estableció hasta el reinado de Antonino Pío.

2º Que si fuese cierto, como afirman Eusebio e Ireneo, que los apóstoles Pedro y Pablo nombraron por sucesor en el gobierno de la Iglesia a Lino, esta sucesión correspondería precisamente a los años 64 al 68 de la Era cristiana.

3º Que este período cae dentro del reinado de Nerón (NOTA: Eusebio afirma (*Historia eclesiástica*, libro III, cap. XIII) que Lino ejerció el pontificado durante doce años, desde el del 69, o sea uno después de la muerte de Nerón, hasta el 81. FINAL NOTA).

Apoyado en estas tres demostraciones, prueba Reber con sólido fundamento que el año 69 no podía estar San Pedro en Roma porque estaba en Babilonia, donde escribió su primera epístola, cuya fecha fijan Lardner y otros investigadores en aquel mismo año (NOTA: Por nuestra parte, aduciríamos como prueba el carácter débil y tímido de Pedro, que no se atrevería a permanecer en Roma donde Nerón alimentaba a las fieras del anfiteatro con carne de cristianos, según dice Reber en *El Cristo de Pablo*. FINAL NOTA).

Acaso la Iglesia romana quiso denotar desde luego su índole al elegir por fundador titular al apóstol que negó tres veces a su Maestro en el momento del peligro, y el único (excepto Judas) que con sus provocaciones dió motivo a que le reprendiese, diciendo:

Mas él, volviéndose y mirando a sus discípulos, amenazó a Pedro, diciendo: *Quítateme de delante, Satanás, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres* (NOTA: *San Marcos*, VIII, 33. FINAL NOTA).

La Iglesia griega conserva una tradición, cuyo origen atribuye a Basílides (NOTA: Uno de los principales gnósticos, que floreció entre fines del siglo I y comienzos del II, durante los reinados de Trajano y Adriano. Según él mismo dice, fue discípulo del apóstol Mateo y también de Glaucias, que a su vez lo había sido de San Pedro. Por lo tanto, tenía suficiente autoridad su opinión, y si se demostrara el relato que se le atribuye, sería preciso que la Junta revisora de la *Biblia* añadiese otro versículo a los Evangelios de Mateo, Marcos y Juan que refieren la negación de San Pedro. FINAL NOTA), según la cual, cuando el canto del gallo representó a Pedro la cobardía de su triple negación, atravesaba Jesús entre soldados el patio de Anás y encarándose con Pedro le dijo: «En verdad te digo, Pedro, que me negarás en los siglos venideros hasta que pases de viejo y extenderás tus manos y otro te escarnecerá».

Dicen los griegos que este vaticinio se refiere a la Iglesia romana, que constantemente está renegando de Cristo bajo el disfraz de falsa religión (NOTA: El citado pasaje apareció en el cap. XXI del Evangelio de San Juan, pero la Iglesia romana, como es de suponer, lo declaró apócrifo mucho antes de descubrirse que San Juan no fue el verdadero autor del cuarto Evangelio. FINAL NOTA).

El anónimo autor de la *Religión Sobrenatural* (NOTA: Se atribuye esta obra, que en dos años ha alcanzado varias ediciones, a un eminente teólogo. FINAL NOTA) prueba concluyentemente la adulteración de los cuatro Evangelios por mano de Ireneo y, sus secuaces, quienes tergiversaron maliciosamente el cuarto, aparte de las falsificaciones llevadas a cabo por los doctores de la Iglesia, de suerte que resultan de muy dudosa autenticidad.

Con insuperable lógica y profundo convencimiento trata el autor de este punto en su obra, según puede colegirse del siguiente pasaje:

Ganamos muchísimo más que perdernos al no creer en la revelación divina pues al paso que conservamos íntegro el tesoro de la moral cristiana, prescindimos de toda superstición de adulterados elementos. No estamos ya sujetos a una teología contraria a la razón y, al sentido moral, ni tenemos de Dios y de su gobierno del universo absurdos remedos antropológicos, pues de la mitología hebrea nos remontamos al elevadísimo concepto del Ser de bondad y sabiduría infinitas, cuya impenetrable gloria le encubre a la percepción de la mente humana; pero, no obstante, le conocemos por la perfecta y maravillosa operación de sus leyes... Ningún valor tiene el argumento tantas veces aducido por los teólogos de que la revelación le es necesaria al hombre para robustecer su conciencia moral. Lo único necesario para el hombre es la VERDAD, y sólo con ella debe conformarse nuestra conciencia moral (NOTA: *Religión sobrenatural*, II, 489. Más adelante veremos cómo consideraban los gnósticos la divina revelación de las *Escrituras hebreas*, pues al fin y al cabo tenían de Cristo un concepto mucho más elevado que el de los actuales católicos. Los Padres de la Iglesia impusieron a los cristianos la fe en una *Biblia* que Cristo rechazó, y cuyos mantenedores le crucificaron. De todo podrían alardear los clericales menos de consecuencia y buen sentido, que no son ciertamente sus preeminentes virtudes. FINAL NOTA).

Muy elocuente es el hecho de que el apóstol Pedro defendiera durante toda su vida el rito de la circuncisión; y por lo tanto, cabe inferir que a *quienquiera, menos a Pedro*, se le puede considerar como fundador de la Iglesia romana, pues si lo hubiera sido, de seguro que sus sucesores se sometieran a esta operación, siquiera por respeto al fundador (NOTA: Inman (*Símbolos cristianos y paganos*, 28) descubre un vislumbre de fundamento en las pretensiones de los pontífices al considerar que el electo «no a de tener la más leve imperfección corporal», pero ignoramos si este requisito se lleva hasta el extremo señalado en la ley judía. Los quince primeros obispos de Jerusalén fueron todos judíos circuncisos. (Véanse: Eusebio: «*Ex., H*», libro IV, cap. V; *Sulpicio Severo*, II, 31). FINAL NOTA).

El manuscrito hebreo: *Sepher Toldoth Jeschu* (NOTA: Los judíos atribuyen muchísima antigüedad a este manuscrito, que menciona por vez primera Martín a principios del siglo XIII, pues los rabinos cuidaron celosamente de substrarlo a las miradas de los cristianos. Dice Eliphaz Levi que Porqueto Salvatico publicó algunos fragmentos de este manuscrito aprovechados por Lutero (tomo VIII, ed. Jena). Münster y Buxtorf encontraron el original, que se había perdido, y Cristóbal Wagenseilius lo publicó en 1681 inserto en una colección titulada *Tela ignea Satanae*, impresa en Nuremberg y reimpressa en Francfort. (Véase: Eliphaz Levi: *La ciencia de los espíritus*). FINAL NOTA) da muy distinta versión referente a Pedro, de quien dice que, en efecto, era discípulo de Cristo, aunque algo disidente, pero sin que los judíos le persiguiesen, como han supuesto los historiadores eclesiásticos. El manuscrito habla con mucho respeto de Pedro, y le llama «siervo fiel del Dios vivo», añadiendo que pasó austeramente el resto de sus días

en lo alto de una torre de Babilonia entregado a la meditación, predicando la caridad y componiendo himnos religiosos. Dice también dicho tratado que Pedro recomendaba constantemente a los cristianos la paz y concordia con los judíos; pero luego de su muerte apareció en Roma otro apóstol diciendo que Pedro había adulterado las enseñanzas del Maestro y amenazó con los tormentos eternos de un infierno inventado por él a cuantos no creyeran en sus predicaciones, sin operar en apoyo de ellas milagro alguno de los prometidos (NOTA: Dejaremos a los compulsadores el cuidado de discernir lo que de verdadero y ficticio pueda haber en estas referencias; pero tiene sin duda mayores visos de certeza que las fábulas entretajidas tendenciosamente por los historiadores eclesiásticos. FINAL NOTA).

Las relaciones entre el apóstol Pedro y sus ex correligionarios judíos están apoyadas en el siguiente pasaje de Teodoreto:

Los nazarenos son judíos que veneran al ungido (Jesús) como a un justo y siguen el Evangelio según Pedro (NOTA: Teodoreto: *Fábulas heréticas*, libro II, cap. II.– El *Talmud* dice que Pedro pertenecía a la secta de los nazarenos disidentes, fundada por el mismo Jesús (según da a entender la tradición), en discrepancia de los nazarenos de Juan el Bautista. FINAL NOTA).

Según se infiere de los documentos históricos, las primeras sectas cristianas (NOTA: En rigor, eran sectas judías, o mejor dicho, comunidades disidentes de la ortodoxia mosaica que se convirtieron colectivamente al cristianismo.– *N. del. T.* FINAL NOTA) fueron: nazarenos (NOTA: Los de Juan el Bautista. FINAL NOTA), ebionitas (NOTA: Entre los que había muchos parientes de Jesús. FINAL NOTA) y esenios o terapeutas, de los que eran una rama los nazarios. Todas estas sectas profesaban más o menos abiertamente la cábala, creían en la expulsión de los demonios por medio de conjuros mágicos, y hasta la época de Ireneo nadie las tuvo por heréticas (NOTA: Jervis (*El Génesis*, pág. 324) llama a los nabateanos y otras sectas judías de análoga índole «exorcistas trashumantes», apoyado en que la palabra árabe *nabæ* significa «Ir de un lado a otro», y la palabra hebrea נבא, (naba) quiere decir «profetizar». El *Talmud* llama *nozari* a todos los cristianos indistintamente. («Lightfoot», 501). FINAL NOTA).

Todas las sectas gnósticas creían igualmente en la magia, como comprueba el mismo Ireneo al hablar de los discípulos de Basíldes diciendo:

Emplean imágenes, evocaciones, conjuros y todo lo referente a la magia.

Por otra parte, Dunlap, apoyado en la autoridad de Lightfoot, dice que a Jesús le llamaron por sobrenombre *Nazaraios*, aludiendo a la humildad de su condición social, pues dicha palabra significa «alejamiento de los hombres» (NOTA: Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*, p. X; Lightfoot, 501. FINAL NOTA).

Sin embargo, el verdadero significado de la palabra *nazar* (נזר) es «consagrado al servicio de Dios», aunque en el gramatical sentido del lenguaje vulgar significaba *diadema*, y por figura de dicción se aplicó alegóricamente este nombre a los consagrados a Dios en cuya cabeza no tocaba filo de tijera (NOTA: «Trasquila tu cabello, ¡oh Jerusalén!, y arrójalo y alza llanto hacia lo alto» (*Jeremías*, VII, 29). FINAL NOTA).

A José, hijo de Jacob, le llaman *nazareno* las Escrituras (NOTA: Génesis, XIIX, 26. FINAL NOTA), y el mismo título reciben Sansón (Semés-on שמשון) y Samuel (Sem-va-el שפואל). Porfirio dice que a Pitágoras le inició en Babilonia el hierofante Zaradas, y de esto cabe inferir que el nombre de *Zoroastro* o *Zoro Aster* equivale a *Nazar de Ishtar*, *Zaradas* o *Na-Zar-Ad* (NOTA: Es curiosa la analogía de esta palabra con Nazareth. FINAL NOTA), cuyas leves diferencias proceden de la diversidad de idiomas. De la propia suerte

el escriba Esdras (עֶזְרָא) era hierofante y Zorobabel o Zeru Babel (זְרוּבָבֶל) fue el *zoro*, o *nazar* que acaudilló a los israelitas al salir de la cautividad de Babilonia.

Las Escrituras hebreas aluden a dos distintos cultos religiosos dominantes entre los israelitas: el exotérico de Baco bajo el nombre de Jehovah y el esotérico de los iniciados caldeos, nazares, teurgos y algunos profetas cuya metrópoli era Babilonia, donde había dos escuelas rivales de magia (NOTA: Dice Platón al hablar de los magos, que instruían a los reyes de Persia en las doctrinas de Zoroastro, a quien consideraban como hijo y sacerdote de Auramazda. En cambio, los historiadores se apoyan en una inscripción hallada en Bihistun para afirmar que Darío se alababa de haber restablecido el culto de Ormuzd, después de abolir los ritos mágicos. Esto prueba que los magos de Platón son distintos de los de Darío. FINAL NOTA), una exotérica y otra esotérica que, satisfecha de sus impenetrables conocimientos, no tuvo reparo en someterse aparentemente al poder secular del reformador Darío. La misma conducta siguieron los gnósticos al acomodarse exotéricamente a la religión dominante en cada país, sin menoscabo especial de sus creencias esotéricas.

También cabe suponer que Zero-Ishtar fuese nombre común a los sumos sacerdotes o supremos hierofantes de la religión caldea, y que cuando los arios persas, en el reinado de Darío Hystaspes, vencieron al mago Gomates y restauraron el culto mazdeísta, sobrevino una confusión por la cual el Zero-Ishtar se convirtió en el Zara-tushra del *Vendidad*, que no aceptaron los demás arios, fieles a la religión védica.

No cabe duda de que Moisés estuvo iniciado, pues la religión mosaica viene a ser una entremezcla de heliolatría y sarpolatría (NOTA: Culto de las serpientes.– *El Traductor*. FINAL NOTA) con ligeros toques monoteísticos que Esdrás elevó a concepto fundamental en las Escrituras recopiladas al regreso de la cautividad. De todos modos, el libro de los *Números* es posterior a Moisés, y sin embargo, en él se ve con toda claridad el culto pagano del sol y de la serpiente (NOTA: Las serpientes de fuego simbolizaban los levitas, ofitas o cuerpo sacerdotal que constituían a manera de guardia de Moisés (Éxodo, XXXII, 26). También tenemos prueba plena del carácter religioso de los hebreos, en que el «Señor» ordena a Moisés que el pueblo incline su cabeza «ante el Señor, frente al sol», símbolo de la Divinidad. FINAL NOTA).

Los nazares o profetas, los nazarenos y los iniciados eran abiertamente contrarios al culto exotérico de Baco bajo el nombre de Jehovah, y se atenían estrictamente al espíritu de las religiones simbólicas, sin parar mientes en las idolátricas ceremonias de la letra muerta. Por esto, los sacerdotes, que en la superstición tenían su lucro, concitaban frecuentemente las iras del populacho contra los profetas, hasta el punto de morir algunos de ellos lapidados.

Otfriedo Müller nos descubre las diferencias entre los *Misterios órficos* y el culto exotérico de Baco (NOTA: Otfriedo Müller: *Historia de la literatura griega*, 230, 240. FINAL NOTA), aunque los iniciados en ellos profesaban públicamente la religión báquica; pero la austera moralidad y el riguroso ascetismo de las doctrinas de Orfeo, que tan escrupulosamente seguían sus discípulos, eran de todo punto incompatibles con la grosera obscenidad y torpeza de las ceremonias populares.

La fábula de Aristeo que persigue a Eurídice por los bosques, donde la mata una serpiente, es clarísima alegoría de la fuerza bruta (Aristeo) que persigue a la doctrina esotérica (Eurídice), muerta por acometida de los dioses solares (la serpiente), que la sepultan en el mundo subterráneo o lugar inferior, muy distinto del infierno teológico. Además, cuando las bacantes despedazan a Orfeo, la alegoría da con ello a entender la profunda diferencia entre la religión esotérica y el culto exotérico, y que los groseros ritos populares tienen siempre entre el vulgo mejor acogida que la sencilla y divina verdad.

Difícil resulta determinar con precisión los ritos del esoterismo órfico, pues los himnos originales se perdieron desde un principio, y ni Platón ni Aristóteles tuvieron

por auténticas las copias existentes en su tiempo. Sin embargo, la tradición oral indica que Orfeo aprendió sus doctrinas en la India de boca de los magos, o sean las mismas que profesaban los iniciados de todos los países (NOTA: Incluso Moisés, los hijos de los profetas, los nazares y los esenios. No hay que confundir a estos ascéticos nazares con los que merecieron la indignación de Oseas y otros profetas. FINAL NOTA).

Los esenios pertenecían a la escuela pitagórica, antes de que alteraran más bien que perfeccionaran su organización bajo el influjo de aquellos misioneros budistas establecidos *per sæculorum millia* en las riberas del mar Muerto, según nos dice Plinio. Pero si por una parte los misioneros budistas disciplinaron monacalmente a los esenios con estricta observancia de las reglas conventuales, también dieron vivo ejemplo de las austeras virtudes que en grado heroico practicó Sakya, a quien precedieron en ejemplaridad algunos filósofos antiguos con sus discípulos y siguieron siglos después Jesús y los ascetas cristianos, hasta que, relajándose poco a poco, las olvidó por completo la Iglesia romana.

Los nazares iniciados se habían mantenido siempre fieles a las enseñanzas esotéricas que antes de ellos profesaron los primitivos adeptos. Los discípulos de Juan el Bautista formaban una rama desgajada de los esenios, y por tanto no debemos confundirlos con los otros nazares a quienes Oseas inculpó de haberse entregado a *Bosheth* (בשה), que era el máximo de la abominación (NOTA: Algunos críticos y teólogos suponen que la palabra *Bosheth* significa, por el contrario, la castidad y continencia en grado superior; pero quienes tal suponen van movidos de mala fe o desconocen por completa el idioma hebreo. En la profecía de Michêas (capítulo I, vers. II) hallamos velado este concepto en la frase: «Pasa allá, habitante de Sefhir», donde el texto original dice *Bosheth*. Ciertamente que ni Baal ni laoh Kadosh con sus *kadeshimes* eran divinidades de acendrada virtud, aunque la versión de los *Setenta* les llame *τετελεσμένωνς*, es decir, iniciados y consagrados, como denominaban también a los sacerdotes perfectos (*galli*) (Movers, 683). El *Sod*, o colegio de *kadeshimes*, que el Salmo LXXXIX, 7, traduce por «asamblea de los santos», no era ni más ni menos que el misterio de los *santificados* en el sentido que Webster da a esta palabra. FINAL NOTA).

La secta de los nazarenos era muy anterior a la ley de Moisés, y nació en la comarca de Galilea, secularmente enemistada con el resto de Israel y compuesta en otro tiempo de una confusa mezcolanza de gentes idólatras, cuya capital era Nazara, después Nazareth, donde los primitivos nazarenos celebraban los *Misterios de vida* o asambleas de iniciación, cuyos ritos religiosos diferían opuestamente de los del culto popular de Adonis en Biblos.

Mientras los menospreciados galileos adoraban al verdadero Dios con el don de clarividencia trascendental, los israelitas, que presumían de pueblo escogido, se entregaban a cultos idolátricos, según demuestra el siguiente pasaje:

Y saliendo una forma de mano, me asió de una guedeja de mi cabeza y me elevó el Espíritu entre la tierra y el cielo y me llevó a Jerusalén en visión de Dios... Y habiendo entrado, miré, y he aquí toda semejanza de reptiles y de animales y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared por todo el rededor. Y a setenta hombres de los ancianos de la casa de Israel que estaban en pie delante de las pinturas... Y me dijo: Hijo de hombre, ciertamente ves lo que hacen los ancianos de la casa de Israel en las tinieblas, porque dicen: No nos ve el Señor... Y me introdujo por la puerta de la casa del Señor que miraba al Norte, y he aquí mujeres que estaban allí sentadas llorando a Tammuz (Adonis) (NOTA: Profecía de Ezequiel, cap. VIII, 3, 10, 11, 12, 14. FINAL NOTA).

Seguramente que los pueblos paganos no superaron jamás al escogido en las abominables obscenidades que sus mismos profetas les echan en cara con tanta frecuencia (NOTA: No se necesita ser hebraísta para advertir esta verdad, pues basta fijarse en el lenguaje de los profetas bíblicos. FINAL NOTA).

Así se explica la hostilidad, recrudescida posteriormente, entre los nazarenos y los judíos carnales (NOTA: Los que seguían en letra y no en espíritu la ley de Moisés. FINAL NOTA), a quienes acusaban los primeros de adorar a Baco o Iurbo-Adonai (NOTA: La pagana divinidad de Baco, adorado en los bosques y asambleas públicas, recibió en Israel los nombres de *Adonai Iachob* (*Isaías*. L-XI, I), *Iahoh* y *Sabaoth*, hasta que Esdras lo convirtió en el *Adonai* de la Massorah o supremo Dios del cristianismo. FINAL NOTA).

Dice el Código de los Nazarenos:

No adores al sol que llaman *Adonai, Kadush* (NOTA: Véase *Salmo LXXXIX, 18. FINAL NOTA*) y *El-El*. Este Adonai escogerá una nación y la congregará en asambleas (NOTA: Significa que su culto sería exotérico. FINAL NOTA)... Jerusalén llegará a ser el refugio de los *abortivos*, que se perfeccionarán (se circuncidarán) con espada y adorarán a Adonai (NOTA: Código de los nazarenos, I, 47, y II, 305. FINAL NOTA).

Descendían los nazarenos de los *nazares* de la *Biblia*, y su postrer caudillo de nota fue Juan el Bautista. Los escribas y fariseos de Jerusalén no les molestaban, a pesar de su heterodoxia, y aún el mismo Herodes temía un motín popular, porque las gentes consideraban a Juan como profeta (NOTA: *Mateo, XIV, 5. FINAL NOTA*).

Los discípulos de Jesús estaban en su mayor parte afiliados a la secta de los esenios, que era un desprendimiento de la de los nazarenos, o como si dijéramos, una *herejía de herejía* a los ojos de los fariseos, quienes miraban aviesamente a Jesús por sus innovadoras predicaciones.

Así se explica fácilmente la notable analogía entre el ritual de los primitivos cristianos y el de los esenios, que, según hemos dicho, habían sido catequizados por los misioneros budistas repartidos por Egipto, Grecia y Judea desde el reinado del celoso monarca Asoka; pero si bien es cierto que a los esenios cabe la honra de haber contado a Jesús entre los suyos, disentía de la comunidad en algunos puntos de observancia externa, por lo que en rigor no fue esenio, según veremos más adelante, ni tampoco nazari de los primitivos. *El Código de los nazarenos* y las injustas acusaciones de los gnósticos bardesianos nos dicen lo que fue Jesús, según vemos en el siguiente pasaje:

Jesús es *Nebo*, el falso Mesías, el debelador de la antigua religión ortodoxa (NOTA: *Obra citada; Norberg: Onomasticon, 74. FINAL NOTA*).

Fundó Jesús la secta de los nazares disidentes, de acuerdo con las enseñanzas budistas, como claramente se infiere de la palabra נבו (*Nebo*, dios de la sabiduría) pues נבא (*naba*) en hebreo significa hablar por inspiración. Pero *Nebo* es equivalente a *Mercurio*, y éste a *Buddha* en el monograma planetario de los indos. Además, los talmudistas sostenían que Jesús estaba inspirado por el genio de Mercurio (NOTA: *Alph. de Spire: Fortalitium fidei, II, 2. FINAL NOTA*).

Por lo tanto, el reformador nazareno pertenecía a una de dichas sectas, aunque no sea posible dilucidar cuál de ellas; pero está fuera de duda que predicó la filosofía de Sakya el Buddha. Denunciados los nazares por los últimos profetas y malditos por el Sanhedrín, que los persiguió solapadamente, quedaron confundidos en el concepto público con los otros nazares, de quienes dijo Oseas:

... y se enajenaron para su confusión y se hicieron abominables como aquellas cosas que amaron (NOTA: *Oseas, IX, 10. FINAL NOTA*).

Así se comprende que los fariseos menospreciaran de tal modo a Jesús y le llamaran despectivamente el «Galileo». Así se comprende también la pregunta de Nathaniel:

Pues qué, ¿puede salir de Nazareth cosa buena (NOTA: *San Juan, I, 46. FINAL NOTA*)?,

tan sólo porque sabía que Jesús era natural de esta ciudad galilea. Esto nos lleva a suponer con fundamento que los primitivos nazares no profesaban la religión mosaica como los judíos, sino más bien la de los teurgos caldeos. Por otra parte, la notoria tergiversación del texto original de los *Evangelios* substituyó la palabra *nozari* (nazareno o nazar) por la de Nazareth, de modo que el original decía:

¿Puede venir de un nazareno cosa buena (NOTA: En los comienzos de su predicación, después de veinte años en la obscuridad, vemos a Jesús en relaciones con Juan el Bautista, jefe de los nazarenos. FINAL NOTA)?

Los errores de la *Biblia* son leves en comparación de los que se echan de ver en los *Evangelios*, y no hay más valiosa prueba del sistema de piadosos fraudes sobre que se funda el armazón del mesianismo.

El evangelista San Mateo dice al hablar de Juan:

Este es Elías que había de venir (NOTA: *San Mateo*, XI, 14. FINAL NOTA).

En esto se descubre una antigua tradición cabalística; pero cuando le preguntan al Bautista: «¿Eres tú Elías?» (NOTA: *San Juan*, I, 21. FINAL NOTA) y responde: «No lo soy», ¿á quién hemos de creer?, ¿al Bautista o al Evangelista? ¿Y dónde queda la revelación divina?

Evidentemente, el propósito de Jesús fue idéntico al de Buda, esto es, beneficiar ampliamente al género humano por medio de una reforma religiosa que restableciese la ética en toda su pureza, pues hasta entonces el verdadero concepto de Dios y de la Naturaleza había sido privativo de los adeptos a las escuelas esotéricas (NOTA: Como quiera que Jesús usaba ungüentos y pomadas aromáticas, sobre todo el *aceite de unción*, y los esenios sólo se servían de agua pura, no podemos llamar esenio a Jesús, aunque, por otra parte, también los esenios vivían eremíticamente y eran terapeutas (*assayas*). FINAL NOTA).

Pero aunque Jesús no se abstuviese de beber vino podía ser nazareno, pues según el *Libro de los Números* (NOTA: *Cap. VI, 20. FINAL NOTA*), luego que el sacerdote agita ante el altar la cabellera de un nazareno, ya puede éste beber vino. La amarga lamentación de Jesús al ver que nada bastaba para satisfacer al pueblo, está concretada en el siguiente pasaje:

Juan vino sin comer ni beber y dijeron de él: «Tiene demonio». El Hijo del Hombre vino comiendo y bebiendo y dicen: «He aquí un glotón y beodo» (*San Mateo*, XI, 19).

Sin embargo, participaba Jesús de las costumbres de los esenios y de los nazarenos, pues no sólo le oímos mandar un mensajero a Herodes diciéndole que lanzaba demonios y curaba enfermos, sino que se titula profeta y se declara igual a los demás profetas (NOTA: *San Lucas*, XIII, 32.— En su obra: *Sod, el Hijo del Hombre*, echa de ver Dunlap que el evangelista Mateo intenta relacionar el nombre de nazareno con las profecías, diciendo que «según el profeta se le llamaría nazareno» (*Mateo*, II, 23), pues de este modo quedaba corroborado el mesianismo de Jesús. Pero redarguye Dunlap que ningún profeta vaticinó el nombre de *nazareno* para el Mesías prometido, y que el recurso empleado por Mateo al decir que Jesús fue a Nazareth con el único objeto de que se cumplieran las profecías invalida el argumento, pues está demostrada la apocricidad de los dos primeros capítulos de dicho Evangelio. Por otra parte, conviene recordar que el Evangelio de San Mateo, tal como aparece hoy en el *Nuevo Testamento*, no es el escrito por el apóstol, pues el texto auténtico estuvo durante siglos en poder de los nazarenos y los ebionitas, según veremos más adelante, sin contar con que el mismo San Jerónimo confiesa que hubo de pedir permiso a los nazarenos para traducirlo. FINAL NOTA).

El bautismo es uno de los ritos más antiguos, y todas las naciones lo practicaban en los Misterios a manera de ablución sagrada. Dunlap opina que el nombre de nazar deriva del verbo *nazah* (rociar), a lo cual se añade que, según los nazarenos, Bahak-Zivo creó el universo del «agua oscura», y por otra parte afirma Richardson (NOTA: *Lexicón anglo-persa-árabe. FINAL NOTA*) que la palabra *bahak* significa llover.

Sin embargo, no es fácil identificar el *Bahak-Zivo* de los nazarenos con el dios Baco, aunque éste fuese «el dios de la lluvia», pues los nazarenos eran acérrimos adversarios del culto de Baco. Dice Preller (NOTA: *Preller, tomo I, pág. 415. FINAL NOTA*) que las hyadas o ninfas de las lluvias educaron a Baco, y que al terminar los Misterios los sacerdotes rociaban los altares y los ungían con aceite; pero todo esto es muy deleznable prueba.

El bautismo en el Jordán nada tenía que ver con los ritos exotéricos del culto de Baco ni con las libaciones en honor de Adonai o Adonis, tan aborrecido de los nazarenos, pues no es necesario suponer semejante analogía para probar que la pública ceremonia bautismal derivaba de los Misterios, cuyos ritos en modo alguno deben confundirse con los supersticiosos e idolátricos de la plebe pagana. Juan fue el profeta de los nazarenos y recibió en Galilea el nombre de Salvador; pero no fundó la secta que derivaba sus doctrinas de la antiquísima teurgia caldeo-acadiana.

Las clases inferiores de los primitivos hebreos, de procedencia cananea y fenicia, conservaron el culto de los dioses fálicos (NOTA: *Baco, Baal o Adonis, Iacchos e Iao o Jehovah. FINAL NOTA*); pero, no obstante, también hubo iniciados entre ellos. Posteriormente, la influencia de los asirios modificó el carácter de la plebe hebrea, y por último, los persas difundieron las costumbres y conceptos farisaicos de que derivaron el *Antiguo Testamento* y las instituciones mosaicas. Los asmoneos, que a un tiempo eran reyes y sacerdotes, publicaron los cánones del *Antiguo Testamento* en contraposición a los *Libros secretos (Apocrypha)* de los judíos cabalistas alejandrinos (NOTA: *La palabra apócrifo tiene generalmente la acepción de falso o suplantado, pero en un principio significó secreto, que puede ser más auténtico que lo público y notorio. FINAL NOTA*). Hasta el pontificado de Juan Hircano, los jefes de Judea fueron asideanos (*chasideim*) o fariseos (*parsis*); pero después se convirtieron en saduceos o zadokitas, que mantenían la regla sacerdotal en opuesta distinción de la rabínica. Los fariseos eran benévolo y cultos; los saduceos, fanáticos y crueles.

Dice el Código de los nazarenos:

Juan, hijo del abasaba Zacarías y concebido por su madre Anasabet a los cien años, hacía ya cuarenta y dos (NOTA: *De ser cierta esta afirmación, resultaría que cuando Juan bautizó a Jesús frisaba éste con los sesenta años, pues uno y otro sólo se llevaban seis meses de edad. Los cabalistas dicen que al aparecer por vez primera en Jerusalén tenía Jesús unos cuarenta años. La copia del Código de los nazarenos de que extractamos el pasaje, data del año 1042; pero Dunlap ha encontrado en las obras de Ireneo la misma cita, con amplias referencias a dicho Código. Por lo tanto, dice Dunlap (Sod, el Hijo del Hombre) que los conceptos comunes a Ireneo y al Código han de corresponder por lo menos al siglo I de la era cristiana. FINAL NOTA*) que bautizaba cuando bautizó a Jesús *el Mesías*... Pero Jesús *alterará* la doctrina de Juan y mudará su bautismo y dará otros aforismos de justicia (NOTA: *Codex Nazareus, I, 109; Dunlap: Id., XXIV. FINAL NOTA*).

El bautismo de *agua* quedó substituido por el del *Espíritu Santo*, tal vez a causa del empeño que mostraron los Padres de la Iglesia en establecer una reforma que distinguiese a los cristianos de los nazarenos, nabateanos y ebionitas con propósito de cohonestar nuevos dogmas. Los Evangelios sinópticos no solamente nos dicen que Jesús bautizaba como Juan, sino que los discípulos de éste se enojaron por ello, aunque nadie pueda acusar a Jesús de culto báquico.

El versículo 2 del capítulo IV de San Juan, que está puesto entre paréntesis y dice: «(Aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos)», tiene todas las trazas de una interpolación. Según Mateo, Juan el Bautista dice que el que viene tras él no bautizará con agua, sino «con fuego y Espíritu Santo». Marcos, Lucas y Juan corroboran estas palabras. Más adelante demostraremos que los símbolos del agua, fuego y Espíritu Santo proceden de la India. Pero es muy particular que los *Hechos de los apóstoles* nieguen el bautismo de fuego, según se infiere del siguiente pasaje:

Y aconteció que estando Apolo en Corinto (NOTA: Apolo era un judío de Alejandria perteneciente a la secta de Juan el Bautista. FINAL NOTA) vino Pablo a Efeso y halló algunos discípulos. Y les dijo: ¿Cuando abrazasteis la fe, recibisteis el Espíritu Santo? Y ellos le respondieron: Antes, ni aun hemos oído si hay Espíritu Santo. Y él les dijo: ¿Pues en qué habéis sido bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Oídas estas cosas, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús... y vino sobre ellos el Espíritu Santo y hablaban en lenguas y profetizaban (NOTA: *Hechos de los Apóstoles*, XIX, I a 6. FINAL NOTA).

Vemos que San Juan Bautista, el precursor, profeta y mártir, según el cumplimiento de las profecías anuncia públicamente el bautismo de fuego y del Espíritu Santo (NOTA: Durante el bautismo de Jesús se abrieron los cielos y el Espíritu de Dios descendió en figura de paloma. (*San Mateo*, III, 16). FINAL NOTA); y sin embargo, sus discípulos, que tan convencidos debieran estar de las palabras de su maestro, declaran que *nunca han oído hablar del Espíritu Santo*.

Verdaderamente, tenían razón los autores del *Codex Nazareus*; pero no a Jesús, sino a los que posteriormente tergiversaron el *Nuevo Testamento* con tendenciosas miras, debemos culpar de haber adulterado la doctrina de Juan, la significación del bautismo y el sentido de las palabras de justicia.

No cabe objetar que el *Codex*, tal como lo conocemos, fue escrito siglos después de la predicación de los inmediatos discípulos de Juan, pues lo mismo ocurrió con los *Evangelios*. Cuando Pablo habló con los bautistas, no había aparecido aún entre ellos Bardesanes, y por lo tanto nadie tildaba de herética a dicha secta. Además, la rivalidad suscitada desde un principio entre los discípulos de Jesús y de Juan nos da a entender que los de este último no tomaron en consideración la promesa del «Espíritu Santo»; y por otra parte, tan poco seguro estaba Juan de que Jesús fuese el Mesías prometido, que después del bautismo y no obstante la voz que desde el cielo dijo: *Este es mi Hijo el amado* (NOTA: *San Mateo*, III, 17. FINAL NOTA), envía desde la cárcel a dos discípulos para que le pregunten a Jesús: «¿Eres tú aquel que ha de venir o hemos de esperar a otro?» (NOTA: *Id.*, XI, 3. FINAL NOTA).

Tan flagrante contradicción bastaría para desvanecer toda hipótesis respecto a la divina inspiración del *Nuevo Testamento*; pero todavía cabe preguntar: Si el bautismo simboliza regeneración en un sacramento instituido por Jesús, ¿cómo no bautizan hoy los cristianos en fuego y Espíritu Santo en vez de seguir el rito de los nazarenos? Las interpolaciones llevadas a cabo por Ireneo no tuvieron, según se ve, otro fin que presentar el sobrenombre de nazareno dado a Jesús como dimanante de su larga residencia en Nazareth, y no de su filiación en la secta de los nazarenos.

El fraude de Ireneo fue muy poco afortunado, porque desde tiempo inmemorial tronaron los profetas contra el bautismo de fuego que practicaban los países vecinos para comunicar el «don de profecía» o sea el Espíritu Santo. Pero Ireneo se vió en situación comprometida, pues a los cristianos les llamaban las gentes nazarenos e iesaenos, según dice Epifanio, y a Jesús se le tenía, en opinión general aun de sus mismos discípulos, por uno de tantos profetas y saludadores judíos. Por lo tanto, no había en esto fundamento apropiado para proclamar la divinidad de Jesucristo ni para estatuir una nueva jerarquía, y así hubo Ireneo de inventar los elementos que requería su intencionado propósito.

Las pruebas de que Jesús pertenecía a la secta de los nazarenos no hemos de buscarlas en las traducciones de los *Evangelios*, sino en los textos originales. Tischendorf traduce por *Iesu Nazarene* (NOTA: *Lucas, IV, 34. FINAL NOTA*) el nombre griego que en el texto siríaco dice: *Iasua el nazaria*. De modo que, dada la incomprensible confusión de los cuatro *Evangelios*, según aparecen hoy después de revisados, fácilmente colegiremos que el genuino cristianismo predicado por Jesús está contenido en las llamadas herejías siríacas. Tal era el convencimiento de Pablo cuando el abogado Tértulo le acusó ante el gobernador Félix de «promover sediciones como jefe de la secta de los nazarenos» (NOTA: *Hechos de los Apóstoles, XXIV, 5. FINAL NOTA*); a lo que el acusado replica:

...ni te pueden probar las cosas de que ahora me acusan. Pero confieso... que según la secta que ellos dicen herejía, sirvo yo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que están escritas en la Ley y en los profetas (NOTA: *Id., XXIV, 13, 14. FINAL NOTA*).

Esta confesión demuestra concluyentemente:

- 1º Que Pablo pertenecía a la secta de los nazarenos.
- 2º Que adoraba al Dios de sus padres, no al Dios trino, cuyo concepto se dogmatizó después de su muerte.

Además, explica el motivo de que durante largo tiempo no fueran tenidos por canónicos los *Hechos de los apóstoles* ni el *Apocalipsis de San Juan*.

Tanto los neófitos como los hierofantes de Biblos estaban obligados a ayunar y permanecer en soledad durante algún tiempo después de la celebración de los Misterios. Iguales prácticas se requerían antes y después de los ritos báquicos, adonisiacos y eleusinos. Herodoto insinúa con temor y respeto algo referente al lago de Baco, donde «los sacerdotes efectuaban por la noche escenas de la vida y pasión del dios» (NOTA: *Herodoto, II, p. 170. FINAL NOTA*). En los misterios de Mithra el neófito simulaba la escena de la muerte antes de «nacer de nuevo» por virtud del bautismo (NOTA: *Algo de esta ceremonia practican aún hoy en día los masones cuando el neófito se finge muerto como el gran maestro Hiram, y le resucita el enérgico impulso de la garra del león. FINAL NOTA*).

Los sacerdotes de los Misterios estaban circuncidados, y el neófito no podía recibir la iniciación sin haber asistido de antemano a los Misterios del Lago. Los nazarenos recibían el bautismo en el río Jordán y no en otras aguas; también estaban circuncidados y ayunaban antes y después de la ceremonia bautismal (NOTA: *Por esta razón ayunó Jesús cuarenta días en el desierto después de recibir el bautismo. Hoy mismo hay en el recinto externo de todos los templos de la India un estanque, arroyo o balsa de agua bendita para las abluciones cotidianas de los brahmanes y de los fieles. Dos veces al año, en Abril y Octubre, se celebran las fiestas bautismales que duran diez días, y durante ellas sumergen los sacerdotes las imágenes sagradas en agua bendita con objeto de lavar las culpas que de sus devotos recayeron en ellas. La ceremonia del baño (*arâttty*) consiste en que los brahmanes conducen a hombros la imagen de la divinidad titular del templo, seguidos del maharajah del distrito, descalzo y casi desnudo. Tres veces entran los sacerdotes en el estanque y la tercera con la imagen que mantienen en alto, mientras la multitud de fieles allí congregados recitan las preces. Después, el sacerdote mayor, en nombre de la mística *Trinidad*, sumerge tres veces la imagen en el agua, con lo que queda purificada. Los himnos órficos llaman al agua el purificador por excelencia de hombres y dioses. El sumo pontífice induísta o jefe supremo de los namburis, que reside habitualmente en Cochinchina, suele presidir estas fiestas. FINAL NOTA*).

La secta nazarena existía ya unos ciento cincuenta años antes de J.C., y sus prosélitos habitaban a orillas del Jordán y en la ribera oriental del mar Muerto, según Plinio y Josefo

(NOTA: *Judea antigua*, XIII, 9; XV, 10. Sin embargo, King cita en su obra: *Gnósticos* al historiador Josefo, diciendo que los esenios moraban en las orillas del mar Muerto muchos siglos antes de la época de Plinio. Con todo, King tiene esta afirmación por hiperbólica, y se inclina a creer que los esenios eran monjes budistas de una de las comunidades denominadas *Hijos de los profetas* (*Los gnósticos y sus huellas*, pág. 22). FINAL NOTA).

Dice Munk que *galileo* es casi equivalente a *nazareno*, y que los naturales de dicha comarca de Judea mantenían muy íntimo trato con los gentiles, hasta el punto de que la plebe se había asimilado algunos ritos y ceremonias religiosas del paganismo, por lo que los judíos ortodoxos miraban despectivamente a los galileos (NOTA: Llegaron los galileos a celebrar los *adonia* o ritos de Adonis, sobre cuyo inanimado cuerpo lloraban los fieles. De estas prácticas paganas se lamenta San Jerónimo diciendo: «El bosque de Thammuz (Adonis) proyectaba su sombra sobre Bethlehem. Y en la gruta donde por vez primera lloró el niño Jesús habían llorado las gentes al amante de Venus». (*Epístolas*, 49; véase también Danlap: *El espíritu de la historia*, pág. 218) Después de la sublevación judía de Bar Cochba, el César romano restableció los Misterios de Adonis en la gruta de Belén, que bien hubiera podido ser la *petra* o «templo abierto en la roca» que sirvió de cimiento a la Iglesia con alegoría análoga a la del verraco adonisíaco colocado sobre la puerta de Jerusalén que daba al camino de Belén. FINAL NOTA).

Añade Munk que «los nazarenos formaban ya comunidad regular antes de la promulgación de las leyes de Musah» (NOTA: *Munk*, pág. 169. FINAL NOTA); y así lo demuestra el pasaje del *Libro de los Números* (NOTA: Cap. VI, 1 a 21. FINAL NOTA) que minuciosamente describe esta secta, hasta el punto de que en las órdenes dadas por el Señor a Moisés se reconocen sin dificultad los ritos, ceremonias y reglas de los sacerdotes de Adonis (NOTA: Ceres y Baco, símbolos del *pan y vino* místicos, tomaban en los Misterios de Adonis los nombres de Adonis y Venus. Movers, apoyado en la autoridad de Lido de Mens, demuestra la equivalencia de Iao, Baco y Jehovah, o sea el céntrico sol de los cabalistas. Sin embargo, en los Misterios no se le adoraba con el nombre de Iao. Véase también a este propósito la obra: *El espíritu de la historia*, pág. 195. FINAL NOTA), pues como éstos se obligaban los esenios a la pureza y abstinencia y se dejaban crecer el cabello (NOTA: La misma costumbre siguen los cenobitas y fakires de la India, al paso que los individuos de las demás sectas se rasuran y sólo se abstienen de vino en determinados días del año. FINAL NOTA). Del profeta Elías, también nazareno, dicen las *Escrituras* que era «hombre peludo, que lleva ceñido a sus lomos un cinto de cuero» (NOTA: *IV Reyes*, I, 8 (Vulgata).— Igualmente lo describe Josefo. Por otra parte, Juan el Bautista y Jesús llevaban también el pelo largo. Juan vestía pieles de camello con cinturón de cuero, y Jesús una larga túnica inconsútil, blanca como la nieve (según el evangelista Marcos), o sea el mismo traje de los nazarenos, pitagóricos y esenios, tal como los describe Josefo. Respecto al incontrovertible hecho de que Jesús llevaba el pelo largo, se echa de ver una desmañada interpolación en el capítulo XI, Epístola primera de San Pablo a los corintios, cuyo versículo 14 dice: «La misma naturaleza os enseña que le sería ignominioso al varón el criar cabello». Seguramente, no pudo decir San Pablo tal cosa so pena de confesarse ignorante de las circunstancias personales de su Maestro. Esta es otra prueba de que conviene precaverse contra la adulteración de los textos. FINAL NOTA).

Los autores antiguos aplicaron las denominaciones *nazar* y *nazareth* indistintamente a los adeptos judíos y paganos (NOTA: Así dice Alejandro Polyhistor que Pitágoras fue discípulo del asirio Nazaret, en quien algunos ven al profeta Ezequiel. Además, Diógenes Laercio afirma categóricamente que Pitágoras, después de recibir la iniciación en los Misterios griegos, fue a Egipto y Caldea. Por su parte, Apuleyo sostiene que Pitágoras fue discípulo de Zoroastro. FINAL NOTA). De seguro nos concitaríamos las iras clericales con sólo apuntar la idea, muy verosímil por otra parte, de que los nazarenos de Judea y sobre todo los «profetas del Señor», estaban iniciados en los Misterios

paganos y pertenecían en su mayor parte a una misma confraternidad internacional de adeptos. Recordemos a este propósito que según refieren Amiano Marcelino y otros historiadores, al penetrar Darío Hystaspes en la Bactriana (India septentrional), aprendió de los brahmanes la ciencia astrológica y cosmológica con ritos de purísima significación que comunicó a los magos. En cambio, también dice la historia que Darío acabó con los magos y restableció el culto de Ormuzd y la religión pura de Zoroastro, lo cual parece oponerse al epitafio puesto en la tumba de Darío diciendo que fue hierofante o maestro de magia. El error histórico resulta evidente, de modo que en esta confusión de nombres, el Zoroastro instructor de Pitágoras no pudo ser el fundador de la religión parsi ni el reformador Zarathustra ni el profeta de la corte de Vistaspa (NOTA: Algunos asiriólogos confundieron al rey Vistaspa, llamado también Gushtasp, con el Hystaspes, a quien han supuesto padre de Darío. En cambio, según las tradiciones persas, Vistaspa fue el último monarca de la dinastía kaianiana de Bactriana, lo cual basta para demostrar la remota antigüedad de la religión de Zoroastro, pues los asirios conquistaron aquel país 1200 años antes de J.C. FINAL NOTA) ni tampoco el que sobrepujó la autoridad de los magos a la de los mismos reyes. En el *Avesta*, que es el más antiguo texto sagrado parsi, no se descubre ni el más ligero indicio de que el reformador hubiese tenido relación alguna con los países que posteriormente adoptaron el culto mazdeísta, pues ni siquiera menciona a los iranos, medos, asirios y persas. Por lo tanto, es muy natural que el nombre de Zoroastro no fuese propio de una sola personalidad, sino común a todos los jerarcas de la religión mazdeísta (NOTA: A los filólogos corresponde desentrañar el verdadero significado de la palabra Zoroastro. En sánscrito, *guru* significa maestro espiritual, y *guruastara* adorador del sol. Posible es por lo tanto, que a través de las modificaciones idiomáticas se convirtiera esta última palabra en *zuryastara* primero y más tarde en Zoroastro. Opinan los cabalistas que hubo un solo Zarathustra y varios *zoroastros* o *guruastaras*, uno de los cuales fue el maestro de Pitágoras. Esta es nuestra personal opinión, pues mucha mayor confianza nos merece la tradición cabalística que las discrepantes hipótesis de los orientalistas. FINAL NOTA).

Según el cómputo de Aristóteles, Zoroastro florecería 6.000 años antes de J.C. Hermipo de Alejandría, de quien se dice que leyó los libros de Zoroastro (aunque se acuse a Alejandro Magno de haberlos destruido), afirma que este instructor fue discípulo de Azonach (*Azon-ach* o el dios *Azon*) y vivió 5.000 años antes de la toma de Troya. Por otra parte, Clemente de Alejandría identifica a *Zordusth* con el *Er* o *Eros* cuya visión relata Platón en su *República*; y mientras unos historiadores dicen que el mago que destruyó a Cambises era de nacionalidad meda y que Darío abolió los ritos mágicos para restablecer el culto de Ormazd, tenemos que Janto de Lidia señala a Zoroastro como el jerarca de los magos. ¿Quién está equivocado? ¿O todos tienen razón menos los modernos investigadores que no aciertan a descubrir la diferencia entre el reformador y sus apóstoles y discípulos? El error de los comentaristas contemporáneos nos recuerda el en que Suetonio cayó al confundir a los cristianos en colectividad con la persona de un *Christos* o *Crestos*, a quien dice que desterró el emperador Claudio por perturbador del país.

Reanudando la disquisición de la palabra *nazar*, vemos que Plinio dice de Zaratus que «era Zoroastro y nazaret». Puesto que a Zoroastro se le llama príncipe de los magos y *nazar* significa consagrado, podemos inferir que la palabra *nazar* no es ni más ni menos, como opina Volney, que la expresión hebrea del concepto de mago. La voz persa *nazaruan* significa «millones de años» y servía para designar al «Anciano de los Días». De aquí que se denominaran *nazares* y *nazarenos* los consagrados al servicio del único y supremo Dios (NOTA: El *En-Soph* o *Anciano de los Días*, según los cabalistas. FINAL NOTA).

Pero también encontramos en lengua indostánica la palabra *nazar*, que significa visión interna o sobrenatural (NOTA: *Nazar band-i* significa fascinación o hechizo; y

nazarân, visión. FINAL NOTA). Opina Wilder que la palabra *zeruana* procede de los magos (NOTA: Casta sacerdotal de Persia en la era sasánida, oriundos de Asiria. FINAL NOTA), pues no se encuentra en el *Avesta*, y sí únicamente en los textos parsis de la última época. Según Wilder, el Turan de los poetas es Aturia o Asiria, y el rey-serpiente Zohak (NOTA: Llamado también Az-dahaka, Dei-okes o Astyages. FINAL NOTA) fue adorado en Asiria y Media durante la unión de ambos imperios.

Sin embargo, esta opinión no invalida en modo alguno la aseverada identidad original de las doctrinas secretas de los budistas prevédicos (NOTA: No comprende esta denominación la religión exotérica de los discípulos de Gautama ni tampoco el budismo contemporáneo, sino que se da a entender con ella la doctrina secreta de Sakya o religión de sabiduría, anterior a los *Vedas*. FINAL NOTA), magos parsis, hierofantes egipcios, cabalistas caldeos, nazarenos judíos y adeptos de toda época y nacionalidad.

Zoroastro se limitó a exponer en público, esto es, a predicar, *parte* de las monoteísticas enseñanzas religiosas hasta entonces privativas de los santuarios, donde las comunicaban sigilosamente los brahmanes. Por lo tanto, no cabe decir que Zoroastro suscitara cisma alguno ni que fuese el primero en proclamar la unidad de Dios entrevelada en el sistema dualista, pues su tarea se redujo a establecer el culto del sol y enseñar lo que había aprendido de los brahmanes.

Max Müller afirma en el siguiente pasaje que Zarathustra y sus discípulos se establecieron en la India antes de emigrar a Persia.

Dice así:

Tan evidentemente como que los habitantes de Massilia vinieron de Grecia, puede probarse que los zoroastrianos salieron de la India en el período védico... Muchas divinidades de la religión zoroastriana son meros remedos y variaciones de las védicas (NOTA: Max Müller: *El Zend-Avesta*, 80. FINAL NOTA).

Pero estaremos en más firme terreno si apoyados en la *Kábala* y las antiquísimas tradiciones de la religión de sabiduría, podemos probar que tanto las divinidades zoroastrianas como las védicas no son ni más ni menos que la personificación de las *fuerzas de la Naturaleza*, fieles servidoras de los iniciados en la magia o sabiduría oculta. Por lo tanto, podemos afirmar que el cabalismo y el gnosticismo procedieron indistintamente del mazdeísmo esotérico (en modo alguno del exotérico), o bien, como dicen King y otros arqueólogos, de la sabiduría oculta o religión universal. Es pura cuestión de cronología decidir cuál de estas religiones es la más antigua y la menos adulterada, pues sólo difieren en su forma externa.

Sin embargo, poca relación tiene esto con el asunto de que vamos tratando. Algunos años antes de la era cristiana, los iniciados ya no constituían comunidades numerosas, excepto en la India; pero todas las sectas, desde los esenios hasta los neoplatónicos, por efímera que fuese su existencia, siguieron las mismas doctrinas fundamentales, aunque se diferenciaban en la forma externa. Esta identidad substancial de la doctrina constituye lo que llamamos la religión de sabiduría, mucho más antigua aun que la filosofía de Siddhârtha Sakya.

Tras diez y nueve siglos de intencionadas expurgaciones para borrar de los textos sagrados toda frase que pudiese poner al investigador en el verdadero camino, resulta muy ardua tarea probar a los ojos de las ciencias experimentales que los adonitas, nazarenos, esenios, terapeutas (NOTA: Filo Judeo: *De Vita Contemp.* FINAL NOTA), ebionitas y otras sectas profesaban, con levísimas diferencias, las mismas doctrinas enseñadas en los misterios teúrgicos. Sin embargo, procediendo por analogía y examinando la *oculta* significación de los ritos y ceremonias, podemos descubrir la íntima afinidad que los emparenta.

El judío Filón (NOTA: Llamado en algunas citas de esta misma obra Filo Judeo: *El Traductor*. FINAL NOTA), contemporáneo de Jesús y muy versado en las filosofías de Platón y Aristóteles, interpretó la antiquísima literatura hebrea hasta el punto de probar la coincidencia de la esotérica doctrina cabalística con la de los filósofos griegos, cuyo espíritu descubre en los libros mosaicos. Por esto dice Kingsley que Filón fue el patriarca del neoplatonismo. Es evidente que los terapeutas de Filón eran esenios, aunque no todos los esenios fuesen terapeutas (NOTA: *Asaya* significa médico. Los textos siríacos llaman *asaia* a San Lucas. El significado de esta palabra dió motivo a numerosas combinaciones para conciliar las profecías hebreas con el nacimiento y divinidad de Jesús. FINAL NOTA).

Tanto este autor como Josefo han descrito la secta de los esenios con suficientes pormenores para evidenciar que el reformador Jesús, después de pasar la mocedad en los monasterios del desierto y de haber sido iniciado en los Misterios, prefirió la vida independiente de la predicación, convirtiéndose en terapeuta errante. Lo mismo Jesús que Juan el Bautista anunciaron el fin de los tiempos (NOTA: La división de los siglos en tiempos y épocas es esotérica y búdica; pero los comentaristas profanos tomaron las palabras de Jesús en sentido literal, creyendo que se refería al fin del mundo. Sobre este particular ha babido varias profecías. Virgilio (*Egloga IV*) habla del *Metraton* o nueva progenie en que terminará la *edad de hierro*, para dar principio a la *edad de oro*. FINAL NOTA), lo cual demuestra que conocían los cómputos secretos de hierofantes y cabalistas, quienes con los priores de las comunidades esenias poseían el secreto (NOTA: Dice Munk que los priores o abades esenios eran cabalistas y teurgos, que tenían libros místicos y vaticinaban el porvenir (*Palestina*, págs. 525 y sig.). FINAL NOTA).

Dunlap, cuyas investigaciones fueron muy felices en este punto, remonta el origen de los esenios, nazarenos, dositeanos y otras sectas a una época anterior a Jesucristo, y dice de ellos:

Renunciaban a los placeres terrenales, menospreciaban las riquezas, se amaban unos a otros y se mantenían célibes, por considerar eminente virtud el dominio de la carne (NOTA: *Sod*, tomo II, prefacio XI. FINAL NOTA).

Precisamente, éstas fueron las virtudes predicadas por Jesús. Si atendemos al espíritu de los Evangelios, resultará que Jesús profesaba la doctrina de la reencarnación como los esenios, que la habían aprendido de los pitagóricos, pues según afirma Jámblico, Pitágoras residió algún tiempo con los esenios en el monte Carmelo (NOTA: Jámblico: *Vida de Pitágoras*. – Según Munk, el nombre de esenios (*iessæns*) deriva del siríaco *asaya* (médico), y los individuos de esta secta eran análogos a los terapeutas egipcios (*Palestina*, pág. 515). FINAL NOTA). En sus pláticas y sermones solía hablar Jesús en parábolas y metáforas, según costumbre de los esenios y nazarenos, sin que jamás se tuviera noticia de que así lo hicieran los galileos, pues éstos se admiraban de oír a su compatriota expresarse de aquel modo, y así le decían:

¿Por qué les hablas por parábolas (NOTA: *San Mateo*, XIII, 10. FINAL NOTA)?

Y responde como verdadero iniciado:

Porque a vosotros es dado saber los Misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden (NOTA: *San Mateo*, XIII, 11 y 13. FINAL NOTA).

Además, en algunas ocasiones se valió de frases evidentemente pitagóricas, como cuando aconseja:

No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus pies y revolviéndose contra vosotros os despedacen (NOTA: *San Mateo*, VII, 6. FINAL NOTA).

Wilder dice a este propósito:

Se advierte en Jesús y en Pablo la misma propensión a clasificar sus doctrinas en esotéricas y exotéricas. Jesús comunicaba los Misterios del reino de los cielos a los apóstoles, y hablaba en parábolas a la multitud. Pablo dice por su parte: «Nosotros hablamos sabiduría entre los *perfectos* o iniciados» (NOTA: Wilder: Prefacio de los *Misterios eleusinos* de Taylor. FINAL NOTA).

Los asistentes a los Misterios se clasificaban en *neófitos* y *perfectos*. Los primeros eran admitidos algunas veces a las dramáticas representaciones de Ceres, o sea el alma que desciende al hades (NOTA: Este descenso simbolizaba la encarnación del alma, que para los filósofos de la antigüedad y aun hoy para los budistas, es un castigo de pasadas culpas. FINAL NOTA); pero únicamente los perfectos podían conocer los misterios del *elysium* o morada de los bienaventurados, evidentemente idéntica al «reino de los cielos» (NOTA: Es imposible negar esta afirmación sin cerrar los ojos a la verdad. FINAL NOTA). Dice el apóstol Pablo:

Y conozco a este tal hombre; si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe. Que fue arrebatado al paraíso y oyó palabras secretas (*ἄρρητα ῥήματα*) que al hombre no le es lícito repetir (NOTA: II *Corintios*, XII, 3, 4. FINAL NOTA).

Este pasaje ha sorprendido a varios comentaristas versados en los ritos de la iniciación, porque alude claramente a la *epopteia* o revelación final; y aunque pocos de ellos lo han relacionado con las beatíficas visiones de los iniciados, la terminología empleada desvanece toda duda, pues *las cosas que no es lícito repetir* se encubren en la misma frase, y la razón del secreto es la misma que vemos expuesta en Platón, Proclo, Jámblico, Herodoto y otros autores.

El pasaje de San Pablo, que dice:

Hablamos sabiduría entre los perfectos,

debe explicarse diciendo:

Hablamos de las más profundas doctrinas de los Misterios únicamente entre los iniciados en ellas (NOTA: Los antiguos denominaron primero *sabiduría*, después *filosofía*, y por último *gnosis*, a la doctrina esotérica referente al origen y divina filiación del alma humana y su descenso en la materia, para reascender hasta Dios a través de sucesivas transmigraciones (*Misterios eleusinos*, pág. 49, nota). FINAL NOTA).

Resulta, por lo tanto, que en la frase: «el hombre arrebatado al paraíso», y que sin duda fue el mismo Pablo (NOTA: Así lo afirma Cirilo de Jerusalén. Véase: VI, 10. FINAL NOTA), está substituida la palabra pagana *elysium* por la cristiana *paraíso*. De que este pasaje alude a las visiones de los iniciados, tenemos prueba en que, según ya dijimos en otro lugar de esta obra, asegura Platón que antes de que un iniciado pueda ver a los dioses ha de libertarse del cuerpo astral (NOTA: *Fedro*, 64. FINAL NOTA). Análogamente describe Apuleyo su iniciación en los Misterios, diciendo:

Me aproximé a los confines de la muerte, y después de pisar los umbrales de Proserpina volví transportado a través de los elementos. En medio de la noche brillaba el sol con luz esplendorosa, y vi los dioses infernales y celestes (NOTA: Estos dos adjetivos equivalen

aquí a dioses *menores y mayores*.— *El Traductor*. FINAL NOTA) a quienes pagué tributo de adoración (NOTA: *El asno de oro*, XI. FINAL NOTA).

Así, pues, como Pitágoras y otros hierofantes reformadores, Jesús dividió sus enseñanzas en esotéricas y exotéricas, y según costumbre de los esenios, jamás se sentó a la mesa sin que precediera la acción de gracias (NOTA: *Al tratar Josefo de los esenios, dice que oraban antes de comer*. FINAL NOTA). También clasificó a sus discípulos en *neófitos, hermanos y perfectos*, aunque su magisterio público no duró lo bastante para formar escuela; y no parece que iniciara a ningún apóstol excepto Juan, pues el autor del *Apocalipsis fue cabalista iniciado*, según se infiere evidentemente de que intercaló en su obra pasajes enteros del *Libro de Enoch* y de su compendiado remedo la *Profecía de Daniel*. Además, los ofitas gnósticos repudiaban el *Antiguo Testamento* por «emanar de un ser inferior» (Jehovah), y en cambio admitían el *Libro de Enoch*, en cuyo texto apoyaban sus dogmas religiosos (NOTA: *Las alegorías apocalípticas son idénticas a los amuletos y talismanes gnósticos. Las «siete vocales» equivalen a los «siete sellos», y el nombre de Dios que nadie más que Dios conoce (Apocalipsis, XIX, 12), es el místico nombre de Abraxas y el Shem Hamphirosh, el nombre inefable. Más adelante demostraremos la íntima relación entre la Kábala y el Apocalipsis*. FINAL NOTA). Otra prueba de que Juan era cabalista, la tenemos en que fue desterrado a la isla de Patmos cuando la persecución emprendida por el emperador Domiciano contra los astrólogos y cabalistas (NOTA: *No es cierto, como algunos historiadores suponen, que esta persecución fuese contra los cristianos. Motivóla el supersticioso recelo del emperador, a quien los astrólogos judíos le habían pronosticado que moriría tan miserablemente como el rey Azahías, por haber provocado la cólera de Beelzebú, dios protector de las moscas, con su manía de coger estos insectos y atravesarlos con un alfiler de oro (Véase: Suetonio: Vita Eutrop, 7)*. FINAL NOTA).

En todas las poblaciones adonde iba Jesús a predicar le acusaban los fariseos de ejercer la magia egipcia (NOTA: *El rabino Wise opina que Jesús pertenecía a la secta de los fariseos, y el Talmud dice que lo fue el apóstol Jaime. En nuestro concepto, no fueron los fariseos sino los saduceos los concitadores del pueblo contra Jesús. Los fariseos constituían la casta sacerdotal de la estirpe de Zadok. Por otra parte, los Hechos de los apóstoles dicen que fueron perseguidos por los saduceos, pero nunca por los fariseos, quienes a decir verdad no persiguieron a nadie, y entre ellos se contaban los escribas, rabinos y doctores sin prejuicios de clase como los saduceos*. FINAL NOTA) y de lanzar los demonios en nombre de Beelzebú (NOTA: *Tanto fundamento tenía esta acusación como más tarde la del clero romano contra muchos inocentes quemados por el supuesto delito de magia*. FINAL NOTA). Por otra parte, San Justino Mártir no sólo afirma con toda autoridad que los gentiles de su tiempo atribuían los milagros de Jesús a operaciones mágicas (*μαγιχη ψαντασία*) idénticas a las de los taumaturgos paganos, sino que deplora que le llamaran embaucador del pueblo (NOTA: *Dialogos, 69*. FINAL NOTA).

Según el *Evangelio de Nicodemus*, los judíos acusaron de mago a Jesús ante Pilatos diciendo: «¿No te hemos dicho que era mago?». Celso alude a la misma acusación, y como neoplatónico cree en ella (NOTA: *Orígenes: Contra Celso, II*. FINAL NOTA). El rabino Iochan refiere que a Jesús le era tan fácil volar por los aires como al común de las gentes andar por el suelo (NOTA: *Magia, 51*. FINAL NOTA). San Agustín asegura que, en opinión general de los contemporáneos, Jesús había sido iniciado en Egipto y escribió tratados de magia que legó a Juan (NOTA: *Orígenes, II.— Hubo una obra titulada Magia Jesu Christi atribuida a Jesús. Véanse: August de Consans: Evang., I, 9; Fabric.: Cod. Apud. N. T., I, pág. 305*. FINAL NOTA). En las *Clementina Recognitionis* se acusa a Jesús de haber operado milagros no como profeta judío, sino como mago pagano (NOTA: *Recog., I, 58*. FINAL NOTA).

Entonces, igual que ahora, el clero fanático, la plebe ínfima y la aristocracia no iniciada en los Misterios solían acusar de hechicería a los hierofantes y adeptos de mayor nota

(NOTA: Ejemplo de ello tenemos en el iniciado Apuleyo, a quien acusaron de hechicería y de llevar consigo una figura de esqueleto humano que se consideraba poderoso talismán de magia negra. FINAL NOTA). Una de las pruebas más valiosas de que a Jesús le tuvieron por mago sus coetáneos, nos la ofrece el sarcófago del *Museo Gregoriano*, cuyos bajorrelieves representan los milagros de Jesús y entre ellos el de la resurrección de Lázaro, donde figura Jesús con el rostro lampiño y una varita en la mano, como los nigrománticos, mientras que el cuerpo de Lázaro está vendado exactamente como las momias egipcias.

De seguro que el mundo cristiano se parecería más a Cristo y la humanidad no tendría más que una religión y un solo Dios, sin las complicadas y absurdas disquisiciones acerca del «Hijo del Hombre», si dispusiéramos de un retrato auténtico de Jesús, trazado como la figura del sarcófago en los albores del cristianismo, cuando todavía las gentes conservaban vivo el recuerdo de las circunstancias personales de fisonomía e indumentaria del Reformador. Las dudas y perplejidades religiosas proceden de la falta de datos positivamente personales de la figura divinizada por el cristianismo, pues mientras predominó en la nueva religión el elemento judío no hubo imagen alguna de Jesús, por el horror que inspiraba toda representación plástica, según enseñaron los caldeos. Así es que hubieran tenido por sacrílega irreverencia cualquier representación de su Maestro.

En los días de Tertuliano, la única efigie válida de Jesús era una alegoría del Buen Pastor, que, sin embargo, no lo representaba fisonómicamente, pues se reducía a una figura de hombre con cabeza de chacal, como Anubis, y con la rescatada oveja al hombro (NOTA: Dice King que al profano le parece humana la cabeza de esta figura, pero examinada detenidamente, resulta el Anubis de doble cabeza, una humana y otra de chacal, con una serpiente de cabeza erguida a modo de cinturón. FINAL NOTA).

Esta figura, según dice King, tenía dos significaciones: una exotérica, para el vulgo, y otra esotérica, para el iniciado, y tal vez sería el sello de algún apóstol o adepto de superior categoría (NOTA: King: *Los gnósticos y sus huellas*, pág. 201. FINAL NOTA). Esto es una nueva prueba de que la doctrina de los primitivos cristianos no difería mucho de la de los gnósticos. Epifanio (NOTA: *Herejías*, X XVII. FINAL NOTA) acusa a los carpocracianos de adorar pinturas y esculturas de oro, plata y otros materiales, que, según ellos, eran efigies de Jesús trazadas por Pilatos, a las que secretamente tributaban culto y ofrecían sacrificios al uso de los gentiles, como también a las imágenes de Pitágoras, Platón y Aristóteles (NOTA: ¿Qué diría el piadoso Epifanio si resucitara y viese la basílica de San Pedro de Roma? FINAL NOTA). De esto infiere King que en el año 400 de nuestra era todavía se tenía por pecado abominable la representación figurada de la persona de Jesucristo. También San Ambrosio se indigna contra la afirmación de Lampridio de que Alejandro Severo tenía en su oratorio particular una imagen de Jesucristo entre las de eminentes filósofos, y a este propósito exclama:

La mente se conturba y se resiste a la idea de que los paganos hayan conservado la efigie de Cristo y los cristianos no hayan cuidado de tenerla.

De esto se colige que, excepto el núcleo de cristianos más tarde triunfantes, la aristocracia intelectual del paganismo honró a Jesús como un filósofo adepto de la misma categoría que Pitágoras y Apolonio. Si hubiese sido, según pretenden los Evangelios sinópticos, un oscuro carpintero de Nazareth, no le tributaran de seguro tales honras los paganos. No hay de la divinidad de Jesús, es decir, considerado como encarnación del Hijo de Dios, ni una sola prueba que resista a la crítica exegética. En cambio, cuando se le mira como reformador radical, acérrimo adversario del dogmatismo teológico, debelador de la hipocresía y promulgador de uno de los más sublimes códigos de moral, es Jesucristo una de las más colosales y mejor definidas figuras de la historia, que irá tornando mayor relieve a medida que transcurran los siglos, aunque los teológicos dogmas forjados por la fantasía humana vayan perdiendo de día en día su inmerecido prestigio. Jesucristo reinará

universalmente el día en que todos los hombres se amen como hermanos con el amor del incognoscible Padre común de la raza humana.

En una carta atribuida apócrifamente al senador Léntulo, escrita en latín horrible y dirigida al Senado romano, hallamos una descripción de la persona de Jesús, que se ajusta a las usanzas de la época, pues dice que «Jesús llevaba la cabellera suelta en ondas que le caían sobre los hombros, pero partida en raya por la mitad, a estilo de los nazarenos». Este pasaje de la descripción nos inclina a considerar concluyentemente:

1º Que, en efecto, los nazarenos, por observancia de su regla, llevaban la cabellera tal como la descrita y según aparece en la figura bíblica de Juan el Bautista.

2º Que si el senador Léntulo hubiese escrito la carta que se le atribuye, seguramente la conociera San Pablo y no dijera como dijo, con ofensa de Cristo su Señor, que es vergonzoso para un hombre llevar el pelo largo.

3º Que si Jesús llevaba el pelo a usanza de los nazarenos, debió recibir este sobrenombre, no por ser vecino de Nazareth, pues éstos no llevaban así el pelo, sino por pertenecer a la secta de los nazarenos, que en la época de Juan el Bautista era ya herética a los ojos del Sanhedrín (NOTA: Es de notar que el apóstol predilecto, San Juan Evangelista, único que no abandonó a su Maestro en el día de la prueba, llevase también el cabello como los nazarenos. Por otra parte, Jesús era adversario de las prácticas de la ortodoxia judía, y resulta evidente que no hubiera llevado el cabello en dicha forma de no pertenecer a la herética secta de los nazarenos o «consagrados al Señor», en cuya cabeza no debía tocar navaja. Así lo corroboran los dos pasajes siguientes de las Escrituras hebreas: «Santo será, dejando crecer la cabellera de su cabeza» (*Números*, VI, 5). «Porque concebirás y parirás un hijo a cuya cabeza no tocará navaja; porque será nazareno de Dios desde su infancia...» (*Jueces*, XIII, 5). Este último pasaje se refiere a Sansón, que también fue nazareno y tenía la fuerza en el cabello. FINAL NOTA).

El *Talmud* dice que los nazarenos eran saludadores y exorcistas errantes, y así lo atestigua Jervis (NOTA: *El verdadero israelita*, II, 238; *Tratado Nazir*. FINAL NOTA) al declarar que «los nazarenos iban de pueblo en pueblo curando enfermos y vivían de limosna». Por su parte, Epifanio dice incongruentemente que «los nazarenos seguían en gradación herética a los corintios, ya fuesen anteriores o posteriores a éstos, no obstante ser coetáneos», y añade que «en aquel tiempo a todos los cristianos se les conocía con el nombre de nazarenos» (NOTA: *Epiph*, ed. Petar, I, 117. FINAL NOTA).

Al hablar Jesús de Juan dice que éste es el «Elías que había de venir». Si este pasaje no se interpoló posteriormente para simular el cumplimiento de una profecía, da a entender que Jesús, además de nazareno, también era cabalista y creía en la reencarnación, pues en esta doctrina sólo estaban iniciados los esenios, nazarenos y discípulos de Simeón ben lochai y de Hillel, sin que nada supieran de ella los judíos ortodoxos ni los galileos (NOTA: *La secta de los saduceos negaba la inmortalidad del alma*. FINAL NOTA).

Sobre el particular dice la *Kábala*:

Pero el autor de esta *restitución fue* nuestro maestro Mosah, la paz sea con él, quien era la *reevolución* (transmigración) de Seth y de Hebel, para que pudiese cubrir la desnudez de su primer padre Adán (NOTA: *Kabala Denudata*, II, 155; *Vallis Regia*, ed. de Paris. FINAL NOTA).

Por lo tanto, al decir implícitamente Jesús que Juan era la *reevolución* o transmigración de Elías, denotaba claramente a qué escuela pertenecía.

Los cabalistas y masones no iniciados confunden el concepto de la reevolución con el de la metempsícosis; pero se equivocan tan gravemente respecto a las verdaderas doctrinas cabalistas como respecto de las genuinas enseñanzas budistas.

Dice el *Zohar*:

Toda alma está sujeta a la transmigración...; los hombres no conocen los designios del Santo, ¡bendito sea!, ni saben que comparecen ante el tribunal, tanto al entrar como al salir de este mundo.

La misma doctrina profesaban los fariseos, como dice Josefo (NOTA: *Antigüedades, XVIII, 13. FINAL NOTA*); y según enseñaba Gilgul en su teoría de la «rotación del alma», los cadáveres de los judíos enterrados lejos de Palestina conservan una partícula del alma, que no puede salir del cadáver ni gozar de reposo hasta enterrarlo en el suelo patrio. También enseñaba que la rotación del alma se efectuaba a través de las formas, desde el más diminuto insecto hasta el más corpulento cuadrúpedo.

Sin embargo, todos estos pasajes y citas exponen la doctrina exotérica (NOTA: *Véase la Kabala Denudata de Khunrath, cuyo texto, aunque obscuro, esclarecerá algún tanto esta materia. FINAL NOTA*), sin que la *reevolución* pueda confundirse con la *metempsicosis* o transmigración.

Aunque los cabalistas consideraran a Moisés como una transmigración de Abel y Seth, no se infiere de ello que los iniciados creyeran que el espíritu de Abel y el de Seth se hubiesen infundido en el cuerpo de Moisés, sino que tal expresión era el medio de traslucir uno de los más profundos misterios de la sabiduría oculta, es decir, que Moisés había llegado a la más elevada etapa de evolución aquí en la tierra, o sea la íntima unión de la duada terrena en perfecta trinidad con el espíritu inmortal. Es el concepto del dios-hombre, del hombre-dios o del dios encarnado, de que tan rarísimos ejemplos ofrece la raza humana. Las palabras de Jesús: «vosotros sois dioses», que a los exégetas les parece mera abstracción, tiene para los cabalistas profundísimo significado, porque un dios es el espíritu inmortal que ilumina al ser humano desde el momento en que emana directamente de la Causa primera, del incognoscible Dios de que es partícula, el microcosmos del macrocosmos. El espíritu humano tiene en potencia todos los atributos del Espíritu de que procede, y entre ellos la omnisciencia y la omnipotencia. Cuando el hombre logra actualizar en todo y por todo estos atributos, aunque durante la vida terrena estén velados por la naturaleza física, superará a los demás hombres y podrá mostrar en sus palabras la sabiduría y en sus obras el poder de Dios, pues mientras los demás hombres están únicamente *cobijados* por su divino *Yo* con la *posibilidad* de alcanzar la trina unión mediante su propio esfuerzo, el hombre evolucionado goza ya de la inmortalidad aun durante su estancia en la tierra. Ha recibido el premio, y de allí en adelante vivirá para siempre en la vida eterna. No sólo dominará las obras de la creación por virtud del inefable HOMBRE, sino que aun en esta vida será superior a los ángeles (NOTA: *En la Epístola a los hebreos se advierte una flagrante contradicción sobre este punto, pues en el cap. I, vers. 4, dice San Pablo al hablar de Jesús: «Hecho tanto más excelente que los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos», al paso que en el cap. II, vers. 9, se lee: «Mas a aquel Jesús que por un poco fue hecho menor que los ángeles». Esto demuestra con cuán poco tino se adulteraron los escritos de los apóstoles, en el supuesto de que fuesen ellos sus autores. FINAL NOTA*).

Los antiguos no tuvieron jamás la temeraria idea de que los hombres perfectos fuesen encarnaciones del supremo e invisible Dios, pues Moisés y otros instructores de su índole eran para ellos hombres perfectos, dioses en la tierra, entendiendo por dioses los divinos espíritus infundidos en los puros cuerpos materiales como en tabernáculos sagrados. Los antiguos tributaban honores divinos y llamaban dioses a los desencarnados espíritus de los sabios y de los héroes, por lo que les acusaron de politeístas e idólatras precisamente quienes antropomorfizaron los más puros conceptos metafísicos.

Todos los iniciados conocían el verdadero sentido esotérico de esta enseñanza (NOTA: *Los cabalistas llamaban «el descenso del ángel Gabriel» a la unión de la duada terrena con el espíritu inmortal. Gabriel significa mensajero de vida, y equivale al ángel Metatrón. Los nazarenos le designaban con el nombre de Abel-Zivo. (Código de los nazarenos, I, 23)*

Sin embargo, al hombre perfecto se le denominaba generalmente «espíritu ungido». Por esta razón decían los gnósticos que la humana persona de Jesús estaba unida al *Christos* o *Mensajero de Vida*, que se separó en el supremo momento de exhalar desde la cruz el angustioso grito de *Eli, Eli, lamma sabachthani*. Algunos intérpretes opinan que la divina Presencia abandonó a Jesús en aquel instante, porque la naturaleza humana flaqueó en su fe. FINAL NOTA), que los *tanaïmes* comunicaban a sus discípulos predilectos los *isarimes* en las solemnes soledades de las criptas y de los yermos. Era éste uno de los puntos más sigilosamente velados, porque la condición humana era entonces la misma que ahora, y la casta sacerdotal estaba tan engreída de su intelectual superioridad como el clero de nuestros días y tan afanosa de avasallar a las muchedumbres ignaras, con la diferencia de que los hierofantes podían demostrar la verdad de sus enseñanzas, y el clero contemporáneo se apoya en la ciega fe de las gentes.

Los primitivos nazarenos pertenecientes a la escuela gnóstica, creían que Jesús era un profeta *enviado* por Dios para enderezar los pasos de las gentes por el camino de la justicia. A este propósito dice el *Código de los nazarenos*:

La mente divina es eterna. Es pura luz derramada espléndidamente por el pleroma (NOTA: La inmensidad del espacio. FINAL NOTA). Es madre de los eones. Un eón agitó turbulentamente la materia (caos) y con una porción de luz celeste le dió forma apropiada para la manifestación objetiva y tangible; pero de ella dimanó todo mal. El Demiurgo pretendió honores divinos (NOTA: Los nazarenos y demás sectas de la escuela gnóstica no confundían el Demiurgo o creador del universo material con el supremo Dios. (Véase: Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*). FINAL NOTA), y en consecuencia fue enviado Cristo (el ungido), el príncipe de los eones (NOTA: En este pasaje se toma la palabra eones en sentido de potestades invisibles, pero téngase en cuenta que también suele dársele la acepción de eternidades o indefinidos períodos de tiempo, equivalentes al *secula seculorum* de la Iglesia latina. Conviene, por lo tanto, distinguir entre eones (tiempo) y eones (entidades).- *El Traductor*. FINAL NOTA), quien se infundió dominadoramente en la persona del piadosísimo Jesús, hasta que lo abandonó para ascender a lo alto (NOTA: Más adelante explicaremos la significación del místico nombre de Cristo. FINAL NOTA).

Para la mejor comprensión de este pasaje y otros igualmente enigmáticos, daremos una sumaria explicación de los dogmas comunes, salvo levísimas diferencias, a todas las sectas gnósticas. Por entonces el principal colegio gnóstico estaba en Efeso, donde se aunaba la enseñanza de la filosofía oriental con la de la platónica. Era uno de los focos de la universal doctrina secreta, el laboratorio donde la elegante terminología griega alquitaraba las filosofías budista, zoroastriana y caldea.

Pablo venció a Artemis (NOTA: Símbolo de las enseñanzas teosófico-panteistas. Se la llamaba también la potente madre multimámara, y era abogada de los textos efesianos. FINAL NOTA); pero aunque los conversos quemaron gran número de tratados acerca de *τὰ περίεργα* (artes curiosas), todavía quedaron los suficientes para reanudar los estudios una vez se hubo entibiado el primitivo celo. De Efeso brotó la gnosis en antitética oposición a los dogmas de Ireneo, y en Efeso estuvo el semillero de cuantas especulaciones trajeron de la cautividad los tanaïmes. Sobre este particular dice Matter:

Las doctrinas de la escuela hebreo-egipcia y los conceptos semiparsis de los cabalistas habían acrecentado por entonces en Efeso la copiosa afluencia de enseñanzas griegas y asiáticas, por lo que no es extraño que salieran de allí instructores deseosos de conciliar las doctrinas tradicionales de la escuela gnóstica con la nueva religión predicada por el apóstol Pablo.

Si los cristianos no se hubiesen echado encima la carga de la *revelación* mosaica ni aceptado el Jehovah bíblico, nadie se atreviera a tildar de herejes a los gnósticos; porque exento el cristianismo de exageraciones dogmáticas, hubiese tenido el mundo para su mayor bien una religión fundada en la pura filosofía platónica.

Veamos ahora cuáles eran las ideas básicas de los gnósticos y si merecen el calificativo de heréticas. Tomaremos a Basílides como dechado de gnósticos, pues todos los demás expositores de esta escuela se agrupan en torno de él como planetas que reciben la luz del sol.

Afirmaba Basílides que había aprendido sus doctrinas de labios de Glauco, discípulo del apóstol Pedro, y del mismo apóstol Mateo (NOTA: Clemente de Alejandria: *Stromateis*, VII, 7, § 106. FINAL NOTA). Según Eusebio (NOTA: H.E., IV, 7. FINAL NOTA), escribió Basílides la obra *Interpretaciones de los Evangelios* (NOTA: Los evangelios interpretados por Basílides no eran los que actualmente se conocen, pues éstos se amañaron tiempo después, según han demostrado los más eminentes exégetas. (Véase: *Religión sobrenatural*, II. cap. Basílides). FINAL NOTA), compuesta de veinticuatro tomos, que los cristianos arrojaron a las llamas (NOTA: Esta da motivo para suponer que la obra contenía más verdades de las que Ireneo y los suyos pudiesen negar. FINAL NOTA). El credo de Basílides puede resumirse en los siguientes conceptos:

El Eterno Padre, increado e incognoscible, engendró desde un principio la Mente (*Nous*), de la que emanó el *Logos* (NOTA: El *Verbo*, según San Juan. FINAL NOTA), y de éste, a su vez, emanaron los espíritus humanos (*Phronesis* o inteligencias). De *Phronesis* emanaron *Sophía* (sabiduría femenina) y *Dynamis* (la fuerza).

Tales eran las cinco emanaciones (NOTA: El *Quinternión* de los gnósticos. FINAL NOTA) de la Divinidad o cinco substancias espirituales, equivalentes a las cinco virtudes ontológicas o entidades externas al Dios inmanifestado. Esta enseñanza es eminentemente cabalista, y más todavía búdica (NOTA: Conviene fijar en la terminología teosófica los significados de las palabras búdico y budista, que expresan muy distintos conceptos. Búdico es el adjetivo propio de cuanto se refiere al plano de este nombre o plano de la sabiduría, y por extensión a las doctrinas de la religión de sabiduría o filosofía búdica, muy anterior a los *Vedas* y, por lo tanto, a Gautama, el fundador del *budismo* o religión positiva cuyas referencias se designan con el adjetivo *budista* para distinguir este concepto del de *búdico*, sin necesidad de recurrir a las complicaciones ortográficas de la doble *d* ni de la *h*, que pugnan con la índole y fonética del habla española. Toda dificultad en este punto quedará subsanada con sólo seguir llamando *budismo* a la religión de Gautama, con el adjetivo *budista* para todas sus derivaciones, y denominar filosofía búdica a lo que hasta aquí se ha venido llamando *buddhismo esotérico*, con perpetuo riesgo de que se repita la deplorable confusión entre la religión de sabiduría y la religión de Gautama, de que se quejó la maestra Blavatsky en *La Clave de la Teosofía. – El Traductor*. FINAL NOTA), pues el antiquísimo sistema de la religión de sabiduría, muy anterior a Gautama, está fundado precisamente en el concepto de la substancia increada de *Adi-Buddha* o Divinidad incognoscible (NOTA: Los cinco principios o emanaciones de la Divinidad inmanifestada son andróginos, y por lo tanto se consideran místicamente en número de diez. Así vemos: «La suprema sabiduría desdobló su cuerpo en dos partes y fue macho y hembra». (*Manú*, lib. I, díst. 32) El Induismo conserva muchos conceptos de la primieval filosofía búdica. Por otra parte, los brahmanes ponen algún reparo a la generalizada creencia de que Gautama fue la novena reencarnación o avatar de VisImu, lo cual niegan en redondo los más eminentes teólogos budistas, quienes afirman que el culto de Buda ha de anteponerse al de todas las divinidades védicas por cuanto Buda restauró la religión que durante siglos había prevalecido en la India, antes de que los induistas vinieran de otras tierras a conquistar el país con la espada y establecer su herética doctrina, en

menoscabo de la verdadera, sobre el concepto de divinidades ya adoradas por el pueblo en aquella época. Admiten los teólogos budistas la naturaleza espiritual de algunos dioses védicos; pero añaden que todos ellos son inferiores a los hombres que alcanzaron la iluminación búdica, lo mismo que ocurre en la jerarquía angélica de la Iglesia cristiana. No admiten los budistas la creación del universo material, pues creen que existió, aunque invisiblemente, desde toda la eternidad, y por lo tanto sólo fue necesaria su manifestación objetiva por impulso de *Adi-Buddha* o Esencia increada. Creen asimismo los budistas que el universo ha tenido ya veintidós sucesivas manifestaciones visibles gobernadas por Iluminados, y otras tantas destrucciones por el fuego y el agua alternativamente. Con el último cataclismo diluvial terminó el ciclo precedente (cuyo número de años es un guarismo secreto) y comenzó la actual edad de Kali (Maha Bhadra Kalpa) durante la que ha habido hasta ahora cuatro Iluminados o *Buddhas*, de los cuales el cuarto fue Gautama y el quinto ha de ser Maitreya, que está todavía por venir y es el Mesías de los judíos cabalistas, el Mensajero de luz, el Sosiosh o Salvador, que según los parsis vendrá caballero en un caballo blanco. El *Apocalipsis* de San Juan alude también a la segunda venida de Cristo, a quien los indos llaman el Señor Maitreya. FINAL NOTA).

La eterna e infinita Mónada tiene inherentes a su esencia cinco actualizaciones de la sabiduría, que se manifiestan separadamente en los cinco *Dhyani-Buddhas*, que de por sí son inactivos como *Adi-Buddha*, pues ninguno de ellos encarnó jamás sino que encarnaron sus respectivas emanaciones.

Al tratar de la doctrina de los gnósticos expuesta por Basílides, dice Ireneo:

Quando el increado e innominado Padre vió la corrupción del género humano, envió a la tierra a su primogénito *Nous* en figura de Cristo para redimir a cuantos creyesen en él por el poder de los que construyeron el mundo (NOTA: El Demiurgos y sus seis hijos los espíritus planetarios. FINAL NOTA). Apareció Cristo entre los hombres en el cuerpo de Jesús e hizo milagros. Pero la entidad Cristo no sufrió en la persona de Jesús, sino que sufrió Simón Cireneo, a quien prestó su forma corporal. Porque la divina Potestad, el *Nous* del Eterno Padre no tiene cuerpo y no puede morir. Por lo tanto, quien sostenga que Cristo murió, es todavía esclavo de la ignorancia. Quien niegue la muerte de Cristo está libre de error y comprende los designios del Padre (NOTA: Ireneo, 23. FINAL NOTA).

En conjunto y en su abstracto sentido, no se advierte blasfemia alguna en esta exposición de ideas que podrán ser *heréticas* respecto de la teología dogmática de Ireneo y Tertuliano (NOTA: Este apologista se apartó más tarde de la escuela de Ireneo para defender la herejía de Montano. FINAL NOTA), pero que en nada adulteran el puro concepto religioso, mucho más conciliable con la majestad divina que el actual antropomorfismo cristiano. Los discípulos de Ireneo, aplicaron a los gnósticos el sobrenombre de *doceta* o ilusionistas, porque creían que Cristo no padeció ni murió en cuerpo físico (NOTA: También los textos indoístas contienen muchas leyendas impropias del augusto concepto de la Divinidad; pero los brahmanes cultos, lo mismo que hicieron los gnósticos, atribuyen a *maya* (ilusión) los hechos referidos en dichas leyendas. FINAL NOTA).

Muy difícil es que las naciones occidentales, que de tan civilizadas presumen y sin embargo desdeñan el examen de los fenómenos psíquicos tan familiares en Oriente, comprendan ni siquiera estimen los conceptos religiosos del pueblo índico, cuyos metafísicos basaron sus más profundas y trascendentales especulaciones en el capital principio, a la paz indoísta y budista, de que todo lo finito es ilusorio y que sólo es real lo infinito y eterno (NOTA: Aunque parezca extraño, también sostiene este mismo concepto la filosofía católica por boca del íntegro ortodoxo Balmes, quien dice que Dios es la única realidad.— *El Traductor*. FINAL NOTA). Los accidentes y cualidades de los objetos (forma, color, olor, sabor, tactilidad y sonoridad) existen para nosotros en proporción a la agudeza receptiva de los sentidos corporales. El ciego de nacimiento no

puede tener idea de la forma ni del color (NOTA: Porque son ideas simples y no pueden comunicarse por descripción oral.– *El Traductor*. FINAL NOTA); pero no obstante, los objetos existen para él aun sin estas cualidades, y los percibe por los sentidos suprafísicos. Todos vivimos en este mundo sujetos a la influencia de la ilusión que nos muestra más o menos correctamente, según nuestro temperamento físico y mental, el reflejo de los originarios arquetipos emanados de la Mente absoluta. Tan sólo estos arquetipos son manifestaciones reales y permanentes.

Hace muchísimos siglos, el místico filósofo indio Kapila (NOTA: Algunos orientalistas, llevados de su acostumbrada ligereza, califican de escéptico a Kapila por no comprender su filosofía. FINAL NOTA) expuso magistralmente este concepto, diciendo:

Tan poca importancia tiene la condición física del hombre, que difícilmente puede comprobar su propia existencia ni la de la Naturaleza. Tal vez lo que llamamos universo, con cuantos seres lo pueblan, no tiene nada de real, y es tan sólo el producto de la continuada ilusión (*maya*) de nuestros sentidos.

Al cabo de diez mil años, repite Schopenhauer el mismo concepto, diciendo:

La naturaleza no existe *per se*. Es la indefinida ilusión de nuestros sentidos (NOTA: Lo mismo sostuvieron Kant, Schelling y otros filósofos modernos. FINAL NOTA).

Si los objetos de sensación son ilusorios y fluctuantes, no pueden ser reales. Únicamente el Espíritu es real porque es inmutable. Así lo enseñó primero la filosofía búdica y después los gnósticos que de ella derivaron su doctrina. La entidad *Cristo* sufrió *espiritualmente* mucho más de lo que sufrió *corporalmente* la personalidad ilusoria de Jesús clavado en el leño.

Según el concepto cristiano, Jesús equivale a Cristo; pero los gnósticos y los iniciados distinguían entre ambas entidades (NOTA: La palabra griega *Χριστός* (*Christos*) se deriva del sánscrito *Kris* (sagrado), de cuya raíz arranca el nombre del dios *Khristna*. El ultramontano Textor de Ravisi, en su polémica con Jaccoliot acerca de la ortología del nombre *Khristna*, trata de probar que debe escribirse *Krishna* porque esta palabra significa negro, y como las imágenes del dios son de este color, supone que del color derivaría el nombre. Sin embargo, en su obra: *Khristna y el Christo*, rebate Jaccoliot victoriosamente los argumentos de su adversario. FINAL NOTA). El *Christos* de los griegos significaba *ungido* con aceite puro (*chrism*), aparte de otras acepciones, entre las cuales tenemos la equivalente a la que en todas las lenguas significa la pura y sagrada esencia de la primera emanación del Absoluto que se manifiesta en espíritu perceptible. El *Logos* griego, el *Mesías* hebreo, el *Verbo* latino y el *Viradj* sánscrito expresan el idéntico concepto de la primera emanación, el *Hijo del Padre*, la llama desprendida del eterno e inextinguible foco de Luz.

Dice Manú:

El hombre que obra piadosamente con la interesada mira de su propia salvación, puede alcanzar la dignidad de los devas; pero el que obra piadosa y al mismo tiempo desinteresadamente, se libra para siempre de los cinco elementos (materia)... Quien ve el supremo Ser en todos los seres y todos los seres en el supremo Ser y ofrece su propio ser en sacrificio, se identifica con el Ser que brilla por su propio esplendor (NOTA: *Manú*, libro XII, dísticos 90 y 91.– En sánscrito no hay palabra equivalente a *milagro* en el cristiano concepto de operación contraria a las leyes naturales. A lo sumo hay la palabra *meipo*, que significa sorprendente y maravilloso. Únicamente los santos operan *meipo*. FINAL NOTA).

Así tenemos que el verdadero significado de la palabra *Christos* es el colectivo concepto de los espíritus individuales de los hombres, erróneamente llamados almas. Son los divinos Hijos de Dios, algunos de los cuales cobijan a las entidades humanas, aunque

en su mayoría permanecen en la condición de espíritus planetarios, y en su mínima parte quedan temporalmente unidos en la tierra a hombres como Gautama, Jesús, Tissu, Khristna, que por virtud de esta unión fueron dioses-hombres en la tierra. Otros como Moisés, Pitágoras, Apolonio, Plotino, Confucio, Platón, Jámblico y algunos santos del cristianismo, se unieron de cuando en cuando con el *Christo* o *Hijo de Dios*, y merced a esta interválica unión se elevaron a la categoría de semi-dioses instructores de la humanidad. Luego de separados de sus tabernáculos terrestres y unidos para siempre con el espíritu inmortal, se restituyen a la luminosa hueste de los ungidos en solidaridad de pensamiento y de acción. De aquí que al decir los gnósticos que *Christo* sufrió espiritualmente por la humanidad, daban a entender con ello que sufrió su divino Espíritu.

Así opinaba también Marción, «el gran heresiarca del siglo II», como le llamaron los titulados ortodoxos. Floreció Marción en Roma por los años de 139 a 142 (NOTA: Esta fecha le asignan Tertuliano, Ireneo y Clemente de Alejandria entre los antiguos, y Bunsen, Tischendorf, Westcott. Credner y Sechleiermacher entre los modernos comentadores. Estos dos últimos encomian la elevación de carácter, pureza de conducta, profundos sentimientos religiosos y alteza de opiniones del heresiarca Marción, (Véanse: Credner: *Beiträge*, I, 40; Sechleiermacher, *Obras completas*, VIII; Kinl. N. T. 64. FINAL NOTA). Muy Poderosa debió de ser su influencia, porque dos siglos después todavía se queja Epifanio de la multitud de discípulos de Marción repartidos por todo el mundo (NOTA: Epifanio. *Heresjes*, XLII, P. I. FINAL NOTA). Por otra parte, delatan la magnitud del peligro los dicerios e infamantes epítetos derramados sobre Marción por el «gran africano», aquel cancerbero de los doctores de la Iglesia, que siempre estaba vociferando en guarda de los dogmas de Ireneo (NOTA: Tertuliano: *Contra Marción*, II, 5. FINAL NOTA). No hay más que leer su célebre refutación de las *Antítesis* de Marción para advertir las sutilezas del odio monástico de la escuela cristiana, que a través de los tiempos medioevales ha renovado en los nuestros el Vaticano.

Para muestra, basta el pasaje que dice:

Seguid, sabuesos, ladrando al Dios de la verdad y disputaos por roer los huesos que os arrojan los apóstoles (NOTA: Tertuliano: *Contra Marción*, II, 5. FINAL NOTA).

El autor de la *Religión sobrenatural* dice sobre este punto:

La pobreza de los argumentos que emplea el «gran africano» guarda proporción directa con la acritud de sus dicerios. Las controversias religiosas de los Padres de la Iglesia están erizadas de supercherías y henchidas de piadosos insultos. Tertuliano era maestro en este linaje de dialéctica, y los acerbos vituperios que lanza contra Marción, a quien llama impío y sacrílego, no tienen absolutamente nada de imparcial y sincera crítica... Tertuliano y Epifanio motejaban de «bestia» a Marción, y le imputaban haber eliminado del Evangelio según San Lucas pasajes que jamás estuvieron en él... Prueba de la obcecación y parcialidad de Tertuliano tenemos en que, no sólo imputa falsamente a Marción (*Contra Marción*, IV 9, 36) el haber mutilado el texto, sino que *explica los motivos que tuvo para mutilarlo*. También le acusan Tertuliano y Epifanio de haber suprimido el pasaje en que Cristo dice que no vino a abrogar la ley sino a cumplirla, siendo así que esta frase aparece en el texto de Mateo (cap. V, vers. 7) sin que jamás haya estado en el de Lucas (NOTA: *Religión sobrenatural*, II, 100 a 105. FINAL NOTA).

Vemos, por lo tanto, cuán poca confianza merecen las obras de los Padres de la Iglesia, quienes, como aseguran la mayoría de exégetas, no expusieron la verdad, sino deleznable y personalísimas opiniones sin fundamento lógico (NOTA: Entre otros exégetas podemos citar a Hilgenfeld, quien dice en su obra: *Die Evo von Justino*, p. 446, sup. B.— Desde el punto de vista crítico, hemos de considerar las afirmaciones de los Padres de la Iglesia

como hijas de su personal parecer y subjetiva opinión, y por lo mismo necesitadas de prueba». FINAL NOTA).

El autor de la *Religión sobrenatural* dice al hablar de Marción:

Mucha desgracia fue para Marción vivir en época en que el cristianismo, perdida ya la pura moral de su infancia, estaba conturbado por espinosas cuestiones dogmáticas. La sencilla fe y el pío entusiasmo que cimentaron la confraternidad cristiana iban degenerando rápidamente en las teológicas controversias que acabaron en cismas, persecuciones y enconadas luchas. Siglos más tarde hubiera sido honrado Marción como reformador; en su tiempo no podía por menos de ser condenado por hereje, aunque no dejara de influir intensamente entre sus coetáneos con su irreprochable conducta. Aspiraba Marción a una pureza angelical en el hombre, y mantenía opiniones austerísimas respecto del matrimonio y de la subyugación de la carne; pero aunque sus adversarios se burlaran de esta manera de pensar, no cabe duda de que estaba de acuerdo con la estricta práctica de la virtud y que lo mismo sostuvieron después los más eminentes santos de la Iglesia (NOTA: Este pasaje se apoya en las siguientes autoridades: *Beiträge de Credner* (I, 40); cf. *Neander: Allg. K.G.* (II, p. 792 f.); *Sechleiermacher, Milman, etc.* FINAL NOTA).

Veamos ahora si las opiniones de Marción merecían que Tertuliano le combatiera como el más peligroso hereje de su tiempo. Para ello recurriremos al autor de *Religión sobrenatural*, quien, a su vez, corrobora sus propias investigaciones en la autoridad de críticos eminentes. Dice a este propósito:

En la época de Marción pugnaban en el seno del cristianismo dos orientaciones: la que consideraba la doctrina de Jesús como mera continuación de la ley de Moisés y reducía el carácter de la Iglesia a una secta del judaísmo, y la que miraba la nueva religión como campo abierto a todas las gentes, en donde la ley de Moisés quedaba ventajosamente subrogada por la ley de gracia. Estas dos orientaciones empezaron a dibujarse desde un principio en los opuestos temperamentos de los apóstoles Pedro y Pablo, cuyo antagonismo se echa de ver en la *Epístola a los gálatas*.

También se advierte, acaso con mayor intensidad, este antagonismo en las *Homilias clementinas*, donde Pedro repudia inequívocamente a Pablo, le apellida Simón el Mago, le trata de «enemigo» y le echa en cara que jamás ha tenido la *visión* de Cristo. Westcott dice sobre esto que «sin duda alguna fue considerado San Pablo como enemigo» (NOTA: *Del Canon*, p. 252, nota 2; cita de la *Religión sobrenatural*, II, I, 35. FINAL NOTA). Pero el antagonismo entre ambas tendencias, que perdura en nuestros días, se delata asimismo en las *Epístolas* de San Pablo, según colegimos de la contundente expresión de los siguientes pasajes:

Mas entiendo que no hice yo menos que los grandes apóstoles...

Porque los tales falsos apóstoles son obreros engañosos que se transfiguran en apóstoles de Cristo (NOTA: *II Corintios*, XI, 5 y 13. FINAL NOTA).

Pablo apóstol, no de los hombres ni por hombre, mas por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de entre los muertos...

Porque no hay otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren trastornar el Evangelio de Cristo... (NOTA: *Gálatas*, I, I y 7. FINAL NOTA).

Ni aun por los falsos hermanos que se entremetieron a escudriñar nuestra libertad...

Y cuando vino Cephas a Antioquía, le resistí en su cara porque merecía reprehensión.

Por cuanto antes de que viniesen algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; mas después que vinieron, se retiraba temeroso de los de la circuncisión.

Y los otros judíos consintieron en su disimulación, tal, que aun Bernabé fue inducido por ellos en aquella disimulación (NOTA: *Gálatas*, II, 4, 11, 12 y 13. FINAL NOTA).

A esto parecen responder las quejas que, según las *Homilias*, dirigió San Pedro a Simón el Mago, pero que iban sin duda alguna contra Pablo, como se infiere de estotros pasajes:

Pues de entre los gentiles, algunos han rechazado mis legítimas predicaciones y aceptado enseñanzas bastardas y quiméricas de hombres hostiles... Simón (Pablo) vino antes que yo a los gentiles... y le he seguido como la luz a la sombra, como el conocimiento a la ignorancia, como la salud a la enfermedad... Nuestro Señor y profeta Jesús nos advirtió que se levantarían falsos profetas, por lo cual rehuid las palabras de todo apóstol, instructor o profeta, que desde un principio no acomode sus enseñanzas a las de Jaime, llamado el hermano de Nuestro Señor... Porque el espíritu maligno pudiera enviaros un falso apóstol como nos ha enviado a Simón, que predica en nombre de Nuestro Señor la verdad falseada y propaga el error... Por lo tanto, si Jesús se te apareció (NOTA: *Pedro se dirige a Pablo en este pasaje. FINAL NOTA*) verdaderamente en visión, sería como irritado adversario. Pero ¿cómo es posible ser maestro de enseñanzas por medio de visiones? Y si dijeres que es posible, preguntaré que ¿dónde estuvo el Maestro un año entero para hablar a quienes le escuchaban? Ahora te revuelves contra mí que soy la *firmísima piedra angular de la Iglesia*. Si no fueses mi enemigo no me calumniarías ni menospreciarías mis enseñanzas (NOTA: *Acaso alude aquí San Pablo al rito de la circuncisión. FINAL NOTA*) para que no me crean, como si estuviese condenado, a pesar de que enseñé lo que oí de boca del Señor... Y si dices que estoy condenado, blasfemas de Dios que me reveló a Cristo (NOTA: *Pasajes entresacados de la Epístola de San Pedro a San Jaime y de las Homilias. FINAL NOTA*).

El autor de la *Religión sobrenatural* dice a este propósito:

La frase «si dices que estoy condenado» alude claramente al pasaje: «le resistí en su cara porque merecía reprensión» (NOTA: *Gálatas*, II, 11. FINAL NOTA).

No cabe duda de que Pedro ataca a Pablo porque le considera formidable enemigo de la verdadera fe, y le designa con el odioso sobrenombre de Simón el Mago, y le sigue a todas partes para desenmascararle y confundirle (NOTA: *Religión sobrenatural*, 34.– *De esto cabría inferir que Pablo se rompió las piernas al volar por los aires en Roma. FINAL NOTA*).

Marción no admitía otro *Evangelio* que las *Epístolas* de San Pablo (no en conjunto), repudiaba el antropomorfismo del *Antiguo Testamento* y distinguía divisoriamente entre el judaísmo y el cristianismo, considerando a Jesús no como el Mesías prometido ni como hijo de David ni como profeta ni como doctor de la ley, sino como un ser divino, enviado para revelar a los hombres una nueva religión espiritual que hermanase a todas las gentes, y declararles el concepto, hasta entonces desconocido, de un Dios de bondad y misericordia, tan distinto del Jehovah o Demiurgos de los judíos, como el espíritu de la materia y la corrupción de la pureza.

¿Se equivocaba Marción en esto? ¿Era blasfemo o intuitivo aquel concepto de Dios que late en toda mente ansiosa de verdad? El sincero deseo que Marción sentía de espiritualizar el cristianismo con entera separación de la ley mosaica, estaba apoyado en las mismas palabras de Cristo cuando decía:

Y ninguno echa remiendo de paño recio en vestido viejo, porque se lleva cuanto alcanza del vestido y se hace peor la rotura.

Ni echa vino nuevo en odres viejos. De otra manera se rompen los odres, y se vierte el vino y se pierden los odres. Mas echan vino nuevo en odres nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro (NOTA: *San Mateo*, IX, 16 y 17. FINAL NOTA).

El vengativo, iracundo y celoso Dios de Israel no tiene ningún parecido psicológico con el misericordioso Dios de Jesús, el Padre común de todos los hombres, que está en los cielos. Es un error comparar el puramente espiritual concepto del Padre con la caprichosa y subalterna deidad sinaítica. Jamás pronunció Jesús el nombre de Jehovah ni puso en parangón este juez implacable, cruel y vengativo con el Dios de misericordia, amor y justicia. Desde el memorable día en que predicó el Sermón de la Montaña, quedó abierto un abismo infranqueable entre el Dios de Jesús y la deidad que desde el Sinaí fulminó los mandamientos de la antigua ley. Las palabras de Jesús demuestran inequívocamente no sólo rectificación sino enmienda a los preceptos del «Señor Dios» de Israel, según se infiere de los siguientes pasajes:

Habéis oído que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente.

Mas yo os digo que no resistáis al mal; antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, párale también la otra.

Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo.

Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian (NOTA: *San Mateo*, V, 38, 39, 43 y 44. FINAL NOTA).

Estos principios morales tienen su precedente en aquellos otros expuestos siglos antes por Manú, quien dijo:

En estas diez virtudes consiste el deber: resignación, templanza, probidad, pureza, continencia, veracidad, paciencia, conocimiento del supremo Espíritu, conocimiento de las sagradas Escrituras y devolución de bien por mal. Quienes mediten estas virtudes y a ellas ajusten su conducta, alcanzarán la condición suprema (NOTA: *Manú*, libro VI, dístico, 92.– Nadie puede negar que el texto de Manú es por la menos de algunos siglos anterior a la era cristiana. FINAL NOTA).

Análoga moral resplandece en los diez mandamientos de la religión budista:

1º No matarás.

2º No hurtarás.

3º No fornicarás.

4º No mentirás.

5º No descubrirás los secretos del prójimo.

6º No desearás la muerte de tus enemigos.

7º No codiciarás los bienes ajenos.

8º No dirás palabras torpes e injuriosas.

9º No te entregarás a la ociosidad ni a la molicie.

10º No recibirás en dádiva oro ni plata (NOTA: *Prâtimoksha Sûtra*, ejemplar birmanopali. Véase también *El loto de la buena ley*, pág. 444, trad. de Burnouf. FINAL NOTA).

Otro motivo de cotejo nos ofrecen los dos pasajes siguientes:

Y vino uno y le dijo: Maestro bueno; ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna?

El le dijo: ...guarda los mandamientos.

El le dijo: ¿Cuáles? No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio (NOTA: *Mateo*, XIX, 16, 18. FINAL NOTA).

–¿Qué haré yo para conocer la verdad eterna (*bodhi*)? ¿Cómo llegaré a ser *upasaha*?

–Guarda los mandamientos.

–¿Qué mandamientos?

–No mates, no robes, no forniques, no mientas (NOTA: *Pittahatayan*, libro III, trad. pali. FINAL NOTA).

Resulta evidente la identidad de ambos sistemas preceptivos, cuya práctica mejoraría a la humanidad. No son más divinos estos preceptos cuando salen de unos que de otros labios. El precepto de devolver bien por mal es tan sublime cuando lo predica un nazareno que si lo pregona un indio o un Tíbetano.

Ciertamente, no arranca de Jesús la Ley de Oro, sino de la India, pues no es posible negar que el buda o iluminado Sakya floreció muchos siglos antes de Jesucristo, cuya doctrina es continuación de la de aquél, pues el Fundador del cristianismo no buscó su modelo al pie del Sinaí sino al pie de los Himalayas. Su doctrina armoniza con las de Manú y Gautama, al paso que difiere de la de Moisés. Los indoístas preceptuaban la devolución de bien por mal. Los hebreos decían: «Ojo por ojo y diente por diente».

No es posible que los cristianos sostengan la identidad entre el Padre de Jesús y el Jehovah de Moisés, desde el punto en que está demostrado que el Dios de los judíos era ni más ni menos que el pagano Baco o Dionysos. El nombre יהוה (Yava o Iao) es, según Teodoreto, el que secretamente se aplicaba al dios de los misterios fenicios (NOTA: «¿Por qué preguntas por mi nombre que es encubierto?», *Jueces*, XIII, 18. FINAL NOTA) y al Creador de la cosmogonía caldea. En todos los países que adoraban a Baco había una tradición relativa a Nysa y a la cueva donde fue criado. En Palestina esta cueva estaba en Beth-San o Scythopolis, y era análoga a la del monte Parnaso.

Diodoro declara que la cueva de Nysa estaba situada entre Fenicia y Egipto. Por otra parte, dice Eurípides que Dionysos fue de India a Grecia; y Diodoro añade:

Osiris fue llevado a Nysa, en la Arabia Feliz. Era hijo de Zeus y se le llamó Dionysos (NOTA: Nombre compuesto de *Dios* (genitivo de Zeus) y de *Nysa*, lugar del nacimiento. FINAL NOTA).

Los griegos consideraban a Dionysos como el lugarteniente de Zeus, según se colige de este verso de Píndaro:

Así el padre Zeus gobierna todas las cosas y también las gobierna Baco.

Pero fuera de Grecia, Baco era el Todopoderoso «Zagreus, el supremo Dios». Aunque Moisés le adoró conjuntamente con el pueblo en el monte Sinaí, es lógico suponer que, como iniciado en la sabiduría oculta, guardaba el secreto que encubren todos los cultos exotéricos. Una de las pruebas más concluyentes de la equivalencia de Baco, Osiris y Jehovah nos la ofrece aquel pasaje que dice:

Y edificó Moisés un altar y llamó su nombre Jehovah-Nissi (NOTA: *Éxodo*, XVII, 15. FINAL NOTA).

Sharpe corrobora esta aserción diciendo que Osiris nació en el monte Sinaí, llamado monte Nysa por los egipcios (NOTA: La serpiente de bronce era un בהש (*nis*), y el mes de la Pascua judía se llamaba *Nisan*. FINAL NOTA).

Si el Dios de los judíos hubiese sido el único Dios vivo y Jesús su único Hijo, no viéramos como éste subroga la ley judía del talió por la de caridad y sacrificio. Si el *Antiguo Testamento* está inspirado por Dios, no puede estarlo el *Nuevo Testamento* o recíprocamente. No es posible creer que Dios se contradiga en el relativamente corto tiempo de unos cuantos siglos, y forzosamente habrán de confesar los teólogos que o

estuvo inspirado Moisés o no era Jesús el Hijo de Dios. En este dilema prendieron los gnósticos al naciente cristianismo.

Durante diez y nueve siglos ha estado esperando la justicia que los comentadores de sano criterio advirtiesen la diferencia entre el ortodoxo Tertuliano y el gnóstico Marción. La brutal violencia, doblez y mojigatería del «insigne africano» repugna aun a los mismos cristianos.

Oportunamente pregunta Marción:

¿Cómo puede Dios quebrantar sus propios mandamientos? ¿Cómo prohibir por una parte la idolatría y el culto de las imágenes, y ordenar por otra la adoración de la serpiente de bronce? ¿Cómo prohibir el robo y mandar después a los israelitas que roben el oro y la plata de los egipcios?

Anticipándose Marción a las conclusiones de la crítica moderna, rechaza el mesianismo atribuido a Jesús. Sobre esto dice el autor de la Religión sobrenatural:

El Emmanuel (NOTA: Emmanuel era sin duda el hijo de Isaías (cap. VI), pues solo así se comprende el vaticinio. El profeta también predijo al rey Acaz que quedaría extinguida su línea hereditaria y que pasaría la corona a la estirpe de Ezequías de Bethlehem, quien, según se dice, era yerno de Isaías, y bajo cuyo reinado volverían los cautivos de las más remotas regiones de la tierra, quedando humillada la Asiria y la paz triunfante en la nación israelita. (Véanse: *Isaías*, VII, 14, 16; VIII, 3, 4; IX, 6, 7; X, 12, 20, 21; Michêas, V. 2, 7) El partido popular o de los profetas, adversario sempiterno del zadokita o de los sacerdotes, había resuelto separarse de la política de Acaz, que un tiempo siguiera, a consecuencia de la cual estaba Palestina en guerra con Asiria, y proclamar rey a Ezequías, que aboliría el culto de Assur y Baal y sacudiría el yugo asirio. (4, *Reyes*, XVIII, 4 y 7) Aunque los profetas sólo insinúan este plan, que fue eliminado de los libros canónicos, conviene decir que Acaz sacrificó a su propio hijo en el altar de Moloch y murió a los treinta y seis años. Entonces, ocupó el trono Ezequías, que contaba ya veinticinco. FINAL NOTA) profetizado por Isaías no es Cristo, pues la Virgen su madre es un alma del templo; ni los sufrimientos del siervo de Dios (Isaías, LII, 13, y LIII, 3) vaticinan la muerte de Jesús (NOTA: *Religión sobrenatural*, II, 106. FINAL NOTA).

CAPÍTULO XIX

Nada supera a estos Misterios, que de la grosería y rudeza transportan nuestra conducta a la amabilidad, benevolencia y ternura.

CICERÓN, *De Legibus*, II, 14

Desciende, ¡oh Soma!, en aquella esplendorosa corriente que eclipsé la luz del sol... ¡Oh Soma!, eres el océano de vida, por todas partes difundido, que infundes potencia creadora en los rayos del sol.

Rig-Veda, II, 143

...Aparece la hermosa Virgen de abundosa cabellera con dos espigas en la mano, y se sienta para amamantar a su Niño.

AVENAR

Se atribuye el *Pentateuco* a Moisés, no obstante la circunstancia de que relata su propia muerte (NOTA: *Deuteronomio*, XXXIV, 6. FINAL NOTA) y de que, por otra parte, el *Génesis* (NOTA: XIV, 14. FINAL NOTA) llama Dan a una ciudad que, según el libro de los *Jueces* (NOTA: XVIII, 29. FINAL NOTA), se llamaba en un principio Laish, y no tomó el nombre de Dan hasta muy posteriormente. Bien pudo Josías rasgar sus vestiduras (NOTA: II *Paralipómenos*, XXXIV, 19 (Vulgata). FINAL NOTA) al oír las palabras del *Libro de la Ley*, porque había en él de Moisés tanto como de Jesús en el *Evangelio de San Juan*.

Los teólogos están encerrados en la alternativa de confesar o que Moisés era un impostor o que los libros a él atribuidos son una compilación de textos escritos en diferentes épocas por distintos autores. En ambos casos pierde el *Pentateuco* todo derecho a que se le considere fruto de la revelación divina. Está, por lo tanto, sin resolver en la *Biblia* el problema de la *palabra del Dios de verdad*, pues, según el texto, dijo Dios a Moisés:

Yo el Señor, que aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob en Dios omnipotente. Y mi nombre de JEHOVAH no lo manifesté a ellos (NOTA: *Éxodo*, VI, 3. FINAL NOTA).

En cambio, tenemos contradictoriamente aquel otro pasaje que dice:

Y llamó el nombre de aquel lugar, *Jehovah-jireh* (el Señor ve) (NOTA: *Génesis*, XXII, 14.– Se refiere el pasaje al lugar donde Abraham iba a sacrificar a su hijo Isaac. FINAL NOTA).

¿Qué pasaje es el verdadero e inspirado? ¿Cuál el mentiroso y falso? (NOTA: Para escapar del dilema en que les prende la contradicción entre Abraham y Moisés, podían requerir los teólogos el auxilio de los jesuitas, sobre todo de los que han estado en las misiones de la India, pues como nada les desconcierta, dirían con la mayor frescura que Abraham aprendería el nombre de Jehovah de boca de Moisés. De esto son capaces quienes se atribuyen la invención del sánscrito, la publicación de los libros de Manú y la composición de la mayor parte de los *Vedas*. FINAL NOTA)

Marción y los gnósticos tenían por engañosa la idea del Dios encarnado, y negaban, en consecuencia, la realidad física del cuerpo de Cristo, que decían era pura ilusión, pues no estaba formado de carne y sangre humanas, ni había nacido de mujer, ni su naturaleza divina pudo contaminarse por el contacto de la pecadora carne. No admitía Marción más autoridad apostólica que la de Pablo, cuya predicación se ajustaba al puro evangelio de

verdad, sofisticado por los demás apóstoles con mezcolanzas de la ley mosaica (NOTA: *Religión sobrenatural*, II, 107. FINAL NOTA).

Podemos añadir, por último, que la exégesis moderna, cuya escrupulosidad data de fines del siglo XVIII, considera que el texto ordenado por Marción sobre el Evangelio de San Lucas, único del que supo algo, es mucho más fiel y exacto que el correspondiente de los sinópticos, y así dice muy bien el autor de *Religión sobrenatural* que «a Marción le debemos el verdadero texto de la oración dominical» (NOTA: *Id. id.* II, 126. FINAL NOTA).

Si de las sectas cristianas pasamos a la de los ofitas, que estaba en su apogeo en tiempo de Marción y los basilideanos, hallaremos en ella el fundamento de las *herejías* de todas las otras. Como los demás gnósticos, repudiaban por completo los textos mosaicos, y no obstante algunos toques originales, su filosofía derivaba de la tradición cabalística de Caldea, basada en los libros herméticos, en las enseñanzas de Manú y en las prevédicas doctrinas de la religión de sabiduría; pues aunque muy eminentes orientalistas descubran en la filosofía gnóstica semejanzas con la religión budista, no invalidan con ello nuestra afirmación, porque el budismo es, al fin y al cabo, la fuente originaria del indoísmo, ya que Gautama no se declaró contra los *Vedas*, sino contra las amañadas interpolaciones y la superposición de dísticos para simular la prueba de que las castas eran de ordenación divina por haber salido cada una de ellas de los respectivos miembros de Brahmâ. Gautama restauró en espíritu y en verdad la doctrina que de tiempos primievales se enseñaba en el impenetrable secreto de los internos recintos de las pagodas; y por lo tanto, no es maravilla que los dogmas fundamentales de los gnósticos coincidan con los del indoísmo y budismo.

Sostenían los gnósticos que el *Antiguo Testamento* estaba inspirado por una divinidad subalterna, sin la más mínima frase de *Sophía* o sabiduría, y que el *Nuevo Testamento* había perdido su prístina pureza por vicio de las interpolaciones, enmiendas y añadiduras de los compiladores, que pospusieron la divina verdad al logro de sus egoístas y pendencieros propósitos.

Enseñaban los ofitas la doctrina de las emanaciones tan odiosa para quienes tan sólo conciben la unidad en la trinidad y la trinidad en la unidad. No designaban con nombre alguno al Absoluto, cuya primera emanación femenina era *Bythos* o el *Abismo* (NOTA: *Nos acomodarnos en esta exposición a un esquema didáctico que conservan lo coptos y drusos del monte Líbano. Parece que Ireneo desfiguro con interesadas miras la doctrinas de los gnósticos ofitas. FINAL NOTA*), de concepto análogo al de la *Shekinah* con que los cabalistas simbolizaban el *velo* encubridor de la *sabiduría* en la principal de las *tres* cabezas. La Sabiduría absoluta e innominada de los ofita equivale a la Mónada de los pitagóricos, y al igual que éstos la consideraban manantial de que emanaba la luz (*Ennoia* o Mente) (NOTA: *Concepta idéntico al del Adam Kadmon u hombre primitivo de los cabalistas, pues a su imagen y semejanza fue creado el segundo Adán u hombre terreno. Este mismo concepto del Hombre primitivo o arquetípico simboliza entre los indos el primer Manú, emanación unigénita de Swayambhuva «inmanifestado en su propia gloria». FINAL NOTA*).

Tenemos, por lo tanto, según la doctrina ofita, una Triada constituida por el *Absoluto* y sus dos emanaciones: *Abrasax* (masculina) y *Bythos* (femenina), análoga a la primordial Triada caldea y la abstracta Trimurti indoísta.

Si comparamos sinópticamente los tres sistemas, tendremos:

SISTEMAS

CONCEPTOS	INDUÍSTA	CALDEO	OFITA
El Absoluto es...	<i>Brahma Zyaus.</i>	<i>En-Soph.</i>	Innominado.
La Divinidad manifestada y andrógino (NOTA: Cuando el Eterno despierta de su sueño y desea manifestarse en actividad, se desdobra en los dos principios masculino y femenino. FINAL NOTA), masculino-femenina, es...	<i>Brahmâ-Nara (m), Nari (f)</i>	<i>Eikon-Anu (m.), Anata (f.)</i>	Innominado, <i>Abraxas (m.), Bythos (f.)</i>
De la unión de ambas emanaciones surge el tercer principio (NOTA: El Hijo de los cristianos; el Logos de Platón; el Verbo de San Juan. FINAL NOTA), que es...	<i>Viradj.</i>	<i>Bel.</i>	<i>Ophis.</i>
La trinidad masculina, dimanante del primordial femenino, es...	<i>Brakmâ-Vishnu-Siva</i> (NOTA: Los tres unificados en Brahma y engendrados en la virgen Nari o principio de eterna fecundidad. FINAL NOTA)	<i>Sin-Samas-Bin</i> (NOTA: Unificados en Anu y engendrados en la virgen Anata o Mylitta o Istar. FINAL NOTA)	<i>Sigé-Bythos-Ennoia</i> (NOTA: Unificados en Abrasax y engendrados en la virgen Sophia o Pneuma. FINAL NOTA)

El sistema caldeo puede también exponerse con algunas variantes que no alteran la esencia. El Absoluto es *Ad-ad* (NOTA: Este nombre era para los caldeos inefable, y sólo lo expresaban mentalmente como los indos el de Swavambhuva. FINAL NOTA), de quien por emanación procede Anu (NOTA: Monas o el Padre. FINAL NOTA) y de éste Bel (NOTA: Elu o el Demiurgo, poder activo de la Divinidad. FINAL NOTA) y de éste Hea (NOTA: Principio de sabiduría que gobierna los abismos de mar y tierra. FINAL NOTA). Sus respectivos principios femeninos o místicas esposas, son: Anata, Belta y Davkina unificadas en Mylitta (NOTA: Los teólogos caldeos no especializaban estos tres principios femeninos o *Saktis*, sino que los unificaban en uno solo llamado Mylitta, Madre Suprema o Istar. FINAL NOTA), que con la Triada masculina constituía el *Arba* (NOTA: La *Tetraktys* pitagórica. FINAL NOTA) o raíz de toda potencia y perfección.

Este sistema puede resumirse sinópticamente como sigue:

Triada	Anu Bel Hoa	Mylitta. Arba o Deidad cuaternaria.
--------	-------------------	-------------------------------------

La equivalencia en el sistema cristiano es:

Trinidad	Padre Hijo Espíritu Santo	María (NOTA: Si es Madre del Hijo lo es también de la Trinidad, pues las tres personas son un solo Dios. FINAL NOTA). <i>Tetraktys</i> cristiana.
----------	---------------------------------	---

Aquí vemos por qué se llamó Kirjath-Arba o ciudad de los Cuatro, la ciudad de los kabiris (axieros, eros, axiokersos) simbolizados en Axiokersa, Demetrio, Kadmiel Hoa, etc.

La década pitagórica se descompone simbólicamente en la equivalencia de

$$\begin{array}{r} \text{Anu} = 1; \text{Bel} = 2; \text{Hoa} = 3; \text{ en suma, } 6 \\ \text{Anu-Bel-Hoa} + \text{Mylitta} = \quad \quad \quad 4 \\ \hline \text{Triada} \qquad \qquad \qquad \text{Década} = \quad \quad \quad 10 \end{array}$$

Ennoia u Ofis equivale al Hombre primitivo, al Pymander de los egipcios, al Unigénito del Padre, o sea la *Potencia de la divina Mente* o primera manifestación formal e inteligible del divino Espíritu. Simboliza la primordial aparición de la presencia divina en el mundo objetivo.

El Absoluto (Divinidad inmanifestada o Dios de misterio) fecunda con su voluntad a *Bythos* (abismo infinito e insondable), símbolo abstracto del Cosmos, incomprendible antes de su manifestación para la inteligencia humana. Pero como el común de las gentes no hubieran entendido el concepto de una Divinidad andrógina que en sí asumiera los principios masculino y femenino, la teología dogmática se vió precisada a idear un Logos o Verbo, es decir, la actualizante manifestación del Absoluto.

Los ofitas, de acuerdo con las tradiciones caldeas, consideraban el tercer principio, Ennoia ú Ofis, procedente generativamente del principio masculino (*Sigé*) y del femenino (*Bythos*) desdoblados del Absoluto. De la Triada Sigé-Bythos-Ennoia procede *Sophía* (NOTA: Arquetipo de la mujer o Eva espiritual, que el Génesis reduce erróneamente, por supresión del intermedio elemento, a mujer humana. FINAL NOTA), constituyéndose así la Tetraktys de que, a su vez, emana el Christos latente desde toda eternidad en la esencia del Absoluto, como latente también estuvo el Logos. Así, pues, Christos es *uno en esencia* con todos los demás principios emanados del Absoluto; pero antológicamente considerado es una entidad andrógina constituida por los dos elementos *Christos* y *Sophía*, que se infundieron en la persona de Jesús.

Ireneo (NOTA: Libro I, cap. 31-33. FINAL NOTA) dice que el Padre y el Hijo se enamoraron de la belleza de *Sophía* (mujer arquetípica), lo cual significa que la Luz, Ennoia, procedente del Padre y del Hijo fecundó a *Sophía* para emanar otros dos principios: el *Christos* perfecto y *Achamoth* (sabiduría inferior o הכמות). Tenemos por lo tanto, que Christos es el medianero y guía entre el Padre y el hombre espiritual (NOTA: Este es el verdadero significado de las palabras de Jesucristo: Nadie puede llegar al Padre sino por Mí, que los teólogos han interpretado erróneamente en el sentido de que nadie puede salvarse sino profesa la religión exotérica llamada hoy católica.– *El Traductor*. FINAL NOTA), así como Achamoth (o más correctamente Hakhamoth) es la medianera entre el mundo mental y el mundo físico (NOTA: King expone este sistema algo incorrectamente en su obra: *Los gnósticos*, aunque declara que se apoyó para ello en la de Bellermand: *Drei Programm über die Abraxas gemmen*. FINAL NOTA).

Por otra parte, *Ophis* y *Sophía* son los desdoblados principios de una entidad andrógina, o sean respectivamente la sabiduría masculina y la sabiduría femenina, o de otro modo, la *Sophía mayor*, *Sophía Pneuma* (Espíritu Santo inmanifestado o Mente arquetípica de todas las cosas) y la *Sophía menor* (*Ophis*) o Espíritu Santo manifestado en la persona de Jesús, a quien por esta razón representaban los ofitas con el a tributo de la serpiente Ophis.

El reverendo Preston, sacerdote católico de Nueva York, en un sermón predicado en las funciones del «Mes de María» expuso con toda claridad, análogamente a los filósofos paganos, el concepto del principio femenino en sus relaciones con la Trinidad. Dijo el predicador:

La obra de la Redención exigía que mediase en ella una madre, y la única mujer valedera para que por su mediación se cumpliera la obra de Dios, era María, cuya virginal pureza dispuso Dios al efecto, porque no era posible que una mujer contaminada fuese madre de Dios. Aún en su niñez fue la Santa Virgen más adorable que los serafines y querubines, y según iba creciendo era más pura. Por su misma santidad reinaba en el corazón de Dios, y llegada la hora, toda *la corte celestial quedó en silencio para que María Trinidad escuchara la respuesta de María, sin cuyo consentimiento no hubiera sido posible la redención del mundo...* En este mes de Mayo, comienza la época de la Pascua, y pues la Naturaleza se engalana con flores y frutos que prometen copiosa cosecha, esperemos también nosotros la recolección del dorado fruto. En este mes despierta la mortecina tierra a nueva vida como símbolo de resurrección, así, al postrarnos ante la imagen de la bendita e inmaculada virgen María, brotará de nosotros el vástago del buen propósito, la flor de la esperanza y el fruto de la santidad.

Al comentar este pasaje nos permitiremos contradecir en algunos puntos al predicador, advirtiendo en primer lugar que no es privativo del cristianismo, sino de muchos siglos anterior, el concepto del principio femenino materno, unido al trínico principio masculino, con la ventaja de ser más filosófico y muchísimo menos antropomórfico que el concepto cristiano de la madre de Dios.

Por lo demás, parece como si oyéramos decir a Ireneo en su exposición de la llamada herejía gnóstica, que el Padre y el Hijo se enamoraron de la celeste virgen Sophía, o como si recordáramos el símbolo egipcio de Isis, a un tiempo esposa, hermana y madre de Osiris-Horus.

Los gnósticos sólo consideraban *dos* entidades; pero los cristianos paganizaron el concepto, asimilándolo a la Triada caldea Anu-Bel-Hoa identificada con Mylitta.

Por lo concerniente al símbolo de la resurrección en la primavera, también lo tuvieron los paganos en la resurrección de Osiris, Adonis, Baco y otros dioses solares muertos a manos de sus enemigos. La primaveral renovación de la naturaleza, cuando germinan las semillas adormecidas en el invierno (que se suponían conservadas en el mundo inferior o Hades), está simbolizada en los tres días que antes de su resurrección pasan en el infierno Cristo, Orfeo, Hércules y otros personajes teogónicos.

Precisamente lo que los cristianos califican de herejía es la doctrina indoísta en toda su pureza. Vishnu, la segunda persona de la Trimurti, equivale al Logos (pues encarna voluntariamente en Khristna), y su a la par esposa, hermana e hija Lakmy o Lakshmy representa el mismo concepto que Isis respecto de Osiris, Sefhira respecto de En Soph y Ennoia de Bythos. Khristna es el redentor prometido por Brahma a la humanidad, y equivale al Christos de los gnósticos. Lakmy, esposa o aspecto femenino de Vishnu, es el símbolo de la naturaleza física, la madre de todas las formas objetivas, la mediadora (como la Achamoth de los gnósticos) entre el mundo mental y el mundo físico. Khristna, en equivalencia de Christos, es el medianero entre el Absoluto y el hombre espiritual.

Este dogma gnóstico-indoísta es más lógico y admisible que el expuesto en las alegorías del *Génesis* acerca de la caída del primer hombre. El Dios de Moisés no sólo maldice a Adán y Eva, sino a la tierra entera con todo cuanto en ella existe; y aunque les promete un Redentor de la humanidad castigada por el pecado de los primeros padres, nada nos dice el *Nuevo Testamento* sobre la redención de la tierra y los seres vivientes malditos por Dios sin haber cometido pecado alguno. Por lo tanto, la alegoría gnóstica denota mayor sentido de justicia y razón que la cristiana.

En el sistema ofita, la sabiduría andrógina (*Sophía*) equivale al principio femenino Nari o Narayana que flota sobre las aguas (**NOTA: El caos o materia primordial. FINAL NOTA**), pero que no puede vivificarlas inmediatamente porque se lo impide su pura naturaleza intelectual; ni tampoco puede Sophía vivificar la materia por intervención

del Padre supremo ni de Ennoia, cuya naturaleza es todavía más espiritual, sino que para vivificarlas ha de valerse de Achamoth, su propia emanación, cuya naturaleza, entre espiritual y material, la capacita para relacionarse afinemente con la materia caótica.

El sistema ofita sólo se diferencia del nazareno de San Juan en el cambio de nombres (NOTA: La misma semejanza se descubre en el sistema expuesto en la *Kábala* y el *Libro del Misterio*. (Véase: *Idra Magna*). Los sistemas ofita, cabalista y nazareno, de los que estos últimos sirvieron de *modelo* al primero, pertenecen al puro gnosticismo oriental. FINAL NOTA). Dice el *Codex Nazaraus* (NOTA: Parte I, p. 9. FINAL NOTA) que *Mano*, el supremo rey de Luz, es el «gran primero», lo cual significa que es la primera emanación de *Ferho* (el Absoluto, la Divinidad desconocida, la Vida sin forma). Es *Mano* el príncipe de los eones, y de él emanan cinco refulgentes rayos de la Luz divina (NOTA: El *Mano* de los nazarenos equivale al *Bythos-Ennoia* de los ofitas. FINAL NOTA). Por esto le llamaban los nazarenos *Rex Lucis*, según se ve en este pasaje:

Unus est Rex Lucis in suo regno, nec ullus qui eo altior, nullus qui ejus similitudinem retulerit, nullus qui sublatis oculis, viderit Coronam quoque in ejus capite est.

Por otra parte, simboliza *Mano* la Sabiduría oculta en la Luz manifestada en torno de la principal de las tres cabezas cabalísticas. De *Mano* proceden por emanación tres principios de vida: *Ebel Zivo* (Logos), el *Apóstol Gabriel* (Christos) y el primer *Mensajero de Luz*. La *Fetahil* de los nazarenos equivale al aspecto espiritual de la Achamoth ofita y el *Spiritus* equivale al aspecto material de la misma Achamoth.

Fetahil es, según los nazarenos, el reflejo del señor Abatur, su padre (NOTA: La tercera emanación, o tercera vida, análoga a *Sophía*. FINAL NOTA), y le llaman también «el hombre novísimo». Viendo el *Spiritus* sus vanos intentos para crear un perfecto mundo material, demanda auxilio al desjuicioso e insensato *Karabtanos* (NOTA: Llamado por los gnósticos *Ilda-Baoth*, símbolo de la materia ciega, por lo que el *Código nazareno* lo calificaba de «loco y sin juicio». FINAL NOTA), y con él se une para engendrar los siete astros (NOTA: Equivalentes a los siete genios o hijos de *Ilda-Baoth*. FINAL NOTA) y definir, ayudados de éstos, las formas del mundo objetivo, modeladas en la turbulenta materia caótica.

Volviendo al sistema ofita, vemos análogos símbolos. Incapaz *Sophía* de crear por sí misma el mundo objetivo, emana de su propio ser a Achamoth, quien desciende al caos, y sobrecogida por la densidad de la materia, se desorienta y extravía; pero resuelta, no obstante, a formar un mundo objetivo, se mueve sobre el caos para vencer la inercia de los elementos, hasta que empapada, por decirlo así, de materia (NOTA: En este aspecto describe a *Fetahil* el *Codex Nazareus* diciendo: «Enviado *Fetahil* a formar el mundo, quedó sumergido en el abismo del lodo, y lleno de temor habla consigo mismo, hasta que el *Spiritus* (el aspecto material de *Fetahil*, o la Achamoth de los ofitas) se une completamente con la materia y crea el mundo objetivo. FINAL NOTA), y no pudiendo desembarazarse de ella, emana de sí misma el *Creador* (NOTA: El *Demiurgos*, llamado *Ilda-Baoth* por los ofitas. FINAL NOTA) del mundo objetivo que unas sectas consideraban como progenitor de *Jehovah* y otras como el mismo *Jehovah*. Precisamente este punto de la cosmogonía gnóstico-cabalística es el punto inicial del sistema mosaico, que aceptaron después los cristianos primitivos, cuya incultura (pues pertenecían a las ínfimas clases de la sociedad) no les permitía conocer las filosóficas doctrinas de los neoplatónicos ni siquiera los fundamentos metafísicos de la nueva religión que habían abrazado. Tanto los cristianos procedentes del judaísmo, sometidos hasta entonces a la tiranía dogmática de las sinagogas, como los procedentes del paganismo, cuya plebe fue siempre profana a los Misterios, confundieron en sus ineducadas mentes el concepto de *Jehovah* con el del *Padre* de Jesús, por lo que muerto éste se suscitaron deplorables contiendas entre los partidarios de Pedro y los de Pablo, pues lo que uno afirmaba, el otro invariablemente lo

negaba (NOTA: Aunque se repudien las *Homilias* por apócrifas y no sirvan de prueba de la animosidad entre los apóstoles Pedro y Pablo, hay de ello copiosos testimonios en el *Nuevo Testamento*. FINAL NOTA).

En su vano intento de presentar como heréticas las doctrinas de los gnósticos, confunde tan lastimosamente Ireneo los conceptos y tergiversa las ideas de tal manera, sea por ignorancia o por malicia, que no es posible desenmarañar el enredo sin cuidadosa compulsión de la *Kábala* y del *Codex*. Así, por ejemplo, no establece Ireneo diferencia alguna entre los setianitas y los ofitas, y dice que llamaban *Hominem* al Supremo Dios e *Hijo del hombre* a la Mente divina (NOTA: En la misma confusión incurre Teodoreto, que floreció dos siglos después de Ireneo, alternando el orden cronológico de las sectas gnósticas. (Véase *Ireneo*, 37, y la cita de Teodoreto en la misma página). FINAL NOTA), cuando ni los setianitas (NOTA: Rama de los nazarenos. FINAL NOTA) ni los ofitas (NOTA: Secta gnóstica de pura estirpe griega. FINAL NOTA) tuvieron jamás semejantes conceptos de la Divinidad. Pero Ireneo se contradice al exponer en otro pasaje de sus obras las doctrinas de Cerinto, discípulo de Simón el Mago, pues dice que, según Cerinto, el mundo no fue creado por el supremo Dios, sino por un Eón, Virtud o Potestad de tan inferior grado que no concebía a Aquel que está *sobre todas las cosas*. Este Eón se valió de José para engendrar en las entrañas de su esposa María el cuerpo de Jesús e infundirse en él (NOTA: El Christos, el Ungido, la Potestad, se infundió en el cuerpo de Jesús en el acto del bautismo, cuando alegóricamente se dice que el Espíritu Santo descendió del cielo en figura de paloma para hablar a las gentes y anunciarles al Padre por boca de Jesús. (Véase: *Ireneo*, I, XXV). FINAL NOTA). Por lo tanto, Jesús era, en cuanto hombre, como los demás hombres, y como ellos engendrado y nacido, por lo que se le llamó el Hijo del Hombre.

Tenemos, pues, que si, según los gnósticos, era Jesús físicamente hijo de hombre y espiritualmente era el Christos infundido en su cuerpo, ¿cómo podían llamar *Hombre* al Padre, e Hijo del Hombre a la Mente divina (Ennoia)?

Ni los cabalistas ni los gnósticos antropomorfizaron jamás la Divinidad suprema e incognoscible, sino que denominaron «Hombre arquetípico» a la segunda emanación del principio femenino desdoblado del Absoluto y conocido también con los diversos nombres propios de Shekinah, Sefhira, Depth, etc. Por lo tanto, Adam Kadmon, Ennoia y demás denominaciones del Logos, son Unigénitos pero no Hijos del Hombre, pues este calificativo es peculiar del Christos procedente del Hombre arquetípico y Sophía la Mayor por virtud de la vivificante luz emanada del Padre, foco de toda luz, y por consiguiente de la luz del Christos.

La filosofía gnóstica distingue entre el Logos inmanifestado o Primer Logos, y el Logos manifestado y ungido o Christos. En opinión de Filo Judeo puede llamársele a Ennoia el Segundo Dios, pero en manera alguna el Segundo Hombre, como pretenden Ireneo y Teodoreto, pues siempre fue Ennoia para los gnósticos el «Hombre arquetípico». Ambos autores cristianos tergiversan la filosofía gnóstica con empeño de identificar de todos modos, por heréticos que sean, a Jesús con el supremo Dios, cuando precisamente nunca se les ocurrió a los gnósticos (NOTA: Ni tampoco opinaron de este modo San Pablo y los apóstoles directos de Jesús. FINAL NOTA) ecuacionar con el Absoluto, no ya la persona de Jesús, sino ni siquiera la entidad Cristo.

Podemos comprobar las adulteraciones de Ireneo, Teodoreto y otros sectarios mediante el cotejo de los manuscritos originales con las copias posteriores. El artículo del credo que dice: *descendió a los infiernos*, no aparece en los manuscritos de los siglos IV al VI, de lo que se colige que fue una interpolación tomada de las leyendas de Baco y Hércules. Sobre el particular, dice el autor del *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Real* (NOTA: Prefacio XXI.— Véase también el prefacio de la obra: *El Nuevo Testamento apócrifo*; Londres, 1820; imprenta de W. Hone; Ludgate Hill. FINAL NOTA):

La interpolación en el credo apostólico del artículo: *descendió a los infiernos* es, a mi juicio, tan evidente como la del versículo séptimo de la primera epístola del apóstol San Juan.

Ahora bien; este versículo dice así:

Porque tres son los que llevan los archivos (NOTA: La Vulgata dice: «dan testimonio».— *El Traductor*: FINAL NOTA) en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo. Y los tres son uno.

Sin embargo, después de haber figurado en los textos canónicos se le tuvo por apócrifo, porque no aparece en ningún manuscrito griego (NOTA: Excepto en uno existente en Berlín que copiaría la frase de otro en el que estuviera intercalada. FINAL NOTA). Las dos primeras ediciones de Erasmo impresas en 1516 y 1519 omiten este versículo, que no consta en ningún manuscrito anterior al siglo XV (NOTA: Cita por vez primera este versículo Virgilio Tapsensis, autor latino de poca nota que vivió a fines del siglo V y a quien se atribuye el amaño. FINAL NOTA) ni mencionan los exégetas griegos ni los doctores latinos (NOTA: Entre los griegos se cuentan Ireneo, Clemente de Alejandría y Anastasio. Entre los latinos, Agustín, Jerónimo, Ambrosio, Cipriano y Eusebio. FINAL NOTA), tan afanosos de pruebas a favor de la Trinidad. También lo omite Lutero en la edición alemana del *Nuevo Testamento*.

Eduardo Gibbon fue el primero en descubrir la interpolación del versículo apócrifo, y por tal lo tuvieron el arzobispo Newcome y el obispo Lincoln (NOTA: *Elementos de Teología*, II, 90, nota. FINAL NOTA). Dice Parson sobre este punto:

Desde luego, que si el versículo de los tres archiveros celestes fuese auténtico, lo hubieran conocido los primeros autores cristianos y de seguro lo aprovecharan como argumento de valía en pro del dogma de la Trinidad y en contra de los herejes (NOTA: *Cartas a Travis*, 402. FINAL NOTA).

Isaac Newton dice (NOTA: En la edición de las obras de Newton publicada por el obispo Horsley, se omitieron algunos manuscritos que trataban de materias teológicas. FINAL NOTA):

Lo mismo que hicieron los latinos con el versículo en cuestión, hicieron los griegos con el versículo 16 del capítulo III de la *Epístola de San Pablo a Timoteo*, pues alteraron de ΟΣ en ΘΣ la abreviatura de la palabra Θεος que aparece en el original manuscrito alejandrino. Con esta modificación quedó alterado el texto, de modo que se lee: *Grande es el misterio de santidad; Dios manifiesto en la carne*, en vez de leer como en el original: *Grande es el misterio de la santidad manifiesta en la carne...* Pero ahora que ya concluyeron las discusiones sobre esta adulteración, cuantos leen el pasaje: *Dios manifiesto en la carne*, hallan en él una prueba evidente del dogma relativo a este punto.

Preguntemos otra vez: ¿quiénes fueron los primitivos cristianos? Los convertidos por la sencilla elocuencia de Pablo, que en nombre de Jesús prometía libertarlos de las ligaduras del dogmatismo. Sabían que eran los «hijos de la promesa» (NOTA: *Gálatas*, IV, 28. FINAL NOTA), y no estaba velada para ellos la bíblica alegoría en que Agar (NOTA: *Id.*, IV, 24. FINAL NOTA) simboliza la Sinagoga judía, que convirtió en esclavitud la alianza del Sinaí y puso en cautiverio a los hijos de Jerusalén. Gran número de judíos conversos injertaron en el cristianismo la persecutoria intolerancia desatada contra todo el que abominaba de la mojigatería y el dogmatismo; pero, por otra parte, se afiliaron a la nueva religión muchos gentiles pertenecientes al vulgo del paganismo (NOTA: *Los autores modernos vacilan en la recta aplicación de la palabra paganismo. Sobre el*

particular dice Wilder: «Suele dársele a la palabra paganismo un significado más o menos ignominioso con toques de calumnia, cuando su verdadera equivalencia aceptiva es de «antiguo culto étnico». Pero como poquísimos hubiesen comprendido esta frase, hemos adoptado la vulgar palabra paganismo, aunque no en sentido despectivo ni desdeñoso, pues una religión profesada por filósofos como Platón, Epicteto y Anaxágoras no pudo ser grosera y superficial, ni tampoco indigna de sincera atención. Además, las religiones judía y cristiana se asimilaron muchos ritos, ceremonias y símbolos paganos, entre ellos la cruz, las vestiduras sacerdotales, los sacramentos, las fiestas religiosas, el sábado de precepto, etc., que ya se conocían y observaban miles de años antes de la era cristiana. El mazdeísmo se anticipó en esto mucho más de lo que imaginan los asiriólogos. Pero aun después de abolido el culto pagano en las ciudades del imperio romano, persistió por tradición y costumbre en las comarcas rurales llamadas genéricamente *pagos*, de donde la religión tomó el nombre de *paganismo* y sus fieles el de *paganos*. FINAL NOTA), que por ignorancia de las verdades religiosas enseñadas en los Misterios estaban ansiosas de saber cuál era el único y verdadero Dios en aquel confuso panteón de dioses mayores y menores.

A su vez, el apóstol Pedro, no desligado de las prácticas judías y partidario de la circuncisión, prometía a sus catecúmenos la resurrección a una vida futura, si observaban la ley, aunque ninguno de ellos tenía más idea de la resurrección que la expuesta por los fariseos, pero negada por los saduceos.

La animosidad de Pedro (NOTA: Pedro no desaprovechaba ocasión de impugnar y aun de zaherir a Pablo con alusiones tan diáfanas, que a pesar de no nombrarle se echa de ver que se refiere a él. FINAL NOTA) contra Pablo dificultó su apostolado, siendo así que hubiera podido convertir a gran número de paganos sin noción alguna de la vida futura, y a no pocos judíos, tanto de los que creían en la resurrección predicada por los fariseos, como de los pertenecientes a la escuela escéptica y materialista de los saduceos. Esto explica el escaso éxito que el cristianismo obtuvo entre las clases cultas y aristocráticas, según demuestra la historia eclesiástica, pues oían de labios de Pedro lo contrario de lo que decía Pablo, y vacilaban entre uno y otro, sin saber de qué parte estaba la verdad y la inspiración divina.

Decía Pablo:

Echa fuera a la sierva y a su hijo, porque no será heredero el hijo de la sierva con el hijo de la libre.

Y así, hermanos, no somos hijos de la sierva sino de la libre, con cuya libertad Cristo nos hizo libres.

Mirad que os digo yo, Pablo: que si os circuncidareis, Cristo no os aprovechará de nada (NOTA: *Gálatas*, IV, 30 y 31; V, 2. FINAL NOTA).

En cambio, Pedro exclamaba:

Porque hablando palabras arrogantes de vanidad...

Prometiéndoles *libertad* siendo ellos mismos esclavos de la corrupción, porque todo aquel que fue vencido queda esclavo del que lo venció.

Y si después de haberse apartado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador, enredados de nuevo en ellas son vencidos.... *mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia* que después de conocerlo volver las espaldas a aquel mandamiento santo que les fue dado (NOTA: II *Epístola* del apóstol San Pedro, II, 18 a 21. FINAL NOTA).

¿Qué quiso significar Pedro con esto?

No podía aludir a los gnósticos, pues no les había sido comunicado el santo mandamiento, como a Pablo, ni como éste habían prometido el término de la esclavitud. Por otra parte, Pablo repudia la antigua alianza simbolizada en Agar, y Pedro la confirma. Pablo previene a las gentes contra las *potestades y dignidades* (NOTA: Los ángeles inferiores de los cabalistas. FINAL NOTA), mientras que Pedro las acata y amenaza a quienes las desacaten. Por último, Pedro prescribe la circuncisión, y Pablo la proscribire.

Con el tiempo, el episcopado de la nueva religión fundió en un molde artificiosamente dispuesto todas estas contradicciones, falsedades, amaños, supercherías e invenciones, cuyo caótico conglomerado se puso a cubierto de todo análisis y escrutinio merced a los terribles anatemas que contenían la curiosidad del lego so pretexto de sacrilegio y profanación de los Misterios divinos. Desde entonces se sacrificaron millones de vidas humanas en nombre del Dios de las misericordias, hasta que la Reforma se declaró contra Pedro en favor de Pablo. Pero por una extraña paradoja, el apóstol que abominó de la antigua ley de esclavitud, que dejó a la discreción individual observar o no el sábado y que repudió el dogmatismo anterior a San Juan Bautista, sirve de modelo y guía al protestantismo, que apoyado en la antigua ley con más tesón que los mismos judíos, mostró mayor intolerancia, fanatismo y espíritu persecutorio que la sinagoga rabínica.

Pues entonces, podemos preguntar nuevamente, ¿quiénes fueron los primitivos cristianos? Indudablemente los ebionitas, según opinan los más sagaces críticos, entre ellos el autor de la *Religión sobrenatural*, quien dice:

No cabe duda de que las *Homilias clementinas* fueron escritas por un gnóstico de la secta de los ebionitas, cuyas doctrinas asumieron un tiempo la más pura forma del cristianismo (NOTA: *Religión sobrenatural*, II, 5. FINAL NOTA).

Y precisamente los ebionitas eran discípulos y continuadores de los primitivos nazarenos o gnósticos cabalistas, como se colige de los siguientes pasajes:

Es natural que los nazarenos admitieran también la doctrina de los eones, pues fueron instructores de los ebionitas y éstos conocían dicha doctrina (NOTA: Norberg: *Prólogo de la traducción del Código de los nazarenos*. FINAL NOTA).

Ebión tenía las ideas de los nazarenos, las fórmulas de los corintios (quienes atribuían a los ángeles la creación del mundo) y el nombre de cristianos...

Nazarenos y ebionitas se unificaron por último, y contagiándose recíprocamente su malicia, decidieron que Cristo era de semilla de hombre (NOTA: Epifanio: *Contra los ebionitas*. – Mejor cuadraba el título de cristianos a los ebionitas que a los ortodoxos de Ireneo y los vaticanistas. FINAL NOTA).

Renán dice que los parientes de Jesús eran ebionitas, y que los nazarenos consideraban como salvador y profeta a su primo y precursor Juan el Bautista, cuyos discípulos moraban en la parte opuesta del Jordán.

Dunlap demuestra que Juan bautizó a Jesús en un paraje del río donde se adoraba a Adonis, y dice a este propósito:

A orillas del Jordán, más allá del lago, moraban los nazarenos, secta anterior al nacimiento de Jesús, quien perteneció a ella. Seguramente, se dilataron por el Oriente del Jordán y por el Sudeste hacia tierras de los árabes y sabeanos (NOTA: *Gálatas*, I, 17, 21; II, 11. FINAL NOTA), en la dirección de Bosra. También debieron propagarse por el Norte hasta el Líbano y Antioquía y por el Nordeste hasta la colonia de Bercea, donde aun estaban en tiempo de San Jerónimo. En el desierto tal vez subsistían a la sazón los Misterios de Adonis, y se invocaba en las montañas el nombre de *Adonai* (NOTA: *Sod, el Hijo del Hombre*, prefacio, I, 34. FINAL NOTA).

Según ya hemos visto, dice Teodoreto que los judíos nazarenos veneraban al Ungido como un hombre justo y seguían el *Evangelio* llamado de *Pedro*. Por otra parte, San Jerónimo encontró en la biblioteca de Cesárea, coleccionada por el mártir Panfilio, el original hebreo del apóstol Mateo el publicano, y dice sobre el particular:

Los nazarenos de Berœa de Siria me dieron licencia para traducir el original del *Evangelio de San Mateo* que la mayoría tienen por verdadero y he traducido recientemente al griego (NOTA: San Jerónimo: *Comentarios a Mateo*. FINAL NOTA). Es el *Evangelio* seguido por los nazarenos y ebionitas (NOTA: San Jerónimo: *De virus illust.*, cap. III.– A esto conviene añadir la siguiente cita «Es curioso que los Padres de la iglesia reconozcan que San Mateo escribió su *Evangelio* en lengua hebrea, y sin embargo se apoyen en el texto griego sin mencionar la relación entre ambos. El texto hebreo tenía algunos pasajes que se omitieron en las traducciones y copias griegas. (Holzhausen: *Comentarios sobre la autenticidad del Nuevo Testamento*, p. 32; Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*, p. 44). FINAL NOTA), y el apóstol lo escribió en lengua caldea pero con caracteres griegos.

Es evidente que los apóstoles recibieron de Jesús enseñanzas secretas, pues el mismo San Jerónimo, tal vez en un momento de descuido, declara:

Muy trabajosa es la traducción que vuestras reverencias me han encomendado, pues el propio evangelista San Mateo no quiso escribir *abiertamente*, y si no hubiese sido enseñanza secreta hubiera añadido al *Evangelio* algún comentario suyo; pero como era cosa secreta, encubrió de su propio puño el texto con caracteres hebreos de modo que sólo pudieran comprenderlo los varones más religiosos, quienes recibían la explicación de sus antecesores y maestros. Así, no permitieron sacar copia alguna de este libro, y unos lo interpretaron en un sentido y otros en otro... Y sucedió que como Seleuco, discípulo de Maniqueo, publicara este libro después de haber publicado un texto apócrifo de los *Hechos de los apóstoles*, dió con ello motivo de escándalo y no de edificación, ya que los oídos de la Iglesia se mostraron sordos al sínodo que aprobó dicho libro (NOTA: Este pasaje nos explica por que se repudiaron las obras de San Justino Mártir, quien seguía exclusivamente el texto hebreo del *Evangelio*, como sin duda lo seguiría también su discípulo Ticiano. En el siglo IV coloca Eusebio este texto hebreo en la misma categoría que el *Apocalipsis* de San Juan, pero sin repudiarlo por espurio, de lo cual cabe inferir cuán posteriormente se definió el dogma de la divinidad de Jesucristo, a quien según declara Epifanio, los ebionitas o *genuinos* cristianos primitivos y los nazarenos consideraban engendrado por simiente humana, con arreglo al texto hebreo. Credner demuestra (*Zur Gesch, des Kan*) que Nicéforo insertó el texto hebreo junto con la *Revelación* o *Apocalipsis*, entre los Antilegomena de su obra: *Esticometría*. FINAL NOTA).

Añade San Jerónimo que, no obstante haber traducido dos veces el texto hebreo escrito por San Mateo de su propio puño y letra, le costaba mucho trabajo comprenderlo, porque estaba en lenguaje enigmático. Sin embargo, tiene San Jerónimo el suficiente desahogo para condenar por herético todo comentario no suyo, aunque sabía muy bien que el texto original de San Mateo encerraba la verdadera doctrina de Jesús, de cuyas predicaciones fue testigo el evangelista, y que de los dos textos no era ciertamente apócrifo el de los nazarenos, sino el griego.

No obstante, San Jerónimo se declara a sabiendas defensor del texto adulterado en contra del auténtico, pues la aceptación de este último hubiera entrañado la muerte del dogmatismo cristiano, ya que el texto hebreo, seguido durante cuatro siglos por los nazarenos y ebionitas, no proclamaba la divinidad de Jesucristo (NOTA: Si los comentarios de San Jerónimo sobre los profetas, su famosa *Vulgata* y sus tratados polemísticos son tan fieles como la traducción del *Evangelio de San Mateo*, ¿dónde queda la divina revelación? FINAL NOTA).

¿A qué maravillarse de los misterios del cristianismo, desde el momento en que es religión puramente humana? Oigamos lo que uno de los más ilustres doctores de la Iglesia, San Gregorio Nacianceno, dice a su amigo y confidente San Jerónimo:

Nada tan a propósito para alucinar a las gentes como la palabrería, porque cuanto menos comprenden más admiran. Nuestros antecesores y maestros dijeron con frecuencia, no lo que pensaban, sino lo que las circunstancias les movían a decir.

Pero volvamos al sistema cosmogónico de los genuinos cristianos primitivos.

Después de haber producido a Ilda-Baoth (NOTA: De **ילד** (niño) y **בוצה** (huevo) **כחוס** (vacío). FINAL NOTA) sufrió muchísimo Achamoth por su contacto con la materia, hasta que, al cabo de vigorosos esfuerzos, escapó del cenagoso caos. Como no conocía el Pleroma, o región materna, llegó al espacio intermedio y desprendióse de las partículas materiales adheridas a su naturaleza espiritual. Entonces levanta una recia muralla entre el mundo mental y el mundo físico, por lo que Ilda-Baoth resulta ser el «hijo de las tinieblas», el creador del mundo pecaminoso o aspecto físico del mundo. A ejemplo de Bythos, emana Ilda-Baoth de si mismo, y a su propia imagen, seis entidades astrales reflejo una de otra, pero más tenebrosas a medida que se distancian de su progenitor, con el cual se distribuyen las siete regiones dispuestas escalonadamente a partir del espacio intermedio, donde está la región de su madre, Achamoth, hasta la tierra o séptima región. Así tenemos que Ilda-Baoth y sus seis emanaciones son los espíritus de las siete esferas planetarias, en cuyo último término está la tierra. Los nombres de los siete espíritus planetarios son: Ilda-Baoth, Jove o Jehovah, Sabaoth, Adonai, Eloí, Uraios y Astaphaios (NOTA: Véase: King: *Gnósticos*, 31. FINAL NOTA). Los cuatro primeros (sin contar el de Ilda-Baoth) corresponden indistintamente al «Señor Dios» de los hebreos (NOTA: **Conviene advertir que el Jove o Jehovah de los hebreos no tiene nada que ver con Iao, el Dios adorado en los Misterios. Jehovah es una divinidad subalterna, y como tal la consideraban los ofitas. FINAL NOTA**); y los dos últimos son los genios del fuego y del agua en la cosmogonía nazareno-ebionítica.

Pero Ilda-Baoth (NOTA: **Identificado por varias sectas con el Dios de Moisés. FINAL NOTA**) no era entidad puramente espiritual, sino que, ambicioso y soberbio, desdeñó la espiritual luz del espacio intermedio que su madre Achamoth le ofrecía, y quiso crear un mundo a su semejanza. Auxiliado por sus seis hijos, los genios planetarios, creó al hombre; pero fracasó en su obra, porque el hombre aquél era un monstruo sin alma, ignorante, que se arrastraba por el suelo como una bestia. Entonces Ilda-Baoth implora el auxilio de su madre espiritual, quien le transmite un rayo de divina luz, con el que anima al hombre material. Dotado así de alma, obedece al impulso de la luz divina y se eleva más y más, hasta trascender la imagen de su creador Ilda-Baoth y mostrar semejanza con Ennoia, el Hombre arquetípico. Henchido por ello de rabiosa envidia, Ilda-Baoth estalla en animosidad contra su criatura, y clavando la emponzoñada vista en el abismo de la materia, reflejóse la pasión en ella como en un espejo, con tal intensidad que del abismo surgió Satán (NOTA: **La serpiente Ofomorfo, encarnación de la envidia y de la astucia. FINAL NOTA**), cuya espiritual inteligencia está entremezclada de odio, envidia, falacia y lo más vicioso, ruin y grosero de la materia (NOTA: King: *Gnósticos*. FINAL NOTA).

Más y más despechado Ilda-Baoth al ver la progresiva perfección del hombre, crea los reinos mineral, vegetal y animal con todos sus malos instintos y viciosas cualidades; pero impotente para abatir el árbol del conocimiento, que medra en cada una de las regiones planetarias, se resuelve a separar al hombre de su espiritual protectora, y le prohíbe comer del fruto del árbol por temor de que descubra los misterios del mundo superior. Pero Achamoth, que protegía y amaba al hombre por haberle animado, envió a su propio hijo Ofis en forma de serpiente para inducir al hombre a comer del fruto del árbol. Y en

cuanto el hombre quebrantó tan injusto y egoísta mandato, se capacitó súbitamente para comprender y abarcar los misterios de la creación.

Gracias a este conocimiento, formóse el hombre de su propia mitad espiritual y material una compañera. Ilda-Baoth se vengó de la primera pareja humana encerrándolos en una mazmorra de carne, indigna de su naturaleza, donde todavía están esclavizados. Pero Achamoth, que seguía protegiendo al hombre, estableció entre él y la mansión celeste una corriente de divina luz para su iluminación espiritual.

También se encuentran en el sistema nazareno-ebionítico las alegorías del batallador dualismo entre el bien y el mal, el espíritu y la materia, cuyo origen se descubre en la India, de donde lo tomaron todas las cosmogonías. Los opuestos tipos dualísticos del sistema gnóstico son remedo y copia de otros antiquísimos en las primitivas concepciones míticas. Ofis y Ofiomorfos, Sofía y Achamoth, Kadmon y Adam, los genios y los eones, los ángeles, arcángeles, virtudes y potestades aparecen con otros nombres en los sistemas indoísta, budista y mazdeísta, al paso que sirvieron de modelo a las personificaciones bíblicas. El «Zeroana» o «Tiempo sin límites» de los mazdeístas es el prototipo del «Abismo» y de la «Corona» de los gnósticos, así como del «En Soph» cabalístico. Los seis «Amshaspendas» creados por la «palabra» de Ormazd el «primogénito», tienen sus copias reflejas en «Bythos» y sus emanaciones, así como el tipo dualístico Ormazd-Ahriman y sus *devas* ofrece analogía con Ilda-Baoth y sus seis genios planetarios, contaminados de materia.

Conmovida Achamoth por los males que no obstante su protección afligen a la humanidad, suplica a su celeste madre Sofía que recabe del desconocido *Abismo* el envío de Christos, hijo y emanación de la Virgen celeste, en auxilio de la decaída humanidad, pues Ilda-Baoth y sus seis hijos materiales desvían de ella la divina luz. Achamoth dice entonces a su hijo Ilda-Baoth que el reino de Christos sería tan sólo temporal, y fiado en ello manda Ilda-Baoth a su propio mensajero y protegido el profeta Juan el Bautista, de la estirpe de Seth; pero únicamente escucharon su palabra los nazarenos que adoraban a Iurbo-Adonai (NOTA: Iurbo y Adonai eran los nombres que daban los ofitas a Iao-Jehovah, una de las emanaciones de Ilda-Baoth. Los judíos llamaban Adonai a Iurbo (Véase: *Código de los nazarenos*, III, 73). FINAL NOTA). Además, Achamoth indujo a Ilda-Baoth a que engendrarse al *hombre* Jesús en la Virgen María para que fuese su reflejo en la tierra, pues la formación de una entidad física correspondía por naturaleza a Ilda-Baoth, por no estar en las funciones de una potestad más elevada. En cuanto nació Jesús, uniósese el perfecto *Christos* a *Sophía* (sabiduría y espiritualidad) y fue descendiendo a través de las siete regiones planetarias, de cuya respectiva forma se iba revistiendo para encubrir su verdadera naturaleza a los genios de los planetas, al paso que absorbía de éstos las chispas de divina luz que retenían en su esencia. Así pudo infundirse Christos en el cuerpo de Jesús en el momento del bautismo en el Jordán. Desde entonces operó Jesús milagros, pues hasta allí había estado del todo ignorante de su misión (NOTA: King: *Los gnósticos y sus huellas*, 31. FINAL NOTA).

Al percatarse Ilda-Barith de que Christos amenazaba derrocar el reinado de la materia, concitó en su contra a los judíos que le condenaron a muerte (NOTA: El piadoso y anónimo autor del *Evangelio de Nicodemus* llama *Satán* a Ilda-Baoth y pone en sus labios estas palabras con que se excusa ante el príncipe de los infiernos: «Yo tenté a Jesús y contra él levanté a mi viejo pueblo» (cap. XV, 9). No puede darse más vivo ejemplo de ingratitud cristiana, pues además de usurparles a los judíos sus libros sagrados, se les llama pueblo de Satán: con lo que tendremos que si eran los judíos el pueblo escogido de Dios, este Dios había de ser Satán y no Jehovah. Esto es lógico, pero dudamos que nadie lo tome por lisonja al «Señor Dios de Israel», sino como póstumo sarcasmo inferido a un adversario medio aniquilado. FINAL NOTA). Poco antes de morir Jesús en la cruz, abandonó su cuerpo la duada Christos-Sophía y se restituyó a su propia esfera. El cuerpo

físico de Jesús quedó en la tierra, pero él siguió actuando en un cuerpo formado de éter (NOTA: El cuerpo astral. FINAL NOTA).

Dice King acerca del particular:

Desde entonces sólo tuvo Jesús *alma* y *espíritu*, y por esto no le reconocieron sus discípulos cuando se les apareció después de resucitado. En cuerpo sutil permaneció en la tierra año y medio, y durante este tiempo recibió de Sophía la ciencia perfecta, la verdadera gnosis, que comunicó a los pocos discípulos capaces de recibirla y comprenderla.

Por fin ascendió Jesús al espacio intermedio donde se sienta a la diestra de Ilda-Baoth sin que éste lo advierta, y allí acoge a las almas purificadas por el conocimiento de Cristo. Cuando haya absorbido toda la luz espiritual retenida entre la materia del reino de Ilda-Baoth, quedará cumplida la obra de la redención y destruido el mundo. Tal es el significado de la reabsorción de toda luz espiritual en el pleroma de plenitud del que en un principio descendiera (NOTA: King: *Los gnósticos y sus huellas. Descripción entresacada de Teodoreto, con adiciones de Epifanio e Ireneo. FINAL NOTA*).

Pero Teodoreto, de quien toma King esta exposición doctrinal, apoya en los informes de Ireneo sus propias observaciones, muy imperfectas por cierto en lo concerniente a los ofitas del siglo III, cuando ya se habían entremezclado con otras sectas. Por su parte, también Ireneo los juzga deficientemente, y ni uno ni otro aciertan en la exposición de la verdadera teogonía de los ofitas, que con sólo tal o cual variación de nombres es la misma de los gnósticos y nazarenos. *Ophis* equivale al egipcio *Chnuphis* (serpiente del Bien), con majestuosa cabeza de león, símbolo antiquísimo de *Thoth*, el «Hijo de Dios» y Salvador de la humanidad. Dice Hermes Trimegisto:

¡Oh humanos! Vivid sobriamente y conquistad la inmortalidad. Yo soy vuestro instructor y guía y os conduciré a la salvación.

Así es que los primitivos gnósticos identificaban al *Christos* con *Ophis* (el Agathodæmon), y representaban a éste en figura de serpiente, como doble símbolo de la eternidad y de la sabiduría divina, análogamente a la significación del *Chnuphis* egipcio.

Decían los ofitas:

El supremo Eón emanó de sí mismo otros eones, entre ellos a *Prunnikos* (NOTA: Representación de la concupiscencia. FINAL NOTA) de naturaleza femenina, la cual se sumió en el caos, quedando impregnada de materia, hasta el punto de que no le era posible escapar de ella ni tampoco caer más abajo, donde nada había afín con su naturaleza (NOTA: En el sistema nazareno, la emanación femenina es el *Spiritus* que se une con *Karabtanos* (la materia caótica, turbulenta y sin sentido) y engendra en el *Orco* (Abismo) siete astros *mal dispuestos* o siete entidades de imperfecta inteligencia (*Codex nazaraes*, I, p. 118). San Justino Mártir acepta evidentemente esta simbología por cuanto alude a los «profetas sagrados», según los cuales el *espíritu* se diversifica sin menoscabo de su esencialidad, en siete espíritus o pneumas. (Véase: «Justino y los griegos», en *Sod, el Hijo del Hombre*, de Dunlap, tomo II, p. 32) También el *Apocalipsis*, siguiendo la terminología persa del sistema mítico, diversifica el Espíritu Santo en los *siete* espíritus que están delante del trono del Señor. FINAL NOTA). Así permaneció suspendida en el espacio intermedio y emanó de su ser a Ilda-Baoth (NOTA: El Dios de los judíos. FINAL NOTA), quien, a su vez, emanó siete eones o ángeles, que formaron los siete cielos (NOTA: Los cristianos admitieron desde un principio la pluralidad de cielos, según se infiere del pasaje de San Pablo que dice: «Conozco a un hombre que catorce años ha fue arrebatado... hasta el *tercer* cielo» (*Corintios*, II, XII, 2). FINAL NOTA).

Ilda-Baoth encubrió a estos siete genios cuanto estaba por encima de él, a fin de que nada supieran de lo que le fuese superior (NOTA: Aquí se advierte la identidad de Ilda-Baoth con el *celoso y receloso* Jehovah de los judíos. FINAL NOTA). Después los genios (NOTA: Idénticos a los *Elohim* que crearon a Adán y *no* quisieron que el hombre fuese *como ellos*. FINAL NOTA) crearon al hombre a imagen de su padre, pero de modo que se arrastraba encorvado por el suelo como los gusanos. Deseosa entonces Prunnikos de quitarle a Ilda-Baoth el poder de que inadvertidamente le había dotado, infundió en la forma humana un destello celeste: el espíritu. Al recibirlo, se alzó el hombre sobre sus pies, remontó su mente más allá de las siete esferas y glorificó al supremo Padre que está *por encima* de Ilda-Baoth. Envidioso éste, posó su mirada en los ínfimos sedimentos de la materia y engendró una potestad en figura de serpiente, que indujo a Eva a probar el fruto del árbol de la ciencia (NOTA: Véanse: King: *Gnósticos*; Teodoreto: *Herejías*. FINAL NOTA).

Resulta, por lo tanto, que la serpiente del *Génesis*, aparecida en escena sin previo aviso, es remedada copia del *archideva*, cuya cabeza de sierpe llaman los persas *ash-mogb* (NOTA: La serpiente bípeda de la falacia. FINAL NOTA). Si la serpiente bíblica quedó privada de sus extremidades antes de tentar a la mujer, ¿cómo la condena Dios a arrastrarse sobre su vientre? No es posible suponer que anduviese apoyada en la cola.

Los Padres y doctores de la Iglesia sostuvieron la supremacía de Jehovah contra la opinión contraria de las escuelas gnósticas, que en último recurso fueron anatematizadas por heterodoxas. Esta controversia duró hasta algún tiempo después de Constantino, si bien en un principio hubo cristianos, como por ejemplo Tertuliano, que tuvieron de Jehovah el mismo concepto que los gnósticos, sin que San Clemente de Alejandría, defensor de la opinión contraria, viese nada de herético ni censurable en las doctrinas de Basíledes.

Sobre este punto dice King:

A juicio de Clemente de Alejandría no era Basíledes un hereje, esto es, un innovador contrario a las enseñanzas de la Iglesia, sino sencillamente un filósofo teosófico que trataba de dar *nuevas formas a verdades antiguas*, con intento tal vez de conciliarlas con la nueva fe, cuya aceptación entrañaba necesariamente la renuncia a la antigua, como sucede en nuestros días con los indos ilustrados (NOTA: *Los Gnósticos y sus huellas*, pág. 78. FINAL NOTA).

Ireneo y Tertuliano no opinaron lo mismo que Clemente. Las principales obras de Tertuliano contra los herejes rebosan de fanática animosidad y mala fe, aunque las escribió afiliado ya a la secta de Montano (NOTA: No es tan apasionada su obra de controversia contra los ortodoxos, a pesar de que estos le abrumaron de envidiosas calumnias, hasta el punto de forzarle a abrazar el montanismo, según nos dice San Jerónimo. Sin embargo, no hubieran tantos errores en la Iglesia católica si fuesen merecidas la ilimitada admiración y profunda estima en que San Cipriano tenía a Tertuliano, a quien llama «el Maestro». Dice Vicente de Lerius que «cada palabra de Tertuliano era una sentencia y cada sentencia un triunfo sobre el error»; pero nos parece algo exagerado este elogio, al ver que, no obstante su parcial herejía, siguió Tertuliano mereciendo el respeto de la Iglesia de Roma, que tantos errores ha difundido por el mundo con el disfraz de infalibles dogmas. FINAL NOTA), desfigurando en ellas el sistema gnóstico, hasta convertirlo en absurda monstruosidad, sin más fundamento que la obcecación del fanatismo sectario. De Basíledes (NOTA: A quien Clemente de Alejandría llama «piadoso y divino filósofo teosófico». FINAL NOTA), dice Tertuliano:

El hereje (NOTA: Califica Tertuliano de hereje a Basíledes sin advertir que las doctrinas de Montano profesadas por él, eran también heréticas, a juicio de la Iglesia ortodoxa. Es

muy significativo que Roma de validez a las diatribas de un hereje contra otro hereje cuando de ello le ha de resultar algún provecho. FINAL NOTA) Basílides pierde el tino al decir que Abraxas es el Supremo Dios de quien emanó la Mente, llamada Nous por los griegos, y que de la Mente emanó el Verbo y del Verbo la Providencia y de la Providencia la Virtud y la Sabiduría y de estas dos los Principados y Potestades (NOTA: No obstante, el apóstol San Pablo coincide con Basílides al hablar de Principados y Potestades, según se ve en los siguientes pasajes: «Sobre todo principado y potestad...» (*Efesios*, I, 21). «Para que la multiforme sabiduría de Dios sea notificada por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos» (*Efesios*, III, 10). Véase asimismo *Romanos*, VIII, 38. También admite la pluralidad de *dioses y señores* en *I Corintios*, VIII, 5. FINAL NOTA) con infinidad de emanaciones angélicas, en cuya inferior categoría coloca a los que formaron el mundo, y el último de todos ellos a Jehovah, que según Basílides no es Dios sino uno de los ángeles (NOTA: Tertuliano: *Præscript.* FINAL NOTA).

Inútil es aducir la argumentación, de las *Homilias clementinas* (NOTA: La misma obra en que se relatan las controversias entre los apóstoles Pedro y Pablo. FINAL NOTA) en prueba de que Jesús no distinguió jamás entre su «Padre» y el «Señor Dios» de Moisés, pues está demostrado que no fueron escritas por el autor a quien se atribuyen sino por un ebionita, en opinión de algunos comentadores (NOTA: Entre ellos Baur, Credner, Hilgenfeld, Kirchhofer, Lechler, Nicolás, Ritschl, Schwegler, Westcott, Zeller y el autor anónimo de la *Religión sobrenatural*. FINAL NOTA), y en tal caso dataría de mucho antes de la época de San Pablo, so pena de que se interpolaran posteriormente los pasajes relativos a la identidad de *Jehovah* y el *Padre* de Jesús; pues los ebionitas, que según ha demostrado Epifanio, eran discípulos inmediatos de los nazarenos, nunca consideraron a Jehovah como el supremo Dios, sino que le llamaron *Adonai-Iurbo* (NOTA: El Dios de los abortos, esto es, de los judíos ortodoxos. FINAL NOTA).

Pero tan cuidadosamente celaban sus doctrinas los nazarenos, que el mismo Epifanio, no obstante escribir a últimos del siglo IV, no está seguro de cuáles fuesen sus dogmas, pues dice a este propósito:

Prescinden del nombre de Jesús y no se llaman *iesaeos* ni judíos ni cristianos, sino nazarenos. Creen en la resurrección de los muertos... pero respecto de Cristo, *no sé* si lo consideran *tan sólo como hombre* o si creen, cual debieran creer, que nació de la Virgen María por obra del Santo *Pneuma* (NOTA: *Epifanio*, I, 122 y 123. FINAL NOTA).

El autor de las *Homilias* pone en boca de Simón el Mago argumentos de índole gnóstica, mientras que Pedro trata de conciliar la ley mosaica y el rito de la circuncisión con la divinidad de Jesucristo, sin menoscabo de su fe en el «Señor Dios» que había dejado de «proteger» al «pueblo escogido».

Según demuestra el autor de la *Religión sobrenatural*, el Epítome de las *Homilias* refunde la doctrina del texto con la conjeturable intención de eliminar los puntos heréticos (NOTA: *Religión sobrenatural*, II, 2. FINAL NOTA). Simón el Mago opina, según las *Homilias*, que el Demiurgo, el Constructor o Arquitecto del universo, no es el supremo Dios, y se apoya para ello en las palabras del mismo Jesús, que dice: «Ningún hombre conoció al Padre». La misma obra nos representa a Pedro muy indignado contra la opinión de que los patriarcas no hubiesen podido «conocer al Padre», pero Simón le replica, aduciendo en prueba de su aserto aquel pasaje en que Jesús da gracias al Señor de cielos y tierra por «haber revelado a los niños lo que encubrió a los sabios», y a esto redarguye Pedro que lo *encubierto d los sabios* se refiere a los *misterios* de la creación (NOTA: *Homilias clementinas*, XVIII, I, 15. FINAL NOTA).

Pero aunque en vez de supuesta por el autor de las *Homilias* hubiese sido real esta argumentación de Pedro, no demostraría la identidad de Jehovah con el «Padre» de

Jesús, sino a lo sumo la adhesión de Pedro a la ley mosaica, al rito de la circuncisión y a la letra del *Antiguo Testamento*, sin que, no obstante su íntimo trato con Jesús, pueda aducir pruebas convincentes de que el misericordioso y omnipotente Padre fuese el colérico, vengativo y tonante Dios del Sinaí.

Lo que plenamente demuestran las *Homilias* es que, aparte de la predicación pública, enseñaba Jesús secretamente a los contados discípulos merecedores de recibirla. Así pone el autor en boca de Pedro estas palabras:

Recordamos que nuestro Señor y Maestro nos mandó diciendo: «Guardad los misterios para mí y los hijos de mi casa». Por lo que también explicaba secretamente a sus discípulos los *misterios del reino de los cielos* (NOTA: *Homilias clementinas; Religión sobrenatural, II. FINAL NOTA*).

Fácil es de comprender el sentido de la frase: «guarda los misterios para mí y los hijos de mi casa», si por misterios entendemos la doctrina secreta que, según el original del Evangelio de San Mateo (NOTA: *El original de este Evangelio le fue muy difícil de traducir a San Jerónimo. FINAL NOTA*), enseñaba Jesús en la logia (NOTA: *Está tomada aquí esta palabra en la acepción de lugar, estancia, aposento o habitación apartada.– El Traductor. FINAL NOTA*), análogamente a los àpórrhta, (*aporrheta*) o lecciones secretas de los Misterios paganos, que tan sólo podían recibir los discípulos del círculo interno, elegidos para ejercer el sacerdocio. De esto cabe inferir que la doctrina secreta de Jesús, con toda su terminología, era substancialmente idéntica a la de los neoplatónicos y se apoyaba en la gnosis oriental, como todas las religiones primitivas. Posteriormente el fanatismo sacerdotal adulteró esta doctrina con interpolaciones y amaños contradictorios para conciliar los progresos de cada siglo con los errores del precedente. En algunos manuscritos hay conceptos tan groseros, que se delatan por sí mismos y demuestran la ignorancia en que los Padres de la Iglesia estaban del Evangelio que pretendían defender. Ejemplo de ello tenemos en que, según ya dijimos, Tertuliano y Epifanio acusaron a Marción de haber eliminado del *Evangelio* de San Lucas un pasaje que nunca estuvo en el texto original.

Uno de los errores más notorios es el de atribuir al profeta Isaías el vaticinio de que Jesús se valdría de parábolas al predicar a las gentes. Sobre esto ponen las *Homilias* en labios de Pedro las siguientes palabras:

Pues Isaías dijo: Abriré mi boca con parábolas y revelaré lo que estuvo secreto desde el principio del mundo (NOTA: *En esta errónea atribución a Isaías de una frase de los Salmos (LXXVIII, 2) incurre también el Código sinaítico. FINAL NOTA*),

El autor de *Religión sobrenatural* dice a este propósito:

En el siglo III echó Porfirio en cara a los cristianos el error de atribuir a Isaías una frase de los Salmos, que puso en grave aprieto a los Padres de la iglesia (NOTA: *Religión sobrenatural, p. II. FINAL NOTA*).

Eusebio y Jerónimo intentaron salir del paso achacando el error a torpeza del copista. Jerónimo ya más allá y dice que en los primeros manuscritos no aparecía el nombre de Isaías en dicho pasaje, sino el de Asaph, que la ignorancia de los copistas substituyó por aquél... Pero contra esto vale advertir que en ningún manuscrito de los conocidos se ve el nombre de Asaph, aunque el de Isaías se ha ido borrando de todos ellos, excepto de algunos que escaparon a la rectificación. En el Código sinaítico, que probablemente es el manuscrito más antiguo de todos ellos, pues data del siglo IV, hay una nota que dice: «El profeta Isaías figuró en el texto por haberlo puesto la primera mano, pero lo borró

la segunda» (NOTA: Hieron: *Obras*, VII, p. 270; *Religión sobrenatural*, p. II. FINAL NOTA).

Es muy significativo que nada pruebe en el *Nuevo Testamento* la divinidad de Jesucristo a los ojos de sus discípulos, quienes ni antes ni después de su muerte le tributaron honores divinos, sino que sencillamente le llamaban «maestro», o sea el mismo título con que a Pitágoras y Platón honraban los suyos.

En cuantas palabras se han puesto en boca de Jesús y los apóstoles no se advierte en éstos la más leve señal de adoración divina ni Jesús se proclamó jamás idéntico a su Padre (NOTA: Conviene salir aquí al paso de la objeción que contra el aserto de la autora levanten acaso algunos comentaristas apoyados en las palabras de Jesús: «El Padre y yo somos una misma cosa». Aunque a primera vista parezca declarar Jesús en este pasaje su identidad con el Padre, es preciso tener en cuenta que no dice somos «una misma persona», sino «una misma cosa», con lo cual significaba, a nuestro entender, que había sometido su voluntad a la del Padre, y por lo tanto, estaba entre los hombres para cumplir la voluntad del Padre y no la suya. Por lo tanto, Jesús quería lo mismo que el Padre, y sin ser idéntico al Padre era su enviado, mensajero, embajador y representante.— *El Traductor*. FINAL NOTA) y, aunque se llamaba hijo de Dios, añadía que «todos los hombres eran hijos del Padre celestial. Esta doctrina derivaba legítimamente de la enseñada muchos siglos antes por Hermes, Platón y otros filósofos.

Nueva prueba de que Jesús no se arrogó la identidad con el Padre nos la da el pasaje siguiente:

...No me toques, porque aun no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre; a mi Dios y vuestro Dios (NOTA: *San Juan*, XX, 17. FINAL NOTA).

La frase *mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios* denota igualdad de condición, aunque superioridad de evolución respecto de sus discípulos. Dice Teodoreto sobre este punto:

Los herejes coinciden con nosotros en el concepto de la Causa inicial de todas las cosas; pero dicen que no hay un solo Cristo-Dios, sino dos entidades, una superior y otra inferior, que precedentemente *moró en varios*. En cuanto a Jesús, unas veces dicen que procede de Dios y otras le llaman *espíritu* (NOTA: Teodoreto: *Heret. Fab.*, II, VII. FINAL NOTA).

Este espíritu, es el *Christos*, el mensajero de vida, que algunos llaman también arcángel Gabriel (NOTA: En hebreo significaba poder de Dios. FINAL NOTA), equivalente al *Logos* de los neoplatónicos, pero no se le debe confundir con el Espíritu Santo o *Vida* (NOTA: *Ireneo*, I, XII, 86. FINAL NOTA), considerado como Potestad femenina (NOTA: Binah, כונה, *Sophía*, *Mente Divina*. FINAL NOTA) por las escuelas gnósticas, excepto la nazarena, para quien era el aspecto femenino del Espíritu, la luz astral generadora de todas las cosas materiales, o sea el caos contrarrevuelto por el Demiurgo.

Sobre esto dice el Zohar:

Al crear al hombre había luz (espiritual) junto al Padre y había luz (material) junto a la Madre. Tal es el hombre dual (NOTA: *Compendio del Zohar*, p. 12, ed. alemana. FINAL NOTA).

Por su parte dice el Código de los nazarenos:

El último día perecerán los siete astros mal ordenados y también los hijos del hombre que confesaron al *Spiritus*, al falso Mesías, al Deus. Perecerá también la *madre* del *Spiritus* (NOTA: II, 149. FINAL NOTA).

Jesús acompañó sus predicaciones de señales y obras maravillosas pero contra el excesivo entusiasmo de quienes lo divinizan, se opone la consideración de que no hizo ni más ni menos que lo que hicieron otros cabalistas en aquella época en que, por haberse agotado las fuentes de profecía, no estaban acostumbradas las gentes a los fenómenos mágicos y el escepticismo culminaba en la secta de los saduceos.

Dice Teodoreto:

Los gnósticos afirman que el mensajero o delegado de Dios cambia periódicamente de cuerpo, de suerte que va de uno en otro y cada vez se manifiesta de distinto modo... Y los profetas iluminados usan conjuros e invocan a los demonios y practican la ceremonia del bautismo en la confesión de sus doctrinas... Profesan la astrología, la magia y los errores matemáticos (NOTA: Teodoreto: *Hæret. Fab.* II, VII.– Por errores matemáticos entiende Teodoreto la enseñanza del sistema heliocéntrico, que por aquel entonces reverdecía después de haber estado olvidado desde la época de Pitágoras. FINAL NOTA).

El don de sanar a los enfermos y de operar prodigios, que Jesús comunicaba a sus discípulos, demuestra que éstos iban aprendiendo a su lado la teoría y la práctica de la nueva ética, al paso que fortalecían su fe a medida que acrecentaban sus conocimientos (NOTA: Conviene advertir que Josefo, a quien hemos de suponer bien enterado de la materia, eleva la exorcización a la categoría de ciencia. FINAL NOTA). De esta gradación en el adelanto de los discípulos nos da ejemplo el caso de Pedro, quien, no obstante su débil fe al principio (NOTA: *San Mateo*, XIV, 25 a 31. FINAL NOTA), llegó por fin a sobresalir en la taumaturgia, hasta el punto de que, según dicen los *Hechos*, le ofreció dinero Simón el Mago para que le comunicara el don de obrar milagros. Por otra parte, el apóstol Felipe fue un etrobático tan excelente como el pitagórico Abaris, aunque menos experto que Simón el Mago.

Ni en las *Homilias* ni en el texto original de los *Evangelios* ni en los *Hechos de los Apóstoles* hay prueba alguna de que los discípulos de Jesús viesan en su Maestro algo más que un profeta superior a todos los profetas. Las *Homilias* son un alegato en pro del monoteísmo, aparte de la disquisición puesta en boca de Pedro con intento de probar la identidad del Dios de Moisés con el «Padre» de Jesús. El autor de las *Homilias* parece tan opuesto al paganismo como a la divinidad de Jesucristo (NOTA: *Homilias*, II, 12; III, 57, 59; X, 19; XVI, 15; Schliemann: *Las Clementinas*, 134; *Religión sobrenatural*, II, 349. FINAL NOTA), y como si desconociera el concepto del Logos, trata únicamente de *Sophía*, la Sabiduría según los gnósticos, diciendo que la dualidad *Christos-Sophía* se infundió en Jesús como antes se había infundido en Adán, Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Moisés (NOTA: *Homilias*, II, 16, 18; III, 20.– No se descubre, por lo tanto, vestigio alguno de la Trinidad hipostática. FINAL NOTA), a quienes coloca a un mismo nivel de espiritualidad y les llama «verdaderos profetas» y las «siete columnas del mundo». Por otra parte, el autor niega resueltamente por boca de Pedro la caída de Adán, y en consecuencia el dogma de la redención según lo expone la teología cristiana, cuyos conceptos en este punto tilda de *blasfemos*, aceptando en cambio la doctrina cabalística y en cierto modo platónica de la permutación. De acuerdo con ella, dice el autor de las *Homilias* por boca de Pedro, que Adán no sólo no pecó sino que *era incapaz de pecar*, porque, como verdadero profeta, estaba poseído del mismo espíritu de Dios que después se infundió en Jesús (NOTA: Schliemann: *Las Clementinas*, 130, 176; cita de *Religión sobrenatural*, 342.– Según veremos más adelante, la *Kábala* enseñaba la doctrina de la reencarnación, como se infiere del pasaje que dice: «Moisés fue la reevolución de Seth y Abel (*Kabbala Denudata*, II, 155; *Vallis Regia*). También hallamos la doctrina de la reencarnación en este pasaje de Hermes: «Dime, ¿quién renace? – El hijo de Dios, el verdadero hombre, por la voluntad de Dios» (*Hermes*, X, IV, 21, 23). FINAL NOTA).

El «Hijo de Dios» simboliza el espíritu inmortal del hombre, la entidad divina u hombre verdadero, pues los vehículos inferiores son entidades imperfectas que, privadas de la luz del espíritu, quedan reducidos a una duada animal (NOTA: Tenga el lector en cuenta que se refiere la autora a la doctrina expuesta en las *Homilias*.– *El Traductor*. FINAL NOTA). El hombre verdadero es trino y no pierde la inmortalidad en los sucesivos renacimientos a través de las esferas que cada vez le acercan más y más al esplendente reino de la eterna y absoluta Luz.

Dice la Kábala:

El Primogénito de Dios, el santo Velo, la Luz de luces, envía la *reevolución* del *Delegado*, porque es la primera *Potestad* (NOTA: *Idra Magna; Kabbala denudata*. FINAL NOTA).

A lo que arguye un doctor de la Iglesia:

No hay más pneumía (espíritu) ni más dunamis (poder) de Dios que el *Logos*, el primogénito de Dios... Ángeles y potestades hay en los cielos (NOTA: *Justino Mártir: Apol., II, 74*. FINAL NOTA).

Sin embargo, esta doctrina es puramente cabalística y la tomaron los cristianos del *Zohar* y de las sectas gnósticas, pues Jesús no la aprendió en las sinagogas judías sino en las escuelas cabalísticas. El texto mosaico apenas habla de los ángeles y potestades celestes, no obstante las directas comunicaciones de Moisés con el «Señor Dios de Israel», y de aquí que la enseñanza relativa a los ángeles se mantuviera secreta y la condenara por herética la sinagoga. Tal es la razón de que Josefo tilde de herejes a los esenios, diciendo:

Los que se afilian a la secta de los esenios juran conservar en toda su pureza las doctrinas recibidas y transmitir las en tiempo oportuno tal como las recibieron y mantener secretos los libros de la secta y los nombres de los ángeles (NOTA: *Josefo: Guerras, II, cap. 8, sec. 7*. FINAL NOTA).

Los saduceos no creían en los ángeles ni tampoco los iniciados griegos, quienes sólo reconocían los dioses y semidioses del Olimpo. Únicamente los cabalistas y teurgos sostuvieron desde tiempo inmemorial la creencia en los ángeles, que posteriormente adoptaron Platón y Filo Judeo, más tarde los gnósticos y por último los cristianos.

Josefo no dijo respecto de Jesús lo que Eusebio le atribuye en su amañada interpolación, sino que, por el contrario, señala en los esenios las características culminantes en la doctrina de Jesús. Así dice de ellos:

Para orar se retiraban a lugares solitarios... Su palabra es más valedera que un juramento y esquivan siempre el jurar... Entran en las casas de gentes desconocidas y las tratan como si fuesen íntimos amigos (NOTA: *Josefo, II, VIII, 6; Munk: Palestina, 35; Eusebio: Historia eclesiástica, II, 17*. FINAL NOTA).

Estos rasgos distintivos coinciden con los consejos que Jesús dió, según los siguientes pasajes:

Mas tú cuando orares, entra en tu aposento y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Pero yo os digo que de ningún modo juréis ni por el cielo, porque es el trono de Dios...; mas vuestro hablar sea sí, sí, no, no; porque lo que excede de esto, de mal procede (NOTA: *Mateo, VI, 6; V, 34, 37*. FINAL NOTA).

Los nazarenos, lo mismo que los esenios y los terapeutas, interpretaban esotéricamente las *Escrituras* prescindiendo de la fórmula externa de la ley mosaica, que el mismo Jesús tuvo en poco, a pesar de los esfuerzos de Ireneo en presentarle de perfecto acuerdo con Moisés (NOTA: *Epifanio trata por igual a los ebionitas, nazarenos v cerintios, tan*

vituperados por Ireneo, quien dice de Cerinto, fundador de esta última secta, que como estuviera en una casa de baños de Éfeso en ocasión en que fue a bañarse el evangelista Juan, salió éste escapado, gritando: «Huyamos, no sea que la casa se desplome por estar en ella Cerinto, el enemigo de la verdad» (Véanse: *Epifanio*, ed. Petau., I, 117; Ireneo: *Contra herejes*, III, 3, 4). FINAL NOTA).

Dice Munk (NOTA: Palestina, 525; Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*. FINAL NOTA) que en el desierto moraban sobre cuatro mil esenios que tenían libros místicos y vaticinaban el porvenir. Los nabateanos profesaban con levisimas diferencias las mismas doctrinas que los nazarenos y sabeanos, y todos ellos veneraban mayormente a Juan el Bautista que a Jesús. El historiador persa lezidi dice:

Los nabateanos llegaron a Siria, procedentes de Busrah. Observan el bautismo y creen en siete arcángeles, aunque al mismo tiempo veneran a Satán. Su profeta Iezed, que floreció muchísimo antes de Mahoma, enseñaba que Dios le enviaría un mensajero para revelar el significado de un libro escrito en los cielos desde la eternidad (NOTA: *Haxtausen*, 229; *Shahrestâni*; Chowolsohn: *Sabeos y sabeísmo*, II, 625. FINAL NOTA).

Los nabateanos moraban en el Líbano, donde todavía están sus descendientes, y su sistema religioso era puramente cabalístico. Maimónides los identifica con los sabeanos, según se infiere de este pasaje:

Te diré cuáles son las obras que tratan de las creencias e instituciones de los sabeanos. La más famosa es la titulada: *Agricultura de los nabateanos*, que tradujo Ibn Wahohijah y rebosa de quimeras paganas... Habla de la preparación de talismanes para contrastar el poder de los espíritus, magos, demonios y trasgos que moran en el desierto (NOTA: Citado por Chwolsohn en *Los sabeos y el sabeísmo*, II, 458. FINAL NOTA).

Hoy día, las tribus diseminadas más allá del Jordán y los samaritanos de Damasco, Gaza y Naplosa, la antigua Siquem, conservan tradicionalmente, en toda su primitiva sencillez, la fe de sus padres, no obstante las persecuciones sufridas durante diez y ocho siglos. Entre ellos hemos de buscar las tradiciones verídicas, por mucho que las hayan desfigurado superposiciones posteriores, y compararlas con las leyendas forjadas por los Padres de la Iglesia so capa de revelación. Dice Eusebio que antes del sitio de Jerusalén, la naciente comunidad cristiana, la mayoría de cuyos individuos habían conocido personalmente a Jesús y los apóstoles, se refugiaron en la ciudad de Pella, sita al otro lado del Jordán. Es, por lo tanto, muy natural que esta primitiva colonia, durante tantos siglos apartada del resto del mundo, haya conservado íntegra la doctrina del Fundador, y allí debemos buscar la fuente originaria del cristianismo. Después de la muerte de Jesús, todos los cristianos, fuesen ebionitas, nazarenos o gnósticos, se refundieron bajo la común creencia de que Jesús había sido un hombre justo (NOTA: *Condenasteis y matasteis al justo (Epístola del apóstol Santiago, V, 6)*. FINAL NOTA), un profeta poseído de la entidad *Christos-Sophía* manifestada por su mediación. Los primitivos cristianos se mantuvieron unidos contra la fanática intolerancia de la sinagoga y el tiránico tecnicismo de los fariseos, hasta que de este común tronco se desgajaron dos ramas: los tanaímes y los gnósticos (NOTA: *Porfirio distingue entre la filosofía oriental y la filosofía neoplatónica; pero King dice que todas las religiones, sectas y escuelas derivan de la primitiva religión búdica. (Los gnósticos y sus huellas, p. I)*. FINAL NOTA). Entre los primeros se agruparon los partidarios de Pedro y Juan Evangelista; entre los segundos, los que siguieron a Pablo, y a fines del siglo II absorbieron a las escuelas gnósticas, cuya mística simbología se incorporó a la Iglesia romana.

Entre estas contradicciones hermenéuticas y dogmáticas, ¿qué cristiano se atreverá a definir su fe? El texto siríaco del *Evangelio de San Lucas* dice:

Jesua, lleno del Santo Espíritu, volvió del Jordán y el Espíritu le condujo al desierto (NOTA: *Lucas, IV, I; Tremellius, texto siríaco. FINAL NOTA*).

Añade el mismo texto que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en figura de paloma. Sobre el particular dice Dunlap:

La dificultad está en que el *Evangelio* declara que Juan Bautista vió descender el Espíritu (Poder de Dios) sobre Jesús en el momento del bautismo, es decir, en plena virilidad; y por lo tanto, tiene fundamento la creencia de los ebionitas y nazarenos de que antes del bautismo no es posible admitir en Jesús los atributos del Logos. Por otra parte, los gnósticos creían que Jesús era el Logos manifestado en la carne (NOTA: *Dunlap: Sod, el Hijo del Hombre. FINAL NOTA*).

El *Apocalipsis* de San Juan y las opiniones del sincero obispo Sinesio, que por fin abrazó las doctrinas neoplatónicas, corroboran la sencilla fe de los primeros cristianos. Sinesio, discípulo de Hipatia, exclama en un arrebatado de inspiración:

¡Oh! Padre de los mundos... Padre de los eones... Artífice de los dioses, santa es tu alabanza (NOTA: *Sinesio decía en la intimidad: «La plebe quiere que la engañen, y por consiguiente, en lo que a mí toca, seré siempre un filósofo para conmigo mismo y un sacerdote para las gentes».* FINAL NOTA).

Y dice Hermes:

Santo es Dios, el Padre de todos los seres. Santo es Dios, cuyo poder se manifiesta en la Sabiduría. Bendito eres Tú, que todo lo creaste con tu palabra. Creo en Ti y de Ti doy testimonio, y voy a la VIDA y a la LUZ (NOTA: *Hermes Trimegistro, 36. 87, 90. FINAL NOTA*).

¿Qué obispo cristiano se ha expresado tan ortodoxamente como el divino pagano?

Las evidentes discrepancias de los Evangelios sinópticos y las adulteraciones que los desfiguran encubren un fondo de verdad que posteriormente falsearon las exigencias de la Iglesia, hasta convertir las superposiciones en dogmas, tanto por pruebas ficticias como por la ciega fe del vulgo. La supuesta degollación de los inocentes por el rey Herodes tiene algún fundamento alegórico, pues el relato está tomado de las tradiciones indoístas, en que el rey Kansa, tirano de Madura, ordena la muerte del niño Khristna, hijo de su sobrina Devaki, porque los astrólogos le pronosticaron que el recién nacido llegaría a arrebatarse la corona. Pero Khristna se libra de la furia de Kansa por la protección de Mahadeva, quien sugiere a la madre la idea de escapar a país extraño, Mientras que el rey Kansa, con objeto de asegurar la muerte de su presunto rival, manda degollar a todos los niños menores de dos años (NOTA: *También al recién nacido Khristna le adoran los pastores (gopas).* FINAL NOTA).

Aunque es sorprendente el parecido entre el relato indoísta y el del *Nuevo Testamento*, opinan algunos comentadores, Gaffarel entre ellos, que la degollación de los inocentes, tal como aparece en los Evangelios, alude a las persecuciones emprendidas durante el reinado de Herodes contra los cabalistas y varones doctos que se habían apartado de la ortodoxia judía, y se les llamaba «niños inocentes» a causa de su pureza de vida. Por otra parte, como sucede en algunos grados de la moderna masonería, los iniciados computaban por años simbólicos su grado de iniciación (NOTA: *Prueba de esto nos dan los siguientes pasajes de las Escrituras hebreas: «Y vendrá sobre ti el Espíritu del Señor y profetizarás con ellos y serás mudado en otro hombre» (I Reyes, X, 6, Vulgata). «...Y fue más alto que todo el pueblo desde el hombro arriba» (I Reyes, X, 23, íd). «Hijo de un año era Saúl cuando comenzó a reinar, y dos años reinó sobre Israel» (I Reyes, XIII, I, íd). Tomado*

el texto en sentido literal resulta absurdo, por lo que la frase «hijo de un año» ha de referirse forzosamente al grado de iniciación. La nota de la Vulgata en este pasaje dice: «Como un niño de un año por la inocencia de sus costumbres, por su humildad, pureza y rectitud». Es una interpretación tan ingeniosa como falsa. La enemiga de los católicos contra los protestante, proviene del libre examen con que éstos interpretan la *Biblia*. La acritud de esta animosidad se nos revela en el siguiente pasaje del sermón pronunciado por el P. Parker en la iglesia de Santa Teresa, de Nueva York, el 10 de Diciembre de 1876. Decía el predicador: «¿A quién debe la Iglesia protestante esa *Biblia* que pone en manos de niños e ignorantes? A los monjes que laboriosamente la copiaron antes del descubrimiento de la imprenta. El protestantismo produjo disensiones en el seno de la Iglesia, rebeldías y turbulencias en los Estados, corrupción en la vida social, y no quedará satisfecho hasta que desnaturalice la *Biblia*. Los protestantes han de confesar que la Iglesia romana ha superado a todas las sectas en la difusión del cristianismo y abolición de la idolatría. Mientras unos protestantes predicán que no hay infierno, otros afirman que los impenitentes se condenan sin remisión. Niegan unos la divinidad de Jesucristo, y creen otros que el bautismo es inútil en los niños y tan sólo necesario en los adultos, pero con completa inmersión del cuerpo. La mayor parte de las sectas protestantes no tienen culto externo ni ornamentos sacerdotales, y sus doctrinas son tan ambiguas como informales sus ceremonias. Martín Lutero, fundador del protestantismo, fue el hombre más depravado de Europa. Con la Reforma empezaron las guerras civiles, y desde entonces no ha gozado el mundo ni un punto de sosiego, y las gentes son de día en día más escépticas. La finalidad del protestantismo es evidentemente la profanación de la *Biblia*, el quebrantamiento de toda autoridad y la disolución del organismo social». Esto es hablar muy claro; pero los protestantes podrían devolverle los cumplidos. FINAL NOTA).

De no aceptar la interpretación de los cabalistas, forzosamente hemos de reconocer que el relato evangélico del degüello de los inocentes es copia de la leyenda inda.

La mayor parte de comentaristas advierten que la historia no menciona ésta ni ninguna otra matanza de niños, y en verdad que un suceso de tan horrenda magnitud no hubiera pasado por alto a los historiadores de la época. El tetrarca de Jerusalén era vasallo de Roma, que sin duda no dejara impune tan monstruoso crimen. En cambio, los textos judíos dan copiosas pruebas de la persecución emprendida contra los iniciados. *El Sepher Toldoth Jeschu* dice a este propósito:

María fue madre de un niño llamado Jeschu, y ya crecido lo puso al cuidado del rabino Elhanan. Y el niño adelantaba en conocimientos porque estaba dotado de aguda comprensión. Después de Elhanan educó a Jeschu el rabino Joshua, hijo de Perachiah, quien le *inició* en el conocimiento *secreto*; pero como el rey Janeo mandase matar a todos los iniciados, el rabino Joshua huyó a Alejandria con el niño.

Durante su permanencia en Alejandria se hospedaron en casa de una muy principal y docta señora (NOTA: Personificación de la sabiduría egipcia. FINAL NOTA), a quien el joven Jesús diputó por bella no obstante un *defecto que en los ojos tenia*, y así se lo declaró a su maestro. Encolerizado éste al escuchar que su discípulo encontrara algo bueno en el país de la esclavitud, le maldijo y apartóle de su presencia.

Relata a continuación el texto en estilo alegórico una serie de aventuras, de las que se colige que Jesús completó su iniciación en las escuelas cabalistas de la India, después de instruido en la ciencia de los egipcios. Muerto el rey Janeo regresó Jesús a Judea (NOTA: Eliphaz Levi atribuye este relato a los autores talmudistas de *Sota y Sanhedrin*, p. 19, *Libro de Jechiel*. FINAL NOTA).

El erudito autor de *Tela ignea Salanae* dice que se levantaron contra Jesús dos cargos substanciales: 1º. Que prevalido de su iniciación en Egipto había descubierto los secretos del templo. 2º. Que los había profanado al divulgarlos entre gentes que, incapaces de

comprenderlos rectamente, los desnaturalizaron. Pero copiemos la traducción del texto hebreo sobre el particular, que dice así:

Hay en el santuario del Dios vivo una piedra cúbica en que están esculpidos los sagrados caracteres cuya combinación revela los atributos y poderes del Nombre inefable que dan la clave del conocimiento de las ocultas fuerzas de la Naturaleza.

Llaman los hebreos a esta piedra *Schain hamphorash*, y está custodiada por dos leones (NOTA: Quienes conozcan el ritualismo hebreo advertirán que estos leones son los gigantes querubines cuyo colosal tamaño infundía tanto pavor en los profanos como el rugido del león. FINAL NOTA) de oro que rugen cuando alguien se acerca. Siempre había guardias de vista en las puertas del templo, y en el santuario sólo entraba una vez al año el sumo pontífice. Pero Jesús, que conocía el secreto por haberlo aprendido en Egipto, forjó una clave invisible con la que pudo entrar en el santuario sin que nadie le viese... Cogió los caracteres de la piedra cúbica escondiéndoselos en el muslo (NOTA: Lo mismo refiere Arnobio de Jesús, diciendo cómo le acusaron de haber substraído del santuario los secretos nombres del único Santo, por medio de cuyo conocimiento operó milagros. FINAL NOTA), y en seguida salió del templo para asombrar al pueblo con sus milagros. Resucitaba muertos, sanaba leprosos y endemoniados, y a su voz emergían del fondo del mar las piedras para formar una montaña desde cuya cumbre predicaba su doctrina; pero como no pudiera mover la piedra cúbica del santuario, modelé otra de arcilla y la enseñaba a las gentes por verdadera.

Por fin, prendieron a Jesús y estuvo cuarenta días en la cárcel donde le azotaron por sedicioso, le lapidaron después por blasfemo en un paraje llamado Sud, y finalmente le crucificaron (NOTA: Pasaje traducido por Eliphaz Levi en *La ciencia de los espíritus*, p. 37. Añade Levi que los fariseos maquinaron el proceso y muerte de Jesús porque había revelado al pueblo las verdades ocultas de la teología rabínica, en cuyo cotejo con la egipcia hallaba los fundamentos de una religión universal. FINAL NOTA).

Este relato, como todos los de los libros hebreos, tiene doble significado: el literal y el esotérico, cuya explicación dan los libros cabalísticos. Sin embargo, por mucha cautela que se haya de tener para aceptar los relatos judíos referentes a Jesús, son algo más verídicos que los de los demasiado celosos Padres de la Iglesia. Lo cierto es que Jaime, el «hermano del Señor» como le apellidan los textos, nada dice acerca de la resurrección, y en ningún pasaje de sus *Epístolas* llama a Jesús «Hijo de Dios» ni siquiera «Cristo Dios», sino tan sólo una vez el «Señor gloriosísimo», como también llamaban los nazarenos a Juan el Bautista.

Así vemos en el siguiente pasaje:

Hermanos míos, no queráis poner la fe del Señor gloriosísimo Jesucristo en acepción de personas (NOTA: *Epístola del apóstol Santiago, II, I.* – Véase la nota correspondiente de la Vulgata que aclara el texto. FINAL NOTA).

Las expresiones usuales de los nazarenos al hablar de Juan el Bautista son las mismas que emplea Santiago o Jaime al referirse a Jesús, y así le llama «hombre de semilla de hombre», «Mensajero de Vida», «Mensajero de Luz», «mi Señor Apóstol», «Rey brotado de la Luz», etc.

Dice el *Código de los nazarenos*:

Paz a ti, mi Señor Juan Abo Sabo, Señor de gloria (NOTA: *Código de los nazarenos, II, 19.* FINAL NOTA).

Además tenemos estos otros pasajes:

Condenasteis y matasteis al justo (NOTA: *Santiago, V, 6. FINAL NOTA*).

Porque Juan el *justo* vino a vosotros en camino de *justicia* (NOTA: *San Mateo, XXI, 32, texto siríaco. FINAL NOTA*).

El apóstol Santiago no confiere a Jesús el título de Mesías en el sentido que le dan los cristianos, sino que alude al cabalístico Rey Mesías, el Señor de Sabaoth (NOTA: *Santiago, V, 4. FINAL NOTA*), y repite varias veces que vendrá el Señor; pero sin que en pasaje alguno lo identifique con Jesús.

Así dice:

Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor... Esperad, pues, también, vosotros, con paciencia... porque se ha acercado la venida del Señor... Tomad hermanos, por ejemplo del fin que tiene la aflicción, el trabajo y la paciencia al profeta (Jesús) *que habló en nombre del Señor* (NOTA: *Id. V, 7, 8, 10.- Véase: El verdadero israelita, III, 61. FINAL NOTA*).

Si bien en el texto actual de la *Biblia* aparezca el plural «profetas» en vez del singular, se trata de una evidente adulteración, cuyo propósito no hay necesidad de indicar. En el versículo siguiente añade Santiago:

Ved que tenemos por bienaventurados a los que sufrieron. Visteis el sufrimiento de Job y visteis el fin del Señor, porque el Señor es misericordioso y piadoso (NOTA: *Id. id. II. FINAL NOTA*).

En este pasaje equipara en perfecta igualdad el ejemplo de Jesús con el de Job.

Pero ¿a qué aducir más argumentos? El mismo Jesús glorifica al profeta del Jordán diciendo:

¿Mas qué salisteis a ver?, ¿un profeta? Ciertamente os digo y aun mas que un profeta... En verdad os digo que entre los nacidos de *mujer* no se levantó mayor que Juan el Bautista (NOTA: *San Mateo, XI, 9 y 11. FINAL NOTA*).

¿Y de quién había nacido el que así hablaba? La Iglesia romana convirtió en *diosa* a María, la Madre de Jesús; pero a los ojos de los demás cristianos era una mujer concebida o no sin mancilla. Por lo tanto, el mismo Jesús confesaba que Juan era mayor que él al decir que no había otro mayor entre los nacidos de mujer. Lo mismo se colige de las palabras del arcángel Gabriel: «Bendita eres entre todas las mujeres». No la llama «diosa» ni la titula «madre de Dios» ni siquiera «virgen», sino tan solo «mujer», aunque la distingue entre todas las de su sexo en razón de su pureza.

Los nazarenos tenían también los nombres de bautistas, sabeanos y cristianos de Juan. No creían que el Mesías fuese el Hijo de Dios, sino sencillamente un profeta que había abrazado las doctrinas de Juan, el hijo del Abosabo Zacarías, quien le dijo:

«El que crea en mi justicia y en mi bautismo entrará en mi asociación y compartirá conmigo el suyo, asentado en la mansión de vida del supremo Mano y del fuego viviente (NOTA: *Código de los nazarenos, II, 115. FINAL NOTA*).

Expone Orígenes sobre el particular:

Algunos dicen que Juan el Bautista fue el Cristo. El ángel Rasiel de los cabalistas equivale al arcángel Gabriel de los nazarenos y al Mensajero enviado por Dios, según los cristianos, para anunciar a María la Encarnación del Verbo (NOTA: *Orígenes, II, 150.- Los cabalistas llamaban también Ebel Zivo o Legado Gabriel al Mensajero de Dios. FINAL NOTA*).

Pablo adoptó la terminología de los nazarenos en aquel pasaje que dice:

Y el postrero de todos, como a un aborto, me apareció también a mí (NOTA: *I Corintios*, XV, 8.– En efecto, los nazarenos motejaban a los judíos de «abortos» o «nacidos fuera de tiempo». FINAL NOTA).

Además, Pablo no repara en decir que pertenece a los herejes, como se infiere de este pasaje:

... según la secta que ellos dicen herejía sirvo yo a mi Padre y Dios (NOTA: *Hechos de los Apóstoles*, XXIV, 14. FINAL NOTA).

Cuando empezó a prevalecer la doctrina gnóstica que consideraba a Jesús como el Verbo hecho carne, hubo una escisión entre cristianos y nazarenos, pues éstos acusaban a aquéllos de pervertir las doctrinas de Juan y no practicar el bautismo en el Jordán (NOTA: *Código de los nazarenos*, II, 109. FINAL NOTA)

Sobre esto dice Milman:

A medida que el Evangelio transponía las fronteras de Palestina, el nombre de Cristo, santificado y venerado en las ciudades orientales, se convirtió en una especie de *abstracción metafísica*, al paso que la religión iba encubriendo su puro aspecto moral bajo la forma de *teogonía* especulativa (NOTA: *Milman*, p. 200. FINAL NOTA).

El único documento originalmente auténtico que de los tiempos apostólicos ha llegado hasta nosotros, es el *Evangelio de San Mateo*, seguido por los nazarenos, que contiene la doctrina secreta y las parábolas de Jesús a que alude Papias. Estas parábolas o proverbios eran análogos a los compendios (*aporretha*) que servían de texto al neófito y explicaban algunos ritos y símbolos necesarios para la iniciación. Si no hubiese sido así, ¿cómo se comprendería el secreto de Mateo?

Los primitivos cristianos tenían diversos grados de iniciación, y el reconocimiento entre ellos se practicaba por medio del apretón de manos y de ciertas palabras convenidas a modo de santo y seña, como de ello nos ofrecen pruebas evidentes la infinidad de joyas y amuletos de procedencia gnóstica, cuya significación es toda una simbología. Adoptaron además los cristianos los sobrenombres aplicados por los cabalistas al Logos, tales como *Luz de Luz* (NOTA: *San Juan*, I, 4. FINAL NOTA), Mensajero de *Vida y Luz* (NOTA: Dice Dunlap: «Nos informa desde la India el señor Hall, de que ha visto varios tratados sánscritos de filosofía en que se menciona frecuentemente al Logos». (*Sod, el Hijo del Hombre*, P. 39, nota) Orígenes también descubrió la palabra Logos en los textos brahmánicos y expone sobre el particular: «Los brahmanes dicen que Dios es la Luz, pero no tal como la vemos ni como el sol ni el fuego. Admiten el Logos, por cuya mediación descubre el sabio los misterios de la gnosis» (*Filosofumena*, XXIV). FINAL NOTA), así como casi toda la terminología gnóstica (NOTA: *Pleroma, Arcontes, Eones, Primogénito, Unigénito, Primero, etc.* FINAL NOTA) en que abundan los *Hechos de los apóstoles* y el *Evangelio de San Juan*.

Hay un pasaje cabalístico que dice:

El Unigénito de Dios, emanado del Altísimo, con aquel que es el Espíritu del Ungido.

En otro pasaje llaman los cabalistas al Unigénito el ungido del Altísimo, todo lo cual concuerda substancialmente con las siguientes expresiones del *Evangelio de San Juan*:

Era la luz verdadera. Y la luz en las tinieblas resplandece. Y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre (NOTA: *San Juan, I, 5, 9 y 14. FINAL NOTA*).

Resulta, por lo tanto, que los conceptos del *Logos* y del *Christos* eran ya conocidos siglos antes del cristianismo, pues la gnosis oriental precedió de muchísimo a Moisés, y así hemos de buscar su origen en la primieval filosofía asiática. En las epístolas de Pedro y Judas Tadeo también se advierte la terminología de la cábala oriental, según aparece en los siguientes pasajes:

Y mayormente aquellos (los ofitas)... osados, pagados de sí mismos, desprecian las potestades.

Tornóse el perro a lo que vomitó y la puerca lavada a revolcarse en el cieno (NOTA: II *Epístola de San Pedro, II, 10 y 22. FINAL NOTA*).

Así habla Pedro, sirviendo con ello de modelo al posterior lenguaje de Tertuliano e Ireneo.

Por su parte dice Judas, repitiendo las frases de Pedro y empleando términos cabalísticos:

Así como Sodoma y Gomorra... fueron puestas por escarmiento... de la misma manera éstos también contaminan su carne y desprecian la dominación y blasfeman de la potestad (NOTA: *Epístola de Judas, 7 y 8. FINAL NOTA*)

La *Dominación* es, según la Kábala, el *Empíreo* o décimo Sephirote (NOTA: Los atributos del Supremo Ser, es decir, los diez Sephirotos o emanaciones de Adam Kadmon, según los cabalistas, son: Corona, Sabiduría (Jeh), Prudencia (jehovah), Magnificencia (El), Severidad (Elohim), Belleza, Victoria (Sabaoth) Gloria, Fundación, Empíreo (Adonai). Así es que resulta inconsecuente la conducta de Pedro y Jaime al disentir de la doctrina nazarena de su Maestro y aceptar la ley mosaica, cuando los nazarenos vituperan a los judíos por adorar a Iurbo Adonai y por ello los califican de «abortos». FINAL NOTA). Las *Potestades* y *Dignidades* son los *Arcángeles* y *Ángeles* del *Zohar* (NOTA: Según la Kábala, la *Dominación* o *Empíreo* es el «fuego consumidor», y su esposa es el *Templo* o la *Iglesia*. FINAL NOTA). Estas emanaciones son el dogma capital de la religión mazdeísta, de cuyo *Zendavesta* tomó el *Talmud* prestada la doctrina; y así resulta que por haber prevalecido entre los cristianos las opiniones del elemento judaico acaudillado por Pedro, viene a ser el cristianismo como una secta disidente del mazdeísmo, pues se apartan del verdadero concepto cabalístico de las *Potestades*. La enseñanza de Pablo, contraria a la adoración de los ángeles, demuestra que este apóstol advertía ya el peligro de divulgar entre su grey una filosofía que sólo eran capaces de comprender debidamente los magos y tanaímes. Dice Pablo a este propósito, contra la opinión de Pedro y sus secuaces:

Nadie os extravíe afectando en humildad dar culto a los ángeles que nunca vió, andando hinchado vanamente en el sentido de su carne (NOTA: *Colosenses, II, 18. FINAL NOTA*)

En el *Talmud* es Miguel el príncipe de las Aguas, a cuyas órdenes militan *siete* espíritus subalternos. Los judíos consideraban a Miguel como su patrono y ángel tutelar (NOTA: *Daniel, V, 21. FINAL NOTA*), y así tenían por herejes y blasfemos a los ofitas que identificaban a Miguel con su Ofiomorfos o Demiurgos, el Creador del mundo *material* y personificación de la envidia y la malicia, príncipe de los malignos espíritus, equivalentes a los devas zoroastrianos. Sin embargo, Jesús no aludió jamás a los ángeles sino en el sentido de mensajeros y enviados de Dios; por lo que puede afirmarse que los adoradores de los ángeles fueron los primeros herejes del cristianismo y los causantes de las posteriores herejías.

Dice Pablo sobre las potestades del mundo invisible, pero siempre presente:

Porque nosotros no tenemos que luchar contra la carne y la sangre sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas de mundo, contra los espíritus de maldad en los aires (NOTA: *Efesios*, VI, 12. FINAL NOTA).

Esto nos da a entender inequívocamente que, no obstante las discrepancias de Pablo en algunos puntos de la doctrina gnóstica, estaba de acuerdo con la de las emanaciones; y por otra parte, que sabía distinguir entre el Jehovah de los judíos o Demiurgo, y el Dios predicado por Juan. En cambio, Pedro, Judas y los partidarios del culto de los ángeles, no sólo adoraban a Miguel sino también a Satán, que fue ángel antes de su caída, pues denostan a los gnósticos (NOTA: *Es muy verosímil que el atacar a los gnósticos fuese un pretexto para aludir a Pablo*. FINAL NOTA) por hablar mal de Satán, según se colige de los siguientes pasajes:

Como quiera que los ángeles que son mayores en fortaleza y virtud pronunciar contra si juicio delante del Señor (NOTA: *II Epístola de San Pedro*, II, 11. FINAL NOTA).

Cuando el arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a fulminarle sentencia de blasfemo, mas dijo: Rechácese el Señor (NOTA: *Epístola de Judas*, 9. FINAL NOTA).

Si esto no resultara suficientemente claro, podríamos recurrir a la *Kábala* para determinar el verdadero concepto de las dignidades:

Dice el Deuteronomio:

Y murió allí Moisés en tierra de Moab mandándolo el Señor y enterróle enfrente de Phogor y no supo hombre alguno su sepulcro hasta el día de hoy (NOTA: XXXIV, 5 y 6. FINAL NOTA).

Resulta evidente, por lo tanto, la contradicción de este pasaje con el de Judas, que viene a corroborar las aserciones de los gnósticos respecto a que el supremo Dios era incognoscible (NOTA: *El «Rey de luz» es un «ojo cerrado»*. FINAL NOTA); que Ilda-Baath era el Demiurgo; y que Iao, Adonai, Sabaath y Elohi eran la cuaternaria emanación que unitariamente constituía a Jehovah, llamado también por los gnósticos Miguel o Samael, o sea un ángel muy distante de la Divinidad. En esto coincidían los gnósticos con el eminente doctor judío Hillel y varios teólogos de Babilonia, pues, según nos dice Josefo, las sinagogas judías estaban muy deferentes con las escuelas del Asia central cuyas doctrinas seguían, hasta el punto de considerar como metrópolis de sus enseñanzas los colegios de Sora, Pumbiditha y Nahaidea. La versión caldea del *Pentateuco*, debida al famoso teólogo babilónico Onkelos, aventajaba en autoridad a toda otra, y de acuerdo con este erudito rabino sostuvieron después Hillel y otros tanaímes que la entidad de la zarza ardiente, del monte Sinaí y del monte Nebo no fue el mismo Dios, sino Memro, el ángel del Señor; así como la entidad que el *Nuevo Testamento* confunde con *Iahob* era una de sus emanaciones, hijos o mensajeros.

De todo esto se infiere que los gnósticos eran mucho más cultos que los apóstoles y estaban mejor versados en la doctrina caldea y aun en los mismos dogmas de la religión judía; al paso que la ruda ignorancia de los apóstoles les llevaba a valerse en las discusiones de dieterios tan soeces como «bestias brutas», «marranos», «perros» y otros denuestos tan prodigados por Pedro.

De entonces a ahora esta agresividad ha llegado a las cumbres de la jerarquía sacerdotal, pues no obstante haber dicho el Fundador del cristianismo que todo aquel que llamare «raca» a su hermano, reo es de pecado, todos los jefes romanos, desde el pescador de

Galilea hasta los opulentos pontífices del día, porfiaron en zaherir cáusticamente a sus adversarios de tal modo que, por último, se revuelve Lutero contra ellos exclamando:

Todos los papistas son borricos. Tanto da que estén cocidos, asados, fritos, desollados o en jigote. Siempre serán borricos.

Por su parte, Calvino calificaba a los católicos de «perros malignos, cuyos insolentes ladridos corrompen el sentido de las Escrituras». El doctor Warburton tilda de «farsa impía» la religión papista, y en cambio, Dupanloup asegura que el culto sabatino protestante es la «misa del diablo», de la que todos los clérigos de la secta son «ministros ladrones».

La misma ignorancia y torcido espíritu de investigación movió a la Iglesia cristiana a conferir a sus lumbreras títulos pertenecientes a los gnósticos, como por ejemplo, cuando a Pablo le llaman *vaso de elección*, sobrenombre propio del heterodoxo Manes (NOTA: El nombre patronímico de Manes era Cúbrico. (Epifanio: *Vida de Manes*; Hæret., LXV) El rey Varanes I de Persia mandó que lo desollaran vivo a instancias de los magos ortodoxos. Según Plutarco, Manes o Manis significa *ungido*; pero en lengua asiria quiere decir vaso o receptáculo escogido por Dios para verter en él su luz (Véase: King: *Gnósticos*, 38). FINAL NOTA).

Lo mismo ocurre con las invocaciones a la Virgen *María*, copiadas de las religiones egipcia e indoísta, según demuestra el siguiente cuadro sinóptico:

RITUAL INDUISTA <i>Letanía de la Virgen Nari o Devanaki</i>	RITUAL EGIPCIO <i>Letanía de la Virgen Isis</i>	RITUAL CATÓLICO <i>Letanía lauretana</i>
1. Santa Nari-María-ma, Madre de perpetua fecundidad.	1. Santa Isis, Madre universal (NOTA: Esencia akásica. FINAL NOTA).	1. Santa María.
2. Madre de Dios encarnado (NOTA: Vishnu encarnado en Devanaki. FINAL NOTA).	2. Madre de los dioses (NOTA: Kanya. FINAL NOTA).	2. Mater Dei.
3. Madre de Khristna.	3. Madre de Horus.	3. Mater Christi.
4. Eterna Virgen (NOTA: Kanyabáva. FINAL NOTA).	4. Virgen generadora (NOTA: De las cinco virtudes o elementos. FINAL NOTA).	4. Virgo virginis.
5. Madre Purísima (NOTA: De poder, amor y misericordia. FINAL NOTA).	5. Alma madre del universo (NOTA: Anuké. FINAL NOTA).	5. Mater divinae gratiae
6. Virgen Castísima (NOTA: Ahankara. FINAL NOTA).	6. Sagrada virgen tierra (NOTA: Isis. FINAL NOTA).	6. Virgo christianisima.
7. Madre taumatra (NOTA: Saraswati. FINAL NOTA).	7. Madre de toda virtud (NOTA: Thmei. FINAL NOTA).	7. Mater purissima.
8. Virgen Trigana (NOTA: Muth. FINAL NOTA).	8. Ilustre Isis, potísima, misericordiosa y justa (NOTA: De El libro de los muertos. FINAL NOTA).	Mater immaculata.
9. Espejo de la suprema conciencia (NOTA: Athyr. FINAL NOTA).	9. Espejo de Justicia y Verdad (NOTA: Thmei. FINAL NOTA).	Mater inviolata.
10. Madre sapientísima (NOTA: Neith. FINAL NOTA).	10. Misteriosa Madre del mundo (NOTA: Buto, sabiduría oculta. FINAL NOTA).	Mater amabilis.
11. Virgen del loto blanco (NOTA: Pedma o Kamala. FINAL NOTA).	11. Loto sagrado.	Mater admirabilis.
		8. Virgo potens.
		Virgo clemens.
		Virgo fidelis.
		9. Speculum justitiae.
		10. Sedes sapientiae.
		11. Rosa mística.

12. Matriz áurea (NOTA: Hyrania. FINAL NOTA)	12. Sistro áureo.	12. Domus aurea.
13. Luz celeste (NOTA: Lakshmi. FINAL NOTA)	13. Astarté.	13. Stella matutina.
14. (La misma invocación).	14. Nimbo de la luna.	14. Fœderis arca.
15. Reina de cielos y tierra (NOTA: Sakti. FINAL NOTA).	15. Reina de cielos y tierra.	15. Regina cœli.
16. Alma madre de todos los seres (NOTA: Paramâtma. FINAL NOTA).	16. Dechado de madres (NOTA: Athor. FINAL NOTA).	16. Mater dolorosa.
17. Concebida sin mancha de pecado.	17. Virgen Madre.	17. Regina sine labe originale concepta (NOTA: Añadida después de la definición dogmática. FINAL NOTA).

Las monjas del catolicismo, con el voto de castidad, tuvieron su precedente en las consagradas a Isis, en Egipto, a Vesta en Roma y a Nari en la India, donde todavía subsisten las *devadasis* o religiosas consagradas al culto de la virgen Nari, que viven conventualmente en riguroso celibato (NOTA: Las monjas devadasis se llaman *nautch* en la India y no cabe suponer que los misioneros duden de su virtud, pues de lo contrario les remitiríamos a los descubrimientos de miles de cráneos de niños en las bóvedas y huertos de los conventos demolidos en Austria e Italia. En las naciones paganas no se ha encontrado jamás nada parecido. FINAL NOTA).

Pero volviendo a nuestro tema, echamos de ver que si bien la teología cristiana toma la doctrina de los ángeles y arcángeles de la *Kábala* oriental, de que la *Biblia* mosaica es a modo de alegórica pantalla, olvida en el remedo el orden jerárquico de las emanaciones, pues los querubines y serafines de que aparecen rodeadas las imágenes pictóricas de la Virgen María son entidades equivalentes a los elobimes y benielohimes de los hebreos y pertenecen al Jezirah o *tercer* mundo, según la *Kábala* inmediatamente superior al *Asiah* o cuarto e ínfimo mundo donde moran los clipotes (NOTA: Entidades de índole perversa que se deleitan en el mal. FINAL NOTA) presididos por Belial.

Dice Ireneo, al explicar a su modo las herejías de los dos primeros siglos, que «según los herejes, únicamente el Hijo unigénito, el *Nous* puede conocer al *Propator*», como así llamaban los valentinianos (NOTA: Partidarios del profundo doctor gnóstico Valentino. FINAL NOTA) al perfecto Eon preexistente a Bythos (NOTA: El Abismo, llamado también *Buthon*. FINAL NOTA). Este concepto del *Propator* es también cabalístico, según se infiere del siguiente pasaje:

Senior occultatus est et absconditus. Microprosopus manifestus est et non manifestus (NOTA: El Señor (el supremo Dios o *Propator*) está oculto y escondido. El *Microprosopo* está a la vez manifiesto e inmanifiesto. Rosenroth: *Zohar. Libro de los Misterios*, IV, 1. FINAL NOTA)

La teogonía hebrea considera la suprema Divinidad como una abstracción, «sin forma ni existencia ni semejanza con cosa alguna» (NOTA: Franck: *Die Kabbala*, 126. FINAL NOTA) Por su parte Filo Judeo llama al Creador el «Logos cercano a Dios» o «segundo Dios» que es la «Sabiduría de Dios» (NOTA: Filo: *Problemas y soluciones*. FINAL NOTA). Según el esoterismo hebreo, Dios es NADA y no tiene nombre, por lo que se le llama *En-Soph* (NOTA: *En* es partícula negativa. FINAL NOTA). Por otra parte, el *Evangelio* atribuido a San Juan se muestra acorde con los valentinianos al decir:

No porque alguno ha visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, éste ha visto al Padre (NOTA: *San Juan*, VI, 46. FINAL NOTA).

De este pasaje se infiere la ligereza con que la Iglesia cristiana condenó a los gnósticos por negar que Jehovah fuese el mismo Dios manifestado a Moisés y los profetas. Además invalida este pasaje cuantos argumentos levantó Pedro contra Simón Mago, pues, según las Homilias, dice éste:

Nadie ha visto al Padre sino Jesús que de Dios es.

De esto se colige que o bien el autor del cuarto Evangelio nada supo de las Homilias o que no fue Juan el amigo, y compañero de Pedro a quien tan palmariamente contradice en este punto. De todos modos, el citado pasaje, como otros varios que pudieran añadirse, descubre las relaciones del cristianismo con la Gnosis y la Kábala.

El dogma, la moral y el ritualismo de la religión cristiana están tomados del indoísmo y budismo, al paso que las ceremonias, ornamentos sacerdotales y pompa cultual derivan del lamaísmo o budismo Tíbetano. Los monasterios católicos son remedos serviles de los del Tíbet y de la Mongolia, aunque los exploradores y misioneros que visitaron los países budistas achacaron el plagio a los tibetanos y mongoles, que son precisamente los plagiados, según nos dirá la página histórica que sobre el particular ha llegado el tiempo de escribir.

CAPÍTULO XX

Apréndelo todo, pero resérvalo para ti.
MÁXIMA GNÓSTICA

Hay un Dios superior a los demás dioses y más divino que los mortales, cuya forma no es humana ni tampoco su naturaleza es semejante a la del hombre. En vano imaginan los mortales que los dioses tienen sensaciones, voz y cuerpo humanos.

XENOFANES, citado por Clemente de Alejandría
en su *Stromateis*, V, 14. § 110

TICHIADES: ¿Quieres decirme, ¡oh Filocles!, por qué la generalidad de los hombres se complacen en mentir y además se afanan en husmear lo que otros hacen?

FILOCLES: Muchas razones, ¡oh Tichiades!, mueven a los hombres a mentir cuando la mentira les allega provecho.

Dialogo de Luciano

ESPARTANO: ¿A quién he de confesar? ¿A ti o a Dios?

SACERDOTE: A Dios.

ESPARTANO: Pues entonces retírate.

PLUTARCO, *Aforismos notables de los lacedemonios*

Examinaremos ahora algunos de los más importantes Misterios de la *Kábala* para señalar su relación con los mitos filosóficos de varias naciones.

Representa la *Kábala* oriental a la Divinidad bajo el símbolo de tres círculos envueltos en uno con el vaho de la exhalación caótica. Según el *Zohar*, los tres círculos se transmutan en *tres cabezas* circundadas de un aura incolora inscrita en un círculo, que simboliza la esencia desconocida (NOTA: *Kabbala Denudata*; Prefacio del *Zohar*, II, 242. FINAL NOTA). Este símbolo tiene tal vez su precedente en el hermético *Pymanter* o *Logos* egipcio, representado dentro de fuliginosa nube (NOTA: *Champollión: Egipto*. FINAL NOTA). Ya hemos visto en el capítulo precedente que, según el *Zohar*, el supremo Dios es una abstracción tal como lo inconciben las teogonías induistas y budistas (NOTA: *Los budistas niegan la existencia objetiva del Absoluto*. FINAL NOTA). Es *Hakama* o Suprema Sabiduría incomprensible por reflejo y subyacente dentro y fuera del *Cráneo de Larga Faz* (*Sephira*), la superior de las tres cabezas. Es el infinito e ilimitado *En Soph*, el *No-Cosa*.

Desde luego, que las tres cabezas superpuestas están tomadas de los tres induistas triángulos también superpuestos. La cabeza superior simboliza la *Trinidad en el Caos*, del cual surge la *Trinidad manifestada*. El eternamente inmanifestado, ilimitado e incondicionado *En Soph*, no debe confundirse con el Creador, como suelen confundirlo los intérpretes. Todas las cosmogonías consideran *pasiva* la Esencia suprema; pues por ser ilimitada, infinita e incondicionada no tiene *pensamiento* ni *idea*, sino que actúa de conformidad a su propia naturaleza y de acuerdo con la necesidad de la ley o sea de sí misma. Por esta razón dicen los cabalistas hebreos que *En Soph* es *no existente* (אור) pues como el finito entendimiento del hombre no alcanza a comprenderle, es como si no existiera para la mente humana.

La primera emanación de *En Soph* es *Sephira* o la *Corona* (כתרי). Al llegar la hora del período de actividad, la suprema Esencia divina, cuya luz es para el hombre oscuridad, se *explayó* de dentro a fuera, según la inmutable y eterna ley, para emanar de sí misma una

inteligente entidad espiritual (NOTA: *Idra Suta: Zohar. II. FINAL NOTA*), la *Corona* o primer sephirote, que contiene en su ser los otros nueve sephirotes כפיוה o entidades inteligentes, cuya totalidad está simbolizada en Adam Kadmon o *Protogonos* andrógino o bisexual (*Didumos*), arquetipo de la humanidad. Esta entidad colectiva de los nueve sephirotes se descompone en tres triadas contenidas respectivamente en cada una de las tres Cabezas primordiales o Trimurti trifácea de los indoístas. La primera cabeza contiene a *Sephira* (la primera emanación), de la que a su vez emanan *Hackama* (Sabiduría) (NOTA: *Llamada también Jah (יה)*. FINAL NOTA), principio activo masculino, y *Binah* בינה (Inteligencia), principio pasivo femenino (NOTA: *Llamada también Jehovah (יהוה)*. FINAL NOTA). Tenemos así la primera Triada *Sephira-Hackama-Binah*, de cuyo trino conjunto emana *Hesed* (חַסֵּד) (Misericordia), principio activo masculino (NOTA: *Llamado también El*. FINAL NOTA) del que emana a su vez *Geburah* (גְּבוּרָה) (Justicia), principio pasivo femenino (NOTA: *Llamado también Eloha*. FINAL NOTA) de cuya unión con el masculino nace *Tiphereth* (תִּפְּאוּת) (Belleza) (NOTA: *También clemencia, Sol espiritual y divino Elohim*. FINAL NOTA). Así tenemos la segunda triada o cabeza constituida por *Esed-Geburah-Tiphereth* que colectivamente emanan a *Netzah* (נְצַח) (Firmeza), principio activo masculino (NOTA: *Sabaoth-Jehovah*. FINAL NOTA) del que a su vez emana *Hod* (הוֹד) (Esplendor), principio pasivo femenino (NOTA: *Sabaoth-Elohim*. FINAL NOTA) de cuya unión con el masculino nace *Jesod* (יְסוּד) (Fundación) (NOTA: *La poderosa entidad El-Chai*. FINAL NOTA). Así tenemos la tercera triada o cabeza constituida por *Netzah-Hod-Jesod*. La primera triada simboliza el mundo mental; la segunda, el mundo perceptivo; la tercera, el mundo material.

El décimo sephirote, representado en el diagrama del *Zohar* por el círculo ínfimo, está constituido por la duada *Malchuth* (מַלְכוּת) (Reino) y *Shekinah* (שְׂכִינָה) Adonai (NOTA: *Querubín asimismo*. FINAL NOTA).

Dice la Kábala:

Antes de dar forma al universo estaba Aquél sin forma alguna ni semejanza con ninguna cosa. ¿Quién podrá comprender cómo era Aquél antes de la creación si no tenía forma? Por eso está prohibido representarle por forma ni semejanza alguna ni designarle por su sagrado nombre ni aun simbolizarle en una letra o en un simple punto... El Antiquísimo entre lo antiquísimo, el Desconocido entre lo desconocido tiene forma y, sin embargo, no tiene forma. Tiene la forma en que conserva al universo y, no obstante, carece de forma porque no es posible concebirlo. Cuando por primera vez tomó forma en su primera emanación (*Sephira*) hizo que nueve espléndidas luces emanaran a su vez de ella (NOTA: *Idra Suta: Zohar, III. p. 288. FINAL NOTA*).

Veamos ahora la cosmogonía induísta:

De Aquél que es y sin embargo no es, del inmortal Principio que subyace en nuestras mentes y no pueden percibirlo nuestros sentidos nació *Purusha*, el divino andrógino, convertido después en *Narayana* (NOTA: *El Espíritu flotante sobre las aguas. De Nara (Espíritu Santo) y Ayana (caos)*. FINAL NOTA).

Swayambhuva es para los brahmanes lo que *En Soph* para los cabalistas: la Esencia desconocida. Ni los indoístas ni los cabalistas podían pronunciar el nombre inefable so pena de muerte. En las enseñanzas prevédicas de la India la primera emanación de la esencia primordial es *Nara* (NOTA: *Llamada también Punto primordial y Cabeza blanca porque es como un punto de luz divina que surge del seno de las tinieblas*. FINAL NOTA) o principio fecundante (NOTA: *Espíritu Santo*. FINAL NOTA) del huevo mundanal, matriz del universo. *Nara* equivale, por lo tanto, a *Sephira*.

En los Libros de Hermes se lee:

En el principio del tiempo nada existía en el caos; pero a su tiempo surgió el *Verbo* del vacío, a manera de «humo incoloro», y empezó a moverse sobre el principio húmedo (NOTA: Champollión. FINAL NOTA).

Por su parte dice el *Génesis*:

Y la tierra estaba desnuda y vacía y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas (NOTA: I, 2. FINAL NOTA).

Según la *Kábala*, la primera emanación (*Sephira*) de la desconocida Esencia (*En Soph*) (NOTA: Algunos cabalistas cristianos confunden el concepto de En Soph con el de Sephira o Corona. De este modo es para ellos En Soph la primera emanación de Dios y sintetizan unitariamente en En Soph los diez sephirotos. Asimismo confunden las dos emanaciones Chochma y Binah procedentes del desdoblamiento de Sephira. Los más eminentes cabalistas colocaron siempre a Sephira en el vértice superior del triángulo; a la derecha Chochma (Sabiduría, principio activo-masculino llamado Jah (יה) y a la izquierda Binah (Inteligencia) principio pasivo femenino llamado también כִּינָה o Jehovah (יהוה). Así el Dios de Israel era el aspecto femenino de la Triada; pero cuando los talmudistas refundieron todos estos conceptos en un solo Dios vivo, transmutaron a Jehovah en Adonai (el Señor), valiéndose de los puntos masotéricos. Más tarde, a causa de la persecución emprendida por la Iglesia romana contra los cabalistas, se resolvieron muchos de éstos a atribuir en público actividad masculina a Jehovah para evitar que les inculparan de blasfemia contra el que los cristianos identificaban con la suprema Divinidad; y por mutuo convenio aceptaron secretamente el nombre de Jehovah en equivalencia al de Jah o Iao, para de este modo no abdicar de sus ideas cabalísticas, según las cuales era *Chochma* o *Sabiduría* el principio activo-masculino. Tan sólo los iniciados conocían esta convenida tergiversación de conceptos, que con el tiempo determinó el error compartido en este particular por los profanos. Pudiéramos citar pasajes de autoridades judías tan valiosas como el rabino Akiba y de textos tan fidedignos como el *Zohar*, en prueba de que siempre consideraron los cabalistas a Chochma (Sabiduría) como entidad masculina y a Binah (Inteligencia) o sea Jehovah como entidad femenina. En sus obras contra los gnósticos y herejes dicen Ireneo, Teodoreto y Epifanio que Simón el Mago se suponía inspirado por Binah, equivalente al aspecto femenino de la *Sophía* de los gnósticos o sea la Inteligencia en dualidad con el aspecto masculino de la misma *Sophía*, o sea la Sabiduría. Así aparece también en el Árbol de los Sephirotos, donde Eliphaz Levi (*Dogma y ritual de la alta magia*, I, 223-231) coloca a Chochma a la derecha, como sephirote masculino. La *Kábala* distribuye los diez sephirotos en tres grupos, conviene a saber: sephirotos masculinos o de la derecha: *Chochma*, *Chesed* y *Netsah*, llamados conjuntamente columna de Misericordia; sephirotos femeninos o de la izquierda: *Binah*, *Geburah* y *Hod*, llamados conjuntamente columna de Juicio; sephirotos del centro: *Sephira*, *Tiphereth* y *Jesod*, llamados conjuntamente columna central. Según Mackenzie (*Real Enciclopedia masónica*, 407), son estas tres columnas análogas a las tres de Sabiduría, Fuerza y Belleza que se ven en las lógicas masónicas, cuya flamígera estrella o mística luz de Oriente corresponde a En Soph. FINAL NOTA) se desdobra en dos elementos secundarios: *Chochma* (Sabiduría), activo masculino y *Binah* (Inteligencia), pasivo femenino. La triada *Sephira-Chochma-Binah* constituye la entidad creadora del mundo abstracto (NOTA: El mundo físico o concreto fue obra de entidades inferiores a esta triada. FINAL NOTA).

Análogamente, en la teogonía indoísta, *Swayambhuva* también se desdobra en dos elementos secundarios: *Nara* masculino y *Nari* femenino, que fecundaron el huevo mundanal de donde surgió Viradj en su aspecto de Creador.

Por otra parte dice Champollión:

El punto inicial de la mitología egipcia es la triada *Kneph-Neith-Phtah*, a la que sigue la de *Ammon* (elemento masculino), *Muth* (elemento femenino) y *Khon* (el Hijo).

Los diez Sephirotes equivalen a los diez Prajapatis emanados de Viradj, y que, conocidos con el nombre de «Señores de todos los Seres», corresponden a los patriarcas bíblicos.

Justino Mártir explica, muy incompletamente por cierto, algunas herejías de su época; pero reconoce la *identidad fundamental de todas las religiones*, que invariablemente admiten como punto inicial la Divinidad desconocida e inactiva que emana de sí misma una Potestad virtualmente racional, llamada por unos *Sabiduría*, por otros el *Hijo* y por algunos Dios, Ángel, Señor y Logos (NOTA: Justino: *Cum Trypho*, 284. FINAL NOTA). Esta última denominación la aplican ciertas religiones a la emanación primaria, pero otros sistemas consideran el Logos como entidad procedente de aquélla. Filo supone en la Sabiduría los aspectos masculino y femenino, y aunque procede por emanación del Padre a través del supremo Eon (NOTA: Símbolo del tiempo. Sanchoniathon llama al tiempo, el supremo Eon, Protogonos o Primogénito. FINAL NOTA), es consubstancial con El desde antes de todas las creaciones. Por esto Filo identifica a Adam Kadmon con la Mente (NOTA: La *Ennia* o *Bythos* de los gnósticos. FINAL NOTA) y dice: «Llamemos Adam a la Mente» (NOTA: Filo Judeo: *Catn y su nacimiento*, p. XVII, FINAL NOTA).

En rigor no cabe considerar el *Génesis* más que como una rama desgajada del árbol de la cosmogonía universal en forma de alegorías orientales. Así como en la sucesión de los ciclos cada pueblo representa en el escenario del mundo el papel que le está asignado en el drama de la evolución humana, así también forja con las tradiciones de sus antepasados una religión nacional matizada con sus peculiares características. Cada religión cultural ofrece rasgos distintivos que denotan, sin otro vestigio, el temperamento psíquico de sus respectivos fundadores, sin menoscabo del común parentesco que a todas las enlaza con la arquetípica religión de sabiduría. Las *Escrituras* hebreas no quedan exceptuadas de esta filiación. La historia de Israel no puede remontarse ni un día más allá de la época de Moisés (NOTA: Y aun esto, si reconocemos independencia nacional al pueblo hebreo antes de la vuelta de su cautiverio, pues parece que fueron parias indos emigrados de su país. FINAL NOTA) que de sacerdote egipcio se convirtió en legislador hebreo, de suerte que el pueblo judío nació con aquel niño recogido por la hija del rey de entre los juncales del lago Mœris (NOTA: El patriarca Abraham, pretendido fundador del pueblo hebreo, pertenece a la mitología universal y lo más probable es que fue una de las personificaciones de Zeruan o Saturno, el rey de la edad de oro que también simbolizaba el tiempo. Azrael, el ángel de la muerte, es lo mismo que Israel. *Ab-ram* significa padre en lo alto, porque Saturno era en aquellos tiempos el planeta más lejano. Los asiriólogos han demostrado recientemente que los antiguos libros caldeos dan a Abraham el nombre de *Zeru-an* o *Zerb-an*, que significa «principio opulento y poderoso» y también se le llama *Zaruan* y *Zarman*, o sea «viejo decrepito», que es precisamente la característica de Saturno a quien representan en figura de viejo decrepito con una guadaña en la mano. Según la leyenda babilónica, Xisuthrus (el Hasisadra de las *Tablillas*) zarpó en su arca con rumbo a la Armenia y su hijo Sim llegó a ser monarca supremo. Plinio dice que a Sim se le llamaba también Zeruan y por otra parte Sim es lo mismo que Sem. En hebreo este nombre se escribe שֵׁם y significa «signo». Según los etnólogos, Asiria es el país de Sem y Egipto el de Cam. El *Génesis* (cap. X-21) considera a Sem padre de Elam y Assur y de todos los habitantes de Heber. En otro pasaje (cap. VI-4) habla de los nefelimos o géberes, los gigantes poderosos caídos en la materialidad, que descienden de Sem y Elam. También se considera a Ofir descendiente de Sem, y sin embargo, le vemos en la India en la época de Hiram. Las tradiciones están de propósito confundidas para encuadrar en ellas la *Biblia* mosaica. FINAL NOTA).

Desde el primero al último versículo, nada tiene que ver el *Génesis* con el pueblo escogido, sino que corresponde a la historia del mundo, y no es prueba en contrario

que los escritores judíos se lo apropiaran cuando Esdras mandó recopilar los esparcidos textos sagrados que hasta hoy se han atribuido a revelación divina y son compendio de las universales leyendas de la humanidad.

Sobre esto dice Bunsen que las tradiciones caldeas de la tribu natal de Abraham se remontan lo menos a tres mil años antes del abuelo de Jacob, y en ellas se describen reminiscencias de fechas desfiguradas y mal comprendidas para señalar la genealogía de algunos personajes e indicar las épocas (NOTA: Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, V, 85. FINAL NOTA). Por su parte, afirma Alejandro Polyhistor que Abraham nació en Karnarina o *Uria* (ciudad de adivinos) y fue el inventor de la astronomía. La torre de Babel la construyeron mancomunadamente los hijos de Sem y de Cam, pues en aquel entonces las gentes se consideraban de una misma raza y hablaban una sola lengua. Sin embargo, Babel era sencillamente un observatorio astronómico construido por los adeptos de la primitiva religión de sabiduría o doctrina secreta.

Dice la sibila berociana:

Antes de la torre, Zeru-an, Titán y Yapetosthe gobernaban la tierra. Zeru-an quiso sobreponerse a sus dos hermanos, pero éstos se resistieron y entonces intervino su hermana Astlik para apaciguarlos, conviniendo los cuatro en que gobernara Zeru-an bajo condición de que sus hijos varones pereziesen a manos de los titanes escogidos de propósito para darles muerte.

Sar es el dios del firmamento en la teogonía babilónica (NOTA: Equivalente a Saros o ciclo. También se le dan los nombres de Assaros, Asshar y Zero-ana que significa la rueda el tiempo sin fin. FINAL NOTA). De aquí que la primera providencia tomada por Zoroastro al establecer la nueva religión mazdeísta fue dar en el *Zend-Avesta* nombres de espíritus malignos a las divinidades védicas y prescindir de algunas de ellas, por lo que no echamos de ver en dicho libro sagrado el menor vestigio del *Chakkra* o ciclo simbólico del firmamento.

Elam, uno de los hijos de Sem, simboliza un cielo de acontecimientos. Se le llama también a este ciclo *Ulam* (עלם) *Mundo* (NOTA: *Eclesiastés*, III, 11. FINAL NOTA), *Tiempo viejo* (NOTA: *Ezequiel*, XXVI, 20.– Alude a la frase «el pueblo de siempre», o sea del «tiempo viejo». FINAL NOTA), *Sempiterno* (NOTA: *Génesis*, III, 22. FINAL NOTA), *Gigante* (NOTA: *Génesis*, VI, 4. FINAL NOTA), *Ras* (NOTA: *Proverbios*, VIII, 23.– Desde la eternidad (*ulam*) fue ordenada (la Sabiduría) y desde antiguo (*ras*) antes de que la tierra fuese hecha. FINAL NOTA). Cuando el sabio y cabalista rey Salomón dijo: «Fuí difundido desde *Ras*» aludía al misterio de la trina naturaleza del espíritu humano; pero interpretado cabalísticamente significa que el Yo superior, el Ego eterno e inmortal, fue efundido desde la eternidad por medio de la creadora sabiduría del desconocido Dios.

La traducción canónica de dicho pasaje dice así:

El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos, desde el principio, antes de que criase cosa alguna... Cuando Él preparaba los cielos estaba yo presente... con Él estaba yo concertándolo todo... (NOTA: *Proverbios*, VIII, 22, 27, 30. FINAL NOTA).

Estos pasajes carecen de sentido sin explicación cabalística.

Con el Yo de la citada sentencia significa el rey sabio su propio Ego o divino espíritu efundido del eterno manantial de luz y sabiduría, el universal espíritu de la Divinidad.

El hilo de la gloria que deshilvana En Soph desde la suprema cabeza cabalística por medio del Adam primitivo al través del cual «relucen todas las cosas», simboliza el Ego humano. Así dice Salomón:

...me deleitaba cada día en su presencia... Regocijándome en la redondez de la tierra; y mis delicias estar con los hijos de los hombres (NOTA: *Id.*, VIII, 30 y 31. FINAL NOTA).

El Ego se regocija en los *hijos de los hombres* porque sin el espíritu no habría más que la dualidad vida-forma en que cuando en demasía grosera y material no puede infundirse el Ego. Por esto mismo dice Salomón:

Hijo mío (el hombre dual), guarda mis palabras y esconde dentro de ti mis preceptos. Guarda mis mandamientos y vivirás (NOTA: *Id.*, VII, 1, 2. FINAL NOTA).

Tal como suelen los teólogos interpretar este capítulo parece como si se refiriera a Cristo el Hijo de Dios cuando dice que quien le sigue alcanza la vida eterna y vence a la muerte; pero aun desde el punto de vista de esta errónea interpretación, se advierte, desde luego, que no hay en dicho pasaje la menor referencia a Cristo, so pena de someterse la teología cristiana a la doctrina de la emanación, puesto que el rey sabio dice:

«Desde la eternidad fue efundida», refiriéndose a la Sabiduría.

Por lo tanto, Cristo no sería el mismo Dios, como la teología católica supone, sino emanación de Dios como creyeron los gnósticos. De aquí que éstos diesen a la palabra con el significado de ciclo o período indefinido de tiempo y además el de jerarquía espiritual. Así suelen llamar los gnósticos eterno Eon al Christos, si bien el calificativo de eterno no es aplicable a los eones, porque por eterno se entiende lo que no tiene principio ni fin, y los eones o emanaciones tienen principio, desde el instante en que adquieren individualidad, aunque hayan estado eternamente absorbidos en la Unidad. Así es que su existencia individual tuvo *principio*, pero no tendrá fin.

La fantasía popular transformó a las emanaciones en dioses, espíritus, ángeles y demonios, no ciertamente inmortales, sino de existencia sujeta a la duración de los ciclos, lo que prueba no sólo el motivo de identificar el eon (tiempo) con el eon (emanación espiritual), sino además el irrefutable monoteísmo de las antiguas religiones, pues de esta creencia en la finitud de los eones participaron igualmente caldeos, egipcios, induistas y budistas, que aun hoy en día la mantienen.

Según la teoría de los ciclos, las emanaciones de la causa primera viven «un día de Brahmâ», equivalente a 14.320 millones de años terrestres. Al término de este ciclo dejarán de existir las divinidades inferiores y aun la misma Trimurti (NOTA: *Se significa con esto el paso de la manifestación a la inmanifestación. – El Traductor. FINAL NOTA*) y cesará el universo. Después surgirá gradualmente del pralaya (NOTA: *Disolución, inmanifestación o noche de Brahmâ. FINAL NOTA*) un nuevo universo y los hombres de la tierra podrán comprender a *Swayambhuva* tal cual es. Porque únicamente *Swayambhuva*, la Causa primera, llena de continuo el infinito espacio de su eterna gloria.

No cabe mejor prueba de la profunda reverencia que los injustamente llamados «gentiles» sentían hacia la única y suprema Causa de todas las cosas visibles e invisibles. Por otra parte, de esta antiquísima doctrina derivaron los cabalistas sus enseñanzas y en ella aprendieron los tanaímes a interpretar el *Génesis* en sentido coincidente con las enseñanzas de los *svâbhâvikas* o budistas de Nepal; y como éstos, creyeron en la *eternidad e indestructibilidad de la materia* y en muchas creaciones y destrucciones de universos que existieron antes del nuestro (NOTA: «Hubo antes mundos que ya perecieron». – (*Idra Suta-Zohar*, III, 292 b). FINAL NOTA), según se infiere de este pasaje:

Así vemos que el Santo, cuyo nombre bendito sea, creó y destruyó sucesivamente varios mundos antes de crear el nuestro y al crearlo dijo: «Este es bueno; los otros no me complacieron» (NOTA: *Bereshith Rabba: Parsha*, IX. FINAL NOTA).

Además, también coinciden cabalistas y svâbhâvikas (a quienes injustamente se les tilda de ateos) en creer que a favor del impulso inicial dado a la materia por *Sephira* o potestad creadora inherente a la Esencia suprema, cada ser engendra a su semejante, sin necesidad de creaciones individuales, con arreglo al tipo que le precede inmediatamente en la gradación del universo. Así lo da a entender el siguiente pasaje:

El ilimitado, incomprensible y absoluto punto surgió de sí mismo y su resplandor sirvió de vestidura a los puntos indivisibles que también se dilataron por sí mismos... De este modo todas las cosas nacieron de una perpetua agitación hasta que finalmente apareció el mundo (NOTA: *Zohar*, I, 20 a. FINAL NOTA).

Los libros zoroastrianos correspondientes a la época en que el hierofante y rey Darío restauró el culto de Ormazd con las puras enseñanzas de la primitiva *sabiduría oculta* (הכחה--בטחיה) hablan del *Zeru-ana*, o tiempo sin límites, equivalente al *chakra* o ciclo de los brahmanes simbolizado en el dedo con que al cielo señalan las imágenes de los dioses mayores (NOTA: Más adelante examinaremos la relación del ciclo induísta con el *zero* de los místicos números pitagóricos y con el dios *Iao* o suprema Divinidad de los Misterios. FINAL NOTA). La identidad de este símbolo en todas las religiones antiguas basta para demostrar su común procedencia de una misma fe primitiva (NOTA: Dice Max Müller: «La *s* sánscrita equivale a *z* y *h*. Esto sabido, resulta inteligible el nombre geográfico: *Hapta Hindhu* que aparece en el *Avesta*, con sólo mudar la *h* en *s* y leer: *Sapta Sindhu* o país de los siete ríos, nombre védico de la India (*Virutas de un taller alemán*, I, 81). El *Avesta* no es ni más ni menos que la exposición parcialmente exotérica del espíritu o secreto significado de los *Vedas*». FINAL NOTA). Tan sólo es posible llamar *Tiempo sin límites* al Ser eterno sin principio ni fin, designado por los mazdeístas con el nombre de *Zeruana Akarene* (NOTA: El que siempre ha existido. FINAL NOTA) cuya gloria es demasiado intensa y cuya luz demasiado brillante para que la mente humana le comprenda y los ojos lo contemplen.

Según la teogonía zoroastriana o mazdeísta, la primera emanación de *Zeruana Akarene* es Ormazd, el Rey de vida, la Luz eterna que del seno de las tinieblas donde se ocultaba desde toda eternidad se manifestó al exterior. Por su *Palabra* o *Logos* creó Ormazd el mundo intelectual arquetípico y transcurridos tres ciclos mayores (NOTA: Los mil años de que habla el sistema zoroastriano corresponden, según la doctrina secreta, a un ciclo de sentido alegórico, cuya duración tan sólo conocen los iniciados. FINAL NOTA) creó el mundo material en seis períodos. Ormuzd emanó de sí los seis *Amshaspentas* o *primarios* hombres espirituales, intermediarios entre El y su universo. De Ormazd (NOTA: Llamado también *Ahuramazda*. FINAL NOTA), considerado como *Logos*, emanó *Mithras*, jefe de los veintiocho *izedas* o ángeles tutelares de las almas humanas. Los *ferueres* son las ideas abstractas de todas las cosas, concebidas en la mente de Ormazd antes de asumir forma concreta. Equivalen a las «privaciones» de Aristóteles, o sean las cosas sin forma ni substancia (NOTA: El judaísmo tomó muchos conceptos del mazdeísmo. Según las Escrituras mazdeístas, Ormazd le dice a Zarathustra que su nombre es *Ahmi* (yo soy) y en otro pasaje se llama a sí mismo: *Ahmi yat Ahmi*, que significa: *Yo soy quien soy*. Como se ve, las Escrituras hebreas copiaron esta frase para atribuírsela a Jehovah en sus comunicaciones con Moisés. FINAL NOTA).

La *Kábala* rabínica adoptó la teogonía mazdeísta sin otra alteración que el cambio de nombres, y más tarde se la incorporaron los gnósticos con algunas adiciones del semi-mago, semi-gnóstico *Manes*. De los calumniosos y parciales tratados de los Padres de la Iglesia, no es posible inferir las verdaderas doctrinas de los basilideanos, valentinianos y marcionitas, sino que es preciso descubrirlas en los restos de las obras de los nazarenos bardesanesianos, ya que no existe ningún manuscrito original de aquellos heresiarcas. Sin embargo, aunque el mundo lo ignore, todavía subsisten en el Líbano y Palestina

comunidades religiosas que conservan secretamente libros y tradiciones de los ofitas. Durante más de mil años ha estado la verdad encubierta en estos parajes, y resulta de ello que el verdadero sistema ofita difiere notablemente del que exponen Orígenes en la antigüedad y Matter en los tiempos modernos (NOTA: Matter: *Historia crítica del gnosticismo*, p. LX. FINAL NOTA).

La trinidad cabalística sirvió de modelo a la cristiana, pues ya dijeron los cabalistas:

El Anciano, cuyo nombre sea bendito, tiene tres cabezas, pero las tres son una sola (NOTA: Idra Sata: *Zohar*, III, p. 288. FINAL NOTA).

Tria capita exsculpta sunt unum intra alterum et alterum supra alterum. Tres cabezas están una dentro de otra y una sobre otra.

La primera cabeza simboliza la sabiduría oculta (*sapientia abscondita*) y en ella se esconde el Anciano (NOTA: Concepto equivalente al de la Mónada pitagórica. FINAL NOTA) en impenetrable misterio. Es una cabeza que no es cabeza (*caput quod non est caput*), pues nadie puede saber lo que esta cabeza encierra. No hay mente capaz de abarcar esta sabiduría (NOTA: *Zohar*. Sección II. FINAL NOTA). El *senior Sanctissimus* está rodeado por las tres cabezas. Es la eterna Luz de sabiduría y la sabiduría es el manantial de toda la manifestación. Las tres cabezas se incluyen en la cabeza que no es cabeza y las tres cobijan la *Faz corta* (NOTA: Emblema del Hijo. FINAL NOTA) de modo que iluminan con su luz todas las cosas (NOTA: *Zohar*, sec. VII. FINAL NOTA).

En Soph emite un hilo desde *Al* (NOTA: Equivalente al concepto del Padre en la Trinidad. FINAL NOTA) y la luz sigue la dirección del hilo hasta explayarse por medio de Adam Kadmon (*Adam primario*) que permanece *oculto* mientras el plan de la manifestación no está dispuesto (*statum dispositionis*). El hilo atraviesa de cabeza a pies al oculto Adam, donde se encubre la figura del *hombre* (NOTA: *Kabbala Denudata*, II, 2.16. El texto original de este pasaje dice así: «Jam vero quoniam hoc in loco recondita est illa plane non utuntur, et tantum de parte lucis ejus particepant quae demittitur et ingreditur intra filum. En Soph protensum e Persona (אס) deorsum; intratque et perrumpit et transit per Adam primum occultum usque in statum dispositionis transitque per eum a capite usque ad pedes ejus: et in eo est figura hominis»). FINAL NOTA). La idea de la unidad trina puede compararse para su mejor comprensión a la naturaleza química de la llama, que quien la observe verá como dos luces: una blanca y brillante hacia *arriba* y otra azulada oscura hacia *abajo*. La blanca se eleva a lo alto y la azulada parece como el asiento de la primera; y sin embargo, las dos son una sola y única llama. El asiento azulado está, no obstante, en relación directa con la materia combustible, situada todavía más *abajo*. La llama brillante nunca muda de color y permanece siempre blanca; pero en la llama azulada se notan diversos matices, y mientras su parte superior se enlaza con la brillante, su parte inferior está en contacto con la materia combustible que, al consumirse va ascendiendo a la superior unidad de la llama brillante (NOTA: *Zohar*, I, 51 a. FINAL NOTA).

Tales fueron las abstractas ideas de los antiguos acerca de la Trinidad en la unidad. El hombre terreno, microcosmos del macrocosmos o reflejo del celeste arquetipo humano (Adam Kadmon) es también trino, pues tiene *cuerpo, alma y espíritu*.

Dice el *Zohar*:

Todo cuanto creó el Anciano de los Ancianos ha de vivir necesariamente por relación de macho y hembra... Al Increado nadie puede llamarle *Tú* porque es el espíritu de la *cabeza blanca* en quien se unen las *tres cabezas*. Del fuego sutil en un lado de la cabeza blanca y del aire sutil en el otro lado emanó *Shekinah*, su velo. El Anciano de los Ancianos es el misterio de los misterios (NOTA: *Zohar*, III, 290.- *Shckinah* es el aspecto femenino del Espíritu Santo. FINAL NOTA).

Por su parte dice Idra Rabba:

Este aire es el más oculto atributo del Anciano de los Días... Todas las cosas están en Él y en todas las cosas está El oculto... El cráneo de la cabeza blanca no tiene principio, pero tiene su fin reflejado en la redondez de nuestro universo (NOTA: *Idra Rabba*, 171, 541, 542; *Zohar*, III, 36. FINAL NOTA).

Observa Klenker (NOTA: *Las Emanaciones según los Cabalistas*. FINAL NOTA) que los cabalistas consideran la primera emanación de naturaleza andrógina, es decir, que su luz sintetiza todas las luces y su espíritu resume todos los demás espíritus.

La *Shekinah* de los cabalistas equivale a la *Sophía* de los ofitas y el *Adam Kadmon* a *Bythos*; pero con intento de ocultar su sistema de emanaciones a la curiosidad de los profanos, identificaron a Kadmon, «hombre arquetípico», *Fuente de luz* o *Pymander*, con *Ennoia* o Mente de *Bythos* o el Abismo.

Tanto los nazarenos como los gnósticos se valieron de personificadas alegorías para expresar sus conceptos, y así dijeron que el *Primero* y *Segundo* hombres se enamoraron de la belleza de *Sophía* o *Sephira*, la primera mujer, que por ellos fecundada concibió al *Christos* (NOTA: *El ungido o Rey Mesías, símbolo de la luz visible, así como Sephira o Mujer celeste simboliza la luz invisible o espiritual*. FINAL NOTA) o Adam de carne que antes de su caída estaba cobijado por el espíritu de Adam Kadmon (NOTA: *Llamado también Adon, Adonai o Adonis*. FINAL NOTA) su padre y de *Shekinah* su madre.

La Esencia primaria se manifiesta por medio de su sabiduría y emana el Logos inteligible cuyo cuerpo es el universo visible. Los ofitas simbolizaban la sabiduría en figura de serpiente. Vemos, por lo tanto, que el primero y segundo hombre, o sean los dos Adanes, personifican la primera y segunda vida. Adam Kadmon es andrógino y en él subyace la *Eva* espiritual no nacida todavía, así como en el segundo Adam está la *Eva* de carne a que el *Génesis* llama madre de todos los vivientes.

Desde el instante de su primera manifestación, desaparece de la escena activa la Sabiduría incomprensible (NOTA: *Llamada el Señor Mano por los nazarenos*. FINAL NOTA) y queda tan sólo *Shekinah* (NOTA: *Designada asimismo por Gracia*. FINAL NOTA), la novena emanación de *Sephira* (NOTA: *Sephira o Corona de los cabalistas que, según éstos, por ser la luz más íntima de todas las luces, es de la propia substancia de las tinieblas*. FINAL NOTA) correspondiente a la tercera serie de sephirot y aspecto femenino de *Malchuth* o Reino. Es superior a sus compañeros si se le considera como la «divina gloria», «velo» o «vestidura» de *En-Soph*. El *Targum* de los judíos la llama gloria de *Jehovah* que se manifestaba en forma de nube sobre el propiciatorio del *Sancta Sanctorum*.

En la teogonía de los nazarenos bardesianos, que podemos considerar como una Kábala dentro de otra Kábala, el Anciano de los Días (*Antiquus Altus*) lleva el nombre de *Abatur* (NOTA: *Equivalente al «Padre» de Jesús*. FINAL NOTA) (Segunda vida) y es padre de *Fetabil* (Tercera vida), el Demiurgo o arquitecto del universo visible, quien para crearlo se vale de los genios auxiliares que actúan bajo las órdenes de su jefe supremo. Estas dos vidas superiores son la morada de *Ferho* (NOTA: *Divinidad inmanifestada*. FINAL NOTA), la Primera vida, invisible y sin forma, «existente desde antes de que criatura alguna viniese a la existencia» (NOTA: *Código de los nazarenos*, I, 145. FINAL NOTA) y en quien reside el viviente espíritu de suprema gracia. Los dos son UNO desde la eternidad y son también la Luz y la causa de la luz. Por lo tanto equivalen a la sabiduría oculta y a la oculta *Shekinah* o Espíritu Santo de los cabalistas.

«La Luz manifestada es la vestidura del Oculto en los cielos», dice Idra Suta.

Nadie conoce sus senderos excepto el *Macroprosopus* (Larga Faz), el supremo Dios activo (NOTA: *Idra Rabba*, VIII, 107, 109. FINAL NOTA).

Por su parte dicen los rabinos:

No quiero que me lean como estoy escrito. En este mundo escribirán mi nombre Jehovah y lo leerán Adonai (NOTA: Compendio del *Zohar*, p. II. FINAL NOTA).

Por mediación de la andrógina naturaleza de Adam Kadmon, a un tiempo padre y madre, el Espíritu del Anciano de los Ancianos se infunde en el *Microprosopus* (Faz Corta) o Adam del Edén (NOTA: E inspiró en su rostro Soplo de vida, *Génesis*, II, 7. FINAL NOTA).

Cuando se desdoblan de Adam Kadmon los dos aspectos masculino y femenino en las dos distintas personalidades de Adam y Eva, se repite la alegoría, pues ambos Adanes se enamoran de su belleza y de aquí el mito de la tentación y la caída. Coinciden cabalistas y ofitas en este punto. Los ofitas representan a *Ophis* y *Ophiomorphos* en figura de serpientes y simbolizan en el primero la Eternidad, la Sabiduría y el Espíritu (NOTA: Análogamente al culto del áspid entre los parsis y a la Doctrina de Sabiduría en tiempos primievales. FINAL NOTA), mientras que el segundo personifica la astucia, la envidia y la materia. Espíritu y materia están simbolizados en serpientes. Adam Kadmon equivale al *Ophis* que incita al hombre y a la mujer a que prueben el fruto del «Árbol del Bien y del Mal» con propósito de enseñarles los misterios de la sabiduría oculta. La Luz tienta a las tinieblas y las tinieblas atraen a la Luz, porque las tinieblas son la materia y «la suprema Luz no brilla en sus tinieblas». Con el conocimiento sobreviene la tentación del *Ophiomorphos* que al fin prevalece. La caída del hombre simboliza el dualismo de todas las religiones, según se advierte en el siguiente pasaje:

Y Adán conoció a Eva, su mujer, la cual concibió y parió a Caín diciendo: אִישׁ אֶת־הַרְהֵרָה כֹּנְנִי (Kiniti ais Yava). He adquirido un hombre por Dios (NOTA: *Génesis*, IV, 1. FINAL NOTA). *Cum arbore peccati Deus creavit seculum.*

Cotejemos ahora este sistema con el de los nazarenos y otras escuelas.

Según los nazarenos, *Isb Amon*, el *Pleroma* o ilimitado círculo donde están todas las formas, es la *Mente* divina que opera en el silencio. De pronto la luz brota de las tinieblas y aparece la segunda vida que a su vez engendra la tercera, el Padre de todo ser viviente, el Creador que con su espíritu vivifica la materia inerte. Por esto se le llama el Anciano del mundo.

Análogamente, Abatur es el padre del primer Adán de quien procede el segundo Adán. Abatur abre la puerta y se encamina hacia las negras aguas (caos) en cuyo fondo se refleja su imagen y engendra el Hijo, el Logos o Demiurgo. El constructor del universo *material*, Fetahil, surge a la existencia. Según los gnósticos, Fetahil equivale al Metatron o arcángel Gabriel, mensajero de vida, que la alegoría bíblica llama Adam Kadmon, el Hijo que por virtud del espíritu del Padre engendra al *Ungido* o sea el Adam antes de la caída.

Las Escrituras indoístas describen como sigue la manifestación de Swayambhuva, el Señor existente por Sí mismo:

Movido a emanar seres de su propia substancia divina, manifestó primeramente las aguas de cuyo seno brotó una simiente germinativa, brillante como el oro y refulgente como luminar de mil rayos. De aquella simiente nació el mismo Swayambhuva en forma de BRAHMÂ, principio de todas las cosas (NOTA: *Manú*, I, dísticos, 8 y 9. FINAL NOTA).

Por lo que toca a la cosmogonía egipcia, *Knepf* o *Chnuphis* (Sabiduría divina) representado en figura de serpiente, tiene en la boca un huevo del que brota *Phtha*, equivalente en la simbología cosmogónica al *Brahmâ* indoísta, símbolo del germen universal de todas las cosas (NOTA: De las teogonías orientales derivaron los nazarenos

el símbolo de las tres Vidas; los Cabalistas el de las tres Caras, y los cristianos de la escuela de Ireneo el dogma de la Trinidad. FINAL NOTA).

El huevo simboliza la materia primordial o indiferenciada que sirvió de tegumento al universo visible y en él estaban contenidos (NOTA: Lo mismo que en el Pleroma o gnóstico Shekinah cabalista. FINAL NOTA) el hombre y la mujer, el espíritu de vida en cuya luz se resumen todas las demás luces o espíritus de vida. La manifestación primaria está representada por la serpiente simbólica de la sabiduría, en un principio divina, pero que se adultera cuando *Phtha* (equivalente al Adam Kadmon de los cabalistas y al Christos de los gnósticos) cae en la materia. Es el hombre celeste que, unido a *Zoe* (el Espíritu Santo de la teogonía egipcia), engendra los cinco elementos: aire, agua, fuego, tierra y éter (NOTA: Este símbolo es un remedo servil del *A'd* y los cinco *dhyana-buddhas* de la teogonía budista. FINAL NOTA).

También en la teogonía indoísta Swayambhuva-Nara desenvuelve de sí mismo el elemento femenino contenido en su propia esencia divina. Este elemento femenino es Nari, la virgen inmortal, que cuando fecundada por el espíritu recibe el nombre de *Tanmâtra*, la madre de los cinco elementos: aire, agua, fuego, tierra y éter (NOTA: De aquí tomaron este simbolismo las demás religiones. FINAL NOTA).

Knorr de Rosenroth, en sus estudios de interpretación de la *Kábala*, se expresa como sigue:

En el concepto de Sabiduría oculta puede considerarse la Divinidad infinita equivalente al Padre mencionado en el *Nuevo Testamento*. La Luz que del Infinito fluye sobre el Adán primario o *Mesías*, y en él se infunde, corresponde al Hijo de los cristianos. Y la influencia o efluvio del Hijo en el universo material equivale al *Espíritu Santo* (NOTA: Rosenroth: *Ad. Kab. Chr.*, p. 6. FINAL NOTA).

Achamoth, el principio entre espiritual y material que vivifica la materia caótica es el Espíritu Santo de los gnósticos y el *Spiritus* de los nazarenos. Es Achamoth la hermana de Christos y ambos son hijos de *Sophía* (NOTA: Equivalente a Shekinah, la faz o imagen de Dios. (Véase *Zohar*, p. 93). FINAL NOTA), emanación de Bythos.

Dice Movers a este propósito:

El Hijo (Zeus-Belo o Sol-Mithra) es emanación de la Suprema Luz, imagen del Padre. Supónesele Creador (NOTA: Movers, p. 265. FINAL NOTA).

Por otra parte tenemos el siguiente pasaje:

Dicen los filósofos que el aire primordial es el *Anima mundi*. Pero la vestidura (Shekinah) es superior al aire primordial, puesto que está íntimamente unida al ilimitado. En *Soph* (NOTA: *Kabbala denudata*, II, 236. FINAL NOTA).

Así resulta *Sophía* equivalente a *Shekinah*, y *Achamoth* equivalente al *Anima mundi* o Luz astral de los cabalistas, que contiene el germen espiritual y material de todo cuanto es. Achamoth, como la *Eva* bíblica, es la madre de todo lo viviente.

El sistema nazareno admite tres trinitades análogas a las tres del sistema prevédico (NOTA: Los escasos traductores de la *Kábala*, el *Codex Nazareus* y otras obras de abstrusa metafísica, se extravían en el intrincado laberinto de nombres, sin esperanza de clasificarlos ordenadamente, pues unas hipótesis se oponen contradictoriamente a otras, cuando con tanta facilidad pudiera llevarse a cabo este trabajo. Y aun ahora en que la lectura y traducción del sánscrito antiguo ofrece menores dificultades, no sospechan siquiera los comentadores que las por ellos llamadas filosofías semítica, camítica y turania, tengan la clave en las Escrituras indoístas. Sin embargo, así lo demuestran los hechos. FINAL NOTA) según nos muestra el siguiente cuadro sinóptico:

Trinidad induísta

Nara (Para-Purusha)	Agni	Brahma (Padre).
Nari (Mariatinâ)	Vayu	Vishnu (Madre).
Víradj (Brahmâ)	Surya	Siva (Hijo).

Trinidad egipcia

Kneph (Amon)	Osiris	Ra (Padre).
Mant (Mut)	Isis	Isis (Madre).
Khons	Horus	Maluli (Horus) (Hijo) (NOTA: Champollion el menor: <i>Cartas</i> . FINAL NOTA).

Trinidad nazarena

Ferho (Ish-Amon)	Mano	Abatur (Padre).
Bythos (caos)	Spiritus	Netubto (Madre).
Fetahil	Ledhaio	Jordán (Hijo).

La primera, prototipo espiritual, es la Trinidad oculta abstracta e inmanifestada; la segunda procede de la primera y es la Trinidad activa o manifestada en el universo visible; la tercera es la borrosa imagen de las precedentes y cristaliza en humanos dogmas que varían según la fantasía religiosa de cada país.

Los nazarenos (NOTA: Código de los nazarenos, II, 47 a 57, 109 y 211; I, 145 y 308. FINAL NOTA) simbolizaban la Trinidad inmanifestada en *Ferho-Bythos-Fetahil*. Ferho es el supremo Señor de esplendor y luz, antes de quien nada existe; Bythos la vida inmanifestada e inmanente desde toda eternidad, en el Señor supremo; Fetahil, el espíritu de vivificante gracia. La segunda Trinidad está formada por *Mano-Spiritus-Ledhaio*. Mano corresponde emanativamente a Ferho y es la primera luz y vida celeste (*Rex lucis*); Spiritus es la segunda vida y contiene el pensamiento que se manifiesta en ledhaio o Señor de Justicia, tercera persona de la segunda Trinidad, correspondiente a Fetahil, símbolo del creador. La tercera Trinidad está formada por *Abatur-Netubto-Jordán*, emanados en sucesiva correspondencia de las dos Trinidades precedentes. Abatur es el Padre, el Anciano de los Ancianos (NOTA: *Ancient senem sui obtegentem et grandævum mundi*. FINAL NOTA) de quien procede Netubto y ambos engendran a Jordán equivalente al Christos (NOTA: La confusión de nombres y denominaciones a que alude la autora dificulta en extremo la comprensión de los pasajes en que los comentaristas exponen con variadísima y contradictoria terminología el concepto trinitario de las antiguas religiones y escuelas. Con objeto de fijar en lo posible la nomenclatura simbólica de los antiguos y más particularmente la del sistema nazareno, nos hemos atendido con todo rigor a las denominaciones dadas por la autora a las personas de las tres Trinidades. Conviene esta advertencia para cohonestar de antemano las aparentes incongruencias del texto.— *El Traductor*. FINAL NOTA).

Según las alegorías nazarénicas, en el arcano o asamblea de esplendor iluminada por *Mano*, de quien emanan las chispas de esplendor, se levantaron los genios que moran en la luz y fueron al visible Jordán de fluyentes aguas para reunirse en consejo y evocar al Hijo unigénito (Lehdaio), el Señor de justicia de imagen imperecedera que no puede concebirse por reflejo.

Mano es el príncipe de los siete eones cuyos nombres apuntan los nazarenos como sigue:

Mano (*Rex lucis*), Aiar-Zivo, Ignis-Vivus, Lux, Vita, Aqua-Viva (NOTA: Eón que presidía los bautismos en el Jordán. FINAL NOTA) e Ipsa-Vita. El Mano de los nazarenos es, después de todo, copia calcada del primario Manú de los indoístas (emanación de Swayambhuva), de quien sucesivamente proceden los otros seis Manús o prototipos de las

razas humanas, simbolizados en las siete lámparas ardientes, que son los siete Espíritus de Dios (NOTA: *Apocalipsis*, IV, 5. FINAL NOTA).

De nuevo reconocemos en Fetahil el origen de la doctrina cristiana.
Dice el Evangelista:

Y vuelto, vi siete candelabros de oro. Y en medio de los siete candelabros de oro, a uno semejante al Hijo del Hombre... y su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana blanca y como nieve y sus ojos como llama de fuego. Y sus pies semejantes a latón fino cuando está en un horno ardiente (NOTA: *Apocalipsis*, I, 12, 13, 14 y 15. FINAL NOTA).

Aquí repite el apóstol cabalista las palabras de Ezequiel y Daniel:

Y sobre el firmamento... había una semejanza de trono... y encima una semejanza como aspecto de hombre. Y vi como apariencia de electro, a manera de aspecto de fuego (NOTA: *Ezequiel*, I, 26 y 27. FINAL NOTA).

Y sentóse el Anciano de los Días. Su vestidura blanca como la nieve y los cabellos de su cabeza como lana limpia; su trono de llama de fuego... (NOTA: *Daniel*, VII, 9. FINAL NOTA).

Las visiones apocalípticas derivan de la *Cabeza blanca* en que según el *Zohar* se resume unitariamente la Trinidad cabalística y que «encubre el espíritu en su cráneo» circuido de sutilísimo fuego. La «figura de hombre» a que aludé Daniel equivale al Adam Kadmon a cuyo través pasa el hilo de luz representado por el fuego. Fetahil, la tercera vida de la Trinidad primaria, es el *Vir novissimus* a quien el evangelista Juan ve «que tenía en su diestra siete estrellas en medio de siete candelabros de oro» (NOTA: *Apocalipsis*, I, 13, 16. FINAL NOTA).

Obediente a la voluntad de su Padre el supremo Eón de siete cetros y siete genios (NOTA: *Símbolo astronómico de los siete planetas*. FINAL NOTA), se coloca Fetahil en el más alto lugar para servir de agente a su Padre en la creación del universo visible (NOTA: *Código de los nazarenos*, I, 309. FINAL NOTA) y permanece «brillando en la vestidura del Señor resplandeciente por obra de los genios» (NOTA: *Id.*, III, 59. FINAL NOTA). Es Fetahil el Hijo del Padre (Vida) y de la Madre (Luz) (NOTA: *Id.*, I, 285. FINAL NOTA).

Según San Juan:

En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres (NOTA: *San Juan*, I, 4. FINAL NOTA).

Según San Pablo:

... Dios lo creó todo por Jesucristo (NOTA: *Efesios*, III, 9 (texto griego). FINAL NOTA).

Según el *Codex*, el Padre de toda vida exclama:

Levántate ¡oh Primogénito!, ve y ordena todas las criaturas (NOTA: *Codex*, I, 287.– Véase *Sod, el Hijo del Hombre*, p. 101. FINAL NOTA).

Análogamente dice Cristo:

Así como el Padre viviente me ha enviado, así Dios envió a su Hijo unigénito para darnos vida (NOTA: *San Juan*, VI, 18 (texto griego). FINAL NOTA).

Por otra parte, según los nazarenos, Fetahil reasciende al seno del Padre luego de terminada su obra (NOTA: *Et qui, relictus quem procreavit mundo, ab Abatur suum patrem contendit.* – Codex, II, 123. FINAL NOTA) y esto mismo confirma Jesús al decir:

...porque yo voy al Padre (NOTA: *San Juan, XIV, 12. FINAL NOTA*).

En contra de la errónea interpretación de la teología cristiana que identifica a *Jehovah* con el *Padre* mencionado en el *Nuevo Testamento*, aduciremos que cuando Jesús habla del Padre que está *en secreto* seguramente no dijera tal si hubiese aludido al *Jehovah* bíblico que se apareció primero a los patriarcas, luego a Moisés y por último a todos los ancianos de Israel (NOTA: *Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú y setenta de los ancianos de Israel y vieron al Dios de Israel (Éxodo, XXIV, 9 y 10). FINAL NOTA*). Cuando Jesús dice que el templo es la «casa de su Padre» y que pudiera destruirlo y reedificarlo en tres días, no se refiere a la fábrica arquitectónica de sillería, sino al cuerpo físico que según el sabio cabalista Salomón es en todo hombre el templo de Dios, es decir, de su individual espíritu.

Análogas expresiones a la de «el Padre que está en el secreto» aparecen en la *Kábala*, el *Codex* y otras Escrituras, según vemos en los siguientes pasajes:

Nadie ha visto la Sabiduría oculta en el cráneo ni nadie ha contemplado el Abismo (NOTA: *Bythos. También Simón el Mago predicaba al «Padre desconocido de todos» (Ireneo: Homilias clementinas, I, XXII, 118). FINAL NOTA*).

Además, la *Kábala* dice:

El Hijo del *oculto* Padre, que mora en luz y gloria, es el Ungido (*Seir-Anpin*) que sintetiza en sí los diez Sephirotes. Es el *Christos*, el Hombre celeste por cuya mediación creó el Espíritu de Dios todas las cosas (*Efesios*, III, 9) y produjo los cuatro elementos: aire, agua, fuego y tierra.

Precisamente en este simbolismo funda Ireneo su más poderoso argumento para demostrar la necesidad de que hayan de ser cuatro los evangelios y dice:

No pueden ser ni más ni menos que cuatro, porque así como hay cuatro partes del mundo y cuatro vientos generales (*καθολιὰ χνεύματα*) justo es que la Iglesia tenga cuatro columnas. Además, los querubines también son cuatrifáceos y sus rostros cuádruples son símbolo de las obras del Hijo de Dios, del verbo, del Hacedor de todas las cosas que se sienta más arriba de los querubines (NOTA: *Ireneo: Contra herejes, III, II, 18. FINAL NOTA*).

No nos detendremos a discutir la peculiar santidad de los cuatrifáceos querubines, aunque tal vez descubriéramos su origen en las antiguas pagodas de la India como *vâhanes* o vehículos de los dioses mayores, así como también pudiéramos inquirir en la sabiduría cabalista, tan repugnada por la Iglesia, la veneración en que el catolicismo los tiene, según advertimos en el siguiente pasaje:

Al salir de su morada, se presentan las almas una por una ante el sagrado Rey, en forma sublime con cuyo semblante ha de aparecer en el mundo. De esta forma sublime procede la imagen. Los tipos de estos semblantes son cuatro: ángel, león, toro y águila (NOTA: *Zohar, III, 104, ab.* – *Es extraño que Ireneo no reforzase su argumentación con el ejemplo de las divinidades indoístas de cuatro brazos. FINAL NOTA*).

Estos cuatro semblantes son los querubines a que alude David al impetrar el advenimiento del Mesías en esta invocación: «¡oh Tú! que estás sentado entre los

querubines, envíanos tu resplandor». Así se infiere que para representar Ezequiel en los cuatro animales los cuatro seres que sostienen el trono de Jehovah, tomó por modelo los cuatro genios llamados Kirub (toro) Nirgal (león), Ustur (esfinge) y Nathga (águila), todos ellos con rostro humano. En esto tenemos otra prueba no menos fehaciente de que durante la cautividad de Babilonia se asimilaron los hebreos las creencias religiosas de sus dominadores y las trasladaron a las recopiladas Escrituras, de donde se infundieron más tarde en el cristianismo. Además, vemos que admirado Ezequiel de la gloria del Señor le da repetidamente el título de «Hijo del Hombre», en lo que se advierte la filiación cabalista de este profeta cuyo libro está escrito esotérica (NOTA: La forma correctamente etimológica de esta palabra sería *endotérica* y no *esotérica*, con la ventaja de evitar así la confusión fonética de la segunda modalidad con su antitética *exotérica*. Si se dice *endómosis* y *exósmosis* también debiera decirse con mayor propiedad *endotérico* y *exotérico*. Sin embargo, por no alterar la terminología peculiar de las obras teosóficas seguimos empleando la palabra *esotérica*, no obstante ser preferible la *endotérica*.— *El Traductor. FINAL NOTA*) y exotéricamente, con significado idéntico al del *Apocalipsis*. Los cabalistas conferían el título de «Hijo del Hombre» a todos los profetas y a sí mismo se lo aplicó Jesús. Además, la descripción que de Cristo nos da Ireneo, presentándolo como el Hacedor de todas las cosas, sentado sobre los querubines, es idéntica al Shekinah cuyo trono ponían los hebreos sobre los querubines del propiciatorio. Por otra parte, el simbolismo cabalista llama serafín o querubín al décimo sephirote apellidado *Gloria*, cuyo símbolo es la columna de la izquierda (*Booz*) del templo de Salomón, mientras que el noveno sephirote *Victoria* corresponde a la columna de la derecha (*Jachin*). La denominación «Hijo del Hombre» sólo pueden emplearla los cabalistas y así es Ezequiel el único profeta que la usa porque los demás no estuvieron tan versados en la ciencia cabalista.

Representa la *Kábala* colectivamente los sephirotes en figura de un hombre (*Seir-Anpin*) formado por multitud de círculos dispuestos en 243 números correspondientes a las distintas jerarquías celestes (NOTA: Según apunta King en su obra: *Los gnósticos y sus huellas*, es muy posible que la figura de *Seir-Anpin* tuviese por modelo el *Brahmâ* induísta de cuyos miembros nacen las cuatro castas. FINAL NOTA).

La descripción que da Ezequiel de la figura de cuatro criaturas vivientes con cuatro rostros cada una y las manos de un hombre bajo sus alas (NOTA: *Ezequiel*, I, 6 y 8. FINAL NOTA) ofrece notable analogía con la imagen escultórica de Vishvakarma hijo de Brahma, existente en una de las sagradas cuevas de Ellora. A Brahma y Júpiter se les daba el título de «padre de los hombres».

En las representaciones budistas del monte Meru, llamado por los birmanos *Myé-nmo* y por los siameses *Sineru*, vemos el simbolismo original de Adam Kadmon o Seir Aripin (el hombre celeste) en quien se sintetizan los eones en sus diversas jerarquías de sephirotes, potestades, tronos, virtudes y dominaciones que de él derivó posteriormente la *Kábala*. La representación budista del monte Meru consiste en dos columnas unidas por un arco cuya bóveda en forma de media luna es la morada de A'di Buddha, la suprema Sabiduría o invisible Divinidad. Bajo el punto culminante de esta bóveda se extiende el círculo representativo de la primera emanación del Absoluto (NOTA: El círculo de *Brahmâ* según los induístas, y el primer *avatar* o manifestación del Buddha según los budistas. FINAL NOTA) que corresponde al Adam Kadmon con los diez sephirotes inmanentes en él. Del círculo de *Brahmâ* emanan otros nueve, circuidos por el décimo, que algunas veces están figurados en la representación por pagodas cuyos nombres expresan atributos de la divinidad manifestada. Siguen más abajo los siete planos o esferas celestes, cada una de ellas rodeada por un mar. Son las mansiones de los *devatas* o dioses, cuya pureza y espiritualidad decrece en proporción de su cercanía a la tierra. Después se

ve el monte Meru formado por tres grandes círculos, símbolo de la Trinidad del hombre, con infinidad de otros menores en su interior.

Quienes conozcan el valor numérico de las letras de los nombres bíblicos, como el de la Gran Bestia del Apocalipsis, el de Mithra (*μειθραζ αβραξας*) y otros, podrán inferir fácilmente la identidad de las divinidades del monte Meru y de las emanaciones de los cabalistas. También cabe equiparar unos y otras a los genios que, según los nazarenos, tenían asignadas funciones peculiares en perfecta correspondencia con el simbolismo de la doctrina secreta, tal como se enseñaba en los tiempos arcaicos.

Apoyado en las reglas dadas por el obispo Newton para interpretar el significado de los textos por el valor numérico de las letras, da King en su obra: *Los gnósticos y sus huellas*, vagas insinuaciones sobre el particular que, sin embargo, corroboran nuestra aserción. Este eminente arqueólogo, que tanto tiempo empleó en el estudio de las joyas gnósticas, demuestra que toda dicha teoría está copiada de la índica. El *durga* o aspecto femenino de las divinidades orientales corresponde al concepto que los cabalistas simbolizan en la celeste jerarquía de las *Virtudes*, aceptada rutinariamente por los Padres de la Iglesia y desfigurada más tarde por los teólogos cristianos.

Dice King:

Aunque la interpretación numérica se tenga por ciencia exclusiva de los judíos talmudistas, no hay duda de que la aprendieron de los caldeos, fundadores del arte mágico. Los nombres de Iao, *Abraxas*, etc., no fueron invención gnóstica, sino sagrados nombres ya conocidos en las más antiguas fórmulas de Oriente. A estos nombres alude seguramente Plinio cuando enumera las virtudes atribuidas a las amatistas en que estaban grabados los del sol y la luna sin traducción definida en las lenguas latina y griega. En los nombres: *Sol eterno*, *Abraxas* y *Adonai*, que aparecen grabados en estas joyas, echamos de ver los amuletos ridiculizados por Plinio (NOTA: King: *Los gnósticos y sus huellas*, 79, 80.- Ireneo llama *virtudes a los milagros*. FINAL NOTA).

Volviendo a la representación del monte Meru vemos que el conjunto está rodeado por el mar Mayor (*Mahasamut*) equivalente a la luz astral o éter de los cabalistas. En el círculo céntrico de la representación aparece la figura de Seir Anpin, el hombre celeste (NOTA: *Seir-Anpin* significa *Faz corta* y se le considera hijo de *Arich Anpin* (*Faz larga*) equivalente al *Achamoth* de los nazarenos o símbolo de la *Unidad desdoblada u hombre andrógino*. FINAL NOTA), que muchas lamaserías Tíbetanas identifican hoy día con la imagen de Gautama, última encarnación del Buddha.

Debajo del monte Meru está la morada de la Naga máxima, la reina de las sierpes (*Rajah Naga*) (NOTA: *El Ophis* de los gnósticos. FINAL NOTA) y diosa de la tierra (NOTA: *Por otro nombre Bhumây Nari* o *Yâma*, la *Eva* bíblica, *madre de todos los vivientes*. FINAL NOTA), que está en recelo del gran dragón (NOTA: *La serpiente del Génesis*. FINAL NOTA). Más abajo todavía está la octava esfera o región infernal. Los nazarenos admitían siete demonios impostores que engañan a los hijos de Adán (NOTA: *Las regiones superiores están circundadas por el sol, la luna y los siete planetas correspondientes a las siete estrellas descritas en el Código de los nazarenos que les da los nombres de Sol, Venereus (Venus) Nebu (Mercurio) Sin (la Luna) Kiun (Saturno) Bel-zeus (Júpiter) y Nerig (Marte) (Cod. de los Naz., III, 57)*. FINAL NOTA) pero en contraposición consideran siete *Vidas* o benéficos *Espíritus planetarios* emanados de *Cabar-Zio* que brillan y resplandecen por su propia virtud en el seno de la luz que fluye de lo alto.

Junto a la puerta de la *Mansión de Vida* está dispuesto el trono para el señor del Esplendor con tres tabernáculos (NOTA: *Cod. de los Naz., III, 61*. FINAL NOTA). Análogamente, los tabernáculos de la Trinidad indoísta están colocados debajo de la bóveda de media luna

en la representación del monte Meru, y figuran el cielo de Brahma empedrado de zafiros (NOTA: Asimismo se lee en el Éxodo: «Y debajo de sus pies como una obra de piedras de zafiro» (XXIV, 10). FINAL NOTA). El paraíso de Indra resplandece con mil soles; el de Siva (NOTA: Equivalente a Saturno. FINAL NOTA) está en el Nordeste y su trono es de lapislázuli y el pavimento de los cielos de ascuas de oro. «Cuando se sienta en el trono arde en fuego hasta los lomos». En las fiestas religiosas de Hurdwar se tributa culto de suprema divinidad a Siva, cuyos atributos coinciden con los que después confirieron los judíos a Jehovah. La piedra binlanga (NOTA: Piedra de estructura esponjosa que se encuentra en Narmada y rara vez en otros parajes. FINAL NOTA) consagrada a Siva es de la misma especie mineralógica que la empleada por Jacob para edificar un altar (*Bethel*) al Señor en forma de columna, por el estilo del *linga* dedicaelo a Siva; y en verdad que aun hoy día podrían llevarse estos patriarcales litos en las procesiones sivaíticas de Calcuta sin que nadie les atribuyera origen hebreo. La imagen de Siva suele tener cuatro cabezas (NOTA: Entonces se le da el nombre de Pâncha Mukhti Siva. FINAL NOTA) con cuatro brazos alados, tres ojos de configuración natural y el cuarto en forma de media luna, para simbolizar las agitaciones del Océano.

La profecía de Ezequiel concuerda con los atributos de Siva, según vemos en los siguientes pasajes:

Y en medio de él había semejanza de cuatro animales... y en ellos había semejanza de un hombre... Cuatro caras tenía cada uno y cuatro alas cada uno...; sus pies, pies derechos... con aspecto de cobre encendido... y tenían caras y alas por los cuatro lados.

Y sobre el firmamento... había una semejanza de trono como piedra de zafiro... Y vi como apariencia de electro, como aspecto de fuego por lo interior de al contorno; desde sus lomos arriba y de sus lomos abajo vi como apariencia de fuego.

Y era la semejanza del rostro de ellos cara de hombre... y de león... y de buey... y de águila.

Y cada uno tenía cuatro caras: la una cara de querubín y la segunda cara, cara de hombre, y en el tercero cara de león y en el cuarto cara de águila (NOTA: Ezequiel, I, 5 a 10; 26 y 27; X, 14. FINAL NOTA).

Y sus pies semejantes a latón fino cuando está en un horno ardiente (NOTA: Apocalipsis, I, 15. FINAL NOTA).

También echamos de ver este cuádruple aspecto en los dos querubines de oro colocados a uno y otro extremo del Arca de la Alianza. Además, estas cuatro faces simbólicas las adoptaron los cuatro evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan a quienes respectivamente representan con *el ángel, el león, el toro y el águila* las Biblias latinas y griegas (NOTA: El cabalístico cuaternario del Tarot egipcio. FINAL NOTA).

Dice Sanchoniaton al hablar de la mitología antigua:

Tarot, la suprema Divinidad de los egipcios equivalía simbólicamente a Saturno o Kronos y estaba representada con cuatro ojos, dos delante y dos detrás, abiertos y cerrados, y cuatro alas, dos extendidas y dos plegadas. Los ojos denotaban que el dios ve dormido y duerme despierto; la posición de las alas da a entender que vuela en reposo y reposa volando.

La identidad de Saturno y Siva está corroborada por el emblema del *damara* o reloj de arena que simboliza el curso del tiempo personificado en la potencia destructora del dios. El buey Nardi, vehículo (*vâhan*) de Siva y su más sagrado emblema, se reproduce en el Apis egipcio y en el toro que crea Ormazd y mata Aliriman. El pueblo de Eritene profesaba la religión zoroastriana derivada de la doctrina secreta, pues era la religión de los persas cuando conquistaron la Asiria. Desde entonces pasa de sistema en sistema religioso el emblema de Vida figurado en el toro. Los magos lo aceptaron al advenimiento

de la dinastía persa (NOTA: Véase Matter a este propósito. FINAL NOTA) y de Daniel se dice que fue adivino principal de los magos y astrólogos de Babilonia (NOTA: *Daniel*, IV, 5 y 6. FINAL NOTA). Así vemos en los querubenes de los judíos talmudistas una leve modificación de los becerros y otros atributos de Siva, como también el buey Apis en las esfinges o querubenes del Arca de la Alianza, para encontrarlo algunos miles de años más tarde en compañía del evangelista San Lucas. Quien haya estado en la India el tiempo suficiente para conocer siquiera la ligera las divinidades indoístas, advertirá desde luego la semejanza entre Jehovah y otros dioses de la India además de Siva. Los talmudistas judíos tenían en mucho respeto a Siva bajo el aspecto de Saturno, y los cabalistas alejandrinos le consideraron como el directo inspirador de la ley y de los profetas. Uno de los diversos nombres de Saturno era Israel, y en determinado aspecto coincide míticamente con Abraham, según insinuaron hace tiempo Movers y otros orientalistas. Por este motivo, los valentinianos, basilídeos y ofitas colocaron en el planeta Saturno la morada de Ilda-Baath, la divinidad a la par creadora y destructora que dictó la ley en el desierto y habló por boca de los profetas. La *Biblia* nos ofrece nuevas pruebas en corroboración de este comentario, según vemos en el pasaje siguiente:

¿Por ventura me ofrecisteis hostias y sacrificios en el desierto, en cuarenta años, casa de Israel?

Y llevasteis la tienda para vuestro Moloch y la imagen de vuestros ídolos (chiun), la estrella de vuestro Dios, cosas todas que os hicisteis (NOTA: *Amós*, V, 25, 26. FINAL NOTA).

Ciertamente que Moloch y Chiun eran diversas expresiones nominativas del concepto de Saturno, idéntico a Baal, Kivan y Siva, cuyos símbolos se apropiaron los hebreos.

Lo mismo sucede con los numerosos Logos menores. El Sosiosh zoroastriano es análogo al décimo Avatar de los indoístas, al quinto Buddha de los budistas, al Mesías de los cabalistas, al Gabriel (NOTA: *Ebel-Zivo o Mensajero enviado a la tierra por el Señor de la excelsa luz*. FINAL NOTA) de los nazarenos, al Christo, de los gnósticos, al Logos de Filo Judeo y al Verbo del evangelista. El cristianismo hilvana y zurce todos estos conceptos para engalanarse con el remiendo.

En el *Avesta* encontramos la doctrina dualista que después prevaleció entre los cristianos. La lucha entre Ormazd (espíritu de luz o principio del bien) y Ahriman (NOTA: *Conviene advertir que a pesar de ser Zoroastro de estirpe aria mostróse acérrimo enemigo de los brahmanes contra cuya tiranía religiosa se habían rebelado los persas. A causa de esta hostilidad dió Zoroastro el nombre de devas a los espíritus demoníacos, tan sólo por llevar la contraria a los brahmanes que llamaban así a los espíritus angélicos. De la propia suerte designó al príncipe de las tinieblas con el nombre de Ahriman, que es una contracción de arya-brahman. La lucha entre Ormazd y Ahriman simboliza la que se encendió entre zoroastrianos e induistas*. FINAL NOTA) (espíritu de tinieblas o principio del mal) subsiste en el mundo desde los orígenes del tiempo; y según la doctrina zoroastriana, cuando esta lucha llegue al punto culminante y el mundo esté a punto de sucumbir, degenerado y corrompido, bajo el poderío de Ahriman, aparecerá Sosiosh, el Salvador de la humanidad, quien, seguido de lucida hueste de genios benéficos, vendrá caballero en un corcel blanco como la leche (NOTA: *Nork*, II, 146. FINAL NOTA).

Esto mismo nos dice el siguiente pasaje del *Apocalipsis*:

Y vi el cielo abierto y apareció un *caballo blanco*, y el que estaba sentado sobre él, era llamado Fiel y Veraz... Y le seguían las huestes que hay en el cielo, en caballos blancos (NOTA: *XIX*, II, 14. FINAL NOTA).

El Sosiosh zoroastriano no es ni más ni menos que una *transmutación* del Vishnú indoísta que aun hoy día aparece en el templo de Rama representado en figura del Salvador o Conservador correspondiente a su futura décima encarnación (*Kalki-Avatar*). Es un guerrero armado de todas armas, que cabalga en un caballo blanco (NOTA: Símbolo del sol, según varios comentadores.– Véanse: *Duncher*, II, 363; *Spiegel-Avesta*, I, 32, 34. FINAL NOTA) y blande sobre su cabeza la cortante espada mientras que con la izquierda sostiene un escudo formado de anillos concéntricos (NOTA: Emblema de los ciclos o épocas sucesivas de la evolución histórica. Según las tradiciones, Vishnú encarnará en esta forma al término de la edad *Kali* correspondiente al fin del mundo que esperan los adventistas. FINAL NOTA). La misma alegoría reproducen estos pasajes:

Y sus ojos eran como llamas de fuego y en su cabeza muchas coronas... Y salía de su boca una espada de dos filos... Y vi un ángel que estaba en el sol (NOTA: *Apocalipsis*, XIX, 12, 15 y 17. FINAL NOTA).

Según las Escrituras zoroastrianas, Sosiosh nació de una virgen (NOTA: *Libro de Dehesh*, 47. FINAL NOTA) y al fin de los tiempos vendrá a redimir y regenerar a la humanidad, precedido de dos profetas que anunciarán su venida (NOTA: Véase la traducción del *Zend Avesta* en la obra de King: *Los gnósticos y sus huellas*, 9.– En esto se fundan los judíos para esperar al Mesías, pues ya tuvieron dos profetas: Elías y Moisés. FINAL NOTA).

Después habla el texto zoroastriano de la *resurrección* general, en que los buenos irán al cielo y los malos con Ahriman al infierno para purificarse allí en un lago de metal derretido... Después de purificados gozarán todos de felicidad eterna y acaudillados por Sosiosh cantarán las alabanzas del Eterno (NOTA: *Nork*, II, 46. FINAL NOTA). Es evidente el remedo de las Escrituras indoístas, porque también a Vishnú se le representa con varias coronas en la cabeza y en su décimo avatar arrojará a los malvados a las regiones infernales donde luego de purificados alcanzarán la remisión de sus culpas; y aun los mismos ángeles protervos que se rebelaron contra Brahmâ y fueron lanzados por Siva al abismo sin fondo (NOTA: Según vemos en las obras de Eusebio, obispo de Efeso, el apologista Orígenes combatió enérgicamente el dogma de la condenación eterna y sostuvo que en la segunda venida de Cristo se redimirían aun los mismos demonios. Por lo tanto, la condenación eterna no prevaleció como dogma hasta mucho después del año 218 en que escribía Eusebio. FINAL NOTA) irán a reunirse con los dioses en el monte Meru.

Cotejados los conceptos cabalístico, nazareno y gnóstico acerca del Logos, Metatron o Mediador, fácilmente echaremos de ver el error de los Padres de la Iglesia al concretar un símbolo puramente metafísico en la personalidad de Jesús, que nos presentan como único sujeto de las profecías de todos los tiempos. Confundieron a Jesús con el mito teomítico para simbolizar la época inmediata a la terminación del círculo máximo en que «la buena nueva», desde el cielo anunciada, proclamaría la regeneración humana en el sentimiento de la fraternidad universal.

Dice Jesús:

¿Por qué me llamas bueno? Sólo uno es bueno que es Dios (NOTA: *Mateo*, XIX, 17. FINAL NOTA).

No son estas palabras propias de la segunda persona de la Trinidad idéntica a la primera. No es el lenguaje de un Dios. Por otra parte, si el Espíritu Santo de las Trinidades paganas y gnósticas estaba encarnado en la persona de Jesús, no se comprende qué quiso dar a entender al distinguir entre el «Hijo del Hombre» y el «Espíritu Santo» en las siguientes palabras:

Y todo el que profiera una palabra contra el Hijo del Hombre, perdonado le será; mas a quien blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado (NOTA: *Lucas, XII, 10. FINAL NOTA*).

Es verdaderamente admirable la identidad entre algunas frases de Jesús y las que siglos antes enunciaron cabalistas y paganos, como se infiere de los siguientes pasajes:

Ni dios ni hombre ni señor puede ser bueno. Tan sólo Dios es bueno (NOTA: *Hermes Trismegisto, VI, 55. FINAL NOTA*).

El hombre no puede ser bueno. Únicamente Dios es bondad (NOTA: *Platón: Protágoras; Cory, p. 274. FINAL NOTA*).

Mi doctrina es sencilla y de fácil comprensión (NOTA: *Confucio: Lûn-yû, cap. V, § 15. FINAL NOTA*).

La doctrina de nuestro maestro estriba en la invariable rectitud de corazón y en hacer a los demás lo que quisiéramos que hicieran con nosotros (NOTA: *Texto de un discípulo de Confucio, citado por Panthier: China, II, 375; Dunlap: Sod, el Hijo del Hombre, 97. FINAL NOTA*).

A Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros por virtudes y prodigios (NOTA: *Palabras de San Pedro. Hechos de los Apóstoles, II, 22. FINAL NOTA*).

Fué un hombre enviado de Dios que tenía por nombre Juan (NOTA: *San Juan, I, 6. FINAL NOTA*).

En este pasaje se equipara a Juan en dignidad con Jesús.

Juan el Bautista, en la solemne ocasión de bautizar a Jesús, no le trata como Dios sino como hombre, diciendo:

Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón... (NOTA: *Id., I, 30. FINAL NOTA*).

Al hablar de sí mismo dice Jesús:

Mas ahora me queréis matar siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios (NOTA: *Id., VIII, 40. FINAL NOTA*).

El ciego de Jerusalén, curado de su ceguera por el insigne taumaturgo, al relatar lleno de gratitud y admiración el milagro, no llama Dios a Jesús sino que sencillamente dice:

Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo y ungió mis ojos... (NOTA: *Id., IX, 11. FINAL NOTA*).

No hay necesidad de añadir más ejemplos en comprobación de una verdad aseverada antes de ahora por otros comentadores. No hay peor mal que el fanatismo obcecado, y pocos hombres tienen el valor de decir, como Priestley:

No encontramos prueba alguna de la divinidad de Jesucristo antes del año 141, época de San Justino, Mártir, quien del paganismo se convirtió al cristianismo (NOTA: *Priestley: Historia del cristianismo primitivo, p. 2, secc. 2. FINAL NOTA*).

Cerca de seiscientos años después de la muerte de Jesucristo, calificada de deicidio, apareció Mahoma (NOTA: *Nacido el año 571. FINAL NOTA*) cuando el mundo greco-romano era todavía presa de turbulencias religiosas y se resistía a consolidar en las costumbres el cristianismo impuesto por los edictos imperiales. Mientras los concilios discutían el texto bíblico, la unidad de Dios prevalecía contra el concepto de la Trinidad

y el número de musulmanes sobrepujaba al de cristianos, porque Mahoma no pretendió jamás igualarse con Dios, pues de lo contrario no hubiese difundido tan rápidamente su religión. Aún hoy los creyentes en Mahoma superan en número a los creyentes en Cristo. Gautama predicó como simple mortal siglos antes de Cristo y, sin embargo, su ética religiosa aventaja inmensamente en belleza moral a cuanto pudieron soñar Tertuliano y San Agustín.

El verdadero espíritu del cristianismo se echa de ver por entero en el budismo y parcialmente en las demás religiones calificadas de paganas. Gautama no se atribuyó naturaleza divina ni tampoco le divinizaron sus discípulos; y a pesar de ello, el budismo tiene hoy muchísimos más prosélitos que el cristianismo (NOTA: Entre la India, China, Japón y el Tíbet se cuentan cerca de 500 millones. FINAL NOTA). Pocos son los indoístas, budistas, mahometanos y judíos que apostatan de su fe, al paso que por los países occidentales se extiende de día en día la lepra del materialismo que amenaza corroer el propio corazón del cristianismo. En las naciones tan erróneamente llamadas paganas apenas hay ateos, y los pocos inficionados de materialismo pertenecen a las clases acomodadas de las ciudades populosas, donde abundan los europeos. Con mucha razón dice el obispo Kidder:

Si un sabio se viese precisado a elegir entre todas las religiones que se profesan en el mundo, seguramente dejaría en último término el cristianismo.

En un folleto copia Peebles del *Athenæum* de Londres un artículo en que se describe el dichoso estado de los virtuosos habitantes de Yarkand y Kashgar, y a manera de comentario exclama:

¡Benignos cielos! ¡No permitáis que los misioneros cristianos se acerquen a los felices y paganos tártaros! (NOTA: Peebles: *Jesús, ¿hombre, mito o Dios?* El autor fue un tiempo clérigo militante. FINAL NOTA).

Desde los primeros tiempos del cristianismo, el nombre de cristiano ha sido siempre más bien simulación que prueba de santidad. Véase cómo fustiga San Pablo a los fieles de Corinto en este pasaje:

Por cosa cierta se dice que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación, cual ni aun entre los gentiles; tanto, que alguno abusa de la mujer de su padre (NOTA: I *Corintios*, V, I. Este pasaje denota, al parecer, la influencia persa entre los corintios, pues la costumbre vituperada por Pablo, no se conocía en ninguna otra nación o en Persia donde la opinión pública la tenía por meritoria. También vemos que Abraham se casa con su hermana, Nahor con su sobrina, Amram con su tía y Judá con la viuda de su hijo. Los arios preferían los matrimonios endogámicos o con gentes del mismo país, al paso que los tártaros acostumbraban a casarse con extraños. FINAL NOTA).

San Pablo es el único apóstol digno de este título por el claro concepto que del incomparable filósofo y mártir de Galilea resplandece en sus *Epístolas*, no obstante las adulteraciones perpetradas en su texto por los canonistas (NOTA: Para mejor comprender la doctrina expuesta en las *Epístolas* de S. Pablo, con viene estudiar el *Logos* filoneo análogo al *Sabda* de la escuela mimansa. FINAL NOTA).

Respecto a los demás apóstoles y en particular a los evangelistas, no es posible fiar mucho en ellos desde el momento en que atribuyen a su maestro milagros relatados en los libros indos en iguales términos y circunstancias, como vemos, por ejemplo, en el conmovedor episodio de la resurrección de la hija de Jairo, que está copiado de análogo prodigio de Krishna, según demuestra el siguiente pasaje:

Quiso el rey Angashuna que se celebraran con gran pompa los desposorios de su hija, la hermosa Kalavatti, con Govinda, hijo de Vamadeva, el poderoso rey de Antarvédi. Pero mientras Kalavatti se solazaba en el bosque con sus compañeras, la mordió una culebra y murió de la mordedura. Angashuna rasgó sus vestiduras, cubrió de ceniza su cabeza y maldijo el día en que naciera.

De repente llegó a palacio el rumor de voces que repetían mil veces: ¡Pacya pitaram! ¡Pacya gurum! (¡El Padre! ¡El Maestro!). Entonces acercóse Krishna sonriente apoyado en el brazos de Arjuna... ¡Maestro! –exclamó Angashuna arrojándose a sus pies y regándolos con sus lágrimas, –¡mira mi pobre hija!– y le mostró el cuerpo de Kalavatti tendido sobre una estera.

–¿Por qué lloras? –preguntó entonces Krishna con suave acento–. ¿No ves que duerme? Escucha el rumor de su hálito parecido al suspiro del viento de la noche que acaricia las hojas de los árboles. Mira cómo se colorean sus mejillas; cómo tiemblan sus párpados a punto de abrirse; cómo se estremecen sus labios prontos a soltar la palabra. Está dormida. Yo te lo digo. ¡Mira!, ya se mueve. ¡Kalavatti! ¡Levántate y anda!

Al punto recobró el cuerpo el aliento, el color y la vida, y obediente la doncella al mandato de Krishna, levantóse y fué con sus compañeras.

La maravillada multitud exclamó: «Verdaderamente este es un dios, puesto que la muerte es sueño para él» (NOTA: Traducido del *Hari Purana*, por Jacolliot, en su obra: *Khristna y el Cristo*. FINAL NOTA).

Los evangelistas introdujeron en el cristianismo este y otros episodios, con añadidura de dogmas cuya extravagancia supera a los más delirantes conceptos del paganismo, pues necesitaron matar a su Dios para que de su muerte recibieran la vida espiritual, resultando de todo ello que la Iglesia ha convertido profanamente la corte celestial en una compañía de cómicos asalariados.

Seis siglos antes de la era cristiana zahirió ya Jenófonos la antropomorfización de Dios en una sátira citada por Clemente de Alejandria, que dice así:

Hay un Dios supremo sin forma ni naturaleza de hombre. Pero los engreídos mortales imaginan que los dioses tienen voz y cuerpo y sensaciones humanas. De la propia suerte, si los leones pudiesen valerse de manos como el hombre, pintarían a los dioses en figura de león y los caballos los pintarían en la de caballo y los bueyes en la de buey. Cada especie atribuiría a la Divinidad su propia forma y condición (NOTA: Clemente de Alejandria: *Stromateis*, V, 14, § 110.– Cita inserta en la obra *Religión sobrenatural*, I, 77. FINAL NOTA).

El panteísta poeta indo Vyasa (NOTA: En opinión de Jacolliot y otros orientalistas floreció Vyasa hace unos quince mil años. FINAL NOTA) dice al tratar de la ilusión de los sentidos (*Maya*):

Los dogmas religiosos sólo sirven para ofuscar la razón humana... El culto de las divinidades, cuyas alegorías encubren el respeto que el hombre siente por las leyes naturales, prostituye la verdad en provecho de las mas groseras supersticiones.

El arte cristiano pinta la figura del Todopoderoso según el cabalístico modelo del Anciano de los Días, como se ve en las pinturas y esculturas de los templos católicos, en las exornaciones de los misales y recientemente en los poéticos dibujos con que Gustavo Doré engalanó las páginas de la Biblia. La pavorosa majestad de Aquél a quien ningún pagano osó representar en figura concreta, toma bajo el lápiz de Doré la de un venerable anciano que, en el centro del caos y envuelto en nubes, ve el mundo a sus pies y con la mano izquierda recoge los pliegues de sus amplias vestiduras, mientras que mantiene la derecha levantada con imperioso ademán. Acaba de pronunciar el *Fiat* y toda su excelsa

persona irradia luz (NOTA: Shekinah. FINAL NOTA). Como alegoría gráfica honra esta composición al artista, pero no recibe Dios la misma honra. Vale más la abstención de los paganos en punto a representaciones, que las blasfemamente antropomórficas de la incognoscible Causa primaria. Si de este modo representan a Dios, no han de extrañarnos las más extravagantes iconografías de Cristo, los apóstoles y los santos (NOTA: El vulgo católico convierte al apóstol San Pedro en portero del cielo, como una especie de dependiente de la Trinidad con el encargo de recoger las entradas. En un motín ocurrido recientemente por cuestiones religiosas, en una república hispano-americana, se encontraron entre las ropas de los muertos unos pasaportes firmados por el obispo de la diócesis, ordenando a San Pedro que *admitiese en el cielo al portador como fiel hijo de la Iglesia*. Después se supo que el prelado había extendido estos curiosos documentos poco antes de estallar el motín promovido por el fanatismo religioso. FINAL NOTA).

En su afán de aducir pruebas de la autenticidad del *Nuevo Testamento*, incurren aun los más sinceros y mejor intencionados exégetas y teólogos en deplorables engaños. No cabe suponer que un comentador tan erudito como el canónigo Westcott desconociese los textos talmúdicos y cabalísticos, pues cita párrafos enteros de la obra: *El Pastor de Hermas*, para apuntar su sorprendente analogía con el Evangelio de San Juan, sin echar de ver que dichos párrafos están tomados de la literatura cabalística. Dice así Wescott:

El concepto que Hermas expone acerca de la naturaleza de Cristo y de la misión que trajo al mundo coincide con el de la doctrina apostólica y ofrece sorprendentes analogías con el Evangelio de San Juan. Para Hermas es Jesús comparable a una roca más alta que las montañas, capaz de sustentar el mundo... Es anterior a la creación y, sin embargo, abre nuevas puertas a la humanidad y recibe de su Padre consejos relativos a la creación... Nadie puede llegar al Padre sino por el Hijo (NOTA: De la obra: *El pastor de Hermas*, no queda ya ningún ejemplar, sino tan sólo una transcripción en la *Esticometria* de Nicéforo. Aunque hoy se la tiene por apócrifa, la cuenta Ireneo entre los libros sagrados y se leía en las asambleas. Tertuliano la atribuyó a inspiración divina; pero mudó este juicio en el contrario al abrazar el montanismo (Véanse a este propósito: *Religión sobrenatural*, I, 257; Ireneo: *Contra herejes*, IV, 20; Tertuliano: *De Orat*, pág. 12). FINAL NOTA).

Aunque el autor de *Religión sobrenatural* demuestra la analogía entre el texto de *El Pastor de Hermas* y el cuarto Evangelio, omite decir que las palabras de Hermas remedan con ligeras variaciones los textos cabalísticos, según podemos inferir del siguiente cotejo:

Dice Hermas:

Dios plantó la viña, esto es, creó a los hombres y dióles su Hijo para que lavasen sus pecados (NOTA: Lavó Cristo, según los cristianos, con su sangre los pecados del mundo y esta sangre está simbolizada en el vino de la consagración. FINAL NOTA).

Dice la *Kábala*:

El Anciano de los Ancianos, de Larga Faz, plantó una viña cuya vid es la vida. El espíritu del rey Mesías lava sus vestiduras en el vino de lo alto desde la creación del mundo (NOTA: *Zohar*, XL, p. 10. La viña simboliza el género humano y la vid la vida. Adam o A-Dam, significa «sangre», según se infiere de aquel pasaje que dice: La vida de la carne está en la sangre (nephesh o alma) (*Levítico*, XVII). Adam Kadmon es el Unigénito. Noé también planta una viña, símbolo de la humanidad postdiluviana. FINAL NOTA).

Dice el *Código de los nazarenos*:

Siete viñas planta Iavar Zivo y Ferho las riega... Cuando los bienaventurados suban a reunirse con las criaturas de Luz verán a Iavar Zivo, el Señor de Vida y primaria Vid (NOTA: *Código de los nazarenos*, II, 281 y III, 59, 60, 61. FINAL NOTA).

Dice el *Evangelio*:

Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador (NOTA: *San Juan*, XV, 1. FINAL NOTA).

Dice el *Génesis*:

No será quitado de Judá el cetro y de sus pies el legislador, hasta que venga el que ha de ser enviado (Shiloh)... Atando a la viña su pollino y a la vid, ¡oh hijo mío!, su asna. Lavará en el vino su vestido y en la sangre de uvas su palio (NOTA: XLIX, 10 y 11. Shiloh equivale al rey Mesías y también fue el nombre de la ciudad de Efraín destinada a capital del santuario. El teólogo caldeo Onkeles dice como Jacob: «Hasta que venga el rey Mesías». La profecía no se ha cumplido ni en sentido cabalístico ni cristiano. El cetro salió de las manos de Judá, haya venido o haya de venir el Mesías, a no ser que con los cabalistas creamos que Moisés fue el primer Mesías y reencarnó en Josué. Conviene advertir que en hebreo son idénticos los nombres de Josué y de Jesús. En las *Biblias* eslavas se echa de ver la identidad de ambos nombres. FINAL NOTA).

Dice Hermas:

Y en medio de la llanura me enseñó una gran roca *blanca* que de allí se levantaba y la roca era más alta que las montañas, de configuración rectangular a propósito para sostener el mundo entero. En la roca estaba tallada una puerta cuya labra me pareció reciente a pesar de ser muy antigua la roca.

Dice el *Zohar*:

A cuarenta mil mundos superiores se extiende la *blancura* de su cabeza (NOTA: *Se refiere al Absoluto*. FINAL NOTA). Cuando por virtud de los setenta nombres del Metatron descienda Seir (NOTA: *Primera emanación o reflejo de su Padre el Anciano de los Ancianos*. FINAL NOTA) a Iezirah (NOTA: *El tercer mundo*. FINAL NOTA) abrirá una nueva puerta... El espíritu decisorio cortará en dos partes la vestidura (NOTA: *Shekinah*. FINAL NOTA)... Al advenimiento del rey Mesías, de la sagrada piedra cúbica del templo se levantará durante cuarenta días una *luz blanca* que se irá difundiendo hasta cubrir el mundo entero... Entonces se dará a conocer el rey Mesías y se le verá salir por la puerta del Edén... Aparecerá en la tierra de Galil... Cuando haya satisfecho los pecados de Israel guiará a los hombres por una nueva puerta hacia el tribunal... En la *Puerta de la mansión de Vida* está dispuesto el trono para el Señor del Esplendor (NOTA: *Pasajes entresacados de las obras siguientes: Idra Rabba*, III, § 41; *Kábala revelada*, II, 230; *Libro de los compañeros babilónicos*, p. 35; *Zohar*, II; *Midrash Hashirim*, Rabino Akaba; *Midrash Koheleth*, II, p. 45; *Código de los nazarenos*, III, 60. FINAL NOTA).

Más adelante dice el comentador:

La *roca* y la *puerta* simbolizan el Hijo de Dios. Pero ¿cómo puede ser la roca vieja y la puerta nueva? A esto me respondió el Señor: Escucha y compréndelo, hombre ignorante. El Hijo de Dios es anterior a la creación y de su Padre recibió consejo en sus obras. Por esto es viejo (NOTA: *Sobre el canon*, p. 178. FINAL NOTA).

Lo mismo dicen invariablemente, no sólo los cabalistas, sino también los indoístas.

Del Código de los nazarenos:

Vidi virum excellentem celi terraque conditore natu majorem. Vi al varón más excelente, anterior en nacimiento al Hacedor de cielos y tierra (NOTA: II, p. 57; Norberg, *Onomasticon*; Dunlap, *Sod, el Hijo del Hombre*, p. 103. FINAL NOTA).

El Dionisio de los misterios eleusinos llamado también Iacchos, Iaccho o lahoh (NOTA: Movers: I, 553; K.O. Müller, *Historia de la literatura griega*, 238; Preller: I, 484. FINAL NOTA) que había de libertar a las almas, era anterior al Demiurgo. En los misterios del Anthesteria, después del bautismo purificador en el agua de los lagos (*limnæ*) pasaban los iniciados (*mystæ*) por una puerta dispuesta a propósito para este objeto, llamada puerta de Dionisio o de los purificados.

En el *Zohar*, el Demiurgo dice al Señor: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» (NOTA: *Zohar*, I, 25. FINAL NOTA). En el *Génesis* se lee: Los Elohim (NOTA: Erróneamente traducido por la Divinidad suprema. FINAL NOTA) dijeron: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». En los Vedas, Brahma toma consejo de Parabrahma sobre la mejor manera de crear el mundo.

Según expone el canónigo Westcott, pregunta Hermas:

—¿Y por qué es *nueva* la puerta?, ¡oh Señor!

—Porque se manifestó el último día de la gracia, a fin de que por ella entren en el reino de Dios cuantos sean salvos (NOTA: *Simil*, IX, 12; *Religión sobrenatural*, I, 257. FINAL NOTA).

En este pasaje se advierte la errónea afirmación de que Jesús se manifestó como Mesías en la plenitud de los tiempos que aun han de llegar, no obstante los vaticinios atribuidos a inspiración divina que la daban por llegada al advenimiento del que supusieron el Mesías prometido.

El evangelista San Juan incurrió en el mismo error de que tan engañosas interpretaciones se derivaron entre los cristianos ortodoxos por tomar al pie de la letra las alegorías del texto evangélico. Por otra parte, la plenitud de los tiempos no pudo profetizarse ni siquiera aproximadamente, pues hubiera contradicho al evangelista Marcos cuando dice: «Más de aquel día ni de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo ni el Hijo, sino el Padre» (NOTA: *Marcos*, XIII, 32. FINAL NOTA).

Los cristianos tomaron indudablemente esta creencia del *Apocalipsis*, lo cual nos demuestra su filiación cabalista y pagana, pues, en efecto, se refería a un ciclo que, según sus cálculos, terminaba a últimos del siglo I. En corroboración de ello podemos aducir también que los evangelistas Marcos y Juan no se conocían lo suficientemente uno a otro. Filo designó el Logos con el sobrenombre de *Petra* (roca) que, según ya vimos, significa «intérprete» en lenguas caldea y fenicia. Justino Mártir le da en todas sus obras el título de Ángel y distingue entre el Logos y el Creador, diciendo a este propósito:

El Verbo de Dios es el Hijo de Dios y también el Ángel y el Apóstol, porque manifiesta (interpreta) cuanto debemos saber y fue enviado para manifestar lo que ha de ser revelado (NOTA: *Apologías*, I, 63. FINAL NOTA).

Veamos otro texto:

El Adán inferior está distribuido en sus propios senderos, en treinta y dos líneas de sendero y nadie le conoce sino por Seir. Pero nadie conoce al Adán superior ni sus senderos excepto el de Larga Faz (NOTA: *Idra Rabba*, X, p. 177. FINAL NOTA).

Larga Faz es el Supremo Dios. Seir equivale al nazareno Ebel-Zivo, el Legado o Apóstol Gabriel (NOTA: Véase *Código de los nazarenos*, I, 23. FINAL NOTA). Los nazarenos sostenían con los cabalistas que ni el Mesías que había de venir conocía al Adán Superior, con lo cual daban a entender que más allá de la Divinidad manifestada se encubría la inmanifestada. Seir-Anpin es para los cabalistas el tercer Dios, mientras que el Logos, según Filo Judeo, es el segundo (NOTA: Dice Filo que el *Logos* es el intérprete del supremo Dios y opina que la imperfección del hombre lo considera como la única Divinidad. (*Leg Alleg*, III, § 73). Por lo tanto, el hombre no fue creado a imagen y semejanza del Padre, sino del Verbo o Logos (Filo: *Fragmentos*, I; Eusebio: *Præpar., Evang.*, VII, 13). FINAL NOTA). Esto aparece más claro en el siguiente pasaje:

El falso Mesías dirá: «Yo soy Dios, el Hijo de Dios. Mi Padre me envió... Soy el primer mensajero. Soy Ebel Zivo, y vengo de lo alto». Pero no le creáis, porque no será Ebel Zivo, pues Ebel Zivo no querrá ser visto en esta edad (NOTA: *Código de los nazarenos*, 57; *Sod, el Hijo del Hombre*, 59. FINAL NOTA).

De aquí que algunos gnósticos opinen que el ángel de la Anunciación no fue Ebel-Zivo (Gabriel) sino Ilda-Baoth, quien formó el cuerpo físico de Jesús en el que se infundió *Christos* en el momento del bautismo en el Jordán.

No cabe dudar, como asegura Nork (NOTA: *Cien y una preguntas*, p. XVII; Dunlap, *Sod, el Hijo del Hombre*, p. 87. El autor citado Nork dice que parte del *Midrashim* y del *Targum* de Onkelos es anterior al *Nuevo Testamento*. FINAL NOTA), de que los padres de la Iglesia conocieron en traducción griega el *Bereshith Rabba*, la parte más antigua del *Midrash Rabboth*. Pero si por una parte conocían las religiones de los países vecinos lo suficientemente para dar a su religión un aspecto que de las demás las distinguiera externamente, en cambio era lastimosa la ignorancia en que estaban del *Antiguo Testamento* y de la filosofía griega (NOTA: Prueba de ello tenemos en que en el Evangelio de San Mateo (XXVII-9), se atribuye al profeta Jeremías un pasaje de Zacarías (XI, 12, 13), según advierte el autor de *Religión sobrenatural*. En el de San Marcos (I, 2) se atribuye a Isaías una frase de Malaquías (III, 1). En la primera *epístola a los Corintios* (II, 9) se cita como si fuese de la *Sagrada Escritura* un párrafo que no se encuentra en parte alguna del *Antiguo Testamento*, sino que según dicen Orígenes (Tract., XXXV) y San Jerónimo, está tomado de una obra apócrifa titulada *La revelación de Elías*. También se cita este mismo párrafo en la titulada *Epístola de Clemente a los Corintios*, XXXIV. FINAL NOTA).

Tan vacilantes andaban los piadosos Padres de la Iglesia en el análisis de las herejías, que Hipólito tomó por el de un heresiarca el nombre de *Kol-Arbas* con que los valentinianos designaban la sagrada Tetrada pitagórica (NOTA: En el mismo error incurrieron Tertuliano y Filostrio, según demuestra el autor de *Religión sobrenatural* (II, 217) quien dice que la inseguridad de los Padres corre parejas con su falta de juicio crítico. Al comentar un pasaje de Ireneo (*Contra herejes*, I, pág. 14) cree Hipólito que con el nombre de *Kol-Arbas* (sagrada Tetrada) designa Ireneo a un heresiarca, e imbuido de este error afirma al tratar de las doctrinas de Secundo, Tolomeo y Heracleón, que Marco y *Colarbaso* fueron los sucesores de Valentino en la jefatura de esta escuela gnóstica (Bunsen: *Hipólito y su tiempo*, 54; *Ref. Omn. Her.*, IV, § 13). FINAL NOTA).

Aparte de estos involuntarios errores, tenemos las deliberadas adulteraciones de las doctrinas ajenas. Ejemplo de ello nos dan: la conversión de la mitológica *aura placida* (brisa suave) en dos supuestas mártires cristianas Aura y Plácida (NOTA: Higgins: *Anacalipsis*. FINAL NOTA); la santificación de una *lanza* y de una *capa* bajo los nombres de San Longínos y San Amfíbolo (NOTA: Inman: *Simbolismos pagano y cristiano*, 84. FINAL NOTA); y las citas erróneamente anotadas por los Padres de la Iglesia referentes a profetas que jamás dijeron lo que en ellas se les atribuye. Ante semejantes confusiones

cabe preguntar con asombro si desde la muerte del insigne Maestro ha sido la teología cristiana algo más que un delirio incoherente.

La malicia de los Padres de la Iglesia en su afán de combatir herejías, llega al extremo de sostener sin rebozo las más descabelladas falsedades e inventar relatos enteros con propósito de cohonestarlas a los ojos de los ignorantes. La donosa confusión de Hipólito al tomar por un heresiarca el nombre de la Tetrada, diciendo que *Kolorbaso* explicaba su doctrina con números y medidas (NOTA: Observa el autor de *Religión sobrenatural* que este absurdo error denota el desconocimiento en que los teólogos cristianos estaban de las doctrinas gnósticas que intentaban combatir y de cuán ciegamente seguían unos las opiniones de otros. (*Religión sobrenatural*, II, 218). FINAL NOTA), no hubiera tenido otra consecuencia que la ridiculez del error, de no insistir después Epifanio (NOTA: Según dice King en su obra *Los gnósticos y sus huellas*, (p. 182, nota 3), era Epifanio gnóstico al principiar la persecución contra éstos, y se convirtió al cristianismo con tan vehemente celo contra sus ex correligionarios, que no tuvo reparo en acusarles calumniosamente de hechos de que tal vez se hubiese visto inculpaado de seguir entre los gnósticos. Por declaración de Epifanio fueron desterradas setenta señoras, de familia principal muchas de ellas. FINAL NOTA) deliberadamente en mantenerlo, al afirmar contra su íntimo sentir que «un tal Heracleón sucedió al heresiarca *Colorbaso*» (NOTA: Epifanio: *Herejías*, XXXVI, § I, 262; cita de *Religión sobrenatural*. Véase también Volkmar: *La gnosis de Colorbaso en los Anales de la Historia de la Teología*, por Niedner. FINAL NOTA).

Estos solapados procedimientos acabaron con los gnósticos, únicos que poseían algunas migajas del puro cristianismo primitivo. En la época de los Padres todo fue tumulto y embrollo hasta el momento en que la definición de los dogmas cortó el vuelo a toda discutible discrepancia de opiniones. Durante largos siglos se castigó con severas penas, incluso a veces la de muerte, la sustentación de doctrinas contrarias a las definidas dogmáticamente por la Iglesia, encubriéndolas bajo velo de misterio; pero desde que los exégetas se resolvieron a poner cada cosa en su punto, quedó invertida la situación de ambas partes, de modo que los despojados paganos acuden en demanda de lo que se les usurpara y dan motivo para recelar de la ruidosa quiebra de la teología cristiana. A esto la condujo el fanatismo de la secta sedicente ortodoxa, cuyos secuaces no fueron ni los «más cortesés ni los más cultos ni los más ricos de entre los cristianos», como de los gnósticos asegura que fueron el autor de la *Decadencia y caída del imperio romano*. Los gnósticos no se mancharon con la sangre de quienes discrepaban de su opinión. Sin embargo, tampoco creemos exacto el juicio de Renán cuando dice que todos los ortodoxos *echaban olor de ajo*. De esta suerte quedaron los gnósticos arrollados por las supersticiosas e ignorantes muchedumbres. Perecieron los amantes de la verdad, los filaleteos de la escuela armónica, y las vociferaciones de las turbas cristianas resonaron en los mismos lugares donde la sabia doncella Hipatía enseñó sublimes filosofías y declaró Amonio Saccas que el propósito de Cristo había sido restaurar en su prístina pureza la sabiduría antigua y eliminar de las religiones confesionales los errores con que la superstición las adulteraba (NOTA: Mosheim. FINAL NOTA). En vez de la voz del aleccionado por Dios, se oían los iracundos chillidos del cruel fanatismo supersticioso.

Decía San Jerónimo:

Si tu padre se tendiera en el umbral de tu casa y si tu madre te mostrase los pechos a que te amamantó, pasa por encima de tu padre y pisotea los pechos de tu madre, para, sin verter ni una lágrima, acudir al llamamiento del Señor.

Digno par del precedente pasaje es, por su espíritu el siguiente, en que Tertuliano declara su deseo de ver en los infiernos a los filósofos paganos, diciendo:

¡Qué magnífica escena! ¡Cómo me regocijaría! ¡Qué alborozo!, ¡qué triunfo cuando a esos ilustres monarcas de quienes se dice que subieron al cielo, los oiga yo gemir con su dios Júpiter en las más profundas simas del infierno. Entonces los sayones que persiguieron el nombre de Cristo arderán en un fuego incomparablemente más vivo que el de las hogueras encendidas para abrasar a los mártires (NOTA: Tertuliano: *Despedæ*, XXX. FINAL NOTA).

Todavía alienta este espíritu de crueldad en el dogmatismo cristiano contra el que se levantan opuestamente las enseñanzas de Cristo. Dice Eliphaz Levi a este propósito:

El Dios en cuyo nombre hemos de pisotear los maternales senos merece que nos lo representemos blandiendo la exterminadora espada con el infierno abierto a sus pies. Moloch quemaba en pocos instantes a los niños que en sacrificio se le ofrecían; pero estaba reservado a los discípulos del que para redimir a la humanidad murió en la cruz, forjar un nuevo Moloch cuya pira arda eternamente (NOTA: Cita de Mosheim: *Historia eclesiástica*, V, § 5. FINAL NOTA).

En América también empieza a estragar los ánimos la perversión del espíritu del cristianismo, y prueba de ello nos dan las siguientes palabras del fanático reformador Moody que exclama:

Un Hijo tengo y Dios sabe cuánto le amo; pero preferiría que hoy mismo le sacaran los ojos, antes de que llegase a hombre sin fe ni esperanza en Cristo.

A esto replica muy juiciosamente un periódico de Chicago:

Tal es el espíritu de la inquisición que muchos creen desvanecido. Si el fanatismo de Moody le incita a la contingencia de arrancarle los ojos a su propio hijo ¿qué no haría con los hijos de los demás? Tal es el espíritu de Loyola que en pleno siglo XIX sigue con sus jerigonzas; y gracias a que la ley civil le detiene el brazo, no vuelve a encender las hogueras y a caldear al rojo vivo los instrumentos de tortura.

CAPÍTULO XXI

Bajan las cortinas del Ayer y se alzan las del Mañana: pero el Ayer y el Mañana existen.
SARTOR RESARTUS, *Sobrenaturalismo natural*

¿No ha de permitírse nos depurar la autenticidad de la Biblia, que desde el siglo II sirvió de criterio a la verdad científica? Para mantenerse en tan alto puesto, debe desafiar a la crítica humana.

DRAPER, *Conflictos entre la religión y la ciencia*

Un beso de Nara en los labios de Nari despierta a la Naturaleza toda.

VINA SNATI, (poeta indo)

No debemos olvidar que los actuales Evangelios canónicos, y por tanto el dogmatismo cristiano, dimanaban del *sortes sanctorum*, pues en la duda de cuál de los numerosos textos corrientes en su tiempo fuese el inspirado por Dios, el concilio de Nicea resolvió someter tan embrollada cuestión a los milagros de la suerte. Bien podemos calificar de misterioso el concilio de Nicea, porque asistieron trescientos diez y ocho obispos, número místico al que Barnabas (NOTA: VIII, 11, 12, 13. FINAL NOTA) atribuye capital importancia; aparte de que los autores de la época discrepan en cuanto al lugar y fecha de su celebración y al obispo que presidió las sesiones. No obstante el grandilocuente elogio de Constantino (NOTA: Sócrates: *Historia eclesiástica*, I, IX. FINAL NOTA), afirma Sabino, obispo de Heraclea, que, exceptuando al emperador y a Eusebio Panfilio, todos los miembros de la asamblea eran gentes *indoctas y sencillas* que no entendían nada de lo que se trataba, es decir, que eran una grey de mentecatos. Igualmente opinaba Pappus (NOTA: *Synodicon*. FINAL NOTA), quien refiere cómo los obispos de Nicea se valieron de un procedimiento con ribetes de magia para decidir cuáles eran los Evangelios auténticos, pues colocaron todos los textos sometidos a examen sobre el ara del altar e impetraron de Dios la gracia de que cayeran al suelo los textos apócrifos y quedaran en el altar los inspirados, como así sucedió, por supuesto (NOTA: Sin embargo, convendría saber quién guardó las llaves de la iglesia aquella noche. FINAL NOTA).

Apoyados en la autoridad de un testigo presencial y eclesiástico por añadidura, podemos afirmar que el mundo cristiano debe su «palabra de Dios» a un procedimiento adivinatorio, por cuyo empleo quemó posteriormente la Iglesia a miles de evocadores, magos, hechiceros, encantadores y adivinos. Sin embargo, los Padres de la Iglesia dicen que el mismo Dios preside las *sortes sanctorum*, y según ya indicamos, confiesa San Agustín que se valía de este procedimiento de adivinación. Pero las opiniones están expuestas a iguales mudanzas que los dogmas religiosos; y los textos atribuidos durante quince siglos a inspiración del Espíritu Santo, sin que se pudiera alterar en ellos ni punto ni coma, han sido en estos últimos tiempos revisados, corregidos y amputados de modo que, no sólo versículos, sino capítulos enteros se eliminaron de las primitivas ediciones. No obstante, la Iglesia exige que tengamos por Escritura revelada el texto salido de manos de los revisores, so pena de excomulgarnos por herejes. Así vemos que tanto *dentro* como *fuera* de sus recintos pretende la infalible Iglesia que se confíe en ella más de lo razonable y conveniente.

Los teólogos medioevales cohonestaban la práctica del *sortes sanctorum* en el siguiente versículo:

Las suertes se meten en el seno, mas el Señor dispone de ellas (NOTA: *Proverbios*, XVI, 33.— En Egipto, Israel y Grecia se empleaban en las suertes adivinatorias unos bastoncitos

con sus correspondientes bolitas, de cuya disposición al echarlas al suelo colegian los sacerdotes la voluntad divina. FINAL NOTA).

En cambio, los teólogos contemporáneos aseguran que toda traza de sortilegio es obra del diablo. Tal vez se amoldan inconscientemente en este punto a la doctrina de los bardesanos, según la cual, tanto las obras de Dios como las del hombre están sujetas a la *necesidad*.

De acuerdo también con la *necesidad* combatió tan ásperamente la plebe cristiana a los neoplatónicos en aquellos días en que tan sólo unos cuantos filósofos conocían las olvidadas doctrinas de los naturalistas indos y de los antediluvianos pirroneos, con la particularidad de que las antiguas profecías para nada mencionaron a Darwin y sus descubrimientos, pues en este caso falló la ley de la supervivencia del más apto, por cuanto los *neoplatónicos quedaron condenados a muerte desde el día en que se pusieron al lado de Aristóteles*.

A principios del siglo IV estaba muy frecuentada por el pueblo la academia donde la sabia e infortunada Hipatia enseñaba las doctrinas del divino Platón y de Plotino, dificultando con ello el proselitismo cristiano, pues descubría el fundamento de los misterios religiosos pergeñados por los Padres de la Iglesia y declaraba el origen platónico del idealismo que la nueva religión se había apropiado para seducir a gran número de gentiles. Además, Hipatia era discípula de Plutarco, jefe de la escuela ateniense, y conocía los secretos de la teurgia, por lo que sus enseñanzas eran un gravísimo obstáculo para la creencia popular en los milagros, cuya causa podía explicar satisfactoriamente la insigne maestra. No es, pues, extraño que su sabiduría y su elocuencia concitasen contra ella la animadversión de Cirilo, obispo de Alejandria, cuya autoridad se apoyaba en degradantes supersticiones, al paso que la de Hipatia tenía por fundamento la incommovible roca de las leyes naturales (NOTA: Es muy curioso que en su *Vidas de los Padres de la Iglesia* tenga Cave por increíble la participación moral de Cirilo en el asesinato de Hipatia, diciendo que «no hubiera sido tal crimen propio de su carácter». Sin embargo, todo cabe sospecharlo de un hombre que, como Cirilo, enajena los vasos sagrados de la Iglesia, y después de malversar el producto de la venta, miente en el proceso incoado al efecto. FINAL NOTA).

Por otra parte, en aquella ocasión la Iglesia había de defender, no ya su futura supremacía, sino su propia existencia, porque los filósofos paganos y los eruditos gnósticos conocían el mecanismo de todo aquel retablo teológico y una vez descorrida la cortina quedaría al descubierto la trabazón entre las creencias paganas y las de la nueva religión, desvaneciéndose el temor que infundía el misterio cuyo escrutinio era sacrilegio.

La sorprendente coincidencia de las alegorías astronómicas de los ritos paganos con las fechas en que el cristianismo conmemora la natividad, muerte y resurrección de Jesús, aparte de la identidad de ritos y ceremonias, hubieran atajado los pasos de la nueva religión si sus doctores, so pretexto de servir a Cristo, no se desembarazaran violentamente de los demasiado bien informados filósofos paganos. De haber fracasado en su día aquel verdadero golpe de mano, seguramente fuera muy otra la religión hoy dominante en occidente, y no hubiese sobrevenido la tenebrosa noche medioeval que degradó a los europeos hasta ponerlos casi al mismo nivel de los papús.

Fundado era, por, lo tanto, el temor de los cristianos de Alejandria, y desde un principio creyeron recompensado su piadoso celo, pues cuando el populacho derribó el *Serapión* y fue preciso que el gobierno imperial apaciguara la contienda suscitada entre paganos y cristianos, se descubrió en las losas de granito del recinto interior del destruido templo una cruz de innegable configuración cristiana, que los monjes cuidaron de atribuir, para cohonestar su procedencia antecristiana, a espíritu de previsión y profecía, como con aire triunfal lo declara así Sozomeno (NOTA: *Historiador eclesiástico del siglo V, tan*

parcial como tendencioso, y por lo tanto indigno de crédito. Su historia de las luchas entre paganos neoplatónicos y cristianos de Alejandria y Constantinopla, desde 324 a 439, dedicada al emperador Teodosio, es un tejido de inexactitudes deliberadas. (Ed. «Reading» *Cantab.*, 1720, fol. Traducción publicada por la casa Plon hermanos de París). FINAL NOTA). Pero la arqueología y la simbología, implacables enemigos de las adulteraciones clericales, descifraron los jeroglíficos que rodeaban la cruz y coligieron de ellos su verdadero significado.

Según King y otros arqueólogos, la cruz descubierta en las ruinas del *Serapión* de Alejandria era símbolo de la vida eterna y se usaba en los misterios eleusinos a semejanza de la *tau* o cruz egipcia. Era también emblema de la dual potencia generadora, y la colocaba el hierofante sobre el pecho del recién iniciado o nacido a nueva vida luego de recibir el bautismo, para denotar que su naturaleza inferior se había elevado por la regeneración hasta unirse con su divino espíritu, capacitándole para ascender a la gloriosa y lumínica mansión eleusina. La cruz tau era talismán mágico al par que emblema religioso, y los cristianos la tomaron de los gnósticos y cabalistas entre quienes gozaba de mucho predicamento, como lo atestiguan las numerosas joyas en que se ve grabada. Los gnósticos recibieron a su vez de los egipcios la tau o cruz con mango, y la cruz latina la importaron de la India los misioneros budistas dos o tres siglos antes de Cristo. Tanto los indos como los indígenas de la América precolombina, los asirios, egipcios y romanos usaban la misma cruz con ligeras modificaciones. Hasta muy entrada la Edad Media se consideró la cruz como un potente amuleto contra la epilepsia y la obsesión demoníaca; y el «sello del Dios vivo», que según el *Apocalipsis* llevaba el ángel que venía de Oriente para estigmatizar la frente de los «siervos de Dios», no era ni más ni menos que la tau egipcia. En una vidriera de la abadía de San Dionisio (Francia) está representado el ángel del *Apocalipsis* en actitud de sellar la frente del elegido con este sello, cuya inscripción dice: *signum Tay*. Por otra parte, observa King que las imágenes del eremita egipcio San Antonio Abad llevan generalmente este mismo sello (NOTA: *Joyas de los cristianos ortodoxos*, I, p. 135. FINAL NOTA). El cristiano San Juan, el egipcio Hermes y los brahmanes indos nos explican el verdadero significado de la cruz tau, que para el evangelista era indudablemente el «Nombre inefable», puesto que llama a la cruz «sello del Dios vivo» y más adelante dice: *el nombre del Padre escrito en su frente* (NOTA: *Apocalipsis*, XIV, I. FINAL NOTA).

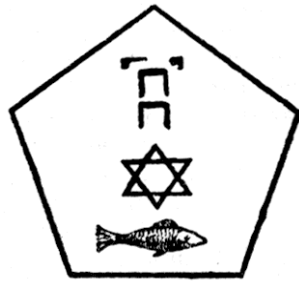
El brahmâtma o jefe de los iniciados indos llevaba en su atavío dos llaves cruzadas, como símbolo del misterio de vida y muerte. En algunas pagodas budistas de Tartaria y Mongolia la entrada del recinto interior, la escalera que conduce al *Dâgoba* (NOTA: *Temples en forma de rotonda donde se guardan las reliquias de Gautama*. FINAL NOTA) y los pórticos de algunos *prachidas* (NOTA: *Mausoleos o panteones*. FINAL NOTA) están adornados con dos peces en cruz, análogos a los del Zodíaco; y no debe extrañarnos que la *Vesica piscis* de las catacumbas de Roma sea remedo del signo zodiacal budista. Tan antiguo es este símbolo, que según tradición masónica, los cimientos del templo de Salomón tenían la forma de tau triple.

El significado místico de la cruz egipcia se refiere al dualismo andrógino de todas las manifestaciones de la Naturaleza dimanantes del concepto de una Divinidad también andrógina, mientras que el emblema cristiano no tiene ningún fundamento metafísico.

Si hubiese prevalecido la ley mosaica, sin duda que sufriera Jesús la pena de lapidación (NOTA: *Los anales talmudistas dicen que Jesús fue primero ahorcado y luego lapidado, su cadáver y sepultado en la confluencia de dos ríos. (Mishna Sanhedrin, VI, 4; Talmud de Babilonia, 43ª-67ª). FINAL NOTA*), pues la cruz era el instrumento de suplicio acostumbrado entre los romanos, que le llamaban «árbol de infamia», desconocido como tal en las naciones semíticas. Hasta mucho después no lo adoptaron los cristianos por símbolo, sino que al contrario, durante las dos primeras décadas lo recordaban los apóstoles con horror. Así, pues, resulta indudable que al hablar San Juan del «sello del Dios

vivo» no se refería en modo alguno a la cruz cristiana sino a la tau egipcia, Tetragrámaton o nombre inefable, que en los más antiguos talismanes cabalísticos aparecía expresado por las cuatro letras hebreas componentes de la «palabra sagrada».

La famosa señora Ellenborough, conocida entre los árabes de Damasco y las tribus del desierto por el sobrenombre de *Hanum Medjuye*, tenía un talismán, regalo de un druso del monte Líbano, que por cierto signo del extremo izquierdo se coligió que era una de aquellas piedras llamadas en Palestina amuletos mesiánicos del siglo II o III de la era cristiana. Este talismán es una piedra pentagonal de color verde, en cuya parte inferior aparece grabado un pez, encima del cual se ve el sello de Salomón (NOTA: La figura del texto es de doble tamaño del natural. No sabemos por qué representa King en su obra: *Joyas gnósticas* el sello de Salomón en forma de estrella de cinco puntas, cuando tiene seis, y en la India es el sello de Vishnú. FINAL NOTA) y más arriba las cuatro letras caldeas: *jod, he, vau, he*, componentes de IAHO (nombre de la Divinidad), dispuestas de abajo arriba en orden inverso a estilo de tau egipcia (NOTA: Alrededor de estas figuras se lee una inscripción que no debemos reproducir. FINAL NOTA), cuyo significado místico; lo mismo que el de la cruz ansata, es árbol de vida.



Ya sabemos que antes de representar plásticamente la imagen de Jesús, los emblemas empleados por los primitivos cristianos fueron el Cordero, el Buen Pastor y el Pez. De lo antes dicho se infiere con toda claridad el origen de este último emblema que tanto ha conturbado a los arqueólogos. Todo el secreto está en que mientras la *Kábala* llama al Rey Mesías el intérprete o Revelador del misterio y lo considera como la *quinta* emanación, el Talmud designa al Mesías con el nombre de *Dag* o *Pez*. Este símbolo es una reminiscencia caldea relacionada, según de su mismo nombre se infiere, con el *Dagón* u *Hombre-Pez* de los babilonios, que se aparecía a las gentes para instruir las e interpretar las enseñanzas. Abarbanel explica la significación del simbólico nombre diciendo que el Mesías vendrá cuando los planetas Júpiter y Saturno se presenten en conjunción en el signo *Piscis* (NOTA: En su obra: *Los gnósticos y sus huellas*, reproduce King la figura de un símbolo cristiano muy en uso durante la Edad Media, consistente en tres peces entrelazados en un triángulo con las cinco letras I.X.ΘΥΣ grabadas en él. Conviene advertir que el número cinco era sacratísimo para los pitagóricos y se relaciona con análogo cómputo cabalístico. FINAL NOTA). Deseosos los cristianos de divulgar la creencia de que Cristo era el Mesías prometido, no vacilaron en adoptar el emblema del pez, sin percatarse de que era un remedo del *Dagón* babilónico.

Los primitivos cristianos relacionaban estrechamente su concepto de Jesús con los símbolos paganos y cabalísticos, según se colige de la siguiente exhortación dirigida por Clemente de Alejandria a sus correligionarios: «Procurad que la piedra de vuestro anillo lleve grabada o bien una paloma, o un buque impelido por el viento (*Argha*), o bien un pez». ¿Se acordaría el buen padre al escribir esto de aquel Joshua hijo de Nun, llamado Jesús en las versiones griegas y eslavas, o habría olvidado la verdadera significación de aquellos símbolos paganos? Joshua, hijo de Nun o Nave (*Navis*), pudo muy bien haber adoptado por emblema una *nave* o un pez, pues el nombre de Joshua o Jesús significa hijo del dios-peze; pero era muy incongruente relacionar la nave, la paloma y el pez, emblemas

de Venus, Astarté y otras divinidades femeninas del indoísmo con el nacimiento del que consideraban Hijo de Dios; a no ser que, según toda probabilidad, apenas distinguieran a la sazón las gentes entre Cristo, Baco, Apolo y Khristna, quien, como primer avatar de Vishnú, tuvo el pez por símbolo.

El Hari-Purâna y otros textos induistas dicen que Vishnú tomó la figura de pez con cabeza humana para recobrar los *Vedas* perdidos en el diluvio, pues luego de haber facilitado a Visvamitra y su tribu los medios de escapar del cataclismo, compadeciéndose de la ignorante humanidad y permaneció entre ellos por algún tiempo con objeto de enseñarles a edificar moradas, cultivar la tierra y adorar a la desconocida Divinidad, cuyo representante era, en templos regidos por instituciones culturales. Todo aquel tiempo se mantuvo Vishnú en figura de pez con cabeza humana, y cada día al ponerse el sol se retiraba al fondo del mar hasta la siguiente aurora. Sobre esto, dice el *Hari-Purâna*:

Después del diluvio enseñó Vishnú a los hombres todo cuanto les era necesario para su dicha, hasta que un día se sumergió en el agua y no volvió a salir porque la tierra estaba ya nuevamente cubierta de plantas y animales. Pero Vishnú había enseñado a los brahmanes el secreto de todas las cosas.

De esta alegoría tomó indudablemente el caldeo Berosio el argumento de la fábula de Oannes, el hombre-pez, equivalente a Vishnú (NOTA: De lo contrario, habríamos de admitir el absurdo histórico de que la India recibió la civilización de Caldea. FINAL NOTA).

Para no afirmar nada por nuestra sola autoridad, nos apoyaremos en la de Jacolliot, a quien nadie deja de tener por muy erudito sanscritista, aunque algunos le hayan echado en cara sus deficiencias en otros puntos y más particularmente en cronología (NOTA: Sin embargo, es mucho más seguro Jacolliot en punto a fechas, que otros eruditos para quienes no hay ningún texto sánscrito anterior al Concilio de Nicea. FINAL NOTA). Analiza Jacolliot el nombre *Oannes* y dice que la *O* hace en esta palabra oficio de interjección admirativa, y que la sílaba *an* es tina raíz que denota *espíritu* o *ser* (NOTA: De esto cabe inferir que a palabra griega *dæmon* significa etimológicamente *semi-espíritu* o *semi-dios*. FINAL NOTA). Sobre este punto, añade Jacolliot:

La fábula de Vishnú en figura de pez es nueva prueba de la estupenda antigüedad de las subalternas Escrituras induistas, aparte de los *Vedas* y el *Código de Manú* a que los más auténticos documentos asignan veinticinco mil años de existencia. Como dice el erudito Halhed, pocos pueblos superan al indio en la exactitud de sus anales (NOTA: Jacolliot: *La Génesis de la Humanidad*, 9. FINAL NOTA).

Acaso arroje alguna luz sobre esta embrollada simbología el recuerdo de que, según el *Génesis*, el primer animal viviente o la primera forma de vida terrestre fue el pez, es decir, las criaturas semovientes en las aguas, como se colige de este pasaje:

Produzcan las aguas reptil (pez) de ánima viviente... Y crió Dios las grandes ballenas... Y fue la tarde y la mañana el día quinto (NOTA: *Génesis*, I, 20, 21 y 23. FINAL NOTA).

Por otra parte, al profeta Jonás se lo tragó un enorme pez que vomitó sana y salva su presa en la playa al tercer día, lo cual consideran los cristianos como una figura profética de los tres días que antes de resucitar estuvo Jesús en el sepulcro (NOTA: Sin embargo, la afirmación de que Jesús estuvo sepultado tres días es tan imaginaria como muchas otras por el estilo, y la mantuvieron los cristianos para cohonestar la amenaza que su Maestro hizo de destruir y reedificar el templo en tres días. Pero entre el entierro de Cristo y su admitida resurrección sólo transcurrió un día: el sábado judío, pues lo sepultaron el viernes al anochecer y resucitó el domingo al romper el alba. Por lo tanto, la leyenda del

profeta Jonás no puede considerarse como figura de la muerte y resurrección de Jesucristo. Respecto a esta leyenda o alegoría bíblica conviene apuntar algunas aclaraciones. A los animales que hoy los naturalistas llaman cetáceos (Téngase en cuenta que si bien los cetáceos viven en el mar, no son peces sino mamíferos, pues tienen generación vivípara y amamantan a sus crías. Entre los cetáceos se cuentan la ballena, el delfín, el cachalote y el narval.– *El Traductor.*) los designaban los antiguos con el nombre genérico de Cetus, forma latinizada del griego *κητω* (Keto), equivalente a Dagón o Poseidón, cuyo elemento femenino era la Atargatis asiria, conocida también por Venus ascalonita o Astarté, cuya imagen llevaban los buques en el mascarón de proa. Según la leyenda, Jonás (el Ione de los griegos o paloma consagrada a Venus) se fue a Jaffa (donde se tributaba culto al dios Dagón u hombre-pezu), temeroso de ir a Nínive, donde recibía adoración la paloma. De esto infieren algunos comentaristas que donde la alegoría dice que Jonás fue arrojado al mar y devorado por un monstruo marino, debe entenderse que el profeta fue recogido a bordo de un buque en cuya proa campeaba la imagen de Keto. Sin embargo, los cabalistas dan otra versión del caso, y dicen que Jonás era un sacerdote escapado del templo donde se veneraba a la paloma, por haber intentado abolir la idolatría y establecer el culto monoteísta. Que sus perseguidores le prendieron cerca de Jaffa y lo encerraron en una celda carcelaria del templo de Dagón, cuya figura de hombre-pezu dió origen a la leyenda. En la colección del cabalista lusitano Moisés García hay un grabado representativo del interior del templo de Dagón, en cuyo centro aparece un enorme ídolo de figura mitad hombre mitad pez, que entre el vientre y la cola tiene una cavidad con su correspondiente puerta de entrada (a modo de las mazmorras olvidantes que hubo después en Venecia), donde encarcelaban a los acusados de blasfemia contra la divinidad titular del templo. El dibujo en cuestión es copia de una tabla fenicia encontrada por los arqueólogos en las excavaciones hechas cerca de Jaffa. Si tenemos en cuenta la propensión de los orientales a la alegoría, no fuera imposible ver en la *ballena* o monstruo que se tragó a Jonás, la mazmorra abierta en el ídolo de Dagón. FINAL NOTA).

También es muy significativo que los talmudistas llamaran *Dag* (pez) al Mesías, y que asimismo tuviera dicho sobrenombre el Vishnú induísta, Espíritu conservador o segunda persona de la trinidad indoísta que, según las creencias brahmánicas, ha de encarnarse por décima vez para redimir a la humanidad (lo mismo que el Mesías de los judíos), restaurar los primitivos *Vedas* y conducir a los bienaventurados por el camino de perfección. Según las tradiciones indoístas, en su primera encarnación o *avatar* tomó Vishnú la figura de hombre-pezu, y en corroboración de esta alegoría se ve en el templo del dios Rama una imagen de Vishnú del todo correspondiente a la descripción que del Dagón caldeo nos da Beronio, o sea en figura de hombre que sale de la boca de un pez con los *Vedas* en la mano en señal de haberlos recobrado del abismo oceánico donde los sumergió el diluvio. Por otra parte, Vishnú es en uno de sus aspectos, el dios de las aguas, el Logos del Parâbrahm, que en el mismo templo de Rama aparece también representado en actitud de moverse sobre las aguas apoyándose en la serpiente Ananta de siete cabezas, símbolo de la eternidad. Esta imagen simboliza, por otra parte, el intercambio de atributos de las tres personas de la Trinidad manifestada.

A Vishnú equivale evidentemente el Adam Kadmon de los cabalistas que lo consideran como el Logos o primer Ungido, al paso que el segundo Adam es para ellos el Rey Mesías.

El elemento pasivo o femenino de Vishnú es Lakmy, Lakshmi o Adamaya, la «Madre del mundo» (NOTA: Equivalente en mitología comparada a la Isis egipcia, la Eva bíblica y la Venus Afrodita de los griegos. FINAL NOTA), nacida de las alborotadas olas del mar, así como la Venus griega surge de la espuma. La belleza de Lakmy enamora a todos los dioses, y de ella tomaron los hebreos el modelo de su Eva (NOTA: Es de advertir que Viracocha, nombre del Ser supremo entre los antiguos peruanos, significa literalmente «espuma de mar». FINAL NOTA). De la misma opinión es el insigne erudito francés

Burnouf, quien dice sobre el caso que «algún día se descubrirá el origen indo de todas las antiguas tradiciones desfiguradas por la leyenda» (NOTA: De igual parecer son Colebrooke, Inman, King, Jacolliot y otros muchos orientalistas. FINAL NOTA).

Expusimos anteriormente que, según el cómputo secreto de los estudiantes de ocultismo, el Mesías es la quinta emanación de potencia divina, y en este lugar lo colocan la *Kábala* judía (NOTA: Es el quinto Sephirote de los diez emanados de Adam Kadmon, que a su vez emana de Sefhira. FINAL NOTA), el sistema gnóstico y la teogonía budista (NOTA: El quinto *buddha*, el señor Maitreya, vendrá por última vez a salvar a la humanidad antes del fin de la raza. En cambio, los induistas dicen que la próxima venida de Vishnú corresponderá a su *décima* encarnación o avatar; pero es preciso tener en cuenta que consideran cada encarnación en su doble aspecto masculino y femenino, por lo que resulta el cómputo coincidente con el de los budistas, que sólo admiten el elemento masculino en cada encarnación. También los sephirotos cabalísticos son diez o cinco pares. FINAL NOTA).

Para demostrar cuán erróneamente interpretaban las masas ignorantes el verdadero significado de los avatares, conocido tan sólo de los estudiantes de ocultismo, daremos oportunamente un cuadro sinóptico de las emanaciones y avatares según las doctrinas indoísta y caldea (NOTA: Avatar es la manifestación visible de la Divinidad en la tierra. FINAL NOTA). Los ciclos secretos prueban fundamentalmente que ni brahmanes ni tanaímes interpretaron al pie de la letra los *Vedas* y la *Biblia* respectivamente, sino que filosofaban sobre el origen y formación del mundo, con arreglo al concepto que muchos siglos después había de repetir Darwin respecto a la selección natural y transformación de las especies. Quien de ello dudare, lea los *Libros de Manú* (NOTA: Puede valerse de la traducción incompleta de Jones, la de Alemany y Bolufer o de la un tanto descuidada de Jacolliot a falta de otras mejores. FINAL NOTA), pues si comparamos su texto con la cosmogonía fenicia de Sanchoniaton y el relato de Berosio, encontraremos idénticos conceptos de los que en la actualidad prevalecen en ciencias naturales.

Ya entresacamos en lugar oportuno varias citas de los textos caldeos y fenicios. Ahora transcribiremos algunos pasajes de las Escrituras indoístas:

Quando el mundo salió de las tinieblas, los sutiles principios elementales produjeron el germen vegetal que animó primeramente a las plantas, de las que pasó la vida a inconstantes formas nacidas del *ilus* de las aguas. Después de pasar por varias formas animales llegó al hombre (NOTA: *Bhagavâta Purâna*. FINAL NOTA).

Antes de que el hombre llegue a ser hombre, ha de ser sucesivamente planta, gusano, insecto, pez, serpiente, tortuga, carnero y fiera. Tal es el grado inferior. Así, desde Brahma hasta el vegetal, se declaran las transmigraciones manifestadas en este mundo (NOTA: *Libros de Manú*, I y XII. FINAL NOTA).

Según la cosmogonía fenicia expuesta por Sanchoniaton, el hombre procede del caos (NOTA: Cory: *Fragmentos antiguos*. FINAL NOTA), y las especies se desenvuelven obedientes a la misma ley de transformación enunciada por Darwin en el siguiente pasaje:

Opino que las especies animales proceden a lo sumo de cuatro o cinco tipos progenitores... Por analogía cabe inferir que probablemente todos los seres organizados descienden de una forma primordial... Así considero que los seres de la Naturaleza no fueron creados especie por especie, sino que proceden en línea descendente de unos cuantos prototipos que vivieron mucho tiempo antes de formarse la primera capa del sistema silúrico (NOTA: Darwin: *Origen de las especies*, Iª. ed., p. 484, 489. – La época asignada por Darwin corresponde al caos de Sanchoniaton y al *ilus* de Manú. FINAL NOTA).

Según Jacolliot (NOTA: *Génesis de la Humanidad*, 339. FINAL NOTA), los filósofos indos Vyasa y Kapila van mucho más allá que Manú y Darwin, pues sólo ven en Brahma el *nombre* del germen universal y niegan la *Causa* primera, diciendo que los seres de la Naturaleza han ido evolucionando por la acción de ciegas y materiales fuerzas.

Por exacta que sea esta cita de Kapila, conviene aclararla de modo que no recaiga sobre el insigne filósofo ario la nota de ateo (NOTA: *Jacolliot compara repetidamente a Kapila y Vyasa con Pirro y Littré. Admitimos la comparación por lo que respecta al filósofo griego, pero hemos de protestar contra ella en lo que atañe al discípulo de Comte, con quien fuera sarcasmo comparar a los filósofos indos. FINAL NOTA*), pues en ningún pasaje de sus numerosas obras se encuentra nada en contrario a la creencia de los brahmanes en el desconocido y universal Espíritu, según reconocen todos los orientalistas, aunque algunos comentaristas superficiales hablen sin fundamento bastante del ateísmo budista.

Por otra parte, Jacolliot afirma que jamás compartieron los brahmanes eruditos las supersticiones populares, sino que inquebrantablemente creyeron en la unidad de Dios y en la inmortalidad; aunque ni Kapila ni los brahmanes iniciados ni los discípulos de la escuela vedantina tuvieron de la Causa primera el antropomórfico concepto que posteriormente le dió el cristianismo dogmático.

Si necesitáramos nuevas pruebas, el mismo Jacolliot nos las da al impugnar el error con que tropieza Müller al decir que «las divinidades induistas son máscaras sin actores o nombres sin seres, y no seres sin nombre». En contra de esta imputación cita Jacolliot numerosos pasajes de las Escrituras induistas, diciendo:

¿Es posible negar al autor de estas estrofas un claro y definido concepto de la divina potencia del único Ser, dueño y soberano del universo? ¿Acaso eran los altares mera alegoría? (NOTA: *Jacolliot: Tradiciones indoeuropeas y africanas*, 291, 294 y 295. FINAL NOTA)

Este argumento es perfectamente válido contra la imputación del famoso filólogo alemán que califica de «embrollo teológico» el *Atharva Veda*, con tan flaco criterio como el racionalista Jacolliot juzga las doctrinas de Kapila y Vyasa, pues por vasta que sea la erudición de ambos comentaristas y por profundamente que conozcan las lenguas muertas de Oriente, les falta la clave para interpretar los mil y un enigmas de la doctrina secreta. Pero mientras el filólogo alemán no se toma el trabajo de escrutar aquel «embrollo teológico», el orientalista francés no desperdicia coyuntura alguna de investigación y se confiesa sinceramente incapaz de ni sondear siquiera el profundo océano de las místicas enseñanzas cuyas huellas, a cada paso descubiertas, señala a la atención de la ciencia. Así es que, no obstante haberse negado sus «venerados maestros», los brahmanes de las pagodas de Villemir y Chélambrum (NOTA: *Jacolliot: El Hijo de Dios*, 32. FINAL NOTA), a revelarles los mágicos misterios del *Agruchada Parikshai* (NOTA: *Id: El espiritismo en el mundo*, 78. FINAL NOTA) y del triángulo del brahmâtma (NOTA: *Id: El Hijo de Dios*, 272.– Aunque no nos extraña el sigilo y reserva de los brahmanes contra la curiosidad de Jacolliot, conviene advertir que el significado de este triángulo lo conocen también los priores de los monasterios budistas del Tíbet. FINAL NOTA), no repara Jacolliot en declarar noblemente que todo es posible en la metafísica índica, y que los orientalistas europeos interpretaron equivocadamente los sistemas filosóficos de Kapila y Vyasa. Pero Jacolliot se contradice después en el siguiente pasaje:

Le pregunté cierta vez a un brahmán de la pagoda de Chélambrum, afiliado a la *escuela escéptica y materialista de Vyasa*, si creía en la existencia de Dios. Y respondiome sonriente: *Aham eva param Brahma* (yo mismo soy dios).

–¿Qué significa usted con eso?

–Que cada ser de la tierra, por insignificante que parezca, es una partícula eterna de la materia eterna (NOTA: *Jacolliot: La Génesis de la Humanidad*, 339. FINAL NOTA).

Esto mismo hubiera respondido cualquier cabalista o gnóstico, pues la filosofía esotérica resolvió hace siglos el problema del origen y destino del hombre.

Quien crea en las palabras de la *Biblia* que dicen:

Formó, pues, el Señor Dios al hombre del polvo de la tierra e inspiró en su rostro soplo de vida ha de creer forzosamente que en cada átomo de este polvo alienta el espíritu de vida, pues daría pruebas de mezquino criterio el que creyera lo primero y negase lo segundo. Los versículos anteriores al citado corroboran esta consideración (NOTA: *Génesis*, II, 7. FINAL NOTA), según puede inferirse de su texto, que dice:

Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos (NOTA: *Id.*, I, 22. FINAL NOTA).

Vemos que Dios bendice por igual a todas las criaturas vivientes de la tierra, del agua y del aire, pues a todos les dotó de *vida* o alma, o sea el *aliento* de su propio Espíritu. La humanidad es el Adam Kadmon del «Desconocido», su microcosmos y único representante en la tierra, por lo que cada hombre es un dios en ella.

Ya que Jacolliot está por su erudición tan familiarizado con los libros de Manú y otros autores védicos, no desconocerá el siguiente pasaje, cuyo significado podríamos preguntarle:

Plantas y árboles presentan multitud de formas a causa de sus precedentes acciones. Están rodeados de tinieblas, pero en ellos alienta el alma y sienten el placer y el dolor (NOTA: *Manú*, libro I. FINAL NOTA).

Por lo tanto, si la filosofía indica reconoce *alma* en las formas inferiores del reino vegetal y en cada átomo de materia, ¿cómo podría negar la existencia inmortal del alma humana? Y admitida el alma, ¿cómo negar lógicamente su patrio manantial, su no ya primera sino eterna Causa? En verdad, que ni los racionalistas ni los materialistas, incapaces de comprender la metafísica indica, debieran juzgarla por el patrón de su propia ignorancia.

Según ya dijimos, el ciclo máximo abarca la evolución de la humanidad desde sus orígenes en el hombre arquetípico de naturaleza espiritual, hasta el último grado de abyección a que descendió en la época del diluvio. A cada etapa descendente corresponde una forma física más grosera, cuyo grado máximo de densidad coincide con el cataclismo diluvial. Pero el círculo máximo comprende siete ciclos menores correspondientes a la evolución de otras tantas razas, cada una de la cual deriva de la precedente y tiene por morada una nueva configuración terrestre. Las razas raíces o típicas de la humanidad se subdividen en subrazas y éstas en pueblos (NOTA: Como, por ejemplo, los mogoles, caucasianos, indos, etc. FINAL NOTA), tribus y familias.

Antes de exponer en diagramas la íntima analogía entre las doctrinas esotéricas de los pueblos antiguos, aun de los más distantes por separación geográfica, conviene explicar sumariamente el significado de los símbolos y alegorías religiosas que tan en confusión han puesto a los comentaristas no iniciados. Veremos con ello que en la antigüedad la religión y la ciencia estaban tan estrechamente unidas como hermanas gemelas, y fueron las dos una y cada una ambas desde el primer instante de su aparición. Por sus reversibles atributos, la ciencia era espiritual y la religión científica (NOTA: En esta identidad de la religión y la ciencia se echa de ver el Adán andrógino del primer capítulo del *Génesis*, macho y hembra, activo y pasivo, creado a imagen de los Elohim. FINAL NOTA). De la omnisciencia derivaba indeclinablemente la omnipotencia, y por lo tanto, era el hombre divino un coloso bajo cuyo dominio había puesto el Creador los reinos de la Naturaleza. Pero el Adán andrógino estaba sentenciado a caer por desdoble de sus elementos en el segundo Adán, con pérdida de su poder, porque el fruto del árbol de la Ciencia produce la muerte si no le acompaña el fruto del árbol de la Vida. Esto significa que el hombre se ha de conocer a sí mismo antes de conocer el origen de los seres y de las cosas inferiores a

él por la condición de su naturaleza interna. De la propia suerte, mientras la religión y la ciencia constituyeron una dualidad unitaria, acertaron infaliblemente, porque la intuición espiritual suplía la limitación de los sentidos corporales; pero en cuanto se separaron por desdoblamiento, la ciencia desoyó la voz de la intuición, al paso que la religión degeneró en teología dogmática. Una y otra fueron desde entonces dos cuerpos sin alma.

La doctrina esotérica, como el indoísmo, el budismo y también la perseguida *Kábala*, enseñan que la infinita, desconocida y eterna Esencia se manifiesta activamente en determinado período de tiempo para restituirse después a su pasiva inmanifestación. La poética terminología de Manú llama *día de Brahmâ* al período de manifestación activa, y *noche de Brahmâ* al de inmanifestación pasiva. Durante el primero está Brahmâ *despierto*, y durante el segundo está *dormido*.

Los *svabhâvikas* o filósofos clásicos del budismo cuya escuela subsiste en el Nepal, consideran tan sólo la manifestación activa (*Svabhâvât*) de la eterna Esencia, pues dicen que es locura filosofar sobre su incognoscible y abstracto estado de inmanifestación pasiva. Por esto, los teólogos cristianos y los científicos modernos les llaman ateos sin comprender la profundísima lógica de su filosofía. Los teólogos cristianos no conciben otro Dios que las potestades *subalternas* constructoras del universo visible, entre ellas el tonante y flamígero Jehovah mosaico, convertido por los cristianos en la suprema Divinidad antropomórfica. Por otra parte, la ciencia experimental considera a los budistas *svabhâvikas* como si fuesen los *positivistas* de los tiempos arcaicos.

Esta imputación de ateísmo proviene de considerar bajo un solo aspecto la filosofía esvabávida, pues los budistas no admiten un *Creador Personal*, sino una multitud de *Potestades creadoras* sintetizadas colectivamente en la eterna Substancia de inescrutable naturaleza, y por lo tanto, inaccesible a las especulaciones filosóficas (NOTA: Sócrates no quiso nunca argumentar sobre el misterio del Absoluto, y sin embargo, nadie le acusó de ateo más que los interesados en su muerte. FINAL NOTA).

Según la *Doctrina secreta*, al comienzo de un período de actividad la divina Esencia se explaya de *dentro afuera* por virtud de la inmutable ley que actualiza las energías cósmicas, cuya progresiva operación da por resultado final el universo fenoménico, visiblemente manifestado.

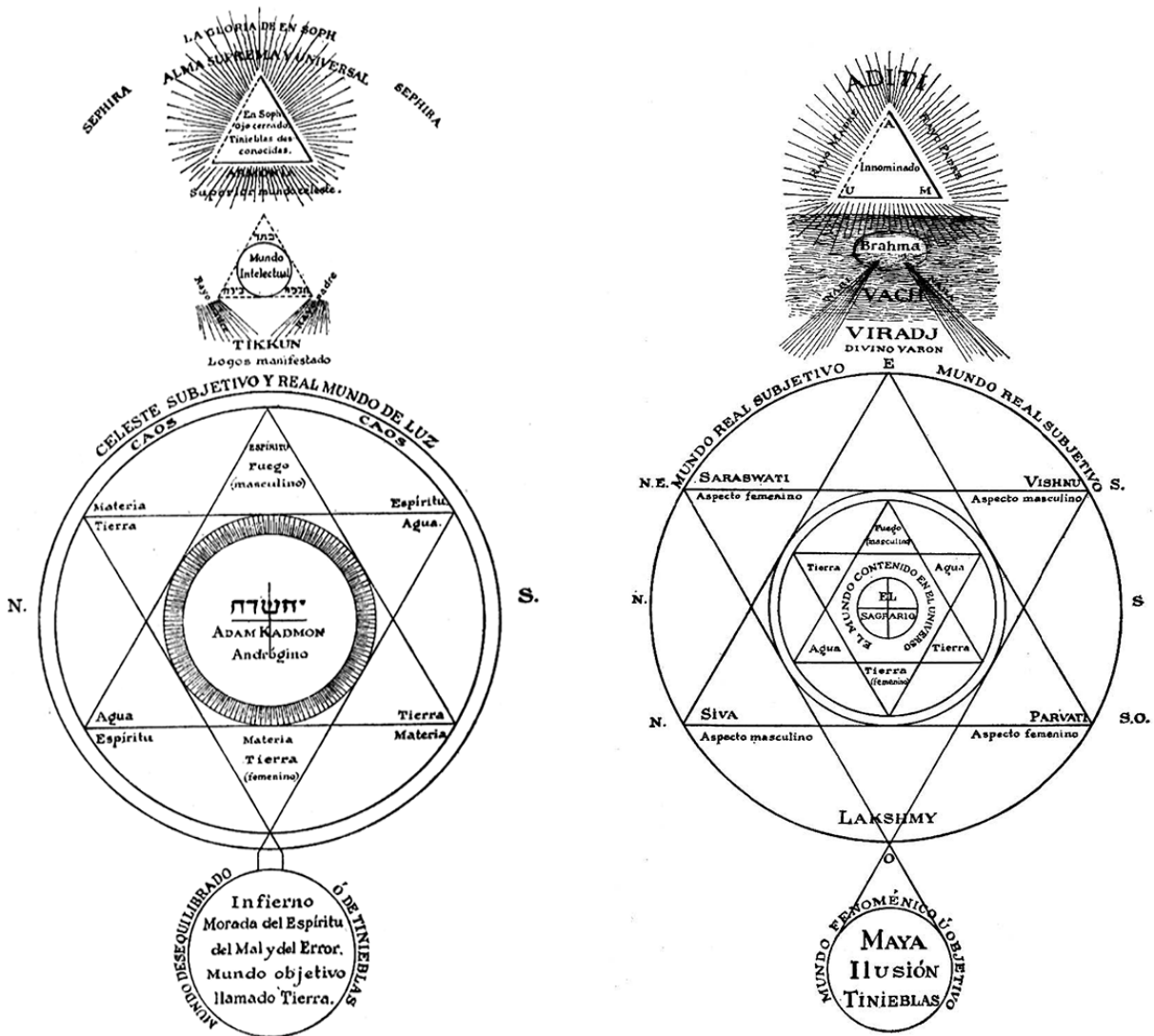
Análogamente, al comienzo del período de inactividad se repliega en Sí misma la divina Esencia y gradualmente se disuelve el universo visible, se desintegran sus componentes y las solitarias tinieblas vuelven a planear sobre el abismo. Explicará mejor este concepto la metáfora de que el universo se manifiesta por la *expiración* y se disuelve por la *inspiración* de la desconocida Esencia. Este ritmo de manifestación e inmanifestación, de creación y disolución, se sucede desde toda eternidad, y *nuestro actual universo es uno de los de la infinita serie que no tuvo principio ni tendrá fin*.

Así es que la inteligencia humana sólo es capaz de filosofar sobre la visible manifestación de la Divinidad en los fenómenos naturales; pero es absurdo dar el nombre de Dios a las potestades creadoras, pues montaría tanto como llamar, por ejemplo, Bienvenido Cellini al fuego que funde el metal o al aire que lo enfría luego de vaciado en el molde. La espiritual Esencia subyacente en las energías cósmicas, abstracta para nuestra comprensión, tan sólo puede relacionarse con la construcción del universo en el sentido en que la consideraba Platón, esto es, como hacedora del universo abstracto que paulatinamente fue surgiendo del pensamiento divino donde estaba latente.

Más adelante escudriñaremos el esotérico significado del *Génesis* para descubrir su exacta coincidencia con las cosmogonías de otras naciones (NOTA: A pesar de las adulteraciones del *Antiguo Testamento*, todavía conserva su simbolismo los rasgos característicos que denotan su parentesco con las cosmogonías de pueblos anteriores al hebreo. FINAL NOTA) Allí veremos cómo los seis días de la creación deben interpretarse

en sentido apenas sospechado por la multitud de comentadores que emplearon toda su habilidad en conciliar la teología con la geología.

Diagramas de las cosmogonías indoísta y caldea. El diagrama induísta es antiquísimo y muchas pagodas obedecen en su traza y construcción a esta figura, llamada en sánscrito *Sri-Iantara*. (Véase el *Diario de la Real sociedad Asiática*, XIII, 79) Los judíos y los cabalistas medioevales tuvieron en gran respeto esta figura y la llamaron «sello de Salomón», cuyo origen debe inquirirse en las relaciones del rey cabalista con Hiram, rey del país de Ofir, situado en la India antigua. Estos diagramas representan los períodos caótico y evolutivo de nuestro universo, con arreglo a los sistemas indoísta, budista y caldeo que coinciden en todo y por todo con las teorías evolucionistas de la ciencia moderna.



EXPLICACIÓN DE LOS DIAGRAMAS

DIAGRAMA INDOÍSTA

Triángulo superior

Simboliza el nombre inefable, el *Aum*, que sólo puede expresarse mentalmente bajo pena de muerte. Es el inmanifestado Parâbrahm, el Principio inactivo, el absoluto e incondicionado *Mukta*. Por ello no es el Creador que para *pensar, querer y obrar* necesita estar limitado por condiciones (*baddha*). Parabrahma está absorbido en la inexistencia, carece de atributos y es imperceptible a nuestros sentidos. Está sumido en

su para nosotros eterno y para Él periódico sueño o noche de Brahma. No es la *primera* sino la *eterna* Causa. Es el Alma de las almas, y nadie puede comprenderlo en estado de inmanifestación. Pero quien estudie los mantras secretos y oiga su oculta voz (*Vāch*) (NOTA: La energía actualizada o manifestación de las fuerzas latentes. FINAL NOTA) aprenderá a comprender la manifestación de Parabrahma.

Espacio que circunda el triángulo superior

Al término de la *Noche de Brahma*, cuando el que por Sí mismo quiso manifestar visiblemente su gloria, emanó de su propia Esencia una potencia activa, que de índole femenina en un principio se convirtió después en andrógina. Es *Aditi*, el principio infinito y sin límites (NOTA: Max Müller confunde equivocadamente el concepto del *Aditi*, tal como aparece en el *Rig-Veda Sanhita*, con el del Absoluto, porque dicha palabra deriva de *diti* (límite) y a partícula privativa. FINAL NOTA), Madre de todos los dioses y también el Padre y el Hijo (NOTA: *Himnos de los marutes*, I, 89, 10. FINAL NOTA).

Por medio de esta potencia femenina se actualizó el latente pensamiento divino y produjo el gran Abismo (NOTA: Llamado también las Aguas, símbolo de la materia caótica o primordial. Por eso dice Manú: «Las aguas nacieron de una transformación de la Luz, así como de una transformación de las aguas nació la tierra». (Libro I). Y en otro texto se lee: «Vosotros, los nacidos de Aditi, de las aguas; vosotros, los nacidos de la tierra, escuchad mi llamamiento». (*Himnos de los marutes*, X, 63, 2). FINAL NOTA) en donde sembró el germen de vida universal (NOTA: La Triada abstracta o primaria (*Aum*) está constituida por la Causa eterna, Aditi y el Caos. FINAL NOTA) o huevo mundanal, en que gesta Purusha o Brahma manifestado. El principio fecundante de las aguas (caos o abismo), es Nara (Espíritu de Dios o Espíritu Santo) (NOTA: Que al moverse sobre las aguas recibe el nombre de *Narayana*. Así vemos en todas las teogonías el aspecto femenino del Espíritu Santo que era *Sophía* entre los gnósticos y *Shekinah*, o vestidura del Supremo que desciende sobre el altar del propiciatorio, entre los cabalistas y talmudistas. Un texto antiguo pone en labios de Jesús estas palabras: «Mi madre, el Espíritu Santo me llamó». Las aguas se llamaban *nara* porque eran el producto de *Nara* o Espíritu de Dios (*Leyes de Manú*, I, 10). FINAL NOTA).

En aquel huevo permaneció latente el gran poder durante *un año del Creador*, a cuyo término el Pensamiento divino partió en dos mitades el huevo mundanal. La mitad superior fue el firmamento y la mitad inferior la tierra; pero uno y otra en idea y no todavía en visible forma.

Así, la segunda Triada, dimanante de la secreta e inefable Triada abstracta, está formada por:

<i>Nara</i>	Padre-Cielo.
<i>Nari</i>	Madre-Tierra.
<i>Viradj</i>	Hijo-Universo.

Posteriormente, aparece la tercera Triada, cuyos elementos son:

Brahmâ	Creador.
Vislinú	Conservador.
Siva	Regenerador.

A esta Triada se le dió carácter antropomórfico para su más fácil comprensión por parte del vulgo; pero los iniciados (*dikshitas*) conocían su verdadera significación. De la propia suerte, el *Aytareya Brahmana* (NOTA: Véase: Haug: *Aytareya Brahmana* del *Rig-Veda*. FINAL NOTA) encubre bajo la en apariencia ridícula alegoría del toro

Brahm-Nara y de su hija la ternera Aditi-Nari, el metafísico concepto de la caída del hombre en la generación, o sea la del Espíritu en la Materia. Significa esta alegoría que el omnipenetrante Espíritu divino simbolizado en el cielo, el sol y el fuego (que a su vez representan las energías cósmicas) vivifica la Materia (Naturaleza), hija del Espíritu.

Los dioses se indignan y maldicen a Parâbrahm por el incesto cometido, pues Nara y Nari son respectivamente padre y madre y padre e hija (NOTA: En todas las cosmogonías se advierten las mismas transformaciones. Así vemos que, en la egipcia, Osiris es hermano y esposo de Isis; y Horus, hijo de entrambos, llega a ser marido de su madre, de quien tiene un hijo llamado *Maluli*. FINAL NOTA); dando a entender con ello que la Materia en sus infinitas gradaciones y modalidades procede del Espíritu. La unidad de la suprema y eterna Causa exige forzosamente la correlación entre el Espíritu y la Materia, ya que si la Naturaleza es efecto de la única Causa, ha de estar vivificada por el Rayo de Ella dimanante.

Las, al parecer, más absurdas alegorías cosmogónicas denotan, cuando sin prejuicio las analizamos, este lógico e irrefutable principio del necesarismo. Dice el *Rig-Veda*: «El Ser nació del No-Ser» (NOTA: *Mandala, I, vers. 166. Trad. de Max Müller. FINAL NOTA*). Así, tenemos que el primer Ser emanado del No-ser hubo de condicionarse y limitarse andrógicamente para constituir el Ser. Por lo tanto, aun la misma Triada Brahmâ-Vishnú-Siva se desvanecerá cuando la *noche* de Brahmâ suceda al *día* o período de universal actividad.

La segunda Triada (o la primera, si por abstracta prescindimos de la suprema) representa el mundo mental, y la Vâch que la circunda es una más definida modalidad de Aditi. Aparte de su oculto significado en los mantras, Vâch es la personificación de la actividad de Brahmâ, de quien procede. Según los Vedas, es el alma universal y suprema (NOTA: «Llevo al Padre en la cabeza de la mente universal, y mi origen está en mitad del océano. Por esto penetro en todos los seres... Soy el origen de todos los seres y paso como la brisa (Espíritu Santo). Estoy sobre el cielo, más allá de la tierra, y lo que es el Único y Supremo, aquello soy». (*Investigaciones asiáticas, VIII, 402, 403. Traducción de Colebrooke*). FINAL NOTA).

Literalmente, Vâch es la palabra, la potencia despertadora mediante la combinación métrica de las palabras y sílabas de los mantras (NOTA: De la propia suerte que en el numérico sistema de Pitágoras, cada número corresponde en la tierra o mundo de los efectos a su invisible prototipo en el mundo de las causas. FINAL NOTA) en correspondencia con las potestades del mundo invisible. En los Misterios sacrificiales, Vâch despierta al *Brahma jinvati*, o sea la potencia latente en el fondo de toda operación mágica.

Existe Vâch desde toda eternidad en su latente aspecto de Yajna, dormida en Brahma desde el «no-principio» para emanar de Él en su activo aspecto de Vâch. Es la clave del «Traividya» o trina ciencia sagrada del Yajus (Misterios sacrificiales).

Poco nos queda por decir después de haber considerado la Triada inmanifestada y la segunda Triada representativa del mundo intelectual. En la gran figura geométrica con un doble triángulo interior, el círculo central representa el mundo dentro del universo. El doble triángulo es la figura mística más importante de la simbología indoísta, pues representa el concepto trínico de la Trimurti (tres en uno). El triángulo con el vértice hacia arriba simboliza el principio masculino, y el otro triángulo con el vértice hacia abajo, el femenino. Los dos simbolizan a la par el espíritu y la materia.

El mundo contenido en el infinito universo es el microcosmos dentro del macrocosmos. Análogamente a lo expuesto en la *Kábala* judía, simboliza la matriz del universo, el huevo terrestre, cuyo arquetipo es el áureo huevo mundanal. De este espiritual seno de la madre Naturaleza proceden los Salvadores del mundo, los avatares de la invisible Divinidad.

Dice el legislador Manú:

«De Aquel que es y sin embargo no es, del No-ser, Causa eterna, nació el Ser Purusha». Purusha es el divino masculino, el *segundo* Dios, el avatar o Logos de Parâbrahm, que a su vez engendra a Viradj, el Hijo o ideal arquetípico del universo.

Sigue Manú:

«Viradj comienza la obra de la creación y emana los diez prajapatis o señores de todos los seres». Con arreglo a la doctrina de Manú, el universo está sujetó a una inacabable serie periódica de creaciones y disoluciones, cuyos períodos se llaman manvántaras.

Dice sobre el particular:

El Logos es el germen emanado de la propia substancia del Espíritu divino que jamás perece en el ser, porque es su alma, Y al llegar el pralaya (período de disolución) queda nuevamente absorbido en el Espíritu divino que por Sí mismo perdura desde toda eternidad en el seno de Swayambhuva, el que es por sí mismo (NOTA: Manú: *Instituciones*, libro I. FINAL NOTA).

Según ya dijimos, ni los budistas *svâbhâvikas* ni los induistas admiten la creación del universo *ex nihilo*, sino que unos y otros creen en la indestructibilidad y eternidad de la materia primordial (*prakriti*).

En el siguiente pasaje de Manú se descubre con toda claridad la evolución y transformación de las especies. Dice así:

«De tierra, fuego y agua nacieron todas las criaturas animadas e inanimadas que engendró el Espíritu divino de su propia substancia. Así estableció Brahmâ la serie de transformaciones, desde la planta hasta el hombre y desde el hombre hasta la substancia primordial... Entre ellas, cada ser o elemento sucesivo hereda las cualidades del precedente, y proporcional al grado de su adelantamiento es el número de cualidades de que está dotado». (*Manú*, libro I, dístico 20) (NOTA: Al surgir este mundo de las tinieblas, los sutiles principios elementales produjeron el germen vegetal que animó primero a las plantas, de las que la vida pasó a los inconstantes organismos nacidos del limo de las aguas. Después pasó la vida a través de una serie de formas diversas de animales, hasta que por fin alcanzo al hombre». (*Manú*, libro I y *Bhagavata Purana*). Manú es un tipo transmutable que no puede simbolizarse en personaje determinado. Unas veces significa humanidad colectiva y otras hombre individual. El Manú procedente del increado Swayambhuva es sin duda alguna el tipo de Adam Kadmon. El Manú progenitor de los otros seis Manús es evidentemente idéntico a los rishis o siete sabios primievals, antepasados de las razas postdiluvianas. Equivale Manú, según ya dijimos, a Noé; y sus seis hijos generaciones subsiguientes son los prototipos de los postdiluvianos y míticos patriarcas bíblicos. FINAL NOTA).

Creemos que ésta es la misma teoría de los evolucionistas.

DIAGRAMA CALDEO

Triángulo superior

Simboliza el Nombre inefable, *En Soph*, el Ser ilimitado e infinito cuyo nombre sólo conocen los iniciados y no pueden pronunciarlo en alta voz so pena de muerte. Es inexistente (אֵין) (NOTA: No estará de más recordar al leer la distinción metafísica entre *esencia* y *existencia*, que con tan frecuente error se toman por palabras sinónimos. Todo lo que *existe*, al mismo tiempo *es*; pero no *existe* todo lo que *es*. El Absoluto, el Inmanifestado,

la Divinidad *per se* no existe, pues desde el momento de manifestarse en existencia por medio del universo visible, ya no le podemos considerar en el concepto de *Absoluto*, sino de *Logos* o Divinidad manifestada. Los universos que en la eternidad del tiempo han de suceder al nuestro, ya son, pero no existen todavía. Y son, porque si no fueran, es decir, si no estuviesen *ab eterno* en la *Esencia* divina, no tendríamos más remedio que admitir el absurdo de que la creación surge de la *nada*, y ya sabemos, que de la nada no sale nada (*ex nihilo nihil fit*). En resumen, lo inmanifestado *es* y no *existe*; lo manifestado *existe* y *es*. La misma etimología de la palabra *existir* nos indica que equivale a sacar afuera, poner a la vista lo que antes escapaba a nuestra percepción mental y sensoria. – *El Traductor*. FINAL NOTA) mientras está inactivo en el *ulam* (período de inmanifestación), y, por lo tanto, no es el Creador del universo visible ni tampoco la Luz (*Aur*) (NOTA: El Parabrahma de los induistas y el En Soph de los caldeos tienen su equivalente en el *Svabhâvât* de los budistas o Esencia eterna e increada, de que por sucesivas emanaciones proceden todas las cosas y todos los seres. FINAL NOTA). Pero se manifestará en luz cuando al comenzar el período de la creación, actualice la energía latente en su Ser, según la ley de que Él mismo es letra y espíritu.

Quien estudie el Mercaba (מֶרְכָבָה) y oiga la callada voz (*Lahgash*) (NOTA: Equivalente a *Vâch*. FINAL NOTA) conocerá el secreto de los secretos.

Espacio que circunda el triángulo superior

Al comenzar el período de actividad, En-Soph emanó de su propia substancia eterna a *Sephira*, la activa potencia, llamada también el Punto primordial, *Kether* o Corona, por cuyo medio pudo la infinita Sabiduría dar forma concreta a su abstracto pensamiento. El lado derecho y la base del triángulo de un solo trazo, y el otro lado es de puntos para indicar que de aquel lado emana *Sephira*, y difundiéndose en todas direcciones acaba por envolver al triángulo. Esta emanación de *Sephira* del lado izquierdo del triángulo místico está alegorizada en la formación de Eva de la costilla de Adam, el microcosmo del Macrocosmo, creado a imagen de los Elohim. En el Arbol de Vida (אֵץ הַחַיִּים) la triple triada de los Sephirotes está dispuesta de modo que los tres masculinos quedan a la derecha, los tres femeninos a la izquierda y los cuatro unificadores en el centro.

Sephira crea las aguas o materia primaria con el invisible rocío que fluye sobre la Cabeza Suprema. En el primer grado de condensación o densificación del Espíritu que al cabo de sucesivas modificaciones formará la tierra (NOTA: Jorge Smith cita los primeros versículos del *Génesis acadiano* tal como se halló en los textos cuneiformes de los *Lateres coctiles*. Allí vemos establecida la distinción entre *Anu* (Divinidad inmanifestada), *Bel* (Creador) o Espíritu de Dios sobre las aguas (equivalente a *Sephira* y *Nara*), y *Hea*, alma universal o trina Sabiduría. Los ocho primeros versículos dicen como sigue: 1º Arriba no estaban levantados los cielos. 2º Y abajo, en la tierra, no había crecido ni una planta. 3º El abismo no había roto sus límites. 4º El caos Tiamat (las aguas) fue la madre productora de todos los seres. 5º En el principio fueron ordenadas las aguas. 6º No había crecido ni un árbol ni se había abierto una flor. 7º No habían aparecido los dioses. 8º No habían crecido las plantas ni existía la ordenación. Este era el período caótico o pregenésico. FINAL NOTA). Así dice Moisés: *Necesita tierra y agua para formar un ánima viviente*.

Sephira es principio femenino al emanar del Absoluto; pero adquiere carácter masculino al asumir las funciones de Creador, y por ello es andrógino. Equivale *Sephira* al Aditi (padre-madre) de la cosmogonía índica.

El Espíritu de Dios se mueve sobre las aguas y las fecunda y engendra en ellas su propia imagen. Las aguas son la matriz universal simbolizada por Manú en el huevo de oro. La cosmogonía cabalística personifica los cielos en Adam Kadmon y la tierra en el segundo Adam. La Triada primaria representa figurativamente en las «Tres Cabezas», no tiene nombre conocido y está formada por En-Soph, *Sephira* y Adam Kadmon o Protogonos

(NOTA: En su aspecto femenino es Sephira y en el masculino Adam Kadmon, porque así como Sephira contiene a los otros nueve sephirotes, éstos, junto con Sephira, están contenidos en el arquetípico Kadmon o Protogonos. FINAL NOTA). En cada Triada hay un elemento masculino, otro femenino y el tercero andrógino. Adam-Sephira (Corona o Kether) emprende la obra de la creación y como es andrógina engendra de sí mismo a Chochmah (Sabiduría masculina), potencia activa (representada por la letra יה *jah* y llamada también *Rueda de la creación*) (⌘), de quien nace *Binah* Inteligencia femenina y potencia pasiva equivalente al *Jehovah* que en la *Biblia* aparece como supremo Dios, pero que no expresa el mismo concepto del *Jodcheva* cabalístico. Todo el sistema caldeo se funda en el concepto *binario* o de la *Dualidad*, esto es, en que la *Unidad* se desdobra, se crea y multiplica a Sí misma. El Absoluto desconocido y pasivo En-Soph emana de Sí mismo a Sephira, la Luz visible de quien a su vez procede Adam Kadmon.

Pero en sentido oculto, Sephira y Kadmon son una sola y misma Luz, aunque Sephira es invisible e inactiva, mientras que Kadmon lo es activa y visible. El segundo Adam (tetragrama humano) produce de sí mismo a Eva. De esta segunda Triada nada absolutamente dijeron los cabalistas en sus tratados, en que vagamente insinúan el concepto del supremo e inefable Ser, y todo lo referente a este punto se lo comunicaban por tradición; pero sabernos que el segundo Adam equivale a Chochmah, principio de inteligencia activa y masculina representado por la letra *Jod*, mientras que *Jehovah-Binah* equivale a Eva. Del andrógino Adam Kadmon procede Chochmah, y de éste procede a su vez Binah. Si con la letra *Jod* combinamos las tres que en hebreo forman el nombre de Eva, resultará el divino tetragrama *Ievo-Hevah* (יהוה) Adam-Éva o *Jehovah* masculino-femenino o idealización de la humanidad encarnada en el primer hombre. Así podemos demostrar que los judíos cabalistas, a ejemplo de sus maestros los caldeos e indos, adoraban al supremo y desconocido Dios en el sagrado aislamiento de los santuarios, mientras que las masas gregarias tenían de la Divinidad a que tributaban culto, un concepto muy inferior al de la eterna Substancia de los budistas, tan ligeramente tildados de ateos.

De la propia suerte que Brahmâ es un ser finito al manifestarse en el místico Manú (NOTA: El primer hombre nacido de Swayambhuva o Ser existente por sí mismo. FINAL NOTA), así también el *Jehovah* encarnado en Adam-Eva es un *Dios humano*, el símbolo de la humanidad, una entremezcla de bien y mal, o sea el Espíritu caído en la Materia.

El culto de *Jehovah* equivale al culto de la Naturaleza infundida en el hombre semi-espiritual, semimaterial, y con ello degenera el panteísmo en el fetichismo de los idólatras hebreos que en las cimas de las montañas y en la espesura de los bosques ofrecían sacrificios a la personificación del principio masculino-femenino, por la ignorancia en que estaban de IAO, el supremo Nombre secreto de los Misterios.

Shekinah equivale a la *Vâch* indoísta y se la invoca y loa lo mismo que a ésta. Es *Shekinah* el *velo* de En-Soph y la vestidura de *Jehovah*, aunque el cabalístico Arbol de Vida nos la muestre procedente del noveno sephirote. Se le llama el *velo* de En-Soph, porque durante larguísimas edades encubrió el concepto del verdadero y supremo Dios, del Espíritu universal, y fue como disfraz de *Jehovah*, la exotérica divinidad que los cristianos confundieron con el «Padre» invocado por Jesús. Sin embargo, los cabalistas, lo mismo que los iniciados indos (*dikshitas*) conocían la real naturaleza de *Shekinah* o *Vâch* y la llamaban «Sabiduría oculta» (הספירה הנסתרת).

El triángulo es un símbolo principalísimo en todas las religiones, pues representaba los tres principios capitales: Espíritu, Fuerza y Materia o sean los elementos masculino, femenino y andrógino en que se unen los dos primeros, constituyendo en conjunto el *Arba* o místico Cuaternario (NOTA: Eva es la trinidad de naturaleza y Adam la unidad de espíritu. Eva es el principio material creado. Adam el órgano ideal del principio creador. En otros términos: el Andrógino es a la par el principio y el Logos, porque ⌘ es el varón

y כ la varona. Como dice Levi, la letra *aleph*, primera del alfabeto sagrado, representa un hombre que con una mano señala al cielo y con la otra al suelo. Es el Andrógino al mismo tiempo el Macrocosmos y el Microcosmos, y está simbolizado en el triángulo de los masones y en la estrella de cinco puntas. El elemento masculino es activo (espíritu) y el elemento femenino es pasivo (materia), y por serlo se llamó en tiempos primitivos a la materia *mater* o madre. Las columnas del templo de Salomón (*Jachin y Booz*) son emblema del Andrógino, y también son respectivamente varón y varona, blanco y negro, cuadrado y redondo. La columna masculina es unidad; la femenina, dualidad. Los tratados cabalísticos de la última época representan el elemento masculino por la espada (וכר) y el pasivo por la vaina (נקבה). (Véase: Eliphas Levi: *Dogma y ritual de la alta magia*). FINAL NOTA) personificado en los dioses *Kabires* que sintetizaban la unidad del supremo. El *Arba* está trazado en las pirámides egipcias, cuya base cuadrangular va disminuyendo a medida que se eleva hasta desvanecerse en el ápice. En el diagrama cabalístico, el círculo central de la figura indoísta está substituida por la cruz, cuyo brazo perpendicular es celeste, y el horizontal terrestre (NOTA: La línea vertical simboliza el principio masculino y la horizontal el femenino. La intersección de ambos forma la cruz, que es el símbolo más antiguo de la teogonía egipcia. Figura la llave del cielo en los sonrosados dedos de Neith, la virgen celeste, que abre las puertas de la aurora para que salga por ellas su primogénito, el radiante sol. Es el *stauros* de los gnósticos y la cruz filosófica de los masones de grado superior. El símbolo de la cruz adorna las cúpulas de las pagodas del Tíbet, China e India, y también lo vemos en manos de Isis en forma de *ansata*. En una de las cuevas *chaityas* de Ajunta, remata las tres umbrellas de piedra y forma el centro de la bóveda. FINAL NOTA). Sin embargo, el concepto simbolizado es el mismo. Adam Kadmon es el tipo de la humanidad colectiva dentro de la unidad de Dios y del espíritu universal.

Dice la *Kábala*:

«De Aquel que no tiene forma, del no existente (la eterna pero *no primera* Causa) nació el hombre celeste. Pero después que hubo creado al hombre celeste (אֱרִמְלָאִים) se sirvió de él como de vehículo para descender». Así tenemos que Adam Kadmon es el avatar de la Potestad oculta.

El Adam celeste, en combinación con los sephirot, crea o engendra al Adam terrestre. La obra de la creación da comienzo cuando Sefhira crea los diez sephirot, equivalentes a los diez prajapatis indoístas, pues como éstos son los señores de todos los seres.

Lo mismo expone el *Zohar*:

Según la doctrina cabalística, hubo mundos anteriores al actual (NOTA: Véase: *Idra Suta: Zohar, III, 292b. FINAL NOTA*). Todas las cosas han de restituirse algún día a su primitivo origen.

«Todo cuanto constituye este mundo, tanto espíritu como materia, volverá a la raíz de que procede» (NOTA: *Zohar, II, 218b. FINAL NOTA*).

Los cabalistas también admiten la indestructibilidad de la materia, aunque este concepto está todavía más velado en su doctrina que en la indoísta. Según los cabalistas, la creación es eterna, y el universo es la vestidura (*Shekinah*) o velo de Dios. Pero también *Shekinah* es eterna como Dios en quien siempre estuvo. Cada mundo tiene por modelo a su predecesor, y cada uno de ellos es más grosero y material que el precedente. La *Kábala* llama *chispas* a los mundos. El último de los formados es nuestro mundo groseramente denso.

En su tratado de cosmogonía caldea habla Berosio del período anterior a la formación de nuestro mundo, y dice que hubo un tiempo en que sólo existía el abismo de las aguas entre tinieblas, poblado de horribles monstruos «engendrados por un principio dual...»

En aquellos seres estaban combinados los elementos anatómicos de las futuras especies animales, pues tenían conjuntamente aspecto e índole de peces, reptiles y otros animales monstruosos (NOTA: Cory: *Fragmentos antiguos*. FINAL NOTA).

Leemos en el primer libro de Manú:

Sabed que mil épocas divinas (NOTA: Según los cálculos induistas, mil épocas divinas son 4.320.000.000 de años terrestres. FINAL NOTA) forman un día de Brahmâ, y que la noche es igual al día.

Al terminar la noche despierta el durmiente Brahma, y por la energía de su propio movimiento emana de Sí mismo el espíritu que en su esencia *es* y sin embargo *no existe*.

Instigado por el deseo de crear, el Espíritu emanado da comienzo a la Creación y engendra el éter a que los sabios atribuyen la propiedad de transmitir el sonido. Del éter nace el aire (NOTA: No se alarmen los científicos ni se apresuren a señalar la para ellos enormidad fisicoquímica que supone esta afirmación. Ya sabemos que el aire es una mezcla de 21 partes de gas oxígeno y 79 de gas nitrógeno con una cantidad fraccionaria de argón; pero el texto de Manú debe interpretarse en el sentido de que el oxígeno, el nitrógeno y demás elementos químicos gaseosos son, según toda probabilidad, condensaciones alotrópicas del éter o materia fundamental de los cuerpos terrestres.– *El Traductor*. FINAL NOTA) perceptible por el tacto y necesario para la vida.

La luz procede de una modificación del éter.

La luz y el aire engendran el calor; y del calor nace el agua, matriz de todo germen viviente.

En el dilatadísimo período de 4.320.000.000 de años, el éter, el aire, el agua y el fuego (calor) forman incesantemente materia densa a impulsos del Espíritu divino, que llena la creación entera, pues está en todo y todo está en Él (NOTA: Este cómputo, antes secreto y hoy apenas insinuado, condujo a Higgins ti subdividir equivocadamente cada época en 6.000 años. Si hubiese añadido unas cuantas cifras al resultado, se habría aproximado a la exacta explicación de los nerosos o ciclos secretos. FINAL NOTA).

El *Sepher Yetzirek* o libro cabalístico de la creación, repite las palabras de Manú, pues dice que la Esencia divina, eterna, ¡limitada y absoluta emanó de sí misma el Espíritu.

Uno es el Espíritu del Dios vivo ¡bendito sea Su nombre! que vive eternamente. Voz, Espíritu y Palabra; tal es el espíritu Santo (NOTA: *Sepher Yetzireh*, cap. I; *Mishna*, 9. FINAL NOTA).

Esta es la abstracta Trinidad cabalística tan sin reparo antropomorfizada por los Padres de la Iglesia. De esta trina Unidad emanó el Cosmos, según *los* cabalistas. Del *Uno* emanó el número *Dos* o *Aire* (elemento creador). Del *Aire* emanó el número *Tres* o *Agua*; y del *Agua* emanó el número *Cuatro* o *Fuego*, constituyendo en conjunto el *Arba-il* o cuaternario místico (NOTA: *Id.*, *íd.* FINAL NOTA).

Dice el *Zohar*:

Cuando el «Oculto en lo oculto» hubo de manifestarse, trazó primero un punto (NOTA: Punto primordial, Sefhira, Pneuma o Espíritu Santo. FINAL NOTA) revistióle de forma sagrada (NOTA: Los diez sephirotes que colectivamente son el Hombre celeste. FINAL NOTA) y lo cubrió de a rica y espléndida vestidura que llamamos mundo (NOTA: *Zohar*, I, 2ª. FINAL NOTA).

Añade el *Sepher Yetzireh*:

Sirvióle el viento de mensajero y el llameante fuego de operario (NOTA: *Sepher Yetzireh*, IX, 10. FINAL NOTA).

Este pasaje da a entender el carácter cósmico de los ángeles posteriormente considerados como seres purísimos, y denota asimismo que el Espíritu anima todo átomo del universo.

Es interesante la analogía que con este pasaje del *Sepher* ofrece el siguiente de San Pablo:

Asimismo sobre los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus y a sus ministros llama de fuego (NOTA: *Hebreos*, I, 7. FINAL NOTA).

La analogía es demasiado viva para que dejemos de inferir que el apóstol de los gentiles estaba tan familiarizado con la *Kábala* como suelen estarlo los adeptos.

A medida que desciende el cielo de la creación, va debilitándose la energía del universo manifestado. Tan sólo el Incognoscible es inmutable y a perpetuidad latente en Sí mismo: pero la energía creadora (aunque también eterna, porque desde el no-principio es inherente al Absoluto) está sujeta a ciclos con períodos de aceleración y retardación correspondientes a la actividad y al reposo, pues considerada como energía actual, *tuvo principio* y, por lo tanto, *ha de tener fin*. La gradual debilitación de la energía cósmica es el crepúsculo vespertino del día de Brahmâ, que anuncia la proximidad de la noche praláyica.

Dice el *Zohar*:

Estaba Moisés en el monte Sinaí en comunicación con Dios oculto tras una nube, cuando sobrecogido de repentino temor preguntó: «¡Señor!, ¿en dónde estás? ¿Acaso duermes, oh Señor?» Y respondióle el Espíritu: «Yo nunca duermo. Si por un momento tan sólo quedara dormido *antes de tiempo*, se disolvería instantáneamente la Creación».

Por su parte, Vamadeva-Modêly describe como sigue la noche de Brahmâ o segundo período de la desconocida Esencia:

Extraños ruidos se levantan de todos lados... Son los precursores de la noche de Brahmâ. Surge la *obscuridad en el horizonte*. El sol desaparece tras el trigésimo grado de *Macara* (NOTA: *Un signo del Zodíaco*. FINAL NOTA) y ya no ha de transponer el signo de *Minas* (NOTA: *Piscis*. FINAL NOTA). Los gurus que en las pagodas observan el *Raschaker* (NOTA: *Zodíaco*. FINAL NOTA) pueden romper sus instrumentos que ya no han de servirles. Gradualmente palidece la luz, mengua el calor, se deshabet la tierra, el aire se enrarece, se agotan los manantiales, sécanse los ríos, se desecan los mares y mueren las plantas. De día en día disminuye el tamaño de hombres y animales. Se paraliza la vida y se retarda el movimiento de modo que los planetas recorren trabajosamente sus órbitas hasta extinguirse uno por uno como lámparas que la mano del *chakra* (NOTA: *Criado*. FINAL NOTA) descuidó de alimentar. Sûrya (NOTA: *El sol*. FINAL NOTA) vacila, fluctúa y se apaga. La materia se disgrega, cae en la disolución (pralaya), y terminado su objeto duérmese Brahmâ y se transmuta de nuevo en la Divinidad inmanifestada (*Dyâus*). Ha pasado el día y llega la noche que continuará hasta el nuevo despertar de la aurora. Al llegar la noche se restituyen al áureo huevo de Su pensamiento los gérmenes de cuanto existía. Así nos lo enseña el divino Manú. Durante Su pacífico reposo, cesan las funciones vitales de los seres animados que disfrutaban de acción y toda sensación queda latente. Cuando todos los seres se reabsorben en el *Alma suprema*, reposa esta Alma sin disturbio hasta el día en que reaparezcan sus formas y despierten de nuevo de entre las sombras (NOTA: *Los hijos de Dios; La India de los brahmanes*, 230. FINAL NOTA).

Estudiemos ahora los diez avatares míticos de Vishnú, que encontramos enumerados en el orden siguiente:

Nombre	Forma asumida
1° Matsya	Pez (NOTA: También asumirá esta figura en su décimo y último avatar al término de la edad Kali. FINAL NOTA).
2° Kurm	Tortuga.
3° Varaha	Verraco.
4° Nara-Sing	Hombre-león (NOTA: Emblema de la última etapa animal. FINAL NOTA).
5° Vamuna	Enano (NOTA: Primer paso hacia la forma humana. FINAL NOTA).
6° Parasu-Rama	Guerrero (NOTA: Pero todavía hombre orgánicamente imperfecto. FINAL NOTA).
7° Ramachandra	Héroe (NOTA: Personaje del <i>Ramayana</i> , ya físicamente perfecto y pariente, amigo y aliado del dios-mono Hanuma o <i>mono dotado de habla</i> . Bien pudiera ser que Hanuma representase el eslabón de seres, mitad monos, mitad hombres que, según las hipótesis de Hovelacque y Schleicher, retrocedieron en su evolución. FINAL NOTA).
8° Khristna	Dios Hombre (NOTA: Concebido en la Virgen Devaki por obra de Dios y manifestación carnal de Vishnú. Krishna es idéntico a Adam Kadmon. También se le da el nombre de Kaneya o Hijo de la Virgen. El Absoluto o Esencia desconocida no tiene nombre propio entre los induistas que lo designan por el pronombre <i>Aquél</i> , así como al universo le denominan <i>Esto</i> . Y dicen: «Esto (universo) en su origen no era nada. No había cielo ni tierra ni atmósfera». Aquel Ser no existente dijo: «Voy a existir» (<i>Muir</i> : Texto original sánscrito, V. 366). FINAL NOTA).
9° Gautama	Sabio-Santo (NOTA: Los budistas no admiten que el fundador de su religión fuese un avatar de Vishnú. FINAL NOTA).

10° (Avatar futuro)

Esperan los induistas la décima encarnación de Vishnú como los cristianos creen en la segunda venida de Cristo, que parece idea tomada del indoísmo. En su décimo avatar aparecerá Vishnú como «Salvador», y en opinión de algunos brahmanes asumirá la forma del caballo Kalki, aunque otros dicen que este caballo será la figura del mal y que Vishnú cabalgará en él sin ser visto hasta que lo dome por completo, pues el caballo Kalki es encarnación del maligno espíritu.

Respecto al avatar Kalki o décima y última encarnación de Vishnú, hay en el indoísmo dos opiniones: la de los que toman la doctrina en sentido literal, y la de los *vaihnâvas*, que dan valor puramente alegórico a las formas animales que asume la Divinidad en sus avatares.

Efectivamente, en la tabla anterior vemos trazada la gradual evolución y transformación de las especies desde el sedimento preselúrico de Darwin o *iIus* de Sanchoniaton y Berosio.

Del período azoico, correspondiente al *iIus*, en que planta Brahmâ el germen creador, pasamos por los períodos paleozoico, mesozoico (simbolizados en los avatares del pez, y la tortuga) y cenozoico (que lo está en el verraco y el hombre-león), hasta llegar al quinto y culminante período geológico (era de la mente o época del hombre), simbolizada por la mitología indoísta en el enano o primera tentativa de la creación del hombre. Por lo tanto en los avatares de Vishnú ha de inquirirse la idea capital y no juzgar por el aspecto

alegórico con que nos la representa poéticamente el *Mahabharata*. Asimismo, las cuatro edades de la cronología india (Krita, Treta, Dwapara y Kali) encubren una idea mucho más profunda de lo que a primera vista parece, pues corresponden a los respectivos grados de evolución psíquica, mental y física del hombre. Kritayuga es la edad de oro y de dicha, que corresponde a la espiritual inocencia del hombre. Tretayuga es la edad de plata y de fuego, cuando predominan los hijos de Dios. Dwaparayuga es la edad de bronce, mezcla de pureza e impureza, de espíritu y materia; la edad de la duda. Kaliyuga es la edad de hierro, nuestra mísera, triste y tenebrosa edad, en que Vishnú hubo de encarnarse en Khristna para salvar al género humano del poder de la diosa Kali, esposa de Siva y presidente de la destrucción, la miseria y la muerte. Kali es el emblema más apropiado de la «caída del hombre», o sea el descenso del espíritu a la materia con sus terribles consecuencias. Todo hombre ha de librarse de Kali antes de alcanzar el espiritual estado de paz y bienaventuranza (NOTA: El moksha o nirvana. FINAL NOTA).

Los budistas sólo admiten cinco avatares de Vishnú (NOTA: Porque, según antes se dijo, consideran únicamente el elemento o principio masculino y no la dualidad como los induistas.— *El Traductor*. FINAL NOTA). En el quinto y último encarnará en el buda Maitreya, cuya venida será presagio de la destrucción de nuestro mundo y la aparición de otro nuevo (NOTA: Alude a los cataclismos geológicos que preceden y acompañan al fin de una raza para dar nuevo asiento geográfico a la raza inmediatamente futura.— *El Traductor*. FINAL NOTA). Los cuatro brazos de las imágenes indas significan las cuatro condicionalidades geológicas que ha ido tomando nuestro planeta desde su nebuloso estado, antes de llegar al quinto avatar (Kalki), cuyo emblema es la cabeza de la imagen, cuando el mundo quedará destruido y el poder de Buddhi o sabiduría (según los induistas el poder de Brahmâ) se manifestará en el Logos creador del mundo futuro.

En los avatares de Vishnú las divinidades masculinas simbolizan los deíficos atributos del Espíritu, mientras que las divinidades femeninas, o elemento *sakti*, representan las activas energías de dichos atributos. La *Durga* (virtud activa) es una sutil e invisible fuerza equivalente a Shekinah, la vestidura de En-Soph. Es la *sakti* por cuyo medio el inactivo Eterno lleva a cabo la manifestación del universo visible, según el plan trazado desde un principio en su mente. Las tres personas de la Trimurti exotérica tienen por vehículo (*vahan*) su respectiva *sakti*, o sea la forma sentada en el misterioso carro de Ezequiel.

En los avatares se echa de ver claramente el concepto filosófico de la evolución del universo y del hombre. Desde el pez, a través de la tortuga, el verraco y el hombre-león que simbolizan la evolución de la forma, llegamos al pigmeo humano, y de él al hombre físicamente perfecto, pero espiritualmente imperfecto, representado en Parasu Rania, de quien nos elevamos hasta el punto culminante de la perfección humana, simbolizada en el dios-hombre. Khristna y demás salvadores del mundo personifican el filosófico dualismo de las evoluciones física y espiritual, cuyo punto de coincidencia es el hombre. Así dice muy profundamente el *Zohar* que el Hombre celeste, el Protogonos (Tikkun), el Primogénito de Dios, la Idea y Forma universales y arquetípicas, engendra a Adam, o sea un dios hecho carne y dotado con los atributos de sabiduría, inteligencia, justicia, amor, belleza, esplendor, firmeza, etc., correspondientes respectivamente a los diez Sefirot. Estos atributos capacitan a Adam para ser el fundamento, la base, *el poderoso ser viviente* (אלהי) que remata y corona la creación como *alpha* y *omega* y reina sobre su reino (Malchuth). «El hombre es el más perfecto y más elevado ser de la Creación, porque en él quedó todo completo, incluso los mundos superiores y los inferiores que están comprendidos en él» (NOTA: *Zohar*, III, 48 a. FINAL NOTA).

Pero este hombre no es el de la actual humanidad, sino el hombre futuro, de cuyo tipo nacen de tarde en tarde algunos ejemplares. Las primeras razas humanas eran espirituales, y sus protoplásticos cuerpos no estaban compuestos de la grosera y densa materia que hoy día forma el cuerpo físico. Poseían los hombres primitivos todas las facultades de

la Divinidad, y su poder sobrepujaba en mucho al de las huestes angélicas, pues eran emanaciones de Adam Kadmon, el hombre celeste o Macrocosmos, mientras que la actual humanidad está todavía algunos grados bajo el nivel del Adam terrestre o microcosmos. Seir Anpin, la mística representación del hombre, consta de 243 números, y en la serie de círculos vemos que los ángeles emanaron del Hombre celeste y no los sephirot de los ángeles. De aquí, que siempre se haya considerado al hombre como un ser de doble naturaleza, progresiva y regresiva. Dió principio la espiritual evolución humana en la cúspide del ciclo divino, en el centro de Luz, de la que comenzó a apartarse gradualmente, y según fue descendiendo a más bajas esferas (NOTA: *Mundos habitados por distintas razas de seres humanos. FINAL NOTA*) asumió formas físicas de mayor densidad y perdió parte de sus divinas facultades.

La «caída de Adam» no significa la culpabilidad personal del hombre por trasgresor de la ley, sino sencillamente la doble evolución humana. Adam principia su serie de existencias en el jardín del Edén, vestido con el celeste ropaje a que el *Zohar* (NOTA: *Zohar, II, 229 b. FINAL NOTA*) llama *vestidura de luz celestial*; pero luego de expulsado del paraíso le viste Dios de trajes de piel para significar la eterna ley de evolución. Mas aun en este mundo de material degradación (en que la chispa divina dió principio a su evolución en la forma física, desde la mineral a la humana), si vigoriza su *voluntad* e invoca el auxilio de su naturaleza superior, puede el hombre sobrepujar el poder del ángel.

A este propósito dice San Pablo:

¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (NOTA: *I Corintios, VI, 3. FINAL NOTA*).

Y añade el *Zohar*:

El misterio del hombre terrestre está en consonancia con el misterio del hombre celeste.... el sabio puede leer los misterios en la faz humana (NOTA: *Zohar, II, 76 a. FINAL NOTA*).

Tenemos por lo tanto, que según las enseñanzas del *Zohar*, el verdadero hombre es el hombre interno.

El anterior pasaje de San Pablo es uno de los muchos que nos le presentan como iniciado. Por los motivos ya expuestos ampliamente, reconocemos mayor autenticidad a ciertas Epístolas hoy rechazadas por apócrifas que a muchos pasajes no poco sospechosos de los *Hechos de los Apóstoles*. Corrobora esta opinión la *Epístola de Pablo de Séneca*, en que el apóstol llama al filósofo «mi respetado maestro», al paso que el filósofo da al apóstol sencillamente el título de «hermano».

Así como no cabe juzgar debidamente del verdadero espíritu del judaísmo por los absurdos de la *Biblia* tomada al pie de la letra, tampoco es lícito apoyarse en las extravagantes y a veces insensatas supersticiones del vulgo para formar opinión sobre el indoísmo y budismo. Si comparamos las enseñanzas de Manú con las de la *Kábala*, echaremos de ver que Vishnú equivale a Adam Kadmon, personificación del universo, cuyas variadas manifestaciones simbolizan los avatares.

Dice Vishnú encarnado en Krishna:

Soy A entre las letras y conjunción en las palabras (NOTA: *Bhagavad-Gíta, X, 33. FINAL NOTA*).

Y dice Jesús a Juan:

Yo soy el alfa y el omega, el principio y el fin... Soy el primero y el postrero (NOTA: *Apocalipsis, I, 8, 17. FINAL NOTA*).

Brahmâ, Vishnú y Siva son el Dios uno y trino con las tres personas reversibles y mutables como en la Trinidad cristiana. Esotéricamente son «trina y una manifestación de Aquel cuyo nombre es inefable por lo sagrado, y cuyo poder nadie acierta a imaginar por lo infinito». Así es que los avatares de Vishnú comprenden también las otras dos personas de la Trimurti con cambio de forma pero no de substancia. De estas manifestaciones surgieron los universos pasados y surgirán los futuros.

Coleman y otros orientalistas que siguen su ejemplo, ridiculizan caricaturescamente el séptimo avatar de Vishnú (NOTA: Coleman: *Mitología indoísta*. FINAL NOTA). Sin embargo, aparte de que el Râmâyana es una de las más sublimes epopeyas de la literatura universal y en ella se inspiró Homero para escribir la *Iliada*, encierra uno de los más interesantes problemas de la ciencia contemporánea. Los brahmanes eruditos siempre interpretaron la épica guerra entre hombres, gigantes y monos en el sentido alegórico de la transformación de las especies.

Seguramente que los académicos europeos hubieran aprendido lecciones tan curiosas como instructivas en los textos de las pagodas, si a ejemplo de Jacolliot, contra quien tan sin consideración arremeten, hubiesen recurrido a los brahmanes eruditos en vez de menospreciar su autoridad. Todo brahmán ilustrado respondería si se lo preguntasen, que no tributa culto divino a los monos, sino que los respeta en memoria de las hazañas de Hanumâ, el fiel aliado y generalísimo del héroe del Râmâyana (NOTA: La cronología induísta coloca entre los 7500 a 8000 antes de J.C. el sitio y toma de Lanka (isla de Ceilán) por Rama; y la siguiente encarnación, octavo avatar de Vishnú, la remonta a 4800 años antes de J.C. (Del libro de los zodiacos históricos de los brahmanes). FINAL NOTA). Si el brahmán se dignara responderle, aprendería el académico europeo que los induístas ven en el mono lo que Manú quiso que viesan, o sea la transformación de las especies más cercanamente relacionadas con la raza humana, es decir, una rama bastarda desgajada antes del perfecto desarrollo del tronco (NOTA: Un antropólogo alemán publicó no hace mucho una obra titulada: *Ueber die Auflösung der Arten dinck Natürliche Jucht Wahl*, en la que sinceramente señala el error de Darwin al afirmar que el hombre procede del mono, y, por el contrario, opina que el mono desciende del hombre. Dice que la primitiva raza humana fue el prototipo moral y físico de la actual por la belleza de su forma, regularidad de sus facciones, capacidad craneal, nobleza de sentimientos, impulsos heroicos y grandiosidad de conceptos e ideales. Esto es pura filosofía indoísta, budista y cabalista. La obra en cuestión está profusamente ilustrada con cuadros, diagramas, etc. Añade el autor que las transformaciones étnicas demuestran la gradual degeneración física y ética del hombre en el curso de los tiempos; y que así como parte de la humanidad decayó hasta formar los monos antropoides, la propia suerte está reservada a gran porción de los hombres civilizados de nuestros días por la inevitable ley de necesidad. Si del porvenir hemos de juzgar por el presente, no será imposible que un gremio tan materialista y escéptico como el de los modernos científicos degeneren en simios en vez de remontarse a la alteza de serafines. FINAL NOTA). Pudiera aprender también que para los paganos ilustrados no era lo mismo el hombre interno o espiritual que el externo o carnal. Creían también los antiguos filósofos que la naturaleza física, constituida por la correlación de fuerzas, propende sin cesar al perfeccionamiento de la materia sobre que actúa, y la modela en diversidad de formas hasta llegar a la humana, único tabernáculo digno de que lo ilumine el divino Espíritu. Pero no por esto tiene el hombre derecho de vida, tormento y muerte sobre los animales inferiores, sino que por la misma racionalidad de su alma inmortal, debe advertir que los animales y las plantas también tienen alma aunque menos evolucionada, y no ha de ceder el hombre en magnanimidad al elefante, que al mover los pies cuida de no pisar a los minúsculos animales que se le interponen en el camino. Este sentimiento de conmiseración mueve a indoístas y budistas a instalar hospitales y asilos zoofílicos, no sólo para cuadrúpedos y aves, sino también para reptiles e insectos. Este mismo sentimiento mueve a los jainos a entretenerse en apartar de su

camino a los insectos y gusanos por no pisarlos, aunque en ello hayan de emplear atención y tiempo, pues consideran en los animales el aspecto inferior de la naturaleza dual del hombre, de donde dimanó más tarde la popular creencia en la metempsícosis, cuya verdadera interpretación exponen ampliamente los libros de Manú y los textos budistas, sin que de ella se encuentre vestigio alguno en los Vedas, por lo cual no son de extrañar las necias y absurdas suposiciones corrientes entre el vulgo acerca de dicha doctrina.

De ordinario se acusa de exagerados e hiperbólicos a cuantos en la antigüedad descubren la prueba de que los modernos no son tan originales como presumen; pero el lector sincero echará de ver cuán desatinada es la observación. Antes de que el mítico Noé entrara en el arca de salvación, había ya filósofos evolucionistas con teorías mejor y más lógicamente definidas que las de los modernos. Platón, Anaxágoras, Pitágoras, las escuelas eleáticas de Grecia y los colegios sacerdotales de Caldea enseñaron la doctrina de la evolución dual, pues la de la metempsícosis se refería a los progresos del hombre de mundo en mundo después de la muerte en la tierra. Todas las escuelas verdaderamente filosóficas admitieron la preexistencia del espíritu. A este propósito dice Josefo que los esenios creían en la inmortalidad del alma y en su descenso de los espacios etéreos para unirse al cuerpo (NOTA: Josefo: *De Bel Jud*, II, 12. FINAL NOTA). Filo Judeo añade que el aire está lleno de almas, y que las más cercanas a la tierra bajan a infundirse en cuerpos mortales (παλιγρομοῦσι αὐθις) deseosas de vivir en ellos (NOTA: Filo Judeo: *De Somnio*, 455 d. FINAL NOTA). Además, el *Zohar* nos presenta al alma implorando su libertad, según vemos en este pasaje:

¡Señor del universo! Feliz soy en este mundo y no deseo ir a otro en donde seré sierva y estaré expuesta a toda clase de profanaciones.

Y la Divinidad responde.:

Contra tu voluntad te convertirás en embrión, y contra tu voluntad has de nacer (NOTA: *Zohar*, II, 96.– «Mishna»; Aboth., IV, 29; Mackenzie: *Real Enciclopedia Masónica*, 413. FINAL NOTA).

Este pasaje corrobora la eterna e inmutable ley de necesidad. No puede haber luz sin el contraste de las tinieblas ni virtud sin la oposición del mal ni virtud personal que no esté acendrada por la tentación. Nada es eterno e inmutable, excepto la oculta Divinidad; pero nada de lo que tuvo principio y ha de tener fin puede quedar estacionado, sino que o progresa o regresa, adelanta o retrocede; y así, la entidad anhelosa de identificarse con el espíritu que ha de conferirle la inmortalidad, debe purificarse a través de cíclicas transmigraciones que la conduzcan al eterno descanso de la perpetua bienaventuranza (NOTA: El *Palacio de Amor* (היכל אהבה) de los cabalistas; el *Moksha* de los indoístas; el *Pleroma de Luz eterna* de los gnósticos; el *Nirvana* de los budistas; y el *Reino de los cielos* según los cristianos. Vemos, por lo tanto, cuán desencaminados andan los teólogos cristianos al arrogarse la privativa del concepto de la eterna bienaventuranza, tan antiguo como el hombre, no obstante la diversidad de denominaciones. FINAL NOTA).

Los siguientes pasajes del *Zohar*, no obstante lo incorrecto de las traducciones, demuestran que la metempsícosis no se refiere a las condiciones del alma en este mundo después de la muerte. Dicen así:

Las almas que en los cielos se apartaron del solo Santo ¡bendito sea su Nombre!, se arrojaron al abismo de la existencia y anticiparon el tiempo en que habían de bajar a la tierra (NOTA: *Zohar*, III, 61 b. FINAL NOTA).

... Ven y mira cómo llega el alma a la morada del Amor... El alma no podría resistir esta Luz si no se cubriera con el luminoso manto. Porque así como el alma al bajar a la tierra se

reviste de cuerpo terreno, de la propia suerte allá arriba recibe vestidura resplandeciente que le permite mirar sin ofuscarse el espejo que refleja la luz dimanante del Señor de luz (NOTA: *Zohar*, I, 65 b. FINAL NOTA).

También enseña el *Zohar* que el alma no puede alcanzar la bienaventuranza hasta recibir el «bendito beso», o sea la *identificación con la Substancia de que emanó*. Según el *Zohar*, el alma es dual, y su principio masculino es el espíritu. Mientras el hombre está encarnado, es trino, a menos que degenera hasta el punto de motivar la separación del espíritu. Así dice el *Libro de las claves*:

¡Ay! del alma que a su divino esposo (el espíritu) prefiera amancebarse con su cuerpo terreno (NOTA: *Obra hermética*. FINAL NOTA).

Algunos de entre los primitivos Padres de la Iglesia sostuvieron las doctrinas de la transmigración de las almas y de la trinidad del hombre; pero los traductores del *Nuevo Testamento* y de las obras de los filósofos antiguos confundieron los conceptos de alma y espíritu, de lo que dimanaron la mayor parte de los errores, sobre todo el de atribuir a Gautama, Plotino y otros iniciados la enseñanza de la aniquilación del alma humana, absorbida en el Alma universal.

El alma inferior ha de purificarse por la desintegración de sus partículas groseras antes de identificar su pura esencia con el inmortal espíritu; pero los traductores de los *Hechos de los Apóstoles* y de las *Epístolas*, así como los comentaristas de los libros budistas, han desnaturalizado las respectivas doctrinas de Gautama y de Jesús, interpretando torcidamente el significado del *Reino de los cielos* y del *Reino de la justicia*. Los autores cristianos alambicaron de tal modo la palabra *ψυχιχός*, que para ellos fueron sinónimos *alma* y *espíritu*, con grave extravío de los lectores de la *Biblia*, al paso que los orientalistas no comprendieron la verdadera significación de los cuatro grados del *dhyâna* budista.

San Pablo reconoce en la entidad humana tres principios: *cuerpo*, *alma* y *espíritu*, correspondientes a las respectivas naturalezas física, psíquica y espiritual. Es muy explícito San Pablo al hablar de la *anastasis* o supervivencia después de la muerte corporal. Dice que el hombre tiene cuerpo psíquico de substancia corruptible, y cuerpo *espiritual* de substancia incorruptible (NOTA: *I Corintios*, XV, 40. FINAL NOTA).

También el apóstol Santiago especifica el alma, diciendo:

Porque esta sabiduría no es la que desciende de arriba, sino terrena, animal y diabólica (NOTA: *Epístola*, III, 15. FINAL NOTA).

Platón al hablar del alma (*psychê*) declara que cuando se identifica con el espíritu (*nous*) actúa recta y felizmente; pero que se extravía cuando se une a la naturaleza inferior (*annoia*). Pablo llama *espíritu* al principio que Platón denomina *nous* y Jesús llama *corazón* lo que Platón entiende por *carne*. Los griegos llamaban *αχοστασια* (muerte) a la condición natural del género humano, y *αναστασις* (vida) a la condición regenerada. La primera estuvo en Adam y la segunda en Cristo, quien señaló a la humanidad el sublime sendero de la Vida eterna, como Gautama había señalado el del Nirvana. Ambos instructores indicaron un solo medio de lograr el fin: el colectivo ejercicio de la pobreza, la castidad y la contemplación, con desprecio de los bienes y goces ilusorios de este mundo.

Así dijo Gautama:

Entrad en esta senda y desvaneced vuestro pesar. Verdaderamente señalé el Sendero para arrancar los dardos del dolor. Vosotros mismos habéis de esforzaros en el logro, porque los budas tan sólo son predicadores. Quien entra en el Sendero queda desligado del impostor (NOTA: *Dhammapada*, dísticos 276 y sig. FINAL NOTA).

Y añadió Jesús:

Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición... Y todo el que oye estas mis palabras y no las cumple, semejante será a un hombre loco que edificó su casa sobre arena... Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos (NOTA: *Mateo*, VII, 13 y 26; VIII, 22. FINAL NOTA).

No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna (NOTA: *Juan* V, 30. FINAL NOTA).

Vemos, pues, la analogía entre las enseñanzas budistas y cristianas, pues así como los cuidados del mundo y el apego a las falaces riquezas sofocan la palabra divina, así es preciso que el budista desvanezca toda ilusión para entrar en el Sendero por donde, lejos del revuelto mar de la vida, llegue a la tranquila ciudad de la Paz, a la verdadera dicha y bienaventuranza del Nirvana.

En parecidos yerros caen los traductores demasiado eruditos al traducir a los filósofos griegos, cuyo misticismo estropean hasta la confusión. Ejemplo de ello tenemos en que con toda evidencia derivó Anaxágoras del egipcio NOUT (NOTA: **El Espíritu único. FINAL NOTA**) la palabra *nous* (Νοῦς ἀντοκρατής) para denominar el espíritu universal (ἀρχήτης), diciendo: «Todas las cosas estaban en el caos cuando *Nous* las puso en orden». También llamó Anaxágoras *Nous* al Uno que gobierna a muchos. Según Anaxágoras, *Nous* es Dios, y el Logos era su emanación humana. Las facultades externas perciben *los fenómenos* por medio de los sentidos; tan sólo *Nous* es capaz de abarcar el *nóumeno* o causa del fenómeno. No es preciso señalar la filiación puramente budística y esotérica del sistema de Anaxágoras en que culminó la escuela jónica, continuada con nuevas orientaciones hacia el conocimiento interno, por Pitágoras, Sócrates y Platón.

Según Pitágoras, el alma es la semoviente unidad de tres principios, conviene a saber: *nous*, *phren* y *thumos*. Los dos últimos participan de la naturaleza de los brutos. Únicamente el *nous* es el verdadero principio espiritual. Con esto queda desvanecido el error de que Pitágoras enseñara la doctrina de la transmigración de las almas en el grosero sentido que la interpretaba el vulgo, pues no enseñó en este punto ni más ni menos que lo enseñado por Gautama, de conformidad con la doctrina esotérica unánimemente seguida por todos los filósofos e instructores.

La escuela socrática es todavía más explícita en la exposición de esta enseñanza, que Sócrates fundaba en la realidad del interno yo figurado en el *daimonia* o el *algo espiritual*, que, según declaración del mismo filósofo, le guiaba por el camino de la sabiduría (NOTA: **Vemos corroborado en este pasaje que el concepto del *daimonia* de Sócrates no ha de tomarse por entidad externamente maligna y obsesora.— El Traductor. FINAL NOTA**); es decir, que como hombre *nada sabía* Sócrates, pero el *daimonia* o *daimonion*, según también se le llama, le ponía en disposición de *aprenderlo todo*.

La escuela platónica derivó sus enseñanzas de la socrática, con más amplias investigaciones sobre la naturaleza del yo interno. Según Platón, el supremo Dios (*Agathon*) engendró en su mente el modelo (*paradigma*) de todas las cosas. El hombre está constituido de alma inmortal, alma mortal y cuerpo físico. El alma inmortal residía en el cerebro, y la mortal en un receptáculo adecuado en el tronco (NOTA: *Timeo*, XIX, XX y XLIV. FINAL NOTA).

Resulta evidente, por lo tanto, que Platón reconocía en el hombre dos naturalezas: una interna, incorruptible y esencialmente idéntica a la Divinidad; y otra externa, mortal y corruptible.

Dice Plutarco sobre este particular:

Pitágoras y Platón consideran en el alma dos elementos: el racional (*noético*) y el irracional (*agnoético*). El principio o elemento racional es eterno, pues si bien no es Dios, procede de Dios. El principio o elemento irracional es perecedero.

El hombre es entidad compleja; pero se equivocan quienes lo creen compuesto de dos principios y se figuran que el raciocinio es propio del alma, en lo que yerran tanto como quienes lo atribuyen al cuerpo, pues el raciocinio (*nous*) sobrepuja al alma en mayor medida que el alma sobrepuja al cuerpo. Ahora bien, el alma (*ψυχή*) con el raciocinio (*νοῦς*) constituye la razón, y con el cuerpo la pasión, por lo que el *nous* es el principio de virtud y vicio, y el cuerpo lo es de placer y de dolor: De la tierra nace el cuerpo, de la luna el alma, y del sol el espíritu.

De las dos muertes porque el hombre pasa, la primera le convierte de *trino* en *dual*, y la segunda de *dual* en *uno*. La primera muerte está bajo la jurisdicción de Demeter, porque el nombre dado a los Misterios (*τελειν*) es parecido al de la muerte (*τελευτᾶν*). Por esta razón dijeron los atenienses que los difuntos estaban consagrados a Demeter. En cuanto a la segunda muerte, pertenece a la esfera de la luna y está bajo la jurisdicción de Proserpina. Tanto en una como en otra muerte interviene el celestial Hermes que súbita y violentamente arrebató el alma del cuerpo; pero Proserpina va separando con suavidad y en largo tiempo el raciocinio del alma. Por esto se le da el nombre de Monógena, unigénita o única engendrada, pues el principio superior del hombre se aísla de los inferiores de conformidad con las leyes de la naturaleza. Según nuestra fe, toda alma unida o no al *nous*, al separarse del cuerpo ha de vagar durante cierto tiempo, no el mismo para todos, por la región situada entre la tierra y la luna. Porque las almas de los inicuos y disolutos sufren allí el castigo de sus culpas, pero las de los justos y virtuosos se detienen allí hasta quedar purificadas de las imperfecciones contraídas por el contacto del cuerpo, y entretanto moran enfermizas en la Pradera del Hades hasta que al cabo del tiempo prefijado experimentan, como si del destierro volviesen, una sensación de gozo semejante a la que reciben los iniciados en los Misterios con entremezcla de turbación o admiración, según el ánimo de cada cual.

El *demonio* a que alude Sócrates, era el *nous* o Yo superior, consciente de las cosas divinas y, por lo tanto, puro sin que se mezclase con el cuerpo más de lo estrictamente necesario... Toda alma tiene el principio racional (*νοῦς*), sin el que el hombre no puede ser hombre; pero también tiene el principio de deseo carnal con el placer y dolor que le dan característica irracional. No todas las almas se mezclan en igual grado con esta naturaleza inferior. Algunas se sumen por completo en el cuerpo, y de aquí que en la vida terrena las avasalle el deseo y la pasión; otras se mezclan parcialmente; pero el principio superior *nous* permanece *fuera del cuerpo* y flota por encima de él como si lo cobijara en contacto con la parte superior de la cabeza a manera de un hilo que sostuviese a porción sumergida en el cuerpo, mientras no se deja dominar por los apetitos carnales. La porción sumergida se llama alma, y la no sumergida, la incorruptible, es el *nous*, que para el vulgo está dentro del alma y del cuerpo, como también se figura que la imagen está dentro del espejo que la refleja. Pero los entendidos saben que está fuera y la llaman *demon* (NOTA: **Espíritu de naturaleza divina. FINAL NOTA**).

El alma, semejante a una visión en sueños, emprende el vuelo; pero no inmediatamente que sale del cuerpo, sino luego que se ha separado de la razón (*nous*). Sin embargo, conserva durante largo tiempo la imagen o forma recibida mientras estuvo unida a los dos principios superior e inferior.

La luna es el elemento de estas almas aisladas, porque se disuelven en la luna como los cadáveres se disuelven en la tierra. Las almas corruptibles de los que vivieron en la virtud y la honradez, pacífica y filosóficamente, sin entremeterse en negocios perturbadores, se desintegran en cuanto las abandona el *nous*, pues no quedan sujetas a los deseos y emociones pasionales.

Hasta aquí el texto de Plutarco.

El mismo Ireneo, tan enemigo de los filósofos paganos, cree en la naturaleza trina del hombre, según se infiere del siguiente pasaje:

...carne, ánima spiritu, altero quidem figurante, spiritu, altero quod formatur, carne. Id vero quod inter haec est duo, est anima, quæ aliquando subsequen spiritum elevatur ab eo, aliquando autem consentient cami in terrenas concupiscentias (NOTA: *Ireneo, V, I. FINAL NOTA*).

Orígenes dice por su parte:

Hay en el hombre tres principios: 1º El cuerpo o carne, parte ínfima de nuestra naturaleza en que la serpiente inscribió con el pecado original la ley del pecado, por cuya influencia nos vemos inclinados al mal y en proporción a la frecuencia de las caídas nos unimos al diablo. 2º El espíritu, de naturaleza semejante a la divina, en donde el dedo del Creador grabó la eterna ley de justicia, por cuya influencia nos unimos e identificarnos con Dios. 3º El alma, principio medianero entre los otros dos, que como república entre dos bandos ha de aliarse precisamente con uno o con otro, pues se ve solicitada en ambos sentidos y es libre de elegir el lado hacia donde inclinarse. Si desligándose de la carne se une al espíritu, se espiritualizará; pero si se abandona a la concupiscencia, se materializará (NOTA: *Orígenes: Epístola VI a los romanos. FINAL NOTA*).

Platón dice:

El alma es un principio capaz de actuar por sí mismo. Es anterior a todas las cosas porque fue engendrada antes del cuerpo, y de conformidad con la naturaleza dirige, mueve y gobierna el cuerpo. El alma alienta en todo cuanto se mueve, y también alienta en los cielos. Por lo tanto, el alma dirige todas las cosas en tierra, mar y cielos por sus propias actuaciones, que son: querer, considerar, cuidar, consultar, opinar, alegrarse, apesadumbrarse, confiar, temer, odiar, amar, juntamente con todos aquellos movimientos primarios que a estos otros acompañan... El alma es una diosa, y aliada con el *nous*, que es un dios, disciplina correcta y felizmente todas las cosas; pero si se alía con *annoiá*, obra contrariamente en todo (NOTA: *Platón: Leyes, X. FINAL NOTA*).

La escuela platónica coincidía con la budista en considerar negativa o inactiva la Esencia no manifestada. El mismo criterio regía en el concepto de la *aniquilación*. Según la escuela budista, cuando el espíritu llega al *nirvana* pierde la existencia, pero conserva la esencia, es decir, deja de manifestarse objetivamente, pero sin detrimento de la subjetividad. Este concepto equivale a la nada absoluta desde el punto de vista objetivo; pero desde el punto de vista subjetivo resulta como *nada* perceptible por los sentidos.

Estas citas, aunque algo prolijas, eran necesarias para demostrar, con mayor eficacia que toda otra argumentación, la coincidencia de las antiguas escuelas filosóficas con las enseñanzas de algunos Padres de la Iglesia, a pesar de que, según dice Laboulaye respecto de Gautama, «no estuvieran iluminadas por la luz de la revelación». Sin embargo, tanto la filosofía griega como la teología cristiana deben al budismo y al indoísmo sus elevados conceptos sobre el alma, el espíritu y la incognoscible Divinidad. No es, pues, extraño que los maniqueos, al advertir la identidad de las doctrinas budista y cristiana, tuvieran a Jesús por reencarnación de Gautama e identificaran a Cristo con Manú (NOTA: *Neander: Historia de la Iglesia, I, 817. FINAL NOTA*).

Jesús exponía las antiguas enseñanzas indoístas al predicar la necesidad de apartarse del mundo y sus vanidades para entrar en el reino de los cielos (*nirvana*), donde «no se casarán los hombres ni las mujeres serán dadas en matrimonio, sino que vivirán como los ángeles».

Por otra parte, Pitágoras también siguió la doctrina de Gautama al afirmar la identidad esencial del espíritu humano con Dios, y que para unirse al espíritu había de pasar el alma por sucesivos estados (NOTA: Los *rupa-lokas* del budismo. FINAL NOTA), durante cuyo proceso el *thumos* volvía a la tierra y se separaba el *phren*. Así es que la metempsícosis de Pitágoras, debidamente interpretada, era una serie de estados de experiencia y prueba disciplinaria con descansos en los refugios celestes (NOTA: Llamados *Siones* por los budistas. Maitreya, el futuro Salvador, descenderá a la tierra desde el más elevado Sión. También ha de venir de Sión el libertador cristiano (Véase: *Epístola de San Pablo a los romanos*, XI, 26). FINAL NOTA) para educir la mente concreta y desligar al *nous* del *phren* (NOTA: El alma, equivalente en concepto al *vinnaraskandaya* de los budistas o principio que se nutre del karma y de los escandas o residuos kármicos. FINAL NOTA).

Los escandas o residuos kármicos personifican metafísicamente las buenas o malas acciones que encarnan, por decirlo así, en un cuerpo sutil que refleja el carácter moral del hombre durante su vida terrena (NOTA: El cuerpo astral, según los cabalistas. FINAL NOTA).

La conciencia individual (*ahankara*) robustecida por la acción, es indestructible, pues como emanada de la Conciencia divina (soplo de Dios) no puede morir. De aquí los sufrimientos del hombre en cada encarnación, hasta que desecha todo pensamiento, deseo y pasión terrestres.

Vemos, pues, que los *cuatro misterios* de la doctrina budista han sido tan torcidamente interpretados como la *sabiduría* a que alude San Pablo al decir:

Esto no obstante, entre los perfectos hablamos sabiduría..., la que está encubierta..., la que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo (NOTA: I *Corintios*, II, 6, 7, 8. FINAL NOTA).

El cuarto grado del dhyâna budista (el fruto del *saimâdhi*) que conduce a la suprema perfección (*viconddham*), tampoco fue interpretado correctamente por los orientalistas, a pesar de que Burnouf traduce con acierto la palabra *viconddham* por *perfeccionado* (NOTA: Burnouf: *El loto de la Buena Ley*, p. 806. FINAL NOTA).

Al definir la condición de dhyâna, dice St.-Hilaire:

Cuando el asceta alcanza el cuarto grado, ya no experimenta ni el más leve sentimiento de beatitud, porque pierde toda memoria y queda impasible por su vecindad al nirvana. Sin embargo, esta absoluta impasibilidad no le impide al asceta ser en aquel mismo momento *omnisciente* ni de tener *mágico poder*, en lo cual vemos una *flagrante* contradicción que a los budistas les tiene tan sin cuidado como las demás en que incurren (NOTA: St. Hilaire: *Del budismo*, 95. FINAL NOTA).

Verdaderamente, no hay tales contradicciones, y mal está suponerlas en las religiones de otros países cuando, aparte de las tres ramas romana, protestante y ortodoxa en que se dividió el cristianismo, menudean curiosamente las sectas. En prueba de que el budismo no se contradice en el punto señalado por St.-Hilaire, tenemos que los monjes budistas y el apóstol San Pablo coinciden en la expresión del mismo concepto. Dice San Pablo:

Por si de alguna manera puedo llegar a la resurrección de entre los muertos, no que la haya alcanzado ya o que sea ya perfecto... (NOTA: *Filipenses*, III, 11, 12. FINAL NOTA).

Análogamente, el budista del cuarto grado, de ascetismo se llama *rahat*, porque produce todo linaje de fenómenos por la propia virtud de su liberado espíritu, y se mueve en los aires, se hace invisible, domina los elementos y obra toda suerte de maravillas que el vulgo mira como milagros (*meipo*). El *rahat* es un hombre *perfecto*, un semidios que llegará a ser

dios al entrar en el nirvana (NOTA: Los budistas coinciden con los iniciados hebreos en considerar al hombre como un dios potencial. FINAL NOTA).

Dice Brian Houghton Hodgson:

El verdadero budismo transpone la frontera entre las mentes finita e infinita, y estimula al hombre a que *por su propio esfuerzo* alcance la divina perfectibilidad que ha de convertirle en dios (NOTA: *El Mahāvansa, I, Introd.* FINAL NOTA).

Tristemente cruentos fueron los medios empleados para el prevailecimiento de los dogmas amañados por Eusebio e Ireneo, y sin embargo, los modernos teólogos no tienen más remedio que recurrir a la filosofía gentílica para explicar satisfactoriamente los misterios del reino de los cielos. El cristiano más erudito y piadoso de nuestros días no aventaja ni siquiera iguala en ciencia religiosa a los filósofos antiguos ni a los contemporáneos de allende los Himalayas, a pesar de que presume de verse asistido por la revelación divina.

El budista que sinceramente profesa la religión de sus padres especulativa y prácticamente, aunque su fe esté cegada por las supersticiones con que la adulteró la ambición clerical, es por término medio, en su conducta y en sus obras, más semejante a Cristo que la generalidad de los sacerdotes cristianos, cuyo fanatismo «condena eternamente» a cuantos no participan de sus creencias religiosas. El budista aventaja al cristiano en que tiene el deber de «honrar su propia fe sin denigrar la de otros pueblos (NOTA: Los cinco artículos de la fe. FINAL NOTA). El cristianismo degenera de día en día en mera especulación emotiva, al paso que el budismo demanda sobre todo y ante todo las buenas obras, vivificadas por el amor a todo ser viviente.

El hombre convencido de que todo lo ha de lograr por su propio esfuerzo, sin que otro cargue con las consecuencias de sus culpas, está en condiciones cien veces más favorables de mejoramiento, que aquel otro a quien se le dice que puede borrar los más horribles crímenes y quedar tan blanco como la nieve con sólo confiar en un Dios que, según dice Volney, se alimentó un día en la tierra y hoy sirve de alimento a las gentes.

CAPÍTULO XXII

Nada se sabe de cierto acerca de los dogmas de los drusos; pero entre sus vecinos era general la creencia de que adoraban un ídolo en figura de becerro.

KING, *Los gnósticos y sus huellas*

¡Oh!, señores de la Verdad inmaculada que eternamente giráis en cielos: salvadme de la aniquilación en esta esfera de doblez.

Ritual egipcio de difuntos

Acertadamente consideraba Pitágoras el inefable nombre de Dios como la clave de los misterios del universo.

PANCOAST, *Luz roja y azul*

Más adelante trataremos de las principales sectas del cristianismo, tildadas de heréticas, que se formaron secretamente en los cuatro primeros siglos de nuestra era.

De los ofitas y nazarenos pasaremos a sus continuadores, que todavía subsisten hoy en el monte Líbano con el nombre de drusos, y en las cercanías de Basra o Barsorah (Persia) con el de mendeanos o discípulos de San Juan. Todas estas sectas se relacionan muy de cerca con el punto que vamos considerando, pues son de origen cabalístico y profesaron un tiempo la esotérica religión de sabiduría y reconocieron por supremo Dios el inefable Nombre de los Misterios. Compararemos estas antiguas sectas con las de nuestros días, y terminaremos echando una rápida ojeada a la Compañía de Jesús y a la masonería moderna, esa eterna pesadilla de la Iglesia romana. Todas ellas, excepto la masonería actual, estuvieron más o menos relacionadas con la magia, así teórica como práctica, y todas ellas, sin exceptuar la masonería, fueron acusadas de impiedad, demonolatría y libertinaje.

No es nuestro propósito escribir la historia de estas sectas, sino tan sólo compararlas con las que posteriormente derivaron del cristianismo, para demostrar con auxilio de los hechos lo injusto de las imputaciones lanzadas contra ellas y contra los estudiantes de la ciencia secreta.

El flujo de los tiempos engulló una tras otra las primitivas sectas cristianas, excepto una que todavía sobrevive en su primitiva integridad y sigue enseñando la doctrina de su Fundador y atestiguando su fe con multitud de obras. Las movedizas arenas en que se agostaron los demás vástagos del cristianismo fueron terreno de firme raigambre para la secta a que nos referimos. Arrojados de su patria, se refugiaron en Persia los directos descendientes de los discípulos del Bautista, que residieron en las orillas del Jordán, donde su jefe bautizaba a cuantos creían en el enviado de Dios. Forman hoy una población de más de treinta mil almas, y aunque se les llama impropriamente «cristianos de San Juan», les cuadraría mejor su antiguo nombre de nazarenos o por lo menos el moderno de mendeanos; pero en modo alguno cabe llamarlos cristianos en el sentido latino, pues no creen que Jesús fuese Cristo ni en su mediación redentora ni aceptan el *Nuevo Testamento* ni adoran al Jehovah bíblico. Por lo tanto, cabe inferir que Juan el Bautista, fundador de la secta, tampoco adoraba a Jehovah, y no debiera figurar en los relatos bíblicos ni en el santoral romano. Si el Dios de los nazarenos era *Ferho* y el Bautista un enviado de Dios, es decir, de *Ferho*, debió bautizar y predicar en nombre de *Ferho*. Ahora bien; si Juan bautizó a Jesús, lo bautizaría seguramente con arreglo a su doctrina, y en consecuencia, también creería Jesús en *Ferho* o *Faho*, como los nazarenos le llamaban, según hemos de inferir del silencio que guarda Jesús acerca del nombre del «Padre».

No parece disparatada la hipótesis de que el nombre Faho es una de tantas corrupciones de la palabra Fho o Fo, como los chinos y tibetanos apellidan a Gautama, que en el Nepal es más conocido por *Fo* que por *Buda*. El *Mahavânsa* demuestra que en el Nepal se difundió muy tempranamente el budismo, y la historia nos dice que durante el siglo I antes de J.C. abundaban en Siria y Babilonia los monjes budistas (NOTA: Los misioneros budistas no sólo se dilataron por el valle de la Mesopotamia sino que llegaron a puntos tan lejanos como Irlanda. Dice Lundy en su obra, *Cristiandad monumental*, con referencia a una de las torres cilíndricas de Irlanda: «Atribuye Enrique O'Brien a esta torre origen budista, pues así lo denotan las figuras del toro y del elefante, animales consagrados a Buda (cuyo espíritu transmigró a ellos), y las dos imágenes de la Virgen madre y de Karna en pie a uno y otro lado de la cruz. La escena ofrece sorprendente semejanza con la de la Crucifixión en el cementerio del papa Julio, exceptuando las figuras de animales que denotan la imposibilidad de su origen cristiano. Lo más probable es que los fenicios trajeran de Oriente estas alegorías descriptivas y que erigiesen en Irlanda las torres redondas como símbolos de las fuerzas generadora y conservadora del hombre y de la naturaleza, y en prueba de que del sufrimiento y de la muerte dimana la vida universal». Si tan explícitamente reconoce un clérigo protestante el carácter budista del crucifijo en Irlanda siglos antes de J.C. y la predicación de los misioneros de Gautama en aquella isla del extremo Occidente, bien podemos asegurar que ni los nazarenos contemporáneos de Jesús ni sus actuales descendientes tuvieron la cruz por signo de redención. En un discurso leído ante la «Sociedad Filológica Americana» corroboró Carlos Sotheran las opiniones de Lundy, diciendo que las leyendas populares por una parte y los restos arqueológicos por otra, demuestran que Irlanda escuchó un día la predicación de los misioneros de Gautama. FINAL NOTA), y que el supuesto caldeo Budaspo estableció la secta de los sabianos o bautistas (NOTA: Llamada hoy día cristianos de San Juan o mendeanos. Los árabes les llaman *almogtasilas*. El nombre sabiano se deriva del verbo araneo *soba* que significa βαπτίζω (Renán: *Vida de Jesús*). FINAL NOTA).

Ya expusimos en líneas generales el credo religioso de los bautistas, almogtasilas o nazarenos, de cuyo Código hemos entresacado no pocos pasajes. Perseguidos de muerte, se unieron a los nestorianos, por lo que se les confundió con éstos en la común denominación de cristianos, hasta que se les deparó ocasión favorable de recobrar su colectiva personalidad, sin retener el calificativo de cristianos, a pesar de que los consideran los autores eclesiásticos por herejes cristianos, con el deliberado propósito de invalidar cuanto en sus enseñanzas revele el carácter del primitivo cristianismo.

Sin embargo, esta secta, tan olvidada por los investigadores, es un fertilísimo campo de exploración exegética, pues no cabe duda de que su doctrina religiosa, inalterada en el transcurso de los siglos, la profesó San Juan Bautista, cuyas manos derramaron las aguas del Jordán sobre la cabeza de Jesús, a quien se confesó indigno de desatar la correa del zapato. Además, Jesús era, según la carne primo hermano de Juan, y en el momento del bautismo se abrieron los cielos y el Espíritu de Dios descendió en figura de paloma sobre el bautizado, al propio tiempo que una voz exclamaba desde lo alto: «Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido». Esto supuesto, ¿cómo han de ser herejes los nazarenos contemporáneos, cuyas creencias en nada discrepan de las de su maestro Juan?

Cuando, en el siglo XVII, los misioneros persas descubrieron la existencia de esta apartada comunidad, desconocida hasta entonces de los europeos, echaron de ver que el Cristo del *Nuevo Testamento* era para ellos un *falso profeta* y que rechazaban, por igualmente tenebrosos, los dogmas judíos y cristianos. No cabe hallar testigos más fidedignos ni mejor enterados que los nazarenos, contra la tergiversación por la cual nos representan los teólogos cristianos a Juan el Bautista como precursor del Cristo, pues desde un principio tuvo la escuela nazarena por impostura el carácter redentor atribuido a Jesús y por divinidad subalterna el Jehovah de los hebreos, equivalente al Ilda Baoth de

los ofitas. Mal día será para el cristianismo aquel en que un valeroso y sincero investigador recabe de los jefes nazarenos licencia para traducir sus libros secretos y compilar sus venerables tradiciones, pues se equivocan los eruditos al suponer que la literatura sagrada de los nazarenos no pasa de cuatro tratados didácticos y el *Código* que por obligación han de leer todos los domingos a puesta de sol.

Esta investigación de la verdad nos lleva por sendas muy apartadas para evitar los obstáculos con que la astucia clerical entorpece los pasos de quien por las ordinarias vías trata de indagar el origen de las ideas religiosas. El cristianismo dogmático quedó en tela de juicio desde que la ciencia tuvo alientos bastantes para acusarlo públicamente, según vamos viendo en esta obra. ¿Qué hay de verdad en la teología dogmática? ¿Cuál es su *primitivo origen*? ¿Que sectas la transmitieron? Para responder es preciso bosquejar la historia de la religión de sabiduría en su paso a través de todas las modalidades confesionales del mundo, porque entraña sin adulteración la *Doctrina Secreta*, que *es la verdad*.

Aunque nuestros estudios de investigación nos lleven de unos asuntos a otros, tenemos motivo fundado para comparar críticamente dos sectas distantes en el orden cronológico, pues conviene recordar que el principal objeto de esta obra es el análisis de los sistemas religiosos y la indagación de sus orígenes. El mayor impedimento en esta labor nos lo opone la Iglesia romana, en cuyos ocultos fundamentos hemos de ahondar para descubrir la férrea trabazón en que apoyó sus hoy vacilantes pasos.

Empecemos por analizar las doctrinas de los ofitas, nazarenos y drusos, cuyos diagramas discreparán de las falaces disquisiciones de Ireneo, Teodoreto y Epifanio, con mayor motivo por estar apoyados en las doctrinas de algunos cabalistas íntimamente relacionados con los misteriosos drusos del Líbano. Los *okhalos* de Siria, o espiritualistas, como también se les llama, poseen gran copia de manuscritos antiguos que corroboran nuestras aseveraciones en la materia que vamos considerando.

El diagrama ofita considera a *Bythos* o Abismo como emanación femenina y le asigna funciones equivalentes a las del Pleroma gnóstico, aunque en región más elevada, mientras que el expuesto por los Padres de la Iglesia atribuye a *Bythos* la significación de Causa primera. Como en el sistema cabalístico, simboliza *Bythos* el infinito o ilimitado caos, cuyas tinieblas velan el primario y desconocido Motor de todas las cosas. Es idéntico concepto al de *Shekinah*, que vela a *En Soph*. El nombre de $\text{IA}\Omega$ (Iao) señala el punto donde se presume que reside el Desconocido, y alrededor de este nombre se lee la inscripción: $\text{E}\text{I}\Lambda\text{AM ABPA}\Sigma\text{A}\Xi$ (El eterno sol Abrasax) (NOTA: El espiritual y céntrico sol de los cabalistas, representado en algunos diagramas por el círculo de *Tiphereth*. FINAL NOTA).

Del insondable abismo surgen unas espirales dispuestas en círculo que simbolizan el cielo máximo ($\text{K}\acute{\upsilon}\text{K}\lambda\omicron\varsigma$) compuesto de otros menores. En el interior de estas espirales cuyas vueltas sigue, está la serpiente, el andrógino emblema de sabiduría y eternidad. El ciclo representa a *Ennoia* (Mente divina) y la serpiente representa la sombra de la luz (*Agathodaimon* u *Ophis*). Ambos principios constituyen unitariamente el Logos de los ofitas, que se desdobra en los opuestos principios de bien y mal, inmutables y eternos. Este símbolo da la razón de que los ofitas tributaran culto a la serpiente enroscada en torno de una tau o del pan sacramental. *Ennoia* y *Ophis* son conjuntamente el Logos; pero separadamente es *Ennoia* el Arbol de Vida y *Ophis* el Arbol de la ciencia del bien y del mal. Así se comprende que *Ophis*, no obstante simbolizar la sabiduría divina, induzca a la primera pareja humana (NOTA: Creada materialmente por *Ilda Baoth* y dotada por *Achamoth* de principio espiritual. FINAL NOTA) a comer de la fruta prohibida.

Pero tanto la Serpiente como el Arbol de la ciencia y el Arbol de la Vida son símbolos traídos de la India, donde llaman Arbol de la Ciencia y de la Vida al banano (*arasa-maram*) que allí se tiene por sagrado desde que Vishnú en uno de sus avatares reposó bajo su vasta copa para enseñar filosofía a los hombres. La protectora sombra de este rey

de las selvas servía de cátedra a los gurus que aleccionaban a sus primeros discípulos en la inmortalidad y les iniciaban en los misterios de la vida y de la muerte. Los javaleímes del colegio sacerdotal caldeo enseñaron a los hijos de los hombres de modo que pudieran sucederles en su ministerio. Aun hoy día el *Foh-tchu* (NOTA: Significa maestro de las enseñanzas de Buda. FINAL NOTA) reside en el *Fohmaëyu* (templo de Buda) sito en la cumbre del Kuinlongsang (la gran montaña) (NOTA: Situada al Sudoeste, cerca de la frontera de China y Tíbet. FINAL NOTA), y opera sus mayores prodigios bajo el Arbol de la Ciencia y de la Vida (*Sung-Ming-Shu*), pues la ignorancia es la muerte y únicamente la ciencia confiere la inmortalidad. Este maravilloso espectáculo ocurre cada tres años, cuando en aquel santo paraje se reúne innumerable multitud de budistas venidos en peregrinación de la China entera.

A Ilda-Baoth, el «Hijo de las Tinieblas» y creador del mundo material, se le suponía residente en el planeta Saturno. Esta circunstancia le identifica todavía más con el Jehovah de los judíos, que según los ofitas era el mismo Saturno, y por ello no le daban el nombre sinaítico. De Ilda-Baoth emanaron seis entidades espirituales residentes en los siete planetas, conviene a saber: Saba en Marte; Adonai en el Sol (NOTA: En el diagrama aparece el sol en el centro del sistema solar (pues parece que los ofitas conocían el sistema heliocéntrico) y debajo del Sol espiritual, cuyos rayos recibe y difunde a su vez por todos los planetas. FINAL NOTA); Ievo en la Luna; Elio en Júpiter; Astaphoi en Mercurio (NOTA: Espíritu de las aguas. FINAL NOTA), y Uraios en Venus (NOTA: Espíritu del fuego. Respecto de Venus, afirmaba el astrólogo Plácido que su brillo azulado denota calor. En cuanto a Mercurio, fue una extravagante fantasía de los ofitas diputarlo por espíritu de las aguas, cuando astrológicamente considerado es un astro «frío, seco, terrestre y melancólico». FINAL NOTA). Estos siete planetas son, según el sistema ofita, idénticos en naturaleza y funciones a los *sapta loka* (siete lugares) de los indoístas, es decir, las siete esferas de los mundos superior e inferior equivalentes a las siete esferas cabalísticas, aunque para los ofitas son esferas inferiores. Los monogramas de estos planetas gnósticos son los mismos de los budistas, con leves diferencias respecto de las ordinarias mansiones astrológicas. En las notas explicativas que acompañan al diagrama aparecen frecuentemente los nombres de Cirentio (discípulo de Simón el Mago), Menander, Parcha (NOTA: Parcha es sinónimo de Ferho, según Norberg lo traduce en su onomasticón al Código de los nazarenos. En la *Vida de Manes* que Epifanio inserta en su obra, *Herejes* (cap. LXVI), aparece un tal *Parchus*, sacerdote de Mithra y amigo del heresiarca Manes. FINAL NOTA) y otros gnósticos que no citan los Padres de la Iglesia.

Por otra parte, el autor del diagrama reclama para su secta mayor antigüedad de la que se le atribuye, y para ello se funda en que sus antepasados construyeron los templos dracontianos, aun los de más allá de las «aguas magnas». Dice además que el «Justo», portavoz o paraninfo del eterno Eón (*Christos*), envió a sus discípulos por el mundo bajo la dual protección de Sigé (el Logos, el Silencio) y de Ophis (Agathodæmon). El autor alude sin duda alguna a la expresión de Jesús: «Sed cautos como serpientes y cándidos como palomas». El diagrama representa a Ophis, equivalentemente al egipcio Cnuphis, Kneph o Dracontia, en figura de sierpe erguida sobre la cola, con coronada y radiante cabeza de león en cuyos rayos lleva las siete vocales griegas, una en cada rayo, como símbolo de las siete esferas celestes. Esta representación es muy conocida de cuantos están familiarizados con las joyas gnósticas (NOTA: Descritas en un tratado de magia del monarca egipcio Nechepsos. Las joyas de jaspe verde se consideraban como un poderoso amuleto, según menciona Galeno en su obra: *De Simp. Med.*, IX. FINAL NOTA), y está copiada de los *Libros de Hermes*. También es una modalidad de Ophis el Verbo que el Apocalipsis describe como «semejante al Hijo del Hombre», con corona de siete estrellas.

El diagrama nazareno es, con leve alteración de nombres, el mismo de los gnósticos, quienes indudablemente lo copiaron de aquél con añadidura de unas cuantas

denominaciones entresacadas de los sistemas basilideano y valentiniano. Para mayor claridad expondremos sinópticamente ambos sistemas:

SISTEMA NAZARENO

Trinidad primaria

(Oculto en la Unidad)

FERHO: Vida que no es Vida. El supremo Dios. La Causa eficiente de la luz. El Logos *in abscondito*. El Agua del Jordán máximo (agua de Vida o Ajar, principio femenino). Unidad en la Trinidad simbolizada en ISH AMON.

Trinidad secundaria

(Manifestación de la primaria)

MANO: Rey de luz y Vida (*Rex lucis*). VIDA primaria. Hombre arquetípico.

JORDÁN: Manifestación del Jordán máximo (aguas de gracia). Segunda VIDA.

ABATUR: El Padre superior. Tercera VIDA.

De esta Trinidad emana la Duada de las entidades *Ledhaio* y *Fetabil*, perfecto el primero e imperfecto el segundo.

Jordán o el Señor de todos los jordanes se manifiesta en *Netubto*, emblema de la *fe sin obras* (NOTA: Aquí se descubre la oposición entre el espíritu católico y el espíritu protestante. El primero es el de las enseñanzas del apóstol Santiago, judío talmudista. El segundo es el de las doctrinas del semi-platonista Pablo. FINAL NOTA).

Además, los siete genios planetarios que, según los ofitas, emanaron sucesivamente uno de otro, equivalen a los «siete demonios estelares» del sistema nazareno (NOTA: Código de los nazarenos, 57. FINAL NOTA) que «engañan con imposturas a los hijos de Adán». Estos siete demonios son: *Sol*, *Venus* (NOTA: *Spiritus Venereus* o aspecto material del Espíritu Santo, la madre de los siete demonios estelares. Equivale al maligno aspecto de Achamoth, que emana de sí a Ilda-Baoth con sus seis hijos. FINAL NOTA), *Nebu* (NOTA: Mercurio. Símbolo del falso Mesías que adulterará el primitivo culto de Dios. (Véase a este propósito el prefacio de la traducción Norberg del *Código de los nazarenos*) Esto demuestra una vez más que los nazarenos identificaban a Jesús con Gautama, pues Mercurio era el planeta consagrado a los budas o iluminados. FINAL NOTA), *Sin* (NOTA: Luna o Shuril. FINAL NOTA), *Kiun* (NOTA: Saturno o Kivan. FINAL NOTA), *Bel* (NOTA: Júpiter. FINAL NOTA) y *Nerig* (NOTA: Marte. FINAL NOTA).

Según los ofitas, *Christos* es el jefe de los siete Eones o los siete Espíritus de Dios mencionados en el *Apocalipsis*. Análogamente tienen los nazarenos sus siete eones o

SISTEMA GNÓSTICO-OFITA

Trinidad primaria

(Oculto en la Unidad)

IAO: Nombre inefable de la Divinidad desconocida. El eterno y espiritual Sol Abrasax). Unidad oculta en el Caos o Abismo (*Bythos* elemento femenino). El círculo sin circunferencia que contiene los arquetipos de todas las formas.

Trinidad secundaria

(Manifestación de la primaria)

ENNOIA: Mente.

OPHIS: Agathodaemon.

SOPHIA: Sabiduría andrógina, que fecundada por la divina luz emana a *Christos* y *Achamoth*, perfecto el primero e imperfecto el segundo.

De Achamoth emana Ilda-Baoth (Demiurgos), creador del mundo material y las formas inanimadas, emblema de las *obras sin fe*.

genios benéficos, cuyo jefe Mano (*Rex Lucis*) equivale al Christos de los ofitas (NOTA: *Asimismo, los Sapta-Rishis o siete sabios del hinduismo residen en los Sapta Pura o siete ciudades celestes. FINAL NOTA*).

En la Iglesia cristiana antes de la Reforma y después en la romana, no encontramos ni más ni menos que cuanto acabamos de ver en estos sistemas, sin necesidad de añadir a la demostración un cuadro sinóptico del sistema judío-cristiano que acabara de corroborar la consubstancialidad de las cosmogonías indoísta, mazdeísta, caldea, cabalista, gnóstica, nazarena y cristiana, a pesar de los esfuerzos que anualmente realizan las misiones católicas para propagar sus creencias entre los paganos.

En las joyas gnósticas descritas por King (NOTA: *Los gnósticos y sus huellas. FINAL NOTA*) aparece frecuentemente repetido el nombre de Iao, que suele confundirse con el de Ievo, correspondiente a uno de los genios antagonistas de Ábraxas; pero ni uno ni otro han de equipararse al Jehovah de los judíos, por lo que conviene fijar la significación de este último nombre. En efecto, muy extraño nos parece que tantos y tan eruditos arqueólogos no advirtiesen que hubo más de un Jehovah, y que no rechazaran la suposición de que lo inventó Moisés.

Iao es seguramente un título de la suprema Divinidad, y forma *parte* del inefable nombre; pero ni tuvo origen hebreo, ni tampoco lo emplearon exclusivamente los hijos de Israel, pues aunque Moisés hubiese designado con dicho título al espíritu tutelar del «pueblo escogido», no era esto razón suficiente para que los demás pueblos lo consideraran como el supremo Dios. Negamos en redondo esta suposición. Además, está demostrado que Iao o Yaho fue desde un principio nombre misterioso (יהוה ויה), pues no empezó a pronunciarse hasta el reinado de David, ya que antes de esta época en rarísimos nombres propios entraba la letra *iah* o *jah* como elemento prosódico. Es muy verosímil que como David residió algún tiempo entre los sirios y los filisteos (NOTA: *I Reyes, cap. XXVII. FINAL NOTA*) aprendiera de estas gentes el nombre de Jehovah. Por otra parte, David confirió la dignidad de sumo sacerdote a Zadok, de quien derivó la escuela de los zadokitas o saduceos y fue proclamado rey en Hebrón (הבויז) (NOTA: *Ciudad de los kabires. FINAL NOTA*) donde se celebraban los ritos de los cuatro dioses misteriosos. Ni David ni Salomón siguieron estrictamente la ley de Moisés, pues desde un principio manifestaron su deseo de construir un templo dedicado a יהוה, por el estilo de los erigidos por Hiram en honor de Hércules y Venus, Adonis y Astarté.

Dice Fürst sobre el particular:

El antiquísimo nombre de Yáho que en griego se escribe *Iαω*, parece haber sido el místico hombre con que los semitas designaron al supremo Dios, y sin duda alguna lo aprendió Moisés cuando su suegro Jethro, sacerdote cainita de Midian, le inició en la cueva de Hor-eb. La antigua religión caldea, cuyas huellas se descubren entre los neoplatónicos, llamaba *Iáω* (יהו) a la suprema Divinidad entronizada sobre los siete cielos, el espiritual principio de luz denominado *Nous* (NOTA: *Anaxágoras fue el primero en dar este nombre a la suprema Divinidad, aunque derivó del egipcio Nout, que expresaba el mismo concepto. FINAL NOTA*) por los griegos; quienes también le consideraron como Demiurgo (NOTA: *Poquísimos cayeron en esta confusión, pues, generalmente, el creador del universo material estuvo disputado como divinidad subordinada al supremo Dios. FINAL NOTA*), y equivalía en concepto al misterioso e inefable *Yáho* de los hebreos, que sólo se comunicaba a los iniciados. Los fenicios llamaban asimismo *Iáω* al Dios supremo, cuyo trilateral nombre mantenían secreto (NOTA: *Lydus, I c.; Ledrenus, I c. FINAL NOTA*).

Otros investigadores van más allá de Fürst para indagar el origen de este divino nombre en pueblos de todavía mayor antigüedad, pues en idioma sánscrito tenemos las palabras *Jah*, *Jaya*, *Jaa* y *Jaga*, de donde bien pudiera derivarse el nombre de la carroza del festival de *Jaga-nath*, vulgarmente llamada *Jaggernâth*. Por otra parte, *Javhe* significa «el que

es», y el orientalista Spiegel (NOTA: Del país entre el Indo y el Tigris. FINAL NOTA) opina que el nombre persa *Abura* nace de la raíz sánscrita *ab*, cuya fonética es *as*, de donde *asu* (exhalar), que con el tiempo llegó a significar *espíritu* (NOTA: Así quiere decir en sánscrito «tú eres» y también «espada». Adviértase que el acento recae sobre la *i* en la pronunciación de esta palabra. FINAL NOTA).

Así como Rawlinson afirma resueltamente la influencia védica de los arios en la primitiva mitología caldea, según demuestra la ya probada identidad de Dag-on y Vishnú, de la misma manera cabe demostrar la filiación índica del nombre $\text{I}\alpha\omega$. El más antiguo nombre latino de Dios es *JU* o *JOVIS*, que los romanos consideraban en sus dos aspectos, masculino y femenino. Cuando masculino era *JU-piter* (NOTA: Del sánscrito *pitar*, padre. FINAL NOTA) o sea *Ju el padre*, y cuando femenino era *JU-no* (NOTA: נ Del fenicio נ que significa cohonortador. FINAL NOTA) o sea *Ju el cohonortador* (NOTA: Extractado de Wilder. FINAL NOTA).

Max Müller observa que si bien la palabra *dyaus* (cielo) no es del género masculino en sánscrito ordinario, aparece como tal en los Vedas comprobándose de esta suerte la identidad del *Zeus* griego con el *Dyaus* védico (NOTA: Max Müller: *Los Vedas*. FINAL NOTA).

Para desentrañar el verdadero significado del nombre $\text{I}\alpha\omega$ y comprender por qué era el de la suprema y misteriosa Divinidad, hemos de inquirir su origen en la simbología de los pueblos primitivos y beber en las fuentes más antiguas. Los *Libros de Hermes* dicen que «el número DIEZ es la madre del alma y que le están unidas la vida y la luz; porque el número uno nació del espíritu y el número diez nació de la materia (NOTA: Estos sagrados anagramas se llamaban *Zeruph*. FINAL NOTA). La unidad engendró el diez; el diez engendró la unidad» (NOTA: *Del Libro de las Claves*. FINAL NOTA).

Tres métodos hay para descubrir el sentido cabalístico de las letras, palabras y frases, conviene a saber: el *gemántrico*, el *temúrico* y el *atbáquico*.

El primero, cuyas reglas da la *gemantría*, es esencialmente aritmético, y consiste en aplicar a las letras de una palabra el sentido numeral, tanto por su configuración geométrica como por su significado particular. El método de la *themura* se vale del anagrama para descubrir el sentido de una palabra, y así vemos que dos siglos antes de la era cristiana, el rabino Akiba llamaba al UNO el espíritu del *Alahim* de las vidas (NOTA: *Yetzira*, 8.– El rabino Akiba, autor del *Sepher Yetzira* (Libro de la Creación) fue maestro de Simeón Ben Iochai, autor del *Zohar* y príncipe de los cabalistas. Franck atribuye al Yetzira la antigüedad de un siglo antes de J.C. (*La Kábala*, 65); pero otros autores tan competentes como él asignan mayor antigüedad a dicha obra. De todos modos está probado que Simeón Ben Iochai floreció antes de la segunda destrucción del templo de Jerusalén. FINAL NOTA). Además, los más antiguos diagramas cabalísticos representan los diez sephirotes por ruedas o círculos y por una *columna derecha* el hombre arquetípico (Adam Kadmon), y así dice el rabino Akiba: «Ruedas y serafines y las santas criaturas».

El tercer sistema de interpretación cabalística, el *athbach*, consiste en disponer las letras del alfabeto par a par en tres filas, de modo que todos los pares de la primera fila valgan numéricamente diez. En el sistema de Simeón ben Shetah (NOTA: Filósofo neoplatónico alejandrino en tiempo de Ptolomeo. FINAL NOTA), el par superior, el más sagrado de todos, va precedido del $\text{I}\alpha\omega$ pitagórico. Tenemos, por lo tanto, que el nombre $\text{I}\alpha\omega$, tal como aparece en las inscripciones, está compuesto del número diez en su significado literal con interposición de la letra A, o sea el alfa y el omega de las cifras del sistema decimal, que encierran en profunda alegoría el concepto de la Causa primera tal como se lo forjaron los pueblos primitivos, esto es, como creadora Divinidad andrógina manifestada en sus obras, cuyo aspecto masculino era el invisible y vivificador espíritu y el femenino la madre naturaleza.

Esto entendido, echaremos de ver que IAO significa etimológicamente «Aliento de Vida», simbolizado en la A colocada entre el principio masculino erecto en el I y el principio femenino representado en la forma oval del O.

Según ya hemos dicho, el sánscrito *as* significó primitivamente «respirar», y después por extensión «vivir» o «existir». Sobre esto, dice Max Müller que de *as* se derivan *asu* (soplo) y *Asura*, nombre antonomástico de la Divinidad, en la acepción del que alienta, o mejor todavía, el que infunde aliento (NOTA: Müller: *Virutas de un taller alemán*, I. FINAL NOTA). En lengua hebrea *ah* y *iah* significan vida. Cornelio Agripa en su tratado: *Preeminencia de la mujer*, pone de manifiesto la analogía entre el nombre de *Eva* y el simbólico Tetragrámaton, inefable nombre de la divinidad. Los nombres antiguos estuvieron siempre relacionados con las cosas significadas, y por lo que se refiere al de la Divinidad, resulta clara la insinuación de los cabalistas judíos acerca de la interposición hebrea de la letra H si se tiene en cuenta que «Abraham la tomó de su mujer Sarah y la puso *en medio de su propio nombre*». Puede objetarse que no está averiguado todavía en qué época aparece por primera vez el *cero* en los manuscritos e inscripciones de la India; pero de todos modos, el caso en cuestión ofrece indicios lo bastante vehementes para determinar la probabilidad. Según Max Müller, las palabras *cipher* (guarismo) y *zero* (cero) eran sinónimas, y demuestran la filiación arábica de nuestras cifras o caracteres numerales (NOTA: Müller: *Nuestros guarismos*. FINAL NOTA).

La palabra *cifra* deriva de la árabe *cifron* que significa *vacío*, y a su vez arranca por traducción del vocablo sánscrito *synya* que quiere decir *nada*. Los árabes tomaron de la India los signos de la numeración y nunca se atribuyeron su descubrimiento (NOTA: *Id., id.* FINAL NOTA). En cuanto a los pitagóricos, nos dice Boecio en su *Geometría*, compuesta en el siglo VI, que las cifras pitagóricas (NOTA: King: *Los gnósticos y sus huellas*, lámina XIII. FINAL NOTA) empezaban en el I y terminaban en el 0. Además, asegura Porfirio apoyado en el *Moderatus* pitagórico (NOTA: *Vida de Pitágoras*. FINAL NOTA), que los guarismos de este filósofo eran símbolos jeroglíficos por cuyo medio expresaba los conceptos referentes a la naturaleza de las cosas.

Pero si en los más antiguos manuscritos de la India no se encuentran indicios de la notación decimal, pues Max Müller sólo descubrió en ellos las nueve iniciales de los nombres sánscritos de las cifras, tenemos las pruebas necesarias en la imaginería sagrada de los templos. Sabemos que Pitágoras aprendió en la India, y así lo confirma Max Müller al decir que los neopitagóricos enseñaron a griegos y romanos la numeración cifrada de los indos, que aplicaron a la tabla llamada pitagórica. De esto se infiere que, aunque los neopitagóricos conocieran todo el sistema antes de la fundación de Alejandría (NOTA: *Fundada el año 332 antes de J.C.* FINAL NOTA), el propio Pitágoras conoció tan sólo *nueve cifras*. Que los neopitagóricos conocieron las diez cifras, nos lo demuestra el siguiente pasaje de Aristóteles:

Algunos filósofos opinan que las ideas y los números son diez en conjunto y de la misma naturaleza unas y otros (NOTA: *Metafísica*, VII, F. FINAL NOTA).

Basta esto para convencernos de que la escuela pitagórica conocía la notación decimal cuatro siglos, por lo menos, antes de J.C., pues Aristóteles no parece atribuir su invención a los neopitagóricos.

Por otra parte, según ya dijimos, la imaginería de los templos antiguos nos suministra pruebas concluyentes. Una de ellas es que Vishnú está representado en su segundo avatar en figura de tortuga que sostiene una columna cilíndrica, sobre la cual está sentada la ilusoria imagen de Vishnú con todos sus atributos, que respectivamente lleva en las cuatro manos: una flor, una maza, una concha y un disco, sostenido este último sobre el índice levantado en la misma posición de la cifra 1, de modo que el disco representa muy verosímelmente el cero. Igual aspecto ofrece la representación de Vishnú en su primer avatar, cuando sale

de la boca del pez (NOTA: Coleman: *Mitología indoista. Dibujos del templo de Roma. Ed. Bouton, Nueva York. FINAL NOTA*). También aparecen representados con el disco sobre el índice extendido hacia arriba el bengalés Durga de diez brazos, el gigante Râvana, de diez cabezas, y las imágenes de Indra. Dicho atributo simbólico es la figura plástica del «retoño de la primavera» (NOTA: Jennings: *Los rosacruces, 252. FINAL NOTA*).

Los templos dedicados a Jaggarnâth son los que los indos tienen en mayor veneración, pues todas las sectas adoran igualmente al dios *Jagg-arnâth*, y le sobrenombran «el Señor del mundo». Es la divinidad de los Misterios y son de configuración piramidal todos sus templos, cuyo mayor número está en Bengala. No hay otro nombre deífico de tan variadas etimologías y tan distintas fonéticas como Iaho. Los rabinos posteriores a la cautividad hubieron de valerse de los puntos masotéricos para dar al nombre de Jehovah la interpretación de Adonai o Señor; y Filo Biblo lo silabea con las letras griegas ΙΙΕΥΩ-ΙΙΕΟΥ. Teodoreto dice que los samaritanos lo pronunciaban Iabe (Yahva) y los judíos Iaho, equivalente a I-ah-Ō. Diodoro afirma que, según los judíos, Moisés daba a Dios el nombre de Iao. Esto nos mueve a repetir, apoyados en la autoridad de la misma Biblia, que Moisés ignoró el nombre secreto de Dios hasta que fue iniciado por su suegro Jethro, pues cuando el Señor se le aparece en la zarza ardiente e incombustible, le dice: «El Señor Dios de los hebreos nos ha llamado» (NOTA: *Éxodo, III, 18. FINAL NOTA*), para distinguirse de los dioses ajenos. Si hemos de juzgar a Jehovah por lo que de él nos dice la historia de Israel, no es de presumir que la irascible deidad sináitica acogiera favorablemente a Cristo en caso de venir al mundo en los días del éxodo hebreo. Además, el «Señor Dios de Israel» manda a Moisés que le llame Jehovah (NOTA: *Éxodo, VI, 3. FINAL NOTA*), lo cual contradice con mengua de la veracidad jehovaniana y de la revelación divina aquel otro pasaje según el que Abraham edificó un altar en honor de *Jehovah-jireh* (NOTA: *Que significa «el Señor ve».- Génesis XXII, 14. FINAL NOTA*).

Por lo tanto, conviene distinguir entre el Iao de los Misterios, venerado desde la más remota antigüedad por los iniciados de todos los países, y los fonéticos remedos del mismo nombre, tan desdeñados por los gnósticos.

Como los cristianos han cargado, a imitación del Azazel del desierto, con las culpas de la nación judía, repugnan confesar que el titulado «pueblo escogido» no fue su predecesor en monoteísmo, sino tan idólatra como sus vecinos, hasta época muy posterior de su historia. Los sagaces talmudistas se resguardaron durante muchos siglos de toda acusación tras los puntos masotéricos; pero como la verdad ha de prevalecer al fin en todo, sabemos hoy que el nombre *Ihoh* (יהוה) ha de leerse *Iahoh* o *Iah* y no *Jehovah*. El Iah de los hebreos es evidentemente el Iacchos (Baco) de los Misterios, de quien esperaban las almas su liberación, e indistintamente se le denominaba Dionysio, Iacchos, Iahoh y Iah (NOTA: K.O. Müller: *Historia de la literatura griega, 283; «Movers», 547, 553; Dunlap: Sod, los Misterios de Adonis, 21. FINAL NOTA*). Así, pues, estaba Aristóteles en lo cierto al identificar a Jon יהוה, con Ormuzd y a Plutón con Ahriman, pues el Dios de los cielos, Ahuramazda, monta en una carroza tirada por el caballo del sol; y según cita Dunlap, concuerda con esta alegoría aquel pasaje que dice:

Alaba por su nombre Iah (יה).

Al que galopa por los cielos a caballo (NOTA: *Salmo, LXVIII, 4. FINAL NOTA*).

El mismo Dunlap nos dice que los árabes llamaban Iok a Iah y lo simbolizaban en figura del caballo del sol, equivalente al Dionysio de los griegos (NOTA: *Dunlap: Espíritu de la historia, 64, 67, 78. FINAL NOTA*); y añade que Iah es la pronunciación suavizada de Iach, por mudanza de la *ch* en *h*, y la *s* suaviza la *h*. Los hebreos expresaban la idea de vida indistintamente por una *ch* o por una *h*, pues tanto *chiach* como *hiach* significan *ser*; y así *Iach* equivale a «Dios de Vida» y *Iah* a «Yo soy» (NOTA: *Dunlap: Sod, los Misterios de Adonis, p. 21. FINAL NOTA*).

Por lo tanto, bien podemos citar aquel pasaje de Amonio que dice:

Ogugiâ me llama Baco; Egipto cree que soy Osiris; los musianos me titulan Ph'anax; los indos dicen que soy Dionysio; los misterios romanos me dan el nombre de Liber; y los árabes el de Adonis.

A esto cabe añadir que el pueblo escogido le llamaba Adonai y Jehovah.

Otra prueba de la incompreensión en que se ha tenido la antigua doctrina secreta nos la proporciona la persecución de los templarios por la Iglesia, que les acusaba de adorar al diablo en figura de un macho cabrío llamado Bafomet. Sin escudriñar los antiguos misterios masónicos no hay masón alguno de los que *saben algo*, que desconozca la verdadera relación entre Bafomet y Azazel, el cabrío expiatorio del desierto (NOTA: *Levítico, XVI, 8, 10. FINAL NOTA*), cuyo carácter y significado adulteraron deplorablemente los traductores de la Biblia.

Dice Lanci (NOTA: *Bibliotecario del Vaticano. FINAL NOTA*) sobre el particular:

Este terrible y venerable nombre de Dios se ha convertido en un diablo, una montaña, un desierto y un cabrío por obra de los comentaristas bíblicos (NOTA: *La Escritura Sagrada y los Paralipómenos. FINAL NOTA*).

Mackenzie observa muy atinadamente:

El nombre Azazel ha de descomponerse en *Azaz* y *El*, pues aunque significa «Dios de la Victoria», en este pasaje quiere decir *autor de la muerte* en contraposición a Jehovah o *autor de la vida*, quien como tal recibía una cabra en sacrificio (NOTA: *Mackenzie: Real Enciclopedia masónica, artículo «Chivo». FINAL NOTA*).

Ahora bien; la Trimurti es abstractamente una e indivisible; pero se disciernen en ella tres personas resumidas en una, sin menoscabo de sus peculiares atributos, pues mientras abstraemos la persona de Brahma como representación de las tres, Vishnú es el *autor de vida*, el creador y conservador del universo, y Siva es el *autor de la muerte*, es decir, el destructor del universo. Muerte al que da vida: vida al que da muerte. Simbólica antítesis, cuya belleza advierte Gliddon (NOTA: *Tipos del linaje humano, 600; Real Enciclopedia masónica. FINAL NOTA*). Así se comprende el aforismo cabalístico que dice: *Deus est demon inversus*. Así se ve que la cruel persecución de la Iglesia a los gnósticos, cabalistas y los relativamente inocentes masones, tuvo por móvil el afán de borrar todo vestigio de la filosofía antigua por temor de que en ella se descubriesen las raíces de sus dogmas teológicos.

Desgraciadamente, la divina semilla en abundancia sembrada por el dulce filósofo judío, no ha fructificado ópimamente. Si desde la bienaventurada región en donde mora posara su melancólica mirada en este mundo el que aconsejó la brevedad y secreto de la oración, vería que su semilla no cayó entre rocas ni en los bordes del camino, sino en suelo plétoricamente abonado con supercherías y sangre humana.

Dice el sincero apóstol Pablo:

Porque si la verdad de Dios por mi mentira creció a gloria suya, ¿por qué soy yo todavía juzgado como pecador? Y no que hagamos males para que vengan bienes (NOTA: *Romanos, III, 7, 8. FINAL NOTA*).

No es posible que debamos creer inspirada por Dios semejante confesión que explica, pero no excusa, la teoría según la cual «son lícitos y meritorios el engaño y la mentira cuando favorecen los intereses de la Iglesia» (NOTA: *Historia eclesiástica, I, 381, 382.- Léanse las citas completas para comprender del todo esta teoría. FINAL NOTA*).

Plenamente se valieron de esta teoría el armenio Eusebio, consumado maestro en las artes del embuste, y el inocentón de Ireneo, que miraba la *Biblia* como a través de un kaleidoscopio. Ambos tuvieron por secuaces todo un ejército de piadosos asesinos que llevaron la impostura hasta el punto de proclamar la licitud del asesinato, siempre que contribuyese al afianzamiento de la nueva religión (NOTA: Entre los continuadores de Eusebio e Ireneo, se cuentan los obispos Teófilo (llamado enemigo perpetuo de la paz y la virtud), Cirilo, Atanasio, el asesino de Ario, y otros muchos que posteriormente fueron canonizados por la Iglesia. FINAL NOTA). El espíritu clerical de estos fanáticos culminó en el emperador Constantino, de quien, no obstante sus crímenes (NOTA: Según los historiadores, Constantino ahogó a su esposa en agua hirviente, mandó descuartizar a un sobrino suyo de poca edad, mató con su propia mano a su hijo Crispo y dos cuñados, hizo arrojar a un pozo a un monje viejo, y condenó a cortarse las venas a muchos infelices de ambos sexos. FINAL NOTA), dice Ireneo que fue favorecido por la celeste visión del lábaro con el famoso lema: *In hoc signo vincis*. A la sombra del estandarte imperial creció la Iglesia cristiana, que apenas había dado algunos pasos desde los días de Ireneo, y se erigió en soberana y árbitra dueña del mundo.

Probablemente el lábaro facilitó el modelo de la verdadera cruz, que más tarde se había de encontrar con tanta complacencia de la voluntad imperial allí donde jamás hubo cruz alguna; pero era preciso corroborar la visión mediante un milagro, de que impiamente dudan críticos tan severos como Lardner. Sin embargo, hemos de creer en la invención de la cruz, so pena de vernos calificados de infieles, a pesar de que, según demostraría una cuidadosa comprobación, los fragmentos de la verdadera cruz» se han multiplicado más prodigiosamente todavía que los dos peces y los cinco panes de la invisible panadería. Siempre que conviene echar mano de un milagro, se queda sin lugar propio el hecho descarnado y es preciso que la fábula suplante a la historia.

Si al cabo de diez y nueve siglos recibe el Fundador del cristianismo veneración más o menos profunda en todos los países del globo, nadie nos quita la libertad de pensar que él sería el primer sorprendido si escuchara las doctrinas que se predicaban en su nombre. Desde un principio prevaleció el sistema de falsificaciones deliberadas. De los altercados que con Tolomeo tuvo Ireneo se infiere cuán resuelto estaba éste a ofuscar la verdad y establecer una Iglesia exclusivamente suya sobre las ruinas de las siete primitivas iglesias a que alude el *Apocalipsis*. Es una prueba evidente contra la que nada puede la fe ciega. La historia de la Iglesia afirma que la predicación de Cristo sólo duró tres años, en lo que discrepa notablemente el *Evangelio de San Juan* de los otros tres; pero le estaba reservado a Ireneo demostrar a la posteridad que ya en el año 180 de nuestra era (NOTA: Fecha probable del tratado de Ireneo, contra las herejías. FINAL NOTA), las lumbreras de la Iglesia, entre las cuales él mismo se contaba, nada sabían de cierto o mentaban sabiendas y transcabalaban las fechas para cohonestar sus adulteraciones.

Tan afanoso andaba el buen Padre de desbaratar toda objeción a sus planes, que ninguna falsedad le parecía excesiva. Afirmaba Tolomeo que Jesús era demasiado joven para dar lecciones de excepcional importancia, pues sólo predicó durante *un año*, en cuyo duodécimo mes tuvo su pasión. En esto se apartaba Tolomeo muy poco de los Evangelios; pero Ireneo se deja arrastrar de la imprudencia y eleva la discrepancia entre uno y tres años, nada menos que a la entre uno y diez, y aun veinte, porque, conteniendo con Tolomeo, le dice que destruye la obra de Cristo al cercenarle el tiempo de su predicación, que llevó a cabo en edad madura con ventaja sobre todo otro apóstol. Y no teniendo fecha segura que asignar, se apoya Ireneo en la tradición para primero decir que Cristo predicó durante DIEZ años (NOTA: Ireneo, libro II, cap. 22, 4 y 5. FINAL NOTA) y después representar a Jesús de cincuenta de edad.

Pero prosigamos en nuestra tarea de indagar los orígenes del cristianismo y descubrir las fuentes en que Jesús bebió sus ideas sobre Dios y la humanidad.

Los koinobis vivían en Egipto, donde Jesús pasó su primera juventud, y se les confundía con los terapeutas que eran una de sus numerosas ramas, según aseveran Higgins y De Rebold. Tras la ruina de los principales santuarios, ya comenzada en tiempo de Platón, las diversas sectas, entre las que se contaban los gimnósofos, los magos (NOTA: De quienes Clearco deriva equivocadamente los gimnósofos. FINAL NOTA), los pitagóricos, los sufis y los rasis de Cachemira (NOTA: Dice Higgins en su *Anacalipsis*, que los rasis eran los esenios, carmelitas o nazarenos del templo. FINAL NOTA) constituyeron una especie de masonería o confederación internacional de sus sociedades esotéricas.

Sobre el caso dice el P. Rebold:

Los antiguos sacerdotes dieron a la ciencia oculta el nombre de *fuego regenerador*, y durante más de tres mil años fue privativo conocimiento del sacerdocio indo y egipcio. En esta ciencia fue iniciado Moisés que se educó en Heliópolis, así como Jesús la aprendió entre los esenios de Egipto y Judea. El conocimiento de esta ciencia dió a ambos reformadores, especialmente al último, el poder taumatúrgico que les atribuyen las *Escrituras* (NOTA: Citado por Peebles en su obra: *Los videntes de toda época*. FINAL NOTA).

Dice Platón que la mística religión maga denominada *Machagistia* es la forma cultural menos adulterada. Posteriormente, uno de los Zoroastros le añadió los Misterios de los santuarios caldeos, y Darío Hystaspes la perfeccionó con los conocimientos adquiridos entre los ascetas de la India, cuyos ritos eran idénticos a los de los magos iniciados (NOTA: Persistimos en opinar que habla en Persio, aun en tiempo de Darlo dos castas sacerdotales de magos: los iniciados y los que sólo podían officiar en los ritos populares. Lo mismo vemos en los Misterios eleusinos. Cada templo tenía su hierofante con los sacerdotes del santuario interno, y además el clero secular no iniciado en los Misterios. Contra las supersticiones y absurdos de este clero profano se revolvió Darlo Hystaspes hasta el punto de suprimirlo; pero en modo alguno acabó con los magos iniciados, puesto que él mismo lo era, según se infiere de su epitafio. La tradición sólo ha transmitido los ritos exotéricos o populares de la religión mazdeísta, pues los ritos esotéricos o Misterios se mantuvieron siempre secretos y guardados con el más riguroso sigilo, por lo que únicamente les cabe a los profanos conjeturar y presumir su verdadera naturaleza. FINAL NOTA). Amiano Marcelino, al relatar la expedición de Darío, dice que este monarca llegó en su avance por la India septentrional a una selva donde moraban en apartado retiro los samanos o brahmanes eremíticos, quienes le instruyeron en la ciencia astronómica y en los verdaderos ritos con que después depuró la religión de los magos, quienes, ya expertos en su peculiar ciencia del vaticinio, transmitieron el reformado sistema a sus descendientes y sucesores (NOTA: Amiano Marcelino, XXIII, 6. FINAL NOTA). De estos magos aprendieron los sufis de Persia y Siria la astronomía, la medicina y la filosofía esotérica.

Dice King sobre el particular:

La doctrina Sufí enseñaba que toda confesión religiosa era perfectamente compatible en su aspecto externo con el secreto mantenimiento de una creencia universal. Así es que los sufis consideraron las religiones culturales desde el mismo punto de vista que los filósofos antiguos (NOTA: King: *Los gnósticos y sus huellas*, 185. FINAL NOTA).

Los drusos del monte Líbano, actuales descendientes de los iniciados de la antigüedad, están esporádicamente difundidos por las arenosas soledades de Egipto, Arabia Pétreá, Palestina y los impenetrables bosques de Abisinia. Son los drusos ardorosos estudiantes que rara vez se prestan a salir de su retiro para tratar con los profanos, y entre ellos los hay de todas las nacionalidades. Puede considerarse esta escuela como una confraternidad subalterna de la suprema confraternidad cuyo sigilo estuvo siempre en directa proporción del recrudecimiento de las persecuciones religiosas, hasta el punto de que en la actualidad

el prevaleciente materialismo ha puesto en más hondo misterio su existencia (NOTA: Los pensadores no pueden por menos de parar mientes en estas consideraciones de una verdad comprobada. Los ebionitas, nazarenos, hemerobaptistas, lampseanos, sabeanos y muchas otras sectas primitivas anduvieron fluctuantes entre la diversidad de dogmatismos que les sugerían las *esotéricas* y mal comprendidas parábolas del instructor nazareno a quien justamente miraban como profeta. Pero hubo entre ellos hombres, cuyo nombre en vano buscaríamos en la historia, que conservaron las enseñanzas de Jesús tan puras y netas como las habían recibido. Aun las sectas antes mencionadas, a pesar de sus vacilaciones dogmáticas, eran mucho más *cristianas* que la Iglesia latina oficialmente instituida por Constantino. Dice sobre el caso el vizconde de Amberley: «Singular destino fue el de los infortunados ebionitas cuando al empuje de la corriente de paganismo que afluyó a la Iglesia, se vieron condenados por herejes. Sin embargo, nada prueba que se apartaran de las doctrinas de Jesús y de los discípulos que conocieron en la última época de su vida... El mismo Jesús estaba circuncidado y respetaba el templo de Jerusalén como <casa de oración para todas las gentes>... Pero el torrente del progreso arrastró a los ebionitas y les dejó encallados en la costa» (Amberley: *Análisis de las creencias religiosas*, I, 446). FINAL NOTA).

Pero de este misterio no debe inferirse que la aludida confraternidad sea ficción nominalista con *nombre* propio, pues no importa que sus adeptos lo lleven indistintamente egipcio, indo o persa. Algunos investigadores fidedignos, aparte de quien escribe estas líneas, tuvieron trato con individuos de la citada confraternidad, y pueden publicar sobre ella determinados informes por licencia especial *del que tiene derecho de concederla*.

Sobre este punto dice Mackenzie:

Desde tiempos muy remotos subsiste una oculta confraternidad con su Jerarquía de dignatarios y signos secretos, que por peculiares procedimientos didácticos enseñan ciencias, religión y filosofía... Si hemos de creer a los que hoy día dicen pertenecer a ella, entre sus secretos conocimientos se cuentan la *pedra filosofal*, el *elixir de larga vida*, el arte de hacerse *invisibles* y la facultad de comunicarse directamente con el mundo ultraterrestre (NOTA: *Real Enciclopedia masónica*, por K.R.H. Mackenzie, miembro honorario de la logia del rito escocés: *Canongate Kilwinning* n° 2, y masón de firmes convicciones que da el nombre de *Hermanos herméticos de Egipto* a la confraternidad de referencia. FINAL NOTA).

En cuanto a nosotros, hemos conversado con tres personas que aseguran pertenecer a la confraternidad subsistente hoy día.

No había motivo alguno para recelar de aquellos tres individuos, que dan pruebas de conocerse entre sí y que en la austeridad de su vida, sobrios gustos y ascéticas costumbres tenían la más valiosa prueba de veracidad. Representaban de cuarenta a cuarenta y cinco años, y desde luego se colegía su vasta erudición y el conocimiento que de varios idiomas demostraban. No permanecían mucho tiempo en una misma población, sino que se marchaban de improviso, sin que nadie lo advirtiese (NOTA: Tal vez sorprenda al lector, sobre todo si es norteamericano, que en los Estados Unidos existe actualmente una mística confraternidad relacionada, según declaran sus adeptos, con una de las más antiguas y poderosas de Oriente. Lleva el nombre de Hermandad de Luxor, y sus fieles individuos custodian importantísimos secretos científicos. Aunque están diseminados por todo el territorio de la vasta república y su acción ha sido intensamente laboriosa, supieron guardar el secreto de su existencia. Mackenzie supone (*Real Enciclopedia masónica*, 461) que sus doctrinas se basan en las de los rosacruces y que son en gran número los afiliados; pero en esto se equivoca dicho autor, pues no hay tal fundamento rosacruciano en sus doctrinas. El nombre de Luxor se deriva de la antigua ciudad de Luksur en el Beluchistan, situada entre Bela y Kedgi, que dió nombre a su homónima de Egipto. FINAL NOTA).

Otra confraternidad subalterna es la llamada de los *Pitris* en la India, que no obstante haber divulgado Jacolliot su nombre, es todavía más secreta que la llamada *Hermanos herméticos* por Mackenzie. Si Jacolliot supo algo de esta hermandad de Pitris lo debió a los manuscritos que los brahmanes le permitieron consultar, por razones de ellos conocidas. El *Agruchada Parikshai* dice algo sobre esta hermandad secreta, tal como era en antiguos tiempos; pero nada en concreto resulta de las explicaciones que da de los ritos místicos y los conjuros mágicos, de suerte que las místicas palabras: *L'om L'Rhum*, *Sh'brum*, y *Sho-rim Ramaya-Namaha*, quedan tan enigmáticas como antes. Sin embargo, preciso es justificar a Jacolliot, porque acepta los hechos plenamente sin entrar en estériles especulaciones.

Quien quiera convencerse de que hoy mismo existe una religión que durante siglos ha burlado las osadas pesquisas de los misioneros y las cachazudas investigaciones de los arqueólogos, procure sorprender en su retiro a los drusos de Siria, que en número de unos ochenta mil se extienden desde la llanura oriental de Damasco hasta la costa occidental. No apetecen prosélitos, eluden toda notoriedad y mantienen amistoso trato con cristianos y musulmanes cuando las circunstancias lo exigen, pues respetan las religiones extrañas, aunque sin revelar jamás los secretos de la suya. En vano los misioneros intentan intimidarlos con amenazas, excitarlos con los dicerios de infieles, idólatras, bandidos y ladrones, o atraerlos con halagos y dádivas, pues nada puede persuadir a un druso a convertirse al cristianismo (NOTA: En medio siglo sólo han ocurrido dos casos de conversión y ambos conversos acabaron sus días en la cárcel por beodos y ladrones. De ellos decía un caracterizado jefe de la secta, que se habían conducido como «verdaderos drusos», porque conviene advertir que estas gentes rechazan por ofensiva e insultante la calificación de drusos, y se llaman discípulos de Hamsa, el profeta o Mesías que habitó entre ellos en el siglo X, procedente de la «Tierra de la Palabra de Dios» en compañía de su discípulo Mochtana Bohaedín, y les ordenó escribir la *Palabra* y ponerla al cuidado de unos pocos iniciados que la mantuvieran rigurosamente secreta. Comúnmente se les llama unitarios. FINAL NOTA). Respecto a los profanos, no se les deja ver siquiera los libros sagrados ni tienen el más remoto indicio del lugar donde se custodian; y aunque algunos misioneros se alaban de poseer ejemplares de estos libros, como los que Nasr-Allah regaló al rey de Francia y tradujo Petis de la Croix en 1.701, no son más que una exposición de doctrinas más o menos divulgadas sin secreto alguno entre los montañeses del Líbano, compiladas por un derviche apóstata que fue expulsado de la comunidad hanafita por malversar el dinero de los huérfanos y de las viudas. Tampoco tiene ningún valor esotérico la obra de Silvestre de Sacy titulada: *La religión de los drusos*, que se reduce a un enjambre de hipótesis. El año 1870 un viajero inglés encontró un ejemplar de esta obra en el alféizar de la ventana de una de las capillas de los unitarios, y al preguntarle al okal (NOTA: Llámense okales (del árabe *akl*, sabiduría) los iniciados de esta comunidad, equivalentes en categoría a los hierofantes de los misterios eleusinos. FINAL NOTA) sobre la utilidad de aquel libro, respondió irónicamente después de hojearlo: «Leed esta instructiva y verídica obra, porque no podría yo explicaros mejor ni más acabadamente los misterios de Dios y de nuestro bienaventurado Hamsa». El viajero comprendió la ironía de esta respuesta (NOTA: Conviene advertir que el venerable okal hablaba correctamente francés e inglés. FINAL NOTA).

Dice Mackenzie:

Se establecieron en el Líbano hacia el siglo X y parecen ser una amalgama de kurdos, maridárabes y otras tribus semicultas. Su religión es una mezcla de judaísmo, cristianismo e islamismo. Tienen *jerarquía* sacerdotal y un sistema regular de signos y consignas. A la iniciación precede un año de noviciado y los dos sexos pueden aspirar a ella.

Entresacamos este pasaje para que se vea cuán poco saben acerca de estos místicos orientales, eruditos tan fidedignos como Mackenzie. El orientalista Mosheim, que sabe

tanto, o por mejor decir, tan poco como sus colegas, cae en la candidez de apuntar que la religión de los drusos es peculiar de ellos y está envuelta en el misterio. Valiera más decir que lo estuvo.

Es natural que en la religión de los drusos haya vestigios de mazdeísmo y gnosticismo, pues en el fondo coincide con el sistema ofita. Pero el dogma capital de los drusos es la absoluta unidad de Dios, esencia de toda vida, incomprendible e invisible, aunque a veces se manifiesta en forma humana (NOTA: Concepto equivalente al que de Cristo tenían los gnósticos, pues lo consideraban como el espíritu individual de cada hombre. FINAL NOTA), y que se ha encarnado varias veces en la tierra (NOTA: Concepto análogo al de los avatares indoístas. FINAL NOTA). Según los drusos, fue Hamsa el *antecesor* de la futura manifestación o décimo Mesías (NOTA: Creencia equivalente a la de las cinco encarnaciones de Buda y los diez avatares de Vishnú. FINAL NOTA), que se llamará Hakem. En sus escritos da Bohaedín a su maestro Hamsa el título de Mesías, y lo considera como personificación de la Sabiduría universal. Sus discípulos, que en distintas épocas comunicaron sabiduría a los hombres, aunque éstos la olvidaran, fueron en número de ciento sesenta y cuatro (NOTA: El s. d. k. de los cabalistas. FINAL NOTA).

De aquí que haya entre los drusos cinco grados de iniciación, simbolizados los tres primeros por los tres pies del candelabro del santuario interno que sostiene la luz de los cinco elementos correspondientes a los cinco grados, de los que los dos últimos son los más terroríficos por corresponder al orden superior de iniciación. Dice un libro druso que los tres pies del candelabro llevan los simbólicos nombres de *Aplicación, Entrada y Espectro*, para dar a entender que el cuerpo es un fantasma, una sombra espectral interpuesta entre las almas externa e interna del hombre. También llaman al cuerpo *el rival*, porque es ministro del pecado y del mal y siempre suscita disensiones entre la celestial inteligencia (espíritu) y el alma, a que sin cesar está tentando. Las ideas de los drusos acerca de la transmigración son pitagóricas y cabalísticas. Según ellos, el *temeami* (espíritu o alma divina) estaba infundido en Elías y Juan el Bautista, y el alma de Jesús era del mismo grado de pureza y santidad que la de Hamsa. El día de la resurrección, los vehículos espirituales de los hombres quedarán absorbidos en la divina Esencia (NOTA: El nirvana de los budistas. FINAL NOTA); pero las almas conservarán sus formas astrales, excepto los escogidos, que desde el momento de separarse de sus cuerpos tendrán ya existencia puramente espiritual.

Distinguen los drusos en la constitución del hombre: cuerpo, mente y espíritu. La mente es el vehículo de la divina chispa de su Hamsa (Christos).

Su credo consta de siete artículos capitales que, no obstante su divulgación entre los profanos, han sido lastimosamente tergiversados por los autores extranjeros, como por ejemplo, Appleton en su *Enciclopedia americana*, según aparece en el siguiente cuadro sinóptico:

**LOS SIETE ARTÍCULOS
TAL COMO LOS
INSTRUCTORES
LOS COMUNICAN
VERBALMENTE**

1º Unidad de Dios.

2º Excelencia esencial de la Verdad.

3º Tolerancia. Derecho concedido a todos de exponer libremente sus opiniones religiosas y analizarlas con arreglo a la razón.

4º Respeto a todos los hombres según su carácter y conducta.

5º Sumisión completa a la voluntad de Dios.

6º Pureza de cuerpo, mente y alma.

7º Auxiliarse mutuamente en todas las ocasiones.

**LOS SIETE
MANDAMIENTOS
ADULTERADOS POR FALSA
EXPOSICIÓN**

1º Veracidad en las palabras, pero sólo respecto de la religión y los iniciados, pues es lícito hablar con mentira a los hombres de las demás religiones (NOTA: Esta perniciosa doctrina podrá corresponder a la inveterada política de la Iglesia romana, pero no es en modo alguno imputable a los drusos, que tan sólo reconocen la licitud de mantener secreta la verdad de sus dogmas a los extraños a su religión. Los okales no se valen jamás de falsedades, si bien los drusos laicos han despistado con fingidas iniciaciones a los espías que los misioneros enviaban para sorprender secretos (Véase más adelante la carta de Rawson). FINAL NOTA).

2º Auxilio mutuo. Vigilancia y protección.

3º Repudiar todas las religiones extrañas (NOTA: Este artículo no es del código del Líbano. FINAL NOTA).

4º Apartarse de corazón, aunque no externamente, de los infieles de todo linaje (NOTA: Tampoco es auténtico este artículo, pero así lo hacen los drusos por mutuo consentimiento, como los gnósticos en la época de la persecución. FINAL NOTA).

5º Reconocimiento de la eterna unidad de Dios.

6º Resignarse a los juicios divinos.

7º Someterse a la voluntad de Dios.

Como se ve, no sólo está adulterado el texto, sino alterado el orden sucesivo de los artículos, en demostración de la ignorancia o acaso malicia de autores que, como Silvestre de Sacy, tratan de asuntos que por completo desconocen.

Las virtudes teologales de los drusos son: caridad, justicia, mansedumbre y misericordia, aparte de otras que se exigen de los iniciados. Los cinco pecados capitales son: robo, asesinato, crueldad, avaricia y calumnia, con otros que enumeran las tablas sagradas y no debemos citar. La moral de los drusos es severamente inflexible, y nada podría desviarlos de su deber. Algunos exploradores han afirmado equivocadamente que estos unitarios del Líbano carecen de ritual religioso, por ignorar que lo mantienen oculto a la curiosidad de los extraños. Celebran asambleas públicas todos los jueves, pero

ningún intruso logra asistir a las secretas de los viernes. Las mujeres son admitidas a la iniciación en las mismas condiciones que los hombres, y representan muy importante papel en las ceremonias religiosas. El período de prueba o noviciado es largo y riguroso, a menos que por excepcionales motivos obtenga dispensa el candidato. Periódicamente se celebra una fiesta religiosa en que los ancianos de la comunidad y los iniciados de las dos categorías superiores van en peregrinación de varios días a un monasterio de cierto paraje de las montañas, edificado en los albores del cristianismo. Sin embargo, el viajero no vería en aquel lugar más que las ruinas de otro monasterio todavía mayor, donde algunas comunidades gnósticas celebraron las ceremonias del culto religioso en la época de las persecuciones; pero subterráneamente, en área mucho más vasta que la de las ruinas, a flor del suelo, se dilatan las celdas, salones y capilla, cuya riquísima ornamentación, hermosas esculturas y magnificencia de vasos sagrados, parecen «suelo de gloria», según expresión de un iniciado.

Así como en los monasterios mogoles y tibetanos se aparece en las fiestas solemnes la sagrada sombra de Buda, así también en aquella festividad se aparece el etéreo y resplandeciente espectro del bienaventurado Hamsa para aleccionar a sus fieles. Durante las noches que dura la asamblea ocurren prodigiosos fenómenos de orden mágico, y allí en el seno de la madre tierra, sin el más leve rumor que perturbe la gravedad de las ceremonias ni el más tenue rayo de luz que delate su existencia, celebran los iniciados drusos sus misterios religiosos tal como los celebraban en el pasado.

Lo mismo que Jesús, fue Hamsa hombre mortal; pero Hamsa y Cristo representan conceptos equivalentes en su sentido interno y simbolizan el *nous* o yo superior del hombre. Los drusos enseñaban, de acuerdo con los filósofos antiguos y los iniciados de toda época, que el hombre tenía un alma mortal y otra inmortal.

El profesor Rawson, de Nueva York, intrépido viajero y excelente amigo del arte, corrobora nuestros personales informes acerca de los drusos en la siguiente carta, en que por razones de él sabidas quebranta el secreto de su iniciación en la hermandad de los unitarios del Líbano. Dice así:

Nueva York, 6 de junio de 1877.

...He recibido su nota en que me pide un relato de mi iniciación en la secreta hermandad de los drusos del Líbano. Como sabe usted perfectamente, me comprometí entonces a no revelar los secretos recibidos y así ningún interés público tendrá lo que pueda yo decir. Sin embargo; me complazco en dar a usted los informes compatibles con el sigilo, para que los aproveche como mejor le convenga.

Por dispensa especial fue tan sólo de un mes mi período de prueba, durante el cual me seguía un sacerdote como si fuera mi sombra y era mi guía, intérprete, criado y cocinero, sin dejarme de vista para asegurarse de que me ajustaba estrictamente a las dietas, abluciones y demás prácticas del noviciado. También me instruía en el ritual cuyo texto recitábamos o cantábamos, según el caso, a manera de ejercicio práctico. Si nos encontrábamos cerca de una aldea drusa en jueves, asistíamos a la asamblea pública de culto e instrucción religiosa. Antes de mi iniciación no pude asistir a las asambleas secretas de los viernes, ni creo que nadie haya podido asistir, pues para ello fuera necesario concertarse con un sacerdote cuya traición le costaría la vida. A veces los sacerdotes de buen humor engañan a los curiosos con una iniciación simulada, sobre todo si sospechan que es espía de los misioneros.

Hay iniciados de ambos sexos, y la índole de las ceremonias requiere el concurso de hombres y mujeres.

El mobiliario de la «casa de oración» y de la «cámara de visión» se reduce a una alfombra extendida en el suelo. En la «Sala Gris» (cuya situación jamás se determina, pero que está en paraje subterráneo, *no lejos* de Bayt ed-Deen) hay algunos adornos de mucha

riqueza y valiosas joyas fabricadas por orfebres árabes de cinco o seis siglos atrás, según se colige de sus fechas e inscripciones.

El día de la iniciación ha de permanecer el candidato en ayuno natural desde el amanecer hasta la puesta del sol en invierno, o hasta las seis de la tarde en verano. La ceremonia consiste en una serie de tentadoras pruebas de la resistencia física y moral del candidato, que rara vez sale triunfante de todas las pruebas, pues la *naturaleza prevalece contra la voluntad* en las más difíciles. Entonces se demora la iniciación para otro año en que se repiten las pruebas.

Una de las por que pasa el neófito, consiste en ponerle delante, como al descuido, apetitosos y succulentos manjares de comida y bebida, por ver si quebranta el ayuno. La prueba es dura en semejantes circunstancias; pero todavía es más difícil de vencer la en que le dejan solo durante media hora a puerta cerrada con la sacerdotisa más joven y hermosa de las siete que toman parte en la ceremonia. La tentadora mujer se le acerca en actitud insinuante, y con enloquecedoras palabras, cuya sugestión acrecienta el magnetismo de su mirada, suplica al neófito que la «bendiga». ¡Desgraciado de él si cae en la tentación! Cien ojos atisban por disimulados agujeros, aunque el neófito crea que nadie puede verle en lugar tan oculto.

El sistema religioso de los drusos no tiene nada de infiel ni de idolátrico. Conservan vestigios del en otro tiempo grandioso culto de la Naturaleza, que a causa de las persecuciones debió refugiarse en las comunidades secretas, cuyas reuniones alumbraban las lámparas de la capilla subterránea. El credo religioso de los drusos está resumido en siete artículos (NOTA: Ya enumerados en páginas anteriores y que, por lo tanto, prescindimos de repetir en este lugar.— *El Traductor*. FINAL NOTA) que no confían a la imprenta ni a la escritura, aunque hay otro código apócrifo impreso con el solo propósito de despistar a los curiosos.

El resultado de la Iniciación me pareció ser como si soñara despierto y viese o creyese ver a personas distantes de aquel lugar miles de kilómetros. Me figuraba ver a parientes y amigos que a la sazón se hallaban en Nueva York; pero no sé a qué atribuir este resultado. Las imágenes espectrales aparecían en un aposento oscuro, mientras mi guía hablaba en voz alta y la comunidad entonaba Cánticos en la sala contigua, cuando ya a la caída de la tarde estaba yo debilitado por el ayuno y fatigado de las muchas ceremonias de aquel día en que me habla tenido que vestir y desnudar diferentes veces, aparte del esfuerzo mental para resistir las excitaciones concupiscentes de modo que no prevaleciesen contra la voluntad. Todo esto, añadido al embargo en que mi atención tenían las escenas ceremoniales, me estorbaban de juzgar con acierto los fenómenos de índole mágica de que siempre anduve receloso. Conozco las manipulaciones de la linterna mágica y otros aparatos de ilusionismo; pero del examen que después hice del aposento o cámara de visiones, colegí que no se empleado conmigo ningún otro medio que la voz de mi guía e instructor. Por otra parte, en sucesivas ocasiones, hallándome en el hotel Hornstein de Jerusalén, muy lejos del lugar de iniciación, se me volvieron a aparecer los mismos espectros. La niera de un conocido comerciante judío de Jerusalén está iniciada y tiene la virtud de evocar durante cierto tiempo estas apariciones ante quienes sujeten estrictamente su conducta a las reales de la hermandad. La duración de estas apariciones depende de la naturaleza más o menos delicada y receptiva del visionario.

Estoy firmemente convencido de que el carácter de la iniciación es tan singular, que no fuera posible conferirla por instrucciones escritas, siendo, por lo tanto, indispensable que el candidato pase personalmente por todas las ceremonias de la cámara. Así resulta mucho más difícil de describir que la de los masones. Los secretos de la hermandad no se le revelan al neófito por explicación oral, sino por actuante representación plástica en la que intervienen varios iniciados.

No tengo necesidad de decir que las creencias de los drusos coinciden con las de los antiguos griegos en algunos puntos, como en considerar en el hombre dos almas, superior e inferior, simbolizadas en el paso de la «cámara inferior» a la «cámara superior», según

debe usted saber si está iniciada. De no estarlo, le ruego me dispense la suposición, pues aun los mas íntimos amigos mantienen entre sí la reserva, y en Dayr-el Kmar se dió el caso de que marido y mujer se ocultaran mutuamente el secreto de su iniciación por espacio de veinte años.

Seguramente tendrá usted fundados motivos para no apartarse de su propio criterio. Su afectísimo, A.L. RAWSON (NOTA: El autor de esta carta viajó durante muchos años por Oriente, y estuvo cuatro veces en Palestina y en la Meca, aparte de otros parajes generalmente desconocidos de los viajeros, donde en bibliotecas y en su trato con los místicos pudo acopiar inapreciables datos relativos a los orígenes del cristianismo, que tal vez se publiquen algún día. FINAL NOTA)

Todo extranjero es admitido en las asambleas públicas que los drusos celebran los jueves. Si es cristiano, el okal leerá la *Biblia*, y si mahometano el *Korán*, sin otra ceremonia; pero en cuanto se haya marchado el forastero, cerrarán cuidadosamente las puertas de la capilla, y trasladándose al subterráneo procederán a la celebración de sus peculiares ceremonias.

El coronel Churchill, uno de los pocos autores severamente imparciales, dice sobre este punto:

Los drusos son un pueblo mucho más característico todavía que el judío. Contraen matrimonio tan sólo entre los de su misma nacionalidad, están tenazmente aferrados a sus tradiciones, mantienen en escrupuloso sigilo sus ceremonias, y rarísimo es el que se convierte a otra religión... La mala fama del califa a quien consideran como el fundador de su doctrina, está de sobras compensada por la pureza de sus santos y el heroísmo de sus caudillos (NOTA: Churchill: *El monte Líbano*, III, Londres, 1853. FINAL NOTA).

Sin embargo, la hermandad de los drusos es una de las menos esotéricas, pues otras hay mucho más poderosas y cultas, cuya existencia ni siquiera sospechan los europeos. Hay muchas ramificaciones de la Gran Logia Madre, que pueden considerarse como la porción secreta de ciertas comunidades. Una de ellas es la llamada Laghana-Sastra, que cuenta con muchos miles de adeptos diseminados en multitud de grupos por la comarca del Dekkan, al Sur de la India. La superstición popular tiene en gran temor a esta secta por su fama de maga y hechicera. Los brahmanes los califican de ateos y sacrílegos porque no reconocen la autoridad de los Vedas ni de los libros de Manú en los puntos discrepantes de sus peculiares textos, cuya exclusiva autenticidad se atribuyen. No tienen templos ni sacerdotes, pero todo individuo de la comunidad se ausenta de su casa tres días de cada quincena, y según asegura la voz pública, se reúnen en parajes de la montaña, escondidos a las demás sectas, donde la exuberante vegetación índica oculta a las miradas del curioso los amurallados recintos donde celebran sus asambleas. Aquel lugar está circuido por el bosque sagrado (*assonata*, y en lengua tamil *arassa maram*), por el estilo de los que más tarde plantaron los egipcios en torno de sus templos para ocultarlos a las miradas de los profanos (NOTA: Todos los templos de la India están circuidos de una linde de árboles sagrados a los que no pueden acercarse los profanos. Lo mismo ocurre con el árbol Kurabum de Kansu en Mongolia. FINAL NOTA).

Acerca de las modernas asociaciones secretas de Oriente, dice Yarker:

Lo que mayor analogía ofrece con los misterios brahmánicos, son sin duda los antiquísimos *Senderos* de los derviches, gobernados por doce oficiales, de los que el más antiguo ejerce autoridad sobre los otros once. Cada tribunal tiene su presidente (*sheike*) y sus diputados (*califas*) que en caso necesario le substituyen en el cargo y pueden ser muchos en número, como ocurre con el título honorífico de maestro masón. La orden de los *Senderos* comprende cuatro grados (*columnas*). El primero es la *Humanidad*, cuya regla

estriba en la observancia de la ley escrita y en la entera sumisión a las órdenes del *sheike*. El segundo es el *Sendero*, donde el discípulo (*murid*) adquiere poderes espirituales y se iguala al fundador del sendero. El tercer grado es el del *Conocimiento*, cuando el discípulo alcanza la inspiración y se «absorbe en el Profeta». El cuarto grado le une con Dios, y entonces ve a Dios en todas las cosas. El primero y segundo grados se han subdividido últimamente en los subalternos de *Integridad*, *Virtud*, *Templanza* y *Benevolencia*. Después del cuarto grado, el *sheike* confiere al discípulo el título de maestro honorario, pues según su mística expresión: «el hombre ha de morir antes de que nazca el santo». Vemos que este misticismo puede aplicarse a Cristo como fundador de un sendero.

En cuanto a los derviches bektases, que solían iniciar a los jenízaros, llevan por insignia *un cubito de mármol manchado de sangre*.

El candidato a la iniciación ha de pasar un año de prueba, y en este tiempo se le comunican fingidos secretos por ver si los descubre. Tiene dos padrinos que *le despojan del dinero y aun del vestido*, y le ponen al cuello una cuerda de lana de oveja y le ciñen un cinturón de la misma contextura. En esta disposición le conducen los padrinos al centro de un aposento y le sientan sobre una gran piedra guarnecida de conchas de peregrino, con los brazos cruzados, el cuerpo hacia adelante y el pie derecho sobre el izquierdo, a modo de esclavo en venta. Después de rezar algunas oraciones, se le coloca en actitud especial con la mano puesta de cierto modo en la del *sheike*, quien recita entonces un versículo del Korán, diciendo: «Quien jura al darte la mano, ante Dios jura, porque la mano de Dios está en su mano». El que viole este juramento lo violará en su daño, y el que lo cumpla recibirá de Dios abundosa recompensa. El signo de estos derviches consiste en ponerse la mano debajo de la barba, tal vez en memoración de su juramento. Emplean el doble triángulo por emblema, con la Trimurti inscrita en sus ángulos, y también se valen del signo masónico de aflicción, tal como se usa en Francia (NOTA: Yarker (menor): *Notas acerca de los misterios religiosos y científicos de la antigüedad*. FINAL NOTA).

Desde que el primer místico dió con el medio de comunicación entre los mundos visible e invisible, material y espiritual, convencióse de que abandonar esta ciencia en manos del vulgo equivalía a profanarla y perderla, pues su abuso podía acabar rápidamente con la humanidad, como si pusiéramos en manos de niños materias explosivas con mechas para prenderlas fuego. El primer adepto inició a unos cuantos escogidos y se mantuvo en sigilo respecto del vulgo al reconocer a Dios en la intimidad de su ser. El *Âtman*, el Yo, (NOTA: Este Yo, el *Augoeides* (refulgente) de los filósofos griegos, está acabadamente descrito por Max Müller en su obra: *Los Vedas*. Dice sobre el particular: «Los *Vedas* son los libros capitales de la raza aria y denotan una característica intelectual sin parecido en ninguna otra nación del mundo. Los himnos védicos nos presentan al hombre ansioso de solucionar por sí mismo el enigma de la creación. Invoca a los dioses, los adora y les ruega; pero a pesar de tantas divinidades como le rodean, el hombre no alcanza la paz interna. Ha descubierto en su intimidad una energía que robustece la voz de sus plegarias y le fortifica en sus desmayos y temores. Parece como si a la par escuchase e inspirara sus oraciones y que viviera en él y, al propio tiempo, le sostuviese con todo cuanto le rodea. El único nombre apropiado a esta misteriosa energía es el de *brahman*, que significa etimológicamente voluntad, anhelo, fuerza impelente de la creación. Este *brahman* impersonal va creciendo hasta llegar a ser divino; es un dios esencialmente idéntico a la Trimurti. Pero el concepto que el hombre tiene de este íntimo poder, no admite expresión nominal, pues lo concibe como la energía que anima a los dioses, a los cielos y a todos los seres vivientes. Por último le llama *Âtman* (aliento o espíritu), es decir, el Yo universal, indistintamente divino o humano, en uno y en todos, en gloria o en pena, pero siempre independiente y libre por sí mismo. Dicen los himnos védicos: «¿Quién ha visto al primer nacido cuando el sin huesos (sin forma) llevó en sí al que tuvo huesos? ¿Dónde estaba la vida, la sangre, el Yo del mundo? ¿Quién se lo preguntará a quien le haya conocido?» (*Rig-Veda*, I, 164, 4), La

idea del divino Yo prevaleció desde entonces sobre toda otra. Así dicen los Upanishads: «Yo es el Señor de todas las cosas; Yo es el rey de todas las cosas. En el Yo están contenidas todas las cosas así como los radios de una rueda están a la vez en el cubo y en la llanta. Todos los yos están contenidos en este Yo. El mismo Brahman es Yo» (*Chândogya-Upanishad*, VIII, 3, 3, 4); Müller: *Virutas de un taller alemán*, I, 69. FINAL NOTA) el Señor potente, el Protector, manifestó en toda su plenitud el Yo soy, el *Ego sum*, el *Ahmi*, el que supo escuchar la *voz queda y suave*.

Desde que los himnos védicos describieron al hombre primitivo hasta los días de hoy, todo filósofo digno de este nombre adoró esta misteriosa verdad en el secreto santuario de su corazón, ya la recibiese al ser iniciado, ya sin serlo, como Sócrates la descubriera por la aplicación del noble precepto: «conócete a ti mismo».

«Vosotros sois dioses», dice el rey-profeta. Por otra parte, Jesús exclama, dirigiéndose a los escribas:

¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Pues si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios... (NOTA: *San Juan*, X, 34, 35. FINAL NOTA).

Este mismo concepto repite San Pablo, como un eco fiel de su Maestro, al decir:

Porque vosotros sois el templo del Dios vivo (NOTA: II, *Corintios*, VI, 16. FINAL NOTA).

Hasta en la retorcida y bárbara terminología del *Codex Nazareus* echamos de ver el mismo concepto que, como límpida y diáfana corriente interna de cristalino caudal jamás enturbiado por los limos del dogmatismo, fluye a través de los *Vedas*, del *Avesta*, del *Abhidharma*, de los *Sankhya Sutras* de Kapila y del *Evangelio de San Juan*.

Según el *Código nazareno*, para alcanzar el reino de los cielos es necesario que el hombre se una indisolublemente con su *Rex Lucis*, el Señor de Esplendor y de Luz, su Dios inmortal. Es necesario conquistar por la violencia el reino de Dios, previa la inmortalización del yo material. Así dice San Pablo:

El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial... He aquí, os digo, un misterio: Todos ciertamente resucitaremos, mas no todos seremos mudados (NOTA: I, *Corintios*, XV, 47 y 51. FINAL NOTA).

En la religión de Sakya está claramente expuesta la doctrina de la inmortalidad, por más que muy eruditos comentadores la tilden de nihilista. En los sagrados textos jainos de Patuna aparece la siguiente exhortación dirigida a Gautama moribundo: «Asciende hasta el *nirvi* (nirvana) desde ese cuerpo decrepito al que fuiste enviado. Sube a tu *morada primera*, ¡oh bendito avatar!». Precisamente esto entraña una doctrina antitética al nihilismo, porque el exhortar a Gautama a que vuelva a su *morada primera*, o sea el *nirvana*, es prueba concluyente de que la filosofía budista no enseña la aniquilación final. Así como los cristianos creen que Jesús se apareció a sus discípulos después de resucitado, así también creen los budistas que Gautama desciende temporáneamente del nirvana, lo cual no fuera posible si el nirvana equivaliese a aniquilación.

Lo mismo que los demás reformadores religiosos, tenía Gautama una doctrina para los elegidos y otra para las masas populares, aunque el principal fin de su labor religiosa fuese iniciar a todo el mundo hasta donde consintiera la prudencia, sin distinción de castas, en las verdades que al conocimiento de las gentes ocultaba el egoísmo de los brahmanes.

En la historia universal es Gautama el primero que, movido por el generoso sentimiento de la confraternidad humana, invita a la mesa del rey a los pobres, lisiados y ciegos, para que ocupasen el lugar de quienes hasta entonces se habían creído con exclusivo privilegio

de sentarse a ella. Gautama fue el primero en abrir las puertas del santuario a los parias, a los fracasados, a los oprimidos por los poderosos, mucho menos dignos, con frecuencia, que los humildes a quienes menospreciaban. Todo esto llevó a cabo Gautama seis siglos antes de que otro reformador tan noble y amoroso lo cumpliera en otro país con más desfavorable ambiente. Ambos previnieron el riesgo de divulgar entre la plebe inculta el *conocimiento que da poder*, y lo ocultaron en lo más recóndito del santuario, sin que por ello pueda inculparles quien conozca el corazón humano. Pero a Gautama le movió la prudencia, y a Jesús la necesidad. Gautama mantuvo secreta la parte más delicada de la ciencia oculta y murió a la proveya edad de ochenta años, después de infundir las verdades esenciales de la religión en la tercera parte de la raza humana. Jesús prometió a sus discípulos que obrarían cosas superiores a las que él operaba, y al morir le seguían tan sólo unos cuantos discípulos, que en la mitad del sendero del conocimiento habían de batallar contra el mundo, sin conocer más que *a medias* lo que podían comunicar a las gentes. Posteriormente, los sucesores de estos discípulos desfiguraron aún más las verdades recibidas.

Es de todo punto erróneo que Gautama negase la vida futura y por consiguiente la inmortalidad del alma, pues todo budista debidamente instruido en su religión coincidirá en sus opiniones acerca del nirvana con el conocido orador chino Wong-Chin-Fu (NOTA: Que en la actualidad viaja por los Estados Unidos. FINAL NOTA), quien nos dijo en una entrevista reciente:

«Nosotros entendemos que el estado nirvánico equivale a la definitiva unión con Dios, o sea el perfeccionamiento terminal del espíritu humano, que para siempre se desembaraza de la materia. Es lo contrario de la aniquilación individual».

El nirvana equivale a la inmortalidad del *espíritu*, que no se ha de confundir con el *alma*, cuya finita condición la sujeta al disgregamiento de sus partículas, formadas por las pasiones, deseos y anhelos sencientes, antes de que el *Ego* se libre del todo y quede por lo tanto en disposición de no revestirse ya más de forma alguna. ¿Y cómo llegará el hombre a semejante estado mientras no deseche el *upadana*, es decir, el deseo de vida senciente, el *ahankara*, por sutil que sea el cuerpo de que se revista? El *upadana* o intenso anhelo de vida engendra la querencia del vivir, y de esta querencia brota la *fuerza* que se actualiza en materia objetiva. Por medio de este deseo de vida determina el desencarnado Ego las condiciones de sus sucesivas formas corpóreas, que dependen por una parte de su estado mental y por otra del karma resultante de sus buenas o malas acciones, meritorias o demeritorias, en la precedente existencia. Por esta razón recomendaba Gautama a sus discípulos aceptados la observancia de los cuatro grados del Dhyana o Sendero de las cuatro verdades, que conduce a la estoica indiferencia por la vida y por la muerte, o sea aquel estado de autocontemplación espiritual en que el Yo superior, el verdadero hombre celeste, se desliga de la dualidad, alma-cuerpo para sumergirse, por decirlo así, en la divina Esencia de donde procedió como partícula del corazón universal de todos los seres. Así el arhat, el bendito mendicante, podrá alcanzar el nirvana mientras viva en la tierra, y su espíritu, omnisciente y omnipotente por naturaleza, quedará libre de la «demoniaca y terrestre sabiduría psíquica», como alguien la llama, y por la sola fuerza de su pensamiento operará los más admirables fenómenos.

Asegura Wong-Chin-Fu que los misioneros de China e India fueron los primeros en tergiversar el concepto del nirvana. De ello puede convencerse quien lea, por ejemplo, las obras del abate Dubois, que estuvo cuarenta años en la India e imputa a los budistas el no admitir otro Dios que el cuerpo del hombre ni tener otra finalidad que el deleite de los sentidos. La falsedad de esta imputación queda al descubierto por testimonio de la regla monástica de los talapines de Siam y Birmania, vigente hoy día, que castiga con decapitación todo delito contra la honestidad, sin distinguir de categorías entre los

talapines doctos (*pungbi*) y los legos. En sus monasterios (*kyumes* o *viharas*) no admiten a ningún extraño; y sin embargo, hay viajeros, en lo demás imparciales y verídicos, que sin prueba ni fundamento alguno dicen, al hablar de lo muy severa que es la regla de dichos monjes budistas, que los encomios que de ellos se han hecho no tienen otra base que *las apariencias*, por lo que no cabe creer en su castidad (NOTA: Jacolliot: *Viaje al país de los elefantes*. FINAL NOTA).

Afortunadamente, los talapines, lamas, samanos, upasampadas (NOTA: Sacerdotes budistas de principal categoría en Ceilán. FINAL NOTA) y samenairas (NOTA: Los que estudian para obtener el alto cargo de *upasampada*. Son alumnos que viven bajo la paternal tutela del sacerdote mayor y pueden considerarse de carácter análogo al de los seminaristas de los países católicos. FINAL NOTA) budistas pueden aducir pruebas documentales de mayor valía que la deleznable opinión del viajero francés en quien a duras penas cabe suponer que haya perdido la fe en la virtud clerical.

Cuando un monje budista queda convicto y confeso de trato carnal (lo que no ocurre ni siquiera una vez cada siglo) es inútil que intente ablandar con sus lágrimas ni con paladina declaración de su culpa el corazón de la comunidad, ni tampoco puede recurrir a un Jesús en cuyo apesadumbrado y doliente seno se arrojan como en cristiano muladar las impurezas de la humanidad. Ningún monje budista que haya caído en deshonestidad tiene en perspectiva un Vaticano dentro de cuyos empecatados muros se convierta lo negro en blanco y el feroz asesino en santo sin culpa, gracias a las áureas o argentinas lociones que dejan al tardío penitente limpio de toda abominación perpetrada contra Dios o los hombres.

Excepto unos cuantos orientalistas imparciales que descubren en el gnosticismo y demás escuelas primitivas las huellas del budismo, pocos son los autores que al tratar del primitivo cristianismo concedan a esta cuestión la debida importancia. Sin embargo, sabemos que ya en tiempo de Platón había en Grecia misiones budistas de samanos cuya acción se extendió hasta las orillas del mar Muerto, donde, según Plinio, se hallaban establecidos desde largísimo tiempo. Por mucho que cercenemos a la exageración, es indudable que la existencia de estos misioneros se remonta a algunos siglos antes de J.C.; y por lo tanto, forzoso es reconocer que influyeron en las diferentes escuelas religiosas más profundamente de lo que parece. La religión jaina pretende que el budismo derivó de sus dogmas y es anterior a Gautama.

Los brahmanes poseen textos y documentos auténticos, a pesar de que los orientalistas europeos, arrogándose mayor erudición, les niegan competencia para interpretarlos, con la misma injusticia con que los teólogos cristianos prohíben a los Judíos la explicación de sus propias Escrituras. Según los anales indoístas, Sakya, el primer buda o iluminado (*Luz divina*) encarnó en las entrañas de la virgen Avany en la isla de Ceilán, algunos miles de años antes de J.C. No creen los brahmanes que el primer buda fuese un avatar de Vishnú, sino un reformador del indoísmo en aquella época. El *Nirdhasa*, libro sagrado de los budistas cingaleses, contiene la historia de la virgen Avany y de su divino hijo Sakya, al paso que la cronología indoísta remonta al año 4.620 antes de J.C. la reforma de Sakya y las guerras religiosas que la predicación de su doctrina promovió en el Tíbet, China, Japón y otros países asiáticos.

Desde luego que el buda Gautama, hijo del rey de Kapilavastu y descendiente por línea paterna del buda Sakya, no inventó su doctrina. Aunque pertenecía a la casta militar o de los *kshatriyas* era misericordioso por naturaleza, y dióle instrucción religiosa y educación moral el famoso guru Tirthankara de la secta jaina, por lo cual pretenden los jainos que el budismo es una derivación de su doctrina y que ellos son los legítimos discípulos de Gautama, como descendientes de los únicos budistas a quienes, cuando la expulsión de las demás ramas, se les permitió quedarse en la India por haber aceptado algunos dogmas indoístas. Sin embargo, no deja de llamar la atención que tres religiones tan exotéricamente

distintas y tan hostiles entre sí como el indoísmo, el budismo y el jainismo coinciden perfectamente en fijar la aparición del budismo, al paso que los orientalistas modernos se contraen a caprichosos cómputos sin fundamento alguno.

Si, según todas las probabilidades, nació Gautama unos seis siglos antes de J.C., forzoso será conceder a los budas que le precedieron algún lugar en la cronología histórica. Porque los budas no son dioses, sino sencillamente hombres iluminados por el rayo de la sabiduría divina. Parece, sin embargo, como si al verse los orientalistas incapaces de esclarecer los puntos oscuros por su propia investigación, no hallen mejor medio de descubrir la verdad que negar a los indos el derecho de conocer su propia religión y su historia patria.

Los orientalistas suelen aducir un argumento muy especioso contra la filiación jaina de la religión budista, diciendo que el principal dogma de ésta contradice el de aquélla, pues inculpan erróneamente a los budistas de ateísmo en contra de la creencia de los jainos en un solo Dios, si bien no se entremezcle, según ellos, en la ordenación del universo. Ya demostramos en el capítulo precedente que jamás fueron ateos los budistas; y si los orientalistas hallaran ocasión de comparar desprejuiciosamente los libros sagrados que en número de unos 20.000 conservan los jainos ocultos en Rajputana, Jusselmere, Patun y otros lugares, se convencerían de la perfecta identidad de pensamiento religioso entre el budismo y el jainismo, aunque difieran sus ritos populares y exotéricos. El concepto de *Adi-Buddha* es idéntico al de *Adinâtha* o *Adiswara*.

Por otra parte, los jainos se atribuyen la fundación y propiedad de los antiquísimos templos cavernosos, soberbios ejemplares de la arquitectura y esculturas índicas, según comprueban sus anales histórico-religiosos de increíble antigüedad, por lo que no parece que anden muy descaminados en sus pretensiones de primacía. En efecto, hay indicios suficientes para admitir que los jainos son los directos descendientes de los primitivos indígenas, despojados de sus tierras por los invasores arios de blanca piel que en los albores de la historia penetraron en el país por los valles del Jumna y del Ganges. Aquellos primitivos jainos, en su tiempo se llamaron *arhâtas* y tuvieron por directos descendientes a los *esravacas*, los desnudos anacoretas de los bosques, cuyos libros podrían seguramente esclarecer más de un enigma histórico. Pero los orientalistas europeos no verán ninguno de estos libros en sus manos, mientras persistan en sus peculiares métodos de investigación, pues los indos están escarmentados de las profanaciones perpetradas por los misioneros en cuantos manuscritos cayeron en su poder, por lo que no es extraño que los indos procuren impedir nuevas profanaciones de los manuscritos a que llaman «dioses de sus padres».

Ireneo y su escuela hubieron de contender rudamente con los gnósticos en defensa de su doctrina. Lo mismo le sucedió a Eusebio, quien no supo si considerar como ortodoxos o como herejes a los esenios, al ver la sorprendente analogía de sus prácticas y creencias con las de Jesús y los apóstoles, por lo que supuso que fueron los primitivos cristianos; pero contra esta suposición se levanta el testimonio de Filo Judeo, quien mucho antes de que apareciese el primer cristiano en Palestina había descrito minuciosamente la secta de los esenios que, como las demás escuelas de iniciados, no fueron cristianos, sino chrestianos, muy anteriores al cristianismo, sin contar los kristnistas indos.

Lepsio demuestra que la palabra *Nofre* significa Chrestos (el bueno), y que el sobrenombre de «Onnofre», dado a Osiris, equivale a «manifestación de la bondad de Dios» (NOTA: Lepsio: *Königsbuch*, b. II. FINAL NOTA).

Sobre esto dice Mackenzie (NOTA: *Real Enciclopedia masónica*, 207. FINAL NOTA):

En aquella primitiva época no era universal el culto de Cristo, es decir, que no estaba introducida aún la Cristolatría, pues de muchos siglos atrás se adoraba a Chrestos (el buen principio) que sobrevivió a la difusión del cristianismo, según demuestran los monumentos todavía en pie... Además, se conserva un epitafio precristiano que dice: *Υαχινηθε*

Λαρισσίων Δημοσίε Χρηστε Χαίρε (NOTA: Spon.: *Misc. Erud.*, Ant. X, XVIII, 2. FINAL NOTA). Por otra parte, en las catacumbas de Roma puede leerse la inscripción siguiente: Ælia Chreste; in Pace (NOTA: Rossi: *Roma subterranea*, I, tabla XXI.– Según Jacolliot, la palabra sánscrita *Kris* significa sagrado. FINAL NOTA).

Resultan, por lo tanto, infructuosos los falaces ardidés de Eusebio, victoriosamente descubiertos por Basnage, quien, como nos dice Gibbon, examinó con imparcial criterio el curioso tratado en que Filo describe a los terapeutas, y dedujo que su autor lo compuso en tiempo de Augusto, con lo cual queda demostrado, contra la opinión de Eusebio y de muchos modernos tratadistas católicos, que los terapeutas no fueron monjes ni cristianos.

Los gnósticos cristianos aparecieron a principios del siglo II, precisamente al desaparecer de misteriosa manera los esenios o *chrestianos*, que tan acabadamente habían comprendido las enseñanzas de uno de sus propios hermanos. Al mencionar Jesús la letra *iota* (NOTA: *Mateo*, V, 18. (El texto vulgar la llama «tilde».– *El Traductor*). FINAL NOTA) relacionada con los diez eones, demostró suficientemente, a juicio de los cabalistas, que pertenecía a la masonería de aquella época, porque la letra *iota* era entre los gnósticos una consigna o seña que significaba el *cetno del Padre*, y todavía subsiste en las fraternidades de Oriente.

Pero aunque ya se supiera todo esto en los primeros siglos del cristianismo, hubo cuidado de ocultar lo de modo que no fuera notorio y de negarlo siempre que se suscitaba discusión sobre ello, hasta el punto de que las diatribas de los Padres eran tanto más violentas cuanto más evidente la verdad que negaban.

Se queja Ireneo (NOTA: *Contra herejes*, III, 2, § 2. FINAL NOTA) de que los gnósticos no aceptaran como testimonio ni las Escrituras ni la tradición; pero nada tiene esto de extraño si se considera que los comentadores del siglo XIX han descubierto adulteraciones y fraudes en cada página de las obras escritas contra los gnósticos, al compararlas con los fragmentarios manuscritos que de éstos se conservan; y por lo tanto, muchos más fraudes y adulteraciones debieron descubrir en aquel entonces los eruditos gnósticos acostumbrados a la observación personal y conocedores de los hechos de que fueron testigos presenciales.

Atacaron los cristianos a Celso porque les reconvenía diciendo que su religión era un desgraciado remedo de las doctrinas platónicas; y sin embargo, diez y siete siglos después, corrobora Sprengel el juicio de Celso en el siguiente pasaje:

No solamente creyeron descubrir los cristianos la filosofía de Platón en los libros de Moisés, sino que esperaban *eleva la dignidad de su religión y difundirla más rápidamente entre las gentes* (NOTA: Sprengel: *Historia de la medicina*. FINAL NOTA).

Y de tal modo infundieron los cristianos en su religión el espíritu platónico, que no sólo tomaron de esta filosofía el concepto de la Trinidad, sino las fábulas leyendas míticas que de los héroes se transfirieron a los santos. Sin necesidad de recurrir los cristianos a países tan distantes como la India, tuvieron el modelo de la concepción de la Virgen en la leyenda de Periktióné, la madre de Platón, quien, según creencia popular, había sido engendrado por obra de Apolo sin detrimento de la pureza virginal de la doncella. La aparición del ángel a José en sueños es una copia del aviso que Apolo le da a Aristón, marido de Periktióné, diciéndole que el fruto de su mujer era obra de Apolo. Asimismo, se refería de Rómulo que era hijo de Marte y de la virgen Rhea Silvia.

La mayoría de simbologistas acusan a los ofitas de entregarse a licenciosas y obscenas prácticas en sus asambleas religiosas; y la misma acusación recayó sucesivamente en los maniqueos, carpocracianos, paulistas, albigenses y demás escuelas gnósticas que mantuvieron el derecho a la libertad de examen.

Actualmente, nadie se atreve a lanzar semejantes acusaciones contra las 160 sectas norteamericanas y las 125 inglesas, pues el en otro tiempo omnipotente clero romano no tiene más remedio que refrenar su lengua o probar sus imputaciones.

En las obras de Payne Knight, King y Holzhausen que tratan de este asunto, así como en las de Ireneo, Tertuliano, Sozomeno y Teodoreto, no hay testimonio alguno directo de la obscenidad de los ofitas, pues todos sus acusadores se basan en las referencias del «se dice», «se asegura» o «hemos oído». Tan sólo Epifanio menudea en sus obras el relato de estos casos, que se complace en comentar.

Sin embargo, no es nuestro propósito defender a cuantas sectas brotaron en Europa durante el siglo XI y que tan extravagantes creencias sustentaron. Nos contraemos a la defensa de las sectas cristianas cuyas doctrinas, de filiación gnóstica, aparecieron inmediatamente después de la muerte de Jesús y se sostuvieron hasta disolverse por la presión del decreto de Constantino, pues la Iglesia oficial no podía conciliarse con el espíritu sincrético del gnosticismo ni cabía el triunfo de la verdad en aquella época de falacias, suplantaciones e imposturas.

Pero ¿quiénes eran los acusadores? ¿En qué funda la Iglesia romana la supremacía de sus doctrinas? Sin duda, en la sucesión apostólica, *tradicionalmente* derivada del apóstol Pedro; pero si demostramos que éste no recibió la jefatura de la Iglesia, se derrumbará todo el edificio tan falsamente apuntalado. En efecto, las afirmaciones de Ireneo no tienen otra prueba que su palabra, y para apoyarlas recurre a multitud de falsedades sin citar a ninguna autoridad en su auxilio. Ni siquiera tiene Ireneo la brutal pero sincera fe de Tertuliano, porque se contradice a cada punto y tan sólo argumenta con sutiles sofismas, resuelto a llevar adelante sus propósitos, aunque diese con ello a la posteridad suficiente motivo para dudar de su buen juicio, no obstante ser hombre culto y erudito. Al verse cercado por la finísima dialéctica de sus no menos eruditos adversarios los gnósticos, se abroqueló Ireneo en la fe ciega y se guarece tras fantásticas tradiciones de su propia invención. Así dice muy acertadamente Reber que cuando de tal suerte vemos tergiversar a Ireneo la acepción de las palabras y el sentido de las frases, podríamos disputarle por mentecato si no supiéramos que merecía otro calificativo (NOTA: Reber: *El Cristo de Pablo*, 188. FINAL NOTA).

Tan impudentemente falaz es Ireneo, que en muchos puntos le contradice su más circunspecto, pero igualmente inverídico colega Eusebio, quien no llega a los mismos extremos, vencido de la incontrovertible evidencia. Así, por ejemplo, cuando Ireneo (NOTA: *Contra herejes*, V, 33, § 4. FINAL NOTA) asegura que Papias, obispo de Hierápolis, había sido discípulo inmediato de San Juan Bautista, le replica Eusebio diciendo que Papias declaró tan sólo haber aprendido su doctrina de *los que habían conocido a Juan* (NOTA: Eusebio: *Historia eclesiástica*, III, 39. FINAL NOTA).

Sin embargo, los gnósticos vencieron a Ireneo al discutir la doctrina cabalística de la expiación, que el doctor cristiano se vió precisado a aceptar por temor de aparecer inconsecuente; pero, como no comprendía su verdadero significado alegórico, la incorporó al dogmatismo eclesiástico bajo el concepto de pecado original, cuya doctrina hubiese infundido santo horror en el apóstol Pedro.

Después de Ireneo se nos presenta Eusebio como segundo paladín de la sucesión apostólica; pero la palabra de este Padre de la Iglesia no es más fidedigna que la de su compañero. Ya en el siglo VIII impugna acertadamente el vicepatriarca de Constantinopla, Jorge Syncellus (NOTA: *En su impugnación emplea este autor un lenguaje tan procaz e injurioso, que no puede por menos de reprobárselo su comentador Bunsen, aunque lo considera merecido por parte de Ireneo. FINAL NOTA*), la audaz falsificación perpetrada en la cronología egipcia por Ireneo, a quien también juzga desfavorablemente el historiador Sócrates, que floreció en el siglo V, y le acusa de haber alterado las fechas

históricas con propósito de complacer al emperador Constantino y de cohonestar la cronología bíblica.

En sus trabajos de investigación para rectificar la cronología egipcia catalogada por Maneto, descubrió Bunsen que Eusebio había falseado deliberadamente y sin ningún escrúpulo la historia con su tendenciosa teoría de sincronismos parecida al lecho de Procusto (NOTA: Bunsen: *Egipto*, I, 200. FINAL NOTA). A esto añade el autor del *Desenvolvimiento intelectual de Europa* que Eusebio, obispo de Cesarea, es uno de los principales culpables de la ofensa inferida a la historia (NOTA: *Obra citada*, 147. FINAL NOTA).

No estará de más recordar al lector que a este mismo Eusebio se le achaca la interpolación en el texto de Josefo (NOTA: *Antigüedades*, XVIII, cap. 3. FINAL NOTA) del famoso párrafo referente a Jesús, que no aparece en los primeros manuscritos.

Sin embargo, Renán opina, contrariamente, que es auténtico el pasaje de Josefo referente a Jesús, porque denota el estilo propio del autor, quien si hubiera hablado de Jesús no lo hiciera de otro modo (NOTA: *Renan: Vida de Jesús*. FINAL NOTA).

Permítanos el ilustre crítico que, dejando aparte la duda supuesta por la condicionalidad de su afirmación, le contradigamos sinceramente, pues aun cuando el párrafo en cuestión fuera de Josefo, hay incisos evidentemente interpolados, por los cuales se echa de ver que no hubiera hablado de Jesús tal como aparece.

Dice así el citado párrafo:

Por este tiempo vivía *Iasus*, un hombre sabio (NOTA: *Sabio equivalía a cabalista, astrólogo y mago, así como hakim significaba médico. (El verdadero israelita, III, 206). FINAL NOTA*), si cabe llamarle hombre (*ἄνθρωπος*), pues operaba prodigios e instruía a los hombres que reciben placentemente la verdad. Era el ungido, y a causa de la acusación que le echaron los príncipes del pueblo, fue condenado a la cruz por Pilatos. Los acusadores no quisieron amar al que les amaba, pero se les apareció vivo al tercer día de su muerte. De este ungido dijeron los profetas éstas y otras muchas cosas maravillosas.

En las diez y seis líneas de que en el original consta el precedente párrafo, se afirma por una parte que Jesús es el ungido y que se apareció después de muerto, y por otra se expresa la duda de si cabe llamarle hombre. Pero Josefo era un judío de inquebrantable ortodoxia, aunque escribía para los gentiles, y por lo tanto le hubiesen puesto en situación verdaderamente comprometida tan heterodoxas afirmaciones, porque los judíos de la sinagoga esperaban entonces a su Mesías como lo siguen esperando ahora, por lo que no cabe admitir que Josefo se apartase de la ortodoxia diciendo que los príncipes de los sacerdotes habían acusado y condenado a muerte al Mesías y Ungido. Tan absurda incongruencia no necesita comentarios demostrativos de la apocricidad del párrafo en cuestión (NOTA: *Ladner aduce varias razones en prueba de su interpolación. FINAL NOTA*), aunque de otra manera opine un crítico tan eminente como Renán.

En cuanto a Tertuliano, esa lumbrera de la Iglesia que Des Mousseaux había de divinizar con el tiempo, no sale muy bien parado de las investigaciones de Reuss, Baur, Schweigler y el anónimo autor de *Religión sobrenatural*, quien inculpa al famoso apologista de inseguro en sus afirmaciones e inverídico en la exposición, al paso que Reuss califica su cristianismo de áspero, insolente, brutal y punzante, sin caridad ni unción evangélica, y advierte en él al polemista de mala fe y al más intolerante de los expositores.

El sofista Agustín remató la obra cimentada por los primitivos doctores de la Iglesia, pues sus conceptuosas elucubraciones sobre la Trinidad, sus veladas reticencias y arteras perífrasis contra sus ex correigionarios los maniqueos, y sus fingidos diálogos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, indujeron a las gentes a llenar de oprobio a los gnósticos

y oscurecer el concepto del verdadero y único Dios adorado en reverente silencio por los paganos.

Resulta, por lo tanto, que *toda la fábrica del dogma católico no está fundada en pruebas sino en presunciones*, pues los gnósticos estrecharon de tal modo con su irrefutable dialéctica a los doctores de la Iglesia, que para vencer esgrimieron éstas armas fraudulentas.

La grey cristiana de los primeros siglos se maravillaba de que los historiadores coetáneos de Jesús nada dijeran de su vida ni de su muerte, y nadie comprendía la omisión de un acontecimiento que la Iglesia docente calificaba del más importante de la historia universal. Entonces, Eusebio subsanó mañosamente esta deficiencia. Tales fueron los detractores de los gnósticos.

La primera y menos significada secta cristiana de que tenemos noticia es la de los nicolaítas, así llamados de su heresiarca Nicolás de Antioquía, uno de los siete discípulos (NOTA: Entre estos siete discípulos se contaba el protomártir Esteban, lapidado por los judíos el año 34 de la era cristiana. FINAL NOTA) que los doce apóstoles eligieron para distribuir los fondos de la comunidad a los hermanos de Jerusalén (NOTA: *Hechos de los apóstoles*, II, 44 y 45; VI, 3 y 5. FINAL NOTA) después de la muerte del Maestro, y según confesión de los doce, era hombre de irreprochable conducta y *lleno del Espíritu Santo con el don de sabiduría* (NOTA: *Id.*, VI, 3. FINAL NOTA). Sin embargo, el apóstol San Juan declara el aborrecimiento que le inspiran sus doctrinas (NOTA: *Apocalipsis*, II, 15, 16. FINAL NOTA), por lo cual parece como si el Espíritu y la sabiduría fuesen escudo de herejes, al par que broquel de ortodoxos.

La herejía de que el apóstol Juan abominaba en los nicolaítas era sencillamente el *matrimonio* (NOTA: *Apocalipsis*, II, 14. FINAL NOTA) de los clérigos, pues Juan era *virgen*, y con su sentir se conforman los Padres de la Iglesia, apoyados en la tradición. Aun el mismo Pablo, el más erudito y liberal apóstol, opina que es muy difícil conciliar el estado sacerdotal con el estado de matrimonio, y distingue entre la esposa y la virgen (NOTA: *I Corintios*, VII, 34. FINAL NOTA), pues ésta ha de cuidar de las cosas del Señor y aquélla ha de complacer a su marido. Así se infiere de los siguientes pasajes:

¿Estás libre de mujer? No busques mujer.

Y la mujer soltera y la virgen piensa en las cosas del Señor para ser santa de cuerpo y alma. Mas la que es casada piensa en las cosas del mundo y cómo agradar al marido.

Mas si a alguno le parece que no le es honesto a su virgen... no peca si se casa.

Porque el que tomó en sí una firme resolución... sino antes teniendo poder en su propia voluntad y determinó en su corazón guardar *su virgen*, bien hace.

Y así el que casa a su virgen hace bien y el que no la casa hace mejor.

Pero será más bienaventurada si permaneciere así según mi consejo; y pienso que yo también tengo Espíritu de Dios (NOTA: *Id.* VII, 27, 34, 36, 37, 38 y 40. FINAL NOTA).

Muy lejos de este espíritu de tolerancia están las palabras del evangelista Juan cuando dice:

Y ninguno podía decir aquel cántico, sino aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil que fueron comprados de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque eran vírgenes (NOTA: *Apocalipsis*, XIV, 3, 4. FINAL NOTA).

Esto parece concluyente, pues si exceptuamos el apóstol Pablo, los primitivos nazarenos consagrados a Dios con apartamiento del mundo distinguían profundamente entre el pecado carnal dentro del matrimonio legítimo y las abominaciones del adulterio. Con semejantes ideas y con tal estrechez de miras, era natural que el fanatismo tuviese por oprobio la relación sexual en toda circunstancia

Según ya dijimos, Epifanio da minuciosos pormenores acerca de los apretones de manos a estilo masónico y otros signos que para reconocerse empleaban los gnósticos, pues había pertenecido a esta escuela y conocía sus interioridades. Sin embargo, no podemos determinar el grado de confianza que merece el famoso obispo, pues no hay necesidad de ahondar mucho en la naturaleza humana para convencerse de que casi todos los traidores y renegados agravan con la mentira su traición. Los hombres nunca perdonan ni compadecen a quienes injurian, como si el odio que sienten por su víctima se acrecentara en proporción del daño que les infligen. Esta verdad es tan antigua como el mundo. Por otra parte, resulta inverosímil que los gnósticos cayeran en la degradante obscenidad que les achaca Epifanio, cuando según Gibbon, fueron los más ricos, cultos y corteses filósofos de su época; pero nos resistiríamos a creer tan infamante imputación aunque hubieran sido una turba de mendigos haraposos de mirada torva, como describe Luciano a los secuaces de Pablo (NOTA: *Filopatris en la Diégesis de Taylor, 376. FINAL NOTA*). Por lo tanto, es moralmente imposible que unos filósofos a la par platónicos y cristianos, se entregaran a prácticas tan abominables.

Knight no pone en entredicho el testimonio de Epifanio, sino que, por el contrario, lo cohonesto hasta cierto punto diciendo que, aparte de las exageraciones propias del odio teológico y de los prejuicios populares, era general el convencimiento de que los gnósticos se entregaban a prácticas obscenas.

A nuestro entender, confunde King a los gnósticos del cristianismo primitivo con las sectas del mismo nombre que aparecieron en la Edad Media, cuyas doctrinas tanta semejanza tenían con el moderno comunismo. Respecto a los gnósticos medioevales, acaso no haya nada que objetar a la acusación de obscenidad en sus prácticas; pero tengan presente los investigadores que si a los templarios se les achacaba la abominable práctica de besar al macho cabrío en la rabadilla (NOTA: King: *Los gnósticos y sus huellas. FINAL NOTA*), también hubo fundadas sospechas de que San Agustín toleraba ciertas licencias en la práctica del «ósculo de paz» que mutuamente se daban los cristianos de ambos sexos en los ágapes subsiguientes a las fiestas eucarísticas, pues parece que el santo obispo fue muy exigente en algunos pormenores del atavío de las mujeres para que el «ósculo de paz» tuviese carácter estrictamente ortodoxo (NOTA: *Sermones de San Agustín, CLII. Véase Knight: Teología mística de los antiguos, 107. FINAL NOTA*). Cuando hay verdadero sentimiento religioso, no queda lugar para mundanos pormenores; pero la suciedad y desaliño que en su persona mostraron los primitivos cristianos justifica en cierto modo la solicitud de San Agustín respecto de la indumentaria de sus diocesanas, a no ser que le moviesen a ello las reminiscencias de los ritos maniqueos.

No es extraño que la crítica mantenga en sospecha la moralidad de las ramas desgajadas del cristianismo, cuando precisamente, hasta principios del siglo anterior, la Iglesia ha tolerado en su seno los excesos de que a los heterodoxos inculpa. Así nos lo atestiguan muchos historiadores, en cuyo relato podemos apoyarnos para investigar imparcialmente esta cuestión.

En 1233 el pontífice Gregorio IX publicó dos bulas condenatorias de los estedingeritas que se entregaban a prácticas paganas y mágicas (NOTA: *Baronio: Anales eclesiásticos, XXI, 89. FINAL NOTA*), por cuyo delito fueron exterminados en nombre de Cristo y de su Santa Madre. En 1282 el párroco de Inverkeithing, llamado Juan, celebraba el día de Pascua ritos mucho más abominables que los de la magia negra, pues congregaba a multitud de doncellas que, después de puestas en frenesí mántico como furiosas bacanales, ejecutaban la danza cíclica de las amazonas alrededor de la imagen del pagano dios de los jardines; y aunque algunos feligreses le denunciaron ante el obispo de la diócesis, nada resolvió éste en contra, porque demostró el párroco que se limitaba a seguir *las costumbres del País* (NOTA: *Crónica de Lanercost, ed. Stevenson, p. 109. FINAL NOTA*). Por otra parte, los valdenses, precursores de los protestantes, fueron calumniados de los más

nefandos y horrendos crímenes, por lo que se desencadenó contra ellos una exterminadora persecución, mientras los triunfantes calumniadores celebraban las paganas procesiones del *Corpus Christi* con emblemas remedados de los de Baal y Osiris (NOTA: En 1825 se llevaban en las procesiones del Corpus del Mediodía de Francia, panes y tortas de idéntica configuración a las de los tan execrados sivitas y vishnuitas de la India (Dulaure: *Compendio histórico de los diferentes cultos*, II, 285; Martezzi: *Paganos y cristianos*, 78). FINAL NOTA).

Pero como la Iglesia romana no tiene ya medio de calumniar a los demás cristianos, se ha revuelto contra los indos, chinos y japoneses, a quienes califica de paganos y les acusa de prácticas libidinosas. Sin embargo, bien podrían los autores católicos fijarse en ciertos bajorrelieves de la puerta de la basílica de San Pedro, que si tan de bronce como la puerta misma, no lo son tanto como los escritores que fingen ignorar los hechos históricos. Una larguísima sucesión de pontífices posaron sus ojos en aquellas representaciones de la más degradante obscenidad, sin que ninguno se haya determinado a eliminarlas, sino que, por el contrario, hubo papas y cardenales que pusieron en práctica, acaso por sugestión artística, aquellas paganas actuaciones de los dioses de la Naturaleza.

En un templo católico de la comarca polaca de Podolia había, hace años, un Cristo de mármol negro, al que se le atribuían virtudes milagrosas en determinados días, y cuya barba y cabellera crecían a la vista de los fieles, con otros prodigios de menor cuantía, hasta que, al fin, prohibió el gobierno ruso tan edificante espectáculo.

Al apoderarse de Embrun (Altos Alpes) los hugonotes, encontraron en los templos de esta ciudad reliquias de tal naturaleza, que, según refiere la crónica, los veteranos se sonrojaban semanas después con su solo recuerdo. En la Iglesia de San Fiacro, cerca de Monceaux (Francia), había, y aun hay, si no nos engañamos, un asiento llamado «la silla de San Fiacro» a que se atribuía la virtud de volver fecundas a las mujeres estériles. La misma propiedad se le reconoce a una roca de las inmediaciones de Atenas, cerca de la tumba de Sócrates (NOTA: Cuéntase que hace cosa de veinte años, la reina Amelia, tal vez en un momento de buen humor, quiso poner la roca a prueba en su propia persona, por lo que un misionero católico calificó a la egregia dama de hereje, supersticiosa y hechicera, comparándola con Jezabel en el empleo de artes mágicas; pero un oficial griego, indignado al oír semejantes dictérios, agarró forzadamente al celoso misionero y lo lanzó por la ventana a la calle donde fue a caer en un bache de lodo. FINAL NOTA).

Todas las reformas religiosas tuvieron puros y sencillos comienzos. Los primeros discípulos de Gautama, como posteriormente los de Jesús, fueron hombres de elevada moralidad, y el mismo amor a la virtud y repugnancia al vicio que en Gautama y Jesús advertimos en Sakya, Pitágoras, Platón, Pablo y Amonio, así como en los más conspicuos instructores gnósticos, no tan afortunados, pero igualmente virtuosos, entre los cuales tenemos a Marción, Basílides (NOTA: A quien Tertuliano cuenta entre los discípulos de Platón. FINAL NOTA) y Valentino, cuyas costumbres fueron notoriamente austeras.

Los nicolaítas, una de las muchas ramificaciones que a principios del siglo II se injertaron en el tronco ofita, tuvieron por cabeza a Nicolás de Antioquía, hombre de irreprochable conducta y lleno del espíritu de sabiduría. La afirmación de que estos virtuosos varones practicasen ritos obscenos es, por consiguiente, tan absurda como si acusáramos a Jesús de haber instituido los que de igual índole predominaban en los monasterios de la Edad Media.

Para creer en lo que se les imputó primero a los gnósticos y más tarde con decuplicada acrimonia a los templarios, hemos de creer también en la obscenidad de los cristianos ortodoxos; pues, según afirma Minucio Félix, la opinión pública acusaba a los cristianos de sacrificar niños de corta edad en la ceremonia de admisión de los neófitos y servir su carne como manjar en los ágapes de la congregación (NOTA: Refiere el citado autor que el neófito había de hundir el puñal en el cuerpo de un niño medio oculto entre un

montón de harina. FINAL NOTA). Después de su triunfo revertieron los cristianos esta acusación contra los herejes (NOTA: King: *Los gnósticos y sus huellas*, 197, nota. FINAL NOTA).

El apóstol San Juan da a la herejía carácter delictuoso en los siguientes pasajes:

Porque muchos impostores se han levantado en el mundo, que no confiesan que Jesucristo vino en carne. Este tal es impostor y anticristo (NOTA: II *Epístola*, 7. FINAL NOTA).

Y en la Epístola primera enseña a los fieles la doctrina de las dos Trinidades como los nazarenos, pues dice:

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa.

Y tres son los que dan testimonio en la tierra el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son una misma cosa (NOTA: I *Epístola*, V, 7, 8. FINAL NOTA).

Se infiere de todo esto que el cristianismo oficial de la época de Constantino derivó de las numerosas y antagónicas sectas del primitivo, que a su vez nacieron de padres paganos. En la doctrina ortodoxa se resumieron las de sus diversos componentes, porque como todo dogma nuevamente forjado había de discutirse y votarse en los concilios, cada grupo contribuyó con su peculiar matiz a la coloración del conjunto que Constantino erigió oficialmente en religión revelada, aunque sin entender de ella ni una sola palabra, supuesta la escasa disposición de las gentes para practicar la verdadera *religión* de Cristo. Así es que fatigados los teólogos de bucear en aquel insondable piélago de especulaciones metafóricas de las diversas naciones, e incapaces de concebir una religión basada en la pura espiritualidad, entregóse el cristianismo en brazos de la fuerza bruta representada en el poder civil, con cuyo apoyo se estableció la Iglesia oficial. Por este motivo no hay en la Iglesia romana más que un dogma enteramente original: el de la condenación eterna; y una costumbre también original: el anatema. Los paganos miraron uno y otra con horror, según se infiere de aquel pasaje de Plutarco en que instigada la sacerdotisa de Atenas a maldecir a Alcibíades por haber profanado los Misterios, se negó diciendo que era sacerdotisa para orar y bendecir y no para maldecir (NOTA: Plutarco: *Cuestiones romanas*, 44. FINAL NOTA).

Expone Renan sobre el asunto de que vamos tratando:

La investigación cuidadosa nos demostraría que el cristianismo es en su mayor parte un zurcido de retazos de los Misterios paganos, y este carácter tuvo el primitivo culto de los cristianos. El régimen interior de la Iglesia, los grados de iniciación, el compromiso de sigilo y buena porción de frases del ritualismo eclesiástico patentizan su filiación pagana: A primera vista parece que la revolución debeladora del paganismo rompió absolutamente con el pasado; pero lo cierto es que la fe de las gentes salvó del universal naufragio los símbolos más populares. La influencia del cristianismo fue al principio tan escasa en los usos y costumbres de la vida, que hacia los siglos IV y V había infinidad de gentes de las que no hubiera podido decirse si eran cristianos o paganos, pues fluctuaban vacilantemente entre ambas formas culturales... El arte, que constituía una parte esencial del paganismo, no hubo de romper en la nueva religión con ninguna de sus tradiciones, pues el primitivo arte cristiano no es ni más ni menos que la decadencia del arte pagano. El Buen Pastor de las catacumbas es copia del Aristeo o del Apolo Nornio que se ve en los sarcófagos paganos tañendo la flauta de Pan entre las semidesnudas figuras de las cuatro estaciones. En las sepulturas cristianas del cementerio de San Calixto aparece Orfeo amansando a las fieras, y las figuras de Cristo y María, en substitución de las de Júpiter y Proserpina, acogen a las

almas que Mercurio conduce con su varilla (*psychopompos*) ante los tres hados. En muchos monumentos del primitivo cristianismo aparecen Pegaso, símbolo de la apoteosis; Psyche, símbolo del alma inmortal; la Victoria, el río Jordán y el cielo, personificado en un anciano.

Como ya dijimos, los primitivos cristianos estaban separados en grupos secretamente constituidos, con sus correspondientes signos y consignas para reconocerse entre sí, pues la incesante persecución de que eran víctimas les movía a reunirse en las catacumbas, en los parajes más abruptos de las montañas y en otros lugares que les ofrecieran refugio seguro. Con los mismos obstáculos tropezó siempre toda reforma religiosa. Jesús y sus discípulos se congregaban en sitios apartados de la curiosidad maliciosa, sin que ni el vulgo por una parte ni el poder público por otra tuviesen noticia de estas secretas asambleas cuyo riguroso sigilo cerró muchos caminos de información histórica.

Los investigadores se asombran de la escasa importancia que la personalidad de Jesús tuvo para sus coetáneos. Según demuestra Renan, el historiador Filo, que floreció en tiempo de la predicación y murió el año 50, no menciona ni una sola vez a Jesús, como si no hubiese oído hablar de él. Josefo, algo posterior, pues nació cuatro años después de la muerte de Jesús, apenas dedica unas cuantas líneas a dar cuenta del proceso, sentencia y crucifixión, y aun afirma Renan que este pasaje fue adulterado por manos cristianas. Pero lo extraño es que Josefo, el escrupuloso enumerador de todas las escuelas y sectas de su tiempo, no mencione ni aluda a los cristianos, a pesar de que escribió a fines del siglo I, cuando, según los historiadores eclesiásticos, había ya establecido el apóstol Pablo varias iglesias, y con arreglo a la cronología de Ireneo y Eusebio habían ya sucedido apostólicamente a Pedro los tres romanos pontífices Lino, Anacleto y Clemente. Otro historiador, Suetonio, que fue secretario del emperador Adriano y floreció en el primer cuarto del siglo II, tiene tan escasas referencias de Jesús, que dice que el emperador Claudio desterró a todos los judíos porque continuamente andaban promoviendo disturbios a instigación de un tal *Crestus* (NOTA: Suetonio: *Vida de Claudio*, sec. 25. FINAL NOTA). El mismo emperador Adriano tenía en tan poco los dogmas de la nueva religión, que en una carta a Serviano supone a los cristianos adoradores de Serapis (NOTA: *Vita Saturnini Vopiscus*. FINAL NOTA).

Dice King sobre este asunto:

Las sectas sincretísticas que en el siglo II aparecieron en Alejandría, foco del gnosticismo, echaron de ver en Serapis un antetipo del Cristo como Creador y Señor del universo y juez de vivos y muertos.

No cabe duda de que la cabeza de Serapis con su rostro de grave y melancólica majestad, sugirió la idea de los convencionales retratos del Salvador (NOTA: *Los gnósticos y sus huellas*, 68. FINAL NOTA).

Así es que mientras los filósofos paganos consideraron a Serapis como representación ideológica del *Anima Mundi*, los cristianos antropomorfizaron al Padre y al Hijo en la imagen de un rito pagano.

De las notas tomadas en el convento del monte Athos, por el viajero de que oportunamente hablamos, resulta que en su mocedad frecuentó Jesús el trato de los esenios pitagóricos llamados *koinobis*, por lo que nos parece un mucho gratuita la afirmación de Renan al decir que Jesús no leyó en su vida ninguna obra budista ni griega, y que ignoraba los nombres de Buda, Zoroastro y Platón, aunque sin darse cuenta de ello predicaba doctrinas derivadas del budismo y mazdeísmo y de la filosofía griega (NOTA: *Renán: Vida de Jesús*, 405. FINAL NOTA).

Esto equivale a reconocer un milagro o dar desmedida intervención a la casualidad y a la coincidencia. Es abuso de autoridad en un historiador sentar falsas premisas para deducir de los hechos históricos las consecuencias más favorables a su parcialidad y

formar con ellas una biografía de Jesús. No tiene Renan ni más ni menos fundamento en cuanto dice que los demás compiladores de leyendas referentes a la incierta vida del profeta nazareno, ni cabe afirmar nada sobre este punto sin pruebas concluyentes. Así resulta que mientras Renan se apoya tan sólo en su particular opinión para decir que Jesús nada supo de budismo, mazdeísmo ni platonismo, hay cuatro potísimas razones en pro de la afirmación opuesta, conviene a saber:

1ª Que todas las ideas de Jesús están expuestas en estilo pitagórico, cuando no con la misma terminología de esta escuela.

2ª Que la moral cristiana es, en punto a su código ético, idéntica a la moral budista.

3ª Que las costumbres y género de vida de Jesús eran idénticos a los de los esenios.

4ª Que en sus parábolas y en la exposición de su doctrina se conducía como los iniciados de todo el mundo, pues los «perfectos» que «hablaban sabiduría» pertenecían a una misma escuela diversificada por todo el mundo.

No es digno de Dios encerrar su infinita grandeza en los cuatro Evangelios que, aparte de sus frecuentes contradicciones, son copia de la filosofía antigua en el estilo, narraciones, sentencias y máximas, pues para no poner en perplejidad a los humanos, mejor hubiera sido que el Todopoderoso les enviara, al descender por única vez a la tierra, una entidad más original que trazara la línea divisoria entre el Supremo Dios y la veintena de divinidades paganas que encarnaron en las entrañas de sus madres vírgenes y fueron salvadores y redentores de la humanidad, por la que murieron en sacrificio.

Bastante tiempo hemos sido esclavos del aspecto emotivo de la historia, y lo que el mundo necesita es un retrato más fiel de un personaje por cuya adoración la mitad de los cristianos han depuesto de su trono al Todopoderoso.

No contradecimos en Renan al erudito investigador de fama mundial, cuando en su *Vida de Jesús* aduce pruebas legítimamente históricas, sino que tan sólo impugnamos algunas de sus afirmaciones, dictadas por la vehemencia de la emoción sin otro fundamento que meras conjeturas. Sin embargo, en conjunto nos presenta Renan a Jesús bajo su aspecto verdaderamente grande de personaje histórico, con mucho más derecho a nuestro amor y veneración que cuando nos lo pintan como encarnación del Omnipotente.

No obstante las pocas obras que de los filósofos antiguos se conocen, no faltan ejemplos corroboradores de la identidad entre las máximas, consejos y preceptos pitagóricos e indos y los del *Nuevo Testamento*. Sobre este particular no faltan pruebas, sino que los cristianos quieran analizarlas con sinceridad y dar honradamente su veredicto. La mogigatería tuvo su época y produjo incalculables daños; pero hoy, como dice Müller, «no hemos de asustarnos si en la filosofía de otras naciones descubrimos verdades cristianas».

Para demostrar que Jesús y Pablo hubieron de inspirarse en la moral pagana, compararemos sinópticamente las respectivas máximas. Dicen así:

MÁXIMAS PAGANAS

*Entresacadas del Pitagórico
Sexto, Confucio, Manú y otros
paganos.*

1. No poseas tesoros, sino aquellas cosas que nadie pueda robarte.

MÁXIMAS CRISTIANAS

*Entresacadas del Nuevo
Testamento.*

1. No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra donde orín y polilla los consumen y en donde ladrones los desentierran y roban (*Mateo*, VI, 19).

2. Mejor es cauterizar la parte inficionada que inficionar todo el cuerpo.

3. En vosotros mismos hay algo semejante a Dios. Portaos, por lo tanto, como el templo de Dios.

4. La mayor honra que se puede tributar a Dios es conocer e imitar su perfección.

5. No he de hacer a los demás lo que no. Quisiera que hiciesen conmigo (*Confucio*).

6. También brilla la luna sobre la casa del malvado (*Manú*).

7. Quien da recibe; a quien no quiera dar se le quitará lo que tiene (*Manú*).

8. Tan sólo los espíritus puros ven a Dios (*Manú*).

2. Y si tu mano te escandalizare, córtala; más te vale entrar manco en la vida que tener dos manos e ir al infierno (*Marcos*, IX, 42).

3. ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (San Pablo: I *Corintios*, III, 16).

4. Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos... Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto (*Mateo*, V, 45 y 48).

5. Haced a los demás lo que quisierais que hiciesen con vosotros.

6. ... hace nacer su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores (*Mateo*, V, 45).

7. Porque al que tiene se le dará y tendrá más; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (*Mateo*, XIII, 12).

8. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (*Mateo*, V, 8).

Platón no ocultaba que había derivado de Pitágoras sus principales enseñanzas filosóficas para enlazarlas ordenadamente con intercalación de las suyas propias. Pero el mismo Pitágoras aprendió lo que sabía, primero en la escuela de Mochus, después entre los brahmanes, y por último fue iniciado en los Misterios egipcios, caldeos y persas. Así es que, paso a paso, nos remontamos en la historia hasta descubrir el origen de la doctrina cristiana en el Asia Central. Si eliminamos la personalidad de Jesús, tan sublime por lo sencilla, ¿que nos queda del cristianismo? La historia y la teología comparada responden diciendo que tan sólo nos queda un ruinoso armatoste formado por mitos paganos.

La figura de Jesús es en su aspecto mítico un remedo del Khristna induísta, y en su aspecto religioso un trasunto de Gautama, con quien tiene tanto externa como internamente semejanzas de todas veras asombrosas, a pesar de ser Jesús hijo de un carpintero y Gautama de un rey. Ni uno ni otro pertenecían a la clase sacerdotal, y como Jesús repugnaba Gautama el espíritu dogmático de la religión dominante y la hipocresía e intolerancia del clero con sus devociones aparentes y prolijas plegarias. Gautama rompió resueltamente con el tradicional ritualismo induísta, y Jesús dió enérgicamente en rostro a los fariseos y saduceos. Por la humildad de su cuna y la modestia de su posición social vivió Jesús tan austeramente como Gautama por voluntaria renuncia de su dignidad y riquezas. Ambos buscaron la compañía de publicanos y pecadores, y ambos se propusieron reformar las costumbres sociales y las costumbres religiosas mediante el establecimiento de una nueva religión.

Sobre el particular dice Max Müller:

La reforma de Buda fue en sus comienzos más bien social que religiosa, pues su elemento de mayor importancia ha sido constantemente el código social y moral con preferencia a las cuestiones metafísicas. La moral budista es una de las más perfectas que ha conocido el mundo... El que constantemente pensó en libertar al hombre de la miseria de la carne y del temor a la muerte, redimió también al pueblo indio de la degradante esclavitud en que le tenía la tiranía sacerdotal... De limitarse a una simple predicación metafísica, el nombre de Buda hubiera quedado sin fama y las gentes lo olvidaran, porque su filosofía no hubiera sido más que una gota añadida al océano de especulaciones metafísicas en que siempre se bañó la India (NOTA: Müller: *Budismo*, 217. FINAL NOTA).

Lo mismo ocurrió con Jesús. Mientras Filo (a quien Renan llama hermano mayor de Jesús), Hillel, Shammai y Gamaliel cayeron en el olvido, Jesús se convirtió en Dios. Sin embargo, por pura y divina que fuese la moral enseñada por Cristo no podía compararse con la de Gautama; pero la divinización de Jesús estuvo favorecida por habérselo representado en la tragedia del Calvario como si voluntariamente sacrificara su vida para redimir al linaje humano. Sin embargo, en la India la crucifixión apenas hubiera producido efecto, pues los indios no tienen apego ninguno a la vida, porque la exaltación religiosa les mueve a penitencias mortales de necesidad. Los fakires, como saben los orientalistas, se maceran y mortifican horriblemente, y las viudas se arrojan a la pira de su marido con la sonrisa en los labios. Así pudo decir el eminente Müller:

Jóvenes en la primavera de la vida se arrojan bajo las ruedas de la carroza de Juggernâth para que los aplaste el dios de sus creencias; el pleiteante que no logra alcanzar justicia se deja morir de hambre a la puerta de la casa del juez; el místico que cree saber cuanto el mundo pueda enseñarle y anhela identificarse con la Divinidad, se abandona tranquilamente al Ganges para alcanzar la otra orilla de la existencia (NOTA: *Cristo y otros Maestros; Virutas de un taller alemán*, I. FINAL NOTA).

En un país de semejante carácter hubiese pasado inadvertida la muerte voluntaria en cruz; pero en Palestina y otras naciones más viriles que los judíos, como los griegos y romanos, donde era común el apego a la vida, en cuya defensa hubieran luchado hasta la desesperación, el trágico fin del insigne Reformador nazareno no podía por menos de producir la emoción previamente calculada. Los nombres de otros héroes menos importantes como Mucio Scévola, Horacio Cocles y la madre de los Gracos, mantienen a través del tiempo la admiración de la posteridad; y sin embargo, recordamos que en cierta ocasión sonrieron desdeñosamente los indios de Benares al decirles la esposa de un clérigo inglés que Jesús cumplió un sublime sacrificio al dar su vida por el género humano. Entonces nos convencimos de cuán profundamente había influido el patético drama del Calvario en la fundación del cristianismo. Hasta al poético Renan le indujo este sentimiento a escribir en el último capítulo de su *Vida de Jesús* unas cuantas páginas de extraordinaria hermosura (NOTA: *La Vida de Jesús por Strauss*, que el mismo Renan califica de obra verídica, espiritual y concienzuda, aventaja, no obstante sus rudezas iconoclastas, a la similar del autor francés. Prescindiendo del valor intrínseco e histórico de ambas obras, cuya crítica no nos incumbe, nos detendremos en el impreciso bosquejo de Jesús trazado por Renan, pues no cabe concebir por qué falseó este autor el carácter de Jesús. Pocos de cuantos admiten la gran figura histórica, pero no divinizan al profeta de Nazareth, leerán la obra de Renán sin indignarse contra tamaña mutilación psicológica, pues convierte a Jesús en una especie de mentecato sentimental, en un bobo de comedia enamorado de sus sermones, deseoso de que todos le adoren y caído finalmente en las redes que le tienden sus enemigos. Esta figura no es la de Jesús, no es la del filántropo judío, del adepto y místico de una escuela hoy olvidada y tal vez jamás conocida por la iglesia cristiana, del héroe que prefirió arrostrar la muerte antes de ocultar las verdades que creía beneficiosas para la humanidad. Nos gusta más Strauss, pues aunque sin eufemismos

lo califica de impostor y sedicioso y aun duda de su existencia histórica, al menos no le da el ridículo matiz sentimental con que Renán nos pinta su figura. FINAL NOTA).

Apolonio de Tyana, coetáneo de Jesús de Nazareth, fue como éste entusiasta fundador de una nueva escuela espiritualista, y si bien menos metafísico y más práctico que Jesús y menos tierno y perfecto, infundió en sus discípulos la misma espiritualidad quintiesenciada y predicó la misma moral; pero grave error fue que tan sólo dirigiera su acción a la aristocracia, pues en esta clase social había nacido y era rico en bienes de fortuna, mientras que el humilde Jesús, nacido de familia pobre, «no tenía donde reclinar su cabeza». Sin embargo, ambos obraban prodigios con sorprendente analogía de propósito en la predicación.

Antes de Apolonio había aparecido Simón el Mago, a quien las gentes llamaban el «gran poder de Dios», cuyos prodigios, más admirables y variados todavía, constan en la historia más documentadamente que los de Jesús y los apóstoles. El escepticismo niega unos y otros, pero la historia los comprueba. La obra taumatúrgica de Apolonio está además corroborada por San Justino Mártir, quien, según ya vimos, disputa los milagros del filósofo de Tyana muy superiores a los del Fundador del cristianismo.

Como Gautama y Jesús, era Apolonio irreconciliable adversario del culto externo y de las inútiles ceremonias religiosas. Si a ejemplo de Jesús hubiese preferido la compañía de los humildes y voluntariamente hubiese muerto proclamando desde lo alto de la cruz la verdad divina (NOTA: Recientemente nos llamó la atención por su título, en verdad sugestivo, la obra de Kersey Graves: *Los diez y seis crucificados Salvadores del mundo*, en la que nada encontramos apoyado en la tradición ni en la historia, a pesar de que así parecía indicarlo el título. El autor coloca a Apolonio entre estos diez y seis Salvadores, y dice que fue crucificado, muerto y sepultado como Cristo y que también resucitó al tercer día y conversó con sus discípulos, entre los cuales había uno llamado Dídimos, tan incrédulo como Tomás, a quien convenció por el toque. Sin embargo, ni Filostrato, biógrafo de Apolonio, ni otro historiador alguno refieren tal cosa, y aunque sólo se sabe que murió tranquilamente cumplidos ya los cien años, sin que se conozca la fecha de su muerte, ningún discípulo de Apolonio declara que su maestro muriese en la cruz ni que se les apareciese luego de resucitado. Respecto a Gautama, cuya vida tan escrupulosamente han escrito varios autores, entre ellos Bartolomé St. Hilaire, nos dice Kersey Graves que fue crucificado por sus enemigos en las montañas del Nepal, cuando tanto los libros budistas como los investigadores críticos, incluso Max Müller, están acordes en afirmar que Gautama murió cerca del Ganges. «Al aproximarse a la ciudad de Kusinâgara notó que le faltaban las fuerzas. Se detuvo en un bosque y al pie de un sauce entregó su espíritu» (Max Müller: *Virutas de un taller alemán*, I, 213). Las citas que Graves entresaca de Higgins y Jones nada prueban, pues Müller nos demuestra que algunos autores se esforzaron en identificar a Gautama con Joth, Mercurio, Wotan, Zoroastro y Pitágoras, y que el mismo Jones lo equiparó primero con Odín y después con Shishak. Pero estamos en el siglo XIX, no en el XVIII, y aunque los orientalistas de antaño merezcan bastante respeto para que los noveles autores se apoyen en su autoridad, no está exento de inconvenientes este procedimiento de exposición. De aquí que a la obra de Graves, no obstante su carácter instructivo, le falte para acrecentar su interés, que el autor hubiese añadido al Prometeo romano y al egipcio Alcides un decimoséptimo Salvador en Venus, que el socarrón de Artemio Ward presenta como «divinidad de la guerra» a los admirados ojos del mundo. FINAL NOTA), de seguro que fuera su sangre tan meritoria como la de Jesús para la propagación de las enseñanzas espirituales.

Muchas calumnias se arrojaron contra Apolonio, y diez y ocho siglos después de muerto difamó su memoria el obispo Douglas en una obra que escribió contra los milagros, sin percatarse de los hechos históricos. Si examinamos imparcialmente esta cuestión, advertiremos que las éticas de Gautama, Platón, Apolonio, Jesús, Amonio y sus

discípulos, están basadas en la misma filosofía mística. Todos adoraban a un solo Dios, ya considerándole como Padre común de los hombres que en El viven y El en ellos, ya como el incognoscible Principio creador de todo cuanto existe. Así fueron semejantes a Dios estos hombres (NOTA: Amonio declaraba que sus enseñanzas derivaban de las de Hermes, quien a su vez las trajo de la India. FINAL NOTA). Todos se ejercitaron en la contemplación mística, en la identidad con el Yo, el Âtman, según los brahmanes. Este término indoísta es también cabalístico por excelencia.

Dice el *Rig-Veda*:

¿Quién es el Ser? El Señor de todas las cosas. Todas las cosas están contenidas en el Ser; todos los seres contenidos en el Ser. El mismo Brahmâ es el Ser (NOTA: *Chandogya*, VIII, 3, 4; Max Müller: *Los Vedas*. FINAL NOTA).

Dice *Idra Rabba*:

Todas las cosas son Él y en todas partes está Él Oculto (NOTA: *Idra Rabba*, X, 117. FINAL NOTA)

Ahora bien; según los cabalistas, el Adam Kadmon contiene todas las almas de los israelitas y él está a su vez en cada alma (NOTA: *Introducción al Zohar*, 305, 312. FINAL NOTA).

La escuela ecléctica tuvo los mismos fundamentos que las doctrinas de los yoguis, de los místicos y de los primeros discípulos de Gautama. Todas las filosofías encierran aquel principio expuesto después por Jesús cuando dice:

El Espíritu de la verdad, a quien no puede recibir el mundo porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis porque morará con vosotros y estará en vosotros (NOTA: *San Juan*, XIV, 17. FINAL NOTA).

A pesar de que el erudito Laboulaye tiene por mítico todo cuanto de extraordinario se refiere a la vida de Gautama, no niega su existencia, y lo coloca en *segundo lugar* respecto a Cristo por la austeridad de su conducta y la pureza de su doctrina moral; pero le sale al paso Des Mousseaux, quien temeroso de que estas dos últimas afirmaciones invaliden la imputación de demonolatría que arroja contra Gautama, aduce por todo argumento que Laboulaye no ha estudiado el asunto (NOTA: *Des Mousseaux: Fenómenos de la Magia Superior*, 74. FINAL NOTA).

Oigamos ahora a Barthelemy St.-Hilaire:

No vacilo en afirmar que, exceptuando a Cristo, no hay entre los fundadores de religiones una figura más nítida y conmovedora que la de Buda. Vivió sin mancha. Su heroísmo, corrió parejas con sus convicciones... fue perfecto dechado de las virtudes cuya práctica aconsejaba. Jamás flaqueó en el ejercicio de la caridad y abnegación realzadas por la dulzura de su carácter. A los veintinueve años deja la corte de su padre para abrazar voluntariamente la vida monacal mendicante... Y por fin muere en brazos de sus discípulos con el gozo del justo y la serenidad del sabio (NOTA: *Buda y su religión*, París, 1860. FINAL NOTA).

Este caluroso panegírico no es menos merecido que el tributado por Laboulaye con la animadversión de Des Mousseaux; y aunque diga en él que es muy difícil comprender cómo hayan podido existir hombres que sin el auxilio de la revelación se remontaran a tan prodigiosa altura moral y se aproximaran tan cercanamente a la verdad, no debe admirarnos este hecho que tan extraño le parece al erudito francés.

No es maravilla que Gautama muriese con la serenidad del sabio, porque, como acertadamente dicen los cabalistas, la muerte es una ilusión, pues el hombre jamás

se separa de la vida universal. Los que llamamos muertos siguen viviendo en nosotros y nosotros en ellos; y cuanto más intensamente vive uno por sus semejantes, menos ha de temer a la muerte (NOTA: *Eliphaz Levi: Dogma y ritual de la alta magia. FINAL NOTA*). A esto cabe añadir que más meritorio es *vivir* que *morir* por la humanidad. En el corazón de todo hombre está recónditamente grabado el *Nombre inefable* que tantos cabalistas se afanan en inquirir, sin conocer a ningún adepto. Este mirífico Nombre, que según los antiguos oráculos llena la infinidad del universo, puede conocerse por medio de la iniciación disciplinada o por dictado de la sigilosa voz que oyó Elías en la cueva del monte Horeb (NOTA: *III Reyes, XIX, 13. FINAL NOTA*).

Cuando Apolonio de Tyana anhelaba oír esta sigilosa voz se envolvía de pies a cabeza en un manto de finísima lana (NOTA: *De ordinario vestía Apolonio al estilo de los sacerdotes del templo. FINAL NOTA*), después de dar algunos pasos magnéticos y pronunciar una invocación muy conocida de los adeptos, con lo que se libertaba temporáneamente del cuerpo físico.

El conocimiento del Nombre daba al hierofante dominio sobre todos los hombres y demás criaturas que le fuesen inferiores en fuerza anímica. De aquí que cuando Max Müller dice del Quiché que «su oculta majestad no podía ser descubierta por manos humanas», el cabalista comprende perfectamente el recto significado de esta frase y no le extraña que el erudito investigador confiese su ignorancia sobre el particular diciendo: «No sabemos qué era aquello».

Nunca nos cansaremos de repetir que la religión cristiana sólo puede analizarse y comprenderse a la luz de la filosofía antigua. Pitágoras, Confucio y Platón nos descubren la idea subyacente en la palabra «Padre» del *Nuevo Testamento*. El concepto platónico de la Divinidad, el único Dios eterno e invisible, autor de todas las cosas (NOTA: *Timeo, Polit, 269 E. FINAL NOTA*), es el que mejor se acomoda a la idea de «Padre» expuesta por Jesús. Dice Platón que Dios no puede desear ni querer ni obrar mal, pues únicamente lo bueno y lo justo es compatible con la naturaleza divina (NOTA: *Timeo, 29; Fedro, 182, 247; República, II, 379 B. FINAL NOTA*). Así resulta que el «Padre» de Jesús, o el Dios de Platón, no puede identificarse en modo alguno con el celoso, vengativo e irascible Jehovah. Ensalza Platón la omnipotencia de Dios (NOTA: *Leyes, IV, 715 E; X, 901 C. FINAL NOTA*); pero al mismo tiempo dice que como es inmutable no puede alterar sus leyes ni suprimir milagrosamente el mal de este mundo (NOTA: *República, II, 381; Thet., 176 A. FINAL NOTA*). Reconoce también Platón la omnisciencia o infinita sabiduría de Dios, a cuyo vigilante ojo nada escapa (NOTA: *Leyes, X, 901 D. FINAL NOTA*); y su justicia, que resplandece en la ley de compensación y retribución, no dejará crimen sin castigo ni virtud sin recompensa (NOTA: *Leyes, IV, 716 A; República, X, 613 A. FINAL NOTA*), por lo que el único modo de honrar a Dios es el ejercicio de la virtud moral. No sólo repugna Platón el absurdo concepto de un Dios antropomórfico (NOTA: *Fedro, 246 C. FINAL NOTA*), sino que también se declara en contra de las fábulas, leyendas y mitos que atribuyen a los dioses menores las mismas pasiones, luchas, vicios y crímenes que a los hombres (NOTA: *Zeller: Platón y la antigua Academia. FINAL NOTA*), y niega en redondo que Dios se muestre propicio a cambio de ofrendas y plegarias (NOTA: *Leyes, X, 905 D. FINAL NOTA*). Por otra parte dice el insigne filósofo:

Antes de que el espíritu del hombre cayese en la materia y perdidas las alas tomara cuerpo de carne, moraba entre los dioses en el mundo etéreo (espiritual), donde todo es verdad y pureza (NOTA: *Fedro. FINAL NOTA*).

Y en otro pasaje añade:

Hubo un tiempo en que la humanidad no se perpetuaba por procreación, sino que los hombres vivían como espíritus puros (NOTA: *Timeo. FINAL NOTA*).

Esto concuerda con aquel otro pasaje del *Evangelio* que dice:

Porque en la resurrección ni se casarán ni serán dados en casamiento, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo (NOTA: *Mateo, XXII, 30. FINAL NOTA*).

Las investigaciones de Laboulaye, Anquetil-Duperron, Colebrooke, St. Hilaire, Max Müller, Spiegel, Burnouf, Wilson y otros filólogos y orientistas, evidenciaron parte de la verdad; pero ahora que se conocen mucho mejor el sánscrito, Tíbetano, singalés, zenzar, pahlavi, chino y birmano y que se han traducido los *Vedas*, el *Zendavesta*, los textos budistas y los *Sútras* de Kapila, no hay excusa ni pretexto para detractar por ignorancia o por malicia las antiguas religiones. Dice Max Müller que el clero ha calificado siempre de orgías diabólicas las ceremonias y ritos del culto pagano, sin cuidarse de descubrir su genuino carácter (NOTA: Müller: *El budismo*, Abril de 1862. FINAL NOTA).

Aparte de la verídica historia del budismo y de Buda por Max Müller y de las alabanzas que St. Hilaire y Laboulaye rinden a Gautama, tenemos el testimonio presencial del abate Huc, cuyo carácter de misionero católico aleja toda sospecha de parcialidad a favor de los budistas. El abate Huc encomia con entusiasmo la elevada moralidad de los llamados adoradores del diablo, por lo que cabe considerar la religión budista como algo más que un contubernio de fetichismo y ateísmo, según propalan los clericales. Por razón de su cargo estaba obligado el misionero Huc a no ver en el budismo ni más ni menos que un engendro de Satán; pero al exponer con toda sinceridad su favorable opinión en el relato de sus viajes, se atrajo las iras de Roma, que le retiró las licencias y puso en el índice expurgatorio su obra: *Viaje por el Tíbet*. Esto demuestra cuán poca confianza merecen los informes de los misioneros acerca de las religiones orientales, puesto que nada pueden publicar sin licencia del Ordinario, so pena de verse excomulgados al decir la verdad bajo su palabra (NOTA: Respecto del abate Huc, dice Max Müller: «El difunto abate Huc expuso las analogías entre los ritos católico y budista con tal ingenuidad, que fue el primer sorprendido de ver en el Índice, su *Viaje por el Tíbet*. Llamóle a Huc la atención entre los lamas el báculo y mitra, la dalmática y el capelo, y entre los religiosos, la misa, el coro con antífona, las salmodias, exorcismos, el incensario, el rosario, las bendiciones sacerdotales, el celibato del clero, las penitencias y ejercicios espirituales, el culto de los santos, los ayunos, procesiones, letanías y agua bendita». Hubiera podido añadir el abate Huc la tonsura, las reliquias y la confesión auricular. FINAL NOTA).

Cuando Marco Polo les preguntó a los ascetas y yoguis de la India si no se avergonzaban de ir enteramente desnudos, respondieron lo mismo que habían de responder a otro explorador del siglo XIX: «Vamos desnudos porque así vinimos al mundo y no queremos nada del mundo. Además, no sentimos ningún deseo concupiscente, y por lo tanto no nos avergüenza nuestra desnudez más de lo que os pueda avergonzar a vosotros enseñar manos y cara. Si sentís el incentivo de la carne, hacéis bien en encubrir vuestra desnudez» (NOTA: Crawford: *Misión de Siam*, 182. FINAL NOTA).

Para cohonestar las analogías entre las ceremonias católicas y paganas, recurren los polemistas clericales a un serie de subterfugios y sofismas, que se resumen en la vetusta alegación de los Padres de la Iglesia, diciendo que los paganos remedaron las ceremonias del cristianismo, y que Platón y los académicos griegos tomaron sus ideas de la revelación cristiana. Añaden que Manú y los brahmanes copiaron a los misioneros jesuitas, y que el P. Calmet escribió el *Bhagavad-Gíta*, transformando a Cristo y San Juan en Khristna y Arjuna, para la mejor comprensión de los indos. Poco les importa a los suplantadores que Buda y Platón fuesen muy anteriores a Jesús, y que el indoísmo védico contara siglos de antigüedad al nacer Moisés. Lo mismo ocurre respecto de Apolonio de Tyana. A pesar de que el testimonio de las gentes, de los monarcas y sus cortes corrobora los prodigios operados por este taumaturgo, los clericales lo consideran despectivamente como el

«mono de Cristo», sin reparar en que los milagros del profeta nazareno no cuentan con tan notoria y valiosa atestiguación.

Si bien entre el clero de las iglesias romana, griega y protestante haya muchos que se muestran exclusivistas por ignorancia, o pobreza mental, no sucede así con los misioneros que, a pesar de haber residido en países no cristianos, achacan maliciosamente a los ascetas y lamas la práctica de la demonolatría. Su larga permanencia en China, Tartaria, Tíbet e Indostán les ha proporcionado numerosas pruebas de las calumnias levantadas contra los tan injustamente llamados idólatras. Los misioneros no pueden abroquelarse tras la fe sincera para extraviar a las gentes; y salvo raras excepciones, puede aplicárseles aquella frase del general Garibaldi:

El sacerdote sabe que es un impostor, a menos que padezca de idiotez o esté acostumbrado desde niño a la mentira.

CAPÍTULO XXIII

Los hijos pueden acusar a sus padres del crimen de herejía, aunque sepan que por ello hayan de morir los acusados en la hoguera... Y no sólo pueden negarles hasta el alimento si tratan de apartarlos de la fe católica, sino que también pueden darles muerte con toda justicia. (*Precepto jesuítico.*)

P. ESTEBAN FAGÚNDEZ, *Præcepta Decalogi.*
Lugduni, 1640

EL PRIOR: ¿Qué hora es?

EL GUARDIÁN: La del alba. La hora en que se rasgó el velo del templo y las tinieblas se derramaron por la consternada tierra y se eclipsó la luz y se rompieron los útiles del constructor y se ocultó la flamígera estrella y se hizo pedazos la piedra cúbica y se perdió la PALABRA.

Magna est veritas et pravalebit

שְׁמַרְתֶּם אֶת הַבְּרִית הַזֶּה – JAH-BUH-LUN

El rabino Simeón-ben-Iochai compuso el *Zohar* (זוהר), el más importante tratado cabalístico de los hebreos, un siglo antes de la era cristiana, según unos críticos, y después de la destrucción del templo, según otros. Completó la obra el rabino Eleazar, hijo de Simeón, ayudado de su secretario el rabino Abba, cuyo concurso era necesario, porque toda la vida de Eleazar no hubiera bastado a dar cima a una obra tan extensa y de materia tan abstrusa como el *Zohar*. Pero como los judíos ortodoxos sabían que el autor estaba en posesión de conocimientos ocultos y era dueño de la *Mercaba* que le aseguraba la recepción de la *Palabra*, atentaron contra su vida y se vió precisado a huir al desierto, donde estuvo doce años oculto en una cueva en compañía de sus fieles discípulos hasta su muerte, señalada por muchos portentos y maravillas (NOTA: En rigor no fue muerte, sino tránsito, semejante al de Enoch y Elías, la desaparición del rabino Eleazar, pues repentinamente se iluminó la cueva con luz que parecía bajada del cielo, y tan sólo luego de extinguido el resplandor y vuelta la ordinaria lobreguez, advirtieron los discípulos, según dice Ginsburg, que se «había apagado la lámpara de Israel». Los biógrafos de Eleazar refieren que su cuerpo quedó en el mismo sitio donde acostumbraba a reposar en vida, y que durante los preparativos del entierro se oyeron voces en lo alto y que al colocar el féretro en la sepultura brotó una llama del ataúd, al propio tiempo que una voz de poderoso acento y majestuosa entonación exclamaba: «Este es el que hizo temblar la tierra y estremeció a los reinos». FINAL NOTA).

Pero no obstante lo extenso de la obra y de tratarse en ella de muchos puntos de la secreta tradición oral, no los abarca todos, pues el venerable cabalista no confió nunca al escrito los puntos principales de la doctrina, sino que los comunicó oralmente a contados discípulos, entre los que sé hallaba su hijo único. Por lo tanto, sin la iniciación en la *Mercaba* quedará incompleto el estudio de la *Kábala*, y la *Mercaba* sólo puede aprenderse en la «obscuridad», en lugares apartados del mundo y después de pasar el estudiante por muchas y muy tremendas pruebas, para escuchar la enseñanza oralmente *cara a cara* y *labio en oído*. Desde la muerte de Simeón-ben-Iochai, la doctrina oculta ha sido un secreto inviolable para el mundo externo.

El precepto masónico de *labio en oído*, o sea la comunicación en voz baja, deriva de los tanaímes, quienes a su vez la tomaron de los Misterios paganos. La práctica moderna de esta costumbre preceptiva debe atribuirse seguramente a la indiscreción de algún cabalista

renegado, aunque la palabra transmitida es una moderna substitución convencional de la «palabra perdida», según veremos más adelante.

La verdadera palabra ha estado siempre en posesión privativa de algunos adeptos, de modo que tan sólo unos cuantos maestros de los templarios y otros tantos rosacruces del siglo XVII, íntimamente relacionados con los iniciados y alquimistas árabes, pudieron envanecerse de haberla poseído. Desde el siglo VII al XV nadie la poseyó en Europa, pues Paracelso fue el primer alquimista que recibió la iniciación, cuya última ceremonia confería al iniciado el poder de acercarse a la «zarza ardiente» y de fundir el becerro de oro y disolver su polvo en agua. Verdaderamente, esta agua y la palabra perdida resucitaron a los Adoniram, Gedaliah e Hiram de la época premosaica. La verdadera palabra, actualmente substituida por las de *Mac Benac* y *Mah*, se había empleado muchísimo antes de que los «hijos de la viuda» de estos dos últimos siglos experimentaran sus pseudo-mágicos efectos.

El primer masón activo de alguna importancia fue Elías Ashmole, a quien puede considerársele como el postrer alquimista y rosacruz. fue recibido en la Compañía de masones activos de Londres el año 1646, cuando la masonería era una sociedad rigurosamente secreta sin color político ni religioso, que admitía en su seno a todo amante de la libertad de conciencia, deseoso de substraerse a la persecución de los clericales (NOTA: Plot: *Historia natural de Staffordshire*, 1666. FINAL NOTA). Hasta unos treinta años de la muerte de Ashmole, ocurrida en 1692, no apareció la moderna francmasonería, instituida el 24 de Junio de 1717 en la «Taberna del Manzano», sita en la calle de Carlos del *Covent-Garden* de Londres. Según nos dicen las *Constituciones de Anderson*, las cuatro logias del Sur de Inglaterra eligieron a Antonio Sayer gran maestro de la masonería, y no obstante su relativamente moderna institución, estas logias se han arrogado la supremacía sobre todas las del mundo, como así se infiere de una inscripción colocada en la de Londres.

Dice Frank al comentar los exotéricos delirios cabalistas, como él los llama, que Simeón-ben-Iochai menciona repetidamente lo que los «compañeros» enseñaron en obras antiguas. Entre estos compañeros cita a los ancianos Ieba y Hamnuna (NOTA: Franck: *La Kábala*, 75; Dunlap: *Sod*, II. FINAL NOTA), pero nada refiere de lo que estos dos hicieron, porque tampoco él lo sabe.

A la venerable escuela de los tanaímes, o con mayor propiedad, de los tananimes u hombres sabios, pertenecían los instructores de la doctrina secreta que iniciaron a unos cuantos discípulos en el misterio final, pues según dice el *Mishna Hagiga* (NOTA: Sección 2ª. FINAL NOTA), el contenido de la *Mercaba* sólo puede comunicarse a los sabios ancianos (NOTA: Franck: *La Kábala*, 47. FINAL NOTA). La *Gemara* es todavía más explícita sobre el particular al decir: «Los principales secretos de los Misterios no se han de comunicar a todos los sacerdotes, sino tan sólo a los iniciados». El mismo sigilo prevalecía en todas las religiones de la antigüedad.

Pero vemos que ni el *Zohar* ni ningún otro tratado cabalístico contienen doctrina puramente judía, sino que, como resultado de milenios de estudio, es común patrimonio de todos los adeptos del mundo. Sin embargo, el *Zohar* en su texto original y con los signos secretos del margen, no según traducción y comentario de los críticos modernos, es la obra que enseña mayor suma de ocultismo práctico. Los signos secretos encierran las instrucciones ocultas para esclarecer las interpretaciones metafísicas y manifiestos absurdos en que de tal modo se engañó Josefo, por haber expuesto la letra muerta según la había recibido por profanos conductos (NOTA: Refiere Josefo que el rabino Eleazar, en presencia del emperador Vespasiano y su corte, expelió los demonios del cuerpo de varios poseídos, con sólo aplicarles a la nariz una de las raíces vegetales recomendadas al efecto por el rey Salomón. El famoso historiador añade que en nombre de este monarca y por virtud de sus conjuros cabalísticos, obraba el rabino Cleazar la expulsión de los

malignos espíritus, que salían por las narices del paciente (*Antigüedades*, VIII, II, 5). FINAL NOTA).

Las enseñanzas de magia práctica que dan el *Zohar* y otros tratados cabalísticos, sólo aprovecharían a quienes acertaran a leerlas *interiormente*. Los apóstoles cristianos, por lo menos los que obraban milagros a *voluntad* (NOTA: Decimos «a voluntad» porque también cabe obrar prodigios inconscientemente, como por ejemplo, los fenómenos llamados espiritistas, cuyos agentes son las fuerzas naturales manejadas por las entidades invisibles, ya espíritus desencarnados, ya elementarios, que constantemente actúan en nuestro alrededor. FINAL NOTA), debieron estar enterados de esta ciencia, y así no es bien que los cristianos tachen de superstición los talismanes, amuletos y piedras mágicas con que su poseedor logra ejercer en otra persona aquella misteriosa influencia llamada vulgarmente «mal de ojo». En las colecciones arqueológicas, así públicas como particulares, pueden verse todavía piedras convexas con enigmáticas inscripciones rebeldes a toda hermenéutica, como por ejemplo, la cornerina blanca descrita por King (NOTA: *Los gnósticos y sus huellas*. FINAL NOTA), cuyos reverso y anverso están cubiertos de inscripciones que sólo pueden interpretar los adeptos. De los talismanes que en su citada obra nos da King a conocer, se infiere que el evangelista San Juan, el iluminado de Patmos, estaba muy instruido en la ciencia cabalística, pues alude claramente a la cornerina blanca y la llama *alba petra* o piedra de iniciación, que por lo general lleva grabada la palabra *premio* y se le entregaba al neófito luego de vencidas felizmente las pruebas del primer grado de iniciación. El *Apocalipsis*, como el *Libro de Job*, es un alegórico relato de los Misterios y de la iniciación en ellos de un candidato, personificado en el mismo San Juan. Así lo comprenderán necesariamente los masones de grado superior, pues los números *siete*, *doce* y otros, tan cabalísticos como éstos, bastan para esclarecer las tenebrosidades de dicho libro. Tal era también la opinión de Paracelso.

El siguiente pasaje desvanece toda duda sobre el particular:

Al vencedor daré yo maná escondido y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nuevo nombre escrito, que no sabe ninguno sino aquel que lo recibe (NOTA: *Apocalipsis*, II, 17. FINAL NOTA).

¿Qué maestro masón titubeará en reconocer en esta inscripción la misma con que hemos epigrafiado el presente capítulo?

En los Misterios de Mithra, el neófito que triunfaba de las doce pruebas precedentes a la iniciación recibía una hostia de pan ázimo con figuras en ambas caras, que entre otros simbolismos tenía el del disco solar y se la llamaba también «pan celeste» o «maná». Rociaban después al candidato con la sangre de un *cordero* o de un toro sacrificado al efecto, como cuando la iniciación del emperador Juliano, y se le comunicaban las siete reglas misteriosas equivalentes a los siete sellos de que nos habla el evangelista Juan (NOTA: *Apocalipsis*, V, I y VI, I. FINAL NOTA), quien indudablemente alude a esta ceremonia.

Los amuletos católicos (NOTA: Se refiere la autora con toda seguridad a las medallas, escapularios, cordones y cintas.– *El Traductor*. FINAL NOTA) y las reliquias bendecidas por los pontífices romanos tienen el mismo origen que las piedras y pergaminos mágicos de Efeso, las *filacterias ψολαχτήρια* hebreas con versículos de la Escritura y los amuletos mahometanos con versículos del Corán. Todos sirven igualmente para proteger a quien cree en su eficacia y encima los lleva. Así es que cuando Epifanio reconviene a los maniqueos por el uso de amuletos (*peripta*), que califica de supersticiones y fraudes, debe incluir en la reconvención los amuletos de la Iglesia romana.

Pero la consecuencia es una virtud que la influencia jesuítica va debilitando más y más entre los clericales. El astuto, solapado, sagaz y terrible jesuitismo es como el alma de la

Iglesia romana, de cuyo poder espiritual se apoderó por entero. Conviene, pues, comparar la moral jesuítica con la de los antiguos tanaímes y teurgos, para descubrir la íntima relación que con las sociedades secretas tienen los arteros enemigos de toda reforma. No hay en la antigüedad escuela ni asociación ni secta alguna que se parezca siquiera a la Compañía de Jesús, contra cuyas tendencias se levantaron generales protestas apenas nacida (NOTA: Se instituyó esta orden el año 1540, y en 1555 ya clamaban contra ella varios países. FINAL NOTA), pues a los quince años de su constitución se deshicieron de ella los gobiernos de Europa. Portugal y los Países Bajos expulsaron a los jesuítas en 1578; Francia en 1594; la república de Venecia en 1606; Nápoles en 1622; Rusia en 1820 (NOTA: De San Petersburgo habían sido expulsados cinco años antes, en 1815. FINAL NOTA).

Desde su adolescencia mostró la Compañía de Jesús las mañas que todo el mundo le reconoce, y que han causado más daños morales que las infernales huestes del mítico Satán. No le parecerá exagerada esta afirmación al lector cuando se entere de los principios, máximas y reglas de los jesuítas, entresacados de sus propios autores y de la obra mandada publicar por decreto del Parlamento francés (5 de Marzo de 1762) y revisada por la comisión que se nombró al efecto (NOTA: Esta obra se titula: *Extracto de las afirmaciones, etc.*, contra la que publicaron los jesuítas otra intitulada: *Réplica a las afirmaciones a fin de desvirtuar la labor de la comisión parlamentaria*, diciendo que eran falsas las citas. Sin embargo, el autor de *Las máximas de los jesuítas* dice sobre el particular: «Para corroborar la validez de las acusaciones contra los jesuítas se consultaron en las bibliotecas, en el Museo británico y en el Colegio de Sión las obras de que se habían entresacado las citas, y se vió que todas eran exactas». FINAL NOTA). Esta obra fue presentada al monarca para que, como hijo primogénito de la Iglesia, advirtiese la perversidad de (como dice textualmente el decreto del Parlamento) «una doctrina que permite el robo, el asesinato, el perjurio, la fornicación, el parricidio y el regicidio, y sobre las ruinas de la religión quiere erigir la superstición, la *hechicería*, la impiedad y la idolatría».

Veamos primero las ideas sustentadas por los jesuítas respecto de la magia.

Dice Antonio Escobar:

Es lícito el uso del conocimiento adquirido por *mediación del demonio*, con tal que no se emplee en provecho del demonio, pues el conocimiento es bueno en sí mismo y se borró el pecado cometido al adquirirlo (NOTA: *Teología moral*, IV, XXVIII, sec. I.– *Preceptiva*, I, 20, 184. FINAL NOTA).

Esto supuesto, ¿por qué no han de poder los jesuítas engañar al diablo como engañan a las gentes?

Dice el mismo P. Escobar en otro pasaje:

¿Los astrólogos y adivinos están o no obligados a restituir el estipendio si no sucede lo que vaticinaron? Opino que no están obligados, porque cuando un astrólogo o adivino ha puesto toda su diligencia en el diabólico arte, sin el que no le fuera posible lograr su objeto, ha cumplido ya con su deber, sea cual fuese el resultado. Así como el médico no está obligado a restituir los honorarios si el enfermo muere, tampoco lo está el astrólogo a la restitución de los suyos si hace cuanto puede; con lo que no engaña, a menos que por desconocimiento del arte embauque a las gentes (NOTA: Escobar: *Teología moral*, sec 2.^a; *Preceptiva*, probl. 113, 586. FINAL NOTA).

En punto a astrología, dice el jesuíta Arsdekin:

Si alguien afirma por conjeturas fundadas en la influencia de los astros y en el carácter y disposición de un niño, que será soldado, sacerdote u obispo, este vaticinio estará libre de

todo pecado, porque los astros y la disposición natural pueden inclinar la voluntad humana en determinado sentido, pero no obligarla a seguirlo (NOTA: FINAL NOTA) (NOTA: Ricardo Arsdekin: *Teología tripartita*. Colonia, 1744, II, Parte II, Tr. 5, c. I, § 2. número 4. FINAL NOTA).

Por su parte, añaden Busembaum y Lacroix:

Se considera lícita la quiromancia, si por medio de las rayas y divisiones de las manos puede colegirse el temperamento del cuerpo y conjeturar con mucha probabilidad los afectos e inclinaciones del ánimo (NOTA: *Teología moral*, II lib. III, parte I, Fr. I, cap. I, preg. II, resp. VIII. Colonia, 1757, ed. Museo Británico. Lástima fue que en el reciente proceso incoado en Londres contra el médium Slade no se tuviera presente la opinión favorable a la licitud de la quiromancia. FINAL NOTA).

A pesar de las afirmaciones contrarias, ha resultado que la Compañía de Jesús pertenece en uno de sus aspectos al linaje de las sociedades secretas. Sus constituciones, traducidas al latín en 1558 por el P. Polanco e impresas en Roma, se mantuvieron en riguroso secreto (NOTA: Los miembros de la orden sólo conocían la parte relativa a su categoría y cargo. – Nicolini: *Historia de los jesuítas*. FINAL NOTA), hasta que en 1761 mandó publicarlas el Parlamento francés cuando el famoso proceso del P. Lavalette.

Los grados de la orden son seis, a saber: novicios, hermanos, sacerdotes, coadjutores, profesos de tres votos y profesos de cinco votos. Además, hay un séptimo grado secreto, tan sólo conocido del general de la orden y de unos cuantos dignatarios, en que consiste el terrible y misterioso poder de la Compañía, uno de cuyos mayores timbres de gloria es para ellos la reorganización del sanguinario tribunal del Santo Oficio, a instancias de Loyola.

Los jesuítas son hoy día omnipotentes en la curia romana e influyen decisivamente en las congregaciones de cardenales y en la secretaría de Estado, de modo que antes de la ocupación de Roma pudo decirse que estaba en sus manos el gobierno pontificio.

Respecto a su organización interna dice Mackenzie:

La Compañía de Jesús tiene signos secretos y contraseñas distintas para cada uno de los grados, y como no llevan divisa alguna exterior es muy difícil reconocerlos, a no ser por declaración propia, pues según el encargo que reciban se presentan como católicos o protestantes, plebeyos o aristócratas, fanáticos o escépticos. Tienen espías en todas partes y en todas las clases sociales, y se fingen mentecatos cuando así les conviene. Hay jesuítas de ambos sexos y de toda edad que se inmiscuyen por doquiera, hasta el punto de haber algunos de familias distinguidas y complexión delicada, que no obstante están de criados en casas de protestantes para mejor servir los intereses de la Compañía.

Nunca nos precaveremos suficientemente contra su influjo, pues como la Orden se funda en la absoluta y ciega obediencia, puede convertir toda su fuerza hacia determinado punto (NOTA: Mackenzie: *Real enciclopedia masónica*, 369. FINAL NOTA).

Por su parte, sostienen los jesuítas que «la Orden no es de institución humana sino que la fundó el mismo Jesús al trazarle la regla de conducta, primero con su ejemplo y después con su palabra» (NOTA: *Imago: Primi sæculi Societatis Jesu*, libro I, c. 3, p. 64. FINAL NOTA).

Veamos, pues, esta regla de conducta, y entérense de ella los cristianos piadosos. Al efecto, entresacaremos los siguientes pasajes de obras de los mismos jesuítas:

Si lo manda Dios es lícito matar a un inocente, robar y fornicar; porque Dios es Señor de vida y muerte y de todas las cosas, y debemos por lo tanto cumplir sus órdenes (NOTA:

Pedro Alagona: *Compendio de la Suma teológica de Sto. Tomás de Aquino*, cuestión 94. FINAL NOTA).

El religioso que temporáneamente se despoja del hábito con algún propósito criminal, no comete pecado abominable ni tampoco incurre en pena de excomunión (NOTA: Antonio Escobar: *Teología moral*, tomo I, libro III, sec 2, probl. 44, núms. 212 y 213. Lugduni, 1652 (Ed. Bibl. Acad. Cant).– El texto original dice así: *Idem sentio e breve illud tempus ad unius horæ spatium traho. Religiosus itaque habitum demittens assignato hoc temporis interstitio non incurrit excommunicationem, etiamsi dimittat non solum ex causâ, turpi, scilicet fornicandi, aut clam aliquid abripiendi, sed etiam ut incognitus ineat lupanar*». FINAL NOTA).

¿Está obligado un juez a restituir el estipendio que recibió por dictar sentencia? Si se lo dieron con intento de que fallase injustamente, es muy probable que se pueda quedar con él, pues tal es el sentir de cincuenta y ocho tratadistas (NOTA: J.B. Taberna: *Sinopsis de teología práctica*, parte II, tra. 2, c. 31. FINAL NOTA).

No sigamos adelante, porque tan repugnantes por lo hipócritas, licenciosos y desmoralizadores son estos preceptos, que no es prudente traducir del latín muchos de ellos (NOTA: Véase la obra: *Máximas de los jesuitas entresacadas de sus propios autores*, Londres, 1839. FINAL NOTA), y así tan sólo citaremos más adelante los menos espinosos.

Pero ¿qué porvenir aguarda al mundo católico si ha de continuar dominado por esta nefanda sociedad? No será muy lisonjero desde el momento en que el mismo cardenal arzobispo de Cambray levanta su voz en pro de los jesuitas, aunque como han transcurrido ya dos siglos de la exposición de tan abominables principios, les ha sobrado tiempo a los jesuitas para amañar su defensa con mentiras afortunadas, de modo que la mayoría de católicos jamás creerán a sus acusadores. El pontífice Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús el 23 de julio de 1773, y sin embargo la restableció Pío VII el 7 de Agosto de 1814.

Pero copiemos el extracto que de la pastoral del arzobispo de Cambray publica un periódico. Dice así:

...Los enemigos de la religión han establecido distinciones entre el clericalismo, ultramontanismo y jesuitismo, que son una sola y misma cosa, esto es, el catolicismo. Hubo tiempo en que predominó en Francia cierta opinión respecto a la autoridad del Papa, pero estaba circunscrita a nuestra nación y era de origen reciente. La potestad civil asumió durante siglo y medio la enseñanza oficial. Los partidarios de estas doctrinas se llamaron galicanos, y los oponentes recibieron el calificativo de ultramontanos por estar Roma más allá de los Alpes. Hoy día ya no cabe distinguir entre galicanos y ultramontanos, porque la doctrina ortodoxa se declaró en contra de la iglesia nacionalizada, según decisión del concilio ecuménico del Vaticano. No es posible ser hoy católico sin ser al propio tiempo ultramontano y jesuita.

Esto define la cuestión. Prescindiendo de comentarios, compararemos la preceptiva moral de los jesuitas con la de los místicos y fraternidades de la antigüedad, a fin de que el lector pueda juzgar imparcialmente entre ambos extremos.

El rabino jehoshua-ben-Chananea (NOTA: Fallecido el año 72 de la era cristiana. FINAL NOTA) declaró que había operado milagros por virtud del libro del *Sepher Yetzireh*, y retaba a cuantos no lo creyeran (NOTA: Franck cita del *Talmud* babilónico a otros dos taumaturgos, los rabinos Chanina y Oshoi.– Véase: *Talmud del Sanheárin de Jerusalén*, c. 7, etc. FINAL NOTA).

Simón el Mago era indudablemente discípulo de los tanaímes de Samaria, y la fama adquirida con sus prodigios, que le valieron el sobrenombre de «gran poder de Dios»,

es prueba elocuente de la sabiduría de sus maestros. Ningún cristiano aventajaba a Simón en virtud taumaturgica, a pesar de las calumniosas imputaciones contra él lanzadas por los compiladores de los *Hechos de los apóstoles*. Es de todo punto ridícula la leyenda de que habiéndose elevado Simón en el aire, cayóse de pronto por ruegos de San Pedro y se quebró las piernas en la caída. En vez de impetrar de Dios el fracaso de su rival, hubiera debido el apóstol pedir el auxilio necesario para prevalecer taumaturgicamente contra Simón y sobrepujarle en prodigios, pues lograra con ello manifestar más fácilmente la superioridad de su poder y convertir millones de gentiles y judíos al cristianismo. La posteridad sólo conoce un aspecto de esta leyenda, y seguramente que de favorecer la fortuna a los discípulos de Simón diría hoy la historia que fue Pedro el perniquebrado, si no supiéramos que este apóstol tenía bastante prudencia para no presentarse en Roma. Según confiesan varios historiadores eclesiásticos, ningún apóstol aventajó a Simón en «maravillas sobrenaturales»; pero las gentes piadosas replicarán diciendo que esto demuestra precisamente que Simón actuaba por obra del diablo.

Acusaron a Simón de blasfemia contra el Espíritu Santo, porque lo consideraba en el femenino aspecto de Mente matriz de todas las cosas, sin advertir que el mismo concepto expresa el *Libro de Enoch* cuando contrapone al «Hijo del Hombre» el «Hijo de la Mujer», así como el apócrifo *Evangelio* de los hebreos, cuando dice que Jesús reconocía el aspecto femenino del Espíritu Santo en la expresión: *mi Madre, el santo Pneuma*. El mismo concepto exponen corrientemente el *Código de los nazarenos*, el *Zohar* y los *Libros de Hermes*.

Pero las blasfemias de Simón y de todos los herejes, ¿qué son comparadas con las de los jesuitas que de tal suerte han dominado al pontificado y al orbe católico? Oigámoslos de nuevo:

Haced lo que vuestra conciencia os represente por bueno y lícito, pero si por invencible error creéis que os manda Dios mentir y blasfemar, blasfemad.

No hagáis lo que repugne a vuestra conciencia, y si por invencible error creéis que Dios prohíbe tributarle culto, dejad el culto de Dios (NOTA: Casnedi: *Crisis teológica. Ulyssipone*, 1711. Tomo I, disp. 6, sec. 2, § 1, n.º 59. FINAL NOTA).

Obedeced los dictados de vuestra conciencia, sin importar que sean invenciblemente erróneos, de modo que si creéis que os está mandada una mentira, mentid (NOTA: *Id., id., n.º 78. FINAL NOTA*).

Si un católico cree invenciblemente que está prohibido el culto de las imágenes y las adora, no tendrá Jesucristo más remedio que decirle: *Apártate de mí, maldito, porque adoraste mi imagen*. Así tampoco es absurdo suponer que Jesucristo pueda decir: *Ven, bendito, porque mentiste, creído de que yo te mandaba mentir* (NOTA: *Id., id., id., sec. 5, § I, n.º 165. FINAL NOTA*).

No hay palabras lo suficientemente expresivas para manifestar la aversión que en toda conciencia honrada ha de promover tan estúpida preceptiva. Sea el *silencio*, nacido de una repugnancia *invencible*, el mejor comentario de semejantes extravíos morales.

Cuando en 1606 fueron expulsados de Venecia los jesuitas, se sublevó contra ellos violentamente el sentimiento popular. La multitud siguió tras los expulsados hasta el embarcadero, despidiéndoles con gritos de: ¡id enhoramala! Según comenta Michelet, de quien tomamos estos datos, aquel grito no cesó de resonar en los dos siglos siguientes: en Bohemia el año 1618; en la India el de 1623, y en toda la cristiandad en 1773.

¿Cómo es posible, pues, acusar de impiedad a Simón el Mago si obedecía los invencibles dictados de su conciencia? ¿Y bajo qué aspecto han sido los herejes y los mismos infieles de peor especie que los jesuitas? Oigamos a los de Caen:

La religión cristiana es evidentemente creíble, pero no *evidentemente verdadera*. Es evidentemente creíble porque quienquiera que la abraza obra con prudencia; pero no es evidentemente verdadera porque o bien enseña obscuramente las cosas o son obscuras las cosas que enseña. Y quienes afirman que la religión cristiana es evidentemente verdadera, se ven obligados a confesar que es evidentemente falsa.

De esto se infiere:

1.º Que no es evidente que en el mundo haya en la actualidad una religión verdadera.

2.º Que no es evidente que la religión cristiana sea entre todas la verdadera, porque ¿acaso habéis viajado por todos los países del mundo y conocéis las religiones que profesan?

4.º Que no es evidente que los profetas estuviesen inspirados por Dios, pues tanto pudieron vaticinar por profecía como por mera conjetura.

5.º Que no es evidente la realidad de los milagros de Jesucristo, aunque nadie pueda prudentemente negarlos.

Tampoco es necesario que los cristianos confiesen explícitamente que creen en Jesucristo, en la Trinidad, en el decálogo y los artículos de la fe, pues basta que crean, como los judíos en Dios y en su justicia remunerativa (NOTA: Tesis defendida en el Real Colegio de los jesuitas de la Academia Cadomense el viernes 30 de Enero de 1693. FINAL NOTA).

Por nuestra parte inferiremos de todo esto que es más que evidente que al más solemne embustero del mundo se le puede escapar tal o cual verdad en determinados momentos de su vida. Ejemplo de ello son los autores jesuitas, hasta el punto de que es fácil advertir de dónde salieron los anatemas del concilio ecuménico de 1870 contra ciertas herejías y la definición de nuevos dogmas, cuyos inspiradores eran quienes menos creían en ellos. La historia no sabe todavía que el octogenario Pío IX, engréido de su recientemente definida infalibilidad, es eco fidelísimo de los jesuitas. Así dice Michelet:

Un tembloroso valetudinario se ve levantado sobre el pavés del Vaticano. Todo queda absorbido y limitado en él... Durante quince siglos la cristiandad había estado sometida al yugo espiritual de la Iglesia; pero esto no bastaba, pues les era necesario que el mundo entero se doblegase bajo la mano de un solo dueño. Pero como mis palabras serían demasiado débiles, tomaré las del obispo de París, cuando en pleno concilio de Trento decía que «los jesuitas han querido convertir a la esposa de Cristo en la concubina esclava de los caprichos de un hombre» (NOTA: Michelet: *Los jesuitas*. FINAL NOTA).

Los jesuitas se salieron con la suya. Desde la definición de la infalibilidad, la Iglesia es un ciego instrumento y el Papa un agente servil de la Compañía de Jesús. ¿Hasta cuándo? Mientras les llega el fin, pueden los cristianos sinceros recordar las proféticas lamentaciones de Hermes Trismegisto sobre su propio país, en que decía:

¡Ay, hijo mío! Día llegará en que los sagrados jeroglíficos parezcan ídolos, porque el mundo tomará por dioses los emblemas de la ciencia y acusará al glorioso Egipto de haber adorado monstruos infernales. Pero quienes de este modo nos calumnien adorarán a la muerte en lugar de la vida, y a la locura en vez de la sabiduría. Abominarán del amor y de la fecundidad, llenarán sus templos de huesos de muerto que llamarán reliquias, y malograrán su juventud en soledad y llanto. Sus vírgenes preferirán ser monjas a ser esposas y se consumirán en el dolor, porque los hombres habrán profanado con menosprecio los sagrados misterios de Isis (NOTA: Champollion: *Hermes Trismegisto*, XXVII. FINAL NOTA).

Del acierto de esta profecía nos da prueba el siguiente pasaje:

La opinión más razonable es que todas las cosas inanimadas e irracionales pueden ser objeto de adoración. Quien comprenda debidamente la doctrina expuesta, advertirá que no sólo las imágenes pintadas y toda representación de cosas santas expuesta por la autoridad eclesiástica al culto de Dios puede ser adorada como si fuese el mismo Dios, sino cualquier otra cosa de este mundo, sea de naturaleza inanimada, racional o irracional.

¿Por qué no adorar y venerar como a Dios sin peligro alguno cualquier cosa de este mundo, puesto que Dios está en ella en esencia (NOTA: Esto mismo sostienen los panteístas y la filosofía indica. FINAL NOTA) y la conserva continuamente con su poder? Cuando nos inclinamos ante ella y la besamos, nos presentamos ante Dios su autor con toda nuestra alma, considerándole como el prototipo de la imagen (NOTA: Aquí siguen ejemplos del culto de las reliquias, etc. FINAL NOTA). A esto podemos añadir, que puesto es obra de Dios todo lo de este mundo y Dios de continuo mora y labora en el mundo, más fácil nos será conocer a Dios por las cosas del mundo que a un santo por los vestidos que le pertenecieron. Por lo tanto, sin tener en cuenta la dignidad de la cosa creada, no es vano ni supersticioso sino puro acto de religión besar el objeto adorado o arrodillarnos sumisamente ante él, con tal que dirijamos a Dios nuestro pensamiento (NOTA: P. Gabriel Vázquez: *De cultu adorationis*, lib. III, disp. I, c. 2 (Tomada esta cita del informe de la comisión del Parlamento de Paris). FINAL NOTA).

Aunque la doctrina expuesta en este pasaje no redunde en honor de la Iglesia cristiana puede al menos aprovechar a los llamados «paganos» para redargüir con ella cuando se les eche en cara su idolatría.

La profecía de Hermes es mucho más diáfana que las de Isaías, que facilitaron pretexto para calificar de demonios a los dioses gentílicos. Pero los hechos suelen tener mayor consistencia que la más robusta fe. Todo cuanto los judíos sabían lo aprendieron de pueblos más antiguos. Los magos caldeos les enseñaron la doctrina secreta durante la cautividad de Babilonia.

Plinio menciona tres escuelas de magia: una de origen desconocido por lo antigua; la segunda fundada por Osthanes y Zoroastro; la tercera establecida por Moisés y Jambres. Sin embargo, estas mismas escuelas derivaron sus enseñanzas de la India, de las comarcas que se extienden a uno y otro lado de los Himalayas. Las arenas del desierto de Gobi, en el Turquestán oriental, encubren más de un secreto y los sabios del Khotan han perpetuado curiosas tradiciones y raros conocimientos alquímicos.

Dice Bunsen que las oraciones e himnos del *Libro de los muertos* datan de la dinastía premenista (NOTA: Anterior a Menes. FINAL NOTA) de Abydos, por los años 4500 a 3100 antes de J.C. El sabio egiptólogo remonta al año 3059 el reinado de Menes o establecimiento del imperio nacional, antes de cuya época se conocía ya el culto de Osiris y demás divinidades de la mitología egipcia (NOTA: Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, V, 94. FINAL NOTA).

Por otra parte, Bunsen nos lleva mucho más atrás de los cuatro mil años computados por la Biblia a la actual edad del mundo, y en los himnos correspondientes a esta preadámica era encontramos preceptos morales idénticos en el fondo y muy parecidos en la forma a la doctrina expuesta por Jesús en el sermón de la montaña. Así se infiere de las investigaciones llevadas a efecto por los más eminentes egiptólogos y hierólogos. Dice Bunsen sobre el particular:

Las inscripciones de la duodécima dinastía abundan en fórmulas ritualísticas correspondientes a muy primitivos tiempos, así como se ven extractos de los libros herméticos en los monumentos de las primeras dinastías... De estas inscripciones se infiere que para los egipcios el primer fundamento de piedad consistía en dar de comer

al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y enterrar a los muertos. En aquella época se conocía ya la doctrina de la inmortalidad del alma, según demuestra la tablilla n.º 562 del Museo británico (NOTA: Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, V, 129. FINAL NOTA).

Y acaso sea mucho más antigua, porque se remonta, en efecto, a la edad en que el alma era un ser *objetivo*, y por lo tanto no podía *negarse a sí misma*, cuando la espiritualidad de la raza humana no conocía la muerte. Hacia la declinación del ciclo de vida, el etéreo *hombre espiritual* cayó en dulce sueño de transitoria inconsciencia para despertar en todavía más alta y luminosa esfera; pero así como el hombre espiritual se esfuerza continuamente en ascender a su fuente originaria, pasando por los cielos y esferas de la vida individual, el hombre físico había de incorporarse al ciclo máximo de la creación universal hasta revestirse de carne. Entonces quedó el alma demasiado abrumada por el peso de las terrestres vestiduras para reconocerse a sí misma, excepto en aquellas naturalezas delicadas, que escasean más y más en cada cielo.

Sin embargo, ningún pueblo prehistórico negó jamás la existencia del verdadero hombre, del Yo superior, pues la filosofía antigua enseñaba que sólo el espíritu es inmortal y que el alma no es por sí misma eterna ni divina, sino que, unida íntimamente a su envoltura terrestre, se convierte en la mente finita, en el principio de la vida animal o *nephesh* de las Escrituras hebreas, según se infiere de los siguientes pasajes:

Y crió Dios las grandes ballenas y toda ánima (*nephesh*) que vive y se mueve (NOTA: *Génesis*, I, 21. FINAL NOTA).

Con esto se da a entender la creación de los animales.

...Y fue hecho el hombre en ánima (*nephesh*) viviente (NOTA: *Id.*, II, 7. FINAL NOTA).

Aquí vemos que la palabra *nephesh* se aplica indistintamente al hombre *inmortal* y al bruto *mortal*.

Porque la sangre de vuestras ánimas (*nephesh*) demandaré de mano de todas las bestias (NOTA: *Génesis*, IX, 5, Vulgata. FINAL NOTA).

Salva tu ánima (*nephesh*) (NOTA: *Id.*, XIX, 17, *id.* FINAL NOTA).

No le quites la vida (*nephesh*) (NOTA: *Id.*, XXXVII, 22, *id.* FINAL NOTA).

El que hiriere animal restituirá otro en su lugar, esto es, alma por alma (*nephesh* por *nephesh*) (NOTA: *Levítico*, XXIV, 18, *id.* FINAL NOTA).

En los libros de los Reyes también se toma la palabra *nephesh* por sinónima de vida y alma (NOTA: III *Reyes*, I, 12; II, 23; III, 11; XIX, 2, 3; XX, 39. *id.* FINAL NOTA).

Verdaderamente, muy poco podemos aprender en el *Antiguo Testamento* respecto a la inmortalidad del alma, a menos de leerlo cabalísticamente para desentrañar su oculto significado. El vulgo de los hebreos no tuvo ni tiene la más ligera idea de la distinción entre alma y espíritu, pues confunde los conceptos de *vida*, *sangre* y *alma*, llamando a esta última soplo de vida. Los traductores de *la Biblia* han tergiversado de tal modo los conceptos, que únicamente los cabalistas pueden restablecer el significado original.

La doctrina de la naturaleza trina del hombre está explícitamente expuesta en los libros herméticos, en la filosofía de Platón y en las doctrinas indoísta y budista. Sin embargo, es una de las enseñanzas más importantes y menos comprendidas de la ciencia hermética. Los Misterios egipcios, de los que tan sólo conoce el mundo lo poco que de ellos nos dicen las *Metamorfosis* de Apuleyo, ejercitaban a los iniciados en las más heroicas virtudes y le transmitían conocimientos que en vano buscan en los libros cabalísticos los modernos

investigadores, y que las enigmáticas enseñanzas de la Iglesia romana, inspirada por los jesuitas, serán incapaces de descubrir. Resulta, por lo tanto, un agravio para las antiguas confraternidades secretas de iniciados comparar sus doctrinas con las alucinaciones de los discípulos de Loyola, por sinceros que fuesen en los primeros tiempos de la Orden.

Uno de los más poderosos obstáculos para la iniciación, así entre los egipcios como entre los griegos, era el haber derramado sangre humana en cualquiera de las modalidades del homicidio. En cambio, una de las mayores recomendaciones para el ingreso en la Compañía de Jesús es el haber cometido o estar dispuesto a perpetrar un asesinato en defensa del jesuitismo, según se colige del siguiente pasaje:

Los hijos que profesen la religión católica pueden acusar a sus padres del crimen de herejía si tratan de apartarlos de la fe; y esto aunque sepan de antemano que han de ser condenados a muerte en hoguera, como Tolet enseña... Y no sólo pueden negarles el alimento, sino también matarlos con justicia (NOTA: P.E. Fagundez: *In Præcepta decaloga*. Ed. Sión, I, IV, c. 2, núms. 7 y 8. FINAL NOTA).

Sabido es que el emperador Nerón jamás se atrevió a solicitar la entrada en los Misterios a causa de haber dado muerte a su madre Agripina. En cambio, oigamos lo que dice un jesuita acerca del homicidio:

Si un adúltero, aunque sea eclesiástico, mata al marido al verse atacado por éste, no se le debe culpar (NOTA: *Principios de los jesuitas*, sec. XIV.– Cita tomada del *Compendio de teología moral* del P. Enrique Henríquez, tomo I. Venecia, 1600. Ed. Sión. FINAL NOTA).

Si un padre estuviese en el destierro por peligroso a la seguridad del Estado y al orden social, y no hubiese otro medio de librarse de él, aprobaría que su propio hijo le diese muerte (NOTA: *Id.*, sec. XV.– Cita tomada de la obra *De Justitia et Jure* del P. Juan Discastillo, 319, 320. FINAL NOTA).

Al clérigo secular o regular le es lícito matar al calumniador de su persona o de su orden (NOTA: P. Francisco Amicus: *Curso de teología*, V, disp. 36, sec. 5, n.º 118. Duaci, 642. FINAL NOTA).

Y así son los demás ejemplos que nos dan las autoridades de la Orden para establecer como regla que un católico puede quebrantar las leyes humanas hasta el crimen, sin menoscabo de su jesuítica santidad. Veamos ahora qué principios morales enseñaban los egipcios antes de que los jesuitas perfeccionasen la ética de tan curiosa manera.

En las ciudades importantes de Egipto estaba el cementerio separado de la población por un lago sagrado, en cuya margen se reunían los cuarenta y dos jueces encargados de juzgar al alma del difunto, de la propia suerte que el *Libro de los muertos* nos representa el juicio del alma en el mundo espiritual. Si los jueces se pronunciaban unánimemente en favor del alma, el barquero conducía el cadáver a través del lago hasta el lugar del enterramiento, y terminada la fúnebre ceremonia regresaban los sacerdotes al sagrado recinto, donde el *Al-om-jah* (NOTA: Título del hierofante egipcio. FINAL NOTA) instruía a los neófitos acerca del drama que en aquellos momentos se desenvolvía en el mundo invisible, y fortalecía su creencia en la inmortalidad del alma.

El *Crata Nepoa* (NOTA: Ritual de los *Misterios egipcios*. FINAL NOTA) describe como sigue los *siete* grados de la iniciación:

El neófito pasaba en la escuela de Tebas por las doce pruebas preliminares, se le intimaba a dominar sus pasiones y no apartar ni un momento de Dios su pensamiento. Después había de subir varias escaleras y vagar a oscuras por una cripta de muchas puertas, pero todas ellas cerradas, para simbolizar en esta ceremonia la peregrinación del alma no purificada. Si triunfaba de las terribles pruebas preliminares recibía los tres primeros grados de iniciación, que se llamaban *Pastophoris*, *Neocoris* y *Melanephoris*. Después se le conducía

a una vasta cripta llena de momias colocadas con mucho aparato, y se le dejaba frente a un ataúd con el mutilado cuerpo de Osiris. Esta cripta se llamaba «Puerta de la Muerte», y seguramente aluden a ella el *Libro de Job* (NOTA: XXXVIII, 17. FINAL NOTA) y los Evangelios (NOTA: *San Mateo*, XVI, 18. FINAL NOTA), aunque equiparándolas con las puertas del infierno.

Vencida esta prueba, se le llevaba a la «Cámara de los Espíritus» para que éstos le juzgasen.

Entre las enseñanzas morales en que se instruía al neófito, figuraban la abstención de todo género de venganza, el auxilio del necesitado, aun con riesgo de la propia vida, honrar a los padres, enterrar a los muertos, respetar a los ancianos, proteger a los débiles y pensar de continuo en la muerte seguida de la resurrección en nuevo e imperecedero cuerpo (NOTA: *Entresacado del Ritual de la iniciación*, por Humberto Malhandrini, p. 105. Venecia, 1657. FINAL NOTA). La castidad era virtud rigurosamente prescrita en las iniciaciones, y el adulterio estaba penado de muerte.

Al recibir el cuarto grado (*Kristophores*) se le comunicaba al candidato el misterioso nombre de IAO y en el quinto (*Balahala*) se le comunicaban los secretos de la alquimia (*chemia*) en nombre de Horus.

En el sexto grado se le enseñaba la danza cíclica sacerdotal, que era un verdadero curso de astronomía, pues simbolizaba el movimiento de los planetas. En el séptimo grado se le iniciaba en el misterio final, después de pasar por la última prueba en el *astronomus* (NOTA: *Edificio destinado al efecto, cuyos departamentos se llamaban maneras*. FINAL NOTA), y entonces recibía la cruz (*tau*) que al morir le colocaban sobre el pecho. Ya era hierofante.

Cabe comparar la moral de los jesuitas con la de los Misterios paganos, contra los que la Iglesia romana desencadena las iras de su vengativo Dios. Si la Iglesia tuvo también sus ritos misteriosos, ¿serían tan nobles, puros y morales ni más propicios a la ejemplaridad de una vida virtuosa? Oigamos lo que dice Niceolini respecto a los *modernos* misterios del claustro.

En la mayor parte de monasterios y más particularmente en los de capuchinos y reformados, comienza por Navidad una serie de fiestas que no terminan hasta Carnaval, y en ellas se entregan los monjes a toda clase de juegos y diversiones, celebran suntuosos banquetes y acuden al refectorio gran número de vecinos si está el convento enclavado en una población de segundo orden. Por Carnaval son todavía más espléndidos los festines, en cuyas mesas parece que la abundancia hubiese derramado cumplidamente su cuerno, a pesar de que ambas órdenes son mendicantes (NOTA: *Y mendigan en nombre de Aquel que no tenía donde reclinar la cabeza*. FINAL NOTA). Al sombrío silencio del claustro sucede entonces el bullicioso jolgorio del festín, y en las tétricas bóvedas resuenan cantos muy distintos de la salmodia. Termina la fiesta con un animado baile, en que para demostrar sin duda cómo el voto de castidad ha desarraigado en ellos todo apetito carnal, se presentan vestidos de mujer los monjes más jóvenes y los demás en traje de caballero seglar. No podría por menos de repugnar al lector la escandalosa escena que a todo esto se sigue. Baste decir que con frecuencia he sido espectador de semejantes saturnales (NOTA: *Niccolini: Historia de los jesuitas*, 43, 44, nota. FINAL NOTA).

El ciclo está en descenso, y a medida que desciende, la naturaleza física y pasional del hombre cobra mayores bríos a costa del Yo superior (NOTA: *Para facilitar el cómputo de reconstrucción de la historia universal admite Bunsen el ciclo de 21.000 años, que por la nodación de la eclíptica llegó al punto culminante el año 1240 de la era cristiana. Dice Bunsen sobre este particular: «El ciclo se divide en dos mitades de 10.500 años y en cuatro cuartos de 5.250 años. En la primera mitad el punto máximo corresponde al año 19.760 antes de J.C. y el mínimo al 9.260, por lo que el punto medio de la línea*

descendente en el principio del segundo cuarto corresponde al año 14.510, y el punto medio de la línea ascendente en el principio del cuarto cuarto, al 4.010. El nuevo ciclo que empezó el año 1240 de la era cristiana terminará su primer cuarto el año 4.010... En números redondos, las épocas más favorables desde la catástrofe (diluvio) ocurrida en el Asia central 10.000 años antes de J.C., corresponden al año 4.000 antes y al 4.000 después de J.C. Los comienzos de la primera época, la única de que podemos juzgar por tenerla ante nosotros, coincide exactamente con los orígenes de nuestra conciencia histórica» (Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, clave, p. 102). Suponemos que con la frase «conciencia histórica», significa Bunsen la conciencia de los científicos que no aceptan nada por mandatos de la fe, sino fundándose en incomprobadas hipótesis. No aludimos a Bunsen, erudito investigador y noble campeón de la libertad en el seno de la Iglesia cristiana. Hablamos en general, aunque Bunsen sabe por experiencia propia que los sabios de buena fe son incompatibles con las exigencias clericales, pues las opiniones que en 1859 expuso respecto de la antigüedad del género humano le concitaron las iras de sus adversarios, que arremetieron contra él en expresiones como las siguientes: «No tenemos confianza alguna en el criterio del autor... Ha de aprender todavía los rudimentos de la crítica histórica... Sus extravagantes y anticientíficas exageraciones... No sabe ni siquiera construir una frase griega» (*Revista trimestral*, 1859; Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, capítulo de Egiptología; Revistas inglesas). Por nuestra parte, deploramos que Bunsen no haya tenido oportunidad de estudiar la Kábala y las Escrituras induistas. FINAL NOTA).

Seguramente que apartaremos disgustados la vista de esa farsa religiosa llamada cristianismo moderno, para convertirla a las nobles creencias de la antigüedad.

En el *Libro de los Muertos*, que Bunsen califica de «inestimable y misterioso libro», leemos un discurso que se supone dirigido por el difunto en representación de Horus, enumerando todo cuanto ha hecho por su padre Osiris. Entre otras cosas, dice el dios:

30. Yo te di el *espíritu*.
31. Yo te di el *alma*.
32. Yo te di el *cuerpo* (la fuerza).

En otro pasaje, la entidad a que el difunto llama «Padre» representa el espíritu humano, pues el versículo dice:

Yo llevé a mi alma a que hablase con su *Padre*, con su *Espíritu* (NOTA: Ritual funerario de las hazañas de Horus. FINAL NOTA).

Los egipcios creían que su *Ritual* era de inspiración divina, lo mismo que para los indoístas lo son los *Vedas* y la *Biblia* para los judíos. Según Bunsen y Lepsius, la palabra *hermético* equivale a *inspirado*, porque Thoth, la Divinidad en persona, revela a sus elegidos los arcanos de las cosas divinas, de modo que en los libros herméticos hay pasajes enteros que los egipcios suponían «escritos por el mismo dedo de Thoth» (NOTA: Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, V, 133. FINAL NOTA).

Por su parte dice Lepsius:

En un período posterior es todavía más distinguible el carácter hermético, de estos libros, pues en la inscripción grabada sobre un ataúd correspondiente a la vigésimo sexta dinastía, anuncia Horus al difunto que el mismo Thoth le ha traído los libros de su palabra divina o Escrituras herméticas (NOTA: Lepsius: *Abtk*, III; *Bl*, 276; Bunsen: 134. FINAL NOTA).

Sabido que Moisés era sacerdote egipcio, o por lo menos que estaba iniciado en la doctrina esotérica, no es maravilla que dijese:

Y el Señor me dió dos tablas de piedra escritas con el dedo de Dios (NOTA: *Deuteronomio*, IX, 10. FINAL NOTA).

Y dió el Señor a Moisés las dos tablas del testimonio, que eran de piedra, escritas con el dedo de Dios (NOTA: *Éxodo*, XXXI, 18. FINAL NOTA).

La filosofía religiosa de los egipcios consideraba en el hombre tres principios fundamentales: cuerpo, alma y espíritu; pero además lo consideraban formado de seis elementos componentes, conviene a saber: *kha*, cuerpo físico; *khaba*, cuerpo astral; *ka*, principio de vida o alma animal; *akh*, mente concreta; *ba*, alma superior; *sah*, principio cuyas funciones no comenzaban hasta después de la muerte física.

Durante el período de purificación, el alma visita con frecuencia el momificado cadáver de su cuerpo físico, hasta que, ya purificada del todo, se absorbe en el Alma del mundo, convirtiéndose en un dios menor subordinado al dios mayor Phtah (NOTA: *El Ritual egipcio llama al alma germen de luces* (cap. LXXXI), y también la llama demiurgo (cap. LXXIX). FINAL NOTA), el Demiurgo egipcio o Creador del mundo material, equivalente al Elohim bíblico. Según el *Ritual* egipcio, el *alma* purificada y unida al superior e *increado* espíritu, queda más o menos expuesta a la tenebrosa influencia del dragón Apofis. Si alcanzó el conocimiento final de los misterios celestiales e infernales, es decir, la *gnosis* consiguiente a su perfecta identidad con el espíritu, triunfará de sus enemigos; de lo contrario, ha de quedar sujeta a la *segunda muerte* (NOTA: *Ritual*, VI, 44; Champollión: *Manifestaciones a toda luz*; Lepsius: *Libro de los muertos*; Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*. FINAL NOTA).

De conformidad con esta doctrina, dice alegóricamente el evangelista San Juan:

Y el diablo que los engañaba fue metido en el estanque de fuego y azufre... Y el infierno y la muerte fueron arrojados en el estanque del fuego. Esta es la muerte segunda (NOTA: *Apocalipsis*, XX, 9 y 14. FINAL NOTA).

Esta segunda muerte es la desintegración paulatina del cuerpo astral, cuya materia se restituye a su originario elemento, según hemos expuesto ya repetidamente; pero puede eludirse tan terrible experiencia por el conocimiento del *Nombre* misterioso, llamado la *Palabra* por los cabalistas (NOTA: Bunsen opina que la *Palabra* de los cabalistas es idéntica al *Nombre* inefable de los iniciados y masones, según se infiere del siguiente pasaje en que comenta el *Ritual* egipcio y dice: «El misterio de los nombres, cuyo conocimiento era soberana virtud, pero que posteriormente degeneró en la grosera herejía (!) de los gnósticos y en la magia de los encantadores, parece haber existido no solamente en Egipto, sino en todas partes, pues le encuentran vestigios de este misterio en la *Kábala* y en las mitologías industa y griega» (*Lugar de Egipto en la Historia Universal*, 147). Aunque algunos pormenores del *Ritual* egipcio le parocet a Bunsen más bien encantamientos mágicos que ritos solemnes, no puede por menos de confesar que tenían místico significado oculto, lo cual ya es confesar algo. Vemos, por lo tanto, que un científico reconoce que los iniciados de todos los países tenían un mismo *Nombre* misterioso, Ahora sólo les falta a los científicos demostrar que los adeptos, hierofantes, magos (incluso Moisés y Aarón) y cabalistas, desde la institución de los Misterios hasta hoy día, han sido farsantes o mentecatos por creer en la eficacia de este Nombre. FINAL NOTA).

Pero ¿qué castigo llevaba aparejada la negligencia en el conocimiento de la Palabra? El hombre de pura y virtuosa vida no ha de temer castigo alguno, pues tan sólo queda sujeto a una detención en el mundo astral, hasta que esté bastante purificado para recibir la Palabra de su Señor espiritual, perteneciente a la poderosa Hueste; pero si durante la vida prevalece la naturaleza animal, queda el alma más o menos inconsciente del espíritu, según el grado de sensibilidad cerebral y nerviosa, hasta que más o menos tarde acaba por olvidarse de su divina misión en la tierra. Porque si a manera del *vurdalak*

o vampiro de la leyenda servía, el cerebro se nutre y vigoriza a expensas del espíritu, la ya semi-inconsciente alma queda embriagada con los vapores de la vida terrena, pierde toda esperanza de redención y es incapaz de vislumbrar el brillo del espíritu y de oír las admoniciones de su «ángel custodio», de su «dios». Entonces convierte el alma sus anhelos a la mayor plenitud de la vida terrestre, con lo que únicamente puede descubrir los misterios de la naturaleza física. Todas sus penas y alegrías, esperanzas y temores se contraen a las vicisitudes de la vida mundana y rechaza cuanto no puede percibir por sus órganos de actuación sensoria. Poco a poco va muriendo el alma hasta su completa aniquilación, lo cual ocurre a veces muchos años antes de morir el cuerpo físico, en cuyo principio vital ha quedado ya absorbida el alma cuando llega la hora de la muerte. El único residuo de la entidad humana en semejantes circunstancias es un cadáver astral a manera de bruto o idiota, que impotente para elevarse a más altas regiones, se disuelve en los elementos de la atmósfera terrestre.

Los videntes, los justos, cuantos lograron el supremo conocimiento del verdadero hombre, recibieron enseñanzas divinas en sueños (NOTA: Así le sucedió a Marco Antonio. FINAL NOTA) o por otros medios de comunicación. Auxiliados por los espíritus puros que moran en las regiones de eterna bienaventuranza, predijeron los videntes el porvenir y previnieron a la humanidad contra futuras contingencias. Aunque el escepticismo se burle de estas afirmaciones, están corroboradas por la *fe* basada en el *conocimiento* espiritual que ilumina la conciencia superior.

En el ciclo que atravesamos menudean los casos de muerte de almas y a cada punto tropezamos con gentes desalmadas. No es, por lo tanto, extraño que Hegel y Schelling hayan fracasado en su tentativa de planear un abstracto sistema metafísico, cuando hombres que de cultos se precian niegan de plano contra toda evidencia los palpables fenómenos espiritistas que ocurren todos los días y a toda hora. Si los materialistas niegan lo concreto, menos dispuestos todavía estarán para aceptar lo abstracto.

Al comentar el *Ritual* egipcio, dice Champollión (NOTA: Manifestaciones a toda luz. FINAL NOTA) que en uno de los capítulos se leen misteriosos diálogos entre el alma y diversas Potestades. Uno de estos diálogos da valiosa prueba de la eficacia de la Palabra. La escena ocurre en la «Cámara de las Dos Verdades», cuyos diversos elementos constitutivos, tales como el «Portal» y la «Cámara de la Verdad», se alegorizan prosopopéyicamente para hablar con el alma que solicita entrada y todos se la niegan si no pronuncia los nombres misteriosos. Ningún estudiante de esoterismo dejará de reconocer la identidad de estos nombres del *Ritual* egipcio con los de los Vedas, la Kábala y los últimos textos indoístas.

Magos, cabalistas, místicos, neoplatónicos, teurgos (NOTA: Entre ellos los alejandrinos, que de tal modo aventajaban a los cristianos en el dominio de las ciencias ocultas. FINAL NOTA), samanos, brahmanes, budistas y lamas conocieron y confesaron en toda época la potencia subyacente en estos varios nombres, cuya virtud dimana de la única e inefable Palabra (NOTA: Ya demostramos cuán arraigada está en el pueblo ruso la creencia de que esta «Palabra» obra milagros y late en el fondo de todo fenómeno mágico. FINAL NOTA).

Los cabalistas relacionan misteriosamente la virtud de la *fe* con esta Palabra, y lo mismo hicieron los apóstoles, apoyados en las siguientes de Jesús:

Porque en verdad os digo que si tuvierais fe, cuanto un grano de mostaza... , nada os será imposible (NOTA: *San Mateo*, XVII, 20. FINAL NOTA).

A lo que añade San Pablo:

Cerca está la palabra en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos (NOTA: *Romanos*, X, 8. FINAL NOTA).

Sin embargo, aparte de los iniciados, ¿quién puede envanecerse de conocer su verdadero significado?

Lo mismo que en la antigüedad, es necesaria la *fe* para creer en los milagros bíblicos; mas para operarlos es indispensable el conocimiento esotérico de la Palabra. El doctor Farrar y el canónigo Westcott dicen a una voz que si Cristo no hubiese obrado milagros no serían los Evangelios dignos de fe; pero aun suponiendo que los obrase, ¿fuera prueba bastante para creer en relatos no escritos de su mano ni dictados por él? Por otra parte, semejante argumento podría aducirse con igual valía para demostrar que los milagros obrados por taumaturgos de religión distinta a la cristiana atestiguan la veracidad de sus respectivas Escrituras, con lo que se viene a reconocer la igualdad entre los libros canónicos del cristianismo y del budismo, pues también éstos relatan estupendos prodigios. Además, la razón de que ya no haya taumaturgos cristianos es que han perdido la Palabra; pero si los viajeros no se han puesto de acuerdo para mentir en este punto, hay lamas tibetanos y talapines siameses muy capaces de obrar prodigios mucho mayores que los del *Nuevo Testamento*, sin atribuirlos a permisión divina ni a quebranto de las leyes naturales. El cristianismo contemporáneo da pruebas de estar tan mortecino en la fe como en las obras, mientras que el budismo rebosa de vida y la demuestra en obras.

La autenticidad de los milagros budistas tiene por apoyo la propia confesión de los misioneros católicos, quienes, en la imposibilidad de negar la evidencia, se han visto precisados a cohonestarlos diciendo que eran obra del diablo (NOTA: En cambio, algunos misioneros protestantes se atrevieron a negarlos, o por lo menos a atribuirlos a juego de prestidigitación. FINAL NOTA). Tan sorprendidos quedaron los jesuitas al presenciar los prodigios de aquellos verdaderos siervos de Dios, que arteramente se disfrazaron algunos de lamas y talapines (NOTA: Pensarían los jesuitas que como en el caso de Mahoma era preciso que el profeta fuese a la montaña, pues la montaña no venía al profeta. FINAL NOTA), para embaucar al vulgo crédulo en vista de que se les escapaba de sus cristianas redes, hasta que se descubrió la impostura. A pesar de todo, pretendieron los jesuitas de Caen justificar este proceder de los misioneros, diciendo que «así como el sirio Naaman no disimuló su fe al doblar la rodilla con el rey en la casa de Rimmon, tampoco los padres de la Compañía de Jesús la disimulan cuando adoptan la regla y visten el hábito de los talapines de Siam» (NOTA: ...nec dissimulant Patres S. J. talapinorum siemensium institutum vestemque affectantes. (Proposición 9. 30 de Enero de 1693). FINAL NOTA).

Con la misma fe que en los comienzos del período védico se cree hoy en la potencia subyacente en los *mantras* y en el *Vâch* de los indoístas. El Nombre inefable de toda religión es idéntico al que los masones forman con los nueve caracteres emblemáticos de los nueve nombres con que los iniciados conocían a la Divinidad. Sin duda alguna que los humildes e ignorantes paganos aventajan a los altos dignatarios y caballeros Zadoch de los grandes orientes de Europa y América en el conocimiento de la creadora Palabra trazada por Enoch en los dos deltas de oro purísimo, sobre los cuales grabó dos de los misteriosos caracteres. Pero no comprendemos por qué los compañeros del Arca Real han de lamentar tan de continuo y tan amargamente su pérdida. Esta palabra de **** está compuesta exclusivamente de consonantes, por lo que dudamos de que ninguno de ellos haya aprendido a pronunciarla, ni tampoco aprendiera aunque en vez de corromperla la hubiesen «sacado a luz de las bóvedas secretas».

Se cree que el nieto de Cam condujo al país de Mizraim el delta sagrado del patriarca Enoch, y por lo tanto, únicamente puede encontrarse en Egipto y países de Oriente la Palabra sagrada; pero teniendo en cuenta que tanto amigos como enemigos han divulgado los más importantes secretos de la masonería, no será malicia ni animosidad decir que desde la infausta catástrofe de los templarios ninguna logia masónica de Europa, ni mucho menos de América (NOTA: Exceptuando, sin embargo, algunos

hermanos escogidos. FINAL NOTA), ha sabido nada digno de permanecer oculto. Los furiosos ataques de católicos y protestantes contra la masonería resultan tan ridículos como la afirmación del abate Barruel al decir que los actuales francmasones descienden de los templarios suprimidos en 1314. En sus *Memorias del jacobinismo*, el citado abate, testigo presencial de la Revolución francesa, trata extensamente de los rosacruces y otras comunidades masónicas; pero la circunstancia de atribuir a los templarios la paternidad de los modernos masones y de achacarles la perpetración de todos los crímenes políticos, demuestra cuán poco enterado estaba de esta cuestión y cuán ardientemente deseaba poner a los masones como cabeza de turco donde descargar la culpabilidad de los golpes que asestaba desde la sombra la Compañía de Jesús, en cuyos tenebrosos conventículos se han fraguado multitud de crímenes políticos.

Las acusaciones contra los masones no tuvieron otro fundamento que simples conjeturas insinuadas por la premeditada intención de envilecerlos. Ninguna prueba concluyente de culpabilidad se ha podido aducir, y el mismo asesinato de Morgan fue un pretexto de que los farsantes de la política se aprovecharon con fines electorales (NOTA: Cuando la policía encontró en el río Niágara el cadáver de un hombre imposible de identificar, uno de los políticos más influyentes exclamó: «Ese es un Morgan bastante bueno hasta después de las elecciones». FINAL NOTA). En cambio, los jesuitas, no sólo toleraron sino que aun indujeron en ciertos casos al regicidio y al crimen de lesa patria (NOTA: Véase la obra: *Los principios de los jesuitas expuestos en una colección de extractos de sus propios autores: Sección XVII. El regicidio y los crímenes de lesa nación, que contiene treinta y cuatro extractos de otros tantos autores jesuitas sobre esta materia, entre ellos la del famoso Roberto Bellarmino (Londres, J. G y F. Rivington, campo de la iglesia de San Pablo y plaza de Waterlloo, Pall Mall; H. Wix, calle del Puente Nuevo, 41; J. Leslie, calle de la Reina, etcétera, 1839). FINAL NOTA).*

Dice acerca de este asunto el P. Manuel Sa:

La rebelión de un eclesiástico contra el rey no es crimen de lesa majestad, porque los eclesiásticos no son súbditos del rey (NOTA: *Confessarium Aphorismi Verbo Clericus*. (Ed. de Colonia, 1615. Ed. del Colegio de Sión). FINAL NOTA).

Añade el P. Juan Bridgewater:

No solamente es lícito a los súbditos, sino que se les requiere como exigido deber a que nieguen obediencia y rompan la fidelidad al príncipe siempre que así lo ordene el Vicario de Cristo, soberano pastor de todas las naciones de la tierra (NOTA: *Concertatio Ecclesiae Catholica in Angliá adversus Calvinos Papistas*. Resp., fol. 348. FINAL NOTA).

El P. Juan de Mariana va todavía más lejos al decir:

Si las circunstancias lo exigieran, será lícito aniquilar con la espada al príncipe que haya sido declarado enemigo público... No creo que obre mal quien satisfaciendo a la opinión pública atente contra la vida de tal príncipe, pues no solamente es acción lícita sino loable y gloriosa (NOTA: *De Rege et regis institutione*, libro I, c. 6, p. 61.— El texto original dice así: «Est tamen salutaris cogitatio, ut sit principibus persuasum si rempublicam opprresserint, si vitiis et foeditate intolerandi erunt, eâ conditione vivere, ut non jure tantum, sed cum laude el gloriâ perimi possint. FINAL NOTA).

Pero la más delicada muestra de sus cristianas enseñanzas nos las da el propio P. Mariana en otro pasaje de la obra precedentemente citada, que dice así:

Soy de opinión que al enemigo no se le debe envenenar con drogas ni ponerle ponzoña en la comida o bebida; pero con todo, será lícito este procedimiento en el caso de que

tratamos, pues quien matase al tirano sería sumamente favorecido y alabado, porque acción gloriosa es exterminar de la sociedad civil a esta raza dañina y pestilente. Y así no conviene forzar a quien haya de morir por tirano a que él mismo tome el veneno interiormente, sino que sin su intervención se lo aplique otra persona externamente, pues cuando el veneno tiene mucha fuerza, basta que se derrame por el asiento o por los vestidos para quitar la vida (NOTA: *Id.*, lib. I, 67. FINAL NOTA).

No es extraño que, según afirma Pasquier, atentase de este modo el jesuita Walpole contra la reina Isabel de Inglaterra (NOTA: Pasquier: *Catecismo de los jesuitas*, pág. 350, 1677; Rapin: II, lib. XVII, p. 148. Londres, 1733. FINAL NOTA).

Burton Robertson, catedrático de historia contemporánea en la universidad de Dublín, dió en 1862 una serie de conferencias sobre: *La masonería y sus peligros*, en las que por todo apoyo recurrió al abate Barruel (NOTA: *Enemigo declarado de la masonería que no pudo ser cogido en el confesionario*. FINAL NOTA) y a Robison (NOTA: *Célebre masón renegado de la época de la Revolución francesa*. FINAL NOTA), pues ya es costumbre en todo campo recibir fructuosamente al desertor del contrario y absolverle de toda culpa.

Por otra parte, la Asamblea antimasónica celebrada en los Estados Unidos el año 1830 aceptó por razones políticas aquella jesuítica proposición de Puffendorf, según la cual «a nada obligan los juramentos absurdos e impertinentes ni tampoco los que Dios no acepta» (NOTA: Puffendorf: *Derecho de la Naturaleza*, lib. IV, cap. I. FINAL NOTA). Pero todo hombre honrado rechazará, seguramente, tan burdo sofisma, convencido de que el código del honor humano obliga infinitamente más que cualquier juramento prestado sobre la Biblia, el Corán o los Vedas.

Los esenios jamás juraban sobre cosa alguna; pero su *sí* y su *no* valía más que un juramento. Así, es muy extraño que naciones tituladas cristianas hayan establecido el juramento obligatorio en los tribunales civiles y eclesiásticos en diametral oposición al divino mandamiento (NOTA: Además, oísteis que fue dicho a los antiguos: «No perjurarás, mas cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que de ningún modo juréis... Mas vuestro hablar sea sí, sí, no, no; porque lo que excede de esto, de mal procede». *San Mateo*, V, 33, 34 y 37. FINAL NOTA). Por nuestra parte opinamos que no sólo es absurdo sino anticristiano sostener que un juramento no obliga si Dios no lo acepta, pues ningún hombre, por infalible que sea, puede penetrar el pensamiento de Dios (NOTA: Dice Barbeyrac al comentar a Puffendorf, que los peruanos no tenían fórmula de juramento, sino que se limitaban a afirmar o negar ante el Inca. FINAL NOTA). Únicamente la tendenciosa conveniencia puede dar la explicación de semejante despropósito.

Ningún juramento tendrá fuerza bastante para ligarnos, hasta que se universalice la convicción de que la humanidad es el más sublime reflejo del Supremo Ser en la tierra y todo hombre una encarnación de Dios; hasta que el sentimiento de responsabilidad *personal* esté tan vigorizado en el hombre, que repugne el perjurio como el mayor agravio inferido a sí mismo y a sus semejantes. La palabra de honor obliga a cuanto hoy no puede obligar el juramento.

Resulta, por consiguiente, un abuso de confianza pública apoyarse, como Robertson lo hizo en sus conferencias, en parciales y tendenciosos testimonios. No es, según dicen ellos, «el malicioso espíritu de la masonería en cuyo corazón se acuñan las calumnias», sino el del clericalismo católico y sus corifeos. Ninguna confianza merece el hombre que intente conciliar el honor con el perjurio.

Clamorosamente presume el siglo XIX de mayor civilización que los precedentes, y más clamorosa es todavía la presunción clerical de que el cristianismo redimió al mundo de la idolatría y de la barbarie. Pero ni el siglo ni la Iglesia tienen razón, según hemos visto en el transcurso de esta obra. La luz del cristianismo sólo ha servido para alumbrar

la hipocresía y los vicios estimulados por sus tergiversadas enseñanzas (NOTA: Tenga en cuenta el lector que no nos referimos a las enseñanzas de Cristo, sino a las de sus titulados discípulos, los clericales. FINAL NOTA) y para poner de relieve cuánto nos aventajaban los antiguos en el concepto del honor. La errónea doctrina de la redención y el continuo insistir del clero en la fragilidad del hombre y su completa subordinación a los designios de la Providencia han desvanecido en el cristiano el sentimiento del propio respeto y de la confianza en sí mismo, hasta el punto de que entre los llamados impíos e incrédulos han de buscarse los hombres de recia voluntad y carácter entero.

Cuéntase de Hiparco que, desesperado por la vergüenza y oprobio resultantes de su perjurio, dióse la muerte, y tan odiosa memoria dejó entre las gentes, que nadie sepultó su cadáver, tendido a orillas del mar en la isla de Samos (NOTA: Anderson: *Vindicación*; Cita de Yarker en sus *Notas sobre los misterios religiosos y científicos de la antigüedad*. FINAL NOTA). Esto sucedía en tiempos del paganismo; pero en nuestros días los noventa y seis delegados asistentes al Congreso antimasónico de los Estados Unidos (NOTA: Sin duda pertenecían los delegados a las diversas sectas protestantes del país. FINAL NOTA) demandan por una parte el respeto debido a honrados caballeros, y por otra aducen jesuíticos sofismas contra la validez del juramento masónico. El Congreso, apoyado, según decían, en «las más eminentes autoridades de filosofía moral y en los *inspirados*» (NOTA: Sin duda que también se incluirá entre éstos a Epifanio, cuyo perjurio llevo al destierro a setenta miembros de la sociedad secreta a que había traicionado. FINAL NOTA) autores que escribieron antes de existir la masonería», resolvió que como «el juramento es un convenio entre el hombre por una parte y el supremo Juez, por otra, y siendo todos los masones infieles, y por lo tanto indignos de la confianza social, forzosamente han de ser sus juramentos ilegales y sin obligación ninguna» (NOTA: Congreso antimasónico de los Estados Unidos. *Obligación de los juramentos masónicos*; discurso del congresista Hopkins, de Nueva York. FINAL NOTA).

Pero volviendo a los cargos que contra la masonería acumula Robertson en sus *Conferencias*, vemos que principalmente les acusa de no creer en un Dios personal (NOTA: Acusación apoyada únicamente en la deleznable autoridad de Barruel y Robison. FINAL NOTA) y de que presumen poseer el secreto de mejorar a los hombres y hacerlos con él más dichosos que con sus doctrinas la Iglesia apostólica. Aunque esta doble acusación tuviese algo de verdad, denotaría que los masones se han apartado del Cristo mítico y del bíblico Jehovah; pero en sus dos extremos es tan malévolamente absurda, según veremos.

No nos mueve ningún sentimiento personal en estas consideraciones sobre la masonería, cuyos originarios estatutos respetamos profundamente (NOTA: Entre los masones contamos con muy leales amigos. FINAL NOTA); pero combatimos la adulteración de principios en que modernamente ha degenerado por intrigas de los cleros católico y protestante. La masonería presume de ser la más pura organización democrática y está monopolizada por los plutócratas y los ambiciosos. Se presenta como maestra de la verdadera ética y es en realidad la propagandista de la teogonía antropomórfica. En el primer grado de iniciación oye el aprendiz de labios del venerable que toda categoría social se queda a las puertas de la logia, pues allí todos son hermanos sin distinción entre el monarca y el mendigo; pero en la práctica es la masonería servil cortesana de cualquier regio vástago que con propósito de valerse de ella para fines políticos se digne ponerse el un día simbólico vellocino.

De la decadencia de la masonería podemos juzgar por lo que dice Yarker:

Nada perdería la asociación masónica si adoptara una más elevada norma de compañerismo y moralidad con exclusión de todo boato y de cuanto lleva en sí fraudes, imposturas, concesión de grados y otros abusos inmorales... Tal como está hoy gobernada la confraternidad masónica, va convirtiéndose rápidamente en el paraíso de la buena vida,

del caritativo hipócrita que olvidando el consejo de San Pablo decora su pecho con la «joya de la caridad», y en cuanto obtiene la «púrpura» desdeña a sus hermanos más capaces aunque menos ricos. Tal es el fabricante de mezquino oropel masónico, el ruin mercader que estafa a miles de incautos prevalido de las dúctiles conciencias de los pocos que hacen caso de sus O. B. Tales son los «emperadores» masónicos y otros charlatanes que obtienen poderío y riquezas gracias a los pujos aristocráticos con que captan la voluntad del vulgo... Creemos haber apuntado suficientemente la relación de los ritos masónicos con los de la antigüedad, así como la pureza del rito templario inglés de siete grados, del que derivaron espuriamente muchos otros (NOTA: Yarker: *Notas sobre los misterios religiosos y científicos de la antigüedad*, págs. 150, 157, 158.– El autor fue Guardián mayor de la Gran logia de Grecia, Gran maestro del rito de Swedenborg y del antiguo y primitivo rito de la masonería. Escribió además las siguientes obras: *La gnosis y las escuelas secretas medievales; Los modernos rosacruces; Distintos ritos y grados de la libre y aceptada masonería*. Londres, 1872. FINAL NOTA).

No es nuestro intento revelar secretos que hace tiempo divulgaron masones perjuros, pues todo cuanto de esencial haya en los símbolos, ritos y consignas que hoy emplea la masonería, lo conocen las hermandades orientales, aunque no exista entre éstas y aquella comunicación alguna (NOTA: Ovidio describe a Medea desnuda de brazos, pecho y piernas, con el pie izquierdo a medio calzar. Virgilio nos pinta a Dido con un pie descalzo. Estas representaciones, a que alude Yarker en sus *Notas*, denotan innegable analogía con el esoterismo de la teogonía induísta, explicado por los comentaristas de los Vedas tan completamente como presuman los orientalistas europeos. FINAL NOTA).

Pero si algunos masones han aprendido un tanto de la masonería esotérica, gracias al estudio de libros herméticos y de su trato personal con «hermanos» del remoto Oriente, no ocurre lo mismo con la generalidad de masones norteamericanos, a quienes conviene advertir que ha llegado el tiempo de restaurar la masonería y restituirla a los límites que le señalaron las primitivas hermandades, con cuyo espíritu se envanecían en el siglo XVIII los fundadores de la masonería puramente especulativa. Desde entonces ya no hay secretos masónicos, pues la Orden va convirtiéndose en una asociación degradada por gentes egoístas y malévolas.

El Consejo supremo del rito antiguo y aceptado, reunido recientemente en Lausana, se pronunció en contra de la impía creencia en un Dios personal con atributos humanos, en la siguiente declaración: «La masonería proclama, como viene proclamando desde su origen, la existencia de un Principio creador denominado el <Gran Arquitecto del universo>. De esta declaración protestó una exigua minoría de masones, diciendo que «la creencia en un Principio creador no satisface ni equivale a la creencia en Dios que la masonería exige de todo candidato».

Esta opinión, por entero favorable al concepto del Dios personal, tuvo en su apoyo al general Alberto Pike, una de las mayores autoridades de la masonería norteamericana, quien dice:

No es un término nuevo sino renovado el del Principio creador. Nuestros numerosos y formidables adversarios dirán con razón que ese Principio creador es idéntico al Principio generador de los indos y egipcios, simbolizado antiguamente en el *Linga*... Si aceptáramos este Principio en vez de un Dios personal, equivaldría a *renegar del cristianismo y del culto de Jehovah* para volver a revolcarnos en las pocilgas paganas (NOTA: *Actas del Consejo supremo de soberanos e inspectores generales del grado 33, reunido en Nueva York el 15 de Agosto de 1876, p. 54 Y 55. FINAL NOTA*).

¿Son acaso más limpias las del jesuitismo? La alusión a los «numerosos y formidables enemigos» lo explica todo, pues no hay para qué decir que son los católicos y parte de

los presbiterianos reformados. En vista de lo que masones y antimasones dicen unos de otros, cabe la duda de qué bando teme más al contrario, aunque no vale la pena de atacar a una asociación que, como la masonería, no se atreve a tener creencias propias por temor de suscitar querellas. Si los juramentos masónicos significaran algo y las penas con que se conmina a los perjuros no fuesen irrisorias, ¿cómo podrían enterarse los profanos de lo que ocurre puertas adentro de la logia? El «hermano terrible» resulta tan bufo como el general *Bum-Bum* de Offenbach, y los millones de afiliados que se extienden por el mundo poco valen si no aciertan a mantenerse unidos para desafiar a sus adversarios. Parece como si el «místico nudo» estuviese atado con cordeles de arcilla y la masonería fuera un juguete a propósito para satisfacer la vanidad de unos cuantos; dignatarios que se complacen en ostentar insignias y bandas. ¿Acaso es su autoridad tan falsa como su antigüedad? Así parece en efecto; pero como también las pulgas tienen sus pulgas, hay en la América del Norte católicos alarmistas que intentan asustar a los masones amenazándoles con la unión de la Iglesia y el Estado bajo el patronato de Roma, como última y lógica consecuencia del desenvolvimiento de los principios protestantes. Viene esto a propósito de que el secretario de Marina R.W. Thompson publicó recientemente una obra titulada: *El papado y el poder civil*, cuya corrección de lenguaje no merecía ciertamente la dureza con que le atacaron, primero un sacerdote católico de Washington y después el jesuíta Weninger, quien derrama sobre el autor toda una redoma de iracundia que parece destilada en las bodegas del Vaticano, según se infiere de las siguientes palabras:

Las afirmaciones de Thompson respecto al forzoso antagonismo entre la Iglesia católica y las libres instituciones del país, denotan ciega audacia y deplorable ignorancia. El autor prescinde de la lógica, de la historia, del sentido común y de la caridad, y aparece ante el leal pueblo norteamericano como un hipócrita de menguada inteligencia. Ninguna persona culta se atrevería a repetir las manoseadas calumnias tantas veces controvertidas... En réplica a la acusación que de enemiga de la libertad lanza contra la Iglesia, le diré que si este país se convirtiese algún día al catolicismo o si los católicos por estar en mayoría se apoderaran del gobierno, se desenvolverían ampliamente los principios constitucionales y quedarían verdaderamente *unidos* en todo los Estados de la república. Entonces viviría el pueblo en armónica paz al amparo de la única fe, y todos los corazones latirían al unísono en el amor de la patria, henchidos de caridad e indulgencia para con sus mismos calumniadores... Puede mandar el autor su libro al zar de Rusia y al emperador de Alemania por ver si en premio le nombran caballero de las órdenes de San Andrés y del Aguila Negra; pero de los patriotas norteamericanos de claro entendimiento no espere otra condecoración que la del desprecio. Mientras palpiten los corazones americanos al calor de la sangre de nuestros padres, serán inútiles los esfuerzos de Thompson y de cuantos le secunden. Los genuinos norteamericanos protegerán siempre a la Iglesia católica, y *por último* se unirán a ella... Soltamos el libro que acabamos de refutar como se arroja una piltrafa a los cernícalos de Texas, es decir, a los que se regodean con la hediondez de la mentira y la calumnia (NOTA: Este último párrafo podría añadirse a modo de coletilla a las *Alocuciones del sumo Pontífice Pío IX* por Pascual de Francis, que merecieron de Gladstone la punzante frase: *a tal amo tal criado*. Como se ve, el P. Weninger se envanece de haber dejado en el campo el cadáver de su impío antagonista y lo pisotea y acaba de verter sobre él las heces de su redoma. De todo esto se infiere que aun los escritores imparciales y cultos como Thompson, no pueden esquivar los dicerios, que parecen ser la única arma útil en la panoplia clerical. Aunque Thompson argumenta enérgicamente sin quebrantar las leyes de la cortesía, se ve tratado con tal violencia que seguramente no la hubiera superado el mismo Tertuliano. Sírvale de consuelo el verse colocado al nivel de los monarcas herejes y cismáticos. FINAL NOTA).

Mientras los norteamericanos quedan advertidos, para entrar en el seno de la Iglesia católica, nos complacemos en saber que un tan conspicuo masón como León Hyneman

(NOTA: Miembro de la Gran logía de Pensilvania y muy respetable amigo nuestro que ha dirigido durante nueve años el periódico: *Masonic Mirror and Keystone*. FINAL NOTA) ha combatido durante treinta años la tendencia de erigir en dogma masónico el concepto de un Dios personal, diciendo a este propósito:

En vez de desenvolverse la masonería al compás del progreso científico y de la mentalidad general, se ha desviado de sus primitivos propósitos de confraternidad y toma notoriamente matiz sectario. Así se infiere con toda evidencia del empeño con que mantiene en su ritual las sectarias innovaciones en él introducidas... Parece como si la masonería de este país se mostrase tan indiferente a la antigua índole de la Orden como lo fueron en el siglo pasado los masones adheridos a la Gran logia de Londres (NOTA: Hyneman: *Las antiguas Grandes logias de York y Londres*, 169.- Tan convencido estaba Hyneman de su opinión que en 1856 rehusó el cargo de Gran Maestro del rito de los Estados Unidos que le ofrecía Jacobo Esteban Marconis de Nègre, Gran Oriente del rito de Menfis, ni tampoco quiso aceptar el grado 33 honorario con que le brindaba el rito antiguo y aceptado. FINAL NOTA).

La Orden del Temple fue la última sociedad secreta que poseyó colectivamente algunos de los misterios orientales, aunque tanto en el siglo pasado como en nuestros días hubo, y tal vez hay, «hermanos» aislados que fiel y secretamente trabajaban bajo la dirección de las fraternidades orientales y que al afiliarse a alguna asociación masónica de Europa la instruyeron en todo lo que de importante han sabido los masones, lo cual explica la analogía entre los Misterios de la antigüedad y los grados superiores de la masonería. Estos misteriosos hermanos jamás descubrían, ni aun entre sí, los secretos de la asociación a que se afiliaban, pues eran mucho más sigilosos que los mismos masones, y cuando consideraban a alguno de éstos digno de su confianza le iniciaban secretamente en los misterios orientales, sin que los otros supieran ni una palabra más de lo que sabían.

Nadie ha podido sorprender la actuación de los rosacruces, cuyo organismo y finalidad son todavía, como siempre lo fueron, desconocidos para el mundo, y más particularmente para su enconado enemigo el clericalismo, a pesar de los supuestos descubrimientos de cámaras secretas, velarios llamados «T» y fósiles caballeros de lámparas perpetuas, y a pesar también de las engañosas confesiones que el tormento arrancaba a los teósofos, alquimistas, cabalistas, fingidos templarios y falsos rosacruces que murieron en la hoguera.

En cuanto a los modernos caballeros templarios y a las logias masónicas que pretenden descender directamente de la antigua Orden del Temple, no poseen ni poseyeron nunca ningún secreto peligroso para la Iglesia, cuya persecución contra ellos tuvo desde un principio apariencias de farsa, pues, según dice Findel, los grados escoceses, o sea la ordenación templaria, data tan sólo de los años 1735 a 1740, y siguiendo sus tendencias católicas, establecieron su residencia principal en el colegio de jesuitas de Clermont, en Paris, por lo que se le denominó rito de Clermont.

El actual rito sueco tiene también algo del elemento templario, pero está libre de la influencia jesuítica y no se entremete en política (NOTA: Los masones suecos afirman que poseen el testamento original de Molay por habérselo entregado un sobrino de éste, el conde Beaujeu (de quien dice Findel: *jamás se le ha oído nombrar en parte alguna*), que incorporó en la masonería el espíritu de los templarios y de este modo pudo erigirle a su tío un sepulcro. Sin embargo, para demostrar que todo esto es pura fábula masónica, hasta la consideración de que Molay fue ejecutado el 19 de Marzo de 1313, y en el sepulcro aparece inscrita como fecha de la inhumación el 11 del mismo mes y año. Este rito híbrido, que no es ni verdaderamente templario ni genuinamente masón, no arraigó en Alemania, aunque el caso sea muy distinto en Francia. FINAL NOTA).

Sobre la presumida filiación de los actuales caballeros templarios dice Wilcke:

Los actuales caballeros templarios de París pretenden descender directamente de la antigua Orden y tratan de probarlo por medio de sus reglas internas, enseñanzas secretas y otros documentos. Según Foraisse, la masonería nació en Egipto y Moisés comunicó sus enseñanzas a los hebreos, Jesús a los apóstoles, y por este camino llegaron hasta los templarios. Todas estas invenciones necesitan los templarios parisienses para apoyar su pretensión sin que las apoye la historia, pues todo este artificio se tramó en el Capítulo superior de Clermont al amparo de los jesuitas, que por entonces contaban con el favor de los Estuardos.

De aquí que el obispo Gregoire (NOTA: *Historia de las sectas religiosas*, II, 392, 428. FINAL NOTA) y Münter (NOTA: *Noticia codicis græci evangelium Johannis variatum continentis*, 1828. FINAL NOTA) se declaren en pro de los actuales templarios.

Entre éstos y los antiguos no hay a lo sumo otra analogía que la adopción de ciertos ritos y ceremonias de índole eclesiástica, astutamente incorporadas por el clero a la antigua Orden, que desde entonces fue perdiendo la primitiva sencillez de carácter hasta su total ruina.

La Orden del Temple fue instituida el año 1118 por Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer con el aparente propósito de proteger a los peregrinos de Jerusalén, pero con el verdadero objeto de restaurar el primitivo culto secreto. Teocletes, sumo sacerdote de los nazarenos juanistas, instruyó a Hugo de Payens en la verídica historia de Jesús y del cristianismo primitivo, y posteriormente otros dignatarios de la misma secta le iniciaron en sus misterios (NOTA: *Esta es la razón de que los nazarenos de Basra (Persia) recuerden aún hoy en día la gloria, riqueza y poderío de sus hermanos, agentes o mensajeros en la isla de Malta y el continente europeo. Según estos nazarenos todavía quedan en Occidente unos cuantos hermanos que tarde o temprano restaurarán la doctrina de su profeta Iohanán (San Juan Bautista), el hijo del señor Jordán, desarraigarán del corazón de los hombres las falsas doctrinas.* FINAL NOTA). Su oculto designio era libertar el pensamiento y restaurar la religión única y universal. En un principio hacían voto de pobreza, castidad y obediencia, de suerte que fueron los verdaderos discípulos del Bautista, que se alimentaba en el desierto de langostas y miel silvestre. Tal es la verdadera y tradicional versión cabalística.

Es un error creer que la Orden de los templarios no se declaró contra el dogma católico hasta sus últimos tiempos, pues desde un principio fue herética en el sentido que la Iglesia da a esta palabra. La cruz roja sobre manto blanco simbolizaba, como entre los iniciados de los demás países, los cuatro puntos cardinales del universo (NOTA: *La planta de las pagodas de Madura y Benares tiene forma de cruz de brazos iguales entre sí.* (Maurio: *Antigüedades de la India*, III, 360, 376). FINAL NOTA). Cuando más tarde tomó la Orden carácter de logia y comenzaron las persecuciones, hubieron de reunirse los templarios muy secretamente en la sala capitular, y para mayor seguridad en cuevas o chozas levantadas en medio de los bosques, con objeto de practicar las ceremonias propias de su institución, al paso que en las capillas públicas celebraban el culto católico.

Aunque eran infamemente calumniosas la mayor parte de las acusaciones levantadas contra los templarios a instigación de Felipe IV de Francia, había fundamento para inculparles de herejía, según el criterio dogmático de la Iglesia romana. Los actuales templarios no pueden conciliar su fe en la Biblia con la pretensión de ser directos descendientes de aquellos nazarenos que no creían en la divinidad ni en la misión redentora de Cristo ni en sus virtudes taumatúrgicas ni en los principales dogmas católicos, como la transubstanciación, los santos, las reliquias y el purgatorio. El Cristo era para los nazarenos un falso profeta; pero a Jesús lo respetaban como hermano. San Juan Bautista era su Maestro; pero nunca le tuvieron en el concepto que lo tiene la Biblia.

Por otra parte, respetaban las doctrinas de la alquimia, astrología y magia, así como los talismanes cabalísticos y seguían las enseñanzas de sus jefes.

Sobre el particular dice Findel:

En el siglo pasado, cuando la masonería se consideraba engañosamente hija de los templarios, era muy difícil creer en la inocencia de esta Orden, pues se acumularon contra ella multitud de patrañas e imputaciones no comprobadas, con deliberado propósito de sofocar la verdad. Los masones, admiradores de los templarios, recogieron la documentación del proceso, publicada por Moldenwahr, en donde se probaba la culpabilidad de la Orden (NOTA: Findel: *Historia de la masonería*, Apéndice. FINAL NOTA).

Esta culpabilidad consistía únicamente en su discrepancia de los dogmas de la Iglesia romana. Mientras los verdaderos «hermanos» sufrían muerte ignominiosa, los hermanos espurios formaron una secuela de los jesuitas, por lo que los masones sinceros deben rechazar con horror toda relación con ellos, dejándolos solos con su ascendencia.

Dice sobre la materia el comandante Gourdin:

Los caballeros de San Juan de Jerusalén, llamados también hospitalarios y de Malta, no eran masones sino que, por el contrario, parecen haber sido enemigos de la masonería, porque el año 1740 el Gran maestro de la Orden de Malta ordenó publicar en esta isla la bula pontificia de Clemente XII y prohibió bajo severas penas las reuniones masónicas. Con este motivo se marcharon de la isla algunos caballeros y muchos ciudadanos, y al año siguiente, 1741, la Inquisición empezó a perseguir a los masones. Seis caballeros fueron desterrados perpetuamente de la isla por haber asistido a una reunión masónica. Al revés de los templarios, no tenían los caballeros de Malta ceremonia secreta para el ingreso en la Orden, y por esto le fue imposible a Reghellini procurarse un ejemplar del ritual secreto, pues no le había (NOTA: *Bosquejo de los caballeros templarios y de los de San Juan de Jerusalén*, por Ricardo Woof, comendador de la Orden de los masones caballeros templarios. FINAL NOTA).

Sin embargo, los masones caballeros templarios comprenden tres grados: Rosacruz, Templario y de Malta (NOTA: Esta graduación masónica se introdujo en los Estados Unidos el año 1808, a estilo de Francia, y el 20 de junio de 1816 se organizó el primer *Campamento general*, de que fue Gran maestro De Wittclinton, gobernador de Nueva York. FINAL NOTA). Así es que no pueden envanecerse los caballeros templarios de la herencia recibida de los jesuitas, pues no tienen más remedio que aceptar la descendencia de los primitivos herejes y anticristianos cabalistas templarios, o confesar su filiación jesuítica y tender sus cuadrículadas alfombras sobre la plataforma del ultramontanismo. De lo contrario, no pasarán de pura pretensión sus alegaciones.

La pseudo y clerical orden de los templarios tuvo origen en Francia al amparo de los adictos a los Estuardos, según afirma Dupuy; y como sus favorecedores no han perdonado medio para encubrir su procedencia jesuítica, no es extraño que un autor anónimo (NOTA: Que, según toda probabilidad, pertenecía al colegio de jesuitas de Clermont. Publicó la obra en Bruselas el año 1751, con multitud de notas mutiladas, adiciones y comentarios. FINAL NOTA) se esfuerce en defender a los templarios de la inculpación de herejías, con lo que despoja a aquellos mártires del librepensamiento de la aureola de respeto que se habían adquirido.

La falsa orden de los templarios se fundó en París el 4 de Noviembre de 1804 con una constitución amañada al efecto, y desde entonces ha venido contaminando a la masonería legítima, según declaran los más conspicuos masones. La *Carta de transmisión* (NOTA: *Tabula aurea Larmenii*. FINAL NOTA) tiene visos de tan remota antigüedad, que, según confiesa Gregoire (NOTA: Cita de Findel en el Apéndice a su *Historia de la masonería*).

FINAL NOTA), le hubiera bastado este documento para desvanecer toda duda respecto a la procedencia de la orden (**NOTA: El primer Gran Maestre de esta orden espuria fue el médico de París Fahre-Palaprat, que tomó el nombre de Bernardo Raymond. FINAL NOTA**).

El jesuita conde de Ramsay fue el primero en exponer la idea de que los templarios se habían refundido con los caballeros de Malta. Dice a este propósito:

Nuestros ascendientes los cruzados se reunieron en Tierra Santa desde todos los puntos de la cristiandad y resolvieron constituir una fraternidad que comprendiese a todas las naciones, con objeto de que ligadas en corazón y alma se mejoraran mutuamente y pudiesen con el tiempo representar un solo pueblo intelectual.

Por esta razón se unieron los templarios a los caballeros de San Juan, quienes constituyeron una hermandad masónica denominada «Masones de San Juan». En el *Sello rasgado* (1745) se lee la siguiente impudentísima falsedad, digna de los hijos de Loyola: «Las logias estaban dedicadas a San Juan, porque cuando las guerras santas de Palestina los caballeros masones se refundieron con los caballeros de San Juan».

Según afirma Thory, el año 1743 se inventó en Lión el grado de caballero Kadosh, que simboliza la venganza de los templarios. Sobre lo cual dice Findel:

La orden del Temple fue abolida en 1311, y los caballeros se vieron en la precisión de secularizarse en 1740 por no serles posible mantener su unión con la orden de San Juan de Malta, algunos de cuyos individuos habían sido desterrados de la isla por masones, pues la orden estaba entonces en la plenitud de su poderío y bajo la soberanía del romano pontífice.

Por su parte, Clavel, una de las más prestigiosas autoridades de la masonería, añade a este propósito:

Es evidente que la orden francesa de los caballeros templarios no remonta más allá de 1804, y que en manera alguna puede titularse sucesora de la sociedad denominada: *Resurrección de los Templarios* ni tampoco ésta se dilata en su origen a la genuina y primitiva orden del Temple.

Así vemos que los templarios bastardos forjan en el año 1806 en París, bajo la dirección de los jesuitas, el famoso *Estatuto Larmenio*, y veinte años más tarde, ya constituidos en asociación tenebrosa, mueven manos asesinas contra uno de los más nobles príncipes de Europa, cuya muerte quedó en el misterio por intrigas políticas con afrenta de la verdad y la justicia. Este príncipe, afiliado a la masonería, fue el postrer depositario de los secretos de los legítimos caballeros templarios, que durante cinco siglos habían eludido toda indagación y celebrado reuniones trienales en Malta (**NOTA: Se reunían en número de trece en conmemoración de la muerte de Jacobo de Molay, ocurrida el año 1313 y acudían de diversos países previa convocatoria del Gran Maestre. En estas reuniones se trataba de los destinos políticos y religiosos de las naciones, pues entre los reunidos había algunas testas coronadas. FINAL NOTA**), mientras los falsos templarios, los caballeros papistas, dormían tranquilamente, sin remordimiento de sus crímenes.

Dice a este punto Rebold:

Y a pesar de todo, no obstante el embrollo que los jesuitas armaron de 1763 a 1772, sólo habían logrado entre sus diversos propósitos el de *desnaturalizar y desprestigiar la institución masónica*, y para complementar su disolvente labor organizaron una orden titulada: *Oficialidad de los Templarios* en confusa amalgama del espíritu de las cruzadas con las quimeras de los alquimistas, que estuvo desde un principio supeditada al clericalismo y se movió como sobre las ruedas representativas del propósito que presidiera la fundación

de la Compañía de Jesús (NOTA: Rebold: *Historia general de la masonería*, 218. FINAL NOTA).

De aquí que, a pesar del origen precristiano de la masonería, se hayan incorporado todos sus ritos y símbolos al cristianismo y de que éste le haya comunicado su sabor, pues antes de que el neófito sea admitido en la logia ha de afirmar su creencia en un Dios personal (NOTA: Concepto idéntico al del Jehovah hebreo. FINAL NOTA) y asimismo en Cristo con relación a los grados del Campamento, mientras que los primitivos templarios creían en el desconocido e invisible Principio de que emanan las potestades creadoras, impropriamente denominadas *dioses*, y se atenían a la versión nazarena, según la cual fue Ben-Panther el pecador padre de Jesús, quien se proclamó «hijo de Dios y del Hombre» (NOTA: Consúltense sobre el particular las obras siguientes: *Versión de Gafferrel*; Levi: *La ciencia de los espíritus*; Mackenzie: *Real enciclopedia masónica*; *Sepher Toldoth Jeschu*, y otros tratados rabínicos y cabalísticos. La leyenda dice así: «La virgen Maria, prometida al joven Iohanan, fue violada por Ben Panther, a quien el *Sepher Toldoth Jeschu* llama José Panther. Noticioso Iohanan de la desgracia de su prometida, rompió con ella. Fruto de aquella culpa fue el niño Jesús, llamado Joshua, que prohijado por su tío el rabino Jehosuah, inicióle en la doctrina secreta el rabino cabalista Elhanan y después perfeccionó su educación en manos de los sacerdotes egipcios, quienes le consagraron sumo pontífice de la universal doctrina secreta en atención a su sobresaliente misticismo. Vuelto Joshua a Judea, su sabiduría y sus virtudes despertaron celos en los rabinos, quienes le echaban en cara su ilegítimo nacimiento e insultaban a su madre. De aquí que en las bodas de Caná le dijese Jesús a su madre: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?» (*San Juan*, II, 4). como sus discípulos le reconvinieran por este despego, dolióse Jesús de ello, y enterado de los pormenores de su nacimiento exclamó: «Mi madre no ha pecado ni ha perdido su inocencia. Es madre, y sin embargo es inmaculada... En cuanto a mí, como no tengo padre en este mundo, soy el Hijo de Dios y de la humanidad». Estas palabras denotan sublime confianza en el invisible Poder, pero han sido fatales para los millones de seres que murieron a consecuencia de su errónea interpretación. FINAL NOTA). Esto da la explicación de los terribles juramentos que sobre la Biblia se exigen a los masones y de la servil analogía de sus leyendas con la cronología bíblica. Así, por ejemplo, al conferir el grado de rosacruz, forman en línea los caballeros, y al acercarse el neófito al altar procede el capitán de la guardia a proclamarlo caballero diciendo: «A la gloria del Gran Arquitecto del Universo (NOTA: Concepto probablemente análogo al de Jehovah-Binah. FINAL NOTA), bajo los auspicios del Soberano Santuario de la antigua y primitiva masonería etc.». Después, el caballero orador de la logia da un golpe y participa al neófito que las narraciones masónicas se remontan a cuarenta Siglos (NOTA: Remontan la narración más antigua al año 622 después de Mizraim. FINAL NOTA) y que hacia el año 2188 antes de J.C. colonizó Mizraim el Egipto y echó los cimientos de una monarquía, cuya duración fue de 1663 años (NOTA: Nos referimos al capítulo de los rosacruces norteamericanos. FINAL NOTA).

Desde luego, se echa de ver el gran error de cómputo que denota este número, aunque concuerde piadosamente con la cronología bíblica. Por otra parte, los nueve nombres míticos de la Divinidad que, según los masones, se conocieron en Egipto en el siglo XXII antes de J.C., se encuentran en monumentos de doble antigüedad, en opinión de los más notables egiptólogos, sin contar con que los masones desconocen dichos nombres.

Lo cierto es que la masonería moderna difiere muy radicalmente de la en otro tiempo secreta confraternidad universal, cuando los adoradores de Brahma, simbolizado en AUM, intercambiaban sus signos y consignas con los devotos del TUM. Entonces eran «hermanos» los adeptos de todos los países de la tierra.

¿Cuál era, pues, aquel Nombre misterioso, aquella poderosa Palabra por cuya virtud obraban maravillas los iniciados indos, caldeos y egipcios?

Dice Horus:

Yo conocí los espíritus de An. Por glorioso que sea, no pasa adelante si no me da la Palabra (NOTA: *Ritual funerario de los egipcios, capítulo CXV, titulado: «De la ida al cielo y del conocimiento de los espíritus de An (Heliópolis o ciudad del Sol)»*. FINAL NOTA).

En otro himno, el alma transfigurada exclama:

Abridme el camino de Rusta. Soy el Supremo Ser revestido como el Gran Ser. ¡Ya estoy aquí! ¡Ya he venido! Deliciosos son para mi los reyes de Osiris. Yo creo el agua por virtud de la Palabra. No he visto los secretos ocultos. Yo di verdad al sol. Soy pureza. Me adoran por mi pureza (NOTA: *Id., Caps. CXVII y CXIX que tratan de la entrada y salida de la Rusta*. FINAL NOTA).

En la envoltura de una momia se lee:

Yo soy el supremo Dios (Espíritu) existente por Sí mismo y creador de *Su nombre...* Yo conozco el nombre de este supremo Dios que está allí.

Los enemigos de Jesús le acusan de obrar milagros, y los discípulos nos le muestran expeliendo demonios por virtud del Nombre inefable. Los fariseos creían firmemente que Jesús había hurtado del santuario el sagrado Nombre. Los discípulos delatan su creencia en el pasaje siguiente:

Y haciéndolos presentar en medio, les preguntaron: ¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho vosotros esto?

Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo:

...Sea notorio a todos vosotros... que en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno (NOTA: *Hechos de los apóstoles, IV, 7*. FINAL NOTA).

En este pasaje, el *nombre* de Jesucristo no significa su propio nombre, sino aquel otro Nombre en cuya posesión y conocimiento estaba Jesús de Nazareth por efecto de su iniciación, aunque los judíos le acusaran de haberlo sustraído. Además, Jesús afirma repetidamente que siempre obra en el Nombre del Padre y no en el suyo. Pero ¿qué masón moderno ha oído pronunciar este Nombre? El mismo rito masónico declara que lo desconocen, pues el orador le dice al neófito, en el acto de la iniciación, que las consignas recibidas en los grados precedentes son otras tantas corrupciones del verdadero nombre de Dios grabado en el triángulo y que, por lo tanto, lo substituyen con otra palabra. Lo mismo sucede en las logias azules, cuyo Maestro representa al rey Salomón y conviene con el rey Hiram en que la palabra *** substituirá a la del Maestro hasta que tiempos más sabios descubran la verdadera. De los miles de diáconos que ayudaron a iniciar a los neófitos y de los muchos maestros que musitaron al oído del supuesto Hiram Abiff la mística palabra que les sostenía en los cinco puntos de la hermandad, ¿quién sospechó la verdadera significación ni siquiera de esta palabra sucedánea? No pocos maestros de la masonería actual supondrán que está relacionado con la «medula de los huesos», porque ignoran que el nombre del místico personaje, llamado venerable MAH por los adeptos orientales que le obedecen, es abreviatura de la primera sílaba de las tres que componen la substituyente palabra masónica. El *Mah* vive actualmente en un lugar que tan sólo conocen los iniciados, circuido por desiertos impenetrables, que no se atreverán a cruzar los misioneros, porque están llenos de peligros que arredran a los más audaces exploradores. Sin embargo, durante siglos ha estado resonando en los oídos de los neófitos este ininteligible retintín de vocales y consonantes, como si aun tuviese virtud suficiente

para desviar de su aéreo curso un vellón de cardo. Como el cristianismo, es la masonería un cadáver abandonado hace mucho por el espíritu.

A este propósito copiaremos la carta que nos envió el conspicuo masón Carlos Sotheran (NOTA: Grado 32 ∴ A. y P. R. 94 ∴ Menfis; Cab ∴ R ☩; Cab ∴ Kadosh. Es secretario del Club liberal de Nueva York y publicista y conferenciante de nota sobre arqueología, filosofía mística y otras materias. Está iniciado en la moderna Fraternidad inglesa de Rosa Cruz y otras sociedades secretas y es el redactor masónico del periódico *El Defensor de Nueva York*. FINAL NOTA) y dice así:

Nueva York, 11 de Enero de 1877.

En respuesta a su carta, tengo mucho gusto en proporcionarle los datos que desea respecto a la antigüedad y circunstancias de la masonería actual. Mi placer es mayor al considerar que puesto que pertenece V. a las mismas sociedades secretas, puede mejor apreciar la necesidad de mantenerme reservado en algunos puntos. Con mucha razón dice V. que la masonería, como las fracasadas religiones del día, tiene un pasado fabuloso. No es extraño que la Orden haya visto estorbadas sus civilizadoras funciones con menoscabo de su utilidad, por efecto de los muchos obstáculos que se le han puesto y el cúmulo de absurdas leyendas bíblicas entremezcladas con su historia. Afortunadamente, el movimiento antimasónico promovido en los Estados Unidos en este mismo siglo, despertó en gran número de investigadores el deseo de indagar el verdadero origen de la Confraternidad masónica, determinando con ello una favorable reacción. El movimiento de América se propagó a Europa, y en ambos continentes salieron a la defensa de la Orden masones tan conspicuos como Rebold, Findel, Hyneman, Mitchell, Mackenzie, Hughan, Yarker y otros, cuyas obras son hoy día valiosos documentos históricos, de suerte que las enseñanzas, jurisprudencia y ritual de la masonería no son ya un secreto para los profanos cuyo buen criterio les permita comprenderlas tal como están expuestas.

Acertadamente dice V. que la *Biblia* es la mayor luz de las masonerías europea y americana, pues la cosmogonía bíblica y el concepto teístico de Dios son sus piedras angulares. También parece que su cronología está basada en la de la revelación, y así afirma el doctor Dalcho que la masonería es coetánea de la creación del mundo. No es maravilla, pues, que tal o cual pundit asegure que Dios fue el primer Gran maestro y Adán el segundo, quien inició a Eva en el gran misterio, como después lo fueron las sacerdotisas de Cibeles y las señoras Kadosh. Otra autoridad masónica, el reverendo doctor Oliver, relata con toda seriedad los pormenores de una logia cuyo gran maestro era Moisés y su gran diputado era Josué, y Aholiab y Bezaleel los grandes guardianes.

Como dice V. muy bien, en los misterios masónicos desempeña importante papel el templo de Salomón, que según han demostrado los arqueólogos modernos, no es ni de mucho tan antiguo como se supone y cuyo nombre denota su místico carácter, pues Salomón es palabra formada de *Sol-Om-On*, nombres del sol en tres distintos idiomas. Esta y otras fábulas, como la colonización masónica del Egipto antiguo, han atribuido a la Orden un origen que en realidad no tiene, pues las mitologías griega y romana resultarían insignificantes en comparación de cuarenta siglos de historia legendaria. Las hipótesis egipcia, caldea y otras de que se valieron los inventores de «grados elevados», han tenido su corto período de preeminencia. La última «hacha por afilar» ha sido consecutivamente la fecunda madre de la esterilidad.

Ambos estamos de acuerdo en que el antiguo sacerdocio tuvo doctrinas esotéricas y ceremonias secretas. De la hermandad de los esenios, derivada de los gimnósofos indoístas, procedieron sin duda alguna las sodalías de Grecia y Roma, según las describen los autores paganos. De ellas copiaron ritos, consignas, señas, etc., las comunidades medioevales, pues así como las actuales asociaciones obreras de Londres son hijuelas de los antiguos gremios, así también los masones operativos eran trabajadores con más elevadas pretensiones. La

palabra masón deriva etimológicamente de la francesa *maçon* (albañil), que a su vez procede de la: raíz normanda *mas* que significa *casa*. Y de la propia suerte que las citadas asociaciones londinenses concedían de cuando en cuando el título de socio libre a los extraños, también hicieron lo mismo los gremios de masones, como sucedió con Elías Ashmole, fundador del *Museo Ashmoleano*, que fue recibido en la comunidad de Warrington el 16 de Octubre de 1646. El ingreso de estos masones libres en la *Hermandad operativa* prepararon el camino para la gran revolución masónica de 1717, de que nació la masonería especulativa. El falso masón Anderson redactó las Constituciones de 1723 y 1738 para el régimen de la primera «Gran Logia de masones libres y aceptados de Inglaterra», de donde las han copiado todas las logias del mundo. Para cohonestar Anderson el amaño de estas Constituciones, tuvo la audacia de afirmar que los reformadores de 1717 habían destruido todos los documentos relativos a la masonería inglesa; pero afortunadamente, Rebold, Hughan y otros publicistas encontraron en el Museo Británico, la Biblioteca Bodleiana y otros establecimientos de pública erudición, datos bastantes acerca de los masones operativos para rebatir lo dicho por Anderson.

Opino que los mismos autores han demostrado también concluyentemente la apocricidad de la Constitución de Colonia de 1535 y de las cuestiones que se suponen entresacadas por el anticuario Leyland de un manuscrito de Enrique VI de Inglaterra, en las que se atribuye a Pitágoras la fundación de una logia en Crotona a la que se afiliaron muchos masones, de los cuales pasaron algunos a Francia donde hicieron muchos prosélitos que con el tiempo difundieron la institución por Inglaterra. Al arquitecto constructor de la catedral de San Pablo en Londres, Cristóbal Wren, se le llamó «Gran Maestre de los masones libres», pero fue tan sólo el Maestre o presidente de la corporación de los masones operativos de Londres. Si respecto a las Grandes Logias que actualmente tienen a su cargo los tres primeros grados simbólicos, se han urdido tantas y tan groseras fábulas, no es extraño que haya ocurrido lo mismo con los grados superiores de la masonería, con mucho acierto tenidos por incongruente mezcla de principios contradictorios.

Por otra parte, resulta muy curioso que la mayoría de las corporaciones masónicas en que intervienen los grados superiores, como el «Rito escocés antiguo y aceptado», el «Rito de Aviñón», la «Orden del Temple», el «Rito de Fessler», el «Gran Consejo de los Emperadores de Oriente y Occidente», los «Soberanos Príncipes masones», etc., etc., sean la progenie de Loyola. El barón Hundt, el caballero Ramsay, Tschudy, Zinnendorf y otros instructores de grados en estos ritos, obraban según instrucciones recibidas del general de los jesuítas, y tuvieron por nido incubador el «Colegio de jesuítas de Clermont», en París, a cuya influencia estaban más o menos sujetos todos los ritos masónicos.

El «Rito escocés antiguo y aceptado», hijo bastardo de la masonería al que no reconocen las logias azules, fue invención del jesuítico caballero Ramsay, quien lo estableció en Inglaterra por los años de 1736 a 1738 con propósito de laborar por la causa de los Estuardos. A fines del siglo XVIII, unos cuantos masones aventureros reorganizaron el rito en la actual serie de treinta y tres grados, en Charleston (Carolina del Sur). Dos de estos aventureros, el sastre Pirlet y el maestro de baile Lacorne, fueron los precursores de un nuevo reorganizador llamado Gourgas, oficial de un buque mercante que viajaba entre Nueva York y Liverpool.

El médico Crucefix, apodado Goss y sedicente inventor de algunos medicamentos de índole sospechosa, introdujo en Inglaterra esta reforma masónica sin otra autoridad que un documento que decían firmado en Berlín por Federico el Grande el 1.º de Mayo 1786 para revisar la Constitución de los grados superiores del rito antiguo y aceptado. Sin embargo, las Grandes Logias de los Tres Globos de Berlín demostraron concluyentemente la falsedad de dicho documento, con cuyo apoyo se dice que el Rito antiguo y aceptado defraudó a los confiados hermanos de América y Europa miles de dólares, para vergüenza de la humanidad.

Los modernos templarios a que se refiere V. en su carta, son sencillamente grajos engalanados con plumas de pavo real, que tratan de cristianizar a la masonería, pues admiten en su seno, sin distinción de nacionalidad ni fe religiosa, a todo el que crea en un Dios personal y en la inmortalidad del alma. Según la mayoría de los masones judíos, los templarios son idénticos a los jesuitas.

Extraño parece que cuando va debilitándose la creencia en un Dios personal, cuando la misma teología admite la imposibilidad de definir la idea de Dios, haya quienes intercepten y embaracen el camino para llegar a la general aceptación del sublime panteísmo de los antiguos filósofos de Oriente, renovado por Jacobo Boehme y Spinoza. En las logias de esta y otras jurisdicciones se loa frecuentemente al Padre, Hijo y Espíritu Santo con disgusto de los masones judíos y librepensadores, que de este modo ven ofendidas sus particulares creencias. No sucede así en la India, donde la luz de una logia es indistintamente el *Korán*, el *Zendavesta* o los *Vedas*. Es preciso, por lo tanto, eliminar de la masonería el sectarismo cristiano, pues hay actualmente en Alemania logias que niegan la iniciación a los judíos no alemanes; pero los masones franceses se han sublevado contra esta tiranía, y el Gran Oriente de Francia admite aún a los ateos y materialistas, por lo que los demás Orientes repudian a los masones franceses, dando con ello prueba elocuente contra la supuesta universalidad de la masonería.

Mas, a pesar de sus muchas culpas (pues la masonería especulativa es falible como toda obra humana), no hay institución que haya realizado y esté dispuesta a realizar tantos esfuerzos en favor del progreso político y religioso de la humanidad. En el siglo pasado los iluminados predicaron por toda Europa «paz a la choza y guerra al palacio». También en el pasado siglo lograron los Estados Unidos su independencia gracias al auxilio de las sociedades secretas, más eficaz de lo que se cree generalmente, pues masones fueron Washington, Lafayette, Franklin, Jefferson y Hamilton. En el siglo XIX, el general Garibaldi, masón del grado 33, fue el brazo ejecutor de la unidad de Italia, proclamada desde años antes por el también masón José Mazzini con arreglo a los masónicos o mas bien carbonarios principios de libertad, igualdad, fraternidad, independencia y unidad.

La masonería especulativa tiene aún muchas tareas que realizar, y una de ellas es la de admitir a la mujer como colaboradora del hombre en las actuaciones de la vida, según han hecho recientemente los masones húngaros al iniciar a la condesa Haideck. Otra importante tarea es el reconocimiento práctico de la fraternidad humana, de modo que la nacionalidad, el color, creencia y posición social no sean obstáculos para el ingreso en la masonería. El negro no ha de ser tan sólo teóricamente el hermano del blanco, pues los masones de raza negra no son admitidos en las logias norteamericanas. Es preciso persuadir a la América del Sur a que participe en los deberes de la humanidad.

Si la masonería ha de ser, como se pretende, una escuela de ciencia progresiva y de religión progresiva, debe ir siempre a la vanguardia y nunca a retaguardia de la civilización. Pero si ha de contraerse a esfuerzos empíricos, a meras tentativas para resolver los más arduos problemas de la humanidad, debe ceder el puesto a quienes ventajosamente puedan sucederla, y entre ellos a uno a quien V. y yo conocemos, que en los días de sus esplendorosos triunfos inspiró tal vez a los dignatarios de la Orden, como a Sócrates le inspiraba su daimonion.

De V. sincero amigo,

Carlos Sotheran.

Así se desmorona, cual otro Evangelio revelado, el épico poema de la masonería cantado por tantos y tan misteriosos caballeros. Como vemos, los mismos masones contemporáneos socavan y derruyen el templo de Salomón, que el vulgo masónico persiste en considerar como fábrica arquitectónica con arreglo a las descripciones exotéricas de la Biblia, pero que los estudiantes de la doctrina esotérica diputarán siempre por mítica alegoría de la ciencia

secreta. Diluciden los arqueólogos si existió o no el templo de Salomón; pero ningún erudito versado en las terminologías cabalística y alquímica dudará de que es puramente alegórica la descripción del templo, según el tercer libro de los Reyes. La construcción del templo de Salomón simboliza la gradual adquisición de la magia o sabiduría secreta; la evolución de lo terreno en espiritual; la manifestación física del poder y gloria del espíritu por medio de la sabiduría y genio del constructor, que al convertirse en adepto supera en poderío al mismo rey Salomón, emblema del sol o *Luz* del mundo real y subjetivo que brilla en la obscuridad del mundo objetivo. Tal es él «templo» que puede edificarse sin golpeo de martillos *ni otras herramientas*.

En algunos puntos de Oriente, la ciencia secreta se llama el «templo de siete pisos» y en otros puntos el «templo de nueve pisos», cada uno de los cuales simboliza un grado de conocimiento. En todos los países orientales se llaman «constructores» los estudiantes y maestros de la ciencia secreta y de la religión de sabiduría, pues construyen el templo de los secretos conocimientos. A los adeptos activos se les da el nombre de *operarios* o constructores prácticos y a los neófitos se les llama constructores teóricos. Los primeros demuestran con obras su dominio de las fuerzas naturales, mientras que los segundos están aprendiendo los rudimentos de la sagrada ciencia. Los desconocidos fundadores de las primitivas asociaciones masónicas tomaron de Oriente estas denominaciones.

En la ordinaria terminología masónica se entiende por *masones operativos* los albañiles y artesanos que constituyeron el gremio hasta la época de Cristóbal Wren, y por *masones especulativos* los individuos de la Orden tal como está hoy constituida. A pesar de las adulteraciones de los intérpretes, se trasluce el significado original de las palabras atribuidas a Jesús: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella». Ya vimos lo que *Pater* y *Petra* significaban para los hierofantes, que transmitían al sucesor la interpretación trazada sobre tablas de piedra en la iniciación final. Una vez conocido el misterio de estas tablas, que le revelaban el misterio de la creación, el iniciado se convertía en *constructor*, pues ya estaba familiarizado con el *dodecaedron* o figura geométrica que sirvió de módulo a la construcción del universo. A lo aprendido en los anteriores grados de iniciación acerca de las reglas arquitectónicas, añadíase entonces el empleo de la cruz, cuyos equiláteros y simétricos brazos simbolizaban la planta del templo espiritual, y cuya intersección representaba, según Pitágoras, el punto primordial, el elemento de toda existencia, la primera idea concreta de la Divinidad. Desde aquel momento era ya *maestro constructor* (NOTA: San Pablo: I *Corintios*, III. 10. FINAL NOTA) y podía levantar el templo de sabiduría sobre la *Petra* y permitir que otro lo erigiese sobre tan firme cimiento.

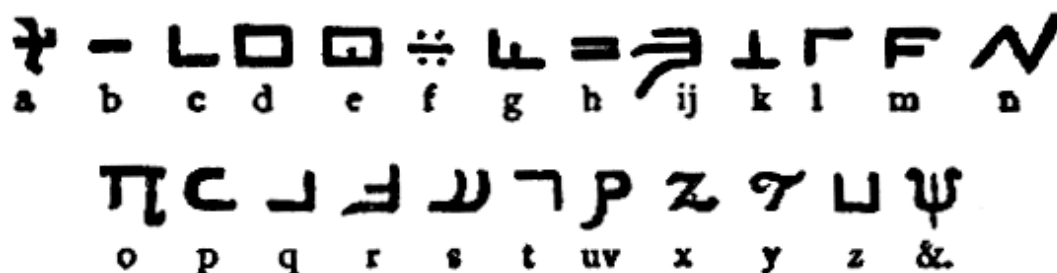
Las insignias del hierofante egipcio eran una escuadra y un capacete cuadrado (NOTA: En esto descubrimos la analogía con la indumentaria ritualística de los masones modernos. Los sacerdotes armenios todavía llevan estos capacetes. FINAL NOTA), sin las cuales no podía presentarse en ceremonia.

La tau perfecta, formada por el brazo vertical (NOTA: Emblema del espíritu o rayo masculino descendente. FINAL NOTA), el brazo horizontal (NOTA: Emblema de la materia o rayo femenino. FINAL NOTA) y el círculo mundanal, era atributo de Isis, que al morir un iniciado se colocaba sobre el pecho de su momia. Resulta, por lo tanto, muy extemporánea la pretensión de que la cruz es símbolo genuinamente cristiano, pues ya Ezequiel marca con la tau la frente de los hombres de Judá (NOTA: *Profecía de Ezequiel*, IX, 4. FINAL NOTA). Los antiguos hebreos trazaban la tau en esta disposición: ✚; pero en los jeroglíficos egipcios aparece trazada en esta otra o sea idéntica a la cruz cristiana: †. En el *Apocalipsis* vemos también que el «Alfa y Omega» (NOTA: Emblema del espíritu y materia. FINAL NOTA) traza el Nombre del Padre en la frente de los electos (NOTA: San Juan: *Apocalipsis*, VII, 3. FINAL NOTA).

Por otra parte, el *Sincerus Renatus* (NOTA: El converso *sincero* de S. Richter, Berlín, 1714. FINAL NOTA) dice que las reglas dictadas para el régimen de los «Rosacruces de Oro» ofrecían pruebas inequívocas de la intervención jesuítica.

Expondremos primeramente el sistema cifrado de los «Soberanos Príncipes Rosacruces» (NOTA: Llamados también Caballeros de San Andrés, Caballeros del Aguila y del Pelicano, Rosa Crucis, Rosa Cruz, Triple Cruz, Hermanos perfectos, Príncipes masones, etc. Los rosacruces también se atribuyen origen templario del año 1314 (Véase: Yarker: *Notas sobre los misterios de la antigüedad*, 153). FINAL NOTA).

CLAVE DE LOS S.: P.: R.: C.:



CLAVE DE LOS CABALLEROS ROSA CRUZ DE KILWING

0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	10	11	12	13	14	15	16	17	
a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	ba	(o)	k	kb	kc	kd	ke	kf	kg	kh
18	19	20	30	40	50	60	70	80	90	100	200	300	400	500	600	700	800	900	
ki	kj	ck	dk	ek	fk	gk	hk	ik	jk	l	cl	dl	el	fl	gl	hl	il	jl	m

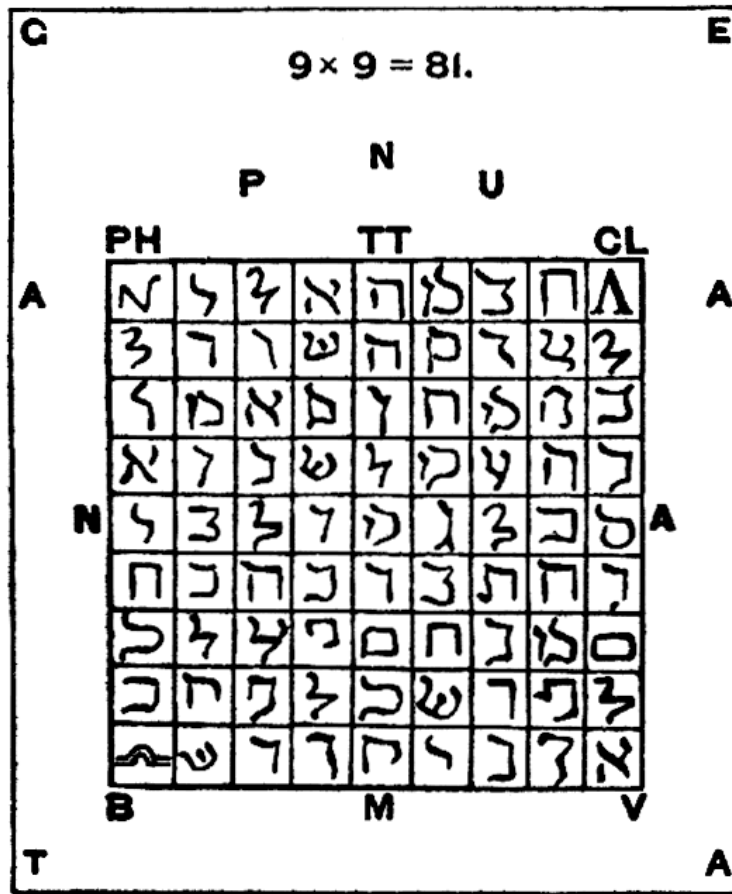
CLAVE DE LOS CABALLEROS KADOSH

(NOTA: Llamados también del Aguila negra y blanca, y Gran Templario Electo. FINAL NOTA)

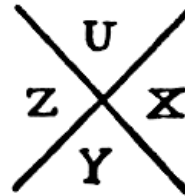
70	2	3	12	15	20	30	33	38	9	10	40	60	80	81	82	83	84	85	86	90	91	94	95
a	b	c	d	e	f	g	h	i	k	l	m	n	o	p	q	r	s	t	y	v	x	y	x

JEROGLÍFICO DE LOS CABALLEROS KADOSH

(NOTA: Este jeroglífico está tomado del hebreo y probablemente es el que más parentesco tiene con la Biblia cadesima del templo (Véase el libro segundo de los *Reyes*. cap. XXIII, 7 y 13, texto hebreo): En la ceremonia de recepción del grado de Kadosh pronuncia el orador un discurso acerca de la tradicional continuación de la masonería a través de Moisés, Salomón, los esenios y los templarios. La referida cita del libro segundo de los *Reyes* dará a entender log caballeros Kadosh de fe cristiana qué clase de templo significaban sus antecesores en esta genealogía. FINAL NOTA)



AB	CD	EF
GH	JL	MN
OP	QR	ST



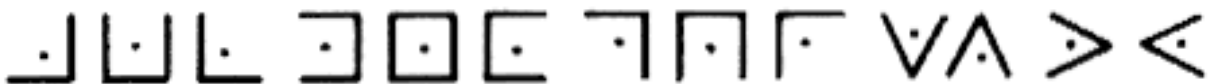
El alfabeto de esta clave tiene veintiséis letras divididas en dos series de trece, como sigue:

1.ª serie:

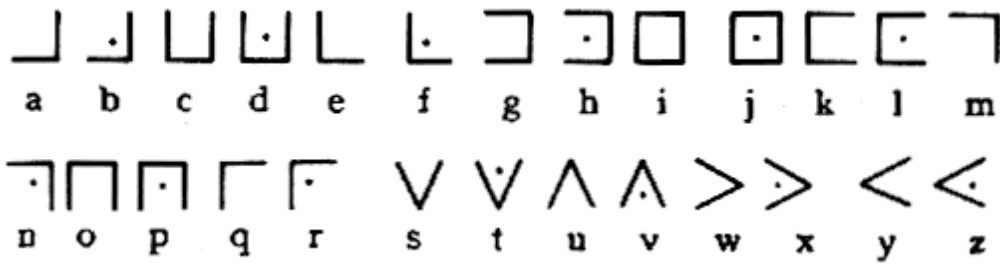


Estos mismos signos con un punto interior componen la

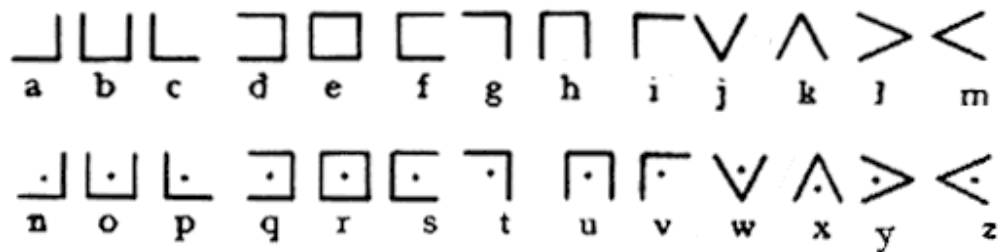
2.ª serie:



Hay dos procedimientos criptográficos para usar esta clave. Consiste el primero en alternar los signos uno sin punto y otro con él \cdot , de modo que correspondan a las veintiséis letras del abecedario inglés, conviene a saber:



El segundo procedimiento consiste en corresponder los trece signos impuntuados de la primera serie con las trece primeras letras hasta la *m* inclusive; y los trece signos puntuados con las trece letras restantes (de la *n* a la *z*).



Aleccionados indudablemente por sus expertos tutores, los jesuítas, perfeccionaron más tarde los masones del Arca Real su clave con la adición de signos correspondientes a la notación ortográfica y fonética, entre los cuales tenemos los siguientes:



Basta con lo expuesto (NOTA: Podríamos dar la clave de otros procedimientos criptográficos, por ejemplo, el de los masones del Arca Real, cuyos signos se parecen muchísimo a ciertos caracteres indos; el del G. .: El .: de la Ciudad Mística; la escritura devanagárica de los egiptólogos franceses; la del «Sublime Maestro de la Obra Magna», y otros procedimientos; pero nos abstenemos por la única consideración de que algunas ramas laterales de la masonería azul prometen realizar labor útil en tiempos por venir. Respecto a las demás, caerán en la sima del olvido. Los masones de grado superior comprenderán el sentido de nuestras palabras. FINAL NOTA). Ahora hemos de aducir algunas pruebas demostrativas de que el nombre de Jehovah, tan querido de los masones, podrá substituir pero nunca reemplazar al admirable Nombre perdido. Los cabalistas saben esto perfectamente, y en su secreta etimología del nombre יהוה demuestran concluyentemente que es uno de los muchos sucedáneos del verdadero Nombre, y resulta de la combinación de *Iod*, *Vau* y *Heva* o sea el nombre del primer andrógino (Adán) y de la serpiente femenina, símbolo de la divina Inteligencia emanada del Espíritu creador (NOTA: Véase: *Levi: Dogma y ritual de la alta magia*, I. FINAL NOTA).

Por consiguiente, no puede ser Jehovah en modo alguno el Nombre inefable. Si Moisés hubiese comunicado a Faraón el *verdadero* Nombre, no se hubiera resistido a la intimación, pues por una parte, los reyes de Egipto estaban iniciados y conocían dicho

Nombre tan bien como quien de ellos lo había aprendido, y por otra parte, el Nombre era en aquellos tiempos común posesión de todos los adeptos del mundo (NOTA: El Faraón coetáneo de Moisés no podía desconocer este Nombre, porque lo mencionaba el *Libro de los muertos*. FINAL NOTA). Pero Moisés, según el texto literal del Éxodo, habla a Faraón en nombre de *Yeva* (NOTA: Modalidad exotérica del divino Nombre empleada por los targumes, equivalente a Heva o aspecto femenino de Jehovah-Binah. FINAL NOTA), y de aquí que el monarca responda:

¿Quién es el Señor (*Yeva*) para que obedezca a su voz? (NOTA: *Éxodo*, V, 2. FINAL NOTA).

La forma nominativa de Jehovah empezó a usarse desde la innovación masotérica, cuando temerosos los rabinos de perder las claves de su doctrina, compuestas hasta entonces exclusivamente de consonantes, interpolaron entre ellas puntos representativos de las vocales. Pero los rabinos desconocían por completo la recta pronunciación del Nombre, y en consecuencia le dieron la fonética de *Adonah* y la gráfica de *Ja-ho-vah*, que resultó de esta suerte una adulteración del santo y verdadero Nombre. Ciertamente que los rabinos no podían por menos de ignorar la recta pronunciación, pues tan sólo el sumo sacerdote le conocía y comunicaba poco antes de morir a su sucesor, como es también ley entre los brahmâtnas de la India. Únicamente una vez al año, en la fiesta de la expiación, podía el sumo sacerdote pronunciar muy quedo el Nombre tras el velo del íntimo recinto del santuario.

La cruel persecución emprendida contra los cabalistas que conocían el sagrado Nombre en premio de toda una vida de santidad, tuvo por causa la sospecha de que abusaban de su virtud (NOTA: Ya vimos como Simeón-ben-Iochai fue víctima de este precioso conocimiento y cuán inmerecidos fueron los malos tratos que se le dieron. FINAL NOTA).

El *Libro de Jasher* (NOTA: En opinión de un sabio rabino de Nueva York, este libro se publicó en España en el siglo XII, con carácter de leyenda popular, sin la aprobación del «Colegio rabínico» de Venecia. FINAL NOTA) abunda en alegorías cabalísticas, alquímicas y mágicas (NOTA: Como ocurre en la mayor parte de leyendas, consejas y cuentos populares. La colección de cuentos publicada por el Dr. G. W. Dasent con el título: *Los normandos en Islandia*, encierra la clave del primitivo culto religioso de aquel pueblo. FINAL NOTA), y resume compendiadamente el *Antiguo Testamento* tal como lo tenían los samaritanos, esto es, el *Pentateuco* sin los libros de los profetas. Aunque los rabinos ortodoxos repudian el *Libro de Jasher*, parece que es anterior a la *Biblia* mosaica (NOTA: Prueba de ello es que los libros canónicos de Josué y primero de los Reyes y la profecía de Isaías aluden al *Libro de Jasher*. FINAL NOTA), de la propia suerte que los *Evangelios* apócrifos precedieron a los canónicos. Tanto el *Libro de Jasher* como los *Evangelios* apócrifos son una compilación de leyendas religiosas abundantes en milagros, cuya descripción no tiene congruencia alguna con la cronología ni el dogma.

En ningún otro libro aparece tan clara la diferencia entre los conceptos de Elohim y Jehovah, pues de este último tiene el *Jasher* el mismo que tuvieron los ofitas, es decir, que lo considera como emanación de Ilda-Baoth o Saturno. Según el *Jasher*, Faraón pregunta a los magos de su corte: «¿Quién es el de quien Moisés dice: *Yo soy quien soy?*». Y los magos responden: «Sabemos que el Dios de Moisés es el Hijo del Sabio, el Hijo de antiguos reyes» (NOTA: *Libro de Jasher*, cap. LXXIX, 45.— El sobrenombre de «Hijo de viejos reyes» dado a Jehovah en este pasaje ofrece notable analogía con el título de «Hijo de rey» que los saurias de la India (secta del jainismo) confieren a Brahmâ, de quien dicen que es *devata*, pero le niegan poder creador (Véase la obra: *Investigaciones asiáticas*, IX, 279). FINAL NOTA).

Ahora bien; quienes opinan que el *Libro de Jasher* es una leyenda compilada en el siglo XII, debieran explicar la anomalía de que en los libros canónicos no aparezca la pregunta de Faraón a los magos y sí la respuesta, según demuestran los pasajes siguientes:

Los príncipes de Tanis son necios. Los consejeros sabios de Faraón dieron un consejo necio. ¿Cómo diréis a Faraón: Yo soy hijo de sabios, hijo de reyes antiguos? (NOTA: *Isaías, XIX, II. FINAL NOTA*).

Y paráronse el sol y la luna hasta que el pueblo se vengase de sus enemigos. Por ventura ¿no está escrito esto en el Libro de Jasher? (NOTA: *Josué, X, 13. FINAL NOTA*).

Y mandó que enseñasen el arco a los hijos de Judá, como está escrito en el Libro de Jasher. (NOTA: *II Reyes, I, 18. FINAL NOTA*)

De esto se infiere por otra parte, que Jasher debió florecer antes de Josué y que le tuvieron los hebreos por autoridad en materia religiosa, por más que el actual *Libro de Jasher* sea tan sólo resumida y extractada copia del original y consideremos el *Pentateuco* como el primitivo asiento de los anales hebreos.

De todos modos, Jehovah no es el Anciano de los ancianos a que alude el *Zohar*, pues este tratado nos lo representa pidiéndole consejo a Dios para crear al hombre, y así dice:

El Constructor habló al Señor y le dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen» (NOTA: *Zohar, I, 25. FINAL NOTA*).

Jehovah es tan sólo el Metratón, uno de los eones pero no el superior, ni tampoco cabe identificarlo con la entidad llamada *Memro* (Palabra) por Onkelos ni con el *Jahve* יהוה, el Ser supremo.

La enmarañada confusión de los nombres divinos derivó del sigilo en que los primitivos cabalistas mantuvieron el verdadero y de las cautelosas precauciones adoptadas por los alquimistas y ocultistas medioevales para salvar la vida. Por esto identificó el vulgo a Jehovah con el único y supremo Dios. Los ancianos de Israel y los profetas y rabinos de exquisita erudición distinguían entre ambos conceptos; pero como la diferencia de los nombres era de fonética y la pronunciación del verdadero acarrearba la muerte, ningún iniciado se atrevía a comunicarlo al vulgo. De esta suerte, la divinidad sinaítica se identificó andando el tiempo con «Aquel cuyo nombre conocen tan sólo los sabios».

En la traducción bíblica de Capellus se lee:

Quienquiera que pronunciare distintamente el nombre de Jehovah, sufra pena de muerte.

Este pasaje contiene dos considerables errores. Por una parte, si Jehovah representa aquí la Divinidad, ya masculina, ya andrógina, está de más la *h* final que da terminación femenina al nombre, equivalente en esta forma al de Binah o tercera emanación. Por otra parte, traduce Capellus la palabra *nokeb* por *pronunciar distinta o claramente*, cuando su recto significado es *pronunciar correctamente*. Resulta, en consecuencia, que el bíblico nombre de Jehovah es el de una Potestad que en el concepto exotérico substituyó al del supremo Dios.

Entre los muchos errores de traducción del *Levítico*, señala Cahen el que debidamente corregido denota que la prohibición no se refería en modo alguno al exotérico nombre Jehovah, que como los demás nombres equivalentes (NOTA: *Shaddai, Sabaoth, etc. FINAL NOTA*) podía pronunciarse impunemente.

La defectuosa versión del texto dice:

Y quien blasfemare el nombre del Señor, sea condenado a muerte (NOTA: *Levítico, XXIV, 16. FINAL NOTA*).

Pero Cahen lo traduce fielmente, diciendo:

Y el que blasfemare el nombre del Eterno, morirá (NOTA: Cahen: *Biblia hebrea*.— El concepto del Eterno es más elevado que el del «Señor» personal y exotérico. FINAL NOTA).

Los símbolos de los israelitas, como los de las naciones gentiles, estaban siempre directa o indirectamente relacionados con el culto del sol. El exotérico Jehovah bíblico es *dual*, a semejanza de las divinidades gentílicas, por más que David, opuesto a la ley mosaica, glorifique al Señor diciendo que es Dios de dioses. Para nosotros, el «Señor Dios de Israel» merece la misma consideración que Brahmâ, Zeus y otras divinidades subalternas, pero no reconocemos en él al Dios de Moisés ni al «Padre» de Jesús ni el «Nombre» inefable de los cabalistas. Jehovah es probablemente uno de los elohimes, uno de los constructores que intervinieron en la *formación* (no creación) del universo, valiéndose para ello de la preexistente materia; pero no es ni pudo ser la incognoscible Causa que creó (*bara*) en la noche de la eternidad. Los elohimes forman y bendicen primero para después *destruir y maldecir*. Como Jehovah pertenece al orden de los elohimes, es alternativamente benéfico y maléfico, que primero castiga y después se arrepiente. Es el contratipo de Esaú y Jacob, los mellizos que simbolizan el principio dual de la Naturaleza. Así es que Jacob, por otro nombre Israel, es la columna de la izquierda, el aspecto femenino de Esaú o principio masculino y columna de la derecha. Cuando Jacob lucha con el Señor Malach-Iho se transmuta éste en la columna de la derecha y Jacob le llama Dios (NOTA: *Génesis, XXXII, 28 y 30. FINAL NOTA*), aunque los intérpretes de la Biblia le hayan relegado a la categoría de ángel del Señor. Jacob le vence, como la materia suele vencer al espíritu, pero sale de la lucha con el muslo dislocado.

El nombre de Israel significa el que lucha con Dios, y se deriva de Isaral o Asar, el dios solar llamado asimismo Suryal, Suriay y Sur. El sol que «asciende sobre Jacob-Israel equivale al dios solar Isaral que fecunda la materia, simbolizada en el femenino Jacob. Como de costumbre, esta alegoría tiene varios significados cabalísticos. También Esaú o Asu simboliza el sol, y como el «Señor», lucha con Jacob y queda vencido. El dios solar lucha primero contra él y después se eleva sobre él en señal de alianza, según se infiere del siguiente pasaje:

Y salióle el sol luego que pasó de Fanuel; mas iba cojeando de un pie (NOTA: *Génesis, XXXII, 31. FINAL NOTA*).

Jacob-Israel, en contraposición a su hermano Esaú, toma el nombre de Samael, cuyos homónimos son Azazel y Satán (NOTA: *Que significa el oponente. FINAL NOTA*).

Si se arguyera que Moisés desconocía la cosmogonía indoísta y no pudo tomar al regenerador y destructor Siva por modelo de su Jehovah, habríamos de admitir que todas las naciones dieron por maravillosa intuición a su divinidad exotérica el aspecto dual que vemos en el «Señor Dios de Israel». Todas estas fábulas mitológicas son de por sí suficientemente significativas. Osiris, Jehovah y Siva simbolizan por excelencia el principio activo de la Naturaleza, las fuerzas que presiden la transformación de la materia, la vida y la muerte que perpetuamente construyen y destruyen bajo la continuada influencia del anima-mundi, alma universal o invisible y omnipotente e inmutable Espíritu que preside la correlación de fuerzas siempre en armonía con la inmanente ley del universo. La Vida espiritual es el primordial principio *superior*; la Vida física es el primordial principio inferior; pero ambas son una sola vida en síntesis dual. Cuando el Espíritu se desliga por completo de la ilusión para restituirse a su originaria Causa, puede, si quiere, vislumbrar la eterna Verdad. Pero hasta entonces no forjemos ídolos a nuestra semejanza ni confundamos las sombras con la inextinguible Luz.

Grave error de nuestro siglo ha sido comparar la valía respectiva de las viejas religiones y mofarse de la Kábala y otras doctrinas tildadas de supersticiosas. Pero la verdad es todavía más sorprendente que la ficción, y al aplicar este aforismo al caso presente vemos que la sabiduría de las épocas arcaicas o la doctrina secreta de la Kábala oriental no se extinguió con los filoleteanos de la escuela ecléctica, pues todavía tiene la gnosis muchos aunque desconocidos fieles.

Antes de Mackenzie mencionaron otros autores las hermandades secretas, y la circunstancia de que se las tomara por ficciones noveleras contribuyó a que los adeptos mantuviesen más fácilmente el incógnito. Hemos conocido personalmente a varios de estos adeptos que muy a su gusto habían conversado con escépticos que, sin sospechar quién fuese su interlocutor, negaban la existencia de las logias y comunidades a que aquellos pertenecían y se burlaban de las facultades en cuyo uso estaban de generación en generación durante tantos siglos.

Algunos de dichos adeptos se entremezclan con los grupos de viajeros excursionistas, y hasta fines del feliz reinado de Luis Felipe los camareros y comerciantes de París les llamaban «nobles extranjeros», creídos de que eran boyardos, nabaes indos o margraves húngaros que visitaban la capital del mundo civilizado para admirar sus monumentos y gozar de sus diversiones. Sin embargo, hay observadores que llevan lo que el mundo llama su *chifladura* al extremo de relacionar la presencia en París de estos misteriosos huéspedes con acontecimientos políticos que poco después ocurrieron, como por ejemplo, la notable coincidencia de que la revolución del 93 estallase a poco de haber estado en París unos «nobles extranjeros» que llamaron la atención pública por sus «sobrenaturales dotes» y místicas doctrinas. Pero los St. Germain y Cagliostros de este siglo siguen distinta táctica, porque les aleccionaron las diatribas y persecuciones del pasado.

Hay hermandades secretas que no se relacionan con los sedicentes países civilizados y mantienen oculta en su seno la secular sabiduría. Estos adeptos podrían si quisieran atestiguar su incalculable antigüedad de origen con documentos comprobatorios que esclarecerían muchos puntos oscuros de la historia, así sagrada como profana; pero si los Padres de la Iglesia hubiesen conocido las claves de los escritos hieráticos y el significado de los simbolismos egipcio e índico, seguramente que no escapara a la mutilación ningún monumento antiguo, aunque la casta sacerdotal tuvo buen cuidado de anotar en sus secretos anales jeroglíficos todo cuanto con ellos se relacionaba. Estos anales se conservan todavía, por más que no sean del dominio público, y contienen el historial de monumentos desaparecidos para siempre de la vista de los hombres.

De cuarenta y siete tumbas reales que según los anales sagrados existen en las cercanías de Gornore, tan sólo se tenía pública noticia de diez y siete, según refiere Diodoro de Sicilia que visitó aquel paraje unos sesenta años antes de J.C. No obstante esta prueba *histórica*, podemos asegurar que todavía existen todas las tumbas, y a su número pertenece la descubierta por Belzoni en las montañas areniscas de Biban-el-Meluk. Los monjes coptos, de índole superior a los de otros ritos cristianos, cuyos solitarios monasterios están esparcidos por el desierto de Libia, conocen la existencia de estas tumbas; pero por razones que no nos incumbe apuntar, mantienen el secreto, aunque alguien crea que su hábito es disfraz de ocultas intenciones, más fáciles de llevar a cabo en aquellos desiertos parajes rodeados de tribus musulmanas. Sin embargo, los monjes griegos de Jerusalén y los peregrinos que anualmente acuden por Pascua de Resurrección a visitar el Santo Sepulcro, tienen a los monjes coptos en mucha estima, y es fama que cuando éstos se hallan presentes en la ceremonia, desciende milagrosamente de veras el fuego del cielo atraído por sus plegarias (NOTA: Los monjes griegos atraen durante la noche de Pascua el fuego sagrado, que a su evocación desciende de la bóveda de la capilla y revolotea en torno del Sepulcro en forma de lengua de fuego, hasta que los miles de peregrinos encienden en él sus cirios. FINAL NOTA).

«Por la violencia se ha de alcanzar el reino de los cielos, y por la violencia lo alcanza el fuerte». Muchos aspiran a entrar en el sendero que conduce a las secretas hermandades, y como la mayor parte se ven contrariados en su intento, se consuelan de la negativa diciendo que no hay tales hermandades. De los pocos admitidos fracasan las dos terceras partes en la prueba, pues la generalidad de los hombres no pueden resistir el rigor de la séptima regla constitucional de los legítimos rosacruces, de común aplicación a todas las hermandades secretas, según la cual «el rosacruz se ha de hacer por sí mismo sin que nadie lo haga».

Pero no se crea que los candidatos fracasados en la prueba vayan a divulgar lo poco que se les enseñara, como hacen algunos masones, pues saben muy bien cuán difícil les fuera el intento. Así es que las hermandades secretas proseguirán su labor sin replicar palabra a quienes nieguen su existencia, hasta que les llegue la oportunidad de rasgar el velo para mostrarse abiertamente dueñas del campo.

CAPÍTULO XXIV

Todas las cosas están gobernadas en el seno de esta Triada.

LIDO, *De Mensibus*, 20

Tres veces giran los cielos en su eterno eje.

OVIDIO, *Fast*, IV

Y dijo Balaam a Balak: Edificame aquí *siete* altares y prepara *siete* becerros y siete carneros.

Números, XXIII, I

Todas las criaturas que me han ofendido quedarán anegadas en *siete* días por un diluvio; pero tú te salvarás en un arca milagrosamente construida. Así, toma *siete* varones justos con sus mujeres y parejas de todos los animales, y entra en el arca sin temor, porque entonces verás a Dios cara a cara y obtendrán respuesta todas tus preguntas.

Bagavâta Purâna

Raeré de la haz de la tierra al hombre... Y estableceré mi alianza contigo... Entra tú y toda tu casa en el arca... Porque pasados aún *siete* días yo lloveré sobre la tierra.

Génesis, VI, 7 y 18; VII, 1 y 4

La Tetraktys no sólo era venerada por contener en sí todas las sinfonías, sino porque en ella radica la naturaleza de todas las cosas.

THEOS. DE ESMIRNA, *Mathem*, 147

Mal cumpliríamos nuestra labor si en el curso de esta obra no hubiésemos demostrado la identidad de mitos cósmicos, símbolos y alegorías en que se basan el judaísmo, gnosticismo, cristianismo y masonería cristiana, pero cuyo significado tan sólo pueden comprender acabadamente quienes posean la clave original.

Demostremos ahora cuán erróneamente interpretaron estos símbolos, mitos y alegorías los especuladores que de ellos se valieron para componer sus en la forma distintos y en el fondo idénticos sistemas. Esta demostración no sólo aprovechará al lector, sino que vindicará a los antiguos, cuyo genio merece el respeto del linaje humano. Procedamos, pues, a cotejar los mitos bíblicos con los de las sagradas Escrituras de otras naciones para distinguir entre los originales y las copias.

Tan sólo hay dos sistemas que debidamente explicados sirvan a nuestro propósito. Estos sistemas son: el indoísta expuesto en los *Vedas* y el hebreo resumido en la *Kábala*. Los *Vedas* ofrecen mitos más grandiosa y filosóficamente concebidos, al paso que la *Kábala* los remeda de los persas y caldeos, aunque adaptándolos al carácter de la nación hebrea, cuya filosofía quedaba tan subyacente en el mito de absurda apariencia, que únicamente los iniciados podían descubrirla. Pero los traductores cristianos de la Biblia trastocaron los mitos en groseras supersticiones, cual jamás imaginaran los filósofos de quienes los cristianos tomaron sus conocimientos. Las quiméricas ficciones del vulgo antiguo, envueltas en fluctuantes sombras y vagarosas imágenes, quedaron plasmadas en personajes vivos por mano de los teólogos cristianos. La fábula alegórica se convirtió en historia sagrada, y el mito pagano se transmutó en revelación divina.

Dice Horacio (NOTA: *Arte poética*. FINAL NOTA) que «los mitos han sido compuestos por los sabios para dar fuerza a las leyes y enseñar verdades morales», al paso que en opinión de Euhemereo entrañan la historia de reyes y héroes divinizados

posteriormente por la admiración de las gentes. Este último criterio prevaleció en el dogmatismo cristiano al representar los mitos en personajes de carne y hueso. Sin embargo, se muestran contrarios a esta personificación los filósofos más insignes de la antigüedad, entre ellos Platón, Sócrates, Empedocles, Plotino, Porfirio, Proclo, Orígenes y aun el mismo Aristóteles, quien afirma que la antiquísima tradición transmitida a la posteridad en forma de mitos, nos enseña que las fuerzas naturales pueden considerarse como *potestades divinas*, puesto que la Divinidad anima la Naturaleza toda; pero que todo lo demás se superpuso posteriormente para dárselo a entender al vulgo, muchas veces con el siniestro propósito de mantener leyes favorecedoras de intereses bastardos. Los cuentos de hadas no están únicamente en labios de abuelas y nodrizas. La humanidad en peso, con excepción de los pocos que en toda época comprendieron su verdadero significado, escuchó infantilmente estos cuentos para transformarlos después en símbolos sagrados de que derivaron las religiones cultuales.

Pero procedamos en este asunto con todo el orden que consientan los sucesivos cotejos, y empecemos por el *Génesis*, de cuyos mitos nos darán el verdadero significado las tradiciones indoístas y hebreas.

Según la historia sagrada, Dios creó el mundo en seis días y el séptimo descansó. De aquí el precepto de la santificación del séptimo día, cuya rígida observancia tomaron los cristianos del sábado indoísta, aunque alterando el día de descanso que fue el primero en vez del último de la semana.

Todos los sistemas místico-religiosos están basados en números. Según Pitágoras, la Mónada o unidad engendra la duada, y con ella forma primero la triada y después el cuaternario *Arba-il*, cuyo místico conjunto constituye el número siete. Los números sagrados principian en el UNO y terminan en el *cero*, símbolo del infinito e ilimitado círculo del universo. Todos los números intermedios, sea cual sea su combinación y multiplicación, representan ideas filosóficas, desde el impreciso bosquejo hasta la acabada definición de los fenómenos físicos y morales. Son los números la clave de los antiguos conceptos cosmogónicos en su más amplio sentido, esto es, que comprenden la evolución integral de la especie humana y de todos los seres de la Naturaleza.

El número *siete* es indudablemente de origen indo, y siempre se le tuvo por el más sagrado. Los filósofos arios subordinaron hechos, ideas y lugares al número siete, y así tienen:

Los *siete* rishis o sabios que simbolizan las siete primitivas razas diluvianas, llamadas por algunos postdiluvianas.

Los *siete* lokas o mundos, entre superiores e inferiores, de donde procedieron respectivamente los siete rishis y a donde volvieron antes de alcanzar la bienaventuranza final (moksha) (NOTA: Un *Rishi* es lo mismo que un Manú. Los diez prajapatis o hijos de Viradj, llamados respectivamente Maritchi, Atri, Angira, Pôlastya, Pulaha, Kratu, Pracheta, Vasishta, Brighu y Narada, son potestades personificadas cuya equivalencia nos dan los sephirotes cabalísticos. De los diez prajapatis emanan los siete rishis o manus, cuyo jefe surgió por sí mismo del Increado. Este jefe o caudillo de los rishis es símbolo del hombre y equivale al Adán de barro. Sus hijos, los otros seis manús o rishis, representan cada uno una nueva raza humana, y colectivamente la humanidad a través de sus siete etapas de evolución. FINAL NOTA).

Los *siete* kulas o castas (NOTA: Las brahmanes pertenecen por derecho consuetudinario a la casta superior. En tiempos antiguos, cuando los brahmanes estudiaban mucho más que ahora, decían que las seis razas anteriores a la nuestra desaparecieron del todo; pero en la actualidad enseñan que de la total destrucción se salvó un hombre que alcanzó la actual *séptima* etapa, por lo que los brahmanes son semejanzas del Manú celeste, salidos de la boca de Brahmâ, mientras que los sudras salieron de sus pies. FINAL NOTA).

Las *siete* ciudades santas (*sapta puras*).
Las *siete* islas sagradas (*sapta dwipa*).
Los *siete* mares sagrados (*sapta samudra*).
Las *siete* montañas sagradas (*sapta parvata*).
Los *siete* desiertos (*sapla arania*).
Los *siete* árboles sagrados (*sapla vruksha*).

En la magia caldea ocupa el número siete tan preferente lugar como entre los indos y se le considera bajo dos aspectos, benéfico o maléfico, según las condiciones. Así vemos en las tablillas asirías, tan fielmente interpretadas hoy día, el siguiente conjuro:

Tarde de mal agujero, región del cielo que produces desgracias...
Mensajero de peste.
Deprecantes de Ninkigal.
Los siete dioses del vasto cielo.
Los siete dioses de la vasta tierra.
Los siete dioses de las refulgentes esferas.
Los siete dioses de la legión celeste.
Los siete dioses maléficos.
Los siete fantasmas dañinos.
Los siete fantasmas de llamas maléficas.
Demonio dañino; dañino *alal*; dañino *gigim*; dañino *telal*..., dañino dios; dañino *maskim*.
Recuerda, espíritu de los siete cielos... Recuerda, espíritu de las siete tierras.

Encontramos también el número siete en casi todas las páginas del *Génesis* y en los demás libros del *Pentateuco*, así como en el *Libro de Job* y en la *Kábala* caldea. Si tan fácilmente lo adoptaron los hebreos no sería a ciegas, sino con completo conocimiento de su oculto significado, y de aquí que también adoptaran las doctrinas de sus vecinos paganos. Por lo tanto, lógico es que indagemos en la filosofía pagana la significación del número siete que reaparece en el cristianismo aplicado a los *siete* sacramentos, las *siete* iglesias del Asia menor, los *siete* pecados capitales, las *siete* virtudes contrarias, las otras *siete* entre teologales y cardinales, etc.

¿Tenían los *siete* colores del arco iris visto por Noé otro significado además de la alianza entre Dios y el patriarca? Al menos para el cabalista tenían un significado inseparablemente unido al de las siete pruebas mágicas, las siete esferas superiores, las siete notas de la escala musical, los siete números de Pitágoras, las siete maravillas del mundo, las siete épocas y los siete peldaños masónicos que daban acceso al *Sancta Sanctorum* después de atravesar los pasos perdidos de *tres y cinco*. ¿Qué es, pues, este frecuente número que encontramos en todas las páginas de las Escrituras hebreas y en cada estrofa y dístico de los textos indoístas y budistas? ¿De dónde proceden estos números que animan el pensamiento de Pitágoras y Platón y que ningún orientalista profano ni comentarista bíblico es capaz de desentrañar? Aunque poseyeran la clave no sabrían utilizarla. En parte alguna como en la India se comprende tan bien el místico valor del lenguaje humano y su influencia en las acciones, ni nadie lo explica mejor que los autores de los *Bráhmans*, donde no obstante su remota antigüedad exponen más concretamente las metafísicas y abstractas especulaciones de sus antecesores.

El profundo respeto de los brahmanes por los sacrificios religiosos les mueve a decir que el universo surgió a la existencia a causa de una «palabra sacrificial» pronunciada

por la Causa Primera. Esta palabra es el Nombre inefable de los cabalistas, sobre el que ya hemos discurrido precedentemente.

El secreto de los Vedas, el «conocimiento sagrado», es impenetrable sin auxilio de los *Brâhmanas*. La parte de los Vedas escrita en verso está constituida por los mantras, himnos o plegarias mágicas, cuya clave está en los Brâhmanas, escritos en prosa. Los mantras son puramente sacros, mientras que los Brâhmanas contienen la exégesis teológica con las interpretaciones sacerdotales. Los orientalistas europeos no progresarán substancialmente en la comprensión de la literatura védica hasta tanto que pongan su atención en obras hoy desdeñadas, como los Brâhmanas titulados: *Aitareya* y *Kausîhtaki*, correspondientes al *Rig-Veda*.

A Zoroastro se le llamó *manthran* o cantor de mantras, y según Haug, una de las primeras denominaciones de las Escrituras parsis fue la de *Mânthraspenta*. El poder y valía del brahmán que oficia en el sacrificio del Soma deriva de su pleno conocimiento del lenguaje sagrado (*Vâch*), personificado en Sarasvâti, esposa de Brahmâ y diosa del «conocimiento secreto». Se la representa generalmente montada en un pavo real, de cola en abanico, los ojos de cuyas plumas simbolizan la perpetua vigilancia que ve todas las cosas, es decir, que quien anhele llegar a ser adepto de la «Doctrina Secreta» ha de tener los cien ojos de Argos para ver y entender todas las cosas.

Tal es la razón por que creemos imposible resolver los abstrusos problemas subyacentes en los textos indoístas y budistas sin la previa comprensión del significado esotérico de los números pitagóricos. La eficacia del lenguaje sagrado (*Vâch*) depende de la entonación dada a los mantras por el oficiante, según el número de sílabas, acentuación y metro del verso sagrado. Si lo pronuncia lentamente y con determinado ritmo, producirá un efecto muy distinto del que produzca si lo pronuncia rápidamente y con diverso ritmo. Dice Hatig sobre el particular:

Cada metro poético de los mantras ejerce su respectiva influencia en determinada cosa del mundo visible, a la que, por decirlo así, sirve de exponente ideal. La significativa valía el lenguaje métrico depende del número de sílabas de cada verso, porque todas las cosas (según enseña el sistema pitagórico) están sujetas a determinada proporción numérica. Los metros (*chhandas*), estomas y pristas son tan divinos y eternos como las palabras que contienen. Los primitivos teólogos indos no sólo creyeron en la revelación de la palabra sagrada, sino también en la de las formas fonéticas que habían de asumir estas palabras. Estas formas, en que se encierran las sempiternas palabras védicas, son símbolos expresivos de las cosas del mundo invisible y ofrecen varios puntos de semejanza con las ideas platónicas.

Este pasaje de un autor que no milita en nuestro campo atestigua una vez más la identidad fundamental de la doctrina subyacente en todas las religiones. Por ejemplo, el metro *gâyatri* consta de veinticuatro sílabas en tres cesuras de ocho y se le considera como el más sagrado metro. Es el metro de Agni, dios del fuego, y suele simbolizar al mismo Brahmâ, el supremo Creador que hizo al hombre a su imagen y semejanza.

Dice Pitágoras:

El número ocho, por otro nombre *octada*, es el cubo primordial, es decir, que está cuadrado por todas sus caras como un dado, de cuya base proceden dos y aun siete números. *Así es el hombre un cuadrado cuádruple o cuadrado perfecto* (NOTA: Este pasaje resulta algún tanto obscuro y embrollado si atendemos a los ordinarios cánones de la ciencia geométrica, pues el cubo o exaedro consta de seis y no de ocho caras, como parece inferirse del pasaje. Pero a nuestro entender y salvo la mejor opinión de los ocultistas, el número ocho es elemento componente del exaedro pues ocho son los ángulos triedros de que consta el exaedro. En cuanto a la procedencia de los números dos y siete desde la base del cubo, puede interpretarse en el sentido de considerar las caras dos a dos o de considerar las seis,

más el exaedro en conjunto, que dan siete, análogamente a lo que sucede con Manú y sus seis hijos.– *El Traductor. FINAL NOTA*).

Claro está que excepto los pitagóricos y cabalistas, nadie comprenderá del todo esta idea, pero a su comprensión puede auxiliar el íntimo parentesco entre los números y los himnos védicos. Los más importantes problemas teológicos están ocultos bajo la alegoría del fuego y el cambiante lengüeteo de sus llamas. La zarza ardiente de la Biblia, el fuego sagrado del mazdeísmo y otras religiones, el alma universal de Platón, el aura ígnea de los rosacruces y el inmortal e inteligente elemento (**NOTA: Llamado Dios por Heráclito, Hipócrates y Parménides. FINAL NOTA**) que penetra todas las cosas, tienen el mismo significado.

Los *Brâhmanas* están silábicamente dispuestos de modo que se corresponden con los números; y según ha demostrado Haug, cada forma fonética es el arquetipo de otra visible en la tierra, de buenos o malos efectos. El lenguaje sagrado puede salvar la vida, pero también dar la muerte, y sus virtudes son tan sólo conocidas del adepto (*dikshita*) iniciado en los misterios religiosos, que ya nació del todo a la vida espiritual. El *Vâch* o espíritu de los *mantras* es una energía fonética cuyas vibraciones levantan otras análogas, de mayor y más oculta energía. Cada una de estas potestades fonéticas está personificada por su correspondiente entidad en el mundo de los espíritus, y según se ponga en actuación, responderán a ella los espíritus benignos (*dioses*) o los espíritus malignos (*rakshasas*). Con arreglo a las creencias indoístas y budistas, una maldición, una bendición, un voto, un deseo, un mal pensamiento pueden asumir forma visible y manifestarse objetivamente a la vista de su autor o de aquel a quien vayan dirigidos. Toda culpa se encarna, por decirlo así, para convertirse en entidad acosadora de su perpetrador.

Palabras hay cuyas sílabas entrañan tan destructora energía como los proyectiles objetivos, porque cada vibración despierta su correlativa en el invisible mundo del espíritu, con el consiguiente buen o mal efecto. El ritmo armonioso y la dulce melodía de suaves vibraciones establecen un ambiente de benéfica influencia que actúa positivamente en la naturaleza, así psíquica como física de todo ser viviente, y aun reacciona en los que llamamos inanimados, porque la materia es en esencia espíritu, aunque nuestros groseros sentidos no sean capaces de percibirlo.

Lo mismo ocurre con los números. Doquiera que posemos la atención, desde los profetas al *Apocalipsis*, vemos que los autores bíblicos emplean constantemente los números *tres, cuatro, siete y doce*.

¡Y aun hay quien sostiene que los Vedas están copiados de la Biblia! (**NOTA: Para evitar discusiones hemos adoptado el sistema paleográfico de Haug y otros escrupulosos eruditos. Sin embargo, nuestra personal opinión coincide con la de los brahmanes y la de Halhed, traductor de los «Sastras». FINAL NOTA**). Dicen Max Müller y otros orientalistas que el sánscrito, idioma de los Vedas, tenía ya su estructura gramatical completamente establecida mucho antes de que la poderosa corriente emigratoria lo llevase a Occidente; y por lo tanto, de la literatura védica hubieron de derivar los sistemas filosóficos e instituciones religiosas desenvueltas con el tiempo entre los semitas. Precisamente, los números con mayor frecuencia repetidos en esos sublimes cantos a la creación, a la unidad de Dios y a las innumerables manifestaciones de su poder, que se llaman himnos védicos, son el *uno*, el *tres* y el *siete*.

Escuchemos lo que dice el himno de Dirghatamas:

Al que representa todos los dioses. El Dios aquí presente, nuestro bendito patrón, nuestro sacrificador, tiene un hermano que se extiende en pleno aire. Hay un *tercer* hermano a quien rociamos con nuestras libaciones... Le hemos visto dueño de los hombres y armado de *siete rayos* (**NOTA: El dios Heptaktis. FINAL NOTA**).

Siete bridas sirven para guiar un carro de *una* sola rueda del que tira *un* solo caballo que refulge con *siete* rayos. La rueda tiene tres llantas. Es una rueda indestructible, que jamás se desgasta, de la cual penden los mundos.

Algunas veces *siete* caballos arrastran un carro de *siete* ruedas en el que montan *siete* personajes, acompañados por *siete* fecundas ninfas acuáticas.

De un himno al dios Agni entresacamos este otro pasaje:

Surge siempre *uno*, aunque se manifieste en *tres* formas de doble naturaleza (NOTA: **Alude a la naturaleza andrógina. FINAL NOTA**). Los sacerdotes en el acto del sacrificio ofrecen a Dios sus plegarias que llegan al cielo llevadas por Agni.

Esto denota claramente que Agni es para los indoístas un espíritu subordinado al único Dios.

La repetición de los números uno, tres y siete en todas las Escrituras, ¿es mera coincidencia o, como la razón nos dicta, resultado de la derivación de las diversas religiones culturales de una sola y primitiva religión? La respuesta es un *misterio* para el profano; mas para el iniciado es la solución del más sublime problema psíquico-físico, pues exacta y verdaderamente le revela la divinidad del individual espíritu del hombre, que no sólo es emanación del único y supremo Dios, sino que es el único Dios asequible a la débil y desamparada comprensión del hombre, el único Dios que el hombre puede sentir *dentro de sí mismo*. Esta verdad expone claramente el poeta védico al decir:

El Señor dueño del universo y lleno de sabiduría ha entrado en mí, flaco e ignorante, y me ha formado *de Sí mismo* en este lugar (NOTA: **El santuario de iniciación. FINAL NOTA**), donde con la ayuda de la *ciencia* obtienen los espíritus el pacífico goce del *fruto* dulce como ambrosía.

No importa que a este fruto del Arbol del Conocimiento le llamemos manzana o *pippala*, como lo llama el poeta védico, pues simboliza el fruto de la sabiduría esotérica. Nuestro propósito es demostrar que el Sistema religioso de la India es miles de años anterior a las exotéricas fábulas del Edén y del diluvio universal. De aquí la identidad de doctrinas, pues los iniciados en la primitiva fueron con el tiempo fundadores de las escuelas filosóficas de Occidente.

Pero escuchemos otro himno:

Pippala, dulce fruto del árbol donde se posan los espíritus amantes de la ciencia y en el que los dioses obran maravillas. Este es el misterio para quien *no conoce al Padre del mundo*.

El título de estas estancias anuncia que están consagradas a los *Viswadévas* (NOTA: **A todos los dioses. FINAL NOTA**). El que no conozca al Ser a quien canto en *todas sus manifestaciones*, no comprenderá nada de mis versos; pero los que Le conocen no son extraños a esta unión (NOTA: **Alude a la unión y recíproca participación de las partes mortal e inmortal del hombre. FINAL NOTA**).

El ser inmortal está en la cuna del mortal ser. Los dos espíritus coeternos van y vienen por doquiera. Tan sólo algunos hombres conocen a uno sin conocer al otro (NOTA: **Himno de Dirghatamas. FINAL NOTA**).

¿Qué orientalista cuidó de inquirir el verdadero sentido de los precedentes pasajes a pesar de su claridad? ¿Quién será capaz de formar concepto exacto de aquel de quien el *Rig-Veda* dice: «Al Único le da el sabio diversidad de nombres»? Los himnos védicos cantan todas las manifestaciones del Único en la Naturaleza, y los libros sagrados califican

de «puerilidad e insensatez» enseñar el modo de que los seres de sabiduría acudan a instruirnos según se nos antoje. Porfirio dice que «enseñan la liberación de cuanto se relaciona con la tierra... como un vuelo del solo al SOLO».

Max Müller, cuyos discípulos admiten cuanto dice cual si fuera el evangelio de la filología, tiene razón hasta cierto punto cuando al determinar la índole de las divinidades indoístas las califica de «máscaras sin cómico..., nombres sin seres y no seres sin nombres» (NOTA: Müller: *Mitología comparada*. FINAL NOTA). Sin embargo, con esto demuestra Müller el monoteísmo de la religión védica, y mucha duda cabe de que ni el ni sus discípulos lleguen a desentrañar el pensamiento de los arios (NOTA: Sin propósito de discutir ahora el punto referente a las razas nómadas de la «época rhemática», nos creemos con derecho a llamar ario al pueblo de cuyas tradiciones derivaron las Escrituras védicas a pesar de que algunos etnólogos no admiten el nombre de ario para aquel pueblo, fundados en que las tradiciones indostánicas contrarían dicha denominación. FINAL NOTA) sin previo y detenido estudio de esas «máscaras», que les parecerán fantasmas vanos a los materialistas o científicos empeñados en la imposible tarea de conciliar los hechos históricos con sus personales opiniones o con la letra de la *Biblia*. Pero estas autoridades, de indudable prestigio en la ciencia experimental, son y han sido siempre recusables, como inseguros guías, en cualquier otro orden de investigaciones. Los patriarcas bíblicos son tan «máscaras sin cómicos» como los prajâpatis indoístas; y sin embargo, cada supuesto personaje simboliza una idea de la filosofía antigua (NOTA: Sin la explicación de su esotérico significado resulta el *Antiguo Testamento* un revoltijo de fábulas absurdas y, lo que es peor, obscenas. Es muy extraño, por lo tanto, que un tan erudito mitólogo como Max Müller, tenga a las divinidades hinduístas por «máscaras sin cómicos», y a los patriarcas bíblicos por personajes reales. Especialmente de Abraham nos dice (Véase: *Monoteísmo semítico*) que es la segunda figura histórica del mundo. FINAL NOTA). Por lo tanto, ¿quién más a propósito para desentrañar el sentido oculto que los mismos brahmanes y cabalistas?

Negar en redondo la filosofía subyacente en el *Rig-Veda*, equivale a desconocer la religión madre en que late el íntimo pensamiento de los filósofos anteriores a la composición de los *Brâhmanas*. Si las divinidades indoístas son para Müller vanas máscaras, también debe suponer que los autores védicos no serían capaces de descubrir a los actores, y entonces no sólo los tres *Vedas*, que según Müller no merecen este nombre, sino el mismo *Rig-Veda* resulta una baraúnda de palabras sin sentido, porque ningún científico moderno, por erudito que sea, podrá inquirir los significados que no hubiese podido inquirir la sutil y universalmente reconocida sagacidad de los antiguos sabios de la India. Tenía razón Taylor al decir que «la filología no es filosofía».

Resulta muy contrario a la lógica admitir primero un pensamiento subyacente en la obra literaria de una raza, tal vez étnicamente distinta de la nuestra, y negarle después significado filosófico a este mismo pensamiento, tan sólo porque no nos consiente comprenderlo la diversa orientación de nuestro desenvolvimiento mental. Esto es precisamente lo que hacen Müller y su escuela, dicho sea con todo el respeto debido a su erudición. Dice el ilustre orientalista a este propósito:

Nos vemos cara a cara y mente a mente con hombres cuyas ideas no comprendemos todavía a pesar de haber desechado todo prejuicio. No siempre estaremos afortunados en la interpretación, pues muchas palabras, versos y aun himnos enteros del *Rig-Veda* son y han de ser letra muerta para nosotros... Porque, con raras excepciones..., la ideología védica está tan allá de nuestro horizonte mental, que en vez de traducir, sólo nos cabe suponer y conjeturar (NOTA: Müller: *Los Vedas*, p. 75. FINAL NOTA).

Esto equivale a decir que, si bien con cautela y fatiga, podemos seguir las huellas de los autores védicos.

Por otra parte, sólo reconoce Müller verdadero valor al *Rig-Veda*, del que afirma que «es el único importante, el único *Veda* auténtico», y repudia los otros tres por indignos de atención seria, porque contienen «fórmulas de sacrificios, hechizos y conjuros» (NOTA: Müller: *Virutas de un taller alemán*, I, 8. FINAL NOTA). Para Müller, los otros Vedas merecen tanto este nombre como el de *Biblia* el *Talmud*.

Pero se nos ocurre una pregunta muy natural sobre este punto. ¿Conoce algún erudito el oculto significado de las en apariencia absurdas fórmulas de sacrificios, hechizos, conjuros y demás quimeras mágicas del *Atharva Veda*?

Cabe responder que no, si nos apoyamos en la poco antes citada declaración de Max Müller, pues si la ideología védica (NOTA: Suponemos que no incluirá Müller tan sólo el *Rig-Veda* en la ideología védica. FINAL NOTA) cae tan allá del horizonte mental de los eruditos, que en vez de traducir tan sólo les cabe suponer y conjeturar; si los otros tres Vedas, aparte del *Rig*, son «puerilidades y tonterías» (NOTA: Nos parece haber expuesto en otro lugar la opinión contraria a Müller que acerca del *Atharva Veda* defiende el orientalista Whitney, profesor del colegio de Yale. FINAL NOTA), y si los *Brâhmanas*, los Sutras *Yâska* y *Sâyana*, aunque de época más próxima al *Rig*, se presentan a muy frívolas y erróneas interpretaciones, no es posible que ni Müller ni erudito alguno juzguen acertadamente la literatura hinduista. Además, si los autores de los *Brâhmanas* (cuya fecha es la más cercana a la del *Rig*) hubiesen sido, como se les supone, incapaces de otra cosa que de «erróneas interpretaciones», ¿en qué época, en dónde y quiénes compusieron estos grandiosos poemas cuyo místico sentido perdieron las generaciones posteriores? Por lo tanto, si los textos sagrados de Egipto eran ya ininteligibles (NOTA: Bunse: *Egipto*, V. FINAL NOTA) para los escribas sacerdotales de hace cuatro mil años, y si los *Brâhmanas* no son ni más ni menos que pueriles y frívolas interpretaciones del *Rig-Veda*, resultarían los sistemas religiosos de la India y Egipto incalculablemente más antiguos de lo que los mitólogos suponen cautelosamente, y hubieran estado en lo cierto los sacerdotes egipcios, como lo están los brahmanes contemporáneos, al asignar a sus libros remotísima antigüedad.

Jamás admitiremos que los otros tres *Vedas* sean menos valiosos que el *Rig*, ni que el *Talmud* y la *Kábala* sean inferiores a la *Biblia*. El mismo título de *Vedas* (NOTA: Esta palabra significa literalmente *conocimiento*, pues deriva de *veda* (él sabe) tercera persona del singular, cuyo plural es *vidâ* (ellos saben) y es sinónimo de la griega *θεοσέβεια* (usada por Platón al hablar de los magos) y de la hebrea *הַכַּמִּינִים* (*hakamin* o sabios). FINAL NOTA) denota que los compusieron aquellos hombres llamados sabios en toda época y país. Si prescindieramos del *Talmud* y de su antecesora la *Kábala*, nos sería imposible interpretar acertadamente ni una sola palabra de esa *Biblia* tan encomiada a sus expensas. Pero esto es tal vez lo que se proponen sus defensores. Repudiar los *Brâhmanas* equivale a perder la clave del *Rig-Veda*. La interpretación literal de la *Biblia* ha dado ya sus frutos. También los dará la de las Escrituras hinduistas, con la diferencia de que la absurda interpretación de la *Biblia* ha logrado con el tiempo lugar preeminente en los dominios del ridículo, con defensores ciegos a toda luz y refractarios a toda prueba. En cuanto a la literatura llamada pagana, después de algunos años más de inútiles tentativas para descubrir su religioso significado, quedará relegado al limbo de reprochables supersticiones, para que las gentes no oigan hablar más de ellas.

Quisiéramos que se nos comprendiera con toda claridad antes de reconvenirnos por las precedentes observaciones. Ni aun sus propios adversarios dudan de la vasta erudición del famoso catedrático de la universidad de Oxford. Sin embargo, deploramos que tan a la ligera condene lo que, según confesión propia, está más allá de su horizonte mental, pues lo que los *Brâhmanas* disputa por ridículos errores, otros eruditos lo disputan contrariamente.

Dice un antiguo rishi en el *Rig-Veda*:

¿Quién es el supremo entre los dioses? ¿Quién ha de ser el primer loado en nuestros cantos?

Pero Müller toma equivocadamente el interrogativo pronombre personal «¿Quién?» por el nombre de una divinidad, y exclama:

En las invocaciones sacrificiales se le asigna un lugar al dios *Quien*, y se le entonan unos himnos llamados *quienescos*.

¿Fuera menos natural designar a Dios con el pronombre *Quien* que llamarle *Yo soy* con sus correspondientes salmos? ¿Y quién podría asegurar que esto sea error y no expresión premeditada? ¿No sería posible que tan extraño término derivase del reverente temor que impidió al poeta dar nombre propio y concreto a Dios, suprema abstracción de todo ideal metafísico? ¿O no cabe también suponer que el mismo temeroso sentimiento determinara tiempo después a los comentaristas a dejar en manos de la futura humanidad la tarea de antropomorfizar al Desconocido, al *Quién*?

El mismo Müller dice sobre el particular:

Aquellos poetas primitivos pensaban más por sí mismos que por los demás. En su lenguaje procuraban más bien ser fieles a su propio pensamiento que halagar la imaginación de sus oyentes (NOTA: Müller: *Virutas de un taller alemán*, I; *Los Vedas*. FINAL NOTA).

Desgraciadamente, este pensamiento no despierta vibración alguna en las mentes de nuestros filólogos.

Añade Müller en otro pasaje, refiriéndose a los estudiantes del *Rig-Veda*:

Que estudien los comentarios, los *Sûtras*, los *Brâhmanas* y otras obras posteriores a fin de beber en todas las fuentes de información... No deben desdeñar las tradiciones de los brahmanes aun cuando les parezcan evidentes sus errores... No han de dejar inexplorado ni un rincón de los *Brahmanas* ni de los *Sûtras Vâsha* y *Sâyana* antes de que intenten traducirlos... Cuando el investigador haya terminado su obra, deben acabarla y pulirla el poeta y el filósofo (NOTA: Müller: *Los Vedas*. FINAL NOTA).

¡Mal año para el filósofo que haya de seguir los pasos de un filólogo para enmendar sus errores! Curioso fuera ver cómo acogerían los intelectuales europeos a un sabio entre los sabios indos, que tratara de corregir los errores cometidos por cualquier exégeta al deslindar lo aceptable y lo repudiable, lo admisible y lo absurdo en los libros sagrados de la India. Lo que el conclave de científicos europeos (NOTA: Y más particularmente de los alemanes. FINAL NOTA) declarase «errores brahmánicos», seguiría siendo para los teólogos indoístas de Benares y Ceilán tan verdad como para los judíos la interpretación de las Escrituras por Maimónides y Filo Judeo contra las sofisticaciones de Eusebio e Ireneo sancionadas por los concilios. Un teólogo, un filósofo indo, ¿no conocerán la religión e idioma de sus antepasados muchísimo mejor que un erudito inglés o alemán? ¿No tiene un hermeneuta indo la misma autoridad para interpretar las Escrituras indoístas que los rabinos las hebreas? Los traductores y comentaristas indígenas son seguramente más fidedignos que los exóticos. Sin embargo, cabe la esperanza de que el incierto porvenir nos reserve algún erudito europeo que interprete los libros de la religión de sabiduría con acierto bastante para que ningún colega le contradiga.

Entretanto, prescindamos de toda presunta autoridad y estudiemos algunos mitos antiguos, apoyándonos en la interpretación popular y valiéndonos del misterioso número siete, linterna mágica de Trismegisto, para alumbrar nuestro camino. Alguna razón debe de haber para que universalmente haya servido este número de cómputo místico. Todos

los pueblos de la antigüedad colocaron sobre el séptimo cielo la morada del Demiurgo. Así dice el cabalista emperador Juliano:

Si hubiese de hablar de la iniciación en nuestros sagrados Misterios, que los caldeos consagraron al dios de los *siete* rayos cuya veneración exaltaba las almas, diría cosas desconocidas, *muy desconocidas del vulgo*, pero que saben bien los benditos teurgos (NOTA: Juliano: *In Matrem*, 173; *Oratio*, V, 172. FINAL NOTA).

Por su parte expone Lido:

Los caldeos dan a Dios el nombre de Iao, y algunas veces el de *Sabaoth*. Al que está sobre las siete órbitas (NOTA: *Esferas o cielos*. FINAL NOTA) le llaman Demiurgo (NOTA: Lido: *De Mensibus*, IV, 38 y 74.– Véanse también: Mevers, 550; Dunlap: *Saba*, 3. FINAL NOTA).

Es preciso consultar los autores pitagóricos y cabalistas para percatarse de la potencialidad del número siete. Los siete rayos del espectro solar están representados exotéricamente en el dios Heptaktis (el de los siete rayos), y se resumen en *tres* rayos primarios, rojo, azul y amarillo, que forman la trinidad solar y tipifican respectivamente el espíritu-materia y el espíritu-esencia (NOTA: *Conviene advertir que los físicos modernos han observado por fin la primordialidad de los tres rayos o colores fundamentales que se diversifican en los siete del espectro solar. Esto corrobora el científico concepto que los antiguos tenían de las manifestaciones de la invisible Divinidad desdoblada en una trinidad y en un cuaternario*. FINAL NOTA).

Los pitagóricos llamaban al número siete vehículo de vida, como si estuviese dotado de cuerpo y alma; pues, según ellos, el cuerpo humano se compone de cuatro elementos y el alma de tres, conviene a saber: razón, pasión y deseo. Colocaban los griegos la *Palabra* inefable en el *séptimo* y más alto lugar, sobre sus siete substitutas o sucedáneas, correspondientes a los grados de iniciación. Los judíos tomaron el precepto del sábado de los antiguos, que tenían este día por nefasto y estaba consagrado a Saturno. En India, Arabia, Siria y Egipto figuraba ya en los cómputos del tiempo la semana de siete días, que los romanos se asimilaron al conquistar estos países, aunque hasta el siglo IV no quedó del todo substituido por el hebdomadario el cómputo de calendas, nonas e idus. Los nombres astronómicos de los días (NOTA: *Dies Solis* (día del Sol); *dies Luna* (día de la Luna); *dies Martis* (día de Marte); *dies Mercurii* (día de Mercurio); *dies Jovis* (día de Júpiter); *dies Veneris* (día de Vertus); y *dies Saturni* (día de Saturno). FINAL NOTA) prueban que no derivó de los hebreos la semana de siete días. Pero antes de analizar cabalísticamente este número, conviene examinarlo desde el punto de vista del sábado judaico-cristiano.

El *Shabbath* o *Yom-shaba* instituido por Moisés en memoria del descanso del Señor Dios, tras la obra de la creación, era tan sólo, como dice el *Zohar*, un velo para encubrir el verdadero significado. Entonces contaban los judíos y siguen contando ahora numeralmente los días de la semana de esta manera:

Yom-ahad; yom-sheni; yom-shelisho; yom rebis; yom-shaniski; yom-shishi; y yom-shaba. Que equivalen a día primero; día segundo; día tercero; día cuarto; día quinto; día sexto; día séptimo.

La palabra hebrea שבת, consta de las tres letras: *s*, *b*, *o*, y tiene varias acepciones. En primer lugar significa época o ciclo (*shab-ang*). La voz שבת (sábado) quiere decir época antigua y también *descanso* en idioma copto. *Sabe* significa *sabiduría*, *erudición*. Los arqueólogos modernos han descubierto que el término hebreo שבת (*sab*) quiere decir asimismo *cabeza gris*, y por lo tanto, el día de *saba* era aquel en que los «hombres de cabeza gris», o sea

los ancianos de una tribu, se reunían para celebrar los sacrificios (NOTA: *Revista de Westminster; Instituciones septenarias; Lapidación. FINAL NOTA*).

Así que la semana de siete días es el antiquísimo período *Saba* o *Sapta*. Las fiestas lunares de la India demuestran que también en este país se celebraban asambleas semanales. Así como cada fase de la luna determina alteraciones atmosféricas, también ocurren mudanzas en el universo entero, de las que las meteorológicas son las menos importantes. El día *séptimo*, el más poderoso día prismático, se congregan los adeptos de la ciencia secreta, como se congregaban hace miles de años, para actuar de agentes de las ocultas fuerzas naturales (emanaciones del Dios operante) y comunicarse con los mundos invisibles. Los antiguos sabios santificaban el séptimo día, no porque creyeran en el divino descanso, sino porque conocían su oculta influencia. De esto deriva la profunda veneración en que los antiguos filósofos tenían el número siete, que calificaban de «sagrado» y «venerable». La Tetraktis pitagórica, tan respetada por los platónicos, se representaba en forma del cuadrado debajo del triángulo, símbolo este último de la Trinidad comprensiva de la invisible *Mónada* o *Unidad*; pero el nombre de la Tetraktis, por lo sacratísimo, sólo podía pronunciarse en el santuario.

La austera observancia del sábado (NOTA: *El sábado cristiano corresponde al domingo, o día del sol de cada semana. FINAL NOTA*) por los protestantes tiene mucho de tiranía religiosa y su daño excede al beneficio, pues con toda seguridad que no estuvo jamás en el pensamiento de Jesús distinguir dicho día de los otros seis, como así lo demostró con hechos y palabras, aparte de que los primitivos cristianos no guardaban este precepto (NOTA: *La rigurosa observancia del descanso dominical en Inglaterra, data del reinado de Carlos II, quien publicó en 1678 una pragmática prohibitiva de todo trabajo personal y servil en el día del Señor. Los puritanos exageraron el cumplimiento de esta pragmática por animadversión a los papistas. FINAL NOTA*).

Cuando el judío Trifón reconviene a los cristianos porque no guardaban el sábado, le responden los reconvenidos:

La nueva ley os mandará guardar un sábado perpetuo. Vosotros imagináis que sois religiosos, después de pasar un día en la ociosidad; pero el Señor no se satisface con esto. Si el perjurio y el defraudador se enmiendan y el adúltero se arrepiente, guardarán el sábado más acepto a Dios. Los elementos jamás están ociosos ni guardan sábado. Si antes de Moisés no hubo necesidad de guardar el sábado, tampoco debe haberla después de Jesucristo.

En cuanto al concepto de la Causa primera, dice Juan Reuchlin:

La *heptaktis* no es la Causa suprema, sino sencillamente Su emanación, el primer efecto visible de la irrevelada Potestad. Es como Su divino *aliento* que, surgido impetuosamente, se condensa y refulge hasta convertirse en Luz que perciben los sentidos externos (NOTA: *Reuchlin: Di Verbo mirífico. FINAL NOTA*).

Este concepto de la emanación del Altísimo equivale al del Demiurgo o los Elohim (NOTA: *Representación de la variedad en la unidad. FINAL NOTA*) que forman el mundo en *seis* días y descansan el *séptimo*. Pero los *Elohim* no son ni más ni menos que la personificación de las fuerzas de la Naturaleza, los fieles agentes de las leyes de Aquel que de por Sí es armónica e inmutable Ley.

Los *Elohim* moran en el séptimo cielo (mundo espiritual), pues, según los cabalistas, formaron sucesivamente los seis mundos materiales, o mejor dicho, los seis bosquejos de mundos precedentes al nuestro, que es el séptimo. Pero si dando de mano al concepto metafísico-espiritual, nos contraemos al científico-religioso de la creación en seis días, tan detenida y dilatadamente comentado por los exégetas, podremos acaso desentrañar el oculto sentido de esta alegoría.

Los antiguos filósofos estaban versados en ciencias ocultas y podían enseñar que los seis mundos precedentes habían evolucionado físicamente en las sucesivas etapas de nacimiento, desarrollo, madurez, decrepitud y muerte, y que terminado el ciclo de evolución se habían restituido a su prístina modalidad de mundo etéreo, para morada durante toda una eternidad (NOTA: Equivalente en este caso a un mahakalpa o día de Brahmâ, pero en modo alguno a la eternidad sin fin.– *El Traductor*. FINAL NOTA) de los espíritus de hombres y animales (NOTA: Aunque esta afirmación sea tan difícil de probar como la del *cielo* de la teología cristiana, es mucho más lógica y racional. FINAL NOTA).

Nuestro planeta está tan sujeto a la evolución física como todo cuanto en él existe. De la *mente* de Aquel de quien nada sabemos y que tan sólo podemos concebir vagamente, impelido por Su voluntad creadora, surgió a la existencia este globo, cuya materia, fluídica y semietérea al principio, fue condensándose gradualmente hasta que la necesidad de evolución física, determinada por la materia (NOTA: Simbolizada en el demonio tentador. FINAL NOTA), actualizó sus propias facultades creadoras. La *Materia* retó al *Espíritu* y la tierra tuvo también su caída, cuyo castigo está simbolizado en que tan sólo puede *procrear* y no *crear*. La tierra física o material es el agente servil de su dueño el espíritu. Así dicen los Elohim:

Multiplicaré tus dolores; con dolor parirás los hijos... Maldita será la tierra en tu obra..., espinas y abrojos te producirá... (NOTA: *Génesis*, III, 16 y 17. FINAL NOTA).

Esta alegórica maldición durará hasta que la más diminuta partícula de materia terrestre haya recorrido su ciclo evolutivo y por sucesivas transformaciones llegue a integrar el alma *viviente*, de modo que ésta alcance el punto terminal del arco ascendente del cielo y se identifique con su *metraton*, o espíritu redentor, en el más alto peldaño de los mundos espirituales, de vuelta ya a la primaria morada de donde emanó. Más allá se abre el ABISMO sin fondo y empieza el MISTERIO.

Conviene recordar que todas las cosmogonías reconocen una Trinidad creadora formada por el Padre (espíritu), la Madre (materia) y el Hijo (universo manifestado), procedente de ambos. Cada uno de los astros que constituyen el universo pasa sucesivamente por cuatro edades o épocas análogas a las de la vida humana, y así tienen su infancia, juventud, virilidad y vejez. Estas *cuatro* épocas, con las *tres* personas de la Trinidad creadora, componen de nuevo el sagrado *siete*.

Los capítulos preliminares del *Génesis* no exponen ni la más remota alegoría de la creación de *nuestro* mundo, sino que entrañan el concepto metafísico de un período indefinido (NOTA: *Adviértase la diferencia entre lo indefinido o sin límites determinados, lo infinito o que no tiene fin, y lo eterno que no tiene principio ni fin.*– *El Traductor*. FINAL NOTA) de la eternidad, durante el cual la ley de evolución intentó diversas veces construir universos. Así dice el *Zohar*:

Hubo mundos que perecieron apenas surgidos a la existencia. No tenían forma y se les llamó chispas, como las que el forjador hace brotar en todas direcciones cuando machaca el hierro. Las chispas son los mundos primitivos que no perduraron porque el *Sacro Anciano* (NOTA: *Sephira*. FINAL NOTA) no había asumido aún su forma de rey y reina (NOTA: *Sephira* y *Kadmon*, símbolos de la conjunción andrógina. FINAL NOTA), y el Maestro no se ocupaba todavía en desenvolver su obra (NOTA: *Idra Suta: Zohar*, III, 292 b.– *El Supremo consulta con el Arquitecto del mundo (Logos) acerca de la creación.* FINAL NOTA).

Los seis períodos o *días* del *Génesis* se refieren al mismo concepto metafísico, o sea que infructuosamente los *Elohim* intentaron por cinco veces construir nuestro universo, hasta

que a la sexta vez lograron formarlos con todos sus planetas (NOTA: Que también están habitados, aunque no de la misma manera que la tierra. FINAL NOTA) y descansaron en el período séptimo. Así dice el *Zohar*:

Y cuando el Santo creó el presente mundo, exclamó: Este me place; los precedentes no me pluguieron (NOTA: *Idra Suta: Zohar*, III, 135 b.— Si el *Génesis* y otros libros mosaicos resultan confusos en las diversas materias de que tratan, culpa es de los comentadores y no de la tradición oral. Helcías y Josías consultaron a la profetisa Hulda, y por lo tanto a la magia, para comprender la palabra del «Señor Dios de Israel» que había encontrado oportunamente Helcías (*IV Reyes*, XXII, 8), pero que más tarde quedó alterada, según demuestran sus frecuentes incongruencias, repeticiones y contradicciones. FINAL NOTA).

Y dice el *Génesis*:

Y vió Dios (*Elohim*) todas las cosas que había hecho; y eran muy buenas. Y fue la tarde y la mañana el día sexto (NOTA: I, 31. FINAL NOTA).

Ya explicamos oportunamente el significado del día y noche de Brahmâ. El día simboliza un período de actividad cósmica y la noche igual período de reposo. Durante el día de Brahmâ se desenvuelven los mundos a través de las cuatro etapas o edades de su existencia. Durante la noche, la inspiración de Brahmâ invierte el sentido de las fuerzas naturales, se disgregan poco a poco las cosas visibles, sobreviene el caos y en el reposo cobra el Cosmos nuevo vigor para el próximo período de evolución. En la mañana de un día de Brahmâ los procesos de formación alcanzan el máximo de actividad, y por la tarde van declinando gradualmente hasta que llega la *noche* y con ella el *pralaya*. Estas mañana y tarde constituyen un día cósmico, por lo que no cabe duda de que el autor del *Génesis* se refería a un día de Brahmâ al decir:

Y fue la tarde y la mañana, un día (NOTA: *Génesis*, I, 5. FINAL NOTA).

Seis días de gradual evolución, uno de reposo y después el anochecer. Desde la aparición del hombre en *este* mundo, ha sido el tiempo un perpetuo sábado de reposo para el Demiurgo.

Las teorías cosmogónicas del *Génesis* se resumen en las razas de los hijos de Dios y de los hijos de los hombres, de los gigantes a que alude el capítulo VI. En rigor, la historia bíblica de la formación (NOTA: Impropiamente llamada creación. FINAL NOTA) de la tierra empieza cuando Noé se salva del diluvio en el arca. Las tablillas asirias recientemente traducidas por Jorge Smith, no dejan duda sobre esto en quienes saben interpretarlas esotéricamente. La diosa Istar predice en una de estas tablillas la destrucción del *sexto* mundo y la aparición del séptimo en los siguientes términos:

Por SEIS días y noches dominaron el viento, el diluvio y la tormenta.

En el séptimo día calmó la tempestad y cesó el diluvio que todo lo había destruido como un terremoto (NOTA: Esta comparación del diluvio a un terremoto en las tablillas asirias demuestra que las naciones antediluvianas tenían noticia de otras catástrofes geológicas, además del diluvio que la *Biblia* nos describe como si hubiese sido la *primera* catástrofe que cayó sobre la humanidad en castigo de su prevaricación. FINAL NOTA). Las aguas volvieron a sus cauces y amainó el viento y cesó el diluvio.

Yo percibí la costa en el límite del mar.

...al país de Nizir fue la nave (NOTA: *Argha* o la luna. FINAL NOTA); la montaña de Nizir detuvo la nave.

...el *primero* y *segundo* días hizo lo mismo la montaña de Nizir; el *quinto* y el *sexto* hizo lo mismo la montaña de Nizir.

...en el transcurso del *séptimo* día solté una paloma que se fue y no volvió..., y el cuervo se fue y no volvió...

Edifiqué un altar en la cumbre del monte.

...corté *siete* hierbas en cuyo fondo puse cañas, pinos y simgar; los dioses acudieron como moscas al sacrificio.

...desde muy antiguo *también el supremo Dios* en su carrera.

...el intenso fulgor (NOTA: El sol. FINAL NOTA) de Anu hubo creado (NOTA: Jorge Smith advierte que las tablillas asirías anteponen la formación de la luna a la del sol, y dice que el texto «ensalza la belleza y perfección de la luna, que por la regularidad de su órbita puede considerársela como juez y gobernadora del mundo». Si la narración del diluvio se refiriese simplemente a un cataclismo cosmogónico, aunque fuese universal, ¿cómo hablaría la diosa Ishtara o Astoreth (la luna) de la *formación del sol* después del diluvio? Por más que las aguas hubiesen llegado hasta la cumbre del Nizir (versión caldea), del Jebel Djudi (versión árabe), del Ararat (versión bíblica) o del Himálaya (versión inda), no llegaron hasta el sol, y ni la misma Biblia se atreve con tan estupendo prodigio. Resulta evidente que la catástrofe del diluvio no tiene en las narraciones primitivas carácter universal; y en efecto, no hay indicios geológicos de que así lo fuese. FINAL NOTA).

...el amuleto que ciñe mi cuello no resistiría la gloria de estos dioses...

Todo esto encubre un significado esotérico a un tiempo astronómico y mágico. En las tablillas se advierte desde luego la narración bíblica, y se echa de ver cuánto ha desfigurado ésta el gran poema caldeo con la personificada conversión de los dioses en patriarcas. No podemos detenernos en el examen de los bíblicos remedos de la alegoría caldea; pero sí recordaremos que, según testimonios tan adversos como Lenormant (NOTA: El inventor primero y el campeón después de los acadianos. FINAL NOTA), la trinidad caldea emanada de Ilon (NOTA: Divinidad inmanifestada. FINAL NOTA) está constituida por Anu, Nuah y Bel. Es Anu el caos primitivo, el dios que a un tiempo simboliza el tiempo y el mundo (*Χόρνος* y *Κοσμος*), o la materia primordial desdoblada del eterno y absoluto principio de todas las cosas. Nuah es, según Lenormant, «la inteligencia, o mejor fuera decir el *Verbo* que vivifica y fecunda la materia, penetra el universo y lo gobierna y anima. Es el soberano del *húmedo elemento*, el *Espíritu semoviente sobre las aguas*». Tenemos, por lo tanto, que Nuah está representado bíblicamente por Noé dentro del arca que flota sobre las aguas, y el arca es emblema de la luna (*argha*) o principio femenino. Así es Noé símbolo del *espíritu* que desciende a la *materia*.

Apenas sale del arca, planta Noé una viña cuyo vino bebe y le embriaga, lo cual significa la turbación del espíritu en cuanto lo aprisiona la materia.

El séptimo capítulo del *Génesis* parafrasea el capítulo primero, según se infiere de los siguientes pasajes:

Las tinieblas estaban sobre la haz del abismo y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas (NOTA: *Génesis*, I, 2. FINAL NOTA).

Y el arca era llevada sobre las aguas (NOTA: *Id.*, VII, 18. FINAL NOTA).

Vemos, por lo tanto, que el Noé bíblico es el Nuah caldeo o sea el espíritu que vivifica la materia caótica simbolizada en la profundidad de las aguas diluviales. En la narración caldea está la diosa Ishtar o Astoreth (la luna) encerrada en el arca, y envía a la paloma (NOTA: Emblema de Venus y otras diosas lunares. FINAL NOTA) en busca de tierra enjuta. Por otra parte, según las tablillas asirías, Xisuthrus o Hasisadra fue transportado

junto a los dioses en premio de su piedad, y en la *Biblia* este mismo personaje es Enoch arrebatado al cielo en un carro de fuego.

Todos los pueblos antiguos creyeron en la sucesiva existencia de incalculable número de mundos anteriores a la evolución del nuestro; pero como los cristianos tergiversaron a su antojo las Escrituras hebreas, perdieron en castigo la clave de interpretación. Así vemos a los Padres de la Iglesia empeñados en la imposible tarea de establecer un cómputo cronológico sobre la interpretación literal del texto bíblico, mientras que los rabinos iniciados conocían perfectamente el significado esotérico de las alegorías, y por ello hablan las obras cabalísticas (NOTA: No sólo el *Zohar*, sino también otras obras aceptadas por los talmudistas, tales como el *Midrash Berasketh* (Génesis del universo), que con la *Mercaba* (carro de Ezequiel) componen la *Kábala* hebrea. FINAL NOTA) de la serie de mundos surgidos del caos y evolucionados hasta su destrucción.

La doctrina indoísta admite dos *Pralayas* o desintegraciones: el *Mahâpralâya* o desintegración universal y el *pralaya* o desintegración parcial. El primero se refiere a la noche de Brahmâ, y el segundo a los cataclismos geológicos que sobrevienen al término de cada ciclo mínimo de nuestro globo. El diluvio de las narraciones estuvo localizado en el Asia central y ocurrió, según cálculos de Bunsen, unos diez mil años antes de J.C., sin relación alguna con el místico Noah o Noé. Las tradiciones indoístas señalan al término de cada época del mundo un cataclismo que no lo destruye, sino tan sólo altera su configuración geográfica, para que nuevas razas de hombres, animales y plantas evolucionen de las desaparecidas a consecuencia del cataclismo.

Los dos rasgos característicos del *Pentateuco* son la «caída del hombre» y el «diluvio universal», el alfa y el omega o claves superior e inferior de la armónica escala en que resuena el himno de la creación del hombre, para quien indagando por medio del *zura* o *gemantria* figurativa el proceso de la evolución humana, desde el puramente espiritual punto de partida hasta el impuramente material punto de conversión (hombre postdiluviano), descubre en estos dos símbolos todo el significado que encierran.

De la propia manera que en los jeroglíficos egipcios se ha de prescindir de todo signo inadaptable a determinadas figuras geométricas, pues son un velo puesto deliberadamente por el hierogramático (NOTA: Sacerdote que escribía los jeroglíficos. FINAL NOTA), así también hay en el texto bíblico muchos velos o enigmas que el lector ha de subordinar a la misma regla de los jeroglíficos, prescindiendo de los que no respondan al sistema numérico de la *Kábala*.

El diluvio aparece relatado en el *Mahâbhârata*, los *Puranas* y en el *Satapatha*, uno de los Brâhmanas más posteriores, por lo que es muy posible que Moisés, o quien fuese el autor del *Pentateuco*, se aprovechara de estas tradiciones para componer sus alegorías, desfigurándolas de propósito, con añadidura de la narración caldea de Berosio. El *Nemrod* bíblico es el rey *Daytha* del *Mahâbhârata*, que lanza imprecaciones contra la tempestad y amenaza conquistar el cielo con sus poderosos guerreros, por lo que atrae sobre el linaje humano la cólera de Brahmâ, quien, como dice el texto, «resolvióse entonces a infligir tan terrible castigo a sus criaturas, que sirviese de escarmiento a los sobrevivientes y su linaje».

Vaivasvata, cuyo equivalente nos da el Noé bíblico, salva a un pececillo en que encarna Vishnú para advertir por su boca a aquel justo varón del inminente diluvio que va a sumergir la tierra y ahogar cuanto en ella vive, por lo que le manda construir una nave, en la que se había de embarcar con toda su familia. Así lo hace Vaivasvata, y luego de embarcado en la nave con su familia, una pareja de animales de cada especie y una semilla de cada planta, empezó a caer la lluvia. Entonces vino a colocarse delante de la nave un enorme pez unicornio, a cuyo cuerno ató Vaivasvata una soga, con arreglo a las órdenes recibidas, de modo que el pez pudiese remolcar la nave por entre los desencadenados elementos, hasta que, apaciguada su furia, se detuvo el pez con la nave en la cumbre de los

Himalayas (NOTA: La duración del diluvio, según el relato indo, *concuerta exactamente con la asignada en el Génesis*. FINAL NOTA).

Muchos comentaristas ortodoxos dicen que este relato es copia del de las Escrituras hebreas (NOTA: En la obra: *La Biblia en la India*, se inserta una cita del jesuita Carrière, que demuestra la verdad del aforismo: «la letra mata». Dice así dicha cita: «La creación del mundo y todo cuanto se refiere en el *Génesis*, pudo haberlo aprendido Moisés de la propia boca de sus padres. Tal vez los israelitas conservaban esta tradición, y valido de ella expuso Moisés las fechas del nacimiento y muerte de los patriarcas, el número de sus hijos y los nombres de los países en que se establecieron *bajo la guía del Espíritu Santo a cuya inspiración hemos de atribuir los libros sagrados*». FINAL NOTA). Pero seguramente que si el diluvio llamado *universal* hubiese ocurrido en época que pudiera recordar el hombre, lo mencionarían algunos monumentos egipcios de remotísima antigüedad, al par que mencionan a Cam, Canaán y Mizraim, progenitores del pueblo copto; pero hasta ahora no se ha encontrado alusión alguna a esta catástrofe, aunque Mizraim pertenece ciertamente a la primera generación postdiluviana, si no fue antediluviano. Sin embargo, los caldeos conservan la tradición, según atestigua Berosio, y los indos nos han transmitido la leyenda antes citada; con lo que tenemos el contradictorio hecho de que de dos naciones coetáneas y civilizadas, Caldea y Egipto, una haya conservado y otra no la tradición del diluvio, siendo así que, según la Biblia, parece estar el Egipto mucho más relacionado con este asunto. El diluvio citado en la *Biblia*, en uno de los *Brâhmanas* y en el *Fragmento* de Berosio, se refiere a un cataclismo parcial que, según Bunsen, ocurrió unos 10.000 años antes de J.C., y según los cálculos zodiacales de los indoístas alteró la configuración geográfica del Asia central. Sólo cabe explicar esta contradicción admitiendo que los caldeos aprendieron el relato de labios de los misteriosos huéspedes a que algunos asiriólogos llaman acadianos, o según parece más verosímil, descendientes de los salvados de la catástrofe. Los judíos tomaron de los caldeos la tradición del diluvio, como tomaron casi todas sus creencias populares, y los indoístas la aprenderían seguramente de los países en que se establecieron antes de apoderarse del Punjâb. En cambio, los egipcios, cuyos primeros colonos llegaron del Sur de la India, tuvieron menos motivos para recordar el cataclismo, cuyos efectos se contrajeron, como hemos dicho, al Asia central.

Dice Burnouf que como el relato del diluvio se encuentra en un *Brâhmana* de la última época, pudieron muy bien los indos haberlo copiado de las naciones semíticas; pero contra este supuesto se oponen conjuntamente todas las tradiciones y costumbres de los indos, ya que los arios, y menos todavía los brahmanes, no copiaron jamás absolutamente nada de los semitas, según corrobora el mismo abate Dubois que residió cuarenta años en la India y es uno de aquellos «animadversos testimonios», como llama Higgins a los intérpretes ortodoxos de la *Biblia*. Dice Dubois:

Jamás he descubierto en la historia de los egipcios y hebreos, indicio alguno de que ni estos dos pueblos ni otro cualquiera de la tierra sea más antiguo que el pueblo indo con sus brahmanes; y por lo tanto, no creo que éstos copiaran sus ritos de naciones extranjeras, antes al contrario, opino que son de fuente original y exclusivamente propia. Quien conozca el carácter e índole de los brahmanes, su altivez, orgullo, vanidad, esquividad y soberano desdén por todo lo extranjero y por cuanto ellos no han inventado, coincidirá conmigo en que de ningún modo copiarían los usos, leyes, costumbres y creencias de un país extranjero (NOTA: Dubois: *Descripción del país de la India*, I, 186.— El abate Dubois fue misionero en Mysore. FINAL NOTA).

El relato indoísta del diluvio alude al primer avatar de Vishnú (NOTA: *El avatar Matsya*. FINAL NOTA) y corresponde a un yuga anterior al nuestro, al de la aparición de la vida animal (NOTA: *Acaso al período devánico de nuestros geólogos, pero no al año 2348 antes de J.C.* FINAL NOTA). Por otra parte, la circunstancia de que nada digan

del diluvio los primitivos libros indoístas es un poderoso argumento, de mayor valía en el caso presente en que sólo disponemos de inducciones. Dice sobre el particular Jacolliot:

Los Vedas y los Libros de Manú, estos dos monumentos de la primitiva mentalidad asiática, son incontrovertiblemente anteriores al diluvio, pues si por una parte la tradición (NOTA: Tradición que no obstante su legendaria forma ha de apoyarse indudablemente en un hecho real. FINAL NOTA) nos presenta a Vishnú salvando los *Vedas* del diluvio, por otra parte ni los *Vedas* ni los *Libros de Manú* ni otras obras mencionan esta catástrofe, al paso que los *Puranas*, el *Mahâbhârata* y otras más recientes la describen con minuciosos pormenores, demostrándose de esta suerte la antediluviana antigüedad de aquéllos, pues los *Vedas* no hubieran podido por menos de aludir en algún himno a la tremenda catástrofe que debió emocionar a las gentes muchísimo más que los fenómenos ordinarios de la naturaleza; ni tampoco Manú, que describe la creación y expone cronológicamente las épocas divinas hasta la aparición del hombre sobre la tierra, hubiera dejado en silencio un acontecimiento de tan excepcional importancia.

Manú enumera (NOTA: Libro I, dístico 35. FINAL NOTA) los nombres de diez eminentes santos, a quienes llama prajâpatis (NOTA: Más propiamente debieran llamarse *prajâptis*. FINAL NOTA), que los teólogos indoístas consideran como profetas anteriores a la raza humana, pero que para los pundites son los diez poderosos reyes que florecieron en la edad de oro (*kritayuga*), el último de los cuales fue Brighu, de quien descendieron por sucesión genealógica Swârotchica, Ottami, Tamasa, Raivata, el glorioso Tchakchucha y el hijo de Vivasvata, todos los cuales merecieron el título de Manú (legislador divino), conferido también a los prajapatis y a todos los personajes de la India primitiva. La genealogía se detiene en el nombre del hijo de Vivasvata.

Ahora bien; según los *Puranas* y el *Mahâbhârata*, el diluvio ocurrió en tiempos de este hijo de Vivasvata, que se llamaba Vaivaswata, y el recuerdo de la catástrofe se mantuvo por tradición que los emigrantes difundieron por todos los países que colonizaron.

La genealogía expuesta por Manú se detiene, según hemos visto, en Vivaswata, lo que prueba que cuando se compuso dicho libro, no había ocurrido todavía la catástrofe del diluvio (NOTA: Jacolliot: *Fetichismo, politeísmo y monoteísmo*, 170 y 171. FINAL NOTA).

El argumento es irrefutable y debieran tenerlo en cuenta los científicos cuya posición oficial les inclina a complacer al clero con la negativa de cuantos hechos prueban la formidable antigüedad de los *Vedas* y de los libros de Manú.

El coronel Vans Kennedy dijo, hace mucho tiempo, que Babilonia fue desde un principio la metrópoli de la literatura sánscrita y de la erudición brahmánica; pero ¿cómo hubieran ido los brahmanes a Babilonia si no por haber emigrado a consecuencia de guerras intestinas? El relato más completo del diluvio nos lo da el *Mahâbhârata*, poema compuesto por Vedavyasa en loor de las alegóricas guerras entre las razas solar y lunar. Una de las versiones de este relato dice que Vivaswata fue el progenitor de todos los pueblos de la tierra, como de Noé afirma la narración bíblica. Otra interpretación nos presenta a Vivaswata, a manera de la leyenda griega de Deucalión y Pirra, arrojando guijarros en el limo dejado por las aguas, para engendrar hombres a voluntad. De estas dos versiones, una parecida a la hebrea y otra a la griega, cabe inferir, supuesta la antigüedad del pueblo indo, que los paganos griegos y los monoteístas hebreos las tomaron respectivamente del poema sánscrito por mediación de las escuelas de Babilonia.

La historia nos habla de la copiosa corriente emigratoria de los arios a lo largo del río Indo, y nos dice que, derramados después por occidente, algunas tribus pasaron desde el Asia menor a colonizar la Grecia; pero no hay el más leve indicio histórico de que ni el «pueblo escogido» ni los griegos penetraran en la India antes del siglo IV de la era precristiana, pues hasta esta época no descubrimos, las vagas tradiciones según las cuales se corrieron desde Babilonia a la India algunas de las problemáticas tribus perdidas de Israel.

Pero aun cuando se demostrara la existencia histórica de las diez tribus cautivas (NOTA: **Contra esta conjetura, apoyada únicamente en la narración bíblica, se levanta la carencia de pruebas históricas de la existencia de las tribus de Israel, excepto la de Leví, que fue una casta sacerdotal. Por otra parte, el historiador Herodoto que residía en Asiria en tiempo de Esdras, no menciona para nada a los israelitas. Herodoto nació el año 484 antes de J.C. FINAL NOTA**), no quedaría resuelto el problema; pues, según Colebrooke, Wilson y otros eminentes orientalistas, el poema Mahâbhârata y el brahmana Satapatha, textos ambos en que aparece el relato del diluvio, son de muchísimo anteriores a la época de Ciro (NOTA: **Los orientalistas atribuyen a estas obras una antigüedad de doce a quince siglos antes de J.C. FINAL NOTA**), el monarca que dió libertad a los israelitas, quienes sólo por entonces pudieron internarse en la India de vuelta a Palestina.

En cuanto a la versión semejante a la griega hay tanta carencia de pruebas a favor de su procedencia helénica como respecto de la hebrea, y las tentativas de los helenistas han fracasado por completo en este punto, pues cada día es más dudoso que las huestes de Alejandro el Magno penetraran en la India septentrional, ya que los anales de este país nada dicen acerca de semejante invasión.

Si aun la misma historia queda rectificada por las modernas investigaciones, ¿qué pensar de las fábulas y leyendas que a primera vista delatan el artificio de su invención? De ningún modo podemos estar de acuerdo con Max Müller cuando dice que «parece blasfemia considerar las fábulas del mundo pagano como adulterados fragmentos de la *divina* revelación recibida un tiempo por la raza humana». Fuera preciso que en aras de la imparcialidad y de la justicia debida a ambos contendientes incluyera Müller en el número de estas leyendas las de la *Biblia*, cuyo lenguaje no es más *puro* ni más *moral* que el de los textos indoístas, ni hay en el mundo pagano fábula más ridícula y blasfema que las pláticas de Moisés con Jehovah (NOTA: **Éxodo, XXXIII, 23. FINAL NOTA**) ni divinidad alguna del gentilismo tan malévola como en ciertos pasajes bíblicos se muestra el dios tutelar de Israel. Si al cristiano le repugna la vista del Padre Kronos (Saturno) que devora a sus propios hijos y mutila a Urano, y si le horroriza el espectáculo de Júpiter que precipita a Vulcano del cielo a la tierra y se perniquebra en la caída, en cambio, un no cristiano se reirá de ver a Jacob luchando a brazo partido con el Creador, quien impotente para vencerlo le disloca el muslo, sin que esto sea obstáculo para que el patriarca se mantenga firme contra Dios y le cierre el paso. La fábula de Deucalión y Pirra que al arrojar piedras tras ellos engendraron a la raza humana, no es más ridícula que la de la mujer de Lot convertida en estatua de sal o la del Todopoderoso que forma al hombre del barro de la tierra y le infunde después el soplo de vida, a imitación del dios egipcio con cuernos de carnero que forma al hombre en un torno de alfarero. La fábula de Minerva, diosa de la sabiduría, que surge del cerebro de Júpiter armada de punta en blanco, es al menos poéticamente sugestiva, y ningún griego fue condenado a la hoguera por resistirse a tomarla al pie de la letra. En general, las fábulas paganas no son tan absurdas ni blasfemas como las interpoladas en el cristianismo con la aceptación canónica del *Antiguo Testamento* y la apertura de los registros taumatúrgicos de la Iglesia romana.

Añade a este punto Max Müller:

Muchos indos se sublevan al escuchar las inculpaciones de obscenidad contra las divinidades de sus Escrituras sagradas. Los brahmanes pueden demostrar que todas las fábulas religiosas tienen un *mu*y profundo significado, pues siendo la obscenidad incompatible con los seres divinos, preciso es reconocer que las fábulas y leyendas sancionadas por el tiempo encierran un misterio que la respetuosa investigación sería capaz de descubrir.

Esto mismo dice el clero cristiano para cohonestar las obscenidades e incongruencias del *Antiguo Testamento*, con la diferencia de que en vez de admitir la interpretación de quienes poseen la clave del enigma, se arrogan el derecho de interpretarlas a su manera

por supuesta *delegación divina*. Y no satisfechos con esto, han despojado a los rabinos de sus consuetudinarios medios de interpretación, de modo que apenas hay actualmente un rabino versado en la ciencia cabalista. Si los judíos han perdido la clave, ¿cómo pueden acertar en la interpretación? ¿Dónde están los manuscritos originales? Se dice que el más antiguo de cuantos se conocen en lengua hebrea es el *Código bodleiano*, cuya antigüedad no va más allá de ocho a nueve siglos (NOTA: Kennicot y Bruns coleccionaron en 1780 unos 692 manuscritos de la *Biblia hebrea*, de los cuales dos eran del siglo X, tres de los siglos XI y XII, y los demás del XIII al XVI.— El parmesano De Rossi, en su *Introducción a la Sagrada Escritura*, págs. 34, 47, menciona 1418 manuscritos coleccionados en 374 ediciones. El más antiguo es el de Viena y data del año 1019; le sigue el de Reuchlin de Carlsruhe, correspondiente al año 1038. Según De Rossi, no hay ningún manuscrito hebreo anterior al siglo XI. FINAL NOTA). Por lo tanto, entre la época de Esdras y la aparición del *Codex bodleiano* transcurren quince siglos. El año 1490 la Inquisición mandó quemar *todas las Biblias hebreas*, y solamente Torquemada entregó seis mil a las llamas en Salamanca. Excepto unos cuantos ejemplares del *Tora Ketubim* y del *Nebiim* usados en las sinagogas y de más reciente fecha, nos parece que todos los manuscritos existentes están punteados con falsa interpretación por parte de los masotéricos, de modo que sin este método no se podría resistir en nuestro tiempo ningún ejemplar del *Antiguo Testamento*. Sabido es que los masotéricos, al copiar los manuscritos antiguos suprimieron cuantas frases les parecían *inconvenientes* (aunque escaparon a su atención las de algunos pasajes), e interpolaron otras de su propia invención que tergiversaron el sentido del texto. Sobre el particular dice Donaldson que «la escuela masotérica de Tiberias se ocupó en poner y quitar del texto hebreo todo cuanto le vino en gana, hasta la publicación del *Masorah*». Por lo tanto, si poseyéramos los manuscritos originales resultaría curioso e instructivo cotejarlos con los *Vedas* y otros libros indoístas, pues seguramente que ni la más ciega fe fuera capaz de engullirse tan enorme alud de fábulas obscenas. Pero sí millones de gentes que de cultas y civilizadas presumen, creen en estas fábulas a cierra ojos porque les han dicho que son de *revelación divina*, no debe nadie maravillarse de que los brahmanes crean también que sus libros sagrados son fruto de otra divina revelación (NOTA: *Sruti en sánscrito*. FINAL NOTA).

Demos gracias a los masotéricos por su obra, pero veamos por anverso y reverso la medalla.

Si las leyendas, mitos, símbolos y alegorías son de tradición inda, caldea o egipcia, apenas se las considera merecedoras de examen ni se sospechan sus relaciones con la astronomía y antropogénesis; pero en cuanto mutilados y pervertidos se incorporan a la Escritura sagrada, se les acepta como palabra de Dios. ¿Dónde queda en esto la imparcialidad? ¿Dónde la justicia? Hace diez y nueve siglos dijo el Reformador cristiano que no era posible servir a Dios y a Belial, y parafraseando esta máxima podríamos afirmar en nuestros tiempos que no es posible servir a la verdad y al prejuicio, aunque los dogmatizadores presuman de servir a la verdad.

Casi todos los mitos religiosos tienen fundamento a la par histórico y científico, pues como dice Pococke:

Vemos probado actualmente que los mitos son *fábulas* cuando no acertamos en su interpretación, y son *verdades* cuando descubrimos el real significado con que los antiguos los comprendieron. Nuestra ignorancia ha convertido en mítico lo histórico, y esta ignorancia la hemos heredado de los griegos como consecuencia de la vanidad helénica (NOTA: *La India en Grecia*, Prefacio, IX. FINAL NOTA).

Ya demostraron Bunsen y Champollión que los libros sagrados de Egipto son muchísimo más antiguos que el *Génesis*; y las modernas investigaciones han robustecido la sospecha, para nosotros certidumbre, de que las leyes de Moisés son copia del Código

de Manú, por lo que resulta muy probable que el Egipto debiera a la India su civilización, arte e instituciones sociales. Pero aunque contra este parecer se agrupen hostilmente toda una falange de autoridades científicas que niegan los hechos comprobatorios, tarde o temprano habrán de rendirse a la evidencia (NOTA: Ejemplo de este cambio de opinión de las autoridades científicas tenemos en Max Müller, quien en carta dirigida a *The Thimes* (Abril de 1857) sostenía enérgicamente que *el nirvana* budista es sinónimo de *aniquilación*; pero doce años después (1.869) en un discurso pronunciado en la «Sociedad Filológica alemana de Kiel» declaró explícitamente su opinión de que era un error equiparar el concepto del nirvana al de aniquilación, pues nada había de nihilista en las doctrinas de Buda. Sin embargo, tanta autoridad científica tenía Müller en 1857 como en 1869. (Véanse a este propósito: Müller: *Virutas de un taller alemán*, I, 287; Trübner: *Archivo literario americano y oriental* (16 de Octubre de 1869); Inman: *Creencias antiguas y modernas*, 128). FINAL NOTA).

Dice Müller:

Difícil sería dilucidar si los *Vedas* son los libros más antiguos del mundo y si parte del *Antiguo Testamento* puede o no aventajar en antigüedad a los más antiguos himnos védicos (NOTA: Müller: *Virutas de un taller alemán*, I. FINAL NOTA).

Sin embargo, su cambio de opinión respecto del nirvana permite esperar que también la rectifique por lo que se refiere a la antigüedad del *Génesis*, de modo que las gentes reciban el beneficio de la verdad sancionada por uno de los más prestigiosos científicos de Europa.

Sabido es que los orientalistas no se han puesto aún de acuerdo sobre la época de Zoroastro; y por lo tanto, será más seguro fiarnos de los cálculos brahmánicos que de las opiniones de los científicos (NOTA: Sólo contamos entre ellos a los que por sus laboriosas y útiles investigaciones se adquirieron merecidamente nombradía mundial. FINAL NOTA), pues Bunsen calcula que Zoroastro floreció en Ecbatrina, que la emigración de los ecbatrianos a la India corresponde al año 3784 antes de J.C. y el nacimiento de Moisés al 1392 de la misma era precristiana (NOTA: Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, 77, 78. FINAL NOTA). Pero resulta muy anacrónico colocar a Zoroastro en época anterior a los *Vedas*, puesto que de estos libros está entresacada toda la doctrina zoroastriana, y si bien residió Zoroastro algún tiempo en el Afghanistan antes de pasar al Punjâb, en este último país empezaron a escribirse los *Vedas*, que denotan el progreso de los indos, como el *Avesta* el de los iraníes.

Por otra parte, Haug atribuye al brahmana *Aitareya* (NOTA: Comentarios especulativos sobre el *Rig-Veda* y, por lo tanto, muy posterior a estos libros sagrados. FINAL NOTA) una antigüedad de 1400 a 1200 años antes de J.C. y a los *Vedas* la de 2400 a 2000 años. Müller pone algunos reparos a este cálculo, aunque no lo niega por completo (NOTA: Müller: *Virutas de un taller alemán*; *Aitareya brahmana*. FINAL NOTA). Pero suponiendo que Moisés escribiera el *Pentateuco* (NOTA: Lo cual es mucho suponer, pues no se concilia que relatase dos veces su propia muerte. FINAL NOTA), si este legislador nació, como calcula Bunsen, el año 1392 antes de J.C., no puede ser el *Pentateuco* más antiguo que los *Vedas*, pues Zoroastro nació el 3784 antes de J.C., y ya su doctrina es reflejo de los *Vedas*. Además, dice Haug (NOTA: Prefecto de los estudios sánscritos en el colegio Puna de Bombay. FINAL NOTA) que algunos himnos del *Rig-Veda* datan de treinta y siete siglos antes de J.C., precedentemente al cisma de Zoroastro, ocurrido, según Müller, durante el período védico; y por lo tanto, no cabe remontar trozo alguno del *Antiguo Testamento* a la misma época de los *Vedas*, y mucho menos a una época anterior a los himnos védicos.

Admiten generalmente los orientalistas que 3.000 años antes de J.C. estaban todavía los arios en las estepas de la orilla oriental del mar Caspio, y Rawlinson conjetura que su foco central era Armenia, de donde se derramaron por Oriente hacia la India, por el Norte

hacia el Cáucaso y por Occidente hacia el Asia menor y Grecia, de suerte que ya antes del siglo XV de la era precristiana aparecen en la cuenca del Indo superior, en donde sobrevino el cisma entre los arios védicos, que se encaminaron al Punjâb, y los arios zéndicos, que se dirigieron a Occidente para fundar los históricos imperios de Asia (NOTA: Exponemos todo esto como hipótesis y conjetura de Rawlinson. FINAL NOTA). Añade Rawlinson que la primitiva historia de los arios está envuelta en los velos del misterio; pero muchos y muy eruditos brahmanes han encontrado indicios de la existencia de los *Vedas* 2100 años antes de J.C., y por otra parte atribuye Jones al *Yagur-Veda* una antigüedad de 1580 años antes de J.C., o sea muy anterior a Moisés.

Max Müller y otros orientistas de Oxford se fundan en el supuesto hecho de que los arios emigraron del Afghanistan al Punjâb unos quince siglos antes de J.C., para computar a determinadas porciones del *Antiguo Testamento* fecha igual o acaso más temprana que la de los más antiguos himnos védicos. Por lo tanto, mientras los orientistas no se pongan de acuerdo para fijar la fecha en que floreció Zoroastro, no puede haber autoridad tan fidedigna como la de los brahmanes para computar la época de los *Vedas*.

Es indudable que los judíos copiaron la mayor parte de sus leyes de los egipcios, que en nuestra opinión fueron los primitivos indos (NOTA: En otro lugar de esta obra aducimos las razones en que el historiador Colluca Batta apoya esta hipótesis. FINAL NOTA), según nos demostrará el examen geográfico de la India antigua. En efecto, si exceptuamos la Escitia y la Etiopía, no hay región tan inciertamente delimitada en los mapas como la India antigua, que se extendía hacia el oriente de Babilonia con el nombre de Indostán y fue cuna de las razas cusitas o camíticas, que dominaron por completo el país y rindieron culto a las divinidades *Bala* y *Bhavani*. La India de los primitivos sabios parece que fue el territorio comprendido entre las fuentes del Oxo y las del Jaxartes. Apolonio de Tyana atravesó la cordillera del Cáucaso, llamada Kush por los indos, y encontró a un rey que le condujo al país de los sabios, descendientes acaso de los que el historiador Amiano Marcelino denomina «brahmanes de la India septentrional», a quienes visitó Darío Histaspes e instruido por ellos restableció el verdadero culto mágico. Este episodio de la vida de Apolonio indica, al parecer, que estuvo en el país de Cachemira, donde los *nagas* le aleccionaron en las doctrinas budistas. En aquella época la India aria no se dilataba más allá del Punjâb.

En nuestra opinión, el obstáculo que mayormente se opone al progreso de la etnología es la triple progeñe de Noé, pues los orientistas occidentales se han empeñado en la imposible conciliación de las razas postdiluvianas con los descendientes de Sem, Cam y Jafet. La bíblica arca de Noe ha sido un lecho de Procusto para cuanto se quiso encerrar en ella; y desviada la investigación de las verdaderas fuentes donde beber el origen del hombre, tomó por realidad histórica una alegoría cosmogónica. Mala fortuna tuvo el cristianismo al escoger entre las Escrituras sagradas de los pueblos antiguos la de uno de raza semítica, la menos espiritual del linaje humano, raza incapaz de formar de sus numerosos idiomas uno que sirviese de apropiada expresión a las ideas de los mundos intelectual y moral, en vez de contraerse al bajo vuelo de las figuras sensuales y terrenas; raza cuya literatura es desacertado remedo del pensamiento ario, y cuyas ciencia y filosofía andan necesitadas de los nobilísimos rasgos que caracterizan los metafísicos y espirituales sistemas de la raza aria o jafética.

Bunsen opina que el idioma cáamico del antiguo Egipto contenía en sí los gérmenes del semítico, dando prueba con ello del común origen de las razas aria y semítica. Pero conviene recordar sobre el caso, que si bien los pueblos del Asia sudoccidental y occidental, incluso los medos, eran todos arios, no está probado todavía quiénes fuesen los primeros pobladores de la India; y por lo tanto, mientras la historia no documente este punto, nada se opone a nuestra hipótesis de que esos primeros pobladores fueron los etíopes orientales o arios (NOTA La palabra «ario» significa etimológicamente

«guerrero nobles», «hombre valeroso». FINAL NOTA) de piel oscura, que durante mucho tiempo dominaron todo el territorio de la antigua India, cuya posesión asigna más tarde Manú al pueblo de idioma sánscrito, según le denominan los orientalistas.

Se *supone* que los indios sánscritos vinieron del Noroeste; se *conjetura* que profesaban la religión indoísta y que *probablemente* hablaban el idioma sánscrito. En estos tres deleznable datos se han apoyado los filólogos europeos que llevaron constantemente pendientes del cuello a los tres hijos de Noé desde que Jones publicó sus estudios sobre el Indostán y la vasta literatura sánscrita. ¿Esta es la ciencia experimental libre de preocupaciones religiosas? Mucho en verdad ganara la etnología si alguien hubiese arrojado al agua por la borda al triunvirato noético antes de que el arca tomara tierra.

Generalmente incluyen los etnólogos a los etíopes en el grupo semítico; pero ya veremos que no les corresponde esta clasificación y demostraremos también su influencia en la cultura egipcia, que siempre se mantuvo en el mismo grado de esplendor sin prosperar ni decaer, como sucedió en otros países. El Egipto debe su civilización, sus instituciones políticas y sus artes, especialmente el arquitectónico, a la India prevédica, pues los colonizadores del país fueron aquellos arios de piel oscura a quienes Homero y Herodoto llaman etíopes orientales, o sean los habitantes de la India meridional que llevaron a Egipto su ya adelantada civilización, en la época que Bunsen denomina preménica, pero que corresponde a los tiempos históricos.

Dice sobre este punto Pococke:

El relato completo de las guerras entre los jefes solares Usras (Osiris), príncipe de los glucas, y Tu-phu, es alegoría de aquellas otras guerras que la historia nos describe suscitadas entre los apianos o tribus heliódicas de Ude con las gentes de Tu-phu o Tíbet, raza lunar compuesta por la mayor parte de budistas y enemiga de Rama y los *etyo-pias* o gentes de Ude que fueron subsiguientemente los *ethio-pianos* de Africa (NOTA: Pococke: *La India en Grecia.*— Pertenece Pococke a la clase de orientalistas que opinan que el budismo precedió en la India al hinduismo y fue la primitiva religión de los Vedas, restaurada por Gautama en su pura forma original, pero que después volvió a degenerar en dogmatismo. FINAL NOTA).

Recordaremos a este propósito que en la epopeya *Râmâyana*, el gigante Ravan aparece en su lucha con Ramanchandra como rey de Lanka, nombre antiguo de Ceilán, que seguramente formaría parte en aquel entonces del continente de la India meridional poblada por «etíopes orientales», quienes vencidos por Rama, hijo de Dasarata, rey solar de la antigua Ude, emigraron en parte al África del Norte. Si, como muchos sospechan, la *Iliada* de Homero es un plagio del *Râmâyana*, no podemos por menos de reconocer remotísima antigüedad a las tradiciones que sirvieron de fundamento a este último poema; y en consecuencia, hay en la prehistoria lugar sobrado para un período durante el cual los etíopes orientales pudieran establecerse en Egipto con todos los adelantos de su índica civilización.

La arqueología no ha interpretado aún con acierto las inscripciones cuneiformes, y hasta que las descifre debidamente (NOTA: En particular las grabadas en la roca viva, que tanto abundan en el territorio del antiguo imperio irano. FINAL NOTA), ¿quién es capaz de suponer los secretos que habrán de revelar? El monumento más antiguo de la lengua sánscrita es el de Chandragupta (315 años antes de J.C.), y las inscripciones persepolitanas le aventajan de 220 años. Hay manuscritos cuyos caracteres desconocen por completo los filólogos y paleógrafos (NOTA: Hace poco tiempo se conservaba uno de estos manuscritos en la biblioteca de Cambridge. FINAL NOTA).

Los lingüistas colocan los idiomas semíticos en la familia indo-europea; pero excepto al copto y etíope, no creemos que a los demás les convenga esta clasificación, no obstante las

aparentes relaciones que con las lenguas semíticas establece engañosamente la corrupción del moderno etíope y varios dialectos del Norte de África.

Puede probarse la mayor consanguinidad entre los etíopes y los arios de tez oscura que entre éstos y los egipcios, pues recientemente se ha visto que los antiguos egipcios eran de raza caucásica con la configuración craneal evidentemente asiática (NOTA: Así lo comprueban los independientes testimonios de Cuvier y Blumenbach por una parte, y del fisiólogo norteamericano Morton, quienes han afirmado en vista del examen de los cráneos, el origen asiático de los primeros pobladores del valle del Nilo. Véase la obra de Morton: *Cráneos egipcios*, Filadelfia, 1844). FINAL NOTA). Si los antiguos etíopes no eran de tez tan cobriza como los modernos, también pudieron tener más delicada complejión. Es muy significativo el hecho de que entre los antiguos etíopes no heredaba la corona el hijo del rey, sino el *sobrino por parte de hermana*; y la misma ley rige todavía en la India meridional, donde no suceden al rajah sus propios hijos, sino *los hijos de su hermana* (NOTA: Al difunto rajah de Travancore le sucedió su sobrino, el actual rajah *Rama Vurmah*, hijo mayor de su hermana, a quien heredará en su día el primogénito de su hermana mayor. En caso de que la muerte extinga la línea colateral femenina o no dé fruto de varón, previene la ley que el rajah adopte a la hija de otro rajah, cuyo matrimonio asegure la sucesión a la corona. FINAL NOTA).

Otra prueba es que de todos los idiomas y dialectos a que se atribuye filiación semítica, tan sólo el etíope se escribe de izquierda a derecha, como el sánscrito y demás de la familia aria (NOTA: Opinan algunos orientalistas que esta costumbre la introdujeron los cristianos en Etiopía; pero no cabe duda de que la alteración en el procedimiento de la escritura provino de la influencia de los árabes, que en tiempo de Roma dominaron por completo en aquel país. La actual escritura es muy parecida a la devanagari y otras más antiguas que se leen de izquierda a derecha y los caracteres no denotan parentesco alguno con los fenicios. Los autores antiguos corroboran asimismo la filiación inda de los etíopes. Filostrato (V. A. III, 6) dice por boca del brahmín Iarco que los etíopes fueron en su origen una raza inda que se vió precisada a emigrar de su patria por haber perpetrado los delitos de sacrilegio y regicidio. (Véase: Pococke: *India en Grecia*, II, 206). Por otra parte, dice un personaje egipcio de la misma obra, que según le había enseñado su padre, eran los indos los hombres más sabios del mundo, y que una colonia de ellos, los etíopes, habían conservado los conocimientos y costumbres de sus padres con entera conciencia de su origen. Lo mismo afirma Julio el Africano, según Eusebio y Gincelo. Por su parte, dice Eusebio que «los etíopes emigraron de las márgenes del Indo para establecerse en las inmediaciones de Egipto» (Lemp., edición Barker. *Meroë*). FINAL NOTA).

Así es que contra el origen inda de los egipcios tan sólo se levanta la mítica hipótesis de Cam, hijo de Noé, que si no hubiese otros argumentos se desvanecería al observar que las instituciones políticas, religiosas y sociales de los egipcios declaran evidentemente su origen inda.

Las primitivas tradiciones de la India mencionan dos dinastías ya olvidadas en la noche de los tiempos: la dinastía del Sol que reinaba en Ayodhia (hoy Ude) y la dinastía de la Luna que reinaba en Pruyag (hoy Allahabad.) El *Libro de los muertos* expone todo lo referente al culto religioso de estos primitivos reyes, con las particularidades de la adoración del sol y de los dioses solares. Nunca nombra dicho libro a Osiris y Horus sin relacionarlos con el sol, pues son los «Hijos del Sol», y «el Señor y Adorador del Sol» es su nombre. El Sol es el creador del cuerpo y el progenitor de los «dioses sucesores del Sol».

En su ingeniosísima obra defiende Pococke con energía la misma opinión y señala más claramente aún la identidad de las mitologías egipcia, griega e inda. Las primitivas tradiciones de la India hablan del caudillo de la raza solar llamado Cuclopos (NOTA: *Cíclope o constructor*. FINAL NOTA) y por sobrenombre «el gran sol». Este príncipe fue el progenitor y patriarca de la dilatadísima estirpe inaquense, y según nos dice

Pococke, recibió honores divinos después de la muerte y su alma transmigró al cuerpo del buey Apis (NOTA: El *Serapis* de los griegos y el *Surapas* o sol máximo de los egipcios, cuyo nombre deriva del sánscrito *Sûrya* (sol). FINAL NOTA). Por otra parte, continúa diciendo Pococke, Osiris, cuyo verdadero nombre es *Usras*, significa a la par «toro» y «rayo de luz».

Champollión (NOTA: Manifestaciones a la luz. FINAL NOTA) alude frecuentemente a las dos dinastías reales del Sol y de la Luna, cuyos monarcas recibieron después de muertos honores de divinidades solares y lunares. El culto de esos dioses menores fue la adulteración inicial de aquella potente fe primitiva que acertadamente veía en el sol el más expresivo símbolo de la universal e invisible presencia del Señor de vida y muerte. De esta primitiva fe se descubren vestigios en todas las antiguas religiones. Los himnos del *Rig-Veda* invocan a *Sûrya* (el sol) y a *Agni* (fuego) con los títulos de «Gobernador del universo», «Señor de los hombres» y «Rey sabio». Los caldeos, parsis, egipcios y griegos adoraron también al sol bajo los respectivos nombres de *Mitra*, *Ahuramazda*, *Osiris* y *Zeus*, y conservaron el fuego sagrado en honor de su cercana pariente *Vesta*. El mismo culto del sol vemos entre los peruanos, en la zarza ardiente de Moisés, en los altares levantados por los patriarcas bíblicos y en los sacrificios que los monoteístas judíos ofrecían a la diosa *Astarté*, reina del cielo.

A pesar de tantas controversias e investigaciones, la arqueología y la historia nada han averiguado de cierto sobre el origen del pueblo judío, pues lo mismo pueden proceder de los tchandales o parias desterrados de la antigua India, que de los «albañiles» mencionados por *Vinasvatî*, *Vedavyasa* y *Manú*, de los fenicios de *Herodoto*, o de los *hyksos* de *Josefo* (pastores palis), aunque bien pudieran ser una entremezcla de todos ellos (NOTA: La *Biblia* atribuye a los israelitas soberanía sobre los tirios, a quienes considera de su propia estirpe. Opina Pococke que los israelitas descendían de las tribus del *Oxus*, nombre derivado de los *Okshas*, pueblo cuya principal riqueza consistía en el buey (*oksha*), que en sánscrito se llama también *ox* como en inglés. Demuestra Pococke que la palabra *okshan* es una forma bárbara de *oksha*, y opina que este pueblo dió su nombre al mar *Okshino* que bañaba su país, y después recibió el de *Ponto euxino* y hoy es mar Egeo. Añade que *pali* significa *pastor* y *sthan* país, por lo que es muy verosímil que las tribus guerreras del *Oxus* que penetraron en Egipto se corrieran después hasta Palestina, cuyo nombre arrancaríase de *Palisthan* o país de los pastores, donde se asentaron definitivamente (*La India en Grecia*). Esto corroboraría nuestra opinión de que los judíos son una raza mestiza, pues según la *Biblia*, contraían enlaces matrimoniales con cuantos pueblos se ponían en contacto. FINAL NOTA).

Muchos personajes bíblicos son figuras míticas, según se infiere de sus rasgos biográficos. Así resultan el profeta *Samuel* y el juez *Sansón* una misma entidad desdoblada en dos personalidades, pues el primero era hijo de *El Kaina* y *Ana*, y el segundo de *Manua* o *Manoah*. Equivalen respectivamente a *Ganesa* y a *Hércules*. A *Samuel* se le atribuye la abolición del culto cananeo de *Baal* (*Adonis*) y *Astarté* (*Venus*) y la restauración del de *Jehovah* con el establecimiento de la monarquía, cuando a ruegos del pueblo que pedía rey ungió primero a *Saúl* y después por prevaricación de éste a *David*.

David es una figura idéntica a la del rey *Arturo*. Realizó grandes hazañas y extendió su dominio a la *Siria* e *Idumea* hasta la *Armenia* y la *Asiría* por el Norte y Nordeste, el desierto de *Siria* y el golfo Pérsico al Este, *Arabia* al Sur y *Egipto* por Oeste. Sólo se libró la *Fenicia* del estruendo de sus armas.

La amistad de *David* con *Hiram* parece indicar que desde *Fenicia* efectuó su primera incursión en *Judea*, y su prolongada estancia en *Hebrón*, la ciudad de los *kabires* (ciudad del *Arba* o de los cuatro), permite conjeturar que modificó la religión de los hebreos.

A *David* le sucedió su arrogante y voluptuoso hijo *Salomón*, que mantuvo los dominios de su padre y edificó el magnífico templo de *Jerusalén* en honor de *Jehovah* (*Tukt-*

Suleima), al propio tiempo que en el monte Olivete levantaba altares a Moloch-Hércules, Khemosh y Astarté, derribados posteriormente por Josías.

Pero a la muerte de Salomón estallaron revueltas en Idumea y Siria, y el profeta Ahías se puso al frente de un movimiento popular cuyo resultado fue la separación de los reinos de Israel y Judá, quedando el primero bajo la soberanía de Jeroboán. Desde entonces predominaron los profetas en Israel y prevaleció el culto del becerro en todo el país. Extinguida la familia real de Acab y fracasada la tentativa de Jehu para reunir bajo un solo cetro a todo Israel, subsistió la casa real de Judá, y al subir al trono Ezequías, sacudió el yugo de los asirios (NOTA: *IV Reyes, XVIII, 7. FINAL NOTA*), y hay indicios de que instituyó un colegio sacerdotal (NOTA: *Proverbios, XXV, I. FINAL NOTA*) y transmutó radicalmente el culto religioso del país, hasta el punto de hacer pedazos la serpiente de bronce construida por Moisés (NOTA: *IV Reyes, XVIII, 4. FINAL NOTA*). Esto demuestra que son míticas las figuras de Samuel, David y Salomón, pues la mayor parte de los profetas, que al propio tiempo eran literatos, empezaron a escribir en aquella época.

Finalmente, los asirios se apoderaron de Palestina, y encontraron allí las mismas gentes e instituciones públicas que en Fenicia y otros países.

Ezequías no era hijo natural, sino adoptivo de Achaz y yerno del profeta Isaías, con quien Achaz rehusó la alianza que le brindaba, según se infiere de los siguientes pasajes:

Pide para ti una señal del Señor tu Dios en lo profundo del infierno o arriba en lo alto.

Y dijo Achaz: No la pediré y no tentaré al Señor (NOTA: *Isaías, VII, II, 12. FINAL NOTA*).

El profeta Isaías le había declarado al rey:

Si no lo creyereis no permaneceréis (NOTA: *Id, id., 9. FINAL NOTA*).

En esta frase vaticina la extinción de la dinastía de Judá.

Pero hay otro pasaje que dice:

Por eso el mismo Señor os dará una señal. He aquí que concebirá una virgen y parirá un niño y será llamado su nombre Emmanuel. Manteca y miel comerá hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno... Traerá el Señor sobre ti y sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre por medio del rey de los asirios, días cuales no fueron desde los días en que se separó Efraín de Judá (NOTA: *Isaías, VII, 14, 15, 16 y 17.*— En este pasaje se apoyó Ireneo para identificar a María y Jesús con la virgen y el niño a que alude el profeta, y por esta razón se representa a la madre del iniciado nazareno adscrita al templo y consagrada a Dios desde su infancia. El niño de la profecía expresa un concepto análogo al que expone San Pablo en su *Epístola a los hebreos, V, 13, 14. FINAL NOTA*).

También hay otros pasajes en que el profeta ensalza al futuro caudillo (NOTA: *Isaías, IX, 6; XI, I. FINAL NOTA*) que ha de recoger los dispersos de Judá de las cuatro plagas de la tierra (NOTA: *Isaías, XI, 12; Joel, III, 1 y 7; Abdías, 17; Micheas, IV, 7. FINAL NOTA*). El prometido Redentor había de nacer en Bethlehem de la estirpe de David y había de dar en rostro a los asirios con quien Achaz se aliara, y reformar la religión del país. Esto precisamente hizo el rey Ezequías, nieto por línea materna del profeta Zacarías (NOTA: *II Paralipómenos, XXIX, I. FINAL NOTA*), consejero de su bisabuelo el rey Ozías (NOTA: *II Id., XXVI, 5. FINAL NOTA*), al apartarse de las abominaciones de sus predecesores, diciendo:

Pecaron nuestros padres e hicieron lo malo en la presencia del Señor nuestro Dios...

Ved cómo nuestros padres han perecido a cuchillo (NOTA: II *Id.*, XXIX, 6, 9. FINAL NOTA).

Intentó Ezequías reconciliar a los reinos de Judá e Israel, como así pudo lograrlo (NOTA: II *Id.*, XXX, 1, 5, 6; XXXI, 1, 6, 7. FINAL NOTA) aunque por breve tiempo, pues la irrupción de los asirios (NOTA: IV *Reyes*, XVIII, 13. FINAL NOTA) instauró un nuevo régimen.

De todo esto se infiere que en la religión de los judíos se explayaban dos contrapuestas orientaciones: la del culto Oficial mantenido por motivos políticos, y la del culto popular idolátrico, resultante de la ignorancia en que estaba el vulgo de la doctrina esotérica enseñada por Moisés. Ezequías destruyó los altos, taló los bosques y quebró las estatuas levantadas en tiempo de Salomón.

Era Ezequías el Mesías esperado por los mantenedores de la exotérica religión oficial. Era la vara de la raíz de Jessé (NOTA: *Isaías*, XI, I. FINAL NOTA) que debía rescatar a los judíos de su lastimosa cautividad (NOTA: Los historiadores hebreos nada dicen acerca de la cautividad de Babilonia, cuyas circunstancias conocemos por declaración de los profetas. FINAL NOTA). Pero si Ezequías abolió la idolatría y el culto de Baal, también arrebató violentamente al pueblo de Israel la religión de sus padres y los secretos ritos instituidos por Moisés.

Darío Hystaspes estableció en Judea una colonia persa, cuyo caudillo sería tal vez Zorobabel (que significa «hijo de Babilonia», como Zoroastro (חרו-אשר) «hijo de Ishtar» (NOTA: Wilder: *Notas*. FINAL NOTA) y estaría, sin duda, formada en su mayor parte por judíos (NOTA: El nombre *judío* parece significar algo propio de Oriente, pues al reino de Siam se le llamó también *Judía*, y asimismo hubo en la India una *Ayodia* donde abundaban los templos de *Solom* o de la paz. En todo el Afganistán y en Persia son muy comunes los nombres de Saúl y David. FINAL NOTA). La recopilación de la ley mosaica se atribuye diversamente a las épocas de Ezequías, Esdras, Simón el justo y Asmoneo. Nada se sabe en definitiva, pues por doquiera aparecen contradicciones. En los comienzos de la época asmoneana, los doctores de la ley se llamaban asideanos o khaslimes (caldeos) y posteriormente se les dió el nombre de fariseos o farsis (parsis), lo cual indica que las colonias persas predominaban en el país, mientras que el pueblo de Israel, con sus sacerdotes y levitas, convivía y se enlazaba con todas las gentes circunvecinas que nombran los libros del *Génesis* y *Josué* (NOTA: Estas gentes eran los cananeos, heteos, fereceos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios y amorreos (*Esdras*, IX, I). FINAL NOTA).

El *Antiguo Testamento* no contiene ningún verdadero elemento histórico, y para encontrarlo hemos de recurrir a los profetas, cuyas indiscretas revelaciones nos suministran los pocos datos fidedignos sobre que apoyar la historia de Israel. Los libros que lo componen debieron de escribirlos distintos autores en diversas épocas, o más bien sería una fábula inventada para cohonestar un culto religioso cuyo origen podemos descubrir, por una parte, en los misterios órficos, y por otra, en los ritos egipcios, con los que estuvo Moisés familiarizado desde su infancia.

A partir del siglo XVIII, la Iglesia se ha visto precisada a retroceder en el campo de la exégesis bíblica que antes usurpara a sus legítimos dueños, pues se ha demostrado que todos los personajes, uno tras otro, son remedo de los mitos paganos. Los recientes descubrimientos del llorado asiriólogo Jorge Smith evidenciaron que Sargón y sus tablillas superan en antigüedad a Moisés y su *Pentateuco*, pues resulta que la biografía del legislador hebreo es remedo de la de aquel personaje, como también el relato del Éxodo fue copiado de los asirios, y las joyas de oro y plata lo fueron de las egipcias.

Dice Smith:

En el palacio de Senacherib, en Kuyunjik, descubrí otro fragmento de la curiosa historia de Sargón que oportunamente traduje y publiqué en *los Trabajos de la Sociedad de Arqueología bíblica*, I, parte I, 46. Según el texto descubierto, a Sargón, uno de los primitivos monarcas babilónicos, lo tuvo escondido su madre hasta que lo puso en una cesta de mimbres, convenientemente calafateada con betún y pez, que abandonó a la corriente del Eufrates, lo mismo que la madre de Moisés hizo con su hijo, según el relato bíblico (Éxodo, 2, 3). Descubrió la cesta un aguador llamado Akki; quien prohibió al niño, que con el tiempo llegó a ser rey de Babilonia y tuvo su corte en Agadi (NOTA: Llamada Acad por los semitas y mencionada en el Génesis como la capital de reino gobernado por Nemrod (Génesis, X, 10).– (Nota de la cita). FINAL NOTA), donde reinó por tiempo de cuarenta y cinco años (NOTA: También gobernó Moisés al pueblo de Israel en el desierto durante cuarenta años. FINAL NOTA). La ciudad de Agadi o Acad estaba cerca de Sippara (NOTA: Nombre parecido al de Sephora o Zippara, mujer de Moisés. FINAL NOTA), sita a orillas del Eufrates, al Norte de Babilonia. Floreció Sargón en el siglo XVI antes de J.C., y acaso antes de esta época (NOTA: Smith: *Descubrimientos asirios*, 224. FINAL NOTA).

Es sumamente curiosa la historia de Sargón, tal como aparece en las tablillas asirías, que tradujo Smith en los siguientes versículos:

1. Yo soy el poderoso rey Sargón, rey de Akkad.
2. Mi madre era una princesa; no conocí a mi padre; un hermano de mi padre reinaba en el país.
3. En la ciudad de Azupirana que está a orillas del Eufrates.
4. Me concibió la princesa mi madre, y parióme con mucho sufrimiento.
5. Me puso en una cesta de mimbres sellada con betún.
6. En ella me botó al río, pero el río no me ahogó.
7. El río me condujo a manos del aguador Akki, quien me recogió.
8. Akki, el aguador, se me llevó solícitamente, etc., etc.

Este relato concuerda substancialmente con el bíblico que dice:

Salió después de esto un hombre de la casa de Leví y tomó mujer de su linaje.

La cual concibió y parió un hijo, y viéndole que era hermoso le tuvo escondido tres meses.

Pero no pudiendo ya ocultarle, tomó una cestilla de juncos y la calafateo con betún y pez y puso dentro al niño y lo abandonó en un carrizal de la orilla del río (NOTA: Éxodo, II, 1, 2, 3.– Ya hemos expuesto que, según Smith, floreció Sargón unos diez y seis siglos antes de J. C. o sea mucho antes de Moisés; y como la fama de Sargón llegó hasta Egipto, es muy verosímil que sugiriera la composición del relato del *Exodo* por la natural tendencia que siempre hay de remedar los hechos extraordinarios. Hacia el año 1040 de nuestra era los rabinos trasladaron sus escuelas de Babilonia a España, y los cuatro jefes o pontífices que las presidieron en los cuatro siglos siguientes dan en sus obras distintas versiones de este episodio y yerran con frecuencia en los manuscritos. La *Masorah* hizo cosas todavía peores, pues suprimió muchos pasajes de los manuscritos dejando en ellos no pocas lagunas, a cambio de otras tantas interpolaciones. A este período corresponde el más antiguo manuscrito hebreo que se conoce, y tal es la decantada revelación divina en que habríamos de creer. FINAL NOTA).

Las épocas de la cronología inda difieren muy poco de las griegas, romanas y aun de las judías, según nos da a entender el cómputo mosaico. Si, como se empeña la interpretación clerical, hubiéramos de tomar al pie de la letra la cronología bíblica, resultaría que de

la creación del mundo a Moisés sólo transcurrieron cuatro generaciones, lo cual es evidentemente ridículo (NOTA: Hasta el siglo XII no tuvieron los rabinos ningún cómputo cronológico debidamente autorizado. El 40 y el 1000 no corresponden a números exactos, sino que se calcularon adrede para satisfacer las exigencias de una religión monoteísticamente forjada con el manifiesto propósito de distinguirse en apariencia de las de los demás pueblos. (*Cronología ortodoxa*, 238). En el *Pentateuco* se relatan sucesos ocurridos cerca de dos años antes del fabuloso éxodo o salida de Egipto de los hebreos. El resto de la cronología no se encuentra en parte alguna, y únicamente pueden calcularla por medio de cálculos cabalísticos quienes dispongan de la clave. FINAL NOTA); pero los cabalistas saben que estas cuatro generaciones representan edades del mundo. Las alegorías que en los cálculos indos abarcan la prolongadísima serie de las cuatro edades están hábilmente interpuestas en los libros mosaicos, gracias al artificioso procedimiento masotérico, de modo tal, que se reducen al insignificante período de 2513 años.

La cronología exotérica de la *Biblia* está forjada de intento para que se corresponda con las cuatro edades: la de oro (de Adán a Abraham), la de plata (de Abraham a David), la de cobre (de David a la cautividad de Babilonia) y la de hierro (de la cautividad en adelante). Pero el cómputo secreto es totalmente distinto y en nada discrepa de los indoístas cálculos zodiacales. Ahora estamos en la edad de hierro (*kaliyuga*), que no empezó en la cautividad, sino con Noé o Nuh, el mítico progenitor de la quinta raza, quien como todas las manifestaciones personificadas de *Swayambhuva*, era andrógino, y así corresponde a veces al elemento femenino, «Nuh o madre universal», de la trinidad caldea; pues, según ya dijimos, todo elemento masculino o activo tiene en las triadas cosmogónicas su reflejo complemento femenino o pasivo. La trimurti indoísta tiene sus *saktis* o desdobles femeninos, y a la triada masculina caldea, cuyos elementos son: *Ana*, *Belita* y *Davkina*, corresponden los elementos femeninos: *Anu*, *Bel* y *Nuah*. Los tres primeros se unifican en *Belita*, la «soberana diosa y señora del abismo inferior, madre de los dioses, reina de la tierra y de la fecundidad».

Cuando *Belita* representa la «humedad» primordial de que toda materia procede, se la llama *Tamti*, símbolo del mar, madre de la *ciudad de Erech* (la gran necrópolis caldea), y es, por lo tanto, una diosa infernal. En el mundo astronómico recibe el nombre de *Ishtar* o *Astarté*, y equivale a *Venus* y demás reinas celestes, a quienes se ofrecían en sacrificio (NOTA: Los gnósticos coliridianos transfirieron el culto de *Astaroth* a la *Virgen María*, también reina del cielo; pero fueron perseguidos de muerte como herejes por los cristianos ortodoxos. Sin embargo, los coliridianos ofrecieron a *María* tortas y pasteles en sacrificio, porque creían en su inmaculada concepción, y así vemos que al definir el pontífice romano este dogma ha sancionado al cabo de los siglos la herejía de los coliridianos. Véanse a este propósito: *Nuevo Testamento apócrifo*; Hone: *El Evangelio de María atribuido a San Mateo*. FINAL NOTA) tortas y pasteles, así como también es idéntica a *Eva*, la madre de todo ser viviente, y a la virgen *María* de los cristianos.

El arca en que Noé encerró los gérmenes de todo lo necesario para repoblar la tierra es emblema de la supervivencia y de la supremacía del espíritu respecto de la materia en el conflicto provocado por la oposición de las fuerzas naturales. En el mapa astroteosófico del rito occidental, el arca corresponde al sitio del ombligo, y está colocada a la izquierda, en el lado de la mujer, uno de cuyos símbolos es la columna izquierda (*Booz*) del templo de Salomón, pues el ombligo está relacionado con la matriz, donde se desenvuelven los gérmenes de la raza (NOTA: *Hargrave Jennings: Los rosacruces*. FINAL NOTA).

Es el arca de Noé el sagrado *Argha* de los indos, bajel oblongo que los sacerdotes empleaban a manera de cáliz en los sacrificios ofrecidos a *Isis*, *Astarté* y *Venus Afrodita*, diosas de las fuerzas generadoras de la materia, y por lo tanto simbolizadas en el arca que encierra los gérmenes de todas las cosas vivientes.

Confesamos que las antiguas religiones tuvieron, y todavía hay de ello ejemplo en la India, símbolos que a los hipócritas y puritanos les parecen escandalosamente obscenos; pero ¿no copiaron los judíos la mayor parte de estos símbolos? Hemos expuesto ya en otro lugar la identidad del *lingham*, indo con la *columna* de Jacob, y podríamos citar numerosos ritos cristianos del mismo origen, si no se nos hubiesen adelantado cumplidamente en esta tarea otros investigadores (NOTA: Véase: Inman: *Creencias antiguas en nombres antiguos*. FINAL NOTA).

Sobre el culto de los egipcios dice la señora Lidia María Child:

La veneración por la fuerza generadora de la vida introdujo en el culto de Osiris los emblemas sexuales, tan comunes en el Indostán. El rey Tolomeo Filadelfo regaló al templo de Alejandría una colosal imagen de esta índole... la veneración por el misterio de la vida organizada favoreció el reconocimiento de la dualidad masculino-femenina en todas las cosas, así espirituales como materiales... Los emblemas sexuales que por doquiera se descubren en las esculturas religiosas parecen obscenos a primera vista; pero si se estudian casta y reflexivamente, vemos cuán austera y sencilla es su significación (NOTA: Child: *Progreso de las ideas religiosas*. FINAL NOTA).

Verdaderamente que estarán conformes con esta ilustre escritora cuantos, por su pureza mental y rectitud de juicio, repugnen la gazmoñería de esta nuestra época que, movida de hipócritas sentimientos, ha desfigurado y pervertido el significado de los antiguos emblemas religiosos.

Las aguas del diluvio, que en la alegoría a que nos referimos están figuradas por el mar Tamti, simbolizan la turbulenta materia caótica, denominada «el gran Dragón». Según los gnósticos y rosacruces medioevales, en el plan de la creación no estuvo incluida la mujer, sino que fue engendrada por la impura imaginación del hombre, y así dijeron los herméticos que fue una «intrusa» concebida en el mal (hora séptima), cuando ya desvanecidos los sobrenaturales mundos reales, empiezan a desenvolverse los naturales e ilusorios a lo largo del microcosmos descendente o sea el arco del cielo máximo. Primero, la Virgen celeste, la «Virgo» zodiacal, se transmuta en «Virgo Escorpio»; pero al desenvolverse su segunda compañera, el hombre, sin darse cuenta de ello, le infunde algo de su espiritualidad, y este nuevo ser engendrado por su imaginación se convierte en el «Salvador» que le libra de las asechanzas de Eva-Lilith, la Eva primordial, en cuya constitución entraba mayor cantidad de materia que en el primitivo hombre «espiritual» (NOTA: Lilith fue la *primera* mujer de Adán y la *segunda* fue Eva, de la que tan sólo engendró «hijos del mal». No deja de ser singular y al mismo tiempo piadosa esta explicación de una alegoría eminentemente filosófica. (Véase: Burton: *Anatomía de la melancolía*). FINAL NOTA).

Tenemos, por lo tanto, que la mujer está cosmogónicamente relacionada con la materia o el *gran abismo*, cuyo símbolo es la «Virgen del Mar», que aplasta bajo sus pies la cabeza del Dragón (NOTA: En la terminología simbólica el diluvio está frecuentemente representado por el «gran Dragón». FINAL NOTA).

Por otra parte, los marinos católicos veneran por patrona a la Virgen María, una de cuyas invocaciones es *Maris Stella* o Virgen del Mar. De la propia suerte era Dido patrona de los marinos fenicios (NOTA: En recuerdo del arca del diluvio, los fenicios, intrépidos exploradores del *abismo*, llevaban en la proa de sus buques la imagen de la diosa Astarté, equivalente a Elisa, Venus Ericina y Dido, nombre este último correspondiente a la modalidad femenina de David. FINAL NOTA), y, como a Venus y demás diosas lunares (NOTA: Sabida es la mucha influencia de la luna en las mareas. FINAL NOTA), se le daba el título de Virgen del Mar (NOTA: El nombre de *María* se deriva de la raíz *mar*. FINAL NOTA). Por esta razón, el color azul, que entre los antiguos era emblema del *gran abismo*, llegó a formar con el tiempo la librea de la Virgen María; pero los mendeanos de Basra o

cristianos de San Juan tienen aversión al color azul, porque lo consideran relacionado con la simbólica serpiente.

Entre las hermosas láminas de Maurice hay una que representa a Krishna en actitud de aplastar la cabeza de la serpiente. Lleva el dios una mitra de tres puntas (emblemática de la trinidad) y en su talle se enrosca el cuerpo del vencido reptil. Esta lámina denota el origen de la fábula compuesta posteriormente para cohonestar aquel profético pasaje que dice:

Enemistades pondré entre ti y la mujer y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar (NOTA: Génesis, III, 15. FINAL NOTA).

También los egipcios representaban a Orante con los brazos en cruz y aplastando a la serpiente, y Horus (el Logos) aparece en actitud de atravesar la cabeza de Tifón o Apofis. Esto nos da la clave del episodio bíblico de Caín y Abel, pues a Caín se le consideraba como el progenitor de los hivitas (las serpientes), por lo que los mellizos de Adán son remedo evidente de la fábula de Osiris y Tifón, cuyo esotérico significado es la lucha entre el bien y el mal.

Pero desde la era cristiana, ¡cuán extrañamente elástica y acomodada a diversidad de interpretaciones fue esta mística filosofía! Nunca, como en nuestra cristiana época de sutilezas casuísticas, tuvieron tan poca eficacia para restablecer la verdad hechos incontrovertibles e irrefragablemente ciertos. Porque ante la demostración de que a Krishna se le llamaba el «Buen Pastor» muchísimo antes de la era cristiana y de que, según la tradición religiosa, aplastó a Kalinaga (serpiente del mal) y fue crucificado, replican los polemistas diciendo que todo ello eran proféticas representaciones del porvenir. El mismo argumento aducen para cohonestar la sorprendente semejanza de este mito cristiano con el Thor escandinavo, que aplastó la cabeza de la serpiente al golpe de su maza cruciforme, y con el Apolo griego, que mató a la serpiente Pitón (NOTA: Véase: Lundy: *Cristianismo monumental*. FINAL NOTA).

Las aguas del diluvio equivalen simbólicamente a la serpiente de las antiguas cosmogonías o el gran abismo de materia, el Leviathán o dragón marino (NOTA: *Isaías, XXVII, I. FINAL NOTA*) sobre el cual boga el arca hacia el monte de salvación. Pero el Génesis nos habla del arca de Noé porque Moisés estaba familiarizado con la mitología de los egipcios (NOTA: *Aunque el Pentateuco no es obra de Moisés. FINAL NOTA*) y conocía la leyenda que representa a Horus de pie sobre un esquife en forma de serpiente, cuya cabeza atraviesa con su lanza. Además, no ignoraba Moisés el oculto significado y verdadero origen de muchas otras fábulas religiosas, y así encontramos en el *Levítico* la misma legislación de Manú.

Los animales encerrados en el arca simbolizan las pasiones humanas y aluden a ciertas pruebas de la iniciación en los misterios instituidos en muchas naciones para perpetuar esta alegoría. El arca de Noé se detuvo en el monte Ararat el día diez y siete del mes *séptimo*, y los animales puros entraron en el arca en grupos de *siete*. De nuevo encontramos aquí el número *siete*.

Por otra parte, al hablar de los misterios de Biblos respecto al rito del agua, dice Luciano:

Un hombre permanece durante *siete* días en lo alto de una de las dos columnas levantadas por Baco (NOTA: Luciano, IV, 276. FINAL NOTA).

Supone Luciano que esta ceremonia se cumplía en honor de Deucalión.

Cuando el profeta Elías estaba en oración en la cumbre del monte Carmelo, le dijo a su criado:

Sube y mira hacia el mar. El que habiendo subido y mirado dijo: No hay nada. Y segunda vez le dijo: Vuelve hasta *siete* veces (NOTA: III *Reyes*, XVIII, 43. Todo esto es alegórico y más aún puramente mágico, porque Elías está bajo el influjo de un hechizo. FINAL NOTA).

Y la *Kábala* dice:

Noah es una *revolución* de Adam, y Moisés una *revolución* (NOTA: Por esta palabra se entiende la repetición o versión distinta de unos mismos acontecimientos. FINAL NOTA) de Abel y Seth.

Los personajes bíblicos nos dan prueba de esta revolución o repetición característica, pues, por ejemplo, Caín fue el primer asesino, y asesino es también cada *quinto* descendiente de su estirpe. Así tenemos que los descendientes de Caín son: Henoah, Irad, Maviael, Mathusael y Lamech, que por ser el *quinto* descendiente fue el *segundo* asesino y padre de Noé (NOTA: Si se dibuja la estrella pentagonal de Lucifer, que tiene la punta mayor hacia abajo, y en esta punta se escribe el nombre de Caín y el de sus descendientes, en las demás puntas se verá que cada quinto descendiente es un asesino. Esta estrella de *Lucifer* es la misma que, según el *Apocalipsis*, vió caer San Juan sobre la tierra. FINAL NOTA). El *Talmud* da la genealogía completa de Caín y señala trece asesinos entre sus descendientes, sin que en ello haya *coincidencia* ni casualidad alguna, pues ofrece notable analogía con Siva el *destructor*, pero también el *regenerador*, ya que si Caín es asesino es también fundador de naciones e inventor de artes útiles.

En Tebas (NOTA: De *Thaba*, que significa arca y es sinónimo en sus respectivos idiomas de Khartha o Tiro, Astu o Atenas y Urbs o Ronia, o sea *ciudad* en su acepción genérica. FINAL NOTA) se han encontrado los mismos elementos decorativos de estilización foliácea que se enumeran al describir las columnas del templo de Salomón, como por ejemplo, la hoja bicoloreada de olivo, el trilobulado pámpano de higuera y la lanceolada hoja de laurel, que entre los antiguos tenían significado esotérico y exotérico.

Las investigaciones de los egiptólogos corroboran por otra parte la identidad entre las alegorías bíblicas y las caldea y egipcia. La cronología de las dinastías faraónicas (NOTA: Computadas por Herodoto, Maneto, Eratóstenes y Diodoro de Sicilia, y aceptadas por los arqueólogos modernos. FINAL NOTA) divide la historia de Egipto en cuatro épocas: de los reyes divinos, de los semidioses, de los héroes y de los mortales (NOTA: Bunsen reúne las épocas de los semidioses con la de los héroes y reduce a tres las de la historia egipcia: dioses, héroes y hombres o manes. FINAL NOTA). Estas épocas se corresponden perfectamente con los Elohim bíblicos, esto es, con los hijos de Dios, los gigantes y los hombres noéticos.

Diodoro de Sicilia y Berosio enumeran los doce dioses mayores que presidían los meses del año y los signos zodiacales (NOTA: Entre estos nombres figura el de Noé, pero no los repetimos por ser conocidos de sobra. El *Talmud* dice que el mismo Noé fue la *paloma* (espíritu), y de este modo le identifica más todavía con el Nuah. A Baal se le representaba con alas de paloma y los samaritanos adoraban en el monte Gerizim la imagen de una paloma (*Talmud*, Tract. Chalin., 6, 1). FINAL NOTA). El dios Jano, de doble rostro, era el jefe de estos doce dioses, y se le representa con las llaves del cielo en la mano. De aquí salieron primero los doce patriarcas bíblicos y después los doce apóstoles, cuyo jefe, San Pedro, tiene dos caras por efecto de la negación, y se le representa asimismo con las llaves del cielo en la mano.

Cada página del *Génesis* demuestra que Noé, con sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, es una variación de Adán con los suyos, Caín, Abel y Seth, pues vemos que Adán es el prototipo de Noé. La caída de Adán proviene de haber comido el vedado fruto del conocimiento *celestial*, mientras la de Noé resulta de haber gustado el fruto *terrenal*, esto es, el zumo

de la vid, cuya embriaguez simboliza la perturbación mental ocasionada por el abuso del conocimiento. Adán se ve despojado de sus vestiduras celestes, y Noé de sus ropas terrestres, y ambos se avergüenzan de su *desnudez*. La maldad de Caín aparece reproducida en Cam, y los descendientes de ambos superan en sabiduría a los demás hombres, por lo que se les llamó «serpientes» e «hijos de serpientes», en el sentido de «hijos de la sabiduría», y no en el de «hijos de Satanás», como han interpretado torcidamente muchos teólogos. La enemistad entre la «serpiente» y la «mujer» tan sólo subsiste en este precedero y fenoménico mundo del «hombre nacido de mujer». Antes de la caída en la carne, la serpiente Ophis simbolizaba la divina sabiduría, que no necesitaba de la materia para procrear al hombre espiritual. De aquí la enemistad entre la serpiente y la mujer, o sea entre el espíritu y la materia. En su aspecto material es la serpiente (*Ophiomorphos*) símbolo de la materia, y en su aspecto espiritual es *Ophis-Christos*. En la magia sirio-caldea ambos aspectos están unidos en el andrógino signo zodiacal Virgo-Escorpio, para desdoblarlos siempre que sea necesario. Por lo tanto, en lo referente al origen del bien y del mal, el significado de las SS y de las ZZ ha sido siempre intermutable; y aunque en algunas ocasiones las SS hayan denotado en los sellos y talismanes la maligna influencia de la magia negra dirigida a tercera persona, también vemos las SS en los cálices sacramentales de la Iglesia para significar la presencia del Espíritu Santo o divina sabiduría.

A los madianitas, cananeos y camitas se les daba el título de hombres *sabios* o «hijos de serpiente»; y tal fue la nombradía de los madianitas en este particular, que el mismo Moisés, el profeta *inspirado por Dios*, se postra ante Hobab, hijo del madianita Raguel, y le suplica que permanezca entre los israelitas, diciéndole:

...Ven con nosotros para que hagamos bien contigo... No quieras dejarnos, porque tú... serás nuestro guía (NOTA: *Números, X, 29, 31. FINAL NOTA*).

Más adelante, cuando Moisés envía exploradores a la tierra de Canaán, traen éstos, en prueba de la feracidad (NOTA: *De la sabiduría en términos cabalísticos. FINAL NOTA*) del país, un enorme racimo de uvas cuyo peso hizo necesario que dos hombres lo transportasen pendiente de una pértiga. Además, los exploradores, al dar cuenta de su cometido, le dicen a Moisés:

Llegamos a la tierra donde nos enviaste, que en verdad mana leche y miel...; pero tiene unos habitantes muy valerosos... Hemos visto allí la raza de Enak (NOTA: *Números, XIII, 28 y 29. En la Biblia hallamos la misma contradicción sobre este particular que en los anales caldeos, pues el cap. VII, vers. 21 del Génesis, dice: «Y pereció toda carne..., todos los hombres». FINAL NOTA*).

Enak equivale a Enoch, el patriarca que, según la *Biblia* (NOTA: *Génesis, V, 24. FINAL NOTA*), fue arrebatado al cielo, y según la *Kábala* y el ritual masónico, fue el primer poseedor del mirífico Nombre.

Si comparamos los patriarcas bíblicos con los descendientes de Vaiswasvata (NOTA: *El Noé indo. FINAL NOTA*) y las tradiciones sobre el diluvio conservadas en el *Mahâbhârata*, veremos que son remedo de los patriarcas védicos que les sirvieron de tipo. Pero antes de proceder provechosamente a la comparación, conviene comprender el verdadero significado de los mitos indoístas, pues cada personaje mítico lo tiene astronómico, espiritual y antropológico. Los patriarcas prediluvianos no son tan sólo personificación de los dioses equivalentes a los doce dioses mayores de Berosio y a los prajâpatis, sino que con los postdiluvianos correspondientes a la famosa tablilla de la biblioteca de Nínive equivalen también a los eones griegos, a los sephirotos cabalísticos, a los signos zodiacales y a los tipos de otras tantas razas humanas (NOTA: *No acertamos a comprender por qué el clero y más particularmente el católico repugna la afirmación de*

que los patriarcas equivalen a los signos zodiacales y a los dioses del paganismo, pues aun no hace dos siglos declaraba su ferviente anhelo de restablecer el culto del sol y de los astros, según expuso meses atrás el astrónomo francés Camilo Flammarion, quien refiere que los jesuitas Schiller y Bayer de Augsburgo trataban de mudar el nombre de la sabeana hueste del estrellado cielo y tributar culto a los astros con nombres hebreo-cristianos llamando Cristo al Sol; María a la Luna; Adán a Saturno; Moisés a Júpiter; Josué a Marte; Juan Bautista a Venus, y Elías a Mercurio. Después de haber estado anatematizando la Iglesia durante quince siglos el sabeísmo, hubiera sido curioso que restaurara formalmente la idolatría al pie de la letra, pues la analogía entre unos y otros nombres bastara a demostrar el parentesco de la teogonía católica con las enseñanzas paganas y cabalísticas y a descubrir el origen de sus mitos religiosos. En efecto; el Sol es el Rey Mesias, el Demiurgo de los heliólátras, el Osiris egipcio y el Apolo griego. El nombre de María es el más apropiado para la pagana Diana o Astarté, la «reina del cielo», contra la que Jeremías agotó todo un caudal de imprecaciones. Semejante mudanza de nombres hubiera sido oportuna tanto desde el punto de vista histórico como del religioso. En un reciente número de *La Nature* dice Flammarion que se dibujaron dos grandes láminas representativas de las constelaciones con nombres cristianos en vez de paganos, y a manera de complemento de este sabeísmo cristiano figuraban apóstoles, papas, santos, mártires y personajes bíblicos. Los jesuitas pusieron mucho empeño en llevar a cabo esta mudanza. Es curioso encontrar entre los musulmanes de la India el nombre de Terah que llevó el padre de Abraham, Azar, Azath o Azur, que significa «fuego» y es al propio tiempo el del tercer mes solar del almanaque indo (entre junio y julio), durante el cual está el sol en Géminis y el plenilunio ocurre cerca de Sagitario. FINAL NOTA). La alteración de *diez* a *doce* en el número de personajes se apoya, según veremos, en la misma autoridad de la *Biblia*. Los Elohim no son dioses mayores, como los que describe Cicerón (NOTA: *De Natura Deorum*, I, 13. FINAL NOTA), sino que se cuentan entre los doce dioses menores o reflejos terrestres de los primeros (NOTA: Herodoto coloca a Hércules entre los dioses menores (II, 145). FINAL NOTA). Del grupo de los doce dioses menores sobresale Noé, el espíritu de las aguas, que puede considerarse como la transición de unos a otros, y pertenece, por lo tanto, a la superior triada caldea. Los demás dioses del grupo son idénticos a los dioses inferiores de Asiría y Babilonia, que bajo la dirección del Demiurgo (Bel) le ayudaban en su obra de la propia suerte que los patriarcas ayudan a Jehovah.

Además de los dioses menores (NOTA: *Divinidades tutelares de las ciudades y ríos. FINAL NOTA*) había los cuatro genios equivalentes a los que, según la visión de Ezequiel, sostienen el trono de Jehovah, identificado por esta equivalencia con su correspondiente persona de la trinidad caldea, pues estos cuatro genios o querubines son los compañeros de los cuatro evangelistas y al propio tiempo los alados conductores de Jesús, según dice Ireneo.

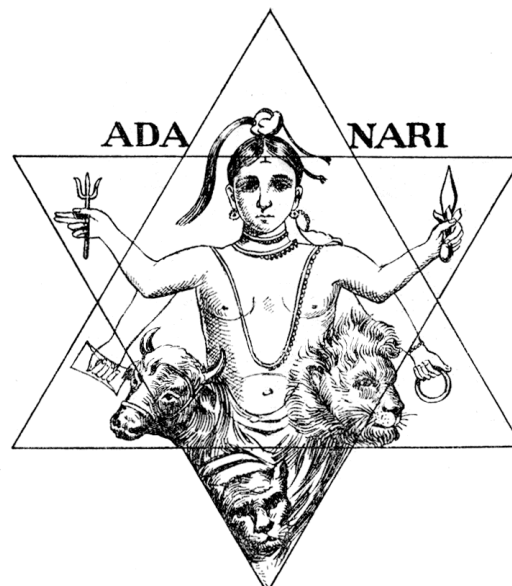
Los libros de *Ezequiel* y del *Apocalipsis* denotan principalmente su parentesco con la *Kábala* inda en la descripción de las cuatro bestias que simbolizan los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. Equivalen a las esfinges asirías, que también se ven esculpidas en las paredes de casi todas las pagodas indas.

El autor del *Apocalipsis* describe el pentáculo pitagórico (NOTA: *San Juan: Apocalipsis, IV, 7. FINAL NOTA*), cuyo admirable diseño trazado por Levi reproducimos más adelante. La diosa inda Adanari (NOTA: *Más propiamente Adonari, pues la primera a se pronuncia casi como o. FINAL NOTA*) aparece rodeada de las mismas figuras simbólicas y es idéntica a la «Rueda de Adonai», según Ezequiel, más conocida por «Querubín de Jeheskiel», lo cual indica sin duda alguna la fuente en donde el profeta hebreo bebió sus alegorías (NOTA: *Para que la comparación resulte más patente, hemos colocado la, figuras dentro del pentáculo. FINAL NOTA*).

Sobre estas bestias estaban los dos grupos de espíritus angélicos: los igili o seres celestiales, y los *amanaki* o espíritus terrestres (NOTA: Los gigantes hijos de Enak, descritos por los exploradores de la tierra de Canaán. FINAL NOTA).



La *Kábala Denudata* da a los cabalistas una muy clara que a los profanos les parece confusa explicación de las substituciones de un personaje por otro. Así, por ejemplo, dice que la centella (chispa divina) de Abraham procedía de Miguel, jefe de los eones y primera emanación de la Divinidad (NOTA: Para los gnósticos, era Miguel idéntico al Christos. FINAL NOTA); y sin embargo, Miguel y Enoch son una sola y misma entidad, pues ambos son la figura humana que ocupa el punto de unión de la cruz zodiacal. También, según la *Kábala Denudata*, la centella de Isaac era la de Gabriel, jefe de la hueste angélica, y la centella de Jacob procedía de Ariel, llamado «fuego de Dios». El espíritu de vida más penetrante de los cielos no es Adam Kadmon, sino el Adam primario o *Microprosopos*, que en uno de sus aspectos es Enoch, el padre de Matusalén; pero el Enoch «arreatado por Dios» que «no murió», es el Enoch espiritual, símbolo de la humanidad, tan eterna en el espíritu como en la carne, aunque la carne se transforme y renueve, pues la muerte es un nuevo nacimiento y la humanidad no muere jamás. El *Destructor* se convierte en *Regenerador*. Enoch es el tipo del hombre dual en espíritu y cuerpo, por lo que ocupa el centro de la cruz astronómica.



Pero este símbolo, ¿fue invención de los hebreos? Nos parece que no. Todas las naciones versadas en astronomía, y en especial la India, veneraban profundamente la cruz como base geométrica del simbolismo del avatar o manifestación de Dios en el hombre, del Creador en la criatura. En los más antiguos monumentos de India, Persia y Caldea aparece la cruz doble, de cuatro brazos u ocho puntas que tan frecuentemente se echa de ver en la morfología natural, como por ejemplo en los cristales de nieve y en algunas flores. Con ultracristiano misticismo dice Lundy que «estas flores cruciformes son la profética estrella de la Encarnación que une cielos y tierra, a Dios con el hombre» (NOTA: Lundy: *Cristianismo monumental*; 3. FINAL NOTA).

Esta frase expresa perfectamente el concepto contenido en el antiguo apotegma cabalístico: «como es arriba así es abajo», pues demuestra que Dios se encarna en beneficio de la humanidad entera, y no tan sólo en el de un puñado de cristianos. Es la mundanal cruz de los ciclos reproducida en la naturaleza terrestre y en el hombre dual. El hombre físico reemplaza al espiritual en el punto de unión donde está el místico Libra-Hermes-Enoch. La mano que señala al cielo en contraposición de la otra que señala a la tierra da a entender la infinidad de generaciones de arriba en correspondencia con la infinidad de generaciones de abajo, pues lo visible es manifestación de lo invisible, el hombre de polvo se restituye al polvo, el hombre de espíritu renace en espíritu y la humanidad finita es hija del infinito Dios.

Abba es el Padre; Amona, la Madre; el Universo, el Hijo. En todas las teogonías se repite esta triada, y así vemos que Kadmon, Hermes, Enoch, Horus, Krishna, Órmazd y Cristo son equivalentes entre sí; los *metratones* o medianeros entre el cuerpo y el espíritu, que redimen a la carne por la regeneración de *abajo* y al espíritu por la regeneración de *arriba*, donde la humanidad se une con Dios.

Ya dijimos en otro lugar que la tau egipcia T es muy anterior a la época de Abraham, el supuesto progenitor del pueblo escogido, pues vemos que Moisés la tomó de los sacerdotes egipcios. Prueba de que no sólo los judíos, sino también los gentiles, tenían la tau por sagrada, nos da el siguiente pasaje:

Y mojad un manojito de hisopo en la sangre que está en el umbral y rociad con ella el dintel y los dos postes (NOTA: *Éxodo*, XII, 22. FINAL NOTA).

Esta señal de los *dos postes* es precisamente la misma tau egipcia (NOTA: Tan sólo los autores del *Pentateuco* podían haber concebido un ángel tan por completo humano que necesitara una señal cruenta en las puertas de la casa para saber a quienes había de exterminar. Este concepto sobrepaja en grosería materialista a cuantos de la Divinidad puedan hallarse en las religiones paganas. FINAL NOTA) de que se valía Horus para resucitar muertos, según se ve en las ruinas de Filoe (NOTA: Denon: *Egipto*, II, pl. 40, N.º 8, pág. 54. FINAL NOTA). No cabe en modo alguno admitir que la tau era un anticipo inconscientemente profético de la cristiana, por cuanto según dice Lundy:

Los mismos judíos veneraron la tau como signo de salvación hasta que condenaron a, Jesús... La vara de que se valía Moisés para operar prodigios delante de Faraón era, sin duda, la cruz ansata u otra muy parecida a la de los sacerdotes egipcios (NOTA: Lundy: *Cristianismo monumental*, 13, 402. FINAL NOTA).

Por lo tanto, cabe inferir lógicamente que los judíos tenían los mismos símbolos religiosos que los paganos, sin aventajar a éstos en moralidad de conducta; y por otra parte, que si no obstante su conocimiento del oculto simbolismo de la cruz y de los muchos siglos que esperaban al Mesías, no reconocieron ni al Mesías ni la cruz, según los cristianos, forzosamente hubieron de tener la tau por la verdadera cruz religiosa.

Los que no quisieron reconocer a Jesús como «Hijo de Dios» no pertenecían al vulgo de las gentes que ignoraban el simbolismo religioso ni al partido de los saduceos que le condenó a muerte, sino que fueron los versados en la doctrina secreta que por conocer el significado oculto de la cruz no podían consentir la impostura de identificar con este símbolo al profeta nazareno.

Casi todos los vaticinios del nacimiento de Jesús se atribuyen a los patriarcas y profetas bíblicos; pero si bien algunos de estos últimos han sido personajes históricos, los primeros lo son míticos, según demostraremos mediante la oculta interpretación del Zodíaco, que nos descubrirá la analogía entre los signos y los patriarcas antediluvianos.

Si recordamos los conceptos de la cosmogonía indoísta, comprenderemos más fácilmente la relación entre estos patriarcas antediluvianos y la «Rueda de Ezequiel», tan enigmática para los comentadores. Así, pues, hemos de tener presente: 1.º Que el universo no es una creación súbita y espontánea, sino un término de la indefinida serie de universos evolucionados de la substancia preexistente. 2.º Que la eternidad es una sucesión de ciclos máximos en cada uno de los cuales ocurren doce transformaciones de nuestro mundo, ocasionadas alternativamente por el fuego y el agua, de modo que la tierra queda tan alterada geológicamente, que en realidad constituye un nuevo planeta. 3.º Que en las seis primeras de estas doce transformaciones, todos los seres y todas las cosas de la tierra van siendo cada vez más densamente materiales, mientras que en las seis restantes van siendo cada vez más sutiles y espirituales. 4.º Que al llegar la evolución al punto culminante del ciclo, se desvanecen las formas objetivas; y las entidades que en ellas residieron, hombres, animales y plantas, esperan en el mundo astral el término de este pralaya menor para volver a la tierra y proseguir en ella su evolución (NOTA: Excepto los hombres que por haber alcanzado el nirvana no tienen necesidad de reencarnar. FINAL NOTA).

Los antiguos representaban este maravilloso concepto en el símbolo del Zodíaco o cinturón celeste, para que las gentes lo entendieran, aunque en vez de los doce signos ahora conocidos tan sólo se dieron al público los nombres de diez signos, conviene a saber: *Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis* (NOTA: Según Volney, estaba Aries en su decimoquinto grado 1447 años antes de J.C., por lo que el primer grado de *Libra* no pudo coincidir con el equinoccio vernal antes del año 15.194 de la era precristiana: y si añadimos los 1790 años transcurridos desde J.C., resultan 16.984 años para la antigüedad del Zodíaco (Véase: Volney: *Ruinas de los imperios*, 360). FINAL NOTA). Estos eran los signos exotéricos; pero había otros dos signos místicos, tan sólo conocidos de los iniciados, que eran *Libra*, punto intermedio de los doce, y *Escorpio*, que sigue inmediatamente al de *Virgo*. Cuando fue necesario exoterizar estos dos signos, se les dieron los nombres que ahora llevan, para ocultar los verdaderos, cuyo conocimiento descubría los secretos de la creación y el origen del bien y del mal.

La verdadera doctrina sabeana enseñaba secretamente que estos dos signos encubrían la gradual transformación del mundo, desde su espiritual y subjetivo estado, al sublunar de doble sexo. Así fue que los doce signos se dividieron en dos grupos de seis. El primer grupo se llamó ascendente o línea del Macrocosmos (mundo espiritual mayor), y el segundo grupo se llamó descendente o línea del Microcosmos (mundo subalterno y reflejo del primero). Esta división recibió el nombre de «Rueda de Ezequiel», que comprendía en primer término los cinco signos ascendentes personificados en los patriarcas, a saber. Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo y por último Virgo-Escorpio. Después viene *Libra*, el punto equilibrante o de conversión, y enseguida se desdoblaba la primera mitad del signo Virgo-Escorpio para guiar el grupo descendente del Microcosmos hasta el último signo, Piscis, cuya personificación es Noé, emblema del diluvio. Veremos esto más claro teniendo en cuenta que el signo Virgo-Escorpio indicado en un principio por *m* se redujo

sencillamente a Virgo, y su pareja *m* o Escorpio, como personificación de Caín, quedó colocado después de Libra (NOTA: El signo *séptimo* personificado en el ángel Metraton, Enoch, o medianero entre el espíritu y la materia, entre Dios y el Hombre. FINAL NOTA), pues según la teología exotérica, Caín fue la perdición de la humanidad, pero de acuerdo con la verdadera doctrina de sabiduría representa *el descenso del universo, en el curso de la evolución, de lo subjetivo a lo objetivo*.

Suele creerse que el signo *Libra* lo inventaron los griegos; mas aunque así fuese, únicamente lo conocieron los iniciados, quedando el vulgo tan ignorante como siempre. De todos modos, el nuevo signo sirvió admirablemente para descubrir cuanto podía decirse sin revelar la verdad entera, y se daba a entender con él que cuando en el proceso de la evolución llegó el mundo al grado máximo de materialidad, o sea al punto ínfimo de su descenso, ya no podía descender más porque aquel era el punto de equilibrio (*Libra*), de balanza o conversión, desde donde había de iniciarse el ascenso por impulso de la divina chispa que arde en la intimidad de todas las formas. La balanza simboliza el eterno equilibrio de armonía y justicia que ha de reinar en el universo, la ponderación de las fuerzas centrífuga y centrípeta, de la luz y las tinieblas, de la materia y del espíritu.

La interpolación de los dos signos adicionales del Zodíaco demuestra que el libro del *Génesis*, tal como aparece en las versiones actuales, es posterior a la invención de *Libra* por los griegos, pues la genealogía de los patriarcas se corresponde con los doce signos zodiacales, cuando de ser dicho libro de fecha anterior se correspondería tan sólo con diez. La adición de los dos signos y la necesidad en que estaban de ocultar la verdadera clave movió a los compiladores a repetir los nombres de Enoch y Lamech en la tabla genealógica (NOTA: De todos los libros de la *Biblia* únicamente el *Génesis* pertenece a época remota, pues los demás, añadidos más tarde, no van más allá de la época de Helcias, quien compuso el más antiguo de ellos en colaboración de la profetisa Huldah. FINAL NOTA).

Como quiera que todo lo referente a la creación y el diluvio tiene diversas interpretaciones, no es posible comprender debidamente el significado del relato bíblico sin estar enterado del caldeo y del significado esotérico de lo que sobre el diluvio dicen el *Mahâbhârata* y el *Satapatha*. Los acadianos, que según Rawlinson eran oriundos de Armenia, pero que no fueron los primeros emigrantes de India, enseñaron los misterios religiosos y el idioma sacerdotal a los babilonios, quienes personificaron en Xisuthrus el sol en Acuario (NOTA: Así lo ha comprobado Movers. FINAL NOTA), así como Oannes, el hombre-pezu y semidiós, representaba el primer avatar de Vishnú, con lo que tenemos la clave del doble origen del relato bíblico.

Oannes simboliza la sabiduría esotérica, y por esto sale del mar, del gran abismo, de las aguas, emblema de la doctrina secreta, y ésta es también la razón de que los egipcios divinizaran el Nilo y lo tuviesen por salvador del país en sus periódicas inundaciones y respetasen a los cocodrilos que moraban en el «abismo». Los pueblos de raza camita se asentaron siempre a orillas del mar o en las márgenes de los ríos, pues el agua fue el primer elemento de la creación, según algunas cosmogonías antiguas, y así veneraban profundamente los sacerdotes caldeos el nombre de Oannes, y llevaban una túnica en forma de pescado, cuya cabeza era el bonete (NOTA: Inman: *Creencias antiguas* (láminas de la obra). FINAL NOTA).

Dice Cicerón (NOTA: *De Natura deorum*, I, 10. FINAL NOTA) que, según Tales de Mileto, el *agua* es el principio de todas las cosas y que Dios es la Mente suprema que del agua modeló todas las cosas.

Y Virgilio canta en la *Eneida*:

En el principio, el Espíritu anima cielos y tierra, el líquido elemento, el brillante globo lunar y las titánicas estrellas. La mente infundida por doquiera despierta a la masa y se entremezcla con la primordial materia (NOTA: VI, 724. FINAL NOTA).

Así tenemos que el agua simboliza por una parte la dualidad del *Macrocosmos-Microcosmos* vivificada por el *Espíritu*, y por otra, el Cosmos evolucionado del Kosmos. En este sentido, el diluvio simboliza el período final del conflicto entre los elementos correspondientes al término del primer ciclo máximo de nuestro planeta. Estos períodos de recrudescida lucha entre los elementos se suceden para que del caos surja el ordenamiento y el ordenamiento vuelva a caer en el caos, de modo que los sucesivos tipos de organismo físico estén adaptados a las respectivas condiciones naturales de cada período. Así tenemos que en el anterior al actual no pudo vivir el hombre de hoy sobre la tierra, puesto que no estaba vestido de los *trajes de piel* que alegóricamente menciona el *Génesis* (NOTA: Esta alegoría bíblica resulta más significativa al considerar que la palabra piel empleada en el texto hebreo tiene la acepción de «piel humana». Dice el pasaje en cuestión: «Y *Java Aleim* hizo para Adam y su mujer כִּתְנֵי חוּר (Kitonut ur)». La primera palabra hebrea tiene el mismo significado que el kitón (χιτων) de los griegos, equivalente a túnica; y en cuanto a la segunda dice Parkhurst que significa *piel de hombre o animales*. La misma palabra aparece en el Éxodo, XXXIV, 30, 35, al decir que brillaba la *piel* de Moisés (Wilder). FINAL NOTA).

Las generaciones de Caín y Seth aparecen en la Escritura hebrea como siguen:

GENERACIÓN DE SETH

Principio del Bien

1. Adam.
2. Seth.
3. Enós.
4. Cainán.
5. Mahalaleel.
6. Jared.
7. Enoch.
8. Mathusalén
9. LaMec
10. Noé.

GENERACIÓN DE CAÍN

Principio del Mal

1. Adam.
2. Caín.
3. Enoch.
4. Irad.
5. Maviael.
6. Mathusaél.
7. Lamech.
8. Jabel.
9. Jubal.
10. Tubalcaín.

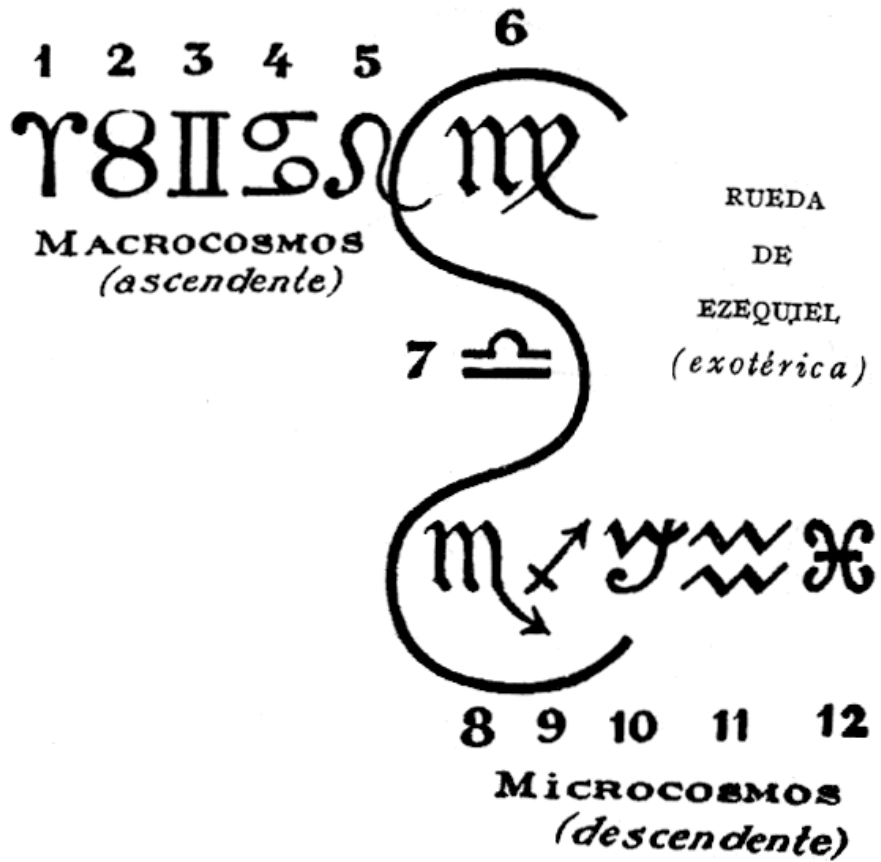
Estos son los diez patriarcas bíblicos, equivalentes a los diez prajâpatis de la India y a los diez sephirotes de la Kábala; pero aunque entre las dos generaciones suman *veinte* patriarcas, sólo se cuentan *diez*, porque la línea cainítica tiene por objeto encubrir la verdad a los profanos y señalar más comprensiblemente la idea del dualismo en que se fundan todas las filosofías religiosas, pues ambas genealogías representan las respectivas potestades benéficas y malélicas correspondientes a los principios paralelamente opuestos del bien y del mal. Pero el velo es tan transparente que no se necesita mucha perspicacia para rasgarlo aun sin el auxilio de la doctrina secreta. Si eliminarnos los nombres duplicados, nos desprenderemos de Adam, Enoch (NOTA: Hijo de Jared en la sética y padre de Irad en la cainítica. FINAL NOTA), Lamech (NOTA: Hijo de Matusalén en ambas líneas. FINAL NOTA), Irad (NOTA: Corrupción masotérica del nombre de Jared. Estas corrupciones han desfigurado el texto original de las Escrituras. FINAL NOTA), Jubal, Jebal (NOTA: Estos dos nombres, con el de Tubalcaín, forman una triada equivalente a Caín. FINAL NOTA), Maviael (NOTA: Corrupción masotérica de Mahalaleel. Sobre esto, dice Rossi, arqueólogo de Parma: «Sabida es la escrupulosidad con que Esdras, el más insigne crítico ijudío, reformó y corrigió el texto para devolverle su primitivo esplendor. De las muchas revisiones hechas después de Esdras, ninguna tan famosa como la de los masotéricos, poco después del siglo VI...; y los más celosos devotos y defensores del

Masorah, tanto cristianos como judíos, confesaron que tal como se empleó era deficiente, imperfecto, lleno de errores e interpolaciones y muy falible para servir de guía» (Rossi: *Compendios*, IV, 7). La letra cuadrada se inventó después del siglo III. FINAL NOTA) y Matusalén. Así queda un solo Caín, que no obstante su fratricidio aparece como padre del virtuosísimo Enoch que en carne mortal fue arrebatado al cielo. Pero en la genealogía sética, Enos, también equivalente a Enoch, es *nieto* de Adam y padre de Caín-an. Esto no es pura coincidencia, sino que representa una inversión de paternidad con el deliberado propósito de poner en confusión a los profanos.

Cabe insistir, por lo tanto, en que los patriarcas son personificaciones de los signos del Zodiaco, emblemas de los múltiples aspectos de la evolución física y espiritual de las razas humanas y símbolos de las divisiones del tiempo. En astrología se les llama ángulos, a causa de su mayor fuerza y poder. El segundo cuaternario de las «doce mansiones de los cielos», o sean la primera, cuarta, séptima y décima, cuyos ángulos están colocados hacia arriba y hacia abajo y corresponden a Adam, Noé, Caín-an y Enoch. El alfa y el omega, el mal y el bien presiden el conjunto. Además, cuando las doce mansiones se dividen en las cuatro triadas: ígnea, aérea, terrestre y acuática, vemos que esta última corresponde a Noé.

Enoch y Lamech están repetidos en la genealogía cainítica para completar los diez patriarcas, de modo que, sin los dos nombres secretos, se correspondiesen con los diez sephirotos cabalísticos y con los diez y después *doce* signos del Zodíaco, de manera tan sólo comprensible para los cabalistas. Ahora bien; en vez de Abel está Seth en la línea genealógica, a fin de que no toda la raza humana apareciese en descendencia directa de un fratricida. Esta dificultad se echó de ver luego de completada la tabla cainítica, y por ello se le da a Adam por tercer hijo a Seth. Es muy significativo que el Adam andrógino es imagen y semejanza de los Elohim (NOTA: «Y crió Dios al hombre a su imagen..., macho y hembra los crió» (*Génesis*, I, 27). «En el día que crió Dios al hombre, a la semejanza de Dios lo hizo» (*Id.*, V, I). FINAL NOTA) y después engendra Adam a Seth a imagen y semejanza suya (NOTA: *Génesis*, V, 3. FINAL NOTA), lo que significa que hubo hombres de razas diferentes. También es digno de nota que en la genealogía cainítica no aparece dato alguno referente a la edad y demás particularidades de los patriarcas, mientras que lo contrario ocurre en la genealogía sética.

Seguramente que nadie esperaría encontrar en una obra del dominio público los misterios finales que durante innumerables siglos estuvieron sigilosamente reservados en los santuarios; pero sin temor de indiscreción ni de divulgar la clave entre los profanos, bien podemos recorrer algún tanto el velo que encubre las majestuosas doctrinas de la antigüedad, y así describiremos a los patriarcas tal como deberían estar relacionados con los signos zodiacales, que aparecen en el orden siguiente:



1. Aries.
2. Tauro.
3. Géminis
4. Cáncer
5. Leo.
6. Virgo.

Línea ascendente del ciclo máximo de la creación.

7. Libra.

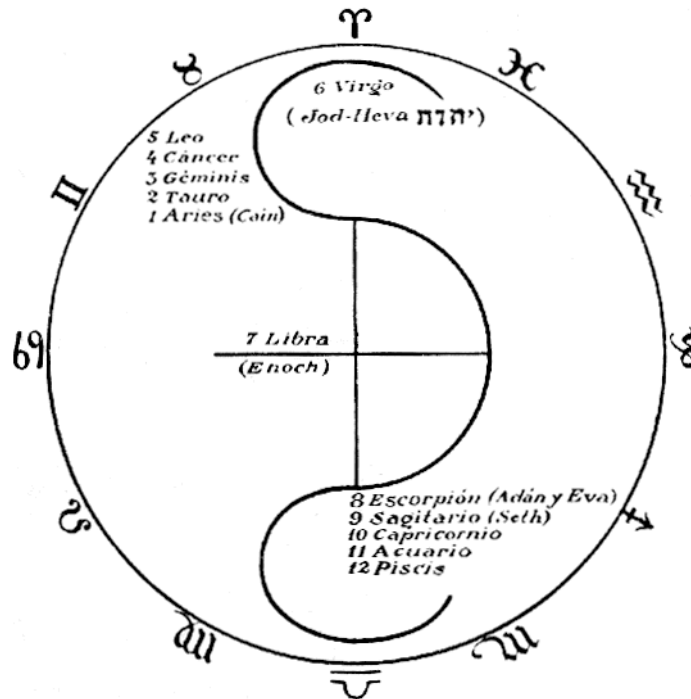
Punto de conversión correspondiente al hombre.

8. Escorpión.
9. Sagitario.
10. Capricornio.
11. Acuario.
12. Piscis.

Línea descendente del ciclo máximo de la creación.

RUEDA DE EZEQUIEL

(NOTA: En su expresión esotérica, tal como, con la figura anterior, aparece en la obra de Hargrave Jennings: *Los rosacruces*. FINAL NOTA)



Al tratar del doble signo Virgo-Escorpión y Libra dice Jennings:

Todo esto es incomprensible a menos que nos valgamos del misticismo de los gnósticos y cabalistas, pues todo el sistema requiere una clave que lo explique; pero los ocultistas niegan constantemente la existencia de dicha clave porque no les está permitido divulgarlas (NOTA: Jennings: *Los rosacruces*, 65. FINAL NOTA).

Esta clave tiene *siete* distintas interpretaciones, de las que sólo expondremos una, a fin de que el profano tenga un vislumbre del misterio. ¡Feliz quien por completo lo conoce!

Para explicar la presencia de Jodheva o Yodheva (NOTA: Nombre generalmente dado al tetragrama. FINAL NOTA) y de Adán y Eva en la Rueda de Ezequiel, basta tener presentes los siguientes versículos del *Génesis*:

Y Dios (*Elohim*) creó al hombre a su propia imagen (*a la de ellos*)..., macho y hembra los (*lo*) creó (NOTA: I, 27. FINAL NOTA).

Macho y hembra los (*lo*) creó y llamó el nombre de ellos Adam en el día en que fueron creados (NOTA: V, 2. FINAL NOTA).

Cuando se toma el ternario al principio del tetragrama, expresa la creación *espiritualmente* divina, o sea sin pecado carnal, y con él cuando se toma en sentido inverso, que entonces es femenino. El nombre de Eva está compuesto de tres letras y el del Adam primitivo o celeste de una sola, *Jod* o *Yodh*, y por lo tanto, la verdadera fonética de Jehovah es Ieva o Eva. El Adam andrógino es espiritual (Adam Kadmon), y cuando la mujer sale de la costilla del Adam terreno, se desdobra de él la pura Virgo y cae en la generación o cielo descendente, convirtiéndose en *Escorpión* (NOTA: Signo astrológico de los órganos sexuales. FINAL

NOTA), emblema del pecado y de la materia. El ciclo ascendente representa las razas puramente espirituales (NOTA: Los diez patriarcas antediluvianos, equivalentes a los prajâpatis y sephirotes. Todos los patriarcas son numéricamente intercambiables, y según lo que simbolizan se convierten en diez, cinco, siete, doce y aun catorce. Tan complejo es el sistema, que únicamente cabe hacer aquí algunas insinuaciones. FINAL NOTA) acaudilladas por Adam Kadmon o Jodheva, mientras que el ciclo descendente representa las razas carnales acaudilladas por Libra, equivalente a Enoch (NOTA: Equivalente también a Hermes. FINAL NOTA), el séptimo patriarca, semi-divino, semi-terreno, de quien por esto se dice que fue arrebatado al cielo en carne mortal.

Libra y sus personificaciones son la balanza de universal armonía, justicia y equilibrio, colocada en el punto céntrico del Zodíaco. El círculo máximo de los cielos, tan bien descrito por Platón en su *Timeo*, simboliza la desconocida Unidad, y los círculos mínimos que se entrecruzan por su división en el plano del Zodíaco simbolizan la vida en el punto de intersección. Las fuerzas centrípeta y centrífuga representan el bien y el mal, el espíritu y la materia, la vida y la muerte, la creación y la destrucción (NOTA: Equivalentes a Dios y el Diablo en el lenguaje vulgar. FINAL NOTA). Son estas fuerzas las dos potestades que tanto en los mundos objetivos como en los subjetivos mantienen por medio de perenne conflicto la ponderación entre el espíritu y la materia. Ambas fuerzas determinan como resultante la línea orbital de los planetas, que atraviesa en cruz la faja zodiacal. Si prevaleciese la fuerza centrípeta caerían los planetas en el sol; y si, por el contrario, prevaleciese la centrífuga, se alejarían indefinidamente de su centro para caer en el caos de la destrucción cósmica. De la propia suerte los espíritus vivientes de los hombres se confundirían centrípetamente con el invisible sol espiritual, el Paramâtma, su padre, mientras que en el caso contrario se alejarían centrífugamente del universo objetivo para caer en la aniquilación. Pero la balanza, Libra, con su finísimo fiel permanece en el punto de intersección, siempre atenta a ponderar la actividad de ambos combatientes, cuyas contrarias fuerzas dan por resultante la paralelográfica diagonal que planetas y espíritus humanos recorren a través del Zodíaco y de la vida, manteniendo de este modo, entre lo invisible y lo visible, entre cielos y tierra, la estricta armonía que reconcilia el espíritu con la materia. Por esto Enoch, personificación de Libra, es el Metatrón, el medianero entre Dios y el hombre. Desde Enoch a Noé y sus tres hijos, cada patriarca representa una transformación o período geológico de la tierra, correspondientes a distintas razas de hombres y seres (NOTA: Únicamente es posible encontrar en el cómputo induísta del Zodíaco la clave de la cronología hebrea y de la edad de los patriarcas. Resultará más claro el cálculo hebreo si tenemos presente que, según el primitivo cómputo de los manvântaras, cada uno de éstos consta de doce mil años de los devas, que multiplicados por 71 forman un período de la creación, y todavía no han pasado siete de estos períodos. Conviene advertir para evitar confusiones, que el Zodíaco se divide en 360° y que a cada signo corresponden 30°. La *Biblia samaritana* fija la edad de Enoch en 360 años. Por otra parte, los *Libros de Manú* dicen acerca de la división del tiempo: «El día y la noche se componen de treinta *muhurtas*, y cada *muhurta* tiene treinta *kalâs*. Un mes de los mortales tiene treinta días, pero es un solo día para los pitris. Un año de los mortales es un día de los devas y así en proporción» FINAL NOTA).

Caín acaudilla la línea ascendente (Macrocosmos) porque es hijo del «Señor» (NOTA: *Génesis*, IV, 1. FINAL NOTA) y no de Adam, sino de Adam Kadmon, equivalente en este caso al «Señor», es decir, que Caín fue hijo del pensamiento pecaminoso y no de generación carnal. Por otra parte, Seth acaudilla la genealogía terrena porque es hijo de Adán y engendrado por éste a su imagen y semejanza (NOTA: *Génesis*, V, 3. FINAL NOTA). El *Caín* bíblico equivale al *Kenu* asirio y significa *el mayor*, mientras que la palabra hebrea כִּנָּן significa artífice herrero.

La geología demuestra que la tierra ha pasado por cinco distintas épocas o fases de diferente estructura, que de la más reciente a la más antigua se suceden como sigue:

1.º Época cuaternaria, en que ya habita el hombre sobre la tierra.

2.º Época terciaria, en la que se presume *pudo* existir ya el hombre en la tierra (NOTA: Según noticias, en el condado de Sussex (Inglaterra) se acaban de encontrar restos del hombre terciario. – *El Traductor*. FINAL NOTA).

3.º Época secundaria, la de los reptiles gigantescos, como el megalosaurio, ictiosaurio y plesiosaurio, *sin vestigio alguno del hombre*.

4.º Época paleozoica, la de los crustáceos gigantescos.

5.º Época azoica, en que aun no había aparecido la vida en la tierra.

Sin embargo, ¿no pudiera ser que en estas remotísimas épocas hubiese ya existido el *hombre* sin dejar huellas materiales por no tener todavía cuerpo organizado? El espíritu no se fosiliza, y bien podría el hombre haber vivido subjetivamente en la tierra antes de su existencia objetiva. Por lo tanto, la cosmogonía indoísta, que divide la formación de la tierra en cuatro épocas de 1728.000 años cada una, está mucho más de acuerdo con los modernos descubrimientos geológicos que la absurda cronología sancionada por los concilios niceno y tridentino.

Aunque posteriormente se hayan hebraizado los nombres de los patriarcas, su origen es con toda evidencia asirio o ario. Así, por ejemplo, *Adam* aparece en la *Kábala revelada* como un término transmutable que se aplica a los demás patriarcas y sephirotés y viceversa. Adam, Caín y Abel forman la primera triada de los doce y corresponden a los sephirotés: Corona, Sabiduría e Inteligencia, y a la trigonía astrológica de lo ígneo, lo terrestre y lo aéreo (NOTA: Si tuviéramos tiempo y espacio para dilucidar extensamente esta cuestión, demostraríamos que la astrología merece el título de ciencia tanto como cualquiera otra. FINAL NOTA).

Adam Kadmon, simbolizado en Aries, equivale al dios Amun con cabeza de carnero que en un torno de alfarero forma hombres a su imagen y semejanza, por lo que también el Adam de barro equivale a Aries-Amun, en cuanto es tronco de la generación humana, pues también engendra hombres a su imagen y semejanza.

En astrología, el planeta Júpiter está relacionado con la primera mansión (NOTA: Aries o primer signo del Zodíaco. FINAL NOTA), y los astrólogos caldeos le veían de color rojo (NOTA: Rawlinson: *Diagramas*. FINAL NOTA) desde el «piso de las siete esferas» de la torre de Borsippa o Birs-Nemrod. También significa *rojo*, además de *hombre*, la palabra hebrea Adam (אָדָם). Al dios índico Agni que preside el signo de Piscis, contiguo al de Aries por su posición extrema en la faja zodiacal, se le representa de color rojo intenso con *dos* caras, una de hombre y otra de mujer, *tres* piernas y *siete* brazos (NOTA: *Doce elementos en conjunto*. FINAL NOTA), montado en un carnero y en la cabeza una tiara en forma de cruz (NOTA: Moor: *Panteón indo*, 295, 302. FINAL NOTA).

En el Zodíaco de los astrólogos indoístas preside los signos la divinidad a que cada uno de ellos está dedicado. Los nombres sánscritos de los signos zodiacales y su correspondiente divinidad aparecen como sigue:

SIGNO	NOMBRE SÁNSCRITO	DIVINIDAD PRESIDENTE
Aries.	Mecha.	Varuna.
Tauro.	Vricha.	Yama.
Géminis.	Mithuna.	Pavana.
Cáncer.	Karcataca.	Sûrya.
Leo.	Sinha.	Soma.
Virgo.	Kanya.	Kartikeia.
Libra.	Tulha.	Kuvera.
Escorpión.	Vristchica.	Kama.
Sagitario.	Dhanus.	Ganesa.
Capricornio.	Makara.	Pulhar.
Acuario.	Kumbha.	Indra.
Piscis.	Minas.	Agni.

Por otra parte, Noé, duodécimo patriarca (**NOTA: Contando a Caín y Abel. FINAL NOTA**) y simbolizado en Piscis, es reproducción de Adam, pues, como éste, es progenitor de una nueva raza humana y tiene también tres hijos: uno malo, otro bueno y el tercero malibueno.

Es asimismo muy significativo que en el Zodíaco caldeo presida Kain el signo de Tauro, que pertenece a la trigonía terrestre, y al cual alude el *Avesta* al decir que Ormazd engendró un ser (Abel) arquetipo de todos los seres, simbolizado en el toro, emblema de fuerza y Vida. Ahriman (Caín) lo mató y de su simiente (Seth) nacieron nuevos seres.

En simbología asiria, Abel significa *hijo*; pero la palabra hebrea *הבל* quiere decir algo efímero, de corta vida y escaso valor, así como también significa «ídolo» (**NOTA: De aquí el nombre solar de Apolo o Abelius, por contracción Bel. FINAL NOTA**). El asirio Kain significa *estatua hérmica* o columna (**NOTA: Emblema de la generación. FINAL NOTA**). Tenemos, en resumen, que Abel es el desdoble femenino de Caín, pues son gemelos y constituyen el andrógino Caín-Abel, cuyo primer elemento corresponde a la Inteligencia y el segundo a la Sabiduría.

Lo mismo ocurre con los demás patriarcas. Enós (*אנוש*), equivalente a Enoch, se identifica con Adam; y Cainán (*קניון*) o Kain-an es el mismo Caín. Por otra parte, Seth (*שֵׁת*) equivale a Teth, Thoth o Hermes, y tal es la razón de que Josefo (**NOTA: Libro I, cap. 3. FINAL NOTA**) señale a Seth muy versado en astrología, geometría y otras ciencias ocultas, diciendo de él que esculpió las reglas fundamentales de su arte en dos columnas de piedra y ladrillo, una de las cuales subsistía en tiempo del famoso historiador judío quien la *vió en Siria*.

Resulta por lo tanto que también Seth es idéntico a Enoch (**NOTA: Y en consecuencia equivale a Hermes o Cadmo. FINAL NOTA**), a quien cabalistas y masones atribuyen la misma obra. Enoch (*הנוח*) significa instructor, iniciador y a veces iniciado (**NOTA: Su equivalente griego es Inaco. FINAL NOTA**).

Respecto a Mahalaleel, deriva de *ma-ha-la* (*מתלה*) que significa benigno y misericordioso, por lo que cabe identificarlo con el cuarto sephirote *Amor y Misericordia*, emanado de la primera triada (**NOTA: Si Halal es uno de los diversos nombres de Apolo, bien pudiera acomodarse el de Mahalal-Eliel al sol vernal de Julio, pues el patriarca Mahalaleel preside el signo zodiacal correspondiente a Julio. FINAL NOTA**).

Jared es lo mismo que Irod (*יירד*) o Iared y significa *descenso* (del verbo *יירד*) o progenie (*ארוד* *arad*), en perfecta correspondencia con las emanaciones cabalísticas.

El nombre Lamech (*למך*) no es de filiación hebrea sino griega, y significa «padre de la época», es decir, el padre del que después de la catástrofe praláyica da comienzo a una nueva era humana. De aquí que Lamech sea el padre de Noé y que éste equivalga al sephirote Reino (Malchuth), mientras que su padre equivale a Fundación. Además,

Lamech está simbolizado en Acuario y Noé en Piscis. Por último, Lamech pertenece al elemento aéreo y Noé al trigonómicamente acuático.

Vemos que cada patriarca, como cada prajâpati, representa bajo determinado aspecto una nueva raza antediluviana; y así pueden considerarse también como personificaciones de los *saros* caldeos o épocas cronológicas, copiadas a su vez de las diez dinastías indas de reyes divinos (NOTA: De lo servil de esta copia nos convencerá el cotejo de las cronologías indica y caldea. Según Manú, las antediluvianas dinastías de los prajâpatis reinaron durante 4.320,000 años solares, o sea toda una época dévica comprendida entre la aparición de la vida en la tierra y su consecutiva desaparición praláyica; pero los caldeos, al copiar el cómputo, olvidaron un cero, y dieron equivocadamente a sus 120 saros o ciclos un valor de tan sólo 432.000 años solares. FINAL NOTA). De todos modos, estas personificaciones son las más profundas e ingeniosas alegorías de cuantas concibió la mente humana.

El Nuctamerón (NOTA: Eliphaz Levi da ambas versiones hebrea y griega de esta obra, pero tan resumida e incoherentemente que les cuesta mucho de entender a quienes no están versados en la materia. Esta obra demuestra una vez más la filiación aria de las doctrinas antiguas, pues los arios fueron los primeros en dividir en cuatro épocas la vida de nuestro planeta. FINAL NOTA) simboliza en las doce horas la evolución del universo y el gradual desenvolvimiento de las razas humanas. Cada hora representa la evolución de una nueva raza y está dividida en cuatro cuartos o épocas, según enseñaron los primitivos arios y copiaron después los sistemas religiosos de todas las naciones, de donde tomó este cómputo el vidente de Patmos. Los caldeos representaron estas cuatro épocas en los cuatro *Oannes* o Soles que aparecieron consecutivamente; los griegos y romanos en las cuatro edades de oro, plata, cobre y hierro; los indos en los cuatro budas; y los parsis en los cuatro profetas (NOTA: Zarathustra, Oshedarcamí, Oshedarmah y Sosiosh. FINAL NOTA).

Las Escrituras hebreas nos dicen por otra parte:

No permanecerá mi espíritu en el hombre porque carne es; y serán sus días ciento veinte años (NOTA: *Génesis*, VI, 3. FINAL NOTA).

Como quiera que antes de que *los hijos de Dios vieses a las hijas de los hombres* la vida humana era de 365 a 969 años, sólo cabe explicar tan brusca disminución comparando el texto bíblico con los libros de Manú, donde se dice:

En los primitivos tiempos no había enfermedades ni dolencias. Los hombres vivían cuatro siglos (NOTA: *Manú*. lib. I.– Las incongruencias que a cada paso se echan de ver en el *Pentateuco* denotan que en estos cinco libros pusieron mano varios autores y que el texto original era, en el fondo, copia de las Sagradas Escrituras hinduistas, sin otra variación que la externa forma de las alegorías. FINAL NOTA).

Sucedía esto en la edad Krita o de justicia, simbolizada en el toro firmemente asentado sobre sus pies. En esta edad permanecía el hombre fiel a la verdadera ley, sin que el mal le concitase a quebrantarla (NOTA: Véase a este propósito en el *Zohar* la disertación del rabino Simeón sobre el primitivo hombre-toro. FINAL NOTA). En cada una de las edades siguientes disminuye en una cuarta parte la duración de la vida humana, y así en la edad *Treta* sólo vive el hombre tres siglos, en la *Dwapara* dos y en la *Kali* (edad presente), cien años a lo sumo.

Noé, hijo de Lamech (NOTA: *Ulom-Ach* o padre de la época. FINAL NOTA), es basto remedo de Manú, hijo de Swayambhu, así como los seis manús o Rishis engendrados por el «primer hombre» indio son los antetipos de Terah, Abraham, Isaac, Jacob, José y

Moisés, los sabios hebreos de quienes se dice fueron profundos astrólogos y alquimistas, inspirados profetas y esclarecidos videntes, es decir, magos.

La talmúdica *Mishna* nos dice que la primera emanación, el andrógino demiurgo Chochmah (Hachma-Achamoth) y Binah construyeron una casa apoyada en siete columnas. Son la *Sabiduría e Inteligencia* del Logos, los arquitectos de Dios, el compás y la *escuadra* de la fábrica del universo. Las *siete* columnas son las *siete* etapas de la evolución mundial, simbolizadas en los *siete* días de la creación. Dice, además, que Chochmah inmola a sus víctimas, o sean las múltiples fuerzas de la naturaleza que para vivir han de morir (NOTA: Alude a la transformación de la energía, pues cuando desaparece una fuerza se convierte en otra equivalente. FINAL NOTA). Las personificaciones de las fuerzas mueren, pero viven en sus hijos y resucitan en cada *séptima* generación. Los siervos de Chochmah (Sabiduría) son, según el *Mishna*, las almas de H-Adam, en quien se concentran todas las almas de Israel.

Continúa diciendo el *Mishna* que el día tiene *doce* horas, durante las cuales se cumplió la creación del hombre. Esto sería ininteligible si no lo diese a comprender Manú cuando dice que el *día* abarca las cuatro edades del mundo y dura *doce* mil años dévicos.

Los Cosmocratores (Elohim) bosquejan en la segunda *hora* la forma corporal de un hombre, que desdoblán para preparar la división en sexos. Así han procedido los Elohim en todas las cosas creadas (NOTA: Eliphaz Levi: *El Nuctamerón de los hebreos*, II. FINAL NOTA), pues según la citada obra, «los peces, aves, plantas y hombres eran andróginos en la primera hora».

Dice el rabino Simeón:

¡Oh compañeros! Al emanar el hombre era al mismo tiempo mujer, pues emanó igualmente del lado del *Padre* y del lado de la *Madre*. Tal es el sentido de las palabras: «Hágase la luz y fue hecha la luz». Este es el hombre desdoblado (NOTA: *Comentario sobre el Zohar*, 13, 15. FINAL NOTA).

Era preciso que la *mujer* espiritual equilibrase al *hombre* espiritual, porque la armonía es la suprema ley del universo.

Dice Platón:

Dios dotó a nuestro universo de movimiento rotatorio, y análogamente formó el cuerpo del hombre como lisa esfera, igual en todos sus puntos, desde el centro a la circunferencia con rotación adecuada al tiempo de su existencia personal. Posteriormente se desdobló el cuerpo del hombre en forma de letra X (NOTA: Platón: *Timeo*. Traducción de Taylor y cita de Lundy en su *Cristianismo monumental*. FINAL NOTA).

San Justino Mártir se apoyó en este pasaje para acusar a Platón de haber plagiado su alegoría del universo y del hombre de la mosaica serpiente de bronce; y por otra parte, Lundy lo comenta diciendo que parece un impremeditado vaticinio de la figura de Jesús, aunque nada dice explícitamente acerca de si considera a Jesús tal como Platón describe al hombre primario. Mas, a pesar de la equivocada interpretación de San Justino Mártir, debiera comprender Lundy que ya pasaron los tiempos de la casuística y que Platón quiso dar a entender que antes de quedar aprisionado en la materia, el hombre espiritual no tenía necesidad de miembros, por lo que si el universo recibió forma esférica en todos sus componentes, también esférica hubo de ser la forma del hombre arquetípico, cuya caída en cuerpo terreno determinó la aparición de miembros. Ahora bien; si imaginamos a un hombre con piernas y brazos extendidos en aspa, como si se apoyara en la primitiva forma esférica, tendremos la figura señalada por Platón, o sea la X inscrita en el círculo.

Los relatos de la creación, de la caída del hombre y del diluvio perteneciente a la historia universal y no son en modo alguno privativos de los hebreos, quienes sólo pueden reclamar

la propiedad de su peculiar exposición alegórica, en que adulteraron las tradiciones de los demás pueblos. El *Libro de Enoch* es muy anterior al *Pentateuco* (NOTA: Así opinan los eruditos investigadores Jost y Donaldson, pues el actual texto de las Escrituras hebreas parece que sólo data de 150 años antes de J. C. Los judíos contemporáneos indagan el paradero de los demás libros que se perdieron cuando la dispersión. (Ghillany: *Sacrificios humanos de los hebreos*, I; Dunlap: *Sod, el hijo del Hombre*, Apéndice). FINAL NOTA) y todavía se desconoce su origen (NOTA: Guillermo Postel ha publicado y comentado en lo posible el *Libro de Enoch*. FINAL NOTA), aunque los judíos lo consideran tan canónico como los demás; y si los cristianos aceptaron la autoridad de estos otros, con igual motivo debieron aceptar la del de Enoch, pues no puede determinarse exactamente la antigüedad de ninguno de ellos.

Dice Jost que cuando la división del reino de Israel, a la muerte de Salomón, los samaritanos sólo reconocieron por canónicos el *Pentateuco* y el *Libro de Josué*; pero que del saqueo del templo de Jerusalén, el año 68 antes de J.C., sólo se salvaron unos cuantos manuscritos (NOTA: Burder: *Josefo*, II, 331, 335. FINAL NOTA) que pudieron ocultar los doctores de la ley (NOTA: Los tanaímes, cabalistas iniciados y profetas coincidieron en sus enseñanzas con las de los cananeos, madianitas, caldeos, etc., según demuestra el *Libro de Daniel*. FINAL NOTA).

Todos los cabalistas del mundo formaron desde tiempo inmemorial una especie de confraternidad o masonería y se daban mutuamente el título de *compañero* o *inocente*, como acostumbraron después algunas asociaciones masónicas de Europa en la Edad Media (NOTA: Véanse sobre el particular: Frank: *La Kábala*, pág. 95; Gaffarel: *Introducción al Libro de Enoch*. FINAL NOTA). Creen los cabalistas, apoyados en el conocimiento, que tan sólo pueden considerarse como libros sagrados auténticos los rollos herméticos de los setenta y dos ancianos, que contenían la verdadera «Palabra» y, aunque perdidos para el mundo, se han conservado en las comunidades secretas. Esto mismo corrobora Swedenborg (NOTA: Presume este insigne clarividente que pudiera hallarse en Tartaria la Palabra perdida. FINAL NOTA) por testimonio recibido de ciertas *entidades espirituales*, quienes le aseguraron que adoraban a Dios según la verdadera Palabra. En cambio, otros estudiantes de ocultismo disponen de prueba más valiosa que el testimonio ajeno, pues por sus propios ojos vieron los libros herméticos.

No es posible aceptar la *Biblia* en sentido exotérico, porque desaparecido el texto que compuso Helcías lo rehizo Esdras y lo completó judas Macabeo; pero al transcribir en caracteres cuadrados el original compuesto en caracteres corniales, quedó éste muy alterado, y mucho más todavía al salir de manos de los masotéricos, de modo que al texto actual no se le puede computar antigüedad mayor de 150 años antes de J.C., y aun así aparece plagado de interpolaciones, mudanzas y omisiones. Por lo tanto, como todos estos errores están ya petrificados y se perdió la verdadera «Palabra de Dios», no hay derecho a exigir de los cristianos que den fe a una serie de quimeras y alucinaciones y tal vez espurias profecías presuntuosamente atribuidas a la *directa* inspiración del *Espíritu Santo*.

Por esta razón no damos validez al bíblico texto monoteísta, publicado precisamente cuando los sacerdotes de Israel creyeron necesario para su política romper a mano airada con los gentiles, perseguir a los cabalistas y repudiar la sabiduría antigua. La verdadera Biblia hebrea nunca estuvo a disposición de las gentes, pues eran libros secretos mucho más antiguos que la versión de los *Setenta* (NOTA: También el *Pentateuco samaritano* aventaja en antigüedad a esta versión. FINAL NOTA). Los Padres de la Iglesia ni siquiera oyeron hablar de la secreta y verdadera Biblia; pues, como dice Swedenborg, la antigua «Palabra», antes que en Occidente, debe buscarse en China o Tartaria. Es tanto más valioso este testimonio, por cuanto, según afirma el clérigo londinense R.L. Tafel, escribió

Swedenborg sus obras teológicas por inspiración divina, que le iluminaba *internamente* con eficacia superior a la de los autores bíblicos, cuya inspiración era tan sólo auditiva.

Dice sobre el caso el reverendo Tafel:

Cuando un miembro convencido de la Nueva Iglesia oiga negar o poner en duda la divinidad e infalibilidad de las doctrinas de la Nueva Jerusalén, tanto en su letra como en su espíritu, ha de tener presente que, según estas mismas doctrinas declaran, el Señor vino por segunda vez mediante las obras inspiradas a su siervo Manuel Swedenborg.

Y si verdaderamente habló el Señor por mediación de Swedenborg, nos queda el consuelo de ver tan supremamente corroborada nuestra afirmación de que la «Palabra de Dios» ha de buscarse en la Tartaria, el Tíbet y la China.

Dice Pococke que la historia primitiva de Grecia es idéntica a la historia primitiva de la India (**NOTA: Pococke: *India en Grecia*. FINAL NOTA**). Parafraseando a este autor podemos nosotros afirmar que la primitiva historia del pueblo de Israel es un remedo de las tradiciones indas, injerto en tradiciones egipcias; pero muchos eruditos, al advertir la analogía entre los relatos bíblicos atribuidos a revelación divina y los relatos indoístas, se contraen a señalar el parecido y enzarzarse en discusiones sobre la interpretación que debe dárseles. Así, Max Müller contradice a Spiegel; Whitney a Müller; Haug a Spiegel, y éste a otros. Menudearon en sucesiva alternación las hipótesis referentes a los acadianos, turanios, protocasdeanos, casdeoseitas y sumerianos. El asiriólogo Halevy rechaza el viejo idioma acado-sumeriano de Babilonia; el egiptólogo Chabas, no contento con destronar la lengua turania que tan excelentes servicios prestó a las perplejidades de los orientalistas, califica de charlatán a Lenormant, el venerable patriarca de los acadianos. Entre tanto, el clero cristiano se aprovecha de estas intestinas querellas para encomiar la superioridad de sus doctrinas teológicas, diciendo que no puede estar la razón de parte de unos detractores que empiezan por discrepar entre sí tan hondamente. De este modo se pospone la vital cuestión de substituir por el *cristismo*, o sea la pura doctrina del Cristo, el cristianismo dogmático con su *Biblia*, su redención subrogada y su diablo, del que por ser personaje de tanta importancia habremos de tratar en capítulo aparte.

CAPÍTULO XXV

Apártate de mí, Satanás.
(Palabras de Jesús a Pedro) *Mateo*, XVI,23

...Y tal enredo de patrañas y majaderías que me apartan de mi fe. Os digo que anoche me tuvo lo menos nueve horas recitándome los distintos nombres del diablo.

SHAKESPEARE, *Rey Enrique IV*, parte I, acto III

A la terrible y justa potestad que eternamente mata los abortos, la llamaron Tifón los egipcios, Samael los hebreos, Satán los orientales y Lucifer los latinos. El Lucifer de la Kábala no es un ángel caído y protervo, sino el ángel que ilumina y regenera después de la caída.

LEVI, *Dogma y ritual de la alta magia*

Aunque el diablo es malo de por sí, los hombres echan sobre él todas sus maldades y le maltratan y acusan injustamente.

DE FOE, 1726

Hace algunos años, un notable cabalista que se veía perseguido escribió el siguiente credo, común para católicos y protestantes:

Creo en el Diablo, omnipotente Padre del Mal, destructor de todas las cosas, perturbador de cielos y tierra.

Y en el Anticristo, su único Hijo y perseguidor nuestro, que fue concebido por obra del Espíritu maligno y nació de una sacrílega y loca virgen. fue glorificado por los hombres y reinó sobre ellos. Subió al trono de Dios todopoderoso, y sentado junto a Él insulta desde allí a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu del Mal, en la sinagoga de Satanás, en la comunión de los malvados, en la perdición del cuerpo y en la muerte e infierno perdurables. Amén.

Desde luego que este credo parece extravagante, cruel y blasfemo; pero escuchemos lo que, según refiere el periódico *Sun*, de Nueva York, dijo un clérigo de Brooklyn en el último cuarto del siglo enfáticamente llamado de las luces:

Los predicadores bautistas se congregaron ayer en la capilla de los marinos con asistencia de algunos misioneros. El reverendo Sarles, de Brooklyn, leyó un discurso en que defendía la proposición de que todo adulto infiel que muere sin tener conocimiento del Evangelio se condena eternamente. Esto equivale a decir que el Evangelio es maldición en vez de bendición, y que los judíos obraron en justicia al crucificar a Cristo, con lo que se derrumba todo el edificio de la religión revelada.

El misionero Stoddard asintió a las opiniones del pastor de Brooklyn, diciendo que los indios entre quienes ejercían eran muy grandes pecadores, y refirió en prueba de ello que una vez, después de haberle oído predicar en un mercado público, replicóle un brahmán con estas palabras: «Los indios podemos aventajar a todo el mundo en embusterías (NOTA: No creemos que ningún brahmán respetable hubiese calificado de embusteros a los todos, pues sólo se advierte este vicio en las comarcas de la India donde se han establecido los cristianos. La moralidad de los cleros induísta y budista goza desde tiempo inmemorial de tan sólida reputación que el coronel Enrique Yule no puede por menos de dar de ello el siguiente testimonio: «Las excelsas virtudes atribuidas a los brahmanes

y a los mercaderes de la India estaban encomiadas en parte por la tradición; pero la unanimidad con que las elogian los viajeros medioevales denota el sólido fundamento de esta buena fama. En efecto, no sería difícil trazar un encadenamiento de testimonios favorables, desde los tiempos más remotos de la India hasta nuestros días. Dice Arrio que ningún Indo fue nunca acusado de falsedad. Hwen T'sang reconoce la rectitud, honradez y desinterés de los indos. El misionero jordano, que estuvo en el país hacia el año 1330, pondera la veracidad y justicia de los habitantes de la India occidental. También afirma lo mismo Abul Fazl. Pero al cabo de siglo y medio de trato mercantil con los europeos se advierten señales de corrupción, aunque todavía en el siglo pasado alaba Pallas a los bamianos establecidos en Astracán, diciendo que por su recto proceder eran preferibles a los armenios. El ilustre sociólogo Sir Guillermo Sleeman ha declarado que no había conocido en el mundo gentes tan estrictamente honradas como los comerciantes indos» (*Libro del veneciano Marco Polo*, II, 354. Traducción del coronel Enrique Yule). En nuestros días no es un secreto la desmoralización de los indios americanos a causa de su trato con los misioneros cristianos. FINAL NOTA), pero este hombre nos gana, porque ¿cómo sabe él que Dios nos ama? Mirad las serpientes venenosas, los tigres, leones y demás suertes de animales nocivos que nos rodean. Si Dios nos ama, ¿cómo no los extermina?».

El reverendo Pixley, de Hamilton, se adhirió con entusiasmo a las doctrinas de su colega Sarles y pidió cinco mil dólares para la enseñanza de jóvenes aspirantes al sacerdocio.

¿Y a estos hombres se les *paga* por enseñar la doctrina de Jesús cuya memoria insultan? ¿Es extraño que haya personas de talento que prefieran el escepticismo a una fe fundamentada en tan monstruosa superstición?

¿Se apartaba de la verdad el brahmán del relato, al decir que el misionero Stoddard aventajaba en embustes a los indos? Motivo había para ello al escuchar de sus labios que estaban *eternamente condenados* por no haber leído un libro judío cuya existencia ni siquiera sospechaban, o por no haber impetrado la salvación de un Jesús de quien jamás habían oído hablar. Pero el clero bautista, que necesita unos cuantos miles de dólares para los seminaristas, ha de recurrir a representaciones terroríficas con objeto de inflamar el corazón de sus fieles.

Como de costumbre, prescindimos de nuestro personal testimonio siempre que podemos valernos del ajeno, y así solicitamos la opinión de nuestro amigo Guillermo O'Grady (NOTA: Propietario del periódico: *American Builder*, de Nueva York y autor de las interesantes cartas tituladas: *Bosquejos indos* y *La Vida en Oriente*, que con el seudónimo de *Hadii Nicka Bauker Khan* publicó en el *Boletín comercial* de Boston. El padre y el abuelo de O'Grady fueron oficiales del ejército inglés, aunque él nació en la India, y en el transcurso de su larga vida ha tenido numerosas ocasiones de enterarse de la opinión corriente entre los ingleses acerca de los misioneros cristianos en la India. FINAL NOTA) acerca de los misioneros cristianos en la India, quien nos respondió con la siguiente carta:

Nueva York, 12 de junio de 1877.

Me pregunta usted mi opinión acerca de los misioneros cristianos de la India. Durante mi permanencia en este país, jamás hablé con un solo misionero, pues viven alejados del trato social; pero a juzgar por lo que de ellos he oído y lo que por mis propios ojos he visto, no me admira su retraimiento. Influyen nocivamente en los indígenas, y los conversos pertenecen en su mayor parte a las clases ínfimas, sin que por la conversión mejoren su ruin conducta. Ninguna familia respetable admitirá a su servicio indos convertidos al cristianismo, pues suelen ser mentirosos, ladrones, borrachos y sucios hasta el punto de verse despreciados por sus propios compatriotas, entre quienes la suciedad y la embriaguez son vicios rarísimos. Los misioneros les dan a los conversos un misérrimo ejemplo de consecuencia, pues mientras

por una parte predicán al paria que Dios no distingue de castas ni categorías sociales, por otra se jactan de ser superiores a los brahmanes.

El estipendio de los misioneros es en apariencia muy escaso, y sin embargo viven, no se sabe por qué medios, tan desahogadamente como un jefe del ejército que disfrute de paga décuple. Cuando los misioneros regresan a su país (NOTA: **Generalmente pretextan quebrantos de salud ocasionados por la mucha fatiga; pero estos viajes los hacen con frecuencia que no pueden imitar las familias de posibles. FINAL NOTA**), refieren mil pueriles patrañas, enseñan idolillos que se envanecen de haber adquirido con sumo trabajo, lo cual no es cierto, y para conmover a los oyentes enjaretan fingidas relaciones de penas y fatigas pasadas tan sólo en su imaginación. A ningún oficial inglés de los muchísimos que conozco le oí jamás ni una palabra en favor de los misioneros cristianos, a quienes las clases acomodadas de la India desprecian profundamente por su exasperador engreimiento. El gobierno inglés no les concede subvención alguna, pues tiene establecida en la India la enseñanza neutra, aunque sigue satisfaciendo a las pagodas la subvención que les concedió la Compañía de Indias; pero en cambio los protege contra toda violencia personal, y prevalidos de esta protección, tratan tanto a los indígenas como a los europeos con insultante soberbia. Suelen ser los misioneros de lo más fanático del clero cristiano, y a su siniestra propaganda se debió en gran arte la formidable insurrección e 1857. En suma, son unos embaucadores peligrosos.

Guillermo L. D. O'Grady.

Así, pues, el credo con que hemos abierto el capítulo encierra, no obstante su bajeza de conceptos, la verdadera esencia de las doctrinas predicadas por los misioneros, quienes consideran más impío y blasfemo dudar de la existencia personal del diablo que de la del mismo Espíritu Santo o de la divinidad de Jesucristo. Pero ya está casi olvidado el resumen del *Kobelet* (NOTA: **Eclesiastés, XII, 13.– Véase en la traducción en verso de Tayter Lewis este versículo que dice: «Oigamos todos juntos el fin del discurso. Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es todo el hombre». FINAL NOTA**) y nadie cita las palabras de oro del profeta Micheas (NOTA: **VI, 6, 8. Traducción de Noyes. FINAL NOTA**) ni parece hacer caso de la nueva Ley tal como la promulgara Jesús en el Sermón de la Montaña (NOTA: **Mateo, V, I al 48. FINAL NOTA**). Toda la moral del cristianismo contemporáneo se resume en el mandato de «temer al diablo», cuya existencia personalmente objetiva afirma el clero católico secundado por algunos seglares, como Des Mousseaux, quien, más papista que el papa, reconoce la realidad de los fenómenos espiritistas tan sólo porque le sirven de argumento para demostrar la del diablo (NOTA: **Sin embargo, las deducciones del caballero Des Mousseaux están faltas de premisas y denotan una vez más la concordancia entre el credo diabólico y las enseñanzas clericales. FINAL NOTA**), diciendo a este propósito:

Si la magia y el espiritismo fuesen quimeras, tendríamos que despedirnos para siempre de cuantos ángeles rebeldes perturban hoy el mundo, pues no habría demonios en la tierra, y si los perdiéramos, perderíamos también a nuestro Salvador. Porque ¿de quién o de qué nos hubiera redimido? Por consiguiente dejaría de ser tal el cristianismo (NOTA: **Des Mousseaux: Fenómenos de la magia superior, 12, Prefacio. FINAL NOTA**).

¡Oh Santo Padre del Mal! ¡Oh santificado Satán! No abandones a cristianos tan piadosos como el caballero Des Mousseaux y los clérigos bautistas.

Por nuestra parte recordaremos las prudentes palabras de Colquhoun cuando dice:

Los que en los tiempos modernos creen en la existencia personal del diablo, no se dan cuenta de que en realidad son politeístas e idólatras (NOTA: **Colquhoun: Historia de la Magia, hechicería y magnetismo animal. FINAL NOTA**).

En su afán de dar a su doctrina la supremacía sobre todas las demás, se atribuyen los cristianos el reconocimiento dogmático del diablo, pues Jesús fue el primero en emplear la palabra «legión» aplicada a los espíritus malignos, y en esto se apoya Des Mousseaux para decir en una de sus obras:

Posteriormente, cuando al morir la sinagoga dejó su herencia en manos de Cristo, florecieron los Padres de la Iglesia, a quienes algunos ignorantes presumidos acusaron de haber tomado de los teurgos el concepto relativo a los espíritus de tinieblas.

En este pasaje echamos de ver tres errores fácilmente rebatibles por lo evidentes. En primer lugar, lejos de haber muerto la sinagoga, subsiste hoy día en casi todas las ciudades de Europa, Asia y América, siendo de todas las comuniones religiosas la que mejor conducta observa y la más sólidamente establecida. En segundo lugar, si bien nadie niega la existencia de los Padres de la Iglesia (NOTA: Sin contar en este número a los doce ficticios obispos de Roma que todavía están por nacer. FINAL NOTA), basta leer las obras de los platónicos de la Academia, que ya eran teurgos anteriores a Jámblico, para descubrir en ellas el origen de la demonología, así como la angelología, cuyo ortodoxo simbolismo adulteraron lastimosamente los Padres de la Iglesia, quienes si acaso brillaron en el mundo, como asegura Des Mousseaux, sería por su supina ignorancia (NOTA: El reverendo Schuckford empleó la mejor parte de su vida en el intento de cohonestar los absurdos y contradicciones de los Padres de la Iglesia, pero hubo de desistir de su propósito. FINAL NOTA), pues San Agustín, no obstante llamarle sus partidarios «coloso de sabiduría y erudición», negaba la esfericidad de la tierra porque «los antípodas no podrían ver a Jesucristo en su segundo advenimiento»; Lactancio argumentaba en contra de la misma teoría de la redondez de la tierra, diciendo que no era posible que los árboles crecieran al revés y los hombres anduviesen cabeza abajo; Cosmas-Indicopleustes expuso un sistema cosmográfico de exquisita ortodoxia en su *Topografía cristiana*; y por último, el venerable Beda asegura que el cielo está templado con aguas glaciales para que no se inflame (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*. FINAL NOTA), lo cual bien pudiera atribuirse a especial favor de la Providencia, a fin de impedir que las irradiaciones de la sabiduría de este teólogo prendieran fuego al cielo.

Sea como fuere, los Padres de la Iglesia tomaron de los judíos cabalistas sus conceptos acerca de los «espíritus de tinieblas», pero desfigurándolos de suerte, que sobrepujan en extravagancia a cuanto forjó la más calenturienta fantasía del vulgo. No hay en el pandemonio persa un solo *deva* tan absurdo como los incubos que Des Mousseaux remedó de San Agustín. El Tifón egipcio, simbolizado en un asno, resultaría un filósofo en comparación del diablo prendido por el labriego normando en el ojo de una llave. Tampoco el persa Ahriman ni el indoísta Vritra tomarían a bien que algún heresiarca indígena los identificase con Satán, el genio protector del cristianismo dogmático, cuyo nombre no conviene pronunciar desde los púlpitos por no herir los oídos de los fieles, a la manera como no era lícito pronunciar fuera del recinto los nombres sagrados ni las palabras sacramentales de los Misterios. Por esta razón, apenas conocemos los nombres de las divinidades de Samotracia ni el número exacto de los Kabires. Los egipcios tenían por blasfemo pronunciar el nombre de los dioses adorados en sus ritos secretos, y aun hoy mismo los rabinos pronuncian mentalmente el nombre inefable (יהוה) y los brahmanes la sílaba *Aum*. De aquí que los occidentales hayan adulterado los verdaderos nombres de *Hisiris* y *Yava* en los abusivos de *Osiris* y *Jehovah* y vean en todas las divinidades gentílicas el personaje que los pazguatos se abstienen de nombrar por no cometer un pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo (NOTA: «Mas el que blasfemare contra el Espíritu Santo, nunca jamás tendrá perdón, sino que será reo de eterno delito» (*San Marcos*, III, 29). El texto griego dice: eterno juicio (αἰωνίου χρσεως). FINAL NOTA).

Hace años, un amigo nuestro demostró en un artículo periodístico que el Satanás del *Nuevo Testamento* personifica una idea abstracta y no una entidad individual, a lo que replicó un clérigo diciendo que negar la existencia del diablo equivalía a negar la de Cristo y pecar contra el Espíritu Santo, aunque el articulista insistió en que sólo negaba la de Satanás.

Según el clero católico, el «Padre de la Mentira» fue el inspirador de todas las antiguas religiones, así como de las posteriores herejías y del moderno espiritismo (NOTA: **Volvemos a repetir quede ningún modo atacamos a la verdadera religión cristiana ni a la piedad sincera, sino los dogmas de invención humana, esos molinos de viento que nos pondrían en símil con Don Quijote si no recordáramos que han servido de pretexto para asesinar jurídicamente a más de cincuenta millones de seres humanos desde que Jesús mandó amar a los enemigos (San Mateo, V, 44). FINAL NOTA**). Por lo tanto, no cabe esperar que el clero cristiano rehaga y enmiende su obra desechando al fin el concepto del diablo antropomórfico, pues tanto equivaldría a quitar la base de un castillo de naipes en cuyo derrumbamiento iría envuelta la creencia en la divinidad de Jesucristo, que por absurdo que parezca apoya la Iglesia romana en la existencia de Satanás, según de ello nos da testimonio el P. Ventura de Ráulica, ex general de los teatinos, quien en una encomiástica carta dirigida a Des Mousseaux con motivo de su obra: *Costumbres y prácticas de los demonios*, afirma que «a Satanás y a los ángeles rebeldes debemos en absoluto nuestro Salvador, pues de no ser por ellos no hubiéramos tenido Redentor ni religión cristiana».

Las celosas y fervientes almas que se escandalizan porque Calvino dijo que el *pecado es la necesaria causa del supremo bien*, han de tener en cuenta que se apoyó para ello en los mismos dogmas y se prevaleció de la misma lógica que Des Mousseaux para argumentar en pro de la existencia del diablo; pues, según la teología dogmática, el proceso y muerte de Jesús fue el crimen más horrendo que han perpetrado los hombres, y no obstante, lo exigió ineludiblemente la salvación del género humano, o mejor dicho, de los predestinados a la salvación. Por otra parte, Lutero exclama en un rapto de entusiasmo: *O beata culpa qui talem meruisti Redemptorem* (NOTA: «¡Oh bendita culpa que tal Redentor mateciste!» (Cita de D'Aubigné). FINAL NOTA). Vemos, por lo tanto, que de acuerdo con Calvino están católicos y luteranos respecto a que el *pecado fue la causa necesaria del supremo bien*.

Los mahometanos veneran mucho a Jesús y dicen de él que verdaderamente era un profeta de Alah y un varón justo, pero que sus discípulos cometieron la locura de divinizarlo.

Max Müller dice a este propósito:

Se equivocaron los Padres de la Iglesia al ver en los dioses del gentilismo demonios o espíritus malignos; y por lo tanto, conviene precavernos del mismo error con respecto a las divinidades indoístas (NOTA: Müller: *Mitología comparada*, 1856. FINAL NOTA).

Pero la Iglesia nos presenta a Satanás como un atleta que sostuviera sobre sus hombros el mundo cristiano, de modo que todo volvería al caos si el sostén faltase.

El dogma del diablo y su derivado, el de la redención, parece que se fundan en los dos siguientes pasajes:

El que comete pecado es del diablo, porque el diablo desde el principio peca. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo (NOTA: *I Epistola de San Juan*, III, 8. FINAL NOTA).

Y hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba el dragón y sus ángeles.

Y no prevalecieron éstos, y nunca más fue hallado su lugar en el cielo.

Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, aquella antigua serpiente que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo (NOTA: *Apocalipsis*, XII, 7, 8, 9. FINAL NOTA).

Indaguemos, por lo tanto, en las antiguas teogonías el simbolismo de estos pasajes. Primeramente hemos de ver si la palabra *diablo* expresa el concepto de la maligna entidad que supone el cristianismo dogmático, o bien la antagonística fuerza del aspecto tenebroso de la naturaleza, es decir, la *sombra* respecto de la *luz*, y en modo alguno la manifestación de un principio *esencialmente maligno*. Los cabalistas consideran esta fuerza como antagonística, pero al propio tiempo necesaria a la vitalidad, evolución y vigor del principio del bien. Ejemplo de ello tenemos en que las plantas morirían al nacer si estuvieran de continuo expuestas a la luz del sol, por lo que para vivir y crecer requieren la alternativa de días y noches. De la propia suerte, el bien necesita el contraste y la oposición del mal para explayarse. En la naturaleza humana, el mal manifiesta el antagonismo de la materia con relación al espíritu, y por efecto de esta lucha se purifican a la par cuerpo y espíritu. La armonía del universo deriva de la equilibrada oposición de las fuerzas centrífuga y centrípeta, ambas igualmente necesarias, pues si cesara se rompería el concierto universal.

Conviene examinar la personificación de Satanás desde tres distintos puntos de vista: el del paganismo, del *Antiguo Testamento* y de los Padres de la Iglesia. Supusieron los intérpretes que la serpiente del Paraíso terrenal simbolizaba el demonio; pero ningún pasaje del *Antiguo Testamento* aplica el nombre de Satanás a las serpientes, y la que de bronce mandó construir Moisés recibió de los hebreos adoración divina (NOTA: *IV Reyes*, XVIII, 4.– Es muy posible que los serafines o serpientes de fuego mencionadas en los *Números* (XXI, 6, 9), fuesen un apelativo dado a los levitas o individuos de la tribu sacerdotal llamada también ofita (Cotéjense a este propósito el Éxodo, XXXII, 26, 29, con los *Números*, XXI, 6, 9). Los nombres *Heva* (הוה) *Hivi* (הרו) y *Levi* (לרו) significan *serpiente*, y no deja de excitar la atención que precisamente en los *hivitas* de Palestina como en los *levitas* u ofitas de Israel estuviese vinculado el ministerio sacerdotal. También eran *hivitas* los *gabaonitas* a quienes Josué adscribió al servicio del santuario. FINAL NOTA), porque era el símbolo de Esmun-Asclepio, el Iao fenicio. Por el contrario, se advierte la identificación de Satanás con Jehovah en los pasajes siguientes:

Mas Satanás se levantó contra Israel e incitó a David a que hiciese la numeración de Israel (NOTA: *I Paralipómenos*, XXI, 1. FINAL NOTA).

Y se encendió de nuevo el furor del Señor contra Israel y movió a David contra ellos para que dijese: Anda y haz la numeración de Israel y de Judá (NOTA: *II Reyes*, XXIV, 1. FINAL NOTA).

Asimismo aparece citado Satanás en este otro pasaje:

Y me mostró el Señor a Josué, sumo sacerdote, que estaba en pie delante del ángel del Señor, y Satán estaba a su derecha para oponérsele.

Y dijo el Señor a Satán: El Señor te increpe, ¡oh Satán!, y te reprima el Señor que ha escogido a Jerusalén. ¿Pues no es éste un tizón sacado del fuego? (NOTA: *Profecía de Zacarías*, III, 1, 2.– Conviene advertir que en este pasaje la palabra «adversario» se aplica a Satanás en el sentido de «opponente», derivado del verbo שָׁשַׁן (oponer). FINAL NOTA).

Como la profecía de Zacarías, cuyo es el precedente pasaje, data de una época posterior a la colonización de Palestina por los hebreos (NOTA: *Floreció Zacarías en tiempo de Darío Hystaspes*. FINAL NOTA), es muy verosímil que el profeta tomara de los asideanos esta personificación diabólica, pues se sabe que estuvieron muy versados en la doctrina mazdeísta y daban a Ahriman o Ahuramanyas los nombres sirios de Set o Sat-

han (divinidad de los hittas e hyksos) y de Beel-Zeebub, el dios oracular mayormente venerado después de Apolo.

El pasaje anterior es sin duda alguna simbólico, pues así lo da a entender este otro:

Cuando el arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a fulminarle sentencia de blasfemo (αῤῖσιν ἐπενγγχεῖν βλασφημίας) mas dijo: El Señor te reprima (NOTA: *Epístola de Judas, 9. FINAL NOTA*).

Vemos aquí identificado el arcángel San Miguel con el Señor (שׁהרר) o ángel del Señor, en demostración de que el Jehovah hebreo tiene doble carácter: el secreto y el manifestado en el ángel del Señor o el arcángel San Miguel. Del cotejo de entrambos pasajes se infiere claramente que el «cuerpo de Moisés» sobre el cual contendían significaba la Palestina o tierra de Canaán donde habitaban los heteos (NOTA: *Las tablillas asírias llaman a Palestina «tierra de los heteos» cuya divinidad tutelar era Seth, según declaran también los papiros egipcios. FINAL NOTA*), cuya divinidad tutelar era Seth (NOTA: *Seth, Suteh o Sat-an era el dios de los aborígenes de Siria. Plutarco lo identifica con Tiphón. De aquí que fuese el dios de las tierras de Gessen y Carakin ocupadas por los israelitas. FINAL NOTA*). El arcángel Miguel, campeón de la adoración de Jehovah, pelea con su adversario Satanás, pero deja que juzgue su superior.

A Belial no se le puede considerar ni como dios ni como diablo, porque la palabra Belial (בליעל) significa en hebreo destrucción, asolamiento y esterilidad, de modo que la frase אישׁ בליעל *ais-belial* (hombre-belial) quiere decir, hombre destructor y dañino. Por consiguiente, la personificación de Belial habría de ser enteramente distinta de Satanás y análoga a una especie de *diakka* espiritual, a pesar de que los demonólogos le colocan al frente del tercer orden de demonios, cuya índole es de duendes dañinos, incapaces de toda acción sostenida.

Asmodeo es un diablo de origen persa y no hebreo, pues Bréal (NOTA: *Autor de la obra: *Hércules y Caco. FINAL NOTA**) lo identifica con el deva Eshem o Aeshma de los parsis, el espíritu de la concupiscencia, al que, según dice Max Müller, alude varias veces el *Avesta* considerándole como uno de los devas que se convirtieron en espíritus malignos (NOTA: *«Combato al deva Eshma el espíritu del mal» (Vendidad, X, 23). «Todas las ciencias están en el astuto Eshma» (Yacnas, X, 18). «Aniquilemos al malvado Ahuramanyas (Ahriman); aniquilemos a Eshma con la flamígera espada; aniquilemos a los devas mazanianos; aniquilemos a todos los devas» (Serv. LVI, 12). En el mismo capítulo del Vendidad lee otro pasaje en que la amenaza contra Eshma se extiende a las divinidades brahmánicas. Dice así: «Yo combato a Indra, yo combato a Siva, yo combato al deva Naonhaiti». El comentador opina que las divinidades aludidas son Indus, Gaurea o Siva y los Asvines; pero en esto ha de haber algún error, porque cuando se terminaron los Vedas era Siva el dios etíope Bala o Bel de los asirios y no divinidad védica. Por eso creemos que tal vez aludían a Sûrya. FINAL NOTA*).

Samael equivale a Satanás; pero según demuestran Bryant y otras autoridades, fue el nombre dado al viento del Sahara (simun) que también recibió el de *atabulos* (diablo) (NOTA: *Bryant: Análisis de la mitología antigua. FINAL NOTA*).

Indica Plutarco que la palabra *tifón* quiere decir algo violento, desbaratado y sin concierto, por lo que los egipcios llamaron tifones a los desbordamientos del Nilo (NOTA: *El bajo Egipto es muy llano, y en esta llanura junto a las márgenes del río levantaron los egipcios unos montículos llamados tafos para amortiguar el ímpetu de las aguas. FINAL NOTA*). Aunque Plutarco era de muy ortodoxas creencias y no miraba con mucha simpatía a los egipcios, afirma que éstos no adoraban a Tiphón (el demonio) (NOTA: *De lo que les acusaron posteriormente a los cristianos. FINAL NOTA*) sino que le tenían en despectivo menosprecio como representante de la obstinada resistencia

que a la Divinidad oponen las fuerzas antagonísticas (NOTA: Así vemos que en aquellas remotísimas épocas había ya gentes lo bastante ilustradas para no creer en la *personalidad del diablo*. FINAL NOTA).

Añade Plutarco que a Tiphón se le representaba en figura de asno, y que cuando la fiesta de los sacrificios en honor del sol, aconsejaban los sacerdotes al pueblo que no llevaran encima joyas ni adornos de oro para no alimentar con ellos al asno (NOTA: Plutarco: *De Isis*, XXX, XXXI. FINAL NOTA).

Platón opinaba respecto del mal, diciendo que en la materia subyace una fuerza obstinada y rebelde que resiste a la voluntad del supremo Artífice. Esta fuerza es la que bajo la influencia del dogmatismo cristiano se convirtió en el personaje llamado Satán, de cuya identidad con Tiphón no cabe dudar al leer en el *Libro de Job* que Satanás acusa al varón idumeo de ser capaz de maldecir a Dios en el infortunio, lo mismo que en el *Libro de los muertos* aparece Tiphón como acusador de las almas. La analogía se descubre asimismo en los nombres, porque a Tiphón se le llamaba *Seth* o *Seph*, y *satán* en hebreo y *shatana* en árabe significan adversario, perseguidor. Esto concuerda con la mitológica alegoría a que alude Maneto al decir que Tiphón asesinó traicioneramente a Osiris en complicidad con los semitas (israelitas). De aquí tal vez derive la leyenda referida por Plutarco, según la cual, luego de cometido el crimen escapó Tiphón montado en un asno y anduvo durante siete días, engendrando después dos niños llamados Yerosolomo y Judaios, personificaciones simbólicas de Jerusalén y Judea.

Al hablar de una invocación a Tiphón-Seth, dice Reuvers que los egipcios adoraban a este dios en figura de asno, y que Seth era entre los semitas el trasfondo de su conciencia religiosa (NOTA: Vilkinson: *Egipcios antiguos*, 434. FINAL NOTA). En copto la palabra *ao* significa asno, y como es una variación fonética de *Iao* se le dió al nombre de aquel animal significación equívoca de símbolo.

Vemos, por lo tanto, que Satán es una invención fantástica de los Padres de la Iglesia, y por efecto de uno de esos reveses de fortuna a que los dioses parecen estar tan expuestos como los mortales, Tiphón-Seth cayó de las alturas de divinizado hijo de Adam Kadmon a la ínfima categoría de entidad subalterna simbolizada en un asno.

Los cismas religiosos están nutridos por las miserias y rencores propios de la humanidad, que tanto se echan de ver en los litigios judiciales. Prueba de ello nos ofrece la reforma religiosa de Zoroastro, cuando el mazdeísmo se desgajó del indoísmo. Los fulgurantes *devas* védicos trocáronse, por rivalidades religiosas, en los tenebrosos *daevas* o espíritus malignos del *Avesta*. El mismo Indra, la divinidad luminosa por excelencia, quedó sumido en lóbregas tinieblas (NOTA: *Vendidad*, X. FINAL NOTA) para substituirle por el resplandeciente Ahuramazda, el supremo Dios.

La singular veneración que los ofitas profesaban a la serpiente, símbolo de Christos, resultará más lógica si el estudiante recuerda que en toda época representó este reptil la sabiduría divina que mata para que lo muerto resucite a mejor y más perfeccionada vida. Moisés era de la tribu de Leví, secreta adoradora de la serpiente. Gautama fue también de estirpe sárpica por pertenecerá la dinastía de los Nagas, que reinaban en Magadha. También Hermes (Thoth) está simbolizado sárpicamente en Têt. Según las creencias ofitas, Christos nació por obra de la serpiente (Espíritu Santo o Sabiduría divina), lo que significa que llegó a ser Hijo de Dios por su iniciación en la ciencia de las serpientes. Por último, Vishnú, equivalente al dios egipcio Kneph, descansa sobre la eptacéfala serpiente celeste.

El ígneo dragón de los antiguos tiempos sirvió de enseña militar a los asirios, de quienes lo tomó Ciro al apoderarse del país, y más tarde fue insignia de las cohortes romanas de occidente y oriente (NOTA: *Salverte: De las ciencias ocultas*, Apéndice, nota A. FINAL NOTA).

La tentación (NOTA: La palabra *πειρασός*, que se lee en el texto griego, significa *prueba*. FINAL NOTA) de Jesús en el desierto es el pasaje del *Nuevo Testamento* en que con más dramático carácter aparece la figura de Satanás, a quien se le llama *diabolo*, esto es, *acusador*, análogamente al epíteto de *diobolos* (hijo de Zeus) aplicado a los dioses Apolo, Esculapio y Baco. En el desierto que se dilataba entre el río Jordán y el mar Muerto vivían eremíticamente los «hijos de los profetas» y los esenios (NOTA: *Obras de Plinio*. FINAL NOTA), que sometían a los neófitos a pruebas semejantes a las *torturas* de los ritos mágicos, y seguramente de esta índole fue la tentación de Jesús, por lo que dice San Lucas en este pasaje:

Y acabada toda tentación, se retiró de él el diablo hasta el tiempo (*ἄχαι χαιροῦ*), y volvió Jesús en virtud del Espíritu a Galilea (NOTA: *San Lucas*, IV, 13, 14. FINAL NOTA).

Pero en este ejemplo el diablo (*διάβολος*) no significa el espíritu maligno, sino el espíritu de subyugación y disciplina, en el concepto que algunas veces expresan sinónimamente las palabras *Diablo* y *Satán* (NOTA: *I Corintios*, V, 5; *II Id.*, XI, 14; *I Timoteo*, I, 20. FINAL NOTA), según vemos en el siguiente pasaje de San Pablo:

Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijón de mi carne, el ángel de Satanás, que me abofetea (NOTA: *II Corintios*, XII, 7. FINAL NOTA).

Además, vemos que el ángel del Señor actúa de oponente o de Satán en este otro pasaje:

Y el ángel del Señor se puso en el camino delante de Balaám (NOTA: *Números*, XXII, 22. FINAL NOTA).

Nuevo ejemplo del simbolismo de Satán nos da el pasaje siguiente en que el profeta Micheas habla al rey Achab diciéndole:

Vi al Señor sentado en su trono, y a todo el ejército del cielo que le rodeaba a la derecha y a la izquierda.

Y dijo el Señor: ¿Quién engañará a Achab para que suba y perezca en Ramoth de Galaad?

Mas salió un espíritu... y respondió: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas (NOTA: *III Reyes*, XXII, 19, 20, 21, 22. FINAL NOTA).

Parecido carácter ofrece en el *Libro de Job* la figura de Satán, que se entremezcla con los hijos de Dios para presentarse ante el Señor, como en el acto de mística iniciación.

El Señor le da a Satán omnímoda licencia para afligir a Job, con tal de no quitarle la vida; y prevalido del consentimiento, le arrebató bienes, hijos y salud y le cubre el cuerpo de asquerosa lepra, hasta el punto de que su propia mujer se mofa de él porque aún glorifica a Dios en tan extrema miseria. Sus amigos le vituperan, diciendo que muchas abominaciones debió de cometer para verse de tal modo castigado. El mismo Señor, actuando de supremo hierofante, le reconviene por haber proferido palabras necias y disputado con el Altísimo. Entonces Job replica diciendo:

Te preguntaré y respóndeme. Por oída de oreja te he oído; mas ahora te ve mi ojo. Por esto yo me reprendo a mí mismo y hago penitencia en pavesa y ceniza (NOTA: *Job*, XLII, 4, 5, 6. FINAL NOTA).

Inmediatamente queda vindicado Job, porque el Señor se dirige a Eliphaz, diciéndole:

Mi furor se ha airado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado delante de mí lo recto, como mi siervo Job (NOTA: *Id., id., 7. FINAL NOTA*).

Resulta así reconocida la probidad de Job y cumplida su predicción:

Sé que mi Campeón vive y que hasta el último día se mantendrá ante mi sobre la tierra; y que después de consumida mi piel y corroído mi cuerpo, aun sin mi carne veré a Dios (NOTA: *Job, XIX, 25 y 26.*— Adviértase que el texto de la Vulgata en este pasaje no concuerda con la cita, pues está tergiversado de modo que aparezca como una profecía del dogma de la resurrección de la carne y del juicio final. La cita corresponde a la traducción del original auténtico.— *El Traductor. FINAL NOTA*).

Y el Señor volvió la penitencia de Job y le dió doblado todo cuanto había tenido (NOTA: *Id., XIII, 10. FINAL NOTA*).

En ninguna de estas escenas se advierte la manifestación del maligno carácter que el cristianismo dogmático atribuye al «enemigo de las almas».

Entienden eruditos y meritísimos autores que el Satán figurado en el *Libro de Job* es un mito hebreo relacionado con la doctrina mazdeísta del «principio del mal». Dice Haug a este propósito:

La religión mazdeísta descubre íntima afinidad o más bien identidad con el judaísmo y el cristianismo en los puntos referentes a la personalidad y atributos del diablo y a la resurrección de los muertos (NOTA: *Haug: Ensayos sobre el lenguaje sagrado, escrituras y religión de los parsis. FINAL NOTA*).

De la propia suerte, la guerra en el cielo entre Miguel y el Dragón a que alude el *Apocalipsis* (NOTA: *XII, 7. FINAL NOTA*), puede referirse a uno de los más antiguos mitos parsis, pues el Avesta relata la lucha entre Tretaona y la destructora serpiente Azhidahaka, aunque a su vez este mito deriva, según ha demostrado Burnouf, del que representan los Vedas en la lucha de los dioses contra la serpiente Ahi. Los parsis personificaron después esta lucha en la del justo contra el diablo, que es precisamente el carácter de la tentación de Jesús en el desierto, por lo que bien podemos identificar el concepto de Satán con el de Zohak o Azhidahaka, la serpiente con rostro humano en una de sus tres cabezas (NOTA: *Según el Avesta, la serpiente Azhidahaka pertenecía al simbolismo religioso de Babilonia. En las dinastías medas aparecen dos reyes llamados Deiokes o Dahaka y Astyages o Azdahaka, posteriores a Feridum. En varios reinos de Oriente hubo monarcas de la estirpe de Zohak, de lo que se infiere que con este nombre se designaba una dinastía asiria cuyo emblema fue la purpúrea insignia del Dragón (purpurgum signum Draconis). Desde remotísimos tiempos la dinastía Zohak ocupó los tronos de Armenia, Siria, Arabia, Asiria, Media, Persia y Afganistán, hasta que fue depuesta por Ciro y Darío Hystaspes, después de haber subsistido durante mil años. Yima y Thretaona, o Jemshid y Feridum, son indudablemente personificaciones, y con toda probabilidad que los Zohak introducirían entre los persas el culto caldeo del fuego, pues Dara se titulaba vicario de Ahuramazda en la tierra. FINAL NOTA*).

La personalidad de Beel-Zebub difiere de la de Satán en las alegorías. Según el *Nuevo Testamento apócrifo* es el príncipe del mundo inferior y su nombre significa «Baal de las moscas», para dar a entender quizá con esta última palabra los escarabajos sagrados. En cambio, el texto griego del *Evangelio* le llama *Beelzebul* (NOTA: *El texto griego le llama βεελζεβούλ «Baal de la casa».* Parece seguro que Apolo, la délfica divinidad oracular y al propio tiempo curativa, era de filiación fenicia y no griega. No se necesita mucha perspicacia para identificar al dios Apolo con Baal *Zebul*, el dios Ekron o Aqueron, a quien los judíos mudaron el denominativo en *Zebub* (de las moscas), sin duda por

escarnio e irrisión. FINAL NOTA), que significa «el señor de su casa», según se infiere del siguiente pasaje:

Si llamaron Beelzebub al padre de familias, ¿cuánto más a sus domésticos? (NOTA: *San Mateo, X, 25. FINAL NOTA*).

También se le llamaba príncipe o arconte de los demonios.

En el *Libro de los muertos* acusa Tiphón a las almas que comparecen a juicio, lo mismo que Satán acusa al sumo pontífice Josías ante el ángel y tienta a Jesús en el desierto (NOTA: También se le dan a Tiphón los nombres de *Baaltesephon* o dios de la cripta y de *Seth* o dios de la columna (*Éxodo*). FINAL NOTA). Las alegorías de la religión oficial de los egipcios refieren que Tiphón mató traidoramente a su hermano Osiris, y después de dividir el cadáver en *catorce* (NOTA: Duplo de *siete*. FINAL NOTA) pedazos lo puso en un ataúd (NOTA: Isis fue a Byblos en busca del despedazado cuerpo de su esposo. FINAL NOTA). Análogamente echamos de ver que el dios Sabazios (NOTA: El dios de los *siete* rayos, como el *Heptaktis* de los caldeos. FINAL NOTA) de Frigia fue muerto y dividido en *siete* pedazos por los titanes. El indio Siva está representado con *siete* serpientes por corona, y es el dios de la destrucción y la guerra. También a Jehovah se le llama el «Señor Dios de los ejércitos» (*Sabaoth*), apelativo análogo al de Baco o Dionisio Sabazios, de lo que cabe inferir la identidad de todas estas representaciones. Finalmente, según la antigua simbología, los dioses que cuando el asalto de los titanes hubieron de transformarse en animales para esconderse en Etiopía, volvieron con el tiempo y expulsaron a los pastores.

Afirma Josefo que los *hyk-sos* fueron los antecesores de los israelitas, conforme se infiere de este pasaje:

Los egipcios aprovechaban muchas ocasiones para descargar en nosotros el odio y la envidia que nos tenían. En primer lugar porque nuestros antepasados *los hyk-sos* o pastores eran dueños de Egipto, donde aquéllos vivieron prósperamente después de sacudir el yugo de éstos (NOTA: Josefo: *Contra Apion, I, 25. FINAL NOTA*).

Substancialmente es verídica la afirmación de Josefo, aunque difiera algún tanto del relato de las Escrituras hebreas, escritas muy posteriormente a dicho suceso histórico y alteradas repetidas veces antes de divulgar su texto.

Prosigue diciendo la alegoría que Tiphón se hizo odioso en Egipto y que los pastores llegaron a ser «una abominación», así que en tiempos de la vigésima dinastía se vió tratado como un despreciable demonio y quedó borrada su efigie y su nombre de los monumentos donde se habían grabado (NOTA: Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*. El nombre *Seth-han* compuesto de *Seth*, y la sílaba *an* derivada del caldeo *ana* (cielo) es la raíz de Satán, aunque algunos etimologistas lo derivan del verbo *ששן* (*sian*, oponer). FINAL NOTA).

En toda época mostróse inclinado el hombre a personificar a los dioses. Aun hay tumbas de Zeus, Apolo, Hércules y Baco como si hubiesen vivido en carne mortal sobre la tierra; y por otra parte, Sem, Cam y Jafet son respectivas personificaciones de la divinidad asiría Shamas, de la egipcia Kham y del titán Iapetos. El dios de los *kyh-sos* era Seth; el de los argivos, Enoch o Inaco; y Abraham descubre cierta sinonimia con Brahma, Isaac con Ikshwaka y Judá con Yadu, del panteón indoísta. Tiphón cayó de la categoría divina a la condición diabólica, tanto en su propio carácter de hermano de Osiris, como en concepto del Seth o Satán asirio. Para los fenicios no fue Apolo el dios solar ni la divinidad oracular, sino príncipe de los demonios y monarca de los dominios subterráneos. Cuando el mazdeísmo se desgajó del indoísmo, los disidentes transformaron en asuras a los devas y en devas a los asuras, por lo que vemos a Indra subordinado a Ahriman (NOTA: *Vendidad, X.*— La palabra *Vendidad* es una contracción de *Vidāvadata* (*Ordenanzas*

contra los devas). FINAL NOTA) y formado por éste de materiales de tinieblas (NOTA: Ahriman formó de los materiales de tinieblas a Akuman y Ander, y después a Sauru y Nakit (*Bundahest*). FINAL NOTA) junto con Siva (NOTA: Tomado equivocadamente en vez de Surya. FINAL NOTA) y los dos Asvines (NOTA: Mellizos. FINAL NOTA). Análogamente identificaron los mazdeístas con Indra a Jahi, el demonio de la lujuria.

Todas las naciones tuvieron en tanta veneración sus divinidades tutelares como en aborrecimiento las de sus enemigos. De esta índole son las metamorfosis de Tiphón, Satán y Beelzebub (NOTA: No es por lo extraño que Tertuliano atribuya naturaleza demoníaca a Mitra, el dios de los misterios de este nombre. FINAL NOTA).

Según el *Apocalipsis*, Miguel y sus ángeles vencieron al Dragón y los suyos, conforme vemos en el pasaje siguiente:

Y fue lanzado fuera aquel grande dragón, aquella antigua serpiente que se llama diablo y Satanás y engaña a todo el mundo (NOTA: II, 9. FINAL NOTA).

El Cordero, emblema de Cristo, descendió a los infiernos o reino de la muerte, y allí estuvo tres días, hasta subyugar al enemigo. Los cabalistas llamaban «Salvador» y también «ángel del Sol» y «ángel de Luz» (NOTA: Su nombre más probable sería מוכאל, derivado de ובה (manifestar) y אל Dios. FINAL NOTA), al arcángel Miguel, que era el príncipe de los eones (NOTA: Saben los arqueólogos que Miguel es el ángel innominado de los amuletos gnósticos. FINAL NOTA). Por lo tanto, si el autor del *Apocalipsis* no era cabalista, por lo menos debió de ser gnóstico, pues Miguel no fue para él una entidad original de su revelación (*epopteia*), sino que nos lo representa en su ya conocido carácter de Salvador y vencedor del Dragón. Las investigaciones arqueológicas han apuntado la identidad de Miguel y Anubis, cuya efigie fue recientemente descubierta en un monumento egipcio con coraza y lanza dando muerte al dragón sárpico, tal como la iconografía cristiana representa a San Miguel y a San Jorge (NOTA: Senoir: *El Dragón de Metz. Artículo inserto en las Memorias de la Academia céltica*, I, II, 12. FINAL NOTA).

Lepsius, Champollión y otros egiptólogos han reconocido sin dificultad la «Virgen con el Niño» en las figuras de Isis con Horus en brazos circuida de los rayos del sol y la luna a sus pies. Es la Madre que, perseguida por el Dragón, recibió alas de Aguila imperial de modo que pudiera volar al desierto (NOTA: San Juan: *Apocalipsis*, XII, 14. FINAL NOTA).

Los principios opuestos del bien y del mal están simbolizados en los míticos bíblicos análogamente a como lo están en los paganos, y así tenemos Caín y Abel, Tiphón y Osiris, Apolo y Pitón, Esaú y Jacob. La *Biblia* describe a Esaú cubierto de áspero vello de color rojo, y también es Tiphón de piel roja (NOTA: Plutarco: *Isis y Osiris*. FINAL NOTA). La oposición de Esaú respecto de su hermano Jacob es semejante a la de Tiphón respecto de Osiris. Desde la más remota antigüedad veneraron todos los pueblos a la serpiente como símbolo del espíritu y de la Sabiduría divina. Según Sanchoniaton, Hermes fue el primero que tuvo a la serpiente por el reptil más espiritual. La serpiente gnóstica con las siete vocales en la cabeza es remedo de la eptacéfala serpiente Ananta sobre que descansa Vishnú.

No poco nos sorprende que al hablar del culto de la serpiente confiesen los tratadistas europeos la ignorancia de las gentes respecto al origen de esta «superstición», según la llaman. Dice sobre el particular C. Staniland Wake:

Saben los mitólogos que los pueblos de la antigüedad simbolizaban ciertos conceptos metafísicos en la serpiente, que era el emblema favorito de algunas divinidades, si bien no se sabe con seguridad qué motivo tuvieron para preferir este animal con dicho objeto (NOTA: Wake: *Origen del culto de la serpiente*. Nueva York, ed. Bouton, 1877. FINAL NOTA).

Tampoco Fergusson ha sido más afortunado en este punto, a pesar de los muchos materiales de información que reunió acerca del particular (NOTA: Véase Fergusson: *Árbol y adoración de la serpiente. FINAL NOTA*).

Poco valor tendrá para los simbologistas la explicación que demos de este mito; y sin embargo, estamos en la creencia de que no cabe otra que la expuesta por los iniciados. Según ya notamos en otro lugar, el Bráhmata *Aytareya*, en el himno de la serpiente, dice que la sierpe *Râjni* es la reina de las serpientes y «la madre de todo cuanto se mueve». Esto significa que antes de tomar nuestro globo la forma esferoidal tuvo la de una larga cola de materia cósmica, que se movía retorcidamente como una culebra modelada por la incubación del Espíritu de Dios flotante sobre las «aguas». Esta serpiente está representada en actitud de morderse la cola, como emblema de la eternidad en el orden espiritual y de nuestro planeta en el orden físico, porque, según interpretaron los antiguos filósofos, la tierra muda su configuración superficial a cada pralaya menor, como muda de piel la serpiente, y después del pralaya mayor pasa del estado subjetivo al objetivo, de la propia suerte que, según dice Sanchoniaton, la serpiente cada vez que muda la piel parece como si se rejuveneciera y cobrara mayor fuerza y energía. Esta es la razón de que primero a Serapis y después a Jesús se les representase en figura de serpiente; y también de que en nuestros mismos días se conserve con especial solicitud la enorme serpiente de la mezquita de El Cairo. Se cuenta que en el Alto Egipto suele aparecerse un famoso santo en figura de serpiente; y en la India hay costumbre de colocar junto a la cuna de las criaturas una pareja de serpientes domesticadas que, en opinión popular, irradian un aura magnética de sabiduría, salud y dicha. Todas las serpientes descienden, según los indios, de la primitiva *Râjni*, símbolo de la tierra, y están dotadas de las mismas virtudes que su progenitora.

En la mitología indoísta, el gran dragón *Vasaki* escupe contra *Durga* una ponzoña que por intervención de *Siva*, esposo de ésta, queda embebida en la tierra. Vemos, por lo tanto, que el místico drama de la Virgen celeste perseguida por el dragón que intenta devorarle el hijo, estaba también representado en los ritos secretos de los templos, además de tener su signo entre las constelaciones zodiacales. Los misterios simbolizaban este drama en el dios del Sol y lo grababan sobre una imagen de *Isis* esculpida en negro (NOTA: Higgins: *Apocalypsis; Dupuis: Origen de los cultos, III, 51. FINAL NOTA*), donde aparecía el divino Niño perseguido por el cruel *Tiphón* (NOTA: Capella: *Himnos al Sol, I, II; Movers: Phiniza, 266. FINAL NOTA*). Dice una leyenda egipcia que el Dragón persiguió a *Isis* mientras ésta procuraba proteger a su hijo (NOTA: Plutarco: *Isis y Osiris. FINAL NOTA*). Ovidio refiere que *Dioné*, madre de *Venus* y esposa del *Zeus* pelago, huyó al *Eufrates* perseguida por *Tiphón* (NOTA: Ovidio: *Fastos, II, 451. FINAL NOTA*).

Por su parte, Virgilio exclama:

¡Salve, oh hijo amado de los dioses, descendiente de Jove! Recibe el sumo honor, porque se avencinan los tiempos en que ha de morir la serpiente (NOTA: Virgilio: *Églogas, IV. FINAL NOTA*).

Alberto el Magno, entusiasta astrólogo, ocultista, alquimista y prelado católico señaló la aparición del signo zodiacal *Virgo* en el horizonte el día 25 de Diciembre en que la Iglesia conmemora el nacimiento de Jesucristo (NOTA: Knorring: *Tierra y cielo, 53. FINAL NOTA*).

En los misterios eleusinos, *Plutón* rapta a *Perséfone*, hija de *Demeter*, y se la lleva al *Hades*, donde su madre la encuentra erigida en soberana del tenebroso reino. De este mito extrajo el cristianismo la leyenda de Santa Ana (NOTA: El nombre de Ana deriva del caldeo *ana* (cielo), de cuya raíz proceden también los de *Anattes* y *Anaitres*. A *Durga*, esposa de *Siva*, se le da el sobrenombre de *Annapurna*, y sin duda es el antetipo de Santa Ana. De igual modo la madre del profeta Samuel se llamaba *Ana*, y el padre de Sansón,

antetipo de Samuel, se llamaba *Manu*. FINAL NOTA) que va en busca de su hija María, que con su esposo José hubo de refugiarse en Egipto. Las antiguas imágenes de la Virgen María la representan con dos espigas de trigo en la mano lo mismo que aparecen representadas Perséfone y la Virgen zodiacal.

El árabe Albumazar nos ofrece asimismo una variación del mito en el siguiente pasaje:

En el primer decán de la constelación de la Virgen, nació la doncella Aderenosa (NOTA: Tal vez derivación de Ada-Nari. FINAL NOTA), la pura e inmaculada Virgen (NOTA: En la antigüedad se llamaban vírgenes o *almas* a las muchachas núbiles, pero no a las que transpuesta la adolescencia se quedaban por cualquier circunstancia sin conocer varón. (Prueba de ello nos da el himno laudatorio de la Iglesia que empieza con estos dos versos: *Ave Maris Stella. Dei mater alma*. La palabra alma en este caso no puede tener otra acepción que la tan acertadamente expuesta por Blavatsky.– *El Traductor*). FINAL NOTA) llena de gracia, de apostura encantadora, modesta en el vestir y cabellera flotante, que sentada en adornado trono y con dos espigas de trigo en las manos, amamanta al niño Issa llamado Christos por los griegos y Iesus por otras naciones (NOTA: Kircher: *Edipo egipcio*, III, 5. FINAL NOTA).

Todo esto demuestra más que de sobra la identidad del mito en las principales religiones del mundo. Posteriormente tomó nueva fase el pensamiento religioso. A los misterios de Dionisio Sabazio sucedieron los de Mitra, cuyas cuevas substituyeron a las antiguas criptas desde Asiría hasta Bretaña. El dios Serapis, venido del Ponto, depuso de su trono a Osiris. El rey indo Asoka abrazó la religión budista y envió misioneros a difundir por Grecia, Asia menor y Egipto el Evangelio de Sabiduría, logrando convertir a los esenios de Judea y Arabia, los terapeutas (NOTA: Palabra derivada de *θεραπευω*, servir, curar, adorar. FINAL NOTA) de Egipto y los pitagóricos (NOTA: Según Pococke, el nombre de Pitágoras está compuesto de las derivaciones de *buddha* (sabio) y *guru* (maestro). Sin embargo, Higgins dice en su obra: *Druidas célticos, que es de origen celta y significa «observador de los astros»*. También pudiera derivarse de פתח (*potah*) y guru (maestro), con el significado de «maestro de oráculos». FINAL NOTA) de Grecia y Asia menor. En todos estos países las alegorías budistas substituyeron a los mitos de Horus, Anubis, Adonis, Atys y Baco, que metamorfoseados con arreglo a las nuevas creencias se incorporaron consiguientemente en los Evangelios sinópticos y en el llamado apócrifo, que los ebionitas, nazarenos y otras primitivas escuelas cristianas mantuvieron secretos sin enseñarlos más que a los iniciados, hasta que se los arrebató la predominante influencia del dogmatismo romano.

Cuando el sumo sacerdote Helcias encontró el *Libro de la Ley*, ya conocían los asirios los *Puranas* indos, pues ocasión les deparó al efecto la conquista del país comprendido entre el Helesponto y el Indo, cuando con toda probabilidad arrojarían de la Bactriana a los arios que transpusieron el Punjâb. Así hay indicios de que el *Libro de la Ley* era un *Purana*, pues reúne las cinco condiciones requeridas para ello por los brahmanes eruditos, según nos dice sir William Jones. Estas condiciones son:

- 1.^a Tratar de la formación general de la materia.
- 2.^a Tratar de la formación de la materia diferenciada y de la generación de los seres espirituales.
- 3.^a Dar un resumen cronológico de las edades históricas.
- 4.^a Exponer un resumen genealógico de las dinastías del país.
- 5.^a Incluir la biografía de algún personaje eminente.

Es indudable que el autor del *Pentateuco* se sujetó a estas condiciones, de la propia suerte que los autores del *Nuevo Testamento* habían escuchado las enseñanzas budistas de labios de los misioneros que por entonces menudeaban en Grecia y Judea.

Pero como, según el dogmatismo cristiano, no cabe concebir a Cristo sin el Diablo, hemos de cotejar estos dos conceptos para descubrir la íntima y misteriosa relación entre ambos. Todos los místicos «Hijos de Dios» y los «Primogénitos» ofrecen idénticas características. Adam Kadmon se desdobra en sabiduría conceptiva y sabiduría creadora, que desenvuelve la materia. El Adam de barro es a un tiempo hijo de Dios e hijo de Satán (NOTA: Según el *Libro de Job*, también es Satán hijo de Dios. En la sala reservada del Museo de Nápoles, hay un bajo relieve que representa la *caída de Adán*, en que el Padre Eterno representa el papel de serpiente tentadora. FINAL NOTA).

Hércules era asimismo «primogénito» y equivale a Bel, Baal y Bal y a Siva el destructor. El poeta Eurípides llama a Baco hijo de Dios, y se le tributó adoración desde muy niño, como al Jesús de los evangelios. Los filósofos le describen de condición muy benévola para la humanidad, aunque inexorable con los quebrantadores de su culto (NOTA: La impiedad fue la ruina de Penteo, hijo de Cadmo y Hermione, y la del hijo del rabino Hannon. FINAL NOTA).

El *Libro de Job* nos descubre más claramente que otro alguno la índole y naturaleza del concepto del Diablo, de conformidad con nuestras afirmaciones.

Todo cuanto en este libro se relata es alegórico, y no se han de alarmar por ello las gentes piadosas, pues en tiempos antiguos era costumbre dar alegóricamente las enseñanzas morales, según corrobora el mismo San Pablo en los siguientes pasajes:

Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura; mas fueron escritas para escarmiento de nosotros en quienes los fines de los siglos han llegado (NOTA: *I Corintios*, X, II. FINAL NOTA).

Porque escrito está, que Abraham tuvo dos hijos: uno de la sierva y otro de la libre... Las cuales cosas fueron dichas por alegorías (NOTA: *Gálatas*, IV, 24. FINAL NOTA)

Por lo tanto, si, según toda probabilidad lindante con la certidumbre, el *Nuevo Testamento* tiene carácter alegórico, no será mucha decir del *Libro de Job* lo mismo que dijo San Pablo de las figuras de Abraham y Moisés.

Conviene advertir, sin embargo, la diferencia entre alegoría y símbolo. En la primera se encubre la verdad con la suficiente transparencia para que el oyente o el lector puedan inducir la. El símbolo entraña una cualidad abstracta de la Divinidad, fácilmente comprensible para los profanos, que por ello le tributaron adoración idolátrica. La alegoría estaba reservada en los recintos internos, donde sólo eran admitidos los iniciados; y así se explican aquellas palabras de Jesús cuando decía:

Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado.

Porque al que tiene, se le dará y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (NOTA: *San Mateo*, XIII, 11, 12. FINAL NOTA).

En los misterios menores se efectuaba la operación de lavar una marrana, que luego se dejaba otra vez entre el fango, para significar la purificación del neófito y lo insuficiente de la obra hasta entonces cumplida.

El mito encierra un pensamiento no manifestado, es decir, que personifica históricamente el reflejo de una idea religiosa. En el mito ha de predominar, como en la epopeya, el elemento histórico, de modo que los hechos exotéricos constituyan la base del mito y en ellos se entretejan las ideas religiosas.

El *Libro de Job* es muy claro para quien comprende el pintoresco lenguaje empleado por los iniciados egipcios en el *Libro de los muertos*. En la escena del juicio aparece Osiris sentado en el trono con el garfio en una mano y el místico abanico báquico en la otra. Ante él están los cuarenta y dos asesores del difunto. Junto al trono se levanta un altar cubierto de ofrendas y rematado por la flor de loto, sobre el cual se ven cuatro espíritus. En la puerta permanece estacionada el alma que va a comparecer a juicio, y Thmei, diosa de la Verdad, se le acerca en actitud de darle la bienvenida. Thoth empuña una caña y examina el proceso del alma en el Libro de la Vida. Horus y Anubis, delante de las balanzas, observan si el corazón del difunto equilibra o no el peso del símbolo de la Verdad. Sobre un pilar está sentada la ramera que ha de sostener la acusación. Según saben los eruditos, en los misterios se representaban las escenas del mundo inferior, y tal es la alegoría de Job.

Varios críticos han atribuido a Moisés el *Libro de Job*, que seguramente es más antiguo que el *Pentateuco*, pues en él no se nombra a Jehovah; y si bien este nombre aparece en el prólogo, es por error de traducción o por la necesidad posteriormente sentida de dar carácter monoteísta al politeísmo hebreo, convirtiendo para ello en divinidad individual la pluralidad representada en los *Elohim*. En el primitivo texto del *Libro de Job* no se le da a Dios el nombre de Jehovah (NOTA: Tan sólo en un antiguo manuscrito hebreo (cap. XII, 9) aparece el nombre de Jehovah, y en los demás ejemplares el de Adonai. FINAL NOTA), sino los de *Al, Aleim, Ale, Shaddai, Adonai*, de lo cual se infiere que, como todos los demás manuscritos antiguos, fueron adulterados de propósito el prólogo y el epílogo del *Libro de Job*, pues no cabe suponer que se añadieran posteriormente. No hay en este arcaico poema alusión ninguna a la institución sabática; pero sí copiosas referencias al sagrado número siete, de que hablaremos más adelante, y una abierta discusión sobre el sabeísmo prevaleciente por aquellos días en Arabia. El *Libro de Job* llama a Satán hijo de Dios, pues lo cuenta entre los asistentes al Consejo del Altísimo, a quien induce a poner en toque la fidelidad del varón idumeo, de donde vemos corroborada la significación de *acusador* o *adversario* que etimológicamente tiene la palabra Satán y su identidad conceptiva con el Tiphón de los egipcios que acusa a las almas en el Amenti (NOTA: Oficio análogo al de los fiscales en nuestra administración de Justicia; pero la ignorancia de los primeros cristianos dió al nombre de Satán, torcida sinonimia con el de demonio. FINAL NOTA).

Es el *Libro de Job* una acabada figura de las antiguas iniciaciones y de las pruebas preliminares de tan augusta ceremonia. El neófito se ve privado de todo bien terreno y afligido por una enfermedad repugnante. Su esposa le aconseja que ponga en la muerte su única esperanza. Tres amigos van a visitarle: Eliphaz, el erudito temanita lleno del conocimiento que los sabios recibieron de sus padres, a quienes sólo a ellos les fue dada la tierra; Baldad, el de temperamento positivista, que toma las cosas según vienen y opina que la aflicción de Job es consecuencia de sus culpas; y Sophar, espíritu generalizador de sabiduría superficial. A sus reconvenciones responde Job:

Sea así que yo haya errado, mi yerro quedará conmigo.

Mas vosotros os levantáis contra mí y me dais en cara con mis oprobios... porque la mano del Señor me ha tocado.

Pues yo sé que mi Campeón vive y que hasta el último día se mantendrá ante mí sobre la tierra; y que después de consumida mi piel y corroído mi cuerpo, aun sin mi carne veré a Dios...

¿Por qué, pues, ahora decís: Persigámosle y hallemos raíz de palabra contra él? (NOTA: *Job*, XIX, 4, 5, 21, 25, 26, 28. FINAL NOTA).

Algunos intérpretes han considerado que este epíteto de Campeón alude al Mesías, y en muchas versiones aparece substituida la palabra *Campeón* por la de *Redentor*, aunque en la de los *Setenta* aparece el pasaje como sigue:

Porque sé que es eterno Aquel que ha de libertarme de la tierra para restaurar esta mi piel que sufre de estos males.

Indudablemente se refiere Job en este pasaje a su Yo superior, inmortal y eterno que por medio de la muerte física ha de libertarle de su corrompido cuerpo carnal y revestirle de nueva envoltura. En los *Misterios de Eleusis*, en el *Libro de los muertos* y en otros tratados relativos a la iniciación se le dan nombres propios al Yo inmortal, que los neoplatónicos denominaron *Nous* y *Augoeides*, los budistas *Aggra*, los mazdeístas *Feruer* y los induistas *Âtman*, con más los frecuentes epítetos de *Liberador*, *Campeón*, *Mediador*, etc. En las esculturas míticas de Persia aparece el *Feruer* o Yo superior simbolizado por una alada figura que planea sobre el cuerpo de un hombre (NOTA: Porter: *Persia*, I, láminas 17 y 41. FINAL NOTA). Es el inmortal espíritu que ha de redimir nuestra alma de la esclavitud de la materia. En los textos caldeos el citado pasaje se lee como sigue:

Mi libertador (NOTA: El Yo superior, el espíritu inmortal a quien dice Job que verá sin su carne, esto es, cuando se haya libertado de su cuerpo terreno. Los traductores pusieron Dios en vez de *Libertador*. FINAL NOTA) ha de restaurar mi gastado cuerpo y convertirlo en vestidura etérea.

Sin embargo, todas las versiones derivadas de la de San Jerónimo adolecen de las mismas inexactitudes y mudanzas que este doctor se permitió en su *Vulgata*, según demuestra la evidente adulteración de este versículo:

Pues yo sé que vive mi Redentor y que en el último día he de resucitar de la tierra. Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré a mi Dios (NOTA: *Job*, XIX, 25, 26, ed. *Vulgata*. FINAL NOTA).

En este amaño se advierte el manifiesto propósito que San Jerónimo tuvo de disponer el texto convenientemente para cohonestar «la resurrección de la carne» tal como la entiende el dogmatismo cristiano (NOTA: Verdaderamente es una donosa perspectiva de restauración la de resucitar con los mismos cuerpos que ahora tenemos. ¿Por qué no resucitar también con las misma ropas que nos sirven de mortaja? FINAL NOTA). No podía el autor del *Libro de Job* conocer el *Nuevo Testamento*, por cuanto ni siquiera conocía el *Antiguo*, ya que ni remotamente alude a los patriarcas. Sin duda fue iniciado su autor, pues una de las tres hijas de Job lleva el mitológico nombre de *Kerenhappuch*, que cada versión traduce de distinto modo. La *Vulgata* la llama *Cuerno de antimonio*, y los *Setenta* traducen *Cuerno de Amalthea* (NOTA: Nodriza de Júpiter. Denominación equivalente a *Cuerno de la Abundancia*. FINAL NOTA). Basta el nombre de esta heroína pagana en la versión de los *Setenta* para advertir por una parte la ignorancia de estos traductores y por otra la filiación esotérica del *Libro de Job*.

En vez de consolar a Job, sus tres amigos le reconviene diciéndole que merecida tiene la aflicción en castigo de sus culpas, a lo que responde el santo varón rechazando semejantes imputaciones y prometiendo que mantendrá su causa mientras aliente. Recuerda los prósperos tiempos de su dicha «cuando el secreto de Dios permanecía sobre su tienda» y él era juez soberano como rey en ejército, que a los afligidos consolaba, y los compara con el tiempo presente en que se mofan de él los vagabundos beduinos, «los más viles hombres de la tierra», al verle postrado por el infortunio y por la lepra. Manifiesta después Job la simpatía que le inspiran los desgraciados, y rememora que siempre fue casto, íntegro, honrado, justo, caritativo, sobrio, hospitalario, magnánimo, misericordioso

con el enemigo, extraño al culto del sol e intrépido defensor de la justicia aun contra la oposición de las gentes. Impetra del Todopoderoso una respuesta a este alegato, e intima a sus tres amigos la declaración de las culpas que hayan descubierto en él. No cabía réplica posible. Los tres amigos habían tratado de confundir a Job con especiosas razones, y él les redargüía con su ejemplar conducta. Entonces aparece en escena el cuarto amigo: Elihu el buzita, hijo de Barachel, de la estirpe de Ram (NOTA: Ram denota nacionalidad aramea de la Mesopotamia, descendientes de Buz, hijo de Nahor. El nombre *Eli-Hu* significa *Dioses*; y el de *Barach-Al* quiere decir *adorador de Dios*. También puede descomponerse en *Bar-Rachel*, y entonces significa *hijo de la oveja*. FINAL NOTA).

Elihu representa al hierofante. Empieza reprendiendo a los otros tres amigos de Job, cuyos sofismas desvanece como el viento de Poniente se lleva la movediza arena.

En la amargura de su corazón había dicho Job a sus amigos:

Lo que vosotros sabéis, yo también lo sé y no soy inferior a vosotros.

Con todo eso, hablaré al Todopoderoso y con Dios deseo razonar.

Haciendo antes ver que vosotros sois unos forjadores de mentiras y secuaces de perversos dogmas.

Y ojalá callareis para que fueseis tenidos por sabios (NOTA: *Job*, XIII, 2 a 5. FINAL NOTA).

Pero Elihu le dice:

No los de mucha edad son los sabios ni los ancianos los que juzgan lo justo.

Mas, a lo que veo, espíritu hay en los hombres, y la inspiración del Omnipotente da la inteligencia.

Una vez habla Dios y segunda vez no repite la misma cosa.

Por sueño, en visión nocturna, cuando profundo sueño se echa sobre los hombres y están durmiendo en su lecho.

Entonces abre las orejas de los hombres, y amaestrándolos, les instruye en lo que deben saber.

Atiende, Job, y oye y calla mientras yo hablo.

Y si tienes alguna cosa que decir, respóndeme, habla; porque deseo que comparezcas justo.

Y si no tienes, óyeme, calla y te enseñaré sabiduría (NOTA: *Id.*, XXXII, 8, 9; XXXIII, 14, 15, 16, 31, 32 y 33. FINAL NOTA).

Había dicho antes Job, vacilante en su fe, al oír que sus amigos no le ofrecían otra esperanza que la eterna condenación:

El hombre nacido de mujer, vive breve tiempo y está relleno de muchas miserias.

Que como flor sale y es ajado, y huye como sombra y jamás permanece en un mismo estado.

Mas el hombre después que haya muerto y despojado que sea y consumido, dime, ¿dónde está?

¿Crees por ventura que muerto un hombre tornará a vivir?

¡Y ojala se hiciera el juicio entre Dios y el hombre como se hace el de un hijo del hombre con su compañero! (NOTA: *Job*, XIV, 1, 2, 10, 14; XVI, 22. FINAL NOTA)

Pero por fin escucha Job la sabiduría de Elihu, el inspirado filósofo, el instructor perfecto, el hierofante de cuyos severos labios brota la justa reconvención de haber dudado impíamente de la bondad de Dios achacándole los males de la humanidad. Así dice Elihu:

Lejos esté de Dios la impiedad, y del Omnipotente la injusticia. Porque Él pagará al hombre su obra y recompensará a cada uno según sus caminos. Porque en verdad, Dios no condenará sin razón ni el Omnipotente trastornará la justicia (NOTA: *Id.*, XXXIV, 10, 11, 12. FINAL NOTA).

Callado se había mantenido el hierofante mientras al neófito le satisfizo su propia sabiduría mundana en irreverente incomprensión de la Providencia y sus designios, y dió oídos a los perniciosos sofismas de sus consejeros. Mas, en cuanto la mente del neófito anhela conocer la verdad y se predispone de esta suerte a la instrucción y al consejo, resuena la voz del hierofante, que lleno del divino Espíritu exclama:

No podemos conocer a Dios dignamente. Grande en fortaleza y en juicio y en justicia. Él es inefable.

Por esto le temerán los hombres y no se atreverán a contemplarle todos los que se tienen a sí mismos por sabios (NOTA: *Id.*, XXXVII, 23, 24. FINAL NOTA).

Y responde Job a Baldad:

Verdaderamente sé que así es y que no será justificado el hombre comparado con Dios.

Él trasladó los montes y los mismos que trastornó en su furor no le conocieron.

Él conmueve la tierra de su lugar y sus columnas se estremecen.

Él manda al sol y no sale y cierra las estrellas como bajo de sello.

Él hace cosas grandes e incomprensibles y admirables que no tienen número.

Si viniere a mí no lo veré; si se retirare, no lo entenderé (NOTA: *Job*, IX, 2, 5, 6, 7, 10 y 11. FINAL NOTA).

¡Hermosa lección para los predicadores a la moda que multiplican las palabras sin encerrar sabiduría en ellas! (NOTA: *La profética sátira que se advierte en el citado pasaje, puede aplicarse sin reparo a los predicadores de todas las sectas cristianas. FINAL NOTA*)

Escucha Job la palabra de sabiduría y después le habla el Señor desde el «torbellino de la Naturaleza» (NOTA: *Símbolo de la primera manifestación de Dios. FINAL NOTA*), diciendo:

¿Quién es ese que envuelve sentencias en indoctos discursos?

Cíñete como varón tus lomos; te preguntaré y respóndeme:

¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra?

¿Por ventura has considerado la anchura de la tierra? Dame razón, si sabes, de todas estas cosas.

Cuando me alababan a una los astros de la mañana y se regocijaban los hijos de Dios.

¿Quién encerró con puertas el mar?

Lo cerré dentro de mis términos y dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás más allá y aquí quebrarás tus hinchadas olas.

¿Quién dió curso a un aguacero impetuosísimo y camino al trueno ruidoso para que lloviese en una tierra sin hombre, en el desierto, donde no mora mortal ninguno?

¿Podrás acaso juntar las brillantes estrellas de las Pléyades o podrás detener el giro de Arturo?

¿Podrás enviar los relámpagos e irán y te dirán cuando vuelvan: Aquí estamos? (NOTA: *Job, XXXVIII, 1 y siguientes. FINAL NOTA*).

A lo que responde Job:

Yo, que he hablado con ligereza, ¿qué cosa puedo responder? Pondré mi mano sobre mi boca (NOTA: *Id., XXXIX, 37. FINAL NOTA*).

Ya sabe cuáles son sus caminos y se abren sus ojos por vez primera. Desciende sobre el hombre de las aflicciones la suprema Sabiduría y en este final *Petroma* le muestra la imposibilidad de cazar al Leviatán clavándole el arpón en la nariz, lo cual significa que en el conocimiento oculto (Leviatán) únicamente pueden poner la mano, pero *nada más que la mano*, quienes por sus facultades y debida preparación merecen que Dios no se lo encubra.

Así dice el Señor:

¿Podrás por ventura sacar fuera con anzuelo al Leviatán y atar su lengua con una cuerda?

¿Quién descubrirá la haz de su vestido y en medio de su boca quién entrará?

¿Quién abrirá las puertas de su rostro? Alrededor de sus dientes hay espanto.

Su cuerpo es como escudos fundidos apiñados de escamas que se aprietan. La una se junta con la otra y ni un respiradero pasa por entre ellas.

Su estornudo es resplandor de fuego y sus ojos como los párpados de la aurora.

Detrás de él lucirá la senda y reputará al abismo como lleno de canas.

No hay sobre la tierra poder que se le iguale, pues fue hecho para que no temiese a ninguno.

Todo lo alto ve. Él es el rey de todos los hijos de soberbia (NOTA: *Job, XLI, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 9, 23, 24 y 25. FINAL NOTA*).

Y responde Job:

Sé que todo lo puedes y que ningún pensamiento se te esconde.

¿Quién es ese que sin ciencia encubre el consejo?

Por esto yo he hablado neciamente y lo que sin comparación excedía mi ciencia.

Oye y yo hablaré; te preguntaré y respóndeme.

Por oída de oreja te he oído; mas ahora te ve mi ojo.

Por esto yo me reprendo a mí mismo y hago penitencia en pavesa y ceniza (NOTA: *Id., XLII, 2 a 6. FINAL NOTA*).

Reconoce a su Campeón y se convence de que ha llegado la hora de su reivindicación. Entonces le dice el Señor a Eliphaz:

Mi furor se ha airado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado delante de mí lo recto como mi siervo Job.

El Señor asimismo se volvió a, la penitencia de Job... y le dió doblado todo cuanto había tenido (NOTA: *Id., XLII, 7 y 10. FINAL NOTA*).

En el juicio del alma según el *Libro de los Muertos*, el difunto invoca a los cuatro espíritus residentes en el Lago de Fuego, y luego de purificado por ellos le conducen a la mansión celeste, donde le reciben Athar e Isis en presencia de *A-tum* (NOTA: *Divinidad inmanifestada, equivalente conjuntamente a Phtha y Amon, al Padre y al Hijo, al creador y a la creación, al Pensamiento y su expresión, al Padre y a la Madre. FINAL NOTA*). Se

ha convertido en *туру* (hombre espiritual), que desde entonces será el ojo de fuego (*on-ati*) compañero de los dioses.

Los cabalistas comprendían perfectamente el grandioso poema de Job, y no obstante sus profundos sentimientos religiosos eran acérrimos adversarios del clero, y así se justifican las palabras de Paracelso cuando víctima de persecuciones y calumnias, mal comprendido por amigos y enemigos, maltratado por clérigos y seglares, exclamaba:

¡Oh vosotros los de París, Padua, Montpellier, Salerno, Viena y Leipzig! No sois maestros de la verdad, sino confesores de la mentira. Vuestra filosofía es mentirosa. Si queréis saber lo que verdaderamente significa la magia, estudiad el Apocalipsis de San Juan... Puesto que no podéis probar que vuestras enseñanzas derivan de la *Biblia* y del *Apocalipsis*, dad de mano a vuestras farsas. La *Biblia* es la verdadera clave y el verdadero intérprete. Lo mismo que Moisés, Elías, Enoch, David, Salomón, Daniel, Jeremías y los demás profetas, fue Juan mago, cabalista y adivino. Si alguno de ellos viviera hoy día, seguramente que lo inmolaríais en vuestro fementido matadero, y no sólo a ellos, sino aun al mismo Creador de todas las cosas, si os fuera posible.

Prácticamente demostró Paracelso, que había aprendido muy útiles aunque escondidas cosas en el *Apocalipsis*, la *Biblia* y la *Kábala*, por lo que le apellidaron «padre de la magia y del magnetismo fenoménico» (NOTA: Asi dicen Molitor, Ennemoser, Henman, Pfaff y otros autores. FINAL NOTA). Tan firme era la creencia popular en los sobrenaturales poderes de Paracelso, que todavía perdura entre el vulgo de Alsacia la tradición de que no murió, sino que duerme en su tumba (NOTA: Está Paracelso enterrado en Estrasburgo. (Véase: Schopheim: *Tradiciones*, 32). FINAL NOTA), y que el césped que la rodea se agita al impulso de la respiración de aquel fatigado pecho, de cuyo fondo brotan lastimeros gemidos cuando el insigne filósofo del fuego despierta al recuerdo de las injusticias con que por su amor a la verdad le abrumaron los calumniadores.

De todo cuanto llevamos expuesto se infiere fácilmente que el *Satán* del *Antiguo Testamento* y el *Diablo* de los *Evangelios* y de las *Epístolas* apostólicas son personificaciones del principio antagonístico peculiar de la materia, no necesariamente malo por sí mismo en la acepción ética de la palabra. Los judíos aprendieron en la cautividad de Babilonia la doctrina de los dos opuestos principios del bien y del mal personificados respectivamente por los asidanos y parsis en Ormazd, cuyo nombre secreto era ויהרה y en Ahriman, equivalente al *Satán* de los heteos y al *Diabolos* de los griegos. Los primitivos cristianos de la escuela de San Pablo y después los gnósticos y sus sucesores refinaron metafísicamente estos conceptos, que el dogmatismo tergiversó por último, al propio tiempo que perseguía de muerte a sus genuinos definidores.

La Iglesia protestante entraña el espíritu de reacción contra la Iglesia católica, y no forma un todo coherente y homogéneo, sino una especie de torbellino cuyas partes giran en torno de un centro común, que se atraen y repelen mutuamente impelidas unas hacia Roma por la fuerza centrípeta y empujadas otras por la fuerza centrífuga muy lejos de Roma, hasta más allá de la idea cristiana.

Precisamente, el concepto moderno del diablo es el que tuvieron las multitudes ignaras de Babilonia, «madre de las idolátricas y abominables religiones del gentilismo mundano». Tal vez se redarguya diciendo que las teologías indoísta y budista también admiten la existencia individual de los espíritus malignos; pero la sutil mentalidad inda (NOTA: Por lo menos las gentes de mayor cultura y los teólogos hinduístas y budistas. FINAL NOTA) considera al diablo o espíritu maligno como una abstracción metafísica, una alegoría del *mal necesario*, mientras que para los cristianos es un personaje real de cuerpo y alma, sin cuya existencia no pueden fundamentar el dogma de la redención (NOTA: Como dice Des Mousseaux, es el diablo tan necesario para el dogmatismo católico, como el caballo del Apocalipsis para su jinete. FINAL NOTA).

Los protestantes ingleses, no satisfechos con la personificación bíblica del diablo, adoptaron la demonología expuesta por Milton (NOTA: Juan Milton, primero puritano y después quietista y unitario, consideró siempre su obra como una fantasía poética, aunque ajustada a las líneas generales del pensamiento bíblico. Esta idea del diablo ha sido complementada por los ingleses con algunos toques del *Mefistófeles*, de Goethe. FINAL NOTA) en su *Paraíso perdido*, donde el Ilda-Baath de los ofitas se transforma en Lucifer identificado con el Dragón apocalíptico (NOTA: *Apocalipsis*, XII, 7. FINAL NOTA) después de su caída (NOTA: Simbólicamente análoga a la de Vulcano Hephaistos desde el cielo a la isla de Lemnos. FINAL NOTA) con las huestes rebeldes en el tenebroso abismo del pandemonio. En la tercera parte del poema celebra Satanás consejo en el palacio levantado para su residencia en sus nuevos dominios, y determina emprender una exploración en busca de un nuevo mundo. La cuarta parte relata la caída del hombre, su destierro en la tierra, el advenimiento del Hijo de Dios (Logos) y la redención del linaje humano (NOTA: Según la doctrina de la predestinación, sólo pudo redimir el Hijo de Dios a la parte del género humano previamente elegida. FINAL NOTA).

El poema del Paraíso *Perdido* entraña implícitamente el concepto que del diablo tienen los protestantes ingleses (NOTA: Conviene advertir que al amparo de la amplísima libertad de conciencia vigente en Inglaterra, hay allí representantes de las principales religiones del mundo, y de las que con más adeptos cuentan después de la del Estado, es la secta cristiana evangélica que sigue las doctrinas de Lutero. A ellos alude seguramente la autora y no a los anglicanos, cuyo credo es, si no en espíritu, por lo menos en letra, idéntico al de la Iglesia católica, por lo que los anglicanos, como los griegos ortodoxos, no merecen el nombre de herejes, sino el de cismáticos.— *El Traductor*. FINAL NOTA), y no creer en el diablo personal equivale para ellos a «negar a Cristo» y a «blasfemar contra el Espíritu Santo» (NOTA: Si Milton hubiese sospechado que a su poema se le iba a dar tanto valor dogmático como al *Apocalipsis* y a la *Biblia*, en vez de equipararlo a la *Divina Comedia*, de seguro que no lo publicara, no obstante la pobreza en que se veía. FINAL NOTA). Posteriormente, el poeta Roberto Pollok se inspiró en el poema de Milton para escribir el suyo, titulado: *El curso del tiempo*, que también fue tenido durante algunos años por tan fidedigno como la *Biblia* (NOTA: La nueva fase de la mentalidad humana en el siglo XIX, ha puesto ya en olvido al poeta escocés. FINAL NOTA).

Bosquejemos ahora el carácter del diablo según el concepto cristiano. Es la entidad que interviene en la hechicería, brujería y otros maleficios, según creyeron los fariseos y de ellos lo tomaron los Padres de la Iglesia, quienes identificaron con el diablo las gentílicas divinidades de Mitra, Serapis y otras, cuyo culto consideró siempre el doctrinarismo católico como trato y connivencia con las potestades tenebrosas. Los brujos y hechiceros medioevales fueron para la Iglesia adoradores del diablo, a pesar de que los antiguos consideraron la magia como la ciencia divina o sea el conocimiento y sabiduría de Dios. Mágica era el arte de curar en los templos de Esculapio y en los santuarios de la India y Egipto. El mismo Darío Hystaspes que había exterminado a los magos de mala ley y a los teurgistas caldeos, restableció el culto de Ormazd y con él la verdadera magia en que le instruyeran los brahmanes. Entró a la sazón en una nueva fase el pensamiento religioso. La ignorancia del vulgo engendró la falsa devoción y el dogmatismo imperante condenó la genuina sabiduría, cuyos adeptos hubieron de recatarse de la vista de las gentes y escribir sus tratados filosóficos en lenguaje enigmático sólo comprendido de los iniciados en la doctrina secreta, soportando resignadamente el oprobio, la calumnia y la pobreza.

Los fieles a las antiguas enseñanzas religiosas fueron acusados de hechicería y condenados a muerte. Los albigenses, descendientes de los gnósticos, y los valdenses, precursores de los luteranos, quedaron exterminados por implacables persecuciones. Al mismo Martín Lutero le acusaron de estar en connivencia con Satanás en persona, y aun sigue el mundo protestante bajo el peso de esta imputación de sus adversarios, porque

el dogmatismo romano no distingue entre disidentes, herejes, cismáticos y hechiceros, y todo cuanto se aparte de su norma lo anatematiza por ofensivo a su autoridad, pues la libertad religiosa es un principio nefando para la Iglesia católica.

Sin embargo, los protestantes llevaban en los labios la leche con que les amamantó su madre, y así estaba Lutero tan sediento de sangre como el papa, y Calvino fue más intolerante todavía que la curia romana. Durante treinta años asoló la guerra comarcas enteras de Alemania, sin que en la lucha fuesen menos crueles los protestantes que los católicos. También la religión reformada dirigió sus tiros contra la hechicería y se establecieron sangrientas penas en los códigos de Suecia, Dinamarca, Alemania, Holanda, Inglaterra y colonias de América. A prisión y muerte se exponía quien públicamente declaraba opiniones más liberales y razonables que las de sus compatriotas. Las hogueras a punto de extinguirse en Smithfield se avivaron para abrasar a los magos, y era menos arriesgado rebelarse contra la autoridad real que contra el dogma religioso.

En el siglo XVII se apareció el diablo en persona en Nueva Inglaterra, Nueva Jersey, Nueva York y otras colonias inglesas de América, según nos refiere Cotton Mather. Años después, visitó la parroquia de Mora, en Suecia, al paso que los vecinos de Dalecarlia divertían su aburrimiento los sábados a la puerta de la iglesia con la quema de niños de corta edad y el vapuleo de otros. Pero el escepticismo de los tiempos presentes ha recludo en los conventos la creencia en el diablo de cuerpo humano con pezuña, cuernos y rabo. De cuando en cuando aparece en las *Encíclicas* pontificias y otros documentos oficiales del catolicismo; pero la severidad protestante sólo consiente que se le nombre a media voz en los púlpitos.

Señaladas ya las huellas del diablo desde su primera aparición en India y Persia, conviene examinar ahora las opiniones religiosas dominantes en el mundo durante los primeros tiempos del cristianismo.

Todas las religiones antiguas creían en los avatares o encarnaciones de la Divinidad, que en la India llegaron a constituir una serie ordenada. Los parsis esperaban a Sosiosh y los judíos al Mesías. Tácito y Suetonio refieren que en tiempo de Augusto ardía el Oriente en expectación de un gran Instructor; y según dice Williams, «unas doctrinas tan obvias para los cristianos, eran enigmáticas para los gentiles» (NOTA: Williams: *Historia primitiva*; Dunlap: *Historia del espíritu humano*. FINAL NOTA). Plutarco habla de *Maneros*, un niño que había de nacer en Palestina (NOTA: Plutarco: *Isis y Osiris*, 17. FINAL NOTA), como mediador de Mithra, el Salvador, identificado con Osiris, el Mesías. En las actuales *Escrituras* canónicas se descubren vestigios del culto antiguo, y los ritos, ceremonias y jerarquía eclesiástica de los budistas están remedadas en el culto católico. Los primitivos *Evangelios*, que un tiempo fueron tan canónicos como hoy los sinópticos, contienen relatos enteros copiados de los libros budistas, según han puesto en claro las investigaciones de Burnouf, Asoma, Korosi, Beal, Hardy y Schmidt, aparte de las traducciones del *Tripitaka*, que dejan fuera de duda la filiación budista del cristianismo (NOTA: La milagrosa concepción de Jesús, los prodigios y otros incidentes de su vida se echan de ver claramente en el *Manual del budismo*, compuesto por Hardy. FINAL NOTA).

Aquí vemos el motivo de lo vivamente interesada que está la Iglesia romana en recatar de las miradas del vulgo la *Biblia* hebrea y las obras de los filósofos griegos, pues la filología y teología comparadas demuestran incontrovertiblemente las amañadas falsificaciones de Ireneo, Epifanio, Eusebio y Tertuliano.

En aquel tiempo parece que gozaban de mucho predicamento los *Libros sibilinos*, y fácilmente se echa de ver que dimanaban de las mismas fuentes de donde brotaron las demás obras gentílicas.

He aquí un pasaje de Galleo:

Ha surgido nueva Luz que descendida del cielo toma forma mortal. ¡Oh Virgen! Recibe a tu Dios en tu purísimo seno. El Verbo aleteó en la matriz virginal y asumió forma de carne. La Virgen concibió un Niño. Los magos adoraron la nueva estrella enviada por Dios. El niño envuelto en pañales reposó en un pesebre. Y Bethlem fue la cuna del Verbo (NOTA: *Oráculos sibilinos*, 760, 788. FINAL NOTA).

A primera vista parece este pasaje una profecía del nacimiento de Cristo; pero también pudiera aludir a otras divinidades creadoras, pues hay expresiones análogas que se refieren a Baco y Mitra, como, por ejemplo, la del siguiente pasaje:

Yo, hijo de Zeus, he venido al país de los tebanos. Soy Baco, a quien parió la virgen Semelé, hija de Cadmo, el hombre de oriente, y engendrado por el rayo portador de la llama, tomé forma mortal en vez de la divina (NOTA: Eurípides: *Las Bacantes*. FINAL NOTA).

Las *Dionisiacas*, que datan del siglo V, esclarecen este punto y ponen de relieve su íntima relación con la leyenda cristiana acerca del nacimiento de Jesús, según vemos en este pasaje:

¡Oh! Kore Perséfone (NOTA: Es dudoso que la palabra *κόρη* pueda traducirse por *virgen*, pues Demeter y Perséfone eran substancialmente la misma divinidad, como también Apolo y Esculapio. El teatro de esta aventura es la isla de *Kreta* o *Kuretoya*, donde adoraban a Zeus como dios tutelar, por lo que es fácil que *κόρη* signifique *Ceres* o Demeter, a quien también se la llamaba *κόνηρα*, sinónimo de *κόρη*. Era la diosa de los Misterios y la más apropiada consorte del Dios Sierpe y madre de Zagreus. FINAL NOTA). Tú eras la virgen esposa del Dragón cuando Zeus, transformado en apariencia de galán y rebosante de amor, se deslizó hasta tu lecho virginal y fecundó tu seno, cuyo fruto fue Zagreus (NOTA: Pococke opina que Zeus representa aquí al sumo pontífice de los lamas o al jefe de los jainos; que Koré-Perséfone equivale a Kuruparasupani; y Zagreus simboliza *el chakras*, la rueda o círculo gobernador del mundo. Zagreus murió a manos de los titanes (*daítvas* o *teith-ans*). Los cuernos o medias lunas eran la divisa de la soberanía lamaica. FINAL NOTA), el niño coronado de cuernos (NOTA: Nonnus: *Dionisiacas*. FINAL NOTA).

Descubrimos aquí todo el secreto del culto ofita y el origen del dogma cristiano de la Encarnación del Verbo. Únicamente los gnósticos entre los primitivos cristianos tenían, siquiera rudimentario, un sistema teológico al que adaptaron la figura de Jesús considerada como Cristo; pero de ningún modo cabe presumir que su teología derivara de las enseñanzas cristianas. Entre los gnósticos precristianos era muy conocida la leyenda según la cual la gran serpiente (NOTA: Júpiter, el Dragón de Vida, el Padre, el Dios del bien. FINAL NOTA) se había deslizado cautelosamente hasta el lecho de Semelé para vivificar su seno, y esta misma leyenda aplicaron los gnósticos cristianos a la concepción de Jesús diciendo que el Dios del bien (NOTA: Saturno o Ilda Baoth. FINAL NOTA) transfigurado en Dragón de Vida se deslizó hasta la cuna de la niña María (NOTA: Deane: *El culto de la serpiente*, 89, 90. FINAL NOTA). Para los gnósticos cristianos la Serpiente era el símbolo del Logos, el Cristo o encarnación de la Sabiduría divina por obra de su padre *Ennoia* y de su madre *Sophia*. Así dice Jesús:

Entonces, mi madre, el Espíritu Santo me tomó (NOTA: Evangelio de los hebreos. Véase: Creuzer: *Simbología*, I, 341. FINAL NOTA).

Aquí vemos que Cristo se llama a sí mismo hijo de *Sophía* (Espíritu Santo) (NOTA: Según dice Plutarco (*De Isis*, XXXVI), el Dragón es el símbolo del sol o principio generador equivalente a Júpiter o Zeus, que los egipcios llamaban el Santo Espíritu. FINAL NOTA).

Por otra parte nos dice el *Nuevo Testamento*:

Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por esto lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (NOTA: *San Lucas, I, 35. FINAL NOTA*).

Y añade San Pablo:

En estos días nos ha hablado Dios por el Hijo, al que constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos (NOTA: *Hebreos, I, 2. El original dice eones, equivalente a emanaciones; pero se comprende que los traductores suplantaran esta palabra por la de mundos o siglos, pues así convenía para cohonestar el recién formulado dogma de la Trinidad personal. FINAL NOTA*).

Todas estas expresiones son variadas copias del concepto significado en la frase de Nonnus: «por medio del Draconteo etéreo», pues el éter simboliza al Espíritu Santo o tercera persona de la Trinidad y equivale al Kneph egipcio o serpiente con cabeza de halcón, emblema de la Mente divina (NOTA: *Deane: El culto de la serpiente, 145. FINAL NOTA*) y del Alma universal de los platónicos.

Dicen las Escrituras cristianas:

Yo (la Sabiduría) salí de la boca del Altísimo... y como niebla cubrí toda la tierra (NOTA: *El Eclesiástico, XXIV, 5 y 7. FINAL NOTA*).

También Pymander (Logos) surge del seno de la infinita Oscuridad y cubre la tierra de nubes que sobre ella se extienden a manera de formas serpentinadas (NOTA: *Champollion: Egipto. FINAL NOTA*). El Logos activo es la primaria imagen de Dios, según Filo (NOTA: *Véase: Dunlap: Historia del espíritu humano, capítulo titulado: «El Logos, el Unigénito y el Rey». FINAL NOTA*). El Padre es el pensamiento latente.

Esta universal idea aparece expresada en idéntica terminología entre los gentiles, judíos y cristianos primitivos. En la cosmogonía babilónica de Eudemo, el Logos es el unigénito del Padre, y un himno homérico al sol empieza con este verso:

Load a Eli, hijo de Deus (NOTA: *Traducción de Buckley. FINAL NOTA*).

El dios solar Mithra es imagen del Padre, lo mismo que el cabalístico Seir Anpin.

Imposible parece, y sin embargo tal es la triste realidad, que entre todas las religiones del mundo tan sólo el cristianismo dogmático haya sostenido la creencia en la personalidad del diablo. Ni los egipcios a quienes Porfirio disputa por «la más sabia nación del mundo» (NOTA: *Obras escogidas sobre el sacrificio. FINAL NOTA*) ni los griegos, sus fieles imitadores, ni los judíos cayeron jamás en tan monstruoso absurdo, ni tampoco en el no menos quimérico de la condenación eterna en el infierno, por más que el actual cristianismo atribuya al demonio todo cuanto se relaciona con los paganos.

La palabra infierno que aparece en el original hebreo se traduce siempre torcidamente en las versiones canónicas. Los hebreos no tenían del infierno el concepto que posteriormente le dieron los intérpretes y traductores en el pasaje siguiente:

...y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (NOTA: *San Mateo, XVI, 18. FINAL NOTA*).

El texto original dice: «Las puertas de la muerte»; y en ninguna parte aparece la palabra infierno con el significado de «condenación eterna» que le dieron los forjadores de este dogma. El *Tophet* (NOTA: *Isaías, XXX; 33. FINAL NOTA*) o *valle de Ennom* (NOTA: *IV Reyes, XXIII, 10. FINAL NOTA*) no significa infierno, y la palabra griega

gehenna equivale, en opinión de competentes filólogos, al *Tártaro* de que habla Homero. Prueba de esto nos da el apóstol San Pedro en el pasaje siguiente:

Y si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, atándolos con amarras de infierno, los arrojó al tártaro (NOTA: II *Epístola*, II, 4. FINAL NOTA).

Pero como esta expresión recordaba la guerra entre Júpiter y los titanes, los traductores substituyeron la palabra «tártaro» por la de abismo o infierno. Las «puertas de la muerte» y «cámara de la muerte» que suelen hallarse en el *Nuevo Testamento* no son ni más ni menos que las «puertas del sepulcro» a que aluden los *Salmos* y *Proverbios*. El infierno y el diablo son invenciones del tirano y dogmatizante cristianismo oficial, nacidas al hervor de las calenturientas visiones de los eremitas. Triste degeneración de la mentalidad humana denota el dominante concepto del diablo, si lo comparamos con el que los antiguos tenían del «Padre del Mal», simbolizado en Tiphón (NOTA: *Plutarco y Sanchoniaton le llaman Tiphon (piel roja)*. *Plutarco: Isis y Osiris*, XXI, XXVI. FINAL NOTA), cuyo emblema era el asno.

Así como Tiphón representaba entre los egipcios el aspecto tenebroso y sombrío, en oposición a su hermano Osiris, así también entre los griegos representó *Python* el aspecto antitético al del esplendente Apolo, dios de las visiones y de los oráculos. Python mata a Apolo, pero resucitado éste, mata a Python, y redime de este modo la culpa del linaje humano. En memoria de la muerte de Python se adornaban las sacerdotisas de Apolo con piel de serpiente, emblema del fabuloso monstruo vencido por el dios, y bajo el excitador influjo magnético de aquella piel se transportaban las sacerdotisas al frenesí mántico y por su boca daba Apolo los oráculos.

Apolo y Python significan los desdoblados elementos de la divinidad solar, que todos los pueblos, sin excepción, concibieron andrógina. El suave y benéfico calor del sol vivifica las plantas, pero el riguroso ardor de la canícula las marchita y agosta. Cuando pulsa la lira de siete cuerdas difunde Apolo por doquiera la armonía; pero en su pitónico aspecto es perturbación y disonancia. Así sucede en todas las divinidades solares.

Averiguado está que el apóstol San Juan viajó por Persia y otras comarcas asiáticas donde, si bien predominaba la religión zoroastriana, abundaban los misioneros budistas, por lo que cabe dudar de si el evangelista hubiera o no escrito el Apocalipsis de no haber estado en comunicación y trato con los budistas; pues aparte de sus alusiones al Dragón, hay de ello vehementes indicios en los proféticos pasajes relativos al segundo advenimiento de Cristo, cuya figura copia exactamente el apóstol de la de Vishnú en trazos del todo desconocidos de los demás evangelistas.

Tenemos, por consiguiente, que Ophios y Ophriomorfos, Apolo y Python, Osiris y Tiphón, Cristo y el Diablo son símbolos equivalentes en sus respectivas dualidades, cuyos elementos no podríamos reconocer uno sin otro, como tampoco fuera posible diferenciar el día sin la noche. Ambos elementos son regeneradores y salvadores: el positivo en el orden espiritual y el negativo en el orden físico. El elemento positivo confiere la inmortalidad por virtud propia del espíritu; el elemento negativo la confiere por regeneración de los gérmenes rúpicos. El Redentor del linaje humano ha de morir, porque revela el maravilloso secreto del Yo. La serpiente del *Génesis* incurre en la maldición divina, porque prometió a la *mater* (madre Eva o materia) la inmortalidad, diciéndole:

De ninguna manera moriréis (NOTA: *Génesis*, III, 4. FINAL NOTA).

Entre los egipcios, el aspecto antitético de la serpiente es el segundo Hermes o reencarnación del Hermes Trismegisto.

Es Hermes inseparable compañero e instructor de Osiris e Isis, la personificación de la sabiduría, el hijo del Señor, que como el Caín bíblico edifica ciudades y alecciona a los hombres en el ejercicio de las artes.

Repetidas veces declararon los misioneros cristianos que los indos están sumidos en el culto idolátrico del demonio, cuando precisamente los únicos adoradores del diablo son los cristianos vulgares, a quienes un clero fanático mantiene en la absurda creencia del diablo personal, de quien se reirían no sólo el clero superior (*œpasampalas*) sino hasta los novicios (*samenaira*) del sacerdocio budista, cuyos doctores (*pundites*) cuidan de advertir que todo es alegórico en el culto externo; y aunque se les pueda culpar de negligencia en el descuaje de las muchas y muy groseras supersticiones del vulgo, no las inventan ni estimulan como ocurre en Occidente respecto de la fomentada creencia en el diablo personal, enemigo de Dios y de la humanidad.

El dragón de San Jorge que se ve esculpido en casi todas las catedrales, no aventaja en hermosura alegórica al budista *Nammadânamâraya*, el gran Dragón o rey de las sierpes. Por otra parte, no debiera el clero católico indignarse contra las supersticiones de los cingaleses que en los eclipses de luna creen que la devora el demonio planetario *Rahu*, ni contra las de los chinos que en los eclipses de sol salen a la calle provistos de bombos, platillos y discos con que arman estrepitosos ruidos para ahuyentar al monstruo que amenaza devorar al sol; pues según nos dice Draper, cuando en 1456 apareció el cometa llamado después de Halley, produjo tal espanto en las gentes, que el papa Calixto III se creyó obligado a exorcizarle, y gracias a las maldiciones pontificias se precipitó en los cerúleos abismos para no reanudar la aventura hasta setenta y cinco años después (NOTA: Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 269. FINAL NOTA).

No sabemos que el clero cristiano haya intentado convencer al vulgo de que nada de diabólico tienen los eclipses ni los cometas, y en cambio vemos cómo un prelado budista responde a un oficial que le echaba en cara aquella superstición: «Nuestros libros canónicos enseñan que los eclipses de sol y luna resultan de la acometida del planeta Rahu (NOTA: Rahu y Kehetty son los nombres cingaleses de las dos estrellas que forman la cabeza y la cola de la constelación del Dragón. FINAL NOTA), pero no de diablo alguno» (NOTA: Upham: *El Mahâvansi*, 54. Respuesta del prelado budista Sue Bandare Metankere Samanere Samavahanse al gobernador holandés de Ceilán en 1766. FINAL NOTA).

El mito del Dragón, que tan importante parte toma en el *Apocalipsis* y la *Leyenda de oro* (NOTA: Según esta leyenda hagiográfica, San Simeón Estilita convirtió de gentil en cristiano al Dragón que reptaba por su columna. FINAL NOTA), es de origen prebudista, pues deriva de la comarca de Cachemira, cuyos habitantes, convertidos más tarde por los misioneros budistas, profesaron en primitivos tiempos la religión ofita con el culto de la serpiente. Desde la conversión del país sucedieron los incruentos sacrificios con ofrenda de flores e incienso a los cruentos sacrificios humanos cuya principal determinante era la personificación del diablo investido de abominable potestad; supersticiosa creencia que heredaron los cristianos.

El *Mahâvansa*, el libro más antiguo de las Escrituras ceilanesas, relata la leyenda del rey Covercapal (sierpe cobra), el dios serpiente convertido al budismo por un santo arhat (NOTA: Dejamos a los arqueólogos y filólogos la tarea de dilucidar cómo se extendió de Cachemira a México el culto de la serpiente hasta consolidarse en las doctrinas religiosas del nargal y de la licantropía. FINAL NOTA), y de esta leyenda derivó seguramente la de San Simeón Estilita.

El Logos triunfa del gran Dragón, y el luminoso arcángel Miguel, príncipe de los eones, vence a Satán (NOTA: Miguel, príncipe de los eones, equivale al «Mensajero de Vida» o Gabriel de los nazarenos, al indo Indra, caudillo de los ángeles buenos que derrotaron al protervo Vasuki cuando se rebeló contra Brahmâ. FINAL NOTA).

Conviene no olvidar que mientras el iniciado mantenga en secreto lo que sabe, ningún mal le sobrevendrá por su sigilo. Tal sucedió en tiempos antiguos y lo mismo sucede ahora. Tan luego como el *Verbo se* encarnó en la tierra para sacar del *silencio* la divina palabra, quedó sujeto a la muerte. La serpiente es emblema de la sabiduría y de la elocuencia, pero también lo es de la muerte. «Osar, conocer, querer y callar» es el lema fundamental del cabalista. Como Apolo y otros dioses solares, Jesús muere por acción de su *Logos* (NOTA: **Considérese a este propósito el amuleto gnóstico llamado de la serpiente *Chnupis* que alza la cabeza coronada con las *siete vocales*. Es el emblema cabalístico de la palabra (*Logos*) en el hombre. FINAL NOTA); pero resucita para ser él a su vez el matador y maestro. Las coincidencias entre los mitos religiosos de los pueblos antiguos, transmutados en dogmas teológicos, son lo bastante sorprendentes para sospechar que tal vez tuvieran algún significado tan oculto que nadie haya sido capaz de presumirlo.**

La identidad del Miguel cristiano con los celestes caudillos de otras teogonías y la de Satán con el Dragón de los paganos demuestra con toda evidencia que la India ha sido la cuna común de los mitos religiosos surgidos al calor del misticismo. En sus comentarios a los *Vedas* dice Ramatsariar:

El mundo principió con la lucha entre el Espíritu del Bien y el Espíritu del Mal y en lucha ha de acabar. Tras de la desintegración de la materia el mal dejará de serlo, porque se restituirá al caos.

Tertuliano adultera evidentemente en su *Apología* las doctrinas y creencias sustentadas por los paganos respecto a los oráculos y a los dioses, pues llama a éstos demonios y diablos y les inculpa de obsesionar aun a las aves del aire. Ningún cristiano pondrá en tela de juicio la autoridad de Tertuliano al verla previamente corroborada por el rey David, cuando dice que son ídolos todos los dioses de los gentiles; y el mismo Angel de las escuelas identifica los *ídolos* con los *demonios*, según estas sus palabras:

Se acercan a los hombres y les incitan a que los adoren; para lo cual se valen de ciertas obras que parecen milagrosas (NOTA: Santo Tomás de Aquino: *Suma teológica*, II, Art. 94. FINAL NOTA).

Los teólogos han procedido con refinada astucia en sus amaños, pues después de haber forjado al diablo se creyeron obligados a modelar santos. Ejemplo de ello nos da Baronio, que al leer en una obra del Crisóstomo lo que este Padre de la Iglesia dice acerca del santo *xenoris* (NOTA: **Palabra que significa dualidad o pareja. FINAL NOTA**), lo tomó por entidad personal de la que hizo un mártir de Antioquía, cuya fingida biografía compuso con muchos pormenores que le daban visos de autenticidad. Otros teólogos han supuesto que el Anticristo (NOTA: **Equivalente al Abaddon de los hebreos. FINAL NOTA**) y por consiguiente el demonio, es el *Apollyon* en que Platón simboliza la divinidad que purifica, lava y redime del pecado.

Según Max Müller, la serpiente paradisiaca entraña un concepto originario al parecer de los hebreos, sin que sea posible compararla con las terribles entidades Vritra y Ahrimán de los *Vedas* y *el Avesta*. Pero recordemos que para los cabalistas era el diablo el invertido aspecto de Dios y por esto le ha llamado Eliphaz Levi: *embriaguez astral*, considerándole como una fuerza parecida a la electricidad, según se infiere de aquellas alegóricas palabras en que Jesús dice cómo «vió a Satán cual si fuese un rayo caído del cielo».

Aseguran los dogmatizantes que la tarea del diablo consiste en tentar continuamente al género humano por permisión de Dios, cuyo amor a los hombres no quedara muy bien parado si fuese cierta la aseveración, pues denotaría en Dios una perfidia incompatible con su augusta paternidad y se hiciera digno de que tan sólo le adorase un clero capaz de entonar el Tedeum después de la matanza de San Bartolomé y de bendecir las armas

templadas por los musulmanes para exterminar a los cristianos de Grecia (NOTA: Al fin y al cabo se imaginaría el clericalismo romano obrar con arreglo a los más sanos principios de moral, recordando sin duda aquel apotegma jurídico que dice: *qui facit per alium, facit per se*. FINAL NOTA).

Verdaderamente ridículas y pueriles son las diferencias que se advierten entre las distintas representaciones del diablo. Los fanáticos lo pintan con cuernos y rabo y se lo imaginan de figura horrible y hedor pestilente (NOTA: Véanse a este propósito Des Mousseaux y otros demonólogos, así como las declaraciones de las brujas en el tormento. En nuestra humilde opinión, el Diablo debe de oler tan mal por haberse frecuentado con los monjes medioevales que por la mayor parte se ufanaban de no haberse lavado en su vida. En su «Martillo de las brujas», dice Sprenger que «a los ojos de Dios es pecado desnudarse por vana limpieza». Los eremitas repugnaban el aseo corporal como si fuese profanación, y según dice Michelet, nadie se bañó en la cristiandad durante cerca de mil años. Así es que no se comprenden los vituperios contra la suciedad de los fakires, quienes no obstante se bañan por lo menos una vez al día, y a veces varias, aunque por sus prácticas se empuerquen a poco de haberse bañado. FINAL NOTA); pero en cambio, Milton, Byron, Goethe y Lermontoff (NOTA: Famoso poeta ruso, autor del poema: *El demonio*. FINAL NOTA) han poetizado la figura de Luzbel hasta darle en el Satán de Milton y en el Mefistófeles de Goethe más vigoroso relieve que a las de los santos y ángeles representados en las prosaicas leyendas de los mojigatos.

Ejemplo de estas descripciones del diablo nos da Des Mousseaux al relatar el caso de una bruja confabulada con un incubo, según vemos en el siguiente pasaje:

Una vez vió esta bruja cerca de sí durante media hora a un sujeto negrísimo, de espantable aspecto, con enormes manos cuyos dedos parecían garfios. Los sentidos de la vista, tacto y olfato fueron corroborados por el del oído (NOTA: Des Mousseaux: *Fenómenos de la magia superior*, 379.— Y sin embargo, se vió aquella mujer arrastrada durante algunos años por semejante instigador. FINAL NOTA).

¡Cuán distinto de este mal oliente galanteador es el majestuoso Satán de Milton! No cabe concebir la soberbia figura del ángel rebelde, personificación del orgullo, encerrado en la piel de un reptil repulsivo, tal como nos lo representa el dogmatismo cristiano al decir que el demonio tomó la insinuante y fascinadora figura de serpiente para tentar a Eva en el paraíso. Dios maldice a la serpiente y la condena a arrastrarse sobre su vientre y a comer tierra todos los días de su vida (NOTA: No tuvieron en cuenta los autores de esta alegoría que antes de la caída de Adán, ya reptaba la serpiente con arreglo a su índole zoológica. FINAL NOTA), lo que, según observa Levi, en nada se parece a las tradicionales llamas del infierno.

Por otra parte, también se le daba el título de *Dominus* a Ophión o aspecto demoníaco de la dualidad manifestada, como vemos no sólo en Hércules (NOTA: El mito de Hércules procede de la India. FINAL NOTA), hijo de Júpiter y Alcmena y personificación del Logos, sino en los demás dioses solares, todos ellos de doble naturaleza (NOTA: *Movers*, 109. FINAL NOTA). La palabra *dios* se deriva del sánscrito *deva* que significa divinidad refulgente, y la palabra diablo proviene de la persa *daeva* que en la religión mazdeísta significaba espíritu maligno, pero que originariamente fue el *deva* indoísta (NOTA: Recuerde el lector que por la hostilidad suscitada entre hinduístas y mazdeístas, dieron éstos a la palabra *devas* la significación que entre los hinduístas tenía la de *asuras*, y a la de *asuras* la de *devas*.— *El Traductor*. FINAL NOTA).

El Agathodemon o demonio benéfico (NOTA: Equivalente al *Kneph* egipcio y al *Ophis* gnóstico. FINAL NOTA), al que los ofitas denominaban Logos o Sabiduría divina, estaba representado en los misterios báquicos. por una serpiente empinada sobre una pértiga. Análogamente, según dice Deane, la serpiente con cabeza de halcón es uno

de los más antiguos emblemas egipcios de la mente divina (NOTA: Deane: *El culto de la serpiente*, 145. FINAL NOTA). Por otra parte, expone Movers (NOTA: Movers, 397. FINAL NOTA) la identidad entre Moloch y Samael o Azazel, lo cual explica que Aarón, hermano de Moisés, ofreciese igualmente sacrificios a Jehovah y Azazel, como vemos en este pasaje:

Hará estar los dos machos de cabrío delante del Señor a la entrada del tabernáculo... Y echando suertes sobre los dos, la una para el Señor y la otra para el macho de cabrío emisario (*Azazel*) (NOTA: *Levítico*, XVI, 7, 8. FINAL NOTA).

El *Antiguo Testamento* nos muestra a Jehovah con todos los atributos de Saturno (NOTA: En simbología comparada, Saturno equivale a Moloch, Hércules y Siva. Estos dos últimos son *harakalas* (dioses de la guerra, de los ejércitos). Así a Jehovah le llama varón guerrero el Éxodo (XV, 3); el profeta Isaías dice que «el Señor de los ejércitos es su nombre» (Isaías, LI, 15), y David le loa porque de él aprendieron sus manos a guerrear y sus dedos a combatir (*Salmo*, CXLIV, I). Por su parte equipara Movers (130) a Saturno con el sol, y dice que los fenicios le daban el nombre de Ísrael, lo cual corrobora Filo (Eusebio, 44). FINAL NOTA), no obstante las transmutaciones de Adonai en Eloí, y en Dios de dioses y Señor de señores (NOTA: «Bendito sea Iahoh, Alahim, Alahi, Israel», *Salmo* LXXII. FINAL NOTA).

Satanás tienta a Jesús en el desierto y le promete los reinos de la tierra si postrado le adora (NOTA: *San Mateo*, IV, 8, 9. FINAL NOTA). De la propia suerte el demonio Wasawarhi tienta a Gautama en el momento de salir del palacio de su padre, diciéndole que no se vaya, pues allí le aguardan la gloria, la riqueza y el poderío; pero Gautama resiste a la tentación y el demonio rechina los dientes de ira y promete vengarse. Como Buda, también triunfa Cristo del demonio (NOTA: Hardy: *Manual del budismo*, 60. FINAL NOTA).

En los misterios báquicos se pasaban los fieles de mano en mano el cáliz consagrado que llamaban del Agathodemon (NOTA: Cousin: *Conferencias sobre filosofía moderna*, I, 404. FINAL NOTA), y de estos misterios tomaron indudablemente los ofitas la misma ceremonia, pues la comunión en las dos especies de pan y vino se conoció en el culto de las principales divinidades (NOTA: Según Movers, Duncker, Higgins y otros autores. FINAL NOTA).

Respecto al sacramento casi místico que adoptaron los gnósticos marcosianos, también cabalistas y teurgos, nos cuenta Epifanio una curiosa leyenda en demostración de las artimañas del demonio.

Dice así:

En la fiesta congregacional de la Eucaristía llenaban los marcosianos de vino blanco tres grandes vasos de finísimo y transparente cristal. Durante la ceremonia tomaba el vino a la vista de todos los fieles un color rojo de sangre, que cambiaba después en púrpura y por último en azul celeste. Entonces el celebrante entregaba uno de los tres vasos a una mujer de la congregación para que lo bendijera, y esto hecho trasegaba el celebrante su contenido a otro vaso mucho mayor diciendo: «Que la gracia de Dios inconcebible e inexplicable, que domina todas las cosas, llene tu interno ser y acreciente el conocimiento del que está dentro de ti, sembrando la simiente de mostaza en tierra fértil» (NOTA: Epifanio: *Herejías*, XXXIV; *Gnósticos*, 53. FINAL NOTA).

Terminada esta plegaria, el licor del vaso se embravece hasta rebosar (NOTA: En los misterios báquicos empezó a consagrarse el vino, que en nuestra opinión no sería como por error le parece a Payne Knight para producir un éxtasis artificioso por medio de la embriaguez, sino que era bebida sagrada de donde posteriormente tomaron los cristianos la comunión bajo las dos especies. Sin embargo, el abuso en este punto puede ocasionar

la embriaguez, como le ocurrió a un pastor anglicano de Nueva York, que por haberse excedido en la comunión, quedó beodo en la calle y le condujeron a la delegación de policía. FINAL NOTA).

El descenso de Cristo a los infiernos tiene su punto de comparación en las antiguas religiones (NOTA: Orfeo, Baco, Heracles y Asclepio descendieron también a los infiernos y resucitaron al tercer día de su muerte. En el rito de la iniciación se representaba simbólicamente el descenso del espíritu a los mundos inferiores. Cristo fue la última entidad que descendió a los infiernos. FINAL NOTA). El *Credo* cristiano, cuya composición atribuye San Agustín (NOTA: King: *Historia del Credo apostólico*, 8, 26. FINAL NOTA) a los doce apóstoles, cada uno de los cuales interpuso una de las doce proposiciones o artículos en que se divide, contiene la de: «descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos». Este artículo corresponde a Santo Tomás en el orden de atribución, sin duda como en penitencia de su incredulidad; pero no obstante, lo más probable es que fuera interpolado posteriormente, pues nada prueba que los apóstoles compusieran el *Credo* ni que en la época apostólica se conociese tal como está hoy redactado (NOTA: Bailey: *Oraciones vulgares*, 9, 1813. FINAL NOTA). En cambio, hay fundados motivos para afirmar que este artículo se interpoló hacia el año 600 (NOTA: *Credo de los apóstoles*, Nuevo Testamento apócrifo. FINAL NOTA), porque Teodoro, Epifanio, Eusebio, Ireneo, Orígenes, Tertuliano y Sócrates no lo conocieron (NOTA: Lib. I, c. 2; «Lib. de Princ». in *Præm. Advers. Praxeam.*, c. II. FINAL NOTA) ni constaba en los antiguos textos del símbolo de la fe, según dice el obispo Parsons (NOTA: *Sobre el Credo*, fol. 1676, p. 225. FINAL NOTA), ni lo mencionan los concilios anteriores al siglo VII, ni el *Credo* de San Agustín (NOTA: *De Fide et Symbol.* FINAL NOTA). Por otra parte, Rufino (NOTA: *Exposit. in Symbol. Apost.*, § 10. FINAL NOTA) afirma que en su tiempo no aparecía este artículo ni en el *Credo* latino ni en el griego.

Sin embargo, se disipa toda duda al saber que hace muchos siglos le habló Hermes al encadenado Prometeo, diciendo:

No cesará tu tormento hasta que un dios lo padezca en tu lugar y descienda a los tenebrosos abismos del Tártaro (NOTA: Esquilo: *Prometeo*, 1027. FINAL NOTA).

En la mitología griega este dios era Heracles, el unigénito, el Salvador (NOTA: Análogo concepto expresan Hércules en su sobrenombre de Alexicacos, porque convirtió a los malvados; *Soter* o *Salvador*; llamado también *Neulos Eumelos* (el Buen Pastor); *Astroquiton* o *estrella revestida*; y el Señor del Fuego. FINAL NOTA), a quien tomaron por modelo los Padres de la Iglesia y de quien dice Luciano:

Heracles no dominó a las naciones por la fuerza, sino por persuasión y sabiduría *divina*. Heracles mejoró a los hombres, estableció una religión suave y desbarató la doctrina de la condenación eterna expulsando del mundo inferior al Cerbero (NOTA: *El diablo pagano*. FINAL NOTA).

Del mismo modo que de Cristo se nos dice, se ofreció Heracles voluntariamente en sacrificio por los pecados del mundo y puso fin a los tormentos de Prometeo (NOTA: *El Adán de los paganos*. FINAL NOTA), descendiendo a los dos lugares inferiores: el Hades y el Tártaro.

Dice Bart sobre el particular:

Su voluntario sacrificio auguró el nuevo nacimiento etéreo de los hombres... Al libertar a Prometeo y erigir altares se constituyó en mediador entre las creencias antiguas y modernas... Abolió los sacrificios humanos... Descendió en espectro al sombrío reino de Plutón y ascendió en espíritu al Olimpo para reunirse con su padre Zeus.

Tan difundida estaba en la antigüedad la leyenda de Heracles y por tan de fe se tenía, que hasta los mismos hebreos, erróneamente diputados por monoteístas, la copiaron en sus alegorías; pues así como de Heracles se dice que quiso robar el oráculo delfico, así también, según el *Sepher Toldoth Jeschu*, substrajo Jesús del santuario el Nombre inefable. No es, por lo tanto, extraño que de la propia suerte se haya copiado su descenso a los infiernos. El *Evangelio de Nicodemus*, que hasta estos últimos tiempos no se ha declarado apócrifo, excede en plagios y falsedades a todo atrevimiento, como se colige de su examen. El capítulo XVI de este Evangelio presenta en amigable plática a Satanás y al Príncipe del infierno, quienes de pronto se ven sobrecogidos por una voz tonante como el trueno y rugiente como el huracán, que les manda abrir las puertas de sus dominios porque ha de entrar por ellas el *Rey de la Gloria*. El Príncipe del infierno reconviene entonces a Satanás por no haberse prevenido para impedir semejante visita, y después de fuerte altercado expulsa el Príncipe a Satanás del infierno y ordena a sus impíos oficiales que cierren las bronceadas puertas de crueldad y luchen denodadamente para no caer prisioneros. Pero al oír esto, los santos (NOTA: **Raro es que haya santos en el infierno. FINAL NOTA**) le dijeron con encolerizada voz al Príncipe de las tinieblas: «Abre las puertas de tu reino para que entre por ellas el Rey de la Gloria» (NOTA: **Esto demuestra que el Rey de la Gloria necesitaba heraldos. FINAL NOTA**). Y el profeta David exclamó diciendo: «¿Acaso no profeticé yo verdad cuando estaba en la tierra?». Y el santo profeta Isaías habló y dijo: «¿No profeticé yo verdad?». Los santos se levantan entonces contra el Príncipe del infierno, quien replica fingiéndose ignorante: «nunca se habían portado tan insolentemente los muertos. ¿Quién es el Rey de la Gloria?». A esto responde David que conoce bien su voz y comprende sus palabras porque le habla al espíritu; pero viendo que a pesar de todo no quiere el Príncipe del infierno abrir las bronceadas puertas de la iniquidad, le replica airadamente: «Y ahora, ¡oh tú, inmundo y hediondo Príncipe del infierno!, abre las puertas... El Rey de la Gloria viene... Déjale entrar». Todavía estaban en esta querrela cuando apareció el poderoso Señor en forma humana, cuya presencia atemorizó a la impía muerte y a sus crueles ministros, que temblorosos halagan a Cristo y le hablan interrogativamente, de modo que cada pregunta entraña el mismo concepto que los artículos del credo. Así le dicen: «¿Quién eres tú, de tal poder y grandeza que rompes las cadenas del pecado original?... ¿Eres tú aquel Jesús de quien hace poco nos decía Satán que por la muerte en cruz mereciste recibir poder sobre la muerte?». Pero el Rey de la Gloria no responde: huella a la muerte, prende al Príncipe del infierno y le despoja de su poder.

Entonces se promueve en el infierno un alboroto, magistralmente descrito por Homero y Hesiodo, según nos demuestra su intérprete Preller (NOTA: **Preller: II, 154. FINAL NOTA**) en el relato de Hércules invicto y de las fiestas de Tiro, Tarsis y Sardia.

Luego de iniciado en los misterios eleusinos desciende Hércules al Hades, y a su presencia huyen aterrorizados los muertos (NOTA: **Esto mismo repite el Evangelio de Nicodemo. FINAL NOTA**) y todo es confusión, horror y lamentos. Al ver la batalla perdida, el Príncipe del infierno encoge prudentemente el rabo y se pone del lado del más fuerte. El pobre Satán contra quien, según los apóstoles Pedro y Judas, no se había atrevido ni el mismísimo arcángel San Miguel a levantar ante el Señor una sola queja, se ve ignominiosamente tratado por el Príncipe del infierno, a quien el rey de la Gloria le dice: «¡Oh Beelzebub, príncipe del infierno! Desde ahora y para siempre quedará Satán sujeto a tu dominio en vez de estarlo Adán y su linaje, que ya es mío... Venid a mí ¡oh mis santos!, que fuisteis creados a mi imagen y condenados por el fruto prohibido a la esclavitud de la muerte y el demonio. Vivid ahora por el leño de mi cruz, pues el diablo, rey de este mundo, está sojuzgado y vencida la muerte. Dicho esto, el Señor toma a Adán por la mano derecha, a David por la izquierda, y seguido de Enoch, Elías, el buen ladrón y los santos patriarcas, sube del infierno al cielo (NOTA: **Evangelio de Nicodemo. Traducción del publicado por Grineo en su Ortodoxografía, I, lib. II, 643. El piadoso autor olvidó,**

sin duda, añadir a la alegre comitiva el convertido dragón del Estilita y el domesticado lobo de San Francisco de Asís que hubieran podido cerrar la marcha meneando las colas y arrasados los ojos en lágrimas de gozo. FINAL NOTA).

Otra analogía de este mito nos ofrece el *Código de los nazarenos*, donde *Tobo*, el libertador del alma de Adán, la conduce del Orco (NOTA: Equivalente al Hades. FINAL NOTA) al asiento de *Vida*. Es *Tobo* lo mismo que *Tobadonías*, uno de los nueve levitas enviados por Josafat a predicar el *Libro de la Ley* por las ciudades de Judá (NOTA: II Paralipómenos, XVII, 8. FINAL NOTA). Según los cabalistas, los levitas, discípulos o magos enfocaban los rayos solares para iluminar el mundo intermedio (NOTA: Hades u Orco. FINAL NOTA) y mostrar al alma de Adán (NOTA: Síntesis de todas las almas humanas. Adán tiene los equivalentes: Athamas, Tamuz, Adonis y Helios. FINAL NOTA) el camino que se aparta de las tinieblas de la ignorancia.

En el Libro de los muertos dice Osiris:

Yo brillo como el sol cuando celebra su fiesta en la mansión estrellada (NOTA: *Libro de los muertos* VI, 231. FINAL NOTA).

También a Cristo se le llama «Sol de Justicia» y «Helios de justicia» (NOTA: Eusebio: *De los demonios*, c. V, 29. FINAL NOTA) como reminiscencia de las alegorías paganas; lo que no deja de ser blasfemia en boca de quienes presumen describir con ello un episodio de la peregrinación terrena de su Dios.

Por otra parte tenemos los siguientes pasajes:

Heracles ha salido de las cámaras de la tierra, de la subterránea morada de Plutón (NOTA: Eurípides: *Heracles*, 807. FINAL NOTA).

Ante Ti tembló la laguna Estigia y se atemorizó el portero del Orco. No pudo amedrentarte ni aun el mismo Tiphón. ¡Salve verdadero hijo de Jove! ¡Gloria a los dioses! (NOTA: Virgilio: *Eneida*, VIII, 274. FINAL NOTA)

Más de cuatro siglos antes del nacimiento de Jesucristo había ya escrito Aristófanes (NOTA: *Las ranas*. –Véanse los fragmentos de esta comedia publicados por Dunlap en su obra: *Sod, los Misterios de Adonis*. FINAL NOTA) su inmortal parodia del descenso de Heracles a los infiernos con el coro de bienaventurados, los Campos Elíseos, la llegada de Heracles en compañía de Baco (NOTA: Equivalente a Iacehos, Iaho y Sabaoth. FINAL NOTA), a quienes reciben con antorchas encendidas, emblema de la resurrección a nueva y luminosa vida desde las tinieblas de la muerte. Nada falta en la aristofanesca comedia: *Las ranas*, de cuanto sobre el descenso a los infiernos relata el *Evangelio de Nicodemo*. De ella son los siguientes versos:

Despierta, enciende las antorchas.... porque tú llegas ¡oh Iaccho! y en tus manos las blandes ¡oh fosforescente astro del nocturno rito!

Los cristianos aceptan como artículo de fe el aventurero descenso de Cristo a los infiernos, sin advertir la amalgama de esta creencia con el mito pagano, tan donosamente ridiculizado por Aristófanes. El *Evangelio de Nicodemo*, con todos sus absurdos, se leyó durante muchísimo tiempo en las iglesias, lo mismo que el *Pastor de Hermas*, puesto por Ireneo entre los libros auténticos de las Escrituras reveladas.

Los teólogos cristianos, entre ellos Eusebio, Atanasio y Jerónimo, insisten en la necesidad de que ambos libros se lean en las iglesias, pues los Padres recomiendan su lectura, a fin de confirmar a los fieles en la fe y en la piedad. Sin embargo, tuvo posteriormente su reverso esta hermosa medalla, porque el mismo San Jerónimo, que encomia el *Evangelio de Nicodemo* en su catálogo de autores eclesiásticos, lo repudia en sus comentarios por

apócrifo e insulso. Y Tertuliano, que mientras profesó el catolicismo se deshizo en elogios del *Pastor de Hermas*, revolvióse contra él al abrazar la herejía de Montano (NOTA: Prefacio de Hermas en el Nuevo Testamento apócrifo. FINAL NOTA).

El mismo *Evangelio de Nicodemo* nos da el relato de las almas de Carino y Lencio, los resucitados hijos de aquel Simeón que, según el evangelista San Lucas, tomó al niño Jesús en brazos y bendijo a Dios diciendo:

Ahora, Señor, despides a tu siervo, según tu palabra, en paz. Porque han visto mis ojos tu salud (NOTA: *San Lucas*, II, 28 a 30.— En la *Vida de Gautama* por Bkah Hgyur (texto tibetano) hay un episodio idéntico al referido en el citado pasaje de los *Evangelios* canónicos. El anciano y asceta rishi Asita, enterado del nacimiento del niño Gautama por visión sobrenatural, acude de muy lejos a verle y adorarle. Rompe en llanto el rishi, y al preguntarle por qué llora, responde: «Cuando este niño sea buda ayudará a millones de gentes a cruzar el océano de la vida y les conducirá a la inmortalidad; pero yo no podré contemplar a esta perla de los budas. Quedaré curado de mi enfermedad, pero no de las humanas pasiones, por virtud de su palabra. ¡Oh gran rey!, soy demasiado viejo. Por esto lloro, Por esto suspiro tristemente». Las profecías del rishi Asita acerca del niño Gautama son poco más o menos de la misma índole que las de Simeón respecto a Jesús. El profeta judío llama a Jesús: «Luz que ha de iluminar a los gentiles y glorificar a Israel». El rishi budista vaticina que el niño Gautama adquirirá la iluminación espiritual y que voltará la rueda de la Ley como nadie antes de él lo hiciera. (*Rgya Tcher Rol Pa*. Traducción del texto tibetano y compulsado con el original sánscrito *Lalitavistara* por P. E. Foncaux, 1847, tomo II, págs. 106, 107). FINAL NOTA).

Carino y Lencio se levantaron de la tumba para declarar los misterios que habían presenciado en el infierno, y resucitan a ruegos de Anás, Caifás, Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, deseosos de conocer los importantes secretos que ambas almas revelan después de jurar, a intimación de Anás y Caifás (conductor de almas a la Sinagoga), sobre el *Libro de la ley*, por Adonai y el Dios de Israel, que dirán verdad en lo que declaren. Acto seguido hacen la señal de la cruz (NOTA: Resulta incongruente que hicieran la señal de la cruz antes de adoptar los cristianos este símbolo. FINAL NOTA) sobre sus lenguas y piden papiro en que apuntar sus revelaciones (NOTA: *Evangelio de Nicodemo*, XII, 21, 25. FINAL NOTA), según las cuales, mientras estaban en el infierno sumidos en tinieblas vieron súbitamente una intensa y purpúrea luz que iluminaba aquel lugar. Al punto se regocijaron las almas de Adán, de los patriarcas y profetas, entre quienes se hallaba Isaías, que se ufanó de haber profetizado en su tiempo todo cuanto a la sazón acaecía. Entonces llega Simeón, el padre de los resucitados, y dice que el niño a quien había tenido en sus brazos en el templo iba a libertarles. A esto aparece un eremita que declara ser Juan el Bautista (NOTA: Parece que, según Nicodemo, ni el precursor ni el profeta del Altísimo quedaron exceptuados de pasar su correspondiente temporada en el infierno, acaso para reducirse a sus más mínimas proporciones, tanto en lo físico como en lo mental. FINAL NOTA), y sin acordarse de las dudas puestas en su boca por el evangelista San Mateo (NOTA: XI, 3. FINAL NOTA) acerca de si Jesús era o no el Mesías, lo reconoce como tal diciendo: «Y yo, Juan, henchido de Espíritu Santo, al ver que hacia mí venía Jesús, exclamé: «He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo...». Y le bauticé y vi que el Espíritu Santo descendía sobre Él, al par que de lo alto clamaba una voz: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias» (NOTA: Es muy extraño que, no obstante el relato de Nicodemo, repudien esta escena los mandeanos de Basra, descendientes seculares de San Juan Bautista. FINAL NOTA). Entonces aparece en escena Adán, quien receloso de no ser creído por las cohortes infernales, llama a su hijo Seth para que repita lo que el arcángel San Miguel le había dicho en las puertas del Paraíso cuando fue a suplicar a Dios que

ungiera la cabeza de él, su padre, a la sazón enfermo (NOTA: *Evangelio de Nicodemo*, XIV, 2. FINAL NOTA).

Requerido por Adán, declara Seth que Miguel le aconsejó que para ungir a su padre enfermo no le pidiera a Dios el aceite del árbol de la misericordia, pues no le sería posible recibirlo hasta la *plenitud de los tiempos*, pasados 5.500 años.

Esta plática entre Miguel y Seth fue indudablemente interpolada para cohonestar la cronología de los Padres de la Iglesia y dar algún fundamento al mesianismo de Jesús. Pero los primitivos teólogos se equivocaron al derrocar las imágenes paganas perseguir a los sacerdotes gentiles en vez de demoler los monumentos egipcios por los cuales saben hoy los arqueólogos que el rey Menes y sus arquitectos florecieron cinco mil años antes de que, según la *Biblia*, crease Dios el universo *de la nada* y formase al padre Adán del barro de la tierra (NOTA: *Demuestra Payne Knight que desde la época de Menes, primer rey de Egipto (en cuyo reinado era pantanoso el país situado más abajo del lago Meris, según dice Herodoto), hasta la invasión persa (cuando el Egipto era el vergel del mundo) debieron de transcurrir de 11.000 a 12.000 años. (Knight: Arte y mitología de los antiguos, CLI, 108. Edición. Wilder). FINAL NOTA).*

Sigue diciendo el *Evangelio de Nicodemo* (NOTA: XV, 1, 2. FINAL NOTA) que mientras los santos andaban alborozados por la buena nueva, Satán, el caudillo de la muerte, le dice al Príncipe del Averno: «Disponte a recibir a Jesús de Nazareth, que se vanaglorió de ser Hijo de Dios y era un hombre temeroso de la muerte, pues dijo: «Triste está mi alma hasta la muerte»».

Los teólogos griegos se quejan de que algunos herejes (acaso Celso) hayan argüido sobre este punto contra los ortodoxos, diciendo que si Jesús hubiese sido Dios no se lamentara como lo hizo ni tampoco exclamara con lastimera voz: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». A esta objeción redarguye el *Evangelio de Nicodemo* por boca del Príncipe del Infierno, quien responde a la intimación de Satán diciendo: «¿Cómo un tan poderoso príncipe ha de ser temeroso de la muerte? Te aseguro que quiso *engañarte* al decir que temía a la muerte. Por lo tanto, desgraciado serás por toda una eternidad».

Es muy significativo que Nicodemo se ciña todo lo posible en su *Evangelio* al *Nuevo Testamento*, y más estrechamente al cuarto evangelista, para cohonestar, mediante diálogos inocentes al parecer, los pasajes más sospechosos de los Evangelios canónicos que los gnósticos analizaron detenidamente con su delicada hermenéutica, por lo que tuvieron los Padres de la Iglesia mayor cuidado en destruir los tratados gnósticos que en refutar las que llamaban herejías. Ejemplo de la tendencia observada en el *Evangelio de Nicodemo* nos da el diálogo entre Satán y el Príncipe del infierno, en que éste pregunta ingenuamente:

¿Quién es ese Jesús de Nazareth que sin rogar a Dios, con sólo su palabra me arrebató los muertos? (NOTA: *Evangelio de Nicodemo*, XV, 16. FINAL NOTA)

A lo que responde Satán con malicia jesuítica:

Tal vez sea el mismo que me arrebató a Lázaro después de cuatro días de muerto, cuando ya hedía... Es el mismo Jesús de Nazareth.

Y el Príncipe del infierno le replica:

Yo te conjuro por nuestra común potestad, que no me traigas a Jesús de Nazareth, pues cuando oí hablar del poder de su palabra entróme miedo y mis impíos ministros se conturbaron. Y no pudimos detener a Lázaro, pues maliciosamente se nos escapó de entre manos con violenta sacudida, y la tierra en cuyo seno reposaba lo restituyó sano y vivo. Ahora reconozco que Él es el *Dios omnipotente*, poderoso en sus dominios y en su

naturaleza humana, pues es el Salvador de la humanidad. No me lo traigas acá, porque libertaría a cuantos tengo presos por incrédulos y los *conduciría a la vida eterna* (NOTA: *Id.*, XV, 20. FINAL NOTA).

Hasta aquí lo apuntado en las escritas declaraciones de Carino y Lencio. El primero las entrega a Anás, Caifás y Gamaliel; el segundo a José y Nicodemo. Después se convirtieron los dos en blancos espectros que, desvanecidos, no se les volvió a ver más.

Para demostrar que ambas almas estuvieron durante todo aquel tiempo en estrictas «condiciones de comprobación», como dirían los modernos espiritistas, añade Nicodemo que lo escrito por ambos coincidía tan exactamente que no había en lo de uno ni más ni menos letras que en lo del otro.

Sigue diciendo el mismo *Evangelio* que todas aquellas voces se derramaren por las sinagogas, y en vista de ello aconsejó Nicodemo a Pilatos que reuniese a los judíos en el templo, donde Anás y Caifás confiesan que el Jesús a quien ellos crucificaron es Jesucristo, Hijo de Dios y el verdadero Dios omnipotente. Pero no obstante esta confesión, ni Anás ni Caifás ni Pilatos ni judío alguno de suposición y arraigo se convierte al cristianismo, lo cual excusa todo comentario.

El *Evangelio de Nicodemo* termina como sigue:

En nombre de la Santísima Trinidad (NOTA: *De la que no podía saber Nicodemo ni una palabra. FINAL NOTA*) así concluyen los hechos de nuestro Salvador Jesucristo, que el emperador Teodosio el Grande encontró en los archivos del palacio de Pilatos en Jerusalén, y que según refiere la historia escribió Nicodemo en lengua hebrea. Ocurrieron estas cosas el año decimonono del reinado de Tiberio César, emperador de los romanos, y en el decimoséptimo del gobierno de Herodes, hijo de Herodes, rey de Galilea, el octavo día de las calendas de Abril...

Esta es la más atrevida impostura de cuantas se forjaron desde que con el primer obispo de Roma se inició la era de piadosas ficciones.

El burdo amañador de este *Evangelio* echó en olvido que el dogma de la Trinidad no se promulgó hasta cinco siglos después, y que ni en el *Antiguo* ni en el *Nuevo Testamento* aparece la palabra «Trinidad» ni hay la más leve alusión a esta doctrina. No hay pretexto bastante a justificar la publicación de este Evangelio cuyos capitales conceptos son hoy dogmas de la Iglesia, no obstante haberlo ésta declarado apócrifo, pues los hermenéuticos sinceros advirtieron desde un principio que todo él era impostura, y al fin no tuvo la Iglesia más remedio que reconocer avergonzada su yerro.

Por lo tanto, no estará de más copiar el *Credo* cristiano según lo enmendó Roberto Taylor, y dice así:

Creo en Zeus, padre omnipotente, y en su hijo Iasios Cristo nuestro Señor, que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen Electra. Muerto por un rayo fue sepultado y descendió a los infiernos, subió a los cielos y desde allí ha de volver a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el santo Nous, en el santo círculo de los dioses mayores, en la comunión de las divinidades, en el perdón de los pecados, en la inmortalidad del alma y en la vida perdurable.

Se ha demostrado que los israelitas adoraban a Baal (NOTA: *El Baco de los asirios. FINAL NOTA*) y a la serpiente sabaciana de Esculapio y que celebraban los misterios báquicos; pero todavía hallaremos mayores pruebas de ello al considerar la identidad entre el sobrenombre de *Seth* (NOTA: *Set o Sutech. Rawlinson: Historia de Herodoto, lib. II, apéndice VIII, 23. FINAL NOTA*) dado a Tiphón; el nombre de *Seth* (NOTA: *Equivalente a Satán o Sat-an. FINAL NOTA*), hijo de Adán, y el nombre de *Seth*,

divinidad adorada por los heteos. Además, el historiador Apión dice que en tiempo de los Macabeos tenían los judíos en el templo una cabeza dorada de asno que, cuando el saqueo de Jerusalén, se llevó Antíoco Epifanes. Y según refiere la Escritura, el profeta Zacarías se queda mudo a consecuencia del susto que le dió la aparición de una divinidad en figura de asno (NOTA: Hecho admitido por Epifanio (Véase: Honne: *Nuevo Testamento apócrifo; Evangelio del nacimiento de María*). En su notable artículo titulado: «Baco, el Profeta-Díos», dice Wilder: «Se equivocó Tácito al decir que los judíos adoraban a un asno como símbolo de Tiphón o Seth, el dios de los hyksos. En lengua egipcia el nombre del asno es *eo*, de cuya fonética, semejante a la de Iao, derivaría sin duda aquel símbolo puramente circunstancial». Por nuestra parte no podemos asentir a la opinión del ilustre arqueólogo, porque hay diversas pruebas en pro de que por motivos ignorados adoraban los israelitas a Tiphón en forma de asno. Tenemos un pasaje del *Evangelio de María*, citado por Epifanio, en el cual, con la corroboración de este teólogo, se dice que el profeta Zacarías, padre de San Juan Bautista, quedó mudo a consecuencia de una visión tenida en el templo y cuyo significado quiso desentrañar, pues vió en el momento de ver el incienso, un espectro en figura de asno, y cuando se disponía a salir al atrio para reconvenir al pueblo por la adoración que tributaban a la cabeza del asno, no pudo pronunciar palabra hasta que, recobrado su uso, pasado algún tiempo, declaró su visión a los judíos, quienes le mataron. Añaden los gnósticos en dicho libro, que por esta causa ordenó Moisés que el sumo pontífice llevara las vestiduras orladas de campanillas al ofrecer sacrificios, pues de este modo podía aquella entidad a quien adoraban, oír el ruido y tener tiempo de ocultarse para que no le sorprendieran en figura de asno. (Obras de Epifanio). FINAL NOTA).

Dice Pleyté que la divinidad solar denominada *El* por los asirios, egipcios y semitas es idéntica a *Set* o *Seth* y a *Saturno* o *Israel* (NOTA: Wake: *El falicismo en las religiones antiguas*, 74. FINAL NOTA), que por otra parte equivale al Siva etíope, al caldeo Baal o Bel y al Kiyun o Chium del profeta Amós, pudiendo resumirse todas estas divinidades en el destructor Tiphón. Cuando la teogonía definió más claramente sus conceptos, quedó Tiphón desdoblado de su *buen* aspecto y cayó en la degradación de potestad ininteligente.

No es raro ver estas alteraciones en el pensamiento religioso de un país. En sus primitivos tiempos adoraron los judíos a Baal, Moloch y Hércules (NOTA: Además de divinidad solar, es también Hércules un dios de combate, como Jacob, apellidado Israel. FINAL NOTA), de modo que los profetas hubieron de reconvenirles por su idolatría. Además, el Jehovah bíblico ofrece en sus rasgos característicos mayores semejanzas con Siva que con una divinidad benévola e indulgente, aunque al fin y al cabo no pierde nada Jehovah en su parecido con Siva, dios de la sabiduría, que según Wilkinson es el más inteligente dios del panteón indo. Tiene tres ojos, y como Jehovah es terrible en sus venganzas e irresistible en su cólera; y si bien *destruye*, también *regenera* con perfecta sabiduría (NOTA: Wake: *El falicismo en las religiones antiguas*, 75. FINAL NOTA). Es el tipo de aquella Divinidad que según San Agustín condena a los tormentos del infierno a quienes osan escudriñar sus arcanos, y pone a prueba la razón humana forzándola a someterse por igual a sus buenas o malas acciones.

Los israelitas lograron disfrazar la verdad, hoy abundantamente comprobada, de que adoraban a diversas divinidades y aun ofrecían sacrificios humanos el año 169 antes de J.C., pues Antíoco Epifanes al entrar en el templo de Jerusalén halló un hombre dispuesto al sacrificio; y en época en que los paganos habían ya substituido las víctimas humanas por reses de ganado (NOTA: En los misterios báquicos se sacrificaba el buey de Dionisio (Véase: *Anthón*, 365). FINAL NOTA), aparece Jefe sacrificando a su hija en holocausto del Señor.

Bastan las admoniciones de los profetas para demostrar que los israelitas adoraban a dioses ajenos, que los altares erigidos en la cumbre de los montes eran de la misma

condición que los de las naciones gentiles, y las profetisas hebreas remedo de las pitonisas y bacantes. Dice Pausanias que había comunidades femeninas al cuidado del culto de Baco, Y alude además a las diez y seis matronas de Elis (NOTA: Pausanias, 5, 16. FINAL NOTA); pero también tenemos en el pueblo de Israel análogos ejemplos, según denotan los siguientes pasajes:

Había una profetisa llamada Débora.... la cual en aquel tiempo juzgaba al pueblo (NOTA: Jueces, IV, 4. FINAL NOTA).

Fueron, pues, Helcías el sacerdote..., a buscar a Holda profetisa, la cual habitaba en el estudio (NOTA: IV Reyes, XXII, 14. FINAL NOTA).

... hizo venir de allí una mujer sagaz (NOTA: II Reyes, XIV, 2. FINAL NOTA).

Mas una mujer sabia de la ciudad dijo a voces: Pues qué, ¿no soy yo la que doy respuestas verdaderas en Israel? (NOTA: Id., XX, 16, 19. FINAL NOTA).

Todo esto a pesar de que Moisés había prohibido la adivinación y, los augurios.

En cuanto a los sacrificios humanos y a la analogía del culto de Jehovah con el de Moloch, nos da de ello vehementes indicios este otro pasaje:

Todo lo que es consagrado al Señor, sea hombre, animal o campo, no se venderá ni podrá rescatarse.... será cosa santísima. Y toda consagración que ofrece un hombre no se rescatará, sino que morirá de muerte (NOTA: Levítico, XXVII, 28 y 29. FINAL NOTA).

La dualidad, cuando no la pluralidad de los dioses adorados por los israelitas, está manifiesta en las predicaciones de los profetas contra el rito de los sacrificios, que ninguno de ellos sancionó sino que todos vituperaron, según nos dan ejemplo Samuel y Jeremías en estos pasajes:

Y dijo Samuel: ¿Pues qué quiere el Señor, holocaustos y víctimas o no más bien que se obedezca la voz del Señor? Porque mejor es la obediencia que las víctimas (NOTA: I Reyes, XV, 22. FINAL NOTA).

Porque no hablé con vuestros padres ni les mandé el día que los saque de tierra de Egipto, de asunto de holocaustos y de víctimas (NOTA: Jeremías, VII, 21 y 24. FINAL NOTA).

Los profetas anatematizadores de los sacrificios humanos eran sin excepción nazares o iniciados y acaudillaban el partido anticlerical, es decir, a los hombres de claro entendimiento que se rebelaban contra la tiranía de los sacerdotes, como posteriormente habían de luchar los gnósticos contra los Padres de la Iglesia. Cuando a la muerte de Salomón se dividió la monarquía hebrea, quedaron los sacerdotes en el reino de Judá, cuya capital era Jerusalén, donde estaba el templo, y los profetas quedaron en Samaria, capital del reino de Israel, sin religión culturalmente definida. En el reino de Judá no aparecieron profetas de importancia hasta Isaías, cuando ya había perecido el reino de Israel.

Elías y Eliseo no tuvieron reparo en ponerse en trato y prestar auxilio al rey Acab de Israel, que estableció el culto de Baal y las divinidades asírias. Eliseo ungió por rey a Jehú, con propósito de que exterminase a las familias reales de ambos reinos y los uniera en una misma corona ceñida a sus sienes. En cuanto al templo de Salomón, ningún profeta hebreo le dió la menor importancia ni jamás pusieron los pies en él, pues como estaban iniciados en la doctrina secreta de Moisés iban cuidadosos de no confundirse con los sacerdotes que mantenían al pueblo en la idolatría y le inculcaban el exotérico concepto de Jehovah, que después adoptaron los teólogos cristianos.

Ahora bien; si según hemos visto, el dogmatismo romanista es una mezcla de las mitologías paganas, ¿cómo relacionarlo con la religión mosaica, cuando el apóstol San Pablo y los gnósticos distinguían esencialmente entre el cristianismo y el judaísmo?

Les decía Esteban a los judíos: «Vosotros recibisteis la Ley por ministerio de los ángeles (NOTA: Lo mismo que cones. FINAL NOTA) y no de las propias manos del Altísimo». Y los gnósticos identificaban a Jehovah con Ilda-Baoth, hijo del caos (*bohú*) y adversario de la divina sabiduría.

Pero toda duda se desvanece al considerar que la llamada Ley de Moisés, con su inherente monoteísmo, no puede remontarse más allá de tres siglos antes de J.C., pues el *Pentateuco* fue escrito después de la cautividad de Babilonia, cuando los reyes de Persia ordenaron la colonización de Palestina. El embrollo deriva de que empeñados los Padres de la Iglesia en ensamblar con el judaísmo su recién forjado sistema religioso, para mejor combatir de esta suerte al paganismo, huyeron de Escila y sin advertirlo cayeron en Caribdis, pues bajo el superficial barniz de monoteísmo se echó luego de ver la fibra de los mitos paganos.

A pesar de todo, no hemos de zaherir a los actuales judíos porque sus padres adoraran a Moloch según hicieron sus circunvecinos, ya que desde la vuelta del cautiverio no quebrantaron la ley monoteísta ni desobedecieron a sus profetas sin que les hayan arretrado las más violentas persecuciones. Mientras el cristianismo se ha dividido en infinidad de sectas hostiles, el pueblo hebreo, aunque disperso por la haz de la tierra, se mantiene indisgregablemente unido por el espiritual lazo de la fe.

Las hermosas virtudes predicadas por Jesús en el Sermón de la Montaña no resplandecen cual debieran en el mundo cristiano, y en cambio las practican los ascetas budistas y los fakires indoístas; al paso que los vicios achacados por viperinas lenguas al paganismo, corroen al clero y demuelen la sociedad cristiana.

Puramente imaginario es el abismo que, apoyada en la autoridad de Pablo, ve abierto la exageración religiosa entre el cristianismo y el judaísmo, pues los occidentales no somos ni más ni menos que los herederos intolerantes del fanatismo de los antiguos israelitas que adoraban a Baco-Osiris, el Dio-Nyssos, el Jove de Nyssa, la divinidad sinaítica de Moisés, a diferencia de los del tiempo de Herodes y de la época romana, que a pesar de todos sus defectos se mantenían en la más rigurosa ortodoxia monoteísta.

Los llamados demonios cabalísticos se tuvieron por entidades objetivas, sin parar mientes en su profundo significado alegórico, y en ello encontraron los demonólogos pretexto bastante para forjar toda una jerarquía diabólica.

El famoso mote de los rosacruces: *Ignis natura renovatur integra* (NOTA: Los alquimistas interpretaron este mote en el sentido de que así como el fuego reintegra los componentes de los cuerpos que parece consumir, de la propia suerte la materia queda íntegramente renovada por el fuego del espíritu. FINAL NOTA) se adulteró en el célebre inri de *Iesus Nazarenus rex Iudæorum*, tomando al pie de la letra el sarcasmo de Pilatos, contra el que protestaron enérgicamente los judíos por no reconocer por su rey a Jesús.

El triagrama I.H.S. suele interpretarse *Iesus Hominum Salvator* o bien *In hoc signo*, siendo así, que IHΣ es uno de los más antiguos nombres de Baco.

A la luz de la teología comparada descubrimos que el principal propósito de Jesús, iniciado en la doctrina secreta, fue mostrar a los ojos del vulgo la diferencia entre la suprema Divinidad (NOTA: El *iao* de los caldeos, el misterioso Dios de los iniciados neoplatónicos. FINAL NOTA) y el Jehovah del dogmatismo hebreo. Por esta razón, uno de los más graves cargos que los católicos imputan a los rosacruces es que éstos atribuyen a Jesús la abrogación del culto de Jehovah. Mejor fuera que así lo hubiera logrado, pues no se encontraría el mundo sumido en tinieblas al cabo de diez y nueve siglos de cruenta y mortífera lucha entre las trescientas sectas cristianas que parecen dominadas por el diablo personal.

Apoyados en la declaración de David (NOTA: Parafraseada en la versión inglesa de la *Biblia* llamada del rey Jacobo. FINAL NOTA) para quien eran «ídolos todas las divinidades gentílicas», transmutaron los teólogos cristianos en diablo al dios Baco, que

en la teogonía órfica era el Unigénito (*Monogenes*) del padre Zeus y su esposa Koré. Pero los doctores de la Iglesia, cuyo fanático celo corría parejas con su ignorancia, no sospechaban que de esta suerte iban a proporcionar pruebas contra ellos mismos y facilitar la solución del enigma a los modernos escudriñadores de la ciencia y la religión.

El mito de Baco mantuvo oculto durante largos y tenebrosos siglos el futuro desquite de las divinidades gentílicas y la clave del enigma concerniente a la extraña dualidad humano-divina que tan definidamente caracteriza al Dios del Sinaí y cuya explicación tan clara va apareciendo a las escrutadoras miradas de los modernos investigadores, según demuestra el siguiente extracto final del estudio de Wilder sobre la materia:

Tal era el Jove de Nysa para sus adoradores que velan en él la doble representación del mundo objetivo y del mundo mental. Era el «Sol de Justicia» que en sus rayos traía la salud a los mortales, alegraba su corazón y les infundía la esperanza en la vida eterna. Nació de madre humana a quien por la alteza de su dignidad elevó desde el mundo de la muerte a las regiones etéreas para que recibiese adoración y reverencia. Era el Jove de Nysa a la par Señor y Salvador de los mundos.

Tal era Baco, el dios profeta. Pero el cambio de religión decretado a instancias de Ambrosio, obispo de Milán, por aquel imperial asesino llamado Teodosio el Grande, le atribuyó inicuamente caracteres demoníacos. El culto de Baco, hasta entonces universal, quedó estancado en las comarcas rurales llamadas pagos, y se tuvieron sus ritos por abominaciones de hechicería y por aquelarres sus misterios, y su preferente emblema de la pezuña hendida se trocó en atributo corporal del diablo.

Un tiempo recibió Baco el sobrenombre de Padre de familia (*Beelzebub*); pero desde entonces, sobre cuantos a su servicio estaban, reclusa acusación de servir a las potestades tenebrosas. Se levantaron cruzadas contra ellos, y poblaciones enteras sufrieron los horrores de la matanza. El verdadero y hondo saber fue condenado como magia y hechicería, y la ignorancia quedó convertida en madre de la devoción mojigata. Galileo penó largos años en un calabozo por enseñar que el sol era el centro de nuestro sistema planetario. Bruno murió en la hoguera por su intento de restaurar la filosofía antigua. Mas a pesar de todo, la liberalia o fiesta religiosa de Baco se convirtió en fiesta de la Iglesia romana (**NOTA: Se celebraba el 17 de Marzo, día de San Patricio, en el Santoral romano. Así tenemos que Baco puede identificarse con el patrón de Irlanda. FINAL NOTA**), y el dios en un santo cuatro veces repetido en los calendarios y representado en los altares en brazos de su divinizada madre. Cambiaron los nombres; pero, han perdurado inalterables los conceptos (**NOTA: Wilder: Baco, el dios-profeta. Artículo publicado en la revista: *La Evolución* correspondiente al mes de Junio de 1877; Nueva York. FINAL NOTA**).

Demostrada la quimera del diablo y de los ángeles rebeldes, pasaremos a tratar acerca de la divinidad de Jesús y de su obra redentora, que según la teología cristiana consistió en arrancarnos de las garras del mítico Satán.

Para ello será preciso cotejar paralelamente las vidas, doctrinas y milagros de Krishna, Gautama y Jesús.

CAPÍTULO XXVI

No pecar, hacer el bien y purificar la mente. Tal es la enseñanza de quien ha despertado. Más valioso que la soberanía de la tierra y que la gloria del cielo y que el dominio de los mundo es el premio de quien da el primer paso en el sendero de la santidad.

Dhammapada, 178 y 183

Creador, ¿en dónde están los tribunales, en dónde juzgan las audiencias y se reúnen los jurados a quienes el mortal ha de dar cuenta de su alma?

Vendidad, XIX, 89

¡Salve oh humano! que desde la región de lo transitorio te elevaste a la de lo imperecedero.

Vendidad, VII, 136

El verdadero creyente acoge la verdad doquiera la halla, y ninguna doctrina le parece menos aceptable ni menos verdadera porque la hayan expuesto Moisés o Cristo, Buda o Lao

Tse.

MAX MÜLLER

Quienes desearon vindicar a la filosofía religiosa de Oriente no tuvieron feliz ocasión para ello, pues no parece sino que de algún tiempo a esta parte estén en secreta connivencia los eruditos del mundo oficial y los misioneros cristianos en países infieles, para desfigurar cautelosamente toda verdad que pugne con sus congruas. Además, es muy fácil acallar las voces de la conciencia cuando los gobiernos se apoyan en la religión del Estado, que cualquiera que sea tan útilmente explotan en su provecho. Tal es la diplomacia de la ciencia oficial.

En su *Historia de Grecia* compara Grote a los pitagóricos con los jesuitas, y dice que se prevalían de su confraternidad para fines políticos. Algunos historiadores se han apresurado a presentar a Pitágoras según le pinta la maledicencia de Heráclito y otros autores antiguos, esto es, como hombre astuto y hábil para el mal y de juicio desequilibrado, aunque de muy vasta erudición. El satírico Timón dice de Pitágoras que fue hombre de agradable elocuencia a propósito para cazar incautos; y si los detractores de la filosofía antigua no reparan en dar crédito a esta opinión, ¿cómo negárselo a lo que de Jesús nos dice Celso? La imparcialidad del historiador ha de sobreponerse a sus personales creencias, y tanta exige la posteridad respecto de unas como de otras doctrinas. La vida y hechos de Jesús no están apoyados en las pruebas de histórica valía que atestiguan la vida y hechos de Pitágoras; porque seguramente que nadie negará la autenticidad de los escritos de Celso, mientras que de los evangelistas dudan muchos si escribieron ni una línea de los relatos que respectivamente se les atribuyen. Además, Celso es un testimonio por lo menos tan valioso como Heráclito, y algunos Padres de la Iglesia reconocen que fue un neoplatónico de mucha erudición, mientras que la existencia de los cuatro evangelistas tiene por principal apoyo la ciega fe. Si Timón llamó farsante al ilustre filósofo de Samos, lo mismo dijo Celso de Jesús o más bien de quienes se abroquelaban tras su nombre. En una de sus obras apostrofa Celso a Jesús con estas palabras: «Aun concediendo que obraras las maravillas que de ti se cuentan, ¿no hicieron otras tantas los juglares egipcios que en la plaza pública pedían el óbolo de las gentes?».

Por otra parte, la acusación levantada contra Pitágoras de que era varón de grave palabra con propósito de «pescar hombres», puede también recaer sobre Jesús si consideramos aquel pasaje que dice:

Venid en pos de mí y haré que vosotros seáis pescadores de hombres (NOTA: *San Mateo, IV, 19. FINAL NOTA*).

No se vea en todo esto ni la más leve ofensa a los sentimientos religiosos, siempre respetables cuando sinceros, de quienes creen en la divinidad de Jesucristo, pues aunque por nuestra parte no *le adoremos* como Dios, *le veneramos como hombre*, y de este modo estamos seguros de tributarle mayor honra que si le reconociéramos la misma individualidad del supremo Dios y creyésemos que vino al mundo a representar el desairado papel que el fanatismo piadoso le señala, pues si bien se mira, la supuesta misión que trajo no ha tenido los resultados correspondientes a su dignidad, ya que al cabo de veinte siglos no forman los cristianos ni la quinta parte de la total población del globo ni es fácil que en el porvenir se propague a mayor número de gentes. Nuestro exclusivo ideal es la justicia estricta sin preferencias por determinada personalidad. Nuestras reconvenciones van dirigidas a los que sin creer en Jesús ni en Pitágoras ni en Apolonio mueven los labios en oraciones que no nacen del corazón; a los que hablan del «Salvador» y de «Nuestro Señor» como si tuvieran más fe en el Cristo teológico que en el fabuloso Fo de la China.

Antiguamente no había ateos, incrédulos ni materialistas en el moderno concepto de estas denominaciones, así como tampoco había mojigatos de lengua detractora. Mala prueba de buen sentido crítico daría quien juzgase a algunos filósofos antiguos por el matiz aparentemente ateo de ciertas frases cuyo significado interno es preciso desentrañar para estimarlas en su verdadero valor. Así, por ejemplo, la doctrina de Pirro, que los comentadores superficiales diputan por inconcusamente racionalista, ha de interpretarse en cotejo y comparación con la primitiva filosofía índica que, desde Manú hasta el último esvabavica, tuvo por principal característica la afirmación de la realidad del espíritu prevaleciente contra el mundo objetivo de mudables, ilusorias y percederas formas. Las numerosas escuelas fundadas por Kapila enseñaron las mismas doctrinas que más tarde había de exponer Timón, a quien Sexto Empírico llama el precursor de Pirro. Las ideas de este filósofo acerca del divino reposo del espíritu, la firmeza con que mantenía sus opiniones frente a las ajenas y su aversión al sofisma, denotan que estudió detenidamente a los gimnósofos y vaibasicas de la India. No es posible calificar de ateos a Pirro y sus discípulos por el solo hecho de que resumieron todas sus especulaciones en los puntos suspensivos de la perplejidad y la duda (NOTA: *Por no aventurarse a establecer conclusiones categóricamente definidas se tilda a los filósofos de la escuela de Pirro de escépticos e incrédulos, siendo así que los mismos que tal les llaman, también recurren a la duda para cortar los nudos gordianos que se les presentan, sin perjuicio de abominar después de la duda. FINAL NOTA*), como tampoco es justo tachar de ateos a filósofos como Vedavyasa (NOTA: *Insigne poeta y filósofo indo de quien tomó Pirro la doctrina de que Dios es la única realidad. FINAL NOTA*), Kapila, Giordano Bruno y Spinoza. Estas enseñanzas filosóficas predominaban entre los pensadores del mundo precristiano, y a despecho de la enemiga concitada contra ellas por los dogmatizantes y de las deplorables tergiversaciones de mal intencionados expositores, todavía son la piedra angular de todas las religiones excepto el cristianismo (NOTA: *Sin duda alguna se refiere la autora al cristianismo dogmático y puramente externo que con el poder civil comparte en casi todas las naciones de occidente la tiranía sobre la conciencia; pero de ningún modo puede ni debe referirse al cristianismo que no adora a Dios ni en Jerusalén ni en Samaria, sino en espíritu y en verdad, esto es, al cristianismo del Sermón de la Montaña y de los «Misterios del reino de los cielos» enseñados a los de la casa, porque entonces fuera contradecir el básico principio de la unidad fundamental de todas las religiones, de las que no cabe eliminar al cristianismo. Además, teólogos de tan pura ortodoxia como Balmes dicen textualmente: «¿Cómo puede haber nada necesario fuera del ser absolutamente necesario? ¿Cómo puede haber nada real independiente de la realidad infinita?» (Historia de la filosofía, XVII, § 87; pág. 497, ed. Garnier, París 1891). ¿No*

coincide esta afirmación categórica con la de Vedavyasa, Kapila, Pirro y demás filósofos tildados de ateos por el fanatismo dogmatizante? – *El Traductor*. FINAL NOTA).

La teología comparada es arma de dos filos. Por una parte, los apologistas del cristianismo dogmático, sin hacer caso de las pruebas en contrario, acusan de politeísta al indoísmo y de ateo al budismo, en tanto que reservan exclusivamente para el cristianismo la creencia en un solo y único Dios omnipotente, de bondad infinita, representado en Jehovah, cuyos profetas son para los católicos el romano pontífice y para los protestantes Martín Lutero. Mas si miramos el arma por el otro filo, veremos que, no obstante las predicaciones de los misioneros y la influencia que en Oriente ejerció el cristianismo por las guerras y el comercio, nada descubren los llamados «idólatras y paganos» en las enseñanzas de Jesús, a pesar de lo sublime de algunas de ellas, que no les hayan dicho ya las de Khristna y Gautama. Así es que para mejor prosperar en su apostolado y mantener fieles a los pocos convertidos, no tienen los misioneros otro remedio que vestirse a la usanza de los sacerdotes del país y practicar los mismos ritos y ceremonias que tanto denigran en los indígenas.

Según ya dijimos en otro lugar, los misioneros católicos de Siam y Birmania han adoptado el aspecto de los talapines, aunque no imitan sus virtudes. En la India meridional fueron acusados de superchería por su propio colega el abate Dubois (NOTA: *Revista de Edimburgo*, Abril de 1851, pág. 411. FINAL NOTA) y aunque hubo quien le desmintió después, hay otros testimonios de la acusación, entre ellos el capitán O'Grady, quien dice a este propósito:

Los misioneros toman fingidas apariencias de mendicantes y simulan sentir repugnancia por los manjares de carne y bebidas espirituosas para predisponer a su favor al vulgo indoísta... Pero un misionero a quien convidé, o mejor dicho que se convidó a comer en mi casa repetidas veces, no hizo remilgos a las lonjas de carne asada ni se abstuvo de beber copiosamente. (NOTA: O'Grady: *Bosquejos indos o La vida en oriente*, insertos en el *Boletín comercial*, de Boston. FINAL NOTA)

El mismo autor habla de los «Cristos de rostro negro», de «Vírgenes con ruedas» y de las procesiones según el ritual romano, que «más tienen de diabólico que religioso». Por nuestra parte hemos visto estas procesiones, que acompañadas de orquestas cingalesas con mucho bombo y platillos, resultaban por la variedad de colores y lo pintoresco de los trajes y lo aparatoso de la escena, mucho más solemnes y grandiosas que las saturnales cristianas. Los misioneros, con sus prelados al frente, aprovechan estas procesiones para recoger limosnas destinadas al dinero de San Pedro (NOTA: Los obispos que asisten a estas procesiones ostentan pomposas vestiduras, pendientes en la nariz y orejas, aros en los tobillos y codos. La grotesca imagen del Salvador de tez cobriza lleva una corona de metal blanco profusamente labrada y joh manes de Rafael!, turbante azul. Valdría la pena de que un artista hiciese un viaje alrededor del mundo con el solo objeto de copiar la multitud de Virgenes, Cristos, santos y mártires vestidos a la usanza de cada país. De este modo podría proporcionar modelos de disfraces para los bailes de máscara que se celebrasen con pretextos de beneficencia. FINAL NOTA) y lucrar con el remedo de los brahmanes y bonzos. Entre los adoradores de Khristna y Cristo y los de Avany y María no hay tanta diferencia como entre vishnuístas y sivitas, pues para los conversos es Cristo el mismo Khristna con leves modificaciones (NOTA: Entretanto, los misioneros reúnen cuantiosos donativos para satisfacción de Roma, y cuando llega un año de penuria las gentes mueren a millares y no se sabe ya qué se hicieron los pendientes y aros de oro. Sin embargo, poco les importa esto a los misioneros mientras los conversos mueran en Cristo y la Iglesia bendiga los cadáveres arrojados a los ríos. Según informe del conde de Salisbury, secretario general del gobierno de la India, al hambre sufrida hace poco en Madrás, amenaza seguir otra más desoladora todavía en las comarcas meridionales,

donde los misioneros católicos han recaudado más cuotas de sus fieles. No parece sino que al verse impotentes los misioneros para dominar a su sabor en el país, se complacen en exprimir a los indos y luego achacar al gobierno británico la culpa de las hambres y demás calamidades públicas. FINAL NOTA). Tan serviles son los misioneros en la copia y tanto cuidado ponen en no lastimar las costumbres del país, que mantienen, aun entre los conversos, la distinción de castas, hasta el punto de que los de inferior no pueden entrar en las iglesias a que asisten los de superior (NOTA: Mal se aviene este proceder con la doctrina del Fundador que buscaba la compañía de publicanos y pecadores y consolaba a los afligidos diciéndoles: «Venid a Mí los que estáis tristes de corazón y Yo os aliviaré». FINAL NOTA).

Pocos escritores hay cuya valerosa sinceridad, de que tan hermoso ejemplo nos da Inman, les lleve a coincidir con éste en que tanto el indoísmo como el budismo son filosóficamente superiores al cristianismo teológico, sin que nadie tenga fundado motivo de tildar al primero de fetichista y al segundo de ateo. Sobre el particular dice Inman:

A mi entender es de todo punto gratuita la afirmación de que Sakya no creía en Dios. Por el contrario, todo su sistema filosófico descansa en la creencia de que hay entidades superiores con potestad para castigar las culpas de los hombres, y aunque no le llamara Elohim ni Jah ni Jehovah ni Jahveh ni Adonai ni Ehieh ni Baalim ni Ashtoreth, creía en la existencia del Ser supremo (NOTA: Inman: *Creencias antiguas y modernas*, 24. FINAL NOTA).

El budismo cuenta con cuatro escuelas teológicas, una de ellas panteísta y las otras tres francamente monoteístas. Los investigadores modernos sólo tratan de la primera, y en cuanto a las otras tres, difieren únicamente en las externas modalidades de exposición.

Oigamos lo que un racionalista escéptico dice sobre el tantas veces comentado concepto del nirvana:

En las puertas de las pagodas interrogué a centenares de budistas, y todos sin excepción me respondieron que por medio de la austeridad de vida esperaban alcanzar la inmortalidad. Ninguno habló de la aniquilación final. Hay más de trescientos millones de budistas que ayunan, oran y se sujetan a toda clase de privaciones. Verdaderamente estarían locos o fueran imbéciles si tal hiciesen convencidos de antemano de que al fin había de aniquilarse su ser (NOTA: Jacolliot: *Fetichismo, politeísmo y monoteísmo*. FINAL NOTA).

También por nuestra parte hemos inquirido entre indoístas y budistas el verdadero espíritu de la filosofía oriental, y nos hemos convencido de que el concepto del *apavarga* es del todo opuesto al de aniquilación, pues entraña la identidad final con Dios, de cuya increada luz es refulgente chispa el espíritu del hombre. Todo budista, por ignorante que sea, alienta la esperanza de *no perder jamás su individualidad*, pues, como decía muy bien un amigo nuestro, si así no fuese parecería la vida terrena un divertido sainete para Dios y una mortal tragedia para el hombre.

Otro tanto cabe decir de la doctrina de la metempsícosis, deplorablemente tergiversada por los orientalistas europeos; pero según vayan adelantando las investigaciones, se descubrirán nuevas bellezas metafísicas en las antiguas religiones.

Whitney (NOTA: *Catedrático de sánscrito y filología comparada en el colegio de Yale*. FINAL NOTA) ha puesto de relieve en su traducción de los *Vedas* la mucha importancia que el rito funerario de los indoístas concedía a los cadáveres de sus fieles, según denotan los siguientes pasajes de los himnos fúnebres:

¡Levántate y anda! Reúne todos los miembros de tu cuerpo (NOTA: *Alude al cuerpo astral*. FINAL NOTA) y no los dejes en abandono.

Partió tu espíritu, Síguele ahora. Doquiera te deleite él, ve allí.

Reúne todos tus miembros y con auxilio de los ritos yo te los modelaré.

Si Agni olvidó algún miembro al enviarte desde aquí al mundo de tus padres yo te lo daré de nuevo para que con todos tus miembros te regocijes en el cielo entre tus padres (NOTA: Whitney: *Estudios orientalististas y lingüísticos; La doctrina védica sobre la vida futura. FINAL NOTA*).

La creencia en la inmortalidad del alma está expuesta en este otro pasaje del ritual funerario:

Los que permanecen estacionados en la esfera de la tierra; los que moran en los reinos de la dicha; los padres que por mansión tienen la tierra, la atmósfera y los cielos. Antecielo se llama el tercer cielo donde está el solio de los padres (NOTA: *Rig-Veda, X. FINAL NOTA*).

Visto el alto concepto que de Dios y de la inmortalidad del alma tiene el indoísmo, no es extraño que resulten victoriosos los *Vedas* y el *Código de Manú* de su comparación con el mezquino e inespíritual *Pentateuco*, en cuyo texto no descubren los investigadores exotéricos prueba alguna de que los judíos creyeran en la eterna vida del espíritu ni que Moisés les enseñara esta doctrina. Sin embargo, algunos orientalistas eminentes apuntan la sospecha de que la letra muerta del *Pentateuco* encubre el vivificante significado. Así dice Whitney:

A medida que nos fijamos más detenidamente en los formulismos del moderno ritual indoísta, aparece más definida la correspondencia entre la doctrina y la observancia, de suerte que no es posible explicar una sin la otra... Preciso es reconocer o que la India copió su ritual de algún otro pueblo y lo ha seguido practicando ciegamente sin darse cuenta de su verdadero significado, o que dicho ritual expresó desde un principio una antiquísima doctrina, y al degenerar ésta siguió incorporado a las tradiciones religiosas del pueblo (NOTA: Whitney: *Estudios orientalistas y lingüísticos, 48. FINAL NOTA*).

Pero no se ha perdido esta antiquísima doctrina que los iniciados comprenden hoy tan filosóficamente como los de diez mil años atrás, aunque no han de esperar los científicos que se les revele a la primera intimación ni tampoco ha de serles posible descubrirla en el exotérico ritual de las religiones culturales.

Los teólogos indoístas y budistas no negarán en redondo el misterio de la Encarnación; pero en vez de entenderlo según el dogma cristiano, lo explicarán de conformidad con sus enseñanzas religiosas, cuya piedra angular es precisamente la creencia en los avatares o encarnaciones periódicas de la Divinidad, cada vez que el género humano se pervierte de modo que necesita el auxilio de una poderosa Entidad descendida a la terrena forma que elige por morada. El «Mensajero del Altísimo» se une a la dualidad cuerpo-alma y constituye la trina individualidad del Salvador que encamina al género humano por el sendero de la verdad y de la virtud.

Esta misma creencia predominó entre los primitivos cristianos cuya mente estaba embebida en las doctrinas religiosas de Oriente, pues de otro modo no hubieran definido en dogma de fe el segundo advenimiento de Cristo ni hubiesen forjado la fábula del Anticristo como *astuta precaución* contra las encarnaciones venideras. No se percataron los teólogos cristianos de que Melquisedek fue un avatar de Cristo ni advirtieron que Khristna le dice a Arjuna:

Cuando quiera que la rectitud desmaya, ¡oh Bhârata!, y cobra bríos la iniquidad, entonces renazco para proteger a los buenos, confundir a los malos y restaurar firmemente

la justicia. De edad en edad renazco Yo con este intento (NOTA: *Bhagavad-Gitá*, Estancia IV, 7, 8. FINAL NOTA).

No es posible desdeñar la doctrina de los avatares al ver que de tiempo en tiempo han aparecido en el mundo personajes tan extraordinarios como Khristna, Sakya y Jesús, que fueron seres reales divinizados por sus adoradores con arreglo al sistema religioso de su respectiva época.

El redentor indo precede de algunos miles de años al redentor cristiano, y entre ambos se interpone Gautama, que por una parte es reflejo de Khristna y por otra ilumina la lejana figura de Jesús en que encarna el Cristo histórico. La misma leyenda ha engalanado con su poético ropaje a tres figuras de humana realidad, divinizadas por el instinto popular que presintió en ellas el místico carácter de su individualidad. *Vox populi, vox Dei* fue verdadero aforismo en otros tiempos, por falible que nos parezca en una época como la nuestra en que la plebe está dominada por el clero.

Kapila, Orfeo, Pitágoras, Platón, Basílides, Marciano, Amonio y Plotino fundaron escuelas donde germinó la semilla de altos pensamientos y al desaparecer del mundo dejaron tras sí la refulgente estela de los semidioses; pero Khristna, Gautama y Jesús aparecieron en su respectiva época como verdaderos dioses y legaron a la humanidad tres religiones fundadas sobre la indestructible roca del tiempo. Ninguna culpa les cabe a estos tres nobilísimos reformadores que el fanatismo adulterara posteriormente sus enseñanzas, y más aún la cristiana, que está casi desconocida en nuestra época. La culpa recae en los clérigos que se titulan cultivadores de la viña del Señor. Si de los tres sistemas religiosos eliminamos la escoria de los humanos dogmas, hallaremos en los tres identidad de esencia. Aun el mismo San Pablo, el honrado y sincero apóstol, o se dejó llevar del entusiasmo para torcer algún tanto la doctrina de su Maestro, o se han tergiversado sus escritos hasta el punto de no parecerse apenas al original. El *Talmud* reconoce los relevantes méritos de San Pablo como filósofo y teólogo, no obstante haber apostatado del judaísmo (NOTA: Dice Wilder con su acostumbrada intuición de la verdad: «En la persona de Aher reconocemos al apóstol Pablo que, según parece, tuvo distintos nombres. Se le llamó *Saúl* o *Saulo*, denominación hebrea del mando invisible, a causa de su visión del Paraíso. El nombre de Paulo o Pablo significa hombre pequeño y fue seguramente un remoquete. El nombre de Aher con que le designa el *Talmud*, significa *otro* y se empleaba en lenguaje bíblico para calificar a los extranjeros. Se le aplicó a él porque ejercía su apostolado entre los gentiles. Su nombre propio y verdadero era Elisha ben Abuiah». FINAL NOTA), y dice en el *Yerushalmi* que corrompió la doctrina de aquel hombre (NOTA: *El Talmud* llama a Jesús אִיִּישׁ הָאִישׁ (AUTU H-AIS), que significa «aquel hombre». – Nota de Wilder. FINAL NOTA).

Pero entretanto la ciencia imparcial y las generaciones futuras concilian estas tres grandes religiones, demos una ojeada a su respectivo desenvolvimiento.

LEYENDAS DE LOS TRES SALVADORES

KHRISTNA

Aunque la ciencia europea no se atreve a computar el nacimiento de Khristna, la cronología indoísta lo remonta a unos 5.000 años antes de J.C.

Nace Khristna de estirpe real, pero le educan unos pastores que le dan el sobrenombre de *Dios Pastor*. Temerosos de las iras del rey Kansa, mantienen secreto el nacimiento y origen de Khristna.

Se le consideró como encarnación de Vishnú, la segunda persona de la Trimurti. fue adorado en Madura, situada a orillas del Jumna (NOTA: Véanse: Estrabón, Arrio y las Conferencias Bampton. 98 a 100. FINAL NOTA).

Kansa, tirano de Madura, persigue a Khristna, quien se salva milagrosamente. Con propósito de matar al niño manda el rey degollar a todos los de su misma edad.

La madre de Khristna fue la inmaculada Virgen Devaki (NOTA: Que, no obstante, había tenido ya ocho hijos. FINAL NOTA).

GAUTAMA

Según los cálculos de la ciencia europea y los cómputos ceilaneses, nació Gautama hace 2540 años.

Fué hijo de un rey, y eligió sus primeros discípulos entre mendigos y pastores.

Unos le consideran como encarnación de Vishnú, otros como la de uno de *los Buddhas* y algunos como la de la Sabiduría suprema (*Ad'Buddha*).

La leyenda cristiana presenta a Gautama bajo el nombre de San Josafat, hijo del rey de Kapilavastu, que asesinó a multitud de jóvenes cristianos (NOTA: Véase: *La Leyenda de oro*. FINAL NOTA).

La madre de Gautama fue Maya o Mayadeva, que no obstante su matrimonio, se mantuvo virgen inmaculada.

JESÚS

Se supone que Jesús nació hace 1877 años. Es de la estirpe real de David. Los pastores le adoran al nacer y se le da el sobrenombre de Buen Pastor (NOTA: San Juan, X, II. FINAL NOTA).

Se mantienen secretos su nacimiento y alcurnia para despistar al tirano Herodes.

Es la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo (NOTA: Entonces la segunda persona de la Trinidad y ahora la tercera. En los tiempos del cristianismo no estaba definido el dogma de la Trinidad, y se consideraba a Jesús como encarnación del Espíritu de Dios. FINAL NOTA).

Fugitivos de la persecución de Herodes, tetrarca de Jerusalén, le llevan sus padres por aviso de un ángel a Matarea o Madura de Egipto, donde obra sus primeros milagros (NOTA: *Evangelio de la infancia*. FINAL NOTA). Con propósito de matarle, ordena Herodes la degollación de los inocentes, cuyo número se calcula en 40.000 (NOTA: Muy exagerado parece este guarismo con relación al número de habitantes con que en aquella época contaba Palestina: *El Traductor*. FINAL NOTA).

La madre de Jesús fue Mariam o Miriam, que no obstante su matrimonio con José se mantuvo virgen, aunque concibió otros hijos además de Jesús (NOTA: *San Mateo*, XIII, 55, 56. FINAL NOTA).

Desde el instante de su nacimiento es Khristna omnisciente, omnipotente, y perfectamente bello. Opera milagros, sana a los parálíticos, da vista a los ciegos y expele demonios. Lava los pies a los brahmanes y desciende a los infiernos para libertar a los muertos y asciende al *Vaicontha* (NOTA: El paraíso de Vishnú. FINAL NOTA). Es khristna la encarnación de Vishnú.

Convierte los becerros en niños y los niños en becerros, y aplasta la cabeza de la serpiente (NOTA: Maurice: *Antigüedades indas*, II 332. FINAL NOTA).

Predica Khristna la unidad de Dios y la inmortalidad del alma. Reconviene al clero por su ambición e hipocresía y divulga los secretos del santuario. Según tradición, pereció Khristna víctima de las iras clericales y le abandonaron todos los discípulos menos Arjuna su predilecto .

Está dotado Gautama de los mismos poderes y cualidades y opera prodigios análogos a los de Khristna. Pasa la vida acompañado de mendicantes. Dicen los budistas que Gautama fue distinto de los demás avatares, pues en éstos sólo se infundió parte (*ansa*) de la Divinidad al paso que en él se encarnó enteramente el espíritu de Buddha.

Gautama aplasta la cabeza de la serpiente, cuyo culto fetichista aboga en todas partes; pero como Jesús, da a la serpiente el emblema de la sabiduría divina.

Abole la idolatría, divulga los misterios de la unidad de Dios y del nirvana, cuyo verdadero significado, tan sólo conocían hasta entonces los sacerdotes. Perseguido por sus enemigos, tuvo que huir del país para librarse de la muerte, y acompañaronle en la huida unos cuantos centenares de creyentes en su misión búdica. Muere rodeado de sus discípulos, entre quienes está Ananda, el predilecto, primo suyo y cabeza de los demás. En muchas pagodas se le representa sentado sobre un árbol cruciforme (NOTA: Opina O'Brien que la cruz irlandesa de Tuam representa el suplicio de Gautama, pero se sabe que el insigne fundador no murió crucificado. FINAL NOTA), el «Árbol de Vida».

Está dotado de las mismas cualidades y poderes que Khristna y Gautama (NOTA: *Nuevo Testamento apócrifo; Evangelios*. FINAL NOTA). Frecuenta el trato de publicanos y pecadores y expele demonios (NOTA: Se advierte la diferencia de que a Jesús le acusan (y a Khristna y Gautama no) de lanzar los demonios en nombre de Belzebub. FINAL NOTA). Lava los pies a sus discípulos y después de su muerte desciende a los infiernos para sacar las almas de los santos padres y sube a los cielos.

Aplasta la cabeza de la serpiente (NOTA: Según la revelación del *Génesis*. FINAL NOTA), transforma a los cabritos en niños y en niños a los cabritos (NOTA: *Evangelio de la infancia*. FINAL NOTA).

Acusa Jesús de hipócritas y dogmatizantes a los rabinos, escribas y fariseos. Quebranta el precepto del sábado y transgrede la letra de la ley mosaica. Divulga los secretos del santuario y los fariseos le acusan de blasfemo. De sus discípulos, uno le niega, otro le traiciona, y al fin todos le abandonan menos Juan, el predilecto.

Parece que murió clavado en una cruz por una flecha (NOTA: Los más notables orientalistas opinan que la cruz irlandesa de Tuam, muy anterior a la era cristiana, es de origen asiático (Véanse: O'Brien: *Torres redondas*; Creuzer: *Religiones de la antigüedad*, I, 208; Lundy: *Cristianismo monumental*: 160, lámina). FINAL NOTA). Por fin, asciende a los cielos (*swarga*) y se convierte en *nirguna*.

Otras imágenes le representan con una cruz en el pecho, sentado sobre la Naga o reina de las serpientes (NOTA: Moor: Láminas, 75, n° 3. FINAL NOTA). Gautama alcanza el Nirvana.

Muere en el árbol de la cruz (NOTA: Véase como la muerte de los tres salvadores Khristra, Gautama y Jesús está relacionada con el árbol y la cruz que simboliza las trinas potencias de la creación. FINAL NOTA) y asciende al Paraíso.

Tal es el esquema biográfico de los fundadores de estas tres religiones que parecen mallas de una misma cadena (NOTA: A mediados del siglo XIX daban las estadísticas, según Max Müller, el siguiente número de fieles: induístas, 60.000.000; budistas, 450.000.000; cristianos, 260.000.000. FINAL NOTA). Si los dogmatistas cristianos no hubiesen pasado más adelante, seguramente que no fueran tan desastrosas las consecuencias, pues no cabía derivar perniciosos sistemas religiosos de las sublimes enseñanzas de Khristna y Gautama; pero transpusieron todo límite y adulteraron la pureza del primitivo cristianismo con las fábulas exotéricas de Hércules, Orfeo y Baco. Así como los musulmanes niegan todo parentesco del Corán con la Biblia, así también los cristianos se resisten a reconocer que casi todo su dogmatismo está tomado de las religiones de la India. Sin embargo, la cronología demuestra evidentemente esta derivación, por más que algunos orientalistas traten inútilmente de atribuir la identidad característica de Khristna y Cristo al relato de los apócrifos Evangelios de la *Infancia* y de *Santo Tomás*, que, según dichos críticos, se difundieron copiosamente por la costa de Malabar, dando con ello motivo a que en la figura de Cristo se convirtiese la de Khristna (NOTA: Lundy: *Cristianismo monumental*, 153. FINAL NOTA). Sin embargo, lo cierto es que, inversamente, la figura de Khristna precedió a la de Cristo, pues cuando el apóstol Tomás halló en Malabar la creencia en Khristna, tuvo buen cuidado de incorporarla en todo y por todo a la figura de Cristo, y al efecto copió en su *Evangelio* los rasgos principales del avatar indo, y con ello introdujo la herejía cristiana en el indoísmo. Quien conozca el temperamento de los brahmanes repugnará desde luego por ridícula la suposición de que fuesen capaces de copiar símbolo alguno de gentes extranjeras. Sus firmísimas creencias religiosas, que siglo tras siglo resisten el influjo occidental, no les consiente interpolar en sus libros sagrados alegóricos relatos de ajenas religiones.

No nos detendremos a examinar las íntimas analogías entre los rituales budista-lamaico y romano, cuya exposición tan cara le costó al abate Huc, sino que nos contraeremos a cotejar los puntos más importantes. De los textos budistas que de diversos idiomas orientales se han traducido a los europeos, merecen preferente mención el *Dhammapada* (Sendero de virtud), traducido del pali por el coronel Rogers (NOTA: *Parábolas de Buddhaghosa y el Dhammapada*. Traducción del birmano por el coronel Rogers, con prólogo de Max Müller; 1870. FINAL NOTA), y la *Rueda de la Ley* (NOTA: Obra en que un estadista siamés trata en general de todas las religiones y en particular de la suya propia. Ha sido traducida por Enrique Alabaster, intérprete del consulado general de Inglaterra en Siam. FINAL NOTA), en cuya lectura halló Inman tan sorprendentes analogías, que le determinaron a decir:

Después de cuarenta años de convivencia entre los defensores y los adversarios del cristianismo, declaro con toda sinceridad que los segundos aventajan en virtud y pureza moral a los primeros. Conozco personalmente a muchos y muy piadosos cristianos cuya

conducta admiro y me tendría por dichoso en imitar; pero que precisamente merecen esta loa por haber antepuesto a la doctrina de la fe la de las buenas obras... A mi modo de ver, los cristianos más puros que conozco son los *budistas reformados*, quienes seguramente no han oído hablar nunca de Siddârtha (NOTA: Inman: *Creencias antiguas y modernas*, 162. FINAL NOTA).

Entre los dogmas y ceremonias de las religiones budista-lamaica y romana hay cincuenta y un puntos de coincidencia y cuatro de discrepancia (NOTA: Los puntos coincidentes están expuestos por Inman en su citada obra: *Creencias antiguas y modernas*, 237, 240. Así es que nos contraeremos a citar los cuatro puntos en que discrepan ambas religiones, a fin de que por sí mismo infiera el lector las oportunas consecuencias. FINAL NOTA). Estos últimos son:

1.º Afirman los budistas que no puede ser enseñanza de Gautama cuanto contradiga a la sana razón.

Los católicos romanos admiten cualquier contrasentido que la Iglesia defina dogmáticamente.

2.º Los budistas no adoran a la madre de Gautama (NOTA: Sin embargo, la veneran como santa y bendita mujer escogida por sus virtudes para tan augusta maternidad. FINAL NOTA).

Los católicos adoran a la madre de Jesús e impetran su protección y auxilio (NOTA: El culto de la Virgen se ha sobrepuesto al de Cristo y más todavía al del Omnipotente. FINAL NOTA).

3.º Los budistas no tienen sacramentos.

Los católicos tienen siete.

4.º Los budistas creen que los pecados no quedan perdonados hasta reparar el mal causado por ellos.

Los católicos creen que la sangre de Cristo basta para lavar las culpas de todos los pecadores que confiesen la fe cristiana (NOTA: El buen criterio del lector comprenderá que la doctrina budista es mucho más luminosa en estos puntos que la cristiana. FINAL NOTA).

Dice La Rueda de la Ley:

Creen los budistas que todo pensamiento, palabra y obra es causa de un efecto que reaccionará más o menos tarde. El efecto es de la misma naturaleza de la causa, y así toda buena acción producirá un bien y toda mala acción producirá un mal (NOTA: *La Rueda de la Ley*, 57. FINAL NOTA).

Tal es la estricta e imparcial justicia de una Potestad suprema que no puede equivocarse ni sentir ira ni compasión, sino que deriva de toda causa sus naturales efectos. Aquellas palabras de Jesús: «Pues con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis os volverán a medir» (NOTA: *San Mateo*, VII, 2. FINAL NOTA) contrarían tanto en letra como en espíritu la idea de la salvación propia por merecimiento ajeno. La ira y la misericordia son sentimientos finitos e incompatibles por lo tanto con la infinidad de Dios, en quien sólo cabe inflexible justicia distributiva (NOTA: Los paganos tenían de la justicia un más noble concepto que los modernos cristianos, pues representaban a la diosa Themis con los ojos vendados. FINAL NOTA). En *La Rueda de la Ley* explica su autor el concepto de Dios en el siguiente pasaje:

El budista cree en la existencia de un Dios sublimemente superior a todas las cualidades y atributos humanos, un Dios perfecto que trasciende el amor, el odio y los celos, que reposa

tranquilamente en el seno de imperturbable dicha. El budista veneraría a este Dios sin propósito de agradarle ni temor de disgustarle, porque fuera de por sí digno de ser amado. Pero el budista no concibe un Dios con los mismos atributos y cualidades de los hombres; un Dios que siente amor, odio y cólera; un Dios que, según lo pintan los cristianos, musulmanes, judíos e indoístas, resulta inferior a los hombres de mediana moralidad (NOTA: *La Rueda de la Ley*, 25. FINAL NOTA).

Muy extraños son los conceptos que de Dios y su justicia tienen los cristianos cuya razón está ofuscada por los prejuicios religiosos que el clero les imbuye. La doctrina de la redención es a todas luces ilógica y una de las más perniciosamente desmoralizadoras, sin otro resultado que subyugar más gravemente la conciencia de las gentes.

Según la moral eclesiástica de la Iglesia romana, la sangre derramada por Jesús en su voluntario sacrificio por la salvación del linaje humano tiene la suficiente eficacia para lavar todo pecado por enorme que sea, pues la misericordia de Dios es infinita y siempre dispuesta a abrir las puertas del Paraíso al pecador arrepentido, aunque se arrepienta en el último instante de su vida. Así lo hizo en la cruz el buen ladrón, y así pueden hacerlo según la Iglesia romana otros tan malvados como él.

Pero si transponiendo el estrecho círculo de la fe dogmática consideramos el universo como un todo equilibrado por la perfecta armonía de sus elementos constituyentes, el sano juicio y el más rudimentario sentimiento de justicia chocarán contra la doctrina del perdón de los pecados por merecimiento ajeno. Si el pecador sólo se perjudicase a sí mismo y por medio de un sincero arrepentimiento pudiese borrar su culpa de la memoria de los hombres y de los indelebles anales que ni el mismo Dios lograría torcer, tendría algún viso de justicia la doctrina de la redención; pero es absurdo sostener que quien perjudica a sus semejantes y perturba el equilibrio de la sociedad y el orden natural de las cosas, se conmueva al fin por el miedo, la esperanza o la violencia y alcance el perdón de sus crímenes gracias a los méritos de una sangre que lava las manchas de otra sangre. No es posible evitar las consecuencias de una culpa como se darían por evitadas con el perdón de los pecados (NOTA: Es preciso tener en cuenta que la autora se refiere aquí evidentemente a la creencia vulgar y fanática sobre el perdón de los pecados, pues por lo que toca al fundamento de esta doctrina según la teología moral, conviene advertir que los sacramentos de la penitencia y la unción perdonan tan sólo la *culpa*, pero no la *pena* efecto de la culpa. Esta es la verdadera doctrina cristiana coincidente substancialmente con la budista, pues aunque más tarde la adulterase la novedad de las indulgencias, que fue la causa inicial de la reforma luterana, ni aun así queda quebrantado su fundamento, porque las indulgencias se conceden *condicionalmente* y sin prejuzgar los designios de Dios. – *El Traductor*. FINAL NOTA). Los efectos de una causa transponen los límites de una misma causa, y por lo tanto las consecuencias de un crimen no se contraen al ofensor y al ofendido, sino que repercuten en el universo entero como la piedra que conmueve toda la masa líquida al caer en un estanque y produce ondas cuyo número y rapidez dependen del tamaño de la piedra; pero aun el más diminuto grano de arena producirá efectos ondulatorios en el agua del estanque. El choque se transmite en todas direcciones, molécula por molécula de la masa líquida, hasta conmoverta toda. Pero no se detiene aquí la acción, sino que se dilata a las capas atmosféricas en contacto con la superficie del agua y se difunde por el espacio. Ha vibrado la materia y nadie es capaz de anular su vibración.

Lo mismo ocurre con las buenas o malas acciones, cuyos efectos perduran en el espacio y en el tiempo por instantánea que haya sido la causa. Cuando sea posible anular en el espacio y en el tiempo los efectos dinámicos de la piedra arrojada en el estanque, entonces y sólo entonces podremos admitir el dogma de la redención tal como lo entiende el clericalismo romano. Es verdaderamente incomprensible que un asesino cuya brutal acometida no dió tiempo a su víctima para arrepentirse ni de invocar a Jesús para que le lavara con su sangre y morir en estado de gracia (y, por lo tanto, fue causa de que se

condenara, según el dogma), reciba poco antes de subir al cadalso los auxilios espirituales y obtenga por ellos el perdón del crimen cometido y con él la felicidad perdurable de los bienaventurados, mientras que su víctima ha de penar eternamente en el infierno (NOTA: El *Times* de Chicago publicó recientemente la lista de los reos ejecutados durante el primer semestre de 1877. Entre ellos figuraba un tal Anderson, convicto de doble asesinato, robo e incendio. Poco antes de la ejecución le «convirtieron» los clérigos que le asistían, quienes tan sólo afianzaban la salvación del reo si se le ejecutaba en el acto, pero que nada podían asegurar si se demoraba la ejecución. ¿Qué seguridad les cabía a estos clérigos del porvenir de aquel ladrón, incendiario y asesino? La única seguridad posible es la de que tan nefanda doctrina dimanen las tres cuartas partes de los crímenes perpetrados por gentes que se llaman cristianas, con sus inevitables consecuencias, causa a su vez de otros efectos hasta un punto que nadie acertaría a calcular. FINAL NOTA). A no ser por el crimen no hubiera tenido el asesino ocasión de arrepentirse y salvarse.

Otro ejemplo nos ofrece el crimen de seducción, uno de los más frecuentes y de los que denotan mayor egoísmo y dureza de corazón. La sociedad rechaza de su seno a la víctima, que al verse despreciada busca remedio a su desgracia en el suicidio o, si teme a la muerte, se hunde en el vicio, expuesta a ser madre de criminales (NOTA: Como el hoy tristemente famoso Jukes, cuyas espantosas fechorías ha relatado Dugdale. FINAL NOTA) que a su vez procreen toda una generación de malvados. ¿Podrá perdonar la divina justicia al causante de tan graves daños sociales y castigará únicamente a los engendros de su lujuria?

En Inglaterra y los Estados Unidos ha ido introduciendo el clero anglicano la confesión auricular, a estilo de la Iglesia romana, fundándose, lo mismo que ésta, en la potestad conferida por Jesús al apóstol San Pedro cuando le dijo:

Y a ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos (NOTA: *San Mateo*, XVI, 19.— Los sacerdotes dicen que reciben esta potestad de los obispos por imposición de manos en el acto de la ordenación; y los obispos a su vez alegan haberla recibido del Papa por delegación apostólica transmitida sucesivamente desde San Pedro. FINAL NOTA).

Sin embargo, queda invalidada esta alegación al considerar los cinco puntos siguientes:

- 1.º Que la divinidad de Jesucristo no se definió dogmáticamente hasta dos siglos después de la muerte del iniciado Jesús.
- 2.º Que en consecuencia no tenía autoridad para conferir a Pedro el poder de perdonar los pecados.
- 3.º Que la palabra *Petra* (roca) se refería a las verdades reveladas del *Petroma* y no al discípulo que había de negarle por tres veces.
- 4.º Que la sucesión apostólica es una grosera y evidente superchería.
- 5.º Que el *Evangelio* llamado de San Mateo es amañada copia de un manuscrito enteramente distinto.

Resulta, por lo tanto, la confesión auricular una violencia que por igual se hace al sacerdote y al penitente. Por otra parte, si los titulados ministros de Dios recibieron la potestad de perdonar los pecados, ¿cómo no recibieron también el don de milagros para reparar los perjuicios resultantes del pecado contra cosas y personas?

Así lo demandarían las más rudimentarias nociones de justicia. Cuando resuciten al asesinado, devuelvan honra y hacienda a quienes por robadora mano las pierden y pongan en el fiel las balanzas de la justicia podremos creer en su potestad de atar y desatar en la tierra; pero hasta ahora sólo le han dado al mundo sofismas propios para alimentar la

fe ciega, sin pruebas palpables de la justicia divina. Todos callan; nadie responde a estas objeciones, y entretanto la inexorable e infalible ley de ponderación prosigue su camino, prescindiendo de creencias y confesiones religiosas y tratando por igual a paganos y cristianos. No hay absolución capaz de escudar a éstos cuando culpables, ni anatema bastante a confundir a aquéllos cuando inocentes.

Desechemos el insultante concepto que de la justicia divina mantienen los clérigos por su propia autoridad para regocijo de cobardes y criminales, pues contra la legión de doctores y teólogos que lo defienden se levanta con suprema autoridad la eterna ley de armonía y justicia.

Pero hay además otro argumento igualmente poderoso contra la tergiversada interpretación de la justicia divina. Si los cristianos creen como verdades reveladas las narraciones evangélicas, ¿en qué pasaje aparece que Jesús se ofreciera en voluntario sacrificio? Por el contrario, del texto se infiere que deseaba cumplir su misión y que murió al verse traicionado de modo que no podía llevarla a término. Antes de la entrega rehuía los peligros, haciéndose invisible por medio del mismo poder hipnótico sobre los circunstantes de que goza todo adepto oriental; pero cuando vió llegada su hora, sometióse a la ineludible ley del destino. En el huerto de Getsemaní le ruega al Padre que a ser posible aparte de él aquel cáliz y en su aflicción tremenda suda gotas de sangre. Desfallece en la lucha y ha de bajar del cielo un ángel para confortarle. Por fin dice: «Mas no se haga mi voluntad sino la tuya» (NOTA: *San Lucas, XXII, 42. FINAL NOTA*). Ciertamente que ésta no es la figura de un mártir que de su propia voluntad se entrega al sacrificio.

Análogamente a este episodio de la vida de Cristo se nos ofrece en la de Khristna aquel otro en que clavado en un árbol por la flecha de un cazador, le responde a éste que implora su perdón:

–Ve, ¡oh cazador!, por mediación mía a los cielos donde moran los dioses.–Y unido Khristna con su puro, imperecedero y nonato espíritu, idéntico al de Vasudeva, desechó su cuerpo mortal para convertirse en nirguna (NOTA: *Purâna de Vishnú, 612. Traducción de Wilson. FINAL NOTA*).

¿No se ve aquí el episodio del Calvario, cuando Cristo perdona al buen ladrón y le promete un lugar en el paraíso?

Sobre esto dice Lundy:

Semejantes ejemplos, muy anteriores al cristianismo, demandan que se investigue y compruebe su origen. El concepto de Khristna como pastor es a mi entender una figura profética de Cristo, mucho más antigua que el *Evangelio de la infancia* y el de San Juan (NOTA: *Lundy: Cristianismo monumental, 156. FINAL NOTA*).

Analogías como éstas dieron posteriormente pretexto para declarar apócrifas todas las obras que, como las *Homilias*, demostraban el primitivo origen y verdadero significado de la doctrina de la redención, no definida por autoridad alguna. Las *Homilias* difieren muy poco de los *Evangelios*, pero discrepan completamente del dogmatismo teológico.

Nada sabía de la redención el apóstol San Pedro, y su respeto hacia el mítico padre Adán no le hubiera consentido creer que este patriarca pecó y lo maldijo Dios. Las escuelas alejandrinas no conocieron este dogma, ni tampoco habla de él Tertuliano, ni lo discutieron los Padres de la Iglesia. Filo Judeo expone simbólicamente la caída del hombre y Orígenes y San Pablo la consideran como una alegoría (NOTA: *Véase: Draper: Conflictos entre la Religión y la Ciencia, 224. FINAL NOTA*).

El dogmatismo cristiano toma al pie de la letra el episodio del Paraíso en que la serpiente tienta a Eva.

Sobre esto dice San Agustín:

Por su libérrima voluntad elige Dios a cierto número de humanas criaturas sin tener en cuenta sus acciones y su fe, y las predestina a la salvación o a la condenación eterna (NOTA: San Agustín: *De dono Perseverantia*. –Esta doctrina de la predestinación es la misma de los supralapsarianos, según la cual desde la eternidad predestinó Dios la caída de Adán con todas sus perniciosas consecuencias, de suerte que nuestros primeros padres no tuvieron albedrío para resistir a la tentación de la serpiente. También influyó esta doctrina en la fundación de la macabra orden de los cartujos por San Bruno. El caso fue como sigue: Murió un médico francés muy famoso por sus virtudes cuyo cadáver veló el mismo Bruno, de quien el difunto había sido íntimo amigo. Al llevarle a enterrar tres días después del fallecimiento, se incorporó el médico sobre el ataúd diciendo con firme y grave voz que por «justo designio de Dios estaba condenado eternamente». Al punto quedóse otra vez tan difunto como antes. Por su parte, los teólogos parsis dicen: «Si cualquiera de vosotros pecara con la esperanza de que alguien ha de salvarle, quedará condenado hasta el día del *rastakhez*. Lo mismo le sucederá a quien engañe a otros con esta esperanza. No hay salvadores ajenos. En el otro mundo cada cual cosechará el fruto de sus acciones, porque vuestras acciones son vuestro salvador y vuestro Dios». (Müller: *Los modernos parsis*). FINAL NOTA).

También Calvino expone conceptos igualmente abominables acerca de la justicia divina, pues dice sobre el particular:

Corrompido el linaje humano por la caída de Adán, lleva en sí el estigma del pecado original que sólo pueden borrar los méritos de un Salvador encarnado para redimir a la humanidad. Sin embargo, del beneficio de la redención disfrutaban únicamente las almas de antemano elegidas y predestinadas, a las que voluntariamente favorece Dios con su gracia, pues los demás hombres están predestinados a eterna condenación por decreto inmutable del plan divino. La justificación se obtiene por la fe, y la fe es un don de Dios.

De lo expuesto inferiremos cuánto y cuánto se ha blasfemado de la justicia divina, pues la propiciatoria eficacia de la sangre no es creencia originariamente cristiana, sino que la encontramos en los más antiguos ritos. Todos los pueblos ofrecían a los dioses sacrificios cruentos de víctimas animales y aun humanas, con la esperanza de aplacar su ira y tenerlos propicios de modo que les librasen de las públicas calamidades. La historia nos ofrece ejemplos de generales griegos y romanos que dieron su vida en sacrificio por la salvación del pueblo. Julio César observó la misma costumbre entre los galos y dice a este propósito:

Se entregan voluntariamente a la muerte, pues creen que los dioses inmortales sólo quedan satisfechos cuando se les ofrece vida por vida.

Los sacerdotes egipcios tenían la siguiente fórmula de invocación sacrificial:

Caiga sobre la cabeza de la víctima todo mal que amenace a los sacrificadores o al pueblo egipcio (NOTA: Plutarco: *De Isis y Osiris*, 380.– Las víctimas destinadas al sacrificio se guardaban previamente en los parajes consagrados a Tiphón, cuando todavía adoraban los egipcios a esta tenebrosa divinidad. En el acto del sacrificio pronunciaba el sacerdote diversas imprecaciones sobre la cabeza de la víctima propiciatoria, en cuyos cuernos se arrollaba un pedazo de biblo. Los israelitas tomaron de los egipcios la costumbre de los sacrificios religiosos y elegían por víctima un macho cabrío; pero cuando los egipcios dejaron de adorar a Tiphón en figura de asno, los hebreos empezaron a sacrificar «terneras rojas» a otras divinidades. FINAL NOTA).

Por otra parte, oímos decir a Gautama:

Caigan sobre mí los pecados del mundo para que el mundo sea salvo.

Nadie se atreverá en nuestra época a decir que los egipcios remedaron a los israelitas (NOTA: No han faltado quienes arbitrariamente digan que los indos lo copiaron todo de los israelitas. FINAL NOTA), pues Bunsen, Lepsius y Champollión han demostrado con toda evidencia la mucha mayor antigüedad del pueblo egipcio respecto del hebreo, cuyos ritos religiosos son por lo tanto remedo de los de sus predecesores. El *Nuevo Testamento* (NOTA: En el evangelio de San Mateo se echan de ver frases enteras del *Ritual* egipcio, cuya antigüedad se remonta a 4.000 años antes de J.C. Bunsen encontró documentos comprobatorios de que el lenguaje y el culto religioso de los egipcios son anteriores a las dinastías históricas, durante cuya larguísima sucesión adquirieron *un muy leve perfeccionamiento*. La época preménica, o sea la anterior a las dinastías históricas, corresponde, según Bunsen, a unos 4.000 años antes de J.C.; pero las plegarias e himnos de *El Libro de los muertos* se remontan a la dinastía de Abydos, 4.500 años antes de la era cristiana, o sea unos treinta siglos antes del nacimiento de Moisés. FINAL NOTA) abunda en repeticiones y paráfrasis de *El Libro de los muertos*, y según las palabras que en boca de Jesús ponen los evangelistas, debió estar familiarizado el fundador del cristianismo con los himnos funerarios de los egipcios (NOTA: La tradición de diversos países demuestra que Jesús se educó en Egipto y perteneció en su juventud a la comunidad de los esenios. FINAL NOTA).

En el «Recinto de las dos verdades» el alma comparece ante Osiris el «señor de la Verdad», que está sentado en su trono con la cruz egipcia como emblema de la vida eterna y el cetro o la vara de la justicia (NOTA: Llamada también «gancho de atracción». Virgilio le da el nombre de *mystica vannus Iacchi*. (*Geórgicas*, I, 166). FINAL NOTA) en la diestra. El alma invoca anhelosamente al dios y después procede a enumerar todas sus acciones que confirman o recusan los cuarenta y dos jueces en quienes están personificadas las buenas y malas acciones del declarante. Si logra justificarse le confieren los jueces el título de Osiris en significación de su divino origen, y le dicen estas palabras llenas de majestuosa justicia.

Abrid paso al Osiris. Ya veis que está sin mancha. Vivió en la verdad y se alimentó de la verdad. El dios le ha acogido benévolamente según deseaba, porque dió de comer al hambriento y de beber al sediento y vistió al desnudo. Con el sagrado manjar de los dioses alimentó a los espíritus.

Análogamente vemos que el Hijo del Hombre (NOTA: También a Osiris se le da el sobrenombre de Hijo. FINAL NOTA) sentado en el trono de su gloria juzgará a todas las gentes diciendo:

Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.

Porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber...; desnudo y me cubristeis (NOTA: *San Mateo*, XXV, 34, 35.— El unitario Pedro Cooper, cristiano sinceramente práctico, dirigió a los delegados de la Alianza Evangélica de Nueva York el año 1874 un discurso que terminaba de este modo: «En el juicio final experimentaremos inefable dicha si durante nuestro paso por la tierra dimos de comer al hambriento, vestimos al desnudo y visitamos al enfermo y al preso». Estas palabras suenan armoniosamente en labios de un hombre como Pedro Cooper que ha empleado dos millones de dólares en obras benéficas. A su munificencia deben cuatro mil doncellas el aprendizaje de un arte o de un oficio a propósito para ganarse honradamente la vida. Además, fundó una biblioteca pública gratuita con escuelas para obreros y organizó conferencias también públicas a cargo de eminentes personalidades del mundo científico. Durante su larga vida ha sido Pedro

Cooper el primero en la realización de obras útiles y benéficas, de modo que su labor quedará grabada con letras de oro en el corazón de la posteridad. FINAL NOTA).

Para mayor semejanza con Osiris tenemos que San Juan Bautista dice de Jesús:

Su bieldo en su mano está; y limpiará bien su era y recogerá su trigo en el granero... (NOTA: *San Mateo*, III, 12. FINAL NOTA).

Las mismas analogías se advierten entre los relatos cristianos y los budistas. Ejemplo de ello tenemos en el siguiente pasaje:

Venid en pos de mí y haré que vosotros seáis pescadores de hombres (NOTA: *Id.*, IV, 19. FINAL NOTA).

Este mismo concepto aparece en el símil aplicado por los textos budistas a un convertido «que había quedado preso en el anzuelo de la doctrina como el pez que muerde el cebo y con el sedal lo saca el pescador del agua» (NOTA: Schmidt: *Der Weise und der Thor (El sabio y el necio)*, obra abundante en anécdotas referentes a Gautama y sus discípulos.– Traducción tibetana compulsada con el texto original. FINAL NOTA).

En las pagodas siamesas el futuro buda Maitreya está representado con una red en la mano, mientras que en las Tíbetanas lleva una especie de lazo. La explicación de la alegoría es como sigue:

Sobre el océano del nacimiento y la muerte esparce el Buddha la flor del Loto de la Buena Ley a manera de cebo puesto en el anzuelo de la devoción que jamás arroja en vano, pues siempre pesca hombres y se los lleva a la otra margen del río donde está el verdadero conocimiento (NOTA: Schlagintweit: *El budismo en el Tibet*, 213. 1863. FINAL NOTA).

Si Grabe, Parker y el erudito arzobispo Cave viviesen en estos nuestros tiempos de erudición orientalista a lo Max Müller, de seguro que no se esforzaran en dar autoridad canónica a las *Epístolas* de Jesucristo y Abgarus, rey de Edessa. Eusebio, obispo de Cesárea, fue el primero en mencionar estas *Epístolas*, como si se empeñara en aducir pruebas de las extravagantes fantasías de los dogmatistas. No sabemos si Eusebio conocía los idiomas cingalés, pahlavi, Tíbetano y otros; pero cierto es que de los textos budistas transcribió las *Epístolas de Jesús y Abgarus* con la leyenda del milagroso lienzo que reprodujo la faz de Cristo por la impresión del sudor. El mismo Eusebio declara (NOTA: *Historia eclesiástica*, I, 1, c. 13. FINAL NOTA) que en los archivos de la ciudad de Edessa, donde reinaba Abgarus, encontró una *Epístola* de este rey escrita en siríaco. Recordemos sobre este particular las palabras de Babrias:

El mito, ¡oh hijo del rey Alejandro!, es una antigua invención de los sirios que vivieron en otro tiempo bajo el dominio de Nino y Belo.

Edessa fue una de las ciudades sagradas de la antigüedad, que todavía tienen en mucha veneración los árabes, pues en ella se habla el idioma árabe en toda su pureza y la llaman Orfa. Antiguamente llevó el nombre de *Arpha-Kasda* (Arfajad) y fue sede de un colegio de magos, cuyo misionero, llamado Orfeo, introdujo en Tracia los misterios báquicos. Allí encontró Eusebio las narraciones que le sirvieron para entresacar la leyenda de Abgarus y del retrato que de Tathâgâta (NOTA: Sobrenombre de Gautama el Buddha. Significa: «el que sigue el camino de sus predecesores», y como *Bhagavad*, es el Señor. FINAL NOTA) había obtenido en el lienzo el rey Bimbisâra (NOTA: Esta misma leyenda reproducen los cristianos en el episodio de la Verónica. FINAL NOTA).

Análogamente, el gnóstico autor del cuarto Evangelio plagió la leyenda budista, según la cual, Ananda, el discípulo favorito de Gautama, encontró junto a un pozo a una mujer matangha, quien le responde al monje diciendo que era de casta inferior y ningún trato podía tener con él, a lo cual replica el discípulo:

No te pregunto, ¡oh hermana mía!, por tu casta y parentela. Tan sólo te pido si puedes darme agua.

Conmovida la mujer por estas palabras se deshace en lágrimas, y arrepentida de su licenciosa conducta se convierte a la religión budista y viste el hábito monacal de los mendicantes de Gautama.

Este episodio se ve reproducido en la escena de Jesús y la Samaritana junto al pozo (NOTA: El pozo representaba importantísimo papel en los misterios báquicos, y en todos los idiomas sacerdotales significa esta palabra «fuente de salvación» (*Isaías*, XII, 3) En la alegoría de la creación, el agua es el caos o *principio femenino* vivificado por el espíritu de Dios o *principio masculino*. La Kábala llama *Zachar* al principio masculino, y según algunos historiadores, el río Jordán tenía también el nombre de río Zachar. Es muy curioso que San Juan Bautista, el profeta del Jordán o Zachar, fuese hijo de *Zacharias*. Además, uno de los sobrenombres de Baco era *Zagreos*. Tanto en el sistema egipcio como en el hebreo, formaba parte de las ceremonias sagradas el derramar agua sobre el sacrario. Dice la *Mishna*: «Habitarás en Succah y derramarás agua durante siete días y soltarás los caños durante otros seis» (*Mishna Succah*, I). Y añade el *Zohar*: «Yoma tierra virgen y amasa el polvo con agua viva» (*Introducción al Zohar; La Kábala revelada*, II, 220, 221). De la tierra y el agua brotan, según Moisés, las ánimas vivientes (cita de Cornelio Agripa). El agua de Baco infundía en el iniciado el Santo Espíritu. El agua del bautismo lava y borra, además del original, cuantos pecados manchen al neófito en el momento de recibirlo. En sentido esotérico, es el pozo emblema de la doctrina secreta, y así dice Jesús: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (*San Juan*, VII, 37.) El iniciado Moisés (Asarsiph) que tan versado estaba en ciencias ocultas, huye al país de Madián y se sienta junto al pozo (Éxodo II, 15) donde las *siete* hijas del sacerdote kenita de aquel país llenan las cubas para abreviar los ganados de su padre. Aquí advertimos nuevamente el simbolismo del número *siete*, pues las *siete* hijas representan las *siete* potestades ocultas. Los *siete* pastores que intentan expulsar del pozo a las *siete* hijas del sacerdote madianita, simbolizan, según algunos intérpretes cabalistas, los *siete* astros de maligna influencia a que alude el sistema nazareno. Moisés defiende a las doncellas y ahuyenta a los pastores, que también son siete en los antiguos manuscritos samaritanos. Esto significa que Moisés vence a las *siete* potestades maléficas y logra la amistad de las *siete* potestades benéficas. Por esta razón convida Jethro a Moisés a partir el pan con él (participación en la sabiduría oculta) y le da en matrimonio a su hija Zipporah, que significa brillante o refulgente (de *sapar*, brillar), y es emblema de la «brillante ciencia esotérica» (Sippara era la ciudad del sol en Caldea). Tenemos, por lo tanto, que el madianita Jethro fue el iniciador de Moisés, y de aquí la alegoría bíblica. FINAL NOTA) de donde esta mujer iba a sacar agua cuando el Maestro le pidió de beber. Las circunstancias del relato budista sirvieron a los autores cristianos para forjar las figuras de María Magdalena y otras santas y mártires del cristianismo.

Otra analogía advertimos en los siguientes pasajes:

Y todo el que diere a beber a uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fría tan solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo que no perderá su galardón (NOTA: *San Mateo*, X, 42. FINAL NOTA) .

Quien con puro corazón ofrezca tan sólo un vaso de agua a la asamblea espiritual o apague la sed del pobre o de un animal silvestre, mantendrá durante muchas épocas el merecimiento de su acción (NOTA: *Canon budista*. FINAL NOTA).

Al nacer Gautama refiere la leyenda que hubo en el mundo treinta y dos millares de maravillas. Detuvieron las nubes su marcha y los ríos su curso; no florecieron las plantas; enmudecieron de asombro las aves; la Naturaleza toda quedó suspensa de admiración. Una luz celestial iluminó los espacios; los brutos apartaron su boca del sustento; los ciegos recobraron la vista y los mudos el habla y los lisiados el movimiento (NOTA: *Entresacado de Rgya Tcher Rol Pa: Historia del Buda Sakya; Lalitavistara, II, 90, 91*. FINAL NOTA)

Análogamente dice un texto cristiano con relación al nacimiento de Jesús:

En el instante de la Natividad miró José al cielo y vio que las nubes suspendían su marcha y las aves detenían su vuelo y los cabritos que a orilla del río tocaban con la boca el agua sin beberla... Y vio los rebaños dispersos y, sin embargo, la oveja estaba allí...

Una refulgente nube se posó encima de la cueva iluminándola con tan viva claridad que ofuscaba la vista... Sanó Salomé de la mano que seca tenía... Los ciegos volvieron a ver y hablaron los mudos y anduvieron los lisiados (NOTA: *Protoevangelión, caps. XIII y XIV (Atribuido al apóstol Santiago)*. FINAL NOTA).

Refieren los biógrafos de Gautama que en la escuela despuntó entre todos sus discípulos por su facilidad en aprender no sólo la lectura y la escritura sino también las matemáticas, metafísica y astronomía, de la propia suerte que venció en el pugilato y el manejo del arco. fue tal su sabiduría que enseñó a sus propios maestros sesenta y cuatro distintas clases de escritura hasta entonces desconocidas (NOTA: *Anales budistas en lengua pali, III, 28; Hardy: Manual del budismo*. FINAL NOTA). Mucha semejanza ofrece con este relato lo que los libros cristianos cuentan de la infancia de Jesús, diciendo:

Y doce años tenía Jesús cuando un muy principal rabino le preguntó si había leído libros, y un astrónomo si había estudiado astronomía. Y el señor Jesús les respondió explicándoles cosas que la razón humana no descubrió jamás, acerca de las esferas celestes y de la física y la metafísica y de la constitución del cuerpo humano y de la manera como el alma actúa en el cuerpo. Y a todo esto quedó tan sorprendido el rabino, que no pudo por menos de exclamar: Creo que este niño nació antes que Noé. Sabe más que todos los maestros (NOTA: *Evangelio de la infancia, caps. XX y XXI. Libro aceptado por Eusebio, Atanasio, Epifanio el Crisóstomo, Jerónimo y otros doctores de la Iglesia cristiana. El mismo episodio aparece en el Evangelio de San Lucas, II, 46, 47, pero adulterado de modo que no se advierta su origen indo*. FINAL NOTA).

Los preceptos de Hillel, que murió cuarenta años antes de nacer Jesús, están reproducidos en el Sermón de la Montaña, y esto corrobora la aseveración de que nada dijo Jesús que antes no hubiesen dicho otros maestros. El Sermón de la Montaña contiene preceptos budistas aceptados por los esenios, órficos, neoplatónicos y filohelénicos que, como Apolonio, vivían ascéticamente. Predica Jesús el desprecio de las riquezas terrenas, el amor al prójimo, la castidad, la resignación, la confianza en el Padre que ha de proveer a las necesidades del mañana (NOTA: *La misma indiferencia por el día de mañana siente el fakir indo*. FINAL NOTA). Promete la bienaventuranza a los pobres de espíritu, a los mansos, a los que han hambre y sed de justicia, a los misericordiosos y pacíficos, y como Gautama representa a los ricos y soberbios la dificultad de entrar en el reino de los cielos.

Todo su Sermón es un eco de los preceptos del monaquismo budista (NOTA: *Los diez mandamientos de Buda, tal como se hallan en el apéndice al sutra Prâtimoksha (texto pali-burmano), aparecen en el Evangelio de San Mateo*. FINAL NOTA). Para conocer al

Jesús histórico es preciso prescindir completamente del Cristo mítico y considerar lo que de la humana figura del Maestro nazareno dice el *Evangelio de San Mateo*. En el Sermón de la Montaña encontramos resumidas sus enseñanzas, opiniones e ideales religiosos.

Por esta razón fracasan los misioneros en su intento de convertir a los indoístas y budistas, quienes ven que las excelencias de la nueva religión ofrecida a su sentimiento, se contraen a especulaciones teóricas, mientras que, según su nativa fe, es indispensable corroborar con obras las palabras. Los misioneros cristianos no aciertan a comprender el espíritu de una religión basada en la doctrina de las emanaciones, tan contradictoria de la teología occidental; pero la lógica de los metafísicos budistas es tan rigurosa e inflexible que deja sin réplica a eruditos de la talla de Gutzlaff (NOTA: Véase: Alabaster: *La rueda de la ley*, 29, 34, 35 y 38. FINAL NOTA) y Judson, famoso misionero de la secta de los bautistas, quien confiesa el mucho embarazo en que se vió para redargüir a los teólogos budistas, de entre los cuales cita a uno llamado Üyan, y dice de él que su poderosa inteligencia abarcaba las más difíciles cuestiones y su palabra era suave como el aceite, dulce como la miel y aguda como filo de navaja, de suerte que no había medio de resistir a su poderosa dialéctica. Sin embargo, parece que más tarde advirtió el misionero Judson que no había comprendido rectamente la doctrina budista, pues confiesa que el ateísmo sospechado en ella es en último término un refinamiento conceptuoso de las Escrituras budistas, y advierte que en este sistema religioso, además del estado búdico, por cuya virtud pueden superar a las divinidades subalternas los hombres que lo alcanzan, hay también vislumbres de una suprema Divinidad, alma del mundo, anterior y superior a todos los budas (NOTA: Upham: *Historia y doctrina del budismo*, 135.— El misionero Judson tergiversó el sentido de la religión budista a causa del fanático celo con que quiso emplearse en la salvación de las almas, y así desdeñó el estudio de los clásicos birmanos temeroso de perder el tiempo en esta labor. FINAL NOTA).

De la propia suerte, los tan calumniados chinos creen en un solo y único Dios, supremo gobernador de los cielos, a quien llaman *Yuh-Hwang-Shang-ti*, cuyo nombre está grabado, sin otro alguno, en la tabla de oro del altar celeste en el grandioso templo T'iantan, de Pekín. Sobre el particular dice Yule:

Según refiere el cronista de la embajada musulmana que el sha Rukh envió a China por los años 1421 de J.C., el soberano del celeste imperio se retira en algunas solemnes festividades a un altar del templo principal que no tiene ídolo ninguno, y allí *adora al Dios del cielo* (NOTA: Yule: *Anticuario indo*, II, 81; *Libro de Marco Polo*, I, 441. FINAL NOTA).

Respecto del sabeísmo, que muchos asiriólogos tienen por idolatría, dice Chwolsohn que el erudito árabe Shahrastani decía ya en su tiempo:

Dios es demasiado grande y sublime para ocuparse directamente en el gobierno de nuestro mundo, y por lo tanto ha delegado su potestad en los dioses, aunque reservándose los asuntos de capital importancia. Además, el hombre es muy insignificante para relacionarse directamente con el Altísimo, y así ha de elevar sus plegarias y ofrecer sus sacrificios a las divinidades subalternas a quienes Dios confió el gobierno de este mundo (NOTA: Chwolsohn: *Sabeísmo*, I, 725.— El autor de esta obra demuestra que el concepto expuesto por Shahrastani es tan antiguo como el mundo y lo sostenían las clases cultas de todos los países paganos. FINAL NOTA).

El misionero portugués P. Buri, que estuvo en Conchinchina en el siglo XVI, se lamenta de que todos los ritos, ceremonias, vestiduras, símbolos y ornamentos de la Iglesia romana hayan sido «remedados por el demonio» en aquel país. Cuando el misionero exhortó a los indígenas a que abandonaran el culto de los ídolos, le respondieron diciendo que eran imágenes representativas de hombres eminentes en virtud y sabiduría a quienes tributaban

el mismo culto que los católicos a sus mártires y confesores (NOTA: Murray: *Historia de los descubrimientos en Asia*. FINAL NOTA), y aun así sólo les rendía esta veneración el ánimo del vulgo, pues la filosofía religiosa del budismo no admite ídolos ni fetiches. La robusta y potente vitalidad de esta filosofía dimana de su metafísico concepto del Yo humano, de la espiritual individualidad, no de la física y terrena, por donde serpentea el cauce del río nirvánico cuyo flujo conduce a la suprema felicidad. Las doctrinas budistas exhortan al hombre a imitar prácticamente el ejemplo de Gautama, y señalan especial importancia a las cualidades espirituales cuya educación es necesaria para operar milagros (*meipos*) en esta vida y conseguir ulteriormente el estado nirvánico.

Pero volvamos a tratar de las míticas analogías entre Khristna, Gautama y Cristo.

Las narraciones budistas nos dicen que Santusita (el Boddhisat) se le apareció a Mahâmâyâ, refulgente como nube en plenilunio, con un loto blanco en la mano. Venía del Norte, y anunció a la reina Mahâmâyâ el nacimiento de su hijo que del devaloka descendió a sus entrañas en el *mundo de los hombres*, en cuanto el ángel dió tres vueltas en torno del lecho de la reina (NOTA: Manual del budismo, 142. FINAL NOTA). La analogía de este episodio con el de la aparición del arcángel Gabriel a la Virgen María para anunciarle la encarnación del Hijo de Dios en su seno, se advierte más claramente en las iluminaciones de los salterios medioevales (NOTA: Inman: *Simbolismos pagano y cristiano*, 92.— En la iglesia de Jouy hay unos entrepaños con varias pinturas, entre ellas una de la Anunciación en que se ve a María de rodillas con las manos levantadas al cielo en cuyo fondo aletea la paloma simbólica del Espíritu Santo. A través del seno de la Virgen se vislumbra el recién encarnado niño. La misma representación con todos sus pormenores aparece en las esculturas de algunos conventos del Tíbet. FINAL NOTA).

Los anales budistas en idioma pali, y otros textos de esta religión, dicen que Mahâmâyâ (NOTA: También llamada Mahâdevi. FINAL NOTA) y cuantos la asistían estaban favorecidos con el don de ver la gestación del niño Bodhisattva en el seno materno, desde donde ya difundía sobre la humanidad el argentino resplandor de su futura misericordia (NOTA: Bkah Hgyur: *Rgya Tcher Rol Pa*. Traducción tibetana. FINAL NOTA).

Asimismo aparece en las narraciones budistas el episodio de la Visitación. Dicen los anales palis que estando Mahâmâyâ encinta de Gautama, fue a visitar a una prima suya (NOTA: De la propia manera que María fue a visitar a su prima Isabel, madre de San Juan Bautista. FINAL NOTA) que estaba encinta de Ananda, el que después fue discípulo predilecto de Buda. Según el relato, los frutos de ambos vientres saltaron de gozo en los senos de sus respectivas madres cuando éstas se saludaron, y lo mismo se lee en los Evangelios, según nos muestra el siguiente pasaje:

Y cuando Elisabeth oyó la salutación de María, la criatura dió saltos en su vientre (NOTA: *San Lucas*, I, 41. Según describe Didron en su *Iconografía cristiana*, hay en Lyon unos postigos sobre cuyas hojas aparece pintada la escena de la Visitación de modo que los dos niños salen de los senos de sus madres para saludarse gozosamente uno a otro. FINAL NOTA).

Comparemos ahora los pasajes de las *Escrituras* cristianas en que se profetiza la venida de Cristo con las profecías que referentes al advenimiento de Khristna encontramos en las ramatsariarianas tradiciones del *Athârva*, los *Vedangas* y *Vedântes* (NOTA: Hay cuatro obras derivadas de los *Vedas*, que se llaman colectivamente *Upavedas* y son: *Ayus*, *Gandharva*, *Dhanus* y *Sthapatya*. El tercer *Upaveda* lo compuso Visvamitra para uso de los *Kshatriyas* o guerreros. FINAL NOTA). Para la mejor comprensión de los textos, los cotejaremos sinópticamente:

TEXTO INDUÍSTA

1. El Redentor vendrá coronado de luz, y el purísimo flúido que brote de su poderosa alma disipará las tinieblas (*Atharva*).

2. En los comienzos del Kaliyuga nacerá el hijo de la Virgen (*Vedanta*).

3. Vendrá el Redentor, y los malditos rākchasas irán a refugiarse en lo más profundo del averno (*Atharva*).

4. Vendrá Él, y la vida desafiará a la muerte, porque Él reavivará la sangre de todos los seres, regenerará los cuerpos y purificará las almas.

5. Vendrá Él, y todos los seres animados, flores, plantas, hombres, mujeres, niños, esclavos, entonarán cánticos de alegría, porque Él es el Señor de todas las criaturas, es poder, sabiduría, belleza. Él lo es todo y está en todo (*Atharva*).

6. Vendrá Él. Es más dulce que mieles y ambrosía, más puro que cordero sin mancha (*Atharva*).

7. Feliz el bendito seno que lo ha de llevar (*Atharva*).

8. Y Dios manifestará su gloria y resplandecerá su poder y se reconciliará con sus criaturas (*Atharva*).

9. El rayo del esplendor divino recibirá forma humana en el seno de una virgen que parirá sin mancilla (*Vedangas*).

TEXTO CRISTIANO

1. Pueblo que estaba sentado en tinieblas vió una gran luz (*San Mateo*, IV, 16).

El pueblo que andaba en tinieblas vió una grande luz (*Isaias*, IX, 2).

2. ...He aquí que concebirá una Virgen y parirá un Hijo... (*Isaias*, VII, 14)

He aquí, la Virgen, concebirá y parirá hijo... (*San Mateo*, I, 23).

3. He aquí que Jesús de Nazareth con el glorioso resplandor de su divinidad ahuyentó a las potestades tenebrosas (*Evangelio de Nicodemo*).

4. Y yo les doy vida eterna y no perecerán jamás (*San Juan*, X, 28).

5. Regocíjate mucho, ¡oh hija de Sión!; canta, ¡oh hija de Jerusalén! Mira que tu Rey vendrá a ti justo y salvador...

Porque ¿cuál es el bien de Él y cuál es su hermosura, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes? (*Zacarías*, IX, 9 y 17).

6. Y mirando a Jesús que pasaba dijo: He aquí el Cordero de Dios (*San Juan*, I, 36).

Él se ofreció porque Él mismo lo quiso y no abrió su boca. Como oveja será llevado al matadero, y como cordero, delante del que lo trasquila enmudecerá... (*Isaias*, 53, 7).

7. Bendita tú entre las mujeres.

Bienaventurado el vientre que te trajo (*San Lucas*, I, 28; XI, 27).

8. Y la Vida fue manifestada (I *Epístola de San Juan*, I, 2).

Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo (San Pablo: *II Corintios*, V, 19).

9. Lo que no sucedió jamás, una virgen parirá un hijo, parirá al Señor sin que contacto impuro la mancille (*Evangelio de María*, III).

Por mucho que se exagere o no se exagere la antigüedad de los *Vedas*, siempre resultarán estas profecías anteriores al cristianismo con su cumplimiento en Khristna, que precedió a Cristo.

Una de las obras mejor documentadas sobre el particular es el *Cristianismo monumental*, de Lundy, cuya asombrosa erudición se ha valido de las esculturas de los templos, de monumentos antiquísimos, de inscripciones y otros testimonios infalibles que, salvados de la piqueta iconoclasta, del cañón de los fanáticos y de los estragos del tiempo, aseveran la precedencia de los más insignificantes símbolos cristianos en las religiones de Khristna, Buda y Osiris. Nos muestra Lundy a Khristna y Apolo en la alegórica figura del *Buen Pastor*. A Khristna con el cruciforme *chank*, con el *chakra*, y *crucificado* en el espacio (NOTA:

Lundy: *Cristianismo monumental*, lám. 72. FINAL NOTA). Esta figura, tomada por Lundy del *Panteón indo* de Moor, no puede por menos de poner en perplejidad a los arqueólogos cristianos por su asombroso parecido con los crucifijos del arte iconográfico, pues no falta en ella ni el más leve rasgo característico, según la describe el mismo Moor en este pasaje:

Aunque esta imagen se parece muchísimo a un crucifijo cristiano, opino que es anterior al cristianismo. El trazado, la actitud, los estigmas de los clavos en manos y pies indican origen cristiano, mientras que la coronilla parthiana de siete puntas, los rayos de gloria en la parte superior y la falta del leño y del inri señalan al parecer origen distinto. ¿Será acaso la figura del hombre víctima o el sacerdote-víctima que, según la mitología inda, se ofreció en sacrificio antes que los mundos existiesen? ¿Será la figura del segundo Dios de Platón que se imprimió en el universo con los brazos en cruz (NOTA: Platón: *República*, II, 52. Trad. Spens. FINAL NOTA)? ¿o será la del hombre divino que quiso someterse al tormento de azotes, cadenas y muerte en cruz?

Para nosotros es todo esto y mucho más, porque la arcaica filosofía religiosa fue universal.

Pero aunque Lundy contradice a Moor y sostiene que la figura en cuestión es la de *Wittoba*, uno de los avatares de Vishnú, resulta ser la de *Khristna* y por lo tanto anterior al cristianismo. Incurre Lundy en notoria contradicción al afirmar, por una parte, que la figura no tiene relación alguna con Cristo y creer, por otra, que equivale a una profecía del Cristo. Dice Lundy en apoyo de su opinión:

En el crucifijo cristiano la aureola surge siempre de la cabeza, y en la figura indoísta nace de arriba, exteriormente a la cabeza de la imagen. De esto se inferiría que el *Wittoba* sería el *Khristna crucificado*, el dios pastor de Mathura, el Salvador, el Señor de la Alianza de cielos y tierra, en quien se unifican la pureza y la impureza, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, la paz y la guerra, la mansedumbre y la ira, el sosiego y la turbulencia, la misericordia y la justicia. Sería un Dios entreverado de hombre, pero no el Cristo del evangelio.

Sin embargo, la descripción de Lundy lo mismo debiera convenir a Jesús que a *Khristna*, pues también fue *hombre* por parte de madre, aunque se le suponga Dios por generación; y pruebas de su entreverada naturaleza tenemos en que maldice a la higuera y unas veces predica la paz y otras la guerra. Desde luego que el *Wittoba* publicado por Moor no representó jamás a Jesús de Nazareth, sino que, como el citado autor declara de acuerdo con las *Escrituras* induístas, es la imagen de Brahmâ en el carácter de sacerdote-víctima que asume su hijo *Khristna* al morir en la tierra por la salvación del linaje humano, cumpliendo de esta suerte el solemne sacrificio del *Sarvameda*; pero con todo, la significación de *Khristna* es idéntica a la de Jesús, porque ambos se identificaron con su *Chrestos*.

De cuanto llevamos dicho se concluye que o hemos de admitir las encarnaciones periódicas de espíritus superiores y entidades poderosas o hemos de repudiar la génesis del cristianismo como la mayor impostura y el más desahogado plagio que vieron los siglos.

En cuanto a, la cronología bíblica, cuyo cómputo se atribuye nada menos que al Espíritu Santo, únicamente puede aceptarla tal como está expuesta el fanatismo ciego del clericalismo católico (NOTA: Uno de cuyos más señalados representantes es el jesuita Carrière. FINAL NOTA). Si creyéramos sin otro examen el relato bíblico, resultaría que el año 2298 de la creación del mundo se asentó Jacob con sus hijos, nietos y siervos, hasta setenta personas, en la tierra de Gessén; y que en el año 2513, o sea 215 después, eran ya tan numerosos sus descendientes, que había entre ellos 600.000 hombres útiles para la guerra, sin contar mujeres y niños, pues de contarlos tendríamos una población de dos

a tres millones de individuos. Verdaderamente que la biogenesia no conoce ejemplo de tan asombrosa fecundidad más que en los arenques; pero basta la muestra para que los misioneros cristianos no se burlen con razón de los cómputos cronológicos de la India.

Dice Bunsen:

Dichosos, aunque no envidiables, son quienes admiten sin reparo que al frente de más de dos millones de hebreos salió Moisés de Egipto después de haber levantado al pueblo contra el rey en la gloriosa época de la dinastía XVIII, y que más tarde conquistaron la tierra de Canaán al mando de Josué, precisamente cuando los egipcios guerreaban con formidable empuje en aquel mismo país. Los anales de Egipto y Asiria, cotejados con la exégesis bíblica, demuestran que el éxodo de los israelitas ocurrió en tiempo de Menephtah, y que Josué no pudo cruzar el Jordán antes de la Pascua de 1280, pues la última campaña de Ramsés III en tierras de Canaán o Palestina, corresponde al año 1281 (NOTA: Bunsen: *Lugar de Egipto en la Historia Universal*, V, 93. FINAL NOTA).

Reanudemos ahora nuestros comentarios sobre la personalidad de Gautama, quien jamás escribió (como tampoco Jesús) ni una tilde de sus enseñanzas, por lo que hemos de juzgarlas por el testimonio de sus discípulos en su valor puramente intrínseco. A pesar de la notable semejanza entre las doctrinas de Gautama y Jesús, los expositores de una y otra parten de principios diametralmente opuestos, y en las frecuentes discusiones entre los misioneros cristianos y los teólogos budistas (NOTA: Punguis. FINAL NOTA) llevan éstos siempre la mejor parte por la contundente lógica de su argumentación, aparte de la paciente serenidad con que responde a los insultos e injurias del adversario, cuya conducta desdice de sus predicaciones. El teólogo budista permanece fiel a las enseñanzas de su Maestro, al paso que el misionero cristiano desnaturaliza la doctrina evangélica y suplanta lo que Jesús enseñó con las absurdas y no pocas veces perniciosas interpretaciones de los hombres (NOTA: Sean papas o llámense Calvino y Lutero. La inconcebible bendición concedida por Pío IX a las armas musulmanas, al paso que anatematizaba a los rusos y a los búlgaros que no por ser cismáticos griegos dejan de ser cristianos, ha producido penoso efecto en algunos países católicos. Los vecinos de Praga se congregaron en el monte Zhishko el día del jubileo sacerdotal de Pío IX, y después de protestar de la política pontificia, quemaron el retrato del papa, un ejemplar del *Syllabus* y otro de la alocución contra el emperador de Rusia. Otra asamblea de la misma índole celebraron los praguenses el día 6 de Julio en memoria de Juan Huss, muerto en la hoguera por el fanatismo religioso. Dijeron los reunidos que si bien eran buenos católicos, querían ser mejores eslavos. Evidentemente, la memoria de Juan Huss es para ellos más sagrada que la del papa del Vaticano. FINAL NOTA).

Contra los anatemas pontificios y las decisiones absolutas de los concilios, que siempre pospusieron la razón a la fe y la ciencia a la revelación, se levantan humanitarias y benévolas estas palabras de Gautama el Buda:

No creáis una cosa porque muchos hablen de ella ni penséis que esto la pruebe verdadera.

No creáis lo que leyereis porque os digan que lo escribió un sabio, pues aunque así fuere, no sabéis si el sabio revisó el texto que leéis.

No toméis por verdaderas las ideas que fuera de lo vulgar se os ocurran, figurándoos que algún deva o ser maravilloso os las inspira.

No deis por cierto lo dudoso ni por seguro lo conjeturado ni lo sentéis como premisa para inferir conclusiones. Antes de contar el dos, tres y cuatro, fijad bien el uno.

No apoyéis vuestra opinión en la autoridad de vuestros instructores y maestros ni tampoco habéis de obrar tan sólo por imitación y remedo, sino que por vosotros mismos debéis conocer lo que los sabios dicen que es malo y punible, pues si únicamente lo creéis os

causará pesares sin ventaja alguna, y en cambio cuando por experiencia lo conozcáis sabréis evitarlo (NOTA: Alabaster: *La rueda de la ley*, 43, 47. FINAL NOTA).

Oigamos ahora a Roberto Dale Owen que dice:

Más pernicioso es todavía el culto de las palabras que el de las imágenes. La gramatolatría es el peor fetichismo. Hemos llegado a una época en que el verbalismo sofoca la fe... La letra mata (NOTA: Owen: *El País en litigio*, 145. FINAL NOTA).

Estas palabras convienen más que a otro alguno al dogma católico de la transustanciación apoyado en las siguientes palabras atribuidas a Jesús:

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna (NOTA: *San Juan*, VI, 55. FINAL NOTA).

A esto responden los discípulos:

Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oír? (NOTA: *Id., id.*, 60. FINAL NOTA).

Y replica Jesús con sabiduría de iniciado:

¿Esto os escandaliza?

El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha.

Las palabras (remata o expresiones misteriosas) que yo os he dicho, espíritu y vida son (NOTA: *Id., id.*, 63. FINAL NOTA).

Sobre el dogma de la transustanciación dice More:

Nos ocupamos con demasiado celo en cosas que nos parecen papistas, y en cambio escatimamos nuestra repugnancia a las que verdaderamente lo son, como por ejemplo aquel burdo, grosero y escandaloso absurdo de la transustanciación, sin contar las diversas formas de abominable idolatría con sus nefandas supercherías, la deslealtad hacia los legítimos soberanos por mantenerse en supersticioso vasallaje a la tiranía espiritual del papa, y la bárbara y salvaje crueldad contra quienes no son ni tan bobos para creer en semejantes imposturas ni tan hipócritas y falsos que conociendo algo mejor finjan creerlas (NOTA: Enrique More: *Carta a Glanvill*. FINAL NOTA).

En los Misterios el vino era símbolo de Baco (NOTA: Baco, llamado también Dionisio, es de origen induísta. Cicerón le considera hijo de Niso y Thyoné. En griego la palabra *Διόνυσος* significa «el dios Dis del monte Nys» en la India. El Baco coronado de pámpanos (*kissos*) equivale a Khristna, uno de cuyos sobrenombres es *Kissen*. En Dionisio o Baco concentrábanse todas las esperanzas en la vida futura, pues era el dios que había de libertar de su cárcel de carne a las almas de los hombres. Por otra parte, dice la mitología que Orfeo, el poeta argonauta, vino a este mundo para eliminar de la religión el grosero antropomorfismo que la contaminaba, y abolió en consecuencia los sacrificios humanos y restauró la mística teología basada en la pura espiritualidad. Cicerón considera a Orfeo como hijo de Baco, y algunos autores se apoyan en la semejanza del nombre de Orfeo con el de *ὄρβοϋς* (moreno) para atribuir a este personaje procedencia inda, pues de este color es la tez de los indos. De todos modos Baco en su carácter y denominación de Dionisio Zagreo, es indudablemente de origen indo (Véanse las obras de Voss, Heyne y Schneider sobre los argonautas). FINAL NOTA) y el pan de Ceres (NOTA: Opina Knight que Ceres no personificaba la grosera sustancia llamada tierra, sino el *fecundo principio femenino* que la penetra, y unido al masculino produce la vida organizada... Así se consideraba a Ceres como esposa del omnipotente padre Eter o Júpiter (*Lenguaje simbólico del arte y mitología de los antiguos*, XXXVI). De aquí que las palabras de

Cristo: «el espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha» se aplican en su dual significado a las cosas espirituales y terrenales, al espíritu y a la materia. FINAL NOTA). El hierofante, antes de la iniciación final ofrecía al candidato el pan y el vino para que de ellos comiera y bebiera en señal de que el espíritu iba a vivificar la materia e infundirse en su cuerpo la sabiduría divina por medio de los conocimientos que se le iban a comunicar. Además, Jesús solía compararse con la vid (NOTA: *San Juan, XV, I. FINAL NOTA*), y al hierofante revelador del petroma se le daba el título de Padre. Así es que cuando Jesús dice: «Bebed, esta es mi sangre», se compara con la vid que produce la uva, cuyo zumo es el vino, su sangre, para significar que así como él había sido iniciado por su Padre, deseaba iniciar a otros. Su Padre es el labrador, él la vid y sus discípulos los sarmientos; pero como los judíos no entendían la simbólica terminología de los Misterios y por otra parte les prohibía la ley de Moisés derramar sangre, natural era que les sorprendieran las palabras de Jesús al decirles que comieran su carne y bebieran su sangre.

En los *Evangelios* canónicos hay suficientes indicios de que el inmenso y desinteresado amor de Jesús a la humanidad le movió a divulgar entre las multitudes los conocimientos que se reservaban unos cuantos, y así predica la existencia de un Dios puramente espiritual cuyo templo es el hombre, pues en nosotros vive y nosotros vivimos en Él. Este mismo concepto tenían de Dios los iniciados de la escuela de Hillel y los judíos cabalistas; pero los escribas o doctores de la ley se habían separado de los tanaímes o verdaderos instructores espirituales, para caer en el dogmatismo textual y perseguir por heterodoxos a los cabalistas. De aquí que Jesús truene contra ellos diciendo:

¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con las llaves de la ciencia! Vosotros no entrasteis y habéis prohibido a los que entraban (NOTA: *San Lucas, XI, 52. FINAL NOTA*).

Muy claro es el sentido de este pasaje. Los doctores de la ley se apoderaron de la clave sin provecho alguno, pues no sabían manejarla para descubrir el verdadero significado oculto en los textos. Ni Renan ni Strauss ni D'Amberley comprendieron rectamente las parábolas de Jesús ni el carácter del insigne iniciado galileo. Para Renan fue Jesús un rabino heterodoxo, el de más simpática y gallarda mentalidad entre todos los rabinos, a quien llama repetidas veces «doctor sublime» (NOTA: *Renan: Vida de Jesús, 219. FINAL NOTA*), sin afiliarle por ello a la escuela de Hillel ni otra alguna, sino que nos lo presenta como un sentimental y entusiasta joven salido de la plebe galilea, cuya imaginación forja en sus parábolas la figura de reyes cubiertos de púrpura y pedrería como los que intervienen en los cuentos infantiles (NOTA: *Id.- Id., 221. FINAL NOTA*).

En cambio, el Jesús de Amberley es un idealista iconoclasta muy inferior en sutilezas lógicas a sus críticos y comentadores. Renan tiene a Jesús por semimaniático. Amberley lo mira desde el nivel de la aristocracia inglesa, y dice a propósito de la parábola del festín de bodas:

Nadie puede vituperar que una persona caritativa invite a su mesa a los lisiados, mendigos y menesterosos sin distinción de clases. Pero no cabe admitir que esta buena acción haya de ser obligatoria, y conviene en cambio que hagamos precisamente lo que Cristo parece prohibirnos, esto es, convidar a nuestros vecinos y recibir sus convites cuando lo requieran las circunstancias, pues en estos casos las personas cultas no piensan ni por asomo en recompensa alguna por el agasajo que a sus amigos dispensan. Jesús no tuvo en cuenta las prácticas sociales (NOTA: *Amberley: Análisis de la creencia religiosa, I, 467. FINAL NOTA*).

Esto demostrará por una parte que Jesús no andaba muy al corriente de las leyes reguladoras de la vida mundana en los círculos aristocráticos; pero también demuestra que es muy general la torcida interpretación de sus insinuantes parábolas.

Examinemos ahora otro punto de semejanza entre las doctrinas antiguas y las de Jesús.

El *Bhagavad-Gîtâ* (NOTA: Aunque Anquetil du Perron diga que el *Bhagavad-Gîtâ* es una obra independiente del *Mahâbhârata*, pues no aparece en algunos manuscritos de este poema, este mismo argumento puede revertirse en pro de la mayor antigüedad de aquel canto. FINAL NOTA) es un canto puramente metafísico y ético, de espíritu en cierto modo contrario al de los *Vedas* o por lo menos a las últimas interpretaciones brahmánicas de estas *Escrituras*. Sin embargo, no repudian los brahmanes el *Bhagavad-Gîtâ* por heterodoxo, sino que lo tienen en grandísima veneración, a pesar de que en él se expone la doctrina de la unidad de Dios en oposición al politeísmo del vulgo.

En caso análogo, la Iglesia cristiana hubiera entregado al fuego cuantos ejemplares hallara de la herética obra; pero los brahmanes se limitan a impedir que caiga en manos profanas, y así la ocultan a la vista de las gentes de toda casta menos la sacerdotal, aunque con ciertas restricciones. Efectivamente, el *Bhagavad-Gîtâ* contiene los principales misterios de la religión indoísta, como así lo reconocen los mismos budistas, quienes solventan según su particular juicio las dificultades dogmáticas con que al comentarlo tropiezan. De su doctrina moral nos da una muestra el *Bhagavad-Gîtâ* en los siguientes pasajes:

Mejor es, en verdad, la sabiduría que la práctica constante. Mejor que la sabiduría es la meditación y mejor que la meditación, la renuncia al fruto de las obras (NOTA: *Bhagavad-Gîtâ*, XII, 12. FINAL NOTA).

Yo lo genero todo. Todo de mi procede. Los sabios que así lo comprenden Me adoran con transportada emoción (NOTA: *Id.*, X, 8. FINAL NOTA).

Al que renuncia a las obras por el yoga... no le ligan las acciones (NOTA: *Bhagavad-Gîtâ*, IV, 1. FINAL NOTA).

Esta doctrina es idéntica a la de Gautama y coincide exactamente con la de Jesús, como se infiere de este pasaje:

No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre (NOTA: *San Mateo*, VII, 21. FINAL NOTA).

Esto equivale a que la fe por sí sola de nada sirve sin las buenas obras.

Respecto a las enseñanzas del *Atharva Veda* poco saben los orientalistas europeos, porque ninguno de ellos posee un ejemplar *completo*, según asegura el abate Dubois al decir:

De esta obra apenas quedan ejemplares, y aun hay quienes creen que han desaparecido todos. Lo cierto es que todavía los hay, pero que los brahmanes los ocultan cuidadosamente con objeto de que nadie sospeche que conocen los misterios mágicos que, según fama, enseña la obra (NOTA: Dubois: *El pueblo indo*, I, 84. FINAL NOTA).

Hubo candidato del último grado de iniciación que ignoró el modo de transmitirse la vida del hierofante al discípulo (NOTA: Esta operación está admirablemente descrita en la obra: *El país de las sombras, o Investigación de los misterios del ocultismo*. Edición Britten, Doston, 1877. FINAL NOTA), de suerte que un adepto de superior categoría, mediante esta transmisión vital, puede vivir indefinidamente (NOTA: Contra la posible incredulidad del lector sobre este punto, aduciremos testimonios de diversos países. En un artículo publicado en la *Westminster Review* de Octubre de 1850, se cita con referencia

a pruebas documentales el caso de Tomás Jenkins, que vivió 169 años, y de un tal Parr, que murió a los 152. Dice además que algunos labriegos rusos llegaron a los 242 años. También se recuerdan casos de longevidad más que centenaria entre los indios peruanos. Así es que no obstante las negativas de ciertos autores en lo tocante a la posibilidad de que en algunos hombres se quintuplique la duración media de la vida, nos afirmamos todavía más en esta verdad. El capitán Riley, en el relato de su cautiverio en Africa, cita varios casos de longevidad extrema entre las tribus del Sahara. Véanse sobre el particular las obras: *Lapidación; Instituciones septenarias*. FINAL NOTA). Sin embargo, como sucede en la reencarnación de los dalailamas del Tíbet, es preciso emplear ciertos procedimientos alquímicos para mantener el vigor del cuerpo más allá de su ordinaria duración, y aun así no excede la vida corporal de 200 a 240 años, porque se desgasta el vehículo físico y el Ego ha de desecharlo y tomar otro cuerpo joven y sanamente henchido del principio vital.

Entre los orientales menudean, con fundamento o sin él, creencias de índole tanto o más sorprendente que las fantasías de Poe y Hoffmann. Estas creencias están connaturalizadas con el pueblo que les dió vida, y cuidadosamente depuradas de toda superstición se advierte que encierran la universal creencia en las vagabundas entidades astrales llamadas vampiros. El obispo armenio Yeznik, que floreció en el siglo V, cita algunos casos de esta clase en un manuscrito que treinta años atrás se conservaba todavía en la biblioteca del monasterio de Etchmeadzine, en la Armenia rusa, uno de los más antiguos de la cristiandad. En el mismo país subsiste una tradición del tiempo del paganismo, según la cual siempre que muere en el campo de batalla un héroe cuya vida es todavía necesaria en la tierra, los aralez (NOTA: *Divinidades populares de Armenia, a quienes se atribuye el poder de resucitar a los guerreros muertos en batalla campal*. FINAL NOTA) lamen las heridas del caído y soplan en ellas hasta infundirle nueva y vigorosa vida física. Reanimase el cuerpo del guerrero, cierra sus heridas sin dejar cicatriz en ellas, y vuelve a ocupar su puesto en el combate; pero desde entonces hasta el fin de sus días es como templo abandonado, porque el inmortal espíritu no se restituyó al resurrecto cuerpo.

Una vez iniciado el candidato en el profundo misterio de la transfusión de vida, que constituía el postrero y más pavoroso rito de la iniciación sacerdotal perteneciente a la teurgia superior, quedaba su espíritu enteramente libre y no podían dañarle los *siete* pecados capitales que hubieran querido destrozarle el corazón al atravesar las *siete* estancias y subir las *siete* escaleras, porque había cumplido las doce hazañas de la última iniciación, había triunfado de las doce pruebas finales (NOTA: *Libro de los muertos: Los induístas consideran siete cielos superiores y siete inferiores. Los siete pecados capitales de la doctrina cristiana son copia entresacada de los Libros de Hermes, que tan detenidamente conoció San Clemente de Alejandría*. FINAL NOTA).

Tan sólo el sumo hierofante conocía el modo de infundir su propia vitalidad en el adepto elegido para sucederle, quien de esta suerte quedaba dotado de doble vida (NOTA: *La horrible costumbre de los sacrificios humanos introducida más tarde en el pueblo, era una extraviada adulteración de los misterios teúrgicos. Los sacerdotes paganos no iniciados mantuvieron durante mucho tiempo este abominable rito que les servía para encubrir sus verdaderos propósitos. El Heracles griego es el adversario de los sacrificios humanos, que aniquila a los sacrificadores. Bunsen opina que los sacrificios humanos ya estaban abolidos en Egipto a fines del siglo VII de la era de Menes, y se apoya para ello en que en ningún monumento aparece indicio alguno de esta clase de sacrificios. Por otra parte, tres mil años antes de J.C., Ifiscrates los había prohibido rigurosamente en Cartago. Difilo ordenó que se substituyeran por bueyes las víctimas humanas, y Amosis obligó a los sacerdotes a poner figuras de cera en vez de animales vivos. Después de todo, por cada víctima humana sacrificada en aras de Diana, los inquisidores cristianos quemaron una docena de herejes en el altar de la «madre de Dios» y de su «Hijo». ¿Cuándo pensaron los cristianos en substituir por animales o figuras de cera los herejes, brujos y judíos quemados en la*

hoguera? Únicamente quemaban al reo en efigie si no podían apoderarse de su persona. FINAL NOTA).

Dicen los Evangelios:

En verdad te digo que no puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciese de nuevo (NOTA: *San Juan*, III, 3. FINAL NOTA).

Lo que nació de la carne, carne es; lo que ha nacido del espíritu, espíritu es (NOTA: *Evangelio de Nicodemo*. FINAL NOTA).

El brahmana *Satâpa* nos explica esta alegoría diciendo que para conseguir la perfección espiritual ha de pasar el hombre por tres nacimientos: el físico, el religioso (NOTA: *Iniciación*. FINAL NOTA) y el espiritual (NOTA: *Después de la muerte*. FINAL NOTA). No ha de parecernos extraño encontrar en las márgenes del Ganges la interpretación de una enseñanza proclamada en las orillas del Jordán, pues aunque los judíos se asombraron al oír hablar a Jesús del segundo nacimiento, ya se había enseñado esta doctrina tres mil años antes del profeta Galileo, no solamente en la India, sino en todos los países donde se celebraban los sublimes misterios de la *vida y la muerte*. El arcano de los arcanos, o sea que el espíritu no está entretejido en la carne, tuvo su demostración práctica en los yoguis de la escuela de Kapila, que por haberse emancipado de la esclavitud de los sentidos y de la mente concreta (NOTA: *De la ilusión de la materia (prakriti) y de la percepción mental (mahat)*. FINAL NOTA) robustecieron su potencia espiritual y volitiva hasta el punto de comunicarse, aun en carne mortal, con los mundos superiores y operar los fenómenos impropriamente llamados milagros (NOTA: *Por esta razón aconsejaba Jesús a sus discípulos que orasen secretamente en lugares apartados*. Esta oración secreta es el *paravidyâ* de los vedantinos. Dice el *Brihad-Aranyaka*: «Quien se conoce a sí mismo (conocimiento del Yo superior), se retira cotidianamente al *swarga* (reino de los cielos) que está en su propio corazón». Los vedantinos identifican el *Âtmân*, el Yo espiritual, con el único y supremo Dios. FINAL NOTA). Los hombres que en la vida terrena alcanzan el *mukti* son semidioses, y al desencarnar entran en el *nirvana* o *moksha*. Este es su *segundo* y espiritual nacimiento.

Tan explícitamente como Jesús, enseña Gautama la doctrina del nuevo nacimiento. Deseoso el reformador indo de difundir entre mayor número de gentes las verdades hasta entonces encubiertas en los Misterios, expone claramente su pensamiento, aunque manteniendo en sigilo determinadas enseñanzas. Dice a los que le oyen:

Algunos nacen de nuevo. Los malos van al infierno; los buenos van al cielo; los que están libres de todo deseo mundano entran en el nirvana (NOTA: *Dhammapada*, V, 126. FINAL NOTA).

En otro pasaje añade Gautama:

Bueno es creer en la futura vida de dicha o de infortunio, porque quien así lo crea amará la virtud y aborrecerá el pecado. Pero aunque no hubiese otra vida, la conducta virtuosa es digna de loa y merece el respeto de las gentes. Por el contrario, quienes crean en la *aniquilación* después de la muerte, se encenagarán en el pecado, porque nada esperan en lo futuro (NOTA: *Rueda de la ley*, 54. FINAL NOTA).

Dice San Pablo:

Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga la *muerte* del testador.

En donde entró por nosotros Jesús, nuestro precursor, constituido pontífice eternamente según el orden de Meldissedech.

El cual no fue hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal.

Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para hacerse pontífice, sino aquel que le dijo: Tú eres mi hijo, yo *hoy te he engendrado* (NOTA: *Epístola a los hebreos*, IX, 16; VI, 20; VII, 16; V, 5. FINAL NOTA).

Esto demuestra evidentemente que a Jesús se le consideraba como sumo sacerdote, igual que a Melquisedech (NOTA: *Figura de Cristo, según los teólogos*. FINAL NOTA), y que en el momento de la iniciación por el bautismo de agua se había infundido en su cuerpo el espíritu que le transmutó en Hijo de Dios; pero sin haber nacido físicamente ya Dios ni haber sido engendrado por Dios. Todo candidato se transmutaba en la iniciación final en Hijo de Dios, y así lo demuestra la fórmula de ritual pronunciada por el hierofante Máximo de Efeso, que inició al emperador Juliano en los misterios míticos diciéndole:

Esta sangre lava tus pecados. El Verbo del Altísimo se ha infundido en ti, y su espíritu reposará de hoy más en ti, el de nuevo nacido y ahora engendrado por el supremo Dios... Eres hijo de Mithra.

Análogamente, después del bautismo de Cristo, le dijeron los discípulos: «Eres el Hijo de Dios». Cuando el apóstol San Pablo echa al fuego la víbora que se le había trabado en la mano sin dañarle con su ponzoña, los melitenses, en cuya presencia obró el prodigio, dijeron que era un dios (NOTA: *Hechos de los apóstoles*, XXVIII, 3 a 6. FINAL NOTA). Por último, los discípulos de Simón el Mago le apellidaban: Hijo de Dios, el Hermoso y el gran poder de Dios.

El concepto de la Divinidad está condicionado en el hombre por sus limitaciones mentales. Cuanto más dilatado sea el campo de su percepción espiritual, tanto más grandioso y sublime será su concepto de Dios, cuya existencia no tiene mejor demostración que el hombre mismo con sus divinos poderes espirituales, potencialmente latentes en quien todavía no los haya educido. Sobre esto dice Wilder:

La sola posibilidad de las facultades taumatúrgicas, prueba su existencia... Por lo general, el crítico incrédulo es mental y espiritualmente inferior a la persona o materia que critica, y por lo tanto, raras veces juzga competentemente. Si hay imposturas, esto mismo demuestra que en alguna parte ha de estar el original auténtico (NOTA: *Wilder: Profecías antiguas y modernas*. FINAL NOTA).

Acercas de los ocultos efectos del derramamiento de sangre, conviene advertir que las emanaciones de este orgánico tejido líquido proporciona a las entidades astrales el plasma a propósito para materializarse temporáneamente, y por esto se dice que la sangre engendra fantasmas. Oigamos a Eliphaz Levi sobre el particular:

La sangre es el plasma primario del flúido universal, la materialización de la *luz vital*. Su origen es maravilla de maravillas, pues procede de elementos en que no hay ni una gota de ella, y transmutándose incesantemente como universal Proteo, se metamorfosea en carne, huesos, lágrimas y sudor. Puede substraerse a la corrupción y a la muerte, pues aunque se descompone al morir el cuerpo, hay quien sabe magnetizar sus glóbulos de suerte que cobren nueva vida. Si la substancia universal con su doble acción es el gran arcano de la forma, la sangre es el gran arcano de la vida.

Por su parte, dice el filósofo indo Ramatsariar:

La sangre encubre el misterioso secreto de la existencia, pues no hay forma orgánica que pueda vivir sin ella.

Además, el legislador hebreo, en consonancia con la tradición universal, prohibió comer la sangre de las víctimas sacrificiales. Paracelso afirma que los magos negros se valen de los vapores de la sangre para evocar a las entidades astrales que en este elemento encuentran el plasma conveniente para materializarse. Los sacerdotes de Baal se herían en el cuerpo para provocar con la sangre apariciones tangibles. En Persia, cerca de las factorías rusas de Temerchan-Shura y Derbent, los adherentes de cierta secta religiosa celebran sus ceremonias en locales cerrados, sobre cuyo pavimento extienden una espesa capa de arena. Van estos fanáticos vestidos de blancas y flotantes túnicas, con la cabeza descubierta y cuidadosamente afeitada. Forman en círculo y giran rápidamente hasta llegar al frenesí mántico, y en este estado se hieren unos a otros con cuchillos que a prevención traen consigo, y muy luego quedan con los trajes ensangrentados y dejan la arena empapada en sangre. Entonces, cada uno de los circunstantes se ve acompañado en la danza por una entidad astral con *pelos en la cabeza* que la distinguen de sus inconscientes evocadores (NOTA: No insistiremos más en este punto, porque prometimos callar los principales actos de esta ceremonia que tan sólo una vez se nos permitió ver. Pero en 1865, durante nuestra estancia en Petrovsk, población de la comarca caucásica de Dhagestan, se nos deparó coyuntura de asistir a otra ceremonia por el estilo, gracias a la deferencia del príncipe Melikoff, gobernador general de Dhagestan (residente en Temerchan Shtira), y sobre todo a la amabilidad del príncipe Shamsudine, ex rey de Tarchoff, tártaro de nación, quien nos facilitó la entrada en el local de la ceremonia que presenciábamos desde una especie de tribuna dispuesta de modo que pudiéramos ver sin que nos vieran. Conviene advertir que esta secta celebra sus reuniones en un edificio provisional a causa de estar arruinado el templo. FINAL NOTA).

Antiguamente, las hechiceras de Tesalia mezclaban sangre de cordero y de niño para evocar a los espectros, y también a los sacerdotes se les enseñaba la evocación de los espíritus, aunque no por hechicería. Aun hay en Siberia una tribu llamada de los yakutes (NOTA: Lindante con la región transbaicálica, cerca del río Vitema, en la Siberia oriental. FINAL NOTA) que practica la hechicería como en tiempos de las brujas de Tesalia. Las creencias religiosas de esta tribu son un extravagante amasijo de filosofía y superstición. Adoran a un Dios único y supremo llamado Aij-Taion, a quien atribuyen la superintendencia de la creación sin que nada haya creado por sí mismo. Reside en el *noveno* cielo, y sus ministros, los dioses subalternos, moran en el séptimo, desde donde se manifiestan a las criaturas. Según les han revelado a los yakutes las divinidades de inferior categoría (NOTA: Suponemos que se refieren a las entidades desencarnadas. FINAL NOTA), el *noveno* cielo tiene tres soles y tres lunas y en su suelo hay cuatro lagos (NOTA: Los cuatro puntos cardinales. FINAL NOTA), pero no de agua sino de «suavísimo aire» (NOTA: El éter. FINAL NOTA). Aunque no ofrecen sacrificios a la suprema Divinidad, porque dicen que para nada los necesita, procuran mantener propicias a las divinidades subalternas, benéficas o maléficas, a las que respectivamente llaman «dioses blancos» y «dioses negros», sin considerarlos buenos o malos en sí mismos, sino que como todos están sujetos al supremo Aij-Taion y cada cual ha de cumplir el encargo que desde la eternidad le fue confiado, no son responsables del bien y el mal que ocasionen en este mundo.

Dan los yakutes una muy curiosa explicación de los sacrificios que a las divinidades subalternas ofrecen, diciendo que con ellos les facilitan el cumplimiento de su misión, y de esta suerte no puede por menos de quedar complacido el supremo Dios, pues siempre que un hombre ayuda a otro a cumplir su deber, contribuye con ello al mantenimiento de la justicia. Como quiera que los «dioses negros» están encargados de afligir a los hombres con enfermedades, desgracias y toda suerte de calamidades cuando transgreden la ley, les ofrecen sacrificios cruentos de víctimas animales, mientras que a los «dioses blancos» les dedican ofrendas puras, que suelen ser animales consagrados de propósito, cuya vida mantienen cuidadosamente.

Creen los yakutes que las almas de los muertos se convierten en sombras condenadas a vagar por la tierra hasta que se efectúa en ellas una mudanza favorable o adversa, cuyo proceso no saben ni pretenden explicar.

Las sombras de los buenos son *luminosas* y protegen y guardan a quienes amaron en la tierra. Las sombras de los malos son tenebrosas y gustan de dañar a quienes conocieron en vida, incitándoles al crimen y a las malas acciones. Reconocen los yakutes, como los antiguos caldeos, siete divinidades subalternas, a que llaman *sheitanes* (NOTA: Palabra sinónima de la griega *daimonia*. FINAL NOTA). Celebran los yakutes nocturnamente los sacrificios cruentos para evocar a las sombras tenebrosas y saber de ellas cómo aplacar su malignidad. Al efecto, necesitan derramar sangre sin cuyos vapores no podrían materializarse las sombras y aun fueran mucho más peligrosas, porque la sorberían de las personas vivas por medio de la transpiración (NOTA: Se advierte en esto por una parte la creencia en los vampiros, y por otra, cierta analogía de procedimiento con los médiums materializadores. FINAL NOTA). En cuanto a las sombras luminosas no sólo no hay necesidad de evocarlas, sino que les desagradaría la evocación, pues tienen la facultad de manifestarse sin ceremonia ni preparación alguna siempre que sea indispensable su presencia.

Aunque con diverso objeto, también se practica la evocación cruenta en algunos distritos de Bulgaria y Moldavia, especialmente en los lindantes con Turquía. La horrible esclavitud en que durante siglos han estado sujetos los cristianos de estos países acrecentó en ellos la superstición. El 7 de Mayo se celebra allí la *Trizna* o fiesta de los muertos. Al anochecer, multitud de personas de ambos sexos se encaminan procesionalmente cirio en mano al cementerio para rezar junto a las tumbas de sus deudos. Durante la dominación musulmana se celebraba esta fiesta todavía con mayor esplendor. Cada tumba tiene una especie de alhacena de medio metro de altura con cuatro estantes de piedra y dobles puertas de gozne, en donde se guarda el llamado ajuar del difunto, es decir, unos cuantos cirios y una lámpara de aceite que se enciende la noche de la fiesta y queda encendida hasta la misma hora del día siguiente. La lámpara de las tumbas pobres es de barro y la de las ricas de plata artísticamente repujada, con añadidura de imágenes muy adornadas de pedrería (NOTA: Es tal el terror que a las gentes de aquellos países inspira la posible venganza de los muertos, que ningún bandido por audaz que sea se atreverá a despojar una tumba. Así es que los armarios o alhacenas están siempre abiertos sin temor de robos. FINAL NOTA). Creen los búlgaros que todos los sábados del año y diariamente en las siete semanas que median entre la víspera de Pascua florida y la de la Trinidad vuelven a la tierra las almas de los muertos para comunicarse con los vivos, pedir perdón a quienes ofendieron y proteger a quienes amaron, Durante estas siete semanas arden las lámparas de las tumbas todos los sábados, y el 7 de Mayo, noche de la fiesta, derraman vino sobre las losas y queman incienso alrededor de ellas desde la puesta a la salida del sol.

Esto por lo, que toca a los habitantes de las ciudades, pues en los campesinos ofrece la fiesta señalados caracteres de evocación teúrgica. La víspera de la Ascensión acuden las campesinas búlgaras al cementerio de la aldea y encienden cirios, lámparas y fanales que colocan sobre trípodes junto a las tumbas y queman incienso cuyo perfume se difunde por algunas millas a la redonda. En honra y memoria de sus difuntos, cenan las familias en el mismo cementerio con sus amigos y reparten entre los pobres, según la posibilidad del donante, limosnas, raciones de vino y un aguardiente llamado *raki*. Al terminar la cena, se aproximan los convidados a la tumba y dan gracias al difunto por el obsequio. Cuando se marchan los extraños y sólo quedan los más parientes cercanos, se dice que la mujer más vieja de la familia procede a la ceremonia de la evocación. Tras fervorosas súplicas, insistentemente repetidas con el rostro pegado a la losa sepulcral, se pincha la mujer en el pecho izquierdo hasta que unas cuantas gotas de sangre saltan y caen lentamente sobre la tumba y dan a la entidad astral, errante por aquel paraje, el suficiente vigor

para materializarse visiblemente durante algunos instantes y comunicarse con la teurga cristiana si tiene algo que decirle o si no limitarse a bendecirla, con lo que se desvanece la aparición hasta el año siguiente (NOTA: Tan firmemente arraigada está esta creencia, que en cierta ocasión propuso una mujer moldava a una hermana suya demorar la resolución de un grave asunto de familia hasta la noche de la Ascensión en que su difunto padre podría declararles su voluntad, a lo que la hermana accedió con tanta naturalidad como si el padre estuviera en el aposento contiguo. FINAL NOTA).

Bien pueden creer que en la naturaleza hay secretos terribles quienes como nosotros han presenciado casos análogos al del *znachar* ruso en que el mago no puede morir sin comunicar a su sucesor la palabra secreta, y así lo hacen los hierofantes de la magia blanca, pues parece como si la temible «Palabra de Poder» sólo pudiera confiarse en el supremo momento a un hombre de determinada región y categoría. En la antigüedad, cuando el brahmatma estaba a punto de aliviarse de la carga de la vida física, comunicaba el secreto a su inmediato, sucesor, ya oralmente, ya por medio de un escrito encerrado herméticamente en un arca. Moisés posa sus manos en la cabeza de su discípulo Josué antes de morir en el monte Nebo. Aaron inicia a Eleazar en el monte Hor. Gautama promete a sus discípulos poco antes de morir infundirse en quien de ellos más lo mereciera, y en seguida abraza al predilecto Ananda, murmura algo a su oído y muere. El apóstol San Juan reclina la cabeza sobre el pecho de Jesús, quien le dice que ha de «esperar» hasta que El vuelva. Como las hogueras encendidas en las cumbres dan aviso de una a otra comarca, así también desde los albores de la historia hasta nuestros días se ha ido transmitiendo de sabio en sabio la Palabra sagrada, que al relampaguear en los labios del que se va concede la visión al que le sucede. Y entretanto se destrozan las naciones en nombre de otra palabra sin sentido, superpuesta y torcidamente interpretada por cuantos la invocan.

Pocas sectas hay que verdaderamente practiquen la magia negra. Entre ellas se cuenta la de los yezidis, a quienes erróneamente a nuestro entender se les considera emparentados con los kurdos. Habitan en las montañosas y áridas comarcas de la Turquía asiática, Armenia, Siria y Mesopotamia en número de unos 200.000, y de sus tribus son las más peligrosas las de las cercanías de Bagdad, diseminadas por las montañas de Sindjar. El jefe de estas tribus tiene su residencia fija junto a la tumba de Adi, su profeta y reformador religioso, pero en cada tribu hay un jefe o cheique particular, elegido entre los más expertos en magia negra. El profeta Adi o Ad es personaje mítico sin realidad histórica, y equivale en concepto al *Ab-ad* de los parsis y al *Adi-Buddha* de los indos, aunque degenerativamente antropomorfizado.

Tienen fama los yezidis de adoradores del demonio, y no precisamente por ignorancia o preocupación practican el culto y establecen el trato con las más perniciosas entidades, tanto elementarias como elementales, sino que convencidos de su maldad y temerosos de ellas tratan de mantenerlas propicias. Dicen que si bien el jefe de los espíritus malignos está en perpetua querrela con Alah, ha de llegar día en que se pongan en paz, y entonces sufrirán las consecuencias de su desvío quienes se lo hayan mostrado al espíritu negro, con lo que tendrán a los dos en contra suya (NOTA: Esta siniestra divinidad de los yezidis es la misma que con el nombre de *Tchernobog* adoraban los variagios rusos de la época anterior a Wladimiro. FINAL NOTA).

Se han imaginado los yezidis todo un pandemonio (NOTA: Análogo al que el famoso demonólogo Wiero, que floreció en el siglo XVI, describe en su obra titulada: *Falsa monarquía de los demonios, con sus príncipes, magnates, duques y oficiales. FINAL NOTA*), y recurren a los yakshas (espíritus del aire) y a los afrites (espíritus del desierto) para transmitir sus ruegos a Satán, el rey del averno. En sus asambleas cultuales se toman los yezides de las manos y forman amplísimos corros en cuyo centro se sitúa el cheique o sacerdote, quien manos en alto entona un himno en loor de Sheitan (Satán), mientras los del corro voltean y saltan y mutuamente se hieren con puñales hasta caer algunos

exánimes, pues las heridas que se infieren son más profundas que las de los lamas y yoguis del Tíbet y la India. Durante la ceremonia suplican con grandes voces a Sheitan que se manifieste por medio de prodigios, y como celebran estas asambleas por la noche, suelen obtener algunas manifestaciones fenoménicas, entre ellas la de enormes globos de fuego que luego toman figura de extraños animales.

Según testimonio de un *ockhal* druso, la señora Ester Stanhope, verdadera autoridad en la masonería de Oriente, presencié disfrazada en traje de emir las ceremonias de los yezidis llamadas «misas negras», y a pesar de sus animosos bríos se desmayó a la vista de aquel espectáculo y mucho trabajo hubo para volverla en su sentido (NOTA: Por nuestra parte hemos de confesar que fracasaron cuantas tentativas hicimos para asistir a una de estas ceremonias. FINAL NOTA).

Un periódico católico publicó recientemente un artículo sobre las prácticas del nagual y del obed, modalidades de magia negra, y dice que la república de Haití es el centro de sociedades secretas en cuyos abominables ritos de iniciación se sacrifican niños que después devoran los circunstantes. El articulista aduce por otra parte el testimonio del viajero francés Pirón, quien presencié en Cuba una terrible escena en casa de cierta señora de quien nadie hubiera sospechado que perteneciese a tan monstruosa secta. Actuaba de sacerdotisa una muchacha de raza blanca que enteramente desnuda se puso en frenesí mántico por medio de danzas y hechizos acompañadas del sacrificio de dos gallinas, respectivamente blanca y negra. Una serpiente domesticada al efecto se fue enroscando en el cuerpo de la muchacha al son de un instrumento músico, mientras parte de los fieles acompañaba a ésta en sus danzas y otra parte seguía atentamente todos sus movimientos y contorsiones, hasta que al fin cayó al suelo presa de un ataque epiléptico.

El articulista en cuestión deplora que ocurran semejantes escenas en países cristianos, y achaca a la *natural depravación del corazón humano* la tenaz persistencia en la demonolatría de los antepasados, por lo que excita el celo de los católicos para atajar tan grave mal.

Sin embargo, el articulista, que no repara en dar por cierta la paparrucha de la inmolación de niños en las referidas ceremonias de magia negra, olvida que precisamente de la fe brotan los héroes y los mártires de las creencias de un pueblo prevalecientes contra las más enconadas y sangrientas persecuciones, al paso que es un pueblo de apóstatas y renegados el que se convierte a religión distinta de la de sus antepasados. Una religión impuesta por violencia, forzosamente ha de fomentar la hipocresía.

En apoyo de esta verdad acude la respuesta que unos indos dieron al misionero Margil cuando éste les preguntó: «¿Cómo sois tan paganos después de haber sido tanto tiempo cristianos?». A lo que respondieron los preguntados: «¿Qué haríais vos si los enemigos de vuestra fe invadieran vuestro país? ¿No esconderíais vuestros libros, ornamentos y símbolos religiosos en las más ocultas cuevas de las montañas? Pues así han hecho nuestros sacerdotes, profetas, adivinos y naguales».

Si un católico respondiera de esta suerte a parecida pregunta de un cismático griego o de un hereje protestante, de seguro que se ganaría un lugar en el martirologio romano. Preferible a un cristianismo cuyos progresos exigen la desaparición de países enteros como barridos por tromba de fuego (NOTA: En menos de cuatro meses hemos entresacado de los periódicos cuarenta y siete casos de asesinato cometido en estado de embriaguez por clérigos norteamericanos. Nuestros corresponsales en Oriente han acoplado valiosos hechos en oposición a las denuncias de los misioneros acerca de supuestos delitos perpetrados por los indígenas. FINAL NOTA), es una religión como la japonesa sintoísta, que aunque la llamen pagana mereció de San Francisco Javier la opinión de que «en virtud y honradez aventajaban sus fieles a cuantas naciones había visto».

La embriaguez y la inmoralidad en todas sus formas son las consecuencias inmediatas en los indos que apostatan de la fé de sus padres y se convierten a una religión formulista.

Para saber lo que está haciendo el cristianismo en India, no necesitamos recurrir al testimonio de sus adversarios, pues un cristiano, el capitán O'Grady, que ha servido en la India, dice sobre el particular:

El gobierno británico comete una torpeza al consentir que los naturales del país se conviertan de sobrios en beodos. Las religiones indoísta, budista y musulmana prohíben las bebidas espirituosas, y no obstante se va extendiendo cada día más el vicio de la embriaguez... La venta de licores, monopolizada por el gobierno al estilo del tabaco en España, ha ocasionado en la India males tan hondos como el comercio del opio fomentado en China por la codicia británica... Generalmente, los criados forasteros de las familias europeas son beodos incorregibles; pero los criados del país detestan la bebida y son, desde este punto de vista, más dignos de respeto que sus amos, pues allí todo el mundo bebe, sin exceptuar los clérigos de toda categoría y aun las colegialas de pocos años.

Estas son las bendiciones que el moderno cristianismo derrama en el país con sus biblias y catecismos. La embriaguez de los licores y de la lujuria estragan con su influencia el Indostán, la China y Tahití, con la agravante del mal ejemplo dado por la hipocresía religiosa y el escepticismo ateo, como si estos corrosivos de las naciones *civilizadas* fueran todo cuanto necesitaran los países sometidos al pesado yugo teológico, mientras que por otra parte se adultera deliberadamente, cuando no se niega sin escrúpulo todo cuanto de noble, elevado y espiritual alentó en la genuina religión cristiana.

Si leemos lo poco que de San Pablo queda en los escritos atribuidos a su mano, no encontraremos ni un pasaje en que el valiente, honrado y sincero apóstol dé a la palabra *Cristo* otro significado que el de la divinidad latente en el hombre. Según San Pablo, no es Cristo una persona sino la encarnación de una idea, y así dice:

Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento y vestíos del hombre nuevo
(NOTA: *Efesios, IV, 23 y 24. FINAL NOTA*).

Fué Pablo el único apóstol que comprendió el sentido esotérico de las enseñanzas de Jesús, aunque nunca estuvo en directo trato con él; pero era adepto, y decidido a iniciar una nueva y amplísima reforma que abarcara a la humanidad entera, antepuso este propósito a la sabiduría de los Misterios y de su eopteia o revelación final, por lo que, como acertadamente dice Wilder, el verdadero fundador del cristianismo no fue Jesús sino Pablo, y en Antioquía empezaron a llamarse cristianos los fieles de la nueva religión (NOTA: *Hechos de los apóstoles, XI, 26. FINAL NOTA*). Oigamos sobre el particular a Wilder:

Hombres como Ireneo, Epifanio y Eusebio son tristemente célebres por sus falsificaciones y deshonorosos procedimientos de impostura, y el corazón se encoge al escuchar el relato de los crímenes cometidos en aquella época... Cuando los musulmanes invadieron la Siria y el Asia Menor, recibieron los cristianos como a libertadores de la insostenible opresión en que les tenían las autoridades eclesiásticas (NOTA: *Wilder: Pablo, fundador del cristianismo. Artículo publicado en la revista Evolución. FINAL NOTA*).

Nunca divinizaron los musulmanes a Mahoma, y sin embargo, el prestigio de su nombre ha bastado para que millones de creyentes adoren al único Dios con fe incomparablemente más ardorosa que la de los cristianos, aunque desde la época del profeta hayan degenerado lastimosamente sus sentimientos religiosos. Al fin y al cabo esto es consecuencia del actual prevailecimiento de la materia sobre el espíritu en el mundo entero, y tanto como los musulmanes han degenerado los cristianos, porque bien debieran venerar la figura de Jesús (para ellos mil veces superior a la de Mahoma) siguiendo su ejemplo y practicando sus enseñanzas en vez de adorarle ciegamente como Dios, al estilo de ciertos budistas que echan a la suerte sus plegarias. Notoria es la esterilización de la fe cristiana, y así le

cuadra el nombre de cristianismo tan siniestramente como cuadraría el de budismo al culto fetichista de los kalmucos.

Sobre esto dice Wilder:

El cristianismo moderno no se parece a la religión predicada por Pablo, pues carece de su amplitud de miras, su severidad y sutilísima percepción espiritual. En cada país asume el moderno cristianismo la modalidad adecuada a las características étnicas, y así es el mismo en Italia y España, pero difiere completamente en Francia, Alemania, Holanda, Suecia, Inglaterra, Rusia, Armenia, Kurdistán y Abisinia.

Comparado con las religiones que le precedieron, ofrece el cristianismo más discrepancias externas que internas. Las gentes anohecieron paganas y amanecieron cristianas. En cuanto al *Sermón de la Montaña*, no hay país cristiano que obedezca sus preceptos, pues tan frecuentes como en tiempos del paganismo son hoy la opresión, la crueldad y la barbarie.

Contra el cristianismo de Pablo prevaleció el de Pedro, que a su vez quedó influido por las demás religiones del mundo. Cuando la humanidad adelante lo suficiente en su evolución espiritual y a las razas bárbaras sucedan otras de más nobles costumbres, entonces podrán concretarse en realidad los puros ideales del cristianismo.

El concepto que del *Cristo* tuvo Pablo ha sido un enigma muy costoso de descifrar, pues era algo más que el Jesús de los *Evangelios*, de cuyas genealogías prescindió por completo el apóstol de los gentiles. El autor del cuarto *Evangelio*, que indudablemente fue un gnóstico alejandrino, representa a Jesús como la encarnación del divino Espíritu. Es el Logos, la Emanación primaria, el Metratón. La madre de Jesús, como la princesa Maya y las vírgenes Danae y Periktioné, no concibió un hijo del amor humano, sino del amor divino. Ni los judíos ni los primitivos cristianos ni los mismos apóstoles habían tenido de Jesús este concepto. En cambio, Pablo habla de Cristo más bien como de un personaje que como de una persona. En las asambleas secretas solían representarse la bondad y verdad divinas en forma de un hombre asediado por las pasiones y apetitos de la carne, pero superior a ellos. Esta alegoría dió pretexto a los sacerdotes ignorantes y a gentes de mezquina mentalidad para forjar el dogma de la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo.

Entresacaremos ahora un pasaje de la obra que sobre el reino de Siam publicó en 1693 el señor de la Loubère, embajador del rey de Francia en aquel país, pues da en ella interesantes noticias de la religión siamesa y del redentor Sommona Cadom. Dice así:

Aunque los siameses diputan por prodigioso el nacimiento de su Salvador, le atribuyen padre y madre (NOTA: Aquí viene de propósito aquel pasaje de San Pablo que dice: «Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios a su Hijo hecho de mujer, hecho según la ley» (*Gálatas*, IV, 4). FINAL NOTA). Según los libros *balis* (NOTA: El autor quiso decir sin duda *palis*. FINAL NOTA), fue su madre *Maha-María*, que me parece significa *Gran María*, ya que *maha* quiere decir grande. Esta coincidencia ha llamado la atención de los misioneros, y dió motivo a los siameses para creer que Jesús era hermano de Sommona-Cadom (pues también se lo representan como hijo de María); pero el hermano perverso, a quien ellos llaman *Thevetat* y que por ello fue crucificado, padece en el infierno un suplicio semejante al de la cruz... Los siameses esperan el advenimiento de otro Salvador, tan prodigioso como Sommona-Cadom, a quien llaman *Pronarote* y de quien dicen fue profetizado por Sommona.

Mientras este último estuvo en la tierra, operó toda clase de prodigios y tuvo dos discípulos: *Magla* y *Scaribut*, cuyas imágenes se ven respectivamente a la derecha y a la izquierda del ídolo de Sommona.

El padre del Salvador siamés era, según dicen los mismos libros *balis*, rey de Tevelanca como ellos llaman a Ceilán. Sin embargo, los libros *balis* no llevan fecha ni nombre de autor,

y así no tienen más autoridad que la de cualquier otra tradición de origen desconocido (NOTA: Hoy está fijada la antigüedad de los libros palis de Siam, que ya se conocían 316 años antes de J. C., cuando Mahendra, hijo del rey Asoka, estuvo en Ceilán. (Véase Max Müller: *Virutas de un taller alemán*, I). FINAL NOTA).

Este último argumento es tan infantil como deleznable, pues si a comparar fuésemos no hay en el mundo obra tan dudosa respecto a fechas, autores y texto como la *Biblia* hebreo-cristiana. Desde este punto de vista, tanta razón tienen los siameses para creer en su milagroso Sommona-Cadom como los cristianos para creer en el prodigioso nacimiento de su Salvador. Además, no les asiste a los misioneros cristianos más valiosa razón para infundir sus creencias a los siameses o cualquier otro pueblo que la que les asistiría a los budistas para convertir al budismo a los franceses e ingleses a filo de espada. Aun en la librepensadora Unión Americana se expondría un misionero budista a continuos insultos, y en cambio los misioneros cristianos escarnecen públicamente la religión nacional de los países en que actúan, sin que ni brahmanes ni lamas ni bonzos tengan siempre libertad para replicarles. Ciertamente, no es así como se disipan las *tinieblas* del paganismo con la luz del cristianismo y de la civilización.

Sin embargo, esta agresividad contra millones de hermanos nuestros que tan sólo desean que se les deje en paz, era la tónica fundamental de la propaganda religiosa en el siglo XVII, según se infiere de las jesuíticas observaciones apuntadas sobre el particular por el señor de la Loubère en su ya referida obra, donde dice:

De lo expuesto acerca de las creencias de los orientales, resulta fácil de comprender cuán magna es la empresa de convertirlos a la religión cristiana. De aquí la necesidad de que los misioneros conozcan perfectamente las costumbres y creencias religiosas de estos pueblos. Porque así como los apóstoles y primitivos cristianos, no obstante ver apoyada su predicación con tantos prodigios, no revelaron de una vez a los paganos los adorables misterios de nuestra religión, sino que por largo tiempo ocultaron aun a los mismos catecúmenos el conocimiento de todo cuanto pudiera escandalizarles, así también me parece muy puesto en razón que los misioneros, faltos del don de milagros, no descubran desde luego a los orientales ni todos los misterios ni todas las ceremonias del cristianismo.

Por ejemplo; sería conveniente, salvo mejor opinión, enseñarles con suma prudencia el culto de los santos y por lo que toca al conocimiento de Jesucristo, no hablarles del *misterio de la Encarnación* hasta que estuviesen convencidos de la existencia de Dios. Porque ¿cómo persuadir a los siameses de que echen de sus altares a Sommona-Cadom, Mogla y Scaribut para colocar a Jesús, Pedro y Pablo? Fuera conveniente no representarles la imagen de Cristo crucificado sin enseñarles antes la posibilidad de que un hombre sea *inocente* y sin embargo *desgraciado*, y que en virtud del principio por ellos mismos admitido de que el inocente puede asumir la responsabilidad del culpable, era necesario que Dios se hiciese *hombre* con objeto de que este *Dios-hombre* redimiese por el voluntario sacrificio en afrentosa muerte los pecados de todos los hombres; pero antes sería preciso sugerirles la idea del Dios creador justamente indignado contra los hombres. Así no escandalizaría a los siameses el sacramento de la Eucaristía, como escandalizó a los paganos europeos, tanto más por cuanto estos indígenas no creen que los talapines puedan comerse a la mujer e hijos de Sommona-Cadom.

Por el contrario, como los chinos respetan escrupulosamente a sus padres, no dudo de que si se les diera a leer el *Evangelio*, les escandalizaría aquel pasaje en que Jesús desdeña a su madre y hermanos, y les ofenderían aquellas otras palabras en que Jesús dice: «Deja que los muertos entierren a sus muertos».

Sabidos son los reparos que los japoneses pusieron al dogma de la condenación eterna que les enseñaba San Francisco Javier, pues se resistían a creer que sus antepasados estuviesen condenados por no profesar el cristianismo del que jamás oyeron hablar.

Parece necesario, por lo tanto, imitar al insigne apóstol de las Indias estableciendo ante todo la idea de un Dios omnipotente, omnisciente, justo, autor de todo bien y único digno de adoración, por cuya voluntad hemos de respetar a los reyes, obispos, magistrados y padres.

Suficientes son estos ejemplos para representar la necesidad de predisponer cautelosamente el ánimo de los orientales a fin de que acepten sin repugnancia los dogmas de la fe cristiana (NOTA: Loubère: *Nueva relación histórica del reino de Siam* Cap. XXV que trata de las *Diversas observaciones acerca de la predicación del Evangelio a los orientales*, 1687, 1688, Londres.– Estas observaciones fueron atendidas por los jesuitas, según demuestra la tesis promulgada por los del colegio de Caen, diciendo que no cometen superchería los misioneros que por disfraz adoptan el hábito y las reglas de los talapines de Siam (*Thesis propugnata in rigio S. I. Collegio celeberrimæ Academiæ Cadoniensis, die Veneris, 30 Jan. 1693*). En cinco años, bastó la levadura del embajador de Francia en Siam, para que fermentase toda la masa. A propósito del pasaje citado recordamos que en un diálogo entre Hermes y Toth dice el primero: «Es imposible que el pensamiento humano comprenda a Dios... No cabe describir lo inmaterial y eterno por medio de órganos materiales... La percepción espiritual es muy distinta de la percepción sensoria. Lo que nuestros sentidos perciben es susceptible de descripción oral; pero los sentidos ordinarios no alcanzan a percibir lo incorpóreo, invisible, inmaterial y arúpico. Así entiendo yo, ¡oh Toht!, que Dios es inefable». En el *Catecismo de los Parsis*, traducido por M. Dadabhai Naoroji, leemos: «P: ¿Qué forma tiene Dios? R: Dios no tiene rostro ni forma ni color ni figura ni está en lugar fijo. Nadie hay igual a Él, porque Él es Él, y nuestra mente no puede comprenderle ni describir ni ensalzar su gloria». FINAL NOTA).

Pero si prescindimos de la figura de Jesucristo, ¿qué les queda por predicar a los misioneros? Sin el Salvador desaparece la redención, la muerte en cruz por los pecados del mundo, el *Evangelio* entero, el dogma de la condenación eterna. Además, faltos del don de milagros, no tienen los misioneros jesuitas a su disposición más que el polvo de los santuarios paganos para cegar con él a los siameses. Cruel en verdad es el sarcasmo de borrar los rasgos característicos del cristianismo para que lo acepten unas gentes cuya moral religiosa no les consentiría aceptarlo íntegramente. Necesariamente ha de tener algo erróneo una religión que no puede resistir la crítica espontánea de un pueblo leal, honrado, piadoso, modelo de ternura filial y profundamente temeroso de Dios. Así lo va demostrando poco a poco el tiempo.

En la expoliación que sufrió el budismo para nutrir la nueva religión cristiana, era de esperar que los expoliadores no descuidaran de aprovecharse de la figura de Gautama para llenar los huecos dejados en la legendaria historia de Jesús, después de servirse al mismo efecto de la de Khristna. Así es que incluyeron en el santoral romano y en la *Leyenda de oro* al reformador indo con el nombre de San Josafat, digno compañero de impostura de los santos Longino, Anfíbolo, Aura y Plácida (NOTA: En Palermo hay una iglesia dedicada a San Josafat. FINAL NOTA). Posteriormente trataron algunos hagiógrafos de dar autenticidad a este santo apócrifo, y una de las invenciones más curiosas fue la de convertirle en Josué, el hijo de Nun; pero por fin resolvieron copiar *literalmente* de los libros budistas la vida de Gautama para adscribirla a San Josafat, sin más alteración que los nombres de los personajes (NOTA: La misma vida de Gautama está plagiada en el *Speculum Historiale* de Vicente de Beauvais, del siglo XIII. FINAL NOTA).

El historiador Couto fue el primero en descubrir el plagio, aunque, según Müller, Laboulaye dió la primera noticia acerca de la identidad de ambas biografías (NOTA: En la *Revista contemporánea* correspondiente a Julio de 1870, pág. 588, dice el coronel

Yule que Baronio admite las vidas de Barlaam y Josafat, pues ambas se encuentran en el *Martirologio romano* (pág. 348), publicado por mandato del pontífice Gregorio XIII, y revisado por Urbano VIII. Un jesuita lo tradujo del latín al inglés (Véase también: *Libro de Marco Polo*, II, 304, 306). FINAL NOTA). No nos detendremos a considerar estas insulseces clericales que dejaron perplejo a Dominico Valentyn, quien dice entre otras cosas:

Hay algunos que tienen a este Budhum por un judío fugitivo de Siria. Otros le creen discípulo del apóstol Santo Tomás, pero no se comprende cómo pueda ser esto si por otra parte fijan en 622 años antes de J.C. el nacimiento del supuesto santo. Diego de Couto opina que fue Josué, lo cual me parece todavía más absurdo.

Por su parte añade Yule:

La novela religiosa intitulada: *Vidas de Barlaam y Josafat*, fue durante algún tiempo una de las obras más populares de la cristiandad. Se tradujo a muchos idiomas europeos, entre ellos el escandinavo y el eslavo... Aparece por vez primera esta leyenda en las obras de San Juan Damasceno que floreció en la primera mitad del siglo VIII (NOTA: Yule: *Libro de Marco Polo*, II, 304, 306. FINAL NOTA).

Aquí está ciertamente la explicación del enigma, pues San Juan Damasceno, antes de su conversión al cristianismo, desempeñó un elevado cargo en la corte del califa Abu-Jafar-Al-Manzor, en donde sin duda oiría esta leyenda y la acomodaría a las ortodoxas exigencias de la metamorfosis de Gautama en santo de la Iglesia romana.

El historiador Diego de Couto dice por su parte:

Los gentiles han dedicado a Buda magníficas pagodas por toda la India. Respecto a esta leyenda, hemos inquirido diligentemente si entre los escritos de aquellos paganos había alguna noticia de San Josafat que fue convertido a la fe por Barlaam, y era hijo de un poderoso rey de la India con todas ras particularidades que de Buda se cuentan.

En mi viaje por la isla de Salsette fuí a visitar la rara y admirable pagoda de Kânhari a que los portugueses llamamos Canará, edificada en la cumbre de una montaña con muchos recintos excavados en la roca viva. Le pregunté a un anciano quién había mandado construir tan soberbia obra, y me respondió que sin duda el padre de San Josafat para tenerle allí preso como en su vida se refiere. Y puesto nos dice esta su biografía que fue hijo de un poderoso rey de la India, bien pudiera ser el Buda de quien tantas maravillas se cuentan (NOTA: *Couto: Dec. V, lib. VI, cap. II. FINAL NOTA*).

La leyenda cristiana está tomada en casi todos sus pormenores de la budista tradición ceilanesa, pues de Ceilán era rey el padre de Gautama, a quien recluyó en un soberbio palacio erigido al efecto con toda suerte de comodidades y placeres que le hiciesen apetecible la vida. Marco Polo refiere la historia de Buda tal como la oyó de labios de los ceilaneses, y hoy se ha echado de ver que el relato del intrépido navegante concuerda fielmente con los diversos textos budistas. Apunta ingenuamente Marco Polo que Gautama llevó tal vida de mortificaciones, abstinencias y santidad *como si hubiese sido cristiano*, y de serlo de seguro que tuviera en él Jesucristo uno de sus más ilustres santos por la bondad y pureza de su vida.

Añade a esto el coronel Yule que no es Marco Polo el único personaje de nota cuyo juicio se rinde ante la santidad de Gautama, pues sobre el particular dice Max Müller:

Sea cual sea el concepto que tengamos de la santidad, quien dudase del derecho de Buda a figurar entre los santos, lea la historia de su vida en los cánones budistas. Si vivió como allí se refiere, pocos santos tienen tanto derecho a este título como Buda, y ni griegos ni latinos

deben arrepentirse de haber conferido a su memoria los honores de la santidad conferidos a San Josafat, el príncipe asceta.

Nunca como en el siglo XIII, durante el reinado del kan Kublai, tuvo la Iglesia romana tan favorable oportunidad de cristianizar la China, el Tíbet y la Tartaria, pues dicho monarca anduvo algún tiempo perplejo en escoger entre el cristianismo, el islamismo, el judaísmo y el budismo, y aunque parecía inclinarse al cristianismo, movido de la elocuencia de Marco Polo, fracasaron las gestiones de éste a consecuencia de haber muerto por entonces el pontífice Clemente IV y haber durado el interregno algunos meses, de modo que no fue posible enviar los misioneros pedidos por el kan Kublai. Para quienes creen en la Providencia que gobierna nuestro ínfimo mundo, fue indudablemente motivado aquel contratiempo, porque sin la oportuna muerte del pontífice de seguro hubiesen caído los budistas en el idolátrico formulismo romano. Esto demuestra que en los providenciales designios aventaja el budismo al cristianismo.

La religión budista ha degenerado en lamaísmo en la Tartaria y el Tíbet; pero aun con todos sus defectos de pura ceremonia, que escasamente afectan a la esencialidad de la doctrina, es muy superior al catolicismo romano.

El abate Huc no tardó en convencerse de ello y escribe sobre el caso:

A medida que con mi caravana me internaba en el país, me decían los naturales que cuando más adelantase hacia Occidente, más puras y luminosas enseñanzas religiosas hallaría.

Lha-sa era el intenso foco de luz cuyos rayos se debilitaban al difundirse lejanamente. Cierta día le di a un lama Tíbetano un catecismo de la doctrina cristiana, y me maravillé de que no le pareciese extraño, pues dijo que tenía mucha semejanza con las creencias de los lamas del Tíbet, entre las cuales eché de ver maravillado los dogmas de la unidad de Dios, la Encarnación y la presencia real en la Eucaristía... Este desconocido aspecto de la religión budista me inclinó a esperar que encontraría entre los lamas del Tíbet un más puro sistema religioso (NOTA: Huc: *Viajes Por Tartaria*, 121, 122. FINAL NOTA).

Precisamente por estos encomios del lamaísmo retiró el Papa las licencias al abate Huc y puso su obra en el índice expurgatorio.

Preguntado más tarde el kan Kublai por qué no había elegido por religión oficial la cristiana, a pesar de parecerle la mejor de las cuatro, respondió:

¿Cómo queréis que me declare cristiano? Hay cuatro profetas mayormente venerados en todo el mundo. Los cristianos dicen que su Jesucristo es Dios. Los musulmanes veneran a Mahoma; los judíos a Moisés; los budistas a Sogomon Borkan (NOTA: Nombre tártaro de Gautama el Buddha. FINAL NOTA), que es el primer dios entre sus ídolos. Pues bien, yo adoro y venero a los cuatro, y ruego al mayor de ellos que me conceda su auxilio.

Podemos reírnos del cauteloso proceder del kan de Tartaria; pero no vituperarle por dejar a la Providencia el cuidado de resolver tan embarazoso conflicto ni tampoco por las razones siguientes que expuso a Marco Polo:

Tú ves que los cristianos de estos países son muy ignorantes y no saben hacer nada, al paso que los budistas hacen cuanto les place; y cuando me sienta a la mesa vienen a mis labios las copas sin que nadie las toque y bebo de ellas. Dominan las tormentas de modo que las desvían a su arbitrio, reciben avisos y predicciones de boca de los ídolos y operan muchas otras maravillas. Por otra parte, si me convirtiese al cristianismo, mis nobles me preguntarían qué poderes he visto en los cristianos para moverme a la conversión, pues ya sabes que los budistas atribuyen cuantos prodigios operan a la santidad de sus ídolos. A

esta objeción no sabría yo que responderles, y en vez de convertirlos les confirmaría en su error, y como son gente experta en artes milagrosas, tal vez maquinarian mi muerte. Así pues, vete a ver al sumo pontífice de tu religión y ruégale de mi parte que envíe por acá un centenar de varones versados en vuestra ley; con lo que si son capaces de rebatir frente a frente las prácticas de los budistas y demostrarles que también saben ellos, pero que no quieren, operar tales prodigios, porque se deben al valimiento del demonio y de los espíritus malignos. Si además son capaces de dominar en mi presencia a los budistas de modo que no puedan éstos obrar maravilla alguna, entonces aboliré el culto de su religión, y yo y todos mis nobles recibiremos el bautismo, con lo que habría más cristianos en estos países que en los vuestros (NOTA: Yule: *Libro de Marco Polo*, II, 340. FINAL NOTA).

¿Por qué no aceptaron los cristianos tan razonable proposición? Moisés no vaciló en afrontar la misma prueba ante el Faraón contra los magos egipcios y salió airoso de ella. A nuestro entender, aquel inculto mogul discurría con admirable intuición e irrefutable lógica, pues echaba de ver que, ya fuese un hombre cristiano, musulmán, judío o budista, era indistintamente capaz de educir sus potencias espirituales y llegar por medio de su respectiva fe a la percepción de la verdad suprema. Por esto pedía una prueba evidente de la virtualidad de la religión que había de escoger para su pueblo.

Aunque tan sólo juzguemos a la India por sus prestidigitadores e ilusionistas, forzoso es reconocer que aventaja a las academias europeas en conocimientos fisicoquímicos y psíquicofísicos, sin contar los fenómenos de indudable autenticidad psíquica producidos por algunos fakires del sur del Indostán, los saberones del Tíbet y los hobitanos de Mongolia. La fenomenotecnia ha llegado en aquellos países a un punto de perfección que jamás alcanzó en otro alguno (NOTA: Los fenómenos del hipnotismo y de lo que se ha dado en llamar espiritismo están demostrando actualmente que las facultades psíquicas no dimanar del estudio, sino que son potencialmente peculiares de todo hombre. FINAL NOTA), y aunque la mayoría de los extranjeros que residen o viajan por la India se figuren que estos fenómenos son juegos de prestidigitación, no faltan europeos que han tenido la rara fortuna de situarse *tras el velo* de las pagodas y conocen, por lo tanto, la causa eficiente de los fenómenos operados en las asambleas secretas de la India. Algunos, aunque pocos europeos, han estado en el *mahâdevas-sthanam* (NOTA: Llamado generalmente *goparam*, que da acceso al recinto interno de las pagodas. FINAL NOTA) de las pagodas.

No sabemos si el fecundo Jacolliot (NOTA: Este orientalista escribió más de veinte obras sobre asuntos de la India, en las cuales entrevera la verdad con la ficción, pues si bien hay gran número de noticias referentes a las tradiciones, filosofía y cronología índicas con muy juiciosos comentarios gallardamente expuestos, en cambio se deja arrastrar a veces de la fantasía, como si el filósofo serio, erudito y científico estuviese injerto en el novelista impresionable que relata los hechos no como son, sino como él se los forja. Sus traducciones de Manú mueven a maravilla y demuestra en muchos pasajes verdaderas dotes de polemista; pero por otra parte desvaría al hablar de la inmoralidad de los sacerdotes, y algunas veces calumnia a los budistas. Con todo, sus obras se leen sin cansancio, pues resplandecen en ellas la percepción del artista y el estro del poeta. FINAL NOTA) pudo entrar en uno de estos recintos; pero lo dudamos en vista de las muchas fantasías que relata acerca de la inmoralidad de las ceremonias indoístas, de los fakires y aun de los sacerdotes budistas, reservándose para sí el papel del casto José.

De todos modos, es evidente que los brahmanes no le descubrieron ningún secreto, pues al hablar de los prodigios operados por los fakires, dice:

Practican las ciencias ocultas en la soledad de las pagodas bajo la dirección de los brahmanes iniciados... Y nadie ha de sorprenderse de ello ni creer que las ciencias ocultas abren las puertas de lo sobrenatural, pues si bien hay fenómenos tan extraordinarios que

desafían toda investigación, no hay ninguno que no pueda explicarse con arreglo a las leyes naturales.

Verdaderamente, todo brahmán iniciado sería capaz de explicar cualquiera de estos extraordinarios fenómenos; pero de seguro que *rehusará explicarlos*. En cambio, todavía esperamos que las profanas lumbreras de las ciencias físicas expliquen siquiera el más vulgar fenómeno de los producidos por un fakir adscrito a una pagoda.

Dice Jacolliot:

No me sería posible relatar cuantas maravillas he presenciado; pero baste decir que el magnetismo y espiritismo de los europeos está todavía en el abecé de las operaciones fenoménicas, mientras que los brahmanes han logrado efectos de todas veras sorprendentes. Al presenciar estas extrañas e innegables manifestaciones, cuya causa operante mantienen los brahmanes *tan cuidadosamente oculta*, se rinde la mente al vasallaje de lo maravilloso, y no hay otra solución que marcharse de allí para romper el hechizo.

La única explicación que pude obtener de un erudito brahmán amigo mío fue la siguiente: «Vosotros habéis estudiado la naturaleza física cuyas leyes han puesto en vuestras manos el vapor y la electricidad; pero hace más de veinte mil años que estudiamos nosotros las fuerzas mentales y hemos descubierto sus leyes de suerte que, bien por actuación independiente, bien en armonía con la materia, obtenemos resultados mucho más asombrosos que los vuestros».

Por mi parte he visto cosas que no referiré por recelo de que el lector las dipute disparatadas, y verdaderamente se comprende al presenciarlas que los antiguos creyeran en los demonios obsesores y en el exorcismo (NOTA: Jacolliot— *Los Hijos de Dios; La India brahmánica*, 296. FINAL NOTA).

Sin embargo, este irreconciliable enemigo de las supercherías religiosas de todos los países y del clero de toda confesión, incluso brahmanes, lamas y fakires, no deja de reconocer la superioridad de las ceremonias indoístas y budistas respecto de las ridículas presunciones de la liturgia romana, y al describir las horribles torturas que se infligen los fakires, exclama en un momento de justa indignación:

Estos brahmanes mendicantes, estos fakires, aparecen, sin embargo, magníficos en su martirio cuando se azotan, se arrancan trozos de carne y bañan el suelo con su sangre. Pero ¿qué hacéis vosotros, carmelitas, capuchinos y franciscanos, fanáticos sin fe y mártires sin tortura? ¿De qué os sirven los cordones de nudos, los pedernales, los cilicios, las disciplinas, los pies descalzos, sino de cómica mortificación para bañaros en agua de rosas? ¿No hay derecho de preguntaros si obedecéis la ley de Dios al encerraros en los muros conventuales para eludir la ley del trabajo que pesa sobre los demás hombres? ¡Atrás! Sois unos mendigos.

Pero basta ya. Demasiado nos hemos ocupado en ellos y su embrollada teología, sin que ni unos ni otra hayan resistido el repeso en las balanzas de la historia, de la lógica y de la verdad, pues incapaces sus sacerdotes de probar con obras que recibieron potestad divina fomentan el ateísmo, la desesperación y el crimen. Día feliz para la humanidad fuera el en que el clericalismo dogmático desapareciese de la haz de la tierra tan fácilmente como de la vista del lector. Entonces igualarían Nueva York y Londres en moralidad a las ciudades no intervenidas por cristianos, y París no correría parejas con la antigua Sodoma. Cuando católicos y protestantes se convenzan, cual lo están indoístas y budistas, de que toda mala acción ha de tener irremisiblemente su castigo y toda buena acción su recompensa, emplearán en *convertir a los infieles* de Occidente las cuantiosas sumas con que hoy subvencionan a los misioneros de Oriente, cuya efectiva misión es despertar en los países no cristianos el odio a la cristiandad.

En comprobación de la filosofía ocultista examinaremos como término de nuestra tarea algunos fenómenos de que en diversos países hemos sido oculares testigos y todo viajero puede corroborar personalmente. Desaparecieron los pueblos antiguos, pero subsiste la primieval sabiduría asequible para cuantos quieran, sepan y puedan mantenerla en sigilo.

CAPÍTULO XXVII

Mi grande y noble capital, mi Daitu espléndidamente adornada. Y tú, ¡oh Shangtu-Keibung!, mi fresca y deleitosa residencia vernal. ¡Ay de mi nombre, soberano del mundo! ¡Ay de mi Daitu, sede de santidad, obra gloriosa del inmortal Kublaf! ¡Todo, todo lo perdí!

YULE, *Libro do Marco Polo*

En cuanto a lo que dicen quienes extravían a muchos, asegurándoles que una vez separada el alma del cuerpo no sufre ni es consciente, ya sé que no te consentirá creerlos tu buen fundamento en las doctrinas recibidas de nuestros antepasados y confirmadas en las sagradas orgías de Dionisio; porque muy conocidos nos son los símbolos místicos a cuantos pertenecemos a la Fraternidad.

PLUTARCO

El hombre es el problema de la vida. La Magia, o mejor dicho, la Sabiduría es el pleno conocimiento de las internas facultades del ser humano, que son emanaciones divinas. Así por intuición percibe el hombre su origen y se inicia en este conocimiento. Empezamos con el instinto y nuestro término es la omnisciencia.

WILDER, *Quien sabe, puede. Libro indoísta de la evocación.*

Si algún extraño a la metafísica o a la mística hubiese llegado hasta aquí en la lectura de esta obra, le aconsejaríamos que no se tomara el trabajo de pasar adelante, pues si bien todo cuanto a decir vamos es absolutamente cierto, lo diputaría sin duda por imposturas y ficciones.

Para comprender los fundamentos de las naturales leyes a que obedecen los fenómenos cuya descripción nos proponemos, es preciso recapitular las reglas básicas de la filosofía esotérica, conviene a saber:

1.^a Los fenómenos llamados milagros no son tales milagros, sino efectos de una ley eterna, inmutable y continuamente activa (NOTA: Los fenómenos en apariencia milagrosos obedecen a fuerzas que operan en contraposición a las investigadas por los científicos. El doctor Carpenter, como muchos otros eruditos pero no sabios, presume que todas las fuerzas de la naturaleza están ya debidamente establecidas, sin advertir que los ocultistas conocen algunas que todavía desconoce la ciencia. FINAL NOTA).

2.^a La naturaleza es trina. En su elemento invisible es arquetipo, energía y vitalidad del objetivo y visible. Ambos son mudables y precederos en subordinación al tercero y espiritual elemento que es la única, inmutable y eterna realidad, fuente, origen y raíz de toda energía.

3.^a El hombre es trino. Su elemento objetivo es el *cuerpo* físico; su elemento invisible es el *alma*; su elemento superior es el *espíritu* inmortal que ilumina y cobija a los dos elementos subordinados. Cuando el *alma* se identifica con el *espíritu*, alcanza el hombre la inmortalidad.

4.^a La magia es la *ciencia* de actuar espiritualmente en el cuerpo físico de conformidad con los principios reguladores de la actividad del espíritu sobre sí mismo y sobre la materia.

5.^a La magia es también el *arte* de practicar los principios reguladores de la actividad del espíritu. La siniestra aplicación de esta práctica es *hechicería*. La recta aplicación de esta práctica es *sabiduría*.

6.^a El mediumnismo es la antítesis del adeptado. El médium es pasivo instrumento de influencias ajenas. El adepto se domina a sí mismo y subyuga a las potestades inferiores.

7.^a El adepto puede saber ciertamente todo cuanto hasta ahora ha ocurrido en el mundo, porque todo suceso queda registrado en los anales de la luz astral.

8.^a Las cualidades espirituales difieren en los hombres según la raza, tanto como las cualidades físicas de color, estatura, fisonomía, etc. En algunos países prevalece el don de profecía; en otros, la mediumnidad; en algunos, la hechicería (NOTA: El conocimiento del arte fenoménico se transmite en estos pueblos de generación en generación. FINAL NOTA).

9.^a Por medio de los conocimientos mágicos es posible que el alma (NOTA: Como sin mayor advertencia comprenderá el lector, la palabra alma significa en este caso el conjunto de los principios constitutivos del hombre, *excepto el cuerpo físico*.— *El Traductor*. FINAL NOTA) se separe del *cuerpo físico*. Sin embargo, esta separación es *involuntaria e inconsciente* en los médiums y *voluntaria y consciente* en los adeptos (NOTA: En el caso de los médiums, queda el cuerpo físico más o menos cataléptico. En el caso de los adeptos, el cuerpo aparece en estado normal con los sentidos físicos a punto de percepción, pero como si el individuo estuviese *abstraído* en el estudio o meditación. FINAL NOTA).

10. La piedra angular de la magia es el profundo conocimiento práctico del magnetismo y la electricidad con todas sus propiedades, correlaciones y efectos en el reino animal y en el humano.

Hasta aquí las reglas de filosofía esotérica, que necesitan los consiguientes comentarios.

Cuando el hombre se desprende interinamente de su cuerpo físico para actuar en el astral, se substraerá también a las condicionalidades de tiempo y espacio. El taumaturgo profundamente versado en ciencias ocultas puede hacer invisible su cuerpo físico o asumir proteicamente la forma objetiva que le plazca, mediante la hipnótica alucinación ejercida en los sentidos de los circunstantes (NOTA: Esta alucinación es tan completa, que las víctimas de ella apostarían la vida tomando por realidad lo que tan sólo es una imagen mental reflejada en la conciencia del sujeto por la irresistible voluntad del hipnotizador. FINAL NOTA).

Pero si el vehículo astral no encuentra obstáculos en su movimiento, el cuerpo físico está sujeto a los medios ordinarios de locomoción, aunque es posible levitarlo en determinadas condiciones magnéticas (NOTA: Por esta razón repudiamos todo cuanto se refiere de los médiums que vuelan en cuerpo y alma por los aires, pues tal fenómeno es incompatible con las leyes naturales, así notorias como ocultas. FINAL NOTA). En ciertos casos y circunstancias cabe transportar la materia física inorganizada por medio de la desintegración de sus moléculas hasta el estado de dialización, para reintegrarla después de atravesar las paredes y demás obstáculos densos; pero este procedimiento de desintegración dializada no es aplicable a los organismos vivos.

Creían los discípulos de Swedenborg, de acuerdo con la ciencia oculta, que la separación de alma y cuerpo es caso frecuente, y que en la vida cotidiana encontramos a menudo cuerpos vivos pero sin alma, pues los principios superiores al cuerpo físico pueden desprenderse de éste a causa de violentas emociones, como el miedo cerval, la pena honda, la desesperación, la exacerbada sensualidad, los ataques de epilepsia y otras condiciones morbosas. Entonces puede infundirse en aquel desalmado cuerpo la entidad astral de un hechicero, de un elemental o de un elemental (NOTA: Este último caso es sumamente raro. FINAL NOTA); y si bien los adeptos o magos blancos tienen el mismo poder, jamás se infundirán en un cuerpo impuro, a no ser que hayan de cumplir una misión extraordinariamente trascendental.

En los casos de locura, o bien queda expuesta el alma a la influencia de las entidades circunvalantes por no poder valerse de su vehículo físico, o bien se aleja definitivamente de él, y entonces lo ocupa alguna entidad vampírica próxima a desintegrarse, que así halla

medio de prolongar algún tanto su existencia con los placeres sensuales que aquella forma corporal le proporciona.

Por lo que se refiere a la regla décima, conviene advertir que muchos minerales poseen propiedades ocultas tan sorprendentes como las de la llamada piedra imán; y si los naturalistas desconocen dichas propiedades, ha de conocerlas forzosamente el mago para operar con éxito. Todavía tienen algunas plantas propiedades ocultas más maravillosas que los minerales, y el secreto de la eficacia de ciertas hierbas en los hechizos y encantamientos, sólo se ha perdido para la ciencia europea (NOTA: De todas estas hierbas únicamente conocen los botánicos las propiedades del opio y del hachis, aunque los biólogos toman sus efectos psíquicos por pasajeros desórdenes mentales. FINAL NOTA). Las mujeres de Tesalia y del Epiro, femeninos hierofantes de los ritos sabacienses, no sepultaron sus secretos bajo las ruinas de los santuarios, pues quienes conocen las cualidades del soma también conocen las de otras plantas.

Magia es sinónimo de sabiduría espiritual y la naturaleza es la aliada, discípula y esclava del mago, que por serlo ha logrado la perfección y con su voluntad subyuga el vital principio que anima todas las cosas. De esta suerte puede el adepto estimular en animales y plantas la acción de las fuerzas biológicas hasta más allá de los límites que ordinariamente llamamos naturales, sin por ello contrariar a la naturaleza, sino favorecerla con la intensificación del principio vital.

El adepto es capaz de alterar la condicionalidad sensoria y emotiva del cuerpo astral de quien no sea adepto; puede valerse a su albedrío de las entidades elementales o espíritus de la Naturaleza; pero de ningún modo le cabe dominar el espíritu de hombre alguno ni encarnado ni desencarnado, porque todo espíritu es chispa divina no sujeta a externas influencias.

Hay dos modalidades de clarividencia: psíquica y espiritual. La clarividencia de los modernos sujetos hipnotizados difiere de la de las antiguas pitonisas tan sólo en los medios de producir el estado lúcido y de la mayor o menor agudeza de los sentidos astrales; pero ni unas ni otros llegan de mucho a la perfecta y omnisciente clarividencia espiritual, sino que sólo pueden vislumbrar la verdad a través del velo de la naturaleza física.

El principio mental llamado *favâtna* por los yoguis indos es el mediador entre los elementos espirituales y materiales del hombre, pues por una parte domina y por otra está sujeto al cerebro físico. La claridad y exactitud de las percepciones espirituales de la mente dependen, mientras está ligada al cuerpo material, de su grado de relación con el principio superior, y cuando esta relación le permite actuar independientemente de los principios inferiores y unida al superior, entonces percibe la verdad sin mezcla de error alguno. Este es el estado que los indos llaman *samâdhi*, o sea la más elevada condición espiritual asequible para el hombre en la tierra (NOTA: Los fakires retienen cuanto pueden el aliento durante sus ejercicios religiosos, a fin de alcanzar esta condición espiritual. A esta práctica la llaman *dam-sâdhna*. FINAL NOTA).

Los vocablos sánscritos *prânayâma*, *pratyâhâra* y *dhârânâ* expresan otros tantos estados psíquicos (NOTA: El sánscrito antiguo y los modernos idiomas de la India tienen vocablos adecuadamente expresivos de los estados psíquicos, lo cual demuestra que los filósofos indos han dilucidado estos problemas metafísicos como no sospecharon jamás los psicólogos de Occidente, cuyos idiomas no cuentan con términos a propósito para expresar dichos estados. FINAL NOTA).

En el de *dhârânâ* queda el cuerpo físico completamente cataléptico y es subjetiva y clarividente la percepción del alma libre; pero como no deja de funcionar el principio senciente del cerebro físico, las percepciones mentales estarán entremezcladas con las percepciones objetivas del mecanismo cerebral, y por ello se le representarán la *memoria* y la *fantasía* en vez de la visión perfecta. Pero el adepto sabe cómo suspender el funcionalismo mecánico del cerebro y así son sus visiones claras, puras, verdaderas e inalterables. Al paso

que el vidente, incapaz de anular las vibraciones astrales, sólo percibe imágenes más o menos incompletas por medio del cerebro, el clarividente sujeta a su voluntad todas sus potencias psíquicas y facultades físicas, y no puede tomar las sombras por realidades porque su percepción es directamente espiritual, sin que el yo superior o subjetivo esté eclipsado por el Yo inferior u objetivo. Tal es la genuina clarividencia espiritual que, según dice Platón, eleva al alma más allá de los dioses menores hasta identificarla con el simple, puro, inmutable e inmaterial Nous. Tal es el estado que Plotino y Apolonio llamaron de *unión con Dios*, los antiguos yoguis *isvara* (NOTA: Analógicamente, la palabra *isvara* significa *señor*; pero en sentido místico denota la unión o comunión con la Divinidad de que hablan los filósofos griegos. En sánscrito, *isvara-parasada* quiere decir literalmente *gracia divina* en contraposición de *karma* que significa *eficacia de las obras*, y de *shraddha* que equivale a *fe*, según entienden las dos *mîmânsas* o escuelas teológicas más famosas de la India: la *Purva*, cuyo fundador fue el filósofo Djeminy, y la *Uttara* o *Vedanta* establecida por Richna Dvipayna Vyasa, compilador de los *Vedas* (Véanse Jones, Colebrooke y otros orientistas). FINAL NOTA) y los modernos *samâdhi*. Sin embargo, la clarividencia espiritual es tan distinta de la videncia psíquica como una estrella de una luciérnaga (NOTA: Tan sublime estado es el de clarividencia espiritual, que el vidente Plotino sólo pudo alcanzarlo seis veces en los setenta y seis años de su vida, según declaró a su amigo Porfirio. FINAL NOTA).

Amonio Sacas, el Teodidactos (enseñado por Dios), dice que la *memoria* (NOTA: Olimpiodoro entiende que Amonio significaba con ello la *fantasía*. FINAL NOTA) es la única potencia que directamente se opone al don de profecía y previsión.

Olimpiodoro dice por su parte:

La fantasía es un impedimento para nuestra percepción mental, y de aquí que si interviene cuando estamos movidos de inspiración divina, cesa la energía entusiástica, pues el entusiasmo es incompatible con el éxtasis. Si se nos preguntara si el alma es capaz de energizarse sin la fantasía, responderíamos que si lo es, según demuestra su percepción de los universales independientemente de la fantasía, que sin embargo acompaña al alma y acrecienta su actividad como la tempestad acelera el movimiento de la nave (NOTA: Olimpiodoro: *El Fedro de Platón*. FINAL NOTA).

Además, el médium no puede subyugar voluntariamente sus cuerpos mental y físico, sino que necesita para ello la ajena intervención de una entidad desencarnada, de un hipnotizador terreno o bien de algún medio que artificiosamente le ponga en trance, mientras que a los adeptos y fakires les basta para ello un breve rato de reconcentración y ensimismamiento.

Entre los medios artificiales (NOTA: *Obras de Plinio*, XXX, 2, 14. FINAL NOTA) de que se valían los antiguos para determinar el estado de trance, citaremos las columnas de bronce del templo de Salomón; las campanillas y granadas de oro de Aarón y sumos pontífices hebreos; las sonoras campanas que pendían alrededor de la estatua de Júpiter Capitolino (NOTA: *Suetonio: Vida de Augusto*. FINAL NOTA); las tazas de bronce que se empleaban en los Misterios durante el *Kora* (NOTA: *Plutarco*. FINAL NOTA), y las copas de bronce pendientes en círculo de un doble aro de doscientas granadas que servían de chapaletas en el hueco de las columnas. Las sacerdotisas que en el norte de la antigua Germania actuaban bajo la dirección de los hierofantes, sólo podían profetizar entre el tumulto de las olas del mar o mirando de hito en hito la rápida corriente de un río. Las sacerdotisas de Dodona se situaban al mismo efecto bajo el roble de Zeus (NOTA: *Divinidad suprema de los pelagos, que después fue Júpiter olímpico*. FINAL NOTA) y quedaban hipnotizadas al murmullo de las hojas del árbol o del arroyuelo que regaba sus raíces (NOTA: *Servius ad. Æon*, 71. FINAL NOTA).

Pero el adepto no necesita valerse de estos artificiosos medios, pues le basta con la simple acción de su *potencia volitiva*. Según el *Atharva-Veda*, la actualización de la potencia volitiva es la forma superior de la oración que entonces obtiene inmediata respuesta. Del grado de intensidad del anhelo depende su realización, y ésta, a su vez, de la pureza interior.

Un erudito indo ha publicado recientemente en un periódico inglés algunos preceptos vedantinos y dice sobre el particular:

Enseña la filosofía *Sânkhya*, que cuando el cuerpo astral sirve de vehículo al alma puede comprimir su etérea masa hasta el punto de penetrar por los poros de la materia física o bien por el contrario dilatarse en gigantescos tamaños; elevarse a lo largo de un rayo de luz hasta el globo solar; ampliar el sentido del tacto de modo que toque la luna con la mano; introducirse en el seno de la tierra tan fácilmente como en el de las aguas; dominar los objetos animados o inanimados del mundo visible; alterar el curso de la naturaleza; y cumplir todo cuanto se proponga. Estas diversas facultades reciben de menor a mayor los nombres de *anima*, *mahima*, *laghima*, *garima*, *prâpti* (NOTA: Facultad de profecía, de entender los idiomas extraños, curar enfermedades, adivinar los pensamientos e identificarse con los sentimientos ajenos. FINAL NOTA), *prâkâmya* (NOTA: Facultad de convertir a un viejo en joven. FINAL NOTA), *vashitâ* (NOTA: Facultad de hipnotizar a los hombres y animales, y de dominar las pasiones y emociones. FINAL NOTA) e *ishitâ*, correspondiente esta última al estado espiritual que sintetiza todas las facultades anteriores, pues ya entonces se halla el yogui lleno del espíritu de Dios.

No hay enseñanza sagrada alguna tan definitiva y concluyente como la tocante a la naturaleza y actividad del alma. Parece que algunos rishis concedieron capitalísima importancia a esta metafísica fuente de conocimiento (NOTA: Peary Chand Mittra: *Psicología de los arios*, (*La naturaleza humana*, Marzo de 1877). FINAL NOTA).

Desde los tiempos más remotos estuvo convencida la humanidad de la existencia del alma, cuyo grado de espiritualidad depende de su más o menos íntima unión con el superior e íntimo principio (NOTA: *El Chrestos de los gnósticos*. FINAL NOTA). Cuanto más estrecha sea esta unión, tanto más desembarazado quedará el destino del hombre y menos expuesto a los riesgos de las condiciones externas.

Esta creencia no es fanatismo ni superstición, sino un perenne e instintivo presentimiento de la existencia del mundo espiritual, que aunque invisible y subjetivo para el yo inferior, es perfectamente objetivo para el Yo superior. Creyeron también los antiguos que la voluntad humana está subordinada en su acción a determinadas condiciones externas e internas, sin caer no obstante en el fatalismo que hubiera sido la acción ciega de una fuerza todavía más ciega; pero admitían el *hado* o *destino* que durante su vida va tejiéndose el hombre como tela de araña. Dos influencias actúan en el destino del hombre: la benéfica, personificada por algunos en el ángel custodio, y la maléfica o concupiscente, personificada en el *demonio* o *ángel tentador*. Ambas influencias solicitan la voluntad y una de las dos ha de prevalecer; pero desde que se inicia la invisible lucha entre una y otra, interviene la severa e inflexible *ley de compensación* para regular las fluctuaciones y vicisitudes del combate.

Hilada ya la última hebra y envuelto el hombre en la red por él mismo entretejida, queda preso en ella y sujeto a su destino, que o bien lo clavará en determinado sitio como lapa en la roca, o bien, cual leve pluma, lo llevará de un lado a otro arrastrado por el torbellino de sus propias acciones.

A los filósofos antiguos no les parecía imposible que las entidades del otro mundo se comunicaran con los mortales por medio de signos alfabéticos, por toque o por vislumbre, para revelarles hechos ya acaecidos pero ignorados, y también acontecimientos futuros,

según nos dice Amonio. Por otra parte Lamprias y algunos más afirman que si bien las entidades desencarnadas pueden volver a la tierra en auxilio de los hombres, también hay almas encarnadas que tienen el don de profecía y lo conservan después de la muerte.

Sobre esto dice Lamprias:

No es posible que el alma adquiriera al separarse del cuerpo la facultad de profetizar si no la tuvo durante su vida terrena; pero hemos de suponer que mientras estuvo unida al cuerpo la poseía, aunque no educada por completo... Porque así como el sol siempre refulege aunque lo eclipsen las nubes, así también el alma posee siempre la facultad de escrutar el porvenir, aunque entorpecida por su conexión con el cuerpo.

Entre los varios fenómenos contradictorios de la facultad de manifestación objetiva de las entidades astrales, merece citarse el de las *manos luminosas* de contextura nebuloides, pero lo bastante consistente para manejar el lápiz y escribir comunicaciones y desvanecerse luego a la vista de los circunstantes. Estos fenómenos son verdaderos y dignos de atento estudio, pues los han comprobado testimonios del todo fidedignos, aunque algunas veces haya habido supercherías y fraudes en este particular (NOTA: Vimos una vez en Dresde una mano y un antebrazo de arteficio para fingir la aparición. Por medio de un ingenioso mecanismo de muelles, el artefacto imitara perfectamente los movimientos del antebrazo y mano, que en su aspecto exterior semejaban de carne viva. Para efectuar la suerte se calza el médium impostor el aparato en la manga derecha del traje, de modo que parezca que permanece con ambas manos sobre la mesa, mientras su derecha finge ser la de la entidad manifestada, y con ella produce los fenómenos en cuestión. FINAL NOTA).

Precisamente, los médiums más a propósito para la manifestación de las entidades astrales, son los menos capaces de comprender y explicar los fenómenos. Sobre el punto de las manos luminosas, el doctor Fairfield, aunque médium en ejercicio, se declara contra la explicación que del fenómeno dan los espiritistas y dice:

He presenciado personalmente este fenómeno en condiciones por mi mismo establecidas en mi propio aposento, en pleno día con el médium sentado en un sofá a unos dos metros de la mesa sobre la que aparecía la mano luminosa. Apliqué a esta mano un imán en forma de herradura, y en seguida osciló visiblemente, al paso que el médium era presa de violentas convulsiones, en prueba lo bastante concluyente para inferir que de su sistema nervioso dimanaba la fuerza productora del fenómeno (NOTA: Fairfield: *Diez años entre médiums* (Library Table del 19 de julio de 1877). FINAL NOTA).

Acertó Fairfield al inducir de su experimento que la mano luminosa era una magnética emanación del médium, pues la influencia del imán demuestra científicamente lo que todo ocultista afirma apoyándose en la filosofía y en la autoridad de su experiencia, esto es, que las entidades psíquicas se valen de la materia del cuerpo astral del médium (NOTA: También se valen de la materia suministrada por los elementales, o de las auras de los circunstantes. FINAL NOTA) para dar apariencia objetiva a los brazos y manos luminosos, mientras el cuerpo físico del mismo médium queda paralizado y cataléptico. Porque el cuerpo astral, que no puede amputar el cirujano, sigue siendo el vehículo sensorio aun después de la muerte del cuerpo físico, no obstante cuantas hipótesis neurológicas se hayan establecido en contrario. Las entidades que se valen de la materia astral del cuerpo del médium o de las auras de los circunstantes, son por lo general los elementales o las entidades no purificadas todavía, porque los espíritus puros no quieren ni pueden manifestarse objetivamente. ¡Desgraciado del médium que cae en poder de las entidades astrales!

De la propia suerte que el médium en estado cataléptico proyecta espectralmente un brazo, una mano o una cabeza, es posible que proyecte todo su vehículo astral y aparezca

el espectro de cuerpo entero. A veces esta proyección es efecto de la voluntad del Yo superior del médium, sin que de ello tenga conciencia el yo inferior; pero generalmente la voluntad del médium queda paralizada por la influencia de las entidades elementarias y elementales que se apoderan del cuerpo astral del médium y lo proyectan por efecto de una acción análoga a la del hipnotizador respecto del sujeto.

Tiene razón Fairfield al afirmar que casi todos los médiums están aquejados de alguna enfermedad orgánica o desequilibrio psíquico, y en algunos casos transmiten estas dolencias a sus hijos. En cambio, se equivoca completamente al atribuir todos los fenómenos psíquicos a las morbosas condiciones fisiológicas del médium, pues los adeptos de la magia superior gozan constantemente de robusta salud mental y física (NOTA: Hemos conocido y tratado a muchos de estos adeptos, y ninguno de ellos padecía la más leve dolencia. FINAL NOTA), y precisamente sólo ellos son capaces de producir a su libre voluntad fenómenos psíquicos. El adepto tiene perfecta conciencia de su actuación y no está sujeto como los médiums a los cambios de temperatura de la sangre ni otros síntomas morbosos ni exige condiciones previamente establecidas, sino que opera los fenómenos en todo tiempo y lugar, y en vez de sujetarse a influencias ajenas, rige y domina las fuerzas psíquicas con su férrea voluntad.

Pero ya en otro punto de esta obra demostramos la diametral oposición entre el adepto y el médium. Sólo cabe añadir aquí que en el adepto actúan armónicamente cuerpo, alma y espíritu, al paso que en el médium el cuerpo es una masa de materia cataléptica y el alma y el espíritu se ausentan casi siempre mientras dura aquel estado para prestar sus vehículos inferiores a las entidades psíquicas. Los adeptos no sólo pueden proyectar espectralmente a voluntad una *parte*, sino *todo su* cuerpo etéreo (NOTA: Hemos visto realizar en pleno día este fenómeno a un adepto que quiso confundir el escepticismo de un amigo suyo. Sujetóle éste fuertemente manos y pies, y a poco vimos aparecer el espectro a manera de neblina, cuya forma era el duplicado exacto del cuerpo del adepto. El corresponsal de un periódico inglés en Boulogne (Francia), dice que conoce a un caballero a quien se le amputó el brazo a raíz del hombro, y sin embargo posee un brazo astral con el que puede manejarse y levantar los objetos como si tuviese el de carne y hueso. Este caballero que nada sabe de espiritismo, palpa el brazo astral con la mano sana y lo ve con sus propios ojos. Referimos este hecho tal como lo hemos oído, sin comprobación personal por nuestra parte, y tan sólo porque viene en apoyo de nuestro testimonio ocular en el caso del adepto oriental. Este adepto, eminente sabio y ocultista práctico, puede proyectar a voluntad su brazo astral y valerse de él para levantar y mover objetos hasta bastante distancia del lugar donde se sitúa, ya en pie, ya sentado. A menudo le hemos visto cuidar de este modo de su elefante favorito. FINAL NOTA).

En cambio, el médium no actualiza *fuerza de voluntad* alguna, pues basta para la producción del fenómeno que antes de caer en trance sepa lo que de él esperan los investigadores. Cuando el Ego del médium no esté entorpecido por influencias ajenas, actuará fuera de la conciencia física con tanta seguridad como en los casos de sonambulismo, y sus percepciones objetivas y subjetivas serán de agudeza igual a las del sonámbulo, porque cuanto más sutil es el vehículo en que actúa el Ego tanto más delicadas y agudas son sus percepciones (NOTA: Respuesta a una pregunta de la «Sociedad Nacional de Espiritistas», de Londres, 14 de Mayo de 1877: Después de la manifestación fenoménica, desciende la temperatura del cuerpo físico del médium, se altera el pulso y queda en postración nerviosa. De los fenómenos psíquicos pueden atribuirse una tercera parte a los espíritus desencarnados, otra tercera parte a los elementales y elementarios, y el último tercio al funcionalismo automático del médium. Sin embargo, nosotros tenemos el firmísimo convencimiento de que la mayor parte de los fenómenos objetivos y especialmente los que no denotan inteligencia directora, son debidos al funcionalismo automático del cuerpo astral del médium, de la propia suerte que actúa durante el sueño

ordinario, de modo que al despertar nada recuerda la persona de cuanto le sucedió en sueños. En cambio, los fenómenos puramente subjetivos en rarísimos casos provienen de la actuación del Ego en el cuerpo astral, sino que casi siempre resultan de la influencia de espíritus ya purificados o de entidades elementarias, según el grado de moralidad del médium. FINAL NOTA).

Dice Peary Chand Mittra:

El espíritu es una energía, una esencia, un poder sin forma alguna, pues la idea de forma es inseparable de la de materia; pero el espíritu puede manifestarse y actuar en formas de materia más o menos sutil, y entre ellas las formas astrales que una entidad espiritual puede asumir temporáneamente. Cuanto más sumida esta nuestra alma en la materia, más grosero es nuestro concepto del espíritu (NOTA: Carta al señor Alejandro Calder, presidente de la Asociación Nacional de espiritistas de Inglaterra. Inserta en el *London Spiritualist* del 25 de Mayo de 1877, p. 246, con el título de *Opiniones de un budista sobre los estados universales*. FINAL NOTA).

Es fama que el órfico Epiménides estuvo dotado de santas y maravillosas facultades, entre ellas la de desprenderse de su cuerpo físico siempre y durante el tiempo que quería. Muchos otros filósofos antiguos tuvieron la misma facultad. Apolonio de Tyana podía dejar conscientemente su cuerpo físico en cualquier instante y operaba fenómenos prodigiosos a la luz del día, como por ejemplo, cuando en presencia del emperador Domiciano y de multitud de circunstantes se desvaneció de repente para aparecer al cabo de una hora en la gruta de Puteoli (NOTA: La investigación hubiera demostrado que por medio de la concentración del Âkâsha, hizo Apolonio invisible su cuerpo físico, y pudo desaparecer de aquel lugar para mostrarse una hora después en cuerpo astral a sus amigos de Puteoli. FINAL NOTA). Tampoco necesitó de nadie el taumaturgo pitagórico Empedocles de Agrigento para resucitar a una mujer ni exigió condiciones preestablecidas para desviar una tromba de agua que amenazaba caer sobre la ciudad. Estos teurgos eran magos, y por esto podían obrar a voluntad semejantes prodigios a que no hubieran alcanzado si tan sólo fuesen médiums.

De la propia suerte, no le era necesario a Simón el Mago ponerse en trance para elevarse por los aires en presencia de multitud de testigos, entre los que se hallaban los apóstoles. Como dice Paracelso:

No requieren estas obras conjuros ni ceremonias ni formación de círculos ni quemas de incienso. Es tal la alteza del espíritu humano, que no acierta a expresarse con palabras. Si comprendiéramos debidamente hasta dónde alcanza su poder, nada nos sería imposible en la tierra. Inmutable y eterno como Dios es el espíritu del hombre. La imaginación se educa y robustece por la confianza *en nuestra voluntad*. La confianza debe confirmar la imaginación, porque establece la voluntad.

Según relata Turner (NOTA: Autor de *La embajada en el Tibet*. Véase el *Diario Asiático* donde aparece el relato de Turner en términos que denotan por una parte el temor de ponerse en ridículo ante las gentes, y por otra el deseo de referir los hechos sin atenuaciones ni disimulos. Ya insinuamos en otro lugar algo acerca de este punto. FINAL NOTA), el año 1783 el embajador del rey de Inglaterra con su séquito visitó al dalailama, niño entonces de diez y ocho meses, quien no obstante su corta edad recibió a los enviados con tal aire de dignidad y decoro que les llenó de admiración y asombro. Tenía el grave continente de un filósofo de muchos años, reposado y sumamente cortés. El embajador representó al infantil pontífice la pena que al gobernador general de Calcuta, la ciudad de los palacios, y al pueblo indo en general les había causado la noticia de su muerte, y la viva satisfacción por todos ellos experimentada al saber que había reencarnado en el lozano y

robusto cuerpo del niño que ante sí veía, por lo que el gobernador de Calcuta esperaba que el dalailama continuaría por largo tiempo iluminando al mundo con su presencia, y que la amistad contraída por ambos se fortificaría más y más en beneficio de sus inteligentes devotos. A este discurso correspondió el niño con expresivas miradas de complacencia, inclinando por dos veces la cabeza en señal de asentimiento como si comprendiese y aprobase cuanto el embajador acababa de decir (NOTA: Véase a este propósito Coleman: *Mitología inda.*— Verdaderamente se infiere de la conducta y actitudes del niño durante la recepción que en efecto comprendió todo cuanto el embajador dijo. FINAL NOTA). Después le obsequió, así como a los del séquito, con té y dulces servidos en bandeja de oro, y cuando alguna taza quedaba vacía miraba hacia los criados con aire ceñudo sin cesar en esta actitud hasta que los criados las volvían a llenar.

Hace algunos años íbamos unos cuantos viajeros en penosa marcha de Cachemira a Leh, ciudad del Ladâhk, comarca central del Tíbet. Entre nuestros guías iba un samán tártaro, misterioso personaje que hablaba el ruso y algo el inglés, pero que se ingenió de modo que pudo darse a entender de nosotros y sernos de mucha utilidad. Enterado de que algunos viajeros éramos de nacionalidad rusa creyó que podríamos protegerle en todo y por todo y proporcionarle el medio de regresar salvo y sano a su casa de Siberia, de donde según nos dijo había tenido que huir veinte años antes al país de los chagaros (NOTA: A los súbditos rusos no les está permitido cruzar el territorio tártaro ni a los chinos penetrar en las factorías rusas. FINAL NOTA) pasando por Kiachta y el desierto de Gobi. En vista de la confianza que en nosotros puso el samán nos consideramos seguros bajo su guía, pues algunos de nuestros compañeros habían maquinado el temerario plan de entrar en el Tíbet al amparo de diversos disfraces, sin que ninguno de ellos conociese la lengua del país excepto uno a quien llamaré K, ex pastor luterano que sabía algo del idioma kasan tártaro. Muy luego fueron descubiertos a pesar del disfraz. A los hermanos N que también eran de la expedición se les condujo con mucho miramiento a la frontera, y en cuanto a K, cayó en cama con fiebre y hubo de esperar algunos días para volverse a Lahore por Cachemira. Este incidente le dió ocasión de presenciar un suceso que para él equivalió a ver la reencarnación de Buda. Profesaba K con orgullo la filosofía positivista, y como había oído hablar de la prodigiosa reencarnación de Buda a un viejo misionero ruso en quien confiaba mucho más que en el abate Huc, hizo propósito, alimentado va de muchos años, de descubrir la trampa de aquella «jugarrera pagana», como él la llamaba. Pero las cosas no salieron a la medida de su esperanza. A unas cuatro jornadas del miserable villorrio de Islamabad, sin otro atractivo que su magnífico lago, nos detuvimos a descansar por unos cuantos días. Algunos compañeros se desparramaron por los alrededores, quedando todos en reunirnos en el villorrio y allí nos enteró el guía samán de que una numerosa peregrinación de monjes budistas estaban alojados en un templo cováneo de las cercanías, donde habían establecido una *vihara* provisional, y como según noticias iban con ellos los «tres nobles» (NOTA: Antonomasia de las tres personificaciones de la trinidad budista o sean: *Buddha, Dharma y Sangha*, que los tibetanos llaman *Fo, Fa y Sengh*. FINAL NOTA), podían los monjes operar los mayores prodigios. Nuestro compañero K, entusiasmado ante la perspectiva de confundir la secular superchería, se apresuró a visitar a los peregrinos en su *vihara* o campamento, situado en un solitario paraje a cubierto de toda intrusión, y muy luego contrajimos todos amigables relaciones con ellos.

A pesar de las atenciones, cumplidos, finezas y aun regalos (NOTA: A ningún monje budista (*bikshu*) le es lícito aceptar individualmente regalo alguno de sus compatriotas seglares y menos todavía de los extranjeros, por lo que evitan con sumo cuidado todo contacto y aun el roce del hábito con quienes no son de su comunidad. Así es que antes de aceptar las piezas de lana roja y amarilla que ellos llaman *pu-lu* y de la cual se hacen los hábitos, las sometieron a extrañas ceremonias. Las reglas de la orden budista les prohíben mendigar en el sentido que suele darse a esta palabra o sea en el de pedir, sino que ha de esperar el monje a que le den voluntariamente el alimento sin mendigarlo, aunque

muera de hambre, y aun cuando se lo ofrezcan ha de rehusarlo a menos que el donante le diga: «Esto es para que lo coma vuestro maestro». Entonces el monje antes de probar bocado ha de ofrecerlo a su vez al superior y decirle «Maestro, esto me han dado; tomad y comed». También les está prohibido tocar con las manos oro o plata y así cuando les dimos limosna en moneda de plata y cobre (la de cobre es el *anna*, equivalente a cuatro céntimos), el monje que las tomó se envolvió antes la mano en un pañuelo amarillo, y recibéndolas en la palma las echó en el cuenco de limosnas que es generalmente de madera y que ellos llaman *badi* o *sabait*. FINAL NOTA) con que inútilmente procuró K captarse la voluntad de *Pase Budhu*, jefe de la peregrinación y muy santo asceta, no quiso éste efectuar el fenómeno de la «encarnación» hasta que quien estas líneas escribe le enseñó cierto talismán (NOTA: Era este talismán una piedra ágata que los tibetanos llaman *a-yu* y posee ya de por sí, ya por comunicación, misteriosas virtudes. Tiene grabado un triángulo y dentro de él unas cuantas palabras místicas. Los budistas y especialmente los lamas estiman en mucho estas piedras preciosas con las que adornan el trono y el cetro de la imagen de Buda, y el dalailama o sumo pontífice tibetano lleva engarzada una en la sortija del anular de su diestra. Se encuentran estas cornalinas en los montes de Altai y cerca del río Yarkuh. Nuestro talismán era regalo de un *heilung* o jefe religioso de una tribu kalmuca que si bien no comulga en la religión oficial, mantiene buenas relaciones con los demás kalmucas, los chocotos del Tíbet oriental y Kokonor y aun con los budistas de Lha-sa. Sin embargo, las autoridades eclesiásticas no tienen relación alguna con ellos. Se nos han deparado muchas ocasiones de tratar a este interesante pueblo de las estepas astracánicas, pues en nuestra infancia estuvimos en sus *kibithas* y disfrutamos de la pródiga hospitalidad de su difunto jefe el príncipe Tumene y su esposa. En las ceremonias religiosas emplean los kalmucos trompetas, fabricadas con los fémures y húmeros de sus difuntos caudillos y pontífices. FINAL NOTA). Apenas lo vió hizo los preparativos necesarios, y al efecto, una vecina le prestó un niño de tres o cuatro meses. A K le exigieron juramento de que hasta siete años después no divulgaría nada de cuanto viese y oyese.

Antes de que todo estuviera dispuesto, pasaron algunos días sin otro suceso de nota que la aparición de unos rostros espectrales evocados por un monje del cristalino seno del lago, mientras nos hallábamos sentados a sus orillas en la entrada del *vihara*. Uno de aquellos rostros era el de la hermana de K, a quien éste había dejado buena y sana en su casa, pero que, según después se supo, murió antes de llegar nosotros al paraje en que nos hallábamos. De pronto sobrecogióse K a la vista de la aparición, mas luego se apoyó en su escepticismo para explicarse aquel fenómeno diciendo que era efecto de la sombra de las nubes o de las ramas de los árboles, como en casos semejantes suelen replicar los escépticos.

La tarde señalada al efecto colocaron al niño de pecho sobre una alfombra en el centro del vestíbulo del santuario provisional, pues K no podía pasar de allí, y después de despedidos los curiosos colocáronse dos monjes de centinela para impedir la entrada a cuantos no estuviesen invitados.

Sentaronse entonces los monjes en el suelo, de espalda contra las paredes de granito, en disposición que les separaba como unos tres metros del niño colocado en el centro. El jefe de la peregrinación se sentó en el rincón más apartado del aposento, sobre una piel recortada en cuadro que de propósito habían extendido los legos. Tan sólo K se colocó junto al niño, en acecho de sus más leves movimientos. Se nos puso por condición que guardáramos absoluto silencio en paciente espera de los acontecimientos. La luz del sol entraba a raudales por la puerta, y poco a poco fue cayendo el superior en profunda meditación, mientras que los monjes, después de una corta invocación en voz muy queda, callaron súbitamente y clavaron la vista como si fuesen estatuas. El llanto del niño interrumpía aquel angustioso silencio. Al breve rato cesó el niño de moverse y quedóse rígido, sin que ninguno de los circunstantes se hubiese apartado de su asiento. El superior

no miraba al niño, porque tenía los ojos fijos en el suelo, y pálido e inmóvil parecía más bien la bronceada estatua de un talapín en meditación que un ser viviente. Con profunda sorpresa vimos que el niño se sentaba como maniquí movido por ocultos alambres, y después de varias sacudidas se puso en pie.

Cabe presumir la admiración que en todos nosotros causó el espectáculo, y la estupefacción de K al convencerse de que nadie absolutamente había movido pie ni mano del sitio en que estaba ni pronunciado tampoco palabra alguna. Y sin embargo, ¡allí estaba erguido y firme como hombre hecho y derecho aquel niño de pañales!

Copiaremos la restante explicación de los apuntes tomados por K, quien dice:

Después de un par de minutos de vacilación, volvió el niño la cabeza y fijó en mí los ojos con tan viva lumbre de inteligencia, que me estremecí de pavor. Me pellizqué las manos y me mordí los labios hasta casi brotar la sangre, para asegurarme de que no soñaba. Sin embargo, lo sucedido hasta entonces no era más que el prólogo. La prodigiosa criatura, *según imaginé*, dió dos pasos hacia mí, volvió a sentarse y mirándome fijamente repitió palabra por palabra, en lengua que supuse Tíbetana, la frase sacramental de las encarnaciones de Buda: «Yo soy el viejo Lama. Soy su espíritu en nuevo cuerpo».

Se me erizaron entonces los cabellos de espanto, se me heló en las venas la sangre, y ni con amenazas de muerte se me hubiera podido arrancar una palabra. Allí no cabía impostura ni ventriloquismo. Meneaba el niño los labios, y su mirada parecía escudriñar en mi alma con tal expresión en su semblante, que me representaba el del mismo superior, cual si delante lo tuviese y su espíritu se hubiese infundido en aquel infantil cuerpo a cuyos ojos se asomara como a través de un disfraz. Me sentí entonces arrebatado por el vértigo. El niño se me acercó y me tomó la mano, cuya sensación fue para mí la de un ascua de carbón. Incapaz de presenciar la escena por más tiempo, me cubrí el rostro con las manos, y al apartarlas a poco, ya estaba otra vez el niño lloriqueando lastimosamente. El superior había recobrado su estado normal y conversaba tranquilamente con nosotros.

Durante diez días presencié otros fenómenos similares que me convencieron de la verdad de lo que siempre tuve por impostura cuando me lo referían los viajeros. Entre muchas preguntas que el superior consideró impertinentes, hubo una a la que respondió de modo harto significativo. Le pregunté por mediación del samán, qué hubiera sucedido si loco yo de terror y creído de que el niño era el diablo, arremetiera contra él y le matara. A esto me dijo que si la muerte del niño hubiese sido instantánea, también hubiera muerto el superior, pero tan sólo el niño si el golpe no lo matara desde luego.

En el Japón y Siam hay dos categorías de sacerdotes: una pública y relacionada con el pueblo; otra rigurosamente secreta que jamás se presenta en público y cuya existencia sólo conocen unos cuantos naturales del país y ni siquiera sospechan los extranjeros. Los sacerdotes esotéricos celebran sus ceremonias en templos subterráneos, ante escaso número de circunstantes cuya cabeza responde del secreto, y tan sólo en ocasiones de excepcional importancia, como la muerte de algún individuo de la familia real o eclesiásticos de muy elevada dignidad.

Uno de los fenómenos más misteriosos y sorprendentes es la separación del cuerpo astral cuando se incinera el cadáver (NOTA: Esta ceremonia se practica en las más importantes lamaserías o comunidades sacerdotales del Tibet y Mongolia. FINAL NOTA). En Siam, Japón y Tartaria es costumbre modelar con las cenizas del difunto (NOTA: Los kalmucos budistas de las estepas de Astrakán fabrican sus ídolos con las cenizas de sus caudillos y sacerdotes, reservándose, según dijimos, los fémures y húmeros para construir trompetas. Una pariente nuestra tiene en su colección unas figuras en forma de pirámide, modeladas con las cenizas de kalmucos eminentes. Se las regaló el príncipe Tumene en 1836. FINAL NOTA) amasadas en agua, diversos objetos como medallones, figulinas e idolillos cocidos

y dorados al fuego. La lamasería de U-Tai, en la comarca mongol de Chan-Si, sobresale en este linaje de labores, y las gentes ricas envían allí las cenizas de sus difuntos para que con ellas modelen el objeto deseado.

Para separar de las cenizas el cuerpo astral, que sin esta operación permanecería algún tiempo apegado a los restos de su envoltura física, amontona el mago las cenizas del difunto sobre una placa metálica de longitud aproximada a la talla regular del hombre, y con el *talapatnang* (NOTA: Abanico sagrado de forma especial que los pontífices tibetanos usan en vez de palio y que lleva inscripciones místicas. FINAL NOTA) las va aventando suavemente, mientras musita una invocación. Como si las tenues cenizas tuviesen inteligencia y vida, forman en el aire la silueta del difunto, que poco a poco va condensándose en blancuecinos vapores hasta transformarse en su cuerpo astral que por fin desaparece.

Los magos de Cachemira, Tíbet, Mongolia y Tartaria son demasiado famosos para que nos detengamos a enumerar su actuación; pero si los escépticos persisten en decir que no pasan de ser prestidigitadores, invitamos a los más hábiles y expertos de Europa a que les imiten si a tanto llega su destreza.

Los químicos europeos no han logrado todavía descubrir el secreto del embalsamamiento egipcio, y mucha mayor sería su confusión al ver, como nosotros hemos visto, cadáveres conservados por medio de procedimientos alquímicos, con tan maravilloso arte, que por la naturalidad de sus carnes, la lisura de su piel y el vidrioso brillo de sus ojos, parecía después de muchos siglos como si en aquel momento acabaran de morir. En las tumbas de reyes, príncipes y magnates está colocado el cadáver sobre suntuosos túmulos con adornos dorados y algunas veces de oro, y alrededor se ven las alhajas, armas y adminículos de uso personal del difunto, custodiadas por la servidumbre de ambos sexos cuyos cadáveres están embalsamados tan cuidadosamente como el de su dueño, de manera que parecen dispuestos a servirle en cuanto los llame.

En el convento del Gran Kuren y en otro sito de la montaña sagrada de Bohté-Ula, hay, según se dice, algunas de estas sepulturas que respetaron siempre los invasores del país. El abate Huc tuvo referencias de estas sepulturas aunque no logró verlas, pues no se le consiente a ningún extranjero que no vaya provisto del correspondiente salvoconducto. Lo que dice el abate Huc de que las tumbas de los soberanos de Tartaria están rodeadas de cadáveres de niños envenenados con mercurio, a fin de conservarlos incorruptibles, es una de tantas patrañas forjadas por los misioneros para embaucar al vulgo que cree cuanto le refieren.

Los budistas no han inmolado jamás seres vivos, ni hombres ni animales, pues tales sacrificios son del todo contrarios a los principios de su religión. Cuando un rico deseaba que a su muerte le enterrasen en compañía de alguien, enviaba la familia emisarios por todo el país en unión de los lamas embalsamadores, por ver si había muerto de muerte natural algún niño, cuyo cadáver entregaban a dicho objeto los padres, que se consideraban dichosos de conservar el cuerpo de sus hijos de tan poética manera, en vez de entregarlo a la podredumbre y exponerlo a la voracidad de las hienas.

Al regresar del Tíbet el abate Huc, le refirió en París a un caballero ruso llamado Arsenieff varios sucesos maravillosos que no fueron del dominio público, entre los cuales se cita el siguiente, que presencié durante su estancia en la lamasería de Kunbum. Conversaba Huc cierto día con un lama, cuando de pronto cesó éste de hablar y quedó en actitud de escuchar algo que Huc no acertaba a oír. A poco, el lama exclamó como si respondiese a un invisible interlocutor: «En ese caso debo ir».

—¿Ir a dónde? ¿Con quién habláis? —preguntó asombrado el abate Huc.

—A la lamasería de *** —repuso el lama—. El shaberon me necesita y me ha llamado.

La lamasería de *** está a muchas jornadas de la de Kunbum donde ocurría el suceso; pero lo que más pasmó al abate Huc fue que en vez de tomar el lama el camino de la lamasería, se dirigió a una especie de cúpula situada en la azotea del edificio conventual, donde después de breves palabras con otro lama le encerró éste en ella bajo llave. El que había encerrado al amigo de Huc volvió entonces hacia el abate que había seguido atentamente toda aquella operación, y sonriente le participó que ya había partido su huésped. A lo que respondió el abate:

–¿Pero cómo es posible, si lo habéis encerrado aquí dentro y no hay salida alguna?

–¿Y qué obstáculo es para él una puerta? El ha partido, y cómo no necesita su cuerpo en el viaje, lo dejó a mi cuidado.

A pesar de los muchos prodigios de que en su arriesgado viaje había sido testigo, el abate Huc receló de que ambos lamas le hubiesen engañado. Al cabo de tres días, como no viera por allí a su habitual amigo, preguntó por él y le respondieron que regresaría aquella misma tarde. A la puesta de sol, en el momento en que los lamas iban a recogerse, oyó Huc la voz de su amigo que parecía como si desde las nubes llamase al otro lama para que le abriese la puerta de la cúpula, tras cuya celosía se dibujaba, en efecto, la silueta del hasta entonces ausente. Apenas le franquearon la salida de la cúpula fue a ver al lama guardián de Kunbum y le enteró de ciertos mensajes y comunicaciones recibidas en el lugar adonde había ido. Nada más pudo saber Huc acerca de aquel viaje aéreo; pero sospechó que fue una «farsa» premeditada con el propósito realizado de allí a poco de confinarles a él y a su compañero de misión, el P. Gabet, en Chogar-tan, lugar aledaño de la lamasería de Kunbum. Las sospechas del audaz misionero pudieron tener fundamento en su imprudente indiscreción.

Si el abate Huc hubiese conocido la filosofía oriental, no le sorprendiera, de seguro, el viaje del lama en cuerpo astral a la lejana lamasería ni la para él inaudible plática que tuvo con el shaberon. Recordaremos a este propósito los recientes experimentos efectuados en América con el teléfono, que permite transmitir a muy lejanas distancias la voz humana y los sonidos musicales por medio de un alambre. Asimismo conviene no olvidar que, según los filósofos herméticos, cuando una llama desaparece de la vista, no por ello se extingue totalmente, sino que pasa del mundo visible al invisible, y puede, por lo tanto, percibir la vista interna adecuada a las cosas de este otro y más real universo. La misma ley rige en el sonido; pero así como el oído corporal percibe tan sólo las vibraciones acústicas a través del aire hasta cierto grado de intensidad, según la mayor o menor agudeza de este sentido en el individuo, el adepto puede percibir las vibraciones sutilísimas del ambiente astral sin necesidad de alambres, solenoides ni tornavoces, pues le basta el poder de su voluntad. El oído espiritual salva todo obstáculo de tiempo y espacio, de suerte que un adepto puede conversar con otro de los antípodas, tan fácilmente como si ambos estuvieran en el mismo aposento.

Confirmarían nuestra aseveración numerosos testigos que oyeron el son de instrumentos músicos y de la voz humana a millares de millas de distancia del lugar en donde nos hallábamos, sin sospechar que el adepto les había comunicado por breves momentos la auditiva percepción espiritual de que él goza constantemente.

Si los científicos examinaran en vez de ridiculizar el principio de filosofía oculta que proclama la unidad de las fuerzas naturales, darían pasos de gigante en el camino de la verdad, por el cual hoy tan lentamente adelantan. Los recientes experimentos de Tyndall (NOTA: Efectuados en Dover (South Foreland) en 1875. FINAL NOTA) desbarataron cuantas hipótesis se habían establecido hasta ahora para explicar la propagación del sonido, y los llevados a cabo con las llamas mágicas (NOTA: Tyndall: Conferencias sobre el sonido. FINAL NOTA) le condujeron hasta los umbrales de la ciencia oculta. Otro paso adelante le hubiese revelado cómo pueden los adeptos comunicarse verbalmente desde lejanísimas distancias. Pero *nadie dará* por ahora este paso.

Dice Tyndall acerca de sus experimentos con las llamas mágicas:

Cuando se golpea un yunque colocado a cierta distancia, disminuye la longitud de la llama unas siete pulgadas, por ligero que sea el golpe. Al sacudir un manojo de llaves, la llama se agita violentamente con fuerte ruido. Si se deja caer una moneda de plata sobre otra, disminuye la llama. El crujido del calzado la conmueve bruscamente, y el mismo efecto causan el roce de un vestido de seda y el ruido del papel al arrugarlo o rasgarlo. El tiquiteo de un reloj de pared muy cercano, la disminuye hasta apagarla con ligera explosión, y cuando se da cuerda a uno de bolsillo, la mueve tumultuosamente. Algunos de estos fenómenos pueden producirse desde unos treinta metros de distancia. Si se lee en voz alta cerca de la llama, se agita más o menos bruscamente en correspondencia con la entonación y modulaciones de la voz, según me sucedió al leer un trozo de la *Faërie Queene*.

Tales son las maravillas de la moderna física, para cuya experimentación se necesitan silbatos, trompetas, campanas y discos con los gases a propósito para la producción de los sonidos. En cambio, los adeptos, libres de toda esta impedimenta, obtienen los mismos resultados fenoménicos, aunque le parezca imposible a la ciencia profana. Por lo que toca a nuestra personal experiencia, diremos que en cierta ocasión de excepcional importancia, hubo necesidad de consultar un oráculo, y al efecto vimos cómo un monje mendicante obtuvo la respuesta por medio del movimiento de una llama sin aparato alguno. Encendió el monje una hoguera con ramas del árbol llamado beal y echó en el fuego unas cuantas hierbas sacrificiales. Quedóse el mendicante absorto en profunda meditación junto a la hoguera y al fin empezó el interrogatorio. En los intervalos de pregunta a pregunta ardía con dificultad la hoguera como si fuese a apagarse; pero al explicar la pregunta se empinaban, retorcían y lengüeteaban las llamas en alternada dirección de los cuatro puntos cardinales (NOTA: Los movimientos de las llamas responden a un código de señales muy conocido de los adeptos. FINAL NOTA). De cuando en cuando, una llama se inclinaba hacia el suelo hasta lamer el césped por todos lados y desaparecía súbitamente. Terminado el interrogatorio emprendió el mendicante la marcha de regreso a la selva en donde moraba y fue entonando por el camino un monótono y quejumbroso canto a cuyo ritmo respondían las llamas con maravillosas modulaciones de su rumor (NOTA: No eran simples movimientos como en el caso referido por Tyndall. FINAL NOTA) que duraron hasta perderse de vista el mendicante. Entonces se apagó de repente la hoguera dejando una capa de cenizas ante la admirada vista de los circunstantes (NOTA: Repetidas veces habíamos considerado nosotros por imposible este fenómeno hasta que nos rendimos a la evidencia. FINAL NOTA).

En los países budistas ofrece la religión dos distintos caracteres: el exotérico o popular y el esotérico o filosófico. Este último se encierra en la escuela de los sùtrantikas (NOTA: De sùtra, precepto, y antika, encerrado. FINAL NOTA), ateniéndose rigurosamente al espíritu de las directas enseñanzas de Gautama, que demuestran la necesidad de la percepción intuitiva con todas sus consecuencias. Los sùtrantikas no divulgan el resultado de sus investigaciones ni permiten su divulgación.

Cuando moribundo cabe el árbol *sâl* se disponía a entrar en el nirvana, exclamó Gautama:

Todo lo compuesto es perecedero. El Espíritu es la única substancia simple y primordial, y cada uno de sus rayos es inmortal, eterno e imperecedero. Guardaos de las ilusiones de la materia.

El rey Asôka difundió el budismo por toda Asia y más allá todavía de sus confines. Era nieto del taumaturgo monarca Chandragupta que había reconquistado el Punjâb a los

macedonios (NOTA: Es dudoso que los macedonios llegaran al Punjâb. FINAL NOTA), reuniendo la India entera bajo su cetro y recibió a Megathenes en su corte de Pataliputra.

Fué Asôka el más ilustre monarca de la dinastía de Maûrya, y de libertino y ateo se convirtió a la virtud y la piedad tan hondamente que mereció el dictado de *pryâdasi* (amado de los dioses). Ningún otro soberano le aventajó en pureza de intenciones y su recuerdo perdura en el corazón de los budistas, perpetuado en los edictos que en diversos dialectos quedaron esculpidos en las columnas y rocas de Allahabad, Delhi, Gujerat, Peshawur, Orissa y otros lugares (NOTA: Es notoriamente injusta la comparación que del rey Asôka con el emperador Constantino establecen algunos orientalistas, pues no hay entre ambos otra semejanza que la instauración de una religión oficial en sus dominios. FINAL NOTA).

Cuando los estaviras del tercer concilio budista enviaron misioneros a Cachemira y convirtieron a los adoradores de las serpientes, se propagó el budismo con la rapidez del fuego. Los sátrapas, que desde la muerte de Alejandro Magno se repartían el territorio índico, aceptaron la nueva religión, que se extendió igualmente por Gândhara y Cabul (NOTA: El budismo de Nepal ha conservado más pura la doctrina primitiva, y de él deriva el lamaísmo o budismo de Tartaria, Mongolia y Tíbet, que, por lo tanto, es la modalidad adulterada del budismo si prescindimos de su ritual en que propiamente consiste el lamaísmo. FINAL NOTA).

Los *upâsakas* y, *upâsakis* son hombres y mujeres seculares adscritos a la vida conventual, pero sin dejar el mundo, con voto de observar las reglas monásticas y estudiar los *meipos* o fenómenos psíquicos. Quienes incurren en los «cinco pecados» quedan excluidos de la congregación. Entre las reglas citadas, conviene citar como más importantes:

- 1.^a *No maldecir a nadie*, porque la maldición recae sobre el que la echa y sus parientes, también envueltos en la misma atmósfera.
- 2.^a Amar al prójimo, aunque sea nuestro más encarnizado enemigo.
- 3.^a Abstenerse de llevar armas defensivas, y sacrificar la existencia no sólo en beneficio del prójimo, sino aun de los mismos animales cuando sea necesario.
- 4.^a Vencerse a sí mismo, en que consiste la mayor victoria.
- 5.^a Evitar todo vicio.
- 6.^a Practicar todas las virtudes y especialmente la humildad y la clemencia.
- 7.^a Obedecer a los superiores; amar y respetar a los padres, a los ancianos y a los varones doctos y virtuosos.
- 8.^a Proveer de alimento y abrigo a los hombres y animales menesterosos.
- 9.^a Plantar árboles en las márgenes de los caminos y abrir pozos para comodidad de los caminantes.

Tales son las reglas a que están sujetos los monjes y monjas budistas.

Cuenta esta religión con numerosos santos, famosos por la austeridad de su vida y lo admirable de sus milagros. Tissu, consejero espiritual del emperador, que consagró al kan Kublai, tuvo general renombre por la santidad de su conducta y las maravillas que obró; pero no se detuvo aquí su labor, sino que depuró la religión budista, y de él se dice que por su consejo expulsó el kan Kublai de una sola comarca de la Mongolia meridional a quinientos mil monjes impostores que so capa de religión se entregaban a la ociosidad viciosa. Más tarde, en el siglo XIV, tuvieron los lamaístas su gran reformador y también taumaturgo, el shaberon Son-Ka-po, nacido, según tradición, de la virgen Koko-nor. Uno de sus prodigios fue que el árbol del Kuribuin o de las diez mil imágenes, marchito desde hacía algunos siglos por la decadencia de la fe, rebrotó con más vigor y lozanía que nunca de los cabellos de este avatar de Buda. La misma tradición dice que Son-Ka-po ascendió a

los cielos el año 1419. Contrariamente a la opinión del vulgo, pocos de los santos budistas son avatares (NOTA: Llamados en el Tibet *khubilhanes* o *shaberones*. FINAL NOTA).

En muchas lamaserías hay escuelas de magia y la más famosa es la del monasterio de Shutukt, vasto como mediana ciudad, pues a él están adscritos más de treinta mil monjes y monjas. Algunas de estas últimas poseen notables virtudes taumatórgicas, y de tiempo en tiempo van en peregrinación de Lha-sa a Candi, la Roma del budismo, que atesora muchos santuarios y reliquias de Gautama.

Para evitar el encuentro con musulmanes y gentes de otras creencias, viajan de noche completamente inermes y sin temor de los animales salvajes que no las han de acometer. Durante el día se refugian en cuevas y viharas que sus correligionarios les preparan al efecto en parajes convenientes (NOTA: A pesar de que el budismo se ha refugiado en Ceilán y apenas existe públicamente en la india británica, hay numerosas sociedades secretas y viharas de esta religión, y los jainos favorecen indistintamente a los budistas y lamaístas. FINAL NOTA).

Uno de los más interesantes fenómenos que nos llevó a presenciar nuestro anhelo de investigación, lo realizó un peregrino budista hace ya algunos años, cuando esta clase de manifestaciones eran una novedad para nosotros. Un amigo budista natural de Cachemira, de padres katchis pero convertido al lamaísmo y de místico temperamento, que reside ordinariamente en Lha-sa, nos invitó a visitar a los peregrinos, entre los cuales había una monja alta, demacrada y ya metida en años, que al ver en nuestras manos un ramo de hermosas y fragantes flores, preguntó:

—¿Por qué lleva ese manojito de flores muertas?

—¿Muertas? ¡Pues si acabo de cortarlas de la planta!

—Y sin embargo, están muertas. Nacer en este mundo es morir. Ahora veréis cómo son estas flores en el mundo de la perpetua luz, en los jardines de nuestro bendito Foh.

Sin moverse del sitio donde en el suelo estaba sentada, tomó la monja una flor del ramillete, se la puso en la falda y arrojó sobre ella grandes puñados de una materia invisible extraída al parecer de la atmósfera circundante. Muy luego apareció una tenue neblina que poco a poco fue tomando forma y color hasta que se detuvo en el aire y vimos la exacta imagen de la flor con todos sus pétalos y matices, pero mil veces más hermosos y de más delicada belleza, de la propia suerte que el glorificado espíritu humano aventaja incomparablemente a su envoltura física. Flor tras flor fue reproduciendo la monja todo el ramo hasta la más insignificante brizna, con la particularidad de que aparecían y desaparecían alternativamente a impulsos de nuestro pensamiento. En cierta ocasión sosteníamos con el brazo extendido una rosa plenamente abierta, y a los pocos minutos aparecieron brazo, mano y flor perfectamente reproducidos en el aire a unos dos metros de nuestro asiento; pero mientras que el aspecto de la flor era etéreo y de tan indescriptible hermosura como el de las demás flores astralmente reproducidas, el brazo y la mano aparecían cual reflejados en un espejo, de suerte que hasta se veía en el antebrazo una gran mancha producida por la tierra húmeda de una de las raíces de la flor. Más tarde supimos la razón de este fenómeno.

Hace medio siglo declaró acertadamente el doctor Broussais que si el magnetismo fuese verdad sería un absurdo la medicina. El magnetismo es verdad, y en cuanto a que sea absurdo la medicina, no contradeciremos al médico francés. Según hemos demostrado, el magnetismo es el alfabeto de la magia, pues no cabe comprender las operaciones mágicas sin la previa comprensión de las atracciones y repulsiones magnéticas en la Naturaleza.

Muchas de las llamadas supersticiones populares son en el fondo el instintivo conocimiento de esta ley, porque por secular experiencia sabe el vulgo que ciertos fenómenos ocurren bajo determinadas condiciones, y que se repiten invariablemente

siempre que se establecen dichas condiciones; pero como el vulgo desconoce el fundamento reflexivo de la ley, atribuye el fenómeno a causas sobrenaturales.

Ejemplo de estas supersticiones tenemos en la subsistente en la India, Rusia y otros países que consiste en la instintiva repugnancia de cruzar por la sombra que proyecta un hombre y más todavía si es pelirrojo, así como la aversión de los indos a estrechar la mano de quien no sea de su raza. Hay en esto explicación racional y no son ridículas quimeras, pues toda persona tiene su correspondiente aura o efluvio magnético, que no obstante la perfecta salud física del sujeto puede influir morbosamente en quienes reciban sus emanaciones. Según el doctor Esdaile y otros hipnotizadores, las gentes de raza oriental y particularmente los indos son más sensitivos que los de raza blanca.

Los experimentos del barón de Reichenbach, si no bastaran los del mundo entero, han demostrado que son mucho más intensos los efluvios magnéticos que irradian de las extremidades torácicas y abdominales del cuerpo humano, y así lo corroboran las manipulaciones terapéuticas. Por consiguiente, los apretones de manos son verdaderos contactos magnéticos que pueden transmitir condiciones morbosas o antipáticas, por lo que obran cuerdamente los indos en mantenerse fieles a este precepto de Manú.

Por lo que atañe a la sombra de los pelirrojos, hemos observado en todos los países la misma prevención contra los hombres de este pigmento, según corroboran los refranes corrientes sobre el particular en Rusia, Persia, India, Francia, Turquía y Alemania (NOTA: También hay en Cataluña un refrán que con perdón de los aludidos dice así: *home roig y gos pelut, primer mort que conegut*. La traducción al castellano es: *hombre rojo y perro peludo, antes muerto que conocido*.— *El Traductor*. FINAL NOTA), que achacan a los pelirrojos el ser traicioneros y solapados. Ahora bien; cuando un hombre está iluminado por la luz del sol, proyecta las emanaciones magnéticas en la misma dirección de su sombra (NOTA: Aquí se ve el fundamento racional de las frases populares: *la buena sombra y la mala sombra con referencia a la suerte o desgracia que allegan determinados individuos*.— *El Traductor*. FINAL NOTA) por efecto del magnetismo solar, que al avivar la vitalidad del individuo acrecienta su energía electro-magnética. De aquí que aquel a quien un hombre le sea antipático, hará bien en no cruzar por la sombra de este hombre.

Si los médicos se desinfectan las manos después de tocar a un enfermo y no por ello los inculpamos de supersticiosos, ¿por qué llevar esta inculpación contra los indos? Los microbios morbosos son invisibles y, sin embargo, de efectiva realidad en su acción, como han demostrado los bacteriólogos; pero también los experimentadores orientales demostraron hace miles de años que los gérmenes de una epidemia moral pueden propagarse por comarcas enteras y que el magnetismo siniestro es contagioso.

Otra creencia vulgar en la región rusa de Georgia y en varias de la India es que cuando no reaparece el cadáver de un ahogado, se puede encontrarlo con sólo echar al agua una prenda de ropa de uso del difunto, pues irá flotando en el agua hasta detenerse en el punto perpendicular al en que está hundido el cadáver, que la atraerá hacia el fondo.

Hemos presenciado este fenómeno en un caso en que sirvió de prenda el cordón sagrado de un brahmán, que fue trazando curvas sobre el agua como si buscara algo, hasta que, lanzándose repentinamente en línea recta en un trayecto de cincuenta metros, se hundió en el sitio de donde más tarde los buzos extrajeron el cadáver.

También subsiste en los Estados Unidos de América la misma creencia. Un periódico de Pittsburgo relataba no hace mucho tiempo el hallazgo del cadáver de un niño llamado Reed, que se ahogó en el río Monongahela. Fracasadas cuantas tentativas se hicieron para encontrar el cadáver, se recurrió a echar al agua una camisa del difunto, que después de flotar durante algún tiempo se hundió en determinado paraje, de donde se extrajo el cadáver. Por absurda que parezca esta creencia, es muy común entre las gentes de aquel país.

Se explica este fenómeno por la poderosa atracción que el cuerpo humano ejerce en los objetos que por largo tiempo estuvieron en contacto con él, y así sólo sirven para el caso las prendas muy usadas y de ningún modo las nuevas.

Desde tiempo inmemorial, las doncellas rusas siguen la costumbre de echar al río el día de la Trinidad guirnalda de hojas tejidas por sus manos para adivinar su destino. Si la guirnalda se hunde, es señal de que la muchacha morirá soltera aquel mismo año; si la guirnalda flota, se casará la muchacha dentro de un período de tiempo cuya duración corresponde al número de versículos que pueda ella recitar durante el experimento. Por nuestra parte afirmamos que hemos comprobado personalmente la verdad de algunos de estos casos, especialmente de dos en que las protagonistas fueron dos amigas cuya guirnalda se hundió y murieron antes del año. Si el experimento se hiciera cualquier otro día que no fuese el de la Trinidad daría el mismo resultado, pues el hundimiento de la guirnalda debe atribuirse a estar impregnada del magnetismo morboso de algún órgano aquejado de mortal dolencia, por lo que el fondo del río atrae la guirnalda. En cuanto a las demás circunstancias del fenómeno dejaremos su explicación a los amigos de las coincidencias.

También se tachan de supersticiones, no obstante su fundamento científico, los fenómenos operados por los fakires, a quienes los escépticos confunden con los prestidigitadores e ilusionistas, cuando precisamente nada tienen que ver los fenómenos (*kimiya*) del fakir con las habilidades (*batte-bâzi*) del prestidigitador ni mucho menos con la necromancia del hechicero (*jâdûgar* o *sâhir*), tan temido y odiado en la India. Entre las operaciones de unos y otros no sabe distinguir el europeo escéptico; pero el atento observador y la generalidad de los indos, sin distinción de castas, descubren la sutilísima y honda diferencia que separa la índole de los fenómenos. La bruja (*kangâlin*) que se prevale de sus facultades hipnóticas (*abhi-châr*) para causar daño, está expuesta a que cualquiera la mate, pues para todo indo es lícito matar a una bruja. El prestidigitador (*bukka-baz*) se limita a divertir al público, y los encantadores de serpientes que las llevan en su *bâ-inî* no alcanzan a más allá de fascinar a estos venenosos reptiles, sin potestad de influir en los seres humanos mediante hechizos mágicos y las operaciones llamadas *mantar phûnknâ* por los naturales. En cambio, el yogui y el sannyâsi deben sus maravillosas facultades a la educación mental y física, y los indos veneran a algunos de ellos como semidioses.

Rarísimos europeos pueden juzgar de la naturaleza de estas facultades, pues sólo tiene ocasión de presenciar sus operaciones mágicas quien cuenta con la benevolencia de algún brahmán o en casos de especiales y fortuitas circunstancias. Es tan insólito para un europeo ver a un fakir auténtico, como a una de las doncellas llamadas *nautch*, de quienes hablan todos los viajeros aunque poquísimos verazmente, pues están adscritas al servicio interior de las pagodas. Así es que no deben los europeos considerar como fakires a los desastrados y asquerosos sujetos que se pasan meses y aun años en una misma actitud a las puertas de las pagodas o en las plazas públicas y se torturan horriblemente por el procedimiento del *ûraddwa bahu*.

Muy extraño es que no obstante la infinidad de viajeros que han recorrido la India y comarcas colindantes y a pesar de que allí residen millones de europeos, no se tenga todavía noción exacta de la índole de aquel país. Tal vez alguno de nuestros lectores suponga que ya se sabe cuanto puede saberse de la India y dude de cuanto hemos dicho o acaso lo contradiga abiertamente, como nos sucedió en cierta ocasión. Los ingleses residentes en la India, según decía un oficial del ejército, creen de mal tono y de peor gusto ocuparse en cosas referentes a los indos y demostrar deseo de conocer cuanto de maravilloso y extraordinario se les atribuye; pero bien hubieran podido los viajeros suplir esta desatención de los residentes y explorar más detenidamente tan interesante país.

Hace cosa de medio siglo iban de caza dos intrépidos oficiales ingleses por las montañas Azules o de Neilgherry, en la India meridional, cuando al internarse en los

bosques descubrieron unas gentes de raza distinta por su tipo e idioma de las otras del país. Muchas conjeturas más o menos descabelladas se hicieron acerca del origen y naturaleza de estas gentes, y los misioneros, que siempre están dispuestos a relacionarlo todo con la *Biblia*, llegaron a suponer que fuesen los descendientes de una de las dispersas tribus de Israel, fundándose para ello en el deleznable indicio de que tenían la tez blanca y los rasgos fisonómicos característicos del pueblo judío. Sin embargo, hay en esto error evidente, pues ese pueblo llamado de los *todas* no denota, ni la más remota semejanza de complexión, costumbres, idioma y rasgos étnicos con el tipo judío (NOTA: Un amigo nuestro que tuvo ocasión de observar este extraño pueblo de la India, asegura que todos sus individuos se parecen muchísimo entre sí, y hombres hay tan hermosos y bien formados que igualan en belleza y majestad varonil a las representaciones escultóricas de Júpiter olímpico. FINAL NOTA).

No obstante el tiempo transcurrido y del aumento de población en aquellas montañas, cuyas faldas son hoy asiento de nuevas ciudades, nada se ha adelantado en el conocimiento de este pueblo singular acerca del cual se han derramado las más absurdas voces, sobre todo por lo que se refiere al número de sus individuos y a la poliandria que se les achaca y por cuya costumbre van extinguiéndose rápidamente, de modo que tan sólo quedan ya unos cuantos centenares de familias *todas*. Sin embargo, por nuestro personal testimonio podemos afirmar categóricamente que los *todas* no practican la poliandria ni su número es tan escaso como se supone, aunque nadie ha visto jamás a los niños de los *todas* sino en todo caso a los niños de los *badagas* que suelen llevar en su compañía, a pesar de ser estos *badagas* una tribu inda enteramente distinta, pero que siente profunda veneración hacia los *todas*, a quienes proporcionan alimento, vestido y tributan adoración casi divina. Son los *todas* de estatura gigánte, de tez blanca como los europeos, barba y cabello muy largos y poblados, sin que jamás les haya tocado filo de tijera o navaja.

Del relato de varios viajeros y de las obras de algunos orientistas entresacamos los siguientes informes acerca de este extraño pueblo:

Son los *todas* de aspecto hermoso como el de una estatua de Fidias o Praxiteles, y pasan el tiempo en la ociosidad y la indolencia. Jamás hacen uso del agua ni cuidan del aseo corporal. Su vestido se contrae a una amplia túnica de lana negra con cenefa de color en los bajos. No gustan de adornos ni joyas a que tan aficionado se muestra el indo. Su única bebida es la leche, y aunque apacientan rebaños no comen la carne de las reses ni hacen trabajar a las bestias de carga ni se ejercitan en la industria ni en el comercio. Desdeñan las armas, pues ni siquiera llevan bastón y no saben leer ni quieren salir de su analfabetismo. Son los *todas* desesperación de misioneros, y según parece no profesan otra religión que el culto de sí mismos como señores de la creación (NOTA: Véanse *Esbozos indos y la Nueva Enciclopedia de Appleton*. También se sintetizan en este pasaje las opiniones comunes entre los habitantes de Utacamuna y otros lugares urbanos esparcidos por las montañas de Neilgherry. FINAL NOTA).

Sin embargo, hemos de rectificar parte de estos informes en vista de los que respecto del particular nos dijo un santo guru, brahmán merecedor de nuestro más profundo respeto. De ello resulta que nadie ha podido ver jamás juntos a más de cinco o seis *todas*, pues rehuyen el trato de los extranjeros y no les permiten entrar en sus largas y achatadas cabañas con sólo una puerta de acceso sin ventanas ni chimenea. No se ha podido ver ningún viejo entre los *todas* ni que enterraran a muerto alguno. En los recrudescimientos de la endemia colérica quedan indemnes, al paso que mueren miles de los demás indígenas atacados de la terrible enfermedad.

Tampoco han de temer nada los *todas* ni sus ganados de los animales feroces o venenosos, a pesar de que, según ya dijimos, no van ni siquiera armados de un mal palo. No se conoce el matrimonio entre los *todas*, y si parece escaso su número es porque nadie ha tenido ocasión de computarlo. Tan pronto como el alud de la civilización quebrantó su

soledad, tal vez a causa de la indiferencia en que vivían, emigraron a parajes más recatados aún que las montañas Neilgherry. No descienden los todas de la propia estirpe de su raza, sino que son hijos de una escogidísima secta y destinados desde su primera infancia a fines puramente religiosos. Así es que el nombre de todas designa a los que por su complexión y otras características quedan consagrados desde su nacimiento a este especial destino religioso. Cada tres años se reúnen los todas en determinado paraje por cierto período de tiempo, y la suciedad de su cuerpo es como un disfraz a propósito para desorientar a quienes puedan verlos (NOTA: Lo mismo hace el sannyâsi en cumplimiento del voto de pobreza. FINAL NOTA). Dedican a fines sagrados la mayor parte de sus rebaños y ningún profano ha entrado jamás en los templos donde efectúan sus ceremonias, pero se sabe que igualan en magnificencia a las más renombradas pagodas. No es, por lo tanto, extraño que por su nacimiento y misteriosos poderes veneren los badagas a los todas como semidioses y les proporcionen cuanto necesitan para la vida.

Tenga el lector la completa seguridad de que cualquier informe distinto de los precedentes se aparta de la verdad. Los misioneros no lograrán atraerse a ningún toda ni habrá badaga capaz de traicionar, ni aunque le despedacen, a quienes tan sinceramente sirven. Son los todas una comunidad que cumple una altísima misión bajo inviolable secreto.

Pero, además de los todas, hay en la India otras tribus igualmente misteriosas, y si bien hemos aludido a algunas en el curso de esta obra, quedan otras en silencio y sigilo.

Muy poco sabe hasta ahora el común de las gentes acerca del samanismo, y aun inexactamente, como ocurre en todo lo relativo a las religiones no cristianas. Generalmente se cree que el samanismo es el culto pagano dominante en Mongolia, cuando precisamente es una de las más antiguas modalidades religiosas de la India. Se funda el samanismo en la creencia de que después de la muerte persiste la individualidad del hombre, aunque se haya desprendido del cuerpo físico, y que sigue viviendo en naturaleza espiritual. Es el samanismo una derivación de la primitiva teurgia que entrefunde el mundo invisible con el visible. Cuando un mortal desea comunicarse con sus invisibles hermanos, le es preciso, según la doctrina samánica, elevarse hasta el plano en que residen, de modo que de ellos reciba energía espiritual, en tanto que, por su parte, les da él a ellos energía física, a fin de que puedan manifestarse espectralmente. Este temporáneo intercambio de condiciones es una operación teúrgica; pero quienes no la comprenden acusan a los samanes de hechicería y de evocar los espíritus de los muertos en ayuda de sus artes necrománticas.

Sin embargo, el verdadero samanismo floreció en la India tres siglos antes de J.C., en la época de Megathenes, y no cabe juzgar de él por las degeneradas derivaciones que actualmente practican los samanes de Siberia, así como tampoco es posible juzgar del budismo por las supersticiones fetichistas de los siameses y birmanos. Hoy día el samanismo o comunicación teúrgica con los espíritus desencarnados se profesa en las principales lamaserías de Mongolia y Tíbet, pues el budismo lamaico ha conservado cuidadosamente los primitivos conocimientos mágicos y opera en los tiempos presentes tan maravillosos fenómenos como en la época del kan Kublai y sus magnates. Lo mismo que hace trece siglos, la mística fórmula: *Aum mani padmé hum* (NOTA: *Aum* (designación sánscrita de la Trinidad), *mani* (joya sagrada), *padmé* (loto), *hum* (así sea). Las seis sílabas componentes de las cuatro palabras de la fórmula corresponden a las seis principales fuerzas de la naturaleza que emanan de la séptima fuerza, la Sabiduría divina (*Buddha*) o sea el alfa y el omega de todo ser. FINAL NOTA) del rey Srong-ch-Tsans-Gampo tiene virtudes mágicas. Avalokitesvara, el principal de los tres bodisatvas y santo patrón del Tíbet, se aparece espectralmente a los fieles en la lamasería de Dga-G'Dan, por él fundada, y la luminosa sombra de Son-Ka-pa, en figura de ígnea nubecilla desprendida de los rayos solares, conversa con los miles de lamas de aquella comunidad y su voz

resuena como el susurro de la brisa al orear los árboles, hasta que la hermosa aparición se desvanece entre los del parque de la lamasería.

Dícese que en el *Garma-Khian* o lamasería metropolitana, los lamas adeptos provocan la aparición de los espíritus malignos y regresivos para forzarles a dar cuenta de sus fechorías y reparar el daño inferido a las gentes. A esto le llamó ingenuamente el abate Huc «la personificación de los demonios». Si los escépticos europeos pudieran leer los dietarios de la lamasería de Moru (NOTA: *Moru* significa *puro*, y es el título de una de las más renombradas lamaserías de Lha-sa, sita en el centro de la ciudad. Esta lamasería es residencia invernal del shaberon o dalailama, así como la vernal es Foht-lla. En la lamasería de Moru está el mayor establecimiento tipográfico del país. FINAL NOTA) en la ciudad espiritual de Lha-sa, donde se anotan los resultados de las comunicaciones de los lamas con las entidades del mundo invisible, no desdeñarían en estudiar los fenómenos que tan ponderativamente describen los periódicos espiritistas.

En la lamasería de Foht-lla, residencia veraniega del dalailama, una de las más importantes de las miles del país, se ve flotar en los aires el cetro del prior del monasterio, cuyos movimientos regulan los actos de la vida conventual. Cuando el prior llama a un monje para que dé cuenta de su conducta, sabe de antemano el llamado que le sería inútil mentir, pues el cetro regulador de la justicia oscilará en uno u otro sentido para corroborar o desmentir las declaraciones del monje (NOTA: Aunque no nos envanecemos de haber presenciado personalmente todo cuanto referimos, podemos afirmar, sin embargo, la autenticidad de los fenómenos que no vimos con nuestros propios ojos. FINAL NOTA).

En el monasterio de Sikkini hay algunos lamas taumaturgos. El difunto patriarca de Mongolia, Gegen Chutuktu, que residía en el paradisíaco lugar de Urga, fue la decimosexta encarnación de Gautama, y por lo tanto, tuvo categoría de bodisatva y facultades taumatúrgicas verdaderamente admirables, aun entre los taumaturgos de aquella tierra de las maravillas por excelencia.

Pero no vaya a creerse que estas facultades taumatúrgicas puedan educirse sin esfuerzo. Las vidas de estos ejemplarísimos varones son ya de por sí un milagro, por más que la ignorancia los califique de vagabundos, holgazanes, mendigos e impostores. Decimos que su vida es ya de por sí un milagro, porque nos demuestra cumplidamente a cuánto alcanzan la pureza de conducta y rectitud de intenciones acompañadas del más riguroso ascetismo sin detrimento de la salud del cuerpo, cuya vida se prolonga hasta muy proveya edad. Ni por asomo imaginaron jamás los eremitas cristianos los refinamientos disciplinarios con que los fakires indoístas y los monjes budistas fortalecen su voluntad, hasta el punto de que la aérea austeridad de Simeón el Estilita resulta en comparación juego de chiquillos.

Pero no es lo mismo el estudio teórico que el ejercicio práctico de la magia. El colegio mongol de *Brás-ss-Pungs* cuenta con más de trescientos magos (NOTA: Los misioneros franceses los tienen por hechiceros y brujos. FINAL NOTA) y doble número de discípulos que cursan la magia desde los doce a los veinte años; pero al terminar los estudios tardan todavía mucho tiempo en recibir la iniciación final, y apenas llega a merecerla uno de cada cien candidatos. Asimismo, entre los muchos miles de lamas que ocupan una serie de conventos alrededor de toda una ciudad, tan sólo el dos por ciento educen facultades taumatúrgicas. Cabe aprender de memoria línea por línea los 108 volúmenes del *Kadjur* (NOTA: El canon budista consta de 1083 obras en varios centenares de volúmenes, muchos de los cuales tratan de magia. FINAL NOTA) y sin embargo carecer de facultades taumatúrgicas. Sólo hay un camino para llegar seguramente a la meta y de él nos hablan algunos autores herméticos, entre ellos el alquimista árabe Abipili, quien dice:

Te advierto, ¡oh tú!, quien quiera que seas e intentes sondear los arcanos de la naturaleza, que si no hallas *dentro de ti* lo que buscas, tampoco lo hallarás *fuera de ti*. Si desconoces las

excelencias de tu propia casa ¿por qué tratas de indagar la excelencia de otras cosas? ¡Oh hombre! Conócete a ti mismo. En ti yace oculto el tesoro de los tesoros.

En otro tratado de alquimia que se titula: *De manna Benedicto*, el autor dice respecto de la piedra filosofal:

Por diversas razones no tengo intención de hablar mucho sobre este asunto, ya explícitamente descrito al relatar ciertos usos mágicos y naturales de esta piedra que desconocen muchos de los que la poseen. Pero cuando contemplo a estos hombres *me tiemblan las rodillas, se estremece mi corazón y me quedo absorto*.

Todo neófito ha experimentado en mayor o menor grado análogos sentimientos, hasta que una vez vencidos se elevó a las alturas del adeptado. En los claustros de Tashi-Lhumpo y Si-Dzang educen algunos lamas las facultades mágicas hasta su extrema perfección. Famoso es en la India el Banda-Chan Rambutchi, el *Hutuktu* de la capital del alto Tíbet, y renombrada en todo el país la confraternidad de Khe-lan, entre cuyos hermanos sobresalió un inglés (*phe-ling*) que venido de Occidente abrazó la religión budista y al cabo de un mes de noviciado fue admitido en la cofradía de Khe-lan. Según tradición, conocía este inglés todas las lenguas orientales, incluso la Tíbetana, y estaba versado en todas las ciencias y artes. Por la santidad de su vida y sus dotes taumatúrgicas llegó a ejercer al poco tiempo las elevadas funciones de shaberón, y los tibetanos veneran su memoria, aunque tan sólo los shaberones conocen su verdadero nombre.

El fenómeno mágico cuya operación anhela más vehementemente el budista devoto es el de viajar por los aires. El famoso chino Pía Metak, que fue rey de Siam, sobresalía por su saber y devoción; pero no alcanzó aquella eminentísima facultad hasta que se puso bajo la directa tutela docente de un sacerdote budista. Crawford y Finlayson, durante su residencia en Siam, observaron atentamente los esfuerzos de algunos nobles siameses para adquirir esta facultad (NOTA: Crawford: *Misión en Siam*, 182. FINAL NOTA).

Muchas y muy diversas sectas se dedican por entero en China, Siam, Tartaria, Tíbet, Cachemira e India británica a la educción de los llamados poderes sobrenaturales. Acerca de una de estas sectas, la de los taosés, dice Semedo:

Aseguran los taosés que por medio de ciertas prácticas y meditaciones pueden unos de ellos rejuvenecerse y otros alcanzar el estado de *shien-sien* de beatitud terrenal en el que les es dado realizar todos sus anhelos y trasladarse pronta y fácilmente de un lugar a otro por muy distante que esté (NOTA: «Semedo», tomo III, Pág. 114. FINAL NOTA).

Esta facultad se contrae a la *proyección* del vehículo astral más o menos densificado, pero no a la locomoción aérea del cuerpo físico, pues dicho fenómeno puede compararse al reflejo de la imagen en el espejo donde aparece reproducida nuestra persona en sus más minuciosos pormenores, sin que haya en ella ni un átomo de materia. La fotografía proporciona otra prueba de esta proyección refleja, y si los físicos no han descubierto todavía el procedimiento de obtener fotografías a lejanas distancias (NOTA: Recientemente, el físico francés Belin ha ensayado con éxito un procedimiento telefotográfico, obteniendo en París el retrato de personas residentes en Londres.– *El Traductor*. FINAL NOTA), nada se opone a que lo hayan encontrado en la virtud de su *propia voluntad* quienes la desligan de todo interés mundano (NOTA: Unos dos meses antes de que Arago presentara a la Academia de Ciencias de París (Junio de 1839) el procedimiento fotográfico inventado por Daguerre, la señora de éste le preguntó con muchísimo interés en una tertulia a un famoso médico qué opinaba acerca del estado mental de su esposo, pues entre los numerosos síntomas que de la aberración mental de su marido creía haber observado, le sobresaltaba más la convicción con que aseguraba la posibilidad de fijar su propia sombra en la pared o sobre mágicas placas de metal. Escuchó el médico muy

atentamente la consulta, y en respuesta dijo que también él por su parte había notado en Daguerre inequívocos síntomas de locura, y así le aconsejaba que sin pérdida de tiempo y con el mayor sigilo encerrase a su marido en el manicomio de Bicetre. Pero a los dos meses quedó asombrado el mundo de la ciencia y del arte al ver los dibujos obtenidos por el nuevo procedimiento, que de pronto se llamó *daguerrotipo* y más tarde *fotografía*. Las sombras se posaron sobre las placas metálicas, y el supuesto lunático mereció el dictado de patriarca de la fotografía. FINAL NOTA).

La ciencia afirma que el *pensamiento* también es *materia* y que toda vibración energética conmueve la masa atmosférica. Por lo tanto, si el hombre, como todos los seres y todas las cosas, está circuido del aura formada por sus propias emanaciones, y si con la imaginación puede trasladarse instantáneamente a los más distantes lugares, ¿qué imposibilidad científica se opone a que, regulado, intensificado y dirigido su pensamiento por la educada *voluntad*, asuma temporáneamente una forma objetiva que para la persona a quien vaya encaminado sea fidelísima figura del pensamiento original? ¿Es acaso esta afirmación más hipotética que no hace mucho tiempo lo eran el telégrafo, la fotografía y el teléfono?

Desde el momento en que la placa sensibilizada retiene tan minuciosamente nuestra imagen fisonómica, ha de ser esta imagen algo *material*, aunque tan en extremo *sutil* que escape a la ordinaria percepción sensoria. Y puesto que por medio de la linterna mágica podemos proyectar nuestra imagen personal sobre una pared blanca (NOTA: Recapacite el lector sobre los atinadísimos comentarios que hubiera hecho Blavatsky en caso de conocer como conocemos ahora las películas cinematográficas.– *El Traductor*. FINAL NOTA) desde cien metros de distancia, no es científicamente imposible que los adeptos conozcan ya algo que los científicos niegan hoy todavía, pero que con seguridad descubrirán mañana, esto es, el procedimiento de proyectar instantáneamente su cuerpo astral a miles de kilómetros de distancia y actuar en él tanto o más certera e inteligentemente que en el cuerpo físico, del cual se desprenden y dejan entretanto con el indispensable flúido vital para mantener catalépticamente la vida orgánica. La energía universal tiene una modalidad vibratoria muy superior a la eléctrica, única que hasta ahora conocen los investigadores científicos, y aun hay diversas transformaciones de la electricidad de cuyos inexperimentados efectos nadie es capaz de sospechar la amplitud.

Dice Schott que los chinos, y particularmente los de la secta de Tao-Kiao, llamados taosés, dieron ya desde muy antiguo el nombre de *sian* o *shin-sian* al anacoreta que, o bien por austeridad de vida o por efecto de hechizos y elixires, tienen virtudes taumatúrgicas y han alcanzado la inmortalidad terrena (NOTA: Schatt: *Del budismo*, 71. FINAL NOTA). Sin embargo, hay exageración, aunque no error, en esta referencia, pues no tienen el don de la inmortalidad corporal, sino tan sólo el de prolongar la vida, como lo atestigua Marco Polo en el siguiente pasaje:

Hay allí unos hombres llamados *chughis* (NOTA: Quiere decir *yoguis*. FINAL NOTA), pero cuyo verdadero nombre es el de *abraiamanes* (NOTA: Seguramente *brahmanes*. FINAL NOTA), que viven de 150 a 200 años. Son muy sobrios y se alimentan principalmente de arroz y leche. Dos veces al mes toman una extraña pócima de azufre y mercurio que, según dicen, les alarga la vida y están acostumbrados a tomarla desde su infancia (NOTA: Yule: *Libro de Marco Polo*, II, 352. FINAL NOTA).

Dice Yule que, según Burnier, saben los yoguis preparar tan admirablemente el mercurio, que un par de gránulos de su preparación tomados por la mañana entonan salutíferamente el cuerpo. Añade a esto Yule que el *mercurius vite* de Paracelso era una pócima en cuyos ingredientes entraban el antimonio y el mercurio (NOTA: *Id., id., II*, 130. FINAL NOTA).

Muy desaliñados e incorrectos son estos informes que estamos en disposición de rectificar. Por de pronto, la longevidad de algunos lamas y talapines es proverbial, y todo

el mundo sabe allí que beben una mixtura por cuya virtud se renueva la «sangre vieja», como ellos la llaman. Asimismo sabían los alquimistas que el *aura de plata* tomada a prudentes dosis devuelve la salud y prolonga considerablemente la vida. Pero en cuanto a si era mercurio la base del elixir usado por los yoguis y alquimistas, tenemos fundamento para afirmar que no es mercurio aunque lo parezca, pues tanto Paracelso como los demás místicos y alquimistas entendían por *mercurius vite* el *espíritu* o *aura* de la plata y no del mercurio. Es de todo punto errónea la afirmación de que Paracelso introdujera el uso del mercurio en la farmacopea terapéutica, pues ningún preparado de mercurio, ya lo fuera por mano de algún medioeval filósofo del fuego, ya lo esté por la de los modernos farmacéuticos, no pudo ni podrá poner en perfecta salud al cuerpo. Tan sólo los inescrupulosos charlatanes preconizarán las virtudes de semejante droga, y así opinan muchos comentadores que los enemigos de Paracelso forjaron esta imputación con el maléfico propósito de que las gentes lo tuvieran por un charlatán.

Los antiguos yoguis usaban, y aun hoy usan los lamas y talapines, un brebaje compuesto de cierto jugo lechoso extraído de una planta medicinal y mezclado con un poco de azufre. Algún maravilloso secreto deben de conocer estos hombres, cuando les hemos visto curar en breves días muy peligrosas heridas y soldar fracturas de huesos en tantas horas como días necesita la cirugía para obtener el mismo resultado (NOTA: Cerca de Rangun, a consecuencia de la inundación producida por el desbordamiento del río Irravaddy, contrajimos una fiebre maligna de que con el zumo de una planta llamada *kukushan*, si mal no recordamos, nos curó en pocas horas un mendicante a quien habíamos tenido ocasión de prestar un servicio que no interesaría gran cosa al lector. FINAL NOTA). También hemos oído hablar de cierta agua llamada *âb-i-hayât* que mana de la fuente *âb-i-haiwân-î* y según creencia vulgar sólo pueden ver los santos *sannyâsis*. Sin embargo, los talapines no han querido revelar sus secretos terapéuticos ni a los científicos ni a los misioneros, por recelo de que sirviese de lucro lo que graciosamente debe emplearse en beneficio de la humanidad (NOTA: En ningún país del mundo medran tantas y tan valiosas plantas medicinales como en el Sur de la India, Cochinchina, Birmania, Siam e isla de Ceilán. Los médicos europeos califican a los indígenas de empíricos charlatanes, y no obstante salieron éstos airosos en muchos casos en que fracasaron eminencias médicas de Francia e Inglaterra. A pesar de que los tratados indios de terapéutica no señalan las recetas que con tanto éxito emplean desde tiempo inmemorial los médicos del país (*atibbâ*), de éstos han tomado los médicos ingleses los más eficaces febrífugos. Enfermos hubo que estragados por la quinina que abusivamente les recetaban famosos médicos ingleses, curaron del todo con corteza de margosa y hierba chireta, que ya gozan de mucho predicamento en la farmacopea de Europa. FINAL NOTA).

En las solemnes festividades de las pagodas indas o en los festejos con que se celebran las bodas de príncipes y magnates y siempre que con cualquier motivo se reúne gran multitud de gentes, acuden allí los *gunis* o encantadores de serpientes, los fakires hipnotizadores, los ilusionistas y alguno que otro *sannyâsi* milagrero. Los europeos que presencian los sorprendentes fenómenos operados por estas gentes podrán burlarse fácilmente de ellos, pero no les será posible explicarlos científicamente. Al ver a un encantador de serpientes con las cobras enroscadas al cuerpo, los brazos ceñidos por varios coralillos (NOTA: Menudas serpientes cuya mordedura mata en pocos segundos. FINAL NOTA) y en el cuello un trigonocéfalo (NOTA: Serpiente cuyo veneno mata con la rapidez del rayo. FINAL NOTA) a manera de corbata, sonrían despectivamente los escépticos, y ya que no puedan negar el fenómeno tratan de explicarlo diciendo que el encantador ha desemponzoñado de antemano a los reptiles arrancándoles los colmillos (NOTA: El virus de las serpientes ponzoñosas está segregado por glándulas cuyo número varía según la especie y que generalmente están colocadas en las encías, de modo que al morder el animal funciona la glándula ponzoñosa análogamente a las salivales en el acto de la masticación.— *El Traductor*. FINAL NOTA) y sumiéndolos al efecto en sopor hipnótico.

Ocurrió cierta vez que un oficial inglés, el capitán B, regateaba méritos a un encantador de serpientes diciendo que por lo inofensivas era ridículo temerlas. Entonces el guni, acercándose al capitán, le preguntó:

—¿Quiere el señor acariciar una de mis serpientes?

Soltó el capitán una interjección incompatible con los caracteres de imprenta y echóse rápidamente hacia atrás demostrando tanta ligereza de pies como de lengua, y gracias a la sugestiva acción del guni pudo librarse de una humillación pública.

Por media rupia (NOTA: Moneda equivalente a una peseta poco más o menos.— *El Traductor. FINAL NOTA*), cualquier profesional del hechizo sárpico atraerá a sí multitud de serpientes indómitas, de las especies más ponzoñosas, que reptarán por piernas y brazos hasta enroscarse por todo el cuerpo, de modo que las manosee indennemente (NOTA: En las cercanías de Trinkemal tuvimos doble ocasión de cerciorarnos por experiencia propia del poder de los gunis. Una vez nos sentamos inadvertidamente sobre la cola de una sierpe que se revolvió con intento de mordernos; pero de pronto quedó el reptil inmóvil como un tronco al resonar el silbido del guni. Otra vez ocurrió cosa parecida, aunque sin habernos sentado sobre la cola. El mantra, hechizo o encanto de que los gunis se valen para fascinar a las serpientes se llama *kálnâ*. FINAL NOTA). ¿Habrá algún prestidigitador, domador o hipnotizador europeo que ose efectuar semejante experimento a diario repetido en la India?

Una vez, los vecinos de un villorrio sito no lejos de Dakka, en las cercanías de una selva, se vieron sorprendidos de espanto por la aparición, al rayar el alba (NOTA: Generalmente, las fieras no salen durante el día de sus madrigueras, pero lo excepcional del caso justifica la aparición de la tigre. FINAL NOTA), de una corpulenta tigre de raza bengalesa a la que un atrevido cazador había arrebatado sus cachorros. Víctimas de la fiera se contaban ya dos hombres y un niño, cuando un fakir que salía de la pagoda vióse frente al felino, agachada junto a un árbol en espantable actitud de lanzarse sobre otra presa. Sin vacilar, encaminóse el fakir derechamente a la fiera cantando un mantra de letra ininteligible para los profanos, y a cosa de tres metros de distancia dió unos cuantos pases magnéticos cuyo efecto fue que, con asombro de los vecinos refugiados tras las puertas de sus casas o subidos a los árboles, dió la bestia tan tremendo salto que todos creyeron víctima de su furia al santo varón; pero subió de punto el general asombro al verla retorciéndose y revolcándose a sus pies hasta quedar con la cabeza apoyada en las patas delanteras y la vista apaciblemente fija en él. Sentóse éste entonces junto a la fiera y la acarició pasándole la mano por la listada piel hasta que gradualmente cesó de rugir, y al cabo de media hora acudieron los vecinos en peso a contemplar al fakir recostado sobre los lomos de la tigre, a manera de almohada, con la mano derecha sobre la cabeza del animal que le lamía suavemente la izquierda apoyada sobre el césped bajo su espantable boca.

De este modo subyugan los fakires a las bestias más feroces de la India, entre las cuales no es la menor el tigre, y seguramente que ningún domador europeo fuera capaz de otro tanto a pesar del hierro candente. Desde luego que no todos los fakires poseen tan maravillosas facultades, pues son los menos; pero no obstante, su número es considerable, y como el procedimiento para educirlas se les enseña secretamente en las pagodas, sólo lo conocen los iniciados. Esto confirma la verdad de las hasta hoy tenidas por fábulas de Khristna y Orfeo, que con sus cantos amansaban a las fieras.

Es innegable que *ni un solo europeo* residente en la India, de asiento o de viaje, puede jactarse de haber estado en el *recinto interno* de una pagoda, pues no hay influencia ni soborno capaces de franquear sus puertas a los profanos, y menos aún a los extranjeros. Si alguien intentara allanar el santuario, fuera lo mismo que prender fuego a un polvorín, pues los cien millones de indos, tan sufridos y pacientes (NOTA: A estas cualidades debieron los ingleses no ser arrojados del país cuando la sublevación de 1857. FINAL

NOTA), se sublevarían como un solo hombre, sin distinción de secta ni casta, contra semejante profanación y exterminarían a los extranjeros.

La Compañía de Indias estaba perfectamente enterada de esta disposición de ánimo, y desde luego procuró aquistarse la benevolencia de los brahmanes, cuyas pagodas subvencionó precavidamente. El gobierno británico sigue la misma conducta y ha logrado consolidar hasta cierto punto su dominio, respetando la religión, costumbres y leyes de los indígenas.

Pero reanudemos el examen del samanismo o culto de los espíritus, la más extraña y a la par menos conocida de las religiones anteriores al cristianismo. No tienen los samanes culto externo, ídolos ni altares y celebran una sola ceremonia ritualística en el solsticio de invierno, sin permitir la entrada a los profanos (**NOTA: Tenemos por lo tanto la seguridad de que no pasan de simples conjeturas cuanto acerca del particular dicen el Diario Asiático y otras publicaciones europeas. FINAL NOTA**). Los rusos, a pesar de su trato frecuente con los samanes de Siberia y Tartaria, nada saben de cierto sobre esta religión, excepto lo relativo a las virtudes mágicas de sus sacerdotes, que achacan a prestidigitación, aunque muchos rusos residentes en Siberia están convencidos de la verdad de las facultades de los samanos. Celebran éstos sus ceremonias religiosas al aire libre, en la cumbre de una colina o en lo más escondido de las selvas, a semejanza de los antiguos druidas. Las ceremonias del nacimiento, matrimonio y muerte son parte secundaria del culto religioso y consisten en ofrendas de esencias y leche, derramadas en el fuego del sacrificio al ritmo de conjuros mágicos que entona el celebrante y corean los fieles.

El traje de los sacerdotes es de piel de gamuza u otro animal de virtudes magnéticas y está adornado con numerosas campanillas de hierro y bronce (**NOTA: Todas las naciones antiguas observaron con el mismo objeto esta costumbre que a los eruditos les parece supersticiosa. La historia nos habla de las campanas de oro de los indos, cuyos armoniosos sonos purifican el alma y alejan al espíritu maligno, pues como dice Tibulio (I, 8, 22), el son del bronce puro rompe los hechizos. En cuanto a las campanas usadas por los sacerdotes judíos, nos revelan su eficacia el siguiente pasaje: «Y abajo, a los pies de la misma túnica, harás alrededor como unas granadas de jacinto y de púrpura..., entremezcladas unas campanillas» (Éxodo, XXVIII, 33). Un son servía para llamar a Jehovah y otro para alejar a los espíritus malignos. Las tradiciones escandinavas afirman que el son de las campanas de las iglesias ahuyenta de las casas a los duendes. Parecida tradición hay en Inglaterra respecto de las hadas. FINAL NOTA**), que sirven para ahuyentar a las malignas entidades aéreas. También se valen a este propósito de un bastón cubierto de jeroglíficos y guarnecido de cascabeles, hacia cuyo puño queda atraída por misteriosa fuerza la mano del sacerdote o sacerdotisa cuando se comunica con el espíritu, y a poco se ve levantado en los aires hasta considerable altura, desde donde vaticina el porvenir (**NOTA: Muchas veces el samán no pasa de actuar como los médiums inconscientes. FINAL NOTA**). Ejemplo de ello nos da el samán que en 1847, desde un apartado lugar de Siberia, predijo con todos sus pormenores la guerra de Crimea, ocurrida seis años más tarde.

Aunque por lo general no conocen la astronomía ni siquiera de nombre, predicen los eclipses y otros fenómenos astronómicos y descubren a los culpables de robos y asesinatos. Los de Siberia son todos analfabetos, y entre los del Tíbet y Tartaria predominan los de cultura empírica y autodidáctica, que no se someten a la influencia de las entidades psíquicas. Los primeros son *médiums* y los segundos *magos*. No es extraño, por lo tanto, que cuando los samanes se comunican en estado de trance con los espíritus, digan las gentes supersticiosas que están poseídos del demonio. Como en las bacantes y coribantes de la antigua Grecia, el frenesí mántico de los samanes se manifiesta en violentísimos gestos y turbulentas danzas que por contagio imitan los espectadores atacados también del mismo frenesí, cuyas consecuencias suelen ser fatales en algunos individuos que acaban por caer rendidos al suelo (**NOTA: En la tragedia de Eurípides exclama el coro**

dirigiéndose a Fedra: «¡Oh tierna doncella! Un dios te posee. Pan, Hékate, Coribantes o Cibeles te agitan». FINAL NOTA).

Ejemplos de este linaje de contagios psíquicos nos ofrece la historia de los tiempos medioevales, entre ellos el famoso *baile de San Vito* o *corea*, del que Paracelso curó a muchos atacados, por lo que le acusaron sus enemigos de haber lanzado demonios por obra de uno muy poderoso que llevaba metido en el puño de la espada (NOTA: Los tribunales de aquella época empleaban procedimientos más expeditos, pues según dice Voltaire, en el distrito del Jura fueron condenados a muerte unos 600 licántropos durante el bienio de 1598-1.600. FINAL NOTA).

El samán iletrado es víctima de las entidades psíquicas, y mientras se halla en trance suele ver a los circunstantes en figura de diversos animales y les contagia de sus alucinaciones. En cambio, los samanes educados en los colegios sacerdotales saben ahuyentar a las entidades elementarias que producen las alucinaciones, y las ahuyentan por procedimiento análogo al de los hipnotizadores, o sea por el conocimiento que tienen de su índole y naturaleza (NOTA: En casos como el de Cevennes, donde fracasaron los académicos franceses, hubieran extinguido muy luego la epidemia psíquica un samán o un lama. FINAL NOTA).

Los samanes llevan consigo, pendiente de un cordón por debajo del brazo izquierdo, un talismán análogo a la cornelina de que hablamos. Al samán que nos guiaba por el Tíbet le preguntamos más de una vez:

—¿De qué sirve esta piedra y qué virtudes tiene?

Pero el samán eludía siempre toda respuesta categórica, con promesa de que tan luego como se le deparara coyuntura y estuviésemos solos le diría a la piedra que respondiese por ella misma. Muchas conjeturas nos sugería entonces tan vaga esperanza; pero muy luego llegó el día en que pudo hablar la piedra. Ocurrió el caso en una de las situaciones más críticas de mi vida, cuando el anhelo de viajar me había llevado a los arenosos desiertos de Mongolia (NOTA: En este país se halla expuesto el viajero a continuos riesgos por falta de seguridad personal. FINAL NOTA) cuyo pavoroso silencio en las puestas de sol, a pesar de que no están del todo deshabitados, sobrecoge el ánimo mayormente que en las sabanas americanas, las estepas rusas o las soledades africanas. Una tarde en que todos los compañeros de viaje estaban ausentes de la *jurta* (NOTA: Tienda de campaña que nos había servido de habitación durante dos meses. El principal motivo de aquella excursión fue presenciar el exorcismo de un *tshutgur* (entidad elemental en que creen los indígenas de aquel país), acusado de revolver y destrozar los muebles de una familia que moraba a dos millas de distancia. FINAL NOTA) le recordé su promesa al samán, confiando en que la cumpliría movido de la protección que a los extranjeros de la partida nos dispensaba. Suspiró el samán con muestras de duda, y a poco se levantó del pedazo de cuero en que estaba sentado, y saliendo de la tienda plantó junto a la entrada una estaca rematada por una cabeza de macho cabrío cuyos cuernos hacia arriba daban señal de que él estaba *operando* y nadie se atrevería por lo tanto a entrar en la tienda. Hecho esto, volvió junto a mí después de correr la cortina de fieltro, y sacóse del seno el talismán, tamaño como una nuez, y desenvolviéndolo cuidadosamente del envoltorio en que lo guardaba hizo ademán de tragárselo, aunque no puedo afirmar si se lo tragó en efecto. Lo cierto es que al poco rato cayó el samán al suelo tan yerto, frío y parálítico que hubiera parecido cadáver a no ser por el movimiento de los labios en respuesta a mis preguntas. La escena era en verdad dramáticamente embarazosa. Iba cayendo el día en brazos de la noche, y tan sólo quebraba la obscuridad de la tienda el mortecino fulgor de las ascuas que habían sido hoguera. La soledad me parecía aún más horrible junto a aquel cuerpo inerte; mas por fortuna tardó muy poco en variar la escena, porque oí una voz que, como si saliera de las entrañas del suelo en que yacía el samán, preguntó: «¡Mahandû! La paz sea contigo. ¿Qué me quieres?». No me sorprendió este fenómeno, por maravilloso que parezca, pues

ya había visto a otros samanes en trances análogos, y así enfoqué toda mi fuerza mental en la entidad cuya voz había oído, y le dije mentalmente:

–Quienquiera que seas, ve a K y procura indagar el *pensamiento* de tal persona y qué está haciendo tal otra, y dile *** qué hacemos y en donde estamos.

La voz respondió:

–Ya llegué. La anciana señora (NOTA: *Kokona* en lengua moldava. FINAL NOTA) está sentada en el jardín y se cala los anteojos para leer una carta.

–Entérate al punto del contenido de esa carta.

Preparé papel y lápiz y fui transcribiendo lo que la voz me dictaba lentamente, como si quisiera darme el tiempo necesario para la correcta transcripción de las palabras, pues hablaba en idioma válaco del que yo conocía la fonética, pero no el significado. De esta suerte llené toda una página.

Después dijo la voz que, aunque del mismo timbre del samán, resonaba cavernosa y como si de lejos viniese:

–Mira a Occidente, hacia la tercera pértiga de la yurta. El *Pensamiento* de la señora está aquí.

Entonces se irguió el samán de medio cuerpo arriba y se abalanzó hacia mí, de suerte que me tomó de los pies con ambas manos y entre ellos apoyó la cabeza. La situación no me parecía muy agradable; pero la curiosidad vino en auxilio del valor. En el ángulo occidental de la tienda aparecía, como reflejo del cuerpo vivo, la trémula, oscilante y nebulosa figura espectral de una señora rumana de la región válaca, muy querida amiga mía, de temperamento místico, pero incrédula en absoluto respecto de los fenómenos psíquicos.

Dijo entonces la voz:

–Su pensamiento está aquí, pero su cuerpo yace inconsciente. No puedo traerla aquí de otro modo.

Interrogué al espectro en súplica de que me respondiese, mas en vano, pues si bien el semblante parecía gesticular con expresión de temor o angustia, no despegó los labios, y tan sólo creí oír a lo lejos, aunque tal vez fuese ilusión auditiva, una voz que decía en rumano: *non se pôte* (no es posible).

Durante dos horas tuve repetidas y evidentes pruebas de que el samán actuaba en su cuerpo astral, obediente a mis sugerencias mentales. Diez meses después recibí una carta de mi amiga en contestación a otra en que le enviaba yo la transcripción de lo dictado por la voz del samán. Corroboraba la señora todo cuanto yo había transcrito, pues según me dijo en su carta, estaba aquella mañana en el jardín entretenida en la prosaica ocupación de hacer conservas (NOTA: *La hora señalada por la dama rumana en Bucarest correspondía en el horario geográfico a la en que ocurrió la escena de la yurta. FINAL NOTA*), y en un intervalo de la operación se sentó para leer una carta recibida de su hermano, cuando de pronto, a causa sin duda del mucho calor, según ella colegía, se desmayó y me vió en sueños sentada en una «tienda de gitanos», en un paraje desierto que mi amiga describía exactamente, añadiendo que ya no le era posible dudar por más tiempo de la verdad de estos fenómenos.

Pero el experimento tuvo una segunda y todavía mejor parte. En vista de nuestra crítica situación en aquel desierto, y con propósito de que nos sacara de ella, dirigí la entidad astral del samán hacia mi amigo kutchi de Lha-sa, que según dije está continuamente yendo y viniendo del Tíbet a la India británica. Realizóse felizmente mi propósito, porque al cabo de pocas horas llegó en nuestro socorro una partida de veinticinco jinetes capitaneados por un *amigo personal* del kutchi, un adepto a quien no había yo visto hasta entonces ni he vuelto a ver después, pues siempre está en su lamasería (*sumay*) donde no me fuera

posible entrar. Mi amigo el kutchi le despachó en nuestro socorro tan luego como supo astralmente la situación en que nos hallábamos, y sin contratiempo llegaron al paraje que nadie hubiera podido encontrar por ordinaria orientación.

Fácil es que la generalidad de los lectores duden de cuanto acabamos de relatar; pero no así quienes con nosotros conozcan las dilatadísimas posibilidades de la actuación astral, sobre todo cuando este vehículo, como en el caso del samán, sirve de instrumento a una entidad superior (NOTA: Decía el samán que al meterse la cornerina en la boca se le aparecía su padre, le sacaba fuera del cuerpo y se lo llevaba a todas partes. FINAL NOTA).

Quien sólo haya presenciado las habilidades químicas, ópticas y mecánicas de los prestidigitadores europeos, quedará seguramente asombrado al ver las que sin aparatos a propósito llevan a cabo los juglares indos (NOTA: Dejamos aparte a los fakires por no ser sus fenómenos de artificio, y también prescindimos de los ilusionistas porque Houdin y otros han superado en este punto a los indos. Tampoco nos ocuparemos de los fenómenos susceptibles de connivencia y superchería, aunque ésta no se haya realizado. FINAL NOTA). Pero aunque los viajeros que no saben refrenar la fantasía exageran desmesuradamente sus relatos sobre el particular, los hay que se ciñen estrictamente a lo visto, como por ejemplo, el capitán O'Grady, quien dice:

He visto cómo un hombre lanzaba sucesivamente al aire unas veinte bolas numeradas en serie natural, que se elevaban hasta desaparecer de la vista de los espectadores. Entonces el juglar invitaba a un circunstante a que indicase el número de la bola que quisiera, y al punto caía violentísimamente al suelo la indicada. Estos juglares van medio desnudos y no emplean aparato alguno en sus suertes. También les he visto meterse en la boca tres especies de polvos diversamente coloreados y beber luego a chorrillo de un *lotah* o botijo de bronce tanta agua como les cabía en el cuerpo hasta rebosarles por la boca. Después vomitaron toda el agua que habían bebido y escupieron las tres porciones de polvo separadamente y completamente secos sobre un pedazo de papel (NOTA: O'Grady: *La vida en la India*. FINAL NOTA).

Las belicosas tribus del Kurdestán, de puro origen indoeuropeo y sin una gota de sangre semita en las venas (NOTA: Aunque distintamente opinen algunos etnólogos. FINAL NOTA), son tan místicos como los indos y tan magos como los caldeos, en cuyo antiguo territorio se asentaron y lo defenderían si preciso fuese no sólo contra las ambiciones de Turquía sino contra Europa entera (NOTA: En 1849 no bastó la fuerza de Rusia e Inglaterra para someter a los kurdos al dominio de Persia. FINAL NOTA). Aunque unos son musulmanes de la secta de Omar y otros cristianos de la doctrina de Nestorio, o más bien de Maniqueo, sólo cabe llamarlos así nominalmente, porque en doctrina y prácticas son puramente magos. El número de los kaldanis llega a cien mil y están bajo la jurisdicción espiritual de dos patriarcas. Muchos de ellos son yezides.

Una de estas tribus se distingue por su afición al culto del fuego. Al salir y ponerse el sol desmontan los que viajan a caballo y con el rostro vuelto hacia el astro rezan la oración de la mañana o la de la tarde. En cada plenilunio celebran misteriosas ceremonias que duran toda la noche en una tienda dispuesta para el caso, en cuyo tupido telamen de lana negra campean misteriosos signos bordados en colores rojo intenso y amarillo. En el centro de la tienda se levanta un altar ceñido por tres cenefas de bronce, de las cuales penden aros sostenidos por trencillas de pelo de camello en número suficiente para que cada circunstante empuñe uno durante la ceremonia. Sobre el altar arde una lámpara oblonga de plata, de tres mecheros, con asa por el estilo de las lámparas sepulcrales egipcias que, según Kircher (NOTA: *Teatro de los jeroglíficos egipcios*, 544. FINAL NOTA), se encontraron en los subterráneos de Menfis y en las ruinas de Persépolis (NOTA: Llamada *Istakhâar* por los persas, sita al Nordeste de Shiraz en la llanura de Merrusht y confluencia de los

ríos Medo y Arajes, hoy Pulwân y Bendemir. FINAL NOTA). La forma de esta lámpara es parecida a una copa abultada en el centro y de figura de corazón en la parte superior. Los mecheros son triangulares y en el centro se dibuja un heliotropo invertido, cuyo tallo, graciosamente curvado, arranca del asa de la lámpara. Este adorno denota claramente que era uno de los vasos sagrados empleados en el culto del sol, pues los griegos llamaron heliotropo a la flor de este nombre por la semejanza de su corola con el disco solar. Los magos caldeos usaban también esta lámpara en las ceremonias culturales, y tal vez su triple luz alumbró el rostro del rey hierofante Darío Hystaspes.

Hemos descrito tan al pormenor esta lámpara, porque hay una leyenda muy estrechamente relacionada con ella. Por referencias sabemos en qué consisten las ceremonias kurdas del plenilunio, pues aquellas gentes tienen exquisito cuidado en recatarse de los profanos y más todavía de los extranjeros. Sin embargo, pudimos enterarnos de que en cada tribu hay uno o varios ancianos, en sagrada veneración tenidos, que vaticinan el porvenir, descubren el pasado y aciertan cuanto se les consulta.

Hemos pasado algún tiempo entre los kurdos de diversas tribus (NOTA: Como quiera que no intentamos dar a este relato carácter autobiográfico, prescindiremos de pormenores sin relación alguna con el ocultismo. FINAL NOTA) y podemos referir algún curioso suceso. En cierta ocasión robaron de la tienda una preciosa silla de montar, un tapiz y dos dagas circasianas con montura de oro cincelado. Una de las tribus kurdas, con su jefe a la cabeza, vino a protestar en nombre de Alá que el ladrón no era de los suyos. Así lo creímos, porque hubiera sido un hecho sin precedentes en aquellas tribus nómadas, tan famosas por el sagrado respeto con que tratan a sus huéspedes como por el desembarazo con que les roban y si a mano viene les asesinan en cuanto trasponen los límites de su *aúl* o campamento.

Un georgiano que iba en nuestra caravana sugirió entonces la traza de recurrir a los conocimientos del *Kudian* o hechicero de aquella tribu, como así lo efectuamos con mucha solemnidad y sigilo al filo de la media noche en plenilunio. A la hora señalada nos acompañaron a la tienda anteriormente descrita, en cuyo abovedado techo se había abierto un lucernario cuadrangular por donde entraban los rayos de la luna para confundirse con los de las vacilantes llamas de la triple lámpara. El hechicero, anciano de gigantesca estatura cuyo piramidal turbante tocaba al techo de la tienda, después de murmurar durante algunos minutos varios conjuros que nos parecieron dirigidos a la luna, sacó un espejo redondo de los llamados «persas» y desenroscado que hubo la tapa echó el aliento sobre el cristal por espacio de diez minutos, para desempañarlo después con un manojo de hierbas mientras musitaba fórmulas de encantamiento. A cada frotación aumentaba la brillantez del espejo hasta emitir refulgentes y fosfóricos rayos en todas direcciones. Terminada la operación quedóse el hechicero espejo en mano, inmóvil como una estatua, y por fin murmuró entre labios: «Mira, Hanum, mira fijamente». Aparecieron entonces sombrías manchas en el espejo donde momentos antes se reflejaba la radiante faz de la luna llena, y a los pocos segundos se dibujaron la silla, tapiz y dagas robados, como si surgieran del fondo de claras y cristalinas aguas, con los contornos cada vez más definidos. Después, una sombra más intensa todavía cubrió dichos objetos, sobre los cuales se fue gradualmente condensando hasta aparecer agachada encima de ellos la figura de un hombre, tan visiblemente como si se la mirara con telescopio.

—¡Lo conozco! —exclamé—. Es el tártaro que anoche vino a ver si le queríamos comprar la mula.

La imagen desapareció entonces como por ensalmo. El hechicero meneó la cabeza en señal de asentimiento y siguió inmóvil. A poco musitó extrañas palabras, y de pronto empezó a cantar con lenta y monótona modulación en lengua desconocida, hasta que al cabo de unas cuantas estrofas, sin cambiar de ritmo ni tono, chapurreó en ruso a manera

de recitado las siguientes palabras: «Ahora, Hanum, mira bien si podremos apresarle y dinos el hado del ladrón. Queremos saberlo esta misma noche...».

Volvieron a agruparse las sombras, y sin transición apenas vimos al tártaro tendido de espaldas sobre la silla en un charco de sangre y otros dos jinetes que a lo lejos galopaban. Tan horrorosa angustia me dió aquel cuadro que ya no quise ver más. Salió el hechicero de la tienda y noté que, como si les diese instrucciones, hablaba con unos kurdos allí en espera. Dos minutos después, una docena de jinetes bajaban a galope tendido por la montaña donde acampábamos, y a la mañana siguiente regresaron con los objetos robados. La silla estaba manchada de cuajarones de sangre y no quisimos tomarla. Refirieron que al perseguir al fugitivo echaron de ver que tras la cumbre de una lejana colina desaparecían dos jinetes, y que al correr hacia ellos dieron con el cadáver del ladrón tendido sobre los objetos robados, exactamente como le habíamos visto en el espejo mágico. Le habían asesinado los dos salteadores con intento de robarle, pero se vieron sorprendidos por el pelotón que despachó el viejo hechicero.

En Oriente esta clase de hombres obtienen resultados notabilísimos con sólo soplar sobre una persona, ya con buena, ya con mala intención. Esto es puro hipnotismo, y los derviches que lo practican suelen intensificar el magnetismo animal con el de los elementos. Dicen que es peligroso colocarse de cara a determinados vientos, y nadie sería capaz de persuadir a un entendido en ciencias ocultas a que al ponerse el sol anduviese en la dirección en que sopla el viento. Conocimos a un viejo persa natural de Baku (NOTA: *Dos veces hemos presenciado las extrañas ceremonias de la secta de los guebres, resto de los antiguos adoradores del fuego. Se reúnen periódicamente en el paraje llamado «campo del fuego» de la antigua y misteriosa ciudad de Baku, sita a orillas del mar Caspio y perteneciente a la Georgia rusa. A unas doce millas al Nordeste de Baku se ven las ruinas de un antiguo templo guebre con cuatro columnas de cuyas oquedades brotan haces de llamas, por lo que se le ha dado el nombre de templo del fuego perpetuo. Toda la comarca abunda en lagos y manantiales de nafta. Allí se congregan peregrinos procedentes de muy distantes puntos de Asia, y las tribus diseminadas por el país mantienen a los sacerdotes encargados de tributar adoración al divino principio del Fuego. FINAL NOTA*), a orillas del Caspio, que gozaba la poco envidiable fama de *lanzar hechizos* con la oportuna ayuda del viento que suele soplar en aquella ciudad, según da a entender su nombre (NOTA: *Baadéy-ku-Ba significa literalmente «remolino de vientos». FINAL NOTA*). Si quien hubiese despertado la cólera del hechicero iba de cara al viento, apareciósele aquél como por encanto, y cruzando el camino le soplabla en el rostro. Desde aquel punto quedaba la víctima afligida por todo linaje de males bajo el hechizo ordinariamente llamado «mal de ojo».

Los anales franceses refieren varios casos de terrible índole, especialmente algunos relativos a sacerdotes católicos, que demuestran con toda evidencia el empleo del aliento humano con siniestros fines. Esta modalidad de hechicería se conoce de muy antiguo. El emperador Constantino estableció severísimas penas (NOTA: *Código de Malef, etc., estatuto IV. FINAL NOTA*) contra quienes se valieran de la hechicería para violentar la castidad o mover a bajas pasiones. San Agustín amonesta contra el mismo vicio (NOTA: *Ciudad de Dios. FINAL NOTA*). San Jerónimo, San Gregorio Nacianceno y otras autoridades eclesiásticas se quejan de esta hechicería que no era infrecuente en el clero. Sobre el particular relata Baffet (NOTA: *Libro V, tít. 19, cap. 6. FINAL NOTA*) el caso del párroco de Peifane, quien por artes de hechicería causó la perdición de una de sus feligreses, la respetable y virtuosa señora Du Lieu, por cuyo crimen le condenó a la hoguera el Parlamento de Grenoble. En 1611 el de Provenza sentenció a la misma pena al clérigo Gaudridy por haber seducido en el confesionario a la penitente Magdalena de la Palud, *soplándole la cara* con el logrado intento de inspirarle concupiscente y violenta pasión hacia él.

Constan los casos precedentes en el informe oficial del mucho más famoso cuyo reo fue el influyentísimo P. Girard, procesado y juzgado ante el Parlamento de Aix por haber seducido, valiéndose de hechicerías, a su penitente, la señorita Catalina Cadière, de Tolón, bella y piadosa joven de ejemplares virtudes que cumplía escrupulosamente con sus deberes religiosos. Esto fue la causa de su perdición, porque el P. Girard puso la vista en ella y desde aquel punto empezó a maquinarse su desgracia. Con la hipócrita santidad que el jesuita aparentaba, supo captarse la confianza de la joven y de su familia, y muy luego halló ocasión de soplarle el rostro, de lo que la doncella sintió nacer una violenta pasión por su confesor y tuvo desde entonces visiones extáticas de índole religiosa, acompañadas de convulsiones histéricas y de estigmas de la Pasión. Deparósele por fin al clérigo la tan deseada coyuntura de hallarse a solas con su penitente, y volviendo a soplarle el rostro la dejó en desmayo, de que el hechicero se aprovechó para lograr su intento antes de recobrar el sentido la pobre muchacha. Durante algunos meses siguió el P. Girard sugestionando a su víctima con sofisticada palabrería para excitarle el fervor religioso y encubrirle la fealdad de su acción; pero no obstante las arterías empleadas por él, la señorita abrió por fin los ojos a la verdad, y enterados del caso sus padres incoaron proceso contra el seductor. La Compañía de Jesús, empleó todo su poder e influjo en defensa del acusado, y según se dijo, gastó un millón de francos en el intento de invalidar las pruebas aducidas en el proceso. El 12 de Octubre de 1731 se dictó sentencia por los veinticinco magistrados del Parlamento, de los que doce votaron pena de muerte (NOTA: Todas las circunstancias y pormenores de este ruidoso proceso constan en una obra de cinco volúmenes, hoy rarísima, titulada: *Colección general de las piezas pertenecientes al proceso del P. Juan Bautista Girard, jesuita, etc.* FINAL NOTA).

Los estigmas de la Pasión, que según el precedente relato aparecieron en el cuerpo de Catalina Cadière, eran señales cruentas de las espinas en la frente, de la lanzada en el costado y de las cuatro llagas de los clavos en manos y pies. Pero conviene añadir que los mismos estigmas aparecieron en el cuerpo de otras seis penitentes del mismo jesuita, las señoras de Guyol, Laugier, Grodier, Allemande, Batarelle y Reboul. Se echó de ver que las más hermosas penitentes del P. Girard mostraban extraña predisposición a los estigmas y a los éxtasis. También descubrió el examen quirúrgico parecidos estigmas en la señorita Palud, seducida por el cura Gaufridy.

En todo esto hay motivo para llamar la atención de cuantos (y especialmente de los espiritistas) atribuyen estos estigmas a la acción de espíritus puros. Porque dando de mano a la influencia del diablo (a quien ya dejamos tranquilo en otro capítulo), apurados se verían los católicos, no obstante la infalibilidad de su Iglesia, para distinguir entre los estigmas procedentes de hechicería y los que, según ellos, son obra del Espíritu Santo o de los ángeles. La Iglesia achaca a remedos forjados por el diablo la simulación de estos signos de santidad; pero el subterfugio no sirve, porque el diablo está ya fuera de combate.

Quienes hasta aquí hayan perseverado en la lectura de esta obra preguntarán cuál es su finalidad práctica. Mucho se ha dicho acerca de la magia y sus potencialidades, así como de la incalculable antigüedad de su ejercicio. ¿Acaso afirmamos que todo el mundo ha de conocer y practicar las ciencias ocultas? ¿Acaso intentamos substituir el moderno espiritismo por la magia antigua? Ni una cosa ni otra. No cabría tal substitución ni fuera posible divulgar el estudio de la magia, sin promover enormes peligros públicos. En el momento de escribir estas líneas nos enteramos de la prisión de un conocido hipnotizador y espiritista, acusado de violar a una mujer por él hipnotizada.

Todo hechicero es un enemigo público, y el hipnotismo puede convertirse fácilmente en hechicería de la peor especie.

No pretendemos que los científicos, teólogos y espiritistas sean magos en ejercicio, sino convencerles de que antes de nuestra época se conocieron ya la verdadera ciencia, la religión pura y los fenómenos auténticos. Quisiéramos que todos cuantos tienen alguna

influencia en la educación de las gentes *supieran* primero, para *enseñarlo* después, que las obras legadas por los antiguos son los más seguros guías para lograr la sabiduría y la felicidad humanas; y que en los países donde los preceptos de los antiguos filósofos sirven de norma de conducta a las gentes, son más sublimes las aspiraciones espirituales y mucho más elevado el nivel moral. Quisiéramos generalizar el convencimiento de que las potencias mágicas son potencias *espirituales* y laten en todo hombre. Quisiéramos que actualizasen estas potencias cuantos sienten verdadera vocación al magisterio y están dispuestos a la disciplina y dominio internos que su desenvolvimiento demanda.

Muchos hombres vislumbraron la verdad y creyeron por ello poseerla plenamente. Sin embargo, estos hombres no hicieron el bien que desearon y hubieran podido hacer, porque la vanidad personal se interpuso entre los creyentes y la *verdad completa* que tras ellos refulgía. El mundo no necesita iglesias sectariamente exclusivistas, llámense de Buda, Jesús, Mahoma, Swedenborg, Calvino o cualquier otro instructor religioso. Si la verdad es *una*, también ha de ser *una* la iglesia necesaria para la humanidad, y esta iglesia es el *reino de Dios* que está *en nosotros*; el templo interior que, aunque circuido de los muros de la materia, es fácilmente accesible para quienes acierten con el sendero que conduce a la entrada. Así los *limpios de corazón verán a Dios*.

La trinidad de la Naturaleza es la cerradura de la magia y la trinidad del hombre su llave. En el solemne recinto del santuario no tuvo ni tiene nombre la SUPREMA DIVINIDAD innominada, inconcebible o inefable. Pero todo hombre halla a Dios en su interior.

En el *Khordah-Avesta* pregunta el alma desencarnada ante las puertas del Paraíso:

«¿Quién eres, ¡oh hermosísimo ser!?!». Y le responden: «Soy, ¡oh alma!, tus puros y buenos pensamientos, tus buenas acciones, tu buena ley..., tu ángel... y tu Dios». Entonces el hombre espiritual se reúne *consigo mismo*, porque este «Hijo de Dios» es uno con él es su propio *Mediador*, el *Dios* de su alma humana su *Justificador*. Así dice Platón: «Dios no se revela inmediatamente al hombre, sino que el espíritu es su intérprete» (NOTA: Platón: *Banquete*. FINAL NOTA).

Pero muy poderosas razones dificultan además el estudio práctico de la magia en Europa y América (aunque consientan el teórico), por la general incapacidad de la raza blanca para la comprensión experimental de la más difícil ciencia.

No importa que el hombre de raza blanca intente este estudio en su propio país o en los de Oriente. Fracasarán igualmente, porque con toda probabilidad, de cada millón de europeos y americanos tan sólo *uno* tiene las *aptitudes* físicas, psíquicas y espirituales que demanda el estudio práctico de la magia; y entre diez millones ni uno solo reuniría las *condiciones* requeridas para su ejercicio.

El hombre civilizado carece de la prodigiosa resistencia física y mental de los orientales, ni tampoco tiene su apacible temperamento y benigna idiosincrasia. El indio, el árabe, el Tibetano, han heredado la intuitiva percepción de que la voluntad humana *puede* dominar las ocultas fuerzas de la Naturaleza, y tienen por otra parte mucho más agudos que las gentes de Occidente los sentidos del cuerpo y del espíritu. El diferente espesor del cráneo de un europeo, comparado con el de un indio meridional, no supone superioridad psicológica, sino que es un accidente climatológico debido a la mayor intensidad de los rayos solares.

Además, el hombre civilizado tropezaría con tremendas dificultades en el curso de su *adiestramiento*, si vale la palabra, porque todos están contaminados de la secular superstición dogmática y del tan desarraigable como injusto sentimiento de superioridad respecto de a quienes los ingleses llaman despectivamente «negros». Difícilmente se sometería el blanco europeo o americano a la instrucción práctica que sin mayor esfuerzo reciben un copto, un brahmán o un lama.

Para merecer el título de neófito es preciso entregarse en cuerpo y alma al estudio de las ciencias místicas, entre las cuales es la magia imperativa y celosa amante que no tolera rival. Contra lo común en las demás ciencias, de nada sirve en la magia el conocimiento teórico de las fórmulas si no hay capacidad mental para comprenderlas ni potencia espiritual para aplicarlas. El espíritu ha de mantener sujeta la combatividad de la mal llamada razón educada, hasta que los hechos hayan triunfado de la insulsa sofistería.

Los espiritistas son quienes mejor dispuestos están al estudio del ocultismo, aunque por efecto de sus preocupaciones se hayan opuesto obstinadamente hasta ahora a que se hablara de ello en público. A pesar de las insensatas negativas, son reales y auténticos los fenómenos espiritistas; pero a pesar también de su autenticidad se equivocaron por completo los afiliados a dicha escuela, cuyo descrédito dimanó de la insuficiente hipótesis que exclusivamente atribuye los fenómenos a espíritus desencarnados. Una infinidad de mortificantes fracasos no han logrado convertir ni su razón ni su intuición a la verdad. Ignorantes de las enseñanzas del pasado, no han descubierto otras capaces de suplirlas. Nosotros les brindamos deducciones filosóficas en vez de hipótesis incomprobables y el análisis y la demostración científica a cambio de la fe ciega. La filosofía oculta les proporcionará medios de responder a las racionales demandas de la ciencia y les librará de la humillante necesidad de recibir las oraculares enseñanzas de «inteligencias» por lo general más flacas que las de los niños de la escuela. Así fundados y robustecidos, los modernos fenómenos merecerían la estudiosa atención y el respeto de quienes dirigen la mentalidad colectiva. Si el espiritismo rechaza este auxilio, ha de resignarse a vegetar igualmente repudiado, y no sin razón, por científicos y teólogos, porque en su moderna modalidad no es ciencia ni religión ni filosofía.

¿Somos acaso injustos? ¿Habría algún espiritista de sano criterio que nos acuse de haber retorcido esta cuestión? ¿Qué podrá exponernos sino embrollo de teorías y mezcolanza de hipótesis mutuamente contradictorias? ¿Será capaz de afirmar que el espiritismo, no obstante sus treinta años de manifestaciones fenoménicas, constituye una filosofía ordenadamente eslabonada ni siquiera algo con apariencias de método definido que acepten y sigan sus conspicuos representantes?

Sin embargo, esparcidos por el mundo hay profundos eruditos y entusiastas escritores espiritistas que, además de la científica disciplina mental y de la razonada fe en el fenómeno por sí mismo, reúnen los requisitos necesarios para dirigir el movimiento. ¿Por qué se abstienen de colaborar en la formación de un sistema filosófico y se limitan a publicar obras aisladas o a colaborar en la prensa? No ciertamente por falta de valor moral, del que dan prueba en sus escritos, ni tampoco por indiferencia, pues sobrado entusiasmo hay en su campo y están convencidos de cuanto hacen, ni siquiera por falta de capacidad, ya que hombres hay entre ellos que pueden igualarse con los más esclarecidos talentos. Es porque, casi sin excepción, les confunden las contradicciones con que tropiezan y esperan que futuras experiencias confirmen sus aventuradas hipótesis. Tal es, sin duda, el método de investigación científica; el que siguió Newton al diferir por diez y siete años con el heroísmo propio de su noble y generoso ánimo la exposición de su teoría de la gravedad universal porque no estaba todavía plenamente convencido de ella.

El espiritismo, cuya índole es más bien agresiva que defensiva, acertó en sus tendencias iconoclastas; pero no tuvo en cuenta que demoler no es construir. Toda verdad realmente substancial que proclama, queda muy luego sepultada en confusas ruinas bajo un alud de quimeras. A cada paso que da el espiritismo, a cada nueva posición ventajosa de que se apodera en el terreno de los hechos, sigue un desastre en forma de fraude o descrédito que le quita lo ganado y le reduce a la impotencia, pues los espiritistas *no pueden* y sus invisibles amigos *no quieren*, o tal vez pueden menos todavía, probar sus afirmaciones. Estriba su fatal debilidad en que sólo disponen de una hipótesis para explicar los tan combatidos fenómenos, o sea la actuación de los *espíritus humanos desencarnados*, a

quienes rendidamente se sujeta el médium. Con vehemencia digna de mejor causa, atacan los espiritistas a cuantos discrepan de esta opinión y repudian todo argumento impugnador de su hipótesis como ofensa inferida a su buen sentido y a sus facultades de observación, por lo que ni siquiera accederán a discutir el asunto.

Así, pues, ¿cómo puede elevarse el espiritismo a la categoría de ciencia? La ciencia, según nos dice Tyndall, requiere para serlo tres condiciones necesarias: observación de los hechos, inducción de las leyes y reiterada comprobación experimental de estas mismas leyes. ¿Qué observador experto reconocerá en el espiritismo estas tres condiciones? El médium no está siempre en circunstancias de rigurosa comprobación, y por lo tanto las inducciones derivadas de los supuestos hechos carecen de elementos comprobatorios y son dudosas, con añadidura de que no las ha corroborado la experiencia. En suma, falta el primer elemento de certeza.

Para que no se nos inculpe de haber expuesto tendenciosamente la situación del espiritismo en los actuales momentos, ni de negar los progresos que verdaderamente haya hecho, apuntaremos que en la asamblea quincenal de los espiritistas londinenses, celebrada el 19 de Febrero de 1877 se suscitó un debate sobre el tema: *Pensamiento antiguo y espiritismo moderno*, en el que terciaron algunos de los más inteligentes espiritistas de Inglaterra, entre ellos Stainton Moses, quien había estudiado recientemente la relación entre los fenómenos antiguos y modernos. Dijo así:

El espiritismo vulgar no es científico y muy poco adelanta en el orden de la comprobación científica. Además, el espiritismo exotérico no va por lo general, más allá de la presunta comunicación con amigos personales, del alimento de la curiosidad o de la mera exhibición de fenómenos... La verdadera ciencia esotérica del espiritismo es muy rara y tan rara como valiosa. De ella debiéramos extraer los conocimientos que hubiésemos de explanar exotéricamente... Imitamos demasiado el procedimiento de los físicos, y nuestras pruebas son bastas y con frecuencia ilusorias, de suerte que sabemos poquísimos de la proteica energía del espíritu. Los antiguos estaban en esto incomparablemente más adelantados que nosotros y mucho es lo que pueden enseñarnos. No hemos establecido con certeza las condiciones de experimentación según requieren indispensablemente las investigaciones científicas. Esto dimana principalmente de que nuestros círculos están constituidos sin sujeción a principios... Ni siquiera hemos comprendido las verdades elementales que ya conocían los antiguos, como por ejemplo el aislamiento de los médiums. Tanto ocupó nuestra atención lo maravilloso, que apenas hemos catalogado los fenómenos ni siquiera expuesto una hipótesis satisfactoriamente explicativa del más sencillo... Nunca afrontamos la pregunta: ¿Qué es la inteligencia? Tal es nuestro escollo: tal nuestro más frecuente manantial de error, y aquí podríamos aprender provechosamente de los antiguos. Los espiritistas repugnan admitir la posibilidad de las verdades ocultas. En este punto son tan difíciles de convencer como lo es el vulgo respecto del espiritismo. Los espiritistas parten del falaz principio de que todos los fenómenos derivan de la acción de espíritus humanos desencarnados *y no se han percatado de las potencias del humano espíritu*. Desconocen los límites del campo de acción del espíritu y lo que en su interior subyace (NOTA: *El Espiritista*, de Londres, 2 de Marzo de 1877. FINAL NOTA).

No cabe definir mejor nuestras afirmaciones. Si el espiritismo ha de ser algo en el porvenir depende de hombres como Stainton Moses.

Hemos terminado nuestra obra, y ¡ojalá la hubiésemos mejor cumplido! Pero a pesar de nuestra inexperiencia en el arte de componer libros, y no obstante la grave dificultad de escribir en idioma extraño, creemos haber dicho algo que perdure en la mente de los pensadores. Quedan contados y puestos en revista los enemigos de la verdad. La ciencia moderna, incapaz de satisfacer las aspiraciones de la humanidad, le arrebató toda esperanza y deja vacío el porvenir. Es, hasta cierto punto, como el *baitalpachisi*, el vampiro de la

fantasía popular de los indos que vive en los cadáveres de cuya podredumbre se alimenta. Los más preclaros talentos de la época han restregado la teología cristiana hasta descubrir su urdimbre, y hemos visto que en conjunto es más bien subversiva que estimuladora de espiritualidad y sana moral, porque en vez de exponer las reglas de la ley divina y de la divina justicia, no habla más que de *sí misma* y antepone el espíritu maligno a la sempiterna Divinidad, de suerte que confunde a Dios con el diablo. «No nos dejes caer en la tentación» es la súplica de los cristianos. ¿Quién es el tentador? ¿Satanás? No va dirigida a él la súplica. Es aquel genio tutelar que endureció el corazón del rey de Egipto, que infundió el maligno espíritu en Saúl, que envió mendaces mensajeros a los profetas e indujo a pecar al rey David. Es el bíblico Dios de Israel.

Nuestro examen de la multitud de creencias religiosas que en una u otra época ha profesado la humanidad demuestra evidentemente el común origen de todas ellas, como si fuesen diversos modos de expresar el ardiente anhelo que las encarceladas almas sienten de comunicarse con las celestes esferas. Así como el prisma descompone la luz blanca en los colores del iris, así también el rayo de la verdad divina, al atravesar el tétrico prisma de la humana naturaleza, se quiebra en los coloreados fragmentos que se llaman RELIGIONES. Así como los rayos del espectro se funden uno en otro por imperceptibles gradaciones, también así las teologías divergentes del centro original vuelven a converger en los cismas, herejías, escuelas y brotes surgidos de todos lados. En sintético conjunto, resumen la verdad eterna; separadas, no son más que sombras del error humano y signos de imperfección. El culto de los pitris védicos se convierte rápidamente en el culto de la porción más espiritual del linaje humano. Sólo necesita la recta percepción de las cosas objetivas para el final descubrimiento de que el único mundo real es el mundo subjetivo.

El despectivamente llamado paganismo fue sabiduría antigua, de Divinidad henchida, y el cristianismo y el islamismo tomaron cuanto de inspirado tienen de su étnico padre el judaísmo. El indoísmo prevédico y el budismo son la doble fuente de que brotaron todas las religiones. El nirvana es el océano donde todas han de verter.

Para los fines del análisis filosófico no hemos necesitado tener en cuenta las enormidades que han entenebrecido el recuerdo de muchas religiones del mundo. La verdadera fe es el vaso corporal de la caridad divina, y humanos y sólo humanos son los ministros de sus altares. Al hojear las sangrientas páginas de la historia eclesiástica, echamos de ver que siempre fue el mismo el argumento de la tragedia, aunque representada por distintos actores con diversos trajes.

Pero la noche eterna planeaba en todo y sobre todo, y nosotros pasamos de lo visible a lo invisible. Nuestro ferviente anhelo ha sido enseñar a las almas sinceras a descender el velo, para que en el resplandor de aquella Noche transmutada en Día contemplen serenamente la VERDAD SIN VELO.

A handwritten signature in black ink, reading "H. P. Blavatsky". The signature is written in a cursive, flowing style with a large, sweeping flourish at the end.

NOTAS EDICIÓN

Estimado lector, queremos darte las gracias por elegir este libro.

En cuanto a los datos de la edición digital, nuestra intención ha sido en todo momento la de proporcionar el mejor resultado, pero si descubres algún tipo de error, te rogamos que nos lo comuniques, para así mejorar la obra en próximas actualizaciones.

También puedes utilizar nuestro correo electrónico para cualquier consulta que creas oportuna.

Puedes contactar con nosotros en la siguiente dirección de correo:

dagon@hiperborea.net

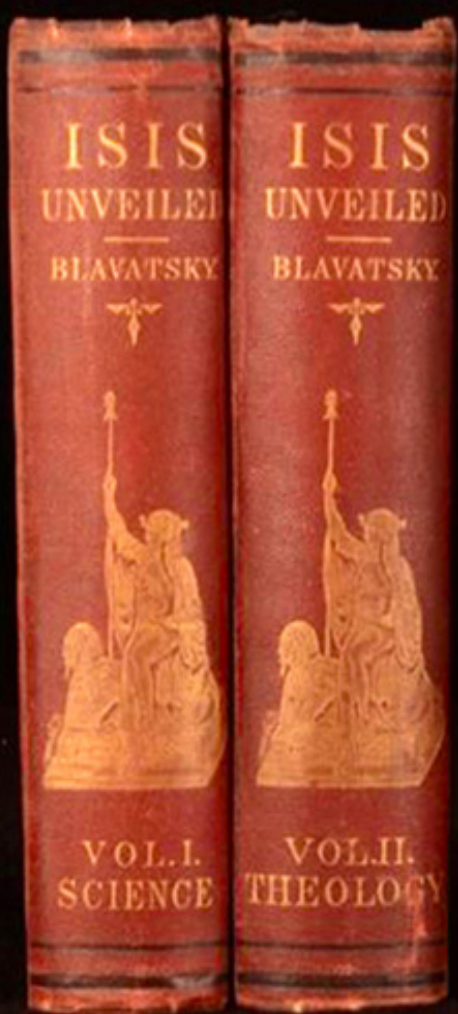
Por último, te invitamos a visitar nuestra página web, donde encontrarás más información sobre nosotros y nuestros libros.

<http://www.hiperborea.net>



FOTOGRAFÍAS PRIMERA EDICIÓN ISIS SIN VELO

EN 1877



ISIS
UNVEILED
BLAVATSKY

VOL. I.
SCIENCE

ISIS
UNVEILED
BLAVATSKY

VOL. II.
THEOLOGY

ISIS
UNVEILED
—
BLAVATSKY.



VOL. I.
SCIENCE

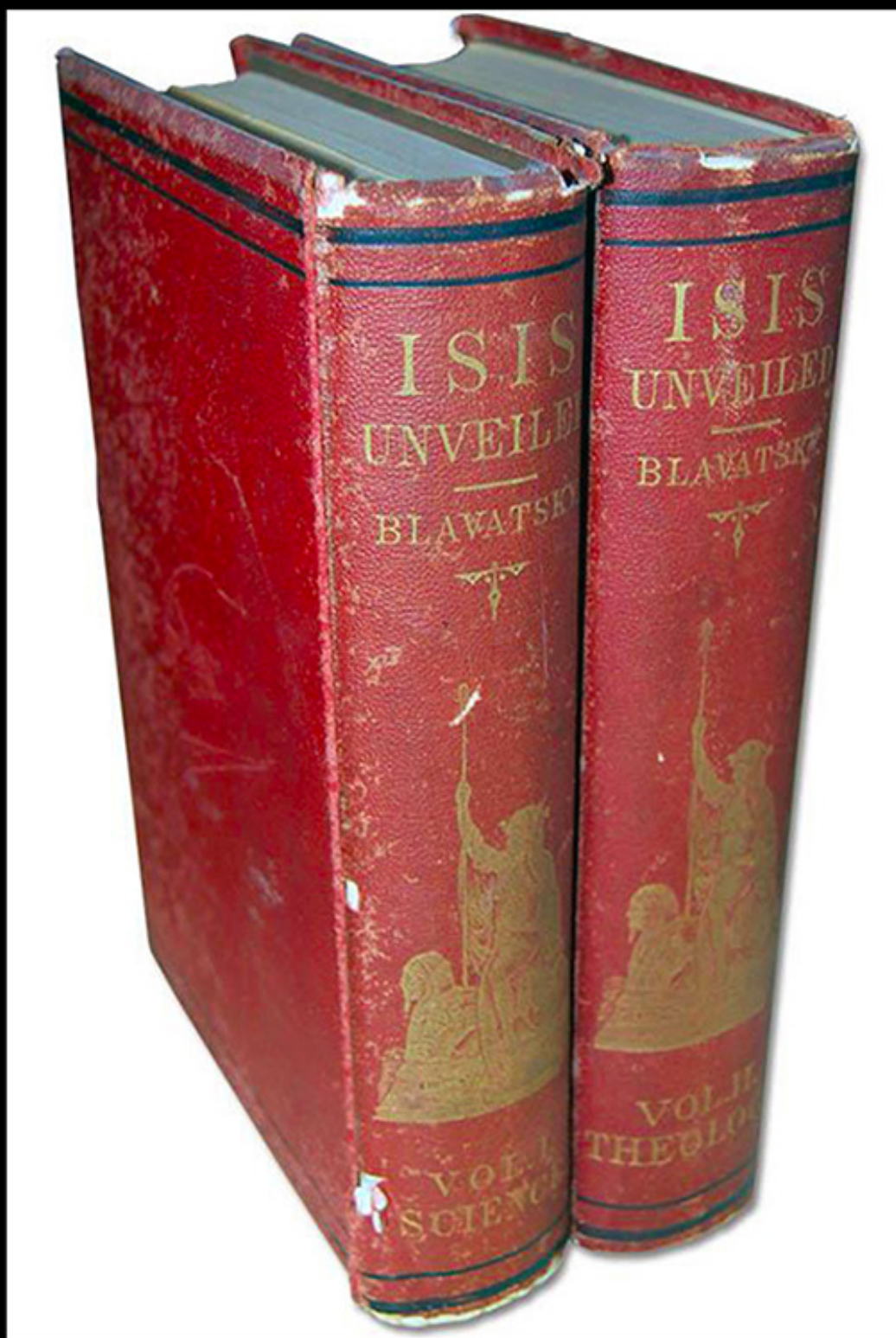
J. W. BOUTON

ISIS
UNVEILED
—
BLAVATSKY.



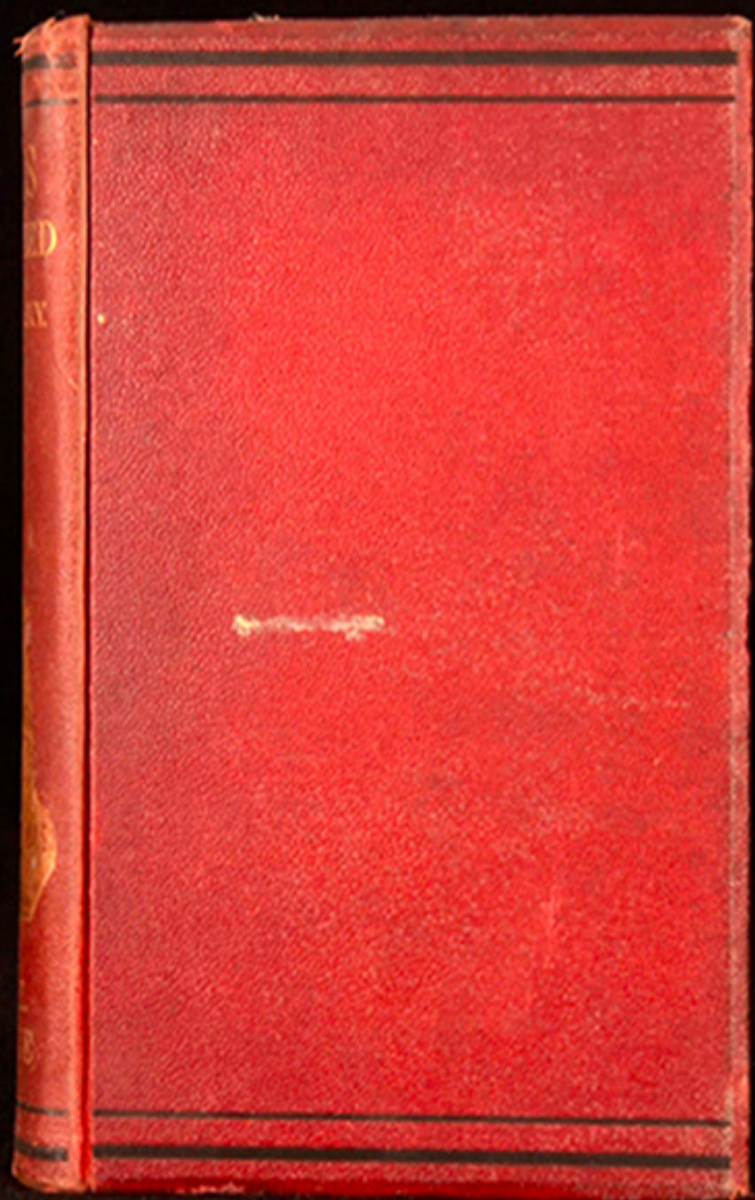
VOL. II.
THEOLOGY

J. W. BOUTON









ISIS UNVEILED:
A MASTER-KEY
TO THE
MYSTERIES OF ANCIENT AND MODERN
SCIENCE AND THEOLOGY.

BY
H. P. BLAVATSKY,
CORRESPONDING SECRETARY OF THE THEOSOPHICAL SOCIETY.

"Ceci est un livre de bonne Foi."—MONTAIGNE.

VOL. I.—SCIENCE.

NEW YORK:
J. W. BOUTON, 706 BROADWAY.
LONDON: BERNARD QUARITCH.
1877.

REQUISIT FROM
CHARLES H. MACY

ISIS UNVEILED:
A MASTER-KEY
TO THE
MYSTERIES OF ANCIENT AND MODERN
SCIENCE AND THEOLOGY.

BY
H. P. BLAVATSKY,
CORRESPONDING SECRETARY OF THE THEOSOPHICAL SOCIETY.

"Ouvrage en vente de la Librairie de la Société."—MONTAGNON.

VOL. I.—SCIENCE.

SECOND EDITION.

NEW YORK:
J. W. BOUTON, 706 BROADWAY.
LONDON: BERNARD QUARITCH.
1877.

Estomac

Not to be loaned

on account of opinions
expressed herein -

of view by means of a sheet thrown over a small triangle. And now, amid a full chorus of voices and rat-tat-tat accompaniment of the tabour, the stone germinated; presently a section of the cloth was drawn aside, and gave to view the tender shoot, characterised by two long leaves of a blackish-brown color. The cloth was readjusted, and the incantation resumed. Not long was it, however, before the cloth was a second time drawn aside, and it was then seen that the two first leaves had given place to several green ones, and that the plant now stood nine or ten inches high. A third time, and the foliage was much thicker, the sapling being about thirteen to fourteen inches in height. A fourth time, and the little miniature tree, now about eighteen inches in height, had ten or twelve mangoes about the size of four minutes, the cloth was altogether removed, and the fruit, having the perfection of size, though not of maturity, was plucked and handed to the spectators, and, on being tasted, was found to be approaching ripeness, being sweetly acid.

We may add to this, that we have witnessed the same experiment in India and Thibet, and that more than once we provided the flower-pot ourselves, by emptying an old tin box of some Liebig extracts. We filled it with earth with our own hands, and planted in it a small root handed to us by the conjurer, and until the experiment was ended never once removed our eyes from the pot, which was placed in our own room. The result was invariably the same as above described. Does the reader imagine that any prestidigitator could produce the same manifestation under the same conditions?

The learned Otilio, Corresponding Member of the Institute of France, gives a number of instances which show the marvellous effects produced by the will-power acting upon the invisible Proteus of the mediums. "I have seen," says he, "certain persons, who simply by pronouncing certain words, arrest wild bulls and horses at headlong speed, and suspend in its flight the arrow which cleaves the air." Thomas Bartholin affirms the same.

Says De Potet: "When I trace upon the floor with chalk or charcoal this figure . . . a fox, a light fixes itself on it. Soon it attracts to itself the person who approaches it; it detains and fascinates him. . . . and it is useless for him to try to cross the line. A magic power compels him to stand still. At the end of a few moments he yields, uttering sobs. . . . The cause is not in me, it is in this entirely kabalistic sign; in vain would you employ violence."

In a series of remarkable experiments made by Regazzoni in the

Among the ridiculed claims of alchemy is that of the *perpetual lamp*. If we tell the reader that we have seen such, we may be asked—in case that the sincerity of our personal belief is not questioned—how we can tell that the lamps we have observed are perpetual, as the period of our observation was but limited? Simply that, as we know the ingredients employed, and the manner of their construction, and the natural law applicable to the case, we are confident that our statement can be corroborated upon investigation in the proper quarter. What that quarter is, and from whom that knowledge can be learned, our critics must discover, by taking the pains we did. Meanwhile, however, we will quote a few of the 171 authorities who have written upon the subject. None of these, as we recollect, have asserted that these sepulchral lamps would burn perpetually, but only for an indefinite number of years, and instances are recorded of their continuing alight for many centuries. It will not be denied that, if there is a natural law by which a lamp can be made without replenishment to burn ten years, there is no reason why the same law could not cause the combustion to continue one hundred or one thousand years.

Among the many well known personages who firmly believed and strenuously asserted that such sepulchral lamps burned for several hundred years, and would have continued to burn *may be forever*, had they not been extinguished, or the vessels broken by some accident, we may reckon the following names: Clemens Alexandrinus, Hieronimus Barbarus, Appian, Barzanius, Ctesias, Celsus, Foxius, Costeus, Cassius, Codrus, Delius, Ericus, Genserus, Jacobonus, Leander, Libanius, Lantius, P. de la Mirandola, Philalethes, Licetus, Maiolus, Maturanicus, Baptista Porta, Pasciollus, Rascellius, Scardonius, Ludovicus Vivus, Volateranus, Paracelsus, several Arabian alchemists, and finally, Flory, Solinus, Kircher, and Albertus Magnus.

The discovery is claimed by the ancient Egyptians, those sons of the Land of Chemistry.* At least, they were a people who used these lamps far more than any other nation, on account of their religious doctrines. The astral soul of the mummy was believed to be lingering about the body for the whole space of the three thousand years of the circle of necessity. Attached to it by a magnetic thread, which could be broken by its own exertion, the Egyptians hoped that the ever-burning lamp, symbol of their incorruptible and immortal spirit, would at last decide the more material soul to part with its earthly dwelling, and unite forever with its divine SELF. Therefore lamps were hung in the sepulchres of the rich. Such lamps are often found in the subterranean caves of the dead,

* *Païm* or *Païm*, the Land of Hæm, or *Æon*, Greek *παῖς*, whence the term alchemy and *al-*

and Licetus has written a large folio to prove that in his time, whenever a sepulcher was opened, a burning lamp was found within the tomb, but was instantaneously extinguished on account of the *decoratio*. T. Livius, Burattioni, and Michael Schatta, in their letters to Kircher,* affirm that they found many lamps in the subterranean caves of old Memphis. Pausanias speaks of the golden lamp in the temple of Minerva at Athens, which he says was the workmanship of Callimachus, and burnt a whole year. Plutarch † affirms that he saw one in the temple of Jupiter Ammon, and that the priests assured him that it had burnt continually for years, and though it stood in the open air, neither wind nor water could extinguish it. St. Augustine, the Catholic authority, also describes a lamp in the fate of Venus, of the same nature as the others, unextinguishable either by the strongest wind or by water. A lamp was found at Edessa, says Kedrenus, "which, being hidden at the top of a certain gate, burned 500 years." But of all such lamps, the one mentioned by Olybrius Maximus of Padias is by far the more wonderful. It was found near Atteuh, and Scandrovius ‡ gives a glowing description of it: "In a large earthen urn was contained a lesser, and in that a burning lamp, which had continued so for 1500 years, by means of a most pure liquor contained in two bottles, one of gold and the other of silver. These are in the custody of Franciscus Maturantian, and are by him valued at an exceeding rate."

Taking no account of exaggerations, and putting aside as mere unsupported negation the affirmation by modern science of the impossibility of such lamps, we would ask whether, in case these inextinguishable fires are found to have really existed in the ages of "miracles," the lamps burning at Christian shrines and those of Jupiter, Minerva, and other Pagan deities, ought to be differently regarded. According to certain theologians, it would appear that the former (for Christianity also claims such lamps) have burned by a *divina*, miraculous power, and that the light of the latter, made by "heathen" art, was supported by the wiles of the devil. Kircher and Licetus show that they were ordered in these two diverse ways. The lamp at Antioch, which burned 1500 years, in an open and public place, over the door of a church, was preserved by the "*power of God*," who "hath made so infinite a number of stars to burn with perpetual light." As to the Pagan lamps, St. Augustine assures us they were the work of the devil, "who deceives us in a thousand ways." What more easy for Satan to do than represent a flash of light, or a bright flame to them who first enter into such a subterranean cave? This was as-

* — *Œdipi Ægyptiaci Theatrum Hieroglyphicum*, p. 344.

† — *Lib. de Delectu Oraculorum*. ‡ *Lib. I, Cap. 50*.

